GALDÓS

CORRESPONSAL DE *LA PRENSA* DE BUENOS AIRES

Dolores Troncoso

CASA
MUSEO
PÉREZ
GALDÓS

GALDÓS CORRESPONSAL DE *LA PRENSA* DE BUENOS AIRES

Dolores Troncoso

CABILDO DE GRAN CANARIA
Presidente
Antonio Morales Méndez

Consejera de Cultura
Guacimara Medina Pérez

Director Insular de Cultura
Francisco José Bravo de Laguna Romero

© Cabildo de Gran Canaria, 1ª edición, 2020
Casa-Museo Pérez Galdós
© Del texto, Dolores Troncoso

SERVICIO DE MUSEOS
Jefa del Servicio de Museos
Alicia Bolaños Naranjo

CASA–MUSEO PÉREZ GALDÓS
Dirección
Victoria Galván González

Área Técnica
Ana Isabel Mendoza de Benito

DEPARTAMENTO DE EDICIONES
DE LA CONSEJERIA DE CULTURA
Coordinación
Isabel Grimaldi Peña

COMUNICACIÓN
Departamento de Comunicación
de la Consejería de Cultura

Diseño y maquetación
Julia Barreto

Impresión
Gráficas Sabater

ISBN: 978-84-1353-034-5
D. L.: GC 266-2020

Imagen de cubierta:
Escultura «La liberté de la presse» (1897),
obra en bronce del escultor francés
Maurice Bouval, que culmina
el edificio de *La Prensa*.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o trasmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio actualmente conocido o que se invente en el futuro, sin previo permiso por escrito de los © de esta obra.

ÍNDICE

Agradecimientos

Introducción I-XI

CARTAS DE GALDÓS A *LA PRENSA*

1883-1884 Cartas 1 a 28 1

1885 Cartas 29 a 51 184

1886 Cartas 52 a 75 345

1887 Cartas 76 a 96 497

1888 Cartas 97 a 117 628

1889 Cartas 118 a 134 749

1890 Cartas 135 a 152 849

1891-1892 Cartas 153 a 158 942

1893 Cartas 159 a 175 968

1894-1901-1902-1905 Cartas 176 a 181 1057

ANEXOS

Aparato crítico 1087

Notas complementarias 1095

Diccionario de nombres propios 1117

Bibliografía 1156

Índice de notas 1164

Índice temático 1180

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a Florencio Aldrey, dueño actual de *La Prensa*, quien, ejerciendo de gallego a pesar de sus muchos años en Argentina, puso a mi disposición la hemeroteca del periódico; y también a sus colaboradores Matilde Noya y Bruno Magnani por la enorme ayuda que me prestaron en aspectos diversos. A Marianela Siccardi y su equipo de la Biblioteca de la Legislatura en La Plata y a Tita Aboal, de la Biblioteca de la Universidad de Vigo, por atender siempre mis peticiones. A mis parientes argentinos Jimmy Mc Cormick y Clara Alonso por la cantidad de material que desde Buenos Aires me enviaron y a mis amigos Mónica y Pepe Mouzo que perdieron horas de sus vacaciones en Buenos Aires buscando detalles que me faltaban; a Carmen Sánchez Carrera por sus documentadas respuestas; a Maruxa Borreguero y Celia Troncoso, por confrontar conmigo los textos. A Yolanda Arencibia y a José Montero por sus siempre doctos consejos; a Santi, mi marido, por su imprescindible ayuda técnica convirtiendo en *word* los deteriorados originales de *La Prensa*; a Francisco Rico y Darío Villanueva por su apoyo; a Julia Barreto y Agustín Casassa por su profesionalidad y su paciencia conmigo; por supuesto a Victoria Galván, directora de la Casa-Museo Pérez Galdós, así como al Cabildo Insular de Las Palmas, por dar cabida allí a esta edición. Y a tantos otros a quienes acudí con dudas específicas.

Mil gracias a todos de corazón.

INTRODUCCIÓN

Entre 1883 y 1905, con notable irregularidad, Galdós fue corresponsal de *La Prensa* de Buenos Aires, un periódico que, con oficinas en las grandes ciudades occidentales y colaboradores extranjeros del prestigio de Marcel Prevost, Jules Simon, Edmondo d'Amicis o John S. Atwell,[1] fue probablemente el diario más importante de habla hispana de la época. Su fundador, José C. Paz, pertenecía a una rica familia de estancieros y llegaría a formar parte de la llamada "Generación de los Ochenta" que gobernó la Argentina durante las dosúltimas décadas del siglo XIX.

En el primer número, que salió a la calle el 18 de octubre de 1869, se afirmaba: "La independencia, el respeto al hombre privado, el ataque razonado al hombre público y no a la personalidad individual, formarán nuestro credo". Pero esto no se cumplió exactamente; pocos meses después, Bartolomé Mitre fundó *La Nación* y ambos diarios se encontraron compitiendo por representar la ideología liberal conservadora. Entre 1880 y 1886 Mitre se enfrentó al presidente Roca; Paz lo apoyó, y, como resultado, *La Prensa* en poco tiempo se convirtió en el periódico más potente de Hispanoamérica. Fue el primer diario porteño con máquina rotativa y uno de los pioneros en el empleo del cable telegráfico que le permitía nutrirse con relativa rapidez de noticias europeas.

GALDÓS Y *LA PRENSA*

José C. Paz, el fundador del periódico, fue nombrado entre 1883 y 1885 embajador de la Argentina en España. En Madrid, debió conocer pronto a don Benito,[2] puesto que el 1de mayo del 83 este escribe a a su editor en La Guirnalda, Miguel Honorio de Cámara, sobre su próxima vinculación con *La Prensa*, y en septiembre le anuncia "Por de pronto pienso hacer artículos antes que libro, que daré a la prensa que los pague bien para sacar los gastos del viaje y poder ir el año que viene a Oriente, bien a Alemania e Italia".[3] Por fin, los días 4 y 20 de diciembre redacta sus dos primeros artículos para la *La Prensa*, que se publicarían en enero de 1884.

No hay pruebas documentales de su acuerdo con Paz, que quizás fuese oral; en el archivo actual del periódico, no se conserva nada de aquellos años. Sí existen, en la Casa- Museo, cuatro cartas a don Benito de Paz, dos de sucesivos directores del periódico, Dávila y Rizabal, y unas cincuenta de Silva y otros administradores, así como bastantes resguardos de los envíos postales de Galdós a *La Prensa*. De todo ello, y de los propios textos, se pueden

1 Entre los españoles, colaborarían, después de Galdós, Grandmontagne, Ramiro de Maeztu, Pérez de Ayala, Azorín y Jiménez de Asúa [Caso Montero: 2012: 12-13].

2 En una carta desde París de 18 mayo del 87, Paz recuerda a Galdós: "conservo siempre la más grata impresión de su amable trato y de la simpatía que supo inspirarme durante mi permanencia en Madrid" (Casa-Mu- seo Pérez Galdós. En adelante solo citaré la procedencia de la correspondencia privada cuando no sea de este archivo).

3 Archivo del Museo Canario.

deducir ciertos aspectos de la colaboración de Galdós con *La Prensa*. En tal colaboración es posible señalar tres etapas y un epílogo:

—En la primera, de diciembre del 83 a enero del 91, don Benito, comprometido a enviar artículos originales, según el subtítulo de todos "Correspondencia especial para *La Prensa*", y quincenales, cumple solo por aproximación: ciento cincuenta y dos artículos en siete años.[4] Otra parte del compromiso debió ser enviar crónicas de España, según el título genérico que el periódico da a sus Cartas de 1883 a 1887: "España";[5] pero en mayo del 85, tras un fragmento introductorio sobre la incomunicación entre España y Portugal, envía dos artículos sobre su primer viaje por este país. Entre septiembre y octubre de 1887, viaja por Europa y envía cinco crónicas sobre los países visitados. La justificación es ahora taxativa: "estoy en la alternativa de escribir desde fuera de España o no escribir […] para cumplir mis obligaciones de corresponsal". Entre octubre del 88 y febrero del 89 intercala diez Cartas tituladas "De vuelta de Italia" sobre su verano en aquel país, y ni en estas ni en las cinco que envía sobre su estancia en Inglaterra y Francia en septiembre-octubre del 89, "España en el Extranjero", hay ya pretexto ni justificación alguna. Además, en un amplio porcentaje de las Cartas que componen esta etapa, existen apartados sobre política o cultura de otros países, y algunas están dedicadas integramente a ello como la titulada "Estudio de Bismarck".

Don Benito iniciaba su primera Carta hablando de su "embarazo", "recelo", "miedo" a colaborar con la "imponente" prensa americana; lo que podría parecer pura retórica no lo es tanto, ya que seis meses después pide al director de La Prensa, según este, que opine "con franqueza" sobre "sus correspondecias". Dávila, las encuentra "apropiadas […] prueba de ello" es que "son siempre reproducidas por diarios de la prensa argentina y de Montevideo"; además, en la misma carta, sintetiza con clarividencia dos méritos de los textos de Galdós.[6]

Tanto la disminución del número de artículos a medida que el tiempo avanza, como que España no sea objeto exclusivo de sus artículos, sugiere una creciente sensación de corresponsal afianzado, que no necesita cumplir literalmente lo pactado en el año 83 para sentirse muy apreciado por el periódico. Desde 1889 *La Prensa* cambiará la cabecera de sus artículos, alternando el ya citado "España" con "Carta" o "Correspondencia especial de Pérez Galdós".

4 Salvo que algún investigador encuentre más, las que aquí se editan presentan la siguiente cadencia:

1883	1884	1885	1886	1887	1888	1889	1890
2	25	24	24	21	21	17	18

En adelante, para evitar confusión con la correspondencia privada, se utilizará la mayúscula al referirse a las Cartas publicadas en *La Prensa*.

5 El 23 de marzo del 84 le escribe Silva "Mucho le agradecería que prestara toda su atención, especialmente en noticias generales, no solamente a los acontecimientos que se desarrollan en la Corte de Madrid sino que tambien los de las provincias". Galdós le obedecerá dentro de su conveniencia: aprovecha sus escapadas a lugares cercanos a Madrid, sus viajes a Barcelona, o sus veraneos en Santander, para dar noticia de "las provincias".

6 "Las correspondencias europeas para nuestros diarios encuentran una dificultad en la [previa] publicidad que damos a las noticias […] pero ud. la vence con la manera de apreciar los sucesos y la variedad de temas que elige" (18 de julio de 1884).

—En la segunda etapa, de enero del 91 a marzo del 93, encontramos solo siete artículos, seis de 1891 y uno de 1892; tal vez como compensación, desde el 1 de julio del 91, aparecen en *La Prensa* en entregas semanales los seis capítulos que conforman la Tercera parte de *Ángel Guerra,* terminado en mayo y publicado en España en junio. También es significativo que en este año 91 figure un nuevo colaborador español, Enrique Ortega, cuyas crónicas se titulan "Desde Madrid". Parece como si la obligación de corresponsal pesara a Galdós cada vez más. Aunque en mayo del 92, una carta de Paz le asegura que "la Union Bank of Spain and England en Madrid entregará a ud. la primera mensualidad de mil pesetas, según la base de nuestro acuerdo", de este año solo se ha encontrado una Carta fechada el 2 de octubre.

—De la tercera etapa, mayo del 1893 a agosto de 1902,[7] existe más información: dos cartas de Paz, en ese momento embajador en París, indican que Galdós le pide volver a *La Prensa* el 24 de abril del 93 para cubrir una deuda de cinco mil pesetas, y teme que otro corresponsal español, Lastra y Jado, haya ocupado su lugar. Respecto a lo segundo, Paz le tranquiliza, Lastra "no está a la altura",[8] y muestra gran interés por renovar la colaboración de Galdós ofreciéndole toda clase de facilidades económicas. Esta vez don Benito volveráa cumplir al principio, para, a partir de abril del 94, abandonar por completo la corresponsalía. Quizás para compensar esa informalidad, ese año publica en *La Prensa* el cuento *Tropiquillos*, nueva versión muy modificada del relato original de la Carta 23 (1884), y en 1902, varios capítulos, también revisados, de *La novela en el tranvía* (1878), pero ninguna de estas publicaciones es Carta original, ni Galdós le da forma de tal. Una carta de Paz el 3 de junio de 1901, además de expresar cuánto valora a don Benito, explica las dos Cartas sueltas de 1901 y 1902:

> mi aprecio y mis simpatías por usted no han cesado de ir en aumento durante el largo tiempo en que hemos permanecido en comunicación, que he seguido siempre con vivo interés su marcha ascendente y luminosa en el mundo de las letras, […] ¿Por qué no me he dirigido a usted para pedirle continuar su interesante colaboración en esta última? […] Quizás me haya ocurrido alguna vez escribirle en el sentido indicado, pero habré desistido de ello (¿debo decírselo con franqueza?) ¡por no aparecer como cobrador!
>
> Me dice usted que va a enviar algunas cartas a "La Prensa". Esta y sus lectores las recibirán con el aplauso de siempre. […] si más tarde, cuando sus preocupaciones actuales hayan disminuido, puede usted ofrecernos su antigua colaboración, "La Prensa" tendrá una viva satisfacción en engalanar sus columnas con sus

7 Con la misma salvedad que en la nota 4, la cadencia de envíos sería la siguiente:

1893	1894	1895	1896	1897	1898	1899	1900	1901	1902
17	3	0	0	0	0	0	0	1	1

8 El periodista santanderino, autor de las novelas *Pepe Rey* (1888) y *El pan nuestro* (1890), colaboró en *El Globo, Blanco y Negro* y *La Ilustración Española y Americana*. Una Carta suya publicada en *La Prensa* el 7 de mayo del 93 muestra cómo, en efecto, tratando de emular las de Galdós, su calidad es muy inferior.

> brillantes informaciones, y en ver figurar su nombre entre sus eminentes colaboradores de París y de Italia [subr. del autor].

Por último, el "epílogo", prueba que lo expresado por Paz era sincero y duró mucho tiempo. En 1905, a través de su corresponsal Grandmontagne,[9] el periódico pide a don Benito su colaboración para el cuarto centenario del *Quijote*. Así lo indica una nota al pie del editor en el último artículo original con que Galdós responde a la solicitud. Más significativo aún del "buen recuerdo" que dejó en el periódico a pesar de sus incumplimientos, es el suelto publicado en 1961, con el siguiente titular y entradilla:

> Un artículo de Pérez Galdós publicado hace 77 años en *La Prensa*
>
> El escritor español Benito Pérez Galdós, célebre autor de *Episodios nacionales*, de notables novelas costumbristas y dramas intensos, inició su colaboración en *La Prensa* con un artículo en el que definió con singular perspicacia el carácter y las modalidades de los diarios americanos, para luego considerar con agudeza las intrigas diplomáticas europeas. A continuación damos la primera parte de aquel artículo de Pérez Galdós, que apareció en nuestras columnas el 1° de enero de 1884.

INTERÉS DE ESTOS ARTÍCULOS

Suelen señalarse dos épocas en la obra periodística de Galdós.[10] La primera corresponde a su actividad como redactor de diversos diarios y revistas, desde *La Nación* a *Revista de España*, en sus años de aprendizaje (1865-1873). Tras diez años de dedicación exclusiva a la creación literaria,[11] la segunda corresponde a sus años de madurez y prestigio, entre 1883 y 1918, con artículos en *La Prensa* y *La Esfera* y colaboraciones esporádicas en *Vida Nueva*, *Electra*, *Alma Española*… Dentro de esta segunda etapa, la crítica es unánime al destacar que su prolongada colaboración con *La Prensa* es la mejor.[12] Desde tres vertientes, cobra sentido esta afirmación: el autor, la época reseñada y la forma epistolar.

9 Francisco Grandmontagne fue periodista y crítico literario español. En 1888 emigró a Argentina de donde regresaría en 1900 como enviado especial de *La Prensa*. Amigo de escritores como Pardo Bazán, Unamuno, Baroja o Rubén Darío, fue homenajeado en el café de Pombo [Gómez de la Serna, 1954: 186]. Pueden verse la opinión e información que sobre este artículo ofrece Arencibia [2020: 601-602].

10 García Pinacho [2000: 222] ha reclamado reiteradamente que, frente a la tendencia a tratar la extensa y variada obra periodística de don Benito como la del novelista que escribe artículos en la prensa, se considere como la del periodista "de raza", que concibe la prensa "como un poder, un modo de manifestación intrahistórico y una fuente de información", aunque lógicamente exista relación entre su labor literaria y su labor periodística.

11 Había abandonado el periodismo en 1873 para dedicarse de lleno a escribir *Episodios nacionales*. Relatan Olmet y García Carrafa [1912: 36] "Dejó de hacer vida de café, de distracciones, de amigos, y todas las actividades las concentró en su cuarto de trabajo. `—Hasta prescindí de ir al teatro —nos dijo el gran novelista —a pesar de que, como saben ustedes, el teatro era una de mis grandes ilusiones´".

12 Véanse, por ejemplo, Pilar Palomo [1988], Pilar García Pinacho [2000] o Cecilio Alonso [2005].

Con respecto al autor, Galdós empieza a ser corresponsal de *La Prensa* con cuarenta años mientras publica importantes novelas realista-naturalistas (*La de Bringas*, *Tormento*, *Lo prohibido, Fortunata y Jacinta*, y *Miau*), y es diputado por el partido del gobierno entre el 85 y el 90, lo que le permite un punto de observación política privilegiado.[13] En las Cartas de la década de los 80 se refleja su creciente simpatía por la monarquía restaurada, paralela a su rechazo a quien la pone en peligro. Pero desde el 89 al final de su corresponsalía, es decir mientras publica *La incógnita, Realidad*, *Ángel Guerra*, y comienza su carrera de dramaturgo dirigida a regenerar la escena y a través de ella a una sociedad en la que intuye desencanto no solo teatral,[14] sus Cartas abandonan paulatinamente la actualidad política española, para dedicarse sobre todo a temas sociales, culturales o de política europea, que a menudo reflejan su regeneracionismo finisecular.

En lo referente a la época, su interés es indudable: en España durante el reinado de Alfonso XII y primeros años de la regencia de María Cristina se produce el primer intento serio de asentar un auténtico régimen parlamentario; en política internacional, todavía reciente la unificación de Italia, permanecen sus problemas con el Papado; se ha iniciado la hegemonía europea de Alemania también recién unificada, con Bismarck y su intento de regular el colonialismo compitiendo con Inglaterra; es asimismo la época de los bandazos de la Rusia de los zares entre autocracia y occidentalización, de la compleja Francia que pasa del Segundo Imperio a la Tercera República, de los nacionalismos que se enfrentan al Imperio austriaco, de los primeros atentados anarquistas y las primeras reclamaciones obreras, de la doctrina Monroy en Estados Unidos… De todo ello ofrece Galdós su opinión, además de hablar de arte, teatro, toros, mercados, modas, música, arquitectura, polémicas ciencia-religión o proteccionismo-librecambismo, asesinatos célebres, viajes por Europa, periodismo…

Por último, en cuanto a la cuestión formal, en las ediciones de estos artículos existentes hasta 2020 no puede apreciarse algo que, a mi juicio, tiene notable importancia: el carác- ter epistolar que don Benito, siguiendo el uso de otros corresponsales del periódico, dioa su colaboración; carácter que singulariza estos artículos frente al resto de la producción periodística galdosiana; el propio autor parece considerar este valor al escribir en la Carta 157 "obra de arte es una serie de cartas". Propio de la escritura epistolar es el que una misma carta combine variados temas;[15] que tenga siempre presente al receptor —muy pocas Cartas a *La Prensa* carecen de alusiones a sus lectores argentinos— y comente lo que pueda o no interesarles, que se disculpe por el retraso desde la Carta anterior o anuncie un tema dejado para la siguiente, que se lamente o celebre algo de lo que cuenta, y que informe sobre las andanzas, gustos, rechazos, temores, esperanzas, o amistades del firmante.

13 Escribe Cuenca Toribio [1995: 43] "sabe de qué habla y conoce bien a los personajes que bullen en el escenario de la política de la Restauración, permitiéndole esta familiaridad con el medio reflexiones de enorme calado en punto a figuras y eventos".

14 Véase al respecto Menéndez Onrubia [1989 y 1993] quien califica este primer periodo de Galdós dramaturgo como teatro "burgués regeneracionista".

15 Cierto que existen cartas monográficas, como las dedicadas a la epidemia de cólera, el conflicto hispano-alemán, la necrológica de algún personaje, o sus propios viajes, pero la mayoría presenta temática heterogénea.

Porque, dejando aparte *Memoranda* (1906) y las *Memorias de un desmemoriado* (1916) donde Galdós evoca su pasado, apoyándose a menudo en su propia obra literaria, solo estas Cartas a *La Prensa* reflejan su personalidad con muy abundantes datos biográficos externos e internos. "En la obra de Galdós se diría que el escritor no existe, que todo es fruto del puro fluir inocente", escribe Chirbes hablando del "pudor" galdosiano "por mostrarse, su modestia" [2018: 428]. Pues en este sentido, quizás porque los receptores están tan lejos del emisor, las Cartas a *La Prensa* son excepcionales.

CREACIÓN LITERARIA E IDEAS ESTÉTICAS

En cuatro Cartas, Galdós elude su labor de cronista, para incluir textos de exclusiva creación literaria. La primera vez que lo hace, en noviembre del 84, se disculpa al introducir lo que titula *Fantasía de otoño*: "Esta vez no he podido resistir la tentación, y dejando a un lado los sucesos corrientes, envío a usted una correspondencia exclusivamente literaria".

En otras tres Cartas pueden encontrarse textos de pura creación, aunque partan de la actualidad: en la 20, incluye "una anécdota que oí referir el año pasado" sobre indianos, y la oyese o no, su forma de contarla lleva el sello del inconfundible narrador galdosiano; parte de la 76 comienza describiendo una nevada en Madrid, para después derivar en dos cuadros cómicos de un caballero y una dama que luchan con la climatología. El empleo de hipérboles y términos metafóricos como "humana fragata" por la dama o "la hélice de la señora" por su paraguas, recuerda los mejores artículos de Larra. La tercera, la 150 titulada *Escenas marítimas. La partida de los emigrantes*, comienza anunciando: "Describiré una escena de la cual fui testigo en Santander la semana pasada, a bordo de un vapor trasatlántico, y que me impresionó profundamente". El cuadro que dibuja a continuación es una prueba de la maestría galdosiana en el arte de la descripción; transmite la actividad frenética del buque a punto de zarpar y, sin caer en el sentimentalismo, la doble sensación de desamparo y esperanza de cientos de emigrantes que por primera vez han salido de sus pueblos, para embarcarse rumbo al desconocido destino de cada uno al otro lado del Atlántico.

Merecen incluirse aquí, aunque la creación galdosiana en este caso no se aparte de un suceso real, las Cartas 172 y 176, dedicadas a la explosión de Cabo Machichaco en Santander. Desde su inclusión como narrador al inicio del relato, explicando su suerte por no haber sido testigo de los hechos, hasta el climax de la catástrofe y la llegada del anticlimax solo cuatro meses (y cuatro Cartas) después, ambos textos son un modelo de narración que bien podría tomarse como antecedente de lo que hoy llama la crítica "literatura de no ficción" o "de nuevo periodismo".[16]

Si en cuanto a creación, Galdós ya no necesitaba demostrar nada, y probablemente escribiese las cuatro Cartas comentadas al principio de este apartado más por placer que por otra razón, en cuanto a ideas estéticas encontramos en sus artículos a *La Prensa* ricas revelaciones de sus conceptos teóricos sobre literatura, aunque más de una vez los expon-

16 Truman Capote en el siglo XX o, entre nosotros, Javier Cercas en el XXI, servirían como ejemplos.

ga hablando de pintura o escultura.[17] Así, muestra don Benito su rechazo al historicismo academicista, y su aprecio por la plasmación de la realidad contemporánea, apoyada en la observación —"sentir y observar. Estas dos aptitudes hacen al novelista" (Carta 56)—; su defensa de lo que él llama "la escuela de la naturalidad", y su apertura a nuevas formas estéticas —"El arte realiza, como todo lo humano, evoluciones que afectan a la forma dejando intacta su divina esencia" (Carta 22)—; la importancia de la perspectiva artística y su influencia en la sucesión de las corrientes estéticas:

> desde que hay arte en el mundo, y aunque lo esencial no varía nunca ni puede variar, […] nos encontramos, sin saber cómo, arrastrados por corrientes irresistibles […] las cosas son siempre las mismas; lo que varía es el punto de vista desde el cual las contemplamos y el método de selección entre los infinitos perfiles que se ven [Carta 156].

Y su convencimiento de que la excelencia formal es imposible sin la autenticidad del artista, de lo que es buen ejemplo su análisis en la carta 177, del libro de poemas *Dolores* de Federico Balart.[18]

GALDÓS CORRESPONSAL

Con toda la creatividad y el conocimiento teórico-literario de las muestras que acabamos de ver, en estos artículos Galdós parece muy consciente de ejercer y de ser periodista: "Mi obligación de cronista", o "de corresponsal español", "mis compañeros en *La Prensa*" … y refleja los cálculos imprescindibles de toda corresponsalía desde el extranjero: "para el día primero de octubre, es decir, antes que esta carta llegue a Lisboa", "No siéndome posible terminar hoy mi carta, y deseando aprovechar el correo de hoy, corto aquí mi correspondencia", "por mucha prisa que me dé en despachar esta correspondencia, ha de llegar a Buenos Aires bastante después que las reseñas de la prensa madrileña"…

Don Benito revela conocer bien las características que han de tener sus crónicas; amenidad, humor, variedad, originalidad, oportunidad, disciplina…

> Es preciso resignarse a que los temas literarios vengan sólo de tarde en tarde […], y es preciso también aprovecharlos […], antes que la vulgaridad de las cosas políticas se imponga y […] reclame la preferencia que, […] tiene en la información periodística [Carta 98].

17 Para Lieve Behiels [2010: 295] "el interés de la crítica artística de Galdós en *La Prensa*, reside en su apertura de miras y en la integración de sus ideas sobre la pintura en el marco más general de su visión del arte y de la novela. No nos debe sorprender que lo que pide de los pintores sea lo mismo que pide de los novelistas en su conocido discurso académico [de entrada en la RAE]: `el perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción´".

18 Estas ideas estéticas de Galdós pueden verse, con mayor extensión, en Troncoso, 2020.

Y, algo menos que "de tarde en tarde", encontrará noticias que él convierte en motivos para hablar de sus grandes pasiones: literatura (el homenaje o el fallecimiento de algún escritor), teatro (un estreno polémico, el derrumbe del Español), pintura (exposiciones, o museos extranjeros visitados), música (actos de la Sociedad de Conciertos, el aniversario de Mozart), arquitectura (evento en algún monumento, la próxima conclusión de ciertos edificios) … Y también, con bastante profusión, encontrará hueco para hablar de periodismo; grande o pequeña, seguro fue otra pasión.

Aparte de su exposicion comentada de los periódicos madrileños, y de otras informaciones dispersas, dos temas son, en mi opinión, lo más interesante de las Cartas en cuanto a periodismo: su evolución desde la segunda mitad del XIX hacia lo que, a veces en broma a veces muy en serio, Galdós llama el *noticierismo*, "el hecho interesa [ahora] más que la idea" (Carta 176), y la reflexión sobre los límites de la información. Esta última, vigente hoy, puede comprobarse a propósito del crimen de Fuencarral (Carta 108), o de la segunda guerra de Marruecos (Carta 172).

INTENCIONES DEL AUTOR

En los años de colaboración con este periódico, además de la madurez biológica del escritor, además del deseo de no agredir a una Restauración que daba esperanzas de estabilidad democrática,[19] la prudencia y serenidad ideológicas que críticos como Cecilio Alonso [1994] Cuenca Toribio [1995] o Varela Olea [2004] han señalado en ellas, podría relacionarse con ese carácter epistolar y ese receptor a quien se dirige: el director, y a través de él, los lectores de un diario conservador. Probablemente Galdós piense todo lo que escribe, pero evita escribir todo lo que piensa, en ciertos aspectos que sí revelan sus novelas publicadas simultáneamente. Así, sorprenden algunas expresiones, hijas de su tiempo sin duda, pero extrañas en quien supo crear personajes femeninos mucho más complejos e interesantes que los masculinos, como "da gozo no oír en ella [en la prensa americana] este regateo constante, estas contiendas de mujeres". O que escriba que "nuestra sociedad se ha hecho esencialmente democrática […]. La nivelación social es un hecho", aunque desde *La desheredada* (1881) sus Novelas contemporáneas "desmonte[n] tal falacia".[20] Dia- rio extranjero conservador, y además no europeo, lo que explica también lo contrario,su atrevimiento al criticar la política de países europeos, en especial de los sajones, pero también a la República Francesa o a Portugal. Y que, respecto a España, él mismo advierta:

19 En 1886, por ej., escribía en la Carta 59: "desde la Restauración [1875] acá no ha existido un período en que los derechos políticos hayan estado más firmemente garantidos".

20 Blanco Aguinaga, 2007: 92. También es cierto que estas Cartas, confrontadas con su trayectoria posterior, nos permiten observar la evolución ideológica del autor: así, hay cierto racismo siempre que habla entre 1884 y 1893 de pueblos colonizados, frente a la igualdad de razas defendida en *Aita Tettauen* (1905); y muchos de estos textos reflejan su rechazo a la izquierda, como cuando tilda de "gallito de los obreros ilustrados" a Pablo Iglesias en 1886, con quien en 1909 encabezaría la Conjunción Republicano-Socialista.

"He de decir algo de un asunto que no puede ser tratado fácilmente en la prensa española, asunto de suyo delicadísimo […] la enfermedad del rey".

El yo del autor se manifiesta en su constantes apelaciones al lector: "mis lectores comprenderán", "mis lectores me perdonaran", "mis lectores sabrán", "Cuidaré de informar a mis lectores"…; es la clásica *captatio benevolentiae*, que crea una familiaridad autor-lector muy similar a la que conocemos en la obra novelística de don Benito. Y crear esa complicidad, como bien sabía el autor de tantas ficciones en primera persona, contribuía a la credibilidad y aceptación de sus textos. Pero aquí trataba de conseguir también con ello acercarse a unos lectores concretos y físicamente lejanos, los argentinos, con los que reforzar lazos de aquel paniberismo que tanto ansiaba don Benito. Porque, sin negar el interés crematístico y el publicitario que suponía para su obra literaria la corresponsalía, existe a mi juicio una tercera intención de Galdós, reflejada en bastantes Cartas: predicar lo que él mismo llama el "iberismo" o "la unión ibérica", "un concierto para obrar mancomunadamente", que ayude a Latinoamérica, Portugal y España a defenderse de la hegemonía anglosajona en el mundo. Y este ideal, expuesto a veces solo como hispánico, a veces como peninsular, se refleja desde 1884 hasta 1905, intercalado a lo largo de esos veinte años de corresponsalía.[21] En 1884 habla de "Sostener mancomunadamente los derechos" de España y Portugal frente al avasallador colonialismo inglés; en 1886 considera "razona-ble […] la unión o amistad ibero-americana, […] constituir una fuerza resistente contra las ambiciones de la América sajona"; en 1890 explica que "La Unión Ibérica […] significa tan solo un medio de establecer su acción colectiva […] en todo aquello que no atente a los derechos históricos de cada país", y añade:

> Nos corresponde establecer con las naciones americanas a que estamos unidos por lazos entrañables de parentesco, todas las relaciones morales y comerciales que nos sean posibles. Su diplomacia, la emigración, el tráfico, las relaciones literarias y académicas, todo debe concurrir al mismo fin.

Por último, en 1905 Galdós aprovecha la celebración del tercer centenario del *Quijote* para insistir en esa relación preferente: "Toda la rama, que bien podríamos llamar *cervántica* […] posee un lazo federativo que une a unos y otros, nos liga y aprieta con lazo indisoluble".[22]

En la Carta 12, se dice del fundador de *El Imparcial*, Eduardo Gasset y Artime, que "tras larga práctica, comprendió como nadie el gusto del público y supo elegir y combinar los materiales de esta ración diaria de literatura al vapor que el hombre del siglo necesita para vivir"; se podría escribir lo mismo del Galdós corresponsal de *La Prensa*, pensando en sus patronos y lectores argentinos.

21 Puede verse Troncoso, 2019.

22 También en 1914 defendería Galdós estas mismas ideas en el artículo publicado en *La esfera* "España y América" [Dendle, 1990: 29-30].

HISTORIA DEL TEXTO

La poca difusión de *La Prensa* en España, a juzgar por los muy escasos ejemplares que se conservan en nuestras bibliotecas, fue aprovechada por el periodista argentino Alberto Ghiraldo para publicar, entre 1923 y 1933, ya muerto Galdós, gran parte de estos artículos galdosianos en nueve volúmenes bajo el dudoso título de *Obras inéditas de Galdós*.[23] Además de eliminar todo aquello que revelara su procedencia y falsear con frecuencia las fechas de redacción o publicación, Ghiraldo reestructuró por completo dichos artículos; en su origen, eran cartas al director en que don Benito mezclaba casi siempre temas diversos de actualidad. Pero el editor los recompuso, suprimió su primitiva forma epistolar, eliminó numerosos párrafos y reagrupó sus fragmentos en torno a títulos temáticos que encabezaban cada volumen.[24] No contento con la manipulación descrita, que según el prólogo del primer volumen respondía a un encargo del anciano don Benito, puso título de su invención, sin declararlo, a diversos fragmentos reagrupados. Pese a todo, y a causa del interés intrínseco de los artículos, esta edición de Ghiraldo tuvo durante años gran difusión entre los estudiosos de Galdós.

En 1973, el profesor William Shoemaker comprobó que casi todos aquellos textos pertenecían a *La Prensa*, y publicó los fragmentos y cartas completas que Ghiraldo había desestimado, bajo el título *Las cartas desconocidas de Galdós a La Prensa de Buenos Aires*. Pero también el investigador americano suprimió los encabezamientos, la firma y peque- ños fragmentos que sintetizaba con palabras como "hay unas frases de transición", "otros fragmentos omitidos son de mera transición o de enlace", "de las cuatro omisiones [de Ghiraldo] dos se refieren solamente al poco interés que pueden tener en América ciertos asuntos españoles", etc. Por tanto, aun uniendo los textos publicados por ambos editores, no se obtiene más que bastante parcialmente lo publicado por Galdós en *La Prensa*.

A los diez años (1883-1893) de que se ocupó Ghiraldo, completados por Shoemaker, este último añadió una Carta de 1901, y Matilde Boo [1978 y 1982] dos más, de 1902 y de 1905. Por supuesto esta edición las incluye, además de presentar un fragmento hasta 2020 desconocido: la primera parte de la Carta 1.

Por todo ello se hacía necesaria una edición completa, que devolviera a estos artículos su primitiva forma epistolar, basada directamente en el periódico, corregidos los muy numerosos errores que allí presentaba y que los editores anteriores no habían subsanado, y anotada con todo aquello que, dada su actualidad entonces y el tiempo transcurrido desde la publicación original, dificultaba hoy su completa comprensión.

23 Dudoso porque no eran textos inéditos puesto que se habían publicado en el periódico porteño.

24 I "Fisonomías sociales", II "Arte y crítica", III y IV "Política española", V "Nuestro teatro", VI y VII "Cronicón", VIII "Toledo (su historia y su leyenda)", y IX "Viajes y fantasías".

ESTA EDICIÓN

Los textos se han tomado de los ejemplares de *La Prensa* en que se publicaron, excepto las Cartas 107, 123 y 166 de las que no se ha encontrado el original y por tanto siguen el texto editado por Ghiraldo, con explicación del porqué de su inclusión en nota. Se han ordenado por fecha de redacción, y no de publicación, para respetar los propósitos del autor y no las contingencias del periódico.

Los originales de *La Prensa* contienen un número muy elevado de errores. No existen los manuscritos de Galdós que el periódico destruiría al editarlos, por lo que es imposible certificar si se trata de errores del autor o erratas de la imprenta, aunque en muchos casos es fácil colegirlo. Muchos se han corregido por el contexto y otros, por tratarse de nombres propios escritos de forma incorrecta. Un amplio muestrario de tales errores figura en el Aparato crítico, que recoge las variantes más importantes entre el texto original de *La Prensa* y el aquí editado. Las Notas Complementarias, proporcionan explicaciones y fundamentos documentales de aquellas notas al pie que los necesitan. El Diccionario de nombres propios, intenta definir brevemente a los personajes citados en las Cartas, tan numerosos que anotarlos a pie de página resultaría molesto para el lector.

Se ha modificado la puntuación, añadiendo o eliminando comas y puntos y a parte, porque la sensación es que el periódico añadía o eliminaba estos últimos en función del espacio reservado para cada artículo en cuestión. También se ha corregido el formato de fechas de redacción que Galdós incluía al inicio de cada Carta, cuando aquel figuraba en el orden anglosajón que siguen en Argentina. Se han modificado las cursivas y comillas, tratando de unificar su uso: las primeras para títulos y términos internacionales o en otros idiomas, y las segundas para citas.

Dolores Troncoso
Universidade de Vigo

CARTAS DE GALDÓS A *LA PRENSA*

Los signos + y * remiten respectivamente a las entradas
del Aparato crítico y a las Notas complementarias.

1883-1884

I
LP, 1/1/1884

SUMARIO: Dos palabras sobre la prensa americana —El príncipe imperial de Alemania —Interpretación cómica de la guerra europea —Francia juzgada por los germanófilos —Alemania pintada por los galómanos —Obsequio al *joven Fritz.*

Madrid, 4 de diciembre de 1883.

Sr. Director:

No debo ocultar que me acobarda la idea de escribir para la prensa americana, a quien ilustran diversas plumas nacionales y extranjeras; y empiezo a cumplir mi compromiso con cierto embarazo, que espero ha de ir menguando conforme adquiera la costumbre de contemplar sin miedo las columnas de esas enormes hojas literarias,[1] tan imponentes por la cantidad de su lectura, tan interesantes por la variada riqueza de sus asuntos políticos y literarios, y aún por el poder comercial que representan sus planas de anuncios, las más grandes, las más ricas que en lengua castellana se conocen,[2] verdaderos mares de letras a los cuales no se puede mirar sin sentir vértigo y admiración.

Y a cada palabra que escribo me acomete el recelo de que estas líneas no hagan papel airoso en diarios de por allá, tan notables por su grandor como por su seriedad, y no puedo menos de recordar que los diarios americanos unen al prestigio de sus dimensiones estos otros caracteres ciertamente envidiables: templanza política, sentido patrio y práctico, calma en las apreciaciones, mayor atención a las ideas que a las personas, repugnancia a las disputas, a las frivolidades y a convertir en materia de chistes las más delicadas materias del Estado y del gobierno. Observamos y admiramos, además en ella, algo que en todo el ser del periódico palpita, y es como síntoma de la complexión vigorosa de un país nuevo, algo que es (digámoslo de un modo vulgar) la fisonomía saludable, el buen color, el buen humor de una nación sana y joven, segura del presente, dueña del porvenir.

Porque América tiene sobre nosotros la ventaja de esa bendita indiferencia de lo pasado, que le permite consagrarse con calma al desarrollo de su vida. Una historia corta, aunque no carezca de principios interesantes, es la mejor garantía de un firme y acelerado progreso. Esto se puede decir con tanta lealtad como envidia, en esta no ya vieja sino viejísima Europa, donde aún se ponen en tela de juicio cuestiones que tienen su raíz en la Edad Media, cuestiones más vetustas y mohosas que las armas con que se ventilan, donde

1 Las hojas de *La Prensa* medían entonces 64 x 54 cm., mientras las de los periódicos españoles medían 60 x 40.

2 El primer ejemplar de *La Prensa* (18 de octubre de 1869), tenía cinco anuncios, diez años después cuatrocientos tres, en la década de los 80, cuando Galdós comienza a publicar en él, cerca de mil seiscientos y su crecimiento siguió imparable: en 1929, llegó a casi ocho mil. El periódico primaba la superficie publicitaria destinándole la portada y páginas sucesivas.

los odios, las pasiones y aún los argumentos políticos tienen abolengo de siglos, y donde no se da un paso sin hollar ruinas y remover huesos, que aún parece que gimen con dolor cuando se les toca.

Siendo la prensa el rostro y el lenguaje de un pueblo, da gozo no ver en la americana este ceño adusto, las siniestras amenazas de la preocupación histórica, nada que se parezca a nuestra displicencia ni a estas ardientes cóleras del viejo mundo; da gozo no oír en ella este regateo constante, estas contiendas de mujeres, esta costumbre de arrojar sobre las personas, ya todo el humo de los incensarios, ya todo el lodo de las calles.

Y hago estas consideraciones para fortalecerme y perder el miedo, poniéndome ante la vista el honor que recibo y la ventaja de la buena compañía al llevar mis escritos a las columnas de esa prensa que por todas sus líneas respira serenidad, fuerza, conciencia pura de su misión y de su valer. Fuera temores, y válganme mis buenos deseos, válgame la simpatía vivísima que siento hacia las naciones de América criadas a los pechos de la fecunda España europea, porque en ellos se remoza y como que se refresca nuestra raza, preparándose a entrar con sangre vigorosa en los siglos futuros.

***

He tenido la suerte de que al inaugurar estas cartas, hayan ocurrido sucesos de tal naturaleza que su significación, por lo encubierta, da lugar a numerosas disputas y comentarios. Me refiero al viaje a España del príncipe imperial de Alemania.[3] Alguien ha dicho que desde Carlos V acá no ha pisado las calles de Madrid un personaje de tal magnitud, [4] como representación del principio monárquico y del poder político. Sea lo que quiera, hay que reconocer que el hecho de esta visita carecería de importancia si no se la dieran, y muy grande, los acontecimientos de Paris en septiembre último,[5] y las varias interpretaciones de la prensa española y extranjera.

El príncipe Federico Guillermo ha venido a pagar una visita, así lo aseguran los que no ven segunda intención en este inesperado viaje. Pero la casa imperial de Hohenzollern ha querido cumplir sus deberes de cortesía con una precipitación que, según dicen, no responde a las prácticas de la etiqueta. El Príncipe estaba tranquilo en Wiesbaden,[6] sin sospechar siquiera la embajada que se le iba a confiar, cuando recibió órdenes de venir inmediatamente a saludar a don Alfonso XII. Estas prisas, la significación altísima del personaje y la particularidad de no atravesar el territorio francés para venir acá, dan carácter

3 Se refiere a Federico Guillermo de Hohenzollern, heredero durante veintisiete años y futuro káiser Federico III durante noventa y nueve días de 1888. Llegó a Madrid el 23 de noviembre y se fue el 7 de diciembre de 1883.

4 De Carlos V del Sacro imperio Romano Germánico y I de España (1500-1558) se cree que fue el más poderoso monarca de su tiempo.

5 Alfonso XII, realizó un viaje por varios países europeos en septiembre de 1883. A su llegada a París, después de haber asistido a maniobras militares en Hamburgo invitado por el gobierno alemán, fue recibido con notables manifestaciones populares de hostilidad.

6 Ciudad balneario del suroeste de Alemania donde solía descansar la familia imperial.

muy marcado, o por lo menos sospechoso, a este cumplimiento internacional, a esta caricia de la más poderosa nación de Europa.

Como en todos los actos de la afortunada vencedora de Francia,[7] cree ver la diplomacia europea alguna manifestación más o menos encubierta del pangermanismo, al pronto se ha atribuido la visita al deseo de hacer entrar a España en la alianza austro-ítalo-germá- nica.[8] Aún no considera Bismarck[9] que Francia está bastante aislada y quiere que haya Pirineos, pero Pirineos más altos que los que quiso abatir Luis XIV, más con la palabra quecon los hechos.[10]

Y como las combinaciones diplomáticas son, por lo misteriosas, las que dan mayor y más fácil incentivo a la imaginación de los políticos, y las que más sirven de comidilla a la gente cavilosa, todo el mundo se echa a discurrir y a formar planes de crueles guerras, mudanzas y repartimientos, dando cortes a este pobre mapa de Europa, que ya parece que mana sangre por las infinitas puntadas, amputaciones y tijeretazos que ha recibido. La manía de *construir la historia futura* es tan general que difícilmente pueden los más discretos librarse de ella. El poderoso talento sintético y la sagacidad que se atribuyen a Bismarck deben de ser ya, a lo que parece, patrimonio de todos los nacidos, porque, ¿cuál de nosotros, por poco versado que esté en historia contemporánea, no se cree bastante fuerte para predecir lo que pasará en Europa el año que viene, las alianzas y coaliciones que se han de hacer, las desuniones y trastornos que ha de sobrevivir y, finalmente, el replanteo de fronteras? Me atrevo a invitar a mis lectores a que se rían conmigo de los profetas de café, recordándoles que los acontecimientos más decisivos de los últimos tiempos: la guerra de 1870, la hegemonía prusiana en la Europa central, la unidad de Italia, la destrucción del poder temporal del papa, la revolución de España, su restauración misma en nuestro país,[11]han venido como de sorpresa, contra los cálculos de los que pasaban por más sagaces.

¿Qué pasará ahora? Hay un malestar inexplicable que es como el pesado bochorno que precede a los terremotos. La conflagración europea está próxima. Preparémonos.

Para saber lo que va a resultar de la guerra que amenaza a Europa, bástanos tener oídos y oír: "El primer cañonazo suena de la parte de Oriente. Las tres naciones aliadas han roto el fuego contra Rusia. El turco se estremece en su rincón de Europa no sabiendo a qué santo o a que santón encomendarse. Cuando aún no ha vuelto de su asombro este desdichado, le gritan `A Constantinopla´, mas no para realizar, dándosela a los rusos, el sueño

7 En la guerra franco-prusiana (1870-1871).

8 Coalición promovida por Bismarck en 1882, conocida como la Triple Alianza e integrada por Alemania, Austria e Italia, para defenderse en caso de ser atacados por Francia o Rusia.

9 En ese momento canciller del káiser Guillermo, había sido promotor de la guerra y victoria contra Francia que dio la hegemonía europea a Alemania.

10 *abatir los Pirineos*: tras haber luchado años contra España, Luis XIV intentó la unión de las dos naciones a través de la implantación de la casa de Borbón en España.

11 La hegemonía prusiana condujo a la unificación de Alemania en 1871. El proceso de unidad de Italia termina en 1861. En septiembre de 1870, tras la toma de Roma por las tropas italianas el papa Pío IX queda completamente desposeído de territorios y se declara prisionero en el Vaticano. En España, la revolución de 1868 llevó al exilio a Isabel II, y la restauración de la monarquía borbónica se produjo en 1874.

dorado y el testamento de Pedro el Grande,[12] sino para añadir un remiendo más al abigarrado imperio danubiano. Como es muy probable que Francia, al ver a sus enemigos tan entretenidos en oriente, les ataque por el Rhin, nosotros los españoles somos encargados de poner en un aprieto a nuestros vecinos, atacándoles por nuestra frontera. Los Pirineos como los Alpes, responderán con ecos de guerra al tumulto de los Balcanes, y mientras allá sucumbe Turquía y Rusia es empujada hacia el Asia, en Occidente resonará el *Finis galliae.*[13] Suponiendo que las cosas pasen tan fácil y sencillamente como se dice en cualquier suelto de periódico, vendrá inmediatamente el reparto del botín. Atención: "Alemania se redondea con la Polonia rusa y además toma del Austria la Bohemia, la Galitzia y todas las provincias tudescas. Compensa estas pérdidas el imperio austro-húngaro con la adquisición de la hermosa Bizancio, codicia eterna de sus vecinos, y aún puede desprenderse del Trentino y del Tirol en favor de Italia. Esta arrebata a Francia su Niza y la Saboya y a nosotros los buenos occidentales que hemos coadyuvado a los planes de la Triple Alianza, nos dan en pago de nuestros servicios, el Rosellón y Portugal". A los autores de estas bonitas combinaciones de ajedrez, se les suele olvidar una pieza importante, y en el caso presente se ha olvidado la acción de la más astuta, la más vigilante, la más atrevida y quizás la más poderosa de las entidades europeas, Inglaterra, que en todas partes se encuentra y a todos los campos puede acudir con sus enormes armamentos por el ancho camino de los mares.

Por los que a nosotros toca, una frase de Martínez de La Rosa, resucitada ahora con mucha oportunidad, expresa admirablemente cual debe ser la conducta de España si son ciertas las sugestiones germánicas para hacerla entrar en la alianza: "Amistad con todos, intimidad con nadie".[14] En esta materia el buen sentido ha prevalecido aquí, cosa muy rara pero evidente y lisonjera. Nuestra posición geográfica en Europa parece que nos marca la neutralidad como condición eterna de nuestra política exterior. Y por grandes que hayan sido nuestros progresos en los últimos años, no hemos adquirido las fuerzas necesarias para tomar parte en estas contiendas; ni nos hacen falta aumentos de territorio, porque en nuestra propia casa lo tenemos de sobra.

Pero si todos estamos conformes en no ofrecer ni un soldado ni una peseta a las furibundas ambiciones y rencores de la Europa central, la visita del príncipe alemán y los sucesos de Paris han producido aquí vehementes escisiones dentro de la esfera platónica de las simpatías por una u otra raza. A la hora presente, todos los españoles somos galómanos ardientes o furiosos germanófilos. Disputamos calurosamente en público y en privado, en la prensa y aún en los círculos estrechos de la amistad y de la familia sobre cuál de las dos razas continentales excede a la otra en riquezas, en nervio, en cultura y en sobre cuál ha dado a la humanidad mayores frutos de civilización en ideas y hombres. Vemos con

12 El *testamento* del zar ruso (1862-1725) animaba a su sucesor a continuar su política expansionista hacia el Mediterráneo, al que pensaba acceder gracias a la debilidad del imperio otomano (*el turco*).

13 Puede referirse a *Rubico erat finis Galliae*, con el sentido de "final", incluso sangriento, recordando lo que sucedió cuando César cruzó aquel río.

14 La frase responde al prudente carácter de su autor, que le valió el sobrenombre de "Rosita la Pastelera", cuando presidió el Consejo de ministros entre enero de 1834 y junio de 1835.

gusto a personas que siempre tuvieron pocas amistades con los libros, acudir ahora a las bibliotecas, revolver páginas, extraer citas, datos y argumentos en historias y enciclopedias.

Nuestro temperamento pesimista y la vieja costumbre de desenvolver en la polémica la táctica ofensiva es causa de que los disputadores, antes que de allegar argumentos favorables a la defensa de lo que estiman mejor, se cuiden de recoger y arrojar toda la ignominia y todo el desdoro posible sobre la parte contraria.

"¿Qué es Francia? -dicen algunos-. El país de la vanidad y del c*hauvinismo*, o sea patriotismo en sí, defectos ambos que lo llevan rápidamente a la decadencia. Su desprecio de todo y su desconocimiento de las fuerzas de sus enemigos, lleváronla a la catástrofe de 1870. Hoy la populachería de la revancha aleja más cada día las probabilidades de recuperar el puesto perdido y gasta sus fuerzas en declamaciones y en bravatas de mal gusto. Es, además, la falseadora de todos los principios, católica sin fe, republicana con hábitos monárquicos, anarquista y militar. Abusando de su papel de propagandista y de mediadora de las ideas, desfigura y corrompe cuanto toca. Ha escarnecido la religión, ha encanallado el poder, ha envilecido el arte. Habiendo matado el ideal por asfixia, ha puesto en su lugar un dios de oro, a quien rinden homenaje todos los vicios. Los vínculos de la familia cristiana han quedado en su territorio reducidos a ridícula fórmula. No hay ya familia: hay solo hombres y mujeres. Las liviandades organizadas en su capital danle aún prestigio mentiroso, que arranca de las debilidades de los innumerables estúpidos y viciosos que hay en el mundo. La higiene y la policía[15] del continente exigen que se desinfecte esa zona de Europa, centro y foco de tantos errores y vicios. Lo peor es que este gran enfermo padece, además, una locuacidad calamitosa y una insolencia incurable. Pudriéndose, no cesa de amenazar, y muriéndose, perdona la vida de todos los que la rodean. Su riqueza no es un síntoma de la vida; es, por el contrario, la calentura que le abrasa".

***

Veamos ahora la contraria. "¿Qué es Alemania? País de usurpación, formado de naciones que agrupó el látigo y ató el miedo: raza tosca, brutal, mal alimentada, cuyo ideal de preponderancia europea es un delirio estúpido, que se desvanecería si renunciara al uso inmoderado de la cerveza. Tiene por cabeza a una especie de tamerlán,[16] emperador, rey, papa luterano, que afianza su trono en la ceguedad de su pueblo y que se rodea de una pompa militar y palatina más propiamente asiática que europea. Gobierna en su nombre un aborrecido parásito, mezcla de altanería, crueldad y cinismo. Posee las cualidades del diplomático y del polizonte, y es maestro en el alto espionaje, en la mentira, la doblez y la venalidad. Para ahogar la conciencia pública, han hecho de todo el país un cuartel y de todos los alemanes soldados, dominando así por el embrutecimiento y la disciplina militar. Solo es permitida una libertad inocente, la filosofía, que, al sentir de muchos, contribuye al adormecimiento nacional y al servilismo de la raza. Llenan las universidades manadas

15 *policía*: en su sentido más amplio de 'buen orden y gobierno'.

16 *tamerlán*: 'emperador mongol'.

de filósofos, casta insufrible, enemiga de la discreción, del sentido común y de todo concepto claro. Durante un siglo la humanidad, ofuscada por la jerga alemana, ha tenido la flaqueza de tomar en serio esos indigestos santones de raciocinio enfermizo, nacidos de cerebros donde las ideas parecen tomar forma de oscurísimas y polvorosas telarañas. La filosofía germánica es la enfermedad encefálica de una raza; pero el mundo, que de ella se contaminó, ha comprendido al fin su ninguna sustancia, y encierra en un manicomio a los que aún existen por acá dañados de esa ciencia funesta e incurable. El imperio alemán, con su ejército insostenible de soldados y filósofos, se empobrece más cada día y al fin se liquidará de un modo desastroso. El cáncer del socialismo que le corroe las entrañas se encargará de esto y de la dispersión de los pueblos que componen aquella nacionalidad artificial y heterogénea. De esta raza han nacido como de todas, artistas y poetas; pero la gracia es desconocida en todas las obras de sus ingenios, así como, en otro orden faltan la delicadeza y suavidad de costumbres. Su tan ponderada Walhalla[17] es la región del fastidio, porque la mayor parte de sus dioses no hacen más que bostezar allí, pidiendo al numen superior que les devuelva a la oscuridad de donde nunca debieron salir".

***

Al hacerme cargo de opiniones tan singulares, las someto sin añadir nada al discreto juicio de mis lectores.

En medio de esta balumba de disputas y juicios tan diversos, importa declarar que hemos recibido al príncipe Federico Guillermo en las calles de Madrid con cordialidad que no ha tardado en ser verdadera simpatía. No puede desconocerse que la forma ejerce mucha mayor influencia que la idea sobre las muchedumbres. La hermosa figura marcial de este señor prusiano, el lujo de su uniforme, su gallardía, aquella expresión de firmeza combinada con la afabilidad, aquel rigor que disimula los cincuenta y dos años de su alteza, presentándolo como un hombre de treinta y cinco, el prestigio militar que le rodea, la fama de sus victorias, lo que se cuenta de la sencillez de su vida privada, las anécdotas que se refieren de sus fabulosas campañas han hecho viva impresión en el pueblo más novelero del mundo, que es sin disputa el de Madrid. Ni la más ligera manifestación de desagrado turbó la tranquilidad de estos días en que el príncipe se ha mostrado en público con la familia real.

El día de la revista militar fue de lucidísima fiesta por la esplendidez del sol, por la afluencia de gente en las calles, por el ruido y alegre tumulto de la pompa musical. Nada seduce tanto al pueblo español como esas exhibiciones de nuestros soldados, cuya exterioridad es motivo de orgullo y aun de entusiasmo en la muchedumbre. No sé si en otras partes se dará el caso de que el estrépito de músicas y cornetas, al desfilar un regimiento, sea ahogado por los aplausos de los espectadores y que el murmullo del público sea tal que no se sienta el rodar de la artillería. Aquí es esto muy común, y cualquier falta cometida en el desfile da motivo a comentarios mil y a censuras acerbas. Somos muy militares,

17 *Walhalla*: 'Fortaleza que en la mitología germánica albergaba a los guerreros muertos en la batalla'.

demasiado militares quizás, y en esta cuestión concreta de ejército atendemos más a la forma que al fondo de las cosas. Quiera Dios, o nuestro patrón Santiago en su nombre, darnos un buen ministro de la guerra, que organice nuestra milicia a la moderna, poniéndola en disposición de lucir tanto en el campo como en las calles. Y si por hoy nuestras dificultades interiores, que no son pocas, nos aconsejan la neutralidad, los horizontes políticos de Europa se presentan muy tenebrosos, y pudiera suceder que, contra la voluntad de muchos, nos viéramos envueltos en el torbellino antes de poder evitarlo.

***

De nuestro huésped dice en español el célebre escritor alemán, doctor Fastenrath: "Federico Guillermo heredó la indestructible alegría de sus antepasados, las ocurrencias felices de Federico Guillermo I, la vena satírica de Federico el Grande y de Federico Guillermo IV; a su padre el emperador Guillermo le debe la rectitud alemana, la discreción, el valor y la caballerosidad de los Hohenzollern; en fin todas aquellas dotes que caracterizan a la Prusia vieja, y a su madre, la emperatriz Augusta, princesa de Sajonia Weimar, la delicadeza de sentimientos y una contemplación universal".[18]

En honor del *joven Fritz*, como le llaman en Alemania, se han dado aquí diferentes banquetes y saraos, en Palacio y en el Ayuntamiento espléndidas recepciones, cacerías en el Pardo y la Casa de Campo, corrida de toros, funciones en los teatros. Ha asistido a dos inauguraciones, la del nuevo local de la Academia de Jurisprudencia, y la del hermoso grupo de bronce de Isabel la Católica, erigido recientemente.[19] Y la citada Academia, institución humilde donde los jóvenes jurisconsultos y estudiantes de derecho se reúnen para adiestrarse en las lides del foro, nombró al futuro emperador de Alemania su socio honorario, concesión que según dicen, ha agradecido mucho el favorecido. No parecerá esto muy fuera de lugar a los que sepan que su alteza imperial cursó la facultad de derecho en la Universidad de Bonn, y que tiene particular afición a los estudios morales, políticos y sociológicos. Es ciertamente extraño que el más elevado representante de la autoridad en Europa, el que parece humano emblema de los potentes ejércitos modernos, el que simboliza los más ruidosos triunfos de la espada, haya recibido de una comisión de estudiantes la medalla y el título de esta corporación modesta cuyo nombre no se ha pronunciado nunca fuera de aquí; que se haya puesto la medalla, demostrando no solo indulgencia y galantería sino verdadero gozo, que al contestar al presidente de la Academia se haya manifestado orgulloso de la distinción recibida, diciendo que *muchos se la envidiarían en su país.* No faltarán quizás maliciosos que interpreten esto como inspiración de aquella vena satírica de que habla el doctor Fastenrath pero tenemos idea muy alta de la gravedad y honradez

18 Probablemente el texto citado por Galdós pertenezca a *La Walhalla y las glorias de Alemania*, publicada en Madrid entre 1874 y 1879 por Johannes Fastenrath, célebre jurista, escritor, e hispanista alemán.+

19 Galdós comenta este monumento en la Carta 3. Como se indica en la Introducción, la editora escribirá "Carta" aunque don Benito utilice la minúscula al referirse a estos artículos, para diferenciarlos de la correspondencia privada que se cite.

de estos señores Hohenzollern para ver en sus palabras otra cosa que una sinceridad caballeresca.

De todas maneras es maravilloso ver cómo se han humanizado los dioses, Este hombre que pasea entre nosotros, que trata con exquisita cortesía y hasta con familiaridad a cuantos se le acercan, se ceñirá mañana, por ley de la naturaleza, la corona de hierro. En su mano estarán los ejércitos más grandes y poderosos del mundo, y podrá con la sonrisa de sus labios o el ceño de su frente anunciar a sus cortesanos la paz o la guerra. Pendientesde su dictamen estarán pavorosas cuestiones, y le bastará desearlo para que sea lanzada la Europa toda a grandes alteraciones y catástrofes.

Deseemos, pues, que Dios conserve en su ánimo las aficiones de académico, de jurista y de alumno de la Facultad de Bonn. Deseemos que no se acuerde más de los sangrientos laureles de Chlum, de Woerth y de Wissemburgo.[20]

B. PÉREZ GALDÓS

2
LP, 17/1/1884

SUMARIO: Una ojeada a la política —Divisiones del partido liberal —Época de confusión —Nuestros oradores —Lo que debiera hacer el apóstol Santiago.

Madrid, 20 de diciembre de 1883.

Señor Director:

Me había propuesto no escribir de política y en caso de hacerlo, preferir en ella el aspecto cómico, que es entre nosotros, para quien lo sepa ver, más rico, característico e interesante que otro alguno. Pero no podré contravenir quizás la ley de la opinión que ahora nos hace volver los ojos a la cosa pública, dándonos a todos parte en las inquietudes y en el ardor de las disputas. Ni podré tampoco prescindir de la seriedad que a todos nos impone lo grave de los sucesos, pues aunque nuestra política me parezca casi siempre, y hoy más que nunca, una mala comedia representada por regulares cómicos, no estará bien que así lo manifieste. Si mucho merece la verdad, bastante merece el bien parecer y la consideración de los extraños.

Cuantos tengan en sus venas sangre española comprenderán fácilmente que desde el momento en que el partido liberal ha sido llamado al gobierno del país,[1] ha surgido un mal grande, orgánico, constitucional. No es la anarquía, no es la confusión, no es la ineptitud, porque el partido liberal cuenta por centenares los hombre eminentes, jóvenes y viejos, hombres de carácter, de conocimientos, de hermosa y deslumbrante palabra, poseídos los

20 Chlum formó parte de la batalla de Sadowa (1866) en la guerra austro-prusiana; las otras dos fueron batallas de la guerra franco-prusiana. En las tres participó Federico Guillermo. +

1 En febrero de 1881.

unos de astucia, los otros de valor, hombres, en fin, que aunando sus distintas aptitudes, podrían dar a su patria progresos admirables, glorias y grandezas sin término. El mal de que hablo es de conducta más que de inteligencia, es vicio añejo y hereditario, es el que trajo las catástrofes de 1823, del 53, del 56 y del 72; es la división.[2]

No hay en nuestra historia, ni aun en las contiendas de ideales contrapuestos, nada que se iguale al furor con que riñen y se destrozan estos señores que han conspirado juntos por la libertad; que han sabido ganarla en un común esfuerzo, que unidos gobernaron en una misma situación y que parecen destinados por la uniformidad o semejanza de sus principios a perenne concordia. Y no obstante, se pelean cual mujeres celosas, y sus querellas dejan muy atrás las de los bandos más exaltados. El fenómeno es tan viejo y se ha repetido tanto, que al leer la historia parécenos ver lo que ahora pasa y lo que hoy ocurre semeja lección aprendida en los libros para recitarla de memoria sin provecho de la inteligencia.

Los progresos naturales de nuestro país son grandes. Todo ha cambiado, el suelo y las ciudades, el carácter, las costumbres; han desaparecido hasta las ventas y los molinos de viento de don Quijote. Una sola cosa no varía nunca, y es esta desavenencia quisquillosa de los liberales cuando no están en la oposición. Solo en este punto los tiempos aparecen inmutables haciendo burla del progreso humano; y la Historia parece un libro de juego. Hasta los niños se glorían de obtener de la experiencia, rápidas y saludables enseñanzas, mas estos niños grandes no aprenden jamás. Al pensar en esto, vienen a la memoria las continuas reyertas con qué se debilitaban los estados cristianos de la península en la Edad Media. Las guerras entra Castilla y León, Aragón *y* Castilla, en presencia de los moros intrusos, atrasaron la Reconquista tres o cuatro siglos. Así los moros de hoy, en presencia de estas discordias de familia, se están tan tranquilos, echando profundas raíces, sin temor de que una mano vigorosa los descuaje. Entiendo por moros todo lo que se opone al progreso pacífico, que es el único seguro, a la plenitud de la nacionalidad española.

La historia de estos desastres es tan sencilla que casi se cuenta *por* sí misma. Sube el partido liberal al poder; desarrolla su política lo mejor que puede; al poco tiempo, una fracción del mismo se indisciplina y se *pronuncia.* Únense a ella los demócratas, desplegando la táctica de aproximarse a la monarquía; empujan los enemigos de esta, ansiosos de que las cosas se embrollen; lentamente prospera la fracción disidente, y para su programa elige lo primero que se le viene a mano, la reforma constitucional. Acábase al instante la paz. Comienza en la prensa el *tole tole* de un período constituyente. Cualquier extraño creería que nos hallamos en los albores de la civilización y que no poseemos el archivo de constituciones más variado y precioso que en el mundo existe.[3] Sobre la peor de las que tenemos podríamos fundar el derecho público y administrativo más perfecto y más

2 En 1823 las disensiones entre *doceañistas* o moderados y *veinteañistas* o exaltados acaban con el Trienio liberal de Fernando VII; en 1853 Sartorius, después de intentar atraerlos a su gobierno, destierra a varios generales progresistas; en 1856 O`Donnell acaba con el Bienio Progresista de su coaligado Espartero; en 1872, las divergencias de los partidos progresistas en el gobierno obligan al rey constitucional Amadeo I a abandonar España.

3 Cuando Galdós escribe esta Carta, se han aprobado en España cinco constituciones: 1812, 1837, 1845, 1869 y 1876, además del Estatuto de Bayona, (1809), el Estatuto Real (1834) y la *non nata* de 1873.

práctico que en lo humano cabe… Pero no; es preciso hacer una constitución nueva. ¿Que se diría de un partido que no tuviera la suya, del mismo modo que cada individuo tiene su sombrero?

El consabido grupo, cada día más pujante, quiere a toda costa su constitución, y unos de buena fe, otros con intención dudosa, se lanzan a una propaganda ardiente, con toques de arrebato y un lenguaje incendiario favorecido por la libertad de imprenta. Parece que se trata de dar una batalla al absolutismo y de poner la primera piedra de la libertad de los pueblos. Estas vehemencias son como las que se usaban cuando por vez primera se derribaron los antiguos ídolos; son como aquel grito de guerra y angustia de nuestros padres oprimidos, en tiempos en que la libertad era solo una esperanza, y su triunfo un delito fraguado en el misterio de las sociedades secretas.[4] ¿Qué espíritu imparcial no ha de ver con asombro y pena el encono de las polémicas de hoy? Gozamos de tanta libertad como el Estado más libre de Europa, sin excluir la república francesa. ¿Qué ventajas reales nos trae, pues, la existencia de un nuevo partido? Añadir una palabra al código fundamental y establecer en él un principio, cuyo valor práctico depende, como la experiencia enseña, de la interpretación que se le dé y de las condiciones en que su aplicación se haga. Para decidir si *sufragio universal* es lo mismo que *universalidad del sufragio* se han celebrado conferencias y reuniones, que bastarían a esclarecer los puntos más oscuros de la sociología, y se han pronunciado centenares de discursos y se han escrito miles de artículos. Estamos, pues, en plena teología política, precursora siempre de la confusión de las ideas.

Entre tanto, no tenemos marina, nuestro ejército necesita una organización tan sencilla como fuerte; la administración reclama prontas reformas; nuestras ordenanzas de aduanas parecen obra genuina de los tiempos inquisitoriales: el comercio protesta a gritos contra los estorbos que le embarazan; la instrucción pública pide nuevos moldes, y la hacienda, llevada por la constancia y el orden a un estado de relativa prosperidad, necesita reposo para consolidarse.

Pero la fracción o nuevo partido, que ha tomado el nombre de *Izquierda*[5] no quiere poner exclusivamente en su bandera una promesa de sabias reformas. Necesitaba algo candente y llamativo que hablase más a las pasiones que al entendimiento. Las reformas de aplicación, todos las aceptan, todos las proclaman, todos aseguran que las van a realizar. Ninguna fracción, disgregada de la masa de un partido, incurrirá en la candidez de decir: "Me separo en nombre de los intereses materiales abandonados, de la instrucción pública entregada a la rutina, de la hacienda perturbada por falta de estabilidad." No; el ensanche de prosélitos, la atracción de descontentos no tendrían éxito si no se incluyeran en el pregón, con más o menos malicia, algunas ideas de las que vivamente conmueven a la muchedumbre.

4 *sociedades secretas* 'logias masónicas que conspiraban contra el primer periodo absolutista del reinado de Fernando VII (1814-1820)'. Galdós había descrito estas sociedades durante el periodo posterior en el episodio *El grande Oriente* (1876).

5 En este momento preside el gobierno Posada Herrera de Izquierda Dinástica, escisión del partido liberal que había desbancado en octubre a Sagasta, cuando este gobernaba por primera vez en la Restauración.

La cuestión se reduce ahora a saber cuál de las dos tendencias prevalecerá, absorbiendo y anulando a la otra. La izquierda está en el gobierno: los fieles del desecho partido dominan en las Cámaras. El discurso de la Corona ha sido una transacción laboriosa lenta y premiosamente fabricada, pesando y graduando cada concepto. Pronto empezará la batalla con tiroteo de palabras, metralla de alusiones, y el humo de una retórica inútil envolverá a los combatientes durante muchos días, cegándolos. No verán nada más que su vanidad de oradores o su preponderancia personal. Para votar el mensaje[6] se hablará tanto y tanto que no cabrá en abultados volúmenes todo lo que se diga, y al cabo de esta campaña parlamentaria, sabremos si la mayoría se deja arrastrar por el gobierno o si éste sufre una derrota, en cuyo caso quedaría planteado el problema de la disolución, el cual entraña tanto interés y es tan grave que no conviene juzgarlo hasta que aparezca próximo e imprescindible y se vean bien las circunstancias en que ha de producirse.

Hombres de patriotismo y buena fe han hecho esfuerzos en uno y otro lado, para establecer una armonía duradera. Para esto sería preciso dar al olvido los errores del anterior gobierno y el pecado original de la izquierda; sería preciso que todos perdonaran algo, los vencedores, las faltas de Sagasta, y los vencidos el anómalo nacimiento de la fracción imperante.

Esta, envanecida con la buena acogida que han tenido sus reformas militares y los tratados de comercio, no va muy lejos en el camino de la concordia. Los otros, ensoberbecidos con la fuerza numérica que tienen en la Cámara, transigen poco y de mala gana. La virtud del perdón es muy difícil en política, sobre todo tratándose de estos temperamentos hechos a la rivalidad y a las ásperas emulaciones del amor propio.

Los que han visto de cerca la gestación de la Izquierda y su nacimiento aseguran, sin temor a ser tachados de escépticos, que todo este tumulto no ha obedecido a ninguna razón de principios ni al rigor de las ideas. Basta haber vivido algún tiempo entre los políticos de este país para hallar en esta versión, si no la verdad misma, algo que se le parece mucho. Pocas son las personas que pueden vanagloriarse de vivir en contacto con nuestros políticos sin participar de sus pasiones; pero estas personas, raras como el buen sentido, no se morderán la lengua para afirmar que el motivo de la división del partido liberal ha sido el problema de la jefatura, porque nada es tan difícil en el organismo de nuestras agrupaciones políticas como hacerlas *mesocéfalas.* Recordando otra vez las fechas aciagas que antes cité, resulta que todos los desastres del partido liberal en España han venido por las divisiones, y las divisiones por la imposibilidad de que un partido tenga dos o tres o cuatro cabezas. Esto de que mande uno solo no está en nuestro modo de ser. El estado de rebeldía es constante en los organismos políticos, y los que se creen con derecho a imponer su voluntad, gastan en sostener la disciplina toda la fuerza, todo el talento, todo el tiempo que debieran consagrar al gobierno propiamente dicho. La alta capacidad y, la energía de un hombre, han hecho, no obstante, en el partido conservador un milagrode consistencia, que hasta ahora es quizás el mejor ejemplo que las costumbres políticas

6 *mensaje* o 'discurso de la Corona' que, debía pronunciar el rey al abrir cada legislatura.*

pueden ofrecer aquí;[7] pero en el partido liberal no ha existido quien quiera o quien sepa obtener un resultado semejante.

Siendo muchos, y no flojos, los errores del gobierno del señor Sagasta, y siendo al mismo tiempo muy dudosa la razón de ser de la Izquierda, las circunstancias especialísimas de la política y de la Corona imponen la continuación de los liberales en el poder.

Los inconvenientes que trae consigo esta deplorable escisión son menores que los que resultarían de la vuelta prematura de los conservadores. No hay más sanción que procurar la reconciliación de estos mal avenidos hermanos, y si la paz perpetua es imposible ente ellos, que disimulen como puedan sus enconos para que la ruptura total sea lo más tarde posible. Decidido el rey a gobernar con las ideas que estuvieron proscritas en el anterior reinado;[8] deseando llamar a sus consejos a hombres de opiniones avanzadas; los verda- deros *obstáculos tradicionales*[9] están hoy en la indisciplina de la familia liberal y en las ambiciones de sus díscolos individuos.

Sin querer me he extendido más de lo conveniente en este asunto que es para mí antipático, y quizás lo sea para mis lectores; mas no he querido ahondar en él, buscando particularidades que no serían entendidas por quien se halla felizmente lejos del teatro de estos sucesos y he procurado buscar un punto de vista general, con apreciaciones que podrían ser tal vez aplicadas a otros países, mayormente si estos son de los que, al través de los tiempos, aún participan de nuestras cualidades buenas así como del vicio humoral de nuestros históricos. Los caracteres especiales de cada raza reciben poderoso influjo del clima antes que de las instituciones, y del tiempo antes que del clima y el suelo. Sólo el tiempo, *ese amigo que consuela,* según Voltaire, es el verdadero aliviador de los males de raza, y el médico lento pero seguro de las naciones.

***

Quiero hablar de otra cosa; pero una fuerza superior a mi deseo me obliga a hablar de lo mismo.

La próxima discusión del mensaje será tan inútil como brillante, porque las pasiones arden y todo está preparado para que nuestros oradores celebren del modo más pomposo su torneo oratorio. Será una fiesta de colores, de ruido, de pólvora, de embriaguez. Allí derrocharán todos a manos llenas, o a boca llena, el ingenio, la erudición, el donaire, la malicia.

Brillarán el acero puro y el dardo envenenado. Armas saldrán de todas clases en el campo inmenso de la palabra. Se dirá todo lo que debe y puede decirse y aún mucho más. Entre ideas felices saldrán a relucir las mismas acusaciones de siempre, y la lista, ya tan vieja, de los errores que todos han cometido, cosa que el país sabe demasiado para que guste de oírla repetir tanto.

7 Se refiere a Antonio Cánovas del Castillo.

8 Entiéndase "reinado Borbón", es decir, el de Isabel II.

9 Así se conocían, durante el reinado de Isabel II, los poderes de la Iglesia y el Trono.

No sé hasta qué punto será el legítimo orgullo que nuestra nación tiene en ser madre de tantos y tan lúcidos oradores; ni ella misma sabrá decir el fruto que saca de estos hijos tan despabilados para hablar y tan torpes en la acción severa y práctica del gobierno. El nombre de *parlamentarias que* llevan las instituciones vigentes en todo el mundo civilizado, no quiere decir que las naciones se gobiernen con palabras. Las habladurías interminables, aun siendo bellas, si por una parte esclarecen las ideas, por otra embarazan el arte de aplicarlas, que siempre es discreto y dócil. O no hay fe en el progreso, o es evidente que la generación próxima aparecerá algo curada de esta enfermedad de los discursos, porque la heredará bastante debilitada. Hoy, sin embargo, no hay esperanza de remedio, porque la ola oratoria sube y todo lo ahoga. Y no hay solo discursistas en la política; no salen estos solamente de la inquieta falange de los abogados; también los médicos peroran y saben decorar su ávida ciencia con pedrerías retóricas; los farmacéuticos celebran congresos en los que se habla más que en el concilio de Trento; los maestros de escuela charlan también, y los veterinarios se explayan con largas conferencias esmaltadas de bonitas imágenes. Los niños de los institutos se ejercitan en la oratoria, cuando todavía no han aprendido a sonarse; los obreros tienen su remedo de Parlamento; el último de los gremios discute con estruendo sus estatutos; las distintas corporaciones administran con enmiendas y votos particulares los bienes del común; todos hablan por los codos, todos ceden a la fascinación de ese Congreso, que parece ser el único ejemplo educativo de nuestro genio nacional.

Como los espartanos se criaban para la guerra y el inglés de hoy se educa para la náutica, los españoles maman la oratoria en los pechos fecundos de su lengua nativa. Pronto el mal será tan grande que la torre de Babel parecerá un lugar de silencio comparado con nuestra España, y entonces, sólo estarán callados los mudos, aunque, si no hallan modos de romper a hablar, que todo es posible en este mundo, aprenderán a recriminarse… por señas.

Si fuera posible a las naciones cambiar lo que les sobra por algo de que carecen, ¡qué bonito negocio podría hacer España trocando algunos oradores por un poco de flema inglesa, o de paciencia alemana, o de laboriosidad flamenca! Aquí vendría bien invocar a nuestro santo patrono el buen Santiago, que, según la leyenda, nos consiguió del Eterno Padre, todo lo que una nación podría apetecer: suelo feraz, claro y limpio cielo, ríos, frutos, minas, ingenio y valor para los hombres, belleza y gracia para las mujeres. No dice la leyenda si a tan valiosos regalos fue unido el de los oradores, o si estos nacieron más tarde del mismo suelo rico, del cielo azul, y del ingenio y fecundidad de la raza…

Pero sea lo que quiera, ello es que nuestro insigne abogado no pudo alcanzar para nosotros el beneficio de un buen gobierno. Probablemente el apóstol habrá reconocido que para lograr lo que más falta nos hace, nos sobran palabras; y es de presumir que, si se le pide con devoción el cambio antedicho, pueda conseguir de Dios que nos lo conceda bondadoso. Creo que si esta petición se sometiera a un plebiscito, no habría duda, pues la mayoría de la nación habla poco, a pesar de lo que más arriba he dicho. La opinión general, ante el anegamiento del país en un diluvio de frases, se mostrará dispuesta a votar

la proposición de trueque, y bajo los auspicios del apóstol santo y guerrero, pediría que se nos cambien todos los oradores sobrantes por algo que nos haga mucha falta, *verbi gratia*, por una escuadra.

B. PÉREZ GALDÓS

3
LP, 31/1/1884

SUMARIO: La antigua prisión de Madrid, llamada *El Saladero* —La Cárcel Modelo —Madrid moderno y su municipio —Monumentos —El grupo de Isabel la Católica —La escultura en estos tiempos —Manuel Oms.

Madrid, 4 de enero de 1884.

Señor Director:

Hoy hablaré de dos cárceles y un monumento.

Entre las mejoras que Madrid ha visto realizadas en el actual reinado, ninguna es tan importante como la sustitución del antiguo *Saladero* por la gran prisión celular inaugurada hace pocos días. La horripilante fama del *Saladero* habrá llegado quizás a remotos países, y no será inoportuno hablar de este infame edificio. Pronto desaparecerá para siempre; cuando esto se lea será tal vez un montón de escombros, y como ese gran baldón estará borrado se podrá soportar fácilmente la vergüenza de nombrarlo.

Fue construido ese edificio a fines del siglo pasado por uno de los grandes arquitectos de Carlos III para saladero de cerdos;[1] poco después se estableció en él *provisionalmente*un presidio, y en 1822, también de modo *provisional,* la cárcel de hombres. Los esfuerzosde la Administración para fundar aquí una prisión segura y decorosa, fueron infructuosos durante medio siglo, y la morada de aquellos desgraciados, como todo lo que en España recibe el nombre de *provisional,* llevaba trazas de ser eterna. Situado este caserón al norte de Madrid, en los límites de la antigua capital, contuvo durante muchos años el ensanchey difusión del caserío, y aun después como odiosa verruga, afeando una de las más her- mosas zonas de la villa.

Es una construcción que no responde al objeto a que ha estado destinada durante más de cincuenta años, sino se considera el hecho penal como salazón y pudridero de carnes vivas. Compónese de inmundos patios, de horribles calabozos y crujías hediondas.[2] Parece lugar de martirio más que de corrección y seguridad, y allí para las conciencias dispuestas al arrepentimiento bien podía decirse que la expiación superaba al delito. La misma Inquisición, no siendo de seguro más noble, había de ser más decorosa. Allí el detenido por faltas se albergaba junto con el criminal cargado de delitos, y el condenado a muerte se pudría en mazmorras subterráneas. Creeríase que la arquitectura más ruin se había confa-

1 El arquitecto fue Ventura Rodríguez en 1768.

2 *crujías*: 'pasillos'.

bulado con la torturante rutina de nuestro procedimiento penal para crear un remedo del infierno y abolir la esperanza.

Por allí han pasado los reos políticos de todas las épocas, y las víctimas de todas nuestras revoluciones. La promiscuidad en que vivían presos y detenidos hizo del *Saladero* una como *universidad del crimen* con cátedras de picardías, con estudios tan ingeniosos como infames de los distintos modos de atacar a la propiedad y al honor de los ciudadanos. La imperfección del edificio traía necesariamente la imperfectísima organización adminis- trativa y penitenciaria, y si se pudiera escribir la historia íntima de este aborrecido local tendrían explicación las misteriosas inmoralidades que nunca han podido ser aclaradas y que comprenden desde lo más alto a lo más bajo de la justicia humana.

Había un departamento, llamado *el patio de los niños,* que era albergue de los niños delincuentes y de los que no tienen más falta que el abandono en que viven. Confundidos allí los criminales feroces con criaturas inocentes, el célebre *patio,* que no era patio sino un desabrigado boardillón,[3] resultaba colegio de ladrones e instituto de perversidad.

En los patios grandes se han fraguado esas perversas maquinaciones que parecen más propias de la novela que de la realidad, y que no tendrían nombre si el mismo *saladero* no hubiera creado, para designarlas, un vocabulario especial. Las riñas a navaja se llamaban *broncas* y las heridas *rasguños.* Los registros se denominaban *cacheos.* Allí nacieron las palabras *timo* y *timadores,* que se aplican a los robos, hechos con tal arte que la víctima no pueda justificar nada ante la justicia, y también los famosos *entierros,* que son la peor invención del género, fingiendo tesoros escondidos y documentos sepultados. Con este ardid se ha explotado desde allí la inverosímil credulidad de muchas personas. La organización diabólica de las compañías de *entierros,* que funcionaban libremente en aquellos patios han hecho numerosas víctimas en Madrid, en España y aun en el extranjero.

En las paredes de los calabozos se han encontrado, trazadas con lápiz, con un clavo o con la uña, inscripciones de ira y angustia, blasfemias horribles. Se podría formar curioso álbum de maldiciones, que contendría lo más bajo y grosero que la mente humana puede concebir, junto a pensamientos en que no faltan la serenidad y la elevación. Muchos se han expresado en versos patibularios, otros en estrofas inspiradas. Los más han escrito su nombre y expresiones de amor salvaje. Pero las imprecaciones contra la curia es lo que más abunda.

Felizmente la vida del *Saladero* concluye en estos días. Aquel baldón quedará pronto reducido a polvo, y donde han estado sus cimientos saldrá una plaza. La cárcel nueva se ha hecho tarde, pero se ha hecho bien con arreglo a lo más nuevo y a lo más práctico de la arquitectura penitenciaria. Cuanto la experiencia enseñó en otros países, ha sido estudiado concienzudamente, y los defectos acusados por el tiempo en establecimientos análogos se han corregido aquí. Presenta este noble edificio el grado más alto de perfección a que han llegado las construcciones penales, y sus defectos dependen del criterio que prevalezca mañana en un orden de ideas que aspira a mejorar y mejorar cada día.

3 *boardillón*: 'buhardilla, desván grande'.

Es un edificio colosal, de estructura radiada, compuesto de cinco grandes naves trapezoidales que contienen mil cuarenta celdas. Su forma panoscópica permite vigilar todas las celdas desde la gran rotonda central. Tiene además talleres, grandes patios para esparcimiento de los detenidos, anexos para los distintos servicios, enfermería. Toda la construcción acusa, en su bien compartido conjunto, la higiene, la solidez, la economía, la seguridad. Por no faltar nada, también existe allí el lúgubre departamento destinado a la aplicación de la última pena. El interior de las celdas ofrece a los presos toda la comodidad compatible con su infeliz estado. El aislamiento es completo, la fuga imposible: el éxito del edificio, como implantación de un nuevo sistema, depende ahora de la conducta del personal de cárceles, y no debemos esperar que ciertas rutinas desaparezcan en dos días.

Cuarenta millones de ladrillos se han empleado en la construcción de la Cárcel Modelo. ¿Cuántos días pasarán antes de que la administración penitenciaria sea una realidad, como lo es este instrumento de progreso que la ciencia y el arte han puesto en sus manos?

La mole inmensa de este edificio, contemplada desde las alturas de Vallehermoso, es de lo más imponente que se puede ver, y despierta en el espectador sentimiento de compasión. Es como la imagen de la vindicta pública,[4] representada en la plasticidad sintética de la masa arquitectónica. No infunde espanto, sino un sobrecogimiento de respeto hacia la severa majestad de las leyes. Y así como ante los monumentos religiosos se eleva el espíritu a la contemplación de cosas extraterrenales, aquí, viendo esta catedral del código, parece que los ingentes muros nos expresan en forma material uno de los más hermosos ideales del espíritu dentro de lo humano.

***

Madrid es una población que se está transformando rápidamente. Ya, hacia 1860, rompió aquella corteza villanesca que la envolvía, se dotó de abundantes aguas, de sus plazoletas pedregosas hizo jardines, destruyó las antiguas tapias para emprender edificaciones en grande escala, y desde entonces sus progresos han sido mayores en cada década.

Ninguna otra población ha pasado en menos tiempo de la categoría de villorrio grande a capital populosa y bella. Las demoliciones de 1868 diéronle ancho campo de reformas, y en aquella época obtuvo el Retiro, que de la Casa Real pasó a ser propiedad de la villa. La secularización del gran edificio de las Salesas,[5] el viaducto de la calle de Segovia, la plaza de la Independencia datan del mismo período, con otras muchas obras y mudanzas de grandísimo provecho para el vecindario. Donde había cuarteles viejos y destartalados conventos, se elevan hoy espléndidos caseríos. El genio emprendedor de Salamanca levantó en desiertos eriales el barrio que lleva su nombre, más que barrio población nueva.[6]

4 *vindicta pública*: 'satisfacción de los delitos para ejemplo del público'.

5 Desde 1870 el convento de la Visitación de Nuestra Señora, o de las Salesas Reales (1759), se destinó a Palacio de Justicia, aunque la iglesia como tal sigue aún hoy abierta al público.

6 José Salamanca inicia la construcción del barrio en tiempos de Isabel II; ya con Alfonso XII se convertirá en el barrio residencial de las clases altas.*

Desde entonces las construcciones han ido tan en aumento que la superficie de la villa se ha triplicado, y la población, que en 1860 era de doscientos noventa mil habitantes, pasa hoy de quinientos mil.

Es lástima que este colosal crecimiento no se haya sujetado a un buen plan de urbanización. En la traza de los hermosos arrabales que hemos visto alzarse del suelo, como por encanto, existe bastante desorden. Faltan casi en absoluto las grandes y espaciosas líneas que deben unir el centro viejo con las extremidades nuevas, y los servicios municipales, rutinariamente organizados, no se acomodan a la actual grandeza de esta capital. Porque ya se ha hecho autoridad de cosa juzgada que tenemos el peor Ayuntamiento del mundo. Se podría ofrecer sin miedo un bonito premio al que probase que existe en cualquier escondrijo del orbe una corporación municipal más desordenada, más infecunda que la nuestra. Pero no, no lo probaría, ni hay quien, en semejante certamen, nos dispute esta tristísima preeminencia. Podemos ofrecer a las naciones el modelo perfectísimo de la edilidad negativa, es decir, de un grupo de señores más o menos apreciables que se ocupan de encarecer las subsistencias, de embarazar la iniciativa industrial, de afear a Madrid, de hacer, en suma, todo lo contrario de lo que reclama el vecindario. Su hacienda es el prototipo del desquiciamiento y la normalidad de los apuros. Es una quiebra organizada y la fuente de todos los escándalos. Sus obras, cuando las hace, cuestan sumas fabulosas, y sus reformas obedecen siempre al interés privado. Sus cuentas harían desesperar al matemático más listo, porque no hay quien las entienda, y el régimen de abastos es una organización tenebrosa en beneficio de oscuras comanditas. La culpa de esto la tiene el pueblo de Madrid, que en la renovación de cargos concejiles manifiesta una flojedad y apatía que rayan en lo increíble. El mal se perpetúa por la audacia de unos cuantos y el abandono de la generalidad, y no tendrá remedio hasta que, por este o el otro camino, no aparezca en la Casa de la Villa una mano implacable que lo ponga todo en orden.

Estas breves apreciaciones, que si son algo crudas, responden con exactitud al sentimiento público, habrán hecho comprender a mis lectores que nuestra capital, poseedora de tantas cosas, carece de otras muchas. Así como en edificios públicos y particulares ofrece Madrid hermosos ejemplos de arquitectura civil, y en museos todo lo que poseemos es de primer orden, en monumentos no ha tenido esta villa mucho que admirar. Fuera de la Puerta de Alcalá, que por su belleza y lo acertado de sus líneas parece mayor de lo que es; fuera del caballo de la plaza de Oriente, dibujado por Velázquez, esculpido y fundido por Tacca,[7] todo lo que existe aquí no es de un valor grande. La estatua de Cervantes vale más no nombrarla; el Dos de Mayo es mezquino; el grupo de Daoiz y Velarde, las estatuas de Murillo y Mendizábal, sin carecer de mérito no traspasan el límite de lo común.[8]

7 El monumento a Felipe IV fue el último trabajo del escultor italiano Pietro Tacca; es la primera estatua ecuestre con el caballo erguido y sostenido sobre las patas traseras.

8 La *estatua de Cervantes* (1835), de Antonio Solá, se colocó en la plaza de las Cortes ; el obelisco del *Dos de mayo*, proyectado por González Velázquez en 1822, e inaugurado en 1840, en la plaza de la Lealtad; el *grupo* escultórico de estos héroes del 2 de mayo (1830), también de Solá, en la fecha de esta Carta se encontraba en la fachada principal del Prado; la estatua del pintor *Murillo* (1870), obra de Sabino de Medina, está en la fachada sur del mismo museo y la de *Mendizábal*, obra de José Grajera en 1869, estaba en la plaza del Progreso.

De poco tiempo a esta parte es cuando se ha sentido aquí la necesidad de dar a nuestras glorias militares y literarias esa representación grandiosa del arte, que es el mejor signo de cultura en las ciudades modernas. Una capital sin monumentos es la fisonomía glacial de un pueblo sin memoria, que ha puesto en olvido el honor de su abolengo.

A este sentimiento de reparación, que algo tarde pero a tiempo todavía se ha despertado entre nosotros, debemos los hermosos monumentos de Colón e Isabel la Católica. Del primero, que no está terminado aún, hablaré más adelante; al segundo, que se inauguró hace pocos días, consagraré desde ahora la atención que merece.[9]

Es obra de un joven escultor pensionado en Roma por el ministerio de Estado si no recuerdo mal. Llámase don Manuel Oms. Su primera obra fue un grupo en mármol titulado *El primer paso,* que gustó mucho en la última exposición de Bellas Artes. En la Academiade Roma emprendió el grupo de Isabel la Católica, muy bien sentido y sólidamente eje- cutado. Es la apoteosis de la gran reina, de aquella que según uno de sus biógrafos fuela *suma del honor nacional, y el más bello compendio de todas las virtudes* y representauno de los hechos culminantes de aquel feliz reinado, la terminación de la Reconquista. El inspirado artista ha dado forma a su idea, figurando a Isabel guiada por las armas y asis-tida de la política. Consta la composición de tres figuras: la reina a caballo, con corona y manto real, llevando en su diestra la famosa cruz que la acompañaba en sus campañas; el Gran Capitán, armado de pies a cabeza, con la espada en la mano derecha, sujetando conla izquierda el fogoso corcel; el cardenal Mendoza, en hábito eclesiástico, asiendo la otra brida. No están simétricamente colocadas estas dos figuras accesorias. El Gran Capitán se adelanta con brioso empuje, y es el que imprime al cuello del caballo aquel movimiento que le da tanta gallardía. El anciano cardenal, por el contrario, acusa un paso tardío y discreto. Su figura encapuchada y sombría forma contraste con la impetuosidad del joven caudillo. Pero la figura más hermosa es la que debe serlo, la de Isabel, que enarbola sucruz con tanta gracia como majestad. En su rostro se retrata la inspiración, el gozo y ciertoorgullo de reina que en aquella privilegiada naturaleza no excluía la modestia de mujer.De ella dijo Cisneros que "nunca en los orbes de nuestro sistema planetario alumbró el solcriatura que se le igualase". El artista ha sabido ver aquella fisonomía singularmente bella, que no sabe si es de santa o de conquistadora, o de ambas cosas a la vez. A la figura de Gonzalo de Córdoba se le puede tachar tal vez que, siendo muy airosa, no expresa la personalidad histórica del más grande caudillo de aquel siglo. Tal como está en el grupoes un joven arrogantísimo, no exento de petulancia, pero hay que pedir explicaciones a la alegoría para saber que aquel es el vencedor de Ceriñola y de Garellano.[10] No pasa lo mis- mo con Isabel, en cuya imagen cuantos tienen ojos y conocen algo de historia reconocenal punto a la reina de todas las reinas.

Galdós evocará esta última en *Misericordia* (1897).

9 El monumento se llamó oficialmente "La apoteosis de Isabel la Católica marchando a la realización de nuestra unidad nacional"; inaugurado en noviembre del 83, se colocó en el centro del paseo de la Castellana.

10 Las dos batallas, inicial y final, de la segunda guerra de Nápoles, entre España y Francia en 1503, guerra que marcó el comienzo de la hegemonía de España en Europa.+

El conjunto resulta con cierta tendencia dramática, a la cual pondrán reparos quizás los que no conciben la escultura fuera de aquellos términos de quietud y severidad que constituyen el arte helénico; pero los movimientos son aquí tan sobrios y naturales, la colocación de las figuras tan discreta, los efectos y juegos de luz tan acertados, las líneas tan hermosas, que hasta los partidarios más decididos del arte antiguo se sienten vencidos contemplando esta obra. Todo en ella revela elevadas concepciones y gran dominio de la forma.

En poco estuvo que tan gallarda creación fuera no más que un sueño de pensionado. Hace tres años próximamente que Oms la terminó. Cuando un artista concluye trabajos de esta clase se cruza de brazos y espera. El coleccionista de baratijas, el americano o inglés compradores de cuadritos de caballete no irán seguramente a su estudio. Nadie adquiere un bloque de yeso o arcilla, que por sus dimensiones no puede colocarse más que en una plaza.

La escultura monumental está, pues, excluida de las ventajas mercantiles del arte en los modernos tiempos; vive precisamente de la limosna oficial, y el Estado que no suele tener dinero de sobra, rara vez vuelve los ojos hacia el solitario taller de un pobre fabricante de estatuas.

La escultura no es hoy popular como en Grecia, no es religiosa como en el Renacimiento. El pueblo no la sabe apreciar, la Iglesia no está tampoco para fiestas, y harto tiene que hacer para defenderse de sus múltiples enemigos. Sólo puede hacer algo, como antes dije, el Estado, de quien todo se espera, y a quien, no obstante, las escuelas individualistas niegan los medios de hacer algo. Porque si a esta asendereada entidad se le dice un día u otro "no puedes ser industrial, no puedes ser comerciante", ¿con qué derecho se le dice: "ahora es preciso que seas artista"?

Sólo la fe y el entusiasmo pueden valer al infeliz alumno de Fidias, que para dar difusión y permanencia a su pensamiento necesita valerse de medios materiales muy dispendiosos. Al poeta bástale un pedazo de papel para alcanzar éxito y celebridad, el aplauso de hoy y el de mañana. El escultor no puede escribir para la posteridad sino en bloques de mármol o láminas de bronce. ¡Cuántos esfuerzos estériles y cuántas ilusiones desvanecidas registra en sus páginas la historia de este ingratísimo arte! Oms no esperaba tener mejor suerte que otros y desconfiaba de poder colocar una obra en que habría puesto lo mejor de su espíritu y de sus manos, y además mucho tiempo. Si las privaciones, las angustias, las torturas y hasta los dispendios que acompañan a estas laboriosas creaciones resultaran escritos en ellas, no podríamos mirar las más celebradas obras del arte sin sentir juntamente con la admiración que nos producen, lástima profundísima hacia los heroicos autores de ellas. Pero del artista vemos comúnmente la feliz invención que nos embelesa y nunca la agonía interna que acompaña a la misma invención y también la ayuda.

Hallándose en Roma el marqués de la Vega de Armijo, visitó el estudio de Oms y pudo admirar bien lo que en él había. Pero el artista, desalentado y sin dar crédito a las promesas que el marqués le hizo de gestionar en Madrid la adquisición del grupo para erigirlo en un sitio público, tomó el martillo con ademán de hacer pedazos su obra. Con la vehemencia que da la desesperación, hubiéralo hecho como lo pensaba si sus amigos no se lo

impidieran. Tanto le alentaron los presentes y sus amigos, que esperó. Poco después Vega de Armijo fue ministro de Estado,[11] y en el poder se acordó del pobre artista. Al ministro de Estado de la situación Sagasta,[12] a nuestro embajador en Roma, señor Groizard, y al director que fue de la Academia española en la misma ciudad, el eminente pintor Casado, se debe que veamos hoy fundido en bronce y erigido en Madrid el grupo de Isabel la Católica. Con fondos del ministerio de Estado se costeó la parte artística, y la fundición y el pedestal han corrido a cargo del ayuntamiento de Madrid, a quien es forzoso aplaudir esta vez, ya que tantas otras parece identificado con las censuras.

Oms es catalán. Por sabido se calla que todos los catalanes son trabajadores; pero quizás no se sepa lejos de aquí que todos nuestros escultores son catalanes. Esta región tan fecunda para la industria ha dado también al arte nombres de imperecedero recuerdo. La pintura contemporánea se debe a Fortuny, el pintor más original y más aplaudido de estos tiempos, maestro de su época, émulo de Goya por el vigor de su personalidad artística; en escultura ha producido una generación brillantísima, en la cual se destacan los hermanos Valmjtiana, Suñol, Bellver, Sansó, Figueras, Fabrés y otros muchos. El último nacido es Oms, que no será ciertamente uno de los que menos vivan.

B. PÉREZ GALDÓS

4
LP, 14/2/1884

SUMARIO: Entusiasmo parlamentario —Discusión del mensaje —La feria de San Antón —Resolución de la crisis política.

Madrid, 19 de enero de 1884.

Señor Director:

En estos momentos España entera está bajo la fascinación de los discursos. El pleito político que sostienen en el Congreso, con tanta saña como ingenio, la mayoría y el gobierno, ramas uno y otro de la infortunada familia liberal, es de tal modo interesante que los más indiferentes tienen que prestarle atención. Se debate una cosa muy grave; se trata de saber si el partido más avanzado dentro de la monarquía es capaz de cohesión y útil para el gobierno, o si por el contrario, sólo posee el triste mérito de quebrantarse y dividirse hasta lo atomístico. Porque esto será lo que resulte de tanta discusión. Los principios y aún las personalidades, encubren el verdadero sentido del debate. Probablemente las opiniones quedarán lo mismo que están; nadie convencerá a nadie, y en la esfera de las ideas, como en la de su aplicación, no se adelantará un solo paso. La discusión del mensaje será fecunda si de ella arranca una conciliación aunque no dure mucho tiempo; será estéril y viciosa si con ella se ahondan más las divisiones. Nos inclinamos a esperar lo último, como

11 Cargo equivalente al actual ministro de Exteriores.

12 *situación*: 'poder político vigente'.

resultado más conforme con las enseñanzas de nuestra historia parlamentaria, tan brillante como infecunda.

Entre tanto, estos debates dan a Madrid grande animación e imprimen a su fisonomía uno de sus rasgos más característicos. Sabe Dios lo que nuestra capital perdería el día en que no fuera teatro de estas resplandecientes funciones de elocuencia, el día en que los desocupados no tuvieran este aliciente de las ruidosas sesiones de Cortes. Faltaríanos entonces algo que, si no es la misma atmósfera vital, se le parece mucho, y los madrileños no respirarían a sus anchas si se les condenase a vivir lejos del dramático tumulto parlamentario. Es que la elocuencia se ha convertido ya aquí en arte popular; todos la aprecian; la aquilatan y saborean todos, y si a la prensa le cuesta mucho trabajo hacer opinión, a los oradores les es muy fácil conseguirlo. Cuatro frases impresionan más a nuestro público que todo lo que se podría escribir en cuatro meses por las plumas más selectas. Un incidente de los que tan comunes son en las sesiones interesa más que cualquier acto importantísimo, pero callado, de los gobiernos más activos. Por esto la oratoria será por mucho tiempo entre nosotros el gran instrumento político.

Sustituirá a la acción y a la idea, y con ella se formarán y se desbaratarán las situaciones. Los que sepan hablar serán dueños, y los que hablen mal o medianamente no pueden aspirar sino al papel de auxiliares o espoliques,[1] haciendo la corte a los locuaces triunfadores. No quiero repetir lo que hace un mes dije aquí mismo acerca de la excesiva cosecha de oradores con que la Providencia ha favorecido a nuestro país, cosecha tal que no tenemos ya trojes en que encerrarla,[2] ni mercado donde darle salida, que nos ahoga, obstruye y embaraza de continuo. Volviendo la espalda a la política, y considerando la oratoria española como arte puramente, nuestro criterio habría de ser menos pesimista, porque hay, en verdad, entre las multitudes de habladores de todos géneros, una media docena de hombres de los cuales puede enorgullecerse el país, mayormente si prescinde, al juzgarles como artistas de la palabra de lo que son o quieren ser como políticos. Ocasión tendré de ocuparme de esta media docena de actores eminentes, y por de pronto quiero decir algo del teatro.

Es el Congreso un edificio que se consideró muy bueno en el tiempo de su construcción,[3] pero que en los días que corren no nos parece corresponder a la importancia de lo que encierra. Carece de grandeza arquitectónica, a pesar de su pórtico greco-romano guardado por fieros leones de bronce. En su distribución interior se cometieron grandes errores, pues si la sala de sesiones es amplia y desahogada, los ingresos y pasillos son de una estrechez inconcebible. La ventilación deja mucho que desear y otros servicios resultan bastante imperfectos. Los grandes progresos que el arte decorativo ha tenido entre nosotros nos hacen ver con cierto desdén toda la parte artística del salón de sesiones, que parecía punto menos que maravillosa a la pasada generación. El techo de Ribera,[4] inspira-

1 'mozos que caminan junto a la caballería en que va su amo'.

2 *trojes:* 'espacios para guardar frutos y especialmente cereales'.

3 Iniciado en 1843, se finalizó en 1850.

4 Pintado en 1852 por Carlos Luis de Ribera, pintor de cámara de Isabel II, estaba formado por cuatro cuadros

do en las *logias y* en las reminiscencias pompeyanas, es todavía bastante agradable pero el lienzo de la presidencia, con su dosel de teatro, sus hornacinas vacías ofrece un conjunto tan frío como desnudo y pobre. Las estatuas de los Reyes Católicos[5] parece que se han metido en los rincones para no estorbar el paso, y las lápidas donde aparecen escritos nombres ilustres de nuestra historia son muestra palpable del mal gusto dominante en el reinado anterior. El conjunto del salón, como el de toda la casa, es heterogéneo, sin carácter, recargado en unas partes, en otras mezquino, mezcla extraña de lujo y pobreza que en cierto modo viene a ser como inadvertido emblema de nuestro estado social y político.

Hay en el Congreso salas cómodas y elegantes, y en una de ellas está el célebre cuadro de Gisbert *Los comuneros*, muy alabado en otros tiempos y que ya ha pasado de moda.[6] Los retratos de los presidentes decoran el salón de conferencias, recargado de ornamentos de oro, estrecho y ahogadísimo para la balumba de ambiciones e intrigas que contiene todos los días. Es aquello la cazuela dorada en que hierven con atronador bullicio las pasiones contemporáneas y en que se verifican increíbles alquimias y combinaciones. Debiera tener válvulas y respiraderos muy anchos, y estar abierto por el techo para que hallara fácil salida el fluido que lo invade y lo carga, pues de no ser así el tal salón reventará el mejor día o se saltará la tapa de los sesos.

La biblioteca es quizás lo mejor del edificio y contiene una gran riqueza en documentos parlamentarios, así como la colección completa de las constituciones que hemos hecho, la cual necesita un espacio muy grande, para tener cabida.[7]

Caen sobre el salón de sesiones, en su parte más alta, varias tribunas, la pública, la de periodistas, la de senadores, la de señoras, la del cuerpo diplomático, y la del Presidente. Los puestos de ellas son tan codiciados en días de sesión interesante que los padres de la patria pasan la pena negra para distribuir los billetes, y padecen grandes sofocos para contentar a los postulantes. De algún tiempo a esta parte se ha desarrollado tanto en las señoras el apetito de asistir al Congreso y de gozar de los encantos del arte oratorio, que no hay sitio en donde colocarlas. Como la galantería se sobrepone a todos los miramientos, no se les puede negar un lugar en las tribunas.

Después de llenar la que les corresponde, han invadido las de senadores, la presidencial, y si se les deja invadirán también los escaños de los diputados y la mesa. Grandísimos apuros se pasan allí para colocar a las señoras; los hombres, si acaso pueden entrar, se ven obligados a estar en pie ahogados y echando los bofes. Se cansan todos; más ellas permanecen impávidas, resistiendo toda la sesión, insensibles al calor y al fastidio. Para guardar sitio, envían a sus criadas desde muy temprano, y se ha dado el caso de que éstas,

que representan la historia de la legislación española rodeando un medallón con la reina y personajes célebres como alegoría de España.

5 En mármol de Carrara, la de Fernando es obra de José Pagniucci y la de Isabel de Andrés Rodríguez. Ambas de 1860-62.

6 Su título completo es *Ejecución de los comuneros de Castilla*; pintado por Antonio Gisbert en 1860, Olózaga lo proclamó entonces como "un grito de rebeldía por la defensa de las libertades".

7 Véase 2, n. 7.

entusiasmadas con las maravillas que veían, se negaran a dejar el puesto a sus señoras, cuando estas se presentaban a ocuparlo un poco tarde.

En tanto, las entradas de las tribunas pública y de orden ofrecen desde por la mañana formidables colas de gente que se resigna a estar de pie largas horas por obtener un sitio. Hay quien ha convertido esto en lucrativa industria, formando resignadamente en la cola para vender el número de orden que corresponde al puesto deseado. Esto de pagar tan caras las emociones tribunicias creo que no pasa más que aquí.

Todo este furor parlamentario llega a su mayor grado de exaltación cuando habla Castelar,[8] el más brillante de nuestros oradores, de quien nada he de decir porque su universal renombre me exime de ello. En todo el mundo se conocen sus conceptos elevados y las síntesis hermosísimas propias de inteligencia tan grande. Los que hablan nuestra lengua conocerán también hasta los pormenores de sus discursos más celebrados; pero los que no le han visto ni oído no pueden tener idea de aquel decir incomparable, de aquel arte para esculpir y cincelar la palabra, que es tan suyo como su vida y seguramente morirá con él. Como orador propiamente parlamentario, dialéctico, batallador, claro, fortísimo y persuasivo Cánovas del Castillo está a una altura jamás tocada por otro alguno. Se puede decir que es único en la difícil empresa de llevar la voz de un gobierno y de imprimir su pensamiento a una mayoría, conduciéndola a donde le place con admirable disciplina.[9] En este orador el carácter firme y autoritario se une a la palabra robusta y al irresistible don del convencimiento para formar, con la suma de cualidades, el hombre de Estado más notable de España en los modernos tiempos.

Sagasta, con sus dotes de tribuno, más fuerte en la oposición que en el gobierno, Martos, cuya dicción viril limpia y castiza es la desesperación de sus imitadores, y Moret, que es la facilidad misma hablando, elegantísimo, brioso y un tanto florido, completan con sus dos grandes maestros indicados antes la plana mayor de nuestros oradores.

Pero es lo cierto que con mucha menos riqueza que nosotros en este ramo importantísimo de las aptitudes humanas, otras naciones se gobiernan mejor que la nuestra y llevan una vida más próspera y tranquila. El *Times*[10] ha dicho hace poco que somos ingobernables y lo seremos aún por algún tiempo, a pesar de la extraordinaria riqueza intelectual con que nos ha agraciado la Providencia. Fáltanos la solidez de juicio, la paciencia, el arte de sobrellevar a nuestros enemigos, el respeto de los demás, y la costumbre de ver en los reyes algo de permanente y sagrado que no se debe estar trayendo y llevando como las fichas de un juego. Cada cual cree hacer las cosas mejor que los otros, de lo cual resulta que todos las hacen peor que todos y que nadie se entiende. El uso constante de la libertad, el desgaste orgánico, el cansancio mismo de las fuerzas ingeniosas que se emplean en perturbar, han de darnos algún día el remedio que necesitamos, remedio que no consiste

8 La célebre elocuencia del diputado republicano Emilio Castelar (1832-1899), servirá a Galdós como fuente de un cómico lance en el episodio de *España sin rey* (1908).

9 Galdós respetaría siempre al fundador del partido conservador como puede comprobarse en el episodio nacional homónimo (1912).

10 Diario conservador inglés fundado en 1785 por John Walter.

en cambiar a menudo de leyes y menos de constituciones, sino en sostener las existentes todo el tiempo posible, soportando sus imperfecciones, y considerando que el arte político como el de la vida, estriba en preferir siempre lo posible y mediano a lo perfecto y arriesgado. "Si en alguna parte estás medianamente, dice un proverbio que no sé si es árabe o indio, quédate allí". La fiebre de lo mejor nos imposibilita de gozar y poseer lo bueno, y el afán de reformar sin base, el deseo loco de decorar un edificio que no tiene el cimiento de la autoridad y de la opinión, nos trae a mal traer. Nuestra política tiene siempre algo de nómada y errante. No parece que vivimos en casas sino en movibles y frágiles tiendas, y lanzados de aventura en aventura, no sabemos nunca donde dormiremos mañana.

Al escribir esto, el pleito político está a punto de resolverse, han concluido los discursos y ha comenzado la votación. Callan las frases y hablan los números. La mayoría y el gobierno aparecen en completo divorcio. El partido liberal se divide en dos irreconciliables porciones. La que mañana prevalezca en el poder absorberá parte de la otra o arrastrará lánguida vida, subdividiéndose más quizás, hasta que la desorganización sea completa y vuelva el gobierno a la mano robusta y un tanto pesada del partido conservador. Es la reproducción de un fenómeno histórico que se ha repetido muchas veces en este siglo, y que tendría un sentido bastante triste si fuera absolutamente cierto el conocido aforismo de que cada país tiene el gobierno que merece.

***

No diré una palabra más de política en esta carta, porque ayer, asistiendo a una de las ferias más populares de Madrid, la de San Antón, me propuse hablar algo de ella y no quiero dejar de hacerlo. Celébrase esta romería en una de las principales y más largas calles de esta capital, y mientras dura se interrumpe en ella la circulación de coches y tranvías, para que tenga libre curso el gentío y paso franco la procesión de animales que a tan singular fiesta concurren.

Porque esta es la feria de los animales domésticos que ayudan al hombre con rudo trabajo, es la feria de los caballos y mulas, cuyo patrono es aquel santo anacoreta que la iconografía cristiana representa acompañado del más humilde de los animales, el cerdo.

Constituye lo característico y pintoresco de tal romería el paso por la calle de Hortaleza de casi todos los caballos y mulas que hay en Madrid, enjaezados con lo mejorcito de cada cuadra, los unos cabalgados por gallardos jinetes, los otros en grandes recuas bulliciosas. Todo el día dura este paseo hípico que presencia muchedumbre inmensa en las dos ace- ras de la calle, y es complemento de la popular jarana con los indispensables puestos de bebida y las afamadas *rosquillas del santo.* Respecto al sabor de las tales rosquillas, como mis lectores están, por dicha suya, tan lejos, no necesito recomendarles que se abstengan de ellas.

Ya ha desaparecido, según creo, la piadosa costumbre de administrar la *cebada bendita* a los cuadrúpedos concurrentes a esta solemnidad. Hoy se reduce todo a correr a lo largo de la calle, como en un hipódromo, pasando y repasando cuantas veces lo permite la resistencia física de las pobres bestias engalanadas. Es muy dudoso que estas se divier-

tan en lo que podría llamarse el *día de su santo*, y no se puede asegurar que las infelices prefieran este *carnaval zoológico* a la ordinaria tarea de arrastrar carros, coches y tranvías. Porque los palos menudean en tal día como en los demás, a ciencia y paciencia de la *Sociedad protectora de los animales*, que seguramente no es en este caso una institución cristiana.

La iglesia en que se venera el Santo Abad, pertenece al colegio de padres Escolapios donde reciben educación innumerables niños de las clases pobres de Madrid y aún de las acomodadas, instituto es este que ha resistido a todos los cambios y se ha defendido de las revoluciones por su carácter retraído y educativo. No ha tenido nunca, como otros, la pretensión de gobernar a la sociedad, y sus funciones modestas, desempeñadas con silenciosa actividad, le han asegurado el respeto de todos. En las aulas de los Escolapios se han formado las brillantes generaciones de este siglo y muchas de las harto numerosas personalidades que en él han brillado y brillan, con resplandor de letras, armas o política.

La iglesia, repito, es, como casi todas las de Madrid, de vulgarísima arquitectura exterior e interiormente. Pertenece a la época en que el arte monumental había dicho ya su última palabra, sin que por eso la piedad dejase de elevar masas informes de ladrillo y revoco para albergue de frailes o por simple satisfacción personal de los ricos que en sus postrimerías querían ponerse en paz con Dios. No obstante, una hermosa obra de arte existe dentro de este templo desnudo y vulgar; y es el cuadro de Goya *La muerte de San José de Calasanz*, que es de lo más hermoso que nos dejó el gran artista, y tiene todo el sello de su genio valiente, original y un poco extravagante. Cuentan que es lo último que hizo el autor de los *Caprichos*.[11] Es lástima que este bello lienzo no sea trasladado a un museo, donde pueda ser admirado en todo su esplendor. La funesta costumbre de oscurecer las capillas, que prevalece en el clero moderno, ha rodeado de sombras un cuadro donde Goya derramó a torrentes la luz, por lo cual este hace el efecto de un rayo de sol encerrado en una funda.

***

Durante mi breve excursión a la feria de los brutos, se ha resuelto la crisis. Los conservadores han heredado al partido liberal dividido y maltrecho.[12] Este debe su ruina al suicidio antes que a los golpes de sus enemigos, y difícilmente podrá encontrar razones serias en que lamentar su desdicha, como no las busque en la indocilidad de sus hombres más eminentes y en el espíritu de emulación que les devora. La solución de la crisis ha sorprendido a todos, y si bien se consideraba lógica la vuelta del señor Cánovas, parece hoy un poco prematura. No entraré en consideraciones que serían de poco interés para los que están lejos de aquí, y no conocen bien el teatro de los sucesos ni el personal político de nuestro país: únicamente puedo aventurar la idea de que el señor Cánovas no entra ahora en un

11 El cuadro titulado *La última comunión de San José de Calasanz*, se pintó en 1819 y no es la última obra de Goya, que siguió pintando hasta poco antes de morir en 1828.

12 Tras perder la votación sobre el mensaje de la Corona, Posada Herrera dimite, el rey se niega a disolver las Cortes, y pide a Cánovas que forme gobierno el 18 de enero.

camino de rosas y que su poderosa inteligencia ha de hacer esfuerzos correspondientes a la magnitud de las dificultades.

Nada es más curioso en Madrid, como estudio de costumbres, que uno de estos radicales cambios de gobierno. El día en que se verifica, la animación es tal en ciertas calles que es difícil transitar por ellas. Los grupos de esperanzados mézclanse a los de alicaídos, y se oyen diálogos muy cómicos, que, trasladados al papel, serían el mejor y más gráfico cuadro de nuestras costumbres políticas. Los primeros días de gobierno son también días de grandes emociones, porque la mudanza de todo el alto personal trae consigo dramáticos lances no solo públicos sino también domésticos. Los que ayer fueron maravilla, hoy no son sombra de sí mismos, y los arrogantes aparecen abatidos. ¡En cambio, cuántas caras mustias de ayer están hoy inundadas de regocijo, y cuántas que ayer mendigaban, aparecen hoy vendiendo protección! En el mundo de los negocios reina también trastorno grande, porque cada situación tiene su cortejo especial de especuladores, que se oscurecen o salen a luz según mande este o el otro partido.

Penetrando en las interioridades domésticas, se ven más claramente que en ninguna parte, los efectos del cambio de situación. Aquí se observan angustiosos conatos de limitar el lujo y el despilfarro; allí, por el contrario, se echa la casa por la ventana, y se busca la indemnización de las privaciones anteriores en el goce presente de todas las delicias suntuarias. La nube de pretendientes incorregibles, de los que zumban en los oídos de todos los gobiernos, toma en estos casos proporciones alarmantes. Verdaderamente no se comprende cómo se arreglan los pobres ministros para contener la sofocante nube y no dejarse ahogar por ella. Están sin duda dotados de una paciencia superior a la de Job, y ganarán seguramente el cielo sin otro mérito que el grandísimo de oír a todos los postulantes y contentar a los que puedan. Por eso son tan dignos de alabanza, aunque se diga lo contrario, los pocos hombres que en la altura ministerial conservan el tino necesario para tomar alguna disposición útil, siquiera esta sea, como el retrato de Dulcinea, del tamaño de una lenteja.[13] Requiere el oficio de ministro en España dotes singulares de ubicuidad, de actividad y de ingenio, pues sin ellas no se comprende que un ser humano tenga alientos para gobernar mientras le ahoga la terrible atmósfera de las recomendaciones y de las exigencias personales.

B. PÉREZ GALDÓS

13 En *Quijote* I, 4 el mercader pide a don Quijote le muestre algún retrato de Dulcinea "aunque sea tamaño como un grano de trigo".

5
LP, 19/3/1884

SUMARIO: Inauguración del Ateneo nuevo —El viejo Ateneo —Orígenes de esta sociedad —Del 20 al 23 —Su resurrección —De 1837 al 60 —Recuerdos personales desde 1865 al 1868 —Después de 1868 —Últimas épocas del Ateneo viejo.

Madrid, 9 de febrero de 1884.

Señor Director:

La inauguración del nuevo *Ateneo,* celebrada con gran solemnidad en la noche del 31 de enero, me mueve a consagrar la carta de esta quincena, no al flamante edificio de la calle del Prado, espléndido y rico,[1] mas sin historia, sino a aquel desmantelado caserón de la calle de la Montera, en cuyo recinto ha pasado sus días más gloriosos la asociación literaria cuyo nombre tiene algo de familiar y solariego para las generaciones estudiosas del presente siglo.

En los últimos días de vida del antiguo *Ateneo* daba dolor ver sus desnudas paredes, sus salas desiertas y frías, sus estantes sin libros, la cátedra donde tantas elocuencias resonaron, muda, polvorosa, llena de trastos viejos. Algunos socios, harto apegados al terruño, iban allí llevados de la querencia del local, tan difícil de vencer, y vagaban como sombras por las crujías semioscuras, discutiendo las desventajas del local nuevo y encareciendo la comodidad y situación del viejo. Los que se aventuraban a penetrar hasta la cátedra, *despedazado anfiteatro*,[2] no podían ocultar su pena recordando las brillantes reuniones allí celebradas durante más de treinta años, y las reputaciones que allí nacieron y las vigorosas personalidades literarias y políticas que allí se formaron. En la destruida biblioteca, ¿quién no veía, con el pensamiento o con la memoria, al que fue alma de aquel recinto y habitante principal de la casa, el tan querido y respetado Moreno Nieto?[3]

Las demás piezas características del edificio, el *Senado*, la *Cacharrería*, el *Wagón*,[4] ofrecían ruina lastimosa y no se podía entrar en ellas sin sentir deseo vivísimo de no trocarlas por otras más hermosas. Y es que al abandonar la que fue nuestra residencia intelectual por tantos años parece que se nos arranca algo de nuestro propio ser y que perdemos par-te de nuestra propia vida. Para muchos era aquel recinto como prolongación del propio domicilio, y aunque la mudanza les diera mayores comodidades han preferido la tosque- dad y pobreza de la casa vieja a los esplendores de la nueva.

1 "Es un verdadero palacio. En Madrid no hay ningún local semejante ni por sus condiciones, ni por su capacidad, ni por su elegancia", decía *El liberal* el 1 de febrero.

2 Parte del verso 18 de *Canción a las ruinas de Itálica* (¿1595?) de Rodrigo Caro, muy popular en el s. XIX.

3 José Moreno Nieto presidió el Ateneo desde 1876 hasta su muerte en 1882. Galdós le había dedicado años atrás un artículo en *La Nación*.*

4 Denominaciones humorísticas dadas por los propios socios a ciertas dependencias: el *Senado* era el salón donde se reunían los mayores, la *Cacharrería* la sala de tertulia y el *Wagón* una estancia estrecha y larga en que solían reunirse artistas venidos de las colonias.*

Porque la residencia de la sociedad en su época más gloriosa no estaba ciertamente en armonía con la vida robusta y brillante de la misma sociedad. Lo mezquino del edificio y sus malas condiciones inutilizaban los esfuerzos que constantemente se hacían para decorarlo dignamente. Su distribución irregular causaba grandes molestias, y su estrechez impedía dar solemnidad a las interesantes sesiones que han dado tanta fama a aquel centro. Dejando a un lado la sensibilidad, fuerza es reconocer que la mudanza era indispensable y que el Ateneo no podía ser refractario a los mejoramientos materiales ni a la introducción del *confort* en todas las manifestaciones de la vida moderna. Su preclara historia no libraba a la antigua cátedra de ser un bodegón incapaz, ahogado y horrible, y el resto de la casa no le iba en zaga en belleza y comodidad. Hay quien dice, no obstante, con filosófica tristeza, que el Ateneo se dejó toda su grandeza y espiritual hermosura en el pequeño albergue donde por tanto tiempo ha vivido, y que ha dejado de ser lo que era el mismo día en que dejó de ser humilde. Lo que de verdadero o de falso haya en esto nos lo ha de decir el tiempo.

Cuantas personas aficionadas al estudio hayan residido en Madrid más o menos tiempo conocen, sin duda, como su propia casa, este afamado instituto, a quien unos llamaron *Refugio de las Letras,* otros la *Holanda española del siglo XIX*.[5] Mas a los que solo de oídas le conozcan debe de dárseles una idea de lo que ha sido y es aún el Ateneo, bastando una sola indicación para que sea comprendida toda su importancia. Lo que distingue a esta asociación científica y literaria de todas las de su clase es su independencia, y la absoluta libertad que han disfrutado siempre la idea y la palabra dentro de sus muros, libertad que la cultura de todos y el mutuo respeto han hecho más valiosa y fuerte. El Ateneo ha funcionado siempre con absoluta independencia del Estado y de las influencias oficiales. Es la obra más preciada de la iniciativa individual en nuestro siglo. En épocas de reacción se han defendido y proclamado allí ideales de libertad, y cuando los *clubs* perecían,[6] el Ateneo ha dado albergue en su seno a los elementos más sanos e inteligentes de todos los partidos. Difícil es encontrar nada semejante a los serenos combates que en aquella noble arena se han librado entre la democracia y el régimen antiguo. Espadas gloriosas fueron allí Rivero, Castelar, Morón, por una parte; por otra, Moreno Nieto, Molins, Pastor Díaz, Donoso Cortés,[7] etc.

Allí nació la escuela librecambista que tachada al principio de puramente teórica ha concluido por llevar a la práctica parte grande de sus principios, y la revolución del 68 tuvo su gestación lenta en aquellas salas, sino por la acción que la produjo, por las ideas que la prepararon.

5 Fue calificación de Emilio Castelar en 1857, que Galdós retoma aquí y, años después, en el episodio *Prim* (1906).*

6 *clubs*: asociaciones masónicas clandestinas que florecieron en la primera década absolutista del reinado de Fernando VII, y decayeron con la llegada del Trienio liberal.

7 Es decir intelectuales y políticos del XIX, progresistas como los primeros y conservadores como los segundos.*

La diferencia entre el Ateneo y las academias oficiales expresóla gallardamente el duque de Rivas en estas palabras: "El producto de aquellas (las academias) fueron flores cultivadas con esmero en las cerradas estufas de un regio jardín, donde halagaban el olfato y la vista de los cortesanos; el producto de estos (aludiendo a los ateneos) han sido plantas lozanas y jugosas criadas al aire en los bosques de la naturaleza, más que para recreo para utilidad de los hombres".[8]

***

La historia del Ateneo es larga y rica en instructivas noticias. Puede decirse que es la historia del renacimiento literario en nuestro país y de todos los progresos que ha realizado en este siglo. Nació tímidamente el año 20, junto con aquella tentativa de libertad constitucional que sólo tuvo tres años de vida.[9] Fundaron el *Ateneo Español,* entre otros menos conocidos, Luzuriaga, Ferraz, Pons, Lagasca, Flores Calderón, Palafox, Parga, Alcalá Galiano, el duque de Frías, Palarea, Vallejo. Pero la vida de aquella Sociedad, que apenas tenía savia con qué nutrirse, fue tan breve y mísera como la de su hermana la Constitución, enterrada en 1823, después de una invasión de soldados extranjeros.[10] Era el Ateneo un centro de cultura y enseñanza, y como tal no escapó de las persecuciones que marcan la terrorífica época de los diez años.[11] Sus socios más eminentes desaparecen en el destierro y en las cárceles, y hasta los papeles de la sociedad y su mezquino mueblaje habrían perecido en el fuego, si una mano solícita no los salvara.[12] Diríase que el espíritu de la sociedad subsistía vivo, aunque latente, y que, como el Guadiana, habíase escondido bajo tierra para reaparecer más adelante. Gracias a Olózaga,[13] el Ateneo es sacado nuevamente a luz en 1835, y se reinstala con los mismos pobres trebejos y los propios estatutos de 1820. Nombres nuevos y también gloriosos aparecen unidos, en esta época de refundación, a los que quedaban de la edad primera. El duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Argüelles, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Espronceda, el duque de Gor, Gil y Zárate, el argentino don Ventura de la Vega, Vázquez Queipo y Caballero[14] ilustraron la sociedad en su resurrección, y desde entonces hasta el presente no ha tenido decadencia ni interrupciones en su lozana vida.

8 Es probable que pronunciara estas palabras en 1835, en su discurso de apertura del Ateneo refundado en ese año, del cual fue su primer presidente.

9 Se refiere al Trienio Liberal (1820-23) del reinado de Fernando VII.

10 El ejército organizado por Luis XVIII de Francia, gracias a cuya intervención se repuso el absolutismo en España, suceso relatado por Galdós en el episodio *Los cien mil hijos de San Luis* (1877).

11 La llamada "Ominosa Década" o segunda década absolutista de Fernando VII (1823-33).

12 Parece que no fue *el fuego*, sino Fernando VII, quien a punto estuvo de que desaparecieran los *papeles de la sociedad y su mezquino mueblaje.**

13 Salustiano Olózaga presidiría el Ateneo durante los años 1837-38.

14 Escritores y políticos del Romanticismo.

"El Ateneo —dice un ilustre contemporáneo, don José de Castro y Serrano— acababa de salir de su Edad Media y entraba en pleno Renacimiento literario".[15] Porque había nacido a la sombra de la libertad; como todas las bellas instituciones, no gozaba de esplendor sino desde que la libertad se había moderado: es ley común de los pueblos que nunca se goce de verdadera libertad durante las épocas en que esta hermosa palabra anda en boca de todo el mundo.

Entre 1837 y 1868 se comprende el período en que el Ateneo ha tenido mayor significación en la política y las letras. Entonces fue más propiamente que en ninguna otra edad, asilo de las ideas, refugio de los pensadores, ornamento de la patria, trono de la elocuencia, taller al mismo tiempo de un trabajo silencioso y fecundo. Su biblioteca se enriquece considerablemente, llegando a ser la primera de España, después de las del Estado, y superando a éstas en riqueza de obras modernas. El número de sus socios aumentaba de día en día, y la más punzante ambición de la juventud era penetrar en sus salones o asistir a sus cátedras. En sus gabinetes de lectura se veía a los hombres más eminentes en todos los ramos del saber. Había cada año gente nueva, y algunos fieles del tiempo de la fundación asistieron toda su vida. Mis recuerdos personales del Ateneo no pueden ir más allá de 1865, época en la cual tuve la satisfacción y el honor de llamarme socio de tan honrosa hermandad literaria.[16] Difícilmente se habrá escapado a mi memoria ninguna delas figuras que desde aquella fecha han pasado por los venerables salones de la calle dela Montera; pero no será fácil recordarlas todas en un punto ni mencionarlas sin que algu- na sufra involuntaria preterición. Debió ser hacia 1865 cuando vi en el salón del *Senado*y en el de lectura a don Antonio Alcalá Galiano,[17] ya muy viejo, pero siempre chistoso, cáustico, amenísimo y un tanto desvergonzado en la conversación familiar. Ya en aquellos días cercanos al de su muerte, el prodigioso orador de *La Fontana*[18] no subía a la cátedrani dejaba admirar en público su elocuencia sin par. Falto de fuerzas físicas y de voz, su palabra maravillosa lucía tan sólo en los corrillos de la conversación privada, y en verdad que su ingeniosa manera de referir o de comentar cualquier suceso revelaba hasta qué gra-do poseía aquel hombre el arte oratorio. Era su verbosidad inagotable, de una corrección desesperante y llena de picantes agudezas.

Por aquellos mismos días frecuentaba también el salón de lectura don Antonio Ríos Rosas; pero a éste se le veía siempre apartado de los corrillos donde se charlaba, buscando sosegado esparcimiento en las revistas españolas y extranjeras. Orador de gran brío en el Congreso y muy previsor cuando el ardor de la lucha no le aguijaba, Ríos Rosas era hombre de pocas palabras. Su fisonomía severa y un tanto fosca ha sido expresada admi-

15 Probablemente en *Cuadros contemporáneos* (Madrid, 1871).

16 Se hizo socio el 30 de noviembre de 1865, pero desde 1862 acudía al Ateneo con frecuencia a leer o a escuchar.

17 *don Antonio*, hijo del heroe de la batalla de Trafalgar Dionisio Alcalá Galiano, era autor de *Recuerdos de un anciano* que Galdós había utilizado en 1873 al escribir su primer episodio nacional.*

18 *La Fontana de Oro* fue un famoso café de Madrid, sobre el que Galdós ambientó su primera novela, del mismo título (1871).

rablemente por Rosales en uno de los mejores lienzos que el Ateneo posee en su galería de retratos.

Martínez de la Rosa, Pastor Díaz, Donoso Cortés, no existían ya en la época a que me refiero. Pacheco, una de las más grandes lumbreras de la casa en días no lejanos, vivía aún, pero la diplomacia y el foro le ocupaban enteramente. Otros, como Olózaga y Posada Herrera, solicitados de la política activa, iban poco por allí, aunque el segundo de los que cito era a sazón, si no estoy trascordado, presidente de nuestra sociedad. El que no faltaba nunca, tarde y noche, era don Nicolás María Rivero, el grande orador y padre de la entonces incipiente democracia. Es imposible olvidar aquella figura maciza, basta y rechoncha, aquella fisonomía dura y llena de expresión, aquel entrecejo que parecía anunciar un genio de mil demonios, aquel ceceo andaluz llevado a la última exageración, y aquel andar lento y pesado. Este pensador eminente fue uno de los que más influyeron en la dirección que tomaron las ideas por entonces, dentro y fuera del Ateneo, llevando al país insensiblemente y como por sorpresa a la más grande mudanza que hasta entonces había sufrido.[19]

(Continuará)

B. PÉREZ GALDÓS

6

LP, 20/3/1884

(*Conclusión*)

SUMARIO: Inauguración del Ateneo nuevo —El viejo Ateneo —Orígenes de esta sociedad —Del 20 al 23 —Su resurrección —De 1837 al 60 —Recuerdos personales desde 1865 al 1868 —Después de 1868 —Últimas épocas del Ateneo viejo.

Madrid, 9 de febrero de 1884.[1]

También era entonces de los más asiduos, don Laureano Figuerola, a quien poco después hicimos presidente, insigne economista y reformador valiente de nuestra hacienda y de nuestros aranceles.[2] Este hombre, de aspecto enfermizo y débil, formaba contraste con el proceroso y atlético Rivero. Figuerola ha sido siempre y es de los que dan a su oratoria las formas templadas y metódicas de su espíritu.

19 La revolución del 68 o *La Gloriosa*. Rivero ocupa cierto espacio en la quinta serie de los *Episodios nacionales*.

1 Nótese que esta Carta y la anterior tienen la misma fecha de redacción, que el Sumario es el mismo por lo que no responde exactamente al contenido de cada una, y que esta carece del acostumbrado encabezamiento. Es muy posible que 8 y 9 formasen una única crónica que el periódico decidió publicar en dos días consecutivos debido a su extensión.

2 Como ministro de Hacienda con el gobierno provisional posterior a la Gloriosa, en octubre del 68 *Figuerola* implantó la peseta como moneda nacional.

Fue el apóstol más entusiasta de las ideas de librecambio, y para darles en la expresión el valor que les corresponde, usó siempre más de los números que de las imágenes. La particularidad de ser catalán (y su continuada residencia en Madrid no le ha quitado aún el acento de su tierra) da más fuerza a las convicciones económicas de Figuerola, el cual todavía trabaja con ardor por el triunfo de su sistema, y no perdona ocasión de enaltecerlo en toda reunión que se celebra con objeto de activar los tratados de comercio o la reforma arancelaria. La de 1869, base de nuestros progresos comerciales, se le debe a él y a su incansable propaganda, a la predicación constante de sus discípulos, todas las demás ventajas que en el mismo orden se han ido alcanzando lentamente desde aquella fecha.

Otra figura que no pueden olvidar los que hace tres lustros frecuentaban los salones de la calle de la Montera, es la de Fermín Gonzalo Morón, un grande ingenio en quien, por entonces, empezaban a vislumbrarse síntomas de enajenación mental, y que más tarde, perdida totalmente la razón, aún dejaba ver, entre las nieblas de su entendimiento, extrañas claridades del talento agudo que le distinguió siempre. Era Morón un loco que con sus propias locuras enseñaba algo, y en sus extravagancias derramaba a torrentes los restos informes de su pasmosa erudición.

No se le podía oír sin pena profundísima. Había sido uno de los más eminentes publicistas de su tiempo, y su no concluida *Historia de la civilización de España*[3] prueba sus grandes dotes para cultivar el arte de narrar y comentar los sucesos pasados. Hacia 1870 desapareció del Ateneo, a donde concurría diariamente, para concluir sus días en su manicomio.

Aún faltaba algunos años para la revolución más famosa de nuestro tiempo, cuando Castelar, Moret, Rodríguez y otros jóvenes sostenían en la cátedra del Ateneo los nuevos ideales con aquel ardor viril que anunciaba la robusta vida de la generación a que pertenecían, y que aún estaba en el período de su precoz infancia. Junto a Moret y Gabriel Rodríguez conviene apuntar los nombres de Sanromá y Echegaray, que forman lo más granado del bando economista, al cual nuestro país debe su engrandecimiento comercial. Echegaray, más que como economista, se distinguía entonces por su asombroso saber en ciencias físicas y matemáticas, pero aún se guardaba el secreto de sus aptitudes literarias que más tarde, completando la monstruosa variedad de sus talentos, han aumentado tanto su fama.

La jornada que acabo de citar ha sido una de las más brillantes del Ateneo. A ella deben unirse los nombres de Canalejas, Ramos Calderón, Ferraz, Balart y otros muchos. Camús, Bardón, Castro, Mata y otros célebres profesores de la Universidad Central concurrían mucho en aquel tiempo y daban lecciones públicas en la cátedra.[4]

Son inolvidables las de Castelar sobre "La civilización en los cuatro primeros siglos del Cristianismo", las de Camús sobre el "Renacimiento", las de Echegaray sobre "Astronomía popular" y otras que se han impreso después formando libros muy estimados.

3 Su título completo es *Historia de la civilización de España: lecciones pronunciadas en el Liceo de Valencia y en el Ateneo de Madrid en los cursos de 1840 y 1841*, se publicó en seis volúmenes entre 1841 y 1846.

4 A Balart, a Camús, y a Bardón había dedicado Galdós años atrás sendos artículos en *La Nación.**

La revolución del 68, como todos los cambios políticos de importancia, se dejó sentir en el Ateneo por la desaparición de muchos ilustres socios que iban a ocupar posiciones oficiales. En cambio lentamente se presentaban hombres insignes del régimen caído, que volvían a los pacíficos lares de aquella paternal casa, abierta siempre a todas las opiniones. Pronto recobra la Sociedad su aspecto habitual y sus discusiones, y sus cátedras recobran la animación de los mejores tiempos. Y a medida que se acentúan fuera las exageraciones revolucionarias, márcanse en el interior del Ateneo los temperamentos conservadores, pues no parece sino que la misión de este glorioso instituto consiste en ser como el regulador de las ideas, misterioso instrumento que las impele o las contiene según las necesidades de cada tiempo. En las discusiones y las clases aparece entonces una nueva hornada de jóvenes, que sostiene con honra los blasones de la casa. Revilla, el precoz filósofo y agudísimo crítico; Labra, orador fogoso y letrado de gran valía; González Serrano, notable en la cátedra y en el parlamento; Azcárate, hábil expositor de sistemas políticos, y otros no menos ilustres llenan, con el infatigable Moreno Nieto, el brillantísimo período comprendido entre el 68 y la Restauración.

No puedo nombrar a Revilla sin sentir hondísima pena recordando la vida corta y penosa de este talento insigne que en tan poco tiempo dio muestras tan grandes y variadas de sus singulares dotes. Profesor de la Universidad, por oposición, en edad relativamente temprana, llegó Revilla a donde pocos llegan. Las durezas de su crítica displicente pero segura, diéronle enemigos; pero también tuvo fervientes prosélitos y admiradores. Él y Canalejas, que le superaba en edad si no en méritos, fueron atacados de la misma enfermedad que el pobre Morón, de quien he hablado más arriba. Es indudable que la enajenación mental no escoge sus víctimas entre los tontos. Revilla murió únicamente cuando parecía devuel- to a la razón por los cuidados de la medicina y de la familia; Canalejas se extinguió con aterradora lentitud, perdiendo una a una sus pasmosas facultades y convirtiéndose en un ser lastimoso, totalmente distinto del que habíamos conocido y tratado algunos años antes.Todo murió en él antes de morir el cuerpo.

Don José Moreno Nieto es la figura más enérgicamente asociada y como adherida a la existencia del Ateneo en este período. Parece como que forma parte de la casa en su esencia y en sus recuerdos; él lo anima todo, las discusiones y las conferencias; reina en la biblioteca y en las conversaciones privadas; la juventud tiene por él un afecto que raya en fanatismo. Y de tal modo se identifica él con la vida y la atmósfera del Ateneo, que hace de aquella casa su vivienda y se labra un hueco en la estrechura de aquella inolvidable biblioteca. Cuando repentina muerte nos arrebata a este hombre querido, parece que el Ateneo conserva por mucho tiempo el molde de su persona, y las huellasde sus pasos.

Era Moreno Nieto el más florido de los oradores. Su elocuencia de torrente no conocía el cansancio ni el entorpecimiento. Con igual brío y seguridad atacaba los problemas políticos y los filosóficos, y era tan ducho en lingüística como en legislación. Todo lo abarcaba en flexible inteligencia, ayudada de su erudición maravillosa. Para completar su retrato es forzoso añadir a tantas y tan diversas cualidades la bondad más acabada y perfecta que es posible imaginar en alma humana y el trato más sencillo, más afable que se puede conce-

bir. Por esto, pocos han sido tan llorados, y ningún ateneísta de los que tuvieron la suerte de conocerle le olvidará mientras viva.

Mucho antes que Moreno Nieto, desapareció de entre los vivos uno que fue, en orden distinto, ilustración de la patria, asiduo concurrente al Ateneo en diferentes épocas. Me refiero al almirante Méndez Núñez, de cuyas proezas no fue ciertamente teatro la cátedra. Pero su afición al estudio le traía a nuestra Sociedad siempre que se encontraba en Madrid, y en las salas de la calle de la Montera le vimos cuando, herido de muerte por cruel dolencia, tenía contados sus días. Su retrato fue, digámoslo así, el fundador de la galería que hoy poseemos,[5] dedicada a los presidentes y socios más ilustres.

Lentamente se ha ido formando esta preciosa colección, en la cual han trabajado los pintores más notables de la generación presente. En ella descuellan el Ríos Rosas de Rosales, el Méndez Núñez de Suárez Llanos, el Hartzenbusch de Palmaroli y otros que no cito por no alargar demasiado esta carta.

Después de la Restauración el Ateneo nos ha ofrecido la misma vida animada y exuberante de siempre; pero todo en este período es tan reciente, y las personas nos rodean tan de cerca que no es prudente anticipar juicios sobre ellas. Sin distancia, la historia y la pintura son imposibles, y cuando los objetos se vienen encima, ¿quién puede preciarse de verlos con la perspectiva y color conveniente?[6] Y la materia convida, porque nuestra Sociedad es tan varia y rica, que se podrían escribir volúmenes sobre ella, aun concretándose a lo que está más próximo.

Pero muchas cosas no serían bien estimadas fuera de aquí, y creo haber dado a mis lectores de América suficientes informes para que puedan hacerse cargo de lo que ha sido y es entre nosotros esta noble institución independiente, campo neutral de todas las opiniones.

Algo quería decir también del Ateneo nuevo; pero las dimensiones de esta carta me lo impiden por ahora. El gallardo y bien dispuesto edificio donde hoy se alberga la Sociedad merece preferente atención por la destreza que al construirlo han mostrado dos jóvenes arquitectos[7] y por los progresos que señala esta primera instalación de una colectividad en casa propia. Dije al principio que el nuevo local no tiene historia, y me equivoqué. Ya la tiene. En el día de la inauguración y con motivo de ella ha surgido un disentimiento grave, que dará origen a empeñadas disputas.[8]

La primera junta general será interesantísima, y tan acalorada como la más acalorada sesión de nuestro acaloradísimo Congreso. Mas esto, en verdad, pasará y el Ateneo, en las cuestiones de su gobierno interior, volverá a quedar tranquilo como un lago. En la cátedra

5 La *galería* de retratos se creó a propuesta del presidente Gómez Molinero en 1868.*

6 Este concepto de perspectiva histórica ya había sido manejado por Galdós para justificar su abandono de los *Episodios* al finalizar la segúnda serie, en *Un faccioso más y algunos frailes menos* (1879).*

7 Los modernistas Enrique Fort y Luis de Landecho.

8 El *disentimiento grave* se debió a que Cánovas, entonces presidente simultáneo del Consejo de Ministros y del Ateneo, decidió invitar a Alfonso XII a la inauguración y nombrarlo ateneísta sin consultar previamente con la Junta General. Ateneístas y periódicos republicanos protestaron airadamente.

habrá, sí, grandes tormentas, pero de aquellas que concretadas a las ideas no alteran las relaciones pacíficas y amistosas de las personas. Los temas que se discutirán en las sesiones de Literaturas y Ciencias son de los más palpitantes, y los presidentes de ambas parece que han estrenado las tesis en sus discursos inaugurales.

Pero es forzoso confesar que si así fuera, los debates no tendrían gran interés, que sólo en encuentros y acometidas de pareceres opuestos brilla la verdad, aunque no salga triunfante siempre ni la vean comúnmente los que se pelean por ella.

B. PÉREZ GALDÓS

7
LP, 30/3/1884

SUMARIO: No hay más remedio que hablar del baile —Los duques de Fernán Núñez —El palacio de Cervellón —Preparativos de una fiesta de trajes y dificultades indumentarias que ofrece —La literatura de salones —La noche del 25 de febrero —Decadencia del Carnaval.

Madrid 26 de febrero de 1884.

Señor Director:

Con toda intención he retrasado esta carta para poder hablar de un acontecimiento fijado para el 25. No se trata de ningún cambio político, ni de cosa alguna que haya de pasar, en papeles más o menos amarillos, a las estanterías de nuestros archivos históricos para servir de entretenimiento a los ratones presentes y a los anticuarios futuros; no se tra-ta de nada que altere la faz del mundo; se trata simplemente de un baile, pero este es de tales proporciones, y la gente de aquí lo ha tomado con tanto calor, que olvidarlo en estascartas sería vituperable. Y no es el asunto tan baladí como a primera vista parece. Materia grande hay en él, fuera del interés descriptivo, para un largo escrito donde campeen la erudición, la indumentaria, la economía políticas y aun la filosofía. Pero no he de meterme yo en grandes honduras, y he de exponer sencillamente la enorme agitación en que sehalla una parte importante de nuestra sociedad a propósito de tal baile, diciendo algo, de paso, sobre la alcurniada casa en que se celebra.

Había indicado en mi anterior que en esta me ocuparía del Ateneo nuevo, pero no hay prisa de hacerlo, porque el Ateneo permanecerá, dándome sobrado tiempo y ocasión mejor para describirlo; mientras que la anunciada fiesta pasará y quizás dentro de poco sólo quedarán de ella las frías memorias que conserven los que la presencien.

Dicen los que se ocupan de estas cosas que el baile de trajes celebrado en casa de los duques de Fernán Núñez será un acontecimiento de que se ha de hablar por mucho tiempo. Creámoslo así, y en tanto, debo suponer que mis lectores de Buenos Aires no tendrán suficientes informaciones acerca del joven ilustre cuya casa es teatro de fiestas tan espléndidas. Conviene, pues, que les dé algunas noticias, huyendo en lo posible de las formas convencionales de la literatura de salones, que es la más vana y desabrida literatura del mundo.

La casa de Fernán Núñez, o de Cervellón, es de las más poderosas de España, tal vez la más rica entre las de abolengo antiguo, y en medio de la decadencia general de la clase aristocrática, por diferentes causas políticas y sociales que no son de este lugar, ha conservado el respetuoso prestigio de aquellos nombres a que van unidos brillantes hechos de la historia patria.

Los efectos de la desvinculación no se han dejado sentir aún[1], como en otras, en esta opulenta casa, que conserva las riquezas antiguas y el caudal acumulado por los siglos. Además, fuerza es decirlo así, las condiciones personales de los actuales duques han formado una atmósfera de respeto en derredor suyo, y si no sería justo afirmar que estos nombres son los únicos que brillan en las tinieblas de nuestra arruinada aristocracia, es evidente que constituyen con algunos más, no muchos, la parte sana y superviviente de la clase.

El duque actual ha representado a España no hace mucho en el puesto diplomático de más importancia, la embajada de París, y la desempeñó por cierto en circunstancias harto difíciles, como los acontecimientos del viaje del rey en septiembre último.[2]

Es quizás la casa de Fernán Núñez la que conserva entre las históricas mayor y más valiosa propiedad territorial en nuestra península. Sólo puede igualársele la de Medinaceli, pues de las de Osuna, Medina Sidonia, Sessa, Infantado y otras igualmente renombradas no queda ya ni sombra de lo que fueron.

Los señoríos nuevos, nacidos en la banca y en los negocios, tienden a refrescar la antigua nobleza, aliándose con ella y dándole la savia pecuniaria de que está tan necesitada; pero aún hay señoríos rancios que se defienden de este sistema fecundante, calificado por Luis XV de un modo muy gráfico.[3] Entre ellos debemos contar el de Fernán Núñez, que por sus inmensas rentas, su administración intachable, su orden y el carácter serio de los individuos que lo representan, ha sabido mantener las susceptibilidades de la clase, dignas indudablemente de respeto.

Aun cuando se considere inevitable el acabamiento total de la aristocracia como fuerza social y política, no es posible dejar de enaltecer al grande que sabe serlo y al poderoso que gasta juiciosamente su fortuna.

Cuando los blasones pierdan por completo su valor, siempre, mientras haya hombres, habrá señores y no merecerán este delicado nombre los que posean el oro a montones, sino aquellos que por temperamento, por herencia, por educación, o por los tres motivos juntos, posean el arte difícil de dignificar y hacer amable la riqueza, los que tengan el secreto de la distinción suntuaria, los que sepan dar a la esplendidez y al lujo ese toque maestro que los arrima a la esfera del arte, y vestir la riqueza de tal modo que siempre se vea en ella un cierto aire de modestia.

1 *desvinculación:* una de las medidas del bienio liberal (1854-56), consistente en liquidar las antiguas limitaciones jurídicas a la libre disposición sobre los bienes por parte de sus dueños, que hasta entonces carecían de capacidad legal para utilizarlos como mercancía.

2 Véase 1, n. 5.

3 Parece que fue Luis XIV, aunque en el reinado siguiente se siguió pensando, quien comentó que las familias nobles empobrecidas, al emparentar con la burguesía floreciente, "abonaban su tierra".

El palacio de Cervellón es, como todos los construidos en Madrid por la grandeza, una casona inmensa, sin aspecto ni belleza exterior, pero cómoda y tan grande que en su área se podría construir un barrio. El motivo de que los palacios de los nobles sean en Madrid tan poco monumentales es que casi todos se construyeron en tiempos en que la residencia de la corte en esta villa se consideraba como provisional. Temían aquellos buenos seño- res que al rey se le antojase trasladar la capital a Valladolid, como lo hizo Felipe III,[4] y no querían arriesgar en la fábrica de sus viviendas sumas enormes, que por otra parte estarían mejor empleadas a beneficio del alma, en levantar y dotar conventos de frailes y monjas. Madrid no fue corte verdadera y fija hasta el tiempo de los Borbones, y aun se cuenta que Carlos III tuvo el pensamiento de llevarla a un puerto de mar, en lo que, dicho sea de paso, hubiera obrado con mucha cordura.

Toda la esplendidez del palacio de Fernán Núñez está en el interior, compuesto de enormes y bellísimos salones, amén de una soberbia estufa,[5] llena de plantas tropicales, que no tiene igual en España. El buen gusto de los actuales duques ha ido reuniendo allí obras de arte valiosísimas. A los cuadros de familia, hechura de Pantoja, Murillo y el gran Velázquez, han ido a hacer digna compañía los modernos lienzos de Palmaroli, Casado, Germán Hernández y otros. La escultura de nuestros días se manifiesta junto a las soberbias corazas y petos de aquellos potentes varones de otros siglos, piezas riquísimas que sirven de pasmo y vergüenza a la generación presente, pues no hay entre la actual grandeza nadie que tenga vigor bastante para dar dos pasos con todo aquel labrado hierro encima del cuerpo. En muebles, porcelanas y bronces la riqueza es tal que la casa es un verdadero museo. No se advierte allí la cargazón abrumadora de los palacios improvisados, llenos de cuanto ostentan tiendas y bazares; es una vivienda formada y adornada por veinte generaciones, conservado el sello de la mano de cada una y ese carácter imposible de obtener con los derroches de un día, porque es obra perfectísima del tiempo y la paciencia.

Bien se comprende que en una morada como esta, tan amplia, tan suntuosa, tan artística, con su pátina admirable y sus huellas históricas, ha de tener gran lucimiento en baile de trajes, una reunión de caballeros y damas vestidos con toda la variada multiplicidad de ropas que se han usado en el mundo, entre el brillo de incalculable riqueza de pedrerías, con tales alardes de magnificencia, de belleza, de lujo y tal muchedumbre de tonos y colores, que la imaginación más soñadora no podrá apreciar el conjunto, si no lo ven y gozan antes los ojos. No hay en Madrid memoria de otra fiesta semejante, sino es la que aún queda de la celebrada en el mismo palacio el año 63, y fue tal que aún la recuerdan con orgullo muchos que la vieron y no pueden asistir a la presente por exceso de años. La de esta noche (y estamos a 25 de febrero) ha de superar a la antigua, porque hoy, según dicen, hay mejores medios de ostentación, más dinero y, sobre todo, más disposiciones para gastarlo.

4 En 1561 Felipe II estableció su corte en Madrid como *caput regni*, pero entre 1601 y 1606, con Felipe III, la corte residió en Valladolid. Que Madrid sea capital de España se convertirá en *leit motiv* en varias Cartas, con quejas sobre el clima o el no ser marítima, que hacen pensar en el origen canario de Galdós.

5 `invernadero´.

Desde que se anunció el baile, fue extraordinaria la animación en lo que, siguiendo una mala costumbre, hemos de llamar los *círculos aristocráticos.* Eran de ver y oír las cavilaciones para escoger el traje más bonito, las preguntas, las excursiones por el campo de la historia en la parte que ésta concede a la manera de vestir. Los pintores que en Madrid residen fueron las primeras víctimas de este furor indumentario, no sólo porque ellos poseen variedad de ropas auténticas, sino porque en sus talleres abundan estampas, apuntes y figurines. Muchos de ellos han tenido que abandonar sus ocupaciones para hacer croquis de *colombinas, pierrotas, arlequinas, pastorelas, merveilleuses,* etc. Pero siendo el bello sexo el que ocasiona estos trastornos en el trabajo de los alumnos de Apeles,[6] ¿cómo resistirle, cómo expulsarle? ¿Con qué cara se le niega el modelito, el dibujo, el figurín, que ha de servirle para dar mayor lucimiento a sus encantos? En estos días he visto a los pobres artistas ocupadísimos, revolviendo todo el estudio para encontrar lo que sus lindas parroquianas deseaban, multiplicándose para atender a todas, pues ésta quiere *una idea para una cofia,* aquélla *un apunte de egipcia,* la otra un *Luis XV perfecto* o bien un *Watteau,* la de más allá desea el *tipo completo de María de Medicis,*[7] estotra *un puro Goya,* y así hasta lo infinito.

Vienen luego las súplicas para el trazado de una cenefa con meandros griegos, para pintar una falda a estilo *Petit Trianon,* para hacer el croquis de una de esas montañas de empolvados cabellos que llevan el nombre de Dubarry,[8] y otras menudencias.

Al mismo tiempo la prensa no puede menos de reflejar la agitación y desasosiego que reina en lo que llama *el gran mundo.* Todos los días menudean noticias que en esas regiones se leen con avidez: la condesa de X va de María Estuardo, la de V de Carlota Corday, el duque M de Antonio Pérez, la de Z de Locura, la de I de Incendio a medio apagar, la de C de papisa Juana, la de R de Selika civilizada, la de N de *dame de Tréfle*, la de S de Rosa sin espinas, la de K de Ana Bolena, la de J de *Al que no te conozca que te compre,* el marqués de tal de moro Tarfe, el de G. de *Don Gil de las Calzas Verdes*,[9] y así sucesivamente, siendo tan grande el incentivo que estas referencias ofrecen a la ardiente curiosidad de muchas personas, que sin duda los preparativos y anuncios del baile resultan más interesantes que el baile mismo…

6 *los alumnos de Apeles*: 'los pintores´, por ser el nombre de pintor más antiguo que se conoce.

7 La corte de *Luis XV* de Francia se caracterizó por la lujosa moda impuesta por madame Pompadour, favorita del rey. El pintor rococó *Watteau* representa la artificiosidad pastoril del XVIII, *María de Medicis*, viuda de Henrique II de Francia durante treinta y dos años, puso de moda el negro con cuello-capa tal como la retrata Pourbous en 1616.

8 *falda… Dubarry*: falda estampada, menos ampulosa que la utilizada por María Antonieta en el palacio de Versalles; madame *du Barry*, favorita de Luis XV tras la muerte de madame Pompadour, puso de moda empolvarse el pelo natural.

9 Galdós quiere representar aquí la confusión de disfraces de toda época y condición: *María Estuardo* fue reina de Escocia (1543-1587); *Carlota Corday* asesina de Marat en 1793; *Antonio Pérez* secretario de Felipe II de 1553 al 79; *Juana* ejerció el papado ocultando su sexo entre 855 y 857; *Selika*, es la esclava protagonista de la ópera *La africana* de Meyerbeer; la *dame de Tréfle*, o dama de tréboles, es una carta de la baraja francesa; *Ana Bolena* reina consorte de Enrique VIII de Inglaterra de 1533 al 36; *Al que no te conozca…* refrán popular y cuento de Juan Valera; el *moro Tarfe*, legendario pariente de los reyes de Granada; y *Don Gil de las calzas verdes,* protagonista femenina vestida de hombre en la comedia de enredo de Tirso de Molina (1627).

Al llegar aquí me entran grandísimos escrúpulos de que mis lectores de América vean en esta carta lo más tonto e insustancial que pudiera ocurrirse a escritor nacido. Quisiera que por un conducto más eficaz que el del telégrafo, y no ya rápido, sino milagroso, me dijeran si esto les desagrada y lo tienen por irresistiblemente necio, pues en caso tal me metería ciego y decidido por cualquier asunto filosófico o político, dejando éste que tan impropio parece de personas serias. Pero con la promesa de ocuparme en otra ocasión decuantos problemas graves entretienen al mundo, y de hacer gala de descifrarlos y resol- verlos, aunque en verdad no los entienda mucho; con esta promesa formal, digo, hecha contritamente y con propósito de enmienda, quizás me perdonen mis lectores, permitiéndome una vez sola este infeliz ensayo de literatura de salones.

¡Y por Dios que la odio, por Dios que me es antipática y repulsiva la tal literatura! Hállanse los que la cultivan en terreno difícil, pues si huyen de la adulación caen infaliblemente en la grosería, y si no ponen, sobre todo, otro móvil artístico que el de ser galantes, incurren en el desagrado de las damas para quienes escriben. La verdad, alma de todo arte, estímulo del ingenio, es desconocida en ella, y de la mentira y la lisonja, formando sistema, no puede resultar más que un empalagoso conjunto de insulseces y necedades. La erudición de que hacen gala los revisteros de salones en todo lo concerniente a vestidos, peinados, adornos, modas y lazos, los hace más ridículos, y la necesidad de intro- ducir en su lenguaje mil terminachos franceses, convierte su estilo en una jerga insufrible. Toda persona de buen gusto, que una vez sola lea cualquier literario engendro de esta clase, queda curada para toda su vida de la afición a las crónicas del *gran mundo* si es que alguna vez la tuvo, y de seguro tomará en aborrecimiento las pompas y vanidades dela Corte, siempre que sean trasladadas a la esfera del lenguaje por modo tan contrario ala verdad y al arte.

Siendo cosa convenida que se me perdone la travesura literaria, y además la digresión, vuelvo a mi baile y a los picantes anuncios de este y otro vestido. Como en estas cosas no faltan envidias (y quizás, quizás, no hay ningún aspecto de la vida en que más se manifiesten) han sido variados y malignos los comentarios. Las personas que no han de ir al baile, que son las más por cierto, difícilmente reconocen que haya nada bueno en él. Luego se exageran los gastos, el despilfarro y el desorden que esto significa. Cuentan que de París han venido no sólo la mayor parte de los trajes, sino también una falange de modistas, peluqueros, y aún se ha dicho que el mismo Worth se ha puesto en camino para dar la última mano y el toque maestro a sus excelsas clientes. También se cuenta que no pudiendo los hábiles peluqueros franceses arreglar en plazo breve tanta hermosa cabeza, empezaban su tarea desde la mañana del 24; de modo que las que en este riguroso turno tuvieran los primeros lugares, habrían de estar peinadas con pesadísimo armatoste de rizos, plumas y lazos, *cuarenta horas* antes del baile, martirio grande que, aun contando con los sacrificios que se impone la coquetería, parece superior a las fuerzas humanas. Corre también la voz de que en la aduana de Irún están detenidas las cajas de vestidos por no poderlas despachar los empleados, tan grande es su número; y se asegura que muchas damas no podrán asistir a la fiesta por no recibir a tiempo sus galas, contrariedad que las pone en el último grado de la desesperación.

Informes autorizadísimos nos permiten desmentir del modo más terminante estos malévolos escritos. Ni son tantos los disfraces que se han encargado a París, ni ha venido ese invasor ejército de modistas y peluqueros, ni el árbitro de la moda, el omnipotente sastre de señoras, Worth, ha pensado en visitarnos. Bórrese, pues, de la imaginación del público el terrorífico espectáculo de la dama peinada (a estilo Luis XIV) desde la mañana del 24 hasta la mañana del 26, y tranquilícense los que temían por la salud y por la vida de las inconsolables que no tenían que ponerse. Todo se arreglará, y el sarao será tan cabal y espléndido como lo soñaron sus ilustres organizadores.

Considerado artísticamente, un baile de trajes históricos, que en tales condiciones se realiza, ofrece gran incentivo a la fantasía y viene a romper la sombría uniformidad del vestir moderno. Parece que de este modo se rinde culto a la variedad, injustamente proscrita del vivir contemporáneo. El carnaval, envilecido y encanallado en las calles,[10] se refugia en los salones, y vuelve a ser lo que fue, despojado del misterio alevoso de las caretas. El color, que la sociedad actual parece haber devuelto a la naturaleza como un elemento que no se necesita, torna a engalanar a las personas y a ser recreo de la vista y expresión del carácter. Pero no debe ocultarse que son grandes las dificultades para obtener una propiedad absoluta en estas vestimentas arcaicas, y que no todas las personas que cambian los bien sabidos trajes modernos por otros que pasaron, conocen el arte de hacerlos y de llevarlos. Trajes existieron que exigen una configuración especial, y si hay personas que poseen el secreto de asimilarse un vestido y escoger el que más les conviene, otras, por el contrario, tienen tal maña que se ponen lo que menos les cuadra y lo que está en completa antítesis con su figura, aire y hasta con su esqueleto. Un obeso de *incroyable*;[11] una rubia de sultana; un raquítico de Carlos V; una morena de Margarita;[12] una pequeñuela de Semiramis;[13] un Luis XV con patillas; un tercio de Flandes sin bigote; un majo con barbas; una griega con túnica de seda; una mora con zapatos de tacón; una egipcia sin ojos de almendra; un romano con raya en el pelo; un *lasquenet* con lentes;[14] un Quevedo sin ellos; una María Estuardo escotada;[15] una Isabel de Inglaterra sin pelo bermejo; un Gran Capitán con bigotito y las piernas torcidas son figuras que no se pueden ver sin pena. Afortunadamente habrá, en uno y otro sexo, quien sepa adaptar el figurín a su persona y sacar partida del talle y del traje, aliándolos con verdadero y artístico ingenio. Entre las damas principalmente, no faltará quien realice este prodigio, haciendo gala de esa erudición no aprendida y de ese instinto seguro y eficaz que jamás se equivoca. Yo aseguro a mis lectores que el baile será una maravilla, y lo aseguro bajo

10 Se explica esta despectiva opinión al final de esta Carta y se amplía en la 32.

11 Elegantes y esbeltos jóvenes franceses, de la época del Directorio, inmortalizados en el cuadro de Vernet, así llamados porque a la menor noticia respondían "c'est incroyable".

12 Pálida adolescente de la que se enamora Fausto en la célebre obra de Goethe.

13 Mítica reina guerrera de Babilonia.

14 *lasquenet*: derivado del francés *lansquenet,* y este del alemán *landsknecht,* `mercenario´, que luchó al lado de los tercios españoles durante la dominación de la casa de Austria.

15 Los retratos de la católica reina de Escocia la representan siempre con cuello cerrado.

la palabra de los asistentes a él, pues yo no he de verlo, ni siquiera por el resquicio de una costura.

***

Mis predicciones se han realizado, la fiesta ha sido soberanamente fastuosa. En el breve tiempo transcurrido desde que concluí el anterior párrafo hasta que puse la mano en éste, verificóse el baile, cuyo relato minucioso no pueden hacer sino los que tuvieron la dicha de presenciarlo. Los diarios de la mañana traen descripciones larguísimas de este prodigio, las cuales roban felizmente sitio a las controversias políticas. Pero no me fío yo de los hiperbólicos encomios que la literatura de salones pone en los periódicos, y espero a que algún buen amigo, testigo presencial del suceso, me lo cuente y describa con todos sus pelos y señales. Mi buena suerte ha querido que este oficioso amigo no se haga esperar y por él sé que el baile de Fernán Núñez ha sido tal que de él se acordarán por muchos años los felices mortales que lo han visto. Lujo deslumbrador, asiático; inmensa concurrencia; variedad increíble de trajes; propiedad rigurosa en la mayor parte de ellos; bellezas de primer orden; gracia y elegancia llevadas al extremo; animación loca y de buen tono; un *buffet*, como de aquella casa, delicado y suntuoso; un palacio que parece hechura del sueño; mucha luz, colores infinitos, minuetos y cotillones que son la gracia misma; orden y regocijo, sabiamente combinados; comparsas encantadoras, reyes, príncipes, princesas, ministros, embajadores, duques, condes, marqueses, celebridades mil de la fortuna, de la política y del ingenio…, he aquí la grandiosa reunión de anoche. Dice mi amigo que cierta reina mora llevaba encima, no es exageración, una fanega de perlas.[16] Otra tal se hizo acompañar a la salida por una pareja de la Guardia Civil, para asegurar de un golpe de mano los brillantes que ostentaba en su seno, cabeza y falda.

La comparsa del teatro italiano, magnífica; la guardia siciliana que escoltaba a la familia real, muy propia y bien equipada. Había majas irresistibles, africanas muy majas, tipos históricos que eran resurrecciones; mucho género Luis XV y pastoril a lo Watteau; bastante de lo que llaman goyesco; mucha Margarita sin inocencia y algunas Violetas con ella;[17] damas venecianas, tudescas, flamencas (de Flandes), rusas, aragonesas hermosas, todas bien puestas y elegantes sobre todo encomio.

Me falta considerar esto bajo el aspecto económico, y no quiero concluir sin hacerlo en dos palabras. Muchos censuran estas fiestas por el dineral que se gasta en ellas inútilmente, dinero que aplicado a objetos de mayor interés sería reproductivo. En un millón de pesetas calculan algunos el gasto de anoche, y creo que se han quedado cortos. Pero cualquiera que sea la cifra, parécenme fuera de lugar los aspavientos sentimentales que hacen a propósito de ella espíritus más rutinarios que pensadores. Fuera de que es imposible y económicamente absurdo reglamentar el empleo que cada cual quiera dar a su

16 *fanega*: medida agraria de equivalencia variable, entre doce y ciento cincuenta y cinco kilos, según regiones.

17 Aunque en el original aparece con minúscula, probablemente se refiere a *Violeta*, cortesana protagonista de *La Traviata* de Verdi. Obviamente, Galdós juega con la doble acepción de los términos literario y floral de `margarita´ y `violeta´.

peculio, las artes e industrias suntuarias, que dan circulación y vida a inmensos capitales, no existirían sin estas demandas constantes del capricho y de la frivolidad, elemento fatal, imprescindible de toda sociedad, y que lejos de ser privativo de la nuestra, parece menos avasallador en esta generación que en las precedentes. La prensa inglesa se queja un día y otro de que el retraimiento y perpetuo luto en que vive la corte de la reina Victoria paraliza ciertas industrias de mucha importancia en la vastísima metrópoli.[18]

No sé si los americanos habrán tenido la fortuna de ver desaparecer el carnaval. Aquí continuamos *gozando* de esa diversión estúpida, aunque su decadencia anuncia un fin que Dios quiera no esté lejano. Ya sólo se visten de máscara los niños y los adultos de clase baja, en quienes el disfraz sirve de pretexto para pedir y molestar a todo el mundo. La careta es cada día más rara; pero aún se ven personas tan apegadas a la costumbre que se la ponen, y con ella y cuatro trapos salen por esas calles haciendo el mamarracho; mas estos tales manifiestan con su aire amilanado y sus pocas palabras que no se divierten gran cosa, por lo cual se debe esperar que lleguen a convencerse de su ridiculez y no parezcan por ninguna parte en los años sucesivos.

B. PÉREZ GALDÓS

8

LP, 17/4/1884

SUMARIO: El sermón del padre Mon —Conflicto eclesiástico político —La iglesia del Sagrado Corazón —El cardenal Moreno, primado de las Españas —Destierro de un predicador.

Madrid, 18 de marzo de 1884.

Señor Director de *La Prensa*:

Ha dado tanto que hablar aquí un sermón predicado no hace mucho, que no puedo prescindir de ocuparme de él y de los incidentes que ha producido. Parecerá a primera vista que el asunto es pobre, local y que su interés no traspasa los límites de nuestra villa nipuede interesar a personas que viven tan lejos de nosotros. Pero no es cierto; el asunto esgeneral, interesante de suyo, porque el hecho que lo motiva tiene su origen en sentimien- tos y disensiones que perturban profundamente los países latinos, y en una u otra forma serepiten con frecuencia.

Hay aquí un jesuita llamado el padre Mon, joven listo, nacido en noble cuna, de presencia agradable y cortesanos modos, predicador vehemente. Como en la célebre Compañía no hay individuo que no posea, según dicen, dotes singulares, la especialidad de este es predicar a las señoras. Cuentan que en su mocedad frecuentó mucho los salones, y que su ardiente vocación eclesiástica no data en él desde la niñez, como en Luis Gonzaga. Cual

18 Tras enviudar en 1861, la reina Victoria de Inglaterra impuso a la corte un riguroso luto que duró hasta su propia muerte (1901).

otros insignes jesuitas que están en los altares, este probó, antes de emprender el camino de la santidad, el fruto engañoso de los placeres mundanos, que al cabo es todo sinsabor y desabrimiento. A esto debe quizás su experiencia riquísima, su gran tacto para dirigir conciencias aristocráticas y su autoridad para sermonear a las damas, desviándolas del pecado para enseñarles la recta vía del cielo. Es, pues, Mon, hombre de mucho mundo, de escogida y galana palabra, pintiparado para el oficio que tiene, y destinado, como es fácil suponer, a inmensos y ruidosos éxitos. El poder de uno de estos humildes, ora tras la reja de su confesonario, ora en la barandilla de un pulpito, es incalculable, aunque poco visible. Y por lo mismo que este poder es tan poco aparatoso, su fuerza resulta mayor. ¿Quién indaga sus oscuros resortes? ¿Qué expresión tienen al exterior sus armas formidables? El mismo poder público, apoyado en fuerzas materiales *y* en leyes escritas, ¿qué es en presencia de esta misteriosa fuerza, cuya esfera de gobierno se extiende con redes fortísimas por todas partes? Nada.

Vivimos quizás en perpetua ilusión. Creemos que nos gobierna Juan, sin percatarnos de que Pedro es dueño absoluto, aunque escondido, de todos nosotros. Pasa mansamente el tiempo sin que acertemos a volver de nuestro engaño; pero de vez en cuando algunos sacerdotes del cuerpo social nos dan aviso de la esclavitud en que estamos, esclavitud disimulada por el engreimiento de nuestra libertad, más fácil de reconocer en las palabras que en los hechos.

El padre Mon predicaba todas las tardes de cuaresma en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Bien conocido es este instituto femenino destinado a la educación de niñas de alta clase. En otros colegios se crían mujeres para la familia y la maternidad; allí se crían damas para la refinada vida de lo que llaman el gran mundo. La educación es allí costosísima y las niñas aprenden pronto a hacer cortesías y adquieren fáciles y elegantes modales. La iglesia del Sagrado Corazón construida recientemente es gótica, de estilo francés a la manera de la basílica de Lourdes, mucho más aseada que las demás iglesias de Madrid, con cierto ambiente de pulcritud suntuaria y un no sé qué de mundano. Ni la severidad grandiosa de nuestras catedrales, ni la miserable tosquedad de las parroquias matritenses se advierten allí; es un término medio, una cosa útil y bonita, como todo el género francés de exportación; un agradable acomodamiento entre la religión y el mundo, pues de todo hay un poco allí, rigor y alegría, excelentes formas y mucha comodidad, misticismo y por fin ese aire de negocio que el espíritu francés moderno imprime a todas las cosas, desde las más fútiles a las más santas.

Tal es el teatro del padre Mon; veamos ahora al público. Este es exclusivamente femenino. Allí no entra hombre ninguno, a excepción del predicador. Ocupan los bancos en las pláticas de la tarde lo más escogido de nuestra sociedad culta y rica, lo que los ingleses llaman *high life*, la *créme* de los franceses. Si los revisteros de salones lograran penetrar en este recinto sagrado reconocerían a todas y cada una de las elegantes y hermosas señoras cuyas gracias y atavíos describieron el día antes al hacer la crónica de tal o cual baile. Es de suponer que si las buenas madres del Sagrado Corazón permitieran la entrada de los hombres en su iglesia, fácilmente ocurrirían en esta profanaciones lamentables, aunque no fuera sino por esta maldita manía de la *flirtation* que no se desarraiga de nuestras costum-

bres ni con sermones ni con penitencias. No puede ser más acertada la disposición de las madres y merecen que se las felicite por ello.

Para tener una crónica exacta de la concurrencia al Sagrado Corazón, basta leer las que se hicieron del baile de trajes en el palacio de Fernán Núñez o pasar revista a los palcos de cualquier teatro en noche de estreno. Esta circunstancia precisamente es la que sacó de quicio al padre Mon, inspirándole su célebre homilía. El austero jesuita no podía ver con calma que las mismas que con tanto arrobamiento le oían por la tarde, fueran de noche a bailoteos y saraos, y que después de la plática se retiraran apresuradamente a sus casas para comer de prisa y corriendo, cambiar de vestido y asistir, en el Teatro de la Comedia, a la representación del *Demi monde* de Dumas hijo.[1] Francamente esto es excesivo, y por holgados que sean los términos de la transacción mundano-religiosa que el jesuitismo autoriza en las clases altas, siempre conviene guardar ciertas fórmulas. Reconozcamos que el célebre predicador estaba cargado de razón y que le sobraban motivos para aquel desapacible réspice que propinó a sus lindas parroquianas.[2] Consideren las tales que estamos en cuaresma, época de abstinencia y mortificación, en la cual no están bien las promiscuidades, pues si tanto las vitupera la iglesia en las comidas, cuanto no lo hará en las costumbres. Eso de ir por la tarde a ponerse en éxtasis delante de un sacerdote que habla de cosas santas, y meterse por la noche en un teatro donde se representan escenas y pasos que si no son obra de Satanás lo son de sus discípulos; eso de encender velas en tan distintos y contrapuestos altares más ocasionado es a perder el alma que a ganarla.

Pero reconozcamos que el hecho no habría tenido importancia si hubiera pasado en los términos descritos, pues todos los días condenan los predicadores en el púlpito las pompas y vanidades del mundo, todos los días se quejan de que sus exhortaciones no son tan eficaces como ellos desean y los anatemas suceden a los anatemas sin que las costumbres mejoren. Lo grave del caso estuvo en lo siguiente: ya se había despachado a su gusto el padre Mon, cuando acertó a entrar en la iglesia la infanta doña Eulalia.[3] Encarándose con ella, repitió en tono más enérgico sus apóstrofes sin omitir el *serenísima señora,* para que constara de un modo terminante a dónde iban dirigidos. La infanta había llegado tarde al sermón, por lo cual el enojado sacerdote hubo de añadir a lo antes dicho una punzante observación: *las que llegan tarde a la iglesia son puntuales en el teatro.*

Cuentan que la pobre hermana del rey se afectó mucho al oírse increpar de aquella manera. Una señora de su comitiva le dijo en voz baja: "Está faltando a vuestra alteza." Otra incitábala a retirarse; mas la infanta, sobrecogida, no se atrevía a moverse del sitial de honor. Concluida la plática, sobrevino gran tumulto entre las fieles, y al instante se marcaron dos bandos enconadísimos, vehementes, dos bandos que subsisten aun después de aplacada esta tempestad mujeril-aristocrático-eclesiástica. Unas pusiéronse resueltamente al lado de la infanta; otras abrazaron con calor el partido del padre Mon. Difícil es carac-

1 Estrenada en París en 1850, y en Madrid en 1857, la sátira social contra la sociedad bien pensante causó escándalo y tuvo gran éxito.

2 *réspice*: reprensión breve pero fuerte.+

3 La hermana de Alfonso XII que tenía, en esta fecha, veinte años.

terizar estos dos bandos que, a fuer de femeninos, resultarían muy ardorosos y encarnizados. Hay quien supone que toda la hermosura se pasó con armas y bagajes al partido de su alteza, quedando en torno del clérigo las menos favorecidas por naturaleza. Hay quien supone que esta escisión responde a la que de antiguo existe en la aristocracia, dividida en alfonsina y legitimista sin que los hechos consumados hayan traído una reconciliación completa.[4] Ello es que a muchas, en cuyo corazón anida con raíces profundas la indulgencia y que saben contentar a Dios y al mundo con habilidad seductora, pareció excesiva la severidad del jesuita; a otras, en cambio, que no transigen con Barrabás, les supo a poco, y habrían deseado más rigor, más violencia, más dureza. En las conversaciones privadas, en el discreteo y bullicio de los salones se han manifestado mejor que en ninguna parte estas dos tendencias tan diferentes. Aquí enojo contra el jesuita y tímidas protestas contra su conducta; allí defensa ardiente del padre Mon y excitaciones para que siga adelante y no repare en las grandezas de la tierra. Debo advertir, antes de pasar adelante, que el insigne orador sagrado es carlista de los más furibundos, y trabajó con alma y vida por dar ventajas a su causa en la última guerra.

***

Segundo acto de esta comedia. —Cuentan que la infanta entró a Palacio hecha un mar de lágrimas. El sermón habíala herido en lo más vivo, en su conciencia de mujer católica, y en su amor propio de princesa de la dinastía reinante. El Consejo de ministros ocupase al instante del asunto y éste es considerado como desacato a la familia real. El ministro de Fomento don Alejandro Pidal y Mon, orador fogoso y brillante, que representa en el gabinete el elemento ultramontano y las tendencias clericales, tomó sobre sí este delicado negocio.

Bien quisiera él que no se presentaran tales motivos de discordia entre una congregación poderosísima y las autoridades eclesiásticas ordinarias; pero la vida ministerial tiene estos malos pasos y no hay más remedio que sortearlos como se pueda. Comienzan los cabildeos, y en esta sazón interviene en la contienda el cardenal Moreno, arzobispo de Toledo, y Primado de las Españas, importantísima figura contemporánea, de quien es forzoso decir algo antes de pasar adelante.

Este príncipe de la Iglesia no puede sostener comparación por sus prendas intelectuales con ninguno de los ilustres varones que en otro tiempo ocuparon la culminante silla toledana. No es un sabio eminente como Albornoz, el fundador del Colegio de Bolonia, ni como Silíceo, el maestro de Felipe II, ni como Lorenzana lumbrera de la Iglesia en tiempos más recientes; no es un consumado político, consejero y sostén de los reyes, como aquel don Pedro de Mendoza a quien su siglo, deslumbrado con su poder y fastuosidad, llamó *el gran cardenal de España.* No es aquel espejo de todas las virtudes, aquel Cisneros, insigne gobernante, columna del Estado y de la Iglesia, casi santo, casi mártir, conquistador, apóstol protector de las letras, fundador de Universidades, hombre, en fin, de estupenda

4 Aristocracia dividida en los dos bandos borbones enfrentados en la tercera guerra carlista: el vencedor, *alfonsino* ya que al término de esta contienda, en 1876, reinaba Alfonso XII, y el perdedor, carlista, llamado *legitimista* por considerar ilegítima la línea dinástica femenina de don Alfonso.

grandeza. No es tampoco un príncipe benéfico que pueda inmortalizar su nombre con fundaciones como las de Tavera y el Silíceo antes citado. Es una apreciable persona, llevada a la augusta silla de San Ildefonso y San Eugenio[5] más por combinaciones políticas (de esa menuda política de nuestros días) que por insignes méritos de otro orden. No reside nunca en la capital de su diócesis, sino en Madrid, donde le entretienen asuntos graves del catolicismo y de los partidos eclesiásticos. No son las rentas del arzobispado lo que eran antes, es decir, un pingüe patrimonio, casi tan grande como el de los reyes; pero aún dispone la primera mitra española de crecidas sumas. Con parte de ellas ha restaurado Moreno algunos templos, como el de San Jerónimo de Madrid; pero, según dicen, las cajas del Vaticano reciben la mejor porción de los saneados ingresos de las parroquias de esta villa. Digo esto sin vituperarlo; pues no es de incumbencia seglar el empleo de fondos de la Iglesia, ni las razones de su distribución nos competen en manera alguna.

Es el cardenal Moreno persona de mucho gobierno; orador mediano; de sabidurías más bien sociales que eclesiásticas, de pocas letras y muy versado en lides políticas y cortesanas; hombre quizás de aptitudes cabales para regir un principado religioso en el estado presente del catolicismo y de las personas consagradas al culto, pues hoy la iglesia como la política, se gobierna menos con los principios que con las transacciones y antes exige habilidad y trastienda que extremados rigores.

Como las de todo el episcopado español, las costumbres privadas de Moreno son intachables. Sino existen hoy grandes hombres en santidad y saber, en cambio no ve nuestra mísera edad ejemplos de perversión y escándalo como los que afean la brillante historia de otros siglos.

La medianía reina en todo, y los caracteres, cortados por el patrón corriente, parece que buscan la uniformidad. Huyeron los tiempos dramáticos, y las personas, como los hechos, parece que se informan en los moldes apacibles y rutinarios de la comedia de costumbres.

Una de las cosas que más hacen lucir las dotes cortesanas del cardenal primado es el generoso esfuerzo que pone en reconciliar los dos bandos en que está dividido el partido católico. Estos esfuerzos, no obstante, se han estrellado más de una vez en el prurito batallador de *puros y mestizos,* que así llaman a estos dos furiosos bandos. Deseoso de contentar a todos y de que no escandalicen a la cristiandad con sus agrias disputas, más destempladas y groseras que cuanto puede imaginarse, ha llevado su espíritu de concordia hasta autorizar a unos y a otros indistintamente, según las circunstancias lo exigían.

Rara vez se ha mostrado severo con los *puros* sin dar poco después un disgustillo a los *mestizos.* Unos y otros blasonan de tenerle en su pandilla, y él, usando del balancín con tanta destreza como los políticos más hábiles, ha concluido por no estar con unos ni con otros, estando con ambos a la vez. A fuerza de tacto, de contemplaciones y de distingos ha sabido acallar por algún tiempo los enconados ánimos y poner una mordaza a las diatribas; pero los católicos no han tardado en andar otra vez a la greña, diciéndose cosas tan furibundas como divertidas, con escándalo de las buenas almas.

5 Primeros arzobispos de la archidiócesis primada de España, Toledo, en el siglo I.

Para que se comprenda bien el sentido y significación de cada una de estas banderías, conviene decir que los *puros* son los carlistas inmaculados, intransigentes, no tocados de mancha alguna liberalesca, ardientes partidarios, hasta la muerte, del pretendiente don Carlos, y tienen por cabeza visible al señor Nocedal con plenos poderes del amo y señor, para gobernar a su antojo el rebaño.

Los *mestizos,* cuyo núcleo es la *Unión Católica* son carlistas conversos, desengañados o desahuciados, gente del antiguo partido moderado que fue siempre fiel a Isabel II, guerrilleros convenidos[6] que cobran puntualmente sus pagas del erario liberal. De tal modo transigieron con lo existente, que han llevado dos de sus hombres más notables a la situación dominante: Pidal, que como orador es realmente admirable, y el conde de Tejada, persona de estudio y de buenas disposiciones administrativas. La saña con que estas dos fracciones pelean entre sí supera a cuanto la demagogia más desatinada ha podido acumular en papeles clandestinos. Son el agua y el fuego, el espíritu y la carne; son incompatibles y antes se darán un abrazo la filosofía y el libre examen que estas dos familias católicas que eran una sola durante la cruel guerra civil, y después del vencimiento han venido a ser enemigos irreconciliables.

Realmente da fatiga el considerar las amarguras que el buen cardenal ha de pasar para tenerlos a raya y poner diariamente su freno a la mordacidad y furor de los periódicos que los representan.

Es de notar que ambas hacen gala de obedecer las órdenes de Su Eminencia, y ambas le respetan, al menos en la forma, lo que supone en el arzobispo un trabajo de habilidad casi superior a las fuerzas humanas. Bien se comprende que no es un hombre vulgar el que ha sabido mantener su autoridad en medio de este laberinto de odios y malas pasiones, y que si el insigne purpurado no despunta en las teologías que dieron fama a sus predecesores, es peritísimo maestro en otras, fruto natural de los tiempos y las circunstancias. Pues bien: a este hombre tan ducho en el manejo de personas, dio el gobierno el encargo de arreglar el desagradabilísimo asunto del padre Mon. Cuentan que aquel día (el siguiente del suceso) almorzó Su Eminencia en Palacio, que de allí salió para conferenciar con el presidente del Consejo,[7] y más tarde visitó en su humilde morada al fogoso jesuita autor de lo que se llamó desacato a la familia real.

Entretanto algunas damas de las más afectas al Sagrado Corazón se personaban aparatosamente en la cámara de la infanta, para darle como satisfacciones de la ofensa recibida. No había motivo, según ellas para un serio disgusto, y no debían tomarse tan al pie de la letra las reprimendas lanzadas desde el púlpito por un señor sacerdote en uso de su derecho, como pastor de almas y órgano de las verdades religiosas.

Mas ya no era ocasión de echar tierra sobre el asunto. Aquella tarde el padre Mon no subió a la religiosa cátedra con gran descontento y refunfuño de sus vehementes partidarios. El cardenal, no contento con prohibirle la predicación, ordenóle salir lo más pronto posible para Sevilla. Parece que el jesuita no estaba dispuesto a obedecer sino se lo man-

6 Procedentes del Convenio de Vergara (1839) que terminó la primera guerra carlista.

7 A la sazón, Antonio Cánovas.

daba su jerárquico superior, el provincial de la Orden. De las conferencias que celebraron éste y el primado nada se sabe; pero es lo cierto que Mon no volvió al púlpito, y tres días después salió, para la capital de Andalucía, no sin dar ocasión a nuevos incidentes y comentarios de que me ocuparé en mi próxima carta, porque no caben ya en la presente.

B. PÉREZ GALDOS

9

LP, 25/4/1884

SUMARIO: Destierro del padre Mon —Su triunfo moral y obsequios que recibe —*Las vengadoras,* drama de Eugenio Sellés —Peligro de las innovaciones en el teatro —Quiénes son las *vengadoras* —Breve juicio del drama —Su caída.

Madrid, 26 de marzo de 1884.

Señor Director:

Quedamos en que al padre Mon se le mandó a Sevilla. Hay aquí un refrán que dice: "quien fue a Sevilla perdió su silla". Pero estas sentencias de la filosofía popular no deben rezar con los jesuitas, pues el que nos ocupa, en vez de perder con su destierro, ha ganadoprestigio, fama, popularidad, si así puede llamarse el acrecentamiento extraordinario del favor que gozaba en las clases aristocráticas. El papel de víctima es sabrosísimo para cuan- tos trabajan en cualquier propaganda, y si al carácter de víctima se puede añadir un poco de martirio, aunque éste sea del tamaño de una lenteja, mejor que mejor.

El primer resultado del destierro del padre ha sido un clamoreo contra Moreno. "¿Qué tiene que ver el cardenal con la orden de Jesús, ni quién le mete a disponer que los individuos de ella vayan o no vayan a Sevilla? Ya se las tendrá que ver con el provincial cuando no con el poderoso general de la Compañía, hombre de tales alientos que no tolera demasías de ningún intruso aunque éste sea príncipe de la Iglesia y Primado de las Españas todas habidas y por haber".

Al mismo tiempo, gran clamoreo en la prensa toda, sin excluir la más radical, contra el gobierno. "Tú, partido conservador que no sólo blasonas de respeto al catolicismo, sino que has llegado a incluirlo entre los lemas de tu bandera política, ¿cómo te atreves a desterrar un sacerdote por el *delito,* ¡qué irrisión!, de anatematizar el lujo, de condenar la vanidad y ligereza mujeril, por el *desacato* de afirmar que es pecado asistir en Cuaresma a la representación del *Demi-monde?* Y el señor Pidal que ha entrado en el gabinete en representación de esa gran fuerza social que se llama partido ultramontano, columna del Estado y de la Iglesia, ¿cómo se atreve a sellar la boca de un predicador eminente por la simple expresión de verdades puramente religiosas? ¿Pues para qué es el púlpito? ¿Para aconsejar la disipación, el escándalo y los pecados, para preconizar tal vez la permanencia de los conservadores en el poder? ¿Si lo que Mon ha dicho se viene diciendo desde San Pablo acá sin que a ningún príncipe tirano se le ocurra mandar a nadie a Sevilla por este supuesto delito?"

Es verdad que los altares están llenos de mártires cuya gloriosa exaltación se debe a las carnicerías que en ellos hicieron por predicar la virtud; pero esos tiempos pasaron. Hoy hasta el insignificante castigo impuesto al discreto jesuita parece excesivo y fuera de ocasión, por lo cual los perseguidores se cubren de ridiculez, y la *víctima* ve circundada sus sienes por la preciada aureola de las simpatías femeninas. ¡El resultado de siempre! El perseguido injustamente se agranda. Dice quien todo lo sabe que de los acosados por la justicia es el reino de los cielos. Parece por las trazas, que el de la tierra les pertenece también.

Error grande fue el del gobierno al meterse en este asunto. Sin el destierro del padre Mon, nadie se habría acordado de las palabras de éste a los dos días de pronunciadas. Con los rigores oficiales, la materia de discusiones y hablillas no se ha agotado en lo que va de mes. Al pobre cardenal también le da que hacer su inoportuna intervención en este asunto. Agrias censuras de su cortesanía y de sus habilidades de balancín han amargado las horas de su eminencia durante muchos días. Pero contra lo que se esperaba, la prensa carlista y la mestiza que por cualquier fútil motivo acostumbra entablar discusiones de plazuela, se ha callado en este espinosísimo negocio. Fácil es hacerse cargo de los tiquismiquis, de las sutilezas de todo género que habrá tenido que emplear nuestro bondadoso prelado para alcanzar el triunfo de esa discreción increíble. Verdad que estando de por medio su respetable persona, y siendo corriente que unos y otros se escuden con su autoridad cuando les conviene, el hecho se explica fácilmente y es un claro y patente triunfo de la diplomacia arzobispal.

Pero atendamos al triunfo verdadero, que es el del padre Mon, el cual recibe silenciosamente honores de apoteosis en su humilde morada. Las visitas se suceden sin interrupción; en la calle no caben los blasonados coches y a las visitas suceden pronto los regalos, ¡y que regalos! Objetos del culto, prendas de vestir, algunas fabricadas por lindísimas manos, medias negras, bonetes, solideos, sotanas… Por las tardes el buen clérigo toma asiento en su confesionario de la iglesia de San Ignacio y allí es el jubileo de penitentes. Despiértase entre las damas un vivísimo anhelo de piedad, y no tienen paz en sus corazones hasta no descargar la conciencia de toda culpa. Horas y más horas está el bendito tras la reja sin poder satisfacer el piadoso deseo de ellas. Pero todo en el mundo tiene fin, y aquello, con ser tan bueno, se acaba también. El mismo día de la partida del padre Mon se le presenta una comisión de señoras a ofrecerle valiosísima dádiva, un recado completo de decir misa, todo de oro puro labrado finamente.

En el cáliz campea la inscripción de la fecha célebre, la del sermón por el que le persiguen estos herejes. Él les da las gracias conmovido, y después de exhortarlas a la humildad les ruega que no vayan a despedirle a la estación para evitar manifestaciones tumultuosas, que, por la calidad y rango de las personas, no podrían ser impedidas por la policía.

Algunos socios del Ateneo, con intención que no sé si sería muy caritativa, regalaron al jesuita un precioso bonete de muelles, obra especial y de gran precio, un verdadero *claque*[1] eclesiástico que puede doblarse y llevarse debajo del brazo como el ordinario; pero

1 Sombrero de copa plegable.

Mon, con muy buen acuerdo, no quiso aceptarlo. Despídenle en la estación muchas personas de alta jerarquía, pero las señoras (aquí de la frase usual en la literatura de salones) *brillaban por su ausencia.* Algunos periodistas le despidieron también, y todos se hacen lenguas de su discreción, de su entendimiento, de su finura, de sus distinguidos modales. Es, en fin, hombre para el caso, y que está muy bien donde está, conforme a los fines de la Compañía. Ya sabe esta mejor que nadie lo que se hace y el empleo que da a cada uno de sus hombres.

***

Bien quisiera, por lo mismo que estamos en Cuaresma, no ocuparme sino de cosas concernientes a la devoción; pero los sucesos pueden más que mi deseo, y… parece que lo hace el demonio…, tengo que hablar del drama de Sellés, *Las vengadoras,* objeto de tantas discusiones y comentarios como la reprimenda del padre Mon.[2] Ahondando, ahondando, se ve una relación misteriosa entre estos dos sucesos tan diferentes, el escándalo de un sermón y el estreno de una comedia. Y es que el interés que ciertas personas han mostradoen uno y otro asunto procede indudablemente de una sola causa.

Ante todo, ¿qué casta de pájaros son estas *vengadoras?* A muchos seguramente, al oír tal nombre, parece que no les huele a cosa buena; otros ponen mala cara, y la mayor parte se disponen a hacer un aspavientito muy mono en nombre de la moral ultrajada y de los buenos principios escarnecidos. El autor no tarda en explicar el título de su obra, poniendo en boca de un simpático personaje estas palabras: "El amor ilegítimo triunfante venga siempre al amor legítimo menospreciado". Eugenio Sellés ha tenido gran arrojo al llevar al teatro español asuntos y tipos hasta ahora apartado sistemáticamente de él. Hay quien dice que este siempre inspirado y varonil poeta intenta la peliaguda innovación demasiado pronto; pero no faltan espíritus impacientes que a tiempo echaban de menos esta calaverada de nuestro honrado y glorioso teatro. La noche del estreno lo fue de sorda batalla, y los espectadores no volvían de su asombro al ver representadas a lo vivo en nuestra escena figuras sociales que uno de los personajes define en estos términos: "¿Tienen bonita cara?, pues ese es su pasaporte. Nadie se mete a averiguar si traen patente de origen sucio, como traigan formas limpias. Salen unas de las fatigas del taller, otras de los pudrideros de la necesidad, todas de los desfallecimientos de la mala educación, echadas a la calle por un amante que las pervierte, por un esposo que las maltrata o por un padre que las abandona. Unas vienen de muy alto para llegar muy abajo, otras de muy abajo para colocarse muy alto. ¿A dónde van? A merced de lo que las rodea, lo mismo a pasar su vejez en la galera que en la puerta de un templo pidiendo limosna; lo mismo a morir en un hospital que en un palacio. A primera vista, el contacto con el oro les da ese baño superficial que es la moneda falsa de la distinción. Sentadas en su palco, en su coche, en la marquesina de su gabinete, cualquier provinciano las tomaría por princesas. Aparte de lo exterior, nada, estatuas de barro doradas, groseras por dentro, como todo lo que viene de abajo…" "En

2 El estreno de *Las vengadoras*, el 10 de marzo del 84, marcó la cúspide del enfrentamiento entre partidarios y detractores del naturalismo en el teatro.*

mi tiempo —dice una señora—, sólo los perdidos tenían amantes". Y se contesta el mismo personaje: "Ahora, sólo los perdidos no las tienen, porque no pueden pagarlas".

Por estas cortas referencias vendrán mis lectores en conocimiento del arriesgado y espinoso asunto de *Las vengadoras.*[3] Nuestro público es aún demasiado timorato para pasar estas cosas, cuando no se las dan traducidas del francés, o bien representadas en francés o en italiano. Porque hemos convenido en que las mayores inmoralidades son verdaderas y aun artísticas siempre que tengan por teatro la grande y disoluta París. ¡Pero aquí, en nuestra España, pensar que ocurran tales abominaciones!… Y si por acaso ocurrieran, que todo podría ser, guárdese el desatentado autor de llevarlas al teatro. Una de las más interesantes ramas del patriotismo es aquella que consiste en proclamar, si no la absoluta hombría de bien de nuestra raza, la necesidad de manifestar públicamente que tal hombría de bien existe. Aquí seremos como Dios quiera; pero que no se meta el arte a pintarnos con feos colores, porque entonces se escandalizará el patriotismo.

Vengan, pues, de Francia, las cosas vitandas, ignominiosas, horriblemente negras, que, como sean artículo de importación, no nos causarán espanto. Por el contrario, hasta nos viene bien traducirlas y acomodarlas, que con decir *arreglo del francés,* se cubre el expediente, y la mercancía pasa cubierta por su genuino pabellón. Pero no habrá autor español y original que se atreva a descorrer el velo hipócrita que cubre las miserias humanas que nos han tocado en suerte; no habrá autor bastante atrevido que niegue la condición angelical de nuestra sociedad, porque será tenido por insensato o por procaz o por libertino, y ya le harán conocer prácticamente las resultas de su desvergüenza.

Sellés es un autor de grande y varonil talento. Todas sus obras llevan por insignia la energía del pensamiento, convicción profunda y una forma tan exquisita como robusta. Dice lo que siente después de sentirlo muy hondo, y todo lo dice bien, con términos muy suyos, muy categóricos, muy sinceros. Es el poeta que une a la inspiración la firmeza de carácter, feliz coyunda de cualidades que es absolutamente necesaria al que en estos tiempos escriba para el público. Su más famosa obra *El nudo gordiano*[4] es demasiado conocida, y en América lo será seguramente tanto como en España, por lo cual no creo necesario insistir sobre la inspirada valentía de este poeta, que harto se pinta en aquel drama de pasión y protesta. Una de las mejores cosas del *Nudo* es la forma, su versifica- ción armoniosa, esmaltada de ideas brillantes y atrevidas, llena toda de chispazos de luz,y tallada con una corrección y una retórica que pasma. Calderón mismo no le supera en énfasis poético ni en elocuencia. Pues para que se comprenda hasta donde llega el valorde Sellés, él, que tan perfectos versos hace, que posee como pocos el arte de defender susobras con la magia del número y de las rimas, ha renunciado a esta ventaja y ha escrito su última obra en prosa.

La escuela de la naturalidad, que parece triunfa en toda la línea, imponiéndose a los ingenios con inflexible ley, ha conquistado también a este versificador potente, quitándole sus armas admirables. Cuando él se ha entregado de este modo es porque tiene sobra-

3 En la obra la cortesana acaba vengando a la esposa ultrajada.*

4 Estrenada en noviembre del 1878.

da confianza en su fuerza intrínseca, y sabe que sus manos de artista sabrán cincelar el hierro como cincelaron el oro. La prosa de *Las vengadoras* vale tanto como los versos del *Nudo Gordiano;* es quizás demasiado escogida y sentenciosa, y seguramente ha trabaja- do en ella tanto o más que en las rimas de antaño. Quizás para prosa de teatro es poco suelta y harto personal; pero de todos modos es bellísima y el autor ha iniciado una gran reforma. Verdaderamente es cosa por demás impropia y chocante que personas vestidas de levita hablen en la escena el lenguaje de capa y espada. Al oír la ampulosa dicción lírica de los dramas sociales de nuestra edad, toda ilusión desaparece, y no es posiblecreer que aquellas figuras sean representación de nosotros mismos. Por equivocación visten el frac, y en propiedad debieran salir forradas en paño verde o encarnado, con un gran caldero de latón en la cabeza, espada al cinto y todos los demás perendengues de la escena de antaño. También suele ocurrir que los personajes del teatro moderno, vesti- dos por el último figurín, no sólo hablen, sino que piensen a la antigua y obren conformea las ideas y acciones de una edad pasada, pero este es achaque de que no he de tratar ahora porque me desviaría de mi objeto.

Si en la forma, la obra de Selles es digna de tan celebrado autor, en el fondo y desarrollo del plan resulta inferior al *Nudo gordiano.* El empeño era tal y las dificultades del asunto tan grandes, que el esfuerzo de carácter que nuestro poeta hubo de hacer, puso quizás más de una traba a la concepción artística. El valor actuó demasiado en aquel espíritu para que la inspiración pudiera campear libremente. Necesita ésta, para lucir todas sus galas, que no la cohíban las aprensiones del combate. Pulir y modelar la idea es una cosa, y afilarla como se afila un arma cortante es otra cosa muy distinta. Creyendo hacer lo primero, Sellés hacía lo segundo. Pero a él le preocupaban, más que los términos verdaderos del asunto, las dificultades con que había de luchar, la oposición que se le haría, y en su condición de poeta valiente, más que de conmover a la fiera del público, se complacía en azuzarla. Este es el inconveniente de las obras que no están aún en las costumbres literarias de un país, aunque en realidad respondan a las costumbres sociales.

Aquí el arte y la sociedad no van muy bien emparejados todavía. Esta es como es, y aquél como debiera ser ésta. La alegoría del espejo es una gran mentira, y el arte, con sus alardes de honradez de catecismo, se engaña a sí mismo y nos engaña a todos.

Pero si esta obra no está a la altura de su autor, contiene trozos y escenas de gran belleza. Hay allí talento e ideas para componer cien dramas, y cualquier rasgo ingenioso, de los muchos que contiene *Las vengadoras,* vale más que muchas obras ruidosamente aplaudidas. No es inverosímil el drama como algunos han dado en decir, aunque hay incidentes de difícil explicación. El conjunto es verdadero, humano, palpitante, y, en cuanto a las figuras principales de la obra, lo único que se puede objetar es que nuestra sociedad las cuenta aún como excepciones y que no constituyen clase dentro de ella, como acontece en Francia.

El primer acto es hermosísimo. La gracia, la amargura, la intención picante que en todas las escenas del *foyer* sirven para exponer la trama;[5] aquel discreteo chispeante que encu-

5 *foyer*: 'vestíbulo del teatro'; en el primer acto de *Las vengadoras* se desarrolla allí, por asistir los personajes

bre las mayores flaquezas humanas es de un efecto sorprendente. Pero cuando el autor, para establecer entre sus personajes el contacto que ha de producir la acción, se ve obligado a llevar a la esposa honrada a la casa de la meretriz, entra en un terreno peligroso y un tanto falso, en el cual sólo con grandes esfuerzos de ingenio puede sostenerse.

Verdadero y real es el tipo del hombre vicioso, padre de familia, marido desleal, que se deja embrutecer por una pasión insana y desciende a las mayores ignominias. La *vengadora* no le va en zaga como figura artística; pero el teatro, fuerza es decirlo, no se nutre puramente de la sincera verdad como la novela; tiene, por lo estrecho de su esfera, exigencias especiales, y como se dirige a una multitud congregada en un sitio y tiempo dados, ha de buscar, a semejanza de la elocuencia, la emoción momentánea hiriendo los sentimientos nobles, despertando la compasión y estableciendo vehementes simpatías entre el públicoy alguno de los seres figurados que aparecen en la escena. Es tan poco analítico, que la exposición ingenua y seca de acciones y caracteres, por humanos que sean, fracasa siempre en él.

Es garantía de éxito en el teatro la exhibición de alguna víctima y de gente perseguida por la maldad o por la justicia, la contraposición brusca de pasiones, las antítesis muy enérgicas. Cuando esto no existe el teatro desmaya y sucumbe con esfuerzos estériles, y por este vicio de estructura *Las vengadoras* no responden a la primitiva concepción del poeta. Lo que en este drama representa la protesta contra el vicio es débil e interesa poco. La esposa ultrajada y víctima de los desaires de un hombre sin honor, es figura mezquina, que se empequeñece más aún ante la magnitud repugnante de aquel libertinaje tan magistralmente pintado. El público atiende más a los detalles festivos de la figurada vida licenciosa que a la cuitas de la dama dolorida, y no demuestra gran interés porque logre rescatar a su esposo del odioso cautiverio en que se halla. Falta, pues, en la obra calor de afectos, falta drama en una palabra.

Desarrollado en una novela este asunto, tal como está en la obra de Sellés, resultaría muy bien; pero en el teatro carece de un elemento indispensable, convencional si se quiere, la fuerza de emoción, la virtud de mover simpatías e impresionar a la muchedumbre.[6]

Mas este defecto no justifica los desdenes del público hacia una obra en la cual abundan los primores, que revelan un talento de primer orden, ni la campaña de silencio que contra ella emprendió la prensa después de condenarla, a raíz del estreno, con hipócritas anatemas en nombre de teorías literarias que no tienen pies ni cabeza.

Salió a relucir, como de costumbre, el manoseado *naturalismo,* no bien interpretado ni por los que lo profesan rabiosamente ni por los que lo combaten, ignorando lo que significa. Para ciertas personas es *naturalista* todo lo que les desagrada, todo lo que se reviste, en las letras o en la pintura, de formas poco simpáticas a los caracteres comedidos

a una ópera.

6 Aunque Galdós no ejerciese como dramaturgo hasta 1892, aquí pueden verse ya su concepto de lo teatral probablemente adquirido desde su primera etapa periodística como reseñador de numerosos estrenos. Las diferencias entre técnica teatral y novelística, avanzan ideas que aparecerán en sus prólogos a *El abuelo* (1897) y *Casandra* (1905).

y correctos. Tiempo es ya de que sepamos a qué atenernos en lo tocante al verdadero sentido de esta palabreja tan traída y llevada. Críticos y autores la usan como insignia de combate; más rara vez la aplican con exquisita propiedad. Si me sintiera con fuerzas para arrojar un poco de luz en esta oscuridad, para poner algún orden en esta confusión de principios, lo haría de buen grado; pero ni la autoridad ni las fuerzas me ayudan, y no teniendo más que el buen deseo, dejo intacto el asunto a plumas más doctas y mejor cortadas.

B. PÉREZ GALDÓS

10
LP, 1/5/1884

SUMARIO: Hablemos del tiempo —Las excursiones artísticas —Alcalá de Henares —Su aspecto —Interesantes recuerdos de Cervantes —Su supuesta amistad de la infancia con don Juan de Austria —Diferente destino de ambos personajes —Cisneros —El palacio arzobispal y la Universidad —La *Biblia Políglota Complutense.*

Madrid, 5 de abril 1884.

Señor director de *La Prensa*:

El mes de abril, inaugurando la estación del buen tiempo, abre la temporada de las excursiones a Toledo, a Aranjuez y El Escorial, con carácter higiénico o artístico. Debo advertir que el llamado *buen tiempo* es aquí puramente relativo, es decir, un tiempo aceptable si se le compara con los desiguales días de marzo, que suelen ser abreviado compendio de todas las estaciones. La florescencia da gala y regocijo a los jardines; los campos castellanos, que en estío parecen abrasados, cúbrense de verdor; baja de la sierra un airecillo fresco y estimulante, y el sol, que en ninguna época se nos muestra esquivo, afila los dardos de fuego que dentro de tres meses han de ser insoportables. La temperatura inconstante en toda Castilla en esta época del año, desmiente cuanto han dicho con ficticio entusiasmo los poetas en elogio de la primavera. Por todo lo cual me inclino o creer que los decantados encantos de esta son una de las muchas mistificaciones que la humanidad debe a los hombres de imaginación. Al menos los que vivimos en esta meseta de Castilla tenemos derecho a creerlo así, y bien podemos llamarnos a engaño, pidiendo estrecha cuenta de él a los poetas pasados y presentes.

La primavera no existe aquí más que en los calendarios y en los libritos de retórica. Pasan días en los cuales vemos la vegetación luchando con los vientos y los fríos; ya se detiene, contenida por la escarcha, ya se precipita, estimulada por prematuros calores; hasta que de improviso, cuando ya todos los árboles del Retiro y de los paseos están ves- tidos de limpio, nos vemos sorprendidos por un bochorno excesivo, y es que el verano, introduciéndose a la calladita, se ha posesionado de nuestro clima.

A la fecha no se han visto aún golondrinas, pero hay quien asegura que han venido algunas bandadas exploradoras. Creo que la inestabilidad climatológica de esta meseta es

motivo de confusión para aquellas simpáticas avecillas, y que no se arriesgan a ocupar sus cuarteles de verano sin enviar entendidas comisiones que informen acerca de la temperatura y de las vituallas. Estos son los microscópicos insectos que pueblan el aire en esta época de multiplicación vital, y si la cosecha entomológica está algo atrasada, seguro que las golondrinas, tan ligeras como voraces, retrasarán su cambio de domicilio.

Pero con tiempo incierto y traicionero, con golondrinas o sin ellas, con vegetación más o menos adelantada, las excursiones al campo o a las ciudades monumentales más próximas son frecuentísimas en el presente mes y los que siguen hasta el verano.

Esta es la época en que pasan por Madrid los extranjeros que van a la famosísima feria de Sevilla. Ninguno de ellos deja de visitar a Toledo, la primera y más característica de nuestras ciudades históricas. El Real Sitio de Aranjuez también está muy concurrido, aunque los domingos y días festivos, la invasión popular, atraída por la baratura de los trenes llamados *de recreo,* hace molesto el viaje y el paseo por las incomparables alamedas de aquel lugar delicioso.

En El Escorial se detienen un día o dos los extranjeros que entran en España por la vía de Irún, para admirar la colosal mole de granito levantada por Felipe II, monumento que por lo grande, lo severo, lo macizo, lo sencillo y lo sepulcral no deja de tener semejanza con una pirámide de Egipto.

Los que residimos aquí no dejamos pasar esta parte del año sin realizar dos o tres escapadas a la sierra o a orillas del Tajo. El tren de las ocho lleva a Toledo diariamente artistas de diferentes castas, literatos y personas aficionadas a lo antiguo.

Es muy agradable trasladarse a aquel intacto teatro de pasadas escenas, tan pintoresco, tan hermoso bajo cualquier aspecto que se le mire, decorado por las brillantísimas artes de la Edad Media y el Renacimiento, teatro a quien hacen más interesante el silencio augusto que lo invade y la soledad deliciosa que lo llena todo. De algún tiempo a esta parte se ha desarrollado también la costumbre de visitar a Alcalá de Henares, ciudad situada a una hora de Madrid, y por diversos títulos ilustre. Si no le dieran bastante fama su Universidad y su Archivo histórico, tendríala sobrada por ser cuna del Príncipe de los Ingenios españoles.[1]

Es una población decaída, que revela en la longitud de sus calles, la mayor parte solitarias, haber sido más populosa ayer que hoy. Por todas partes sus vetustos edificios pregonan las grandezas de poderosas familias que ya no existen, y las fundaciones religiosas que pasaron también dejando tras sí memorias indecisas.

A pesar de este carácter arqueológico, Alcalá es pueblo simpático, de hermoso cielo y amena campiña, construido en un llano, y no carece de animación y alegría. El ferrocarril y la numerosa tropa que allí reside lo modernizan extraordinariamente; y al entrar en él por la avenida de la estación no parecen aquellas las puertas de una ciudad que ya fue célebre en tiempo de los romanos, que tuvo regular importancia en la Edad Media y grandísima en el Renacimiento, al amparo de los arzobispos de Toledo y particularmente del insigne Cis-

1 La expresión, aplicada a Cervantes, la utilizó por primera vez Mesonero Romanos en *Memorias de un setentón* (1881).

neros;[2] no parece que entramos en una ciudad que en su principal parte conserva intacta la arquitectura antigua.

Basta dar algunos pasos hasta llegar a la plaza para que desaparezca aquel colorido moderno que el ferrocarril da a cuanto se le aproxima. La plaza y la calle Mayor con sus soportales caducos, desiguales, desplomados y sus casas vetustas y al parecer vacilantes, nos abren el escenario de la edad que pasó, y con imaginación y un poco de buena voluntad, no es difícil ver a Cervantes y a sus amigos paseando por aquellos lugares en que las figuras y trajes presentes desentonan de lo lindo.

Lo primero que debe hacer el viajero es meterse en Santa María, y ver la capilla bautismal, en cuya pila fue bautizado el 9 de octubre de 1547 Miguel de Cervantes Saavedra. Así lo reza una inscripción colocada en la puerta de la capilla; y si el viajero es cervantófilo puede ver en el libro parroquial la hoja donde está registrada la partida del primer escritor de su siglo.

Fuera de esto, nada ofrece la parroquia digno de atención. Cualquier chico de las calles (y no sería difícil tropezar con un Rinconete),[3] cualquier mendigo, soldado o criada de servir, pueden indicar al viajero la casa o solar nativo del autor del *Quijote.* Está en una calle estrecha y no muy pulcra, y consiste en la actualidad en desnuda tapia con puerta impracticable, sobre la cual campea una inscripción que no carece de elegancia. La *casa* de Cervantes es, como se ve, la menor cantidad posible de casa. Es simplemente una puerta tapiada, un muro, detrás del cual habrá probablemente un montón de ruinas, o un patio, o nada, un vacío ocupado por las ortigas. Y no obstante, el viajero no puede mirar sin emoción estos despojos, por la interesante grandeza del personaje a cuya memoria van unidos. Quién duda de la autenticidad del hecho; quién, afirmándolo, se da a reconstruir el despedazado edificio y lo pone, en su fantasía, tal como estaba en la niñez y mocedad del preclaro ingenio. Allí se deslizaron aquellos primeros años de travesuras, que no debieron ser leves a juzgar por el conocimiento que de todo linaje de picardías galanas tenía el autor del *Quijote;* por aquella puerta debió salir corriendo con impaciencia infantil para acudir en busca de sus amigos, entre los cuales la tradición pone nada menos que a don Juan de Austria, que se crio en esta ciudad bajo los auspicios de Quijada.[4] ¡Qué fecundo terreno de hipótesis! ¡Con qué gusto y abandono se lanza la imaginación al campo de las conjeturas! ¿Era Cervantes realmente amigo y camarada de don Juan de Austria? ¿Estudiaron ambos en la Universidad, quizás en un mismo libro? Si así fue, grande y terrible contraste ofrece la Providencia poco después en la vida de aquellos dos insignes muchachos. El uno, que se había educado en la oscuridad, es reconocido por hijo de Carlos V. Su hermano Felipe le da el mando de los primeros ejércitos del mundo y de la más temible armada que habían

2 El arzobispo García Gudiel creó el *Studium Generale* en el siglo XIII; el arzobispo Carrillo de Acuña lo amplió en 1459; allí estudió Cisneros, quién en 1499 fundaría la Universidad Complutense o Cisneriana de Alcalá .

3 Pícaro coprotagonista de la novela ejemplar de Cervantes *Rinconete y Cortadillo* (1612).

4 El mayordomo real, Luis de Quijada, trajo al hijo ilegítimo de Carlos V, nacido en Ratisbona, a España. Al ser aquél reconocido como Juan de Austria (1554), Quijada fue nombrado jefe de su casa y más tarde le acompañó a terminar sus estudios en Alcalá.

visto los mares. Favorecido de la fortuna, don Juan se cubre de gloria en la *más grande ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros.*[5] Al mismo tiempo, Cervantes, hostigado de la ambición, de la necesidad, tal vez de la pobreza, sienta plaza de soldado y asiste a la misma célebre jornada. Se bate heroicamente, pierde una mano, es hecho prisionero y conducido a las mazmorras de África, sin que ningún hecho demuestre que existía amistad de la infancia entre el triunfante caudillo y el infeliz soldado.

Nadie se acuerda de rescatarle; ningún poderoso aparece en contacto con el desconocido ingenio que había de dar a su patria glorias más duraderas que el prestigio de todas las proezas de la casa de Austria; y se hubiera muerto seguramente en su cautiverio si los esfuerzos de su familia y la caridad de los padres de la Merced no le trajeran de nuevo al mundo civilizado y a su patria. A la excelsa orden de San Pedro Nolasco[6] debemos los españoles gratitud eterna, porque sin ella no tendríamos los dominios del *Quijote,* los únicos sobre los que no se ha puesto ni se pondrá nunca el sol. Todo lo demás, hechura de las armas y de la política, se ha hundido para siempre. Todo lo que representaba el inmenso poder de Felipe ha quedado reducido a sombras, a polvo, a nada;[7] pero el libro vive con tan robusta, lozana y universal vida, que nos parece realidad más que ficción, obra de la naturaleza más que del ingenio.

Seguramente la amistad de Cervantes y don Juan de Austria es pura novela, resultado del entusiasmo biográfico, de ese empeño que los comentadores y eruditos tienen en rebuscar cosas estupendas para aplicarlas a los personajes cuya vida estudian, prurito que sin saber cómo, les lleva a suponer lo probable y después a asegurar lo supuesto, concluyendo por creerlo ellos mismos con la mejor fe del mundo. También se ha dicho, fundándose en una coincidencia de nombres, que el don Luis Quijada, ayo y padre putativo de don Juan de Austria, sirvió de tipo primordial a la creación de *Don Quijote;* mas todo esto es fantasmagoría.

Honra mucho a los naturales de Alcalá el orgullo con que se reconocen compatriotas de Cervantes y el fervor con que saben enaltecer su memoria. En la plaza le han erigido una modesta estatua de bronce, escultura que si no se recomienda por su mérito artístico, revela la buena voluntad de los que han contribuido a su erección, y esto ya es algo en los tiempos modernos. El nombre y la característica imagen de Cervantes se ven por todas partes en la ciudad complutense. Los industriales lo explotan, y hasta las cajas que contienen las célebres almendras de Alcalá solicitan la atención de los compradores forasteros decorándose con el nombre y la fisonomía del primero de los escritores españoles.

La gloriosa población del Henares prefiere este timbre de gloria a los demás que tiene en su rancio escudo, y ha triunfado de las rivales que durante siglos se lo han disputado,

---

5 La batalla de Lepanto, según expresión de Cervantes, en el Prólogo a la segunda parte del *Quijote.*

6 La orden de la Merced. A Miguel de Cervantes lo rescató el trinitario Juan Gil; quizás por agradecimiento, fue enterrado en un convento trinitario de Madrid en 1616. Tal vez Galdós se confunda porque los mercedarios también se dedicaban a rescatar cautivos, y poco antes lo habían hecho con el hermano de Miguel, Rodrigo.

7 Frase inspirada por parte del último verso —"en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada."— del célebre soneto de Góngora "Mientras por competir por tu cabello".

como las siete ciudades de Grecia que contendieron sobre la cuna del buen Homero.[8] Derrotadas por la crítica histórica, ya no hablan de sus derechos a la cuna de Cervantes las siete rivales de Alcalá, que fueron: Alcázar de San Juan, Madrid, Esquivias, Sevilla, Lucena, Toledo y Consuegra. Sólo la primera de estas villas, contumaz y jamás convencida, se atreve de vez en cuando a resucitar el viejo pleito, y no falta en ella un anticuario que desentrañe a lo mejor polvorosos legajos para añadir razones y argumentos a los ya expuestos sin fruto; pero el fuero de Alcalá está ya tan claro que las desahuciadas pretensiones de su enemiga no hallan eco en ninguna parte. Otra interesantísima figura histórica, la del cardenal Jiménez de Cisneros, destácase también entre los recuerdos que evoca Alcalá de Henares. Nació este personaje en Torrelaguna, pero tenía tal cariño a la ciudad arzobispal que en ella residió bastante tiempo y en ella reposan sus cenizas. Testigos de esta preferencia son dos monumentos de primer orden: la Universidad, erigida por el insigne franciscano, y el palacio, que engrandeció y exornó con todo el esplendor de las artes de su tiempo.

Ninguno de estos edificios alberga ya la institución para que fueron creados; la Universidad ya no lo es más que en el nombre, y el Palacio se ha convertido en Archivo Histórico Nacional,[9] salvándose así de una ruina cierta. El viajero se pasma y maravilla al penetrar en aquella construcción tan grandiosa como elegante, digna de reyes poderosos, y no se explica que la tuvieran por residencias de *recreo* los magnates eclesiásticos a quienes el Evangelio recomienda la modestia. Mas todo se explica considerando que los arzobispos de Toledo, primados de las Españas, superaban en ostentación y boato a los nobles más alcurniados, y sus rentas casi igualaban a las de los reyes. Con los cuantiosos rendimientos de su mitra organizó y costeó Cisneros la famosa expedición a Orán,[10] que añadió los timbres de guerrero a su renombre político, y con ellos también emprendió los dispendiosos trabajos de la *Biblia Políglota*; creó pósitos,[11] socorrió miserias, alivió a los pueblos y derramó por todas partes incalculables beneficios. El palacio, gallarda muestra de la arquitectura española del siglo XV, en que combinan del modo más feliz el mudéjar, el gótico y el plateresco, es uno de los monumentos más hermosos que poseemos.

Los artesonados techos son de lo mejor que existe en su género, y la sala de concilios de encantador estilo árabe, no parece acordarse con las severas funciones que indica su nombre. Creeríase que tal lujo de ornamentación, tal riqueza y elegancia debían servir para albergar pasatiempos de gente enamorada y licenciosa. Es región de delicias, no de cánones; de banquetes y ensueños dulces, no de disputas teológicas.

8 Desde la antigüedad, disputaron por ser su patria, Colofón, Cumas, Pilos, Ítaca, Argos, Atenas, Esmirna y Quíos.

9 Tras un largo periodo de decadencia, en 1836 el gobierno de Calatrava decretó el traslado de la Universidad a Madrid, pasando a denominarse Universidad Central de Madrid; Alcalá sería reabierta en 1977. El Palacio, construido por Jiménez de Rada en 1209 fue residencia temporal de los arzobispos de Toledo hasta 1858 en que, como indica Galdós, sirvió de Archivo Histórico que un incendio destruiría en 1939. Desde 1991 es sede del Obispado de Alcalá de Henares.

10 En 1509 tiene lugar la toma de Orán, antigua plaza española en Argelia, en manos del imperio otomano desde la guerra de Sucesión. Desde entonces estaría bajo dominio español durante cerca de doscientos años.

11 Instituciones, destinadas a almacenar cereales para su préstamo a los campesinos en épocas de escasez.

Una restauración inteligente por cuenta del gobierno[12] ha salvado de la ruina esta maravilla arquitectónica, y el resto del edificio, destinado a un servicio importante, se mejora y embellece cada día, y llegará seguramente a conservarse con todo el esplendor de sus mejores tiempos. Estanterías sin fin ocupan las inmensas cuadras y claustros, y aunque al cambiar de destino cambia también bastante la fisonomía característica del edificio, siempre subsiste intacto todo lo que en él tiene verdadero valor arquitectónico. Las huertas y jardines que le rodean prueban cuán deliciosa debía ser aquella mansión en tiempo de sus dueños los arzobispos, y la regalada vida que estos se daban en ella con las numerosas personas de su séquito. Baste decir, para comprender lo bien acompañados que iban estos señores en sus viajes, que siempre llevaban consigo trescientos hombres a caballo, de su guardia privada, y que los pajes, clérigos, asistentes, secretarios, marmitones y criados ascendían a una cifra igual.[13] Así se comprende que para albergar tanta gente se levantaran edificios como este de Alcalá, que hoy nos asombra por su magnitud, y en el cual viviría con holgura cualquier soberano de la moderna Europa.

La Universidad no ha tenido la suerte de que se piense seriamente en su conservación y restauración. Da dolor ver la hermosa fachada berruguetesca,[14] ultrajada por las mutilaciones, revelando en todas sus partes el descuido y la ignorancia de los que han tenido a su cargo el edificio desde que fue trasladada a Madrid la enseñanza. Interiormente se conserva mejor. Al pensar en las inteligencias que han pasado por allí desde 1508, en que terminó Cisneros obra tan gigantesca, no es posible mirar sin emoción aquellas piedras elocuentes. Parece que quieren decirnos algo, y que aún conservan impreso en su corroída superficie algo de lo mucho que han oído Cervantes, Solís, Quevedo, Covarrubias, el Tostado[15] en otros tiempos y en el siglo pasado Jovellanos y lo más selecto de su época, pasaron por aquellas aulas, hoy casi vacías. Ignoro si es instituto de segunda enseñanza o seminario de clérigos lo que hoy se alberga en la fundación del gran Cisneros; pero sea lo que quiera, el grandioso monumento inspira lástima. Es un coloso degradado, un héroe viejo y estropeado, a quien se obliga a pedir limosna para sustentarse.

No quiero concluir sin decir algo de otro monumento de Alcalá, no ciertamente labrado en piedras, sino en papel, pero cuyo renombre iguala a las obras de perdurable arquitectura. Aunque libro, no es obra de inspiración, como el *Quijote,* sino de paciencia y estudio. Me refiero a la *Biblia Poliglota Complutense,* maravilla de la tipografía y de la erudición, emprendida y realizada por Cisneros. Empezaron los trabajos en 1502 y duraron dieciséis años. Está escrita en cuatro lenguas: hebrea, griega, caldea y latina. Los autores fueron: en la parte hebraica dos judíos conversos médicos famosos, llamados Alfonso de Zamora y Pablo Coronel; en la parte griega los sabios helenistas Demetrio Cretense y don Fernando

12 Inició dicha restauración en 1878 el gobierno de Cánovas y la terminó en 1882 el de Sagasta.

13 *marmitones*: `ayudantes de cocina´.

14 Hecha por el escultor Alonso Berruguete. Es neologismo galdosiano.

15 Probablemente Antonio Solís y Ribadeneyra (1610-1686), nació en Alcalá; Francisco de Quevedo (1580-1645), estudió Teología allí; Sebastián de Covarrubias y Fernández de Madrigal, el Tostado, estudiaron en Salamanca. Jovellanos se graduó en Cánones en Alcalá.

de Valladolid, y en la latina el célebre Nebrija, asistido de los doctores Zúñiga y Vergara, el caldeo debieron tratarlo los dos judíos encargados de la parte hebrea. Sin descansar un solo día trabajaron estos hombres durante tan largo plazo, produciendo uno de los libros más hermosos, más difíciles y correctos de que puede envanecerse el arte de la imprenta. Los rarísimos ejemplares que hoy existen de este monumento en letras de molde son de un valor incalculable. El esfuerzo que representa la empresa de componer semejante obra es tal, que iguala a los mayores esfuerzos de la inteligencia y de la actividad humana en los pasados y presentes siglos, solo que hoy esos esfuerzos toman dirección distinta y las maravillas creadas por nuestros contemporáneos no se concretan por lo general a un fin de pura erudición y paciencia como la *Biblia Poliglota Complutense.*

He abusado quizás de la bondad de mis lectores hablándoles de cosas viejas y de estas antiguallas de mi país, que los de acá vemos siempre con cariño. No sería difícil, sin embargo, demostrar que tales cosas atañen a la humanidad entera y que no conviene cerrar de un modo absoluto los ojos a lo pasado, so pena de ver muy poco cuando los abrimos al presente. Me hago la ilusión de que los americanos no han de recibir con desdén estas excursiones hacia el campo de nuestro común abolengo, y por eso interrumpo de vez en cuando la monotonía de los sucesos que pasan a nuestra vista, para buscar en los pretéritos luces, formas e ideas que por su extremada vejez nos parecen nuevas, o bien aquellas que jamás caducan ni mueren y se ofrecen a nuestra vista con los encantos de una perpetua juventud.

B. PÉREZ GALDÓS

11

LP, 18/5/1884

SUMARIO: Decadencia de la Semana Santa —La procesión del viernes en Madrid y la corte —Visitando los sagrarios —Las mesas de petitorio; sus ventajas e inconvenientes —La Semana Santa en Toledo y Sevilla.

Madrid, 14 de abril de 1884.

Señor Director:

Sostienen algunos que la decadencia de la Semana Santa corre parejas con la del Carnaval. Y si el asociar estas dos fechas, aunque sólo sea para una rápida comparación, es algo irreverente, no por eso deja de ser cierto el hecho. No es en verdad la Semana Santa lo que fue en otros tiempos; ha decaído considerablemente en lo que atañe al brillo y suntuosidad del culto, así como en el fervor y ejemplaridad de los fieles. No entraré a discernir si aquellos tiempos eran mejores o peores que los nuestros. En punto a moral inclínome a creer que eran lo mismo, pues los resultados prácticos del progreso más que en el orden moral se patentizan en la cultura y en el desenvolvimiento científico. Mas, como quiera que sea, las solemnidades con que anualmente se celebra el fundamento del cristianismo y el hecho más importante de la historia humana, han perdido parte de su esplendor, lo

mismo en las grandes que en las pequeñas ciudades. Por mi parte sé decir que no he vuelto a ver, desde que salí de mi pueblo, aquellos oficios hermosos y teatrales, aquellas procesiones magníficas y llenas de pompa, acompañadas de un pueblo devoto que se interesaba en los pasos de la pasión como si fueran reales. Todo lo que he visto después me ha parecido pobre, frío y mezquino. No sé si se dependerá esta desilusión de que en la niñez vemos todo por un prisma que engrandece y magnifica las cosas, y pudiera ser que lo que un tiempo me pareció maravilla se me ofreciera hoy a la vista de muy distinto modo. Nuestra naturaleza tiende siempre, por este motivo, a suponer mejor y más hermoso lo pasado; y de aquí que recelemos cambios y mudanzas que no están en los objetos, sino en nosotros mismos; no en el espectáculo, sino en nuestros ojos.

Por lo que respecta a Madrid, creo que siempre fue la Semana Mayor cosa vulgar y sin lucimiento. Digan lo que quieran, no fue nunca este pueblo muy fervoroso, y como no tiene catedral[1] ni templo alguno apropiado a las grandes ceremonias del culto, las funciones religiosas no han podido ser nunca brillantes. Busque el forastero en Madrid toros, teatros y paseos, diversiones bullangueras y profanas; pero no busque las peregrinas festividades católicas de Toledo y Sevilla. Si por lo que queda se ha de juzgar lo que fue la Semana Santa en la Villa y Corte; si la procesión del viernes es un documento de la religiosidad y gusto artístico de este pueblo, fuerza es reconocer que jamás picaron muy alto en esto los madrileños. Porque la procesión del viernes, tolerada aún por el gobierno, no alcanzamos con qué fin, es de lo más chocarrero, estrafalario e irreverente que se pudiera imaginar. No se comprende que el clero autorice ridiculez semejante, ni que la parte culta de la población no proteste de ella. Imagine el lector las efigies más pobres y con menos arte adornadas, un séquito eclesiástico y municipal que parece acompañar a las imágenes por obligación penosa; un gentío sin compostura ni piedad, precipitado, inquieto, rugiente; considere que todo este cortejo de mal vestidas estatuas, clérigos, concejales y pueblo marcha a paso de carga por las calles, con cierto aspecto y mugido de motín populachero y tendrá idea de la procesión del Viernes Santo en Madrid. En cambio es muy hermoso el espectáculo de la corte recorriendo las estaciones el jueves por la tarde, aunque si bien se mira, tal espectáculo no tiene nada de religioso. A él concurre mucha gente de todas las clases sociales, y es una ostentación de lujo que no tiene semejante en ninguna otra época del año. Seduce al pueblo ver a pie por las calles a los que siempre las recorren en coche. Los trajes de corte con larga cola, los vistosos uniformes palatinos, todo aquel tren magnífico de que sólo gozan los pocos que frecuentan el regio alcázar, ofrecen gran incentivo a los ojos populares. Para que sea mayor el encanto, salen a lucir las anticuadas literas, llevadas por lacayos de empolvada peluca y librea riquísima. El conjunto es verdaderamente espléndido, y esta procesión contrasta por su buen gusto, elegancia y riqueza con la salvaje parada del viernes, que merecería, si no fuera por el temor de incurrir en

1 En abril de 1883, Alfonso XII colocó la primera piedra de la futura iglesia de la Almudena, que pasaría a proyecto de Catedral en 1885, cuando León XIII convierte a Madrid en diócesis desgajada de la archidiócesis de Toledo. Galdós vuelve sobre el tema en 57.

sacrilegio, el nombre de mojiganga.[2] En la comparación de estos dos actos llevan la mejor parte los poderosos de la tierra. Ninguna persona de buen gusto asiste a lo que quiere ser un simulacro del entierro de Jesús, mientras que a la exhibición de la corte concurre lo que en Madrid pasa por más distinguido; de donde podemos deducir que los sentimientos religiosos distan hoy mucho de ser tan vivos como algunos pretenden.

Y que las festividades de la Iglesia en estos días, más que otra cosa, son pretexto de ostentación lo prueban ciertas costumbres que en los últimos años se han introducido con gran escándalo de la gente devota, y no poco gusto de la juventud alegre de ambos sexos. Los petitorios en las iglesias son una de las notas más características de los modernos tiempos, y es preciso decir algo de ellos. Son los tales petitorios arbitrio financiero de los infinitos asilos y establecimientos benéficos creados por la caridad colectiva. Instálanse junto al cancel de las iglesias todas, y consisten en una mesa con tapete rojo y bandeja de plata, sobre la cual la mano impaciente de hermosas damas golpea sin cesar con una moneda, haciendo un aterrador llamamiento a los que entran y salen, para que, vaciando sus bolsillos, contribuyan a colmar la bandeja de duros, centenes[3] y billetes de Banco. Toman tan a pecho las tales la obligación postulante que se establecen rivalidades de amor propio entre este y el otro petitorio, sobre cuál recauda más dinero; siendo mujeres y mujeres hermosas las que desempeñan estas funciones, dicho se está que hay competencias vehementísimas. Muchos días antes ya corren por los salones las candidaturas de estas mesas benéficas, de más interés en ciertos círculos que las electorales. Las damas de más boga hacen a sus amigos esta alarmante advertencia: "El jueves pido en San José y el viernes en las Calatravas". Hombres hay tan interesados en esta materia que no cesan de preguntar: "¿En dónde pide fulanita? ¿Pedirá la marquesa?" La marquesa y la duquesa y la baronesa, y las simples señoras y señoritas de tal, todas piden, todas repicarán en la bandeja, llamando a sus parroquianos, tertulios y amigos, para que se desvalijen en beneficio de los pobres. ¡Luego dicen que no hay caridad!

La moda (porque moda es y no otra cosa) de los petitorios ha cundido en todas las clases. Hay petitorios aristocráticos, cuasi-aristocráticos, de la clase media y burgueses. Para que de todo haya, también hay petitorios cursis, señalados por la calidad de las personas y más que por otra cosa, por la cantidad ínfima de lo que cae en la bandeja. Creo inútil señalar el interés que esta costumbre tiene para todas las personas de uno y otro sexo de la clase de novios y para los pretendientes y celosos, y en primer lugar para las muchachas bonitas que se hallan en condiciones de colocación ventajosa. Para todas ellas son estos días casi tan felices como los mejores de la mundana temporada de bailes y saraos, porque les proporciona ocasión preciosísima de exhibir sus encantos en el simpático papel de bienhechoras de la humanidad. La penumbra y solemnidad del templo les favorece mucho. Sentarse entre hachones, tras el rojo tapiz de damasco, ostentando la negra mantilla de rico encaje, es cosa de muy buen ver. Luego, aquel repiqueteo constante sobre el repujado metal de la bandeja les da mucha gracia. Algunas atruenan el santo lugar distrayendo

2 'acción burlona o lúdica'.

3 Monedas de oro de cien reales.

a los que van a rezar. Se cruzan sonrisas y gestos de inteligencia entre las postulantes y sus amigos, y no falta en ninguna iglesia el fenómeno social que los ingleses llaman *flirtation*. ¿Pero qué importa esto, si los pobres, los ciegos, los desnudos, los lisiados y los viejos reciben con esto pan, ropa, cama y un cómodo asilo en el cual van conllevando su miseria? La invasión de la coquetería en los dominios religiosos, si es fruto nefando de nuestra edad revuelta, también ha servido para ampliar la esfera de la beneficencia, dándole unas proporciones que no tuvo nunca.

Los que llevan aquí la peor parte son los hombres, los tertulios de la duquesa y la marquesa conminados desde la semana anterior, los novios, los pretendientes, los meritorios, y los estómagos agradecidos que tienen que corresponder, siquiera una vez al año, a los agasajos que diariamente reciben. Hombres hay que frecuentan la sociedad, y que, no obstante, carecen de medios de fortuna hasta el punto de padecer la pena negra en estos días, y sufren lo indecible para salir airosos ante sus excelsas amigas. Las privaciones y apuros causados por los petitorios son tales y tan grandes, aunque casi siempre perma- necen envueltos en discreto misterio, que no los compensa, no, el gran beneficio que los mismos petitorios llevan a otra parte de la humanidad. Hay pobres con harapos, y pobres de frac. No se sabe cuál de estas dos clases es más digna de lástima. En cierto modo, a los petitorios, aparte su provecho real, se puede aplicar la locución pedestre de *desnudarun santo para vestir a otro…* Para concluir, la beneficencia hace maravillas; pero también, ¡ay!, tiene sus víctimas.

Los revisteros y cronistas de salones, que en todo se meten y a todas partes llevan su literatura empalagosa, escudriñan también las iglesias en estos solemnes días. Con los mismos términos ponderativos hablan del monumento, del sermón y de las damas que repican en la bandeja, haciendo un profano y desabrido amasijo de estos tres tan distintos elementos. Extraña mezcla de misticismo y de madrigales.[4] Si nuestros grandes escritores ascéticos resucitaran y vieran esto, los petitorios y las tertulias mundanas trasladadas al cancel de las iglesias, ¿qué dirían? Seguramente pensarían que el mundo estaba en vísperas de su ruina y total acabamiento. Por otra parte, en los templos modernos, Jesús no tendría que expulsar a latigazos a los mercaderes sino a los gomosos.[5] Convengamos en que éste sería un curioso espectáculo.

No quisiera hablar de las representaciones de dramas bíblicos en los teatros de tercer orden durante los días que preceden a la Semana, porque esta nueva forma de profanación toca ya en lo escandaloso. El público que asiste a tales espectáculos compónese casi exclusivamente de chiquillos, criadas de servicio y gente de poco más o menos; un público escaso de instrucción, crédulo, inocentísimo, tosco y muy dispuesto a echarse a llorar ante cualquier pasaje medianamente sentimental.

La curiosidad me ha llevado más de una vez a estas representaciones, y puedo decir que nunca oí cosa más irreverente. Ni me explico cómo la autoridad eclesiástica permite que se ponga en caricatura (aunque de buena fe) la *Pasión y muerte de Jesús,* y que la

4 Composiciones líricas breves, generalmente de tema amoroso.

5 Coloquialmente, 'petimetres'.

interpreten al vivo, con chabacanos esfuerzos de arte, actores detestables, mal vestidos, en una literatura ramplona y pedestre que más produce náuseas que arrebato. Es absurdo ver la inmensa, sobrenatural figura de Jesús expresada por un gandul con barbas, que tal vez la noche antes hizo papeles de matón o chulo. La virgen María, representada por el burdo talento de una actriz averiada es cosa que no se puede sufrir. Ambos artistas merecerían azotes si tal penalidad estuviera vigente, y desde luego se les debería mandar a la cárcel por su delito de profanación. La Magdalena y San Pedro más mueven a risa que a cólera. Los apóstoles, los fariseos y los diversos ángeles que bajan por las bambalinas cuando hace falta su presencia, son de lo más grotesco que puede imaginarse. Dos figuras hay, sin embargo, que por su color vivamente humano interesan mucho, figuras que en la representación de este drama imposible, son los únicos que encajan dentro del marco escénico y llevan en sí carácter de personas reales: me refiero a Judas y Poncio Pilatos. Es que lo mismo el mal apóstol que el desventurado pretor son figuras dramáticas, mientras que los demás que actúan en la Pasión están, por su carácter divino y perfección moral, fuera de los límites de todo arte que no sea el contemplativo. Dicho se está que mientras dura la representación de obra tan absurda, el teatro es un mar de lágrimas. Hay mujeres de tan notoria sencillez que se conmueven más ante este disparatado arte que oyendo un sermón elocuente en la iglesia. Es que en los espíritus sin cultura, ninguna idea penetra jamás, como no la introduzcan, por el camino de la visión, las expresiones figuradas de las cosas y las imitaciones groseras del hecho real. Seguramente, si el Maestro volviera al mundo, la emprendería a latigazos con estos cómicos infernales que le ponen en parábolas demasiado toscas, si bien es fácil que les perdonara después, porque ni ellos ni el público que les aplaude saben lo que se hacen.[6]

***

En Toledo y Sevilla la Semana Santa conserva un carácter solemne y artístico hasta cierto punto. La ciudad imperial ostenta aún sus oficios pomposos, no tanto como lo fueron en tiempo de Lorenzana. El gran monumento, tan sencillo como rico, compuesto de luengos cortinones con estrellas de oro fino; el tabernáculo, las estatuas de ángeles y soldados romanos, los enormes globos de plata, el conjunto soberbio de este aparatoso catafalco a cuya erección contribuyeron las artes europeas y los valiosos metales de América no es ya más que un remedo. El empobrecido cabildo apenas tiene ya recursos para armar esta mole y para costear los millares de luces de la escalinata y de la cruz gigantesca que, pendiente de la bóveda por invisibles hilos, hace el efecto de una visión celestial.

Todo es allí decadencia y estrechez que revela los apuros de la iglesia primada de las Españas. Pero el viajero puede admirar aún la procesión del viernes, un poco lúgubre, con cierto carácter del siglo XVI que le presta interés. La incomparable catedral en cuyo recinto no se puede entrar sin sentir vivísima impresión de místico respeto, ofrece indecibles en-

6 Se combinan aquí dos referencias evangélicas: la expulsión de los mercaderes del templo y la frase de Cristo sobre quienes le crucifican.

cantos al viajero. Joya más preciada de las artes religiosas no existe en el mundo entero, ni se puede concebir expresión más cabal de todo lo bueno, de lo hermoso y consolador que encierra la idea cristiana. Es templo y museo a la vez, el fervor y la inspiración reunidos en una sola pieza, y en ella, tras uno y otro arrobamiento de admiración, el espíritu concluye por convencerse de que artista y ángel son una misma persona, y que creer la verdad y sentir la belleza son ideas de muy difícil separación. En esta hermosísima catedral todo el año es Semana Santa, todo es majestad divina, todo cuanto se ve es conmemoración admirable de misterios admirabilísimos; todo es Dios, ángeles y santos, y el pasmo que tanta belleza produce, se convierte al instante en piedad.[7]

En Sevilla la Semana Santa toma el carácter de alegría y fiesta mundana que es propio de cuanto conviene a la encantada ciudad del Guadalquivir. Según el dicho popular, bajo aquel cielo *no hay penas.* Sevilla es el remedio de la tristeza, la medicina de la melancolía, el antídoto contra la pasión de ánimo. En esta época, la dulcísima temperatura y aquel ambiente perfumado por la fragancia de los azahares da a la patria de Murillo atractivos inmensos. Todo está en flor, la naturaleza y el espíritu, y parece que no puede brotar allí del entendimiento humano ninguna idea que no lleve en sí gérmenes de bienaventuranza.

Los sevillanos, que siendo todos poetas y soñadores, son al mismo tiempo hombres prácticos, han organizado una admirable explotación de las bellezas de su ciudad morisca, de la grata temperatura, del delicioso perfume de los naranjos y, desde tiempo inmemorial, vienen dando esas afamadas funciones de Semana Santa que atraen a los extranjeros ricos de las cinco partes del mundo. Las tales fiestas no se parecen a nada de lo que en el mismo género se verifica en otros lugares de la Cristiandad. Para darles más realce artístico, ponen a contribución las artes decorativas, la escultura religiosa y la música de capilla. Los *miserere*s de la Iglesia Mayor exceden en magnificencia vocal y orquestal a las más renombradas funciones de ópera. Los primeros artistas del mundo, Gayarre, Masini, Stagno, interpretan las páginas sublimes de Mozart, Rossini y nuestro gran maestro Eslava. La enorme catedral, en cuya capacidad hay hueco para todo, se llena de público más artista que devoto, extranjeros millonarios, príncipes protestantes, judíos riquísimos, y un número extraordinario de ingleses de todas castas. Es el más soberano salón de conciertos que se podría imaginar. Un amigo que asiste todos los años me ha contado que ha visto allí a los Roschild, a los Pereire, a los príncipes de Sajonia, a los duques de Flandes, a Dumas, a Gustave Doré, al emperador del Brasil,[8] a todo lo más notable del mundo por la cuna, el dinero y el talento.

Luego vienen los célebres pasos, procesión sin término, inacabable exhibición de esculturas, presentadas con cierto barroquismo de buen tono, todo respirando lujo, poder,

7 Galdós recreará esta impresión personal en *Ángel Guerra* (1890-91) y la evocará en *Memorias de un desmemoriado* (1916).

8 Los alemanes *Roschild*, y los portugueses *Pereire*, fueron influyentes familias financieras de origen judío. En 1884, eran *príncipes de Sajonia* Carlos Eduardo de Sajonia-Coburgo-Gotha y Victoria Adelaida de Schleswig-Holstein, y *duques de Flandes* Felipe de Bélgica y María de Hohenzollern; por las fechas, se refiere a Alejandro *Dumas* hijo; el *emperador de Brasil* era entonces, Pedro II de Braganza.

riqueza y el gusto brillante y llamativo de la escuela sevillana.[9] Toda la Pasión desfila en expresivas figuras: la cena, el pretorio, la negación de San Pedro, los azotes, el suplicio, el entierro, y la escoltan judíos y romanos, sayones[10] y ángeles interpretados artísticamente con libre y atrevido arte. El lujo de cirios y la gala de los penitentes excede a toda ponderación.

Para impresionar más la mente del forastero, hay procesiones, como la del Cristo de la Macarena, que sale de madrugada entre farolones y hachas que le dan fantástico aspecto. Únase a esto la condición festiva, movediza, y un poco maleante de aquella gente, y se tendrá idea de los atractivos de estas fiestas en tal ciudad y en medio del pueblo más jocoso del mundo, dispuesto siempre a la risa.

Para prolongar el espectáculo y retener todo el tiempo posible a la colonia forastera, los sevillanos han puesto la famosísima feria a continuación de la Semana Santa, de modo que resulta un mes entero de divertimiento y huelga y regocijo. Es aquello un pueblo delirante que no puede tener otra misión que gozar de la vida. ¿Será tal vez el pueblo más filósofo del mundo? No lo sé; pero es evidente que los que han asistido una vez a la Semana Santa y feria sevillanas no olvidan jamás el mes de continuas delicias que allí pasaron. Lástima grande que esa temporada no pudiera durar toda la vida. Pero la ley de la naturaleza ha de cumplirse en esto como en todo, y tras tanta bullanga ha puesto los ardores del verano, que alejan de Sevilla a la mitad de su regocijada población. La bellay voluptuosa ciudad se queda entonces solitaria y muda, con la tristeza del calenturiento. Las personas salen lo menos posible, y hasta las calles tienen calor, porque se defienden con toldos de los rayos solares. Sólo la soberbia y viejísima Giralda, siempre robusta y atrevida, parece que desafía las iras del inflamado ambiente, y gusta de tostarse y dorar-se más en aquel infierno atmosférico. Creeríase que el calor le da la vida y enciende y reanima su naturaleza arábiga. Desde la altura de sus ciento veintidós varas contempla el llano inmenso, feraz, por donde perezoso discurre el Guadalquivir, como si quisiera *hacertiempo* antes de llegar al mar; divisa tal vez la gigantesca torre del histórico Guadalete, talvez el afrentoso Calpe, el Estrecho, y aquella costa berberisca, donde sin duda se alzará alguna otra eminencia arquitectónica con quien la española Giralda tenga parentesco. Así buscaba su pareja la palmera de Heine;[11] así… Pero basta de poesía, y perdóneme el lector que me haya metido sin querer en un terreno vedado para mí. Prometo no dejar- me vencer otra vez del pícaro vicio, y pongo punto final a esta carta anunciando, como asunto de las próximas, la exposición de Bellas Artes que se prepara y que será induda- blemente tan notable como la de 1881, si no lo es más.

B. PÉREZ GALDÓS

9 La escuela sevillana llegó a su máximo esplendor en el S. XVII, con escultores de la talla de Gregorio Martínez Montañés, Juan de Mena o Alonso Cano.

10 `verdugos´.

11 *El pino y la palmera* es una de las canciones más conocidas de poeta alemán Heinrich Heine.

12
LP, 22/6/1884

SUMARIO: Las elecciones —Apertura de las Cortes —Discurso de la Corona —Política, sus juicios y restrictiva del partido conservador —El lastre ultramontano —El señor Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial* —Carácter y fisonomía de este diario —Notas biográficas del señor Gasset —Inacción extranjera —El general Martínez Campos —La Universidad Católica de Carrión.

Madrid, 22 de mayo de 1884.

Señor Director de *La Prensa*:

Aunque quiera hablar de otra cosa, no podré hablar en esta carta más que de elecciones. Este es el asunto del día, y el más interesante de todos en el orden político: porque esta singularísima operación de renovar el personal representativo parece que condensa todas las pasiones, todos los caracteres, y es, como si dijéramos el resumen de todo el ser político de nuestro país.

Ya se ha hecho proverbial que las elecciones de diputados en toda región latina, rara vez ofrecen el verdadero resultado de la intervención del país en su propio gobierno. No ha concluido nuestra raza de asimilarse este admirable organismo sajón del auto-gobierno o *self-governement,* y la práctica de él nos ofrece fórmulas y apariencias más o menos varias en vez de la realidad positiva del hecho. Pero creo que de cuantos países ensayan el sistema con esperanzas de poseerlo al cabo y hacerlo propio, el nuestro es el que ha obtenido hasta ahora menores ventajas. Diríase que es un delicadísimo mecanismo, puesto en manos toscas e inhábiles. Lo más triste es que en vez de progresar parece que retrocedemos, y no hay que esperar que el uso de la maquinaria electoral nos adiestre y ejercite, pues todo el mundo observa que las últimas elecciones que se verifican son siempre las peores y las que menos indican que el país tome parte en dirigir sus propios asuntos. Escribo esto entre el bullicio de la apertura de las Cortes. La pompa militar que en estos casos se despliega ejerce sin duda escasísima influencia en la imaginación del pueblo, porque ha principiado a hacerse como proverbial la insuficiencia y vanidad del régimen representativo entre nosotros, y es de temer que se necesiten remedios dolorosos y quizásel cauterio de calamidades muy grandes para curar esta indiferencia.

Es cosa muy triste considerar cómo se han hecho las últimas elecciones, con el menor número posible de electores, con bastantes resurrecciones de muertos y no pocas violencias y atropellos. Ya es costumbre que solo voten los que de una manera u otra sacan partido de las amistades y servicios políticos, y la inmensa mayoría de la nación, mirando tan importante acto con desdén, se abstiene de tomar parte en él, seguro de no alcanzar por procedimientos representativos el remedio de su males. Por esto vemos que no hay gobierno que no saque mayoría en el número y forma que más le cuadra, y desde que un bando político, cualquiera que sea, se entroniza en el ministerio de la Gobernación, ya puede estar seguro de que el país le ha de agraciar con unas cámaras a su gusto. Resultadode este fraude político es que las elecciones las hace el ministro de la Gobernación, y de

aquella fábrica de votos salen también las minorías. No pudiendo marchar bien el sistema sin oposición, el gobierno la fabrica con el mismo celo que pone en la construcción de la mayoría. De antemano se sabe quiénes han de componer la minoría que en ningún caso, como en este, merece el gráfico nombre de *oposición de su majestad*. ¡Si el gobierno la trae y la nombra poco menos que de Real Orden! No hay ni puede haber lucha en estas condiciones. El mismo Padre Eterno que quiera tener un puesto en el Congreso, no lo conseguiría sin el auxilio de ese Espíritu Santo político, a quien llamamos ministro de la Gobernación. Cuando más, hay un poco de animación y batalla en los preparativos electorales, el gobierno destituyendo ayuntamientos arbitraria y violentamente, las oposiciones organizando comités y pronunciando algún discurso moderno, pero en la elección propiamente dicha ni hay lucha ni la puede haber.

Antes que el día de los comicios llegue, ya los candidatos todos están o triunfantes o ahogados en el ministerio de la Gobernación, y el acto queda reducido a un mecanismo de fórmula. Así, hay colegios electorales que parecen un funeral por lo fríos y desanimados, y candidatos conocemos que han vencido por insignificante y vergonzoso número de votos. Un periódico inglés, ocupándose poco ha de nuestro singular método electoral, decía que valiera más nombrar de Real Orden los diputados, mayoría y minoría, y el resultado sería el mismo sin perturbaciones ni escándalos. Triste observación es esta; y más triste aun si se considera que encierra una gran verdad.

***

En tales condiciones, se comprenderá fácilmente que el discurso de la Corona despierta entre nosotros muy poco interés. Estamos ya muy acostumbrados a estas ampulosas piezas de oratoria oficial, llenas de promesas y desarrolladas en términos siempre juiciosos; pero que pierden su valor desde que los hechos los desmienten. No hay gobierno que en tan solemne momento no haya expuesto un programa que, realizado, haría de nuestra nación la más feliz, rica, grande y próspera de la tierra. En el discurso leído hoy por el Soberano no falta el largo catálogo de proyectos. Habla de nuestras relaciones con la Santa Sede *más cordiales hoy que en tiempo alguno,* y anuncia, como todos, reformas en la Hacien-da. No se deja en el tintero el tratado con Inglaterra; también indica modificaciones en las leyes provincial, municipal y electoral, en los Códigos Penal y Civil, y proyectos de obras públicas, sin olvidar las siempre voceadas y nunca hechas reformas en el régimen político y económico de nuestras colonias.

En la reunión preparatoria celebrada en la Presidencia ha dicho el señor Cánovas cosas que manifiestan sus actuales tendencias con más claridad que el discurso de la Corona. Ya en este se deja entrever cierto pesimismo en la cuestión de orden público, y en la peroración de la Presidencia, marca perfectamente entre dudas y anatemas, los rumbos de su política, ahora más suspicaz y resistente que en la primera época de su mando. La situación del país y del partido conservador es hoy muy distinta de lo que era en 1875.[1]

1 El 31 de diciembre de 1874 se constituye el ministerio de Regencia presidido por Cánovas, iniciando la Res-

Las persecuciones a la prensa y a los periodistas dan el tono a esta segunda encarna- ción del partido conservador.[2] Hace más de un mes que están en la cárcel dos conocidos escritores,[3] y hay dos o tres diarios tan fieramente castigados por la ley que no se les da un día de reposo. El anuncio hecho por Cánovas en su discurso, de llevar el problema de la penalidad por delitos de imprenta al Código Penal reformado, y resolverlo en los artículos de éste, hace estremecer de espanto a los pobres periodistas y les augura días muy angustiosos.

Los debates principiarán pronto con vehemencia y ardor grandes, pues en esto no se nota ni se notará nunca decadencia entre nosotros. Verdadera o falsa, traída por éstas o las otras antes, la representación nacional en las Cámaras españolas siempre es un pugilato de retóricas en las cuales, si abundan elocuencia y doctrina, rara vez hay que admirar la sobriedad práctica de las Cámaras inglesas, modelo eterno por ningún país igualado. Se espera una modificación ministerial a las primeras de cambio, y la fracción ultramontana, o sea el lastre católico de la situación, ha de sufrir algún contratiempo.Hay quien cree que será echado al agua, y muchos lo desean sinceramente, no siendo extraño a esta tendencia algunos conservadores de los más inteligentes y decididos.Entre estos cunde la idea de que el señor Cánovas ha entrado esta segunda vez en elpoder en condiciones deplorables y dudan que pueda desplegar convenientemente sus excepcionales dotes de hombre de Estado. Ya dijo el señor Campoamor en el Ateneo,que *hasta el señor Cánovas podía equivocarse.* Sus enemigos declaran que se ha equivo- cado esta vez de medio a medio.

El tiempo dirá si tienen razón; y entretanto, cuidaré de informar a mis lectores de las contingencias que traiga consigo este primer período parlamentario, que es el más interesante.

La discusión del mensaje fijará la actitud de las diferentes facciones, y veremos cosas que, por muy previstas, no pierden su atractivo. En cuanto se toque a los problemas de instrucción pública, que tan en lo vivo hieren la posición política del ministro de Fo- mento,[4] se verá si el gabinete liberal conservador[5] adopta en tan delicada materia los temperamentos ultramontanos, lo cual sería muy significativo, o si los rechaza, en cuyacaso la escisión vendría, y con ella la eliminación de los unionistas católicos.[6] Ya se ha anunciado el remedio de esto que consiste en su cambio de carteras, yéndose el señor Pidal *con la música a otra parte*, como aquí decimos, o lo que es lo mismo, pasando a

tauración borbónica. Desde la llegada de Alfonso XII en enero del 75, hasta febrero del 81 gobierna el partido conservador.

2 Su vuelta al poder tras el primer intervalo liberal, que acaba con la crisis relatada en 2 y 4.

3 Podría tratarse de Rafael Comenge, director de *El Progreso* y Manuel Béjar y Sellés, redactor de *La República.*

4 El ministro era Alejandro Pidal Mon.

5 *el gabinete liberal conservador*: 'el gobierno conservador'. Es la única vez que Galdós le da al partido de Cánovas esta denominación que había adoptado su pequeño grupo parlamentario en las Cortes constituyentes de 1869.

6 Los *unionistas católicos* pertenecientes a partido Unión Católica, llamados *ultramontanos* por defender el poder temporal del papa incluso más allá de las fronteras vaticanas. Puesto que tal defensa era más impulsiva que racional, Galdós habla irónicamente de *temperamentos.*

otro ministerio donde no haya problemas que afecten a la libertad de conciencia y a los fueros del profesorado.

***

Mucho sentimiento ha causado en Madrid la muerte de don Eduardo Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial,*[7] periodista insigne, que ha trabajado rudamente durante más de treinta años, logrando, a fuerza de constancia e inteligencia, establecer, arraigar y difundir entre nosotros un periódico político y popular, que se ha distinguido siempre por un criterio oportunista y por una gran discreción y cultura en la forma.

El Imparcial se publica en esa forma pequeña y cómoda que priva entre nosotros, poco aficionados a la lectura larga. Goza desde su fundación, y principalmente desde 1868, de extraordinaria aceptación entre toda clase de personas; es juntamente con otros diarios de su mismo tamaño, como el pan literario de cada día. Penetra en los palacios y en las moradas más humildes; se le ve en las manos pulcras de la dama y en las duras y callosas manos del obrero, y para todos tiene lectura agradable.

Su criterio político no es muy decisivo en su sistema de polémica, muy sistemático desde la abdicación del rey Amadeo, y a esta circunstancia debe quizás su éxito. Su fundador tuvo ciertamente la habilidad de llevar al organismo de este diario temperamentos y modos de ser fielmente tomados del organismo nacional. Resulta, pues, un periódico de composición variadísima, impresionable y vehemente en todo lo que puede despertar los adormecidos sentimientos de la patria, atento con las reputaciones, benévolo con la juventud, muy inclinado a tratar en lenguaje chistoso las cuestiones más serias, ameno siempre, rara vez pasionista, algo soñador en cuestiones de engrandecimiento nacional, demasiado entusiasta en literatura, con cierto sentido práctico en política, y muy esmeradamente servido por sus *reporters* en la sección de noticias. Gasset, tras larga práctica, comprendió como nadie el gusto del público y supo elegir y combinar los materiales de esta ración diaria de literatura al vapor que el hombre del siglo necesita para vivir.

Al periodismo consagró Gasset toda su vida, y sus esfuerzos fueron ampliamente recompensados, pues *El Imparcial* es una de las mejores fincas literarias que ha creado en nuestros tiempos, con papel y tinta de imprimir, la paciencia de un hombre. Como pasa casi siempre, no ha podido disfrutar el insigne fundador del precio de su trabajo tan no- blemente ganado, y la muerte le ha venido cuando estaba en la cumbre y cuando todo le brindaba al descanso.

Estos hombres que todo se lo deben a sí mismos inspiran en nuestros tiempos vivísimas simpatías. No fue Gasset de los que al nacer reciben con la posición y la fortuna hereda- da, los medios de hacer carrera. Todo cuanto fue, todo cuanto tuvo, renombre, riqueza, posición política, se lo debió a su propia iniciativa y esfuerzo. Como aquí no hay ninguna persona notable que no haya hecho versos, el creador de *El Imparcial* fue también poeta, y

7 Periódico de ideología liberal fundado en 1867 y desaparecido en 1933. En la época de Gasset era el más intelectual de la prensa nacional.*

se dio a conocer como de los más ingeniosos en el *Parnasillo* del café del Príncipe,[8] cuna del genio de Ayala.[9] Nació Gasset en esa región de España, cuyos inteligentes hijos parece que vienen al mundo con la vocación del trabajo, Galicia, tierra hermosísima, rica sólo en belleza y en hombres útiles.

Vino a Madrid muy joven, distinguióse como poeta y fue empleado en oficinas públicas y particulares. Quien sabía componer tan bonitos versos, vivía de la cosa más árida y prosaica del mundo, la partida doble.[10] La primitiva vocación del tenedor de libros se cambió bien pronto en afecto vivísimo hacia el periodismo. Dirigió una revista ilustrada, desempeñó varios destinos subalternos, fundó más tarde un periódico político, en cuya empresa no halló el éxito que esperaba,[11] y finalmente, hacia 1867, durante los días de la excitación revolucionaria, cuando los hombres más notables de los partidos liberales buscaban una fórmula común para condensar dos aspiraciones, fundó *El Imparcial*, dirigido desde sus comienzos con habilidad suma.

Este periódico cuya existencia ha llegado a ser tan vigorosa, revelaba detenidamente en su primera etapa el espíritu democrático a que debe su popularidad; pero hecha la revolución aquel espíritu lo informó claramente, viniendo a ser su esencia y su forma. La revolución hizo a Gasset concejal del ayuntamiento de Madrid, después diputado por Padrón y Cambados, distritos de Pontevedra, y más tarde, en el breve reinado de un príncipe de la casa de Saboya, fue ministro de Ultramar. Coincidió esto con los días en que la insurrección tomaba más vuelo en nuestra Antilla y Gasset, atento solo a destruir el filibusterismo, negóse a establecer las reformas que le pedían un día y otro los diputados ultramarinos, en tanto no depusieran las armas los rebeldes.[12] Aún no ha llegado, quizás, la ocasión de decir si esta política era la más acertada.[13]

Después de la abdicación del rey Amadeo, mantuvo *El Imparcial* en sus textos una fórmula monárquica vaga, y después de la Restauración, procediendo cautelosamente con hábiles evoluciones, el popular periódico y su fundador han acentuado cada día más sus tendencias dinásticas, hasta declararlas francamente.

Ante esta vida consagrada al trabajo y a la prensa nos inclinamos todos con respeto y tristeza. Gasset, durante larguísimo periodo, no tuvo un día de descanso. Vivía para su periódico y para su familia. Tienen mucha significación las siguientes palabras, escritas recientemente por quienes fueron sus enemigos: "Bien pueden llorarle sus hijos; por

8 Tertulia literaria célebre durante el Romanticismo, que continúo como tal hasta más allá de 1850.*

9 López de *Ayala*, nacido en Sevilla, se traslada a Madrid para participar activamente en la vida literaria de la ciudad. De ahí su asiduidad al *Parnasillo*.

10 Es decir, era contable. La *partida doble* es el método más utilizado en contabilidad y consiste en registrar dos veces las operaciones: en el *debe* y en el *haber*.

11 *El eco del país* (1862-1863), vinculado al partido de Unión Liberal.

12 Gasset y Artime fue ministro de Ultramar, de junio a diciembre de 1872; dimitió por no estar de acuerdo con el gobierno de Ruiz Zorrilla en la abolición de la esclavitud.

13 *Aún no ha llegado … la más acertada*: La prudencia de Galdós en los asuntos cubanos, permanecerá aún en 1912, cuando en el episodio *Cánovas* escriba palabras similares: "Mientras llega la ocasión de traer a estas páginas las cosas de Cuba…".*

ellos luchó con valor y con fe, en medio de las más deshechas borrascas de la vida; por ellos arrostró contrariedades que habrían quebrantado ánimos templados en afecciones menos puras, y a ellos consagró todos los momentos de tregua, porque hemos conocido pocos hombres que, como el señor Gasset, hayan tributado a la familia culto más res- petuoso".[14]

***

Esta época del año es en Madrid la que más atractivos ofrece a los muchos forasteros que nos visitan. Nuestros actores se marchan a provincias, es cierto, pero los teatros son ocupados por compañías extranjeras que hacen aquí mismo buen negocio. Hace poco teníamos tres compañías italianas y no sé si una o dos francesas. El célebre Rossi es admirado hoy como siempre, interpretando el sublime teatro de Shakespeare. Otros actores extranjeros de menos valía, ya del género dramático ya del lírico, atraen al público con el incentivo de la novedad, y llega a parecer cosa rara oír un poco de lengua española en cualquiera de nuestros teatros. Artistas italianos, franceses y portugueses han sostenido los principales coliseos en la actual primavera y en la pasada. Y si hubiera aquí alguien capaz de entenderlos, creo que vendrían también ingleses y alemanes. Pero Britania nos ha hecho adoptar sus carreras de caballos, espectáculo que atrae mucha gente, aunque todos lo declaran soso y aburridísimo, sin que deje de existir el peligro que tanto se censu-ra en los toros. Estos no irán ya a Francia, como se decía. Estaba todo dispuesto para dara conocer en la capital de Francia nuestro afamado espectáculo nacional, cuando aquel gobierno ha salido con la lindeza de prohibirlo. Muchos franceses, según dicen, han visto con desconsuelo y tristeza, esta resolución negativa del gobierno de la república, pues ya saboreaban de antemano las fuertes emociones de la fiesta por excelencia, y se entrete- nían imaginando los graciosos, interesantísimos incidentes de la lidia. Tantas ilusiones han venido súbitamente a tierra. No habrá toros en Francia, es decir, verdaderos toros de bregay muerte. Consuélense nuestros vecinos, y crean que nada pierden con verse privados de este espectáculo.

***

El nombramiento del general Martínez Campos para el mando de general en jefe del ejército del Norte es muy significativo, tratándose de un gobierno, cuyos hombres, durante la situación pasada, atacaron violentamente al insigne caudillo de las dos guerras carlista y separatista.[15] Al nombrarle ahora para el primer puesto militar de la nación, los mismos que le escarnecieron reconocen sus méritos profesionales, que son muchos, y nadie que no sea ciego puede dejar de verlos.

***

14 Estas palabras aparecieron en *El Liberal* del 21 de mayo. Tal vez Galdós los consideraba *enemigos* porque este periódico nació de una escisión de *El Imparcial.*

15 El general había sido ministro de Guerra con Sagasta, y había intervenido en la tercera guerra carlista y en la primera cubana.

El célebre colegio de jesuitas de Carrión de los Condes será desde setiembre próximo, *Universidad Católica.* Por fin realiza la escuela ultramontana su ideal de siempre. Ignoramos en qué condiciones y con qué medios funcionará el nuevo establecimiento; pero, usando de un viejo refrán, diremos: *en manos está el pandero que lo sabrá bien tañer.* La célebre Compañía aspirará sobre la base de Carrión, a extender su apretada e invisible red, y si no llega a realizar el dorado sueño de tener en su mano todo el mecanismo de la enseñanza, que esto sería pedir demasiado en estos tiempos, se ve que poco a poco va ganando terreno. Lo que esto tiene de malo para los tales es que todo ese terreno, y aún otro mucho mayor, ganado palmo a palmo a fuerza de constancia y trabajos de zapa puede perderse y se pierde seguramente en un solo día, como aconteció en 1868, y en otras épocas igualmente funestas para el jesuitismo.[16]

B. PÉREZ GALDÓS

13
LP, 31/7/1884

SUMARIO: Una explicación —Las Bellas Artes en España —La actual exposición de pintura —¿Cuáles son las regiones más fecundas en artistas? —El cuadro del *Spoliarium* —Banquete en honor del pintor Filipino Luna —Consideraciones sobre la pintura histórica.

Madrid, 28 de junio de 1884.

Señor Director:

Empiezo esta carta, temeroso de no poder alcanzar de usted ni de mis lectores el perdón que pido por mi tardanza en escribirla. La presente debió ser enviada en mayo. Va a fines de junio con la promesa de ganar en breves días, con las subsiguientes, el terreno perdido, y al mismo tiempo espero atenuar la falta declarando que este reposo no ha sido motivado por holgazanería sino por la premura de otras obligaciones literarias que, contra mi voluntad, me han ocupado por entero durante un mes. Comprenderán esto fácilmente los que, habiendo contraído el compromiso de dar al público en determinada fecha un libro de imaginación, lo entregaran a la prensa antes de concluido y se ven luego en el más crítico de los apuros literarios, ahogados entre dos trabajos, la terminación de la obra y la corrección de pruebas, que en muchos casos supera en dificultad a la misma tarea lenta y fatigosa de escribir.

16 Alude Galdós a la expulsión de la orden del imperio español (1767) por Carlos III, con la supresión de la Orden en Europa (1773) por Clemente XIV, la expulsión de España (1820) por el general Riego, y las de la Gloriosa y la I república (1868 y 1874 respectivamente).

No siéndome posible dejar de mano la obrilla[1] que había prometido entregar al público antes de la época de los calores, vime en la necesidad de alterar por breve tiempo el orden periódico que llevo en estas cartas, contando con que los lectores y la ilustrada redacción de *La Prensa* serían benévolos conmigo y me perdonarían una falta cuya mejor explicación está en las implacables exigencias de nuestro oficio. Dicha falta quedará pronto subsa- nada, menudeando mis correspondencias hasta que desaparezca el *debe* que tanto pesa sobre mi conciencia, y me ponga al corriente. Ninguna deuda me será más grato pagar quela presente, y mucho más en una temporada en que la suspensión de los rudos trabajos literarios del invierno me permite consagrarme por entero a los buenos amigos que tengoa la parte de allá de la mar salada.

***

La exposición de Bellas Artes merece una atención preferente, porque todos los demás asuntos que hoy podrían solicitarla, en particular los políticos, son rutinarios. La discusión del mensaje ofrece los mismos caracteres de otros actos de la propia naturaleza, y en cuanto a la marcha general de la política, poco hay que añadir a lo que dije en mi anterior. Me atengo, pues, a esta hermosa manifestación de la pintura española, tan digna de estudio y tan consoladora en medio de otras manifestaciones del carácter nacional, que más son para abatir el ánimo que para levantarlo.

Las exposiciones de Bellas Artes se vienen celebrando aquí cada tres años regularmente desde hace veinticinco. Desde 1860 en que pareció iniciarse el felicísimo renacimiento de la pintura española, puedo decirse que cada uno de estos certámenes ha sido una gloriosa muestra de adelanto. En todos ellos han aparecido sucesivamente distinguidas personalidades que luego han sido maestros, y hoy el número de buenos pintores españoles es tan grande que si todos expusieran no habría local bastante capaz para contener sus obras. La desproporcionada abundancia de artistas españoles es tal que no pudiendo vivir en nues- tra patria se han desparramado por todo el mundo, y en Roma, París y aún en Londres,hay buen número de ellos. El suelo español, harto fecundo para producirlos, es insuficientepara mantenerlos, y aunque las condiciones del mercado de cuadros en España fueran me-jores de lo que son, la existencia de tantos artistas sería muy precaria si todos vivieran aquí.Lejos de contenerse este desarrollo, parece ir en pasmoso aumento, y la última exposiciónha añadido algunos nombres a la pléyade brillantísima que ya teníamos.

Todos nuestros progresos son lentos en comparación del progreso de la pintura. No hay paridad entre el gigantesco adelanto en esta rama de la cultura y el desarrollo raquítico de otros.

Algunos lo atribuyen al cielo, a la mucha luz de esta zona, que da a los muchachos, desde las primeras tentativas, el sentimiento del color y del ambiente. Otros lo explican con las tradiciones de nuestra pintura castiza. Probablemente uno y otro razonamiento son por igual atendibles. Otro fenómeno debe ser tenido en cuenta y es el distinto grado

1 Debe tratarse de *La de Bringas* que el autor fecha como escrita en abril-mayo de 1884.

de fecundidad de las diversas regiones de nuestro país. En otra carta[2] indiqué que todos nuestros afamados escultores son catalanes; los pintores nacen y florecen con preferencia en las provincias de Levante y mediodía. Madrid es quizás el punto que más favorece su educación y desarrollo. Pero para producirlos, la región que ocupa el primer lugar es Valencia. No será aventurado afirmar que la mitad de nuestras celebridades pictóricas han nacido en aquel jardín incomparable de las riberas del Turia y del Júcar. Cuatro centros de gran progreso artístico tenemos, a saber, Valencia, Madrid, Barcelona y Sevilla. En las demás regiones, el movimiento es escaso, aunque no faltan jóvenes distinguidísimos que siguen con mucho provecho las huellas de los meridionales y levantinos.

Citar los nombres ilustres, de universal fama, que representan hoy el contingente de pintores españoles sería muy difícil. Recordando los que yo mismo he visto aparecer en las exposiciones celebradas en Madrid desde 1862, apuntaré los nombres de Gisbert, Sanz, Moarez, Palmaroli, Puebla, Manzano, Gonzalvo, Vallés, el gran Rosales, maestro en la fuerza de su talento, Casado del Alisal, Mercadé, Haes, Monleón, Ocón, Sala, Castellanos, los Madrazos jóvenes, Domínguez, Plasencia, Tusquets, Pellicer, Mélida, Lizcano, Domingo Marqués, Villegas, Ferrant, Vera, Estevan, Beruete, Sainz, Gomar, Moreno Carbonero, Villodas, León y Escosura, Fierros, los Jiménez Aranda, Pradilla. García Ramos, Benlliure, Zamacois, Martín Rico, Jiménez, Gessa, Lengo, Fenollera, Senet, Mas y Fondevila, Masriera, Martínez Cubells, Navarrete, Muñoz Degrain, Barbudo, Juste, Agrassot, Casanova, Valdivieso, Suárez Llanos, Férriz, Román Ribera, Francés, Unceta, Jadraque, Lhardy, Araujo, Pérez Rubio[3] y otros que no acuden puntualmente a la memoria. El célebre Fortuny que ha sido el encanto de su tiempo y sedujo a muchos con el brillo de su manera originalísima, creando como una secta fanática, se formó fuera de España y no expuso jamás. De los que he citado, muchos viven en el extranjero, realizando pingües ganancias, y no envían sus obras a los certámenes.

De estos se retraen por lo general todos los que han obtenido ya primeras medallas, y dejan libre el palenque a la gente joven y animosa que desee darse a conocer a todo trance. Bajo este punto de vista, la exposición actual, que aún permanece abierta, es de lasmás fecundas, porque en ella han aparecido dos o tres personalidades nuevas, alguna de ellas de grandísimo aliento, como el señor Luna, autor del cuadro *El Spolarium.*

Esta obra ha sido la más saliente y atractiva en el presente certamen; revela un artista de primer orden, y ya tiene en su abono la ventaja de haber provocado animadas contro- versias entre los críticos.

El público la ha enaltecido con su preferencia, acudiendo a verla y a sentir la grandiosa y patética escena expresada en aquel lienzo de colosales dimensiones. Su autor don Juan Luna es un joven de veintiseis años, natural de Filipinas. A las regiones españolas productoras de grandes artistas, hay que agregar, pues, desde ahora, aquella apartada colonia de Oceanía, que hasta el presente había dado pocas señales de vida en los distintos órdenes de la cultura humana. En medio de nuestra insignificancia política, es un consuelo ver

2 En la 3.

3 En esta larga lista, aparecen varios errores en el original; tal vez por ello no he podido encontrar a "Moarez".+

como resurgen estos brotes del genio español allí donde la lengua y la raza echaron las semillas. Precedida por el arte, Filipinas se dispone a entrar de un modo brillante en el concierto de la civilización.

Antes de exponer una opinión sobre el *Spoliarium*, conviene que el propio catálogo de los cuadros expuestos, nos explique el asunto de este atrevido lienzo.

***

Spoliarium, lugar situado cerca del anfiteatro donde se depositaban los cadáveres de los gladiadores *y* donde concluían de morir los combatientes que habían sido heridos mortalmente. "Atravesando las amplias galerías que rodean el circo —dice Dezobry en su obra *Rome au siécle d'Auguste*— y bajando sus grandiosas escaleras de piedra, oí como gemidos sordos, y poniéndome a escuchar, alguien que pasó rápidamente a mi lado, me dijo: `Son los ecos del *Spoliarium´.* Me adelanté, descendiendo en dirección de aquel extraño ruido, bajo las bóvedas inferiores del anfiteatro, llegando a un vasto recinto, de escasa luz y en partes iluminado tan solo por algunas antorchas humeantes. Allí vi una escena horrible, una procesión lúgubre de gladiadores muertos o moribundos, arrastrados con garfios por los servidores del circo, que pasaban blasfemando e imprecando a todos los dioses del infierno; mientras que por una escalera, en parte a donde yo estaba, se agrupaba una turba de curiosos, la mujer romana, el joven disoluto y toda la hez del bárbaro pueblo, mezclándose algunos que, por la expresión de sus fisonomías, parecían pertenecer a la secta del Nazareno.

Poco a poco mi vista fue acostumbrándose a tanta oscuridad y vi, silenciosa, entre cadáveres de hombres, mujeres y fieras revueltos y humeantes, una joven piadosamente sentada…"[4]

Por esta elocuente descripción de Dezobry comprenderán los que no han visto el cuadro de Luna, lo patético del asunto que el pintor filipino ha trasladado al lienzo. Como composición y como expresión esta pintura revela cualidades de primer orden. Todo allí es grandioso y terrible; las figuras de los vivos se mueven y hasta parece que se les oye gritar.

Pocas veces hemos visto una escena trágica interpretada por el pincel de una manera más feliz. El efecto es tan grande que solo después de mirar y remirar el cuadro se advierten las incorrecciones de su hechura; incorrecciones disimuladas con la energía del toque, con el arranque de la composición y con aquel aliento de vida y verdad que en todas las partes de la enorme tela se descubre. Una de las cosas que más cautivan en el *Spoliarium* es que no se ve aquí el modelo rígido y puesto, vestido con trajes que no son suyos y cansado de la postura a que el artista quiere sujetarle.

Quizás lo más acertado del cuadro es el movimiento, y la libertad con que las figuras realizan el ideal del artista, sin que aparezcan por ninguna parte los torsos obligados y

4 Dezobry escribió *Rome au siécle d'Auguste ou voyage d´un galois à Rome* en 1835. Alguna construcción sintáctica incorrecta quizás obedezca a que la cita debió ser traducción apresurada del propio Galdós o del *catálogo* en el que dice documentarse.

rutinarios que a tiro de ballesta acusan el yeso. En el color hay algo de terroso y sanguinolento que no va mal con su expresión patética que se ha querido buscar, aunque en algunos trozos, el ocre abunda demasiado. Las figuras de los viejos que miran con terror los cadáveres son admirables de expresión y alma; las de los gandules que arrastran cuerpos sorprenden por su energía: la mujer romana y la cristiana que está de espaldas, completan la terrible armonía del conjunto. Todo en esta obra es valiente, y su mérito no debe verse tan solo en lo mucho bueno que tiene, sino en las cualidades que revela. Este artista filipino ha de ir muy lejos, a juzgar por las precoces muestras que nos ha dado desu talento. Ya en la *Cleopatra* que presentó hace tres años revelaba aptitudes nada comu-nes pero desde la C*leopatra* al *Spoliarium* hay un grande y glorioso camino recorrido con mucho aliento.

Luna, al llegar a Madrid, ha sido festejado por sus admiradores con un banquete al cual han concurrido notabilidades de la política, de las letras y de la pintura. Lo que estas manifestaciones de obsequio de un artista representan en nuestra cultura no hay para qué encarecerlo. Son pago de los atrasados homenajes que desde edades remotas se deben aquí al ingenio. El olvido y la envidia han sido por mucho tiempo impíamente confabulados, los mayores enemigos del artista. Pero la generación actual es más entusiasta, y se propaga lentamente el espíritu de estímulo. ¡Feliz el arte que no trabaja en el vacío! Debemos esperar que la generación sucesiva a la nuestra se hallará en condiciones mucho mejores aún para el trabajo artístico.

Ha compartido los honores tributados a Luna otro joven pintor filipino, que también promete mucho, el señor Hidalgo. Su cuadro *Jóvenes cristianas expuestas al populacho* llama justamente la atención de estima. Aparte de ciertas rutinas académicas que en él se advierten, particularmente en las figuras de las cristianas, es digno de estima. Hay en él expresión, intención y algunos trozos están muy bien pintados. Si la actual exposición no fuera una de las más notables que se han celebrado en Madrid, seríalo por habernos traído, con los artistas filipinos, una gallarda muestra de los gérmenes de cultura, que atesora aquel país. Por mucho tiempo han dormido aquellas islas oceánicas arrebujadas en su vegetación tropical y en su atmósfera cálida. Quiera Dios que el despertar de esa secular modorra sea para provecho y gloria de la raza hispana.

***

Como sucede en todas las exposiciones españolas de Bellas Artes, la pintura histórica prevalece sobre todos los demás géneros, y entre los asuntos escogidos por los artistas descuellan siempre los más patéticos y terribles. Según la estadística hecha por un curioso, no bajan de cien los recuerdos que hay en el Salón,[5] cifra que aumentaría considerable-

5 El Salón del Buen Retiro (en la actualidad "Casón"), uno de los dos únicos edificios que han sobrevivido a la destrucción del palacio del Buen Retiro, en 1637, como salón de baile de la corte de Felipe IV. Desde 1971 es uno de los edificios que conforman el Museo del Prado, y durante décadas ha albergado sus colecciones de pintura del siglo XIX.

mente si a ella se añadiera la de los moribundos. La pintura de género, que es la que más se acomoda a las tendencias del arte moderno, no merece aun de nuestros artistas una preferencia absoluta, y es probable que por mucho tiempo sigamos asediados por las cotas de malla, las dalmáticas de terciopelo, las ropillas, los mantos de armiño, las vestiduras recamadas de oro y plata y por los ya desacreditados casacones de la época goyesca. La superioridad de nuestros artistas, consiste, justo es decirlo, en la fiabilidad pictórica, en la gracia y libertad del toque, en el sentimiento colorista llevado hasta la magia; pero hay que convenir en que la gran mayoría de ellos viven tocados de una manía o preocupación, cuyo origen debe buscarse en ciertas rutinas del pensamiento muy arraigadas entre nosotros. Para combatir esta preocupación no nos cansamos de repetirles un día y otro: "Así como toda la naturaleza es bella, todas las épocas de la historia son igualmente pintorescas, y la nuestra con su paño negro, sus lanas grises y pardas, sus blusas y sus fracs, sus sedas *y* sus percales, no lo es menos que las anteriores. Pintad la época presente, pintad vuestra época**,** lo que veis, lo que os rodea, lo que sentís. ¿No os dice nada el ejemplo de vuestros ilustres predecesores y maestros que siempre pintaron lo que veían, y que cuando pintaban historia, es decir, Biblia o mitología, la modernizaban trayéndola a la *vulgaridad* de su tiempo?"[6]

Hasta ahora no parece que estas amonestaciones ejerzan en el ánimo de nuestros artistas decisiva influencia; pero algunos van entrando por este camino, y sospecho que dentro de algún tiempo la tendencia irresistiblemente marcada en literatura se ha de notar en el arte de Velázquez y Rafael.

Tengo para mí que la llamada pintura histórica, es un género artificialmente creado por las Academias, un arte puramente convencional, sin base natural, y por tanto llamado a perder su prestigio, cuando desaparezcan las causas pedantescas que le han dado vida. Existirá siempre la pintura histórica; pero solo como un arte puramente decorativo, sin la preeminencia que se le ha querido dar sobre los demás géneros de pintura. Basta observar el fatigoso trabajo de un pintor de historia en nuestros días para comprender que la interpretación fiel de las épocas pasadas entorpece al artista y ahoga su inspiración. Lo primero que tiene que hacer el pintor de historia cuando discurre un buen asunto y anhela obtener en él una primera medalla es dedicarse a buscar datos, tarea que suele consumirle un año o dos.

No solo ha de revolver empolvados papelotes en los archivos, sino que ha de procurarse, como primera necesidad, los datos pictóricos, y he aquí a mi hombre reuniendo cachivaches, trapos, armas y cuanto cae en sus manos. El estudio-taller del pintor de historia es un verdadero museo, y si no, no sirve para el caso. Suele acontecer que en estos trastos se gasta anticipadamente el pobre artista tanto o más de lo que valdrá el cuadro, si es que se lo compran. Porque con frecuencia sucede que después de tantos afanes y prolijos estudios, su enorme tela llena de armaduras, mallas, sedas, terciopelos, muebles y joyas, se quede en el estudio para *in aeternum.*

Pero supongamos que el artista logra su noble intento. Todos aquellos brocados que ha conseguido reunir y las piezas de armadura, y además ciertos trajes que él mismo, con

6 Alegato al realismo-naturalismo en pintura tal como el propio autor lo practicaba en novela en estos años.

grandísima paciencia, arregla y confecciona, se los pone al primer modelo que encuentra en la calle. No es necesario fijarse mucho para ver que todos aquellos arreos se despegan del cuerpo del modelo. La persona y el traje forman entre sí cierta unidad. Por inexplicable fenómeno, los profanos en pintura vemos y apreciamos esa unidad más claramente que los pintores.

Todo va muy bien en el cuadro. El artista ha hecho en él prodigios de habilidad. Su diestro pincel ha sorprendido los más delicados secretos de la realidad en el orden mate- rial; ha pintado infinitos cambiantes y visos del raso y el terciopelo; ha reproducido con admirable nimiedad las armas; el país no se queda atrás; las figuras, cada una de por sí, también están bien hechas. En la obra resaltan una ejecución admirable y una erudición prodigiosa. Sin embargo, fuerza es confesarlo: hay algo en ella que no convence. El asunto histórico no parece[7] entre aquel pasmoso lujo de minuciosidades y entre la espléndida pompa de colores. En las figuras se observa que son modelos vestidos con arreos que no les pertenecen, (españoles de nuestros días, si el cuadro está hecho aquí; italianos moder- nos si el cuadro está hecho en Roma), disfrazados con las vestimentas que pertenecierona otra edad. ¿Quién no ha visto el incomparable cuadro de *Las lanzas* de Velázquez, bienen el original, bien en las mil reproducciones que de él existen? Pues que todo el mundo compare aquellas figuras con las de las mejores obras de la pintura histórica moderna. Aquellas son personas, estas son modelos mejor o peor vestidos. Aquellas viven, se mue- ven y respiran con facilidad; a estas se las ve atormentadas dentro de sus vestidos, fatigadasde la postura y deseando que el pintor acabe pronto para volver a su ser propio y a su traje*natural.* En resumen, la pintura llamada histórica puede aceptarse cuando es representa- ción de un suceso más o menos notable, contemporáneo del autor y estudiado con figurasy trajes de su tiempo; de otro modo es simplemente *imposible.*[8]

El cuadro mejor trabajado en este género no resiste a la doble crítica estética y arqueológica. Al pintor se le exige una ejecución perfecta, una fidelidad benedictina y un criterio inflexible, y se le ponen tantas trabas y reparos, que si no se aburre y arroja la paleta es porque realmente en todo artista hay algo de santidad y un fondo de constancia que pasma.

Abandonen, pues, esta senda espinosa. Ha sido dado el numen al artista para que interprete la realidad bella, no para que ilustre la Historia, añadiendo documentos pictóricos a los tesoros de los archivos. Vuelvan la espalda a la realidad supuesta, o inducida y pongan los ojos en la visible y palpable, que esto hicieron el gran Velázquez, Rembrandt, van Dick, y aún los idealistas Rafael y Murillo. Se dirá que estos grandes artistas también pintaban historia, esto es, los dos Testamentos y la mitología. Es cierto; pero empezaban por prescindir completamente de la arqueología (enemiga de la inspiración) y por traer los asuntos religiosos o paganos a su propia época.

7 En estas Cartas figurará con frecuencia el término "parecer" con la segunda acepción que da la RAE, `aparecer o dejarse ver´. No se volverá a señalar.

8 Don Benito había abandonado la novela histórica al terminar la segunda serie de *Episodios nacionales* en 1879 y no la retomaría hasta 1898, cuando ya la estética finisecular se impone al realismo-naturalismo. Por otra parte, el historicismo de los *Episodios* es relativo ya que sólo abarcan el siglo XIX.

Rembrandt crucificando a Cristo entre los judíos de Ámsterdam;[9] van Dyck, haciéndole prender por soldados flamencos,[10] Velázquez poniendo en las fraguas de Vulcano a los herreros de Madrid,[11] han cometido anacronismos célebres, de los cuales se han escandalizado los pedantes de nuestros tiempos demasiado críticos. Dichos anacronismos, contrarios ciertamente al indigente saber académico, más son para alabados que para escarnecidos. De este modo protestaban aquellos poderosos artistas contra la pintura histórica; de ese modo consagraban el principio de que el pintor, para merecer tal nombre, debe pintar su tiempo.

Este tema llevaríame muy lejos, si quisiese insistir en él. He citado a Velázquez y Rembrandt. Pues si nos fijáramos en los insignes maestros de la pintura flamenca, Quintín Matsys, Memling y van Dick, encontraríamos ejemplos quizás mejores para fortalecer nuestros argumentos. Admirando no hace un año, en los museos de Amberes y Brujas las incomparables tablas de estos eximios ingenios, se acabaron de desvanecer mis ilusiones de la pintura histórica. ¡Con qué facilidad y despreocupación procedían! Y en su realismo coetáneo ¡cuánta idealidad y sentimiento!… Pero de esto me ocuparé más adelante, quizás en la misma patria de aquel delicioso arte flamenco, que no le va en zaga al nuestro.[12]

Se ha alargado mucho esta carta, y dejaré para la siguiente la descripción de las obras notables que comparten con el *Spoliarium* los honores de esta exposición. El retraso con que va la presente me obligará, muy a gusto mío, a anticipar la próxima, en la cual, sin descuidar la exposición, me ocuparé de otros sucesos de interés.

B. PÉREZ GALDÓS

14

LP, 17/8/1884

SUMARIO: Continúa la visita a la Exposición de Bellas Artes —Los cuadros de Muñoz Degraín y de Moreno Carbonero, *Los amantes de Teruel, La conversión del duque de Gandía* —Cuadros de otros autores —La escultura, el grabado y los dibujos para ilustraciones —Pellicer, Sala, Mestres —Política: discusión de la contestación al discurso de la Corona —Proyecto de autorizaciones para reformar los presupuestos de Cuba —Las emigraciones frustradas por el cólera.

Madrid, 15 de julio de 1884.

9 Debe referirse al cuadro *Crucifixión de Cristo entre dos ladrones* de 1652 ya que en el más célebre *Crucifixión* de 1631 representa solo a Cristo en la cruz.

10 *El prendimiento de Cristo* (1618-20).

11 *La fragua de Vulcano* (1630).

12 En agosto de 1883, Galdós había visitado Holanda. Volverá en 1887 y en la Carta 85 cumplirá el propósito que aquí expone.

Señor Director:

En mi anterior hice algunas indicaciones sobre la pintura histórica, manifestando que, a mi modo de ver, esta rama del arte ha de entrar pronto en un período de gran decadencia. Los tiempos son en verdad poco propicios para todas las derivaciones del pensar y del sentir académico, y cada día tienen menos crédito las retóricas por más pomposas y retumbantes que algunas de ellas sean. De las academias salió el drama llamado histórico que ya pasó felizmente a mejor vida; de las academias provino la pintura señalada con el mismo nombre, la cual, o mucho me engaño, o ha de concluir en arte decorativo, como aquel ha venido a servir para obras de puro espectáculo y para proveer de libretos a la ópera. En cuanto a lo que por mucho tiempo se ha llamado la *gran pintura,* fuerza es reconocer que, durante los tres cuartos de siglo de su florecimiento, casi todos los pintores han ganado su fama cultivando este género de origen académico y francés.

Desde David hasta nuestros días, raro es el pintor de mérito que no ha sentido la invencible atracción del género en boga; raro es el que no ha creído indispensable presentarse al público con el imprescindible lienzo de griegos o romanos. Luego vino la moda de la Edad Media con sus telas burdas y sus extraños efectos, y por fin el Renacimiento con sus sedas brillantes, el oro y las armaduras cinceladas; hasta que la aparición de las pelucas y de los casacones[1] indicó que había llegado la hora de la decadencia. Hemos conocido pintores de género, habilísimos, que, no obstante sus grandes aciertos, se creían indignos de la fama, si no probaban sus fuerzas en la pintura histórica; los hemos visto luchando a brazo partido con un asunto, penosamente estudiado en Mariana o en Prescott; los hemos visto perder un tiempo precioso en allegar datos y procurarse modelos y, por fin, los hemos visto fracasar en la tentativa. Otros, en cambio, han demostrado desde luego una aptitud particular para *arreglar* estas composiciones y disponer la escena de ellas. Fortuny, que veía mucho, jamás cayó en estas pueriles tentaciones de pintar el Cid o los Reyes Católicos. En esto seguía el ejemplo de Velázquez, a quien nunca le pasó por las mientes el poner en sus lienzos a Alejandro ni a César, y que aun tratándose de personalidad tan respetable como el dios Marte, la interpretó con un modelo coetáneo. La hermosa ironía que este anacronismo encierra será siempre la desesperación de la gente académica y un preciosísimo ejemplo para el verdadero artista, ejemplo del cual se deriva el más seguro de los dogmas en materia de estética pictórica.

Basta de consideraciones y hablemos de los cuadros de la exposición, los más notables después del *Spoliarium,* y, como éste, premiados con primera medalla. *Los amantes de Teruel,* de Muñoz Degraín;[2] *La conversión de San Francisco de Borja,* de Moreno Carbonero,[3] son dos obras de gran mérito, la segunda como pintura propiamente histórica, la primera como interpretación libre de la antigüedad en un suceso poético y legendario.[4]

1 *de las pelucas y de los casacones*: motivos de salón dieciochesco que invaden los talleres españoles y extranjeros en la década de 1870, frenando la pintura histórica.*+

2 El pintor envió este cuadro a la Exposición desde Roma, donde estaba en 1884 gracias a un premio anterior.

3 El título del cuadro es *Conversión del duque de Gandía.*

4 La leyenda de los amantes de Teruel se remonta al siglo XIII; pero Hartzenbusch la recreó como drama ro-

Muñoz Degraín es un artista que ha presentado mucho en las pasadas exposiciones; pero que no ha acertado siempre. Ha tenido grandes éxitos y caídas lastimosas; pero en unos y otras ha mostrado constantemente un brío, una fuerza, una originalidad verdaderamen- te extraordinarias. Sus obras todas han llevado siempre ese sello personal que es la más segura marca de valor de un artista. Como casi todos los pintores españoles, y siguiendo las tradiciones de la familia valenciana, se distingue más por el colorido que por el dibujo. Si en la construcción de la figura humana hay siempre en él algo de vaguedad y falta de solidez, en la expresión de las cosas por el color raya en lo maravilloso; llega a un puntodel cual creo muy difícil que se pueda pasar. Su cuadro de *Los amantes de Teruel* es buenamuestra de esto. Cómo ha tratado el artista el aspecto de las personas y principalmente delos objetos, el fondo, los accesorios, el ambiente, la luz, la sombra, es cosa de que no se puede tener idea sino viéndolo.

La disposición de la escena es admirable. La verdad compite en ella con la poesía. Hay un efecto de luz en el fondo que Rembrandt o Velázquez no desdeñarían en tener por suyo. Resulta un conjunto tétrico, funeral, y ha sido el artista tan hábil, que la misma tosquedad de las figuras parece que armoniza con aquel total, cuyos tonos vivos y rudeza de líneas trae al pensamiento el arte bizantino o románico. Las figuras han sido muy criticadas, yo creo que no con completa justicia. Con un esfuerzo de imaginación, pongo en el cuadro algunas *caras bonitas,* y el cuadro pierde con ellas. No sé qué tienen los semblantes toscos de aquellas mujeres, que me parece encajar perfectamente en aquel fondo de pura Edad Media. Un poco más de solidez en la construcción de las figuras sí que no vendría mal al cuadro, a mi juicio, aunque debe tenerse en cuenta que no se puede llevar a tal extremode perfección la cualidad del color sin sacrificar algo de las demás que avaloran la pintura. Poseerlas todas en igual grado, dar con la justa medida de las cosas, es don a tan pocos hombres concedido que sólo muy de tarde en tarde aparece quien lo posea por entero.

Si Muñoz Degrain continúa progresando así, si desde la etapa brillante que representan *Los amantes de Teruel* y la escena de la *Inundación*[5] no retrocede, será un artista de época. Su habilidad es mucha, quizá demasiada, si es que en esto cabe la demasía; pero ha llegado a sentir el color por modo tan admirable y a ver tan bien *poéticamente* ciertas realidades vulgares, que no vacilaríamos en aconsejarle que siguiera por ese camino, sembrado de peligros, pero glorioso como ninguno. El cuadro de la *Inundación* revela, en orden de conocimientos gráficos, progresos muy grandes. El modelado humano es aquí mejor que en los *Amantes,* y la intención y expresión acusan un verdadero maestro en todos sentidos. Emprenda, pues, este artista, la pintura de asuntos contemporáneos, cuya poesía y aspectos pintorescos sabrá ver seguramente mejor que nadie, y tendremos al fin lo que hace tanta falta, pintura moderna, pintura de *historia presente,* pintura viva, comola que cultivaron los grandes maestros de la antigüedad.

mántico en 1837 que Galdós elogia en la Carta 19, y el maestro Bretón la convierte en ópera en 1886 (véase la 122).

5 Por título y descripción, Galdós parece referirse a *Episodio de la inundación de Murcia*, pintura que representa de dicha inundación en 1879, aunque el Museo del Prado feche este óleo en 1892.

El cuadro de Moreno Carbonero *La conversión de San Francisco de Borja* seduce la vista por su ejecución brillante. También domina en él la habilidad sobre todas las demás cualidades, una habilidad elegante, fina, distinguida.

Ya es proverbial la maestría con que todos estos jóvenes artistas nos pintan el terciopelo, los rasos, los escudos recamados de oro, las casullas de tisú y las relucientes armaduras. Trozos hay en este lienzo que son verdaderamente magistrales. Como cosa *bien pintada,* difícil sería encontrar nada que le superase, y pocas, muy pocas, se le igualarían. Las figuras acusan demasiado el modelo: no son personas, son el modelo mismo, vestido rigurosamente a estilo de la época, pero conservando siempre esa personalidad especial del modelo, que algo tiene de histrión sin duda. Pero lo que menos me gusta en el cuadro de Moreno Carbonero es la interpretación que el artista ha dado al asunto.

Cuál es éste, todos lo saben: el marqués de Lombay,[6] de la familia de los Borjas, que en la rama de Italia produjo las tristemente célebres figuras del papa Alejandro, César y Lucrecia Borgia, era caballerizo de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V. Muerta esta señora de una enfermedad infecciosa, su cadáver fue conducido a Granada para darle sepultura en la Capilla Real, donde reposan los restos de Isabel y Fernando, de doña Juana y Felipe el Hermoso. Cuando destaparon el ataúd, el aspecto del cadáver de la que fue hermosa mujer y señora del mundo era tan repugnante que todos los presentes se sintieron movidos de horror. El marqués de Lombay que, según tradiciones a las cuales no se debe dar entero crédito, estaba prendado de su soberana con una pasión casta y caballeresca, recibió tan fuerte sacudida en su alma a la vista de aquel ejemplo de miseria humana, que desde entonces sus ideas cambiaron radicalmente y pronunció la célebre frase: "No más servir a un señor que se me pueda morir". Este asunto, tan sencillo como patético, ha inspirado a muchos artistas. El cuadro de Laurens, tan conocido por las reproducciones que de él han hecho el grabado y la fotografía, siendo inferior como pintura al de Moreno Carbonero, le supera en la manera de entender el asunto, y se conforma más con la idea que tenemos del suceso y del carácter del caballero santo.

En el lienzo del pintor español, ni la figura de Borja tiene la majestad y nobleza que es forzoso atribuirle por el papel que ha desempeñado en la historia profana y religiosa, ni su actitud nos da a conocer el temple de alma de aquel insigne caballero. El artista no ha representado en él una fuerte impresión moral, ni aquella estupefacción dolorosa y solemne que removió su alma hasta el punto de hacerle tomar en aborrecimiento las glorias del mundo para consagrarse a Dios; ha expresado la poquedad de ánimo de un hombre que se desmaya ante el cadáver de la mujer amada. Parece más bien aquel señor un simpático viudo, un sujeto vulgar y de corazón sensible y honrado, que el insigne célibe cuyo carácter firme podemos juzgar por sus hechos en el asombroso apostolado de su vida religiosa. Este Borja fue el tercer general de los jesuitas. Sus cenizas están en Madrid en la iglesia de San Antonio del Prado, cuyo patronato perteneció años atrás a la casa de Medinaceli, poseedora de los estados de Gandía, Denia y otros que fueron de los Borjas. Fuera de esta deficiencia en la interpretación del asunto, el cuadro en cuestión no merece sino elogios.

6 Otro de los títulos nobiliarios de Francisco de Borja.

Como pintura es maravilloso, y en eso, en el manejo del pincel, en la muestra del toque, en expresar la superficie de los objetos por medio de hábiles combinaciones de color, en buscar la armonía total, en hallar siempre efectos agradables, Moreno Carbonero, que es muy joven aún, no tiene nada que aprender.

***

Quisiera ocuparme de todo lo notable que encierra este gran certamen; pero temo cansar a mis lectores, que, no habiendo visto los cuadros, difícilmente podrán apreciarlos por lo que se les diga de ellos. Concluiré, no obstante, con indicaciones muy ligeras sobre algunos de ellos, porque sería imperdonable nombrar sólo tres obras entre las setecientas que llenan el Salón del Retiro.

La *Escena final de Hamlet*[7] es otro de los grandes cuadros que han llamado la atención. Su autor, Sánchez Barbudo, es un joven que hasta ahora sólo se había distinguido en la pintura de caballete. Como Moreno Carbonero, posee la habilidad de mano en grado superior. Otras cualidades le faltan aún; pero seguramente las adquirirá con los años.

El cuadro deslumbra por su riqueza de color, por la magia del tono y por el brillo de tantas sedas y terciopelo, magistralmente pintados: pero ni aquel es Hamlet ni se le parece en nada. El total tiene algo de un sonoro final de ópera, en que todos cantan a la vez, coro y partes, entre el tumulto de la orquesta wagneriana. Aquí la orquesta son los colores. Hay trozos de ejecución primorosa; el Claudio es hermosa figura, el grupo de la reina y sus damas algo fantástico,[8] el conjunto muy decorativo, muy brillante y un poco falso.

Hay una *marina* de Juste, que es la maravilla de la exposición en este género. Es imposible suponer que el agua, que las olas de un mar revuelto puedan pintarse con mayor perfección.

Hay varios paisajes de Bernete y de Cánovas, que son la última palabra del paisaje. Muñoz Degrain, el autor de los *Amantes de Teruel,* también tiene uno admirable. El *Dosde Mayo* de Sorolla, y sobre todo la *Cabeza de viejo* anuncian un excelente artista.

Por la patria de Benlliure es un cuadro de sentimiento, muy bien concebido y no mal ejecutado. Cuando este artista adquiera la destreza de mano que poseen algunos de sus jóvenes compañeros, es de esperar que hará cosas realmente notables.

El *Dante* de Plá acusa un pintor de fibra, que sabe entender y expresar el desnudo, cosa rara en estos tiempos de rasos y terciopelos. *La vuelta de la pesca* de Senet es el mejor cuadro de costumbres de la exposición. Un poco grande resulta para el asunto, que peca de pequeño; pero tiene sencillez, gracia, poesía y mucha verdad. *Los gitanos* de Araujo son un delicioso asunto, tratado con incomparable gracia. Los tipos son de lo más cómico que se puede imaginar, y la intención y gracia de este cuadrito superan a todo encomio. Lizcano, castizo y personal, como pocos, ha presentado un fondo de arquitectura que es

7 El cuadro se titula *Hamlet (escena final)* y se inspira en la obra homónima de Shakespeare de 1609.

8 En el acto V y final del drama de Shakespeare, la reina ha muerto envenenada, y Hamlet hiere a su tío, el rey Claudio, con la espada que Laertes envenenó.

el interior más admirable que hemos visto de muchos años a esta parte. Páez es en el paisaje el maestro de siempre. Casado en la *Tentación,* que tanto recuerda la célebre *Flora,* luce más que en el cuadro de toreros, asunto impropio de él y que parece una sugestión del arte mercantil. Richart, en su *Entrada de don Jaime en Valencia,* busca demasiado la originalidad en el colorido, y parece desdeñarla en el asunto, pues este cuadro se asemeja algo al célebre de Mackart, la *Entrada de Carlos V en Amberes.*[9] Casanova, que es un acuarelista de primer orden y un hábil pintor de género, ha estado poco feliz en su *Muerte de Felipe II,* en la cual hay trozos de ejecución habilísima, pero cuyo conjunto desvaído, frío y sin ninguna novedad es poco recomendable. La disposición de las figuras y el arreglo de la escena es enteramente igual a los de otros muchos cuadros antiguos y modernos que representan muertes de príncipes y magnates. Algunos pintores han enviado a esta exposición obras muy notables, especialmente en paisaje y cuadritos de género. *El cementerio de Trouville* es encantador.

La escultura aparece muy pobre en este certamen, y completamente oscurecida por el brillo de su poderosa hermana. Lo más notable es una estatuita de Benlliure, representando un monaguillo que se quema los dedos en el incensario. Es un prodigio de gracia y movimiento. Ha sido adquirida por el duque de Fernán Núñez.[10]

Más favorecida que en la escultura está nuestra exposición en el grabado, y en dibujos para ilustraciones tipográficas, ejecutados a pluma con objeto de obtener de ellos clichés de zinc. En este arte nuestros progresos han sido tan grandes que bien se puede asegurar que tenemos dibujantes dignos de figurar al lado de los primeros de Francia, Inglaterra y Alemania. Pellicer es en esto consumado y eximio maestro. Creo, sin que la vanidad nacional me perturbe, ni la amistad me ciegue, que después de inutilizado Vierge para el trabajo, a causa de irreparable enfermedad,[11] ningún dibujante de los que ilustran obras puede aventajar, dentro y fuera de España, a nuestro Pellicer.[12]

Otros hay también muy notables, entre los cuales descuella Apeles Mestres, el cual ha traído a esta exposición muestras apreciabilísimas de su ingenio fecundo.[13] Pintores de primera talla han hecho en los últimos tiempos ensayos muy felices en el arte de ilustrar obras, difícil en grado extremo para quien no lo cultiva exclusivamente. Lo que en tal género ha hecho Sala, y figura en la exposición, revela las cualidades del maestro hasta en los más insignificantes detalles. Emilio Sala es un artista tan concienzudo y potente que cuanto sale de su estudio lleva el sello de la perfección. De otro gran ilustrador de obras quisiera hablar. Me refiero a Arturo Mélida; pero como no hay nada suyo en el Salón del Retiro, me reservo para otra ocasión el tratar de tan insigne artista, cuyos variados y múltiples talentos como arquitecto, decorador, pintor, escultor y dibujante le hacen una de las

9 Pintado en 1878.

10 Véase 7.

11 En 1880, Vierge sufrió un grave ataque de hemiplejia, del que tardaría años en recuperarse y que le obligó a dibujar con la mano izquierda.

12 Pellicer ilustró algunos de los *Episodios nacionales* en la edición de 1881-85.

13 Mestres también colaboró en esa misma edición ilustrada de los *Episodios.* *

personalidades más notables de la España contemporánea. De los que figuran en el salón actualmente, como autores de dibujos, tampoco puedo ocuparme con la libertad y la extensión que desearía yo y ellos merecen, porque estando sus trabajos destinados a ilustrar publicaciones mías, no quiero aparecer como entusiasta interesado. Además la gran difusión que se ha dado a los *Episodios Nacionales*, ilustrados por nuestros primeros artistas, me exime de tributar elogios que habrían de parecer inspirados por la amistad y la gratitud.

***

Creo que no debo concluir esta carta sin decir algo de política, aunque este asunto me sea poco agradable. En confianza debo decir a mis discretos lectores que la política, tal como aquí se practica, me es soberanamente antipática. Todo se reduce en ella a un juego de personalidades y a un discutir eterno y mareante capaz de acabarle la paciencia al lucero del alba. Pero bueno será apuntar que la discusión del mensaje ha concluido, después de un mes de discursos más o menos intencionados, floridos o indigestos.

Esta discusión es siempre entre nosotros, una cátedra de derecho constituyente, y cualquiera que quisiese instruirse en esta clase de sabiduría no tendría que hacer más que acomodarse en las tribunas durante las tres o cuatro semanas que suele durar esta fiesta parlamentaria del mensaje.

Si he de decir verdad, casi todas nuestras discusiones políticas se convierten por la fuerza misma del espíritu español, siempre teórico y ampuloso, en cuestiones de derecho constituyente. Hemos visto que, puesta a discusión en el Congreso la creación de un lazareto o de una escuela de párvulos, se habló de todo menos de sanidad y de instrucción pública. En cambio quedó perfectamente agotado el tema de los derechos del hombre, y se dijo cuanto el saber humano ha podido allegar en materias de legislación desde Licurgo hasta Montesquieu.

En los últimos debates de la respuesta al mensaje, nuestros partidos parecen haber tenido su empeño particular en poner fuera de duda cuál de ellos es más monárquico, cuál de ellos ha conspirado más y cuál ha hecho las elecciones con más arbitrariedades y desprecio de la ley. Es muy dudoso que este problema político-personal se haya puesto en claro, y lo que resulta después de tantas recriminaciones es que todos son muy monárquicos (cuando están en el poder), que todos han conspirado lo mismo (principalmente cuando están en la oposición) y por último que todos han dirigido malditamente las elecciones, falseando el sufragio y haciendo crónica la inestabilidad política. Por último, votado el mensaje, las Cortes terminarán sus tareas con el proyecto de autorización para hacer en Cuba las reformas que imperiosamente reclama su angustioso estado económico y social.

Mis lectores sabrán, quizás mejor que yo, que la isla de Cuba, por causas complejas, entre las cuales debe contarse la insurrección, el desorden administrativo, la abolición de la esclavitud, la baja de los azúcares, ha venido a tal decaimiento que parece inminente la ruina total de los intereses aglomerados en aquella colonia, si no se pone remedio en ello de una manera enérgica. Aún hay motivo para creer que el remedio, aun aplicado con firmeza, ha de venir algo tarde. Las modificaciones que nuestro gobierno va a establecer

en el régimen económico de nuestras Antillas son, al decir de muchos, insuficientes para atajar un mal ya tan arraigado. Son un resultado de laboriosas transacciones concertadas entre cubanos, malagueños, castellanos y catalanes, y siendo necesario que estos varios intereses queden satisfechos, no parece posible que el problema cubano se resuelva y que los monopolios de aquí queden contentos. Podrá suceder que todos pierdan y Cuba continúe ahogada por su horroroso presupuesto.

***

La aparición del cólera en Europa, castigando cruelmente las poblaciones de Tolón y Marsella, ha venido a perturbar hondamente las transacciones mercantiles. Libres por fortuna de este azote hasta ahora, el cólera nos causa de rechazo molestias grandísimas, entre ellas la imposibilidad de ir al extranjero. Todos los planes de veraneo y excursiones más o menos lejanas han sido lastimosamente echados por tierra. ¿Quién se atreve ahora a pasar la frontera? Ni aun es prudente, en sentir de muchos, trasladarse a las poblaciones marítimas del norte; pero yo, con permiso de mis lectores, voy a recorrerlas todas, y a darles cuenta circunstanciada de ellas, para que conozcan, siquiera de un modo imperfecto, los sitios a donde la población matritense y española emigra durante los meses de verano.

B. PÉREZ GALDÓS

15

LP, 28/8/1884

SUMARIO: El cólera en Francia —Malestar general ocasionado por la epidemia —Trabajos patológicos —Opiniones dé los doctores Koch y Pasteur —Ideas optimistas sobre la epidemia —Excursión a las provincias del norte —Madrid en verano —Pasamos rápidamente por Ávila, Medina, Valladolid y Burgos —La cuestión Pidal —Italia.

Madrid, 27 de julio de 1884.

Señor Director:

En mi anterior hablé a usted de los trastornos que la aparición del cólera en Europa ha producido en todos los órdenes de la actividad. Hasta ahora Francia es el único país invadido; pero las consecuencias las sufre toda Europa, y a nosotros nos afecta el mal en primer término por la paralización de nuestras relaciones mercantiles con aquel país. En esfera más baja, aunque no despreciable, los trastornos son también grandes. Una parte no pequeña de la sociedad española se ve privada de los viajes a Francia, costumbre que venía a ser para muchas personas, como una imprescindible función de la vida. Da dolor ver cómo están condenadas al calor de Madrid las interesantes personas que han sido, en los años anteriores, el mejor ornamento de Biarritz o San Juan de Luz. Los biliosos, los he-

páticos y los que padecen rebeldes dispepsias tienen que contentarse con saludar a Vichy desde la parte de acá del Pirineo.

Según dicen, la elegante villa de Pau y el fastuoso pueblecillo de Arcachon están vacíos. En toda la región pirenaica se echa de menos la inmigración española que tan buenos dineros dejaba. Los franceses truenan, además, contra las cuarentenas y los acordonamientos que ha establecido nuestro gobierno; pero que le hemos de hacer… Es ley eterna la conservación, y las naciones la acatan como los individuos, apelando para obtenerla en este caso, a recursos tan poco eficaces, al decir de muchos, como las cuarentenas. Va cundiendo la idea de la inutilidad de las medidas sanitarias en los puertos, pues generalmente parecen no tener más objeto que molestar a los pasajeros, vejar al comercio y extraer de aquellos y de este fuertes sumas destinadas a dar de comer a una multitud de médicos que no tendrían nada que hacer si no existieran las plazas oficiales en los lazaretos y juntas de sanidad.

Entre tanto, aquí no se habla más que del famoso *microbio*, origen y simiente de la temida enfermedad, ser tan pequeño como maligno que unos tienen por vegetal, otros por animal. Sea lo que quiera, el tal es de lo más malo que la divinidad ha echado a este mundo para castigo de nuestras culpas. No acabaría nunca si reseñara aquí todo lo que en este mes se ha escrito en la prensa española y francesa acerca de las condiciones biológicas del tal ser, de cómo se propaga, de los medios y elementos que son más favorables a su desarrollo. No solo han hablado las lumbreras de la ciencia, sino también las medianías, y tras estas han venido también los charlatanes y curanderos, explicando a su manera la naturaleza del *microbio* y ofreciendo que acabarán con él en menos que canta un gallo.

Un sabio alemán, el doctor Koch, que estudió el cólera en Alejandría el año pasado, que pasó después con el mismo objeto a la propia cuna de la epidemia, el delta del Gan- ges, ha visitado últimamente las ciudades de Marsella y Tolón, observando diversidad de casos, haciendo autopsias y estudiando el mal con todos los medios que hoy ofrecen la histología y la química. Las conferencias de este eminente profesor han sido transmitidas por telégrafo a toda la prensa de Europa, y luego publicadas íntegramente. Son a la verdad muy interesantes, aunque no de una novedad completa.[1] La opinión de que el *microbio*se propaga por las deyecciones de los coléricos, y de que la humedad favorece su desarro-llo viene dominando en las escuelas médicas desde las primeras invasiones del cólera en Europa. Los desinfectantes recomendados por Koch son, con corta diferencia, los mismos que se han empleado hasta hoy. El célebre doctor francés monsieur Pasteur ha combatido algunas de las aseveraciones del alemán, y como ambos son notabilidades en su ciencia y gozan de grandísima nombradla, no sabe uno a qué carta quedarse. De lo que uno y otro han dicho viene a deducirse que estamos dónde mismo estábamos, y que lo mejor será pedir a Dios con toda nuestra alma que aparte de nosotros al tal *microbio*, porque si vienemientras se ensaya contra él este o el otro sistema, diezmará nuestras poblaciones, y cuan-do se marche, fatigado de tantos estragos, nos quedaran dos cosas igualmente lastimosas:

1 En 1883, Koch identificó en la India la bacteria *vibrio* que causaba el cólera. Pero, como da a entender Galdós, dicha bacteria había sido aislada ya por Pacini en 1854. La preeminencia de Koch permitió una difusión que el trabajo del italiano no había tenido. Sólo en 1965 la bacteria sería renombrada *Vibrio cholerae Pacini*.

un montón de cadáveres y otro montón de folletos sobre patología colérica. Aparte Dios de nosotros el doble azote de la epidemia y de la pedantería médica.

Es un consuelo para nosotros en las circunstancias presentes el considerar que las invasiones coléricas que hemos sufrido desde 1835 han sido cada vez menos enérgicas. La del 65 fue más benigna que la anterior, y hay motivos para creer que la presente, si al fin y por desgracia es un hecho, hará menor número de víctimas que las precedentes. Las epidemias, por lo visto, sienten también su decadencia, como las razas reales y aún las plebeyas; lo cual sería un gran consuelo para la humanidad si la historia no nos enseñara que tras el acabamiento de una peste viene la aparición de otra, así como en distinto orden de cosas la extinción de una tiranía suele coincidir con el nacimiento de otras nuevas no menos calamitosas, llámense populares o autocráticas.

Hemos visto al cólera recoger la terrible herencia de las antiguas asoladoras pestes y hemos visto a las oligarquías recogiendo el azote de las heladas manos del absolutismo. Váyase pues lo uno por lo otro. Debemos siempre creer que el progreso no se desmiente y que estamos mejor que estábamos, verdad que es forzoso admitir aunque no sea si no como una defensa contra la desesperación. Y debo hacer constar que una eminencia médica, cuyo nombre no recuerdo, ha sostenido esta misma idea en el caso concreto de epidemia que estamos esperando. El tal sabio llega, en su optimismo, a asegurar que *el cólera es bueno*. Según dicho señor, nos trae el incalculable beneficio de descargar a la humanidad de todos los individuos débiles y raquíticos, y de los ancianos y valetudinarios. Además después de un período epidémico, hay siempre una salud inmejorable la cual dura largo plazo, hay también buenas cosechas, lo cual parece significar que el *microbio* se lleva consigo todo lo insalubre e intoxicante que hay en la atmósfera limpiándola por mucho tiempo. Nos trae el beneficio, según la tal eminencia, de aligerar la población allí dónde es excesiva y de favorecer su ulterior desarrollo con gran lozanía, pues ha observado (me refiero siempre al sabio cuyo nombre no recuerdo) que después de las invasiones hay un número considerable de nacimientos, y en ambos sexos una tendencia poderosa a contraer matrimonio. Para que el cólera fuera un encanto no le faltaba más que añadir a estas ventajas la de extender sus caracteres de selección al orden moral, expurgando la humanidad de todo lo malo, hiriendo no solo a los débiles y raquíticos sino también a todos los perdidos, vagos, tramposos, a los conspiradores de oficio, a los adúlteros de ambos sexos y en suma a todos los que no sirven más que para estorbo. La experiencia ¡ay! dice que no debemos esperar del *microbio* ningún acierto en la elección de sus víctimas ni en el orden moral ni en otro alguno, pues no es cierto tampoco que escoja sus víctimas entre los cacoquimios[2] y ancianos inútiles. Aunque así fuera, las familias seguramente no habían de conformarse con las intenciones benéficas que el tal doctor quiere atribuir al hijo del Ganges. Lo repito: roguemos a Dios que no venga y dejemos a los médicos que discutan todo lo que quieran. Tan contradictorias son las opiniones de estos sobre la manera de curarlo que, si ahora nos viéramos acometidos de tan terrible mal, no sabríamos si combatirlo por la vía húmeda o por la ígnea.

2 Enfermos de tristeza.

¿Las lociones internas y externas nos salvarían? ¿Obtendríamos este resultado administrándonos una temperatura de cien grados, como recomienda otro célebre doctor, de cuyo nombre tampoco me acuerdo? Entre la estufa y la hidroterapia, ¿cuál será el mejor sistema? ¿Será más eficaz la homeopatía? ¿Huirá el *microbio* ante el glóbulo o ante el calor? ¿Le ahuyenta el oxígeno o el azoe? Hay quien dice que siendo el cólera la *vegetalización* de nuestro ser, nos conviene asimilarnos todo el nitrógeno que podamos, para lo cual conviene vivir entre animales putrefactos, o en las cercanías de los mataderos… Lo dicho… lo mejor es que no venga por acá, pues de lo contrario, hará víctimas alopática y homeopáticamente, por el sistema vegetativo y por el animal, y unos perecerán en las agonías del ensayo de la estufa, otros entre los retortijones producidos por el agua helada. Los esfuerzos de la patología moderna, con ser tantos y tan meritorios, dirigidos por verdaderas eminencias (tengo buen cuidado de descartar aquí a los charlatanes) no han conseguido aún arrancar la máscara con que cubre su faz el espantoso verdugo asiático.

***

La emigración estival se ha contenido este año; pero, como dije en mi anterior, no seré de los que se resignen a soportar el calor de Madrid a cambio de una garantía anti-epidémica que me parece muy problemática. Aunque la actitud de nuestra villa es poco favorable al desarrollo de epidemias, la aglomeración de habitantes destruye hasta cierto punto aquella ventaja. Cierto que los puertos de mar ofrecen más peligro que las ciudades del interior, pero no importa. Todo el país cantábrico parece más seguro que el resto del litoral, y a allá nos vamos. Para los que conozcan los encantos de esta región deliciosa, paraíso de verano, regocijo de bañistas, zona marítima y agreste que parece creada para las excursiones agradables por mar y por tierra, el viaje que emprendo ha de ofrecer algún interés, y seguro estoy que en esa populosa ciudad americana no han de faltarme lectores para las cartas en que de esto trate, y de que algunos se sentirán heridos al leerlas, por recuerdos de la infancia, aun cuando no sepa yo despertar esos recuerdos con la vehemencia apropiada al grande interés que en sí tienen.

Abandono, pues, a Madrid, y por Dios que no es un sacrificio, porque nuestra capital es poco hospitalaria desde mediados de junio. La temperatura oscila entre los treinta y los treinta y ocho centígrados, elevándose algunos días hasta cuarenta; el aire es seco, el sol abrasa, y aunque las tormentas suelen despejar la atmósfera y atenuar el calor, el respiro es corto, y la temperatura vuelve a elevarse, implacable. Hace algunos años, las condiciones de Madrid en verano eran mucho peores. Verdaderamente, no se comprende como la generación anterior se las componía en este horno cerrado, sin campo, sin medios de comunicación que facilitaran las excursiones a país más fresco, sin árboles, sin más distracción que el Prado de noche, y, por añadidura sin aguas. De veinte años acá, Madrid ha variado tanto, que aún la temporada canicular ha venido a ser soportable en nuestra villa. El acueducto del Lozoya,[3] dotando a esta capital de una gran riqueza de aguas, ha influido

3 Se terminó en 1851 y se bautizó como Canal de Isabel II.

de tal modo en la higiene y en las costumbres que los viejos no conocen el Madrid de su tiempo en la villa moderna, tres veces mayor, regada a todas horas, ornada con multitud de jardines públicos y particulares y con fuentes hermosísimas. Los jardines del Buen Retiro, iluminados con profusión de gas, ofrecen un delicioso esparcimiento y espectáculos muy agradables al vecindario y a los forasteros, esparcimiento que a nuestros abuelos, si lo gozaran, les había de parecer cosa de *Las mil y una noches*.

A pesar de estas ventajas, la emigración es grande en verano. Antiguamente, cuando no había ferrocarril, todos se achicharraban aquí a excepción de unos pocos que se iban a Carabanchel o a Navalcarnero donde se achicharraban más y se aburrían por completo. Ahora, cuando las condiciones de Madrid han mejorado, las facilidades para viajar alejan de la corte durante un mes o dos a una gran parte del vecindario.

Este año la emigración ha quedado contenida dentro de límites muy estrechos, y ocurre el fenómeno extraño de que a fin de julio los paseos del Buen Retiro estén tan concurridos como en mayo, y los teatros de la temporada llenos de gente. El Prado y Recoletos rebosan de paseantes que se consuelan del calor del día con la humedad de la noche; los tranvías apenas bastan a transportar la gente que busca distracciones inocentes viajando de una parte a otra de la villa, y un poco de fresco en los barrios extremos. Nosotros, más arriesgados que la mayoría de nuestros convecinos, vamos a poner entre nuestra persona y la cabeza de las Españas la friolera de quinientos veinte kilómetros.

La estación Norte, no menos animada hoy que otros años en la misma fecha, nos indica que el número de los medrosos disminuye de día en día, y que prevalece el desprecio del *microbio,* corriendo a su encuentro en vez de esperar a que venga… El tren parte. Bien pronto dejamos a nuestra derecha al inmenso Escorial.

En las sombras de la noche, se nos aparece por nuestra izquierda Ávila, embozada en sus murallas, tétrica y ceñuda. Todavía no parece haberse convencido de que el ferrocarril la puso veinte años ha en vías de civilización, y duda aún si rebelarse o someterse. Santa Teresa dióle celebridad, y también su célebre obispo Tostado, hombre pequeño de cuerpo pero de grande espíritu, *y* que tenía la mano muy ligera para escribir. Su fecundidad ha llegado a ser proverbial, pero sus innumerables obras son conocidas tan solo de los eruditos.

Ávila es una ciudad triste, de escasa vida, no tan monumental como Toledo y Salamanca, fría como Siberia, de cielo despejado, agradable y tranquila en verano. Dejémosla, pues nada tenemos que hacer en ella. También queda a nuestra izquierda la célebre Medina del Campo, emporio otro tiempo de la riqueza castellana, célebre por sus ferias, pobladísima en la Edad Media, hoy muy decaída, muy fea, muy destartalada, muy inhospitalaria, toda llena de ruinas gloriosas, pero ruinas al fin. Su carcomido castillo de la Mota, donde la gran Isabel exhaló su espíritu,[4] se nos aparece no lejos de la estación, como un esqueleto… Después siguen las inmensas llanuras castellanas, el Duero, el Pisuerga, y por último Valladolid.

La dejamos también a nuestra izquierda, no sin dirigirle una mirada, pues bien lo merece, en la vaga claridad de esta noche de luna. Su apiñado caserío tiene apariencias de una

4 Isabel la Católica murió en La Mota el 26 de septiembre de 1504.

gran ciudad, y a Valladolid le falta muy poco para serlo. Es populosa, rica, posee valiosas industrias, feraz campiña y sus habitantes son laboriosos, cultos y emprendedores. De buena gana nos detendríamos para dar un vistazo a su museo, que en escultura de imágenes y en trabajos de talla es el mejor que tenemos. Juan de Juni es el Miguel Ángel de la madera, y merece más fama de la que tiene. Pero si nos entretenemos en esto, así como en las demás curiosidades que la antigua capital de los Reyes Católicos atesora,[5] nos distraeremos de nuestro principal objeto.

Hay allí una encrucijada estrecha que llaman *El Ochavo,* por la cual no se puede pasar sin dedicarle una mirada. En ella fue ajusticiado don Álvaro de Luna. Hay allí una casa vieja y caduca que no se puede ver sin sentir profundísima emoción. En la pared de ella se ve un letrero que dice: "Aquí murió Colón".[6]

Adelante. Sobre las tres de la madrugada, Burgos nos sale al encuentro por nuestra derecha. Imposible dejar de mirar las caladas torres de su maravillosa catedral, que con sus excelsas parientes las de Toledo, Sevilla y León forma lo que podríamos llamar la aristocracia de nuestras catedrales.

De este hermoso monumento no se puede hablar poco. Vale más no decir nada, dejando también en el tintero las célebres Huelgas, la cartuja de Miraflores, Santa Gadea, famosa por un cerrojo,[7] y las demás curiosidades que atesora la antigua *Caput Castellae.*[8] Burgos es ciudad simpática, monumental por una parte *y* modernizada por otra, hospitalaria. Ofrece la particularidad de que en julio y agosto suele hacer allí un frio de mil demonios. Dicen que el *microbio* no se ha atrevido nunca a venir aquí, y lo creo.

Sigamos. He olvidado decir que durante el trayecto desde Madrid aquí, los viajeros que en este coche venimos no hemos dejado de hablar, en los ratos en que el sueño nos lo permitía, de lo que hemos dado en llamar "el conflicto con Italia".

Perdonen mis lectores que al principio de esta carta no haya hablado de asunto tan capital, dándole la importancia que merece. Desde este rincón de un coche de ferrocarril, volvamos la vista a Madrid y a la política, aunque ambas cosas sean poco agradables al presente.

En breves palabras expondré este hecho al cual la prensa de ambos países ha dado más gravedad de la que realmente entraña. Tenemos por ministro de Fomento a aquel señor Pidal, procedente del bando neocatólico, orador fogoso y brillante, político de cabeza un tanto ligera, que no parece haber comprendido las responsabilidades inmensas que trae consigo el arte de gobernar. En la discusión de la contestación al mensaje de la Corona, el joven ministro, dejándose llevar de su briosa elocuencia más propia del púlpito o del club que del banco ministerial, hizo algunas apreciaciones poco favorables a la unidad de

5 En Valladolid se casaron los RRCC y podría considerarse capital judicial de Castilla por haberse establecido allí la única Real Audiencia y Chancillería en 1375 hasta la fines del S.XV, pero la ciudad no sería capital hasta 1601 con Felipe III.

6 Murió inesperadamente el 20 de mayo de 1506, cuando iba a entrevistarse con Fernando el Católico.

7 *famosa* por al romance que difundió la legendaria jura: En Santa Gadea de Burgos do juran los hijosdalgo, /allí toma juramento el Cid al rey castellano, /sobre un *cerrojo* de hierro y una ballesta de palo (cursivas mías).

8 "Cabeza de Castilla", leyenda que figura en el escudo de la ciudad de Burgos.

Italia[9] y a la constitución de aquel grande y noble pueblo que en pocos años ha sabido conquistar con su perseverancia y su buen juicio un puesto de primer orden entre las naciones europeas.

Como es natural, el gobierno italiano pide explicaciones, el telégrafo, queriendo aclarar el asunto, lo embrolla más en su laconismo y la oficiosidad de las agencias, la prensa de aquel país se encrespa, la nuestra divídese, pues mientras los periódicos ministeriales atenúan el hecho, los de oposición caen sobre el inexperto ministro y no le dejan hueso sano. Por fin, el presidente del Consejo de ministros, señor Cánovas del Castillo, se ve obligado a explicar las aseveraciones de su compañero, quitándoles toda la acritud que los italianos habían creído hallar en ellas. Resultó, como en otros casos semejantes, que el señor Pidal no dijo lo que dijo, que el extracto de la *Gaceta*[10] estaba equivocado, que las agencias telegráficas habían alterado el texto de las palabras del ministro de Fomento. El señor Cánovas sabe componer estos desperfectos políticos ocasionados por la impetuosidad de los individuos que entran a formar parte del gabinete en edad demasiado temprana; su admirable talento y lo bien que conoce todas las cuestiones, le permiten salir siempre airoso de estos líos, tan frecuentes en la vida parlamentaria. En el caso presente las explicaciones dadas por el señor Cánovas en el Congreso han sido todo lo hábiles que de su experiencia debía esperarse, bastante ingeniosas para dejar a salvo el decoro del gobierno, bastante sinceras para calmar las justas susceptibilidades del gobierno italiano.

Es fácil que con esta severa lección haya comprendido el señor Pidal que ciertas ideas o se abandonan o se disimulan al entrar a formar parte de un gobierno, por ser absolutamente incompatibles con el criterio dominante en Europa. Ciertas cosas que parecen muy oportunas en el sermón de una novena o en las conferencias inocentes de la Unión Católica producen en los escaños del Congreso un efecto que puede ser ridículo o peligroso según los casos. Las palabras del señor Pidal, que han motivado las reclamaciones de Italia, participan de estos dos caracteres. Hay en ellas algo que no parece serio; hay también conceptos que podrían haber ocasionado a nuestro gobierno gravísimos conflictos. Con otro desliz como este, es casi seguro que el señor Pidal tendrá que irse a su casa, dónde podrá entregarse libremente a sus jeremiadas pontificias sin comprometer a nadie.

Por lo demás, las simpatías vivísimas que entre nosotros tiene la nación italiana eran parte a alejar de un modo absoluto el peligro de un rompimiento de relaciones. Italia nos seduce por su improvisada grandeza, por la constancia con que supo acometer y realizar el gran ideal de su unidad, por los progresos rapidísimos que ha realizado después, por su orden admirable, del cual, lo mismo que del trabajo, se deriva su asombrosa prosperidad. Mirando ahora el asunto por la parte de Italia, creemos que ha de ser visto también de una manera tranquilizadora.

9 Con respecto a la unidad de Italia, véase 1 n. 11. Aunque oficialmente España reconoció al estado italiano en 1861, las fuerzas integristas españolas prolongarían su apoyo al Vaticano, que no aceptaba integrarse en dicho Estado, durante años. Todavía en la Carta 96 Galdós volverá a aludir a esa cuestión.

10 La *Gaceta de Madrid* fue la publicación periódica oficial editada desde 1697 hasta 1936, en que se sustituyó su nombre, en la zona "nacional", por el de *Boletín Oficial del Estado*, y así permanece hoy.

Descartando de la prensa de aquella península ciertas apreciaciones quijotescas, que están en minoría, se ve bien claro que en la opinión de aquel país gozamos de alguna estimación… Con esta doble base, la ruptura era imposible. Antes se hubiera ido el señor Pidal con la música a otra parte, con gran contento de muchos, y no poca satisfacción de algunos ministeriales que ven en los arranques ultramontanos del joven ministro un compromiso constante para el gabinete y un peligro para el partido conservador.

Con estas cosas he olvidado que estamos ya en San Sebastián. Punto y aparte, y en mi próxima me ocuparé de esta interesante ciudad.

B. PÉREZ GALDÓS

16
LP, 6/9/1884

SUMARIO: San Sebastián: su animación —Emigración de los llamados *círculos políticos* —Inteligencias fraternales de los partidos —Aspecto de San Sebastián —La Concha —Breve juicio sobre los guipuzcoanos —Industrias del país —Los establecimientos balnearios —El vascuence —Bilbao —Terminación de la cuestión con Italia.

San Sebastián, 28 de julio de 1884.

Señor Director:

La importancia de esta ciudad como residencia de verano es tan grande que bien merece el nombre de *capital canicular de las Españas* que algunos le han dado. Durante los meses de julio y agosto esto es un Madrid marítimo, un Madrid sin calor, rodeado de agua y de praderas. Lo que principalmente identifica a la hermosa ciudad guipuzcoana con la histórica villa es el vecindario que la habita en esta época, el cual es enteramente madrileño. En el *boulevard* y en el café se ven las mismas caras que hemos visto en Madrid durante el invierno. Esta inmigración enorme ha traído, con las fisonomías, las costumbres metropolitanas, aquella alegría de Madrid, que es como si la población estuviera en perpetua feria; ha traído las diversiones y espectáculos, los teatros, circos y conciertos. Para que nada falte, Madrid se trae a San Sebastián sus toros y toreros, y las corridas que aquí se dan compiten con las famosas de allá en la temporada de primavera. Y por fin la capitalización de esta ciudad queda rematada con el hecho de trasladarse aquí todos los políticos a continuar los manejos interrumpidos por la clausura del Congreso.

Los mismos grupos que se ven a ciertas horas en la calle de Alcalá, en el Prado o en el Retiro, aparecen aquí sin más variación que las diferencias de vestido impuestas por el clima. Una de las figuras más decorativas de esta ciudad en verano es la del jefe de la facción,[1] rodeado de cuatro o cinco personajes de tercera fila, expresándose con reposado lenguaje un tanto misterioso, y afectando en todas sus conversaciones un interés por la cosa pública

1 *el jefe de la facción*: el líder del partido carlista, Cándido Nocedal.

que raya en monomanía. Aquí son frecuentes las rupturas y las reconciliaciones entre los grupos o pandillas acaudilladas por ésta o la otra persona. Se trabaja en la conspiración pacífica, y se preparan las campañas del invierno con un ahínco digno de más alto empleo. Los desposeídos vienen aquí a entonar el himno de sus lamentos, y los triunfadores a cantar el *dies irae* de las amenazas.[2] Lo más particular es que reinando entre todos un gran espíritu de tolerancia familiar, los políticos, cualesquiera que sean su color y divisa, se reúnen y discuten juntos, tratando de asuntos públicos en el tono más llano y pedestre del mundo.

Parece que traen entre manos un negocio que les pertenece exclusivamente, o que se reparten los beneficios de una sociedad comanditaria. Aunque parezca mentira, juzgando por las alharacas del Congreso y de la prensa, entre nuestros políticos reina una fraternidad grande. Los ministeriales y los de oposición se reúnen, se tratan amistosa y benévolamente, se prestan pequeños y aún grandes servicios, en una palabra, marchan de acuerdo en esta organizada explotación del país que se llama política. Creeríase que es todo una comedia en la cual alternadamente trabajan estos y aquellos actores, conviniendo unos y otros en silbarse en público y en ayudarse entre bastidores.

Pero volvamos a San Sebastián. El madrileño encuentra aquí su pasear eterno, sus cafés poblados de gente, sus reuniones agradabilísimas, sus teatros, conciertos y ejercicios ecuestres, sus toros y por último lo que allá se llama ampulosamente los *círculos políticos.* Suelen estos componerse de algún aburrido ex-ministro, de algún director en plena posesión de la nómina, rodeados ambos de una pequeña corte de secuaces, generalmente gente holgazana e inútil para todo, como no sea para la intriga. Otras veces componen los tales *círculos* algunos señores disponibles procedentes de la respetable clase de abogados sin pleitos o médicos sin enfermos, y danles fuerza e interés los cesantes,[3] que a todo círculo de estos se arriman para desembuchar el fárrago de sus agravios.

San Sebastián gana lo indecible con esta ventaja de los *círculos políticos de verano,* pues aunque muchas tituladas eminencias y aun algunos jefes de partido veranean en los pueblos franceses de la frontera, las excursiones a España son frecuentes, y San Sebastián es un teatro constante de conferencias, aproximaciones, almuerzos políticos, comidas trascendentales y meriendas demoledoras.

Cuando se entra por primera vez en esta ciudad, sorprenden su corrección, regularidad, aseo y hermosura. Se parece por su situación a Ginebra; tiene en grado superior la cultura de las mejores ciudades francesas y la alegría de las andaluzas. A primera vista se observa que es una ciudad de recreo, construida expresamente para que se divierta la gente. Es un gran albergue de forasteros, como Niza, Mónaco o Montecarlo, y se compone casi exclusivamente de notables casas de huéspedes, y habitaciones particulares amuebladas que se alquilan durante la temporada.

2 *el dies irae*: este himno latino del siglo XIII, se cantaba en las misas de *requiem* hasta 1970. Su letra alude al Juicio Final con sentido amenazante.

3 Personas que han cesado en un empleo público. A Galdós le obsesionaban estos personajes, muy numerosos en su época ya que cada cambio de partido en el gobierno suponía el cese y la sustitución de todos los empleados ministeriales. Dedicará a los cesantes la Carta 167, además de ser personajes constantes en su novelística.

En veinte años próximamente, es decir, desde que se derribaron las murallas hasta la fecha,[4] se ha realizado el prodigio de esta ciudad improvisada, hermosa como un ideal de ciudades. Todo en ella parece expresamente dispuesto para recreo de la vista. Las calles son anchas y rectas, el caserío monumental en su mayor parte, abundando aquí y allí los más ricos materiales de construcción. Los paseos y jardines públicos no desmerecen del caserío, y por fin la ciudad completa, sus encantos con su situación incomparable, su rasante perfectamente horizontal, entre una ría anchísima y una playa semicircular, abierta, bellísima. La ciudad nueva ocupa el istmo que une al continente la península o mogote de Monte Urgull[5] un cerro empenachado de árboles, batido del mar en su mayor parte, alto, redondo, solo, magníficamente orgulloso y esbelto. Al pie de este verde y alegre monte, se extiende la ciudad vieja, a la cual no debiera aplicarse en rigor este calificativo, pues en realidad solo es una población menos nueva que la moderna. De la antigua San Sebastián no queda nada. Incendiada en una de nuestras guerras civiles,[6] fue construida totalmente de nueva planta en época en que ya estaban muy generalizadas las buenas prácticas de urbanización. Fuera de la iglesia de Santa María, notable por su capacidad, la elegancia un tanto recargada de su arquitectura y por sus excelentes órganos, la vieja San Sebastián no ofrece nada de particular.

En cambio la ciudad nueva, la ciudad de recreo es un encanto. La moderna ciencia, arte o lo que sea, de la urbanización no nos dará fácilmente un ejemplo más hermoso de la bondad de sus teorías. Es un pedacito de París, construido con la amplitud de las ciudades americanas.

Pero el principal atractivo de San Sebastián consiste en su famosa playa llamada de la Concha. Los guipuzcoanos sostienen que es la mejor de las playas conocidas, y que la exploración de todo el litoral del universo no daría por resultado el hallazgo de otra mejor. En esta misma costa cantábrica encontramos luego una playa, que si no supera a la de San Sebastián, la iguala seguramente. La ventaja real de la célebre Concha está en su situación respecto de la ciudad. Decía el célebre Calino, el filósofo de la ingenuidad: "Siendo tan hermoso el campo, ¿por qué no se han construido en él las ciudades?". Aplicando esta filosofía a las residencias marítimas que hoy hacen tan gran papel en la terapéutica moderna, resulta que es mejor construir las ciudades en las playas que llevar estas a las ciudades. Los guipuzcoanos lo han entendido así y han levantado un caserío de primer orden en las inmediaciones de la Concha. En dos minutos se puede ir, aquí, de la casa al baño y del baño al café. A las horas más calurosas del día cuando las mansas olas reciben en su espuma ochocientos o mil bañistas, el aspecto de esta playa es de lo más bonito, animado y pintoresco que se podría imaginar. Los abigarrados trajes de tantas náyades y tritones forma un conjunto de indescriptible confusión, a la cual se une la algarabía de tantas voces, risotadas de mujeres, hombres y niños, para hacerla más interesante. La promiscuidad

4 Se derribaron en 1863.

5 *mogote*: 'elevación del terreno que recuerde la forma de monte´.

6 El incendio que destruyó San Sebastián no se produjo en una de las guerras civiles o carlistas, sino a finales de la guerra de la Independencia, provocado por las tropas de Wellington en julio de 1836.

de sexos se verifica en las condiciones más inocentes, y todo es allí confianza y alegría, dentro de la compostura que reclaman los peligros de la natación.

San Sebastián tiene un puertecito que parece de muñecas. En él no entran sino barcos pequeños. Pero hace algunos años que se empezaron las grandes obras del inmediato puerto de Pasajes, y gracias a esto la capital de Guipúzcoa no será simplemente un sitio de recreo, sino una plaza comercial de primer orden. Examinada esta ciudad en su vecindario fijo, resulta un pueblo híbrido, como todos los pueblos fronterizos. Así como en Bayona rara es la persona que no habla español, en San Sebastián casi todos los habitantes se expresan fácilmente en francés. Durante la temporada de verano los pueblos de ambas naciones que se dedican a albergar forasteros están en comunicación constante, todos los días salen de San Sebastián trenes de recreo que llevan a Biarritz y a Bayona millares de personas ávidas de pasar la frontera. Cuando San Sebastián da las célebres corridas de toros, el ferrocarril transporta un número increíble de franceses ansiosos de ver y gozar en territorio español el espectáculo de esa fiesta fascinadora que todos censuran y que todos desean conocer. Los extranjeros asisten a ella con verdadera fiebre de curiosidad. Todas las peripecias que en la plaza ocurren les impresionan de la manera más viva. El entusiasmo no cede sino al terror, y el batir palmas solo cesa cuando se erizan los cabellos. Como rarísima vez hay desgracias, todo termina en júbilo y gritería, y los franceses se vuelven a Francia con marcada inclinación a introducir en su país nuestra clásica fiesta. Por San Sebastián han entrado en España muchas cosas de diversa índole, unas excelentes, otras muy malas. Por la misma ciudad (esto es profecía de un ingenioso francés) entrarán en Francia los toros.

Para expresar una opinión sobre el pueblo guipuzcoano es necesario dividirlo previamente en dos grandes grupos o secciones, los habitantes de la capital y los del campo. No haciendo esta distinción que debe extenderse a todo el país vascongado, es fácil incurrir en injusticia. Más separados los dos grupos o castas, ya podemos poner libremente nuestras simpatías en los habitantes de San Sebastián, quedando todos nuestros anatemas para la población rural, a quien debemos dos cruelísimas guerras civiles en lo que va de siglo.[7] Todo lo que digamos en elogio de la cultura, del espíritu ampliamente expansivo y liberal que constituyen, con otras cualidades, el carácter de los guipuzcoanos de la capital, resultaría pálido al lado de la verdad. En cuanto a los rurales, han hecho demasiado daño a nuestro país para que podamos mirarlos con simpatía, aunque no podemos negar que atesoran virtudes y prendas de valía. El vascongado es trabajador, leal, honrado, buen soldado y mejor marino, prodigio de constancia, o hablando más propiamente, de tenacidad; pero la facilidad con que se encienden sus espíritus en pro del absolutismo y la prontitud lamentable con que se arma en su defensa le hace descender forzosamente en la escala de nuestra admiración. País es aquel de grandes errores y cuna de formidables caracteres.

7 Alude a las dos guerras carlistas originadas en el País Vasco y Navarra: La primera (1833-1840) por los derechos dinásticos del hermano de Fernando VII, pretendiente al trono como Carlos V, contra la regente y viuda del rey, por los de su hija Isabel. La segunda (1872-76) a Carlos María, nieto del anterior y, pretendiente bajo el nombre de Carlos VII, contra Amadeo I, la I república y Alfonso XII sucesivamente. Entre ambas, la "guerra dels matiners" (1846-49), tuvo lugar solo en Cataluña. En estas luchas dinásticas se enfrentaron, al menos teóricamente, absolutismo y constitucionalismo.

Dudo que en la historia toda se encuentre un ejemplo de constancia y de firmeza moral comparable al de san Ignacio de Loyola. Él solo bastaría para que se adjudicase al tipo vascongado el primer premio en terquedad organizadora. En orden muy distinto, Juan Sebastián el Cano y Churruca ofrecen la misma cualidad aplicada a la marinería con beneficio grande de la humanidad y de la civilización. También las armas han recibido honroso contingente del país vascongado, y las letras no han sido desairadas por esta singular raza. Convengamos finalmente en que es una raza fuerte, animosa, leal, nobilísima; pero que las influencias clericales, actuando en los campos con mejor éxito que en las ciudades, la ha desviado de los buenos caminos, infundiéndole ese espíritu suspicaz, fanático y levantisco al que debemos tantas desgracias.

Y es maravilloso ver como ese mismo campesino, tan apto para la guerra, sabe mostrar disposiciones admirables para las artes de la paz, la agricultura y la industria. El territorio euskaro es el mejor cultivado de todo el norte de España. Creeríase que la sangre vertida en él le ha dado fecundidad, y que los vascos aprenden con el uso del fusil el manejo del arado y la esteva.[8] Varias industrias florecen en el señorío pero la principal es quizás la fabricación de armas de fuego. De muy antiguo descuella esta gente en la doma del hierro adaptándolo a todas las necesidades humanas; pero una predestinación particular les ha inclinado a trabajar en instrumentos de muerte como si conceptuaran que una de las más preciadas ocupaciones de la humanidad es andar a tiros por el absolutismo, la fe u otro ideal cualquiera. Éibar y Plasencia son los centros de esta industria, así como Tolosa se encarga de darnos el papel para nuestras publicaciones. Váyase, pues, lo uno por lo otro, y la imprenta se encargará de edificar lo que destruye la pólvora.

El rendimiento más pingüe de esta provincia está quizás en sus establecimientos balnearios, los cuales son tantos que no acertaría yo seguramente a contarlos, si lo intentara. La naturaleza ha puesto allí infinitos manantiales de aguas sulfurosas, que son, según dicen, el mejor remedio para cicatrizar las heridas de arma blanca y de fuego. Por razón de esta abundancia de establecimientos hidroterápicos, Guipúzcoa, es en verano, una gran casa de salud, un falansterio[9] de enfermos, que acuden en busca de alivio o de la ilusión del alivio que en los más de los casos patológicos viene a ser lo mismo. Hay que confesar que los baños vascongados son por punto general, los mejores de la península en comodidad y aseo. En esto muestran visible adelanto sobre otras provincias. De veras digo que si no fuera por el pícaro carlismo, este país sería delicioso. Si se pudieran arrancar de él las raíces del monstruo, no tendría rival para la vida pacífica, laboriosa y tranquila. Pero ha de pasar algún tiempo antes de la extirpación completa, y entretanto procuremos inculcar en el ánimo del vascongado la idea de nacionalidad que apenas existe en él, combatiendo por todos los medios posibles el patriotismo local y de campanario que es origen de tantos males.[10] Una de las cosas que más estorban esta transformación es la lengua vascuence,

8 `Pieza corva y trasera del arado´.

9 Comunidad autónoma de producción y consumo, en el sistema de Fourier, socialista utópico francés de principios del siglo XIX. Galdós utiliza el término irónicamente.

10 *el patriotismo local y de campanario*: el nacionalismo vasco patriotismo más vocinglero que auténtico.

de cuya inarmonía no podré dar idea sino comparándola con el ruido que se produce raspando con una lima los dientes de una sierra.

Sé que estas opiniones han de parecer herejías y blasfemias a muchos que se entusiasman aún con las particularidades y modos de ser del provincialismo euskaro, que a mí me parecen una calamidad. En cuanto a la lengua, no puedo vencer la antipatía que me inspira, y si amo, admiro y respeto como el que más al laborioso, al valiente y leal vascongado, es con la condición de que me ha de hablar en castellano.

Ya es tiempo de que nos vayamos a otra parte.

Supongo que mis lectores no querrán visitar la afamada casa de Loyola, semillero de la orden jesuítica. Además de que este edificio tiene poco que ver, como obra de arte, ocupa un lugar muy bajo en nuestras simpatías para que nos detengamos en él. Tomemos el alegre camino de la costa, o el no menos pintoresco y accidentado del interior de la provincia, y vamos a Bilbao, digna por muchos conceptos de nuestra atención, ciudad extraordinariamente hospitalaria, grande, opulenta y por igual gloriosa en la historia y en la industria.

***

Bilbao, 30 de julio—La situación de esta importantísima villa, a unos doce kilómetros del mar, en la ría del Nervión, no es de las más ventajosas. Sin espacio para desarrollarse, está contenida en límites estrechos, entre elevadas montañas. Si Bilbao tuviese un emplazamiento como el de Barcelona, competiría seguramente con esta ciudad en extensión y hermosura. Necesitando grandes espacios y no hallándolos en torno a su viejo circuito, los ha ido a buscar a lo largo de la ría y en las inmediaciones del mar. Paseando el rio abajo (y por cierto que es éste uno de los más hermosos paseos que se pueden dar en nuestra península) se encuentran los barrios marineros de Deusto y Olarreaga, y el gran centro industrial y mercantil, que recibe el impropio nombre de *Desierto.*[11]

La vida, la animación, la alegría y movimiento de esta hermosa ría ofrecen un hermoso espectáculo. Dos tranvías comunican a Bilbao con el mar, por una y otra orilla. Innumerables ferrocarriles descienden de las montañas para el embarque de minerales, y las aguas del Nervión apenas pueden dar paso a los vapores que las cruzan.

He visto hace dos años en este puerto doscientos ochenta vapores turnando en las operaciones de carga y descarga. Hoy, a causa del cólera y de las cuarentenas, ha disminuido mucho aquel número. Pero las causas de esta pletórica vida comercial subsisten, y volverá Bilbao a ser el quinto puerto de Europa en número de buques de vapor, y uno de los primeros de España en importancia mercantil.

Antes de que se prolongue mucho nuestro paseo por estas animadas riberas del Nervión, conviene que me entere de los sucesos acaecidos en Madrid durante mi ausencia, por si hay entre ellos alguno digno de ser trasladado a mis lectores.

11 Traducción de Altzaga, uno de los núcleos de población de Erandio, municipio situado en el margen derecho de la ría de Bilbao.

Nada ocurre felizmente. El rey está en Betelu[12] tomando baños, la corte en La Granja, el Congreso y Senado han suspendido sus sesiones; la política está paralizada, algunos ministros veranean, y los temores de cólera parece que disminuyen en vista de que la terrible epidemia decrece notablemente en Francia.

Lo único digno de mención es el arreglo de la célebre cuestión Pidal-Mancini[13] mediante las explicaciones dadas por nuestro gobierno y publicadas por la *Gaceta Oficial* de Roma. Es opinión general que nuestro gabinete ha quedado en una situación poco airosa por lo prolijo de las satisfacciones expresadas en la nota diplomática y por el excesivo calor que se nota en el preámbulo que la precede. Hay quien cree que el gobierno español no debía haber pasado más allá de la explicación verbal dada en el Congreso por el señor Cánovas. Pero ya esto no tiene remedio, y lo mejor es no ocuparse más de semejante cosa, reduciéndola a los límites de su verdadera importancia.

Es muy triste, sin embargo, que un ministro imprudente, desconocedor en grado máximum de las conveniencias diplomáticas, nos haya puesto en tales apreturas, enfriando nuestras relaciones con una nación más que amiga hermana, para venir luego a parar en una declaración humillante para el mismo ministro y para la fracción a que pertenece. El papel que han hecho los ultramontanos en este incidente es de los más deplorables que registran los anales políticos. ¡Pobre gente! Ellos que nos hablan a todas horas del *Pontíficecautivo,* de la *monarquía usurpadora* de Italia y de otras cosas igualmente tremebundas, más propias del púlpito que de la tribuna, han venido a declarar en un documento diplo- mático, conocido de toda Europa, que ¡la unidad de Italia *es indiscutible*! ¡Y el señor Pidal,después de esto, continúa en el ministerio!

B. PÉREZ GALDÓS

17

LP, 3/10/1884

SUMARIO: Jovialidad y laboriosidad vizcaínas —Las fiestas de agosto en Bilbao —Visita a las minas de hierro —Los medios de transporte —Planos inclinados y ferrocarriles aéreos —Los barrenos y la dinamita —Desventajas del puerto de Bilbao —Peligros que ofrece la Costa Cantábrica —Esfuerzos para mejorar la vía —Madrid —La cuestión de los cementerios —Vacaciones políticas —Clausura de las Sacramentales —Esfuerzos para conciliar los intereses civiles y eclesiásticos —Otra vez Bilbao —Más sobre el carácter de los bilbaínos —Recuerdos de los sitios.

Bilbao, 15 agosto de 1884.

12 Balneario del país Vasco.

13 Se refiere a Alejandro Pidal Mon y a Pasquale Stanislao Mancini, en la época, ministro de Exteriores italiano (véase 15).

Señor Director:

Son los bilbaínos trabajadores, aptos para toda clase de empresas industriales, aplicadísimo a los negocios, constantes, emprendedores y de una formalidad intachable. Por estas cualidades ha prosperado tanto la villa en que estoy, y no hay sitio en ella que no declare la laboriosidad y aplicación de sus habitantes. Pero si el bilbaíno no tiene rival trabajando tampoco lo tiene divirtiéndose; y dudo mucho que en otra región de nuestra península, ni aun en la misma Andalucía, haya una población que con más calor y entusiasmo se entregue a las expansiones de un día de fiesta.

La alegría del bilbaíno es ruidosa y atropellada; sus cantos frenéticos, su embriaguez más estrepitosa que agresiva. En las huelgas de los días festivos el bilbaíno de la clase baja se embriaga con *chacolí,* un artículo de producción local más parecido al vinagre que al vino. La sidra, o sea vino de manzanas, añade sus efectos a los del ácido chacolí, y conuno y otro ingrediente se ponen aquellas honradas cabezas en un estado de febril o insana jovialidad. Pero hay que confesar que los bilbaínos, al *intoxicarse* de esta suerte, permanecen tan bonachones o inofensivos como en estado normal. Todo se reduce a gritar mucho, a lanzar al aire exclamaciones que parecen cohetes, a agitarse sin cesar en frenética danza. Las pendencias resultantes de esta disposición especial del temperamento no toman nun- ca un carácter sensible; la sangre no corre; las navajas no salen a terminar una contienda empezada con las lenguas, y al fin todo es paz, volviendo los hombres al trabajo con el pensamiento de armar otro jaleo mejor el próximo domingo.

Cuando a las disposiciones naturales del pueblo bilbaíno se une el interés de sus celebradas fiestas de agosto, cuando se verifica la suspensión general de todo trabajo en minas y fábricas, en el puerto y en el campo, Bilbao toma el aspecto de un manicomio suelto. No creo que pueda existir pueblo alguno que con más fervor se divierta ni que sepa desempeñar esta obligación con más refinado sibaritismo. Podrá creerse, juzgando con sana crítica, que Bilbao tiene una plaza de toros. El que tal crea se equivoca. Bilbao no tiene una plaza de toros, tiene dos, que funcionan a competencia, rivalizando en la importancia de sus cuadrillas y en el valor de las reses que se lidian. Del entusiasmo con que los vizcaínos celebran la fiesta nacional no se puede dar idea. En otras partes estarán más generalizados los conocimientos tauromáquicos y se apreciarán mejor las diferentes suertes; pero en ninguna asiste el público a la plaza con más ardientes propósitos de palmotear, silbar y producir todas las especies de ruidos posibles.

La entrada en la plaza y la salida son quizás espectáculos tan animados como el espectáculo mismo. Es imposible suponer en la humanidad mayor grado de exaltación, ni mayor gracia para desprenderse filosóficamente, durante unas cuantas horas, de todas las penas y cuidados de la existencia.

En esto influye, además del carácter bilbaíno, de suyo expansivo y generoso, la gran prosperidad de esta villa y el bienestar que en ella goza la clase trabajadora. Los crecidos jornales de las minas y de las faenas del puerto dan a las clases populares un desahogo que no tienen en otras partes. En los días laborables, la sobriedad y el orden reinan en los barrios habitados por jornaleros. El ahorro no es aquí tan desconocido como en otras provincias, y la diversidad de industrias, correspondiendo a una gran variedad de aptitudes

del pueblo moraliza y contiene a este, llenando hasta cierto punto los vacíos de la educación. Las provincias del norte son las que ofrecen un progreso mayor en los rudimentos de la enseñanza. Es raro el campesino de estas tierras que no sabe leer y escribir; pero aquí concluyen sus conocimientos. Sus hábitos morigerados y su apego al hogar doméstico suplen en cierto grado lo incompleto de la educación, atenuando las desventajas de su inferioridad social y haciéndole motivo de envidia por parte de los habitantes de regiones menos favorecidas.

***

Imposible dejar de visitar los afamados yacimientos de tierra que avaloran el territorio de esta provincia. El viajero no puede reprimir la curiosidad de visitar estas colosales explotaciones y se encamina a la Orconera, Triano[1] o a Somorrostro dispuesto a dejarse transportar por todas las clases de vehículos conocidos hasta que llega a poner su planta sobre aquel suelo en que la arcilla parece amasada con sangre y petrificada en el fuego […][2] por millares de hombres para transportarlo a los lejanos talleres de Knepp y el Creusot. Una de las cosas que más nos sorprenden al visitar estos admirables trabajos es, como he dicho antes, la variedad extraordinaria de vehículos que se han inventado para transportar el mineral, o lo que es lo mismo, para poner las montañas deshechas a bordo de los buques o al pie de los altos hornos de Mudela e Ibarra.[3] Estos ingeniosos medios de acarreo se adaptan maravillosamente al terreno en que se desarrollan.

Cuando este es llano, los ferrocarriles comunes resuelven con facilidad el problema; pero cuando los grandes desniveles ofrecen resistencia, aparecen los planos inclinados, en los cuales funcionan trenes por el sistema funicular, bajando cargados y subiendo vacíos por pendientes enormes. Para vencer las mayores alturas existen los tranvías aéreos, cuyo aspecto tiene mucho de original y algo de fantástico. Por elevada maroma, que sostiene de trecho en trecho armaduras como torres, se deslizan trenes de cestos o cubos.

No siendo fácil comprender a primera vista el mecanismo de esta vía suspendida en los aires, parece cosa diabólica. En otro tiempo los autores de tan sutil artificio habrían sido acusados de hechiceros. Comprendo muy bien el estupor con que los forasteros *de tierra adentro* contemplan el ir y venir de los cangilones de estas misteriosas norias. Los cables por donde corren se extienden desde lo alto de las montañas hasta el embarcadero en longitudes de dos y tres kilómetros. Desde el suelo aparecen las largas filas de vagones colgantes como si los transportaran genios invisibles.

Hay sitios donde se reúnen tantos cables aéreos, que los vehículos vacíos y llenos que por ellos corren forman un verdadero enjambre. Hay quien los compara a bandadas de misteriosos seres que vuelan en dos direcciones contrarias, remedando las ordenadas pre-

1 Los montes de Triano forman una de las pequeñas cadenas montañosas del Gran Bilbao. En ellos se sitúa uno de los mayores yacimientos de hierro del sur de Europa, como las minas de *Orconera*.

2 Faltan palabras ilegibles por deterioro en los dos ejemplares del periódico que he podido consultar.

3 Los altos hornos de Mudela, fueron instalados en 1880 por el marqués de Mudela. Los de Ibarra, existían desde 1854.

cauciones que en el suelo hacen las solícitas hormigas. De las alturas donde estas atrevidas máquinas funcionan, desciende un rumor de poleas y un rechinar de alambres que, a poco que trabaje la imaginación, bien podría ser tomado por roce de élitros y batir de alas.

Por tales ingeniosos medios las montañas son demolidas y llevadas al mar. Es como si se derribara un viejo edificio para trasportar sus materiales a otra región. Jamás el hombre intentó más atrevida rectificación de la naturaleza, y esas soberbias torres geológicas, que por tantos siglos han desafiado las tempestades, son ahora abatidas y arrasadas con admirable paciencia. De año en año se desfigura el perfil de cada monte, y las ingentes alturas pierden su fisonomía.

Por todas partes la dinamita amputa miembros a la cordillera, aquí cae un trozo, allí se abre un agujero donde cabría muy bien una ciudad; y corrientes vertiginosas que parecen ríos de piedra deslizándose a lo largo de los carriles. A orilla de la vía se ven montones de mineral formando cerros. Aquellas masas que fueron cimas y ahora son escombros, pasan en sucesivas porciones por la báscula antes de ser embarcadas. De este modo el minero sabe hallar los adarmes que arranca a la tierra.[4]

Es imposible ver sin emoción como cae innoblemente en las bodegas de los buques la peña en que hicieron su nido las águilas. La imaginación se deja llevar hacia el insondable abismo de las transformaciones industriales, y considera el largo camino que tiene que andar la materia para pasar de la piedra informe a la llanta del carro, a la herradura del corcel y al alfiler de la dama.

***

Después de ver los medios de transporte conviene admirar la explotación propiamente dicha, el acto de arrancar el mineral del suelo. Hay lugares allí que nos traen al pensamiento las más soberbias creaciones del arte griego en la mitología. Todo cuanto se ha dicho de los titanes es aplicable a esta decoración grandiosa.

Lo maravilloso del arte griego, las luchas entre deidades que simbolizaban fuerzas de la naturaleza tienen ahora un traslado fiel en estos combates del hombre con la piedra: esta defendiéndose con la inercia y la gravedad, aquel atacándola con su genio y con su paciencia, salido de un arma formidable robada a la naturaleza, la dinamita, la fuerza expansiva de un simple gas. El hombre ha ideado *terremotos artificiales* para domeñar a la roca, para vencerla, hacerla suya, romperla en mil pedazos y entregarla a los que con ella y el fuego han de hacer nuevas maravillas.

Mientras no funciona la dinamita, las cuadrillas de trabajadores abriendo barrenos forman un hermoso espectáculo. En empinado risco de color rojizo, ante cuya grandeza la fachada de la mayor catedral parecería mezquina, centenares de atletas, rojos también, hieren la peña por diferentes partes. Creeríase que de lo profundo de la sólida masa sale un *ay* producido por el dolor de tantos y tan fieros golpes. Cuando los barreños están hechos y cargados de dinamita y los obreros se retiran y se preparan las pilas para hacer la descarga, lúgubre silencio sucede a la algazara del trabajo. La atención de todos, las

4 *adarmes*: `cantidades mínimas´.

precauciones solemnes que se toman indican que algo grande va a pasar. La explosión del gas se verifica instantáneamente con formidable conmoción del suelo y de la montaña. No es el estrepitoso estallar de la pólvora, sino más bien un gemido sordo de la peña, una rabia íntima y sofocada. Ábrese la masa granítica en profundas grietas y resquebrajaduras viéndose desgajarse y caer rodando peñascos como torres, otros como murallas de fortaleza y algunos que, afectando la forma de monstruosos animales, descienden por la ladera hiriendo el aire con rumores semejantes a un salvaje bramido.

Deshecha la roca, el minero la trabaja aún más para dividirla en pedazos manejables, aparta la tierra de la piedra, clasifica esta por tamaños y organiza enseguida el transporte por los medios de que antes hablé. La naturaleza tan pródiga en esta región no ha querido completar sus dones concediendo a Bilbao un puerto. La ría del Nervión es estrecha y su barra una de las más peligrosas de esta costa cantábrica tan llena de peligros. Porque en pocas partes del globo es el mar tan bravo y sañudo como en el golfo de Gascuña,[5] tan temido de navegantes. Verdad que ese mismo mar por su excepcional inquietud es la gran escuela de náutica, y el discípulo que la domina y alcanza aquí un regular grado en la ciencia de las tempestades, ya puede lanzarse sin miedo a otros mares. Demasiado conocido es el marino vasco en la navegación histórica y en la contemporánea para que me detenga a encomiar sus aptitudes. Volviendo a los peligros de la barra de Bilbao, diré que la entrada y salida de este puerto exponen un sin número de precauciones y habilidades que rayan en lo increíble.

Hay días en que el paso por dicha boca parece un verdadero milagro. Los movedizos bancos de arena, llevados de aquí para allí por las corrientes, son la desesperación de los prácticos, muchos de los cuales han perecido en este trabajo heroico de conducir las embarcaciones al través del hervidero de la barra. Recuerdo haber visto hace dos años cinco cadáveres de buques, embarrancados y hechos pedazos a un lado y otro de la ría, algunos de ellos, completamente comidos de las olas, mostrando la osamenta de sus cuadernas. Este lastimoso espectáculo impone miedo a los que entran por primera vez. Los siniestros se suceden con bastante frecuencia, y hoy mismo, dos víctimas recientes estorban el paso y obligan con su triste ejemplo a que redoblen sus precauciones los barcos que no han encallado todavía.

Considerables sumas se han gastado en este puerto para mejorarlo. Los bilbaínos, que tienen en altísimo grado la virtud de la perseverancia, esperan que sus colosales esfuerzos tengan al fin buen resultado. ¿Lo conseguirán? Mucho puede la constancia de una raza viril; mucho pueden los recursos de una plaza comercial tan rica como emprendedora; pero es de temer que pueda más que esto la naturaleza, quien, poniendo tantos obstáculos a las obras de esta barra, parece más vizcaína que los vizcaínos, o en otros términos, más terca que la misma terquedad.

***

5 Golfo de Gasconia, o de Vizcaya, en gascón.

Como me he propuesto no perder vista a la capital durante este viaje, y seguir atento los sucesos que en ella se desarrollan, he de hacer aquí un paréntesis, pues en medio de la paralización de la política y de toda la vida matritense en general, algo ocurre, no obstante, digno de mención.

La corte está viajando. Después de pasar una breve temporada en los baños de Betelu, el rey ha vuelto a La Granja, y desde allí ha emprendido con toda la familia real el viaje a Asturias para inaugurar el ferrocarril recientemente concluido. De este ferrocarril así como de la interesantísima región asturiana he de hablar en la continuación de mi viaje.

Cerradas las Cortes, todos los políticos andan de aquí para allí. En San Sebastián se han celebrado banquetes ruidosos y nuestra riquísima literatura oratoria se ha enriquecido con media docena de discursos más, encaminados a soldar grupos que andaban dispersos. Ya se sabe que los grupos o pandillas se unen en la oposición y se dividen en el poder. Galicia, ha sido también favorecida con una abundante cosecha de elocuencia, dominando en ella el espíritu ministerial, como en Guipúzcoa ha dominado el pesimismo oposicionista. En Galicia está tomando baños el presidente del Consejo, el ministro de Estado[6] y otros políticos importantes.

En Madrid, a pesar de las vacaciones, no es todo calma, y ha sobrevenido una cuestión que, aunque sin consecuencia por el momento, tiene gran importancia. La cuestión de los cementerios plantea de nuevo el peligrosísimo siempre temeroso problema de la lucha entre el poder civil y el eclesiástico.

Tenemos en Madrid unos doce lugares consagrados a soterrar los muertos. Muchos de estos cementerios han quedado, con el ensanche del caserío, comprendidos dentro de la población, poniendo en peligro la salud de barrios muy extensos y contraviniendo los más elementales preceptos de la higiene. Pertenecientes a poderosas sociedades clericales, estos cementerios se han defendido durante mucho tiempo de la invasión reformista. Han sido y son un pingüe negocio. ¿Cómo resignarse a la ruina, abandonando la explotación cadavérica cuando la epidemia ofrece un porvenir de colosales rendimientos?

Tiempo hace que nuestro municipio tiene proyectada la construcción de una gran necrópolis. Esta gigantesca obra no se ha realizado aún más que en parte. Un vasto campo de inmejorables condiciones para el objeto, ha sido dispuesto para recibir los despojos de la vida humana. Se le llama *cementerio de epidemias;* y como ahora estamos amenazados del cólera, nuestro ministro de la Gobernación[7] dispone que desde primero de septiembre se cierren todos los cementerios enclavados al norte de la población, y comiencen en la misma fecha las inhumaciones en el campo santo municipal, situado en término de Vicálvaro.

Es de suponer la polvareda que esta Real Orden levanta en el gremio eclesiástico fúnebre, es decir, entre los individuos que componen las sociedades comanditarias de los antiguos cementerios, llamadas *sacramentales* no sé por qué. La prensa ultramontana truena contra el gobierno, este se mantiene firme y acude al cardenal primado de las Españas,

6 Antonio Cánovas y José Elduayen. Este último, entonces ministro de Estado, era diputado por Vigo.

7 En la fecha, Romero Robledo.

rogándole que bendiga el nuevo cementerio, con cuya bendición las empresas de los antiguos recibirán el golpe de gracia. Como se comprende, en esto de la bendición estriba todo, y ella es la clave del conflicto. Porque si el nuevo camposanto no es bendecido, las sacramentales triunfan, y tienen asegurado su monopolio por un plazo largo, por lo menos hasta que las naciones católicas entren resueltamente en la vía de la secularización.

¿Bendecirá la eminencia o no bendecirá? Esta ha sido La pregunta de cajón durante los últimos días. Tranquilizaos, almas timoratas. El cardenal primado está dispuesto a bendecir en nombre de la Iglesia todas las necrópolis habidas y por haber… con ciertas condiciones, se entiende, en lo cual prueba su alta perspicacia. No pide nada el ilustre purpurado en gracia de Dios, no pide más sino que el nuevo cementerio sea cedido a la Iglesia, para que continúe en él la explotación ejercida en los antiguos. ¡Y para esto ha gastado la villa de Madrid cuatro millones![8]

La cuestión, batida diariamente en la prensa llegaría a cerciorarse, si el gobierno y el cardenal, deseando una transacción, no hicieran esfuerzos por reconciliar lo civil y lo eclesiástico en este embrollado asunto. Es la cuestión secular, la cuestión histórica, siempre planteada y jamás resuelta, que surge en todos los actos de la vida humana y parece agravarse en la conclusión de la vida misma, en presencia de los pavorosos problemas de ultratumba.

No siendo posible su acuerdo perfecto, celebraremos que al fin se entiendan el poder civil y el eclesiástico, estableciendo un *modus vivendi* entre la muerte y la religión.[9] Muchos creen que el resultado de la contienda entre el municipio y las Sacramentales será el encarecimiento de las sepulturas. "Aquí —decía hace poco un diario—, ya no podrán morirse más que los ricos", y otro: "Solo faltan quince días para poderse morir barato".

No dejaré de enterar a mis lectores de la soluciones que tenga este asunto, aunque desde luego puedo asegurar que la parte eclesiástica ha de salir ganando por la influencia que tiene en la actual situación, y porque habiendo quedado en situación poco airosa en el asunto Pidal-Mancini,[10] ha de hacer desesperados esfuerzos por afirmarse bien en su terreno, aunque este sea, por el momento, la losa de su sepulcro.

***

No olvido que estoy en Bilbao. Antes de abandonar a esta noble villa quiero hacer patentes algunos rasgos de su fisonomía moral. Los bilbaínos no suelen disimular el engreimiento que emana de su riqueza y de las extraordinarias ventajas de aquel suelo. Verdad es que el éxito no ha dependido solamente de las condiciones naturales del país, sino que buena parte de él es debida a las aptitudes de la raza, por lo cual aquel orgullo resulta legítimo. Él ha sido quizás el impulsor de empresas industriales que en sus comienzos

8 El cementerio fue bendecido el 13 de septiembre y dejaron de funcionar siete de las once sacramentales de la ciudad,

9 *modus vivendi*: 'acuerdo, transacción'.

10 Véanse Cartas 12, 15 y 16.

parecían temerarias, y por él los habitantes de la *California del hierro* han vencido dificultades que en otro país y entre otra gente habrían sido insuperables. Aún mucho antes de que la explotación minera tomase en este país la importancia que hoy tiene, el comercio bilbaíno era considerable y las naves del Nervión se habían familiarizado con los mares más remotos. ¿Quién no sabe que al antiguo y afamadísimo consulado de Bilbao debemos quizás lo mejor de nuestra legislación comercial?[11] Hoy, al lado de la minería, la industria metalúrgica adquiere carta de naturaleza en este suelo. Los altos hornos de Mudela y los grandes talleres de Ibarra son establecimientos de tal magnitud que nada tienen que envidiar a sus equivalentes de Inglaterra y Alemania.

También se envanecen mucho los bilbaínos de la resistencia que su querida villa ha sabido oponer en memorables ocasiones a las tropas carlistas. Los apretados sitios que Bilbao ha sufrido le valieron el dictado de *invicta* que lleva en su escudo. Una gran parte de la población profesa opiniones liberales, y ninguna de las capitales vascongadas es tan odiada y execrada de los campesinos como esta. Tomarla fue el principal empeño de los jefes carlistas en las dos guerras civiles. Para conseguirlo emplearon toda su fuerza, toda su astucia y aquella contumacia feroz que tan bien se aviene con la índole especial del principio absolutista. En la mente de los campesinos armados era como un artículo de fe que tomada Bilbao tenían en sus manos las naves de España entera. Desde que las tropas de Concha y la constancia de la guarnición y del pueblo bilbaíno les obligaron a levantar el cerco,[12] decayeron grandemente los ánimos carlistas, y empezaron a disiparse las esperanzas.

Por todas partes aparecen aquí los lugares cuyo nombre ha quedado escrito en nuestra historia, en páginas elocuentes pero que no deben quizás enorgullecernos por tratarse de guerras civiles. Luchana, Dandera, Las Muñecas, Somorrostro, nos recuerdan carnicerías horrorosas y la pérdida de muchas vidas españolas. Dios quiera que en estos lugares no vuelvan a sonar otros ruidos que los de los barrenos.

Muy probable es que la guerra civil no se repita entre nosotros, por el cansancio del elemento absolutista, siempre vencido, y por la creciente solidez de las instituciones y prácticas liberales. Pero aún no se han extirpado los gérmenes del conflicto, como puede observar el que viaje por este país prestando alguna atención a las cosas y a las personas. Aún hay combustible para la hoguera: aún domina el clero los corazones, abrazando y conteniendo en apretada muralla toda la población rural. Y si el absolutismo ha perdido aquí terreno a causa de los repetidos desengaños, el resentimiento que ha dejado tras sí la abolición de los fueros devuelve su calor y su fiereza a las almas que parecían dispuestas ya a amansarse y enfriarse.[13]

11 Las Ordenanzas del Consulado de Bilbao (1737) son las normas mercantiles más importante en España hasta bien entrado el siglo XIX, y de las más significativas de Europa.

12 Durante la tercera guerra carlista, en mayo de 1874, el ejército del Norte al mando del general Concha, rompe el segundo sitio a Bilbao que duraba más de dos meses. El primero, al que también resistió, lo había sufrido la ciudad en 1836, durante la primera guerra.

13 *abolición de los fueros*: Al término de la primera guerra carlista quedadon abolidos gran parte de los *fueros* o régimen jurídico especial de que disfrutaban el País Vasco y Navarra.

Felizmente el espíritu de cultura que reina en las capitales es un baluarte contra las acometidas teocráticas. Si Bilbao sufre un tercer sitio tampoco será tomado, aunque se aúnen contra ella la guerra y el fanatismo, todos los fusiles y todos los rosarios de Carlos VII.[14]

B. PÉREZ GALDÓS

18
LP, 5/10/1884

SUMARIO: El principio de la legitimidad monárquica —Los absolutistas en Francia —Don Carlos, sucesor de Enrique V —El conde de París y la familia de Orleans —La revisión constitucional en Francia —Laredo —Dos palabras sobre Carlos V y Bárbara de Blomberg —Santander —Su importancia comercial —Muerte de García Gutiérrez.

Laredo, 25 de agosto de 1884.

Señor Director de *La Prensa*:

Difícil es, mientras se recorre este país, dejar de pensar en los móviles a que obedece la población rural vascongada, cuando sacrifica vidas y haciendas al principio de la legitimidad monárquica. Y nuestras cavilaciones no nos llevan, por cierto, a esclarecer punto tan oscuro. Cada vez parece más inexplicable este fenómeno histórico, y más violento el contraste entre la condición apacible de esta gente en las circunstancias comunes, y su tenacidad guerrera cuando llega la hora de batirse por don Carlos.

Se me figura que esto de la legitimidad monárquica ha de parecer muy extraño, quizás extravagante, tal vez visible en los pueblos jóvenes de América, acostumbrados a luchar con los obstáculos humanos y naturales, pero no con los históricos que comprendan en sí las pasiones y errores de otros siglos. Esto de la legitimidad monárquica nos ha dado ya tantos disgustos que de buen grado cederíamos el principio a quien nos los quiera tomar, aunque con él tuviéramos que dar buena parte de las glorias añejas que representa. Si bien se mira, recibe hoy su fuerza de los intereses eclesiásticos.

El día en que la iglesia no considerase como suyo el triunfo de la restauración absolutista, nuestros cabecillas desaparecerían para siempre, y en las provincias vascas y en Navarra, reinaría la paz más deliciosa. Pero, el país vasco-navarro es el único que sabe batirse por la religión, y todas las fuerzas ultramontanas que aún existen despedazadas por el mundo, se aúnan para ayudarlo y protegerlo. Apoyo moral y material, solapado unas veces, ostensible otras, han tenido nuestros guerrilleros en su última algarada. De dónde viene este apoyo, fácil es suponerlo, considerando a quien aprovecharía en primer término

14 Así se autodenominaba el pretendiente carlista contemporáneo a esta Carta.

el triunfo del carlismo en España, la restauración absolutista y el establecimiento de su gobierno eclesiástico.[1]

La España absolutista sería el punto de apoyo para emprender la obra difícil de la restauración teocrática universal. Bien se comprende por esto el peligro enorme que entrañan las algaradas del bando absolutista en España, y cuán meritorios son los sacrificios que el país liberal se impone para sofocarlo siempre a costa de su sangre y de sus haciendas. El suelo euskaro es, por una serie de circunstancian históricas y locales, el único campo de batalla con que la teocracia cuenta hoy en Europa. Allí hace su último desesperado esfuerzo, allí está su única esperanza. Ni Italia ni Francia le ofrecen nada semejante. El día en que este foco guerrero desaparezca por completo, la lucha teocrática quedará exclusivamente circunscrita a la región de las ideas, en la cual según parece, no lleva la mejor parte. Fuera de España el principio de la legitimidad monárquica aparece con caracteres enteramente cómicos.

La trapisonda en que andan hoy los legitimistas franceses para determinar a quién corresponde su herencia de los derechos reales del conde de Chambord,[2] es digna del genio sainetoso de don Ramón de la Cruz.[3] Los individuos más acartonados, más formulistas y más interesados en sus ideas de aquel inveteradísimo partido, no viendo con buenos ojos que el óleo divino recaiga en la cabeza del representante de la rama segunda del conde de París, bisnieto del regicida Felipe Igualdad,[4] vuelven los ojos a lo poco que queda de la rama de Anjou, o sea los Borbones de España, y no hallando en ella más que los príncipes carlistas no vacilan en elegir entre ellos su candidato. El infante don Juan, padre del llamado Carlos VII, hijo del primer pretendiente y nieto de Carlos IV parece que no reúne las condiciones apetecibles. Es una nula cabeza, según dicen, y no se recomienda por la pureza de sus costumbres. Además es persona, según dicen, de muy cortos alcances. De los dos hijos de este señor, don Alfonso, zuavo pontificio,[5] marido de una tal doña Blanca, de infausta memoria en Cuenca,[6] es rechazado por no tener sucesión, y don Carlos, nuestro Carlos VII, el figurón de nuestras guerras civiles, ofrece el inconveniente de ser ya Pretendiente en España.

Por último, tras largos debates, los legitimistas franceses han hecho caso omiso de este último inconveniente, calculando que don Carlos cambiaría, sin cuidado, sus pretensiones de aquí por las de allá, o las amalgamaría todas aplicando el principio borbónico que encierra la frase primera, *no hay Pirineos*.[7]

1 En el episodio *Amadeo I* (1907) Galdós recreará con sarcasmo ese teocratismo.

2 Enrique de Artois, pretendiente legitimista en la línea Borbón francesa, había muerto el año anterior.

3 Galdós admiraba los sainetes de Cruz, según mostró en su *Don Ramón de la Cruz y su época* (1870).

4 El *conde de París* era Felipe de Orleans, perteneciente a la "rama segunda" es decir orleanista descendiente de Luis Felipe de Orleans, aquí llamado *Felipe Igualdad* como se autodenominó durante la revolución francesa y *regicida* por haber votado la condena a muerte de su bisabuelo Luis XVI.

5 Cuerpo de soldados voluntarios de toda Europa para la defensa de los Estados Pontificios y del papa Pío IX frente al proceso de reunificación italiano.

6 Durante la segunda guerra carlista, Alfonso hermano del pretendiente y su esposa Blanca toman la ciudad de Cuenca (1874) donde, como narrará Galdós en el episodio *De Cartago a Sagunto* (1911), ella lleva a cabo una cruel represión.

7 Exclamación del embajador de España en París al oír cómo presentaba Luis XIV a Felipe de Anjou como Fe-

Pocas cosas hay más bufas que la oferta solemne que algunos absolutistas franceses hicieron a don Carlos, en Venecia, de la corona de Francia nada menos. No hay que decir que por causa de todas las cosas pone este partido la famosa *banderita blanca*, la bandera de Juana de Arco, de San Luis y de Turcua, virgen de toda mancha revolucionaria.[8] Cuentan que don Carlos, al recibir el mensaje, se entusiasmó como es consiguiente por el honor que se le hacía; mas después de mucho aspaviento y de enaltecer con huecas palabras la gloria y majestad casi divina de la tal bandera, hubo de manifestar que *los españoles le habíamos comprado con nuestra sangre,* que nos pertenecía y, en suma, que no nos cambiaba por todos los franceses nacidos y por nacer. ¿Qué tal? Esto es patriotismo, lo demás es aire. Debieron retirarse los cortesanos de la majestad vacante, con lágrimas en los ojos. Hay quien asegura que, a pesar de la resistencia de don Carlos a ser pretendientepor partida doble, ellos se empeñan en tener por rey a esta calamidad en figura humana, ser absolutamente exento de toda cualidad recomendable, no solo como príncipe sino aun como simple particular.

***

Todos los legitimistas que tienen sentido común, han vuelto los ojos al conde de París, el único candidato serio al trono de Francia, si hay seriedad en la restauración de la monarquía en aquel país. Reconociendo todo el mundo que los príncipes de Orleans poseen cualidades de alta estima en la vida privada, ninguno de ellos ha sabido despertar entusiasmos ni aun simpatías en las muchedumbres. En distintas ocasiones se ha observado en ellos un deseo vehementísimo de hacerse populares, sin conseguir más que desaires. Sin duda, las personas a quienes toca en el mundo el espinoso papel de reinar, deben de poseer cualidades excepcionales y un conjunto de extraordinarias aptitudes, algunas de las cuales no son compatibles con la moral corriente. La formalidad, la economía, las virtudes caseras, no bastan sin duda para dar ser a la persona destinada a resplandecer en las alturas de un trono.

Los príncipes de Orleans son señalados como excelentes padres de familia, hermanos solícitos y cariñosos hijos, pero esto no les basta. Últimamente el duque de Nemours[9] ha ejercido la caridad, de un modo solemne y teatral, socorriendo en nombre de la familia a los coléricos de Marsella y Tolón. Su acto ha sido juzgado de distintas maneras. Quien lo califica honrosamente, quien lo señala como un acto de refinado egoísmo, realizado con el único objeto de hacerse aplaudir. Sigue el rumor de admiración que ha acogido la generosidad del príncipe en las mismas localidades socorridas; pero el entusiasmo no parece, Francia no se conmueve.

lipe V de España ante la corte francesa. (puede verse 1 n. 10).

8 La rama legitimista o borbónica simbolizaba sus principios de absolutismo y derecho divino en la bandera blanca del estandarte de Juana de Arco (1412-1431), o de San Luis rey de Francia (1214-1270), frente a la nueva tricolor francesa. Por esta causa había fracasado la reunificación de las dos ramas monárquicas en 1871 ya que los Orleans aceptaban la bandera constitucional. *Turcua* debe ser una errata, tal vez se trate de San Filiberto de Tournois (616-684).

9 Luis de Orleans, tío del conde de París.

La corona no vendrá probablemente a las sienes de un individuo de la casa de Francia; sea de la segunda sea de la primera rama, mientras no se la adjudiquen los mismos republicanos con sus errores, mientras la República no se desquicie con la explosión de apetitos y pasiones que han nacido en su seno. Cuándo esto suceda, si sucede, los príncipes de Orleans deberán el triunfo a las circunstancias más bien que a sus cualidades apreciables en la vida privada. Los tiempos no son tampoco muy propicios a los entusiasmos monárquicos, y los pueblos que antes se sometían gustosos a un rey en el delirio de la gloria militar, hácenlo ahora de mala gana por cansancio y por instinto de conservación, cuando los yerros de los partidos dificultan y entorpecen el gobierno popular.

Los reyes, pues, venían en cierto modo por vía de transacción y con un carácter de interinidad que en vano se trata de disimular en los documentos oficiales, ponderando de un modo pomposo la eternidad del principio y la longevidad de la persona. Las mismas testas coronadas convienen en que el oficio está muy decaído y en que no ofrece un porvenir brillante, a menos que no venga una mudanza muy radical en las cosas, lo que no es probable.

Por lo que respecta a la república en Francia, no es posible ver sin miedo sus derroteros. La última campaña de la revisión constitucional es deplorable como síntoma. Una cámara constituyente que se reúne tras largas contiendas, *y* que durante el curso de sus trabajos despierta en el público más curiosidad que interés, no puede ser fecunda. Los debates no han tenido ninguna elevación y por lo pintoresco y tumultuoso de sus incidentes podrían confundirse con las sesiones de un municipio de tercera clase, en el cual las rivalidades y las banderías, producto del patriotismo de campanario, vienen a tomar un carácter de ferocidad. La campaña de la revisión solo ha servido para hacer más patentes las profundas disensiones que conoce el republicanismo francés.

Como resultado, imposible es imaginar nada más estéril. Desdichada raza latina la que ha producido todas las grandes síntesis históricas, pudiendo decirse que las ha criado a sus pechos; adquiere al fin el vicio de ocupar su mente en menudencias despreciando el fondo de las cosas. Va tras las apariencias, se preocupa de detalles, descuidando lo esencial, y atiende más a las exterioridades del derecho que al derecho mismo. Ved si no como en la más progresiva de las naciones de nuestra raza se emplean quince años de gobierno republicano en obtener lo que podríamos llamar la decoración liberal de un país, mientras que lo esencial de la vida política permanece poco más o menos como en tiempo del imperio.[10]

¿Qué importa que la República sea declarada eterna en una fórmula escrita, si todos sabemos cómo se cambia la forma de gobierno y cuán fecunda es la mente humana para justificar mudanzas de esta clase? Si la emisión del sufragio continúa verificándose con dudosa fidelidad, si la emisión del pensamiento continúa sujeta a las trabas que el caciquismo se impone, ¿de qué vale ni qué significa el relevar a los curas de la obligación de orar por la República? Si todos los días vemos nuevas escisiones entre los partidos que han

10 Se refiere al II imperio, implantado por Napoleón III que, como consecuencia de la guerra franco prusiana, daría paso a la II república francesa.

fundado el actual orden de cosas; si la amenaza y la violencia informan su lenguaje y sus actos anunciando lo que pasará el día en que rompan de hecho, ¿qué saca el país de que la República se entretenga en expulsar príncipes y en declarar con más o menos énfasis que no volverán a reinar? En suma, todo es exterioridad, decoración, aparato escénico mientras las ideas y las costumbres políticas subsisten las mismas, con escasa variación, en las entrañas del país.

Insensiblemente me he metido en un terreno que no es el mío, pues no es de mi incumbencia la política francesa, que por plumas más competentes será tratada en las columnas de su diario. Pero la cuestión de la legitimidad monárquica que es cuestión muy española por desgracia nuestra, me llevó a Francia con las pretensiones de don Carlos, y una vez allí, la revisión constitucional, que ha sido en estos días la comidilla de toda la prensa europea, me sugirió las anteriores consideraciones, que terminaré deseando ardientemente que Francia salga airosa de los enredos de la política doméstica, y de los graves compromisos en que se va metiendo por su pueril afán de hacerse nación colonial. Las conquistas lejanas, las campañas marítimas y la colonización son tan opuestas al genio francés, que bien podrían resultar completamente desgraciados los más recientes capítulos de la historia de la República.

***

Y a todas estas no he dicho dónde estoy, o por lo menos, no he guardado al sitio en que escribo las consideraciones debidas, consagrándole algunas líneas. Esta es la nobilísima villa de Laredo, de ilustre abolengo, no tan célebre como Babilonia, Menfis, Atenas o Roma; pero poco menos tal vez.

Si no ilustran su nombre sonoros hechos, lo publican por todo el orbe en brillantes chapas de cobre los millares de latas de sardinas en conserva que su industria arroja a los mercados de Europa y América. En Buenos Aires no será seguramente desconocido el nombre de esta villa marítima, esencialmente pescadora e industrial.

Sus conservas han adquirido legítimo renombre desde que empezaron a competir con las de Nantes y Burdeos. Los ricos pescados y mariscos de esta costa, preparados para la exportación, constituyen la principal riqueza del país y son el sostén de infinitas familias. Por lo demás no sería difícil encontrar, buscándolas bien, razones menos prosaicas conque enaltecer a Laredo y ponderar su nobleza. Es esta, quizás, la villa más ilustre de la Montaña y cuna de esa nobleza cantábrica que, a juzgar por los motes de los escudos que aquí abundan tanto, se pierde en la oscuridad de los tiempos.

Los apellidos más alcurniados que son al mismo tiempo aquí los más comunes, proceden de esta honrada villa, la cual ofrece aun por todas partes vestigios respetables de su rancia historia. Debo declarar que en pocas partes vi más escudos, empotrados en caducas fachadas de casas que fueron palacios infanzones, ni más edificios solariegos, de los cuales son muy pocos los que conservan apariencias de vivienda acomodada, hallándose la mayor parte ignominiosamente convertidos en cuadras, casas de labranza, fábricas y talleres más o menos vulgares.

Fue Laredo cabeza de la contigua Montaña, y centro de esta provincia cantábrica, cuando Santander, la capital de hoy, era un simple pueblo de pescadores, pobre, solitario, al amparo de su medio rústica, medio marítima, abadía. Laredo fue en la Edad Media y en los tiempos gloriosos de Isabel, Carlos y Felipe, el principal puerto del norte de España.

En él desembarcaban los reyes cuando regresaban del extranjero, y las princesas austriacas que venían a casarse con nuestros príncipes. Aquí desembarcó Carlos V cuando vino de Flandes, después de la abdicación, para retirarse al monasterio de Yuste. Había hecho un viaje largo y penoso desde Flesinga en las bocas del Escalda,[11] y traía el buen señor un humor de mil demonios, el cual se exacerbó más cuando vio que en la villa, por descuidos del gobierno de Felipe, no había nada preparado para recibirle. Atormentado por la gota y la tristeza, el más grande hombre de su siglo debió pasar las de Caín en Laredo, y aquí fue donde su amargura pronunció la frase *levantaos galgos,* que Fernán Caballero recogió de un cuento popular[12] en el cual se explica, de un modo epigramático, la exaltación de todos los montañeses al estado de *hidalgos* o nobles. Después el césar tomó el camino de Castilla por Ampuero y los montes de los Tornos a salir a Bribiesca y Burgos.

Esta era la vía de comunicación más usada, sin que esto quiera decir que existiesen en ella calzadas o sendas más o menos cómodas, pues en aquellos tiempos gloriosos los caminos no se diferenciaban mucho de los del tiempo de Tubal,[13] primer morador de España, según Mariana.

Los pobres gitanos que acuden hoy a las ferias de los pueblos con propósitos de dudosa moralidad, los mendigos que recorren a pie las provincias y los labradores, arrieros y trajinantes que andan de pueblo en pueblo ya en carromatos, ya *borricalmente*, viajan con más expedición y comodidad, y con menos tropiezos y dilaciones que el césar y rey Carlos V, señor de media Europa, que tenía por cetro, al decir de un escritor, el eje del mundo.

Cerca de Laredo existe un ruinoso edificio, conocido aquí por el *Castillo de Madama,* donde es fama que vivió y acabó sus días la célebre Bárbara de Blomberg, madre de don Juan de Austria. La vida de esta señora está rodeada en la historia, de cierto misterio, y no falta quien niegue en absoluto su existencia. Algunos historiadores buscan la madre del vencedor de Lepanto entre las damas de la misma familia imperial; pero nada de positivo hay sobre esto.

La tal doña Bárbara, que figura muy poco en todos los libros coetáneos que tratan del césar, era de Ratisbona, hija de un comerciante o fabricante de paños, de familia al parecer no muy ilustre. Aquí vivió, oscura y sin boato, de las rentas que le pasaban los adminis-

11 *Flesinga*: localidad de los Países bajos en la isla de Zelanda, situada en la desembocadura del río Escalda en el mar del Norte.

12 *levantaos galgos*: el cuento se titula *Más honor que honores*, y es uno de los numerosos relatos que Fernán Caballero recuperó de la tradición.

13 Según la Biblia, *Tubal* era nieto de Noé. Galdós dará legendaria vida a este personaje en el episodio *Narváez* (1902).

tradores del tesoro imperial, sin que ningún incidente sentimental ni dramático viniese a turbar públicamente la vulgar monotonía de esta existencia que no debió ser feliz.

***

Impacientes por llegar a Santander, nos alejamos de estos sitios, no por el camino que siguió Carlos de Gante,[14] sino por el más transitado y alegre de la carretera que une a Bilbao con la capital de Cantabria. Bien pronto divisamos a lo lejos, desde la imperial del coche,[15] la bahía de Santander, que sería la más hermosa de la península si no existieran las Rías Bajas de Galicia de que hablaré más adelante. Pero aunque ya la vemos, muchas vueltas hemos de dar para estar cerca de ella, y mucho hemos de andar después para rodearla toda y llegar al término de la presente excursión. Antes de detenerme, quiero hacer una salvedad, y es que me será muy difícil ser completamente imparcial hablando de Santander y de los montañeses, por el mucho cariño que tengo a este pueblo, mi cuartel de verano, mi refugio contra el calor desde hace catorce años. Esto y los buenos amigos, la benignidad del clima y las repetidas expansiones del ánimo, han creado en mí una predilección especial que no puedo ocultar, y reconociendo las bellezas de toda la región cantábrica, pongo siempre en primer lugar las de esta provincia, así como en la preferencia que suelo dar a todos nuestros septentrionales, hago siempre una segunda selección en favor de los montañeses.

***

Santander, 23 de agosto de 1884.

Esta es la primera plaza comercial de la costa cantábrica. Si Bilbao le gana en número de buques, Santander lleva la delantera en la importancia de las transacciones graduada por los rendimientos de aduanas que suben aquí a más de millón y medio de pesetas mensuales. Si el movimiento mismo domina en Bilbao, aquí prevalece el movimiento de los artículos que llamamos coloniales.

Durante el verano, esta es la principal estación de entrada de vapores-correos de las Antillas, a causa de las precauciones sanitarias que no permiten el arribo de aquellos a los puertos de Cádiz y Barcelona. Las líneas españolas, la Trasatlántica Francesa, la Mexicana, de reciente creación, y otras, dejan en esta ciudad desde junio a octubre, un número extraordinario de viajeros procedentes de nuestras colonias de la América Central.

Como residencia balnearia, Santander no iguala a San Sebastián ni en la importancia de sus establecimientos, ni en la cifra de forasteros que la visitan, aunque estos aumentan de año en año. No obstante, sus condiciones de clima son inmejorables, el país bellísimo, los habitantes hospitalarios. Depende la superioridad de Guipúzcoa en esta materia de que los vascongados han sabido entender mejor que los montañeses la explotación de los baños y

14 Es decir, Carlos V.

15 El compartimento superior del coche de caballos.

la costumbre de la *villeggiatura,*[16] estudiando y cultivando la industria de los alojamientos con el mayor esmero, para lo cual les sirven de mucho las continuas lecciones que en esto reciben de sus vecinos los franceses, grandes maestros en agasajar forasteros y en explotarlos dándoles todos los gustos y satisfacciones posibles.

Santander, ciudad puramente comercial, no ha comprendido hasta tiempos muy recientes, la importancia de estas industrias veraniegas. Su risueña playa del Sardinero, que solo tiene rival en la de San Sebastián, es uno de los sitios más frecuentados de la costa durante el verano. Como condiciones naturales, es este sitio incomparable, de una belleza sorprendente y apacible, combinación felicísima de campo y mar, con todos los encantos del bosque y todos los atractivos del paisaje oceánico. Lo que en el Sardinero es obra de los hombres no corresponde ciertamente a las maravillas que ha puesto la naturaleza; pero hay no obstante, alojamientos cómodos y aun elegantes y algunos atractivos para entretener a las personas que no pueden hallar defensa contra el fastidio en los espectáculos de la naturaleza. El suelo y el clima son ideales en este privilegiado rincón de la costa, cubierto de vegetación amenísima, jardín suspendido sobre las olas, que disfruta la doble frescura de los arroyos y del mar. Las praderas terminan interrumpidas bruscamente por las peñas cubiertas de mariscos, y las flores descienden hasta la arena, confundiendo sus hojuelas con las conchitas nacaradas y de mil colores que ávidamente recogen *y* coleccionan los niños. Las vacas pastan a dos pasos del reino inmenso de los peces, y el pescador de caña y el pastor, esas dos entidades tan diferentes, suelen verse reunidas en una pieza. Hay quintas hermosas y residencias agradabilísimas, grandes casas de baños, casino y muchos cafés; pero aún falta bastante qué hacer y qué mejorar para que el Sardinero sea lo que piden sus inapreciables ventajas naturales. Todo el lujo que aquí hay lo ha puesto la naturaleza; el hombre no ha puesto más que un pasar mediano y una comodidad limitada y *bourgeoise*; pero como las exigencias del público crecen de día en día, como el gusto de alojarse bien y de la buena casa y mesa se educa y perfecciona lo mismo que el gusto artístico, es de esperar que los progresos de la instalación vayan en aumento, hasta que llegue un día en que el Sardinero no tenga nada que envidiar a los lugares frecuentados hoy por las familias más poderosas, que solicitan en todas partes mil refinamientos y saben pagarlos.

***

Al llegar aquí me veo bruscamente interrumpido por una tristísima noticia que viene de Madrid, la muerte del digno poeta don Antonio García Gutiérrez, al cual basta llamar *autor del Trovador* para hacer patente la universalidad de su fama.[17] Este patriarca del Romanticismo y del drama caballeresco ha muerto a los setenta y dos años. La última época de su existencia ha sido penosa para el gran poeta a causa de la dureza de sus achaques. Hacía una vida muy retirada, y su espíritu propiamente angelical vivía más para la familia que para el arte. Tanto hay que decir de este esclarecido maestro, de sus obras principales,

16 'Veraneo' en italiano.

17 A García Gutierrez había dedicado Galdós años atrás un artículo en *La Nación.**

de su influencia grandísima en la literatura nacional que tengo que hacer un paréntesis en la descripción de Santander y la Montaña.

Hablaré, pues, de García Gutiérrez en mi próxima carta que llevará la fecha de los primeros días de septiembre.

B. PÉREZ GALDÓS

19

LP, 14/10/1884

SUMARIO: Noticias biográficas de García Gutiérrez —Su origen humilde, sus primeras tentativas literarias —Época del romanticismo —Los tres grandes dramas románticos —*El trovador,* su estreno y ruidoso éxito —Otras obras de García Gutiérrez: *Venganza catalana*, *Un duelo a muerte*, *Juan Lorenzo*, *Doña Urraca de Castilla* —Inferioridad de sus comedias —García Gutiérrez como funcionario público —Su entierro —Último tributo a su memoria —Pompas oficiales en el entierro del cardenal Moreno.

Santander, 4 de septiembre de 1884.

Señor Director:

García Gutiérrez era tan modesto, tan callado, vivía tan ausente de lo que llamamos círculos políticos y literarios, que no parecía existir entre nosotros. Se le veía muy rara vez, y en los últimos tiempos solo sus íntimos gozaban de su presencia y de su conversación. Cuentan los que le trataron que la sencillez de su carácter encantaba. Huía de los aplausos y esquivaba el éxito como si fuera su peor enemigo. Cuando después de un largo periodo de silencio y olvido, daba una obra a la escena, costaba un triunfo llevarle al teatro en que aquella se representaba, y si a fuerza de ruegos abandonaba su retiro faltábale tiempo para volver a él. La vida de familia subyugaba su espíritu por entero, y sus nietos le interesaban más que sus dramas. Cuando uno de estos alcanzaba ruidoso éxito, García Gutiérrez, temeroso de las consecuencias que tal acontecimiento tuviera en su reposo doméstico, se encastillaba en su casa, se defendía de la invasión de entusiastas y admiradores, y ponía en su puerta una vigorosa aduana contra las felicitaciones. Enemigo del reclamo, desconocedor en absoluto de la envidia, fue uno de los pocos hombres que no tuvieron enemigos.

En derredor suyo llevó siempre la estimación general, por ser además de un gran poeta, hombre de inmaculada rectitud y pureza, uno de esos caracteres que van siendo cada vez más raros y que desarman la maledicencia y llenan de confusiones a los pesimistas.

Nació García Gutiérrez en Chiclana (provincia de Cádiz) el año de 1812, de familia humilde, según hace constar él mismo en su discurso de entrada en la Academia Española. Sus padres quisieron que fuese médico, y de mala gana hubo de estudiar en Cádiz dos cursos de la ciencia que parece más enemiga de la poesía. Fue, pues, uno de tantos rebeldes, desertores del campo de la aplicación para lanzarse al terreno de las aventuras literarias. Vino a Madrid, pobre y fugitivo, con varias comedias en la maleta y gran cau-

dal de ilusiones de artista, que esta vez, por rara excepción, no habían de desvanecerse en humo, como sucede en la gran mayoría de casos de esta naturaleza. La redacción de una revista le concedió una plaza dotada con el considerable sueldo de doce duros al mes, lo que debía de parecer punto menos que sibarítico a los desgraciados ingenios de aquella época. Sus primeros ensayos dramáticos no fueron admitidos en los teatros. La lucha por la existencia debió tener para él en tales días trances muy angustiosos, peroel ardor juvenil, la mente henchida de frescas ideas, le salvaban de la desesperación. En situación tan crítica, fluctuando entre el desaliento y la esperanza, concibió y escribió *El trovador,* la obra más popular del Romanticismo. Y es que tales obras parecen que nacencon preferencia en medio de las tempestades. Agitada fue entonces la vida del poeta, y tormentosa; también en alto grado la época, días de lucha moral y material, de guerras crueles, de grandes mudanzas y controversias, días revolucionarios en mayor escala talvez que los de 1812.

Cuando volvemos los ojos a aquella interesante época comprendida entre el 30 y el 40,[1] no podemos menos de admirar la fe y la valentía de aquella generación, y del contradictorio sentido de las luchas sostenidas en el terreno político y en el literario. En el primero triunfaban, tras horrorosos combates, la libertad, la constitución, los principios modernos, la revolución en fin, y era vencido el mundo antiguo, o sea lo tradicional sin que le valieran el interés religioso y el encanto poético con que quería defenderse; en el otro terreno, o sea el literario, vencía, tras apasionadas contiendas, el Romanticismo, o sea el mundo caballeresco, la leyenda, las pasiones y fanatismos de otras épocas, mientras que perdía terreno el clasicismo que era como el imperio de la razón en el arte, todo reglas, buen sentido y sensatez. La pequeña revolución que había hecho Moratín veinte años antes, y que parecía una revolución de gabinete por su escasa trascendencia en el ánimo y aun en el gusto de las multitudes, era arrollada por otra revolución mucho más potente, por una nueva idea que acaloraba las pasiones y conmovía al pueblo en sus sentimientos más íntimos.

La primera palabra del Romanticismo la dijo el duque de Rivas en su *Don Álvaro* que apareció el 35, obra grandiosa, concebida en los dolores de la emigración, entre el tumulto de las luchas literarias y políticas de Francia, y trazada y explanada en las nieblas del Támesis.[2] Tras *Don Álvaro* vino *El Trovador* (1836) que es todo pasión y ardor caballeresco, ese ardor quijotesco que, en el actual estado de las ideas, no concebimos sin hacer una abstracción previa de todo lo que nos rodea.

Al año siguiente, Hartzenbusch dio sus *Amantes de Teruel*.[3] Parecía que faltaba algo para completar la florescencia del romanticismo, y este tercer apóstol de la nueva escuela llevó a ella el sentimiento melancólico, la poesía dulce y tranquila. Esta trilogía, que será siempre uno de los mejores títulos de la literatura española, comprendía de un modo completo los caracteres del ciclo romántico.

1 Es decir en los últimos años de reinado de Fernando VII y primeros de la regencia de María Cristina.

2 *explanada*: `desarrollada´. Alude al exilio de Rivas en París y Londres.

3 *Los amantes…* se estrenó el 19 de enero de 1837. A Hartzenbusch había dedicado Galdós años atrás dos artículos en *La Nación*.*+

Don Álvaro es grandioso y austero, impregnado como *Hamlet* en el zumo amarguísimo de las dudas humanas, poema turbulento y revolucionario que ataca con inspirada osadía todo nuestro sistema moral y religioso. *El trovador*, inspirado en el *Romancero*, lleva en sí todos los alientos de aquella bravura castellana, eternizada en la leyenda, enaltece las pasiones nobles y es profundamente cristiano y caballeresco.

Más semejanza tiene el drama de Hartzenbusch con este que con el del duque. *Los Amantes de Teruel* nos ofrecen la bravura caballeresca un tanto humanizada, y las pasiones actúan más dentro del sentimiento y la razón que dentro del apretado círculo de la fatalidad. Aún había de aparecer más acentuada esta tendencia realista-romántica en los dramas de Zorrilla; pero no ha sido por ahora nuestro objeto explanar la historia de aquella brillante escuela, volvemos a García Gutiérrez y al *Trovador*.

La primera obra del poeta andaluz es sin duda la más importante de cuantas compuso, por el vigor de la concepción y el relieve de los caracteres caballerescos en ella presentados. Este drama ha tenido después la suerte de ser puesto en música por el más grande de los compositores modernos, y su poesía, trasladada al lenguaje de Euterpe, ha dado mil veces la vuelta al mundo.[4] Es seguro que no habrá región alguna en nuestro planeta, desde las más heladas a las más ardientes, en la cual no hayan resonado los amorosos lamentos de los desdichados amantas de este poema. La misma música que tan familiar se nos ha hecho en nuestros teatros, parques y paseos públicos, ha traspasado todas las fronteras y todos los mares, y con ella se arrullan en sus palacios misteriosos los reyes de Siam, adormecidos por el opio. La música, como vehículo de difusión, se deja muy atrás a la imprenta y a todos los medios conocidos.

***

El estreno de *El trovador*, el primero de marzo de 1836, es una página curiosa de nuestra historia literaria. Lo obra estaba olvidada en el archivo del teatro, Grimaldi no la había comprendido, los actores no la habían leído. El infeliz autor cansado de desaires y no sabiendo cómo resolver el grave problema de la vida, había sentado plaza para formar en las filas de los improvisados ejércitos que Mendizábal organizaba contra el carlismo.[5]

Un actor cómico, el célebre Guzmán, que durante tres generaciones hizo las delicias del público de Madrid, buscaba una obra nueva para su beneficio. La Providencia quiso que cayera en sus manos *El trovador* cuyo mérito comprendió al instante. Ensayada rápidamente la obra, se representó en la citada noche, desempeñando los principales papeles Latorre y la Rodríguez, y el éxito fue tan grande y ruidoso que hasta entonces no se había visto en nuestros teatros nada semejante.

Por primera vez en aquella noche, dióse el caso de ser llamado a la escena el autor de una obra, hecho que desde entonces quedó erigido en costumbre y se ha perpetuado des-

4 Con el *lenguaje de Euterpe*, musa griega de la música, se alude a la versión operística del drama, *Il trovatore*, realizada por *el más grande de los compositores modernos*, Verdi, en 1853.

5 El presidente Mendizábal se propuso finalizar la primera guerra carlista con una movilización conocida como "la quinta de los cien mil".

pués con una puntualidad verdaderamente lamentable. El pobre poeta que había venido de Leganés a Madrid para presenciar el estreno de su drama estaba como quien ve visiones, preso de la mayor confusión y aturdimiento. Para sacarle a la escena y ofrecerle a la admiración del público, fue preciso que Ventura de la Vega le prestara su levita de miliciano. Poco después Mendizábal le daba con un abrazo la licencia absoluta, y el poco antes oscu- ro soldado se veía en la cumbre de la fama, con un porvenir brillantísimo ante sí y medios de vivir que en el precario estado de su fortuna debieron de parecerle fabulosos. La edición primera de *El trovador* se vendió en dos semanas. El drama caballeresco adquirió pronto una popularidad que ninguna otra obra, como no sea el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, ha tenido entre nosotros. Durante muchos años fue la obra de repertorio de todas las compañías buenas y malas. Era oído con entusiasmo lo mismo en los teatros de las grandes ciudades que en las improvisadas escenas de los pueblos; y allí donde la cuadrilla nómada de cómicos míseros alquilaba una bodega para dar, entre cuatro telones viejos, un par de funciones, era indispensable que estas fueran del popular *Trovador.* La representaban los aficionados de la corte en elegantes saraos, y los negros de Cuba en sus fiestas de carnaval. Jamás se vio una popularidad tan extensa ni boga tan extraordinaria. Pocos días después del estreno, publicó Larra su juicio crítico de esta célebre obra, y la opinión de aquel agudo ingenio que entonces pasaba por autorizadísimo con justo título, aseguró y como que consagró el éxito alcanzado en la noche del primero de marzo de 1836, por el joven García Gutiérrez. Aquel mismo año puso Larra fin a sus días de la manera deplorable que todos saben.[6]

***

Desde tal fecha hasta ahora, García Gutiérrez ha dado al teatro unas cincuenta obras, no todas tan afortunadas; pero hay entre ellas algunas que son de primer orden, distinguiéndose todas absolutamente por la galanura y concisa elegancia de la forma, por la versificación fácil y patética. En esto, todo lo que ha hecho García Gutiérrez es oro puro.

Venganza Catalana le dio otro glorioso triunfo, veinte y ocho años después de *El trovador*. Recuerdo haber asistido, siendo estudiante, al estreno de este drama en febrero de 1864, en el Teatro del Príncipe. También fue llamado el autor a la escena, y costó un triunfo hacerle salir. Fue la primera vez que vi su fisonomía grave y dulce. Parecía más viejo de lo que era realmente. El grueso bigote que cubría sus labios era casi blanco. Usaba gafas. Era de mediana estatura y toda su persona revelaba una condición apacible y un natural bondadoso y tímido. Aquel drama se representó más de sesenta noches seguidas; cosa no muy común hace veinte años, ni aun tratándose de grandes éxitos. Matilde Díez representaba el interesante papel de la hermana de Paleólogo[7] con pasión y ternura, y en

6 El artículo "*El trovador*, Drama caballeresco en cinco jornadas en prosa y verso" se publicó con la firma de Fígaro el 4 de marzo de 1836; Larra se suicidó el 13 de febrero de 1837. Estos errores, si son de Galdós, revelan una redacción memorística; no los cometerá cuando aluda a los mismos hechos en el episodio *La estafeta romántica* (1899).

7 El personaje Miguel Paleólogo, emperador de Bizancio, asesina a Roger de Flor y origina la venganza.

la patética escena final del tercer acto, conmovía extraordinariamente al público de todas clases. Los demás actores trabajaban con esmero y fe, sin estar a la altura de sus papeles.

En esta obra García Gutiérrez cultivaba el drama llamado *histórico,* una escuela, un desprendimiento de romanticismo. Schiller es propiamente el padre de este género, y Dumas, Delavigne y Scribe,[8] lo cultivaron con éxito en Francia. Los dramas de Víctor Hugo, aunque vestidos del disfraz histórico, pertenecen al primitivo tronco romántico, y en ellos la historia no es más que un disfraz o más bien un pretexto para agigantar las escenas y los caracteres. En *Venganza catalana* escogió nuestro poeta un asunto de lo más apropiado a este género de literatura. El suceso histórico en que funda su sencilla trama es por sí muy dramático; la acción no puede ser más sencilla y los caracteres admirables.

Pero lo que sobresale en esta obra es aquella decisión incomparable, aquella expresión patética de los afectos, aquel arte para modelar el lenguaje poético y exponer con él el pensamiento y el sentir de seres humanos reales, conservando siempre la elevación de la poesía, y no incurriendo en la murria del lirismo. Bajo éste punto de vista, *Venganza Catalana,* es una obra maestra que vivirá siempre en nuestra literatura. En su plan tiene el defecto de no ser muy luminosa la figura de Roger de Flor, que debiera destacarse en primer término en cuadro tan grande, como se destaca en la fabulosa expedición a oriente de catalanes y aragoneses. La acción es sobria y dramática, el conjunto austero, y en aquellos torrentes de poesía, hay un colorido local y de época, que si no es su misma verdad, lo parece. Por más que la crítica moderna niegue hasta la posibilidad de verdad en el drama histórico, es indudable que este y otros felicísimos ensayos en género tan difícil, nos ofrecen una idealización de hombres y sucesos que concuerda con lo que, acerca de los mismos, nos dicen descarnadamente las crónicas.

Otra de las obras más encantadoras de nuestro autor es *Un duelo a muerte.* En ella no son suyos el plan ni el drama, propiamente dicho, que pertenecen a Lessing por su *Emilia Galotti*;[9] pero es suya y tan suya la forma, que sus dudas superan en tal concepto a la creación alemana. Este arreglo, hecho con libertad, no ha privado al poeta español de mostrarse tan original como siempre. La forma nueva como que varía el sentido y el ser, digámoslo así, de los caracteres, y estos influidos por el estilo, labran a su vez profunda variación en el plan y traza de la fábula. *Un duelo a muerte* es, pues, una de las producciones más felices de García Gutiérrez y más suya de lo que a primera vista parece.

En cuanto a *Juan Lorenzo*, creo que no se ha dicho aún la última palabra sobre esta creación arrogante, drama de propaganda política según unos, la obra maestra del poeta según otros. Es muy de notar que tuvo un éxito frío en su estreno, con la particularidad de que las circunstancias políticas le eran muy favorables.[10] Sin duda faltan en su acción

8 García Gutiérrez tradujo algunas obras del prolífico dramaturgo francés Eugene Scribe, del que Galdós ofrecerá una amplia y negativa crítica en la Carta 164. También había traducido obras de Dumas hijo, alguna de tanta repercusión para el teatro español como *Don Juan de Mañara o la caída de un ángel.*

9 *Emilia Galotti* (1772) es el libro que el protagonista del romántico Goethe en *El joven Werther* (1774) tiene abierto encima de la mesa en el momento de su suicidio.

10 Estrenada en diciembre de 1865, en plena desintegración del régimen isabelino, se centra en la rebelión de las germanías contra la nobleza en 1519.

resortes de los que fácil y enérgicamente mueven el ánimo de la muchedumbre; pero sus caracteres están bien trazados, y la idea que informa la obra es de las más felices que se han llevado al teatro. Por muchos conceptos nos parece este drama superior a *Doña Urra-ca de Castilla,* representado hace unos diez años con ruidosísimo éxito, y esto depende sin duda de que en *Doña Urraca* supo el poeta mover afectos de un orden más asimilable y comprensible que las pasiones políticas que forman la trama de su *Juan Lorenzo.*

Diferentes veces probó fortuna el poeta romántico en el terreno de la comedia; más con escasa fortuna. Sus obras ligeras se salvan por la dicción y la poesía que son siemprede la mejor ley. *Crisálida y mariposa*, *El grano de arena, La Criolla* y otras obras del propiogénero han vivido en la escena por el encanto que les prestaba la forma, por la versifi- cación pura y sentida que les daba como una vida artificial y galvánica.[11] En los asuntos de costumbres, el alumno de Schiller obligado a rastrear el suelo, es como el ave que seve obligada a hacer un camino andando. La realidad estorba mucho al poeta romántico.Sin darse cuenta de ello tiende a idealizar demasiado los caracteres. La traza de la fábulaes inocente, y la moral que de ella se desprende inocentísima. Creeríase que al ingenio amamantado en las fuentes caballerescas le está vedado el conocer las malicias contem- poráneas, aun aquellas que son más patentes a los ojos de todo el mundo.

Hay, no obstante, en estas obras una delicadeza encantadora, un sentimiento vivo, que subyugan al público, haciéndole partícipe de la honradez suprema del poeta, de aquel don de su espíritu, mediante el cual ve brillantemente las cosas del mundo, aun que casi nunca las ve como en realidad son. Disimular el engaño es en poesía y literatura facultad concedida a muy pocos.

***

Este trabajador incansable durante cincuenta años, este artista eminente ha necesitado, para poder vivir desahogadamente, buscar fuera del teatro ocupaciones de las que no dan glorias, pues si la dieran por el mismo hecho de darla, no darían provecho. La imposi-bilidad de que un escritor ilustre viva de la pluma, fenómeno español y antiquísimo, hizo a García Gutiérrez cónsul. Muchísimos de nuestros poetas han sido cónsules, lo que parece indicar que las musas no ven con malos ojos el progreso de las relaciones comerciales.

También fue García Gutiérrez comisario de la Deuda Española en Londres, destino cuya compatibilidad con la poesía es tan recóndita que se podría ofrecer un buen premio al que la encontrara. ¿Pero quién se maravilla de estos absurdos, aquí donde vimos a otro insigne poeta dirigiendo el Observatorio Astronómico? Después de haber visto a un canó-nigo organizando la caballería del Pretendiente, nada debe llamarnos la atención, ni aun cuando vemos a un afamado crítico al frente del ramo de Contribuciones, o a un lírico de primer orden dirigiendo los Registros de la Propiedad, o a un pintor insigne ordenando los pagos de la Marina.[12] Pero los empleos públicos son aún el refugio de los artistas, y como

11 'eléctrica´.

12 Es probable que aluda a los siguientes personajes: Gabriel Ciscar y Ciscar (1760-1829), marino y matemá-tico que trabajó en el Observatorio Astronómico, autor del *Poema físico-astronómico* (1828); Jerónimo Merino

consecuencia de tales hechos, es muy difícil discernir quién pierde más con esto, si la Administración o el Arte. Ambos, e justo es declararlo, están de capa caída. Épocas hubo en que al entrar en el ministerio de Ultramar, creeríais entrar en el propio Parnaso: tal número de poetas había en aquellas olímpicas oficinas.

Volviendo a García Gutiérrez, diré que después de haber sido cónsul y empleado de Hacienda, vino a parar en arqueólogo. También la ciencia de las antigüedades ha sido amparo de muchos poetas. Aguilera[13] fue director del Museo Arqueológico hasta 1872, en que le sucedió García Gutiérrez, quedando el primero de segundo jefe. El autor del *Trovador* no pasó por aquella importante dependencia del Estado sin dejar provechosas huellas de su paso. A él se deben importantes adquisiciones, la compra de la colección de Salamanca y otras mejoras. Veneremos estas oficinas que son asilo de nuestros desheredados poetas, y en las cuales hallan medios de conllevar las cargas de la vida, cultivando el arte y a veces poniendo un entendimiento sólido al servicio de la Administración. Más de una vez se ha dado entre nosotros el caso de que un versificador ha organizado servicios oficiales con una energía y una inteligencia que jamás se vieron en hombres nacidos y criados entre los expedientes. El día en que hubiera en nuestras oficinas una expulsión general de poetas, quizás padecería grandes trastornos la Administración española. Y reconociendo que esta podría ser mucho mejor de lo que es, no podemos menos de declarar que será bastante peor el día en que se nos vuelva enteramente prosaica. Mal administra la imaginación; pero entre ella y la estéril rutina debe ser preferida la calamidad menor.

***

Tan enemigo era García Gutiérrez del aparato y de la exhibición, que le asustaban hasta las ovaciones de ultratumba con su solemne tristeza, y sin duda temía que aún en el silenció de la muerte habrían de turbarle las expresiones cariñosas del duelo nacional. Dejó escritas minuciosas disposiciones referentes a su entierro, que deseaba fuese tan modesto como habían sido los actos todos de su vida. Ordenaba que se le sepultase en la fosa común y que ninguna persona fuese avisada de su muerte. Tales deseos, producto de un alma que había llegado a amar ardientemente la oscuridad como el mayor de los bienes, no han podido cumplirse. Bien a su pesar, el cuerpo frío del insigne poeta ha tenido que salir a la escena y presentarse a la vista del público, del mismo modo que el poeta vivo se veía obligado a exhibiciones molestas, y a soportar trémulo y ruboroso las miradas de la muchedumbre, inflamadas por el entusiasmo. El entierro ha sido, pues, una manifestación cariñosa, triste como despedida de un ingenio preclaro, con cuyas obras se envanece justamente la patria. Rodeado de amigos, de artistas y escritores, de los actores más celebrados y de lo más selecto de las aspiraciones literarias y académicas, desfiló el

(1769-1844), más conocido como "el cura Merino", que sirvió a don Carlos durante la primera guerra carlista; Joaquín José Cervino (1817-1883), autor romántico que trabajó en el Registro de la Propiedad, y el pintor Francisco Lameyer (1825-1877) que perteneció al Cuerpo administrativo de la Armada. No se ha encontrado al *afamado crítico* de Contribuciones.*

13 Ventura Ruiz de Aguilera, a quien Galdós había dedicado varios artículos en *La Nación*.*

fúnebre cortejo por las calles de Madrid, sin tumulto y con severa pompa. Descanse en paz el insigne poeta, el cristiano e intachable caballero.

***

La patética solemnidad del entierro del poeta nos lleva, como por la mano, a ocuparnos de las ruidosas exequias del cardenal Moreno,[14] arzobispo de Toledo, primado de las Españas, que falleció repentinamente días ha. Mayor pompa, más concurrencia de personalidades oficiales, más variedad y abundancia de uniformes y libreas no es posible que se reúnan en un acto de esta clase, así como no es fácil que difunto alguno sea objeto de mayor número de sufragios religiosos. Durante los tres días que el cadáver de su eminencia ha estado expuesto en la capilla ardiente del palacio arzobispal, el clero de las catorce parroquias de Madrid no ha cesado de cantar responsos, ni las campanas de las cuarenta iglesias de Madrid y las ochenta de Toledo han dejado de llenar el aire con clamores de duelo. La traslación del cuerpo a Toledo ha sido pomposa, solemnísima. El convoy fúnebre ha desfilado por las calles de Madrid, rodeado de clérigos diversos, seminaristas y prelados, entre la brillante pompa de las tropas de la guarnición tendidas en la carrera. Luego, en la estación del ferrocarril, nuevos responsos, cañonazos y afluencia inmensa de personas galonadas, condecoradas o investidas de largas y vistosas capas sacerdotales. En las pequeñas estaciones del tránsito, se han repetido las manifestaciones oficiales de duelo, presentándose en el andén todo el clero local con manga-cruz;[15] y rezándose los indispensables responsos.

Por fin, en Toledo, nueva exposición del ilustre difunto en la capilla del palacio, procesión solemnísima al día siguiente, grandes exequias de cuerpo presente en la catedral, cuya gran puerta, llamada del Perdón, solo se abre para dar paso al que ya no volverá a salir de aquel augusto recinto.

Por fin, verifícase el sepelio en un hueco de aquel noble recinto; por el cual no se puede andar sin pisar las losas que guardan los cuerpos de ilustres individuos de la iglesia española… Mendoza, Albornoz, Tavera, Silíceo, Fonseca, Rada, Portocarrero, Lorenzana, Borbón, Inguanzo…[16] los papas de España yacen bajo aquellas venerables losas. Allí reposa también desde hace dos días, Moreno, el último primado. De tanta pompa oficial ¿Qué queda? Nada. Ni memoria guardarán las gentes de esta aparatosa manifestación de la etiqueta fúnebre. Solo quedará un nombre más, grabado en los fríos mármoles de la incomparable catedral de Toledo, un nombre que no dirá nada seguramente a las generaciones venideras.

Moreno dispuso que se le enterrara junto al cardenal Portocarrero, cuya losa ostenta, con sencillo laconismo, solo estas tres palabras: *Cinis, pulvis, nihil.*[17]

B. PEREZ GALDÓS.

14 Véase Carta 8.

15 *con manga-cruz*: con distintivo de ser de un rango inferior.

16 Cardenales españoles de distintos siglos que tuvieron un papel relevante como intelectuales o políticos.

17 La inscripción completa es *Hic iacet pulvis, cinis et nihil*, es decir "Aquí yace, ceniza, polvo, nada"; figuraba ya como inscripción funeraria del cardenal capuchino italiano Antonio Barberini desde 1671.

20
LP, 4/11/1884

SUMARIO: Algunas observaciones sobre la emigración en las provincias cantábricas —Sus ventajas —Carácter de los montañeses —Su aptitud comercial —Países americanos en que se reparte la emigración española —Anécdota referente a dos opulentos indianos —Beneficios que la Montaña debe a los capitales hechos en América —El cólera en España —Opiniones contradictorias —El sistema sanitario preventivo y sus inconvenientes —Discusión entre los doctores Letamendi y Olavide.

Santander, 20 de septiembre de 1884.

Señor Director:

En este pueblo comercial y laborioso, en esta zona habitada por la raza cantábrica, jamás ha tenido raíces el carlismo. La vecindad del País Vasco, dónde aquella aborrecida idea tiene su principal asiento, no ha sido parte a alterar en ningún tiempo la condición apacible y liberal de los cántabros.

Esta región y las que le siguen por occidente a lo largo de la costa, es decir, Asturias y Galicia, son las más pacíficas de la península, las más sufridas y también las más disciplinadas, administrativamente hablando. En casi todas las provincias que se extienden desde los límites de Vizcaya hasta el Miño dominan sus ideas liberales; las contribuciones se pagan con la mayor puntualidad posible, lo mismo en sangre que en dinero, y las algaradas revolucionarias son insignificantes o nulas. La historia política en esta región es poco abundante en emociones, y nuestros gobernantes no tendrían tantos quebraderos de cabeza sino hubiera en España más que montañeses, asturianos y gallegos, porque seguramente viviríamos entonces en el mejor de los mundos posibles. Importantes industrias dan vida a las poblaciones de toda esta costa, aunque aún no se ha llegado a un grado de potente desarrollo, el camino está abierto para ello. La agricultura es pobre, pero la ganadería da buenos rendimientos; el comercio toma de día en día mayor vuelo y la minería no le va en zaga. La cultura general está más extendida que en ninguna otra región de España, y la instrucción popular es aquí una realidad. Pero lo característico de estas provincias es la virtud prolífica de su raza, la extraordinaria fecundidad de las mujeres, el progresivo aumento de la población. Esta crece de tal modo que no pudiendo sostenerse en el estrecho suelo en que ha nacido, se derrama fuera de él, se esparce y va a buscar medios de vida en países lejanos, determinando esas corrientes de emigración que tanto han dado que hablar y de las cuales, quiero yo decir también alguna palabra.

Generalmente se habla mal de las emigraciones. El patriotismo local ha agotado en contra de ellas todo el vocabulario de los términos ampulosos y lacrimatorios. Yo creo que las emigraciones son convenientes y que no debemos quejarnos de que nos toque una parte tan considerable en las pérdidas de población que anualmente sufre Europa. Pues si estas corrientes no fueran a crear riqueza en regiones apartadas, ¿de qué vivirían el comercio y la industria europeos? El movimiento de emigraciones es tan antiguo como la historia, y con él se enlazan maravillosamente los más grandes progresos de la humanidad.

Concretándonos a nuestras poblaciones cantábricas que son las que dan más contingente a las repúblicas americanas, vemos que gran parte de la prosperidad y del bienestar que hoy gozan estas nuestras provincias se debe al retorno de capitales.

Porque en esta emigración cantábrica hay que notar un fenómeno que suministra argumentos para su defensa. El emigrante montañés, asturiano o gallego conserva siempre un vivísimo amor a su país, y durante su vida de fatigas se alienta la esperanza y el deseo de volver a él y establecerse en su villa o aldea natal. Muchos realizan este deseo y así vemos por todas partes, desde aquí al Miño, irrevocables testimonios de que se ha realizado bien. Innumerables son las casas de campo que en todo este país declaran la repatriación de las personas y la introducción de grandes y pequeños capitales. Multitud de negocios, multitud de industrias, se sostienen con dinero de indianos y en las poblaciones del litoral hay buen número de estos señores que hacen vida cómoda y patriarcal, algunos trabajando hasta la vejez.

Es curioso observar los distintos países a que con preferencia se dirigen las corrientes de emigración cantábrica. Los montañeses tienen especial querencia por Cuba y Méjico. En esta república es tal el número de montañeses, que las principales casas comerciales de la capital y de Veracruz, Tampico, Matamoros y Mazatlán son santanderinas, y es raro allí el capital que no tiene su origen en el trabajo de un hijo de esta provincia. Los asturianos se reparten entre las Antillas y las repúblicas hispanoamericanas. Los gallegos van de preferencia al Uruguay y a Buenos Aires, y los vizcaínos parece que tienen especial cariño a Chile y el Perú. No es de nuestra incumbencia hablar de los beneficios que estos diferentes países pueden recabar de las remesas de seres humanos que les hacemos anualmente. Tan solo nos corresponde juzgar las emigraciones desde el punto de vista puramente español, y señalar el fenómeno extraño de que las provincias cantábricas, que son las más señaladas por la cuantía de las exportaciones de hombres, son al mismo tiempo las que tienen una población más densa. Pontevedra, que ocupa lugar preferente en nuestra estadística demográfica, está tan poblada como las regiones más ricas de Bélgica. Si la verdadera riqueza de un país consiste en su población, fuerza es confesar que las emigraciones no dañan de un modo ostensible el capital de vida humana que han creado allí la fecundidad de la raza, lo apacible del clima, y la fertilidad del suelo.

Quisiera hacer un estudio de las cualidades y condiciones especiales de cada uno de estos cuatro tipos de emigrantes, a saber: el montañés, el asturiano, el vizcaíno y el gallego; pero me falta para ello un conocimiento exacto de las localidades y de los caracteres. Al montañés le conozco medianamente y a este me concretaré por ahora. Presumo que las diferencias entre este tipo y el de los vecinos no son muy grandes, y que lo que de él se diga, sugerido por la observación, puede aplicarse a los demás sin ofender a la verdad.

El montañés es poco afecto a la agricultura y al trabajo sedentario. Su genio es el comercio y su pasión los cambios. En todos tiempos ha mostrado su espíritu aventurero, aplicándose a las arriesgadas excursiones de nuestros primeros navegantes. Ha sido guerrero, en tanto que la guerra se presentaba como exploración de comarcas propicias al comercio. Ha sido también gran marino, por cuanto ninguna otra vía parecía, como la del

océano, apropiada a la satisfacción de su anhelo. Difícil será señalar una región, donde la lengua española se hable, en la cual no hayan existido siempre montañeses dedicados al comercio. En España misma, rara es la localidad donde el montañés no ha plantado su tienda, y hay comarcas, como Andalucía, donde todo el pequeño tráfico está en sus manos. Según la índole de cada uno, así se dedican a las grandes empresas o a las pequeñas pero es justo reconocer que los primeros capitales del país se han condensado en la firma de algún montañés ilustre. Casi todos los que aquí han labrado grandes fortunas, han traído de América la base de ellas. Otros la traen redonda y completa de allá. Son muy pocos los que vuelven con las manos vacías. El que tal hace es la deshonra de la raza.

En esta ciudad en que escribo abundan de un modo considerable los buenos capitales labrados en América y aumentados después aquí. Los hay de distinta importancia, algunos muy grandes, muchos que podrían clasificarse en la *aurea mediocritas*, como producto de una ambición limitada y hasta cierto punto filosófica. En el resto de la provincia abundan del mismo modo. Todo el país está sembrado de fortunitas sanas, que se manifiestan claramente en hermosas y cómodas casas de un aspecto particular. Los habitantes de ellas proceden de las diferentes clases sociales, pues aquí no hay ninguna que exclusivamente dé su contingente a la emigración. En las clases más pobres, así como entre los señores o infanzones, rara es la familia que no tiene su indiano. Recorred todas las casas viejas y nuevas del país, y no hallareis una en que no se os hable del hermano, del tío o del hijo que está en América. Ha llegado a ser la emigración como una función social, una necesidad doméstica. Cuando en alguna vivienda no se habla del hijo o del hermano expatriados, es que ha vuelto ya, y anda por aquí disfrutando tranquilamente del fruto de su trabajo.

Pero acontece que aquellos que han llegado a los más altos escalones de la fortuna, atesorando riquezas en ese grado que causa vértigos, proceden de la clase más humilde. Los grandes capitalistas del último tercio de siglo han tenido una niñez bien triste.

Uno de ellos, muerto hace poco en la plenitud del bienestar y de los honores, propietario, naviero, industrial, senador y no recuerdo bien si marqués, contaba con mucha gracia que la primera moneda de plata que tuvo en su vida la recogió del suelo con los dedos del pie. De este modo significaba que el calzado fue para él un lujo desconocido en aquella tierna edad.

Comillas, Castro Urdiales, Laredo, pueblos de esta provincia, son residencia de opulentos indianos, siendo la primera de estas villas, la más caracterizada por la extraordinaria riqueza de los que han venido a ser sus señores. Comillas ostenta palacios en los cuales han tenido albergue los reyes y todo el personal de la Corte.[1] Allí se han dado fiestas de una suntuosidad verdaderamente regia, en las cuales los refinamientos del gusto y los derroches de la riqueza han llegado al extremo.

Aquí viene como de molde una anécdota que oí referir el año pasado y reproduciré en confirmación de lo que antes he dicho.

Uno de los señores avecindados en esta alegre y venturosa villa de Comillas, hombre opulentísimo, generoso y afable, y que además posee una cultura nada común, padre de numerosa familia, bienquisto en el país, que le debe no pocos beneficios, adquirió no ha

1 Alfonso XII y, años después, Alfonso XIII, pasaron en Comillas parte de sus veraneos.

mucho una casa situada a media legua de la villa. Era lo que aquí se llama vulgarmente una casona, o sea palacio infanzón, solar de la nobleza del país, edificio que un tiempo fue morada de señores de abolengo y que después, con el transcurso de los años y las mudanzas sociales, vino a gran decadencia, precursora de la ruina total.

Desde que el opulento indiano de nuestro cuento (que no es cuento) regresó de Méjico, manifestó deseos de adquirir aquella casa; pero no pudo satisfacerlos porque los poseedores de ella no querían venderla a ningún precio. Pasaron años y más años sin que en ninguno de ellos dejase el tal de renovar sus proposiciones de compra, poniendo en práctica cuantos medios le sugería su astucia para vencer la resistencia del propietario de la finca. Por fin, la casa fue a poder de personas que creyeron buen negocio el deshacerse de ella, y, apenas indicado este deseo, el rico indiano se apresuró a celebrar la escritura y a entrar en posesión de la codiciada casona.

Cuentan los que le vieron que en ningún tiempo se había mostrado nuestro hombre tan expansivo, tan satisfecho como en la ocasión memorable de tomar las llaves de la casa y considerarse absoluto dueño y señor de aquellas piedras venerables, que no tardarían en caerse si la mano cariñosa del nuevo propietario no se apresurara a dar vida nueva al edificio con una inteligente restauración.

Antes de poner manos a la obra, el señor quiso celebrar su negocio con una gran fiesta. Hechas las obras provisionales para poder recibir en la casa a los convidados, invitó a lo más granado de la villa. Todos los hijos del propietario estaban presentes, y también sus nietos que eran, según creo, en número considerable; también tomaba parte en la dichosa fiesta otro indiano de Comillas amigo íntimo del anfitrión, pero mucho más rico que él y que todos los indianos habidos y por haber: un hombre cuya firma iba unida a considerables empresas marítimas y terrestres; el más afortunado y quizás el más hábil y atrevido de los negociantes españoles contemporáneos, hombre en fin, que ha disfrutado en vida de los más grandes honores sociales, y que a poco de morir ha tenido el extremado homenaje de una estatua.[2] Hubo en la casona gran comida, y cuando llegó la ocasión del champagne, el feliz propietario hizo levantar de la mesa a toda la concurrencia, y a todos, hijos, nietos, amigos, los llevó a la cocina. Es esta una destartalada pieza, que no tiene interés alguno arquitectónico, pero alguna clase de interés muy hondo debía tener para el señor de ella cuando de modo tan solemne reunía en la innoble pieza a sus convidados, ¿y para qué? Ahora lo veremos.

"Esta casa —les dijo, entre jovial y conmovido—, tiene para mí el interés inmenso de los recuerdos de la infancia. Cuando yo era muchacho, venía todos los días, descalzo desde la plaza a traer el pescado a esta casa. Tal comisión fue mi primer jornal durante más de dos años… ¿Veis el poyo que hay en aquel rincón?: Allí me sentaba yo a descansar de la fatiga del largo paseo a pie a escape por tan mal camino, sin zapatos para el fango ni paraguas para la lluvia. Y los señores de esta casa eran tan buenos que todos los días me daban de comer, en aquel mismo sitio. La cocinera me alargaba el plato y yo lo ponía sobre mis rodillas. Excuso decir que despachaba su contenido con un apetito voraz, que después no he vuelto a tener en mi vida.

2 Se refiere a Antonio López y López, marqués de Comillas.

—Bien me acuerdo de todo eso —dijo uno de los presentes—, rompiendo el silencio general con que las palabras del dueño de la casa eran oídas. Los más de los días le acompañaba yo. Solo que me daba vergüenza subir, y quedábame en el portal esperándole. Por esto rarísima vez participé de la comida. Cuando nos volvíamos solos, charlando y riendo hacia Comillas, dábamos rienda suelta a la imaginación, y considerando que aquella vida no era la más halagüeña para nosotros, hacíamos nuestros planes de emigración a América para trabajar, reunir dinero, volver ricos a nuestro pueblo… y comprar la casona".

El que esto dijo, poniendo tan agudo e interesante comentario a la revelación del rico indiano no era otro que el opulentísimo capitalista de quien hablé antes, el hombre de extraordinario genio comercial que ha tenido entre otros privilegios el de que se le haya erigido una estatua poco después de su muerte, hombre que llegó a las vertiginosas alturas del poder financiero después de una vida consagrada al trabajo constante en diferentes empresas, y que dejó a sus hijos la enorme herencia de cuarenta millones de pesos, cifra hasta el presente no alcanzada por nadie en nuestro país.

He referido esta anécdota para demostrar el humilde origen de muchos que han ve- nido a ser orgullo y sostén de estas humildes villas montañesas, y para que se vea que generalmente no se avergüenzan ellos de su humilde nacimiento.

Al mismo tiempo, debo hacer constar que en esta provincia se ven a cada paso muestras muy prácticas del cariño que a su país conservan los montañeses ricos establecidos en lejanos países. Hay aquí muchas carreteras construidas con dinero de americanos. Rara es aquí la iglesia que no ostenta algo debido a la piadosa munificencia de estos señores, y algunos han dotado de escuelas al pobre vecindario de sus aldeas. Pero donde más se echa de ver la influencia notable del dinero de ultramar es en el caserío de las poblaciones. Bajo este punto de vista las villas cantábricas tienen mucho que admirar, y ofrecen un aspecto hospitalario y alegre que en vano buscaríais en otras comarcas de la península.

***

Mis propósitos de ser extenso en la descripción de este interesante país se ven contrariados por la necesidad de ocuparme de asuntos graves que en Madrid ocurren, y que atraen la opinión pública extremadamente, hasta el punto de que no es posible darles de lado.

Tengo que apartar los ojos, pues, de este apacible retiro marítimo, y volverlos hacia su capital, donde se fraguan los acontecimientos y las noticias en medio del fragor de las luchas políticas.

La aparición del cólera en España ha tenido lugar en condiciones verdaderamente anormales y no porque sus estragos hayan sido grandes, sino por la participación que en este suceso ha querido tomar la política, usurpando su puesto a la higiene. Más de un mes hace que los primeros casos aparecieron en la provincia de Alicante, y aún se está discutiendo en la prensa con exagerado calor si la enfermedad llamada sospechosa es cólera o es simplemente una manifestación palúdica con síntomas coleriformes. Los que sostienen esto,

quieren con tal opinión mortificar al ministro de la Gobernación,[3] y los del bando contrario defienden contra viento y marea al ministro y su sistema de cordones y lazaretos, que nos han traído lo que ya es designado popularmente con el nombre de cantonalismo sanitario.

Pocas veces hemos visto en la prensa un recrudecimiento tal de pasiones y un empleo tan desconsiderado de picantes adjetivos. De esta cuestión resulta que el terrible morbo asiático es enteramente ministerial, pues los casos que ocurren favorecen las teorías sanitarias de la Gobernación, dan razón a las medidas dictadas en aquel centro y refuerzan *ipso facto* los argumentos de la prensa afecta al partido conservador. En cambio el paludismo es enteramente oposicionista, lo mismo que la benignidad de la epidemia, pues desde que los síntomas remiten y el mal parece aplacarse, cobran ánimo las oposiciones, se amilanan los ministeriales, y todo parece conjurarse contra la teoría de los cordones y lazaretos, teoría aplicada por el gobierno con un rigor que jamás se ha visto en asuntos de otra índole. Todo esto sería ridículo si no fuera altamente deplorable

El ministro de la Gobernación, hombre de temperamento vivo, de una actividad que sería muy útil aplicada a los más asiduos problemas de la administración, inteligencia voluble, muy amigo de sus amigos, y muy enemigo de los que no le quieren bien, se propuso entablar una campaña contra el cólera. Avezado en las campañas electorales, hizo de la higiene una bandera política, y afiliándose a la escuela contagionista, planteó el sistema preventivo y preservativo con un lujo de detalles que causa maravilla.

Para esto han salido a relucir enjambres de médicos, con empleo oficial, investidos de diferentes poderes, los unos para inspeccionar, los otros para dar informes; éstos para establecer aislamientos, aquellos para organizar hospitales y lazaretos. Ha resultado de aquí una confusión espantosa lo mismo en prácticas que en teorías. Tanto y tanto médico no podía menos de traer una avalancha de diagnósticos contradictorios y los mayores líos y compromisos en que jamás se ha visto metida la ciencia de Hipócrates. Ha resultado un barullo espantoso, y por ende, una receptividad morbosa muy caracterizada en el cuerpo del país, de modo que si el cólera se propagara hallaría grandes elementos en la confusión, en el pánico, en el azoramiento general. El gobierno patrocinando el aislamiento ha hecho una campaña fructífera en favor del egoísmo, y sus efectos se conocerían bien pronto en las ciudades y en las personas, si la epidemia llegase, por desgracia, a tomar incremento. Establecidos los cordones en la frontera, no hay motivo para que no se establezcan de provincia a provincia. El egoísmo nacional sirve de maestro al egoísmo local. Apurado el sistema, las ciudades cierran sus puertas incomunicándose con sus vecinas. Siguen este ejemplo las aldeas, y por último cada calle es un cantón.

Por esto hemos visto que los pueblos se amartillaban como en tiempo de invasión extranjera, recibiendo a tiros a los que querían penetrar en su recinto; hemos visto los trenes detenidos, los viajeros molestados y vejados, después de sometidos a todos los tormentos de la inquisición sanitaria; hemos visto escenas lamentables, quemas de equipajes, rociadas mortíferas con ácido nítrico, y encima de todo esto, la suspensión general del tráfico por mar y por tierra, la ruina de infinitos negociantes, el trastorno de toda la vida comer-

3 En la fecha, Raimundo Fernández Villaverde.

cial, intelectual y aún jurídica de la nación. Si esto pasa con el simple anuncio de la epidemia, solo caracterizada por rarísimos casos no bien definidos aún por los médicos, ¿qué pasara si el cólera entra con empuje, y se extiende como sabe y puede hacerlo?

Convengamos en que no es de la incumbencia de los gobiernos hacer el papel de Providencia más que dentro de ciertos límites muy prudentes, pues cuando se quiere penetrar desde la mesa de una oficina en los inescrutables arcanos que envuelven nuestra vida, resultan barullos como el que lamentamos ahora. ¡La acción gubernamental alcanzando a detener la marcha de una epidemia cuyos caracteres patológicos no son bien conocidos aún por la ciencia! Cosa más chusca no se ha visto ni verá. ¡Un ministro cerrando el paso al invisible, indescifrable, incomprensible y misteriosísimo microbio del cólera! ¿Y por qué medio?… ¡Por la Guardia Civil! Como si el cólera fuera una cuadrilla de ladrones o una partida de revolucionarios.

Esto me lleva como por la mano a la interesantísima discusión sostenida entre dos eminencias médicas, el doctor Letamendi y el doctor Olavide. El primero sostenía que, según el resultado de sus experimentos, el microbio no era atacado ni menos destruido por ninguno de los reactivos que se conocen. Esto era echar por tierra la teoría de los desinfectantes. Pero el doctor Olavide ha sostenido la opinión contraria con la gran autoridad que le da su experiencia.

Ambos doctores se han desafiado a microscopio en el campo fecundísimo y muy vasto de sus respectivos laboratorios. Las sesiones a las cuales han asistido muchos doctores y algunos curiosos, han despertado grande interés, demostrando, más que otra cosa, la oscuridad que envuelven aún los fenómenos biológicos. Pero como esto es largo y merece capítulo aparte, quédese íntegro para la próxima carta.

B. PÉREZ GALDÓS

21
LP, 25/11/1884

SUMARIO: El doctor Letamendi —Sus experimentos en los bactericidas —Inutilidad de la desinfección curativa y de la preservativa —Ineficacia de los reactivos más enérgicos —Los microbios son vegetales —Dificultad de su destrucción —La cremación es el único desinfectante —Dudas que surgen de estos experimentos —Errores a que está expuesta la observación —El doctor Olavide —Sus experimentos bactericidas con el azafrán —Éxito de ellos —Duelo científico —Certamen de experimentos del cual surgen nuevas dudas y confusiones.

Santander, 8 de octubre de 1884.

Señor Director:

El doctor Letamendi, profesor de nuestro Colegio de Medicina de San Carlos,[1] es un sabio de mucho ingenio, hombre dotado de múltiples aptitudes y que abrillanta su saber

1 Facultad de Medicina de Madrid en la época.

inmenso con los resplandores de una imaginación viva. Todos reconocen en él un teórico de primer orden. Sus lecciones son el encanto de la juventud escolar, porque posee un don de amenidad que es muy raro en las inteligencias que se ejercitan en ahondar los problemas científicos. Es catedrático de Patología General, y Dios sabe cuán selecta ha de ser la inteligencia que acierta exponer esta ciencia deshojándola de su natural aridez y haciéndola simpática y amable a la juventud. Posee Letamendi, además, fácil y elegante palabra y el arte de exponer en un grado de perfección tal que sería imposible hallar quien le supere, y seguramente serán pocos los que le igualen. Por último sabe sacar del pedernal de la ciencia, con mano poderosa, chispas de poesía, y establecer admirables síntesis de esas que acusan, en la inteligencia que las produce, o bien la existencia del *Deus in nobis*,[2] o bien un trato frecuente con las creaciones del arte. Y en efecto, Letamendi es artista, mejor será decir poeta en el sentido vasto y amplio de esta palabra, desvirtuada por su rutinaria aplicación a los individuos que hacen versos, es también músico y, por fin, no hay ramo del arte a que no llegue más o menos su famosa erudición. Conversando encanta porque es ligero y profundo a la vez, paradójico y exacto, ameno e instructivo, médico y filósofo, hombre de mundo, poeta, estudiante curioso y maestro infatigable.

Pues bien: en los días en que más viva estaba entre nosotros la preocupación del có- lera y de los cordones sanitarios apareció en la prensa una larga y erudita carta del sabio profesor de San Carlos, exponiendo el resultado de sus experimentos sobre los microbios,resultado bien desconsolador, ciertamente, para la humanidad, pues de él se desprendeque los bacteridios que producen nuestras enfermedades resisten a todos los medios de destrucción conocidos, o lo que es lo mismo que la teoría de las infecciones es falsa, y que esos organismos microscópicos que tantos daños nos causan resisten perfectamente los medios destructores que contra ellos emplea la química.

Letamendi ha hecho sus experimentos en el *bacterius termo,* el *diplococus cadavericus,* el *vacteridio carbuncoso,* el *diplococus* de los puercos, el *bacillus phimatógenus* o de la tisis, y el *bacterium uveo*:[3] individuos todos que en mayor o menor grado viven en nuestra intimidad, a veces dentro de nuestro organismo, seres que instantáneamente se reproducen por miliares de millones y que seguramente acompañarán a la humanidad mientras exista y vivirán en el seno de la vida orgánica, hasta que toda ella expire en brazos del tiempo.

Digamos, antes de seguir adelante, que no todos los microbios son dañinos. Con estos seres, que ahora están dando tanto que hablar, pasan como con los ángeles, es decir, que los hay buenos y malos, unos criados para ofendernos y llevarnos a nuestra perdición, otros para apartar de nosotros mil peligros, velar por nuestra salud y purgarnos de influencias nocivas y pecaminosas En todos los líquidos de nuestro cuerpo nadan, haciendo

2 'Dios está en nosotros'. La frase aparece ya en *El licenciado Vidriera* de Cervantes.

3 El *bacterius termo* es una bacteria termófila que se desarrolla a temperaturas superiores a los cuarenta y cinco grados. El *diplococus cadavericus* es una bacteria anaeróbica. *El vacterido carbuncoso* o *diplodocus de los puercos* no sufre daño con los sulfatos cianuros. El *bacillus phimatógenus o de la tisis* es conocido como ´bacilo de Koch´. El *bacterium uveo* agrupa algunas variedades de meningitis bacteriana.

graciosas curvas, infinitos seres de esta clase cuya misión es perseguir las sustancias nocivas que pudieran inficionar dichos líquidos. Hacen papel semejante al de los gorriones limpiando los campos de la destructora oruga. Si estos tales microbios, a quienes desde luego daremos el nombre de amigos perecieran, moriríamos instantáneamente. Ellos son nuestros defensores de la misteriosa lucha entablada en las profundidades de lo infinitamente pequeño. Nuestro cuerpo es su campo; ellos nos lo defienden, al paso que realizan las condiciones de su vida.

Pero, volvamos al laboratorio del doctor Letamendi donde aguardan, preparados para la observación, un verdadero rebaño de diferentes tipos de microbios.

Es impropio el término *rebaño,* pues, parece resuelto ya por la ciencia que las bacterias no son animales sino vegetales bien definidos, plantas elementales dotadas de movimiento y pertenecientes a la familia segunda del orden primero de las algas, las cuales forman a su vez la clase segunda de las *thallophytas.*

La primera arma con que Letamendi ataca a estos organismos es el ácido *fénico*,[4] desinfectante, que, según él, ha venido a ser una religión, por el fervor con que algunos lo usan y la fe que se tiene en sus resultados. Los microbios o bacterias no parecen afectados por la presencia del *fenol* en el medio en que viven; antes bien, creeríase que lo recibían con cierto alborozo a juzgar por la rapidez y continuidad de sus movimientos.

Diferentes soluciones del mismo *fenol* dan el mismo resultado. Después se les ataca con el *timol,* el ácido *salicílico*, el alcohol alcanforado,[5] la cal, y nada: los microbios continúan vivos y más ágiles que nunca.

Pero el hombre, soberano de la creación, dispone de medios poderosos para destruir a los seres inferiores, y auxiliado de la química va a ensayar contra ellos reactivos y soluciones que sembrarán el exterminio de las zonas habitadas por esta insolente *familia menuda* que por un momento se ha burlado de la supremacía del hombre sobre todo lo creado. Contra las bacterias prepara Letamendi la lejía de sosa cáustica y vanilla, el ácido pirogálico, el amoniaco, el sulfhidrato amónico puro, el sulfato ferroso[6] al treinta por cien, sustancias que para el organismo humano serían mortales de necesidad. Manos a la obra, o hablando en términos más guerreros, ¡Santiago y a ellos!

¡Desilusión! Los microbios no sufren nada con estos ingredientes mortíferos, y no parecen afectados en lo más mínimo. Ni se altera su existencia ni aun disminuye la alegría de que están poseídos, alegría que es el mejor síntoma de una excelente salud y que se manifiesta en incesantes ondulaciones y movimientos natatorios. ¡Misterios de lo infinitamente pequeño!

4 Forma habitual de denominar al fenol en los siglos XVIII y XIX.

5 El *timol* se caracteriza por su poder desinfectante y fungicida. El *ácido salicílico*, componente principal de la corteza del sauce, sirve como materia prima para la obtención del ácido acetilsalicílico, comercialmente conocido como "aspirina". El *alcohol alcanforado* se utiliza como desinfectante y estimulante

6 La *vanilla* es una planta orquídea de la que se extrae la vainilla, utilizada como estimulante. El *ácido pirogálico* es un poderoso antiséptico por su afinidad con el oxígeno. El *sulfhidrato amónico puro* es un compuesto que se prepara en forma cristalizada, saturando con hidrógeno sulfurado una disolución alcohólica de amoníaco. El *sulfato ferroso*, es un compuesto químico también llamado vitriolo verde.

Estas sustancias que destruyen los tejidos de los seres superiores y acaban irremisiblemente la vida, son *agua de rosas* para estos pequeñísimos individuos, de guerra continua; el sabio micrófago inventa y prepara nuevos reactivos, y los aplica; observa con ansiedad el campo del microscopio esperando por momentos ver algún enemigo derecho y sus ágiles cuerpos inmovilizados ya por la muerte. Pero, ni por esas. El sulfato de cobre, la esencia de trementina pura, el cloruro mercúrico o sea *sublimado corrosivo*,[7] los deja en elmismo estado, es decir, *vivitos y coleando.*

El doctor hace constar que algunos de estos reactivos lejos de matarlos, les excitan más, produciendo en ellos un estado que no sería aventurado comparar al estado de embriaguez expansiva en los organismos superiores. Quiere decir que con las más mortíferas sustancias, esos señores microbios lo que hacen es achisparse y ponerse locos de contento. De modo que echarles *sublimado corrosivo* es para ellos como si les convidaran a champagne.

Siguen luego, los experimentos con *ácido bórico* y con el *ácido pícrico* y con el *cianuro potásico*.[8] El resultado es el mismo. No mueren los malditos, y por el contrario se muestran satisfechos más ágiles y con más ganas de divertirse, de comer *y* de multiplicarse.

Cada experimento es una nueva orgía para los tales. Lo que desean es que les echen nuevas sustancias para embriagarse más y hacer chacota de las alquímicas humanas que en este caso van resultando tan ineficaces como la espada de Bernardo.[9] El picro-cianuro potásico, el picrato de amoniaco puro, el permanganato de potasa y el ácido arsenioso[10] producen el mismo resultado. Muchas de las soluciones indicadas son según dice el mismo Letamendi, *horrendamente mortíferas.* Pues ellos tan frescos… por último, se hace el experimento con *agua regia* o sea ácido súdrico y cloridrios[11] por partes iguales, el líquido más conocido y destructor que se conoce, pues lo mismo ataca el oro y el platino que los tejidos orgánicos.

¡Inconcebible tenacidad de la vida de aquellos condenados seres microscópicos! ¡A los quince días de estar bañados en agua regia, continúan no solo vivos sino disfrutando de una excelente salud, consagrados a las ocupaciones habituales cual si se hallaran en su más adecuado elemento, nadando, ondulando, moviéndose sin cesar y aumentando considerablemente la familia, esa familia por demás venturosa, pues por nadie ni con nada puede ser destruida. Resueltamente el microbio tan pequeñito, tan misterioso, tan indefinido, planta, animal o lo que sea, puede decir: "Solo Dios puede matarme". El hombre, con ser lo mejor de la creación no puede decir otro tanto.

7 Compuesto inorgánico muy tóxico.

8 El *ácido bórico* es un compuesto químico usado como antiséptico e insecticida. El *ácido pícrico* es un explosivo. El *cianuro potásico* es empleado a menudo por entomólogos como agente para matar insectos.

9 Título de una zarzuela de García Gutiérrez con música de Barbieri, estrenada en 1853 y basada en la leyenda de Bernardo el Carpio.

10 El *picro-cianuro potásico* no existe; el término correcto sería *sulfo cianuro potásico,* compuesto químico utilizado para análisis químicos. El *picrato de amoniaco puro*, o picrato amónico es un explosivo. El *permanganato de potasa* o ácido arsenioso se usa como herbicida, pesticida y raticida.

11 Lo correcto sería "agua regia, o sea ácido nítrico y clorhídrico".

Pero aguardemos la última experiencia, que se verifica con el nitrato de plata. Por fin llega el caso de observar alguna modificación en la manera de ser de los señores microbios; pero lo esencial de su existencia permanece inalterable. La modificación es perfectamente superficial y consiste en que se han vuelto negros porque la plata, reducida por la luz, se combina con la cutícula o piel de los microbios, y de aquí esa apariencia de *mandingas*[12] que nada influye en su agilidad y buenas disposiciones. A los veinte días de prueba, nadaban en el nitrato de plata como en el baño más delicioso.

En vista de estos hechos, el doctor Letamendi pregunta a sus colegas si tienen fe en los desinfectantes, si creen en la eficacia del procedimiento abortivo tratándose de epidemias, y en las fumigaciones y demás recursos preventivos. Si los hechos observados por el reputado profesor son ciertos, la desinfección curativa o individual es imposible, y en cuantoa la desinfección preservativa aplicada a los objetos llamados contumaces no queda más que un recurso, la *cremación.*

El fuego pues, es el único enemigo declarado y manifiesto del terrible microbio. El fuego, pero entiéndase bien que la combustión simple no basta para acabar con él, pues en los humos se escapan vivos o medios vivos los enemigos del género humano. Se necesita aplicarles la calcinación completa, realizada con las mayores precauciones y seguridades. En resumen, el infierno es el único remedio contra el fiero enemigo, quemar, quemar y quemar. Júzguese de lo que resultaría de la aplicación radical del sistema a la policía sanitaria. Como tal medicina no se puede propinar a las personas vivas, lo más grave del daño quedaría siempre en pie; aun cuando fueran reducidos a ceniza los cargamentos contumaces, las ropas y los edificios.

El efecto producido por las revelaciones del doctor Letamendi fue, como puede suponerse, tristísimo. Protestaron los profanos, protestaron también muchos facultativos. Quien ponía en duda la sinceridad del profesor de Patología General, quien la pureza de los productos químicos de su laboratorio. En la prensa médica y en la lega aparecieron diferentes escritos combatiendo la inmortalidad del microbio. Teorías y observaciones se han opuesto a las terminantes conclusiones de Letamendi. Otro profesor de San Carlos aseguraba que había experimentado varias veces el dar muerte a los microbios con el gas suponítrico[13] o *del ochavo* y que *morían como moscas…*

En el terreno puramente teórico se han presentado, frente a los ensayos de Letamendi, argumentos que no carecen de pureza y que por lo menos inducen a grandísimas dudas. Hay ciertos puntos que conviene esclarecer antes de entrar en el campo de la observación. Por ejemplo: ¿Cómo se conoce que un microbio está muerto?… Conviene determinar la índole de los movimientos que realizan esos pequeños seres. A primera vista ocurre preguntar: ¿Esos movimientos ondulantes o natatorios son movimientos de vida, son movimientos propios, o simplemente de traslación y rotación, determinados por oscilaciones del medio líquido en que las bacterias se hallan? También conviene que los sabios contesten a esta pregunta: El morir tratándose de microbio, ¿qué es? ¿Es la no-facultad de reproducirse o

12 'diablos' en Hispanoamérica.

13 Concentración de ácido nítrico que emite vapores.

es la inmovilidad? Se ha determinado bien el concepto de vida en esos seres de misteriosa organización, indecisos entre los varios animal y vegetal, y cuyas condiciones biológicas ofrecen todavía problemas oscurísimos que aclarar.

Y otro orden de dudas se levanta enfrente de las observaciones de los histólogos.[14] ¿Estáis seguros de ver la verdad en los microscopios? ¿El aumento colosal del diámetro de los cuerpos y la acumulación de rayos solares no pueden perturbar el órgano de la visión, simulando en el objetivo vibraciones y movimientos que realmente solo existen en nuestra retina? Es muy extraño que puestas dos personas a observar una misma preparación en un microscopio, vean fenómenos ópticos distintos y aprecien de diferente manera los movimientos y coloración de la cosa observada.

¡Oh! Lo infinitamente pequeño se defiende aun de las miradas humanas, a pesar de los indudables progresos de la óptica, y seguramente hay un límite que no se podrá salvar ni con los instrumentos más perfectos.

***

Pero, de cuanto se ha escrito en oposición a las observaciones del doctor Letamendi, nada ha impresionado al público tan vivamente como la carta del doctor Olavide, que también ha hecho experiencias en su laboratorio del hospital de San Juan de Dios. La contradicción entre los hechos presentados por los dos sabios profesores es tan patente que no hay reconciliación ni avenencia posible entre ellos.

En el laboratorio de Letamendi los microbios resisten la potencia enérgica de sustancias como el agua regia y el nitrato de plata; no solo no mueren sino que se encuentran bien y aún parecen alegrarse en el medio mortífero en que se les pone. Por el contrario, en el laboratorio del doctor Olavide los microbios no lo pasan tan bien. Sometidos al influjo de sustancias diversas que en comparación del agua regia podrían llamarse *benignas,* se sienten mal a los cinco minutos, se ponen tristes, parece que se mueren y al cabo exhalan su último aliento, si cabe expresarse así.

Los ensayos de Letamendi acaban con estas o parecidas observaciones: "A los cinco días, todos vivos y más ágiles que nunca". Los ensayos de Olavide terminan irremisiblemente con esta otra, que podrá no ser exacta pero, es muy tranquilizadora: "A los cinco minutos, todos muertos".

Debo indicar que el doctor Olavide está reputado como una de nuestras primeras eminencias médicas. Es indudablemente gran autoridad, y en el ramo de Dermatología ha llegado sin duda a las más altas cumbres de la ciencia. Es hombre de consumada experiencia, que ha aprendido todo lo que sabe, no en los libros, sino en los hospitales, a la cabecera de los enfermos, hojeando sin cesar esas páginas lastimosas de las dolencias humanas, tan elocuentes e instructivas. Es autor de importantes escritos referentes a la especialidad que cultiva. Su laboratorio del hospital, montado con raro esmero, le ofrece elementos nativos, genuinos y palpitantes que estudiar. Ayúdanle jóvenes profesores, amantes del estudio, y entusiastas por la ciencia.

14 Especialistas en los tejidos orgánicos.

Ahora bien, ¿qué debemos pensar nosotros pobres legos, pobres víctimas de las enfermedades y epidemias, en presencia de estas dos opiniones distintas, emitidas por dos eminencias científicas? ¿A quién debemos creer, cuando el uno nos dice que ni con el *agua regia* ha podido destruir a nuestro enemigo, y el otro nos asegura que lo ha matado con el azafrán? ¿Muere el microbio o no muere? ¿Es la desinfección una verdad o un embuste propalado por el vulgo y consagrado torpemente por la ciencia?

Las últimas observaciones del doctor Olavide han venido a aumentar la confusión que ya reinaba en nuestro espíritu, pues el ilustre dermatólogo ha realizado hace días un experimento en el cual, las bacterias, puestas en contacto con el azafrán, han muerto, no así de cualquier modo sino *instantáneamente,* como hace constar el experimentador en un escrito que ha circulado por toda la prensa. El experimento se hizo en presencia de tres químicos de gran reputación, los cuales se admiraron de la extraordinaria propiedad de aquella humilde sustancia tan usada en la cocina española. El azafrán no es propiamente una especie ni un estimulante, porque apenas tiene sabor, y esto es verdad poco agradable, es en realidad un ingrediente colorante y puramente decorativo en la tradicional olla española. Esta ha buscado en los pistilos de una flor cosechada en los campos manchegos ese hermoso color amarillo que le da tanto carácter, y sin el cual parece que le falta algo. Es casi seguro que desde los tiempos fenicios vienen los españoles tiñendo de azafrán sus frugales comidas. O quizás debamos a los árabes la introducción del elemento tintóreo en nuestra olla. Ello es cosa, que no se sabe de cierto; ni creo que los eruditos que tratan *de re culinaria* hayan dilucidado este punto. La cosa en verdad no tiene mucha importancia. Pero, siendo evidente que los españoles de todas las épocas han usado esto ocioso e insípido ingrediente, resulta que desde los tiempos más remotos *estamos desinfectando sin saberlo.*

Fuera de España el azafrán no se usa en las comidas. Los ingleses y franceses aborrecen esta manera de pintar los manjares. Usase fuera de aquí tan solo para dar color a las pastas italianas, y en la farmacia tiene muchas aplicaciones. Con azafrán unido al *colhidrato* de *morfina*[15] se forma el láudano, tan eficaz contra las afecciones neurálgicas. Los buenos resultados de este medicamento aplicado empíricamente a combatir la afección colérica, decidieron al doctor Olavide a hacer el ensayo directo en el *anima vili*[16] de los temidos, inmortales y asendereados microbios. Obtenido un feliz éxito, quisieron los químicos, reunidos en el laboratorio de San Juan de Dios, determinar a cuál de los componentes del láudano se debía la derrota sufrida por los organismos microscópicos. Se hizo una disolución de clorhidrato de morfina al uno por ciento, y puesta en contacto con las bacterias se vio que estas permanecían *tan campantes.* Ni siquiera se amodorraban. No quedaba duda de que la virtud bactericida estaba en el segundo componente del láudano, o sea, el azafrán. Preparóse un cocimiento de este vegetal, y aplicado al enemigo… ¡asombro general! Los microbios reventaron, para decirlo vulgarmente, y no quedó duda de que habían pasado a mejor vida.

15 Analgésico opioide.

16 'en el alma vil': locución latina utilizada aquí para indicar que los experimentos deben hacerse en animales antes que en el hombre.

Si de este experimento resultare una verdad incuestionable en la práctica, ¡qué importancia tomará en la terapéutica universal esa planta manchega apenas usada hasta ahora fuera del país donde tiene la misión de dar color al cocido y volverlo amarillo!

No en vano tienen ya en el comercio los pistilos de esta flor, que si no recuerdo mal es una *irídea,* un valor que jamás ha alcanzado ningún vegetal. El azafrán vale poco más o menos como el oro. En otros tiempos se vendía a onza la onza.[17] Hoy la extensión del cultivo y quizás la reducción del consumo le ha hecho desmerecer un poco. Pero si re- sulta que con azafrán se cortan las epidemias de cólera, administrándolo al interior en soluciones más o menos fuertes, o en enemas o en otra manera de asimilación, valdrá la flor manchega un ojo de la cara.

El doctor Olavide y los demás sabios que asistían al experimento no quisieron levantar mano de él sin ensayar otras sustancias. Tocábale aquel día turno a los más picantes y característicos componentes de nuestra cocina. El ajo, la cebolla, el perejil fueron servidos a los señores microbios, por ver qué cara ponían al tomarlos, y debieron ser de su gusto estos vegetales, porque no solo no morían en contacto con ellos sino que tenían los movimientos más enérgicos. Favorecen, pues, la vida de las bacterias y no deben comerse en tiempo de epidemia. Lo mismo se diría del gazpacho si los experimentos de aquel día no pusieran también en claro la incompatibilidad del ácido acético o vinagre con la robusta vida de los señores microbios.

***

Ahora falta compaginar los experimentos del doctor Olavide con los del doctor Letamendi. ¿Quién será el guapo que los concuerde y obtenga de la amalgama un principio cierto del cual resulte adelanto para la ciencia y provecho para la humanidad? Antes de los experimentos del azafrán, los dos doctores se reunieron en el laboratorio de Letamendi. Era como un certamen o duelo científico con asistencia de muchas personas competentes. Cada profesor hacía en público sus experimentos con el microscopio para probar a la vista de todo el mundo, el uno que los microbios no morían ni con el *agua regia*, el otro que morían con una solución fénica.

Verificóse el duelo en medio de la ansiedad general. Los profanos aseguran que *no se enteraron de nada,* pues, les sería muy difícil definir los movimientos ondulatorios que veían en el campo del microscopio. En cuanto a los facultativos, que sin duda vieron algo y aun algos, no estuvieron de acuerdo en cuanto al resultado. El uno observaba movimientos, el otro no. Al instante surgían las grandes dudas: ¿Qué movimientos eran aquellos? ¿Eran espontáneos o tan solo oscilaciones del medio? ¿Cómo se determinaba la vida en aquellos seres de la ínfima escala orgánica? Y he aquí que la cuestión empieza cuando parece que va a concluir. Y he aquí que el problema se plantea de nuevo cuando parece que se aproxima su solución.

17 La onza de oro fue una moneda acuñada desde tiempos de Felipe III hasta Fernando VII y equivalía a 329 reales; y la onza es también una medida de peso equivalente a 28`75 gramos.

Para colmo de confusión se dudó de la virtud de los reactivos empleados y de la precisión de los instrumentos. La reunión se disolvió en medio del mayor desorden científico, y los ilustres individuos que la componían fueron sembrando por todo Madrid la duda, y derramando el germen de violentas polémicas y disputas que empezando por técnicas, han concluido por personales.

La experiencia del azafrán fue posterior al desafío científico. Aún no se sabe lo que de ella opinarán los que, siguiendo a Letamendi, no crean en la desinfección. Entretanto que esto se averigua y puedo trasmitirlo a mis lectores, ruego a estos que me dispensen si he cargado un poco la mano al sazonar esta epístola. Contra mi gusto, lleva demasiada dosis del colorante manchego, como la olla de nuestra tierra.

B. PÉREZ GALDÓS

22
LP, 4/12/1884

SUMARIO: Regreso a Madrid —Adiós al país Cantábrico —La época del *cordonazo* en Madrid —Un dato estadístico —Variedad de espectáculos teatrales —Las funciones por horas; sus ventajas —La conferencia de Berlín convocada por Alemania —Colonias africanas —Programa de la conferencia —Su verdadero objeto —Inglaterra y Alemania —Portugal —Preponderancia sajona —Nuestro peligro y probabilidades de salvación.

Madrid, 20 de octubre 1884

Señor Director:

Lo avanzado de la estación, la buena marcha que lleva la epidemia, retirándose de nuestras poblaciones sin que sepamos a ciencia cierta su naturaleza, con otros motivos que por ser privados no son muy de este lugar, obligáronme a suspender hasta mejores tiempos mi excursión por la zona cantábrica. Y digo mejores tiempos con referencia solo al estado meteorológico, pues el noroeste que en la primera quincena de octubre ha reinado en aquel país lo hace inhospitalario y desapacible para el viajero, hasta el punto de confinarle en la fría estrechez de los hoteles y posadas sin permitirle gozar de los admirables paisajes de mar y montaña que por todas partes ofrece aquella región. Dejé a esta encaprichada en neblinas, calada hasta el hueso de su poderoso esqueleto geológico, sumida en tristezas, con los mares alborotados, las playas revueltas, ensordecida con el bramar de olas y silbidos de viento, la vegetación moribunda, el cielo turbio y llorón.

Ya la nieve blanqueaba las altas cimas de Cabuérniga y los picachos de Liébana,[1] ya las huertas habían dado su fruto sabroso, y solo quedaba el que necesita un tardío veranillo para madurar. La castaña, la nuez, la avellana aún estaban verdes.

1 Es decir, en el límite occidental de Cantabria.

Ya las audaces lanchas no se atrevían a alejarse de la costa, por miedo a las repentinas *galernas* que tantas víctimas hacen todos los años, y muchos puertos eran inabordables para embarcaciones pequeñas. Los vapores trasatlánticos entraban en ellos con los masteleros calados y sin vergas de juanete,[2] señal de la tremolina que traían desde cabo Ortegal.[3] Algunos de ellos habían perdido un hombre en la tormentosa travesía. Tierra adentro, habían ocurrido descarrilamientos de trenes, por hundimiento de tierras en los inseguros terraplenes de las líneas recién construidas; vuelcos de diligencias, por haberse convertido en arroyos las carreteras, con otros muchos siniestros y calamidades que hacían aborrecible la vida andariega, recomendando la sedentaria.

Era la época del *cordonazo de san Francisco*.[4] La naturaleza me convidada a buscar refugio en las grandes poblaciones contra los propios trastornos de ella. No era ya tiempo de buscar recreo en las bellezas de la Montaña y en las aún más grandiosas de Asturias y Galicia. Decidí que esta parte de mi programa se quedase para el año próximo en razón y tiempo más favorable y me vine a Madrid.

¡Oh! Todo lo que el campo tiene de inhospitalario y desapacible en esta época del *cordonazo* lo tiene de agradable, agazajado[5] y cariñoso la capital de las Españas. La soledad y abandono en que he estado durante el verano por causa del calor excesivo, truécame a los comienzos de octubre en febril animación y contento.

Los madrileños, al verse reunidos después de las ausencias y dispersiones del verano, se miran con regocijo, y ya con los ojos, ya con las palabras, felicítanse de encontrarse juntos, y hacen cada cual en su esfera, propósitos firmísimos de divertirse lo más posible. En estos días, disipadas las humedades que iniciaron el otoño, reina una temperatura en extremo apacible; todo es luz y frescura.

El Retiro está más delicioso que nunca; el cielo no tiene igual en diafanidad, limpieza y hermosura, y la gente… ¡Oh! la gente respira felicidad, parece dar gracias a Dios por haber hecho a Madrid, y por haber dado al madrileño la fácil misión de pasearse todo el día y parte de la noche.

Conformes con este programa los sitios de recreo están más hermosos que nunca, y los teatros inauguran sus bellas y variadas funciones. Se puede creer que el teatro es una institución esencialmente matritense, porque en ninguna parte como aquí son los espectáculos públicos condición integrante de la vida humana. En ninguna parte se toman tan en serio la organización de las compañías y las condiciones del abono; ni hay país donde los esparcimientos teatrales llevan cifras tan monstruosas al presupuesto de las familias. En los últimos días hemos presenciado una agitación con síntomas revolucionarios, amenizada con reuniones tumultuarias, comunicadas y ásperas disputas en la prensa y otras alarmantes manifestaciones.

2 'con los palos menores empapados de agua y con las perchas perpendiculares a los mástiles plegadas'.

3 Cabo más occidental del Cantábrico, en la provincia de La Coruña.

4 Alrededor del 4 de octubre, festividad de san Francisco, suele presentarse el primer temporal de otoño. Según la leyenda popular, se debe a que el santo se quita el cordón y sacude su sotana sobre la Tierra.

5 *agazajado*: canarismo, `acogedor´.+

¿Y por qué tanto ruido? Porque la empresa del Real[6] ha aumentado los precios del abono, se ha querido que el gobierno interviniese, y poco ha faltado para que la Administración, ávida en inmiscuirse en todos los actos de la vida española, sentase sus reales en el despacho de billetes

La estadística de teatros nos ofrece un dato curioso. Calculadas las localidades de los nuestros proporcionalmente a los habitantes de la villa y establecida la comparación con otras capitales, resulta que Madrid tiene tres veces más teatros que París y como unas veinte veces más que Londres.

***

Hay, pues, teatros aquí de todas jerarquías y para todos los gustos, teatros para la gente alcurniada y poderosa; teatros para los burgueses y para la más humilde clase del pueblo. Desde la ópera italiana con el repertorio de Wagner hasta las ramplonas farsas pedestres, destinadas a hacer reír a los chicos de la escuela, todo se encuentra en nuestros teatros. No faltan el drama patriótico, el drama de circunstancias con alusiones a los sucesos corrientes, ni la comedia o zarzuela bufa cuyas coplas se popularizan durante un año o dos y pasan a formar el repertorio de los organillos de las calles; no faltan tampoco los dramas sacros, porque aún el ideal religioso se ha introducido en los espectáculos públicos para halagar con él los ojos y los oídos de la muchedumbre; no faltan las piezas cuyo fondo de carácter lo constituyen las costumbres tauromáquicas, matizadas luego con flamencos cantares y con dichos y agudezas de chulos y gente desalmada; no faltan las soeces tragedias de bandidos y criminales, y por último se ha introducido entre nosotros esa singular mistura de la fábula teatral y de la gimnástica que con el nombre de baile más o menos exótico sirve de incentivo a la corrupción del gusto y de las costumbres.

Pasando de esta última zona teatral a las superiores, hallamos todas las variedades de espectáculos que trae consigo el indeciso gusto moderno y la lucha empeñadísima entre las tradiciones de la dramática española y las innovaciones traídas del extranjero por el realismo contemporáneo. En la histórica calle del Príncipe, donde antaño estuvo el famoso Corral de la Pacheca,[7] en esa calle que siempre fue centro de comediantes, pues en ella estuvo el Parnasillo y en ella subsiste el primitivo coliseo que en sus transformaciones sucesivas ha visto a Calderón y Lope, a Cañizares y Zamora, a Huerta y Cadalso, a Moratín, a Bretón de los Herreros, a los románticos, y por último a Ayala, Tamayo y Echegaray;[8] en esa calle que viene a ser como el corazón de Madrid, existen dos teatros; uno es el antiguo transformado dos o tres veces cada siglo; otro es el más moderno y el más bonito de los creados por la arquitectura de nuestros días.

6 El Teatro Real o de la Ópera, construido por López Aguado, se inauguró en 1850 y se mantuvo de forma interrumpida como teatro de ópera hasta 1925. Se reabriría en 1966.

7 El corral o patio interior alquilado a Isabel Pacheco donde el 5 de mayo de 1568 se representa allí por primera vez una comedia.

8 Dramaturgos, de éxito en sus respectivas épocas, ordenados cronológicamente desde el siglo de oro hasta la contemporaneidad de Galdós.+

Ambos son muy favorecidos del público; en ellos trabajan los mejores actores que tenemos, y a ellos llevan sus obras nuestros más celebrados autores. Alternativamente resuenan en una o en otra sala, ya el sonoro verso castellano y las retumbantes décimas, ya la prosa seca y desnuda. A veces nos dan obras de un realismo crudo vestidas con la púrpura de la versificación calderoniana, a veces creaciones románticas envueltas en la estameña de la prosa. Rara vez hallamos armonía perfecta entre el fondo y la forma; y el verso suele presentarse donde no le llaman ni hace maldita falta. Pero en el Español parece que las tradiciones del local reclaman la rima poderosamente, y creeríase que allí dentro, las obras se versifican solas. Por el contrario, la Comedia,[9] en la cual han tenido ruidosos triunfos las celebridades extranjeras, parece que rechaza de su ambiente todo lo que no sea la fácil y elegante prosa de Dumas y Sardou. No han faltado ensayos de felices ingenios españo- les para alimentar en nuestro suelo la escuela representada en Francia por aquellos dos dramaturgos; pero aún no han tenido estas tentativas la consagración de un éxito grande.[10]

***

Fácilmente se comprenderá la animación que la apertura simultánea de estos teatros, del de la ópera, de los de zarzuela y de los populares por piezas da a Madrid en los apacibles días de octubre. Los madrileños que durante tres o cuatro meses no han visto alzarse un telón, asisten con avidez a su diversión favorita, ven con regocijo la cara de los actores más conocidos, amigos de toda la vida que parecen no envejecer nunca. Hay piezas en el repertorio, principalmente en el género cómico, que también están, destinadas a perpetua juventud, porque todos los años se ponen, sin que el público se canse de ellas. Muchas personas se las saben de memoria.

No debo pasar en silencio, tratando de teatros matritenses, un sistema de espectáculos que sin género de duda es peculiar de Madrid, como si dijéramos, su especialidad, sistema desconocido en otras capitales, pero que por fin ha de cundir y propagarse porque es muy bueno y responde a fines sociales y económicos. Me refiero a las funciones por horas o por piezas que tanto éxito tienen aquí atrayendo y regocijando a la gran mayoría del público. Los inventores de esta división del espectáculo público, abaratándolo, adaptándolo a las más modestas fortunas y haciéndolo breve y ameno, conocían bien las necesidades modernas. Es poner el arte al alcance de todos los peculios, sirviéndolo al por menor y en dosis que ni hastían ni empalagan. Hay muchas personas que no gustan de pasarse la mitad de la noche espetados en una butaca.[11]

En algunas, mejor dicho en muchas familias el teatro resulta imposible o poco menos, por lo dispendioso. Pues, las funciones por horas proporcionan agradable solaz a los perezosos y a los que no gustan de dejar su fortuna en el despacho de billetes. Por poco

9 Se está refiriendo abreviadamente al Teatro Español y al Teatro de la Comedia. Este último se inauguró en 1875.+

10 Alude indirectamente a Sellés. Véase 9 n. 2.

11 *Espetados*: 'clavados, como los alimentos al espeto'.

dinero se divierte una familia durante una hora, que es tiempo sobrado para esparcir el ánimo sin la excitación de nervios, y el largo insomnio que produce una función de tres o cuatro horas. Además, en los teatros al por menor, o de representaciones fraccionadas, las exigencias del vestir no son tan imperiosas como en los otros y así son un gran recurso para las familias modestas. Hay muchas que invariablemente asisten a la función de las nueve, o a la de las diez, y es curioso y divertido para el que tenga la humorada de tomar localidad por toda la noche, ver cómo se renueva el público a cada hora, y cómo cada hora tiene también el suyo especial y característico. La primera función, que es la de las ocho y media, suele ser la más inocente; la última, o la de las once y media, es de seguro la más picante.

Quéjanse los grandes teatros de que estas empresas de funciones breves han dado muerte alevosa al arte dramático. Y en verdad, las grandes concepciones teatrales no son posibles con este sistema. El genio pedestre del sainete es lo que con él prospera. Pero debemos reconocer que si el arte dramático perece o se debilita, la causa de este fenómeno debe ser más honda.

Probablemente lo que muchos tienen por causa de tal decadencia, no es sino su efecto, y las representaciones fraccionadas son la consecuencia de la crisis por que pasa actualmente la literatura dramática, y de sus tendencias a convertirse bien en pasatiempo, bien en espectáculo. Sea lo que quiera, es un hecho elocuente que mientras las empresas de los grandes teatros arrastran una vida precaria, las de estas funciones ligeras, baratas y cómodas, realizan todos los años pingües ganancias. Y el sistema prospera que es un primor. Empezó por ser popular en el incalificable teatro de La Infantil, y ha concluido por ser aristocrático en Lara.[12] Algunos aseguran que el mal, si mal es al cabo, cundirá hasta inva- dir las regiones sublimes del arte, y que hemos de ver y oír *ópera por horas,* realizándoseasí la económica y práctica distribución de las emociones estéticas, y su compatibilidad con las funciones elementales de la vida.

En esta época del año, no son los teatros el- único esparcimiento de los habitantes de Madrid. Hay también carreras de caballos, toros, y dos o tres exposiciones, que aunque sin importancia, tienen suficiente atractivo para entretener dulcemente las horas y los días. Pero, ya me he ocupado demasiado de estas cosas, y como podría creerse, leyendo la presente carta, que todos los asuntos están supeditados a las diferentes maneras de divertirnos que tenemos los españoles, pongo punto en esta materia y paso a ocuparme del asunto más serio que se podría imaginar; asunto que de puro grave toca los límites de la avidez, pues, andan mezcladas en él la diplomacia y la geografía.

***

12 El teatro-café *de La Infantil*, inaugurado en 1870, en la calle Carretas, era *incalificable* en cuanto a la ínfima calidad del teatro allí representado para público popular. En cambio, en el *Lara*, inaugurado en 1880, tuvieron palco Alfonso XII y Alfonso XIII; debe su nombre al constructor, Cándido Lara.*

La conferencia de Berlín[13] sobre los asuntos de África ha despertado entre nosotros algún interés, aunque no tanto como merece. Invitada España a asistir a ella con voz y voto, más nos hemos ocupado de la persona que ha de representarnos que de los delicados puntos que se han de tratar y del criterio que debemos sostener en ella. Tenemos en África importantes posesiones; más nuestro abandono es tal que apenas se conoce allí nuestra nacionalidad, cómo no sea por los colores de las líneas que la marcan en las cartas geográficas. Los asuntos interiores absorben de tal modo nuestras fuerzas y nuestra atención que apenas nos ocupamos de nuestras colonias de Guinea como no sea para nombrar unos cuantos empleados que van de tiempo en tiempo allá a consumirse de fiebre, sin tener nada que hacer. El escaso comercio de aquellas regiones se hace con bandera inglesa, y hace poco la alemana ha empezado a ondear por aquellos mares. Es que Alemania, nación pletórica en poder y actividad necesita explayarse y llevar a regiones distantes su industria y su actividad fecundísima. Para esto le falta lo que a nosotros nos sobra, colonias, es decir, terreno. Esta nación no ha sido marítima sino en tiempos recientes. Jamás tuvo tampoco Corteses ni Pizarros. Hoy necesitando su imperio colonial, y no habiéndolo heredado de sus mayores, se lo proporciona por los medios que le ofrece su poder presente y el respeto que infunde su nombre a grandes y pequeños. No hace mucho tiempo que nos sorprendió con la ocupación de la desembocadura del río Camarones[14] y costa contigua. En esta región hay terrenos elevados y salubres, abundantes ganados, grandes mercados de marfil, comunicaciones fáciles. Para anexionarse este territorio, Alemania ha empleado un tacto exquisito. El canciller confió esta delicada comisión a Nachtigall, asistido del célebre viajero Rohlfs.[15]

La legitimidad de esta ocupación es tan problemática que a ser Alemania una nación débil no habría tardado mucho tiempo en irse, como vulgarmente decimos, con la músicaa otra parte. Pero nadie ha puesto estorbos al acto. Y verdaderamente, ¿qué fuerza moral han de tener para defender sus derechos territoriales, naciones que solo fundan estos enla historia y no han sabido sancionarlos con la ocupación material y el comercio? Tales derechos, si se sobrepusieran a lo que muchos llaman usurpación, serían un estorbo al progreso y retardarían la civilización de ese inmenso y riquísimo continente.

El objeto de Alemania al iniciar la conferencia es asegurar sus fáciles adquisiciones de territorio en la costa africana, hacerlas reconocer por las potencias cuya bandera ondea en aquellas regiones y principalmente presentarse ante Inglaterra con humos de importancia colonial, como anunciándole la probable creación de un imperio africano que contrapese en lo futuro la grandeza de ese Indostán inglés[16] que es una de las mayores maravillas de la historia contemporánea.

13 Celebrada entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885.

14 `Río dos Camaroes' llamaron los portugueses al rio Wouri, descubierto por Fernando Po en 1472. De él proviene el actual nombre del país, Camerún.

15 *Nachtigal* se había encontrado varias veces con *Rohlfs*. El Kaiser Guillermo I, impresionado por los viajes de este último, le envió regalos para el sultán de Bornu (actual Nigeria). Rohlfs pasó a Nachtigall el encargo en 1871, ayudando así a las gestiones de este último, encargadas por Bismarck, para negociar la colonización de Camerún.+

16 Esta península, fue colonizada por Inglaterra en 1757 y no se independizaría hasta 1947.

El programa aparente de la conferencia es establecer un criterio fijo en materias de ocupación de países salvajes, partiendo del principio de que sin la ocupación material los derechos históricos prescriben y caducan irremisiblemente. Tratáraise además de una cuestión íntimamente ligada con esta, que es la navegación y comercio del Congo, que según la historia es un río portugués, y ahora parece que es de todo el mundo menos de nuestros vecinos. La cuestión del Congo, donde hoy comercian alemanes, ingleses y franceses, trae consigo la cuestión del Níger, donde Inglaterra campa como señora hace mucho tiempo sin temor a las conferencias. Anunciada la de Berlín, Inglaterra le puso muy mala cara. Poquito a poco los hijos de Albión se iban comiendo la mitad del África sin que nadie se apercibiera de ello, y esto de la conferencia era publicidad, discusión, luz y descubrimiento de estas oscuras conquistas de nuestra época, obra del tráfico astuto más que de la guerra. Y como a los ingleses no les podía gustar que Alemania aspirase a tragarse una parte de aquel continente que ellos quisieran para sí todo entero, pensaron que la Conferencia no podía dar de sí nada provechoso a los fines de la omnipotencia británica. Creyóse al principio que con no asistir Inglaterra a la reunión diplomática esta fracasaría; pero el retraimiento de la gran nación colonial no se ha confirmado. Inglaterra va a Berlín, y no será aventurado afirmar que su gran experiencia de estos asuntos y su genio inmenso en materias de colonización triunfarán de la diplomacia, y en los protocolos que de allí salgan. Inglaterra, como en los mares, sabrá triunfar siempre y alzar su pabellón sobre las tempestades.

¿Y cuál será la suerte de Portugal en estos líos? ¿De Portugal, a quien la ciencia geográfica debe tanta parte de sus conquistas? Si España es la madre de América, Portugal es la madre de África. Escrita está en lengua lusitana la historia de este continente, como lo declaran los nombres de sus ríos, de sus costas, de sus islas. De la misma manera, toda la geografía americana habla el castellano del siglo XV, desde California a la Tierra del Fuego. ¡Y Portugal, cuyos grandes navegantes descubrieron, exploraron, demarcaron y dieron nombre a estas tierras, está destinada hoy a presenciar pasivamente cómo son menospreciados sus derechos, cómo sus territorios son usurpados por asociaciones de ávidos comerciantes, y cómo, en fin, hasta los nombres de bautismo que declaran el abolengo lusitano de las más bellas porciones del África, son borrados del mapa para sustituirlos con impronunciables y antipáticos términos sajones!

De cualquier manera que se considere, esto es injusto. La incuria de nuestros vecinos como la nuestra debe tener correctivo; pero no el desproporcionado castigo de un despojo absoluto.

Aquí se ve que la fuerza es, aun en estos tiempos de progreso, el único derecho eficaz en los destinos del mundo. Somos débiles, no digamos más. Nuestros derechos quedan reducidos a cero con esta secreta y decisiva afirmación. Somos débiles. Hoy, como en tiempos de Carlos V, el débil no tiene nunca razón; el fuerte lleva en su espada la antorcha que esclarece todas las dudas en materia de posesión. Alemania omnipotente por tierra, Inglaterra poderosísima en los mares, sintetizan el moderno *jus:* ellas son el *alfa* y el *omega* de la historia contemporánea. Nuestra única esperanza es que estos dos colosos incurran en la tontería (no es la primera vez que los colosos flaquean por este lado) de ser rivales; que Inglaterra tenga celos de las ambiciones coloniales de Germania; que ambas se pon-

gan de punta, y nos den en la tierra o en el mar el espectáculo delicioso de uno de esos duelos titánicos, en cuyo desenlace, como en el gracioso combate del cuento andaluz, *no quedan más que los rabos.*[17]

Pero, si se ponen de acuerdo y marchan unidas, pronto veremos que la preponderancia del principio sajón será decisiva en el mundo y que aún los más autónomos nos veremos insensiblemente arrastrados a una situación dependiente y subalterna, recibiendo leyes de los más fuertes en lo político y en lo comercial. No solo perderemos poco a poco nuestras colonias, sino que de una manera insensible nos iremos convirtiendo en algo conquistabley colonizable para provecho de ellos. El protectorado industrial en que ya nos tienen, con la formidable arma de la hulla, se irá trocando poco a poco en dominio de otra clase, y los que hoy somos consumidores y parroquianos, llegaremos quizá, por la fuerza de las leyes físicas, a ser verdaderos súbditos.

Quizás sea esto exagerado pesimismo; pero vivamos prevenidos. Esperemos nuestro remedio de vigorosa resurrección del espíritu ibérico, en el sentido más amplio que se pudiera imaginar. Apartemos los ojos de nuestras estériles contiendas y reconozcamos la fuerza intrínseca que aún atesora nuestra raza. Aprovechemos esa fuerza, y no la dejemos perder. Ante todo tengamos conciencia de nosotros mismos, sumémosnos, en una palabra, reunamos en una cifra a todos los que hablan las dos lenguas ibéricas, y veremos que somos una falange de ochenta millones de seres. Esta simple operación aritmética ya nos infunde ánimos. Lo primero que se hace en presencia de un enemigo es medir la propia fuerza. Hemos medido la nuestra y hemos hallado que no es nada despreciable.

Después de saber cuántos somos, averigüemos si somos capaces de tener un ideal común… Pero esta es ya cuestión tan delicada, que no me atrevo a desarrollarla, y aquí la dejo, no sin esperanza de que plumas mejor cortadas la traten con la lucidez que merece y que yo seguramente no sabría darle.

B. PÉREZ GALDÓS

23

LP, 12/12/1884

Hermoso cuadro literario

Madrid, 9 de noviembre, 1884.

Señor Director:

Esta vez no he podido resistir la tentación, y dejando a un lado los sucesos corrientes, envió a usted una correspondencia exclusivamente literaria.

Mas no quiere decir esto, que las presentes líneas carezcan en absoluto de oportunidad ni de actualidad. Basta que sean pintura y como apoteosis del otoño para que estén dentro de nuestro programa, pues, siendo la citada estación la más apacible y hermosa en nuestro

17 Se trata del cuento popular *Periquillo y los cochinos.**

clima, no nos cansamos nunca de celebrarla y de ponderar sus encantos. En lo que me extralimito es en ofrecer a mis lectores un cuadro descriptivo, fantaseando la realidad y disfrazándola con afeites imaginativos, y perendengues de forma. Pero las rutinas de mi oficio me impulsan a cometer este pecado. Días ha que se anidaba en mi intención la idea de cometerlo. Mi conciencia de corresponsal *serio*, cuya misión es reseñar los sucesos auténticos y positivos, me argüía en contra de este desmán. La escasa importancia de los acontecimientos del día me impulsaba a probar fortuna en el terreno de la imaginación. Por fin, ha podido más el *vicio* que el deber, y heme dispuesto a trocar la reseña por la pintura, echando hoy aquí, como vulgarmente decimos, "una cana al aire".

Ruego, pues, a mis bondadosos lectores que sean indulgentes con la ficción, exclusivamente dedicado a *La Prensa*, y que titulo

FANTASÍA DE OTOÑO[1]

I

Finalizaba octubre. Agobiado por la doble pesadumbre del dolor moral y de la cruel enfermedad que me aquejaba, arrastréme lejos de la ciudad ardiente, buscando un lugar escondido donde arrojarme como un ser inútil, indigno de la vida, para que nadie me interrumpiese en mi única ocupación posible; la cual era contemplar mi propia decadencia y verme resbalar lento más sin tregua ni esperanza hacia la muerte.

Los campos tenían para mi tristeza semejante a la del cementerio. Habíanme dicho los médicos: "Te morirás cuando caigan las hojas", y yo las veía palidecer y temblar en las ramas cual contagiadas de mi fiebre y de mi temor.

El sereno cielo tenía demasiada luz para mis ojos, y cuando, tras el ardor húmedo del día, venían de las montañas, embozados en sombras y con la espada desnuda, los traidores vientecillos septentrionales, yo me arrebozaba también en mi pobre capa y escondía la cabeza para que no me viesen y pasasen de largo. El campo de mis padres y la humilde casa en que nací eran lastimoso cuadro de abandono, soledad, ruinas. Hierbas vivaces y plan-tas silvestres erizadas de púas cubrían el suelo sin señal ni rastro alguno de la marcha del arado. Las cepas sin cultivo, o habían muerto o envejecidas y cancerosas echaban algún sarmiento miserable, el cual, para sostenerse, se agarraba a los cercanos espinos. Árboles que antes protegían el suelo con apacible sombra, a cuyo amparo se reunía la familia toda, habíanse quedado en los puros leños, y secos, desnudos, abrasados de calor o ateridos de frío según el tiempo, esperaban el hacha y la paz de la leñera como espera el cadáver lapaz del hoyo. Algunos de ellos, conservando un resto de savia escrofulosa en sus venas en-fermas, se adornaban irrisoriamente el tronco con pobres hojuelas, que parecían condeco-raciones puestas sobre el pecho del vanidoso amortajado. Las cercas de piedra no resistíanya ni el paso resbaladizo de los lagartos y se caían, aplastando a veces a sus habitantes.

1 Esta es la versión original del cuento que después publicaría Galdós varias veces bajo el título *Tropiquillos.**

Por todas partes, veíase el rastro baboso de los caracoles, plantas mordidas por los insectos, enormes cortinajes de telas de araña y nubes de seres microscópicos ávidos de poseer tanta desolación.

II

Dominaba estas tristes cosas el esqueleto de la casa derrumbada; hendida en dos por el rayo, como por un lanzazo; renegrida por el incendio, con el techo en los cimientos y los cimientos hechos lodo por la humedad, y las paredes trocadas lentamente en polvo.

Al ver tanta cosa muerta, me pregunté si no estaría yo también desbaratado y descompuesto como las ruinas de aquellos objetos queridos, hallándome en tal sitio al modo de un espectro que a visitar venía la escena de los días reales y de la existencia extinguida. Esta consideración evocó los recuerdos de la infancia; representóme el semblante de todos los de casa, mis juegos infantiles en aquel mismo sitio; luego mi temprana ausencia de la casa paterna para correr en busca de locas aventuras, enardecido por la fiebre de riquezas. Vi mis primeros pasos en el lejano continente donde el sol irrita el cerebro y envenena la sangre, mis luchas gigantescas, mis caídas y mis victorias, mi insaciable sed de dinero; sentí renovada la quemadura interna de las pasiones que habían consumido mi salud y mi vida; me vi persiguiendo la fortuna y atrapándola; recordé la ceguera a que me llevó mi vanidad y el valor que di a mis fabulosas riquezas allegadas en los bosques de pimienta y canela, o bien sacadas del mar y de los ríos así como de las quijadas de los inmensos paquidermos muertos; sacadas también del zumo que adormece a los orientales y de la yerba verdinegra que aguza el ingenio de los ingleses.

Después de verme sublimado por el respeto y la envidia, amado por quien yo amaba, rico, poderoso, vime herido súbitamente por la desgracia. Mi decadencia brusca pasó ante mis ojos envuelta en humo de incendios, en olas de naufragios, en aliento de traidores, en miradas esquivas de mujer culpable, en alaridos de salvajes tribus insurrectas, en estruendo de calderas de vapor que estallaban, en fragancia mortífera de flores tropicales, en el valor somnoliento y opiáceo de orientales corrompidos, en atmósfera espesa de epidemias asiáticas, en horribles garabatos de escritura chinesca, en una confusión espantosa de injurias dichas en inglés, en portugués, en español, en tagalo, en cipayo, en japonés, por bocas blancas, negras, rojas, amarillas, cobrizas, arianas y bozales.[2]

Ya no quedaba en mí sino el dejo nauseabundo de una navegación lenta y triste en buque de vapor cuya hélice había golpeado mi cerebro sin cesar día tras día; ya solo quedaba en mí la conciencia de mi ignominia y los dolores físicos que me anunciaban un fin desgraciado. Enfermo, consumido, ya no era más que un pábilo sediento a cuyo tizón negro se agarraba una llama vacilante, una existencia indecisa, que se extinguiría al primer soplo de las auras de otoño. Y me encontraba en lo que fue principio del camino de mi vida, en mi casa natal, que era ya un montón de ruinas, donde solo quedaba el alma ideal

2 a*rianas*: en Argentina y Uruguay, 'nacidos bajo el signo zodiacal de Aries'; *bozales*: 'Dicho de un esclavo negro, que estaba recién sacado de su país'.

de los recuerdos. Mis padres habían muerto; mis hermanos también; apenas quedaba memoria de aquella familia honrada. Todo era polvo esparcido lo mismo que el de la casa. Y yo, que existía aún como una estela ya distante que a cada minuto se borra más, perecía también de tristeza y de tisis, las dos formas características del acabamiento humano. El polvo, los lagartos, las arañas, la humedad, los microscópicos seres que alimentan su vida de un día con los despojos de la vida grande, me cercaban aguardándome con una como atención famélica.

—Ya voy, ya voy… —exclamé apoyando mi cabeza en una piedra a punto que la interposición de un cuerpo opaco entre la luz y mis ojos, hízome conocer la presencia de un… ¿era un hombre?

III

Sí; no podía dudar que era un hombre lo que vi delante de mí, aunque su redondez ventruda tenía algo de la vanidad del tonel, lleno de un licor generoso y rico. Vi una pipa de fumar que aparecía entre abigarrada selva de bigotes amarillentos. Cuando se disipaban las espesas nubes de azulado humo que de tal pipa salían, presentábanseme dos carrillos redondos teñidos de un rosicler puro que envidiaría cualquier doncella, los cuales colindaban con unos ojuelos movedizos y extraordinariamente vivaces, fijos en mí, y que me examinaban con presteza desde la cara a los pies, y desde el capisayo raído a las manos trémulas.[3] La descubierta cabeza de mi observador era redonda, con pelo tieso y duro ligeramente salpicado de canas.

Llevaba esa magnífica toga, pretexto del trabajo, a quien llamamos delantal, y por debajo de la imponente curva que formaba este sobre el vientre, salían dos patas poderosas digno cimiento de tan admirable arquitectura; y allá arriba, junto a los tirantes, dos brazos enfundados en mangas de camisa, los cuales se abrieron en cruz, acompañando con un gesto de asombro y cordialidad estas palabras:

—No, no me engaño; es Tropiquillos… Tropiquillos, ¿no es verdad que eres tú?… sí, el hijo mayor del señor Lázaro Tropiquillos que pasó a mejor vida en esta misma casa la víspera de incendio y antevíspera de la inundación, o lo que es lo mismo, el día después de la batalla de Zarapicos[4] en que perecieron sus hijos y sus hermanos Baltasar y Cosme Tropiquillos.

Es pasmoso como la desgracia refresca memorias de la niñez, y como reconocemos, en horas de angustia, cosas y fisonomías que parecían borradas para siempre de nuestra mente. Aquel era el maestro Cubas, tonelero, amigo y protegido de mi padre en días mejores, hombre excelente, trabajador, cariñosísimo, a quien en el pueblo llamábamos *mestre* Cubas.

—Yo soy el que usted supone —dije—, y usted es *mestre* Cubas a cuyo taller iba yo a jugar. ¿Viven Ramonita y Belisario? ¡Oh, *mestre* Cubas! ¡Cuántos recuerdos vienen a mi

3 *Capisayo*: `vestidura corta a manera de capotillo abierto, que sirve de capa y sayo´.

4 No se ha identificado tal batalla, aunque el municipio de Zarapicos está en Salamanca, no lejos de los Arapiles cuya batalla contó Galdós en el episodio homónimo (1873) pero allí no se cita *Zarapicos*. Por otra parte, en *La desheredada* (1881) aparece un pilluelo de barrio, Zarapicos, que batalla con la pandilla rival.

memoria! ¡Todo perdido, todo en ruinas, todo acabado! Yo que parezco vivo, no soy más que un cadáver que se mueve y habla todavía.

—Todo sea por Dios —exclamó el bonachón *mestre* Cubas, que usaba esta frase como estribillo—. Yo creí que no quedaba ya ningún Tropiquillo. Cuando estaba para cerrar el ojo el señor Lázaro, me dijo: "Yo soy el último, querido Cubillas, porque mi hijo Zacarías debe de estar allá en lo hondo, con todo el mar por losa".

—No —dije sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas—, aquí estoy enfermo, después le haber sido sano y robusto, miserable después de haber sido rico. Yo que he mirado los colmillos de elefante como podrías tú mirar las piedras de esa cerca, he venido a Europa de limosna.

—Todo sea por Dios… ¡Cómo cambian las cosas! Pues yo que era pobre soy rico. Lo debo a mi trabajo, a la ayuda de Dios y a tu padre que me protegió grandemente. ¿Ves eso?

Señalo con su mano atlética, las lomas cercanas, llenas de viñas, cuyos pámpanos, dorados ya, dejaban ver el fruto negro.

—Pues todo eso es mío.

—¿Ve usted esto? —le respondí con amarga ironía señalando mi capisayo—, pues ni siquiera esto es mío. Me lo prestaron al desembarcar para que no me muriera de frío. Tengo el fuego del trópico en mis entrañas, el ciclón en mi cerebro, y mi piel se hiela y se abraza alternativamente en el temple benigno de la madre Europa…

IV

—Gracias, mil gracias, un millón de gracias, *mestre Cubas* —dije aceptando los obsequios que en la mesa me hacía aquella honrada familia, pues, el buen tonelero me obligó a aceptar su hospitalidad rumbosa.

Me había dicho: "El hijo del señor Lázaro es mi hijo. Si el pródigo no pudo llegar a la casa del padre afligido, llega a la del amigo, y es lo mismo. Yo te recibo Tropiquillos, y haz cuenta que estás en tu casa".

Mi alma se inundaba de una paz celestial, fruto de la gratitud, y no sabía cómo corresponder a tanta generosidad. No hallando mi emoción palabras a su gusto, no decía nada. *Mestra* Cubas era una hermosa campesina, *alta de pechos y ademán brioso,* como Dulcinea.[5]

Su esposo tenía cincuenta años, ella cuarenta, y conservaba su belleza y frescura. Eran de admirar sus blanquísimos dientes y su porte sereno que parecía el lecho nupcial de los buenos pensamientos casados con las buenas acciones. De ella emanaba un no sé qué de paz y felicidad, unido a la salud más vigorosa.

Su hijo Belisario estudiaba para cura. Sus dos hijas Ramona y Paulina eran dos señoritas de pueblo muy bien educadas, muy discretas, muy guapas. Estaban suscritas a un periódico de modas, leían también obras serias y se vestían al uso de capital de provincia; mas con sencillez tan encantadora y tan libre de afectación que en ellas, por primera vez quizás, perdonó la tiesura urbana al donaire campesino. Hablaban recatadamente y no sin

5 "alta de pechos y ademán brioso, es Dulcinea", (*Quijote* I, 52).

agudeza, tenían su habitación sobre la huerta llena de fragancias consoladoras de frutas diversas, de flores y de placentero murmullo de pájaros, y se sentaban a coser en el balcón protegido del sol por ancha cortina. Desde abajo mientras Cubas me enseñaba sus frutales, las sentía riendo benévolamente de mi extraña facha, y cuando me volvía para mirar hacia arriba y pedirles cuentas de sus burlas, decíanme:

—No, Tropiquillos; no es por usted…, no es por usted.

Mi corazón palpitaba de gozo ante las atenciones de aquella honrada familia. Yo sentía mi pobre ser caduco y enfermo resurgir y cómo desentumecerse por la acción de manos blandas y finas empapadas en bálsamo consolador.

Mestre Cubas comía como un lobo y quería que yo le imitase, cosa difícil, a pesar del renacimiento gradual de mi apetito.

—Mira, Tropiquillos —me decía—, es preciso que te convenzas de que uno no debe morirse. En este mundo, hijo, hay que hacer lo siguiente: El pensamiento en Dios, la tajada en la boca, y tirar todo lo que se pueda. Dejémonos de tristezas y de aprensiones. Tan tísico estás tú como ese moral que nos abanica con sus ramas para que no sintamos calor. En ocho días has cambiado de color, has echado carnes, se te ha quitado aquel mirar siniestro, ¿no es verdad, muchachas? Todavía hemos de hacer de ti un guapo mozo, y hemos de verte arrastrando una barriga como esta mía… Come más de este sabroso carnero. ¿Quieres que te eche un latín? Yo también sé mis latines. Oye este: *Omnis saturatio bona, pecoris autem óptima*[6] ¿Qué te parece, amigo Tropiquillos? Echa un buen trago de este divino tintillo plantado, cogido, prensado, fermentado, envasado, clarificado y embotellado por mí, en este propio sitio, sí señor, en estas tierras de Miraculosis, que son lo mejorcito del mundo.

Yo dije que en efecto me sentía con más bríos y tal como si entrara progresivamente en mis venas una sangre nueva; pero que no por eso dudaba de la existencia de mi mal, y que tenía por segura mi muerte al caer de las hojas. Lo que, oído por *mestre Cubas*, fue como si quitaran la espita a un tonel dejando escapar a borbotones el vino: del mismo modo salía del cuerpo su reír franco, primero en carcajada ruidosa, después mezclado con alegres palabras en apacible chorro que salpicaba un poco a los circunstantes.

—¡El caer de las hojas!… ¡Vaya una simpleza! Todo sea por Dios… Entramos ahora en la época mejor del año, en la más sana, en la más alegre, en la más útil, en la más santa. De mí sé decir que vivo aburridísimo en las otras tres estaciones. Poco que hacer, el taller casi parado… composturas, echar alguna duela,[7] apretar los aros, nada más… Pero se acerca el otoño, se ve que la cosecha es buena y… "*Mestre* Cubas que me haga usted veinte pipas"… "y a mí doce". "*Mestre* Cubas, que no me olvide. Pienso envasar ochocientas arrobas…" Luego, no necesito desatender lo mío. Cien cubas, doscientas, nada me basta, porque octubre llueve vino… cada año más. Desde, que empieza septiembre, mi taller es la gloria, y el martillo, golpeando sobre las barrigas de roble, hace la música más alegre que se puede imaginar. Pam, pum, pim… dime tú si has oído jerigonza de violines y flautas que a esto se iguale… Pues, yo te pregunto si conoces nada tan grato como estar en

6 `Todo hartazgo es bueno; pero el óptimo es el de cordero'.

7 'tabla que forma las paredes curvas de las cubas o barriles'.

el taller dando zambombazos, y estar deseando acabar para ir a ver cómo están las uvas, si cuajan bien, si pintan o no, si las ha engordado la lluvia, si las ha rechupado el sol, y atender al sarmiento que se cae por el suelo y al que está muy cargado de hoja… Y luego viene el gran día, el… el *Corpus Christi* del campo, la vendimia, Tropiquillos, que es la faena para la cual hizo Dios el mundo. Como la has de ver, nada más digo. Para mí, la vida toda está en esta deliciosa madurez del año, en esta tarde placentera que nos da el frutode los trabajos de la mañana, y nos anuncia una noche tranquila, límite de la vida mortaly principio de la eterna y gloriosa.

V

Con estas y otras pláticas amenizaba la comida, mostrando en todo su natural honrado y su amor al trabajo, a cuyas virtudes debía su bienestar y la paz de su casa. En las tibias y hermosas tardes, más cortas cada día, mientras el gran Cubas se afanaba en su taller, y la *mestra* dirigía con imponente majestad y diligencia los preparativos de la próxima vendimia, las niñas y yo bajábamos a la huerta y recorríamos toda la hacienda para coger la fruta madura. Era de ver como hacíamos pilas de melocotones, como hacinábamos peras y sandías, apartándolas y clasificándolas para entregarlas a los revendedores de la ciudad, después de guardar lo mejor para la casa. Aquellas niñas tan simpáticas que en la soledad y desamparo intelectual del campo habían sabido darse un barniz de cultura, aprendiendo lo más elemental de las letras sociales, sabían también cómo se aporcaban las hortalizas, cómo se conservaban las frutas para el invierno, cómo se beneficiaban las esparragueras,en qué punto y sazón se debían regar los pimientos, cuáles uvas daban mejor mosto, qué viento era el más propio para que cuajaran las almendras, qué orientación debía tener un nidal de gallinas, y cuál era el modo clásico, magistral, infalible de disponer una echadurade aves. Yo las acompañaba, por aprender algo de la incomparable doctrina del campo,que excede en belleza y bondad a todas las demás sabidurías humanas.

Ramonita se esforzaba en darme lecciones, y cuando íbamos a echar de comer a las gallinas, me decía:

—Es preciso no darles poco ni demasiado; y en caso de no poder medir bien, atiéndase más a la sobriedad que al exceso. La sabiduría está en dar a la vida, ya sea moral, ya física, un alimento sano y proporcionado.

Esta rara sentencia me probaba lo que ya sabía yo, y era que Ramonita tenía un despejo sin igual, intuición de primer orden, perspicacia grandísima. Con tales prendas parecería, teniendo en cuenta las compensaciones de la naturaleza, que no debía de ser bonita, Y sin embargo lo era. Ella y su hermana pedíanme que les contara mis aventuras. Yo hablaba, hablaba: referíales maravillas y sorpresas, describiendo países, pintando pueblos, ponderando riquezas que parecían fábulas; y después de tanto charlar, me recogía en mí mismo, considerando que no había dicho nada. Un millón de palabras había salido de mi boca, y no obstante mi corazón permanecía lleno, lleno y pletórico lo mismo que un tonel en cuya concavidad fermenta el mosto recién sacado de las uvas.

VI

¡La vendimia! *Mestre* Cubas se movía como un epiléptico y gritaba como un loco, mientras la señora daba pausadamente y sin atropellarse sus órdenes. Las cestas llenas de uvas no cabían en el patio del lagar, y más allá oíase un gorgoteo profundo y hueco, cual enjuagadero de bocas de gigantes, que soltaban buches y revolvían entre los pliegues de la lengua pequeñas olas. Era que estaban llenando las pipas.

Por otro lado, Ramonita y su hermana vigilaban la separación de las uvas, agrupándolas según su clase y su madurez; porque no se saca buen vino prensando a granel todo lo que se arranca de las parras. Pronto se vio que las prensas funcionaban, y un chorro oscuro, espumante, opaco recorría la canal para entrar en el estanquillo. Aquí, un hombre metido en mosto hasta las rodillas, lo sacaba en una gran cubeta, midiendo y contando a la vista del amo. Los mozos que hacían el trabajo de prensas, el medidor y los que transportaban el líquido a la bodega, estaban teñidos de un carmín virulento y parecía que sudaban pintura. Los chicos, soliviantados por febril alegría, cogían puñados de uvas ya estrujadas, y se frotaban la cara, y se pintaban rayas en ella como los salvajes. Yo apuntaba las cántaras de mosto que entraban en la bodega, y sentía comunicarse a mi alma el gozo inquieto de *mestre* Cubas y la satisfacción prudente y circunspecta de su arrogante esposa. Las chicas, retirándose a la casa, cuidaban de que no faltase nada en la próxima comida que se había de dar a tanta gente.

Y en tanto la bodega se llenaba. Las cubas decían con espumarajos de ira que ya no podían tragar más. Pero había toneles en abundancia, y además vasijas, tinajas, cántaros. Allí estaba recién nacido y ya bullicioso, turbulento, anunciando travesuras mil, el néctar de los dioses, el amigo de los reyes y de los pueblos, el gran demócrata, el gran nivelador, el que a un tiempo es retrógrado y revolucionario, sin dejar nunca de ser consecuente con sus altos principios salutíferos y embriagadores; el que no conoce la esquivez humana por que le miran con ojos chispeantes el sano y el enfermo, el que preside los festines de la amistad y de la reconciliación y disparando balas de corcho se presenta en los momentos del mayor regocijo, desbordándose en elocuencia, en cariño, en entusiasmo, en exaltada fe y esperanzas; el que en los altares es la sangre del cordero inmolado, y después de haber figurado junto al pan en la mesa divina, puede gloriarse de haber tenido por amigos a los más grandes hombres, Noé, Anacreonte, Horacio, Shakespeare[8] y otros; el que ha sido adorado como Dios en Grecia, coronado de flores en Roma, cantado en Alemania, ensalzado por los bárbaros y llevado a las más remotas tierras por los conquistadores; el que se adapta con maravillosa flexibilidad al genio de cada país, siendo agrio y fino en Francia, dulce en Italia, grave en Hungría, seco y fogoso en España, delicado y pensativo en Ale-

8 Según la Biblia, *Noé*, tras sobrevivir al diluvio universal, se embriagó. A *Anacreonte* (572-485 a. C.), el hedonista poeta griego, se le recuerda como poeta de los banquetes. *Horacio* (65 a. C.-8 a. C.), es el cantor original del *carpe diem.* Al incluir a *Shakespeare* en esta enumeración, probablemente pensara Galdós en la simpatía del poeta inglés por su gran bebedor, Falstaff, personaje de *Enrique IV* (1600) y *Las alegres comadres de Windsor* (1602).

mania, popular en Inglaterra. Él ha encendido crueles guerras, entre el Norte que lo desea y el Mediodía que lo produce; tiene parte en la melancolía bíblica del Oriente mosaico, en el estro armonioso de los helenos, en la ruda exaltación goda, en la tosca valentía del Romancero, que no es más que la épica contienda de dos razas que se disputan durante siglos unas cuantas llanadas de cepas. Tiene parte también en la graciosa borrachera de la poesía del Rhin, y en las epopeyas colosales de los portugueses, buscadores de mundos para acercar la copa divina a los labios amarillos del hijo de Confucio y despertar de su *nirvana* al brahmán que tiene el mal gusto de emborracharse con agua y meditaciones.

Suyo es el picor de las conversaciones francesas, impregnadas de travesuras; suya es la fantasía de los artistas flamencos; el humorismo de Teniers, la gala de Rubens;[9] suya es también esa seriedad cómica del inglés, esa fiebre de trabajo, esa excitabilidad discreta que a tantos y tan grandes éxitos conduce. En el Olimpo antiguo y el moderno, en la literatura y en la religión, en las costumbres y en las artes, en la vida toda, en fin, hallareis la influencia poderosa de este inmenso colaborador del trabajo humano.

VII

Vinieron días húmedos, y una lluvia fría y persistente azotaba los árboles, cuyas ramas se desnudaban a impulsos del viento. A pesar de esto, yo me sentía más fuerte, habían desaparecido mis temores de una muerte próxima, y dejaba de inspirarme horror la estación otoñal.

—Ya ves como no pasa nada —decíame en la mesa mi amigo, después de celebrar mi buen apetito con actos que al mismo tiempo daban testimonio del suyo. Dos meses de campo y de tranquilidad laboriosa han disipado tus necias aprensiones, dándote salud, contento, esperanza… Todo sea por Dios.

Y luego, tomando un tono más serio, no exento de cierta expresión contemplativa, añadió:

—Estamos en la placentera tarde del año, ya cerca de ese crepúsculo a quien llamamos invierno. Querido Tropiquillos, celebremos el otoño que es la madurez de la vida y del año, la experiencia, el fruto, la cosecha cogida y apreciada, y no temamos que esta noble estación nos anuncie el invierno, que es la decrepitud del año y de la vida. La idea de la muerte solo causa tristeza a los tontos. Para mí, la muerte no es otra cosa que la siembra para las cosechas de la inmortalidad.

Después, callamos todos. Yo observaba el rostro de Ramonita, aún turbado del coloquio que poco antes habíamos tenido los dos al volver de la huerta. Cubas volvió a tomar la palabra, y no ya con rostro grave sino antes bien ligero y festivo, me dijo:

—Casi todos los grandes hombres han nacido en otoño… ¡Ah! ¿Te ríes de mí? Soy hombre de medianas letras. Sí, ahí tienes esa pléyade augusta. Cervantes, Virgilio, Beethoven, Shakespeare nacieron en otoño… Pues, todos ellos fueron a morirse a la primavera. Lee la

9 Es fácil que Galdós conociera, por estar en El Prado, varias obras del flamenco David *Teniers* (1610-1690), en las que tiene presencia el vino, así como en alguna obra de *Rubens.**

estadística, querido Tropiquillos, y verás cómo nacemos en estos meses y nos morimos en los de abril o mayo… Ja, ja, ja… A los que me hablan mal de mi querido otoño, les digo que es el papá del invierno y el abuelo de esa fachendosa y presumida primavera…Vamos a ver: a su vez, es el hijo del verano, que al mismo tiempo viene a ser su biznieto… de modo que…

Sin duda la cabeza hercúlea del buen tonelero se resentía de un exceso de libaciones, motivado por su prurito de unir el ejemplo a la regla en aquel vehemente panegírico del otoño. Aquella tarde la pasamos Ramona y yo entretenidos en dulces y honestas pláticas, ambos muy serios, muy proyectistas, muy atentos a mirar y remirar los horizontes del porvenir que empezaban a teñírsenos de rosa. Por la noche, pasada la hora de la cena, *mestre* Cubas, después de ahumarme con su pipa, me dijo:

—Amado Tropiquillos, yo no me opongo; *mestra* Cubas no se opone tampoco; de modo que nadie, absolutamente nadie se opone—. Y reposaba su carnosa mano en mi hombro, haciéndome inclinar bajo el peso de ella—. El hijo de mi amigo Lázaro—aña- dió—, debe ser mi hijo… a propósito, ahí están tus tierras que no son malas. Es preciso replantarlas. Las replantaremos.

Dio varias vueltas como una pipa que gira impulsada por las manos de los toneleros, y viniéndose otra vez a mí, y abrazándome con efusión sofocadora, me dijo;

—Reedificaremos la casa…

Yo no tenía palabras; yo no decía nada, y me dejaba abrazar, sintiendo el contacto de la panza de mi generoso amigo y su rebote, semejantes uno y otro al de una gran pelota de goma.

El tonelero llamó a su esposa que acudió prontamente, seria y afable.

—Ramona, Ramona —gritó después *mestre* Cubas.

Turbada, ruborosa, entró la doncella esquivando mis miradas. Sus bellos ojos mostraban singular empeño en examinar el suelo antes que mi rostro y el de sus bondadosos padres. ¿Cómo diré que todo quedó concertado aquella misma noche, en palabras tan breves como expresivas? Mi felicidad era una nueva faz de mi salud recobrada. Yo era otro hombre, física y moralmente y la vida me ofrecía encantos mil que jamás había conocido. Sano, amado y amante, dueño otra vez del campo de mis padres y de la humilde casa en que nací, dueño también de un corazón puro y noble, de una mujer hechicera, discreta, buena, rica…tanta felicidad debía producir en mí uno de esos estallidos que nos trastornan para siempre. No sé bien como fue: no sé si fue en el momento de casarme o poco des- pués, cuando sentí una sacudida en lo más profundo de mi ser…Yo tenía la mano de mi esposa entre las mías. ¿Tenía también su talle? No lo puedo decir. Solo sé que todo cambió bruscamente ante mis ojos, que el mundo dio una vuelta, que me encontré arrojado en el suelo debajo de una mesa, en un estado que si no era la misma estupidez se le parecía mucho.

Las vueltas de mi pensamiento se disipaban. Yo tocaba el suelo para cerciorarme de la realidad. Híceme cargo de tener delante una figura tosca que extendía hacia mí sus brazos, como queriendo alzarme del suelo… Creo que lo consiguió y que me puso sobre un sofá.

Era mi criado que al verme entrar lentamente en posesión de mí mismo, trajo una taza humeante, y me dijo:

—Eso va ya pasando. Se acabará de quitar con café fuerte.

B. PÉREZ GALDÓS

24
LP, 17/12/1884

SUMARIO: Otra vez la conferencia de Berlín —Intereses comunes de Portugal y España —La crisis de Cuba —Sus causas —Competencias comerciales —Falsificaciones industriales —El tratado de comercio con los Estados Unidos —Dificultades con que tropieza dentro y fuera de España —Dos palabras sobre el archipiélago filipino.

9 de noviembre de 1884.

Señor Director:

No volveré a hablar de la conferencia de Berlín hasta que se celebre y veamos lo que nuestro país saca en claro de ella. La cuestión es muy importante, y mientras no se haya pasado de los preliminares, cuanto se diga de los probables acuerdos del congreso es pura divagación. Nuestro gobierno ha nombrado representante de España en la conferencia al que lo es actualmente, como ministro plenipotenciario, cerca del emperador de Alemania; y como asesor facultativo va a Berlín el señor Coello, distinguidísimo geógrafo muy perito en asuntos africanos.[1] La prensa extranjera ha anticipado, respecto a nuestro país, noticias que me parecen ciertas. España adoptará una actitud recogida, concretándose a defender lo que poseemos en la costa de Guinea. En cuanto a sostener España y Portugal mancomunadamente los derechos de nuestros vecinos sobre las riberas del Congo por ley de conquista y de una larga posesión, nada se sabe. Las desconfianzas de Portugal hacia todo lo que emana de nuestro país quizás sean causa de que esta nación se presente en la conferencia en un estado de absoluto desamparo y soledad. Si así es, no será por culpa nuestra. Nunca ha sido más oportuna que ahora una acción común. Nunca como ahora la suma de dos debilidades podía dar el feliz resultado de una fuerza efectiva más o menos grande; pero las asperezas históricas entre los dos pueblos ibéricos no tienen visos de atenuarse aún, a pesar de los progresos de estos tiempos y de la brevedad de las comunicaciones.

Portugal y España continúan divorciadas con perjuicio notorio de uno y otro país. Ni las líneas de ferrocarril ni las telegráficas nos aproximan. La distancia moral y el apartamiento resisten a todas las innovaciones materiales. Vamos a Lisboa o a Oporto y nos parece que hemos recorrido medio mundo. El comercio entre Portugal y España es escaso; nuestra literatura es casi desconocida allí. Las costumbres difieren de las nuestras notablemente.

1 Como resultado de esa experiencia, Coello publicará en 1885, *La conferencia de Berlín y la cuestión de las Carolinas,* cuestión que Galdós comentará en varias Cartas posteriores.

Pero no quiero extenderme ahora en esta interesante cuestión que deseo reservar para tratarla con amplitud en ocasión más oportuna.[2] Veremos lo que da de sí la conferencia de Berlín, y entonces no vendrá mal un párrafo sobre iberismo y asuntos africanos. Ambos temas, aunque a primera vista no lo parezca, están íntimamente ligados.

En la actualidad pocos asuntos exclusivamente españoles encuentro junto a mí con importancia suficiente para ser tratados en estas cartas, pues las muchas calamidades que nos rodean más son para lloradas que para referidas. A las grandes perturbaciones comerciales que nos ha traído el cólera con su calamitoso apéndice de procedimientos sanitarios y terrestres, los incendios y, por último, las constantes amenazas de alteración del orden público, sobre todas estas desgracias se destaca la peor de todas, que es un malestar profundo, inexplicable, presagio de conmociones vivas y de desdichas aún mayores. Nuestra sociedad vive como azorada, presintiendo acontecimientos que la han de conmover una vez más, oyendo lejanos ruidos que patentizan la inseguridad del terreno en que se asien- ta. Adviértese en ella una tristeza y desazón grandes, pródromos de enfermedad,[3] algo quees como hastío del largo período de quietud que viene disfrutando tiempo ha, impaciencia del que, teniendo el sino de la agitación, se ve obligado, por causas diversas, a permanecer en reposo durante un plazo demasiado largo.[4]

***

De todas las calamidades presentes ninguna da tanto que pensar como la situación económica de nuestra isla de Cuba, de esa envidiada y envidiable colonia, que ha me- recido en todos tiempos ser nombrada con galanas hipérboles, *la perla de las Antillas, la joya americana,* etc. Para demostrar su decadencia, basta decir que España está mandando dinero a Cuba para sus más perentorias atenciones administrativas y militares. Aquella isla en otro tiempo rica y floreciente está hoy tan pobre que sin los auxilios de la metrópoli perecería irremediablemente.

La que parecía ser símbolo de la abundancia, la que se ofrecía a nuestros ojos como una región fabulosa en que el oro se agitaba sin trabajo, preséntasenos hoy exhausta y caduca. Antes la parte aventurera de nuestra población iba allí en busca de fortuna. Ahora muy pocos van, y en cambio, cada correo nos trae multitud de personas aburridas, desesperadas, contando lástimas, quiebras, ruinas y desolación.

La propiedad valiosísima de otros tiempos no es ni sombra de lo que fue. Todos los propietarios cederían sus terrenos si encontraran quien se los comprase; pero el dinero no existe o se esconde; el crédito es un nombre vano y las transacciones merman cada día. Aquellos incomparables ingenios de hace veinte y treinta años serán pronto campos de desolación si no se verifica un cambio favorable.[5] Hoy los gastos de producción exceden a

2 Así lo hará en la Carta 41.

3 *pródromos de enfermedad*: 'molestias, síntomas que preceden a una enfermedad'.

4 Nótese el lenguaje médico aplicado a la sociopolítica que veremos en su plenitud en la Carta 176.*

5 *ingenios*: 'Plantaciones de caña de azúcar'.*

los rendimientos, y si este absurdo económico se ha podido sostener durante algún tiempo por la riqueza acumulada que en el país existía, ya tal situación no puede sostenerse más; las quiebras se suceden con pavorosa rapidez, y bien pronto, si Dios no lo remedia, la bancarrota será general, y aquel bello país sucumbirá por completo.

Dos productos constituían en mejores tiempos la riqueza de Cuba, el azúcar y el tabaco, ambos incomparables en abundancia y sobre todo en calidad, ambos soberanos del mercado, sin rivales que les disputaran la supremacía comercial. ¿En qué consiste que hoy los productores del mejor tabaco y de la más rica azúcar del mundo no pueden sostener la competencia con productos inferiores cosechados en otros climas? He aquí el temido problema económico, sobre el cual no se ha dicho la última palabra. ¿Es que la humanidad, agobiada por la multiplicación de las necesidades, no repara ya en la calidad de los productos, y atiende tan sólo a la baratura? Sin duda por este camino se ha de encontrar la deseada explicación del fenómeno.

Los avances del espíritu sajón en los territorios de Asia y Oceanía, los inmensos progresos de la mecánica han creado intereses diversos a los cuales no se puede negar ni el derecho a la existencia ni las condiciones de viabilidad fundadas en la baratura. Antes casi todo el té y el café que se bebía en el mundo era endulzado con el producto de las cañas de Cuba. La iniciativa inglesa y alemana no podía tolerar esta subordinación comercial, y hoy produce la India inmensas cantidades de azúcar. Igualmente las producen Java, Sumatra y Egipto, y la rapidez y brevedad de las comunicaciones suprimen el inconveniente de las distancias. Alemania misma, no queriendo ser tributaria de nuestra Antilla, pidió a la química y a la mecánica la solución del problema. Nació, pues, la industria azucarera de la remolacha, en la cual lo módico de los precios suple la ínfima calidad del género. Francia hace lo mismo, y nosotros con nuestros plantíos de caña de Málaga y Almería hemos puesto el sello a la decadencia de la gran Antilla. En esta, la superioridad incontestable del producto no es bastante a contrarrestar la ventaja que en precios le oponen los azúcares europeos y asiáticos, porque en Cuba la producción resulta carísima a causa de las contribuciones, de la carestía del trabajo material, y de la imperfección relativa de las maquinarias.

Veamos ahora las causas de esta carestía de la producción antillana. Una cruel guerra originó enormísima deuda, y éste es el motivo del elevado presupuesto de la isla, el cual excede al de algunos estados americanos que tienen doble y triple población.

El Tesoro de Cuba no puede soportar sus compromisos; para salir adelante grava la propiedad y la industria con enormes impuestos. El hacendado carga estas partidas al comprador; éste se retrae; el producto se pudre en los almacenes y de aquí la grave, espantosa crisis.

Añádase a esto la abolición de la esclavitud que ha alterado profundísimamente las condiciones del trabajo en aquel país y se verá toda la extensión del mal. Aún hay algo que ennegrece el cuadro y es el régimen arancelario, que so color de proteger el comercio de la península, encarece los artículos de primera necesidad y aminora los beneficios hasta el punto de hacerlos negativos e ilusorios. Y si aún fuera preciso llevar al cuadro tintas más sombrías, tenemos una Administración deplorable, anticuada, rutinaria, suspicaz, que en

vez de ayudar, estorba, que todo lo entorpece y trastorna. Ningún país vio jamás sobre sí mayor balumba de circunstancias deplorables. Todo está en contra suya; todo, menos la naturaleza que le dotó de inmejorables condiciones de riqueza: pero le son contrarias actualmente las corrientes del comercio universal, las conquistas de la industria, las prácticas administrativas de la raza que la gobierna.

(*Continuará*).

B. PÉREZ GALDÓS

25

LP, 18/12/1884

(Conclusión)

SUMARIO: Otra vez la conferencia de Berlín —Intereses comunes de Portugal y España. —La crisis de Cuba —Sus causas —Competencias comerciales —Falsificaciones industriales —Ei tratado de comercio con los Estados Unidos —Dificultades con que tropieza dentro y fuera de España —Dos palabras sobre el archipiélago filipino.

Madrid, 9 de noviembre de 1884.[1]

Señor Director:

Lo que he dicho del azúcar puede aplicarse al tabaco. No importa que el cubano sea el más rico, el más delicado, el más aromático del mundo, para que tenga que sufrir en los mercados las desventajas de la competencia con las infinitas yerbas combustibles que se cosechan en distintos países del globo. Así como la alquimia quiere suplantar a la naturaleza alterando los productos y falsificándolos, llámense vino, azúcar, café o alcohol, también en este ramo del fumar ocurren mistificaciones tales que dentro de poco han de producir una corrupción general del gusto. Véndense por habanos en todas partes, cigarros elaborados en Hamburgo o Ámsterdam, con hoja de Java. Algunos de estos géneros apócrifos se decoran con capa habana o aparecen pintados para engañar la vista ya que no pueden engañar el olfato. Se imitan las vitolas y aun las marcas célebres.[2] La mala fe del comercio universal tiende al descrédito de todo lo que es calidad reconocida, y a la nivelación de todos los artículos. Ya no hay clases ni en la sociedad ni en los géneros del comercio; todo es malo, o cuando más mediano, y a nada de lo que entra por nuestra boca le preguntamos su abolengo con tal que sea barato.

1 Como en el caso de las Cartas 8 y 9, nótese que esta Carta y las dos anteriores tienen la misma fecha de redacción: *9 de noviembre*. Es posible que Galdós fuese escribiendo la 23, totalmente independiente, durante varios días y la fechase al enviarla; pero la 24 y la 25, publicadas por *La Prensa* en días consecutivos, parecen una única crónica que por su excesiva extensión, el periódico decidiera repartir en dos días, añadiéndole el encabezamiento a la segunda. Además, presentan idéntico Sumario, que no responde exactamente al contenido de cada una.

2 v*itolas*: 'anillas de los cigarros puros'.+

Dicen que los alemanes fabrican azúcar de camisas viejas. Esto me parece exagerado; pero ello es que la fabrican con los vegetales que hasta ahora han disfrutado de peor opinión en lo tocante a propiedades zucarinas. Fabrican alcohol de patatas con tal perfección industrial que los antiguos alcoholes de caña y uva se retiran paulatinamente del mercado. Fabrican vinos de Jerez y de Málaga con desconocidos ingredientes a los cuales añaden zumo de pasas para darles algo de ese tufo castizo que con nada puede sustituirse. Hacen tabacos con hojas diferentes de plantas asiáticas, a las cuales se les da aroma con infusio- nes de la verdadera yerba cubana. Confeccionan té no se sabe cómo, y fabrican el propio grano de café, hecho de pasta de achicoria perfectamente imitada. Al mismo tiempo, conla anilina extraída de la hulla se falsifican todas las antiguas sustancias tintóreas, la cochi- nilla, el índigo,[3] la púrpura, así como en otro orden, el espanto ha venido a introducirseen los reinos de la lana y el algodón, en los del hilo. En resumen, los refinamientos de la mecánica y de la química industrial están alterando la distribución natural de productos en el planeta y tergiversando la ley del comercio. Ya el Mediodía no puede llevar al Norte sus vinos espontáneamente producidos por el suelo, porque el Norte, no pudiendo producir- los, los hace. Ya el azúcar antillana tiene que retirarse de los mercados ante el formidable crecimiento de esa *cal dulce* que se llama azúcar alemana. Ya el tabaco de prosapia, aquel incomparable habano que cerraba los banquetes con su generoso olor, es un puro mito, y en su lugar arden unos leños ásperos y pestíferos confeccionados en las marismas holandesas. Aún nos quedan las frutas, gala de nuestra región; pero ¿no será posible que con esas ingeniosas alquimias y artificios nos las falsifiquen también? ¿Tardaremos el mucho en ver *naranjas artificiales* y *uvas de imitación* al alcance de todas las fortunas? He oído queen Norteamérica fabrican huevos con la misma facilidad que se podrían fabricar botones. Por ahí se empieza. La hulla no ha dicho su última palabra, y bien podrían esos conde- nados sajones hacer con ella un sol artificial que calentase sus tierras frías y esteparias, dándoles los ricos frutos que aún son patrimonio de las nuestras.

***

Volviendo a Cuba, diré que ha tiempo vienen nuestros gobiernos preocupándose mucho de su penosa situación y discurriendo medios para aliviarla. Hasta ahora fuerza es reconocer que esos medios, puramente empíricos, han sido ineficaces. Economías en el presupuesto, pequeñas rebajas en las contribuciones, reformas en la organización judicial y administrativa, todo esto es poca cosa para mal tan grande. Si las economías fueran tales que el presupuesto quedase reducido a la mitad; si las modificaciones arancelarias fueran de tal magnitud que la vida se abaratase considerablemente en la isla; si las reformas fuesen tan sabias y profundas que transformasen el modo de ser político y jurídico de aquel país, las dificultades estarían salvadas en gran parte. El tiempo se encargaría de lo demás. Pero la enorme deuda que gravita sobre el Tesoro de Cuba, las amenazas de nuevos trastornos que hacen necesaria la existencia de un ejército, los inconvenientes de la cuestión

3 'añil'.

social recién resuelta, y junto con esto, intereses diversos antillanos y peninsulares, que sistemáticamente tienden al sostenimiento del régimen tradicional, agravan el problema y dificultan de un modo lastimoso su resolución.

Antes de suspender sus sesiones autorizaron las Cortes al actual gobierno para implantar una serie de medidas que atenuaran la grave crisis de Cuba. Algunas de estas ya son un hecho, pero no resuelven el problema.

Provechoso es cuanto contribuya a estrechar más las relaciones comerciales entre las Antillas y España; pero siendo los Estados Unidos el mercado natural de aquellas, la idea del tratado con la gran república se abrió camino desde que la cuestión cubana fue abordada de frente y ya, gracias a Dios, aquella feliz idea está en vías de próxima realización. Las conferencias para acordar los términos del tratado se celebran en Madrid entre el representante de los Estados Unidos y el delegado del gobierno para este objeto, señor Albacete, y al fin parece que se ha llegado a una avenencia.

El tratado está convenido, falta solo para hacerlo efectivo, la aprobación de las Cámaras en ambos países, y de aquí que sea hoy tan grande nuestro interés en el resultado de la elección presidencial, pues de que triunfe Cleveland o Blaine,[4] depende el éxito seguro o dudoso del tratado en el Capitolio de Washington. Dícese que Blaine llevaría al gobierno planes proteccionistas y *monroistas*[5] muy exagerados; mas de Cleveland se espera, por el contrario, una política expansiva y liberal en materias comerciales.

Aun se teme que en la misma nación americana halle enemigos grandes el tratado, pues los estados del sur producen azúcar y en el sur y en el norte las industrias tabaqueras tienen gran desarrollo. De modo que no ganamos para sustos, como vulgarmente se dice. Vencidas las dificultades de aquí, aparecen otras nuevas allá. Quéjanse aquí los castellanos de la depreciación que van a tener sus harinas en el mercado cubano; quéjanse los industriales de Cataluña, y a ese clamor del egoísmo únese el de los azucareros de Virginia y Carolina del Sur. ¡Pobre Cuba! Siempre explotada por amigos y enemigos. Has sido la gallina de los huevos de oro, la vaca gorda… Tierra de promisión, has sido esquilmada por la codicia de unos y otros. Todos se han creído con derecho a aprovecharse de tu riqueza, todos han apurado el abundante esquilmo que hallaron en tu rico suelo, y hoy estás descarnada, infecunda, miserable. ¿Cuándo te dejarán en paz? ¿Cuándo te permitirán gozar de lo tuyo y ser dueña de las considerables galas de tu propio suelo? Es terrible que no puedas removerte, sin que al punto resuenen en Europa y América lamentos y protestas. Ya con los llamados *intereses peninsulare*s, ya los intereses *yankees*; aquí y allí intereses que se atreven a darse a sí propio el nombre de derechos y que son rutinas y monopolios ejercidos sobre ti. Bien te cuadra aquel verso: *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!*[6]

4 Los dos candidatos a la presidencia de EEUU en 1884. Ganó Grover *Cleveland* con el apoyo combinado de demócratas y republicanos reformistas; estos últimos no apoyaron al candidato opositor, James G. *Blaine*, por ser sospechoso de corrupción.

5 Partidarios de la doctrina Monroe ,según la cual cualquier intervención de estados europeos en América se entendería como acto de agresión y requeriría la intervención de Estados Unidos.

6 Verso de *El diablo mundo* (1840) de José de Espronceda.

Porque por haber nacido tan bella y atesorar mil ventajas naturales, te tenemos todos afición tan grande. Si tuvieras ahora la mitad de las fortunas que se han hecho rápidamente en tu suelo, podrías empedrar con piezas de plata las calles de tus ciudades, hacer arrastrar los tranvías sobre carriles de oro. Y a pesar de los esfuerzos que ahora se intentan para devolverte parte de tu esplendor pasado, por que pensar en devolverte todo, sería pensar en lo imposible; a pesar de que ya está en la conciencia de todos, aun los más egoístas, que es preciso poner remedio a tus graves males, temo mucho que hayamos acudido demasiado tarde, y te apliquemos emolientes en vez de heroicas medicinas. Confío, no obstante, que la divina Providencia, que tiene especial predilección por todo lo español, acuda en tu socorro, sí la Providencia, que si jamás nos permite llegar a una situación próspera y desahogada, tampoco consiente que nos perdamos y arruinemos por completo, y cuando nos ve próximos a sucumbir nos da la mano y nos libra de la muerte.

***

Ya que hablo de colonias, quiero decir algo de la que tenemos en Oceanía, el archipiélago filipino, hermosísima joya que va tomando de día en día más valor. Hay quien asegura que no merecemos ser dueños de ella. Los enormes vicios administrativos que llevamos a nuestras colonias nos desacreditan como nación colonizadora, dejándonos tan solo la fama del espíritu conquistador que las arrancó a la barbarie para traerlas a la civilización y al cristianismo.

Desde que se decretó el libre cultivo del tabaco en aquel país, suprimiendo uno de los mayores absurdos que registra nuestra ineptitud administrativa, las condiciones económicas del archipiélago descubierto por Magallanes han entrado en una nueva fase. Aquel país muerto, y sino muerto dormido para el comercio, da señales de vida y aún de iniciativa. ¡Pero falta tanto que hacer en Filipinas para que aquello sea una colonia floreciente como sus vecinas holandesas o como el continente australiano!… Las obras públicas están allí en embrión y apenas se conoce el ferrocarril y el puerto de Manila continúa siendo un mito. No existe el tal puerto más que en las cifras del impuesto establecido para construirlo. A pesar de esto la producción del país aumenta prodigiosamente, ya no nos envía solo tabaco, sino también azúcar (un nuevo enemigo para la infeliz Cuba) café y preciosas materias fértiles. La población no baja de cinco millones de habitantes, y hay islas fértiles casi inexploradas, donde el arado europeo no ha penetrado todavía; ni apenas se oye en ella aún la armoniosa lengua de Castilla. Allí tenemos un porvenir brillante si lo queremos y sabemos aprovechar dando al trabajo la iniciativa y las energías que damos a un charlar bullicioso, a las conspiraciones y al vicioso mecanismo parlamentario que solo consiste en quitar y poner empleados.

Y también en África tenemos un campo vastísimo de actividad. Pero ¡ay! el África es muy grande, nosotros muy pequeños, y los fuertes y poderosos se repartirán pronto sus inmensas costas, sus caudalosos ríos, sus riquísimos bosques para dar salida a los exuberantes productos de la industria sajona, para colocar los incalculables sobrantes de la fabricación inglesa y alemana. Calcúlense los millones de piezas de tela de algodón que

se venderán el día en que las potencias del Norte enseñen a los africanos a vestirse. Les enseñarán a cañonazos; pero para el caso es lo mismo. Nosotros, como Portugal, llegamos tarde al África, llegamos inermes ¡ay! y con las manos vacías.

B. PÉREZ GALDÓS

26

LP, 19/12/1884

SUMARIO: Renacen las alarmas y las precauciones sanitarias —El sistema cuarentenario y preventivo llevado a los sainetes —El Código Civil —Esperanzas de que se promulgue —Asunto delicado —La enfermedad del rey —Opiniones diversas sobre este asunto —Peligros de la situación —La enfermedad no es más que tristeza —El tratado de comercio con los Estados Unidos —Nuevas observaciones sobre los microbios.

Madrid, 17 de noviembre de 1884.

Señor Director:

Otra vez las alarmas del cólera vienen a turbar la paz y contento que son peculiares en esta capital; otra vez el terror de vernos visitados por la epidemia, turba la paz de los ánimos, trastorna todos los planes, paraliza los negocios, y establece los preliminares de la desgracia que no son inferiores a la desgracia misma. Cuando nos creíamos ya seguros, al menos por este invierno, cuando los casos de Alicante y Barcelona parecían indicarnos que el mal pasaba de largo, ahora su repentina aparición en París nos demuestra que quiere establecerse en la Europa Central, y no perdonará las extremidades. Se ha fijado de tal modo en todos los espíritus la idea de que el cólera recorrerá todo el ciclo patológico europeo, que ya le consideramos como huésped seguro y nos resignamos a tenerle entre nosotros. Casi, casi deseamos que venga de una vez, pues siendo seguro el mal, lo que conviene es que pase pronto. Nos aterra la idea de que en su visita nos trate como ha tratado a Nápoles,[1] pero al mismo tiempo confiamos en la sequedad de nuestro clima y enla latitud de nuestra situación geográfica para esperar de él una benignidad relativa. Conla alarma ha venido también esa calamidad médico-administrativa a que se da el nombre de *precauciones sanitarias.* Estas parecen invención de aquellos médicos inmortalizados por Molière y a los cuales tenía el gran poeta una malquerencia que no podía ni quería disimular.[2] Los lazaretos marítimos y terrestres están ya instalados con sus vejámenes y atropellos. El *nadie pase sin hablar al portero*[3] se traduce en nuestra frontera por un *quién*

1 En septiembre del 84 el cólera se difundió en Nápoles con extrema violencia en los barrios populares, debido a la congestión y la insuficiencia de la red de alcantarillado, propagándose al resto de la ciudad. Su gravedad fue tal que necesitó una restauración total de la ciudad.

2 Con mucha frecuencia en las comedias de Molière figuran médicos ridiculizados.*+

3 *Nadie pase sin hablar al portero o los viajeros en Vitoria* es un artículo satírico de Larra sobre la exigencia carlista, durante la primera guerra, de revisar a cualquier viajero que pasase la frontera franco-española por el

vive estúpido, por encierros, fumigaciones, y otras molestias cuyo verdadero fin no parece ser el de la salud pública sino la expoliación del bolsillo de los pobres viajeros.

En tanto, aquí, las discusiones entre médicos renuevan la confusión de los días pasados. Hay un Consejo que llaman de Sanidad en el cual los contagionistas y los anticontagionistas[4] dan una batalla cada día tan sin fruto que más valdría que se fueran a sus casas. Siendo aún un misterio las causas de la infección epidémica, todo lo que allí se dice sirve para aumentar el barullo y empeorar la situación.

Por lo demás, nos hemos acostumbrado ya a mirar de cerca el mal, y hemos llegado a cometer la imprudencia de reírnos de él. Durante algún tiempo el tema de los microbios fue una mina muy socorrida de chistes y agudezas en la conversación matritense. El tema ha pasado a los teatros populares precisamente en la ocasión en que se ha renovado el peligro; más no por eso se ha dejado de reír el público.

Anoche se ha estrenado una pieza titulada *Medidas sanitarias* en la cual se convierten en chacota las alarmas epidémicas, los lazaretos, las discusiones médicas, las fumigaciones y el celo calamitoso de los funcionarios encargados de cerrar la puerta de la frontera francesa y de los puertos de mar al viajero del Ganges.[5] Esta pieza ha tenido un gran éxito, según dicen, y los concurrentes a ella no han cesado de reír un solo momento a expensas del ministerio de la Gobernación, del Consejo Sanitario y de las celebridades médicas. Probablemente se representará todo el año, y servirá de esparcimiento a los ánimos conturbados por la inminencia del peligro. Esto es reírse del cólera, en sus barbas. Podrá no ser prudente; pero siendo la melancolía una de las más señaladas predisposiciones nerviosas en favor del mal, no se debe vituperar lo que tienda a mantener el espíritu en estado de buen temple. "Más vale escribir risas que lágrimas —dijo Rabelais— porque lo propio del hombre es la risa."[6]

***

La política está hasta desanimada. La*s* recriminaciones de los partidos carecen de interés por ser las mismas del año pasado y las mismas de siempre. Marean y aturden como los organillos, que no varían de tocata. Cuando se reanuden las sesiones de Cortes ya será otra cosa. La próxima legislatura, aún entorpecida por los debates personales, siempre estériles, puede muy bien ser fecundísima si sale de ella, como se cree, la grandiosa obra de nuestro Código Civil, en el cual vienen trabajando hace muchos años los jurisconsultos más eminentes. Obra superior a los intereses de partido, ha entrado desde hace poco en vías de realización

Si los propósitos del actual ministro de Gracia y Justicia se cumplen, apenas reanuden las Cortes sus sesiones, se presentará una ley de bases autorizando al gobierno para re-

País Vasco. Se publicó en *Revista Española,* el 18 de octubre de 1833.

4 Véase Carta 20.

5 Esta denominación responde a que el cólera se originó en el delta del Ganges, según se dijo en Carta 15.

6 Paráfrasis de los versos 9-10 del prólogo a *Pantagruel* (1532).

dactar con arreglo a ellas el Código Civil.[7] Constará este de mil ochocientos a dos mil artículos, en los cuales se desarrollarán los principios jurídicos consignados en las bases. Constará de cuatro libros: los dos primeros se refieren a las personas, el tercero versa sobre la donación, ocupación y sucesiones, y el cuarto abraza lo contratos. Actualmente los jurisconsultos de la comisión de Códigos dan la última mano a estos profundos y delicadísimos trabajos. Votada por las Cortes la autorización, no se planteará inmediatamente el Código como ley. Los cuatro libros irán a las Cortes, y pasado un plazo que aún no se determina, se verificará la promulgación.

En las bases, lo más importante es lo referente a las legislaciones forales. Esto es, como todo el mundo sabe, el gran impedimento para la unificación de nuestro derecho. Las provincias pertenecientes al antiguo reino de Aragón y condado de Barcelona tienen leyes y *usatges* distintos de los de Castilla.[8] La alteración de este derecho, que afecta principalmente a la organización de la familia y a la sucesión, ofrece tantas dificultades que al fin se ha declarado imposible. Los partidarios de la unificación a todo trance se han declarado vencidos, y así el nuevo Código será exclusivamente de Derecho Castellano, sin ocuparse para nada de las legislaciones forales. Seguirán éstas, pues, vigentes. Solo sí quedará, para ellas, como derecho supletorio, en vez del Romano y los decretales, el Código Civil general.

Este en cuanto al matrimonio, acepta el derecho hoy vigente o sea la Ley del matrimonio civil, modificada por los decretos restrictivos de la restauración monárquica de 1875;[9] pero se dulcifican las asperezas que pudieran surgir entre el derecho civil y el canónico.

Tiempo era ya de salir del caos de nuestra legislación. Desde que se pensó en la necesidad de establecer un robusto cuerpo de doctrina, la unidad fue el *desiderátum* de los jurisconsultos castellanos encargados de resolver tan difícil problema, y puestos los cinco sentidos en la unificación, trabajaron, primero solos, después asociados con los aragoneses y catalanes. La unificación, fin altísimo, ideal soberano, era, no obstante, lo que entorpecía los trabajos de la Comisión de Códigos, pues las legislaciones forales oponíanle tenaz resistencia. Por fin, cuando se perdió toda esperanza de llegar a la deseada unidad, los trabajos se concretaron a ordenar, simplificar y dar consistencia al derecho castellano, y una vez en tan fácil camino, todo ha sido cuestión de tiempo y paciencia. El progreso que nuestro Código Civil viene a realizar no lo comprenderán bien los que no hayan tenido ocasión de compulsar, por interés propio o por razones de oficio, nuestros textos jurídicos, balumba de partidas, fueros, leyes, disposiciones y sentencias, en la cual se pierde la inteligencia más aguda y se marea la más activa erudición.

***

7 El Código vigente en la Restauración era el de 1870, plenamente liberal, puesto que correspondía a la Constitución de 1869; Silvela, ministro de Justicia conservador, plantea su reforma en 1884, que será redactada por su hermano Luis, catedrático de Derecho. Técnicamente era mucho mejor que el vigente.

8 *usatges*: 'usanzas, costumbres' en catalán.+

9 Los *decretos restrictivos* afectaban al matrimonio civil que, si bien perduraba, lo hacía de forma subsidiaria del canónico y solo para los no católicos.*

He de decir algo de un asunto que no puede ser tratado fácilmente en la prensa española, asunto de suyo delicadísimo, pero que no es inabordable si se consigue apartar de él la mala fe, si se le trata con la sinceridad y frialdad de una cuestión histórica, descartando de él todo lo que sea pasiones, intereses y miserias políticas del momento. Este asunto es la enfermedad del rey.

Si de esto se permitiera escribir en la prensa española, leeríamos cosas estupendas, candideces risibles por una parte, invenciones novelescas por otra. Alguien nos diría que la salud de su majestad era perfecta y que su constitución robustísima es garantía de un largo y fecundo reinado; otros, por el contrario, nos le presentarían, no ya como enfermo y desahuciado sino como medio muerto o muerto, por entero. Esta última opinión ha venido del extranjero, aunque su verdadero origen ha estado en rumores de aquí, y en conversaciones que solo con mil precauciones e hipocresías de estilo han llevado los periodistas a las letras de molde.

El *Gaulois*[10] publicó no hace mucho varios artículos en que declaraba que Alfonso XII padece una enfermedad grave. Otros diarios extranjeros le han marcado ya la época en que debe ocupar su puesto en el panteón del Escorial; muchas personas venidas de París donde dan esto como artículo de fe, pues corre por allá la especie con todos los visos de cosa juzgada.

¿Qué significa esto? No falta quien lo atribuya a un complot hábilmente urdido para asegurar el éxito de jugadas a la baja sobre fondos españoles en la Bolsa de París. Paréceme que es demasiado fuerte y demasiado consistente el rumor para que se le pueda suponer el citado origen. Lo indudable es que se ha explotado la noticia, verdadera o falsa, para influir en los cambios. Los que la desmienten en absoluto tienen en su favor un argumento fortísimo. ¿No estamos viendo todos los días al rey a caballo y en coche en los paseos y sitios públicos, en las maniobras militares de Carabanchel, en el Retiro, en los teatros? Cierto que su semblante no demuestra una salud perfecta; pero también lo es que un enfermo, y enfermo grave e incurable, no resiste las largas expediciones a caballo, trotando horas enteras, con que entretenía los ocios de La Granja en el último verano y los del Pardo en el presente otoño.

—Nada, nada, el rey está bueno y sano. Tenemos reinado para un rato —dicen unos—. Los enemigos de la paz pública no descansan, y hallándose impotentes para armar una revolución, llaman en su auxilio a la misma muerte. Esto es inicuo, es más, es pura imbecilidad.

—Nada, nada —dicen otros—, el rey se va. Sus días están contados. Estamos abocados a todas las calamidades de una Regencia, de una menor edad de príncipe,[11] si bien la índole de los tiempos es tal que resolvería esta cuestión de un tijeretazo. La Parca y la Libertad se arreglan hoy con un mismo instrumento cortante. El hilo de la monarquía hereditaria queda roto para siempre.

10 *Le Gaulois*: diario parisino fundado en 1868 y absorbido por *Le Figaro* en 1929; conservador y monárquico, fue influyente aunque de pequeña circulación.

11 Era entonces princesa de Asturias la infanta Mercedes, pero la reina consorte estaba embarazada por lo que se dice *príncipe* con sentido amplio.

En medio del caos que resulta de la contradicción palmaria entre estas dos opiniones no deja de llamar la atención el hecho de que Alfonso XII, apenas venido de La Granja se mete en el Pardo y solo viene a la corte breves horas cuando algún acto imprescindible reclama su presencia en ella. Siempre fue este príncipe muy aficionado a la vida de Madrid y a su alegre bullicio. ¿Cómo se ausenta ahora, huyendo de la animación de nuestros paseos y teatros?

No será indiscreción decir que este retraimiento se ha atribuido por algunos a esos pequeños disgustillos que a veces son nubes que empañan el cielo puro de los matrimonios mejor concertados. Se ha hablado de una *diva* del teatro Real,[12] de celos de la reina… Refiero esto a título de dato histórico, que podría servir para dar a conocer la despreocupación monárquica de la época presente y la ligereza con que se traen y con que se llevan nombres respetables. El relajamiento del sentido moral en nuestro pueblo se revela muy claramente en la facilidad con que atribuyen todos los actos de los altos poderes a móviles pequeños. Sin negar de un modo terminante que en aquellas alturas puedan ocurrir flaquezas que caen dentro de la jurisdicción de lo humano; sin afirmar que Alfonso XII, joven rey, sea impecable, pongo en duda lo que se ha indicado como causa del confinamiento en el Pardo, y no solo lo pongo en duda sino que lo niego. Personas que ven de cerca los actos palaciegos, y que no están cegados por el interés político, dan fe de ello con argumentos que no dejan lugar a dudas. No es el menos fuerte de estos el carácter de la reina, que es la misma discreción, la misma dulzura, persona de tan relevantes prendas que en ella se hermanan de un modo incomparable la majestad y la modestia.

El que se atenga a la pura verdad en el delicado asunto de la dolencia del rey, y prescinda por completo de las hablillas, debe hacer constar que es falsa la suposición de que su majestad padece un enfisema pulmonar, pues, esto lo desmienten su aspecto y sus largas correrías a caballo, que fatigan a sus ayudantes antes que a él. Pero, al mismo tiempo no es posible negar que algo hay en la naturaleza de su majestad que indica desequilibrios o perturbaciones, tal vez ligera, pero, precursora de otra más grave, si de la misma naturaleza no nacen energías que la corten a tiempo. Si no hay en el organismo de Alfonso XII síntoma alguno de lesión, como a boca llena declaran sus médicos, ni estos ni nadie puede negar que el ilustre príncipe vive tiempo ha afectado de una profunda tristeza o hastío que si no es manifestación morbosa declarada, bien pudiera llegar a serlo. Cuantos tienen ocasión de ver de cerca a las reales personas, dan fa de este fenómeno, no extraño ni nuevo ciertamente en la familia de Borbón. El rey manifiesta un tedio invencible hacia los negocios de Estado, hacia las ceremonias palaciegas, en suma hacia todo lo que constituye su oficio y su obligación. En los consejos de ministros oye con perfecta indiferencia la exposición de los graves asuntos de gobierno, así exteriores como interiores. Aquel entusiasmo por la organización militar, por el mejoramiento de los diferentes ramos administrativos, aquella actividad, aquel afán de enterarse de todo, de comprender y dominar la máquina del gobierno, han desaparecido por completo.

12 Para el *Teatro Real* véase 22, n. 6. La *diva* aludida es Elena Sanz, contralto de ópera, y amante de Alfonso XII. En el episodio *Cánovas* (1912), figura esta historia con menos discreción que aquí.

¿Es esto una manifestación patológica, o un fenómeno puramente moral? Difícil es sino imposible, dar a esto contestación. Algunos relacionan el hastío de Alfonso XII con las melancolías de Felipe V y Fernando VI, y hallan perfecta consonancia entre uno y otro síntoma, llegando a la afirmación de una neurosis hereditaria, que tampoco perdonó a Carlos III y Fernando VII.[13] Otros no van a buscar tan lejos la explicación, y prescindiendo de la historia, que por mucho que enseñe no enseña tanto como la observación directa, explican la real tristeza por las miserias y desdichados espectáculos que nos rodean. Según estos, Alfonso XII, educado en Alemania e Inglaterra,[14] con amplitud de miras, fortalecido en la doble escuela de la ciencia y de la desgracia, vino aquí con grandes ilusiones. Creía de buena en la resurrección súbita del poder español por medio del orden administrativo, de la libertad fielmente practicada, de la buena fe de los partidos y de la honradez de los hombres políticos.

Los primeros tiempos de su reinado pudieron fomentar tales ilusiones. El país anhelante de reposo se recreaba con la paz, si bien no tanto por verdadero amor de ella como por cansancio, pasado algún tiempo, principian á bullir de nuevo las mal contenidas ambiciones. La paz moral desaparece; se habla de revolución como de la cosa más natural del mundo, y los monárquicos que no comen del presupuesto, se permiten recordar a la monarquía el fin poco envidiable de ciertos reyes desdichados. Se ve entonces que la sinceridad no existe en los partidos que rodean a la dinastía; que estos la amparan y enaltecen mientras viven y triunfan a su sombra, reservándose el derecho de escarnecerla cuando aquella se cree en el caso de cambiar de consejeros. El desbarajuste crece y los liberales se dividen en fracciones rencorosas cuando por primera vez en nuestra historia constitucional se veían en situación de realizar ampliamente su programa dentro de la monarquía. De repente, cuando menos se piensa y cuando todos considerábamos los pronunciamientos militares como cosa ya pasada para siempre, aparece esta vergonzosa calamidad en los sucesos de Badajoz (agosto de 1883)[15]. Se ve que el ejército no ha sanado aún de su vicio constitutivo; se teme que aquel desafuero se repita, y solo este temor, solo la idea de que pueda repetirse altera y descompone el cuerpo político y social de un modo que no comprenderá seguramente quien no viva en medio de este caos.

Los liberales continúan en la oposición tan divididos como en el poder. Los conservadores gobernando fuera de razón, no tienen más programa ni más política que ahondar más y más aquellas diferencias. A esto lo sacrifican todo, Creeríase que para eso y nada más que para eso existen. Por ver reñir a un izquierdista con un constitucional, el gobierno

13 Felipe V padeció una enfermedad depresiva y murió enajenado. Su hijo Fernando VI, también depresivo, enloqueció tras la muerte de su esposa Bárbara de Braganza en 1758. Todos los Borbones españoles desde Felipe V, sufrieron algún tipo de trastorno mental que se había conocido como "melancolía" y a finales del S.XIX se denominó "neurosis"; en mayor o menor grado, les llevaba a apartarse de la vida pública y, abandonar los asuntos relativos al gobierno.*

14 Alfonso XII no fue educado en Alemania, sino en la Real e Imperial Academia Teresiana de Viena, y luego en la Academia Militar de Sandhurst (Inglaterra).

15 El 5 de agosto de 1883 la guarnición militar de Badajoz se pronuncia contra la monarquía Fue el primero de los varios levantamientos militares republicanos desde la Restauración.

conservador sería capaz de comprometer lo más respetable. Resumen: que imperan en nuestra política la mala fe y los temperamentos rencorosos; que no se puede vislumbrar lo que resultará de todo esto; que el porvenir se presenta tempestuoso, indescifrable y amenazador.

En vista de esto ocurre preguntar ¿puede este cuadro de síntomas de la enfermedad nacional darnos una explicación de las dolencias más bien morales que físicas del Jefe del Estado? La respuesta la dará cada cual en su conciencia.

El Sitio Real donde Alfonso XII entretiene sus melancolías está próximo a Madrid. El palacio es muy hermoso. Contiene una colección de tapices mejor que la del Escorial, y preciosos cuadros de diferentes maestros. El inmenso bosque que le rodea, abundante en caza mayor y menor, no es risueño como las arboledas de La Granja y Aranjuez. Paisaje severo y grandioso, cuadra bien a un espíritu tocado de tristezas y a un corazón en que anida el desaliento. Allí meditará seguramente Alfonso XII en las nebulosas contingencias que se desarrollarán en su reinado; considerará seguramente que si la dinastía fue acusada de ofrecer *obstáculos tradicionales* al desarrollo de las actividades propias de la época, también la nación lleva en su organismo internos obstáculos no menos tradicionales y profundos que la entorpecen y la trastornan desde que intenta moverse, del mismo modo que ciertos organismos humanos sufren a cada momento las efectos morbosos del vicio de su propia sangre.

***

Ya se conoce en toda integridad el tratado de comercio con los Estados Unidos.[16] Las negociaciones, que hasta ahora se habían llevado adelante con el mayor secreto han concluido. En todos los puntos reina ya completo acuerdo entre nuestro representante y el de la república americana. El protocolo se firmará uno de estos días, y si las cámaras de los Estados Unidos lo aprueban en diciembre, en primero de enero, empezará a funcionar el nuevo régimen comercial entre nuestras Antillas y la nación *yankee*.

Creo que son de interés para toda América las cláusulas principales de este tratado, y por tanto no vacilo en anticiparlas a los lectores de *La Prensa*. En primer lugar se declaran libres de derechos los azúcares hasta el número dieciséis inclusive, procedentes de Cuba y Puerto Rico. Los derechos arancelarios que hoy pagan los tabacos elaborados y en rama a su introducción en los Estados Unidos, se reducen a la mitad. Es libre la introducción de minerales, concesión muy ventajosa hoy que el movimiento minero principia a iniciarse en Cuba, principalmente en la provincia de Santiago tan rica en cobres y hierros. Se estipula que cuantas rebajas, hagan en lo sucesivo los Estados Unidos en sus aranceles, recaerán también sobre los derechos que subsistan, después de planteado este convenio.

Cuba, en cambio concede a la gran república rebajas graduales en los derechos sobre las harinas, hasta llegar en un periodo de tres a cinco o años a los tipos fijados para las harinas peninsulares. En ambas Antillas entrarán libres de derechos la manteca, tocineta, maquinaria *y* otros artículos; y los que queden sujetos a impuesto pagarán por el arancel

16 Véase Carta 25.

de la península. He aquí las principales bases de ese tratado tan laboriosamente discutido y convenido al fin. La abatida producción cubana ha de reportar grandes beneficios de él, y sobre las ventajas materiales está el efecto moral que este convenio ha de producir en aquellos países, pues la principal arma y el más fuerte argumento de los separatistas ha sido en todos tiempos el suponer que España sacrificaba los intereses antillanos a los monopolios de la agricultura castellana y de la industria peninsular.

***

El cólera no nos quiere dejar vivir en paz. Sin duda quiere vengarse de que se le ponga en solfa en sainetes y zarzuelas, y se nos ha presentado en Toledo. Hay motivos para sospechar que la alarma producida por los misteriosos casos de la ciudad imperial es infundada. En París la epidemia es benigna, dicen que solo ataca a los alcohólicos, a los disolutos, a los qué hacen vida relajada y a los que viven en moradas estrechas y en barrios insalubres. Es un consuelo relativo; pero consuelo al fin, y en tanto las teorías del doctor Koch relativas a los microbios se desacreditan más de día en día.

Un doctor alemán cuyo nombre no recuerdo por ser muy enrevesado, ha querido desmentir el poder homicida de los tales seres, tragándose en píldoras una cantidad enorme de ellos. El resultado ha sido muy satisfactorio. Otro doctor, mister Peter, ha demostrado que los microbios son inofensivos; son, según él, resultado y no producto de las enfermedades. Respecto a su extinción, las observaciones de este sabio son desconsoladoras, pues los microbios no renuncian a los goces de la vida sino ante la grave contrariedad que les ofrecen las leyes físicas en las tres formas siguientes: presión de cien atmósferas, o frío de cien grados bajo cero o bien un calorcito de trescientos grados. He aquí, pues, los verdaderos desinfectantes.

B. PÉREZ GALDÓS

27

LP, 31/12/1884

SUMARIO: Agitación escolar —Su origen y gravedad —Discurso del señor Morayta —Actitud reservada del ministro de Fomento —Los obispos condenan el discurso —Agitación eclesiástica —Cábala ultramontana entre los estudiantes —La gran mayoría de ellos prepara manifestaciones en honor de Morayta —Tumultos y gritos en las calles, inquietud del vecindario —Simpatías de este por los estudiantes —Intervención de la policía —Atropellos —La policía invade la Universidad —Dimisión del rector —Continúan los atropellos —Protesta de los catedráticos —Dificultades del gobierno —Inclinóse este a la resistencia.

Señor Director:

Para hacer comprender a mis lectores toda la gravedad de los sucesos lamentables que

han ocurrido en Madrid en los días 19, 20 y 21 del pasado noviembre,[1] con sus consecuencias, necesito examinar la cuestión desde su origen. Porque esta algarada estudiantil, este motín de muchachos, tiene raíces hondas y conexión marcadísima con la cuestión más pavorosa entre las muchas que vienen agitando a nuestro país desde principios del siglo. Es, mejor dicho, un recrudecimiento de la grande y secular herida; un chispazo de la lucha que ya sorda y descubiertamente sostienen la doctrina tradicionalista y el libre examen. No es la primera vez que esta contienda elige el terreno escolar para dar a conocer la energía indomable de sus dos términos.

Ya en más de una ocasión los alborotos de estudiantes han producido conflictos en Madrid, poniendo al gobierno en situación comprometida; y en todos los casos, los disturbios ocurridos en las puertas de la Universidad han sido precursores de sucesos de mucha trascendencia y de inesperadas mudanzas.

Hay quien dice que la universidad de Madrid es un foco permanente de agitación y un semillero de revoluciones, por lo cual se propone su traslación a Alcalá de Henares, restaurando la antigua complutense. Esto es sencillamente un desatino, pues en Alcalá los inconvenientes de la excesiva aglomeración de estudiantes serían más graves que en Madrid y los medios de ilustración muy inferiores. Pero haré la historia de los últimos sucesos, y de fijo mis discretos lectores juzgarán por sí mismos su alcance y gravedad.

Todos los años, en el solemne acto de la apertura del curso, uno de los profesores de la Universidad lee un discurso académico, cuyo tema es de su exclusiva elección. En dicho acto, que preside el ministro de Fomento (me parece que alguna vez lo ha presidido el rey mismo) se reparten los premios a los alumnos que se han distinguido en los últimos exámenes.

Tocóle este año la honra de hacer el discurso y leerlo ante el claustro al señor Morayta, catedrático de la facultad de Filosofía y Letras, señalado por sus ideas avanzadas. El discurso tuvo un marcado sabor racionalista, cosa que a nadie debía sorprender, pues otros años los hemos oído rabiosamente ultramontanos, aunque unos y otros, lo mismo que el del señor Morayta, no desmentían las conveniencias universitarias. Pero este año daba la pícara casualidad de que presidía el acto, como ministro de Fomento, el señor don Alejandro Pidal, ultramontano, si bien de los más templados y reñido con la fracción intransigente o *íntegra*, a la que sabemos dar, para mayor claridad, el dictado de *carlista*.[2]

El señor Pidal, como católico, oyó con muchísimo disgusto el discurso del señor Morayta, pero no tuvo más remedio que tragárselo. Únicamente se permitió ponerle algún discreto correctivo en la oración final con que terminó la ceremonia, mas la cosa no pasó de aquí. Cumpliendo uno de los términos del acto, el ministro repartió ejemplares del discurso a los alumnos premiados. La prensa comentó con poco calor el radicalismo del discurso y el mal rato que había pasado el ministro; pero poco a poco se fue olvidando una cuestión que al parecer carecía de importancia.

1 Aunque esta Carta aparece sin fecha, debe suponerse de primeros de diciembre puesto que habla del *pasado noviembre* y cita la *Gaceta* del 29 de dicho mes.

2 Véase 8, n. 2.

Las alarmas del cólera y la suspensión de clases en la Universidad contribuyeron a adormecer el conflicto.

***

Escena segunda —Allá entre bastidores, valido del descuido y sosiego de los principales actores, el traidor del drama está preparando el golpe. Este traidor es la facción intransigente del ultramontanismo, que jamás perdona, que acecha las ocasiones como el cazador acecha la descuidada res; conoce que ha llegado el momento de dar la estocada maestra a su enemigo el señor Pidal, y en silencio afila el arma; como esta fracción tiene poderosas ramificaciones en el alto clero, la acometida va a ser formidable. En efecto, cuando ya nadie se acuerda del discurso del señor Morayta, principia a decirse que los curas suben al púlpito en las parroquias y leen… ¿qué?, una pastoral del vicario de la diócesis, condenando el discurso del señor Morayta. La pastoral es un documento escrito en el gárrulo estilo eclesiástico,[3] y se dirige principalmente a las mamás deplorando que los tiernos niños sean inficionados[4] con la pestilencia de la enseñanza universitaria, y haciendo constar de paso que el ministro de Fomento ha repartido con su propia mano entre los inocentes alumnos aquel manjar venenoso del discurso. Si se ha de decir verdad, las mamás no se preocuparon mucho de la pastoral. Hace tiempo que estas cosas de la enseñanza están bajo la vigilancia y gobierno de los padres, quienes, hablando en plata, van poco a la iglesia, y están por tanto exentos de los efectos conminatorios de las pastorales más o menos evangélicas.

A pesar de que las manifestaciones episcopales se repiten en estas y otras diócesis, reina la calma en las familias, calma también en la Universidad, calma en todas partes.

***

Escena tercera —De buenas a primeras preséntase en los claustros de la Universidad el hijo más pequeño del señor Nocedal, recogiendo firmas entre sus compañeros para una exposicioncita o felicitación dirigida a los obispos en alabanza de la excomunión que éstos han lanzado al discurso de apertura. El señor Nocedal es, como todos saben, jefe del partido carlista, apoderado político de don Carlos, y gran maestre de toda la masonería, llamémosla así, clerical y ultramontana. Su hijo mayor, don Ramón, es director de *El Siglo Futuro,*[5] órgano oficial del partido, escrito rabiosamente y con bastante sal (váyase lo uno por lo otro) y el más pequeño saca, por lo visto, las buenas disposiciones de la familia a juzgar por su primer ensayo en tramas políticas, o sea la actual jarana estudiantil.

Desde que el joven Nocedal dio en la flor de reunir firmas,[6] la mayoría de los escolares empezaron a soliviantarse. Hablóse de una exposición en sentido contrario. Pero juzgan-

3 *gárrulo*: `charlatán´.

4 *inficionados*: `infectados´.

5 *El siglo futuro*: Periódico que se publicó entre 1875 y 1936, vinculado al carlismo y al integrismo.

6 *dio en la flor*: `cayó en la tontería´. La expresión utilizada por Moratín en *El sí de las niñas*, debió gustar a Galdós que la usaría en varias obras.

do esto poco práctico, poco visible, poco ruidoso, los estudiantes no ultramontanos que están en gran mayoría, idearon felicitar públicamente al señor Morayta. Desde que esta idea cundió por los pasillos de la Universidad, puede decirse que ya no hubo sosiego en aquella docta casa. Empezó a disminuir de un modo lamentable el número de los que entraban a clase. Las filas de oyentes en los duros bancos clareaban, mientras fuera, en los pasillos y en la calle, los animados grupos de muchachos inquietos revelaban la excitación que en todos reinaba. Entre sí discutían los infantiles conjurados uno y otro plan, todos subversivos, estrepitosos y atentatorios a la disciplina universitaria. Prevaleció por el pronto lo menos grave, que era aplaudir al señor Morayta cuando entrase y saliese, y hacer alguna que otra manifestación de este género en pro o en contra de determinados profesores.

Pero en este resbaladizo camino, todo es empezar. Bien pronto se ve que los estudiantes reunidos en grupos tumultuosos pasan por las redacciones de los periódicos, aplauden o silban, según les parece, rompen un cristal en la redacción de *El Siglo Futuro,* se refugian luego en la de *Las Dominicales del libre pensamiento*,[7] dan vivas y mueras, permitiéndose desahogos inocentes que inquietan al vecindario sin alarmarlo de veras. Parece que la cosa no pasará adelante, pero no es así. Como algunos han sido presos, al día siguiente los grupos, engrosados con el personal de los institutos (de doce a quince años), se dirigen al gobierno Civil a pedir la libertad de los detenidos, al ministerio de Fomento, a Gobernación, alborotando, pidiendo y amenazando, en ese tono peculiar de la niñez talluda, que es una mezcla de candor y de pedantería. En cada esquina surgen oradores de quince abriles y hasta la prensa trasciende manifiestos y alocuciones en que palpita, con indignación có- mica de la niñez estudiosa que revela ya quizás en unos poderosas aptitudes de carácter,en otros dotes especiales para la oratoria y la controversia.

Y en general el vecindario les mira con simpatía. No sé qué hay de gallardo y generoso en aquel ejército inmenso de muchachos de todas las clases sociales, pues allí se confunden el hijo de prócer con el del artesano, y todos se tutean, todos son amigos. Allí se ven los alumnos de Derecho, que son los que generalmente tienen más iniciativa, siendo también los más parlanchines; siguen los de Medicina, que por punto general son los más traviesos, los más diabólicos y los que toman la delantera en todos los actos que requieren audacia y valor personal. Con ellos se mezcla el liliputiense contingente de los institutos, habiendo entre ellos mocosos de diez años o doce, que poco ha estaban mamando, y ya hablan de la libertad, de la ciencia, y de los sacrosantos derechos del profesorado. Lo mismo los grandes que los chicos, los jutinos,[8] abogados, médicos y farmacéuticos, los que mañana serán bachilleres y los que pronto serán licenciados, todos en suma, peroran, chillan, bromean, gritan, amenazan; todos son oradores, todos sienten en sí el fuego sacro de la inspiración tribunicia. ¿Y cómo no mirarlos con simpatía? Son la España futura, la generación fresca, que ha de sustituirnos pronto y que seguramente ha de ser más sensata y menos viciosa que la nuestra. Entre ellos, ¡cuántos ministros del porvenir, cuántos hombres

7 Semanario publicado en Madrid entre febrero de 1883 y agosto de 1909. Sus impulsores fueron Ramón Chíes y Fernando Lozano Montes, y aglutinaba diferentes tendencias heterodoxas de la España de entre siglos.

8 No se ha encontrado este término, que pudiera ser errata.

eminentes, cuánto escritor ilustre, cuánto sabio investigador! Son la semilla, ya con brotes, de la ciencia futura, y colectivamente considerados, merecen respeto. Uno por uno, como chiquillos que son, se llevan todas las simpatías.

El tumulto va creciendo, creciendo. No se sabe adónde van a parar estas marejadas de la pasión infantil cuando no se las contiene a tiempo. Los estudiantes repiten en la mañana del 20 las escenas ruidosas. Prepárase una manifestación imponente, para lo cual se han dado cita en la Universidad todos los centros de enseñanza.

Generalmente, cuando San Carlos (escuela de medicina) no toma parte en la gresca, esta muere de anemia, de falta de sangre, de sal, de vida. Los estudiantes de Medicina son capaces de animar un cementerio con su bulliciosa inquietud. Aquel día los de San Carlos acudían a reunirse con sus compañeros los de Derecho. Habían abandonado a deshora las tristezas del anfiteatro,[9] y volviendo la espalda a los cadáveres, esos sangrientos libros en que aprenden la anatomía, se reunían en falange enorme. Estas multitudes infantiles tienen en tales casos el instinto de la organización. Sin saber cómo, la turba se hace ejército que marcha con orden y disciplina. Marchaban, pues, por la calle adelante con imponente solemnidad. Mucho silencio en las filas, miradas malignas y firmes propósitos de alboroto y divertirse lo más posible.

***

Escena cuarta —Cuando el drama llega a este punto, aparece otro traidor, el gobernador de la provincia. Y preséntase acompañado del jefe del orden público, coronel Oliver, hombre de mal genio, según cuentan, que se distinguió persiguiendo en Andalucía a los bandidos de la Mano Negra.[10] Desde que estos personajes aparecen, el drama empieza a ponerse serio.

Iban, pues, los de San Carlos camino de la Universidad, formados de ocho en fondo, y ya invadían la calle Ancha de San Bernardo impidiendo la circulación de coches y tranvías, cuando se les dio el *alto* por los agentes de orden público, apostados a lo largo de la calle. "¿Adónde van ustedes?…" "A donde nos da la gana…" "¡Fuera!" "¿Cree usted, señor Oliver, que está tratando con los de la Mano Negra?"… "Atrás, que os vamos a poner negros"… "No sea usted bruto…" "¡A la prevención!…" "¡A ellos!…" Imposible dar idea de este picante diálogo entre la multitud escolar y los agentes de la autoridad. El lector suplirá la mayor parte de las recriminaciones, pues éstas no son propias del lenguaje escrito. El resultado del encuentro es que la falange de muchachos se descompone, los agentes sacan los sables y sacudiendo con ellos de plano dispersan a los estudiantes, obligándolos a correr o a refugiarse en los portales de las casas. Ocurren escenas sensibles, otras muy cómicas, y no faltan contusiones, arañazos y derramamiento de sangre aunque en muy cortas proporciones.

9 *anfiteatro*: 'aula con asientos en filas escalonadas destinada a la enseñanza práctica de anatomía y cirugía´.

10 En 1883, más de un millar de jornaleros andaluces habían sido encarcelados por pertenecer a una organización criminal secreta, la Mano Negra. Aunque se sospechó de manipulación de la Guardia Civil, al mando del *coronel* Olivier, se ejecutaron siete condenas de muerte.

Entre tanto, los de Derecho, que aguardaban a sus compañeros delante de la Universidad, se ven obligados a refugiarse dentro del edificio, porque los agentes no les dejan parar en la calle y les prenden o les sacuden el polvo en cuanto se descuidan. El ancho vestíbulo y la escalera están totalmente llenos de muchachos que, creyéndose garantizados por la respetabilidad del local, disparan cuchufletas y donaires contra los guardias. Como la situación se agrava por momentos, y los estudiantes no pueden salir porque corren peligro de ser maltratados, el claustro de profesores se reúne, presidido por el rector, y trata de conjurar el conflicto. El rector envía un parlamentario al jefe de Orden Público, el cual lo despide de mala manera; la atmósfera se va caldeando poco a poco, los guardias están furiosos; los estudiantes no lo están menos. En esta situación preséntase el gobernador, señor Villaverde, y manda al jefe de Policía que penetre en el edificio y haga respetar dentro de él el principio de autoridad. No se hace de rogar el señor Oliver, que se halla, según pública voz, en un estado de ánimo semejante al delirio. Sus ganas de pelear son vehementísimas. ¡Lástima que no tuviera enfrente enemigos de consideración, porque la lucha con inermes chiquillos no le dará sin duda la gloria que el tal ambiciona! Los guardias entran sable en mano, apaleando con ellos a los estudiantes; éstos se derraman gritando por pasillos y corredores. Aparecen los profesores y el rector, vestido de toga, trata de hacer comprender a los guardias que allí no hay más autoridad que la suya; les manda abandonar el edificio; niéganse a ello los tales; el coronel increpa duramente con frases soeces al rector; intervienen en defensa de los presos universitarios algunos catedráticos, mas no son oídos; el gobernador mismo se extralimita con alardes de fuerza que resultan ridículos en presencia de muchachos inermes y de unos cuantos señores indefensos. Entre tanto algunos estudiantes caen heridos, el rector es ultrajado, el secretario es llevado a la cárcel, los catedráticos protestan, los escolares chillan, los guardias pegan, y se produce un escándalo tal y un espectáculo tan vergonzoso para la autoridad gubernativa que no hay palabras para calificarlo. El rector de la Universidad, señor Pisa Pajares, es persona respetabilísima, de carácter templado, muy querido de los profesores y de los alumnos.

Desde el momento en que la fuerza pública traspasó el dintel de la Universidad llevando al recinto de la ciencia una cuestión que debió resolverse en las calles, puede asegurarse que la autoridad, victoriosa por la fuerza, perdió la partida. Aparte de que no es valentía acorralar sable en mano a unos cuantos centenares de estudiantes, el atropello de que fueron víctimas rector y catedráticos, quita a la autoridad todo su prestigio. Así, pocas veces se ha visto en Madrid unanimidad tan grande en condenar sucesos de esta clase, y no hay persona alguna, cualquiera que sea su posición social, que no halle altamente ridículas, cuando no execrables, las valentías del señor Villaverde y de su delegado el señor Oliver. La violación del recinto de la Universidad da proporciones grandes a un conflicto que empezó por simple inquietud de jovenzuelos aficionados a divertirse, y el claustro de profesores, herido en su dignidad, arroja el guante al gobierno, que se apresura a recogerlo, aprobando todo lo hecho, y mostrando el propósito de no cejar ni un punto, cuales quieran que sean las dificultades que le salgan al paso.

***

Escena quinta. —En la *Gaceta* del 21, aparece admitida secamente la dimisión del señor Pisa Pajares y nombrado para sustituirle el señor Creus, catedrático de Anatomía en el colegio San Carlos. El asombro que este nombramiento produce excede a toda ponderación, porque el señor Creus es conocido por sus rancias ideas ultramontanas, y ha figurado activamente en el bando carlista. Duda todo el mundo que el señor Creus acepte el cargo en circunstancias tan difíciles, y sancione con su aceptación los atropellos de que han sido víctima sus dignos compañeros. Pero el nuevo rector acepta; preséntase en la Universidad, niégase a convocar el claustro, y después de tomar algunas disposiciones de carácter reglamentario, retírase del edificio sigilosamente por una puerta excusada que da a la calle de los Reyes. Teme las manifestaciones desagradables de los alumnos que, desafiando los peligros, insisten en reunirse en la calle. El día 22 repítense los escándalos, y renuévanse los grupos de escolares. La gravedad crece, y la Guardia Civil de a caballo sale de sus cuarteles.

Lo más anómalo y extraño de todo es que la Universidad y San Carlos aparecen desde muy temprano llenos de guardias de orden público que custodian los pasillos y las aulas. En medio de este aparato de fuerza militar tan impropio de aquella casa, campea el nuevo rector. Lúgubre soledad reina en los claustros. Los catedráticos niéganse a dar clase, mientras el profesorado no reciba de la autoridad civil reparación cumplida de los ultrajes del día 20; y los alumnos acuerdan al mismo tiempo no asistir a las aulas. San Carlos, donde se temen nuevos escándalos, parece un cuartel. Aquí algunos catedráticos han pronunciado frases elocuentísimas condenando la intrusión de los polizontes en la casa de la enseñanza. Los profesores de todas las facultades piden que se reúna el claustro universitario; niégase a ello el rector; acuden al ministro de Fomento, quien no se digna acceder a la reunión del Claustro mientras no se restablezca el orden material, y como éste no puede restablecerse mientras no se den satisfacciones a la Universidad por el allanamiento y brutales escenas del día 20, he aquí la cuestión planteada en términos insolubles y muy críticos, y al gobierno en la situación más comprometida que se pudiera imaginar.

Dícese que el señor Cánovas no quiere ceder; que si los catedráticos no asisten a sus clases, los destituirá, y que los alumnos perderán curso si insisten en su ausencia de las aulas. Como se comprende, esto es grave, y dudamos mucho que tales temperamentos prevalezcan en el ánimo del jefe del gobierno. No son dos ni tres catedráticos; son la gran mayoría de ellos, y lo más granado y eminente del profesorado español.

Respondiendo a la vivísima excitación de los ánimos, las escuelas oficiales que no dependen de la Universidad han hecho manifestaciones de solidaridad con el agravio recibido por esta. Las sociedades literarias, que como el Ateneo y la Academia de Jurisprudencia, que reflejan de un modo inequívoco los sentimientos de la juventud estudiosa, han estado muy alborotados estos días. La Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, la Academia de Medicina han oído también en sus escaños la voz de las pasiones, y como resultado de todo ello, el gobierno hállase rodeado de una atmósfera asfixiante, de la que habría podido salir a raíz de los sucesos, desprendiéndose de los señores Villaverde y Oliver. Pero ya es tarde para que la eliminación de estos funcionarios, excesiva y lamentablemente enérgicos, pueda arreglar un conflicto que ha tomado tales proporciones.

El gobierno lo embrolla con su tenacidad y la idea puramente conservadora de sacrificar todo al principio de autoridad.

Todo anuncia, pues, que hemos de ver sucesos de mayor trascendencia y complicaciones graves, pues la experiencia nos dice que los disturbios estudiantiles si no se les calma a tiempo, son madeja que cada día se enreda y enreda más, reclamando al fin, ante la imposibilidad de deshacer el nudo, la solución salvadora de cortarlo.

Por lo referido, se ve que la fracción ultramontana, en mal hora llevada a la política activa por el señor Cánovas, no puede moverse sin promover un grave conflicto. No abre la boca el señor Pidal, sin que sus palabras levanten tempestades. Ya nos trae el disgusto con Italia, ya las dificultades con el Vaticano, ya la cuestión de la Universidad. Y es que no se puede pensar en mojigato y gobernar constitucionalmente.[11] Hay incompatibilidad absoluta entre las ideas de esa gente y las funciones de ministros constitucionales que desempeñan. De esta incompatibilidad resulta que cada paso sea un tropiezo, cada voz un llamamiento a la guerra. No hay remedio. Para llevar a la gobernación del Estado las ideas representadas por los llamados *católicos mestizos,* es preciso variar por completo el organismo de la nación, y como esto es imposible, esos señores tendrán que volver más o menos pronto a la política platónica y contemplativa de la Unión o a las filas del carlismo militante, de donde muchos salieron. El nombre de *mestizos,* aplicado por sus rencorosos enemigos los carlistas, les cuadra a maravilla. Las razas híbridas son infecundas. Estos señores, queriendo reconciliar a Jesús con Barrabás, se han puesto a mal con uno y otro, y no han llevado a la política activa sino confusión, desórdenes, agravios y conflictos que al fin serán resueltos atropelladamente Dios sabe cómo y cuándo.

***

En los últimos días de noviembre la cuestión universitaria ha pasado por distintas fases, y en el momento presente ofrécese más embrollada que nunca y revistiendo caracteres de extremada gravedad. Es ya muy difícil una cosa parecida. Una de dos: o la Universidad recibe del gobierno satisfacción cumplida por los sucesos del 20, o el gobierno tendrá que dejar el puesto a otro más conciliador y tolerante dentro del mismo partido.

Apuntaré, para concluir, los incidentes que hasta hoy ha tenido este pleito. Unos ochenta catedráticos dirigieron una representación al gobierno, protestando de la violación del recinto universitario por la policía y pidiendo que se reúna el Claustro para tratar de este asunto. Desde que fue conocido este documento, el gobierno, valiéndose de amigos oficiosos, trabajó a la sordina por que los profesores restantes firmaran otro documento en el cual se desautorizara con frases mañosas el anterior. El único resultado de esto fue que los estudiantes se negaron resueltamente a entrar en las cátedras de los maestros que firmaron la segunda manifestación, a la cual se dio desde el principio el nombre de "contraprotesta".

Gracias a la intervención de algunos catedráticos, los alumnos iban entrando en razón y asistiendo a todas las aulas, pero he aquí que aparece en la *Gaceta* del 29, la Real Orden

11 Nótese como la expresión entre cómico-familiar y conceptista resume el pensamiento liberal galdosiano.*

del ministro de Fomento contestando a los firmantes de la llamada protesta, y desde que se conoció este documento oficial, tan destemplado como inconveniente, es general la creencia de que la reconciliación entre los catedráticos y sus jefes es imposible. En dicha Real Orden, el ministro aparenta dar más crédito al informe de la policía, redactado con evidente falta de sinceridad que a la palabra de los distinguidísimos profesores testigos de los deplorables sucesos del 20 y de los agravios inferidos públicamente al rector de la Universidad.

Y en eso estamos. Falta saber la resolución de los catedráticos ofendidos. ¿Llevarán la cuestión a los tribunales? ¿Entablarán acción contra el gobernador ante el Consejo de Estado? Los estudiantes han acordado huelga general. Desde ayer las aulas todas están desiertas. En mi próxima carta haré conocer los incidentes que ofrecerá esta contienda en la que aún está por ver, que será sin género de duda lo más interesante.

B. PÉREZ GALDÓS

28
LP, 18/1/1885

SUMARIO: La cuestión de los catedráticos —Segunda exposición de estos y desdenes del ministro de Fomento. Táctica del gobierno —Se reanudarán las sesiones de Cortes el 27 de diciembre —Parlamentarismo homeopático —Tareas legislativas del año próximo —El tratado de comercio con Inglaterra —Historia de estas negociaciones —Lo que hicieron los izquierdistas —El partido conservador enemigo de los tratados de comercio —Cambioen la política comercial de este partido —Pónese sobre el tapete el *modus vivendi* —Introducción de vinos baratos en Inglaterra —Duelo entre el vino y la cerveza —Consecuencias del cambio de bebidas —Diferentes clases de embriaguez —Lo que comen los ingleses —El tratado de comercio entre la isla de Cuba y los Estados Unidos —Dificultades que encuentra en las Cámaras norteamericanas —El proteccionismo de la Unión —Pascua y Año Nuevo —La lotería y sus emociones —Importancia de esta institución española —¿Quiénes son los agraciados? —La pascua de Navidad y el frío —Cosas de la geografía.

Madrid, 16 de diciembre de 1884.

Señor Director:

La llamada *cuestión de los estudiantes*[1] ha venido a tener por nombre *cuestión de los catedráticos.* Aquellos infelices chicos apaleados no conservan de su actitud rebelde más que el propósito de no entrar en clase. Pero no se reúnen ya tumultuariamente ni dan quehacer a los agentes de la autoridad. Los profesores que creyeron hoyadas las inmunidades en los sucesos del 20 de noviembre, están decididos a obtener una reparación y persiguen este objeto con gran tenacidad, tanto más firmes cuanto más desdeñoso se muestra el go-

1 Véase la Carta anterior.

bierno. A la primera exposición de los catedráticos contestó el ministro de Fomento con una Real Orden arrogante, desfigurando los hechos.

Los ofendidos repitieron su demanda en un documento muy comedido y al mismo tiempo enérgico, valeroso. Esta segunda exposición no ha merecido respuesta del señor ministro. El estado de tirantez a que han llegado los ánimos con motivo de la soberbia ministerial, se agrava de día en día. Nuevos incidentes embrollan la cuestión, y entre estos merece referirse la intolerancia del presidente del Senado al no permitir que se reunieran en los salones de la Cámara Alta los senadores por las universidades con el fin de tratar de auxiliar a los catedráticos en sus gestiones para alcanzar el desagravio que solicitan.

Pero la falta de atención del presidente del Senado, señor conde de Puñonrostro, no ha servido sino para encender los ánimos, sin ventaja ninguna para el gobierno, porque los senadores por las universidades y los catedráticos se reunieron en la casa del señor Moyano, senador por la Central, y allí discutieron ampliamente todo lo que quisieron. Al mismo tiempo, el señor Pisa Pajares, rector destituido, ha presentado en los tribunales su querella contra el coronel, jefe de orden público. Las actuaciones en las diferentes causas formadas con motivo de aquellos sucesos continúan, y de una manera o de otra el gobierno ha de sufrir fuerte quebranto el día en que, judicial y parlamentariamente, la cuestión madurada y esclarecida, exija que se pronuncie sobre ello sentencia definitiva.

Porque la táctica del gobierno en este asunto es echar tierra a las dificultades, envolver a los catedráticos en una atmósfera de desdén y olvido, dejar que corra el tiempo para que el cansancio enfríe los ánimos y llevar la sentencia a la cómoda fecha de las *calendas griegas*.[2] Cree que esto no es más que cuestión de amor propio de unos cuantos individuos y que si la atención pública, solicitada de otros sucesos más graves, deja de fijarse en ellos, concluirán por sentirse en el vacío, se aburrirán y se dividirán, y una vez divididos, ni en los tribunales ni en las cámaras podrán oponer una acción consistente a los desdenes ministeriales. Pero se equivocan si piensan esto. Los catedráticos perfectamente unidos no desmayarán. Muchos de ellos son senadores y diputados y las Cámaras se abren el 27 del presente.

Por cierto que el reanudar las sesiones el 27 de diciembre, cuatro días antes del fin de año, indica claramente que el gobierno conservador no se encuentra bien sino cuando administra en dosis muy homeopáticas el régimen parlamentario. Las múltiples y graves cuestiones de esta temporada, la universitaria y la sanitaria, los tratados de convenio, las proyectadas leyes de Gracia y Justicia y Gobernación exigían que el parlamento estuviese abierto. Pocas veces como ahora han pedido los sucesos políticos discusión y luz. Pero el gobierno lo entiende de otro modo, y desea desarrollar su gestión en la oscuridad y el silencio. Las Cámaras se abren por cumplir la letra del precepto legal, y se abren al expirar el año, quizás para cerrarse pronto. La representación nacional deja muy atrás a los estudiantes en su amor a las interminables vacaciones. En todo el año de 1884 que toca a su término, nuestras Cortes apenas han funcionado cuatro meses. Inauguróse el año con la entrada del partido Conservador en el poder, a la cual siguió, como era natural, la campa-

2 Locución latina, literalmente 'en las calendas griegas', es decir, 'en fecha imposible', porque los griegos no contaban el tiempo en calendas (primer día de cada mes en el calendario romano).

ña de elecciones generales. La Cortes, abiertas en marzo, emplearon más de dos meses en la discusión del mensaje y en el examen de actas. El resto del tiempo, empleado en recriminaciones personales, apenas bastó para los graves asuntos de gobierno y administración. Atropelladamente se discutieron no los presupuestos sino la autorización para plantear los del año anterior, y por autorización se legalizaron de antemano las reformas de nuestras Antillas, que el gobierno ha ido planteando laboriosamente.

Cuando tanto queda por hacer, este fecundo año de 1884 solo obtiene de la munificencia gubernamental cuatro tristes días más de régimen parlamentario. El tal año se perderá seguramente en la serie del tiempo con la convicción de haber sido un año absolutista.

Si las sesiones se prolongan una vez entrado el 85, no les faltará materia rica y abundante. Los proyectos de codificación civil y penal, de que creo haber hablado en estas cartas anteriormente, ocuparán mucho, y también los tratados de comercio con Inglaterra, Holanda, Prusia y otras potencias del norte. El de Inglaterra, que es el que más nos interesa, parece que al fin despierta del sueño en que dormía en el ministerio de Estado. Por eso merece alabanzas sinceras el gobierno presidido por el señor Cánovas y ningún español puede escatimárselas.

La historia de este tratado es la siguiente: durante el breve ministerio de la Izquierda,[3] el señor Ruiz Gómez, a la sazón ministro de Estado, pactó con Inglaterra un *modus vivendi*[4] como preparación de un tratado en regla que había de celebrarse entre las dos potencias. En el protocolo que firmaron dicho señor Ruiz Gómez y el ministro inglés mister Movier, concedíamos a Inglaterra el trato de nación más favorecida, y ella a cambio elevaba su escala alcohólica hasta los treinta grados Sykes.[5] Con lo cual nuestros vinos flojos tenían asegurada una regular colocación en el rico mercado de aquel reino.

El *modus vivendi* debía regir por cinco años y sería sometido a la aprobación de las Cámaras de ambos países. En él se establecían bases para llegar al tratado definitivo en condiciones aún más ventajosas para el comercio anglo-español.

Pero el ministerio de la Izquierda duró poco, fue como un sol de invierno. Los hielos de enero se llevaron todas las esperanzas de aquel seguro y arrastraron consigo todos los ensueños de la democracia dinástica y los planes de tratados y el protocolo. El advenimiento inesperado del partido conservador hizo creer que el *modus vivendi,* tan bien recibido por la opinión en España y en Inglaterra, sería sepultado en un nicho de nuestro archivo diplomático, pues siempre fue el bando conservador muy contrario a la política expansiva en asuntos comerciales. La idea proteccionista tuvo siempre su más firme apoyo en el partido dirigido por el señor Cánovas, como lo muestra la violenta campaña sostenida en contra del tratado con Francia en tiempos no lejanos.

Mas por esta vez, el partido conservador ha cambiado, al parecer, de táctica en las cuestiones de política comercial. No solo ha celebrado el tratado cubano-americano sino

3 Se refiere al gobierno de Izquierda Dinástica, de octubre del 83 a enero del 84 (Véanse 2 y 4).

4 Véase 17, n. 9.

5 En 1740 el gobierno del reino Unido implementó el uso de un hidrómetro para determinar el nivel de alcohol. El primero en usarse fue el hidrómetro de Clarke, que fue sustituido en 1816 por el de Sikes.

que se dispone a realizar el proyectado *modus vivendi* con Inglaterra presentando a las Cortes en el próximo enero el proyecto arrinconado hasta ahora en la cancillería de Estado.

Todo el año que corre se ha pasado en vacilaciones y contradictorias noticias. Ya se daba por abandonado el proyecto, ante la formidable presión de los intereses proteccionistas; ya se anunciaba su resurrección, mas con tales pretensiones de nuestra parte que no se creía posible que Inglaterra las aceptase. Por fin parece que la cosa va de veras. Concederemos a Inglaterra el trato de nación más favorecida, recibiendo de ella la elevación de su escala alcohólica hasta los treinta grados, con la esperanza de que en una negociación que se entable más adelante conseguiremos los treinta y dos grados. De este modo nuestros vinos baratos entrarían en el mercado inglés en condiciones muy beneficiosas, y podrían hacer formidable competencia a esa *agua que emborracha*, a ese brebaje incalificable, compendio de todos los males sabores posibles, a la cerveza, en fin.

Si este ideal de nuestros vinicultores se realizara, ¡qué vuelo tan grande tomaría nuestra exportación de vinos! La producción que hoy se eleva a muchos millones de hectolitros, sería aún mayor: porque plantaríamos viñas en toda la extensión de la fértil Castilla. Calcúlese lo que sería, del lado allá del Canal, un duelo a muerte entre la cerveza y el vino. La cerveza, no hay que dudarlo, se defendería rabiosamente e insultaría a su rival con espumarajos de rabia.

El noble vino se indignaría con cortesía, no olvidando jamás su origen naturalmente hidalgo. No es un producto industrial, no es una combinación, no es una engañifa plebeya como la cerveza; es la más antigua de las industrias agrícolas, y tiene en su abolengo el nombre de Noé, y en su escudo el cáliz, símbolo de la eucaristía. Trabaríase una lucha colosal en aquellos expertos paladares, en aquellos estómagos fuertes, en aquellas cabezas más fuertes aún. Los ingleses son los hombres más ingeniosos de la tierra: son también los más bebedores ¿Aquello depende de esto? ¡Quién sabe!

Los primeros lances del duelo serían quizás desfavorables para nuestro producto; pero después, lentamente, iríamos ganando palmo a palmo el terreno. La cerveza, derrotada en el terreno del gusto, se refugiaría en el de la baratura. Los fabricantes, con los inmensos elementos industriales que poseen, la darían a un precio ínfimo. Llegaría a ser más barata que el agua. Nosotros, al mismo tiempo, abarataríamos nuestro vino. Cosechado en cantidades colosales, lo daríamos a los ingleses a precios muy arreglados, y las miles de tabernas de la inmensa metrópoli venderían el cuartillo al tipo que se vende en Madrid. Hoy mismo la naranja, que no paga derechos, se vende en Londres al menudeo al mismo precio que en las calles de nuestra villa, y a veces más barata.

Suponiendo que venzamos en la contienda, fácil será considerar la transformación que se ha de verificar en la embriaguez inglesa. Ese estado de torpe y rudo embotamiento en que suele presentarse a la conmiseración de sus semejantes el obrero inglés, se trocará en un estado de excitación jocosa y maleante. La ingestión del vino en vez del amargo zumo del lúpulo, será como si en aquellos cuerpos robustos y adiposos se introdujeran elementos de esta naturaleza caldeada por un sol vivo. Será la transvasación del espíritu andaluz en las venas de la gente más sesuda, más grave, más trabajadora que ocupa la tierra. Probablemente se concluirá esa horrible manifestación neuropática que llaman *spleen*,

y en cambio tomarán carta de naturaleza en el genio británico la jácara, la verbosidad, la inquietud y otras muchas cosas que debe llevar en su sustancia el zumo de la vid.

Pero esto es un delirio. Lo que hará esa raza potente es llevarse nuestro vino, usarlo, pagárnoslo muy bien, y embriagarse con él razonablemente, sin abandonar su *porter*. Es más; cabe dentro de lo posible que nos traigan aquí, al amparo de la libertad de concesión, verdaderos ríos de aquel amarillo licor, de aquella imposible y amarguísima cerveza, y nos hagan creer que es mejor que el vino y nos aficionen a ella y nos intoxiquen con ese mal del horroroso *spleen*, poniendo aquí la escuela de la embriaguez pesada, sombría y tétrica.

Nuestra afición a todo lo extranjero nos permite esperar que esto pueda pasar así. Hay otra solución probable. Con el tratado de comercio, con el cambio fecundo de los productos del suelo por los de la industria, resultará que los ingleses beberán más que ahora, cosa que parece imposible, y consumiendo mucho más vino, no disminuirán las dosis de cerveza. Actualmente la cifra del líquido que entra anualmente por las bocas de los habitantes de Londres espanta. Podría flotar una escuadra en él. Los cuatro millones de londinenses se beben en un año ciento ochenta millones de cuartillos de cerveza, ocho millones de aguardiente y treinta y un millones de vino. Verdad que esto no parece mucho si se considera que esos mismos cuatro millones de habitantes tienen que digerir anualmente cuatrocientos mil bueyes, un millón quinientos mil carneros, ciento treinta mil terneras, doscientos cincuenta mil cerdos, cuatrocientos millones de libras de pescados, quinientos millones de docenas de ostras, un millón y medio de langostas, tres millones de salmones, más otras muchas golosinas que no entran en la estadística.

***

Ya que de tratados de comercio me ocupo, no debo pasar en silencio la inquietud que aquí han producido las noticias de Washington, donde parecen correr malos vientos para el tratado de Cuba y los Estados Unidos,[6] producto de un trabajo tenaz y de negociaciones muy laboriosas.

Las ventajas que a nuestra Gran Antilla ha de reportar del convenio son tales que si las Cámaras norteamericanas no lo aprobasen, el desaliento y la desesperación se apoderarían de los agricultores cubanos. Se espera, no obstante, que el gobierno de la Unión vencerá los obstáculos que el proteccionismo quiere oponer a esta obra grande, útil y civilizadora.

Las ideas proteccionistas tienen gran predicamento en aquel inmenso y maravilloso país, en medio de los asombrosos progresos de la industria. Tal fenómeno no lo comprendemos aquí. Párecenos que los monopolios son producto de los países viejos, gastados y comidos del orín de la rutina. Pero no sucede así. Los Estados Unidos con su colosal producción de cereales, sus talleres grandiosos, sus explotaciones fabulosas de maderas y de metales, tienen un arancel que deja muy atrás el de las naciones europeas más refractarias a la libertad comercial. Y el tratado con Cuba viene a romper de un golpe estas tradicio-

6 Véanse Cartas 25 y 26.

nes. Los cultivadores de caña de Luisiana, los tabaqueros de Virginia y otros, se oponen a la libre entrada de los ricos productos antillanos, con los cuales, en igualdad de circunstancias, es imposible la competencia. Amenazados en sus intereses, soliviantan la opinión, emprenden vigorosa campaña contra el tratado, y milagro será que no lo hundan y empapelen, atacándolo solapadamente en ambas Cámaras por el sistema obstruccionista.

Hay quien cree que el tratado triunfará, que el presidente Arthur[7] y el gobierno, dignamente representado en Madrid por mister Foster, tienen vivo interés en que el tratado se apruebe, por considerarlo altamente favorable al comercio y aún a la política norteamericana. Pronto lo veremos.

***

La proximidad de las festividades de la Pascua lleva las cosas políticas a un estado de dulce somnolencia. Hablando con sinceridad, diré que ahora la gente no piensa aquí más que en comer. Es una tregua que se otorga a todas las preocupaciones, a todos los afanes del año viejo. El nuevo nos halla siempre hartos, pero más afanosos y atareados que antes de San Silvestre.[8] Madrid toma en estos días un carácter especial de cordialidad, de alegría, de franqueza. Luego, a los mil alicientes de esta temporada, se une el de la lotería. ¡La lotería! ¿Acaso en América existe la lotería? ¿Saben mis lectores lo que es esto? Si lo ignoran, en cuyo caso se les debe felicitar, no podré hacerles comprender la importancia que damos a este juego nacional, admirablemente concertado para que tres o cuatro personas se hagan ricas con el producto de una derrama general de bolsillos. Esta lotería de Navidad despierta un interés extraordinario, porque no vayan ustedes a creer que se trata de una bicoca.

Quinientos mil duros son el llamado premio *gordo, y* hay además otros muchos premios muy bonitos, y un infinito número de premios pequeños y aproximaciones y reintegros. Todos los españoles nos creemos señalados por la Providencia para merecer el ansiado galardón de la suerte en esta solemnidad del 23 de diciembre. En dicho día ¡cuánta decepción, cuánta cara triste, cuántos cálculos desvanecidos como el humo, cuántas cuentas que no salen! Solo hay unos pocos que se manifiestan en la calle con semblante resplandeciente; hay unos pocos a quienes *ha tocado la suerte*, y estos son los héroes de la Pascua. Una de las cosas de más interés en los días que suceden al 23, es averiguar quién o quiénes han sido los agraciados. Algunas veces el *gordo* ha caído entero en el bolsillo de algún ricachoo en la caja de alguna casa de Banca muy sólida. En tal caso, el hecho reviste poco interésy es consignado como una grande e inexplicable chifladura de la Divina Providencia. Pero suele acontecer que el *gordo* caiga distribuido entre veinte, treinta o cien familias que se repartieron los décimos y dieron luego papeletas comanditarias a otras familias, y cuando esto ocurre, el público no descansa hasta saber los nombres de todos y cada uno de los agraciados, su condición social. Hay quien se rompe la cabeza por averiguar qué van a hacer los infelices con tanto dinero.

7 Chester A. Arthur era entonces presidente saliente, ya que en noviembre del 84 había ganado las elecciones Grover Cleveland.

8 Santo del 31 de diciembre.

La Pascua es realmente una temporada alegre, de reconcentración de la familia, de calor doméstico y *gaudeamus* general. ¿Pasa lo mismo en todas partes? Esta pregunta me la hice repetidas veces sin acertar con la respuesta. Seguramente la Pascua es una gran festividad en todos los países en que impera el catolicismo; pero al mismo tiempo que admito esto como una verdad, no me cabe en la cabeza que en los países *donde no hace frío,* la Pascua sea lo que es entre nosotros. Porque la Pascua y el frío se unen de tal modo en mi mente que no los puedo separar. Y discurriendo sobre ello me doy a pensar cómo será esta festividad en las regiones católicas de tal modo situadas en nuestro planeta que corresponda el verano a los meses de diciembre y enero; ¡la Pascua de Navidad en la canícula! ¡Qué cosa más rara! Parece imposible que esto pueda ser así.

De modo que cuando nosotros veraneamos, cuando el calor nos obliga a abandonar el trabajo, y a tomar la centrífuga, ustedes se reconcentran, se agasajan y buscan en la vida de familia el calor que les niega la Naturaleza… y ¡cuando nosotros nos reconcentramos y celebramos esta festividad íntima, doméstica, religiosa, ustedes se están abrasando y corren en busca de brisas, de baños, de frescura y distracciones reparadoras!

Por más vueltas que le doy no sé cómo es esa Nochebuena de verano… ¡Qué extravagancia! ¡Nochebuena con puertas *y* ventanas abiertas, sin fuego, sin hogar, entre bocanadas de aire cálido y música de mosquitos trompeteros, alguno de los cuales se posará en la calva del San José de los nacimientos…! Esto no parece posible. ¡Navidad sin lumbre, sin horno, sin pasteles, sin otra cosa caliente que el alcohol de las embriagueces populares!… ¡Los helados sustituyendo al pavo!… ¡La limonada usurpando el puesto al besugo!… Pero la geografía es capaz de jugarnos esta mala pasada, y aún otras peores. Es la más positiva de las ciencias, y contra ella no hay silogismos. Venerémosla y aceptémosla como aceptamos, sin chistar, la redondez y marcha del mundo en que nos ha tocado nacer. Celebremos la Pascua donde nos coja, y deseemos a cuantos sienten y hablan como nosotros, donde quiera que estén, un feliz *Año Nuevo.*

B. PÉREZ GALDÓS

1885

29
LP, 31/1/1885

SUMARIO: —El centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado —Idea general de los centenarios de grandes hombres —Discusiones acerca del que se celebró el 19 de diciembre —Noticias biográficas de don Urbano de Navia Osorio —Sus obras —Las re- flexiones militares —Despedida *calamitas* del año 1884 —Terremoto —Catástrofes ocurri- das en Málaga y Granada, y en los pueblos de ambas provincias —Desgracias personales —Destrozos en edificios públicos —Sevilla —La Giralda y la Alhambra subsisten —Terror que ocasionan estos fenómenos físicos —Las sesiones del Congreso y Senado —Furor parlamentario —La cuestión del tratado hispano-cubano y violación del secreto por dos mil duros —Desagradables debates a que da lugar este hecho —Los aniversarios del general Prim y del poeta Adelardo López de Ayala —Nieve en Madrid.

Madrid, 1 de enero de 1885.

Señor Director:

El centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado ha sido aquí una solemnidad fría. Los iniciadores de la idea no han podido acalorar los ánimos con su entusiasmo, ni hacer comprender a la mayoría de los españoles que la memoria de aquel distinguido escritor militar merece perpetuarse y su nombre celebrarse con la ruidosa pompa con que aclamamos el de Calderón tres años ha. Los centenarios, como grandes *y* resonantes jubileos de la religión de la humanidad, no pueden consagrarse a la memoria indecisa de varones más o menos insignes cuyo nombre no va unido a colosales empresas guerreras, políticas o literarias. Cuando a un hombre se le cuenta su fama por siglos, y esto quieren decir los centenarios, sí, porque ha hecho o escrito algo muy grande, y su mérito se halla tan profundamente grabado en la conciencia humana, que ha venido a formar parte del sentimiento y del pensar universales. Por esto, siendo muy apreciable como tratadista militar el marqués de Santa Cruz de Marcenado, la festividad de su centenario ha sorprendido a todo el mundo. Muchos, la inmensa mayoría, ignoraban quién fuese el tal marqués y por qué hazañas se había distinguido en la historia patria; algunos lo confundían con el otro marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, vencedor de Lepanto, insigne capitán de nuestra marina, y no faltaba quien a boca llena declarase que el centenario del 19 de diciembre era a todas luces intempestivo y contraproducente.

Los iniciadores de la fiesta la defendían diciendo que en un país donde tan poco se enaltece el mérito, vale más pecar por carta de más que por carta de menos en esto de ensalzar las glorias patrias; que si el marqués de Santa Cruz de Marcenado es poco conocido, más debe culparse a sus indolentes compatriotas que a su falta de mérito, y que esta misma ignorancia en que estamos del valer literario y militar de aquel prócer es razón cumplida para que se intente sacar del olvido una figura tan interesante. "Por lo mismo que nadie le conoce —decían—, nos esforzamos nosotros en que le conozca todo el mundo".

A esto debe contestarse que es muy santo y muy bueno que se trate de refrescar la memoria de un hombre ilustre más olvidado de lo que merece; que una festividad puramente académica habría estado muy en su lugar para tan noble y meritorio fin; pero que es sacar las cosas de quicio pretender que una nación entera se entusiasme por una personalidad que no conoce. Porque, hablando en plata, cuando ha pasado un siglo sobre un nombre, sin que este nombre se destaque entre la triste muchedumbre de los fenecidos, cuando en un siglo de publicidad y discusión, aquel nombre no se ha ganado por sí mismo un puesto en la memoria humana, alguna razón habrá para ello. Raras, muy raras son las injusticias seculares de que se quejan los iniciadores de este centenario. Por eso vemos con frecuencia que cuando los eruditos sacan del polvo de los archivos algún nombre desconocido y lo pregonan como hallazgo valioso y lo ofrecen a nuestra admiración como digno de figurar entre los más ilustres, rara vez consagra la opinión general esta conquista. El erudito rebuscador obtiene los plácemes de otros eruditos rebuscadores y averiguantes, y el nombre aquel tan ponderado, después de resonar con débiles ecos durante algún tiempo, vuelve a caer en el olvido de que nunca debió salir.

Los centenarios, tal como se entienden en nuestra época, son solemnidades en que se interesa una nación de gran historia y en ella el mundo entero, y que no pueden celebrarse sino en conmemoración de esos nombres que están en la mente de todos, que igualmente tienen un lugar en las ideas del sabio y del ignorante, que ilustraron una época, que llenaron un siglo, que resisten potentes al paso del tiempo, y que viven siempre en los sentimientos de la raza que los produjo. Cuando esto no es así, los centenarios resultan fríos y hasta un tanto risibles, como el del marqués de Santa Cruz, pues la primera condición para el éxito de estas pomposas fiestas es que todo el mundo sepa de qué y de quién se trata, y que no oigamos la enfadosa pregunta: "¿Pero este señor quién es, qué hizo, qué escribió?".

***

Ahora, cúmpleme decir los méritos del indicado marqués, los cuales, aunque no dignos de un centenario con cañonazos, parada militar, procesión, versos y discursos, merecen ser recordados. Nació don Álvaro de Navia Osorio y Vigil en 1684 en Asturias, cuna de tantos barones ilustres. Su familia, una de las más nobles del Principado, lo dedicó desde su edad temprana a la carrera de las armas. La guerra de Sucesión[1] ofreció ancho campo a su afición militar, y a los diez y nueve años, después de haber servido en el regimiento de Asturias, se puso al frente de las tropas levantadas en la cuna de la monarquía para sostener los derechos de Felipe V contra las pretensiones de la casa de Austria. Tomó parte en las más sangrientas acciones de aquella penosa y larga guerra, y sus ascensos correspondieron a la magnitud de sus trabajos, pues en 1718 fue nombrado mariscal de campo y jefe de las tropas que operaban en Cerdeña. Desde esta fecha en adelante, distinguióse más como diplomático que como militar, representando a España

1 La guerra por el trono español (1701-1714).*

en la corte de Saboya, y posteriormente en el Congreso de Soissons.[2] La embajada de París ofreció luego campo más grande a su habilidad y profundo conocimiento de cosas y personas. Pero el desempeño de tan alto y difícil empleo no habría llevado su nombre a la posteridad si en los ocios de la embajada no hubiese compuesto su obra capital *Reflexiones militares,* en once tomos, celebrada entonces de alemanes, franceses e italianos, traducida a diversas lenguas,[3] y estimada particularmente por el gran Federico de Prusia, que en ella, según dicen, bebió por decirlo así, las ideas fundamentales de la *Táctica* que lleva su nombre.[4] Es fama que el rey de Prusia elogiaba con gran calor la obra de nuestro compatriota y que la recomendaba a sus subalternos como una de las más felices compilaciones de máximas de guerra. En España, las *Reflexiones militares* solo eran conocidas de algunos eruditos.

Por aquel tiempo escribió también su *Rapsodia económica política,* y trazó el plan de un *Diccionario universal,* que no pudo realizar por falta de tiempo. Se le deben asimismo las bases que sirvieron para la fundación de nuestra *Academia de la Historia.* De los inventos que ocuparon su actividad, tales como el de un cañón de nuevo sistema y el de un fusil que se ha creído precursor de las actuales armas de precisión, no se tienen noticias exactas. Quién sabe si contando con más protección y con ciertos medios mecánicos habría dejado su nombre unido a una imperecedera reforma.

Fue víctima de las intrigas que por entonces devoraban la Corte, y sus servicios no fueron ni bien apreciados ni recompensados como merecían. Llamado a Madrid para desempeñar la cartera de la Guerra, fue nombrado inopinadamente gobernador de Ceuta, destino que en cierto modo equivalía a un destierro.

En una expedición que el marqués de Montemar dispuso para castigar a los moros de Orán,[5] pereció aquel insigne hombre, después de un reñido combate en que desbarató a los enemigos. Su muerte fue gloriosa, aunque la jornada no es de las que están escritasde un modo indeleble en nuestra historia. Era don Álvaro de Navia Osorio valiente militar, dadivoso y noble caballero, de rígidos principios morales, entendido en las armas y en las letras. Sus méritos como escritor consignados quedaron en la obra *Reflexiones militares,* poco leída, es cierto, pero digna seguramente del aprecio de la crítica histórica y de la veneración en que la tienen los doctos.

"Era —dice un biógrafo— de mediana estatura, pero proporcionado, algo grueso y de hermoso rostro". Su retrato, reproducido estos días en la prensa ilustrada, nos presenta su faz dentro de una inmensa peluca, de aquellas que caracterizan la época artística del *barroquismo.* Nos cuesta trabajo creer que bajo aquel monte de rizados pelos exista un cerebro, y sin embargo, bajo tales ingentes postizos pasaron D'Alembert y Rousseau, com-

2 Celebrado entre junio de 1728 y julio de 1729 en el pueblo francés de Soissons, para poner fin a la guerra anglo-española por la que Inglaterra pretendía recuperar Portobello, y España Gibraltar.

3 La primera edición en español es de 1724-30.

4 Seguramente se refiere a las *Consideraciones sobre la táctica y algunas cuestiones de la guerra* de 1785. La táctica de Federico II el Grande de Prusia se basó en la movilidad de los ejércitos.

5 Véase 10, n. 10.

puso versos Racine, hicieron admirable música Gluck y Haendel, y empolló los gérmenes de la revolución francesa Voltaire.

Si no nos parece digno de la majestuosa pompa de un centenario, por no ser sus hechos de universal renombre, por no tener sus obras juntamente el sello de lo extraordinario y la sanción de lo popular, vemos en el marqués de Santa Cruz de Marcenado una de las figuras más simpáticas de nuestra historia, merecedora de que se reverdezca su memoria y de que se le tribute el aplauso que no supieron o no quisieron otorgarle sus contemporáneos.

***

Este año de 1884, que no nos ha dado grandes bienes, que nos trajo el cólera, la disminución de las rentas y muchas cuestiones enojosas, ha querido despedirse de un modo harto desagradable, y en los últimos días de su vida nos ha obsequiado con un terremoto ¡Y qué día escogió el pícaro! ¡El 25 de diciembre, que es universal regocijo doméstico en todos los pueblos cristianos! Serían las nueve de la noche, cuando los habitantes de Madrid sentimos una marcada oscilación del suelo. La primera impresión fue que las casas no estaban seguras sobre sus cimientos. Se movían con el lento vaivén de aquellas apreciables personas que habiendo bebido más de la cuenta, se tambalean sin llegar a perder pie. Las campanillas se pusieron a tocar solas, cual si quisieran unirse al concierto de rabeles y panderetas, que es la música propia de estos días,[6] las puertas se abrían y cerraban. Creeríase que andaban misteriosos duendes por las casas, y que algún genio invisible quería correr la broma en día tan calificado para ella.

Los relojes de pared tuvieron a bien pararse, declarándose todos en huelga. Pronto conocimos que el motivo de esta perturbación era muy hondo. La tierra temblaba ligeramente, cual si sintiera escalofríos. Muchos habitantes de Madrid no se dieron cuenta del movimiento, y ni en personas ni edificios hubo que lamentar desgracia, fuera de los sustos y de algún resquebrajamiento de paredes. Pero ya desde aquella noche colegimos que en otra parte del planeta el fenómeno había sido más desastroso, y que el temblor del arenoso suelo de Madrid era cómo las ondas fugitivas de un sacudimiento grande ocurrido en país lejano ¿En dónde había sido la catástrofe? ¡Ay!, no presumíamos que fuera tan cerca, en nuestro propio suelo, en la hermosa Andalucía.

Desde el día siguiente el telégrafo empezó a traernos malas noticias. Granada y Málaga habían padecido mucho. Las oscilaciones repitiéndose desde las nueve hasta más de media noche, habían sembrado el pánico en la población. Llenaba el público los teatros, y al sentir que el suelo se movía, la alarma, las carreras, el afán de salvarse, el egoísmo, produjeron desgracias y contusiones. Los vecinos despavoridos se echaban a la calle, temerosos de que se hundieran las casas. La repetición de las oscilaciones les obligaba a huir de debajo de los techos; las familias acomodadas se refugiaron en sus coches, puestos sin caballos en medio de las plazas; los pobres acampaban al aire libre. La idea de que el terremoto había de reproducirse a las veinticuatro horas mantenía al vecindario en un es-

6 *rabeles*: 'instrumentos pastoriles de cuerda, probablemente de origen árabe'.

tado de zozobra y pánico indecibles. Afortunadamente el suelo ha permanecido quieto, y la gran mayoría de los granadinos y malagueños ha vuelto a sus hogares. Los desperfectos ocasionados por el terremoto en edificios públicos y particulares han sido grandes, calculándose la perdida de la propiedad urbana, solo en Málaga, en tres millones de pesetas.

La catedral de Granada, obra admirable de Siloé ha sufrido algo, aunque no tanto como se temió al principio. Las bóvedas del gran arco de la puerta principal se han movido, anunciando ruina si no se acude prontamente a remediarlo. En el interior, se han caído algunos trozos de la cornisa de las naves; pero estos últimos desperfectos en la parta puramente decorativa del edificio, no afectan a la seguridad de la fábrica.

La incomparable Alhambra, afortunadamente, no ha sufrido, o por lo menos, nada se ha dicho hasta ahora.

Pero donde tenemos que lamentar estragos verdaderamente terribles es en los pueblos de ambas provincias. En Abuñuelas, que tenía mil novecientos habitantes, han sucumbido más de la mitad entre los escombros de las casas. En Motril y en Loja se hundieron varios edificios y se resintieron todos. En Alhama se hundieron unas doscientas casas. Los detalles de la catástrofe en este último punto son horrorosos. En Periana, pueblo de Málaga, el hundimiento de un cerro llamado la Punta del Sol ha producido la total ruina del pueblo, sepultando a gran parte de sus habitantes.

En Antequera, la colegiata y tres iglesias más amenazan desplomarse. En Frigiliana, la mitad de las casas son un montón de escombros, y los habitantes huyen despavoridos. Torrox, uno de los pueblos más ricos de la provincia, sufre también los horrores del terremoto, a los cuales siguen los del desamparo y el hambre.

Por último, la gran Sevilla ha compartido con sus hermanas esta gran desgracia. Su grandiosa catedral, en cuya reparación se viene trabajando tiempo ha para salvarla de la ruina, ha sufrido bastante ahora. Los resentimientos del cimborrio han aumentado, y las varias hendiduras del crucero que tanto alarmaban a los sevillanos, se han ensanchado de un modo visible. Los desperfectos que en la Giralda causó el año anterior una descarga eléctrica, se han acentuado más ahora. A pesar de esto no se teme la pérdida de aquellos soberbios monumentos, como equivocadamente se creyó fuera de España. Los periódicos ingleses de estos últimos días publicaron telegramas anunciando el desplome completo de la Giralda y la Alhambra y el *Standard* de Londres,[7] dedica un largo y sentido artículo a llorar la pérdida de estas maravillas incomparables de la arquitectura musulmana.

Pero si hemos salvado los monumentos, el estrago ha sido grande en lo más sensible, que es la humana vida. Aún no se sabe fijamente la cifra de víctimas; pero los cálculos de los conocedores de la localidad la hacen subir a mil. Añádanse a esto las pérdidas de la propiedad y se apreciará en toda su magnitud este horrible desastre. No resulta, no, inferior al de la hermosa isla de Ischia, de la bahía de Nápoles, ocurrido en el verano del 83.

Dura ha estado con nosotros la Providencia en este malhadado 84, que también nos trajo inundaciones espantosas en nuestras hermosas provincias de Levante. Y es particular

7 El *Standard* (actualmente *The Evening Standard*) es un periódico vespertino que se publica en Londres desde 1827.

que aquellas regiones mediterráneas, donde un suelo espléndido, una campiña risueña y un cielo diáfano parecen convidar a la vida, sean los más duramente castigados en estos desórdenes de la naturaleza.

De cuantos fenómenos naturales perturban o trastornan la vida, ninguno despierta en los seres animados tan gran terror como los terremotos. Los animales todos, así domésticos como salvajes, comprenden el peligro y corren azorados a impulsos del instinto de conservación. El hombre mismo, perdiendo en un instante la serenidad de *rey de la creación* no es más que un organismo intuitivo compuesto de egoísmo y miedo. Es que desde la niñez, el hombre como los irracionales, tiene muy arraigado en su ser el sentimiento de la estabilidad del planeta que habita. De este sentimiento arrancan todas sus leyes dinámicas, todo su instinto de la física a qué obedece en sus acciones aún insignificantes. De aquí que el fenómeno del movimiento del suelo, presentándose como un hecho imprevisto y para muchos sobrenatural, trastorne toda la naturaleza humana y animal, destruya todo equilibrio y alterando la ley física del uno y la razón del otro, convierta a todos los irracionales en fieras y a todos los hombres en locos.

***

Abiertas las Cortes, han empezado los debates políticos con una vehemencia y un fuego que hacen presagiar días aflictivos para el gobierno conservador. Diríase que bajo la insegura planta de los ministros se estremece el suelo del Congreso y el Senado, remedando los últimos trastornos de la naturaleza. El gobierno se ve acosado por todas partes, combatido sin tregua ni descanso. Cuestiones que parecían insignificantes mientras el Parlamento estaba en vacaciones, resultan ahora graves. La cuestión de los catedráticos, la de las cuarentenas, los tratados de comercio darán motivo a sonoras batallas. Para aumentar los apuros ministeriales ha surgido un asunto tan desviado como peligroso en el hecho de haber sido trasmitido por telégrafo a los Estados Unidos, el tratado cubano-americano por una persona muy calificada en la situación actual, la cual cobró al *New York Times* por este servicio la gratificación de dos mil duros.[8] Como el tratado debía permanecer secreto hasta su presentación en las Cámaras de Washington, el hecho es calificado de infidencia venal, de traición, y comentado de la manera más desfavorable para la persona a quien se acusa de su perpetración. Con este motivo las oposiciones han dado un ataque formidable al gobierno en las dos primeras sesiones. El gobierno ha tratado de esquivar la responsabilidad; pero es difícil que lo consiga. Sus enemigos, que son muchos y encarnizados, cuidan de agriar el asunto, de personalizarlo y de tapar hábilmente las junturas por donde el ministro de Estado, señor Elduayen, que evidentemente facilitó al individuo en cuestión el texto del tratado, trata de escurrir el bulto.

La mucha duración de las vacaciones parlamentarias, que hasta cierto punto ha dado al gobierno días de sosiego y respiro, es ahora el principal motivo de su ahogo, pues los oradores con el dilatado asueto que han tenido, se presentan en los escaños con verdadero

8 *The New York Times* fundado en 1851 por Henry Jarvis Raymond y George Jones, y considerado por muchos como el mejor periódico estadounidense.

furor retórico. Los anuncios de interpelaciones menudean. Hay quien quiere discutir ampliamente la política exterior de los últimos tres años; hay quien propone la reforma constitucional en Cortes ordinarias, hay por fin, quien, quiere traer al palenque oratorio todos los sucesos políticos ocurridos desde la Restauración. Es seguro que los primeros meses del presente año, serán horriblemente parlamentarios y que oiremos discursos bastantes para hacer con ellos, si se imprimen, una copiosa biblioteca.

***

En los últimos días del año que acaba de pasar, celebramos dos aniversarios bien tristes, el del general Prim, asesinado alevosamente en 1870, y el del insigne poeta Ayala que acabó sus días el 30 de diciembre de 1879. El recuerdo de aquel gran carácter que encauzó la revolución de Septiembre, que restableció la monarquía y supo dar alas a la libertad apretando las ligaduras del orden, no se borra fácilmente de nuestra memoria.[9] Aquellos días trágicos no se olvidan fácilmente. Los peligros de hoy parece que los reverdecen en nuestro pensamiento, y aunque el personal es totalmente distinto, no faltan analogías que entristecen el ánimo.

Ayala dejó en las letras castellanas un vacío que no se ha llenado ni se llenará fácilmente. Sus tres obran capitales *EL tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, y *Consuelo* vivirán eternamente en nuestra literatura. Aquel potente ingenio, que desarrollaba también en la oratoria, y era un hábil político, murió en el altísimo puesto de Presidente de las Cortes. Aun podía haber vivido mucho y dar a las letras frutos admirables. Había cumplido cincuenta años, y su complexión robusta parecía anunciar una larga vida.

Para que todo sea triste en las postrimerías del año que acaba de pasar, este se ha despedido con una gran nevada. Nuestros campos están cubiertos de un sudario blanco. Madrid es un remedo de San Petersburgo. Aquí la nieve, que es un fenómeno raro, entristece a la población y llena a sus habitantes de sombría tristeza. En vano tratamos de sacudir este manto de frialdad que el cielo nos arroja, o desgarrarle en mil pedazos para recobrar la alegría de nuestro ambiente. Todo es inútil y por unos días es forzoso que nuestra risueña capital se vista de este desapacible armiño y sea una capital del norte, en la cual la vida doméstica prevalezca sobre la vida callejera. Pronto pasara esta contrariedad, fundiremos la nieve, si ella no se quiere fundir, y nos derramaremos por calles plazas y paseos en busca de los divertimentos que nos son tan necesarios como la luz y el aire.

B. PÉREZ GALDÓS

9 El respeto de Galdós por la figura de Juan *Prim*, continuaría intacto muchos años después, como puede verse cuando narra su asesinato en el episodio *España trágica* (1909).*

30
LP, 15/2/1885

SUMARIO: Las catástrofes de Andalucía son mayores que lo que se creía —Diversas explicaciones de los fenómenos sismológicos —Cómo desfiguran estos fenómenos la imaginación de los pueblos —Trastorno del suelo en Sierra Nevada —Supuesta aparición de islas —Indudable elevación del terreno —Teorías científicas —Horrible desastre de Alhama y Abuñuelas —El fenómeno de Güevejar —Movimiento de traslación del suelo y grietas que en él se abren —Opinión del señor Caicedo —Socorros a las provincias de Granada y Málaga —La suscripción oficial y las de sociedades y corporaciones particulares —Las fiestas mundanas de beneficencia en teatros y palacios —El rey en Andalucía —Reparto de los cuantiosos donativ*os* —Política —Discusiones en el Senado —Disidencia en la mayoría —Probabilidades de un cambio de gabinete —Movimiento de concentración en los liberales.

Madrid, 17 de enero de 1885.

Señor Director:

Al dar cuenta en mi carta anterior de los terremotos de Andalucía, ignoraba toda la extensión de la desgracia que nos aflige. El desastre, reviste caracteres espantosos. Desde el 25 del pasado diciembre, el telégrafo y el correo nos traen diariamente noticias nuevas y nuevos detalles de la catástrofe. Para que esta sea más horrible, los movimientos del suelo han continuado y continúan en aquella región infeliz. El pánico es ya como habitual en los habitantes de las provincias de Málaga y Granada, y aún no sabemos cuándo terminará esta situación.

Las relaciones de lo ocurrido en algunos pueblos no pueden leerse sin espanto. Las explicaciones del fenómeno, fantaseadas por la imaginación andaluza, parecen cosas de leyenda o cuentos maravillosos. Hay quien asegura que el sol sale, para estos pueblos de Granada, media hora después de lo que debiera según el almanaque; de donde se deduce que Sierra Nevada se ha elevado algunos centenares de metros sobre su antiguo nivel. Lo maravilloso está a la orden del día en aquel país morisco. Hay pueblos que no están ahora donde antes estaban, ríos que han variado de curso, montañas que se han hundido, cavernas y grietas profundas que se han abierto en diferentes partes, vapores irrespirables invaden la atmósfera, aparecen manantiales de agua caliente, las ciudades se caen casa por casa, y la solidez del planeta parece broma en aquella importante parte de él.

Es verdaderamente extraordinario lo que allí pasa. En los memorables terremotos que nos ha referido la historia y explicado la ciencia, los movimientos del suelo eran instantáneos, y los desastres enormes y repentinos. Una vez verificado el espantable fenómeno, la tierra volvía a su quietud solemne, y los supervivientes podían llorar sus desdichas sin miedo a nuevos cataclismos. Pero en este caso, no pasa del mismo modo. Hace tres semanas que se sintió la primera trepidación, en todo este tiempo el suelo no ha cesado de moverse, en una u otra parte, ni un solo día. El temor de los que han quedado con vida es inmenso; no saben, como vulgarmente se dice, a qué santo encomendarse, y es natural que crean

en el próximo fin del mundo. Es natural también que las exaltadas imaginaciones de aquellos campesinos sin instrucción forjen absurdas quimeras. ¿Qué poder misterioso obra en las profundidades de la tierra, haciéndola bailar incesantemente? ¿Es un poder infernal, o un poder celestial? En ambos casos la causa de todo sería lo mucho que pecamos. Pero como no es prudente suponer que los granadinos y malagueños hagan más picardías que el resto de loa españoles, no se comprende que el duro castigo recaiga sobre una región sola, dejando inmunes las demás.

Ello es que la superficie de aquel abrupto suelo se ha alterado considerablemente. Hay quien asegura que por el picacho de Veleta o por el grandioso e ingente Mulhacén salen humos y lavas, lo cual indicaría que el terremoto ha sido o es el trabajo subterráneo de los vapores telúricos que quieran abrirse un respiradero en Sierra Nevada.

Si esto se confirma tendremos un volcán que amenizará de aquí en adelante los tratados de geografía y será un nuevo aliciente para los extranjeros que vienen a visitar la Alhambra. También se ha dicho que en la costa mediterránea, no sé si frente a Motril o a Vélez-Málaga, habían aparecido islas. Este aumento de posesiones que equivaldría para nuestra nacionalidad, al nacimiento de un hijo, es un extraído aumento de territorio; tan extraño que Bismarck, que hoy quiere meter la mano en las colonias ajenas, diría: "No está permitido que las naciones paran." Y sabe Dios la que nos armaría por el alumbramiento geológico y ese inaudito parto de los montes. Hablando en puridad, creo que a las tales islas en mantillas, no las ha visto nadie todavía.

Pero, como quiera que sea, y dejando a un lado las bromas, que no son propias del caso, es indudable que en la región granadina se verifica un fenómeno geológico de inmensa transcendencia. La elevación del suelo se viene observando hace muchos años en toda la costa. Las trepidaciones no son nuevas allí aunque nunca han sido tan desastrosas. Es, pues, indudable que un agente físico trabaja en las profundidades de aquella parte del mundo y que concluirá por darle una forma nueva. Nada hay definitivamente constituido en la corteza de nuestro pobre planeta, y esos inmensos repliegues que llamamos cordilleras, están pendientes de reforma según la misteriosa ley física moral que nos rige. ¿En dónde estaremos seguros? En ninguna parte. Esas inmensas moles, que parecen el emblema de la estabilidad, se sacuden y oscilan movidas por profunda fuerza. La ciencia no ha explicado de un modo inconcuso estos fenómenos que tan hondamente perturban la vida vegetal y animal. Las explicaciones son varias, sin que ninguna prevalezca incontrovertiblemente. Según unos, la Tierra, rodando en el vacío, pierde lentamente su calor y al enfriarse la corteza, se arruga, se contrae. Estas arrugas determinan las montañas, que de siglo en siglo, se elevan más. Según otros, al abrirse volcanes submarinos, penetran en el seno inflamado del planeta, grandes masas de agua, cuya instantánea ebullición produce vapores que corren de un lado para otro buscando salida y conmoviendo esta mísera corteza, que no tiene más que doce leguas de espesor. Cualquiera que sea la verdad, ello es que vivimos en el peor de los mundos posibles. La frase vulgar *estamos sobre un volcán,* que aplicamos a determinadas situaciones de peligro y apuro, debe aplicarse a todos los humanos en todos los momentos de nuestra vida. Hemos labrado nuestra casa, nuestras ciudades en una cáscara débil, bajo la cual brama un rescoldo horrible, un hogar de inex-

tinguibles llamaradas. Con la idea de la existencia de este fuego interior, han hecho todas las religiones su infierno, como lugar donde existen *todos los males sin mezcla de bien alguno*. ¡Y sobre esta base de fuego hemos fundado nuestra orgullosa civilización! Lo peor es que no tenemos donde escoger, y que aquí hemos vivido y viviremos siempre; de donde se desprende que si no hubiera para nuestra alma mejor destino, sería preciso pensar que nos crearon por broma o que somos producto de un sarcasmo de los dioses.

***

Más de veinte pueblos han sufrido los horrores del terremoto; pero los más desdichados han sido Albuñuelas y Alhama. En ambos no ha quedado piedra sobre piedra. Las escenas que de uno y otro se refieren, oprimen el corazón. Centenares de personas perecieron entre los escombros. Los gemidos de muchos de ellos se oyeron durante toda la noche del 25, sin que fuera posible prestarles socorro. El cura de Alhama quedó enterrado bajo las ruinas de su casa, oyóse su voz en lo profundo rezando las preces de los muertos. La voz se extinguió al fin entre las imprecaciones y gemidos que sonaban por todas partes. Al día siguiente, los que vivían dedicábanse a extraer cadáveres y a enterrarlos en los huertos de naranjos, porque el cementerio estaba impracticable. ¡Escenas de luto y consternación que hacen dudar de la Providencia! Los vivos se guarecen en improvisados campamentos; pero los temporales de agua y nieve que se desatan sobre aquella zona hacen muy terrible su situación. Interrumpidas las labores del campo, la miseria se apodera del país, y la abundante cosecha de aceituna que ostentan los olivares es una irrisión del destino. Los molinos de aceite están reducidos a escombros, los almacenes y bodegas no son más que ruinas.

Pero donde el fenómeno ha presentado caracteres más extraordinarios ha sido en Güevejar, pueblo situado en la vertiente suroeste de la sierra de Cogollos, junto al río del mismo nombre, cuyo cauce está en aquella parte a cuatro mil ochocientos nueve pies sobre el nivel del mar. Güevejar se ha corrido, se ha deslizado todo entero y en masa, resbalando por la ladera en que está construido hasta la margen del río, el cual ha variado de curso. Hase abierto una profunda y larga grieta que arranca del lecho del río y se subdivide en otras más pequeñas, prolongándose en una extensión de ciento noventa metros, hasta la prominencia del cerro a cuya falda está el pueblo. En dicha prominencia se han desprendido materiales, que se calculan en mil quinientos metros cúbicos de roca. La grieta presenta en la punta más elevada quince metros de anchura y siete con veinte de profundad. En cierto sitio, una fábrica de pólvora se partió en dos mitades, quedando cada porción del edificio a uno y otro borde de la hendidura. Junto al río, la abertura del terreno partió en dos un secular olivo, dividiendo tronco y raíces, y se ve medio árbol a cada lado.

Hay además otras grietas más pequeñas, paralelas al círculo de la anterior, las cuales al cortar los edificios y levantar los pisos, dan al infeliz pueblo el más extraño y fatídico aspecto. Todas las corrientes de agua que había en la zona han desaparecido y los cauces están completamente secos. A quince metros del río, ha surgido un lago de nueve metros de profundidad en su centro, y cuya área se calcula en unos ciento veintinueve metros

cuadrados. Los bordes de las grietas se ensanchan cada día, y el pueblo en masa va resbalando por la ladera.

No ha concluido aún el movimiento de traslación, el cual en tan considerable que algunas casas están hoy a veintisiete metros de distancia del punto donde estaban antes del terremoto.

Estas observaciones han sido hechas por el ingeniero americano señor Caicedo, que recorre aquellos sitios agregado al corresponsal que tiene en España el *Herald* de Nueva York.[1] Toda la prensa europea ha enviado representantes a estudiar los singulares fenómenos que ocurren en Granada. Nuestro gobierno ha nombrado con el mismo objeto una comisión compuesta de ingenieros de minas, a cuyo frente figura el sabio y estudioso profesor don Manuel Fernández de Castro, director de las Obras del Mapa Geológico de España. Dicha comisión está ya en el teatro de estos sucesos, tan tristes para la humanidad como interesantes para la ciencia.

***

Tantas desgracias no podían menos de impresionar vivamente a la nación española, despertando los sentimientos de caridad en pro de nuestros hermanos. El espectáculo que ahora presenciamos no es menos hermoso que el de 1880, cuando las inundaciones de Murcia.[2] Hace quince días que en Madrid y en toda España no se habla más que de socorros, de suscripciones y de aliviar por todos los medios la aflictiva situación de los granadinos y malagueños. En esto nos secundan gallardamente las naciones vecinas Portugal y Francia, y aun las más apartadas de nosotros, Inglaterra y Alemania nos dan muestras de fraternidad y simpatía. El gobierno inició una suscripción que asciende ya a setecientas mil pesetas; pero esta suscripción alimentada con los donativos de carácter oficial no es la más importante. Los periódicos de más circulación como *El Imparcial* y *El Liberal*[3] han abierto en sus columnas una generosa y simpática colecta que se ve diariamente aumentada por modestas cantidades. Es la caridad popular, la más espontánea, la más meritoria y la que al fin da mejores resultados. Dichos periódicos han enviado al terreno una comisión de sus redactores para repartir directa y rápidamente socorros en dinero y especie, y atender a las grandes necesidades, casi desde el momento en que se manifiestan. De este modo el objeto se cumple mejor y más pronto que con los auxilios oficiales, pues estos, por las tramitaciones con que han de verificarse, son siempre tardíos y, sometidos hasta cierto punto a la influencia política, no ofrecen completa equidad en su distribución.

El Círculo de la Unión Mercantil, sociedad formada por los comerciantes de esta corte, también ha recaudado gruesas sumas que reparte una comisión del mismo. El Ateneo Científico y Literario, además de la colecta que hizo entre sus socios, organiza una rifa de objetos de arte y publicaciones valiosas, y otras corporaciones de Madrid y provincias

1 *el Herlad*: 'el *New York Herald*', periódico de gran circulación entre 1835 y 1924.*

2 La riada comenzó el 15 de octubre de 1879. Los auxilios duraron meses.

3 Para *El Imparcial*, véase 12: *El liberal* fue un diario matutino, fundado por Miguel Moya en Madrid en mayo de 1879 a partir de una escisión de periodistas republicanos de *El Imparcial*.

hacen lo mismo. Se anuncia la aparición de periódicos especiales, por el estilo del famoso *París-Murcia*,[4] con autógrafos, dibujos de grandes artistas, y entretanto, todos los teatros de la Corte dedican una función extraordinaria y brillante al objeto benéfico; y en algunas aristocráticas casas se preparan tómbolas que aumentarán considerablemente el ya pingue capital destinado a las víctimas.

Respecto a estas fiestas suntuarias, no creo que el puro nombre de caridad deba aplicarse a ellas. Convendría buscar una palabra nueva para expresar esta costumbre moderna de hacer el bien divirtiéndose y de socorrer al pobre bailando. Los que de este modo vacían sus bolsillos tienen una virtud relativa, cuya importancia no me propongo escatimar; pero no pueden aspirar a la canonización alegando los beneficios que han hecho al prójimo, ni son caritativos en el concepto evangélico. Nuestra edad tiende a dar forma colectiva a todas las cosas, incluso a las virtudes. Lo que el individuo pierde con esto, gánalo la sociedad, y si nos atenemos al resultado, no podemos mostrarnos enemigos de un sistema por el cual las grandes desdichas de nuestros semejantes tienen pronto y eficaz remedio.

***

Desde que se conoció la extensión del desastre, el rey quiso repartir por sí mismo los socorros oficiales, y con tal objeto partió de Madrid el 10, con poco séquito, en medio de los rigores de uno de los inviernos más crudos que se han visto aquí en muchos años. Esta resolución de don Alfonso ha sido muy aplaudida, y ha venido a favorecerle por otro concepto. No es ya posible dudar de la buena salud viéndole arrostrar las más bajas temperaturas y recorrer a caballo sin fatiga, una región donde los malos caminos están intransitables a causa de la nieve y las lluvias. Ello es que si realmente su salud era buena, ahora se ha confirmado de un modo que no deja lugar a dudas, y si era en realidad mala, la vida activa y los puros aires del Pardo le han producido un restablecimiento que deseamos dure muchos años. En los pueblos de Granada, recíbenle con amor y entusiasmo, y su presencia ha sido gran consuelo para aquellos infelices, a quienes ha repartido socorros de todas clases.

Espero dar en mi próxima carta la noticia de que los formidables estremecimientos de la tierra no se han repetido, y que poco a poco a se restablece el estado normal de los pueblos destruidos. Y estos, ¿se reedificarán? ¿Habrá cristiano que se resigne a vivir en Güevejar, cuyas calles andan? Ya se habla de que Alhama y Albuñuelas serán reconstrui- dos en otra parte. ¿En dónde? ¿Quién garantirá la estabilidad de aquel suelo que parece acometido de intensa y misteriosa fiebre? Cuidaré de informar a mis lectores de Buenos Aires de lo que ocurra en materia tan interesante para la humanidad.

***

4 En noviembre de 1879, la repercusión internacional de que el pequeño *Diario de Murcia* se dedicase exclusivamente a la riada que asoló su provincia, logró que quince días después naciese en Francia el *Paris-Murcie* con colaboraciones de prestigiosos personajes, que recaudó trescientos mil francos para los damnificados.*

El Congreso y Senado nos han entretenido con sesiones tumultuosas. La cuestión universitaria y la cuestión de la trasmisión del tratado de convenio a un diario de Nueva York violando el secreto de las negociaciones[5] ha sido la comidilla parlamentaria de los padres de la patria. En la cuestión de la Universidad se han cruzado entre mayoría y oposiciones algunas docenas de discursos, templados los unos, ardientes los otros, y hoy por hoy, de tanto debatir la cuestión sigue como el primer día, sin que se haya puesto en claro quién tiene razón y quién no. Y por cierto que ya ha envejecido la tal querella universitaria. Los catedráticos no ceden y el gobierno tampoco. Aquellos invocan las inmunidades del claustro y este el principio de autoridad. Encastillados en sus respectivas trincheras, el elemento universitario y e! gubernamental no se cede ni un palmo de terreno; muchos discursos, interpretaciones diversas de la ley, según las tendencias de cada cual, diferencias grandes en la manera de apreciar los sucesos y de describirlos. Por fin la temida cuestión se resolverá por el cansancio, si antes no viene a darle término algún inesperado giro en las cosas políticas.

Mal síntoma es para el gobierno la disidencia que se ha iniciado en la mayoría con el discurso de don Manuel Silvela, embajador en París y una de las personalidades más altas del país como jurisconsulto y como político. El señor Silvela disiente de la opinión del gobierno del cual forma parte uno de sus hermanos, y se pone resueltamente al lado de los catedráticos a atropellados. También entre estos tiene un hermano el señor Silvela.[6] Día de grandes emociones fue, en el Senado, aquel en que pronunció su templado, pero significativo discurso nuestro embajador en Francia. Hace tiempo que se le indica para presidir una situación conservadora, aunque los más allegados al gobierno niegan que esta solución sea posible en las circunstancias actuales.

No son pocos los conservadores que creen peligrosa la marcha y conducta del partido desde que el señor Cánovas introdujo en él el aborrecido elemento ultramontano o sea lo que el señor Pidal llamó *las honradas masas carlistas,* las tales *masas honradas* han desnaturalizado, en opinión de muchos conservadores, a un partido que en los seis años de su mando, después de la Restauración, dio pruebas de un sentido práctico muy recomendable y de una disciplina rigurosa. Las quejas han aparecido en la prensa y en la tribuna, al principio con timidez, luego con más brío, y por fin la actitud del señor Silvela ha venido a darles calor.

En las discusiones del Senado háse visto claramente el hondo malestar que trabaja a la mayoría, y no ha tenido poca parte en su manifestación la incapacidad parlamentaria del presidente, señor Puñonrostro, que ha llevado a todos los debates una confusión lamentable. Cuentan que con estas cosas está el señor Cánovas de muy mal humor, y que no sería extraño que, si las dificultades crecieran, se retirase del poder. No le sucedería, en tal caso, un nuevo ministerio conservador presidido por Silvela o Toreno, pues las soluciones anodinas satisfacen poco en las circunstancias presentes; ni tampoco vendrían los izquier-

5 Véanse 27 y 28 para *la cuestión universitaria* y 29 para la transmisión del tratado.

6 El hermano de Francisco *Silvela*, ministro entonces de Gracia y Justicia, era Luis Silvela catedrático de Derecho en la Universidad Central de Madrid.

distas, aquel grupo que tanto dio que hacer el año pasado,[7] desprendiéndose del partido liberal al amparo de los conservadores. Los izquierdistas, tan pujantes hace un año, están perdidos en el concepto público, y su famosa revisión constitucional ha pasado a la categoría de impracticable antigualla que a nadie interesa. Los únicos herederos posibles del señor Cánovas serían los constitucionales, llamados también fusionistas, capitaneados por Sagasta.[8] Ellos ofrecen el único núcleo respetable de fuerzas liberales dispuesto a los compromisos y a las dificultades de gobierno; ellos tienen personal suficiente *y* brillante para todos los cargos políticos, administrativos y diplomáticos. La creencia general es que lograrán el poder antes de que termine el año presente, y si otros síntomas no lo pronosticaran, sería suficiente signo de próxima victoria la vuelta al partido de los hijos pródigos que lo abandonaron para ir a formar la Izquierda. Sí, varios insignes personajes que engrosaron el grupo rebelde, han regresado arrepentidos y contritos al hogar primitivo. La Izquierda no cuaja. Creo haber dicho antes en estas cartas que el carácter elemental de los partidos liberales en nuestro país es la tendencia a dividirse en el poder y a reconciliarse en la oposición.[9] El poder les separó, pues había dos o tres individuos que querían ser jefes. Pero vino la desgracia con sus lecciones elocuentes y se vio el ningún fruto y gran descrédito de la disidencia. La oposición es siempre reconciliadora. Helos, pues, aquí unidos otra vez y esperando que se les dé el poder para volverse a separar. La experiencia de lo pasado, les abrirá no obstante los ojos, y es de creer que por esta vez, si logran sus naturales deseos, y empuñan el timón de la famosa nave, permanecerán unidos… siquiera un par de años… Pedir que lo estuvieran por más tiempo sería pedir lo imposible.

B. PÉREZ GALDÓS

31
LP, 1/3/1885

SUMARIO: No más terremotos —Escaso interés de los nuevos políticos —Teatros —Su decadencia —La escuela romántica y su pontífice —Mudanzas en el gusto del público —Mudanza en el arte declamatorio —Resistencia de los autores a entrar en las vías de la naturalidad —Necesidad de que un autor eminente inicie la reforma —Descrédito del drama romántico —Diferencia entre las pasiones humanas y los actos humanos —*La Peste de Otranto* —La nueva obra de Sellés —La *ópera española* —Inútiles esfuerzos para crearla —El maestro Grajal —Cómo deben ser los libretos de ópera.

Madrid, 4 de febrero de 1885.

7 *los izquierdistas:* es decir el grupo Izquierda Dinástica (véanse 2 y 4).

8 *los constitucionales, llamados también fusionistas*: denominaciones sucesivas que adoptaron los miembros del partido liberal hasta constituirse plenamente como tal en junio de este año 1885.*

9 Véanse 2 y 4.

Señor Director:

Basta de terremotos, basta de campañas de la caridad.

En dos meses no hemos oído hablar más que de los estremecimientos de la tierra, de las catástrofes ocasionadas por este fenómeno y de los infinitos medios a que recure el sentimiento de humanidad para aliviar tantas desgracias. El tema está ya muy agotado, y quiero sustraerme a él. Si vuelvo los ojos a la política encuéntrola empequeñecida en menudencias *y* devorada, como nunca, por las pasiones personales. Los debates sobre la cuestión universitaria saben ya, si me es permitido decirlo así, a puchero de enfermo. El Ministerio conservador, herido de muerte en la persona de sus individuos más señalados, tiene poca vida, y expirará probablemente en el próximo otoño si acontecimientos inopinados no prolongan su existencia. ¡Un cambio radical de gobierno está en la mente de todos! Los conservadores entraron intempestivamente en el poder, y por la propia lógica artificial de su entrada, saldrán antes de que caigan las hojas.[1] Las graves cuestiones suscitadas por la ingestión del elemento ultramontano en el organismo conservador, le están matando de asfixia. Se ahoga, no puede respirar, se muere… Esperando al desarrollo de los sucesos, volvamos por hoy la espalda a la política, que solo nos ofrece estériles debates, y refresquemos el ambiente de estas cartas con aire tomado a la pura atmósfera de las artes.

***

Nos hallamos en la segunda temporada teatral, sin que hasta el presente nos hayan ofrecido nuestros dramaturgos ninguna obra sancionada por éxito ruidoso. La temporada ha sido hasta aquí desdichadísima, peor que la precedente, y hasta los teatros por horas[2] han ofrecido escasas novedades. La misma musa juguetona de los entremeses anda algo desmayada y torpe. Todo acusa una decadencia notoria de nuestro teatro, si bien esperamos aún que esto será un fenómeno accidental, y que, de algún modo ha de alcanzar todavía épocas de vitalidad un arte que tantas raíces tiene en el carácter español.

Aquella pasmosa resurrección de la escuela romántica intentada y realizada por un poeta de facultades verdaderamente fenomenales y que además es insigne matemático, don José Echegaray, no parece destinada a prevalecer en nuestro teatro. Consumó el gran dramaturgo, esta difícil empresa por la fuerza de su invención, por la intensidad admirable de sus recursos para la mecánica escénica, por la novedad, por el brío, por la osadía. El público la acogió por hastío, por el ansia de emociones a que le había traído la trivialidad, por ese apetito de manjares fuertes que es consecuencia lógica de un largo período de forzosa sobriedad. Pocos autores han tenido sobre las tablas éxitos tan estruendosos, tan ardientes como don José Echegaray; verdad que pocos han tenido en tal grado el arte de conmover y producir impresiones hondísimas.

Tras él han venido discípulos que, queriendo imitarle, se han estrellado. Tienen de él el prurito de situaciones atroces, careciendo de aquella habilidad mecánico-dramática

1 Sobre la llegada "intempestiva" al poder del partido conservador, véase 4.

2 Véase 22.

para prepararlos y darles fuerza de lógica. De estos no queda nada; de Echegaray quedará siempre una página interesantísima en la historia de nuestro teatro, y algunas de sus obras despertarán siempre emociones terribles en el público de todos tiempos.[3]

No obstante las cualidades de tan grande escritor, su teatro se nos presenta hoy un tanto apartado del gusto dominante. Y aquí viene la temida cuestión. ¿Es el gusto el que se extravía o es el autor? No me compete decidirlo. Solo diré que cada vez son más marcadas en nuestro público las preferencias por todo aquello que le presenta el cuadro siempre bello de la vida ordinaria, y que los afectos tumultuosos y excepcionales no cautivan su ánimo como lo cautivaban hace algunos años. En esto del gusto del público, hay que andarse con mucho cuidado para condenarlo. Obedece casi siempre a corrientes invisibles de la sociedad, corrientes relacionadas con ideas que se van sucediendo o imperando según los tiempos. Cuando el gusto cambia, muchos lo atribuyen a influencias de este o el otro autor, de esta o la otra escuela, y no ven la lógica profunda a que el fenómeno obedece.

Yo no sé cómo ha venido, ni porque ha venido; pero tengo la certidumbre de que hoy por hoy, existe en el ánimo del público español, una irresistible tendencia a prendarse de la naturalidad, de las representaciones sencillas y verdaderas de la vida humana. Cada vez parece conmoverse menos con las catástrofes ruidosas, con los espectáculos de atropelladas y violentas pasiones. Muchos atribuyen este fenómeno, por lo que al teatro respecta, a las compañías italianas y francesas de comedia que todos los años nos visitan; pero el fenómeno ha de tener, y las tiene seguramente, causas más recónditas. En lo que sí han influido mucho las compañías extranjeras ha sido en modificar el gusto en lo que concierne a las distintas maneras de representar. Es indudable que han caído en descrédito los tradicionales estilos de nuestros actores. La declamación campanuda y cantada, las contorsiones espasmódicas, la rigidez y los modales trágicos gustan menos cada vez. Las obras de asunto moderno, y escritas en verso relumbrante, se hacen cada día más insufribles. Los actores que salen de frac a echar parlamentos líricos, y se ponen delante de las candilejas manoteando como los tenores que cantan un aria, son cada día menos aplaudidos, aunque todavía lo son bastante. Es preciso, no obstante, declarar que nuestros actores aprenden, que modifican lentamente su estilo y van poco a poco adoptando los procederes de la verdad.

Entre ellos hay algunos que han realizado grandes progresos, anunciando para la escena española días muy brillantes. Menos susceptibles de enmienda parecen los autores, pues la gran mayoría de ellos no se decide a romper los antiguos moldes. No hay mes que no se verifique un estreno de pieza trascendente, atroz, llena de adulterios y problemas insolubles, escrita en cancamurria de versos líricos. La prensa y los amigos le proporcionan un fácil éxito; pero el tiempo les desengaña a todos condenando a la obra, en menos de diez noches, al olvido y la muerte.

Para que el teatro entre con pie derecho en la escuela de la naturalidad, es preciso que un autor de grandes alientos rompa la marcha y acometa con recursos de primer orden esta gran reforma. Echegaray, que posee la capacidad más vasta que es posible imaginar,

3 El respeto y la admiración entre Echegaray y Galdós fue mutuo.*

es el llamado a marcar este camino. No le faltarían recursos para ello. Necesitaría únicamente cortarse un poco las alas, abatir el vuelo, atender más a la verdadera expresión de los sentimientos humanos que a los efectos obtenidos por conflictos excepcionales y por combinaciones de parentescos y lugares. Las terroríficas situaciones derivadas de accidentes físicos y de mil circunstancias extrañas al juego de las pasiones, no producen en el ánimo del público impresión tan duradera como las que fácilmente se derivan de los mismos afectos y tienen su mecánica, digámoslo así, no en coincidencias de personas y tiempos, sino en el engranaje de los caracteres, que es la clave del drama eterno que llamamos sociedad.

Se dirá que quien posee una personalidad artística tan vigorosa como Echegaray no puede fácilmente adaptarse a modos de ser que tanto difieren de los suyos hasta el presente; pero esto no nos convence. En algunas obras de este poeta hay escenas que demuestran su aptitud para el género realista, y cuenta que lo califico así dando a la palabra la mayor amplitud posible. La experiencia se encargará de convencer al insigne dramaturgo de una verdad incontestable, y es que el drama histórico ha pasado a los libretos de ópera y que el drama llamado de pasiones, vestido a la antigua y fraseado a la romántica se sostiene hoy con dificultad en nuestra escena. No quiero hablar de los dramas que no tienen de nuestra época más que la levita con que salen vestidos los actores, y en los cuales el lenguaje, los sentimientos así como la manera de proceder de los personajes son completamente extraños al mundo en que vivimos. A estas obras les está reservada una vida muy corta, por muy brillante que sea su desarrollo, y en general su éxito no pasa más allá de la fascinación del estreno, esa confluencia de circunstancias especiales que en determinada noche produce entusiasmos ruidosos que no tardan en desvanecerse.

Es difícil que tengan condiciones de permanencia las obras en que no alienta la misma atmósfera del público que ha de gozarla y para el cual ha sido escrita. No basta que las inspire lo que es perenne e inmutable en la naturaleza humana, pues si las pasiones son siempre las mismas, la expresión de ellas varía con la cultura y las condiciones históricas de los pueblos. Fijándonos solo en un acto humano, el atentado contra la vida de nuestros semejantes, vemos que es cosa corriente en las épocas esencialmente dramáticas, y que en ellas lo consuman sin distinción todas las clases sociales. Hoy esta expresión de nuestras pasiones, está casi totalmente excluida de las clases educadas por viciosas que sean, y se halla circunscrita a las populares, hasta que los progresos de la instrucción lo destierren casi completamente. En las clases altas, el homicidio, fuera de muy contadas aberraciones, no existe, sí se me permite una frase, diré que es hasta de mal gusto. Fundar las emociones dramáticas en los atentados contra las personas, no siendo, las que intervienen en la acción de la clase ínfima de la sociedad, es un absurdo que destruye la ilusión de verdad en que se funda todo el artificio de la escena. Cierto es que las pasiones humanas son siempre las mismas; pero los actos humanos difieren notablemente de una época a otra. Los informa la civilización, la mayor o menor suavidad de costumbres, las leyes mismas.

El último drama de Echegaray, *La peste de Otranto*, interesantísimo como todos los suyos, lleno de efectos escénicos que deslumbran y de gallardas imágenes, no ha producido tanto entusiasmo como sus célebres congéneres *O locura* o *santidad, EL gran galeoto, La muerte*

en los labios y *En el seno de* la *muerte.*[4] Y no obstante ni por el poder de la fantasía, ni por la originalidad de las combinaciones teatrales aparece Echegaray en decadencia en esta obra. Consiste la frialdad relativa del público en ese indudable cambio de gusto que se va infiltrando con lentitud, y en la inclinación que se despierta poco a poco hacia a aquel arte que nos muestra la vida real, nuestra propia vida, con caracteres de sencillez y de verdad. No excluye este género la intensidad de los afectos, por lo cual creemos que el gran dramaturgo se hallaría en él como en esfera propia, desde el momento en que se propusiera cultivarlo. Las grandes facultades de Echegaray, lucirían más aplicadas a un género en el cual los fulgores de la invención dan realce más vivo a las líneas severas y propias de la verdad.[5]

***

Autor de grandes esperanzas es también Eugenio Sellés, el cual se inició en el teatro con el célebre *Nudo gordiano*,[6] drama de la escuela seudo romántica, o sea con asunto moderno y lenguaje antiguo, con trajes de la época y caracteres idealizados. La dicción es en esta obra tan hermosa que si los personajes vistieran ropillas y gregüescos,[7] el propio Calderón no se desdeñaría de tenerla por suya.

Posteriormente, este insigne poeta varió de rumbo, a mi juicio con buen discernimiento, y su discutida obra *Las vengadoras* fue atrevidísima tentativa en la pintura fiel de las costumbres contemporáneas.[8]

Pero tuvo la desdicha de escoger, para esta iniciación difícil, el asunto más arriesgado, menos simpático, más espinoso que un autor puede encontrar en la abundante cartera de Italia. Saliéronle al paso dificultades enormes; hizo esfuerzos heroicos; tuvo que luchar con la costumbre, con rutinas, preocupaciones respetables y hasta con hipocresías del público. Su obra contiene escenas de agudísima observación, caracteres hermosos; pero en su conjunto carece de aquella atracción simpática que es la clave de los éxitos en el teatro. Resultó de un pesimismo frío y descarnado sin ambiente moral. Era un esfuerzo gigantesco, un admirable edificio construido con materiales toscos y de difícil labra. Hoy este varonil ingenio se presenta de nuevo con una obra muy meditada y en la cual debe haber puesto sus facultades todas. En el Teatro de la Comedia han empezado los ensayos de *La vida pública*, obra en que parece retrata a nuestros políticos. El público espera con ansia esta pieza en la cual indudablemente obtendrá Sellés el triunfo que corresponde a su gran talento y a la firmeza de carácter que resplandecen siempre en sus empresas literarias.

***

4 Dramas de Echegaray estrenados en 1877, 1881, 1880 y 1879 respectivamente.

5 Véase 9 y su n.2. Todo este apartado se mueve entre el respeto a Echegaray de don Benito ya reseñado y el rechazo al melodrama que aquel había impulsado, género incompatible con la reforma teatral que Galdós va viendo cada vez más necesaria.

6 Estrenada en 1878.

7 *ropillas*: 'especie de camisa'; *greguesco*, 'calzón holgado'. Vestiduras propias del teatro áureo.

8 Véase 9.

El orgullo nacional se ha preocupado aquí, durante bastante tiempo, de un arte pomposamente llamado la *ópera española.* Creo que las ilusiones alimentadas por nuestro amor propio se disipan rápidamente, y que las varias tentativas abordadas en un período de diez años han curado a muchos de esta manía, porque manía es y no es otra cosa esta de que, teniendo teatro español, novela y pintura españolas, hemos de poseer, en la esfera musical, dominios semejantes a los de Italia y Alemania. No mil veces; esos dominios no son hasta hoy más que un sueño de conquistadores. Todavía no se han descubierto esas tierras armoniosas y los que se embarcan para descubrirlas vuelven por lo general como se fueron. A menudo ponen el pie en un suelo que luego resulta perteneciente al rico pabellón de las dos nacionalidades citadas. El desengaño viene pronto, y la *ópera española* no parece por ninguna parte.

Digo esto porque todos los años, en virtud de convenio entre el gobierno y la empresa, se canta en nuestro Teatro Real una partitura compuesta por un español.[9] La feliz circunstancia de ser compatriota nuestro el compositor, es la única en que puede fundarse el españolismo de la obra; pues, por lo demás, la música suele ser buena y extranjera. No quiere decir que no tengamos música propia; en aires populares creo que ninguna nación nos gana y sin temor de incurrir en fanfarronería, puedo decir que nuestras malagueñas, nuestras jotas y nuestros zorcicos, son la más bella música popular del mundo.

Pero de esto a tener ópera seria hay mucha distancia. Francia con todo su poder y sus inmensos medios de educación no ha podido tenerla, cuanto más nosotros. Hay en España compositores de gran mérito, algunos muy notables en la música sinfónica, como los maestros Chapí y Marqués; los tenemos también inimitables en el género popular como Barbieri, y de grandes recursos para la zarzuela como Arrieta. Grandes concertistas no nos faltan, y Sarasate, Monasterio y Guelbenzu han alcanzado reputación europea. En música didáctica hemos tenido al maestro Eslava, respetado en todo el mundo. El mismo Eslava, como compositor del género religioso escribió páginas admirables. De tradiciones de este género no carecemos. Pero con tantos elementos, la ópera española no parece, no sale, está por nacer todavía, y probablemente no nacerá nunca.

Y cuidado que se han hecho esfuerzos para darle vida. Hace veinte años los compositores de zarzuelas hicieron ensayos infecundos. Más adelante, los progresos de la enseñanza musical hicieron concebir esperanzas. Salieron jóvenes muy precoces, y al verles y oírles, muchos entusiastas dijeron: "Al fin, al fin vamos a tener la ópera tan deseada; tendremos el Rossini, el Meyerbeer hispano que tanta falta nos hace". El poder público atento a estimular este noble prurito, acudió a facilitar el camino a los jóvenes maestros, estableciendo en el contrato de arriendo del Teatro Real la obligación de dar una ópera española todos los años. Hasta el presente se han dado muchas, y ninguna ha prevalecido. Todas están bien escritas, bien instrumentadas, revelan saber y talento; pero todas perecen y se olvidan sin que nadie se acuerde luego ni de sus títulos.

9 Para el *Teatro Real* véase 22, n. 6.

Es que carecen de aquella originalidad más necesaria a la vida del arte musical que a la de ningún otro arte. Carecen de personalidad, de aquel encanto que avalora las obras de los maestros italianos y germánicos. Lo que los nuestros hacen se oye con gusto; pero no interesa, no emociona, no deja en el alma ese dejo que la conmueve con indescifrables sensaciones de placer y tristeza.

Nuestra originalidad musical está en los aires populares, que no tienen rival, y en algunas piezas religiosas, que aún se ejecutan en las catedrales. Fuera de esto, todo es imitación, reminiscencias, y motivos viejos disfrazados y sabiamente compuestos. El españolismo de la ópera queda reducido al que resulta de la fe de bautismo del compositor, y al libreto, escrito en versos castellanos. Por lo general, ninguno de nuestros compositores ha tenido a su disposición uno de esos admirables cuadros dramáticos, tan hábilmente trazados por Scribe,[10] y esta deficiencia ha influido algo quizás en el escaso interés que toda ópera española despierta.

Luego, los artistas italianos que vienen a nuestro teatro, la cantan todo lo mal que pueden, y hasta parece que el empresario la pone por fuerza en los carteles. Circunstancias extrañas a la música misma de estas obras, contribuyen, pues, a su caída.

La de este año ha sido *El príncipe de Viana* del maestro Fernández Grajal,[11] y cuantos la oyeron convienen en que tiene páginas bellamente escritas, algunas con maestría; pero que no ha entusiasmado a nadie. El libreto es discreto y bien versifi-cado; pero no ofrece situaciones de efecto, cual conviene a la majestad de la ópera. Su autor, el señor Capdepón, poeta estimable, ha huido de las situaciones falsas y delos efectos inverosímiles, sin comprender que aquellas situaciones y estos efectos, diestramente manejados ayudan considerablemente a la inspiración del compositor. Analizando los libretos de *Los hugonotes* y de *La Africana*[12] y juzgándolos como obras dramáticas, se ve que son un tejido de disparates, y sin embargo, sobre este mentiroso edificio se fundan admirables obras musicales. Los cuadros escénicos son indispensa- bles en la ópera, y esto es lo que no quieren entender nuestros libretistas, dando a sus obras la proporcionada distribución y la discreta lógica que para nada necesitan. Ellibreto es como la pintura escenográfica, una cosa que se ha de ver con luz artificial, y que debe ser convencional para que luego resulte verdadera en el arte del cual esmero auxiliar. Los colores del arte escenográfico resultan mentira a la luz del día, y lo mismo deben ser las proporciones y trama del drama lírico a la claridad de la crítica puramente literaria.

El maestro Fernández Grajal es un compositor de talento, y no por ser incapaz de hacer una ópera que dé la vuelta al mundo, carece de condiciones para el difícil arte. Muchos de estos maestros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se han dedicado después a

10 Además de dramaturgo, Eugene Scribe fue libretista de óperas tan conocidas como *La favorita* de Donizetti o *La Africana* de Meyerbeer.

11 Estrenada en el Teatro Real de Madrid el 2 de febrero de 1885.

12 *Los Hugonotes*, y *La africana* son óperas de Giacomo Meyerbeer, con libreto de Scribe, estrenadas en París en 1836 y 1865 respectivamente.

la zarzuela, y las han hecho muy bonitas. Pero la zarzuela es arte modesto; aquí nace, aquí vive, y jamás ha pasado los Pirineos. De todo esto se deduce, que si naturaleza pródiga nos concedió el tener a Cervantes, a Calderón y a Velázquez, no ha querido que un Mozart o un Rossini nazcan en esta tierra del garbanzo.

B. PÉREZ GALDÓS

32

LP, 21/3/1885

SUMARIO: —Decadencia del carnaval —Se acabaron las caretas —La cuestión social —Obreros pidiendo pan —Paralización de las construcciones —Paliativos —La crisis industrial —Competencia y baratura que perturban la industria —Carestías de las subsistencias —Errores económicos —Ejemplo de Inglaterra —Muerte del general Gordon —Su carácter —Su heroísmo —Dificultades que ha de vencer la política inglesa —Sus inmensos dominios —Furor colonial y africanista —La factoría española de Río de Oro —Debate político-religioso en el Congreso.

Madrid, 17 de febrero de 1885.

Señor Director:

No puede quedar duda ya de que el carnaval está en decadencia horrible. El carnaval se va, desaparece, entra en la historia de las humanas locuras, dejando huella de su borrascosa existencia en la pintura y en los teatros. En las costumbres pocos rastros quedarán porque las bromas se dan ya sin careta, y el pedazo de cartón o tela, que tan imperfectamente imita la fisonomía humana no sirve ya para nada. Es tontería sofocar nuestra respiración para decir cosas que podemos decir a cara descubierta sin que nadie se escandalice. Las bromas de mal gusto no se admiten ya ni con antifaz. Favorecen poco a quien las da, aunque no se le conozca y la vocecilla atiplada resuena mal y antipáticamente en todo los oídos.

Bien mirado, el carnaval es una cosa infantil, diversión propia de sociedades primitivas e inocentes, y ahora nos pasmamos de la buena fe con que nuestros abuelos lo tomaban en serio y de lo mucho que se divertían con las máscaras. Cuando la chismografía no había encontrado en la prensa un órgano eficaz, debía de ser sabrosísima practica detrás de un cartón, desfigurando la voz; cuando los grandes centros de población no existían, debía de ser muy grato el hacerse el desconocido y hablar con una persona, gozando en la confusión de ella por ignorar quien le dirigía la palabra. Hoy pasamos constantemente junto a millares de personas, para las cuales somos tan desconocidos como si lleváramos el rostro tapado. Del carnaval antiguo no quedan sino restos, tradiciones que se pierden de día en día en el tumulto de la renovación social. Solo se visten ya de máscara los niños, y algunos infelices individuos de la clase popular, aquellos para lucir sus gracias, estos para pedir en bulliciosas comparsas y divertirse a costa del prójimo. La careta es más rara cada año, pues los niños no se la ponen. Sus mamas les dan colorete, o les pintan bigotes con corcho quemado; y la gente de baja estofa, sea por comodidad o por economía, se

disfraza la cara tiznándosela con almagre[1] o betún. Lo que menos importa ya es que no le conozcan a uno. Basta para el fin carnavalesco con tomar el aspecto más mamarracho que se pueda lograr, y lo demás lo hacen las borracheras, los gritos, las groserías, la fatiga del baile y del canto. Nada más curioso y digno de estudio que las infinitas maneras de divertirse que hallamos en la especie humana.

Nuestro histórico Prado ha sido célebre en las Carnestolendas europeas. En tiempos remotos hanse visto en él máscaras originales, disfraces peregrinos, y escenas muy divertidas. Recuerdo haber alcanzado algo de esto hace muchos años. Aún vi comparsas de damas elegantes, en coches, vestidas con capuchones de seda, máscaras solitarias y bromistas que despertaban algún interés. Todo esto se ha ido concluyendo poco a poco, y últimamente las mascaradas políticas, con figuras alusivas a los acontecimientos del día, animaron estas fiestas. Pero aún esto ha fenecido. La política cansa al público aun cuando se la represente con figurones de papel y entre capisayos de percalina.[2] Hemos visto desfilar en los últimos años las comparsas epigramático-políticas en medio del desdén general. Los que se habían tomado el trabajo de hacer aquella sátira grotesca, se aburrían dentro del disfraz. Aparecen todavía alegorías estúpidas, carteles sin gracia y recuerdos de la fisonomía de las eminencias parlamentarias; pero pasarán sin hacer reír a nadie.

De las máscaras bromistas que se abalanzan a los coches y se suben al estribo para marear a las señoras, queda algo todavía; pero su descrédito es evidente. Creeríase que los que de tal modo se divierten, repiten las gracias del año pasado. No se les ocurre nada nuevo. Dan importancia al trabajo; se precian de no ser conocidos, y por más que disfracen la voz, pronto se les descubre que son tontos. Los estudiantes, principalmente los de medicina, celebran el carnaval con fe; pero no se tapan la cara. Organizan comparsas para pedir y su disfraz es el antiguo traje estudiantil u otros menos característicos y pintorescos. Lo único interesante en estas fiestas es la parte que corresponde a los niños. Se ven preciosidades, figuras monísimas, chulas, majos, *incroyables*, payasos, arlequines, caballeros a lo Felipe IV, damas a la Regencia, abates, Quevedos, toreros, chisperos,[3] turcos, moros, valencianos, galleguitos, gitanos, magos, toda la historia y todas las razas representadas en figuritas vivas, que podrían ponerse sobre una consola. Se ha despertado verdadera emulación en esto; hay lujo, alardes de ingenio, originalidad, y cada año las comparsas de niños disfrazados son más numerosas, bellas e interesantes.

Los bailes infantiles que se celebran en los principales teatros, por las tardes, dan más atractivo a esta gran metamorfosis del antiguo carnaval. Ved como esta costumbre, condenada por la iglesia, después de haber sido causa de tantas locuras y pecados, concluye por servir de solaz a la inocencia, para que se le perdone su bulliciosa y nada limpia historia.

***

1 *almagre*; 'Óxido rojo de hierro, más o menos arcilloso'.

2 *capisayos de percalina*: 'capas cortas de percal'.

3 *damas a la Regencia*: damas a la moda romántica establecida en la Inglaterra del príncipe regente (1811-1820): abates: 'personas que teniendo órdenes menores, vestían de clérigo'; *chisperos*: 'tipos castizos del barrio de Maravillas'.

Contrastando con las expansiones de estos días, hemos tenido en los que han precedido al carnaval, imponentes manifestaciones de obreros sin trabajo. No ha sido más que un ligero anuncio de los pavorosos problemas sociales; pero como síntoma del malestar creciente de las clases trabajadoras, tiene gran importancia. Desde la conclusión de la última guerra civil hasta el año pasado, se emprendieron y se realizaron en Madrid tantas construcciones urbanas, que nuestra villa parecía querer tomar las proporciones de una capital de un millón de almas. Barrios enteros surgían cada año del suelo; hermosísimas casas ocupaban los terrenos que antes eran corralones o campos yermos. Esto no podía continuar, porque la población viva no crecía en la misma proporción que la de cal y canto. Diez y seis mil habitaciones hay sin alquilar, la crisis no podía menos de aparecer con caracteres graves; cesaron de improviso las construcciones, y he aquí algunos miles de albañiles, carpinteros, marmolistas, herreros, y estuquistas sin trabajo. Las industrias fabriles, que en Madrid no tienen tanta importancia como la constructiva, también se resienten de falta de ocupación, y de aquí el estado aflictivo de las clases populares, que, después de todo, son las que en mayor grado dan vida al mercado general.

El gobierno y el Ayuntamiento han acudido a remediar el mal con esos paliativos que en vez de curarlo lo alivian o aletargan por unos cuantos días. Se emprenden a toda prisa obras de dudosa utilidad, se gastan sumas considerables en movimiento de tierras y arreglos de caminos; pero como las causas del mal no varían, como el capital privado no edifica, las cosas continuarán lo mismo, empeorando si cabe.

Por el momento, no hay motivo de queja contra esos honrados obreros que no han pedido trabajo tumultuariamente, sino en la forma más comedida que se pudiera imaginar. Solo eran imponentes por su número, no por sus actos ni demostraciones políticas o demagógicas, que tan propias de la ocasión parecían. Se contentan con un jornal miserable, y en último caso se resignan a recibir la limosna de pan y sopa, que la caridad les ofrece diariamente en un instituto religioso de esta Corte.

Nada más triste que esas multitudes que se agolpan a las puertas de un establecimiento de caridad en busca de mezquino socorro, y cuando esas multitudes se componen de hombres sanos, robustos, hábiles y nada perezosos, no se sabe qué pensar de la organización del trabajo en nuestras sociedades. El gran problema social que, según todos los síntomas, va a ser la gran batalla del siglo próximo, se anuncia en las postrimerías del actual, con chispazos, a cuya claridad se alcanza a ver la gravedad que entraña. Los mismos perfeccionamientos de la industria lo hacen cada día más pavoroso, y la competencia formidable, trayendo inverosímiles baraturas, y fundando el éxito de ciertos talleres sobre las ruinas de otros, producen desastres económicos que van a refluir siempre sobre los infelices asalariados. En estas catástrofes, el capital suele salvarse alguna vez, el obrero sucumbe casi siempre.

Mucho más temerosa que aquí se presenta en Francia la cuestión social, por ser también la industria más importante. En París, las últimas reuniones de braceros pidiendo pan y trabajo han sido tumultuosas, subversivas, amenizadas con recuerdos poco gratos de la *Commune*[4] y de sus hasta radicales procedimientos. No es la industria constructora la que

4 Breve movimiento insurreccional que gobernó París de marzo a mayo de 1871 durante la guerra franco-pru-

languidece allí; todas las manufacturas atraviesan una crisis lamentable por falta de pedidos. La maquinaria, los tejidos, los bronces y porcelanas, las mismas confecciones suntuarias que constituyen el nervio de la exportación parisiense, sufren horriblemente del mal de anemia comercial. Es preciso que nuestros vecinos reconozcan el daño inmenso que les hacen las competencias alemana e italiana, principalmente la primera. Los alemanes se dedican, con admirable constancia, a imitar los productos todos de la industria francesa, y no solo los imitan sino que los dan a precios fabulosamente baratos. Un día y otro vemos llegar de Alemania mil objetos, cuya fabricación parecía hasta hoy vinculada al genio picante, original y gracioso de los franceses. ¿Hasta dónde llegará esta rivalidad formidable, de la cual la pasada guerra ha sido tan solo una fase? Casi siempre las bayonetas han precedido a las máquinas industriales en estos antagonismos de raza, y la historia nos dice que las victorias se empiezan a ganar en los campos de batalla y se rematan después en los talleres. El aturdimiento que los fenómenos de agitación socialista produce en los gobiernos de los países latinos, es causa de que las primeras medidas que se toman para atajar el mal, sean siempre contraproducentes. En Francia y en España se ha hablado, como de la cosa más natural del mundo, de elevar los derechos de importación de cereales, es decir, que se desea encarecer las subsistencias, gravando el artículo más necesario a la vida. Todo por reforzar la producción territorial, y poder conservar los enormes impuestos que recaen sobre ella.

El procedimiento contrario sería mucho más eficaz combinándolo con reducción de tributos y gabelas[5] y con la reforma de las tarifas de transporte, pero esto, que parece tan claro, no se ve desde las altas esferas burocráticas, donde todo se supedita a la *suprema ratio*[6] de sostener un presupuesto teórico y de defender sus artículos a todo trance. La insegura fábrica de la hacienda y de la política tiene sus cimientos en él, y ¡a dónde iríamos a parar si los impuestos se disminuyeran, si se borraran de nuestras leyes las dos inmoralidades del estanco y de la lotería!

Entretanto, el tratado de comercio cubano-americano continúa durmiendo el sueño de los justos en las Cámaras de Washington, y el *modus vivendi*[7] con Inglaterra empieza a tener en las nuestras enemigos formidables. Los catalanes le hacen cruda guerra por el temor de que sus industrias padezcan cuando se dé a Inglaterra el trato de nación más favorecida. Pero como oímos las mismas jeremiadas en 1869, cuando se hizo la reforma arancelaria, y en 1881, cuando se celebró el tratado con Francia, y como después de estas campañas la industria catalana, lejos de decaer, ha prosperado grandemente, no nos causa inquietud la oposición que los barceloneses, inspirados por rutinas de escuela, hacen al convenioque ha de estrechar nuestras relaciones comerciales con la nación más productora y más consumidora del mundo.

***

siana, instaurando un proyecto político autogestionario.

5 'Contribuciones'.

6 'razón suprema', locución latina del lenguaje jurídico.

7 Véase 17, n. 9.

Y al mencionar a Inglaterra ¿quién puede dejar de pensar en el infeliz Gordon, en ese héroe de leyenda, cuyo trágico fin ha conmovido al mundo entero? Por el temple de su alma, por el salvaje teatro en que operaba, por las circunstancias que han rodeado su muerte, Gordon parece una figura de la Edad Media, héroe de las cruzadas, paladín antes que general. Su religiosidad puritana era uno de los fenómenos más extraños en estos tiempos. Solo por la fe es capaz un hombre de hacer lo que hizo el gobernador del Sudán; mas a la fe unía Gordon la exaltación del patriotismo británico. Su figura histórica se retrata en esta frase suya: "Venga en buen hora mi sucesor. Necesitará reunir estas tres cualidades: primera, una naturaleza de hierro; de otro modo no se resiste este clima. Segunda, despreciar el dinero, sin lo cual estas gentes no creerán en su sinceridad. Tercera, igual desprecio de la muerte". Tal era Gordon, una complexión robustísima, una probidad incorruptible, una fe y un patriotismo ciegos. Con tales virtudes, se explica su increíble prestigio entre aquellos salvajes sudaneses, gente fanática y corrompida, desleal y traidora.

La muerte del héroe parece absolutamente confirmada; sin embargo, hay todavía ingleses entusiastas que no quieren creer en ella. Algunos, demasiadamente confiados en el sino de este gran aventurero, sostienen que después de la toma de Khartum,[8] Gordon se ha fingido mahometano, logrando atravesar disfrazado las huestes del *mahdi*[9] para pasaral Congo, donde aparecerá cuando menos se piense.

Que la plaza fue tomada a traición por el *mahdi*, parece fuera de duda. Desgraciadamente, la suerte del gobernador del Sudán es un hecho probado. Inglaterra se ha conmovido con este final de uno de los más terribles dramas de nuestros tiempos, y se apronta a enviar socorros militares al general Wolseley para sofocar la rebeldía, que es un peligro constante para la subordinación de ese inmenso mundo islamista que obedece a la emperatriz de las Indias.[10]

Grande es el imperio inglés; extiéndese por toda la tierra; supera al poderío romano y al de Carlos V. El sol que tan mal alumbra a la caliginosa Albión, resplandece sobre sus banderas en las calientes zonas del Asia y del África austral. Realmente, no hay ocasos para esta bandera de la constancia, del trabajo, ante la cual resulta cierto el conocido axiomade que *el genio es la paciencia*. Pero este vastísimo imperio tiene inconvenientes de clima yde raza que exigen de Inglaterra sacrificios inmensos y una atención tenaz. Por dicha suya, este país se halla en el apogeo de su iniciativa y de su fecundidad. Es más fecundo que otroalguno en caracteres firmes; posee la exaltación patriótica, virtud que mueve las montañas, y su colosal riqueza completa y remata estas ventajas del orden moral. El mundo sigue conatención curiosa el desenvolvimiento de la política militar inglesa para apaciguar el Sudány prevenir las inquietudes del islamismo en la India.

8 Dentro de la colonización británica de Sudán, la toma de su capital, *Khartum* o Jartúm, tuvo lugar el 26 de enero de 1885, tras casi un año de asedio.

9 El *mahdi* (en español, "el guiado") de la época fue Muhammad Ahmed (1844-1885), líder musulmán que pretendió establecer una república islámica en Sudán.

10 Es decir, a la reina Victoria I de Inglaterra, emperatriz de esta colonia desde 1877 hasta su muerte.

Con igual afán atiende a los remedios que la gran nación aplicará a su cáncer interno, la cuestión de Irlanda. Porque los dinamiteros persisten en sus criminales atentados. Hace poco intentaron hacer volar el Parlamento y amenazan el Museo Británico, los grandiosos puentes de Londres y Blackfriars, la estación de Charing Cross, y el magnífico edificio New Cost Lawn. La imaginación no acierta a suponer lo que será del mundo civilizado si no se reprime con mano fuerte esta moda de hacer propaganda política por medio de la dilatación de los gases. Pero los fenianos[11] y nihilistas dicen que no ven la razón para que sea buena la pólvora en las guerras y no lo sean el picrato y la dinamita en la política. Admitido el agente físico cual expresión de una piedra detrás de la cual hay siempre una idea, no se ve claramente el límite que deben tener esas terribles energías de la naturaleza manejada por los sectarios. En vista de tal confusión, solo hemos de decir, usando de una frase popular española, que "a este paso la vida es un soplo". Como estos ejemplos de la aplicación de la dinamita cundan un poco, como los pueblos meridionales, tan dados a la imitación, los adopten, pronto serán resueltas todas las cuestiones políticas y sociales en un decir *Jesús,* y la nivelación de clases será un hecho incontrovertible.

Siempre ha sido el hombre imitador de la naturaleza, y los terremotos de Andalucía dan a los revolucionarios de hoy, la norma de la igualdad de las personas por la nivelación del suelo, del reparto de la riqueza, por la resignación de todos a no poseer absolutamente nada.

***

El furor colonial de Alemania tiene imitadores en todos los países. Francia, Italia, Bél- gica aspiran a poseer territorios en África. Todo esto es resultado de la crisis industrial deque antes hablé. Los talleres producen más de lo que esta cansada Europa consume, y ese sobrante hay que colocarlo donde se pueda. De esta vez, tenedlo por cierto, la salvaje África, la más ignota y ruda de las partes del mundo, entrará en las vías de la civilización. En toda la costa se establecen factorías. El inmenso continente poblado de negros indómitos, de monos que parecen personas y de hombres emparentados con los brutos, se ve atacadopor todas partes, acariciado, solicitado por los europeos, que lo explotarán y lo domesti- carán, vistiendo a los bozales, enseñándolos a beber vino y cerveza, instruyéndoles en el uso de la pólvora e iniciándoles en el regalo de nuestras costumbres.

Nosotros no hemos querido ser menos, y hemos establecido nuestra factoría en la costa occidental del África, frente al archipiélago de las islas Canarias. Es este un acontecimiento lisonjero del cual no he hablado antes en estas cartas; por eso me apresuro a hacerlo ahora, sospechando que agradará a los españoles que tienen segunda patria en la república Argentina.

Nuestra factoría ocupa la península y puerto de Río de Oro. La península mide veintidós millas de largo por tres en su mayor anchura y hállase unida al continente africano, en dirección noroeste a suroeste, por un istmo de uno y medio a dos kilómetros de ancho. El espacio de mar comprendido entre esta península y la costa, forma un extenso puerto de

11 Nacionalistas irlandeses.

diecisiete millas de largo desde la isla de Herne hasta la entrada. Los arrecifes situados a la entrada, dejan entre ellos y la península un paso de dos millas de ancho y once pies de fondo, que constituye la boca del puerto. El mejor fondeadero se encuentra a una milla de tierra, al noroeste de la punta Mudjé. Ya se están acopiando materiales para las obras del fuerte y de la factoría. Algunos moros trabajan también, reinando entre todos la mejor armonía. Pidamos a Dios que esta paz dure.

A la fecha de las últimas noticias dadas por los fundadores de la factoría, eran esperadas dos *kabilas*[12] del interior conduciendo plumas, marfil, lanas, pieles y otros artículos de gran valor en los mercados europeos. Se han encontrado pozos de agua potable de excelente calidad y minerales estimables. Todo hace creer que este modesto establecimiento comercial, nos traerá pronto el dominio de una porción no despreciable de la costa africana. Falta solo que sepamos fomentarlo y conservarlo; falta que a los españoles establecidos allí no se les ocurra el mejor día ponerse de puntas unos con otros y dar motivo con sus disensiones a que los moros duden de la superioridad del hombre europeo.

Dios quiera poner tiento en las manos de los primeros habitantes de la flamante factoría de Río de Oro e infundirles algo de ese espíritu práctico a que deben los ingleses su preponderancia en regiones tan apartadas del mundo. Sean tolerantes, indulgentes con los pobres moros y usen con ellos de táctica fina combinada con la humanidad. Ellos se contentan con poco, y por aguardiente de mala calidad, pólvora, cuentas de vidrio, percales ordinarios y chucherías de metal, dan productos muy ricos. Si se les trata mal, se entregan al pillaje, al merodeo y a la venganza. Su salvajismo encuentra mil astucias conque sobreponerse al europeo. Que nuestra bandera sea en aquella costa, no solo un emblema glorioso, sino, como la inglesa, el pabellón de la paciencia, de la habilidad y de los procedimientos prácticos, humanitarios y tolerantes, cuando las circunstancias no les imponen la obligación de ser terribles.

***

No quiero concluir esta carta sin decir que hemos tenido en nuestro Congreso un debate inacabable. No, al fin se acabó. Para discutir si había o no lugar a deliberar sobre cierta proposición se empleó un mes. Por fin los votos de los diputados resolvieron la cuestión negativamente. Se acordó que *no había lugar a deliberar*… después de haberse pronunciado *ciento diecisiete* discursos largos. El debate, hablando con verdad, ha sido muy importante, porque en él, con pretexto de la cuestión universitaria, se ha tratado la cuestión magna, la eterna, la inagotable, la cuestión de las cuestiones. ¿Prevalece o no la influencia clerical en la enseñanza, o la gobernación del Estado? He aquí la gran duda. Sobre ella se ha hablado mucho y bien. No ha quedado punto alguno por tocar, histórica y filosóficamente. Han salido a relucir épocas remotas, concilios, cismas, reyes que rabiaron hace siglos, las revoluciones todas, la tesis y la hipótesis, Buda y Cristo, la desamortizacióny los masones, la libertad y la Iglesia. El país, algo fatigado de tan largas disputas, las ha

12 Término árabe, 'tribus de árabes y bereberes del norte de África'.

oído con interés por lo mucho que la cuestión magna afecta a su asendereada existencia. Cuando nuestros progresos sean tan grandes que no se hable de este y se le considere como una antigualla ¡qué felices seremos!… digo, lo serán los que tal vean.

B. PÉREZ GALDÓS

33
LP, 31/3/1885

SUMARIO: Lo que trae consigo el mes de marzo —La abstinencia de carne —Descrédito de las mortificaciones —Comercio de pescado y su importación en la Cuaresma —Las importaciones de bacalao de Noruega —Las pesquerías canarias africanas —Hipocresías y componendas del arte culinario —La Sociedad de Conciertos —Como está organizada —Música de Haydn, Mozart, Beethoven, Gluck, Haendel, Mendelsson, Weber, Schubert, Meyerbeer, Liszt, Wagner —La música sinfónica —Maestros españoles que la cultivan —El *modus vivendi* o tratado provisional con Inglaterra —Dificultades parlamentarias.

Madrid, 3 de marzo de 1885.

Señor Director:

Cuaresma y primavera, ayunos y buen tiempo, crecimiento de días y disminución de espectáculos públicos, más paseos y menos veladas, funciones de iglesia, preparativos de las de toros, todo esto y aun algo más nos trae el mes de marzo.

Tiene este dichoso mes fama de inconstante, de ser muy dado a los vientos, que es como darse a los demonios, de ser frio y caliente, húmedo y seco, de reproducir a veces las cuatro estaciones en el breve término de un día. Las beatas le tienen mucha ley por ser el mes de San José, uno de los santos más populares y más festejados, y como caiga en él la Semana Santa bien se puede asegurar que es el mes favorito de la gente de iglesia. En cambio los cazadores le miran de reojo y si en su mano estuviera, le borrarían del almanaque, porqué en él empieza la veda, y tienen que dar de mano a su pasatiempo favorito. Como todo tiene su compensación, júzguese el cariño que a ese venturoso mes tendrán los conejos, perdices, liebres, pájaros y demás familia de pluma y pelo cruelmente perseguida y acosada por perros y cazadores desde noviembre a últimos de febrero.

Los cómicos miran a marzo con recelo, porque en esta época empiezan a padecer escaseces, por causa de las benditas penitencias que se impone el público. En cambio, los toreros ya están sacando del arca los trapitos de la lidia, pues el primer domingo de Pascua empieza la empeñada y sangrienta serie de trabajos circenses, que les da tantos aplausos y tanto dinero. A las famosas y clásicas corridas de Madrid siguen las que celebran sucesivamente los pueblos y capitales ricas en las fiestas de sus patrones, y cuando llega el verano los lidiadores no saben a qué plaza acudir, pues de todas les solicitan a la vez.

Si he de decir verdad, la penitencia que caracteriza a la presente época, es poco más que un nombre vano. Los ayunos escasean más cada día, y no son tan crueles y despiada-

dos como antaño. Se me figura a mí que en esto del ayuno hay mucho de imaginación, y que algunos que pasan por mortificadores de sí mismos, lo que hacen es variar la buena vida que se dan, conforme lo recomienda la higiene. La fe, en estas cosas de la mesa, ha sufrido relajaciones extremadas; personas de mucha devoción no acaban de convencerse de que sea santidad comer langosta en vez de perdices, y de año en año se hace camino y lleva trazas de hacerse dogmático el dicho aquel de San Francisco de Sales, de que *lo que entra por la boca no daña al alma*.[1] Este era hombre que lo entendía.

Por de pronto, a la iglesia se debe el grandísimo incremento del comercio de pescado en estos cuarenta o más días desde la quincuagésima a la Resurrección.[2]

Madrid, distante del mar unos quinientos kilómetros por la línea más corta, es buena prueba de esto. Su mercado está todo el año tan bien surtido como los de las ciudades de la costa, y en esta época mucho mejor que todas ellas. La rapidez y multiplicidad de las comunicaciones permite al comercio de pescado fresco reunir aquí los productos de la industria marítima en toda nuestra extensa y rica costa. El Mediterráneo y el océano nos son tributarios por igual y nos envían sus variadas especies. Madrid recibe diariamente las finas merluzas de Laredo y Santander, las angulas de Bilbao, los percebes, calamares y maganos[3] de toda la costa cantábrica, las sabrosas lubinas, los congrios, los besugos, el aristocrático salmón, la popular sardina, todo según su tiempo. Galicia, comunicada ya con el centro por ferrocarril, nos envía ricos peces y además magníficas ostras. Cádiz manda sus afamadas pescadillas, El Puerto sus bocas y Málaga sus boquerones.[4] Alicante, Cartagena y aun Barcelona no se quedan atrás en este tributo que el mar rinde a la que fue su señora, la histórica y antes poderosa Castilla; Lisboa y Oporto también envían pescado a Madrid; Francia envía ostras y langostas, y en algunas épocas se ha traído salmón fresco nada menos que de Inglaterra.

Hemos de confesar con pena, que la base de la alimentación de vigilia, lo que constituye el consumo popular, nos viene del extranjero. Es este el tributo pesadísimo que desde tiempo inmemorial pagamos a Noruega, nuestra abastecedora de pescado barato. Ella nos da el bacalao, ese tasajo de los mares,[5] y nos lo da en cantidades fabulosas, a precio ínfimo. Se ha arraigado de tal modo en nuestro país, en todas las regiones, en todas las clases la costumbre de comer esta sabrosa merluza seca, que si a los noruegos les diera de repente por no pescar, tengo para mí que habría entre nosotros una crisis alimenticia con síntomas revolucionarios. El bacalao es para las clases rurales de España tan necesario como el pan.

En muchas provincias es la única sustancia azoada[6] que comen y a ella deben su nutrición vigorosa. Tráenlo a nuestros puertos fragatones enormes, a granel, como montones de tabla o fardos de cueros. Está gravado en nuestro arancel con derechos crecidos, y es

1 La frase ya estaba en el Evangelio: "lo que entra por la boca no hace impuro al hombre" (Mateo,15, 11).

2 *quincuagésima*: en lenguaje eclesiástico, `domingo que precede a la primera semana de cuaresma´.

3 En Santander, `calamares pequeños´.

4 *bocas*: `pinzas de cangrejo´, típicas de El Puerto de Santa María (Cádiz).

5 *tasajo*: `pedazo de carne seco y salado´.

6 `nitrogenada´.

uno de los artículos que en el lenguaje financiero se llaman *de renta*, por los pingues rendimientos que da a las aduanas. Los puertos por donde principalmente se importan son los de Bilbao y Santander en el norte y los de Alicante y Barcelona en el Mediterráneo.

Se ha hablado muchas veces aquí de redimir a nuestro país del tributo enorme que, con este comercio, paga a las industrias de Noruega, Escocia y banco de Terranova. Las pesquerías establecidas en las islas Canarias para explotar los riquísimos criaderos de la costa occidental de África, han obedecido a este pensamiento. Hay allí gran riqueza y variedad de peces; no es difícil extraerlos del mar en grandes cantidades; pero la conservación ha ofrecido siempre dificultades. En aquellas latitudes no se puede tener la colaboración del aire frío y penetrante del norte que necesita el pescado y lo pone como una suela.

Se han ensayado diferentes procedimientos, todos sin resultado. No hay medio de secar y endurecer el pescado, disponiéndolo para el trasporte fácil y barato. Necesitan embalajes, salmueras, congelación artificial o bien extracción de aire, todo lo cual es oneroso, costoso y lento. En cambio los noruegos extienden su pesca sobre los prados, y el aire se la prepara para la exportación, convirtiéndola en tablas, que llevan a donde quieren sin entorpecimiento alguno. Los distintos fracasos sufridos por las compañías de pesca en Canarias, no han acobardado a los que ven en ellas un negocio de primer orden bajo el doble punto de vista industrial y comercial. Actualmente se hacen nuevos ensayos, y esperamos que al fin tanta constancia será coronada por el éxito.

También se ha hablado aquí de traer, para alimento de nuestras clases populares, carne de buey en las mismas condiciones de comodidad y baratura con que viene la merluza seca del norte. Dicho se está que este comercio no podría hacerse sino con las repúblicas Argentina o del Uruguay, productoras en gran escala de ese *bacalao de toro*, que sería el más popular de los comestibles si se hallara medio de traérnosle a España y de hacerlo probar a los habitantes de las comarcas que hoy pagan a Suecia y Noruega sumas fabu- losas por el suministro de *tasajo de los mares.*

***

Volviendo a las penitencias, diré que están en grandísima decadencia. Dudo mucho que exista hoy nadie que se alimente en estos días con puras yerbas; y si alguno lo hace es por necesidad antes que por virtud y porque los tiempos calamitosos que corremos imponen a ciertos cuerpos privaciones que no tienen nada que ver con la doctrina cristiana. El arte culinario, obra sin duda del mismo Satanás, ha inventado para estos días refinamientos hipócritas, apropiados a la letra, más no al espíritu de la ley sagrada. Y se cuenta que, o mienten las crónicas gastronómicas, o tales refinamientos han sido invención de frailes y monjas. En las cocinas de esas casas de penitencia han nacido las mil donosas invenciones que, en platos de pescado y platos de dulce, envanecen a la culinaria de nuestros tiempos empecatados. La comida de los pobres en Jueves Santo ha sido siempre de las más sibaríticas, y que se han podido ver y quitar en sus palacios episcopales, han dado la norma a los palacios de los reyes, estos la han dado a las clases aristocráticas, y por último las fondas y restaurantes, tomando lo bueno de aquí y de allí, aprovechando lo frailuno y lo palatino,

han concluido por echar a rodar el dogma. La humanidad es siempre la misma. La gula varía de forma; pero es siempre vicio capital y por tanto inherente a nuestra flaca naturaleza.

Y concluyo asegurando que aunque los españoles tenemos *bula*,[7] y gozamos, por aquello de los moros, de un privilegio que nos envidia toda la cristiandad, España es uno de los países católicos donde más se peca en esto del comer y donde los ayunos y abstinencias tienen más carácter de letra muerta y de palabrería ociosa y falaz.

***

En esta época, quizás se abstengan algunos de lo que más les agrada como manda la Iglesia; pero los aficionados a la buena música se hartan de ella: porque esta es la época de los grandes conciertos. Y la ópera, al comenzar marzo, principia a decaer. Es diversión de invierno y le dan abrigo y vida las condiciones arquitectónicas del Teatro Real, que tiene algo de estufa.[8]

En cambio los conciertos clásicos respectivos, celebrados en un local ancho, ventilado y sin gas, son flor y fruta de primavera. Atraen mucha gente, y los melómanos, que aquí abundan tanto, hallan en ellos inefables goces. Quince o más años lleva de existencia la Sociedad de Conciertos, y cada vez es más robusta su existencia. Compónese de músicos de primer orden, de lo más granado en el arte, y está constituida como una sociedad industrial, de modo que los grandes beneficios que obtiene se distribuyen a prorrata[9] entre los socios y no van a pasar al profano bolsillo de un empresario. Admirable muestra del espíritu de asociación, la Sociedad de Conciertos, rinde culto al arte en la forma más propia. Allí el trabajo y la destreza artística tienen galardón cumplido. Gracias a ella nos hemos ido familiarizando con todo el repertorio clásico de música sinfónica, hasta tal punto que bien podemos jactarnos de conocer a Beethoven casi lo mismo que se le conoce en Viena.

La ejecución es admirable, cuidadosa, perfecta. Desde que la Sociedad comenzó sus trabajos dando a conocer la gran *Sinfonía pastoral* hasta el año último, en que se tocó por primera vez la *Novena sinfonía*, casi toda la vasta creación del más insigne de los compositores orquestales ha sido interpretada de un modo magistral. No solo hemos conocido las grandes obras sinfónicas, sino las sinfonías de óperas que no se cantan, y los trozos más notables del *Egmont* y el *Prometeo*.

El maestro Barbieri fue el iniciador de esta Sociedad y el que dirigió los primeros conciertos clásicos. A él se debe sin duda la introducción en España de este arte admirable, no igualado por nadie ni en ninguna parte desde que feneció el más moderno de los maestros alemanes, Mendelssohn. A los pocos años, púsose al frente de la Sociedad, el célebre Monasterio, después la dirigió el maestro Vázquez,[10] y en la actualidad, la batuta está en

7 *bula*: `dispensa pontificia de la abstinencia de carne´.

8 Para el *Teatro Real* véase la 22, n. 6.

9 *a prorrata*. `a prorrateo, proporcionalmente´.

10 Mariano Vázquez Gómez dirigió la Sociedad entre 1876 y 1884.

manos del maestro Bretón, compositor joven y de mucho aliento, recientemente pensionado por nuestro gobierno en Roma y Viena.

El repertorio de estas escogidas solemnidades es puramente clásico. Lo constituyen, en primer lugar, la trinidad que podríamos llamar *santísima* de la religión musical; Haydn, Mozart y Beethoven. Siguen tras estos dioses, los insignes patriarcas y ángeles mayores, Weber, Mendelsson, Schumann, Schubert y los profetas Cherubini, Gluck y Haendel. Se admiten también obras de compositores modernos, del género sinfónico, y en tal concepto Meyerbeer, Wagner, Liszt, Berlioz, Gounod, David y aún el mismo Suppé suelen sentarse a la mesa sagrada.

Me recuerdo como si fuese ayer, del primer concierto dado por la Sociedad, el cual fue como una revelación para nosotros; mostrábanos un mundo nuevo, lleno de encantos *y* de purísimos deleites. Oímos entonces por vez primera la *Sinfonía pastoral*, la del *Canto de maggio* de Mozart, un *andante* con variaciones de Haydn, el *Allegretto scherzando* de Beethoven, la marcha de *Tannhausser* de Wagner.

Algunas de estas extraordinarias piezas se han hecho después casi populares entre nosotros. Tras la *Pastoral* conocimos la *Heroica,* y todas las que componen la inmortal corona de aquel músico sin par.

El *Septeto*, que siempre se toca entre tempestades de entusiasmo, se nos reveló bastante más tarde. De Mendelssohn hemos oído hasta la saciedad *EL sueño de una noche de verano* y las tres magistrales oberturas de Weber, a saber: *Freychutz, Oberon y Euriavthe* han llegado a sernos familiares.

Las *Siete palabras* y algunos trozos de los *Oratorios* de Haydn han sido engarzados en estas coronas de admirables joyas. Mozart ha llevado a ellos sus *andantes* dulcísimos, Liszt su impetuosa inspiración, Gluck su severa poesía, descollando siempre, a juicio mío, Beethoven, conjunto asombroso de todas las cualidades, el numen más robusto, más original, más vario, más atrevido, más patético que Euterpe ha echado al mundo. Le tengo por el más grande de todos los músicos, y sus obras me parecen la cantera de donde manos há- biles han extraído todas las óperas que se han compuesto en lo que va de siglo. Él trabajó para los demás, y creó el arte de sus sucesores. Elevando la sinfonía a un mayor esplendor y dándole todo el desarrollo posible, dejó en ella los gérmenes de la composición dramá- tica en todos sus matices. Su gran *Septeto,* adaptado a orquesta por Monasterio, es, a mi parecer, la cúspide de la inspiración musical, y el punto más alto a que puede llegar entre los humanos, la interpretación o la adivinación de lo divino.

En estos conciertos hemos conocido también las piezas sinfónicas de Meyerbeer, escritas en ese estilo vigoroso, dramático que le caracteriza. La obertura de *Struensee* que algunos llaman la *reina de las sinfonías,* y además la *Polonesa y* los *Intermedios* apenas se tocan ya, porque se han oído demasiado, si bien estas cosas no envejecen nunca. Lo mismo pasa en las marchas *Schiller* y *de las Antorchas*.

La *Rapsodia húngara* de Liszt arrebató hace años. Ya se toca rara vez. No pasa esto con la *Sinfonía pastoral* y el *Septeto* de Beethoven, que se han de ejecutar todos los años, so pena de que la Sociedad incurra en las iras del público. El tan discutido Wagner ha dado muchos triunfos a nuestros concertistas. *Tannhausser*, *Lohengrin* y *Los Nibelungos* han te-

nido en ella ecos grandiosos. Es un indo atleta que sorprende con su esfuerzo muscular. Se le ve levantando montañas y venciendo, dificultades que anonadan.

De tiempo en tiempo, para refrescar los ánimos, la Sociedad vuelve los ojos a las puertas del Arte, y pone sobre los atriles al paternal, bondadoso y afabilísimo Haydn. Es un señor muy bueno, tranquilo, discreto cual ninguno; que jamás se propasa, que dice las cosas claras, limpias, ingeniosas y sin malicia. Se está viendo, al oírle, la peluca con rizos que no se descompone nunca. Su estilo es cortesano, natural, gracioso y lleno de urbanidades. Parece que está saludando siempre.

En Mozart se halla inspiración más alta y no menos elegancia que en el viejo Haydn. Es patético, de una variedad inagotable, de infinitos recursos, dulce y apasionado, reformador y castizo a la vez. Luego viene el gigante, el que con su inspiración indómita, trastorna todo el edificio musical y vuelve lo de arriba abajo, el gran reformador, el que contraviene las reglas viejas y las hace a su gusto cuando quiere, el que sabe sacar de los instrumentos todos absolutamente todos los acentos de las pasiones humanas, desde la alegría loca al furor demente, el que interpreta el cielo y la tierra, imitando ayes de dolor humano y de éxtasis que apenas tienen una cláusula con qué expresarse. Tal es Beethoven, temperamento rudo y despótico, el más grande de los músicos, y el primero de los sordos célebres, pues sin oído oyó cuanto se puede oír y supo trasmitir al pentagrama todo ideal que es posible concebir por medio del sonido.

La Sociedad de Conciertos, deseando alentar a los músicos españoles que no han tenido miedo a las numerosas dificultades del arte sinfónico, nos ha dado a conocer felices ensayos de los maestros Marqués, Chapí, Espadeso, Monasterio, Bretón, Valle y otros, obras estimables que merecen sinceros elogios. *La sinfonía morisca* de Chapí es digna de una corona. Esta y alguna pieza del maestro Marqués han sido aplaudidas en Munich y Viena.

Este año los conciertos están, como siempre, concurridísimos. Los afortunados empresarios que son los mismos músicos, no tienen que caldearse la cabeza por discurrir la manera de atraer gente. El público se disputa siempre las localidades, y hay que andar a veces a tropezones para adquirirlas. La ejecución de las piezas es perfecta hoy como el año pasado y todos los años. He aquí un modelo de empresas. Los músicos hacen maravillas por la cuenta que les tiene. El público los favorece, los acaricia la música, y la única majadería que se permite ante ellos es hacerles repetir las piezas que más le agradan. Feliz arte, felices empresarios y felices *dilettanti,* de cuya concordia y armonía resulta una serie de festividades que tengo por la mejor prueba de cultura del Madrid moderno y que deben perpetuarse por los años de los años, sin que el tedio las enfríe ni las revoluciones las interrumpan.

***

Después de hablar de música, cuéstame trabajo tratar de otra cosa. Pero me es forzoso decir algo de un tema tan prosaico como el *modus vivendi*,[11] pues el giro que va tomando este negocio político importantísimo, me impone la obligación de ocuparme de él. Pre-

11 Véase 9, n. 17.

sentado el dictamen en el Congreso, los catalanes, cuya vigorosa industria se muestra en todos los terrenos, han emprendido contra el tratado una campaña enérgica, diría implacable. La tenacidad es característica en ellos. Por eso son lo que son y tienen lo que tienen.

El gobierno les ha tenido miedo, ha vacilado, se ha sentido entre la espada y la pared, pues si por una parte significa mucho el compromiso contraído con el gobierno inglés, por otra le acobarda la escisión de la mayoría y el descontento de Barcelona, que en todos los casos, y en el caso especial de una rebaja de aranceles, es de mala compostura para todos los gobiernos.

Ha empezado la campaña por un lío parlamentario de mil demonios; cisma en el gabinete; retirada del dictamen para dividirlo en dos. A esto siguieron días de conferencias a razón de una conferencia por hora, de transacciones y acuerdos, tras los cuales venían otra vez las rupturas. Por fin la idea de los dos dictámenes cayó en descrédito, y se habló de uno solo, eliminando la negociación subsidiaria. En Barcelona amenazas, en Madrid susto y cabildeos. Las oposiciones apuraban esta confusión para descargar rudos golpes a la mayoría y al gobierno; y esta es la hora en que no se sabe a punto fijo, si el *modus vivendi*,(o sea convenio provisional por el cual se da a Inglaterra el trato de nación más favorecida a cambio de la elevación de la escala alcohólica a treinta grados) saldrá triunfante de estos líos o se quedará enredado en las tenues marañas del *obstruccionismo* parlamentario.

A última hora puedo decir que presentado el dictamen único, con eliminación del artículo que trata de las negociaciones para el tratado definitivo, los catalanes parecen más aplacados. El gobierno ha tenido maña para dividirlos, dejando a salvo el artículo primeroy sacrificando el segundo. La discusión ha empezado tranquila, reposada; parece un deba- te inglés. Pero es de suponer que se encrespe cuando menos lo pensemos, aunque todos tienen por indudable que no se admitirá ninguna enmienda, y que el convenio provisional será aprobado. La agitación de Barcelona está circunscrita a las algaradas de rúbrica en va- ticinios del pesimismo; han sido tan desautorizados por el tiempo en ocasiones preceden- tes, que nos permitimos no creer en ellos. Después de toda reforma arancelaria, Cataluña, chillando mucho y renegando de su suerte, se reconcentra, aguza su ingenio, redobla su iniciativa, perfecciona sus procedimientos, y da un nuevo paso en ese grandioso progreso industrial que es nuestro principal orgullo.

B. PÉREZ GALDÓS

34

LP, 17/4/1885

SUMARIO: Los mercados de Madrid —Importancia del estudio de comestibles en las sociedades modernas —La vida material en Madrid —Variedad de zonas de abastecimiento —Madrid acapara todos los productos españoles —Ojeada a los mercados —Las carnes y las aves —Hortalizas, legumbres —Terrenos y productos de la provincia de Madrid —Calidad de los vegetales de esta zona —Agua del Lozoya y pan de Madrid —El vino y su consumo en esta capital —Quesos: los nacionales y las imitaciones de clases exóticas

—Industrias de Cabrales y Reinosa —Productos extranjeros en este mercado —El chocolate y su gran importancia —Dos palabras sobre el mate —El que esto escribe no es goloso.

Madrid, 17 de marzo de 1885.

Señor Director:

Hoy vamos a dar un paseo por los mercados. Es posible que alguien encuentre poco decoroso para mis lectores y para mí esta determinación de meternos ahora entre verduleras, carniceros y maragatos.[1] Pero no importa; allá vamos, recordando que las materialidades de la vida, miradas antaño con tanto desdén por filósofos y escritores, reciben hoy de las personas más espirituales homenaje de consideración. Sobre este particular el cambio ha sido muy notable en la opinión humana; ya no se ve en el comer una función puramente orgánica, íntimamente emparentada con uno de los pecados capitales más feos; ya los principios de la educación física, gallardamente asociados a todo sistema de educación general, han adquirido el imperio que merecen, y no nos parece extravagante el aplicar a los pueblos, como a los individuos, este aforismo: "dime lo que comes y te diré quién eres".

En una ciudad populosa, la alimentación desempeña un papel de primer orden. ¿No juzgaríais a una casa por las riquezas de su despensa y los primores de su cocina? Pues juzgad a una capital por el abastecimiento de sus mercados y por la abundancia, baratura y variedad de sus alimentos. Hoy vamos a estudiar a Madrid por lo que en él se come; y no he de tomarlo por el lado de los principios económicos, sino por la calidad de los manjares; no estudiaré la cuestión llamada de subsistencia relacionada con la venta, el sueldo, los salarios; mi objeto es dar una idea de cómo nos nutrimos aquí, de cómo vamos entreteniendo esta existencia terrestre, que, según dicen, es cosa pasajera y de momento.

La vida no es barata en Madrid, si bien no es tampoco tan dispendiosa como algunos sostienen. De cualquier modo que sea, esto no es una jauja, bajo el punto de vista económico. Pero atendiendo a lo variado, a lo sabroso y abundante de los alimentos, bien podemos declarar que nos hallamos en uno de *los mejores mundos posibles.* Sí, Madrid, digan lo que quieran, es una de las capitales europeas donde mejor se come. En mis cartas anteriores hablé del mercado de pescados;[2] hoy hablaré de los demás artículos haciendo constar que si la situación de nuestra villa se ha considerado desfavorable por su alejamiento de los puertos de mar, hoy que la construcción de ferrocarriles ha venido a crear una geografía nueva, Madrid ocupa el centro al cual, por diferentes radios, afluyen los productos todos de las distintas zonas de la península. Los transportes encarecen algo los artículos; pero todos concurren a este mercado en iguales condiciones, para todos hay las mismas facilidades, y bien puede decirse que ningún producto de las varias regiones españolas deja de figurar en los mercados de Madrid.

Desde Andalucía, productora de vinos fuertes, hasta Galicia, productora de carne a la inglesa, nuestra península posee todos los órdenes de sustancias alimenticias; su fauna y

1 Naturales de La Maragatería, comarca de León, con mucha frecuencia mercaderes.

2 Solo en 33.

su flora son compendio de la flora y fauna europeas. Aquí tenemos lo que dan de sí los países cálidos y los fríos, lo que crían las viejas estepas y las húmedas colinas, el fruto del llano y la montaña, de la marisma y el otero. Valladolid y Tierra de Campos nos envían sus harinas reputadas por las primeras del mundo, y sus vinos blancos ligeros de La Nava y Rueda y La Seca; Zamora sus incomparables garbanzos, que se asocian al organismo nacional hasta en los climas más remotos; Salamanca sus reses bien cebadas y sus chacinas que compiten con las extremeñas; Ávila nos manda cerezas y bueyes; Toledo sus celebrados albaricoques y mazapanes; La Sagra sus vinos y cereales; La Mancha patatas, queso, azafrán y el Valdepeñas hidalgo, que no es de menos importancia que el garbanzo en la nutrición española ; La Vera de Plasencia frutas muy buenas; La Alcarria mieles y perdices; las sierras de Gredos y Guadarrama mucha caza y enormes cantidades de castaña, nuez y piñón; La Rioja y Zaragoza vinos, pimientos, frutas regaladas y en pasmosa abundancia; Soria sus mantequillas; Santander sus mantecas, sus pescados; Asturias lo mismo, y además jamones, y Galicia de cuanto Dios crió, pues tierra más fecunda no creo que exista.

Luego vienen las regiones privilegiadas, las que crían especialidades. Valencia nos manda su arroz sin igual, montes de naranjas, frutas tempranas, también vinos, judías, cacahuetes, chufas; Murcia los productos de huerta, legumbres, fresas, pimentón molido, arvejillas, guisantes, espárragos, zanahorias, remolacha; Málaga las pasas de universal fama, las batatas, el vino no menos célebre y los boquerones; Sevilla ríos de aceite, las aceitunas a que va unido su nombre; Extremadura sus embutidos y todo lo que se deriva de las variadas industrias carniceras de ese animal tan despreciado como útil y sabroso; Granada su jamón de Trévelez; Almería sus uvas; Jaén y Córdoba aceites, reses, caza mayor y menor; Tarragona sus aguardientes avellanas y almendras; Mallorca sus quesos, naranjas, limones,

Y no quiero hablar de otros artículos de menor cuantía, que son verdaderas especialidades y hacen un papel modesto en el mercado general, como son los bizcochos borrachos de Guadalajara, las mantecadas y chocolate de Astorga, los alfajores de Andalucía, las bocas de La Isla, los higos de Fraga, las almendras garrapiñadas de Alcalá y otras menudencias.

***

Examinando los mercados de Madrid bajo el punto de vista arquitectónico, no hallaremos muchos que admirar. Hay dos de construcción reciente, enormes, de hierro; los demás son antiguos, estrechos, mal dispuestos y no muy aseados. Unos y otros se re- sienten de mala organización, no solo en lo referente a las ventas, sino a sus condiciones propiamente higiénicas. Pero sería difícil encontrarlos en otra parte más bien surtidos. Las hortalizas y frutas encantan la vista con su variedad y abundancia. En cuanto a carnes, las rutinas y errores de nuestra administración municipal son causa de que el abastecimiento de Madrid, en este importante artículo, no sea todo lo bueno que debiera ser. Las terneras son superiores, de una finura y limpieza admirables; pero la vaca, que debiera ser buey, el *beef*, deja algunas veces mucho que desear. Cuando vienen cebones de Galicia podemos tener *roastbeaf* como el que se come en Londres. Las razas bovinas de Sierra de Gredos, Salamanca y Cáceres, también dan excelente aunque no muy tierna carne. Suelen venir

terneras de Santander y de Plasencia, y los carneros proceden de la Mancha y Extremadura.

El mercado de aves está casi exclusivamente sostenido por las granjas de esta misma provincia y por las de Segovia y Zamora. Esta última hace en gran escala el comercio de huevos, que también vienen de Galicia. Los pavos, que tan importante papel desempeñan en las solemnidades gastronómicas de la Nochebuena, proceden de Segovia y principalmente de la provincia de León. La caza menor, que en los tiempos que no son de veda, es tan abundante, viene de la Alcarria, de la vecina sierra de Guadarrama y de los montes de Toledo.

Las hortalizas que Madrid come, se crían en los huertos del Manzanares y en la fértil ribera del Jarama. Esta provincia tiene fama de estéril, y no lo es seguramente. Los que solo conocen de ella las colinas arenosas que rodean a la capital, ignoran que posee, fuera de nuestra vista, terrenos de superior calidad. Los de Villaviciosa de Odón y Navalcarnero, son realmente fecundísimos, y toda la orilla del Jarama es de lo más hermoso y rico que poseemos. En esta provincia y en los términos de la Villa del Prado, de San Martin de Valdeiglesias y de Navalcarnero se crían esas incomparables uvas *albillo,* que no tienen rival en el mundo por su delicada dulzura. Hacia Chinchón, en el celebrado Añover de Tajo, y en toda la ribera del Jarama, se producen los melones de la tierra, superiores a los de Valencia y a todos los melones conocidos. Arganda es gran productora de vino, y por último, Aranjuez, donde están los lindes de esta provincia con la de Toledo, es una zona de admirable poder agrícola. De aquel riquísimo aluvión salen las fresas, que no tienen competencia por el aroma y la finura, los espárragos gruesos, las ensaladas y otras peregrinas especias que alcanzan subido precio al principio de la primavera.

Como esta no se determina en este clima central hasta muy entrado marzo, las huertas de Murcia y Valencia se encargan de surtir el mercado de Madrid de hortalizas frescas hasta que empiezan las cosechas de la tierra. Desde febrero, época en que las citadas provincias de Levante comienzan sus grandes envíos de *primeurs* al mercado de París,[3] originándose de aquí un movimiento comercial de importancia, Madrid recibe enormes remesas de alcachofas, guisantes, judías verdes, lechuga, repollo, lombarda, col de Bru- selas y otras clases exquisitas. Más adelante, cuando Aranjuez, Villaviciosa y la ribera del Jarama empiezan a dar fruto, la importación de Valencia y Murcia disminuye mucho. Es opinión general aquí que las hortalizas y legumbres llamadas *de la tierra* superan en cali- dad a las de la región levantina. No solo son más sabrosas, sino que tienen una sustancia excepcional por contribuir a su desarrollo más el sol que la lluvia. Se dice aquí que los vegetales de Madrid alimentan más que las carnes de otros países, y creo que esta opinión no va descaminada.

Los extranjeros que, al llegar aquí, comen igual cantidad de alimento que en otras partes sin tener en cuenta la mayor fuerza nutritiva de los vegetales de este país, suelen verse atacados de un mal que antiguamente se llamó *entripado* y después *cólico de Madrid.* Pero esta desazón no tiene malas consecuencias, y se cura al instante con un poco de sobriedad.

3 *primeurs*: `primicias', dicho irónicamente y tomado del lenguaje de teatro `estrenos'.

Es fama que a todos los que vienen a Madrid se les desarrolla un voraz apetito, y esto, si acaso es cierto, se debe, al decir de los fanáticos, al agua del Lozoya. Los madrileños sostienen que en ninguna parte del orbe se bebe agua mejor; y creo que tienen razón. Es de una transparencia y delgadez fenomenal. La de las antiguas fuentes apenas existe ya.El acueducto de Lozoya surte a la población con una abundancia que disfrutan en igual grado pocas ciudades.

Y ya que hablo del agua, no quiero dejar de mencionar el pan, considerado juntamente con aquella, como la principal especialidad de esta villa en orden de incitativos de la gula. El pan de Madrid es en verdad de *primissimo cartello*,[4] si es permitido decirlo así.

Se elabora en multitud de tahonas por el procedimiento antiguo; es blanco, sin esa nitidez sospechosa que dan las harinas adulteradas con féculas, blando, esponjoso, ligero. Vale a cuarenta céntimos de peseta el kilo. Las harinas de que se surte este mercado no vienen tanto de la parte de Medina y Tierra de Campos como de Alcalá, La Sagra, Toledoy La Mancha. En el Tajo y el Jarama hay antiquísimos molinos con turbina, y en Madrid abundan los mecánicos movidos al vapor. Recientemente se ha establecido en territoriode esta provincia, hacia La Sagra, un gran molino harinero por el sistema austro-húngaro,[5] que dicen es el mejor.

De vino**s** no hay que hablar, pues a Madrid vienen cantidades tan considerables, del norte y del sur, que se puede asegurar que el Manzanares no trae tanta agua como vino los trenes. Lo recibimos de La Rioja y de Zaragoza, de La Mancha en grandes partidas, también de Castilla; pero el consumo principal de Madrid es el de Arganda, que está como si dijéramos a la puerta de casa.

Sobre las diferentes adulteraciones de que es objeto este artículo que según dicen es necesario a la vida, aunque yo no he conocido jamás tal necesidad, no quiero hablar porque me alejaría de mi objeto. Sólo mencionaré la adulteración primitiva y rudimentaria, que consiste en administrarle el sacramento del bautismo. Esto lo hacen los taberneros sin necesidad de estudiar química, ni de aprender nombres tan diabólicos como los de *fucsina*, *anilina*[6] y otros *voquibles* extranjeros.

El vino desempeña en la alimentación del vecindario de Madrid un papel de primer orden. Basta decir que es el agua de muchas personas. Algunos lo beben en cantidad increíble sin embriagarse nunca, y son pocos los que pueden comer sin él. Por más que se le acusa de haberse puesto caro, la imparcialidad obliga a reconocer que es baratísimo, mayormente si se compara su precio con el que tiene en otras partes.

Hay en Madrid tantas tabernas que su número espanta. Sólo en la calle de Toledo he contado yo *ochenta y ocho,* y el que dude de la exactitud de la cifra puede darse una vuelta por aquí y yo le acompañaré a que las cuente por sí mismo.

4 `de primera categoría´ Expresión italiana del mundo de la ópera.

5 La molienda industrial de harinas se asocia al *sistema austro-húngaro*, consistente en moler hasta seis veces consecutivas el grano para conseguir harina fina y uniforme.

6 La *fucsina* y la *anilina* son colorantes, rojo y amarillo respectivamente.

En dichos locales no se reúne una sociedad muy escogida. Hay de todo, obreros que van a alegrarse la sangre después del trabajo, y otros que van allí porque la tienen siempre demasiado alegre. Suelen sobrevenir riñas y pendencias de que resulta a la postre algún navajazo. Al vino le llaman algunos *horchata de cepas,* y, prescindiendo de los males que produce por el exceso, hay que reconocer en él una base de nutrición indispensable e insustituible en nuestras clases populares.

***

Ahora viene bien hablar de quesos, importantísimo renglón del consumo en todos los países. Las clases nacionales son numerosas y algunas de calidad, aunque no producimos este artículo en condiciones apropiadas a la gran exportación. Tenemos grandes elementos para tan rica industria; pero no sabemos explotarlos convenientemente. Si me es permitido emplear un juego de palabras, diré que en España se hacen buenos quesos, pero no se fabrican, (salvo en las granjas de Reinosa y Cabrales de que hablaré más adelante); no se emplean procedimientos propiamente industriales para obtener un producto siempre igual, condición indispensable si ha de figurar en los mercados; subsisten aún los procedimientos rutinarios y primitivos, por los cuales la bondad del producto es muy insegura, y su conservación casi imposible.

Las especies principales de quesos peninsulares son: el manchego, que se consume mucho en Madrid, el de Villalón, el gallego, el mallorquín, el de Burgos y los requesones llamados de Miradores de la Sierra. Los dos primeros on sabrosísimos cuando están bien hechos, lo que no acontece siempre. A veces se encuentran piezas que superan a todo lo extranjero; pero comúnmente, su inferioridad es notoria. Esta inseguridad hace desmerecer considerablemente al género y lo imposibilita para un consumo extenso. Los quesos de Burgos y Galicia son tiernos, se pierden fácilmente, y no pueden ir, por esta causa, fuera de los mercados españoles. El que reúne mejores condiciones para la exportación es el de Mallorca, admirablemente elaborado y conservado; pero la producción no es abundante y hay años que aun en el mercado de Madrid escasea. Los requesones llamados de la Sierra se elaboran en las afueras de Madrid y en Las Navas. Son un postre delicado y nada más.

De algunos años a esta parte se han desarrollado en el norte de España las industrias queseras en excelentes condiciones. El Cabrales, imitación del célebre Roquefort, es tan bueno como este, y aun superior en opinión de gastrónomos que son de gran autoridad en la materia. Se fabrica bien, siempre igual, perfectamente preparado para la exportación. Se hace en Madrid gran consumo de él, y se hará mayor cada día. Reinosa, pueblo importantísimo de la provincia de Santander, es hoy centro principal de esta valiosa industria. Allí, a más de las clases del país, se elaboran imitaciones muy felices del Camembert, del Brie, del Roquefort, del Portsalud, y de otros afamados artículos exóticos. También envía Reinosa a Madrid y a toda la península, grandes remesas de finísima manteca, rival de la de Isigny.

Asturias elabora las mantecas saladas y amarillas al estilo de las de Flandes, que tienen mucha aceptación en el mercado de Cuba y no sé si van también a algunos otros puntos

de América. He oído que en la misma Asturias y en las provincias vascongadas se han hecho ensayos felices para elaborar industrialmente los quesos de bola, de universal consumo; pero ignoro el resultado. Esta industria, al extenderse como se ha extendido, se ha desmejorado notablemente, pues si nada existía tan sabroso en orden de quesos como aquellas bolas que venían de Holanda hace veinte años, nada hay tan soso, indigesto y desabrido como estas otras que con el mismo nombre ruedan hoy por todo el mundo, y declaran, apenas se les corta, que son pasta de patatas amasadas con sal y un poco de leche.

Todas las especies extranjeras, en ramo tan importante, las tenemos en nuestras tiendas, gracias a la rapidez de las comunicaciones, casi al misino precio que las nacionales. El *Gruyere,* el *Chester,* el *nata* y los franceses que he citado antes al hablar de las imitaciones de Reinosa, abundan aquí tanto como el manchego y de Villalón. Y ya que de géneros extranjeros hablo, diré que los comestibles de todos los países europeos se encuentran aquí diseminados en el grande y pequeño comercio. Las galletas famosas de *Huntley and Palmers* son tan conocidas como las de *Martinho y Cía.* que se elaboran en el mismo Madrid. La variada colección de salsas inglesas, y de encurtidos y de peces marinos en latas, lo mimo que las *mortadelas* italianas y otras mil fruslerías sabrosas tienen gran salida en nuestro mercado. Existen aquí casas dedicadas exclusivamente al comercio de comesti- bles extranjeros, y hacen muy buen negocio.

***

Réstame hablar de un artículo de consumo de extremada importancia en toda España y en Madrid particularmente, el chocolate. Sin esta pasta frailuna no pueden vivir los españoles; es el tributo inmenso que pagamos a la América, es la indemnización lenta y enorme de los esquilmos de su conquista. El cultivo del tabaco se ha extendido por todo el mundo; pero el del cacao, indispensable elemento del chocolate (aunque se dan casos de que no lo es) continúa circunscripto a las privilegiadas regiones de Venezuela, Guatemala y Colombia. Allí lo hemos de ir a buscar sin remedio. Los primeros frailes (y frailes debieron de ser los inventores de una cosa tan buena) que idearon amasar la almendra de América con el azúcar y la canela, no sospecharon la esclavitud que legaban a su patria, por medio de la tiranía más pesada de todas las tiranías, que es la del paladar, ayudado del estómago.

Hay en Madrid gran número de molinos de chocolate por el sistema antiguo, que dicen es el mejor. De veinte años a esta parte se han establecido grandes fábricas, movidas al vapor, las cuales arrojan al consumo de la península, masas enormes de chocolate. La más importante es la de Matías López, establecida en el Escorial, que fabrica diez mil libras diarias. Siguen a esta la de la Compañía Colonial, con ocho mil, y las de Vázquez y López, Monleón, y otras. Estos chocolates industriales no gozan en realidad de una reputación a prueba de sospechas.

Son baratos y con la variación responden a su objeto. Hay quien sostiene que en las clases inferiores y de menos precio el cacao es un nombre vano, y que la base oleosa

de la pasta se obtiene con alpiste o piñones, y lo demás es obra del pan duro, quedando el color a cargo del almazarrón.[7] Creo que esto es exagerado. Hay chocolates industriales muy buenos. Matías López y Las Colonias pueden ofrecer sus productos a bajo precio, sin adulteración, por la gran cantidad que fabrican. En los almacenes de ambas casas se van inmensas partidas de cacao que desmienten las teorías aquellas del alpiste y del almazarrón. El señor López es un industrial de gran inteligencia y un trabajador infatigable, merecedor ciertamente del éxito que ha alcanzado en treinta años de constante faena.

Las mismas casas que elaboran chocolate se dedican en Madrid, por punto general, a la venta de cafés y tés. Lo expenden en paquetes de diferentes precios, que no se eximen de las sospechas de la gente maliciosa, que ya sabemos el gran papel que desempeña hoy la achicoria en el comercio del café. Las clases superiores de Puerto Rico son aquí bastante caras, y el consumo de este artículo es grande en Madrid. En cuanto al té, consumimos el que nos envían los ingleses, tal como viene. Aunque esta rica bebida no está muy generalizada entre nosotros, se usa bastante, y se paga bien. Alguna diferencia va de estos tiempos a aquellos en que el té se vendía en las boticas.

En Madrid no conocemos el *mate,* esa infusión paraguayana, que dicen es el regalo y el vicio de los países en donde esto se ha de leer. Por cierto que no tengo nociones ciertas de lo que es el tal mate o *yerba*, y en qué forma lo toman. He oído hablar de ello varias veces; pero no lo he comprendido bien nunca. Sé que hay una calabacita, un tubo como el de las pipas de fumar; pero aún no sé si es cosa que se bebe o se chupa o simplemente se aspira.

***

Antes de concluir, quiero disipar la impresión que la carta de hoy habrá producido seguramente a los que tengan la paciencia de leerla toda. Temo mucho que me supongan goloso por la complacencia con que he tratado de estas particularidades del comer. Sepan que no soy glotón, ni siquiera goloso, y que poseo una dichosa indiferencia hacia lo que llamamos placeres de la mesa. Para el que esto escribe, todos los manjares son poco más o menos los mismos. Entre la vulgar patata y la valiosa trufa de Perigord, entre una lonja de queso manchego y el *foiegras* más exquisito, entre el salmón inglés y la gallega sardina, entre el salchichón de Bolonia y un pedazo de cecina, entre los espárragos de Aranjuez y la col más ordinaria, entre la pera de San Guido y un higo chumbo de los de *a cuatro la naitada,*[8] entre el faisán cebado y el cangrejo de río, entre las *Bouchée a la Montglass* y el plato de judías o lentejas, entre el lenguado al *gratín* y el bacalao a la vizcaína, entre el *roast beef y* las migas de sartén, entre et *gateau napolitain* y el pastelillo de cinco céntimos, no ha encontrado nunca diferencias esenciales.; todo viene a ser lo mismo; todo se reduce

7 'almagre, óxido de hierro'.

8 *naitada*: No se ha podido identificar este término, quizás errata del periódico.

a echar combustible a la máquina para que ande un poco más, y no se nos pare en lo mejor del camino. Un buen apetito, un ánimo sereno, son el mejor festín.

Y doy aquí punto y levanto los manteles, no sea que se les indigeste la carta.

B. PÉREZ GALDÓS

35
LP, 5/5/1885

SUMARIO: El sentimiento religioso en España —Su grandeza y decadencia —La santidad sobre todas las cosas —Influencia del sentimiento religioso en la poesía y en todas las artes —Santos, poetas y pintores —La fe en el teatro —La religión en el Estado y las empresas políticas —Reinados de Carlos y Felipe —Preponderancia española —Breves indicaciones sobre la ciencia española —La geografía científica y la práctica —Juan Sebastián Elcano —Como se acaba el sentimiento religioso —La invasión filosófica y el clasicismo literario —Moratín —Las artes de Cádiz —Fuerza que conserva el sentimiento religioso en sus postrimerías —El clero —Las escuelas filosóficas —Los protestantes en España.

1 de abril de 1885.

Señor Director:

Estamos en Semana Santa, y me parece oportuno hablar hoy de un asunto que estimo interesantísimo, aunque es de tal naturaleza que requiere plumas mejor cortadas que la mía; asunto que con frecuencia viene a posesionarse de nuestro pensamiento, y nos estimula a tratarlo con la amplitud y cariño que merece. Hablo del *sentimiento religioso en España,* esa fuerza poderosa, ese nervio de nuestra historia, esa energía fundamental de nuestra raza en los tiempos felices; y al enunciar tan sólo esta potencia moral parece que las ideas reverdecen y bullen en torno suyo, y que ha de ser muyfácil analizarlo cumplidamente, estudiar sus grandes desarrollos, su decadencia y fin lamentable.

Intentaré hacerlo, aunque a la ligera y sin erudición, que no es propia de una carta breve, fijándome principalmente en las señales de descomposición y muerte que aquel famosísimo ideal presenta aquí en la época que alcanzamos. Porque sí, el sentimiento religioso ha venido tan a menos entre nosotros que se lo podría comparar (con el debido respeto) a esas casas linajudas que han concluido en punta y ven reducidos a polvo sus pergaminos, arruinados sus grandiosos solares, rotos sus escudos, esquilmadas las rentas y hechos unos pobres escrofulosos y anémicos los últimos representantes masculinos de la casta. El sentimiento religioso ha dejado de ser desde una fecha que no es fácil determinar, el móvil nacional, el brazo derecho de la historia de España. Hállase concretado a la vida particular, donde su existencia no es muy lucida tampoco que digamos. Actúa como eficaz agente en las relaciones privadas, determinando la vida más bien en lo externo que en lo moral; es ley antes que sentimiento; fórmula antes que idea, y constituye un código canónico antes que una nómina espiritual. Por esto no inspira acciones que salgan de la esfera

de lo común; existe por herencia, como las costumbres; pero el tiempo lo gasta con lenta acción, del mismo modo que gasta las costumbres.

En la esfera pública su extinción es absoluta. No sería aventurado afirmar que con la paz de Westfalia[1] dejó esta energía de ser lo que fue desde los tiempos de la Reconquista. ¿Dónde están los grandes hechos que produjo así en la tierra como en la mar? ¿Dónde sus triunfos y conquistas de continentes y zonas remotas? ¿Dónde las hazañas de un orden menos ruidoso, aquellas florescencias admirables del numen místico, ya en la poesía, ya en la didáctica? El teatro mismo, fruto que de tal savia se nutría, ¿no desapareció también? La monarquía, que en tan robusto tronco se apoyaba, ¿a qué está hoy reducida?[2] A una sombra, a una fórmula convencional y quebradiza. Todo se hundió. El siglo XVIII, con su despiadado análisis, fue la esponja que borró todo aquel pasado espléndido. La historia y la arquitectura conservan gallardas memorias de él: pero nada más. Sólo vive en las piedras y en los libros, si esto es vivir, si admitimos la licencia de llamar vida a la apariencia vital de las momias.

El sentimiento religioso viene siendo en España, desde que Pelayo lo escribió en su bandera,[3] el móvil primero de la existencia nacional en el Estado y el individuo; en él se apoya la monarquía, que viene a ser su encarnación terrestre; es la valentía del guerrero, el estilo del artista, la facundia del poeta, el módulo del arquitecto. Durante siglos, ni una idea sola ha sido independiente de aquella idea madre, ni fuerza alguna ha obrado separada de aquella fuerza elemental. Los santos fueron las únicas celebridades de su tiempo; el artista, el guerrero y el sabio se creían tan indignos de la fama, que la mayor parte de ellos no se tomaban el trabajo de legar su hombre a la posteridad, escribiéndolo al pie de sus obras. Creían que sólo la santidad era mérito, y los reyes mismos se tenían por muy poca cosa.

Hoy nos es muy difícil, a causa del descreimiento en que vivimos, darnos cuenta de cómo llenaron su época, aquellos hombres verdaderamente grandes que se llamaron Do- mingo de Guzmán, Pedro Arbués, Pedro Alcántara, Juan de Dios, Juan de la Cruz, Tomás de Villanueva, Vicente Ferrer, Ignacio de Loyola[4] y otros que están en los altares. Desde el siglo XVII ya empezaron a escasear estas lumbreras de la patria y de la iglesia. Su deca- dencia coincidió con la literaria, y al extinguirse el Siglo de Oro, parece que las puertas de la inmortalidad canonizada se nos cerraban como las del Parnaso. La poesía y la santidad habían vivido juntas, como dos gemelas unidas por el tronco, y juntas agonizaban y juntas se morían. Observad que todos nuestros santos fueron algo poetas, algunos en grado tan eminente como santa Teresa, cuyo numen se podría equiparar al de Virgilio sino le supera. Observar también que nuestros grandes poetas tienen algo de santos, y que si Lope, ahora que se ha escarbado en su vida privada, no presenta ejemplos morales dignos de loa, en

1 Firmada en 1648, tras la guerra de los Treinta Años, finalizó entre otras cuestiones, con la lucha entre España y los Países Bajos. Con ella terminó la hegemonía española en Europa.

2 Las preguntas retóricas, a modo de *ubi sunt*, resumen la hegemonía española desaparecida.

3 Según tradición hoy desmentida, el rey don Pelayo enarboló una cruz latina en la batalla de Covadonga (722), con la que se inició la Reconquista.

4 Santos que vivieron entre la Edad Media y el siglo XVI.

cambio Calderón parece un candidato a la glorificación de la Iglesia por su ardiente fe y por el ardor incomparable de su elocuencia cristiana. San Juan de la Cruz hace los versos más sentidos que posee nuestra lengua, mientras el pintor Juan Masip comulgaba para pintar mejor, y no cogía la paleta sino cuando sentía absolutamente limpia su conciencia. El divino Morales llevaba a sus lienzos los arrebatos de un alma pura, y Murillo *veía* los ángeles antes de pintarlos, ni más ni menos que Santa Teresa *veía* a Cristo antes de escribir de él. Han estado pues, en aquellos felices siglos, hermanadas perfectamente la fe y el arte: los santos eran siempre poetas y los poetas y pintores no se creían dignos de expresar la belleza, sin limpiar su interior.

Si Cervantes y Quevedo no hubieran secularizado la prosa, como Velázquez secularizó más tarde la pintura, todo nuestro arte habría sido esencialmente religioso, pues hasta el teatro gira en torno de la fe, como sobre un pivote, y aun aquel honor, aquella petulancia caballeresca y el conceptismo, son manifestaciones del fervor exaltado de la sociedad de entonces. Sin contar los autos, cuya grandeza anonada las obras capitales del teatro español. *El mágico prodigioso, La devoción de la Cruz, El condenado por desconfiado, El príncipe constante,* y otros muchos, son puras teologías puestas en diálogo y en verso. Las mismas obras de apariencia licenciosa, como el *Convidado de piedra,* no desmienten aquel indudable parentesco.

***

Si de la esfera del arte pasamos a la de la acción, encontramos el mismo fenóme- no. Nuestra política fue en toda la Edad Media y el Renacimiento verdadera fe llevada alas relaciones públicas e internacionales. Durante la Reconquista, el sentimiento religioso alentó a nuestros mayores para disputar palmo a palmo este ensangrentado territorio a los mahometanos. A su indomable constancia se debió que no se perpetuara; y quizá existiera todavía en esta península un imperio tan desmoralizado y desmoralizador como el imperio turco, cuya cabeza es Constantinopla.

Las gigantescas empresas de los Reyes Católicos extreman completamente el sistema, y en su glorioso reinado la cruz es el emblema de los emblemas. Por la cruz se conquistaa Granada, por la cruz se descubre a América y se envían a ella los primeros pobladores europeos; en nombre de la cruz se emprende aquella obra de unificación, grande en medio de sus crueldades.

Los reinados siguientes, más brillantes que fecundos, nos ofrecen un cierto falseamiento en la aplicación del ideal católico al principio de gobierno; porque aquellos poderosísimos reyes Carlos y Felipe, cuya historia es la historia del siglo XVI, miraban la cruz más bien como enseña de combate para alcanzar un dominio personal sobre éstos y otros reinos europeos. Pero la alianza continuaba más estrecha que nunca, dando en los campos de batalla los resultados estrepitosos que aseguraron la preponderancia española en la mitad próximamente del mundo civilizado. So color de fe, pero con miras de verdadero dominio personal, fueron oprimidos y vejados los industriosos flamencos y los holandeses en sus marismas defendidas por los diques; con la misma enseña y con el propio móvil, sucumbieron las florecientes ciudades italianas, se españolizó Nápoles, y se enviaron a América

los arrojados aventureros que llevaron a ella el Evangelio y la espada con los ganados que enriquecieron sus pampas.

Esto nos lleva como por la mano a una de las cuestiones más debatidas en estos tiempos de crítica, dentro y fuera de España. ¿Es cierto o no que la exaltación del sentimiento religioso en el espíritu nacional estorbó todas las demás actividades, imposibilitando el progreso científico de la nación? Sólo con dar cuenta de los escritos españoles y extranjeros que han tratado materia tan compleja, ocuparía la mayor parte de esta epístola. Últimamente, un joven publicista castellano tan notable por su talento como por su saber,[5] ha defendido con grandísimo ingenio la negativa, aduciendo argumentos de fuerza en pro de la ciencia española y de su compatibilidad con el sentimiento religioso. Según él, es error grave sostener que en los siglos XVI y XVII no florecieron en España los estudios científicos y que permanecíamos estacionados, mientras toda Europa marchaba con resuelto paso por la senda de la especulación.

Fuera del saber arábigo, rabínico, reportado por algunos extranjeros como los únicos títulos que puede presentar España para reclamar un puesto, siquiera sea pequeño, en el templo de las ciencias físico-naturales y matemáticas, tenemos insignes profesores en las distintas ramas de ellas, que honran a su patria y a su siglo. En cuanto a la filosofía, madre de todas las sabidurías, aseguran los defensores de la ciencia española, que con los escritos de los teólogos y místicos nos basta para igualarnos a otras naciones. El misticismo es, pues, la verdadera filosofía española.

Si me fuera permitido dar una opinión sobre materias tan delicadas, diría que pase lo del misticismo como representación de un sistema filosófico puramente castellano, pero no pasa lo de que nuestros matemáticos, naturalistas y físicos del período más brillante de nuestra nacionalidad sostengan el paragón con las grandes lumbreras de otros países, de aquellas mismas regiones precisamente que entonces no estaban sometidas por la fuerza de la espada. Concedo que produjera nuestra nación hombres notables; que no fuera absoluta nuestra esterilidad en este importante fruto del espíritu. Tuvimos, sí, matemáticos, físicos, médicos, alquimistas de mérito, notabilísimos si se quiere; pero, ¿dónde están los grandes iniciadores, los descubridores de las maravillosas leyes de la Naturaleza, los que dieron impulso colosal y dirección nueva al estudio científico? ¿Dónde está nuestro Galileo, nuestro Leibnitz, nuestro Kepler o nuestro Copérnico, nuestro Newton?[6]

He aquí una serie de santos que faltan, ¡ay!, en nuestro cielo tan bien poblado de ilustres figuras en el orden de la poesía y del arte. Porque las eminencias científicas de por acá no son astros de primera magnitud como los Calderones, Cervantes y Teresas en el cielo del arte: son personalidades subalternas y un tanto oscuras, que no van delante del progreso científico, sino detrás, que no guían, sino que son guiados.

Únicamente en el terreno de la geografía, ciencia muy grande en aquellos siglos en que no sólo las leyes del planeta, sino muchas partes de su superficie eran desconocidas, podemos alzar la cabeza con orgullo. Y no es el progreso de la geografía científica, sino el de la

5 Se refiere a Menéndez Pelayo que tenía entonces 28 años.*

6 Se utiliza el tópico *Ubi sunt* aplicado a los inexistentes científicos españoles del XVI-XVIII.

geografía práctica lo que nos envanece. Entre demostrar la redondez de la tierra por medio del cálculo y atreverse a darle la vuelta por vez primera, en un barco apolillado, pasando mil necesidades y venciendo con admirable tesón obstáculos opuestos por las iras de la naturaleza y la envidia de los hombres, no sé qué es más meritorio. Creo que lo segundo. Juan Sebastián Elcano, que realizó tan portentosa hazaña, poniendo en su escudo el globo terráqueo con la inscripción *primus me circundediste*,[7] es sin disputa uno de los hombres más grandes que han nacido. Aquel corazón inmenso, superior a todos los peligros, vale bien la cabeza de un Galileo.

***

Y aquí nos encontramos con el sentimiento religioso, impulsor de la colosal aventura. Los argumentos que se esgrimen contra él vienen a serle favorables cuando menos se piensa. Aceptamos las cosas tal como fríamente nos las ofrece la Historia, sin sacarlas de quicio. No tratemos de desvirtuar los hechos, ni nos engalanemos con laureles queno nos pertenecen, pues los propios y genuinos, los que nadie nos puede disputar, nos bastan. Si otros demostraban la redondez del planeta, nosotros lo andábamos de punta a punta, o de hemisferio en hemisferio, que es la mejor de las demostraciones. Lo queellos hacían con un compás y una fórmula, los nuestros lo hacían con las carabelas, echándose sobre cuatro tablas viejas a la inmensidad desconocida y traicionera de *mares nunca antes navegados*.[8] Esta cita me excusa de declarar que al ocuparme de las em- presas náuticas de los pasados siglos confundo en una sola idea y en una gloria sola, lo español y lo portugués.

Y ahora me corresponde hablar de la decadencia de un sentimiento que fue nuestra razón de ser en el mundo. El testamento de Carlos II es el gran esquinazo de nuestra historia.[9] Con el cambio de dinastía la originalidad de nuestra raza, que ya venía de capa caída, sucumbió casi completamente. Calderón fue la última florescencia poderosa del genio nacional en el arte; la batalla de Rocroi[10] dio al traste con una de nuestras más envidiables originalidades: la de la infantería. Todo el edificio estaba ya resquebrajado cuando el cambio de dinastía vino a hundirlo por completo. Da dolor echar una ojeada a nuestra literatura del siglo XVIII, en la cual no se sabe qué es más lastimoso, si el churriguerismo enfermizo de los poetas de raza o la insulsez anémica de los Luzanes y Montianos,[11] primeros iniciadores de la renovación clásica.

La revolución filosófica comienza entonces en encarnizada lucha con el principio religioso que fue nuestra alma en tiempos anteriores. Un principio, completamente exótico

7 El lema exacto es *primus circundedisti me*, "el primero en rodearme".

8 Verso del Canto I de *Os Lusiadas* de Camoens.

9 Carlos II dictó testamento en favor de Felipe de Anjou, el 3 de octubre de 1700, con lo que se sustituía en España (*el gran esquinazo*) la dinastía austriaca Habsburgo por la francesa Borbón.*

10 La batalla (19 de mayo de 1643) entre Francia y España terminó con victoria francesa y fin del predominio español en Europa.

11 Ensayistas defensores del Neoclasicismo.

aquí, declara guerra sin cuartel a todos aquellos restos de nuestro poder así en el arte como en las demás esferas de la actividad. El clasicismo y la filosofía vienen juntos; con una misma fuerza y matando las extravagancias de la inspiración castiza, aspiran a arrasar el terreno para edificar una civilización nueva. Nuestra raza, esquilmada por las guerras, pobre, desmayada, no tiene ninguna gran energía propia que oponer a la invasión. Se defiende pasivamente, entregándose a la indolencia, al sueño. Pero la filosofía y el clasicismo trabajan incansables durante un siglo, hasta que en el presente obtienen ventajas positivas. Por de pronto, el siglo XIX nos ofrece un triunfo real en la literatura. Moratín,[12] no sólo consigue poner en ridículo a los poetas chirles[13] que tienen por bandera un harapo informe de aquel manto esplendorosísimo de nuestra literatura del Siglo de Oro, sino que vence también con el ejemplo, haciendo obras hermosas que quedan como dechado y hacen escuela. Los filósofos y librepensadores echan en las Cortes de Cádiz[14] las bases de un mundo, de un Estado enteramente nuevo. La monarquía tiembla entonces y la fe misma corre un temporal grave del cual ha de salir muy quebrantada. Todo anuncia la renovación social y política, y el pueblo lo comprende con seguro instinto. Abraza la causa de los principios liberales como abrazó la de la defensa nacional contra los franceses, y sabe ya lo que es Patria, lo que es Estado, lo que es Libertad. No responde sólo al nombre de Religión.

Entonces ocurre el fenómeno, que nos sorprendería si no estuviéramos acostumbrados a verlos semejantes en las páginas de la historia. Aquel sentimiento poderoso, que fue nuestra vida, tiene aún fuerza bastante cuando se halla en sus postrimerías para inspirar e impulsar una guerra civil[15] y darse como bandera a multitud de hombres muy bravos, sufridos y constantes: dura siete años, en los cuales la victoria fluctúa y no se sabe si triunfará la monarquía autoritaria y clerical, o la monarquía filosófica. ¡Y cuando el pleito se decide con las armas ayudadas de la diplomacia, el catolicismo batallador se recoge, pero no se da por vencido, y en la paz agita sus armas para encender más adelante otra guerra civil[16] no menos sangrienta, cruel y dramática que la primera, guerra que ha sido uno de los episodios más curiosos de la segunda mitad del siglo XIX!

Por esto se comprende que la clase que sintetiza el sentimiento religioso o los restos de él, tiene todavía mucho poder entre nosotros. Esta clase es el clero, que aún es fuerte, aunque no domina ya en todo el campo de las conciencias, que aún es rico, aunque la desamortización le despojó de sus inmensos caudales, que aún es numeroso, aunque no se nutre con elementos de las grandes familias y recluta casi exclusivamente sus huestes en las clases más humildes. El clero tiene todavía grandísimo poder.

12 Galdós siempre admiró a Moratín, como demuestra en el episodio *La corte de Carlos IV* (1874) y en varias Cartas; le dedicará casi completa la 72.

13 `inútiles e insustanciales´. para designar a a los llamados poetas posbarrocos, Galdós toma el adjetivo de Quevedo.*

14 Asamblea constituyente inaugurada en San Fernando el 24 de septiembre de 1810 y posteriormente trasladada a Cádiz hasta 1814, que promulgó la primera Constitución española (1812).

15 La primera de las guerras carlistas (1833-1840). Véase 16.7.

16 La segunda guerra carlista (1846-1849). Véase 16.7.

Todos hemos presenciado el golpe de gracia que recibió cuando la reciente revolución del 68 le quitó con la supresión de la unidad católica una de sus mejores armas. [17] Pero sin ella se defiende bien y hace esfuerzos por recobrar su imperio. Mala sombra tuvo para él el período desde el 68 hasta el 76;[18] que de entonces acá ha cobrado no poco valimiento. Y es forzoso declarar que las propagandas filosóficas de estos últimos años no han sido estériles para el personal del catolicismo militante. El espíritu y el ardor de competencia han dado sus frutos, y bien puede decirse que el clero español y mayormente el episcopado valen mucho más que hace veinte o treinta años.

Y puesto que todo se ha de decir, diré que los estudios filosóficos no parecen oponer al principio católico en España una resistencia muy enérgica. Sea por falta de constancia o por la inseguridad de los sistemas de enseñanza, ello es que nuestros filósofos no cunden, si es permitido decirlo así. Cuando Sanz del Río importó de Alemania la filosofía *krausista,*[19] se formó un plantel de jóvenes de mérito, que hicieron iglesia, núcleo, familia. Pero el *krausismo* se desacreditó pronto, no sé si por las exageraciones de sus sectarios o por falta de solidez en sus ideas. Como en esto de la filosofía hay modas casi tan repentinas y fugaces como las de los sombreros de señora, pronto vino el positivismo de Compte[20] a decir que todo aquello de Krause era un delirio. Pasaron de moda en breves años, no sólo Krause, sino Hegel, Fichte y demás germánicos.

El experimentalismo lo invadió pronto todo, y no se habló más que de Hartmann y Darwin, y de si veníamos o no de los monos. Las teorías de la evolución barrieron el terreno, por fin Spencer se introdujo en los espíritus con su claridad y simpatía irresistibles. De todo esto resulta una inseguridad que no puede menos de ser favorable al principio católico, siempre uno y potente en la firme base de sus definiciones dogmáticas.[21]

En resumen, que hoy la gran mayoría de los españoles no creemos ni pensamos; nos hallamos, por desgracia, en la peor de las situaciones, pues si por un lado la fe se nos va, no aparece la filosofía que nos ha de dar algo con que sustituir aquella eficaz energía. Faltan en la sociedad principios de unidad y generalización. Todo está en el aire, las creencias minadas, el culto reducido a puras prácticas de fórmula, que interesan a pocas personas. Fuerza es reconocer que en punto a estado de las consecuencias, vivimos en la peor de las épocas posibles. Y bueno es que se sepa también que España, la católica España, la hija predilecta de la Iglesia, la que tuvo por estandarte la cruz, es uno de los países más descreídos del globo, si no es que se lleva la palma en esta desconsoladora preeminencia. Cuando la revolución del 68 abrió los diques al libre pensamiento, y se permitieron los cultos reformados, se creyó que el protestantismo

17 La constitución de 1869, consecuencia de la revolución, proclamaba la libertad de cultos.

18 El llamado Sexenio Democrático y los dos primeros años del reinado de Alfonso XII,

19 Sistema filosófico del alemán Friedrich Krause (1781-1832) caracterizado por el intento de conciliar el racionalismo con la moral.

20 El *positivismo* considera como medio de conocimiento la experiencia comprobada o verificada a través de los sentidos y rechaza todo concepto universal y absoluto que no esté comprobado.

21 Galdós está aquí adelantando el renacimiento del espiritualismo finisecular.

iba a hacer aquí muchos fervientes progresos. Tantos siglos de opresión y de catolicismo puro, habían de traer por consecuencia una reacción en sentido de la variedad y extrañeza de religiones.

¡Error inmenso! El protestantismo vino a España precedido de entusiastas propagandistas ingleses cargados de biblias. La *Sociedad Bíblica*[22] de Londres gasta anualmente considerables sumas en catequizarnos, todo sin resultado. Vienen por ahí multitud de clérigos de levita y patillas a quien llaman *pastores,* y van estableciéndose en capillas que fueron bodegas, y predican en castellano chapurreado, y reparten limosnas, y leen biblias y tocan el órgano, pero les hacen muy poco caso, cuando no se ríen de ellos. Se creyó en un principio que serían maltratados; pero no: les apedrean simplemente conel desdén. El pueblo español no es ni será nunca protestante. O católico o nada. Tengola seguridad de que todos los pueblos por cuyas venas corre nuestra sangre, han de hallarse en el propio caso. O católicos o nada. Esos pobres anglicanos se desgañitan sin ganar conciencias a su rito, y entre las gentes sencillas que los oyen cunde una obser- vación que parece una tontería y que quizás entrañe un sentido profundo, a saber: que todos son lo mismo, y (diciéndolo con el debido respeto) los mismos perros con distintos collares.

BENITO PÉREZ GALDÓS

36

LP, 31/5/1885

SUMARIO: —Mal tiempo —Parece que se han alterado las leyes del planeta —Anuncios de nuevos cataclismos —Atraso de la vegetación —Las lilas —Los gorriones y su manera de vivir —Terrible herejía que están pasando —Las golondrinas —Los taurómacos desesperados —Las elecciones municipales —La coalición de los partidos liberales monárquicos y republicanos —Maquinaciones electorales en el Ministerio de la gobernación —Ardores de la lucha por una y otra parte —El conflicto anglo-ruso —Ventajas y desventajas respectivas de Inglaterra y Rusia —Consecuencias probables para el comercio general y para el de España.

Madrid, 30 de abril de 1885.

Señor Director:

Esta carta va un poco atrasada por haberme entretenido más tiempo del regular en correcciones de pruebas y otros ahogos literarios propios de la temporada en que acostumbramos lanzar nuestros libros a la calle. Por igual motivo me retrasé en igual fecha del

22 La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera se constituyó en 1804, con el objetivo de que la Biblia estuviese disponible en el idioma que en cada lugar se necesitase.

pasado año.[1] Pido indulgencia, y seguro de obtenerla, paso a otro asunto. Y el principio de esta epístola se ha de parecer a las visitas en que, no habiendo nada de qué hablar, se habla del tiempo. En tal caso, es de cajón decir: "Pero ¿han visto ustedes que año éste?". O bien se admiran todos de lo mucho que llueve, o de que no llueve nada, dando a entender que el fenómeno es cosa desusada y nunca vista, cuando, en rigor de verdad, lo mismo pasó el año anterior, y las mismas cosas se dijeron.

No se crea que hablo del tiempo por no tener, como en las visitas acontece, temas sustanciosos de que ocuparme. Asuntos hay de no poco interés, y a ellos voy; pero quiero consagrar a los fenómenos meteorológicos algunas líneas, aunque no sea sino como protesta contra la insufrible primavera de agua, fríos, hielos, granizos y aún nieves, con que ha querido probar nuestra paciencia el cielo despiadado. Porque yo he visto en Madrid primaveras desapacibles; pero como la presente no he visto ninguna. Hay quien cree que en el planeta ha ocurrido un desquiciamiento; que ya no estamos donde estábamos, y que aún hemos de ver mayores y más graves perturbaciones atmosféricas. Y no falta quien relacione esto con los pasados terremotos, sacando a relucir unas teorías científicas muy chuscas. Los que tal piensan, son, justo es decirlo, los mismos que vieron surgir inesperadas islas en las costas de Granada y Málaga, los que vieron al nevado Mulhacén apabullarse no sé cuántos metros, y los que profetizaron que la mar salada llegaría muy pronto nada menos que hasta Linares, que es lo mismo que hacer desaparecer toda la tierra de María Santísima.[2] No creo en desplazamientos del planeta, ni puedo relacionar los terremotos con la atmósfera; pero reconozco que el tiempo que llevamos, es una indignidad, que por muchos pecados que tengamos no merecemos perecer a diluvio lento, como pereciendo estamos desde febrero, y que nos vemos forzados a protestar como madrileños y como españoles, contra la inexorable ley que ha convertido nuestra capital en una charca y nuestra primavera en un ingrato y lacrimoso invierno. Porque, creedlo, poco nos falta a los madrileños para criar musgo. El paraguas, ese antipático objeto, al cual no sé si llamar mueble o prenda o adminículo, ha venido a ser una prolongación de nuestras extremidades superiores, algo como un miembro más. Poco ha faltado para que, en vez de coches y tranvías nos lleven de una parte a otras canoas y vaporcitos. En fin, que esto no es vivir, que esto es un engaño de la naturaleza, y si los humamos hubiéramos pagado alguna cuota de admisión al entrar en el mundo era cosa de que dijéramos ahora que nos devolvieran el dinero.

Los efectos de este temporal en la vegetación, pueden calcularse. Les árboles no saben lo que les pasa. Ya tenían todo preparado para vestirse de nuevo, y esta es la hora que ni aun la camisa se han podido poner. Están todos ellos cariacontecidos y mal humorados en los parques y jardines. Algunos hay tan impacientes y de genio tan vivo que contra viento y marea han echado la vestimenta de hojas. Pero ¡buena se les ha puesto! El temporal les ha despojado ofreciéndoles desnudos y corridos a las burlas de sus compañeros.

1 En marzo del 85 terminaba Galdós *Lo prohibido*; el año anterior, el retraso se debía a *La de Bringas*, aunque no fue en marzo sino en julio del 84, cuando se disculpó por el retraso.

2 'Andalucía'.

Nada digo de las flores, porque estas pobres están que no les llega la camisa al cuerpo. Las imprudentes que se lanzaron a la calle sin saber lo que les esperaba, se han encontrado con que todo aquello que los poetas dicen del *beso del sol* y de la *brisa juguetona* es pura farsa, y ahora salen con que las han engañado. Consternadas se las ve en los macizos de los jardines, hechas unas magdalenas, sino por lo pecadoras por lo lloronas. El ejército de virginales y arrogantes lilas que es la principal gala de Madrid en el mes de abril, ha retrasado su entrada. Otros años se las ve venir de golpe. Aparecen los gallardos racimos todos a un tiempo y como si obedecieran a una voz de mando, abren simultáneamente y nos ofrecen un aluvión de fragancia deliciosa y de color purísimo. Este año la anarquía reina en el interesante mundo de las lilas. La inmensa mayoría de ellas se han detenido esperando mejor tiempo; pero algunas o por impaciencia o por ese afán de distinguirse que se suele ver hasta en lo vegetal, se han echado a la calle. La cosecha será pues, este año, desigual; no veremos el Retiro hecho un inmenso ramillete. Vendrán las lilas por tandas o divisiones, y su breve reinado será menos hermoso.

Y ¿qué diré de los pobres gorriones, esos pájaros libres, mendigos, rapaces y que no obstante son los más graciosos y quizás los más listos del reino ornitológico? Tengo vivas simpatías por estos caballeros, los ratones del aire, que viven del merodeo y la rapiña. Su traje no es de los más elegantes; visten de paño pardo, y no se decoran con vistosas o relucientes plumas. Su figura no es muy airosa. Distínguense por su agilidad, aunque suelen estar muy gordos, por la buena vida que se dan asaltando graneros, robando semillas y probando todas las frutas y hortalizas tempranas.

Hay en ellos algo del gitano y del pilluelo de las calles. Se adaptan a todas las formas de la civilización y del salvajismo, por lo cual se les compara a los flexibles y vividores individuos de la familia ratonil. Lo mismo saquean el jardín del rico en la opulenta capital, que la pobre mies del aldeano. Cuando hacen sus nidos, que son los más primitivos del mundo, generalmente compuestos de dos inseguras pajas sobre dos no muy iguales palitroques, echan la garra a todo lo que encuentran. Lo mismo apandan el filamento arrojado en el campo, que la hilacha caída del estuche de costura de la señora. Son cosmopolitas. Para ellos no hay climas malos, ni terrenos ingratos, ni casas pobres, ni árbol despreciable. Hechos a vivir a costa ajena, o sobre el país, como suele decirse, no se toman a veces el trabajo de hacer nidos, acomodándose muy ricamente en los de las golondrinas; y cuando estas vienen y se encuentran sus casas ocupadas, ármanse unas marimorenas de mil demonios.

Pues bien, hay que ver a estos caballeros con la horrible temporada que llevamos. Da dolor verles por ahí sin saber a qué santo encomendarse, con unas caras amilanadas y abatidas que dan compasión. Se guarecen del agua en los huecos de las cornisas, y desde allí tienden una mirada de angustia a los cielos despiadados y a la tierra húmeda. No sé de qué artimañas se valdrán para proporcionarse sustento; pero ellos no han de dejarse perecer. En cuanto clarea un poco, se lanzan en bandas famélicas a las calles, y acometen hasta los carros cargados de mercaderías, por ver si hay entre ellas algún grano. La paja la revuelven como cosa propia y, ¡ay de la huerta o jardín en que despunte algo que a ellos les convenga! El arte con que sacan las semillas recién plantadas es un arte admirable; y ya no valen contra ellos esos espantajos y máquinas que se usan, remedando la figura hu-

mana. Hace tiempo que la *clase* ha aprendido a despreciar estos muñecos, y se da el caso de profanarlos y vilipendiarlos con toda clase de suciedades.

En cuanto a las golondrinas, alegres mensajeras del buen tiempo, basta decir que estamos a fin de abril y todavía no han venido sino en pequeñas partidas o avanzadas a la descubierta. La *clase* o colectividad continúa en la emigración, esperando sin duda a que las exploradoras digan que se puede pasar. Cuando las golondrinas vienen tardías, suele ser más frecuente lo de encontrarse sus domicilios ocupados por los audaces y desalmados gorriones; pero éstos pagan caro, a veces su poca vergüenza. Las golondrinas tienen hábitos y modales, enteramente contrarios a los de aquellos bandidos. No merodean, no viven sobre el país, no esquilman los campos, huertas y jardines, y en vez de hacer daño al agricultor le protegen limpiando el aire de insectos dañinos. No prueban los vegetales y hacen sus casas de barro. Por esto son tan queridas respetadas y figuran en las tradiciones populares y consejas piadosas, como seres benéficos. Jamás se arman trampas contra ellas y su instalación en el alero de la casa rústica o del señoril palacio se considera siempre de buen agüero.

Si se quiere oír hablar pestes del tiempo de la primavera y de este diluvio lento en que vivimos, no hay más que arrimarse a un grupo de taurófilos. Llegan hasta la blasfemia y reniegan de la Providencia como si fuera un mal presidente de corrida, merecedor del terrible alarido: "¡No lo entiende usted!". Y sino para blasfemar, líbrenos Dios, motivos tienen los tales para quejarse, porque no hay cosa más sin gracia que toros con capa. Esta gallarda y siempre alegre fiesta requiere calor, luz. Sin estos elementos fáltale animación, alegría y tono. Los toros, entristecidos, no dan juego y prefieren dejarse matar sin lances. Los toreros lo echan todo a barato, y el público que es el actor más interesante de estas bárbaras tragedias tirita en las gradas. Nada hay más triste que ver capas en los tendidos. La plaza sin abanicos y naranjas parece recinto adusto donde se va a dar una conferencia abogando por la protección a los animales.

Consolémonos todos, hombres y gorriones, con que vendrá al fin el buen tiempo, aunque tan tardo que a estos días glaciales suceda un verano, como suelen serlo los de esta tierra, pegajoso y sofocante. O mucho me engaño, o en mayo nos asaremos, y soltaremos esta murria, y habrá flores por todas partes; los árboles estarán completamente vestidos de gala y habrá toros con sol, que es cuánto hay que pedir.

***

La coalición electoral es la comidilla del día en los llamados círculos políticos, y aún en los que no lo son. Las elecciones municipales se aproximan. Empezaron el 3, día de la Cruz de Mayo,[3] y no es mala cruz la que le ha caído encima al gobierno, con la batalla que le van a dar todos los partidos coaligados.[4] Es el fenómeno normal de la política española y de los partidos liberales: unirse en la oposición para dividirse en el poder. Pero

3 *Cruz de Mayo*: 'denominación popular de la festividad cristiana denominada inicialmente Invención de la Santa Cruz'.

4 Para estas elecciones se coaligaron liberales (fusionistas e izquierdistas) y republicanos.

esta inteligencia de ahora es de las más graves, y mucho será que el partido conservador no salga de ella muy mal parado.

Los procedimientos electorales del señor Romero Robledo, que constituyen una verdadera escuela de corrupción política,[5] no podían prevalecer mucho tiempo, sin provocar este ruidoso esfuerzo común de las fracciones constantemente postergadas. Y si así no fue-ra, si esas alquimias del ministerio de Gobernación tuviesen siempre éxito, habría motivos para sostener que el sistema representativo es en absoluto una comedia entre nosotros. Bastante desgracia es que esté horriblemente desvirtuado; pero al menos que alguna som- bra suya informe nuestras costumbres políticas. Consentimos la falsificación sistemática de un régimen por cuyo triunfo se ha derramado tanta sangre, y bien cara pagamos nuestra indolencia; pero no nos resignamos a que se nos arranque de cuajo lo único que nos da un puesto entre los organismos políticos de Europa.

El señor Romero Robledo, hombre de mucho mundo y de un escepticismo incorregible, entiende que lo más llano y sencillo es nombrar por sí mismo los representantes del país en las Cortes y en el municipio. La nación, indolente y un tanto hastiada, suelo inclinar la cabeza ante estas voluntades oficiales; pero hay casos en que no, y entonces el juego aquel de la máquina electoral resulta un tanto peligroso.

Pronto hemos de ver si la coalición vencerá o será vencida. Pero cualquiera que el resultado sea, el gobierno quedará mal parado, y su victoria le será tan funesta como su derrota. La coalición ha tenido el buen acuerdo de proclamar una candidatura de hombres eminentes de todos los partidos, y de respetables personalidades del comercio y banca de Madrid, mientras las candidaturas ministeriales compónense de apreciables amigos y tertulios del señor Romero Robledo. Si este saca triunfante a sus amigos, malo, y si no los saca peor.

Desde que los conservadores subieron al poder, han tenido no pocos tropiezos; pero como éste ninguno. Enormes dificultades ha traído para ellos el señor Pidal con su política equívoca y ultramontana vergonzante, poniendo siempre una vela a san Miguel y otra al diablo. La cuestión universitaria, la de Italia,[6] la del obispo de Plasencia,[7] han sido amarguísimos cálices para el partido dominante; pero al fin los han bebido, y adelante con otra. Pero esta pócima que ahora les prepara el señor Romero Robledo en sus laboratorios electorales, será de muerte inevitable, si Dios no lo remedia. Y lo que es este lío no lo desenreda el nuncio, como ha ocurrido en otros recientes. No se trata ahora de un obispo que refunfuña o de un periódico ultramontano que vomita herejías contra el señor Pidal; tratase de algo más profundo y serio, que se enlaza con la conciencia pública y tiene profundas raíces en el ánimo del país. El cuerpo electoral, de ordinario tan indolente, descreído y tibio, háse agitado ahora con síntomas de vigoroso entusiasmo, y, no hay que dudarlo,

5 Recuérdese lo dicho en 12. Galdós siente antipatía por la frivolidad y falta de rigor de este político. Muchos años después, en la Quinta serie de *Episodios* recordará su apodo, "el pollo de Antequera".

6 Ver 27 y 15 respectivamente.

7 Una pastoral de este obispo neocatólico, sobre el terremoto andaluz, desembocó en grave conflicto del gobierno con el Vaticano.*

tras estas sacudidas viene siempre una batalla verdadera, en la cual resulta alguna víctima grande. Dios quiera que esta no sea más que un gobierno, pues un gobierno pronto se sustituye, mientras que otra clase de pérdidas no serían fácilmente reparables.

Y que la lucha va a ser muy empeñada lo prueban el calor de los discursos pronunciados en las reuniones electorales por los respectivos candidatos, el ardor de la prensa de oposición, y el entusiasmo de los electores. No es fácil dar cuenta en espacio breve, de las innumerables malicias que se atribuyen a los agentes del gobierno para triunfar a todo trance. Amén de las irregularidades que cada día se descubren en las listas, háblase de coacciones escandalosas como la de amenazar a todos los empleados con la destitución, si no votan a los candidatos conservadores. Para esto se les reparten papeletas contraseñadas. Difícil es, no obstante, que se asegure de un modo absoluto la sumisión electoral de todos los que cobran sueldo del gobierno, y no son pocos en este Madrid tan burocrático, porque las papeletas se queman inmediatamente después de la votación. A esto oponen los ministeriales la hábil estrategia de hacer elegir para las mesas personas, no solo de gran confianza sino de mucho conocimiento del personal oficinesco, con lo cual dicho se está que no es fácil pueda votar con libertad un empleado sin incurrir en las iras de sus jefes. Otras artimañas y arbitrios se practican también con más o menos resultado; pero no será aventurado afirmar que si son de bastante eficacia cuando el cuerpo electoral se muestra flojo, descreído y sin calor, valen de poco cuando se presenta, como ahora sucede, lleno de entusiasmo y con esperanzas de una ruidosa y gallarda victoria.

***

Esto nos lleva, como por la mano, a hablar de otra clase de guerras, más resonantes y espantosas, las de nación a nación, como la que nos están preparando Inglaterra y Rusia, colosos ambos por la extensión o la riqueza, por el poder militar o marítimo. Desde hace algunos días la guerra se cree inevitable,[8] y aunque suelen venir telegramas que indican tendencias pacíficas, ello es que la cosa no se arregla. Diríase que ambos guerreros temen las consecuencias graves de la lucha en que se van a empeñar, y se miran mucho antes de pronunciar la última palabra de paz. Los ingleses, comprometidos en la enojosa campaña del Sudán, con estorbos y complicaciones en Irlanda,[9] no obstante llevan la ventaja de sus inmensos recursos financieros, y si es cierto, como dice un adagio militar, que el dinero es el que gana las batallas, la Gran Bretaña tiene la victoria decisiva aunque tardía en sus siempre bien provistas arcas. La desventaja de esta nación, consiste en la distancia en que se encuentra del teatro de la guerra, en la falta de sobriedad de las tropas inglesas, en el clima horrible del Afganistán, y en las complicaciones que cualquier descalabro podría promover en los inseguros y mal sujetos estados del Indostán. También es desventaja para

8 En marzo de 1885 Inglaterra condenó la ocupación rusa del Penjdeh (Afganistán), por considerarla una amenaza para la India, y comenzaron los preparativos de guerra.

9 Los problemas de Inglaterra en Sudán e Irlanda se trataron sucintamente en 32. Volverá sobre los de la segunda en la 89, 121 y 150.

Inglaterra que el problema militar no se plantee exclusivamente en los mares de los cuales es señora casi absoluta. Dígase lo que se quiera, Inglaterra no ha sido nunca potencia militar continental, y para serlo en circunstancias difíciles, ha necesitado hacer colosales esfuerzos y procurarse aliados poderosos.

Las ventajas de Rusia consisten en el entusiasmo del partido militar que quiere la guerra a todo trance y la considera como una cosa santa y providencial, en lo numeroso de sus huestes, y en la asombrosa fuerza que le dan para un caso como éste, en los territorios asiáticos, esas incomparables tropas irregulares del Cáucaso y Tartaria, sobrias, feroces, incansables y conocedoras palmo a palmo del suelo en que operan. Las desventajas del coloso moscovita son en primer término su hacienda, que está, según dicen, bastante desquiciada, y como no es de creer que en esta ocasión vayan a pedir dinero a los prestamistas do la *City,* tropezarán sin género de duda con grandes dificultades. Luego el cáncer interior que la corroe, ese endiablado nihilismo,[10] ha de entorpecer grandemente su acción. Cierto que uno de los objetivos que impulsan al partido militar a la guerra, es desorientar a la revolución y apartar de ella valiosos elementos. Es indudable que una serie de victorias ruidosas serían de gran precio para Alejandro III; pero, ¿qué efectos causaría lo contrario, es decir, una serie de descalabros y reveses? Espanta el considerar la suerte del zar derrotado, cuando, sin serlo, su vida es un tormento horrible, y es sin duda el hombre más infeliz de su inmenso imperio.[11] La imaginación más pesimista no alcanza a concebir lo que sería la revolución desatada en Rusia y el desbordamiento del nihilismo.

Cualquiera que sea el resultado de la guerra, creo que estamos llamados a ver cosas muy graves, y cataclismos estupendos. La grandeza de los dos gigantes que van a medir sus armas, y además el territorio ingente y salvaje de la contienda, anuncian horrorosa tragedia, quizás la más grave que ha presenciado nuestro siglo. Inglaterra se dispone, por lo visto, a sacar todo el partido posible de su inmensa fuerza naval, bloqueando los puertos del Báltico y del Mar Negro. El comercio ruso sufrirá grandísimo quebranto, y aunque le quedan las vías terrestres para comunicarse con Alemania, sus grandes depósitos de cereales de Odessa y Taganrog, quedarán cerrados, produciéndose indefectiblemente dificultades en el interior, carestía, miseria, paralización y descontento de las clases numerosas, que apartadas de los entusiasmos militares, ven siempre en la guerra una calamidad.

Y el solo anuncio de que van a cerrarse los abundantes graneros del Mar Negro, que surten a media Europa, ha hecho elevar la cotización de cereales en los principales mercados del Mediterráneo. Hay quien cree que la guerra ha de ser favorable a nuestro comercio exterior. En el tiempo aquel de la guerra de Crimea[12] entre la alianza franco-anglo-turca y los rusos, se hizo popular entre nuestros labradores el siguiente aforismo: "Agua, sol y guerra en Sebastopol". El ejército aliado hizo grandes compras en España para su abastecimiento y los trigos especialmente alcanzaron en Castilla un precio subido que no han

10 El *nihilismo*, en su vertiente sociopolítica y radical adquiere gran fuerza en Rusia a mediados del XIX.*

11 Alejandro III había llegado al trono tras la muerte de su hermano mayor (1862) y el asesinato terrorista de su padre Alejandro II (1881).*

12 Entre octubre de 1853 y febrero de 1856.

vuelto a tener después. De España se exportaron además para el teatro de la campaña gran cantidad de artículos alimenticios y además mulas y caballos.

¿Sucedería hoy lo mismo? Es muy dudoso porque las condiciones del comercio del mundo han variado mucho. En aquel tiempo aun no enviaba a Europa el oeste de los Estados Unidos, sus inmensas remesas de trigo ni existían en el Mediterráneo las bien abastecidas plazas de Argel, Orán y Alejandría. No se había abierto aun el istmo de Suez, ni existían, por ende, fáciles comunicaciones con la India y toda el Asia fecundísima.[13]

Además, aunque la guerra produjera la elevación de precio en algunos artículos de exportación, si la industria inglesa entrara en un período de crisis y se paralizaran algunas fábricas, este simple fenómeno nos acarrearía pérdidas no compensadas con el beneficio de su alza en los cereales. La exportación de minerales de hierro, cobre y plomo, que son, después de los vinos, nuestra principal riqueza, sufriría una baja considerable y quizás una paralización absoluta. Bilbao, Huelva y Linares quedarían arruinados, y perderíamos por tal concepto más de lo que ganaríamos por otro.

Pero, ofrézcanos o no ventajas la guerra anglo-rusa, no la deseamos. Esta contienda se ve venir, sí, y aunque todos sabemos poco más o menos cómo ha de principiar, no es posible calcular las complicaciones que puede traer en su temido desenlace. Si la guerra se generaliza, si el frágil castillo de naipes del equilibrio europeo se quebranta y deshace, ¿quién dice que no nos tocará alguna chinita? Aseguran que poderosas influencias trabajan porque la anunciada guerra no estalle. Dios ponga tiento en las manos del venerable Guillermo y de su sabio canciller, para que logren evitar, pues tal parece ser su propósito, esta inhumana bárbara y calamitosa tragedia.[14]

B. PÉREZ GALDÓS

37
LP, 3/7/1885

PORTUGAL

SUMARIO: Una ojeada a Portugal —Distancia moral entre Portugal y España —Escasez de relaciones entre ambos países —Esfuerzos para corregir este mal —Vías internacionales de comunicación —Ferrocarriles de Badajoz, Cáceres, Salamanca y el Miño —Viaje a Portugal —Entrada en Lisboa —Situación de esta ciudad —Su suelo irregular —Vehículos y cocheros —Policía urbana —Educación de las clases populares —Poca imaginación y mucha cultura —Desanimación —La vida en Lisboa —Sobriedad y baratura —Monumentos —La Plaza do Comerçio y el monasterio de Belem —El gótico manuelino y el barroquismo de Pombal —Profanidad de la arquitectura religiosa en Portugal —Los palacios reales —Museos lisbonenses —La colección de carrozas —Las falúas de gala —La

13 Aquí adelanta Galdós causas de la crisis agropecuaria que comentará con detenimiento en 95 y 96.*

14 Mediaran o no el kaiser Guillermo I y su canciller Bismarck, el conflicto se resolvió sin guerra alguna.

marina portuguesa —Consideraciones sobre las dificultades que rodean a las naciones pequeñas.

Lisboa, 28 de mayo de 1885.

Señor Director:

De algún tiempo a esta parte es cosa corriente entre nosotros el interesarnos por todo lo que a Portugal se refiere. Nos espantamos de la escasez de relaciones que entre este reino y el nuestro existen y no acertamos a comprender esta inmensa distancia moral, intelectual y mercantil que nos separa. Vivimos en un mismo suelo y bajo un mismo clima; nuestros ríos son sus ríos, nuestras lenguas son semejantes, y sin embargo entre Portugal y España hay una barrera infranqueable.

Durante siglos, Portugal ha sido tan desconocido para los españoles como España para los portugueses. Hemos sido los vecinos de una misma casa, separados por un tabique, y bastante huraños ambos para no cambiar una visita, ni siquiera un saludo. Ofendería la ilustración de mis lectores si explicara las causas de este fenómeno. Bien conocidas son de quienes han nacido en esta península o proceden de nuestra raza. No se da un paso en la historia de España sin tropezar con la de Portugal y su altiva independencia. Pero debemos declarar que habiendo cesado los motivos históricos que pudieran fomentar rivalidades entre ambos países, la frialdad de relaciones que aún subsiste, tiene más raíces en el carácter portugués que en el español, quiero decir que aún hoy los portugueses nos quieren a nosotros menos que nosotros a ellos, y responden siempre con ecos perezosos y poco entusiastas a nuestras manifestaciones de simpatía.

Consiste esto tal vez en que su susceptibilidad nacional es más enérgica en razón de ser más débiles como nación, sin que esto quiera decir que nos las echamos de fuertes. Desde que se construyó el primer ferrocarril internacional en nuestra península, hombres eminentes de uno y otro país han trabajado de buena fe por vencer antipatías, estrechar las distancias y aproximar moralmente a las dos naciones.

Los resultados no han correspondido en verdad a la magnitud de los esfuerzos ni al tiempo transcurrido. Portugal continúa distante de España, no tanto como hace veinte años; pero sí tan lejos de nosotros como pueden estarlo de Holanda o Dinamarca.

El comercio que con este reino sostenemos es escaso; las relaciones literarias o intelectuales casi nulas, hasta el punto de que en Lisboa son más conocidos los ínfimos productos del *boulevard* parisiense que las obras de nuestros escritores más eminentes.

Creo que en esto les llevamos ventaja, pues su literatura contemporánea nos es más conocida que a ellos la nuestra. Y no será aventurado afirmar que les superamos en la aproximación material.

Por cada lisbonense que va a Madrid, creo que vienen cinco madrileños a Lisboa. Oporto es residencia de verano para muchísimas familias españolas, mientras que jamás se ve un solo lusitano en nuestras playas balnearias del Cantábrico. Repito lo que antes dije: ellos nos quieren menos a nosotros que nosotros a ellos.

Y no hay que decir ahora, como veinte años ha se decía, que nos faltan comunicacio- nes fáciles y económicas. Tenemos actualmente tres líneas de ferrocarril que penetran en

Portugal y dentro de pocos meses habrá la cuarta. La primera comunicación establecida entre Portugal y España fue la de la línea de Ciudad Real y Badajoz. Inaugurose el 66, si no recuerdo mal, y por ella se comunicaban Madrid y Lisboa en un viaje de treinta horas.

Construida hace cuatro años la línea directa de *Madrid-Cáceres-Portugal*, las dos capitales han quedado enlazadas por un recorrido de veinte horas en expreso. El viaje es cómodo y rápido. La primitiva línea de Badajoz ha quedado para la comunicación de Andalucía con este reino.

Tenemos un tercer camino internacional que es el que une a Oporto con Vigo en un recorrido de cuatro horas por la deliciosa región del Duero y el Miño.

Muy pronto se abrirá a la explotación pública la vía férrea de Salamanca a Oporto por Ciudad Rodrigo que acorta la distancia entre Madrid y el norte de Portugal.

Además hay otros proyectos, como el de unir a Huelva con la provincia lusitana de los Algarbes; pero siendo esto muy problemático, nos contentamos con las cuatro vías construidas y explotadas que son hoy suficientes para la comunicación rápida entre dos países llamados tarde o temprano a una vida común sin perjuicio de la respectiva independencia.

***

El que esto escribe deseaba ardientemente conocer a Portugal. Pero no siempre se arreglan las acciones a medida de los deseos, y Portugal continuaba siendo un misterio para quien había visto y admirado países mucho más distantes del nuestro.

Por fin aquel anhelo se ha realizado, y heme ya en tierra de Camoens.[1] Atravesé la frontera por la línea directa de Madrid-Cáceres. Vi ponerse el sol en el último confín de Extremadura, allí donde el Tajo se precipita entre peñas y quebraduras. Cuando reapareció el día, alumbraba la orilla derecha del opulento río, los alegres pueblos que anuncian a Lisboa desde mucha distancia, la vegetación espléndida, las salinas, el panorama admirable de aquel gran río peninsular que nosotros criamos y engordamos para regalo de nuestros vecinos.

La situación de Lisboa edificada sobre colinas a la margen derecha del Tajo es realmente encantadora.

Entrando en la ciudad por el tren y la estación de Santa Apolonia no se la abarca de un golpe de visita como entrando por mar. Puede formarse una idea de tan hermosa aparición dando un paseo en vapor hacia Belem o hacia la orilla izquierda.

Lisboa es ante todo un panorama; pero tan espléndido que solo el de Nápoles o Constantinopla puede comparársele. El pintoresco caserío de la ciudad, interpolado con la verdura de tantas huertas y jardines, y extendiéndose en seis o siete kilómetros a lo largo del río forma un conjunto que embelesa a la vista y suspende el ánimo.

Esta belleza y lo accidentado de su suelo hacen a Lisboa la capital más original de Europa. Fuera del espacio reedificado por Pombal con arreglo a una planta uniforme,[2] todo

1 El viaje lo hizo acompañado de José Mª Pereda y de Andrés Quintana Crespo, "un rico comerciante santanderino".*

2 Tras el terremoto seguido de sunami de 1755, el primer ministro *Pombal* promovió una reconstrucción de la

el suelo de esta gran ciudad presenta enormes desniveles, cuestas fatigosas y altibajos que si favorecen lo pintoresco, no son lo más recomendable para los pulmones.

Verdad que en ninguna parte existen caballos más bien dispuestos para acometer ásperas pendientes ni cocheros que más diestramente los guíen. Esta es una de las cosas que más sorprenden al viajero en la capital lusitana. La bondad de los vehículos disimula de un modo notorio las desigualdades de un suelo que parece recientemente agitado por los terremotos.

Ignoro cómo será la administración municipal portuguesa en su régimen interior e invisible; pero en lo que está a la vista del público se revela un adelanto y un esmero que de todas veras nos inspira envidia. La policía urbana lisbonense es muy superior a la de Madrid; las vías públicas están mejor cuidadas que las de nuestra capital y existen aquí servicios muy útiles que por allá son casi completamente desconocidos.

Los jardines y paseos ofrecen una limpieza y frondosidad que no debe atribuirse exclusivamente a la administración municipal, sino a las ventajas del clima. La flora de este país es realmente uno de los dones más admirables que debe a la naturaleza.

Lisboa es inmensa; ocupa un área que no vacilo en considerar doble de la de Madrid; pero en población es próximamente la mitad. De aquí que la ciudad ofrezca un aspecto harto menos bullicioso y animado que el de la Corte de las Españas, que con razón pasa por ser la capital más tumultuosa y alegre del mundo.

Y al hacer constar esto, no lo hago por cierto en son de alabanza, pues ya podría perder la Villa del Oso[3] parte de su animación bullanguera con tal que adquiera en cambio condiciones de que carece. Por este motivo, los que pasan bruscamente de Madrid a Lisboa, encuentran esta ciudad triste y silenciosa. No obstante, las calles Aurea y Augusta, la del Arsenal, la *Rua Nova do Carmo* y el *Chiado* ofrecen el mismo ir y venir de gente y la misma alegría inquieta de nuestras calles céntricas, si bien en menor grado.

Lo que no se ve aquí es aquel torrente de personas que se precipitan hacia el Prado y Retiro todos los días de buen tiempo, sean festivos o de labor, que en esto de días los madrileños no hacemos más distinciones que las que marcan los accidentes atmosféricos.

Noto en las clases populares de Lisboa mejores formas que en las de Madrid. Indudablemente este pueblo está mejor educado que el nuestro. No sé por qué me figuro que nuestro pueblo tiene más imaginación, y que el lisbonense aventaja al nuestro en cualidades prácticas. En ninguna de las capitales de Europa que he visitado, he visto un pueblo menos inclinado que el lisbonense a hablar alto, meter bulla y, en una palabra, a divertirse. Reina aquí una sobriedad de acciones y de palabras que a los españoles, tan dados a hablar más de la cuenta, nos parece algo sosa. He paseado un domingo por la hermosa campiña de los alrededores de Lisboa y no he visto animación ni alegría por ninguna parte, ni he oído el son de ningún instrumento músico, guitarra, pandereta, ni cosa que lo valga; no

zona ribereña de Lisboa capaz de resistir seísmos futuros. Sus edificios y plazas siguen existiendo hoy,

3 Madrid como "*Villa del oso* y el madroño" se debió a un acuerdo de 1222 entre la villa y la Iglesia para repartirse las tierras adyacentes. A la Villa le correspondieron los bosques y a la Iglesia los pastos. El autor parece burlarse nombrando solo la primera parte, después de haberla citado con el pomposo "Corte de las Españas", tal como fue nombrada por Felipe IV tras trasladar la Corte de Valladolid a Madrid.

he presenciado corrillos bulliciosos, ni ese reír del pueblo que se manifiesta en canciones y dichos ingeniosos.

No he presenciado borracheras, ni riñas, ni ninguna clase de pendencias. Quizás esta impresión recibida por mí sea una impresión falsa, pero la transmito como la recibí, sin sacar de ella consecuencias terminantes, ni pretender juzgar a un país por lo que se ve en una rápida visita.

Pero no creo aventurado afirmar que son los portugueses de las clases bajas excesivamente pacíficos, sobrios, morigerados, y desprovistos de imaginación. Raza laboriosa y honrada, pero triste. Si pudiéramos ceder a esta gente algo de la estrepitosa alegría andaluza a cambio de sus apacibles modales y de este reposo espiritual, creo que ganaríamos mucho en el cambio. Desconozco en absoluto la poesía y la música populares de este país, y sin tan importante dato, carezco de autoridad para hablar en definitiva del pueblo portugués; pero por lo poco que he visto, creo que esa somnolencia de la imaginación es un fenómeno indubitable que a la larga ha de presentar algún vacío importante en la cultura general del país.

Vuelvo a Lisboa y cada día me parece más bella, a pesar de sus agrios, infranqueables vericuetos y pendientes. Apenas existen cafés. Estos lugares destinados a la holganza y a la conversación frívola son casi desconocidos en Lisboa. En Madrid son el alma de la población. Aquí la vida social y familiar debe ser más íntima, por lo mismo que es menos pública, fenómeno en verdad muy recomendable que habla muy alto en pro de la cultura lusitana. Hay que reconocer, no obstante, que la falta de grandes cafés, admitida como una señal de virtudes domésticas y urbanas, ofrece molestias al infeliz viajero, que no sabe dónde meterse cuando le apuran el calor o la sed.

Por el trato de los hoteles se echa de ver fácilmente que en Portugal se vive bien y barato. Difícil es que los españoles no nos acomodemos a la dureza tradicional de las camas portuguesas, ni a ciertos condimentos castizos de este país; pues basta un poco de flexibilidad para atemperarse por pocos días a los gustos de por acá.

Los alimentos son por lo general buenos y abundantes, y la vida es forzosamente barata. Los alquileres de las casas son reducidísimos comparados con los de nuestras principales poblaciones, de modo que no comprendo cómo no se determina aquí una considerable inmigración de españoles, cansados de la carestía y crecientes necesidades de nuestras capitales.

El aspecto de las tiendas y lo que se ve en los paseos públicos y calles principales demuestra que el demonio del lujo no ha plantado sus reales en esta dichosa ciudad del Tajo. Visten las señoras con discreta modestia; disfrutan las familias lo que poseen y no hay aquí el diabólico afán de aparentar una posición superior a la que realmente se tiene. Todo indica que en Lisboa no existen los despilfarros que entre nosotros son cosa corriente: las tiendas lo declaran. Bajo este aspecto, Lisboa no tiene comparación con Madrid o Barcelona.

Bajo el punto de vista monumental, Lisboa tiene dos cosas que admirar, la plaza *do* Comerçio y el monasterio de Belém. La primera es de las más hermosas de Europa. No tenemos nosotros en ninguna de nuestras poblaciones nada comparable a este espacioso cuadrilátero de una regularidad perfecta, con esbeltas construcciones en tres de sus costados, y abierto por la parte sur al delicioso panorama del rio.

La estatua ecuestre del rey José I[4] y el gran arco triunfal de la Rua Augusta, obras ambas afectadas de barroquismo, son, a pesar de su estilo, de un aspecto grandioso y decoran admirablemente la plaza. El monasterio de Belém, que se levanta en el barrio más occidental de Lisboa, cerca de la gallarda torre del mismo nombre, erigida a la entrada del puerto, es una de las muestras más acabadas que Portugal posee del estilo gótico manuelino,[5] característico de este país. Es un ojival desvirtuado, o más bien, acomodado al genio meridional del país. Sicilia en Italia y Andalucía en España, ofrecen en sus monumentos algo parecido a esta aclimatación del gótico normando. Nuestra península nos ofrece este arte enteramente puro en algunas catedrales del norte. Toledo nos lo presenta tocado ya de la influencia mudéjar, y algo semejante a esto es la arquitectura del reinado de don Manuel de Portugal; Belém revela fantasía, independencia y un anhelo de originalidad que a veces raya en extravagancia. La iglesia es hermosa pieza, atrevida, rica en detalles, con graciosos alardes de ornamentación y de construcción. El claustro es menos puro, tendiendo al barroquismo, o mejor a nuestro plateresco,[6] al cual sobrepuja en lozanías ornamentales y en caprichos artísticos.

Hay trozos que recuerdan la arquitectura tártara o rusa por la exuberancia de líneas quebradas y la novedad de las combinaciones geométricas. Este curioso monumento tiene una soberbia torre no ha mucho desplomada. La restauración del edificio y las amplia- ciones realizadas en él para instalar un museo, no me parecen muy felices. Hay trozos perfectamente armonizados con la parte vieja, y otros en que los arquitectos modernos se han dejado llevar con exceso de la fantasía, sin poseer la fuerza creadora de los maestros *manuelistas.*

En la mayor parte de los edificios religiosos y profanos de esta capital, posteriores al terremoto, domina un estilo que es forzoso asociar al nombre del insigne Pombal. Es un barroco elegante y hasta cierto punto discreto, absolutamente impropio para los edificios destinados al culto católico. Producto del siglo filosófico, esta arquitectura resulta descreída y atea. Las iglesias no lo parecen; se las tomaría por teatros o lugares de contratación.

En pocas partes he visto el género barroco tratado con tanta discreción como en Portugal. Vale infinitamente más que los delirios de Churriguera, y en algunas construcciones de la capital lusitana se observa una gracia que no es común en edificios del siglo XVIII. El adorno de cornucopia fue manejado por los artistas portugueses con mucha donosura. Muestras admirables de ello se ven en las artes industriales, singularmente, en la platería y la talla.

Las iglesias de Lisboa, pertenecientes a la época de Pombal, son correctas y elegantes, pero tan profanas que, viéndolas por fuera, le parece a uno que *allí dentro se baila.* En lo interior tienen más semejanza con los templos protestantes que con nuestros venerables monumentos católicos.

4 Obra de bronce (1755) realizada por Machado de Castro, el gran escultor portugués del s. XVIII.

5 Variación portuguesa del gótico tardío, desarrollada durante el reinado de Manuel de Portugal.

6 Estilo arquitectónico español entre los siglos XV y XVI, caracterizado por el empleo de estructuras góticas con elementos renacentistas y abundante ornamentación.

La escultura y la pintura de buena ley resplandecen poco en ellas. Lo que principalmente las embellece es el aseo. No he visto en ninguna parte iglesias más pulcras, más lindas y confortables. Se diferencian en esto esencialmente de las nuestras, atestadas de objetos de arte, pero tan sucias que da pena entrar en ellas. Se conoce que en este país gustan los creyentes de rezar con comodidad. Y creo no equivocarme al asegurar que en Portugal se reza mucho menos que en España, dejando al curioso lector el cuidado de averiguar los motivos de este fenómeno y de sacar las consecuencias de él, si algunas pueden sacarse.

Los palacios de Ajuda, Necesidades y Belem ofrecen escaso interés en su parte exterior, que es lo único que de ellos conozco. Dicen que Ajuda contiene algunos cuadros de mérito y preciosidades diversas. Como no gusto de hablar de los que no he visto, me abstengo de todo comentario sobre interioridades palaciegas. Hablando en términos generales, diré que Portugal es pobre en museos artísticos. La pintura no ha tenido nunca aquí un florecimiento notable. Ni la Academia de Bellas Artes, ni el Museo Real contienen cosa alguna que pueda llamarse extraordinaria, aunque las tablas de Vasco merecen la atención al artista. Los museos de Historia natural son más notables que los de pintura, y el Arqueoló-gico en las bellas ruinas del Carmen es muy interesante, más por lo poético del lugar que por las piezas que contiene.

Quizás la más curiosa colección que Lisboa posee es la de carrozas de gala, establecida en un espacioso aunque destartalado local próximo al palacio de Ajuda. No creo que exista en ninguna corte de Europa un museo de coches tan considerable y vario. Causa admiración aquella serie de armatostes de talla; tan pesados como ricos, algunos pertenecientes a celebrados monarcas, otros regalados por poderosos magnates. Hay allí carrozas para satisfacer todas las necesidades de la etiqueta en la corte más empiringotada. También es hermosa la colección de falúas para pasear los reyes por el Tajo en días de gran ceremonia. Hay una de cuarenta remos, verdadera galera de lujo, que es la más hermosa de su género que creo exista en puerto alguno. Estos es lo que queda de la nación más marítima de Europa, de la que construyó y lanzó a los mares las atrevidas naves de Vasco de Gama y Bartolomé Díaz. La marina portuguesa moderna es una pura fórmula. No diré que es inferior a la nuestra, porque la nuestra no admite inferioridad. Allá se van la una con la otra en inutilidad dispendiosa y en alardes sin sustancia del cual resulta tan solo un poco de satisfacción del amor propio. Los portugueses, como nosotros, se hacen la ilusión de que tienen marina militar, viendo fondeados en el Tajo unos cuantos cachuchos[7] que no sirven absolutamente para nada. También estos infelices se gastan, como nosotros, considerables sumas en sostener arsenales donde centenares de operarios se ocupan de reparar barcos viejos y en remendar lo que no tiene compostura. Somos como los hidalgos viejos y arruinados, que aunque pasan por la ignominia de remendarse las calzas con sus propias manos nobles, no pueden evitar el andar siempre descalzos.

Esto me lleva a considerar los ahogos que debe sufrir el pequeño y nobilísimo reino de Portugal para poder hacer vida de nación en unos tiempos que la vida toda, lo mismo pri-

7 'Botes'.

vada que pública, cuesta un ojo de la cara. Poseyendo tan solo cinco millones de habitantes se ve forzado a sostener una lista civil considerable, representación nacional con dos cámaras, ejército, marina y cuerpo diplomático. Esto sin contar las atenciones de deuda pública, que no son, según creo, un grano de anís, y los servicios administrativos que por sí solos absorberían el presupuesto.

De todo esto se desprende que las naciones que han venido a menos apenas pueden resistir las exigencias de la vida moderna, pareciéndose en esto a los aristócratas decaídos que ven mermadas sus rentas por la desvinculación,[8] al paso que aumentan de un modo alarmante las exigencias del vivir.

Y a una nación de cinco millones de habitantes se le dice: "Es preciso que tengas ferrocarriles, correos, telégrafos, establecimientos penales, puertos, caminos, faros, escuelas, universidades, hospitales, asilos, templos, museos, administración municipal y provincial, urbanización; y encima de todo esto es forzoso que tengas cuarenta mil hombres armados con arreglo a los últimos adelantos, artillería poderosa, cuerpo de ingenieros, con todo lo demás que es atañedero a una milicia bien organizada; y *ainda mais*[9] proporciónate una escuadra sin la cual no puedes defender tus costas ni colonias, escuadra compuesta de buques modernos, pues los antiguos para nada sirven, y cada diez años es preciso renovar todo el material flotante y defensivo si no quieres que tus barcos sean burla de los mares. Y cuando ya tengas esto, agregas a tus cifras las necesarias para dotarles de un gobierno central, con siete ministros, y las correspondientes oficinas, ramos y dependencias. No estando ya de moda el absolutismo, necesitan lo que llamamos Cámaras o Parlamentos, y siendo la monarquía la forma de gobierno que más te conviene, no tienes más remedio que tener un rey, con reina, príncipes, y demás personal agregado a toda casa real que merezca el nombre de tal".

Ved, pues, a Portugal abrumado bajo el peso de su nacionalidad. Dicen que sarna con gusto no pica, y como este reino ve en su independencia el mayor de los bienes, no debemos tenerle lástima por lo excesivo de su presupuesto. Esto que hemos dicho es aplicable a España, que también es pequeña, aunque no tanto como Portugal. También nosotros nos vemos forzados a los dispendios y a las apariencias de nación grande, con un presupuesto reducido. De donde deduzco que podríamos, sin renunciar a nuestra respectiva independencia, buscar un acomodo que nos librara de tanta carga inútil, estableciendo algo que nos fuera común y que pudiéramos conllevar a medias. Pero esto es un sueño, un delirio. El solo anuncio de semejante idea hace temblar de indignación a los susceptibles portugueses. Mas como la verdad se impone al fin, vendrán tiempos en que los dos pueblos hermanos encuentren una fórmula para constituirse en hermoso y soberano grupo, el cual tendrá la fuerza que ninguna de las dos nacionalidades separadas obtendrá jamás.

Como aún me resta mucho que decir sobre Portugal, dejo pendiente este asunto para mi próxima carta.

B. PÉREZ GALDÓS

8 Véase 7, n. 1.

9 "además" en portugués.

38
LP, 8/7/1885

SUMARIO: —Rápida visita a Sintra —El castillo *da Pena*. —Ascensión en borrico —El Palacio Real —Las quintas —Jardines y espléndida vegetación —Coimbra —Oporto —Campiña de Oporto —Aspecto alegre de la ciudad —Sus edificios. —El gran puente sobre el Duero —Inmediaciones —El puerto y la barra —De Oporto a Vigo —Paso del Miño —Galicia y sus rías —Puerto de Vigo —Noticias de España —Política y parlamentarismo —El cólera —Nuevo aspecto del problema sanitario ante los descubrimientos del doctor Ferrán.

Vigo, 4 de junio de 1885.

Señor Director:

Siento mucho que los acontecimientos de importancia que ocurren en mi patria me llamen a mi obligación de corresponsal español, obligándome a dar a esta descripción de Portugal menores dimensiones de las que me propuse y a hacerla en extremo sucinta, contraviniendo mis deseos y el vivísimo interés que en mí despierta este hermoso país.

Continuaré, pues, mi excursión a marchas forzadas, dejando para otra ocasión ciertos pormenores que caracterizan el reino lusitano No puedo prescindir de visitar a Sintra, porque salir de Portugal sin ver a Sintra, sería como viajar por Andalucía y marcharse de ella sin dar un vistazo a la Alhambra. Renuncio, no sin pena, por esta vez a las proyectadas visitas a los históricos monasterios de Alcobaça y Batalha,[1] ambos los mejores y más elocuentes libros de piedra que contiene la historia portuguesa: el primero, sepultura de la romántica Inés de Castro, el segundo, testimonio de la grandeza de la casa de Avis y de la independencia lusitana.

En Sintra, más notable por los esplendores de la naturaleza que por los atrevimientos del arte monumental, se acumulan también interesantes recuerdos; pero todo se olvida ante las maravillas del suelo y de la vegetación. Quizás no exista en Europa un lugar en donde árboles y plantas ostenten con más galanura la fecundidad de la tierra y la pasmosa riqueza de la flora en nuestras zonas templadas. Tantos nombres poéticos y expresivos se han dado a Sintra, que ya resultan amanerados. Se la ha llamado Paraíso, Edén de Portugal, Jardín de las Hespérides.

El clima corre parejas con el suelo, y es de una frescura y amenidad incomparables. Hállase situado este vergel a cinco leguas de Lisboa, en terreno accidentado, al pie de una ingente y riscosa sierra poblada de agrestes pinos, en cuya cima se eleva el soberbio castillo *da Pena,*[2] propiedad del rey don Fernando. Manantiales de frescas, abundantes y

1 El monasterio de Santa María de *Alcobaça* está situado cien kilómetros al norte de Lisboa. El de Santa María de la Victoria o *Batalha*, a unos veinte kilómetros de Alcobaça.

2 El castillo, construido entre 1839 y 1849, que debe su nombre a la peña sobre la que ya se alzaba un monasterio de la Virgen de la Peña en ruinas, es de estilo del neogótico, con detalles manuelinos, ejemplo temprano de eclecticismo portugués.

purísimas aguas nacen por todas partes, distribuyéndose en arroyos que fertilizan las deliciosas quintas, los apacibles bosques, las frondosas alamedas. Gigantescos olmos, esbeltas araucarias, palmeras, coníferas de diferentes especies, magnolias cargadas de fragantes flores, camelias arborescentes pueblan los encantadores rincones de este paraíso en quese suceden las sorpresas.

La imaginación humana empeñándose en crear un laberinto delicioso, con algo de emboscada teatral no habría podido alcanzar este ideal de la composición del paisaje. Hay sitios en que la naturaleza llega a parecer artificio, algo que ha nacido de los pinceles y de una combinación habilísima de telones pintados. Las enormes masas graníticas que se ven por todas partes, mayormente en la pinífera sierra, dando a este admirable conjunto un vigor extraordinario.

Para salvar la enorme altura del castillo *da Pena* es preciso confiarse a la cachaza vigorosa de los borricos de alquiler, que tanto abundan en el pueblo. Es una locomoción cómoda y la única posible en aquellas pendientes. Si se construyera un ferrocarril funicular, la ascensión a *da Pena* perdería todo su encanto. Porque no hay nada más grato que subir lentamente y sin cansancio en los lomos de la pacífica cabalgadura por las bruscas revueltas de aquel camino incomparable, pasando de una sorpresa grata a otra más grata todavía, viendo cómo se va desarrollando el más lindo paisaje que ojos humanos podrían gozar sobre la tierra.

Parece que no se ha de llegar nunca a aquella cima eminente, en la cual el castillo semeja a audaz volatinero que hace piruetas en la punta de una percha. Mientras más se sube, parece que las graníticas cuestas se aguzan y que la gallarda construcción se marca y cae hecha pedazos por la montaña abajo.

Las ondulaciones del camino lo alargan sobremanera, aumentando el interés que despiertan tantas bellezas sucediéndose sin cesar un punto. Cuando los borricos (los animales más mansos, más valientes, y más bien educados que he visto en mi vida) le dejan a uno a la puerta de los jardines, causa maravilla contemplar las alamedas, los frescos macizos de arbustos y flores plantadas en la misma vertiente del cono a cuyo vértice está el castillo.

Desde abajo no se comprende que puedan existir pensiles[3] en tan riscosa superficie, ni que haya tierra en que puedan prender las raíces de tanto opulento y frondoso árbol. Pero aquí las sorpresas aumentan y concluyen por anonadar al viajero. Está construido el castillo sobre los restos del convento mandado edificar por el rey don Manuel.

En este edificio solía pasar el insigne monarca largas temporadas de solitaria expectativa, aguardando el regreso de Vasco de Gama con las noticias de las Indias descubiertas.

La transformación del destruido convento en soberbia residencia palatina ha sido realizada por un príncipe artista, ilustradísimo, amante de lo bello y de la antigüedad. Todo revela allí un gusto de primer orden y una discreción e inteligencia que no suelen ser lo más común en testas coronadas. A don Fernando, alemán de nacimiento, debe Portugal lo más bello, lo más artístico que posee.

3 'jardines deliciosos'.

El panorama que desde la terraza del castillo se divisa en todas direcciones, es de una majestad, grandeza y poesía indescriptibles. Se ve el inmenso océano, las montañas de Extremadura y de Alentejo, los edificios más altos de Lisboa, el Tajo y la barra, el colosal monasterio de Mafra, Ramada, el "Escorial portugués",[4] las risueñas campiñas de Collares, donde se cría ese fresco y agradable vino no inferior al mejor Borgoña, la plaza de Maçal y un territorio inmenso hacia el norte. Creo que si no se ve desde aquí medio Portugal, ha de faltar muy poco. Aun parece que se ha de ver todo entero y parte de nuestra España.

El castillo, cuya fábrica se debe al insigne ingeniero barón de Eschewege, es de estilo gótico, normando, de traza y distribución elegantísimas, flanqueado por potentes y desiguales torres, rodeado de almenas, por detrás de las cuales corre una azotea que permite gozar de los sublimes paisajes.

No puedo hablar de los interiores del castillo, porque no lo pude ver a causa de hallarse accidentalmente allí la familia real. Pero dime por muy satisfecho con ver los jardines, que surgen sin saber cómo de entre aquellas ingentes rocas. Parece increíble que en un repliegue de la montaña, y a tres mil pies sobre el nivel del mar se encuentren lagos, cascadas, bosques de camelias que son sin duda los más frondosos que en Europa existen, árboles raros de Asia y América, y pájaros exóticos. No he visto en parte alguna, vergeles mejor cuidados. El arte de la jardinería ha alcanzado en el parque real de Sintra su más alto grado de perfeccionamiento.

Un detalle que no quiero dejar en el tintero. En todo el parque real de Sintra ni en el castillo ni en sus dependencias, he visto un solo uniforme, ni un soldado, ni un ujier, ni un portero de banda, ni un guarda de jardines con bandolera de cuero, como se estilan por acá aun en las casas que no son reales. No he visto en parte alguna una modestia semejante.

Los mismos burrintros que nos subieron nos bajan al pueblo.[5] Da pena descender de aquella empinada altura. El antiguo palacio real[6] es menos interesante y bello que el castillo de don Fernando. Tiénese por construcción morisca y lo caracterizan las enormes chimeneas de sus cocinas en forma de altos hornos o de pilones de azúcar. El aspecto exterior revela la construcción árabe reformada por los arquitectos manuelinos.

Interiormente es una Alhambra bastarda. Carece de suntuosidad y de la rica y poética ornamentación del palacio granadino. Pero los recuerdos históricos avaloran aquellas desnudas paredes y las embellecen a los ojos del viajero.

El gran maestre de Avis don Juan I residió aquí la mayor parte de su vida y don Duarte lo mismo. Don Manuel empleó grandes sumas en su construcción.

El desgraciado don Alfonso VI, más infeliz quizás como esposo que como rey, gimió durante ocho años cautivo en una de las habitaciones de este alcázar, en la cual se ven

4 El palacio-monasterio, construido por el rey Juan Quinto entre 1717 y 1730, fue residencia veraniega de los reyes de Portugal hasta la proclamación de la república en 1910. De estilo barroco, por su grandiosidad se ha comparado, como escribe Galdós, con El Escorial.

5 *burrintros*: `burros de Sintra', neologismo galdosiano.

6 Construido por Juan I a finales del siglo XIV, Manuel I le añadió las alas a principios del XVI. Las dos grandes chimeneas cónicas, ajimeces moriscos y ventanas manuelinas, son los elementos más destacados de su exterior.

gastados los ladrillos en el sitio donde constantemente se paseaba como enjaulada fiera. De aquí partió para la malograda campaña de África el caballeresco don Sebastián.[7]

En el presente siglo residió aquí lord Wellington antes de partir para establecer las líneas fortificadas de Torres Vedras, base estratégica de la liberación de la península en la guerra contra Bonaparte.

Y nos vamos de Sintra, porque en este encantado y amenísimo lugar transcurren insensiblemente las horas. No digo nada de la quinta de Monserrat, una de las más bellas que se pueden ver, ni del *Castello de mouros,* ni del convento de Santa Cruz, ni de la *Peninha,* porque el tiempo apremia y es forzoso hablar de muchas cosas antes de dar por termi- nada esta breve excursión. Cantaron a Sintra los grandes vates Camoens y Byron, y otros muchos de menor nombradía. *Y* con decir tanto y tan bueno, no alcanzaron a expresarla belleza de lugar tan extraordinario. Se entra en Sintra con delicia, se sale con tristeza y haciendo propósito de volver lo más pronto posible.

***

Me es muy sensible no ocuparme de Coímbra con la atención que merece esta ciudad, una de las más antiguas e ilustres de Portugal, nombrada por su venerable universidad, maestra de toda la cultura lusitana. ¿Quién no sabe que Coímbra es en Portugal lo que aquí fueron Salamanca y Alcalá, lo que son aún Bolonia en Italia, Heidelberg en Alemania y Oxford en Inglaterra?

Los portugueses han tenido el buen acuerdo de conservar el histórico instituto conibricense y de no crearle rivales en el territorio portugués, para que así guarde mejor su prestigio y lo perpetúe al través de los siglos. Por esto es Coímbra verdadera ciudad de escolares y estos le dan carácter y la hacen excesivamente interesante y aún pintoresca. Los portugueses aman mucho a esta verdadera nodriza intelectual de todos ellos, y la nombran siempre con respeto.

Obligado, contra mi voluntad, a no detenerme en ella sino breves horas, apenas puedo formar idea de su apiñado caserío, de sus tortuosas y costaneras calles, de su catedral románica, en la cual se observan trozos del siglo undécimo junto a otros que parecen de época latina o visigoda; ni puedo ver bien la famosa Universidad, ni las apacibles orillas del hermoso Mondego, ni la poética *Fuente de las Lágrimas*, memoria de la hermosísima Inés de Castro, aquella mártir cuya trágica historia no se puede leer sin pena vivísima, reina coronada después de muerta y cantada por todos los poetas de la península antiguos y modernos.

El breve espacio que me resta ha de ser consagrado a la gran ciudad de Oporto, la segunda de Portugal y una de las más importantes de la península ibérica.

***

7 *Don Sebastián* I (1554-1578) rey de Portugal, emprendió una cruzada contra los turcos en el norte de África. Perdió la batalla de Alcazalquivir, en la que murió sin descendencia. En consecuencia, la corona de Portugal pasó a Felipe II.

Pocas ciudades he visto más simpáticas, en que el viajero se encuentra más a sus anchas.

Carece, como Lisboa, de interés monumental; pero los encantos de la campiña superan a cuanto la imaginación podría soñar. Menos opulenta que la campiña valenciana, la de Oporto es también menos monótona, más variada y más rica en risueñas perspectivas. Nada hay más bonito y apacible que los pueblecillos balnearios de Espinho y Granja, émulos de Biarritz en situación deliciosa, en alegre *confort* y en la belleza del paisaje marítimo y terrestre. El mismo Oporto ofrece inapreciables hechizos como residencia de verano, en sus bellísimos contornos poblados de las quintas más placenteras y más umbrosas que es posible hallar en todo el continente.

La suavidad de este clima se revela en la riqueza y abundancia de vegetales y en la lozanía con que crecen las especies más raras de flores y arbustos. Se puede asegurar que no existen en región alguna, después de Sintra, jardines más hermosos que los de Oporto. Los paseos públicos y los cementerios de esta ciudad ostentan vegetación espléndida. Crecen magníficos árboles en cualquier encrucijada, en un corral, en los infinitos huertos de la población que debe sin duda a este aspecto alegre y las simpatías vivísimas que inspira a cuantos la visitan. Hállase construida a la orilla derecha del Duero (otro gran río que criamos y engordamos para ellos) en pendientes no menos ásperas que las de Lisboa. Hay, entre el puerto y la parte alta de la ciudad, cuestas verdaderamente aterradoras, y que serían inaccesibles si no ayudaran a salvarlas los admirables vehículos y las valientes caballerías de este país.

En las principales calles se revela, con solo pasear por ellas, un cierto aliento industrial y comercial que las anima y embellece. Salvo las pendientes características de toda gran ciudad portuguesa, Oporto me trae a la memoria el aspecto de otras grandes poblaciones occidentales, como Burdeos y Amberes. En hoteles, Oporto nada tiene que envidiar a ninguna ciudad de la península; aún me atrevo a asegurar que a todas las supera, sin excluir Madrid y Barcelona. He dicho que nada contiene de interés bajo el punto de vista monumental; pero esta pobreza de arquitectura histórica está en cierto modo compensada con el suntuoso edificio moderno destinado a Bolsa y Tribunales de Comercio y con el lindo Palacio de Cristal, que en lo más alto de la ciudad se eleva, dominando el rio, el mar, las frondosas campiñas, entre amenísimos y deleitosos jardines. La torre de los Clérigos, del gusto barroco, siglo XVII, menos elegante que las construcciones de Pombal, ofrece bellísimos panoramas a los que suben a ella; la catedral apenas merece una visita rápida, las demás iglesias son poco notables; los museos y colecciones lo mismo, y, por fin, las plazas y sitios públicos tampoco ostentan maravillas como no sean del orden vegetal. La estatua ecuestre de don Pedro[8] en la plaza del mismo nombre es digna de una gran capital. Pero la verdadera maravilla es el soberbio, arrogante y sólido puente sobre el Duero, por el cual pasa el ferrocarril a vertiginosa altura. Es una de las construcciones más atrevidasde Europa. Actualmente se está armando otro, también de plancha de palastro,[9] para unir

8 La estatua ecuestre del rey Pedro IV de Portugal, es obra del escultor francés Camels, inaugurada en 1866 y situada en la que hoy se llama *Praça da Liberdade.*

9 'Hierro o acero laminado'.

el barrio de Vilanova de Gaia con la parte más céntrica y alta de la ciudad. Las riberas del Duero desde el puente del ferrocarril hasta la barra son de lo más pintoresco que pueden gozar ojos humanos. Casas apiñadas en la orilla derecha, jardines en anfiteatro: en la izquierda fábricas, quintas, edificios diversos sobre un fondo de intensa y variada verdura; masas de pinos y eucaliptus por todas partes, praderas, y hacia el mar rocas, rompientes de espuma y toda la poesía del océano.

Lástima grande que el puerto de Oporto sea una vana palabra. Nunca se ha visto ciu- dad alguna que merezca menos el nombre que lleva. La barra es angosta, peligrosísimay de tan poco calado, que solo entran buques pequeños. Los grandes trasatlánticos no pueden franquearla.

Actualmente se construye un puerto de refugio en Matosinhos a poca distancia al norte de la barra; pero es dudoso que este emporio del comercio portugués venza de un modo completo los obstáculos que la naturaleza le ofrece.

De Oporto puede decirse que si no merece el nombre que lleva, en cambio merece un puesto que justifique ser hasta hoy impropia denominación, porque es pueblo activo emprendedor, algo como Bilbao y Barcelona juntos, aunque sin minería, ni una industria tan potente como la de la capital catalana.

***

El tren nos conduce a lo largo de aquel incomparable campo, y nos acerca al Miño que parte el suelo de Portugal y España. Es la frontera más bella y más melancólica que se puede imaginar. Aquel hermosísimo río no está hecho sin duda para que en cada una de las dos riberas flote pabellón distinto. A la izquierda la bandera azul y roja[10] con el elegante escudo de las quintas, a la derecha nuestra oriflama roja y amarilla que flota como una llamarada de tela.

Se ha concluido hace poco el puente internacional que une los ferrocarriles del norte de Portugal con la red de Galicia; pero aún no se ha abierto al servicio público y tenemos que pasar el río por el primitivo medio de la barca, que es bastante molesto, con su poquito de peligro.

Desde el río vemos la triste y vetusta ciudad episcopal de Tuy y las orillas fertilísimas pobladas de viñas. No desmerece el paisaje desde Tuy hasta Vigo del que hemos admirado entre Oporto y el Miño. Toda Galicia es encantadora región, superando Pontevedra a sus tres hermanas las provincias de La Coruña, Orense y Lugo.

De buen grado os haría conocer las cuatro grandes rías de Galicia que son las de Vigo, Pontevedra, Arosa y Muros; pero me veo forzado a suspender por ahora el viaje, sin perjuicio de emprenderlo de nuevo en la próxima canícula.

Es Galicia una de las regiones más interesantes de nuestra península, y sus rías gozan de universal fama. Son los lagos del mar, no menos bellos que los que caudalosos forman

10 Así era la bandera portuguesa hasta 1910, en que cambió a rojo y verde ya que estos colores habían representado a los rebeldes durante la insurrección republicana de 1891.

en la agreste y riscosa Suiza. Para mí, la más hermosa de las cuatro rías es la de Vigo, que también es el primer puerto de España, y quizás de Europa.

No se puede formar idea, sin verla, de aquella inmensa balsa de agua encalmada, que mide cinco leguas de largo por dos de ancho en algunas partes, resguardada de todoslos vientos por altísimas montañas, defendida de los furores del océano por las islas Cíes, rompeolas natural que tapa la entrada, dejando al norte y al sur dos espaciosas y profundas bocas que permiten la entrada y salida de buques en todo tiempo.

El porvenir de Vigo como punto comercial es indudable. Está llamado a ser un gran depósito y el punto de recalado de todos los buques que vienen de América a tomar órdenes. Nuestra apatía ha tenido en gran abandono durante muchos años este importantísimo puerto; pero de algún tiempo a esta parte ha empezado a prosperar, y al paso que se construye allí una ciudad grande y cómoda, se emprenden obras considerables para dotarla de muelles. Ya está terminado el ferrocarril que une a Vigo con la red general, y con esta sola circunstancia ha de tomar el puerto extraordinaria animación.[11]

***

Y basta de viaje.[12] En Vigo me encuentro con que ocurren sucesos que reclaman atención preferente. La prensa me dice que en las Cortes hay marejada con motivo del proyecto de ley modificando nuestra organización naval, dando nueva forma a la infantería de Marina, suprimiendo o poco menos el arsenal de La Carraca,[13] estableciendo nuevos sistemas para la distribución de los cuantiosos recursos destinados a material.

También me entero de que las fracciones del partido liberal, divididas por las personalidades, comprenden en el destierro del poder cuán estériles son sus inquietudes, mientras no se unan apretadamente.

Es el fenómeno de siempre. Subirán al poder y a poco de estar en él volverán a dividirse. Ahora la concordia parece haberse verificado en virtud de transacciones teóricas. Como los izquierdistas querían a todo trance obsequiarnos con una constitución nueva, y los fusionistas se resistían con igual tesón a aumentar el ya largo catálogo de nuestros códigos fundamentales, al fin se ha llegado a un acuerdo, ideando una ley de garantías que viene a ser como un acta adicional a la Constitución vigente.

Todo esto está muy santo y muy bueno, y daré cuenta oportunamente de lo que ocurre en este importante asunto del derecho constituyente, que es, entre paréntesis, el que menos falta hace en un país donde el gobierno burla las leyes todas y hace siempre lo que lo da la gana.

Pero el gran suceso que encuentro al pisar tierra de España, es el de la *vacuna del cólera*, que parece problema resuelto por el doctor Ferrán, por ese celebre médico tortosino,

11 Todo este apartado se publicó en la prensa gallega.*

12 *Basta de viaje* con respecto a *La Prensa*, porque parece que don Benito continuó algo más el recorrido por Galicia.*

13 Situado en la bahía de San Fernando, provincia de Cádiz.

cuyo nombre está hoy en todos los labios y cuyas teorías experimentadas y confirmadas por la aplicación, han armado la más grande algarada que se ha visto en todo el mundo médico.

Hoy no se habla más que de las inoculaciones del doctor Ferrán, descubridor del preservativo del cólera. La cosa es muy sencilla: se evita el cólera mortal por medio de una inyección inofensiva del virus colérico, atenuado por el cultivo; en otros términos, nos libramos del cólera que mata, mediante un cólera benigno que no hace más que amenazar.

Este tema reclama mayor espacio del que hoy me resta. El doctor Ferrán es figura de tal magnitud en el campo de la ciencia, que me le lo reservo íntegro para mi próxima carta, especial y totalmente consagrada a microbios, a las inoculaciones y a los interesantes incidentes que con tan grave asunto se relacionan.

B. PÉREZ GALDÓS

39
LP, 17/7/1885

SUMARIO: El cólera y las inoculaciones del doctor Ferrán —El gran problema médico de los tiempos modernos —La inmunidad colérica —Efectos de la inoculación —Interés que despierta en el mundo científico —Dudas acerca de la duración de la inmunidad —Las tres hipótesis microbianas —Los entusiastas de Ferrán y los descreídos —Apuntes biográficos del célebre experimentador —Constancia de sus trabajos micrográficos —Popularidad de las inoculaciones —Argumentos contrarios a ellas —Supersticiones —La conseja de la Virgen del Puig —La epidemia en Madrid y su carácter dudoso —El cólera oficial.

Madrid, 13 de junio de 1885.

Señor Director:

El último verano, al ser visitado nuestro país por un huésped tan importuno como el cólera, tuve que hablar de él con mis benévolos lectores de América.[1] Hoy me veo obligado a presentarles de nuevo la misma visita, tan poco grata en el presente año como en el pasado. Mas viene acompañado el tal de circunstancias tan extraordinarias, que no hay más remedio que ocuparse de él.

Le ha salido al cólera un enemigo encarnizado: el doctor Ferrán.

Parece que en sus formidables paseos por Europa, jamás ha tropezado el viajero del Ganges con una entidad científica que de una manera tan resuelta se le ponga delante y trate de estorbarle el paso. Es la primera vez que se ha visto la posibilidad de atajar definitivamente a tan fiero enemigo, mejor que con lazaretos, cordones y cuarentenas que así le detienen como podrían las telarañas detener una bala de cañón.

1 En 14 y 15.

Es probable que en ese país se tenga ya noticia del doctor Ferrán. La fama de este sabio cuanto modesto experimentador ha volado y se ha difundido con tanta presteza por todo el mundo que ya no habrá seguramente quien de nombre no le conozca.

Falta aún que se arraigue la fe en su procedimiento, y si las repetidas experiencias la confirman no habrá entre los bienhechores de la humanidad ninguno más grande que este humilde médico de partido,[2] que en la oscuridad de un pueblo de tercer orden ha resuelto el más colosal problema médico de los tiempos modernos. El pensamiento de curar los estragos de un mal con el mal mismo no es nuevo en medicina. Lo prueban la variolización y la sifilización[3] para evitar con la misma enfermedad benigna el desarrollo de la maligna.

Jeuner fue el primero que redujo la cuestión a términos concretos, inoculando la vacuna. En el presente siglo el sabio francés *monsieur* Pasteur, con sus experimentos sobre la rabia y el cólera de las gallinas ha dado un gran paso en este sistema profiláctico.

Ferrán se propuso aplicarlo al cólera morbo asiático, y comenzó sus estudios con admirable paciencia en Marsella y Tolón donde la epidemia hizo tantos estragos el año pasado. El primer resultado de sus experimentos fue descubrir que el microbio del doctor Koch no es más que una fase de tan temido organismo vegetal y que éste es susceptible de cultivo y atenuación sometiéndolo a condiciones especialísimas de temperatura, y otros modificadores químicos.

El causante del cólera es el *bacillus vírgula*, recogido directamente de las deyecciones. A tan formidable enemigo le encierra Ferrán en matraces dispuestos para el caso. Lo cultiva allí con líquidos que le hacen inofensivo y a los tres o cuatro meses ya está preparado el *bacillus* para producir el cólera profiláctico en los individuos que lo reciban.

Al principio hizo el experimento en distintos animales. Tal era su fe que se inoculó a sí mismo; sus discípulos y admiradores hicieron lo mismo y la inmunidad pareció comprobarse desde los primeros días. La fama de este procedimiento tan fácil de comprender cundió rápidamente por los pueblos invadidos de la provincia de Valencia; los casos de inmunidad aumentaban de día en día, y acudían por centenares a vacunarse del cólera personas de todas clases. La inoculación produce un cólera benigno con síntomas que alarman a los que no están profundamente penetrados de su escasa importancia.

Los inoculados a poco de asimilarse el líquido que contiene el *bacillus* mediante inyección en ambos brazos, experimentan un fuertísimo dolor gravativo en el bíceps; a este sigue pesadez, cefalalgia, envaramiento de los brazos, enfocando la actividad mental en el sitio doloroso. Rápidamente crece el quebrantamiento de fuerzas y la pereza orgánica, y la temperatura suele ascender en algunos a cuarenta grados con ciento treinta pulsaciones.

Entonces principian los síntomas propiamente coléricos, a saber, frío intenso, calambres y por fin delirio que dura solo breve tiempo. A las catorce horas próximamente, el inoculado siente que se alivian sus molestias y los síntomas desaparecen al fin, sin dejar otra huella que algunos dolores locales que desaparecen a las veinticuatro horas. El cólera

2 Medico que se encargaba de una agrupación de municipios.

3 *variolización*: Inoculación profiláctica del virus de la viruela benigna. *Sifilización*: Inoculación profiláctica de la sífilis benigna.

experimental apenas desfigura el semblante por uno o dos días, y después de sufrido, la persona puede afrontar impunemente los focos miasmáticos más peligrosos. La inmunidad es absoluta al decir de los entusiastas del doctor Ferrán.

Inútil es decir que estos hechos propalados por la prensa de todos los países, han producido gran sensación. Conocido en España el doctor Ferrán como hombre profundamente serio, sus teorías no han podido en ningún caso ser consideradas como charlatanismo. Hay quien las pone en duda; pero su buena fe no ha sido puesta en tela de juicio por nadie.

Todas las naciones han enviado a Valencia una comisión para estudiar de cerca el interesantísimo problema, y actualmente se hacen en aquella comarca estudios de que ha de salir al fin una verdad clara y definitiva.

Parece indudable que la inmunidad de los vacunados es un hecho. Los que se asimilaron el virus colerígeno atenuado por el cultivo no han sido atacados. Ahora bien, ¿cuánto tiempo dura la inmunidad? Este es otro problema que solo la experiencia puede resolver. Es cosa probada que todas las enfermedades infecciosas ocasionan inmunidad; la dan la peste de Levante, la fiebre amarilla, el tifus petequial, la viruela, el carbunclo y la hidrofobia.[4] En cuanto al cólera, por más que algunos tratadistas afirman que nunca repite, hay muchos casos que demuestran lo contrario. Individuos hay que lo han padecido dos y hasta tres veces.

Si la inoculación del cólera experimental nos preserva del mortífero, ¿cuánto tiempo dura esta seguridad? Sobre esto aún no han sido muy explícitos los ferranistas, ni lo serán hasta que los hechos y el tiempo arrojen nueva luz sobre tan grande misterio. Hay quien dice que la inmunidad prevalece durante diez años, hay quien los reduce a tres y aún a pocos meses. En este último caso el remedio del cólera no sería de los más recomendables. Pero parece natural que la inmunidad sea eficaz en todo el periodo de la invasión de una epidemia, el cual varía, en nuestras zonas, de uno a dos años.

No quiero dejar de hacer alguna indicación ligera de las causas que determinan la inmunidad. Las doctrinas microbianas no han llegado aún a un punto concretamente definido. Tres hipótesis parecen gozar de más autoridad:

1ª La de Grawitz, que se funda en la modificación que imprime al protoplasma celular el fitoparásito, la cual subsiste durante algún tiempo, transmitiéndose de unos a otros elementos de los que renuevan nuestro organismo, hasta que se pierde el impulso y la inmunidad desaparece.

2ª La de Duclaux, que sostiene que el microbio profiláctico se nutre a expensas de nuestro organismo, y por eso cuando aparece el microbio malo ya no encuentra campo de nutrición y desarrollo. Traduciendo esta hipótesis al lenguaje vulgar e imaginativo puede expresarse de este modo: al recibir la inyección del *bacillus* atenuado o domesticado, nuestro cuerpo es como un terreno fértil donde el inmenso plantío se extiende y crece maravillosamente. Vive algún tiempo hasta que esteriliza el terreno absorbiendo todo su jugo.

---

4 *tifus petequial:* también llamado 'tifus exantemático' o 'enfermedad del piojo verde', causado por una bacteria que transmite el piojo del cuerpo humano; *carbunclo*: 'ántrax', enfermedad infecciosa que suele afectar a la piel o los pulmones.

Cuando viene el otro *bacillus*, el mortífero, encuentra un suelo completamente esquilmado e infecundo y no puede arraigar en él.

La 3ª hipótesis consiste en sostener que el microbio produce materiales ofensivos a su propia vida y hace, por consecuencia, mortal el campo dónde anteriormente estuvo.

De cualquier modo que sea, la inmunidad es un hecho. Falta solo determinar el tiempo que dura, y esto en el cólera morbo asiático es de capital importancia.

Ferrán y su sistema, tiene partidarios decididos y entusiastas, y también tiene enemigos. Los primeros, entre los cuales hay médicos eminentes, hacen propaganda favorable por medio de conferencias y discusiones animadísimas. Entre los segundos hay también personas entendidas que aseguran no estar convencidas aún y que esperan mejores, y más firmes datos.

Por lo general, todos miran al doctor Ferrán con benevolencia reconociendo su talento, su profundo saber y su buena fe, pero al paso que algunos dan como probados sus asertos, otros necesitan que la experiencia y el tiempo ilustren más este gran problema. No encontró Ferrán apoyo muy caluroso en las regiones oficiales.

Al principio y cuando las poblaciones de Valencia lo aclamaban como el mayor bienhechor de la humanidad, la camarilla del ministerio de la Gobernación se le mostró hostil. Cuando vino a Madrid a dar explicaciones de su sistema, aquellas prevenciones se suavizaron y por último el gobierno nombró una comisión científica para que, acompañando al doctor Ferrán por los pueblos invadidos, asistiera a los experimentos y emitiera su luminoso informe sobre la profilaxis del cólera según el novísimo sistema. Ferrán ha sido autorizado por el gobierno para continuar sus inoculaciones y éstas se verifican hoy en Valencia con increíble entusiasmo. La fe de los inoculados, destruyendo uno de los principales agentes del mal, que es el miedo, ha de influir favorablemente en el éxito del sistema.

***

Jaime Ferrán es un hombre de treinta y siete años, de mediana estatura y temperamento vigoroso. En el laboratorio viste luenga blusa de dril. Su trato es afabilísimo y habla muy poco. Como todo gran pensador, carece de palabra fácil para expresarse: pero entre sus discípulos los hay muy aptos para la propaganda. Está rodeado de activos apóstoles que en poco tiempo han derramado su doctrina por toda España.

Su rostro es pálido, su barba muy negra y no exenta de canas, a pesar no haber llegado a los cuarenta. Revela en la expresión de su fisonomía una inteligencia grande, una aten- ción sostenida y profunda, y el hábito de la observación.

Si no estoy equivocado, Ferrán estudió la medicina en Barcelona. Antes de darse a conocer por sus estudios sobre la profilaxis del cólera, desempeñaba las modestas funciones de médico de partido en Tortosa, población situada a orillas del Ebro en la provincia de Tarragona.

Cuando estalló el cólera en Marsella y Tolón, Ferrán corrió allá sin auxilios del Estado, trabajó concienzudamente en unión de otros sabios extranjeros. De vuelta a España continuó con admirable paciencia sus estudios y no tardó en establecerse en Valencia, desde

que la primavera inició los casos de cólera. Descubrió las transformaciones del *bacillus vírgula* de Koch y sus reproducciones hasta lo infinito. Modificado por el cultivo, el "Peronospora Ferrani" (que tal nombre tiene ya en el mundo científico) es el ser destinado a preservarnos del cólera que mata, por medio del cólera benigno.

Tiene el sabio de Tortosa convicciones arraigadísimas; no afirma nada de que no esté muy seguro; no se deja arrebatar de la imaginación. El sobrio laconismo de sus frases lleva al ánimo la tranquilidad precursora del convencimiento. En Valencia adquirió tal popularidad, que las gentes del pueblo se disputaban violentamente el turno para ser inoculadas. Se creía que la epidemia estaba para siempre vencida. Los hechos han suministrado después datos importantísimos favorables a Ferrán, y de entre el inmenso número de inoculados solo se citan dos en los cuales la inoculación no resultó eficaz. Murieron; pero se asegura que es cosa probada que ya estaban atacados del verdadero cólera antes de sufrir la inyección del atenuado.

Imposible afirmar nada terminante hasta que no pase algún tiempo.

Si el cólera se propaga, como parece desgraciadamente cierto, hemos de salir de esta epidemia con la convicción de que se ha encontrado su remedio o con un desengaño más. La prueba va a ser ahora terminante.

Pero, como cada día son menos los que dudan y aumenta considerablemente el número de los creyentes en esta buena nueva, debemos esperar que triunfe al cabo la perseverante inteligencia del experimentador que ha consagrado a tan grave problema toda su vida y su actividad.

***

Pero preciso es confesarlo, hay personas que aún demostrada la eficacia de la vacuna del cólera, repugnan emplearla. El remedio, dicen, es, si no peor, casi tan malo como la enfermedad. Si este sistema profiláctico se extiende a todos los males de carácter infeccioso, y se descubre el *bacillus* del tifus, de la fiebre amarilla, del antrax. etc. vamos a llevar en nuestro cuerpo un archivo patológico.

Es imposible que la naturaleza humana soporte sin daño evidente la injerencia de estos distintos parásitos; es imposible que seamos un campo donde pasten esos voraces rebaños, sin que nuestro organismo sufra la influencia devastadora de tales seres. A esto se añade que la misma variolización, tan bien reputada hasta ahora, y autorizada por su experiencia, empieza a tener enemigos en eminencias científicas de Inglaterra y Alemania.

La injerencia de enfermedades atenuadas, dicen estos, no puede ser nunca provechosa. Si en multitud de casos puede ser útil en la vida individual, es a todas luces perniciosa en la vida general. Va destruyendo el vigor de la raza y predisponiéndola al fin y a la postre para ser más accesible a todas las perturbaciones patológicas y a la muerte. Si a la viruela profiláctica añadimos el cólera profiláctico, y tras este la rabia, el carbunclo y las fiebres palúdicas, nos preservaremos quizás por el momento, pero destruiremos nuestro organismo y abreviaremos sin género de duda la vida media.

Ninguna enfermedad, aunque sea curada, pasa por el organismo sin dejar en él rastros profundos. Si artificialmente nos propinamos todas las enfermedades, repitiendo la

ingestión cada vez que una epidemia amenaza la localidad en que vivimos, resultará una inmunidad de muy poco provecho, porque *reventaremos de puro vacunados*.

Esto dicen muchos. Si tienen o no razón, no lo sé. Es la lógica del sentido común aplicada a estos problemas científicos que tan alborotado traen el campo de la ciencia. Dudo que el sentido común baste a iluminar por completo estas cuestiones, pero es siempre una luz que no debe apagarse, allí donde contienden todas las teorías y los experimentos más ingeniosos para buscar la verdad.

***

Como pasa siempre en épocas en que el sentimiento popular está muy excitado, las supersticiones y consejas hacen grandes estragos en los entendimientos ineducados de los pobres aldeanos de Levante. Corre hoy por la provincia de Valencia una conseja que he de referir porque es muy interesante y marca muy bien el estado de los ánimos. El hecho, llamémosle así, se cuenta del modo siguiente: iban por un camino dos carreteros. De improviso se acerca al que marchaba delante una viejecita andrajosa, y además de pedirle limosna, le suplica la lleve en su carro hasta la población próxima.

El carretero le contesta, en el pintoresco y brutal estilo de la clase, que se vaya muy enhoramala y que él no tiene su carro para transportar viejas feas e impertinentes. Acude entonces la anciana al otro, el cual más humano que su compañero acoge a la mendiga y la lleva un buen trecho en su vehículo. Al despedirse, la mujer aquella, que parece ser sibila, profetisa o cosa tal, dice con acento solemne: "Morirá mucha gente y la epidemia será espantosa. Solo se salvará el que se persigne con el aceite de la lámpara de la virgen del Puig". Pasmado oyó el carretero aquellas palabras, y entonces la viejecita señaló al bár-baro que iba delante y dijo: "¿Ves a tu compañero? Pues ahora mismo morirá por habermenegado el socorro que le pedí".

Y dicho esto, la anciana desapareció y el carretero inhumano reventó como una bomba entre el estupor de las personas que acudieron horrorizadas a presenciar el milagro. No hay que decir, la mujer aquella resultó ser la propia virgen del Puig, quien quiso, por muy extraña y maravillosa manera, demostrar que protege a los que la veneran y castiga cruelmente a los pillos que no le hacen caso. Desde aquel día la peregrinación al Puig ha tomado proporciones considerables. Acuden de todos los pueblos de la provincia a persignarse con el maravilloso aceite, y por fin este ha venido a ser, según dicen, un artículo de comercio en la misma ciudad de Valencia.

La superstición religiosa hace siempre un gran papel en todas las calamidades públicas. Imposible que esta manera singular de ver las cosas se corrija mientras la instrucción popular no sea muy distinta de lo que es actualmente. A los que tal creen, ya pueden todas las academias del mundo explicarles las teorías del *bacillus coma* y del *peronospora Ferrani*. Sostendrán que son invenciones de los médicos, para disimular su ignorancia, y que el verdadero específico está en las lámparas de la virgen del Puig.

***

Madrid no podía escapar al pánico general despertado por la epidemia. Desde hace ocho días tenemos nuestros casos correspondientes, seguidos de las indispensables precauciones. Las circunstancias especialísimas en que estos casos se producen y la poca gravedad de la mayor parte de ellos, hacen creer que el cólera que hoy tenemos es puramente oficial. Es opinión general que todo se reduce a los casos anuales del llamado cólico de Madrid, producido por el uso inmoderado de las frutas y hortalizas tempranas y el abuso de las bebidas refrescantes, producido por los estímulos del excesivo calor que aquí se siente en esta época del año. Entre las precauciones, las hay tan cómicas, como las refe- rentes al "aseo de los perros" y otras completamente dictatoriales, como el saneamiento forzoso de las viviendas pobres. Esto último no nos parece mal, y debiera ser sistemático, verificándose todos los años a la entrada del estío.

Los medrosos, que son los más, alborotan a los tranquilos, y los que poseen el más eficaz de los remedios profilácticos, que es el dinero, se ponen en cura radical, marchándose a escape, decididos a no volver.

Estos tales se muestran igualmente incrédulos ante las inoculaciones de Ferrán y ante el aceite milagroso de la consabida lámpara. Optan por el grande y bien probado específico de la distancia, poniendo toda la posible entre sus cuerpos y el foco epidémico. Hay otros muchos individuos que, teniendo un temperamento flemático, se están muy tranquilos en sus casas y consideran que la peor de las calamidades es ser sorprendido por cualquier enfermedad en el numerado aposento de una fonda buena o mala. Uno de estos se mostraba, en los últimos días, contrario a la emigración y sostenía que los efectos del cólera no son tan mortíferos como la mayoría de las gentes da en suponer. "Yo salí de Madrid —decía— durante las terribles invasiones del 34, del 55 y del 65, y cuando regresé, pasada la racha, me encontré a todas las personas que me cargaban. Ni una sola se había muerto".

Como el gobierno se ha erigido en guardián de la salud pública, a los ministeriales les sabe muy mal que se quite importancias a la epidemia reinante. Para ellos es buena noticia que menudeen los casos, porque así la naturaleza viene a comprobar las opiniones coléricas del señor ministro de la Gobernación[5] y a justificar sus extrañas, minuciosas y omnímodas precauciones. Toda la gente de oposición no ve en los casos sino enfermedades comunes, y un comodín para poner en juego mil resortes gubernamentales que ayudan al gabinete para contener la ruina que lo amenaza.

El gobierno se defiende de su propia destrucción con toda esta marimorena de los lazaretos y de las fumigaciones. La higiene, que Letamendi llama *medicina política,* viene a ser uno de tantos recursos para *ir tirando* y entretener a las fuerzas que lo combaten.

La actividad febril que despliegan los funcionarios más allegados al señor ministro de la Gobernación, sería de eficaces resultados metódicamente dirigida. Nunca hemos visto aquí un furor de limpieza semejante, ni un rigor más inflexible para hacer cumplir ciertas prescripciones municipales que atañen a la salud pública. Lo malo es que lo que hoy se dispone y se hace no se haya hecho siempre, porque entonces viviríamos en el mejor y

5 Lo era en estas fechas Francisco Romero Robledo.

más higiénico de los mundos posibles. ¡Dios quiera qué no tengamos más cólera que el oficial, y que las medidas sanitarias del señor ministro no sirvan más que para proporcionar a este satisfacciones del amor propio, e inspirarle la convicción de que le debemos una inmunidad tan maravillosa como la que proporciona el aceite de la santa imagen del Puig!

B. PÉREZ GALDÓS

40
LP, 19/7/1885

SUMARIO: La *Gaceta* declara el cólera en Madrid —No hay motivos para esta declaración —Impopularidad para el gobierno —Versiones vulgares acerca de las nuevas medidas sanitarias —Agitación en Madrid —Actitud del comercio —Manifestación de los comerciantes —Aspecto alegre de la capital —Las corridas de toros —Decadencia del toreo y considerable incremento de la afición a esta fiesta —Subida de precios cuando el espectáculo vale menos —El toreo como lidia y como espectáculo —Belleza indudable de este —Diversidad de opiniones con respecto a la fiesta nacional —Su evidente originalidad y carácter castizo —Elementos pintorescos del toreo que aseguran su duración —Viaje del rey Alfonso a Murcia —El pro y el contra de esta determinación —Aspecto personal y aspecto político del problema —Ejemplo del rey Humberto —Dificultades gravísimas que llevan consigo en España los peligros personales del Jefe del Estado —El señor Romero Robledo también va a Murcia.

Madrid, 19 de junio de 1885.

Señor Director:

En estos días nuestra capital se halla agitada por una cuestión importante que apasiona todos los ánimos. ¿Hay cólera aquí? El gobierno dice que lo hay, y lo sostiene en las columnas de ese evangelio oficial que se llama la *Gaceta*; y el vecindario en masa sostiene que no lo hay. Los tres, cuatro o cinco casos que aparecen diariamente consignados en la estadística sanitaria, son calificados por el vulgo de insolaciones, tisis senil o tal vez de dolencias de carácter *filoxérico*. (No sé si mis lectores de Buenos Aires darán a este término la significación que aquí le da el vulgo). Se llama *filoxera*, hablando de personas, a ese estado particular en que se ponen los que beben demasiado.[1] También muchos de los casos coléricos de estos días se atribuyen a inanición, por lo cual ha habido enfermos que han reaccionado fácilmente solo con que les convidaran a almorzar. Para estos las chuletas han sido de una eficacia probada.

Este empeño del gobierno en que ha de haber cólera en Madrid y la tenacidad del vecindario rebelándose contra la epidemia gubernativa es de lo más extraño que he visto en mi vida. En ocasiones análogas los gobiernos españoles, como los gobiernos de todos los países del mundo, han tenido empeño en quitar la importancia al mal, disimulando su gra-

1 Definición humorística, ya que la *filoxera* es una enfermedad de la vid.

vedad y mermando en lo posible el número de casos. Mas ahora ocurre todo lo contrario: tiene el gobierno a gala el meter miedo, y sin duda obtiene no sé qué oscuras y misteriosas ventajas de la zozobra en que viven los madrileños.

He aquí la explicación que da el vulgo a esta singularísima manía de declararnos *epidemizados*. Cuando el cólera empezó a arreciar en la provincia de Murcia, llegando a producir hasta doscientas invasiones diarias o más, el rey Alfonso manifestó deseos de ir a visitar a la desgraciada ciudad del Segura para socorrer directamente a sus afligidos habitantes y aliviar en lo posible su situación lastimosa.

Esto supo muy mal a algunos individuos del gabinete y ya sea por no exponer a los peligros de la epidemia la persona del rey, ya por no exponer la propia, pues era su obligación acompañar al soberano, discurrieron *hacer cólera* en Madrid para apoyar en él el argumento contrario al viaje del monarca. Cuentan que el señor Romero Robledo tiene mucho miedo y que a él se debe esta habilidosa estratagema. "¿Para qué va el rey a Murcia —dice el gobierno— si lo tenemos en Madrid, y aquí puede su majestad ejercer cuando quiera las funciones paternales y caritativas que le competen en estos casos como cabeza de la nación?". Pero el cólera de Madrid no da juego; es decir, no resulta epidemia. Es simplemente una diátesis[2] estacional determinada por la dolencia que en medicina se llama cólico de Madrid, y que proviene del abuso de las primeras frutas y de los fuertes calores del estío. Pero ocurre la particularidad de que en el presente año los tales cólicos ocurren en menor números que otros años, sin duda porque la población se halla en mejores condiciones higiénicas y porque el consumo de frutas es bastante menor que en otras épocas.

Los rarísimos casos calificados tímidamente por algunos médicos de cólera morbo asiático, han recaído en individuos procedentes de Murcia y Valencia, y aunque el origen parece confirmar el triste diagnóstico, los facultativos no están de acuerdo respecto a la naturaleza del mal.

Es, pues, arbitraria, torpísima y absurda la declaración de la *Gaceta,* cualesquiera que sean sus móviles, y nos inclinamos a suponer falsa, por respeto a los poderes constituidos, la versión vulgar que he indicado más arriba.

***

De la declaración del cólera en la *Gaceta* se deriva un plan completo de precauciones que a veces rayan en lo ridículo. Todos los días ocurre un motivo más o menos cómico en las plazas de mercado, y las verduleras se sublevan contra la policía desinfectadora al grito de "no queremos polvos".

Ya son las cigarreras de la fábrica de tabacos las que se resisten a ser fumigadas y rociadas con ácido fénico, y por fin el pueblo español, cediendo a sus naturales instintos, concluye por tomar a broma esto de la epidemia, que bien podría llegar a ser muy seria.

A la zozobra que hace días inquietaba a los habitantes de esta villa, ha sucedido una confianza tal, que cuando se habla de casos nadie cree en ellos, y todo se vuelve poner

2 Predisposición orgánica a contraer una determinada enfermedad.

al gobierno como ropa de pascuas y echarle la culpa de los males que la epidemia oficial ocasiona al comercio y la industria.

Y que este descontento traerá malas consecuencias, lo prueba la actitud del comercio madrileño, representado por el Círculo de la Unión Mercantil. La declaración de cólera lastima de tal modo los intereses de tan respetable clase, que han discurrido manifestar su desagrado de un modo pacífico o impotente. Mañana 20 es el día destinado para este acto que sin duda tendrá gran resonancia y quizás consecuencias de consideración. Se cerrarán todas las tiendas de Madrid, y las clases comerciales se dirigirán pacíficamente al Palacio de la representación nacional[3] a exponer sus agravios. Una comisión de comerciantes visitará con el mismo objeto al rey.

Entretanto que este acto se prepara, la Villa y Corte no pierde su constante aspecto de animación y alegría. Los teatros de verano están concurridísimos; los paseos rebosan de gente, y siempre que hay de toros, lo que acontece dos veces por semana, se aglomeran trece o catorce mil personas en las localidades de la plaza. Y no reina ciertamente la sobriedad en esta fiesta. A más de los excesos de palabra que allí se cometen, además de las sofoquinas que trae consigo el trágico y pintoresco espectáculo de la lidia, son frecuentísimas las *filoxeras* y otros abusos gastronómicos dentro de la Plaza y al salir de ella.

La estadística sanitaria de todas las épocas acusa un gran recrudecimiento de enfermedades varias en los días que siguen a las corridas de toros. El libro de entradas del Hospital General marca las fechas de las fiestas tauromáquicas casi tan claramente como los abigarrados cartelones que se fijan en las esquinas.

***

Aprovecho esta coyuntura que ahora se me presenta para decir algo acerca de las corridas de toros y de la debatida cuestión de si deben suprimirse o no.

Ante todo conviene hacer constar que lejos de disminuir la afición de los españoles a esta fiesta, aumenta o parece aumentar de día en día. Y lo más particular es que el entusiasmo taurómaco crece a medida que escasean los diestros y degenera la poderosa raza de toros bravos. Cada día es menor el número de matadores, y su habilidad en el llamado arte parece más dudosa. Las antiguas ganaderías no dan ya aquellas tremendas fieras de otros tiempos. Hoy se lidian bueyes más o menos valientes, pero el gran toro tradicional va desapareciendo rápidamente, según aseguran los que de estas cosas entienden.

La degeneración de los lidiadores es más evidente aún; apenas hay dos o tres que merezcan el nombre de matadores, y sin embargo ganan mucho más dinero del que ganaron en los tiempos clásicos los famosos maestros Pedro Romero, Montes, *Pepe Hillo* y otros.

3 Es decir, 'al palacio del Congreso'.

También los toros valen hoy mucho más que antes, y por un Veragua, un Miura o un Aleas,[4] se paga doble o triple de lo que se pagaba por sus antecesores en los tiempos de Carlos IV y Fernando VII.

De esta subida en el precio de los elementos principales del toreo se desprende naturalmente la subida del precio de las localidades de la plaza. Hoy cuestan los asientos cuatro o cinco veces más que costaban cuando las corridas eran admirable muestra de la destreza del hombre y del poder de una fiera.

Pues bien, siendo los toros malos, los toreros peores y el espectáculo infinitamente más caro, la afición del público aumenta de año en año. Ya puede el empresario poner los precios que quiera; siempre tiene la seguridad de que los billetes serán disputados a empellones. Se hablan mil pestes de los empresarios, de las ganaderías y de los diestros; pero el público acude siempre en grandes y siempre afanadas masas.

Sucede con los toros como con la ópera. Cuando parece que se extingue la raza de los grandes cantantes y no existe ningún compositor de genio que escriba óperas notables, la afición aumenta desafiando las escandalosas subidas de precios.

Hace veinticinco años costaba muy poco dinero oír a la Penco, a la Grissi, a la Trezzolini, a Mario Tamberlick y a Francini.[5] Hoy se paga cinco veces más por oír artistas que valen mucho menos. Salvo una media docena de cantantes que se hacen pagar fabulosamente sus gorgoritos, todo el personal de ópera se compone de *partiquinos más o menos tolerables*.[6] Y no obstante cuesta un ojo de la cara el oírles.

La situación es la misma (si así puede decirse) en el arte, bastante menos noble, del toreo. *Partiquinos* que cobran un sentido por hacerlo muy mal, y ganaderías degeneradas que debieran criar sus reses para carne.

***

Equivocáronse de medio a medio, los que veinte o treinta años ha, profetizaron que el toreo se extinguiría por sí mismo. Entonces era moda hablar muy mal de este espectáculo y suponerlo origen de infinitos males. Los enemigos de los toros hacían propaganda para que se prohibieran las corridas, y desconfiando de poderlo conseguir, esperaban que la afición disminuiría, y que la fiesta popular española moriría por consunción. ¡Qué error tan grande!

En este periodo de tiempo hemos visto que la plaza antigua era sustituida por otra mucho mayor;[7] y si se diera permiso para ello, es evidente que no faltarían en Madrid empresas particulares que construyeran una o dos plazas más. Es que, aparte de las emociones

4 Ganaderías de toros de lidia. Los *Veragua*, criados en Utrera, pertenecieron a los duques del mismo nombre desde 1835 hasta 1928. Los *Miura* se crían en Lora del Río (Sevilla) desde 1842. Los *Aleas*, criados en la sierra de Madrid, fueron la ganadería más antigua, anterior a 1800.

5 Grandes sopranos y tenores del periodo del *bel canto* romántico.

6 *partiquinos*: 'cantantes de ópera que ejecutan una parte breve o de escasa importancia'. Aquí utilizado por extensión como `cantantes de poca importancia'.

7 Entre 1749 y 1874, la plaza de toros de Madrid fue la de la Puerta de Alcalá, sustituida por la plaza de toros de Fuente del Berro, instalación que a su vez sería relevada por la Monumental de las Ventas en 1934.

de la lidia, existen las emociones del espectáculo, y el pueblo español tiene profundamente arraigada en su alma la necesidad de estas emociones.

Dos cosas hay en las corridas: la lidia y el espectáculo. En la primera los profanos, entre los cuales me cuento, se divierten poco; carecen de criterio para juzgar las suertes y se sienten desagradablemente impresionados por el sangriento cuadro de la muerte de los indefensos caballos. Pero el espectáculo ofrece encantos a que nadie que tenga ojos, puede permanecer insensible.

La inmensa y variada muchedumbre, la anchura del circo, los magníficos trajes de los lidiadores, la belleza imponente del toro y por fin, el movimiento y animación de los distintos lances de la corrida ofrecen un conjunto tan pintoresco y hermoso que difícilmente se hará cargo de él quien no lo haya visto.

En la lidia hay lances verdaderamente feroces, otros enteramente rastreros e innobles. Si la suerte de caballos fuera cambiada por otra menos repugnante; si no viéramos a los soeces gandules que llaman *monosabios*,[8] apaleando al infeliz animal reventado para que se levante y se ponga otra vez delante de la fiera, la lidia sería tan bella quizás como el espectáculo y tendría más partidarios aún de los que tiene. En tal caso habría menos motivo para pensar en la abolición de las corridas como determinación civilizadora. En pro de los toros habla siempre el hecho indudable de que es la única originalidad profunda y castiza que conservamos.

En medio de este trabajo de nivelación general, cuando hemos asistido a la desaparición de nuestros trajes, de nuestras costumbres, cuando nuestra literatura misma no nos ofrece caracteres absolutos de españolismo, es imposible dejar de volver los ojos a una fiesta que por sus elementos y todas las circunstancias que en ella concurren, no tiene semejanza en parte alguna.

Ni aun siquiera se ha dado el caso de que los extranjeros nos la copien e imiten como nosotros hemos imitado y copiado el *sport* inglés, las *kermesas* alemanas, tomando a los italianos la ópera y a los franceses mil cosas de la vida común.

Los toros son inimitables, incopiables o intraducibles. De los Pirineos para allá no existen ni pueden existir, salvo las contadas manifestaciones taurófilas del mediodía de Francia, que en rigor son caricaturas del verdadero toreo.

***

La fiesta nacional, como el elemento pintoresco es asimismo inagotable. Inspira a nuestros artistas y también a los extranjeros, que cuando se dejan caer por acá, la interpretan a su manera, falseando los tipos casi siempre.

Esto prueba la grandísima originalidad del espectáculo y su españolismo rancio, profundo, intraducible. Subsistirán, pues, las corridas de toros, mientras exista en el alma española este anhelo de lo pintoresco, del espectáculo brillante y movido, esta apreciación del color y esta propensión a la alegría estrepitosa. Y subsistirán aunque se extinga la raza

8 'ayudantes de los picadores', término taurino.

de toreros valientes y entendidos, y la casta de toros bravos. Cuando la degeneración de ambas estirpes sea irremediable, se lidiarán bueyes o becerros; las suertes serán cualquier cosa, y el último de los chulos hará lo que hoy hacen *Frascuelo*, y *Lagartijo*.

Pero como quiera que sea, siempre se agolpará el público en la plaza ávido de aquella libertad omnímoda, anhelando gritar, reír, vociferar y embriagarse con el regocijo que desprende de su inmenso ámbito la plaza.

Muchísimos años, siglos tal vez, han de pasar antes de que esto se modifique, y yo dudo mucho que pueda llegar un tiempo, ni aun suponiéndolo muy lejano, en que los madrileños gusten de irse los domingos por la tarde a filosofar en los parques, o a gustar en praderas y bosques los placeres puros de la rusticación.[9] Parodiando una frase célebre, se puede decir, que el día que no haya toros, los españoles tendrán que inventarlos.

El día en que, por la degeneración de la raza bovina, no haya ningún individuo de ella que quiera embestir, se inventarán las corridas de carneros, machos cabríos o algún otro bicho más o menos cornúpeto. Los que gastan tinta y saliva en abominar de la tauromaquia están tocando el violón a toda orquesta, como se suele decir, porque declaman estérilmente contra un apetito, contra una pasión que está en el fondo mismo del carácter nacional.

***

De la noche a la mañana ha surgido una cuestión grave que se roza con lo sanitario y con lo político. El viaje del rey a Murcia, de que hablé al principio de esta carta, va a ser un hecho conforme ha manifestado resueltamente don Alfonso en el Consejo de ministros de ayer. Tal era el tema de todas las conversaciones anoche, y continúa siéndolo hoy. Los ministros se oponen con tenacidad, el rey insiste y probablemente el rey triunfará y el viaje será un hecho. Lo peliagudo de esta cuestión consiste en que el gobierno está en el deber de oponerse a los deseos de su majestad, y de la divergencia entre el rey y su gobierno no puede resultar una crisis constitucional porque el acto del soberano está inspirado en los móviles más generosos. Es temerario y digno de loa. No hay más remedio que aplaudirlo y contrariarlo, de donde resulta una situación tirantísima para las personas que por razón de su cargo están llamadas a aconsejar todos los actos del monarca con arreglo a la letra de la Constitución.

Y el estado de los ánimos es tal en Madrid, que Alfonso XII perdería mucho en el concepto público si desistiese de su temerario propósito. Se ha arraigado de tal modo en la conciencia pública la idea de que la declaración del cólera en Madrid obedecía a la idea de impedir el viaje del rey que, ahora, para desvanecer tan malas impresiones, es indispensable que la excursión se realice.

Los ministros a quienes se acusaba (creo que sin motivo) de medrosos, no tienen ahora más remedio que hacer de tripas corazón y acompañar a su soberano al suelo infestado donde ocurren diariamente doscientas invasiones y ochenta o noventa defunciones. La desatentada política sanitaria del gobierno ha puesto las cosas en el estado que hoy las

9 *rusticación*: 'acción de salir al campo por distracción o recreo'.

vemos, haciendo y deshaciendo cólera a su antojo, encubriéndolo cuando le convenía, y dándole proporciones cuando así cuadraba a su interés.

El público se complace extraordinariamente en suponer al señor Romero Robledo camino de Murcia, y aunque nadie desea verle atacado, todos gozarían un tantico viéndole sufrir con paciencia, al regresar de su expedición, las increíbles molestias de lazaretos, fumigaciones y desinfecciones con que él está poniendo a prueba, desde hace dos años, la paciencia del país.

En cuanto al rey, su viaje a la provincia infestada tiene dos aspectos, el personal y el político. En el primero, todos los elogios son pocos. Cuando las personas acomodadas huyen del foco de la epidemia, él acude allá; cuando el pánico cunde y las familias se disgregan, y los más allegados a un enfermo le abandonan, poseídos de invencible terror, la persona más alta de la nación, que no tiene ni puede tener relaciones personales con ninguno de sus súbditos, se dispone a consumar un acto de abnegación al cual no está obligado, ni aun moralmente, por ninguna ley. La persona colocada en el trono en medio de esplendores que parecen impropios de nuestra época, disfrutando esas comodidades suntuarias que tanto envidian los humildes desconociendo las amarguras del oficio de rey, esa persona que parece más alta que los demás y a quien se respeta por tradición, ya que no por sentimiento, abandona su hogar y se lanza en busca de un gran peligro, deseando aliviar la suerte de los desgraciados murcianos, repartirles socorros, darles ánimos y levantar el espíritu público en aquella provincia tan duramente azotada. ¡Buena lección para las familias aristocráticas que han huido de Madrid impulsadas por el miedo, apenas supieron que había casos de cólera a cien leguas de esta capital! ¡Buena lección para esa muchedumbre egoísta, que no piensa más que en su bienestar, y ve con calma como se añaden a los males de la epidemia los del hambre ocasionada por la deserción de las clases pudientes!

Convengamos en que el oficio de rey es en nuestros tiempos un poco duro, y que esa alta posición rodeada de esplendores y de boato puede, en ciertos casos, resultar inferior a la oscura medianía de los que con menos goces que satisfacer, tienen también menos deberes que cumplir.

Bajo el aspecto político, la cuestión del viaje es muy distinta. En todo país monárquico, aun en aquellos en que la sucesión a la corona no ofrece ni puede ofrecer dificultades, la vida del soberano es de grandísima importancia. En España, donde la sucesión a la corona es la caja de Pandora que, abierta, echa de si todos los males posibles, la vida del soberano tiene un valor incalculable. Los monárquicos más fervientes no se hacen ya ilusiones respecto a las consecuencias de una desgracia de Alfonso XII. Pocos, muy pocos son los que creen que el problema de la sucesión se resolvería pacíficamente con arregloa lo que dispone la Constitución escrita. La muerte del rey sería la señal de la conflagración, y el problema dinástico se confundiría con el problema de forma de gobierno para hacer más pavorosa la situación del país. Porque las instituciones a cuya sombra vivimos con mayor o menor holgura están aquí, como suelo decirse, prendidas con alfileres, y si el trono queda vacante, o lo que os lo mismo, si el alfiler se cae, sabe Dios lo que sucedería. Por de pronto veríamos surgir de nuevo con sus estúpidas pretensiones el bando

carlista, y la guerra civil y los cantonales y todas las insensateces que bullen en el fondo de nuestra sociedad.[10]

Véase, pues, cuán delicada cuestión es esta y qué males podría ocasionar la generosa temeridad del rey, si ocurriese una desgracia. El ejemplo del rey Humberto,[11] que citan los partidarios del viaje, no tiene fuerza, porque en Italia la institución monárquica tiene más solidez que aquí. La sucesión masculina está allí asegurada, y el principio de unidad, alma de Italia, va unido con indisoluble lazo a la dinastía de Saboya. Allí no hay carlismo ni cosa que lo valga. La pérdida del rey, si por desgracia hubiese sido atacado en Nápoles, habría sido un duelo inmenso para el país, pero sin consecuencias en su suerte ulterior.

En España no ocurre lo mismo, como comprenderán los que conozcan medianamente este país. Aquí vivimos en perpetuo estado de incandescencia; como los terrenos geológicos que están en vías de formación, y no se han solidificado todavía.

Los ministros cumplen con su deber aconsejando al monarca que no se mueva de Madrid, y haciendo los mayores esfuerzos por impedir el viaje. Pero este se realizará, según de público se dice, con la aquiescencia del ministerio o sin ella. Dicen que en cuanto el rey vuelva, se planteará la crisis y así parece natural, porque el viaje regio al país infectado es condenación palmaria de la política sanitaria que viene practicando el señor Romero Robledo desde el año pasado. La situación de este señor no puede ser más desairada, y para colmo de desdicha, se ve obligado a acompañar al rey en su peligrosísimo viaje.

Si es cierto, como la gente dice, que tiene mucho miedo, es realmente digno de lástima. Pero doy poco crédito a esto del miedo de Romero Robledo, y lo tengo por invención malévola de sus muchos enemigos. Y en resumidas cuentas, tenga miedo o no él sabrá cumplir con su deber y ponerse en el lugar que las circunstancias le exigen.

En mi próxima carta, daré cuenta de los sucesos que han de sobrevenir, los cuales, o me engaño mucho, o serán en extremo interesantes.

B. PÉREZ GALDÓS

41
LP, 31/7/1885

SUMARIO: Los sucesos del 20 de junio —Las tiendas cerradas —Tumultos —La dimisión del gobierno —Proyectado viaje del rey a Murcia —Retira el gobierno su dimisión y se suspende el viaje —Debates parlamentarios —El presidente del Consejo y el ministro de la Gobernación van a Murcia —Precauciones razonables que toman —Representación del comercio de Madrid a su majestad el rey —Descontento —El cólera en las provincias de Levante —En Aranjuez y Ciempozuelos —El sacristán del Puig —Las inyecciones del

10 *cantonales*: 'republicanos federales', así llamados en recuerdo del intento de repartición cantonal del país durante la I República.

11 Humberto I de Saboya visitó a los afectados de cólera en Nápoles en 1884.

doctor Maestre —Sus componentes —Abnegación del representante del Uruguay—Crisis comercial —Fracaso de los tratados de comercio.

Madrid, 4 de julio del 1885.

Señor Director:

Concluí mi carta anterior augurando sucesos dignos de ser contados, con motivo de la manifestación del comercio madrileño. No me equivoqué, y el 20 de junio resulto ser un día célebre que no olvidarán fácilmente los ministros conservadores ni otras personas muy elevadas.

El motivo del disgusto de la clase comercial, fue la declaración extemporánea, prematura y nunca satisfactoriamente explicada, del *cólera morbus* en Madrid, y la manera de expresarlo consistió en cerrar un día dado todas las tiendas de esta capital. Al propósito de los tenderos se agregó el de los dueños de cafés y tabernas, y cumplido el acuerdo sin excepción alguna, vimos a Madrid en el más extraño y desusado aspecto que es posible imaginar en esta población. Porque las tiendas cerradas, se ven los domingos y días festivos, pero jamás en lo que lleva de existencia, se ha visto Madrid sin cafés y sin tabernas.

Y este fenómeno, dando a la Corte un aspecto de tristeza y desolación tan contrario a su temperamento constante, no podía menos de producir hondísimo trastorno en el vecindario. A muchos habitantes de esta villa debió parecerles que se acababa el mundo o que alguna perturbación grave ocurría en nuestro planeta. Otros debieron de padecer horribles nostalgias.

Muchos vagaban por las calles, observando los lúgubres bastidores de las puertas cerradas, mirando los letreros de los escaparates, parecidos a nichos de cementerios, y las chapas metálicas que cubren los huecos de las puertas de los establecimientos comerciales.

El contingente de desocupados de la Puerta del Sol aumentó de un modo tan extraordinario, que la guardia civil de a caballo tuvo que recomendar, con no muy suaves modos, que se fuera cada uno a su casa. Como las tiendas de comestibles se cerraron también a piedra y barro, los bebedores de café y de vino no hallaron medio de suplir con libaciones caseras la privación fuertísima a que la clausura les obligaba.

Si la cosa hubiera durado tres días, creo que alguien habría intentado abrir a hachazos las cerradas puertas del Imperial y el Suizo. Felizmente este eclipse total tabernario y cafetero solo duró el 20 día y noche; y el 21, los establecimientos recibieron de nuevo a sus parroquianos. Mas por la noche del 20, la multitud que invadía las calles, compuesta de ociosos y de curiosos sufrió varias embestidas del cuerpo de la policía.

Un gobernador antipático[1] quiso demostrar en aquella ocasión energías de todo punto intempestivas, y hubo sustos, carreras, sablazos, y apabullos, magulladuras, bofetadas, estrujones y por fin dos muertos. Dióse el nombre de motín a este barullo, y el gobierno declaró que todo era obra de la pícara revolución. Cuentan que se publicaron proclamas, que se oyeron gritos sediciosos, y el gobernador decoró las esquinas con un bando altisonante en que estampaba las frases de amenaza y cólera que son propias del caso.

1 Raimundo Fernández Villaverde.

Pero, en mi humilde opinión, los pruritos revolucionarios y las proclamas y los intentos sediciosos solo estaban en la acalorada fantasía del señor Villaverde, que ya vio estas cosas y otras igualmente tremendas en el alboroto de los estudiantes allá por noviembre del último.[2] Hay hombres predestinados a encontrarse la revolución a la vuelta de cada esquina, y uno de estos es el señor Villaverde, a quien se le antojan los dedos demagogos.

La verdadera causa del motín fue una ley física, la impenetrabilidad, por la cual dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar, y como la multitud llenaba la Puerta del Sol y querían los curiosos ocuparla también, no quedaba hueco para los agentes de Orden Público y la Guardia Civil; de donde vino la "lucha por el espacio", los más fuertes expulsaron a los más débiles, y al vaciarse la plaza por sus avenidas, flaquearon muchas piernas, y fueron molidas y contusas innumerables costillas.

A todo esto corría por Madrid la noticia de la dimisión del ministerio; el presidente de la Cámara y el jefe del partido liberal son llamados a Palacio.[3] El rey les pedía consejo para la resolución de la crisis. Expectación en las masas aburridas. La palabra *crisis* no suena nunca en Madrid como otra palabra cualquiera. Siempre hay alguien en quien produce escalofríos de desesperación, y alguien a quien infunde alientos de esperanza. La crisis es cambio de ministerio, de partido y de postura. Suele traer consigo la renovación de todo el personal administrativo, y por tal motivo sus efectos pueden ser contrarios en los distintos individuos que componen nuestra sociedad. He dicho cambio de postura, porque la crisis es como cuando un enfermo se cansa de dormitar de un lado y se vuelve del otro. Suele resultar que de todas maneras está mal, lo que no impide que busque nuevas y extrañas posiciones en expectativa de un alivio que no llega jamás.

Pero veamos qué crisis es esta y en qué se funda. La razón que da el Presidente del Consejo para marcharse a su casa es un desacuerdo entre el gobierno y la Corona, y este desacuerdo no lo motiva ninguna cuestión política y constitucional, sino el deseo manifestado por el rey de ir a Murcia,[4] y el gobierno se opone resueltamente a este temerario viaje. Es la primera vez que un intento semejante, tan honroso para quien lo siente, produce una crisis ministerial, y en verdad que la cuestión es delicada. Si un partido abandona el poder por no creer conveniente un acto determinado del Jefe del Estado, ¿quién se atreverá a sucederle cuando lo primero que tiene que hacer es aconsejar y autorizar aquel mismo acto? ¿Y quién es el guapo que se atreve a decir al rey que no debe ir a Murcia, donde la epidemia reinante hace horribles estragos? Por esta consideración, se creía que el señor Cánovas, al plantear la crisis en términos tan desusados, tenía ganada la partida, y asegurada para sí la sucesión de sí mismo. Así fue en efecto. El 22 supimos con sorpresa que ya no había crisis, que el rey no iba a Murcia, y que el gobierno continuaba tal como estaba constituido.

Justo es consignar que la noticia de la suspensión del viaje regio produjo un efecto doblemente desagradable. En primer lugar, pérdida de prestigio para el rey, pues en estos pueblos meridionales e imaginativos la temeridad encuentra siempre simpatías y el atre-

2 Véanse 27 y 28.

3 El conde de Toreno y Sagasta respectivamente.

4 Véase la Carta anterior.

vido y arrojado, cualesquiera que sean sus móviles, es siempre puesto por encima del que tiene por guía la cordura y la prudencia. Virtudes son estas que el pueblo español ha tenido y tiene en poco.

El segundo efecto desagradable de la solución de la crisis ha consistido en ver que continuaba el gabinete del señor Cánovas, recayendo principalmente las antipatías en el señor Romero Robledo, cuyas campañas sanitarias han sido objeto de picantes burlas y de sátiras sin fin.

Los más exaltados sostenían que la crisis era una pura comedia, representada con el exclusivo objeto de evitar ese temido viaje a Murcia, más temido por los ministros que por el rey. Otros veían con pena que se apartaba al soberano de una empresa que habría reverdecido la popularidad un tanto mustia en esta última época, y por fin, todos, a excepción de los que ocupan el poder, tachaban a la situación de desatentada e imprevisora.

***

Los grandes debates que siguieron a la crisis no han puesto bien en claro los móviles de ella, ni el velado pensamiento del señor Cánovas. Defendióse éste, con su flexible ingenio y los pasmosos recursos de su elocuencia, de los redoblados ataques de sus adversarios. Llevó la cuestión al terreno en que mejor se defiende que es el de las recriminaciones a la revolución y hablando pestes de la democracia y sentenciando su absoluto divorcio de la monarquía, procuró dominar el tumulto parlamentario. Esto de la incompatibilidad entre la democracia y la monarquía es una de las armas que con menos fortuna ha manejado la mano habilísima del presidente del Consejo, pues con ella se hiere sin quererlo cada vez que la esgrime. Fresca está en la memoria de todos la insistencia y hasta el entusiasmo con que los conservadores protegieron la llamada Izquierda Dinástica; le dieron calor, la alentaron, criáronla a sus pechos, si así puede decirse. ¿Y qué era la Izquierda Dinástica, sino la expresión más atrevida de la alianza entre la democracia y el Trono? Los conservadores la fomentaron en odio al partido liberal, de quien aquella fracción era un desprendimiento.[5]

Empollaron la Izquierda Dinástica para quitar fuerza a los liberales, y ahora que los distintos elementos avanzados se ponen de acuerdo y en disposición de subir al poder, resulta que la democracia y la Corona son incompatibles. Una de dos: o procedieron los conservadores con torpeza o con inaudita malicia. Pero es tan frecuente que nuestros políticos varíen del opinión en puntos capitalísimos cuando les conviene, que esto no nos coge ya de sorpresa, los principios no son aquí más que una palabrería insustancial que sirve para todo, gracias a la flexibilidad meridional de estos hombres de oratoria brillante y escurridiza. Los hechos no significan nada; la lógica menos. El sofisma lo es todo, y el capricho ocupa el lugar que en otras partes corresponde al acontecimiento.

El país, escéptico cual ningún país del mundo, mira todo esto con indiferencia, y lo que quiere es que le saquen unas pocas contribuciones, y le permitan divertirse con tran-

5 Véase 4.

quilidad. Y cuando ninguno de estos dos ideales se puede realizar, aún sufre resignado su mala suerte, por miedo que venga otro gobierno que la empeore y haga más crueles sus inveterados males.

***

El rey no fue a Murcia, bien contra su voluntad al decir de los palaciegos, aunque acerca de esto no están conformes todos los pareceres. Por mi parte, creo firmemente que deseaba ir. No debe opinarse lo mismo del señor Romero Robledo, el cual, si en realidad tenía el miedo de que se ha hablado, es muy digno de lástima por verse obligado a emprender el peligroso viaje.

Tanto se habló de esto pública y privadamente, en las calles y en el Congreso, que al fin el ministro de la Gobernación no tuvo más remedio que inscribirse en el gran libro de los héroes haciendo la maleta y poniéndose en camino del país infestado.

El señor Cánovas, diputado por Murcia también fue, y ambos estuvieron allí dos días. Llevaron poco séquito, socorros abundantes y las precauciones adecuadas al riesgo que corrían. Un acreditado fondista de Madrid les llevó los víveres, bebidas de primera calidad y provisiones de todas clases, entre las cuales se contaba harina para hacer el pan y agua del Lozoya. Los ilustres viajeros no han permitido que entrara en sus cuerpos cosa alguna que no fuese llevada de Madrid y no decimos esto en son de censura, pues ninguna obligación hay más sagrada que preservar nuestra propia vida, cuando el sacrificio de ella en nada aprovecha a los demás. Cuentan que ambos ministros han visitado los hospitales socorriendo en lo posible a la afligida y exhausta ciudad.

Ya están de regreso en Madrid sanos y buenos, quizás con mejores carnes que cuando fueron. En Aranjuez dispusieron que se les fumigara, lo que nos parece muy justo, pues siendo el ministro de la Gobernación hombre capaz de ahumar a medio mundo si se le dejara, bueno es que él también pruebe las delicias de esta precaución sanitaria, la más socorrida, la más molesta y la más eficaz de todas según aseguran personas de grandísima autoridad.

***

No debo dejar en el tintero la segunda manifestación del comercio de Madrid, menos eficaz que la primera, pues si bien esta tuvo un éxito superior a todas las esperanzas, como se suele decir tratándose de espectáculos públicos, la segunda se señaló por un ruidoso fiasco. Tratábase de protestar respetuosamente ante el monarca de la declaración del cólera en Madrid, y al objeto se dirigió a Palacio lo más granadito de nuestros comerciantes. Esperaban sin duda palabras de simpatía como las que los catalanes oyeron de la boca de su majestad cuando vinieron a pedir protección para sus industrias; pero se llevaron chasco estos buenos madrileños. El recibimiento que en Palacio se les hizo fue un tanto frío, al decir de los que presentes estuvieron, y el breve discurso pronunciado por Alfonso XII en contestación al de los representantes del Círculo Mercantil no fue nada cordial. Por el contrario, su majestad relacionó el disgusto de los comerciantes con los tumultos de la noche del 20, y les aconsejó que no volvieran a hacer manifestaciones

de ninguna clase, dejando al gobierno el cuidado de dar y quitar el cólera conforme a su voluntad. Tal fue en puridad el pensamiento del rey en aquel memorable discurso, objeto de mil comentarios apasionados. Los comerciantes salieron muy descontentos, y había que oírles la noche de aquel día. No les ha quedado gana de volver a poner los pies en Palacio y hay que confesar que no les falta razón. Si don Alfonso estuvo excesi-vamente explícito en la alocución que dirigió a los catalanes, meses ha, en cambio con los comerciantes madrileños ha procedido muy severamente. Se ve en todo esto falta de tacto, por lo menos, en los consejeros del rey, y una agravación indudable de los malesque venimos sufriendo. El gobierno, cayendo de error en error, guiado de la soberbia, no sabe conservar las instituciones incólumes del desprestigio que envuelve la situacióntoda. Parece que al declarar al Trono incompatible con toda política que no sea la conservadora, escribe en su desgarrada bandera el lema siniestro de "nos salvaremos juntos o nos perderemos juntos".

***

Si en Madrid los estragos del cólera son insignificantes en la magnitud populosa de esta villa, no podemos decir lo mismo desgraciadamente de las provincias de Levante. Murcia y los demás pueblos todos de su huerta, han sufrido horriblemente. En Valencia y Alicante también menudean los casos, si bien las capitales de estas provincias han sido menos castigadas que Murcia. Castellón y Albacete comparten la suerte infeliz de sus vecinas, y hay chispazos en Zaragoza y en Toledo. Aranjuez y Cienpozuelos que distan de Madrid poco menos de dos horas de ferrocarril, están infestadas. En ambas poblaciones, el paludismo hace estragos todos los años por esta época, y las derivaciones del Tajo, encharcando las tierras, favorecen el desarrollo de las enfermedades contagiosas.

Es cosa averiguada que el cólera de este año, inferior en intensidad a los de 1834, 1855 y 1865, no se arraiga sino en las localidades en donde la humedad y el calor infestan la atmósfera, y se ceba principalmente en los individuos que viven, mal alimentados y peor alojados, en la proximidad de los focos palúdicos.

***

No debo omitir la noticia de que falleció de cólera fulminante, en pocas horas, el sacristán de Nuestra Señora del Puig,[6] que vendía el milagroso aceite de la lámpara, como remedio santo, a cuya eficacia no resistía ningún caso por grave que fuera. A este buen hombre no le valió el maravilloso específico, sin duda por no tener fe en él, aun administrándolo sin tasa a los dolientes de toda la provincia de Valencia. ¡Lástima que no pudiera disfrutar de los beneficios de su pingüe negocio! Me dicen que el arzobispo, cardenal Monescillo está formando expediente canónico al cura del Puig, para averiguar los chanchullos que hacía con el aceite, y en donde paran los muchos dineros que debe de haber cobrado por su medicina.

6 Ver 39.

Tampoco debo omitir que ha salido un nuevo especialista contra el cólera, el doctor Maestre, quien parece lo cura en un periquete, por medio de inyecciones hipodérmicas. La fama de este doctor ha cundido por todo el país infestado, y de uno y de otro pueblo le solicitan, como solicitaban los auxilios profilácticos del doctor Ferrán. Pero la circunstancia de no haber dado el doctor Maestre explicaciones científicas de su doctrina terapéutica, hace dudar que esta sea realmente una doctrina. En tales cuestiones todo lo que sea misterio es altamente sospechoso. No ha procedido así Ferrán, que antes de practicar las inoculaciones ha expuesto con la mayor claridad sus teorías. Por cierto que la prohibición que pesaba sobre su invento ha sido levantada por el gobierno en vista del favorable informe de la comisión nombrada al efecto, y a estas horas el famoso doctor y sus activos discípulos no tienen manos bastantes para atender a los que acuden a ellos en busca del remedio preventivo. Es tanta la gente que invade el laboratorio, que solo guardando turno, a veces de largas horas, es posible a muchos penetrar en él. Ancianos y niños, hombres y mujeres de todas las clases sociales, solicitan se les aplique un remedio racional que la experiencia, cuando menos, proclama como eficaz. De los pueblos comarcanos acuden también en grandes grupos, y si el remedio profiláctico de Ferrán no fuera una verdad científica, se recomendaría por la confianza que inspira, y la serenidad que imprime a los inoculados, alejando por completo el miedo, que es la peor de las predisposiciones.

A los muchos sabios extranjeros que han venido a estudiar la profilaxis anticolérica de Ferrán, hay que agregar los franceses, doctores Brouardel, Charyn y Albarrán, llegados recientemente.

Volviendo al doctor Maestre, de quien poco más arriba dije que su terapéutica era sospechosa por estar envuelta en el misterio, debo manifestar que acaban de hacerse públicos los componentes del líquido con que hace las inyecciones hipodérmicas.

Emplea en ellas el ferrato químico pilocarpina, la estricnina, el éter sulfúrico y el hidrato de cloro. Acerca de las dosis en que entran estos elementos, el citado doctor ha publicado un estudio en la prensa facultativa, y ahora es ocasión de discutir su medicamento y de aquilatarlo en la práctica. Sin ningún dato para discernir cumplidamente si Maestre es una lumbrera de la ciencia o un curandero, consigno de una manera imparcial lo que de él se dice, proponiéndome volver sobre este asunto y los resultados prácticos del sistema, en cuanto haya motivos suficientes para poderlos apreciar en su verdadero valor.

***

La asolada y afligidísima Murcia ha presenciado un ejemplo de abnegación y heroísmo cristiano que no olvidarán fácilmente los desgraciados habitantes. El representante de la república Oriental del Uruguay, don Enrique Kubly Arteaga, acompañado de su secretario señor Ramella, ha recorrido los puntos más peligrosos de la ciudad, repartiendo socorros a los enfermos, atendiéndoles con recursos de varias clases, alimentos, ropas, medicinas, dinero, penetrando en los hospitales de coléricos y en sus miserables y sucias barracas, cuya atmósfera envenenada es, en el sofocante calor de aquel clima, casi irrespirable.

Estos señores no conocen el miedo, y han sabido poner tan alto su nombre y su valor, que honran a su nación al honrarse a sí mismos. Murcia ha declarado por conducto de su municipio que vivirá eternamente agradecida al representante del Uruguay. Después de repartir personalmente tres mil duros entre los más necesitados, el señor Kubly se ha procurado una lista de las familias que hallándose en situación precaria, no se atreven a pedir limosna a cara descubierta. La prensa murciana después de elogiar el celo de los médicos murcianos, dice contestando a un periódico de Madrid, que sospechaba faltaran facultativos en la infeliz ciudad: "Lo que hace falta aquí es que vengan muchas personas como el ministro del Uruguay".

***

Con esta epidemia, cuyo fin no vemos claramente, parece que se han desatado sobre nuestro país todos los males. El comercio español sufre una crisis de las más graves, y su paralización es tal que hace muchos años no se ha visto otra semejante.

Las exportaciones están reducidas a la mínima expresión, lo que se comprende fácilmente, recordando que las comarcas más ricas, que son las de Levante, están muertas para el tráfico, y que Murcia y Valencia ven perdidos sobre la tierra sus admirables frutos, o en los desiertos y abandonados almacenes. Todo el comercio peninsular está mal parado con esta desolación que viene a remachar los males causados por las deficientes cosechas, por las inundaciones y los terremotos.

Para mayor desgracia, los dos tratados de comercio, el cubano-americano y el hispano-inglés[7] han fracasado cuando se creía que iban a ser puestos en práctica. El primero halló oposición sistemática en las Cámaras de los Estados Unidos, y su anulación es ya un hecho oficial. El segundo, aprobado por las Cortes españolas y por el Parlamento inglés, ha sucumbido extemporáneamente por imprevisión de nuestro gobierno o susceptibilidades del gobierno británico. Punto es este que no se ha aclarado todavía.

A pesar de que el cambio de gabinete en Inglaterra y la entrada de los conservadores hacen creer que dominaron en las regiones oficiales de aquel país las ideas proteccionistas, favorables a los cerveceros, todavía hay esperanzas de que se reanuden las negociaciones para el planteamiento del tratado y que este sea un hecho en lo que resta de año. Buena falta hace a nuestro abatido comercio una acentuada y firme corriente que lo reanime.

Celebraré mucho que en mi próxima no tenga motivo para referir calamidades, ni para aburrir a mis lectores con lamentaciones de desgracias, que solo pueden interesarles por ley de humanidad y por simpatías de raza.

B. PÉREZ GALDÓS

7 Véase 26 y 33 respectivamente.

42
LP, 18/8/1885

SUMARIO: Extensión de la epidemia colérica —Aranjuez —Pánico y desolación —Condiciones del Real Sitio —El palacio y los jardines —La temporada de primavera en la antigua Corte —Decadencia de Aranjuez como residencia de recreo —Esplendores de la vegetación —La escuadrilla del Tajo —La agricultura y la ganadería en Aranjuez —Constitución especial del cólera en la invasión de 1885 —*S*e desarrolla con preferencia en las comarcas palúdicas —La cuestión Ferrán —Opiniones contrarias —Desaliento —El informe del doctor Brouardel —Su ligereza —La prensa francesa censura severamente a Brouardel —Viaje del rey don Alfonso a Aranjuez —Desconcierto de los ministros —Conclusión de la legislatura —Se resuelve la crisis parcial —Salida del señor Romero Robledo y entrada de Villaverde.

Madrid, 20 de julio de 1885.

Señor Director:

Bien quisiera cumplir lo ofrecido al terminar mi última carta. Anunciaba en ella que tal vez en la presente hablaría de cosas agradables para desvanecer la mala impresión de las tristes nuevas de que vengo ocupándome meses ha. Pero seguimos de malas, como vulgarmente se dice, y tras una desgracia viene otra, y el cólera no nos deja vivir, invadiendo ciudades y campiñas con aterradora prontitud. De la región mediterránea, que hasta ahora parecía tener el triste privilegio de albergar al terrible huésped, ha saltado éste a la región central, cebándose de un modo espantoso en la risueña Aranjuez, a orillas del Tajo. La estadística de la mortalidad en este infeliz pueblo da una cifra incomparablemente superior a la que representan los estragos de la epidemia en Murcia en el año que corre y a los que sufrió Nápoles en el pasado. Las doscientas invasiones que algunos días ha tenido Aranjuez, equivaldrían a cuatro o cinco mil si esta villa de Madrid fuera atacada en la misma proporción.

El pánico ha sido inmenso y las escenas de desolación horrorosas. Durante ocho o diez días Aranjuez ha sido un hospital. La cuestión de subsistencias ha venido a complicarse con la sanitaria, produciendo dificultades tales que solo el espíritu de caridad y los expeditivos recursos de la asociación han podido vencerlas. Han llegado a faltar médicos y farmacéuticos y aun se han visto diezmadas las valientes filas de Hermanas de la Caridad, las verdaderas heroínas de estos fúnebres tiempos. Pero de Madrid han ido facultativos, y la valerosa orden de San Vicente de Paúl ha enviado nuevas heroínas para ocupar el puesto de las que habían sucumbido.

Por fin tantos esfuerzos reunidos y más principalmente la propia degeneración y desgaste del mal han hecho su efecto, y la epidemia, después de los horrorosos estragos de principios de este mes, ha descendido rápidamente. Hoy, cuantas personas han quedado vivas en aquel país, visten de luto.

***

Tiene fama Aranjuez por su espléndida vegetación y la fertilidad de su suelo. Es el más célebre de los Sitios Reales de los monarcas españoles, aunque de algunos años a esta parte es poco visitado de la Corte. El palacio, casi tan grande como el de Madrid, es un hermoso edificio lleno de maravillas suntuarias. Fue muy favorecido de la familia real en los reinados de Carlos IV y Fernando VII, y en él se verificaron los sucesos del 19 de marzo de 1808,[1] de memorable recordación en nuestra historia, pues constituyeron el primer pronunciamiento militar, determinando dos actos tan importantes como la caída del favorito Godoy y la abdicación de Carlos IV. Hasta la mitad del reinado de Isabel II, *el Sitio* como vulgarmente se designaba a Aranjuez, tenía todos los años una temporada que podríamos llamar de moda.

No solo se trasladaba a él la Corte con todo su boato, sino la aristocracia de la sangre y el dinero. En el mes de abril era Aranjuez la verdadera capital de España. Uno de los primeros ferrocarriles que en España hubo fue el de Madrid a Aranjuez, construido por el emprendedor Salamanca en tiempos en que era una necesidad para ciertas familias el trasladarse al Sitio en cuanto despuntaba la primavera.

Pero desde que fueron un hecho las grandes líneas de ferrocarril, los madrileños empezaron a tomar afición a los viajes largos y a buscar los encantos de la primavera y del verano en zonas más distantes. Porque, a decir verdad, Aranjuez con su vegetación admirable, carece de condiciones para el verano.

La primavera es hermosísima; pero es tan corta que apenas dura quince días. Desde mayo comienzan los calores, que son insoportables. De este calor y de la abundancia de agua en la fértil vega, fecundada por el Tajo y el Jarama, provienen las fiebres perniciosas que en aquel término se padecen.

Las mismas causas engendran al propio tiempo la flora más rica que posee nuestra península en su zona central. Nada existe más bello que las alamedas del Príncipe y la Isla. Sin exageración puede afirmarse que los álamos, los plátanos, los chopos, los fresnos y tilos que allí existen, son los más altos, esbeltos y frondosos de Europa. Las bóvedas de verdura que las altas ramas forman en las principales avenidas ofrecen un admirable conjunto y una frescura sin igual. Después, innumerables arbustos y plantas de adorno embellecen el suelo. Las rosas crecen con lozanía exuberante y el aire, cargado de aromas, embriaga.

Los dos ríos que allí se unen son bastante caudalosos. En otros tiempos tenían los reyes una escuadrilla, compuesta de capitana y media docena de embarcaciones menores, para pasear a lo largo del Tajo. Mandaba la flota un almirante de verdad y la servían y la tripulaban oficiales y marineros escogidos entre los más granado de los apostaderos del Ferrol y Cartagena. Había para la conservación y seguridad de la escuadrilla, diques, muelles y careneros,[2] y la Casa Real gastaba enormes sumas en este juego inocente. Hoy todo esto ha desaparecido. Las naves fluviales han sido convertidas en leña. El río no ve en su co-

1 El motín de Aranjuez, por el que los partidarios del príncipe Fernando se amotinaron contra el favorito de su padre Carlos IV, Manuel Godoy. Como consecuencia, comenzaría el reinado de Fernando VII. Galdós lo había relatado en el episodio *El 19 de marzo y el 2 de mayo* (1873).

2 *apostaderos*: departamentos marítimos; *careneros*: lugares dónde se reparan barcos.

rriente más que las enormes balsas de madera que bajan de los pinares de Cuenca y que se desembarcan en Aranjuez para ser trasportadas por ferrocarril.

Permanecen de aquellos regios esplendores, las alamedas siempre verdes, misteriosas, sombrías, algo tristes y pobladas de ruiseñores. Y en medio de ellas se alza el palacio inmenso, abandonado, al cual los actuales reyes despojan de sus tesoros artísticos para traerlos a Madrid. No obstante, aún conserva el Real Sitio verdaderas maravillas en porcelanas, chimeneas, relojes de bronce y tapices.

La población de Aranjuez hállase rodeada de terrenos feracísimos, admirablemente cultivados, de extensas dehesas donde pastan las cabañas reales. Cerca está *La Flamenca*, propiedad magnífica de Fernán Núñez, que en otros tiempos perteneció a la Casa Real. Cerca está también la afamada ganadería de toros bravos del duque de Veragua.[3]

La agricultura y la ganadería están bien representadas en esta zona incomparable que surte el mercado de Madrid y produce riquísimos frutos.

***

Y sin querer volvemos al cólera, pues han dado en decir los entendidos que la epidemia de este año trae la especialidad de no aclimatarse sino en las zonas palúdicas, o sea en aquellos territorios en que los riegos agrícolas encharcan el suelo, produciendo una gran elaboración de miasmas orgánicos.

Los hechos confirman esta idea, pues hemos visto que hasta ahora el cólera no ha tomado proporciones aterradoras sino en las huertas de Valencia y Murcia y en la ribera de Aranjuez, que son precisamente los puntos donde más uso se hace de los abonos para fecundar el suelo y de los riegos para humedecerlos.

Que estos dos elementos, abono y riego, favorecen el desarrollo de infecciones más o menos dañinas, no hay para que discutirlo. Que el cólera encuentra en tales condiciones un campo terriblemente propicio a su desarrollo, bien claro se ve, y no necesita la ciencia hacer esfuerzos para demostrarlo. Ahora lo que falta es que se contenga aquí y no invada con igual saña las localidades secas. Hasta ahora todo parece confirmar la constitución especial del cólera de 1885. En medio de los horrorosos estragos causados por la epidemia en las zonas agrícolas de Levante, vemos con asombro que aparece inmune Alicante, situado en terreno árido y pedregoso. Cartagena, en cuyos alrededores no hay vegetación, se conserva también libre del azote.

Y hay que observar que en las invasiones de 1855 y 65, Alicante, como todos los puertos de mar, llevó la peor parte. El cólera de entonces se encariñaba con el litoral pasando como de soslayo por las zonas interiores. Hoy viene con diferente tendencia y aficiones. Diríase que ha cambiado de gustos. No hace caso de los pueblos costeños, y se ensaña con los que poseen cultivo intensivo a la orilla de las grandes corrientes fluviales. Se ceba en Murcia, que es toda un jardín, gran parte del año encharcado; hace estragos en toda la huerta de Valencia, en la cual abundan los pantanos destinados al cultivo del arroz; pasa

3 Véanse para *Fernán Núñez*, 7, y para *Veragua*, 40, n. 4.

indiferente y como a saltos por las provincias de Albacete y Cuenca hasta que descubre la rica zona del Tajo y Jarama. Allí se establece, desarrollando con ímpetu terrible la magnitud de su fuerza destructora, que en puridad es potencia fecundante para crear millones de millones de organismos microscópicos. Aunque tiene a Madrid tan cerca, pues solo dista cuarenta y nueve kilómetros de Aranjuez, lo respeta, y después de picar aquí y allí en la provincia, se le ve saltar a las vegas del Jalón y el Ebro, siempre buscando los suelos fértiles para la agricultura y mortíferos para el hombre.

Madrid, con su medio millón de habitantes, continúa casi inmune, pues los cuatro o cinco casos que diariamente ocurren, tienen poca importancia, y casi todos recaen en individuos procedentes de Aranjuez. Barcelona, a pesar de su situación mediterránea, se libra también, al menos de momento. En Andalucía no ha ocurrido ni una sola invasión. El norte de España se conserva totalmente libre.

¿Podremos confiar en que resulte cierta la hipótesis de la constitución palúdica del cólera de 1885? Allá lo veremos, pues de aquí al otoño se ha de resolver el problema.

***

De veras digo que el doctor Ferrán, si al fin no tiene la suerte de encontrar el remedio del cólera, ganará seguramente el cielo en esta ruda campaña que sostiene contra enemigos mil en defensa de su invento. Porque en el tiempo transcurrido entre mi última carta y la presente, se le prohibió practicar sus inoculaciones; luego diósele permiso para ello, y al fin se le ha retirado el mismo permiso resuelta y al parecer definitivamente. Todas estas prohibiciones y autorizaciones se han hecho sin criterio, obedeciendo a impresiones pasajeras. Debe de estar el célebre doctor aburridísimo, y un tanto arrepentido de sus tareas filantrópicas. Ya es un periodista que le ataca y le desautoriza sistemáticamente; ya es un gobernador que le acusa de industrial; ya es un ministro de la Gobernación que en pleno Parlamento pone en duda la sinceridad de su proceder científico. Es verdad que también hay personas y colectividades que le defienden contra viento y marea, y en los pueblos donde ha practicado su sistema continúa siendo popular y muy querido. Si al fin logra que sus teorías prevalezcan, será un mártir porque los obstáculos que últimamente se han encontrado en su camino son muy grandes. Necesita de una perseverancia heroica para vencerlos. Decididamente el mundo oficial le es hostil, y para continuar sus experimentos tendrá precisión de valerse de subterfugios, o quizás de procedimientos misteriosos, cuando no de trasladarse a otra región castigada por la misma epidemia objeto de sus estudios.

Ha contribuido no poco a esta hostilidad lo acaecido con la comisión venida de Francia a estudiar las inoculaciones. El doctor Brouardel que la presidía se retiró intempestivamente, apresurándose a desautorizar por telégrafo el método de nuestro compatriota. Mil comentarios sucedieron a esta brusquedad del francés. Los partidarios de Ferrán se acobardaron. Tomaron alas los enemigos y de aquí que las discusiones se renuevan más acaloradamente que nunca. El informe que Brouardel dio ante la Academia de Medicina revela displicencia, mal humor y cierta ojeriza contra el doctor Ferrán. Las referencias más imparciales sobre este particular nos manifiestan al médico francés presentándose

ante nuestro compatriota con severa arrogancia, no como quien viene a estudiar un asunto científico, sino a pedir cuentas de un desafuero.

Lo*s* mismos periódicos de la vecina República, aseguran que Brouardel vino a España, con prevención, decidido a no reconocer valor científico en las ideas de Ferrán, sin duda por el grave defecto de no haber sido concebidas en el cerebro de un francés. Cuentan que su actitud no era la de un colega, sino la de un maestro impertinente que examina un discípulo avieso. Sus preguntas y exigencias debieron excitar la ira del médico de Tortosa, que no creyó sin duda conveniente hacer el doctrino. A la interrogación del francés sobre la manera de cultivar el *bacilus* para la atenuación, contesto Ferrán mostrándole los caldos y diciéndole que los analizara si quería saber de qué se componían.

No necesitó más el otro para dar por concluida su misión y al punto tomó el camino de Francia seguido de sus compañeros. No bien llegó a París, el telégrafo trasmitionos las malas impresiones de estos señores. Según ellos, el llamado invento del doctor Ferrán no tiene valor científico por ser secretos y empíricos los procedimientos que emplea para atenuar el virus colérico. Al mismo tiempo nuestro compatriota es acusado de querer sacar productos demasiado positivos de su profilaxis, y como si esto no fuera bastante para desacreditarle, se añaden críticas acerbas de su laboratorio.

El doctor Brouardel se ocupa con cierta complacencia en declarar que el microscopio usado por Ferrán apenas aumenta setecientos tamaños, que los matraces y hornillos son insuficientes, que todo el material es pobrísimo y por fin que no hay animales para los experimentos.

Si esto es así, supone un mérito mayor en Ferrán, que con tan pobres medios ha llegado a tales resultados, pues aunque el remedio del cólera no saliese de sus experimentos, siempre quedaría el incontestable valor de sus trabajos preparatorios cuya importancia científica pocos *se* atreven a negar. Además, la pobreza de Ferrán no es argumento contra su seriedad, ni lo es tampoco que desee obtener de sus trabajos el beneficio que por ellos le corresponde, pues como hombre de carrera y como padre de familia tiene necesidades que satisfacer. Que el Estado español le señale una renta, y entonces se le podrá exigir un desinterés absoluto y una consagración completa de sus servicios al interés de la humanidad. Ni comprendemos tampoco los exagerados escrúpulos de los franceses en materia de mercantilismo científico, ellos que tan bien saben asociar el bien de la humanidad con las ventajas del individuo.

Pasadas las primeras impresiones, en Francia misma se ha determinado una reacción en favor de Ferrán. Periódicos muy leídos acusan al doctor Brouardel de ligereza. El *Fígaro*,[4] en un importante y severo artículo, dice, entre otras cosas muy atinadas: "Prescindimos de ocuparnos de si un médico puede o no, sin dejar de ser digno de la estimación pública, utilizarse de un trabajo,[5] porque esta cuestión, puramente moral, no es de la incumbencia

4 *Le Figaro*: Diario conservador parisino, fundado en 1826, que debe su nombre al célebre personaje protagonista de *El barbero de Sevilla* de Beaumarchais.

5 *utilizarse de un trabajo*: así figura en el original, lo que puede suponerse fruto de una mala traducción de Galdós dónde debiera decir `aprovecharse o valerse de un trabajo'.

de *monsieur* Brouardel, que ha sido nombrado única y exclusivamente para estudiar el ensayo de vacunación colérica de Ferrán: que éste sea un hombre práctico, no dice nada en contra de su invento". Luego se ocupa el mismo diario de los descubrimientos científicos cuyo valor se ha negado sistemáticamente en un principio y cuya utilidad ha sido después reconocida.

En la prensa inglesa se leen apreciaciones semejantes, censurando la impertinencia y arrogancia del sabio francés, que por lo visto es el mismo que el año pasado estuvo durante dos meses negando sistemáticamente la existencia del cólera en Tolón para complacer a *monsieur* Ferry. Es *monsieur* Brouardel un médico distinguido; pero no una eminencia ni mucho menos, y cualquiera que sea su valer intelectual, le faltan condiciones de carácter y aquel aplomo y tacto que son necesarios para juzgar de hombres y cosas en país extraño.

Su visita a España ha sido poco fecunda. Ha querido ver mucho y no ha visto nada, y ha dicho a su regreso todas las tonterías de *touriste,* que ya no nos hacen efecto por lo muy acostumbrados que estamos a ellas.

***

Una mañanita de este mes de julio, cuando mayores eran los estragos del cólera en Aranjuez, salió el rey Alfonso de su palacio acompañado de uno de sus ayudantes.[6] Ocultaba el uniforme de capitán general con un gabancillo de verano. Cuentan que dejó escritas dos cartas, una para la reina y otra para el presidente del Consejo. La temprana salida, las cartas y otros detalles parecían preludios de un mal paso, y así fue efectivamente, pues el rey se dirigió a la estación de Atocha y tomando su billete de primera como cualquier particular se plantó en Aranjuez.

La noticia circuló por Madrid a las diez de la mañana, y no fueron los menos sorprendidos los ministros de su majestad, y a más de sorprendidos desconcertados, porque (aquí de los apuros) ¿qué explicaciones dar al arranque del rey, cuando el proyectado viaje a Murcia[7] había sido motivo nada menos que de una crisis ministerial?

La valerosa conducta de Alfonso XII, presentándose sin séquito, sin boato y sin precauciones en el lugar más castigado de la epidemia, debía ser condenada por sus ministros que algunos días antes presentaron la dimisión porque el rey quería ir a Murcia. Jamás se ha visto un gobierno en aprieto mayor. ¿Aprobaba la conducta del rey? Pues entonces, ¿cómo razonaba su oposición al otro viaje? ¿La desaprobaba? Pues ahora y no antes cuadraba la dimisión.

Así se vio el fenómeno singularísimo de que cuando todo el vecindario de Madrid acogía con sinceros aplausos a don Alfonso a su regreso del Real Sitio, los ministeriales, es decir, los que blasonan de más monárquicos, andaban cariacontecidos y trastornados no acertando a dar su opinión sobre el noble acto que Madrid aclamaba.

Hubo entre ellos quien lo tachó de calaverada, quien le quitó el carácter de arranque humanitario presentándolo como una simple visita de propietario a sus fincas patrimonia-

6 Nótese el tono de cuento infantil con que Galdós comienza su relato.

7 Véase 40.

les; pero estos subterfugios no valían, y la gente conservadora pasó un día muy amargo. Pero no hay idea del quebranto de la situación después de estos sucesos.

Con todo, el gobierno no creyó prudente retirarse. Hay lógicas para todo, y los hombres de ingenio encuentran muy a mano los argumentos que les hacen falta para salir de todas las situaciones en que les ponen sus propios errores. Dice el gobierno al rey: "Si vas a Murcia, dimito". El rey se conforma, renuncia a una expedición que le dictan generosos impulsos, y los ministros continúan en sus puestos. Pasan días, y el rey, en cuyo espíritu continúa actuando irresistible la nostalgia del peligro, se va a Aranjuez, donde su salud corre más riesgo que en Murcia, y se va sin pedir permiso al gobierno ni contar para nada con él.

La lógica menos rigurosa exigía que el gabinete conservador dijese al soberano: "Puesto que has ido al peligro sin mi permiso, dimito, y ahora sí que va de veras". Pues nada de esto ha ocurrido. A pesar de la dura lección recibida, el gobierno ha tomado la cosa con fría calma. Nunca faltan razones para continuar mandando. El orden público, la cuestión sanitaria… Pero no hay idea del quebranto de la situación después de estos sucesos.

Los últimos días de sesiones parlamentarias han sido días de prueba para los individuos del partido conservador, y hemos visto al señor Cánovas haciendo verdaderos milagros de talento y habilidad para impedir el completo naufragio y acabamiento de su partido en la desecha borrasca que está corriendo. Solo la gran inteligencia y el tesón admirable del presidente del Consejo pueden triunfar de tantas dificultades.

***

Por fin al interrumpirse las sesiones de Cortes, el gabinete ha sido modificado. La salida del señor Romero Robledo era inevitable. El descalabro que sufrió en las elecciones municipales, el embrollo sanitario en que se metió y su reconocida impopularidad imposibilitaban su continuación.

Tras muchos dimes y diretes, la dimisión le fue admitida; pero el señor Cánovas quiso poner la mejor soldadura al gabinete, llevando al ministerio de la Gobernación al señor Villaverde, ejecutor de todos los acuerdos del dimisionario. He aquí practicado el aforismo vulgar de *al que no quiere caldo, taza y media*, pues el gobernador de Madrid durante los sucesos del 20 de noviembre y 20 de junio,[8] representa en el Ministerio la misma idea de resistencia que encarnaba en su persona el señor Romero Robledo.

Se pedía que la modificación ministerial representara una tendencia conciliadora, y lo que representa es un desafío a la opinión y el prurito de extremar los procedimientos peligrosísimos que por tan mal camino llevan al partido conservador. Es opinión general que esto no puedo durar, y que para el otoño, con cólera o sin él, habrá ministerio liberal. Allá lo veremos, y entre tanto, preparémonos a hacer frente a los complicados rigores de la Providencia que en una y otra forma, ya en el orden sanitario, ya en el político, nos está poniendo a prueba.

B. PÉREZ GALDÓS

8 En los disturbios universitarios (27) y en la manifestación de comerciantes (41).

43
LP, 20/9/1885

SUMARIO: Precauciones sanitarias —Los lazaretos y cordones—La epidemia se extiende por la península —Las vegas célebres —El cólera en Zaragoza —Actitud de los zaragozanos —Efectos del pánico en ciertas localidades —Consejas y preocupaciones vulgares —Hostilidad contra los médicos —Paralización del comercio y la industria —Desanimación política —El carlismo sin jefe —Esfuerzos por buscar sucesor al señor Nocedal —Cualidades de este personaje —Embarazosa situación de don Carlos —La población de España tiende a reconcentrarse en Madrid —Funciones religiosas en los pueblos —San Roque y su intervención contra la peste —Eficacia de la higiene sin excluir las rogativas.

Madrid, 14 de agosto de 1885.

Señor Director:

Es seguro que esta carta llegará a Buenos Aires acuchillada y oliendo a demonios, triste resultado de las fumigaciones que sufrirá por el camino. Aunque nadie cree ya que las epidemias se trasmitan por la correspondencia pública, subsiste esta antigualla de someter el papel a la acción de los desinfectantes y de acribillarlo para que los líquidos penetren bien en lo interior. En otros tiempos, las cartas eran metidas en vinagre, como pepinillos, y desteñida su tinta por el ácido, daba lástima verlas, y muchas veces no se podían leer. Hoy hasta con las cartas hay más humanidad. Llegan apestando a fénico, pero los caracteres no se alteran.

Invadida por el cólera morbo gran parte de nuestra península, estamos presenciando las cosas más peregrinas y estrambóticas en materia de precauciones. En algunas localidades toman tan en serio los cordones y lazaretos que se cometen verdaderas crueldades con los infelices viajeros; en otras fumigan de tal suerte, que al que le toca se asfixia sin remedio o coge una bronquitis crónica.

En vano el gobierno truena contra los lazaretos y dispone su desaparición. O no le obedecen o fingen obedecerle para volver al poco tiempo a las andadas. Llaman lazaretos en algunos pueblos a un destartalado pajar, un molino sin uso, un corral de ganado o cosa parecida, donde no hay camas, ni alimento, ni comodidades de ninguna clase, ni aún lo más necesario para la existencia. A todo el que llega, venga de donde viniese, me le meten allí y me le encierran durante siete u ocho días, a voluntad del alcalde, que suele serlo de monterilla.[1] Hay lazaretos que tienen por techumbre la bóveda del cielo, para que puedan los detenidos, disfrutar las delicias del relente por las noches y de un sol canicular durante el día.

Contra tales herejías protesta el país entero; el gobierno envía delegados a las zonas acordonadas; pero hasta ahora no se advierte que mejoren los procedimientos preventivos. Suelen ceder los alcaldes de los pueblos pequeños; pero los de las grandes ciudades,

1 *alcalde de monterilla*: coloquialmente, 'alcalde de alguna aldea, sobre todo si es labriego o rústico'.

como Sevilla y Málaga, persisten en sus medidas de crueldad e inhumanidad. Ya parece que el gobierno amenaza con emplear la fuerza para deshacer los dichosos cordones, y en este caso podrá atajarse a tiempo este movimiento anárquico, que llegará a tomar proporciones graves, si no se pone remedio en ello.

En mi última hablé de Aranjuez y Murcia como los puntos más castigados por la epidemia. Ambas poblaciones están libres ya, y Valencia, donde alcanzó la mortalidad una cifra bastante alta, parece también volver a su situación sanitaria normal.

Hoy las localidades más azotadas son Zaragoza, capital de la provincia de su nombre y del antiguo reino de Aragón, Teruel, capital de otra provincia aragonesa, Albacete, lindante con Murcia, Jaén, provincia de Andalucía, y Don Benito, ciudad importante de Extremadura. También ha hecho el cólera enormes estragos en Monteagudo, pueblo de la provincia de Soria, en todos los de Alicante, en Cartagena, y como chispazos se han advertido algunos casos en Castilla la Vieja, principalmente en Palencia, Zamora y Salamanca. Madrid continúa casi lo mismo, pues el ligero aumento que ha tenido el número de invasiones no es de extrañar, considerando que han buscado asilo en la metrópoli unas cincuenta mil personas procedentes de Aranjuez, Zaragoza, Teruel y otros puntos.

Continúa verificándose el fenómeno de ser más cruelmente invadidos los campos que las poblaciones, y de adquirir más desarrollo la mortalidad en las zonas pantanosas o encharcadas por los riegos artificiales. Zaragoza está rodeada de extensísima y fértil vega, regada, como Murcia, por acequias y canales.

Monteagudo, el pueblo donde mayor número de víctimas ha hecho el veneno asiático, tiene en su término un pantano o depósito de aguas llovedizas, que por efecto de las persistentes lluvias de este año, se había convertido en charco pestilencial. En las localidades secas y frescas, como Segovia, la epidemia no ha arraigado, y Madrid continúa siendo la prueba más clara de que no encuentra el virus condiciones favorables allí donde no existen aguas estancadas o humedades persistentes.

El norte y noroeste de la península permanecen libres por completo de la epidemia, recibiendo gente de las zonas atacadas, sin que se altere la salud. No existen aquí cordones ni lazaretos y todo el mundo entra y sale libremente. Se cubre el expediente con una ligera fumigación, que es una verdadera farsa, y todo va bien hasta la hora presente.

Es digno de fijar la atención el consolador espectáculo que ofrece Zaragoza. El vecindario ha recibido la calamidad con perfecto tesón, haciéndole frente y combatiéndola sin desmayar un punto. Es la ciudad célebre por sus heroicos sitios,[2] y en este caso se defiende como supo defenderse de las paralelas de un ejército, inmortalizando su nombre. Allí las clases pudientes no han emigrado como en otras poblaciones; allí el miedo y la cobardía son desconocidos; allí todo el mundo está en su puesto, y cada enfermo encuentra multitud de sanos que le auxilien. Las juntas de socorros funcionan sin embarazo alguno; y para que la ciudad conserve su aspecto ordinario, cosa que tanto influye en los ánimos, los comercios continúan abiertos, los talleres funcionan y aún los teatros y divertimientos

2 Los dos asedios del ejército napoleónico sufridos por la ciudad aragonesa en 1808 durante la Guerra de la Independencia. Galdós los había relatado en el episodio *Zaragoza* (1874).

reciben al público que quiere visitarlos. De esta manera los estragos de la epidemia son mucho menores. La grandeza de ánimo de los zaragozanos es el mejor específico para atenuar los terribles efectos del morbo. Fácilmente se comprenderá que en una ciudad donde, por la actitud de todo el vecindario, se ha suprimido el pánico, se tiene mucho adelantado para reconquistar la salud pública.

Desgraciadamente este noble ejemplo no ha sido imitado en todas partes. Pueblos hay que, dejándose vencer del terror, han visto duplicado el número de víctimas por causa del abandono y de la precipitación. Allí donde el egoísmo ha decretado los aislamientos, se ha dado el caso de permanecer insepultos los cadáveres, infestando la atmósfera. Muchos enfermos, a quienes una regular asistencia habría salvado, han perecido en espantosa soledad y rotos los lazos de la familia, el pánico ha separado el padre del hijo y el hermano del hermano. Tardarán mucho los pueblos en comprender que la serenidad es el mejor dique que se puede oponer a esta asoladora epidemia y que el cólera atacado con prudencia, oportunidad y energía es una de las enfermedades que menos víctimas causan.

La estadística y la ciencia lo declaran así de un modo que no deja lugar a duda. Atacado el mal en los síntomas prodrómicos,[3] casi siempre cede; pero muchos descuidan estos síntomas, no les dan importancia o no los declaran por no alarmar a las familias. Cuando la insistencia del sufrimiento les obliga a declararlo, ya él mal está en el segundo periodo y difícilmente tiene remedio. Si el desarrollo del ataque fuera lento desaparecería quizás el pánico que esta enfermedad produce. Lo que la hace espantosa es la brevedad y prontitud de su proceso, más que la muchedumbre de víctimas. A esta rapidez del proceso colérico se deben también las preocupaciones que acerca de su generación y propagación corren válidas en el sentimiento del vulgo. Ninguna enfermedad hiere la imaginación popular como ésta, porque ninguna reviste esa forma de descarga fulminante o de golpe homicida que el maldecido cólera tiene. Por eso en todas las invasiones de esta epidemia se extienden las consejas de envenenamiento de aguas. En 1834, cuando por primera vez fue nuestro país visitado por el que desde entonces se llamó *viajero del Ganges*, el envenenamiento de los manantiales se atribuyó a los frailes. Esta creencia estúpida produjo los atroces asesinatos de regulares perpetrados en Madrid y otras capitales.[4]

Las invasiones posteriores han tenido también su conseja más o menos ridícula, y aún hoy la mente popular, incapaz de ponerse a la altura de los doctores Koch, Pasteur y Ferrán en la apreciación de los organismos micróbicos, explica la epidemia con las hipótesis más risibles. Unas veces es el gobierno el autor del mal, otras son los médicos. El primero envía agentes secretos a derramar en las fuentes botellas de pestilente líquido; los segundos administran a los enfermos unos endiablados polvos para que revienten cuanto antes, aumentando las estadísticas, de cuyos números se lucran ellos. Por fortuna estas ideas encuentran ya poca acogida. La masa principal del pueblo tiene bastante sentido

3 'síntomas que preceden a la enfermedad`.

4 Tras la muerte de Fernando VII surgen los primeros movimientos carlistas. En un ambiente muy inestable el brote de cólera provoca en julio de 1834 una matanza de frailes, acusados de causar la enfermedad por envenenamiento del agua. Galdós lo había relatado en el episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos* (1879).

para no darles circulación. En Madrid mismo han ocurrido escenas semejantes a las que ocurrieron en Nápoles el año pasado, y en varios pueblos los médicos se han resistido a prestar su asistencia en ciertos caseríos por temor a las vejaciones y atropellos de que eran objeto.

***

El estado de nuestro país es hoy tan lastimoso que la lectura de la prensa causa amargura vivísima. En los círculos todos no se habla más que de calamidades. El comercio y la industria están totalmente paralizados. A los males de la epidemia se unirán pronto los de la miseria, si Dios no lo remedia, y para que nada falte, nuestro ministro de Hacienda disponiendo la variación del impuesto de consumos con ciega inoportunidad, ha traído una nueva plaga sobre esta infeliz tierra.

Es verdaderamente inconcebible que se pretenda aumentar la tributación que pesa sobre los artículos alimenticios, precisamente cuando la carestía es más sensible que en época alguna. Es absurdo que el Estado acapare los recursos de que viven los ayuntamientos cuando estos carecen de lo preciso para las más urgentes atenciones sanitarias. La tenacidad del señor Cos-Gayón no tiene nombre; pero en el pecado lleva la penitencia, porque pensando reforzar el impuesto, lo ha echado a tierra y hoy se encuentra con enormes mermas en el presupuesto del Estado. Su desatentada gestión produce motines diarios.

Todos los pueblos no castigados aún por el cólera, se distraen del aburrimiento de estos tiempos, amotinándose y rebelándose contra las disposiciones referentes a consumos. De veras digo que España es hoy un país de delicias. Los lazaretos y cordones por una parte, las algaradas de consumos por otra, hacen de nuestra patria una verdadera jaula de de- mentes. El que cae en la mala tentación de viajar es *enchiquerado*,[5] permítase la palabra, en un barracón infecto, donde le ahúman hasta que echa los bofes, y allí me le guardan después sin darle de comer ni prestarle auxilio alguno. Cuando esto no ocurre, el infeliz viandante puede encontrarse en el fuego de los disparos entre el pueblo y los empleados de consumos. Felizmente estas guerrillas han hecho hasta ahora muy pocas víctimas. Lo verdaderamente funesto y temible es el cólera, que no quiere dejarnos vivir en paz.

La política está ahora completamente muerta, lo que en rigor es un mal insignificante o quizás un bien entre tantos y tan complejos males. Nadie disputa el poder a los que lo poseen, ni se fiscalizan los actos ministeriales con tanta saña como en el último período parlamentario. El gobierno no es molestado por las oposiciones sino en el desgraciado asunto de los lazaretos, que no desaparecen con la rapidez que el poder central desea. La paz relativa de que disfrutamos desaparecerá cuando recobre la salud el cuerpo doliente de la nación.

***

Algo se habla, no obstante, de asuntos extraños al mal que nos aflige, y entre estos temas no es de los últimos el de la jefatura del partido carlista vacante por muerte de don

5 En términos taurinos, `encerrado en el toril´ .

Cándido Nocedal. Cuentan que el Pretendiente[6] está en grandísima perplejidad, no sabiendo a quien encomendar la dirección de su cotarro, pues no es fácil que entre sus secuaces encuentre un hombre de las condiciones de Nocedal. Este era un insigne jurisconsulto, elocuente y habilísimo en las discusiones parlamentarias, gran manipulador de hombres y de intrigas. Había recorrido toda la escala política, empezando su carrera por progresista avanzado, y poniéndose necesariamente todas las vestimentas que designan el color político hasta llegar a la sotana. Nocedal era simpático y muy afable en su trato, circunstancia que no suele hallarse en todos los individuos del partido en que últimamente militaba.

Dirigiendo la causa de don Carlos, demostraba grandísima energía e inflexibilidad. No cedía ni ante la autoridad de los obispos, en su gran mayoría enemigos del carlismo; no hacía maldito caso de los réspices[7] que le enviaba de Roma el cardenal Jacobini, secreta- rio de Estado, y afectando sumisión al Soberano Pontífice,[8] en realidad hacía tanto caso de él como de las nubes de antaño. Habíase erigido en pontífice infalible para todas las cuestiones políticas, civiles y religiosas que afectaran al carlismo, y en su mano de hierro este partido adquirió una fuerza y unidad que difícilmente tendrá en lo sucesivo. Domi- naba al clero rural, a los cabecillas vasco-navarros y a todo el elemento levantisco de las provincias del norte.

Su periódico, *El Siglo Futuro*,[9] bastante bien escrito, se distinguió siempre por su *acometividad*, por la descarada osadía de sus ataques a todo lo que no fuera don Carlos. No respetaba a los obispos, ni al mismo nuncio de su santidad. Sus odios más vivos eran para la Unión Católica, fracción desmembrada del carlismo, a la cual pertenecen Pidal y todos los ultramontanos que se unieron al partido conservador. A estos les ataca *El Siglo Futuro*de la manera más despiadada y antievangélica. Sus diatribas no tienen nada de cristianas; pero hay que confesar que son ingeniosas.

Muerto Nocedal a consecuencia de una parálisis, don Carlos no encuentra un hombre que a su lugarteniente sustituya. El partido carlista no es fecundo en personajes de aquellas condiciones. Ni los guerrilleros, que hoy están mano sobre mano, ni el fiero obispo de Daulia, sirven para el caso. Ninguno de ellos conoce las triquiñuelas de la política y del manejo de personas que Nocedal aprendió en su larga vida de periodista, de abogado y de secretario de todos los partidos. Fue diputado en un periodo de veinticinco o treinta años; fue también ministro, conocía muy bien los resortes y teclas con que se mueve todo lo movible en nuestro país.

En su vida privada cuentan que ofrecía Nocedal un contraste muy vivo con las ideas que defendía. Si la historia completa de este hombre se escribiera, ofrecería un conjunto monstruoso de defectos y cualidades, de flaquezas insignes y de talentos extraordinarios. Su trato, como antes dije, cautivaba. No cabe más afabilidad ni maneras más exquisitas ni conversación más simpática y amena. Hablaba muy bien y escribía con no común elegancia.

6 El autoproclamado Carlos VII.

7 `Reprensiones breves pero fuertes´.

8 León XIII.

9 Véase 27, n. 5.

Desde que se han empezado a citar nombres para designar el apoderado político de don Carlos, han principiado las discusiones en el batallador partido. Don Carlos no sabe qué hacer ni a quien encomendarlo; pide consejos a sus partidarios, y estos se los dan tan contradictorios que más valdría no se los dieran. Ya se indica a un prócer, ya a un guerrillero célebre, ya por fin a una junta compuesta de lo más granadito del partido, pero el elemento militar y el eclesiástico, menos afines de lo que parece, andan ya a la greña por ver cuál de ellos prevalece en tal junta. Todo indica que van a empezar días de descomposición para ese partido que tan profundamente ha perturbado a nuestro país. La disciplina rigurosa le ha dado vida y la disciplina le ha de extinguir en un plazo más o menos largo.

***

Las emigraciones de verano no son en el presente año lo que en los años normales. Todo lo ha perturbado el cólera y en las estaciones balnearias no es donde menos se sien-ten sus efectos. Bastó que el cocinero de Betelu enfermara y muriera de enteritis[10] para queaquel acreditado establecimiento fuera abandonado precipitadamente por los bañistas.[11] Lo mismo ha pasado en otros, a pesar de disfrutarse en ellos de buena salud. Aquellas gra-tas residencias, donde otros años reinaba tanta alegría, están hoy desiertas. El mismo San Sebastián, punto favorable a la emigración por su proximidad a la frontera, tiene este año poca concurrencia. Las familias cobardes, o si se quiere, ricas, han acampado en Biarritz, donde también han empezado las alarmas, porque se ha hablado de algún caso fulminante ocurrido en Bayona y la existencia, ya declarada, de la terrible epidemia en Marsella, hace peligroso todo el Mediodía de Francia.

Desde hace pocos días se ha marcado una corriente de emigración hacia Madrid a pesar de que también en Madrid hay casos, si bien no pasan de veinticinco o treinta. No obstante, la gente prefiere residir en Madrid a andar a salto de mata por esos pueblos de Dios, pasando fronteras, sufriendo inspecciones sanitarias, lazaretos que aburren y sahumerios que asfixian. En Madrid no se molesta a nadie; ni siquiera se exige a los viajeros que enseñen la lengua, como pasa en la frontera francesa; todo el que quiere entra y sale libremente, y las fondas y hoteles reciben con agasajo a todo viajero sin reparar la cara que trae. Por esto en Madrid se disfruta de una tranquilidad relativa, y aunque el cólera tiene su parte muy principal en la conversación diaria, se habla también de otras cosas, y los espectáculos y paseos públicos están llenos de gente. Ni aún se han suprimido las corridas de toros, que dicen son peligrosas por la aglomeración de gente.

En los pueblos, aún en aquellos que aún no han sido invadidos, se ha dispuesto la supresión de ferias, espectáculos, corridas de toros y toda clase de divertimientos, sistema cuya eficacia es muy discutible, pues si es inconveniente la reunión de personas, también se tiene por indudable que la expansión del ánimo y la alegría disminuyen las probabilidades de que el individuo y la colectividad sean atacados.

10 Inflamación del intestino.

11 *Betelu*: Recuérdese que a este balneario acudía Alfonso XII (16 y 17).

En cambio en todos estos pueblos se celebran rogativas y jubileos, y creyendo necesario que las imágenes se ventilen, las sacan en procesión todos los domingos con grandísima solemnidad. Muchos pueblos fían demasiado en San Roque y descuidan su higiene. Hace pocos días he visto en una importante población, que no quiero nombrar, una imponentísima procesión. San Roque era llevado en andas por las calles principales acompañado de todo el vecindario. La doble fila de personas de todas clases, con vela encendida era interminable. Iban todos con devoción sincera, cantando letanías. El efecto que resultaba era en verdad más propio para entristecer el ánimo que para espaciarlo.

Con lo que se gastó en velas en aquélla fastuosa solemnidad religiosa se habría podido hacer mucho aplicando el importe de la cera a los servicios de higiene y saneamiento. Pero es difícil que los pueblos comprendan esto. Mientras pasean a San Roque, permiten que las calles estén llenas de basura, que las alcantarillas despidan miasmas pestilentes, que vivan hacinadas las familias pobres en míseras y estrechas zahúrdas,[12] y que en los mercados reine la suciedad y la adulteración de todos los alimentos.

Yo creo que ambos sistemas pueden hermanarse perfectamente, con admirable resultado; que se puede invocar la protección San Roque, atendiendo al mismo tiempo a lo que ordenan la higiene y la experiencia. De este modo se asociaría lo religioso con lo prácticoy la protección del cielo combinada con nuestra propia defensa darían resultados seguros. Rezar todo lo que se quiera y, *por si acaso*, desinfectar al mismo tiempo. Tengo la seguridad de que al mismo San Roque le ha de gustar que lo paseen por calles bien barridas y no por albañales inmundos y mal olientes. Para que se vea cuán propicio es San Roque en las localidades limpias, en Londres no le pasean nunca; es más, creo que ni siquiera le conocen, y sin embargo, allí no va nunca la peste, y si va la expulsan a escobazos y chorros de agua. En otras partes ¡ay! donde el abogado de la peste, obtiene un culto fervoroso, la peste se ceba impía, prueba evidente de que en el reino de Nuestro Padre no nos amparan cuando nosotros no nos amparamos con los medios que la Providencia nos ha dado.

B. PÉREZ GALDÓS

44

LP, 2/10/1885

SUMARIO: Ocupación de las islas Carolinas por Alemania —Agitación en España —Lo que es el archipiélago de las Carolinas —Ambición colonial de Alemania y sus causas —El Congreso de Berlín y su política colonial del despojo —Pretensiones de Alemania sobre Joló y el archipiélago filipino —Movimientos de la opinión en España —Manifestaciones antigermánicas —Escasa fuerza naval de Alemania —No tiene marineros —Elementos de España para una guerra marítima —En los mares de Polinesia no pueden operar los acorazados —La opinión de Europa sobre el conflicto hispano-alemán —Cambio de notas

12 'pocilgas'.

diplomáticas —Falta de noticias de Oceanía —Incidentes curiosos de las manifestaciones antigermánicas en España —El general Salamanca devuelve su cruz del Águila Roja —El Centro Militar —Efervescencia patriótica en toda España —Noticias de arreglo por mediación del emperador Guillermo.

Madrid, 4 de septiembre de 1885.

Señor Director:

La noticia de haber sido ocupadas por los alemanes nuestras islas Carolinas,[1] ha quitado interés a todos los demás sucesos y al cólera mismo, del cual ya se habla muy poco. No podré fácilmente hacer comprender a mis lectores la sensación que este acto ha producido en todos los ánimos y el furor patriótico que entre nosotros ha despertado la usurpación anunciada. Hace muchos, muchísimos años que no se ha visto en España unanimidad tan grande y consoladora. Borradas como por encanto las diferencias de partido, creeríase que todos sus odios se han aplacado y que entramos en el período de reconciliación total con que sueñan los optimistas. Las expresiones del sentimiento patrio que en España, para honra de nuestra raza, son siempre muy vivas, han tenido en el caso presente extraordinaria resonancia. Algunos creen que se ha ido más allá del punto que la prudencia, la discreción y la conveniencia misma aconsejan.

Pero ante todo, daré a mis lectores una idea de las Carolinas. Conozcamos el hueso antes de conocer los términos de la pelea que por él se entabla. Este archipiélago, que de niños nos señalaron siempre como español los manuales de geografía, nos es disputado por la poderosa Alemania. Tan desgraciado abuso de poder despierta las antipatías de toda Europa hacia el canciller. Veremos por quien quedan al fin las Carolinas. Por más que se diga que carecen de importancia mercantil, algo deben de valer cuando los alemanes ansían poseerlas.

Si pasáis la vista por un buen mapa de Oceanía (los mejores son precisamente los alemanes) veréis un extensísimo e irregular grupo de islas, situadas entre los paralelos 3° S y 12° N, y los meridianos 137 y 185 E de San Fernando.[2] El efecto que causa este archipiélago sobre el mapa es el de una polvareda, un montoncillo de arenillas diseminadas; tan pequeñas son las islas y tan grande su número, que se eleva a seiscientas. Divídese en tres subgrupos, Oriental, Central y Occidental, y cada uno de estos exige después nuevas divisiones para facilitar el conocimiento geográfico.

Casi todas las islas son muy pequeñas, no excediendo el suelo en muchas de ellas de veinte pies sobre el nivel del mar. Este las inunda a veces en los grandes huracanes propios de aquella zona. Los habitantes de las que los tienen son pacíficos y miserables. Mantiénense de la pesca y de los productos de algunas clases de palmeras. El comercio es escaso. Algunos buques europeos tocan allí para cargar aceite de coco. En las islas del grupo central hay algunas misiones españolas y dos o tres casas de comercio alemanas e inglesas. En

1 El 21 y 22 de agosto de 1885.

2 El meridiano de *San Fernando* (Cádiz), rigió la cartografía española desde finales del siglo XVIII hasta que en 1884, se estableció el de Greenwich como meridiano cero universal.

ellas la población es algo más numerosa, aunque su estado no es menos precario. El mejor puerto de todo el archipiélago es el de Yap en las Carolinas occidentales.

No recuerdo bien si es en esta isla o en otra cercana donde hay tres o cuatro reyezuelos que están siempre en guerra unos con otros y que diferentes veces han acudido a la autoridad española de Filipinas para que dirima sus discordias.

Desde 1870, época crítica y gloriosa en la historia de Alemania, datan los apetitos coloniales de esta nación. Los considerables progresos de su industria; el excedente grande de su población que crece y se multiplica cual ninguna, motivos principales son de ese anhelo de buscar territorios lejanos en que establecerse.

Alemania da el principal contingente a la inmigración norteamericana. ¿Por qué no tener colonias teniendo un sobrante considerable de población y no escasa iniciativa comercial? Hostigada por esta idea, Alemania se ha lanzado a los mares. No se contenta con tener fuerza territorial y la quiere también marítima.

Ha principiado por crear una potente marina de guerra, de cuyas condiciones nos ocuparemos más adelante, y ha enviado geógrafos y exploradores a todos los mares y a los más lejanos continentes en busca de colonias. La verdad es que hasta ahora el resultado no ha sido muy favorable a los planes del gran canciller. No están las colonias tan a la mano, ni es esto cosa que se improvisa.

El famoso Congreso de Berlín[3] no ha sido, según alcanzamos hoy a comprender, más que un medio de establecer jurisprudencias muy extrañas sobre ocupación colonial, mediante las cuales Alemania, cansada de dar vueltas de un mar a otro sin encontrar las deseadas colonias, cae en la cuenta de que no tiene más remedio que apropiarse las ajenas. Bismark ha visto, como todo el mundo, que de las grandes potencias hay tres, Austria, Rusia, e Italia que no tienen colonias. En cambio entre las potencias de segundo orden, Holanda y Portugal, poseen abundantemente lo que a Alemania le hace tanta falta, ¿Por qué no despojar a Portugal y a Holanda? Ya se intentó quitar a la segunda la isla de Curazao; pero no se llevó adelante el despojo ante la resistencia enérgica del gobierno de Guillermo de Orange.

Portugal fue menos afortunado y su poder e influencia en África han ido desapareciendo desde el famoso Congreso de Berlín, que es, bien claro se ve ahora, una legislación previa de los despojos y asaltos de colonias que estamos presenciando.

Hasta hoy las adquisiciones más importantes de Alemania han sido las de Angra Pequeña y Camarones en la costa Occidental de África. Hace poco, los barcos alemanes se han apoderado de una gran extensión de costa perteneciente al sultán de Zanzíbar.

No se habían de limitar a tan poca cosa las *conquistas* de la despreocupada Germania. Ya puso Bismark su atención en el archipiélago de Joló,[4] que costó algún trabajo arrancárselo; también quiso que le cediéramos Fernando Poo, y si ha de creerse todo lo que se dice, el bello ideal de Alemania es poseer nuestras islas Filipinas, la más preciada joya de la Oceanía. Desde luego podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que Filipinas

3 Véanse 22 y 24.

4 *Joló*: nombre español del archipiélago filipino.

no será nunca alemana. Hasta ahí podían llegar las bromas… Ni por la astucia, ni por la sorpresa, ni por la diplomacia, ni menos por la fuerza, conseguiría el Imperio poner su bandera en aquella hermosísima zona. Sobre este particular no abrigamos duda alguna los españoles.

Entretanto nos preparamos a defender de la rapacidad teutónica otras joyas de menos valía. ¿Creéis que Alemania ambiciona las Carolinas por lo que ellas valen? No, valen muy poco; pero su situación es de gran importancia para un enemigo nuestro que tenga puestas sus miras en el archipiélago filipino.

Con las Carolinas adquirirían los alemanes admirable punto estratégico para poner los paralelos a nuestra rica provincia oceánica. No y mil veces no. Las Carolinas han sido siempre nuestras y seguirán siéndolo mientras nos quede un aliento con que proclamar nuestro derecho.

Así lo ha comprendido el pueblo español con admirable instinto, y su agitación de estos días es un hermoso espectáculo que nos consuela de muchas desventuras. La unanimidad con que se ha movido la opinión, los clamores generosos, exaltados, que han retumbado por toda la península, en medio de los ayes de dolor de las poblaciones epidemiadas han demostrado cuán vivamente persisten en nuestra raza los sentimientos de dignidad nacional, virtud inapreciable que suple deficiencias de otra naturaleza.

Ya debe haber comprendido Bismarck que las Carolinas no serán suyas por virtud de una aquiescencia tácita de los españoles, ni por debilidad nuestra o indiferencia. Creyó sin duda que nuestras desgracias nos habían abatido hasta el punto de adormecer en nosotros conciencia de la integridad del suelo y del honor de nuestra bandera; pero se ha equivocado. Solo por la fuerza se nos arrancarán las islas Carolinas, y aún esto está por ver, pues es forzoso reconocer que tenemos más poder del que nosotros mismos creemos y que no es nuestra debilidad tan grande como nosotros mismos nos complacemos en declarar.

El entusiasmo de estos días, la efervescencia de Madrid y las provincias, prueban a las claras que llevada la cuestión al terreno de la fuerza, no había de dar nuestra debilidad al mundo un espectáculo risible.

***

Si acerca de la fuerza militar terrestre del imperio alemán no caben dudas de ninguna especie, no puede decir lo mismo respecto a su poder naval. Una marina de guerra no se improvisa. Si el dinero es, según la frase de Federico el Grande, elemento principal para hacer la guerra con éxito, en lo que corresponde a la milicia de los mares, ni con el dinero, ni con las poderosas naves se adelanta gran cosa.

Alemania, donde el cultivo de las ciencias está tan adelantado, podrá haber creado un plantel brillante de oficiales de marina; pero los marineros, ¿dónde están? He aquí la gran cuestión. Alemania no tiene marineros; carece de ese soldado raso de los mares sin el cual de nada valen las grandes naves ni las poderosas máquinas de destrucción. Lo primero que tiene que hacer un buque es navegar.

Sí, Alemania no tiene marineros, porque no tiene costas, y decimos que no tiene costas porque la desembocadura del Elba y el desamparado Báltico son poca cosa en relación

de la dilatada superficie interior del Imperio. Así es tan difícil a la marina de aquel país el dotar a sus buques de personal subalterno.

Durante la desigual guerra del Schleswig-Holstein, entre la poderosa Prusia y la débil Dinamarca,[5] ésta sostuvo un riguroso y eficaz bloqueo en las costas del Báltico. Porque Dinamarca es nación de grandes navegantes y descubridores, y su marina militar, pequeña y pobre, tenía sobre los prusianos la ventaja de la pericia, la práctica y el hábito. Y sorprende mucho que en la mente del canciller se arraigue la obstinada idea de que puede ser nación colonial la que no es de antemano nación marinera.

¿Por qué no tienen colonias Austria, ni Italia, ni Alemania, y las tienen Inglaterra, España, Holanda y Portugal? La respuesta darala la historia de las empresas navales del mundo y de la geografía práctica, ilustrada por los Magallanes, los Balboas, los Gama, los Bartolomé Díaz, Legazpi, los Cook, los Drake, los Vancouvers, los Elcano y otros insignes navegantes.

¡Y Alemania sin haber tomado el gusto al agua salada en ningún tiempo de su historia, quiere tener colonias! ¡Qué error más craso, y qué desengaños tan grandes ha de traer consigo! Alemania no tendrá colonias ni aún robándolas, que es cuánto hay que decir en apoyo de nuestra tesis. Las colonias no se improvisan como no se improvisan los hábitos de la mar.

Una cosa es romper por la frontera del Rhin con ejércitos inmensos, millares de cañones y hábiles planes estratégicos estudiados previamente sobre las cartas geográficas, y otra cosa es lanzarse al inseguro campo de los mares en barcos más o menos sólidos, contando siempre con la cooperación eficaz o desventajosa de los elementos.

***

Enfrente de esta nación extraordinariamente fuerte en agua dulce, nos encontramos nosotros con una marina anticuada y escasa, con poco dinero, con las mil dificultades que nos ofrecen las repetidas calamidades de estos últimos tiempos, con las costas imperfectamente artilladas. Pero en cambio ya daría algo Alemania por poseer nuestro plantel de marinos. Esta dilatada costa ibérica los cría con pasmosa abundancia, y es tal su número que no teniendo todos ocupación en la marina mercante española, van a enrolarse en las banderas extranjeras.

Fuera de aquí les aprecian en lo que valen. Vizcaya y la Montaña, Asturias y Galicia, Cádiz y Cartagena, Cataluña y Mallorca son madres fecundísimas de los más hábiles, los más sufridos, los más bravos, los más prácticos marinos que cruzan el océano, dicho sea esto sin jactancia y sin quitar a otros su mérito.

La marina mercante es la base de la militar. Sin marineros excelentes de nada valen esas moles de hierro que llaman acorazados y cuya utilidad no se ha probado todavía. Sin marineros, la sabiduría de unos cuantos oficiales muy fuertes en matemáticas no vale para nada. Y no es esto decir que temamos la comparación de la oficialidad de nuestra armada con la de otros países. En este punto estamos bien. ¿Qué nos falta, pues? Material de guerra nada más.

5 Dinamarca y Prusia se disputaron en dos ocasiones los ducados de Schleswig y Holstein. La segunda guerra

Si los gobiernos que se han sucedido en el poder en los últimos diez años hubieran previsto este caso distribuyendo de un modo conveniente el crecido presupuesto de Marina, no nos veríamos hoy en el caso de que una potencia que hasta hace poco se tenía por muy amiga nuestra, pusiera la mano en posesiones españolas. Ya no es tiempo de recriminar a nadie ni de volver la vista a los errores pasados; cúmplenos hoy atender al mal presente y ponerle remedio dentro de los límites de lo posible.

Desde luego tenemos la satisfacción de poder afirmar que para una campaña marítima en la Polinesia no carecemos de elementos. Los buques españoles que navegan hoy en la Oceanía son suficientes para defender nuestra bandera de cualquier agresión. Tenemos además una admirable base de operaciones en Manila y su puerto y arsenal, inabordables para naves de gran calado. Los mares de la Micronesia no son a propósito para que maniobren en ellos los acorazados; de modo que nada tienen que hacen allá los navíos alemanes de mucho puntal.

Nuestros cruceros, mandados por oficiales peritísimos y valientes y tripulados por la marinería malaya, que en aquellas regiones no tiene sustitución posible, pueden a todas luces dejar bien puesto el pabellón español. En la contingencia de una campaña marítima en Europa, hay que tener en cuenta multitud de factores para determinar si nuestra debilidad es tanta como aparentan creer los alemanes, o si poseemos alguna fuerza digna de respeto.

Pero este asunto lo dejaré para otra carta porque requiere ser tratado con extensión, y porque el desarrollo de los acontecimientos que rápidamente se suceden, podría de la noche a la mañana alterar los términos de la cuestión. Por ahora debo fijarme principalmente en el aspecto diplomático del conflicto, pues hoy el litigio no ha salido de la jurisdicción de la Cancillería.

Desde luego puedo asegurar que la opinión de Europa nos es favorable. Salvo contadas excepciones, los diarios europeos más autorizados nos dan la razón. Algunos califican de pirático el acto de Bismark, y aun los que ponen en duda nuestro derecho, no pueden negar la antipatía que inspira el Canciller, escogiendo, para herirnos, el momento en que una terrible epidemia hace estragos en nuestro suelo. La conducta de los alemanes ha sido en este caso, por lo menos, poco noble. Calificativos muy duros se han aplicado a este proceder. Es como abofetear a un enfermo o ultrajar a un moribundo.

Nuestro gobierno, justo es declararlo, formuló las primeras protestas con energía. De Berlín vinieron contestaciones ingeniosas, equívocas, envueltas en protestas de amistad. Primero se dijo que abandonarían las Carolinas, pero no por reconocer nuestro derecho, sino en virtud de un rasgo generoso y como por lástima de nosotros. Después el lenguaje de la cancillería alemana, cambió de tono. Cada vez son más oscuros y nebulosos los argumentos con que la cancillería de Berlín trata cuestión tan clara. Lo único que vemos en todo este cambio de notas, es que Bismarck quiere ganar tiempo, entretener y dilatar el litigio hasta que los barcos alemanes destacados de la escuadra de Nueva Guinea, lleguen

resolvió violentamente el asunto obligando a Dinamarca a renunciar en 1864, a todos sus derechos sobre los ducados a favor de Austria y Prusia.

a los mares de la Polinesia. Pero es el caso que nosotros también esperamos con ansia noticias de la llegada de nuestros buques a Yap, el más importante puerto del archipiélago carolino.

Desconocemos lo que pasará o habrá pasado en esa región antípoda donde hoy se resuelve quizás el problema de nuestro dominio en la Oceanía. ¿Se habrán encontrado nuestros buques con los alemanes? Y estos ¿habrán izado la bandera de su país en alguna de las seiscientas islas? Mientras no lleguen noticias de allá, nada puede decirse que no sea aventurado y novelesco.

***

El pueblo con su admirable instinto ha visto desde luego en el cambio de notas diplomáticas un habilidoso plan de Bismarck para enredar el asunto, dilatarlo y llevarlo por senderos favorables a los intereses alemanes.

Por eso las manifestaciones han sido harto exaltadas, traspasando en algunas localidades los límites de la prudencia, como si hubiéramos concluido la época de las negociaciones y llevado el litigio al terreno de la guerra. Han ocurrido incidentes que no deben pasarse en silencio si se ha de dar cuenta exacta del estado de la cuestión.

A raíz de la manifestación antigermánica celebrada en Madrid, la más unánime, la más entusiasta y la más ordenada de las que en toda España se han celebrado, un alto funcionario militar, el general Salamanca, devolvió al príncipe imperial de Alemania la Cruz del Águila Roja, que de él había recibido, con motivo de su viaje a España en noviembre de 1883. La devolución iba consignada en una carta que la prensa alemana califica de impertinente, pero que en las clases militares de nuestro país fue recibida con entusiasmo.

Otro incidente notable es que habiendo tomado parte en la manifestación de Madrid bastantes oficiales y habiéndose marcado cierta agitación en el Centro Militar, de que es presidente el mismo general Salamanca que devolvió la cruz, surgieron desavenencias poco agradables entre el ministro de la Guerra y dicho general.[6] Hablóse de que el gobierno cerraba aquel círculo, temeroso de que algunas imprudencias cometidas en él agriaran la cuestión, entorpeciendo las negociaciones. Pero al fin no se ha cerrado el Centro Militar.

Díjose también que se iban a prohibir las manifestaciones en provincias-, pero el gobierno después de mucho vacilar las ha permitido, recomendando prudencia y disponiéndose a reprimir todo acto que implicara agresión o insulto a la bandera alemana. La verdad es que en las entusiastas manifestaciones del calor patriótico, el pueblo no ha rebasado los límites de la prudencia. Los excesos han sido pocos, y en general ha reinado un orden perfecto y cierto respeto a la nacionalidad que aún no se ha declarado abiertamente nuestra enemiga.

Poblaciones asoladas por el cólera, han olvidado por un momento sus inmensas desgracias para lanzar un grito en pro de la patria amenazada. Bismarck creía habérselas con un pueblo de enfermos y ha visto con no poca turbación y sorpresa que el enfermo se incor-

6 El *ministro de la Guerra*, Jenaro Quesada, del gobierno conservador y el *general* Salamanca, diputado liberal.

pora en su lecho y manifiesta con viril lenguaje que no está dispuesto a dejarse arrebatar la sábana con que se cubre.

¿Qué sucederá después? ¿Habrá un arreglo como creen algunos, o se precipitarán sucesos graves, cuya trascendencia no es posible apreciar ahora? ¿No pasará adelante la cuestión, o esto que vemos es el prólogo de una temerosa tragedia de lances sangrientos e incierto desenlace?

Difícil es el arreglo como Alemania no renuncie en absoluto a la posesión o protectorado de las islas Carolinas. Se ha dicho que por mediación personal del anciano emperador Guillermo, Alemania nos devolvería las islas, pero sin reconocer nuestra soberanía en ellas, de modo que la cuestión quedaría siempre en pie y sería un semillero de conflictos.

Tendré a mis lectores al corriente de cuanto ocurra, y antes de pocos días enviaré otra carta, refiriendo todas las fases porque vaya pasando un asunto de tanto interés para los españoles de ambos mundos y para los que en esta cuestión, españoles o no, simpaticen con nuestra justísima causa.

B. PÉREZ GALDÓS

45
LP, 4/11/1885

SUMARIO: La cuestión hispano-alemana —Confusión —Los sucesos del 4 de septiembre en Madrid —Insulto a la embajada —Declaraciones del partido liberal —Momentos de peligro —Los partidos extremos explotan el sentimiento patrio —El gobierno resiste —La política interior agrava la situación internacional —Comunicaciones entre soberanos —Las familias reinantes de Prusia y España se oponen al rompimiento —Los dos partidos de la Corte de Berlín —Diversos peligros que traería el rompimiento —Arreglo privado de la cuestión de las Carolinas —Derivaciones: la cuestión de los marinos —Misterio que envuelve los sucesos de Yap —Inquietud de los marinos, celosos del buen nombre del cuerpo —Instrucciones que llevaban los expedicionarios a las Carolinas —Disentimientos entre Capriles y España —Declaración del gobierno alemán —Proyectos de reforma y aumento en nuestra marina de guerra —Construcción y adquisición de buques —Defensa de costa —Fortificaciones de Ceuta, Mahón, Melilla, San Sebastián, Vigo y Ferrol —Suscripciones nacionales para regalar buques al Estado —El torpedero *Ejército* y el barco *Patria* —La mediación del papa en el asunto de las Carolinas.

Madrid, 6 de octubre de 1885.

Señor Director:

El retraso con que va la presente carta, motivado por causas extrañas a mi voluntad, lejos de perjudicar al interés de ella lo favorece, porque si hubiera comunicado a ese periódico todas las impresiones referentes al asunto hispano-alemán que se han sucedido en el ánimo del público durante el pasado septiembre, habría incurrido en falsedades

involuntarias. Porque desde el 4 de dicho mes[1] hasta hace pocos días todo ha sido confusión.

La prensa ministerial ha representado sucesivas comedias; la verdad de las negociaciones y de los sucesos ha sido ocultada por el gobierno con tenacidad increíble, y como a falta de noticias ciertas, la imaginación se ha desatado en invenciones mil, no habría podido yo sustraerme a esta atmósfera de exageraciones y mentiras, comunicando a usted casos y cosas de problemática exactitud, y habría tenido que emplear después en rectificaciones doble espacio que en referencias. Hoy todo ha variado, y aunque hay muchos puntos que permanecen oscuros de este incidente, lo principal de él se ha puesto ya en claro.

La prensa oficiosa española y alemana no declara realmente sino lo que le conviene; pero la verdad se sabe al fin, y muchas cosas que aquí no se publican por no permitirlo el gobierno, corren de boca en boca, siendo tan verdaderas que no cabe más verdad, y puede apoderarse de ellas la historia sin temor de incurrir en inexactitud.

Pasada la efervescencia de los primeros días, la cuestión de las Carolinas puede tratarse con frialdad y sus varios y dramáticos incidentes componer un capítulo de historia, que no será ciertamente de los menos instructivos.

***

El telégrafo diría a *La Prensa* los sucesos del 4 de septiembre en Madrid, los cuales fueron tan sonados y produjeron impresión tan honda en toda la Europa, que no habrá seguramente quien de ellos no tuviera noticia.

Al saberse en Madrid que nuestros buques habían llegado a Yap antes que el cañonero alemán, que la tripulación de este había enarbolado la bandera alemana en tierra tomando posesión de la isla en nombre del Imperio; que el gobernador Capriles y el comandante del *San Quintín*,[2] después de protestar contra este acto, se habían vuelto a Manila a pedir instrucciones, la agitación fue tan extraordinaria que pronto degeneró en tumulto. La multitud invadió las calles, los gritos patrióticos se sucedían sin tregua; repitiéronse las escenas de la manifestación antigermánica, y paisanos y militares se confundían en un solo sentimiento.

El gobierno, a quien esta clase de expansiones no podía ser grata, comprendió sin embargo que no podía sobreponerse a la producida por las noticias de Yap. La excitación de los ánimos era tan grande, que si el gobierno hubiera tratado de contenerla, seguramente habría sido arrollado. Vio que el huracán era demasiado fuerte y que no tenía más remedio que dejarse llevar por el impetuoso oleaje so pena de perecer en él. Al hacer esto, se reservaba el propósito de *poner la proa al viento* cuando este se calmase.

Consecuencia de esta actitud pasiva y condescendiente del gobierno fueron los lamentables excesos cometidos por el populacho frente a la legación de Alemania. Con esto la situación se complicó de tal modo, que parecían inminentes graves sucesos.

1 Fecha en que redactó la Carta anterior.

2 El comandante del San Quintín, uno de los barcos que se envió desde Manila, era Guillermo España, y a bordo llevaba al gobernador militar Enrique *Capriles*, dependiente del gobernador general de Filipinas.

La guerra se creyó tan inevitable que no se oía conversación ninguna que no se refiriese a buques de combate, a armamentos en corso,[3] y a las contingencias de la espantosa y desigual lucha. El gobierno tardó algunos días en sobreponerse a los hechos; su prestigio estuvo por los suelos durante un plazo no corto; los órganos oficiosos desentonaban horriblemente, y esto era un *maremágnum,* un guirigay. Ya parecía que el gobierno superaba en *chauvinismo* a los más exaltados, ya que pecaba de prudente.

Entretanto, los prohombres del partido liberal dinástico, reunidos en casa de su jefe,[4] respondían al elevado diapasón de la ira popular con un eco de guerra. Las declaraciones belicosas del partido liberal en aquella ocasión han sido muy comentadas, y alguien las ha tenido por imprudentes. Yo creo que fueron más bien un acto de habilidad política en circunstancias tan críticas, y que el partido liberal, llamado a sustituir en plazo breve a los conservadores, hizo bien en cubrir el flanco más débil de la monarquía en aquellos días, pues si las cosas duran un poco más en la tesitura en que estaban y no se disipan ciertas sospechas de germanismo, las complicaciones habrían llegado a un punto difícil de resolver.

Aquí entra ahora el aspecto político de la cuestión, y la primera de las fases porque ha pasado el complejo asunto de las Carolinas. No puede negarse que en los primeros momentos la excitación popular era sana y legítima, y que el patriotismo verdadero encendía los ánimos con exclusión de todo sentimiento bastardo. Después, por desgracia, no fue así. El interés político se dedicó a caldear las pasiones sacándolas de su cauce natural, y los partidos avanzados empezaron a explotar el *chauvinismo* en provecho de sus respectivos ideales.

La acusación de germanismo lanzada contra el gobierno y los altos poderes fue ya la más terrible de las armas y no hubo inconveniente en esgrimirla sin reparo. Al llegar aquí, el gobierno empezó a salir de su aturdimiento, vio claramente la malísima situación de las cosas, los peligros enormes que se dibujaban en el horizonte, y en cuatro o cinco días de política resistente contra la prensa y las turbas, puso un freno a la patriotería y afianzó el principio de autoridad que estaba muy quebrantado. Pero acalladas las voces tumultuarias, y amordazada la prensa radical, aún subsistía sorda la cuestión. No había posibilidad de apartar de ciertas cabezas la idea de las complicidades germánicas. La palabra traición sonaba como la cosa más natural del mundo.

Ahora que estamos serenos podemos apreciar claramente los sucesos de aquellos días, y afirmar de un modo categórico que si Alemania no ceja en sus pretensiones, no habría sido posible evitar en España una catástrofe política.

Al llegar a esta parte del drama hay una escena o lance que no por ser privado deja de influir poderosamente en el desarrollo de la acción. Me refiero a la carta escrita por don Alfonso a su venerable amigo el emperador Guillermo. La prensa oficiosa de aquí, lo mismo que la extranjera, ha negado la existencia de tal carta, pero es indudable que en una forma u otra ha habido comunicaciones entre las dos Cortes. Es indudable también que en caso de un rompimiento, don Alfonso habría corrido el temporal iniciado

3 *Armamentos en corso*: 'buques mercantes autorizados en tiempo de guerra para perseguir, apresar o destruir naves enemigas'.

4 Sagasta.

por el patriotismo español, poniéndose a su cabeza. Evitar el rompimiento era, pues, la política más sabia, más discreta y práctica, ya bajo el punto de vista dinástico, ya bajo el nacional.

***

Es cosa sabida que las noticias de España produjeron en la corte de Berlín un efecto tal, que persona bien informada y que se hallaba presente no vacila en denominarlas "efecto de consternación".

Verdaderamente los individuos de la familia imperial no podían consentir que, por disputar a España unas islas sin valor, se comprometiera una monarquía. Resultaba estúpido que de esta contienda y por satisfacer Alemania su amor propio, resultase en Europa una república más, y una república que no tardaría en ser amiga y quizás aliada de la poderosa y vecina república francesa

En la corte de Berlín hay dos corrientes o partidos que ha tiempo luchan sordamente. Uno de estos partidos es el de Bismark, otro es el del príncipe imperial. Este se puso resueltamente al lado de España y de don Alfonso. Toda la familia de Hohenzollern opinó que las Carolinas no valían una guerra ni siquiera una disputa, y la idea de que el rompimiento pusiese en peligro la dinastía reinante en España se sobrepuso en Berlín prontamente a los planes coloniales del Canciller de Hierro.

También debemos considerar que la guerra era antipática a la casa de Prusia por otros motivos. El Imperio no ha probado aún sus fuerzas por mar. La marina es nuevecita, y si su material de guerra es superior al nuestro, no puede decirse lo mismo respecto al personal. De modo que no debían ocultarse a los individuos de la familia imperial las contingencias peligrosas del estreno de su marina de guerra.[5]

Además, el rompimiento con España podría ser la señal de una conflagración europea porque, ya se sabe, en estas cosas todo es empezar, y el Imperio está rodeado de enemigos que aprovecharían la menor ocasión para hacerle daño.

Todas estas razones, y además la poderosísima de las complicaciones y riesgos que se anunciaban en la política interior de España determinaron al imperio alemán a ceder en sus propósitos.

Puede desde luego asegurarse que a los pocos días de los sucesos de Madrid, ya mediaron entre los palacios de Berlín y Madrid comunicaciones cariñosas en las cuales se daba resolución cumplida al conflicto. Desde que estas comunicaciones se cruzaron, la cuestión estaba resuelta, aunque sus términos no han trascendido ni probablemente trascenderán al público. Pero como la forma es esencial en las relaciones internacionales, desde aquellos días se empezó a representar una comedia diplomática que todavía no ha concluido ni es fácil concluya pronto. Esta comedia es indispensable para la dignidad de ambas naciones.

5 *La familia de Hohenzollern, la casa de Prusia, la familia imperial* son diferentes formas —dinastía, origen, cargo— de referirse a la misma estirpe del emperador Guillermo I de Alemania entre 1871 y 1888.

No sería digno para Alemania cantar palinodia[6] y retirarse de un territorio solemnemente ocupado, desmintiéndose a sí misma y dando por nulas las jurisprudencias establecidas por ella misma de un modo categórico. No sería digno tampoco para España ver reconocido su derecho por consideraciones de política interior o por miramientos personales entre soberano y soberano.

Para cubrir las apariencias se viene sosteniendo un cambio de notas que no parece tener fin. Pero el pleito está ya sentenciado. Las partes, de acuerdo ya en lo sustancial, sostienen una querella aparente para dar a su arreglo las indispensables formas del derecho internacional. Las negociaciones, la mediación del papa,[7] todo lo demás que venga es pura exterioridad. La cuestión está arreglada hace tiempo, podemos asegurarlo. Más adelante expondremos los términos precisos del arreglo.

***

Ahora me toca dar a conocer algo de los innumerables conflictos incidentales que del gran conflicto se han derivado, algunos mal resueltos todavía, otros pendientes de solución.

El primero y más grave es la llamada cuestión de los marinos de la cual daré sumaria noticia a los lectores de *La Prensa.* Cuando se supo en Madrid lo de Yap, los periódicos ministeriales, aturdidos y sin saber el camino que habían de tomar, cometieron la imprevisión de echar la culpa de todo a los marinos. El órgano más importante del gobierno no tuvo inconveniente en calificar de vergonzosa la conducta del gobernador Capriles y del comandante del San Quintín señor España, abandonando la isla en presencia de los alemanes. Estas impresiones debieron partir de centros oficiales, porque se mandó instruir sumaria[8] y se anunció la destitución de Capriles.

Pero he aquí que los marinos que residen en Madrid creyeron que se juzgaba con demasiada ligereza a sus compañeros. Personalidades muy altas del cuerpo de la armada defendían la conducta de los señores España y Capriles y excitaban al gobierno a hacer luz sobre el asunto, publicando las instrucciones que a ambos jefes se dieron al salir de Manila. Pero el gobierno se obstinaba en callar. Gran marejada en el ministerio del ramo, cuyo subsecretario que lleva un nombre ilustre en nuestros fastos navales,[9] se obstinaba en dimitir llevando tras sí a lo más granado de los diferentes institutos de la armada. Y verdaderamente los marinos procedían con rigurosa lógica. "Sepamos —decían—, qué instrucciones llevaban Capriles y España, para poder juzgar si su conducta se acomodaba o no

6 *cantar palinodia*: 'retractarse'. Difícil dirimir si la supresión del artículo acostumbrado en la locución, es decisión de Galdós o errata del periódico.

7 León XIII, con realismo político y habilidad diplomática había puesto fin a la hostilidad del régimen imperial alemán hacia los católicos. De ahí que Alemania solicitase ahora su intervención.

8 'enjuiciar de forma abreviada asuntos de urgencia'.

9 Alude a Ramón Topete, hermano de Juan Bautista Topete, uno de los artífices de la revolución del 68 cuyos *fastos* veremos en la Carta 47.

a tales instrucciones". Y el gobierno, callado, procurando ganar tiempo con su mutismo, y tratando ya de echar la culpa al capitán general de Filipinas, general Terreros.

Esta es la hora en que el gobierno no ha dicho una palabra. Oficialmente nada se sabe; pero por conducto privado la verdad de estos sucesos ha cundido entre nosotros, y ya no hay lugar a dudas. El gobernador de Yap, señor Capriles, y el comandante del *San Quintín* llevaban orden de evitar "todo choque con cualquier bandera extranjera".

Y se sabe también que los dos distinguidos marinos no interpretaron del mismo modo el sentido de las instrucciones, pues Capriles, de cuyo carácter fogoso se ha hablado mucho aquí en estos días, quiso emprenderla por la tremenda con el cañonero alemán *Iltis*, mientras que España, más prudente y sesudo, se obstinaba en regresar a Manila para pedir instrucciones al gobierno español.

Se ha dicho que entre los dos jefes mediaron escenas violentas, lo cual no es cierto. Hubo algún altercado y nada más. La declaración de Alemania dando por nulo el acto realizado por su buque y reconociendo la precedencia de nuestra ocupación, quita ya a aquellos sucesos parte de su importancia.

Por fin los marinos se han aplacado, y en el ministerio se dedican con preferencia a los aumentos y mejora de nuestro material flotante, que, en verdad, deja mucho que desear. La reforma de nuestra marina no es para un día, y hay cosas que no caben dentro de la improvisación como algunos ilusos creen. El gran acorazado que estamos construyendo, y del cual se dice que no habrá ninguno mejor, no estará concluido hasta dentro de dos años, y los cruceros de primera y segunda clase, cuya construcción se sacó a concurso, tardarán aún tres años en ser una realidad. Nuestro gobierno ha tratado de adquirir dos magníficos cruceros acorazados del tipo *Esmeralda*, que están casi concluidos en Inglaterra por encargo del Japón. Pero hay dificultades para esta compra, porque el gobierno japonés, que al principio se mostró propicio a ceder ambos buques, ahora parece que los quiero para sí. Solo podemos contar por ahora con lo que se construye en nuestros arsenales, varios cruceros de tercera clase y algún torpedero.

En lo que hemos ganado considerablemente, con motivo de estos sucesos, es en el artillado y defensas de nuestras costas. Las importantes obras comenzadas en Mahón, Ceuta y Cádiz han recibido gran impulso. Es posible que sin el incidente de las Carolinas no hubieran llegado aquellas obras a su terminación completa por efecto de esa incuria española que tan cara nos ha salido siempre. "No nos acordamos de Santa Bárbara hasta que truena".

Las grandes piezas que se encargaron a Krupp para el artillado de Ceuta estaban sin montar. Muchas de estas piezas, concluidas hace tiempo, no habían venido aún de Alemania. Ha sido preciso traerlas con gran urgencia y precipitadamente del mismo país que ibaa ser nuestro enemigo, y a estas horas deben estar en su sitio. Se asegura que terminadas las obras de Ceuta, esta plaza queda en admirable estado de defensa. Melilla y las Cha- farinas no se quedan atrás, y por el norte, San Sebastián refuerza sus defensas; Vigo, que estaba completamente inerme, ve emplazar en la embocadura de su puerto poderosas ba- terías, y Ferrol, artillando convenientemente los fuertes de San Felipe y La Palma, sostiene su posición inexpugnable.

Algo hemos adelantado, pues, con estas cuestiones. Sin este incidente hispano-alemán, la confianza nos habría llevado al abandono, y está visto que no se puede vivir desprevenido en estos tiempos de rapiñas coloniales. Fuera de Inglaterra, todas las naciones coloniales son débiles. Apresúrense, pues, a hacer menos patente su debilidad, o a defenderse en la medida de lo posible, porque si no los imperios poderosos que ahora han dado en la flor de poseer territorios lejanos, las despojarán el menor día; bien por la fuerza, como en Zanzíbar, bien por la diplomacia, como en el Congo.

***

Lo característico de esta temporada en que bruscamente ha sido lanzado nuestro país a una política internacional harto activa, ha sido el furor de construcción de buques que se manifiesta aún en diferentes clases sociales. Esto es un buen síntoma, y aunque muchos de estos propósitos revelan tanta inocencia como patriotismo, siempre es de gran precio la intención, y sirve para probar que el país respondería enérgicamente a cualquier llamamiento que se le hiciera en momentos de peligro.

Casi todas las provincias han tenido su proyecto de regalar a la nación un barco. Algunas clases e institutos han pretendido que surcase pronto los mares un orgulloso bajel adquirido por suscripción. Tendríamos, pues, el torpedero de los notarios, el de los registradores de la Propiedad, el de las Clases Pasivas, el de los maestros de Instrucción Primaria y otros muchos más. Desgraciadamente estos nobles proyectos no pasan de ilusión, la cual se desvanece en cuanto una inteligencia práctica hace ver a los patriotas lo que cuesta el más insignificante buque de combate.

Los constantes inventos de la industria naval, anulando hoy los progresos de ayer, e ideando cada día nuevos tipos de máquinas ofensivas y defensivas han elevado fabulosamente el precio de las construcciones navales. No sabemos a dónde irán a parar las naciones europeas, si continúan gravando sus presupuestos con las enormes y crecientes sumas que la marina exige.

Creo que una gran guerra marítima, sometiendo a prueba los distintos elementos de la táctica naval moderna, sería muy útil, porque tal vez de esta prueba suprema resultara el desecho de los tipos más costosos, y la adopción definitiva del torpedero como unidad táctica marítima. De todos los arbitrios para adquirir buques, los únicos que llegarán a ser realidad son la suscripción de las clases militares para el buque *Ejército*, y la de *El Liberal*[10] para el buque *Patria*. Las colectas locales frustradas pasarán a engrosar la cifra de estas dos suscripciones, y se logrará alcanzar la respetable suma que un barco de combate exige. No ha dejado de encontrar entorpecimientos la suscripción de los militares, mayormente nacida en las regiones oficiales. Alguien intentó ahogar en flor el noble pensamiento; pero al fin la constancia y tesón de los iniciadores ha podido más que todo, y el buque *Ejército* se

10 Véase 30, n. 3.

hará, y se hará bien. Dícese que será un torpedero del sistema Scout, el más perfecto que se conoce, y su coste no bajará de cien mil duros. Varias suscripciones abiertas fuera de España para el fomento de nuestra marina de guerra, vendrán a robustecer la ya respetable suma allegada por el ejército español.

Gran extrañeza ha causado en Europa que el pleito de las Carolinas haya sido sometido al criterio del papa. Tiempo hacía que el Sumo Pontífice no ejercía de árbitro o mediador entre las potencias, y lo más raro aquí es que la idea partiera de un imperio protestante. Pero hace tiempo que se habla de las ojeadas amistosas que Alemania dirige al Vaticano. No siendo del dominio público los móviles de esta política, muchos se dan a imaginar estupendos planes, y hasta se ha hablado del restablecimiento del poder temporal, fijando la sede o metrópoli de él en Constantinopla, que, por las trazas, pronto dejará de estar en manos de turcos. Esto parece una novela, pero no lo es, que la Santa Sede vuelva a ser componedora de las diferencias entre las naciones europeas.

Por lo que respecta al negocio de las Carolinas, si, como se dice, está resuelto entre ambas partes interesadas, ¿a qué la mediación del papa? Responden a esto que al papa se somete tan solo la cuestión de derecho, quedando los términos de la de hecho a cargo de las cancillerías de Alemania y España. Como quiera que sea, esto de la mediación pon- tificia permanece aún bastante oscuro. Espero que en mi carta próxima podré decir algo concreto acerca del asunto y de los aspectos que vaya presentando, los cuales serán, de fijo, muy interesantes.

B. PÉREZ GALDÓS

46

LP, 2/12/1885

SUMARIO: Reverdece la agitación por las Carolinas —Nuevas dificultades —Cambio de tono —Actitud del gobierno español —Las notas de la cancillería española —La razón alemana es la fuerza —Como abusa Alemania de poder —La mediación del papa —Noticias de Filipinas —Continúan las oscuridades sobre la conducta de los expedicionarios —Alarmas en Manila—Preparativos de defensa—Incondicional adhesión de los indígenas —Impresiones contradictorias respecto a la mediación papal —Exigencias de las poten- cias en pro de la libertad comercial —Presión de Alemania e Inglaterra unidas contra el débil —Los exploradores portugueses Capello e Ivens —Breve noticia de la expedición portuguesa al África central —Honores que tributa Portugal a los marinos —Madrid se asocia al entusiasmo de Portugal —Conferencia en la Sociedad Geográfica —Banquete —Amenazas de un invierno tan malo como el precedente —No hay crisis —Conclusión del cólera —Constantes sacrificios de las clases pudientes.

Madrid, 29 de octubre de 1885.

Señor Director:

La cuestión hispano-alemana continúa siendo la idea constante de los españoles. En mi

última[1] di esa cuestión por definitivamente resuelta en lo esencial, quedando solo en tela de juicio la forma del arreglo. Hoy, aunque las Carolinas vuelven a apasionar los ánimos, se puede asegurar que está acordado que nos pertenezcan de derecho. Pero han surgido dificultades y asperezas, que podrían complicar la querella dilatando por lo menos su sentencia final, y de estas dificultades voy a ocuparme hoy.

Marchaba todo a pedir de boca, al decir de los ministeriales, y en las negociaciones confidenciales se había llegado a determinar la manera de arreglar toda diferencia dejando a salvo la dignidad de las dos naciones, cuando de la noche a la mañana se observa que cambia bruscamente el tono de la diplomacia alemana. De amistoso y conciliador truécase en displicente y desdeñoso, y la mudanza del lenguaje da a entender la mudanza de las intenciones, que parecen volverse hostiles.

Personas expertas atribuyen este cambio al mal efecto producido en Berlín por las jactancias y valentías de la prensa ministerial, que no hace mucho tiempo hablaba con singular imprudencia de los triunfos diplomáticos del gobierno español, de la derrota de Bismarck, a quien habíamos hecho "retroceder paso a paso" con otras majaderías de esas, que si entre nosotros y tratándose de nuestra política interior son moneda corriente, no tienen disculpa en lo que atañe a las delicadas cuestiones internacionales.

Y verdaderamente bien pudiera ser éste el motivo del malhumor del canciller, aunque no parece natural que el amor propio de hombre tan grande se lastime por los dichos de dos o tres periódicos, cuya circulación por el mundo dista mucho de ser colosal. Y no ha sido solo con sus asperezas de tono con lo que Bismarck ha manifestado su enojo, sino también con la extemporánea publicación de las notas, cosa en verdad contraria a la prác- tica y a la cortesía, pues es costumbre no dar a la publicidad las negociaciones mientrasno estén terminadas.

Hemos de reconocer que nuestro gobierno ha sabido responder con decoro y energía a estas manifestaciones de displicencia del gobierno alemán, y para no quedarse atrás en materia de publicación, mandó a la *Gaceta* las notas de contestación y el *memorándum* en que se alegan nuestros derechos a la soberanía histórica.

Grandes errores ha cometido el gabinete conservador en el asunto de las Carolinas. La demora en el envío de la expedición, la debilidad mostrada en los sucesos del 4 de septiembre, sus contradicciones y perplejidades en la cuestión de los marinos, su afán en explotar este asunto de interés patriótico para mezquinos intereses de política casera, son cargos muy fuertes que pesan sobre el gobierno, poniéndole en peligro de inminente caída; pero hay algo que puede en cierto modo ser descargo de tantas culpas.

La redacción de las dos notas publicadas en la *Gaceta*, si no absuelve al señor Cánovas de los errores, le hace recobrar buena parte del terreno perdido en esta última campaña. Es preciso estar ciego por la pasión política para no ver que los dos documentos que la

1 *en mi última*: Galdós escribió consecutivamente las Cartas 45 y 46, el 6 y el 29 de octubre. Pero el periódico, probablemente por publicar la semblanza de Topete, escrita el 3 de noviembre, lo más cerca posible de la fecha de su muerte (27 de octubre), optó por intercalarla entre aquellas, de modo que se publicaron en el siguiente orden: 45 (4 de noviembre), 47 (29 de noviembre) y 46 (2 de diciembre).

prensa ha dado a conocer a todo el mundo, son modelo de lógica irrebatible, de sobria elocuencia, y que en ellos resplandece nuestro derecho de una manera que no deja lugar a la más leve duda. Es lástima que las dotes intelectuales desplegadas en esta ocasión no se emplearan antes para prever y atajar el conflicto. Pero nuestros políticos son así, mejor dicho, así somos todos y tal es el carácter español en todas las esferas. En un momento dado, sabe ponerse a la altura que le corresponde; pero carece de previsión y no sabe anticiparse a los sucesos. Basta leer ambas notas para comprender que la conducta de Alemania con nosotros, es de lo más inicuo que registra la historia. Nada vale ya el derecho de gente, ni la tradición. El lema funesto de *la force prime le droit* es la ley suprema.[2] La razón y la sinrazón se reducen a la siguiente fórmula: tener acorazados o no tenerlos.

Sin otro fundamento que el hecho triste de la deficiencia de nuestra marina, Alemania nos niega la soberanía sobre el territorio que siempre se ha considerado nuestro, y establece su protectorado en él con increíble perfidia, precisamente cuando nos ve rodeados de calamidades. Pero lo más atroz es que prevalida siempre su superioridad material y al ver que su atropello despierta la ira del pueblo español en un grado peligroso, se erige en árbitro de nuestra propia querella, es al mismo tiempo juez y parte, y nos ofrece atender nuestras reclamaciones y examinar imparcialmente nuestro alegato.

España se ve forzada por la inexorable ley de las circunstancias a admitir el inconcebible trámite de defender sus derechos ante el mismo que los ha conculcado, y cuando expone los fundamentos de soberanía en forma templada y con pasmosa claridad, Alemania apenas se digna tomarlos en cuenta, niega rotundamente y de plano todo lo que alegamos, y se empeña en prescindir de la soberanía histórica, para fundarla en el hecho de la primera ocupación de Yap.

Es decir, que al resolver Alemania por razones de alta política, y por interés monárquico, devolvernos las Carolinas no lo hace reconociendo su error, ni convenciéndose de nuestro derecho, lo hace como concesión graciosa, como si aquellas islas fueran suyas y nos la regalara. Lo más triste de todo es que tales cosas pasan simplemente porque no tenemos buques de guerra tan poderosos como los alemanes.

Dice el canciller que los grandes territorios que en Oceanía existen aún sin ocupación formal, son del primero que en ellos se establezca. Y ocurre preguntarle ¿por qué no manda a los barcos alemanes que tomen posesión de las inmensas costas de Australia, donde no existen señales de civilización? ¡Ah! En el programa de las expoliaciones germánicas, no entran las colonias inglesas. Inglaterra es fortísima en los mares.

Las naciones débiles son las que por el simple hecho de su debilidad pierden su soberanía oceánica, suministrando al Imperio los medios de satisfacer su ambición colonial. Tuviéramos una buena armada y entonces otro gallo nos cantara. Hay que confesar que pagamos bien cara nuestra imprevisión, y que hasta cierto punto, nos tenemos bien merecido lo que nos sucede.

2 *la force prime le droit*: `la guerra prima sobre el derecho´. En las Cartas 135 y 147 se atribuye la sentencia a Bismarck.

La mediación del papa, propuesta por la misma Alemania para zanjar este asunto, es considerada como el mejor camino para retroceder sin menoscabo de su dignidad. Y entiéndase bien que retrocede, no porque reconozca que tenemos razón, sino porque no quiere atraer sobre sí complicaciones ni ser responsable de los disturbios que en España pudieran ocurrir. Mas como nación tan poderosa no puede volver atrás una vez dado este paso, aunque el tal paso sea una iniquidad, se vale del arbitraje o mediación de su santidad, bien conviniendo con Roma en que se nos den las Carolinas, bien confiando en que León XIII lo hará natural y lógicamente. Por esto dije, y ahora lo repito, que la mediación del papa era una comedia.

Ahora se dice que Alemania no somete al papa la cuestión de la soberanía histórica, pues esta se obstina el Canciller en negarla rotundamente. Lo que León XIII va a decidir es la cuestión de hecho, a saber, quien fue el primer ocupante de Yap. Y se comprende que no quiera someter Bismark al primer poder espiritual de la tierra un litigio de carácter jurídico-histórico, pues seguramente la sentencia sería contundente en contra de Alemania. En una cuestión de hecho, la decisión del papa es como la de otro poder cualquiera, y no hay para Alemania desdoro en que tal decisión le sea desfavorable.

Creo que con estas explicaciones formarán mis lectores idea exacta de todo lo que es por dentro y por fuera este asunto de las Carolinas, que tanto apasiona los ánimos en España y que aún ha de dar motivo a no pocos disgustos.

Las noticias recibidas directamente de Filipinas no alteran lo que ya sabíamos respecto a lo ocurrido en Yap entre los marinos españoles señores España y Capriles, y entre estos y el comandante del cañonero *Iltis*.

Lo que en mi carta anterior dije no ha sido desmentido. Pero el gobierno continúa guardando secreto sobre las instrucciones que dio a nuestros marinos. *Sottovoce* se dice que estas instrucciones fueron encaminadas a evitar toda colisión con buques extranjeros, de modo que ninguna culpa tienen los marinos de lo que ha pasado.

Lo más interesante del correo de Filipinas es el efecto causado en aquel país por los temores de una guerra con Alemania, los aprestos que se hacían para el caso de un ataque, y la absoluta incondicional adhesión de los naturales del país a nuestra bandera y al nombre glorioso y mágico de Castilla. Esto vale mucho y nos da completas seguridades respecto a la posesión de aquellas lejanas tierras.

El indígena filipino es nuestro en cuerpo y alma. Soldado valiente y sufridísimo por mar y por tierra, sabe morir por la nación española, y no comprende que en aquellas islas pueda ondear otra bandera. Ni aún en los territorios donde la civilización y el evangelio no han penetrado bien todavía, hay temores de que la traición o la ignorancia favorezcan a un enemigo audaz. Todo el archipiélago es perfectamente leal.

***

Si no hay dudas respecto a lo que en definitiva fallará León XIII, en lo esencial, nada se sabe respecto a la forma. Cada día nos trae el telégrafo impresiones distintas. Ya se dice que su santidad ha confiado el litigio a una junta de cardenales, ya que lo estudia por sí mismo y que lo resolverá personalmente. Hay quien asegura que el papa, como soberano

desposeído y como jefe del catolicismo aprovechará esta ocasión para dar un veredicto enteramente favorable a la nación católica por excelencia. Pero otros, más conocedores de la diplomacia pontificia, aseguran que de ningún modo se malquistará la Santa Sede con una nación poderosísima, de la que sin duda espera algo.

Lo probable y casi seguro es que el fallo del papa será favorable a España en cuanto a la soberanía y el dominio de derecho, pero atendiendo mucho los intereses materiales de Alemania. El comercio alemán en la Polinesia será libre, y obtendrá el Imperio depósitos de carbón y franquicias diversas. Y como por virtud de añejos errores estamos tan aislados de todos en el mundo, todas las naciones se aprovechan de nuestra situación para obtener algún beneficio a nuestra costa.

Inglaterra, justamente irritada por el fracaso del *modus vivendi*[3] se pone resueltamente del lado de Alemania. Aunque no tenemos inconveniente en reconocer que son motivadoslos agravios de Inglaterra contra España, es en verdad espectáculo poco airoso, y hasta un poquito repugnante, el que ofrecen dos potencias fortísimas, armadas hasta los dientes, confabulándose para agobiar con su peso formidable a una pobre nación inerme, exhausta, diezmada por la epidemia y mal gobernada. Pero es ley del mundo que los fuertes se unan contra el débil para repartirse sus despojos.

La irritación de Inglaterra contra España es tan grande que no pasa semana sin que nos la muestre de alguna manera, suscitándonos dificultades por este y el otro motivo. En las relaciones personales esta conducta se conceptúa poco noble; en las internacionales creo que es lo mismo, aunque vaya envuelta en la hipócrita cortesía diplomática.

Los Estados Unidos también se llaman a la parte, y si hay concesiones comerciales para Alemania, también debe haberlas para la colosal República. Todo indica la gran importancia que van a tomar aquellas olvidadas regiones cuando se abra el istmo de Panamá.[4]

Si nuestro gobierno, una vez sentenciado el pleito actual, pone su atención en Manila, haciendo de esta plaza una estación naval y comercial de primer orden, dotándola de diques, muelles, depósitos de carbón, sin olvidar las defensas, por lo que pudiera tronar, habrá asegurado el dominio español en Oceanía.

Es de esperar que la dura lección que hoy recibimos sea bien aprovechada por nuestros partidos, y que en lo sucesivo se ponga más atención en la política internacional, vigilando a nuestros representantes diplomáticos, haciéndolos comprender que no están en las cortes extranjeras por pura etiqueta, y ejercitando un poco las virtudes de la previsión y la constancia, las mañas del olfateo y de la astucia, viviendo, en una palabra, la vida común europea, en vez de consumirnos en el apartamiento y en las intrigas infecundas de la política interior.

***

Los célebres exploradores portugueses Capello e Ivens han estado en Madrid cuatro días, siendo objeto de señaladas atenciones y de entusiastas pruebas de admiración y

3 Véase 17, n. 9 y 28.

4 No se abriría hasta 1914.

aprecio. Todo el mundo conoce ya la atrevida odisea de estos dos valientes oficiales de la marina lusitana. Han atravesado el África desde oriente a occidente, realizando un viaje verdaderamente fabuloso, y eclipsando las hazañas geográficas de Livingstone y Stanley.

El continente africano guarda aún en su inmenso territorio central grandes y misteriosos arcanos. Capello e Ivens han sido los primeros que han recorrido las cuatro mil millas que separan la costa de Zanzíbar de las bocas del Congo, y lo han hecho venciendo increíbles peligros y luchando con las inclemencias de un clima mortífero para la raza europea. Muchos de sus compañeros se quedaron por allá. Por milagro de Dios y por virtud de su fe y constancia llegaron vivos los dos jefes a la costa occidental. Sus conquistas geográficas han sido inmensas, habiendo logrado señalar el curso de varios ríos importantes y descubrir la vía más expedita para poner en comunicación las dos costas al través del misterioso continente que aún esconde sus riquezas al comercio y a la civilización.

La bandera portuguesa que tantas glorias de esta clase representa, vuelve a ser en manos de estos heroicos hombres el auxiliar más grande de la ciencia geográfica. Portugal tributó a los dos exploradores honores casi regios.

España ha querido dar una prueba de fraternidad a la nación vecina, y significarle que a todos los habitantes de la península nos ligan por igual los mismos intereses. Invitados por la Sociedad Geográfica a venir a Madrid, Capello e Ivens han permanecido algunos días entre nosotros y la capital de España les ha expresado sus simpatías de un modo vehemente. El gobierno les agració con grandes cruces, y todas las corporaciones científicas así como los círculos militares se han esforzado en obsequiarlos.

A la conferencia en que Ivens explanó el viaje por África asistió un público inmenso. Al banquete con que se los despidió concurrieron hombres notabilísimos en las ciencias y en las letras.

Capello tiene cuarenta y cinco años; Ivens es más joven; pero ambos representan más edad y llevan impreso en su rostro el sello de los increíbles sufrimientos que han experimentado en su arriesgada expedición. Capello es tímido, no habla en público; Ivens se expresa con calor y elocuencia. Ambos son muy simpáticos y han dejado entre nosotros muchos amigos. De aquí han salido para París y Londres, donde también darán cuenta de su viaje, y de las grandes conquistas que la ciencia geográfica les debe.

***

El presente otoño nos ofrece las mismas irregularidades atmosféricas del pasado invierno, esa temporada funesta que empezó con los terremotos y acabó con el cólera. Octubre, que suele ser un mes agradabilísimo en Madrid, ha venido este año con prematuros fríos y nieves. El mundo está desquiciado.

España, que gozaba fama de país templado, va a ser desposeída de esta preeminencia. Ya no hay verano, ya no hay calor. La Groenlandia se nos mete aquí y el Jardín de las Hespérides[5] será tan solo una fantasía de los desocupados poetas.

5 En mitología griega, el jardín de Hera, esposa de Zeus, donde se cultivan manzanas doradas que producen

Así hemos visto *toros con capa* que es la cosa más incongruente que se puede imaginar, y carreras de caballos entre niebla, lo que en realidad tiene cierto carácter, para que esta diversión resulte enteramente inglesa.

Muchos madrileños no tienen consuelo al verse obligados a sacar las capas a mediados de octubre y a este motivo de desazón se añade la carestía de los artículos alimenticios y la tenacidad del gobierno en no querer caer, porque los cambios de gabinete son consuelo de mucha gente. Para que todo vaya mal, después de haberse hablado tanto de crisis, parece que ésta no se verificará en mucho tiempo, al menos, mientras dure el pleito de las Carolinas. No habrá crisis total, ni siquiera crisis parcial; no saldrá el señor Elduayen que tiene pocas simpatías dentro y fuera de España y es un ministro de Estado que cada día nos indispone con una potencia; no saldrá tampoco el señor Cos Gayón que ha desorganizado la Hacienda y nos ha regalado un déficit considerable; no saldrá tampoco el señor Pidal, que al llevar al gobierno el matiz clerical, ha impulsado la política conservadora por derroteros peligrosos. No saldrá nadie. El ministerio se presentará a las Cortes, allá en diciembre, tal como está constituido, y entonces los resentimientos y responsabilidades se disolverán en un mar de discursos.

***

La epidemia colérica ha concluido ya por fortuna.

Supongo que esta carta llegará al fin a su destino sin señales de haber sido apuñalada y empapada en vinagre u otras aguas mal olientes. Todos nuestros puertos están declarados limpios, y buena falta hacía, porque la paralización nos amenazaba con males quizás mayores que los del cólera. A pesar de todo, no nos libraremos de una gran crisis de subsistencias en el invierno próximo.

Hay poco trabajo, y los muchos obreros, que estarán mano sobre mano, exigirán nuevos sacrificios de las clases acomodadas. Son increíbles las sumas que aquí se han reunido en un año para víctimas de terremotos, víctimas de inundaciones, víctimas del *bacillus vírgula*, y finalmente para construcción de buques. Solo la suscripción de los terremotos, engrosada con cuantiosos donativos de nuestros hermanos de América, asciende a millón y medio de pesos.

Ahora las proyectadas cocinas económicas para atender a las necesidades de los pobres en el invierno que se prepara, darán un nuevo ataque al bolsillo de las pocas personas que aún tienen algo. Por fortuna la caridad es en España inagotable. A falta de otras virtudes, tenemos ésta, y nadie podrá ponerla en duda.

Seguiremos sosteniendo el horroroso temporal que la Providencia ha desatado sobre nosotros y viviendo como podamos, hasta que lleguen tiempos mejores, que de seguro llegarán… y si no llegaren, ¡qué le hemos de hacer! También es una ventaja, relativa que sabemos ser estoicos cuando las circunstancias lo exigen.

B. PÉREZ GALDÓS

la inmortalidad.

47
LP, 29/11/1885

SUMARIO: Muerte del almirante don Juan Topete —Su vida militar *y* política —Su carrera *y* diversas campañas en el mar —La guerra del Pacífico —La fragata "Blanca" —Combates del Callao —Anécdotas que pintan su carácter —Intervención de Topete en la revolución de septiembre de 1868 —Candidatura de Montpensier al trono de España —Rectitud de Topete —Su fin —Su entierro —Rumores acerca de la salud del rey —Breve pintura de la Corte de España —La reina Isabel —Los duques de Montpensier —La infanta Isabel —La reina Cristina —La infanta doña Eulalia —Los príncipes de Baviera.

Madrid, 3 de noviembre de 1885.

Señor Director:

He de comenzar esta carta con una impresión penosa, la muerte de don Juan Topete,[1] distinguidísimo general de nuestra armada y una de las figuras más visibles de nuestra revolución política del 68.

No era Topete muy viejo; mas desde hace algunos años veíase abrumado de achaques. Su vida había sido muy activa, gran parte de ella empleada en rudos trabajos de guerra y de mar. Valiente hasta la temeridad, tenía en su hoja de servicios multitud de hechos gloriosísimos. Como personaje político era también muy interesante. En la vida privada ofrecía los mejores ejemplos de virtudes domésticas y de sencillez y pureza de costumbres. Sus arranques de generosidad no podían compararse sino con las vehemencias ardientes de su valor indomable. Su temperamento de héroe tenía sinceridades pueriles, esa sencillez del marinero, largo tiempo alejado de tierra, y sin más sociedad que la de los elementos. Difícil es que se pueda juzgar hoy imparcialmente la participación que tuvo en los acontecimientos políticos que produjeron la caída de Isabel II; pero sí puede decirse que lo que Topete hizo en aquellos días, hízolo arrastrado por la corriente incontrastable de la opinión pública. En su ánimo no influyeron sugestiones de ambición personal ni miras pequeñas. Lanzó el grito de insurrección a impulsos de un sentimiento patriótico y se jugó la cabeza por la causa de la libertad.

Como creo que aquel movimiento, plenamente justificado por los sucesos, fue necesario y nos trajo a la larga inmensos bienes, no tengo reparo en declarar que la insubordinación realizada por Topete fue de las que no solo son absueltas sino aplaudidas por la historia. También Daoiz y Velarde fueron sediciosos, y la patria ha inmortalizado sus nombres. Fuera de esto, y considerado simplemente como marino, Topete deja un nombre glorioso en los anales de nuestra armada.

Nació en Tuztla (Méjico), en mayo de 1821. Empezó a navegar en 1835 embarcándose como marino en la fragata *Esperanza* y prestando sus primeros servicios en la isla de Cuba. Desde aquella fecha hasta 1860, navegó sin descanso, ora persiguiendo los barcos

1 Murió el 27 de octubre.

negreros en el mar de las Antillas, ora tomando parte en la expedición a Italia. Su fama comenzó en la guerra de África[2] en la cual desempeñó el cargo de mayor general de la escuadra, siendo tan eminentes sus servicios, que el ilustre general O'Donnell le distinguió desde entonces con entrañable y firme amistad.

Pero la campaña del Pacífico[3] fue el principal teatro de las hazañas de Topete. Allí realizó hechos de armas verdaderamente fabulosos, al lado del insigne Méndez Núñez y de sus compañeros Alvargonzález, Pezuela y Barcáiztegui. Mandando la fragata *Blanca*, salió de Cádiz en julio del 1864 y llegó al Callao de Lima en enero del 65.

La serie de proezas realizadas, de peligros vencidos por aquellos ilustres marinos, en medio de increíbles privaciones y a miles de leguas de la madre patria, ocuparían demasiado espacio en esta carta. La guerra del Pacífico contra Chile y el Perú es considerada como la más impolítica de las guerras por los estadistas españoles contemporáneos. No nos produjo bien alguno, nos enemistó por mucho tiempo con las repúblicas americanas, hizo odioso el nombre español en aquellas regiones y produjo inmensos males al comercio de la península. Pero es indudable que las tradiciones gloriosas de nuestra marina militar tuvieron en aquella campaña grandísimo realce, como lo acreditan las historias de aquellos sucesos, sin excluir las escritas por los que entonces eran nuestros enemigos. La fragata *Blanca* fue uno de los buques que más se distinguieron, a pesar de ser el más viejo, el más pequeño y el peor artillado de la expedición. Desempeñó arriesgados cruceros y servicios de importancia. De los diecinueve buques apresados por toda la escuadra, catorce lo fueron por la *Blanca.* En Abtao, en los canales de Chiloé,[4] el valeroso barco mandado porTopete, se lanzó a imposibles aventuras, saliendo siempre airoso por la osadía de su jefe.

El 2 de mayo de 1865, se verificó el bombardeo del Callao, plaza vigorosamente fortificada, como es sabido, con artillería muy superior a la nuestra, torres blindadas y torpedos de defensa. A la fragata *Blanca* le señalaron ochocientos tiros; Topete, al saberlo, dijo que con tal número no tendría ni para empezar. Asignáronle entonces mil doscientos, que a la mitad de la acción estaban agotados. La *Blanca* y la *Resolución* debían batir la torre blindada del sur, llamada de la Merced, con dos piezas de quinientas libras, y flanqueada además por dos potentes baterías rasantes. El barco de Topete se acercó tanto a tierra, que los chilenos que defendían las baterías, oían claramente la voz de mando del marino español. La *Blanca* tocó el fondo y estuvo a punto de encallar pero esa misma peligrosa posición la salvó, porque los proyectiles chilenos, a causa de su elevada trayectoria, pasaban por encima del casco. La *Blanca* mandó una granada con tanta suerte al interior de la torre, que la hizo volar, pereciendo en esta voladura el ministro de la Guerra del Perú, el coronel de ingenieros señor Borda, director de las fortificaciones y el coronel de artillería Zabala y su hijo, hermano y sobrino respectivamente de nuestro ministro de Marina en aquella época, el general Zabala.

2 Se refiere a la primera guerra hispano marroquí (1859-1860) recreada críticamente por Galdós en el episodio *Aita Tettauen* (1905) .

3 Galdós evocará esta campaña en el episodio *La vuelta al mundo en la Numancia* (1906).

4 La Isla de *Abtao*, forma parte del archipiélago de Calbuco en aguas del canal de *Chiloé* al sur de Chile.

Si repitiese las anécdotas que a la vida militar de Topete se refieren y que pintan en brevísimos rasgos su carácter, no me bastaría el espacio de esta carta. La tripulación de su barco le adoraba. Sabía ser enérgico y familiar según las circunstancia y a una subordinación perfecta se unía la fraternidad más pura. Para pintar como amaba Topete a su gente, bastará decir que siendo alférez de navío a bordo del vapor *Congreso*, se lanzó al agua para recoger a un hombre que había caído en ella. Su generosidad se probó muchas veces en las presas de buques que hizo durante la campaña del Pacífico. Era hombre que daba cuanto tenía, y al lado suyo no podía haber lástimas ni miserias. Por eso nunca tuvo nada; y a pesar de haber ocupado los puestos más altos de la nación, siempre vivió en la pobreza, y en la pobreza ha muerto, no dejando a sus hijos más herencia que un nombre tan glorioso como inmaculado.

***

En su vida política, la figura de don Juan Topete no puede ser juzgada de un modo fácil y decisivo; pero cualquiera que sea el juicio que sobre él emitan los apologistas o los enemigos, nadie le negará que el patriotismo guió siempre sus acciones, y que siempre fue desinteresado. Asociado a todos los acontecimientos ocurridos en España desde la revolución del 68 a la Restauración,[5] los más graves quizás de nuestra historia en el presente siglo después de la guerra de la Independencia, siempre fueron sus móviles la buena fe y la honradez política, virtudes raras, y en sentir de muchos, contraproducentes en el arte del gobierno. Antes indiqué la participación que tuvo en la sublevación que derrocó la dinastía. Puede asegurase que sin Topete el movimiento aquel tan laboriosamente preparado no hubiera sido nunca un hecho.

En el gobierno provisional desempeñó Topete la cartera de Marina. Fue de los más eficaces auxiliares de Prim en aquel difícil interregno, cuando, puestas en tela de juicio todas las cuestiones, incluso la forma de gobierno, la estabilidad política era un mito, y las dificultades políticas sucedían a las dificultades; época verdaderamente grande y gloriosa, en la cual, gracias a los esfuerzos titánicos de aquellos hombres, se salvaron los principios fundamentales de todo gobierno.

Pero lo característico del general Topete durante el azaroso período de la regencia,[6] fue el tesón con que patrocinó la candidatura del duque de Montpensier al trono vacante. Topete fue siempre monárquico, sincero católico, y profesaba al infante de Orleans un leal afecto. Creía con la mejor buena fe que el soberano que más convenía era el hijo de Luis Felipe y admiraba sus dotes de gobierno, bien marcadas y manifiestas en ciertas dotes de la vida privada. Sus dos ilustres compañeros Serrano y Prim, no participaban de las mismas ideas, singularmente el último, cuyas altas dotes de hombre de Estado se revelaron desde los primeros días de poder efectivo. En cuanto a Serrano, si al venir a la revolución pudo

5 Es decir, el periodo constituyente, el reinado de Amadeo I y la Primera República.

6 Entre la Constitución de 1869, que decidió la forma monárquica y el reinado de Amadeo I (1871-1873), *la regencia* fue ejercida por el general Serrano.

traer *in mente* la candidatura del duque de Montpensier, la regencia que desempeñó y las realidades del gobierno debieron desilusionarle respecto a aquel punto.

El gran error de Topete fue no comprender que el duque de Montpensier, a pesar de sus excelentes prendas de padre de familia, de su esmerada educación y conocimiento del mundo, no fue nunca simpático a los españoles. Su candidatura, sostenida por hombres importantes de la antigua Unión Liberal, no tuvo jamás el veredicto popular. Sin duda influyó contra ella la insistencia enojosa con que se trabajaba dicha candidatura en cierta parte de la prensa. El duque mismo se exhibió demasiado, *hacía el candidato* con excesivo celo, y esto en España es siempre de muy mal efecto.

Inútil es decir que Topete pasó grandes amarguras al ver patrocinada por su amigo y compañero el general Prim la candidatura de don Amadeo de Saboya para rey de España. Por coincidencia fatal, los terribles sucesos de aquellos días, la trágica muerte de Prim, llevaron de nuevo a Topete al gobierno, y el partidario del duque de Montpensier se vio obligado a recibir al rey Amadeo a su entrada en España.

Después del efímero reinado del ilustre hijo de Víctor Manuel, Topete volvió a figurar en el gobierno, y asistió con el general Serrano a la campaña del norte contra los carlistas, combatiendo ante las formidables posiciones de San Pedro Abanto.[7] Hecha la Restauración, se retiró definitivamente de la política y solo ha figurado como senador, siendo su asistencia a la alta cámara muy poco asidua.

En el ministerio de Marina se ha dejado, sí, sentir su influencia, y en más de una ocasión su pericia y su grande experiencia han sido consultadas por los ministros del ramo. Aunque últimamente desempeñaba un destino sedentario, se le designó para presidir la comisión que debía adquirir material de guerra en el extranjero. Cuentan que los acontecimientos de las Carolinas y el mal estado de nuestra marina para el caso no improbable de una guerra con Alemania, le afectaron de tal manera, que alguien atribuye a esto la agravación de sus achaques y su muerte en edad no ciertamente avanzada.

El entierro del por tantos títulos ilustre almirante ha sido una manifestación de simpatía y de sentimiento. Han concurrido a él hombres de todos los partidos, todos los marinos residentes en Madrid, y la prensa, salvo excepciones lamentables, ha hecho demostraciones de duelo, recordando los inmensos servicios prestados al país por el comandante de la fragata *Blanca*, y reconociendo su buena fe en política. En cuanto a sus dotes de caudillo en la mar y de navegante, ni sus enemigos más encarnizados las desconocen. El rey Alfonso dando una prueba de sentimientos generosos ha dirigido a la viuda, desde el Pardo, donde está ahora la Corte, una carta de pésame; y el duque de Montpensier que ha llegado a Madrid hace dos días, ha hecho también una manifestación de sus afectos hacia el ardiente patrocinador de su candidatura al trono de España.

***

7 Batalla desarrollada en los alrededores de Bilbao durante la segunda guerra carlista.

Vuelve a hablarse de la mala salud del rey, y vuelven a sentirse las preocupaciones consiguientes, y los temores que el caso engendra. Como el año pasado, don Alfonso ha padecido accesos de fiebre, permaneciendo muchos días dentro de Palacio. Como aquí propendemos tanto a la hipérbole, muchos daban a la enfermedad del Jefe del Estado, mayor gravedad de la que tenía, siendo cosa corriente el suponerle en un grado tal de extenuación que sus días estaban contados. Todo esto es fábula, sin que esto quiera decir que la salud del rey no es bastante delicada y que necesita de un régimen especial para recobrar la robustez y energía que indudablemente ha perdido.

También este año, la Corte se ha trasladado al Pardo, por consejo facultativo, siendo de esperar que la vida del campo restablezca la salud de don Alfonso. Las circunstancias especiales en que nos encontramos en lo tocante a la solución dinástica, dan un interés extraordinario a la salud y a la vida del Jefe del Estado.

Se ha hablado del matrimonio de la infanta doña Eulalia, hermana del rey, con el hijo de don Luis de Braganza, heredero de la corona de Portugal; más a pesar de la insistencia con que se habla de esto, tengo el tal proyecto por irrealizable,[8] pues si las dos familias reinantes en Portugal y España lo verían con gusto, es de temer que las susceptibilidades del pueblo portugués se sientan heridas con una alianza personal con España. Doña Eulalia tiene derechos eventuales a la corona de España y aunque la renuncia formal de ellos podría facilitar la unión, siempre quedaría el recelo de que la renuncia se anulase como pasa siempre que a los príncipes conviene.

Y ya que hablo de la Corte, trazaré a grandes rasgos algunas de las figuras principales de ella, aprovechando la circunstancia de que ahora se encuentran junto al soberano reinante los individuos más caracterizados de su familia. La persona más influyente en Palacio es la infanta Isabel, hermana mayor del rey, viuda del conde de Girgenti, hermano del destronado rey de Nápoles.[9] Es la infanta mujer de gran entendimiento, muy aficionada al estudio y de un gusto exquisito en todas las artes. Los que frecuentan su trato la ponen en las nubes. Es, según dicen, el alma de la dinastía, y la directora de la alta política borbónica.

La reina madre doña Isabel II, no goza entre los palaciegos de un prestigio igual al de su hija, aunque la rodean cortesanos y amigos, restos de su antiguo poder. Se atribuyen a esta señora planes ambiciosos que me parecen infundados y que de seguro son ilusorios. A su amparo parece como que quiere reverdecer el antiguo partido moderado, cuyos últimos vestigios son algunos generales de gabinete y media docena de políticos ruinosos de quien nadie hace caso. Pero lo más particular en doña Isabel es que manifiesta ahora aficiones al partido liberal, lo que contradice en gran manera sus tradiciones de reina efectiva. Es que Isabel II obedeció siempre a impresiones y sentimientos más o menos pasajeros, y las ideas políticas fueron siempre poco menos que letra muerta para ella. Mujer de corazón

8 Acierta Galdós ya que *Eulalia* de Borbón, segunda hija de la reina Isabel II, se casaría al año siguiente con su primo Antonio de Orleans y Borbón.

9 Francisco II de las Dos Sicilias, último rey Borbón de Nápoles, fue *destronado* por el ejército de Garibaldi que unió Nápoles al reino de Italia bajo Víctor Manuel II de Saboya.

y no desprovista ciertamente de arranques generosos, rara vez comprendió los alcances y el sentido intelectual del papel de reina. Tiene en su carácter el corte acabado de la mujer del pueblo español, así como en sus gustos y aficiones. Sus sentimientos son buenos, se entusiasma y llora fácilmente por cualquier cosa que afecte a las tradicionales glorias españolas; pero su espíritu ejerce en grado muy ínfimo la reflexión.

Su hermana menor, la duquesa de Montpensier,[10] esta tan acabada que parece tener diez años más que Isabel. Los continuados golpes de la suerte han destruido por completo su belleza; su ánimo está abatido, su aspecto es el de un autómata. Apenas se oye su voz las pocas veces que habla, y su esposo, el duque de Montpensier es el que contesta por ella cuando se le dirige la palabra. Creeríase que la infanta ha supeditado tan absolutamente su voluntad a la del duque que éste es dueño de todos los pensamientos, de todas las acciones, de todas las palabras y hasta de los movimientos de cabeza de su ilustre consorte.

Las desgracias sufridas por este matrimonio han sido crueles. En poco tiempo la muerte arrebató a los duques de Montpensier la mayor parte de sus hijos, ya crecidos, el infante don Fernando, las infantas Teresa, Mercedes y Cristina. Cuando las esperanzas de ocupar el trono de San Fernando se desvanecieron, Montpensier tuvo la satisfacción de ver a su hija Mercedes compartiendo aquel mismo trono con don Alfonso. Pero el implacable sino de la familia no quiso que estas dichas duraran, y la simpática y angelical reina murió llorada de todos, sin dejar sucesión.[11]

Se dice que el duque aspiró asentar en el trono a su hija Cristina; pero esta aspiración no había tenido tiempo de manifestarse cuando la infortunada joven bajó también al sepulcro. Hoy no quedan a Montpensier más hijos que la condesa de París y el infante don Antonio, de temperamento débil y facultades no muy brillantes, si bien se compensan estas deficiencias con una educación perfecta.

Los duques de Montpensier poseen una de las fortunas más grandes de Europa, administrada con exquisita regularidad. Se ha acusado al hijo de Luis Felipe de avaricia y sordidez; pero hay que reconocer que los españoles suelen zaherir con exceso la virtud del orden económico, porque en general carecen de ella.

Todos los príncipes de Orleans se han distinguido siempre por su arreglo doméstico, sus procederes de economía y sus hábitos de clase media, ordenada, metódica y pacífica. Alguien dice que estas mismas virtudes, impidiéndoles dar vuelo a su ambición, les han retenido lejos de los tronos que han deseado con tanta vehemencia como indiscreción. ¿Verá al fin el duque de Montpensier a su hija la condesa de París en el trono de Francia? Un poco difícil es esto, aunque no completamente imposible en la esfera insegura de las mudanzas humanas.

De la reina doña Cristina, austríaca de familia, he hablado en otra ocasión. Es señora intachable y goza de simpatías en la Corte. Su iniciativa, no obstante, parece menor que la de la infanta Isabel, que ha sabido imponerse siempre en las resoluciones palaciegas, mayormente en las de carácter político. Cuentan los maliciosos que la infanta tiene una

10 Luisa Fernanda de Borbón.

11 Murio de tifus el 26 de junio de 1878 a los dieciocho años.

inclinación decidida a los conservadores y que ve con gusto su permanencia casi constante en el poder. Pero dudo mucho que esto sea cierto, porque tal preferencia sería muy peligrosa y demostraría que la inteligente hermana del rey no es extraña a ciertos resabios y prácticas impolíticas de su madre, la destronada Isabel II.

A la infanta se deben los grandes embellecimientos del Palacio Real de Madrid, que hacen de este edificio la morada más suntuosa y artística que existe en Europa. Para llegar a esto, se han traído todos los objetos superiores de Aranjuez y de la llamada *Casa de Abajo.*[12] La colección de tapices de la Casa Real de España no tiene rival en el mundo, los bronces, porcelanas, muebles, plata labrada y preciosidades sin cuento que el palacio atesora, constituyen un museo suntuario difícil de igualar. El arreglo, la distribución, y en muchos casos la salvación de estas joyas del arte antiguo y moderno, se debe a la infanta Isabel.

Viuda desde antes de la Restauración, esta ilustre dama no ha querido contraer segundas nupcias. Su conducta correctísima, su trato exquisitamente afable, y el entendimiento que revela en la conversación, han conquistado a esta princesa simpatías de que antes no gozaba. Ama entrañablemente a don Alfonso, y este le debe consejos preciosos, de grande eficacia para él antes y después de ocupar el trono.

Otra hermana del rey, la infanta doña Paz, está casada con el príncipe Luis de Baviera, sobrino del extravagantísimo rey don Luis. El cuñado del Alfonso XII es médico, aunque no cultiva el arte de curar. Doña Paz demostraba, cuando soltera, grandísimas aficiones y aun aptitudes para la pintura. Residiendo, como hoy reside, en Múnich, la moderna Atenas, es fácil que hoy cultive las artes de lo bello con la amplitud y el descanso que solo es permitido a los príncipes artistas.

He dado a mis lectores una idea ligera de la familia real de España, y aquí pongo punto, esquivando el entrar en la vida privada, tan respetable en las testas coronadas como en los simples ciudadanos.

B. PÉREZ GALDÓS

48

LP, 20/12/1885

SUMARIO: La última encíclica de su santidad —Su espíritu y su tono —Como juzga los sistemas de gobierno, y los progresos científicos —Condenación de la prensa ultramontana —Parte doctrinal, y el fundamento de los poderes —Ideas de tolerancia que resplandecen en toda la encíclica —Posibilidad de un cambio en las relaciones del papado con Italia —La mediación de León XIII en el asunto de las Carolinas —Dictamen que se considera probable —Pretensiones de Alemania y ventajas prácticas que obtiene —Relaciones de la política interior de España con estos asuntos —Probabilidades de un cambio de gobierno —Escisiones, menudencias y puerilidades de las contiendas de partido —La vida de invier-

12 Es decir, el Palacio Real de Aranjuez y a la Casita del príncipe o *Casa de Abajo* del Escorial.

no en Madrid —Salones y teatros —Espíritu democrático e igualitario en nuestra sociedad —Ya no hay clases, y la única aristocracia es la del dinero —Positivismo en las alianzas —Acabamiento gradual de la antigua nobleza —Muerte del marqués de la Torrecilla —El teatro de la Ópera —Excesos del lujo en Madrid —Frenesí de lo superfluo —En tipo nuevo —El *demi-monde* español.

Madrid, 20 de noviembre de 1885.

Señor Director:

Lo más reciente y lo más notable de que puedo hablar a usted es de la encíclica de su santidad,[1] de la cual ha publicado un extracto el *Journal de Bruxelles*.[2] Este documento se distingue por lo templado y conciliador de su tono, que contrasta con el violentísimo y antievangélico de la prensa ultramontana de todos los países.

La misma cátedra de San Pedro no ha hablado siempre un lenguaje tan moderado como al presente, lo cual hace creer a muchos que se acercan tiempos de reconciliación. León XIII es hombre de grande entendimiento y no puede llevar a la Iglesia a un divorcio absoluto de la sociedad moderna.

Divídese la encíclica *Immortale Dei* en dos partes: en la primera expone los sistemas de gobierno según los principios del catolicismo. En la segunda combate el sistema democrático, derivado de los principios revolucionarios.

Poca o ninguna diferencia hay entre la doctrina de esta alocución y la de otras, emanadas del mismo origen en tiempos no muy lejanos. Pero es innegable que ya no privan en el Vaticano los temperamentos airados y que se espera más de la persuasión y de la dulzura que de las conminaciones. Prueba de esto es que la encíclica protesta contra los que creen que la Iglesia ve con malos ojos las formas más modernas de los sistemas políticos, cuando lo que rechaza es la insensatez de ciertas opiniones y la perniciosa tendencia a la revolución. "Si hasta aquí, dice, han surgido disensiones, es menester relegarlas al olvido. Si hubo lugar a temeridades e injusticias, cualesquiera que sean los culpables, es preciso borrarlas y reparar esas faltas por una mayor sumisión a la Silla Apostólica".

También es muy notable el siguiente párrafo: "La Iglesia es amiga de todos los progresos, y se la calumnia cuando se la considera hostil a las constituciones modernas y a todos los descubrimientos del ingenio moderno". Digna es así mismo de tomarse en cuenta la afirmación de que "ninguna forma de gobierno es opuesta a los principios de la religión católica, y que todas pueden, si son justamente empleadas, hacer prósperos los estados".

Pero, a nuestro juicio, lo más significativo de este notable documento es la admonición que León XIII dirige a la prensa furibundamente clerical de los países católicos. Sabido es que los carlistas aquí y los legitimistas en Francia excomulgan sin piedad a los que no piensan como ellos. La audacia de los obispos de levita no tiene ya límites.[3] Arrojan de la

1 La encíclica *Inmortale Dei,* sobre el papel de los católicos en el estado moderno, fechada el 1 de noviembre de 1885.

2 Diario católico y conservador belga, fundado en 1820.

3 Con *obispos de levita* parece referirse a obispos que se entrometen en política, por ser la *levita* prenda ha-

sociedad católica a todo el que no pertenece a la cofradía, y se arrogan una infalibilidad ridícula. Pues bien; véase el *varapalo,* (que bien merece tal nombre) que León XIII endereza a estos papas laicos: "Recriminar a los católicos cuya piedad y disposición a obedecer filialmente las resoluciones de la Santa Sede son notoriamente conocidas, *porque profesan sobre diversos puntos sentimientos diferentes de los nuestros,* constituiría una verdadera iniquidad. Más culpabilidad habría todavía en que se sospechara de su fe o se les acusara de haberle hecho traición. *Los escritores y particularmente los periodistas no deberán perder de vista jamás esto".*

He aquí, pues, que la Santa Sede sale a la defensa de los católicos ultrajados por la prensa clerical, y los escuda y toma bajo su amparo. Los aludidos no contrariarán ostensiblemente las opiniones del jefe del catolicismo; fingirán acatarlas; pero ya sabrán encontrar las sofisterías[4] de costumbre para seguir haciendo lo mismo que han hecho hasta aquí, y en el fondo de su alma pondrán al mismo León XIII en el número de los *mestizos,* que tal nombre dan aquí los carlistas a toda la gran masa del partido católico que no piensa como ellos.

En la parte puramente doctrinal, la encíclica, como no podía ser menos, combate la soberanía del pueblo como fundamento de gobierno. En esto no puede haber novedad, porque no cabe esta en los principios inmutables que la Iglesia ha proclamado siempre. La idea de que el Estado no es más que la muchedumbre gobernándose a sí misma, no puede nunca ser admitida por la Santa Sede. Tampoco admite ni admitirá jamás que, dimanando del pueblo todo poder, el Estado no se considere obligado para con Dios ni profese positivamente religión alguna.

Viniendo de Dios todo poder, según la doctrina católica, es un error, según la Santa Sede, excluir a la Iglesia de la vida pública, de las leyes, de la educación de la juventud, del gobierno y de la familia. En los siguientes párrafos se condensa todo el pensamiento de León XIII sobre estas graves materias de derecho político. "Pero lo que se deduce de las enseñanzas de los pontífices es que necesariamente debemos admitir que el poder público tiene su origen en Dios y no en la multitud, y que el derecho de insurrección repugna a la razón, de la propia suerte que la libertad ilimitada de pensar y escribir no forma parte de los derechos esenciales de los ciudadanos".

Para concluir citaremos el párrafo que nos parece más elocuente en toda la encíclica, y en el cual se traslucen, como en ninguna otra parte de ella, los sentimientos de tolerancia y la vía de paz en que parece querer entrar la Sede Pontificia: "No condena la Iglesia a los jefes de los estados que para procurar un gran bien o evitar un mal toleren la práctica de diversos cultos, y además no es costumbre en ella obligar a nadie a abrazar, contra la propia convicción, la fe católica, porque no olvida la máxima de San Agustín: 'Con la lucha puede obtenerse del hombre todo menos la fe'".

La opinión de toda la prensa es unánime en juzgar la encíclica *Immortale Dei* como una definición de inmensa importancia, y en apreciar la templanza de su sentido y la dulzura de su tono como un signo de tendencias contrarias a ciertos rigorismos tradicionales. No

bitual de los políticos de la época.

4 *sofisterías*: despectivamente, 'razonamientos falsos de refinada sutileza'.

podía la Santa Sede romper con las doctrinas de muy antiguo sostenidas por la Iglesia, porque todo lo dogmático es inmutable; pero bien claro se ve que hay propósitos de abreviar distancias entre el papado y las sociedades modernas.

Algunos, demasiado optimistas, van más lejos en sus apreciaciones, y creen que la encíclica es como un primer paso para modificar poco a poco la situación del Vaticano con respecto al gobierno de Italia. Pero ya los órganos papales han protestado enérgicamente contra esta suposición. El actual orden de relaciones entro San Pedro y el Quirinal no variará ni poco ni mucho por consecuencia de la última definición pontificia.[5]

Pero fiemos la aclaración de punto tan oscuro al tiempo, que es maestro de verdades.

***

Ya que de Roma hablo, diré que parece ser un hecho el dictamen de su santidad en el pleito que Alemania y España sometieron a su mediación.[6] Aunque oficialmente nada sabemos aún, por conductos reservados se trasluce que la intervención pontificia termina el asunto en la forma y manera que se había previsto por los que conocían bien las intenciones de Alemania.

Desde principios de septiembre está convenido que España conserve la soberanía de las Carolinas y Alemania obtenga ventajas para su comercio en los mares de Oceanía. La mediación del papa ha obedecido a la necesidad de revestir de formas decorosas la palinodia de Bismarck, el cual habiéndonos negado de plano la posesión de aquellas islas, no podía sin desdoro de su fama, declarar lo contrario.

Ahora lo que falta saber es una porción de detalles del arreglo, y qué ventajas concede nuestro gobierno a los alemanes, pues estos, después de ceder en lo principal, no han de retirarse con las manos vacías. ¿Se les concederá tan solo la libertad de comercio para su bandera, o además una estación naval y depósitos de carbón? Bien podría suceder que fuera todo esto y aún un algo más, porque Alemania es poderosa y sabrá extremar sus pretensiones. Si se les concede, como se ha dicho, una de las islas Palaos,[7] esto podría ser muy peligroso para nuestro dominio en la Polinesia. Hay quien atribuye a Bismarck exigencias mayores todavía, como la prórroga del tratado de comercio hispano-alemán por un cierto número de años; pero esto no creo que se confirme.

Durante todo el mes de octubre, los ministeriales han explotado en su provecho el embrollado y oscuro asunto de las Carolinas, suponiendo dificultades que no existían para arrogarse luego el mérito de haberlas vencido. Esta comedia no ha podido sostenerse por mucho tiempo. Y ahora, cuando este ruidoso litigio tiene una resolución inmediata, y relativamente satisfactoria, los mismos ministeriales sienten que se les haya acabado el conflicto hispano-alemán, que en cierto modo les servía de puntal para sostener su arruinado poder.

5 *el Quirinal*: residencia de los papas hasta Pío IX, pasó a residencia del Jefe del Estado italiano con la monarquía y siguió siéndolo con la república.

6 La cuestión de las islas Carolinas (véanse 44, 45 y 47).

7 Una de las cerca de trescientas cuarenta islas de origen volcánico y coralino en el mar de Filipinas.

La actual situación política ha vivido en los últimos meses de las propias dificultades que con su torpeza se ha creado. La cuestión con Bismarck lo sostenía, por tener este gobiernola obligación de terminarla. Más concluida la cuestión, el gobierno se derrumba por su propio peso. Así lo dicen los liberales, ansiosos le suceder a los conservadores.

Descartando lo que hay siempre de interesado y personal en las luchas de partido, creo que pocas veces ha estado tan justificado como ahora un cambio de gobierno. Lo reclama el interés de la misma monarquía, y aún para el partido conservador sería conveniente retirarse de los negocios públicos. Si no lo hace, las escisiones que en su seno se manifiestan ya, tomarán cuerpo y pondrán en peligro esa potente unidad en la cual, desde la Restauración, ha estribado su principal fuerza. Sobre estas escisiones, sobre las menudencias personales y las intrigüelas bajas de nuestros partidos podría escribir mucho, porque hay tela larga de donde cortar; pero temo que estas pequeñeces no conservan su interés a tan larga distancia y que los lectores de *La Prensa* estimen pueril y ridículo lo que aquí nos conmueve y apasiona tanto.

***

Con la aproximación del invierno, ha entrado en su plenitud la vida peculiar y característica de la sociedad madrileña.

Terminada la epidemia, todas las familias ricas han vuelto a sus hogares: los veinte teatros que hay en esta capital están llenos de gente, y los salones adquieren animación y alegría. La vida de sociedad es en Madrid tan agradable, que, al decir de personas entendidas, supera en esto nuestra capital a todas las de Europa. Hay aquí, por punto general, menos etiqueta que en el célebre *faubourg Saint Germain*;[8] pero en cambio hay más cordialidad. Es que nuestra sociedad se ha hecho esencialmente democrática, conservando el culto de las buenas formas. La nivelación social es un hecho, y a nadie se le pregunta quién es ni de dónde viene, con tal que tenga por lo menos las apariencias de la buena educación.

En Francia y en Inglaterra es difícil penetrar en un salón de la alta nobleza, no llevando un timbre nobiliario. Aquí no hay nada de eso. Cualquier humilde periodista es recibido en los grandes saraos de la grandeza sin que se exija de él otra cosa que dar cuenta en su periódico de las magnificencias de la fiesta y ponderar la belleza y elegancia de las damas que a ella concurren. Cualquier persona que con su talento o su trastienda o su malicia se haya hecho un puesto en la literatura o en la política, es recibida poco menos que con un palio en las casas más alcurniadas y aunque el tal sea hijo de un albéitar[9] o pariente de un barbero, nadie se lo echa en cara ni lo estima por eso en menos de lo que realmente valga.

Este espíritu democrático se manifiesta también en las alianzas. Hablando en puridad, hoy no hay más aristocracia que el dinero. Los mejores pergaminos son las acciones del Banco de España. Todos los días estamos viendo que tal o cual joven, cuyo apellido es de los que retumban en nuestra historia con ecos gloriosos, toma por esposa a tal o cual señorita rica, cuyos millones tienen por cuna una honrada carnicería o el comercio de vinos.

8 Barrio parisino en la orilla izquierda del Sena.

9 `Veterinario'.

Como es hoy tan fácil decorarse con un título nobiliario, que siempre suena bien, vemos constantemente marqueses y condes cuya riqueza es producto de los adoquinados de Madrid, del monopolio del petróleo o de las acémilas del ejército del Norte en la primera y segunda guerra civil.[10] Esto mismo ha contribuido a desmoralizar a nuestra sociedad. Los individuos de la antigua nobleza se han convencido de que para nada les valen sus pergaminos sin dinero, y solo piensan en procurarse este, ya por medio de los negocios, ya por medio de sus alianzas.

De las grandes casas nobles apenas hay dos o tres que no se hayan desmembrado ya, las unas por las dilapidaciones, las otras por el desgaste natural en las cosas humanas, todas ellas por la ley de los mayorazgos y la desvinculación.[11] Destruido el poder, es natural que se haya abatido el orgullo, y el principio igualitario se ha abierto camino. Los grandes y los ricos han convenido en ser amigos por mutuo interés, y unos y otros agasajan a las personas de talento, aun siendo pobres. De aquí la dulce cordialidad, la tolerancia y la armonía que en nuestra sociedad reina, y que la hacen más agradable. Como decía antes, ya ha principiado la animación en los salones, aunque recientes desgracias obligan a muchas familias ricas a vestir de luto.

La muerte del marqués de la Torrecilla, emparentado con las casas de Medinaceli y de Villagonzalo, con el duque del Infantado[12] y otros personajes de elevada alcurnia, ha afectado mucho a la sociedad madrileña. Era el marqués persona muy estimada. Poseía una gran fortuna que había sabido aumentar rápidamente y se distinguía por una cualidad no común en nuestra aristocracia, la economía y el arreglo y buena disposición para el manejo de sus intereses.

Murió en París a los cincuenta años de edad, a consecuencia de haberse tragado en la comida un huesecillo de chocha.[13] Tenía, según dicen, ciento sesenta mil pesos de renta y poseía grandes fincas rústicas y urbanas. Era senador del reino. Su trato era afable y distinguidísimo. ¡Qué lances tan particulares nos ofrece el destino humano! Los que tanto envidian a los ricos, los que, pensando en las mesas opulentas, maldicen su suerte, que solo les permite regalarse con un plato de judías o lentejas, desconocen la inmensa ventaja de no estar jamás expuestos a tragarse la muerte en la invisible astilla del hueso de un ave. A pesar de esto y del ejemplo del infortunado marqués de la Torrecilla, la sobriedad tiene cada día menos partidarios, y todos los que consumen inmensas raciones de legumbres desean cambiarlas por chochas, capones y faisanes.

***

10 Es decir, en las guerras carlistas.

11 Véase 7, n. 1.

12 Casas de largo abolengo: los ducados de *Medinaceli* e *Infantado* fueron creados por los reyes Católicos; el condado de *Villagonzalo* por de Felipe V.

13 'becada', ave de caza.

El Teatro Real o de la Ópera hállase estos días en todo su esplendor.[14] Dicen que no hay dinero o que se esconde, que el año es calamitoso para todas las clases sociales. Podrá ser así; pero en la Ópera no se conoce que haya tal escasez de metálico, porque la concurrencia es grande, cada vez son más altos los precios de las localidades, y el lujo que en la gran sala se manifiesta una y otra noche, representa desmedidas riquezas.

La compañía es este año tan buena como en los tiempos mejores. Stagno y Antón ahora, después Gayarre y al fin de la temporada Massini. Pero la *great attraction* de este año será la Patti,[15] que vendrá con Nicolini en enero próximo. Este lujo de cantantes costosísimos, y los demás lujos dispendiosos que la afición a la ópera trae consigo, no asustan a los madrileños, que siempre están de humor de gastar dinero y lo gastan, venga de donde viniere, aunque los años, sean malos como éste.

Y el invierno se presenta rudo para las clases proletarias. Se están estableciendo a toda prisa cocinas económicas para mejorar la situación de la clase obrera, y gracias a esto, no habrá hambre en Madrid.

El lujo, ¡cuánto se puede escribir sobre este fenómeno de la vida moderna! Y Madrid es una especialidad en la importancia que se da a lo superfluo. En ninguna ciudad de Europa hay más teatros. Relativamente a su población, que hoy pasa de quinientas mil almas, Madrid tiene muchos más coches particulares que París, Londres y Viena. En Madrid es raro encontrar una mujer que no vaya bien vestida. Las criadas de aquí suelen ser más elegantes que las señoras de ciudades famosas, muy distintas de la nuestra en el ramo de las costumbres. Los establecimientos de muebles riquísimos, de porcelanas y bronces, de objetos de gusto y de los mil primores que se usan para regalos, se han generalizado tanto aquí que es incomprensible cómo viven y cómo encuentran despacho para tantos y tan variados artículos. Pero lo que más duramente manifiesta que en las importaciones del lujo vamos llegando al extremo, es un fenómeno social del cual voy a hablar un poquito con la discreción conveniente.

Desde hace algún tiempo se ha ido introduciendo en nuestras costumbres un tipo, que hace algunos años habría parecido inverosímil; pero que ya entra en el dominio de lo vulgar y corriente. Este tipo es el de la señora (llamémosla así) del *demi-monde:* tipo esencialmente parisiense, que se ha extendido por toda Europa al amparo de los ricos disipados, y que al fin ha venido a pedir carta de naturaleza entre nosotros. Y lo peor es que se la hemos dado. Este refinamiento del vicio lo toman algunos como refinamiento de cultura; pero tales sofisterías no pasan. Lo que esto significa es el rebajamiento de los caracteres y el envilecimiento de las clases privilegiadas, que en vez de ser guía y ejemplo de las inferiores, sancionan con su conducta cuantas violencias vengan de abajo.

Pero sea lo que quiera, y bien a la vista está que es cosa mala, ello es que de algún tiempo a esta parte andan por ahí unas cuantas *madamas* (verdaderamente no sé cómo llamarlas) ostentando un lujo insensato; y habitan palacios y gastan lujosos ternos, y se co- men en pocos meses la fortuna de algún inocente y están dispuestas a devorar cuanto se

14 Para el *Teatro Real* véase 22, n. 6.

15 Sobre Adelina Patti había escrito años antes Galdós varias veces en *La Nación.**

les ponga por delante. Ya se cuenta que el duque Tal da a la *fulana* (al nombrarlas, siempre se las trata con la mayor confianza) veinte mil pesos de renta; ya que la *Zutana* ha traído de París soberbios troncos de caballos normandos; ya en fin esta o la otra historia, que no repito, porque si bien es cierto que el tipo este de la *tía* elegante ha entrado en nuestras costumbres y ya no choca encontrarla en paseos *y* teatros alternando con la gente honrada, todavía no hemos llegado a admitir a esas tales en la literatura periodística. La prensa no las menciona jamás sino valiéndose de hipócritas perífrasis. No se atreven aún nuestros diarios a hacer crónica de los escándalos del vicio elegante; mas es probable que algún día consagren buena parte de sus columnas a la chismografía mundana y a las anécdotas picantes traduciendo a nuestra lengua, como se ha traducido a nuestras costumbres, el tipo parisiense.

Entretanto que esta situación llega, no quiero yo ser peor que mis colegas, y me detengo en esto peligroso camino. Ahora caigo en que esta carta, comenzada con la encíclica de su santidad y terminada con un tema tan contrario a las buenas costumbres, ofrece un contraste demasiado rudo y puede ser tachada de irreverente. ¡Buena la he hecho! ¡Mezclar en una epístola cosas tan santas con otras que a cien leguas huelen a infierno! Pero ya no tiene remedio, y solo puedo hacerme perdonar este tropiezo, prometiendo no volver a mentar ni por incidencia a las infelices mozas del partido.

B. PÉREZ GALDÓS

49

LP, 29/12/1885

SUMARIO: Santa Cecilia —El Conservatorio de Música, y Declamación —Alumnos y profesores —Universalidad de las aficiones musicales —Geografía de la raza musical —La Escuela de Declamación —Los establecimientos de enseñanza en Madrid —La Escuela de Pintura, Escultura y Grabado —La Academia de Roma —Contradictorios resultados de la educación artística y la científica —Las Escuelas especiales de Minas y Caminos, Canales y Puertos —Colegio de Medicina y Cirugía —Escuela de Farmacia —La Arquitectura y los arquitectos —Crisis por que atraviesa este arte —La Universidad de Madrid, y las facultades de Derecho, Filosofía y Ciencias. Nombres ilustres —Escuelas Militares —La Moncloa y la Escuela de Agricultura —La Veterinaria, el Instituto Geográfico, y otras enseñanzas —Educación de las mujeres. Escuela de Institutrices —La enfermedad del rey—El duque de la Torre.

Madrid 24 de noviembre de 1885.

Señor Director:

La festividad de Santa Cecilia que la Iglesia celebra en los últimos días de noviembre, es la festividad de los músicos. La iconografía cristiana representa a aquella santa tocando el clavicordio, de lo cual colegimos que debía ser música de profesión o por lo menos aficionada. Es, pues, esta hermosa virgen la Euterpe del cristianismo, y como la mitología va

de capa caída, y las hijas de Apolo han venido tan a menos, los modernos compositores, instrumentistas y cantantes han cambiado la protección de una deidad gentílica por el patronato de una santa de liturgia. En Madrid el día de Santa Cecilia es la gran solemnidad de los alumnos del Conservatorio. En dicho día se reparten los premios a los alumnos y estos dan pública muestra de su habilidad ejecutando ante un escogido concurso piezas y cantatas. En los ejercicios de este año han obtenido premio mil trecientas cincuenta y seis alumnas y seiscientos cuarenta y seis alumnos, en total dos mil dos discípulos predilectos de la Santa. Hay que confesar que parece excesivo este número de artistas. Por el hecho de recibir premio deben ser estimados notables.

Me parecen muchas notabilidades para producirlas en un solo año. Cada vez va siendo más difícil distinguirse en cualquiera de las artes, y no puede admitirse que un país sea tan fecundo en candidatos a la celebridad. De esto se deduce que hay algo de injusticia o de excesiva benevolencia en el reparto de premios de nuestro Conservatorio de Música, y que este adquiriría más autoridad y prestigio siendo un poco más exigente en los exámenes y menos pródigo de laureles.

El número de jóvenes de ambos sexos que anualmente se matriculan en el Conservatorio de Música y Declamación es inmenso, porque la afición al arte de Rossini y Beethoven es grande en España y particularmente en Madrid. Una gran parte de las alumnas son jovencitas de la clase media que van allí a aprender un poco de piano, y una vez que teclean lo bastante para hacerse oír en cualquier tertulia, abandonan la carrera. Generalmente no saben tocar más que la pieza que aprenden para los exámenes durante un año de rudo trabajo. Entre estas despuntan algunas, muy pocas, con verdadera aptitud y se dedican a dar lecciones. De las clases de canto han salido algunas que han sido notabilidades en el teatro. También hay célebres tenores y barítonos que proceden de nuestro Conservatorio. En la clase de instrumentistas ha sido este más fecundo que en otras ramas del arte, si bien todas las celebridades que de él proceden han ido y van a completar su educación a país extranjero. Esto prueba, que en nuestra universidad musical se practican bien las enseñanzas de la iniciación; pero que no están a la misma altura de las del perfeccionamiento. El maestro Arrieta, dignísimo director del Conservatorio, ha dicho con orgullo en su discurso del día de Santa Cecilia que los grandes premios de los concursos musicales de las escuelas de París y Bruselas habían recaído este año en jóvenes artistas procedentes de nuestro Conservatorio.

En esto, que a primera vista parece un motivo de satisfacción, hay una nota de amargura, pues es triste que sostengamos una escuela de música para que los alumnos brillantes de ella vayan a buscar fuera de España la última palabra del arte que cultivan. Si el gobierno tomara con interés este asunto, mucho podría remediarse. Tenemos profesores eminentes. ¿Qué falta pues? Organizar la enseñanza de otra manera, estableciendo más rigor en los exámenes y favoreciendo la selección. La inmensa masa de alumnos ineptos o con menos que mediana aptitud debe ser resueltamente eliminada. El arte musical no debe ser cultivado por los que para él no han nacido, y el Estado hace un verdadero servicio al país, y a la civilización diciendo a determinados individuos: "Tú no sirves para tenor, ni para violinista ni para pianista; vete, pues, a aprender un oficio o a servir en un mostrador o a practicar cualquiera industria".

En Madrid es muy grande la afición a la música, que en muchos es verdadera pasión. La alimentan durante el invierno la ópera italiana y la Sociedad de Cuartetos; durante la primavera y verano, los conciertos clásicos. Hay aquí tantos melómanos que no se da un paso sin tropezar con alguno de ellos. Los verdaderos artistas y profesores también abundan, y en ser madre de algunos de ellos funda España legítimo orgullo. Una circunstancia muy particular debe ser notada. El mediodía no produce músicos, casi todos han nacido en el norte y particularmente en la fría y agreste Navarra. La naturaleza ha repartido sus dones admirables haciendo nacer a los pintores a orillas del Mediterráneo y a los músicos junto a las cavidades del Pirineo. Navarros fueron el maestro Eslava, patriarca de la enseñanza musical en nuestro país, Gaztambide, autor de populares zarzuelas; navarros son Guelbenzu y Zabalza, celebrados pianistas; el maestro Zubiaurre, el maestro Arrieta, cuyas obras han dado la vuelta al mundo, y navarros son Gayarre y Sarasate, el primer tenor y el primer violín de la época presente. Otras eminencias han nacido a la sombra del Pirineo cantábrico, como Ledesma, hijo de Bilbao, y Monasterio oriundo de Potes en la provincia de Santander. Madrid no ha dado, que yo recuerde, notabilidades de primer orden a excepción de la Patti, nacida aquí en 1843, de padres italianos.

***

Ya que he comenzado esta carta ocupándome de un establecimiento de enseñanza, quiero decir algo de otros que en Madrid existen, y un poco de todos ellos, y son tantos que solo el enumerarlos ocuparía mucho espacio. Antes de pasar adelante diré que en el Conservatorio se da también la enseñanza del arte escénico; pero hállase al presente tan decaída que apenas salen alumnos que merezcan el nombre de actores. El arte de la declamación está por los suelos, como vulgarmente se dice. Para sacarlo de esta postración sería preciso empezar por crear maestros. ¿Y los maestros dónde están? Los que desempeñan las cátedras del Conservatorio son cómicos ya viejos y que, por lo general, no fueron nunca buenos. Pertenecen a la antigua escuela, que hoy nos parece insufrible y enseñan a recitar con grandilocuencia y énfasis, a dar gritos desaforados y a lloriquear sin motivo. La escuela de la naturalidad es poco menos que desconocida allí. Además, hay que observar que los pocos actores y actrices que valen se han formado solos.

La Escuela de Bellas Artes o de Pintura, Escultura y Grabado es uno de los centros de enseñanza más notables con que Madrid cuenta. También a ella concurren muchos alumnos. El número de estos es tan grande que quizás muchos de ellos debieran ir a otra parte, pues no es posible que haya tantas aptitudes en una sola generación. También aquí vendría bien un poco de rigor. Pero como quiera que sea, esta Escuela presta grandes servicios a la cultura patria. De ella han salido muchos pintores de los más afamados. Rosales, Pradilla, Palmaroli, Casado, Raimundo Madrazo y otros muchos pasaron por aquellas aulas. Los valencianos han ido por otro camino y Barcelona tiene su plantel de insignes artistas que jamás pisaron la Academia de Madrid; pero tales excepciones no quitan a esta su mérito ni disminuyen sus glorias. Allí se dan las enseñanzas de la pintura desde el dibujo elemental hasta la composición y colorido, y aunque todas estas enseñanzas se resienten algo de la

influencia académica, los resultados son satisfactorios, porque los alumnos, una vez puestos a cierta altura, se manejan solos y siguen el camino que su inspiración les señala. Todos los centros de instrucción oficial llevan en sí el defecto de la estrechez académica; pero esto es inevitable mientras el Estado sea maestro.

Para completar la educación artística tenemos la Academia de Roma, a donde van pensionados, mediante concurso, los jóvenes artistas que más se distinguen en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. La institución artística de Roma, creada por Castelar en tiempo de la república, ha contribuido a poner a inmensa altura la pintura española que tanto nos envanece. Otras veces lo he dicho y ahora lo repito: en pintura no teme España hoy el paralelo con ninguna nación. La pléyade gloriosa de nuestros artistas nos indemniza de la inferioridad notoria que en otros terrenos deploramos. Siempre es motivo de orgullo el sobresalir en algo, y más tratándose de un arte tan noble, cuyos progresos parecen anunciar la resurrección total de una raza.

***

Siendo España país en que predomina la imaginación, es fenómeno extraño que la enseñanza científica esté mejor organizada que la artística. También es raro que siendo bastante imperfecta la educación artística, aparezcan diariamente insignes alumnos que luego son notabilidades, mientras que el admirable organismo de ciertas carreras científicas no produce notabilidades de primer orden. Esto consiste en causas extrañas a aquellos institutos, mejor dicho, no faltan en los ramos de Minas y Caminos, individualidades de subido mérito; faltan, sí, medios y atmósfera para que esas notabilidades luzcan.

El pintor o el músico se van a recorrer el mundo y se hacen un nombre universal; el ingeniero permanece atado a la roca de la patria, y circunscrito a la reducida esfera especulativa que esta le ofrece. Lo que llaman aquí Escuelas especiales, la de Minas y la de Caminos Canales y Puertos, aunque dependientes del Estado, viven dentro de una órbita de relativa independencia. Forman parte del organismo cerrado de los cuerpos a que pertenecen y están por lo tanto libres de las influencias burocráticas y apartadas del inseguro dominio de los partidos. En ambas Escuelas los estudios son realmente fuertes, los exámenes muy rigurosos. Estos constituyen una prueba tan escrupulosa que raya en la crueldad. Es como tamiz sumamente fino por el cual no pasa ningún grano que no tenga el tamaño conveniente. La enseñanza técnica es completísima, profunda; la práctica no lo es tanto, aunque se trata de mejorarla de día en día. Los alumnos que logran llegar, a fuerza de rudos trabajos, al término de estas brillantes carreras, saben muy bien su oficio, y no puede quedar duda respecto de su aptitud. En Minas y en Caminos se practica la selección con la más grande severidad, y al alumno que no sirve para el caso no le valen relaciones, ni favor, ni parentescos, para llegar al fin. Por esto los dos respetables cuerpos a que las dichas Escuelas sirven de ingreso, conservan un gran prestigio.

***

La enseñanza de la Medicina y Cirugía es de las más importantes en un Estado. Aquí está bajo la inspección directa del Estado y forma parte del organismo universitario. Mucho se ha adelantado en lo que va de siglo en esta interesantísima parte de la instrucción pública. Las escuelas de Medicina son ocho en toda España y están en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valladolid, Valencia, Santiago, Cádiz y Granada. Alguien sostiene que son demasiadas. Pero concretándome por ahora a la de Madrid, que es la que tiene mayor número de alumnos, diré que el Colegio de San Carlos, mirado con gran predilección por todos los gobiernos, dotado de buenos anfiteatros y de clínicas, es una excelente escuela de Medicina y Cirugía.

Hay en ella profesores eminentes, medios materiales que de día en día se mejoran. El número de alumnos es quizás excesivo, por lo que sería conveniente apretaran un poco los tornillos en los exámenes, o en otros términos, tamizar con tamiz delgado para obtener algo semejante a lo que hemos dicho de las Escuelas de Caminos y Minas. El Colegio de San Carlos, como facultad dependiente de la Universidad, no está libre de ciertas corrientes políticas que perturban el claustro y por ende la enseñanza. Pero aun así, los resultados son satisfactorios. De San Carlos salen anualmente jóvenes de mucho mérito. En rigor de verdad, puede asegurarse que la medicina española puede alzar su frente delante de cualquier otro país. Fáltannos, es cierto, las iniciativas del progreso científico; nuestros sabios van detrás de las eminencias inglesas, alemanas y francesas; pero van, lo que no es poco en estos tiempos. Si como teóricos nuestros doctores valen tanto, como prácticos, también los hay buenos y de lo mejor que cabe. Lo que digo de la Facultad de Medicina y Cirugía, puede aplicarse a la de Farmacia, otra rama importantísima del árbol universitario.

***

La Arquitectura se estudia en la Escuela del mismo nombre y depende también de la Universidad. A esta carrera le vendría bien un poco de independencia, como la que gozan los cuerpos de Minas y Caminos. Hállase instalada la Escuela en un mal edificio, lo que perjudica grandemente el estudio. La juventud muestra decidida inclinación a esta carrera, que ofrece porvenir lucrativo a los que descuellan en ella. Cada día son más numerosas y más importantes las construcciones de todas clases, y aunque la arquitectura de nuestros días carece de ideal bien definido, el gusto se depura y se mejora visiblemente de año en año. Las aplicaciones del hierro han alterado las formas elementales del arte antiguo y la distribución de las masas. Nuestros arquitectos luchan, pues, como los de todo el mundo, con los inconvenientes de una renovación total del arte. Falta sin duda imaginación para innovar, y alientos de reforma para romper con la tradición. En esta crisis, la Escuela de Madrid, donde la enseñanza es esmeradísima bajo el doble punto de vista de la ciencia y el arte, se esfuerza en guiar a la juventud por el mejor camino. En el largo período que media desde los grandes arquitectos de Carlos III, Rodríguez y Villanueva, hasta el fin del último reinado, un eclecticismo de pésimo gusto dominó en la arquitectura española. Pero de veinte años a esta parte ha habido un feliz florecimiento de aquel arte nobilísimo.

Tenemos un plantel de jóvenes arquitectos, maestros en el trazado y en la decoración, los cuales han de crear seguramente escuela, y la época presente no será tan pobre y prosaica como sus predecesoras en esta rama del arte. Todo lo que se ha hecho en Madrid de diez años a esta parte, y lo mucho que se está construyendo ahora, supera a lo que nos dejó el reinado de Isabel II.

***

La Universidad abraza, a más de las facultades de Medicina y Farmacia de que he hablado antes, las de Derecho, Filosofía y Letras y Ciencias Exactas y Naturales. Me extendería mucho si detallara las condiciones de la enseñanza en estas facultades. Hay en la Universidad de Madrid mucho que admirar y algo que censurar. El profesorado es, por punto general, brillantísimo; el número de alumnos matriculados es tan considerable, que apenas bastan las aulas a contenerlos. En los exámenes domina la benignidad. Salen anualmente de aquellos claustros muchachos notabilísimos que pronto se distinguen en las letras, en el foro y en la política, y otros muchos que se contentan con poseer un título. En la facultad de Filosofía y Letras se estudian las lenguas sabias, el árabe y hebreo, el griego y sánscrito, así como las literaturas clásicas y la filosofía. Nombres ilustres figuran en el profesorado de esta noble carrera, y bastará citar los de Castelar, Salmerón, Camús, Bardon, Castro, Menéndez Pelayo, Amador da los Ríos, Canalejas, Revilla,[1] alguno de los cuales ya no existen.

En *Derecho* podría citar también maestros de merecida celebridad, como Moreno Nieto, Moret, Comas, Azcárate, Pisa Pajares, Silvela, Montero Ríos y Colmeiro.

La Facultad de Ciencias posee museos notables y el Jardín Botánico que es de los mejores de Europa. También depende de ella el Observatorio Astronómico, magnífico edificio del tiempo de Carlos III, dotado de instrumentos, de primer orden. Pero el Museo de Historia Natural está mal instalado y ahora se piensa en construir un edificio *ad hoc* para todas las dependencias de la Facultad. Es de esperar que esta importante rama del zaber se coloque pronto en España a la altura que tiene en otros países.

***

La enseñanza militar está fuera de Madrid, a excepción de la Escuela de Estado Mayor, donde los estudios son rigurosísimos. La Academia de Ingenieros, el más autorizado de los institutos del ejército, está en Guadalajara, la de Artillería en Segovia, la de Caballería en Valladolid, y la Academia General Militar en el soberbio alcázar de Toledo. En este establecimiento se estudia la Infantería y se hace la preparación para las Academias especiales.

Hay en Madrid otros muchos centros de enseñanza, como el Instituto de Alfonso XII o Escuela de Agricultura, instalada en lo que fue Sitio Real de la Moncloa. Es una granja modelo donde se enseña y practica todo lo concerniente a la agricultura. Últimamente, todos los gobiernos han empleado enormes sumas en esta Escuela, dotándola de material

1 Algunos de los citados serán evocados por Galdós en 1915.*

para ensayos de ganados, laboratorio, biblioteca, museos agronómicos, plantíos, máquinas de todas clases, construyendo cuadras, gallineros, norias, y reuniendo en aquella vasta posesión todo lo que puede ser de utilidad para una explotación rural a la altura de los adelantos de la época. Se estudian aquí las tres carreras de ingenieros agrónomos, peritos y capataces.

También merece mención la Escuela de Veterinaria, construida de nueva planta hace pocos años.

El Instituto Geográfico, donde se forma el cuerpo de topógrafos, que hace años ha emprendido, bajo la dirección del sabio don Carlos Ibáñez, la medición exacta del territorio de la península, para llegar a la grande obra de un catastro perfecto; la Escuela de Diplomática de que salen los archiveros y bibliotecarios, y la Escuela de Comercio, Artes y Oficios. Agregados a esta hay multitud de cátedras libres, donde se enseña, por las noches, a los obreros los rudimentos del dibujo y de las matemáticas. A estas cátedras concurre tal número de escolares que apenas hay ya en Madrid locales para contenerlos.

Me extendería demasiado si hablara de otras enseñanzas, que más bien pertenecen al organismo de la Beneficencia oficial, como la Escuela de Sordomudos, y Ciegos que goza de universal renombre por la precisión y esmero que allí se emplean para instruir a los desgraciados que carecen del precioso sentido de la palabra o de la vista.

Para la segunda enseñanza hay en esta Villa multitud de establecimientos oficiales y particulares que sería difícil enumerar. De lo que sí quiero hacer mención, porque bien lo merece, es de la Escuela de Institutrices, creada no hace muchos años con admirable éxito. En ella se dan las enseñanzas propias de la mujer, sin excluir la preparación científica para las carreras especiales. Agregada a esta institución está la Escuela para telegrafistas del sexo femenino, que va dando excelentes resultados. Nuestra época ha comprendido que las mujeres deben saber algo más que un poco de costura, un poco de francés y teclear el piano; y sin erigir en sistema la pedantería femenina que daría al traste con las gracias del sexo, ha querido abrir a las hembras las puertas de la independencia como un recurso para salvar a muchas de la perdición.

Empezando por el Conservatorio de Música, lo que no parece muy lógico, he hecho una reseña breve de todo o casi todo lo que Madrid encierra en materia de Instrucción pública. Creo que estas noticias no carecen de interés y por eso las he dado, aprovechando una ocasión en que escasean los asuntos de actualidad, si se exceptúa uno muy delicado del cual me ocuparé a renglón seguido, para terminar.

***

La enfermedad del rey don Alfonso XII va ya picando en historia. Hace un mes que la prensa ministerial dice que su majestad ha entrado en convalecencia; pero esta convalecencia no se acaba nunca y todos los días corren rumores muy alarmantes. El rey cumplirá uno de estos días veintiocho años y a esta edad las convalecencias no suelen ser muy largas, cuando no hay lesión orgánica. Anoche han circulado noticias más tranquilizadoras sobre un tema que tiene al país en vivísima alarma.

El rey sale para Sanlúcar uno de estos días. Sería un inmenso bien para nuestro país, tan castigado por la Providencia, que el rey recobrase la salud, librándonos de las terribles complicaciones que en caso contrario caerían sobre nosotros.

El duque de la Torre, que hace algún tiempo se halla gravemente enfermo, ha empeorado tanto, que sus horas, al decir de la prensa de hoy, están contadas.

B. PÉREZ GALDÓS

50
LP, 17/1/1886

SUMARIO: El general Serrano, duque de la Torre —Su vida, militar y política —Su nombre va unido a todos los hechos de la historia contemporánea —Su nacimiento, sus primeros pasos en la carrera de las armas —Hechos de armas durante la primera guerra civil —En 1866 y 68 —Serrano como político —1840 —La coalición contra Espartero —Ministerios de López y Olózaga —Los liberales, instrumento de sus enemigos —El bienio —Serrano en Cuba —1868 —Inteligencias entre Serrano y Prim —El grito de Cádiz —La batalla de Alcolea —El gobierno provisional —La regencia de Serrano —Don Amadeo de Saboya —La república, el golpe de Estado del 3 de enero —Serrano en el ejército del Norte —La Restauración —Primer gobierno liberal de don Alfonso: divisiones y nacimiento de la izquierda —Dotes personales del duque de la Torre —Su valor militar —Sus excelentes condiciones para atraerse simpatías —Honores que disfrutó —Los hombres de la revolución —Cómo van desapareciendo —El actual gabinete Sagasta —Prestigio de los individuos que lo forman —Primeras dificultades con que tropieza el gobierno —La cuestión de personal.

Madrid, 3 de diciembre de 1885.

Señor Director:

En mi anterior me ocupé de la muerte del Jefe de Estado, ruidoso, lamentable suceso que tan hondo surco labrará en la historia de nuestro país; en esta hablaré del general Serrano, duque de la Torre, que bajó al sepulcro diez y nueve horas después que el rey.[1]

Serrano ha muerto en edad avanzada. Por la participación que ha tenido en todos los hechos culminantes ocurridos aquí de cincuenta años a esta parte, por los elevados puestos que ha ocupado, puede decirse de él que su persona simboliza la Historia Contemporánea. Como militar y como político su figura es de las que destacan en primer término.

1 *En mi anterior … que el rey.* Estas líneas pudieron escribirse con posterioridad al resto de la Carta, ya que en su *anterior*, según fecha de redacción, habla de la gravedad de Serrano y no de la muerte del rey que tratará en la siguiente, redactada el 19 de diciembre. Como en toda la edición, no se siguen aquí las fechas de publicación. Alfonso XII y Serrano fallecieron, respectivamente, en la mañana y la noche del 25 de noviembre de 1885.

Desde el año 40 hasta muy poco antes de su muerte, su influencia en los asuntos públicos ha sido muy grande y no es fácil para todos emitir un juicio acerca de su conducta, sin que la parcialidad o la pasión lo bastardeen. Veremos si consigo hacerlo yo sin incurrir en injusticia ni pecar de lisonjero.

Nació don Francisco Serrano en la Isla de León[2] el 17 de octubre de 1810, y dedicado desde muy temprana edad a la carrera de las armas, estudió en el colegio militar de Vergara. A los doce años era ya cadete en el regimiento de Sagunto, y su carrera se inició sufriendo persecuciones de los absolutistas por sus ideas liberales.

Del 23 al 28 permaneció con licencia, mas vuelto al servicio activo en el cuerpo de carabineros, prestó servicios importantes, dando pruebas de aquella bizarría temeraria que es el rasgo principal de su carácter. El año 33 se encontraba en Madrid y era portaestandarte del Real Cuerpo de Coraceros, y el 34, iniciada ya la tremenda guerra de los Siete Años,[3] se incorporó al ejército del Norte, y fue nombrado ayudante del célebre general Mina. Sería interminable detallar todos los brillantes hechos de armas del general Serrano durante aquella sangrienta guerra entre los liberales bajo la enseña de Isabel II y los absolutistas bajo el estandarte clerical del infante don Carlos. Distinguióse Serrano en las batallas del Elzaburu y Meseta.[4] El 36 pasó al ejército de Cataluña, tomando parte activa en la acción de Molina de Aragón, y contribuyendo a reprimir el pronunciamiento del Valle del Roncal.[5]

En la acción de Arcos de la Cantera, fue el primero que cargó contra las posiciones enemigas, y en la de Villar de Cañas sostuvo, con solo su escuadrón, la retirada de todo el ejército. En la batalla de Castelserás,[6] siendo capitán, cargó a los enemigos que tenían fuerzas más que dobles, arrollándoles de tal modo que quedaron deshechos, dejando en poder de las tropas de la reina, ciento cuarenta prisioneros.

Ascendido a teniente coronel, pasó al Maestrazgo mandando el regimiento de Vitoria, y en las inmediaciones de Morella,[7] cargó atrevidamente al enemigo y destrozó las facciones de Forcadell, Rufo y Vizcarro.[8] En Mas del Rey[9] sus proezas igualaron a las precedentes, y en el sitio de Morella acuchilló al enemigo y le detuvo en su marcha ofensiva, recibiendo por este hecho de armas la efectividad de coronel. En la batalla de Caserras,[10] cargó al frente de cuarenta caballos contra seiscientos infantes y treinta caballos enemigos, poniéndolos en fuga, después de dejar sobre el campo ochenta muertos. En esta batalla concluyó Serrano por batirse cuerpo a cuerpo con el cabecilla Capdevila de Frigés, a quien dio muerte.

2 Situada en la bahía de Cádiz.

3 La primera guerra carlista (1833-1840).

4 Pueblos de Navarra.

5 *Molina de Aragón* está en Guadalajara y el *Valle del Roncal*, en los Pirineos navarros.

6 *Arcos de la Cantera* y *Villar de Cañas* están en Cuenca, *Castelserás* en Teruel.

7 *Morella* es capital del Bajo Maestrazgo (Castellón).

8 Militares carlistas, lugartenientes del general Cabrera.

9 *Mas del Rey* está en la costa de Castellón

10 Municipio catalán.

Llenaría toda esta carta con la relación de hechos heroicos que contiene la hoja de servicios del general Serrano en la primera guerra civil. A la conclusión de ella era ya mariscal de campo, a los treinta años de edad. A su muerte era el capitán general más antiguo, pues su real despacho data de 1856.

Posteriormente sus rasgos de valor heroico son aún notorios. El arrojo con que penetró en el cuartel San Gil, en 1866, cuando la sublevación de los artilleros,[11] es una de las páginas más brillantes de su vida. Su batalla de Alcolea, en 1868, donde venció a las tropas de la reina Isabel, mandadas por Novaliches,[12] le acredita como general, y por fin la campaña del Norte en la segunda guerra civil, durante los formidables ataques de San Pedro Abanto y el sitio de Bilbao,[13] coronó dignamente su gloriosa carrera.

***

La vida política del general Serrano es tan larga de contar como su vida de soldado. En ella abundan las peripecias y los incidentes curiosos. En 1840 fue elegido diputado a Cortes y se afilió al partido progresista. En 1841, cuando la sublevación de los generales León, Concha, Borso, y Montes de Oca contra el regente Espartero,[14] Serrano desde Málaga, donde se hallaba, vino a Madrid y se puso a las órdenes del duque de la Victoria para sofocar la sedición,[15] y le encargaron el mando de una división del ejército del Norte.

Dos años después de aquel movimiento, que fue sofocado con la sangre de los infortunados León, Borso di Carminati y Montes de Oca, verificóse la coalición contra Espartero. Los moderados y los progresistas descontentos se unieron para derribarle. En esta conjuración desempeñó Serrano uno de los más importantes papeles. La junta revolucionaria le nombró ministro universal. Al día siguiente de ser investido con tan elevado cargo, dio un manifiesto al país en que censuraba duramente al vencido Espartero, le destituía de la regencia y relevaba a todos los empleados del reino de la obediencia que le debían.

En aquel caso se vio más claramente que nunca la candidez de nuestros liberales, pues se dejaron coger en la red que le tendían los retrógrados, llamados "moderados" no sé por qué, y una vez conseguido el objeto de derribar a Espartero, los pobres progresistas, infelices instrumentos de esta maniobra, fueron echados a puntapiés por sus amigos de un día. Lección terrible que en lo sucesivo no han sabido aprovechar los liberales, pues todavía en la hora presente, no han aprendido a sofocar el deplorable instinto de división que les pierde en todas las ocasiones.

11 El 23 de junio Serrano, entonces fiel a Isabel II, dirige las unidades que dan fin a la sublevación del cuartel.

12 El 28 de septiembre del 68, las tropas leales a Isabel II, al mando de Manuel Pavía, conde de *Novaliches*, se enfrentaron a las rebeldes al mando de Serrano en *Alcolea* (Córdoba). Esta victoria fue determinante para el triunfo de la revolución del 68.

13 El ataque de *San Pedro Abanto* (marzo del 74) intentó cortar el cerco a *Bilbao* que los carlistas mantenían desde febrero, pero hasta mayo no se lograría liberar a la ciudad sitiada.

14 Militares que participaron en la fracasada conspiración moderada contra la regencia de Espartero en 1841. Galdós lo relatar en el episodio *Montes de Oca* (1900).

15 *el duque de la Victoria*: Espartero.

Triunfante la coalición y expulsado Espartero del suelo patrio, se formó el ministerio López,[16] en el que desempeñó Serrano la cartera de la Guerra. El mismo cargo tuvo con el ministerio Olózaga. Su influencia en aquel gabinete fue grande; pero antes de la exoneración de Olózaga, en 1843, este y Serrano se habían indispuesto, cumpliendo la eterna ley de las disidencias que preside la existencia de los liberales españoles en todo tiempo. Como dije antes, los moderados, después que utilizaron a los liberales para derribar a Espartero, no pensaron más que en deshacerse de estos y lo consiguieron de una manera ruidosa. Arrojados de todas partes, los liberales pagaron bien cara su falta, pues no volvieron a subir al poder hasta 1854, y para esto necesitaron hacer una revolución en toda regla.[17]

Serrano, durante la larga y pesada dominación moderada, se retrajo de la política y vivió algún tiempo en el extranjero. De vuelta a España, preparo con O'Donnell el movimiento de 1854, que debía llevar a los progresistas al poder, y a los consejos de la Corona al mismo general Espartero, expulsado por la coalición. Durante el bienio que con este nombre se conocen aquí los dos años de dominación progresista, período abierto con una insurrección militar y cerrado con otra, Serrano desempeñó la dirección de Artillería. Pero después, se le nombró Capitán General de Cuba, habiendo desplegado en cargo tan difícil dotes de prudenciay energía. Durante su mando en América, se realizó la anexión de Santo Domingo, y se inició una hábil política de concordia entre cubanos y peninsulares.[18] Como recompensa a los servicios del general Serrano en esta época, le dio la reina el título de duque de la Torre y la grandeza de España.

***

Los tiempos aceleran su marcha, y ya nos encontramos en 1868, época culminante en la historia del general Serrano; nos encontramos en presencia del hecho más grave que España ha escrito en los anales del siglo XIX, el destronamiento de doña Isabel II.

El desatentado gobierno de González Bravo cometió tantas y tan graves faltas que bien puede decirse que él fue el verdadero impulsor de la revolución y el asesino de la dinastía. Una exposición firmada por diferentes personas pidiendo a la reina la reunión de Cortes, fue la tea arrojada sobre el montón de combustibles reunidos ante el trono por las equivocaciones de la reina y las torpezas de sus ministros. Los firmantes de la exposición, que eran los más ilustres individuos de la política española, fueron desterrados. Entretanto Prim conspiraba desde el extranjero. Comenzaron las inteligencias entre los desterrados

16 El gobierno provisional moderado que presidía Joaquín María *López* y que terminaría con la aprobación de la mayoría de edad de Isabel II.

17 La revolución de 1854, también conocida como "vicalvarada", por haberse iniciado en Vicálvaro, fue un pronunciamiento militar encabezado por O'Donnell, seguido de una insurrección popular, que puso fin a la década moderada del reinado de Isabel II y dio paso al bienio progresista (1854-1856).

18 En julio de 1861 *Santo Domingo* volvió a pertenecer a la corona española hasta marzo del 65; Serrano, facilitó dicha anexión pacífica. En Cuba intentó compaginar la pertenencia española de la isla y la autonomía solicitada por los criollos cubanos, opción invalidada por el gobierno español. Galdós silencia que allí hizo Serrano notable fortuna permitiendo el tráfico de esclavos.

de Canarias y los emigrados por persecuciones anteriores, hasta que a fin de septiembre de 1868, se reunieron los principales caudillos de la revolución en la bahía de Cádiz, y allí, con la cooperación de Topete se gritó *abajo los Borbones*, y la secular y respetada dinastía cayó desquiciada. La batalla de Alcolea, en la cual Serrano deshizo el único ejército que salió a la defensa de la legalidad sin prestigio, puso fin a la jornada, y la revolución quedó triunfante en toda la línea.

Aún están frescos en la memoria de todos, los sucesos de aquellos días en que Serrano compartió con don Juan Prim la popularidad más grande de que han gozado hombres políticos en España. Nombrado presidente del gobierno provisional, y más tarde regente del Reino, Serrano supo mantenerse con dignidad en puesto tan difícil. Su conducta en aquel período le enaltece mucho, y hubiera sido conveniente para su nombre y su memoria el apartarse de la política después de la Regencia para no incurrir en las faltas cometidas posteriormente.

Durante el breve reinado de don Amadeo de Saboya, se halló de nuevo Serrano al frente de los negocio*s* públicos. Pero en el año de la república, 1873, tuvo que emigrar. El golpe de estado de enero del 74[19] le colocó de nuevo a la cabeza de la nación como Presidente del poder ejecutivo. En este año se puso al frente del ejército del Norte, señalándose como valiente caudillo en las acciones de guerra antes mencionadas.

El hecho de Sagunto,[20] o sea la elevación de don Alfonso XII al trono de sus mayores, apartó otra vez de la política al general Serrano. Pero no tardó en reconocer el nuevo orden de cosas, acatando a don Alfonso, y figurando como jefe del partido constitucional, aunque su actitud fue un tanto nebulosa hasta que el rey llamó al poder al partido liberal presidido por el señor Sagasta. Serrano apoyó al primer Gabinete de la Restauración; pero no se habían cumplido dos años del advenimiento de este, cuando el afamado caudillo inició la división del partido. No podía dejarse de cumplir el fatal destino de los liberales españoles, pues está escrito que no vivan en paz cuando les toca mandar. El general Serrano levantó la bandera de discordia, alentado por el señor Cánovas, a quien convenía extraordinariamente la desunión de los liberales. Esta página de la historia del general Serrano oscurece algo, a juicio nuestro, lo mucho que hay de glorioso en la vida del insigne caudillo de Alcolea. Ni se comprende que un hombre que había ocupado puestos tan altos se dejara llevar, en la última parte de su vida, de los pruritos ambiciosos impropios de su gran carácter. ¿A qué podía aspirar el general Serrano destrozando al partido liberal? A formar un partido exclusivamente suyo. Por fin lo consiguió, le dieron la embajada de París. ¡Tanto ruido para nada! El resultado fue el de siempre. A los pocos meses del entronizamiento de la *Izquierda*, esta fue arrojada del poder por los conservadores a quienes había servido de instrumento, y la gran familia constitucional fue en masa a la oposición a lamentar tardíamente sus errores.

Esta última página de la historia política del general Serrano es la menos lucida ciertamente. ¡Cuánto habría ganado su nombre con que tal página no se hubiera escrito nunca!

19 El 3 de enero de 1874 el general Pavía, ocupa militarmente Madrid, y disuelve las Cortes.

20 Se refiere al pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto el 29 de diciembre del 74.

Las dotes personales del caudillo de Alcolea explican perfectamente los éxitos que en diferentes terrenos alcanzó en todas las épocas de su vida. Hombre de gran corazón y de arrogante y simpática figura, tenía todo lo que se necesita para representar primeros papeles en la escena del mundo. No puede hallarse figura más apropiada al teatro en que había de actuar. Lanzado a las corrientes sociales durante la guerra civil más cruel que han visto los tiempos, supo ser soldado y dar ejemplos de valor temerario y que tantas simpatías produce entre españoles. En cuanto a las lides políticas, bien sabido es que estas, en todo el periodo que terminó con la Revolución del 68, no se abrían en los palenques de la inteligencia. El don de gentes, el arte de agradar, la jovialidad unida con la malicia y cierta generosidad con los enemigos vencidos, han sido aquí los elementos principales de las contiendas políticas. Del 68 acá una juventud estudiosa ha llevado a la política nueva savia, y las dotes del entendimiento tienen más parte que antes en lo que se llama el *juegode los partidos.*

El general Serrano poseía todo lo que se necesitaba para brillar en los tiempos en que brilló, un carácter campechano y jovial, sencillez de costumbres que le ponían en condiciones de alternar con todo el mundo y pasar el brazo por encima del hombro a las personas de clase humilde, la facultad de adaptarse a todo, y poder ser soldado y cortesano, según los casos, un conocimiento instintivo de las flaquezas y virtudes del carácter español para sacar partido de ellas, y por fin grandes atractivos personales. Su lenguaje era franco con estudio, a veces excesivamente llano. Si se exceptúa de sus actos el realizado para dividir al partido liberal y formar el grupo llamado *Izquierda*, parece que todos ellos fueron inspirados por el sincero deseo de servir al país. Le sirvió como político y como militar en diferentes ocasiones. No puede decirse lo mismo de la formación de la *Izquierda*, que tantas perturbaciones ha traído. Pero de la actitud del general Serrano en los últimos meses de su vida, se colige que estaba arrepentido de su propia obra y que anhelaba sinceramente reconciliarse con sus antiguos amigos. No era nada rencoroso; olvidaba pronto los agravios. A estos arranques de magnanimidad debió parte de sus éxitos y el prestigio de que gozó.

Tenía Serrano todas las condecoraciones de Europa, como que había sido Jefe del Estado en nuestro país. Además del Toisón de Oro,[21] la más preciada de las insignias, tenía la Gran Cruz de la Legión de Honor, y todos los collares y cintas que marcan las jerarquías más altas en las distintas naciones de Europa. Como testimonio de sus eminentes servicios militares, tenía las grandes cruces de San Fernando, San Hermenegildo y Mérito Militar roja y blanca, y además dos veces la primera de San Fernando.

Al ver desaparecer de entre los vivos al general Serrano, la mente no puede apartarse de los gloriosos nombres que ilustraron la revolución de Septiembre. Poco a poco van bajando al sepulcro los hombres insignes que los llevaron. Las tres personalidades que simbolizaban aquel movimiento, Serrano, Prim y Topete, no existen ya. También fenecieron los auxiliares más eficaces: Ayala, el ilustre poeta, Rivero, el más grande de los demócra-

21 Condecoración de la orden de caballería instituida por el duque de Borgoña en 1429; ligada a la dinastía de los Habsburgo y a la corona de España a través de Carlos V.

tas, y Olózaga el primer antidinástico. De los oradores y políticos insignes de la Asamblea Constituyente de 1869, han desaparecido, además de los citados, Figueras, Orense, Romero Ortiz, Madoz, Posada Herrera, Lorenzana, y algunos menos afamados. De los nueve individuos que compusieron el gobierno Provisional, no quedan más que Sagasta, actual presidente del Consejo de Ministros, Figuerola y Ruiz Zorrilla, jefe hoy de los republicanos exaltados, que se empeña en fundar la república con las sediciones militares.

***

El gobierno formado por Sagasta al siguiente día de la muerte del rey,[22] no ha contribuido poco, por la talla de los hombres que lo forman, a la confianza que en el país reina y al aspecto relativamente lisonjero que presentan los negocios públicos. Todos los ministros del actual Gabinete son personas de reconocida aptitud, y que han ilustrado su nombre en épocas anteriores al frente de los departamentos administrativos. Don Venancio González, ministro de la Gobernación, goza fama de muy entendido en todo lo que a la administración se refiere, y ha demostrado tanta habilidad como energía en ocasiones no menos difíciles que la presente. Montero Ríos, que hoy está en Fomento, es el autor de la ley de Matrimonio Civil, insigne canonista y jurisconsulto. Gamazo dio pruebas en la pasada administración liberal, de singular tacto y energía. Es uno de los hombres de más mérito en el partido constitucional. Su presencia en el ministerio de Ultramar ha de ser fecunda, y no le faltan seguramente problemas que resolver. El general Jovellar es un militar organizador y de fijo hará algo bueno en el ministerio de la Guerra. Alonso Martínez es uno de nuestros primeros jurisconsultos, y llevará adelante el Código Civil, pendiente aún de aprobación en las Cámaras, y por fin, Camacho está reputado como el primero de nuestros hacendistas.

Este gobierno tan bien escogido y en el cual se representaba lo más notable del partido liberal, tropezará sin duda con grandes dificultades; pero no es imposible que las venza, si hay en todos un poco de patriotismo. Esto es lo difícil. Hombres eminentes no nos faltan hoy, como no nos han faltado nunca. Lo difícil aquí es crear grandes conjuntos. Como decía no sé quién con mucha gracia, refiriéndolo a la política, aquí sobran excelentes músicos, pero no hay medio de organizar una mediana orquesta. Cada cual de por sí suena bien, pero no afinan unos con otros; no conciertan ni armonizan.

La primera aspereza de todos los gobiernos, ya está en plantas. Es la cuestión de personal, el reparto de destinos, cuestión que en cualquier otra parte sería secundaria y aquí es pavorosa. Los nuevos ministros se ven de tal modo asediados por los pretendientes, que no pueden vivir. Algo se van defendiendo, y hoy las acometidas de la turba famélica no son tan graves como en otro tiempo. Imposible pintar el aspecto que las antesalas de los mi-

22 La muerte de Alfonso XII sin sucesión efectiva suponía una amenaza para la estabilidad de la Restauración, tanto por la derecha (carlismo) como por la izquierda (republicanismo); Cánovas y Sagasta acuerdan turnarse en el poder de forma regulada por en el llamado "pacto del Pardo". Al día siguiente, el partido conservador cede el gobierno al liberal.

nisterios presentan en estos días. Las comisiones que vienen de los pueblos, los comités y los infinitos amigos que salen por todas partes, acosan a los ministros. Como no es posible contentar a todos, la mayoría expresa con vehemencia y acritud su desencanto, y se oyen recriminaciones odiosas, cómicas, furibundas.

Hasta en las calles se conoce que hay cambio de ministerio, porque se suelen ver en ciertos sitios céntricos grupos de gente entusiasta o descorazonada que viene de la casa del ministro. Las caras de estos tales reflejan las impresiones recibidas, en unos de desaliento, en otros de esperanza. Se oye con mucha frecuencia la pregunta: "¿Y usted adónde va?", que quiere decir: "¿En qué pesebre va usted a comer?"

Ei gobierno no se ha ocupado aún más que de elegir los gobernadores de las cuarenta y nueve provincias, operación delicadísima, porque todos los candidatos quieren las provincias de primera clase y no hay ninguno, por insignificante que sea, que no haga ascos a las de segunda y tercera clase. En esta ocasión se ha querido elevar un poco la talla, porque el oficio de gobernador había venido muy a menos, y Dios sabe lo que ha batallado el ministro para vencer las exigencias y elegir un personal idóneo. Ya están todos nombrados, y ahora empieza la tarea con los directores generales y los subsecretarios de los ministerios. Dios ponga tiento en las manos de los consejeros de la reina para salir airosos de esta batalla contra tantas ambiciones y tantos intereses. Después, y cuando los problemas del personal estén resueltos, los ministros descansarán como aquel que tiene seguridades de haber garantizado parte de su existencia.

B. PÉREZ GALDÓS

51

LP, 15/1/1886

SUMARIO: Paz moral y material —Esfuerzos de los partidos extremos por turbarla —Solemnes funerales por el alma del rey don Alfonso XII —Asistencia de los representantes extranjeros —Los obispos españoles —León XIII enemigo del carlismo —La iglesia de San Francisco el Grande —Su restauración y embellecimiento —Preparativos para las exequias reales —Lujo y variedad de uniformes —Aspecto sorprendente del templo —Representaciones de todos los estados del mundo —La parte musical —Dificultades que entorpecen la marcha del gobierno —Política menuda —El gran cisma de los conservadores —El señor Romero Robledo —Sus mañas políticas —Rasgos culminantes de su personalidad —Expiación de los conservadores —Incongruencias del cisma —Dos partidos conservadores enteramente iguales —El país y los hombres políticos —El rey don Fernando de Portugal.

Madrid, 19 de diciembre de 1885.

Señor Director:

Lo más notable de esta quincena es que nada ha pasado, cuando esperaban todos que pasasen cosas estupendas. Los días que han seguido a la sentida muerte del rey don Al-

fonso[1] han sido de paz profunda. Temíase que los funerales del malogrado rey fuesen sangrientos, pero estos temores, afortunadamente, han resultado vanos.

Fundábanse en una apreciación falsa de los sentimientos del país. Las personas que se apasionan por la política y se lanzan a sus candentes luchas, movidas de la pasión o el interés, concluyen por vivir en un mundo completamente imaginario. Se forjan un país a su manera, y llegan a creer que la nación participa de sus locas vehemencias. Ahora se ha visto bien claro que hay una opinión artificial y otra verdadera. Los partidos extremos que tanta bulla metían antes de la muerte del rey, han quedado bruscamente reducidos a vivir en una atmósfera de frialdad. En vano tratan ellos de entibiarla con alharacas que no pasan del papel. El país no responde, muéstrase indiferente a las promesas, y demuestra un sentido claro para apreciar los beneficios de la legalidad. Es que hemos aprendido mucho en los últimos quince años; conocemos prácticamente cuán infecundos son los cambios en la forma de gobierno; hemos escarmentado en cabeza propia y desconfiamos de las panaceas lo mismo en medicina que en política.

***

Los funerales del rey difunto, celebrados por el Estado en San Francisco el Grande, han sido solemnísimos.[2] La asistencia de los príncipes y embajadores extraordinarios, así como la de los prelados españoles dieron a esta grandiosa ceremonia un realce extraordinario y una significación singular. Los primeros eran la manifestación visible de las simpatías que en toda Europa ha despertado el orden de cosas creado en España; los segundos llevaban al acto la representación del clero español. La importancia de esto es extraordinaria. El mismo nuncio de su santidad, hizo saber particularmente a cada uno de los obispos españoles que "su santidad vería con gusto su asistencia a los funerales de Alfonso XII". Treinta y ocho vinieron a Madrid con este motivo, y los demás, detenidos en sus diócesis por enfermedad, manifestaron por escrito su adhesión a las instituciones. El mismo León XIII, celebrando solemnes exequias por don Alfonso en la Capilla Sixtina, aparece autorizando y como presidiendo esta demostración anticarlista del clero español. Los vientos de Roma, son, pues, contrarios al famoso pretendiente y a sus planes guerreros. Sábese por diferentes conductos que el papa lo ha dicho categóricamente a los partidarios que en su corte tiene don Carlos. Esto, unido a que la causa absolutista halla cada día menos entusiastas en las provincias en donde otras veces ha sacado su principal fuerza, nos hace esperar que el peligro está conjurado, al menos en los tiempos actuales.

Volviendo al funeral, creo oportuno dar cuenta de acto tan grandioso. Esta generación no verá de seguro otro semejante. El templo en que se celebró, es el que perteneció a los franciscanos. Su arquitectura es una imitación del panteón de Agripa.[3] Consta de una gran

1 Alfonso XII falleció, como se anotó en la Carta anterior, el 25 de noviembre de 1885.

2 Se celebraron el 12 de diciembre de 1885.

3 También llamado Panteón de Roma, de planta circular, fue erigido por el emperador Adriano, entre los años 118 y 125.

rotonda dominada por gigantesca cúpula. El altar y el coro rompen la uniformidad de la disposición circular. Es el templo más capaz de Madrid. Hace algunos años que el Estado viene gastando sumas considerables en restaurarlo y decorarlo, para que la capital de España no carezca de un buen monumento religioso. El arte de la pintura, tan floreciente aquí, ha sido el encargado de dar a San Francisco el Grande un valor de que arquitectónicamente carece. Un gran edificio no se improvisa; pero una construcción mediana puede embellecerse con el concurso de la pintura y la escultura. Se ha hecho, pues, de San Francisco un museo. Todo el interior está pintado al óleo por artistas eminentes. La gran cúpula, el altar mayor y el coro ofrecen trozos de pintura notabilísima. El aspecto general resulta un poco pagano; domina el brillante colorido; no hay severidad ni ese misterio religioso que envuelve las imponentes naves de las catedrales de la Edad Media. Al penetrar en el templo, poblado de gallardas figuras de santos, sibilas y profetas, de grupos de ángeles y de celajes brillantísimos, el espíritu se siente poseído de inexplicable alegría. Hay allí algo de teatral, algo como una atmósfera de termas romanas.

La superficie pintada es colosal, y no todos los trozos son de mérito igual. Hay partes que son verdaderamente admirables; otras dejan algo que desear. En el conjunto resulta poca unidad. Se conoce, además, con solo echar la vista sobre tantas pinturas, que los artistas no han procedido libremente, que se les ha sometido a un plan ambicioso, que la distribución de los trabajos no ha sido acertada. Hay fragmentos en que la composiciónes de uno y la ejecución de otro. Pero con todos estos defectos y aún algunos más, la decoración de esta iglesia es muy notable y honra al arte moderno. Para completarla sehan empleado todos los medios artísticos que siempre han estado al servicio de la expre- sión religiosa. Colosales estatuas de mármol ocupan el lugar que en las iglesias comunes corresponde a las imágenes de talla. Magníficos candelabros y lámparas de bronce sirven para la iluminación del templo. Las puertas de labrado nogal renuevan las tradiciones de la carpintería española del siglo XVI. La sillería del coro es tan buena como las de Berruguete;los órganos son de los mejores que se fabrican en Europa. Se ha querido, en fin, que los materiales empleados en hermosear este templo sean de lo más rico y suntuoso. Allí no hay más piedra que el mármol, ni más madera que el nogal, ni más metal que el bronce.

Las obras no estaban aún concluidas cuando se determinó que se celebraran aquí las solemnes honras por el monarca difunto. Faltaba la pintura de las capillas; y no siendo posible rematarlas en breve tiempo, fueron tapiadas por luengos cortinados negros. En la gran rotonda, bajo la linterna de la cúpula, se puso el catafalco tan sencillo como airoso, consistente en un túmulo bajo, cubierto con riquísimo paño negro, bordado de plata y oro y que data de los tiempos de Felipe II. Encima de este se colocaron las insignias de la monarquía y los mantos de las órdenes militares y del Toisón de Oro.[4] Alrededor, millares de candelabros con luces daban a este conjunto fúnebre un brillo sin igual.

En los espacios colaterales del altar mayor se dispusieron dos grandes tarimas, una para los obispos, otra para los príncipes y enviados extranjeros. Era un espectáculo imposible de describir el que ofrecía la variedad de uniformes, todos los uniformes europeos, los trajes

4 Véase 50 n. 20.

rojos de los cardenales, y las vestimentas lujosas de los prelados. Veíanse allí la levita blanca y el casco de plumas del *feldmariscal* de Alemania,[5] al lado de los balandranes de seda de los enviados del Celeste Imperio.[6] El hábito blanco dominico del padre Ceferino, arzobispo de Toledo, contrastaba con la rica sotana purpúrea de otros príncipes de la Iglesia. El embajador ruso tenía un extraño traje de la guardia imperial cosaca, el turco aparecía con un gorro tártaro, el inglés tenía el uniforme de los guardias a caballo con la inmensa gorra de pelo, y en todos los demás, las plumas de diferentes colores, las placas, las bandas de esta y de la otra orden ofrecían mágico y pintoresco conjunto.

Personajes ilustres representaban a los distintos países de Europa. Alemania envió al príncipe de Hohenzollern; Austria a los archiduques Eugenio y Federico; Portugal al infante don Augusto, hermano del rey;[7] Inglaterra al duque de Wellington, sobrino del vencedor de Arapiles, Talavera y Waterloo; Francia al general Pittie; Italia al general Garavaglia. Por Venezuela estaba el célebre Guzmán Blanco, por la república Argentina el señor Domínguez, y por todas las demás repúblicas y Estados da América y Europa, hombres notables y de alta significación.

En el círculo que forma la rotonda, y adosadas al hueco de las capillas, se colocaron tribunas donde tenían colocación todos los cuerpos del Estado, los tribunales de justicia, los oficiales generales, la grandeza de España, la Administración, la servidumbre de Palacio, etc. El terreno estaba distribuido de modo que hubiese sitio para todos, y lo hubo al fin; pero tan exacto que no sobraba nada para los curiosos. Para estos no podía resultar sino un espacio muy reducido. Para cada papeleta había centenares de postulantes. Las apreturas y estrujones fueron grandes, como no podía menos de suceder; más hubo la suficiente previsión de las autoridades para impedir los desórdenes que son cosa corriente en casos tales.

Pero la parte más atractiva de las exequias no fue el lujo del templo, ni la muchedumbre de personajes civiles, militares y eclesiásticos, ni el lujoso aparato del culto, sino la música. Encargado de la dirección de ella el maestro Barbieri, que a más de gran compositor es el primero de nuestros arqueólogos musicales, desempeñó su cometido de un modo admirable. Organizó un coro de ciento cuarenta voces, una orquesta de cien instrumentos y sobre este conjunto sorprendente debía descollar la incomparable voz de Gayarre. Casi toda la música era de los maestros españoles de los siglos XVI y XVII, solemnes trozos de canto llano, otros de coros con orquesta. Gayarre cantó solo el *Taedet animam*. ¡Efecto maravilloso, arte divino! Los nacidos no volverán a oír nada comparable a la música de estas históricas exequias.

***

Ya indiqué al principio que, contra todas las previsiones, la tranquilidad más completa reina en el país, y que por el momento no hay ni siquiera síntomas de que esta dichosa

5 *feldmariscal*: 'Mariscal de campo´.

6 *balandranes*; 'Abrigos largos y anchos'.

7 Lo era entonces Luis I de Braganza.

tranquilidad se turbe. Continúa el gobierno de la reina regente luchando con las pequeñas contrariedades que acompañan a todo cambio de situación, y que consisten en ver qué empleados se quedan y cuáles se van a sus casas, para dejar el puesto a los que han estado mucho tiempo alejados del presupuesto. Lo que esto da que hacer a los ministros, lo que los agobia y aburre, no es para contado. Los hombres políticos de uno y otro bando reconocen el mal; pero no se atreven a ponerle remedio. El que se atreviera a cortar por lo sano y a dar a los amigos con la puerta del ministerio en los hocicos, sufriría tales amarguras que más le valía no haber nacido. Hay que hacer justicia a los actuales ministros y reconocer la sinceridad de sus esfuerzos para dar al mal de la empleomanía las menores proporciones posibles. Nótase hoy en las esferas gubernamentales una resistencia que en algunos casos llega a ser heroica, a remover completamente el personal administrativo. Las dificultades que esto produce no son insignificantes, porque el Gabinete se ve asediado de pretensiones que le estorban y le quitan tiempo para cosas de más importancia.

Las menudencias de nuestra política interior no tienen seguramente interés fuera de aquí. Pero ha ocurrido estos días una de estas menudencias de la cual quiero enterar a mis lectores. Refiérome al grave cisma del partido conservador,[8] hasta aquí el más compacto y homogéneo de los partidos bajo el cetro inteligente del señor Cánovas del Castillo. La escisión, a más de inesperada, ha sido incongruente, por ocurrir cuando el partido estaba alejado del poder. El rebelde ha sido el señor Romero Robledo, considerado en tiempos no lejanos como el brazo derecho de Cánovas, su lugarteniente y su sucesor probable. Grandísimo escándalo ha producido este cisma, por ser el partido conservador el que más presumía de disciplinado, y porque siempre explotó, valido de su admirable unidad, las divisiones de los demás.

Es el señor Romero Robledo un hombre inquieto, de conciencia política muy ancha, de palabra fácil, de carácter simpático, atrevido como él solo, dispuesto a todas las travesuras con tal de avanzar un paso en el camino que se traza. No repara en medios para llegar a su fin, que es ganar amigos y formarse una corte o mejor dicho un escuadrón que le sigue incondicionalmente. La política de este aventurero a quién no se pueden negar dotes de jefe de pandilla, consiste en saltar por encima de todas las conveniencias y atropellar las leyes por favorecer a un amigo. Para él, el amigo es la razón suprema. He aquí porquesus partidarios, que son bastantes en número si bien de dudosa valía, le siguen ciegos a donde él los quiera llevar. Más que amigos son frenéticos y apasionados secuaces. Como aquí se pone motes a todo, a éstos los llaman los *húsares,* sin duda porque su decisión para combatir y el entusiasmo con que responden a la voz del jefe, les asemeja a un cuer- po de caballería ligera, ansioso del ruido y de la pelea. La especialidad del gran *húsar* ha sido siempre el manejo de la máquina electoral; y hay que reconocer que en él ha tenidoel señor Cánovas un auxiliar hasta ahora fidelísimo. El señor Cánovas no se cuidaba delas elecciones, porque Romero le daba la mayoría hecha, fresquecita, sacada Dios sabe cómo de las urnas. Es curioso el sistema de Romero Robledo para fabricar diputados; él

8 El grave *cisma* tiene lugar cuando el partido conservador ya no está en el poder, lo que no podría entenderse si hubiésemos respetado las fechas de publicación (Véase 50 n. 1).

los hacía para todos los gustos. En sus manos el sistema parlamentario ha sido un acto de prestidigitación.

El secreto del cariño que le tienen sus partidarios consiste en que para él no habia imposibles tratándose de llevar al Congreso a un individuo a quien los electores no conocían ni de nombre, o bien de servirle en cualquier asunto, aunque para ello fuera preciso dar con el pie a todas las leyes y prácticas del Reino.

Pues bien, este hombre singular, activo como pocos, travieso cual ninguno, de incomparables artes para la intriga política, y dotado en fin de cualidades personales que le ha- cen amable en su trato, este hombre que tanto ha trabajado, en la esfera de sus artimañas políticas en pro del partido conservador, se ha cansado al fin de ser segundo en la gran agrupación a que pertenecía y ha resuelto *establecerse por su cuenta* alzándose de la noche a la mañana con bandera de jefe. No puede formarse idea del estupor que semejante conducta ha producido en todo el país. Hay quien ve en esto el castigo de ciertos yerros cometidos por el señor Cánovas durante su dominación pasada. El señor Cánovas había permitido a su lugarteniente toda clase de travesuras, y hacer mangas y capirotes de la Administración por servir a media docena de compadres, y aquí están las consecuencias. Era Romero, como suele decirse, *el niño mimado* de Cánovas. Las consecuencias de una educación viciosa no podían hacerse esperar. El partido conservador, tan fuerte, tan disciplinado, muere *por do más pecado había.* ¡Admirable enseñanza para los pueblos y para parcialidades políticas!

En cuanto se determinó el cisma, hubo gran marejada y escenas cómicas y tumultuosas que no describiré porque ciertas cosas deben quedar en el secreto de la familia. Toda la gente que los romeristas llaman *seria* con cierta sorna; los ex-ministros, las personalidades más doctas y de más alta posición, se han quedado al lado del señor Cánovas. En cambio, la gente moza, los bullangueros, aquellos que no eran, ni son, ni serán nunca nada, y que todo lo deben a la amistad del *gran húsar*, se han ido con este. Pero lo más particular de todo, lo que raya en absurdo, es que el heresiarca, al explanar los móviles de su conducta, en un discurso pronunciado hace pocas noches, no ha expuesto un criterio político distinto del de su antiguo pontífice. Las ideas de la agrupación romerista continúan siendo las mismas del antiguo partido acaudillado por el señor Cánovas. ¿Hase visto un disparate mayor? En todos tiempos las escisiones o herejías políticas han tenido por móvil, o siquiera por pretexto, una diferencia de ideales, o de apreciación, o de oportunidad, o de conducta. Ahora no: el *húsar* ni aún se ha tomado el trabajo de justificar su cisma con algo que remotamente se derive de las ideas. La causa de este gran rompimiento es, él mismo lo ha dicho, incompatibilidad de caracteres, resentimientos de carácter personal. Tenemos, pues, dos partidos conservadores con las mismas ideas y la propia bandera. ¿Puedo darse absurdo mayor?

Como todo absurdo engendra disparates, desde que el señor Romero levantó su bandera, empezaron las suposiciones y los cálculos más o menos aventurados: quién vaticinaba que se iba con don Carlos; quién que se metía de rondón en la república, y alguien le veía camino de la Izquierda. Estos señores de la Izquierda son los cismáticos del partido liberal, también gente inquieta y que no está bien en ninguna parte. Pero el conservador

disidente ha declarado que ni se hace carlista, ni republicano, ni menos izquierdista, sino que continúa en su prístino ser y estado. Verdaderamente, estas cosas tan cómicas no pasan más que aquí. Por eso el país, extraño por punto general a estos enredos, los mira con indiferencia, y hasta con odio y repugnancia. Hay dos políticas, la del país, sufrida, oscura, laboriosa, pecando quizás de pasiva, y la de estos caballeros, puramente artificial, ruidosa, intrigante y personal. ¿Qué le importa a la nación que los señores Cánovas y Romero Robledo, después de haber sido uña y carne, salgan ahora con su incompatibilidad de humores, y aparezcan tirándose los trastos a la cabeza, declarando, no obstante, que sus ideas son las mismas, y que gobernarán de la propia manera?

Por fortuna todo lo que vale en el partido conservador sigue al primitivo jefe, y reconoce su incontestable autoridad política. El hombre que tan eminentes servicios ha prestado a su patria no pueda ser abandonado, ni su jefatura puesta en duda por las genialidades de un demente. La flamante secta ha de vivir poco, si hay en los demás partidos la rectitud suficiente para no admitirla en su seno *y* en el país la cordura bastante para matarla por asfixia.

Y aquí pongo punto en cuestión tan enojosa. He hablado de esto para que se vea lo que son nuestros partidos, y lo distantes que estamos de la perfección en esto como en otras cosas; y al hacerlo, no puedo ocultar la molestia que me causa el que estas miserias nuestras salgan a relucir en la prensa extranjera. Pero estando sobre todas las cosas el fuero de la verdad, preciso es no hacer un misterio de nuestra corrupción política.

***

Mal año ha sido el de 1885 en nuestra península. Calamidades de todo género han caído sobre ella. A la muerte del rey don Alfonso hay que añadir la de don Fernando, padre del rey de Portugal.[9] No deja tras sí este insigne difunto el vacío que nuestro malogrado soberano deja a su patria, ni su muerte plantea difíciles problemas políticos; pero no por eso es menos deplorable, porque era don Fernando un gran caballero, un hombre de excelsas virtudes. Era extranjero, y el reino vecino le llora como al primero de los portugueses.

Nació don Fernando de Saxe-Coburgo Gotha en 1816, fue esposo de doña María II, reina constitucional de Portugal. A la muerte de esta, acaecida cuando apenas habían cumplido tres lustros de matrimonio, el rey consorte, ejerció la regencia, durante la minoridad de don Pedro, y tal fue su tino y prudencia en este difícil cargo, que la Europa entera le ha señalado como modelo de soberanos constitucionales. Desde que ocupó el trono don Pedro, a quien sucedió pronto don Luis, don Fernando ha vivido completamente alejado de la política, consagrado al cultivo de las artes y a la protección de los artistas. En el poético retiro de Sintra, creado y embellecido por este ilustre príncipe, están patentes su exquisito gusto *y* sus aficiones de coleccionador eminente.

9 *Don Fernando* murió el 15 de diciembre. El *rey de Portugal* era entonces Luis I.

Del aspecto personal de don Fernando, no necesito hablar por referencia, porque le vi en Sintra en mayo del presente año.[10] Era un hombre como de sesenta años, de alta y arrogante estatura, fisonomía tan inteligente como bondadosa. En su cara bastante parecida a la de nuestro poeta Zorrilla, se advertían entonces señales evidentes del mal terrible que le ha llevado al sepulcro. Paseaba por los hermosos jardines de aquel delicioso edén sin más compañía que la de su familia. Ni séquito palaciego ni aparato de ninguna ciase indicaban su alta jerarquía. La modestia de su porte no excluía ciertamente la distinción particular de las personas nacidas en elevada cuna.

Cuando la corona de España estuvo vacante, los progresistas españoles la ofrecieron con insistencia a don Fernando de Portugal. Era el candidato de Olózaga, quien logró convencer a Prim de las ventajas de esta elección. Pero don Fernando no quiso aceptar la peligrosa ofrenda, y opuso tenaz resistencia al pensamiento de los revolucionarios españoles, en lo cual obró con innegable cordura.

B. PÉREZ GALDÓS

10 Véase 38.

1886

LP, 2/2/1886
52

SUMARIO: Fin del año 1885 —Bien muerto está —Esperanzas en su sucesor —Bromas de almanaque —La jura de la reina regente—El local—La concurrencia —La reina y sus hijas —El sentimiento como factor político —Los republicanos españoles y sus diferentes agrupaciones —Republicanos de Castelar o *posibilistas* —Los *sinalagmáticos*, o republicanos pactistas federales del señor Pi y Margall —Los republicanos *demócratas* progresistas, capitaneados por don Manuel Ruiz Zorrilla —Carácter de este personaje —Su amor al destierro —Ilusiones de los revolucionarios —Los pronunciamientos militares —Falaces promesas —El matiz evolucionista y don Nicolás Salmerón —La única república posible —El sentido de la realidad gana terreno en España.

Madrid, 1 de enero de 1886.

Señor Director:

De veras digo a usted, y me lo creerá sin necesidad de juramento, que no tengo pena porque se haya ido para siempre ese año 1885 que tan mal nos ha tratado. Anoche, a punto que daban las doce, espiró ese desgraciado, entregando su alma al tiempo y su nombre a la historia, que lo escribirá, por lo que a nuestro país se refiere, con letras muy negras. Murió sin que nadie lo sintiese, a no ser los pocos que se han sacado algo a la lotería y los que recientemente han subido al poder. Fuera de estos casos aislados de agradecimiento, el año 85 no ha oído más que maldiciones y recriminaciones en torno a sí. Muchos bailarían seguramente sobre su tumba, si se supiera donde esa tumba está. Porque nos trajo terremotos, inundaciones, malas cosechas, cólera, disturbios y la muerte del rey. Fue un añito de prueba, y lo más que podemos desear es que su sucesor no saque las mañas del papá.

Al sonar la segunda campanada de las doce, el año 86 tenía ya algunos segundos de vida, y estaba tan guapín que daba gusto verlo. Cuando el reloj concluyó su clamor, era el tal un robusto infante de dos minutos, y a estas horas es un mozalbete gallardo, que tiene todas las picardías compatibles con la temprana edad de un día. Tratándose de un año, un día es la adolescencia, la época de las ilusiones y de las promesas. El ser que vimos nacer anoche, y que ya se las está echando de hombre, no cabe en sí de gozo por verse con vida, y el estado de su ánimo se manifiesta enumerando los infinitos bienes que nos trae, ofreciendo felicidades a todo el mundo, y echando por aquella boca los más risueños augurios. Que en esto hay mucho de farsa, por sabido se calla, pues los años nuevos son como los ministros nuevos; mucho prometer, muchas ilusiones, propósitos inmejorables, palabras bonitísimas… Después resulta que viene el tío Paco con la rebaja, como vulgarmente se dice, y todo queda reducido a muy poca cosa. Ya estamos curados de espanto respecto a estos particulares, y sabemos la distancia que hay de los hechos a las palabras, y de las promesas al cumplimiento de ellas. Pongamos, pues, en cuarentena todas las lindezas que nos dice este caballerete, y esperemos a ver cómo se porta. Y que no nos promete poco

en gracia de Dios. Lo que es por jarabe de pico no quedará seguramente, y con que se cumpliera la mitad de lo ofrecido nos daríamos por satisfechos, Vaya que está rumboso el hombre. Dice que nos va a dar pingües cosechas, paz a todo trance, mucha salud y muchas pesetas. Asegura que es patraña lo que se dice de resurrección del cólera, y que no tengamos cuidado por esto, pues él cuidará de dejar el país más limpio que una patena. En cuanto a la paz, sostiene que si nosotros nos portamos con cordura, responde de ella, y con respecto al dinero, nos promete llenarnos los bolsillos si trabajamos mucho y gastamos poco. Mirándolo bien, no tiene maldita gracia la generosidad de esta manera. Denos lo que crea conveniente, y no nos mande trabajar ni estar pacíficos, dos clases de trabajo al fin, igualmente penosas. Vengan felicidades, aunque sean de puro palique, y de esas que más nos entusiasman anunciadas que vistas; haga el año todo lo que es de su incumbencia para procurarnos la dicha, y déjenos obrar como nos diere la gana.

El pícaro mozalbete en cuyo reino estamos desde anoche, tiene también la amabilidad de prometernos que no envejeceremos durante su imperio; quiere decir que cuando él desaparezca, nos quedaremos tan guapotes y frescos como si nada hubiera pasado. Si he de decir verdad, me parece que esto es grilla, es decir, pura fantasía, y que no nos comulgarán con tan pesada rueda de molino. ¡Vivir y no envejecer! Que se lo cuente a su abuela. La experiencia nos dice que estos tiranos del tiempo, contra cuyo poder nada vale, nos cobran anualmente la implacable e intransferible contribución de trescientos sesenta y cinco días, sin que jamás se hayan descuidado ni perdido un solo guarismo en la cuenta. Vivamos, pues, y paguemos, y basta de bromas de almanaque, que ocupan ya en esta carta más espacio del que a las bromas corresponde.

***

La jura de la reina regente ha sido el suceso capital de la última quincena. Verificóse el 30 en el salón del Congreso, ante las Cortes,[1] reunidos en un solo local los senadores y diputados. Este acto ha revestido solemnidad pomposa, correspondiendo la forma al sentido de él. Es la sanción legal del orden de cosas creado por la muerte de don Alfonso, y el cumplimiento de lo preceptuado en la Constitución. Desde hace días se había preparado el Congreso para esta ceremonia, sacando todo el partido posible de la estrechez del local, suficiente para uno de los cuerpos colegisladores, pequeño para entrambos reunidos. A más de esto, la disposición del salón de sesiones no es la más a propósito para dar lucimiento a los actos que requieren cierto aparato teatral. Las puertas están mal colocadas y sería preciso abrir otras nuevas y hacer grandes variaciones en el local para que las distintas representaciones entrasen con desahogo y se colocasen convenientemente. Pero con un poco da estrechez la jura se celebró, y fue una solemnidad hermosísima y conmovedora. Cuando la reina Cristina se presentó en el salón, llevando de la mano a sus dos tiernas hijas, prodújose en todo el concurso una emoción hondísima. En el primer

1 En este acto reiteró la reina María Cristina el juramento que había hecho ante el gobierno el 27 de noviembre, dos días después de la muerte de Alfonso XII.

momento la misma emoción se expresó en silencio. Después, la multitud de abajo y de arriba, los padres de la patria y los espectadores, prorrumpieron en atronadores vivas, que parecían hacer retemblar el edificio. Fue un instante de profundo interés y de emoción que no olvidaremos los que lo presenciarnos.

Las hijas del rey son dos niñas monísimas, de cinco y tres años respectivamente, la mayor es hoy princesa de Asturias, y en su tierna edad tiene bastante despejo, según dicen, para hacerse cargo de los graves sucesos que han ocurrido hace poco, y aun de su propia situación y la de su hermanita. Lo que es seguro no sabrá es una cosa que todo el mundo sabe; que su mamá esta encinta, y que allá por abril si nace varón, tendrán carácter distinto los problemas de la sucesión.[2]

Entraron, como he dicho, la madre y las dos niñas. La presencia de éstas hirió de tal modo el corazón de los presentes, que todas las señoras se echaron a llorar, y a muchos hombres les faltó poco para hacer lo mismo. ¡Espectáculo conmovedor el de aquellas pobres criaturas que vacilando entre las risa y el llanto, entre la curiosidad y el miedo, ponían su pie inocente encima del volcán de nuestras pasiones políticas! La noción incipiente y vaga que ellas han de tener ya de un derecho ¿qué ideas despertará en aquellas infanti-les cabezas? Quizás al oír el estruendo de los vivas, los gritos, los cañonazos y al ver la apiñada muchedumbre con sus millares de cabezas curiosas, sientan instintivo horror a la majestad que las envuelve y deseen que se les permita el goce de una muñeca en el último rincón del palacio. Mientras su madre prestó el juramento, permanecieron ambas en piea su lado, quietecitas y sin atreverse a mover brazo ni pierna. Cuando más, se aventurabala pequeña a deslizar una mirada hacia el techo, cuyas grandiosas pinturas debían llamar vivamente su atención.

La reina pronunció las palabras del ritual con voz clara y entera. Es mujer de una firmeza de carácter que envidiarían muchos hombres. El acto aquel, por lo que en sí representa y por los tristes recuerdos que evocaba, era de los que comprometen la serenidad de la persona más dueña de sí misma. Doña María Cristina, sabe dominarse y someterse a las circunstancias. El dificilísimo papel que hoy está a su cargo, será seguramente bien desempeñado hasta donde las fuerzas humanas alcancen.

Los más enconados enemigos del actual orden de cosas no pueden desconocer que en el día de la jura, la interesante viuda de don Alfonso XII y sus inocentes niñas excitaron vivísimamente el sentimiento público, tanto en la solemne sesión del Congreso, como en el trayecto entre el palacio de los reyes y el de la representación nacional. Verdad que el sentimiento no es exclusivo móvil de la acción política ni aun en los países meridionales; pero no puede desconocerse que de él arranca parte de la fuerza que gobierna y dirige a los pueblos. Ni él lo es todo, ni se puede prescindir de él.

***

2 Al morir Alfonso XII, se decidió esperar hasta el parto de María Cristina para proclamar reina a la princesa de Asturias ya que, según la Constitución, si nacía un varón, este tendría preferencia en la línea sucesoria.

Los republicanos más caracterizados han celebrado su banquete anual, pronunciando brindis y discursos que nos permiten conocer el estado de sus fuerzas republicanas en el actual momento. La unidad no impera ciertamente en los ideales y en las aspiraciones de los hombres que desean un cambio radical en la forma de gobierno. Y entre una y otra tendencia de los que caracterizan estos diversos grupos, hay quizás más diferencias que entre estos y algunos monárquicos. Dejarían de ser españoles estos caballeros si se agruparan bajo los pliegues de una sola bandera, y obraran con arreglo a un solo principio de acción.

He aquí los distintos colores republicanos. Indicaré además los matices que en cada color se señalan, pues las subdivisiones aumentan cada día. En primer lugar tenemos los republicanos gubernamentales o *posibilistas* de Castelar. La grandísima autoridad y preclara honradez política del insigne orador da a este grupo una importancia que no tendría bajo la dirección de otra persona. Es un republicanismo, por decirlo así, aristocrático. En él no hay masas populares. El partido es pequeño, y de un personal escogido e inteligente. Su programa difiere solo del de los monárquicos liberales en la forma de gobierno, en la personalidad del Jefe del Estado. Por lo demás, respeta los organismos propiamente conservadores, el ejército y el clero. Ya se sabe que a Castelar se debió la organización del cuerpo de artillería y las medidas salvadoras que pusieron fin a la espantosa anarquía de 1873.[3] Todo el mundo le tiene aquí por hombre de orden, enemigo declarado de bullangas. La república patrocinada por Castelar es aquí la única *posible*, la única *probable,* en caso de que la desorganización de los monárquicos trajese un cambio en la forma de gobierno. Respecto a su duración probable, no es fácil aventurar juicio alguno. ¿Quién puedo sondear las contingencias de un porvenir tan remoto y oscuro? Lo que sí se puedo decir es que cambiada la forma de gobierno, si la república pasaba de las manos del señor Castelar a las de los que fueron sus compañeros el 73, el triunfo de don Carlos no se haría esperar mucho tiempo.[4] Los restos de la opinión monárquica, que tendrían que ser muy poderosos en un país como el nuestro, reforzarían el partirlo absolutista.

***

Otra de las fracciones más importantes del republicanismo español es la que sigue al señor Pi y Margall, el gran propagandista federal.[5] Hombre de estudio, inteligencia culti- vada como pocas, el señor Pi es un ideólogo eminente que ha formado un partido entera- mente divorciado de la realidad, agrupando masas numerosas y apasionadas, que de fijo no saben lo que quieren ni a dónde van. La república socialista y federal fundada en la teoría del pacto *sinalagmático, conmutativo, bilateral,* es una cosa muy bella en los inge-

3 Como cuarto presidente de la Primera República (7 de septiembre del 73 a 2 de enero del 74), *Castelar* tomó medidas excepcionales para combatir la tercera guerra carlista y la revolución cantonal. Entre ellas, restituir el cuerpo de artillería, disuelto por Ruiz Zorrilla, el último presidente del reinado de Amadeo I.

4 Es decir, el triunfo del carlismo.

5 El que fuera segundo presidente de la Primera República, participó en la fundación de partido demócrata federal en 1869, e intentó reorganizarlo a partir de 1881.

niosos escritos del jefe; pero un logogrifo indescifrable para los ilusos que la defienden sin saber a qué atenerse.[6] Considérase aquí este grupo como el más alejado de la realidad y de la probabilidad del triunfo.

El señor Pi y Margall es un filósofo de gran talento especulativo, intachable en su conducta, hombre de principios rigurosos que sabe practicarlos con tesón en la vida privada. Sus secuaces se le parecen bien poco. La república *sinalagmática* sería un organismo sin cuerpo ni extremidades; no tendría más que cabeza. Los miembros serían demasiado toscos para poder traducir en hechos las sublimidades de aquel pensamiento sutil.

¡Singular composición la de este partido! Sobre él, un hombre que pasa justamente por uno de los más atrevidos y perspicaces pensadores del siglo; abajo una masa anónima, inconsciente y remorosa[7] que nos recuerda todas las brutalidades del cantonalismo de 1873. La teoría utópica y la acción irreflexiva, dos fuerzas completamente infecundas. Por esta razón, este grupo es tenido como el menos temible de los republicanos.

El más temible es el del señor Ruiz Zorrilla, llamado *progresista*. La denominación no es muy clara. Ni puede serlo, no habiendo claridad en las ideas. Lo que distingue a este grupo es la acción, el propósito de establecer la república a todo trance y por cualquier medio. Después se verá. El señor Zorrilla tiene, pues, un objeto bien claro y definido, y a él va sin vacilaciones ni tiquismiquis. Por esto ha podido congregar a su lado a todos los republicanos de corazón y a muchos de los antiguos amigos del general Prim.

El señor Ruiz Zorrilla es un tipo muy extraño. Carece en absoluto de toda brillantez intelectual. No es orador; no entiende de teorías ni de filosofías. Tiene la rudeza del labriego y sus formas rudas. Sus partidarios sostienen que es la voluntad más enérgica que ha producido este país en los últimos tiempos. La falta de atractivos intelectuales esta compensada en él por el don de la astucia que posee en altísimo grado. Es el tipo exacto del castellano viejo de aldea, con todas las marrullerías, toda la perseverancia y la *gramática parda* que caracterizan al español rancio.

Una de las cosas que mejor demuestran la marrullería de este sectario furibundo es la obstinación con que sostiene su ostracismo.[8] Niégase a entrar en España, porque conoce que su prestigio depende del misterio en que se envuelve. Todavía hay mucha gente que se entusiasma con los hombres que se dan a sí mismos el título de mártires, y que se envuelven en las sombras de la conspiración. El señor Ruiz Zorrilla es como esos *cocos* que dejan de imponer miedo cuando se les saca a la luz del día. Además, bien sabe él que si viniera a España, su rudeza intelectual no le permitiría hacer un papel airoso al lado de Castelar, Salmerón y Pi, hombres de pensamiento elevado y de palabra hermosa. Se acrece quedándose por allá, manejando desde lejos el tinglado de las conspiraciones en que es tan experto, y manteniendo vivas las esperanzas de sus partidarios por medio de intentonas militares.

6 *logogrifo*: 'adivinanza´.

7 Este adjetivo no figura en el diccionario. Podría tratarse de un neologismo de Galdós, derivado de `rémora´ o de una errata no identificada.

8 o*stracismo*: 'destierro político'. A Ruiz Zorrilla, desterrado en 1875, se le levantó el destierro en 1885, pero no quiso volver.

El número de los cándidos como el de los perversos es grande siempre, y he aquí un partido que se sostiene con la ilusión de un cambio *ex maquina*,[9] como los que se han hecho en otros tiempos. Pero las costumbres públicas han cambiado, y lo de que el país se acueste en la monarquía y se levante con la república es un sueño de calenturiento.

Como aquí los paisanos no se baten ya por ninguna idea política, señal de que todas las libertades esenciales están conquistadas y aseguradas, el señor Ruiz Zorrilla aspira a plantear la república por medio del ejército. Todo lo espera de un pronunciamiento militar, y se pasa la vida buscando oficiales y sargentos que quieran quebrantar la disciplina. Los sucesos de Badajoz y La Seo[10] hace tres años, probaron que hay siempre en nuestro ejército elementos dispuestos a cualquier locura; pero al mismo tiempo, pusieron de manifiesto que cada vez son más antipáticas al país estas barrabasadas del instituto armado. Aquellos movimientos terminaron por asfixia. Nacieron muertos, y los insensatos que los iniciaron obedeciendo las sugestiones del señor Ruiz Zorrilla, tuvieron que refugiarse en la frontera, entre la general indiferencia y el menosprecio de sus compañeros leales.

Para impulsar a los militaros a la rebelión, el señor Ruiz Zorrilla les ofrece dos grados, y hay hombres tan locos o tan necios que creen en la formalidad de esta falaz promesa.

Si la república triunfase por los medios que el señor Zorrilla practica, si el país se dejase sorprender un día y viera que de las cuadras de un regimiento salían cambiadas sus instituciones, ¿cómo y de qué manera se organizaría el nuevo ejército? Parece lógico que Ruiz Zorrilla lo formaría sobre la base única de la oficialidad sediciosa, agraciada con los dos empleos consabidos, expulsando quizás de las filas a todos los que se mantuvieron fieles a las leyes del honor y a la disciplina. Con este sistema de eliminar al fiel y premiar al desleal, se llegaría pronto a tener un ejército de bandidos en vez de una fuerza normal y honrada para defensa y gloria de la nación. El señor Zorrilla es muy astuto y debe comprender esto, como lo comprende todo el mundo. Los infelices a quienes logra arrastrar a la sedición, serían los primeros chasqueados el día del triunfo, cuando supiesen que lo dicho respecto a los dos graditos o empleos era puro jarabe de pico.

Los planes, por no decir ideas, del más constante de los conspiradores españoles, son la revolución permanente. La república que él patrocina es la traída, fundada y sostenida por los republicanos de una manera exclusiva. A cualquiera se le ocurre que para que esta forma de gobierno tenga estabilidad, debe ser mirada por lo menos con simpatía por la mayoría del país. Una república de partido y para el uso particular de unos cuantos caballeros, sería la calamidad más grande que podríamos imaginar. Si un regimiento la trae, otro regimiento la puede echar a rodar.

***

9 *ex machina*: 'solución sin dificultad aparente de todo tipo de situaciones'. Proviene de la locución latina de origen teatral *Deus ex machina*.

10 En agosto de 1883 se sublevan contra la monarquía varios regimientos de las ciudades citadas y otras, instigados por Ruiz Zorrilla desde París. La rebelión fracasó.

Dentro del mismo bando zorrllista hay quien piensa así, habiéndolo manifestado de un modo categórico en el banquete de que antes hablé. Esto ha determinado un matiz importante en el partido, y es seguro que los republicanos zorrillistas sufrirán una gran metamorfosis bajo la influencia del gran pensador don Nicolás Salmerón.

Este hombre eminente y por mil títulos respetable, condenó la revolución mostrándose partidario de la evolución. No quiere esa república traída por sorpresa, nacida de la fuerza e impuesta a la sociedad por unos cuantos revoltosos. Quiere que nazca del convencimiento general y sea firme garantía de todos los intereses. Según el sabio profesor de metafísica, el estado de revolución permanente patrocinado por Zorrilla conduce a la dictadura, estado político que Salmerón aborrece tanto como la monarquía. La única república, posible es la que arranca del convencimiento general y es impuesta por la opinión pública, la que no espante a nadie, la que tenga de su parte a todas las fuerzas vivas del país y a las clases todas. Esto a cualquiera se le alcanza, menos al furibundo y alucinado sectario, para quien tiene más valor el nombre que la esencia de las cosas. Con estas manifestaciones, el insigne Salmerón aparece más próximo a Castelar que a Zorrilla. Y se comprende bien que así tenía que ser. Solo por equivocación política podían verse unidos el corruptor de militares y el gran filósofo español, el agitador de oficio y el hombre ilustre y recto que abandonó el poder por no firmar una sentencia de muerte.[11]

Castelar y Salmerón unidos, hermanan perfectamente. Su desunión era accidental y no podía durar mucho tiempo. La lógica de las cosas se restablece al fin. Dicho se está que Salmerón, al declararse evolucionista condenando los procedimientos revoluciona- rios, acepta la lucha en el terreno legal. Él no es hombre que busca una postura teatralen el ostracismo voluntario. Vive en España, desempeña su cátedra en la Universidad, yse mueve, como todos los españoles, en la órbita de la legalidad común. Probablemente luchará en las próximas elecciones, y expondrá sus ideas en las Cortes, cosa que repugnaa su antiguo conmilitón señor Ruiz Zorrilla.

Emplear la violencia cuando la legalidad ampara a todo el mundo, cuando la tribuna garantiza todas las opiniones y la prensa goza de amplia libertad, es criminal y contrario a toda sana política. Los resultados de tal sistema son siempre funestos para el mismo que lo practica. Por eso el zorrillismo, que reforzaba sus maquinaciones en tiempos de libertad, y amainaba bajo el poder de los conservadores, va perdiendo terreno cada día en la opinión republicana, y su descrédito total no está muy lejano.

Nuestro país, tan conmovido en los últimos años, ha adquirido una experiencia preciosísima. Cada vez se paga menos de relumbrones, detesta el romanticismo político, la fraseología hueca y las promesas locas, y sabe sentir la realidad. El sentimiento de la realidad es la gran conquista, hecha a fuerza de caídas y reveses, tras penosos ensayos y pruebas de todas clases. Con tal sentimiento, es seguro que llegaremos al fin a la estabilidad tan deseada. Dios lo quiera así, y denos a todos la paz y la felicidad en el año que hoy empieza.

B. PÉREZ GALDÓS

11 Salmerón dimitió como tercer presidente de la Primera República para no firmar *sentencia de muerte* a militares que habían apoyado la rebelión cantonal.

53
LP, 21/2/1886

SUMARIO: Los sucesos de Cartagena —Breve historia de los sucesos en el castillo de San Julián —El general Fajardo —Fuga de los insurrectos —Planes revolucionarios —Estos aspiran al desprestigio de los liberales monárquicos —Los revoltosos y los agiotistas —Motines y baja de fondos públicos —Insuficiencia de nuestra policía —Envilecimiento del polizonte —La Guardia Civil —Males de la impunidad —Los revolucionarios de oficio —El derecho a conspirar —Indultos y amnistías —Recompensa indirecta a los revoltosos —Ya es tiempo de variar de sistema —La cooperación y sus ventajas —Carestía de los alimentos y el remedio que se le aplica —Asociaciones cooperativas —Su administración militar —Crisis comercial —La "tienda-asilo" —Diferénciase de la "cocina económica" —Raciones por diez céntimos —Efectos de la cooperación —Un ejemplo —El vino —Conclusión.

Madrid, 18 de enero de 1886.

Señor Director:

La paz que disfrutábamos se ha alterado hace pocos días con los sucesos de Cartagena. Un motín más, una algarada estúpida, un chispazo revolucionario sin éxito, sin resonancia y sin consecuencias; esto es lo que ha pasado y lo que durante algunos días ha ocupado la atención pública. El hecho ocurrió del modo siguiente: en la noche del 10, unos cuantos desalmados, paisanos, dirigidos por dos sargentos licenciados del ejército, se apoderaron sigilosamente del castillo de San Julián, uno de los que guarnecen la importante plaza fuerte de Cartagena. Mientras no concluya el sumario que se instruye, no sabremos a ciencia cierta si la guarnición del castillo fue realmente sorprendida o si entre los individuos que la componían hay alguno culpable. Ello es que el gobernador fue encerrado y que los insurrectos se apoderaron de la fortaleza, disparando un cañonazo y enarbolando una bandera tricolor.[1] ¿Estaban confabulados con las fuerzas de los otros castillos? No se sabe; pero es lo cierto que nadie les secundó ni en los castillos ni en la ciudad ni en el arsenal. Lo probable es que la connivencia con otros elementos existiera solo en la imaginación de los insensatos promovedores de esta vergonzosa intentona.

El gobernador militar de la plaza, el mariscal de campo Fajardo, corrió al castillo en cuanto tuvo noticia del hecho. Acompañábanle fuerzas de infantería y algunos guardias civiles. Adelantóse solo hasta ponerse al habla con los insurrectos, y les arengó en términos enérgicos. La contestación fue una descarga que hirió gravemente al general. Consumada esta *heroicidad* de los rebeldes, que a mansalva y tras las murallas de su fuerte abrasaban a tiros a un hombre indefenso que cumplía con su deber, parecía que la insurrección se disponía a una resistencia formidable. Era dueña de una fortificación de primer orden. Allí debían morir todos o resistir hasta que respondieran en toda la península los considerables y aguerridos elementos republicanos que, según ellos, existen.

1 Es decir la bandera republicana; rojo, amarillo y morado.

Pues, no señor; nada de esto pasó. Después que fusilaron cobardemente al general, aquellos *valientes* abandonaron el castillo, saltando la muralla por la parte posterior, para buscar refugio y escape seguro en la fragosa sierra de la Unión. Así terminó la hazaña que, verdaderamente, habiendo empezado como empezó, no podía terminar de otra manera. De los cuarenta individuos que formaban la hueste revolucionaria, han sido cogidos a estas horas unos veinticinco. Es posible que los demás caigan en poder de la Guardia Civil. La sumaria se sigue con la mayor actividad, y el gobierno está decidido a aplicarles todo el rigor de la ley sin contemplaciones de ninguna clase. Si así lo hace, tendrá el apoyo de la opinión pública. La indignación que en todo el país ha causado este infame y cobarde hecho, es tan manifiesta que no hay lugar a dudas sobre el procedimiento que deben seguir los encargados de velar por la paz pública.

No es esta la primera tentativa revolucionaria del género estúpido con que nos obsequian los zorrillistas. De algún tiempo acá hemos tenido varias; pero esta es más odiosa que lo de Badajoz y La Seo,[2] porque ha causado una víctima ilustre. El pundonoroso general Fajardo ha sufrido la amputación de una pierna, y su estado es gravísimo. Entro tanto, mientras la sumaria depura los hechos, los zorrilistas y los federales se echan recíprocamente la culpa del suceso. Dicen los partidarios de don Manuel Ruiz Zorrilla que ellos no han sido, y los cantonales[3] también quieren lavarse las manos. Pero las declaraciones de estos caballeros no son ciertamente de las que merecen crédito. Lo indudable es que los revolucionarios de San Julián eran gente baldía, quizás escapados de presidios, restos del cantonalismo del 73, emigrados de Oran, infelices ilusos, cegados por la miseria y la ignorancia. Pero sus directores eran seguramente, personas de otra calidad, si bien en lo que toca a talentos revolucionarios allá se iban los unos con los otros. Lo más probable es que los impulsores de este movimiento estén convencidos de su ineficacia. El plan consiste en hacer algo, en meter ruido, sacrificando a unos cuantos infelices que se prestan a todo por un pedazo de pan. Demasiado saben que no han de conseguir nada. Lo que Zorrilla quiere probar es que cuando la monarquía llama a sus consejos al partido liberal, se altera la paz del reino. Por este medio, el agitador de España quiere divorciar al trono de las instituciones liberales. El plan es astuto.

Siguiéndolo escrupulosamente, los zorrillistas se están quietos mientras gobiernan los conservadores; pero en cuanto los liberales mandan, ya principian los motines. Los sargentos, corrompidos por dádivas que salen Dios sabe de dónde, comienzan sus hazañas. Aquí y allí brotan chispazos de insubordinación. Se arma un ruido de mil demonios que luego resulta una botaratada a la cual responde el país con su desprecio y su reprobación. Pero se consigue una cosa; y es desacreditar a los gobiernos liberales que inauguraron su dominación dando amplias amnistías a todos los procesados por cuestiones políticas, permitiendo las reuniones de todas clases, quitando trabajo a la prensa, concediendo garantíasa la libre emisión del pensamiento. Los zorrillistas responden al palo de los conservadores

2 Alude a anteriores asonadas zorrillistas producidas en 1883: en Badajoz el 5 y en La Seo el 11 de agosto, durante el primer gobierno de Sagasta desde la Restauración.

3 *cantonales*: aquí, republicanos federales, seguidores de Pi y Margall (véase Carta anterior).

con la sumisión de la impotencia, y a las expansiones liberales con las barrabasadas de sargentos y presidiarios.

***

En esta deplorable cuestión de los motines zorrillistas, hay otra fase digna de tenerse en cuenta. Hay quien los atribuye a móviles más bajos que la excitación revolucionaria. Porque el fanatismo político, aunque extraviado, tiene algo de noble cuando se relaciona, aunque de un modo remoto, con las ideas. Pero cuando estos desvaríos no son obra de la exaltación del sectario sino de un cálculo miserable, y obedece fríamente a las combinaciones del agiotista,[4] es de lo más vil que cabe en la condición humana. Está muy arraigada la creencia de que los motines zorrillistas no son verdaderas tentativas revolucionarias, sino maniobras realizadas en confabulación con ciertos jugadores de Bolsa. El objeto no es alterar la paz pública, sino aparentar alterarla para producir una baja considerable en nuestros valores. Cuentan que reside en París un comité de bajistas,[5] que organiza estas intentonas y facilita los fondos necesarios para realizarlas. Las ganancias que obtienen de una oscilación grave de los fondos públicos son siempre mucho mayores que los dispendios que ocasiona el movimiento. Los sargentos y los cantonales trabajan al parecer por poco dinero. ¡Infelices! ¡Ignoran sin duda el daño que se hacen a sí mismos y la herida que abren en las entrañas de la patria! Estos desdichados instrumentos de una propaganda infame no aprenden nunca, y muchos de ellos han pagado con su sangre un delito que ha servido para enriquecer a otros.

Este aspecto repugnante de las revoluciones contemporáneas es uno de los síntomas más claros de nuestra edad. ¿Será cierto que estos motines no son más que agios disfrazados de disturbios políticos?[6] Cuesta trabajo creerlo. Espanta el considerar las invenciones diabólicas de la codicia humana. Al fin ello se ha de depurar, porque lo bueno de nuestra época consiste en que todo, al fin y al cabo, se hace público. Si hay misterios, de fijo han de durar poco tiempo. Hemos de saber a ciencia cierta si los movimientos revolucionarios de que se acusa al zorrillismo son tentativas encaminadas a alterar el orden de cosas establecido, o simplemente jugadas de Bolsa, como creen muchos, calculadas con frialdad y realizadas con perverso tino.

Por supuesto que de una manera o de otra hacen muy poco honor a nuestro país en general y a nuestros revolucionarios en particular. Al mismo tiempo, dichos actos arrojan un descrédito muy grande sobre nuestra policía. ¿Por qué no se persiguen y descubren estos delitos? ¿Por qué no se sigue la pista a los demagogos bajistas? No quiero dar el nombre de republicanos a estos desalmados, por respeto a las diferentes fracciones de este nombre, en las cuales hay muchas personas de intachable rectitud y buena fe.

***

4 'especulador'.

5 'personas que juegan a la baja en la Bolsa'.

6 *agios*: 'especulaciones abusivas'.

Lo que está pasando, pone en claro, entre otras mil cosas, que tenemos una policía deplorable, rematadamente mala e inútil. La secreta principalmente está organizada de modo que produce efectos contrarios a los que debiera producir. Alguien atribuye esto a lo mezquino de los sueldos que los individuos de la policía disfrutan. Ninguna persona decente se decide a pertenecer a ese cuerpo, al cual los gobiernos parece que se empeñan en envilecer, dándole por misión la denuncia solapada, en vez de la vigilancia perspicaz. El tipo del polizonte es odioso. No se le considera como un funcionario, sino como un espía. Se ha dado el caso de que el esbirro esté de acuerdo con los ladrones para llevarles el soplo de lo que la autoridad proyecta contra ellos. A veces la autoridad se ve obligada de erigir en polizontes a los mismos criminales, único medio de conseguir algún resultado. En caso de revueltas políticas, los polizontes se mantienen entre dos aguas, esperando a ver quién gana, para demostrar enseguida el mayor celo posible. Si la autoridad triunfa, el polizonte se ensaña con los revoltosos; si estos ganan, tienen en él un auxiliar diligentísimo.

Del desorden moral que esto representa, fácilmente se harán cargo mis lectores. Son agentes de la seguridad que visten uniforme, y por tanto no ejercen sus funciones *secretamente,* tienen un nivel moral un poquito más alto. Pero la sociedad española estaría casi indefensa, si por compensación a tanta desventura no tuviéramos la Guardia Civil, instituto admirablemente organizado, de gran prestigio o inmensa utilidad. Mas no caen bajo el peso de la Guardia Civil todas las transgresiones de la ley. Este instituto no vigila, no observa las sigilosas maquinaciones del crimen. Su misión es limpiar de malhechores los caminos. En las poblaciones no se ven los guardias más que cuando es necesario regularizar la muchedumbre y evitar atropellos. Organizada la Guardia Civil militarmente por reglamentos especiales muy rigurosos, está a las órdenes de los gobernadores. Se parece a la Gendarmería francesa, hasta en el uniforme. En cuanto a disciplina y a la utilidad de sus servicios, no le cede, y aún creo que la aventaja.

Pues si tuviéramos un cuerpo de vigilancia y seguridad como tenemos éste que persigue públicamente a los malhechores… ¡Cuántos disturbios se evitarían, cuantas maquinaciones que parecen formidables quedarían reducidas a poca cosa! La impunidad se ha hecho crónica aquí tratándose de delitos contra las instituciones. Rarísima vez los perturbadores que han tomado la revolución por oficio, llegan a entendérselas abiertamente con el Código Penal. Los instigadores del desorden no son nunca habidos; y para que su situación sea más favorable, los cambios políticos les favorecen grandemente. Muchos hallan en la política ocasión para hacerse pasar por héroes cuando menos se piensa. Hay aquí revolucionarios de profesión, gente que vive de los motines, como otros viven de hacer zapatos. Cuando los tiempos no les son muy propicios se convierten en agentes electorales y sirven a cualquier situación.

El célebre Antoñete Gálvez, jefe de los cantonales de Cartagena, ha tenido en épocas recientes, relaciones con políticos conservadores y les ha prestado servicios inmensos en el trasiego de las urnas. Se ha hablado mucho en España de persecuciones políticas. Hay muchos que se dan aires de mártires. Pero no estamos a en los tiempos de Fernando VII. De las crueldades de aquel reinado, durante el cual fue llevada al patíbulo una mujer por

haber bordado una bandera,[7] hemos pasado a la excesiva lenidad de la época presente, en que todos los que a quieren conspirar, conspiran sin que nadie se meta con ellos. Parece que es un derecho consignado en la Constitución, derecho que los gobiernos respetan en virtud de una confabulación tácita.

Los cantonales de Cartagena, los que el gobierno republicano declaró piratas, los que se lanzaron al mar en nuestros mejores navíos de guerra, aquellos que escribieron la página más vergonzosa de nuestra historia,[8] se han estado paseando tranquilamente por las calles de Madrid y otras poblaciones. Los asesinos de Prim, ¿dónde están? ¿Qué juez los ha sentenciado? ¿En qué patíbulo han expiado su crimen? La impunidad y siempre la impunidad. Ciertos espíritus excesivamente generosos creen que se gobierna a un país con amnistías, y que la libertad consiste en entregar la sociedad en manos de aquellos para quienes la revolución no es una idea sino una manera de vivir.

¿Y qué más? ¿No hemos visto que a los cabecillas carlistas, después de terminadas una y otra guerra, se les han reconocido los grados, dándoles cabida y sueldo en los filas del ejército a nacional? Esto se hizo en la primera lucha civil, y se ha repetido en la última. ¿No es claro como la luz del día que tales procedimientos van minando la moral de las naciones, y se concluye porque no sepamos quién obra de buena fe y quién no? Las acciones de los hombres políticos se regulan hoy por un criterio convencional, del cual salen los mayores absurdos. La lucha por el poder es tremenda; pero luego les falta tiempo para indultarse y amnistiarse recíprocamente, dándose armas para seguir luchando.

Las consecuencias de este sistema se están tocando ahora. Nos encontramos con que nada es tan beneficioso como levantarse en armas contra las instituciones. A más de que rara vez se corre el peligro de perder la vida, hay cien probabilidades contra cinco de alcanzar algo más que la impunidad. Parece que el actual gobierno comprende al fin que es preciso cambiar de sistema y sentar la mano a los perturbadores. Pero falta que pueda vencer la fatalidad y que tenga valor para poner fin a las generosidades y blanduras que han ocasionado tantos males.

***

Signo de nuestros tiempos es la asociación. Los esfuerzos individuales congregados producen esas inmensas fuerzas que en distintos órdenes realizan obras admirables. La acumulación de los ahorros hace los capitales que impulsan la industria. La acumulación de la limosna produce los resultados maravillosos de la beneficencia moderna. Hablaré brevemente de algo que con esto se relaciona.

El desarrollo de las grandes poblaciones, su crecimiento fabuloso y el aumento considerable de las obligaciones municipales ha encarecido las subsistencias en todas las capitales. Los municipios de hoy tienen presupuestos casi tan grandes como los que antes tenían las

7 Mariana Pineda (1804-1831), ajusticiada durante la década absolutista de Fernando VII. García Lorca dramatizaría su historia en 1927.

8 Galdós relatará la historia del cantón de Cartagena, en tono bastante menos crítico, en los episodios *La primera república* y *De Cartago a Sagunto* (1911).

naciones. El consumo resulta enormemente gravado y de aquí la carestía de los alimentos. Las clases pobres son las que principalmente sufren o las que manifiestan su sufrimiento, porque la clase media, que también pasa sus apuros, los disimula o al menos se queja en silencio. Para remediar en parte los efectos de la carestía, se ha recurrido a la cooperación, es decir a proporcionarse artículos libres del sobreprecio que les da el comercio. Tienen sociedad cooperativa los empleados de ferrocarriles, y últimamente la tienen los militares, patrocinada y dirigida por el gobierno. La administración militar ha establecido suministros para todos absolutamente los que visten el uniforme del ejército.

Al principio se daba pan barato a las familias de militares; después se les dieron los artículos más necesarios con un veinticinco por cien de rebaja sobre los precios del comercio. Al fin la bonificación alcanza a todos los géneros de consumo, comprendiendo hasta los superfluos, alcanza también a la perfumería y a las medicinas. La administración militar tiene tiendas de comestibles, droguería y botica.

El ejemplo ha cundido y los paisanos no quieren ser menos que los individuos de la milicia. Por todas partes salen sociedades cooperativas. El comercio está amenazado de una gran crisis. Para acelerarla ha venido una cosa ingeniosísima, una invención llamada la tienda-asilo de que hablaré brevemente. La tienda-asilo es la sociedad cooperativa del pobre. Debe su orígen a las llamadas cocinas económicas, creadas por la caridad. La tienda-asilo es la antigua *sopa boba* establecida en condiciones nacionales y con arreglo a principios económicos.[9] Diferénciese esta ingeniosa institución de las antiguas cocinas en que estas eran gratuitas y las tiendas-asilos no lo son. No es la caridad la que da de comer ahora, es el gran principio económico de la cooperación, que no excluye la caridad, antes bien la estimula, como veremos más adelante.

La tienda-asilo es un gran local, ancho, cómodo, caliente en invierno y fresco en verano, bien ventilado, con aparatos de gas, mesas, bancos, un mostrador y una cocina. En este *restaurant* se sirven diferentes raciones bien condimentadas por el ínfimo precio de diez céntimos de peseta, que es lo que llamamos un *perro grande*. Por media peseta, pues, puede cualquier persona tomar una ración de sopa muy buena, otra de cocido con carne, otra de legumbres, otra de arroz con leche por vía de postre, y otra de café con panecillos. Ya veis como la cooperación puedo llegar hasta el sibaritismo.

Pues bien, cuando se estableció la primera tienda-asilo, fue preciso recurrir a la caridad para sostenerla en su período incipiente; pero desde el momento en que llegó a expender tres mil raciones diarias de cada una de las sustancias que componen el *menú,* la tienda-asilo dejó de ser un sistema de beneficencia y fue un negocio, pues semanalmente salda sus cuentas con sobrante.

Los obreros acuden a ellas lo mismo que los mendigos. ¿Quién no tiene diez céntimos? Es más: la misma familia del jornalero no puede alimentarse en su propia casa por la ínfima cantidad que le proporciona en la tienda alimentos nutritivos y abundantes. Ved el efecto de la cooperación. La administración de la tienda adquiere los artículos directamente y al

9 *sopa boba*: 'comida que se daba a los pobres en los conventos, compuesta básicamente de pan y caldo'.

por mayor en los puntos productores por la mitad del precio que les da la reventa en los mercados al menudeo. He aquí el secreto.

Para comprender lo que la venta al detalle encarece los artículos, basta citar un ejemplo. Una pipa de aguardiente, de caña, puesta en Madrid, después de pagar derechos de aduanas, de puertos, y transportes y comisiones, vale treinta pesos. Vendida dicha pipa de caña por copas en las tabernas, sin adulterar se entiende, produce quinientos cincuenta pesos. Suponed la adulteración, que no es mucho suponer, tratándose de taberneros, y la ganancia es aún mayor. Pues lo que pasa con el aguardiente, pasa, aunque en menor escala, con las patatas, la harina, el arroz, las legumbres y el café. Otro ejemplo: una libra de café vale en Madrid, una peseta veinticinco céntimos. De esta libra sacan los cafeteros ochenta y cuatro tazas, que se venden a cuarenta céntimos. Aun agregando el importe del azúcar, servicio, local, contribución, etc., resultan siempre muchas tazas. He oído a un abastecedor de la tienda- asilo, la especie de que se puede dar la taza de café sin achicoria por menos aún de diez céntimos,[10] y se gana dinero.

Un artículo está proscrito de la tienda-asilo, y es el vino, ese enemigo de la paz doméstica, ese destructor de toda concordia. Si los fundadores de esta gran institución benéfico-económica, se decidieran a remojar los *menú*s de sus parroquianos con un poco de Valdepeñas algo menos aguado que el de las tabernas, estas sufrirían un golpe mortal. Las veríamos cerrarse todas en un día, como han desaparecido los cafeteros ambulantes en los barrios próximos a la tienda.

He creído oportuno dar cuenta de esta maravilla de la cooperación, y aunque alguien crea que es asunto baladí, impropio de estas cartas, no pienso de la misma manera, y en otra me propongo volver sobre lo mismo con nuevos datos acerca de las conveniencias que esta innovación pueda traer consigo.[11]

B. PÉREZ GALDÓS

54
LP, 17/3/1886

SUMARIO: Fecundidad de nuestra época —Porque no hay *santos* en el siglo XIX —También hay *santos* en la edad presente —Caracteres de la santidad contemporánea —El milagro físico y el moral —Doña Ernestina Manuel de Villena —Sus virtudes, sus acciones, sus grandes obras de piedad —El asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón —Muerte de esta insigne mendicante y fundadora —Decadencia del teatro español —Irrupción de traductores —Dispersión de los actores —El corral de la Pacheca y Teatro del Príncipe —Sus gloriosísimas tradiciones —Su estado presente —Los dramaturgos franceses en España —Dumas y Sardou —La literatura picante —Desprestigio de la literatura dramática en

10 *achicoria*: 'planta cuya infusión se usó como sucedáneo del café'.

11 Galdós volverá a publicar en España esta última parte de la Carta.*

todo el mundo —El teatro en Francia, en Inglaterra y en Alemania —Evolución del gusto del público —El público no busca en el teatro más que la distracción —Desencantos que producen en nuestros días las ficciones teatrales —Los payasos convertidos en actores.

Madrid, 9 de febrero de 1886.

Señor Director:

La sociedad moderna es fecunda en caracteres, como en todo…. Nacen y se crían en ella todas las variantes de la naturaleza humana. Tipos que parecen de otra edad, se renuevan en la presente. Las fuerzas antagónicas que luchan en el seno de esta generación engendran los caracteres más extraños. A primera vista parece que el nivel moral de la humanidad se ha rebajado y que los hombres, por punto general, son peores que lo eran hace un siglo o dos. Esto es un error. El sentido moral de la raza humana no puede perderse, así como no es posible que varíe absoluta y radicalmente lo esencial de nuestro ser. Mientras el mundo sea mundo habrá hombres buenos y malos, y es tontería pensar que en nuestra edad la virtud no es más que un nombre. Los que desfavorablemente juzgan la época en que vivimos, formulan una pregunta que rara vez es contestada de un modo satisfactorio. "Vamos a ver —dicen—, ¿por qué en este siglo no hay santos?" Generalmente se contesta a esta pregunta con una frase evasiva, alzando los hombros: "No hay santos,… porque esa moda de los santos pasó". O bien dicen: "Ya no hay santos porque con los que hubo en siglos pasados hay contingente que sobra para cubrir todas las plazas celestiales". Otros contestan: "Santos, ¿y para qué nos hacen falta esos caballeros? Lo que nuestra edad necesita es capitalistas que emprendan negocios y hombres de ciencia que impulsen la industria. Los inventores y descubridores son los verdaderos santos del siglo XIX".

Yo contestaré a la pregunta de una manera categórica, y niego rotundamente la tesis que encierra; niego que nuestra edad carezca de santos. Hoy los hay como los ha habido siempre. Cierto que se ha perdido la costumbre de canonizar, es decir, de expedir patentes de bienaventuranza eterna. Pero la razón de esto debe de ser el gran abuso que se venía haciendo en los siglos pasados de las tales patentes. Sin duda el pontificado había abierto mucho la mano. En esto como en todas las cosas es fácil pasar de la línea razonable. El siglo XVIII que es bastante descreído, dicho sea sin ofender a nadie, nos ofrece pocos casos de canonización. Creeríase que una voz del cielo dijo: "Aquí no se cabe ya. No nos manden más santos".

Las causas secundarias son el desarrollo grande de la civilización evangélica, la disminución sensible de los martirios por la fe, la poca afición a la vida monástica y a los disciplinazos, y por fin, los nuevos empleos de la actividad humana. Porque antes el ser santo era casi una carrera. "Iglesia, mar o casa real", se decía. El hombre que sentía algo dentro de sí no tenía más que dos caminos para distinguirse: las armas o la fe. De los segundones, salieron los más célebres candidatos a la gloria inmortal. Hoy tiene el hombre tantos caminos abiertos ante sí…

Quedamos en que ya no se canoniza a nadie. Pero sin meternos a escudriñar los motivos que pueda tener para ello quien pudiendo hacerlo no lo hace, nos permitimos afirmar

que hay santos, sí señor, hay santos, y de tal calidad que no desmerecen de los que están en los altares.

***

Digo esto, porque hace días ha muerto en Madrid una persona, a quien tengo por santa de veras, y no es broma. Esta persona es una señora de ilustre cuna llamada doña Ernestina Manuel de Villena, cuya vida relataré a grandes rasgos para que se vea que muchos figuran en las páginas del *Año cristiano* con menos títulos que ella.[1]

Perteneciente a una familia aristocrática, doña Ernestina vivió en lo que se llama *el gran mundo* hasta la edad de veinte años. Muchos recuerdan su agraciado rostro en los saraos de hace cinco lustros, y su carácter dulce y jovial; de improviso, la ilustre joven abandonó el mundo, las galas y aquella risueña atmósfera de placeres y lisonjas. Los motivos que impulsaron esta determinación sólo Dios los sabe. El mundo hizo mil conjeturas, cuyo fundamento se ignora. Unos hablaban de amores desgraciados, otros de pasión de ánimo. Doña Ernestina, que poco antes de esta resolución había perdido a sus padres y heredado una fortuna, cedió esta íntegramente a los pobres. En caso semejante, otras mujeres dan en la flor de hacerse monjas y se encierran en un convento, para vivir vida tranquila y sin cuidados. Pero doña Ernestina no era de estas; comprendía que la vida humana es un campo de batalla, y que no se gana la inmortalidad huyendo del peligro *y* dando satisfacción al egoísmo en un lugar sosegado y seguro.

Era mujer de acendrada piedad unida a una poderosa iniciativa. Gustaba del trabajo y de vencer dificultades. El amor de nuestros semejantes, movía su alma con gran fuerza. Sumergir la vida en un claustro y adormecerla con rezos y penitencias, parecíale indigno de un alma grande. La devoción contemplativa no satisfacía a su noble espíritu. Siguió, pues, la senda de los Juan de Dios, de los Vicente de Paúl, de los Pedro Nolasco y otros que ganaron la bienaventuranza sin haber escrito libros de teología.[2] Durante treinta años doña Ernestina ha vivido consagrada a proporcionar recursos a los necesitados, implorando la caridad pública. Todo Madrid ha visto a esa valerosa mujer, vestida con traje humilde, aunque sin afectación de pobreza, recorriendo las calles, penetrando en todas las moradas, desde las más ricas a las más pobres, en unas para pedir socorros, en otras para llevarlos. Había llegado a adquirir tal serenidad de espíritu, que se presentaba al rey con igual talante que al último de los ciudadanos. Al primero le hablaba sin lisonja, y al segundo sin altanería. Su nombre y su persona llegaron a ser tan venerados, que los próceres y el soberano mismo, se humillaban ante ella, cual si recibieran un socorro de sus manos. Emprendía diariamente su colosal tarea, sin cansarse nunca, impasible y fuerte. Tenía una naturaleza de acero y un temple de espíritu que no conocía dificultades. Todo era fácil para ella. Su

1 *Doña Ernestina* murió el 26 de enero del 86. *Año Cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año*, era un calendario que contenía la vida del santo de cada día.*

2 Santos fundadores de órdenes dedicadas a obras humanitarias: *Juan de Dios*, la orden Hospitalaria para enfermos, V*icente de Paúl* la de las Hijas de la Caridad para pobres, y *Pedro Nolasco* la de la Merced para cautivos.

carácter se sobreponía a todo. Tomaba cuanto le daban; después de recibir la cuantiosa ofrenda del rico, iba en pos del exiguo donativo del pobre, siempre incansable, siempre inundada de esperanza y confianza.

Se me dirá que esto no basta para otorgar a doña Ernestina el título de santa. El signo más claro de la santidad es el don de milagros. ¿Qué milagros ha hecho doña Ernestina? Pues lo voy a decir. Doña Ernestina ha levantado en Madrid el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, magnífico y espacioso edificio que representa un coste de seis u ocho millones. ¿Cómo lo ha hecho? Pues de una manera muy sencilla: reuniendo el dinero cuarto a cuarto.

La insigne mendicante pedía recursos para su obra. Si tal o cual individuo no le podía dar dinero, no por eso se acobardaba ella, y le pedía una docena de ladrillos, o una viga de madera, o un pedazo de hierro, o una llave. El secreto de estas grandes colectas está en no despreciar nada. Doña Ernestina empezó su gran obra sin un cuarto. En el solar había un poste con un cepillo, en el cual caía poco dinero. Pero ella iba de casa en casa solicitando auxilios. Todo lo aceptaba, el dinero y los servicios personales. Reputados arquitectos le trabajaron de balde; artífices diferentes que no podían contribuir con metálico le ofrecían sus manos por más o menos tiempo. La obra crecía lentamente; pero crecía.

Doña Ernestina, como he dicho, no despreciaba ningún socorro. Si se le ofrecía el producto de una función mundana o de un espectáculo cualquiera, lo aceptaba. Todo es bueno para un buen fin. Y estos distintos manantiales iban engrosando el gran caudal, y los recursos crecían como la espuma, y el milagro se realizaba. Al propio tiempo, doña Ernestina daba pruebas de poseer un gran talento financiero, pues llevaba ella sola la administración de las cuantiosas limosnas y atendía a todo sin apartar la vista del socorro diario de los necesitados. Aún estaba el asilo a medio construir y doña Ernestina, sin desatender las necesidades de la fábrica, repartía socorros domiciliarios en gran cantidad, y organizaba las cocinas económicas para dar de comer a los obreros sin trabajo en los penosos días del invierno.[3] Si esto no es milagro que venga Dios y lo vea. Me dirán que por maravilloso que esto sea, cae dentro de la jurisdicción de las leyes físicas, y que el milagro consiste precisamente en hacer algo contrario a dichas leyes. A esto se puede contestar que muchos milagros de que nos hablan las historias religiosas y las vidas de santos son tal vez sucesos como el que he relatado; sólo que llegan a nosotros desvirtuados por la fantasía popular. ¿Quién sabe si la multiplicación de los panes y los peces sería un simple problema aritmético como el que ha realizado doña Ernestina, levantando con ochavos un gran edificio, y dando de comer a millares de hambrientos con recursos obtenidos por incomprensibles combinaciones financieras ayudadas de una constancia verdaderamente heroica, y de una previsión que excede a cuanto pueden idear los negociantes más activos?

Sea lo que quiera, este es un tema delicado del cual debo huir, no sea que me excomulguen. Será forzoso admitir la doctrina de la Iglesia, reconociendo que nada de lo que ha hecho Ernestina es verdadero milagro. Si el milagro, tal y como nos lo ofrecen las vidas

3 Galdós se inspiró en doña Ernestina para construir el personaje de Guillermina Pacheco, en *Fortunata y Jacinta*, cuya primera parte redactaba en estas fechas.*

de los santos con envidiable prodigalidad, ha desaparecido del mundo, será porque la naturaleza física se ha cansado de que se gasten con ella esta especie de bromas. Lo que los siglos medios y aun el XV y XVI ofrecían casi diariamente a la estupefacción de los incrédulos, el XIX no lo admite. Las explicaciones que a esto dan los pocos teólogos que en el mundo quedan, son más ingeniosas que convincentes. Sostienen que la época del milagro físico ha pasado, porque la humanidad pertenece ya al Evangelio.

La época de las pruebas materiales ha pasado, según ellos. Verdad que el Evangelio domina en todos los países civilizados; pero inmensas familias de la humanidad permanecen aún en las tinieblas. ¿Por qué no se repiten para ellas las demostraciones materiales del poder de la fe? Del milagro moral tenemos, según los teólogos, muestras evidentes cada día; pero esto es tan elástico y arbitrario, que cada cual puede interpretarlo como mejor le convenga.

Dejemos a un lado estas cuestiones, respetándolas, y contentémonos ahora con declarar que doña Ernestina Villena era una gran mujer, con milagros o sin ellos. Su vida fue una vida heroica y maravillosa; su energía es moralmente superior a la de los más grandes capitanes, y su don de constancia y organización la pone por encima de los políticos más hábiles. Con mucho menos de lo que ella hizo hay hombres vanos que se adjudican a sí mismos la inmortalidad y aspiran a que se les tributen honores de apoteosis. El heroísmo oscuro de esta mujer, ¡cuán superior es a la inquietud de muchos hombres que dan a las palabras el valor de las acciones, y que llegan a convencerse de que han hecho mucho por la sencilla razón de que han hablado mucho!

Murió doña Ernestina Villena a la edad de cincuenta años, de una angina maligna, que destruyó su preciosa vida en cortísimo tiempo. Los desvalidos han perdido una madre insustituible. Deja un gran ejemplo que imitar; pero difícilmente habrá quien lo imite. Personas de esta calidad y de este temple nacen rara vez en el mundo, y es muy difícil y espinosa la carrera de la virtud practicada de este modo. Los predicadores hablan de ella ante un auditorio femenino, compuesto a veces de mujeres pobres, a veces de damas alcurniadas que organizan bailes para socorrer miserias; a todas les parece muy bonito lo que el predicador dice; y aquí concluye la historia.

Figuras como ésta que acaba de bajar al sepulcro, no han salido del auditorio frívolo de los púlpitos, ni se han tornado en los círculos de sacristía. Son hijas de una fe grande y de un corazón limpio, rarezas de estos tiempos, más no fenómenos imposibles como algunos creen. La humanidad es siempre la misma, y es imposible que llegue un momento en que solo haya oscuridad en ella. Cuando mayor parece la cerrazón, aparecen estos clarísimos fanales que nos indican los puntos culminantes de la naturaleza moral. Doña Ernestina es la honra de su tiempo y de su raza.

***

Después de esto, que es tan grave y solemne, me veo precisado a hablar de teatros. El contraste es brusco, pero no hay más remedio. Así es la vida. Por la mañana vamos a oír el sermón y por la noche a ver un baile o una comedía libidinosa de las que ahora se usan.[4]

4 En tono irónico, recuerda aquí al sermón del el padre Mon en 8.

Y como al hablar de teatros tengo que usar un lenguaje jeremiaco,[5] el contraste no resulta tan rudo. Sí, lloremos sobre los despojos del teatro más brillante de las literaturas modernas, lloremos sobre esas cenizas ilustres en las cuales están escritos tantos preclaros nombres, desde los de Lope y Calderón hasta los de Ayala y Hartzenbusch. Porque nuestro glorioso teatro no existe ya. Todo desapareció; no queda nada.

La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada.[6]

Estos lagartos son los traductores que invaden la escena patria. Ya no hay autores; los pocos que quedan ya no escriben, por varios motivos, entre los cuales debe tenerse en cuenta el agotamiento de los asuntos, de donde viene principalmente el cansancio del público. No hay tampoco actores, mejor dicho, los pocos que hay andan sueltos y desperdigados por esos mundos. Sus mismas rivalidades impiden la formación de toda compañía mediana. El público se divide entre los diferentes teatros, que son en Madrid excesivos, y ninguno de ellos, salvo los de funciones por actos,[7] puede sostenerse. Da verdadero dolor ver el Teatro Español en esta temporada. Las mencionadas rencillas entre los actores, la enfermedad de éste o las genialidades del otro son causa de que en aquella escena clásica actúe una compañía más propia de Getafe o de Alcorcón que de la capital de las Españas. Estas últimas noches han dado el *Don Álvaro*. Si digo que había dos docenas de personas en el teatro, creo que exagero la importancia de la *muchedumbre* congregada para oír la gran obra del duque de Rivas. Y aún se puede aventurar la idea de que las veintitantas personas que componían el público habían entrado con billetes de favor. Un frío de sepulcro reinaba allí: la representación deplorable del drama convidaba a bostezar. De tiempo en tiempo el respetable cuerpo de *alabarderos*[8] interrumpía la indiferencia lúgubre del público con mercenarios aplausos.

Parece mentira que allí, en aquella escena, en aquel templo, mejor dicho, hayan ocurrido tantas grandezas. Las reformas que el local ha tenido no pueden hacernos olvidar que aquel es el antiguo *corral de la Pacheca*,[9] que vio estrenar todas las obras de Calderón, Lope, Tirso, Moreto, Rojas y Alarcón, aquel es el modesto teatro que dio vida a *El sí de las niñas*. Todo lo que Moratín trajo consigo en su revolución clásica, allí nació; los románticos allí se criaron. El corral se llamó *Teatro del Príncipe,* y fue altar donde oficiaron el ático Bretón,[10] el fogoso García Gutiérrez, Zorrilla el más nacional de nuestros poetas, Hartzenbusch, Vega, y más tarde Ayala y los que le sucedieron hasta Echegaray. Los ladrillos de

5 `gimiente´, derivado de Jeremías, el profeta autor del *Libro de las lamentaciones*, parte del *Antiguo Testamento* bíblico.

6 Versos de *A las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro (1573-1647).

7 *funciones por actos*: las que en 22 se explicaron como 'funciones por horas'.

8 *alabarderos*; coloquialmente, 'espectadores que aplauden un espectáculo por contrato'.

9 En el siglo XX se descubrió que el corral de la Pacheca y el del Príncipe eran locales diferentes aunque ambos situados en la misma calle; fue sobre el segundo sobre el que se construyó el Teatro del Príncipe, después Teatro Español.*

10 *el ático Bretón*: 'el Bretón de elegancia ateniense', debido al corte clásico de sus comedias en pleno Romanticismo.

que se compone aquel edificio, y las viejas maderas y las telas pintadas debieran hablar, y hablar en verso. Pues de tan gloriosa historia no queda nada.

De tiempo en tiempo estrenan allí una obra estúpida, de autor novel, que dura tres noches, y después vuelta a los *Polvos de la madre Celestina*,[11] que es la pieza, que produce ingresos, por el público de niños y criadas que asiste los domingos. Mariano Fernández, el único actor de raza que allí queda, sostiene una sombra de prestigio en el clásico coliseo.

En los demás teatros no vemos más que traducciones. El repertorio de Dumas hijo y de Sardou nos es ya tan familiar como pudo serlo en otro tiempo el de Bretón o Ayala. *Fernanda*, *Dora*, *Andrea*, *Divorciémonos, El demi-monde*,[12] y otras obras célebres se han representado centenares de veces. El público ha empezado a aburrirse también, y los traductores han recurrido a los dramaturgos franceses de segundo orden, como Ohnet, Gondinet y Pailleron. Ya no queda nada por traducir, y nos están traduciendo las piezas alegres del *Gimnasio* y *Varíetés,*[13] con sus aventuras de *boulevard,* y sus libertades propiamente parisienses. Algunas de estas obras son adaptadas a nuestras costumbres y resulta una quisicosa absurda e incongruente; otras son traducidas simplemente y al pie de la letra, con más buena fe que diccionario, y resulta un galimatías que no entienden los españoles ni entenderían tampoco los franceses.

Los críticos truenan contra esto y echan la culpa al público y a los autores buenos que se han retirado a la vida privada. Otros más sagaces ven las causas de la decadencia del teatro en una evolución propiamente literaria y estética, y sostienen que los autores que aún existen no podrán con todo su talento restaurar el arte dramático. Este se derrumba aquí como en Inglaterra y Alemania en virtud de una ley histórico-literaria contra la cual nada puede la crítica. Es que al arte dramático le va pasando su época, como le pasó a la epopeya y a otras formas artísticas. En Francia subsiste aún el teatro, aunque en situación nada floreciente, gracias a la admirable organización de la *Comedie Française*, y a circunstancias muy especiales del público parisiense, pero también allí los días del teatro están contados. Cuando desaparezcan Got y los hermanos Coquelin, el célebre teatro francés entrará en su última crisis.

Inglaterra, donde la tradición teatral tiene el nombre, más que humano, divino, de Shakespeare, ha visto desaparecer casi por completo las representaciones teatrales. A Alemania de poco le vale la tradición de Schiller. En ambos países el teatro se convierte en espectáculo, y las pantomimas suceden a las comedías.

Los *clowns* han usurpado el puesto a los antiguos actores. Kean y Garrick son destronados por los hermanos Hanlon-Lees, que han logrado adaptar los ejercicios gimnásticos y de agilidad a las formas de la comedia. La representación seria de una obra clásica rara vez se ve. El público rechaza las emociones fuertes en el teatro, y cuando se decide a ir

11 Comedia de magia adaptada del teatro francés por Juan Eugenio Hartzenbusch en 1840.

12 El autor de *Fernanda* (1844) y *Le demi monde* (1855) es Alejandro Dumas hijo; el de *Dora* (1882), *Andrea* (1875) *y Divorciémonos* (1883) es Victorien Sardou.

13 Teatros parisinos de espectáculos.

a él, es únicamente para que le hagan reír. Personas muy razonables, que hace años se entusiasmaban viendo un drama sentimental, sostienen ahora que bastantes emociones tienen con las que proporcionan los sucesos diarios de la vida y los negocios, y que no van al teatro a ver miserias, dolores y agonías. Y no hay que darle vueltas; esta evolución, digámoslo así, en la estética, es tan general y evidente que no hay medio de defenderse contra ella.

¿Será, que el teatro florece tan solo en las épocas de la adolescencia de los pueblos, y decae cuando estos llegan a su madurez? En la niñez y en la primera juventud, los espectáculos teatrales impresionan extraordinariamente. Después, cuando uno ha vivido algo, aquellas ficciones de la vida no le convencen, no le engañan, no le impresionan. Pues lo que pasa con los individuos, pasa necesariamente con las sociedades. Estas adquieren el juicio a costa de la sensibilidad. La vida figurada que las conmovió en un tiempo no tiene después fuerza bastante para reproducir emociones que la vida real ofrece diariamente. La estructura del arte dramático y sus moldes estrechos, dan a todas sus creaciones un carácter relativamente pueril y candoroso.

Las combinaciones teatrales, reducidas por la índole misma del mecanismo escénico tienen que gastarse. El público se cansa de ver repetidos los mismos recursos y los mismos procederes. En los caracteres ofrece el teatro poca variedad, por la razón sencilla de que la gran mayoría de los caracteres de nuestra época no caben en el teatro. De aquí el poco interés que las representaciones teatrales serias despiertan, y la monotonía y amaneramiento de los adulterios, de los *quid pro quo* y de las anagnórisis,[14] que son los resortes que dan juego en el teatro moderno.

Que el público se va derecho a donde le hacen reír, es indudable. Esa misma compañía de payasos ingleses, de que antes hablé, los hermanos Hanlon-Lees han venido a esta corte, y el público abandona todos los teatros y todos los dramas originales o traducidos para invadir el Teatro de la Zarzuela[15] donde aquellos trabajan. Y la verdad es que se pasa un rato divertidísimo. Para desarrollar su habilidad, los payasos han hecho una comedia o *vaudeville*, que sería estúpido sino sirviera de armazón a las diabluras más ingeniosas, una mezcla extravagante de gimnasia, baile y prestidigitación. Con esta farsa, los Hanlon-Lees han hecho una fortuna. En París la representaron cuatrocientas noches, y aquí desde que vinieron, han contado los llenos por funciones. En tanto, los teatros de drama y comedia hacen esfuerzos por atraer gente, y ya ni con las traducciones de obras picantes lo pueden conseguir.

B. PÉREZ GALDÓS

14 Recursos teatrales: *quid pro quo* es locución latina que define situaciones de humor y conflicto producidas por la confusión; *anagnórisis* significa reencuentro o reconocimiento inesperado de personajes.

15 Inaugurado en 1856, fue proyectado por Jerónimo de Gándara tomando como modelo la Scala de Milán.

55
LP, 20/4/1886

SUMARIO: Período electoral —Cuatro mil candidatos al futuro Congreso —La sinceridad del sufragio —Grave situación del presidente de Consejo de ministros —El *encasillado* —Los caciques y tiranos de aldea —Emociones de una elección —Las futuras Cortes y la Regencia —Casamiento de la infanta doña Eulalia —Cotización de un velo de encaje —La Patti y el precio de sus compases —En Barcelona y en Valencia —Los tres conciertos en Madrid —Valor efectivo de una cantante —El arte no tiene precio —Extraordinarias facultades de Adelina —Breve noticia biográfica.

Madrid 19 de marzo de 1886.

Señor Director:

Estamos en pleno período electoral, es decir, en la época más interesante de nuestra vida política. Trátase ahora de saber quiénes serán los cuatrocientos treinta individuos quehan de componer el futuro Congreso y los senadores que han de constituir la parte electivadel Senado.[1]

Estos quinientos y tantos puestos son objeto de una lucha que en ocasiones es verdaderamente heroica, y se los disputan como unos tres o cuatro mil individuos. Representar al país es para muchos el sueño dorado de la existencia, el honor supremo, y para lograr tanta dicha no hay recurso que no se maneje, ni actividad que no se ponga en juego. Si las energías, las travesuras y el ingenio que se emplean en esto, se emplearan en cosas más directamente enlazadas al progreso general, seríamos el país más adelantado del universo. Porque no hay idea de la vehemencia, de la agudeza, del talento digámoslo así, que se derrochan aquí en unas elecciones generales. Los menos avisados parecen que se vuelven discretos, y los discretos aguzan su entendimiento y le sacan la punta hasta un extremo que parece increíble.

Nuestras costumbres políticas no se han perfeccionado lo bastante para llegar al *desideratum* de que el país elija libremente a sus representantes. Y más; si así fuera, en el estado actual de nuestra política, saldría lo que vulgarmente se llama un *ciempiés*, o en otros términos una cámara con la cual sería imposible todo gobierno. Lo más a que se puede aspirar por hoy es a que las elecciones se hagan con una sinceridad relativa. El gobierno, o sea el partido imperante, no puede menos de ejercer cierta influencia sobre los comicios. Cuál es el grado en que esta influencia se ha de ejercer, es lo que determina la mayor o menor pureza de las elecciones.

Sobre este particular, es forzoso confesar que hemos tenido de todo, elecciones altamente escandalosas y otras que por la lenidad y venialidad de las coacciones pueden ser consideradas como un bien relativo. El poder dispone de grandes medios para hacer salir

1 En estas elecciones Galdós sale elegido diputado liberal; le habían convencido para presentarse Ferreras y Sagasta.*

de las urnas lo que más le convenga, y el usar de estos medios y resortes con más o menos discreción es lo que hace de las elecciones un acto más o menos aproximado a la verdad.

Desde que el período electoral comienza, y en el caso presente ha ocurrido esto al verificarse el cambio de gobierno, principia el martirio a fuego lento del presidente del Consejo y del ministro de la Gobernación.[2] Porque estos dos señores son en verdad dignos de lástima. Sobre ellos cae la avalancha de candidatos, solicitando apoyo, y como en estos tiempos no se puede poner a nadie cara de palo, el trabajo de los dos citados señores es superior a las fuerzas humanas.

Hay días en que el presidente tiene que recibir a quinientos o setecientos individuos, oírles a todos con atención, decir a cada cual una palabrita de esperanza y de consuelo, y de la entrevista salen los setecientos prometiéndoselas felices, aunque en realidad nada se les ha dicho en concreto; y derramándose enseguida por los círculos de esta capital van difundiendo por todas partes sus ilusiones. A medida que el tiempo avanza, muchas de estas ilusiones son, como las hojas, juguete del viento; pero no por esto cesa el martirio de los jefes de la situación.

Al reducirse el número de candidatos, aumenta el empuje de los mismos y sus exigencias abruman al gobierno. Este quiere que le renueven un ayuntamiento, aquel que le den veinte o treinta credenciales para repartirlas en el distrito, el otro que le pongan un juez de su gusto, y el de más allá que le concedan sacar a subasta dos o tres carreteras o un estudio de ferrocarril. Lo más terrible para el gobierno es cuando se le presentan dos o tres individuos adictos a su política que luchan por un mismo distrito. En este caso el mareo es grande, y los ministros suelen desear a veces que se los trague la tierra.

Poquito a poco, gastando mucha paciencia, mucho tiempo y mucha saliva, empleando ya la energía, ya las contemplaciones, se va haciendo lo que en lenguaje electoral llaman aquí el *encasillado*. El gobierno toma el pulso a los distritos por medio de los gobernadores; entérase de quiénes son los candidatos que tienen más bases y va eliminando a los que no tienen otra base que la que le forjan sus ilusiones. En el *encasillado* entran también por mucho las condiciones personales de los individuos que no estriban siempre en el valor moral o intelectual. Lo que principalmente da títulos a la benevolencia gubernamental es la antigüedad en el partido, los servicios prestados en él, la consecuencia, y también, por más que se diga, lo dan las condiciones de entendimiento y de carácter. Suelen ser mal mirados los que se señalan por la tendencia a la inquietud y a la fraccionalidad, los que hacen grupitos, los díscolos y los que cada mes tienen un programa político distinto, aunque muchos de estos se agarran de tal modo y tienen tan bien preparado el terreno, que no hay medio de limpiar completamente de ellos una situación.

Los últimos días son verdaderamente crueles para el presidente y el ministro de la Gobernación. Suele suceder que ambos caigan gravemente enfermos de indigestión de candidatos y tengan que salirse algunos días de Madrid a respirar aire puro y a templar en la naturaleza sus desquiciados nervios.

2 Práxedes Mateo Sagasta y Venancio González.

Porque, hecho o casi hecho el *encasillado*, nunca puede resultar este a gusto de todos, y alguno suele quedarse fuera. Las acometidas de los desahuciados son feroces. La agonía del candidato es una agonía terrible como la del pez sacado de su elemento. Para calmar sus coletazos, se le ofrece un puesto en elecciones parciales; pero el hombre no se da a partido, y hace esfuerzos sobrehumanos por ver si puede expulsar de la casilla a otro que ya está cómodamente en ella, y suplantarle. En estos últimos días los candidatos de verdad, los que tienen base y el apoyo o la tolerancia oficial, acuden a sus respectivos distritos a preparar las urnas, y con esto empieza una segunda campaña no menos curiosa y edificante que la primera. Cansaría a mis lectores si les obligara a acompañarme en una excursión electoral.

Además temo mucho que no me fuera posible hacerles ver una cosa enteramente nueva, porque o mucho me engaño o todos los episodios electorales que en el mundo se verifican tienen una gran semejanza. Aquí y allí las promesas hacen el principal gasto, y los tipos y caciques locales, los tiranos de aldea tienen la misma fisonomía y los propios caracteres. El parlamentarismo ha creado las figuras esencialmente modernas del alcalde elector, de los interventores de mesas, y de los muñidores y fabricantes de votos. Hay lances verdaderamente cómicos como el de votar los electores difuntos, y suelen cometerse desmanes como el de volcar las urnas o pegar fuego al contenido de ellas.

Hay hombres privilegiados que se dan una maña singularísima para sacar los votos que quieren sin faltar aparentemente a la ley, y estos tales son de un valor inapreciable para el candidato. Y no hablemos de los discursos que este se ve obligado a echar todos los días, hablando de su consecuencia y prometiendo villas y castillos al distrito. Este va a ser muy pronto cruzado de carreteras; se construirá un hospital, y hasta una plaza de toros si es preciso. Se rebajarán las contribuciones y se establecerá una administración subalterna para que haya muchos empleados y corra el dinero. Nada digo de las comilonas, que el infeliz candidato tiene que pagar de su bolsillo para sostener los ánimos de los electores que vienen de lejos, nada más que a poner su cédula en las urnas.

Actualmente, las elecciones siempre cuestan dinero, y hay pueblos en que los campesinos se dan muy buena maña para engordar a costa del candidato, sea Juan o Pedro, pues en la gran mayoría de los casos les importa muy poco que el preferido tenga estas o las otras ideas.

Consecuencia de este sistema es el caciquismo o sea el entronizamiento de ciertos individuos en las localidades, los cuales, como instrumentos del diputado, son dueños de los resortes administrativos. El cacique da y quita los míseros empleos que disfrutan los más pobres del pueblo; suyos son el cartero peatón, el secretario del ayuntamiento, el peón caminero, el expendedor de efectos estancados.[3] El cacique es quien al hacer el reparto de contribución, carga la mano al adversario aliviando al amigo, de lo que se originan disgustos mil, y a veces porrazos y hasta puñaladas. Verdad que el tirano de la aldea que tan grandes servicios presta al diputado, sometiéndole la localidad, agobia a éste con sus exigencias, hasta el punto de que muchos representantes del país reniegan de la hora en

3 *efectos estancados*: 'artículos cuya venta está monopolizada por el Estado'.

que se metieron en tales líos. El diputado apoya y encubre los desmanes de su agente; pero se dan casos en que los clamores de la comarca se hacen oír en el Congreso, y el gobierno se ve obligado a recortar el excesivo celo de aquel déspota oscuro.

***

Si he de decir verdad, la conducta del gobierno liberal en las presentes circunstancias ha sido bastante correcta. La sinceridad no puede existir en absoluto, y dados los tradicionales vicios de nuestra política, el señor Sagasta ha hecho en pro de aquel ideal todo lo humanamente posible. Las nuevas Cortes se reunirán el primero de mayo. La política española está actualmente en un período de calma, los partidos sosegados, los revolucionarios descansando de sus fatigas, todos aguardando lo que den de sí las sesiones. Porque en el Parlamento es donde todo se arregla o se descompone, según los casos, y si algunas veces situaciones muy sólidas se han visto quebrantadas allí de la noche a la mañana, en cambio suele acontecer que cuando parece que el mundo se va a venir abajo, no pasa absolutamente nada y los problemas más temerosos se resuelven por sí mismos.

Dificilillo es aquí el oficio de profeta. ¿Quién puede prever si tendrá bonanza o cerrazón el gobierno de la Regencia en su primera etapa parlamentaria? Pero sí puede asegurarse que las preocupaciones pesimistas de los días que sucedieron a la muerte del rey[4] se han desvanecido y que la inmensa mayoría de los españoles se inclina a creer que lo que resta del año, por lo menos, trascurrirá sin incidentes notables, contando con que no ocurra algo de lo que es independiente de la voluntad humana. El cansancio revolucionario y las conquistas del sentido práctico en todas las esferas van mermando cada día las probabilidades de que se repitan los trastornos a que debemos una triste fama en el mundo, y aunque en absoluto es imposible que nuestra historia futura sea un dechado de normalidad, los hechos que la alteren no serán de fijo de verdadera importancia.

***

Después del casamiento de la infanta doña Eulalia, hermana de Alfonso XII, con el infante don Antonio, hijo único de los duques de Montpensier,[5] se ha dispersado la familia real, reunida en Madrid con motivo de las bodas. Pronto quedará sola en Madrid con sus hijas, la reina regente. La boda de una infanta de España con uno de los príncipes más ricos de Europa no podía menos de ser un acontecimiento palatino de importancia a pesar del luto de la Corte. Han sido padrinos el rey don Francisco, padre de la novia y la condesa de París, hermana del novio. La relación de los magníficos regalos, así como de los soberbios vestidos, joyas, encajes y faralaes que formaban el equipo,[6] han ocupado durante muchos días un espacio considerable en las columnas de los periódicos. Estas cosas

4 Se refiere a Alfonso XII, fallecido en noviembre de 1885.

5 Las respectivas madres de los novios, Isabel II y la duquesa de Montpensier, eran hermanas.

6 *faralaes*: 'volantes'.

siempre despiertan la curiosidad pública, sobre todo en el sexo femenino. Por cierto que una cuenta presentada por no sé qué industrial de esta Corte al duque de Montpensier ha sido objeto de no pocas habladurías y comentarios.

Trátase de un velo de encaje no sé si de Malinas, Valenciennes o Alençon.[7] Sobre la calidad del punto no estoy seguro; pero sí sobre el precio que ascendía a la respetable suma de veintitrés mil duros. Hay que reconocer que es mucho velo éste, aun cuando sea para una testa coronada, y para la esposa de uno de los príncipes más acaudalados de Europa. El duque de Montpensier, que es un gran administrador de su hacienda y hombre que conoce bien el valor del dinero, encontró la cuenta un poquito subida. Al comerciante se le había ido el santo al cielo, como se suele decir. Y no habría el duque insistido mucho en la rebaja, cuando la casa de Bruselas que había suministrado los encajes al comerciante de Madrid, telegrafió al propio duque quejándose de que solo le habían dado tres mil duros por su mercancía. Con este importante dato, Montpensier se negó a pagar la escandalosa cuenta. Insistió el comerciante; el hijo de Luis Felipe, queriendo evitar disgustos y cuestiones, ofrece ocho mil duros. Si el comerciante no se aviene acudirá a los tribunales, ignoramos el desenlace de este desagradable pleito, en el cual la opinión se ha puesto de parte de los duques, pues el que un hombre tenga mucho dinero no es razón bastante para que se le obligue a proteger la industria de un modo tan brusco. Los abusos de los industriales son causa en el día de que las personas de gran fortuna tiemblen al entrar en una tienda, y de que no se decidan a encargar un par de botas sin ajustarlas antes, como nosotros los pobres. A ciertas y determinadas industrias contribuimos todos, pero hay algunas, como por ejemplo los encajes, que viven exclusivamente de las clases ricas, y que pasarían por la más tremenda de las crisis el día en que se generalizaran las cuentecitas de veintitrés mil duros por un velo de novia.

***

Ya que hablo de desproporciones, quiero hacerme cargo de una que en los últimos días ha preocupado mucho a los madrileños. Me refiero a los precios de *la Patti*. Esta celebérri- ma artista se halla otra vez entre nosotros, pero cotizada a un precio tal que no hay ejem-plo de nada semejante en los fastos del arte. Ya los tenores nos tenían acostumbrados a este escándalo de pagar unas cuantas notas con fabulosas sumas. Un músico español hizola cuenta de los compases que canta Gayarre en *La favorita*,[8] y resultó que por cada unose gana cinco duros. Ved aquí una desproporción grave, uno de los principales absurdosde nuestra edad llamada de hierro, porque el escritor más extraordinario y genial, el pintormás eximio, el sabio más eminente, el abogado más listo y aun el negociante de más suerte necesitan años de rudo trabajo para ganar lo que uno de estos caballeros cantores cobra en un mes por diez o doce funciones. Y si esto prevalece, pregunto yo, ¿para cuándo es el socialismo?, ¿para qué sirve la *Internacional*?[9]

7 *Malinas* (Bélgica), *Valenciennes* y *Alençon* (Francia): ciudades conocidas por la calidad de sus encajes.

8 Estrenada en diciembre de 1840, es obra de Donizetti.

9 Se refiere a la Primera Internacional o Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en Londres en 1864

Pues bien, las altas cotizaciones de los Gayarre y los Massini son tortas y pan pintado en comparación de las cotizaciones de Adelina.[10] Su empresario, el famoso Schumann, se deja pedir setenta duros por un palco, siete por una butaca y cinco pesetas por la entrada general, que siempre ha sido aquí de una peseta. La gran cantante recibe del empresario quince mil francos por concierto y no canta más que tres piezas, es decir, mil duros por una pieza. Aquí sale el compás, lo menos a cincuenta duros, lo cual es ya una monstruosidad.

La excursión de la Patti empezó por Barcelona, donde dio dos funciones de ópera. Lo escandaloso de los precios irritó a los catalanes, que si son muy músicos, también son muy prácticos, y la diva fue oída con frialdad. Acá se dijo que durante la representación de *La favorita* andaban por la Rambla grupos socialistas protestando de que se empleara tanto dinero en oír un poco de canto cuando millares de obreros no tienen trabajo. La Patti debió decir para sus adentros, si es que fue cierto esto de la manifestación socialista, que ella no tiene culpa de que los obreros no trabajen, y que también ella es una obrera que cobra lo que le quieren dar.

De Barcelona pasó a Valencia, donde la única representación de *La favorita* que allí dio fue un verdadero desastre. Unos dicen que tuvo la culpa el tenor, otros que tuvo la culpa Adelina; mas lo cierto es que resonó en el teatro una de las silbas más estrepitosas que allí se han oído. No puede negarse que los valencianos estuvieron poco galantes, porque si los precios les parecían altos ¿para qué fueron al teatro? Les queda la disculpa de decir que la Patti cantó mal, lo que nadie creerá porque esto se sale de los términos de lo posible. Supongamos que se acaban las naranjas del mundo y no quedan más que las de Valencia. Los valencianos pedirían en este caso un duro por cada naranja, y harían bien. La rareza de la cosa eleva su precio. La Patti es una excepción de la naturaleza, una verdadera rareza, y hay que pagarla como tal pese a quien pese.

Pero sin querer me encuentro defendiendo a la Patti y a su famoso empresario, cuando debiera ponerme de parte del público y de los pobres, sí, porque los pobres son los que más gritan en este caso y los que claman al cielo porque no pueden gozar del más bello canto posible por poco dinero.

Seamos justos: reconozcamos que hasta los gorgoritos de los cantantes caen bajo el peso de la ley económica de la oferta y la demanda. La Patti pide quince mil francos por un concierto porque hay quien se los ofrece, y más aún, quien se los da. El aficionado a la música no puede poner tasa al placer que esta le proporciona, y si el canto de Adelina supera a cuanto puede oír y gozar el oído humano, no hay duda de que "no tiene precio", y de que esto puede llegar por otra ley, la de la puja, a cifras incalculables. Doblemos la cabeza y aceptemos las cosas como son.

Después de aquel desastre de Valencia, la ilustre artista vino a Madrid, donde Schumann había abierto abono para tres conciertos. El primero estuvo bastante frío, aunque no ocurrió nada semejante a lo de Valencia. La *diva* fue aplaudida aunque no con aquel calor

como organización política del proletariado.

10 Se cree que Patti fue la cantante mejor pagada de la historia de la ópera.

que resulta siempre de una perfecta armonía entre el bolsillo y el arte. La concurrencia que no era muy numerosa, respetó a la gran artista, manifestándose reservada con la empresa. Pero en el segundo concierto, la Patti subyugó de tal manera al público con sus facultades casi sobrehumanas, que el gran monstruo se dio por vencido; ya no se habló más de precios, y no se pensó más que en aplaudir con frenesí. La Patti repitió dos piezas; de modo que aquella noche no resultó cada compás tan escandalosamente caro como otras.

El tercer concierto no se ha verificado todavía, y promete ser el más interesante y el más ruidoso. Ya están vendidas todas las localidades y aunque hubiera más se venderían, porque este público es así: primero le dio por no ir, y ahora por lo contrario. De cicatero se ha trocado en rumboso, y no vacilaría en doblar los precios del tercer concierto si la empresa lo exigiera.

***

Adelina Patti nació en Madrid en 1843. Su madre era cantante en el antiguo Teatro del Circo, que se incendió hace algunos años.[11] Varias veces ha venido la célebre artista a la que por su nacimiento es su patria, ya que no lo sea por su nacionalidad, y siempre ha sido acogida con entusiasmo por los madrileños. La primera vez que vino fue el 63, cuando aún no tenía veinte años, y cantó varias óperas en el Teatro Real. Entonces los precios de la Patti eran los de todas las noches, a pesar de que la joven artista gozaba ya de un renombre colosal.

Después, con la edad, sus pasmosas facultades han ido en aumento, y cada vez que venía por aquí, se la cotizaba más alto. Hoy, a los cuarenta y tres años, la Patti no ha perdido nada de aquellas dotes realmente incomparables y únicas. El timbre de su voz es tal que no se puede dar una idea de él con ninguna clase de comparaciones. Es preciso oírlo. La agilidad de su garganta supera a la de los pájaros, y la seguridad y el buen gusto, aumentados con la práctica y la experiencia, hacen de ella un verdadero prodigio.

Su historia fuera de la escena es bien conocida. Casó con el marqués de Caux,[12] de quien se separó al poco tiempo por incompatibilidad de caracteres. Sus relaciones con el tenor Nicolini han dado no poco que hablar, así como su pleito de divorcio con el marqués. También parece que Nicolini se ha divorciado, y que los amantes, libres ya de todo lazo, se disponen al fin a legalizar la situación.[13] "Más vale así" dirá un moralista, después de sorprenderse, como todos, de este tejer y destejer matrimonios. La Patti posee una gran fortuna, y una residencia magnífica en el país de Gales.

B. PÉREZ GALDÓS

11 El *Teatro del Circo,* situado en la plaza del Rey, se construyó en 1835 para acrobacias ecuestres En 1846 fue reformado como teatro por del marqués de Salamanca. El edificio se incendió en 1876.

12 Roger de Cahuzac.

13 Adelina Patti se casó con Nicolini, tal como predice Galdós, en ese año 1886.

56
LP, 4/5/1886

SUMARIO: Conciertos de primavera —Sarasate —Inmensa reputación de que goza —Facultades excepcionales que posee —El público loco —La jota aragonesa y el zorcico vascongado —Otros concertistas españoles —El teatro y la novela —Decadencia del primero y engrandecimiento de la segunda —Las representaciones escénicas interesan poco —Como han cambiado los tiempos —Toda la juventud literaria se estrena con la novela —Escasean los poetas y dramaturgos —Novelistas noveles y novelas nuevas —*Esperanza* y *Caridad*, *La Generala*, *El taciturno*, *El guante* —Narciso Oller y sus novelas *La papallona* y *Vilaniú* —Las letras y los literatos catalanes —Armando Palacio Valdés y su novela *Riverita* —La tendencia clásica en la novela —Leopoldo Alas escritor satírico, crítico y novelista —Las sátiras de *Clarín* —*Pipá*.

Madrid, 30 de marzo de 1886.

Señor Director:

La primavera no es solo la estación de las flores; lo es también de la música. En marzo empiezan los grandes conciertos, y por cada flor que abre su corola, aparece un solista. No pasa día sin que se anuncie una hermosa fiesta musical; aquí piano, allá orquesta, en otra parte canto. Los grandes ejecutantes y los neófitos del arte amenizan las tardes y las noches en el Conservatorio, en el Salón Romero,[1] en los teatros. La estupenda novedad de este año ha sido Sarasate, el gran violinista, el primer violín del mundo, y digo novedad, no porque este artista nos sea desconocido, sino porque aunque se le oiga mucho, siempre sorprende cual si no se le hubiera oído nunca; su manera de tocar no se parece a la de ningún otro; es único, no tiene par. Pablo Sarasate es navarro. Ya he dicho en otra ocasión que todos los músicos españoles son navarros.[2] Lo es Gayarre, lo es Arrieta y lo fueron Guelbenzu y Eslava. ¿Qué tendrá aquella tierra para ser tan preferida de la musa Euterpe, que siempre va allí a dar a luz sus hijos?

El insigne violinista parece tener ahora cuarenta años; quizás no los tenga. Está en la plenitud de la edad, de la fuerza y del talento. Ha recorrido toda Europa en medio de entusiastas aplausos; es uno de los españoles más conocidos fuera de España. Alemania, la tierra clásica de la música instrumental, le ha aclamado con delirio. Él y Rubinstein, el Sarasate del piano, son los hombres que ganan más dinero dando conciertos. Han llegado a una perfección tal, que el público corre tras ellos impulsado por el afán de apreciar y gozar el arte supremo.

Para descollar así, se necesita poseer en verdad dotes maravillosas, porque hay mucho violinista bueno en el mundo; conocemos a muchos que tocan con maestría. ¿Qué tiene que hacer el que sobre todos descuelle? Tiene que realizar prodigios que parecen algo sobrenatural y milagroso. El violín no es ya para Sarasate un instrumento, es un órgano, su

1 Entre 1884 y 1897 se denomina así, por el músico Antonio Romero, al teatro y salón de baile Capellanes.

2 Véase 49.

sentido, algo que tiene su propia carne y sus propios nervios, y puede traducir al exterior su propia alma; lo que más sorprende y cautiva en él, es como saca de aquellas cuerdas los sonidos más dulces, claros y transparentes, digámoslo así, que se pueden oír. La pureza de su estilo es tal que no hay palabras conque ponderarla. La misma voz humana en su expresión más perfecta, resulta bronca y desapacible comparada con aquellos acentos verdaderamente celestiales. Juntamente con este don, posee el de una ejecución que parece imposible. No solo vence todas las dificultades imaginables sino que las disimula, de modo que parecen fáciles. Una organización música excepcional, ayudada de un trabajo constante han producido tal conjunto de perfecciones. Cuando mejor se conoce lo que es Sarasate, es oyendo, después que a él, a otro violinista por bueno que sea.

El domingo último dio su primer concierto de los tres anunciados, en el circo de Rivas,[3] acompañado por la magnífica orquesta de la Sociedad de Conciertos, que hace veinte años viene ejecutando allí todas las primaveras la música sinfónica del repertorio clásico.[4] Las apreturas eran tan grandes en el teatro que el público sobrante se situaba en las escaleras y se estacionaba en las puertas. Era uno de esos llenos que espantan; pero que hacen estremecerse de satisfacción a los empresarios. Sarasate tocó un gran concierto de Beethoven y otro de Mendelssohn. El que no ha oído estas piezas magistrales tocadas como las oímos el último domingo, no conoce el placer de los dioses.

Después ejecutó dos melodías húngaras compuestas por él mismo, y de entre el estruendo de los frenéticos aplausos salieron voces subversivas. Estas eran "¡la jota, la jota!" que no estaba en el programa. Pero es difícil que Sarasate, tocando delante de españoles, pueda librarse de añadir al programa algo de música nacional. Es la sal del concierto. Con tal frenesí pedían los melómanos la jota, que si Sarasate se hubiera resistido a tocarla, de fijo hay allí un disgusto. Sonó en el violín la bellísima melodía aragonesa, que es risa y tristeza al mismo tiempo, y habíais de ver aquel público de tal modo trastornado que de cada cien personas, noventa más estaban para ir a un manicomio que para otra cosa. Después se le pidió un zortzico. Había muchos vizcaínos en el teatro, y los vizcaínos, ya se sabe, tienen el orgullo de raza en grado muy alto. Nada; que habiendo tocado la jota no había más remedio que dar también el zortzico, porque si Aragón es Aragón, Vizcaya es Vizcaya. Tenacidad contra tenacidad. Los vascos pintan a los aragoneses clavando un clavo en la pared con la cabeza, y los aragoneses pintan a los vascos haciendo a misma operación, pero con el clavo invertido, es decir, con la punta vuelta para la testa humana que hace de martillo… En fin, que hubo zortzico, para que no se diga que la jota es la más bella y más dulce y más guerrera música del mundo. Sarasate dio gusto a todos, aragoneses *y* vizcaínos, tocando magistralmente la música de ambos países. ¡Qué acentos tan hermosos y patéticos, qué expresión y qué maestría! Lo que he dicho antes; hay que oírle para poder apreciarle.

Otros concertistas españoles de indudable mérito han dado conciertos interesantísimos en estos últimos días. Albéniz, que es aún muy joven, va en camino de ser un Rubinstein.

3 Propiedad de Simón *Rivas*, se inauguró en 1863 en el paseo de Recoletos con espectáculos diversos (circo, teatro, conciertos, ópera) hasta ser demolido en 1898.

4 Véase 33.

Tenemos una novel generación de músicos, que no desmerece ciertamente de nuestra generación de pintores. Junto a Albéniz, puedo citar a Tragó y a Guervós, ambos jóvenes y muy notables. De los viejos o relativamente viejos, hay muchos todavía. Murió Guelbenzu, que era el maestro de todos. Zabalza sostiene su puesto entre nuestros primeros pianistas, y cada año presenta discípulos muy notables.

En una palabra, que estamos bien de músicos, y ojalá estuviéramos lo mismo de hombres políticos. ¡Oh! Entonces sí que estaríamos bien gobernados. Daría gusto ver a este país, y de seguro, en vez de envidiar a los demás, seríamos envidiados.

***

Algo de literatura, pues hay ocasión para ello. El fenómeno más visible de los tiempos actuales, en cosas literarias, es la decadencia del teatro y el desarrollo de la novela. De lo primero he hablado en otras cartas;[5] de lo segundo no. Esta *desilusión* del teatro es general; en Inglaterra y Alemania casi no existe; en Francia y en Italia agoniza. En España ha tenido hasta hace algunos años vigorosa existencia. De improviso casi, porque esto se refiere a un período relativamente breve, el público ha empezado a mostrarse esquivo. No es que falten obras buenas. Algunas se escriben, aunque no son muchas ni superiores; el fenómeno verdaderamente desconsolador para los dramáticos es que el público no se entusiasma ya como se entusiasmaba antes. Gusta una obra la noche de su estreno; al día siguiente la elogia la prensa; parece que ha habido un éxito. Pues pasan cinco noches, y la obra desaparece de los carteles, porque no va un alma a verla. Una obra mediana duraba antes quince o veinte días en los carteles; ahora la que dura seis puede considerarse excepcional.

En cambio la novela cunde y se hace camino. El público la favorece cada día más. Me acuerdo del tiempo, no muy lejano ciertamente, en que aparecía una novela y se estaba meses y meses en las librerías sin que nadie le dijera una palabra. En aquel tiempo todo joven escritor tocado de la ambición de glorias, y que creía o sospechaba tener algo dentro de la cabeza, se lanzaba al mundo de las letras con el indispensable *tomo de poesías* o con el consabido dramita.[6] Lo primero que se le ocurría a un alumno de las musas era componer una pieza dramática, porque no se concebía la gloria alcanzada por otro medio. ¡Cuántos han soñado con el bullicio de un estreno, con el éxito de una noche que era el éxito de toda la vida, y el bautismo de la religión literaria!

No existe quizás en la república de las letras acá por estas tierras meridionales, un solo ciudadano que no haya llamado a las puertas de la tal república con el indispensable drama o comedia *original* y *en verso.* Los tiempos han y cambiado en pocos años. Hoy todo el que viene, trae debajo del brazo un voluminoso paquete de cuartillas, las cuales o no son nada o son una novela hecha y derecha. Los de provincias vienen a Madrid a buscar un editor o a publicarlas por sí mismos; los de Madrid hallan fácil manera de darse a conocer

5 Véase 9 y 31.

6 Habla del escaso interés de los románticos españoles por la novela. Sería Galdós quien retomara ese interés por el género con *La fontana de Oro* en 1870 y véase lo que de su éxito se dice en 172.

en las revistas. Todo principiante *novelea* ahora, como antes dramatizaba. Los poetas van siendo cada vez más raros. Los grandes maestros, y demás secuaces, publican sus obras y son recibidas con aplauso; pero no sale gente nueva a engrosar aquellas filas de Apolo, que antes eran un verdadero batallón.

Para falange numerosa, la de novelistas. Si esto sigue así, pronto no será fácil contar a los cultivadores de este interesante arte de pintar la vida humana. El presente invierno ha sido fecundísimo, dándonos a conocer multitud de nombres nuevos, algunos de los cuales son ya esperanza de las letras. Citaré las novelas publicadas de dos meses acá. *Esperanza, y caridad*, del joven escritor don Alfonso Pérez de Nieva, es una narración interesante y llena de naturalidad que revela felices disposiciones. Este escritor, ya conocido por el lindo libro *El año* es muy joven aún, y se espera mucho de él. Martínez Barrionuevo es un escritor malagueño, hasta ahora desconocido en Madrid, que en la novela *La generala* muestra aptitudes nada comunes de novelista. Es muy incorrecto; pero posee una imaginación viva, y el don de ver poéticamente las cosas. Federico Urrecha, que acaba de publicar *Después del combate*, era ya conocido por las novelas *El corazón y la mano*, *Drama en prosa* y varios cuentos ingeniosísimos. Es ya un novelista hecho, y progresa visiblemente de una obra a otra. La última tiene trozos encantadores. Gómez Sigura, que ha hecho sus primerasarmas con *El taciturno*, era ya muy conocido como hábil periodista. Su obra *La valija rota*, colección de cartas sobre asuntos políticos y sociales fue uno de los libros más hermosos que aparecieron el año pasado. *El taciturno* está escrito con verdadera maestría, y revela que su autor sabe sentir y observar. Estas dos aptitudes hacen al novelista. *El guante*, de Luis Alfonso, es una tentativa de novela elegante, en el género de Feuillet. Este escritor no había ensayado aún la novela; pero le conocíamos mucho como crítico de Bellas Artes y de literatura. Su *Guante* está bien narrado, tiene vivo interés y un carácter felicísimamente trazado. La sociedad aristocrática no tiene en España carácter propio; o es propiamente francesa, o no es nada; de aquí la gran dificultad de este género. Si Luis Alfonso se preocupa menos de buscar lo *elegante* y pinta la alta sociedad exactamente como es, sus futuras obras añadirán una fase importante a la moderna novela española.

He dejado para lo último, en esta reseña, a los que ya son considerados como maestros. Oller, Palacio Valdés y otros no hacen ahora sus primeras armas, y son muy conocidos desde hace algún tiempo. Oller escribe sus novelas en catalán, privando así a la mayor parte de los españoles del placer de leerlas. El catalán es más difícil de los que parece a primera vista, seduce poco, y no es de esas lenguas que *se pegan*. Cuando la necesidad nos obliga a leerlo, rara vez permanecen en nuestra memoria sus giros y su vocabulario, y si cuesta algún trabajo aprenderlo, no cuesta ninguno olvidarlo. Que Oller, uno de los más insignes catalanes y uno de los primeros novelistas españoles, escriba sus obras en catalán es verdadera desdicha. Dice él que no *siente* en castellano; pero me consta que lo sabe escribir magistralmente,[7] y sin duda entran por mucho en su catalanismo los resentimientos regionales, algunos no injustificados. Ese empeño en dar vida literaria a una lengua que no la tenía, nos priva de uno de los escritores más ingeniosos y más inspirados de la época

7 Oller era buen amigo de Galdós, quien en su correspondencia con él se queja numerosas veces de lo mismo.*

presente. Comprendo que los resucitadores del catalán literario consigan su objeto dentro de la poesía, porque la poesía vive perfectamente en los idiomas ingenuos y sin cultivo, casi mejor que en los muy trabajados; pero querer hacer en catalán la novela contemporánea que requiere una dicción extraordinariamente rica y flexible, me parece absurdo, con perdón sea dicho del insigne colega Oller, que podría escribir en castellano si quisiera, sin que sus admirables creaciones perdieran nada, antes bien ganando mucho.

Y esto se comprende, observando que el catalán no tiene construcción propia. La sintaxis es la castellana, y solo varían las voces. No puede desconocerse que en ciertos pasajes de ternura y en los diálogos o cuadros de un carácter popular, la lengua catalana tiene cierto encanto, por su misma ingenuidad, por el dejo quejumbroso de los diminutivos; pero desde que el narrador sale de estos terrenos, la lengua se le rebela; no tiene más remedio que recurrir al español catalanizado, porque el dialecto carece de recursos para todo lo que es de un orden ideológico.

Me parece que al fin y a la postre, Oller se convencerá de esto, y vendrá a Castilla, donde puede tener seguramente mayor número de lectores que en Cataluña. Vale tanto, que sus obras si estuvieran en lengua inteligible, serían recibidas como pan bendito en Es- paña y en América. Las obras del insigne barcelonés son dos tomos de cuentos y novelitas cortas, titulados *Notas de color* y *Croquis del natural,* y las novelas *La papallona* y *Vilaniu.* Esta última es la más reciente. Seguramente será poco conocida en América esta literatura,fuera de los circuitos propiamente catalanes, y es gran lástima que así sea, porque no es posible imaginar mayor viveza en las pinturas, ni una tan simpática y fácil naturalidad. En los dos tomos de obritas que he citado hay cuadros cuya belleza y verdad no puede ser superada. La observación de Oller es de verdadero artista y de poeta.

La *papallona* es novela encantadora. Fuera del final, que parece un poco artificioso, nada hay en ella que no sea de maestro. Observación, sentimiento, y esa poesía extraída de la verdad del hecho, ese prestigio de la narración sincera que no puede expresar la crítica, forman el tejido de esta hermosísima obra. Se ha traducido al francés, con un prólogo de Zola y ahora parece que la traducirán al castellano.[8]

Vilaniu es un cuadro de costumbres de población pequeña en que reinan la envidia, la maledicencia y las intrigas de campanario. Hay en ella menos sentimiento que en *La papallona,* pero una observación más firme y completa, y un estudio más profundo de la vida humana. Los caracteres están tan bien pintados que se confunden en nuestra mente con la realidad. El ambiente, el fondo, el teatro, digámoslo así, es de tal naturaleza que el lector cree haber vivido en *Vilaniu* y tratado a sus habitantes.

Pidamos a Dios que le toque en el corazón al buen Oller para que nos dé sus obras en lengua que entendamos, y renuncie a la empresa loca de infundir al catalán una vida que ha de ser puramente galvánica. Ingenios tan sobresalientes se deben al mayor número, pertenecen a la patria común, que les reclama y les reclamará hasta que vengan. Tarde o temprano vendrán.

***

8 Publicada en 1882, se tradujo al francés ese mismo año.*

Armando Palacio Valdés, autor de *Riverita,* es ya muy conocido en América, para que sea preciso trazar su historia literaria. Sus novelas son *El señorito Octavio*, *Marta y María*, *El idilio de un enfermo*, *José*, y la que arriba he citado, que es la última.[9] De las obras primeras de este escritor, prefiero a todas *Marta y María*, que encierra grandes bellezas, hermosos caracteres y es la historia sencilla y patética de una de esas luchas elementales de la sociedad humana, pleito secular que nunca se acaba y problema que nunca se resuelve.

El idilio de un enfermo es cuadro más pequeño, quizás más poético que el de *Marta y María.* Aquí, el novelista asturiano principia a dar a conocer su aspiración artística, que es la sencillez, o sea, alcanzar grandes efectos por los medios más elementales. Tal es el arte supremo, y las dificultades que esto entraña son tan grandes, que aquí viene bien aquello de "el intentarlo sólo es heroísmo".[10] En *El idilio* y en *José* hay páginas felicísimas en que el narrador ha sabido expresar una escena con los elementos más sencillos, y conmueve profundamente al lector con su relato en que la llaneza se combina con la sinceridad. Esta tendencia clásica es ya sistemática en Palacio Valdés, y hace bien en persistir en ella. *Riverita* es una pintura de la vida común, en que el autor ha huido escrupulosamente de los efectos dramáticos, de despertar el interés por medio de la curiosidad. Todo cuanto ahí pasa es tan corriente que no parece digno de ser contado. Y sin embargo, los lectores de un gusto refinado saborean estas páginas llenas de ingenua verdad. Hay que tener en cuenta que lo que más vive en literatura es lo que se inspira en la naturaleza humana con independencia de todos los artificios que el arte o la moda imponen a los escritores.

Por la tenacidad con que sigue esta tendencia, tallando sus obras con el buril del escultor y buscando siempre la pureza de la línea sin cuidarse de accidentes, ocupa Palacio Valdés un puesto principalísimo entre la juventud de nuestros días, y sus obras serán discutidas y por lo discutidas, muy estimadas. También se ha distinguido por notables trabajos de crítica, ensayos y bosquejos en que a la agudeza del juicio se une la pureza y elegancia de la dicción.

***

Leopoldo Alas es también asturiano; ha escrito mucho, distinguiéndose por su vena satírica, y por la dureza y mordacidad de sus críticas literarias. Como escritor satírico no tiene igual. Es un verdadero Quevedo, manantial inagotable de gracias, donaires y agudezas. El don de ver como nadie la parte débil de las obras, y de exagerarla y ponerla en caricatura, le ha creado muchos enemigos; pero estos le van perdonando a medida que le conocen de cerca y aprecian la bondad de su carácter. También él se ha amansado de algún tiempo a esta parte, y ya no es tan acerbo y despiadado en sus juicios. Como crítico es apasionado; tiene sus preferencias. Hay autores a quienes fustiga siempre sin compasión, y otros a quienes elogia en todas las ocasiones. Posee una erudición colosal, y su clarísimo talento lo abarca todo, desde la creación artística hasta los temas didácticos más difíciles.

9 *El señorito Octavio* se publicó en 1881, *Marta y María* y *El idilio de un enfermo* en 1883, *José* en 1885, *Riverita* en 1886.

10 La frase es casi un tópico de la literatura heroica.

Su facilidad para escribir es prodigiosa. Como novelista, se dio a conocer con *La regenta*,[11] obra llena de encantos, y en la cual hay caracteres admirables, pinturas felicísimasy un ambiente de verdad que causa maravilla. Con el seudónimo de *Clarín* ha dado a la prensa esa multitud de artículos breves llenos de sal y mostaza, en los cuales embiste fie- ramente a los autores que le desagradan. Estos trabajos tan chispeantes y cáusticos le han valido no pocos disgustos, y por ellos es aborrecido o temido de muchos. Lo más selecto de estos artículos se ha publicado en dos tomos que se titulan *Solos de Clarín* y *Sermónperdido*.[12] El carácter impetuoso de su autor, y la viveza de su temperamento hacen deél un batallador literario. Siempre está en la brecha y no pierde ocasión de mostrar sus simpatías o antipatías, que son siempre violentas. La última obra que ha dado al público *Clarín* es un tomo de cuentos titulado *Pipá*.[13] El primer cuento de la colección, que esel que da nombre al tomo, y el último "Zurita", son verdaderas maravillas de gracia o ingenio. El flexible talento de Alas descuella en todo lo que emprende. Es catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Oviedo, y parece mentira que el mismo hombre que explica las leyes de Justiniano escriba los *Paliques* del *Madrid Cómico*.[14]

B. PEREZ GALDÓS

57
LP, 22/5/1886

SUMARIO: Asesinato del obispo de Madrid —Consternación y duelo del vecindario —Pormenores del hecho —Creación de la diócesis de Madrid-Alcalá —El primer obispo de ella, don Narciso Martínez Izquierdo —El diputado de 1871 es presentado obispo porel señor Castelar —Dificultades del gobierno eclesiástico de esta Corte —El clero madri- leño —Relajación de una parte de él —Dotes de gobierno del señor Martínez Izquierdo —Sus primeras medidas —Descontento de algunos clérigos —Don Cayetano Galeote y Cotilla lleva sus cartas al *Progreso* —Lo que hace Galeote en la mañana del Domingo de Ramos —La catedral de San Isidro —Preparativos para la fiesta de las palmas —Galeote espera al prelado en el pórtico —Escena trágica —Gravedad del herido —Primeras declaraciones de Galeote —Su relativa serenidad —Su filiación y temperamento —Lo que revelan sus cartas —Agonía y fallecimiento del prelado —Apuntes biográficos de don Narciso Martínez Izquierdo —Opiniones erradas sobre este lamentable suceso —Necesidad de medidas de rigor en el gobierno eclesiástico de Madrid —Supuesto masonismo de Galeote —Reconocimiento de su domicilio —El ama, Tránsito Durdal —Sentido de

11 Publicada en 1884-1885, Galdós le escribirá un prólogo para la edición de 1901.

12 El primero se publica en 1881, el segundo en 1885.

13 *Pipá* se publica en 1886.

14 *Paliques* es el título de los artículos publicados por *Clarín* en *Madrid Cómico* entre 1883 y 1901; el periódico satírico, fundado por Miguel Casañ, se publicó entre 1880 y 1923.

las cartas de Galeote —Rapidez de la sumaria —Autopsia del cadáver del obispo —Su sepultura en la catedral.

Madrid, 21 de abril de 1886.

Señor Director:

Un hecho inaudito, una tragedia espantosa, de esas que más parecen obra de los siglos medios que del tiempo presente, ha llenado de consternación a esta capital hace dos días. El obispo de Madrid ha sido asesinado en el momento de entrar en la catedral para celebrar la fiesta de las palmas. El asesino ha sido un sacerdote.

La noticia de este infame atentado era de tal naturaleza, que al principio no se le daba crédito. Parecía invención de imaginaciones dadas a lo maravilloso. Pero pronto se convenció Madrid entero de que, aunque increíble, la espantosa nueva era cierta. Los crímenes de esta naturaleza, por la calidad de la víctima y la investidura del delincuente, son raros en la historia, tan raros, que se pueden contar con los dedos de una mano. Un príncipe de la iglesia, herido por un clérigo, y muerto en medio de la multitud que se agolpa a su paso con veneración, es caso que, como vulgarmente se dice pone los pelos de punta. El fanatismo político de Merino, asestando una puñalada a Isabel II[1] tiene explicación dentro del orden lógico de las cosas humanas; pero un cura disparando tres tiros de revólver con-tra su superior jerárquico por móviles de amor propio herido, por venganza de un castigo disciplinario, no cabe ciertamente, a primera vista, dentro de nuestras presunciones por pesimistas que sean. El obispo fue herido el domingo a las nueve y media de la mañana, y expiró el lunes a las cinco y cuarto de la tarde. El asesino no hizo resistencia a la policía, y confesó en el acto los móviles de su espantoso acto.

Trataré de referir lo ocurrido, con la mayor claridad posible. Don Narciso Martínez Izquierdo era el primer obispo de Madrid, circunstancia que merece tenerse en cuenta. Aunque parezca extraño, esta populosa capital no era cabeza de diócesis, y pertenecía desde los tiempos más remotos al arzobispado de Toledo. Varias veces intentaron los reyes crear una catedral en Madrid. El metropolitano no podía atender cumplidamente al gobierno eclesiástico de esta Corte con la prontitud y la diligencia que su numeroso clero exigía. Por fin, en tiempo de don Alfonso XII se pensó seriamente en establecer la diócesis, y habiéndose prestado Roma a secundar el pensamiento, se hicieron los trabajos de fundación y la nueva catedral quedó establecida por bula pontificia, hace próximamente un año. El gobierno puso al frente de la nueva diócesis al obispo de Salamanca.

***

Veamos quien era este. En las Cortes de 1871,[2] se suscitó discusión muy viva sobre la Internacional. Era diputado en aquellas Cortes un clérigo joven, oscuro, elegido por

1 El atentado del cura *Merino* en el que la reina resultó levemente herida, tuvo lugar el 2 de febrero de 1852, a la entrada de la capilla del Palacio Real. Galdós lo relatará en *La revolución de julio* (1904).

2 Durante el reinado de Amadeo I.

Guadalajara. En la sesión de 28 de octubre, contendiendo el señor Nocedal con el señor Castelar, hizo alusión al citado sacerdote, quien, recogida la alusión, pronunció un discurso admirable, modelo de dialéctica y de buen decir. Desde aquel día, el nombre de don Narciso Martínez Izquierdo salió de la oscuridad. En la reñida contienda parlamentaria, Castelar reconoció las grandes dotes intelectuales de su adversario. Rival de Izquierdo en opiniones, no desconocía el gran tribuno que era esta una de las personalidades más ilustres del clero español, y al año siguiente, siendo Jefe del Estado, lo incluyó en la propuesta de obispos que hizo a Roma.[3] En 1874, Martínez Izquierdo era preconizado obispo de Salamanca.[4] A los once años de desempeñar este cargo, fue elegido para ocupar la sede de Madrid-Alcalá de nueva creación. Un año hace que tomó posesión. Su episcopado en la nueva diócesis ha sido breve. El insigne prelado tenía cincuenta y cinco años.

Se pensó en él para este cargo porque se adivinaban grandes dificultades, y se reconocía la necesidad de poner al frente del clero de Madrid a una persona de mucho carácter y entereza. Por efecto de la relativa libertad en que ha vivido hasta aquí el clero madrileño, dependiente de Toledo, había no poca relajación en la disciplina. Madrid, como ciudad muy populosa, favorece ciertas licencias, encubre las faltas y muchos que no pueden vivir según su índole en las poblaciones pequeñas, campan aquí por sus respetos, sin que nadie se meta con ellos. En Madrid hay muchos clérigos que apenas usan el traje eclesiástico; otros frecuentan los cafés y aún sitios peores; los hay que dicen dos o tres misas al día, en diferentes iglesias y por fin, las prácticas rigurosas del celibato eclesiástico no suelen ser, en bastantes casos, más que una vana fórmula.

Préstase a encubrir todas estas faltas la extensión de esta capital, la facilidad que en ella existe para burlar toda vigilancia, y ciertos usos inveterados, muy difíciles de extirpar. Poner al frente de la clerecía de Madrid un obispo que pudiera vigilarla y gobernarla más directamente que el de Toledo, era el mejor medio de corregir tales abusos, y el señor Martínez Izquierdo demostró desde los primeros momentos que servía para el caso. Apenas tomó posesión de la sede madrileña el obispo de Salamanca, emprendió una campaña ruda y tenaz contra los abusos.

Hizo que cada clérigo se inscribiera en determinada iglesia, para impedir las misas dobles y cuádruples; sujetó a examen a todos los sacerdotes residentes en esta villa, y empezó a retirar las licencias a todos aquellos que por su conducta no debían, a juicio del prelado, disfrutarlas. Hay que advertir que en Madrid hay clérigos dignísimos, modelo de virtud y saber; pero también abundan los que vienen aquí expulsados de sus diócesis respectivas, buscando en la confusión de esta gran ciudad los medios de disimular su indisciplina o los perjuicios que les causa su torcida vocación.

La campaña emprendida por el señor Martínez Izquierdo debía de producir buenos resultados, porque las quejas de muchos clérigos contra los rigores del prelado no tardaron en hacerse oír. A las redacciones de algunos periódicos llegaban frecuentes comunicados.

---

3 No fue *al año siguiente*, sino entre septiembre del 73 y enero del 74, cuando Castelar presidió la Primera República.

4 *preconizado*: 'designado por el papa'.

Unos se publicaban y otros no. *El Progreso*,[5] órgano del republicanismo avanzado, recibía cartas diversas firmadas por un tal Cayetano Galeote y Cotilla, en las cuales se quejaba amargamente de no ser atendido por su illustrísima, de que se le privaba del sustento, retirándole la misa, con ciertos alardes de soberbia y extravagancias tan impropias de un sacerdote, que el ilustrado director del periódico, teniendo por loco o poco menos al autor de tales epístolas, no pensó en publicarlas. El sábado último presentóse en la redacción el mismo clérigo Galeote y dejó una tarjeta y un paquete de cartas. Eran copia exacta de las mismas remitidas antes en diferentes días. En la tarjeta rogaba al señor director que conservase aquellas cartas por si pronto necesitaba hacer uso de ellas.

***

Llegó el Domingo de Ramos. Don Cayetano Galeote y Cotilla vivía en la calle Mayor en una casa humildísima y en compañía de una sobrina o ama de gobierno, llamada Tránsito. Salió el clérigo muy temprano de su casa, vestido de cura. Dícese que a primera hora de la mañana estuvo en un café desayunándose. Desde las nueve se le vio paseándose solo en el pórtico de la catedral. La antes colegiata de San Isidro, hoy catedral,[6] está situada en la calle de Toledo, la más grande y populosa de esta capital, pues pone en comunicación el centro con los poblados barrios del sur.

Por delante de San Isidro transita siempre muchedumbre inmensa, hasta el punto de que la circulación se hace difícil a ciertas horas. Como en Madrid no se habían celebrado nunca las funciones de Semana Santa con la pompa y brillantez propia de una cabeza de diócesis y como este año era el primero en que tal se hacía, acudió mucha gente el domingo a la hermosa fiesta de las palmas. Todo el clero de Madrid con cruz alzada,[7] estaba allí. La iglesia estaba llena de señoras, en el atrio no se cabía y en la calle los tranvías y coches tenían que detenerse para no atropellar a la multitud.

A las nueve y media se vio venir el coche del señor obispo. La muchedumbre se abrió paso, agolpándose en las escaleras para besar el anillo del prelado. Este descendió del carruaje y subió las gradas del pórtico. Al poner el pie en el tercer escalón, un clérigo apartaba la gente para acercarse al obispo, como si también él quisiera besar el anillo. Con movimiento rápido, Galeote sacó de debajo de la sotana un revólver y disparó tres tiros a quema ropa sobre el obispo, el cual cayó en tierra.

El asesino gritó "estoy vengado". Al instante se echaron sobre él los que estaban más cerca, y la policía tuvo que hacer grandes esfuerzos para librarlo del furor de la muchedumbre. Fácil es hacerse cargo de la confusión, del espanto que se produjeron en la iglesia y en el pórtico. El obispo fue recogido exánime del suelo y trasportado a una habitación que hay junto a la puerta y está destinada a conserjería.

5 *El Progreso* fue el primer diario republicano de la Restauración. Dirigido por Andrés Solís se editó entre 1881 y 1887.

6 Fue catedral provisional de 1885 a 1993, año en que finalmente se terminó La Almudena.

7 *Con cruz alzada* 'con cruz de largo mango, de la parroquia correspondiente'.

El mismo pidió la extremaunción, creyendo cercano su fin. El doctor Creus, que en la iglesia estaba, acudió al instante, y desde los primeros momentos pronosticó un desenlace funesto. En la apretada multitud que llenaba la iglesia hubo las escenas que es fácil suponer, desmayos de señoras, tumultos, ahogos, gritos, ayes, lágrimas. El herido fue acostado en una humilde cama, la primera que se pudo tener a mano. Tenía una herida en el muslo, de poca gravedad, y otra en el costado derecho gravísima y mortal de necesidad. La bala había traspasado la médula espinal e interesado los riñones. Al punto se inició la parálisis de las extremidades inferiores, y el herido cayó en gran postración.

Galeote, cuyo nombre no puede ser más siniestro,[8] fue llevado a la prevención del distrito, donde prestó las primeras declaraciones con bastante aplomo, fumando cigarri- llos. Parecía fatigado pero no arrepentido, insistió en la justicia de su causa y en que sus móviles no debían ser juzgados con ligereza. Fuertemente escoltado por la Guardia Civil fue conducido a la Cárcel Modelo, donde el juez le tomó declaraciones aquella misma tarde. Tiene cuarenta y cinco años, es natural de Vélez-Málaga y padece de sordera. Este defecto físico parece tener alguna parte en la acritud de carácter. Es de temperamento muynervioso, y las cartas enviadas al *Progreso*, y que se publicaron íntegras al día siguiente delcrimen, revelan una soberbia extraordinaria, un temple moral completamente depravadoy un natural quisquilloso, levantisco y rebelde a toda disciplina. No niega el crimen, más trata de atenuarlo, diciendo que solo quiso herir al obispo, no matarlo. Hace hincapié enlo de que su honor había sido ultrajado, y se presenta como víctima de sus superiores,y perseguido injustamente. Sostiene que solo aspiraba a una modesta retribución, y que cometió el crimen impulsado por el hambre. La causa se sigue con rapidez; el sumario parece está terminado ya y pronto se celebrará el juicio oral, que ha de ser interesantísimo,y esclarecerá por completo un asunto que en realidad no está muy oscuro.

El infortunado obispo estuvo hasta la hora de su muerte en una situación de martirio extraordinariamente dolorosa. Ni por un momento tuvieron los médicos esperanzas de salvarlo. La muerte era inevitable. Todo el vecindario de Madrid se ha condolido vivamente de tan horrenda desgracia, y la humilde conserjería en que pasó su postrero día el primer obispo de Madrid fue visitada el domingo y lunes por las personas más ilustres. A las cinco y cuarto cesaron los sufrimientos del prelado. Su vida fue ejemplar, su muerte espantosa.

***

Don Narciso Martínez Izquierdo nació en 1831 en Rueda, pueblo de la provincia de Guadalajara, en modestísima cuna. Sus padres eran labradores, y los años de infancia guardan cierta analogía con los de la de Sixto V. A pesar de esto, su amor al estudio le sacó de aquel medio humilde, y habiéndose inclinado desde edad muy tierna a la carrera eclesiástica sus adelantos fueron rapidísimos. El 57 recibió las sagradas órdenes y el 64 hizo oposición a la canonjía penitenciaria de Sigüenza, la cual ganó después de brillantes ejercicios. Dos años después aspiró a la magistral de Granada, que ganó también por

8 Por el sustantivo común *galeote*, 'delincuente condenado a galeras'.

oposición. Durante el periodo revolucionario lo eligieron diputado a Cortes sus paisanos, y de esta circunstancia y principalmente de su notable discurso de octubre 1871, arranca, como he dicho antes, su notoriedad y su ingreso en el episcopado español. Fue diferentes veces senador por elección de las provincias eclesiásticas[9] y tomó parte en las discusiones de carácter religioso. Su elocuencia era correcta, persuasiva, brillando principalmente en la controversia escolástica. Desplegó mucha energía en el gobierno de las diócesis de Salamanca y Madrid. Su conducta privada era intachable.

La dolorosísima impresión que en Madrid causó este inaudito hecho ha dado origen a los comentarios más extraños. Parte de la prensa ve en este crimen una señal del desquiciamiento universal, la horrible preponderancia de las malas pasiones, y generalizando fácilmente con la cómoda retorica a que se presta un crimen de tal naturaleza, ven en este un síntoma de la depravación de los tiempos, la protesta contra toda autoridad así religiosa como civil. Otros por el contrario, condenando también el crimen, ven en él uno de tantos, uno más añadido a la lista que diariamente publican todos los diarios, y quieren quitarle la importancia que le da la calidad de la víctima. En ambas opiniones hay evidente exageración. Galeote no es un fanático, ni ha obedecido a una idea extraviada, sino al impulso de su soberbia y de sus rencores personales. Tampoco puede admitirse que la jerarquía de la víctima sea un dato sin valor en el proceso, y los mismos que tal sostienen, lo niegan indirectamente con su conducta, pues si el asesinato de un obispo es lo mismo que el asesinato del tabernero de la esquina, ¿por qué consagran a este diez líneas del periódico, y a aquel la mitad del número durante cuatro días?

Ni el crimen de San Isidro es un signo del desquiciamiento social, ni puede ser mirado tampoco como un suceso de todos los días. Hay que ver en él un resultado de la relajacióna que llegado por desgracia una parte del bajo clero, una consecuencia de la indisciplina. Esta ha hecho una víctima en persona de las más eminentes y dignas de dentro personal eclesiástico, y la lección que de esto resulta no puede ser más elocuente. El obispo que suceda al infortunado señor Martínez Izquierdo, tiene que adoptar el sistema de *virga férrea*,[10] llevar sus rigores hasta la crueldad y no perdonar la más ligera falta, aplicando a sus subordinados un sistema disciplinario inspirado, hasta cierto punto, en los principios de la ordenanza militar. Si no lo hace así, los curas *sueltos,* que pululan por Madrid, traídos aquí por la ambición y echados de otras ciudades donde sus vicios les hacían muy notorios, le van a dar muchos disgustos. Tendrá que arrostrar la impopularidad entre esas huestes de cuerpos *francos* tonsurados. La idea de regenerar al clero de Madrid debe ser grande y de muy difícil realización, puesto que ya ha producido un mártir. Quiera Dios que no sea el primero.

***

La prensa ultramontana ha dicho que Galeote era masón, y aun indica la logia a que pertenecía, y el nombre o número que usaba en aquella misteriosa asociación. Pero al

9 Las diócesis españolas se agrupaban en *provincias eclesiásticas*.

10 'cetro de hierro'. Expresión bíblica del *Libro de los salmos*.

sostener esto, los ultramontanos no han añadido ninguna prueba. Debemos ponerlo en duda, y creer que tal especie no tiene más objeto que echar la culpa del crimen a las ideas liberales que con más o menos fundamento, se asocian por algunos al instituto masónico. También se dijo que el cura Merino, que dio la puñalada a la reina Isabel, era masón; más no resultó cierto. El baldón que sobre el clero arroja la mano aleve de Galeote es demasiado grande para que los defensores del estado eclesiástico no quieran arrojarlo sobre otra cabeza.

Las cartas escritas y coleccionadas por Galeote con la indudable idea de darlas a la publicidad, no le retratan como hombre fanatizado por una idea, sino movido de la soberbia y de las malas pasiones. Hombre de menos pasta de sacerdote no es posible imaginar. El tono iracundo, insolente, y poco culto de sus epístolas bastan a justificar los desaires que supone recibidos de su víctima. En dichas cartas se ve claramente también la premeditación del crimen. En algunas cartas, amenaza al rector del Cristo de la Salud,[11] que le había retirado la misa, en otras, al cura de Chamberí, y en todas da a entender que si no le hacen justicia, es decir si no le conceden lo que pide, tomará una resolución muy sonada.

Los antecedentes del criminal son en verdad poco recomendables. En Puerto Rico, donde vivió cinco años, fue procesado varias veces. Vivía en Madrid con gran estrechez y sus relaciones eran escasas, porque su carácter duro y violento no era a propósito para cultivar amistades. Vivía en su compañía una mujer llamada Tránsito Durdal, de treinta y tantos años. Los que la han visto dicen que es guapetona, alta, de ojos negros, boca grande y conjunto muy agradable. Cuando el juzgado se constituyó en el domicilio del delincuente para hacer un reconocimiento, la Tránsito prestóse sin dificultad a mostrar cuanto en la casa había. Encontráronse allí cápsulas de revólver. Los muebles y todo el ajuar es modestísimo. Una circunstancia digna de ser muy notada es que en la casa no se encontró más que una cama.

El ama de Galeote asistió con serenidad al reconocimiento, facilitándolo y ayudando al juez en sus pesquisas. Únicamente se la vio a turbarse cuando el juez se fijó en un álbum de retratos en que estaban apareados el de ella y el de don Cayetano Galeote. Este, en sus declaraciones, no ha intentado extraviar la opinión de la justicia, ni de enredar el asunto para obtener, ya que no un resultado favorable, las dilaciones consiguientes. O ha tenido talento bastante para comprender que esto era imposible, o quiere que la sinceridad atenúe su delito. Sus declaraciones han sido francas y terminantes conformes en todo con lo que revelan sus cartas. Dícese que el proceso marcha con rapidez y que antes de un mes se pronunciará la sentencia. Ignórase aún quien será el defensor del reo. El desenlace de este drama, por lo que respecta a Galeote, no se sabrá fijamente hasta que la última palabra sea pronunciada pero todo induce a creer que esta palabra será terrible.

La autopsia del obispo ha revelado tres heridas, dos de ellas mortales de necesidad. En una la bala entró por el hipocondrio derecho, traspasó el hígado por dos partes y fue a detenerse en el bajo vientre. En otra la bala rompió la columna vertebral, alojándose en la médula. Estas dos balas entraron por la espalda, en el primer movimiento instintivo

11 Parroquia de Madrid.

de la víctima al recibir el primer disparo. Embalsamado el cuerpo de su ilustrísima, desde anoche está expuesto al público en la capilla ardiente del palacio episcopal. Mientras esto escribo, numeroso gentío acude a ver las descompuestas facciones del que fue dignísimo obispo de Madrid-Alcalá.

Esta tarde a las cuatro es el entierro, del que no puedo dar cuenta en esta carta, que quedará depositada en el correo antes de aquella hora. El sepelio será en la catedral, habiéndose preparado una bóveda en el centro de la nave principal, bajo la gran cúpula.

En las criptas de San Isidro reposan algunos hombres ilustres, entre ellos el poeta don Leandro Fernández Moratín, y en el altar mayor se conservan las cenizas del santo titular de la iglesia y de su mujer Santa María de la Cabeza.

La sepultura del señor Martínez Izquierdo será cubierta por una monumental losa de mármol de Carrara en la cual se inscribirán su nombre, las fechas de su nacimiento y de su trágico fin. Descanse en paz.

B. PÉREZ GALDÓS

58

LP, 30/5/1886

SUMARIO: Una visita al cura Galeote —Los locutorios de la Cárcel Modelo —Fisonomía del reo —Sus revelaciones —Turbación de su espíritu —Revelaciones de algunos hechos de su vida privada —Su padre, su familia, su infancia —Su vocación eclesiástica —El tejar de don Cayetano Galeote —Alternativas: presión del padre sobre el hijo para que éste siguiese la carrera eclesiástica —Galeote presbítero —No le gusta el confesonario —Viaje a Puerto Rico —Estimación que profesa el reo a doña Tránsito Durdal —Visita a esta señora —Falsas apreciaciones de la prensa respecto a ella —Cualidades de doña Tránsito —Cómo defiende a Galeote —Cómo explica la perturbación de su émulo —No conviene anticipar juicio alguno sobre el hogar de Galeote —Últimas modificaciones en sus ideas —Sucesos trágicos en Semana Santa —El cirio infernal de la parroquia de San Luis —Otro cura homicida —El canónigo de Menorca —El cura don Juan de la calle Cabestreros —¿En qué parará esto?

Madrid, 30 de abril de 1886.

Señor Director:

En mi última carta, que llevaba la fecha del 21 de abril, me ocupé del asesinato del obispo de Madrid, suceso que no se ha olvidado todavía, ni se olvidará en mucho tiempo Posteriormente a aquella fecha, he procurado reunir datos positivos para comunicar a mis lectores de Buenos Aires la mayor copia de noticias sobre este drama terrible, y visité con tal objeto al cura Galeote en la cárcel de esta corte, y visité también a su ama de llaves, doña Tránsito, de quien tanto se ha ocupado la prensa

La primera impresión que me produjo el reo cuando le vi, fue penosísima. Vacilaba yo entre el horror y la compasión, y al propio tiempo la curiosidad me hacía clavar en él

la vista. El criminal, como el abismo, atrae la mirada, venciendo la curiosidad al espanto. De la sostenida atención que esta misma curiosidad produce, depende tal vez que no se olviden jamás visitas de esta especie, ni se borren de la memoria los términos de lo que en ella se habla.

En nuestra Cárcel Modelo, que es un edificio de primer orden (y creo haber hablado de él en una de mis primeras cartas)[1] hay locutorios muy bien dispuestos, donde se ve a los presos y se habla con ellos sin peligro alguno de la seguridad. Doble reja de hierro con tejido de alambre separa al visitante del preso, y la cara de este aparece como a través de un cañamazo. Tráenle al locutorio desde su celda, sin que se comunique con nadie, y su aparición tras las alambreras parece cosa fantástica, pues ni se sabe por dónde entra, ni tampoco por donde sale cuando se lo llevan.

Don Cayetano Galeote y Cotilla representa cuarenta y cinco años, y su fisonomía predispone poco en su favor. Tiene la nariz pequeña y corva, la boca muy grande, y muy separada de la nariz, los ojos negros y vivos, la frente despejada. La sordera que padece da a sus ojos una expresión particular, pues, como todos los sordos, parece querer oír con las miradas. La fortísima excitación en que estaba el día en que le vi daba a su rostro contracciones muy extrañas, y su tartamudez era extremada. Mientras duró la conferencia, tuvo ambas manos clavadas en la red de alambre, asomando por los huecos sus dedos afilados y manchados por el humo del cigarrillo. Apoyado en las manos, adelantaba su rostro hasta tocar en los alambres o lo retiraba hasta quedarse en la penumbra. Estos movimientos dábanle cierto aspecto de fiera enjaulada, y su inquietud habría sido poco tranquilizadora si no estuviera donde estaba.

Lo primero que nos dijo a las tres personas que le visitábamos, fue referente a su situación legal; pero tan turbado estaba el infeliz que no concluía ninguna frase ni acertaba a expresar claramente su pensamiento. A veces esta torpeza parecía marrullería, a veces perturbación física y moral. Lo que se deducía de su lenguaje balbuciente era un deseo muy vivo de que no formáramos juicio definitivo del asesinato del obispo hasta no conocer bien los móviles que le impulsaron a tan tremendo acto. Se manifestó como perseguido y vejado y arrastrado a la vindicación de su honor por la fuerza incontrastable de las circunstancias. Asegura que no quiso matar al prelado sino simplemente herirlo, lo que no se compagina con el ensañamiento que mostró en la consumación del delito, pues disparó a la víctima dos tiros después de haberle herido gravemente y derribado con el primero. Cuando se le nombra al padre Vizcaíno no puede ocultar Galeote el rencor que le tiene. Este presbítero fue, según él, autor de su humillación y de la situación deshonrosa en que estaba. Lanzado de la iglesia del Cristo[2] sin que se le dijera el motivo de su expulsión, Galeote pidió explicaciones, primero al padre Vizcaíno, después al prelado, y como ninguno se las quisiera dar, se tomó la justicia por sí mismo

Cuando se le pregunta por qué, siendo el padre Vizcaíno el principal autor de la ofensa no descargó sobre él su venganza, en vez de descargarla sobro el obispo, da unas contesta-

1 En la 3.

2 La parroquia del Cristo de la Salud que citó en la Carta anterior.

ciones sofísticas y enrevesadas que no aclaran el hecho. Quizás él mismo no se dé cuenta de esta sustitución del objeto de sus odios. Aseguró después que cuando en la cárcel le dieron la noticia de la muerte del señor Martínez Izquierdo, se afectó extraordinariamente quedándose un buen rato *sin saber lo que le pasaba.* Le hablamos de que el obispo le había perdonado en la hora de su muerte, y oyó esta indicación con incredulidad; cuando nos referimos a su padre, anciano de ochenta años, pareció afectarse verdaderamente, y aún sollozó y lloró un poco; pero sus ojos continuaban secos. Un rato después, como volviéramos a hablar del obispo y de su fin, encomiando sus altas cualidades, se excitó Galeote extraordinariamente y dijo que se retiraba. Fuertemente agarrado a la reja y crispando sus dedos amarillos, se dejaba caer hacia atrás, balanceándose con un movimiento semejante al de los cuadrumanos aprisionados.[3]

La conferencia no podía continuar en un terreno que era como el suplicio del reo. Era forzoso dejar a un lado el crimen, si queríamos que Galeote no suspendiese la visita, y le hicimos varias preguntas acerca de su familia, de su infancia, de su vocación de sacerdote. En este terreno el hombre se encontró más dueño de sí. Fuese serenando poco a poco, y no tardó en expresarse de un modo natural y corriente cual si los cuatro estuviésemos en la mesa de un café.

Su lenguaje es siempre incorrectísimo y revela muy poca cultura. Tiene de vez en cuando esas acentuaciones especiales del sacerdote, un cierto dejo meloso, adquirido por el hábito de ocultar los pensamientos. Rarísima vez emplea un término latino, y no con entera propiedad. Gesticula nerviosamente, y sus manos obedecen en ocasiones a los mismos hábitos de la condición clerical, queriendo dar al discurso una expresión de suavidad amanerada

***

Lo que nos contó referente a su familia y a su juventud en Vélez-Málaga, es muy interesante. Eran once hermanos, de los cuales se habían muerto dos y restan nueve. Uno sirve en la Guardia Civil, otro es recaudador de contribuciones. Algunas de sus hermanas están viudas y viven en honrada pobreza. Su madre murió cuando él tenía diez años. Su padre vive aún y tiene la avanzada edad de ochenta y seis años. La industria con que este señor ha mantenido a su numerosa familia era la fabricación de ladrillos y tejas. Cayetano Galeote creció en el tejar que su padre, trabajando en las faenas más modestas. A pesar de esto, fue a la escuela y aprendió a leer y escribir *en pocos meses*, según él mismo dice, no sé si a impulsos de una disculpable vanidad.

No podía pensar su padre en darle carrera como no fuera la carrera de los pobres, que es la eclesiástica. Pero el joven Cayetano, después de haber dado aquel ejemplo de precocidad aprendiendo tan brevemente a leer y escribir, no mostró ninguna aplicación ni deseos de ser hombre ilustrado. La vida del tejar le embrutecía sin duda, y con llevar y traer cubos de agua y arena veía colmadas sus aspiraciones. El padre sin embargo insistía en que fuera sacerdote. Un día hubo gran fiesta religiosa en Vélez-Málaga con asistencia

3 *cuadrumanos*: `simios'.

del señor obispo, de muchos clérigos y de varios seminaristas, algunos de los cuales habían sido compañeros de Cayetano en la escuela de primeras letras. El viejo Galeote era, según declaración de su hijo, hombre muy piadoso y muy metido en la iglesia; así, cuando vio a los alumnos seminaristas, con su traje talar de aprendices de curas, se desconsoló mucho de que su hijo no estuviese entre ellos. Acabada la función, don Cayetano tuvo una conferencia con el muchacho, en la cual le dijo casi con lágrimas en los ojos: "Cayetano si tu quisieras estudiar, yo vendería hasta la camisa".

De aquí arranca la vocación eclesiástica de este desgraciado, el cual se puso inmediatamente a estudiar latín en una gramática vieja que le trajo su padre. Y parece que tuvo cierto entusiasmo por la carrera, con lo que el anciano estaba loco de contento. Creía sin duda que la familia adquiría de este modo un lustre soberano, y que el clérigo de la casa estaba llamado grandes destinos. ¡Ironías da la suerte! En el drama espantoso del Domingo de Ramos, hay un personaje de segundo término, cuya situación excita hondamente la piedad de toda alma honrada. Este personaje es el anciano don Cayetano Galeote, que ha vivido ochenta y seis años para ver lo que ha visto, la familia denigrada y sus más caras ilusiones arrojadas por el suelo. Cuenta el reo que en el tiempo en que se preparaba para recibir las órdenes, su padre lo hacía leer vidas de santos, y platicaba constantemente con él de asuntos religiosos y litúrgicos. Júzguese de la alegría del buen señor, cuando el joven cantó misa en la iglesia mayor de la villa de Vélez-Málaga. Durante un espacio de tiempo, que no precisó, estuvo el cura don Cayetano desempeñando sus funciones en la citada iglesia. Debía de ser párroco o ecónomo, porque dijo que tenía sus *tenientes.*[4] Gustaba de la pompa del culto, y de celebrar con mucho aparato las fiestas religiosas. En cambio, declara que no fue nunca de su agrado el confesonario, no solo a causa de la sordera que padece, sino por otros motivos que no expresó con claridad. Tampoco nos dijo por qué dejó la posición eclesiástica de Vélez-Málaga que pinta con tan risueños colores, para marcharse a Puerto Rico. O no era tan envidiable su situación en su país natal o si lo era, debió de surgir algún inesperado accidente que le obligó a embarcarse para América.

Sobre su residencia en Puerto Rico, de la cual se cuentan cosas que le favorecen poco, nada le preguntamos, porque deseando aprovechar el tiempo tratamos de saber algo de la vida privada en Madrid, y de su ama de llaves, doña Tránsito Durdal. De esta señora tiene Galeote tan buenas ausencias, que cuando se pone a hablar de ella, no acaba. *La señora que le asistía* es, según él, un dechado de bondad y de buen gobierno. Tratábale con grandes miramientos, y ayudábale con su trabajo al sostenimiento de la casa, cuando el cura estaba mal de intereses. Gracias a ella, nunca faltó lo preciso en el modesto domicilio de la calle Mayor, y de ella partía también, la iniciativa para mandar algún sobrante, en días de relativa abundancia, a la necesitada familia de Vélez-Málaga.

Terminada la entrevista con Galeote, intentamos ver a doña Tránsito en su casa, calle Mayor, número sesenta y uno, tercero con dos entresuelos. Fuimos allá; nos recibió muy afable, y desde que cambiamos con ella las primeras palabras reconocimos que era muy fundado el agradecimiento de Galeote, y que doña Tránsito no es una mujer vulgar. Acerca

4 *ecónomo*: 'religioso que administra los bienes de una iglesia'; *tenientes*: 'posibles'.

de ella corrieron por la prensa, en los primeros días, mil noticias absurdas, de las cuales me hice eco en mi carta anterior. Hoy puedo rectificarlas con conocimiento de causa; doña Tránsito es mujer que se gana las simpatías en cuanto se la trata. Representa treinta y cinco años, y tiene figura esbelta, fisonomía inteligente y modales corteses. En su semblante se observan las huellas del pesar que la aflige. Es muy discreta, mucho más discreta que Galeote en todo lo que dice y mide perfectamente las palabras para que de ellas no resulte nada desfavorable al reo.

Antes de penetrar en la casa, pudimos apreciar el buen concepto que tiene de esta señora la vecindad del número sesenta y uno de la calle Mayor. Es extraordinariamente trabajadora y muy hábil en la confección de ropa blanca. Trabaja para las principales casas de Madrid en el comercio de este artículo.

Muestra especial empeño doña Tránsito en pintar a Galeote como un hombre de buenos sentimientos y como sacerdote intachable. Antes de la crisis de soberbia que lo llevó a la perdición, Galeote tenía el genio apacible. Era tan bueno para su familia, que todo cuánto tenía lo daba a sus parientes. Al volver de Puerto Rico repartió todas sus economías, dando a onza por barba y se quedó sin un cuarto. Frecuentemente venía a Madrid algún pariente a gestionar asuntos particulares, y don Cayetano lo alojaba en su estrecha vivienda. "Por *ser este hombre una mano rota* —nos decía doña Transito— llegó a verse en la triste situación en que estaba últimamente".

Refiriendo los sucesos que llevaron al infortunado clérigo a aquel grado de exaltación, el ama de gobierno hace recaer parte de la culpa sobre el padre Vizcaíno. Las intrigas de sacristía exacerbaron el temperamento quisquilloso de don Cayetano. Los pasos que dio para que el prelado le rehabilitara fueron inútiles. Un día en que fue a visitar al señor Galeote el padre Gabino, confesor del obispo, Galeote se le hincó delante en la misma salita aquella en que estábamos, y echándose a llorar le pidió que intercediera con su ilustrísima para que le hiciese justicia. La misma doña Tránsito se presentó al señor Izquierdo para impetrar su apoyo en favor de Galeote. El obispó se llevó el dedo índice a la sien para indicar que Galeote no estaba en su cabal juicio.

Y algo debía haber de esto, porque durante los tres meses que antecedieron al crimen, Galeote no comía ni dormía; se había dejado crecer la barba, y sus actos no eran propios de una persona sensata. Ignoramos si en esta época compró el revólver con que hirió al obispo, o si lo tenía desde una época anterior. Respecto a la ocasión en que se apoderó del ánimo del infeliz cura la idea maldita de su venganza, nada nos dijo doña Tránsito, o porque no lo sabe, o porque no quiere decirlo. En lo que sí insiste, demostrando muy buen tino de defensora, es en pintar a Galeote como un hombre que en aquellos días obraba de una manera inconsciente, por causa de la alteración de sus facultades. Según ella, la turbación en que estaba hacíale enteramente irresponsable, sus actos eran puramente mecánicos, impulsados por una voluntad ciega. Este es el único punto sólido en que puede apoyarse la defensa de Galeote, y doña Tránsito ha demostrado un instinto seguro al fijarse en él.

En su ademán, en la viveza y convicción de su lenguaje, en la pena que su semblante expresivo revela, se ve claramente el interés hondísimo que doña Tránsito siente por su

infortunado huésped; y se comprende bien que sería ella capaz de los más grandes sacrificios por salvarle, o al menos por aminorar la pena que le aguarda. El tesón de esta mujer no puede menos de inspirar simpatías, cualquiera que haya sido el carácter de sus relaciones personales con el cura. Según indica, ella era dueña de la casa y él vivía allí en calidad de huésped. Pero Galeote decía la señora *que lo asiste,* lo que parece indicar que el amo era él, y doña Tránsito desempeñaba las funciones de *ama de gobierno*. Noqueremos ahondar este punto, y nos parece poco delicado arrojar ciertos baldones sobre una pobre mujer que hasta ahora no figura en la causa sino como testigo, y no es acusada de complicidad. Lo que hubiere de cierto en esto, se ha de saber a su tiempo. Hasta que el juicio oral ponga de manifiesto los resortes de este drama, aún los más escondidos, reservemos nuestra opinión, no sea que resulte que son infundadas las apreciaciones un tanto ligeras hechas por la prensa al describir el hogar del cura Galeote.

Desde el día siguiente al que recibió nuestra visita, el reo se resistió a ofrecerse a la curiosidad y a los interrogatorios de escritores y periodistas. Comprendió sin duda que las declaraciones verbales eran peligrosas, y se mostró dispuesto a contestar por escrito a cuanto se le preguntara. La literatura epistolar es su fuerte, como lo prueba la colección de cartas que ya han recorrido toda la prensa española y extranjera. Durante bastantes días se resistía a tomar alimento. No bebía más que café, sin hartarse nunca. El director del establecimiento le prohibió o le redujo a límites prudentes el uso de esta bebida, porque la excitación nerviosa del reo era ya alarmante. Últimamente ha ocurrido una sensible modificación en las ideas de Galeote, sin duda por la intervención religiosa del capellán de la cárcel, que celebra con él frecuentes conferencias. Parece estar más tranquilo, y ha escrito dos cartas, una al nuncio y otra al Cabildo Catedral de Madrid, en las cuales se muestra atribulado y arrepentido sin condiciones, declarándose movido de un ciego impulso de vanidad y soberbia al cometer el crimen. La defensa por locura parece, según se desprende de estas cartas, completamente abandonada por el reo.[5]

***

Por extraña coincidencia, al asesinato del primer obispo de Madrid, sucedió una serie de crímenes que podríamos llamar *eclesiásticos* por ser obra de manos de sacerdotes o perpetrados en recinto sagrado. El más odioso, infame y vil de todos fue el que se consumó en la parroquia de San Luis de esta capital la noche del Jueves Santo. ¡Qué Semana Santa más trágica la de este año y qué suelto ha andado en ella Satanás, según la creencia del vulgo!

Lo de San Luis sucedió del modo siguiente: Hallábanse los hermanos de cierta cofradía velando el Santísimo Sacramento, cuando notaron que uno de los grandes cirios chisporroteaba. Acercáronse a verlo los caballeros de guardia, y en el mismo instante estalló con horrible estruendo un petardo de dinamita contenido dentro del cirio. La detonación

5 Tanto por su contenido como por su forma, toda esta crónica recuerda a partes de *Nazarín* (1895) y a la realidad en que parece inspirarse esta novela, la visita de Galdós a Verdaguer (1888) que narrará en 177.*

fue espantosa y se apagaron todas las luces del monumento, y las cortinas aparecieron luego con más de quinientos agujeros. Las dos personas que más cerca estaban quedaron gravemente heridas. Una de ellas, médico muy conocido en Madrid. Se llama Izquierdo, apellido funesto, que era el mismo del infortunado obispo de Madrid.

¿Cómo entró aquel cirio en la iglesia? Es muy sencillo. Cualquier persona puede llevar en estos días a las iglesias los cirios o velas que guste mandar, para que se enciendan enel monumento. Después se recogen los cabos que se consideran benditos. El miércoles se presentó en la sacristía de San Luis un muchacho portador de un cirio algo más gordo que los usuales, para que fuera encendido al siguiente día. Nada podía sospecharse, ni había motivo alguno de recelo, pues aquel mismo día llegaron muchos cirios de diferentes calibres destinados al propio objeto.

El muchacho aquel desapareció sin decir si volvería o no a recoger el cabo, ni dar las señas del domicilio del piadoso donante. Todas las averiguaciones que la policía ha hecho por descubrir a los autores de este salvaje y estúpido crimen, han sido inútiles El fabricante de cirios explosivos continúa envuelto en el misterio. Los cereros de Madrid declaran y aprueban que el cirio infernal de San Luis no ha sido de ningún establecimiento de esta corte.

Hacer el mal de esta manera, hiriendo *al que le toque* es de lo más execrable que cabe en la naturaleza humana. Todos los crímenes, incluso el de Galeote, tienen la disculpa ya que no la justificación, de un móvil personal, o bien venganza que satisfacer, o bien un lucro que conseguir. ¿Pero esto qué significa sino perversidad fría llevada a su último extremo? Se dice que el petardo estaba colocado de modo que estallase en el momento en que la iglesia estuviese llena de gente. El objeto de los criminales era sin duda robar las mesas de petitorio aprovechándose de la confusión que forzosamente se había de producir. Por casualidad providencial el cirio fue encendido más tarde de lo que calcularon los criminales, y la explosión no ocurrió hasta después de las doce y cuando el templo estaba cerrado y no quedaban dentro de él más que las personas encargadas de velar el sacramento. Si la explosión llega a ocurrir cuando la iglesia estaba atestada de gente, habríamos tenido que lamentar una verdadera catástrofe.

***

Y va de cuento.

En un pueblo de la provincia de Huesca, y en los mismos días de Semana Santa, un cura disparó un tiro de revólver contra el maestro de escuela. El móvil fue, según parece, odio y rencillas de localidad.

En Menorca, un canónigo de la catedral de Ciudadela, preso por amenazas al señor obispo, escribe a este una carta insultante, reiterando su insubordinación y amenazando al prelado con hacer justicia por procedimientos análogos a los puestos en moda por Galeota y Cotilla

En Madrid, no recuerdo bien si en los últimos días de Semana Santa o en los primeros de la Pascua, ocurrió un suceso, que por fortuna no terminó en tragedia. Más bien tiene sus puntos y ribetes de sainete. En la calle de Cabestreros vivía una joven honesta y bonita,

a la cual obsequiaba con miradas y epístolas amorosas un galán como de unos veintiocho años, que mañana y tarde le paseaba la calle. No era esta insistencia del agrado de la muchacha, ni menos de un hermano suyo, que se decidió a ponerle los puntos sobre las íes al citado don Juan. Una noche se encaró con él y le quiso disuadir con diversos argumentos de sus proyectos amorosos. El amartelado galán quería llevar la cosa por buenas y protestó de la honradez de su pasión, declarando de la manera más terminante, que iba con buen fin. No convencieron estas razonas al celoso hermano; ambos se enredaron de palabra primero, y después, a las palabras siguió la violencia de las acciones. Intervino una pareja de orden público, y en la prevención se descubrió que el galán era cura, uno de estos curas *francos* que tanto abundan en Madrid. En los bolsillos de su ropa seglar llevaba el angelito un revólver de cinco tiros

Esta serie de hechos ha impresionado al público. Pero, ¿qué es esto? ¿Se viene abajo el mundo? ¿Satán se ha puesto los hábitos? ¿Qué clero es este que en un corto espacio de tiempo y en los días más santos del año ofrece a la estupefacción del mundo tal serie de escándalos y crímenes?

El mundo no se hundirá seguramente; pero todo indica que la llaga es honda en el cuerpo eclesiástico, y que ha de tener muy buena mano el que se comprometa a curarla. Muchos sostienen que solo con el hierro y el fuego se curará.

B. PÉREZ GALDÓS

59

LP, 26/6/1886

SUMARIO: El nacimiento de Alfonso XIII —Un rey póstumo —Rareza del caso en la historia de las monarquías —Ilusiones de una reconciliación de las dos ramas borbónicas —El acto de la presentación del rey recién nacido —Temores de alteración del orden público —Amenazas revolucionarias —Falta de atmósfera revolucionaria —Caracteres de la prensa libre y de la prensa cohibida —Revolución sin bandera —La revolución política es imposible e improcedente —La revolución social —Diferencia de los tiempos en cuanto a las facilidades revolucionarias —Planes consignados en el discurso de la Corona —Resurrección del convenio con Inglaterra —Restauración de la Marina militar —Los nuevos ministerios —El huracán de Madrid y sus estragos —Bautizo de Alfonso XIII.

Madrid, 22 de mayo de 1886.

Señor Director:

El telégrafo anunciaría seguramente el nacimiento del rey de España. Doña María Cristina, viuda de Alfonso XII y reina regente, dio a luz con toda felicidad un varón el 17 del presente al mediodía. Caso único en nuestra historia es este del nacimiento de un rey, que por su calidad de póstumo, recibe la denominación y preeminencias de soberano desde el instante de su aparición en el mundo. No se encuentra un caso semejante en la historia

de ninguna monarquía europea, como no sea en el ciclo carlovingio,[1] y esta circunstancia, unida a las especiales de nuestro país, ha motivado el interés con que la noticia ha sido recibida en todas partes.

Don Alfonso XIII ha nacido con apariencias al menos de robustez. La presencia de esta criatura inocente que viene a reanudar la serie monárquica, en condiciones favorables para la institución, es objeto de vivísimos entusiasmos y de comentarios vehementes. Su existencia y su salud despiertan singular interés, y los problemas políticos de nuestra edad adquieren, ante ese niño, mayor relieve, porque si de una parte parece que ciertas dificultades crecen, de otra, las ventajas aumentan también, y si la idea monárquica se ha de ver, por el nacimiento de varón, más combatida de ciertos elementos, también se ha de ver mejor y más ardientemente defendida por quien sabe y puede hacerlo.

Verdad que el nacimiento de varón prolonga el periodo de minoridad;[2] pero en cambio de esta desventaja tiene la ventaja de robustecer el principio monárquico. Algunos dinásticos de buena fe deseaban que la reina diese a luz una hembra, para realizar de este modo la reconciliación de las dos ramas, casando a don Jaime, hijo del pretendiente don Carlos, con la infanta Mercedes, hoy princesa de Asturias. Muchos carlistas de los menos batalladores patrocinaban esta idea, que según se dijo, es muy del agrado del papa León XIII y del emperador de Austria.[3]

¿Pero en qué condiciones debía llevarse a efecto la fusión de las dos ramas? Porque de esto depende que la reconciliación fuera realizable y conveniente. Si había de concertarse un casamiento reconociendo a ambos cónyuges igual derecho al trono y compartiéndolo por igual, como Guillermo y María en Inglaterra, desde luego puede asegurarse que los liberales no lo aceptaríamos.[4]

Si el don Jaime había de ser simplemente un rey consorte, y su padre un infante como tantos otros, los carlistas no quedarían satisfechos. Porque al transigir ellos habían de intentar salvar parte al menos de sus ideales políticos, llevándolos a una ley fundamental, porque si no, creerían, y con razón, que su papel histórico concluía de una manera harto desairada. El acta matrimonial de este casamiento había de ser una constitución mitad elaborada con elementos o ideas liberales, mitad con ideas absolutistas. Si no, el carlismo habría estado durante un siglo haciendo la guerra para entregarse y venderse al fin por una posición real. Tenemos por cierto que la soñada reconciliación habría sido siempre muy difícil, sino imposible; hoy, y mientras viva el actual poseedor de la corona, que es el niño nacido el día 17, no hay que pensar en tal solución.

1 O carolingio, es decir, 'del ciclo de Carlomagno'.

2 Si hubiese nacido mujer, la heredera sería la princesa de Asturias, nacida el 11 de septiembre de 1880, que hubiese llegado a la mayoría exigida para reinar casi seis años antes que su hermano.

3 Este rumor del *agrado* de León XIII por la reconciliación de las dos ramas borbónicas, podría obedecer a evitarse problemas con el clero español carlista (véase 48). En cuanto al de Francisco José I de Habsburgo, podría provenir de que el entonces pretendiente; Carlos de Borbón y Austria-Este, era descendiente por línea materna de la casa de Habsburgo.

4 Es la primera vez en estos artículos que Galdós se autoincluye explícitamente en el partido liberal.

El acto de la presentación del hijo de Alfonso XII fue muy interesante. Como el que esto escribe tuvo el honor de formar parte de la comisión parlamentaria designada para asistir a aquella ceremonia indispensable en el ritual monárquico,[5] puede fácilmente reseñarla en esta carta. Las diferentes comisiones del Congreso y Senado, del principado de Asturias, de la grandeza, de las altas corporaciones del Estado, el cuerpo diplomático y las jerarquías civiles y militares componían en junto unas trescientas personas, las cuales, avisadas en sus domicilios por guardias alabarderos cuando se creyó próximo el alumbramiento de la reina, se fueron reuniendo en la Cámara Real. A las doce y media próximamente el presidente del Consejo de ministros que estaba en la estancia próxima a la alcoba de su majestad, apareció en la Cámara para anunciar el nacimiento de un varón. Poco después, las comisiones desfilaban por aquel laberinto de aposentos, adornados con arte maravilloso, hasta llegar a la camareta que es una sala de dimensiones no muy grandes, en la cual recibe ordinariamente su majestad en audiencia privada. Allí esperamos próximamente un cuarto de hora. La habitación no era bastante capaz, y hubo apreturas, como las que sufre el pueblo en la calle, cuando se agolpa, incitado de la curiosidad, para ver una procesión militar, civil o religiosa. Más de un plumero de general padeció graves desperfectos aquel día, y no pocos sombreros fueron chafados.

Por fin se abrió la puerta que conducía a la alcoba de la reina. Lo que nos anunció el acto de la presentación fue el llanto del hijo de Alfonso XII, esa primordial expresión de la vida humana, que manifiesta nuestra debilidad y lo poco que valemos en presencia de la naturaleza. Juntamente con el llanto del tierno niño en la camareta, se oyó el estruendo del primer cañonazo que anunciaba a Madrid su nacimiento. Vimos luego al niño rey, presentado en una canastilla cubierta de algodones, que traía en brazos la duquesa de Medina de las Torres, camarera mayor. Estaba enteramente desnudo, y en el breve instante que duró la ceremonia no cesó de llorar con aliento enérgico.

Cuando las personas invitadas a la presentación desfilaban por la gran escalera de Palacio, las impresiones cambiadas rápidamente eran favorables. Desde algunos días antes se temían alteraciones del orden público. Los republicanos y los carlistas amenazaban con echarse a la calle en cuanto naciera el sucesor de Alfonso XII.

Pero como una cosa es hablar de revoluciones y otra realizarlas, todo ha resultado puro ruido y jarabe de pico, como se suele decir. Fuera del deplorable incidente de Cartagena,[6] la tranquilidad pública ha sido perfecta desde la muerte del rey. Los carlistas vascos y navarros no tienen ganas de moverse, y parece que les va bien con la paz; los republicanos se moverían si encontraran quien les ayudara, porque estos revolucionarios tan fieros no se lanzan sino ayudados de una insurrección militar. En vano tratan de crear ese ambiente revolucionario, sin el cual no es posible una mudanza, por insignificante que sea, en los organismos del Estado. El ambiente revolucionario no se forma por la voluntad de unos cuantos. Las revoluciones se elaboran en la conciencia pública, y estallan provocadas por situaciones arbitrarias y despóticas, que atropellan a los adversarios y ultrajan a todos

5 Ya que era diputado desde el 4 de abril.*

6 Relatado en 53.

los partidos. Pero no se encuentra en la historia revolucionaria que haya podido nacer y desarrollarse enfrente de situaciones tolerantes como la presente, y que respeta todos los derechos y ha hecho prácticas todas las libertades. Desde la Restauración acá no ha existido un período en que los derechos políticos hayan estado más firmemente garantidos. No hace mucho se ha reunido en Madrid una asamblea republicana, que ha deliberado libre y públicamente.[7] La prensa goza franquicias que no ha tenido jamás entre nosotros, ni aun en los tiempos de anarquía.[8]

Si en 1873, cualquier periódico monárquico hubiera escrito de la república y de los republicanos lo que estos escriben hoy de la monarquía y de los monárquicos, a sus infelices redactores no les habría quedado un hueso sano. ¿Y en qué consiste, sin embargo, que a pesar de que ciertos diarios tratan con dureza y con muy poco miramiento a la reina regente, ésta no ha perdido su prestigio ni ha visto mermar un solo día el buen concepto que a todo el mundo merece? Consiste en que es muy difícil que la prensa libre falsee los hechos y altere la verdad de las cosas. La prensa cohibida puede hacerlo alguna vez; la prensa libre jamás. Los ataques infundados y las apreciaciones descorteses producen siempre un efecto enteramente contrario al que sus autores se proponen.

Cuando no se pone ninguna cortapisa a la libre expresión del pensamiento, parece que el escritor está más obligado a acomodarse a los fueros de la verdad, y a respetar toda personalidad a quien las leyes dan una representación más o menos grande. No haciéndolo así, se corre el riesgo de que el público se ponga de parte de las personalidades que si por la ley están muy alto, por la misma ley están indefensas contra las apreciaciones escritas. Es increíble que escritores de talento se cieguen hasta el punto de no ver esta ley de humanidad, por la cual las simpatías y el respeto de la opinión amparan siempre al que no se defiende.

Hemos vivido bastante, y hemos visto los efectos de la prensa, según se la trata. Con freno, sus ataques solapados o ingeniosos, sus ironías aceradas destruyen aquello mismo que se quiere defender con la prohibición. Sin freno, actuando libremente y soltándose a hablar claro y a decir cuánto cabe en la malicia humana y cuánto puede dar de sí el vocabulario de las pasiones, sus efectos ofensivos son nulos, o casi nulos. Los poderes, si proceden con rectitud, se fortifican, y no pueden proceder de otra manera, porque la misma opinión fiscalizadora los apartaría de toda senda peligrosa, si por acaso quisieran entrar en ella.

La libertad de la prensa es no solo un derecho, sino conveniencia ineludible. Lo que en ocasiones parece un peligro, deja de serlo desde el momento en que se permiten toda clase de apreciaciones, por desatentadas que sean. Las groserías y las violencias tienen su correctivo inmediato y eficaz en el desdén del público. No hay que temer el lenguaje demasiado vivo. Ciertas cosas, que hacen un efecto desastroso en días de persecución

7 Es posible que se celebrase el 11 de febrero, fecha en que los republicanos conmemoraban la proclamación de la I República en 1873.

8 Compárese con lo comentado sobre *persecuciones a la prensa* en 12, cuando acababa de llegar al poder el partido conservador.

periodística, pasan sin escándalo y aun sin lectores en días de libertad. Los ataques más violentos se olvidan pronto, y las ideas tienen su valor propio, no el ficticio que les da la pasión o la violencia. Adquiere la opinión pública, en épocas de libertad, un instinto seguro de que carece cuando todas las ideas llegan a ella tamizadas y desfiguradas. No se deja extraviar fácilmente, porque la desnudez y el desaliño con que se manifiestan las opiniones individuales permiten apreciar claramente la verdad.

***

No creo, pues, en revoluciones próximas. Toda revolución necesita una bandera y un grito. ¿Cuál será éste? ¿La libertad? De ningún modo, porque ahora la tenemos, y en un grado tal, que la misma república no nos daría más franquicias que las que hoy disfrutamos. Francia republicana se dispone a expulsar a los príncipes de Orleans,[9] creyéndolos núcleo de las aspiraciones monárquicas. España monárquica, abre las fronteras a los emigrados republicanos, a los cantonales de 1873, y al conspirador eterno, al mismo señor Ruiz Zorrilla, que reside en el extranjero porque quiere.[10] En Madrid reúnen los federales y republicanos progresistas una asamblea en la cual discuten su organización dando a conocer bien claro que no pueden entenderse fuera del gobierno, como no se entendieron en él cuando la renuncia de don Amadeo produjo la república. Es libre la prensa como no lo ha sido nunca en España. ¿Quién podrá en tal situación mover el país en nombre de la libertad?

Únicamente la revolución social, si tuviera en España elementos preparados para ella, podría encontrar lema y bandera. Los federales pactistas[11] son el único partido que puede seriamente darse el nombre de revolucionario. Pero las cuestiones sociales no han removido bastante la opinión en nuestro país, ni nuestros talleres son de tal importancia y magnitud que suministren al socialismo contingente bastante para luchar con los poderes públicos. Por este lado, no hay, al parecer, peligro en los momentos actuales. Pero la revolución meramente política es un delirio, porque los derechos políticos se conquistaron de un modo definitivo en la revolución de 1868, hecha, no por el ejército, sino por el país con el instrumento del ejército.

Bien claro se manifiesta esto en la serenidad con que la nación presencia el desenvolvimiento de los partidos, el poco o ningún efecto que hacen las violencias de lenguaje de los revolucionarios. Los intereses van creciendo tanto y multiplicándose de tal modo, que es ya muy difícil mover esta inmensa mole de un Estado que cada día se ramifica y complica más. Hace treinta años, un general osado derribaba una situación sin más que echarse al campo con dos o tres regimientos. Hoy, aun contando con las grandes corruptelas de nuestro ejército, es muy difícil alterar, no digamos lo fundamental, pero ni siquiera

9 Luis Felipe y María Isabel de Orleans. Él era nieto de Luis Felipe I y aspirante al trono de Francia.

10 El gobierno de Sagasta, a petición de la regente, decretó amnistía para delitos políticos y de prensa en el primer consejo de la Regencia, por lo que Ruiz Zorrilla podía regresar a España.

11 Los seguidores de Pi y Margall, según 52.

lo que es accesorio y variable. Porque eso de variar la constitución y la forma de gobierno se dice muy pronto; pero hacerlo ya es harina de otro costal. No se cuenta con la resistencia propia de las cosas, ni con la solidez y adherencia que las instituciones han adquirido por sí mismas, en virtud de la ley del tiempo y del cambio lento que se va verificando en nuestras costumbres.

***

El discurso de la corona leído ante las Cámaras el día de la apertura, contiene el plan político y administrativo del gobierno. Los propósitos son vastos y las promesas muchas. Con que se realice una parte importante de ellas, puede el país darse por satisfecho. Porque la amplificación parlamentaria, que es una de las debilidades, sino la única gran debilidad de nuestros cuerpos deliberantes, imposibilitará seguramente que algunos pensamientos útiles del gobierno se realicen, contra el deseo del mismo gobierno y de los representantes del país. La principal sorpresa que el discurso de su majestad contenía, fue la resurrección del convenio o *modus vivendi* con Inglaterra,[12] en virtud del cual eleva esta nación su escala alcohólica para dar entrada a nuestros vinos flojos, pagando tan solo un *chelín* por galón,[13] y España concede a Inglaterra la segunda columna del arancel o sea el trato de nación más favorecida. En mis cartas del año pasado hablo largamente del inesperado fracaso de este convenio,[14] siendo ministro de Estado el señor Elduayen. Reanudadas las negociaciones por el señor Moret,[15] se han llevado éstas tan sigilosamente, que ni en Londres ni en Madrid se ha sabido nada hasta el día 10. En una y otra capital la noticia produjo el efecto más satisfactorio, y el comercio de ambos países se considera llamado a entrar muy pronto en un periodo de negocios activos y provechosos. Si la ratificación del convenio en el Parlamento inglés y en las Cortes españolas se verifica sin tropiezos, como se cree, el convenio empezara a regir el primero del próximo julio.

También merece atención preferente en el discurso regio la restauración de nuestro poder naval. A las construcciones que hoy están pendientes en astilleros extranjeros y nacionales se unirán pronto otras, y tendremos al fin una escuadra digna de nuestra bandera y de nuestra historia naval. El acorazado *Pelayo*, el crucero de primera clase *Reina Regente,* el caza-torpederos *Destructor* serán los fundadores de nuestra nueva Marina, y los seguirán los tres grandes cruceros que se construyen en los arsenales de la península.

Otros muchos asuntos abraza el discurso; pero no los creo de gran interés fuera de España, porque se refieren a nuestra organización interior. Lo más culminante es la divi- sión del actual ministerio de Fomento en dos, uno que se llamará de *Instrucción pública, ciencias* y *bellas artes,* y otro que llevará el nombre de *Obras públicas, comercio y agricul-*

12 Véase 17, n. 9.

13 *chelín*: 'moneda inglesa en curso hasta 1970, equivalente a la vigésima parte de una libra'; *galón*: medida inglesa para líquidos, equivalente a algo más de 4.546 litros.

14 En 28 y 33.

15 Elduayen era ministro de Estado (Exteriores) con el gobierno conservador de Cánovas. Moret con el liberal de Sagasta.

tura. Cada una de estas dos grandes ramas administrativas exige organización propia, y no se comprendía que estuviesen bajo una sola dirección las Bolsas o Mercados de valores públicos y las Universidades; que una misma cabeza se ocupase de los faros o alumbrado marítimo y de las bibliotecas públicas; que la Escuela de Agricultura y el depósito de sementales tuviesen relación con las exposiciones de pinturas y las oposiciones a cátedras. La creación de estos dos ministerios obedece a una necesidad y hace tiempo que viene indicada. Aún quedarán en la distribución de servicios administrativos no pocas anomalías e incongruencias, como los establecimientos penales dependiendo de la Gobernación, cual si fueran ramificación de la policía, el Teatro Real y de Ópera italiana, bajo los auspicios del Ministro de Hacienda, la marina mercante dependiendo de la militar y otras antiguallas, restos de la organización patriarcal de aquel antiguo Consejo y Cámara de Castilla,[16] que entendía de todo, absolutamente de todo, cuanto atañe a la existencia del ciudadano, y lo mismo sentenciaba pleitos, que daba licencias para cazar o llevar armas, lo mismo intervenía en la confección de las pragmáticas de comercio que en las que regulaban la manera de vestirse.[17]

***

La célebre romería de San Isidro no ha sido este año tan animada y tumultuosa como otros, por causa del mal tiempo. Tuvimos aquí un huracán, que no fue cosa de broma como suelen serlo los huracanes de esta zona, sino una verdadera calamidad con honores de catástrofe. Nadie recuerda en Madrid una revolución meteorológica tan violenta; ni jamás se había visto aquí los gigantescos árboles sacudidos y desarraigados como débiles cañas.

Los magníficos ejemplares de coníferas que Madrid poseía y que eran verdadero orgullo de esta villa, han desaparecido casi todos. El Jardín Botánico, en el cual se habían empleado grandes sumas desde Carlos III que lo fundó, y que poseía un arbolado de primer orden, ha quedado casi arrasado por completo. El Retiro también ha sufrido, aunque no tanto como su vecino el Botánico. No hay que hablar de los desperfectos en edificios públicos y particulares. No se ven por ahí más que veletas torcidas, techumbres de cristal en los puros huesos, balaustradas hechas polvo, chimeneas rotas, y es incalculable el número de persianas arrancadas por la furiosa mano del viento y llevadas a increíbles distancias. Todo esto no significaría nada, ni tampoco las pérdidas de árboles seculares, tan difíciles de reponer, si no hubieran ocurrido también bastantes desgraciasen en las personas. A consecuencia del desplomamiento de edificios han perecido unas cuarenta personas, siendo muchísimo mayor el número de los heridos más o menos graves. La naturaleza nos mira con malos ojos, y ya no tenemos solo terremotos o inundaciones, sino también huracanes como los de los trópicos. Felizmente el ciclón que tanto dio que hablar en Madrid, no se ha manifestado con violencia más que en una parte de esta villa.

16 Principal centro de poder en la estructura de gobierno de la monarquía hispánica del XVI al XIX.

17 *Pragmáticas*: 'leyes promulgada con determinadas fórmulas, diferenciadas de los decretos y órdenes generales'.

En el resto de la provincia no ocurrió ninguna desgracia, y en el resto de España el tiempo apenas era desapacible. El vecindario y las autoridades han acudido con tanta presteza al socorro de las víctimas de la tromba, ciclón o lo que fuera, que sus estragos han sido hasta cierto punto mitigados por la caridad.

No quiera Dios que se repitan estas bromas pesadas de la naturaleza, pues, de repetirse, tendríamos que emigrar, creyendo que este viejo y ruinoso mundo, además de agrietado y resquebrajado, está también lleno de goteras.

***

El bautizo del niño-rey se ha verificado hoy a en Palacio con la pompa que acostumbra a desplegar la Casa Real en casos tales. Los padrinos han sido el papa, representado por el nuncio, monseñor Rampolla, y la infanta Isabel, hermana del difunto monarca. Desde el día del nacimiento hubo discusiones sobre el nombre que debía darse al nuevo rey; pero al fin ha prevalecido el deseo de la reina, que ha querido siempre llevase el nombre de Alfonso, sin dar importancia alguna, como persona ilustrada y discreta, a la superstición del número XIII, que es el que le corresponde en la serie de los soberanos de aquel glorioso nombre.

B. PÉREZ GALDÓS

60
LP, 3/7/1886

SUMARIO: Congreso y Senado —Esenciales diferencias de local —Placidez de la Cámara aristocrática —Discusión del mensaje —La expulsión de los príncipes de Orleans —Errores de los radicales —Las conspiraciones de emigrados son las más peligrosas —Peligros de la república —Proyectos jacobinos —Bodas del duque de Braganza con la princesa Amelia —Príncipes extranjeros en Lisboa —Inauguración de la línea de Salamanca. —Recuerdos históricos de esta ciudad —El Zurguén, los Arapiles —El conde de Xiquena, gobernador de Madrid —Accidente desgraciado —Diferentes versiones —Proximidad del verano —Los ejercicios de circo y el toreo —Comparaciones —La floricultura y las exposiciones de flores.

Madrid, 31 de mayo de 1886.

Señor Director:

El Congreso es todo bullicio, pasiones, juventud, ardor; el Senado es todo tranquilidad, madurez, discreción. Estos dos elementos, a veces hermanados, a veces en pugna, forman el equilibrio parlamentario. Si solo existiera la Cámara popular, los gobiernos llevarían una existencia harto penosa; si solo existiera la Cámara aristocrática, los gobiernos se entregarían a una dulce somnolencia. Los diputados tienen un palacio construido para ellos, pero que no reúne las condiciones apropiadas al objeto. Por efecto de la mala disposi-

ción de las luces y de la imperfecta ventilación, hay siempre una pesadez molestísima en aquella atmósfera. El aire se rarifica pronto, y la luz cenital[1] que ilumina débilmente todos los departamentos de la casa, obra sobre el cerebro, produciendo tristeza y pesimismo. Parece que el edificio se ha construido expresamente para irritar el ánimo de los que a él concurren, incitándoles a la pelea. Todo el que está allí tres o cuatro horas seguidas siente, primero un gran aburrimiento, después ganas de discutir y de reñir con alguien. Los nervios se alborotan en aquel ambiente cerrado, y bajo aquella luz que cae sobre la coronilla, y por fin el espíritu se predispone en contra de todo, deseando que se armen grandes y bulliciosas camorras.

El gran pasillo, recto y oscuro como un túnel, incita a la discordia ¿quién lo duda? Una de dos: o el arquitecto que hizo esta casa se pasaba de listo,[2] proponiéndose encerrar a los diputados en un local que les hiciera más revoltosos, o no daba pie con bola en el noble arte de la construcción.

En cambio los senadores tienen una casa que es toda placidez, alegría y comodidad. Es un convento reformado, y ya se sabe que los frailes vivían bien[3] La sala de sesiones fue iglesia, y recibe aire y luz de sus altas y bien dispuestas claraboyas. El salón de conferen- cias, la biblioteca, pasillos, secciones y demás dependencias son amplias y desahogadas. Los senadores no están sometidos al suplicio de aquella antipática luz cenital, que hace del Congreso un lugar de tormento. Hasta en el decorado y en las ampliaciones del edifi- cio han hallado una ventaja, favorecidos por la propia irregularidad de él. Allí está el gran cuadro de Pradilla, *La rendición de Granada*,[4] y habrá otras obras notables de los primerosmaestros contemporáneos.

Dígase lo que se quiera, la belleza y amplitud del local ha de ejercer alguna influencia en las discusiones de esta Cámara haciéndolas tan discretas y sosegadas. Allí todo es cortesía, miramientos, respeto al adversario. La reciente discusión del mensaje lo prueba. ¡Felices mil veces los gobiernos, si las dificultades parlamentarias fuesen siempre así! El presidente del Consejo ha resumido los debates con una serenidad, una habilidad y un dominio de sí mismo y del asunto, que auguran días lisonjeros a la situación. El debate había sido tranquilo, los conservadores se mostraban reservados y a la expectativa, los republicanos posibilistas combatían con las armas forradas en algodón y los individuos de las dos exiguas agrupaciones, *izquierdista* y *romerista*,[5] eran los que únicamente se presentaban batalladores. Como fuera de España carecen absolutamente de interés las menudencias de nuestra política, no quiero hablar de estos grupos, cuyas ideas solo tienen valor aquí, valor ficticio seguramente, porque escarbando un poco en ellas, se cae la cascarilla de los prin-

1 'luz que se recibe desde el techo'.

2 El palacio de las Cortes es obra de Narciso Pascual y Colomer entre 1843 y 1850.

3 El *convento* de los agustinos descalzos fundado en 1581, ampliado por Juan de Villanueva en 1580, sufrió después numerosas reformas.

4 Pradilla finalizó la obra en 1882. Actualmente se encuentra en la Sala de Conferencias o Salón de los Pasos Perdidos del palacio del Senado.

5 Desgajadas, respectivamente, del partido liberal y del conservador (véanse 2 y 50).

cipios y aparece al instante el interés personal. Si ha de haber un poquito más o un poquito menos de extensión en el sufragio, si debemos sustituir una constitución por otra; he aquí la aparente justificación de los tales grupos, que al fin han de desaparecer, volviendo cada cual al tronco de que salieron, con provecho para el país y la monarquía.

Pronto empezará la discusión del mensaje en el Congreso, y allí ya veremos y oiremos algo más dramático que estas contiendas patriarcales del Senado. Porque los adversarios de la situación y de la monarquía son en la Cámara popular hombres de batalla, ilusionados todavía con los prestigios de la oratoria brillante, y porque los problemas adquieren allí una grandeza particular, y en fin, porque el local lo lleva en sí, y no es posible la paz dentro de aquella cisterna[6] ni en aquella atmósfera que aturde y congestiona. Sobre las emociones de esta discusión, que principiará dentro de algunos días, escribiré algo en mis próximas cartas.[7]

***

Es hoy objeto de todas las conversaciones la proyectada expulsión de los individuos de familias reales o imperiales, propuesta a la Cámara francesa por los radicales. El conde de París y los demás príncipes de la familia de Orleans, los príncipes Jerónimo y Víctor Bonaparte no podrán vivir en territorio francés, si la expulsión se realiza. Esto se considera como un síntoma fatal para la República, porque si se cree tan insegura por las pretensiones de los príncipes, estos le han de hacer más daño fuera que dentro de las fronteras francesas. Ya se sabe que las conspiraciones más temibles son las de emigrados. De las emigraciones han salido siempre las iniciativas más poderosas contra los estados, que se creían seguros segregando de sí elementos de discordia. En España tenemos pruebas palpables de esto. Todos los trastornos que han alterado la paz de este país han venido de las emigraciones. Desde el momento en que la frontera se ha abierto a los proscritos, las conspiraciones han perdido su fuerza. Parece que el ambiente del propio país en cuyo suelo se forjan, les es desfavorable. Don Carlos dispuso y organizó la formidable guerra civil de 1872 en el extranjero.[8] Viviendo en España no habría podido hacerlo.

¿Qué temen los republicanos franceses? ¿Un golpe de estado como el de 1851?[9] Pues esto, lo mismo pueden organizarlo los príncipes dentro que fuera, y mejor aún desde las fronteras suiza, belga o alemana. Y si el golpe de estado no tiene apoyo en la conveniencia pública, fracasará, seguramente, aunque lo trabajen todos los príncipes de la tierra en el corazón de Francia, en París. Si el proyecto de expulsión significa miedo, mal síntoma para la República es la flaqueza, y de fijo tendrá más enemigos asustándose de ellos, que mostrándose serena y magnánima.

Si el derecho no es igual para todos les ciudadanos, la República será menos liberal que las monarquías de Inglaterra, Bélgica, Italia y España, y concluirá por ser un gobierno de

6 *cisterna*: metafórica e irónicamente, `subterráneo con poca luz'.

7 Toda este apartado parece relacionado con la experiencia recién estrenada del autor como diputado.*

8 La segunda y última guerra carlista que finalizó en 1876.

9 El que llevó a Luis Felipe de Orleans a abdicar, dejando paso a la Segunda República Francesa.

partido. Los monárquicos franceses que algo valen en calidad y en número, se han de crecer por la ley histórica que engrandece a los perseguidos; los príncipes aparecerán rodeados del prestigio de víctimas, y si antes interesaban poco a las multitudes, la proscripción les ha de labrar una corona de simpatías que antes no tenían.

Los republicanos templados condenan la expulsión, como obra del jacobinismo.[10] Si a esta medida suceden las demás que se anuncian inspiradas por la intransigencia, como la purificación del personal administrativo, la supresión del presupuesto de cultos, malos vientos corren para la república francesa, que ha dado en otras ocasiones ejemplos de sensatez y tolerancia.

Todas las situaciones se pierden por el exceso de celo y exclusivismo. La teoría de la república para los republicanos es contraria a toda idea de buen gobierno. Bien puede asegurarse que el propósito de expurgar la Administración, alegando la necesidad de poner todos los destinos en manos de personas amantes de las instituciones vigentes, encubre el deseo egoísta de hacer huecos para colocar paniaguados. Con este sistema, la República convertirá en enemigos furiosos a muchos empleados probos, que, aunque monárquicos, la servían lealmente, y a cambio de esta pérdida, tendrá el apoyo de algunos estómagos agradecidos.

Si se realiza la supresión del presupuesto de cultos, el clero en masa se pondrá en frente de la República, y ya se comprende lo que esto puede significar, aun en país tan civilizadoy culto como Francia. Dígase lo que se quiera, el clero es pacífico cuando no se meten con él; pero no hay enemigo peor cuando se decide a serlo. Allí no hay realmente clérigos dispuestos a coger un fusil, ni cabecillas con sotana, pero el dominio sobre las conciencias es quizás más grande y eficaz que entre nosotros. Si a estos planes se une el de rematar la expulsión de los príncipes con la confiscación de sus bienes, los enemigos de la República crecerán como la espuma. Téngase muy presente que hay en Francia muchos monárqui- cos tibios que apoyaban lealmente la forma republicana, como hecho consumado y por evitar trastornos. Si la era de las proscripciones comienza, tras los secuestros de bienes defamilias regias, vendrán los de particulares y se creará al fin una atmósfera irrespirable paralos republicanos.

Hay que confiar, no obstante, en que Francia es país muy aleccionado por la experiencia; abundan en él las personas instruidas y sensatas, y bien podría suceder que todas estas alharacas del jacobinismo fueran al fin sofocadas por la opinión recta y juiciosa de la gente templada.

***

Con esto de la expulsión ha coincidido la boda del heredero de Portugal con la hija del conde de París, y quizás haya cierta relación entre una cosa y otra, porque los republicanos franceses han creído ver en las bodas de Lisboa una manifestación antirrepublicana y una exhibición de pretendientes. No creemos que por la mente del jefe de la casa de Braganza haya pasado la idea de molestar a Francia ni de intervenir poco ni mucho en sus

10 Doctrina radical extrema que tuvo su origen en la Revolución francesa.

destinos. También es muy peregrino que los republicanos se entrometan en los casamientos de los reyes, y pongan el veto a ciertas alianzas. Tanta libertad, tanta fraternidad, y ¿un príncipe no puede elegir esposa según los impulsos de su corazón?

Las fiestas han sido espléndidas, pues la corte de Portugal es fastuosísima, y sabe hacer estas cosas con rumbo y aparato. Lisboa es ciudad de mucho lucimiento para fiestas públicas, por sus dimensiones colosales y por la belleza que le da su anchuroso magnífico río. Concurrieron a estas suntuosas bodas varios príncipes extranjeros: el hermano del rey de Italia, don Amadeo de Saboya que fue rey de España, y el príncipe Jorge, hijo del heredero de la corona de Inglaterra. De los príncipes de Orleáns, estaban todos, o casi todos porque faltaba el duque de Montpensier, abuelo de la desposada. A la ida y a la vuelta han pasado por España los condes de París, el duque de Chartres, el príncipe de Joinville, el duque de Aumale y la princesa Clementina. Don Amadeo y el príncipe Jorge fueron a Lisboa en las escuadras de sus respectivos países, y en ellas han salido, el primero para Génova y el segundo para Gibraltar.

***

Para llevar a Portugal a los condes de París y a su hija, corrió por primera vez, días ha, el tren de la nueva línea de Salamanca a la frontera portuguesa. La inauguración para el público no se ha verificado todavía; pero no tardará. Línea es esta de gran importancia, y con ella son ya cuatro los enlaces de vía férrea que tenemos con el reino vecino y hermano. Salamanca, la histórica ciudad que por falta de comunicaciones con el oeste, estaba como arrinconada, hállase ahora a pocas horas de Porto. Es aquella provincia, rica en ganados y en cereales; posee una ciudad industrial de mucha importancia, Béjar, las renombradas aguas del Ledesma, la fortaleza de Ciudad Rodrigo y otros elementos de vida. Su capital es una de las ciudades más monumentales de la península, quizás la que más tesoros artísticos contiene después de las de Toledo, Sevilla y Granada. Sus dos catedrales, la vieja, bizantina, y la nueva, gótica del tercer periodo, ofrecen innumerables maravillas a la admiración del viajero. De sus celebrados colegios quedan algunos; entre sus conventos hay dos de inimitable arquitectura; sus palacios danle aspecto de ciudad italiana, y por fin su universidad, de histórico renombre, se conserva materialmente en pie, aunque es una de las menos importantes de España en el número de sus escolares.

Baña los muros de Salamanca el afamado Tormes, cuyo nombre no puede separase de la más clásica de nuestras novelas picarescas,[11] y no lejos del puente de cimientos romanos está el célebre prado del Zurguén que fue una especie de Arcadia, y cuya belleza han cantado todos los poetas salmantinos desde fray Luis de León hasta fray Diego González.[12] Aquel verdor apacible inspiró las inmortales endechas de la *Vida del campo*,[13] harto más poéticas por su aroma de sencillez y sentimiento que las declamaciones de los Silenos,

11 *El lazarillo de Tormes* (1554).

12 *prado del Zurguén …. fray Diego González*: la poesía pastoril desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII; *La flor del Zurguén*, es un poema muy conocido de este género de Meléndez Valdés.

13 Con toda probabilidad, se refiere al poema de fray Luis de León, *De la vida retirada*.

Jovinos, Delios y Lisardos en el siglo pasado.[14] Hablando con franqueza, debe decirse que el Zurguén desilusiona bastante cuando se le ve hoy, pues las flores, aun las silvestres, escasean en él, y ofrece en su desnudez más desamparo que poesía. Pero aquellos insignes soñadores veían las cosas reales de otra manera, proyectando sobre ellas los rayos luminosos de su espíritu, o quizás el célebre prado ha venido a menos y no es hoy sombra de lo que fue. Otro recuerdo insigne hay en los alrededores de Salamanca, y es el cerro o cerros de Arapiles, donde se dio la grande y descomunal batalla en que las tropas combinadas, españolas e inglesas, al mando del general Wellington, abatieron a las francesas, dando a la ocupación de la península el golpe de gracia, que después se remató en la batalla de Vitoria.[15] Todavía, el arado al desgarrar el terreno en los cerros de Arapiles, descubre restos de aquella sangrienta y ferocísima batalla, y salen huesos, cráneos, botones, placas de morriones, balas, y otros despojos de guerra.

Por sus monumentos incomparables, por sus recuerdos literarios y militares, esta ciudad en la cual han nacido tantos hombres ilustres en todos los órdenes, es de las más interesantes de la península, y a todo el que ha pasado por España sin haberla visto, se le puede recomendar que pase otra vez con el exclusivo objeto de hacerle una visita.

***

Ha producido en Madrid hondísima sensación el accidente desgraciado ocurrido al señor conde de Xiquena, gobernador de esta provincia, persona estimadísima, perfecto caballero y, funcionario tan inteligente y activo que no será fácil encontrar quien le sustituya. Xiquena era inapreciable para el cargo espinosísimo que desempeñaba; por su nacimiento estaba enlazado con las principales familias de la aristocracia antigua; por su carácter abierto y comunicativo era popular entre las clases bajas, y en todas las esferas tenía amigos. Pocos poseen como él el don de ganarse las voluntades, y pocos han sabido reunir tanta cortesía y formas tan exquisitas a una voluntad tan firme y enérgica. Sabía cumplir su obligación y hacer que las cumplieran los que bajo su mando estaban. Pocas veces tuvo Madrid una autoridad que supiera serlo tan decididamente, poseyendo al mismo tiempo el arte de hacerse simpática y de atenuar con las delicadezas de la palabra que convence los rigores de la mano que gobierna.

Respecto al accidente que ha puesto en peligro la vida del conde de Xiquena, corren versiones diversas, alguna de las cuales no podemos reproducir sin las convenientes reservas. Según unos, el conde se hirió en el costado izquierdo, examinando un revólver; según otros, la herida ha sido resultado de un acto voluntario.

El dignísimo funcionario, cuya vida está hoy tan en peligro, padecía una enfermedad de carácter reumático que ha tiempo agriaba su carácter. A consecuencia de estas molestias

---

14 Seudónimos pastoriles de la escuela poética de Salamanca: *Jovino*, (Jovellanos), *Delio* (Diego Tadeo González); *Silenos* y *Lisardos*, no localizados en el XVIII, remiten también a la tradición pastoril.*

15 *Arapiles … Vitoria*: En 1875, Galdós presenta esta batalla de los Arapiles, en el episodio homónimo, como final de la Guerra de la Independencia, y la de Vitoria como epílogo en *El equipaje del rey José*.

y de las vigilias y grandes fatigas que le producía su dificilísimo cargo, vióse afectado algunas veces de ciertos arrebatos nerviosos. Su quebrantada salud motivó el alejamiento del trabajo por breve temporada que pasó en los baños de Alhama. Creyóse al fin él mismo, y también lo creía su familia, completamente restablecido, y al volver a Madrid y cuando se disponía a tomar nuevamente posesión de su destino, ocurrió el lamentable suceso que todo Madrid deplora.

Los raptos espasmódicos que se habían notado de algún tiempo a esta parte en el gobernador de Madrid, parecían más bien un resultado de su carácter vehementísimo, de su valor a prueba de peligros, y de su exquisito celo por el servicio de policía. Había llegado a mostrar un pesimismo excesivo y recelo exagerado de que el orden público se alterase. Las precauciones que tomaba eran demasiado prolijas, y se creía amenazado personalmente por los desalmados a quienes perseguía sin descanso. En ciertos momentos mostraba verdadero frenesí de vigilancia policíaca, y luego le entraban desalientos, suponiéndose incapaz de vencer tantas dificultades y de poder atajar las conspiraciones y las tramas de los malvados.

Los pronósticos de la ciencia acerca de la grave herida del conde son pocos lisonjeros. Si se confirman, perderá la sociedad un caballero intachable, adornado de notables prendas, y la situación uno de sus servidores más decididos.[16]

***

Con la aproximación del verano, toma Madrid el carácter que tanto le distingue en esta estación. Todos los teatros de importancia están cerrados, y las compañías españolas desfilan hacia los teatros de provincias, dejando el campo libre a las compañías extranjeras. Tenemos ópera italiana del género trashumante, opereta cómica, también italiana, *vaudeville* francés, y pronto vendrá una compañía dramática italiana con renombrados actores.

El circo ecuestre cuenta los llenos por funciones. Estas funciones en que el espectador no piensa y simplemente recibe las impresiones más primitivas, tiene cada día más partidarios. Todas las notabilidades gimnásticas de Europa van desfilando por el afortunado redondel del Teatro de Price,[17] y con ellas vienen los equilibristas, los hombres de goma, los tiradores de carabina, los velocipedistas, los patinadores, los que han hecho de una traílla de perros una sociedad inteligente, los que han enseñado el baile a un cerdo, en fin todas las extravagancias de la fuerza bruta, de la agilidad y de la paciencia. Pasma el considerar cómo se ganan la vida algunas personas. Hay quien mantiene a su familia tirándose todas las noches desde veinte metros de altura, o doblándose hasta ponerse las plantas de los pies sobre la coronilla, o haciendo girar toda la pesadumbre del cuerpo sobre la fragilidad de un solo dedo.

16 El conde de *Xiquena* viviría hasta 1898.

17 El *Teatro de Price*, fundado en 1853 por el caballista irlandés Thomas Price en Recoletos, fue trasladado a la plaza del Rey y convertido en teatro-circo en 1880.

¡Qué humanidad ésta! Pero hay que convenir en que los *clowns* o payasos divierten y entretienen y algunos son verdaderos artistas. Quizás sean los genuinos actores del porvenir. Lo particular es que para que un *clown* haga reír es indispensable que sea inglés, porque la mitad del efecto está en el acento. Si se presentara en la arena un español con su cara enyesada a hacer aquellas simplezas, el público se sublevaría, pidiendo a la autoridad que le metiera en la cárcel. Es este un arte que no podemos disputar al país de la seriedad y del *deportment*.

Siempre que actúan las compañías de los circos se suscita la eterna contienda entre los partidarios de estos espectáculos y los que defienden los toros, ¿qué cosa es más bárbara, la gimnasia de oficio o la tauromaquia? ¿Quién es más bruto, el torero que se pone delante de una fiera y la mata o el gandul que se sube a un trapecio y anda por la cuerda tirante como Pedro por su casa? ¿Quién es más animal, el torero o el temerario domador que se mete en una jaula de leones y los hostiga?

Difícil es resolver en este pleito. Valor y arte se necesita para todo; pero yo me atrevo a dar un voto en pro de los mantenedores de la lidia nacional, aunque no sea sino porque el espectáculo que ofrecen es más airoso que las fiestas de circo, y porque el peligro que corren es más conmovedor y patético.

Esto no es decir que los espadas o picadores sean personalmente menos brutos que los que nos divierten con las flexiones de sus músculos; creo que allá se van unos con otros en valor intelectual, y que la sociedad no perdería nada con que todos ellos se dedicaran a cualquier oficio. Pero casi estoy por desdecirme de lo que acabo de estampar, porque los espectáculos en que se muestra la temeridad humana son necesarios, y su desaparición no sería compensada por el ligero aumento que tendrían los gremios de zapateros, albañiles o sastres. Quédense las cosas como están, que el mucho reformar suele ser causa de positiva ruina.

***

La exposición de flores y plantas es otro atractivo de Madrid en la presente estación. He aquí una cosa que parece frívola, y sin embargo entraña indudable utilidad, porque el comercio de flores ha tomado en nuestros días gran incremento, y representa mucho dinero. Es incalculable el caudal que Madrid se gasta solo en claveles durante los meses de mayo y junio. Desde que la moda los impuso, no solo de las señoras para adornar sus cabezas, sino de los caballeros para decorar un ojal, el clavel se importa en Madrid en cantidades fabulosas. Las camelias en invierno, las violetas desde febrero a abril, las lilas en su tiempo también proporcionan a los floricultores grandes rendimientos. Valencia envía diariamentea Madrid un vagón de flores.

Por razones climatológicas, la floricultura no ha sido nunca en esta capital una industria de gran importancia; pero ya hay varias casas exclusivamente dedicadas a explotarla, y aficionados tan entusiastas que parecen verdaderos holandeses. Gracias a estos floricultores ricos, la exposición anual que en Madrid se celebra, ofrece no pocos atractivos por la variedad de las especies aclimatadas y por la hermosura de las indígenas. Hoy se abre la exposición. Si no hay asuntos de más bulto, me ocuparé de ella. Nada más grato que

hablar de flores, dando tregua a los relatos de desastres, discordias y trapisondas que nos impone casi siempre la fatalidad de nuestro oficio.

B. PÉREZ GALDÓS

61
LP, 1/8/1886

SUMARIO: Flores retóricas —Usos y abusos parlamentarios —Teología política —El problema colonial —Autonomistas y asimilistas —Los oradores cubanos —El ministro de Ultramar don Germán Gamazo —La cuestión constitucional —Maura y Azcárate —Elección de la presidencia del Ateneo —Carácter político que ha tenido siempre la presidencia de esta sociedad literaria —Don Gaspar Núñez de Arce —Condiciones de la lucha del Ateneo —Tradiciones de la casa —El palacio del Ateneo —Contraste que forma con el Congreso —Los tres oradores.

Madrid, 30 de junio de 1886.

Señor Director:

Concluí mi última prometiendo hablar de flores y voy a cumplir mi promesa. Sólo que estas flores de que hoy hablaré no son las silvestres de los campos ni las cultivadas en huertos y jardines, ni las que en gallardas macetas o en rústicos tiestos decoran los salones de los ricos y las ventanas de las casas pobres. Son pura y simplemente flores retóricas de las que crecen con pasmosa lozanía en la selva inmensa de nuestra oratoria parlamentaria. Ya se sabe que en Madrid, así como hay la temporada de ópera, hay también, en su sazón oportuna, la temporada de la discusión del mensaje de la Corona, y es ya tradicional que en estos debates se haga exhibición gallarda y completa de todo lo que poseemos en materias de arte de la palabra. No nos espantemos de esto ni reneguemos de una moda o costumbre que tiene su razón de ser como otras muchas. Poseemos en realidad tan pocas cosas buenas, que no se nos debe censurar por hacer gala de una de las mejores. Dícese que esta discusión del mensaje, que casi siempre versa sobre puntos enrevesados de derecho constitucional, son poco prácticas y que en ellas se pierde el tiempo lastimosamente. Sobre eso hay mucho que hablar, y algo tiene el agua cuando la bendicen, algún interés positivo entrañan las cuestiones citadas cuando todos sienten tan extremado apetito de discutirlas. Verdad que jamás sale de estos debates una luz completa, y que cuando los temas parecían agotados, renacen con increíble fuerza al calor de la inteligencia de un orador nuevo en el Parlamento. Hay que tener en cuenta que desde el año 12 estamos disputando sobre los fundamentos del poder público,[1] sobre el principio de la soberanía, sobre cómo se transmite y se ejerce, y hasta el momento presente no hemos encontrado una fórmula que condense todas las opiniones.

1 *el año 12*: el año de la primera constitución española.

Tiene esto mucha semejanza con las controversias teológicas, y nada más fácil que incurrir en la herejía a poco que nos deslicemos en la definición de cosas tan sutiles. Es por esto lo más seguro no definir ni poco ni mucho, oír a los definidores y callar, dejando que corran los acontecimientos. ¡Ah! Estos son los que hablan mejor y los que en definitiva dicen la verdad.

La discusión del mensaje ha sido esta vez interesantísima. En todos los comienzos de legislatura hay siempre alguna novedad, oradores nuevos que despiertan gran curiosidad. Es preciso ver si la reputación que traen se confirma o se destruye. Los debates se alargan desventuradamente, pues en las rectificaciones, obedeciendo la presidencia a la costum- bre ya consagrada, se permite tanta latitud como en los discursos, y en los últimos días se prolonga y enmaraña tanto la cosa, que al fin no hay más remedio que matar la discusión *por descabello*,[2] pues si así no fuera no se acabaría nunca.

En la presente legislatura, hay dos cuestiones que apasionan, independientemente del eterno tema de la soberanía nacional y el origen de los poderes. Tales cuestiones son el problema colonial y el *modus vivendi* o convenio provisional con Inglaterra. En ambas han puesto ministeriales y oposiciones mucho calor y elocuencia, porque ambas son de grandísimo interés, mayormente la primera, o sea la contienda entablada entre el principio autonómico y el de asimilación.

Tales son las denominaciones de las dos tendencias que dividen la opinión en Cuba después de la guerra terminada con la paz del Zanjón.[3] Los autonomistas proponen, que la isla de Cuba se gobierne por sí misma en todo aquello que no sea de interés nacional, teniendo sus cámaras deliberantes, y el poder ejecutivo representado en un gobernador o virrey que nombrará la corona de España; en suma un régimen parecido al del Canadá. Los asimilistas, creyendo que este sistema aflojaría considerablemente los lazos entre Cuba y la madre patria, proponen que toda la legislación de la isla en lo civil y en lo político, se iguale a la de la península, y que los españoles de América tengan los mismos derechos y los mismos deberes que los españoles de Europa, al amparo de la ley común. Estas dos ideas riñen hoy encarnizada batalla en la opinión aquí y allí, tomando en la prensa y en la tribuna tonos de acritud que han de dificultar la resolución del problema.

En el partido asimilista figuran los más firmes sostenedores del nombre español y de nuestra bandera en aquellas tierras, y estos ven con terror la propaganda autonómica, por suponer que, aun procediendo de buena fe, los autonomistas van fatalmente a la separa- ción. Pero he aquí que estos protestan de su adhesión a España, se dicen enemigos decla- rados de los filibusteros y anuncian el peligro de la separación como más próximo al lado contrario, que al lado suyo. Las agrias discusiones que allá dividen los campos y excitan los ánimos, trascienden a las Cortes españolas y a la prensa de aquí en términos que pocos temas habrá hoy tan debatidos como este de la política colonial.

Los dos días que duró la discusión sobre la enmienda de los autonomistas al mensaje de la Corona, reinó en la Cámara extraordinaria animación. Contribuía a dar interés a los

2 *latitud:* `amplitud´; *por descabello:* término taurino, 'por muerte instantánea'.

3 Con ella terminó la llamada "guerra de los Diez Años" (1868-1878) por la independencia de Cuba.

debates la presencia de un orador nuevo en el Parlamento, el señor Montoro, joven cubano que venía precedido de una gran reputación. Y por Dios que no la desmintió, porque pocos oradores han sabido captarse, como Montoro, desde el primer momento, las benevolencias, las simpatías y por fin la admiración del auditorio. Su palabra fácil y elegante, su estilo sobrio y caluroso, y el conocimiento profundo de las cuestiones que trata, dan al propagandista cubano lugar honrosísimo entre nuestros más afamados oradores.

Contestole el señor Villanueva, ya curtido en estas lides, muy conocedor del asunto, campeón convencido y entusiasta del principio asimilista, y que se expresa con pasmosa facundia y energía. También terció en estos debates el señor Labra, que hasta ahora ha sido el principal mantenedor de la autonomía en nuestro Parlamento. Orador de grande y merecida fama que se hizo notar desde hace muchos años por su perseverante campaña en favor de la abolición de la esclavitud.

El ministro de Ultramar, señor Gamazo, también intervino, defendiendo la política de asimilación con tonos enérgicos y al mismo tiempo conciliadores, haciendo ver los inmensos sacrificios que España ha hecho por la conservación de Cuba y por la resolución de las penosas crisis que aquel país atraviesa en la actualidad. Es el señor Gamazo uno de los hombres más eminentes de la época actual, de rectitud acrisolada, de inteligencia poderosa, lumbrera del foro y del Parlamento. Su elocuencia, que bien puede llamarse clásica, suspende y arrebata al auditorio, porque en ella no se separan jamás la elegancia del concepto y la lógica del raciocinio.

En cuanto a los diputados autonomistas cubanos, no puede desconocerse que les ha sido desfavorable su maridaje con los republicanos coaligados. Para que la idea autonómica no inspire recelos en España y podamos pensar en algo que conduzca a la transacción, lo primero es que esta idea no se presente aquí asociada a la política de los revolucionarios. Los autonomistas no pueden desconocer en su buena fe, que los zorrillistas y salmeronianos, que les dieron su apoyo en la votación de la enmienda, les hicieron un flaco servicio, porque el problema colonial, que por sí entraña tanta gravedad, se presenta confundido con las contiendas de república y monarquía, si en asunto tan inflamable se arroja el fuego de las discordias de la metrópoli, no es fácil que encontremos una solución conciliadora.

***

La cuestión puramente política ha tenido dos mantenedores de brío, dos adalides de primer orden, cada cual desde su campo, en los señores Maura y Azcárate. El primero había venido antes a las Cortes, distinguiéndose por su oratoria briosa y persuasiva. Don Gumersindo Azcárate viene ahora por primera vez al Parlamento. Es catedrático de la Universidad y goza de gran fama como entendido en cuestiones de Derecho Constitucional. Su oratoria es ruda, su voz áspera, pero a pesar de esto, cautiva por la fuerza, la seguridad de su dialéctica, por lo profundo de los conocimientos y principalmente por el fondo de convicción, buena fe y rectitud que hay en cuanto dice. Hombre de ley, templado en sus ataques, sincero en sus juicios, merece respeto de todos, amigos y adversarios, y honra a cualquier partido en cuyas filas milite. Hoy está en las del republicano y en la tendencia

más juiciosa. Bien puede asegurarse que, fuera de las vías legales, no será el señor Azcárate quien de calor a la idea republicana. Los que ante todo son revolucionarios y esperan el éxito de aventuras sediciosas, ya señalan como sospechoso al sabio profesor. Es la historia de siempre. Los hombres de pensamiento que por equivocación se meten entre aquellos cuyo único ideal es la anarquía, concluyen por ser eliminados. Tal es el destino de Azcárate, Salmerón y otros dentro de la comunidad zorrillista.

El orador antes citado, don Antonio Maura, es uno de los más brillantes en la actual Cámara. Natural de Palma de Mallorca, pertenece a una familia de la cual se puede decir, como se dijo de otra, que "tiene por patrimonio el talento". Los cuatro hermanos que hoy llevan aquel apellido son personas notabilísimas en diferentes ramos del saber. El diputado de la mayoría e individuo de la comisión del mensaje,[4] es jurisconsulto eminente y orador parlamentario de primer orden, y uno de los jóvenes de porvenir más brillante y seguro en la política española.

***

Más adelante daré a conocer otros incidentes y otras personalidades de este gran debate, y ahora me ocuparé de la elección de presidente del Ateneo, la primera y más nombrada e ilustre, de nuestras asociaciones literarias. No se llega al sillón presidencial del Ateneo sin grandes y extraordinarios méritos, y la elección suele ser reñida, aunque nunca lo ha sido tanto como en la ocasión presente. Para que se comprenda la importancia que tiene este puesto, basta citar algunos nombres de presidentes del Ateneo. Lo han sido Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, Olózaga, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, Moreno Nieto, Cánovas del Castillo. Este año las voluntades se dividieron entre el insigne poeta don Gaspar Núñez de Arce y el señor Salmerón, triunfando el primero por gran mayoría después de una lucha encarnizada como no se ha visto nunca en aquella casa. En la tarde del 25, día de la elección, la monumental puerta del Ateneo parecía la puerta de un colegio electoral. Los socios de uno y otro bando repartían candidaturas y trabajaban el voto como si se tratara de una contienda puramente política, de las que más acaloran los ánimos de las multitudes. Y es que, aunque a primera vista no lo parezca, la presidencia del Ateneo es un cargo íntimamente relacionado con la política, por cuyo motivo ha tenido en todos tiempos una gran significación. No siempre han sido los presidentes de aquella ilustre sociedad literatos de primera talla, y en este caso su nombradía era exclusivamente política, como en el caso de los señores Posada Herrera y Figuerola. Por lo común los presidentes que no han descollado mucho en las letras, figuraban como primeros adalides en las batallas parlamentarias. Y también debe advertirse que en otro tiempo prevalecían en la elección bienal de este importante cargo las ideas contrarias al partido dominante. Así, en tiempo de la Unión Liberal, gobernaba el Ateneo un presidente moderado y en el período reaccionario el señor Posada Herrera.[5] En época muy próxima no ha sucedido lo

4 De esta comisión, junto a Canalejas, Ramos Calderón y otros, formaba parte Galdós.*

5 *los tiempos de la Unión Liberal*: gobierno de O'Donnell (54-56 y 58-63); *el periodo reaccionario*: gobierno de Narváez (1856-57). Ambos durante el reinado de Isabel II.

mismo, siendo de notar que durante algún tiempo ha sido a la vez el señor Cánovas del Castillo presidente del Consejo de Ministros y del Ateneo.

En la actualidad, tenemos al señor Núñez de Arce, afiliado al partido dominante, ex-ministro, y como tal hombre político y de ideas bien claras y señaladas; pero a pesar de esto, bien puede asegurarse que ha subido a la presidencia del Ateneo, no por sus títulos y merecimientos políticos sino exclusivamente por los literarios, que son inmensos. El señor Núñez de Arce no es orador, y el Ateneo, al elegirle no ha querido pagar esta vez el rutinario tributo a las glorias del Congreso. Debemos congratularnos de esta elección que es homenaje puro de las letras, y enaltecimiento de uno de los hombres que con más brillantez las cultivan en España.

No necesito encomiar a nuestro gran poeta contemporáneo, tan conocido en América como en Europa. Sus *Gritos del combate* y los *Poemas*[6] son una de las mejores galas de nuestra lengua en las vastísimas tierras donde se habla. El antiguo imperio español subsiste aún en la literatura, y donde quiera que se hable español, un libro hermoso, ya se escriba a la sombra del Guadarrama ya al amparo de los Andes, es un lazo de unidad indestructible. Los versos de Núñez son en la edad presente los soldados de esta conquista pacífica que lleva la bandera de Castilla por donde antes la llevaban los guerreros ansiosos de sangre y oro. Este gran poeta tiene una inspiración varonil, su lira es de acero; sus acentos de una nobleza y gallardía incomparables, por lo cual es natural que en los pueblos americanos tenga tantos adeptos y admiradores tan ardientes como en España.

Nació Núñez de Arce en lo que propiamente podría llamarse el "riñón de Castilla", en Olmedo, pueblo de la provincia de Valladolid. Castellana es su figura enjuta y biliosa, castellano su temple viril, castellana su musa y castellanas en fin su lengua y su dicción de oro.

La elevación de Núñez de Arce a la presidencia del Ateneo ha sido un motivo de alegría para toda la gente de letras. Disputábale aquel puesto Salmerón, el célebre filósofo y orador. Grandes méritos tiene el profesor de Metafísica, pero carece de tradiciones en aquella casa. Sostenían su candidatura los elementos avanzados del Ateneo; pero a pesar de sus esfuerzos no pudieron hacerla triunfar.

Dominan en la célebre sociedad científica y literaria los elementos templados y conservadores, así como durante el reinado de doña Isabel II dominaban los elementos avanzados y revolucionarios. Esto, que a primera vista no parece relacionado con la política general, es uno de los signos más claros de que la sociedad española desea el reposo y de que en mucho tiempo las tentativas para alterar la paz han de ser infructuosas. Porque el Ateneo contiene en la muchedumbre de sus socios, la flor, digámoslo así, de la opinión, y todo lo que en ella representa cultura y saber.

No sé si he dicho antes que el Ateneo ha construido una casa, un verdadero palacio para instalarse dignamente.[7] Este palacio es una de las curiosidades que encierra Madrid, por la comodidad de sus diversas dependencias, y por la elegancia y lujo con que está decorado. Los artistas más eminentes de España han trabajado gratuitamente en este

6 *Gritos del combate*, poesía narrativa, se publicó en 1875. *Poemas* en 1880.

7 Lo comenta en 5 y 6.

admirable edificio. A los dos jóvenes arquitectos Fort y Landecho se debe la dirección arquitectónica, y a Mélida la pintura del techo del gran salón, que es un prodigio del arte moderno. En esta notable obra, el gran artista rompió valientemente las tradiciones ya añejas y gastadas de la pintura decorativa produciendo una de sus más brillantes y originales creaciones.

La biblioteca es una maravilla de comodidad y los salones de conversación superan a cuanto conocemos en los *clubs* y casinos más aristocráticos. Célebre es nuestro Ateneo por sus discusiones y conferencias. Ya se sabe, y lo he dicho aquí varias veces, que por aquella cátedra han pasado los hombres más notables de nuestra patria. Cada año las diferentes secciones ponen a discusión los temas más interesantes y oportunos, y allí se adiestra la juventud, y allí se pone el cimiento de las reputaciones. La nota característica del Ateneo es la tolerancia. No hay teoría por extremada que sea que no pueda ser allí sustentada y defendida.

El calor de los debates es puramente científico, calor de opiniones, no de pasiones. La teocracia más autoritaria y empedernida, así como la demagogia más desenvuelta y atrevida, han tenido allí mantenedores. Nadie se asusta de nada. Es un palenque teórico, en el cual las personas se respetan recíprocamente. Y está de tal modo arraigado este sistema en las tradiciones de la casa, que nadie se atrevería a lanzar en medio de aquel concierto una nota disonante.

La temporada del año próximo promete ser brillante, y el nuevo presidente, así como los presidentes de las secciones de Ciencias Morales y Políticas, de Literatura, de Ciencias Naturales y de Bellas Artes, se proponen dar grandísimo interés a los debates. ¡Feliz sociedad esa, que es el refugio de todas las opiniones, el asilo de los estudiosos, el terreno neutral y sagrado de todos los que no pueden producirse y manifestarse en otra parte!

Cuando se sale del Ateneo y se entra en el Congreso parece que se pasa de un campo de simulacro a un verdadero campo de batalla. De un edificio a otro hay poco más de cien metros. Pero, ¡cuán apartados están por lo que en ellos se ve y oye! Hasta las condiciones locales internas de uno y otro son absolutamente distintas, porque en el Ateneo es todo placidez y comodidad, mientras que el Congreso, desde que empiezan los calores es un recinto que convida a las irritaciones del ánimo e incita al malhumor. Allí no hay más que excitación febril, animación que raya en locura, o bien un aburrimiento letal. Cuando el salón de sesiones no está lleno y su atmósfera es sofocante y las pasiones rugen, decae el interés hasta el punto de que solo hay veinte o treinta diputados en los escaños, y la voz del orador parece el gotear de una fuente que convida al sueño.

Tengo que hablar de tres oradores verdaderamente colosales: Castelar, Cánovas del Castillo y Salmerón; pero como me resta muy poco espacio y la materia da tanto de sí, dejo íntegro este asunto para mi carta próxima, que ira al correo dentro de pocos días.

B. PÉREZ GALDÓS

62
LP, 15/8/1886

SUMARIO: Los tres oradores —Salmerón, filósofo, político y tribuno —La filosofía krausista —Posición política de Salmerón en el primer Congreso de la Regencia —Castelar como orador y hombre de Estado —El posibilismo —Grandilocuencia y sagacidad —Su benevolencia con el actual gobierno —El señor Cánovas del Castillo, sus grandes dotes y autoridad.

Madrid, 12 de julio 1886.

Señor Director:

Es muy difícil, cuando se asiste a un debate político teniendo en la Cámara puesto y voto aunque efectivamente no se tenga voz,[1] teniendo en una palabra, una idea que de- fender, es muy difícil, digo, separar las cualidades puramente artísticas e intelectuales delos oradores, de su doctrina o del interés con que las exponen. Yo procuraré hacerlo, no obstante, figurándome que estoy en un teatro apreciando como espectador la destreza y habilidad de los actores. Lo haría escribiendo para España; con cuanta más razón debo hacerlo escribiendo para América y para un público tan apartado de nuestras contiendasy que no participa de nuestras pasiones.

Tres oradores eminentísimos cité en mi carta anterior; a los tres les oímos en dos o tres sesiones. Hoy hablaré de ellos y si hay espacio, de algunos más por distintos conceptos notables.

Don Nicolás Salmerón y Alonso es célebre como filósofo y como político. Discípulo del insigne Sanz del Rio que trajo a España el sistema filosófico de Krause, aceptó y propagó esta escuela, formando al poco tiempo un plantel de jóvenes que influyeron no poco en la cultura científica de España hace unos quince años. El krausismo,[2] importa-do por Sanz del Rio, no hubiera hecho muchos prosélitos entre nosotros, por ser aquel sabio maestro hombre ininteligible y de condiciones desfavorables para la propaganda. Salmerón, con la magia de su talento y con su seductora palabra, hizo mucho más queel maestro, y bien pronto el *krausismo* formó escuela, se puso de moda entre la juventud estudiosa y tuvo, según dicen, más prosélitos aquí que en la propia Alemania. Andando el tiempo la escuela desmereció mucho, porque el positivismo y las ciencias natura- les fueron quitando terreno a la metafísica, y los antiguos discípulos de Sanz del Ríoy Salmerón mermaron de día en día, hasta el punto de que hoy se podrían contar conlos dedos de la mano. El mismo filósofo, que fue, sino el Cristo, el San Pablo de aque-lla religión, profesa hoy, según dicen, ideas spencerianas.[3] No lo aseguro; pero comoen la actualidad se habla tan poco en España de filosofía, como están tan decaídas las abstracciones, no parece que haya gran interés en averiguar si el señor Salmerón no ha

1 Esta es la única referencia directa en todas las Cartas a su actuación como diputado.

2 Véase 35 y su n. 19.

3 Del filósofo inglés Herbert Spencer, que relacionó los procesos naturales con los sociales.

abandonado completamente las ideas filosóficas, que le dieron tanto nombre allá por los años del 60 al 70.

La política arrastró a Salmerón como a todos los hombres de cierta talla. Tomó parte en los acontecimientos de la desdichada república de 1873. Fue después a la emigración y, obligado a vivir del trabajo de abogado, su mente se apartó de cierta clase de estudios, dedicándose a cosas más prácticas y a la dirección de asuntos jurídicos y aun mercantiles. De vuelta a la patria, volvió a ser arrastrado por la política, figurando en el partido republicano más avanzado. Los admiradores de su excelso talento no le perdonan que se haya unido al señor Ruiz Zorrilla, perturbador de la patria por los medios más bajos: ni se comprende que aquella superior inteligencia esté supeditada a aquella voluntad tumultuosa. Misterios son estos que la política produce, y que nadie acierta a explicar.

Elegido diputado por Madrid en la votación del 4 de abril último, Salmerón ha venido al primer Congreso de la Regencia, descollando en la minoría republicana, como descollará en donde quiera que esté, por su hermosa palabra. Es de estatura alta, moreno, con barba negra, calvo, con mechones negros espesísimos en las sienes, de ojos grandes y expresivos, de mirada melancólica y en general cierta expresión de fanatismo. En otros tiempos esta figura habría cuadrado bien a un inquisidor por incongruente que la cosa parezca, porque en la expresión total hay algo que inspira terror, la dureza del sectario y la convicción inquebrantable del creyente. Y cuando habla, parece que esta impresión se confirma. Imposible idear voz más bella, ni movimientos más adecuados a la majestad y hermosura de la palabra, ni dicción más elegante y fluida. Pero lo más notable en este orador es la convicción acerada, la firmeza que tiene o aparenta tener en cuanto dice. La palabra y la idea, el gesto y los ojos forman armonía perfecta, y mientras en la mirada hay algo que devora y quema, sus acentos tienen algo del hachazo que hiende sin piedad.

Pero la oratoria parlamentaria exige cualidades independientes de las condiciones estéticas de este difícil arte. En el Parlamento se discuten hechos más que principios, aunque también los debates suelen deslizarse del lado de las abstracciones y sutilezas. Lo que hay es que los hechos se sobreponen al fin a todas las cuestiones, y con los hechos vienen las personas, seguidas de su larga, prolija y a veces contradictoria intervención en aquellos. De aquí que el orador parlamentario necesite tener, al dedillo, como vulgarmente se dice, la historia de todos los sucesos ocurridos durante los últimos veinte años, con mil particularidades referentes a los hombres políticos contemporáneos. Sin historia menuda no hay orador por fuerte que sea que no se exponga a verse envuelto a cada instante. Necesita además el que en aquel terreno ardiente se mete, un conocimiento profundísimo del lugar, así como de las prácticas y de los ardides de la polémica, una habilidad de guerrillero más que de general, un tacto exquisito para compaginar en todo caso la indispensable cortesía con la intención, y un gran disimulo para hermanar la discreción con la sinceridad. Y aquí está el flaco de Salmerón como orador parlamentario.

Cuando se anunció su venida al Congreso, los partidarios de la república consideraban que el célebre filósofo no tendría competidores adecuados a su talla; pero esta creencia no se ha confirmado. Los ataques que Salmerón ha dirigido a la Monarquía, o son demasiado altos y la trayectoria del tiro pasa por encima del objeto sin ofenderlo, o demasiado

bajos y le ofenden poco. Otros creen que el culto que este hombre rinde a la conciencia le perjudica dentro del Parlamento, no faltando tampoco quien sostenga que la situación equívoca en que se ha colocado, al unirse a Ruiz Zorrilla, le quita autoridad. El pensador profundo que ha abominado siempre de los principios de fuerza, los defiende ahora, aunque no de una manera declarada. No quiere contradecir las convicciones de toda su vida, ni tampoco ponerse enfrente de los zorrillistas, a quienes debe sin duda la elección. Para salir del paso ha sacado una fórmula muy cómoda, pero que no responde a ninguna realidad. Condena la fuerza para alcanzar el poder, y la acepta para alcanzar el derecho. Estas cosas se dicen cuando se está lejos del triunfo de la causa que se defiende, pues apuradillo se vería el jefe de una situación triunfante para deslindar el poder del derecho. Lo que quiere decir la fórmula es: "aquí no se subleva nadie más que nosotros", y así lo ha entendido todo el mundo.

En suma, a pesar de la hermosura incontestable de su oratoria, Salmerón ofrece bastantes puntos flacos a la habilidad y malicia de sus aguerridos contendientes. No ha resultado, pues, lo que algunos ilusos esperaban, a saber, que los republicanos se llevarían de calle, como suele decirse, a los monárquicos. Por el contrario, la hueste republicana, a pesar del indudable mérito de sus hombres y del prodigioso talento oratorio de algunos de ellos, después de salir malparada en los debates del mensaje, recibió golpe muy rudo el día que tuvo la malaventura de llevar al señor Pi y Margall para que terciara en las discusiones y diera a los monárquicos, con el fracaso del orador pactista,[4] mayores alientos de los que ya tenían.

***

Ocioso sería decir que el día en que habló Castelar fue día de "gran gala" en el Congreso; es decir, que en los escaños no se cabía, porque a más de todos los diputados estaban todos los senadores, y las tribunas llenas desde muy temprano. La temperatura era asfixiante, y, sin embargo, todos soportaban con paciencia sus molestias por oír al gran orador. La crítica de este es fácil, porque basta oírle una vez para juzgarle. No hay que examinar si tiene esta o la otra cualidad, porque bien a la vista está que las posee todas. No hay que mirar si es más fuerte en tal o cual terreno, porque bien claramente se advierte que en todos ellos es por igual modo grande y poderoso. Subyuga con la elevación del pensamiento, embelesa con la expresión, y por tenerlo todo, es maestro hasta en las menudencias de la polémica. Castelar recibió de la naturaleza todas, absolutamente todas, las facultades que se necesitan para conmover y persuadir por medio de la palabra humana. Es el orador por excelencia, compendio y suma de todas las variedades riquísimas del arte de hablar; sabe elevarse como nadie a alturas tales que la imaginación de los oyentes apenas puede seguirle; sabe descender a las particularidades del análisis; sabe emplear según lo pide el desarrollo de su plan oratorio los acentos más patéticos y enlazados con los más familiares, por transiciones cuyo secreto tiene él solo; posee la grandilocuencia, la riqueza descriptiva, la elegancia, la gracia, y lo mismo maneja el apóstrofe que el chiste.

4 Así define la tendencia de Pi y Margall en 52 y 59.

Una de las cosas que más admiran en sus discursos es el plan, la composición. No cabe mayor maestría en esto. Cada discurso suyo es un organismo lógico al cual no falta ni sobra nada. Sobre este plan coloca después la vestidura de su dicción incomparable, y resulta la obra de arte más hermosa que es posible imaginar.

La política de Castelar desde el advenimiento del partido liberal, o sea desde la muerte del rey don Alfonso XII, es de benevolencia. El partido posibilista que capitanea el gran tribuno, es corto, pero de personal escogido. La condenación absoluta e incondicional de los procedimientos de fuerza lo ha separado radicalmente de los republicanos zorrillistas, hasta el punto de que éstos no ocultan su odio al insigne orador y a sus procedimientos gubernamentales. La república que Castelar preconiza es esencialmente conservadora, y, por lo tanto, la única posible. Tan conservador en su sentido que sólo se diferencia de la monarquía constitucional-liberal en lo que atañe a la forma de gobierno y en el carácter que reviste el jefe del Estado. Los republicanos zorrillistas no transigen con el hombre, a cuya ardiente y arrebatadora palabra se debe la propaganda eficaz de la idea republicana desde 1868, pues en realidad puede asegurarse que sin las predicaciones de Castelar, sin sus admirables oraciones en el parlamento y fuera de él, la idea republicana no habría hecho camino entre nosotros. La semilla democrática, fuerza es reconocer que ha fructificado al calor de aquella sin igual elocuencia. Pero los sucesos de 1873, determinando las dos tendencias anarquista y conservadora dentro de la república, abrieron un abismo hondísimo entre Castelar y los que hasta entonces habían sido sus amigos. Planteada la doctrina federal en medio de los desórdenes de tres guerras civiles,[5] se vio que era de imposible aplicación. Castelar reconoció noblemente su error y renegó como hombre honrado de su participación en la propaganda federalista, pidiendo a la historia, con acentos dignísimos, que le perdonase. Los demás republicanos, oscurecidos en los primeros días de la Restauración, volvieron después a resucitar la idea federal, dándole el nombre de progresista. Así Pi y Margall, verdadero padre del federalismo, funda su doctrina en el pacto; los zorrillistas que quieren la república por los medios de fuerza, aspiran a fundar una república autoritaria y dictatorial; ambas tendencias se manifiestan contrarias a los propósitos pacíficos del señor Castelar y hasta parecen aborrecer al posibilismo más que a la misma monarquía. De aquí que el discurso de Castelar en los debates del mensaje haya sido una flagelación habilísima de los zorrillistas y un apoyo indirecto del régimen monárquico constitucional liberal y del primer gobierno de la Regencia. Verdad que combatió la Regencia, haciendo ver sus peligros, y que presentando los periodos de minoridad de los reyes como una disminución de la monarquía, pedía la ampliación del poder parlamentario. Ha de tenerse en cuenta que el jefe del posibilismo, aunque se muestre benévolo con la actual situación y condene los procedimientos de fuerza, no se descuida jamás en la labor perseverante de su política, ni pierde jamás de vista la necesidad de ir ganando terreno para su república conservadora. Posee Castelar, juntamente con el don de las elevadas concepciones retóricas y políticas, la sagacidad y el tacto del gobernante práctico que trabaja en los hechos y en las circunstancias y sabe sacar partido de ellos para sus fines

***

5 La segunda guerra carlista, la sublevación cantonal y la insurrección cubana o guerra de los Diez Años.

Réstame hablar de otro de los grandes oradores que terciaron en aquel admirable torneo, el señor Cánovas del Castillo, maestro consumado en las lides parlamentarias, estadista insigne y hombre, en fin, de tan grande autoridad, que cuando se levanta a usar de la palabra, se produce en la Cámara un silencio absoluto. La circunstancia de haber dirigido la política española durante tanto tiempo y de acaudillar el robusto, numeroso y disciplinado partido conservador, aumenta aquella autoridad del señor Cánovas, dando a sus palabras una fuerza que rara vez tienen las de otro orador, como no sean las del jefe del partido dominante.

La oratoria del señor Cánovas es sencilla, razonadora, elegantísima por la limpieza de la frase, y de una claridad maravillosa. Rara vez emplea imágenes, y a pesar de que no es florido, aunque esté hablando cuatro horas seguidas, jamás fatigan sus discursos. Como polemista, no tiene igual en nuestro Parlamento, y dudo mucho que lo tenga en otro alguno. Su raciocinio tiene flexibilidades que asustan, y cuando parece que no tiene salida, la encuentra inopinadamente y se abre paso de la manera más airosa.

Conocedor de toda la política contemporánea, partícipe en todos los debates durante treinta años de asistencia a las Cortes, su erudición parlamentaria y su práctica de tales lides son verdaderamente prodigiosas.

Posee el don de esclarecer las cuestiones y de presentarlas bajo el aspecto que le es más favorable, siendo extraordinario el caudal de sus recursos en el pensamiento y en la frase. Y es, en realidad, cosa estupenda que habiendo trabajado tanto, habiendo sostenido en las últimas legislaturas, batallas prolijas y reñidísimas por medio de la palabra, conserve tan bien sus facultades físicas, su voz hermosísima, que no conoce el cansancio y la energía y nervio de su dicción. Una de las cosas que más admiran en los discursos del señor Cánovas del Castillo, casi siempre largos y sustanciosos, es que, por mucho que se les examine y diseque, no se encuentra en ellos una palabra de más. Sobrio en los adornos del lenguaje, sabe, no obstante, emplearlos con arte admirable cuando quiere herir el sentimiento del auditorio. La variedad de sus conocimientos préstale inmensos recursos para toda clase de debates, y su autoridad, como principal figura política de la Restauración, da a sus razonamientos una fuerza que no tendrían todos en otra boca y en otro orden de circunstancias.

Tiene el señor Cánovas enemigos, como hombre que ha gobernado mucho, a veces con mano un tanto dura; pero también tiene adeptos y admiradores fervientes que le aclaman como el hombre de Estado más admirable de nuestros tiempos. A éstos debe el dictado de "monstruo", que a guisa de mote le aplican sus contrarios. Pero apartándonos de todo apasionamiento, debemos reconocer que el señor Cánovas del Castillo es realmente extraordinario por la variedad y alteza de sus talentos, y porque pocos como él han dominado y practicado el arte del gobierno, desde su especial punto de vista. Esto no pueden desconocerlo ni aun los que saben señalar en su gestión política indudables errores. Y que ha traído a la gobernación del Estado ideas y prácticas muy superiores a las de los antiguos doctrinarios, se comprende con sólo volver la vista a los largos períodos de su dominación, en los cuales hay, en medio de cosas muy discutibles, otras de indudable fecundidad y provecho. La historia no encontrará, quizá, justificado que por consagrarse con descanso

a las condiciones altas de la política, haya delegado en las manos demasiado hábiles del señor Romero Robledo la dirección de la mayoría, las elecciones y todo el mecanismo interior de la política en lo que tiene de personal; pero le tributará, sin duda, grandes alabanzas en otro orden, reconociendo que fundó la verdadera política conservadora en España, y definió y esclareció el criterio conservador, porque antes que él no existieron en España gobiernos conservadores sino autoritarios; reconocerá que trajo a la política medios, elementos y artes nuevos abriendo una nueva era y ensanchando los horizontes de la acción de los partidos. Es, realmente, el señor Cánovas del Castillo, un hombre de facultades extraordinarias, y su nombre será siempre una de las más legítimas glorias de la época presente.

***

He querido hacer un esbozo de estas tres colosales figuras parlamentarias, sin analizar sus discursos en el debate del mensaje, porque esto, sobre ser muy prolijo, interesa poco a mis lectores de América. Les doy las líneas más señaladas de las tres eminencias, dejando para otro día el hacer lo propio con otras que también merecen los honores de esta reseña. En cuanto a la miga o sustancia de las palabras elocuentes pronunciadas por Salmerón, Castelar y Cánovas del Castillo, diré tan solo que el primero se reveló, como era de esperar de su situación en el Congreso, un tanto fanático y con exageraciones de sectario, varonil y ferviente en sus razonamientos, aunque a veces bastante apartado de la realidad de las cosas. El señor Castelar muéstrase muy benévolo y cortés con el gobierno, discretísimo, galante y hasta patético al mencionar a la reina regente; pero en medio de las flores pomposas de estas benevolencias, se le ve trabajando *pro domo sua,* no perdiendo ocasión de llevar una piedrecita al cimiento de la república *posible;* en suma: grandilocuente, sublime y amenísimo, pero al mismo tiempo muy sagaz, y complaciéndose en meter el puñal hasta las cachas siempre que puede, a sus antiguos conmilitones, los republicanos zorrillistas. El señor Cánovas revélase como quien es, muy autoritario, siempre con elevación de ideas y con frase limpia, clara y persuasiva, despreciador de los republicanos, sin diferenciar a los revolucionarios de los pacíficos, cautivando a la Cámara con la explicación de los tristes sucesos del Pardo; fuerte en la polémica; incontrastable, en algunas réplicas; muy conservador, demasiado conservador en todo.

Después de este solemne debate, ocurrió un suceso parlamentario del cual preciso ocuparme, el discurso del señor Pi y Margall y la contestación del señor León y Castillo. Pero la figura del republicano socialista y pactista es tan característica, que necesito para pintarla mayor espacio del que me resta en esta carta, y en la próxima espero hacerlo con el conveniente desahogo, dando cuenta del malhadado discurso del señor Pi, como de la elocuentísima catilinaria de su impugnador.[6]

B. PÈREZ GALDÓS

6 *catilinaria*: 'Discurso vehemente dirigido contra alguien', por alusión a los pronunciados por Cicerón contra Catilina.

63
LP, 17/8/1886

SUMARIO: Don Francisco Pi y Margall y el federalismo —Desdichas de este sistema político —Republicanos progresistas y pactistas —Bosquejo moral, intelectual y físico del señor Pi y Margall —Su austeridad y severidad —Su reelección en las primeras cortes de la Regencia —Expectación —Sesión del 8 de julio y discurso poco feliz del señor Pi —Ataques que se le dirigen —Réplica del señor León y Castillo —Condiciones de este orador —La canícula en Madrid —Excursiones de verano —Los senadores que huyen y los que vuelven a votar —La votación del *modus vivendi* y el señor Moret —Obstruccionismo parlamentario —Excesos oratorios.

Madrid, 15 de julio de 1886.

Señor Director:

El señor Pi y Margall, de quien hablaré en la presente carta, es uno de los españoles más conocidos fuera de España. Así como su figura, vista una vez, no es fácil que se olvide, sus ideas filosóficas y políticas, así como su conducta, forman un conjunto de originalidad, perseverancia e inmutabilidad que con nada puede confundirse.

Desde mucho antes de la revolución del 68, figura Pi y Margall entre nosotros como defensor de las ideas *proudhonianas*.[1] Por raro contraste, el escritor catalán se distinguía al mismo tiempo por su competencia en materias de Bellas Artes.

La revolución del 68, llevándole a las Constituyentes, le puso en condiciones de influir poderosamente en la política. Fue el verdadero padre de la desdichada propaganda federal, y si los republicanos que tomaron parte en aquella brillante asamblea, hubieran persistido en sostener la forma unitaria, otra hubiera sido la suerte de la revolución de Septiembre y los destinos del país habrían ido por muy distintos caminos. Pero la exposición del principio federativo, hecha con tanta agudeza por el señor Pi sedujo e ilusionó las imaginaciones de aquellos hombres, más generosos que reflexivos; creyeron cándidamente que iban a fundar una Suiza sobre los restos de la monarquía absolutista y doctrinaria; vieron no solo posible sino fácil, que las provincias se convirtieran en cantones autónomos, y los súbditos en ciudadanos de la más feliz y patriarcal de las repúblicas. Los pueblos, más inocentes aun que los diputados, creyeron que todos los antiguos males iban a desaparecer con el federalismo cuyo sentido y mecanismo no comprendían siquiera. Las ciudades del mediodía, donde el malestar por razones sociales es mayor que en las del centro y norte, se alborotaron, y el gobierno estaba constantemente con las armas en la mano, sofocando insurrecciones y algaradas. Durante el reinado del caballeroso don Amadeo de Saboya, los republicanos prosiguieron su propaganda con mayor encarnizamiento. Si a Prim le combatieron con fiereza hasta pocos días antes de su muerte, igual guerra hicieron a Ruiz

1 *proudhonianas*: nacidas a propuesta de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), uno de los padres del pensamiento anarquista y de su primera tendencia económica, el mutualismo.

Zorrilla.[2] El advenimiento de la república, por renuncia del rey, llevó al poder a los federales y a la práctica su absurdo imposible sistema, produciéndose los desastres que todos conocemos y que no es necesario repetir aquí.

Creyóse, después de aquel malhadado ensayo, y después del arrepentimiento y contrición del más grande de los republicanos, Castelar, que la idea federal había muerto. En efecto, durante algunos años no se habló del federalismo sino para maldecirlo. Los republicanos que sobrenadaron el día, para ellos aciago, de la Restauración, se presentaban sucesivamente con distintos nombres, evitando usar el funesto adjetivo que simbolizaba tantas ignominias. Más adelante, cuando el señor Ruiz Zorrilla emprendió desde el extranjero su campaña republicana, dióse el nombre de progresista. El señor Pi y Margall hizo al mismo tiempo una nueva acuñación de sus antiguas doctrinas, resucitando la idea federal, pero con otro nombre. Sus explicaciones acerca del *pacto sinalagmático, conmutativo, bilateral* son demasiado enrevesadas y oscuras para que yo las reproduzca aquí. Ello es que no tardó el célebre socialista en tener su partido, aunque en realidad se compone de gentes que están muy por debajo del nivel intelectual y moral de su jefe.

Así las cosas, la muerte del rey trajo al poder al partido liberal; inauguró una era de libertad práctica; permitióse la libre exposición de todas las ideas; verificáronse las elecciones más juiciosas y sinceras que en España se han visto y el señor Pi viene a las Cortes por acumulación, obteniendo diez y nueve mil votos en diferentes regiones de la península.[3]

***

Pero antes de pasar adelante, necesito exponer algunas particularidades del carácter y de la fisonomía moral e intelectual del señor Pi y Margall. Se ha señalado siempre por su austeridad, y no es esto en él como sus enemigos suponen una pose, sino una cualidad efectiva, pues hay pruebas innegables de que el señor Pi lleva a la práctica los severos principios morales que profesa. Un ejemplo solo lo prueba. Habiéndose manifestado en diferentes ocasiones contrario a los derechos pasivos que nuestras leyes asignan a los que han desempeñado el cargo de ministro, es el único de esta clase que no cobra cesantía. Vive exclusivamente del trabajo de su bufete y de las obras literarias que escribe; es sobrio, ordenado, de costumbres pacíficas, y morigeradas; muy afable en el trato de sus amigos, y de una frialdad excepcional. Hombre que no se altera por nada, hace lo que cree su deber, sin inmutarse ni alterarse en lo más mínimo. El entusiasmo le es desconocido, lo mismo que el enojo. Cuentan que siendo ministro de la Gobernación[4] en aquellos días en que España ardía por los cuatro costados, se iba tan tranquilo a dormir o a comer a la hora de costumbre, interrumpiendo una conversación telegráfica con el gobernador de la provin-

2 *a Prim… a Ruiz Zorrilla:* al primero como jefe del gobierno Provisional (1868-70); al segundo como último presidente del Consejo con Amadeo I (72-73).

3 *por acumulación*: especial fórmula de recuento electoral según la constitución del 76.*

4 Pi fue ministro de Gobernación del 11 de marzo al 11 de junio de 1873, con Figueras como presidente de la Primeral República.

cia sublevada o con el general en jefe del ejército sitiador de uno de aquellos deliciosos cantones. Esto pinta al hombre. Desconoce en absoluto el arte de la política, y no ve más que la ciencia de ella, o sea, los principios. Para este pensador frío y austero, los principios lo son todo, los hechos no significan nada. Va a su objeto con decisión y buena fe, y no le asustan contratiempos. Carece en absoluto de toda flexibilidad y no se atempera a las circunstancias ni al medio que le rodea. Ni se rompe ni se dobla, y es inmutable en sus ideas como en su conducta. Si el señor Pi y Margall hubiera nacido en otros tiempos y hubiera sido inquisidor, habría quemado a todo el género humano sin pestañear, y creyendo que hacia una cosa muy buena. Sostiene que en la sociedad contemporánea no hay absolutamente nada digno de conservarse, y así, vería impasible las ruinas sucediendo a las ruinas, sin que el fragor de las catástrofes le hiciera cambiar de color.

Se comprende que un hombre de esta naturaleza no puede pasar de la esfera del estudio político a la de la práctica sin llevar consigo grandes calamidades. Afortunadamente, desde 1873, el señor Pi no ha vuelto a estar al frente de los negocios públicos, ni es fácil que lo esté nuevamente. Su respetabilidad se mantendrá siempre en la vida forense y li- teraria; sus sistemas serán aceptados por algunos, combatidos por otros; admirarán todos la forma en que los expone, la agudeza de su pensamiento, la sencillez hechicera de su estilo; pero en cuanto se barrunta siquiera que tal hombre puede gobernarnos, ya estamos todos los españoles temblando.

La austeridad, la intransigencia, la inmutabilidad de los principios y la rigidez del carácter de este hombre están pintados por arte de la naturaleza en su fisonomía, la más glacial, la más inmóvil, la más petrificada que puede imaginarse. Habréis visto quizás su retrato, una cabeza bien modelada, aunque demasiado grande para el cuerpo que la sustenta, cabellera y barba enteramente blancas; nariz larga, ojos pequeños con gafas de oro, color de salud, facciones sin movilidad, que parecen vaciadas en yeso y que no expresan nada como no sea la calma flemática de una esfinge. Su voz es apagada y parece que ni siquiera mueve los labios para emitirla sino que sale ya articulada de dentro del cuerpo. Su dicción es correcta, clásica, y se le oye siempre con gusto; porque en sus discursos no sobra ni falta una palabra. Suelen ser estos muy amenos, y la falta absoluta de calor la suple con la extraordinaria agudeza de los pensamientos y con la claridad de los conceptos.

***

Al presentarse el señor Pi y Margall en las primeras Cortes de la Regencia, se esperaba mucho de él; y no debe ocultarse que la mayoría monárquica le temía más que a ninguno de los demás oradores. Habiéndose abstenido de tomar parte en los debates del mensaje, se anunció que hablaría en los de la "lista civil", o sea, dotación de la Casa Real, tema espinoso para tratado por republicanos. El señor Pi tiene fama de conocedor en materias de Hacienda, maneja los números retóricamente con gran facilidad, y su implacable odio a la monarquía le había de sugerir un ataque cruelísimo a la institución y un análisis despiadado del presupuesto de la Casa Real. Era esperado con verdadero interés el discurso del orador pactista, y esta expectación quizás así como el desacertado giro que hubo de

dar a su oración, fueron causa del fracaso de esta y del desgraciadísimo papel que aquel día hicieron los republicanos.

Los profundos conocimientos filosófico-políticos del señor Pi y Margall no parecieron por ninguna parte en aquel discurso; su saber financiero tampoco se descubrió. Todo fue menudencias y pequeñeces tomadas de los periódicos populares más furibundos. El señor Pi llevó al Congreso argumentos de poco valer y hablillas del vulgo, resultando el discurso tan fuera de lugar, tan apartado de la ocasión, tan contrario a lo que es costumbre en nuestro Parlamento, que los más benévolos veían en el orador un atraso de quince años. Parecía en efecto que los años no pasaban por aquel hombre endurecido y fosilizado. Habló lo mismo que se hablaba en 1873. Es fácil advertir oyéndole, la gran mudanza que han tenido las costumbres parlamentarias, y el inmenso valor que ha llegado a adquirir la cortesía y respeto mutuo de las opiniones para dar regularidad a los debates. El señor Pi desconocía esto, y se creería que había estado quince años guardado dentro de una redoma,[5] por arte de encantamiento para salir luego de ella con las ideas, el lenguaje y las maneras de 1873.

Las desdichadas indicaciones que hizo respecto a supuestos actos del difunto rey don Alfonso XII, levantaron tales protestas que pocas veces hemos visto en la Cámara un alboroto semejante. Desde aquel momento ya no hubo para del padre del federalismo un momento de reposo porque de todas partes salían dardos agudísimos contra él, y como en realidad la dotación de la Casa Real no era sino un pretexto para hablar de monarquía y de república, la intemperancia antimonárquica del señor Pi fue la señal para que empezara la acerba y despiadada disección de la república federal y de su funesto ensayo.

Difícil le era al señor Pi con todo su talento defenderse de tantos y tan tremendos ataques. La razón y la verdad estaban en contra suya. Los hechos le denunciaban. Más le habría valido no presentarse en el Congreso, porque ya debía comprender que los actos del ministro de la Gobernación de 1873, estaban frescos en la memoria de muchos. La réplica del señor León y Castillo, presidente de la Comisión de "lista civil", fue tan elocuente como terrible. Cada frase era un golpe certero, cada palabra una contusión, y como la materia se prestaba a una verdadera catilinaria, el fogoso orador de la mayoría hizo uno de los mejores discursos que ilustran su fama parlamentaria.

Pocos oradores poseen, como éste, las cualidades nativas que constituyen la superioridad en el difícil arte de la palabra: el don extraordinario de expresar siempre el pensamiento con frase brillante y feliz, la afluencia, la intención, la rotundidad y por fin la cualidad, solo a los verdaderos oradores concedida, de trazar sus discursos dentro de un plan artístico, causa principal de deleite con que se les oye. Porque muchos hay que hablan, y aun hablan bien, mas no hacen verdaderos discursos, y la misma falta de unidad daña a la persuasión que los argumentos deshilvanados llevan en sí.

La oratoria de León y Castillo, grandilocuente y tribunicia, es para ocasiones solemnes, y brilla con todo su esplendor cuando conviene mover vivamente los ánimos en una Cámara o aplacarlos, cuando es forzoso infundir un sentimiento en esas colectividades que obedecen a tantos y tan diversos estímulos para excitarse o desmayar, cuando es indispen-

5 *redoma*: 'vasija ancha con cuello estrecho'.

sable rebatir en una hora y con golpes de maza, argumentos acumulados durante seis o siete sesiones. Esto fue lo que hizo el ex ministro de Ultramar en la célebre sesión del 8 de julio, la más dramática y guerrera de la presente legislatura, pues se pareció a una grande y decisiva batalla ganada a los republicanos después de seis días de marchas y contramarchas en que estos molestaban y acosaban a la mayoría monárquica.

Cada vez que el orador rebatía, con la palabra ardiente y sonora, una altanería de los cantonales de 1873, parecía que no había ya más que decir, y sin embargo, tras aquel argumento venía otro más fuerte. Diputado desde el 71, el orador canario ha sostenido brillantísimas campañas en el Congreso, siendo una de las más notables la del 73, formando con tres o cuatro diputados más, la reducida minoría monárquica que vino a aquellas Cortes. Ha sido ministro de Ultramar en el gabinete liberal de 1881, teniendo la gloria de haber puesto la base del engrandecimiento del archipiélago filipino con el libre cultivo del tabaco en aquella región. Es reputado como uno de los grandes oradores del partido liberal, y posee verdaderamente dotes extraordinarias. Su palabra llena y conmueve la Cámara produciendo los efectos más admirables y moviendo las pasiones y los sentimientos en grado máximo, resultado que no se obtiene sino reuniendo la fuerza concisa del pensamiento, la hermosura, calor y robustez de la dicción.

***

Han principiado en Madrid los grandes calores y con ellos la emigración. Como este año no hay cólera, todo el mundo sale a veranear y en la estación del Norte no se cabe a la hora en que parten los trenes para San Sebastián, Francia, Santander, Asturias y Galicia. Y es que después de dos veranos en que los lazaretos, los cordones, y más que nada, el miedo, imposibilitaron las excursiones al norte, parece que ahora los madrileños sienten más gana de esponjarse y refrescarse.

Bien se puede asegurar que este verano no dejarán de salir sino aquellos que están absolutamente imposibilitados de hacerlo, por falta de dinero o por otra causa igualmente respetable. Los trenes llamados de recreo o de *botijos* salen atestados y hay excursiones para todas las fortunas.

Como aún están abiertas las Cámaras, la desbandada no ha sido todavía general. Queda en Madrid mucha gente oficial, a pesar de que la Corte se trasladó a La Granja hace unos cuantos días. Los esfuerzos del gobierno para retener en Madrid a los diputados y senadores, no han sido completamente eficaces. Hace dos días que se puso a votación en el Senado el proyecto de convenio con Inglaterra, y de no acudir, llamados por telégrafo cuarenta y tantos senadores, no se habría reunido número suficiente para votar ayer. En el Congreso ha de pasar lo mismo hacia fin de mes. El telégrafo llamará a los que están ya tomando el fresco, y no habrá más remedio que tomar el tren para Madrid, que es en estos días un verdadero horno. A pesar de estas dificultades, es indudable que el *modus vivendi*[6] se aprobará y empezará a regir en primero de agosto.

6 Véase 17, n. 9.

Tremenda lucha ha sostenido el gobierno contra los muchos y poderosos enemigos del tratado; de un lado los catalanes, de otro los castellanos, y por fin hasta los jerezanos le han sido hostiles porque quieren mayores ventajas para sus vinos. El ministro de Estado, señor Moret, ha sostenido una campaña verdaderamente hercúlea, pronunciando muchos y elocuentes discursos. Pero domina de tal modo el asunto y hay en él convicción tan profunda y sincera, es además orador tan afluente y fácil, que no se cansa nunca ni se agota, y si a la conclusión de esta ruda campaña fuera preciso volver a empezar, lo haría con aquella misma serenidad aguerrida y aquella elocuencia inagotable que le caracteriza. El convenio será un hecho, y la Gran Bretaña tendrá lo que tanto desea, la segunda columna de nuestro arancel.

Para impedirlo no han escaseado los enemigos del convenio cuantos medios estaban a su alcance, incluso el "obstruccionismo" parlamentario, que entre nosotros ha sido poco usado, aun en los tiempos en que los debates eran más sañudos y las enemistades más implacables. Porque el "obstruccionismo" es un arma desleal y un recurso de mala fe; está en contradicción con la cortesía parlamentaria, y esta, para honra de nuestras Cortes, suele tener aquí buenos mantenedores; impedir que las leyes sean leyes, no votando en contra, sino retirándose los diputados para que no resulte el número de mitad más uno que el reglamento exige, no parece recurso muy digno de legisladores.

Aquí se usó poco de esta arma en los tiempos pasados; pero el ejemplo de los *parnellistas*[7] y de los éxitos que por tal sistema alcanzaron, despertó el espíritu de imitación, y desde hace algunos años tenemos entre nosotros *irlandeses* más o menos afortunados que entorpecen todos aquellos pleitos que no pueden ganar.

Por esta y otras razones, es urgente la reforma del reglamento de nuestras Cámaras. No habrá otras seguramente, dicho sea sin vanidad, donde se hable mejor; pero tampoco las habrá donde se despilfarre tanta oratoria inútil y donde tanto se repitan los argumentos. La misma fama y prestigio que adquieren algunos oradores, el mismo florecimiento del arte de la palabra son causa de que muchos, no dotados por la naturaleza de facultades oratorias, se empeñen en hacerse oír. Creen estos tales que sus electores se van a enfadar si el diputado por la localidad no toma la palabra un día y otro, y el que no habla se juzga desairado y amenazado del olvido y del desdén de sus conciudadanos.

Por esto vemos que en cada proyecto de ley se consumen tres turnos en contra y tres en pro, dándose el caso de que los tres oradores que defienden una tesis, vienen en sustancia a decir lo mismo. El reglamento, además, da tal latitud a los discursos, que hay hombre que empieza con la sesión, y al terminarse esta, todavía no ha dicho todo lo que tenía que decir, sin que le arredren el cansancio y hastío de sus compañeros ni las señales de somnolencia que en los mal poblados escaños se advierten. Hay además la mala costumbre o deplorable tolerancia de los presidentes, que permiten, a los que rectifican hacer un nuevo discurso, y así las discusiones, se eternizan y lo que estaría dicho en media hora dura dos semanas. No quiero hablar de la maña que algunos tienen, principalmente si son

7 *parnellistas*: partidarios del nacionalista irlandés *Parnell*.

jurisconsultos, hechos a defender el pro y el contra de las cuestiones, de amplificar y diluir los argumentos, expresando una sola idea de tres o cuatro maneras distintas, Esto me llevaría a hacer un verdadero estudio de costumbres parlamentarias, y aunque no quiero decir que alguna vez no lo haga, la ocasión presente no me parece propicia. Réstame afirmar, por ahora, que en las Cortes españolas se habla muy bien, pero se habla demasiado.

B. PÉREZ GALDÓS

64

LP, 16/9/1886

SUMARIO: El regionalismo —Los valencianos, catalanes y castellanos —La cuestión arrocera y la de las dehesas boyales —Descentralización administrativa —Clamores regionales —Todos buscan defensa en el arancel —Infundados temores de Cataluña —*Meeting* en Barcelona —Lo razonable y lo absurdo de las quejas catalanas —El señor Camacho —Su salida del ministerio —Indudables servicios y aptitudes de este reputado hacendista —Los tres Juanes —Laboriosidad y entereza del señor Camacho —El nuevo ministro de Hacienda señor Puigcerver —La Compañía Trasatlántica —Su situación —Proyectos de nuevo convenio con el gobierno —Modificación de los itinerarios —La nueva línea al Río de la Plata —Emigración.

Madrid, 14 de agosto de 1886.

Señor Director:

Lo que hoy priva en la política española es el particularismo provincial, o sea el regionalismo. Desde que empezó a pasar de moda el que los hombres se agitaran por los principios o desde que lo más esencial de estos se consideró conquistado, las batallas políticas se dan y se aceptan en nombre de los intereses materiales. Antes se escribían en las banderas de los partidos términos referentes a los derechos de la personalidad humana, y las pasiones se enardecían con este y el otro ideal o con aspiraciones a determinadas conquistas en el amplio reino del espíritu. Hoy vemos que se conmueve todo el alcázar político y gubernamental con la cuestión de los arroces valencianos, o con las dehesas boyales de Castilla.[1] Las mayorías parlamentarias se dividían antes a causa de la indocilidad o de la ambición de los grupos que las formaban; hoy se fraccionan por motivos más económicos que políticos, o por si debe prevalecer la primera o la segunda columna de nuestros aranceles.

¿El regionalismo es un mal o un bien? Algunos lo reputan muy dañino, considerándolo atentatorio a la unidad nacional. Vivíamos acostumbrados a la antigua disciplina de los partidos, que renovaba constantemente el gracioso episodio de los carneros de Panurgo,[2]

1 *dehesas boyales*: 'prados comunales donde se sueltan o apacientan los ganados'.

2 Pasaje de *Gargantua y Pantagruel* (1534) de Francois Rabelais en que Panurgo por enfado tira un carnero al

y parece que se hunde el mundo cuando se ve que una provincia manifiesta aspiraciones económicas contrarias a las del resto del país. Yo creo que el regionalismo, aun cuando se manifieste con formas tan vehementes como las de los catalanes en su última protesta contra el *modus vivendi*,[3] no es en realidad otra cosa que una propaganda inconsciente en favor de la descentralización, y una señal histórica de que se aproxima el descrédito total de nuestro actual sistema administrativo.

Cuando las iniciativas locales se despiertan, como despertando están en nuestras provincias, la centralización es la muerte. Todo indica que ha pasado ese período de infancia administrativa, en que la tutela omnímoda del Estado era hasta cierto punto conveniente. Los pueblos, salidos del absolutismo, como quien despierta a la vida, no sabían andar por sí. Pero al fin hay por todas partes señales de mayor edad; los pueblos se inquietan, quieren desprenderse del yugo del poder central. La iniciativa local, lo mismo que la provincial, va naciendo y tomando fuerza, como los afectos y determinaciones volitivas del hombre en el período de la vida en que se acaba la niñez; y de esta inquietud, que suele ir acompañada de violentos accesos, nacen exagerados conceptos de la conciencia regional. Hay provincia que en un momento de entusiasmo o de alucinación, sueña nada menos que con la independencia, constituyendo un estadillo soberano que mande sus embajadas a los grandes estados que hoy existen. Afortunadamente, pronto viene la apreciación razonable de las cosas, y los más exaltados comprenden que no había motivo para tanta bulla; la paz vuelve a los ánimos, y el espíritu regional desmaya hasta que un suceso cualquiera, un supuesto agravio le despierta de nuevo,

Hace tiempo que en Cataluña se manifiesta el regionalismo de un modo vivo. En el fondo de todo esto, no hay más que el prurito de la descentralización, y en rigor de verdad la descentralización es ya indispensable para un país donde la iniciativa y el trabajo han tomado tanto vuelo. Y a la descentralización no se opone solamente la rutina; opónese también la disparidad, la diferencia de medios y aptitudes que las diferentes provincias poseen. Si la descentralización se decretara, hay regiones que indudablemente serían beneficiadas; pero otras ¡ay! correrían el mismo peligro que corre un niño en cuyas manos se pone un arma de fuego. ¿Convendría, pues, hacer una ley de razas, dando libertad administrativa a los pueblos que, como el vascongado y el catalán, han demostrado que saben gobernarse, y conservar la centralización en aquellos que no han dado pruebas de haber salido de la adolescencia?

La centralización es causa de que todas las regiones de la península, en cuanto sienten el más ligero malestar, llevan sus quejas a Madrid. Es natural que así sea, pues siendo Madrid la metrópoli donde se hacen las leyes, allí se va a buscar también el remedio de los males que la propia ley produce. He aquí por qué la capital de España es punto de reunión de infinitas comisiones que llegan de distintos puntos de la península: esta en demanda de una rebaja en las contribuciones, aquella solicitando algo referente a obras públicas, la otra con el fin de que el gobierno dirima una cuestión local, a veces originada en las anti-

mar, y tras él se precipita el rebaño entero.

3 Véase 17 n. 9.

guas banderías o en los rencores de los caciques. Los ministros no pueden menos de tocar prácticamente los inconvenientes de esa tutela omnímoda que el Estado ejerce sobre todas las manifestaciones de la vida. Pero para poner remedio a esto, sería preciso variar todo nuestro organismo administrativo, y ante esto se detienen asustados los gobiernos todos.

En estos últimos meses, los clamores del regionalismo han sido tan ruidosos que han perturbado bastante el recinto de la representación nacional. Los valencianos se lamentan de que el cultivo del arroz en su feracísima huerta está amenazado de muerte por la baratura del arroz de la India. Y los castellanos piden amparo para sus trigos, porque los que en tanta abundancia produce el oeste de los Estados Unidos vienen a nuestros puertos a menor precio que el del país. Unos y otros piden que se impongan derechos a los productos similares extranjeros, y al mismo tiempo los catalanes dicen que lo que importa es proteger la industria fabril, gravando los tejidos ingleses y alemanes. Si a todos se atendiera, pronto la vida sería insoportable; más también es cierto que los gobiernos no pueden desatender en absoluto estas quejas y pretensiones, que en el fondo tienen siempre algo de razonable. La verdad es que en cuantas ocasiones se han hecho modificaciones liberales en nuestros aranceles, los catalanes han puesto el grito en el cielo anunciando la ruina de todas sus industrias. Luego se ha visto que las industrias de Barcelona han prevalecido y aun prosperado, mejorando y abaratando sus productos. La iniciativa del pueblo catalán es grande, y sabe perfeccionar los procedimientos fabriles de día en día.

Examinada esta cuestión fríamente y con números que son más elocuentes que las palabras, resulta que los tratados de comercio y las rebajas arancelarias no han perjudicado a la industria, porque ha venido creciendo la introducción de primeras materias. Si la industria perece, ¿en qué consiste que hoy consume Barcelona doble cantidad de carbón que hace veinte años, y que crece del misino modo la importación de balas de algodón? En la presente época los tejidos catalanes, esmeradamente fabricados, van al Mediodía de Francia a hacer competencia a los franceses. Si se examinan los estados de introducción de tejidos extranjeros de lana y algodón, se ve que apenas representa un diez por ciento de sus similares del país; de modo que esa temida concurrencia extranjera es más ficticia que real. Los catalanes hacen ruda oposición a los tratados de comercio, más bien por el principio que por el hecho, por los temores del porvenir más que por los del presente. Con motivo del reciente convenio con Inglaterra y de su aprobación en las Cortes, la opinión se ha alborotado en Barcelona, celebrándose un *meeting* en que se hicieron manifestaciones contrarias al principio de unidad nacional. Pero bien se echa de ver, leyendo atentamente lo que allí se dijo, que es gente de poco fuste la que figuró en la citada reunión. La mayoría de los habitantes de Barcelona permaneció indiferente si no hostil a estas manifestaciones.

En las quejas de aquel país hay algo que no podemos menos de considerar infundado y ficticio; pero algo hay también que es justo y razonable. No se puede admitir que la vida de cuarenta y ocho provincias del reino esté supeditada a los intereses de unos cuantos fabricantes por inteligentes y emprendedores que sean. Pero al mismo tiempo es fuerza reconocer que cuanto las barceloneses dicen en contra de la centralización, tiene fundamento de verdad; porque en Barcelona hay grandes iniciativas en todos los órdenes, y

estas iniciativas están ahogadas por la intromisión de la metrópoli en todos los asuntos. Eso de que no se pueda en Barcelona abrir una calle, ni acometer una alcantarilla, ni levantar un edificio sin acudir a las oficinas de Madrid, donde tanto se enredan y eternizan los asuntos, es una cosa que clama al cielo. Como he dicho antes, la centralización es absurda tratándose de Barcelona, y de esta tiranía administrativa provienen quizás las quejas de aquel industrioso pueblo.

***

No por desacuerdo con los catalanes, sino por desavenencias con los valencianos y castellanos, ha salido del ministerio de Hacienda el señor Camacho, hombre de tan grande reputación dentro y fuera de España.

El motivo ha sido la proyectada venta de montes, que ha formado siempre parte principalísima de los planes del señor Camacho. Tratábase de los expedientes de excepción de venta en concepto de montes de aprovechamiento común, y aquí surgió la desavenencia entre el afamado hacendista y algunos individuos de la mayoría. No es esta la primera vez que el señor Camacho sale del ministerio por su malquerencia a los montes. Muchos de estos están usufructuados por los pueblos, y siempre que se habla de venta, se levanta un clamor no menos grande que el que producen los terremotos, el cólera u otra calamidad pública. Grande es la entereza del señor Camacho; pero los pueblos que viven del esquilmo de los montes de aprovechamiento común le han vencido ya dos veces.

Pocos hombres han gobernado el departamento de Hacienda en España con tanto prestigio y autoridad tan grande como el señor Camacho. En el extranjero goza de altísimo renombre, y su acto de la conversión de las deudas españolas, realizado en 1881, se reputa entre los financieros de todos los países como una de las operaciones más acertadas de estos tiempos. De aquí procede la enorme reputación y respetabilidad de nuestro ministro entre los hombres de negocios. En España goza de verdadera popularidad, y ningún ministro de Hacienda la ha tenido igual. Se ha dicho que tres Juanes habían salvado en diferentes ocasiones el Erario español, a saber: don Juan Álvarez Mendizábal, autor de la desamortización civil y eclesiástica de que proviene toda la riqueza moderna; don Juan Bravo Murillo, a quien debemos la reforma del sistema tributario y todo nuestro organismo administrativo, y por fin, don Juan Francisco Camacho, que en tiempos recientes ha sabido elevar el crédito de la nación a una altura que no tuvo jamás.

La posteridad juzgará de un modo completo al señor Camacho, determinando su verdadero valor en cada una de las particularidades que abraza la compleja ciencia financiera. Hoy no puede juzgársele imparcialmente, más que en aquellas aptitudes que están a la vista, como son su laboriosidad sin ejemplo, la firmeza en su carácter y su acrisolada honradez.

Hay pocos hombres, no digo en las altas esferas del gobierno, pero ni aun en las más modestas de la vida privada, que trabajen como trabajaba el señor Camacho. Ni el comerciante más apegado a su escritorio, ni el industrial más encariñado con sus negocios propios, le igualaron jamás. Todos los días, así en verano como en invierno, entraba en su despacho del ministerio a las ocho de la mañana, y salvo las breves interrupciones consa-

gradas al almuerzo y comida, no levantaba mano del trabajo hasta las doce de la noche. Semejante tarea, que bastara a rendir al más fuerte, no hacía mella en aquel temperamento verdaderamente extraordinario y privilegiado. El señor Camacho tiene setenta y seis años, y esta cifra vital, unida a la de las horas que consagra al trabajo, es el más grande elogio que se puede hacer de su laboriosidad.

Todos los asuntos de su departamento pasaban por su mano. Como todos los grandes trabajadores, es desconfiado, y cree que sus subalternos se descuidan o que, por lo menos, no van tan de prisa como él. Nada se resolvía en el ministerio sin su intervención directa. Todos los empleados altos y bajos sentían el peso de su dirección inmediata y enérgica. Por esto se ha dicho que en la última oficina de la más apartada e insignificante colecturía de Hacienda de provincias,[4] se conocía por el modo de trabajar de los empleados, si erao no ministro del ramo el señor Camacho.

Cualesquiera que sean sus dotes como hacendista, no cabe duda de que como recaudador no tiene igual. Recaudar ha sido siempre su fuerte, y bajo su mano de hierro, todos los impuestos y contribuciones aumentaban de un modo pasmoso. Ha organizado ciertos servicios con un orden y una regularidad, hasta ahora desconocidos en España, ayudándole a ello su inquebrantable firmeza y la autoridad de que goza. Grandes servicios ha prestado el señor Camacho al país y al partido liberal, y es muy sensible su disidencia con el jefe de este y con una parte importante de la mayoría de ambas Cámaras.

Sucesor del señor Camacho en el ministerio ha sido el señor Puigcerver, joven ilustradísimo y tan competente en asuntos de Hacienda que hace tiempo se le indicaba como sucesor de Camacho para el caso de que éste, por razón de enfermedad o achaques, dejase aquel puesto. Ha sido subsecretario en el mismo departamento y presidente de la comisión de presupuestos del Congreso, habiendo demostrado en multitud de ocasiones sus grandes conocimientos, y aquella frialdad y seguridad de criterio que el buen hacendista necesita. Se espera mucho del nuevo ministro, y creo que no defraudará estas esperanzas.

***

Agitase hoy en Madrid y en las poblaciones del litoral la cuestión de la Compañía Trasatlántica, que ha pedido la rescisión de sus contratos con el gobierno, negándose a prestar el servicio de correos si no se le dan garantías de permanencia, indispensables para que estas grandes empresas puedan desarrollarse y vivir en armonía con las necesidades de la navegación moderna. Las líneas de vapores-correos de las Antillas y Filipinas que hoy llevan aquella denominación, proceden de la empresa A. López y Compañía, que fue en sus orígenes comanditaria y se convirtió en anónima poco antes de la muerte del afamado naviero.

Era López, como todo el mundo sabe, hombre de genio emprendedor y de extraordinaria iniciativa. Sus vapores gozaron de grandísimo crédito, y el servicio de las Antillas se hizo en ellos con tanta celeridad como seguridad durante muchos años. Convenio y

4 *colecturía de Hacienda*: oficina donde se reciben las rentas.

arreglos celebrados con otra empresa rival, la del marqués de Campo, llevaron también a la empresa López los correos de Filipinas. Hoy posee la Compañía Trasatlántica treinta y dos vapores; pero hallándose próximo a terminar su contrato con el gobierno, la empresa no se cree en el caso de mejorar su material flotante, parte del cual es viejo, hasta que el contrato no se renueve. El gobierno, reconociendo los grandes servicios prestados al país por la Trasatlántica y lo que representa en nuestra marina mercante, ha decidido acceder a sus pretensiones de prórroga, siempre que la compañía acepte las nuevas condiciones que se le imponen, referentes a mayor rapidez en los viajes y a ampliación y extensión de los itinerarios.

Me ocupo de esto, porque entre las bases del proyectado contrato, figura una que verán con gusto los españoles residentes en esa república. Se establecerá una línea entre España y los puertos del Plata. Es este precisamente uno de los puntos en que parece mostrar el gobierno un interés más decidido, conociendo que la importancia de nuestro comercio con la América meridional exige ya de un modo imperioso el establecimiento de una línea subvencionada. Como es casi seguro que la Compañía ha de aceptar las nuevas condiciones en todas sus partes, puede contarse como un hecho el establecimiento de la línea directa subvencionada entre España y los puertos de Buenos Aires y Montevideo, partiendo de Barcelona y quizás de Génova.

La apertura del istmo de Panamá ha de variar las condiciones del comercio europeo con América. También esto se prevé en el nuevo convenio con la Compañía Trasatlántica, la cual, si establece los itinerarios que el gobierno le propone, extenderá sus líneas por oriente hasta las Carolinas, comprendiendo los puertos de China, Indostán y Filipinas, por occidente hasta las repúblicas de Chile y el Perú, y mientras Panamá no se abra, hasta Buenos Aires. De este modo nuestra marina mercante será lo que debe ser, lo que de derecho le corresponde por la extensión de nuestra costa, por las tradiciones gloriosísimas de nuestras expediciones navales, y por la pericia indudable y bien reconocida en todo el mundo, de nuestros marinos.

***

Después de esto de la Trasatlántica y de la salida del señor Camacho, nada ocurre en Madrid digno de contarse. La emigración es tan grande este verano, que Madrid se ha quedado desierto. Los llamados círculos políticos y literarios, que en realidad no son sino corrillos de gente más o menos discreta, están disueltos por el momento.

No hay nadie, no pasa nada, no se dice nada, y para poder encontrar temas de interés es preciso seguir la corriente de emigración y lanzarse hacia las frescas playas del norte, donde hoy está aglomerada y como congestionada casi toda la vida española.

B. PÉREZ GALDÓS

65
LP, 26/9/1886

SUMARIO: Vacaciones políticas —Real Sitio de San Ildefonso —Jardines y fuentes —Los Borbones —Una anécdota de Carlos III —Sucesos que dan celebridad a La Granja —El complot apostólico —La bofetada a Calomarde —La revolución de los sargentos —Segovia, ciudad histórica —La vida en La Granja —La reina regente.

Madrid, 23 de agosto de 1886.

Señor Director:

Vacaciones generales en todo. No hay noticias. En Madrid por no haber nada, no hay ni siquiera gente. Los círculos disueltos, las tertulias disfrutando licencia, la prensa viviendo miserablemente de las migajas que los *reporters* encuentran, después de mucho rebuscar. Las correspondencias de los sitios de baños son lo único que da escaso alimento a la prensa, que en la parte política vese obligada a vivir de mentiras más o menos ingeniosas. Cada día aparece una novela que se desbarata al siguiente ante la nueva invención de una fantasía fecunda.

Los grandes teatros cerrados; los grandes paseos muy poco concurridos; el vecindario, procurándose un poco de fresco en mitad de las calles a las altas horas de la noche. Las puertas permanecen abiertas y las precauciones que de ordinario se toman contra los rateros disminuyen, porque la respetable clase de *tomadores, espadistas* y *descuideras* se ha trasladado a los puertos del norte a ejercer su industria.[1]

Los periodistas que han quedado aquí, viven en la desesperación. Aburridos y anhelantes, se les ve discurrir por los pasillos del Congreso a ver si *salta* algo. Muchos, que tienen ideas pacíficas, al llegar esta época desean *que se arme*, por tener algo de qué hablar. Otros, que ordinariamente abominan del poder personal, en agosto defienden la dictadura por *dar juego.*

Y para que la situación de los desgraciados *intérpretes* de la opinión pública sea más crítica, este verano no ha salido por ninguna parte el tan esperado y temido motín o algarada zorrillista. Sábese que el gran agitador trabaja en la clase de sargentos ambiciosos, pero hasta ahora sus maquinaciones no pasan de proyectos oscuros. Todo se vuelve mirar a la frontera de Francia**,** creyendo muchos que por allí viene el cataclismo y de la frontera no vienen sino aires pacíficos. Los especuladores en noticias, los que las anuncian y aun las venden, como un artículo de comercio, nos dicen al oído que no es en la frontera de Francia, sino en Barcelona donde se ha de armar. Al día siguiente ya no es Barcelona sino Cartagena el punto elegido para dar la función. Pero al fin todo es sueño, delirio, vana esperanza de corazones vengativos o idea malsana de cerebros enfermos. La revolución no parece por una razón tan sencilla como irrefutable, y es que no tiene razón de ser.

***

1 En germanía, *tomadores*; `que hurtan del bolsillo ajeno´; *espadista*: `delincuentes que utilizan una ganzúa´; *descuideras*: `ladronas que se aprovechan del descuido ajeno´.

Vámonos a veranear y el primer punto al cual hemos de dirigirnos es La Granja, Sitio Real, residencia de la Corte en los meses caniculares. Este año no es de los lugares más concurridos, porque la gran mayoría de los madrileños prefieren los puertos cantábricos. En La Granja hay bastante fresco; pero no es la incomparable brisa del mar, tan grata a los pulmones. Además en aquella residencia no hay baños minerales que la higiene o la moda impone a todo el mundo. Por esta razón, a La Granja o Real Sitio de San Ildefonso no han ido este año más que las personas que por razón de su cargo concurren siempre a dónde va la Corte, y algunas familias aristocráticas y elevados funcionarios del gobierno y de la Casa Real.

La Granja es creación del primero de los Borbones, Felipe V, que habiendo traído a España tantas cosas francesas, quiso también tener un Versalles. El lugar elegido para residencia de verano de los reyes fue un rincón de la sierra de Guadarrama, el más hermoso tal vez, dotado de frescas y abundantísimas aguas. No bastaban al biznieto de Luis XIV las admirables arboledas de Aranjuez, ni los montes del Pardo y la Zarzuela, y quiso erigir un monumento de arboricultura y fontanería que perpetuase su nombre tanto por lo menos como sus hazañas de Villaviciosa y Almansa.[2] El estilo adoptado en la jardinería de San Ildefonso es el llamado de Le Nôtre, el reformador de los paisajes, y en este aspecto La Granja no tiene nada que envidiar al grande ni al pequeño Trianon.[3] Todos los jardines de esta escuela son iguales, y habiendo visto uno parece que se han visto todos. Así como en retórica se da tormento a la lengua para componer los versos, en esta escuela de jardinería se da tormento a la naturaleza para convertirla en parterres. Los árboles son recortados para igualarlos de modo que parezcan la repetición de uno solo. A los arbustos se los talla para labrar con ellos objetos que guardan muy poca relación con el reino vegetal y las flores se siembran formando mosaicos de risueños y bien combinados colores. Pero el principal elemento decorativo de la jardinería de Le Nôtre es el boj, que después de plantado conforme a la planimetría paisajista se trabaja con tijeras, haciendo con él los más graciosos dibujos. De este sistema resulta una cosa muy bonita pero se da de bofetadas con la naturaleza, porque los árboles con peluca y chorreras, los arbustos peinados y las praderas afeitadas, si traen prontamente a la memoria el fastuoso barroquismo de la época Luis XV, no despiertan en el ánimo ninguna de las dulces sensaciones que parecen propias de la contemplación del campo y de la naturaleza.

Por esta razón, y estando hoy tan en boga la sinceridad en las artes y en todo, el culto de la verdad, han caído en completo en desuso los jardines de este primoroso rebuscado y afectadísimo estilo, y si se conservan los que existen es en concepto de monumentos históricos. Pero el complemento de los jardines de la Granja, y lo más bello que en realidad encierran son las maravillosas fuentes, que igualan, sino superan las del propio Versalles. No se comprende cómo se gastaba tantísimo dinero en construir estos artificios en que

2 Las tropas de Felipe V vencieron a las del archiduque de Austria durante la Guerra de Sucesión en *Villaviciosa* (Guadalajara) en diciembre de 1710, y en *Almansa* (Albacete) en abril de 1707.

3 Ambos se encuentran en el recinto del palacio de Versalles. El palacio Grand *Trianon*, construido por Luis XIV, se terminó en 1687. El Petit *Trianon*, construido por Luis XV fue regalado por Luis XVI a María Antonieta.

el agua, lanzada a los aires por su propia presión, forma estupendos efectos de óptica y simula las fantásticas líneas de una arquitectura de cristal. Las tales fuentes solo corren en contados días del año, y no es calculable lo que ha costado la canalización de las aguas y lo que anualmente se emplea en la conservación y entretenimiento de estos organismos acuáticos que solo sirven para producir una ilusión momentánea. Encuentro en ellos cierto parecido con los fuegos artificiales, a pesar de ser tan diferentes las sustancias que los componen. Sólo que los fuegos artificiales no cuestan nada en comparación del dinero que se necesita para lanzar a los aires estos castillos líquidos que en la Granja se llaman las fuentes de Andrómeda o de la Fama o de las Cuatro Estaciones.

Cuando se ven correr estas fuentes, lo que no ocurre todos los días, después del primer arrebato de admiración que producen aquellos cohetes de agua que a tanta altura suben, aquellas torres de blanca espuma y aquellas piruetas del agua, lo primero que se viene a las mientes es qué obras tan dispendiosas se construían en una época en que no había carreteras ni puertos, ni edificios apropiados a los diferentes ramos de la administración pública. Y el pueblo, a quien el día del rey o de la reina se permitía entrar en los jardines a ver correr las fuentes, contemplaba embobado el espectáculo extraño del agua volando por los aires sin darse cuenta del absurdo sistema económico de aquellos benditos tiempos. Cosas habrá tal vez en los nuestros que no son menos disparatadas y que a nosotros nos parecen de una perfecta lógica. Vendrán generaciones que se reirán de ellas y de nosotros.

El más Inteligente de los reyes de la casa de Borbón**,** Carlos III**,** a quien Cesar Cantù incluye en la lista de reyes filósofos,[4] al lado de Federico de Prusia y de José de Portugal, debió de entender de otra manera la inversión de los caudales del Tesoro Público, porque en su fecundo reinado se fomentaron las obras públicas de un modo pasmoso y se construyeron los arsenales

Las obras de jardinería y fuentes decorativas no consumieron en aquel tiempo las ingentes sumas del reinado anterior. El renacimiento de la arquitectura coincidió con la venida de Carlos a España, que no en vano había sido rey de Nápoles, descubridor de Pompeya y aficionado a las artes antiguas.[5] Toda España está llena de monumentos que declaran el espíritu emprendedor de aquel monarca, y el orden admirable de su administración. También creo que existen en América edificios de ese estilo especial, sólido y a la vez elegante, que caracteriza la época de Carlos III.

A la misma época pertenece la fundación de nuestros arsenales, principalmente el del Ferrol, en el cual invirtió considerables caudales el marqués de la Ensenada. A este propósito se cuenta una anécdota, que si es cierta, nos pinta a Carlos III como un hombre de buen humor, aficionado a tratar en broma los asuntos más serios. Entró un día el marqués de la Ensenada en la Cámara Real del palacio de La Granja a despachar con su majestad y encontró a este asomado a la ventana mirando con un gran catalejo. Llamole la atención el ministro, pero el rey no se movía y seguía mirando como si escudriñara algo en el punto

4 Cesare Cantù, es autor de *Historia de cien años, 1750-1850*, (1846).*

5 Durante su reinado en Nápoles (1731-1759) ordenó comenzar la excavación de las poblaciones sepultadas por la erupción del Vesubio del año 79: Pompeya, Herculano, Oplontis y las Villas Stabianas.

más lejano del horizonte. Por fin, interrogado respetuosamente por Ensenada sobre el objeto de su observación, volviose a él y con tono zumbón le dijo: "Estoy mirando hacia el norte, a ver si distingo El Ferrol que, a juzgar por el dinero que llevamos empleado en él, debe haber crecido tanto que pronto se ha de ver desde Madrid".

***

Aquel apacible retiro de La Granja ha sido teatro de grandes acontecimientos que han cambiado en pocas horas la faz política de la nación. En la historia del siglo pasado se habla poco de La Granja, como no sea para reseñar las fiestas de la Corte allí celebradas; pero en el presente, la política escoge aquel delicioso lugar para escenas de trascendentales cambios y tramoyas. Allí ocurrió la gran conspiración apostólica en los últimos años del reinado de Fernando VII, cuando los furibundos partidarios de don Carlos quisieron restablecer la ley sálica y arrancar al rey moribundo una derogación de las disposiciones por las cuales heredaba la corona doña Isabel II. Allí ocurrieron las intrigas palaciegas más oscuras que registra quizás nuestra historia, y como en todos estos dramas suele haber algún episodio cómico, allí ocurrió también el chistoso incidente de la bofetada que le dio a Calomarde la infanta doña Carlota, hermana de Cristina, y mujer de tanto brío que a ella se debe sin duda, que abortara la trama apostólica.[6] Lo que no pudo evitarse fue la guerra espantosa que sobrevino poco tiempo después, en cuanto murió Fernando VII, de infeliz y sangrienta memoria.

Otro suceso al cual va unido el nombre de La Granja es el motín de los sargentos de 1836, siendo reina gobernadora o regente del reino doña María Cristina. La legalidad vigente a la sazón era el Estatuto, especie de Carta otorgada, invención de Martínez de la Rosa, como componenda entre el absolutismo y la libertad.[7] Pero la revolución vencida desde 1823,[8] trabajaba sordamente por restablecer la Constitución del 12. Lo que el año 20 había hecho Riego en las Cabezas de San Juan con los regimientos destinados a la pacificación de América,[9] hiciéronlo el 36 unos cuantos soldados dirigidos por el sargento García, que adquirió desde entonces cierta celebridad. Lo cierto es que la reina Gobernadora se vio constreñida a aceptar el cambio que se le imponía, y la Constitución del 12 fue puesta en vigor por tercera vez. Al poco tiempo se sintió la necesidad de su reforma y reunidas Cortes Constituyentes se hizo la del 37, que fue la segunda en la serie harto larga de nuestras constituciones.

6 *la bofetada … apostólica*: La infanta Carlota, abofeteó a Calomarde, ministro de Fernando VII, por haber conseguido restablecer la ley sálica (derogada en 1830), que excluía del trono a las mujeres. Con ella, Isabel, quedaba postergada frente a don Carlos; la trama se llamó apostólica por apoyarse los partidarios de don Carlos en la tradición teocrática de la monarquía. Galdós relató todo esto en el episodio *Los apostólicos* (1878).

7 El *Estatuto Real* se promulgó en 1834, al inicio de la Regencia de María Cristina de Borbón. En 1836 se produjo el motín de la Granja en su contra.

8 Cuando, tras el Trienio liberal, el ejército de los Cien mil hijos de San Luis restablece el absolutismo.

9 El general *Riego*, se pronunció contra el absolutismo y proclamó la constitución del 12 en Cádiz, dónde debía embarcarse con sus tropas hacia América; así, comenzó el Trienio liberal de Fernando VII.

La mala costumbre de encomendar a la fuerza militar la reforma de las instituciones tuvo en el motín de La Granja uno de los ejemplos más funestos, y después de ver que unos cuantos sargentos obligaban a la reina a cambiar de política, nadie podía extrañar que en el reinado siguiente hicieran lo mismo los generales de brillante historia. La mayor de nuestras calamidades, la más funesta de todas, la verdaderamente afrentosa, los pronunciamientos militares, tienen su origen en los primeros esfuerzos de la libertad para abrirse camino.

Alguien disculpa este fenómeno histórico, diciendo que la opinión pública no tenía más órgano para manifestarse que la fuerza armada, y que el soldado era la verdadera expresión del pueblo soberano. Un poco forzado me parece este argumento, si bien hay que convenir en que ciertos movimientos militares, como el de 1820 y el de 1854,[10] fueron de imprescindible necesidad. Sin ellos el absolutismo feroz de Fernando VII y los desafueros de los doctrinarios en el reinado de su sucesora no habrían tenido el correctivo que merecían. A pesar de esto, hay que abominar de las revoluciones hechas por la fuerza militar, cualquiera que sea su alcance. Los pronunciamientos, incluyendo bajo esta denominación las grandes y pequeñas revoluciones hechas por medio del ejército, son causa de la inseguridad en que viven todos los gobiernos, de la desmedida atención que han de prestar al orden público, distrayéndola de otros asuntos, porque no existe nunca entre nosotros la confianza ilimitada que es la atmósfera vital de todo gobierno. Pocas veces se habrá dado en España el caso de que un presidente del Consejo de Ministros se acueste tranquilamente a dormir todas las noches sin acordarse para nada de que hay generales levantiscos, y sin temer que en este o el otro cuartel se esté tramando algún cambio en nuestras leyes fundamentales.

No obstante, a pesar de que ahora no vivimos en el mejor de los mundos posibles, cuando nos comparamos con lo que éramos en aquellos benditos tiempos del sargento García, nos parece que hemos saltado un par de siglos. Entonces se acababan de perder las Américas, y ardía la guerra civil en el norte de España. La nación no tenía recursos para combatir a los carlistas. El comercio exterior era casi nulo, la riqueza publica en todas sus manifestaciones poco menos. Las cifras del presupuesto de la nación, puestas al lado de las actuales, causan risa. El producto de todas nuestras aduanas era inferior al que hoy rinde sola cualquiera de las de primera clase. Afortunadamente, Mendizábal afrontó la grande obra de la desamortización, sin lo cual probablemente aquel periodo económico semejante a la mendicidad habría continuado hasta nuestros días. Aquel gran reformador, que para hacer frente a la guerra civil tuvo que echar mano de las campanas de las iglesias[11] acometió la obra salvadora de enajenar los bienes de manos muertas,[12] creando la poderosa clase media actual, y dando el Estado mayor fuerza de la que tenía. La transformación de nuestra sociedad por la virtud de esta transformación de la riqueza

10 Los *movimientos* que iniciaron respectivamente el trienio Liberal en el reinado de Fernando VII y el Bienio Progresista en el de Isabel II.

11 Mendizábal vendió *las campanas* de los conventos expropiados por la desamortización para pagar al ejército.

12 Bienes inmuebles donados a la iglesia en testamento, que no podían ser enajenados.

no podemos apreciarla nosotros. Aprécianla únicamente los que han vivido lo bastante para abarcar dos épocas tan diferentes, los que en su infancia vieron de cerca los frailes,el romanticismo y la primera guerra civil, llamada vulgarmente entre los militares *la guerra pobre*, y en la vejez han alcanzado la luz eléctrica, los ferrocarriles y *la guerra rica.*[13]

***

Pero me he apartado insensiblemente del objeto de mi carta, que es hablar de La Granja, aunque con lo dicho acerca de este Real Sitio creo que basta para hacer formar un juicio exacto de él. Inmediatos a San Ildefonso están los famosos pinares de Valsaín en los cuales el Patrimonio ha instalado la explotación de maderas con arreglo a los adelantos modernos. Como a dos leguas hacia el norte está la venerable e histórica ciudad de Segovia, célebre por su romano acueducto, una de las obras más maravillosas que existen en el mundo. Todas las personas que veranean en La Granja acuden a visitar este monumento, que a los dieciocho siglos de construido se encuentra en perfecto estado de conservación, y sirve todavía para conducir las aguas potables a la ciudad. Su inmensa arquería, compuesta de enormes sillares sentados sin cemento, lo que indica la perfección del corte de las piedras, es de una elegancia, sencillez y majestad incomparables.

También hay en Segovia monumentos religiosos de gran valía artística, y el Alcázar, que hace años devoró un incendio y que en la actualidad se está restaurando, es una de las muestras más bellas del arte mudéjar.

Con todas estas joyas arquitectónicas en su recinto, Segovia es una ciudad muerta y apenas hay en ella un resto de su antiguo poderío industrial. Es un museo interesante y lleno de tristezas. La vida moderna no logra infundir un poco de animación en las desier- tas calles de la ciudad que fuera culta y alegre, y que hoy solo ofrece a la contemplación del viajero ruinas, muros musgosos, señales inequívocas de atraso y pobreza. Parece en algunos sitios que aún la habitan los originales personajes pintados por Quevedo en su gracioso libro del *Buscón.*

La Academia de Artillería que desde hace muchos años está en Segovia es lo único que presta alguna animación a la vetusta ciudad. Otra población muerta, Toledo, debe asimismo apariencias de vida a un instituto militar. Por lo demás, pasado el interés que despiertan sus monumentos y satisfecha la curiosidad que inspiran, la residencia en estas ciudades es poco agradable y sus comodidades muy problemáticas. Por esta razón nos volvemos a La Granja, dejando a Segovia y su acueducto, pues por grande que sea el mérito de estas piedras venerables, no es posible dejar de preferir, al menos en este tiempo, las frescas arboledas, los risueños parques y las rumorosas fuentes de San Ildefonso.

En el palacio del Real Sitio, uno de los más bellos que actualmente posee la Casa Real de España, reside actualmente la reina regente doña María Cristina con sus hijos, las dos infantitas y don Alfonso XIII, el rey más pequeño que se conoce pues apenas cuenta cuatro meses de edad. La vida de la regente es tan retraída que raya en austeridad. Fuera de las

13 Se refiere a las dos guerras carlistas, en las que los constitucionales contaron con muy diferentes medios.

horas en que sale a paseo con sus hijos, no se la ve en ninguna parte de los jardines, y este año han desaparecido los *corros* que en vida de don Alfonso se formaban en aquellos amenos sitios, y que se componían de las más bellas y espirituales damas residentes en La Granja. La regente, doña María Cristina, se halla en San Ildefonso en circunstancias que solo aparentemente y por coincidencia de nombres y lugares, tienen semejanza con las que rodearon a la reina viuda del mismo nombre, doña María Cristina de Borbón, madre de Isabel II. Los tiempos han variado mucho desde 1836 acá, y aunque la regencia actual ve delante de sí algunos peligros, estos van aminorando de día en día, no contribuyendo poco a este feliz resultado la conducta discretísima, tan correcta en el terreno privado corno en el político, de la viuda de Alfonso XII.[14]

B. PÉREZ GALDÓS

66

LP, 31/10/1886

SUMARIO: Explicación de mi tardanza —La insurrección de Madrid en la noche del 19 al 20 —Consideraciones sobre los tumultos militares —Cualidades y defectos de nuestro ejército —Orígenes de la indisciplina —Elementos dañados que en el ejército existen —Prisiones y castigos.

Santander, 25 de septiembre de 1886.

Señor Director:

En el tiempo trascurrido desde la fecha de mi última carta y la presente he dado un paseo bastante largo. He estado en Santander, el Havre, París, Estrasburgo, Maguncia, Fráncfort, Wiesbaden, Colonia, y otra vez París, el Havre y Santander, donde ahora me encuentro. Habría querido dar a mis lectores una reseña de este interesante viaje, realizado con la rapidez que permite el admirable servicio de ferrocarriles de la Europa central; pero al poner el pie en España, hállome sorprendido por la noticia de una insurrección militar ocurrida en Madrid en la noche del 19 al 20.

Mi obligación de cronista oblígame a preferir este asunto a todos los demás por gratos que sean. Aunque, mirándolo bien, ahora caigo en la cuenta de que bien podría eximirme de llenar esta carta con el relato tristísimo de aquella jornada, por varias razones. La primera es que por mucha prisa que me dé en despachar esta correspondencia, ha de llegar a Buenos Aires bastante después que las reseñas de la prensa madrileña del 20, hechas por testigos presenciales. Dichas reseñas pintan y describen el caso con tal exactitud y colorido, que todo lo que escriba fuera del teatro de los sucesos, resultará pálido. La sublevación ocurrió cuando yo me hallaba en medio de la soledad y paz del mar, tan ajeno, a lo que en Madrid estaba pasando como a lo que pudiera ocurrir en la China; para dar cuenta del

14 Galdós coincide con el especial interés que conservadores y liberales pusieron en subrayar las virtudes femeninas de la regente.*.

motín de la soldadesca en la aciaga noche del 20, tendría que reproducir la relación de los *reporters* madrileños, la cual habrá llegado a Buenos Aires antes que esta carta.

La segunda razón es que me repugnan tanto y me son tan odiosos los movimientos militares que quisiera ocuparme de ellos lo menos posible, pues me duele consagrarles la atención aunque sea para condenarlos. La última hazaña del militarismo político es tan repugnante, y está manchada con actos tan feos que bien quisiera borrarla de nuestros anales o hacerme la ilusión de que es un sueño nada más, un desvarío de la mente española sin valor ninguno en la realidad. Por desgracia no es así, y esta vergüenza de nuestros tiempos no puede ser más real. Las reseñas de la prensa de Madrid habrán dado a conocer con todos sus detalles lo sucedido en la noche del 19 al 20.

Como movimiento político carece de importancia. Es una insensatez en parte candorosa, en parte ridícula. Sin el carácter trágico que dan a estos sucesos los asesinatos de dos leales y pundonorosos jefes del ejército, la sedición habría sido simplemente estúpida como las de Badajoz y Cartagena.[1] Diferénciase además de estas algaradas en que ahora los revolucionarios han dado al paisanaje más participación que otras veces. Cierto que el paisanaje no se ha distinguido por ningún acto heroico. Su hazaña ha consistido en alborotar por las calles y en asesinar cobardemente al brigadier Velarde y al coronel conde de Mirasol.[2]

De lo que no podrá hacerse cargo fácilmente la opinión fuera de España es de la indignación y el desprecio con que esta criminal intentona ha sido recibida por todo el país. Ningún jefe militar ha aparecido al frente de ella, a excepción del capitán Casero, que estaba de reemplazo y que acaudilló a los sublevados poniéndose las insignias de coronel. Respecto a la intervención del brigadier Villacampa no se sabe a punto fijo que aquello fuera un hecho. Este señor, señalado como zorrillista tiempo ha, no manda ninguna fuerza ni es probable la vuelva a mandar.

Es realmente inconcebible para los que no están muy al tanto de los inveterados resabios de nuestra política y de nuestro ejército, que doscientos o trescientos soldados salgan de sus cuarteles a las once de la noche y atraviesen todo Madrid gritando mil disparates, en medio del vecindario atónito. Hay que tener presente que en los meses de verano está Madrid tan animado a las doce de la noche como puede estarlo cualquier otra población a las doce del día. Y aquellos desgraciados reclutas incitados a la rebelión por media docena de sargentos desalmados, proclamaban lo que no comprenden, y daban voces cuyo sentido ignoran en absoluto. A no ser por la muerte alevosa e infame dada a dos pundonorosos jefes de artillería, la insurrección del 20 habría pertenecido por completo al género bufo.

Hase visto claramente que si en nuestro ejército hay bastantes vicios, heredados de las pasadas discordias, también hay virtudes grandes, y cualidades de las que más enaltecen a los hombres y a las corporaciones. Sabido es que por efecto del excesivo número de jefes y oficiales, resultado de las guerras civiles,[3] hace tiempo que no corren las escalas y

1 Véase 26 y 53.

2 Fueron asesinados simplemente porque pasaban por el lugar en ese momento.

3 Al término de estas guerras, los militares carlistas fueron reconocidos e integrados en el ejército liberal con

apenas se verifican ascensos. La situación de la mayor parte de la oficialidad es bastante precaria; sin embargo cuán difícil es a la revolución seducirla y apartarla del cumplimiento de sus deberes. El señor Ruiz Zorrilla, bien seguro y tranquilo en París, ofrece al ejército ascensos a granel. Y no obstante estas falaces promesas, el ejército permanece fiel a su honor y a sus banderas, a excepción de algún que otro infeliz incauto o de aquellos, pocos en número, que no saben vivir sino en rebelión constante contra la autoridad, cualquiera que esta sea.

Nuestro ejército, pues, a pesar de su viciosa organización, es tan sufrido en la paz como en la guerra, y por punto general no se aparta de la senda que le marcan su honor y la opinión del país. Verdad que nunca ha sido esta tan unánime como ahora en la reprobación de los trastornes militares. Quizás en otras épocas procedió mal simpatizando con las alteraciones de la disciplina, y de aquí se han originado increíbles males. La glorificación de la figura de Riego como defensor de las libertades y de los fueros del pueblo, es quizás una de las mayores extravagancias que registra nuestra historia. Por desgracia del pueblo español, todos los triunfos del principio liberal sobre la reacción han sido ganados por la fuerza, casi siempre militar. El ejército español va siempre unido a todos los progresos más o menos fecundos de la ideal liberal. Salvo algunos hechos aislados y sin importancia, el ejército español no se ha sublevado nunca por don Carlos. Durante las dos atroces y prolongadas guerras civiles que hemos tenido en este siglo por el temido problema de la ley sálica,[4] no se ha dado el caso de que una columna liberal se haya pasado al campo absolutista.

Cuando las libertades públicas peligran, las corrientes de opinión simpatizan con los movimientos militares. No se puede desconocer que esta simpatía es un mal; pero es un hecho constante en nuestra historia contemporánea, y no hay fuerza humana que a él se oponga.

La opinión determina también movimientos militares en sentido conservador para poner fin a los excesos de la demagogia, como el golpe de estado del 3 de enero de1874 y la restauración de la monarquía verificada en Sagunto en los últimos días de aquel mismo año.[5] Después de estas fechas la opinión del país, más ilustrada cada año, ha empezado a manifestarse contraria a toda intromisión del ejército en asuntos políticos, cualquiera que sea la bandera que les dé significación. Este es el camino verdadero de la paz y de la libertad, y ojalá no veamos a nuestro ejército apartarse de él. Muéstrase cada día el país contrario a los procedimientos de fuerza, y bien lo prueban la indiferencia y menosprecio con que fueron recibidas las sediciones de Badajoz, La Seo, Santa Coloma de Farnés y Cartagena.[6] Y es que nada puede ocurrir sin razón que lo mueva. Las revo-

la graduación adquirida durante ambas contiendas.

4 Ley que impedía reinar a las mujeres y a sus descendientes. Se introdujo en España con la casa de Borbón y fue derogada en 1830 por Fernando VII, sin que su hermano Carlos reconociese tal derogación.

5 El golpe de estado del general Pavía destituyó al gobierno legítimo de la I República; el 29 de diciembre, en Sagunto, el pronunciamiento del general Martínez Campos proclamó a Alfonso XII como rey.

6 Diferentes intentos de restaurar la república por la fuerza militar.

luciones no se inventan: son hechos determinados por causas bien definidas, y cuando estas causas no existen, aquellos no pueden en manera alguna tener lugar. Suponer que cuatro caballeros descontentos pueden cambiar las instituciones de un país cuando se les antoja, contra la voluntad bien manifiesta de la inmensa mayoría de los ciudadanos, es locura o tontería.

Los republicanos zorrillistas no lo entienden así, y quieren que a toda costa se encarguen los sargentos de darles la forma de gobierno y las leyes que apetecen para su uso particular. Esos bravos revolucionarios que durante el mando de los conservadores se están muy tranquilos en sus casas, empiezan a inquietarse desde que gobierna el partido liberal. Este les saca de las cárceles, les da libertad de imprenta y reunión, les permite organizarse, y en cuanto disfrutan de estas franquicias, les falta tiempo para ponerse a conspirar en los cuarteles. ¿No es esto una ignominia? ¿Qué partido es ese que a la menor amenaza de represión se esconde, y cuando todas las libertades se practican con facilidad, hiere a la patria por la espalda por medio de la soldadesca insubordinada?[7]

En ningún tiempo ha disfrutado España las franquicias que ahora disfruta. En ningún país del mundo es la prensa más libre. Por esto los revoltosos no se han atrevido a invocar la libertad en su criminal algarada. Habría sido irrisorio que tal hicieran, cuando la prensa republicana se expresa diariamente con increíble licencia y cuando el derecho de propaganda y de reunión es tal que se permiten discursos como el que el señor Salmerón ha pronunciado recientemente en Vigo, proclamando abiertamente la apelación a la fuerza. [8] Hay mucha curiosidad por saber cómo explicará ahora el señor Salmerón sus teorías sobre el derecho de insurrección. Él estableció la distinción entre la lucha por el derecho y la lucha por el poder, defendiendo la legitimidad de la primera y condenando la segunda. Ahora nos dirá también el insigne filósofo a cuál de estas dos clases de insurrección pertenece la del 19 del corriente.

Completamente vencida la sedición, los insurrectos han caído en poder de las autoridades, sin que haya podido escapar ninguno de los más caracterizados. El brigadier Villacampa, autor aparente del tumulto, ha sido preso, y la misma suerte ha cabido al capitán Casero y a la mayoría de los sargentos comprometidos. Ahora entra la parte peor de este lamentable caso. Dispuesto el gobierno a aplicar severamente la ley, se aproxima el triste desenlace de tan horrible drama.

***

No siéndome posible terminar hoy mi carta, y deseando aprovechar el correo de hoy, corto aquí mi correspondencia, y el resto lo enviaré desde Madrid dentro de tres o cuatro días.

B. PÉREZ GALDÓS

7 Argumentos ya esgrimidos en 53.

8 En su discurso del 30 de agosto Salmerón más que proclamarla, la justificaba.*

67
LP, 2/11/1886

(Continuación de la carta precedente).

SUMARIO: Madrid tranquilo —La ley marcial y la prensa —Escasez de noticias —Voces de clemencia —Causas de la sublevación del 19 —Las jugadas de Bolsa —Temor de las ejecuciones de pena de muerte —Visita de la reina a las viudas de Velarde y Mirasol —Política del gobierno —Cuál es el verdadero pensamiento de los gobiernos.

Madrid, 29 de septiembre de 1886.

Señor Director:

Madrid presenta su aspecto ordinario, no parece que haya pasado nada, y nadie diría que falta aún el acto más triste del drama político del 19 del corriente. En las prisiones militares hay multitud de presos, y si la mayor parte de ellos serán puestos en libertad sin más consecuencias, hay algunos, en corto número por fortuna, que sufrirán las terribles consecuencias de su delito.

Respecto a noticias, es tan difícil adquirirlas en las circunstancias presentes que casi se puede tener por imposible. Declarada la capital en estado de sitio, el capitán general ha prohibido terminantemente a la prensa publicar toda clase de referencias acerca de los sumarios que se están formando. Al propio tiempo se condena cuanto pudiera contribuir a encender los ánimos, y para colmo de precaución también está vedado a los periódicos ocuparse de sublevaciones pasadas, en una palabra, revolver las heces de esta gran calamidad nacional, sin lo cual, preciso es confesarlo, la historia de España en el presente siglo resultaría quizás muy fastidiosa.

Los ministros celebran Consejo todos los días pero sus acuerdos son tan secretos que no hay medio de contar con la indiscreción de alguno de ellos como otras veces sucede. Cuando el Consejo termina, son acometidos por los periodistas, que aguardan en actitud impaciente y famélica en las antesalas de la Presidencia, pero ninguno puede vanagloriarse de obtener de los consejeros de la Corona más que fórmulas hueras. Hay que contentarse, pues, con lo que dan de sí las conjeturas, y a falta de éstas, las invenciones de nuestras fantasías meridionales.

Dominada por completo la insurrección, ya empiezan a sonar por todas partes voces de clemencia. Los mismos republicanos piden perdón o por lo menos que se dulcifique en lo posible el rigor de las leyes. No creo que el gobierno acceda a estas solicitudes de la humanidad, loables sin duda en quien las hace. El gobierno se defiende de estas acometidas piadosas en un terreno muy firme. Habiendo concedido el mayor grado de libertad posible, justo es que la represión de los delitos políticos sea más enérgica que en ninguna otra ocasión, pues habiendo extraordinarias facilidades para alterar el orden y para encender los ánimos por medio de la prensa, si las transgresiones no se castigan, pronto llegaríamos a un desenfreno mil veces peor que el absolutismo más intolerante.

La opinión más general es que sufrirán la pena de muerte los más calificados y los asesinos de Velarde y Mirasol. Los demás sufrirán penas menos duras. Este término medio entre el rigor que a tantos amenaza y la lenidad, me parece razonable porque los consejos de guerra no deben hacer una hecatombe ni tampoco dejar impunes los hechos cometidos.

***

A falta de noticias, la gente se entrega a los comentarios. ¿La sublevación del 19 obedece a un plan político o a una jugada de Bolsa? Esto último parece increíble, y sin embargo, es triste realidad que desde algún tiempo a esta parte, hay infames especuladores que promueven estos escándalos para producir baja en nuestros fondos. En esta ocasión no les ha salido bien el negocio, porque la Bolsa en vez de bajar ha subido, prueba evidente de que no hay entre la gente de negocios el más mínimo temor de que el orden público se altere seriamente.

Es cosa indudable que desde la muerte del rey hay muchos especuladores franceses que tienen comprometidas gruesas sumas a la baja. Como los valores, al contrario de lo que se temía, se mantienen firmes con tendencia a alcanzar mejores precios, los bajistas necesitan hacer esfuerzos desesperados y sacrifican unos cuantos miles de duros por obtener una depreciación que les indemnice de las pérdidas sufridas. Según se dice, entiéndense directamente con los elementos militares que tienen ya por oficio la sedición, los engañan, les dan algún dinero, no mucho, hácenles creer que todo el ejército les secun- dará, todo esto sin contar para nada con los hombres importantes del partido republicano que, la mayor parte de las veces, ignoran lo que se trama.

Ármase de improviso el alboroto, que es al instante sofocado; pero esto les importa poco a los iniciadores de él, porque conseguido su objeto, que es alarmar, las conveniencias políticas tiénenles sin cuidado. Otros sostienen que los especuladores se entienden con Ruiz Zorrilla, el cual mueve los títeres desde París.[1] Una y otra versión demuestran el nivel moral a que han descendido ciertas personas.

Ya principia a conocerse la opinión de las principales personalidades del partido republicano acerca del movimiento del 19. Aunque ninguno de los caracterizados personajes del partido se ha expresado de una manera explícita, bien se echa de ver que el suceso les ha parecido deplorable, por lo poco que se les ha traslucido en la conversación. Alguien hay que reniega de él abiertamente.

La prensa francesa publica un coloquio entre un redactor del *Figaro* y Ruiz Zorrilla en que este asegura no haber tenido conocimiento previo del movimiento. Es el colmo de la sagacidad, por no decir de la hipocresía.

Pasadas las primeras impresiones, cada día se abren camino los sentimientos de clemencia. Somos así, y no lo podemos remediar. En el primer acceso de indignación, quisiéramos que el castigo llegara a la crueldad; pero trascurridos unos cuantos días, la piedad se abre paso en nuestros corazones y no quisiéramos que se aplicara la pena de muerte

1 Recuérdese 53.

ni aún a los mayores criminales. Estos sentimientos merecen la mayor alabanza. El día en que se cumplan las terribles sentencias del consejo de guerra, será día de luto y grandísima pena para el vecindario de Madrid.

***

La reina ha visitado a las viudas de los bravos jefes asesinados Velarde y Mirasol, tributando así homenaje de respeto y consideración a los que han personificado el honor militar en toda su pureza y han sido víctimas del cumplimiento estricto de su deber.

Créese que cualquiera que sea el resultado de los consejos de guerra, y aunque predominen los temperamentos de clemencia, el castigo será siempre duro para los que asesinaron cobarde y villanamente a los dos pundonorosos militares. Aunque nada se sabe de cierto, algunos aseguran que para el día primero de octubre, es decir, antes que esta carta llegue a Lisboa, habrán espiado su delito los más significados rebeldes de la noche del domingo último.

***

La versión más autorizada respecto a política es que el gobierno, si por un lado se mostrará enérgico en la represión, por otro no vacilará en llevar adelante sus planes de reformas liberales. Estas dos ideas se completan en una sola. Todas las novedades proyectadas serán puestas a discusión en las próximas Cortes, y serán al fin un hecho el jurado, el matrimonio civil y las garantías del derecho individual. No me atrevo a decir que haya en el gabinete la misma unanimidad respecto al sufragio universal. Pero la prensa, una vez que cese el estado de guerra, continuará disfrutando de la misma libertad que gozó hasta la publicación de la ley marcial.

Si el gobierno liberal no siguiera este camino, sus procedimientos no se diferenciarían esencialmente de los del partido conservador. Los revolucionarios que callan y se esconden cuando los conservadores mandan, se mueven y gritan durante la dominación liberal, de modo que si el partido liberal renunciara a sus procedimientos y se retirara del poder en cuanto ocurre una algarada, parecería que el señor Ruiz Zorrilla y sus secuaces son árbitros de la política y el verdadero poder regulador dentro de las instituciones.

Téngase en cuenta que la idea constante de Ruiz Zorrilla, desde que está en la emigración, idea que demuestra la sagaz malicia, es inutilizar a los liberales. Funda todo su sistema político en la suposición de que el gobierno liberal es incompatible con la monarquía, y de que Sagasta no puede gobernar sino por breve tiempo. Todas sus tramas tienden a deshacer la obra lenta y fecunda de Sagasta, alterándole el orden público y procurando que la dominación liberal sea una época ardorosa y de continuas inquietudes. Hay que combatir este plan del único modo que debe y puede hacerse, fortaleciendo cada vez más la situación liberal, demostrando así su perfecta compatibilidad con las instituciones monárquicas.

Deseaba hablar en esta carta de la proyectada Exposición Universal que ha de celebrarse en Barcelona en 1887; pero me falta espacio y de tan interesante asunto me ocuparé en la carta próxima, si sucesos de más resonancia no me lo impiden.

B. PÉREZ GALDÓS

68
LP, 7/11/1886

SUMARIO: Perdón otorgado por la reina a los reos de la insurrección del 19 de septiembre —Tardanza en la aplicación de la ley militar —Lentitud del procedimiento —Movimiento de la opinión pública en sentido de la indulgencia —La hija del brigadier Villacampa —Diferentes opiniones sobre la severidad, fundadas en hechos históricos —El gobierno mantiénese decidido a cumplir las leyes —Actitud piadosa de la reina —Su manifiesta oposición a los fusilamientos —Se concede el indulto —Popularidad de la reina —Felicitaciones que de todas partes recibe —Crisis ministerial —Nuevos horizontes de la política abiertos por el indulto —Sagasta piensa continuar la política de conciliación —El juicio oral de Galeote —Interés que despierta —¿Es un loco? —El informe facultativo —Incidentes del interrogatorio —Consecuencias hipotéticas en el caso de Galeote —Confusión nacida en la medicina legal por causa de los progresos de la fisiología —Sigue sin resolverse la crisis.

Madrid, 9 de octubre de 1886.

Señor Director:

El indulto concedido por su majestad la reina a los sublevados en la noche del 19 de septiembre ha venido a dar a la política un giro diferente del que llevaba. Este acontecimiento ha de traer, según la opinión general, consecuencias de consideración. No es solo un acto de clemencia, es también un acto político que encierra todo un programa, y desde que se verificó, los horizontes han variado bastante.

Desde que se vio que pasaban ocho días sin que los tribunales militares resolvieran la suerte de los reos de sedición, encerrados en las prisiones militares, empezó a generalizarse la creencia de que cada día era más difícil la aplicación de la pena de muerte. El carácter fundamental de la justicia militar es la rapidez, y cuando no hay rapidez, la ejemplaridad que la ordenanza ha querido establecer resulta muy problemática. Además de esto, el sentimiento público no, puede menos de excitarse dolorosamente en presencia de estas ejecuciones capitales en masa, cuando ha trascurrido bastante tiempo después de los hechos que las motivan y se han enfriado los ánimos. Desde 1866, Madrid no había presenciado fusilamientos,[1] y el bárbaro espectáculo, aun cuando entrañara una idea de justicia, era atrozmente antipático a la gran mayoría de este vecindario.

Las causas de la dilación en los consejos de guerra que han juzgado a Villacampa y sus cómplices, estriban en la legislación vigente, que ha sido ya reformada y en lo sucesivo la tramitación ha de ser más expedita.

En los primeros días después de la sedición, mostrábase todo el mundo deseoso de que el castigo fuera ejemplar y rápido; pero como el tiempo transcurría, los sentimientos de clemencia empezaron a brotar aquí y allí, primero tímidos, después con creciente vehe-

1 Entre el 25 y el 30 de junio de 1866, tras la sublevación fracasada del cuartel de San Gil el día 22, fueron fusilados setenta y seis hombres, entre sargentos, cabos, soldados y paisanos.*

mencia, hasta que adquirieron al cabo calor tan grande que ya no era posible contenerlos ni limitarlos. Habían pasado dieciocho días desde los lamentables sucesos del 19. Hay que advertir que las peticiones de indulgencia no alcanzaban a los asesinos de Velarde y Mirasol, y por tanto no les ha alcanzado tampoco el indulto. No habiéndose descubierto aún los asesinos, esta causa pasa a los tribunales ordinarios.

Ha tenido parte principalísima en este movimiento piadoso de la opinión la hija del brigadier Villacampa, mujer verdaderamente resuelta, templada y tenaz hasta el heroísmo. Quince días hace que esta valerosa doncella no descansa; ha visitado a todos los ministros uno por uno, ha llamado a las puertas de todas las sociedades literarias, y ha interesado en su favor a cuantas personas podían ayudarla en su noble empresa.

Impulsadas por ella y movidas por sus ruegos, han pedido el indulto multitud de personas, entre ellas obispos, ex-ministros y otras eminencias del país. Su ánimo varonil no ha desmayado un solo momento, y sus lágrimas han conmovido a los más duros. Movido de piedad, el gran poeta Núñez de Arce, presidente del Ateneo, reunió la junta, y aquella ilustre corporación pidió el indulto, como el Círculo de la Unión Mercantil, donde están las grandes ilustraciones del comercio y de la industria.

De provincias venían también voces de clemencia, cada día más fuertes. El criterio en que estas peticiones se fundaban no carecía de fuerza. Hace medio siglo, se decía, que estamos fusilando a todos los reos políticos, así civiles como militares, y a pesar de esto, las faltas de disciplina no se corrigen, y las apelaciones a la fuerza continúan en boga. O'Donnell fusiló en 1866 a multitud de sargentos insurrectos, y dos años después triunfó el movimiento revolucionario que derrocó a la dinastía. Infinitos ejemplos hay de la ineficacia de la severidad para extirpar las sediciones. ¿Por qué no se ha de seguir el camino opuesto?

Otro argumento se hacía, que no carece de fuerza. Casi todos los cambios políticos de importancia se han verificado aquí por medio del ejército, sin que sus autores hayan sufrido correctivo alguno, antes bien recibiendo recompensas y honores. "Es que hay que distinguir…"—dicen algunos—. "Es que hay sediciones fecundas y necesarias —dicen también— y sediciones vergonzosas". Otros sostienen, quizás con más lógica, que todas las sediciones son vituperables, que es preciso condenarlas, todas en absoluto si ha de haber algún día disciplina militar.

Como quiera que sea, la opinión pública no puede interesarse de un modo caluroso en la severidad, por cuanto los efectos de las insurrecciones militares han sido tan variados en nuestra historia. Por más que se diga que algunas insurrecciones han sido movidas por la opinión pública, y en tal concepto indispensables, y que otras, nacidas en las cuadras de los cuarteles por apetitos y ambiciones de sargentos, son deshonrosas y contrarias al sentir general, resultan siempre dos criterios difíciles de compaginar. De esto ha nacido la idea de clemencia, que en cierto modo es un convencimiento de la inutilidad de las represalias.

***

El gobierno no podía participar de estos temperamentos de benignidad. Había sido atacado traidoramente en días de omnímoda libertad, cual no se ha disfrutado nunca en este

país, y tenía pleno derecho a aplicar la ley con todo rigor. Por esta razón el señor Sagasta se mostraba inflexible, y respondía siempre con su acostumbrada delicadeza de sentimientos, pero con propósitos de justicia y severidad, a las peticiones de indulto. En este estado de cosas, el consejo de guerra pronunció su sentencia, y de los muchos complicados en los tristes sucesos del 19, seis fueron condenados a la última pena, y entre ellos el brigadier Villacampa, jefe visible de la insurrección.

Los partidarios de la clemencia, si no podían contar con el gobierno, contaban con la reina, cuyos sentimientos de piedad, se han manifestado en tantas ocasiones. La prensa liberal monárquica, reservada al principio, empezó a abogar resueltamente por el indulto, y el artículo del *Imparcial*, invocando la generosidad de doña María Cristina, avivó las esperanzas de los que ansiaban una solución de clemencia. El Consejo de ministros acordó por unanimidad en la madrugada del 5 la aplicación de la ley, y aunque una mala interpretación de los acuerdos del Consejo entorpeció las cosas en la mañana del día 6, produciendo cierta confusión, la sentencia debía cumplirse, y los reos fueron puestos en capilla. Pero aquel mismo día, el señor Sagasta, al dar cuenta a la reina de la resolución ministerial, halló en el ánimo de la ilustre señora una resistencia más bien fundada en sus sentimientos generosos que en un desacuerdo constitucional. La reina rogó al presidente del Consejo que apurase todos los medios legales para evitar el derramamiento de sangre, y desde que esta noticia se hizo pública en Madrid, ya se consideró imposible el fusilamiento, y la verdad es que la solución que se presumía fue aceptada con júbilo por el vecindario.

Delicada era la situación del ministerio, porque opinando de distinto modo que la reina, no podía oponerse a la voluntad real impulsada por los sentimientos más puros y nobles del alma. Al propio tiempo debía considerar que favorecía grandemente al nuevo reinado la concesión del indulto, y que la reina, al acordarlo, no solo acreditaba la bondad y nobleza de su corazón, sino que se tomaba una actitud admirablemente airosa y digna frente a los partidos revolucionarios, y que con esta actitud los desarmaba por completo. Tales razones pesaron en el ánimo de los ministros, y el indulto fue acordado. No podía ser de otra manera.

Grande y hermoso ha sido el espectáculo de una reina que contesta con el perdón a los ataques que la revolución dirige al Trono, y el primer efecto de esta generosa conducta ha sido la declaración noble y leal de los republicanos, diciendo por medio de su órgano más autorizado en la prensa,[2] que la monarquía ha adquirido el derecho de que no se la ataque apelando a la fuerza. De toda España han llegado entusiastas felicitaciones a la reina por su conducta, y entre ellas algunas de caracterizados republicanos. En toda Europa ha tenido inmensa resonancia este hecho magnánimo, y se considera que la regente ha sabido realizar no solo un acto de generosidad, sino también un acto de buena política.

***

Si no se discute el acto de la reina, como hecho aislado, merecedor de grandes alabanzas, no hay la misma uniformidad de criterio para apreciar los indultos en la ocasión

2 Debe referirse a *El Globo*, fundado en 1875 por Castelar y dirigido desde el 85 al 90 por Alfredo Vincenti.

histórica presente, como medida constante y sistemática. En las clases militares refractarias a toda idea de rebeldía, que son las que dominan en el ejército, se cree que la impunidad puede traer grandes males y al fin la completa desorganización del ejército. Por esta razón muchos militares de nombradía se oponían decididamente al indulto, y algunos han hecho sombrías predicciones inspiradas en negro pesimismo.

De este mismo criterio participan casi todos los hombres importantes del partido conservador, y aun algunos ministeriales de los del grupo centralista o sea el más templado dentro de la situación. De aquí ha venido la necesidad de una crisis, pues los ministros partidarios de la aplicación de la ley, acatando y admirando la resolución de la reina, no podían continuar formando parte del gabinete. La crisis se planteó al día siguiente del indulto, y esta es la hora en que no se ha resuelto.

El señor Sagasta, que es hombre de grandísimo talento político y de una penetración admirable, ve seguramente que una vez dado el indulto, enaltecida la reina por su clemencia, se le presenta una fase política nueva de la que puede sacar partido. Verá seguramente que el indulto ha deshecho la coalición republicana, que los diputados de este partido han quedado a gran distancia del conspirador eterno, señor Ruiz Zorrilla; que las instituciones ganan por este lado lo que pierden por otro, descontentando a los conservadores. En tal sentido, tratará seguramente de circunscribir la crisis todo lo posible, reduciéndola solo a dos a tres ministros, y formando el nuevo ministerio con la misma ponderación de fuerzas democráticas y conservadoras que antes tenía. Es indudable que por el lado de los republicanos se le ha despejado mucho el horizonte y aunque del lado contrario se ofrezcan a sus miradas algunas sombras, su habilidad sabrá disiparlas.[3]

La composición del nuevo gabinete ha de darnos la clave del porvenir, pues si Sagasta se inclina mucho hacia la democracia, es indudable que tropezará con dificultades. La inclinación a la derecha no es posible después del indulto. De modo que ha de hacer grandes esfuerzos por conservar los temperamentos de conciliación, dentro de los cuales podrá allanar los estorbos nacidos del indulto y al propio tiempo sacar mucho partido de las contingencias ventajosas que el mismo indulto ha traído.

Pero los cálculos huelgan aquí, estando tan próxima la solución de la crisis. Mañana es casi seguro que la conozcamos. Pensaba echar hoy al correo esta carta; pero la detendré un día por poder concluir en ella el resultado de la crisis, el cual, a no dudarlo, puede ser de grandísima trascendencia.

***

Mientras la noticia definitiva de la resolución de la crisis llega hasta nosotros, hablemos de otra cosa.

3 *del lado contrario*: es decir del lado del partido conservador, al que también convenía el indulto, ya que el pacto del Pardo (véase 50, n. 24) incluía en el objetivo de los dos partidos mayoritarios integrar a las fuer- zas políticas que desde 1875 habían quedado al margen de la Restauración. Cánovas lo había logrado ya con la Unión Católica en 1884 (véanse 8 y 12); Sagasta lo intentaría desde ahora con los republicanos posibilistas de Castelar.*

¿Qué les parece a ustedes el juicio oral del presbítero Galeote, matador del obispo de Madrid?[4] Porque supongo que la prensa americana habrá reproducido íntegramente con todos sus interesantes pormenores los interrogatorios de esta causa. Creo que desde que existe el juicio oral en España no se ha celebrado ninguno tan dramático y que tan hondamente haya conmovido al público. Había que ver, en los últimos días, las inmediaciones del Palacio de Justicia. Una multitud inmensa se apiñaba a las puertas, los unos intentando penetrar en la sala, que solo tiene cabida para ciento cincuenta personas, los otros contentándose con ver al reo en el breve momento que tardaba en pasar del coche celular a la puerta del edificio. Galeote atravesaba por entre la multitud vestido de cura, con manteo y canaleja,[5] aparentemente sereno.

Dentro de la sala y frente al tribunal, el reo se ha permitido las mayores extravagancias, ya desconociendo la autoridad del presidente, ya interrumpiendo a cada instante las declaraciones de los testigos. Pasando bruscamente del llanto a la ira, siempre agitado y nervioso, sus palabras, sus apóstrofes, ora epigramáticos, ora terribles, han excitado vivamente el interés del público.

Habréis visto las declaraciones de doña Tránsito, el ama del reo, mujer simpática y discreta, respecto de la cual todos los periódicos han confirmado las impresiones que comuniqué a *La Prensa*, cuando visité a Galeote y a su patrona poco después de la tragedia del último Domingo de Ramos. Las declaraciones de los curas, padre Vizcaíno, padre Gabino y padre Bocos[6] también son muy curiosas, así como el informe de los médicos, en el cual se han oído observaciones verdaderamente notables.

Y en resumidas cuentas, ¿está loco a no? Esta es la pregunta que se hace todo el mundo. Una de las cosas más chocantes en este extraordinario criminal es que carece en absoluto de todo sentido moral y de toda idea de responsabilidad. No ha expresado sentimiento alguno que indique arrepentimiento; no manifiesta lastima de la víctima, a quien inmolaría cien veces en aras de lo que él llama su honra. Esta monomanía de sacrificar a su honra la vida de un superior, de quien personalmente no había recibido agravio, indica un cerebro enfermo, una perturbación mental grave y una degeneración total indudable. Sus frases se han hecho célebres. Algunas están impregnadas de groserías; otras revelan bastante agudeza. Todas indican la violencia de su temperamento y la fuerza de la soberbia que ha causado la perdición de este hombre infeliz.

En el curso del interrogatorio se ve que se le trató con alguna desconsideración, pues si se le tuvo por demente debieron desengañarle y procurar su entrada en un manicomio. "Entonces —dice él refiriéndose a una de las entrevistas—, empezó el *chuleo*". Cuando vio llorar a su hermana, que era uno de los testigos de descargo, se inmutó extraordinariamente diciendo: "Ahora mataría yo catorce obispos que se me pusieran delante". No demuestra amor a la vida, y oyó con indiferencia calmosa la voz del fiscal que pedía para

4 Véanse 57 y 58.

5 *manteo y canaleja*: 'en vestidura eclesiástica', es decir, con 'capa larga y ancha, y sombrero con alas levantadas y abarquilladas, en forma de teja'.

6 Véase 58.

él la pena de muerte. Cuando vuelve de sus espasmos de ira convencido de que no se le quiere hacer justicia, su tema es éste: "Que me den un revólver; y *tris tras* me pegó un tiro y todo se acabó".

El informe de los médicos ha sido brillante. No queda duda después de oír a los doctores Simarro y Vera, de que Galeote es un ser degenerado. Su demencia es hereditaria y muchos individuos de esta familia han padecido locura manifiesta, o bien otras enfermedades que tienen relación con los desórdenes encefálicos. Galeote padece el delirio de persecución, y las determinaciones de su voluntad son completamente mecánicas, irresistibles y desligadas de toda idea moral. Está por eso exento de responsabilidad. ¿Hállase la ciencia frenopática[7] lo bastante adelantada para poder determinar dónde acaba la responsabili- dad? ¿Se ha llegado a encontrar el punto exacto en que la justicia debe retirarse poniendoa los criminales en poder de los médicos?

Esta es la cuestión grave, la más grave quizás que se ofrece hoy a la consideración de los hombres de ley. Antes que éstos lleguen a una inteligencia completa con los alienistas,[8] ha de pasar mucho tiempo. En tanto la sociedad ve con alarma que cunde la tendencia a tener por locos a los criminales, quedando por tanto libres de castigo, y la penalidad recae tal vez en los que han dado menos pruebas de perversidad.

En el caso de Galeote, podría muy bien venir una solución que sería muy extraña, dando lugar a la más singular anomalía. Supongamos que el tribunal, en vista de las innegables pruebas de locura que ha dado el delincuente en la comisión de su crimen y después en el juicio oral, le declara exento de responsabilidad y por tanto de pena, mandando que se le encierre en un manicomio. Tenemos pues a Galeote sometido no a una corrección penitenciaria, sino a un tratamiento médico. Supongamos que éste es tan hábil que el enfermo se cura. Cuatro, cinco o seis años de vida reclusa, buena alimentación y un sabio método terapéutico le arreglan aquella desordenada cabeza; desaparece el delirio persecutorio, la manía de la honra y mi hombre vuelve a la plenitud de sus facultades. Esto es difícil; pero no científicamente imposible, porque los reconstituyentes pueden obrar ese prodigio y aun algunos mayores. Pues bien, restablecido Galeote de la enfermedad que le impulsó a dar muerte al obispo, no hay ley ninguna que le pueda retener en la clausura del manicomio.

Precisamente, a los manicomios van los locos para curarse, y cuando se curan, no hay más remedio que ponerlos en la calle. Estando Galeote en perfecto estado de salud y en perfecto equilibrio cerebral, tiene que ser forzosamente dado de alta. No será posible entonces aplicarle la pena que habría merecido si obrara con sano juicio en el asesinato del obispo, porque como loco era irresponsable, y, en una palabra, no supo lo que hizo. Su acción fue como la de una máquina. La ley y la lógica pedirían que no se le molestara en lo más mínimo y veríamos a Galeote paseándose por esas calles y quizás diciendo misa en la misma capilla del Cristo de la Salud.

7 *frenopática*: 'siquiátrica'.

8 *alienistas:* 'médicos dedicados al estudio y curación de las enfermedades mentales'.

A esta serie de consideraciones hipotéticas se contesta que Galeote debe ser encerrado en un manicomio a perpetuidad; pero no hay manicomios penitenciarios. La justicia moderna, aliada con la frenopatía debe empezar por crearlos. Y si los crea, ¿no es absurdo que se tenga encarcelado a un hombre después de haber recobrado la razón? Si se sostiene la necesidad de los manicomios penales, se reconoce que hubo responsabilidad en el loco que cometió un crimen, pues de otro modo no sería justa la reclusión perpetua.

Todo esto demuestra que la ciencia penal no ha dicho aún la última palabra en este problema, o más bien que estamos aún en los comienzos de esta gran evolución en las teorías del derecho, influidos por los crecientes estudios de la fisiología y de la frenopatía. Estos no dan aún bastante luz sobre problema tan grave; pero los trabajos continúan, y cada día se esclarece más cuestión tan oscura. En España cultivan estos estudios, los doctores Simarro y Escuder, ambos aventajadísimos en la teoría y en la experiencia.

Veremos, al fin, qué sentencia recae sobre el infeliz Galeote, y a dónde va a parar este desgraciado.

***

Ha pasado un día, y a la hora presente la crisis no se ha resuelto; pero no nos parece un motivo para detener esta carta, pues no habiendo variación en la política, solo varían las personas. Daré cuenta de lo que ocurra en mi próxima, que seguirá a la presente con muy pocos días de tardanza.

B. PÉREZ GALDÓS

69

LP, 20/11/1886

SUMARIO: La crisis —Nuevo ministerio —Los que no pueden vivir sin crisis y los sectarios de la astrología política —Defectos e impaciencias de razas —Programa político y rectificación de los procedimientos de gobierno —Las reformas militares —Muerte del pintor don José Casado del Alisal —Sus principales obras —*La campana de Huesca*, su obra capital y una de las mejores del arte contemporáneo —Otra vez la política —Virtudes de la reina regente —Sus grandes dotes de soberana constitucional —Intachable en la vida pública y en la privada —Como aumenta su prestigio en todas las clases de la sociedad —Una anécdota —Un dicho de Villacampa —Galeote condenado a muerte —Creencia popular —La conspiración de Viena —La cuestión búlgara.

Madrid, 17 de octubre de 1886.

Señor Director:

Resolvióse la crisis con el criterio que se esperaba, y que anuncié en mi anterior, manteniendo la ponderación entre los dos elementos, el democrático y el conservador que forman el partido liberal.

Algunos cavilosos creen que el equilibrio no es tan perfecto como en el anterior gabinete y que el ministerio nuevo es un poco más débil del lado de la democracia,[1] pero quizás este responda a las corrientes dominantes en la opinión que piden un poco más de vigor en los procedimientos de gobierno. El gabinete parece decidido a llevar adelante su programa de reformas, dando preferencia a las militares sobre las políticas, y a apretar un poco los tornillos en lo que se refiere a ciertos abusos de la libertad que los ministeriales califican de ingratitud. Cambios de personal, asegúrase que no habrá más que los absolutamente indispensables.

Las crisis ministeriales son en España la comidilla de los periodistas y de mucha gente desocupada que goza con ver caer a los gobiernos Hay periódicos que parecen fundar su existencia en un constante y mareante disertar sobre crisis probable. Todos los días han de hablar de crisis, y si no hablan, paréceles que engañan a sus suscriptores. Según estos, la condición esencial de todo gobierno es durar poco, y si el gobierno se empeña en hacer valer sus derechos a la vida, los *crisófilos*[2] se enfadan y hacen los imposibles por buscar fundamento a la anhelada modificación ministerial.

Defecto es este tan antiguo como nuestra política parlamentaria, y aunque algo se va corrigiendo, falta todavía mucho para que nuestra prensa llegue a juzgar con serenidad los hombres y las cosas. Hay en el Congreso, en los cafés y en otras partes multitud de corrillos a los cuales se les da el pomposo nombre de "círculos políticos", de donde salen todas las noticias estupendas, donde se elaboran todas las suposiciones más o menos verosímiles de disidencias entre los ministros, y los pavorosos anuncios de crisis. La duración de un gobierno es la mayor de las calamidades que puede caer sobre uno de estos corrillos; pero con ella, la verdad sea dicha, se aguza el ingenio de estos falsificadores constantes, y hasta cierto punto inofensivos, falsificadores de la opinión pública. Porque los tales corrillos influyen poco en la marcha de los sucesos, y a pesar de las predicciones, pasan muchas semanas, meses y hasta años enteros sin que haya crisis. Pero el más grande de los corrillos es el de la acera curva de la Puerta del Sol. Hay allí constantemente multitud de cesantes que se pasan las horas mirando al ministerio de la Gobernación y atendiendo a la bola del reloj que marca en su caída el paso del sol por el meridiano. Estos inocentes también alientan en sus corazones el vehemente deseo de un cambio ministerial, y si en su mano estuviera la prerrogativa regia, harían uso de ella por lo menos una vez cada semana.

Dicho se está, que una vez constituido el nuevo gobierno, ya le están anunciando la muerte los astrólogos de los círculos políticos y los tertulios de la bola de la Puerta del Sol. Cada cual se despacha a su gusto. El ministerio no debiera estar constituido como lo está, sino conforme a los deseos, a las pasiones y a las necesidades pecuniarias de cada individuo. Quien les oyera atentamente creería que la suerte de nuestro país estriba en que se establezca el turno semanal de todos los españoles en el poder.

1 En el sentido de 'avance en derechos políticos y sociales', según se usaba en el XIX.

2 *crisófilos*: neologismo galdosiano, 'amantes de las crisis'

Volviendo al nuevo gobierno, y dejando a un lado a los astrólogos, diré que el señor Sagasta ha de tropezar sin duda con algunas dificultades en esta segunda etapa de su gobierno, porque los tiempos no son bonancibles y los problemas que hay que resolver son todos graves. Pero la habilidad y el agudísimo talento del presidente del Consejo, triunfará seguramente de las dificultades de la próxima campaña. Lo primero a que ha de atender el nuevo gobierno es al ejército, que no puede subsistir sin reformas radicales y profundas en su organización que imposibiliten en lo sucesivo las sediciones. En el ejército, por más que se diga, dominan los elementos sanos; pero una minoría revoltosa corrompe toda la institución. ¿Acometerá el gobierno con ánimo fuerte la reforma primordial que es el servicio obligatorio sin redenciones? Es posible, y si lo hace, habrá puesto la base más firme de la regeneración del ejército español.

Este se compone de inmejorables soldados, de oficiales en su gran mayoría distinguidísimos, y posee un excelente material de guerra. ¿Por qué, con estos elementos, no es lo que debe ser, firme sostenedor de la paz? Vicios antiguos de organización lo impiden. Se necesita una constancia singular y una gran energía para desarraigarlos, y aun con esto no se conseguirá nada sin el auxilio del tiempo.

***

Hemos perdido hace algunos días, de resultas de una hemorragia pulmonar, a uno de los más esclarecidos pintores españoles, don José Casado del Alisal. Para los argentinos que no sea conocido este nombre, lo será seguramente el de su hermano, persona acau-dalada que, según creo, reside en Buenos Aires.

Era Casado uno de los artistas más brillantes de esa generación que empezó a despuntar hace treinta años y que ha llegado a constituir la gloria más incontrovertible de la España moderna. Uno de los iniciadores de la revolución en la pintura fue Casado juntamente con Gisbert, Sanz, Suárez Llanos, Manzano y otros que también han bajado al sepulcro. La vieja escuela académica agonizaba, y algunos jóvenes de aliento presentaban la pintura histórica con un acento de verdad antes desconocido, y un sentimiento en la expresión que era el signo característico de la nueva escuela. El cuadro de Casado, *Los Carvajales,* fue uno de los más admirados en la exposición del 60.

Hízose popular esta hermosa tela, que hoy ha envejecido algo por los rápidos progresos del arte pictórico en el cuarto de siglo transcurrido desde el citado certamen. Casado no era de los que se quedan atrás. Su cuadro de las *Cortes de Cádiz*, encargado por el Congreso, y posteriormente su *Rendición de Bailén*, presentado en la exposición del 64, mostraban los rápidos adelantos del insigne artista, debidos al estudio y a la observación. La *Rendición de Bailén*, propiedad de la casa ducal de este título, es uno de los mejores cuadros históricos de esta época que tantos ha producido. Son de notar en él las dos figuras principales, los generales Castaños y Dupont. La composición se asemeja al cuadro de *Las lanzas* de Velázquez, eterno modelo de estos asuntos, y que es una de las más apreciadas galas de nuestro Museo del Prado.

Otros cuadros de grandes dimensiones pintó Casado en los años sucesivos; pero el que remató su reputación, poniéndole entre los maestros de la moderna pintura fue *La campana de Huesca*,[3] creación verdaderamente grandiosa, obra inspirada, cuya contemplación suspende el ánimo, y que lo mismo seduce al ignorante que al entendido, pues el artista ha sabido expresar en ella lo patético con increíble naturalidad. Supongo que en América serán conocidas las fotografías de este admirable lienzo, que una vez visto no se puede olvidar. Es la leyenda del rey monje don Ramiro de Aragón que viendo desconocida su autoridad real de los nobles, mandó decapitar, como medida preventiva, a una buena porción de ellos, para escarmiento y lección de todos. El terror de los que penetran en la lóbrega estancia donde la carnicería acababa de verificarse, está expresado por el artista con extraordinaria maestría. Rara vez ha llegado la pintura dramática a tal grado de belleza. La ejecución es admirable, porque Casado del Alisal ha sido siempre maestro en el manejo del pincel, y su factura se reputa como una de las más fáciles y elegantes. En la misma exposición en que se dio a conocer la leyenda de don Ramiro, presentó Casado la *Flora,* figura de mujer, que es un prodigio de gracia y delicadeza. Este lienzo, que es propiamente un cuadro de salón, pertenece al duque de Fernán Núñez.[4]

Después de estas obras, solo ha hecho Casado otras de menos importancia. Creo que fue encargado de decorar una de las capillas de San Francisco el Grande; pero no sé si pudo realzarlo, porque hace algún tiempo su enfermedad le obligaba a interrumpir con frecuencia el trabajo. Fue director de la Academia Española de Roma, y allí pintó *La campana* de *Huesca.* En Madrid obtuvo después una cátedra en la escuela de pintura y ocupó uno de los sillones de la Academia de San Fernando. Su muerte en edad poco avanzada, pues solo contaba cincuenta y cuatro años, ha sido una gran pérdida para el arte y para la enseñanza.

***

Sin querer vuelvo a la política, porque la política domina en las conversaciones. La próxima apertura de las Cortes dará calor a esta importante manifestación de la vida nacional, y los que se pirran por los debates parlamentarios ruidosos tendrán motivos abundantes de satisfacción y alegría. Difícil es asegurar si el partido liberal ha adquirido ventajas de los últimos acontecimientos. Lo que sí está fuera de duda es que la reina ha ganado muchas voluntades, y que su popularidad y prestigio aumentan de día en día. Desde que por la muerte del rey, fue llamada a ejercer el poder supremo, ha ido creciéndose esta noble figura, y conquistando un lugar en el corazón de todos los españoles. Mientras vivió Alfonso XII, la reina Cristina era conceptuada cual modelo de esposas, señora de una educación perfecta y de exquisita delicadeza y sensibilidad. A nadie se le ocurría que la archiduquesa pudiera desplegar, andando el tiempo, las raras dotes de un soberano constitucional, que lleva sobre sus hombros la pesada carga del poder supremo con las inmensas dificultades que el ejercicio de la prerrogativa regia tiene entre nosotros. Nadie

3 Pintado en 1880, y presentado en la Exposición Nacional de Bellas artes en el 81.

4 Véase 7.

sospechaba que demostrase doña María Cristina un tacto tan consumado, discreción tan perfecta y conocimiento tan completo de los deberes de un soberano que gobierna con el Parlamento y con la opinión.

Aunque no hay tiempo todavía para juzgar a la regente de un modo absoluto, bien puede asegurarse que hay en ella cualidades que por primera vez brillan ahora en reyes constitucionales españoles. En las dificultades que puedan ocurrir, y que no serán pocas tal vez, la ayudará mucho su profundo sentimiento de lo justo y lo bueno, su rectitud moral que no admite nada que sea contrario a las leyes eternas. En la sociedad española, más que en ninguna otra, hacía falta ese ejemplo vivo, puesto en la cúspide del Estado para enseñanza y lección de todos, chicos y grandes.

Posee la reina además un gran espíritu de orden. Hasta en cosas insignificantes, como son la distribución de horas en palacio, se conoce que aquella inmensa casa es hoy gobernada por una inteligencia de primer orden. En ningún tiempo estuvieron libres los reyes españoles de las influencias palatinas en combinación con la política de fuera. Ahora sí que lo están. La reina Cristina no tiene camarilla, ni ese círculo de consejeros privados que a veces hacen llegar a los reyes una expresión falsificada del sentimiento público. Distínguese esta señora por su exquisita cortesía. Todos los hombres políticos que van a verla son recibidos con afabilidad, pero sin preferencias por personas ni por ideas. Con las damas que la rodean tiene deferencias cariñosas; pero la familiaridad no es conocida en aquella casa. No hay ahora el peligro de que eran factores esenciales de la política los cuentos más o menos verídicos que se llevan a palacio. La reina no habla de política más que con los ministros.

Inmediatamente después del indulto, doña Cristina tenía la seguridad de que el pueblo le tributaría una ovación cariñosa; pero no ha querido mostrarse en público por no quebrantar el propósito de guardar riguroso luto hasta la fecha triste del 25 de noviembre.[5] En todos los sucesos ocurridos desde que es regente ha observado una conducta intachable, discretísima, manteniéndose dentro de su papel, y no haciendo nunca ni más ni menos de lo que le correspondía hacer. Por esta razón no se toma en boca a la reina más que para elogiarla, y es respetada con lamentables excepciones, hasta de sus enemigos.

Consagra su vida por entero a los deberes de su alto cargo y al cuidado de sus hijos. Levántase muy temprano, lee toda la prensa, sin omitir la más contraria a las instituciones, despacha su correspondencia con el secretario particular señor conde de Morphy, y escribe por sí misma bastantes cartas. El despacho oficial con cada ministro es todos los días a las nueve de la mañana, y preside el Consejo todos los jueves. La distribución de las horas para el trabajo y para las comidas se verifica con una regularidad perfecta. La puntualidad de la reina es tal, que de ella podrían tomar ejemplo todos los españoles. Después de mediodía recibe en audiencia a cuantas personas la solicitan. Por las tardes sale a paseo con sus hijos a la Casa de Campo. Retírase a Palacio al oscurecer: come en familia, y después de una corta partida de tresillo o de *bridge* se retira a sus habitaciones.

5 Aniversario del fallecimiento de Alfonso XII.

Hace pocos días fue a visitarla y a darle las gracias por el indulto la hija del brigadier Villacampa, jefe de los sublevados.[6] La entrevista fue muy afectuosa. La reina que es la misma discreción, no aludió ni poco ni mucho a las ideas políticas del jefe aparente de la sedición del 19. La valerosa hija de Villacampa dijo a la reina: "Crea Vuestra Majestad, señora, que mi padre es caballero y tiene buenos sentimientos. Solo sus ideas son malas". "Hija mía —dicen que contestó la reina—, las ideas no hacen buenas ni malas a las personas: los sentimientos sí".

A propósito de Villacampa, cuéntanse anécdotas muy curiosas, algunas de las cuales reproduciré sin responder de su veracidad. Cuando su hija iba de ministerio en ministerio y de casa en casa implorando misericordia para el infeliz amenazado de la pena capital, empleaba en pro de su causa argumentos de humanidad y además todos aquellos que pudieran serle útiles. Conocedora de los secretos de su padre, aseguraba que con este se hallaban comprometidos tres personajes de mayor graduación en el ejército. Estos tres no se atrevieron a salir. Villacampa salió a última hora, sin meditar lo que hacía, movido de lo que él juzgaba los deberes ineludibles del compromiso. No llevaba uniforme, ni dinero, ni nada que indicarse la previsión del caso. Cuando estaba en las prisiones militares aguardando el fallo del consejo de guerra, su hija le visitó varias veces, manifestándole que estaba dispuesta a revelar los nombres de los que debieron salir a compartir con él aquella noche aciaga los peligros del combate y las responsabilidades de la indisciplina. A esto contestaba indignado Villacampa haciendo protestas de morir en silencio; y como su atribulada hija insistiese en hacer públicos aquellos nombres, como un medio eficaz de obtener indulgencia, cuentan que el reo dijo: "Si así lo haces, cuando esté en medio del cuadro te maldeciré".[7]

Concedido el indulto, y hallándose los reos en capilla, el general Blanco fue a las prisiones militares a notificarles la clemencia de la reina. Los sargentos prorrumpieron en exclamaciones de alegría. Villacampa contestó de este modo al ayudante de la regente: "Diga usted a la reina, que soy caballero y sé agradecer".

***

Galeote ha sido condenado a muerte. Aún falta que la causa pase al Tribunal Supremo. Es creencia general, por las circunstancias fisiológicas que concurren en este desgraciado, que no subirá al patíbulo. A este propósito, se cuenta también otra anécdota, que repito sin responder de ella.

Cuando el rey don Alfonso XII inauguró la Cárcel Modelo, al llegar, visitando el edificio, a la capilla de los reos de muerte, dijo que indultaría al que la estrenase. Si el Supremo confirma la sentencia de la Audiencia de lo Criminal, Galeote será el primer condenado que penetre en aquel tristísimo recinto y por tanto le alcanza la gracia que adelantó don Alfonso, como en celebración del progreso que aquel edificio representa en nuestro sis-

6 Véanse 66 y 67.

7 *en medio del cuadro*: que forma el pelotón de fusilamiento.

tema penitenciario. La reina Cristina, fiel a la memoria de su amado esposo, mantendrá la palabra del rey y su generoso espíritu de indulgencia. Ignoro si es cierto; pero el pueblo lo cree a pie juntillas y como creencia popular lo doy aquí.

Al notificar a Galeote la sentencia, éste se ha negado resueltamente a firmarla. Después ha escrito una carta al presidente del Tribunal, diciéndole que no le importaba la sentencia de muerte, que si le dan el indulto lo rechazará y que su deseo es morir "como Jesucristo: inocente y en afrentoso madero".

***

No puedo acostumbrarme a que sea cierta en todas sus partes la conspiración de Viena que el telégrafo nos anunció y que luego las correspondencias de los periódicos nos pintan, con horripilantes pormenores.

Parece una conspiración de drama o más bien de zarzuela, con sus traidores que la hace la hacen abortar y sus incidentes teatrales que, rara vez, ocurren en la vida humana. Incendiar a Viena por los cuatro costados y después asesinar a todas las autoridades, a la familia imperial y al lucero del alba, paréceme uno de esos programas revolucionarios que por lo horripilantes resultan inocentes.

¡Y todo eso lo iban a hacer los socialistas! ¡Angelitos! ¡Qué manera tan chusca de divertirse! Como que habían construido unas botellas infernales, que disparadas con un simple movimiento de mano, debían reventar llevando a todas partes el exterminio y la devastación. Fundo la inverosimilitud de esta revolución fracasada en que si tales programas pudieran realizarse siquiera media docena de veces, pronto se acabaría el mundo. La maldad humana no puede manifestarse, no, con esa amplitud destructora que nos conduciría pronto al vacío social

La cuestión búlgara es la que toma en estos días mal carácter.[8] El triunfo de la tendencia anti-rusa en las elecciones para la próxima *Sobranej* o parlamento ha dado a la situación extraordinaria gravedad. Rusia no puede retroceder, y concluirá por intervenir resueltamente en los asuntos búlgaros, siendo esto la señal de guerra.

El telégrafo trae todos los días impresiones distintas. Unos días parece que se hacen esfuerzos por sostener la paz, otros corren vientos de guerra. Creo que al fin los tres colosales imperios y la no menos grande Inglaterra se mirarán mucho antes de disparar el primer tiro. Esta guerra que se anuncia y que se teme, será quizás la más sangrienta, costosay larga del siglo, y después de ella, ¿cómo quedaría el mapa de Europa? Esto sí que no lo sabe nadie. Quedará en tal estado, que dará lástima verlo.

B. PÉREZ GALDÓS

8 *la cuestión búlgara*: la difícil situación política de Bulgaria tras el golpe de estado que depuso a su rey Alejandro I en septiembre de 1886, a consecuencia de una conjuración apoyada por Rusia.

70
LP, 30/11/1886

SUMARIO: La vida de otoño y los teatros —Transformación de los gustos del público —Los teatros populares crecen y prosperan —El teatro clásico se desmedra —El arte no muere ni enferma —Evoluciones de la ciencia y el arte —Exposiciones que se anuncian para el año de 1887 —Inauguración de la Escuela Modelo —Don Lucas Aguirre y su testamento —Los testamentarios —Discurso del señor Galdo —Consideraciones sobre la "Unión latina" —La historia desmiente la fraternidad de las razas —Alianzas contrarias a los parentescos de las naciones —El interés y no la afinidad de raza es lo que une a los pueblos —Ilusión de la afinidad etnográfica —La unión íbero-americana.

Madrid, 25 de octubre de 1886.

Señor Director:

Hállase ya Madrid en pleno otoño, que es la estación más grata y dulce en esta zona, y también la más propicia a los goces sociales. Ya están abiertos todos los teatros o casi todos, y los que faltan no tardarán en poner los carteles. La ópera empezó no hace muchos días; ha seguido el Teatro Español en el cual trabajaban juntos este año las dos eminencias de nuestra escena, Vico y Calvo; la zarzuela también ha empezado con brío, y los teatros de funciones por horas[1] atraen la mayor parte del público. El fenómeno de la preponderancia de estos espectáculos baratos, frívolos y cortos, se acentúa más de año en año, y las grandes solemnidades del arte teatral van muy de capa caída.

Rápidamente se extingue la afición a las funciones dramáticas, y ya no hay pieza seria, por buena que sea, que obtenga, como antes, un número crecido de representaciones. No gusta la gente de nuestros días de emociones fuertes, y muchos dicen: "'Para ver disgustos, bastantes tenemos con los que diariamente nos proporciona la vida ordinaria". Cuando llega la noche, y el hombre, cansado de los trabajos del día y harto de contradicciones y fatigas, se echa a la calle en busca de esparcimiento y distracción, ¿cómo le exigís que se meta en un teatro serio a presenciar la reproducción exacta de aquellas mismas luchas y fatigas? Porque el teatro serio le presenta lágrimas, conflictos, crímenes, la inocencia perseguida, la injusticia triunfante, y lo que el hombre quiere es algo que le conforte el ánimo, que le entretenga sin hacerle pensar, pues harto ha pensado ya durante el día, y que le haga reír. Ya que pocas veces se ríe con la realidad, consuélese al menos riendo con las ficciones.

La misma índole de estos tiempos, en los cuales la lucha por la existencia absorbe las mejores horas del día, es contraria a la antigua costumbre de acostarse tarde. Aunque Madrid es el pueblo en que menos se madruga, va cundiendo mucho la costumbre de levantarse temprano, y cada día disminuye el número de los que hacen de la noche día. Los que hace algunos años no se acostaban sino después de haber asistido al desenlace de

1 Véase 22.

un drama en que moría hasta el apuntador, y se iban a la cama a las dos de la madrugada con estas impresiones terroríficas, ya hoy se encuentran mal si les coge media noche fuera de casa. Hay, pues, una visible antipatía a los espectáculos largos y patéticos, y cierta resistencia a acostarse entre doce y una con una ración de adulterios, desmayos y muertes más o menos airadas.

De aquí la boga creciente de los espectáculos festivos, cortos y baratos. Entretienen, distraen, despejan el ánimo de preocupaciones, cuestan poco dinero, y duran solo tres cuartos de hora; pudiendo escoger el público cualquiera de las cuatro representaciones que se verifican entre las ocho y media y las once y media de la noche.

Poco a poco los teatros más lujosos, construidos para el gran drama y la alta comedia, se van convirtiendo en teatros de funciones cortas. El arte dramático está pasando una crisis grave;[2] los autores ponen el grito en el cielo; pero el mal no es fácilmente remediable, porque está en la naturaleza de los tiempos y de las cosas. Muchos se afligen y lanzan exclamaciones desgarradoras, diciendo que el arte muere y que viene la barbarie; pero el arte, por más que digan, goza de perfecta salud y no ha pensado en morirse. Solo que está sujeto, como todo lo humano, a transformaciones que nada pueden impedir. Los que han visto prevalecer determinada forma del arte en tal o cual época, no admiten que aquella forma desmerezca y se aleje cediendo el puesto a otra. Es que no ven nada fuera de la labor artística en la cual y de la cual viven y de aquí su desesperación y pesimismo. Pasa con el arte lo que con el trabajo humano sujeto a rápidas mudanzas en el transcurso de los siglos. La evolución va matando sus diferentes formas de actividad para implantar otras. No hace muchos años, cuando la aparición de los ferrocarriles desterraba los antiguos medios de locomoción, se oía este lamento: "¡Cuánta gente se va a quedar sin pan! ¿Qué va a ser ahora de los arrieros, mayorales, ordinarios y trajineros de toda especie?"[3] Creían algunos que el hambre diezmaría las poblaciones. Al propio tiempo el empleo del gas en el alumbrado público sumió en la mayor desesperación a los cosecheros de aceite. Hubo quien empezó a arrancar los olivos, creyendo que estos útiles árboles no servían ya para nada. Pero vinieron las máquinas de todas clases a consumir más aceite que antes los faroles públicos, y no pasó nada.

El arte y la ciencia se hacen a veces competencias que, a primera vista comprometen la existencia de uno u otra. Pero esto es un error que estriba en ver las cosas demasiado de cerca. Cuando apareció la fotografía, los miniaturistas, que monopolizaban el retrato, dijeron con espanto: "El arte ha muerto". ¡Y cosa rara! La propagación de la fotografía ha traído más tarde un renacimiento brillante del retrato pintado, no de la miniatura en placas de bronce o marfil, sino del retrato al óleo. En estos tiempos fotográficos son considerables los encargos que los pintores reciben de trabajos de esta clase. Como que los artistas contemporáneos se ayudan mucho con los retratos, y sin ellos la subsistencia les sería difícil.

Quedamos en que el arte no muere. Hasta me parece que es tontería suponer, como hacen algunos, que anda mal de salud. Su vida es siempre robusta. Y lo más gracioso es

2 La *crisis* del teatro fue también tema de la 31.

3 *arrieros, mayorales, ordinarios y trajineros*: 'tipos de transportistas de personas u objetos, con pequeñas variantes'.

que siempre que se habla de las indisposiciones de aquel eterno sujeto, sale un enjambre de médicos que le endilgan recetas y específicos a cual más extravagante. Estos doctores aparecen revestidos con la toga de la crítica, que por algún tiempo les da apariencia de doctores verdaderos. Charlan y emborronan papel, hasta que al fin se cae en la cuenta de que el arte no padecía mal ninguno y de que las medicinas de los críticos eran tan ociosas como ridículas. De todo esto se deduce que el arte, en sus evoluciones misteriosas, nunca sigue los caminos que la crítica y la pedantería le trazan. Él va por donde quiere y sale a lo mejor por donde menos se piensa. La transformación se verifica sin que el crítico la advirtiera, pues si la advirtiera, en vez de crítico sería artista. Al fin todo se ve claro, los preceptistas deshacen todo lo hecho, y se reconoce que no había tal enfermedad y que estaban demás todas las recetas.

Se me perdonará seguramente esta digresión un tanto forzada. Vuelvo a mi tema. El teatro se acaba, convirtiéndose poco a poco en simple espectáculo y en frívolo divertimiento. El arte literario, principal gala de las sociedades modernas, no muere por eso, ni siquiera se debilita ni enferma; vive vigorosa y plenamente como observará todo el que no viva encerrado entre bastidores o se aísle en los círculos que frecuentan los cómicos.

***

El año de 1887, que ya está próximo, será en España el año de las exposiciones. La habrá universal en Barcelona, y en Madrid se celebrarán la trienal de pintura y escultura y otra de productos filipinos. A juzgar por los preparativos, la exposición de Barcelonaha de ser muy notable, pues el local destinado a este gran certamen mide trescientos mil metros cuadrados de superficie, y el comité encargado de la ejecución de los trabajos, no perdonará medio alguno para el mayor lucimiento de tan hermosa fiesta, Barcelona es ri- quísima, su diputación provincial posee grandes recursos y el Estado auxiliará también esteesfuerzo gigante de la primera de nuestras ciudades industriales. Se habla ya de diferentes cosas que han de atraer considerable número de forasteros. En el parque de la exposición se construirá una gran torre de palastro con ascensores. Dícese que el *Leviatan* o *Great Eastern*[4] estará fondeado en el puerto durante los meses de verano, instalándose a bordo cafés, teatros, restaurants, salones de baile y otras diversiones.

La exposición de pintura y escultura que se celebra en Madrid cada tres años, es de las más importantes de Europa, por la calidad de las obras que en ellas se dan a conocer. Hace más de treinta años que estas exhibiciones fueron creadas, y desde 1860 vienen siendo cada vez más notables. En cada una de ellas se han revelado artistas eminentes, yno ha habido ninguna que no haya traído un nombre nuevo a la copiosa y brillante lista de los pintores españoles.[5] La del año próximo promete ser muy fecunda y en ella aparecerán seguramente adalides noveles de este gran torneo del arte contemporáneo. Dícese que de Roma vendrán doce o catorce lienzos, algunos de pensionados hasta ahora desconocidos.

4 Trasatlántico inglés que fue en su tiempo el más grande del mundo, botado en 1858.

5 Véanse 13 y 14 sobre la Exposición de Bellas Artes de 1884.

La exposición de Filipinas se proyectó no hace mucho, con objeto de dar a conocer los productos del archipiélago, que tantas riquezas atesora y que tan necesitado está de iniciativas comerciales que lo pongan al nivel de las colonias más prósperas del mundo.

***

Hace pocos días se ha verificado en Madrid la inauguración de una escuela, construida conforme a los perfeccionamientos de la arquitectura pedagógica. Débese esta notable obra a un hombre benéfico que al morir dispuso que toda su fortuna o gran parte de ella fuese destinada a mejorar la instrucción de las clases populares. Para esto eligió entre sus amigos media docena de hombres de intachable probidad, encargándoles de cumplir su última voluntad. Don Lucas Aguirre que tal es el nombre de aquel varón ilustre, merece los galardones de una fama eterna y la gratitud de sus conciudadanos. Una vida consagrada al trabajo y a la práctica de todas las virtudes es cosa digna de alabanza; pero vivir así y morir con los ojos fijos en la posteridad, en el bien general y en la labor inmensa de educar al pueblo, es señal cierta de poseer una grande alma y un gran sentido de humanidad.

Labró su fortuna el señor Aguirre en el comercio; fue de costumbres sencillas y perteneció siempre al antiguo partido progresista,[6] en el cual la honradez, la firmeza de convicciones y la buena fe eran virtudes tradicionales. Si en muchas cosas tuvo gran acierto durante su vida, no fue la menos acertada la elección de las personas a quienes dio el encargo de construir tres escuelas modelo, una en Madrid, otra en su pueblo natal del Valle de Mena, y la tercera en un pueblo de la provincia de Cuenca. Los testamentarios han procedido con tanta rectitud y tal conocimiento del asunto, que los ciento sesenta mil duros legados por don Lucas Aguirre, continúan íntegros, y la construcción y de los tres magníficos edificios solo ha consumido los intereses de aquel capital, devengados en trece años. El capital subsiste, pues, intacto en valores de renta, española o en acciones del Banco de España.

La inauguración fue una solemnidad interesante a la que asistió el ministro de Fomento, pronunciando un elocuente discurso el señor don Manuel María de Galdo, catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros y senador del reino, entusiasta propagandista de la enseñanza e infatigable cooperador de toda obra útil. En dicho discurso recordó las virtudes de Aguirre, e hizo la historia de la donación, haciendo notar la rectitud o inteligencia con que han procedido los testamentarios. Enemigo acérrimo de las corridas de toros, Galdo hizo también constar que estando situada la escuela de Aguirre en el camino de la Plaza, la elegante torre mudéjar de aquel edificio sirve para indicar al pueblo de Madrid y principalmente a los forasteros, que no consagramos exclusivamente nuestra actividad a los espectáculos sangrientos del circo taurino.

***

6 Creado en 1838, e importante para entender el reinado de Isabel II, con grandes figuras como Espartero o Prim, se escindió en varios a partir de 1871, durante el reinado de Amadeo I.

Nuestro insigne compatriota el señor Castelar que actualmente se encuentra en Paris, es objeto de grandes distinciones por parte de la sociedad y del gobierno francés, lo que no es de extrañar conociendo el gran mérito del orador español y su bien conquistada fama. La residencia de Castelar en la capital de la república francesa ha reverdecido en aquel pueblo la cuestión de la Unión Latina, pero la verdad es que en tiempo alguno han sido los hechos más contrarios a aquella idea generosa y grande, fundada en el parentesco etnográfico de los pueblos que con más o menos fundamento se creen sucesores del pueblo romano. Porque Francia, que es la más fuerte de las naciones latinas, hace tiempo que, impulsada del anhelo implacable de la revancha, busca alianzas con la autocrática y eslava Rusia, mientras deja enfriar sus relaciones con Italia, su vecina en un tiempo y su aliada.

La humanidad es así y no como los filósofos quieren que sea. Las rivalidades más enconadas que la historia registra son las de los pueblos limítrofes similares. Sin ir muy lejos a buscar ejemplos, tenemos la rivalidad de España y Francia en épocas bien conocidas, antiguas y modernas, la de Bélgica y Holanda, la de Prusia y Austria, y en América misma, la reciente contienda entre Chile y el Perú nos manifiesta que el principio de la fraternidad y de los parentescos influye poco o nada en las relaciones entre los pueblos.

Ello es que las naciones proceden como los individuos, fundando sus relaciones en el interés y no celebrando más alianzas que aquellas que les puedan originar aumentos de territorio, poder o cualquier otra ventaja positiva. Todo lo demás es pura música. Hemos visto a España unida a Francia contra Inglaterra, y poco después nos hemos aliado a Inglaterra contra Francia.[7] Y no hay que decir que estas alianzas obedecían a caprichos de los reyes y de sus favoritos o a intereses dinásticos; no. Las repúblicas han procedido siempre de la misma manera, atentas a la conveniencia temporal. Desde la cruel guerra de 1870-71, los franceses tienen puestos los ojos con viva expresión de benevolencia y amistad en Rusia, la nación que menos se les parece. Si diferencias hay en la raza, más grandes las hay en las instituciones. ¿Y quién se acuerda ya de la alianza anglo-turco- francesa contra Rusia en 1865? Las mudanzas del mapa europeo desde aquella fecha han sido tales que no se podía prever entonces una alianza franco-rusa contra otra alianza anglo-turco-alemana.

En resumidas cuentas, el parentesco no influye para nada en los arreglos ofensivos o defensivos, que hacen los pueblos. La Unión Latina podrá ser un hecho dentro de mil años, quizás dentro de quinientos; pero hoy es un sueño, nada más que un sueño. Una cosa es la filosofía histórica forjada en los gabinetes y cátedras, y otra la que elabora en sus moldes formidables el interés momentáneo de los pueblos. Y si bien se mira, el mismo parentesco y este orgullo de la descendencia romana son cosas muy problemáticas. Vemos el lazo filológico, pero aquí el lazo de la lengua es como la dudosa unanimidad de esas familias, cuyos individuos después de infinitos cruzamientos conservan solo el apellido y ninguno de los rasgos fisionómicos del primitivo tronco. Por mucho que indaguemos no es fácil hallar afinidad entre el francés de Lille, por ejemplo, y el italiano de Calabria o Sicilia. El

7 Alude a la alianza española con Francia en época de Carlos IV y Godoy, y a continuación, tras la invasión francesa de la península, la alianza de España con Inglaterra durante la Guerra de la Independencia.

francés de las márgenes del Mosela y del Mosa tiene más afinidad con el alemán, su vecino, y con el flamenco que con el español y el italiano. Cierto que entre el normando y nuestras razas cantábricas se observan ciertas semejanzas en las costumbres. Pero ¿qué tienen de común el hijo de América y el malagueño que revela la prosapia árabe en los ojos, en su indolencia y en la viveza de su imaginación?

Dentro de nuestra misma península hallamos interesantísima repulsión entre la familia céltica y las que proceden de las colonias cartaginesas y de los países largo tiempo ocupados por los árabes. Toda la región mediterránea parece un modo distinto que la región carpetana y cantábrica.

La lengua no es lazo suficiente de parentesco, ni prenda de segura amistad. Un mismo idioma hablan inglesas e irlandeses y ya estamos viendo cómo se tratan. Entre los alemanes del mediodía o del país renano y el prusiano de Brandemburgo o Pomerania hay visible antipatía que apenas basta a disimular la unidad férrea del Imperio. No queremos remontarnos a las sangrientas rivalidades de Aragón y Castilla. Quien crea que este argumento es un poco raro, fíjese en las enemistades de Chile y el Perú, naciones que hablan un mismo idioma y tienen las mismas instituciones, y sin embargo han sostenido las más sangrientas luchas que ha visto América después de la conquista.

La Unión Latina, o la confederación de los pueblos de origen latino es, pues, una cosa muy bonita para dicha en un artículo de revista o para el brindis de un banquete; pero que no tiene realidad, ni hay en el mundo síntomas de que la pueda tener en mucho tiempo. Es claro que los periódicos hablan de esto como de otras muchas cosas que solo existen en la imaginación acalorada de los escritores; pero no pasa de aquí, y los hechos rectifican al instante estas ilusiones. Los chauvinistas de Francia y los patriotas exaltados de España sacan a relucir la Unión Latina en todos los banquetes, a la hora precisa del champagne; pero bien se puede asegurar que estas son de esas cosas que se dicen sin que nadie crea en ellas. El patriota más calenturiento de Francia, Deroulède, ha recorrido la Europa no hace mucho con el pendón de la Unión Latina, y al volver de su peregrinación ha dicho que ha encontrado mucha gente dispuesta a trabajar por el desquite de Francia. Entre los amigos de la revancha cuenta a los griegos ¡los griegos! y los rusos y polacos. También ha encontrado el dicho Déroulède muchos italianos que se entusiasman con la revancha y con Boulanger;[8] pero esto no tiene nada de particular. Entretanto que el patriota hace estas observaciones tan consoladoras, la cancillería italiana se muestra lo más anti-francesa posible, y Grecia seguirá el camino que la conduzca a ganar un pedazo de territorio.

***

Mucho más razonable que la Unión Latina es la unión o amistad ibero-americana, porque no se ve claramente que existan intereses encontrados en las naciones que podrían formarla. Ni nosotros aspiramos a poseer en América más territorios que los de Cuba y

8 *Déroulède* y *Boulanger* coincidían en promover el desquite de la derrota sufrida por Francia ante Prusia en 1871, el llamado "revanchisme".

Puerto Rico, ni las repúblicas del Nuevo Mundo aspiran a poseer nada de esta parte de los mares. Todo queda reducido pues, una avenencia comercial y a constituir una fuerza resistente contra las ambiciones de la América sajona.

Esto al menos es práctico y los inconvenientes que pudieran ofrecerse son solo de forma. La distancia a que esas naciones están de nosotros favorece, aunque parece mentira, su aproximación, pues nada estorba tanto la amistad de los pueblos como la frontera común. La absoluta desemejanza de productos puede ser causa de un comercio activo y ved aquí otro argumento contra la Unión Latina. El comercio que es el más firme lazo de unión entre los pueblos no tiene jamás importancia entre las naciones similares por el clima y la raza, aunque geográficamente estén próximos. Nuestro tráfico con Portugal y con Italia es casi nulo, y en cambio con Inglaterra es considerable

Despertemos de ese sueño de la Unión Latina, y creamos, ya que no en la probabilidad próxima, en la posibilidad de la confederación ibero-americana, que al menos responde a fines inmediatos e intereses positivos.

B. PÉREZ GALDÓS

71

LP, 3/12/1886

SUMARIO: Romerías fúnebres del primero y el 2 de noviembre —Los cementerios de Madrid —Memorias tristes —Variedades —El hoyo grande —La conservación de los difuntos —Peripecias de una momia —La señorita Isis —Tres mil doscientos años —La tela que envuelve la momia —Es más filosófico favorecer la descomposición que evitarla —Las castañas y las castañeras —Tipos perdidos —*Don Juan Tenorio* y el día de difuntos —¿Por qué es tan popular la obra de Zorrilla? —Una teoría aceptable —La cuestión de los sargentos.

Madrid, 2 de noviembre de 1886.

Señor Director:

Las visitas a los cementerios son costumbre inveterada de los madrileños en la tarde del primero y en la mañana del 2 de noviembre, dedicados por la Iglesia a la conmemoración de los fieles difuntos. Creo que en todos los países católicos existe esa costumbre, y en los de origen español no dudo que tenga el mismo carácter de romería que entre nosotros tiene. De algún tiempo a esta parte, no obstante, se ha modificado bastante aquel carácter, y ya no se ven los escandalosos puestos de bebidas que eran situados en las inmediaciones de los cementerios, ni la policía tiene que recoger tantos borrachos como antaño recogía. De lo que se ve estos días en aquellos lugares del reposo eterno hay mucho que obedece a impulsos de piedad y cariño; pero también hay algo que solo tiene por móvil el mudable capricho de la moda y estímulos de la vanidad. Por de pronto es cosa singular ver tanta animación, movimiento y bullicio en lugares donde ordinariamente reinan la soledad y el silencio.

Una gran parte de las personas que al camposanto acuden en estos días van por ver, cediendo a la atracción que ejerce toda reunión de gente, por pasar revista a las tumbas elegantes y enterarse de cuáles están mejor adornadas y cuáles ostentan mayor número de hachones de cera.

Los curiosos, que casi componen la mayoría de la concurrencia, son indiferentes a las fúnebres memorias que las tumbas evocan, bien porque tienen los suyos en otra parte, bien porque ha transcurrido mucho tiempo desde que inhumaron a alguien. Hay quien recorre los patios de los cementerios leyendo epitafios para observar cuáles están mal redactados, cuáles son ridículos y ampulosos, que de todo hay en la vastísima copia de inscripciones sepulcrales. Los mausoleos tienen también mucho que ver, porque los hay de todas clases, desde los más grandiosos y monumentales a los más abigarrados y ramplones

La multitud se extiende por las calles bordeadas de cipreses y acacias, y a cada paso se encuentra gente que llora. Es costumbre poner en las tumbas flores frescas, y también artificiales que resistan de un año para otro las injurias del viento y el agua. En los enterramientos de algunas familias poderosas, vense lacayos con librea enlutada custodiando el alumbrado de hachones y las gruesas coronas de siemprevivas.

Los grupos son varios, multiformes y despiertan en el espectador indiferente encontrados sentimientos El verdadero dolor aquí, más allá la vanidad, en otra parte la situación que se llama "de alivio", demostración tibia de una pena desgastada ya por el tiempo.

Nótanse de trecho en trecho sepulcros completa y absolutamente olvidados. Ni una flor hay en ellos, ni un cabo de vela, ni la más insignificante señal que indique memoria de algún vivo. Algunos de estos sepulcros tienen en su inscripción una fecha antigua; pero los hay también de fecha reciente. El olvido ha sido precoz para ellos, y les ha caído encima con la última paletada de tierra. En cambio, hay muertos allí que pasados muchos años reciben ofrenda de luces y flores. Los niños difuntos son principalmente los más favorecidos. Diríase que el tiempo les da en memorias de muerte lo que les quitó en realidades de vida. En algunos sarcófagos de niños las madres depositan el retrato del ser querido y a veces los mismos juguetes con que se entretuvieron, enredaron y alborotaron en vida.

Con todos estos refinamientos de la conmemoración contrasta la grave soledad del hoyo grande, de la tumba común, donde van a parar los que no dejaron dinero con que pagarse un sitio reservado más o menos perpetuo. En el montón grande no hay inscripción, porque allí están los fueros mezclados con los huesos, representación admirable del amor universal, y de los huesos de la materia que decreta sus eternas transformaciones sin hacer caso de nombres ni de estas unidades fugaces que aquí se llamaron personas. En el hoyo grande reina una confusión, que a primera vista desconsuela; pero que después da pábulo a meditaciones sustanciosas. Representa la infinidad y el conjunto inexplorado del cual salió nuestra existencia corpórea y al cual vuelve sin remedio Poco importa que en aquella superficie revuelta diariamente por el azadón no exista nombre alguno ¿Los nombres, para qué son? ¿Qué le importa a nadie que allí reposen los despojos del que en vida se llamó "Fulano de Tal"? Los que le amaron le recordarán seguramente sin necesidad de epitafio, y para los indiferentes el rótulo sería como un jeroglífico. Si somos polvo y al polvo hemos de volver, ¿qué importa esta inmersión anónima en el universal piélago de la materia? A

pesar de esto, en el hoyo grande se ven también flores y otras ofrendas puestas al acaso, y que valen sin duda para todos los que allí yacen.

Esto me trae a la memoria el asunto de la conservación de los difuntos, y un caso del cual hemos tenido recientemente pruebas inconcusas.[1] Hace pocos días se ha verificado en el anfiteatro del Colegio de Medicina, ante un público compuesto de la gente más distinguida en ciencias, letras y belleza (porque también había damas) el acto de descubrir una momia egipcia, encontrada en Tebas por nuestro cónsul en Alejandría y transportada a Madrid.[2] La operación es larga y difícil, porque las momias están envueltas en bandas de tela de hilo que tienen muchas varas de largo, y fueron impregnadas de esos desconocidos bálsamos que las aseguran de los estragos del tiempo por incalculable número de años. La conservación de la momia a que me refiero es perfecta.

Según la inscripción que tenía en la placa de metal sujeta al cuello, el cuerpo que hace días vieron y admiraron tantas personas en el anfiteatro de San Carlos es el de una señorita tebana llamada Isis que vivió en tiempos de la diecinueve dinastía de faraones. Desde el día en que el cuerpo fue envuelto en aquellas interminables bandas de tela hasta el día en que estas fueron levantadas por las manos de los profesores de la escuela de Medicina de Madrid han transcurrido…, parece increíble pero es verdad, han transcurrido tres mil y doscientos años. Y el cuerpo de la doncella está admirablemente conservado, si bien con los deterioros correspondientes al tiempo larguísimo que ha pasado dentro de las fajas. Aunque las facciones están reducidas, endurecidas y negras, perdiendo por tanto toda expresión personal, no por eso desconocemos la fisonomía de la señorita Isis, porque la momia está cubierta por una mascarilla obtenida del propio rostro de la difunta al morir, y esta mascarilla es un retrato bastante aproximado. Excuso decir que en el momento de la exhibición de la momia todos los circunstantes sentían la más viva simpatía hacia la malograda joven, muerta en la temprana edad de once años, y que todos deploraban que hubiese vivido tan poco. La edad la declara el tarjetón de metal colgado en el pecho, el cual nos da también otras noticias sobre la ocupación y destino de la niña, que era sacerdotisa cantora y se pasaba la vida cooperando con su inocente arte en los ritos grandiosos de aquellos tiempos, cuyas ruinas nos causan hoy tanto asombro y maravilla.

¡Pobre niña, pobre señorita Isis! Morirse a los once años, cuando todo le sonreía, cuando era feliz, porque debía de serlo, o nosotros al menos nos figuramos que lo era. ¡Quién le había de decir que su pobre cuerpo iba a causar tanta admiración *tres mil años* después de aquel aciago día de su muerte! ¡Quién le había de decir que sería expuesta, en cueros vivos, o cueros muertos, a las indiscretas miradas de diferentes personas en una civilización tan distinta de aquella en que ella cantaba y en tiempos tan distantes que la imaginación se aturde al medirlos rápidamente! ¡Cuán distintas las manos que allá la amortajaron de las que aquí la descubrieron ofreciéndola a la curiosidad y al examen de nuestros contemporáneos! La tela que forma las bandas parece de cáñamo, y por la solidez e igual-

1 *inconcusas*: 'firmes'.

2 El cónsul era Eduardo Toda y Güell, diplomático y egiptólogo, que la había adquirido en la orilla oeste de Tebas (Luxor).

dad del tejido no es inferior a lo que producen los talleres de Manchester o Leeds. No es grande el progreso en la manera de tejer, y esta temporadilla de tres mil doscientos años ha enseñado poco a los hombres. Pero en lo concerniente al embalsamamiento, la humanidad ha olvidado los papeles. Los ingredientes que usaban los egipcios son desconocidos de la ciencia actual y debían de tener una concentración y fuerza extraordinarias. Tengo a la vista en la mesa en que esto escribo un pedazo de la tela que envolvió a la señorita Isis, y puedo dar fe de su consistencia y admirable conservación. Es de color amarillo, y tiene un olor tan penetrante que en este momento lo retiro un poco para que no me molesten estas emanaciones faraónicas, perfectamente auténticas, que han venido a posarse en la mesa de un escritor oscuro del siglo XIX. La fragancia que exhala este trapo no es desagradable, y no le encuentro analogía con ninguno de los olores que en el día conocemos. Únicamente se parece algo al olor del extracto de orozuz que se vende en nuestras boticas y se obtiene, según creo, del regaliz.[3]

La señorita Isis ha pasado a ser ornamento de nuestros museos. ¿Cuánto tiempo estará en ellos? ¿Se dará otro descanso de tres mil doscientos años? Mucho lo dudo.

En cuanto a los muertos de hoy, no hay que pensar que duren como los del antiguo Egipto. Nuestras ideas religiosas no dan tanta importancia a la conservación de la personalidad corpórea, y fuera de las ideas religiosas todo concurre a lo contrario, a dejar perder la materia o entregarla pronto a las elaboraciones de la universalidad orgánica, para que nada se aparte de la ley de renovación que rige a todo lo creado, o a todo lo existente. La cremación, hoy adoptada en muchos pueblos, responde a la filosofía y a la ciencia dominante. Locura sería además conservarnos para que dentro de miles de años se rían de nosotros los que para entonces vivan, si es que en realidad vive alguien, porque bien podría suceder que a tan larga fecha no hubiera ya nadie que pudiera reírse.

***

Vuelvo a los cementerios de Madrid, en los cuales hay más gente que en la Castellana y el Retiro. Muchos de los antiguos camposantos que rodeaban a esta villa están cerrados, porque el crecimiento de la población estableció una vecindad peligrosa entre los vivos y los muertos. Subsisten varios de los antiguos, y hay uno grande nuevo y muy distante, que es el del porvenir. En San Isidro, situado al sur, y al otro lado del Manzanares, hay sepulcros de gran magnificencia, y en el mismo, en San Justo, en San Lorenzo y en los ya cerrados se encuentran letreros con nombres que vivirán siempre en nuestra historia. Los que estos días gustan de pasear por tales sitios ven los nichos en que reposan Larra, Espronceda, el mausoleo de Quintana, el de Ayala, de construcción reciente, y otros muchos.

***

3 o*rozuz*: 'regaliz, planta herbácea de olor singular'.

La costumbre de comer castañas en estos días proviene, sin duda, de que es la época en que salen al mercado las primicias de esta fruta. En las catedrales existía hasta no hace mucho la tradición de dar a los campaneros que están en vela toda la noche del primero al 2 tocando a muerto, una fanega de castañas para que se entretuvieran y ahuyentaran el sueño comiendo. No sé si subsiste esta costumbre; pero el pueblo, que es tan amigo de la tradición, continúa asociando los hartazgos de castañas a la conmemoración de los fieles difuntos, con la particularidad de que para evitar indigestiones se añade a la citada fruta, razonable cantidad de aguardiente. En esta noche las tabernas hacen por lo general buen negocio, y los parroquianos menudean en ellas. Los puestos de castañas son tantos en Madrid, que apenas hay calle que no tenga dos o tres. La castañera es un tipo característico de esta villa, aunque ha perdido ya casi en absoluto la fisonomía que tan bien retrató don Ramón de la Cruz en sus sainetes inmortales.[4] Lo único que queda de aquellas clásicas castañeras es que casi todas son pendencieras, charlatanas y respondonas. Pero aquellos tipos de gracia y belleza, de procacidad picante y juguetona, o no existieron más que en la mente del gran sainetero o se han perdido por completo.

He hecho una observación, que no sé si es exacta, y es que todas las castañas del mundo son iguales y todas saben absolutamente lo mismo. En otras frutas, adviértense diferencias de forma y gusto que aprecian los conocedores y los que no lo son. ¿Quién puede confundir, por ejemplo, la riquísima uva *albillo* de las cercanías de Madrid con la insípida garnacha del Ródano y del Rhin? En el reino de las castañas hay, por el contrario, igualdad completa, y rara vez se oye disputar sobre si la castaña de tal punto es mejor que la de tal otro. El que ha probado una castaña cualquiera, sea de donde fuere, bien puede decir que las ha probado todas.

Pues bien, si crudas son iguales, asadas no. En Madrid, las castañeras que se establecen en las esquinas de las calles con un brasero de hierro y un puchero de barro, asan las dichosas castañas de tal manera, que no se parecen a las que son asadas en otras partes. No sé qué ingrediente les echan, o qué endiablados meneos dan al puchero mientras está al fuego, que resulta lo más acabado y exquisito del mundo en lo tocante a este ramo no despreciable de la culinaria española.

Respecto a las castañeras, vale más no mirarlas, porque ni al pintor ni al escritor que observa ofrecen ningún rasgo característico. Aquella Geroma y aquella *Pintosilla* de don Ramón de la Cruz no tienen sucesoras,[5] y sólo por lo desvergonzadas se les parecen algunas de éstas que ahora conocemos. Verdad que también se han ido los abates, los alguaciles, petimetres y majos de aquel tiempo,[6] sin que se haya notado la falta de tales sujetos como no sea en el mundo del arte.

A las majas han sustituido las *chulas,* que son el mismo tipo quizás, transformado por el tiempo. He aquí una figura de la cual quisiera hablar con extensión; pero ya me resta

4 En el de *Las castañeras picadas* (1787).

5 *Geroma*, la Temeraria y Estefanía, *la Pintosilla*: son las protagonistas del sainete citado en la nota anterior.

6 Distintos tipos retratados por Cruz y otros escritores.

poco espacio, y en verdad que el género chulesco en sus diversas manifestaciones exige una epístola toda entera.

***

Si la costumbre de las castañas tiene su explicación, no parece tan fácil relacionar la conmemoración católica de los difuntos ni el culto de las ánimas con las representaciones del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, que en estos días se dará en todos los teatros de Madrid y de España. Es muy extraño que los que se pasan la tarde en los cementerios invadan por la noche los teatros para gozar del más mundano de los dramas. ¿Será porque en *Don Juan Tenorio* salen tumbas, almas del otro mundo, y el público encuentra analogía entre estas figuraciones fúnebres y los ritos de la Iglesia en estos días? No, porque hay otros dramas de sepulcros, cementerios y ánimas en pena, sin que a nadie se le ocurra resucitarlos en nuestros teatros. La literatura del género lúgubre está mandada recoger, y sólo los últimos actos del *Tenorio,* que pertenecen a este género, resisten a la acción del tiempo.

Sin encontrar la clave del enigma, debo decir que la celebrada obra de Zorrilla es el más popular drama de nuestro teatro, así antiguo como moderno. Ninguna otra obra es vista, admirada y aplaudida con tanta buena fe y entusiasmo. Personas hay que no vivirían si no la vieran todos los años. No hay en España señora ni criada de servir que no se sepa de memoria las célebres quintillas y no recite otras escenas de las más hermosas del drama. Hasta los que forman compañías de aficionados creen que no se portan bien si no se atreven con el *Tenorio,* y el último aprendiz de zapatero sabe decir con hueca entonación aquello de "mármol en quien doña Inés".

Esta inmensa popularidad del drama de Zorrilla la atribuyen algunos a que no hay obra que como esta exprese y retrate el carácter nacional. Porque, en verdad, eso de pasarse toda la vida haciendo las mayores diabluras y perrerías, seduciendo casadas y doncellas, matando gente inofensiva y cometiendo los más abominables pecados, y al fin, en el momento de ajustar cuentas con la conciencia, subir derechito al cielo, mientras se achicharran en el infierno los que fueron víctimas de tanta insania y desvergüenza, es cosa que halaga extraordinariamente a los que tienen tan debilitado el sentimiento de la justicia y hacen gala de estimar muy poco el principio de autoridad. Sostienen algunos que el español hace el mal *sin malicia,* con la reserva de arrepentirse cuando llegue el trance gordo. El tipo de don Juan Tenorio, que es la personificación de la audacia, la arrogancia, el valor temerario, del desprecio de las leyes, del amor inconstante y la protesta contra toda autoridad divina y humana, cautiva y enloquece a nuestro pueblo, en cuyo espíritu tienen cabida todas las rebeldías mezcladas con cierta generosidad y cierta nobleza fachendosa. Por supuesto, lo que acabo de indicar explica hasta cierto punto la boga constante del Tenorio, pero no que sea la función obligada del día de difuntos, ni que sea tan necesario en nuestros teatros como en las iglesias la novena de las ánimas

Y la obra conserva tanta frescura y vida que no parece que pasan años por ella. ¡Qué encanto el de la versificación siempre florida, sonora y con aquella ampulosidad española que tanto halaga los oídos del pueblo! ¡Qué interés el de aquellas escenas y lances, que entretienen aún a los espectadores que las saben de memoria! De todas las adapta-

ciones que se han hecho del inmortal tipo de don Juan, es quizás ésta la más humana y la más felizmente revestida de galas poéticas Por eso vive tanto. El drama del *Convidado de Piedra*, cuyo origen se pierde en las oscuridades de nuestro grandioso teatro, ha recorrido todas las literaturas y ha tenido puesto de honor en las lenguas todas. Donde quiera que ha habido arte se ha oído la voz de la estatua de mármol que responde a la invitación del libertino, y se ha visto el formidable efecto de la misma estatua presentándose en el festín. Quizás no existe en todo el arte dramático que idearon los hombres, situación más grandiosa ni de más profundo sentido moral. Todo lo que Zorrilla añadió a esto es quizás un desvarío teológico que destruye el efecto estético de aquella escena, y el poeta, por querer sacar la punta al problema, se mete en un laberinto lógico que no tiene salida. Don Juan, ¿debe ir al cielo o al infierno? ¿Qué hay que hacer para salvarle? Este es el escollo que el poeta debía haber evitado, negándose a las exigencias de aquella parte inocente del público, que quiere que todo acabe bien y haya boda, aunque sea en el cielo.

***

Para concluir, tres líneas de política. Las disposiciones dictadas por el ministro de la Guerra para separar del ejército activo a los sargentos, destinándolos a los depósitos de reserva, se consideran como muy eficaces para contribuir al remedio de los males de la institución armada. La medida se verificó con exquisita discreción y arte de gobierno, agradando a todo el mundo, menos a los que venían hace tiempo trabajando en las ambiciones menudas del ejército para producir hechos deshonrosos como el del 19 de setiembre.[7] Pero hay mucho que hacer todavía para extirpar los malísimos males que corroen la institución militar de España en estos desdichados tiempos, y a la medida expuesta seguirán otras no menos radicales y meditadas. Los que conocen al ministro de la Guerra, general Castillo, aseguran que este insigne militar de intachable historia no se detendrá en mitad del camino.

B. PÉREZ GALDÓS

72
LP, 10/12/1886

SUMARIO: *El café* de Moratín —Porque se oye con tanto gusto esta obra —Caracteres, diálogo, trama —Sectas literarias —Batallas por las "reglas" —Su tiranía en el arte y en la sociedad —*El sí de las niñas* —Vida de Moratín —Sus empleos —Emigración y sufrimientos —Colección de cartas de Moratín —Las familiares, las de negocios, las de crítica literaria —Carácter y temperamento del poeta —Sus quejas —La casa de Pastrana —Como

7 Véanse 66, 67 y 68.

era en realidad el retiro de Pastrana —Moratín en el extranjero —Triunfo de su escuela y supervivencia de sus principales obras —El Romanticismo —De política, nada por hoy.

Madrid, 10 de noviembre de 1886.

Señor Director:

Excelente idea ha tenido el director del Teatro de la Princesa,[1] señor Mario, al inaugurar su temporada con la célebre obra de Moratín *La comedia nueva o el Café*.[2] Porque si siempre es grato volver la vista a las producciones dramáticas que nos pintan las costumbres de otros tiempos, lo es mucho más tratándose de una obra que encierra la más viva y picante de las sátiras literarias, aplicable a todas las edades y singularmente a la nuestra.

No es realmente *El Café* una comedia verdadera, y sin la lección de estética que contiene, quedaría reducida a una trama insulsa y sin interés; su mérito está precisamente en lo que tiene de didáctico y docente, contrariando la índole del teatro; es lo que llamamos hoy una obra tendenciosa, más aún, una obra de batalla y de secta y solo un ingenio tan vigoroso como el de Moratín podría haberse atrevido a poner cátedra en la escena, y a probar que en su tiempo por lo menos, no se debía escribir sino cómo él escribía.

Viendo representar con tanta perfección *El Café* como lo representa la compañía del señor Mario, se experimenta uno de los placeres más puros que el teatro puede ofrecer.

¿Por qué siendo la trama tan sencilla y a veces inocente, inspira aquel asunto tanto interés? ¿Por qué la atención no se cansa de seguir la serie lenta de escenas en que apenas pasa nada que no sea vulgar y corriente?

Milagro es este que solo sabe hacer la naturalidad estética, virtud que en España no ha poseído nadie como la poseyó Moratín. Si la obra estuviera privada de todo interés por el movimiento de la acción, embelesaría tan solo por la gracia, la verdad y el castizo corte del diálogo. Se pasaría uno toda la noche oyendo hablar a aquella gente aunque no hiciera nada de provecho.

En los caracteres los hay de la época de Moratín, y los hay también que son de todas las épocas. Don Hermógenes vive todavía y vivirá siempre, doña Margarita y doña Agustina podrían ser de hoy ligeramente retocadas. Don Eleuterio, autor del "Gran Cerco de Viena" tiene su progenie en escritores que no se dedican al teatro. Don Serapio también parece que tiene descendientes entre nuestros contemporáneos. Don Antonio y don Pedro de Aguilar son los tipos que hallamos más distantes de nuestra manera de ser en los días que corren, sobre todo el segundo, cuya pedantería regañosa es casi tan insufrible como la de don Hermógenes, y que sería extraordinariamente antipático, si el autor, con admirable sentimiento, no hubiera dado en esta figura el airoso y tierno final de la comedia.

El diálogo es quizá lo mejor de la obra. Las escenas en que intervienen las dos damas, don Hermógenes y don Eleuterio, son de lo más chispeante, ingenioso y bello que existe

1 Impulsado por el marqués de Monasterio, el teatro se inauguró en 1885. Allí trabajo durante años la actriz María Guerrero, de ahí que desde 1931, el teatro lleve su nombre.

2 La obra se había estrenado en 1792.

en la prosa de teatro. Ni antes ni después de Moratín se ha llegado a tal perfección. Pero las conversaciones entre don Pedro y don Antonio, o las del primero de estos con todos los demás, no poseen tan grande encanto como el resto de la obra, porque teniendo Moratín que presentar en ellas la defensa de su tesis y necesitando exponer allí no solo sus ideas estéticas sino sus resentimientos personales, por fuerza había de resultar cierta aridez y sequedad impropias del teatro.

El espectador de hoy no puede menos que sonreír ante la candidez airada con que don Pedro defiende las "reglas" y los buenos modelos que el poeta debe imita; ante la cólera que al tal sujeto inspiran las obras disparatadas y ante la buena fe con que pide la intervención del gobierno para corregir los males de la escena. Pero estas eran las ideas de Moratín y no podían ser de otra manera en aquellos tiempos de anarquía literaria. Habían llegado las cosas a un punto en que se necesitaba extremar el principio de autoridad para contener tanta barbarie y garrulería. No había más remedio que establecer la dictadura, y he aquí la razón de las famosas "reglas", que no eran otra cosa que "la salvación del arte por el despotismo", fenómeno igual al que ocurre en el orden político. Cuando una sociedad se desquicia por la anarquía, no hay más remedio que echar mano de las "reglas", es decir, de la tiranía, para evitar que todo se pierda.

La exageración y nimiedad de las ideas estéticas de Moratín eran en verdad saludables en aquellos días. El churriguerismo literario[3] no podía tener más corrector que la aplicaciónjusta y rigurosa de la línea recta. Quizá el mal habría sido irremediable, si la férula no hubie-ra caído en manos de un hombre tan rigorista y atrabiliario como don Leandro. Era este un sectario, carácter indomable y soberbio, combatiente que no daba cuartel al enemigo. Sus obras de sátira literaria como *El Café* y *La derrota de* los *pedantes* manifiestan cuán dura tenía la mano,[4] y cuán cerrado el corazón a toda indulgencia. Es lástima que la mayor parte de su tiempo y lo mejor de su felicísimo ingenio fueran empleados en hablar pestes de los que escribían mal. La literatura patria habría ganado mucho con que Moratín defendiera su tesis con el ejemplo más que con las diatribas, escribiendo dos o tres obras semejantes a *El sí de las niñas*[5] y dejando en paz al abate Cladera, a Nifo y a otros poetas chirles. Quizás no podía hacerlo: quizás no podía sustraerse a las reyertas personales. Hoy no podemos apreciar tal vez la inevitable fatalidad de aquellas contiendas, ni la situación personal en que los poetas de aquel tiempo se encontraban. *El sí de las niñas* es la perfección de la comedia. Su mérito es tal, que allí hasta las famosas reglas se hacen simpáticas; tan bien disimuladas están. No cabe mayor sencillez y gracia, ni efectos tan honrosos obtenidos con medios tan simples.

Decía Romea, el gran actor, que solo por una cosa sentía no ser mujer: por no poder representar el papel de doña Irene en aquella admirable comedia. Doña Irene es la expresión más acabada de lo cómico decoroso y del gracejo decente, tipo felicísimo de la ridi-

3 *churriguerismo literario*: `exceso de lo ornamental en literatura' por extensión de la tendencia arquitectónica de José de Churriguera.

4 *La derrota de los pedantes*: poema satírico de publicado en 1789.

5 *El sí de las niñas*: comedia de 1806, cuyo estreno Galdós había recreado en el episodio *La corte de Carlos IV* (1873).

culez humana que no inspira aversión sino un sentimiento en que se mezclan el regocijo y la piedad.

La naturalidad de esta obra es tal, que se confunde con lo real de la vida y el arte literario, con ser tan hábil y minucioso, apenas se ve allí. Escribió Moratín *El sí* en la última parte de su vida, cuando ya parecía asegurado el triunfo de sus ideas, después de terribles batallas contra los pedantes. En toda la obra se advierte la madurez del hombre más que la exaltación del sectario, y hay además en ella un fondo de tristeza, que parece resultado de las desilusiones de la vida, tristeza que se hermana con la estructura humorística de la obra, aumentando el dulce encanto que de todas sus escenas se desprende. Las demás creaciones dramáticas de Moratín, fuera del *Café,* son desabridas, de una sencillez afectada, y con una intención moral que resulta infantil. Para su tiempo, representaban el despotismo de que antes hablé; pero no había Moratín encontrado aún, cuando las escribió, aquel milagroso molde en que poder fundir después la belleza, conservando los rigores de su estética.

***

La vida de Moratín es tan interesante como sus obras. Pocos hombres han existido que hayan tenido en su existencia cambios tan grandes y peripecias tan dramáticas. De aquellos dramas que le pasaron, solo supo llevar al teatro el del *El sí de las niñas*, que tiene procedencia efectiva y real. No es todo invención en esta comedia. Él mismo fue su don Diego, y aquel acto de renunciar a su novia, sacrificando un amor tardío en el altar de la juventud, fue suceso auténtico en la vida de don Leandro, como se ha probado después, y suceso de tal trascendencia que quizás arranca de él la amargura y desabrimiento del poeta en el último tercio de su vida.

Tocóle existir en época muy desgraciada, y le cogió de medio en medio, en lo mejor de su existencia la guerra del francés, la revolución de España, y otras muchas circunstancias que fueron motivo de grandes discordias entre los españoles. La protección de Godoy, favorito de Carlos IV, favoreció en parte a Moratín, y en parte le perjudicó grandemente. Godoy no era tonto, como vulgarmente se cree; valía más que la mayor parte de los hombres de Estado contemporáneos suyos, exceptuando a Jovellanos y Floridablanca; y en su administración se pueden citar muchas medidas útiles. Lo peor que hay en Godoy es su elevación y el origen de ella; pero no puede negarse que ha habido tiranos mucho peores y favoritos menos dignos de los dones de la fortuna. No se le puede quitar la gloria de haber sabido apreciar los pocos talentos que en su época nacieron, y de elegirlos entre la garrulería general, premiándolos y ensalzándolos con grandes mercedes y honores.[6]

Uno de estos fue Moratín, a quien el favorito dio pensiones sobre las rentas eclesiásticas de Montoro y Oviedo, que le permitían vivir desahogadamente dedicado por entero a las letras, y viajar e instruirse. Pero el favor de Godoy fue perjudicial más tarde a nuestro poeta, porque caído el favorito, se hizo moda no solo abominar de él sino también perseguir con saña a los que de él recibieron beneficios.

6 Esta reivindicación histórica de Godoy, aparecía ya en el episodio *La corte de Carlos IV* (1873).

Durante el inseguro reinado de José Bonaparte, Moratín se vio por razones de amistad quizás, o de gratitud, arrastrado a figurar en el partido afrancesado. Entonces desempeñó la dirección de la Biblioteca Nacional. Mas la batalla de Vitoria dio al traste con aquella corte postiza,[7] y los afrancesados tuvieron que salir de Madrid y de España con la misma prisa con que salió el desventurado José I. Para comprender lo que pasó en su emigración el autor de *El sí de las niñas* hay que ver sus cartas, coleccionadas en los tres tomos desus obras póstumas. Son el modelo más acabado de literatura epistolar que hay quizásen nuestra lengua. Su lectura es más amena, instructiva y entretenida que la de la misma historia. Imposible hacerse cargo, no leyéndolas, de toda la gracia, elegancia de dicción y naturalidad que hay en estas cartas incomparables. Me aventuro a afirmar que aventajanen valor literario a todas las obras en prosa y verso del mismo Moratín, exceptuando *El síde las niñas*.

En dichas cartas se ve muy bien toda la vida del poeta y se retrata admirablemente su carácter agriado por las adversidades, y aun la misma batalla que estuvo dando toda su vida contra los malos poetas y contra los que no siéndolo, pertenecían al bando contrario; tiene en aquellas admirables epístolas lances y escaramuzas donde campean la gracia más exquisita y la sátira más acerba. No ha habido nadie entre nosotros, al menos en el presente siglo, que haya manejado la pluma en la forma familiar como don Leandro. Solo él tiene el secreto de decir con inimitable elegancia las cosas más triviales y hasta de ennoblecer las expresiones bajas y groseras, solo por la manera de colocarlas en la oración. En ocasiones, narrando sus desdichas, sabe hallar los acentos más patéticos y trazar cuadros que espeluznan. Hay cartas de familia, dirigidas a doña Ana Fernández de Moratín, y a su prima doña Paquita, que embelesan por la sal derramada en ellas. Otras nos revelan que el poeta, tan autoritario en literatura, era poco ortodoxo en religión, o al menos poco amigo del personal eclesiástico. Causan tristeza las innumerables cartas dirigidas desde el extranjero a su amigo íntimo el abate don Juan Antonio Melón para que le gestionase su cobranza de los atrasos que le debía el obispo de Oviedo. En este asunto se muestra Moratín descorazonado e impertinente, y se lamenta a veces con ayes tristísimos de cosas que no son para tanto. Pero hay que leerlo, y no perder una sola de estas epístolas, que pintan al hombre y a la época. Como crítica literaria en estilo familiar, no hay nada comparable a la contestación que da desde París a los clamores del retórico Hermosilla, cuya colección de poesías condenaron los curas solo porque en ella se hablaba de "los pechos" de no sé qué diosa. Sátira más atroz contra la censura literaria ejercida por los eclesiásticos, no se puede concebir.

El carácter de Moratín se agrió indudablemente con las repetidas adversidades, pero antes que tal sucediera, el tal carácter no era un modelo de dulzura y tolerancia. Para los literatos corruptores del gusto, jamás hay en él piedad; los trata a la baqueta con un orgullo de maestro que no se le perdona, sino porque estaba cargado de razón en la mayor parte de los casos. Pero también, fuera del terreno literario, es exigente, quisquilloso, soberbio y tan llorón que sus amigos no le sufrirían si no conocieran bien el fondo de rectitud que había en su alma. Uno de los principales martirios de su vida se lo dio él a sí mismo, con

7 Para la *batalla de Vitoria* véase 60, n. 15; *aquella corte postiza*, ya que fue impuesta a España por Napoleón.

aquella casa que edificó en Pastrana, villa de la Alcarria, por la que tenía especial predilección. A cambio de las cortas temporadas felices que allí pasó, ¡cuántos disgustos y cavilaciones le trajo la tal finca! Por fin, aburrido de ella, y teniendo que abandonarla en su segunda emigración, la donó en su testamento a la inclusa de Madrid. La casa y huerta se vendieron como bienes nacionales en tiempo de la desamortización. Compróla Mesonero Romanos, con ánimo de conservarla como tributo a la memoria de uno de los más admirables ingenios de nuestro siglo. Recuerdo haber oído de labios del mismo "Curioso Parlante" la descripción de la casa de Pastrana y de la impresión que le produjo cuando fue a tomar posesión de ella. Hay que advertir que Moratín en algunas cartas dirigidas desde aquella residencia campestre a don José Antonio Conde, a Melón y otros amigos, les pinta su morada como delicioso Tívoli[8] y hace unos elogios que causan envidia.

Pues según el señor Mesonero, la casa es un edificio tétrico, emplazado en una hondonada, sin horizontes por ninguna parte, y la huerta es húmeda y sombría, apenas bañada por el sol. Un anacoreta, que no tuviera más preocupación que la de hacer penitencia y apartarse del mundo, no habría elegido escondrijo más adecuado a sus lúgubres pensamientos La distribución interior de la casa era de lo más desdichado o incómodo que puede imaginarse; compuesta de habitaciones estrechas; y las puertas que comunicaban las piezas, unas con otras, parecían puertas de fortaleza, aseguradas con gruesos cerrojos.

Es tradición en Pastrana que por las noches don Leandro, después de registrar toda la casa, iba echando llaves y cerrojos hasta quedar tirado y bien seguro en el más recóndito aposento de lo que bien podría llamarse castillo. El autor de *El sí de las niñas* era huraño, desconfiado y tenía en poco aprecio a la humanidad y a la patria, según se desprende también de algunas de sus cartas.

Ya viejo, Moratín tomó cariño a la residencia en Burdeos, donde había encontrado comodidades, templado clima, buenos amigos y un excelente teatro al que concurría todas las noches. De este placer no podía privarse, y le era tan necesario como el chocolate. Padeció en Francia grandes escaseces, de las cuales se queja, a veces con lastimeros ayes, a veces con bromas y cuchufletas que no bastan a ocultar la falta de resignación. Pero, con incomodidades y todo, prefiere la residencia en el extranjero al regreso a la patria, de cuyos disturbios se burla con mucha gracia. La ferocidad del despotismo que aquí reinaba a partir de la reacción del 14,[9] le inspira frases de punzante sarcasmo. No quiere nada con la cara patria, cuyos defectos exagera, no viendo en ella más que enemigos. Esto, no obstante, distaba mucho de ser cierto. Las obras de Moratín gozaban en España de gran predicamento en los días del poeta, y sus obras eran ensalzadas y aplaudidas hasta por el vulgo. El buen gusto se impuso pronto, y la escuela de don Eleuterio Crispín de Andorra no prevaleció en nuestro teatro.[10] El batallador Inarco Celenio[11] había triunfado en toda la

8 Ciudad del Lacio en que la aristocracia romana poseía lujosas villas.

9 Año en que Fernando VII restaura el absolutismo y persigue a liberales y afrancesados.

10 *la escuela de don Eleuterio Crispín de Andorra:* el teatro popular mayoritario en época de Moratín, quien lo ridiculiza en *La comedia nueva o el café.*

11 Seudónimo de Moratín en su poesía pastoril.

línea y saliéronle discípulos e imitadores, y sin su carácter atrabiliario y su manía quejumbrona, el autor del *Sí* habría podido asistir en la última parte de su vida al triunfo de su estética, y aun producir otras obras dramáticas que hubieran puesto el sello a la escuela del buen sentido.

Sin embargo, no debía de ser muy largo el reinado del buen sentido, porque al poco tiempo de la muerte de Moratín, acaecida en París en julio de 1828 los emigrados de la época calomardina, residentes en París y Londres, se empapaban en la doctrina del Romanticismo, y de vuelta a España, traían una simiente que debía desarrollarse de un modo pasmoso en las tradiciones de nuestro teatro.[12] El Romanticismo prendió con formidable vigor, y las reglas moratinianas quedaron solo aplicables a la comedia, con las convenien- tes restricciones. Aunque a primera vista parezca absurdo, debe decirse que los románti- cos eran "Don Eleuterios" con talento. No había contado Moratín con esto; no sospechó que las obras del porvenir habían de tener más semejanza externa con el desarreglo del "Gran cerco de Viena" que con la juiciosa planimetría de *El viejo y la niña*.[13] Y le habría confundido el ver que los apóstoles del nuevo arte eran, no hombres de estudio, sabedores de las prescripciones de Boileau, sino advenedizos ignorantes que ni siquiera conocerían a Jorge Pitillas, jóvenes sin estudios, y aventureros de las letras. Y si le pareció tan mal que un escribiente de loterías quisiera ser autor dramático,[14] habríase pasmado de que lo fuesen, primero un triste soldado raso como García Gutiérrez,[15] y después un aprendiz de carpintero como Hartzenbusch.

Pero la invasión romántica, con ser tan destructora, no puedo hacer olvidar *El sí de las niñas*, obra de verdad y frescura que sobrevive a todas las evoluciones literarias. Perecieron sí las famosas reglas, que tuvieron su razón de ser como una necesidad de despotismo en tiempos de anarquía; cayeron en el olvido las primeras obras dramáticas de Moratín, frías y anémicas; pero se salvaron, a más de la comedia antes citada, las sátiras tituladas *El café* y *La derrota de los pedantes*, así como las *Notas al auto de Logroño*[16] compo-siciones que por la maestría del lenguaje son monumentos sólidamente cimentados en nuestra literatura. Creo, además, que si Moratín no hubiera sobrevivido a las batallas desu época por triunfos tan señalados como *El sí de las niñas*. *El café*, *La derrota* y las *Notas*, sobreviviría exclusivamente por sus cartas, en las cuales se advierten todas las gracias y donaires del satírico insigne, unidas al decoro y la elegancia del consumado hablista. No se ha escrito en nuestro siglo un castellano más hermoso y rico, con tantos recursos para el estilo familiar, ni hay autor ninguno en quien la lengua sea instrumento tan flexible y de tan variados tonos. En estas cartas hay que estudiar los matices de la prosa castellana para la pintura de costumbres, y aun para la conversación corriente.

12 *Emigrados en la época calomardina*: expulsados por el ministro de Fernando VII, Calomarde, entre ellos el duque de Rivas a quien parece referirse Galdós.

13 Obra que Moratín estrenó en 1790.

14 *escribiente de loterías*: oficio del personaje don Eleuterio, del que Moratín se burla en *La comedia nueva*.

15 Véase 19.

16 Publicadas en 1811.

El novelista contemporáneo que tropieza con la dificultad de una lengua poco trabajada y afinada en el terreno de la expresión familiar, puede encontrar inestimables tesoros en el epistolario de Inarco Celenio.

***

¿Hay algo de política? Sí; pero es de tal calidad que dudo mucho pueda interesar a los lectores de América. Disidencias, desmembraciones, menudencias, todo por antagonismos personales, y por el vicio hereditario de que todos quieren mandar. Ya se sabe que los españoles, principalmente los liberales, no podemos vivir si todos los meses no creamos un partido nuevo. Desde que se juntan cuatro amigos, ya nace entre ellos la idea fecunda de echar al viento la bandera de rebelión y de constituirse en núcleo político con un programa cualquiera. Si se probara la conveniencia de variar de gobierno todas las semanas, esta facultad política de hacer partidos sería muy buena. Pero no van por ahí los vientos. Es casi seguro que reanudadas las sesiones de Cortes el 18 del corriente, las disidencias desaparecerán, y no ocurrirá nada, absolutamente nada. De estas pequeñeces no me ocuparé pues, si no en el caso de que llegaran a ser verdaderos acontecimientos con influencia efectiva en la marcha de los negocios públicos.

B. PÉREZ GALDÓS

73

LP, 30/12/1886

SUMARIO: Reapertura de las Cámaras —Ventajas e inconvenientes de la extremada discusión de los temas políticos —Los grandes debates matan los chismes de los corrillos —La cuestión política en el Senado —Prolijidad de palabra —Aniversario de la muerte de don Alfonso XII —Honras en San Francisco el Grande, en la Capilla Real y en el monasterio del Escorial —La reina Cristina —Resumen del primer año de la Regencia —Triunfo de la política dominante —Discordias entre los republicanos —Escisiones en la junta directiva del partido y ruptura de la coalición —Diferencias de apreciación respecto a las sediciones militares —Diferentes criterios de Salmerón y Pi, de Pi y Zorrilla, y de este y Azcárate —Petición de indulto —Decadencia de los conspiradores de oficio —Asambleas de obreros socialistas —Odio de los socialistas a los republicanos —Ya no hay pueblo.

Madrid, 29 de noviembre de 1886.

Señor Director:

Reanudadas las sesiones de Cortes, la política ha entrado de nuevo en el período de animación y movimiento. Hay muchas personas que de buena fe creen que las cosas andan mal cuando están abiertas las Cámaras por la bulla que arman las pasiones enconadas, y porque se refrescan y envalentonan las ambiciones todas, desde las más legítimas a las más oscuras. Los que tal piensan no conocen sin duda las menudencias y pequeñeces de

la política en tiempo de clausura de Cortes, y el valor que toman entonces los chismes y vulgaridades.

Cierto que las discusiones parlamentarias avivan las pasiones; pero no tiene duda que la política se engrandece con ellas, y que muchas oscuridades se desvanecen en la discusión. De grandes vicios adolece nuestro parlamentarismo, no siendo el menor la desmedida amplitud que se da a los debates; pero a pesar de esto, es conveniente que se hable aunque se hable con exceso, porque el silencio empeora siempre todos los asuntos. Repetidos ejemplos tenemos de cuestiones amenazadoras que han quedado reducidas a muy poca cosa en cuanto se las ha sometido a una discusión como las que aquí se usan. Porque eso sí: no hay quien iguale a nuestros oradores en lo de apurar un tema; lo desentrañan, lo vuelven del revés, lo examinan a todas las luces posibles, lo exprimen y le sacan toda la sustancia.

Tal ha sucedido con los primeros debates de esta segunda parte de la legislatura, en los cuales había que tratar puntos muy delicados, como las dos crisis ocurridas de julio acá, la conducta de gobierno y de las autoridades ante la sublevación del 19 de septiembre y por último, el indulto.[1] En los seis o siete días que la discusión duró en el Senado, no quedó nada por decir, y se habló de lo que era pertinente al caso y de lo que no lo era, se sacaron a relucir todas las cuestiones que pudieran tener relación, aunque no fuera próxima, con la que se debatía, y fue ilustrada esta con tantas citas y ejemplos, que hablar más sobre ella sería ya pesadez. Y no obstante, lo que se dijo la semana anterior en el Senado se está diciendo ahora en el Congreso en tono distinto, es verdad, porque cada Cámara tiene su tonalidad característica.[2]

El resultado es que al fin, este derroche de elocuencia produce buenos resultados porque apaga las murmuraciones, y los hombres más inquietos y amenazadores en las tertulias familiares de los círculos políticos, se amansan en cuanto se desfogan. Una de las cosas que más ha dado que hablar a la gente en los últimos días de intermedio parlamentario, ha sido la cuestión de disidencias. En el partido liberal las hay siempre. Pero va mucha diferencia de hablar mal del gobierno en los corrillos a manifestar públicamente las desavenencias. Aunque el origen de estas suelen ser rozamientos personales, disgusto por no haber obtenido el favor oficial en determinados casos, es forzoso darles en el Parlamento un fundamento propiamente político, y esto no es ya tarea tan fácil. Para discutir razonablemente no hay más remedio que proporcionarse un programita, sea el que fuere, y ya para esto sobrevienen siempre dificultades. De aquí que las disidencias que parecían resueltas en los corrillos, bajen de talla en los escaños rojos, y que los más airados se suavicen considerablemente cuando se ven en el caso de exponer sus agravios delante de la representación nacional.

Por esto el parlamentarismo, a pesar de sus grandes defectos, es tan conveniente. El sistema de la publicidad es el gran sistema político, y sin publicidad no hay vida posible para las instituciones modernas. Por esto el absolutismo, aun suponiendo que fuera practicado por los hombres más rectos, íntegros e inteligentes, no podría subsistir ni dos meses en

1 Véanse 66 y 67 (sublevación), 64 (primera crisis de gobierno) 68 y 69 (segunda crisis e indulto).

2 Véase 60.

nuestra época. Por eso el sistema constitucional y parlamentario aun cuando se le quiera suponer practicado por hombres sin fe ni rectitud, ha de prevalecer en los tiempos modernos. Su publicidad es el gran bien que destruye o aminora todos los males; así como el misterio inutiliza y menoscababa todos los bienes.

Con publicidad no hay error que pueda prevalecer, y aunque abusamos aquí bastante de las manifestaciones orales y exponemos las ideas con una verbosidad que raya en el despilfarro, siempre ganamos con que se hable, y si nuestros hombres tuvieran que hacer la política callando, se desatarían sobre este infortunado país todas las calamidades imaginables.

***

El aniversario de la muerte de don Alfonso XII se ha señalado con cuatro solemnidades religiosas, el funeral en la capilla de Palacio, las grandes honras en San Francisco el Grande, la misa de campaña en el campamente de los Carabancheles, y el funeral en San Lorenzo, sepulcro de los reyes de España.

A la grandiosa ceremonia de San Francisco el Grande, costeada por el Estado, asistieron con el gobierno los cuerpos colegisladores, las altas representaciones de la milicia, la justicia y la administración, las corporaciones populares, el cuerpo diplomático. Muy semejante esta función a la del año pasado, de la cual hablé en una de mis cartas,[3] no necesito describirla.

Hubo en esta como en aquella gran aparato oficial, música admirable, cantos de Gayarre y Uetam, y una oración fúnebre notabilísima pronunciada por el ministro de la Rota, señor Sánchez Juárez.

Esplendidas coronas dedicadas a la memoria del rey difunto por las corporaciones, institutos militares o agrupaciones políticas, adornaban el sencillo y hermoso túmulo instalado en el centro del templo. La restauración de éste no está aún concluida pero lo estará pronto. Presenta un aspecto de riqueza, propiamente bizantina. Todo él es pintura de brillantísimo color, mármoles, bronces y gran profusión de oro de distintos tonos. Quizás hay demasiada esplendidez y más lujo que severidad. Ha sido acertada la disposición que ha proscrito de este templo las imágenes vestidas, y aún las de talla pintada. El culto tiene allí un sello más bien italiano que español.

Este magnífico templo, a cuya restauración han contribuido todas las artes que actualmente florecen en España, será destinado a las grandes ceremonias oficiales. Su aspecto grandioso, rico, y un poco teatral lo hace más propio para la religiosidad que podríamos llamar de Estado que para la devoción.

El funeral de don Alfonso en el Escorial, donde reposan los restos del malogrado rey, ha tenido un carácter más sentido y patético, por ser la expresión de los afectos domésticos. Los funerales de Madrid fueron el recuerdo de la nación; los del Escorial, el de la augusta viuda, los tiernos hijos y los padres y hermanos del difunto. En San Lorenzo las coronas te-

3 En la 51.

jidas con flores naturales por las tiernas manos de las infantitas,[4] han de producir en quien las contemple emoción más grande que las pomposas guirnaldas ofrecidas por las corporaciones anónimas en las honras oficiales de San Francisco. Pues aunque, personificando mucho las cosas, nos lleguemos a persuadir de que el Estado tiene corazón, este no puede sentir humanamente la soledad de la viudez y de la orfandad.

En estos tristes días, la reina Cristina ha recibido de todas las clases sociales pruebas vehementísimas de simpatía y cariñoso respeto, y bien se merece la consideración y el afecto de todos los españoles por su rectitud intachable y el tacto exquisito con que desempeña su difícil cargo constitucional.

***

En estos días la prensa toda ha vuelto la vista al año que acaba de pasar, uno de los más instructivos, seguramente, que hay en nuestra historia. Porque nunca se han hecho vaticinios tan lúgubres como el 25 de noviembre de 1885,[5] ni nunca se han visto tan claramente desmentidos estos pronósticos por la realidad. La regencia, que se creía tan expuesta a los peligros propios de la minoridad de un príncipe, va desarrollándose del modo más normal. Salvo el caso extraordinario y anómalo del 19 de septiembre, nunca han sido las leyes más respetadas, ni la libertad mejor entendida que en este este año primero de la tan temida interinidad monárquica.

Débese esto en primer lugar al buen sentido del país que, sea por convicción o por cansancio, ha tomado en aborrecimiento las alteraciones del orden, y si alguna ocurre provocada artificialmente por los revolucionarios, es al instante ahogada por el desdén público. Considérase triunfo de la política dominante el rompimiento de la coalición republicana, pacto que se hizo contra la lógica y la historia de los principales personajes republicanos, y que no ha podido triunfar de la libertad. Porque la libertad de que han gozado y gozan los revolucionarios para la exposición de sus ideas les pone en una situación parecida al triunfo. Sus deliberaciones son un simulacro de las Cortes legales. Sus rozamiento se parecen a los de las fracciones que se disputan el poder dentro la política viva. Si se les hubiera prohibido manifestarse, de fijo que no habrían salido a la superficie los profundos antagonismos que les separan, los odios que les devoran, y las antipatías personales que les dividen de una manera irreconciliable. Si de esta manera tratan cuando tan lejos están del triunfo, si las discusiones de sus juntas directivas y de sus asambleas son más agrias que las de las corporaciones de verdad, ¿qué haría esta gente si por arte diabólica viniera a ser árbitro de los destinos de la nación?

El origen de la discordia ha sido la sublevación del 19 de septiembre. Los zorrillistas, como autores que son de aquellos sucesos los aprueban y aún intentan respetarlos; como que no se ocupan de otra cosa más que de seducir sargentos y oficiales, ofreciéndoles dos o tres grados. En cambio, todo el personal inteligente del republicanismo los desaprueba y

4 Continúa la propaganda, consciente o no en el caso de Galdós, de la imagen femenina que se quiso dar a la regente (véase 65 n. 14).

5 Fecha de la muerte de Alfonso XII.

condena resueltamente. Esta radical diferencia se vio desde el momento en que Salmerón, Azcárate, Muro y Pedregal se acercaron al presidente del Consejo en los primeros días de octubre último para pedirle el indulto de Villacampa y sus cómplices. Esta generosa conducta, inspirada en móviles humanitarios y de alta política, cayó tan mal en el campo zorrillista, y fue tan maliciosamente juzgada por la prensa de esta fracción, que ya desde aquellos días se consideró roto el convenio. No podían estar juntos mucho tiempo más los hombres de pensamiento y los hombres llamados de acción.

Dicen Salmerón y sus amigos que es innegable para ellos la necesidad de una revolu- ción; pero que no pueden en manera alguna hacerse solidarios de los procedimientos del señor Ruiz Zorrilla, que quiere abatir las instituciones por el escándalo, desorganizar el ejército y producir la confusión del país y el descrédito del partido liberal.

Al estallar la insurrección del 19, Salmerón y sus amigos no tenían noticia de que tal movimiento estuviese preparado, y por eso emplearon en la fórmula que dieron a la prensa, a raíz de la petición de indulto, la frase aquella "dolorosamente impresionados", que se les indigestó a los zorrillistas. Sometidas estas diferencias a la junta directiva del partido, hace cerca de un mes que están buscando una fórmula de arreglo sin poderla encontrar. Hay tan profundo antagonismo entre los caracteres, que si la desavenencia no hubiera venido por el caso del indulto, habría venido por otro motivo cualquiera. No pueden estar juntos hombres de tan distinta catadura moral e intelectual; unióles el interés del momento, el afán de traer una minoría respetable al Congreso, pero conseguido esto, alianza tan absurda no podía conservarse.

Y las diferencias que ahora han salido a la superficie no se circunscriben al distinto criterio con que los republicanos aprecian la necesidad y la oportunidad de las sublevaciones. Las hay también en cuestiones de organización política, pues si Salmerón disiente de Zorrilla en lo que hemos dicho, concuerda con Pí en las soluciones socialistas, al paso que Pí concordando con Zorrilla en los procedimientos revolucionarios, disiente de él en la forma que ha de tener la república. Entretanto, Azcárate, conforme con Salmerón en muchos puntos, se separa de él en lo tocante a la organización federal, mientras que Muro, Baselga y Peñalba, extreman tanto su antipatía a las sediciones y se muestran tan partidarios de la vida legal, que casi se confunden con los posibilistas, o sea la fracción de Castelar.

De modo que si los vaivenes de la fortuna trajeran al poder a los republicanos, tendríamos en ellos un secundo ejemplo de la Torre de Babel. Y si hallándose en una situación platónica andan tan mal avenidos, ¿qué sería sí triunfasen? Si en una asamblea de mentirijillas hay tanta bulla de votaciones, cabildeos, y tanto discurso violento, ¿qué sería en una asamblea de verdad?

***

En tanto que esto pasa, los revolucionarios furibundos están de capa caída. Antes contaban con un sindicato de agiotistas franceses e ingleses, que les daban dinero para producir un trastorno cualquiera en combinación con especulaciones a la baja en nuestros fondos. Pero los continuos reveses de los bajistas han alejado toda probabilidad de que caiga algún dinero más en las manos criminales de los sobornadores de sargentos. Los fon-

dos españoles han resistido a las últimas tentativas revolucionaras con tanta firmeza, que el mismo día 20 se inició un movimiento de alza que todavía persiste.

El mundo entero se ha convencido de que España no quiere trastornos y de que las algaradas militares se perderán en el vacío. Los bajistas están completamente derrotados y el señor Ruiz Zorrilla les ha hecho perder muchos millones. También parece que ha variado mucho la protección que este recibía de algunos individuos del gabinete francés, no siendo extraño que el desvío actual se relacione algo con las enormes pérdidas sufridas en Bolsa por los que cotizaban nuestras revoluciones.

***

Todos los domingos por la tarde tenemos ahora sesión solemne de obreros socialistas ¡Qué tales serán las ideas de estos señores, que consideran a los republicanos zorrillistas como burgueses enemigos del pueblo y explotadores del infeliz obrero, ni más ni menos que a los monárquicos! A estas divertidas asambleas de los partidarios de la liquidación social acude mucha gente, con lo cual pierden bastante los teatros; pero si el público se divierte más oyendo los discursos de los colectivistas que los sainetes más festivos del repertorio, ¿quién tiene culpa de esto? Las cosas que allí se dicen sorprenderían por lo atrevidas si no revelaran una candidez pastoril. Danse el nombre de "compañeros", por parecerles reaccionario y burgués el de "ciudadanos". En la reunión del último domingo,el compañero Iglesias, que es el gallito de los obreros ilustrados,[6] se dejó decir que prontosería un hecho la revolución social y que todos los obreros de Madrid tendrían, a los po- cos momentos de realizada esta, buena casa en que vivir, buena mesa *y* todas las demás comodidades de la vida.

Condenan por igual a todos los partidos políticos, por creer que la política desde sus matices más liberales a los más retrógrados no es otra cosa que una confabulación de todos los burgueses para vivir a costa del trabajo del pueblo. No obstante, en las últimas sesiones ha habido no sé si uno o más compañeros que han abogado por que la asociación se convirtiera en partido político, como único medio de conseguir algo en la esfera de la realidad. En honor de la consecuencia de estos honrados hijos del trabajo, debemos decir que la idea de constituirse en partido político fue rechazada por la gran mayoría de *los compañeros*. Ya empezaba a correr entre ellos el *run run* de que el maldito vicio de la burguesía política empezaba a dañar la asociación. No, el obrero no puede ser explotado por el obrero. Guerra a todos los partidos, combatiendo con más firmeza a los republicanos, y venga la revolución social, aunque sea caída del cielo.

Este odio a los republicanos, que se manifiesta en todos los *meetings* socialistas, ha sido interpretado por *El progreso*,[7] órgano avanzado de la república, de la manera más desfavorable para los dignos individuos que quieren el reparto equitativo de los bienes del

6 Galdós se refiere al fundador del partido socialista Pablo Iglesias, con quien presidirá de 1910 a 1912 la Conjunción republicano-socialista.

7 Véase 57 n. 5.

mundo. Como dijera *El progreso* que los obreros socialistas estaban subvencionados por el ministerio de la Gobernación para decir todas aquellas perrerías contra los republicanos, se armó un tremendo zipizape en el seno de la asociación.

Anunciose un nuevo *meeting* retando a los redactores de *El progreso* a que fueran a él a sostener o retirar sus aseveraciones. Los redactores del diario republicano no parecieron por allí, en lo cual hicieron perfectamente; y los asociados o *compañeros* se despacharon a su gusto, poniendo a los republicanos y a sus periodistas como hoja de perejil.

Nada más inocente que estas reuniones donde se dicen tantos disparates y se hacen tan tremendas amenazas con una naturalidad y sencillez verdaderamente infantiles. Casi todos los *compañeros* que en Madrid componen la falange socialista trabajan en las imprentas de esta Corte, y hacen sus enfáticos discursos con retazos de ideas y palabras que se les han pegado en las cajas.

El manejo del plomo, noche y día, les da una erudición especial. Pero no hay que fiarse, porque hay entre ellos algunos que han leído y digerido folletos socialistas, y saben de memoria muchas cosas pertinentes a las relaciones entre el capital y el trabajo. El "compañero" Iglesias, que les prometía en la última sesión las delicias de Jauja, se expresa bien y es un verdadero orador parlamentario a quien no falta nada para tener el corte del más perfecto burgués.

¡Cómo se ha transformado la organización de las agrupaciones políticas! El principal fenómeno que hay que observar, es que ya no hay pueblo en ninguna de ellas, Ni aun las fracciones republicanas más avanzadas cuentan ya con el elemento popular, que sin duda está curado de espanto en punto a revoluciones o no quiere servir de carne de cañón.

El antiguo partido progresista fundaba su fuerza en las clases bajas industriales y comerciales; el democrático en los obreros, y el carlista en la clase rurales.[8] Esta fase del gran elemento popular subsistirá tal vez en las provincias del norte; pero el *pueblo* genuino de las grandes ciudades, aquel *pueblo* que invocaban los tribunos y que sabía resistir a la tiranía en las barricadas ha desaparecido ya de la escena política

¿Será que la libertad se considera definitivamente conquistada? ¿Será que los problemas puramente políticos están resueltos y ahora se ponen sobre el tapete los sociales? Porque la clase inferior de la población no ha desaparecido. Lo que hay es que ya no pide derechos sino pan, y contemplando con igual desdén a todos los partidos, se niega a prestarles la cooperación que antes daba a estos fuerza tan grande.

B. PÉREZ GALDÓS

8 Con *antiguo partido progresista, democrático y carlista* se refiere Galdós a denominaciones de partidos del reinado de Isabel II y principios del Sexenio, de las que en la Restauración solo permanece la tercera.

74
LP, 22/1/1887

SUMARIO: El debate político —Como ha pasado de la vulgaridad a la elevación —Declaraciones del señor Castelar —Su benevolencia con la monarquía democrática —Es maestro en todos los estilos oratorios —Impopularidad de la república —Títulos que la actual monarquía tiene para merecer el respeto de todos —Decadencia de las revoluciones y descrédito de los revolucionarios —Ejemplo de los republicanos ingleses, húngaros e italianos —¿Será imitado en España? —Situación difícil y oscura de los republicanos de la coalición —Imposibilidad de sostenerla con distingos y declaraciones anfibológicas —Los zorrillistas excomulgan a los salmeronianos —La salud pública en Madrid —La difteria —Dolor que produce la muerte del niño —La "Unión Ibero Americana" —Discurso de los señores Riva Palacio, Cánovas del Castillo y Moret.

Madrid, 20 de diciembre de 1886.

Señor Director:

En los primeros días del presente mes no mandé carta a *La prensa* porque no encontraba, por más que revolvía mis miradas en todas direcciones, ningún asunto fresco, interesante y digno de ser comunicado a mis benévolos lectores. Presumía yo que dejando correr el mes en que estamos, se me presentaría algo de lo que tanto escaseaba en los comienzos de él, y así ha sucedido. No me pesa, pues, haber esperado y ahora me encuentro con un asunto que no cabe en una sola carta. Lo tomaré con paciencia, utilizando de él lo que por el momento me convenga, sin agotarlo ahora, pues las remesas que ha de tener en lo sucesivo, darán materia para bastante tiempo.

El debate político iniciado en las Cámaras a principios de diciembre iba por caminos muy rastreros en las primeras sesiones. Pero bien se conocía que al llegar a cierto punto se había de elevar considerablemente, ofreciendo a nuestra política horizontes nuevos. Mientras aquella discusión se mantuvo en el terreno de las menudencias y de las personalidades, poco interés tenía fuera de España. Era como las riñas entre compadres que lejos del círculo familiar en que se desarrollan, carecen absolutamente de importancia. El señor Romero Robledo es un político hábil, de mucha trastienda *y* gran conocedor de las triquiñuelas parlamentarias. Para cohonestar su falsa posición de disidente del partido conservador,[1] inventa diariamente una sutileza *y* procura reñir batallas que no siempre son aceptadas en el terreno que él las quiere dar. Esta clase de política puramente española carece de todo atractivo, para quien no conozca de cerca nuestros hombres y no esté bien enterado de los sucesos menudos que aquí han ocurrido en los últimos años. Nada hablaré pues de la primera parte del debate político, y me concreto a la segunda, verdaderamente grande y hermosa, no solo por sus resultados para la pacificación general, sino por el mérito de los insignes oradores que la han sostenido.

1 Véase 51.

Dos grandes cosas han surgido de este debate: primera, la inclinación, no ciertamente explícita pero indudable de los republicanos revolucionarios a condenar los procedimientos de fuerza; segunda la aproximación del señor Castelar a la monarquía constitucional, mejor dicho, democrática. Este último punto ha tenido tal resonancia en la opinión pública, que a él consagro preferentemente esta carta.

No renuncia el famoso orador a los ideales de toda su vida. Sigue creyendo que la república es el mejor de los gobiernos posibles; pero reconoce las dificultades que esta forma política encontraría en España, y aplaza indefinidamente su planteamiento. Esto y su condenación más enérgica cada día de las revoluciones, vienen a ser una consagración del orden de cosas existente. Reconoce que la Regencia representa un grado de libertad que jamás ha disfrutado en España y sostiene que es impolítico y antipatriótico atacar una situación que asegura la paz pública y ha venido a resolver una parte de los grandes problemas políticos por los cuales se ha derramado tanta sangre. Cree seguro el advenimiento de los principios democráticos, sino en toda su integridad, en la parte más esencial de ellos, y reprueba que se haga cruda guerra a la monarquía solo por ser monarquía, olvidando que, como la de Inglaterra y Bélgica, consagra todos los derechos y sirve para aliar estrechamente la tradición con el progreso.

Para hacer todas estas afirmaciones en presencia de los republicanos, ha necesitado el gran orador de una virtud que ya mostró otras veces en ocasiones muy difíciles; ha necesitado desplegar un valor cívico y una entereza de que hay pocos ejemplos. Los republicanos que sostienen no solo la posibilidad inmediata de la república, sino las ventajas absolutas y constantes de esta forma de gobierno le oían en silencio. O no se atrevieron o no creyeron prudente contestarle. En dos sesiones combatió Castelar las impaciencias republicanas. En la primera usó de su estilo grandilocuente, adornado de incomparables galas literarias; en la segunda empleó una forma familiar y anecdótica, demostrando que es igualmente maestro en todos los estilos de oratoria. Ya con el raciocinio profundo, ya con gallardas imágenes, ora con el rudo apóstrofe, ora con el sarcasmo acerbísimo o con el familiar gracejo, Castelar fustigó a la revolución y a los revolucionarios.

Una de las afirmaciones para que el señor Castelar necesitaba más entereza, es la de que la república es impopular en España. El pueblo de sus ciudades, comprendiendo en aquella denominación las clases trabajadoras, se interesa ya muy poco por los problemas políticos. Bien claro lo manifiesta en las reuniones socialistas, donde se dicen horrores de todos los partidos, sin excluir el republicano. Y el pueblo rural, si alguna inclinación política manifiesta, es la carlista. Ningún programa avanzado es capaz de poner sobre las armas cien mil hombres como los puso el carlismo hace pocos años. Vense, pues, obligados los partidarios ardientes de la república a buscar su instrumento revolucionario en los cuarteles, soliviantando a las clases bajas del ejército con ofrecimientos engañosos de grados y mercedes.

Esta parte del discurso de Castelar concerniente a la impopularidad de la forma republicana en España, puede sintetizarse en las siguientes palabras; "Ya no hay barricadas". Sí ya el pueblo no quiere batirse por la república como se batió en 1869 y 70; si ni aun se bate por la libertad como en 1848, 54 y 56, a causa de que la libertad está ampliamente

conquistada, ¿a qué viene a predicar diariamente una revolución que no tiene más armas que la indisciplina militar? A esto no podían contestar nada los republicanos zorrillistas, y nada contestaron en efecto.

Hizo constar el gran orador, expresándolo con elocuente amargura, que la Restauración no la hicieron Cánovas y Martínez Campos sino los propios republicanos con sus desaciertos de 1873. Hizo constar también que si combatió rudamente la monarquía de doña Isabel II defendida por las espadas de O'Donnell y Narváez, la monarquía de don Amadeo, defendida por Serrano y Topete, y la fortísima monarquía de don Alfonso, no podía declarar la guerra a la actual monarquía representada por un niño de medio año y una reina viuda, que por sus altas prendas ha sabido granjearse el respeto de todo el mundo. El país goza tranquilamente de todas las libertades. ¿No es una temeridad exponerse a perder lo alcanzado, que es mucho, por aspirar a la realización completa de los ideales democráticos? Con estos y otros argumentos flageló el orador a los republicanos impacientes que creen que basta el deseo de unos cuantos para determinar un cambio radical en las instituciones fundamentales del país. También fue de mucho efecto la aseveración de que el periodo de las revoluciones estaba cerrado en toda Europa. Las declamaciones de los que a toda hora piden un desquiciamiento se pierden en el vacío, y el tipo de revolucionario de oficio ha perdido tanto que solo quedan dos o tres, y estos son objeto de desdén ya que no de burla. Ha venido a ser de muy mal gusto el papel de agitador, y la prensa exaltada, que hace algún tiempo cautivaba a las multitudes, arrastra hoy una vida lánguida en todos los países.

Republicanos hay en Inglaterra, en Austria y en Italia; pero estos no consideran inmediato el triunfo de su idea, y transigen con la monarquía constitucional y aun la sirven. Bright y Dilke en el Reino Unido, que combatieron en las Cámaras la institución tradicional, ha sido después ministros de la reina Victoria. Andrassy, que tan antiguos compromisos tenía con Kossuth, el apóstol de las libertades húngaras, ha sido ministro de Francisco José I, y por último, el patriota Cairoli, íntimo de Garibaldi, ha servido lealmente al rey Humberto. Estos hombres ilustres han comprendido que no podían sobreponerse a la ley de la mayoría y de la opinión, y conservando sus creencias teóricas respecto a la forma de gobierno, han prestado su concurso a los gobiernos liberales no con un simple ministerialismo platónico, sino con una cooperación personal inmediata.

¿Por que el ejemplo de Bright, de Cairoli y de Andrassy no ha de ser imitado aquí como son imitadas muchas cosas de menos provecho? En la evocación de estos ejemplos, tan hábilmente hecha por el orador republicano, han creído algunos que se marca la aproximación a la monarquía más determinadamente que en otros pasajes de los intencionados discursos del jefe de los posibilistas. Nadie juzga posible que el propio señor Castelar sirva personalmente a las instituciones vigentes; pero es bastante común la creencia de que podrían algunos de sus inteligentes amigos desempeñar aquí el papel semejante al de Bright en Inglaterra, o Cairoli en Italia. De esto no puede decirse aún que sea probable; pero sería loco el que lo tuviera por imposible.

***

La situación de los republicanos coaligados, o sea los amigos de Salmerón y los de Ruiz Zorrilla, es bastante comprometida dentro del Parlamento. La coalición a que debieron el ser elegidos, les hace solidarios de la política revolucionaria patrocinada por Zorrilla, y aunque la conciencia de algunos de ellos se subleve contra las tentativas diarias de alterar el orden por la indisciplina militar, vense en el duro trance de no poder condenar públicamente lo que está en contradicción con los antecedentes de toda su vida. Salmerón ha hecho prodigios de elocuencia para salvar esta situación insostenible; ha condenado tímidamente los hechos de fuerza con los cuales daba satisfacciones a su conciencia de filósofo; pero al propio tiempo hacía la apología de los insurrectos del 19 de septiembre para halagar de paso las pasiones de los revolucionarios. Mucho más explícito ha sido Azcárate en la proclamación de los procedimientos legales; pero ambos han contrapesado sus declaraciones pacíficas con distingos escurridizos, único medio de conservar el difícil equilibrio entre lo que les exige la representación del país y los compromisos revolucionarios que tácitamente adquirieron al entrar en la coalición. Todos los esfuerzos de los oradores de la mayoría y del gobierno han sido inútiles para hacerles salir de estar actitud indecisa. Pero ahora más que nunca se ha visto que es imposible estar al mismo tiempo con Jesús y con Barrabás. Pues si las declaraciones a que aludo no han satisfecho a nadie dentro del Congreso, en cambio han sido recibidas por los revolucionarios con el más soberano desagrado. Ya el órgano del señor Ruíz Zorrilla en la prensa[2] ha dejado caer su excomunión inexorable sobre Salmerón y Azcárate porque no declararon delante de la representación nacional la absoluta urgencia de las revoluciones y motines, porque al aceptar la lucha legal han venido a reconocer la forma monárquica, cosa que al señor Zorrilla no le importa. Al mismo tiempo les recuerda que sin los votos de esos revolucionarios a quienes ahora condenan, no habrían salido de las urnas los esclarecidos nombres de Salmerón y Azcarate.

Si estas ideas prevalecen, los hombres más preminentes del partido republicano revolucionario, los que más descuellan en la tribuna y en la cátedra, serán expulsados dei partido en la asamblea que éste ha de celebrar pronto; expulsados por pacíficos, porque no admiten esa oposición ciega y airada, esa apelación constante a la fuerza por los medios más bajos y execrables, que constituye la incurable manía del señor Ruiz Zorrilla.

***

Hablaremos ahora de otra cosa. La salud pública no es buena en Madrid. Nos dejó el cólera que ha desaparecido de toda Europa, y ahora está, si no miente el telégrafo, en la América del Sur; pero tras él vino la visita de !a difteria, que hace más de un año castiga despiadadamente todas nuestras poblaciones. Cébase esta cruel enfermedad en los niños; pero también ataca a las personas mayores. La cifra de mortalidad ha sido últimamente en Madrid bastante alta, pues de ciento once invadidos en un periodo de pocos días fallecieron noventa y ocho, lo que indica una intensidad formidable en lo que bien puede llamarse epidemia. Las que atacan a la infancia no perturban tan hondamente a

2 *El Progreso* (véase 57.5)

la sociedad como las que arrebatan impíamente a los seres ya formados, útiles siempre, irreemplazables en la mayor parte de los casos; pero producen igual terror en el seno de las familias.

Nada hay más triste que ver una tierna criatura luchando con dolores y molestias que abaten a las personas mayores. Parece que tienen más derecho a la vida por lo mismo que la han disfrutado menos y que la Providencia es injusta infiriendo a los pequeñuelos sufrimientos no proporcionados a sus medios morales de resistencia. Porque darle a un niño atroces martirios sin darle la resignación razonable, el valor y la conciencia religiosa, es cosa que no comprendemos, como no comprendemos otras muchas, superiores a nuestro limitado entendimiento.

Las dolencias y penalidades físicas no pueden en manera alguna ser castigo pues, ¿qué falta han cometido las inocentes criaturas, a quienes vemos gemir con acervas penas y pasar de la vida a la muerte tan dolorosamente? Las personas mayores pueden contrapesar sus padecimientos con la reflexión y con los consuelos morales que reciben y que a sí mismos por su propia razón pueden darse; pero el niño ¿qué ha de hacer más que doblar su tierna cabeza ante los rigores de la implacable naturaleza?

Y por más que la religión les compense esta desventaja estableciendo su entrada incondicional e inmediata en la bienaventuranza eterna, ni esta idea se les puede ofrecer a ellos como un consuelo, porque no la entienden, ni sus padres o allegados, que les ven padecer y les ven espirar, se conforman con cederlos al cielo. Preferirían sin duda que viviesen y que siguieran sujetos por el mayor tiempo posible a las contingencias y accidentes varios de la vida humana, aun contando con todo lo que esta encierra de inseguro y azaroso.

Pocas son las familias madrileñas que actualmente no han tenido un caso de difteria o vístolo muy de cerca. Es un horror el número de cajitas fúnebres que se ven pasar todos los días en dirección de los cementerios. Por poco relacionado que uno esté, no puede librarse del tener participación en el duelo de tal o cual familia que ha perdido en pocos días un niño que era el encanto de sus padres. Es la difteria el Herodes contemporáneo, repitiendo la espantosa leyenda de la infancia de Cristo.

***

De algún tiempo acá todo lo que sea estrechar relaciones de España con América despierta aquí un interés que pronto se convierte en entusiasmo. La sociedad llamada "'Unión Ibero-Americana", formada con el objeto de fomentar la fraternidad entre españoles y americanos, cuenta entre sus socios a personas distinguidísimas, ha realizado trabajos de mucha importancia y ha logrado que se constituyan en diferentes capitales de las repúblicas del Nuevo Mundo "Sociedades correspondientes". Para celebrar el establecimiento de la de Méjico, tuvo lugar el día de ayer una sesión, que más que sesión fue hermosísima fiesta, a la cual concurrieron todos los representantes de las naciones hispanoamericanas, muchas damas elegantes y un público tan numeroso como escogido. Como los honores de la reunión eran para Méjico, ocupaba lugar preferente en la mesa presidencial el ministro

plenipotenciario de aquella nación, general Riva Palacio, que no hace mucho presentó sus cartas credenciales a la reina regente. Este ilustre diplomático es poeta distinguidísimo, y ayer demostró ser también orador notable. Tanto el discurso del representante mejicano como el del señor Cánovas del Castillo y el del señor Moret, que presidía, fueron elocuentísimas apologías de la fraternidad hispanoamericana, y excitaciones vehementes a la concordia de todos aquellos pueblos que se derivan de un mismo tronco. Profundas observaciones históricas hay en el discurso del insigne pensador y político señor Cánovas del Castillo. Concluyó diciendo: "Aquí en esta tierra española, donde los hispanoamericanos han logrado ser independientes y extranjeros bajo el punto de vista político, jamás ha logrado ninguno de ellos, si es que lo ha pretendido, que nosotros en el trato común, le tratemos como extranjero".

Muy hermoso fue el discurso del representante de Méjico. "La historia de las repúblicas americanas —dijo— comienza en la cuna del primer niño que nació de la unión del español con la india. Es un error histórico comprenderlo de otra manera. El suelo presentaba como un hermoso tálamo para la unión de estas dos razas. En el hermoso continente americano que divide dos océanos, fueron a fundirse ambas razas: allí nació la americana que participa del espíritu de estos dos cuerpos y que tan unida se halla a España por el idioma y la religión".

El señor Moret, por último, expresó las ideas de fraternidad con aquella facundia prodigiosa, aquella galanura y riqueza de matices que le son propias. "Cuando los niños —dijo entre otras muchas cosas— llaman a su madre con el mismo acento con que los nuestros llaman a la suya, cuando si ellos ruegan a Dios es con oraciones españolas, y cuando para para marcar el sitio donde mueren sus héroes lo marcan con la lengua de Cervantes, estas tres grandes cosas, lengua, familia y religión, son un lazo que no podrá romperse al través de las vicisitudes de la historia, y que nos llevará a la federación, y digo federación, porque cuando se trata de unión se piensa que es algo así como forzar las voluntades. Hace apenas tres años sonó esta idea en Londres, y hoy es un hecho la federación de los estados que hablan la lengua inglesa.[3] Hoy suena esta palabra aquí, entre nosotros, y lo que queremos es unir, enlazar fraternalmente estos Estados americanos con nosotros".

No puedo más que dar una idea muy ligera de estos hermosos discursos, porque no tengo espacio para otra cosa. La fiesta, en resumen, ha sido agradabilísima y es conveniente que se repita, en la seguridad de que esta clase de manifestaciones de concordia, estas esperanzas de un porvenir de amistad, de inalterables relaciones fecundas han de tener feliz acogida así en España como en América.

B. PÉREZ GALDÓS

3 La Comuniddad de Naciones que, nacida en 1884, sería el germen de la Commonwealth (1931).

75
LP, 11/2/1887

SUMARIO—Inminencia de la guerra europea —Rencores y ambiciones de las grandes potencias —Aprestos militares —Rumores alarmantes acerca del emperador Alejandro de Rusia —El país trágico de nuestros días —Inquietud febril del pueblo ruso —Sus gérmenes revolucionarios —Lo que será una revolución rusa —Navidad —Malas costumbres —Los aguinaldos —El día de Inocentes, y las inocentadas —Degeneración de la inocencia —La lotería y el premio gordo —Afición de los españoles a este juego —El año que concluimos es año de reparación —Herencia del 86 —El caciquismo, mal antiguo e incurable sin el auxilio del tiempo —La cuestión de Hacienda —El proyectado arrendamiento de la venta de tabacos.

Madrid, 28 de diciembre de 1886.

Señor Director:

Estamos sobre un volcán, mejor dicho, al calor de un volcán, porque la tan anunciada y temida guerra europea va a estallar al fin. Hace dos días que no se habla de otra cosa, y ahora parece que va de veras. ¿Será o no será? Francamente, aún puede dudarse, porque no es la primera vez que tras los augurios de conflagración inminente vienen las seguridades de paz. La misma grandeza y poder de los colosos que van a medir sus fuerzas es causa de que se miren mucho, antes de disparar el primer cañonazo.

Si la guerra estalla al fin, será la más formidable del siglo, y el número de hombres que han de pelear bastará a poblar una nación. El teatro de esta campaña abrazará regiones inmensas, y como también habrá contienda marítima, no hay que decir que con los barcos que se han de cañonear en ella habría para hacer el comercio de todo el mundo.

Los resentimientos entre las grandes potencias van tomando un carácter de acritud muy alarmante. Unas tienen agravios que vengar, otras ambiciones que satisfacer. Rusia se encuentra con una situación interior insostenible, necesita distraer el nihilismo, ya que no le es posible sofocarlo. Inglaterra ve amenazado por los rusos su imperio asiático, y al propio tiempo teme la influencia moscovita en regiones próximas a Constantinopla. Austria-Hungría ve que la pérdida de su influencia en los estados Balcánicos sería su desprestigio en Europa. Italia quiere recobrar sus provincias de Niza y Saboya y al mismo tiempo recabar libre acción en África para apropiarse a Trípoli. Y por último Francia desea la revancha y por lograrla sería capaz de aliarse hasta con el moro Muza.

En medio de todas estas pasiones, apetitos y resentimientos campea la poderosa Alemania, y ella será quien decida con su actitud si hay guerra o no, y decidida la guerra, el resultado dependerá en gran parte de Alemania, pero terrible en cualquiera de las dos balanzas.

El hecho es que hace algún tiempo no cesan los preparativos en los arsenales y maestranzas de aquellas naciones.[1] Prepáranse los inmensos trenes de artillería y los ingentes

1 *maestranzas*: 'talleres de artillería'.

barcos acorazados. Desde este rincón de Europa en que vivimos los españoles, parece que se oyen los martillazos y la batahola de esos colosales aprestos.[2] El dinero, que es como si dijéramos el pulso de las sociedades modernas, se afecta, se estremece, y hasta nosotros llega ese temblor de los capitales, esa oscilación y desconcierto de las rentas públicas que produce tantas ruinas. Dígase lo que se quiera, y aunque parezca natural que la diplomacia hace increíbles esfuerzos por mantener la paz, ello es que ahora *huele a guerra* y que mucho hemos de equivocarnos si ésta no estalla.

La estación no es propicia, ni aun para los rusos, que siempre han salido bien en todas aquellas campañas en que tuvieron por aliado al invierno. Los trenes y bagajes de los ejércitos modernos no se pueden mover fácilmente sobre las extensas nieves del gran imperio. Cualquiera que sea el teatro de la guerra, no será en regiones templadas; de modo que la ruptura se diferirá hasta la primavera. Resta solo que en los meses que faltan se complique el problema, y de puro complicado e insoluble no pueda resolverse más que por la paz, a causa de la desmedida gravedad de una guerra tan colosal que parecería salirse de los medios humanos. Porque si las cosas llegan al punto de que Europa se pueda convertir en un infierno, es muy posible que no haya nada. Por mucha fuerza que tengan las ambiciones, mayor la tiene el instinto de conservación.

Entre tanto, corren los rumores más graves acerca del estado de ánimo de Alejandro III, emperador de todas las Rusias. No hace mucho se dijo, y las agencias telegráficas lo trasmitieron a todo el mundo, que el zar había matado de un tiro a uno de los personajes de su servidumbre. Es verdad que lo desmintieron; pero no de una manera tan categórica que se desvaneciese toda duda. Ahora se dice que su majestad imperial ha disparado su revólver sobre otra persona de su intimidad dejándola muerta en el acto. Bromas pesadas gasta el autócrata, y como siga así no habrá quien pare a su lado.

Alejandro se halla en un estado de excitación nerviosa que raya en demencia. Por todas partes ve enemigos y asesinos. Si cualquiera de los que le rodean hace un movimiento que al monarca le parezca sospechoso; si éste cree advertir en la fisonomía de alguno de sus cortesanos una expresión meditabunda, o algún vislumbre que se le antoje signo de traición, se quita de cuentos y le deja seco sin más explicaciones.

¿Será esto verdad? Lo único que da cierta verosimilitud a esta clase de especies es la insistencia con que circulan por la prensa europea, aunque bien podría ser que esto fuera una propaganda de descrédito, emprendida por los nihilistas, cansados de emplear la pólvora. El último chisme de los enemigos del zar, es que hace pocos días tuvo una escena violenta con la emperatriz,[3] maltratándola cruelísimamente. Dicen que ha llegado a temer que los individuos de su propia familia atenten contra su vida, y que este sospechar angustioso lo tiene constantemente con el alma en un hilo, extraordinariamente irritado y con síntomas de locura.

Sea de esto lo que quiera, está fuera de duda que Rusia es hoy un país esencialmente trágico. Aparte de la cultura superior de las clases elevadas, hállase, como organismo

2 *batahola*: 'bulla'.

3 Dagmar de Dinamarca (1847-1928), que pasó a llamarse tras su matrimonio con el zar María Fiódorovna.

social, en situación semejante a la de las naciones occidentales en los últimos años de la Edad Media. Sin quererlo, el pensamiento enlaza la existencia actual de Rusia con las turbulentas épocas de Ricardo III en Inglaterra, de Luis XI en Francia y de don Pedro el Cruel en nuestra Castilla.

La sociedad rusa está en ebullición, y no podemos prever lo que de esta efervescencia saldrá. Para que todo sea extraño en aquel país, las clases superiores han llegado a poseer todos los refinamientos de la civilización, mientras las inmensas multitudes que pueblan el vastísimo imperio vegetan en la ignorancia y la superstición. Como organismo político la Rusia conserva los caracteres de imperio asiático y *tamerlánico*.[4] ¿Cómo pueden las clases inteligentes avenirse a vivir de este modo? El gobierno allí no es más que una gran policía. Allí ya no se gobierna; se vigila. El ciudadano no tiene derechos, y ante la ley que ordena obediencia ciega son absolutamente iguales el hombre instruido y el más tosco y rudo de los siervos. ¡Igualdad terrible!

¿Cómo es posible que duerma en paz una sola noche el jefe supremo de esta nación? El suelo se ha de agitar necesariamente bajo sus pies y bajo su cama. ¡Terrible compromiso el suyo, puesto en el trance de tener que dar la libertad o negarla! Pocos hombres hay hoy sobre la tierra tan desgraciados como Alejandro III.

Rusia, aunque parezca extraño, tiene una literatura floreciente. La novela ha tomado en aquel país un vuelo tal que solo en Francia se le encontraría semejante. Pero ya no resplandece en las novelas rusas aquella serenidad clásica, que caracteriza las obras admirables de Turgueniev y del conde León Tolstoi. En las obras notabilísimas y conmovedoras de Dostoievski hay un fondo de tristeza y desesperación, un vigor trágico que concuerda admirablemente con el actual estado de todas y cada una de las Rusias. Parece una literatura nerviosa y algo tentada de alcoholismo, expresión fiel de una sociedad que, a semejanza de ciertos individuos, se emborracha para olvidar y conllevar sus sufrimientos.

Todo anuncia en Rusia la proximidad de grandes tragedias. Sociedad eminentemente dramática, está con la mano temblorosa en el puño de la espada. La guerra que se anuncia no obedece en realidad sino al prurito de distraer al enfermo y apartar de su mente las ideas siniestras que le abruman.

Supongamos que Rusia es vencida en la próxima guerra. Si entonces estalla, como parece probable con la desorganización y pérdida de su grande ejército, la revolución que caldea sus entrañas, no hay cálculo humano que pueda anticiparnos los horrores y espantos que esa revolución traerá consigo. Si se juzga de esto por los materiales acumulados, el incendio será superior a cuantos de igual clase nos ofrece la historia.

***

Las fiestas de Navidad han traído completa paralización a la política. Las Cortes están cerradas y el apetito de los madrileños abierto de par en par. No se piensa más que en comer y en obsequiarse recíprocamente con regalos más o menos valiosos. La Nochebuena

4 *tamerlánico*: neologismo galdosiano. Propio de Tamerlán, emperador mongol sucesor de Gengis Kan.

no pierde nunca sus fueros de noche de confianza, de regocijo doméstico y de excesos en la comida y bebida.

Luego vienen los días de la semana de pascuas, consagrados a dar y pedir aguinaldos, días verdaderamente molestos y tan temidos por algunas personas, qua se van a pasarlos en la soledad de un monte. No sé si en Buenos Aires hay la costumbre de *felicitar las pascuas,* sistema de pedir propinas por medio de tarjetas o de composiciones poéticas impresas en papel de colores. Si la hay, de seguro que fue importada por los españoles en los primeros tiempos de la ocupación de América, y desde luego afirmo que es una mala costumbre, quizás una de las peores que deban los hispanoamericanos a sus progenitores. Y si los argentinos, usando los medios que les da la cultura que han alcanzado, no han podido desterrar el feo vicio de los aguinaldos, se verán asediados en estos clásicos días, como lo estamos los madrileños, por la cohorte pedigüeña de todos los funcionarios hu- mildes del orden administrativo, desde el diligente cartero que nos trae el correo hasta el peón caminero que cuida del afirmado de las calles. Ni acierto a comprender qué relación pueda existir entre esta costumbre y el advenimiento del Mesías, porque nada hay en la tradición cristiana del portal de Belén que autorice este furor de propinas y donativos, for-ma hipócrita de limosna, y no de la limosna que se da al necesitado, sino de la que tiene por único objeto fomentar la gula y otros apetitos.

Debemos declarar en confirmación del progreso lento de la humanidad, que estas acometidas anuales de los buscadores de aguinaldos, van degenerando con el desgaste que el tiempo trae a todas las cosas. Hace años que han dejado de amenazar con sus tarjetas de felicitación los mozos de los casinos y círculos, los porteros de las oficinas. Debemos esperar que sigan por esta senda saludable los dependientes de comercio, y así como, según Orígenes, hasta el diablo se ha de convertir, llegará día en que no pidan propina ni los barberos ni los mozos de cafés.[5]

***

El día de Inocentes se señala siempre por las bromas; pero estas han degenerado más aún que los aguinaldos. En otro tiempo eran ingeniosísimas, a veces pesadas y se preparaban con anticipación, como el estreno de una pieza dramática. Hoy las bromas han quedado reducidas a la forma más inocente, más que por estolidez de quien las da, por lo mucho que se han despabilado los que las reciben.

En otro tiempo solían los periódicos publicar alguna noticia espeluznante, algún *canard* de esos que arden en un candil,[6] y el público se lo tragaba, sin caer en la cuenta de que el notición estaba relacionado con la festividad del día. Pero en los últimos años el público ha sido más listo que los periodistas, dejando a estos toda la inocencia y quedándose con toda la suspicacia, de modo que ya no se atreve la prensa a regalarnos el día de hoy ninguna de esas píldoras que en otro tiempo tenían tanto éxito. Quedan pues reducidas las inocentadas a tal o cual picardía en el círculo doméstico, picardihuela que se consuma

5 Esta parte de la Carta ha sido relacionada con el capítulo 14 de la primera parte de *La desheredada*.*

6 *canard de esos que arden en un candil*: `bulo brillante y lucido', locución que incluye galicismo.

por acuerdo de las partes, sin que la crean los que la imaginan ni los que se avienen a pasar por víctimas. Porque, dígase lo que se quiera, ya no hay inocentes, o si los hay, van quedando tan pocos, que pronto se extinguirá completamente la raza.

Pero nada preocupa tanto a los madrileños ¿qué digo madrileños? a los españoles en estos días, como la lotería. No sé si en esa floreciente república, existe la lotería. Si no existe, difícilmente comprenderán mis lectores las emociones que produce la expectación del premio gordo de Navidad, consistente en quinientos mil pesos, y de los tres o cuatro que le siguen, que también son de mucho o de muchos pesos. Durante todo el año las extracciones de lotería despiertan poco interés; pero en esta la cuantía de los premios nos saca de quicio a los españoles, pues es raro entre nosotros, el que no se crea destinado a obtener de la suerte una participación en el premio gordo. No he conocido nunca a ninguna persona que haya sido agraciada con esta extraordinaria y descomunal ofrenda de la suerte; así es que ignoro hasta por referencia, las emociones que pueda producir el paso repentino de la pobreza a la opulencia. Rara vez cae entero el gordo en una sola persona: pero ni aún al agraciado con los cincuenta mil duros de décimo he conocido nunca. No es, sin embargo, un mito el favorecido de la suerte, porque la lotería cae ¿pues no ha de caer? pero cae siempre tan lejos que no oímos jamás el ruido que hacen los chorros de dinero al inundar como lluvia del cielo una casa cualquiera.

Los infinitos premios pequeños de esta colosal extracción se reparten por ahí entre multitud de personas; pero ¡cosa rara! entre esas personas no se ha contado nunca tampoco el que tiene el honor de escribir estas líneas. Más no creáis que se desespera y pone el grito en el cielo. Al contrario, lo lleva con mucha paciencia esperando, como buen español, al año que viene. "Otra vez será" decimos todos, y así nos consolamos y así, e*n nuestro engaño, inmóviles vivimos,* como dice el inmortal Calderón.[7]

***

El año que se acaba, que expirará pronto con San Silvestre, no ha sido realmente de los peores. Ha venido a ser una reparación de los precedentes, llenos de calamidades de todo género. El 86 no nos ha traído inundaciones ni terremotos, ni cólera, ni tampoco grandes desgracias políticas como la muerte del rey. Quiera Dios que el 87, que ya está para nacer, sea tan bueno como su anterior. Este ha reedificado con espléndida largueza las casas y pueblos hundidos por los temblores de tierra, ha socorrido con abundante caridad las miserias ocasionadas por el desbordamiento de las aguas y dado amparo a infinitos huérfanos y menesterosos.

Año de reparación, como he dicho antes, ha sido este, y le debemos gratitud. En política ha sido quizás uno de los más dichosos que ha visto España en los últimos tiempos, porque ha sostenido en paz la Regencia, perfectamente asentada sobre las prácticas liberales. Las alteraciones del orden público no han sido graves, y se pueden considerar como síntoma de un mal antiguo y difícil de curar. Si se repiten, serán sofocadas por el sentimiento del

7 Este es un verso de la *Epístola moral a Fabio*, de Andrés Fernández de Andrada, no de Calderón.

país que tanto vigor ha adquirido en los últimos tiempos. Las dificultades se hacen cada día menos pavorosas y la confianza se consolida en razón de la sensatez nacional multiplicada por el tiempo. A pesar de esto, nuestro optimismo no es excesivo. El 87 heredará del 86 graves problemas. Si la guerra europea estalla, como parece, no sabemos si los irrevocables propósitos de neutralidad acordados por el gobierno español podrán ser mantenidos en absoluto. Ya se ha procedido con toda rapidez a ultimar nuestras fortificaciones de las islas Baleares y del Estrecho, porque bien podría suceder que aquellas magníficas posiciones fueran objeto de la rapacidad o de las miras estratégicas de alguno de los poderosos beligerantes.

En el orden interior, la herencia del 86 tiene también sus puntos negros. Hay males que no serán remediados por el año que se aproxima ni por sus sucesores. El caciquismo, por ejemplo, es de tal consideración entre las calamidades nacionales, que tiene remedio menos fácil que los terremotos, las inundaciones y el cólera.

Sus estragos se extienden a todos los órdenes de la sociedad y de la política. Es un herpetismo[8] constitutivo que no perdona nada, y al propio tiempo invade todas las partes del organismo determinando el vicio de la sangre, la atrofia del músculo y la caries del hueso. Algunos creen que para extirparlo es menester construir una sociedad nueva sobre los escombros de la antigua; pero la demolición siempre ha sido mal remedio en política. "El tiempo, dice un sabio refrán, no respeta nada de lo que sin él se hace". Las revoluciones son buenas contra la tiranía que es una situación accidental; pero no pueden nada contra los vicios de complexión, que están profundísimamente arraigados en las costumbres. La moral pública es virtud que se infiltra en los pueblos con mucha lentitud. Esta savia ha de penetrar igualmente por arriba y por abajo. Mucho pueden hacer los gobiernos, si quieren, pero no harán nada si no les ayuda el individuo. De este parte toda energía perniciosa o salvadora, por lo cual la moral pública tiene íntima y secreta relación con la moral privada.

Tampoco es buena la herencia que recibe el 87 en lo tocante a la Hacienda, porque si bien al comparar nuestro estado financiero presente con el de hace veinte años nos parece inmensa la mejora, bajo el punto de vista del aumento de todas la rentas y de la regularidad administrativa, si nos comparamos con otros estados europeos, no podemos menos de reconocer que aún nos falta mucho camino que andar. A los últimos ministros de Hacienda y al actual, señor Puigcerver, debe el país enormes beneficios. El crédito nacional se ha elevado a unas alturas en que no se le ha conocido nunca; pero mientras no desaparezca el déficit, no puede entrar nuestra Hacienda en un periodo perfectamente normal.

Entre los proyectos que el actual ministro ha presentado a las Cortes, figura en primer término el del arriendo de la venta de tabacos. El estanco de este artículo constituye, como todo el mundo sabe, uno de los principales ingresos del Tesoro en casi todas las naciones europeas. En la nuestra ha mejorado bastante la renta en los últimos años; pero no tanto como parece corresponder a la generalización del consumo. En ningún país se fuma tanto como en España, y sin embargo el estanco no da aquí rendimientos tan cuantiosos como en Francia e Italia. Aunque el gobierno ha hecho grandes esfuerzos por perfeccionar las

8 *herpetismo*: 'predisposición para padecer herpes, erupciones cutáneas crónicas'.

elaboraciones, no ha conseguido nunca surtir a todos los consumidores, y el contrabando subsiste contra viento y marea. Si el Estado es en todas partes mal fabricante, en España lo es más que en parte alguna, y lo mismo las contratas de primera materia, que la elaboración y aún los transportes, son una serie incansable de *filtraciones*.

Para impedirlas hasta donde sea posible, el ministro ha ideado el arriendo, y su proyecto está pendiente de la información de una comisión parlamentaria. Si esta medida tiene mantenedores fervientes, también tiene impugnadores, de lo cual se deduce que la discusión será ruda en ambas Cámaras. En general, puede decirse que la opinión de los fumadores es favorable al arriendo, porque esperamos fumar mejor y más barato. Que la administración pública es impotente para dirigir por sí esta importante industria, se ha probado con la experiencia de tantos años. La industria particular, por mal que lo haga, lo ha de hacer mejor. Es verdaderamente lamentable que poseyendo España los criaderos de tabaco más ricos y valiosos del mundo, a saber: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Canarias, no sea nuestra península el gran mercado de este artículo, y un centro industrial que puede surtir por lo menos a las naciones vecinas. ¿Qué razón hay para que Hamburgo y Amberes hagan un comercio considerable de cigarros llamados habanos y filipinos, y no lo hagamos nosotros sin necesidad de recurrir al fraude y a la falsificación de las marcas célebres? Pero para esto sería preciso abordar resueltamente el problema del desestanco.[9] Sostienen personas entendidas que al desestanco ha de preceder el arriendo y en este sentido es doblemente aceptable el proyecto del señor Puigcerver, que si se aprueba, ha de dar a las importaciones extraordinaria latitud.

La empresa que se haga cargo del arriendo, ha de prestar una fianza de veinticinco millones de pesetas y anticipar al Tesoro la primera anualidad importante, noventa millones. Ya parece se están formando las compañías que aspiran a obtener preferencia en el concurso, y dicho se está que para allegar los capitales enormes que el caso requiere, han de amalgamarse las grandes entidades financieras de España con otras del extranjero.

B. PÉREZ GALDÓS

9 *desestanco*: 'finalización del monopolio'.

1887

76
LP, 13/2/1887

SUMARIO: Mal tiempo —Nieves, heladas, tormentas —Destemplado clima de esta capital —Contratiempos a que nos exponen los desórdenes atmosféricos —Incongruencias del termómetro —Fiesta de la Epifanía —Diferentes funciones de los reyes magos en las imaginaciones populares e infantiles —Los que salen a esperarlos —El doctor Encinas —Sus extraordinarios méritos como hombre de ciencia —Breve bosquejo de su persona y carácter —Evasión de los sargentos —Inveterados males del ejército —Cambio de capitán general.

Madrid, 7 de enero de 1887.

Señor Director:

Hace tres días amaneció Madrid cubierto de nieve. Este fenómeno se presenta aquí todos los años con mayor o menor intensidad. La nevada del presente ha sido ligera y la temperatura no ha descendido sino de cinco o seis grados bajo cero. En Burgos han tenido dieciocho, cifra que parece increíble, pero que es auténtica. La capital de Castilla la Vieja es tan célebre por su incomparable catedral como por lo destemplado de su clima.

Allí, en agosto, hay que salir con capa. Yo he visto una fuerte nevada en dicha ciudad, el día de Corpus, que cae siempre en mayo o junio. La península española ofrece la más variada de las climatologías, y mientras Burgos, Victoria, Pamplona y Reinosa se muestran rivales de San Petersburgo, en Málaga ha hecho calor y en Almería se asaban las pajaritas. Pero la diferencia de temple se observa más en los meses de primavera y otoño, pues entonces nos basta recorrer una distancia de pocos kilómetros para pasar de los fríos rusos a los ardores del África.

La nevada en Madrid es siempre un espectáculo divertido, y hay muchas personas que se lanzan impávidas a la calle y se dirigen al Retiro a contemplar allí el hermoso espectáculo de la naturaleza envuelta en la incomparable blancura de la nieve. En las calles y en las plazas ofrécense también panoramas muy lindos. Todo lo que pasaba por blanco resulta amarillo al lado de la nieve. La estatua de mármol se vuelve gris y la cal de las paredes medianeras toma un cierto color de papel viejo.

A lo largo de todas las calles extiéndese aquella inmaculada espuma que empieza a mancharse cuando las pisadas de los caballos y las ruedas de los vehículos restablecen en la capital, en las primeras horas de la mañana, el barullo que se ha interrumpido durante la noche. Hay que madrugar, pues, para ver la nieve en toda su pureza y virginidad, pues el clima de la corte no permite que las nevadas se prolonguen mucho. A lo mejor, y cuando nuestras calles y paseos imitan en la intensidad de la blancura a los campos de Finlandia, a las estepas de Polonia, se presenta inopinadamente el sol, saca la fulminante espada y empieza a repartir mandobles a diestro *y* siniestro.

Después que limpia el cielo dándoles tales bofetadas a las nubes que se desbaratan ellas corriendo, se vuelve contra la tierra y empieza a descargar tal lluvia de saetazos sobre la nieve que esta se vuelve toda lágrimas, se derrite, y bien pronto aquella frigidísima y cándida espuma no es más que fango e inmundicia. Las calles se ponen entonces como si hubiera caído sobre ellas en una hora la lluvia de tres meses. Corren ríos de lodo por las cunetas, y el paso de hombres y brutos sería imposible si el ayuntamiento no mandara abrir todas las bocas de riego del Lozoya. Trábase entonces una terrible batalla entre el agua y el barro, porque los chorros de las mangas de riego parecen verdaderas lanzas que en poco tiempo destruyen y liquidan la monstruosa amalgama de nieve y tierra. Vuélvese todo agua fangosa y corriente, que se precipita a las alcantarillas, y las calles quedan limpias.

Pero este cambio determinado por el sol suele traer los vientos del norte que embellecen el cielo haciéndole tan fino, profundo y trasparente, y al propio tiempo nos traen el frío sutil, el verdadero frío de Madrid, que coincide con la serenidad y hermosura de la bóveda celeste. Sí, los grandes fríos de esta tierra vienen siempre acompañados de luz espléndida, y parecen descender de un firmamento absolutamente limpio de nubes. Entonces vienen las heladas, el frío intenso y desnudo, ese frío que penetra los huesos, afeita la cara y reseca los pulmones.

Por la noche los estanques y puentes se cubren de una costra de vidrio y todo lo que es líquido se endurece, y el hielo adquiere una blancura espeluznante. La luna alumbra casi tanto como el sol de Rusia, y tiñe los objetos de un viso azulado y metálico que parece aumentar la sensación de glacial desamparo. El cielo parece una gran bóveda de bruñido acero y las estrellas parecen brillantes que despiden reflejos verdes y amarillos de sus bien talladas facetas.

Tras las fuertes heladas, que todo lo dejan aterido y seco, y hieren la planta y al hombre, y matan al anciano achacoso y al tierno niño, suele venir el vendaval o viento del oeste, el más sano de los vientos en nuestro clima. Es generalmente huracanado y trae aguaceros y humedades, como que procede de la inmensidad líquida dei Atlántico. Arrambla por tejas y chimeneas y produce grandes estragos en árboles y casas llevándose lo que puede. Pero es templado sin dejar de ser fresco y lubrifica el pulmón y suaviza la epidermis y atempera los nervios. Un día de este fortísimo viento, las calles de Madrid ofrecen curiosos espectáculos a los que se deciden a andar por ellas. Vemos al honrado ciudadano cruzar entre borrascas por calles y encrucijadas, pugnando por coger un par de rizos a su capa, mientras esta, hinchada por el huracán como la vela de un barco, le arrastra, le envuelve y concluye por convertírsele en capuchón. El sombrero, entonces, se eleva a más serenas regiones. El desgraciado náufrago extiende los brazos y busca un poste de farol a qué asirse; pero el rebelde trapo azota su rostro, la menuda lluvia le ciega, un perro se enreda entre sus piernas, y el infeliz cae por fin entre un montón de adoquines dispuestos para empedrar la calle, y se rompe una clavícula o se aplasta la nariz, quedándose al fin sin sombrero, la capa hecha jirones y el alma atribulada y llena de congojas.

Vemos también a la venerable matrona cruzar por la Puerta del Sol, y observamos que al llegar a media travesía, es embestida por una fuerte racha, y eleva al cielo sus manos

pidiendo misericordia. Las enaguas, agitadas en terrible remolino, hacen el ruido de una tromba, su paraguas se vuelve al revés, su sombrero de moda rompe sus ligaduras que le atan al cuello, y se echa a volar libre por los aires con la velocidad de un gerifalte.[1] La pobre señora, combatida por los elementos, se contrae, se estira, gesticula, apostrofa, baila, vacila, se tambalea; pero todo en vano; no bastan a sostener su cuerpo los anchos pies con que la dotó la naturaleza. Ya está a punto de irse a pique; le entra el agua por entre ambos costados, y el viento le ha puesto la proa en tal disposición que tiene que acudir a ella con ambas manos para impedir mayores estragos; en este trance posible aparece un coche de dos caballos. ¡Horror! La humana fragata va a ser embestida y pasada por ojo.[2] El cochero, no obstante, teme salir mal parado en el choque, y detiene el fogoso tronco; pero la lanza ha amenazado muy de cerca la hélice de la señora y esta viene al suelo con fragoroso estruendo.[3] Acude el público gritando, se forma un corro; un aguador que pasa trata de levantar a la señora; pero esta se siente ofendida en su pudor y vuelve a pedir socorro. Intenta componer el deshecho velamen, y de tapar el casco descubierto; sus espejuelos yacen por el suelo; un pillete, observando que no son cosa de valor, los recoge y se los da con respeto. Busca la señora su paraguas; no está. Busca el manguito; ha metido el pie en él y se lo encuentra convertido en polaina; busca el sombrero; huyó como frágil barquilla arrastrada por las olas. Por fin, la infeliz víctima consigue ponerse otra vez en dos pies, auxiliada por el benévolo público. Con gran trabajo llega a la acera, respira, se ha salvado. Su único consuelo es ver a otras personas en igual trance.

El viento continúa haciendo de las suyas, tumbando gentes, y divirtiéndose preferidamente con los sombreros, que son su juguete favorito. A lo mejor llueven chimeneas y las tejas andan por el aire como los pájaros. Juega el viento con una persiana, la mueve, la sacude hasta que la arranca y la arroja en mitad de la calle; o bien se apodera de los palos de las banderas de los edificios públicos, como si fuese al expugnador victorioso de una plaza fuerte, y los clava donde menos falta hacen.

Al viento del oeste suelen acompañar en Madrid las pertinaces y tranquilas lluvias. Como quiera que el tiempo venga, aquí pasamos siempre de lo malo a lo peor, y de lo peor a lo malo, siendo raros los días apacibles y templados. Con frecuencia vemos que a una temperatura de dieciocho grados a las tres de la tarde, sucede otra de dos bajo cero a las ocho de la noche, y al día siguiente calor, y por lo tanto aguas y después granizo. En un día tenemos frecuentemente muestra completa de las cuatro estaciones, por cuya causa es incalculable el número de maldiciones y censuras que en tres siglos y medio se han dirigido a Felipe II por haber puesto la capital de las Españas en lugar tan destemplado. Pero, ¿qué le vamos a hacer ya? Peor, mucho peor habría sido para nosotros, si al tal se le antoja ponerla en Burgos.

***

1 `gran halcón'.

2 *pasada por ojo*: en náutica, 'embestida por la banda otro barco'.

3 *tronco* y *lanza*: accesorios del carruaje 'la barra de madera que une a los caballos y la vara que los precede y dirige'.

Hoy es la Epifanía, una de las más bellas festividades del cristianismo, día soñado por los niños, porque en él (así lo establece en España una costumbre antigua) los tres reyes magos se dedican a repartir juguetes por esos mundos trayéndole a cada cual lo que más apetece.

Pocas figuras hay en el Nuevo Testamento más simpáticas que estos tres soberanos que guiados por la milagrosa estrella van a adorar al niño Dios en el pesebre de Belén. La iconografía cristiana les representa desde la más remota antigüedad con caracteres diferentes; el uno es anciano de luenga barba; el otro joven y esbelto; el tercero negro como la pez. Cabalgan en poderosos camellos y traen vistoso séquito de pajes y escuderos. En algunos cuadros de la Epifanía se ven caballos; pero en todos los nacimientos infantiles prevalece el camello, sin duda por ser este animal extraño y casi fantástico en Europa. Se les representa rodeados de asiática pompa, capas encarnadas, turbantes, plumachos, collares de oro y piedras, y si alguno de los tres obtiene de la pueril turba mayor simpatía que los demás, es el negro, el preferido probablemente por su propia negrura y extrañeza.

Debe arrancar de tiempos muy remotos esta encantadora conseja de los juguetes traídos por los reyes. Los pequeñuelos dejan el zapato en la chimenea y por el tubo de esta entran los magos sin temor a ensuciarse de ceniza y hollín. Pero no en todas las localidades es la chimenea el sitio destinado a recibir el regalito. En Madrid mismo, verificase el fenómeno dejando una media en el balcón, y así es más fácil ¡claro! que los reyes dejen algo, porque les basta arrojar el juguete cuando pasan, y no necesitan molestarse en penetrar por conducto tan angosto como es el cañón de una chimenea.

Sea lo quiera, los tales reyes hacen felices a muchos niños en este clásico día, pero es dudoso que los favorecidos se lo agradezcan, porque si vehemente es el niño en sus deseos, no es menos determinado en sus olvidos. El agravio y el beneficio bórranse de su mente con igual rapidez. Además, va cundiendo tanto el escepticismo, que ya los niños principian a poner en duda que sean efectivamente los reyes los portadores del caballo de cartón o de la locomotora de hojalata.

"Sobre esto hay mucho que hablar", dicen los más agudos, porque no cabe en cabeza humana que los reyes pasen a un mismo tiempo por todas las calles y se paren en todos los balcones, o penetren por todas las chimeneas Y como nadie los ha visto, todo ello resulta un gracioso engaño de los papás, que son los verdaderos magos.

La costumbre de salir a esperar a los reyes, que consistía en procesiones escandalosas de gente baja, alborotando por las calles, y concluyendo en innobles borracheras, ha concluido desde que el alcalde impuso una contribución a los que de tal modo se divertían.[4] Hasta hace dos o tres años, apenas entraba la noche del 5, veíanse por las calles de Madrid turbas de hombres más o menos soeces, con hachas encendidas, tocando cencerros, cuernos y otros desapacibles instrumentos. Solía haber en esta ruidosa diversión algo de novatada, pues los infelices gallegos recién llegados a Madrid creían a pie juntillas en la venida de los reyes, y sus ladinos compañeros les metían en la cabeza que se ganaba tres

4 *el alcalde*: probablemente se trate de José Abascal Carredano, político liberal que fue alcalde de Madrid entre 1885 y 1889.

mil reales el que más pronto los divisara y se acercase a ellos. Por eso llevaban los tales una grande escalera de mano, y después que corrían y chillaban de lo lindo, decían que ya estaban cerca los reyes, y ponían en pie la escalera, para que subieran los incautos a ver a sus majestades magas. La escalera se venía al suelo cuando ya estaba formado sobre ella un gran racimo de curiosos, y en esto principalmente consistía la fiesta. Tan bárbara y ridícula manera de divertirse ha sido curada radicalmente por un alcalde, obligando a pagar cinco duros a toda persona que muestre vivos deseos de ofrecer sus respetos a los reales Melchor, Gaspar y Baltasar.

***

Hace dos días hemos sufrido una gran pérdida con la muerte del doctor Encinas, una de las más brillantes glorias de la medicina española, hombre de inapreciables cualidades como corazón y como inteligencia. Su entierro ha sido una manifestación de duelo y su memoria no se extinguirá nunca en las aulas del colegio de San Carlos.

Don Santiago González Encinas había cumplido cincuenta años pocos días antes de morir, y aunque su salud estaba bastante quebrantada, no se esperaba que fuera herido por la muerte en edad relativamente temprana y cuando se hallaba en la plenitud de sus facultades. Su laboriosidad era tan grande como su talento. Era uno de los hombres que más habían estudiado, y que más habían fortalecido los estudios con una práctica asidua. Era tan hábil cirujano como inteligente expositor de las doctrinas y teorías de la medicina. Deja escritas algunas obras importantes, y ha formado un plantel de brillantes discípulos.

Distinguíase Encinas por una gran rudeza exterior; los que solo le habían tratado superficialmente, teníanle por hombre de carácter duro, de temperamento soberbio y de convicciones demasiado independientes Era, no obstante, la bondad misma, y apenas se rascaba un poco en aquella tosca corteza se encontraba el corazón más sano y benévolo del mundo. Pocas personas hemos conocido más dadas a los halagos de la amistad, ni que más hayan caído en la debilidad de querer entrañablemente a los amigos. Su rudeza estaba en las palabras yaún estas palabras se volvían blandas ycariñosas con las personas de su predilección.

En la práctica de la cirugía mostraba un rigor de convicción que a veces asustaba a los enfermos. Cuéntanse multitud de anécdotas, referentes a sus operaciones quirúrgicas, siempre admirablemente hechas, en las cuales anécdotas se comprende el chiste con accidentes que hacen estremecer. Era Encinas de estos hombres que todo se lo deben a sí mismos, pues nacido en humilde cuna llegó por su talento, su laboriosidad y la energía de su carácter a la posición más eminente que un hombre de ciencia puede alcanzar en nuestra patria.

Sus padres, honrados labradores del valle de Liébana, en la provincia de Santander le dedicaron a la carrera eclesiástica, y aún llegó a cursar algunos estudios en el Seminario de León; mas no se avenía la ciencia teológica con el temperamento intelectual de Encinas, que apetecía la verdad experimental. En Valladolid emprendió sus estudios de Medicina con tanta aplicación y provecho que desde los primeros años revelaba la altura que había de llegar con el tiempo. En aquella Universidad nació, fortaleciéndose con firmísimos la-

zos, la amistad que le unía con Gamazo, el gran jurisconsulto y estadista. El cariño que ambos se tenían y que en ninguna ocasión se había desmentido, mostrose ahora de un modo patético en los últimos momentos de la vida de Encinas, porque profesando éste ideas un tanto heterodoxas en religión, la palabra persuasiva y fraternal de Gamazo fue parte a que el cirujano moribundo que había empleado toda su vida en el estudio de la vida orgánica, consagrase sus postreros pensamientos a la vida espiritual.

***

Un nuevo caso de indisciplina ha venido a poner de manifiesto la corrupción de nuestros organismos militares. No ha sido esta vez sublevación; pero la poca gravedad aparente del suceso no disminuye su importancia efectiva, así como cualquier síntoma insignificante puede revelar un mal incurable y hondo. En la noche del 5 se han fugado de las prisiones militares, seis sargentos que estaban sumariados por la insurrección del 19 de septiembre,[5] y no es esto lo peor, pues no debe extrañarnos que el hombre privado de su libertad se la procure por todos los medios, sino que les ayudaron a la fuga, fugándose también con ellos, los tres llaveros de las prisiones.[6] Esto prueba una relajación de la disciplina, una perturbación moral que apenas se concibe. ¡Qué idea tendrán esos hombres de los deberes militares cuando así deshonran su uniforme y hacen burla de los principios más elementales! ¡Ni como puede haber confianza en nada ni en nadie, cuando los encargados de vigilar a los delincuentes, lesfacilitan la fuga y les acompañan luego, ansiosos de compartir su destino! Otras circunstancias agravan aún tan deplorable suceso y son que la primera autoridad del distrito no tuvo conocimiento del suceso hasta muy tarde, ni el ministro de la Guerra[7] supo una palabra hasta las doce del día siguiente. Esto prueba que hay complicidades oscuras y vergonzantes; que no es solo en las clases ínfimas del ejército donde está el mal, y que hay que buscarlo también en las clases medias y aún en las superiores.

La evasión de los sargentos en complicidad con sus guardianes se relaciona con los resultados de la causa formada a los sublevados de septiembre, resultados completamente nulos bajo el punto de vista del descubrimiento de las ramificaciones *y* alcance de aquella conspiración. La sumaria, formada torpemente o de mala fe, no ha arrojado luz alguna sobre las tenebrosas maquinaciones zorrillistas dentro del ejército. Todo ha continuado en el misterio, no se sabe nada y estamos tan a oscuras como el día 20 respecto a las complicidades de los insurrectos con fuerzas que no quisieron o no pudieron insurreccionarse. ¿Quién ha tenido la culpa de esto? ¡Ah! Es que las relaciones personales, los miramientos, el temor a indisponerse con tales o cuales elementos juegan siempre un papel obstruccionista en la instrucción de estas causas militares. Hay una cierta confabulación para no aclarar las cosas, un cierto masonismo cuyo principal fin es evitar disgustos y compromi-

5 Véase 66.

6 *llaveros*: 'Personas que custodian las llaves de la cárcel'.

7 Lo era entonces el general Ignacio María del Castillo.

sos. Y por salvar a este o el otro amigo, prevalece una impunidad absoluta, y los criminales son amparados a granel, indirectamente, y los protege una mal entendida benevolencia, el deseo de no promover escándalos, creyendo que de este modo se obtiene algún beneficio. Pero como el daño es tan hondo, pronto se descubren nuevas corrupciones y apostasías, que vienen a desacreditar el sistema de tapujos y condescendencias.

Tiempo es ya de que se ponga mano firme en este problema del personal militar. ¿Lo hará el gobierno? Por de pronto, ayer ha firmado la reina los decretos relevando al general Pavía del cargo de capitán general de Madrid, y nombrando para este puesto al general Martínez Campos.

B. PÉREZ GALDÓS

77
LP, 20/2/1887

SUMARIO: Incendio del alcázar de Toledo —Historia de este monumento —Sus principales bellezas —Los arquitectos de Carlos V —Primer incendio en 1710 —Segundo incendio en la Guerra de la Independencia —Segunda restauración del edificio —La calle de caridad del cardenal Lorenzana —Nueva restauración en nuestros días —La academia de Infantería —Impremeditaciones —Conviene la tercera restauración del Alcázar —El bandolerismo —Muerte del bandido Melgares —Sus compinches.

Madrid, 12 de enero de 1887.

Señor Director:

Está de Dios que no pueda yo hablar en estas cartas más que de calamidades. Hoy me toca el incendio del alcázar de Toledo, catástrofe que ha producido hondísima consternación en la histórica ciudad, y en toda España una pena muy viva. Es aquel edificio la muestra más hermosa quizás que poseemos del arte monumental español del Renacimiento, y parece que tiene sobre sí una maldición el tal alcázar porque con este lleva ya tres incendios horribles. Sus gruesos muros, sólidamente fabricados, parecen emblema de la vitalidad nacional, por la resistencia que oponen a los estragos del tiempo y del fuego. Se han empeñado en no perecer, y si lo han conseguido en las dos catástrofes de principios del siglo XVIII la una, de los comienzos del presente la otra, no sabemos si pasará lo mismo después de la presente, que parece haber sido la más espantosa de las tres.

Cuantos han visitado la ciudad visigoda han admirado la mole colosal del Alcázar,[1] situado en el punto más alto de la población, sobre escarpada roca, cuyos ingentes fundamentos lame el río Tajo, que allí no parece llevar en sus aguas las famosas arenas de oro sino sangre, porque es rojo, y su aspecto más siniestro que aurífero.[2] El Alcázar ofrece un

1 *ciudad visigoda* ya que del año 576 al 711 los visigodos establecieron en Toledo la capital del reino.

2 Según el prólogo a *Quijote*, I, "el río Tajo… es opinion que tiene las arenas de oro".

conjunto en que se hermanan la robustez con la elegancia. Por una parte parece obra de gigantes, por otra de soñadores y delicados artistas. Sus bases ciclópeas son de aspecto de fortaleza por la parte del río, y su fachada norte, bellísima muestra de arquitectura española, se iguala a los palacios en que reina el sibaritismo. Vense representadas en aquellas nobles piedras la paz y la guerra, fases gloriosas ambas de la monarquía. Parece que desafía y que protege, y que en él se confunden y asocian las crueldades del poder supremo a los auxilios que este supo prestar a las letras y a las artes.

Desde tiempos remotísimos hubo en aquel sitio una fortaleza. Era el punto culminante de la estratégica ciudad, y los visigodos primero, los árabes después, establecieron allí una residencia de autoridades y un punto de defensa. La primitiva ciudadela fue aumentada por los reyes de Castilla que le dieron el nombre de *Alcazaba.* Los Alfonsos se aposentaban allí cuando moraban en la ciudad.[3] Pero el creador del Alcázar, tal como lo conocemos, fue el emperador y rey Carlos V, que quiso construir allí un palacio digno de su poderío y de su nombre. Alonso de Covarrubias y Juan de Herrera fueron los arquitectos encargados de la colosal obra, y lo mejor de ella corresponde seguramente al primero, ayudado de Luis de Vega, y de Villalpando.[4] Su fachada principal, en cuya traza se unen maravillosamente la robustez y la elegancia, es obra incomparable. Todo allí es grande, la puerta, que parece hecha para que solo entren gigantes por ella, el escudo sostenido por los colosales heraldos, la crujía alta[5], la esbelta crestería que remata la cornisa, los airosos torreones… Covarrubias mostró allí más que en ninguna parte la lozanía y fecundidad de su imaginación de artista, así como su ciencia de constructor. Cuando vemos en siglos posteriores el decaimiento de la arquitectura española, y observamos la incapacidad para todo lo que no sea una imitación servil, no podemos comprender como no imitan este modelo admirable y característico.[6] Hasta hace poco tiempo, nuestros arquitectos no han sabido salir del camino de las rutinas académicas o de los amaneramientos a la francesa, y por eso las poblaciones modernas están llenas de adefesios. Lentamente se ha ido iniciando el estudio del Renacimiento propiamente español, y el arte monumental nos ofrece de cuando en cuando alguna muestra de emancipación.

Volviendo al alcázar y a Covarrubias, diré que el patio es quizás la más gallarda composición arquitectónica que es posible concebir. No cabe mayor sencillez ni efecto más sorprendente obtenido con medios tan sencillos. Creo haberme ocupado en otra de mis cartas de esta hermosa obra,[7] y no la describiré ahora prolijamente. Todo el lienzo del mediodía lo ocupa la escalera,[8] en la cual se observan ya las cualidades de Viilalpando, severidad y grandeza. Puede asegurarse, sin temor de que nadie lo desmienta, que esta escalera es la mayor del mundo. Carlos V decía que solo cuando subía por allí *se sentía*

3 *los Alfonsos*: reyes de Castilla que en los ss. XII y XIII restauraron y ampliaron el Alcázar.

4 Ambos trabajaron con Covarrubias aunque no simultáneamente.*

5 *crujía*: 'pasillo comprendido entre los muros de carga'.

6 La Carta 149, íntegramente dedicada a la arquitectura española, repite este mismo argumento.

7 Solamente la nombra en 49.

8 *lienzo del mediodía*: 'pared sur´.

emperador. Los tramos tienen cincuenta pies de latitud, y por ellos puede subir un ejército desahogadamente. El hueco de esta escalera forma una nave como la de cualquier iglesia, y la cubren nueve bóvedas. El viajero que se ve subiendo por aquellos peldaños, experimenta allí, como en parte alguna, la sensación de su pequeñez. La escalera, como todo el edificio, está en armonía con la colosal estatura histórica del personaje para quien se hizo.

Por último, la fachada del mediodía, obra de Juan de Herrera, refleja el estilo peculiar de este artista, seco, clásico y algo macizo. Es la parte menos interesante quizás del edificio. Respecto a la parte interior del alcázar tal como estaba en tiempo de Carlos V, poco o nada podemos decir hoy. Los incendios y destrucciones sucesivas borraron hasta la última huella del decorado, que debía de ser espléndido, conforme al florecimiento de las artes suntuarias en aquella época y particularmente en Toledo.

El primer contratiempo de este desgraciado monumento ocurrió en la guerra de Sucesión a principios del siglo pasado.[9] Desde 1551 en que se terminó, hasta 1710, el Alcázar vivió sin considerable deterioro, habitado alguna vez por los reyes, mas no preferido por estos a otras residencias de igual carácter. La espantosa guerra entre Felipe V y el archiduque de Austria fue de malas consecuencias para el palacio toledano, porque las tropas portuguesas, que combatían por el archiduque, se apoderaron de él, y le pegaron fuego. En todas las guerras, los soldados que no pueden realizar hazañas memorables la emprenden con los edificios. Los portugueses arrancaban las puertas talladas del Alcázar para encender la lumbre en que condimentaban su rancho. Con tales artistas, fácilmente se comprenderá cómo quedaría el pobre monumento, sin techo, desmantelado, lleno de cenizas y escombros. Únicamente los sótanos abovedados construidos a prueba de fuego y barbarie, continuaban habitables.

Abandonáronle, por fin, aquellos salvajes, y hasta 1744 continuó la grandiosa fábrica en tal estado, los muros siempre firmes, desafiando las inclemencias del cielo y las acometidas de los hombres.

Al cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, prócer sabio, hombre de grandes iniciativas, se debe la primera restauración del edificio. Dirigiola don Ventura Rodríguez, arquitecto eminente de la escuela romana, a quien tanto deben las artes españolas. Terminada la reparación en 1775, consiguió Lorenzana del rey Carlos III que se destinara el Alcázar a Casa de Caridad y a taller de las industrias de sedas que tanto nombre habían dado a la metrópoli toledana. He aquí que la residencia del más grande de los reyes se convierte en asilo de pobres, y en emporio del trabajo industrial.

Esta admirable manera de entender la beneficencia dio admirables resultados, pues comúnmente se albergaban en el edificio setecientos pobres que eran al propio tiempo setecientos tejedores de telas de sedas. Hoy que la industria de los brocados toledanos ha desaparecido casi por completo, bueno es recordar la maravillosa iniciativa del cardenal Lorenzana y lo bien que supo armonizar la cultura con la caridad.

9 Para la guerra de Sucesión véase 29, n. 1.

Pasa tiempo y estalla la guerra de la Independencia. Napoleón ambiciona la posesión de España, y en la horrible contienda que esto ocasiona, nuestros principales monumentos son los que pagan las costas del pleito, como vulgarmente se dice.

Raro es el edificio histórico que no padece en calamitosos años las injurias de la soldadesca. Desde la Alhambra hasta San Marcos de León, desde Poblet hasta San Juan de los Reyes, todo el rico arte monumental de nuestra patria recibe averías, que en algunas partes han sido irreparables.[10] El Alcázar de Carlos V es reducido a cenizas en una noche sin más objeto ni fin estratégico que el de una venganza estúpida. "Recordaron, —dice a este propósito un erudito escritor— los soldados de Napoleón que había sido fundado aquel suntuoso monumento por los vencedores de Ceriñola y de Pavía,[11] llenos de cólera aplicáronle la tea incendiaria, sin más motivo que su venganza y sin mis pretexto que su vandálico capricho. Mentira parece que generales ilustrados consintieran actos tan infames, echando sobre sus nombres el más espantoso borrón que pueden ver los siglos".[12] Desapareció pues, con este segundo incendio la *Casa de Caridad,* y con ella los telares *y* cuanta riqueza allí existía. Los franceses se fueron y el alcázar permaneció muchísimos años en esqueleto. Recuerdo haberlo visto antes de la segunda restauración,[13] destechado, los muros siempre firmes y derechos como si no hubiera pasado nada por ellos, abiertos los huecos a la luz, las cornisas ahumadas aunque enteras, el interior negro y horrible, lleno de escombros calcinados. En tal disposición estuvo hasta después de 1860. Causa maravilla la solidez de una fábrica que resiste valerosamente estragos de tal naturaleza.

Pero es que aquellas paredes parecían hechas de bronce, y la argamasa que une las piedras es de tal calidad que antes se desplomará todo, que desprenderse una sola pieza. La fachada norte continuaba inalterable; la escalera lo mismo, y únicamente en el patio habían perdido el equilibrio las columnas de la arquería superior. Emprendióse la segunda restauración hace veintitantos años, empezando por cubrir el edificio. Entonces se cometió el más grande de los disparates, porque a nadie se le ocultaba que debió emplearse el hierro en previsión de las contingencias de un tercer incendio. Un bosque de pino se empleó en cubrir las inmensas crujías del edificio y en rematar los torreones. ¡Y esto se hizo en una época en que ya era fácil y hasta económico el empleo del hierro! Tal desatino se había de pagar algún día y la realidad ha venido a dar la razón a los que vieron comprometida

10 Tras dos años (1810-12) como cuartel del ejército francés, la *Alhambra* sufrió graves daños al volar aquel sus defensas antes de abandonarla; *San Marcos* fue ocupado y saqueado en 1809 por las tropas francesas; el monasterio de *Poblet* abandonado por los monjes durante la primera guerra carlista sufrió incendios y saqueos sucesivos; un incendio durante la ocupación francesa en diciembre de 1808 destruyó parte importante de *San Juan de los Reyes*, convento de Toledo.

11 Dos victorias españolas sobre Francia en Italia: para *Ceriñola* véase 3, n. 10. En la batalla de *Pavía* (1525) Carlos V venció e hizo prisionero al rey francés Francisco I.

12 El *erudito escritor* es José Amador de los Ríos.*

13 *la segunda restauración* se inició en 1867 pero, interrumpida durante diez años, se culminó en 1878. Galdós conoce Toledo a finales de 1862. Hay constancia de otra visita en 1870, cuando publica en *Revista de España* "Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo", pero fueron muchas más las veces que regresó a esta ciudad.*

la costosísima restauración del Alcázar con los entramados de madera que ardieron como yesca en la aciaga noche del 7. Lo más sensible es que en las obras realizadas allí en estos últimos años se han invertido dos considerables sumas, que algunos hacen subir a millón y medio de pesos. La provincia de Toledo enajenó casi todos sus montes para atender a los dispendios de la restauración. Y como el edificio era destinado a escuela de infantería, los distintos cuerpos de este instituto militar también han contribuido al mismo fin con gruesas sumas.

La restauración no se detuvo en asegurar y conservar el edificio sino que aspiró también a decorarlo interiormente con lujo equivalente si no igual al que tenía en tiempos del césar Carlos V. El gran salón principal se había revestido de riquísima tela, y en el techo pintó Sans, uno de nuestros artistas más eminentes, frescos admirables representando la apoteosis del emperador y de sus grandes empresas. No lejos de esta sala estaba la biblioteca, que recientemente fue enriquecida considerablemente. El resto de la planta principal continuaba sin aplicación, pero toda la planta baja se destinó a clases, dormitorios y refectorios para los cadetes, todos con la amplitud y desahogo que la vastísima traza del edificio permitía. Los artesonados de las galerías alta y baja del patio habían sido reconstruidos imitando los antiguos, y en el centro se había colocado una copia muy bien fundida de la estatua de Carlos V, por Pompeyo Leone, que está en el Museo del Prado. Aún faltaba restaurar la capilla y decorar la escalera; pero en ambas obras se trabajaba con provecho. Era en suma el alcázar restaurado una hermosa obra, muestra elocuente de cultura y progreso, y señal del respeto a la tradición que se va infiltrando en nuestras costumbres.

Dolor inmenso causa ver desaparecer en una noche la obra de los siglos reparada y conservada amorosamente por la paciencia y aplicación del presente. Los toledanos están horrorosamente consternados, como quien ve desaparecer su propia casa. Su Academia de Infantería era la vida de la ciudad morisca;[14] por asegurarla allí estaban dispuestos los toledanos a los mayores sacrificios. Y lo peor del caso es que por muchos se atribuye el siniestro a la instalación de la citada Academia en el Alcázar, pues dicen, y con razón, que un monumento de tal naturaleza debe conservarse como los museos, y no ser entregado a las imprudencias y descuidos de soldados y cadetes. En manos del Colegio de Artillería perdimos el alcázar de Segovia, maravilla del arte mudéjar, y en manos de la Academia de Infantería acabamos de perder el alcázar de Toledo. Esto se presta a meditaciones. No obstante, ni justo sería achacar la catástrofe a la inmediata acción de los militares. Lo que hay es que el gobierno[15] debió instalar los dormitorios y viviendas en edificios anexos, reservando la artística construcción de Covarrubias para actos solemnes y públicos, para exámenes, juramentos de banderas y otras solemnidades semejantes. Y sobre todo, hay que reconocer que si los entramados y techos se hubieran hecho de hierro, el fuego no se habría apoderado de todo el edificio. También es indisculpable, que conociendo la enormidad de combustible que contenían las techumbres, no se hubiera creado allí un buen

14 La primera expedición de los moriscos expulsados de Granada (1570) se asentó en Toledo.

15 Parece referirse al gobierno conservador de Cánovas, que remprendió y terminó la interrumpida restauración del Alcázar.

servicio de incendios, empezando por llevar a los aljibes la conveniente provisión de agua. En esto la imprevisión ha sido lamentable. Las bombas de incendios eran allí un mito.

Hoy presenta el palacio el mismo aspecto que ofreció a los habitantes de Toledo después de aquellas aciagas noches en que los portugueses primero y los franceses después lo convirtieron en inmensas hogueras.

Consérvanse los muros orgullosos, negros por la acción del tiempo y por el humo, con todos sus huecos abiertos, imagen terrible de la fortaleza que no se deja abatir por ninguna desgracia, y del ánimo varonil que padece sin desmayar nunca. Las seculares paredes no se caerán, y seguirán pidiendo con un fúnebre aspecto la tercera reparación. Hay allí todavía resistencia para otros tantos siglos; quizás para muchos más, y el Estado, a que pertenecen aquellas ilustres piedras, no puede dejar caer sobre ellas una mirada indiferente. No; la tercera restauración del Alcázar se emprenderá tarde o temprano y cueste lo que cueste; lo pide la dignidad nacional que no permitirá que aquel ahumado esqueleto pregone nuestra desidia; lo pedirá el arte español que no se resigna a perder aquel modelo admirable de nuestra arquitectura en el siglo XVI; lo pide también la noble ciudad de Toledo, que merece conservar aquella joya, digna de sus hermanas la catedral metropolitana y San Juan de los Reyes; lo pide así mismo el ejército que en aquel edificio tenía el plantel de la oficialidad del porvenir. Pero si se ha de emprender la tercera restauración, que es una nueva y formidable batalla contra el tiempo, conviene que esta se dé con más inteligencia. Del acertado empleo de materiales depende que el Alcázar se perpetúe o que se le prepare para una cuarta función de pirotecnia.

***

Y ahora para no desmentir el programa de calamidades, voy a hablar de bandidos. Parecerá mentira, pero es desgraciadamente muy cierto, que aún existe en algunas provincias de Andalucía el legendario tipo del bandolero, y que los *Diego Corrientes*, los *Niños de Écija* y los *José María* tienen todavía sucesores, aunque a la verdad está tan degenerada la familia, que los bandidos de hoy tienen poca semejanza con los de antaño, como no sea en la perversidad. Favorecen la existencia de estos tipos, diferentes circunstancias, como la irregularidad del suelo en las fragosidades de la Alpujarra, la distribución de la propiedad en grandes y deshabitados cortijos, y cierta disposición de aquellos pueblos a vivir fuera de toda ley moral y en lucha con la autoridad.

Lo más extraño del bandolerismo en estos tiempos es la protección que recibe de personas acomodadas e influyentes. Sobre esto, se dicen cosas que no me atrevo a estampar aquí. Y algo debe haber en esto de cierto, porque si los bandidos no contaran con ciertos apoyos, su existencia sería imposible en estos tiempos.

Todavía gozan estos criminales de aquella popularidad novelesca que dio fama a sus predecesores; todavía sus atentados a las personas y a la propiedad son tenidos por hazañas entre ciertas gentes, y no les es difícil a los tales burlar la persecución de la Guardia Civil, porque fácilmente encuentran quien les oculte. Pero, aun así, no podrían vivir mucho tiempo si no contaran con protecciones misteriosas en las capitales.

Los bandidos que han adquirido celebridad de diez años a esta parte son: Melgares, *el Bizco de Borge* y *Frasco Antonio*,[16] ayudados por otros de menos nombradía. De Melgares, que acaba de ser cogido y muerto, después de diferentes batidas y persecuciones, se cuentan horrores. Su osadía no tiene límites. Solía disfrazarse de uno de pueblo con un arte maravilloso. Otras veces se vestía de albañil, y cuando traía entre mano algún negocio de mucha importancia, se disfrazaba de caballero y se paseaba tan tranquilo por las calles de Málaga sin que nadie lo conociera. Cuéntase de este hombre que trabajaba en las luchas electorales y que de esto le venía la protección que de elevadas personas recibía. Era a veces espléndido y a veces mísero. Vivía sobriamente, y gran parte del dinero que robaba empleábalo en asegurar la impunidad de sus delitos, recompensando ampliamente a los que le ocultaban y sobornando a funcionarios subalternos. Cuéntase, no obstante, que tenía economías y que sus bienes raíces, puestos a nombre de personas de su familia, ascendían a cuarenta mil pesos. Varios guardias civiles perdieron la vida persiguiendo a este y otros malvados de su cuadrilla. Empezó por perpetrar secuestros; pero después, imponiéndose por el terror a los propietarios, les exigía gruesas sumas a título de seguro de sus fincas. Era pequeño de cuerpo, fornido y musculoso, de pelo oscuro y rizado, y de edad como de cincuenta años. Por fin ha perecido, y si la persecución activa e inteligente iniciada por el ministro de la Gobernación[17] continúa como hasta aquí, pronto quedará expurgada de estas alimañas maléficas la provincia de Málaga.

Hace pocos días fue también cogido y muerto por la Guardia Civil el llamado *Frasco Antonio*, de la partida de Melgares, célebre por su perversidad y sanguinarios instintos. Había ido el bandolero a una casa de Vélez-Málaga a recoger cierta suma exigida con amenazas a un propietario de la localidad, cuando le sorprendió la Guardia Civil dándole muerte.

Casi en los mismos días cayó también otro, a quien llamaban *el portugués*,[18] y actualmente solo queda *el Bizco*, que era el segundo, o si se quiere el jefe del estado mayor de Melgares. También es *el Bizco* muy sanguinario, un verdadero monstruo de astucia, valor personal y fuerza física. Pero se dice que está muy viejo, enfermo y algo decaído de ánimos, por lo cual será difícil que pueda burlar ahora la persecución tenaz de la policía y la Guardia Civil.

Últimamente habían estallado serias disensiones entre los individuos que componían la partida de Melgares. *Frasco Antonio* se insurreccionó, y otros, conocidos por *Miguelillo el francés* y *El niño de la Vega*, habían provocado reyertas graves, siendo cada día menos firme y reconocida la autoridad del jefe Melgares. Aún no se sabe quién ha dado muerte a este, porque su cadáver apareció en un despoblado sin indicio alguno del matador.

La autoridad ha tenido que recurrir a todos los medios para extirpar a esta canalla, valiéndose del espionaje y fomentando las discordias entre los bandidos. De cualquier

16 Formaban una cuadrilla procedente de Axarquía (Málaga) en la que Manuel *Melgares* era el cerebro, Luis Muñoz, el *bizco de Borge*, el bravucón, y Francisco Antonio Palma, *Frasco Antonio*, el ejecutor.

17 A la sazón, Fernando León y Castillo, buen amigo de don Benito.

18 Pepe *el Portugués* se une a la partida de Melgares a mediados de los 80.

manera que sea, los resultados son buenos. Siempre que el gobierno se ha propuesto de una manera enérgica extinguir el bandolerismo lo ha conseguido, lo cual prueba que el bandolerismo no puede prosperar en nuestros tiempos sino por la debilidad de las autoridades. Consentir tal afrenta en pleno siglo XIX es verdaderamente ignominioso, y ya era tiempo de que se pusiera término a tan repugnante espectáculo. Veremos si la campaña continúa con el mismo éxito, y si *el Bizco* corre la suerte de su compañero y capitán, el atrevido Melgares.

B. PÉREZ GALDÓS

78

LP, 2/4/1887

SUMARIO: Guerra en Filipinas —La expedición a Mindanao —Sistema de colonización —La espada y el Evangelio —Decadencia del Carnaval —Los pedigüeños —Pasaron las bromas —Los bailes de máscaras y la filantropía —El drama *La Piedad de una reina* —Su prohibición y alboroto que esta produce —La previa censura —Diversas opiniones sobre el argumento de la obra —Marcos Zapata y sus dramas —Defensa de *La Piedad de una reina* hecha en el Congreso por el señor Romero Robledo —Habilidades de este hombre político —Su fiasco —Sus cualidades y defectos —La cuaresma y las abstinencias —La caza y la pesca —Recuerdo de Don Hermógenes.

Madrid, 28 de febrero de 1887.

Señor Director:

Mientras las grandes potencias deciden si confirmarán o no los presagios de la opinión europea, encendiendo la guerra o decretando el desarme, cosa esta última que parece menos probable que la primera, nosotros sostenemos una campaña oscura y lejana, de la cual se habla muy poco o nada en el mundo, pero que ha de ser ventajosa para la civilización. Es teatro de guerra la isla de Mindanao, en el archipiélago filipino, la parte más feraz y hermosa de aquellos territorios y también, por desgracia, la menos explotada y explorada, pues en ella la dominación española, fuera de algunos puntos ocupados desde tiempo inmemorial, no viene a ser más que una dominación de nombre.

Inmensos bosques ocupan el centro de la isla, y abundan en ella los terrenos propios para toda clase de cultivos. La configuración de la isla es tal que por todas partes se puede penetrar en el corazón de ella por anchos brazos de mar navegables. Es, en suma, Mindanao un verdadero tesoro, y por su situación geográfica una posición de primer orden. No se explica el abandono en que por tanto tiempo ha estado su ocupación y fomento.

Por fin se ha pensado en hacer efectiva la dominación sometiendo a la obediencia a los caciques o *dattos* que gobiernan a los indígenas; y aquí surge al instante la competencia entre los dos instrumentos de colonización desde muy antiguo empleados por España en esta clase de empresas: el militar y el religioso.

No es posible desconocer los grandes servicios que las misiones religiosas han prestado a la causa nacional en el archipiélago filipino. Gracias a esas misiones, admirablemente organizadas, la dominación es fácil, y los indígenas, de carácter apacible por lo general, veneran y aman la bandera de la antigua Castilla. En los territorios, no obstante, en que la dominación apenas se extiende algunos palmos de terreno más allá de los puntos ocupados en las costas, las misiones no ofrecen ventajas tan positivas.

El fiero cacique no se deja evangelizar fácilmente y repugna someterse a quien principia por atropellar sus prácticas y símbolos religiosos. En suma, España no adelantará gran cosa en sus esfuerzos por someter a los habitantes de las islas oceánicas, si no lleva por delante bien alto y bien claro el principio de la tolerancia, único medio de conseguir algo positivo en el propio terreno de la evangelización.[1]

Ya no se puede conquistar un país a sangre y fuego, hollando altares, aunque en estos sean adorados los ídolos más groseros y repugnantes, ni pisando el sagrado de las sepulturas humanas aunque estas no tengan más defensa que el rito salvaje de las creencias primitivas. Por eso la espada y la tolerancia son hoy los mejores medios de dominación en territorios incivilizados, y mal podrá la una triunfar sin el auxilio de la otra. Creer que castigando a los *dattos* rebeldes y haciéndolos cristianos a la fuerza se va a asegurar el pabellón de la moderna Castilla en las islas inmediatas a Joló y a Borneo, es una alucina- ción de espíritus anticuados. No quiero por ahora decir más de la expedición a Mindanao, cuyos primeros pasos sólo se saben por telégrafo. De fijo que las armas sabrán cumplir consu deber, como siempre; y el tiempo dirá si no esteriliza estos esfuerzos una mala política colonial.

***

El carnaval de este año acentúa la transformación de esta antiquísima fiesta, pues todo está reducido hoy a comparsas de pedigüeños. Desgraciados que ordinariamente piden limosna vestidos de andrajos, pídenla hoy cubiertos de abigarradas percalinas; comparsas de estudiantes piden por gracia y porque el pedir dinero es la única manera de embro-mar que en el día se conoce; los murguistas que se pasan la vida pidiendo, a los roncos acordes de figles y trombones,[2] piden también enmascarados, sin duda para que no se les conozca, y todo se vuelve pedir. Si una disposición municipal prohibiese esta mendicidad carnavalesca, el carnaval quedaría reducido a los disfraces de los niños, lo único intere- sante y bonito que en estos tres días existe. Y va siendo tan molesta la costumbre de las postulaciones disfrazadas con más o menos arte, que ya apenas hay personas de seso a quien no apesten las dichosas fiestas de Carnestolendas.

Muchos son los individuos que en estos días toman el tren y se van a un monte a cazar o simplemente a apartarse de este antipático bullicio. Solo los que estamos amarrados al

1 La tolerancia característica del liberalismo galdosiano, ha sido señalada como un rasgo suyo regeneracionista *avant la lettre.**

2 *murguistas*: músicos callejeros que interpretan canciones satíricas. *figles*: `instrumentos de viento'.

telar del trabajo[3] tenemos que aguantar los trompetazos de las destempladas murgas, las acometidas de los mendigos más o menos auténticos y las groserías de las comparsas y del *higuí,*[4] resto desgraciado de las alegrías de otros tiempos.

El disfraz por el disfraz apenas se conoce ya. Eso de que un caballero se tapase la cara, revistiera su cuerpo de extraño traje para que ningún cristiano lo reconociera, y saliese por esas calles con el exclusivo objeto de "dar broma" a las amigas, ha pasado ya a la historia. Las bromas propiamente llamadas de carnaval apestan ya, y son rarísimos los mortales que se divierten con ellas. En las clases altas la careta ha venido a ser de mal gusto: ya no hay "máscaras frías",[5] y en cuestión de bromas, rara es la persona que les encuentra chiste cuando están dichas detrás de un pedazo de cartón. Hasta la voz aflautada que los enmascarados se ven en el caso de usar para que no se les conozca, es de lo más antipático y cursi que puede imaginarse. En resumen, que la careta ha pasado a ser una diversión ordinaria, y no hay medio de ennoblecerla.

Las mascaradas políticas también están en gran decadencia, porque como los teatros de segundo orden han abusado tanto de este género representando los personajes más o menos célebres, cuando llega el carnaval y hay un desgraciado mortal que se atreve a salir por ahí, remedando la fisonomía o el gesto de hombres como Cánovas, Sagasta o Martos, sólo consiguen llamar la atención de las turbas de chicos, que siempre están a la expectativa de estas cosas para aclamarlas y aplaudirlas lo mismo que si fueran suyas.

Lo único que parece prevalecer en el carnaval moderno es el industrialismo explotando la máscara, pues este año hemos visto comparsas y mojigangas que eran simplemente anuncios de un artículo de comercio o de una industria cualquiera. Vamos haciéndonos muy positivos, hasta en nuestros delirios y extravagancias, y después de poner carteles o etiquetas de vinos, fideos y específico en los telones de los teatros, los fijamos también en las caretas de las máscaras o en sus abigarrados trajes.

Igual tendencia manifiestan los bailes de máscaras, en otro tiempo teatro de chistosas o interesantes aventuras, hoy reducidos a exhibiciones de dominós blancos y negros. Parece que todo el mundo se conoce, o que los que van con una cara natural no tienen interés en conocer al que lleva la postiza. Los lances motivados por equivocaciones apenas existen ya, y sólo nos queda su recuerdo en algunas comedias de viejo repertorio que se representan poco y languidecen desde las primeras escenas. La juventud de estos tiempos no es como la de antaño, y sea porque los muchachos se han despabilado mucho, sea por otra causa, ello es que se divierten poco en los bailes de máscaras, y que los bromazos se corren siempre sin careta y en cualquier día del año sin excluir los de vigilia. Los bailes, que eran un gran recurso de la beneficencia, van ya de capa caída, y no creemos esté lejos el día en que no produzcan ni para los gastos. Por honra de la humanidad, conviene

3 Don Benito, debe estar en esta fecha corrigiendo pruebas de la cuarta parte de *Fortunata y Jacinta*, la más extensa, que se publicará en junio de este año 87.*

4 *higuí*: juego consistente en suspender de un palo un higo seco que se hace saltar en el aire mientras los muchachos tratan de cogerlo con la boca.

5 *máscaras frías*: 'caretas blancas'.

que todas las cosas se hagan derechamente y por sus medios propios, que la caridad se realice por procedimientos cristianos y caritativos, y que los bailarines enmascarados no cohonesten su gusto y aficiones con un objeto filantrópico que nada tiene que ver con la coreografía. El que quiera hacer caridades que las haga, y el que quiera derrengarse bailando o ahogarse detrás de una careta, diviértase como pueda; pero sin mezclar lo divino con lo humano, ni lo filantrópico con lo carnavalesco.

***

Durante los últimos días se ha ocupado exclusivamente la prensa primero y las Cortes después de un hecho, al cual la pasión política ha dado más importancia de la que en sí realmente tiene. El gobernador de Madrid prohibió la representación de un drama de Zapata titulado *La piedad de una reina* porque en él se sacaba a la reina regente disfrazada de princesa sueca, siendo la trama y desarrollo de la obra una reproducción más o menos fiel de lo ocurrido en octubre último cuando el indulto de Villacampa.[6]

Alborotáronse con esta medida de la primera autoridad de la provincia algunos autores dramáticos y otros que no lo son, creyendo ver en ello la aplicación de la previa censura y hasta una violación manifiesta de la libertad de pensamiento. Como la orden del gobernador se limitaba a prohibir la representación escénica, y el autor podía dar a conocer su obra por medio de la imprenta, no pudo hacer camino la idea de que los derechos más sagrados de la personalidad humana habían sido atropellados.

La representación dramática no es un derecho individual, y en los países más liberales están autorizados plenamente los gobiernos para prohibirlas o suspenderlas cuando lo crea conveniente por razones de orden público. Quedaba todo reducido a si el acto del gobernador de Madrid era o no un acto de previa censura, cuestión que realmente no tiene tampoco la importancia que se le ha querido dar, toda vez que la determinación citada se apoya en un artículo del Reglamento de Teatros.[7]

El argumento principal de los que tanto han alborotado con la prohibición era que en el drama se enaltece, como no podía menos, a la reina regente, ensalzando sus virtudes y dando realce a la magnanimidad del indulto. A esto responden los defensores del gobernador que la reina no debe salir a las tablas de un teatro ni deprimida ni ensalzada, porque de cualquier manera que salga resulta bastante rebajada la dignidad real. ¿Quién responde de que la actriz encargada del papel de la reina lo interprete bien y no arroje cierta sombra de ridiculez sobre la insigne persona, cuya fisonomía física y moral trata de representar? Y aunque la actriz fuese la misma Ristori y expresase con admirable arte, no- bleza y sentimiento la creación del poeta, ¿quién podría impedir que parte del público, en uso de su incuestionable derecho, encontrase malo lo que a otra parte le pareciese bueno,y se armase en el teatro una gritería y escándalo de mil demonios? Además, la cuestióndel indulto, que en el argumento de *La piedad de una reina* enciende las pasiones políticas

6 Véase 68.

7 El *Reglamento de Teatros* se había renovado en 1886.

más que otra ninguna, es la cuestión candente y viva, porque hay muchas personas que, salvando el respeto que se debe a los sentimientos de la regente, continúan creyendo que el indulto es una política inconveniente.

Otro inconveniente del asunto es que salen a la escena el propio Villacampa y su hija, mal disfrazados, con nombres suecos, y demás personajes de la situación, cuyo papel en el desarrollo del drama resulta bastante menos airoso que el de los conspiradores condenados a muerte y en los cuales recae la gracia de indulto.

A nadie se ocultará el inconveniente de llevar al teatro las pasiones políticas más exaltadas, y el calor de sucesos recientes. Zapata es un autor fecundo que nunca ha necesitado de apelar al momentáneo interés político para conmover al público, y podía haber ideado otro asunto, y hasta el que constituye *La piedad de una reina* pudo tratarlo con más independencia, velando la alusión y dándole un carácter histórico y general que no tiene. Este autor tiene muchas simpatías entre los escritores, y cuenta sus éxitos por el número de sus obras. Reviste sus pensamientos de una forma poética y brillante y en su teatro abundan principalmente los pensamientos vigorosos y la sonoridad robusta y castiza. Es lástima que no pueda ver en escena su última obra; pero ha de tener en cuenta el simpático poeta que si la autoridad no hubiera prohibido la representación, habría tenido que suspenderla a la primera o la segunda noche, por los escándalos que habrían surgido en el teatro; y como la impresión del drama no se puede prohibir, el producto de la venta ha de resarcirle con creces de lo que deja de percibir por derechos de representación.

Lo malo que hay en todo esto es que intereses completamente extraños a los de la literatura se apoderan de estos asuntos y los esgrimen como un arma política. El "Círculo Artístico Literario", que tan a pecho tomó la defensa de *La piedad de una reina* como obra representable, cometió grave falta al confiar la defensa parlamentaria de los autores dramáticos al señor Romero Robledo. Desde que el señor Romero Robledo se constituyó en campeón del drama de Zapata, ya no fue posible dudar que la opinión había de mostrarse favorable al acuerdo del gobernador de Madrid. Porque el señor Romero Robledo, convertido de la noche a la mañana en campeón de la libertad de pensamiento, él, que ha sido en la práctica su mayor enemigo, es de las cosas más cómicas que en política pueden verse.

El famoso disidente del partido conservador, el que fue lugarteniente de Cánovas y hoy es su mayor enemigo,[8] es consumado maestro en la política de travesuras. Domina el parlamento con su arrogante desenfado y conoce la esgrima del personalismo como nadie. Comprendió con admirable perspicacia que, manejando hábilmente el asunto de la prohibición del drama, podía producir una escisión en la mayoría.

Poco le importaba el recuerdo de haber sido el tirano de la prensa y de toda manifestación del pensamiento. Este combatiente hábil y atrevidísimo no mira nunca más que el momento presente; lo pasado y su propia historia son para él obra muerta. Durante dos sesiones ocupó la atención del Congreso, haciendo alarde de sagaces triquiñuelas y tratando de descomponer a la mayoría, en la cual hay elementos contrarios absolutamente a la previa censura. Pero sea porque las artes y recursos del diestro polemista y guerrillero

8 Véase 51.

parlamentario están algo gastados, sea porque travesuras tan descubiertas no producen efecto ya, ello es que el señor Romero Robledo obtuvo un resultado contrario a lo que se proponía. Es que, aunque parece que no, ciertas prácticas son cada día más improcedentes, y ciertos amaneramientos se desacreditan más pronto de lo que creíamos, y los que se pasan de listos no son ya los amos del parlamento ni hacen en la política el papel que desempeñaron en días de menos claridad y sentido que los que lleva en sí la época presente. Pocas veces se ha visto en el Congreso una caída tan lamentable como la que dioel señor Romero Robledo en las dos sesionas a que antes me he referido. Al propio tiempo,no puede menos de conocerse la habilidad con que el vencido combatía, ni la fiereza y tesón con que se defendió de los golpes que de todas partes se descargaban sobre él. Sus antiguos amigos los conservadores le arremetieron con la espada verdaderamente terribley mortal de don Francisco Silvela, orador de tanta fuerza que siempre que habla deja un cadáver en medio del hemiciclo.

En resumen, la mayoría, lejos de dividirse con las habilidades del señor Romero Robledo, se apretó y consolidó más, aprobando la conducta del gobierno en una votación nutridísima. No tienen poca parte en la ineficacia de aquellas habilidades y travesuras, el abuso que de ellas ha hecho el antiguo lugarteniente de Cánovas y el desenfado con que ha cambiado de política, desde la muerte del rey acá. Separóse de los conservadores porque éstos no eran bastante conservadores, es decir, porque no apretaron los tornillos de la máquina gubernamental en los aciagos días de noviembre de 1885, manteniéndose en el poder en vez de retirarse como lo hicieron;[9] y al poco tiempo de su ruidosa disidencia con el señor Cánovas, el señor Romero Robledo se une con los izquierdistas, la fracción más avanzada del partido liberal, y forma con ellos un partido o más bien un bando, que se da el nombre de liberal-reformista y cuyo programa es una mezcla informe de tendencias conservadoras y democráticas.

Cuando así se juega con las ideas, y se pasa de un campo a otro con tanta *independencia de espíritu,* como agudamente dijo el señor Silvela, por más que se hable de lealtad, de consecuencia y de buena fe, nadie ha de creer en estas virtudes. Por esto, mientras más inquieto y batallador se muestra el célebre conservador de antaño, hogaño demócrata furibundo, más se hunde su personalidad y se desacredita su nombre.

Dotado de un talento político de primer orden y de un conocimiento del personal como no lo tiene nadie, el señor Romero Robledo abusa lamentablemente de sus antiguas armas, y hasta sus propias cualidades le perjudican hoy. Es un hombre a quien un poco de oscuridad devolvería sano y fuerte a la vida política, y se empeña en no comprender esto, y se está perdiendo con su intemperancia. Pocos tienen la serenidad suficiente para comprender la ocasión precisa de recogerse en sí. Si Romero Robledo la tuviera, podría conseguir mañana lo que hoy no conseguirá, y el poder que ambiciona no irá nunca a sus manos por no saber disimular las ganas rabiosas que tiene de alcanzarlo.

***

9 Alude a la muerte de Alfonso XII y al llamado pacto de El Pardo (50, n. 25).

Pasó el carnaval y ahora entramos en la época de abstinencias. Verdad que la decadencia general alcanza también a la cuaresma, y son pocas, muy pocas las personas que se mortifican adrede en estos días por cumplir la letra del precepto religioso. Bastante nos mortificamos en todo el curso de la vida para que nos conceptuemos obligados a corregir nuestros pecados con privaciones y zurriagazos.[10] El ayuno ha venido a ser una de las cosas menos populares, y desde que Succi y Merlatti lo han practicado por dinero, [11] probando que se puede uno estar un mes sin pagar tributo al estómago, ya no tiene maldita gracia la abstinencia, ya sea de carne ya de pescado.

La transformación en la manera de comer que hace años era innegable en los presentes días, ahora no se determina claramente, y la humanidad, faltando quizás a un primitivo precepto higiénico, come en cuaresma lo mismo que en el resto del año. Hasta la veda de la caza, que empieza a regir el primero de marzo, se conoce poco en los mercados. Y ya que hablo de caza diré que los aficionados al arte cinegético se apresuran a fines de febrero a saborear los últimos goces de su pasión, invadiendo los cotos, persiguiendo con saña las infelices piezas y trayéndose en el morral todo lo que pueden. El placer de la caza está tan generalizado en Madrid que son pocas las personas que no están abonadas a un coto de los muchos que rodean a esta capital en todas direcciones, pero más particularmente en la parte norte y las vertientes del Guadarrama. Los sábados por la tarde y los domingos por la mañana los trenes salen atestados de discípulos de Nemrod,[12] que van en compañía de sus perros, a pasar alegremente un día y a distraerse de los afanes de la vida ordinaria. Las alegres partidas que se forman, se derraman por los vericuetos de Torrelodones, Las Zorreras, Villalba, Robledo, El Escorial y El Pardo. En este hay también caza mayor, cazaa caballo y otras variantes del *sport* inglés, introducidas en nuestros países por diferentes personas a quienes cuadra más o menos la denominación de *gentleman.*

Por mi parte debo declarar que no comprendo el placer de la caza, quizá por no haberlo probado nunca. En mi vida he disparado un tiro, así es que no se me alcanza la gracia que puede tener el perseguir a un pobre conejo cuando sale de su madriguera a buscarse la vida en compañía de su apreciable familia, y dejarlo seco. Ni puedo hacerme cargo de los encantos que otros hallan en el acto de atraer con traidor engaño a una pobre perdiz y tumbarla patas arriba de una perdigonada. Pues, ¿qué diré de los infelices pájaros y de todos los demás seres inocentes que sucumben a la superioridad del hombre, bien a sus poderosos medios de destrucción, bien a las trazas de su fértil ingenio? Y ya que estoy en este terreno, no puedo menos de dirigir también una mirada compasiva al desgraciado pez que sale del mar o río, enganchada la boca por el anzuelo en el momento en que se disponía a comerse lo que tanto le gusta, y perece asfixiado con horribles convulsiones. Verdad es también que el que de esta manera compadece a los infelices animales no se acuerda de sus sufrimientos cuando se los presentan bien condimentados y servidos en la mesa, por lo cual caigo en la cuenta de

10 'latigazos'.

11 *Succi y Merlatti* fueron dos conocidos prosélitos cientifistas que ayunaban entre treinta y cincuenta días y se exhibían cobrando. Con los ingresos obtenidos, comían el resto del año.

12 Monarca de Mesopotamia según el *Génesis*, considerado gran cazador.

que todos tenemos algo de don Hermógenes, aquel personaje de Moratín que al tomarse el chocolate lloraba por la humanidad que perece en el duro trabajo de la civilización.[13]

B. PÉREZ GALDÓS

79
LP, 4/5/1887

SUMARIO: El santo del día —Increíble número de Pepes —La devoción al patriarca no es antigua —Su papel secundario en la iconografía cristiana —Popularidad moderna de san José —Las *sacras familias* de Murillo —Diversidad de personas que celebran el 19 de mar- zo —El excelentísimo señor don José, el don José, el Pepe, el Pepito y el Pepillo —Otros Josés —La expedición a Mindanao, sus primeros triunfos —Debates sobre el contrato celebrado por el gobierno español con la Compañía Trasatlántica —Plan de los nuevos servicios marítimos —Las expediciones de América, Filipinas, África y Marruecos —Políti- ca liberal —Amenazas de disgregación —Extraordinarias dotes del presidente del Consejopara la conciliación —El parlamentarismo y sus desventajas.

Madrid, 19 de marzo de 1887.

Señor Director:

No puedo menos de decir algo hoy del santo del día, san José. Como la mitad de los españoles aproximadamente se llaman *Pepe,* el día de hoy, aunque la Iglesia no lo marca entre los de precepto, considérase festivo por ser tantas las personas que se ven obligadas, unas de grado otras por fuerza, a celebrarlo. La razón de la inmensa popularidad de este santo no me la explico, ni el papel grande que desempeña en el misticismo contemporáneo. Y que esta popularidad del carpintero de Nazaret es moderna, lo prueba que el nombre de *Josep* es muy raro en los siglos medios, y hasta en el Renacimiento.[1] Data de una época relativamente próxima el culto fervoroso a este santo y la gran parte que tiene en la religiosidad doméstica. Antes de la Reforma[2] no aparece en el mundo cristiano la devoción al patriarca. Los protestantes apenas usan su nombre. Es, pues, puramente católica y más bien latina, y estrechando más, casi exclusivamente española e italiana la preferencia dada a este santo sobre la mayoría de las pléyades celestiales.

En la iconografía cristiana de los primeros siglos la figura del esposo de María es desconocida. Más adelante aparece, pero en segundo término, como personaje que sirve a los artistas para completar la composición. Siempre es figura modesta y secundaria. En el Evangelio, después de la escena en que los padres de Jesús, creyéndole perdido, salen a buscarle y le encuentran en el templo disputando con los doctores, no se le vuelve a nom-

13 Personaje y escena de *La comedia nueva o el café.* (Puede verse 72).

1 Santa Teresa impulsó la devoción a san José al referir su experiencia personal con el santo en el *Libro de la vida* (1565).

2 La *Reforma* luterana se inicia alrededor de 1520.

brar. La iconografía le representa en cinco escenas principales, la del nacimiento, la de la adoración de los reyes, la de la huida a Egipto, la de la revelación del ángel y por fin en la del templo. En todas ellas la figura del carpintero de Nazaret es humilde, modesta y can- dorosa. Quizás por estos atributos le prefiere la devoción moderna, que ha hecho de este santo oscuro y sin historia el abogado más poderoso de las súplicas que se elevan al cielo,y el que más eficazmente intercede por la humanidad afligida y doliente. El arte español desde sus tiempos de oro ha mostrado singular predilección por san José, representándolesobre trono de nubes claveteado de cabezas de ángeles, y sosteniendo en sus brazos al Mesías niño, empuñando en una de sus manos la vara de azucenas, o bien despojadode todo el aparato glorioso, presidiendo en el seno del hogar pobre patriarcales escenasde familia. Ya contempla al niño en brazos de su madre, ya dirige sus primeros pasos re- creándose en sus juegos. Siempre es la representación de la noble autoridad doméstica.El encanto que Murillo ha dado a esta figura en la admirable *Sacra familia* del perro y elpajarito no puede ser comprendido por quien no la haya visto en nuestro museo, del cual es uno de los primeros ornamentos.[3]

Después de los grandes maestros, el arte secundario y puramente industrial ha reproducido hasta lo infinito la figura del patriarca; y así le veis suspendido con dorado marco en la casa del prócer, o pegado con cuatro obleas en la mugrienta pared de una cabaña. Forma con San Antonio y San Juan los lares (permítase esta expresión gentílica) de nuestros tabernáculos de familia. De esta legítima celebridad del patriarca ha resultado la más extendida devoción de que ha gozado santo alguno. De aquí que la mitad (rebajaré un poco), la tercera parte de los españoles se llamen Pepe.

Pepes hay en todas las clases y categorías; Pepes en todos los partidos. Hay Pepes sublimes, Pepes notables, Pepes insignificantes, Pepes malvados y Pepes tontos. En su día, el correo se llena de tarjetas de felicitación que son repartidas en todas direcciones, llevando plácemes y enhorabuenas a todos los rincones de la península ibérica. Me figuro que en América ha de pasar lo mismo y que el número de Pepes ha de estar allá tan extendido como en el tronco viejo de la madre común.

No se acaban de contar las personas de diferentes clases que están de días el 19 de marzo. Allí veis un *excelentísimo señor don José* que apenas tiene cuerpo para recibir las felicitaciones que de todas partes le dirigen. El cartero ha dejado en su casa un rimero de tarjetas. Después vienen los regalitos si el personaje está en candelero, lo ha estado o se espera que lo estará. ¡Pavos por manojos, perdices por gruesas,[4] chorizos por kilómetros, pasteles por arrobas, tortas arquitectónicas con almenas de guirlache, minaretes de mazapán y cúpulas de caramelo! Llega la hora de la comida y cuarenta personas se sientan en compañía de cuarenta cubiertos, y se come alegremente, y en la recepción que sigue al festín, el *excelentísimo* se ve agasajado por centenares de personas, entre los cuales también hay muchos Pepes, los cuales, a su vez, y en esfera más modesta han recibido el tarjetero y el regalito.

3 la admirable *Sacra familia*: *La Sagrada familia del pajarito*, pintada hacia 1650 se conserva en el Prado, *nuestro museo.*

4 'doce docenas'.

Por otro lado veis un *don José* a secas. Recibe amigos y cartas cariñosas, y no le falta la sarta de chorizos, el castillo de dulce o la docena de botellas de vino. Es el jefe de la oficina, y los subalternos quieren quedar bien con él. Tal vez es catedrático; sus discípulos le obsequian. La noche anterior resonaron en la puerta de su casa los acordes patrióticos de una banda militar. A la hora de comer, ocho amigos de confianza se sientan a su mesa modesta, y hay buenos platos, buenos vinos, mucha alegría y algún brindis en verso, que no falta nunca en estas escenas de felicidad doméstica algún poeta. Después hay tertulia y quizá un poco de baile. Buena gente; excelente sujeto; nobles comensales.

Ved más allá aquel buen José, gordo, franco, regocijado y pastoso. No recibe tarjetas, que sus amigos no gustan de andar con papeles. Llegan, se convidan, se sientan, toman jamón, solomillo, buenas magras al natural, bacalao a la vizcaína y arroz a la valenciana. Suena después el guitarrillo, y un convidado que ha empinado el codo con excesiva te- nacidad deja oír su ronca voz diciendo mil desatinos, y la sociedad se divierte mientras el *anfitrión* se encuentra muy satisfecho y batiendo palmas se queda dormido sobre una silla,hasta que por efecto de las reiteradas libaciones tienen que llevarle entre cuatro a la cama.
¿Quién es? Un hombre que tiene cuartos, carnicero enriquecido o panadero que ha pesca- do muchos reales, tratante en ganado quizás, o en granos o en cualquiera de los artículos cuyo comercio crea y robustece los capitales; es, en suma, un *señor Pepe*.

Por otra parte se nos aparece un mozalbete boquirrubio y cuelliestirado. Recibe mu- chas tarjetas de hombres y mujeres; pero ni siquiera una felicitación expresada en forma material y comestible. Llegan los amigos: "Hola, chico, ¿a qué nos vas a convidar? Vaya: una copita de ron con marrasquino." Pero el pobre, sólo haciendo un gran esfuerzo y liquidando por completo su hacienda, puede permitirse tales excesos. Pasa el día de su santo sin aquellas fuertes impresiones de amistoso efecto y de ternura familiar que en los anteriores Josés hemos visto. Es un pobre estudiante, un triste empleado de cuatro a cinco mil reales, quizás periodista con más talento que fortuna, un infeliz, un poca cosa, un *Pepito*.

Detrás de éstos veis al último y más bajo de los ahijados del gran patriarca. Este no recibe tarjetas, ni en su vida las ha visto; nadie le manda de regalo ni siquiera media librade castañas pilongas. Está taciturno y sombrío: tal vez la alegría que en todos los semblan- tes que ve, le trae a la mente la visión confusa de mejores días. Su semblante expresa la inanición, y sus vestidos acusan una antigüedad prodigiosa. Mira al cielo con angustia y al paseante con recelo; tal vez pide socorro a su santo patrono, tal vez olvidado del santo medita un crimen. Hoy no ha comido más que una parte de los desperdicios inmundos deldesayuno de un *excelentísimo señor don José.* ¿Es un vagabundo, un mendigo, un ratero, un infeliz dejado de la mano de Dios, un criminal? Felicitadores de estos días, apartad los ojos de este ser, porque no es más que un triste *Pepillo*.

Y ahora, no concluiremos lo referente al santo del día sin enviar nuestra felicitación a todos los Pepes que conocemos, los cuales son tantos, que difícilmente cabrían en esta carta si los fuéramos a poner todos. Algunos apellidos, no obstante, de los que al nombre de José van unidos deben ser proclamados públicamente y recibirán muchos plácemes en letras de molde. Allá van:

José Zorrilla
José Echegaray
José Castro y Serrano

Y para enviar una felicitación a un americano ilustre, añado el nombre de José C. de Paz, propietario y fundador de *La Prensa* de Buenos Aires.[5]

***

De la expedición a Mindanao, de que en mi anterior hablé, hay buenas noticias. Nuestras tropas han sometido a la obediencia a varios *dattos* o caciques, después de una campaña tan breve como feliz. No esperábamos que sucediese de otra manera, porque en todo tiempo ha sabido el soldado español desempeñar esta parte importante de la dominación. Después viene otra, que más bien depende de la prudencia que del valor, y aquí es donde quizás no vayan las cosas tan bien, aunque la experiencia enseña mucho y debemos esperar que ahora enseñe más que nunca.

***

Han empezado en el Congreso los debates acerca del contrato celebrado con la Compañía Trasatlántica Española para reorganizar los servicios marítimos postales.[6] Este asunto es objeto de largas controversias, y hay apasionados partidarios del proyecto, e impugnadores también muy vehementes. Pero lo probable es que el contrato pase en ambas Cámaras, y puesto en ejecución, tendremos un servicio postal marítimo de primer orden. Como entre las expediciones de nueva creación se fija una al Río de la Plata, creo que esto no carece de interés para mis lectores de América. La proyectada línea Montevideo y Buenos Aires se consigna en el proyecto como ensayo. Constará por el pronto de seis viajes al año; pero se le anuncia el establecimiento de una línea mensual con la rapidez y comodidad de las mejores líneas extranjeras.

El plan de los nuevos servicios es vastísimo, y abrirá a nuestro comercio horizontes mucho mayores de los que hoy tiene. Divídese en cuatro ramas principales. La primera es la de las Antillas, organizando los correos como lo están ahora con tres salidas mensuales de España y prolongaciones a Nueva York, Veracruz y Panamá. De estas líneas principales se derivarán otras con el nombre de combinaciones, y que han de extenderse hasta el Canadá por la costa oriental de América, y por la occidental desde San Francisco de California hasta Valparaíso. Las líneas principales se comunican en los puertos de España con los del norte de Europa.

La rama oriental o de Filipinas abraza espacios mayores aún que la de América, porque se extiende desde Barcelona hasta Manila, con prolongaciones que se derivan de diferen-

5 Sobre *José C. Paz* y su relación con Galdós, véase Introducción.*

6 De su necesidad se habló en 64.

tes puntos del trayecto. En Barcelona enlaza con las combinaciones de Marsella, Génova y Nápoles, en Adén con Zanzíbar y Mozambique y con el golfo Pérsico, en Colombo con Bombay, en Singapur con Java y Sídney (Australia), en Manila con la Indochina y el Japón.

La tercera rama tiene por objeto establecer comunicaciones frecuentes con la costa de África hasta el golfo de Guinea. Entre Tánger y Cádiz habrá correo dos veces por semana, y todos los puertos de Marruecos estarán tan bien servidos como los de nuestra provincia de Canarias.

La cuarta rama es la del Plata, que arrancando en Cádiz o de Santander y Vigo, terminará en Buenos Aires con escalas en Río de Janeiro y Montevideo.

El recorrido total de esta inmensa red de correos marítimos se eleva a la fabulosa cifra de un millón setecientas mil millas, y la empresa recibirá por este servicio una subvención anual. El plan es vasto, y para realizarlo se impone el Estado un sacrificio de cuantía; pero los resultados que ha de obtener el comercio y la industria de España lo compensarán seguramente.

***

Diferentes veces he dicho aquí que el vicio constitutivo del partido liberal es la disgregación. No se ha desmentido esto en la etapa presente, y hallándose los liberales en el poder, milagro fuera que en el año y medio que llevan de dominación no se hubieran marcado en su seno innumerables tendencias. Las querellas menudean uno y otro día, y la disciplina dista mucho de ser perfecta. Se necesita toda la habilidad y el talento político del señor Sagasta para mantener una apariencia de unión en esta heterogénea y díscola hueste, y es más admirable todavía que con esta apariencia de unión gobierne y gobierne bien, realizando una campaña parlamentaria de la que quedará memoria por el número e importancia de los asuntos tratados. El jefe del actual gabinete es el conciliador de voluntades más extraordinario que se pudiera imaginar, y en este sentido bien merece que se le tenga también por *monstruo,* dictado que se da al señor Cánovas del Castillo por otro orden de cualidades.

Sus amigos incondicionales son bastantes; pero los inconstantes que hacen depender su lealtad de las circunstancias y de las probabilidades de encumbramiento no son pocos. Y sin embargo, el jefe conduce con rienda segura esta diversidad de grupos que tiran del carro con desigual y divergente impulso; el carro da tumbos y no se vuelca.

Los grupos de disidentes que perturban el partido liberal hacen al gobierno toda la guerra que pueden y al propio tiempo desean conservar la disponibilidad para ganar una cartera en la primera combinación que se presente. Cuando la política se desenvuelve de este modo, hay más interés en los pasillos y en las secciones y en las comisiones que en el propio salón de sesiones. Cualquier disputa privada reúne más auditorio que un mediano discurso, y las intrigas hacen más daño que la oposición pública y dura. Como el objeto principal de todos estos manejos es que se hagan huecos en el gabinete para ver si logra ocuparlo tal o cual disidente, dicho se está que la palabra *crisis* produce mágicos efectos cada vez que se pronuncia, y se pronuncia todos los días. En la discusión de las leyes o de cualquier otro asunto parlamentario todo va bien si no surge algún incidente que motive

el descontento de un ministro o algún lío y complicación muy graves que determinen un cambio en el alto personal del Estado. La habilidad y tacto del presidente del Consejo están precisamente en impedir que se le descomponga el altarito, como vulgarmente se dice, a pesar de las furibundas embestidas que le dan por una y otra parte. Estas son las quiebras del sistema parlamentario no sólo en España, sino en todos los países, pues por mucho que digan, en donde quiera que hay muchos hombres reunidos para deliberar y dar a sus deliberaciones el carácter de resolución con efectividad real en la vida, tiene que haber este pugilato de pasiones, esta lucha con diferentes armas, no todas de buena ley. Podrá la refinada educación política atenuar en algunas partes esta manifestación natural del egoísmo humano; pero esto no quita al parlamentarismo el carácter de guerra de emboscadas que tiene por su índole propia y que es tan difícil de corregir. En el parlamentarismo luchan y se desarrollan, a veces con crudísima desnudez, todas las pasiones humanas, todas las expresiones de la inteligencia desde las más altas a las más rastreras, todas las energías de la voluntad desde las más sublimes a las más innobles. Verdad es que la justicia y la razón tienen que salir al cabo victoriosas; pero, ¡por cuántas alternativas se pasa antes de que esto suceda! Y el tiempo de la razón, si es definitivo en el resultado total del sistema, en casos aislados viene a ser muy problemático y dudoso. De la discusión sale la luz, dice un refrán antiguo, pero antes que llegue a verse la verdadera luz, ¡cuántas reverberaciones falsas, cuántos espejismos que producen después oscuridad profunda y qué sinnúmero de resplandores más propios para cegar que para esclarecer! El sistema no es bueno, es, si se quiere, el menos malo de los conocidos; podrá ser excelente el día que se logre depurarlo fundándolo sobre las bases que debe tener, para que dejen de tomarlo como terreno adecuado a las campañas la mala fe y la ambición insana. Pero el remedio es difícil; las cortapisas y frenos puestos a la discusión libre de las ideas agravan el mal en vez de remediarlo, porque suele suceder que el charlatanismo y la travesura hallan manera ingeniosa de burlar la restricción, mientras quizás sucumben a ella la sinceridad y la razón misma.

Resignémonos, pues, a que el gobierno de los pueblos continúe por hoy fundado sobre este charlar interminable algunas veces fecundo y luminoso, pero las más ocioso y garrulo. Hablando se entiende la gente, dice una sentencia vulgar, pero yo he visto muchas veces que a fuerza de hablar, los que se entendían han dejado de entenderse, acabando por tirarse los trastos a la cabeza.

Por desgracia no conocemos manera mejor de afrontar las enormes dificultades políticas de los tiempos modernos. ¡Hablar, hablar, hablar, inundar los problemas en un océano de palabras! Por mal que nos vaya, siempre iremos mejor que con el silencio torvo del régimen absoluto, porque si el parlamentarismo suele tener en los países latinos el peligro de la infecundidad legislativa, en cambio no puede negársele la gran ventaja de la fiscalización. Contentémonos, pues, con nuestro defectuoso sistema y tratemos tan sólo de mejorarlo. Y, pues está tan en moda la formación de grupos parlamentarios que entorpecen la política, perturban la labor legislativa y acarrean infinidad de males en el mismo orden literario y gramatical, propongo la formación de un grupo que si no había de ser muy fecundo, al menos sería completamente inofensivo: *el grupo de los mudos.*

B. PÉREZ GALDÓS

80
LP, 25/5/1887

SUMARIO: Inseguridad del tiempo —Los toros —Creciente afición a este espectáculo —Sus causas —Opinión de uno que no va a los toros y que no los defiende ni los condena —Descubrimiento de los cartuchos explosivos —La policía y su impopularidad —Escaso apoyo que da el país a las investigaciones políticas —Debates parlamentarios sobre el contrato con la *Trasatlántica* —La moral y los negocios en las relaciones entre el Estado y las grandes empresas —El espiritualismo y la indigencia —Horror a los millones.

Madrid, 14 de abril de 1887.

Señor Director:

Abril nos trae rara vez las alegrías de la primavera, por lo cual todo lo que los poetas han dicho y dicen de este mes, lo tenemos los madrileños por letra muerta. Para los que viven en las risueñas márgenes del Darro y el Genil;[1] para los que tienen sus casas a la sombra de la Giralda; para todos los habitantes de la costa mediterránea, abril será quizás el mes de los encantos primaverales, del renacer de la vida, de las flores y de la universal alegría. En esta zona nos trae por lo común granizadas horribles que azotan los tejados, arrancan la temprana flor del almendro y talan la hoja nueva, vientos formidables que hacen imposible la vida rústica, y en fin, las mayores inclemencias de la naturaleza. Salimos a tomar el sol, engañados por el traidor despejo de la atmósfera, y a lo mejor nos sale al encuentro una nevadita que parece broma. No hay momento seguro, porque los chaparrones menudean y parece que están esperando a que salga uno sin paraguas para ponerle perdido. Si sentís un calor sofocante, no dudéis que antes de una hora tiritareis de frío.

¡Qué Madrid este! Y sin embargo, siempre tan alegre, tan divertido. Es la ciudad de la perpetua Pascua y de la feria constante. Le dicen que se ha descubierto un depósito de horribles petardos de dinamita con los cuales podrían unos cuantos malvados causar increíbles estragos, y Madrid tan fresco, tomándolo a broma, y buscando siempre la mejor manera de entretener dulcemente las horas.

Llega el primer día de toros, y el madrileño neto lo olvida todo, la política y la revolución, el presupuesto y las contribuciones; lo único que puede preocuparlo es el estado atmosférico porque si llueve, adiós fiesta nacional. Todavía no se le ha ocurrido a nadie poner techo de cristales a las plazas de toros; pero día llegara en que esto se intente. Y la afición es de tal modo imperiosa, que hasta se dan corridas amenizadas con chaparrones, y los que aguantan los ardores del sol en los apiñados tendidos, llevan con paciencia la mojadura. Esto de la afición a las corridas de toros va ya picando en historia. Cada día pareciera que debiera disminuir dicha afición, y sin embargo aumenta.

Si este espectáculo es tan contrario a la cultura intelectual y social, ¿cómo se arraiga más a medida que la cultura se difunde? Porque los pesimistas más empedernidos no po-

1 *el Darro y el Genil*: ríos de Granada.

drán sostener que somos hoy menos civilizados que ayer. Si progresamos en suavidad de costumbres, ¿cómo es que tiene cada día mayores adeptos la fiesta genuinamente nacio- nal, y cómo es que estos adeptos pertenecen a las distintas clases sociales? Y no hay que decir ahora, como se decía antes, que la castiza afición a los toros está en la clase bajay en la aristocracia. No; la clase media y la parte de esta más ilustrada da quizás mayor contingente al *diletantismo* taurómaco. Conozco a muchas personas distinguidas en las profesiones liberales, en la política, en las letras, en el foro y en la milicia profesional que son aficionadísimas a las corridas de toros. Los pintores en general, son los más asiduos. Literatos hay también, de los más eminentes, que no dejan de asistir a ninguna corrida. Y en cuanto al sexo femenino, ya no se puede decir que solo concurren a la fiesta nacionallas majas, chulas, o como quiera llamarse a la mujer del pueblo, pues las señoras más encopetadas llenan los palcos de la plaza durante toda la temporada. A esto me dirán que son en gran número las personas distinguidas de ambos sexos y de todas las clases que abominan de los toros *y* quisieran ver arrasada la plaza. Es cierto; pero este argumento no destruye el otro. Hace veinte años creían de buena fe muchos que la fiesta nacional estaba herida de muerte, que se acababan los toros, los toreros y con ellos la afición. Pero el tiempo y la realidad han desmentido esta opinión. El inmenso progreso que la pintura ha tenido entre nosotros, ha contribuido a idealizar y embellecer el arte de *Pepe Hillo*, y desde que la industria decorativa ha empezado a tener alguna vida, ha buscado sus elementos plásticos en la más característica de las fiestas españolas. Lo que se creía moribundo ha aparecido de pronto más popular, se ha revestido de formas más artísticas, y la influencia que el toreo ha tenido siempre en el vestir, en los modales y hasta en el lenguaje de los habitantes de esta península, se ha acentuado más.

Puedo juzgar fríamente este fenómeno de la creciente afición a los toros, porque no participo de ella en manera alguna. En veintitantos años, quizás el que esto escribe no ha visto arriba de cuatro o cinco corridas. No entiendo una palabra de tauromaquia; no conozco las suertes, y generalmente me aburro tanto en la plaza que al tercero o cuarto toro ya me es insoportable la función. No me trato con ningún torero, aunque sí con aficionados de los más entusiastas o impenitentes. No frecuento *La taurina*, *El Cielo de Andalucía* ni otros afamados establecimientos donde el olor de la manzanilla parece encender los ánimos y predisponerlos a las emociones de la brega. Creo que los toreros de profesión deben ser colocados, en las clasificaciones antropológicas de nuestra especie, en la casilla más baja, allí donde el predominio del sistema muscular y las deficiencias del aparato cerebroespinal marca como la transición del hombre al bruto.

Al propio tiempo no soy de los que abominan diariamente de las corridas de toros ni de los que creen que se pueden y se deben suprimir. El gobierno que a tanto se atreviera sería arrollado, y si no lo fuera, produciría con la prohibición males mayores que los que intentaba evitar.

El toreo ha de existir aún durante mucho tiempo, y es más, conviene que exista. Un pueblo que desde tiempo inmemorial viene divirtiéndose de una manera, no puede divertirse de otra porque lo mande o lo aconseja el filósofo desde su gabinete. Un pueblo que tiene en sí de un modo tan intenso el sentimiento de esta fiesta, que la asocia a todas sus

ideas, que en ella encuentra elementos psicológicos para sostener su carácter, elementos fisiológicos para expresarse con donaire y desembarazo, no puede renunciar a ella. Si le civilizáis, dejará de sentir el toreo rudamente, pero lo sentirá siempre, encariñándose no ya con las brutalidades de la fiesta sino con lo que ésta tiene de hermosamente dramático y de pintoresco. Pero está tan en la masa de la sangre la afición del pueblo español al espectáculo taurino, que no se perderá aquella ni aun cuando el pueblo se civilice; lo que hará el pueblo es refinar su gusto, amoldándolo a las nuevas expresiones de la vida.

No puedo explicarme la tenacidad con que se sostiene el gusto de los toros más que por un vigoroso instinto de la sociedad española, instinto de conservación contra la invasión del gusto extranjero, instinto de defensa de su carácter castizo contra las tendencias ya muy marcadas de fusión de las nacionalidades en el tipo general europeo.

La raza española ha ido perdiendo poco a poco esta o la otra forma de su carácter tradicional. De paralela en paralela, combatiendo y retirándose después de vencida, ha ido entregando sus instituciones, sus trajes, quizás su literatura castiza, su arquitectura, su arte social. Ya se deja imponer el parlamentarismo inglés, ya las formas literarias preconizadas por Francia, ya abre sus puertas a la invasión filosófica y política. Pero a medida que pierde zonas y más zonas de su secular terreno, comprende que no puede airosamente perderlo todo, que debe conservar algo, y cuando el terreno se acorta aumenta el empeño con que es defendido. Los toros, la última línea de baluartes, la fiesta nacional, típica, propiamente española es lo único que nos resta, y conviene conservarla, no porque sea esencialmente buena, sino por ser nuestra de abolengo. Se la defiende con más cariño que convicción, como se defiende la casa solariega, ruinosa, y carcomida, no por su valor real, sino por los recuerdos que encierra. Las familias antiguas defienden y conservan sus preocupaciones cuando éstas forman parte del acervo patrimonial, y hacen bien en defenderlas, porque tales preocupaciones les ayudan a prolongar su existencia de una manera airosa. Las na- ciones, como los individuos, no pueden abdicar su personalidad de una manera comple- ta, y retardan todo lo que pueden la extinción total de su carácter tradicional, aunque en dicha extinción vaya ganando por lo que toca a la cultura.

De esta manera, me explico pues, que no se acaben los toros, aunque todas las personas reflexivas sostengan que deben acabarse. Los impugnadores llaman al toreo *escuela de barbarie,* y sus defensores, *escuela de fiereza y de desprecio del peligro,* llegando estos a sostener que el día que no haya toros la raza española perderá la aco- metividad verdaderamente terrible que la ha distinguido siempre en las guerras antiguasy modernas. Cada país tiene su *sport,* que en la paz educa a los hombres para la guerra. Nuestro *sport* cría la raza para el desprecio de la sangre y para el uso del arma blanca; pero como este medio de combate va perdiendo importancia en la táctica moderna, no creo que la desaparición de un espectáculo sangriento destruya la indomable energía y vigor de la raza española para toda clase de combates. Los toros desaparecerán cuandola sociedad peninsular se canse de oponer resistencia a la invasión de las costumbres del norte de Europa, y cuando se declare vencida en esta ruda contienda, cuando la fusiónde las nacionalidades latinas en el tipo europeo se realice por completo, y como estas nacionalidades son las rebeldes, la cosa va larga y hay todavía para rato. De modo que

se podrá decir, glosando una frase popular: "Si tan largo me lo fías, echa otro medio siglo o un siglo entero de corridas".[2]

***

Antes hablé del famoso descubrimiento de los petardos. Días antes del hallazgo de la policía, apareció en el Congreso, junto a una de las puertas que dan entrada al salón de sesiones, un cartucho con mecha apagada, sospechoso por su forma y por el sitio en que estaba puesto. Analizado por expertos químicos resultó ser de pólvora con una pequeña capsula de fulminante, que de estallar, habría producido estragos en un radio de tres o cuatro metros. Pocos días después, la policía descubrió uno o varios depósitos de cartuchos semejantes al encontrado en el Congreso. Hiciéronse muchas prisiones, y los tribunales esclarecerán lo que hay en esto. Lo peor en estos casos es que por irremediables rutinas de nuestro carácter, el público ayuda poco a la policía en la persecución de toda trama criminal. Siempre que se anuncia un descubrimiento de maquinaciones más o menos revolucionarias la prensa en general lo toma a broma, mortificando con chistes y apreciaciones humorísticas a los funcionarios encargados de vigilar las guaridas del crimen. Es ya tradicional en España la impopularidad de la policía, y esto no hay que atribuirlo exclusivamente al pueblo. Alguna parte de esta mal corresponde a los gobiernos que no han sabido organizar un cuerpo de seguridad dándole el prestigio y decoro conveniente. De aquí que la policía sea considerada más bien como un espionaje y que a los individuos que la componen se les apliquen motes y dicterios poco en armonía con la dignidad humana. Para remediar esto el actual ministro de la Gobernación, señor León y Castillo, ha creado la Dirección de Seguridad, organizándola con personal escogido; pero los resultados de esta mejoría son obra del tiempo.

Volviendo al descubrimiento de los petardos, diré que parte de la prensa y parte del público lo han tomado a risa. "La policía ve visiones", se dice. El año pasado por este tiempo cuando estalló un petardo en las luces que alumbraban el Sacramento, en la parro- quia de San Luis,[3] el lamento general era: "la policía duerme". Aquí no nos acordamos de santa Bárbara sino cuando truena. Nos llenamos de espanto cuando se realiza un hecho criminal, y nos reímos de la policía cuando sabe prevenirlo. Verdaderamente, no sé cómo hay quien se decide a perseguir el crimen, sabiendo que en vez de ayudarle en esta tarea, las pesquisas han de producir chacota y burla maleante. Creo que en esto tenemos algo que aprender de los extranjeros, y para hacer una policía digna es preciso empezar por nosuponer a los funcionarios de ella incapaces de acierto.

***

2 La glosa combina el *leit motiv* del *Tenorio* con una frase tópica entre bebedores.

3 Véase 58.

Los debates sobre el contrato con la *Trasatlántica* para el establecimiento de los nuevos servicios marítimos,[4] se acaloró considerablemente en los últimos días tomando un carácter de acritud que no conviene a esta clase de asuntos. Los impugnadores del proyecto, aprovechando cierta frialdad o indiferencia que en la Cámara reinaba, traspasaron los límites dentro de los cuales debe encerrarse toda discusión razonada, y llevaron la cuestión al terreno moral. Es en España vicio antiguo, siempre que se trata de un asunto de intereses, suponer que los que lo defienden o lo atacan no obedecen a móviles desinteresados. Está en nuestro carácter, y proviene quizás este extraviado juicio de un espiritualismo malsano y rutinario que llevamos desde inmemorial tiempo en el fondo de nuestro carácter. Es cosa probada que, siempre que se pone en tela de juicio cualquier concesión o trato de importancia, algo en que intervengan, de una parte el tesoro público, de otra empresas poderosas, se levanta y pronuncia el criterio vulgar suponiendo que el negocio no es limpio, y que los que en él intervienen no proceden con la debida honradez. No es todo malignidad en esta costumbre que tantos males ocasiona; es más comúnmente inocencia y falta de luces, y en primer término aquel espiritualismo mal entendido de que antes hablé. Muchas, muchísimas personas que son incapaces de apropiarse un céntimo ajeno, no pueden oír hablar de grandes negocios sin sentir una profunda emoción nerviosa; otras hay que lo mismo es oír la palabra *millones,* se ven acometidas de una especie de terror pánico. En la mente de unos y otros no cabe la idea de que hay grandes empresas, que negocian con inmensos a capitales, y que el acertado empleo de estos activando el trabajo, trae la prosperidad y grandeza de las naciones.

En España, la antipatía al trabajo en gran escala es tradicional, sobre todo en esta región central, esencialmente labradora, y en la cual la raza parece conservar una especie de culto a la pobreza. La idea de que pobreza y honradez son sinónimos, no se desarraigará fácilmente de muchos entendimientos.

He dicho antes que en la región central es donde más marcadamente prevalecen estas ideas; y así es cierto, porque el litoral, donde la idea mercantil y el tino de las grandes empresas se van abriendo camino, se emancipa al fin de este espiritualismo al cual debemos el que las cifras de nuestra riqueza, aunque altas en relación con nuestro triste pasado, ofrezcan comparación tan desairada con las de Francia e Inglaterra. Hay que convenir en que Felipe II, al fijar la sede del estado en estas regiones de pan llevar,[5] tan apropiadas a la somnolencia mercantil, condenó a España a estar durante siglos bajo el dominio de aquel espiritualismo malsano, y estableció el predominio de la pobreza, erigiéndola en virtud y hasta en razón de Estado.

Porque si no es cosa probada que el hombre para ser bueno y merecer la gloria eterna debe ser por necesidad pobre, menos lo es que las naciones para ser grandes y figurar dignamente en la historia, deban ser miserables y no tener sobre qué caerse muertas.

4 Véanse 64 y 79.*

5 `Tierra destinada al cultivo de cereales´. Aparece aquí un nuevo motivo de queja sobre que Madrid sea capital. Véase 7, n. 4.

Este horror a los capitales considerables que manifiesta el vulgo, estos estremecimientos pudorosos con que se acoge la enunciación de toda cifra que supere al mezquino sueldo, a la corta renta o a la miserable ganancia de una industria raquítica, son la causa de que se aparten de los grandes negocios muchos que se encuentran con fuerzas para acometerlos. Hay hombres emprendedores que se desaniman ante el descrédito y la impopularidad que acarrea toda empresa superior a los límites vulgares. Hay también hombres políticos y de gobierno que no se atreven a dar su protección a los grandes negocios por respeto a aquella opinión de la pobreza erigida en santidad solo por ser tal pobreza; otros proceden con timidez en estos asuntos por miedo a que se les tache de concesionarios, porque eso sí, en cuanto se atraviesa en cualquier asunto administrativo la palabra *millones*, ya se sabe que los tales millones han de ser un chanchullo.

Y ocurre otra cosa más lamentable; siempre que en las altas esferas administrativas se ha consumado algún hecho poco conforme con la moral, se ha debido a que los llamados a combatirlo e impugnarlo, no se han atrevido a hacerlo por el temor de aparecer también como concesionarios, pues en todo alto negocio hay dos términos de inmoralidad posible y sospechable, el de los que afirman y llevan parte en el negocio y el de los que niegan y desean que el negocio se deshaga en las manos de los que lo proponen para realizarse en las de los que lo combaten.

En la debatida cuestión de la *Trasatlántica,* a la sospecha de que los defensores sean concesionarios, puede oponerse la de que lo sean los impugnadores, porque los servicios marítimos no se habían de interrumpir, y si la actual compañía sucumbiera, hay muchos golosos que aspirarían a repartirse sus despojos.

Pero este sistema de difamación por una y otra parte me parece deplorable, debe desaparecer por decoro de la nación. Si no aprendemos a creer en los móviles dignos de los que combaten así como de los que defienden un proyecto de negocios, va llegar día en que ningún gobierno se atreva a llevar a las Cámaras un asunto de esta clase; va a llegar día en que ninguna persona de recto criterio se atreva a pronunciar palabra ni en pro ni en contra de un proyecto que no sea esencialmente político. Tendríamos un poder legislativo resueltamente espiritual, y esto podrá ser muy bonito y muy cristiano, pero nos convertiría pronto en pobres de solemnidad.

Estas consideraciones que he hecho, al ocuparme del asunto de la *Trasatlántica,* tan debatido en el Congreso, me quitan el espacio que debía consagrar al debate mismo, y como hay bastante que decir, pongo aquí punto por ahora, y proseguiré en mi próxima carta.

B. PÉREZ GALDÓS

81
LP, 26/5/1887

SUMARIO: Más sobre la *Trasatlántica* —Alternativas del debate —Peligro de un fracaso —Energía del presidente del Consejo —El señor Gamazo, presidente de la comisión —Sus grandes condiciones oratorias y de carácter —Sus antecedentes gloriosos como ministro de Fomento y de Ultramar —Su intervención en el plan de los nuevos servicios maríti- mos —Conocimientos varios que posee en asunto tan arduo —Su discurso en defensa del dictamen sobre la *Trasatlántica* —Efecto favorable producido en la Cámara —La votación —Triunfo ruidoso del dictamen —Conferencias de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo —*La revolución y la literatura en Rusia* —Trabajos de crítica de la escritora gallega —Sus novelas —*Los Pazos de Ulloa* —Carácter varonil de todos sus escritos —Su erudición y variedad de conocimientos —Originalidad del pueblo ruso —Las reformas militares —El servicio militar obligatorio —El banco militar —Temores de guerra europea.

Madrid, 25 de abril de 1887.

Señor Director:

Sobre los debates de la *Trasatlántica* en el Congreso, he de decir algo todavía, descartando lo que pueda carecer de interés fuera de España. Pocos proyectos han sido más combatidos, pocos asuntos han tenido una depuración tan grande, y a pesar de esto, o quizás por esto mismo, rara vez se ha visto una votación tan nutrida como la que hace dos días sirvió de veredicto a este gran litigio. Entre los adversarios del proyecto, húbolos que apelaron a resortes oratorios de no muy buena ley para hacerlo fracasar. La oposición ha sido, pues, de las más rudas que se han visto en el parlamento español. Abogaban unos por el concurso, condenando la contratación directa. Hacían otros, despiadada autopsia de la Compañía Trasatlántica, abultando sus errores *y* olvidando sus extraordinarios méritos y servicios. Criticaban otros el contrato propuesto, ya en lo referente al tipo de subvención, ya en lo relativo a las marchas establecidas, ya en otras muchas particularidades tocantes a tarifas, garantías, condiciones de renovación del material. Algunos sin mostrarse hostiles a la empresa, combatían el plazo de veinte años que el actual contrato debe durar.

En las primeras sesiones, la Cámara oía con interés la impugnación hecha con desusado calor. No puede desconocerse que en la primera parte de este interesantísimo debate, había muchos diputados que, por lo menos, miraban este asunto con recelo.

El presidente del Consejo, al hacer cuestión de gabinete, con algunas reservas y restricciones a este asunto, puso correctivo a ciertas malicias, y desde entonces ya quedó ganada la contienda en el terreno numérico, porque el partido liberal no podía menos de responder con lealtad a la voz de su jefe. Pero la gran batalla en el terreno puramente parlamentario la dio el presidente de la comisión, señor Gamazo, pronunciando uno de los discursos más brillantes que se ha oído en el Congreso. Desde aquella sesión, desaparecieron todas las dudas acerca de la utilidad del contrato, así como de la rectitud y el patriotismo de los que en su celebración intervinieron.

Creo haber hablado en otra ocasión del señor Gamazo,[1] una de las figuras más notables del partido liberal, hombre de intachable rectitud, orador de primera fuerza, gran jurisconsulto, entendimiento elevadísimo, persona, en fin, de tan relevantes méritos y cualidades que no será aventurado decir que el porvenir le reserva puestos más altos e influencia mayor de la que hasta ahora ha tenido. Dos veces ha sido ministro, y no continuó siéndolo, porque es de los pocos para quienes es más gustosa y lucrativa la vida del trabajo que la vida ministerial. Ministro de Fomento en 1884, dejó memoria de su administración con la rebaja del diez por cien en las tarifas de ferrocarriles, para lo cual tuvo que sostener una campaña verdaderamente heroica con las influencias poderosas de las grandes empresas. Ministro de Ultramar en la segunda época del partido liberal, realizó una serie de medidas que cambiaron por completo el régimen administrativo de las provincias de América y Oceanía.[2] Lástima que no hubiera continuado más tiempo en aquel ministerio, en el cual su actividad e inteligencia iban desarraigando los antiguos y ya tradicionales vicios de la administración ultramarina.

Uno de los asuntos que dejó pendientes al abandonar aquel departamento en octubre último, fue la organización de los servicios postales marítimos, que es el proyecto de ley y contrato que ahora se han discutido, plan verdaderamente grandioso que abre horizontes amplios a nuestro movimiento mercantil, y nos asegura una red de comunicaciones marítimas no inferior a las de Francia, Inglaterra y Alemania.

El señor Gamazo ha hecho un estudio profundísimo de todo lo que se relaciona con las líneas de navegación subvencionadas; conoce a fondo los contratos de las célebres líneas extranjeras, *Peninsular y Oriental*, *Mensajerías Marítimas*, *General Trasatlántica*, *Mala Real Inglesa*, *Norddeuschter*, *Lloyd*, *Compañías Italianas Reunidas*. Domina la parte técnica de esta clase de empresas, así como toda la parte jurídica y económica en la relación que tienen con el Estado. Como además de esto, había intervenido en los preliminares del actual convenio del gobierno español con la Compañía Trasatlántica, su conocimiento de este complejo asunto superaba al de todos los que tomaron parte en estas polémicas. Así que, en su discurso en defensa del dictamen fue oído con verdadero recogimiento. Toda la tramitación preliminar del contrato, que a algunos parecía oscura, fue de tal modo esclarecida que se disiparon todas las dudas. Los móviles que impulsaron al gobierno a preferir la contratación directa al concurso, fueron expuestos con tanta claridad que no hubo más remedio que rendirse a la evidencia.

Los vacilantes mostráronse favorables y muchos no convencidos hasta entonces, se convencieron plenamente. Véase cómo las inteligencias superiores iluminan todos los asuntos. Ayudaba también al señor Gamazo en esta tarea, la autoridad de que merecidamente goza y la opinión de rectitud que ha sabido conquistarse. No bastaba, pues, la habilidad forense, la elocuencia brillante ni la experiencia parlamentaria. Por estas cualidades rayó el señor Gamazo a gran altura, pero lo que coronó sus esfuerzos fue su honrado convenci-

1 En 61.

2 Se refiere a las entonces *provincias*, o colonias, españolas Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

miento de la bondad del proyecto, y la influencia moral que el diputado castellano ejerce sobre la mayoría de esta Cámara.

Desde que este discurso fue pronunciado, la opinión favorable al proyecto creció de un modo notable. Disipáronse las nubes y sombras, y los mismos que antes habían empleado reticencias maliciosas contra el gobierno y la comisión, no volvieron a emplear esta clase de armas. La oposición daba ya las batallas en retirada y los debates languidecían en tales términos que se deseaba por unos y otros su terminación.

Por último, cuando las lenguas callaron y la cuestión se sometió a la sentencia de los votos, los enemigos del proyecto no pudieron obtener, a pesar de sus esfuerzos, más que una cifra exigua, bastante menos alta que lo que se prometían. En cambio, la votación favorable excedió por lo nutrida a todos los cálculos. Quizás no ha tenido el gobierno en la presente legislatura una tan poderosa fuerza numérica que apoye su política, aun descontando del citado sufragio los treinta o cuarenta votos de los conservadores.

El contrato con la *Trasatlántica* pasa ahora al Senado, donde también tendrá impugnadores; pero la campaña será mucho menos ruidosa y vehemente, no solo porque el Senado es por su índole una Cámara fría y desapasionada, sino porque el asunto va ya muy debatido del Congreso. Si en mayo queda aprobado en la Cámara Alta, como se espera, en junio próximo empezarán a regir los nuevos servicios. Creo haber dado, en mis cartas anteriores, noticias del plan general de comunicaciones marítimas que en el contrato se establecen.[3] Entre las líneas que se crean, la más importante es la del Río de la Plata, cuyo ensayo se hace con seis expediciones anuales. El gobierno aumentará los viajes cuando lo crea conveniente. El viaje inaugural de esta línea de tanto porvenir para nuestras relaciones con la América del Sur, se hará en diciembre próximo.

***

Las conferencias de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo, son el acontecimiento literario del día. Esta insigne escritora ha dado tres lecturas sobre la "Revolución y la literatura en Rusia", atrayendo un público distinguidísimo que la ha oído con verdadero recogimiento.[4] El tema es hermoso, pues todo lo que se refiere al grande y revuelto Imperio despierta hoy un vivo interés; pero lo que en realidad avalora estas conferencias, es el talento poderoso y el mágico estilo de la escritora y novelista que tan alto puesto ocupa en las letras españolas.

Sus obras son demasiado conocidas en España y en la América latina para que necesite yo hacer de ellas los encomios que merecen. Si sus novelas son dignas de admiración, no lo son menos sus trabajos de crítica. En verdad es cosa que a todos maravilla, que una mujer posea aptitudes tan relevantes en todos los órdenes y que en cuanto emprende su pluma sobresalga con igual maestría. Su estudio crítico-histórico sobre *San Francisco de Asís* en hermosa obra, suficiente a acreditar a un escritor. Su *Cuestión palpitante*,[5] libro de

3 En 59, 79 y 80 y volverá sobre él en la 82.

4 Galdós fue testigo presencial.*

5 *San Francisco de Asís* es de 1882, *La cuestión palpitante* de 1882-83.

controversia literaria, valientemente pensado y galanamente escrito, ha tenido la fortuna de ser traducido al francés y de haber provocado infinidad de polémicas y réplicas; entre ellas la de don Juan Valera en su *Arte nuevo de hacer novelas*.[6] Defensora de las tendencias naturalistas y de la escuela que se funda en la imitación artística de la verdad, Emilia Pardo Bazán ha ejercido gran influencia con sus escritos en la literatura contemporánea.

Pero no se puede decir de ella, con la frase vulgar, que "una cosa es predicar y otra dar trigo". Al mismo tiempo que combatía en el terreno crítico por las ideas que estimaba más apropiadas a la novela de nuestros días, cultivaba el género novelesco con maestría. Sus primeras obras *Pascual López* y *Viaje de novios* revelaron su aptitud para esta clase de literatura, tan humana y simpática.[7]

Después escribió *La tribuna*, obra muy marcadamente naturalista, que contiene cuadros admirables de verdad, escenas en que la ficción parece confundirse con la realidad y que el trabajo de observación ha llegado a sus mayores refinamientos. *El cisne de Vilamorta* siguió a *La tribuna*. En esta obra, como en las que ha escrito después, la escritora gallega ha pintado magistralmente la vida rural de su país, tan abundante en toda clase de elementos pintorescos. *Bucólica* es una novelita corta y encantadora, en la cual las crudezas de la realidad se armonizan con la poesía campestre. Pero la obra maestra de Emilia Pardo Bazán es *Los pazos de Ulloa*, publicada esta año, y en la cual todo es hermoso, los caracteres vivos, la acción sencilla y patética, el fondo de paisaje, el estilo. Prepara la segunda parte titulada *La madre naturaleza*.[8]

Por el poder de su talento, Emilia Pardo Bazán no parece una escritora, pues sus obras tienen un carácter más bien varonil que femenino. La mayor parte de las mujeres que escriben bien, hácenlo sentir de las condiciones intelectuales y modestas propias de su sexo; pero esta abarca mucho más, y se remonta a alturas a que rarísima vez llegan las más felices hembras que descuellan en literatura. Otro de sus caracteres masculinos es la erudición. Es una de las personas de más lectura que se conocen, y seguramente también de las que mejor saben lucir su ingenio y cultura en la conversación. Reside habitualmente en La Coruña, su patria, tiene una rica biblioteca, estudia y trabaja sin cesar, pasa en París todos los años una larga temporada, y en Madrid otra más corta.

***

Las singularísimas condiciones de la vida política y social del imperio ruso en los últimos años despiertan hoy el más vivo interés en Francia. A parte de las simpatías que en la república vecina tienen los rusos, por la probabilidad de una alianza contra Alemania, la impresionable Francia ve en el imperio mitad europeo mitad asiático, el pueblo más dra-

6 *Valera* fue siempre muy crítico con doña Emilia. Sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas. Crítica literaria* se publicaron en 1886-87.

7 *Pascual López* se publicó en 1879, *Un viaje de novios* en 1881.

8 *La Tribuna* es de 1883, *El cisne de Vilamorta* y *Bucólica* de 1885, *Los pazos de Ulloa* de 1886 y *La madre naturaleza* aparecería poco después de esta Carta.

mático de los tiempos modernos. Sin duda en Rusia se están incubando grandes acontecimientos. La fermentación política acusa una gran vitalidad, y a esta vitalidad corresponde una literatura vigorosa. De poco acá, se han puesto en moda en París los novelistas rusos; y Tolstoi y Dostoievski, tan originales ambos, cautivan al público francés más quizás que los indígenas y célebres maestros Zola y Daudet.

Tras la novela, han cundido en Francia otras novedades propiamente rusas, y de Francia el *filorusismo* va cundiendo a las naciones vecinas. Natural es que esta novedad hiriese la fantasía de nuestra insigne compatriota en su último viaje a París, estimulándola a hacer un estudio del imperio de los zares, y como ella cuando estudia un asunto cualquiera, lo profundiza y agota, ha traído a España la revelación completa de todas las grandezas y originalidades de aquel pueblo tan distinto de los pueblos de occidente. Impresas las conferencias, resultarán uno de los libros más amenos, instructivos e interesantes que cabe imaginar.

***

El ministro de la Guerra ha leído ayer en el Congreso su proyecto de reformas militares. Tiene tanta importancia entre nosotros, por diferentes causas, lo que con la organización del ejército se relaciona, que la simple lectura de los proyectos del general Cassola, relega a segundo término todo suceso político de actualidad.[9] La ley que principalmente ha ocupado la atención, es la que establece el servicio militar obligatorio para todos los españoles que hubiesen cumplido los veinte años, suprimiéndose el sorteo y la redención a metálico. Hace tiempo que la opinión viene reclamando esta gran reforma; pero no ha habido hasta hoy quien se atreva a acometerla, por las dificultades que en la práctica ofrece. Considéranla algunos excesivamente radical y expuesta a la impopularidad; defiéndenla otros con calor sosteniendo que ella sola basta a poner obstáculo formal a los pronunciamientos militares.

Las causas de la indisciplina militar son muchas y muy complejas, descollando entre ellas el bajo nivel de la cultura general. Indudablemente, el servicio restringido por la redención, y la desigualdad que este sistema ocasiona, influye bastante en los vicios de nuestro ejército. Por esto puede asegurarse que el servicio obligatorio, tal como ahora se va a establecer, si no será, como algunos creen, panaceaque de golpe cure todos los males del ejército, ha da contribuir mucho al remedio de ellos.

Las demás reformas del entendido general Cassola se refieren a la organización del Estado Mayor general, al sistema de ascensos, a las situaciones de reserva, a la división territorial militar y a la distribución de los ejércitos. Pero la mayor novedad que el ministro de la Guerra propone, fuera del servicio militar obligatorio, es la que tiene por objeto mejorar las condiciones materiales de la oficialidad, poniendo coto a la reserva, suprimiendo la retención de pagos y creando un banco especial que atienda con módico sacrificio por parte de los oficiales, a las perentorias necesidades de estos. También se establece en las nuevas leyes la prohibición de que los militares se casen antes de los veinticinco años, y después

9 Las reformas de Manuel Cassola, serían germen de la modernización del ejército ya en el siglo XX.

de esta edad solo podrán hacerlo depositando una suma como dote de la esposa. Alguien cree que esta parte de las reformas referente al matrimonio, es ya un lujo de legislación, pero hay que tener presente el malestar de infinitas familias de militares por la impremeditación, por la inmovilidad de las escalas y por las dificultades y apuros que ocasiona la movilización inherente al servicio. Teniente hay que se casó esperando ascender pronto a capitán; pero lo excesivo del personal aplaza dicho ascenso hasta las calendas griegas. En tanto el desgraciado hijo de Marte se carga de familia. El servicio le lleva de un lado a otro de la península y el frecuente cambio de aire da a la esposa una fecundidad alarmante. Aumentan terroríficamente las necesidades de la familia; caen sobre el infeliz teniente los usureros, que le devoran la paga corriente y las que han de venir, y todo plazo se cumple, todo llega menos el anhelado ascenso.

Es hasta cierto punto disculpable que cuando a este desgraciado oficial se acerca un agente de Ruiz Zorrilla y le ofrece dos grados de un tirón si se subleva,[10] es disculpable, digo, que este hombre vacile y caiga en la tentación y llegue a creer que la situación delejército mejoraría con el advenimiento de la anarquía. Claro está que a la gran mayoría, por desesperados que estén, no puede ocultárseles que con el *remedio* propuesto por Ruiz Zorrilla, el enfermo se pondría en situación verdaderamente miserable. Pero algunos, aunque pocos, caen en la trampa; tan grande es su alucinación, o mejor dicho, tan grande es su malestar.

Consideradas las reformas económicas del ministro de la Guerra bajo este punto de vista, y atendida la necesidad real y patente a que responden, no pueden ser condenadas, aunque en rigor lógico parezcan poco en armonía, con los principios dominantes. Es una disposición circunstancial y que responde a exigencias sociales del momento. Las leyes se hacen para la realidad de la vida, o sino no sirven para nada.

Y para que no se le quedase nada en el tintero, el general Cassola ha presentado otros proyectos de menor importancia; pero también de grandísima utilidad, tales como el de requisición[11] y el de venta de edificios militares. Necesitamos construir cuarteles, pues tenemos muy pocos buenos, y la mayor parte de los que existen son antiguos y destartalados conventos mal dispuestos para el uso que hoy tienen. La venta de estos edificios, algunos situados en la parte mejor de importantes poblaciones, produciría cuantiosas sumas con qué atender a la construcción de cuarteles de nueva planta, apropiados a las necesidades actuales y a las que ha de traer el servicio militar obligatorio.

***

La prisión de un comisario francés en la frontera franco-alemana ha producido la natural alarma, difundiendo por toda Europa temores de guerra próxima. Francia acusa a Alemania de haber violado su territorio, y Alemania, sosteniendo que la prisión se verificó en suelo alemán, abre una información sobre el asunto. Pasada la primera impresión de

10 Véase 52.

11 *requisición*: 'embargo de bienes para el ejército en tiempo de guerra'.

este suceso, se han calmado un tanto los ánimos, y es de creer que no pase nada. Todo el mundo sabe que Bismarck no declara la guerra sino cuando pueda aparecer a los ojos de las cancillerías europeas *cargado de razón.* Su política consiste en arreglar las cosas de modo que parezca que su rival es quien desea alterar la paz. El caso que hoy preocupa al mundo haría pasar a Alemania como provocadora, y declarar la guerra en estas condiciones es una *pifia* que no ha de dar seguramente el Canciller de Hierro.

B. PÉREZ GALDÓS

82

LP, 17/6/1887

SUMARIO: Mayo y la feria da San isidro —Los forasteros —La pradera y la romería; su vulgaridad —Cerámica, pitos, rosquillas —Exposición de Filipinas —Los indígenas igorrotes, joloanos y carolinos —Curiosidad que despiertan —La exposición de Bellas Artes; preparativos —Primer aniversario del rey niño, Alfonso XIII —Programa frustrado —Ligera indisposición de la reina Regente —Las reformas militares —Discordias —El general Cassola —Gravedad que entrañan todos los asuntos militares —El partido liberal —Trabajos parlamentarios —El arrendamiento de los tabacos.

Madrid, 18 de mayo de 1887.

Señor Director:

El mes de mayo ha traído a Madrid la animación característica de la temporada, que no se parece a ninguna otra de las del año en esta villa siempre alegre. Mayo es San Isidro, romería con la cual se abre la serie de las que celebran los pueblos desde primavera a otoño. Mayo es también la inauguración, no diré del buen tiempo, porque no lo hay aquí en primavera, sino del calor, que algunos dicen es ya irresistible. Mayo tiene también el atractivo de las carreras caballos, de los toros, y de las exposiciones. Desde el 11 o el 12 los trenes de todas las líneas descargan número inmenso de forasteros. Se ha hecho costumbre en España venir a Madrid por San Isidro, y las compañías de ferrocarriles que obtienen en este mes ingresos considerables, estimulan todo lo que pueden la corriente de inmigración.

El comercio menudo hace también excelentes negocios en estos días, y los alojamientos adquieren precios extraordinarios. En todas las calles se ven bandadas de provincianos de todas categorías, abundando principalmente la clase de labradores. A esta clase de visitantes los llaman aquí *isidros.* Los beneméritos y a veces inocentes *isidros* invaden los teatros, se aglomeran delante de los escaparates de las tiendas, recorren los paseos, ocupan en tropel los asientos de los tranvías, se procuran papeletas para ver interiormente ciertos edificios, mostrando singular predilección por el Museo de Historia Natural, el Naval y las Caballerizas Reales.

Si pueden, hacen también su visita a las tribunas del Congreso, para oír las disensiones, de las cuales tienen ideas tan estrafalarias por lo que se cuenta en los pueblos. Creen que

los diputados se dicen muchas perrerías y concluyen por tirarse los tinteros a la cabeza. Otro placer de los buenos *isidros* es esperar el paso de la reina o familia real cuando sale a la calle, y se forman en largas filas en las calles principales para saciar la curiosidad más viva del español no residente en Madrid.

Es de rúbrica para el *isidro* la excursión a la pradera y a la romería del santo patrono de Madrid. Bien examinada la tal romería, no tiene absolutamente nada de particular; mejor dicho, es vulgar, tumultuosa, cara, y con más molestias que atractivos. La llamada pradera no puede gozar el nombre de tal sino con un gran esfuerzo de imaginación de los que a ella concurren. Como el tiempo se presente seco y un tanto airoso, nubes de espeso polvo envuelven pradera y cerro y ermita y ventorrillos y romeros. La especialidad de esta feria consiste en la venta de botijos, o sea cacharros de barro poroso para refrescar el agua. Los hay de cerámica blanca, fabricados en La Rambla,[1] y de cerámica roja. Las formas de esta *poterie* son bastante primitivas, y no carecen de elegancia, pues en industrias de alfarería, la civilización no ha sabido enmendar la plana a los pueblos primitivos.

Hay otra especialidad, y es el *pito del santo*, consistente en un silbato de cristal adornado con flores de trapo. Más aún que el *isidro* forastero, el madrileño de ciertas clases no se perdonaría si no volviese de la pradera con el pito en la boca, pregonando con sus chiflidos lo mucho que se ha divertido. Lo demás que hay en la feria, como puestos de rosquillas y avellanas, bodegones, tenduchos y espectáculos diferentes, no difiere nada de lo que en otras ferias se ve. Si Madrid no tuviera más atractivos que los que la romería ofrece, no valía la pena de que se molestase nadie en venir acá. Casi todas las ferias populares de los pueblos ricos de España son más interesantes, concurridas y bonitas que la de esta capital, que además carece de todo interés agrícola, porque no hay, como en otras, transacciones de ganado, ni concurrencia de labradores. Pero el interior de esta divertida villa, ofrece al pueblo provinciano grandes ocasiones de esparcimiento, y de ver cosas que en Tembleque, Calatayud y Cintruénigo[2] no se ven jamás. Los teatros, salvo la Ópera, que ya está cerrada, presentan funciones entretenidas y variadas, con mucho espectáculo y graciosas bailarinas, y el circo ecuestre prepara para estos días las mayores y más extraordinarias rarezas y los pasos más divertidos.[3]

Pero la gran novedad de este año, no solo para los forasteros sino para nosotros, es la exposición de Filipinas. (De la de pintura y escultura hablaré más adelante). El consejo de organización de este interesante certamen, dispuso que viniesen del archipiélago filipino algunos ejemplares de las razas indígenas que prestan obediencia a España, y realizada esta idea feliz, hace algunos días llegaron a Madrid cuarenta individuos de ambos sexos, naturales de aquel archipiélago, y de los de Joló y las Carolinas. El público los verá en el local de la exposición instalados en casas exactamente iguales a las de su país, y dicho se está que más propiamente debieran llamarse chozas. Allí se ocuparán en las faenas agrícolas o industriales de que viven, vistiendo, como es natural, el traje de aquellos países.

1 *La Rambla* es un municipio de Córdoba.

2 Municipios de Toledo, Zaragoza y Navarra respectivamente.

3 Esta parte de la Carta ha sido relacionada con el capítulo VII de la segunda parte de *La desheredada* (1881).*

Desde que llegaron los *igorrotes*,[4] el público se agolpó en las empalizadas que rodean la no terminada exposición, para verlos. Cuentan que están muy satisfechos de su viaje, y que desde que pusieron el pie en Barcelona hasta que entraron en Madrid, las cosas que veían les causaban la más grande estupefacción. El ferrocarril, principalmente, ha sido para ellos la más estupenda de las revelaciones, pues traídos de las vírgenes selvas oceánicas a la tumultuosa y refinada vida europea, cuanto ven aquí ha de parecerles sueño o enajenación. Algunos son moros, pero la mayoría son cristianos. Todos ellos demuestran en su potente musculatura el vigor de aquellas nobles razas, más bien dominadas por la constancia que por la fuerza. Los filipinos y carolinos veneran el nombre de España, a quien llaman Castilla, y su más ardiente deseo es ver a la reina, a quien suponen quizás rodeada del aparato y magnificencia de los monarcas orientales. Son de trato suave, de mirada dulce, fáciles a la amistad, leales, y amantes del trabajo. Las mujeres se atavían con vistosos chales rameados y se llenan la cabeza de flores. Los joloanos visten más a lo moro. En cuanto al color no todos presentan el mismo tipo; pero en los demás rasgos etnográficos se manifiesta claramente la unidad de raza.

La comisión organizadora de la exposición ha dispuesto que no estén encerrados en el local de esta, y que se distraigan y asistan a los teatros, también con objeto de que el público vaya saciando poco a poco su curiosidad. El espectáculo teatral les produce una admiración que raya en el éxtasis. Las mujeres, principalmente, parecen experimentar una felicidad increíble, los actores les parecen seres sobrenaturales, la música y el canto les trastornan el juicio. Hembras y varones expresan su admiración con ingenua franqueza, no recatándose de lanzar gritos, y de reír de la manera más selvática.

También han venido a la exposición remesas de animales vivos y de plantas. De todo esto hablaré en tiempo oportuno, pues los trabajos de instalación no están muy adelantados, y la inauguración no ha de verificarse antes de los primeros días de junio.

La exposición de Bellas Artes, que se celebra cada tres años, es siempre muy interesante, y ahora despierta gran curiosidad. Estos grandes certámenes de la pintura española, que se verifican aquí hace más de treinta años, han contribuido poderosamente al pasmoso desarrollo que el arte de Apeles ha tenido entre nosotros. El público demuestra viva afición a esta hermosa manifestación del genio nacional, y desde que las salas de cuadros se abren, los invade un gentío inmenso.

Pronto empiezan las discusiones sobre el mérito de las pinturas, y todo el mundo se aventura a dar una opinión. Este año, los cuadros están instalados en el magnífico y amplio local construido para toda clase de exposiciones por una compañía belga bajo los auspicios del Estado. Es un edificio vastísimo del cual hablaré más adelante. Nunca hemos visto la exposición de Bellas Artes tan bien instalada.

Dominan en el presente certamen los cuadros de grandes dimensiones. Casi todos los envíos de Roma son enormes, lo que prueba que la mayor parte de los artistas cultivan el arte por el arte, pues los lienzos desmesurados son de venta difícil. Solo los compra el gobierno cuando los compra. Las habitaciones modernas de los particulares, aun de los más

4 Aborígenes de la isla de Luzón.

ricos, no tienen capacidad para la colocación de obras históricas muy grandes. Como en todas las exposiciones pasadas, este año aparecerán algunos nombres nuevos, esperanza feliz del arte, y otros que eran oscuros, figuran ahora en los primeros lugares.

Es increíble el número de pintores que produce esta raza. En Roma viven centenares de ellos, aquí y en París otros tantos, y en todas partes se distinguen y ganan dinero, aunque no tanto como merecen. Cada año parece que aumenta la fecundidad de este país en el ramo de artistas dedicados a expresar la belleza plástica. Hay tanto y tan bueno, que ya para distinguirse es preciso desplegar facultades extraordinarias. Los que una vez obtie- nen las primeras medallas, no vuelven a presentarse ya, y sin embargo, en cada certamen aparecen obras sobresalientes: la historia, el género, el paisaje, todo florece por igual, y entodo se ven muestras admirables de progreso.

La exposición se abre el 21, y pienso ocuparme de ella en estas cartas con el detenimiento que tan hermoso asunto merece.

***

Ayer cumplió su primer año el niño rey don Alfonso XIII. La reina y sus hijos están en Aranjuez pasando la temporada de primavera. Anunciada la recepción oficial en Palacio, no pudo verificarse por una indisposición de la reina, que le impidió venir a Madrid.

Gran decepción para los *isidros,* que contaban ya con el paso de la familia real desde la estación de Atocha a Palacio, y con el desfile de personajes en las inmediaciones de este. La indisposición de la reina es leve; pero aun así no dejaron de hacerse los comentarios que son de cajón cuando se altera cualquier programa de cuya ejecución está pendienteel público. Según unos, su majestad no vino por temor a una trifulca, según otros porqueel gobierno determinó que no viniese para impedir que en el acto de la recepción se manifestasen por medio de demostraciones más o menos correctas, las discordias que en la oficialidad del ejército han producido las reformas del general Cassola.[5] Todo esto es una pura patraña. Cierto que entre las llamadas armas generales, o sea infantería y caballería,y las especiales, que componen los artilleros, ingenieros y Estado Mayor, se ha despertado una sorda enemiga, a consecuencia de la supresión del dualismo en los proyectos del ministro de la Guerra, y de la modificación que en los mismos reciben los cuerpos especiales. Los partidarios de las reformas imaginaron dar banquetes en obsequio al ministro de la Guerra; pero éste los ha prohibido. La excitación ocasionada por los proyectos no es tanta como quieren suponer los que se pasan la vida soñando con trapisondas y dificultades, y quieren que haya tiros a todas horas del día.

Las reformas militares son, no obstante, un asunto que despierta gran interés. Sostienen personas entendidas que todos los proyectos presentados por el general Cassola son aceptables; y que si adolecen de alguna imperfección esta es de fácil remedio. El servicio militar obligatorio es medida de justicia. En la práctica ha de ofrecer dificultades ciertamente; pero hay que afrontarlas con ánimo y resolución. Mayores obstáculos encontrará quizás la organización del Estado Mayor General, la forma de los ascensos y todo lo que afecta

5 Véase la Carta anterior.

al porvenir de la carrera militar, pero toda reforma que ataca las rutinas inveteradas es de difícil y peligroso planteamiento. Por lo común estas reformas que acaloran los ánimos suelen ser las más necesarias. Ahora lo que da materia a todas las conversaciones es si las reformas militares se discutirán o no en lo que queda de legislatura, de aquí a las vacaciones de verano.

Los íntimos del general Cassola sostienen que este se retira del gabinete si sus planes no son aprobados por las Cámaras antes del verano. Pero el tiempo, ley de las leyes, y dueño de todas las cosas, asegura que es materialmente imposible que los deseos del señor ministro de la Guerra se realicen. En los días que restan de legislatura, apenas hay margen para que se discutan los presupuestos y leyes anexas, cuya aprobación ha de verificarse antes del primero de julio.

Aun poniendo sesiones dobles, no es fácil que haya espacio para ninguna ley además de las de presupuestos, porque los conservadores emplearán el sistema obstruccionista en contra de las reformas de Guerra. Con obstruccionismo, los debates se prolongarían sabe Dios hasta cuándo; de modo que el general Cassola no tiene medios hábiles de llevar a la práctica su pensamiento en esta temporada. ¿Pero cumplirá con todo rigor su emplazamiento, rebelándose contra la ley del tiempo y poniendo fin a su existencia ministerial por una contrariedad que más que de los hombres depende de lo que es superior a las intenciones humanas? No lo creo. El general Cassola, talento organizador, temperamento enérgico y frío, sabe apreciar las circunstancias y ajustar a ellas los hechos.

Todas las dificultades son reductibles en el orden civil; todas son de penosa solución en el orden militar. Tratándose del ejército, tal como lo tenemos en nuestro país, los granos de arena se vuelven montañas. ¡Qué será, cuando las cuestiones no son granos de arena! El ejército es organismo tan delicado y complejo que la menor cosa se trastorna y aumenta considerablemente el rozamiento de sus más ajustadas piezas. Con lo tocante a cosas militares, toda precaución es siempre poca, y cualquier aspereza infunde miedo. Pasa lo que con un cuerpo o persona de muy malos humores y de viciosa sangre; que basta la aparición de un grano en la epidermis para que se le tenga por un síntoma de profunda y mortal revolución patológica y se convoque inmediatamente a todo el protomedicato.[6]

Si no fuera por los problemas militares, la existencia del gabinete liberal presidido por el señor Sagasta sería una existencia plácida y tranquila. Ninguna clase de dificultades le estorban; sus enemigos están fatigados y deshechos; los que han de ser sus sucesores no muestran impaciencia; los republicanos carecen de fuerza. Va realizando lentamente pero con firmeza el partido liberal el programa a que debe la organización que hoy tiene y que justifica su dominación. Nada le falta; pero cuando todo marcha con tan venturosa regularidad, parece que el demonio lo enreda, no falta nunca un entorpecimiento emanado de la institución militar. Cuando no es una cosa es otra, y si no es un acto de indisciplina es dificultad nacida de la precisión de reformar y de los rozamientos y agravios que despierta toda reforma.

6 *protomedicato*: 'tribunal de médicos del rey'.

Han concluido en el Congreso las discusiones del jurado, institución muy combatida de los conservadores, apoyada con calor por todo el partido liberal y por los republicanos. Ya se estableció el jurado en España en los tiempos revolucionarios, y sus resultados no fueron muy brillantes, no precisamente por falta de criterio en los veredictos, sino por la viciosa organización que se le dio, sobre todo en la parte referente a elección de juradosy al modo de reunirse. De aquí que la institución cayera en gran descrédito, y que haya tardado tanto en ser restablecida. El partido liberal escribió esta reforma en su bandera,y la ha llevado a la práctica, venciendo los obstáculos parlamentarlos que se le ofrecían. Ahora empezará la discusión del nuevo Código Penal mientras el jurado se discute en la Alta Cámara. En esta han terminado los trabajos de la *Trasatlántica* que será ley dentro de pocos días.

El concurso para el arrendamiento de tabacos se verificará el 4 del próximo junio.[7] Concurre a él una sociedad formada por el Banco de España, y en la cual están interesadas las firmas de Weissweiller y Baüer, de Urquijo, Comillas y otros capitalistas de gran respetabilidad.[8] Esta poderosa empresa se hará cargo en el próximo año económico de la explotación de un ramo que el Estado explotaba por sí luchando con los inconvenientes que lleva en sí todo negocio industrial en manos de la burocracia. Es el negocio más considerable en que una empresa particular puede interesarse, y bien administrado y dirigido, las ganancias pueden ser enormes. El consumo de tabaco en la península es tan grande que, a pesar del contrabando, el Estado realiza pingües beneficios. Si la empresa explotadora, organizando las elaboraciones mejor de lo que ahora lo están, y montando con mayor perfección el servicio de vigilancia, consigue matar o por lo menos disminuir el contrabando, hará un gran servicio al país, mejorará la Hacienda y *se pondrá las botas*, como vulgarmente se dice.

B. PÉREZ GALDÓS

83

LP, 21/7/1887

SUMARIO: La exposición de Bellas Artes —Dificultad de acierto de los juicios. —Compa- ración de este certamen con los anteriores. —Aparecen nuevos nombres. —*La naumaquia* de Villodas —La pintura arqueológica —Rutinas académicas —Horror de los artistas a lo contemporáneo —*La visión del Coloseo* de Benlliure —Pintura fantástico-religiosa —*Entrada de los bárbaros en Roma*, de Chees —*El saco de Roma*, de Amérigo —*El entierro de Cristo*, de Sorolla —*La bendición de los campos*, de Viniegra.

Madrid, 14 de junio del 1887.

7 Véase 75.

8 La *sociedad*, legalmente constituida después del concurso, era la CAT (Compañía Arrendataria de Tabacalera).*

Señor Director:

Si me he retrasado un tanto en escribir a usted sobre le exposición de Bellas Artes, no me arrepiento de ello, pues no son de mi gusto los juicios fundados en las primeras impresiones, y los que habría hecho en los días en que se abrió al público este hermoso certamen, habrían pecado de ligeros y precipitados. En arte hay que proceder con mucha calma, y pensarlo mucho antes de expresar una opinión sobre punto tan grave como es el trabajo del artista. Conviene poner en cuarentena las primeras emociones que los cuadros producen y someterlas a un procedimiento depurativo. Mil y tantos lienzos hay en la presente exposición. En los primeros días, era de todo punto imposible hacerse cargo de los que sobresalían en este maremágnum. Ya parecía que los sobresalientes eran pocos, ya que eran muchos. Diríase que la vecindad de lo bueno mejoraba lo malo, o por el contrario que la vecindad de lo desacertado arrojaba cierta sombra sobre lo superior. Pero al fin, visitando las salas de la exposición uno y otro día, se llega a formar un juicio, sino exacto, aproximado a la verdad. Viendo y comparando, se destacan del maremágnum las obras verdaderamente notables, y lo demás se oscurece y se pone en segundo término, hasta que al fin escapa a nuestra atención.

Considerada en conjunto, la exposición de 1887 es una de las más fecundas que se han celebrado desde que estas solemnidades artísticas existen aquí. He visto todas las que se han sucedido desde hace veinte años, y aunque en casi todas hemos podido admirar algún cuadro de mérito excepcional y superior, en ninguna ha aparecido cantidad tal de obras notables. Y hay que considerar también que si en las exposiciones sobresalieron ciertas y determinadas obras, consistiría tal vez en que estaban rodeadas de la inferioridad, y esto no pasa hoy. El carácter de esta exposición es la disminución de la inferioridad, de lo que resulta que lo bueno no tiene tanto fondo oscuro sobre qué destacarse. Algunas obras quizás, (digo algunas, no todas) de las que en exposiciones pasadas descollaron como la palmera entre las matas, no descollarían tanto ahora, porque las palmeras no son una sola, y no hay tanta extensión de monte bajo.

Como siempre, en este certamen no aparecen los que en los anteriores obtuvieron los primeros puestos. Comúnmente, los maestros, una vez ganada la palma, dejan de con- currir a la liza, de modo que el catálogo de 1887 nada dice de Pradilla, Ferrant, Moreno Carbonero, Luna, Palmaroli, Vera, Sala, Domínguez, Plasencia, y si menciona a alguno como Domingo y Marqués, Muñoz Degrain y otros, estos solo presentan obras de poca importancia, fuera de concurso. En cambio de esta ausencia de los que ilustraron las pa- sadas exposiciones, aparecen en esta nuevos nombres, artistas ya conocidos por trabajos modestos, pero que no habían conquistado aún un nombre. Entre los más notables, hay quien figuraba en la exposición pasada en tercera fila, manifestándose como una esperan- za; otros hay cuyos nombres suenan ahora por primera vez. Pero de tal modo cunde en España la afición a la pintura, y tales aptitudes se manifiestan de día en día, que pronto ha da ser difícil hacer cuenta cabal de los artistas que tenemos, y la abundancia extraordinaria de aquellas aptitudes hará penosa la vida de los mismos.

***

El cuadro de que más se ha hablado ahora, aun antes de que la exposición se abriera, es la *Naumaquia* de Villodas, asunto romano, un combata naval en un inmenso estanque, diversión del tiempo de Augusto.[1] El artista ha expresado el momento en que son aclamados los vencedores, al pasar la nave victoriosa frente al palco imperial y a las damas romanas. La importancia principal de este hermoso lienzo consiste, a mi modo de ver, en que en él ha iniciado Villodas una tendencia que si prevaleciera, sería eficacísima para la pintura española en su reciente florecimiento.

Refiérome al predominio del dibujo y de la ciencia pictórica, mayormente en la parte anatómica. Hay que convenir en que nuestra moderna escuela colorista se descuida algo la línea. Villodas parece emprender otro camino, y es un dibujante de primera fuerza, que revela concienzudos estudios. Para llegar a las cimas del arte se necesita trabajar mucho, y templar la inspiración con la paciencia. No se sorprenden los arcanos de la naturaleza en un santiamén. La línea es rebelde, y se escapa a la persecución del artista que intenta fijar en al lienzo sus airosas proyecciones. El sentimiento colorista es más fácil de cultivar que el sentimiento y asimilación de la línea, porque esto exige largas prácticas a que no suele prestarse la impaciente juventud de nuestros días. En este concepto merece la *Naumaquia* el primer puesto que le asignó el jurado. Es un cuadro es cierto modo clásico, pero sin la dureza y sequedad que suele caracterizar a la pintura que vulgarmente merece aquella denominación. Entre estas figuras y los romanos de los discípulos de David hay mucha distancia.[2]

El grupo que tripula la nave victoriosa es hermosísimo, el aspecto total lleno de propiedad y de esa verosimilitud relativa y convencional que nos suministran la lectura histórica y los relatos de la antigüedad pagana. Por lo demás, estos asuntos, aun estando muy bien ejecutados interesan poco en nuestros días. Los artistas no quieren comprender una cosa, y es que el público no se entusiasmará nunca de verdad sino con aquellos asuntos de una autenticidad fácilmente comprobable, y que el gran arte ha sido siempre, en las épocas más brillantes, la reproducción de la vida contemporánea del artista, pues los dioses mayores aun cuando pintaban asuntos religiosos, pintaban su propia época más o menos ligeramente disfrazada.

Otras veces he expresado mi opinión contraria a lo que pomposamente se llama *pintura de historia.*[3] El convencionalismo académico ha establecido que la historia es el *súmmum* de la pintura, encarrilando a la juventud por un sendero equivocado. Con este criterio, hemos llegado a una verdadera peste de *muertes de tal o cual* rey, de *cadáveres de reinas*, de *entradas triunfales* y de otros asuntos en los cuales hay que creer al artista bajo su palabra, pues no nos consta que sea verdad una gran parte de lo que se nos representa. Y si el asunto histórico escogido es casi nulo, a pesar de los esfuerzos del artista por procurarse los chirimbolos con cuya copia ha de construir su altarcito rudimentario, arqueológico y de *bric-á-brac.*[4]

1 El título completo del cuadro es *Victuribus gloria. Naumaquia en tiempos de Augusto.*

2 Jacques Louis David, fue el pintor más influyente del academicismo neoclásico francés a lo largo de todo el siglo XIX.

3 Por ejemplo, en 13 y 14.

4 *de bric-á-brac*: galicismo, 'colección de poco valor, colección de chucherías'.

Digo esto a propósito de la *Naumaquia*, porque reconociendo que el cuadro revela un gran talento y está muy bien pintado, no acabo de convencerme al verle, ni siento ante él la emoción que una gran obra de arte debe producir. Está muy bien, y lo que se ha que- rido expresar sería tal, y cómo se ha expresado; yo le admiro y deploro al mismo tiempo que el señor Villodas se haya quemado las cejas por averiguar cómo eran las naves deaquel bárbaro; y admirando la habilidad del artista y su paciencia, deploro también que estas dos cualidades y su firmeza de dibujo y su destreza en la composición no hayan sido empleadas en un asunto que yo pueda sentir y comprobar por mí mismo, en un asunto derivado de esta vida que nos rodea y a la cual pertenecemos por nuestras ideas y nues- tros sentimientos.

Todos los artistas contemporáneos a quienes se hace este argumento, contestan mostrándose en conformidad con él *en principio.* Pero enseguida empiezan las dificultades No hay medio de *pintar* levitas… Creo que las ropillas del tiempo de Velázquez debieron de ser consideradas por los partidarios de los *paños* como la cosa más vulgar y prosaica del mundo.[5] Sin embargo Velázquez las pintó. ¡Qué es difícil encontrar el lado artístico e ideal de la vida moderna! Ya lo creo que es difícil, ¡y tan difícil!… Pero el que descubra este continente ignorado, hundirá en los abismos del descrédito a todos los romanos y romanas, a todos los reyes moribundos y reinas putrefactas, y la llamada pintura histórica se quedará para recreo de los académicos.

***

La *Visión del coloseo* es otros de los cuadros que más han dado que hablar en esta exposición, y sin duda uno de los de mayor tamaño. Pertenece al género fantástico, y en él ha desplegado su autor, Benlliure, sus grandes facultades imaginativas. En la soledad y tinieblas de la noche las almas de los que perecieron por la idea cristiana en la sangrienta arena del coliseo acudan vestidas de experiencia mortal a recorrer las pavorosas ruinas. Un santo, poco conocido en nuestros almanaques, san Almaquio, es el que hace la convocatoria según la tradición. El inmenso cortejo atraviesa el circo y se pierde en una nube. Mártires, anacoretas, vírgenes y todo el santoral desfilan formando como una nube de personas, algo semejante en sus vagos extremos a esas nubes de langostas que asolan los campos. Luces y claridades fosforescentes iluminan la escena de esta fantástica y colosal aparición. En el grupo de santos que en primer término se ve, hay actitudes acertadísimas y figuras de expresión admirable. El cuadro todo, por lo atrevido de la concepción, por el desenfado con que el artista ha vencido las dificultades de una obra de esta clase, por los picantes efecto de claro-oscuro que hay en él, y por la poderosa fantasía que revela, produce viva seducción en el público, y siempre hay delante de él un verdadero gentío.

Digo del género fantástico lo que del arqueológico, que es muy bueno y todo lo que se quiera; pero a mí no me convence. En esto sin embargo, hay que dejar a un lado las aficiones personales, y aceptar a cada artista tal como es, con sus aptitudes y sus defectos.

5 *levitas* se utiliza aquí como ejemplo de prenda masculina común y contemporánea, como las *ropillas* (véase 31, n. 7) en tiempos de Velázquez o los *paños*, 'túnicas', en tiempos greco-romanos.

En arte, no se puede renegar de nada, ni levantar la bandera de un criterio exclusivo e intolerante. Acepto pues la *Visión del Coloseo* y admiro de todo corazón a su inspirado autor, participando en esto con buena voluntad de la simpatía que personas de todas clases, doctas e indoctas, siente hacia este seductor cuadro.

Como composición fantástica, la obra de Benlliure es un prodigio, dentro de las falsificaciones de la realidad que nos ofrece nuestra imaginación, pues los éxtasis y delirios también tienen valor real en las funciones del cerebro; pero no veo tan claro el sentimiento religioso en aquellas masas de santos, que vuelan entre celajes oscuros con desorden semejante al de un aquelarre. Hay caras allí, soberbiamente pintadas, que dan al cuadro una impresión de sátira. Toda la composición paréceme a mí que tiene un tinte de herejía religiosa dentro de la más pura ortodoxia artística. Sea lo que quiera, la *Visión del Coloseo* es una de las joyas de esta exposición, y su autor uno de nuestros primeros pintores.

***

La entrada de los bárbaros en Roma, cuadro lleno de incorrecciones, es otro de los que más atrae al público. Este no advierte los defectos, que son muchos, pero comprende intuitivamente sus bellezas, y más que nada la felicísima composición del asunto. Aunque las incorrecciones fueran mucho mayores, el cuadro no perdería el mérito que le da la acertada exposición de la idea.

Aquella horda de salvajes que penetran en las avenidas de la gran ciudad, lanzando a la carrera sus caballos tan feroces y rudos como ellos; el desfilar de los invasores cargados de trapos por ante los elegantes pórticos y columnatas, el asombro y terror de las vestales que los ven pasar, son expresión muy feliz del pensamiento histórico que se ha querido representar.

Admirablemente concebido, el cuadro está ejecutado con una valentía que pasma. El autor, que es muy joven, no se ha parado en barras, y por dar la impresión de la carrera ha dado a algunos caballos actitudes inverosímiles. Uno de ellos, que tiene los cascos deformes, parece que va a saltar fuera del cuadro. Las caras de los bárbaros expresan la ferocidad, el apetito fiero del conquistador que se ha venido desde las estepas del norte al olor de la ciudad rica y espléndida. Lástima que haya tanta semejanza en las caras, indicando que para todas empleó el pintor el mismo modelo, o que las ha pintado de memoria. Este defecto de la pobreza de modelos es bien general hoy, que casi no es justo acusar al señor Checa, artista que empieza y que seguramente no tendrá medios de variar mucho sus modelos. En la *Visión del Coloseo* se advierte también la repetición de tipos; y lo mismo puede decirse, con raras excepciones, de todos los grandes cuadros contemporáneos.

El señor Checa, autor de *La entrada de los bárbaros en Roma*, promete mucho. Empezando por donde empieza, sabe Dios a dónde llegará.

***

El *Saco de Roma*, de Amérigo, es cuadro notable, muy acertado en la composición, dispuesta de una manera un poco teatral, como final de un acto de ópera, pero que tiene mucha vida, expresión e interés dramático. No sé si el señor Amérigo es joven o no;[6] pero ciertamente revela un gran dominio del pincel, señal de grandes aptitudes o de una larga práctica. La horrible mezcla de cómico y trágico que constituye la composición, la infame grosería de la soldadesca que profana el templo, la verdad con que están expresadas casi todas las figuras, la riqueza de trajes, la variedad de actitudes dan a esta obra un encanto tal, que las miradas se detienen largo tiempo en ella.

***

El entierro de Cristo, de Sorolla, es una interpretación originalísima y con marcado acento realista, de uno de los asuntos más antiguos que en el arte existen, pues desde que hay pintura en el mundo se ha expresado esta patética escena por artistas de todas las escuelas. Desde el flamenco Quintin Matsys al Tiziano y desde van Dick al modernísimo Ary Scheffer, es increíble el número de entierros de Cristo que se han pintado. En todos los museos de Europa se encuentran repeticiones varias de este asunto, habiendo entre ellas bastantes que son obras maestras.

Con tales antecedentes, Sorolla se había propuesto hacer un *entierro* original, y el conseguirlo es un mérito grande, aunque en el empeño tuviera que sacrificar el artista condiciones superiores a la originalidad. Lo más digno de admirar en esta obra es el tono general de melancolía, la atmósfera de tristeza que lo envuelve, la adustez siniestra del paisaje; sus figuras están pintadas con sobriedad quizás excesiva. Fuera del centro, todas ellas son siluetas no más que se destacan de la mancha violácea y pizarrera del fondo. Tal vez haya cierta afectación en el tono lúgubre que el pintor ha dado a su cuadro; pero como quiera que sea, el país agreste y sombrío, despojado de toda vegetación, la luz crepuscular, con cierto resplandor de llamas de alcohol, la sencillez con que están trazadas las figuras, dana este cuadro un sentimiento poético, que sería completo si en él no se hubiera sacrificadoun poco la verdad a la originalidad. La ejecución es elegante y suelta, abocetada hasta la exageración. Ha dado lugar a muchos comentarios la injusticia con que el jurado ha procedido en la clasificación de esta obra, pues bien merecía primera o cuando menos segunda medalla. Con asombro de todo el mundo, no ha obtenido ningún premio.

***

La bendición de los campos, de Viniegra, es un cuadro de los llamados de género, pero el artista ha roto la tradición de que las escenas no históricas sean representadas en pequeño, y ha dado a su lienzo las dimensiones que tendría si en él se pintara alguna barbaridad muy gorda, consumada por reyes o príncipes. Esto de los tamaños es, en el arte pictórico,

6 El título del cuadro es *Del saqueo de Roma*, y representa la devastación de la ciudad por las tropas de Carlos V en 1527. Su autor tenía entonces treinta y cinco años.

puramente convencional. Ha prevalecido entre la gente académica la idea absurda de que para merecer una figura los honores del tamaño natural debe estar empadronada en los manuales de historia, aunque en ella no haya hecho nada de provecho.

Los borrachos de Velázquez y sus admirables *Esopo* y *Menipo*[7] y los enanos son de tamaño natural, y no se dice nada de ellos en el terreno de la vida efectiva. Verdad es que si se abre mucho la mano en esto del tamaño natural, vendrá una época de lamentables abusos y el último de los pintores se creerá rebajado de talla si rebaja la de sus figuras. De todos modos, es de alabar que Viniegra haya expresado su asunto en dimensiones grandes. El verdadero tamaño lo da la ejecución, y en tal concepto, el artista ha sabido vencer la dificultad de agrandar la tela.Ha obtenido una de las primeras medallas.

En mi próxima carta continuaré describiendo lo más notable de esta interesantísima exposición.

B. PÉREZ GALDÓS

84

LP, 31/8/1887

SUMARIO: Excusas —La exposición de Filipinas: los igorrotes ante la reina regente —Productos filipinos; el tabaco y el abacá —Condiciones económicas del tráfico de estos artículos —La cuestión del alcohol —Conflictos posibles —Política al uso —Los *reformistas* y sus amenazas —Cambio profundo en la opinión del país —Los revolucionarios de oficio —Reformas de ultramar.

Madrid, 29 de julio de 1887.

Señor Director:

Es muy sensible para mí tener que acusarme de retraso en el envío de mis correspondencias; pero la confesión de la culpa disminuye hasta cierto punto la responsabilidad, y si añado que el motivo de mi tardanza ha sido la aglomeración de tareas literarias, que en esta época del año suelen ser más apremiantes que en otras, creo que tengo mucho adelantado para alcanzar la indulgencia de mis lectores, y un veredicto favorable de mis compañeros en *La Prensa*.

Aunque al público no le importe saber que el que esto escribe está más o menos abrumado con las fatigas de su oficio, quiero yo sincerarme en estos términos, porque me enfadaría que me supusiesen mano sobre mano durante el no pequeño plazo de interrupción epistolar. Es el caso que cuando uno ha contraído con el público el compromiso de dar un tomo o más en determinado tiempo, difícilmente puede eludirlo, y los que vivimos de las letras lo pasaríamos muy mal si lo eludiéramos. En resumidas cuentas, de la detención de esta carta tiene la culpa el cuarto tomo de una novela que debió publicarse en junio, y por fin, forzando un poco la máquina, ha salido en los últimos de julio, con más regocijo

7 *Los borrachos* fue pintado en 1629. *Esopo* y *Menipo* en 1640.

mío que de los lectores, pues, hablando con verdad, deseaba ardientemente escribir la última página de aquella obra.[1] Ya la escribí, a Dios gracias, y vuelvo a mi paso ordinario, apresurándome antes de emprender la excursión de verano que me sirve de descanso y esparcimiento del ánimo, a pagar parte de la deuda que con *La Prensa* tengo contraída.

***

Empiezo por recordar que se dio por terminada la exposición de Bellas Artes sin que yo concluyese por enumerar todas las obras dignas de elogio y mención que en ella había; pero como me ocupé extensamente de lo más notable, creo que mi falta no es grave, y paso a otro asunto. Felizmente tengo dónde escoger sin salir del terreno de las exposicio- nes, porque la interesantísima de Filipinas está abierta aún, y debo consagrarle parte de esta carta.

Ya dije en una de mis anteriores que los organizadores de esta exposición habían dispuesto que fuese *al vivo*, es decir, que no creían poder desarrollar ante los ojos de los europeos el panorama grandioso de la riqueza filipina sin traer acá ejemplares de naturaleza viva, comprendiendo entre ellos al hombre.

Lo más curioso de la exposición es el personal, esos modelos humanos de las nobles razas igorrotes y joloanas,[2] sometidas a la bandera de Castilla. Con los indígenas han venido también culebras y alimañas de todas especies y admirables tipos del reino vegetal. De la riqueza presentada en sustancias alimenticias y textiles, en maderas riquísimas y en minerales, no puede darse idea en poco espacio. Pero lo que principalmente atrae al público es la ranchería igorrote, una pequeña aldea construida por los indígenas en la arquitectura primitiva con tal propiedad que cuantos han estado en Filipinas reconocen que se ha trasladado al Retiro un pedacito de la isla de Luzón. Allí aparecen las casas de los ciudadanos igorrotes, la del *gobernadorcillo* con el departamento en que administra justicia. Los indígenas están con los trajes excesivamente ligeros que en aquellas tierras tropicales usan; hombres y mujeres se dedican a sus faenas ordinarias de agricultura, hablan tagalo, celebran sus fiestas extrañas, causando la admiración del público con sus originalísimas danzas salvajes, y el sacrificio de víctimas (generalmente un cerdo) resto de los ritos mongólicos[3] que solo se conserva ya en las partes incivilizadas del archipiélago.

La propiedad del lugar, de los habitantes, de las fiestas y ceremonias se completa con la temperatura de treinta y seis o cuarenta grados, que en este mes de julio hace a la capital de España rival de los apartados dominios americanos y oceánicos. La exposición de Filipinas perdería parte de su encanto si la estación fuese menos ardiente de lo que es, y no nos achicharráramos contemplando la espléndida flora, la fauna interesante y la vigorosa humanidad de aquellos países que por tantos títulos nos pertenecen.

1 Se trata de la cuarta parte de *Fortunata y Jacinta*.*

2 *joloanas*: 'naturales de la isla de Joló' (Filipinas).

3 Los mongoles invadieron Filipinas en el siglo XIII.

La inauguración tuvo lugar en un día ardoroso con inmensa concurrencia de gente oficial y de personas invitadas. Hermoso espectáculo ofrecían los indígenas con sus pintorescos trajes, algunos en paños menores, tan menores que eran seguramente los mismos que usaban cuando Magallanes arribó a aquellas playas.[4] Algunos igorrotes ostentaban prendas del vestido europeo, pero tan ingenuamente combinadas con la indumentaria del país, que no se podía saber dónde acababa el salvaje y empezaba el hombre civilizado. Los joloanos eran los que vestían más al fresco, y sus fornidas espaldas y pecho enteramente desnudos mostraban el atlético vigor de la raza.

Lo mejor del espectáculo consistía en ver la impresión que hacía en el ánimo de aquellos infelices la persona de la reina regente , a quien no habían visto aún. Desde que se embarcaron en Manila soñaban con la ilustre persona que representa toda autoridad, figurándosela con los atributos que las razas incivilizadas dan a los soberanos, rodeada de esplendores casi sobrenaturales. La reina es para ellos, tan dóciles, tan sumisos a la autoridad, un ser superior, que ni en la apariencia debe ser como los demás. Ver a la reina y rendirle homenaje es para ellos el mayor de los honores, algo de inmerecido y de extraordinariamente solemne y hermoso que les compensa las fatigas del viaje, y ha de quedar grabado en su memoria mientras les dure la vida.

Formados en dos alas, los súbditos filipinos aguardaban la llegada de su majestad, y cuando vieron aparecer la corte, el lucidísimo acompañamiento de gentiles hombres y damas, cuando vieron los variados uniformes del cuerpo diplomático, con tal profusión de oro, tantas cruces de riquísimas piedras y tanto plumacho y colorines, creyeron sin duda que detrás vendría la reina en palanquín, como traen a Selika en *La africana*,[5] vestida como un ídolo y cubierta de los pies a la cabeza de piedras preciosas.

Así, cuando vieron aparecer aquella señora vestida de luto sin más atavío que su exquisita elegancia, cuando vieron que no iba en palanquín ni en carro de nácar, sino que andaba por su pie no llevando corona ni brazaletes ni plumas y descollando por su extremada sencillez en el grupo espléndido de la corte, se quedaron pasmados y fríos, como quien se ve chasqueado en su ilusión, y no daban crédito a sus ojos. Por un momento el rostro de aquellos inocentes amigos de España expresaba el desencanto, y si en algún momento se atrevieran a hablar, alguno habría dicho: "Nos han engañado". Pero pronto se rehicieron sometiéndose a la realidad. El estruendo de la música tocando la marcha real, y el acatamiento que a la persona de la reina se prestaba, les hicieron comprender que en Europa puede el poder supremo estar representado por la gracia, la belleza y la debilidad, sin que nadie eche de menos la fuerza y la robustez de los caciques salvajes. Cuando doña María Cristina se dirigió a ellos y les habló, los filipinos se pusieron de rodillas y de rodillas se hubieran estado todo el día si no se les mandara levantar.

***

4 *Magallanes* descubrió Filipinas en 1521.

5 Véase 7, n. 9.

Dos grandes riquezas poseen las islas Filipinas: el tabaco y el abacá.[6] De ambos vegetales ofrece la exposición abundantes y variadas muestras. La elaboración del primero se hace a vista del público por obreros indígenas traídos con este objeto. El tabaco filipino es flojo, un poco insípido, y los fumadores lo encontramos muy inferior al cubano; pero la baratura le asegura un consumo inmenso en todo el mundo. El Estado lo adquiere en España para sus fábricas en cantidad considerable, y cuando se decretó el libre cultivo en el archipiélago, se formó una poderosa sociedad para explotar esta industria. La producción es inmensa. En cuanto al abacá, pocas materias textiles se conocen de tanta importancia industrial. Inglaterra lo emplea en gran cantidad en la elaboración de alfombras, y solo este artículo da margen a un importante comercio. Por desgracia para nosotros, los transportes del abacá han estado casi exclusivamente monopolizados por la bandera inglesa, que se ha hecho dueña de todo el comercio en los mares de la China. La baratura de los fletes es tal, que no hay competencia posible con ella. Hasta hace muy poco tiempo la tonelada de carga puesta en Liverpool costaba mucho menos que puesta en Barcelona, y ha sido preciso que el gobierno auxiliara a las empresas navieras con fuertes subvenciones para que nuestras tarifas resistieran la competencia de las extranjeras. Aun así, los vapores correos no podrían realizar sus viajes si no arrancaran de los puertos ingleses, volviendo a ellos con la parte principal del cargamento. El azúcar es otra de las riquezas de Filipinas; pero el tráfico de este artículo no ha podido eximirse de la crisis que está pasando la producción azucarera de los países coloniales a causa de las potentes industrias establecidas en Europa, ya para la elaboración, ya para el refino de las materias sacarinas. En Filipinas como en Cuba y Puerto Rico los rendimientos del azúcar son escasos, y los precios cada día más bajos. Filipinas lucha además con la distancia que encarece los fletes, y con lo rudimentario de sus procedimientos industriales. En aquel país no se han introducido aún los perfeccionamientos de la maquinaria moderna, y además los transportes interiores dejan mucho que desear. Mientras aquel país no abandone las rutinas en que vive, es imposible que se desarrolle la gran riqueza que su suelo atesora. De tales rutinas tiene gran parte de la culpa nuestra Administración, bastante complicada y suspicaz, el sistema de colonización seguido con aquel archipiélago, cuyos progresos son tan inferiores al de las vecinas colonias holandesas e inglesas.

Hoy la concurrencia industrial es de tal naturaleza que la nación que no hace grandes esfuerzos para seguir la corriente, se queda atrás, a una distancia que crece de día en día. Alemania protegiendo hábilmente sus industrias por medio de primas, se apodera de toda aquella parte del comercio universal que no está en manos de los ingleses. Muy pronto, si esto sigue así, todo el tráfico de América, África y Oceanía se repartirá entre los dos colosos sajones, y los demás países se contentarán con las sobras si es que se las dejan.

En estos días, precisamente, se agita en España una cuestión que puede producir algún disgusto serio, si Dios no lo remedia. Sabido es que Alemania con su inmensa producción de aguardientes industriales obtenidos de la patata, del maíz y otros vegetales, ha perjudicado de un modo considerable la producción alcohólica de todos los países, y singular-

6 'planta tropical, variedad de plátano, de cuyas hojas se obtiene una fibra textil'.

mente del nuestro. En España entran anualmente cantidades enormes de alcohol alemán, que se emplean en la preparación de vinos y licores con grave daño de la salud pública, pues el alcohol amílico, si no es venenoso, poco le falta para serlo.[7] Y al daño que causa la enorme importación de aguardiente alemán hay que añadir el descrédito de nuestros vinos, que con aquella sustancia se encabezan.

La baratura enorme, casi increíble, de los aguardientes alemanes, es un fenómeno industrial que casi nadie acierta a comprender. Consiste aquella baratura en una combinación habilísima de trabajo realizado entre el agricultor y el fabricante, combinación mediante la cual las primeras manipulaciones para obtener el zumo alcohólico las hace el labrador, quedándose con el residuo que le sirve para alimentar su ganado. Repartidas de este modo las operaciones, y dueño el agricultor del residuo, puede el industrial adquirir el caldo de la patata a precio ínfimo y obtener los aguardientes a precios que resultan inverosímiles.

A estas ventajas se une la no menos grande de las primas que el gobierno alemán da a la exportación. Y ahora en vista de la cruzada que en España se ha levantado contra los alcoholes alemanes, las primas se aumentan y la invasión sigue. El sistema empleado aquí últimamente para contener dicha invasión consiste en denunciar y decomisar todos los licores preparados con alcohol amílico. Los laboratorios municipales no cesan de analizar los innumerables brebajes que se expenden por ahí, y como casi siempre se encuentra en ellos alguna sustancia que la higiene reputa nociva, resulta una perturbación grave que puede tener consecuencias lamentables. Alemania en tanto se queja de que se viola el tratado y de que se hace a sus productos una guerra de mala fe. De aquí puede resultar la segunda edición de lo de las Carolinas,[8] si el gobierno no procede con pulso y habilidad. Porque muy bien podría suceder que el furor sanitario cometiera excesos en las localidades pequeñas y aún en las grandes, y que los camorristas tomaran por pretexto el alcohol amílico para hacer de las suyas.

***

Hablaré un poco de esta singular política de verano, con Cámaras cerradas y dispersión de oradores. En esta época la política se vuelve novelesca, y vive de la imaginación. Por aquello de que *el diablo, cuando no tiene que hacer…* etc., los periodistas necesitan inventar una crisis todos los días para poder vivir.[9] Si no fuera por las soñadas crisis, los periódicos se caerían de las manos, y no falta quien sigue al fatigado ministro a los baños, le espía, observa si el médico le toma el pulso una o muchas veces, para deducir de aquí que el estado de su salud no es bueno, y que tiene que dimitir dejando un hueco en el gabinete.

Pero lo mejor de la temporada en el concepto de rarezas políticas es la actitud de los llamados *reformistas*, partido nuevo y por tanto fogoso, que nació hace algunos meses y

7 `pentanol´, compuesto orgánico incoloro que, en su forma pura no es tóxico, aunque en los productos impuros sí lo es.

8 Véanse 44, 45 y 47.

9 Lo mismo comentó el año anterior en 65.

ya quiere el poder.[10] Compónese esta inquieta agrupación de los descontentos del partido liberal que se separaron de este por poco avanzado y de los descontentos del partido conservador que lo abandonaron por poco retrógrado. Uniéronse despechados, y ahora dicen que el país se desquicia y las instituciones se hunden si no son ellos llamados a gobernarnos. Lo más singular es que un día hacen alarde de sentimientos monárquicos y de adhesión a la persona que simboliza el poder supremo, y al siguiente amenazan con sublevar al ejército si no se les entrega inmediatamente el gobierno. Tan pronto se manifiestan furiosos demócratas simpatizando con los republicanos, como les anuncian pomposamente que los ametrallarán sin compasión. Su política parlamentaria consiste en estorbar las tareas legislativas impidiendo al partido liberal cumplir su programa. Es la representación exacta de todos los resabios tradicionales de nuestra política. Y aunque en rigor de justicia debe reconocerse que los procedimientos políticos empleados por los *reformistas* tienen poca novedad y han sido arma común de todos los partidos españoles para conquistar el poder, también es cierto que nunca se había manejado este arma con tanta desenvoltura ni con menos razón. Porque llamarse desheredados los *reformistas* que ayer, como quien dice, aparecieron en la vida pública, es cosa que mueve a risa. Y ser pregonero de este desheredamiento y orfandad el señor Romero Robledo que del 68 acá ha sido ministro ocho años casi consecutivos, también es cosa que no puede tomarse en serio.

Es ya manera antigua entre nosotros anunciar grandes catástrofes, si no son llamados al poder tales o cuales hombres. El país, por lo general, no se cuida de ellos para nada, ni le importa que suban o bajen o se estén quedos. Aquella gran fuerza de opinión del partido progresista entre los años 60 y 68,[11] aquella poderosa concentración de creencias no se ha vuelto a repetir, ni la escéptica generación contemporánea se prestaría a darle calor. Hoy el divorcio entre el país y los políticos se acentúa de día en día, y cuando un grupo cualquiera, aunque se componga de hombres de valer, invoca como razón de su existencia el apoyo de la opinión pública, solo consigue deslumbrar a unos cuantos ilusos. Los que verdaderamente dan calor y apariencias de vida al grupo son los cesantes del mismo que aspiran a ser colocados nuevamente, o los que habiendo sido caciques en los pueblos pretenden volverlo a ser. Estos son los que claman al cielo diciendo que el país va derecho a la ruina si no le dan la credencial a *don fulano* y si no recobra su influencia *menganito*, el ex influyente de Polvoranca o Daganzo de Arriba.[12] Por supuesto que el sistema, por lo mismo que no tiene base, está cada día más desacreditado. La verdadera opinión muéstrase desdeñosa con estos anuncios de catástrofes y lo que desea es que la dejen en paz.

***

Es digno de fijar la atención el descrédito en que han caído bruscamente los problemas políticos y aun los filosóficos. Solo los económicos y de interés social acaloran los ánimos.

10 Véase 78.

11 Es decir, los años previos a la revolución de Septiembre o del *68*.

12 Ambos municipios de la provincia de Madrid.

Los pueblos creen haber conquistado la libertad, y como esta no ha mejorado las condiciones de su existencia, como las clases llamadas desheredadas han visto que la panacea de la libertad ha resultado un tanto ilusoria, ya ninguna cuestión política halla calor en las multitudes. Bien puede asegurarse que no hay ciudadano alguno europeo, como no sea en Rusia, que se resigne a perder una sola gota de sangre detrás de una barricada.

En el orden económico también es de notar cómo pierde terreno la doctrina del libre cambio, aun en la misma Inglaterra, madre y apóstol de esta idea. Yo recuerdo el tiempo en que todo anuncio de trastorno o de *jarana*, como entonces se decía, eran recibidos con júbilo por la mayoría de los españoles. Parece mentira que esto haya sido así; pero no hay duda de que así fue, y los que vivieron en la época precursora del 68 lo recordarán seguramente. Las noticias malas de orden público eran oídas como oyen los labradores en tiempo de sequía el anuncio de lluvia, y se esperaba un motín como agua de mayo. Pero las cosas han variado profunda y radicalmente, y hoy las *jaranas* han perdido el favor de la opinión como esos dramas de un género pasado de moda, que antes gustaban en las capitales y ahora no se representan ya ni en las aldeas por compañías de aficionados.

Esto no quiere decir que esté completamente extendida y arraigada entre nosotros la religión del orden público. No; todavía hay quien se pasa la vida soñando con trastornos, prediciéndolos o inventándolos; también hay quien de ellos vive y quien los explota para vivir como otra industria cualquiera. Pero estos tipos van escaseando, y el oficio tiene ya más quiebras que ventajas. Como negocio, salvo muy contadas excepciones, la industria revolucionaria ha llegado a un periodo tal de decadencia, que es punto menos que imposible comer de ella.

***

Las disposiciones del ministro de Ultramar suprimiendo los derechos de exportación del azúcar de Cuba y Puerto Rico remediarán sin duda en alguna parte la grave crisis que atraviesan las Antillas. Si a esta medida acompañan otras que alivien los insostenibles presupuestos de aquellas colonias, la situación puede irse conllevando hasta que vengan días mejores. El problema antillano es quizás el más delicado que el gobierno español tiene ante sus ojos, y ha menester este de gran prudencia y tino para no verlo trocado de la noche a la mañana en un rompecabezas insoluble.

B. PÉREZ GALDÓS

85

LP, 20/10/1887

SUMARIO: Un español fuera de España —Holanda —Su originalidad —Singularidad del terreno —El mar, los diques y los canales —Lucha de los holandeses con el mar —Los *polders* —El aseo holandés —Causas naturales del aseo —Aspecto de las poblaciones —Policía urbana y privada —Nivel de cultura y bienestar —Ni opulencia ni miseria —Rotterdam —Su situación —Su aspecto —Belleza del paisaje —Originalidad de las construcciones y

de las prendas de vestir —La arquitectura —La Haya —Carácter aristocrático y sosegado de esta capital —Excursión a Scheveningen —Ámsterdam —Magnificencia y animación de esta ciudad —Inseguridad de su fundamento —Edificios notables —El jardín zoológico —Hoteles —Paseos por la ciudad —Encantos que encierra —Comercio de Ámsterdam —El café, el té y el tabaco —No fuméis tabaco de Holanda —Almacenes de brillantes.

Ámsterdam, 10 de septiembre de 1887.

Señor Director:

Creo que mis lectores no se enojarán si les escribo, durante una corta temporada, desde puntos tan distantes del que ordinariamente va estampado en la data de mis cartas. Pero estoy en la alternativa de escribir desde fuera de España o no escribir. No hay más remedio que emigrar al norte en la estación de los calores y yo he tomado el impulso, con tanta energía, que del primer salto me he venido a Holanda y desde Holanda dirijomi carta a la república Argentina, seguro que por poco interés que tenga ha de tenerlo mayor que el que en Madrid podría darle. Allá no pasa ahora nada de particular, y de loque ocurre habrá tiempo y ocasión de hablar más tarde, porque en España se repiten frecuentemente los sucesos, y lo que ha ocurrido este mes vuelve a ocurrir el próximo. El asunto del general Salamanca,[1] del cual habrá llegado a *La Prensa* alguna referencia, no tiene gran interés fuera de aquí. Es una cuestión puramente personal, que pierde su importancia allí donde no son conocidos los sujetos que en ella han intervenido. El viaje de la reina a San Sebastián y al País Vasco, centro del carlismo, tiene suma trascendencia, y pienso tratarlo desde España, pues aún he de llegar a la frontera pirenaica antes de que la regente marche a Madrid. Fuera de esto, nada ocurre en España digno de ser transmitido aAmérica. Aténgome, pues, a los recursos descriptivos de mi viaje y a las consideraciones que me sugiere, para cumplir mis obligaciones de corresponsal.

Holanda es uno de esos países que se conocen antes de visitarlos, por lo mucho que de ellos se ha escrito. Es sin duda la zona más original del norte de Europa, y esa misma originalidad descrita por tantas plumas y ponderada por los viajeros, enciende más los deseos de venir aquí. Yo conocía las provincias de Bélgica fronterizas de Holanda, y con esto y lo mucho que había leído del territorio neerlandés, me parecía que había de encontrar poca novedad. Así ha sido hasta llegar a Ámsterdam, ciudad originalísima que se sobrepone siempre a la idea que de ella se tiene.

Conocido es de todo el mundo el carácter peculiar del suelo de Holanda, nación formada de los aluviones del Rhin y del Mosa, y por consiguiente, completamente llano. Es una inmensa marisma que el trabajo y la perseverancia del hombre han convertido en una de las regiones más cultas y hermosas de Europa. El holandés, desde tiempo inmemorial, viene disputando al mar el terreno en que asienta sus viviendas, el suelo de sus campos.

1 En julio de 1887 fue nombrado gobernador militar de Cuba, nombramiento que se anuló el 22 de agosto, debido a sus declaraciones sobre la campaña de moralidad que emprendería embarcando para España a los empleados que esquilmaban la isla de acuerdo con sus protectores de Madrid. En febrero de 1889 volvería a nombrársele y ocuparía el cargo hasta su muerte en 1890.*

De esta titánica lucha son testigo los poderosos diques opuestos al empuje invasor de la mar, y el admirable régimen de canales, para utilizar las aguas como vía de comunicación o como barreras de defensa. El mar contenido por los diques, es el gran enemigo de los holandeses, y al propio tiempo, éstos, después de vencerlo, lo han hecho su esclavo, utilizando sus brazos como caminos para poner en comunicación todas las provincias holandesas entre sí. Holanda es, pues, una inmensa Venecia. Sus carreteras son canales y de un extremo a otro de la nación, los transportes comerciales se hacen por medio de la navegación. Buques de alto bordo penetran en poblaciones situadas a bastante distancia del mar, y mucho más adentro, a lo largo de aquellas inmensas praderas siempre verdes, veis fragatas y bergantines que han venido de Java con cargamento de azúcar y tabaco.

Los holandeses que no han salido de su país no han visto jamás una montaña. No se ve allí ni la más ligera ondulación del terreno. Parece que si se echara a rodar una naranja en las inmediaciones de Rotterdam, entre los brazos del Escalda y el Mosa iría corriendo sin parar hasta perderse en el Zuiderzee.[2] Lo maravilloso en este país es que hay ciudades cuyo suelo, en gran parte, está más bajo que el nivel del mar en mareas vivas y que se mantiene seco por la protección de los sólidos diques construidos en tiempos remotos y conservados con el mayor esmero. Si esos diques se rompieran, la parte antigua de Rotter-dam, Liden y Haarlem quedarían anegadas.[3] Este peligro, no obstante, se considera impro- bable absolutamente a causa de la perfección de las defensas y de la esmerada vigilancia de ellas. Aún se piensa en arrebatar al mar terrenos más extensos, convirtiendo en praderaslas charcas y marismas que existen en el Zuiderzee. Los *polders* son fertilísimos terrenosrobados al mar, y que durante ciertas épocas del año están inundados por las aguas del Mosa y el Rhin, y se les extrae el agua con poderosas bombas movidas por el viento o el vapor. El holandés dice: "Dios hizo el mar, y nosotros, las costas." En ninguna otra parte del mundo se ve al hombre construyendo con tan admirable perseverancia el suelo que pisa. Bien puede decirse allí que es obra suya el sitio en que ponen el pie cuando andan, y el terreno que cultivan. La agricultura, lo mismo que las poblaciones, los árboles y las casas existen sobre un suelo artificial.

Una de las particularidades más famosas de Holanda es el aseo de las poblaciones y de las casas. Sin duda, el aspecto de pulcritud y frescura que presentan aquí las ciudades lo mismo que las aldeas es debido en parte al esmero y cultura de los habitantes; pero a la naturaleza se debe en primer término la fama adquirida por los holandeses en tal terreno. En este país no hay polvo. Ese enemigo universal del aseo, se produce en los Países Bajos en tan corta cantidad que bien se puede asegurar que no existe. El polvo se elabora en las montañas. El viento y la sequedad atmosférica lo fabrican, digámoslo así, y lo arrastran al llano, donde lo perfecciona en caminos y veredas el paso de hombres y brutos. Los carros de transporte lo apisan y apuran hasta hacerlo impalpable, y preparado de este modo penetra en las poblaciones, se extiende por las calles, se introduce en las casa, y si lo dejan

2 *Zuiderzee* es una antigua entrada o bahía poco profunda del mar del Norte en el noroeste de los Países Bajos.

3 *Rotterdam, Liden y Haarlem*: ciudades costeras de Holanda.

se apodera de todas las superficies. Se necesita una persecución tenaz para ahuyentarlo. El agua es su enemigo, y allí donde el agua abunda y hay mujeres hacendosas y limpias, el polvo dura poco. Únicamente vive por la facilidad con que se produce.

Pero en Holanda el agua no sólo lo persigue y lo ahoga donde quiera que aparece, sino que no le permite producirse. Aquí no hay montañas; el campo está cubierto de perenne hierba fresca. La atmósfera húmeda y la gran evaporación de las inmensas masas de agua que rodean el país, impiden que se seque la tierra y se pulverice. Además, apenas hay carreteras terrestres, quiero decir que las vías de comunicación son canales que van y vienen en todas direcciones. En las principales poblaciones las calles de más tráfico están *empedradas con agua.* El polvo, pues, apenas tiene modos de existir. Los productos de la humedad son más bien aquí los enemigos del aseo, y contra ellos despliegan las mujeres holandesas todas sus facultades con verdadera pasión. Hay que verlas en días de limpieza general, que suelen ser los más del año, encaramadas en ventanas y balcones, persiguien- do la escasa suciedad de las fachadas, fregoteando paredes, cristales y maderas, y arrojan- do chorros de agua por medio de jeringas para destruir las arañas y extirpar la suciedad donde quiera que se encuentre.

Gracias a las favorables condiciones climatológicas de Holanda para conservar la limpieza y a la pasión casi maniática de los habitantes para obtenerla, estas ciudades tienen un aspecto de cultura que encanta la vista. Las fachadas de las casas, desde las más suntuosas a las más humildes, las puertas, las escaleras que les sirven de ingreso por la calle, revelan costumbres y prácticas que a los meridionales nos parecen increíbles. La policía urbana rivaliza con la privada, y pasma ver que la callejuela de una aldea no está menos limpia que el *boulevard* de la gran ciudad.

Si el viajero que por primera vez penetra en Holanda es observador, al punto se hace cargo del admirable bienestar que reina en este país. En ningún otro se advierte, tan bien como en Holanda, el contento de la vida y la satisfacción que los hombres tienen de su destino. No se ven aquí los contrastes que ofrece la opulenta Inglaterra ni aquellas desigualdades monstruosas de que hablaré luego. En Holanda parece que todo el país vive en la *mediocritas aurea* que preconizaba el filósofo antiguo.[4] Este país y Suiza son los únicos de Europa en que no se ve jamás un mendigo. La mendicidad manifiesta o disfra- zada no se conoce aquí, ni se encuentran personas de ninguna edad ni sexo, que por su traje o su ademán revelan hallarse en la miseria. Si no hay aquí las fabulosas riquezas de Inglaterra, con seguridad son pocos los que carecen de lo indispensable, y a estos les so- corre la Administración pública. No es difícil reconocer en el aspecto de las poblacionesy en el cariz de las multitudes los grados de perfección del organismo administrativo, y desde este punto de vista, Holanda es un país que pudiera servir de modelo a todos losde Europa.

***

4 *mediocritas aurea:* 'vida de moderación, sin excesos, contentándose con lo que uno tiene".* +

Rotterdam es el tipo de ciudad holandesa, inferior a Ámsterdam por la magnificencia de los edificios, rival de su vecina Amberes por la importancia de su tráfico marítimo. Edificada sobre las marismas del Mosa, cerca de su desembocadura, es cabecera de la navegación del Rhin, cuyas aguas se comunican con las de aquel río. Rotterdam está, pues, en comunicación fluvial con Colonia y Maguncia, por el Rhin; con Lieja, por el Mosa; con Amberes, por los canales del Escalda, y con toda Holanda, por las infinitas vías navegables que lo surcan. Viniendo de Inglaterra,[5] el cielo y los horizontes de la comarca de Rotterdam sorprenden por su alegría y claridad. En días luminosos, el paisaje holandés es muy lindo, y el caserío de las aldeas y de las poblaciones, los canales, praderas y bosques presentan variedad y riqueza de tonos. El puerto de Rotterdam es bellísimo, y la explanada de Boompies, el gran puente del ferrocarril sobre el Mosa, la muchedumbre de buques, las enormes barcazas que hacen la navegación fluvial, y las pintorescas fachadas de las casas que a una y otra margen se levantan, ofrecen un aspecto admirable y por demás pintoresco. Holanda es quizás el país de Europa que mejor se defiende de la invasión de uniformidad que iguala y vulgariza la arquitectura de todas las ciudades. Conserva su originalidad en las construcciones lo mismo que en algunas prendas de vestir, sobre todo en las mujeres. Usan estas en algunas provincias un tocado indescriptible, que parece rebelde a las transformaciones de la moda. En Rotterdam se encuentran los primeros ejemplares de aquellas papallonas[6] de batista combinadas con un casquete de metal y con tirabuzones de oro sobre las sienes, adorno que por respeto a la tradición no me atrevo a llamar extravagante.

Toda la parte antigua de Rotterdam está más baja que el nivel de mareas altas. Lo nuevo se ha edificado a la altura de los diques. Los canales permiten que los buques penetren por las principales vías, descargando en los almacenes. Las barcazas de navegación fluvial, con el tono sienoso de la madera barnizada y grandes fajas de verde veronés[7] son las na- ves más pintorescas que se pueden ver, y bien conocido es el partido que saca de ellas el paisajista flamenco. En todas las revueltas de las calles y canales, el agua verdosa produce reflejos encantadores, que son fácil recurso para la pintura. Esta nación es la Venecia gris, menos luminosa, pero no menos pintoresca que la llamada *reina del Adriático.*

La catedral de Rotterdam es grande, fría y desnuda, como todas las catedrales protestantes. Casi toda ella está construida de ladrillo, pues en Holanda hay muy poca piedra. Con el ladrillo combinando hábilmente sus aristas imitan las superficies movidas de la pie- dra en la arquitectura ojival. Ni la más ligera relación tienen estas construcciones con las mudéjares, también de ladrillo, pero en éstas la concordancia entre el estilo y el material empleado es más perfecto que en el gótico holandés de cerámica. En los techos despliegan ampliamente los arquitectos de este país su originalidad, dándoles a veces formas un tanto fantásticas. La arquitectura privada y burguesa tiene aquí más carácter que la monumen-

5 Galdós había viajado a Inglaterra para recoger a su amigo José Alcalá Galiano y embarcar juntos hacia Rotterdam.*

6 *papallonas*: catalanismo, `mariposas', imagen de las características cofias holandesas.

7 *tono sienoso*: 'tono de color ocre, como la tierra de Siena'; *verde veronés*: 'verde esmeralda, como el pigmento utilizado por el pintor Paolo Veronese'.

tal, principalmente en La Haya y Ámsterdam, que ofrecen tipos hermosos de casas del Renacimiento, y los artistas modernos han tenido el buen gusto de abandonar las formas greco-romanas para adoptar las de la arquitectura nacional del siglo XVI.

***

La Haya es una ciudad propiamente aristocrática, muy distinta de Rotterdam consagrada al comercio y a la industria. En diferentes épocas ha sido la capital holandesa residencia de diplomáticos de todos los países, de príncipes y magnates, y en ella se han celebrado tratados y convenios de alta importancia en Europa. Multitud de edificios hay allí destinados a los servicios administrativos del reino de Holanda, no existiendo ninguno notable por sus dimensiones ni por su suntuosidad. Las construcciones que forman el Binnenhof son modestas,[8] de tipo holandés, hábilmente restauradas.

Pero si poco de notable encierra La Haya desde el punto de vista monumental, en cambio no le igualarán muchas ciudades en el número y amplitud de sus plazas y parques, en los bellísimos jardines y paseos que la circundan y en la perfecta policía de las calles. El movimiento en éstas es escaso; el conjunto de la ciudad es triste. Todo en ella respira distinción y cultura. A dos o tres kilómetros de distancia está Scheveningen, estación de baños de mar, que compite con Ostende en elegancia, comodidad, en la carestía de los hoteles y en la suntuosidad de los casinos, donde se rinde culto al *bacharat*.[9] Una selva inmensa, espesa y admirablemente cuidada une las dos poblaciones con todo su lujo y opulencia. Scheveningen no es alegre; participa algo de la quietud un tanto dormilona de la corte y capital holandesa, que tiene cierto ambiente de ciudad británica sin bullicio industrial. La Haya se parece bastante a ciertos barrios del oeste de Londres, elegantes y solitarios, de una limpieza fenomenal, y por cuyas anchas y cómodas calles apenas se ve circular gente.

Famoso es el museo de La Haya por las obras de Rembrandt que contiene; pero de esto hablaré después, al ocuparme del museo de Ámsterdam. El deseo de conocer a este pintor ha sido quizás lo que principalmente me ha impulsado a visitar a Holanda. Antes diré algo de Ámsterdam, verdadera capital de este reino y una de las ciudades más bellas y grandes de Europa. Al propio tiempo, es la que tiene más carácter dentro del tipo holandés, pues posee un número inmenso de canales, que forman noventa islas, unidas entre sí por más de trescientos puentes. No puede formarse idea de lo pintoresco y animado de esta ciudad sino viéndola.

El caserío es originalísimo; los canales que en todas direcciones la cruzan tienen andenes plantados de altísimos árboles; la limpieza es inverosímil, los medios de comunicación entre los extremos y el centro de la ciudad innumerables, pues se va de una parte a otra en tranvía y en vapor. Puede recorrerse toda la población en bote y en coche, pues aquí, como en ninguna otra ciudad, se ha sabido utilizar el agua y la tierra para abreviar distancias.

8 *Binnenhof*: `Complejo de edificios que alberga la sede de los Estados Generales de los Países Bajos´.

9 *bacharat*: en español `bacará', juego de cartas francesas común en los casinos.

Está fundado Ámsterdam sobre las marismas del Amstel, terreno inseguro, en el cual las casas de la ciudad antigua tienen tan mal asiento que muchas no pueden mantenerse en la vertical e inclinan sus fachadas, o se recuestan sobre la vecina. El suelo de fango se hunde con el peso, y sus construcciones modernas, realizadas con más previsión, se cimientan sobre vigas de maderas clavadas hasta encontrar el firme. Hay calles en que parece que toda la ciudad se tambalea, como si estuviera borracha, y hay casas tan inclinadas que parecen asomarse al canal vecino, como en un espejo, para verse la cara.

Ostenta la ciudad del Amstel edificios magníficos. Entre los antiguos, el palacio situado en el *Dam* es el más notable por sus dimensiones y la elegancia de su arquitectura. Entre los modernos descuella el museo, de reciente construcción, tipo admirable del Renacimiento holandés, elegantísimo exterior e interiormente. En su construcción entra el ladrillo y la piedra y está hábilmente decorado con finísimas cerámicas. El palacio de la Industria, de hierro, enorme y algo pesado, con cierto carácter indostánico en sus líneas, es otra muestra de la iniciativa y riqueza de esta ciudad. La nueva estación central, aún no concluida, y emplazada en los diques que defienden a Ámsterdam de las aguas del Zuiderzee, será sin duda de las más grandes y cómodas de Europa. El Panopticon,[10] situado en las inmediaciones del jardín zoológico, es un verdadero monumento, y otro tanto puede decirse del teatro de Leidschestraat. En cuanto al jardín zoológico, creo que sólo le aventaja el de Londres, y que en el continente no tiene más rival que el de Berlín. Pertenece a una sociedad particular y sus colecciones de animales son interesantísimas. El *Aquarium* es un prodigio, y se pasa en él un rato agradabilísimo. Allí, como en *Zoological Gardens*, se aprende más historia natural en un día viendo y observando, que en meses enteros de asiduas lecturas. Hay en Ámsterdam hoteles soberbios, recién construidos, y viviendas particulares que denotan la opulencia de estos burgueses.

La *Kalverstraat,* calle estrecha que parte del *Dam* o centro de la ciudad, ostenta escapares tan lujosos como los de París y Londres, y cafés magníficos. En suma, Ámsterdam se revela al viajero como ciudad riquísima y llena de atractivos y comodidades. Nada más entretenido que vagar por sus pintorescas calles o por los andenes de sus canales, a la sombra de los frondosos álamos. Aquí toda la ciudad es puerto, y tiene la animación y alegría de tal. Las fachadas, generalmente pintadas de rojo, alegran la vista, y los reflejos verdosos del agua dan mayor realce a los encantos del paisaje urbano. Hay torres esbeltísimas, masas de arquitectura de una originalidad seductora y un colorido dulce y simpático en todos los objetos.

El puerto de Ámsterdam mantiene relaciones constantes con Java, la gran colonia holandesa, y con otros puntos de Oceanía, Asia y América. Grandes depósitos de artículos coloniales hay en los inmensos almacenes del *ij*.[11] En cuanto al café de Java, que se bebe aquí, téngolo por inferior al de América. Tampoco me agrada el té que en este país se gasta, pues los holandeses usan casi exclusivamente el verde, que sabe a cardenillo y tiene

10 El teatro musical de Ámsterdam.

11 Abreviatura holandesa de *ijmer*, literalmente 'orilla del lago'.

un gusto acre y astringente.[12] En cuanto al tabaco, los españoles, acostumbrados a nuestra excelente hoja de Cuba, pasamos la pena negra en estos países.

Sin duda Ámsterdam es, juntamente con Hamburgo, el puerto de Europa en que mayores cantidades de tabaco existen. En Holanda no sólo no está estancado este artículo de comercio, sino que entra libre de todo derecho. Gracias a esto, los holandeses explotan como nadie el vicio de fumar, fundando en él un comercio inmenso y una industria considerable. Con el tabaco de Java y lo que traen de Filipinas y de las Antillas hacen las manipulaciones más complicadas, y ello es que envían a todos los países cigarros de diferentes marcas. Todas las clases de tabaco son aquí baratísimas; pero no hay quien las fume. Los enviciados en la pipa encuentran en Holanda hebra muy bien preparada; pero los que por su suerte o su desgracia conservan un paladar algo delicado, pasarán grandes hambres en medio de la abundancia que aquí reina. A los fumadores de gusto les recomiendo que no vengan a Holanda sin provisiones. La absoluta libertad que en este país reina en el ramo de tabaco sólo favorece a las clases inferiores y baratas.

La especialidad industrial de Ámsterdam es la talla del diamante. De esta piedra existen aquí grandes depósitos en poder de judíos ricos. Hay, pues, *almacenes* de brillantes, que en el reducido espacio de una caja de regulares dimensiones contienen mercancías por valor de muchos millones de florines.[13]

En mi próxima hablaré de Rembrandt.

B.PÉREZ GALDÓS

86
LP, 23/10/1887

SUMARIO: Los museos de Holanda —Rembrandt —La *Lección de anatomía*, *La Ronda* —Comparación de estos dos célebres cuadros —Museos de La Haya y Ámsterdam —Recuerdo de Velázquez —Su superioridad incontestable en la pintura realista —El *Toro*, de Pablo Potter —Retratos —Cuadros de asuntos domésticos —Carácter general de la pintura holandesa —Su escasa idealidad —Cuadros corporativos y gremiales —*El banquete de los arcabuceros* de Hals —Grupos de retratos. —A Berlín —El trayecto. Inspección del campo prusiano —Ejercicios militares. Entrada en Berlín —Desilusión pasajera —*Unter den Linden* —El monumento de Federico el Grande —La casa del emperador Guillermo —La ventana de su majestad —El puente sobre la Spree y el *Lutzgarten* —El Palacio Real —Los museos —Estatua ecuestre de Federico Guillermo III —La Puerta de Brandeburgo —*Wilhemstrasse* —La casa de Bismarck.

Berlín, 20 de septiembre de 1887.

12 *cardenillo*: 'Materia verdosa, con propiedades tóxicas, que se forma en los objetos de cobre'.

13 *florines:* moneda holandesa anterior al euro.

Señor Director:

Me faltó espacio en mi carta de Ámsterdam para hablar de Rembrandt, el más emi- nente de los pintores holandeses, por lo acentuado de su personalidad. Así como para ver y admirar las grandes obras de Velázquez es indispensable ir a Madrid, para conocer a Rembrandt no hay más remedio que visitar a Holanda. Los demás maestros holandeses y flamencos tienen sus obras esparcidas por los grandes museos de Europa. Lo culminante de este artista está en su patria y en los museos de La Haya y Ámsterdam. Por grabados conocía yo la célebre *Ronda* y la *Lección de anatomía*; pero como las reproducciones, por buenas que sean, no pueden darnos cabal idea del *partido de luz,* que fue siempre la expresión más característica del genio de Rembrandt, deseaba ardientemente ver los originales. Confieso que la primera impresión me desilusionó bastante. La *Ronda*, sobre todo, parecióme inferior a su reputación. Cierto que el efecto de luz es maravilloso; pero para encontrarlo acomodado a la realidad, hay que suponer que la escena está iluminada por una hoguera, y no fue ésta la idea del artista. Rembrandt pensó pintar un efecto de luz de mediodía, y el sol no da en parte alguna el claro oscuro ni los enormes contrastes que constituyen el encanto de la *Ronda*.

La *Lección de anatomía* paréceme muy superior a la *Ronda*. Ante aquel cuadro hay que rendirse al genio de Rembrandt y reconocerle como uno de los artistas que más admirablemente han trasladado al lienzo la imagen de la vida. La expresión de aquellas cabezas iguales y aunque el efecto de luz resulta acentuado en demasía, no hay más remedio que acatar en este caso la libertad del artista y concederle la facultad de alterar en ciertas condiciones la naturaleza.

La *Lección de anatomía* es una pintura cuyo asunto no necesita explicaciones. No es ni más ni menos que lo que dice el título. Un profesor de cirugía, Nicolás Tulp, amigo y protector de Rembrandt, está representado explicando la anatomía del brazo. El texto es un cadáver, cuyos tendones, cogidos con pinzas, muestra a los discípulos u oyentes. Estos parecen más que alumnos, doctores que atienden con religioso respeto la expli- cación del sabio maestro. La autoridad grave expresada en la fisonomía de éste, su ade- mán, la rigidez del cadáver, que por la acertada disposición de la luz resulta oscurecido y poco visible, son admirables en este cuadro que infunde un sentimiento indefinible de respeto. Las caras de los oyentes tienen tal vida, que no parecen pintadas. La distribu-ción de la luz es de esas que constituyen un secreto del cual Rembrandt tenía la clave. La composición, sencillísima y grandiosa, tiene una solemnidad superior a la de muchos asuntos trágicos tomados de la historia, todas las cabezas son retratos y su animación es extraordinaria.

La *Ronda* está en el museo de Ámsterdam colocada en salón preferente y de una manera un tanto teatral, con objeto de hacer resaltar su maravilloso efecto de claro oscuro. El asunto dista mucho de ser tan patético como el de la *Lección de anatomía*. Es un cuadro de corporación y representa la marcha de una compañía de arcabuceros El mérito de este lienzo está en la valentía extraordinaria de la ejecución, en lo brioso del toque y principalmente en el arrojo temerario conque Rembrandt se lanza a expresar su manera especialísima de ver la luz. Que la iluminación de la escena es completamente fantástica,

no tiene duda, pero también es cierto que el artista nos impone su ideal y que admiramos el soberano artificio con que falsea la naturaleza.

Pero con tales bellezas no me cautiva la *Ronda* tanto como la *Anatomía* ni mi deseo de volver a contemplarla es tan vehemente. Las incorrecciones de dibujo en que el artista holandés incurría, son más de notar en la *Ronda* a pesar de las maravillas de ejecución que las disimulan. Además de estas dos obras capitales, hay en los museos de La Haya y Ámsterdam muchos cuadros de innegable mérito, retratos asombrosos, asuntos diferentes en tamaño pequeño y mediano, llevando todos el sello característico y acentuado de la personalidad del gran pintor de la luz.

Pero sea que nadie puede librarse de las preferencias exclusivas y sistemáticas, sea que en realidad hay en la pintura soberanías no igualadas por nadie, ello es que mientras más museos admiro, y mientras más estudio a los grandes maestros del arte, más me gusta nuestro Velázquez y más grande y soberano le contemplo, interpretando la naturaleza como ella es, y expresándola con una elegancia y una sobriedad de recursos que no po-drá comprender quien no ha visto los originales de este incomparable maestro. ¿Será eso manía o ese cariño de raza que es la forma elemental del patriotismo? No debe serlo, puesa extranjeros que han visto cuanto hay que ver en materia de pintura, he oído expresar la misma opinión. Entre los artistas, cualquiera que sea su nacionalidad, es común la idea de que después de admirar a Velázquez, todo cuanto las galerías de Europa contienen en el género realista resulta de una inferioridad incontrovertible.

Siguiendo esta ligera reseña de los maestros holandeses, vuelvo al museo de La Haya. No lejos de la *Anatomía* de Rembrandt, está el *Toro*, de Pablo Potter, la obra más popular de aquel museo. Los franceses se llevaron este cuadro a París y lo pusieron en el Louvre al lado de la *Madonna* de Rafael. Durante algún tiempo y aun después de ser devuelto a Holanda, al caer el imperio napoleónico, el famoso *Toro* fue considerado como una obra capital en su género. No lo veo así; es un animal muy bien dibujado y pintado; pero todos los accesorios del cuadro son pesadísimos. La misma figura principal es dura, y hay seguramente en el arte moderno cuadros de animales que igualan, si no aventajan, al célebre *Toro* de Potter.

En retratos hay mucho que admirar en los museos de La Haya y Ámsterdam, siendo en primer término notables los de Holbein y Antonio Moro, este último también representado en nuestro museo del Prado.[1] De Gerardo Dou hay en Ámsterdam algunos cuadritos que son verdaderas joyas, por la perfecta nimiedad de la ejecución, y también son de notar los Aertsen, los Steen y los Metsu. No se cansa uno de admirar la pintura de género, con ese carácter familiar y doméstico que predomina en el arte holandés. Fuera de algún combate naval o de escenas militares y cinegéticas de Wouwerman, los artistas de este país nunca fueron aficionados a cultivar los asuntos históricos. Aun la pintura religiosa fue siempre secundaria en los holandeses, y el mismo Rembrandt, con todo un poder creador, la trató siempre de una manera extraña y desdeñando la erudición. Los judíos de sus cuadros de la *Pasión* son los judíos de Ámsterdam, los mismos que tallan el diamante, y el Cristo es un buen holandés que, al instituir la Eucaristía, parece haber bebido cerveza en vez de vino.

1 De *Antonio Moro* existen en la colección del Prado catorce retratos.

La dama de su cuadro *Susana en el baño* es figura vulgarísima. El arte ideal siempre fue arte prestado para esta raza positivista y observadora, que descuella principalmente en los retratos y en las escenas familiares. Por eso aun los cuadros que por su aspecto parecen cuadros históricos, son en realidad colecciones de retratos. En ellos la composición es un pretexto para presentar un cierto número de personajes afiliados a cualquier gremio o corporación. El museo de Ámsterdam está lleno de obras de esta clase, algunas tan notables como *El banquete de los arcabuceros*, de Hals, lienzo de grandes dimensiones en el cual están retratadas veinticinco personas. Cada figura de por sí es una maravilla de ejecución y de verdad. Los trajes son esplendidos, las cabezas están pintadas con esmero, buscando el parecido, y en expresión y vida compiten con los de Rembrandt. Pero el conjunto de esta hermosa tela es difuso y carece de unidad. Se conoce que el artista trataba de contentar a todos los personajes retratados, procurando que cada cual se reconociera bien y que ninguno resultase oscurecido.

Los cuadros corporativos son lo más característico de los museos holandeses y quizás lo mejor de la pintura de este país, pues también la *Ronda* de Rembrandt y la *Anatomía* son obras encargadas por corporaciones. Del mismo es el cuadro titulado *Síndicos del gremio de pañeros*,[2] una de sus mejores obras, y son innumerables los cuadros de autores poco conocidos y notabilísimos que representan gremios industriales y compañías de escopeteros.

Bien se revela en la suprema expresión del arte el carácter burgués de la sociedad holandesa, su sentimiento vivo de la localidad y de la familia, su vivir práctico y morigerado, escaso espiritualismo y su devoción a la familia del trabajo. No se ven ni rastros de existencia ascética en los pintores holandeses. El paisaje, las marinas, los animales vivos y muertos son también principal riqueza de los museos de este país, distinguiéndose Hobbema, van der Weyden, Ruysdael, Vos, Potter y otros.

Todo lo que no es holandés tiene poca importancia en estas galerías. De los maestros italianos hay pocos y de dudoso mérito; lo español es escaso, y aun los mismos flamencos Rubens y van Dyck están mal representados. El museo de Madrid posee de estos dos insignes maestros una colección de obras que no tiene igual en el mundo, y que casi supera a lo que ostenta la célebre galería de Amberes. Y para apurar la comparación, diré que aún en pintura de holandeses atesora nuestro museo grandes riquezas, no inferiores, si se exceptúa a Rembrandt, a las que componen los museos de Ámsterdam y La Haya.

***

Basta ya de pintura, y vámonos a Berlín. El viaje desde la primera ciudad de Holanda a la capital del Imperio se hace en doce horas atravesando el norte de las provincias prusianas de Westfalia y el antiguo reino de Hannover. A salir de Ámsterdam se pasa por la provincia holandesa de Brandeburgo, terreno árido y poco poblado. Hannover tiene fama de país hermoso; más no puedo dar fe de ello, porque cerró la noche y al amanecer nos encontrábamos en plena Prusia. El tren atravesaba un país completamente llano, como

2 *del mismo*: 'del mismo pintor, Hals'.

Holanda, pero sin las encantadoras perspectivas de este país. El cultivo extensivo hace un campo de aspecto ingrato y monótono. Su población es escasa. ¡Qué diferencia de la Prusia del Rhin, en la cual las grandes ciudades están tan próximas como aquí las aldeas! El Brandeburgo es un país pantanoso y frío, en parte plantado de pinos, en parte destinado a praderas y plantíos de patatas y remolachas. Ya cerca de Spandau, observamos en gran cantidad el producto principal de Alemania: los soldados, que en grupos más o menos numerosos efectuaban maniobras en aquellas inmensas planicies surcadas por canales. Bien se comprenderá que no hay soldados más hermosos y bien equipados que los de este país. Da gusto verles maniobrar, sus movimientos parecen los de una máquina, y las columnas, admirablemente formadas, maniobran como seres orgánicos. A medida que nos acercamos a la capital, los grupos militares aumentan. Algunos son tan numerosos que parecen cuerpos de ejército. Diríase que nos acercamos a un verdadero campo de batalla, y que estamos próximos al ala de un inmenso ejército en marcha. Por todas partes, ejercicios de tiro, evoluciones de caballería.

Al fin el paisaje nos dice que estamos próximos a una gran ciudad. El caserío aumenta, los edificios se agrupan, se ven innumerables chimeneas de fábrica, y a lo lejos distínguense confusamente casas de vecindad en enormes cuadras, de esas que se construyen por contrata en el ensanche de las poblaciones y que se elevan solitarias entre los sembrados esperando a que la municipalidad convierta los campos en calles. Luego aparecen torres y cúpulas, enormes construcciones; el tren atraviesa sin detenerse por intrincada red de rieles en una estación de empalme. Vese a la derecha Charlottenburgo, ciudad que ha venido a ser un barrio de Berlín, y después de corta parada, el tren penetra en la vía metropolitana llamada *stadtbahn*, que atraviesa la capital de oriente a occidente con estaciones en los sitios de más circulación. El espectáculo que desde el metropolitano ofrece Berlín es magnífico, porque se ve rápidamente gran parte de la ciudad y sus gallardos edificios. La situación elevada de la vía permite dominar los parques, los canales, las inmensas calles, la columna de la Victoria y otros ornamentos de la ciudad, ya conocidos de toda persona familiarizada con las ilustraciones y la fotografía. Por fin el tren nos suelta en la estación de Frederick Strasse, que es la más céntrica y la más próxima a Unter den Linden.

Cuando se pone el pie en una capital renombrada, de la cual la historia antigua o moderna ha tenido mucho que decir, la curiosidad, próxima a satisfacerse, es como un desasosiego morboso. La ansiedad de ver y de ver pronto predispone al espíritu a las des- ilusiones. Esto me pasó a mí en Berlín, pues habiendo oído hablar mucho de la avenida llamada Unter den Linden (Bajo los Tilos), las ganas de verlo me llevaron precipitadamentea ella, y la primera impresión fue poco grata, pues yo me figuraba una alameda inmensa formada por árboles gigantescos. El desencanto no pudo ser mayor al ver cuatro filas de álamos o tilos desiguales y mezquinos, los peores árboles de Berlín sin duda alguna. Al punto reconocí a uno y otro extremo del paseo los monumentos célebres que había visto mil veces en grabado y fotografía, la estatua del gran Federico en la extremidad del este;[3] en la del oeste, la Puerta de Brandeburgo. La desilusión se había apoderado de mi espíritu

3 La estatua ecuestre de Federico el Grande fue encargada en 1836 a Rauch y no se terminó hasta 1851.

de tal manera que el monumento de Federico me pareció menos grande y menos bello de lo que la fama lo pregonaba. Hasta la segunda o tercera contemplación de tan notable obra no la vi en sus propiedades y hermosura verdaderas.

Satisfecha la curiosidad en sus exigencias más apremiantes, lo primero que se le ocurre al viajero que llega a una población centro, como Berlín, de las determinaciones más trascendentales que en el mundo entero se toman, es buscar algo que se relacione con las personas de cuya voluntad parten aquellas determinaciones. Siendo Alemania hoy el imperio más poderoso de Europa, y residiendo en esta capital los hombres en cuyas manos están los acontecimientos del viejo continente, y la paz o la guerra, lo primero, digo, que el viajero se le ocurre es, ¿Dónde vive el emperador Guillermo? ¿Dónde vive Bismarck? Pocos pasos tengo que dar desde mi hotel, situado al extremo oriental de Unter den Linden, para ver la residencia del soberano más poderoso de Europa.

Desde el sitio cuyo centro ocupa la estatua de Federico el Grande hasta la isla del Spree se extiende un grupo de edificios soberbios, palacios y museos, ocupando una extensión que bastaría para el emplazamiento de una mediana ciudad. El primero de estos edificios y seguramente el más modesto, es la casa (no merece nombre de palacio) del emperador Guillermo. Es un edificio relativamente muy pequeño, con medianería que le separa o le une más bien a la Biblioteca Real. Ni siquiera es de piedra, como la mayor parte de los edificios de Berlín. La fachada es de escayola muy bien hecha y moldeada en estilo neoclásico. Por Unter den Linden tiene el pórtico, en el cual están dos soldados de centinela, y al costado del este, dando a la plaza de la Ópera, hay una pequeña terraza con cuatro cariátides adornadas con enredaderas. A dicha terraza da la célebre ventana de la estancia de su majestad imperial, y allí suele asomarse todas las mañanas para dejarse ver de sus súbditos y convecinos. Nada hay en este edificio que demuestre la grandeza y poder del que lo habita. Por dentro es tan modesto como por fuera. Desde la calle, temprano, cuando los criados están limpiando las habitaciones del piso bajo, se ven los muebles de estas, que no superan a los de cualquier casa particular de propietarios bien acomodados.

Todas las mañanas, mientras estuve en Berlín, acudí a la plaza de la Ópera, frente a la ventana de las cariátides, ansioso de ver al emperador, a quien los berlineses esperan todos los días, de regreso de su excursión a Ems.[4] Pero su majestad no aparecía tras de los cristales. Al volver de los baños se detuvo unos días en Babelsberg, residencia imperial inmediata a Potsdam, y tuve el sentimiento de salir de Berlín sin ver al anciano monarca, cuya modestia no es menos grande que el poder concentrado en sus manos.

Al palacio del emperador sigue la Ópera, luego el palacio del *kronprinz*[5] y el del Gobernador de la ciudad. En el lado opuesto están la Universidad y el Arsenal, ambos edificios de enorme extensión y de mediano gusto. A continuación está el puente sobre el río Spree, decorado con magníficos grupos de mármol, y se entra en una inmensa plaza llamada Lutzgarten, desde cuyo centro la vista abarca en soberbio panorama todos los edificios antes citados y otros de mayores proporciones y belleza. Descuella a la parte sur el Palacio

4 Balneario alemán.

5 Príncipe heredero.

Real, residencia oficial de los reyes de Prusia, vastísima construcción empezada por los electores de Brandeburgo[6] y a la cual todos los soberanos de este país han añadido algo, no habiéndose llegado aún a la terminación total. En los últimos tiempos este palacio no es usado más que para ceremonias oficiales, y sus inmensas salas, decoradas con gran lujo, se enseñan a los forasteros como los departamentos de un museo.

Al costado norte se alza el Museo Viejo, el más bello edificio de Berlín sin duda, grandioso y sencillo, con una columnata de estilo neogriego de extraordinaria belleza.

La logia está pintada al fresco y en la escalinata de ingreso se destacan dos grupos de bronce, uno de los cuales es la célebre amazona luchando con el tigre. Este pórtico es sin disputa una de las construcciones más hermosas que en el mundo existen. Detrás del Museo Viejo está el Nuevo, y ambos edificios se enlazan con la galería de pintura, por medio de una columnata jónica. Al este de Lutzgarten está la catedral, inferior sin disputa a los monumentos que la rodean, y en el centro se admira el monumento ecuestre de Federico Guillermo III, obra de Wolf, notable por su tamaño colosal y por su riqueza decorativa. No iguala este monumento al de Federico el Grande, de Rauch, en el cual el escultor ha sabido mezclar multitud de figuras sin incurrir en confusión; pero es también hermoso y digno de tan gran capital.

Gran tentación son los museos; pero antes de penetrar en ellos, conviene recorrer las principales líneas de la ciudad para hacerse cargo de ella. Retrocedamos a Unter den Linden y recorramos todo el paseo. Su extensión no excede de un kilómetro, y al extre- mo occidental se alza la puerta de Brandeburgo, imitación de los propileos de Atenas,[7] construcción severa de la época neoclásica, ilustrada por Rauch, Schinkel y Cornelius. Este clasicismo inspirado en Grecia es algo más acertado y discreto que el de occidente, inspirado en las obras de la Roma cesárea y papal. Sobre la Puerta de Brandeburgo hay una gigantesca cuadriga en bronce. Detrás se extiende el frondosísimo parque llamado Tiergarten.

La Pariser platz se forma de elegantísimos palacios, ocupados por magnates o embajadores, y no lejos de ella empieza, prolongándose hacia el sur, Wilhelmstrasse, calle o más bien avenida de grandísimo interés, porque en ella vive Bismarck. Fácilmente se comprenderá que el viajero es atraído a los lugares habitados por las mayores celebridades de la época presente. Cuán grato es contemplar los muros dentro de los cuales residen los hombres en cuyas manos están los destinos de Europa, y que pueden echar a reñir las naciones como si fueran gallos.

En Wilhelmstrasse, hay innumerables palacios, todos magníficos. El del canciller no es el más suntuoso, pero sí el que más curiosidad despierta. Cuando lo vi, su alteza estaba en sus posesiones de Varzin, donde hace vida de campesino, en familia, dedicando algunas horas a los asuntos del Imperio y el resto a las faenas agrícolas e industriales como cualquier hijo de vecino.

6 *electores:* 'príncipes de los diversos estados de Alemania antes de su unificación, así llamados porque a ellos correspondía la elección del emperador'.

7 *propileos*: `vestíbulos, peristilos´.

En otra parte hablaré de los museos y de las demás admirables cosas que contiene esta capital.

B.PÉREZ GALDÓS

87
LP, 6/11/1887

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

SUMARIO: Asuntos de España —La reina regente en las provincias vascongadas —Berlín y su caserío —Estatuas y monumentos conmemorativos —La columna de la Victoria —Los museos. *El Viejo* y la colección de cuadros. *El Nuevo* y sus colecciones de antigüedades —La escalera y los cuadros de Kaulbach —La galería de pintura —Cornelius y la escuela de Dusseldorf —El Museo Etnográfico —El Museo Industrial —*Mon Bijou* —La Sinagoga —El panorama de Sedán —Escasa animación de la ciudad —Palacios y residencias reales. Potsdam —Sanssouci y Federico el Grande.

Berlín, 29 de septiembre de 1887.

Señor Director:

De asuntos de España, el que con más insistencia señala la prensa extranjera es la visita de la reina regente a las provincias vascas, el afectuoso recibimiento que los habitantes de aquel país le han hecho y las esplendidas fiestas de Bilbao. Es opinión corriente en España y fuera de ella que, con la excursión de la viuda de Alfonso XII, ha perdido el carlismo gran parte de su fuerza moral. Este particular ha sido tratado por la prensa española con gran extensión, y no dudo que la americana reproducirá lo que crea de interés para sus lectores. Me abstengo, pues, de dar pormenores sobre la visita regia, no sólo porque lo creo innecesario, sino porque hallándome tan lejos de España podría cometer involuntariamente alguna inexactitud. Pase esto como paréntesis en mis cartas españolas escritas en Alemania, y sigo mis anotaciones descriptivas de Berlín.

A poco que se pasee por las hermosas calles de esta ciudad, se echa de ver que ha tenido un gran desarrollo en los últimos años. Hoy mismo, las construcciones abundanpor todas partes, y seguramente, dentro de un par de lustros, Berlín será una población asombrosa por la magnificencia de sus edificios públicos y particulares. Lo que mayor maravilla causa aquí es lo grandioso del caserío nuevo, que es propiamente monumental. Todas las casas tienen aspecto de palacios, y hay que convenir en que los arquitectos más ingeniosos de Europa son los alemanes. Todas las calles que parten de Unter den Linden hacia el sur, y las que las cruzan en ángulo recto, de este a oeste, son de una magnificen- cia y suntuosidad extraordinarias. Añádase a esto una policía perfecta, un sistema de pisos que es el refinamiento de la comodidad, la profusión del alumbrado eléctrico, y se com- prenderá que las calles de Berlín pueden ser modelo de urbanización ante los extranjeros de todos los países. En ninguna parte del mundo hay casas tan elegantes, ni que ostenten tan gallarda y artística arquitectura. Lo que digo de las construcciones, digo también de

los jardines públicos, que me parecen superiores, por el esmero del entretenimiento, a los mismos de París y Londres.

Llama la atención en Berlín la profusión de estatuas erigidas en memoria de las celebridades alemanas de todos tiempos, así militares como científicas y literarias, y más que su número sorprende su mérito. Acordábame yo de Londres, donde existe también cantidad incalculable de estatuas conmemorativas; pero tan malas, por lo general, que nada perdería el arte con que desaparecieran todas o casi todas. En Berlín, por el contrario, se ve que Rauch y la escuela de su tiempo han dado fruto. El estudio del griego viene siendo desde principios del siglo la preocupación constante de los escultores alemanes.

En Dusseldorff, Munich y Berlín se han creado centros de educación artística, que han difundido el sentimiento de la forma, y hoy es quizás Alemania el país donde tiene mejores intérpretes el arte de reproducir la belleza plástica y de expresar la idea por medio de la figura humana. Ninguna ciudad del norte de Europa, ni aun la patria de Thorwaldsen,[1] de que hablaré luego, posee mayor caudal de estatuas. Algunas son de incomparable belleza, como la de Goethe, erigida en el Tiergarten, la de la reina Luisa, en el propio jardín, ambas de mármol. La de Schiller, frente al teatro, es inferior; pero son admirables las de Blucher y York, junto al palacio del *kronprinz*. No se acierta a contar las estatuas del emperador Guillermo, ni las de sus predecesores Federico Guillermo III y IV, reyes de Prusia. Las estatuas yacentes de Federico Guillermo III y su esposa la reina Luisa, padres del actual emperador, son también muy bellas. El autor de ambas es Rauch. Son innumerables los grupos alegóricos, expresando la exaltación de la gloria militar. En los pilares de todos los puentes, en los parques y jardines no se ven más que apoteosis de la vida marcial y la glorificación del soldado. El arte no puede menos de enaltecer en todas las formas la principal de las instituciones alemanas, origen del poder y grandeza de esta nación. El monumento erigido en conmemoración de las victorias de 1870-71[2] consiste en una columna que tiene en su basamento un peristilo circular. El alto capitel sostiene la figura de Borussia,[3] de bronce dorado. Los materiales de esta gran obra son los más ricos que se emplean en arquitectura. Bajorrelieves de mármol representan en el basamento las campañas de Dinamarca, Sadowa y Francia.[4] El conjunto es de gran magnificencia. En todos los barrios de Berlín hay estatuas que admirar, homenaje tributado a los que han sido lumbreras de la patria alemana en cualquier orden. Tiénela el célebre Stein, organizador del ejército prusiano después del desastre de Jena;[5] tiénenla también los hermanos Guillermo y Alejandro Humbolt, frente a la Universidad, y detrás de ella, junto al melancólico parque de Castanienwald, hay un busto colosal de Hegel. Esta glorificación de los grandes hombres, muestra del respeto que se les tiene en vida y después de muertos, es una de las más admirables virtudes del pueblo alemán.

1 Copenhague, donde nació el escultor.

2 'victorias de la guerra franco-prusiana'.

3 Nombre latino del antiguo estado de Prusia, y representación simbólica de esta nación.

4 En Sadowa (1866) Prusia venció a Austria. Las *tres campañas* (la austro-prusiana, la franco-prusiana y la indicada en 88 n. 6) contribuyeron al engrandecimiento y unificación de Alemania.

5 En la batalla de *Jena* (1806) Napoleón venció al ejército austro-prusiano.

Nos dirigimos al Lutzgarden para ver los museos. Estos son tres y requieren más de un día cada uno para ser medianamente examinados. El Viejo Museo contiene en la planta baja la colección de antigüedades de Pérgamo.[6] Hay allí un templo arrancado piedra a piedra y transportado a Berlín, exactamente lo mismo que hicieron los ingleses con el Partenón de Atenas. Las salas de escultura antigua contienen bastantes obras notables. Sus secciones griega y etrusca son riquísimas, y la escultura de la Edad Media y Renacimiento está bien representada, descollando en esta última sección una virgen de Montañés que es maravillosa.

El piso principal contiene la pintura, con hermosos cuadros de Alberto Durero, y el célebre *Altar Mayor del Cordero,* de Huberto y Juan van Eyck, obra primitiva de la pintura flamenca, y quizás lo más notable que la galería de Berlín contiene. El *San Antonio,* de Murillo, es una de las mejores composiciones del maestro español.

También hay un Velázquez *(El general Borro)* de bastante mérito perteneciente a la segunda manera de este artista, aunque su autenticidad no parece incontestable y bien podría ser este retrato de Juan Bautista del Mazo.

Las primitivas escuelas italianas también están aquí bien representadas. De Rafael de Urbino hay la *Madona de Terranova,* de incomparable belleza; la *de Colonna* y otras. Los venecianos no aparecen tan brillantemente como en el museo de Madrid, y en general la pintura de la época pre-rafaelista es superior aquí a los ejemplares del siglo de Oro del arte italiano. De fra Angelico hay un cuadro notable, y Mantegna y Leonardo da Vinci están a gran altura. De Durero sobresalen tres retratos que son de lo más enérgico de este insigne maestro sincero y adusto. Rubens y van Dyck, entre los flamencos, descuellan al lado de Quintín Matsys, que tiene una virgen de incomparable gracia. Los pequeños flamencos abundan, entre ellos Teniers y Brueghel.

Del *Nuevo Museo* hablaré poco, pues mis lectores se aburrirían si les refiriera lo que allí hay, el sinnúmero de antigüedades, de todos los tiempos y países. Las colecciones arqueológicas de Berlín son admirables y representan la paciencia y el trabajo investigador de muchas generaciones. Es cuestión de nunca acabar la visita del *Museo Nuevo*, si se toma con escrupulosidad y buena fe, porque hay allí para pasarse meses, y si se quisiera hacer un estudio de tantas riquezas, no bastaría una vida entera para realizarlo medianamente. Las colecciones egipcias y asirias son notabilísimas; luego hay colecciones de medallas y monedas, de esmaltes, de bajorrelieves, de grabados, de armas, y para que nada falte y sea completa la representación del arte universal, hay vaciados y copias de los objetos notables que existen en los museos de otros países.

En el *Museo Nuevo* se admira la grandiosa escalera de estilo neogriego, decorada con los célebres cuadros colosales de Kaulbach, cuyas reproducciones son conocidas en todo el mundo. Representan las épocas culminantes de la humanidad, y los más hermosos, a mi juicio, son La *Batalla de los Hunos* y la *Reforma.* Distínguense estas pinturas por la firmeza del dibujo y lo grandioso de la composición. Como arte decorativo dudo que se pueda llegar a más.

6 *de Brandeburgo*: príncipes de este estado a los que, antes de la unificación de Alemania, correspondía.

Próxima a estos museos está la *Galería de pinturas,* en forma de templo grecorromano, con una elegante escalinata en la cual descuella la estatua ecuestre de Federico Guillermo IV, hermano del actual emperador. Contiene este edificio cuadros modernos. Alemania se jacta de tener una escuela de pintores que renueva las glorias del arte del Renacimiento.

No es realmente una escuela lo que Alemania posee, pues la de Dusseldorf, ilustrada por Cornelius y sus discípulos, está bastante decaída y la juventud del día se ha emancipado de la rigidez clásica que imprimió a su estilo aquel célebre maestro. Lo que tiene Alemania es un número extraordinario de pintores notables, como los tiene España, pero sin formar escuela, produciéndose cada cual con la independencia que tanto favorece el brillo de la personalidad. Hay entre los alemanes coloristas que parecen españoles, y dibujantes que componen asuntos tan intencionados y picantes como los franceses. Pero la petulante escuela de Dusseldorf, con todo su mérito indudable, no ha prevalecido ni prevalecerá ya, a pesar de la apoteosis que de ella ha querido hacer el Estado, dedicando a Cornelius la mejor parte de esta galería, y colocando en el centro del edificio el colosal busto de aquel maestro. Ha servido la tal escuela para disciplinar, digámoslo así, a los artistas en la práctica del dibujo; pero no ha podido prevalecer por su carácter exclusivo y su incontestable sequedad.

***

Quisiera no hablar más de museos; pero me es imposible. Después que se han visto los tres de que acabo de hacer ligera mención, parece que la capital de Alemania no ofrece ya más atractivo a los amantes de colecciones. Pues no es así, pues a la otra parte de la ciudad hay dos edificios de construcción reciente, que no pueden dejar de ser visitados. Son el museo Etnográfico y el Industrial, verdaderas maravillas por el lujo con que están instalados y las preciosidades que contienen. Esta poderosa nación no cree haber hecho nunca bastante para ilustración del pueblo y difusión de los conocimientos. El Etnográfico nos muestra en primer término la colección de objetos recogidos en las ruinas de Troya por el sabio Schliemann, con los cuales se puede reconstruir aquella civilización. Además, son riquísimos los objetos de la época prehistórica, y las armas y pertrechos de los pueblos no civilizados de África y Oceanía, mostrándose aquí el prurito colonizador de Alemania, y la labor persistente de sus viajeros y exploradores. El Industrial es una exhibición tan completa como elegante de todos los productos que, perteneciendo a la industria, tienen también relación con el arte y el ideal. No puede darse idea de las admirables colecciones de hierros, bronces, marfiles, telas, joyas, vasos sagrados, muebles, porcelanas, esmaltes, armas y utensilios diversos que allí existen. El edificio es de un lujo fenomenal y de exquisito gusto. Como elegancia de instalación supera al Kensington de Londres, siendo de dimensiones inferiores. Sale uno de allí atónito, y no puede menos de considerar el museo Industrial como un templo en el cual se rinde culto al trabajo humano, presentándolo, como en altares, rodeado de solemnidad y magnificencia.

***

Si no temiera pecar de monotonía, hablaría de otro museo, el llamado de Hohenzollern, instalado en el palacio de *Mon Bijou,* que más bien es una villa, y sirvió de residencia a la reina Dorotea, esposa de Federico Guillermo I y madre de Federico el Grande. Este museíto contiene multitud de recuerdos de la familia real de Prusia, objetos pertenecientes a todos los soberanos, desde el Gran Elector al actual jefe del imperio.[7] Merece ser visitado. No lejos de este edificio, en la espaciosa calle de Oranienburg, está la sinagoga, el templo más suntuoso que posee la raza israelita en todo el mundo, y seguramente el edificio religioso más bello de Berlín. En su arquitectura se ha querido buscar un estilo en armonía con las tradiciones judaicas y, siendo éstas tan oscuras en lo referente al arte monumental, ha prevalecido el árabe adulterado por el gótico, una especie de mudéjar sin la elegancia de líneas del que predomina en Toledo. Exteriormente, la sinagoga es grandiosa, y su interior supera a todas las de Europa por su lujo y esplendidez. El mármol y el bronce son los materiales principalmente empleados, y el ábside donde está el altar mayor, resplandece como un ascua de oro.

En el servicio nocturno de los viernes se ilumina todo el recinto con profusión de gas, y el efecto es hermoso, sin que inspire ninguna idea de recogimiento. Los cantos litúrgicos se parecen bastante a los cristianos, y están impregnados de melancolía. No se advierte devoción en los innumerables israelitas de diversas categorías que pueblan los bancos del templo. Poquísimos son los que siguen el culto, leyendo su libro de veras. Los más parecen indiferentes, cansados y como deseando que se acabe el gorigori,[8] para irse a su casa a estudiar los negocios del día siguiente. En la galería alta están las señoras, que no parecen tampoco muy entusiasmadas con el culto. Más bien parece que asisten a una función de teatro. Diríase que los israelitas sostienen su culto como un vínculo de raza, y por un móvil que podríamos llamar político, más bien que por exaltación de la fe.

No hay capital de Europa que no tenga su panorama,[9] representando algún asunto militar grato a los naturales del país. En Madrid había hace poco dos batallas de Tetuán;en París he visto multitud de panoramas, acomodados a las distintas épocas en que se exhibían; en tiempo del Imperio hubo una *Batalla de Solferino;* después ocupó su lugar *El sitio de París.* En Ámsterdam vi *La destrucción de Pompeya;* en Bruselas, *Waterloo.* Dicho se está que en Berlín han de tener algo de la campaña de 1870.

En efecto, el panorama de *Sedán* es el más hermoso que sin duda existe, por la maravillosa ejecución de la pintura escenográfica y el arte con que están buscados los efectos. Pero más que el panorama interesan y seducen los tres dioramas, que son cuadros expuestos en cámara oscura y en los cuales la ilusión de la verdad es completa. Representan escenas de la campaña, y el más notable, a mi juicio, es el del encuentro de Napoleón y Bismarck en medio de un camino.[10]

7 *Gran Elector*: sobrenombre dado a Federico de Hohenzollern, elector de Brandeburgo quien, por su capacidad militar y política, conseguiría que Prusia pasase de ducado a reino para su hijo Federico.

8 *el gorigori*: coloquialmente 'canto lúgubre'.

9 *panorama*: 'Vista pintada en un gran cilindro hueco, en cuyo centro se colocaban los espectadores'.

10 Se refiere a Napoleón III, vencido en *Sedán*.

Esta clase de obras, presentadas con tanta habilidad, son el encanto de las muchedumbres, que fácilmente comprenden sus bellezas, por la disposición teatral que favorece la perspectiva y la perfecta ilusión del color y del ambiente.

***

Una observación importante. Berlín es grande y hermosa ciudad, muy monumental, llena de atractivos para el hombre estudioso, admirable en su urbanización y de una policía perfecta. Pero ofrece muy pocos elementos de distracción al forastero. Hay que considerar que no se viaja sólo para admirar museos, ver espléndidas fachadas y alabar a los arquitectos. El ánimo del forastero, completamente extraño en la localidad y falto de los agasajos de la amistad, necesita esparcimientos, que en último término vienen a ser como los descansos de la admiración. En Berlín, durante el verano, están cerrados casi todos los teatros.

No hay tampoco conciertos de orquesta, lo que parece increíble en la patria de Mendelssohn y de Meyerbeer. Algunas bandas militares, no por cierto de lo mejor, tocan valses y *potpurrís* en jardines que vienen a ser cervecerías,[11] casi todos los sitios de recreo que en Berlín están abiertos al público durante el verano y son lo más a propósito para que el forastero se aburra de lo lindo.

Aun los cafés, último recurso contra el hastío, son aquí inferiores a los de otras poblaciones. El forastero no tiene más recurso que meterse en la cama a las nueve de la noche, siguiendo la norma de los berlineses, que son sin disputa el pueblo más morigerado del mundo. Digno es esto de la mayor alabanza; pero ello es que las noches en Berlín son aburridísimas, al menos para los que no tienen la dicha de ser súbditos y conciudadanos de Guillermo I.

***

Si el emperador vive con modestia, no será por falta de viviendas suntuosas, pues dudo que haya corte en la cual la familia reinante disponga de mayor número de palacios y sitios de recreo. En Berlín, además del palacio real, existen varios donde moran el *kronprinz*, sus hijos y otros individuos de las cuatro generaciones de Hohenzollern que hoy viven. No lejos de Berlín está Charlottenburgo, vastísimo y rodeado de jardines a estilo de Versalles. En Potsdam hay tres palacios: el Nuevo, el Viejo y el célebre Sanssouci, construido por Federico, que hizo de él su habitual residencia. Esto sin contar las innumerables *villas* que el emperador posee en diferentes puntos de sus vastos dominios.

De todos estos edificios el que más merece ser visitado es el Sanssouci, por los recuerdos que tiene del más grande soberano de Prusia. Es un palacio de un solo piso, relativamente pequeño. Allí Federico II, el rey guerrero y filósofo, descansaba de sus fatigas, departiendo con sus amigos, tocando la flauta y cuidando los frutales de sus jardines. La decoración interior de Sanssouci es del barroquismo más ligero y más elegante de la época

11 *potpurrís*: 'popurrís', en su forma antigua, proveniente del francés *pot pourrie*.

de Luis XV. De tal modo se acomoda el recinto aquél a las tradiciones de Federico, que aún parece que vive allí y que ha de aparecerse como alma en pena por alguna de aquellas puertas. Pasa como en El Escorial con la memoria y la imagen de Felipe II, las cuales de tal modo se asocian a aquellas paredes que la imaginación del visitante no puede separar unas de otras.

Una de las curiosidades de Sanssouci es el cuarto que habitó Voltaire, huésped de Federico durante largas temporadas, amigo y admirador casi siempre, si son sinceras las alabanzas que el filósofo francés hacía del rey de Prusia. La amistad de éste debía de ser circunscrita al orden literario y didáctico, pues aquel insigne político no debía de tener en gran estima a los teóricos. Suya es aquella frase: "Si quisiera castigar a una de mis provincias, la pondría bajo el mando de un filósofo."

Los admirables retratos que de Federico existen en Berlín y principalmente en Sanssouci, nos dan cabal idea de aquella fisonomía característica, que revela extraordinaria agudeza. La mirada es hermosa penetrante y sugestiva.

El engrandecimiento de Prusia, la rapidez relativa con que el oscuro electorado de Brandeburgo se ha convertido en el Estado más poderoso de Europa, es obra en primer término de los insignes príncipes de la casa de Hohenzollern, dinastía que no cuenta en su serie reinante ni un solo individuo inepto. El elector de Brandeburgo, Federico Guillermo I, Federico el Grande, han sido los impulsores de ese Estado siempre floreciente, gobernado con prudencia y administrado con rectitud. En los tiempos modernos corresponde gran parte de la supremacía prusiana a los esclarecidos varones que han dirigido a la nación, así en la milicia como en la política, firmemente apoyados en la Corona. Stein y Blucher, a principios del siglo; Moltke y Bismarck, en la época presente.[12]

B. PÉREZ GALDÓS

88

LP, 20/11/1887

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

SUMARIO: Mi compañero de viaje don José Alcalá Galiano, cónsul de España en New-Castle-on-Tyne —Copenhague —La isla de Zelanda —Aspecto de la capital de Dinamarca —El Tívoli —La uniformidad invade el mundo —El tabaco en Dinamarca —Thorwaldsen —Su museo, sus obras, su sepulcro —Elsinore y los recuerdos de *Hamlet* —Kiel —Hamburgo —Su magnificencia y comarca —Las orillas del Alster —Las inclemencias del cielo sustituyen la riqueza —San Pauli y Altona —La frontera en una calle —La cuestión de los alcoholes —Marruecos y la cuestión de Occidente.

Hamburgo, 10 de octubre de 1887.

12 El último apartado de la Carta anterior y esta Carta entera fueron publicados más tarde en España.*

Señor Director:

El tiempo, que rápidamente trae el invierno a estas latitudes, y la necesidad de regresar pronto a España, oblíganme, contra mi deseo, a emprender la marcha hacia el sur. El norte de Europa, tan agradable en los meses de julio y agosto, principia a ponernos el ceño adusto, indicándonos que debemos abandonarlo. Dentro de algunos días, quizás habrá ya nieve en las inmediaciones de esta ciudad, Hamburgo, las chimeneas están encendidas y los abrigos no se pueden abandonar un momento. Mi compañero de viaje y yo decidimos volver a nuestros lares.

Y no quiero terminar la reseña de esta excursión sin dar a conocer al que me acom- paña en ella. Es mi amigo José Alcalá Galiano,[1] poeta eminentísimo, que hace años vive fuera de España, expatriado por la carrera consular a que pertenece. Actualmente está en Newcastle. Los servicios que mi amigo presta a su país, representándolo en esta o la otra ciudad extranjera, no debemos agradecerlos, porque con ellos Alcalá Galiano vive alejado del terreno de las letras, que es el suyo, y los beneficios de tener un buen cónsul no compensan la desventaja de tener ausente años y años a uno de los más peregrinos ingenios de la generación presente.

Alcalá Galiano es un entendimiento general y flexible. Posee tal variedad de conocimientos y tanta gracia y originalidad para expresar sus ideas, que su conversación es encantadora y su compañía inapreciable. Sus composiciones poéticas se distinguen por la osadía de los pensamientos y el vigor con que los expresa. Además, es políglota: habla a la perfección tres o cuatro lenguas de las más usuales, y conoce y recita de memoria los poetas de todos los países. Pocos hombres conozco que tengan un trato más ameno. A su lado se pasan sin sentido las horas. Como compañero de viaje no tiene rival, ni siquiera quien se le aproxime. Sus bellas prendas de carácter rematan la personalidad que trazo ligeramente. Por dichas prendas y por el seductor ingenio de mi amigo, no olvidaré nunca las horas que hemos pasado juntos, discurriendo por las calles de Ámsterdam, Berlín, Copenhague o Hamburgo, haciendo críticas más o menos sesudas y formales de lo que vemos y comunicándonos nuestras impresiones con la confianza que inspira una amistad antigua y entrañable como la nuestra.

***

Tanto Alcalá Galiano como yo deseábamos asomar las narices a las naciones escandinavas. Ya que lo avanzado de la estación no nos permitía llegar a Cristianía[2] o Stockolmo, resolvimos hacer una escapada a Copenhague, que está a doce horas de Hamburgo. El viaje se hace por dos vías distintas: por la de Fredericia[3] y por la de Kiel. Preferimos ésta, y anochecimos en Alemania para amanecer en los estados del rey Christian.[4] Después de cuatro horas de tren se llega a Kiel, el puerto militar de Alemania en el Báltico; allí se toma

1 A este amigo dedicaría Galdós un clarificador párrafo en sus *Memorias.**

2 'la actual Oslo, se llamó así hasta 1897 y Kristiania de 1897 a 1924'.

3 Localidad ubicada en la parte oriental de la península danesa de Jutlandia.

4 Christian IX, rey de Dinamarca de 1863 a 1906.

un vapor que nos lleva a Korsov, puertecito danés en la isla de Zelanda, y de Korsov a Copenhague no hay más que dos horas de camino. Dinamarca es tan pequeña que se la puede recorrer toda en medio día y aún sobra tiempo.

La capital es grande, desproporcionada a la pequeñez del reino, y posee bastantes atractivos. En cuanto a originalidad, justo es reconocer que no tiene mucha, siendo en esto inferior a Ámsterdam y a todas las ciudades holandesas. Hamburgo, de que hablaré después, es muy superior a Copenhague y aún tiene algo de característico que la metrópoli dinamarquesa no posee.

Antes de hablar de Copenhague debo indicar que la isla de Zelanda, que atravesamos en ferrocarril de un extremo a otro, es un país chato y monótono, como Holanda, pero sin los encantos de ésta. No me parece el cultivo tan perfecto como en los Países Bajos, ni creo que exista aquí aquel bienestar igualitario y aquella perfección administrativa de los países neerlandeses. No obstante, el paisaje de Zelanda es apacible, dulcemente triste y entretenido en su uniformidad. Las tierras de cultivo de cereales abundan más que las praderas, y esto, mayormente en la época posterior a la siega da al país un aspecto severo que me recordaba nuestras llanuras de Castilla la Vieja.

Copenhague es, como he dicho, grande y compacta ciudad; las casas, de mucha elevación; las calles y plazas, espaciosas; sus parques, buenos, aunque no tan bien cuidados como los de Berlín y Hamburgo, que son admirables. Los edificios principales, fuera del palacio de Christianborg, que está incendiado, acusan modestia.[5] El caserío particular, sin tener la magnificencia arquitectónica del de las poblaciones de Alemania, es bueno y con todas las apariencias de comodidad y desahogo interior. La vida en esta ciudad debe de ser tranquila y ordenada, como lo es la de la nación en el orden político. Dinamarca es uno de esos pueblos que viven en perfecta y dichosa regularidad, sin deseos insanos de cambiar sus instituciones, sin luchas apasionadas, país contento de su suerte, y que si tiene algún temor que le inquiete es el temor de ser tragado por Alemania, que ya le quitó de una dentellada el Schleswig-Holstein, lo mejor quizás de su territorio.[6]

En Copenhague se divierte el vecindario más que en Berlín. El Tívoli es un lugar de entretenimiento en el cual se pasaría agradablemente la tarde si el tiempo desapacible no lo impidiera. Hay una excelente orquesta y multitud de distracciones más o menos pueriles. Las calles céntricas ofrecen un aspecto animado durante el día. Allí hice la observación de lo mucho que avanza el espíritu de uniformidad en Europa. Todas las ciudades se van pareciendo de tal modo que ha de llegar día en que los viajes pierdan parte de su interés. La facilidad de las comunicaciones, extendiendo por toda la tierra los productos de este y el otro país, es causa de que las mismas cosas se nos aparezcan en el remoto norte y en el extremo sur. La manera de construir establece aún algunas diferencias entre las distintas naciones europeas, pero la manera de vestir destruye la personalidad de los pueblos.

5 El *palacio de Christianborg* fue palacio real y sede del parlamento. Se incendió en 1884 y no quedaría totalmente reconstruido hasta 1928.

6 *Schleswig-Holstein* ocupa el sur de Jutlandia. En 1866, tras la guerra de los Dos Ducados, pasó a convertirse en provincia prusiana.+

La gente se viste lo mismo en Dinamarca que en España, y en cuanto a trajes populares, nada vi en Copenhague digno de mención. Los escaparates de las tiendas de lujo son los mismos en todas partes. Viendo los de la capital danesa, me parecía estar viendo los de Madrid. Nada quiero decir del trato de los hoteles, pues en cualquiera de los construidos a orillas del estrecho del Sund le sirven a uno la misma tortilla y el mismo *beefsteack* que le servirían a orillas del Guadalquivir, o en La Habana, o en Buenos Aires.

Otra observación que tiene algo de maniática. En Dinamarca se fuma peor aún que en Alemania, que es cuánto hay que decir. En todo el norte de Europa no se fuma, rigurosamente hablando, pues el tabaco que en estas regiones se vende no tiene de tal más que el nombre. Véase por donde aparecen diferencias esenciales en el modo de vivir de los pueblos, pues un español enviciado con el buen tabaco tiene suficiente motivo, desde que enciende un puro, para no confundir su querida patria con ningún otro país de la tierra.

Y vamos al museo Thorwaldsen, que es lo más notable de Copenhague. Hemos venido a esta ciudad casi exclusivamente a rendir homenaje al eximio artista danés, el europeo de estos tiempos que con más vigor ha sentido la Grecia antigua. Causa maravilla que un hombre del norte, nacido entre estas brumas, haya sentido el desnudo como lo sintió Thorwaldsen, con inspiración verdadera y sana, interpretando la forma en condiciones extraordinarias y con un instinto no igualado por ningún otro escultor de estos tiempos. Los daneses tienen por el gran artista un verdadero culto. En todo Copenhague se ven recuerdos suyos o muestras admirables de la labor inmensa de su vida.

El museo que se ha erigido a su memoria es un edificio de estilo griego, de poco lucimiento por no estar construido con materiales de larga duración. En su interior hállase bastante deteriorado y todo él revela una modestia excesiva. En el centro del patio está la tumba del artista, de una sencillez grandiosa. Lástima que el tal patio no sea más bello. La soledad que en él reina tiene algo de desolación. En las salas laterales y en las del piso alto se exhiben las estatuas, grupos y bajorrelieves más célebres de Thorwaldsen: el *Jasón,* que es quizás su más bella obra; *El día y la noche,* que es sin duda la más popular y universalmente conocida; las *Tres Gracias,* el *Argus,* de la cual tenemos en el museo de Madrid una reproducción, creo que de la misma mano de Thorwaldsen, y otras muchas obras. Además, hay reproducciones de todo cuanto produjo el artista en su larga y laboriosa vida.

Las esculturas cristianas, con ser muy bellas, son inferiores a las griegas. Estaba Thorwaldsen muy empapado en el sentimiento naturalista de la antigua Grecia para sentir con igual vigor la expresión espiritual del arte cristiano. Completan este interesante museo multitud de recuerdos personales del insigne maestro. Copenhague le ha dedicado un verdadero templo, que es al propio tiempo su panteón. Allí están sus obras, su estudio, sus cinceles, sus libros, sus dibujos, sus muebles, sus apuntes, los retratos de su familia y amigos, y, por fin, están también sus cenizas, todo lo que de él queda, lo imperecedero y lo mortal. ¡Hermoso homenaje de la posteridad es éste! ¡Dichoso el artista que puede trabajar sabiendo o presumiendo que los supervivientes han de honrarle de esta manera!

***

Notabilísimo son el museo Etnológico y el de Antigüedades del Norte, pues ambos contienen objetos sin fin pertenecientes a las edades prehistóricas y descubiertos en territorio escandinavo. Ningún país iguala a Dinamarca en la posesión de estos cachivaches, que dan nombre a las edades de la Piedra y del Hierro, y en determinadas ocasiones los sabios daneses han recogido en localidades diferentes verdaderas cosechas de antigüedades prehistóricas. Entiendo poco de estas materias, por lo cual paso de largo, apremiado además por el tiempo.

Antes de dejar a Copenhague es forzoso hacer la obligada excursión a Elsinore. ¿Para qué? Para ver la terraza del castillo en la cual coloca Shakespeare la primera escena del *Hamlet.*[7] Y veo aquí como un suceso figurado, que sólo tiene realidad en la fantasía del poeta, se nos antoja efectivo, tan efectivo como los hechos de realidad evidente. La terraza del castillo de Elsinore no tiene nada de particular, y sin embargo despierta en cuantos la visitan un interés inmenso. Allí no ha pasado nunca nada digno de ser recordado por la posteridad, y, sin embargo, visitamos el lugar con respeto y emoción. Y hay quien, en las noches de luna, cree ver la sombra del padre de *Hamlet.* ¡Qué poder el del genio! Hay muchos lugares ilustrados por grandes sucesos que no interesan tanto como aquel rincón de Dinamarca, en el cual colocó el poeta inglés una de sus más hermosas invenciones. Si se le ocurre a Shakespeare suponer la aparición de la sombra en otra parte, el nombre de Elsinore desaparecería quizás de las cartas geográficas; no iría nadie a visitar aquellos adustos murallones, y los fondistas y cicerones no ganarían un real en semejante sitio. El pequeño lago en que según la tradición se ahogó Ofelia,[8] parécese ya una explotación demasiado burda de la candidez de los viajeros.

***

Vámonos hacia el sur, que aquí no se puede vivir. El invierno esta encima, y esta hospitalaria ciudad en que escribo nos invita a salir de su hermoso recinto. Antes de proseguir diré que al regreso de Copenhague vimos a Kiel. Este puerto, que era insignificante cuando lo tomó Alemania para establecer en él sus arsenales, ha adquirido inmenso desarrollo en los últimos años. La ciudad se está formando ahora, los talleres de construcción y reparación de buques de guerra son admirables. Las entradas de la magnífica vía están fortificadas de tal manera, que se puede considerar la plaza como inexpugnable. Y para completar tan maravillosa obra, Alemania está abriendo un canal que debe unir las aguas de Kiel con las del mar del Norte, atravesando todo el Holstein.

***

7 En esta primera escena, Horacio cuenta a Hamlet que a medianoche en la explanada del castillo de Elsinore, varios personajes han visto al fantasma del rey, padre del protagonista.

8 *Ofelia*: protagonista femenina de *Hamlet*.

Ya estamos otra vez en Hamburgo, la ciudad más hermosa del norte de Europa, el primer puerto del continente, población que reúne todos los encantos, todas las comodidades, todos los atractivos de la civilización moderna. Hamburgo es más animado que Berlín, y su inferioridad monumental la compensa con su mayor bullicio y alegría. Después de París, no hay quizá en Europa ciudad alguna en que haya tantos extranjeros. Se encuentran a cada paso españoles y americanos. Nos agrada extremadamente oír la armonía incomparable de nuestra lengua en todos los sitios públicos, cafés, hoteles y paseos.

Describir a Hamburgo es tarea difícil, pues parece una aglomeración de poblaciones diversas. Hay el viejo Hamburgo, próximo al Elba que es la ciudad comercial, y el Hamburgo nuevo, construido en las orillas risueñas del Alster, un río encantador, que más bien es lago, rodeado de jardines y casas de recreo, poblado de cisnes, y cuyas aguas tranquilas presentan el panorama más bello que pueda imaginarse. ¡Lástima que el cielo no corresponda a las hermosuras del suelo!

En las orillas del Alster están los mejores hoteles, las residencias de la opulenta aristocracia comercial de este país, los cafés y teatros, el jardín botánico, los museos y todas las maravillas de la ciudad. Si aquí no lloviera como llueve, ¡qué hermoso sería esto! A esto objetan los indígenas que si el clima no fuera tan malo, no se trabajaría, y no trabajando no habría dinero para construir casas tan hermosas ni para urbanizar la ciudad con tanta perfección. Dad a Inglaterra el sol de Andalucía y la veréis al instante empobrecida y arruinada.

El viejo Hamburgo se une con el populoso arrabal de San Pauli, industrial, comercial y marinero, y San Pauli se une con Altona, población que en otro tiempo perteneció al Holstein, y hoy es alemana. En ninguna parte se ve, como aquí, que una calle sea frontera entre dos entidades políticas y administrativas. Hamburgo es ciudad libre; Altona está englobada en la Administración imperial. La unidad política se ha realizado, pero la administrativa no. De modo que al pasar de una acera a otra en la divisoria de las dos ciudades unidas materialmente, os encontráis con la aduana, la odiosa frontera. Si no fuera por esto, no conoceríais que pasáis de un Estado a otro, del emporio del libre cambio al régimen arancelario más restrictivo. Pero no ha de tardar el día en que esta anomalía desaparezca, y Hamburgo y Altona tienen que formar una sola población en lo administrativo como ya lo son en lo geográfico. Bismarck lo desea y persigue este fin, contrariado por la tenacidad de los hamburgueses; pero es casi seguro que se saldrá con la suya, pues en más difíciles empresas ha salido triunfante.

Por cierto que aquí nos encontramos con cierta agitación entre los comerciantes por las medidas que el gobierno español ha tomado para impedir la introducción de alcoholes no rectificados. Sabido es que uno de los principales tráficos de esta ciudad es el de aguardientes, que compra a los rusos, suecos y daneses, para exportarlos como alcoholes de Alemania al amparo del tratado que con esta nación celebramos. Ahora el gobierno español exige, para aplicar la segunda columna del arancel, la presentación del documento en que se acredita haber recibido la prima de exportación que el gobierno alemán da a los industriales de aquel país, y como los hamburgueses no pueden exhibir ese documento por no ser sus alcoholes alemanes, de aquí el conflicto y las reclamaciones que se

han cruzado. Todo al fin se arreglará, y la invasión de alcohol amílico seguirá en una o en otra forma. Ignoro los términos de la avenencia, porque aquí no podemos enterarnos más que de la inquietud de los hamburgueses y de la vehemencia de sus protestas, siéndonos desconocida la opinión de la prensa española y lo que el gobierno de nuestro país determinará al fin.[9]

***

Por la prensa extranjera sabemos también que España se apresura a reforzar las guarniciones de sus posesiones de África, en previsión de los disturbios que podría ocasionar la muerte del sultán de Marruecos. Las noticias que se reciben de la salud de su majestad sharifiana,[10] son malas. Si se muere, estallará en Marruecos la guerra civil, porque la sucesión a la corona es en aquel país problema muy difícil de resolver. El hijo del sultán es un niño. Los hermanos del actual soberano disputarían a su sobrino la corona. Si Marruecos se desquicia, ¿qué nación de Europa se encargará de poner orden en aquel país? Este es el problema. España se cree con derecho a intervenir antes que nadie por razones históricas que todo el mundo conoce, y por poseer dentro del territorio marroquí importantes plazas de guerra.[11] Francia, como nación fronteriza, poseedora de la Argelia, también se cree con derecho a intervenir.[12] Inglaterra no ha de quedarse atrás, porque sin más razón que su inmenso poder interviene en todo lo que pueda dar lugar a apropiaciones de territorio, y, por fin, Alemania e Italia no han de quedarse atrás.

Si el sultán vive, no habrá nada; pero si muere, ¿qué sucederá? La previsión con que España ha enviado sus tropas a la costa meridional española, preparándose a pasar el Estrecho, ha sido mal interpretada en Francia en los primeros momentos; pero nuestro gobierno ha hecho constar que sólo aspira al mantenimiento del *statu quo* y a la defensa de nuestras plazas. A diplomáticos muy expertos he oído decir que en caso de guerra civil en Marruecos, las potencias más directamente interesadas en aquel país, a saber, España, Francia e Inglaterra, obrarán mancomunadamente, restableciendo el orden y sosteniendo las bases de la conferencia de Madrid.[13] De cualquier manera que sea, Marruecos entra de lleno en la política europea, y la *cuestión de Occidente* se plantea casi en los mismos términos en que lo está la *cuestión de Oriente.*

B. PÉREZ GALDÓS

9 Este párrafo completa datos del conflicto comercial tratado ya en 84.

10 'reinante en Marruecos', del árabe *sharîf* 'noble ilustre, superior'.+

11 Las *razones históricas*, se hallan en los movimientos de expansión castellanos y portugueses por la costa norte de África en los siglos XV y XVI. En 1887 España aún poseía las *plazas de guerra* de Ceuta, Melilla, y las islas Alhucemas, mientras el sultanato marroquí ocupaba el resto de la zona.

12 Argelia era colonia francesa desde 1832.

13 La *conferencia de Madrid*, convocada por Cánovas, tuvo lugar entre junio y julio de 1880.

89
LP, 3/12/1887

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

SUMARIO: El Congreso Literario —*Monsieur* Julio Simon[1] —Unos días en Inglaterra —Newcastle on Tyne —Paisaje ahumado —El agua del Tyne —Influencia del medio ambiente —Ventajas de la vida inglesa —El pauperismo en Inglaterra —Desigualdad social —Los barrios pobres de Londres —Crecimiento de la población y de la miseria —La emigración —Hijos ilustres de Newcastle —Jorge y Roberto Stephenson —Sir William Armstrong —Al través del Northumberland —El *Black Country.*

Madrid, 26 de octubre de 1887.

Señor Director:

Entre los asuntos dignos de mención y ocurridos en España durante mi ausencia, figura en primer término el Congreso Literario, celebrado en Madrid en los primeros días de octubre. Por la prensa supe que ha estado muy brillante y que los escritores extranjeros han quedado satisfechos de la cortesía y agasajo de los españoles. Siento infinito no haber podido dar a *La Prensa* noticias detalladas de las reuniones del congreso y de las fiestas fraternales con que fue celebrada la visita de nuestros colegas extranjeros. Pero *monsieur* Julio Simon, célebre escritor francés, filósofo y estadista, que asistió al congreso, tomando parte en todos los actos de importancia que en Madrid se verificaron, escribirá y remitirá seguramente a *La Prensa,* como corresponsal, sus impresiones. De veras digo que espero con verdadero interés la relación de persona tan imparcial y el juicio que le merecen las muchas cosas que vio y las diferentes personas a quienes trató en España. Desde aquí ha dirigido una carta al *Journal des Débats*,[2] en la cual se muestra muy complacido del cariñoso recibimiento que se hizo a los congresistas, y expresa opiniones muy favorables acerca de la situación política de España y de los problemas que en ella se agitan.

Seguramente, nada pierde *La Prensa* con que yo no me haya ocupado de este acontecimiento, pues Julio Simon lo hará mejor, mucho mejor que yo, con la autoridad que le es propia y la que le da el haber intervenido en los actos todos del congreso.

Otros muchos asuntos me he encontrado en España al regresar a ella pero antes quiero atar el último cabo de mi viaje, pues recuerdo haber dejado a mis lectores en Hamburgo, y he de decirles cómo en los días transcurridos desde mi última carta he venido de las orillas del Elba a las del Manzanares, pasando por Inglaterra. La visita al norte de Albión en este tiempo no podía ser una visita de puro recreo. Su objeto era acompañar a mi amigo y compañero de viaje Alcalá Galiano hasta dejarle en la ínsula de su consulado, que es Newcastle-on-Tyne. Este puerto, situado en la costa oriental de Inglaterra, cerca ya de

1 Jules Simon, como corresponsal especial de *la Prensa*, firmaba y titulaba así sus crónicas: "Carta de Julio Simon".

2 Periódico conservador publicado en París entre 1789 y 1944.

la frontera de Escocia, es uno de los más concurridos de aquel país por su considerable comercio de carbón. Las orillas del Tyne no tienen nada de risueñas. ¡Qué país, qué cielo, qué vida! La capital del Northumberland vive bajo un pesado y tenebroso techo de humo. El carbón constituye su riqueza y el carbón le da aquel cielo artificial que parece destinado a cobijar los más negros y terroríficos pensamientos.

La corriente del Tyne, en que flotan tantas y tan gallardas embarcaciones, tiene mucha semejanza con la tinta de escribir o con el betún que sirve para dar lustre a las botas. Cuentan que un inglés, filántropo de estos que se dedican a propagar sus ideas de higiene y saneamiento en beneficio de la humanidad, tomó un vaso de agua del Tyne, la dejó decantar, y en el poso que se formó en el fondo del vaso mojó la pluma para escribir una carta al *Times*,[3] demostrando las malas condiciones higiénicas en que viven los habitantes de aquella región de Inglaterra.

En una y otra orilla no hay más que fábricas cuyas chimeneas parecen arrojar sobre el cielo el mismo limo negro que extraen del suelo: talleres de construcción de buques, en los cuales los esqueletos de las naves semejan más bien restos de colosales naufragios; aparatos para cargar rápidamente, vaciándolos a chorros en la bodega de los buques. Todo esto es negro, del color de la mercancía, así como en Bilbao las casas y las personas son rojas, del color del mineral del hierro.

La vista se fatiga y aun se perturba con esta contemplación continua de lo negro. Los objetos carecen de claroscuro porque la luz blanquecina y difusa no marca los objetos, sino que los mantiene en cierta penumbra indecisa. En cuanto al sol, se supone que estará en alguna parte del cielo, pero no se le ve, ni es fácil averiguar dónde se halla. La atmósfera es espesa, amasijo pesado de las humedades marinas y del humo vomitado por millares de chimeneas. Toda superficie blanca y limpia como los cuellos y puños de nuestra camisa, es al punto invadido por aquella atmósfera de hollín pastoso y pegadizo. Bien se comprende que con este cielo y en este ambiente negruzco y triste existan las más extraordinarias manifestaciones del trabajo humano. ¿Qué ha de hacer aquí el hombre más que trabajar, ya discurriendo cada día nuevas máquinas y artificios, ya dándoles formas en el hierro y aplicación a diferentes industrias? Si aquí no trabajaran los hombres, se morirían de tristeza los que no se murieran de hambre, porque el suelo es ingrato y no podría dar alimentos ni a la décima parte de la población. Dos grandes principios se desarrollan en este ambiente negro: el trabajo y la familia. De estos dos principios nacen la riqueza y la fecundidad de la raza, el considerable aumento de población, y como a medida que la población crece es más apremiante la necesidad de alimentarla, no hay más remedio que producir cada día más, y produciendo más se pone más feo el cielo, más negra la atmósfera y va ganando terreno la vida doméstica y fabril.

Italia y España tienen un cielo y un ambiente que estimula la vagancia, fomenta la emigración y produce la poesía, el arte, la vida aventurera y este desorden placentero que constituye nuestra felicidad. La atmósfera de Inglaterra es tal que en sus senos sombríos no hay más que matemáticas y de ellas salen las ingeniosas combinaciones de la mecánica,

3 Véase 4, n. 10.

los cálculos de la banca y del comercio. Ocurre preguntar, y en resumidas cuentas, ¿qué pueblos son más felices? ¿Los que trabajan y disfrutan libremente de la vida, contando con el pan de cada día suministrado invariablemente por la Providencia, o los que jamás ven el sol y, desconociendo las alegrías de un ambiente puro, se consagran en suelo ingrato a asegurar el pan de la semana, del mes y del año? Cuestión es ésta a la cual no se puede dar una contestación categórica. Hay quien sostiene que los ingleses trabajan para los demás, pues acumulan grandes riquezas que luego prestan a las naciones pobres, las cuales se las gastan alegremente y pagan mal los intereses o no los pagan de ninguna manera. Inglaterra trabaja, se enriquece y coloca su dinero en manos de los pródigos, que viven en grande, y no se preocupan del mañana.

Esta idea paradójica no tiene más que un valor relativo, pues cuando se visita detenidamente la Inglaterra, se ve que la gente británica disfruta de la vida quizás mejor que nosotros los del continente. Cierto que allí no tienen sol ni días hermosos, pero en cambio han organizado sus hogares de modo que encuentran en ellos indecibles placeres y alegrías. Es un error creer que en Inglaterra es preciso pagar a precios fabulosos los ricos productos del Mediodía. Gracias a la fabulosa rapidez de las comunicaciones y al comercio inmenso que estos puertos sostienen con todos los países, las frutas de Italia y España se detallan a precios ínfimos. He visto en Londres las naranjas de Valencia vendidas por las calles al mismo precio que tienen en Madrid. Últimamente se encuentran no sólo en Londres y en Liverpool, sino en otras ciudades menos importantes del Reino Unido, frutas variadas y riquísimas transportadas del Mediterráneo y aun de zonas más lejanas. Se venden en los mercados casi por tan poco dinero como en España e Italia.

El suelo de Inglaterra no produce, en el ramo de frutas, más que moras de zarza, grosellas, algunas manzanas y esas variedades de *grosberry*,[4] entre las cuales no se puede elegir, pues todas son a cual más agria y desabrida. Pero el inglés puede llevar a su casa todo lo que el mundo produce de más exquisito, y su mesa está por lo común bien provista. Bajo este aspecto la vida británica es envidiable, y bajo otros órdenes también. Proverbial es el confort de las casas inglesas, y buena prueba de ello es que todos los países del mundo, siempre que se quiere elogiar la comodidad de un mueble, de un objeto doméstico, deun adminículo cualquiera, se dice que es inglés. Todo lo inglés se considera superior, ex- cepcional y práctico. Una casa montada *a la inglesa* es el bello ideal de la vida familiar entodos los países.

No quiero entrar en las admirables ventajas que en el orden espiritual ofrece la organización doméstica de los hijos de Albión, porque esto me llevaría demasiado lejos. Tiempo ha que en los pueblos más civilizados del continente se ha iniciado la imitación de las costumbres de aquel país, ya en la educación de los hijos, ya en otros particulares de importancia referentes a la familia. Inglaterra ha dado al mundo el parlamentarismo, el librecambio, el *sport,* etc., pero es dudoso que estas y otras cosas sean tan fecundas en el continente, como lo son en las islas británicas. Lo inglés fructifica de un modo entre aquella raza laboriosa, metódica y fría, bajo aquel cielo plomizo y aquel ingrato y desapacible

4 'grosella'.

suelo; pero a menudo se malogra como los vegetales trasplantados lejos de la tierra que les vio nacer.

En medio de las maravillas que aquel país ofrece en los órdenes industrial y mercantil, hay algo que entristece y abate el ánimo. Si la organización política es perfecta dentro de lo humano, no puede negarse que la social dista mucho de la perfección. El pauperismo ofrece aspectos verdaderamente terroríficos en medio de tanta riqueza, y puede asegurarse que en ninguna parte de Europa se ven pobres tan andrajosos y famélicos como en Inglaterra. Las calles de la opulenta Liverpool están plagadas de mendigos que importunany persiguen al transeúnte. Los viajeros que visitan a Londres y después de admirar las grandiosas avenidas del West, el febril movimiento de la City, los parques, las inmediaciones del Saint James, Westminster y Whitehall, se aventuran a penetrar en los barrios del este más allá de las *Minorias*,[5] encuentran allí los espectáculos más desconsoladores de la miseria humana, guaridas repugnantes donde se albergan todas las escaseces imaginables, el vicio y el crimen.

De noche, el forastero que no se retire temprano, como es costumbre de la mayoría de los ingleses, y quiera dar un paseo por *Trafalgar Square*, se asombrará del sinnúmero de vagabundos que, no teniendo casa, duermen entre los bancos de la gran plaza al abrigo de los pedestales que sustentan las estatuas de las glorias de Inglaterra.

En todas las ciudades se observan los mismos espectáculos de miseria y desorden. Liverpool y Newcastle, centros considerables de la industria y el comercio, están infestados de mendigos, lo mismo que la metrópoli. La policía no puede fácilmente someterlos cuando se alborotan, ni la beneficencia socorrerlos, a pesar de los recursos cuantiosos que se destinan a aliviar la miseria. En los sitios más céntricos, en las inmediaciones de los hoteles y de las estaciones de ferrocarril, se ven bandadas de niños harapientos, tiznados de hollín, descalzos y sin ningún abrigo. Aterra el pensar cómo vivirán aquellas desgraciadas criaturas cuando se desaten los rigores del invierno. Para colmo de males, la población crece asombrosamente y los talleres, con sus múltiples recursos, no pueden dar sustento a tanta y tanta vida. Cada año, a medida que la riqueza se multiplica, crece en proporción mayor el número de bocas, y aquel suelo árido, surcado de venas de carbón, da anualmente enorme cosecha de pobres.

El único remedio es la sangría de la emigración, y para fomentarla y regularizarla hay distintas sociedades, que vienen a ser filantrópicas. Si Inglaterra no contara con su extensión colonial, la vida sería imposible en aquel país. Gracias a las colonias, la metrópoli ve contrarrestados en algún modo los vicios inveterados de su organismo social. En las calles de Liverpool he visto pasar carretas llenas de hombres, mujeres y niños. Parecen criminales; pero son emigrantes, y los llevan a los *docks*,[6] como ganado, para embarcarlos con destino a los Estados Unidos, Canadá, Australia o Nueva Zelanda.

Como los fletes son tan baratos a causa de la guerra de tarifas que se hacen las empresas de navegación, los llevan propiamente como ganado, aprovechando hasta lo increíble

5 'antigua parroquia londinense, conocida como *Minories Holy Trinity*'.

6 `muelles'.

el estrecho espacio de los sollados. Todos los días, y principalmente los sábados, salen de Liverpool enormes cargamentos de almas humanas, que constituyen uno de los principales artículos de exportación inglesa. Con él fomenta sus colonias, extendiendo por todo el mundo el poderío de la raza británica, y además atenúa o aleja los conflictos sociales que constantemente la amenazan en Europa.

Los que han visitado Irlanda pintan con frase espeluznante el carácter temeroso de la cuestión social en aquella isla. Allí el número de desheredados de la fortuna es mucho mayor aún que en la isla hermana, y allí seguramente es donde está el peligro mayor. Sería triste que los hombres de Estado del país más poderoso del mundo no hallaran medio de extirpar mal tan hondo.

Newcastle es ciudad poco interesante, fuera de la importancia que le da su colosal industria. Los célebres talleres de Armstrong, para construcción de cañones y de buques de guerra, son lo más notable que encierra la capital del condado carbonífero de Northumberland. La ciudad posee algunas antigüedades de mérito, aunque no es este extraordinario. Por lo demás, como todas las poblaciones inglesas, abunda en ciertas comodidades de que disfrutan ampliamente los hijos del país más que los forasteros, y carece en absoluto de las distracciones que amamos tanto los meridionales. El que vaya allí con un objeto industrial hallará mucho que admirar y que aprender; pero el que viaje por recreo, debe parar poco allí y seguir hasta Edimburgo. Newcastle es la patria de Jorge Stephenson, que le ha consagrado un monumento de escaso mérito artístico. Junto al grandioso puente sobre el Tyne, una de las obras más atrevidas de la construcción moderna, se exhibe, sobre un pedestal, a manera de estatua, la primera locomotora construida por el célebre ingeniero, creador del ferrocarril, la invención más maravillosa del siglo XIX. La vida de Jorge Stephenson es uno de los ejemplos más hermosos que existen en la humanidad. Hijo de un fogonero que trabajaba en las máquinas de desagüe de una mina de carbón, pasó su niñez cuidando vacas con el sueldo de dos chelines al mes.[7] Cómo de tan humilde estado pasó aquel niño a ser el primer mecánico de su época, es cosa que maravilla. Todo se lo debió a sí mismo, desde la educación primaria que en la escuela recibiera hasta los asombrosos conocimientos que atesoró en edad madura y con los cuales hizo la más grande de las revoluciones económicas. Las luchas que tuvo que sostener contra la rutina para implantar el primer ferrocarril minero, prueban su perseverancia y el vigor de su entendimiento. Hay en este hombre algo del genio osado y tenaz de Cristóbal Colón. Su hijo Roberto Stephenson es otra de las grandes figuras de la moderna Inglaterra. Su trabajo fue más fácil porque encontró cimentado el organismo ferrocarrilero; pero no son sus obras menos estupendas. A él se deben los puentes tubulares adoptados en todo el mundo, el Palacio de Cristal y otras obras admirables.[8] El primer Stephenson es mecánico, y el segundo, constructor, sobresaliendo principalmente en la arquitectura del hierro, dela cual es iniciador y maestro.

---

7 *S*ueldo muy pequeño; el chelín equivalía a la veinteava parte de la libra esterlina.

8 Stephenson construyó *puentes tubulares* en Inglaterra, Egipto y Canadá, pero no el *Palacio de Cristal* londi-

Otro hijo ilustre de Newcastle debe ser mencionado aquí, y es sir William Armstrong. Nació en 1810, y empezó a distinguirse como mecánico cuando ya los trabajos de los dos Stephenson habían transformado la industria inglesa. Dirigió sus estudios a los problemas de la artillería, creando el cañón rayado con carga por la culata. Con su perseverancia y constante trabajo fundó los talleres que hoy existen con su nombre en las cercanías de Newcastle y a él se debe la creación de los buques blindados que han cambiado radicalmente la táctica naval. Con motivo de su jubileo, la reina Victoria le ha hecho *lord,*[9] digno premio de una vida enteramente consagrada al trabajo.

***

Me despido en la estación de Newcastle de mi inolvidable compañero de viaje y amigo queridísimo, y emprendo solo el camino al través del norte de Inglaterra. Toda la región de Northumberland ofrece el mismo aspecto ceñudo y sombrío, por el increíble número de chimeneas y altos hornos que se ven a una y otra parte. Durham, célebre por sus ganados y sus mostazas, aparece edificada sobre un cerro en el cual se destacan las torres de su hermosa catedral. Darlington parece un infierno, todo fraguas, todo fuego, humo y crujido de máquinas. Más apacible y risueño se nos ofrece York, la ciudad histórica, situada en un país más agrícola que industrial, y rodeada de fértiles y amenas campiñas.

Después hay que atravesar una de las regiones más industriales de la isla, y es lo que llaman el *black-country* o país negro, porque las ciudades, las villas y aun las aldeas están envueltas en humo. El campo es feo y árido, los caminos polvorosos. Donde no hay minas hay fábricas, y seguramente la cantidad de chimeneas es superior a la de árboles, siendo ésta bastante considerable. Entre Leeds y Manchester no se ven más que talleres y más talleres. Allí el campo ha dejado de serlo, invadido por la industria. Tejidos de lana, tejidos de algodón, tejidos de lino y de esparto, tejidos por todas partes, y entre la inmensidadde telares, otros muchos artefactos para transformar los metales, el plomo, el cobre y el zinc. Un desarrollo tan colosal de la industria principia por causar admiración y acaba por dejar una impresión de hastío y tristeza. Así que al llegar a la estación de Manchester, enla cual pensaba detenerme para visitar la metrópoli del algodón, la vista de tanta y tanta chimenea, los paredones negros de las fabricas me produjeron verdadero terror y perdí lasganas de ver más fábricas y talleres, ansiando respirar un aire no impurificado por el humoni ensordecido por el estruendo. Aquí el trabajo humano llega a parecer una monomanía febril o un tic epiléptico, y los hombres parecen insensatos que han traspasado los límites de la obligación que la naturaleza nos impuso, haciendo de la virtud un vicio, y convirtien- do la religión de la industria en idolatría de las riquezas.

Llego a Liverpool y espero un vapor que me traiga a España.

B. PÉREZ GALDÓS

nense diseñado por Joseph Paxton en 1851.

9 El jubileo de la reina Victoria por los cincuenta años de reinado se celebró el 20 de junio de 1887.

90
LP, 9/12/1887

Adiós a Inglaterra —Liverpool, sus *docks* y el túnel bajo el río Mersey —Madrid –Calma política —Tregua de los partidos —Disentimientos ruidosos entre los republicanos —Ruptura de la coalición —Aislamiento de Ruiz Zorrilla —Acritud de las polémicas entre federales y los zorrillistas —Odio a los posibilistas —Noble y digna actitud del señor Castelar —La cuestión de Marruecos —El sultán restablecido —España no aspira a la conquista —Inconvenientes de las expediciones militares al África —Pretensiones de influencia de todas las naciones mediterráneas —Sosténgase el *statu quo* —La *Información agrícola* —Males de la agricultura —Constitución física del suelo —Errores antiguos acerca de la feracidad de la península —Las contribuciones y el crédito agrícola. —Complejidad de los males y de los remedios —La enseñanza agrícola y sus defectos —El Instituto de Alfonso XII.

Madrid, 31 de octubre de 1887.

Señor Director:

Por si mis lectores llevan a mal que abandone por tanto tiempo los asuntos de España que son primera obligación y materia preferente de mis trabajos de corresponsal, abrevio la permanencia de Liverpool, población que conocen todos los americanos que han veni- do a Europa en vapores ingleses. Y por cierto que no es de las más simpáticas. Fuera del interés que ofrecen sus siete millas de *docks*, carece de atractivos esta ciudad grande queno es una gran ciudad. Los que gustan de ver buques mercantes primorosos, y reconozco en mí esta debilidad, pasarán un rato agradable recorriendo los *docks* del norte y los del lado de Birkenhead.[1]

El movimiento de naves es colosal, y a la hora de la marea, cuando se abren las compuertas del río Mersey, presenta un magnífico golpe de vista. El *floating stage* o muelle flotante, es una de las obras más hermosas que en puerto alguno pueden admirarse, y el túnel bajo el río, por donde circula el ferrocarril que une a Liverpool con Birkenhead, la maravilla de las maravillas. ¡Gigantesco esfuerzo y osadía del humano ingenio, tanto más de admirar cuanto que no se ve la necesidad de semejante obra, existiendo la comuni- cación rápida, constante y barata de los *ferry* por encima de las aguas! Es un alarde de poderío y riqueza, una superfluidad sublime que demuestra a qué punto de perfección llega en aquel país el arte de las construcciones. Horadar la tierra bajo el lecho de un río caudaloso y profundo, comunicar con el suelo los extremos de la galería por medio de hondísimos pozos con ascensores y escaleras, es empresa titánica que solo puede realizar la perseverancia opulentísima de esta raza que tantas victorias ha sabido alcanzar en sus luchas con la naturaleza.

Por fin dejo la ciudad del Mersey. Un sábado a la hora de marea, salgo en un vapor español que me conduce a Santander. Multitud de buques parten a la misma hora, entre

1 Ciudad situada frente a Liverpool, al otro lado del río Mersey.

ellos el *Serbia* de Cunard, que va a Nueva York, y el *Euclides* que hace rumbo a Buenos Aires.

Para que la salida tenga algo de dramático, en el momento de dejar el práctico,[2] fuera ya de la barra, estalla formidable tempestad con decoración de relámpagos y orquesta de truenos, pero sin consecuencias de importancia. Muchas cabezadas, fuertes balanceos, hasta que al despertar el tercer día de viaje, la claridad del cielo nos anunciaba la proximidad de la península. Hacía dos meses que no había visto yo el cielo azul.

¡Y qué cosa tan extraña! Después de un viaje de tres días, en buena barca con toda clase de comodidades y no careciendo de nada, la vista de la tierra produce tanta alegría como cuando se nos aparece tras larga y penosa navegación erizada de peligros.

***

Ya estamos otra vez en España. En dieciocho horas salvo la distancia que separa de Madrid la costa cantábrica. Madrid está en la plenitud de su animación risueña, con los teatros abiertos, los palcos llenos de gente, todo en actividad y movimiento, como ciudad que se ha propuesto alejar de su recinto la tristeza. La política encuéntrola en completa calma. Las Cámaras se abren dentro de un mes, y se anuncia una crisis. Entonces será ella; pero, por de pronto, los políticos aguardan, arma al brazo, el resultado de aquella. A los cambios de ministerio precede casi siempre una suspensión de hostilidades, pues todos esperan algo. Las pasiones y los deseos se contienen hasta ver qué personas son las agraciadas.

El gobierno, por fortuna suya, no tiene enfrente ningún problema temeroso, y su situación es tan buena o quizás mejor que hace dos años, cuando recogió la herencia del partido conservador ante los restos fríos del malogrado rey don Alfonso. Los enemigos del partido liberal o no le hostilizan o lo hacen sin armas verdaderamente mortíferas.

Los conservadores, no creyendo llegada aún la oportunidad de su vuelta al poder, continúan en la *oposición de su majestad* con discreta templanza. Los reformistas pierden cada día terreno,[3] y con él la posibilidades de ser poder, no solo por la oscuridad de su programa, sino porque al admitir en sus filas a los conservadores disidentes se han ingerido un principio de muerte.

Los republicanos, devorándose mutuamente con implacable encono, se han encargado de dar fuerza a la Regencia, apartando del camino de esta uno de los peligros que la amenazaban. La escandalosa ruptura de la coalición republicana ha sido el suceso culminante del pasado mes.[4] Ya los partidarios de Salmerón se habían apartado del señor Ruiz Zorrilla.[5] Ahora los federales, mandados por Pi y Margall, han pedido más ruidosamente el divorcio, y tras destempladas polémicas en la prensa, han tirado cada cual por su lado,

2 'práctico de puerto, marino asesor para entrada y salida de los buques en puertos'.

3 *Los reformistas*: el partido liberal reformista, cuya formación se explicó en 84.

4 El *rompimiento* tuvo lugar a principios de noviembre.*

5 Véase 74.

con ánimo de no volver a unirse jamás. El testarudo revolucionario se ha quedado solo y no tiene ya a su lado un solo hombre medianamente ilustre. Alguien le supone presa del desaliento, e inclinado a suspender sus infatigables trabajos de conspiración.

Hasta se ha hablado de proyectos de amnistía y de tratos para renunciar a los procedimientos revolucionarios; pero esto no es creíble. Hay caracteres y temperamentos que no pueden desmentirse a sí mismos y con los cuales no se puede pactar la paz en ninguna clase de condiciones. Los más expertos, aceptando como probable el desaliento del señor Ruiz Zorrilla, no creen en su enmienda, porque le conocen bien. Aquel hombre implacable y tenaz seguirá conspirando, y procurará armar un alboroto, aunque sepa que ha de ser infecundo. Pensar otra cosa sería candidez, de esas que se pagan caro. Las acusaciones que federales y zorrillistas han cambiado, al romper la amistad artificiosa que los unía, demuestran la incompatibilidad de caracteres y de aspiraciones que entre ellos ha reinado siempre. Si esta gente procede así ante el amigo, frente a la monarquía que tratan de asaltar, ¿qué harían si lograsen entrar en la plaza sitiada para repartirse el botín y organizarse después de la victoria?

En medio de las divergencias que separan a los republicanos de las tres facciones revolucionarias, hay en todos algo de común, y es el odio a los posibilistas, capitaneados por Castelar. Este eminente hombre de Estado anatematiza cada día con más vigor la revolución, las conspiraciones y los procedimientos de fuerza.

Admirable actitud la del profundo estadista en cuyo cerebro solo germinan ideas elevadas, que en medio del desorden de las pasiones y de los apetitos desencadenados, desprecia el poder, y solo combate por el ideal con las armas de la palabra y del pensamiento. Seguido de pocos, pero buenos amigos, se resigna a la situación que los tiempos le imponen, y prefiere vivir con la monarquía liberal y pacífica a lanzarse en aventuras peligrosas, sin saber a dónde va. Lo que principalmente ha sacado de quicio a los revolucionarios ha sido el brindis de Castelar en el banquete que el ayuntamiento dio a los individuos del Congreso Literario. El eminente tribuno brindó por la reina regente, rindiendo así homenaje de caballerosidad a la augusta viuda de Alfonso XII. Lo cual no impide que el señor Castelar siga siendo tan republicano como antes, ni que persista en su propósito de no servir jamás a la monarquía. Esta actitud de dignidad sin perjuicio de la cortesía, esta manera de sostener las ideas de toda la vida pagando tributo a la realidad, no la comprenden los que, habiendo sido monárquicos ayer,[6] quieren hoy llevar las cosas a sangre y fuego, anhelando establecer una dictadura republicana mucho más temerosa y pesada que la tiranía de los reyes en sus peores tiempos. Este absolutismo con gorro frigio, que hoy quieren imponer los redentores zorrillistas, no engaña ya sino a unos cuantos ilusos, por lo general gente joven e inexperta, que no ha sido parte ni juez en las contiendas empeñadas aquí en los últimos veinte años.

***

6 Alusión al pasado de Ruiz Zorrilla, que fue último presidente del reinado de Amadeo I.

La cuestión de Marruecos la encuentro resuelta, o por lo menos aplazada, a mi llegada a Madrid. Recuerdo haber escrito algo sobre ella en mi carta de Hamburgo.[7] No solo vela por nosotros la Providencia cristiana, sino la musulmana, porque el sultán ha sanado de su peligrosa enfermedad, librándonos así de las graves complicaciones que nos habría traído su muerte. La sucesión a la corona es en aquel país un problema difícil, porque casi siempre se decide por las armas. Nuestras posesiones africanas correrían quizás algún peligro, y de aquí la determinación de enviar tropas a reforzarlas. Pero el problema marroquí no se plantea exclusivamente entre España y el imperio vecino. Todas las potencias que tienen o figuran tener intereses en la costa africana, reclaman su parte de intervención, y de esto resulta una cuestión muy parecida a la antiquísima e insoluble de Oriente.

España no aspira, como algunos creen, a la conquista del Magreb, empresa dificilísima sino imposible, para la cual no tenemos fuerzas ni recursos. Sus aspiraciones se limitan al sostenimiento del orden de cosas existente allí, a que se establezca una regularidad política y a que los intereses europeos estén debidamente garantizados, única manera de que Marruecos empiece a disfrutar de los beneficios de la civilización. Cierto que una campaña como la de 1859 sería popular en España, pero aunque ahora resultase tan gloriosa para nuestras armas como entonces lo fue, sus resultados serían nulos.[8] Iguales o quizás mayores inconvenientes hallaría cualquier otra potencia.

Una acción concertada de todas ellas, quizás sería menos estéril; pero falta saber cómo se repartirían los papeles. Es probable que en este caso llevase España la parte más dura en la acción militar, y la menos importante en los beneficios consiguientes. Aunque Italia y Alemania han expresado la opinión de que España debería intervenir sola, con poderes de las demás potencias, por razón de sus derechos históricos, estos son halagos artificiosos que debemos acoger con mucho recelo. Quizás el único objeto de esta proposición sea molestar a Francia, cuyas pretensiones son conocidas de todo el mundo, y aunque la República no está para meterse en muchas aventuras, desde que se creyó próxima la muerte del sultán, mostrose inclinada a realizar sus planes de rectificación de fronteras en el río Muluya y en el oasis de Figuig.[9]

Ha de tenerse en cuenta que cualquier potencia que dominase en la costa marroquí, habría de alcanzar por este solo hecho una preponderancia tan grande que no sería posible restablecer el equilibrio. Si Inglaterra, que ya posee Egipto, las islas de Chipre y Malta y el Peñón de Gibraltar, llegara a poseer también Marruecos, el Mediterráneo sería inglés y ningún poder ni antiguo ni moderno sería comparable al suyo. De Francia puede decirse casi lo mismo; de modo que todas las hipótesis conducen a la conveniencia de dejar las cosas como están.

Alegrémonos de la salud de Muley Hassan y celebrémosla como un gran bien, porque nos evita un sinfín de complicaciones. Bastante tenemos que hacer en nuestra casa para meternos ahora en la del vecino. Ahora solo se trata de saber si habrá o no una conferencia

7 Véase 88.

8 Véase 47, n. 2.

9 Ambos en la frontera de Marruecos con Argelia.

diplomática para sostener el *statu quo.* Probable es que no haya nada y que sigan las cosas como hasta aquí, el imperio africano sumido en la barbarie, esperando el día en que la civilización europea le despierte a cañonazos. Nuestro deseo es que para entonces nos coja con más recursos, con un ejército bien organizado, y en situación de poder tener política exterior. Por el momento, ese lujo nos está vedado.

***

Otra novedad encuentro, y es la *Información agrícola*, si novedad puede llamarse el lamentar eterno de los labradores, y la expresión de los remedios que exige su triste estado. Si con discursos fuera posible mejorar la suerte de la propiedad territorial, nuestra riqueza agrícola superaría a la de todas las naciones del mundo. Desde Jovellanos acá, se ha dicho tanto y se han propuesto tantos planes que teóricamente hemos llegado a los mayores progresos. Hay que añadir que lo dicho por Jovellanos en su inmortal *Informe sobre la ley agraria*, es lo mejor sin duda, y que toda la retórica posterior viene a ser la repetición de los admirables argumentos de aquel insigne escritor y estadista.[10]

La agricultura en España sufre los efectos de la crisis universal, y además los de la crisis puramente española, es decir, de un estado de cosas creado por nuestra rutina administrativa. No se necesita hablar mucho ni apurar los recursos oratorios, para conocer que la contribución territorial es excesiva, que viene siéndolo hace muchos años y que las rebajas que ahora se hicieran, habrían de ser grandes y sostenidas durante mucho tiempo, para que la propiedad pudiera sostenerse con desahogo. El tipo contributivo es tan alto que no hay propiedad que lo resista, y su misma elevación indica que es burlado sistemáticamente, y que gran parte de las tierras o pagan menos del cupo o no pagan nada. De aquí una desigualdad que es origen de grandes disturbios en los pueblos, y que fomenta el caciquismo y las malas pasiones.

Otro mal inveterado es la postración del crédito agrícola, que hace al propietario esclavo de la usura. Para todos los negocios se encuentra dinero relativamente barato, y el agricultor y el ganadero sucumben por lo general cuando se ven obligados a recurrir al crédito. Esta situación, y lo enorme de las cargas impuestas por el Estado, traen la natural consecuencia de la imperfección del cultivo, que en algunas regiones es de lo más primitivo que puede imaginarse. Un cultivo esmerado duplicaría la producción en algunas regiones y en otras la triplicaría. Pero sin crédito, y con la amenaza constante del fisco, la mayor parte de los labradores no se deciden a abandonar la rutina.

En la presente *Información*, un hacendista notable achacó todos los males de la agricultura a la escasa ilustración de los labradores y a sus vicios, suponiendo que el de los juegos de azar está más generalizado en las aldeas que en las capitales. Esto es un error y una injusticia. Cierto que hay labradores ignorantísimos, que han declarado guerra a las máquinas y artefactos modernos; pero otros los adoptarían si tuvieran recursos para ello, y buscarían, si pudieran, aumento de producción en los riegos y en los abonos. En cuanto al

10 El *Informe* de Jovellanos se publicó en 1795.

vicio del juego, no puede ser tomado en serio semejante argumento ni se comprende que lo haya empleado un hombre de tanto seso y experiencia como el señor Figuerola.

Es muy triste considerar que gran parte de los males de nuestra agricultura estriba en causas puramente climatológicas. La constitución física de las dos grandes mesetas centrales de nuestra península es poco favorable al cultivo, por la crecida sequedad, por la escasez de aguas corrientes, de lo que se derivan la desnudez de los montes y la despoblación rural. La feracidad proverbial de España, decantada en todas las lenguas desde el tiempo de los romanos, es una ilusión, que ha venido engañando a los naturales durante muchos siglos, y haciéndoles creer lo que no es. Fuera de las comarcas de la costa mediterránea que son hermosísimas, de algunas vegas andaluzas y de la región del Ebro, no hay tal feracidad ni la ha habido nunca. Si algunos territorios, como el de Extremadura, son de calidad superior, la sequedad los esteriliza, y la despoblación los hace infecundos. Las dos provincias de Cáceres y Badajoz, particularmente la segunda, serían veneros de incalculable riqueza, si sus campos estuvieran, como los de Valencia, surcados por corrientes de agua. ¿Pero dónde está el agua? El Guadiana no la tiene en la cantidad que se necesita. Queda el sistema de pantanos, que consiste en almacenar el agua de invierno para utilizarla en los meses de calor. Pero es dudoso que estas costosas obras sean remunerativas, no yendo acompañadas del alivio de los impuestos y del crédito agrícola.

Lo que se desprende de todo esto es que, siendo complejos los males de la agricultura, complejos han de ser también sus remedios. Los que todo lo esperan de la *protección* pidiendo que se graven los productos extranjeros, empeoran la situación sin resolver nada. Los que creen que todo se arregla disminuyendo las contribuciones, también se equivocan. Es preciso que, a la vez y mancomunadamente, se reduzcan las cargas públicas, se fomente el crédito agrícola, se faciliten las comunicaciones, se suavicen las tarifas de ferrocarriles, se difunda la enseñanza agrícola, y se emprendan obras destinadas a combatir la sequía de nuestros campos.

Pocos países habrá que gasten tanto dinero en enseñanza agrícola. Además del Instituto de Alfonso XII, establecido en Madrid, hay multitud de estaciones agronómicas en las cuales pueden los labradores aprender mucho de lo que ignoran. Pero hay que convenir en que los resultados de esta propaganda no han sido hasta ahora muy eficaces, quizás por el vicio general de la enseñanza en España, que siempre tiende a ser excesivamente teórica. Desde la Restauración acá, se han empleado sumas enormes en el Instituto antes mencionado, o sea Escuela de Ingenieros Agrónomos establecida en la Moncloa.[11] Los esfuerzos de cuantos fomentaron y fomentan la tal Escuela, han tendido siempre a dotarla de medios prácticos y experimentales de enseñanza; pero la sucesión de disposiciones contradictorias, la falta de criterio en algunas, han esterilizado las buenas intenciones de los gobiernos y las considerables cantidades empleadas. De la Moncloa salen anualmente multitud de jóvenes muy ilustrados, versadísimos en la ciencia agronómica, capaces de escribir brillantes informes. Verdad que también salen capataces y peritos agrícolas, pero no en número

11 En 1881 se inauguraron en Moncloa las instalaciones del Instituto Agrícola de Alfonso XII. En 1886 sufrió una importante remodelación pasando a llamarse Escuela de Ingenieros Agrónomos.

bastante; y además tales carreras son muy poco lucrativas, y rara vez tienen otra aplicación que la de asesorar a los tribunales en la medición o valuación de tierras en litigio.

Hasta ahora, son escasos los resultados obtenidos por el país de la enseñanza oficial de la agricultura, lo que quizás deba atribuirse a lo reciente de la institución, y a que el tiempo no ha ejercido aún la saludable influencia en la destrucción de antiguas rutinas. Pero es incuestionable que dicha enseñanza debe conservarse y perfeccionarse, tratando siempre de hacerla más práctica.

Visitando la Moncloa, se ve que a las dispendiosas obras allí realizadas falta poco para constituir un sistema de enseñanza experimental a la altura de las circunstancias. Los terrenos que pertenecen a la Escuela son extensos, y de diferente clase, apropiados a los cultivos de riego y secano, a la viña y prados, a la horticultura y a la silvicultura.[12] Los edificios son muchos y buenos, los museos notabilísimos; la instalación de ganados, inmejorable; solo faltan detalles de organización y un sistema administrativo que permita la explotaciones sin gravamen para el Estado. Conviene además que se busque la manera de atraer al público, para que lo que allí se hace pueda ser visto y estudiado por quien pueda obtener provecho de ello. De otro modo el Instituto de Alfonso XII serviría, como otros centros de enseñanza que en España existen, para que aumentase considerablemente entre nosotros el número de sabios, sin ventaja para nadie, y sin que el país vea el resultado provechoso de sus sacrificios.

B. PÉREZ GALDÓS

91

LP, 11/12/1887

La crisis agrícola —La *Liga Agraria* —Remedios *charlatánicos* —Verdaderas causas de la crisis —La depresión del consumo —Inconveniencia de la aplicación exclusiva de criterios económicos —Peligros de las represalias —El centenario del *Don Juan* de Mozart —Grandeza del genio de este compositor —Su precocidad —Su muerte —Tipos musicales del *Don Giovanni* —Eterna juventud de esta obra —Nuevas desavenencias entre republicanos —Desaliento del señor Ruiz Zorrilla —Ineficacia de los planes de unión —La dictadura republicana es imposible —La boda del señor Cánovas del Castillo —Ofrendas de la amistad —No acepta el título nobiliario.

Madrid, 8 de noviembre de 1887.

Señor Director:

Continúa siendo asunto preferente de todas las conversaciones la crisis agrícola y cuanto con ella se relaciona. Creeríase que la versátil moda anda en esto y que, cuando le pase el turno a la agricultura, nadie se acordará de ella, y nos ocuparemos con el mismo frenesí de otras cosas. No hace mucho que se hablaba exclusivamente del ejército y de planes

12 `Cultivo de bosques y montes'.

militares, hasta que nos cansamos y elegimos otro tema. Recuerdo una época en que se desarrolló con tal fuerza el furor de las construcciones navales, que hasta las personas que en su vida habían visto un barco daban su opinión sobre táctica naval, sobre los problemas de estabilidad o sobre la preferencia que debía darse a tales o cuales tipos de cruceros o acorazados. Algo de esto pasa ahora con la agricultura. Los que jamás vieron un arado, hablan de las faenas del campo cual si estuvieran esperando el resultado de lo que sembraron. Todo el mundo propone soluciones al intrincado problema, arreglando las cosas tan fácilmente en el terreno teórico que no cabe pedir más. Tras los interminables discursosde la *Información agrícola*,[1] vienen los de la *Liga Agraria*, iniciada por algunos labradoresde influencia en el país y de conocimientos prácticos y teóricos.[2]

Esto sería muy bueno (me refiero a la *Liga Agraria*), si se concreta a una asociación de propietarios con objeto de velar por los intereses de la clase, que son los del país, proponiendo al gobierno lo más conveniente. Pero me temo mucho que en la tal *Liga* se injieran multitud de políticos que no han sido, ni son, ni serán propietarios, y que van a ella con el único fin de exhibir sus personalidades, y de meter alguna bulla a ver si salta algo de qué sacar provecho personal.[3] Este es el giro natural y constante de todos los movimientos artificiales de la opinión. Muchos entran en ellos de buena fe, pero otros persiguen fines interesados, procurando embrollar las cosas, hacer ruido, poner al gobierno en un conflicto, para que se vea obligado a dimitir este o el otro ministro, y se hagan claros en la situación.

No son de ahora los males de la agricultura, y en épocas tan funestas por lo menos como la presente, nada hicieron por remediar dichos males los que hoy proponen medios heroicos e imposibles. Por esto hay que tomar con calma estas manifestaciones ruidosas, y desconfiar un poco de la caterva de curanderos que por todas partes nos salen cada día, mostrando prospectos seductores y recetas *charlatánicas*.

El tiempo no respeta nada de lo que se hace sin él. Este axioma debe aplicarse principalmente a los males seculares y profundos de todas aquellas cosas arraigadas en la historia y en la vida de los pueblos. Mejorar las condiciones de la propiedad territorial en España sin el auxilio del tiempo, es como si se pretendiera que un árbol plantado ayer, creciera hoy hasta el máximum de su desarrollo, y diera fruto mañana. Por esto hay que poner en cuarentena los programas brillantes, de los cuales hemos visto muchos, a distintos fines aplicados, caer en el olvido a los pocos días de ser expuestos entre aplausos.

Nadie duda de que una gran parte de las personas convocadas por el respetable propietario y banquero señor Bayo, emprendan de buena fe y con excelentes intenciones, la campaña reformadora de los males que afligen a la agricultura; pero creemos que este noble pensamiento se malogrará si permiten que en el seno de la *Liga Agraria*, se lleve la

1 En la *Gaceta* del 7 de julio de 1887 se publica la *Información* sobre la crisis agrícola y agropecuaria, recogiendo esos *interminables debates* parlamentarios sobre la crisis. Su falta de efectividad fue el germen del movimiento agrario y de la *Liga Agraria*.*

2 La *Liga Agraria* nace en octubre de 1887.*

3 Al constituirse la Asamblea de la *Liga*, además de Bayo y de Moyano como presidente honorífico, se incorporan como vicepresidentes dos exministros, Gamazo y Muro, que no revelan su propósito: hacer de la política agraria y económica su bandera ante el parlamento y el gobierno.

cuestión candente de proteccionismo y librecambio,[4] tras de cuyo término se oculta una cuestión política. Porque la política recurre a todas las armas para sus fines, que casi siempre son puramente personales, y una de las que principalmente usa es la de los problemas económicos, utilizando este o el otro criterio de escuela, según la moda del momento, para hacer brecha en el poder. Si la época es de paralización, se acentúa el clamor de los pueblos, haciendo a los gobiernos responsables de lo que pasa, y dando a entender que con un cambio de personal en las esferas administrativas, la fanega de trigo valdría más de lo que vale, y los ganados se cotizarían a más alto precio.

Pero todo esto queda reducido a un simple caso, soluble por el sentido común, buscando el origen del mal, el cual no es otro que el exceso de producción sobre el consumo. Los productos de la tierra y los de la industria exceden en mucho a las necesidades humanas, y mientras el equilibrio no se restablezca, ni con protección ni sin ella, el mal seguirá en pie, y los habladores y curanderos no harán más que aumentar el fárrago indigesto de las disertaciones inútiles.

Las causas que han determinado la depresión del consumo son tan complejas que no es fácil dar con ellas y exponerlas claramente. De tiempo en tiempo, en plazos fatales y misteriosos, como los que preceden a la aparición de las grandes epidemias, el consumo universal se deprime, las existencias aumentan de un modo fabuloso en los grandes depósitos comerciales, las empresas de transporte ven disminuido su movimiento; muchas fábricas se cierran; la concurrencia, abaratando excesivamente los precios, ocasiona pérdidas y quiebras. El agricultor y el fabricante claman, y como no suelen ver sino aquella parte más próxima del mal, señalan como origen de este la pesadez de los impuestos, los tratados de comercio, olvidando que en circunstancias anteriores los mismos tratados dieron vida a lo que ahora está tan abatido.

Alguien supone que estas depresiones del consumo preceden a las grandes guerras y conflagraciones entre los estados más poderosos. Vienen a ser las guerras como impulsos instintivos de la humanidad para restablecer un equilibrio alterado por arcanos incomprensibles. Ello es que tras las campañas formidables que cambian las fronteras, suele venir un periodo de actividad en el consumo. La industria tiene a su favor los incomprensibles cambios que en el gusto y en las modas determina el distinto poder que adquieren o pierden las naciones con las guerras, y la agricultura va a llenar los inmensos vacíos de las cosechas malogradas y los depósitos perdidos. De aquí resulta que el mal ocasionado por un estado pletórico, se remedia por procedimientos semejantes a los del *Doctor Sangredo*.[5] Esta teoría podrá ser paradójica y falsa; pero no podemos resistirnos a admitirla provisionalmente, siquiera hasta que se presente otra mejor.

En tanto, oigamos con paciencia a los curanderos que todo lo arreglan con la denuncia de un tratado de comercio, o con el alivio de las contribuciones. Cierto que estas son

4 El librecambismo fomentado por los liberales empezó a frenarse precisamente en 1887 al unirse la *Liga Agraria* a las solicitudes de protección de industriales catalanes y siderúrgicos bilbaínos.*

5 *Doctor Sangredo*: revista satírica publicada en los años 1883-84. Llevaba como subtítulo "Revista satírica quincenal. Dedicada a los hijos de Esculapio".

onerosas por lo que a la propiedad territorial se refiere, pero ni aunque fueran de una plumada reducidas a la mitad, o totalmente suprimidas, cesaría el grave mal que nos aqueja. La vaca, que hace dos años valía sesenta duros, vale hoy catorce. El vino, que con tanta abundancia se cosecha en nuestro país, ha bajado a la mitad de lo que valía en 1884. Aun suponiendo que las dehesas y las viñas estuviesen libres de toda carga fiscal, la situación no variaría mucho.

El remedio de la protección que algunos proponen es ilusorio. Por protección entendemos que se graven con derechos más o menos grandes los productos extranjeros. Como esto no puede hacerse sin que los extranjeros hagan lo mismo con nuestros productos, yo quiero ver la cara que ponen los entusiastas de la producción nacional el día en que el telégrafo nos diga, por ejemplo, que el gobierno inglés ha decidido imponer un *schilling* o dos a cada caja de naranjas,[6] y, de paso, el día en que los hierros en vena y en lingote dejen de tener libre entrada en los mercados de Alemania, Inglaterra y Holanda, el día en que Francia transforme su industria del vinaje, dejando de introducir como base de ella los mostos españoles.

Pues ese día, que debiera ser de júbilo para los apóstoles de la producción nacional exclusiva, porque revelaría que sus ideas triunfaban en todo el mundo, los tales apóstoles curanderos nos darían la fórmula para comernos la inmensa cantidad de naranja que Valencia produce, y bebernos todo el vino que España da, y que ya no traspasaría nuestras fronteras. Nuestro único consuelo entonces sería que estaríamos constantemente borrachos, y que no nos daríamos cuenta de nuestra miseria.

***

El aniversario secular de la aparición del *Don Juan* de Mozart en el mundo artístico,[7] ha sido celebrado aquí con un gran concierto en el Teatro Real. Lo mejor habría sido poner en escena aquella obra maestra; pero no habiéndose pensado a tiempo, se organizó una función mixta, extraordinariamente variada y agradable. A la orquesta de la Opera, se unióla de la Sociedad de Conciertos, dirigida por el maestro Bretón. La Sociedad de Cuartetosy los artistas principales del Teatro Real completaron el hermoso conjunto, y de este modose pudo admirar el genio de Mozart en todos los géneros que soberanamente cultivó: la ópera, la sinfonía, la *música de cámera*, y la religiosa. Difícilmente se podrá gozar otra vez función más bella que la del 5 de noviembre, ni cabe interpretación más acabada de aque- llas obras inmortales. La sinfonía de *Il flauto mágico*,[8] el gran *quinteto*, varios números de la*Misa de requiem*, y las piezas culminantes del *Don Juan*, tuvieron embelesado y suspensoal público durante tres horas.

6 *schilling*: 'chelín'.

7 La ópera, estrenada en el Teatro de Praga el 29 de octubre de 1787 con el título *Il dissoluto punito, ossia il Don Giovanni*, fue compuesta por Mozart con libreto en italiano de da Ponte, basado en la obra de Antonio Zamora.

8 *La flauta mágica*: aunque Galdós la cite en italiano, su libreto, incluido el título original, fue escrito en ale-

¡Qué genio más portentoso! De él puede decirse que más que un gran músico era la música misma, porque su alma privilegiada era como un divino instrumento dispuesto para expresar todas las emociones sin esfuerzo alguno. Y tan es así, que Mozart nació sabiéndolo todo, y el difícil tecnicismo de aquel arte, que exige para ser dominado tareas rudas y aplicación constante, para él fue como un desarrollo instintivo. Todo lo aprendió por sí mismo y sus maestros se trocaban pronto en discípulos. El sentimiento de la belleza era tan vivo en él, que le habría sido imposible producir nada que no fuera bello. Lo que me admira en este extraordinario artista es la espontaneidad, la frescura de sus ideas musicales, de tal modo claras, serenas y fáciles, que más parecen obras divinas que humanas. Era fecundo e inagotable, porque el crear no representaba para él ninguna clase de trabajo.

¿Quién no conoce el *Don Juan*, la obra más portentosa del arte lírico-dramático, y la matriz de las óperas todas? En esta inmensa partitura expresó Mozart todas las emociones del alma humana y todos los matices del sentimiento, desde la comedia burlesca a la más terrorífica tragedia, y hay allí acentos de tal poder y hermosura que por nadie han sido imitados.

Sabida es la precocidad de Mozart. ¿No había de ser precoz quién tenía en su organización privilegiada todos los resortes del arte músico? Si Mozart no hubiera nacido, el arte de expresar lo bello por medio de los sonidos habría tomado quizás giro distinto, y la ópera, tal como la conocemos hoy, no existiría quizás. La precocidad de aquel niño maravilloso, que apareció en la corte austriaca en el último tercio del siglo pasado, era la manifestación del sentimiento músico encarnado en un hombre. Y así como Jesús niño disputó con los doctores dejándoles confusos, Mozart a los siete años pasmaba a los músicos viejos por la seguridad de su ejecución al piano y la belleza de sus improvisaciones. Indudablemente había algo de divinidad en aquella naturaleza delicada que parecía traer de una vida anterior la maestría, el gusto y la inventiva del arte más espiritual que poseemos. Murió el autor de *Don Juan* en edad temprana, a los treinta y cinco años, después de haber producido obras en bastante número para llenar un siglo. Nada de lo que dejó ha sido superado, pues si su sucesor Beethoven elevó la música sinfónica a cumbres de increíble altura, no eclipsó las obras de Mozart, que reinan todavía y reinarán siempre.

La ópera, la música religiosa, guardarán siempre como sagrado emblema el *Don Juan* y la *Misa de requiem*, última obra del maestro, escrita en circunstancias verdaderamente misteriosas y relacionada con la prematura muerte de su ilustre autor.[9] *Le nozze de Figaro* es, según algunos críticos, la más perfecta de sus obras;[10] mas, según otros, nada igualaal incomparable *Don Juan*, estrenado sin éxito en Viena en 1787, y aclamado después porel mundo entero. A pesar del asombroso desarrollo que ha tenido el arte lírico-dramático desde Mozart hasta Wagner, siempre parece nuevo el *Don Juan*, y sus encantadoras me-

mán. Se trata de una ópera bufa con libreto de por Schickaneder, estrenada en Viena en 1791 bajo la dirección del propio Mozart, apenas dos meses antes de su muerte.

9 Mozart murió a los 36 años, sin haber terminado de componer el *Requiem*.

10 *Las bodas de Fígaro,* estrenada en Viena el 1 de mayo de 1786, es una ópera bufa con libreto en italiano de da Ponte, basado en la pieza de Beaumarchais, del mismo título.

lodías recrean el espíritu. Los caracteres musicales son de primer orden, y oídos una vez, no pueden olvidarse el travieso Leporello y la graciosa Zeslina, la grave doña Anna y el terrible comendador. Don Juan, ligero, falaz y elegante, doña Elvira sentimental y puntillosa. Hasta del insignificante don Ottavio ha hecho Mozart un papel de primer orden por la magistral romanza *Al mio tesoro in tanto*, de frescura incomparable. El quinteto del final tercero es de las piezas más soberanas que en la música existen, y las escenas del cementerio y banquete dejan una impresión terrorífica, que contrasta con el efecto de los actos anteriores, llenos de animación mundana y de bullicioso cinismo.

¡Cuán raras son las obras que al cumplir cien años de vida están tan jóvenes como el día en que fueron lanzadas al mundo, y a las disputas de los críticos! La que resiste al paso por la multitud de crisoles con que la investigación de nuestra época aquilata y depura las creaciones del ingenio, seguramente, es oro puro. Algunas después de combatidas por la envidia o el encono, sobreviven maravillosamente; otras ensalzadas por la amistad o la soberbia, caen cuando menos se piensa, y desaparecen en el oleaje del olvido.

***

Vuelve a ser tema de todas las conversaciones, la actitud de los republicanos por las recientes declaraciones del señor Muro en Valladolid, dando cuenta de su entrevista con Ruiz Zorrilla. Según afirma el diputado castellano, el gran conspirador parece convencido de que no se hacen revoluciones sin calor ni atmósfera en el país, ni es posible aspirar al cambio de instituciones por los medios empleados hasta aquí. El jefe de los revolucionarios parece, por lo que de las palabras del señor Muro se desprende, acometido de un gran desaliento, y ha fijado un plazo para dar por terminada su campaña de agitación, si dentro de este plazo no le presta su partido la eficaz ayuda que de él solicita.

No sé qué ayuda será esta, pero si consiste en lo que principalmente es nervio de las guerras legales e ilegales, si lo que se ha pedido a los revolucionarios de aquí es *hombres y dinero*, ya puede el señor Zorrilla esperar sentado, porque no están los tiempos para emplear en pólvora lo que apenas basta para pan, y pasó la época en que, seducidos por los ideales espléndidos de la escuela liberal, se dejaban matar los hijos del pueblo en las barricadas. Si esto no esconde algún pensamiento astuto del señor Ruiz Zorrilla, si es sincera la manifestación, es la palinodia más clara que un hombre puede cantar, y el triunfo más grande que podría apetecer el señor Castelar, pues la excelsitud de sus ideas de evolución es reconocida hasta por los que con más energía las combatieron.

Y como es completamente inútil que los zorrillistas pretendan la ayuda del señor Castelar, ni este es hombre que cede a los halagos, como no cede tampoco a las amenazas, esa unión que proponía el señor Muro entre todos los republicanos, es un sueño que no ha de ser realidad jamás. Convénzanse los zorrillistas de que con su jefe no ha de unirse nadie, porque todos le conocen, y saben perfectamente la suerte que les cabría el día desgraciado en que el emigrado impenitente ejerciese el poder supremo. Lo más chistoso es que los zorrillistas tienen ahora como empeño el hacer creer a la gente que su república sería muy conservadora, muy ordenada, esencialmente unitaria, y tan parecida a la mo-

narquía, que solo habría de diferenciarse de esta en ser el señor Zorrilla el representante del poder supremo. De modo que el revolucionario implacable se convertiría en autoridad personal por el simple hecho de adquirir el poder. Lo que no se dice es qué procedimientos se emplearán con los que, al día siguiente del triunfo, quisieran ser tan revolucionarios como antes, aspirando a variar radicalmente la organización política, social y económica del país. ¿Qué fuerza moral tendría el señor Ruiz Zorrilla para reducirlos a la obediencia? ¿De dónde saca que se le habría de acatar y venerar como fundamento y defensor de la autoridad, habiendo empleado la mayor parte de su vida en burlarla y escarnecerla? Lo que admira es que el señor Zorrilla desconozca tan profundamente el carácter de sus paisanos, y se haga ilusiones sobre este punto, pues hasta debe saber que los mismos que le ayudaran a triunfar, no le dejarían vivir desde el segundo día de república, y *se lo comerían vivo*, como vulgarmente se dice.

***

La boda del señor Cánovas del Castillo con la señorita de Osma que debía verificarse ayer, se ha aplazado a causa de una ligera indisposición de la novia. Anúnciase ahora para dentro de unos días. En estas circunstancias se han hecho al señor Cánovas demostraciones de amistad que sin duda le causarán viva satisfacción; y bien se ve que, si como jefe del partido y político de gran talla tiene muchos enemigos, también es grande el número de sus amigos. Las ofrendas de estos han sido tantas y tan valiosas, que durante algunos días la prensa ha llenado más de una columna con las listas de regalos, las cuales parecían el catálogo de una exposición de artes suntuarias. Ninguna otra persona podría, en la actual sociedad, recibir tal número de homenajes, porque ninguno ha estado por tanto tiempo en las mayores alturas del poder,[11] y en disposición de hacer favores y rodearse de agradecidos.

Impulsador de la Restauración, a la cual dio vida, cimiento y estabilidad, jefe del gobierno durante muchos años, el señor Cánovas del Castillo acaudilla un partido poderoso, al cual pertenecen familias acaudaladas y personajes de diferente mérito, todo lo que suele denominarse con el dictado de *clases conservadoras.*

La reina regente, al dignarse apadrinar la boda del señor Cánovas, ofreció a este un título del Reino, como premio a los grandes servicios que ha prestado a la monarquía;pero el jefe de los conservadores, con delicada frase, se excusó de aceptarlo agradeciendomucho la benevolencia de su majestad. Verdaderamente, el que, en la primera época de la Restauración y en los sucesivos periodos de su mando, ha hecho tantos duques, marqueses y condes, premiando servicios políticos con estos halagos de la vanidad, debe sentir cierto escepticismo en materia de títulos nobiliarios, y ha de estimar que un apellido por tantos motivos ilustre, resuena mucho mejor que esos motes artificiales con que otros encubren la insignificancia de sus nombres.

B. PÉREZ GALDÓS

11 Desde el inicio de la Restauración hasta 1887, sumados sus periodos en el poder, Cánovas presidió el Consejo de ministros doce años.

92
LP, 18/12/1887

SUMARIO: Campañas políticas contra la inmoralidad —Vicios tradicionales en la Administración —Las aduanas de Cuba —Rigores y tolerancia de la Administración —Mala situación de las Antillas —La cuestión de Puerto Rico —Oscuridades —Desavenencias graves entre el general Palacios y los autonomistas —Es llamado a España el gobernador general —El príncipe imperial de Alemania —Situación de Francia —Exaltación de Alemania —Exaltación de las pasiones en el asunto Caffarel —Campaña de injurias contra Wilson —Escándalos que revela el proceso —Desmedida afición de los franceses a las condecoraciones —Una opinión chistosa sobre la manera de condecorar —Agitación socialista en Londres —Origen económico más que político de estos disturbios —En el mediodía de Europa, las cuestiones sociales no tienen gravedad —La emigración de España.

Madrid, 14 de noviembre de 1887.

Señor Director:

Aquí se ha hablado mucho ahora de inmoralidad. Es el tema de la inmoralidad un tema político como otro cualquiera, si se quiere, un arma. En los muchos años que he pasado en Madrid, he visto de temporada en temporada, grandes recrudecimientos de esta campaña contra la inmoralidad; he visto que los partidos jóvenes escribían en su bandera el simpático lema de *moralidad y economías*, y que este entusiasmo por los buenos principios pasaba, como todos los entusiasmos, cayendo pronto en el panteón del olvido. He observado también que a los partidos que están algún tiempo en el poder, y entiendo por *algún tiempo* dos o tres años, se les ataca decididamente con esto de la inmoralidad. Quizás han influido en la presente campaña los escándalos del proceso Caffarel en Francia,[1] y porque hay siempre cierto paralelismo entre las corrientes de la opinión aquí y en la nación vecina, unida a nosotros por tantos vínculos morales y materiales.

Lo cierto es que hace algún tiempo no se habla más que de cohechos y venalidades, de desórdenes administrativos, a los cuales se da el hipócrita nombre de *filtraciones* o el de *irregularidades*; y no falta quien pida ansiosamente el poder para acabar de un golpe con tantísima picardía y restablecer el imperio de la moral.

Pero la experiencia me enseña que allí donde hay política y administración pasa siempre algo que no se ajusta al estricto derecho, y que después de estas agitaciones de la opinión señalando faltas y delitos, las cosas suelen seguir lo mismo que estaban. La razón es bien sencilla; mientras subsistan las causas, no desaparecen los efectos, y aquí los que aspiran a remediar los males que todos lamentamos, no se determinan a poner la mano en la raíz, y creen que cortando ramas y raspando cortezas obtienen la curación del árbol.

1 *Los escándalos del proceso Caffarel*: el tráfico de condecoraciones organizado entre la Presidencia de la república y el general del Estado Mayor Louis Charles Caffarel. Inicialmente el asunto trató de encubrirse mandando a Caffarell a la reserva, pero terminó con escándalo público y proceso judicial.

Hay vicios en nuestro organismo administrativo que necesaria y fatalmente tienen que producir la inmoralidad. Es más: se da el caso tristísimo e inexplicable de que en ciertos servicios, la moralidad estrictamente establecida, es *perjudicial al Tesoro Público,* y de esta horrible paradoja tiene la culpa la absurda organización administrativa de algunas provincias, especialmente las de Ultramar.

Las aduanas de la isla de Cuba vienen siendo desde las épocas prósperas de aquella isla, fuente de considerables ingresos y al mismo tiempo germen de multitud de escándalos, que todos los gobiernos desean remediar y ninguno remedia. Cuando las irregularidades llegan a un extremo insostenible, se produce un gran tumulto en la opinión, se toman medidas radicales, quitando a todos los empleados y poniendo otros; pero al poco tiempo, vuelve a manifestarse la dolencia crónica, no curada de raíz. Si algún gobernador general, inspirándose en los procedimientos rusos del célebre Tacón,[2] pone mano firme en el personas, castigando severamente las faltas, suele acontecer en seguida un fenómeno singular y desconsolador; y es que las aduanas no producen nada, las rentas bajan y no hay recursos con que cubrir el presupuesto de gastos. Es necesario entonces abrir la mano, como vulgarmente se dice, renunciar a la energía, tolerar en cierta medida a los defraudadores, para que el comercio viva, y entren los géneros al adeudo.[3] La explicación de este fenómeno es muy sencilla y está en que el arancel de Cuba es de tal modo gravoso y absurdo, que aplicado rectamente, no hay comercio posible.

Cuando las autoridades despliegan toda su energía, cuando las oficinas están servidas por empleados incorruptibles, cuando se aplica el arancel con todo el rigor de sus cifras elevadísimas y de sus multas brutales, se crea al instante una situación que se llama *aduana cerrada,* es decir, que no hay adeudos, ni introducción de géneros, ni comercio, ni ingresos. Como esta situación es insostenible, la Administración no tiene más remedio que ser tolerante, reformando tácitamente el arancel y estableciendo una verdadera transacción racional entre el comercio y el fisco, transacción contraria a las leyes; pero impuesta por la realidad de las cosas. Que el sistema es inmoral, no hay para que decirlo, y que él empleado no puede salir puro de esta singular interpretación de las leyes también es evidente. No hay más remedio pues, que reformar la legalización aduanera de Cuba, y mientras esto no se haga, el quitar y poner empleados, así como el exigir a estos una responsabilidad que casi siempre resulta ilusoria, no ha de dar ningún resultado.

Este problema de la moralidad en Cuba es la pesadilla de todos los gobiernos, y en él se funda especialmente el alboroto que ahora se ha levantado. Cuba viene siendo desde hace muchos años alivio grande de todas las dificultades con que el gobierno tropieza diariamente aquí en materias de personal. Allá van destinados todos los que aquí no pueden tener colocación; allá van todos los desgraciados, los que por distintas causas han visto aquí defraudadas sus esperanzas o destruidos sus intereses. Pero esta exportación oficial de los desfavorecidos de la suerte ha de tener pronto su límite, si no se quiere que la situa-

2 *Tacón*: no se ha encontrado este nombre. Tal vez sea una errata y el término fuese 'tacón', en el sentido de 'taconazo' como imagen de los duros procedimientos rusos.

3 'pagando una cantidad en la aduana'.

ción de aquella isla llegue a ser insostenible. Bien sé que a Cuba va mucha gente honrada e inteligente; pero lo mal organizada que tenemos nuestra Administración es causa de que todo el personal que allá trasplantamos sea lo mismo o al menos lo parezca. Y basta de inmoralidad.

***

En la Pequeña Antilla, Puerto Rico, han ocurrido cosas de las cuales no tenemos aún conocimiento perfecto. Graves desavenencias entre el gobernador general y alguno de los partidos políticos de aquella isla han traído una situación imposible, exaltando las pasiones y envolviendo en grande oscuridad el motivo principal de aquellas desavenencias. El gobernador general persiguió a distintas personas, acusadas de complicidad en tenebrosa conspiración contra España; los autonomistas niegan que tal conspiración haya existido, y al mismo tiempo se quejan de ser víctimas de procedimientos inquisitoriales. Desmiente esta aseveración el gobernador, asegurando que no se ha extralimitado y por fin, el gobierno de la metrópoli, anhelando conocer los términos exactos de lo ocurrido, ordena al gobernador, general Palacios, que venga a España a informar personalmente sobre este litigio. Viene pues aquella autoridad conservando su investidura.

Este asunto dará mucho que hablar en las primeras nuevas sesiones de la próxima legislatura.

***

Actualmente la opinión se preocupa más de lo que pasa fuera de España, que de nuestros propios asuntos. La enfermedad del príncipe imperial de Alemania, que se ha agravado tristemente en los últimos días haciendo temer un desenlace funesto y próximo, es objeto de mil comentarios, porque se cree segura la guerra en caso de que, faltando el actual emperador y el príncipe imperial, recaiga la corona en el príncipe Guillermo, bas- tante joven para desear ceñirse los laureles de Marte.[4]

También es objeto de comentarios muy pesimistas la situación de Francia, donde los partidos han llegado a un grado increíble de apasionamiento y furor de combate. El vergonzoso asunto Caffarel y la saña con que los unos han querido complicar en él al general Boulanger y los otros a Wilson, yerno del presidente de la república,[5] es el peligroso terreno en que se están dando la batalla los odios antiguos de Francia y las disensiones que la desgarran. Allí hay quien lleva su furor hasta el punto de comprometer la suerte de la República por perder a Wilson, y los antiboulangeristas no vacilan en unirse con los monárquicos para arrojar un poco de cieno sobre el ídolo de los patriotas.[6] Los últimos

4 El emperador Guillermo I tenía entonces noventa años; su hijo, Federico Guillermo cincuenta y seis, y padecía cáncer de garganta; y su nieto, el príncipe Guillermo, veintiocho.

5 *los unos… a Boulanger, y los otros a Wilson, yerno del presidente:* Puesto que el escándalo lo destapó el 7 de octubre un periódico boulangerista, unos lo creían inventado por Boulanger para destruir a la III República, presidida Grevy. Otros creían a Wilson culpable, lo cual salpicaba al presidente.

6 *odios antiguos … patriotas*: Desde la revolución Francesa (1789), al enfrentamiento de monárquicos y republicanos se suman luchas internas y alianzas *contra natura* en ambos campos.

despachos revelan espantosa confusión en aquella sociedad, y ese estado de calentura en que los más prudentes llegan a perder la cabeza. Las sesiones del juicio oral en los tribunales han venido a arrojar combustible a la hoguera, por las declaraciones que comprometen al célebre yerno, y por las cartas exhibidas, de cuya autenticidad principia a dudarse. La prensa de París revela la exaltación de las pasiones, y hasta se habla de la dimisión del presidente monsieur Grévy. Si esto se verifica, Francia entraría quizás en un período de violencia y confusión que comprometería acaso gravemente su porvenir.

Últimamente se ha dicho que el presidente no dimitiría sino en el caso de que resultara comprobada la complicidad de su yerno en la escandalosa cotización de las cruces.[7] Y siguen apareciendo en el proceso, a medida que se desarrolla ante el público, nuevas piezas que aumentan la confusión, y continúa la implacable campaña contra Wilson, personaje que empieza a inspirar lástima en el mundo todo. La opinión general es que Wilson ha podido emplear medios poco delicados para extender su influencia personal; que ha podido abusar algo de su posición en el Elíseo, pero que no es culpable hasta el punto que se le atribuye, ni tiene parte alguna en los ignominiosos tratos de la Limouzin, la Ratazzi y compañeros de aventuras.[8] Conviene, no obstante, reservar la opinión definitiva hasta que el proceso ponga en claro todo lo sucedido, si es que llega a ponerlo.

Es realmente incomprensible que la sociedad francesa dé tanta importancia a las condecoraciones, que en todos los países más bien son emblema de la vanidad que del mérito. Por más que se diga, el tráfico de cruces no debe ser nuevo en Francia, y es casi seguro que en los tiempos del Imperio las agencias montadas a estilo de *madame* Limouzin funcionaban como ahora. Parece increíble que se dé tanta importancia en un país como Francia a la colocación de un cintajo en el ojal de la levita. Allí, como en todas partes, ha de haber muchísima nulidad condecorada. Y sin embargo los grandes industriales, los agricultores eminentes y aun los escritores de nota, se pirran por poseer la famosa cinta hasta el punto de dar dinero por ella. Es creíble que el reciente escándalo les cure de esta ridícula manía.

En España la vanidad da también importancia a la posesión de tales o cuales cruces; pero es casi seguro que ningún español daría un céntimo por ser agraciado con una encomienda de Carlos III o de Isabel la Católica.[9] Esto consistirá tal vez en que se han prodigado con exceso, dándolas en montón a los diputados para que las distribuyan entre sus amigos y adeptos; pero en Francia debe de pasar lo mismo, porque rara vez se encuentra un francés que no lleve en el ojal el consabido botoncito rojo.

Aquí ha caído muy en desuso el engalanarse con cruces o con las cintas que las representan, y fuera de la vida diplomática donde tal adorno es indispensable, la mayor parte de los hombres públicos de algún valer presentan su pecho completamente desnudo de toda especie de quincalla más o menos valiosa. Los pocos personajes que poseen el Toisón

7 `de las condecoraciones´. Véase la n. 1 de esta Carta.

8 *la Limouzin y la Rattazzi*: las dos propietarias de prostíbulos donde se negociaban las condecoraciones.

9 *encomienda de Carlos III o de Isabel la Católica*: dos altas dignidades de las respectivas órdenes.*

de Oro suelen usarlo en ciertos actos: pero nada más.[10] Don Nicolás Rivero, que jamás aceptó ninguna cruz y tenía las extranjeras (que son irrenunciables) olvidadas en el último cajón de su cómoda, decía que a todo español, en el momento de nacer, se le deberían adjudicar todas las cruces grandes y chicas del orden civil, y luego írselas quitando a medida que en el desarrollo de la vida fuese adquiriendo méritos. De este modo al llegar a los puestos más eminentes y al adquirir toda la gloria posible, se le despojaría de la última insignia, y la historia diría de él: "Para que se comprenda lo que valía *fulano,* baste decir que no le quedaba ya ninguna cruz". Con esta burlesca paradoja expresaba aquel hombre tan ingenioso su escepticismo en materia de honores condecorativos.

***

Mientras en España no ocurre nada digno de ser trasmitido a América, del extranjero llegan cada día ecos de profundos disturbios. En Londres se han repetido las violencias de Trafalgar Square entre el pueblo y la policía, teniendo que intervenir fuerzas del ejército. La impresión producida en la gran metrópoli por estos sucesos ha sido profunda, y se esperan nuevas agitaciones si no se encuentra modo de conjurar la miseria y la crisis obrera, pues las masas hostigadas más por la necesidad que por una idea política, luchan ahora con terrible energía. No hay que buscar el verdadero origen de estas cosas en la cuestión irlandesa, en las predicaciones socialistas ni en otros órdenes relacionados con las ideas. Esto no es más que la forma o si se quiere el pretexto de estas profundas conmociones populares. La causa impulsora creo haberla indicado en alguna de mis cartas fechadas en Inglaterra,[11] y es ni más ni menos que la falta de trabajo, la paralización de la industria y la crisis económica. Inmenso número de personas desvalidas, vaga actualmente por las principales poblaciones del Reino Unido.

Cualquier móvil político hábilmente manejado por los irlandeses o por los socialistas congrega instantáneamente a todos los que padecen hambre y los lanza en formidable empuje contra la representación del Estado. No penetra el infeliz obrero en la oscuridad de los principios, y suele echarla culpa de su mal a lo que tiene más cerca, a lo que ve delante de sí, el Estado. Las luchas propiamente políticas han venido a ser pacíficas y sino lo son consiste en que la política no es más que un pretexto, una bandera o lema quese comprende fácilmente. Lo que en realidad mueve a las masas es el malestar doméstico, la infelicidad que esa muchedumbre de menesterosos siente en el retiro de sus hogares, careciendo de medios para sostener a la familia. Con semejantes estímulos no es extraño que las muchedumbres se lancen imponentes a las calles, resistan las amonestaciones de la policía y aun cometan algún grave desafuero contra la propiedad. La aparente bandera de estos desórdenes puede ser, concretando el caso a lo ocurrido estos días en Trafalgar Square, protestar contra la prisión del diputado irlandés O'Brien, o defender el derecho de

10 *Toisón de Oro*: véase 50, n. 22.

11 En la Carta 89, fechada en Madrid pero titulada "España en el extranjero" por su contenido, se subrayó la desigualdad socioeconómica inglesa.

reunión que se consideraba violado por las órdenes de la policía, prohibiendo la formación de grupos en determinados sitios de la ciudad. Pero bien puede asegurarse que lo que pedía la muchedumbre, en cuyas revueltas filas formaban de seguro mujeres famélicas y obreros despedidos de los talleres, era trabajo y pan, que les repartan una sopa, que les aseguren cualquier jornal mezquino por unos días, y las masas inquietas no se cuidarán para nada de O'Brien ni disputarán por un más o un menos del tradicional derecho de reunión.

Pero en Inglaterra no se estilan los procedimientos aquí tan en boga de emprender obras innecesarias *por dar trabajo a los braceros*. La regularidad a veces cruel con que allíse llevan los negocios no permite el lujo de gastar dinero en obras caprichosas. La benefi- cencia es el único remedio al malestar de las clases pobres, y este ha llegado a tal extremo que los esfuerzos de la caridad oficial y privada no bastan.

***

Por fortuna, en España la desigualdad de bienestar entre las clases sociales no es tanta que presente caracteres graves el problema. No se presentan aquí esos casos de muche- dumbres en situación propiamente famélica. La alimentación es por punto general más fácil y más barata que en los países del norte, y con menos recursos, la beneficencia obtiene mejores resultados que allá. El pueblo español es, además, menos inclinado a la violencia, carece de instintos feroces, y aún tiene, respecto a la propiedad individual, ideas más sensatas que el pueblo inglés. Por estas razones y porque nuestra industria no es de talnaturaleza que pueda sostener ni despedir un contingente desmedido de hombres, las ma- nifestaciones de los menesterosos no revisten extraordinaria gravedad. Ayer mismo hubo en Madrid una manifestación de obreros pidiendo la apertura de la Gran Vía,[12] reforma urbana que significa la demolición de doscientas casas y la construcción de otras tantas yni el más ligero desorden ocurrió. Verdad que el número de manifestantes no era desmedi-do y su actitud no podía ser más pacífica. En Barcelona, centro fabril de primer orden, se verifican con frecuencia estas demandas de trabajo, rara vez desordenadas y tumultuosas. En Andalucía, sobre todo en las comarcas rurales, suelen tener otro carácter; pero rarísimavez interviene la fuerza pública con medios de represión extraordinarios.

Y eso que la crisis que atravesamos es de las peores, y la situación actual, por las causas que he indicado en cartas anteriores,[13] no tiene nada de risueña. La emigración aumenta considerablemente, siguiendo en cada región las corrientes tradicionales, es decir, que los gallegos se van a Buenos Aires y al Uruguay, los montañeses a Méjico y los alicantinos, cartagineses y valencianos a la Argelia. Pero creo que la emigración que ahora está más en boga es hacia la floreciente República donde se han de leer estos renglones. No soy de los que juzgan la emigración con un criterio sentimental y pesimista, creyendo que nuestro país se desangra, enviando tantos hijos robustos a los países americanos. La emigración a

12 Aunque se proyectó en 1866, las obras no comenzaron hasta 1910.

13 En 90 y 91.

las repúblicas de sangre española me ha parecido siempre conveniente, y España misma recoge un día y otro los frutos de esa magnífica simiente que derrama en las naciones nuevas fundadas en nuestra raza.[14] Exportamos hombres é importamos capitales, de lo cual resulta que cada país recibe lo que más le hace falta, con lo cual se satisfacen necesidades sociales y se contribuye al progreso general. Por fortuna las razas gallega y asturiana son tan prolíficas, que a pesar de la sangría de la emigración, hay provincias, como la de Pontevedra, tan pobladas como Bélgica.

B. PÉREZ GALDÓS

93

LP, 31/12/1887

La crisis ministerial y presidencial en Francia —Complot parlamentario —Maniobra de las derechas monárquicas —Peligros que entraña la situación —Perplejidad del Presidente —Inestabilidad del Jefe del Estado en Francia —La inexperiencia de los pueblos parece incorregible —Los proyectos del general Cassola —Dificultades que se inician —Crisis probable —La isla de Perejil —¿A quién pertenece? —Fortificaciones españolas en —Mahón y Ceuta —Construcciones navales —El *Pelayo* y el *reina Regente* —Vacilaciones de los marinos respecto al tipo definitivo de barco de guerra —Astilleros en España.

Madrid, 28 de noviembre de 1887.

Señor Director:

Me equivoqué al expresar la idea de que la situación creada en Francia por el asunto de las condecoraciones no afectaría a la política de aquel país, deteniéndose en la persona de Wilson, destinado a ser tema, pretexto y víctima del escándalo. En esta, como en otras muchas cuestiones, la rectificación es necesaria, porque los sucesos han venido a aumentar la gravedad del caso, dándole un alcance que no esperaban los más pesimistas.[1]

En primer lugar, Wilson aparece mucho más comprometido de lo que se creyó al principio en el oscuro negocio de las condecoraciones. La información parlamentaria, aunque irregular y antipolítica, puso de manifiesto que el yerno del presidente no es, por lo menos, un modelo de delicadeza. El tal personaje ha sido siempre muy impopular en Francia; ahora ha venido a ser sumamente odioso, y responsable de la comprometida situación en que se encuentra la república.

Cómo el asunto de las inmoralidades atribuidas a Wilson ha venido a convertirse en cuestión política, formándose una avalancha que ha destruido no solo al ministerio Rouvier sino a la Presidencia de la República, claramente se ha visto en el desarrollo del drama parlamentario de esta última quincena. No es preciso reseñar lo que allí ha pasado, porque

14 Expuso esta idea en 20 y la repetirá en 148.

1 Véase la Carta anterior.

todo el mundo lo sabe. Bien puede asegurarse que con muchos dramas de esta clase, la república en Francia no tendrá días muy venturosos.

Las ambiciones se han desatado allí y el poder ejecutivo, cuya estabilidad era muy dudosa, va a estar ahora a merced de cualquier intriga parlamentaria. La cuestión de moralidad ha sido un medio y nada más, digan lo que quieran.

Lo peor del caso es que los republicanos radicales han sido, con más candidez que malicia, instrumento de las derechas monárquicas, el verdadero traidor en la intriga dramática. El éxito de esta campaña y la triste gloria de ella pertenece a los monárquicos que no pudiendo destruir la República, se complacen en desacreditarla, con la esperanza de que el imperio probable de la anarquía les prepare el terreno para cambiar algún día la forma de gobierno.

Todos los republicanos, así los radicales como los templados, han desempeñado un papel poco airoso en estas circunstancias; los monárquicos han hecho de ellos lo que han querido. Contaban con la ambición de los jefes de grupo, aspirantes a la Presidencia, y los jefes de grupo han respondido a la ingeniosa maniobra con una puntualidad digna de mejores fines.

Desatadas las pasiones en la Cámara, izquierda y derecha asestaron los tiros contra monsieur Grevy, el cual, teniendo plena conciencia de sus deberes y de su dignidad, no se manifestó dispuesto a dar gusto a los que a todo trance le pedían que se marchara. Esperaba sin duda el anciano y honorable presidente que los jefes de los grupos en ambas Cámaras le apoyarían; pero los Ferry, los Freycinet, los Brisson, aparecieron también tocados del delirio de destrucción.[2] Parece que todos se contagiaron de la insensata manía de hacer tabla rasa de las instituciones.

Grevy se ha defendido con heroísmo de la presión de los que fueron sus amigos, previendo sin duda los grandes males que han de venir sobre Francia si se ponen en moda estos pronunciamientos parlamentarios para cambiar al Jefe del Estado siempre que se antoje a una fracción más o menos o menos influyente. Las entrevistas del presidente con los notables de la República han sido muy interesantes como estudio del corazón humano. Desde Clemenceau, jefe de los radicales, hasta Ribot, el más templado de los republicanos, lo que quieren es que se vaya y les deje vacante su puesto para disputárselo después. Podría monsieur Grévy obstinarse, escudado en la Constitución, y sostenerse en su puesto contra viento y marea; pero los notables le han atacado por el vacío, negándole su concurso para la formación de ministerio. Por último el presidente anuncia que dimitirá, y prepara un mensaje a las Cámaras con el cual declarará que no abandona su puesto voluntariamente sino obligado a ello por una presión anticonstitucional.[3]

Los ánimos están excitadísimos en Francia, y los parisienses, impresionables y amantes de la novedad tienen ahora abundante materia para animar el *boulevard* y los *clubs* durante todas las horas del día. Ya se están haciendo los preparativos para la reunión en Versalles de las dos Cámaras que han de elegir presidente, y han empezado las cábalas para este acto solemne, indicándose como candidatos a seis o siete individuos entre los cuales hay

2 *los Ferry, los Freycinet, los Brisson*: jefes de gobierno durante la Presidencia de la república de Grevy (1879 a 1887).*

3 La dimisión de Grévy se produjo unos días después de redactada esta Carta, el 2 de diciembre.

dos o tres que reúnen más probabilidades. Quizás la lucha quede reducida a dos términos nada más, Ferry y Freycinet, aunque también se habla de Boulanger. De cualquier modo que se resuelva el problema, no hay duda de que se inaugura en Francia un periodo sumamente peligroso para las instituciones republicanas. Sin la estabilidad del jefe del poder ejecutivo, la República va paso a paso a los excesos y al desgobierno de la Convención.[4] El establecimiento del s*eptenato* en 1875,[5] pareció dar al Presidente mayor independencia política que la que tenía por la ley de agosto de 1871; pero siempre es un delegado de las Cámaras que le eligen, y aunque no es responsable sino por delito de alta traición, sus facultades resultan prácticamente muy limitadas por la preponderancia de las Cámaras.

Hay que añadir a esto que el Senado no responde a la significación que la Cámara Alta debe tener en el régimen parlamentario, y que el presidente no puede disolver el Congreso sin consentimiento del Senado. Todo está al arbitrio de las fracciones parlamentarias del Cuerpo Legislativo, que ya han devorado tres presidentes[6] y los devorarán en lo sucesivo más al por menor. No existiendo un poder moderador permanente, y apartado en absoluto de las contiendas de los partidos, el régimen parlamentario es imposible, y por lo que respecta a la forma republicana, la estabilidad del Jefe del Estado no puede obtenerse sino por la elección directa popular, y por una ley que le haga irresponsable durante un cierto número de años, salvo en los casos marcados por la Constitución.

En Francia están muy acalorados los ánimos para que se haga justicia a monsieur Grévy, cuya integridad es proverbial, y que pudiendo ofrecer a la historia una vida intachable, no es natural que en los últimos días de su vida se haya manchado con ninguna clase de complicidad en las corruptelas de Wilson. El respetable anciano injustamente agobiado de acusaciones, despierta vivas simpatías en todas partes, como víctima de las pasiones políticas. En esto los que van ganando son los monárquicos, verdaderos manipuladores de la intriga parlamentaria, que les ha salido a medida de sus deseos. En sus manos están hoy por hoy la suerte y el prestigio de la República, y como sigan contando con la colaboración de Clemenceau, el orador de las masas y el corifeo de las exageraciones, van a ser durante algún tiempo dueños de la situación. La historia se repite con increíble amaneramiento. En todas las épocas en que los vínculos de la autoridad no están bastante apretados, los intransigentes y bullangueros hacen el caldo gordo, como se suele decir, a los retrógrados. Francia, en este caso, con su experiencia de tantos años, parece tan inexperta como los pueblos en que se inicia la práctica de la libertad, y al cabo de los años mil, cuando parecía que ese país no tenía nada que aprender, nos sale con la rutina de confabulaciones extremas para atropellar el buen sentido, e imponerse a las tendencias sensatas, lo que prueba que los pueblos tardan más de lo que parece en salir de la adolescencia, pues cuando se les creía maduros hacen tales tonterías que no merecen sino azotes.

***

4 Como en la Carta anterior, Galdós evoca los tiempos posteriores a la Revolución (véase 92, n. 6).

5 *el septenato*: 'los siete años de mandato constitucional del presidente de la República'.

6 Adolphe Thiers, Patrice Mac Mahon y Jules Grevy.*

La crisis francesa y el discurso de apertura del Reichstag alemán, que se considera en todas partes como muy poco pacífico, y la entrevista de los emperadores de Rusia y Alemania, que no ha suavizado al parecer la tirantez de relaciones entre los dos Imperios, son asuntos que casi ocupan aquí la atención pública más que nuestros propios asuntos. Estamos circunscritos ahora a menudencias políticas que no transmitiré a mis lectores por no creer-las dignas de que traspasen los mares. En víspera de la apertura de las Cámaras, todo se reduce a cálculos más o menos razonables sobre lo que ocurrirá, sobre las disidencias posibles, o la suerte que ha de caber a los proyectos pendientes, descollando entre ellos por su gravedad las reformas militares.

No tendría nada de particular que los proyectos del general Cassola, ministro de la Guerra, trajeran al gobierno más de una complicación, por no estar conforme con ellos una parte considerable de la mayoría parlamentaria. Algunos ministros no parecen muy convencidos de la urgencia de los tales proyectos. Pero todo puede arreglarse si el general Cassola, que es hombre de entendimiento, aprecia las circunstancias y transige en algunos puntos de su discutida reforma. En este caso se salvaría quizás una parte importante de los planes militares, quedando aplazada la otra para tiempos más propicios. En caso de que se aspirara a la aprobación próxima y total de los proyectos, lo más probable será que el gobierno se vea obligado a retirarlos íntegramente. En este caso se produciría la crisis, cuya extensión no es fácil calcular ahora.

***

Estamos de vena en conflictos internacionales, y de tiempo en tiempo nos salta una cuestión por cualquier territorio abandonado. Ahora el padrastro que nos ha salido es la isla de Perejil, para todo el mundo desconocida. Hállase esta, que no vacilamos en llamar posesión española, en la costa de África, entre el peñón de La Gomera y Melilla. Es completamente árida e inhabitable, pero el olvido en que estaba ha cesado desde el momento en que la cuestión africana obliga a todas las naciones a no descuidar los sitios de importancia estratégica en la costa marroquí. La isla de Perejil puede tener valor bajo este punto de vista, y el gobierno español ha decidido poner en ella un faro en beneficio de la navegación mercante. Pero resulta que ni Marruecos ni las demás naciones que allí están representadas se hallan conformes en que sea indiscutible nuestra propiedad del tal islote, y por de pronto Mohamed Torres, ministro del sultán, ha hecho ocupar la isla por tropas marroquíes con asentimiento del representante de España señor Diosdado. Veremos si esto nos trae un nuevo conflicto. Sensible sería, porque la isla no vale un bledo, y no nos conviene armar camorra por un peñón árido que ni como punto estratégico nos valdría para nada porque nosotros no lo habíamos de fortificar, ni podemos hacerlo desahogadamente teniendo pendientes tantas obras de esta clase para cuya terminación no nos bastan los recursos ordinarios de nuestro presupuesto.

Al fin, tras largos sacrificios, las fortificaciones de Mahón parece que adelantan bastante, y aquella admirable y codiciosa posición mediterránea será lo que debe ser, defensa potente del archipiélago balear, y punto estratégico de primer orden para cualquier movimiento de fuerzas navales. La fortificación de Cádiz ha mejorado también con el montaje

de las piezas Amstrong de grueso calibre; pero en Ceuta no se ha hecho gran cosa, y Tarifa y Algeciras están como el siglo pasado. En cuanto a Ceuta, gana terreno la idea de quitar de allí el presidio y dar a la plaza el carácter de plaza de guerra y comercial, como Gibraltar.

Para esto se necesita hacer un puerto que, al propio tiempo que responda a las necesidades mercantiles, pueda servir de refugio a los buques de guerra de mayor porte, y al mismo tiempo fortificar a la moderna la posición, con potentes baterías bien defendidas, poniéndolas a cubierto de todo ataque por mar y por tierra. Con esto y con hacer en Melilla lo que se pueda, estaríamos bien preparados para la cuestión marroquí, y todos los problemas del estrecho no se podrían resolver sin nuestra aquiescencia.

***

La marina militar española está a punto de enriquecerse con nuevo material que la sacará de su actual postración. El acorazado *Pelayo*, construido en *Forges et Chantiers dela Seyne*,[7] es un tipo de barco de combate tan bueno como los mejores de Inglaterra e Ita-lia. El año próximo será entregado por la empresa constructora, y dentro de pocos meses estará artillado el *Reina Regente*, crucero de primera clase, cuyas pruebas de marcha se hicieron hace poco en el Clyde con excelente resultado.[8] Considérase este buque como el tipo más perfecto de la arquitectura naval en su clase, y una de las más hermosas obras que han salido de los talleres de Thompson. En cuanto a los torpederos, los llamados *Rayo* y *Azor* han desarrollado en sus pruebas de marcha velocidades increíbles, y el cazatorpedos *Destructor* es una de las más ingeniosas máquinas de guerra que existen en Europa.

Pero los inventores y los transformadores de la marina militar no han encontrado aún el tipo definitivo de la estrategia naval moderna, y en los almirantazgos de todos los países se discute mucho sin llegar a un acuerdo que nos tranquilice sobre este particular. En un tiempo dominó la tendencia a crear buques de exagerada potencia ofensiva, y luego se pronunció el furor de los torpederos y de las embarcaciones ligeras. Su experiencia, que es la gran maestra de estas cosas, no ha podido ayudar con sus luces a los hombres entendidos, y la controversia continua en el terreno técnico. Hay diferentes tendencias que se manifiestan sucesivamente en nuestro proyecto de restauración naval, y por eso tenemos el *Pelayo*, tipo de buque monstruoso y de formidables defensas, que pertenece a la época en que prevalecía la moda, digámoslo así, de los grandes acorazados, y tenemos también el *Destructor* y sus similares del tipo ligero, nacidos de la preponderancia que en los consejos técnicos tuvo el sistema de las grandes velocidades y del uso del torpedo. Hoy, nuestra marina parece inclinada a adoptar un término medio, y se ha acordado la construcción inmediata de seis cruceros de primera clase, con cubierta defendida y faja de blindaje, especie de transacción entre el tipo *Reina Regente* y el *Pelayo.* Los cruceros de

7 Astillero de la ciudad francesa La Seyne, muy cercana a Tolón.

8 *el Clyde:* probablemente se refiera al estuario del río escocés Clyde, que atraviesa Glasgow con grandes astilleros navales.

segunda clase que se construyen en nuestros arsenales, y otros que acaban de salir de los talleres de Amstrong en Newcastle, completan el material de nuestra marina restaurada, que no es aún todo lo que debe pero que lo será si el plan de restauración no se altera, y hay constancia y resolución en los gobiernos.

Pero lo que más nos preocupa ahora, en cuestiones de marina, es el problema de hacer los buques en España, bien en los arsenales del Estado, bien en los talleres de la industria privada. Estos talleres no existen para buques grandes; pero se trata de crearlos, siendo lo más práctico que esta tentativa se haga en combinación con los constructores ingleses. De esta manera ha venido a ser el arsenal de Spezia en Italia, uno de los primeros del mundo,y allí se han construido barcos poderosos con elementos ingleses, trayendo de Newcastle o de Glasgow toda la maquinaria que se necesitaba. Algunos de los más notables buquesde la marina italiana han venido de Inglaterra en piezas, y los talleres de Spezia, Veneciao Castellamare no han hecho más que montarlos.

Nosotros tenemos sobre Italia la ventaja de poseer la primera materia, pues las fábricas de Vizcaya y Asturias producen el lingote y la plancha de primera calidad, y en condicio- nes ventajosas para cualquier industria. En Bilbao se agita el proyecto de hacer un gran astillero para construcciones navales de guerra, y no será extraño que alguno de los más afamados *shipbuilders* de Inglaterra se encargue de iniciar la gran empresa en suelo espa-ñol y con materiales españoles. Cádiz ofrece condiciones favorables para estos colosales trabajos, a pesar de estar lejos de los centros de producción de hierro; y el arsenal de la Carraca, que languidece en manos del Estado, florecería en poder del trabajo particular.La Graña, astillero próximo al arsenal del Ferrol, tiene también inmejorables condiciones,y allí se ha construido el torpedero *Ejército*, que se botará al agua uno de estos días. En Santander, Vigo y Barcelona podrían desarrollarse asimismo las construcciones navales, si hay iniciativa para ello. Pero hasta el momento actual, en Bilbao es donde más seriamente se ha tratado este asunto, siendo muy probable que aquel pueblo emprendedor, rico y perseverante, sea el primero que establezca esta grandiosa industria, disputándola a los extranjeros, aunque en los comienzos de ella sea indispensable el concurso de aquellos mismos hábiles maestros a quienes la disputamos.

B. PÉREZ GALDÓS

94
LP, 3/1/1888

SUMARIO: El Teatro Español se hunde —Gloriosa historia de este coliseo —Origen de las representaciones dramáticas —Privilegios de las cofradías —Los primitivos corrales —El de *la Pacheca* —Los dos teatros de la Cruz y el Príncipe —Célebres actrices del teatro dela Cruz —*Chorizos y polacos* —El pueblo y la literatura dramática —Reforma de Moratín —La ópera —Manuel García y su descendencia —La comedia: triunfo de Moratín —Los románticos-Bretón de los Herreros —Ayala, Tamayo, Echegaray —Actores y actrices célebres —*La batalla de Lepanto*, cuadro de Luna —Severidad de los primeros juicios de esta

obra —Defectos y grandes cualidades que en ella se señalan —Error fundamental —Dificultades del asunto —La figura de Cervantes —La de don Juan de Austria.

Madrid, 3 de diciembre de 1887.

Señor Director:

Hace unos días, el público que suele asistir al Teatro Español,[1] se vio tristemente sorprendido por la orden facultativa que mandaba suspender las funciones en aquel histórico coliseo. La causa no podía ser más dolorosa. El Teatro amenaza ruina, y como si no pudiera resistir el peso de tantas glorias, inclina su venerable techo hacia la tierra. La alarma cundió al ver que las paredes del escenario perdían su aplomo: los arquitectos reconocieron el edificio y opinaron que no hay más remedio que derribarlo y construirlo de nuevo. ¡Emblema elocuente del estado de la literatura dramática, a la cual hay que levantar desde los cimientos!

En Madrid ha producido esto penosa impresión, porque el Teatro Español, a pesar de su decadencia, es considerado por los habitantes de esta capital como una institución venerada. Últimamente no era muy numeroso el público que asistía a las representaciones; y sin embargo de esto, en cuanto se ha dicho que el Teatro Español va a desaparecer, ya todo el mundo se conduele de este fin desgraciado, y un clamor inmenso se levanta pidiendo la conservación del edificio. Ni se comprende que el nuevo teatro se construya en otra parte; ha de ser allí mismo, en aquel suelo sagrado de Talía, allí donde vagan las sombras de Lope, Calderón y Moratín.[2]

Enorme profanación sería que allí se levantara un bazar de ropas hechas, o una casa de vecindad con tienda de comestibles en la planta baja, casino en el principal y talleres de fotografía en el tejado. Allí no puede haber nunca más que lo que hay. Si en aquel solar se construyera, por ejemplo, una iglesia, los madrileños no entrarían en ella con devoción, pues delante del altar pensarían más en Romea que en el cura y en Calderón más que en Dios. La escena española está vinculada a aquel lugar, y las transformaciones de esta épo- ca vertiginosa no pueden alcanzar a la casa augusta del arte.

La historia de este coliseo es por demás curiosa, y por cierto que el nombre de Teatro Español es modernísimo, casi de ayer puede decirse, pues durante siglos se le llamó Teatro del Príncipe, nombre que sucedió al de *Corral del Príncipe* o *de la Pacheca* con que fue conocido en sus tiempos más gloriosos.[3] La afición a las representaciones de comedias es antiquísima en Madrid. En el siglo XVI los espectáculos teatrales eran privilegio exclusivo de las sociedades benéficas, como hoy lo son las corridas de toros. Dos célebres cofradías, la de la *Pasión* y la de la *Soledad*, disfrutaban de este privilegio.[4]

1 Véase 22, 54 y 70.

2 *Talía:* musa del teatro. Sobre Moratín pueden verse también 72 y 78.

3 No es exactamente así; véase 54 n. 9.

4 La cofradía de la Sagrada *Pasión* recibió ese *privilegio* en 1565; la de Nuestra Señora de la *Soledad*, dos años después.

La primera estableció su corral en la calle del Príncipe, arrendándolo a las empresas de comediantes por cantidades que, si eran modestas al principio, pronto se elevaron a cifras considerables.

Eran los corrales descubiertos, con un escenario, patio y gradas. Estas se cubrieron en 1574 cuando vino a Madrid la compañía italiana de Ganassa,[5] que representaba juegos de manos, farsas y volatines. Pero el patio siguió teniendo por techo el cielo hasta mucho después que se trazaron y se construyeron los techos poco más o menos como los conocemos hoy. Dividíase el local de los corrales en patio, alojero, gradas, aposentos, rejillas, tertulias y cazuelas.[6] En el patio estaba el público en pie y no se permitía la entrada al bello sexo.

De esta manera y en tales condiciones se representaron las maravillosas obras de Lope y Calderón ante un público rudo que comprendía y sentía sus bellezas, por ser aquellas obras expresión poética de los sentimientos y las ideas del pueblo español.

El nombre de Corral *de la Pacheca* se deriva de que el solar en que estaba instalado pertenecía a una doña Isabel Pacheco. Ya a fines del siglo XVI se construyeron de nueva planta los dos teatros de la Cruz y el Príncipe, siendo el primero propiedad de la cofradía de la Soledad y el segundo de la Pasión.

En los primeros tiempos, las hermandades benéficas solo obtenían un producto líquido de ciento cuarenta a doscientos reales por representación. Pero años adelante, y cuando los dos teatros mejoraron sus condiciones de comodidad, fue arrendado uno de ellos por cuatro años en la suma de ciento catorce mil cuatrocientos ducados.[7] En 1638 se encargó de dicho coliseo el municipio de esta villa, señalando una subvención fija a las hermandades benéficas. En 1745, se construyó arquitectónicamente el Teatro del Príncipe, e incendiado en 1802, fue nuevamente levantado, según los planos del célebre Villanueva. El edificio de este célebre arquitecto es el que, restaurado y embellecido diferentes veces, ha llegado hasta nosotros.

El Teatro de la Cruz, que compartió con el Príncipe durante tres siglos las representaciones de comedias, desapareció hace unos veinticinco años. Lope de Vega solía dar sus obras a este coliseo, mientras las de Tirso, Moreto y Calderón se estrenaban más consecuentemente en el Príncipe. Felipe IV también tenía preferencia por la Cruz, y en él trabajaba la famosa actriz María Calderón, amante de aquel monarca y madre del infante don Juan José de Austria, que más figuró, por su inquietud y ambición que por sus méritos reales, en el triste periodo de la menor edad del rey Carlos II.[8] También figuraron en la Cruz las célebres actrices *Amarilis* y *Antandra*.[9]

5 *Ganassa* pidió permiso a la cofradía de la Pasión para hacer un tablado permanente con techado e instalar un toldo de quita y pon para proteger al público.*+

6 *Alojero*: 'pequeño local para venta de bebida y frutas, situado en el acceso de la calle al patio'; *gradas*: 'alineadas a lo largo de las paredes laterales y cubiertas por tejadillos'. *aposentos:* 'localidades privadas a modo de palcos en los huecos de las fincas medianeras'. *rejillas*: localidades tapadas con rejas para poder ver sin ser vistos; *tertulias*: 'sobre la entrada en el nivel más alto, galerías protegidas por celosías'; *cazuelas*: véase 4, n. 7.

7 'monedas de oro'.

8 Después de la muerte de Felipe IV, en 1665, Juan José de Austria se opuso a la regencia de Mariana de Austria, viuda del rey, a la que consiguió apartar del poder durante la minoría de Carlos II.

9 *Amarilis y Antandra*: nombres artísticos de María de Córdoba y Antonia Granados.

Los célebres bandos de *chorizos* y *polacos* son del siglo pasado. El encarnizamiento con que se combatían, organizando silbas estrepitosas y todo linaje de cábalas, son una de las páginas más divertidas de la historia del teatro español. Llamáronse *chorizos* los del Príncipe, porque el gracioso de este teatro enloquecía al público comiéndose un embutido en no sé qué pieza, que sin duda debió gozar en aquel tiempo de enorme popularidad. Proviene el nombre de *polacos* dado a los de la Cruz de un fraile que concurrió asiduamente a la cazuela y alborotaba al público entablando pintorescos diálogos con los cómicos. ¡Qué costumbres tan inocentemente libres y qué hermosa compenetración del pueblo con la literatura dramática! Por eso el teatro vivía vida robustísima, lo mismo en sus grandezas que en sus extravíos. El pueblo le arrastró a la decadencia lo mismo que le había alzado a su más floreciente esplendor.

En el Príncipe representaron, precisamente en los tiempos de mayor decadencia literaria, las célebres actrices María Lavenant y Rosario Fernández conocida por *la Tirana*. Poco después apareció Máiquez, que trabajaba también allí. Rita Luna es de su misma época, aunque nunca salieron juntos a la escena.[10] Ya por entonces inició Moratín la reforma literaria teniendo que luchar con energía heroica contra la barbarie indecorosa y ramplona de la literatura de aquella época.[11] Los que hayan visto o leído *El café* de aquel eximio ingenio,[12] apreciarán fácilmente el estado en que entonces de se encontraba el teatro español, y el perverso grito del público. Era el tiempo de los dramas absurdos entremezclados con las tonadillas necias o indecentes. Moratín, que era intolerante y tenía los ardores del sectario, necesitó exagerar su campaña para tiempos de tanta barbarie.

A principios del siglo hubo en el Príncipe compañía de ópera, dirigida por el célebre compositor y cantante Manuel García, sevillano. Este rey de los tenores, padre de insignes artistas, había recibido su educación musical en la capilla de la catedral de Sevilla, donde fue niño de coro y *seise*.[13] Cantó en Madrid óperas de su composición y de algunos maestros italianos. De sus amores con una actriz española llamada *la Briones* nació aquel prodigio de la naturaleza, aquella niña incomparable, Mariquita García, conocida después en el mundo artístico por *la Malibrán*. Madame Viardot, o sea Paulina García, fue también hija de aquella pareja. Estaba Manuel García en Madrid en 1808 antes de la invasión napoleónica en España, y cuando estalla la guerra partió de aquí para ser el *virtuoso* de moda en los teatros de Italia, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Rossini escribió para él su *Otello*, y si no estoy equivocado, fue Manuel García quien estrenó *El barbero de Sevilla* en Roma, contribuyendo al mal éxito de esta maravillosa obra en la primera noche, por el contratiempo aquel de la guitarra y la cuerda rota.[14]

10 Máiquez prefería el teatro del Príncipe y Luna el de la Cruz.*

11 Ya en 1871, Galdós subrayaba la decadencia del teatro a fines del XVIII y principios del XIX.*

12 Véase 72.

13 *seise*: 'cada uno de los niños del coro de la catedral de Sevilla que canta y baila en determinadas festividades. Debe su nombre a que dicho coro está formado habitualmente por seis niños'.

14 El estreno tuvo lugar el 20 de febrero de 1816 en el Teatro Argentina de Roma. Parece que el fracaso se debió sobre todo al rechazo a Rossini de los defensores de una versión anterior de Paisiello, aunque es cierto que

Moratín no venció de un golpe en su ruda batalla contra el mal gusto teatral. Después de *El café*, que se estrenó en 1792, siguieron representándose las obras necias y monstruo- sas de que es un ejemplo "El gran cerco de Viena".[15] Comella y el abate Cladera privaron durante algún tiempo, pero después de *El sí de las niñas*, estrenado en la Cruz en 1806,la victoria pareció decidida en favor del buen sentido y de la sencillez artística.[16] Pasado algún tiempo, el teatro español tuvo de nuevo un periodo gloriosísimo con la apariciónde los románticos y de la comedia bretoniana. Creo que fue en el Príncipe dónde se dioa conocer el *Don Álvaro* del duque de Rivas, y en el propio teatro apareció en 1835 *El trovador*,[17] drama caballeresco escrito por un joven soldado, don Antonio García Gutié- rrez. Hartzenbusch, que era entonces oficial de carpintero, apareció el año siguiente, y no tardó en darse a conocer Zorrilla con sus vigorosos dramas legendarios, que estrenó CarlosLatorre en el Príncipe y en la Cruz. Las comedias de Bretón estuvieron dando alimento a ambos teatros desde el año 30 hasta después del 60; y con él, Ventura de la Vega, Egui-laz y otros autores de excelentes obras de costumbres sostuvieron la comedia española a gloriosa altura. Más vigoroso, el ingenio de Ayala dio al Príncipe sus tres obras capitales:*El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento* y *Consuelo*, en un espacio de tiempo relativamentegrande, pues entre la primera y la segunda transcurrieron pocos años, y entre *El tanto porciento* y *Consuelo*, dieciocho.

El drama nuevo de Tamayo, considerado como la obra capital de la dramática moderna, se dio a conocer en el Teatro de la Zarzuela en una temporada en que se organizó una excelente compañía de la cual formaba parte Teodora Lamadrid. Últimamente, en un periodo de quince años, se ha manifestado en el mismo coliseo del Príncipe, antiguo corral de la Pacheca, y Teatro Español de poco tiempo acá, el ingenio estupendo de don José Echegaray.

Los actores notables que por las hoy caducas tablas de aquella escena han pasado, no se aciertan a contar. En la generación actual hay ya pocas personas que vieron a Máiquez, Rita Luna y Querol;[18] ya van quedando pocos de los que admiraron a Latorre, Lombia y el gracioso Guzmán; pero somos muchos los que recordamos a Romea y Arjona, maestros incomparables ambos. Matilde Díez murió hace unos cinco años, Teodora Lamadrid hace más tiempo que está retirada de escena. Valero vive aún, conservando pasmosamente sus facultades a los ochenta años, y Mariano Fernández, que no es tan viejo, todavía divierte a los madrileños. Si no estoy equivocado, Valero trabaja actualmente en los teatros de América del Sur. Para que se comprenda la vigorosa longevidad de este actor eminente, baste decir que trabajó delante de Fernando VII y que el *Luis Onceno*,[19] una de las obras que interpreta a maravilla, la estrenó hace la friolera de cincuenta años.

durante la representación a un músico se le rompió una cuerda de su instrumento.

15 Véase 72.

16 Galdós reacrea a Comella y, detalladamente, el estreno de *El sí de las niñas* en el episodio *La corte de Carlos IV* (1873).

17 El estreno fue en 1836, como bien había señalado Galdós en 19.

18 Isidoro Máiquez había muerto en 1820, Rita Luna en 1832 y Mario Querol en 1823.+

19 Tragedia de Casimir Delavigne traducida por Gorostiza.

Fácilmente se comprenderá que la ruina del edificio, al cual van asociados recuerdos tan hermosos y glorias tan grandes, ha de producir en Madrid extraordinario sentimiento. Hay que temer, no obstante, que la nueva generación, cuyas ideas son totalmente distintas de las viejas, mire este asunto con frialdad, por lo cual la reedificación del teatro se hace necesaria, pues si se aplaza y la gente que hoy empieza a bullir lo encuentra en ruinas, cuando sea dueña de la sociedad sabe Dios lo que se levantará sobre aquellas ruinas. Cada día está más en decadencia la afición al teatro serio; las compañías mejor formadas viven lánguidamente, y los horizontes de la literatura dramática no se presentan en verdad muy risueños. Sobre este particular he dicho en mis cartas anteriores algo que no quiero repetir ahora.[20] Lo que importa consignar es que creyendo firmemente que las glorias del teatro español corresponden al pasado, el edificio que las simboliza… debe conservarse a todo trance.[21]

***

La galería de cuadros históricos del Senado se ha enriquecido con la *Batalla de Lepanto*, encargada al pintor filipino señor Luna, por aquel cuerpo colegislador. Propónense los senadores decorar su magnífico salón de conferencias con cuatro grandes lienzos que representen los hechos más gloriosos de la historia de España. El primero fue *La rendición de Granada*, de Pradilla, obra de incomparable belleza. Acaba de ser colocado en el segundo testero el *Lepanto* de Luna, y los dos que faltan son *Colón presentándose a los Reyes Católicos en Barcelona*, que será pintado por Raimundo Madrazo, y *La batalla de Otumba*, encargado a Villegas.[22]

El *Lepanto* ha sido juzgado con cierta severidad, sin duda porque se exige mucho, quizás demasiado, a los pintores modernos, y porque la vecindad del cuadro de Pradilla eleva en cierto modo la responsabilidad de los artistas que expongan sus obras en aquel sitio. Por de pronto hay que consignar un error capital, que no sé si es error del artista o de la comisión que tal cuadro le encargó. Una batalla naval es *impintable*. Ni a la comisión debió ocurrírsele encargar tal asunto, ni el pintor debió aceptarlo. La extensión considerable en que se desarrolla una acción naval, la confusión de sus incidentes, no caben en las dimensiones de un lienzo. Un episodio cualquiera, hábilmente elegido y bien compuesto, podría expresar la idea histórica mejor que la totalidad del asunto. El error de Luna está en querer pintar la embestida de las dos capitanas y el haberse propuesto incluir a Cervantes en la composición. Las dificultades que esto ofrecía son de tal magnitud, que no ha podido vencerlas el artista con todo su talento, que es realmente extraordinario. Fáltale experiencia, y esa otra cualidad de que no suelen estar muy sobrados nuestros artistas, la ciencia y práctica del dibujo. Es Luna un gran colorista y siente la forma como pocos; pero le falta manejo de pincel y ese dominio del procedimiento que solo se adquiere con una

20 Véase 54, 56 y 70.

21 Se reconstruyó y reabrió en 1895.

22 Madrazo no terminaría el cuadro titulado *Recibimiento de Colón por los Reyes Católicos,* que, inacabado, fue comprado en Nueva York. Villegas nunca llegó a realizar el encargo.*

larga práctica. Hay que tener en cuenta que el pintor filipino estuvo hasta los diez y siete años dedicado a la profesión de marino; que en aquella edad se dedicó a la pintura movido de una fuerte vocación, y que en poquísimo tiempo desarrolló sus prodigiosas facultades, llegando a pintar a los veinticuatro años un lienzo tan notable como el *Spoliarium.*[23]

Pero hay en todo arte un aprendizaje que no se domina con la simple vocación ni la aptitud genial; hay un caudal de conocimientos que no pueden improvisarse, y por aquí es por donde peca el *Lepanto.* La composición no es acertada. No se comprende fácilmente la disposición de la nave principal ni aún su figura. El grupo accesorio en que se ha querido sintetizar la acción, no es todo lo expresivo que el caso exigía, y respecto a Cervantes, pronto se echa de ver que no es aquel su sitio y que debiera estar en otra parte, aunque no se le viera. La nave turca embestida y destrozada, no se comprende tampoco fácilmente. Está efectivamente tan hundida que ya no hay para que ocuparse de ella, y los vencedores no tienen realmente nada que hacer allí.

Hay sin embargo en el cielo, en la atmósfera de la composición cargada de humo, por entre cuyas masas se alcanza a ver el cielo transparente, algo de grandioso y terrible que acusa el espanto y el estruendo de la batalla que tanto influyó en los destinos de Europa. Que Luna se muestra en toda la obra colorista de primer orden, no hay para qué decirlo. Que hay algunos trozos muy bien pintados, al instante se ve. El conjunto es el que flaquea, por la composición principalmente, la cual como he dicho antes, ofrecía tales escollos que no es extraño que el artista no haya podido superarlos. Tengo la seguridad de que otros de más experiencia, de más años y de más práctica, habrían fracasado también. Aquí puede decirse que *el intentarlo solo es heroísmo.*[24]

No estoy de acuerdo con los que censuran en este cuadro la figura de don Juan de Austria, acusándola de mezquina. Cierto que el hijo de Carlos V es el héroe del asunto y debía ser el foco, digámoslo así, de la composición. Pero exigiendo la composición que el punto de vista estuviera fuera de los dos buques, la figura del protagonista no podía estar en primer término. El artista en esto ha demostrado gran talento disponiendo las cosas de modo que la figura del general en jefe colocado en el castillo de proa de la capitana estuviera *lo menos lejos posible.* Lo probable es que los combatientes, que no tripulaban la capitana, no pudieran ver a su general, y que si le veían fuera en proporciones muy pequeñas. Si el punto de vista hubiera sido colocado dentro del barco almirante, ya sería otra cosa.

Pero si uno hubiera hecho esto, le hubieran dicho que su cuadro no representaba la batalla de Lepanto, sino el E. M.[25] General de don Juan de Austria. La figura de este me parece digna del personaje, y la circunstancia de no ser más que una silueta le da mayor encanto y majestad. La rigidez de que se le acusa proviene de la armadura, que como tal armadura tiene que ser físicamente rígida. No es posible que a la distancia en que aparece el héroe se le vean las facciones con tanta claridad como algunos quisieran, ni es condición indispensable de la figura principal de una obra el que se le puedan contar

23 Para el S*poliarium* véase 13.

24 Véase 56, n. 10.

25 Probablemente 'el Estado Mayor'.

los pelos de la cara. El perfil del príncipe bajo la airosa celada es bastante enérgico, y la actitud del cuerpo bastante animosa, para expresar que allí están el corazón y el alma de la batalla.

En suma, el señor Luna se revela en esta obra artista eminente que no ha podido vencer los casi insuperables obstáculos de un asunto aceptado con más entusiasmo que reflexión. Aún en sus defectos, se ve que el *Lepanto* no es obra de un pintor vulgar. Se ve al artista luchando con lo imposible, venciendo parcialmente en algunas partes, cayendo con gloria en otras, y demostrando en todas que pertenece a la raza de los verdaderos artistas y que la pintura española puede esperar de él grandes proezas.

B. PÉREZ GALDÓS

95

LP, 27/1/1888

SUMARIO: La lotería —Moda de los asuntos económicos —La *Liga Agraria* —Los cereales y los vinos —Los tratados de comercio —Necesidad de mejorar la elaboración de vinos —Marcas españolas de vinos de pasto[1] —Regiones vinícolas más importantes —La ganadería —Concurrencia de las carnes extranjeras —Desventajas de Galicia como región ganadera —La peregrinación a Roma —El peregrino antiguo y el moderno —Partida del tren de peregrinos —Los curas, los *íntegros* y los *mestizos* —Odio entre estas dos familias político-religiosas —Ofrendas y regalos al papa —Vacaciones políticas —El obstruccionismo y los debates parlamentarios —Necesidad de abreviarlos.

Madrid, 23 de diciembre de 1887.

Señor Director:

Hoy no se piensa en Madrid más que en la lotería. Hoy es la gran extracción de los diez millones de reales, y mientras no sepamos a quien ha favorecido la suerte, no podemos ocuparnos de nada. Dentro de unas horas, el misterioso número será conocido del público, y con él los que asignan premios secundarios. ¡Qué emociones, qué sustos y sobre todo, qué desengaños! La suerte es que somos cristianos, y desde niños se nos ha enseñado la conformidad con nuestro destino, y la resignación ante la adversidad. Somos también españoles, y sabemos llevar con paciencia los golpes de la suerte, conservando el ánimo alegre. Vendrá la Nochebuena y en sus dulces expansiones, olvidaremos todas las penas. Dejemos, pues, este punto y vamos a cosas de más interés.[2]

***

1 `vinos´ de mesa.

2 Galdós había comentado ya a la lotería en 28 y 75.

Ya dije en mis anteriores que se han puesto de moda las cuestiones económicas.[3] En todo el mes de diciembre, esta moda se ha manifestado con verdadero furor. La crisis agrícola y el precio de los cereales son los temas favoritos, y hasta en los salones se olvidan las conversaciones galantes, para tratar de medidas arancelarias y de la pesadez contributiva. Cada cual dice lo que le parece, y así vamos viviendo.

Después de la *Información Agrícola*, ha venido la *Liga Agraria*,[4] que viene a ser lo mismo con la particularidad de que en este último congreso, se puso tasa a los discursos, fijando su duración en diez minutos. Hablaron multitud de labradores venidos de todas partes de la península, algunos muy rudos, pero estos principalmente expresaban los males del país con mayor exactitud que los oradores de oficio. Entre lo expuesto en la *Liga*, se han oído muchas extravagancias, remedios propuestos por el egoísmo o la ignorancia; pero también se han dicho cosas muy buenas, algo concreto y verdadero que es la expresión del interés agrícola.

De la información se desprende que hay un malestar hondo, y que este malestar no se remedia con la subida de los derechos arancelarios. La concurrencia extranjera es formidable, y nuestro cultivo resulta caro por la enormidad de los impuestos y por las mil socaliñas que agobian al productor. No nos queda más remedio que abaratar nuestra producción y perfeccionar los medios de cultivo.

Esto por lo que respecta a los cereales, que en lo tocante a vinos la situación no es tan mala como algunos pesimistas quieren suponer. Los tratados de comercio, especialmente el celebrado con Francia el 82, han desarrollado esta riqueza de un modo extraordinario. Es una insensatez condenar los tratados y el *modus vivendi* con Inglaterra, pues a ellos sedebe la enorme exportación que da salida a aquel rico fruto. Verdad que todos los añosno son iguales, y el pasado se señaló por una disminución considerable de la demanda de vinos, pero la temporada presente se ha iniciado favorablemente, y es razonable esperar que la exportación alcance cifras tan altas como las de los mejores años. Para asegurareste comercio, bastaríanos mejorar la elaboración, aspirando a algo más que a suministrara Francia la primera materia para sus *vinajes.* Nosotros damos a Francia el mosto, y ella elabora con él los afamados vinos de mesa que en el mercado universal se conocen por *Burdeos*. Las bodegas bordelesas centuplican, por medio de un arte exquisito, el valor de los líquidos que reciben de nosotros. Teniendo pues el vino de esta tierra todos los elementos necesarios para la fabricación de los célebres *crus*, hay que aspirar a que sal- gan de aquí como lo exige el paladar de los consumidores de todo el universo. Ya hay en España agricultores inteligentísimos que al propio tiempo saben elaborar excelentes vinos de mesa, y los expenden con sus marcas, sin usurpar la etiqueta bordelesa. Son estos el señor Bayo, presidente de la *Liga Agraria*, el marqués del Riscal, el de Mudela y otros. Pero los productos de estas casas, con ser de mucha importancia, están limitados al consumo interior, y sus acreditadas marcas no son conocidas aún en el extranjero. Las Cámaras de Comercio españolas de Londres, New York y Buenos Aires han de hacer algo por dar a conocer estos productos de una pureza intachable y de una elaboración esmeradísima.

---

3 Por distintos motivos lo afirmó en 90, 91, 92 y, y volverá sobre ello en 97 y 101.

4 Véanse 90 y 91.

La gran masa de exportación vinícola va, pues, al extranjero en bruto. Los precios que el agricultor alcanza son favorables. Pero podría desarrollarse una potente industria que hoy apenas está iniciada. Las regiones en que el producto de la vid es más considerable son el valle del Ebro, desde Haro hasta Zaragoza, la provincia de Barcelona, la de Tarragona. Ciudad Real en La Mancha produce los celebrados vinos de Valdepeñas; y Alicante y Valencia también figuran en primera línea en esta riqueza. Valladolid tiene a La Nava y Rueda, Zamora a Toro, y Madrid a Arganda. Estas regiones abastecen el consumo interior, dando a la exportación los considerables sobrantes. Las provincias del norte, y el valle del Ebro surten principalmente la industria de Burdeos.

No se incluyen en esta indicación de nuestra riqueza vinícola los universalmente conocidos productos de Jerez, Málaga y Sanlúcar, pues en estas comarcas la elaboración es esmeradísima, y las marcas, célebres en todo el mundo. A pesar de esto, Jerez ha disminuido de exportación, por la concurrencia de los vinos artificiales, fabricados en Cette y en Hamburgo;[5] pero el comercio de Londres vuelve a manifestar lentamente su preferencia por un producto que, cuando es legítimo, es insustituible, gracias a sus innegables propiedades de pureza, aroma y finura.

***

Más que en los cereales y en los vinos, se manifiesta la crisis económica en los ganados. Galicia, que hasta hace poco enviaba considerable cantidad de bueyes al mercado de Londres, ve mermada de día en día su exportación. Algunos atribuyen esto a la competencia de las carnes muertas que, en vapores de bodega frigorífica, vienen de los Estados Unidos, de Buenos Aires y aún de Australia. El aldeano gallego, que cría sus reses en establos, alimentándolas con tanto cuidado como a los individuos de su propia familia, no puede producir tan barato como el ganadero de las inmensas llanuras de América, abundantes en riquísimos pastos. Los países nuevos concurren al mercado universal en condiciones superiores a las de nuestro continente, cuyas tierras esquilmadas, divididas por las sucesivas transmisiones de dominio, exigen mayor esfuerzo de los labradores y gastos mucho mayores. De todas las industrias agrícolas de España, paréceme que la pecuaria es la más amenazada de una grave depreciación; así como en los vinos no hay duda que debemos confiar en el porvenir, a pesar de la competencia que nos hacen Italia y la Argelia.[6]

Y basta de asuntos comerciales, en los que estoy poco fuerte.

***

Hace cuatro días que salió de aquí la peregrinación que va a Roma, con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII. De Madrid solo, salieron cerca de dos mil peregrinos de todas las clases sociales, conducidos o, como si dijéramos, capitaneados, por varios obispos. En las estaciones del tránsito hasta la frontera, se unieron los peregrinos de las diócesis de

5 *Cette*: población de la región francesa de Aquitania.

6 Sobre la crisis agropecuaria, véase 91.

Lugo, Santander y Zamora, también con sus prelados a la cabeza. A estas horas deben de estar ya en Roma o cerca de ella. Antiguamente estas caravanas piadosas iban a pie por llanos y vericuetos; hoy van en ferrocarril, cuyas incomodidades por grandes que parezcan, son nada en comparación de las antiguas maneras de viajar.

El tipo del peregrino legendario, con su balandrán, su bordón, el sombrero de alas anchas y la calabacita,[7] ha desaparecido por completo del mundo. Su interesante y melancólica estampa se conserva tan solo en los altares, pues al apóstol Santiago le representamos siempre de peregrino, y de peregrino viste también san Roque, uno de los santos más populares. Mas, ¿quién habrá que con tales arreos atraviese hoy la Europa pidiendo limosna, para visitar a Roma o a Compostela? La transformación del mundo y de las costumbres alcanza también seguramente a las maneras de agradar a Dios, y siendo buena la intención, poco importa que los místicos visitadores de lugares santos viajen en el confortable coche de primera de un ferrocarril. Porque este poderoso invento, como hijo de la ciencia, nos viene también de Dios, y la iglesia bendice las locomotoras, como antes bendecía las naves.

Espectáculo imponente ofrecían el otro día los peregrinos entonando, en exaltado coro, cantos religiosos a la partida del tren, dando vivas al papa y al catolicismo, bajo la nave férrea de la estación, no menos alta y gallarda que la de una catedral. Los pitidos de la máquina y el bullicio del tren se mezclaban al *Santo Dios* y a otras endechas místicas, que hasta ahora no se habían cantado nunca más que en las iglesias.

Los curas que forman parte de la caravana pasan de quinientos, habiendo entre ellos todas las variedades del tipo, que son innumerables. El cura llamado *de escopeta y perro* es quizás la variedad más abundante; pero también va en la peregrinación el sacerdote estudioso y de modales finos, formado en los seminarios modernos o en la Compañía de Jesús. En el ramo de beatas, van tipos muy característicos, notables algunos por su ingenuidad candorosa. No faltan mujeres humildes que han ganado con el sudor de su frente el dinero para el viaje, y van gozosas a Roma con la ilusión de ver al papa y ganar después el cielo. También van señoras encopetadas, que dejan su cómoda vida para empaquetarse en el estrecho compartimento de un tren de recreo. Y por fin, el núcleo de la expedición lo forman personas del partido ultramontano, en sus dos grandes variedades o familias, a saber, los *íntegros*, o sea los que no han transigido ni transigirán con los principios liberalesy la Restauración alfonsina, y los *mestizos*, o sea los que fueron carlistas y ahora no lo son.Entre estas dos ramas del partido clerical español existe un odio a muerte. Los *íntegros* desprecian con todo su corazón a los *mestizos*, tratándoles peor que a los liberales; les acusan de enemigos de la Iglesia, y no tienen con ellos ninguna clase de consideraciones, ni siquiera caridad. De nada les vale a los *mestizos* que el episcopado, casi en masa, esté con ellos. El irreconciliable y feroz *íntegro* no se da a partido. Ni la investidura del prelado, ni aún la del mismo papa , significa nada para él, y cuando la autoridad propiamente eclesiástica deja caer sobre el campo de las disputas eclesiásticas alguna amonestación severa,

7 *balandrán* 'capa larga con esclavina'; *bordón*: 'bastón o palo que supera la altura de quien llo lleva´; *calabacita*: 'calabaza de origen tropical utilizada para guardar el agua fresca y enriquecida'.

los señores del matiz *íntegro* se hacen los desentendidos, y continúan excomulgando a quién no piensa como ellos.

Los *mestizos* que forman en la extrema derecha de la legalidad existente, y están representados en el partido conservador por la personalidad ardiente y batalladora del señor Pidal, abandonaron el campo carlista. La parte más ilustrada del clero español es *mestiza*, aunque también hay eminencias que pertenecen en cuerpo y alma al implacable *integrismo*.[8]

Las ofrendas que al Santo Padre han hecho los católicos españoles con motivo del jubileo sacerdotal son cuantiosísimas. Los regalos estuvieron expuestos al público en el palacio episcopal, y asombraba tanta riqueza y tan gran variedad de obras de arte. Ropas eclesiásticas primorosamente bordadas, obras delicadísimas de manos monjiles, cálices y copones guarnecidos de pedrerías, cuadros y estatuas, objetos mil construidos con metales preciosos, antigüedades rarísimas, libros curiosos, y otros mil productos de la industria, del arte y de la paciencia, formaban el obsequio magnífico de los madrileños a su santidad. No es menos valioso el óbolo de Madrid en dinero contante, pues el prelado de esta diócesis lleva cincuenta y un mil duros limpios de polvo y paja, recaudados por señoras piadosas de esta corte. Las demás diócesis habrán recaudado cantidades considerables en proporción, y ya verá León XIII cómo los insignes prelados que acaudillan la peregrinación no llegan a Roma con las manos vacías.

Al propio tiempo, muchos católicos que son acaudalados propietarios, han enviado a su santidad exquisitos vinos de Jerez, de cincuenta, ochenta y cien años, vinos seculares y venerables, dignos de figurar, como símbolo eucarístico, en el cáliz del sucesor de san Pedro.

***

Concluida la discusión del mensaje en el Senado, la política entra en vacaciones. Luego vendrá la misma batalla retórica en el Congreso, y se renovarán las inquietudes de algunos, las ambiciones de otros, y el interés que todos ponen en estas ardientes luchas que a veces determinan la renovación de los gobiernos. Mas por esta vez, creo que los enemigos del gobierno no abrirán brecha en él, pues la situación presidida por Sagasta ha salido muy bien de los encontronazos del Senado. Es casi seguro que hay gobierno liberal por lo menos para un año más, y como no venga algún hecho inesperado a complicar las cosas, el señor Sagasta abrirá la cuarta legislatura. Si tiene la suerte de llegar a la quinta, será un ejemplo de duración y estabilidad nuevo en nuestros fastos políticos.[9]

En los debates que acaban de cerrarse con el voto de la Cámara Alta, se han esgrimido armas tan cortantes siempre como la de la inmoralidad y la de la crisis agrícola. Pero en el

8 Ya en 8 había explicado esta división del clero español, llamando entonces *puros* a los que aquí llama *íntegros*.

9 *cuarta legislatura*: aunque la Constitución de 1876 establecía que los diputados serían elegidos por cinco años, las actas de cortes de la época consideran *legislatura* como sinónimo del tiempo en que están abiertas cada año; en este sentido habla aquí Galdós de cuarta y quinta legislaturas.

primero de estos socorridos temas, nada se ha dicho en concreto, y los tiros han pasado por encima de la situación sin herirla. En cuanto al malestar de los agricultores, nada más absurdo que pedir la caída del gobierno porque el trigo esté a tanto la fanega y no pueda alcanzar una cifra mayor. Por ventura, ¿no estaba a igual precio, y quizás a otro más bajo, cuando gobernaban el país los que hoy quieren mejorar la suerte de los labradores, arrancando las carteras ministeriales de las manos que actualmente las poseen? Por esta razón, las vehemencias de conservadores y reformistas han despertado escaso interés fuera de la Cámara, y la opinión continúa en un estado de serenidad inalterable.

El gobierno persiste en sacar adelante las reformas políticas ofrecidas, el sufragio universal, el jurado ya aprobado en el Congreso, el Código Civil, y todo lo contenido en la fórmula de transacción que dio nacimiento al partido liberal cómo hoy se encuentra constituido.[10] Las oposiciones harán los imposibles por impedirlo, y como el reglamento que rige las disposiciones parlamentarias permite los entorpecimientos, y ahora está de moda el obstruccionismo, resultará lo que Dios quiera en lo de cumplir programas más o menos extensos.

Es ya cosa admitida por toda persona de buena fe que, con los actuales reglamentos de ambas Cámaras, no es posible la vida legislativa. Los gobiernos no pueden contar con la cooperación del parlamento, si hay en este un grupo cualquiera decidido a impedir que los trabajos marchen con la debida rapidez. La extraordinaria amplitud que se da a los debates, permitiendo discursos sin fin para el asunto más sencillo, rectificaciones interminables, los grandes medios de iniciativa que el diputado tiene para entablar un debate sobre cualquier motivo que se le antoja, hacen de la mayoría parlamentaria una complicación nefanda. ¡Y si solo hablasen los grandes oradores! Pero no; hablan todos, desde el primero al último, con un lujo de amplificaciones que rinde el ánimo del más cachazudo oyente. A veces, por el cansancio de los habladores, o porque estos pierden la esperanza de conmover y destruir el edificio ministerial, pasan casi sin discusión importantísimos proyectos. Pero de repente, se suscita por medio de proposición incidental o de interpelación, un debate reñido y estéril sobre cualquier cuestión de amor propio, y se pasan semanas enteras en una contienda de acusaciones personales que a nada conduce. Luego se admiran de que el parlamentarismo no tenga aquel crédito y respetabilidad que quieren atribuirle que quieren atribuirle sus ardientes defensores.

Ya que en nuestro país está más arraigado que en otro alguno, por condiciones de raza, el vicio de la retórica, trátese de moderar al menos, la excesiva amplitud de los debates, poniendo un freno a quien lo haya menester, y creando un reglamento más severo que el actual. De otro modo, los gobiernos debieran constar de dos órdenes o tandas de ministros, la primera tanda para gobernar, y la segunda para responder en las Cámaras a las infinitas preguntas e interpelaciones que diariamente se les dirigen, y sostener los debates complicados, abstrusos y de compromiso, que a cada paso surgen por un quítame allá esas pajas.

B. PÉREZ GALDÓS

10 La *fórmula de transacción* entre sagastinos y otras tendencias izquierdistas había consistido en que estas últimas aceptaban la monarquía restaurada a cambio de fijar como objetivo esencial del partido los tres puntos aquí enunciados.*

96
LP, 29/1/1888

SUMARIO: La peregrinación a Roma —Faltas cometidas por los organizadores —Vejaciones y molestias —Dificultades para el alojamiento en Roma —Temores de que el pueblo italiano acoja mal la peregrinación —Relaciones entre el Vaticano y el Quirinal —La embajada extraordinaria española —Simpatías del papa hacia el actual orden de cosas en España —Grandes festividades del jubileo —Mayor fuerza del pontificado después de la pérdida del poder temporal —Los Estados del papa —Eminentes dotes del actual pontífice —Veneración que inspira —La conseja de la esclavitud papal —Temores de guerra europea —Naciones que tomarán parte en ella —Crudeza del invierno en toda Europa —Inauguración del servicio de vapores de la Compañía Trasatlántica entre España y el Río de la Plata.

Madrid, 31 de diciembre de 1887.

Señor Director:

La prensa y el telégrafo nos traen diariamente noticia de los mil contratiempos sufridos por la peregrinación que ha ido a Roma a celebrar el jubileo sacerdotal de su santidad.[1] Está visto que en estos tiempos no se puede ser peregrino. Las empresas de ferrocarriles que tan complacientes son con los bañistas y veraneantes, han tratado a los expedicionarios místicos como si fueran ganado trashumante, que hay que transportar de una parte a otra para que cambie de pastos. Algunos echan toda la culpa a los obispos, organizadores de la expedición, los cuales no han sabido obtener de las empresas garantías de regularidad y comodidad en tan largo y molesto viaje.

La ilustre escritora Emilia Pardo Bazán, que va en la peregrinación, ha relatado en sus cartas a *El imparcial*,[2] las peripecias de ese viaje, en el cual los expedicionarios han hecho méritos para ganar el cielo. En primer lugar, las combinaciones de trenes han sido tan mal dispuestas que en algunas estaciones ha tenido la peregrinación paradas desesperantes, y en otras dónde los viajeros creían contar con medios de reparar sus fuerzas, no se les ha permitido sino una detención de minutos. A muchos que deseaban ir juntos, se les ha separado, organizando grupos sin criterio ni método alguno. Además de eso, las impertinentes formalidades para renovar el billete en las distintas líneas de España, Francia e Italia, han sido causa de que algunos infelices, los menos acostumbrados a viajar, se hayan quedado en el camino, desesperados, sin saber cómo han de seguir ni cómo han de volver.

Pero lo peor es que las fondas del camino han dejado en horrible desamparo a los excursionistas, y estos sin habérselo propuesto tal vez, entran en Italia con la preparación mística de un perfecto ayuno. En las estaciones del tránsito, la escasez de provisiones da origen a multitud de escenas lamentables, porque, como es natural, no todos se resignan a soportar un traqueteo de seis días con el estómago vacío. Y no paran aquí las quejas

1 *su santidad*: León XIII. La peregrinación española salió de Madrid el 18 de diciembre (véase la Carta anterior).

2 Para *El Imparcial*, véase 12. Las *cartas* de doña Emilia llevaban como título genérico "Crónica de la romería".*

de los incautos y míseros peregrinos, pues también dan cuenta las cartas de multitud de vejaciones y groserías, sufridas con paciencia. Se dice que habiéndose perdido en cierta estación una taza de café, el mozo de la fonda recorría los coches diciendo: "¿Algún obispo se ha guardado una taza que no le pertenece?". En la frontera italiana, un prelado que llevaba cierta cantidad de rapé,[3] es obligado a pagar fuertes derechos de aduana, y además la multa que corresponde al contrabandista.

Tras esto vienen las mil dificultades para el alojamiento en Roma, pues no puede haber allí, en fondas y hospederías, viviendas para tanta gente; se calcula en cien mil el número de peregrinos de todos los países. Muchos de los que fueron de aquí, debieron llevar poco dinero, pues no es la previsión cualidad sobresaliente de los españoles; de modo que si el precio de los alojamientos ha subido en proporción de la demanda, ocurrirá seguramente más de un conflicto, y peregrino habrá que reniegue del jubileo, con todo el respeto debido a la persona del papa. Seguramente la embajada española tendrá que socorrer a algunos, porque la crudeza del tiempo, que allí como aquí y en toda Europa es cruelísimo en estos días, ha de aumentar el desamparo de los que fueron a Roma con más fervor religioso que moneda contante.

En cuanto al recibimiento que el pueblo italiano, en su parte más exaltada, haga a los católicos que han ido allá, no creo que puedan realizarse los pronósticos de algunos pesimistas. Los italianos son muy cultos, no desconocen los deberes de la hospitalidad, y hállanse además tan seguros de la continuación feliz de su nacionalidad, que no pueden ver con ira los homenajes tributados a su santidad. Las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal,[4] aunque exteriormente sean de absoluto apartamiento, no son en el fondo tan tirantes como en el tiempo de Pío IX.[5] El gobierno de Italia desea la reconciliación, y bien puede aventurarse la idea de que el papa la desea también. Que esta reconciliación llegará en plazo más o menos largo es indudable, aunque no es fácil prever las bases sobre qué ha de asentarse. En un documento público, ha llamado Humberto I al jubileo "fausto suceso", y el alcalde de Roma ha traspasado ahora por primera vez la puerta del Vaticano para cumplimentar en nombre del municipio a su santidad.

El pueblo italiano verá con calma, pues, la peregrinación católica, porque al ratificarse en el derecho de reconstruir la nacionalidad peninsular, no puede desconocer el derecho de los católicos a dar pública y solemne expresión de su afecto al jefe de la Iglesia. Y aun poniendo la cuestión en el terreno de la conveniencia material, los italianos, en vez de espantar a los peregrinos, deben acogerlos benévolamente, y aun agasajarlos, por la cuenta que les tiene. ¿Cuándo recibiría Roma en su seno cien mil forasteros, si no los recibiera por la atracción del poder pontificio?

La recepción en el Vaticano al embajador extraordinario de España, y los discursos de este y del papa, demuestran que las relaciones de nuestro país con la Santa Sede son inmejorables. Ningún gobierno liberal español ha estado nunca en relaciones tan cordiales

3 'tabaco trillado'.

4 Véase 48, n. 5.

5 Papa que se enfrentó desde el principio a la unidad italiana.*

con Roma como lo está el presente. El papa, en su discurso de recepción, así como en la conversación privada que sostuvo con el embajador, demostró profundo interés por la excelsa princesa que hoy rige los destinos de nuestro país, y por el tierno huérfano del malogrado rey don Alfonso XII. Las expresiones cariñosas del venerable anciano prueban que esto no es una fórmula de etiqueta, sino un afecto sincero y un firme deseo de que la Regencia viva sin tropiezo, y de que la legalidad dinástica se consolide al amparo de las leyes; en una palabra, que León XIII no verá nunca con buenos ojos las pretensiones carlistas, disfrazadas de reivindicación religiosa. La opinión ha variado mucho, aun en la misma Roma, desde los tiempos de Pío IX.[6] Y en España la variación es tan radical, que hoy no sería posible una nueva campaña carlista ni aun existiendo los motivos poderosos que hace años la determinaron. El clero español es en su gran mayoría, poco afecto a lo que hoy se llama *integrismo*, y las provincias del norte, donde tuvo aliento y raíces la guerra civil, no quieren más que paz, como se probó claramente este verano al visitar la reina regente con sus hijos las capitales de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra.

Volviendo a Roma, diré que todas las noticias indican que las festividades del jubileo sacerdotal revestirán gran solemnidad. La misa en San Pedro ofrece la novedad de que en tal día, el primero de enero, se presentará por primera vez el papa en la gran basílica, después de la ocupación de Roma por los italianos. Algunos ven en esto un signo de posible transacción con Italia. Otro de los grandes atractivos del jubileo es la exposición de los objetos regalados a su santidad por los católicos de todos los países, y por reyes y príncipes. Los regalos forman un conjunto de monstruosa y asiática riqueza, algo que supera a los increíbles tesoros de los conquistadores y soberanos del mundo antiguo. Según una estadística probable, ostentará la exposición treinta mil casullas, cuarenta mil albas, miles de cálices y copones, pectorales y joyas en número inverosímil, y no sé cuántas tiaras. Los ornamentos y ropas sagradas serán distribuidos entre las iglesias pobres del mundo católico. Las sumas ofrecidas en dinero contante ascienden a algunos millones de liras.[7]

Jamás se ha visto una manifestación más entusiasta del espíritu religioso, siendo de notar que la generalidad de los peregrinos han ido a Roma sin que les impulsara a esta determinación una idea política. No tiene duda que el papado ha adquirido mayor prestigio, y hasta más autoridad, después de perdido el poder temporal. Contra lo que creen los exaltados del ultramontanismo, la persona del Sumo Pontífice era mucho más pequeña con la soberanía de aquel reino, detestablemente administrado.

Las realidades, a veces muy tristes, del gobierno de los pueblos, quitaban fuerza a la soberanía espiritual. Ni era posible mirar con respeto los menguados Estados del jefe de la Iglesia, con un ejército irrisorio que no servía para nada, una marina de juguete, una hacienda que se alimentaba de las bulas y dispensas y de la lotería, con un príncipe de la Iglesia al frente de las oficinas administrativas, otro haciendo de polizonte persiguiendo logias, encarcelando revolucionarios y llevando a la firma del vicario de Cristo sentencias de muerte. La índole de la autoridad pontificia es tal, que por mucho que transigiera con

6 Este papa había considerado el liberalismo como grave error de la modernidad.*

7 Moneda italiana anterior al euro.

las ideas y costumbres del siglo, no podía en manera alguna satisfacer las necesidades de los pueblos. Por esto, los Estados del papa vivían en lamentable atraso, y aun la administración municipal de Roma no correspondía, ni con mucho, a lo que debiera ser la capital del orbe católico.

Hoy, despojado de aquella soberanía, insoportable para el pueblo y denigrante para el soberano, ¡con cuánta mayor autoridad resplandece la persona del pontífice, sin más representación que la puramente espiritual! El cargo de rey es demasiado profano, y no hay posibilidad de impedir que la corona quite majestad a la tiara. León XIII es el primer papa que sube a la silla de San Pedro privado de autoridad temporal. Y sin embargo, ninguno ha inspirado más respeto al mundo católico, ninguno ha podido en su ministerio religioso obrar con mayor independencia, y hasta se da el caso de que dos potencias europeas, la una católica y la otra luterana, le nombren árbitro para dirimir una discordia.[8] Hay que tener en cuenta, además, las altas dotes del actual pontífice: su bondad, su dulzura, la veneración que sabe inspirar a cuantos le tratan, y su capacidad como jefe del catolicismo, pues a su tolerancia, a su espíritu de concordia, se debe que la nave de san Pedro haya evitado ciertos escollos y peligros. Es León XIII un hábil diplomático, conoce bien su época, tiene tacto y juicio para medir bien las circunstancias, y para elegir las personas que han de secundar su gestión eclesiástica que, en relación con los diferentes Estados, tiene algo de gestión política. Por esto, ha sabido mantenerse en excelentes relaciones no solo con los países católicos sino con los protestantes. Inglaterra y Alemania le consideran, enviándole embajadores, y nunca como en su pontificado ha sido más segura la paz de las conciencias, así en los países católicos como en los protestantes.

La peregrinación disipará seguramente algunos errores propagados entre la gente sencilla. Hay quien cree que el papa está preso, cargado de cadenas en inmundo calabozo, careciendo hasta de alimentos. A Roma han ido algunas personas de clase humilde, que darán testimonio del brillo y grandezas de la corte pontificia; y aunque la idea de la prisión puede sostenerse por el sistemático y voluntario encierro de su santidad en el Vaticano, la conseja del calabozo no ha de prevalecer, aunque se empeñen en ello los hombres de mala fe que explotan la credulidad de mujeres cándidas y sin seso.

Escrito lo que antecede, veo en los despachos telegráficos de la prensa la noticia de que ha sido destituido el alcalde de Roma, duque de Torlonia, por haber cumplimentado al papa sin la representación del municipio, al menos sin la representación total de aquella corporación. Esto prueba que el gobierno italiano tiene que contentar a la parte más exagerada y radical del ayuntamiento romano, y que no ha llegado aún el momento de que todos los partidos se muestren inclinados a la reconciliación. El rey Humberto se ha ido de cacería y estará fuera de la capital todo el tiempo que duren las fiestas del jubileo.

En Madrid se celebra hoy solemne misa en la catedral de San Isidro, a la cual asistirá la reina regente con toda la corte, el cuerpo diplomático y los ministros.

***

8 España y Alemania en el conflicto de las islas Carolinas (ver 44, 45, 47 y 48).

El año concluye con muy malas impresiones respecto al estado de Europa, mejor dicho, casi con la seguridad de que el conflicto entre las grandes potencias estallará de un momento a otro, y de que presenciaremos en 1888 la más formidable guerra del siglo. Todas las naciones de Europa pueden ser arrastradas a tomar parte de esta contienda, con excepción de las que ocupan las dos penínsulas escandinava y occidental, Suecia y Noruega, Españay Portugal. Las demás, aun las más pequeñas, no podrán eximirse, bien por su proximidad al teatro de la guerra, bien porque sus intereses territoriales sean puestos en tela de juicio.

La guerra, si estalla, no puede quedar circunscrita a Rusia y Austria, por la tan disputada influencia en los Balcanes. El antagonismo de raza entre Alemania y Rusia saltará inmediatamente, siendo la parte más trágica y formidable de la cuestión, y como Italia está comprometida a apoyar a Alemania, el ejército de Humberto I atacará la frontera francesa para guardar las espaldas a su aliada. Desde el momento en que la república salga a la palestra, ansiosa de vengar sus agravios y de recuperar las provincias del Rhin, es seguro que Inglaterra se lanzará también, peleando en favor de la Triple Alianza y contra Rusia y Francia.[9] Los ingleses llevarán, seguramente, la guerra al mar, y presenciaremos el choque de las más poderosas escuadras que los tiempos han visto. Al mismo tiempo, turcos y griegos se lanzarán también a la pelea, los primeros por no perder lo poco que les resta en Europa, los segundos por dar algún nuevo pellizco al mapa mediterráneo. Y en tanto, los agraciados del norte de Europa, Holanda y Dinamarca, que temen los engrandecimientos del imperio alemán, quizás se decidan a ir en auxilio de Francia y Rusia.

En suma, que esta guerra, por los elementos que hay preparados para ella y la cantidad de piedra acumulada, quizás no llegue a ser un hecho por la misma enormidad destructora de los materiales de combustión. Es el consuelo que queda a los filántropos y a los que patrocinan el arbitraje universal; que los contendientes se asusten de su propia fiereza, y decidan arreglarse amistosamente. Difícil parece; pero Europa no puede vivir así. O guerra o desarme. Los pueblos más ricos del continente no pueden soportar los enormes gastos militares, y en un plazo breve tienen que lanzarse a la guerra y caiga el que caiga, disminuirán considerablemente sus ejércitos. Todas las alteraciones de fronteras que hayande hacerse en el oriente de Europa, se han de verificar pronto, o por la guerra o por la diplomacia, pues de otro modo los presupuestos militares absorberán la riqueza total de aquellos imperios.

Estamos atravesando el periodo más riguroso del invierno. Toda Europa está cubierta de nieve. Las comunicaciones se han interrumpido en muchas partes, y en algunas lo estarán durante bastantes días. La situación meteorológica alejará por el momento el peligro de la guerra; pero el buen tiempo no se hará esperar y entonces, ¡qué primavera la del 88 en Europa! Dios nos tenga de su mano. Y menos mal para nosotros, que apartados de las complicaciones de las grandes potencias, no obtendremos nada en el reparto, pero tampoco han de quitarnos nada, pues no habrá ni una sola lanza española en el sangriento torneo que se prepara.

***

9 Véase I, n. 8.

El 6 de enero inaugura la Compañía Trasatlántica Española los viajes periódicos a las repúblicas del Río de la Plata, conforme al contrato celebrado por el gobierno español con la acreditada empresa que fundó el insigne naviero don Antonio López. El vapor que estrena este importantísimo servicio es el *Buenos Aires,* nuevo, de extraordinaria magnitud, belleza y comodidad. Es el mayor buque de la marina mercante española. Su desplazamiento alcanza a nueve mil quinientas diez toneladas; el registro a cinco mil doscientas y puede cargar cinco mil trescientas ochenta. Mide su eslora cuatrocientos diez pies ingleses. El sistema de sus máquinas es de cuádruple expansión, del cual sólo hay cuatro vapores en todo el mundo. Posee todos los adelantos de la arquitectura naval, cámaras frigoríficas, luz eléctrica, máquinas auxiliares movidas por fuerza hidráulica. Está construido en los talleres de Denny, en Dumbarton (Glasgow).[10]

Ya era tiempo. Por fin tenemos establecida una línea regular con las florecientes repúblicas del Plata, y en condiciones tales que el pabellón español ha de hacer un papel airoso al lado de las naciones que envían sus mejores buques mercantes a los puertos de Buenos Aires y Montevideo. El capitán del vapor *Buenos Aires* es don José Venero, uno de los más expertos marinos que prestan servicio en la Compañía Trasatlántica.

Lástima que los viajes establecidos en el contrato vigente no sean mensuales, pues con las seis expediciones por año que se marcan no puede haber un servicio que compita con los que hacen Francia e Italia, ni las relaciones comerciales pueden ser tan fecundas. Pero es de esperar que la fuerza de la realidad, así como el interés de España y de las repúblicas sudamericanas impongan en plazo breve el servicio mensual.

B. PÉREZ GALDÓS

10 *Dumbarton*: ciudad muy cercana a Glasgow, fue importante centro de construcción naval desde 1800 hasta mediados del siglo XX. Allí estaba el astillero William *Denny* and Brothers, fundado en 1840 y clausurado en 1963.

1888

97
LP, 11/2/1888

SUMARIO: Fernández y González —Su muerte —Inmensa popularidad de que gozaba como novelista —Caracteres principales de su talento —Datos biográficos —Su vida militar —Primeros ensayos literarios —Sus novelas —Maravillosa intuición de las épocas —Títulos de sus narraciones más felices —Dramas y poesías líricas —*Cid Rodrigo de Vivar* —*Aventuras imperiales* —Mérito de ambas obras —La vida privada y la vida literaria de Fernández y González —Ganancias que obtuvo como novelista —Su prodigalidad —Extrañezas de su carácter —Cansancio del escritor desde 1870 —Las novelas de gitanos y bandidos —Desvarío del sentimiento popular —Los últimos años del novelista —La pobreza y su muerte —Generosidad del Ateneo —Último homenaje al escritor —Fin de la bohemia —Magnanimidad de la reina regente —Pérdida de tres artistas notables.

Madrid, 9 de enero de 1888.

Señor Director:

El día 6 falleció en Madrid el célebre escritor don Manuel Fernández y González, de fecundísimo ingenio, autor de multitud de novelas que han sido el encanto del público en el periodo del 50 al 70, poeta y narrador de cualidades excepcionales, muy español en sus aciertos así como en sus defectos, hombre originalísimo, figura característica de su época, célebre en España y en América, donde tenía innumerables lectores.

No existe nadie en la generación presente, que no haya gustado en su juventud el placer indecible de aquellas lecturas sabrosísimas, ni que desconozca el interés calenturiento de la novela histórica en que fue maestro don Manuel Fernández y González. Reinó sin émulos en este género, como en Francia había reinado Dumas padre algunos años antes. La novela histórica a estilo Walter Scott la había hecho aquí Villoslada con gran éxito; pero la narración movida, llena de incidentes, sorpresas, extraños prodigios, y rasgos de invencible valor, con esos toques de arrogancia española que tanto agradan a nuestra raza, corresponde a Fernández y González, quien, por este concepto, tiene un puesto indisputable en las letras castellanas de este siglo.

Nació el célebre novelista en Sevilla en 1821; pero muy niño pasó a Granada con motivo de haber sido su padre preso en la Alhambra por haber ayudado al movimiento revolucionario del 23.[1] Esta fue la causa de que Fernández y González pasase los primeros años de su vida en Granada y recibiese allí su educación primera. Todos le tenían por granadino.

Desde edad temprana inicióse en él la afición a las letras, y sus primeros ensayos revelan ya la variedad de sus aptitudes. A los catorce años publicaba poesías. A los veinte,

1 Cuando los liberales se enfrentan al ejército que restaurará el absolutismo. Véase 65, n. 8.

siendo soldado, y prestando servicio en Motril, incorporado al provincial de Granada, compuso su primer drama *El bastardo y el rey*, que fue bien acogido. Los años 42 y 43 continuó sirviendo en el ejército y asistió al sitio de Sevilla.[2] Después fue incorporado a la Inspección de Milicias y de esta pasó a la Dirección General del Estado Mayor, donde permaneció hasta el 47, en que obtuvo su licencia absoluta, habiendo llegado en la milicia a la jerarquía de sargento, bastante inferior a la que había de adquirir en las letras.

Desde entonces se consagró a escribir, iniciando una serie de trabajos continuos, solo interrumpida por su muerte. No hay ejemplo de fecundidad más prodigiosa. Año tras año brotaban de su incansable pluma novelas, dramas, poesías y artículos sin fin, pues también escribía folletines de crítica en diferentes periódicos. Si se compilase todo lo que escribió, se formaría una mediana biblioteca. Desde el 50 al 65, aparecieron sus novelas más célebres. Algunas de estas tuvieron un número increíble de lectores en todas las clases sociales. Tenía el don de asimilar las épocas, y representarlas en sus narraciones animadísimas. ¿Quién no ha sentido, en aquellas febriles lecturas, los días agitados del reinado de don Pedro el Cruel, de don Juan II y de Felipe II? Podrán los hechos históricos no acomodarse a la acción desarrollada por el escritor, pero el espíritu de la época está fielmente expresado. Lo mismo pasa en las novelas de Dumas, de Herculano y del mismo Walter Scott. Fernández y González poseía una rara intuición para sentir y expresar las épocas cuyos sucesos narraba. En *Obispo casado y rey* pintó la turbulenta época de don Ramiro de Aragón, el Monje; en *Don Álvaro de Luna*, la grandeza, ruidosa caída y suplicio del célebre privado; en *Men Rodríguez de Sanabria*, una de sus mejores obras, el carácter apasionado, inquieto y ardiente de don Pedro I de Castilla, siguiendo más a la tradición que a la historia; en *Martín Gil*, el periodo histórico de Felipe II, los misterios de la vida de aquel monarca y el inmenso interés de un reinado fecundísimo en episodios dramáticos; en *Los monfíes de las Alpujarras,* la guerra civil promovida por los últimos restos de la raza arábigo-española; en *El cocinero de su majestad*, la corte de Felipe III, ya más caracterizada por las intrigas palaciegas que por sus grandezas militares.

Creo firmemente que ni aun de la pluma ardiente del propio Dumas padre, ha brotado lectura más atractiva que la que ofrecen estas novelas que he citado. *Martín Gil* es un prodigio de inventiva, de fanfarronería caballeresca, de desenfado en el concebir y en el ejecutar. No es esta obra inferior a *Los tres mosqueteros.*

Es la resurrección de los libros de caballería con el vértigo seductor de los sucesos extraordinarios, con las mil sorpresas ingeniosas y el precipitado y gracioso enredo de amores y pendencias. En *El cocinero de su majestad*, Fernández y González se encariña con la traza de los caracteres, revelando la multiplicidad de sus talentos. Meditando un poco en sus obras, habría llegado a donde pocos llegan. Pero la tarea febril de su composición a destajo no permitió que todas sus facultades brillasen por igual. Era un temperamento enemigo del reposo y de la concepción lenta y madura. Necesitaba producirse constantemente, y la abundancia de su fantasía, estimulándole a la creación incesante, perjudicaba a la misma creación como obra literaria. Lo escrito por Fernández y González debe juzgarse y

2 *Asistió* al bombardeo de Espartero a *Sevilla* por rebelarse contra su regencia (1843).

apreciarse en conjunto más que en la unidad de cada obra; es una monstruosa fecundidad, un derroche de ingenio, y un amontonamiento de cualidades que se oscurecen las unas a las otras por falta de ponderación.

Lo extraño es que descollando en Fernández y González las cualidades del narrador, sus dramas y obras poéticas valen aisladamente más que sus novelas. A estas se les debe apreciar en conjunto; en los dramas abundan sus bellezas de primer orden y su versificación sonora, llena y robusta puede colocarse entre las más felices inspiraciones de la musa castellana. El que tan incorrecto era en su prosa viva y precipitada, se expresaba en verso con tanta elegancia como pureza y sabor castizo. Su drama *Cid Rodrigo de Vivar* es hermosísimo por el relieve y vida de los caracteres; pero más aún por la energía de la versificación, que en ciertos pasajes tiene la seducción y bríos del *Romancero*. Rasgos felicísimos de poesía y verdad humana abundan en esta obra. *Aventuras imperiales* es, después del *Cid*, la más bella de sus composiciones teatrales. Recuerda mucho en su composición y en su forma a los otros maestros del teatro español del Siglo de Oro, y singularmente las de la vigorosa musa de Rojas.

Fernández y González sentía en su alma, como pocos, la tradicional energía del verso castellano, y aquella manera de decir arrogante y solemne de nuestros dramáticos. También produjo composiciones líricas muy notables, impregnadas de la propia savia española y romántica de sus dramas. En prosa, cuando se proponía escribir bien, remedaba también con feliz acierto la frase socarrona y llena de donaire de Quevedo y Cervantes. En suma, era hombre, como he dicho antes, de excepcionales cualidades, que habría producido mayor número de obras duraderas, si el desorden y el vértigo de su vida no se hubieran marcado tanto en su creación literaria. Y es que la vida del hombre y el trabajo del artista van tan íntimamente ligados, y se compenetran de tal modo, que no hay manera de que por separado se produzcan, sin afectarse mutuamente.

El carácter de Fernández y González se revela en sus novelas, accidentadas, vertiginosas, llenas de ruido y emociones turbulentas, como un gran huracán que sopla sin cesar, no dejando tiempo a la placidez de un ambiente sereno. Vivía como sus personajes, con la diferencia exterior que la diferencia de tiempos implica; todo en él era pasión, aventuras, cambios bruscos, el ansia de lo desconocido, pendencias, la pobreza alternando con la esplendidez, carencia absoluta de sosiego y de orden doméstico. Pertenecía por su manera de ser al siglo XVII más que al XIX.

Sus novelas le produjeron cantidades fabulosas relativamente, considerando el producto ordinario de las letras; pero su generosidad dispendiosa le mantuvo siempre, con rarísimos intervalos, en la pobreza. El dinero no hacía asiento en sus bolsillos, y su prodigalidad corría pareja con su fecundidad de escritor. Era de temperamento irritable, pero sin consecuencias porque su corazón era bueno y fácilmente pasaba de la ira a la afabilidad. En los círculos a que concurría, le rodeaba multitud de amigos, ávidos de su conversación cruda, esmaltada de donaires y extravagancias ingeniosas. El ceceo andaluz, que en cuarenta años de Madrid no pudo abandonar, aumentaba la gracia de sus expresiones y salidas que tan pronto sorprendían por su originalidad chispeante como por su intención implacablemente maliciosa. Hacía gala de cierto orgullo que más bien parecía una exterioridad que

un sentimiento, y aunque a veces diera motivo para ser tenido por excesivamente soberbio, todo ello quedaba reducido a una cierta arrogancia pueril. No dejaba de reconocer el mérito ajeno, aunque aparentase lo contrario; y si a veces expresaba con ardor sus juicios, no era rencoroso.

Desde el 70 poco más o menos, Fernández y González, agobiado por prematuros achaques, gravemente afectado de la vista, decayó considerablemente en su creación literaria, sino por la abundancia de ella, por su calidad. No pudiendo escribir, dictaba sus obras, y estas se resienten del cansancio de su autor. Aunque todavía guardaban sus novelas el sello de raza, y hay en ellas algo de la lozanía de los *Monfies* y del *Cocinero de su majes-tad,* se le advierte una agravación en el desorden con que están concebidas y escritas. Al propio tiempo disminuían las ganancias del escritor; el género no era tan solicitado de los editores. Fernández y González, que por la extensión de su popularidad tenía aún bastante público a su favor, se defendió algún tiempo, pero tuvo que recurrir a buscar las emocionesen un campo distinto de la galantería romántica, de la arrogancia española, y de las estu- pendas hazañas de los siglos XVI y XVII.

Para herir la imaginación del pueblo, recurrió a las proezas de los bandidos célebres, héroes de encrucijada, que por una aberración del sentimiento nacional despiertan en ciertas clases un interés malsano. Es que cuando las naciones gloriosas decaen, dejando de intervenir en la política universal, siempre queda en el fondo del sentimiento público una aspiración caballeresca que se nutre de lo primero que encuentra a mano. El valor insolente y la lucha por la ilegalidad sustituyen a las verdaderas hazañas militares, y de aquí la popularidad de que han gozado hasta no hace mucho tiempo los héroes del bandolerismo. Aún en nuestros tiempos hemos visto ejemplos de este fenómeno social.[3]

Fernández y González dedicó los últimos destellos de su inspiración a relatar proezas de bandidos y gitanos. Escribió multitud de novelas de este género. Sus ganancias, que habían sido fabulosas, llegaron a ser tan exiguas que, para poder vivir, tuvo que ser empleado, como tantos otros. En esta situación le sobrecogió la muerte. Su pobreza era desde algún tiempo aterradora. Los achaques le alejaban de los círculos a que solía concurrir. Se le veía poco, y las amenidades y crudezas de su conversación habían decaído mucho. Murió de una bronquitis, y como pocas personas pudieron enterarse de su rápida enfermedad, no tuvo asistencia esmerada sino cuando ya la amistad y la ciencia no podían hacer nada para atajar a la muerte.

He oído referir a varios periodistas que acudieron a su casa en la mañana del 6, el espectáculo tristísimo que ofrecía la pobre y desamparada mansión en que espiró el hombre cuyas obras habían sido el encanto y delicias del público español durante muchos años. Dos mujeres ancianas que había allí, una de las cuales era la esposa del difunto, declararon que en la casa no había más que seis reales, y pensaban implorar la caridad de la reina Isabel[4] para sufragar los gastos del entierro. El cadáver yacía en un catre de tijera;[5] la ha-

3 Sobre bandolerismo contemporáneo al autor puede verse 77.

4 La destronada Isabel II vivía en París pero pasaba temporadas en España.

5 *catre de tijera:* 'cama ligera con pies en aspas para poder plegarse'.

bitación era húmeda y oscura, desprovista de toda comodidad, sin alfombra ni estera, con cuatro muebles paticojos. En una mesilla había tintero y algunas cuartillas escritas. Todo revelaba gran estrechez doméstica, desorden, miseria.

Este espectáculo tristísimo impresionó vivamente a los individuos que componen la junta directiva del Ateneo Científico y Literario. La insigne sociedad a quien tanto deben las letras patrias, quiso rendir un tributo de consideración a los restos del fecundísimo escritor, y decidió en junta general hacerse cargo de su entierro y honrar de una manera decorosa y solemne la memoria del difunto. La última vez que Fernández y González leyó poesías en la cátedra del Ateneo fue, si no recuerdo mal, cuando el Congreso Literario.[6] La junta acordó embalsamar el cadáver y exponerlo al público en la cátedra grande, convertida en capilla ardiente. Es la primera vez que el Ateneo tributa estos honores, y no hay que decir que unánimemente se considera justo, oportunísimo, el homenaje tributado por la sociedad a uno de sus socios más ilustres. Numeroso gentío de todas las clases sociales ha acudido los días 7 y 8 a contemplar el rostro inanimado del inspirado poeta y narrador amenísimo. El entierro se ha verificado ayer tarde, con asistencia de toda la gente de letras que reside en Madrid. Una multitud inmensa seguía al cortejo fúnebre, y en las calles de tránsito se agolpaba la gente para verlo pasar. De seguro que no había en tan gran muchedumbre, nadie que desconociera el nombre de Fernández y González, pues pocos han habido en España tan populares. Frente a los teatros Español y de la Comedia, actores y actrices han colocado coronas sobre el féretro.

Un periódico ha dicho que Fernández y González era el último de los *bohemios*.[7] En efecto, la transformación de las costumbres ha traído estos últimos tiempos alguna novedad a la manera de ser de los literatos, escritores y periodistas. La vida aventurera y desastrada que estos llevaban en la época del Romanticismo, y en los siguientes años, no se reproduce en nuestros días sino en casos muy contados. Antes, casi casi, era señal segura de talento el vivir desordenadamente. En muchos el desorden era natural, fomentado siempre por el carácter y las circunstancias; en alguno no tenía más fundamento que la afectación y las ganas de parecer poeta. Era como un uniforme de mugre que se ponían algunos para falsificar su personalidad literaria, afiliándose a la falange a la que en rigor no pertenecían. Fernández y González era de los genuinos por dentro y por fuera. En él, la bohemia perjudicó las cualidades eminentes que poseía, y disminuyó los éxitos a que estaba destinado.

Su majestad la reina regente, cuya inagotable generosidad se manifiesta en todas las ocasiones, ha acordado conceder una pensión a la viuda de Fernández y González, y dar educación a su hijo en el colegio del Escorial.

***

La semana ha sido fatal para los artistas, porque además del que me ha dado asunto para esta carta, tengo que consignar el fallecimiento de otros tres, menos conocidos que

6 En octubre de 1887 (véase 89).

7 *El Imparcial* del 7 de enero; en artículo de Mariano de Cavia.

el afamado novelista, pero dignos también de que se consagre un recuerdo a su memoria. Son el maestro y director de orquesta don Casimiro Espino, autor de varias obras musicales, entre las cuales descuella *El despertar de las hadas,* muy aplaudida en Madrid; el maestro Blázquez, autor de varias zarzuelas representadas en teatros de segundo orden, y don Juan Martínez Espinosa catedrático de Estética en la Escuela Superior de Pintura. Los tres eran personas muy respetables.

B. PÉREZ GALDÓS

98

LP, 28/2/1888

SUMARIO: Hablaremos hoy de literatura —Don José María de Pereda —Rasgos biográficos —La Montaña —Amor de los montañeses a su país —*Escenas Montañesas* y *Tipos y Paisajes* —Belleza y verdad de estas obras —Inflexibilidad del carácter literario de Pereda —*Sotileza* —El poema del mar y de la pesca —Hermosura de esta novela —Variantes de la familia marinera —Extraordinaria vida de la obra —Homenaje de los santanderinos al autor —*Pedro Sánchez* —Tipo del protagonista —Sátira política y social —Vigor de expresión y robustez de las convicciones de este autor —*La Montálvez* —Ventajas e inconvenientes de las obras de tesis —Sátira amarguísima contra las clases altas de la sociedad —No es posible la imparcialidad en el arte —Pasión con que el autor se expresa —Defectos y bellezas de la obra —Cuadros y personajes magistralmente pintados —El final —Más sobre la personalidad de Pereda.

Madrid, 21 de enero de 1888.

Señor Director:

Hablaré hoy de literatura, materia muy grata para mí. No siempre hay asunto en que fundar una epístola literaria, pues las obras notables escasean algo más que los actos y los discursos políticos. Es preciso resignarse a que los temas literarios vengan sólo de tarde en tarde y cuando ellos quieran venir, y es preciso también aprovecharlos sin pérdida de tiempo, antes que la vulgaridad de las cosas políticas se imponga y la chismografía reclame la preferencia que, por razones propiamente humanas, tiene en la información periodística.

Hablare hoy, pues, de Pereda, el gran novelista y escritor montañés, con quien desde hace muchos años me une una amistad fraternal, que jamás han entibiado las diferencias profundas entre sus ideas políticas y las mías. Como, tratándose de los artistas afamados, la noticia biográfica no puede circunscribirse a la vida literaria, sino que es preciso extenderla a la fisonomía moral y a lo que es y representa la persona en la vida social, empezaré por decir que este querido compañero de letras es uno de esos hombres cuya amistad es orgullo de quien la posee, un hombre de cualidades excepcionales, tan inflexible en los principios que no conozco a nadie que en esto se le iguale, y al propio tiempo amenísimo en su trato, sencillo en sus costumbres, cariñoso con sus amigos, consagrado exclusivamente a su familia y al cultivo de las letras, por devoción sincera más que por lucro; hombre, en

fin, como hay pocos, y seguramente no es nuestra época la más abundante en personas de esta calidad.

Todo el mundo sabe que Pereda es montañés. En la Montaña nació y en ella vive, pasando parte del año en Santander, y otra parte en su magnífica posesión de Polanco, en medio de aquella naturaleza risueña, siempre fresca y poética. La Montaña es una parte de esa Suiza española que se extiende en la vasta cordillera cantábrica desde las Vascongadas a Galicia, región siempre verde, agreste, de cielo gris y purísimos aires que tiene por lago el mar proceloso de Cantabria, y por antemural que la separa de la adusta Castilla, los altos montes poblados de castaños y robles. Los valles de esta región son de una belleza apacible y dulce, la costa y las cumbres contienen tantos encantos que el que ha nacido en ellas lleva el recuerdo de la patria a donde quiera que va; no abandona jamás la idea de tornar a ella, y cree que vale más morirse allí que en ninguna otra región del globo. Por eso, el país cantábrico, que con la emigración ha dado tan grandes elementos de vida a la civilización de América, es quizás la única parte de España que ve regresar a sus hijos, algunos viejos y ricos, deseosos de devolver al suelo patrio la savia que le quitaron al partir.

Este risueño país, singularmente la Montaña o provincia de Santander, que es una de las regiones más bellas, lo ha descrito Pereda tan maravillosamente en sus obras, que sin duda lo conocerán tan bien como nosotros cuantos hablen nuestra lengua y conozcan la literatura española contemporánea. Las *Escenas Montañesas* y los *Tipos y Paisajes*,[1] primeras obras de Pereda en el orden cronológico, nos muestran toda la vida y la naturaleza de aquel país en dos series de cuadros de espléndidas tintas y de extraordinario realismo, perfectamente acordado con la elegancia de dicción y el sentimiento poético. No hay en la literatura española de nuestros días nada que supere ni aun que iguale, como pintura de costumbres populares, a estos cuadros montañeses, en los cuales rebosan la vida y la gracia.

El astuto aldeano montañés, con sus triquiñuelas y su furor pleitista; el marinero, con su salvaje ingenuidad; el indiano, de que hay tantos modelos en la provincia; el comerciante de la capital, todos los tipos que constituyen la sociedad santanderina, desde el encopetado hidalgo hasta los pilluelos y vagabundos de las calles, han sido vaciados en un molde inmortal, y son figuras enteramente conformes con la realidad y más hermosas que ella.

Lo mismo en estas obras que en sus novelas es Pereda un gran maestro por la vigorosa existencia que infunde a sus personajes y por la elegancia incomparable de su estilo. Otra de las cualidades que más sorprenden en él es la inflexible energía con que sostiene su carácter literario. Viene a ser esto como una aplicación más de la rigidez de principios que en todos los órdenes de la vida es la nota principal de su personalidad.

En su larga carrera literaria se ha conservado siempre extraño a las corrientes que de una y otra parte vienen a agitar el campo de las letras, por lo cual siempre ha sido y es semejante a sí mismo, inconmovible y hasta huraño. Conserva en la forma la tradición castiza y el donaire de la prosa novelesca, sin transigir con ninguna influencia extraña. Es por esto el más español de los escritores modernos, y entre su dicción pura y elegante y su manera de tratar los asuntos, poniendo en ellos la rectitud inflexible y los rasgos tradiciona-

1 *Escenas montañesas* se publicó en 1864; *Tipos y paisajes* en 1871.

les del carácter español, hay una relación directa. Sus obras están cinceladas en el bronce de la tradición literaria castellana, lo que les garantiza duradera existencia.

No tengo espacio para ocuparme de todas las obras del escritor santanderino.[2] Me fijaré, antes de decir algo de su última producción, en las dos culminantes: *Pedro Sánchez* y *Sotileza*.[3] Esta última, por sus incomparables bellezas y su primorosa composición, es el poema de la gente de mar, y abarca el conjunto de la vida de esos héroes desconocidos que luchan sin descanso con las inclemencias del más terrible de los elementos. El tipo del pescador, desde san Pedro hasta nuestros días, es inmutable y cosmopolita. La grandiosa unidad del mar da origen a la unidad del tipo. En todas partes el marinero es la rudeza y la candidez, el valor temerario y la humildad de carácter mal disimulada por la cerrazón de un ceño siempre adusto. Así como el labriego, en contacto perpetuo con la tierra divisibley la propiedad, ofrece en su carácter el compendio de todas las triquiñuelas y marrullerías, el marinero, viviendo casi siempre en la insegura superficie de las olas, flagelado sin ce-sar por las tempestades, y el ánimo hecho a las grandes amplitudes de la naturaleza que diariamente contempla, es todo corazón, lealtad y nobleza. Por lo general el marinero es profundamente religioso, lo que se explica muy bien en nuestros días, por ser el menos sociable de los seres.

Cómo ha pintado Pereda en *Sotileza*, la vida de la gente de mar, es cosa imposible de apreciar sin conocer la obra. Desde el pescador de costa hasta el curtido capitán de altura, desde el niño aprendiz que navega en los charcos hasta el viejo mareante que casi ha llegado a perder la figura humana en aquella vida de peligros, todas las variedades de la interesante familia marinera figuran en el grandioso cuadro de Pereda. De las escenas cómicas más chistosas, elévase el inspirado autor a los episodios más dramáticos y terribles, como el de la galerna y la entrada de las lanchas en el puerto, que por el sentimiento de la situación y la gallardía de la forma, es un trozo de magistral e imperecedera hechura. Y hay en toda la obra un picor salobre, un ambiente de mar tan vivo que parece que las hojas del libro se vuelven a impulso de la brisa que corre desde la primera a la última página, brisa que les da frescura, aroma de sal y alegría.

Los santanderinos consideran esta obra como la expresión más exacta e inspirada de la vida de aquel pueblo en su calidad de puerto comercial y pescadero. La han leído allí hasta los que no saben leer, y entienden y sienten sus bellezas, lo mismo las personas ilustradas que las que carecen de toda cultura. Tal es el toque, por el que podemos conocer la perfecta obra de arte. Sus paisanos regalaron a Pereda, como homenaje de admiración y agradecimiento, un magnífico cuadro que representa la entrada de las lanchas en el puerto de Santander, después de la galerna. El cuadro es obra del notabilísimo pintor de paisajes y marinas, doctor Fernando Camino, también montañés.

En *Pedro Sánchez,* Pereda toma otros rumbos. Es una novela cortesana, con toques admirables de sátira política y social. El héroe de esta obra es tipo de una verdad asombrosa,

2 Aún así es raro que Galdós no cite *El sabor de la tierruca*, obra para la que escribió un prólogo en 1882.

3 *Pedro Sánchez* se publicó en1891; *Sotileza* en 1885. Cuando Galdós escribe esta Carta, aún no se había escrito *Peñas arriba,* de 1895.

muy común en la sociedad contemporánea, de la cual es fruto. La historia de aquel joven que deja la paz de su aldea, estimulado por la ambición, se lanza a la política, a la prensa, a la sociedad y aún a las revoluciones, logrando hacerse un puesto, sin haber hecho nada de provecho, y ocupando regulares posiciones sin salir nunca de la oscuridad, es la historia de la inmensa mayoría de los españoles que en Madrid luchan por la existencia. Y para que el tipo sea más general, el autor ha puesto en él cualidades buenas, aunque no en tanto grado que le hagan elevarse sobre el vulgo al cual pertenece. Su fondo de honradez prevalece al cabo, tras tantas alternativas y desgracias. Nada más interesante que la ingenuidad con que reconoce sus errores, la sencillez y gracia con que los narra, sin omitir aquellos que le deshonran. Concluye en su aldea en tristísima soledad. El final es una de las más hermosas partes de esta obra. La sátira política es en ella menos despiadada que en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y en los *Hombres de pro.* La revolución en las calles,las escenas y altercados en los clubs, la vida periodística, son cuadros de perfecta verdady hechura que nos revelan con exactitud admirable la vida de Madrid en los años del 54al 56 a los cuales se refiere la acción de *Pedro Sánchez.*

En las dos novelas que he citado más arriba, Pereda ha representado la vida política con aquel vigor en que se aúnan sus extremadas convicciones políticas y su temperamento de artista, que no admite medias tintas ni atenuantes. Es un escritor de profundas convicciones, que sabe ponerlas en cuanto hace, con ruda franqueza y cierta crueldad. La energía de su estilo viene a ser como un reflejo de aquellas convicciones, por lo cual no se debe pedir a sus sátiras que sean menos apasionadas, porque si lo fueran serían seguramente menos bellas.

La última obra, *La Montálvez*,[4] tiene una semejanza, por la viveza de la crítica social que contiene, con las obras políticas antes citadas, que son las dos novelas principales del mismo autor, *Pedro Sánchez* y *Sotileza.* Me parece a mí que *La Montálvez* es una obra de tesis, de esas en que se quiere probar algo y se prueba, y tiene los inconvenientes y las ventajas de tales obras, el inconveniente de que no responden por completo a la realidad humana, y la ventaja de que la idea que las informa produce en manos de un experto artista escenas conmovedoras y de seguro éxito. El novelista se ha propuesto en esta obra poner de relieve los vicios que corroen las clases elevadas de la sociedad, y esta idea, que le apasiona y le domina por entero, llévale a pintar escenas y caracteres con cierto refinamiento de crueldad que se parece bastante al ardor de secta política. Pero hay que reconocer que la imparcialidad no es ni puede ser una cualidad artística.

El historiador debe ser imparcial y conservarse sereno enfrente de los sucesos y de los personajes, pero el artista no tiene obligación de sacrificar en aras de una exactitud imposible su manera peculiar de apreciar y de sentir las cosas.[5] Cada artista tiene su temperamento, que es forzoso respetar. El de Pereda es ardiente, apasionado, dispuesto siempre a las inflexibilidades de un principio moral. No transige nunca; lo que para otros no es bueno, para él es detestable, abominable sin ningún género de atenuaciones.

---

4 Publicada en 1888.

5 Importante distinción entre historiador y artista que recuerda a Cervantes, aunque trasladando el idealismo artístico renacentista a la subjetividad de origen romántico que permanecerá en el arte posterior.*

La cruel pintura que hace de la vida aristocrática no es falsa en el fondo, es verdadera. Sólo que se puede poner en duda que ciertas transgresiones de la moral sean exclusivas de la clase alta; yo creo que no lo son, y que en la clase media y en la popular se observan los mismos vicios, y a veces más descarnados y repulsivos por la falta de cultura.

Sea de esto lo que quiera, *La Montálvez,* escrita no ya con vigor, sino con verdadero fuego de anatema, nos presenta cuadros y personajes expresados como los expresaría, tratándose de una contienda política, el mayor enemigo de la secta o familia retratadas. Esta manera especial de ver las cosas es, por una parte, la causa de que algunos pasajes no nos parezcan perfectamente encajados en los moldes de la verdad; pero a esa misma manera de ser se debe la robustez y belleza de otros en que el autor, persiguiendo siempre su idea,ha sabido expresarla de una manera magistral.

Quiero decir que si Pereda se hubiera constreñido dentro de la medida de esa imparcialidad que algunos le piden, no hubiera quizás incurrido en ciertas crudezas de fondo más que de forma que parecen productos del encono; pero tampoco habría escrito muchas de las páginas admirables que esmaltan el libro. En este descuella el carácter de la protagonista, bien concebida, interesantísima, mujer desgraciada más que perversa, víctima de los malos ejemplos, de una educación deplorable, y del ambiente en que ha nacido y se ha criado. La segunda mitad de la primera parte de la novela, en que se pinta la red de maldades tendida a la protagonista y en la cual cae, la caída de esta después de una lucha al fin cruelísima con su conciencia, es lo mejor del libro y una de las más bellas cosas que Pereda ha escrito, con ser tanto y tan bueno lo que ha salido de su pluma.[6] El desenlace, subordinado a la idea capital de la obra, es dramático e interesante. No todos admitirán la lógica despiadada que le sirve de base. Pero en el temperamento de Pereda, en su inflexible convicción moral, que no se tuerce por nada del mundo, no cabía otra solución, y son de admirar los esfuerzos de ingenio, el asombroso *tour de force* que ha tenido que hacer el novelista para compaginar la estética con aquella lógica que le imponían sus rígidas creencias. Todo el libro está lleno de bellezas, y no es posible en tan breve espacio dar idea completa de él.

Mi propósito es hablar, más que de las obras de Pereda, del mismo Pereda, porque sus libros por el mundo van y son conocidos de sinnúmero de personas; pero el gran escritor montañés aquí lo tenemos, y no es fácil que le conozca y aprecie quien personalmente no ha tenido la dicha de tratarle. Yo le trato hace dieciocho años, y le veo todos los veranos, porque Pereda no viene nunca a Madrid. En estos dieciocho años, sólo le he visto aquí dos veces, y por corto tiempo.

Tiene verdadera adoración a su país, y pocas simpatías por la Villa y Corte. Los que lo hayan leído habrán visto que no disimula en sus obras esta inquina. Vive parte del año en su casa de Polanco, que es una residencia admirable. Allí escribe sus obras, y allí recibe y agasaja a los amigos que van a verle. Ofrece Pereda un ejemplo raro entre los habitantes de esta agitada república de las letras; es hombre acaudalado, que no ha sabido jamás lo que es *el arte por el pan,* situación venturosa que pocos disfrutan. La naturaleza ha sido

6 Unos días después de redactar esta Carta, Galdós escribe a Pereda "escribí y mandé ya a Buenos Aires una carta de V."; en la carta privada su opinión sobre *La Montálvez* es mucho más amplia y matizada.*

con él benigna en todos los órdenes, pues le ha rodeado de bienes, no siendo los más importantes los de la fortuna. Y aun no teniendo en cuenta su peregrino ingenio, bien podemos decir que todo se lo merece, porque si admirable es como escritor, no lo es menos como hombre.[7]

B. PÉREZ GALDÓS

99
LP, 6/3/1888

Política —Menos mal si es elevada —Recepción en Palacio —Discurso del señor Martos —Actitud de los conservadores —Incidente de la sesión del 24 —Lo que reserva el porvenir —Impaciencia de los conservadores —La tribuna de señoras —Influencia del público femenino en los oradores —Las damas apetecen sesiones dramáticas —Modificaciones del gusto oratorio —El comedimiento de la frase —Elocuencia intencionada y severa —Los republicanos y sus desavenencias —Abismos infranqueables —Buen tiempo —Fiestas aristocráticas —Elevación de las plenipotencias a embajadas —Un espectáculo gratis.

Madrid, 28 de enero de 1888.

Señor Director:

En estos días me será difícil ocuparme de nada que no sea política, pues la política se impone a todos los temas. La discusión del mensaje en el Congreso, y otros asuntos que con dicha discusión han venido a enredarse, acaloran los ánimos, y son causa de que todos, grandes y chicos, demos nuestra opinión en la contienda. Esta, por fortuna, se ha elevado desde terreno personal al de las ideas, determinando actos y declaraciones que, o mucho me engaño, o han de tener transcendencia en la política de la Regencia.

El 23, día del rey Alfonso, hubo recepción en Palacio, la primera que se verificó después de la muerte del padre del actual soberano, y con tal motivo acudieron a ofrecer sus respetos a la reina regente los cuerpos colegisladores, la plana mayor del ejército, comisiones de la Magistratura y de todos los cuerpos administrativos.

Es costumbre, en estos casos, que los presidentes de las Cámaras dirijan un breve discurso de felicitación a su majestad, al cual contesta la Corona con frases parafrásticas como prescribe la etiqueta.[1] En la ceremonia del 23, el señor Martos, presidente del Congreso, creyó oportuno dirigir a la regente, frases que contenían algo más que una fórmula de adhesión monárquica. El discurso fue eminentemente político, y marcaba la unión deseada de la democracia con el Trono, la atracción de los elementos más templados del republicanismo, y por fin la necesidad de plantear el sufragio universal.

7 En sus *Memorias*, Galdós evoca su amistad con Pereda.*

1 *Frases* que repiten, agradeciendo con otras palabras, aquello por lo que se le ha felicitado.

Los conservadores creyeron incorrecto que el presidente de la Cámara, representante a juicio de ellos, no solo de la mayoría, sino de las demás fracciones que completan el actual parlamento, expresara ante la reina todo un programa político.[2] Individuos respetables de la mayoría opinaban favorablemente al señor Martos, y el gobierno estaba de acuerdo con él puesto que, como tal gobierno, redactó la contestación de la reina. En tal estado la cuestión, los conservadores la plantearon en la sesión del día siguiente. El debate fue hermoso, terciando en él los oradores más elocuentes. El señor Martos abandonó el sillón presidencial para defender su conducta desde los escaños de los diputados, pronunciando una oración admirable, como de tan grande orador, y obteniendo un triunfo parlamentario ruidosísimo, pues la proposición de confianza que puso fin al debate obtuvo, no solo los votos de la mayoría sin disgregaciones de ninguna clase, sino los de la minoría reformista y republicano posibilista, y además la abstención benévola de los republicanos progresistas.[3]

Quedó pues aprobada por la Cámara la conducta del presidente, y prejuzgada la tendencia democrática en la política del porvenir. Los conservadores aspiraban sin duda a que la derecha de la mayoría, procedente del antiguo partido constitucional, se manifestase disidente, o por lo menos tibia en esta cuestión; pero este cálculo les salió fallido, porque pocas veces se ha visto a la mayoría más disciplinada y más fuerte, y en la proposición de confianza llevó la voz de los ministeriales el señor Gamazo, considerado como representante de las ideas más templadas dentro de la actual mayoría parlamentaria. De la intervención del ilustre diputado castellano en el debate, arrancó la solución satisfactoria del asunto para el señor Martos y el partido liberal, el cual, de esta manera solemne, ha ratificado su programa y ha consagrado la fórmula de avenencia que le dio vida, y se la ha de prolongar por mucho tiempo.

Desde la memorable sesión del 24, han quedado interrumpidas las relaciones de mutua benevolencia entre conservadores y liberales, y estos mejor dispuestos para el cumplimiento de su programa. Ante la situación actual se abren nuevos horizontes, y no será aventurado afirmar que, si no sobrevienen sucesos inesperados, el actual parlamento llegará a la quinta legislatura, novedad grande en la política española.

Lo que no puede fácilmente predecirse es qué gobiernos se sucederán en el periodo que ahora comienza, pues no hay duda de que ha de entrar gente nueva en la política activa, y que el porvenir nos reserva alguna sorpresa. ¿Se cumplirán acaso los deseos de atracción expresados por el señor Martos, entrando en los futuros gabinetes de la Regencia hombres caracterizados del republicanismo gubernamental? Nada tendría de extraño que así fuese, para que a las memorables palabras del señor Martos en la recepción del 23, correspondieran lógicamente los sucesos. De esta manera se ensanchará considerablemente la base sobre que se asienta el partido liberal, y si el jefe consigue, como hasta aquí, mantener la

2 Para los conservadores la monarquía no podía ser democrática. Solo aspiraba a ello el centro político formado por liberales y republicanos posibilistas y reformistas.

3 Es decir que a los votos de liberales (Sagasta), se sumaron los republicanos reformistas de Salmerón, y posibilistas de Castelar y se abstuvieron los progresistas de Ruiz Zorrilla.*

unión entre personas de tan distintas procedencias, la vuelta de los conservadores al poder estará cada día más lejana. Desde que en España existe el sistema representativo, los conservadores, con este o el otro nombre, han sido casi constantemente dueños del país, y los partidos liberales no han gobernado sino en periodos cortos, hallándose sin tiempo para desarrollar su programa. Los conservadores no dejan el poder sino cuando las circunstancias les obligan a ello; pero no tardan en impacientarse por recuperarlo, y cada día que pasa sin que se les devuelva lo que a su juicio les pertenece, aumenta su inquietud y desasosiego.

Acostumbrados a manejar a su antojo la máquina administrativa, no viven en calma cuando no la tienen entre las manos; sus oradores y su prensa suelen dejarse llevar de arrebatos demagógicos. Pero algún día les ha de llegar una abstinencia tan prolongada como la que sufrió en épocas remotas el antiguo partido progresista.[4] Los tiempos han cambiado mucho, y la existencia de un partido tutelar no se explica en manera alguna.

Pero sí es evidente que al mismo partido conservador le conviene estar algún tiempo más alejado del poder, no es menos cierto que su anulación, que algunos piden y desean inconsideradamente, sería una desdicha, pues sin partido conservador robusto, el heterogéneo partido liberal se quebraría en mil pedazos. La emulación y el temor de ser sustituido es lo que da firmeza y cohesión a los partidos, y no teniendo enfrente un enemigo poderoso, el partido liberal sería víctima del fraccionamiento y de las pasiones de sus propios hombres.

***

Excusado es decir que durante estas interesantes polémicas parlamentarias, la tribuna de señoras ha estado invadida por las elegantes aficionadas a las luchas de la palabra.[5] He dicho *tribuna de señoras* y este es un término impropio, porque las damas, no cabiendoya en su tribuna, se han apropiado las que no les pertenecen. ¿Y quién es el guapo que las echa? Los senadores y exdiputados, los periodistas mismos que van allí a ganarse trabajo- samente el pan, ven que les merma el terreno la invasión mujeril, y sería conveniente que esas señoras tan politiconas y tan parlamentarias les pagaran la hospitalidad, ayudándoles a hacer el extracto de la sesión.

Y está averiguado que la presencia del bello sexo en las sesiones influye bastante en el desarrollo de estas, pues a los oradores tibios se les encienden los espíritus al verse contemplados por mujeres hermosas. Otros perfeccionan sus medios oratorios para no hacer mal papel ante ellas, y algunos que jamás tuvieron propósito de hablar en aquel recinto, apoyan a primera hora su proposicioncita de carretera, aprovechando los días en que, acudiendo al cebo de una orden del día dramática, las señoras se enraciman en las tribunas, y pasan desde allí revista a las variadas calvas de los padres de la patria.

4 Aunque en al reinado de Isabel II (1833-1868) los progresistas gobernaron durante cortos periodos, probablemente con *abstinencia tan prolongada* se refiera Galdós al final de tal reinado, en que el partido decidió no participar en elecciones como fórmula de protesta: el" retraimiento" que duró cinco años.

5 Las referencias de Galdós a *la tribuna de señoras* ha sido relacionada con el capítulo 5 de *La incógnita* (1888-89).*

Algunas veces no les sale la cuenta a las señoras parlamentarias, porque se van allí desde muy temprano creyendo asistir a una sesión interesante, y se altera al orden del día, poniéndose en discusión cualquier asunto soporífero, como lo *contencioso-administrativo.* Los oradores que tercian en estos debates no agradan al público femenino, como no sea este de la familia. Lo que a las damas enloquece es la sesión tumultuosa de recriminacio- nes y personalidades, las sesiones en que hay heridas graves en el amor propio, en que corre con abundancia la sangre y muere algún orador, aunque sea para resucitar al día siguiente; las sesiones en que hay tiroteo de interrupciones, atmósfera caldeada, historias retrospectivas para averiguar quién lo ha hecho peor, y reticencias embozadas que produzcan escándalos, y el bonito juego de soltar y retirar las injurias, quedándose todos tan contentos como si no se hubieran dicho nada, o si se convirtieran en violetas y narcisos los cardos borriqueros que se han arrojado recíprocamente al rostro.

Esta clase de debates, no obstante, van siendo cada día menos interesantes, porque el Parlamento tiende a la oratoria sustanciosa y cortés. No se puede negar que el criterio estético en estas materias ha variado mucho de un tiempo a esta parte. La elocuencia florida está muy desacreditada, y también lo está la que funda sus éxitos en la violencia de la dicción. El antiguo tipo parlamentario del tribuno va pasando también a la arqueología política.

El mismo Castelar, artista de la palabra tan extraordinario que no ha existido en ningún tiempo quien le supere, ha modificado su oratoria, haciéndola más familiar, más intencionada, sin perder aquellas líneas grandiosas y aquel decir incomparable. Lo que hoy priva es la perfecta moderación de la frase. Dentro de esta condición, pueden formularse los ataques más duros y las insinuaciones más severas, siempre que no se falte a lo que ordena la buena educación. Cuando alguno se desmanda, tropieza enseguida con el reglamento, viéndose obligado a sustituir el lenguaje ofensivo por otro más conforme con la urbanidad. De modo que en la idea puede haber toda la malevolencia que se quiera, con tal que se administre bien envuelta en frases ingeniosas. En el arte de hablar así, tenemos maestros de tal valía que no serán seguramente igualados en parlamento alguno.

Cánovas del Castillo, Silvela, Gamazo, Martos, Maura y algunos más, nos asombran por la habilidad con que dicen todo lo que quieren con una forma intachable. La escuela se va haciendo poco a poco, y todos los jóvenes que salen se inspiran en aquellos modelos. El carácter de la elocuencia española se va transformando, pues, rápidamente, sin perder sus condiciones tradicionales de brillantez y elegancia.

***

Los republicanos revolucionarios están cada día más lejos de la fórmula que buscan para entenderse y concertarse. No encontrarán ya esa piedra filosofal, cuyo toque consiste en sublevarse y no sublevarse, en vivir al amparo de la legalidad o fuera de ella, según convenga. Esto no es propio de personas formales. En las reuniones mismas de los zorrillistas, se ha visto que ni aún entre ellos hay avenencia. Anoche precisamente, han tenido un vivo altercado doméstico por si la república, cuando triunfe, debe proteger o no a la religión católica. Orador hubo que se manifestó ardiente católico, poniendo a los librepensadores como ropa de

pascuas, y a su vez estos no se mordieron la lengua. Resultó al fin que el orador que quería poner de acuerdo el republicanismo revolucionario con la iglesia católica, era un honrado industrial que debía entender más de obra prima que de las relaciones entre los altos poderes.

Si no se entienden entre sí los zorrillistas, mal pueden entenderse estos con los federales, de quienes los separa un abismo en la doctrina y en la conducta. Los federales, capitaneados por Pi y Margall, son los genuinamente revolucionarios, porque esos sí que piden reforma radical y profunda, empezando por destruir la unidad nacional. Quieren una organización nueva, mientras que a los zorrillistas les iría muy bien con la actual, modificando tan solo la cabeza. Entre ambas tendencias y los posibilistas, que obedecen al señor Castelar, hay también diferencias esenciales, porque el gran orador es enemigo irreconciliable de las sediciones militares y de toda clase de revoluciones; prefiere la libertad dentro de la monarquía a una república desordenada y licenciosa, y apoya lealmente al partido liberal que hoy gobierna, porque las soluciones de este son, a su juicio, la mayor suma de garantías liberales que en estos tiempos se pueden pedir. De modo que la inteligencia es imposible, y el señor Zorrilla, en las soledades de su voluntaria emigración, turbada siempre por la pesadilla revolucionaria, meditará sin duda sobre esto, y medirá los inconvenientes de agitar un país que no responde a sus manejos. Porque esto puede hacerse como tentativa, durante un corto número de años; pero como sistema permanente, resulta absurdo y hasta ridículo. Nada se apaga más pronto que el furor revolucionario, mayormente si el tiempo se encarga de enfriarlo con una serie de fracasos.

***

Disfrutamos en enero de un tiempo primaveral. La población se agolpa en los paseos, y por todas partes. Madrid es luz, animación y alegría. Las noches son también deliciosas, y los que aman los placeres sociales, tienen sobradas ocasiones de pasar agradablemente el tiempo. Los bailes y grandes recepciones aristocráticas se suceden sin interrupción; la alta sociedad se divierte este año más que los anteriores, a pesar de que hay, según dicen, muchos lutos que retraen de la vida social a gran número de familias. Los diplomáticos menudean sus banquetes y *soirées* elegantes, descollando en estas muestras de cordialidad internacional, aquellos que han sido elevados a la categoría de embajadores, y son los de Austria, Inglaterra, Italia y Alemania. Sobre esto se ha hablado mucho últimamente en España y fuera de ella, creyendo algunos que el hecho de elevar las cuatro plenipotencias a embajadas, significa que España es, o va a ser, considerada gran potencia, y admitida en lo sucesivo a tener una participación más o menos grande en los acuerdos europeos. Esto no es cierto. La elevación del rango de nuestros representantes no implica la calidad de gran potencia, que solo puede adquirirse cuando los acontecimientos impongan a nuestro país la necesidad de hacerse oír en la defensa de sus intereses, ante las naciones poderosas. Pero nada existe hoy por dónde se pueda colegir o recelar que España abandone el apar- tamiento de las cuestiones europeas en que vive, apartamiento que le es necesario para el desarrollo de su vida interior.

***

Esta noche tendremos en el cielo un bonito espectáculo, y los que no pierden ninguna función gratuita, gozarán la de esta noche, sin más que echarse a la calle. Hay eclipse de luna visible en Madrid. La pálida diosa, el astro tan simpático a los enamorados, se oscurecerá a nuestra vista por la interposición de la tierra entre ella y el sol. Los astrónomos han anunciado el fenómeno con precisión matemática. El primer contacto con la penumbra se verificará a las ocho horas, once minutos de la noche, el medio del eclipse será a las once horas, cinco minutos. En este momento la luna, al ver que todos la miran, se ruborizará, tomando un color rojizo muy marcado. El eclipse, según opinión de los sabios, será muy notable, y permitirá estudiar la coloración del borde de la sombra, y la que presente el astro del amor al ser totalmente eclipsado por la proyección de la tierra.

Esta noche gran función en el cielo. Entrada gratis, localidades para todo el mundo. Mala jornada para los teatros.

B. PÉREZ GALDÓS

100
LP, 11/3/1888

El centenario de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz —Datos biográficos —Infancia y juventud de este insigne guerrero —La liga contra el turco y la batalla de Lepanto —Nuevos combates en el Mediterráneo —La guerra de Portugal —El combate de las Terceras —Preparativos contra Inglaterra —Planes de Santa Cruz —Su muerte —La *Invencible* y su fracaso —Síntesis sobre la figura militar de don Álvaro de Bazán —Paralelo de los grandes militares de aquel siglo y los del nuestro —Hazañas increíbles y no recompensadas de los héroes antiguos —El centenario no se celebra sino a medias —El discurso de Castelar y sus manifestaciones favorables a la monarquía democrática.

Madrid, 9 de febrero de 1888.

Señor Director:

El centenario de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que se pensaba celebrar en Madrid con espléndidas fiestas, tiene sin duda más resonancia e interés que el del marqués de Santa Cruz de Marcenado,[1] por la universal fama del héroe y su mérito eminente. Nadie preguntará quien es don Álvaro de Bazán, aquel guerrero insigne, estratégico de la mar, hombre por tantos títulos ilustre, a quien Cervantes llamó "Rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán".[2] Es el marqués de Santa Cruz una de las primeras figuras de un siglo fecundo en grandes hombres; era el primer marino de la nación, cuyas armas dominaban el mundo por tierra y por mar, espejo de la nobleza, cuya vida fue una continuada y gloriosa serie de trabajos al servicio del rey y de la patria.

1 Véase 29.

2 Son palabras del cautivo en el capítulo 39 del *Quijote*, I.

La biografía de este hombre insigne no cabe en pequeño espacio, pues se compone de hechos de armas de tal magnitud que uno solo de ellos bastaría hoy a crear una reputación. Don Álvaro de Bazán, nacido en la más alta nobleza andaluza, no conoció nunca la molicie, ni su existencia heroica se parece nada a la de los aristócratas de nuestros días. Navegó desde su tierna edad hasta el fin de sus días, siempre incansable, y en su escuela se formaron multitud de capitanes ilustres.

Nació don Álvaro en Granada el 12 de diciembre de 1526 y era el tercero de una dinastía gloriosa de Bazanes. Su padre, que se llamaba también don Álvaro, fue capitán general de la armada en tiempo de Carlos V, y su abuelo también se señaló como guerrero. A los nueve años de edad, el que había de ser capitán insigne, corría por la cubierta de la galera de su padre. Sus juegos infantiles fueron el aprendizaje de marinero. ¡Qué diferencia entre esta manera de educarse y la que caracteriza a la encanijada y raquítica juventud de nuestros días! Así se formaban aquellos hombres de hierro, incansables, enemigos de la ociosidad, y que no podían vivir sino en el estruendo de los combates.

A los diez y seis años, en esa edad en que los jóvenes más precoces de nuestros días apenas son bachilleres, y viven apartados de todo peligro por la cariñosa tutela de sus mamás, el joven don Álvaro tenía ya mando en la armada de su padre, y poco después se batía como el primero en un combate empeñadísimo, que se trabó en la costa cantábrica entre las naves francesas y las españolas. El viejo don Álvaro mandaba nuestra escuadra que venció y apresó a la francesa, después de una lucha sangrienta en que los españoles perdieron trescientos hombres y el enemigo tres mil. El 1554, mandaba ya don Álvaro el joven una división de nuestra armada, que operaba en la persecución de piratas, para proteger el comercio de las Indias y vigilar las costas berberiscas. Aquí empieza una serie de proezas épicas, entre las cuales deben citarse la conquista del Peñón de la Gomera, el ataque de Ceuta, el socorro de Malta. Por estos servicios recibió el título de marqués de Santa Cruz en 1569.

Dos años después ocurrió *la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros*,[3] la liga contra el turco y la batalla de Lepanto, que arrancó a la Media Luna el dominio del Mediterráneo. Mandaba la escuadra aliada don Juan de Austria; mas don Álvaro de Bazán fue quien organizó aquel glorioso combate y quien lo decidió consu pericia y arrojo, pues al frente de la cuarta división, acudió primero al socorro del ala izquierda, donde los venecianos se vieron gravemente comprometidos; voló después al centro para meter doscientos hombres en la capitana española, que se batía desigualmente con la turca, salvó luego a la capitana de Malta, y reforzó todos los puntos débiles. Dominando con su genio incomparable todos los incidentes de la acción, se presentaba con presteza suma en los sitios en que los mahometanos llevaban ventaja, y esta rapidez de los movimientos, su pronto y pujante auxilio donde quiera que se necesitaba, decidieron el éxito de aquella jornada en que se jugaba el destino de Europa.

Al año siguiente, un combate menos célebre que el de Lepanto pero no menos glorioso, aumentaba la fama del primer marqués de Santa Cruz. Cerca de Navarino apresó la galera

3 Así alude Cervantes a la batalla de Lepanto (1571) en el prólogo al *Quijote*, II.

de Mahomet Bey, nieto del célebre Barbarroja, y en 1573 tomó La Goleta y se apoderó de Túnez. Una serie de combates y encuentros de menos importancia siguieron a aquella memorable campaña contra los turcos, hasta que la conquista de Portugal llevó a don Álvaro a los mares de Lisboa para cooperar a la campaña terrestre del duque de Alba.

Esta guerra marítima fue breve. Bazán tomó a Setúbal y forzó la entrada de Lisboa. Pero como esto no bastara a asegurar el dominio español en los mares occidentales, Bazán tuvo que hacerse a la vela hacia las islas Terceras,[4] en persecución de la escuadra francesa que favorecía a los partidarios de la independencia portuguesa. Hallóse Santa Cruz en esta ocasión en situación muy desventajosa, pues solo tenía veinticinco naves, y el francés cuarenta, de mejores condiciones que las nuestras. No se arredró por tal contrariedad, y estuvo maniobrando cuatro días, buscando posición ventajosa, hasta que pudo lograrla de barlovento y atacó sin tener en cuenta la superioridad del enemigo.

El combate fue tremendo, y duro cinco horas, con horrorosa matanza. Dos marinos españoles de los más célebres, además del general, tomaron parte en ella, Oquendo y Villaviciosa. Este murió en el ataque de la capitana francesa. El pretendiente portugués, don Antonio, prior de Ocrato, escapó en un buque ligero; murieron el portugués Vimioso y el francés Beaumont; fue hecho prisionero Strozzi, y murió al ser presentado a don Álvaro. Los prisioneros fueron muchos; la escuadra enemiga quedó desbaratada. Al dar cuenta el marqués de Santa Cruz a Felipe II de aquella gran victoria, le decía con cierta displicencia que para otra vez dispusiese sus armadas con más y mejores navíos, pues se había visto muy comprometido con la superioridad manifiesta del enemigo, por el número de combatientes y por la calidad de las naves.

A consecuencia de esta indicación, Felipe le preparó una magnífica escuadra de noventa y ocho bajeles y diez mil hombres. Con tales elementos fue el héroe a la conquista de las islas Terceras, la que verificó no sin esfuerzo, apoderándose de todos los puntos fortificados, y dominando al fin aquel archipiélago, posición ventajosísima para las operaciones navales del mar océano. Volvió Santa Cruz a Cádiz victorioso, en septiembre del 83, siendo aclamado con entusiasmo, y el rey en premio de tan señalados servicios le dio la grandeza de España, le confirió la primera dignidad en la marina y acrecentó sus estados y riquezas.[5]

Este hombre insigne, de elevada alcurnia sabía ser señor y grande en todas las ocasiones de la vida. La galera capitana estaba adornada exteriormente con gran riqueza de esculturas y dorados. En tiempo de paz, que debía de ser, como se ha visto, muy breve, ostentaba el marqués en las cámaras de la galera todo el lujo y esplendidez que podrían reinar en el más hermoso palacio de tierra firme. En su flotante alcázar obsequiaba Santa Cruz con soberbios banquetes a los amigos que le visitaban. Poseía riquísimas vajillas de plata, muchos criados, y hasta músicos y cantores, que en las cortas temporadas de paz hacían olvidar el rugido de las tempestades y el estruendo de la artillería.

4 *la conquista de las islas Terceras*: 'la conquista de las islas Azores'.*

5 *primera dignidad en la marina:* 'grado de almirante de la Armada'.

Después de la victoria de las Terceras, Santa Cruz escribió al rey proponiéndole una guerra marítima contra Inglaterra. Aquel debió de ser el sueño del insigne guerrero, y no vacilaba en expresarlo como la cosa más natural del mundo. "Y crea Vuestra Majestad —decía—, que tengo ánimo para hacerle rey de aquel reino, y aun de otros, y de allí se podrán tener más ciertas esperanzas de allanar lo de Flandes". ¡Conquistar a Inglaterra! Hoy nos parece esto un absurdo, un delirio no menos risible que el de don Quijote al proponerse conquistar el imperio de Micomicón.[6] Pero en aquella época y con hombres de tal temple, la empresa, aunque temeraria, no tiene nada de inverosímil. La prueba de que no lo era es que Felipe ordenó a su general que hiciese el plan de la expedición, y Santa Cruz escribió unas memorias, que no han visto la luz todavía, en las cuales señala los recursos *y* fuerzas de Inglaterra y Francia, las condiciones de las costas en aquellos países, el material que se necesitaba para la expedición, y un sinnúmero de datos referentes a pertrechos, víveres, etc. Los preparativos para esta magna empresa, cuyo estudio acredita el profundo saber del gran Almirante, empezaron con gran sigilo, y estaban muy adelantados cuando Santa Cruz fue acometido de una grave enfermedad, y murió en Lisboa el 9 de febrero de 1588, a los sesenta y dos años.

Los más insignes poetas de su tiempo, Lope de Vega, Cervantes, Ercilla, Vicente Espinel y otros menos conocidos, cantaron sus hazañas y lloraron su muerte.[7] Fue también protector y amigo de las artes, y así lo atestiguaba su palacio del Viso, decorado con magnificencia y exquisito gusto.[8]

El mismo año de la muerte del marqués, organizó Felipe II la expedición contra Inglaterra. Todo el mundo conoce los formidables aprestos de aquella armada, que por ser la más grande que en el mundo se había conocido hasta entonces, recibió el nombre de *Invencible* antes de que la vencieran las tempestades. Felipe preparó con grandes dispendios su escuadra; pero no cayó en la cuenta de que, habiéndosele muerto el más atrevido y experto de sus capitanes de mar, debía mirar mucho a quien confiaba el mando de aquella fuerza, destinada a sojuzgar a los ingleses. Pudo haber escogido su general entre los hombres de arrojo y experiencia que se formaron en la escuela de don Álvaro de Bazán; pero no lo hizo así y elegido el duque de Medina Sidonia, este demostró su impericia desde que la tremenda escuadra se hizo a la vela en Lisboa.[9] La *Invencible* fue destruida por el temporal. Inglaterra, que vivió algunas semanas en el pánico más espantoso, celebró con ruidosos festejos el providencial desastre que la libró del más grande peligro que a su independencia amenazara, y Felipe pronunció aquella frase célebre[10] que demuestra la frialdad de su carácter o la entereza estoica con que encerraba sus sentimientos en el fondo del alma.

6 Reino inventado por Dorotea en el capítulo 29 del *Quijote*, I.

7 Hasta aquí, Galdós parece resumir parte del número extraordinario que la *Revista General de Marina* dedicó "A la memoria de don Álvaro de Bazán".*

8 El *palacio del Viso* está *e*n la provincia de Ciudad Real.*

9 Al parecer, el propio duque, Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, había opuesto a este nombramiento su inexperiencia, su falta de capacidad y sus mareos constantes en el mar, pero fue obligado a aceptarlo.

10 La *frase célebre*, "No he enviado mis tropas contra los elementos", no está documentada.*

Pero a todo el que examina estos sucesos se le ocurre preguntar: "Si don Álvaro de Bazán no se hubiera muerto en febrero, si hubiera vivido siquiera todo el año 1588, y Felipe, como parecía natural, le hubiera confiado el mando de la escuadra en cuya organización trabajó tanto, ¿qué habría sucedido?, ¿qué transformaciones se habrían verificado en la carta de Europa?" Los historiadores ingleses consideran la muerte del primer marqués de Santa Cruz como un hecho providencial bajo el punto de vista británico. Es evidente queel vencedor de Lepanto y de las Terceras no habría cometido las enormes faltas de náuticaque cometió el duque de Medina Sidonia, permitiendo la división y dispersión de la es- cuadra, contra el consejo de sus generales subalternos. Si llega a estar vivo Santa Cruz en mayo de 1588, ¿sería hoy Inglaterra lo que es?, ¿qué dinastía reinaría en ella?, ¿habría lle- gado tan pronto la emancipación de los estados de Flandes?, ¿imperaría el protestantismo en el norte de Europa?… Pero hay que dejar a la historia como es, y no volverla del revés como se vuelve la manga de un vestido.

Lo que más admiración causa en hombres del temple del marqués de Santa Cruz es aquella vida infatigable; aquel trabajar continuo sin cuidarse del lauro de la fama, y atendiendo solo al servicio del rey. Aquellos hombres se pasaban la vida luchando por los fueros de la patria, sin más estímulo que el de la conciencia y de la fe y el honor. Comparemos esta manera de proceder con lo que son y lo que hacen los grandes hombres del siglo XIX, principalmente en el terreno militar. Muchos llegan a los más altos puestos sin conocer la guerra más que en el nombre. Los más ilustres, aquellos cuya gloria no se escatima, solo en muy contadas ocasiones se han visto frente a enemigos formidables. Si los héroes de tiempos pasados levantaran la cabeza y vieran el bombo que se da hoy a mediocres hazañas, se reirían de nosotros. Porque ellos, que desde los nueve años hasta el fin de su vida, andaban rodando por la cubierta de aquellos galeones medio podridos y sin condiciones de seguridad, faltos de instrumentos náuticos, de comodidades, y aun de lo necesario para la existencia, se batían un día y otro con furia terrible, con dudosa esperanza de premio, en medio de mares casi desconocidos, sin puertos en que refugiarse, y lo que es peor, sin opinión pública que prontamente les alentase y aplaudiese, porque las más de aquellas proezas no eran conocidas sino mucho tiempo después, y solo por reducido número de personas.

Téngase en cuenta que la noticia de las increíbles hazañas de Cortés en Méjico tardaban a veces años en saberse en Europa. ¡Y cómo llegarían de desfiguradas! Hoy el más modesto de los generales que operan fuera de la patria, no trabajaría contento si esta no supiese día por día, gracias al telégrafo, los más insignificantes lances de la expedición. Y en cuanto ocurre algo digno de loa, la prensa se desata en encomios hiperbólicos. Juan Sebastián Elcano dio por primera vez la vuelta al mundo en un cachucho que por milagro de Dios se mantenía a flote, pasó increíbles trabajos, llegó por fin a Cádiz después de tres años de viaje, habiendo recorrido catorce mil leguas, y "nadie le dijo nada". Verdad que el emperador le llamó a Valladolid, y supo premiar su valor heroico; pero este sufragio de la opinión que tanto halaga a los hombres del día, fue desconocido para el gran navegante como para todos los héroes de su tiempo.

El marino más arrojado y temerario de nuestros tiempos no se embarcaría hoy en la mejor de las naves que usaron Colón, Elcano, Magallanes o el marqués de Santa Cruz. Si

estos caballeros hubieran cogido un moderno trasatlántico de quince nudos de marcha, un crucero de combate o un acorazado, sabe Dios lo que habrían hecho.

Hoy toda precaución nos parece poca, y tenemos un miedo al peligro que está en razón directa de los medios perfeccionados con que lo evitamos. Aquellos hombres templados y de corazón grande tenían un valor en consonancia con la falta de recursos científicos, y proporcionado a los peligros que por todas partes les rodeaban.

***

Después de escrito lo que antecede, resulta que el centenario del marqués de Santa Cruz, a causa de ciertas divergencias entre el ministro de la guerra y el marqués de Santa Cruz,[11] no se celebrará con toda ostentación como se había anunciado. Se ha renunciado a trasladar a Madrid los restos del gran marino y guerrero, lo que me parece acertado, pues descansando dichos restos en el panteón del Viso, por disposición testamentaria del mismo don Álvaro, no es respetuoso sacarlos de su sepulcro para pasearlos por las calles en procesión, aunque se procure por todos los medios que esta no resulte carnavalesca.

Las fiestas del centenario quedan reducidas a una misa de *réquiem,* a que asistirá el gobierno y a una demostración militar con fuerzas de la marina y del ejército y a un certamen de composiciones poéticas y de estudios biográficos.

***

El acontecimiento del día ha sido el discurso del señor Castelar en el Congreso el día 6, y las manifestaciones que en él hubo favorables a la monarquía democrática.[12] Amigos y enemigos, así los que aplaudieron frenéticamente al gran orador como los que le censuraron y le censuran todavía, convienen en que pocas veces ha sido Castelar más elocuente. Los republicanos que no pertenecen al posibilismo consideran al célebre orador como un aliado de la monarquía. Los monárquicos liberales aceptan con júbilo el concurso del que en un tiempo fue el gran campeón de la república. La actitud del señor Castelar es clara y decidida. Aseguró que jamás sería monárquico, que no aceptaría cargo ni beneficio de ningún rey; pero que apoyaba con toda su fuerza a la situación presente, porque cree que esta generación no puede aspirar a más. Los conservadores, viendo que el concurso del jefe de los posibilistas da al partido liberal monárquico una fuerza extraordinaria que le asegura el poder por mucho tiempo, han tratado de destruir el efecto del discurso del señor Castelar; pero esto no es posible. Los tiempos han cambiado mucho, y la política pesimista no se puede hacer sin grave daño de los aficionados a ella. Todo tiende hoy a la pacificación, y cuando un hombre de tanto prestigio en el país, de inmaculada honradez y de un mérito tan grande por todos conceptos, condena las revoluciones y presta su apoyo a lo que cree más práctico, hay que recibirle con los

11 El general Manuel Cassola y Mariano de Silva, XIII marqués de Santa Cruz.*

12 Sobre la postura de Castelar y la monarquía democrática, véase 99, n. 3.

brazos abiertos, y celebrar sus declaraciones como suceso felicísimo que ha de contribuir al bienestar de nuestro país.

Es seguro que el acto animoso del señor Castelar, acto que acusa no solo una poderosa inteligencia, sino un gran carácter, traerá consecuencias quizás más pronto de lo que se cree. La política va a entrar en una nueva fase, y la organización de los partidos sufrirá quizás modificaciones de importancia.

B. PÉREZ GALDÓS

101
LP, 30/3/1888

SUMARIO: Los problemas económicos sobre los políticos —Los proyectos del ministro de Hacienda, señor Puigcerver —Disidencias parlamentarias —El señor Puigcerver y el señor Gamazo —Castilla y los castellanos —La crisis política —La cuestión Montpensier —¿Viene o no viene el Duque? —Lo que dice en el Congreso el señor Sagasta —Diferentes versiones caprichosas sobre el caso — Hipótesis de una intriga relacionada con la política interior —Hipótesis de una reunión de familia —Llegada de los duques y de la archiduquesa Isabel —Horrores del invierno —Los teatros —La Patti —Su viaje a América —Su equipaje.

Madrid, 1 de marzo de 1888.

Señor Director:

Ya no queda duda que las cuestiones económicas se sobreponen a las políticas. En mis cartas anteriores he hablado de este fenómeno, que representa indudablemente un progreso.[1] Pero cuando lo apunté, no había tomado las proporciones que ahora tiene. Ya nadie se pelea por un más o un menos de libertad política; ahora lo que lleva a los ánimos la intranquilidad, lo que indisciplina a los partidos, lo que acalora las pasiones, es si el alcohol debe pagar o no derechos de consumo, si los aranceles están o no están ya bastante subidos, si debemos instituir o no los consumos con la capitación,[2] si es susceptible o no de rebaja la contribución, y otros problemas semejantes.

En la política de los reinados anteriores rara vez había disgustos por las cuestiones económicas. Cuando más servían de pretexto pero nunca de causa real de los movimientos parlamentarios. De algún tiempo a esta parte, todo ha variado, y a punto estuvimos hace días, de que la mayoría del Congreso se dividiera por uno de los proyectos del ministro de Hacienda, de que el gobierno fuera derrotado y de que se verificase un cambio de política.

Desde hace tiempo existen en el seno del partido liberal dos tendencias económicas, y aunque nadie sigue ya de una manera radical y absoluta las escuelas librecambista y proteccionista, y aunque todos en estas materias, se declaran oportunistas, el criterio har-

1 Véanse 90, 91, 92 y 95.

2 ´repartos de impuestos por cabeza´.

to elástico de la oportunidad divide a los hombres tanto como antes lo dividía el criterio teórico, y al fin tenemos la misma historia: unos creen llegado el *momento* de forzar los aranceles; otros opinan que ese *momento* no ha llegado todavía.

Los proyectos del señor Puigcerver para remediar la crisis agrícola no fueron recibidos con igual benevolencia. Uno de ellos el referente a la rebaja de la contribución, fue combatido abiertamente por un grupo importante de la mayoría parlamentaria, considerando que la anunciada rebaja resultaba ilusoria. Se enardecieron un tanto los ánimos y la batalla se dio en las secciones al elegir las comisiones que habían de informar los proyectos. Ganó el gobierno, que para estos casos cuenta con el eficaz mecanismo de la disciplina; pero la cuestión queda en pie para cuando los proyectos, debidamente informados, se discutan y se voten, y habrá seguramente nueva batalla, si en las comisiones no se transige, conciliando los propósitos del ministro de Hacienda con los del señor Gamazo, que ha llevado la voz de los descontentos al censurar el proyecto de contribuciones.

Conviene dar idea de las personas. El señor Puigcerver, ministro de Hacienda, es un hombre tan inteligente como modesto. Sucedió al señor Camacho, y en el año y medio que lleva en aquel departamento, ha mostrado sus aptitudes de administrador recto y entendido. A él se debe el arrendamiento de tabacos,[3] el proyecto de admisiones temporales, que todavía no es ley, y otras medidas beneficiosas. Procede de la escuela librecambista, pero las realidades de la política activa han templado bastante sus ideas, siendo hoy el que más genuinamente representa los temperamentos de avenencia entre las dos escuelas. Tiene muchas simpatías en las Cámaras por su integridad, su carácter contemporizador, su inteligencia y su modestia. Se considera su sustitución muy difícil para el caso en que, no aprobados sus proyectos, tuviera que abandonar la cartera.

Del señor Gamazo creo haber hablado en algunas de mis anteriores cartas.[4] Es un gran orador, un gran jurisconsulto y figura de primera magnitud en la mayoría del Congreso. Representa un distrito de Castilla la Vieja y ejerce notoria influencia en todas las provincias de aquel antiguo reino, afligido gravemente por la crisis agrícola. Los diputados castellanos en su mayoría lo consideran como un *leader* de los intereses de aquella región, y lleva siempre la voz de sus quejas y de sus reclamaciones. Al patrocinar la disidencia económica en el punto concreto del proyecto de contribuciones, el señor Gamazo protesta de que ningún fin político le mueve, pero aun siendo esto verdad, ni el señor Gamazo ni nadie puede asegurar que una discrepancia económica no se convierta en política, por ley natural o costumbre viciosa en los parlamentos. La política no respeta nada; es una entrometida que se presenta donde no la llaman; todo lo husmea y a todas las cosas quiere poner su sello.

En los días que siguieron a la batalla en las sesiones, se creyó inminente la crisis, o al menos se habló mucho de ella. La desean tantos que no es extraño se la nombre a cada momento. Pero bien pronto se desacreditaron los profetas que la anunciaban para dentro de un plazo breve. La crisis no tiene razón de ser, ni fundada en razones económicas por

3 Véanse 75 y 82.

4 En 50, 60, 61, 81 y 99. Gamazo continúa, en esta fecha siendo ministro de Ultramar.

haber ganado el gobierno en las luchas de las sesiones, ni fundada en motivos políticos porque la nutrida votación del mensaje hace unos días es realmente la mejor fe de vida.

La crisis vendrá más adelante, si antes de que los proyectos se pongan a discusión no se procura que los dictámenes de ellos representen una transacción juiciosa entre las ideas del ministro de Hacienda y los castellanos. El señor Gamazo, hombre de tanta rectitud como talento, se muestra favorable a la concordia, sabe apreciar como el primero las cualidades del señor Puigcerver, cuya permanencia en el ministerio desea, y transigirá hasta donde se lo permita la presión de los intereses regionales que representa y que todo lo esperan de él.

Después de la agitación motivada por los proyectos económicos, la política ha vuelto a caer en profunda calma.

***

La llegada a Madrid del duque de Montpensier, renueva las sordas hablillas de los días pasados acerca de su actitud respecto a la Regencia.[5] Sobre esto se ha dicho tanto, que es forzoso descartar la mayor parte por carecer de sentido común. También anda en estas hablillas la reina Isabel. Primero se habló de una intriga palaciega para dar el poder a los reformistas;[6] después se dio mayor alcance a las intenciones de la madre de don Alfonso XII, asociando al supuesto complot el nombre de su cuñado el duque de Montpensier.

Daba consistencia a los rumores la noticia de que el presidente del Consejo había suplicado a la reina Isabel que saliese de Madrid, y escrito al de Orleans rogándole que no viniese a España. Esta segunda parte de la noticia se confirmó plenamente al contestar el señor Sagasta en el Congreso a una pregunta que sobre tema tan delicado le hizo el señor Romero Robledo. El señor Sagasta rogó al duque que no viniera a España, si bien lo hizo de una manera amistosa y confidencial.

¿Que ha habido, pues, en ese asunto? Porque no es presumible que el presidente del Consejo diera este paso sin motivo para ello. Lo de la intriga palaciega para dar el poder a los reformistas ha parecido a todo el mundo una humorada, pues era preciso que los intrigantes estuvieran locos para figurarse que podían torcer el ánimo de la reina regente, sugiriéndole la absurda idea de despedir a un gobierno lleno de fuerza y vida, con mayoría en ambas Cámaras, para llamar a una fracción algo inquieta que apenas cuenta con una docena de individuos en el Congreso y dos o tres en el Senado. Esto no cabe encabeza humana. Verdad que daba color y aparente verosimilitud al rumor de la intriga el hecho de que los reformistas, por medio de sus periódicos y de sus oradores, se mostraban excesivamente cariñosos con la reina Isabel y con el duque, y muy incomodados con el gobierno por la repugnancia de éste a que ambos residieran en Madrid.

También es cierto que aunque la intriga hubiera existido, todo el mundo, el gobierno inclusive, la tenía por inútil, porque la persona que ejerce el poder supremo no había

5 Desde 1876, el duque de Montpensier residió entre París y Sevilla. Galdós dedicará la Carta 138 a su biografía, pero allí nada figura de tales *hablillas* o rumores.

6 *reformistas*: escindidos de los conservadores y liderados por Romero Robledo.

de hacer caso de los movimientos que en rededor suyo se produjeran. Sobre esto es tan unánime la opinión, que no hay nadie aquí que crea en la resurrección de las camarillas, tristísimo accidente del reinado de Isabel II. El gobierno era quien menos debía temer la intriga palaciega, y seguramente no la temía, si es que tal intriga pudo existir alguna vez.

Cuando los absurdos rumores del complot cortesano para llamar al poder a los reformistas fueron perdiendo terreno, empezaron a tomar cuerpo otros, según los cuales los individuos de la familia de Borbón proyectaban reunirse en Andalucía para tomar acuerdos de importancia, entre ellos firmar un acta declarando jefe de la familia a doña Isabel. A esto se añadía algo relacionado con el triunfo de la monarquía en Francia y la exaltación a aquel trono del conde de París, sobrino y yerno de Montpensier. Por más que tales pensamientos tuvieran trazas de descabellados, quizás por su misma falta de sentido les daba crédito el público. La circunstancia de hallarse los condes de París en su posesión de Villamanrique, próxima a Sevilla, y de estar en esta ciudad doña Isabel, circunstancia unida al anunciado viaje de los Montpensier, daba cierta verosimilitud al proyecto de reunión de los Borbones y Orleans para tratar asuntos graves. Se dijo también que el rey don Francisco, esposo de doña Isabel, estaba en Argel oculto, esperando el aviso de sus parientes, para acudir al conciliábulo. Esta noticia no se ha confirmado.

Ahora bien, ¿la insinuación del presidente del Consejo a doña Isabel, para que se fuera de España, y a Montpensier para que no viniera ha obedecido a estos rumores, o a noticias que tuvo de que podían tener algún fundamento? No lo sabemos, ni creemos que lo sepa nadie, porque el señor Sagasta es hombre de una discreción a toda prueba. Analizando los rumores y relacionándolos con el carácter de los personajes y sus antecedentes, se puede tener la conclusión de que si el conciliábulo era efectivamente un proyecto, tenía por objeto asuntos de familia disgregados de toda idea política, o tratar algo más directamente relacionado con Francia que con España. Se ha hablado y se habla de un marcado movimiento de hostilidad en ciertas personas de la familia de Borbón contra la actual regente doña María Cristina; pero no lo tengo por verosímil. Habría que suponer locos a los que tales ideas abrigasen, pues teniendo el juicio sano no habrían de oponerse al sentimiento gene- ral que rodea de cariño, respeto y simpatía a la ilustre viuda de don Alfonso XII. Cuanto seintentara contra los derechos de esta insigne señora, sería contraproducente, y aseguraría más y más la fuerza inmensa que le da la opinión. Ni doña Isabel, ni Montpensier, dejarán de comprenderlo así. La hipótesis de una intriga para cambiar la Regencia debe quedar descartada por absurda.

Queda la hipótesis de concertar alguna determinación relacionada con los asuntos de Francia. No se comprende, en este caso, qué papel representaba doña Isabel en la reunión, ni menos el rey don Francisco. Todo induce a creer que la reunión era puramente de familia sin trascendencia política, y que para evitar malas interpretaciones en España, y más aún en el extranjero, trato confidencialmente el señor Sagasta de evitarla.

¿Pero la habrá evitado?, preguntamos ahora. Porque doña Isabel no se ha movido de Sevilla, los condes de París continúan en Villamanrique, y los duques de Montpensier, a pesar de la amistosa insinuación del presidente del Consejo, han llegado hace dos días a Madrid. La prensa, que todo lo fisgonea, se ocupa ahora de que si los ministros bajaron

o no a la estación a recibir al duque, dando a entender que al gobierno ha molestado su pronta venida. Al día siguiente llegó la archiduquesa Isabel, madre de la regente, y a pesar de ser crudísima la noche, e intempestiva la hora (llegó en el *Sur expreso* a la una y media) la recibieron en la estación todos los ministros, a excepción del presidente que está enfermo, y las autoridades de esta capital. Los duques, según declaración propia, solo estarán tres días en Madrid, y partirán para sus posesiones de Sanlúcar.

La enfermedad que sufre el presidente del Consejo ha impedido, según parece, que se le interpele sobre este asunto de si el duque viene o no. Pero en la primera sesión en que se presente el señor Sagasta, ha de tratarse un asunto que no está claro todavía, y que quizás no se aclare tampoco en la discusión, como no quiera arrojar luz sobre él la única persona que lo conoce.

***

Hemos tenido un tiempo horroroso El invierno de 1888 formará época. En todo febrero las nieves han caído en tal abundancia que esto parece la Siberia. Todo el norte de la península, desde San Sebastián hasta cerca de Galicia, está cubierto de inmensas masas de nieve y hielo. La costa cantábrica no se comunica con el centro de España. Los trenes no circulan. Poblaciones grandes y pequeñas yacen bajo una capa de dos y tres metros de espesor. El horrible frío produce víctimas, y entre calle y calle la incomunicación es absoluta. En algunos puntos se entra en las casas por el piso principal. El correo no circula. Los trabajos hechos dificultosamente durante el día para restablecer la circulación, desaparecen durante la noche bajo una nueva remesa de nieve que descarga el implacable cielo. En Madrid mismo, donde las nevadas no son frecuentes, vemos todos los días el suelo blanco por unas cuantas horas. El frio es insoportable.

En los teatros bastante animación. Se ha despedido la Patti, después de seis funciones de éxito variable. Su admirable órgano vocal está ya bastante fatigado; pero reservándose mucho, cantando solo una o dos piezas en cada ópera, hace aún maravillas y da quince y raya a todas las cantantes. Sale para Lisboa, donde se embarcará con su esposo Nicolini para la *tournée* que piensa hacer por América. Va, según creo, a Montevideo y Buenos Aires. Con ella creo que va también Stagno, artista ya muy fatigado; pero que en ciertas óperas se hace aplaudir todavía. La Patti misma, que nunca ha tenido un repertorio muy extenso, lo reduce aún más ahora a causa del cansancio de sus maravillosas facultades. Está siempre inimitable en el *Barbero,* en la *Traviatta,* en *Crispino e la comare,* en *Lucia,*[7] reservándose para el último acto. En *Rigoletto* no gusta, pues llega al cuarteto extraordinariamente fatigada.[8] Las piezas sueltas con que arrebata al público son el aria de *Semiramis,* el vals de *Dinorah* y *Il* b*acio* de Arditi.[9]

7 En las óperas *El barbero de Sevilla* (1816) de Rossini, *La Traviatta* (1853) de Verdi, *Crispino e la comare* (1850) de Ricci y *Lucía de Lammermoor* (1835) de Donizetti.

8 Se refiere al cuarteto *Bella figlia dell'amore* del último acto de la ópera de Verdi.

9 *El aria de Semiramis* pertenece a la ópera homónima de Rossini; *Dinorah* es adaptación italiana de *Le pardon de Ploérmel*, ópera cómica de Meyerbeer; Il *bacio.* es un vals del compositor italiano Luigi Arditi, director de

Los periódicos que quieren saber hasta los menores detalles de la vida íntima, para saciar la curiosidad del público, enviaron sus *reporters* a la puerta del *Hotel de Roma,* donde se hospedaba la *diva,* para contar los baúles de su equipaje. Según la estadística formada con escrupulosidad, Adelina viaja con *sesenta y dos* bultos facturados, los cuales pesan, según datos tomados en la estación por otro *repórter*, la friolera de *dos mil* kilos.

Y termino mi carta, para que alcance el correo. Bien quisiera que fuese un poquito más larga; pero el horroroso frío con que nos ha agraciado el cielo, entumece mi mano, y no me deja continuar. Lo que esta lleva de menos, otra lo llevará de más.

B. PÉREZ GALDÓS

102
LP, 13/5/1888

SUMARIO: Revolución atmosférica —La Siberia en España —Calamidades, ruinas, desolación —Remedios empíricos —El arbitrismo económico y rural —Economías —Dificultad para obtenerlas —La exposición de Barcelona —Esperanzas de éxito —Edificios —El hotel continental, construido en cincuenta y tres días —Naciones que concurren —Ojeada a la política extranjera —Alemania —Discordias en la corte imperial —La emperatriz, Bismarck y el príncipe imperial —¿Dimite Bismarck? —Francia —Infecundidad de las Cámaras —Boulanger y los boulangeristas —El cesarismo —España —Agitaciones de un orden secundario.

Madrid, 8 de abril de 1888.

Señor Director de *La Prensa*:

Estamos ya agobiados bajo el peso de las inclemencias atmosféricas. El año ha sido de prueba; los ancianos no recuerdan otro igual. La templada península occidental de Europa se ha convertido en una segunda Siberia. La nieve cubre su suelo todo, desde Pirene a Calpe,[1] y la primavera que en estos climas suele anunciarse desde los días próximos al del santo patriarca,[2] todavía, a la fecha presente, no se sabe dónde está. Las golondrinas que engañadas por el almanaque se vinieron para acá hace algunos días, están que no sabenlo que les pasa, y aguardan dentro de sus nidos, la remisión del temporal.

La flor del almendro, que apareció en los días de marzo, precursora de la nueva generación vegetal, ha desaparecido arrancada por los vientos. Otros años por este tiempo ya estaba el Retiro poblado de lilas En este ni siquiera se ven los renuevos del arbusto que las produce. Toda la vegetación está casi como en diciembre; no hay flores, ni hojas, ni nidos, ni insectos. Las golondrinas no tienen que comer, los voraces gorriones, que esquilman prados y jardines están pasando las de Caín, y muchos perecen víctimas del frio y de

orquesta favorito de Patti.

1 *Calpe*: municipio de Alicante.

2 San José, el 19 de marzo.

la inanición. Las hortalizas tempranas no existen, las han devorado los hielos. Una lechuga es hoy plato escogido y caro que solo aparece en la mesa del rico; la fresa Dios la dé. Es en Madrid cosa corriente que los primeros pregones de esta rica fruta se oyen por San José. A la fecha nadie ha oído todavía el tal pregón.

Han pasado ocho días después de Pascua, y todavía no ha habido corrida de toros. Ni los hombres ni los bichos tienen ganas de pelear. Ayer amaneció Madrid con media cuarta de nieve. Es la primera vez, en veintitantos años, que tal fenómeno veo en Madrid, entrado el mes de abril. Por este tiempo, ya suelen estar apagadas las estufas y chimeneas. Hoy, arden como infiernos, y aun así no mitigan el horroroso frío que hace.

Y todo ello sería contrariedad llevadera, sin las calamidades que este desmedido y cruel invierno ha sembrado por todas partes. En algunas comarcas, hay pueblos qué están embozados en la nieve desde hace dos meses, sin comunicación con el resto del mundo. En Asturias, en Santander, en Navarra hay comarcas desdichadísimas en las cuales el temporal ha destruido las casas y arrasado los campos. Los ganados se quedaron en el monte, los ríos desbordados remataron la obra funesta comenzada por los hielos, los caminos se convirtieron en torrentes, y multitud de familias que al fin del año pasado tenían algo, hoy nada poseen. Principia, pues, a funcionar el mecanismo de la beneficencia pública y privada para reunir fondos con que auxiliar a tanta víctima, como en tiempos de terremotos, y los recursos que el presupuesto destina a aliviar a los pueblos en desdichas de esta naturaleza, no bastan ni para empezar. Los pueblos piden, el gobierno no da y los clamores, proferidos en las últimas aldeas, repercuten en el seno de la representación nacional.

Para colmo de desventuras, con estas inclemencias meteorológicas, coinciden multitud de agitaciones a las que damos el nombre de crisis. Tenemos crisis agrícola, crisis industrial, crisis monetaria, crisis obrera, crisis política, y la vida es una serie angustiosa de momentos críticos, que no sabemos a qué catástrofe nos llevará. Aunque en esto de las crisis hay bastante exageración, y se mezcla bastante en ello la aspiración personal o de partido, fuerza es reconocer que en lo tocante a la agricultura, no vivimos hoy en el mejor de los mundos posibles. El mal es profundo y de remedio difícil por causas que he apuntado en otras cartas.[3] Algunos lo esperan todo del gobierno, y disparan sus saetazos contra él ministro de Hacienda. Este error es común en los países donde las cuestiones económicas no se estudian con atención. ¿Quién examina aquí con detenimiento y maduro análisis los presupuestos del Estado, cuando el ministro los presenta a las Cortes? Nadie. Y sin embargo algunos los critican sin piedad y otros los elogian desmedidamente, según sean amigos o enemigos del desdichado mortal que los engendró. Hay seres tan cándidos y de tan mala fe que creen que un ministro puede, organizando sabiamente las cifras de su cuenta de gastos e ingresos, remediar todos los males que afligen al país en el orden económico. Que los frutos se eternizarán en los graneros sin encontrar salida; que el aceite alcanza precios muy bajos; que no hay transacciones; que los fletes y tarifas suben; que los compradores no quieren comprar; que los extranjeros nos inundan de mercancías y no nos llevan nada; pues todo ello va sobre las espaldas del pobre ministro.

3 En la 90, 91, 95 y 101.

Lo que en rigor se desea no es el remedio de los males, sino que el ministro aburrido y descorazonado, se largue a su casa dejando el puesto vacío. ¡Hay tantos que desean ocuparlo! Los más furiosos son los que piden economías sin ton ni son. Ha ocurrido muchas veces que estos dementes de las economías, al ocupar el puesto por que suspiraron, conquistándolo con aquella simpática bandera, en vez de disminuir los gastos, los aumentan. ¡Economías! ¡Cualquiera las hace en un país donde una población de primer orden se amotina y pone el grito en el cielo porque le quiten un regimiento de los tres que componen su guarnición, para llevarlo a otra donde no se ve un soldado ni para un remedio! Esto ha pasado ahora en La Coruña. Si a los castellanos que hace días levantaron en el *meeting* de Valladolid la bandera de las economías, les dijeran: "Bueno, vamos a empezar por suprimir la mitad de las capitanías generales, y la primera que va a caer, por ser de las más inútiles, es la de Castilla la Vieja". ¡María Santísima, la que se armaría! Hay poblaciones que creen les ha llegado su última hora cuando les quitan una oficina militar o civil, una academia en que se educan dos docenas de muchachos, o cualquier instituto de más o menos importancia. ¡Economías cuando el presupuesto de gastos es el próvido repartimiento de la savia del país en todas las partes y miembros de que este se compone! Las economías en el personal levantan, además, por pequeñas que sean, tan gran clamor, que el país sufre más oyéndolo que aguantando en silencio la consecuencia de un déficit considerable.

***

La Exposición de Barcelona, que cuando fue proyecto pasó por tantas alternativas, se realiza al fin gracias a la inquebrantable constancia de los catalanes, y será digna de la ciudad famosa, metrópoli de la industria hispana. Grande satisfacción experimentamos todos los españoles en el éxito de este solemne alarde, que consideramos caso de honra nacional. El gobierno ha prestado a la Exposición el auxilio requerido; las autoridades locales y corporaciones han hecho esfuerzos heroicos por vencer cuantos obstáculos se oponían, y los barceloneses todos, olvidando secundarias discordias acerca de la Exposición misma, se han unido para darle el mayor esplendor posible. Será, pues, brillantísima, los trabajos se llevan adelante con febril ardor, y aunque la fecha de la apertura se retrase algo, todo estará concluido en el mes de mayo. El retraso de la primavera disculpará algo el aplazamiento. La reina regente con sus tres hijos, presidirá la inauguración; irá también el presidente del Consejo, y cuanto Madrid encierra de notable en todas las esferas.

Es muy sensible que la república Argentina no concurra a este certamen del trabajo. Las principales naciones del mundo llevarán sus productos. El Japón tiene una de las instalaciones más interesantes; Austria expondrá las maravillas de su industria artística, rival temida de la francesa; Inglaterra sus máquinas potentes; los Estados Unidos sus riquezas sin fin; Italia, Alemania y Rusia no se quedarán rezagadas. Los edificios construidos para albergar tanta riqueza son varios y distintos, conforme a su aplicación. Hay un inmenso pabellón de la Industria formado de galerías dispuestas en forma radial; un palacio de Bellas Artes, que se ha construido con carácter permanente; un pabellón para instalaciones arqueológicas y científicas; un *restaurant* que es un prodigio de buen gusto y elegancia.

Se ha levantado también un hotel inmenso, que contendrá todo el confort de los edificios de esta clase. Lo más notable es que esta maravilla de la arquitectura ha sido construida en el increíble plazo de *cincuenta y tres* días. Parece que fue ayer cuando se dijo que se estaban abriendo los cimientos, y ya se ha inaugurado con un banquete a que han concurrido representantes de toda la prensa española y de parte de la extranjera. *Cincuenta y tres* días mediaron entre primera piedra y la última teja, y en poco más se remató el decorado, mueblaje, instalación de alumbrado eléctrico, calefacción y demás. En ningún país y en ninguna edad se ha visto surgir del suelo un monumento de esta magnitud en tan poco tiempo. La perseverancia, el ardor, la fe y el tesón de la raza catalana se muestran claramente en este fenómeno inaudito de actividad.

La exposición está instalada en los terrenos de la antigua ciudadela, junto al bellísimo parque de la ciudad, no lejos del puerto, y la comunicación, por medio de holgadas vías con las ramblas y el ensanche. Barcelona lucirá su lujoso caserío, su moderna urbanización y sus grandes condiciones de capital moderna en este certamen que llevará a su recinto huéspedes ilustres de todas las naciones.

***

En España no pasa nada digno de ser contado a los que tan lejos de nosotros viven. Menudencias de la vida social y política que pierden su valor fuera de aquí. Tiempo hace que el principal alimento de nuestra prensa viene del extranjero, singularmente de Alemania, donde la muerte de Guillermo I[4] ha creado una situación extraña. En lo de la salud del emperador Federico III, el telégrafo expresa cada día impresiones diferentes. Hay días en que toca la impresión optimista: el emperador está bien, no tose, duerme y come y hasta sale a paseo. Luego vienen los días en que toca lo contrario: el emperador no va bien, y los alemanes temen que su reinado será muy corto.

Sobre si es cáncer o no es cáncer, Dios sabe las informaciones absolutamente contradictorias que han circulado por el mundo. Sin duda se ha entablado un pleito de amor propio entre el médico inglés Mackenzie y los doctores alemanes. El primero se vanagloria de haber salvado la vida al emperador; los segundos no hacen augurios muy lisonjeros.

Lo peor es que con las apreciaciones facultativas viene ahora a mezclarse la política. El partido militar, habría preferido, según dicen, ver en el trono al hoy *kronprinz*. Federico III, sea por razón de su enfermedad, sea por convicción humanitaria, no quiere que se altere la paz, mientras que su heredero, joven e impetuoso, anhela ceñir su frente con los laureles de la victoria. Después sale a relucir la enemistad sorda que parece existir entre Bismarck y la emperatriz Victoria. A ésta y a su marido se atribuyen propósitos de iniciar en Prusia una política liberal, lo que nada tiene de extraño, siendo inglesa la emperatriz y teniendo un gran ascendiente sobre su marido. Ahora bien. Bismarck cree que la política liberal quebrantaría el firmísimo cimiento de autoridad, sobre el cual se ha edificado la unidad alemana. Sea de esto lo que quiera, es muy difícil que Bismarck extreme en esto

4 Falleció el 9 de marzo de 1888.

sus opiniones, como lo es también que el actual emperador, prescinda de los servicios del gran canciller, cuya poderosa inteligencia parece el fanal que alumbra el brillante cielo de la moderna Alemania. La unidad es obra suya, así como lo es la preponderancia militar del imperio, el desarrollo de su riqueza, el vuelo que va tomando su industria.

Pero, al parecer, han surgido nuevas dificultades que acentúan el antagonismo entre la emperatriz y Bismarck. Este se opone al matrimonio proyectado entre la princesa Victoria, hija del emperador, y el príncipe Alejandro de Battemberg, arrojado por una sedición del trono de Bulgaria. [5] La emperatriz desea el matrimonio, patrocinado por su madre la reina de Inglaterra; Bismarck lo rechaza viendo en ello una injerencia hábil de la política inglesa y un nuevo motivo de disentimiento con Rusia, verdadera causante de la expulsión del príncipe Alejandro. La emperatriz, que no olvida ni puede olvidar su nacionalidad británica y la sangre que corre por sus venas, aparece en pugna con el representante más genuino del espíritu alemán, el grande hombre que ha consagrado su vida al servicio de su patria y a hacer de un reino secundario el mayor y más fuerte imperio del mundo.

Es de creer que por un casamiento en el cual, según se dice, hay por ambas partes verdadera inclinación amorosa, no estalle la guerra entre la emperatriz y el canciller. Los rumores de la dimisión de éste que por Europa corren son, a mi juicio, infundados. Federico III es hombre de gran prudencia y sabrá arreglar esta discusión que bien puede llamarse de familia, pues Bismarck no debe ser considerado como un simple ministro. La importancia de sus servicios es tal, que casi forma parte de las instituciones del Imperio.

También se ha hablado bastante del brindis pronunciado por el *kronprinz* en un banquete en honor del canciller. Diferentes versiones han corrido acerca del texto de este brindis, algunos atenuando, otros acentuando la gravedad de su intención política. Cualquiera que sea la verdad, no muestra el príncipe Guillermo en aquel acto la reservada discreción que corresponde a un heredero del trono.

Por lo expuesto se ve que en todas partes hay desavenencias, rozamientos y disgustos. En el país más sólido del mundo, allí donde las instituciones descansan sobre base inconmovible, sobre el respeto unánime de la nación, sobre el principio de autoridad en su acepción más amplia, allí también corren vientos de discordia, y las altas influencias aparecen en grave inarmonía que puede llegar a ser peligrosa, sobre todo si se complica con estas guerras domésticas el pavoroso problema del rompimiento de la paz europea. Vivir para ver, dice el proverbio. Si vivimos, veremos sin duda acontecimientos extraños. Por de pronto, el enigma está en que la existencia de Federico III se prolongue o no. Su dolencia y el peligro en que está, interesan vivamente al mundo entero. No ha existido enfermo alguno en esferas tan altas que inspire tantas simpatías, ni por cuyo restablecimiento se hayan hecho votos tan unánimes y sinceros.

***

5 Véase 69, n. 8.

Si de Alemania volvemos los ojos a Francia nos encontramos con un desorden moral muchísimo más grande. Todo en Francia huele a descomposición próxima; y la política que allí se sigue no puede ser más deplorable. La impopularidad de las Cámaras, y lo que es peor, su impotencia para todo como no sea para derribar ministerios, se acentúan de día en día. La talla de los ministros baja de una manera alarmante, como ha bajado también la de los jefes del Estado. ¿Es culpa esto de las instituciones o de los hombres? Creo que de ambos a la vez. Los gobiernos duran allí dos o tres meses.

No hay ningún prestigio indiscutible dentro de la Cámara ni fuera de ella. Todo el clamor que se levantó contra Wilson, ya se ha visto que no era más que el grito de guerra para echar de la presidencia al respetable monsieur Grévy. Este se fue a su casa, y Wilson ha sido absuelto.[6] Todo sigue, como antes. Tal como están las Cámaras, ningún gobierno puede hacer nada de provecho, sabedor de que cualquier intriga le echa por tierra. Los oportunistas perdiendo fuerza cada día, los radicales ganándola y empleándola en la destrucción.

En este desbarajuste, no tiene nada de extraño que haya adquirido Boulanger la popularidad que da tanto que hablar en todo el mundo. Cierto que el tal Boulanger no es un héroe ni ha ganado batallas, ni tiene en su hoja de servicios ninguna hazaña resonante. El famoso caballo negro, las canciones de Paulos, y las aficiones *chauvinistas* del general son el único fundamento, hasta ahora, del favor del pueblo.[7] Pero todo ello demuestra que Francia, cansada de una estéril y menguada política, busca un hombre que alague sus instintos de gloria y no encontrándolo echa mano del primero que pasa. Boulanger ha sido el primero que ha inspirado a Francia la confianza en sus fuerzas para el desquite; ha hecho declaraciones resueltamente contrarias a la monarquía borbónica y orleanista, y se ha mostrado al propio tiempo enemigo del poder parlamentario.

Tiene, pues, todo lo externo, todo lo puramente formal para que el pueblo vea en él un dictador. Le faltan la historia gloriosa, los hechos heroicos; pero él y sus partidarios dirán de seguro que *para eso tiempo hay.* No creemos que si las cosas fueran de veras, tuviera calor en Francia la idea del cesarismo, salvador de la sociedad; pero si la política no toma otros rumbos, si continúa empequeñeciendo al país, realzando las medianías y tras las medianías la vulgaridad, no sería extraño que se alzase cualquier día con la jefatura del Estado, el que, a falta de grandes méritos y virtudes tuviera el atrevimiento, que en ciertos casos también es virtud.

***

Aquí andamos también bastante revueltos; pero nuestra agitación no es tan honda; es puramente superficial, y por el momento, en buen hora lo digamos, si se mueven mucho las ramas, produciendo ruido, el tronco está firme. El jefe del partido dominante y del

6 Véanse Cartas 92 y 93. El juicio contra Wilson se declaró nulo por errores de procedimiento.

7 El pueblo veía a Boulanger como una reedición de las glorias de Bonaparte, y se entusiasmaba cuando el general, aparecía en los actos oficiales montado en un caballo negro. Tras la parada militar del 14 de julio de 1886, el célebre *chansonier* Paulus compuso *En revenant de la revue* que se convertiría en himno del boulangerismo.

gobierno se resiste a hacer la crisis que con tanta necesidad le pedían algunos, o por lo menos a aplazarla. Es ya opinión corriente que el partido liberal seguirá en el poder lo que resta del año corriente y probablemente todo el próximo, si algún hecho inesperado no se interpone. Los conservadores, en honor de la verdad, no aprietan mucho, los llamados reformistas están desorganizados y es fácil que el partido se descomponga, volviendo cada cual a la familia a que pertenece, y los republicanos continúan, hoy más que nunca, lejos de la realidad. Obstáculos de un orden accidental y secundario surgen todos los días; pero la mano experta que gobierna y dirige la cuádriga de la situación, los evita con grande facilidad. Cosas que al principio de la legislatura parecían montañas son ya granos de arena. Tal ha pasado con las reformas militares, al principio combatidas acerbamente por hombres de todos los partidos, hoy en camino de ser ley por una serie de transacciones preparadas por el ministro de la Guerra. El matrimonio civil ha dejado también de imponer miedo. Los proyectos económicos del ministro de Hacienda son los que no han salido aún de las comisiones informadoras. El peligro que entrañan para la consistencia de la situación, se ha de aminorar mucho cuando se le vea de cerca. El tiempo suaviza por sí muchas asperezas, y reabre todos los ojos para ver con claridad lo más conveniente al interés general. Hasta las exaltaciones que nacen del espíritu regional ceden a la influencia del tiempo, reconociendo su error imprudente y el desconcierto que pueden ocasionar. Por esto, el actual presidente del Consejo, con su larga experiencia, sabe servirse del tiempo, como auxiliar poderoso, en ciertas ocasiones. Muchos le tachan por esto; pero la verdad es que los resultados antes abonan que condenan el sistema.

B. PÉREZ GALDÓS

103
LP, 1/7/1888

SUMARIO: De vuelta en Madrid —Una disculpa —La Exposición Universal de Barcelona —La reunión de escuadras —Demostración naval —Honores a la reina regente —Una frase del duque de Edimburgo. —Apreciaciones comparativas acerca del poder marítimo de las naciones —La escuadra italiana —El acorazado *Italia* —Cruceros italianos —La escuadra francesa y sus seis acorazados —Las diferencias de la italiana y de la inglesa —El *Alexandra* y los navíos ingleses —Los cruceros y torpederos franceses —La escuadra inglesa de instrucción y el *yatch Surprise* —La armada austríaca y sus cinco acorazados —Buques de Alemania, Rusia, Portugal, Holanda y Estados Unidos —Escuadra española *La Numancia* —Glorioso pasado de este buque —Las fragatas *Blanca* y *Gerona* —El *Destructor,* cazatorpederos de primera clase —Inseguridades acerca de los actuales sistemas de construcciones navales —Cómo cambia la opinión —Descrédito de los torpederos —Oscuridad que rodea el problema de las fuerzas marítimas —Suntuosidad y belleza de Barcelona —Su ensanche progresivo —La campiña y los suburbios —Facilidades de comunicación.

Madrid, 3 de junio de 1888.

Señor Director:

Por el largo espacio de tiempo transcurrido entre mi última carta y la presente, tengo que pedir nuevamente perdón a mis lectores. La causa del retraso es la misma del año pasado en fecha igual: acumulación de trabajos literarios indiferibles.[1] El remedio será el mismo: aumentar mensualmente el número de cartas hasta cubrir el déficit. Por dichamía, no me faltará el asunto, pues la Exposición de Barcelona y sus espléndidas fiestas dan materia para una larga correspondencia. Acabo de llegar de la capital de Cataluña, donde he pasado ocho días, apreciando rápidamente la Exposición[2] y los adelantos de aquella hermosa ciudad y puedo asegurar que aun las impresiones primeras que el forastero recibe en Barcelona no pueden ser expresadas en breve espacio; tantas y de tal fuerza son. En la temporada que se inauguró con el viaje de la reina y que terminará en noviembre, la ciudad será visitada por sinnúmero de nacionales y extranjeros. Los americanos que vengan a Europa no perderán seguramente el tiempo visitando la primera Exposición Universal que en España se celebra y admirando a la ciudad espléndida que ha de ser, dentro de poco, una de las más bellas de este continente.

***

El atractivo principal de Barcelona en la inauguración de su certamen ha sido la reunión de escuadras. Todas las naciones de Europa quisieron dar a nuestro país y a la regente pruebas desusadas de respeto y simpatía, y enviaron sus buques más poderosos. A más de esto Italia envió al duque de Génova, Inglaterra al de Edimburgo, y Francia al general Barge.[3] Las escuadras, fondeadas en el puerto desde el día 16 al 28 de mayo, componían un contingente de buques de guerra que jamás se ha visto reunido en ningún tiempo ni lugar. Era una verdadera exposición de modelos de arquitectura naval militar, desde los más sencillos a los más complicados. Las naciones del continente se mostraban allí ostentando a competencia su poder marítimo. Ochenta y ocho buques llegaron a reunirse, entre los cuales podían contarse cuarenta acorazados de los más potentes, torpederos de distintos sistemas, cruceros antiguos y modernos, y embarcaciones de todos los tipos imaginables. El espectáculo que ofrecían el puerto y rada de Barcelona con el enorme escuadrón de buques de guerra, descollando entre la muchedumbre de naves mercantes de todas las banderas, era de tal manera hermoso que los nacidos no han visto nada semejante ni volverán a ver. Y el día en que la reina regente visitó las escuadras, cuando la falúa fue saludada por los cañones de todos los buques, y por los hurras de los veinte mil marineros subidos a las vergas, los que presenciaron manifestación tan imponente y grandiosa no

1 *acumulación de trabajos literarios*: por sus cartas a Clarín sabemos que en marzo escribía "una novela nueva", *Miau*, cuyas pruebas corrige "atareadísimo" en mayo, porque tiene ya "en gestación" *La incógnita* que terminará en noviembre; además de pensar en "la adaptación de novelas al teatro".*

2 Fue a Barcelona con otros dos diputados designados por el Congreso para acompañar a Sagasta a la inauguración oficial celebrada el 20 de mayo.*

3 *duque de Génova*: Tomasso de Saboya, sobrino del primer rey de Italia, Víctor Manuel II; duque *de Edimburgo* el príncipe Alfredo, cuarto hijo de la reina Victoria de Inglaterra, quien creó el título para él en 1866; *Barge*: general del Estado Mayor francés.

aciertan a expresar la emoción que sintieron, ni a describir el estruendo y la alegría del acto. Se calcula que se dispararon en dicho día cuatro mil cañonazos en el espacio de dos horas, formando la música más sublime que es posible imaginar.

El magnífico espectáculo se repetía todos los días, bien por la visita de la reina a los príncipes extranjeros residentes en sus respectivos buques, bien por las visitas de etiqueta entre los almirantes, de modo que se ha quemado estos días en el puerto de Barcelona una cantidad de pólvora incalculable.

Merece consignarse la frase galante que el duque de Edimburgo dirigió a la reina Cristina: "Ya no hay temor a la conflagración naval europea, porque toda la pólvora que teníamos preparada para la guerra la hemos gastado en honor de vuestra majestad."

Entretanto la reunión de escuadras ha servido para que se hagan estudios comparativos de las fuerzas navales de los países europeos. Nunca han tenido los marinos mejor coyuntura para estudiar los adelantos de cada país en la construcción y armamento de sus naves de combate. La prensa nacional y extranjera ha publicado notables apreciaciones sobre este particular, y expertos y profanos han disertado ampliamente. Quién estima superiora todas las escuadras la italiana; quién la francesa, y acerca de la inglesa se han oído opi- niones muy diversas. Realmente, los poderosos buques italianos *Italia, Lepanto, Duillio* y*Dandolo* representan una fuerza colosal, y su tipo, de extraordinaria sencillez, parece la última expresión del arte de construcciones navales. Como aspecto, estas naves descon- tentan a los amantes de la estética naviera.

Sólo tienen un palo, con aparejo para señales; no parecen barcos, sino inmensas fortalezas flotantes. Como no se ha probado la eficacia de estos tipos en un combate naval, muchos abrigan dudas respecto a la agilidad de sus movimientos. Su artillería es bastante formidable, para destruir toda embarcación que se le ponga a tiro; pero hay que contar siempre con la táctica, y es dudoso que las potentes piezas del *Italia* y el *Dandolo* puedan funcionar en el momento y lugar propicios a un éxito seguro. Los partidarios de las embarcaciones ligeras sostienen que unos cuantos buques veloces, maniobrando con rapidez, y disponiendo de fuerzas ofensivas relativamente menores, darían cuenta pronto de estos colosos, cuyo andar no excede de catorce nudos. Como todo esto es hipotético y no se puede dar sentencia definitiva sobre este particular mientras una guerra marítima no ponga de manifiesto los errores y aciertos de los ingenieros navales, debemos concretarnos a admirar por hoy la constancia admirable de esa joven nación que ha sabido crear en tan poco tiempo una marina militar de primer orden, rival de la francesa y aun de la inglesa.

El *Italia* ha costado cinco millones de pesos, y está construido en Castellammare (Nápoles); sus cuatro cañones, montados en dos torres giratorias, son de Armstrong, y sin género de duda las piezas más grandes que sobre el mar existen. Asusta el mirarlas, y se creería imposible su manejo si no se viera funcionar con admirable precisión, movidas por fuerza hidráulica. El *Lepanto* no es menos formidable que su compañero, aunque un poco menor. El *Duillio* y el *Dandalo* pertenecen al mismo tipo, con piezas de poderoso calibre. También ha presentado Italia tres cruceros magníficos: el *Etna,* el *Vesubio* y el *Ranzón,* con artillería defendida por torres blindadas, y otros buques menores que acreditan las últimas perfecciones del arte naval.

Francia ha presentado seis acorazados de primer orden: el *Colbert,* el *Courbet,* el *Dévastation,* el *Amiral Duperré,* el *Redoutable* y el *Indouptable.* El *Courbet* es el más moderno, buque potente, de gruesa artillería; distínguense las naves francesas de las italianas en que tienen arboladura. No se ha demostrado aún de una manera evidente que se deba prescindir en la mar de las funciones del velamen como fuerza marinera y de táctica. El aspecto de los buques franceses es poco elegante. Obedecen todos los accidentes de su forma a razones científicas, y los ingenieros no se preocupan poco ni mucho de la belleza, diferenciándose en estos de los ingleses, que en sus construcciones navales han sabido buscar siempre algo que hable a la imaginación y al sentimiento de los marinos. Dificil- mente renunciarán los ingleses a despojar sus buques de la gallarda arboladura. Para ellosel barco no es una inmensa boya erizada de cañones; es una estructura genuinamente ma- rinera con medios y organismo adecuados a la lucha con los elementos. Comprenden que la educación táctica del guerrero navegante no se puede alcanzar sino en barcos con las condiciones y formas tradicionales; de aquí su repugnancia a alterar las formas primitivas del bajel de guerra. El *Alexandra,* navío almirante de la escuadra presentada en Barcelona,es el más bello de los buques que allí se han visto, verdadero tipo del *man of war.*[4] Sólo el*Káiser,* navío alemán, se le iguala en la armonía de los elementos militares con los propia-mente marineros. El *Thunderer* y el *Agamenón* pertenecen al mismo tipo, mientras que el *Colosus* se acerca al tipo desmantelado del *Duillio* y demás acorazados italianos. En él, Inglaterra parece transigir con la escuela de los buques que no lo parecen, y solo son un medio de hacer flotar cañones poderosísimos.

La escuadra francesa presentaba, además de los cinco buques antes citados, dos cruceros soberbios, el *Milan* y el *Condor,* dos avisos[5] y ocho torpederos de los sistemas más perfectos; en total, dieciséis buques.

La escuadra inglesa del Mediterráneo, mandada por el duque de Edimburgo, se componía de siete, y la de instrucción, que llegó algunos días después, de cuatro fragatas de hélice, de tipo anticuado, con gallarda arboladura y todo el aspecto de naves dispuestas para hacer largas travesías a la vela. Para que nada falte, y nos ofrezca esta grandiosa re- unión de buques todas las formas posibles de arquitectura naval, también tenían allí los ingleses el aviso *Yatch Surprise,* residencia de la duquesa de Edimburgo. Es un bajel encan- tador, decorado interiormente con esplendidez, como verdadero palacio para recreo de sus poderosos dueños.

***

Después de las escuadras italiana, francesa e inglesa, la más importante de las ancladas en Barcelona es la austríaca. Componíase de cinco acorazados, dos de primer orden, el *Custozza* y el *Tegethoff;* los restantes, *Don Juan de Austria, Káiser Max* y *Prinz Eugen,* de menos tonelaje y poder defensivo; todos ellos de admirable construcción, no tan modernos como los italianos ni tan antiguos como la *Numancia.* Además, presenta Austria

4 *man of war*: 'guerrero'.

5 *avisos*: 'buques pequeños y muy ligeros, para llevar documentos, órdenes y otros usos auxiliares".

dos cruceros torpederos: el *Panther* y el *Leopard,* que se consideran modelos en la clase. En suma, Austria, que apenas tiene costa, posee un respetable contingente de fuerzas na- vales, atenta a los problemas de dominación mediterránea. Turquía es la única potenciadel mediodía de Europa que no ha enviado ningún buque a las aguas de Barcelona, lo quese explica tal vez por el recelo que inspiró al gobierno del sultán esta reunión de escua- dras, y por las versiones que parte de la prensa europea divulgó respecto de este suceso.

Alemania solo ha presentado un buque, el *Kaiser,* pero tan hermoso y potente que puede sostener la comparación con los mejores modelos de otras naciones. El acorazado portugués *Vasco de Gama* es digno de mención, así como los dos cruceros acorazados rusos, *Werstruck* y *Zablaka.* Holanda está representada por la fragata de hélice, tipo antiguo, *Johan Wilhelm Friso*, y los Estados Unidos por la de igual clase *Quinebang.*

***

Pasemos ahora a la escuadra española. Esta demostración inaudita de fuerzas navales nos ha cogido en una situación transitoria, cuando apenas podemos presentar los resultados de transformación de nuestra marina de guerra, que tan grandes sacrificios está costando al país.

El acorazado *Pelayo,* que bien podía figurar junto al *Italia* y al *Dandalo,* y que debía estar entregado en la fecha presente, no ha salido aún de los talleres de la Seyne,[6] a causa de haberse prolongado los trabajos más de lo que se creía. El *Reina Regente,* crucero de primera clase, de una velocidad prodigiosa y construido con arreglo a los últimos adelantos, aunque ya está en España, no tiene terminado su armamento, por cuya razón el gobierno no ha querido presentarlo en Barcelona. Sin estos dos modelos de arquitectura novísima, la escuadra española había de resultar deficiente. Allí teníamos la *Numancia,* con la insignia de almirante. Este hermoso buque, que fue en un tiempo perfecto tipo de acorazado, si ha perdido hoy su importancia como máquina de guerra, conserva el prestigio de su pasado glorioso. Fue el primer barco de su clase que se arriesgó a una larga navegación, y el primero que dio la vuelta al mundo, como recuerda la placa con elocuente inscripción colocada en el castillo de proa. En él demostró su pericia y arrojo el almirante Méndez Núñez. Por estas circunstancias, los marinos de todas las banderas mirarán siempre con respeto a la *Numancia,* veterano glorioso, que a tantos títulos une su belleza incomparable, así de casco como de arboladura para cautivar la atención.

La *Gerona* y la *Blanca,* de historia gloriosísima por los servicios que han prestado, están también en aguas de Barcelona; completamente inútiles ya como barcos de combate, ofrecen el interés secundario de los recuerdos que evocan. Más modernos, los cruceros *Navarra* y *Castilla* poseen buen armamento, aunque sus cascos son de muy poco valor. La *Numancia* es realmente el único buque de poder que figura en Barcelona al lado de las escuadras extranjeras, y como tipo moderno, tenemos el cazatorpederos *Destructor,* máquina de excepcionales condiciones, con un andar verdaderamente increíble. El interior

6 Véase 93, n. 7.

de esta nave es una maravilla de construcción. Está dividido en veintidós compartimentos estancos; posee doce máquinas destinadas a usos diferentes, y causa asombro cómo en tan pequeño espacio se han podido instalar aparatos para funciones y servicios tan diversos. Como cruceros de tercera clase, no hacen mal papel el *Isla de Luzón* y el *Isla de Cuba,* recientemente construidos y destinados al servicio de las Antillas y Filipinas.

Tal es, ligeramente descrito, el cuadro completo de las fuerzas navales reunidas en Barcelona en la última quincena del mes de mayo, la más numerosa reunión de buques de guerra que en puerto alguno se ha visto hasta el presente, según opinión de personas peritas. Ahora falta, para poder apreciar la importancia real de estas fuerzas, la prueba decisiva y terminante de un combate. El estado de Europa es tan poco tranquilizador que no sería extraño saltase la primera chispa el mejor día, y entonces veríamos las banderas, hoy reunidas en pacífica y vistosa fiesta para tributar honores a una ilustre dama, disputarse con furor insano un pedazo de mar, y las hermosas naves emplear unas contra otras sus poderosos medios de destrucción. La previsión más inteligente, fundada en el conocimiento científico, no acierta hoy a anticipar los resultados del primer choque. Hay tantas opiniones como sistemas. Ya principian a ser miradas con desdén las funciones militares del torpedero, que hace poco estuvo de moda, y se creía que una flotilla bien organizada podía tener a raya a la escuadra más poderosa. Al entusiasmo por los torpedos ha sustituido la desilusión por esta arma, y muchos creen que la construcción de tales embarcaciones responde hoy a un efecto puramente moral. Ahora se piensa en el torpedero submarino, invisible, sin ruido, máquina que si pudiera obtenerse en la práctica, sería verdaderamente terrible; pero los adelantos de la ciencia, con ser extraordinarios, no han llegado aún al fin que se persigue. El inconveniente de esto es que el perfeccionamiento de los instrumentos que se destinan a la destrucción, trae consigo complicaciones en el manejo de ellos, y estas complicaciones los hacen ineficaces en un momento dado. Tras esto viene la reacción en pro de las naves propiamente marineras, con propulsión bastante para trasladarse en breve tiempo de un punto a otro, y artillería potente sin ser de tan exagerado calibre que exija extraordinaria magnitud del casco. De aquí que prevalezca en el momento presente la construcción de cruceros con cubierta y torres protegidas, de un andar constante de dieciocho a veinte millas, como el *Regente.* Y que se haya enfriado considerablemente el entusiasmo por los torpederos. En cuanto a los colosos como el *Italia* y el *Pelayo,* parece que no resulta su eficacia en relación con su excesivo coste. Media docena de buques de esta clase bastaría a empobrecer una nación, sin que los sacrificios se compensaran con la seguridad de obtener superioridad en momentos de prueba.

En resolución, no se sabe a qué atenerse en punto tan difícil y en el terreno puramente teórico en que hoy se encuentra la marina militar. Los hechos, que todo lo aclaran, no han dado su sanción a ninguno de los sistemas que se disputan la opinión, por lo cual lo más prudente es esperar a que los hechos hablen. La exposición de Barcelona, reuniendo en las aguas de aquel magnífico puerto los tipos de buques de guerra más perfectos que se conocen, unidos a los pasados de moda y a los que ocupan un término medio entre la marina antigua y la novísima, ha venido a enardecer las discusiones entre los partidarios de

uno y otro sistema, permitiendo estudios comparativos que hasta ahora no habían podido hacerse, pues ni en el bombardeo de Alejandría, ni en el jubileo de la reina Victoria,[7] se han visto reunidas tantas naves de diferentes banderas y tan variados modelos.

***

No cabe duda que es hoy Barcelona una de las más hermosas ciudades de Europa. La suntuosidad de su caserío, la amplitud de sus calles principales y los múltiples atractivos que encierra, sorprenden al forastero que por primera vez pisa su recinto. Y los que en épocas normales visitaron esta ciudad y la ven ahora engalanada para las fiestas de su Exposición Universal, sienten verdadero asombro al contemplar las maravillas realizadas por el municipio barcelonés en el corto espacio de tres o cuatro meses.

Barcelona era en 1854 una ciudad amurallada, de calles estrechas, oprimida en el espacio que hoy se comprende entre las Ramblas y las Rondas. El derribo de las fortificaciones en la época citada fue el primer paso para el ensanche. Un hombre de gran talento, que comprendía las necesidades de la urbanización a la moderna, trazó la nueva Barcelona, ciudad de manzanas rectangulares, de grandes calles y avenidas y la sujeción al admirable plano de Cerdá, ha creado en poco tiempo la soberbia población que hoy admiramos. Ya en 1868, primera vez que visité a Barcelona,[8] tenía el ensanche de la ciudad proporciones colosales. Catorce años habían bastado para construir todo el paseo de Gracia, aparte de la Gran Vía y muchas de las calles que cruzan aquellas dos arterias. Posteriormente, las edificaciones han ido en aumento; el derribo de la Ciudadela y de la Muralla del Mar dieron a la ciudad medios de embellecerse y desahogarse. El caserío levantado en toda la parte nueva es lujoso, de elegante traza y materiales ricos: el arbolado que adorna todas las calles, hermosísimo. Favorece la urbanización el terreno, que es perfectamente llano en todas partes, y permite que la ciudad pueda llegar a tener las proporciones colosales de Nueva York o el mismo Londres. Detenida al sur por la eminencia de Montjuich, puede extenderse hacia el norte sin tropiezo alguno hasta la ribera misma del Llobregat y aún más allá. Posee además Barcelona una campiña bien labrada y amenísima, que es el mejor esparcimiento de sus habitantes. El puerto es bastante capaz, aunque no tanto quizás como conviene a las necesidades de su creciente movimiento marítimo. Está circundada la ciudad de poblaciones industriales con municipio independiente: Gracia, Sans, Hostafancs, San Andrés de Palomar, y apenas hay solución de continuidad entre estos pueblos y la metrópoli; de modo que la anexión se impone, y sería ya un hecho si no la repugnaran los vecinos de los pueblos, fundados en razones administrativas.

El movimiento y animación de Barcelona y sus alrededores es colosal, revelando una vida mercantil no inferior a la de las ciudades más ricas de Europa y América. Todos los sistemas de locomoción conocidos facilitan la comunicación entre el centro y los extre-

7 *el bombardeo de Alejandría*: las escuadras inglesa y francesa bombardearon esta ciudad egipcia del 11 al 13 de julio de1882; *el jubileo* de *la reina Victoria* de Inglaterra se celebró el 20 de julio de 1887.

8 Esa *primera vez* Galdós venía de París con su hermano Domingo, su mujer y la madre de esta.*

mos de tan vasta agrupación de caseríos. Los tranvías americanos no bastan a satisfacer las necesidades, y hay ferrocarriles económicos con tracción de vapor entre la capital propiamente dicha y los suburbios independientes, que en realidad son barrios populosos.

Un cielo despejado y alegre aumenta los encantos de esta ciudad incomparable, una de las más bellas del Mediterráneo, de apacible clima, hospitalaria, ciudad en la cual la vida es fácil, cómoda y barata, y cuyos habitantes tienen el doble mérito de saber trabajar y de saber vivir.

Sobre este particular, y sobre las muchas y muy interesantes cosas que acerca de Barcelona y los barceloneses se pueden decir, pienso extenderme en mi próxima carta, poniendo ya punto en ésta, por no hacerla demasiado larga.

B. PÉREZ GALDÓS

104
LP, 8/7/1888

SUMARIO: Barcelona, el Gran Hotel Internacional —Breve tiempo en que fue construido —Su solidez —Gran concurrencia de viajeros —La vía pública y el entarugado —El alumbrado eléctrico— Transformación del ayuntamiento en palacio real —Antigüedades de Barcelona —La catedral —El claustro, el coro, el ábside y la fachada —La Casa de la Diputación —Monumentos más célebres del principado —Éxito de la Exposición —Su emplazamiento —Desaparición gradual de la Ciudadela —Diversos edificios en que está instalada la Exposición —El "Palacio de la Industria" y el de "Bellas Artes"— "Pabellón de Ciencias", de "Agricultura", de "las Colonias", de "Minería" —La sección marítima —El restaurant —"El Umbráculo" —Naciones que han concurrido —Conjunto de la Exposición —Recibimiento afectuoso de la reina regente en Barcelona —Unanimidad de todas las clases sociales y de todos los partidos en las demostraciones cariñosas hechas a la familia real.

Madrid, 8 de junio de 1888.

Señor Director:

La energía del carácter catalán se ha mostrado en la ocasión presente como en ninguna otra, pues los embellecimientos de la ciudad, los accesorios de la Exposición y la Exposición misma son improvisados. Descuella entre estas improvisaciones maravillosas el Gran Hotel Internacional construido en cincuenta y tres días, sin que esta rapidez increíble de la edificación perjudique lo más mínimo a la solidez. Contiene habitaciones para ochocientos viajeros con todas las comodidades de los establecimientos más perfectos en su clase. Proyectó este magnífico edificio y dirigió su construcción el arquitecto catalán don Luis Domenech, artista eminente a quien pertenece también la traza de algunos de los edificios más bellos de la Exposición. En el Gran Hotel causa asombro la acertada disposición del edificio y lo adecuado de sus dependencias todas al fin a que se destinan. Nada falta ni nada sobra en él, y hay perfecta armonía en todas sus partes y el conjunto, así como entre

su traza y la sobria y original ornamentación del patio y las fachadas. La rapidez de los trabajos obligó al arquitecto a prescindir de los cimientos. La enorme fábrica descansa sobre un entramado de raíles, y tan seguro es el fundamento que no se nota en el edificio ni una grieta, ni un desnivel ni cosa alguna que indique resentimiento de las paredes. La empresa constructora está obligada a destruir el edificio dos meses después de la clausura de la Exposición, para devolver el terreno al Estado; pero en vista del buen resultado de la fábrica y de su probada solidez, es casi seguro que toda Barcelona se opondrá a la demolición.

El aspecto que presentaba el patio del hotel en los días de la visita de las escuadras era en verdad sorprendente. Allí residían todos los diplomáticos acreditados en Madrid, y los agregados militares. La oficialidad de los distintos buques anclados en el puerto era constantemente invitada por los representantes de sus respectivos países, de modo que en breve espacio se veían reunidos todos los uniformes de Europa. No ha decaído la animación del hotel en todo el tiempo que ha durado la demostración naval, y aunque a partir del día 20, las casacas diplomáticas dejaron de decorar el vistoso patio de la inmensa fonda, no ha disminuido el número de huéspedes, pues el improvisado edificio es uno de los principales éxitos de la temporada, y se ve constantemente lleno de familias españolas y extranjeras.

Complemento del hotel y de otras novedades que Barcelona encierra es el arreglo de la vía pública para comodidad de paseantes a pie y en coche. El municipio barcelonés adoptó oportunamente el entarugado de madera[1] para las vías más transitadas de la ciudad; las obras para sustituir el antiguo macadam con el pavimento de pino creosotado[2] se llevaron con gran rapidez, trabajando en ellas noche y día, y al abrirse la Exposición, estaba terminada tan útil reforma en el paseo de Colón, Ramblas y avenidas que conducen al parque. Se proyecta establecer el entarugado en el paseo de Gracia, Gran Vía y las principales vías del ensanche.

El alumbrado eléctrico se ha difundido de tal modo en Barcelona, que no hay seguramente ciudad alguna en Europa que con mayor ni aun con igual profusión lo posea. Existe en la vía pública sustituyendo al gas y en multitud de edificios particulares. Las iluminaciones de la ciudad durante las tres noches que siguieron a la inauguración y en la de la retreta[3] y fiesta marítima fueron de una esplendidez nunca vista. El gas rivalizaba con los focos eléctricos por la muchedumbre ya que no por la intensidad de sus luces. Por lo general, en todas las fiestas de esta clase gustan los barceloneses de mostrar su riqueza y los medios de que disponen para hacer los honores de su ciudad. Es un pueblo morigerado y sobrio que cuando llega la ocasión, sabe gastar sus ahorros y deslumbrar a sus huéspedes, haciendo gala de tanta esplendidez como inteligencia.

Otra de las admirables improvisaciones que causan maravilla a los que en estos días han visitado a Barcelona, es la transformación súbita de la casa del ayuntamiento en palacio real. La reina y sus hijos estuvieron instalados allí tan cómodamente como en su

1 `pavimento de madera formado por trazos gruesos y cortos´.

2 *macadam:* 'pavimento de piedra machacada'; *creosotado*: 'barnizado con creosota, liquido cáustico para evitar que se pudran las maderas'.

3 *retreta*: militarmente. 'retirada'.

residencia de Madrid. Mucha inteligencia y mucho dinero se necesita para convertir un edificio donde no había más que oficinas en morada de reyes, con habitaciones lujosamente engalanadas amén de las dependencias y servicios necesarios al objeto.

La casa de la ciudad es un edificio híbrido, parte gótica, parte del siglo pasado. La fachada grecorromana es un pegote que ha privado al monumento en su parte exterior de todo carácter y belleza. Consérvanse interiormente en patios y galerías algunos trozos del hermoso y puro ojival de Cataluña, amén del Salón de Ciento,[4] que es uno de los recintos más grandiosos que en parte alguna existen. La elevación del techo, la severidad de sus líneas, su amplitud y la sobriedad de sus ornatos dan a esta pieza una suntuosidad apropiada a las recepciones regias. Durante la residencia de la reina ha estado destinada a comidas de gala. Este salón, como todo el edificio está alumbrado por focos eléctricos. El resto del palacio, así como su mueblaje, revela una dirección inteligente y abundancia de recursos de todas clases.

***

Haciendo un breve paréntesis en esta enumeración de las hermosuras de la Barcelona novísima, debo decir que el aficionado a los restos hermosos de la antigüedad encontrará en Barcelona mucho que admirar. De arquitectura ojival hay allí excelentes trozos y monumentos tan completos como la catedral, una de las más bellas y capaces de España, con menos fama de la que merece. Su interior es severo, misteriosa expresión de la idea religiosa con los caracteres más puros. No está exenta, como otras célebres basílicas españolas, de las superfetaciones y bárbaros remiendos de los siglos XVII y XVIII;[5] pero no son estos tan estrafalarios como en Toledo y Burgos. El claustro es una de las construcciones más bellas de su clase; pero necesita una restauración inteligente que haga lucir su admirable traza, y descubra los hermosísimos trozos que están tapados por altaruchos de pésimo gusto. El ábside de la catedral es de una elegancia y pureza que excede a toda ponderación; el coro un prodigio de las artes ornamentales del siglo XVI. Sirvió de sede al capítulo de la orden del Toisón de Oro, presidido por Carlos V,[6] y en los respaldos de la soberbia sillería están esculpidos los escudos de los caballeros de la insigne orden. El crucero y la cripta de Santa Eulalia, son también de gran hermosura. El exterior ostenta dos torres esbeltas, de poca altura, a los extremos del transepto;[7] ofrecen admirable golpe de vista el ábsidey los botareles[8] que sirven de apoyo a las altas naves; pero la fachada no es más que un desnudo murallón. Al presente empiezan los trabajos del nuevo frontispicio, y por lo pocoque va construido, no se puede apreciar aún si están aquellos en armonía con el carácter general del edificio antiguo.

4 Así llamado porque en él se reunía el *Consell del cent,* institución de autogobierno municipal de Barcelona entre los siglos XII y XVIII.

5 *superfetaciones*: 'elementos sobrepuestos, posteriores a su construcción'.

6 Véase 50, n. 21.

7 Nave transversal que cruza la nave mayor y da a la catedral forma de cruz latina.

8 Contrafuertes.

La Casa de la Diputación, principalmente la parte de ella en que está instalada la Audiencia Territorial, es un edificio interesantísimo. Conserva un patio y una escalera de ejemplar belleza. Es quizás lo mejor que tenemos en España en edificios civiles de carácter ojival. En este edificio, o en el primitivo palacio, alterado y subdividido por sucesivas reformas, tuvo asiento la antigua de los tres estamentos o brazos de Cataluña, extinguida por Felipe V, después de la sangrienta guerra de Sucesión.[9] La fachada de estilo del Renacimiento data de fines del siglo XVI.

Cerca de la catedral, escondido en sombría plazuela, hállase el edificio que fue, antes de las transformaciones que le han traído al estado presente, palacio de los condes de Barcelona. En él están instalados el Museo Arqueológico Provincial y el Archivo de la Corona de Aragón, uno de los más ricos y bien ordenados de Europa. La arquitectura religiosa tiene en la capital de Cataluña, además de la catedral, mucho que admirar, como Santa María del Mar, la iglesia del Pino y otras de menos importancia. El principado es riquísimo en monumentos interesantes de la época del siglo XII al XV, siendo de celebridad universal los monasterios de San Cugat del Valles, en la pintoresca comarca de este nombre, Poblet cerca de Tarragona, donde están sepultados varios reyes de Aragón; Santa Creus, la catedral vieja de Lérida, la de Tarragona, los monumentos de Vich y Ripoll. Monserrat es más notable por la naturaleza que por el arte; pero en aquel concepto excede a cuanto puede imaginar la fantasía. El monasterio está situado en el promedio de las altivas rocas a mil doscientos cuarenta y un metros sobre el nivel del mar, y desde allí se descubren, en día despejado, la cadena de los Pirineos y las Islas Baleares. Como estudio geológico la conglomeración llamada Monserrat, apiñado conjunto de rocas cónicas, que se alzan con formidable gallardía en medio de la planicie, es en extremo interesante. Las construcciones religiosas, más que por su solera, sorprenden por lo atrevido de su emplazamiento en eminencias más apropiadas a la existencia del águila que a la del hombre.

La virgen que en aquellas alturas se venera es para los catalanes como la del Pilar para los aragoneses. En el monasterio hay hospedería para peregrinos, que hoy no merecen este nombre, sino el de viajeros y *turistas,* pues más que el interés religioso les lleva a Monserrat la pasión artística y científica.

***

Cerremos el paréntesis y volvamos a la moderna y embellecida Barcelona, lugar de peregrinación para todos los españoles desde mayo a noviembre. El éxito de su Exposición, debido en gran parte a la actividad y energía de los catalanes, lo consideramos como un éxito nacional, y de él nos enorgullecemos sin sombra de envidia ni recelo, persuadidos de que es Barcelona la única ciudad de España capaz de ofrecer ante el mundo el espectáculo de cultura y riqueza que nacionales y extranjeros han podido admirar. Los barceloneses, que ordinariamente se muestran quejosos del Estado, (en lo que toca a la centralización

9 *los tres estamentos o brazos de Cataluña:* la diputación general, el consejo municipal o *Consell del cent* y la nobleza o brazo militar, que siguió luchando contra Felipe V, aun después de firmada la paz de Utrecht que finalizaba la guerra de Sucesión.*

administrativa sus quejas son fundadísimas), no pueden, en este caso concreto alegar ninguna especie de agravio, y reconocen haber recibido del poder central todo el auxilio que este podía darles para su gloriosa empresa. Aun mirada la Exposición bajo este solo aspecto, es un bien muy grande, porque ha de reducir a ciertas desavenencias fundadas en el apartamiento, en la ignorancia de la verdad más que en otra cosa. De la aproximación moral entre Madrid y Barcelona han de resultar grandes bienes, así para Cataluña como para España.

***

La Exposición está enclavada en el parque, cuyas deliciosas alamedas fueron plantadas en terrenos de la antigua Ciudadela. Esta no desapareció completamente cuando el Estado la cedió a la ciudad para ser convertida en jardines. Hasta hace poco subsistían los cuarteles, que fueron demolidos para emplazar el Palacio de la Industria, y aún se conservan algunos pabellones que formaban parte de aquella imponente agregación de edificios militares. La fortaleza levantada por Felipe V después de su victoria definitiva en la contienda con la casa de Austria;[10] el baluarte de guerra que sirvió para oprimir y sojuzgar a la ciudad partidaria del archiduque, y que fue erigido como amenaza a Cataluña entera, ya despojada de sus fueros e inmunidades, ha dejado el sitio a construcciones de forma y fines absolutamente contrarios al fin y forma de la arquitectura militar.[11] Lo que fue prisión de innumerables reos políticos es ahora mansión de alegrías. En los lugares donde tantos infelices fueron sacrificados a la dura ley de la disciplina o a la más odiosa de las venganzas políticas, resuenan ahora himnos de paz y las músicas de los festejos populares. Todo es algazara y contento donde antes reinaban el silencio y la soledad.

***

La Exposición consta de varios edificios, emplazados en la considerable extensión del parque, desde el arco de triunfo del paseo de San Juan hasta el ferrocarril de Francia, prolongándose sobre éste, por medio de un magnífico puente, hasta el baluarte de Don Carlos, junto al mar.[12] El Palacio de la Industria ocupa una superficie de cincuenta mil metros cuadrados. Es de forma radiada, semicircular. La gran nave central tiene ciento veinticinco metros de longitud y las laterales, en número de doce, cien metros. La decoración exterior es elegante y ostenta cuatro gallardas torres y un peristilo circular. Este edificio es provisional, y será destruido cuando termine la Exposición.

10 *la contienda con la casa de Austria*: 'la guerra de Sucesión' (véase 29, n. 1).

11 La transformación de la Ciudadela de instalación militar en 1716 a parque de la exposición en 1888, se realizó lentamente a lo largo del XIX.*

12 *baluarte de Don Carlos*: la antigua Ciudadela, de forma pentagonal, tenía cinco baluartes en sus ángulos pero ninguno con este nombre. Sí existe, hacia el mar, un "fuerte de Don Carlos" unido entonces a la Ciudadela por un puente.

La Galería de Máquinas, consta de tres anchas naves paralelas y ocupa una superficie de cinco mil setecientos sesenta metros cuadrados. El Palacio de Bellas Artes, edificio grandioso y que se ha construido como permanente, encierra un salón de fiestas de sesenta metros de longitud por treinta de ancho con altura total de treinta, recinto desahogadísimo y esbelto, donde las solemnidades muy concurridas tienen lucimiento extraordinario. Las entradas, escaleras y todos los accesorios de este vasto edificio, tienen el mismo carácter amplio y monumental. En la tribuna que rodea el gran salón, hay dos enormes órganos, que se comunican por medio de la electricidad, de modo que un solo organista puede tocarlos simultáneamente, obteniendo un perfecto unísono.

El Palacio de Ciencias ocupa una superficie de tres mil diez metros, además de las galerías para instalaciones tiene un vasto salón para conferencias científicas. El Palacio de Agricultura, consta de un pabellón central y de dos más laterales de setenta y cuatro metros de longitud. Su total superficie es de cinco mil ochocientos metros. El Pabellón de Colonias y el de Material de Transporte también son de grandes dimensiones, aunque no tanto como los dos anteriormente citados. La minería y construcciones se exponen en un edificio anexo a la Exposición en el depósito de aguas, que ofrece la particularidad de hallarse estas contenidas en vastos estanques construidos sobre bóvedas a veinte metros del suelo. Es obra atrevidísima. En las vastas crujías sobre cuyo techo gravita con inmensa pesadumbre la masa de aguas destinadas al riego del parque próximo, se ha instalado una de las secciones más interesantes de la Exposición.

La sección marítima, está en el baluarte Don Carlos, pasado el puente que une el parque con la orilla del mar, consta de varios pabellones, descollando el de la Marina de Guerra y el de la Trasatlántica, que expone modelos de sus nuevos buques. El restaurant, edificio con carácter permanente, es de los más bellos que en el parque se ven y su traza y dirección se debe al señor Domenech, autor del Gran Hotel Internacional. Afecta la forma de un castillo gótico y es de ladrillos, decorado con cerámica de variados colores conjunto elegante y originalísimo, que será uno de los principales atractivos de la Exposición. Su interior es amplio y cómodo con espacio suficiente para más de mil comensales.

El Umbráculo, edificio destinado a plantas y flores, así como la Estufa para vegetales de los trópicos, son construcciones muy hermosas, también con carácter permanente. Hay además de estos anexos, que podrían llamarse oficiales, multitud de pabellones y quioscos de más o menos importancia arquitectónica, levantados por empresas fabriles españolas y extranjeras; otros que contendrán panoramas, dioramas,[13] teatros y espectáculos diversos, resultando en toda la extensión del parque, desde la entrada por el paseo de San Juan hasta el mar, un conjunto imponente y de encantadora variedad.

En las instalaciones extranjeras del Palacio de la Industria, descuella Francia con una extensión superficial de dos mil quinientos metros y siguen, en disminución gradual, Alemania, Inglaterra. Austria, Estados Unidos, Italia, Bélgica, Rusia, Suecia, Turquía, Portugal. Américas españolas, Japón, etc. La exposición, en suma, no es inferior a las universales que en las primeras capitales de Europa se han celebrado; ofrece una totalidad más com-

13 *panoramas* (ver 87, n. 9). Galdós explica también allí en qué consisten los *dioramas*.

pleta que la de Viena, y es por muchos títulos superior a las de Ámsterdam y Amberes. En España no se ha hecho jamás nada que remotamente se parezca a este alarde de energía, riqueza y poder industrial. Causa verdadero asombro como en tan breve tiempo y sin disponer de cuantiosos recursos oficiales, han surgido del suelo tantos y tan bellos edificios, de traza admirable y construcción más sólida de lo que exige su carácter provisional.

La concurrencia de españoles y extranjeros a Barcelona ha sido y es extraordinaria. Algo disminuirá tal vez durante la estación canicular; pero desde mediados de septiembre hasta noviembre, quizás hasta fin de año, Barcelona recibirá un número incalculable de huéspedes, que podrán apreciar las bellezas y cultura de la ciudad, los progresos admi- rables de Cataluña en todos los órdenes, y los múltiples aspectos interesantísimos de la primera exposición universal que en España se celebra, y que será una de las páginas glo- riosas de la historia contemporánea.

***

Mucho ha contribuido al esplendor de las fiestas inaugurales la presencia de la reina regente en Barcelona. Las simpatías que esta augusta señora, adornada de tantos méritos y virtudes, despierta en todas partes, ha sido demostración cariñosa y entusiasta en aquel pueblo, dotado de un profundo sentidos moral, y más apto quizás que otro alguno para apreciar el inmenso valor de la viuda de Alfonso XII. No es Barcelona seguramente la población de España donde menos abundan los temperamentos políticos exaltados; no existe en Barcelona, como en Madrid, la tradición de las fiestas monárquicas que tanto contribuyen a la firmeza de la institución.

Como ciudad fabril, encierra Barcelona numerosos elementos influidos por las predicaciones socialistas. Es además la capital del principado demasiado rica, demasiado poderosa para que no resulten en ella por ley natural sociológica, firmes alardes de independencia de juicio, amén de las tendencias regionalistas, en parte contenidas dentro de pretensiones de un orden administrativo, en parte rebasando esta línea para mostrarse en terreno más amplio y peligroso. Pues a pesar de estas circunstancias desfavorables, la reina ha tenido allí un recibimiento entusiasta, muy superior a lo que marcaban el respeto y la cortesía.

Débese esto exclusivamente a las cualidades excepcionales de doña María Cristina y aunque parte del éxito refluya sobre el partido liberal, por haber organizado la expedición, no es conveniente asociar dicho éxito a ninguna idea política. Durante la estancia de la reina en Barcelona, ninguna voz ha desentonado en el concierto de alabanzas y cariñosas simpatías. Los partidos enemigos de las instituciones han tenido el buen gusto de oscurecerse durante las espléndidas fiestas de mayo; la prensa radical ha mostrado deferencias y consideraciones que en otra época habrían parecido increíbles, y muchos caracterizados republicanos que por su cargo o por circunstancias indeclinables se han visto en el caso de acercarse a la reina, lo han hecho con la cortesía respetuosa que no excluye la propia dignidad. Esta tolerancia es una señal de gran mejoramiento en nuestras costumbres.

Aun me queda algo que decir de Barcelona y del regionalismo catalán. Pero esto será objeto de mi próxima carta.

B. PÉREZ GALDÓS

105
LP, 15/7/1888

SUMARIO: Importancia fabril de Cataluña y principalmente de Barcelona —Desavenencias económicas entre Cataluña y el resto de España —Diversidad de opiniones —Descrédito del exclusivismo en materias arancelarias —Antagonismo entre los intereses catalanes y los castellanos —Deficiencia de las informaciones agrícolas e industriales —Acusaciones recíprocas —Caracteres de la raza castellana y catalana —Ventajas materiales del litoral sobre el centro —Algo de economía doméstica —Elementos sociales de Madrid y Barcelona —Diferencias —Aristocracia, clase media y pueblo —La reina en Valencia —Profusión de flores.

Madrid, 15 de junio de 1888.

Señor Director de *La prensa*:

De la importancia de Barcelona como población fabril, nada tengo que decir, pues harto conocida es en todo el mundo. En el término de la capital del principado, en los pueblos que la rodean y en otros de la provincia, como Tarrasa, Sabadell, Manresa, Badalona, Esparraguera, Vich, existen talleres, en mayor o menor escala, de todas las industrias conocidas, descollando los tejidos de algodón, los de lana y seda, las alfombras, las fundiciones y forja de metales, los muebles, los trabajos tipográficos, la cristalería y cerámica, etc. De cuantas fabricaciones enriquecen a Inglaterra, Alemania y Francia hay en Cataluña alguna muestra, pudiendo decirse que los catalanes ensayan su inteligente actividad en todas las ramas de la industria contemporánea. Sobresalen en unas más que en otras, y en algunas compiten sin género de duda con los extranjeros.

Aunque la agricultura está muy adelantada en el país, la industria es la base de su riqueza no solo en Barcelona sino en las otras tres provincias catalanas, Gerona, Tarragona y Lérida. Con la industria se han hecho en todo aquel país, y principalmente en Barcelona, enormes capitales: a la industria se debe la prosperidad, el bienestar y la cultura que admiramos allí.

De la industria provienen también las desavenencias entre Cataluña y el resto del país, por el intrincado pleito que se entabla entre las distintas escuelas económicas siempre que se pone en tela de juicio la cuestión arancelaria. Cincuenta años hace que se discute si conviene o no proteger a todo trance la producción catalana.[1] Hasta el 68 los aranceles fueron altísimos; desde aquella fecha la lucha por la rebaja de tarifas aduaneras ha sido tremenda, anunciando los catalanes su ruina en los tonos más lúgubres. Pero antes y después del 68, las fábricas catalanas han dado grandes rendimientos. A pesar del mal cariz de la crisis actual, no se ven en Barcelona síntomas de ruina, ni aun de decadencia. Alguien sostiene que el arancel actual es todavía bastante alto para amparar holgadamente la producción del principado. Otros ven en la energía inteligente de los catalanes una tan grande fuerza vital, que confían en el desarrollo aun mayor de

1 A pesar de las presiones de los industriales catalanes, las tesis proteccionistas tardaron en imponerse.*

la industria de aquel país, cualesquiera que sean las disposiciones arancelarias que en lo futuro hayan de adoptarse.

Así como un país agotado y caduco no se salva aunque traten de robustecer su anémica producción todas las restricciones aduaneras que es posible imaginar, del mismo modo, un país lleno de savia y de iniciativas, un país que a los elementos acumulados une su genial aptitud para utilizar las fuerzas de la naturaleza y que se asimila con pasmosa precocidad todas las conquistas de las ciencias experimentales, no puede perecer, ni siquiera quedarse atrás aunque se encuentre temporalmente en condiciones político-económicas poco favorables.

Sufriría pasajeros entorpecimientos y oscilaciones que los timoratos conceptuarían como señales de muerte, levantándose luego y afianzándose saludable, robusto y dispuesto para una larga vida, dentro de la vida nacional. El clamor de los catalanes ante la amenaza constante de la baja de aranceles es muy natural en un país cuya riqueza se ha ido formando amparada del sistema proteccionista. Y aun se explica que después que la industria catalana ha aprendido a andar sola, siga clamando por los andadores, por esa timidez propia de las sociedades ricas.

Puede asegurarse que hoy mismo, cuando los industriales del principado se quejan del desamparo en que los tiene al poder central, las fuerzas productoras de aquel país están bastante bien defendidas contra la producción extranjera. Nuestro arancel dista mucho de ser librecambista; es más bien el antiguo sistema atenuado, y las atenuaciones determinadas por la modificación del 68 y por los tratados de comercio coinciden con los grandes progresos de la fabricación catalana. A cualquiera se alcanza, no obstante, que estas atenuaciones del antiguo sistema deben ser lentas y tener límites que no puedan ser rebasados.

El rigor de las doctrinas económicas ha pasado de moda, y las naciones atemperan su legislación económica a las circunstancias en que se encuentran. España no ha sido la última en adoptar un criterio arancelario despejado de aquellos exclusivismos de escuela que tanto arrebataron los ánimos treinta años ha, cuando se generalizó y aún se hizo popular el estudio de la Economía Política. Todos los partidos se declaran oportunistas, y aunque no es posible fijar en cada uno los términos de esta decantada oportunidad ninguno se aventura a proponer soluciones extremas.

El problema no presentaría hoy grandes asperezas sin los efectos de la crisis general, que en Cataluña y en Castilla se dejan sentir con intensidad. La depresión del consumo afecta gravemente a estas regiones. Muchas fábricas de Barcelona están cerradas; en otras trabajan solo la mitad de los obreros. Enormes cantidades de géneros manufacturados aguardan en los almacenes de demanda, mientras en Castilla los cosecheros de trigo no logran alcanzar en la venta un precio que les remunere de los cuantiosos gastos de pro- ducción. Alegan los castellanos que si en Cataluña y en toda la costa de Levante se consu- mieran sus trigos, mejoraría la situación; pero los catalanes, gente muy práctica, no quierenoír hablar de trigos castellanos, pues los del Mar Negro llegan a Barcelona a precio más bajo que los nacionales, soportando perfectamente el sobreprecio arancelarlo.

La voz de los catalanes pidiendo protección para sus manufacturas se confunde con la de los castellanos reclamando la subida del recargo arancelario de los trigos extranjeros.

En honor de la verdad, debe decirse que los catalanes soportan o prometen soportar la elevación del precio de los trigos con tal que se eleven las tarifas de tejidos y otras manufacturas. Pero esta conformidad con la carestía general resulta del vicio propio de las informaciones económicas, de que en ellas se oye a los fabricantes, y los consumidores no pronuncian una sola palabra.

En materias económicas, no es tan fácil oír la opinión general como en las políticas, y la prensa y las informaciones públicas expresan el pensamiento de una minoría respetable, pero minoría al fin. El labrador pobre no concurre a los *meetings*, y aunque a ellos concurriera no sabría expresarse como el holgazán ilustrado que ha hecho un curso de Economía Política, ni como el fabricante que puede argumentar con datos estadísticos hábilmente presentados. Es, pues, la opinión en materias económicas, muy artificial y restringida, y hay que andar con mucho tiento antes que aceptarla resueltamente.

Los catalanes acusan a los castellanos de indolentes, poco afectos al trabajo, sin iniciativa ni sentido práctico de la vida. Los castellanos, en cambio, acusan a los catalanes de egoístas, que todo lo quieren para sí, muy poco españoles cuando se trata de enaltecer a su región, y extremadamente afectos a la unidad cuando se trata de imponernos a todos, así peninsulares como ultramarinos, sus manufacturas, por medio del arancel. Estas opiniones son igualmente injustas, expresadas así en crudo, como se oyen en algunas conversaciones familiares; pero despojadas de todo sentido de animadversión, llevan en sí algo de justicia. Se fundan en las condiciones de raza y de suelo, y es forzoso respetarlas, quitándoles la aspereza que en ellas ponen a veces los caracteres petulantes. Que el catalán tiene para el trabajo industrial, como hoy se practica en Europa, más aptitud de inteligencia y de manos que el castellano, es cosa que nadie puede poner en duda.

Pero esta ineptitud es más bien ocasionada por una deficiencia educativa que porque falten en las razas las condiciones esenciales para el trabajo de cualquier clase que sea. Dicha ineptitud industrial se expresaría con más propiedad llamándola *falta de hábito para el trabajo*, y su causa habría que buscarla en circunstancias históricas y geográficas. La raza que alcanzó la hegemonía de la península realizando la unidad, después de haber hecho prevalecer su lengua y sus costumbres, vino a encontrarse en condiciones desfa- vorables para la lucha por la existencia por causa de la despoblación que ocasionaron las guerras y los descubrimientos; por hallarse asentada en las mesetas centrales de la penín- sula (desventaja que agravó Felipe II poniendo su capital en lo más árido del reino), por el decaimiento de la agricultura en dicha región y las dificultades de comunicaciones entre el centro, el litoral y las fronteras.

Cuando España, después de un periodo de larga atonía y paralización científica, em- pezó a asimilarse los progresos de Europa y la transformación del trabajo, el litoral y la frontera pirenaica fueron las primeras regiones que aprendieron la nueva manera de viviry trabajar. Las Castillas se habían quedado estacionarias; el empobrecimiento del suelo, la despoblación y la incomunicación retardaron sus progresos.

El despertar ha sido y es de una lentitud desesperante. Pereció toda la gran industria que en un tiempo fue gala y esplendor de los mercados del interior de la península. Las rutinas, lo mismo en agricultura que en la fabricación se eternizan favorecidas por la natu-

raleza misma. De aquí proviene un desaliento en la raza, un cierto fatalismo que presenta todas las apariencias de la pereza y que se explica por la desproporción entre los esfuerzos y el resultado práctico de ellos.

Nadie puede negar que el litoral, comunicado fácilmente con las naciones en que ha nacido el nuevo arte de trabajar y producir con suelo más feraz, con clima más benigno, con medios de explotar la colonización y el comercio, se ha encontrado en mejores condiciones para la lucha por la vida. La aptitud para los negocios, que nace, se ejercita y se robustece, allí donde existen corrientes comerciales, es cualidad que brilla poco en los pueblos del centro, los cuales por no comprenderla, incurren en la injusticia de llamar *egoísmo* a las combinaciones del cambio, el giro y el descuento. Del pueblo catalán se dice en España lo que en toda Europa del pueblo inglés, pero todo ello, bien mirado, es puro amaneramiento de la opinión común sin consistencia racional.

Poco a poco se van rectificando juicios absurdos alimentados por la rutina de tantos siglos. Los castellanos y especialmente los habitantes de Madrid reconocen ya que gran parte del bienestar de la sociedad catalana se debe a la previsión, virtud poco extendida en las regiones centrales de la península. Debemos declarar sin rebozo que en economía doméstica, que no sé si es ciencia, arte, o qué es, en ese cúmulo de reglas prosaicas cuyo cumplimiento disminuye las desazones de la existencia, nos llevan los catalanes mayor ventaja que en todos los demás órdenes del saber.

De aquí que en general se viva mejor en Barcelona que en Madrid; de aquí que el nivel medio de bienestar sea más alto allá que acá; de aquí que habiendo bastante riqueza en una y otra población, haya en Barcelona más reservas que en Madrid, y se advierta en todas las clases mayor desahogo.

***

La composición social de los dos grandes centros de España, Madrid y Barcelona, ofrece caracteres totalmente distintos. Aquí hay tres aristocracias poderosas, la de la sangre, la del dinero y la política. La primera influye por las costumbres y se va fundiendo poco a poco con la segunda. Es menos orgullosa de lo que parece, tolerante, acepta la riqueza venga de donde viniere, y conserva el sacro fuego de los buenos modales, hermanándolos graciosamente con la proverbial franqueza española. La segunda es aquí, más que en parte alguna, verdadera aristocracia, porque la riqueza, que es grande, está en pocas manos, y por tanto toca a más. La tercera aristocracia es organismo especialísimo, que sabe apoyarse en las otras dos y prestarles su apoyo.

En Barcelona, no hay más que una aristocracia, la del dinero, amasado laboriosamente en el comercio y la industria. Las grandes fortunas descuellan quizás menos que aquí, porque las empequeñece algo el nivel de las fortunas medias, bastante más alto que en Madrid. Los capitales saneados y de importancia, sin llegar a la opulencia, los capitales modestos que aseguran el bienestar de una familia numerosa abundan en Barcelona, tanto como escasean en Madrid, donde las grandes riquezas, labradas en parte con las contratas del Estado, no han podido subdividirse, como se subdividen donde la esfera de actividad es más amplia.

Las clases ricas de Barcelona viven bien, con vida menos tormentosa y agitada que las de Madrid; saborean el lujo, viajan, prefieren por lo común las comodidades domésticas a la ostentación pública. En cuanto a la clase media son mayores las diferencias entre Madrid y Barcelona, pues aquí existe una parte importantísima del vecindario, clase bien vestida, bien educada de agradable trato, que vive de un sueldo más o menos grande, pero sueldo al fin, con el cual no se pueden hacer maravillas. Los pensionistas del Estado, gentes que viven de una jubilación, o de los montepíos militar y civil constituyen una clase numerosísima, la rama menos holgada de la mesocracia después de la de los cesantes. Los rentistas, o gente que vive de su capital empleado en valores públicos abundan bastante en ambas poblaciones, pero no sería difícil probar, a mí juicio, que en Madrid están aquellas riquezas en menor número de manos, y que en Barcelona la distribución es más proporcionada. La clase comercial de Madrid, operando en una esfera de acción más reducida que en Barcelona, no es menos inteligente que aquella, y ha sabido labrar fortunas bastante cuantiosas, parte de las cuales se halla invertida en la propiedad urbana de esta villa.

En cuanto al pueblo, no diré que el de Barcelona tenga más aptitud que el de Madrid para el trabajo fabril, pero posee una educación industrial y una práctica de que el obrero madrileño carece. Por lo común el madrileño, dotado de viva imaginación y de inteligencia, no iguala al catalán en habilidad de manos, salvo en contados oficios, cuya tradición no se ha perdido en Madrid. Para aquellos en que funciona la gran maquinaria de vapor, el obrero madrileño necesita instruirse, pero la verdad es que si logra vencer ciertas dificultades se pone en primera línea y no hay quien lo supere.

Como cultura y formas sociales, únicamente diré que las clases bajas de Madrid tienen mucho que aprender de las de Barcelona, ciudad que en esto puede enorgullecerse ante todas las de Europa, pues ningún pueblo del mundo le iguala en la escasez de tabernas, son menos frecuentes las pendencias, en ninguno dan los obreros menos trabajo a las autoridades municipal y judicial.

Hay en Barcelona, plaza de toros, como en Madrid, pero el sangriento espectáculo es allí un poco exótico y no apasiona a las muchedumbres como en Madrid. Se podrían suprimir radicalmente en Barcelona las corridas sin que nadie las echara de menos, mientras que aquí está tan encarnado el toreo en el sentimiento popular que hasta cuesta trabajo concebir el uno sin el otro. No creo que nadie deje de relacionar la tosquedad, la violencia de lenguaje y de modales que es propia del pueblo de Madrid y que tanto da que hacer a la policía, con el espectáculo taurino, escuela constante y cátedra siempre abierta de barbarie, insolencia y crueldad.

***

La reina regente y sus hijos, después de permanecer veinte días en Barcelona, fueron a Valencia, donde solo permanecieron dos. El calor, insoportable en aquella región desde mediados de mayo, impidió prolongar la visita de la corte, conforme al deseo de la reina y al de Valencia. El recibimiento hecho a la digna señora en la ciudad del Turia fue, como en todas partes, cariñosísimo. Valencia hizo ostentación de su pasmosa riqueza en flores. Aquel suelo privilegiado las produce en tal abundancia que constituyen

un importante ramo de exportación. Sabido es que los claveles se cultivan en Valencia no ya en jardines sino en verdaderos campos, como el cáñamo o el arroz, constituyen anualmente una verdadera cosecha, una riqueza que también ha de tener sus crisis como el trigo y la uva.

Seguramente, ni doña María Cristina ni los que la acompañaban vieron nunca tantas flores reunidas como las que ostentó Valencia en los días 5 y 6 del presente. Los arcos que en otras partes son de ramaje, eran allí de rosas. El palco regio en la fiesta del carrusel estaba tapizado de claveles.[2] El oloroso mirto tapizaba las calles. Al paso de la reina caía sobre el coche tal profusión de flores que bien podría llamarse lluvia, empleando propiamente una imagen gastada. Y cuantos asistieron a las espléndidas fiestas a orillas del Turia, reconocen que la abundancia de bellezas y aromas del reino vegetal no es el principal encanto de la ciudad del Cid, pues a la recolección de flores, y aun a la de naranja, fresa y demás ricos productos, supera la cosecha de mujeres hermosas que tanta fama dan a aquel país.

B. PÉREZ GALDÓS

106
LP, 16/8/1888

SUMARIO: Época infausta —Crímenes inauditos —El de la calle de Fuencarral —Emoción del público —Su participación en la sumaria —La prensa auxiliando a la justicia —Asesinato de doña Luciana Borcesio, viuda de Varela —Recaen las sospechas en su hijo, José Varela —Costumbres y carácter de la víctima —Higinia Balaguer —Sus primeras declaraciones —Señala al hijo de la víctima como autor material del crimen —Interés del proceso —Vehementes sospechas de que Varela ha salido de la cárcel —Prisión del director de esta, señor Millán Astray —Indagaciones infructuosas para probar el quebrantamiento de la clausura —Nueva fase del proceso —Millán Astray es puesto en libertad —Excitación del público —Desvaríos de la prensa —Asegúrase que el juzgado ha encontrado la pista del crimen.

Madrid, 19 de julio de 1888.

Señor Director:

Estamos ahora los españoles bajo la influencia de un signo trágico. Los grandes crímenes menudean. En vano se buscarían en la prensa acontecimientos políticos o literarios. Los periódicos llenan las columnas con relatos del *crimen de la calle de Fuencarral*, del *crimen de Valencia,* del *crimen de Málaga*. Los *reporters* y noticieros, en vez de pasarse la vida en el Salón de Conferencias,[1] visitan los juzgados a todas horas, acometen a los curia

2 *la fiesta del carrusel*: uno de los números del espectáculo militar que se ofreció a la reina en la plaza de toros de Valencia.*

1 De las Cortes.

les,[2] atosigándoles a preguntas, y con los datos que adquieren construyen luego la historia más o menos fantaseada y novelesca del espantoso drama.

Últimamente, la prensa ha hecho algo más que informar al público de los hechos conocidos, y ha tomado parte importantísima en la investigación de la verdad. De tal modo ha conmovido a la opinión pública en Madrid y aún en toda España el misterioso crimen de la calle de Fuencarral,[3] que la prensa no ha podido concretarse a sus funciones de simple informadora de los sucesos, ha tomado una parte activa en la instrucción del proceso, ayudando a los jueces, arrojando toda la luz posible sobre el hecho nebuloso, recibiendo del público datos, antecedentes, noticias, procurando indagar la pista de los criminales, recibiendo todo lo que puede contribuir al esclarecimiento de la verdad oscura. Cierto que gran parte de los datos y advertencias suministrados por la prensa no son utilizables; pero en medio de la confusión de sus referencias hay algo que parece indicar una dirección determinada. Esta dirección, a manera de un rastro de sangre, persiste al través de las contradictorias indicaciones; este rastro señalado por la conciencia pública es la única orientación que persiste tras tantas vacilaciones, y en el caso concreto del crimen de la calle de Fuencarral, no es aventurado afirmar que los adelantos del proceso son debidos a la insistencia con que la opinión pública por conducto de la prensa ha señalado el camino de la verdad.

Imposible que los lectores de *La prensa* dejen de conocer el horrible crimen de que se trata, perpetrado el primero de julio, y que en los días que van transcurridos del presente mes ha adquirido tan triste celebridad. Seguramente la revelación del asesinato de la viuda de Varela, mejor dicho, del descubrimiento del cadáver en la madrugada del día 2, ha recorrido todos los periódicos del mundo. Dicha señora era rica, un poco extravagante, medrosa y avara, y vivía sola en compañía de una criada. Lo tremendo del caso es que desde los primeros momentos, recayeron sospechas vehementes sobre el hijo de la víctima, José Vázquez Varela, a la sazón preso en la Cárcel Modelo por *robo de una capa.*

¿Qué motivaba estas sospechas, que casi han sido y son unánime juicio? Los antecedentes del hijo, quien hace dos años acometió a su madre infiriéndole graves heridas de arma blanca; la malísima reputación de que el mancebo goza, sus costumbres perversas, conocidas de todo Madrid, su holgazanería, sus relaciones con gente de muy mala conducta. El joven Varela tiene veintitrés años. Los vecinos de la casa que la víctima habitaba, declaran que un día sí y otro también ocurrían grandes escándalos entre la madre y el hijo, este pidiéndole dinero brutalmente y aquella negándoselo con objeto de poner coto a sus vicios.

La viuda de Varela era suspicaz y desconfiaba de todo el mundo. Tenía sin duda presentimiento de su fin desastroso, escondía el dinero en lugares secretos, y a veces llevaba en el seno grandes sumas de billetes de banco. Temerosa de que la envenenaran, se confeccionaba su alimento. Al propio tiempo que deploraba las consecuencias de la malísima educación dada a su hijo, lo quería entrañablemente, y hace dos años, cuando aquel

2 'empleados de los tribunales de justicia'.

3 La crónica galdosiana de este crimen, continuada en las Cartas 107, 108, 115 y 123, ha sido comentada por la crítica desde distintos ángulos.*

desnaturalizado monstruo atropelló a la que le había dado el ser, la infeliz madre declaró ante el juez que se había ocasionado las heridas por un accidente fortuito, librando de este modo al criminal de la pena que merecía.

Las primeras actuaciones no produjeron más que confusión. La voz pública se inclinaba a declarar inocente al hijo de la víctima, por hallarse cumpliendo condena en la Cárcel Modelo. La persona en quien se fija la atención es la criada, Higinia Balaguer, encontrada en la casa al descubrir el crimen. Como no he de reproducir lo que ya debe saberse por la prensa española, omito la relación del atroz descubrimiento del cadáver, apuñalado y después quemado, con los detalles dramáticos de la criada fingiéndose ignorante de lo que en la casa ocurría, y del perro narcotizado.

Higinia Balaguer fue en los primeros días la figura saliente de este trágico cuadro, mujer impasible, afectando o sintiendo quizás una impavidez inconcebible. Luego se ha sabido que esta mujer había vivido en comunicación casi constante con criminales, que había tenido puesto de bebidas en las inmediaciones de la cárcel, y en el curso de sus declaraciones ha revelado ese conocimiento del Código Penal que es común entre personas íntimamente relacionadas con los que viven infringiéndolo.

Higinia Balaguer fue considerada desde el principio como la clave de la instrucción, y en ella se fijaron todas las miradas. Primeramente se declaró ignorante del suceso. Hubo de comprender que esta versión era insostenible, y luego se declaró autora única del crimen, describiéndolo como resultado de un arrebato de ira. Poco crédito se dio a esta declaración. Imposible que Higinia cometiese sola un crimen que revelaba, además de minuciosas precauciones un esfuerzo varonil.

La tercera declaración de la criada puso la cuestión en nuevo terreno, dando al proceso dramático interés. Señaló como autor material del crimen al hijo de la víctima, presentándose a sí misma como simple auxiliar, movida del terror y algo también de la codicia, pues el asesino, al paso que la amenazaba con la muerte, le ofrecía asegurar su porvenir si le ayudaba a ocultar el crimen. La descripción que hace Higinia de los pormenores del asesinato son de tal naturaleza y revelan un tan alto grado de perversión, que la conciencia humana repugna el admitirlos. Parece que tanta maldad no cabe en lo posible. La serenidad y aplomo con que el asesino, después de quitar la vida a la infortunada doña Luciana, dispuso lo necesario para pegar fuego al cadáver con petróleo, a fin de borrar las huellas de su atroz delito, revelan el corazón más duro y empedernido, un monstruo sin ejemplo ni precedente, si conforme a la declaración de Higinia, el asesino es el hijo de la víctima, un joven de veintitrés años. Desde que esta manifestación se hizo pública, las opiniones se dividieron, muchos la aceptaban, fundándose en los antecedentes de José Varela; otros la ponían en duda, repugnando admitir barbarie tan grande é inaudita, que parece rebasar los límites de la crueldad humana.

Y aquí entra la parte más dramática del misterioso crimen de la calle Fuencarral. Si el asesino es José Varela, ¿cómo salió de la cárcel donde estaba cumpliendo condena? El director y empleados de la cárcel niegan en absoluto que Varela haya abandonado su prisión ni el día primero de julio ni en ningún otro. ¿Cómo se concuerda esto con la declaración de la Balaguer? La confusión que de esto resulta es extraordinaria y la opinión pública,

vivamente excitada, continúa señalando a Varela como autor del crimen. Toda la prensa afirma que existen numerosas personas que han visto al joven en la calle en los últimos ocho días de junio. Hay quien dice haberle visto en algún café, en los toros y hasta en la butaca de un teatro. El juzgado llama a declarar a gran número de personas. Declaran también los empleados de la cárcel y su director, el cual parecía ayudar al juez desde el primer día en el esclarecimiento del maldito crimen.

La gran sorpresa y sensación se produjo el día en que el juez detuvo e incomunicó al director de la cárcel, señor Millán Astray. Fue esto consecuencia de una nueva declaración y ratificación de Higinia, quien aseguró haber sido sugerida por Millán Astray para dar a sus primeras declaraciones un determinado sentido. Al afirmar la criada que el director de la cárcel le había dicho que *necesitaba salvar a Varela,* al jurarlo delante del mismo señor Millán añadiendo varias particularidades de sumo interés, elevó a su mayor grado el interés del proceso. Millán Astray, al verse acusado, sufrió un ataque al corazón que puso en gran peligro su vida. Repuesto del accidente negó de la manera más rotunda las aseveraciones de Higinia. Y al propio tiempo continuaban en la prensa las manifestaciones anónimas de diversas personas que afirmaban haber visto a Varela en la calle en los días que precedieron al crimen.

Millán Astray, director interino de la cárcel, es joven: pertenece al cuerpo de empleados de establecimientos penales, en el cual ha demostrado inteligencia y buena voluntad. Recientemente prestó servicios de importancia en la averiguación de diferentes delitos. Es hombre simpático, instruido, ha sido periodista, y tiene en Madrid muchos amigos. Estos, aun admitiendo el quebrantamiento de clausura del joven Varela, no ven culpabilidad en Millán Astray. Pudo el asesino escaparse sin que de ello tuviera conocimiento el director del establecimiento. Siendo así, Millán no puede ser acusado más que de negligencia; pero las declaraciones de Higinia Balaguer van más allá, y presentan al director como encubridor del delito, y amparador del asesino. La opinión, en verdad sea dicho, rechaza hasta ahora, semejante idea. Si Higinia ha mentido con objeto de embrollar a la justicia, lanzándola a un laberinto de oscuridades, fuerza es reconocer en esta mujer un monstruo de astucia y marrullería, capaz de volver locos a todos los jueces que en el mundo existen.

La comprobación de este término del proceso se presenta laboriosa y difícil. Todas aquellas personas que en la prensa manifestaron anónimamente que habían visto en la calle a José Varela, al ir ante el juzgado o lo niegan o declaran simplemente que *creyeron haberlo visto.* Los mozos y mozas de café también niegan. Únicamente un joven militar parece haber afirmado que vio al hijo de doña Luciana, ratificándose en ello delante del interfecto. Pero esto no podemos afirmarlo, porque el juzgado, que no ve con buenos ojos la excesiva publicidad del sumario, ha puesto coto a la curiosidad periodística, negándose a suministrar noticia alguna. Todos los empleados de la cárcel niegan asimismo que Varela saliese. Cuando parecía que iba a resplandecer la verdad, esta se oscurece más y aumentan en el público las conjeturas, las versiones fantásticas, y las interpretaciones absurdas.

Debo apuntar ciertos antecedentes de algún valor. Higinia Balaguer sirvió en la casa del señor Millán Astray, aunque no mucho tiempo, y parece fue despedida por su conducta un tanto irregular. Vivía maritalmente con un lisiado que la dejó viuda hace poco. Ignóra-

se quien la llevó a la casa de la señora de Varela, aunque parece averiguado que entró a servir en ella con cédula falsa.[4] Ignórase también como doña Luciana, tan suspicaz y medrosa, admitió en su casa a una mujer desconocida sin averiguar sus antecedentes. Alguien asegura, no sé con qué fundamento, que la desgraciada víctima conoció a la Balaguer en casa de Millán Astray con cuya familia tenía amistad.

No habiendo comprobado aún que Varela quebrantase la clausura, las diligencias del juzgado se encaminan ahora, según parece, a esclarecer las relaciones de Higinia con otros individuos que figuran en el proceso, Evaristo Medero y Avelino Gallego, ambos detenidos e incomunicados. Estos son los amigos íntimos de José Varela, sus compañeros de francachelas, los que le ayudaban a gastar el dinero que con amenazas arrancaba a su madre aquel hijo desnaturalizado. Ambos son personas de malísimos antecedentes, familiarizados con las celdas de la cárcel, entregados a una vida licenciosa y criminal y con mucha destreza para burlar a la policía y afrontar las vicisitudes de un proceso. También están presas dos o tres mujeres de mala vida, con quienes Varela y sus amigotes tenían trato frecuente.

***

Al llegar aquí, verificase un cambio completo y brusco en la instrucción del sumario, a semejanza de una mutación escénica en los dramas de muchos lances escritos con el único fin de mantener siempre despierta la atención y curiosidad del público. El juzgado después de emplear todos los medios para poner en claro la salida de Varela de la cárcel, después de tomar declaración a cuantas personas sostuvieron haberle visto, no halla bastante fundamento para evidenciar la evasión, y dirige sus medios de prueba a otro terreno. El señor Millán Astray es puesto en libertad, lo que significa para la generalidad del público la inocencia de Varela, al menos en cuanto al hecho material del crimen. "Si el director de la cárcel es declarado irresponsable -dicen-, resulta que la clausura del preso no ha sido quebrantada, y en este caso el joven Varela no puede ser el asesino, puesto que en el día y noche del primero de julio estaba en su celda. Cae pues por su base la relación de Higinia Balaguer".

No puede ocultarse que la opinión se ha excitado extraordinariamente al saber que Millán ha sido puesto en libertad. Y es que ha echado tales raíces en la conciencia pública la presunción vehemente de la culpabilidad del hijo, que es difícil tome nueva dirección el sentimiento popular. Algunos periódicos van más allá de lo que en este punto exigen la discreción y el respeto a la justicia, y suponen que el hijo de la víctima tiene altas protecciones y cuenta con la impunidad. Anuncian que el proceso será interminable y que nunca se sabrá la verdad. Siguen acusando a Varela y dando por cierta su salida de la cárcel, lo que ha motivado que muchos de sus redactores hayan sido llamados a declarar y algunos reducidos a la prisión. Lo peor de esto es la viciosa tendencia a mezclar la política con la justicia, achaque frecuente en la prensa, exigiendo responsabilidades a quien no las tiene.

4 *cédula*: 'documento de identidad'.

En tanto, el juzgado dirige sus investigaciones a esclarecer las relaciones de Higinia Balaguer con uno de los procesados, Evaristo Medero, amigo íntimo de Varela. Bien examinada la tercera declaración de Higinia, o sea aquella en que acusó a Varela, se ve que hay en ella mucho de fantástica. Además parece comprobado que el crimen no se cometió por la tarde, según la manifestación de la cómplice, sino de noche. En cuanto a las relaciones de la Balaguer con Medero, parece que eran amorosas y que llevan diez años de duración. Dícese que el juzgado posee datos interesantísimos sobre este particular. Todas las miradas diríngense ahora a este grave punto, en el cual quizás aparezca la anhelada verdad. También parece que hay indicios de haberse efectuado un robo de consideración, el cual, lo mismo que el asesinato, revela la destreza de los criminales. Últimamente el juez instructor ha tomado las medidas convenientes para que el secreto del sumario no sea comunicado a los periódicos, a fin de evitar que se den al público versiones alteradas o incompletas, extraviando la opinión y entorpeciendo la acción de la justicia. Es evidente que la excesiva publicidad que a este proceso se ha dado, ha producido cierta confusión, causa tal vez de la ineficacia de las investigaciones. La prensa busca en primer lugar emociones con qué saciar la voracidad de sus lectores, procura dar a estos cada día noticias estupendas. En cuanto al auxilio que los periódicos y el público pueden prestar a la justicia, no hay duda que puede ser eficacísimo siempre que las noticias sean ciertas, siempre que las personas que las suministran tengan el valor de sostenerlas ante el juzgado. Esto de que la prensa dé cabida en sus columnas a insustanciales charlas de café, presentándolas con la autoridad de cosa juzgada, nos parece deplorable, mayormente cuando viene a resultar que los que en un círculo de amigos hicieron determinada afirmación, al ser llamados como testigos a ilustrar a la justicia, niegan cuanto dijeron. Una de dos: o hablaron faltando a la verdad por fanfarronería y charlatanismo, o carecieron de valor cívico para sostener delante de un juez lo propalado privadamente.

Sea lo que quiera, aguardamos con impaciencia el desarrollo de este grave proceso en la nueva fase que ha tomado ahora. Hemos oído asegurar que el juzgado tiene en su mano todos los hilos de la trama. Ojalá sea verdad, para que actos de tan espantosa depravación no queden impunes.

Continuaré en mi próxima carta dando noticias de este proceso, y me ocuparé del crimen descubierto en Valencia y que podría titularse *La dama decapitada y sin manos,* drama misterioso y repugnante cuyo argumento no ha podido esclarecerse aún por com- pleto.

B. PÉREZ GALDÓS

107

[El crimen de la calle Fuencarral][1]

El sumario ha adelantado bastante desde que escribí la primera parte de esta crónica. Y por cierto que los juicios expresados en los últimos párrafos de ella exigen rectificaciones importantes. Dije que la justicia indagaba las relaciones de Higinia Balaguer con Evaristo Medero, creyendo encontrar en ellas la clave del delito. Públicamente se decía entonces que el autor del hecho material era uno de los amigos de Varela, en connivencia con la criada. Esta versión perdió terreno a los pocos días. Avelino Gallego es considerado inocente, y en cuanto a Medero, se cree que su participación en el crimen, si alguna tiene, es puramente moral. A punto de terminar las indagaciones sumariales, parece comprobado o casi comprobado que Higinia Balaguer es la única culpable en la perpetración material del asesinato, teniendo por cómplice, o más bien por encubridora, a Dolores Ávila, una de las mujeres presas. Lo que no ha podido encontrarse hasta hoy, al parecer, es el rastro del dinero robado, y la justicia no descansa hasta conseguirlo.

La declaración de Higinia acusando al hijo de la víctima se considera contraria a la verdad con el fin de despistar a la justicia, de embrollar el asunto y de ganar tiempo, aunque no es unánime la opinión en este particular, pues algunas personas continúan inculpando a Varela. Sobre la cuestión previa de si este salió o no salió de la cárcel, hay todavía algunas oscuridades, o al menos la opinión pública no está satisfecha ni menos convencida de que la reclusión fuera absoluta. Dícese que el juzgado tiene prueba plena de que no salió el día del crimen; pero que no puede asegurar lo mismo respecto a los días que precedieron al primero de julio.

Algunos periódicos publicaron la cuarta declaración de Higinia, acusando a Medero; pero esta declaración era puramente fantástica.

Higinia se ratifica en lo que expuso contra Varela, si bien resulta una gran confusión en sus dichos y aún contradicciones manifiestas. Esta mujer, dotada de gran serenidad, contesta con la sonrisa en los labios a las preguntas del juez, y cuando se ve comprometida por la ambigüedad de sus respuestas, se encierra en discreto silencio. Su cómplice, Dolores Ávila, es mujer de malos antecedentes. Está probado que ambas se vieron y platicaron largamente el día primero de julio, no se sabe si antes o después del crimen. Pero se ignora en absoluto el paradero de las alhajas y dinero robados. La Ávila niega su participación en el crimen; pero no tiene la entereza de su compinche, y se espera que sus ulteriores declaraciones darán mucha luz.

El dictamen acusativo respecto al bulldog demuestra que a éste se le administró un narcótico o anestésico. Ya está completamente restablecido el noble animal, y es objeto

1 El título y texto, aunque corregido, de esta Carta pertenecen a la edición de Ghiraldo, ya que ha sido imposible encontrar el ejemplar de *La Prensa*; como resulta imprescindible para comprender la continuación del relato galdosiano del crimen en Cartas posteriores, y no fue publicado en ningún otro periódico, se deduce que pertenece a *La prensa*.*

de la curiosidad de todo Madrid. Persona hay que ha querido comprarlo, ofreciendo por él enorme cantidad. El juez ha encargado de su custodia a una tal Lola la Billetera, amiga de Varela, y hasta lo pasea por Madrid en medio de la estupefacción general. Varela continúa preso, aunque no incomunicado; dícese que confía en ser absuelto libremente, y hasta ha amenazado, según parece, con desafiar a los periodistas que han puesto en duda su inocencia. Se ha hecho notar como un dato moral elocuente que nadie va a visitarle durante su clausura, que al permitírsele la comunicación personal, persona alguna, con excepción de Lola la Billetera, se ha acercado a los locutorios con el fin humanitario de interrogarle por su salud, demostrarle amistad o interés. Es un ser que, después del trágico fin de su in-feliz madre, ha quedado absolutamente aislado en la sociedad. Sus amigos le abandonan, mejor dicho, nadie quiere ser su amigo. Esto ha de influir necesariamente en su ánimo, haciéndole ver la tristísima situación a que le han traído sus vicios, pues si se le ha señalado como parricida débelo a sus perversos antecedentes. La misma Higinia ha demostrado, al acusarle, un gran conocimiento de la sociedad y del corazón humano. De modo que si al fin el joven Varela logra probar su inocencia, es imposible que esta lección tremenda deje de influir en su conducta futura.

Los testimonios que diariamente se producen en pro y en contra de sus furtivas escapatorias de la cárcel son interesantísimos. Cierto que todas las personas que privadamente manifestaron haberle visto, no lo han sostenido delante del juez o por miedo o por falta de convicción. Pero las afirmaciones de los empleados de la cárcel sosteniendo la imposibilidad de la salida tienen poca fuerza moral, y alguien sostiene que las declaraciones de los carceleros son recusables en rigor de derecho. Dícese que un sastre, llamado Nieto, ha sido, la única persona que ha declarado haber visto al reo en los toros un día del mes de junio, añadiendo el detalle importante de haber reconocido la ropa, procedente de su establecimiento. Si esto es cierto, no hay duda que tal manifestación ha de pesar mucho en el proceso.

***

Continúa la prensa consagrada casi exclusivamente a esclarecer las oscuridades de este espantoso crimen. Pero hay que reconocer que los periódicos que con más calor han tomado este asunto, lejos de dar luz con sus reiteradas denuncias, lo que hacen es prolongar el sumario más de la cuenta y aumentar las tinieblas que envuelven los móviles del hecho. El auxilio de la prensa será eficacísimo si se contrae a allegar datos y elementos varios en el descubrimiento de la verdad.[2] Pero me parece deplorable la campaña de algunos periódicos que han hecho una reconstrucción arbitraria del crimen y a ella se atienen, no admitiendo nada desfavorable a su tesis, y acogiendo con demasiado calor cuantos rumores y denuncias anónimas pueden dar aparente fuerza al criterio que se han impuesto.

Para estos diarios, el asesino es Varela, y no hay quien les convenza de lo contrario. Persiguen con verdadera saña todos los indicios que perjudican al hijo de la infortunada viuda, y anotan prolijamente todos los vergonzosos antecedentes de su vida escandalosa.

2 *se contrae a*: 'si se limita a'.

Otros periódicos, más sensatos, sin prejuzgar nada y fiando en que el juez ha de presentar los hechos completamente esclarecidos, no tratan de ennegrecer la poco simpática figura del hijo de doña Luciana Borcino. Entre unos y otros órganos de la prensa se cruzan frases bastante duras acusando estos a aquellos de que quieren disputar al verdugo su odioso papel. ¿Quién se equivoca? No lo sabemos.

El error en estas materias no es tan grave cuando se exculpa al criminal como cuando se condena al inocente. Repugnante y horrible sería la figura de José Varela criminal, impune y libre de toda pena: la sociedad que tal consintiera sería una sociedad desquiciada. Pero imagínese a Varela inocente y condenado a muerte por una de esas irresistibles sugestiones de la opinión caldeada por la prensa. Esto sería mucho peor que la impunidad.

Lo que resulta de todo esto es que conviene andar con mucho pulso en materias tan delicadas. La conciencia pública sufre lamentables extravíos, lo mismo que la conciencia privada. Sin confiar demasiado en la administración de justicia, que también suele padecer errores, debemos esperar que manifieste el resultado de sus trabajos; pero anticipar una sentencia cuando carecemos de datos para formularla, y sólo tenemos presunciones vagas de los hechos comprobados por el sumario, es peligroso sistema que podría traer deplorables consecuencias. El juez que entiende en esta causa y que se consagra a ella con actividad febril, es persona de cuya rectitud no podemos dudar. Dícese que ha reconstruido el crimen y que sus conclusiones esclarecen este asunto tenebroso. Ya habría dado por concluido el sumario, si las diarias denuncias de algunos periódicos no exigieran el llamamiento de nuevos testigos y la adición de nuevas piezas al ya voluminoso proceso. De una manera o de otra, pronto hemos de ver terminada la instrucción, y cuando la causa pase al juicio oral, la verdad resplandecerá limpia de toda duda. Por cierto que este juicio oral será de tal modo interesante y dramático, que por penetrar en la sala de audiencia darían algunos cantidades fabulosas si se pagasen los asientos.

A medida que escribo, van cundiendo noticias que modifican opiniones expresadas poco ha. En los primeros días se creyó que Varela salía de la cárcel; después perdió terreno esta idea, en virtud del resultado de las indagaciones. Pero últimamente, y mientras escribo la presente, prevalece de nuevo la idea de las evasiones del hijo de doña Luciana. Si no está probado plenamente, hay indicios vehementísimos de ello. Estos indicios se refieren a los días 20 o 22 de junio. Independientemente del crimen del primero de julio y de la participación que Varela pudiera tener en él, moral o materialmente, el hecho de sus escapadas de la cárcel es gravísimo, y aun cuando se considere que solo sufría prisión correccional, están muy comprometidos los funcionarios encargados de la custodia de aquel vasto edificio. Ya vuelve a decirse que al señor Millán Astray se le formará expediente y que será suspendido en las funciones que desempeña en el cuerpo penitenciario.

Y para agravar su situación, aparecen en la prensa de Madrid y provincias comunicados denunciando abusos cometidos en el penal de Zaragoza cuando el señor Millán Astray lo dirigía. Cierto que hay que oír a ambas partes, antes de sentenciar en asuntos tan delicados. El aludido se defenderá y se defenderá bien. Pero de todo ello se desprende que nuestro régimen carcelario no es un modelo, que está lleno de vicios, y pidiendo a voz en grito una mano enérgica que lo reforme radicalmente.

En este punto se inicia la aparición de un nuevo personaje, que parece llamado a desempeñar papel importantísimo en este sangriento drama. Es un sujeto desconocido, un alguien, una X, que el juez y la opinión repetían sin tener noticias de él. Así como el astrónomo Le Verrier descubrió el planeta Neptuno sin verle, por el puro cálculo y estudiando las desviaciones de las órbitas de los demás planetas, así el juez que en esta causa entiende debió presentir la existencia de un factor importante, que no figuraba entre los primeramente detenidos. Lo que era simple presunción o sospecha, parece que va hoy en camino de la certeza. Existe una personalidad, un elemento nuevo. En el estudio del mecanismo, digámoslo así, del crimen, se advirtió que faltaba una fuerza, sin la cual el equilibrio lógico no podía sustentarse. Era preciso descubrir esa fuerza, y a esto se han dirigido con actividad los trabajos de la justicia.

Parece que al fin se ha comprobado la complicidad de este personaje hasta hoy anónimo, al menos para el público, pues si el juez conoce su nombre, lo recata cuidadosamente de la insaciable curiosidad de los periodistas. Dícese que pocos días antes del crimen, doña Luciana retiró del banco una fuerte suma con objeto de emplearla en un negocio; que arrepentida después o no creyendo el negocio seguro, guardó dicha suma en billetes. ¿Es esta la cantidad que llevaba en el seno? ¿Es este el grueso paquete de billetes de banco que, según Higinia, le fue arrebatada a la víctima por el asesino? ¿Qué negocio era ese en que doña Luciana pensó tener participación? ¿Quién lo dirigía? Háblase de la detención de alguna persona que tuvo conocimiento del caudal extraído del banco por la víctima y que guardó secreto después imprudentemente durante muchos días. Cierto que no pueden recaer sospechas sobre individuos respetables que tuvieron noticia de la imprevisión de doña Luciana y le aconsejaron devolviera la cantidad a las cajas del banco. Las indagaciones se dirigen contra algún sujeto que parece la instó reiteradamente para que le hiciera depositario de aquella suma sin conseguir su asentimiento. Las últimas noticias son que el juzgado ha descubierto el rastro de esta persona, no sé si en Madrid o en provincias. Hay quien asegura que está ya detenida. Pero su nombre se ignora. Difícil me parece que sabiéndolo el juzgado lo desconozca la prensa, pues la diligencia de los periodistas para cazar noticias es febril. Algunos han dado a conocer cualidades tan relevantes de astucia policial, que si la justicia les utilizara en averiguación de los hechos oscuros obtendría mejor resultado que con los actuales delegados.

En cuanto se indica que tal o cual persona va a ser interrogada por el juez, los periodistas buscan su domicilio, le encuentran, se encaran con la persona, la acosan a preguntas y no vuelven a la redacción sin un caudal más o menos auténtico de noticias. Al propio tiempo, estos mismos *reporters* espían los pasos del juez, le siguen en coche al través de las calles, atisban las casas donde entra, con quien habla, el restaurant donde come, y examinan, en fin, la cara que tiene, deduciendo de su expresión regocijada o meditabunda el estado de su ánimo, y por este juzgando de la buena o mala marcha del sumario.

En resumen, la última apreciación con visos de exactitud que puede darse hoy por hoy, es que son autores materiales del crimen Higinia Balaguer y Dolores Ávila, e instigador y encubridor el personaje anónimo de quien hablo más arriba. En el día presente la culpabi-

lidad de Varela es admitida por muy pocas personas, aunque parte de la prensa continua cultivando, digámoslo así, esta versión. Pero si la idea de su culpabilidad ha perdido terreno, en cambio lo gana la del quebrantamiento de reclusión. Que Varela salía de la cárcel, parece cosa averiguada; mas la circunstancia de haberse mostrado en cafés, tabernas y aun en la plaza de toros de una manera descarada, hace suponer que no tuvo participación en el crimen, al menos material. Pero el argumento principal con que exculpan a Varela los que no creen en el tremendo parricidio, es el siguiente: toda la fortuna de doña Luciana era de su hijo, el cual, antes de dos años, cuando entrase en la mayor edad, había de entrar en posesión de ella. No se comprende que por adelantar algún tiempo la posesión del pingüe caudal, se cometa un crimen tan espantoso, con premeditación y otras circunstancias horribles, exponiéndose a perderlo todo, incluso la vida.

Pero es lo cierto que a medida que se allegan nuevos datos, parece que aumentan las oscuridades que envuelven esta famosa causa. Las investigaciones más recientes permiten asegurar que está casi plenamente probado el quebrantamiento de condena. Cada día aparecen nuevos testimonios de este delito que compromete, no solo al que era director interino de la cárcel, sino a una gran parte de sus empleados. Que Varela figuró en una bronca a mediados de mayo en la pradera de San Isidro, es cosa que ya no puede dudarse, en vista de las declaraciones que lo atestiguan. Han depuesto en este sentido diferentes personas. También se le vio en los toros en la segunda quincena de junio. De lo que no hay pruebas, es de que saliera el primero de julio. Pero tenga o no responsabilidad en el asesinato de doña Luciana, el solo hecho de romper su clausura es tan grave como el crimen mismo, más grave quizás, porque implica una perturbación social de grandísima trascendencia, si no se pone mano en ella. Si el Estado que se encarga de custodiar a los criminales, no alcanza a dar a la sociedad esta garantía, todo el organismo de la justicia penal cae por su base. Háblase ya otra vez de que el señor Millán Astray será preso nuevamente y que varios empleados de la cárcel serán sometidos a un proceso.

Al propio tiempo dícese que en la cárcel de mujeres, edificio destartalado, sin condiciones de seguridad, la incomunicación de las presas no es absoluta. Sospéchase que Higinia Balaguer recibe desde fuera de la prisión noticias del estado del proceso, y que a ellas obedece la estudiada confusión de sus últimas declaraciones. Dícese también que la persona que se busca, ese factor aún anónimo, esa fuerza comprobada, pero cuya personalidad es aún desconocida, es el último amante de Higinia, y pierde terreno la idea de que fuera hombre de negocios, consejero de doña Luciana en el empleo que ésta debía de dar a su dinero. El tal personaje es el depositario de la cantidad robada. ¿Pero en dónde está? Tan pronto se dice que ha sido preso en Vigo o en la Coruña, como se le da por residente en Madrid. Alguien, no obstante, duda de la existencia de tal personaje. El secreto que guardan los encargados de la sumaria es causa de que se forjen novelas dignas de la fantasía de Ponson du Terrail o de Montepin.[3]

B. PÉREZ GALDÓS

3 El primero creó el personaje Rocambole; el segundo es autor de folletines inverosímilies.

108
LP, 16/9/1888

SUMARIO: La catedral de Sevilla —Hundimiento de tres bóvedas —Peligro que corre este grandioso edificio —Proyectos de reparación y recursos con que se cuenta —Mérito artístico de la catedral y riquezas que contiene —Causas del deterioro del edificio —Sigue la cuestión del crimen de la calle Fuencarral —Excitación en Madrid —Inculpabilidad del amante de Higinia —Declaración de Ramos Querencia —Aumentan las presunciones graves contra Higinia —Complicación de Millán Astray —¿Tiene enemigos que de- sean perderle? —Conferencias de los periodistas con los presos —Conclusión del sumario —Serenidad de Higinia —La acción pública ejercitada por los periódicos —Ineficacia probable de ella ante el juicio oral —Carácter político de este país —Campaña contra la justicia histórica —Aturdimiento de los conservadores —La prensa y la justicia —En plena canícula —Emigración y divagaciones políticas.

Madrid, 15 de agosto de 1888.

Señor Director:

Es triste cosa que todas mis cartas, en esta temporada, hayan de contener tristes referencias, cuando no relatos lúgubres. Hoy me toca hablar de una desgracia, de una pérdida artística de grandísima consideración, aunque pienso y espero que no será irreparable. La catedral de Sevilla, el incomparable monumento, el más grande edificio religioso del género gótico que en la cristiandad existe, corre peligro, si no se acude pronto y con medios cuantiosos a su reparación. Hace tiempo que se había empezado la restauración de algunas partes del edificio que ofrecían poca seguridad.[1] Parte del crucero se había construido de nuevo y se pensaba reforzar las bóvedas centrales en cuyos pilares se había observado una desviación precursora de ruina. Dichas bóvedas se han hundido hace unos días con gran estrépito, destruyendo parte del coro. Extraordinaria alarma produjo en toda España esta catástrofe en la que, afortunadamente, no ocurrió ninguna desgracia personal, por hallarse los trabajadores, en el momento del hundimiento, lejos de las obras. La parte restaurada o en vías de serlo no ha sufrido desperfecto. Al saberse en Madrid la triste nueva, prodújose la emoción que es natural por tratarse de uno de los edificios más hermosos del mundo, orgullo de España y particularmente de los sevillanos. El ministro de Fomento acudió personalmente a enterarse de la catástrofe; [2] Sevilla entera está consternada. No se piensa allí y aquí más que en allegar recursos para emprender la reparación del grandioso edificio. Esto, desgraciadamente, no es tan fácil. Una catedral gótica de tal magnitud ofrece dificultades inmensas de construcción, problemas graves que resolver, así en estereotomía[3] como en andamiajes. El trabajo es lento y requiere prolijos estudios previos de gabinete.

1 Los trabajos de restauración habían comenzado en 1884.*

2 Era entonces *ministro de Fomento* Eugenio Montero Ríos.

3 Arte de cortar piedras y otros materiales para utilizarlos en la construcción.

Cierto que el patriotismo ardiente de los sevillanos, la adoración que profesan a su querida basílica, la riqueza y desprendimiento de aquella ciudad, y además la cooperación decidida del gobierno, son una garantía de que la obra de la reparación no se abandonará, prosiguiendo con mayor empeño y más recursos los trabajos comenzados. Pero bien podemos asegurar que, aun contando con las circunstancias más favorables, hay obra para un rato, como se suele decir. Hace más de treinta años que empezó la restauración de la bella catedral de León (*pulchra leonina*) y aún falta mucho para que se pueda dar por terminada.[4]

La catedral de Sevilla es el mayor monumento original de carácter religioso que en el mundo existe. Su planta es bastante mayor que la de la catedral de Colonia. Sus cinco inmensas naves representan una capacidad colosal, cuya contemplación anonada al que las contempla. Fue comenzada en el siglo XIII, habiendo puesto la primera piedra san Fernando,[5] pero aunque la fundación de la basílica sevillana coincide con las de Toledo y Burgos, el desarrollo de toda la fábrica claramente indica un arte y traza más próximos a la época del Renacimiento. Contiene la catedral de Sevilla, como la de Toledo, si bien no en tanto grado, riquezas artísticas de primer orden. El célebre *San Antonio* de Murillo está en una de sus capillas.[6] En la Mayor se venera el cuerpo de san Fernando. La sillería del coro, las verjas, los altares tienen mucho que admirar. Forma la catedral, con la Giralda,los claustros, los anexos, entre los cuales se cuenta su Biblioteca Colombina, una masa arquitectónica casi tan grande como una mediana ciudad. Destácase esta mole sobre el caserío de Sevilla como *inter viburna cupressi.*[7] No está la catedral concluida. Nuestro siglo recibió incompleta la hermosa fábrica, y así estuvo hasta que se iniciaron en ella los primeros síntomas de inseguridad precursores de ruina, debiéndose quizás esto a la debilidad del edificio por la parte del oeste. Otra de las causas del hundimiento ocurrido es el enorme peso del cimborrio, de construcción posterior al conjunto de las elegantes y airosas naves. Se pensaba desmontarlo y construirlo de nuevo. Ahora es indudable que los arquitectos, si les dan tiempo y dinero, reconstruirán el cimborrio con arreglo al primitivo plan de la obra, descargando a esta del inútil y peligroso peso que le echaron encima los artífices del siglo XVII.

Por de pronto, cesará el culto en la grandiosa iglesia y durante muchos años los viajeros de todos los países que la visiten, verán aquellas airosas naves obstruidas por un bosque de andamios, llenas de polvo y escombros. Así está la de León, y así estarán ambas por algún

4 *pulchra leonina*: 'bella leonesa'.+

5 `Fernando III el Santo´, no puso *la primera piedra* sino que, en 1248, convirtió la antigua mezquita mayor en catedral cristiana y ordenó que se le añadiese una Capilla Real en la que fueron enterrados Alfonso X y el propio rey Fernando.

6 *San Antonio*: Su título completo es *La visión de San Antonio de Padua* (1656) y fue encargado por el cabildo de la catedral para la capilla dedicada a este santo.

7 'los cipreses entre mimbreras'. Para contrastar *el caserío* sevillano con la catedral, Galdós se vale de estos dos versos de la *Égloga I* de Virgilio que comparaban a Roma con las demás ciudades.*

tiempo. La suerte de la de Sevilla es que este es un pueblo muy rico y hará los imposibles por ver restablecida a su primitivo esplendor la joya de Andalucía. [8]

***

Del crimen estamos lo mismo. Hace unos días tomó cuerpo la creencia de la culpabilidad de Varela, cuyas salidas de la cárcel parecían probadas, aun el día mismo del crimen. No he visto nunca mayor excitación en Madrid por un asunto de esta naturaleza. Por las noches, un gentío inmenso aguarda la salida de los periódicos en las inmediaciones de las oficinas de estos. No se habla de otra cosa en círculos y cafés. La prensa consagra al proceso la mayor parte de sus columnas y no puede negarse que ha prestado alguna ayuda a la justicia.

Lo más importante que debe consignarse es que no resulta nada contra el amante de Higinia, que es aquel personaje misterioso a quien se buscaba y que al fin pareció en Oviedo. Fernando Blanco, que así se llama el tal, ha probado que no se hallaba en Madrid el día del crimen. Sus declaraciones comprometen gravemente a Higinia, pues esta le manifestó en mayo o junio sus proyectos de un arriesgado negocio que le produciría bastante dinero. Pero el suceso de más sensación es el testimonio de un empleado de la cárcel, llamado Ramos, el cual manifiesta que Varela salió el primero de julio con el consentimiento del director de la cárcel, señor Millán Astray, y añade haber oído de labios del mismísimo Varela el relato del crimen. Muchos consideran falso o exagerado este testimonio, y otros lo dan como artículo de fe. Examinada imparcialmente la manifestación de Ramos, no puede negarse su inverosimilitud. Según este individuo, Varela entró en la cárcel, borracho, en la madrugada del día 2 de julio. De buenas a primeras, refiere a otros presos el asesinato de su madre, perpetrado por él mismo, con ayuda de sus amigos, y con circunstancias tan atroces y repugnantes, que no parecen caber dentro de los límites de lo posible. Además la relación atribuida por Ramos al desnaturalizado hijo está en contradicción manifiesta con lo declarado por Higinia Balaguer al acusar al hijo de la víctima.

Se generaliza bastante la creencia de que Higinia y Dolores Ávila fueron únicas autoras del crimen. No se concibe, en efecto, que si consumó el atroz delito un hombre avezado en estos horrores, dejara viva a la criada. Ni es creíble que esta, si no estaba en connivencia con el asesino, presenciara con tanta tranquilidad la escena, saliese a la calle en busca de petróleo, y volviese a la casa sin temor de que el autor de la muerte de doña Luciana matase también a la criada, para hacer desaparecer al único testigo presencial del caso. La relación de la Balaguer, así como la que Ramos atribuye al propio Varela, tienen todas las apariencias de cosa fantástica y mal compuesta para salir del paso.

Pero ¿qué motivos pueden haber inducido a Ramos para inventar semejante historia? Esto no se lo explica nadie, este es otro de los misterios que envuelven al horroroso crimen. La complicación personal del director de la cárcel en este asunto le da los más dramáticos caracteres. La manifestación de Ramos es considerada por algunos como un arma que di-

8 Su restauración finalizaría en 1898.

rigen contra Millán Astray sus enemigos. La rivalidad entre el último director de la cárcel y su predecesor, parece que es una de las principales fuerzas que secretamente actúan en la doble instrucción del proceso, la instrucción judicial y la de la prensa. Convendría que se depurase este punto, averiguando si las declaraciones de los empleados de la cárcel, son sugeridas o no por alguna entidad desconocida que desee salvar o se proponga perder a toda costa al señor Millán Astray.

No sé si en mi anterior carta dije que este ha sido preso nuevamente. Hállase en las prisiones militares, y su situación es bastante comprometida. Levantada la incomunicación a todos los presos, los periodistas se han apresurado a departir con ellos, interrogándoles con febril ardor. Todos los periódicos traen extensos coloquios con Higinia, Varela y Millán Astray, en los cuales cada uno de los procesados se mantiene en la posición en que parece presentarle el sumario. La criada repite ante los periodistas su cuarta declaración, añadiéndole algunos pormenores, y Millán Astray protesta de su inocencia, dando a entender que es víctima de maquinación infame.

Por fin el juez da por terminado el sumario y lo eleva a la Audiencia. Aún no lo conocemos; pero por las referencias que del voluminoso escrito se hacen, parece que no resulta nada contra Medero, Lossa y Gallego. Quedan presos, a disposición de la Audiencia, la Balaguer, Dolores Ávila, Varela y Millán Astray. En cuanto a las dos primeras, no cabe duda de su participación en el crimen; sobre el hijo de la víctima recaen vehementes sospechas de complicidad moral o material; pero con respecto a Millán, no sabemos si su culpabilidad se relaciona con el crimen o está simplemente circunscrito al caso de infidencia por el levantamiento de condena.

El interés que esta célebre causa despierta en el público de Madrid y de toda España, lejos de enfriarse aumenta y se acalora de día en día. Nadie habla de otra cosa. Desearíamos todos que la luz se hiciese y que desaparecieran todas las sombras que envuelven el sangriento suceso. Pero las sombras no se disipan y hemos llegado al fin del sumario después de cuarenta días de indagaciones, y aún no podemos fundar nuestro juicio en nada sólido. Todo se vuelve conjeturas más o menos razonables, cálculos y estudios sicológicos de los personajes del drama, sin llegar nunca a desentrañar el argumento.

***

Terminado el sumario, produce cierta excitación el hecho de ser puestos en libertad Medero, Lossa y Gallego, quedando presos y sujetos a las resultas del proceso Higinia, Dolores Ávila, José Vázquez Varela y Millán Astray. Contra los primeros parece no resultar nada fundado. Respecto a los segundos, no se ha puesto en claro la culpabilidad de algunos, pero tampoco está demostrada su inocencia.

Apenas levantada la incomunicación de los cuatro procesados, apresúranse los periodistas a conferenciar con los presos, siendo Higinia la que con más afabilidad se presta a contestar a cuantas preguntas se le hacen y a referir pormenores del crimen en que tomó parte. Esta singular mujer no abandona un momento su sonrisa complaciente y bondadosa, su serena actitud y la expresión de conformidad que en otros caracteres son señales

de una conciencia tranquila. En ella es quizás el arte del disimulo llevado a sus mayores refinamientos.

Lo más digno de notarse, después de la terminación del sumario, ha sido el propósito de ejercer la acción pública que el código autoriza.[9] Los periódicos que desde la perpetración del crimen vienen trabajando con más o menos éxito por su esclarecimiento, son los que toman la iniciativa en este asunto. La asociación de todos los periódicos para esto no ha sido completa, ni el propósito de ellos unánime, pues algunos diarios, entre ellos dos o tres de mucha circulación, dejaron de asistir a la reunión preparatoria con tal motivo celebrada en la redacción de *El liberal*.[10] Verdaderamente, las personas que juzgaron este asunto con imparcialidad, no se explican el ejercicio de la acción pública. Antes del establecimiento del juicio oral, la eficacia de dicha acción habría sido quizás notoria en determinados asuntos. Pera la vista pública y oral excluye de una manera absoluta todo amaño que intentarse pudiera. Por mucha que sea la desconfianza tradicional de la imparcialidad de los tribunales, no es posible que esa desconfianza persista ante el procedimiento que hoy se emplea para el esclarecimiento de los hechos. Al juicio han de ir los cuatro procesados con sus respectivos letrados, los cuales en defensa de los contrapuestos intereses que representan, han de buscar la verdad. El debate contradictorio que las cuatro partes, el fiscal y el acusador privado han de entablar sobre los hechos conocidos, los testimonios de innumerables testigos de cargo y descargo, tienen que producir la luz al cabo, y es dudoso que el representante de la acción pública, por grande que sea su habilidad, consiga más de lo que el mecanismo del juicio oral ha de dar por sí.

Lo peor de este asunto es que se ha querido darle carácter político, por más que lo nieguen reiteradamente los iniciados de la acción popular.[11] Se trata de hacer atmósfera en contra de la justicia que han dado en llamar *histórica*, de motejarla y rebajar su prestigio, considerando que el descrédito de la justicia ha de traer el de todos los altos poderes del Estado. Los defectos que indudablemente tiene aún el procedimiento judicial no se corrigen inculcando en el pueblo la idea de que la propiedad, la vida y el honor de los ciudadanos están a merced de una curia viciada y perezosa, que no persigue a los criminales y, a veces, los ampara.

En la primera reunión de la prensa se ofreció la representación de la acción pública a uno de los más ilustres letrados de España, don Francisco Silvela. Como este es además importantísimo personaje del partido conservador, lugarteniente del señor Cánovas del Castillo, la simple designación del letrado implicaba ya una tendencia política. El señor Silvela aceptó con júbilo, pero como indicara que deseaba consultar con su jefe, bastóesta insinuación para que los periódicos le retirasen su representación. Los conservadores simpatizaban, pues, con el movimiento un tanto anárquico de la prensa criminalista, y

9 *acción pública*: legitimación para iniciar y participar en un procedimiento administrativo sancionador sin necesidad de acreditar un interés particular o personal´.

10 Recuérdese que *El liberal* era un diario republicano (30, n. 3).

11 Otra denominación de acción pública`.

han dejado entrever que habrían coadyuvado a la campaña, si los hubieran dejado, error grande que purgarán en su día. El estado de la cuestión nos es por demás confuso. Eliminado el señor Silvela, y habiéndose clareado que en el fondo del asunto no hay más que una coalición más o menos bien encubierta contra el partido liberal, es dudoso que se encargue de sostener la acción popular un abogado de nota. Casi todos los que se pueden clasificar en primera línea son políticos, diputados o senadores y más o menos ligados con los partidos en pugna. Lo más probable es que el plan de la prensa fracase: primero, por la no cooperación de diarios muy importantes; segundo, la facilidad con que el asunto se convierte en político, contra la voluntad, quizás, de sus iniciadores.

A medida que el tiempo pasa, se va conociendo que el papel de la prensa en este célebre proceso es muy discutible. Cierto que los periódicos prestaron ayuda eficaz en la indagatoria referente a quebrantamiento de condena; pero las versiones fantásticas que del sumario publicaban, las reseñas de casos y declaraciones puramente nove- lescas, lejos de aclarar el sumario judicial, lo han oscurecido y prolongado más de lo necesario. El descubrimiento de la verdad es asunto que afecta al honor y a la vida delas personas, aun siendo estos presuntos criminales, no es cosa que se pueda conducircon la impaciencia y el ardor insano que la prensa pone comúnmente en los asuntosque excitan a la opinión. En vez de ser esta la inspiradora de la prensa, era por ella inspirada y guiada a determinadas conclusiones. La justicia histórica no puede proceder de esta manera, y hace muy bien. Tiene que despojarse de toda pasión y examinar fría- mente los hechos. La prensa, por el contrario, obligada cada día a sostener y apacentarla curiosidad del público, no puede ejercer de fiscal, ni menos de juez en asuntos cri- minales, sin exponerse a cometer grandes e irreparables injusticias. Bueno que trabajen en aquilatar los hechos, en depurarlos, y en la investigación de pormenores que arrojenluz sobre ellos; pero reservando la facultad de sentenciar a quien tiene de la sociedad el encargo de hacerlo.

***

El calor agobia de tal modo a los madrileños, que la vida es en la heroica villa poco menos que imposible. La emigración al norte, contenida por los extemporáneos fríos del mes de julio, es ya verdadera desbandada. Lo que nosotros llamamos círculos políticos se traslada a San Sebastián y Santander. En la primera de estas poblaciones reside la corte, en la segunda veranean hombres políticos de importancia, tachados de disidentes y a los cuales se atribuye el propósito de formar un nuevo partido. En esto hay más de fantástico que de real. El marasmo político del verano produce todos los años una opinión artificial que se disipa con las primeras lluvias de otoño. Es muy probable que los respetables personajes que han sentado sus reales en la ciudad cantábrica no piensen en extremar su disentimiento hasta el punto de separarse del partido liberal, pero los que desean barullo y buscan temas socorridos con qué alimentar la curiosidad del público, interpretan las intenciones de los hombres eminentes a imagen y semejanza de las suyas. De aquí resulta que en estos meses calurosos, la política es un tejido novelesco cuyas urdimbres sin consistencia no duran más que hasta principios de octubre. Los mismos fabricantes de este frágil producto

no creen en él y mientras los inocentes consumidores reciben y gastan la tela, prepáranse las manos que han de destejerla.

B. PÉREZ GALDÓS

109
LP, 30/11/1888

DE VUELTA DE ITALIA

SUMARIO: La visita del emperador Guillermo a Roma —El sentimiento de la unidad en Italia —Los poetas —Leopardi —Vitalidad de la nación italiana —Sus aptitudes políticas y administrativas —El servicio de ferrocarriles —Semejanzas entre Italia y España —La lengua y la raza —Diferencias de orden político —El arte y los museos —Roma y Florencia —La vida política en Italia —Decadencia artística —El periodismo y las prácticas constitucionales —Italia y la Santa Sede —*Negros y blancos* —La nobleza romana transige con Italia —Dificultades de la reconciliación —Quejas del papa —Principal argumento contra el poder temporal.

Santander, 30 de octubre de 1888.

Señor Director:

Hace quince días próximamente me encontraba en Roma[1] presenciando los preparativos de las fiestas con que la capital intangible y sagrada de la moderna Italia ha celebrado la visita del emperador de Alemania, Guillermo II.[2] Puedo dar fe, aunque no vi la entrada del emperador en Roma, del sincero entusiasmo con que los italianos se disponían a recibir al aliado de Humberto. La opinión en todo el reino y principalmente en su grandiosa capital, era tan unánime, que no hay posibilidad de tergiversarla. Los que dirigen la política italiana han tenido el acierto de hacer popular la Triple Alianza.[3] El partido antigermánico o no existe o está reducido a exiguas proporciones. Consideran los italianos la Triple Alianza como garantía firmísima de su recién conquistada unidad, y ven en la visita del soberano más poderoso de Europa como una solemne consagración de aquel mismo principio.

Quien no conozca a Roma no puede formarse idea del magnífico escenario que aquella ciudad ofrece para toda clase de fiestas. Ninguna capital de Europa contiene tantos y tan hermosos monumentos. Aparte de los recuerdos que embellecen e idealizan todos los sitios, predisponiendo a la mente a engrandecer cuanto ven los ojos, Roma es la decoración

1 A diferencia de los viajes a Portugal o al norte de Europa, redactados casi *in situ*, este viaje por varias ciudades Italianas se relatará *a posteriori* como indica su título, en diez Cartas escritas entre noviembre del 88 y febrero del 89, intercaladas con otras sobre temas de actualidad .

2 Su padre, el kayser Federico III, había muerto en junio.

3 Véase 1, n. 8.

más admirable que puede concebirse. Sus doscientas iglesias, sus innumerables palacios, sus imponentes ruinas ofrecen un fondo sin igual para dar lucimiento a las multitudes. Cualquier solemnidad religiosa o cívica tiene allí un brillo extraordinario. La arquitectura grandiosa da a la ciudad el carácter de imperial residencia, y no es necesario engalanarla para que los huéspedes regios aparezcan allí como en su morada propia.

El sentimiento de la unidad es tan vivo en Italia que absorbe enteramente la vida política del país. Todo se subordina a la unidad, conquistada no hace mucho,[4] y el temor de perderla acalla las pasiones y quita al poder público multitud de estorbos. En los países donde la unidad está asegurada, como en España, donde nadie piensa en ella, el poder público vive azarosamente en constante peligro. La ambición y el orgullo toman mil formas y sostienen constante guerra civil sin armas. En Italia existiría la misma agitación que entre nosotros si la idea de unidad no lo impidiera. Diríase que aquel noble país no ha vuelto aún del asombro que le produce el verse constituido en nación de primer orden, y que teme despertar de este sueño glorioso y encontrarse de nuevo dividido y despedazado, formando estados insignificantes.

En la vida de las naciones, dos o tres lustros no significan nada. Parece que fue ayer cuando Cavour soñaba la unidad en el débil estado de Cerdeña,[5] cuando Roma defendida por las bayonetas francesas era la ciudad papal,[6] Venecia y Milán pertenecían al Austria, y Toscana, Nápoles, Parma y Módena formaban estados sometidos a distintas ramas de la familia de Borbón.

El poder de una idea lo transformó todo en unos cuantos años. El hecho material se realizó en poco tiempo; pero la idea venía incubándose en la mente italiana desde hace siglos. En todos los poetas de aquel suelo ha sido la unidad una verdadera manía. Desde Dante hasta Leopardi, todos han encontrado en esa lira acentos dignos de Isaías para lamentar el mal inmenso de la desmembración italiana.[7] El privilegiado suelo de la península ha sido, al través de los siglos, campo de batalla de las ambiciones de los poderosos de la tierra.

Las interminables rivalidades del Imperio y la Iglesia en la Edad Media, las contiendas entre las repúblicas, las guerras de Francisco I y Carlos V, toda esa serie de epopeyas que constituye lo más interesante y dramático de la historia, parece haber existido exclusivamente para ensangrentar y desgarrar el suelo de Italia.

Cuando se visita hoy la nación formada como por milagro bajo el cetro de la casa de Saboya, no se pueden apartar de la mente las doloridas estrofas de la célebre oda de Leopardi. El gran poeta, abrumado por sus males físicos, el alma entristecida por el pesimismo,

4 Se logró en 1870.

5 *Cavour* fue en 1852-61 presidente del Consejo del Reino de Cerdeña, anexionado a Saboya y el Piamonte, con el rey Victor Manuel I, e intentó tejer alianzas buscando la unidad pacífica de Italia.

6 Desde noviembre del 67 hasta 1870, Roma, ciudad papal, estuvo defendida por el ejército de Napoleón III de las tropas de Garibaldi por el sur y de Victor Manuel de Saboya por el norte.

7 Es decir, desde el Renacimiento, en que en la *Divina Comedia* (1472) Dante se refiere varias veces a la situación italiana, hasta el Romanticismo en que Giacomo *Leopardi* escribe el canto *All' Italia* (1818). El *Libro de Isaías*, el primero de los de los profetas mayores de la Biblia, clama por una parecida situación de dependencia de Israel.

llora los males de Italia, se lamenta amargamente de su insignificancia militar y política, de su esclavitud, y ni siquiera vislumbra que tal situación puede hallar remedio. Leopardi llora y no profetiza; no ve la redención; parece creer que la miseria y la abyección de un país han de ser interminables. Y, sin embargo, la redención se aproximaba en los días en que el eximio poeta lanzaba con tanta amargura sus ayes elocuentes. Aún no había pasado medio siglo cuando apareció la Italia una, con su cabeza en Roma, la ciudad más ilustre y gloriosa del mundo.

Si Leopardi resucitara y viera el estado de grandeza a que ha llegado la *formosissima donna*,[8] creería padecer una aberración del pensamiento o ser víctima del delirio enfermizo que le atormentó en lo mejor de su vida. Causa en verdad maravilla ver cómo se ha formado en tan poco tiempo esa nación fuerte y rica. La unidad política no es más que el resultado de la unidad de pensamiento en toda la familia italiana, y de este bien inmenso se deriva la firmeza de las instituciones y la regularidad de los diversos organismos del Estado.

Porque Italia ha demostrado su extraordinaria vitalidad no sólo en el establecimiento del principio de la unidad política, sino en la manera de desenvolverla y hacerla práctica. Italia ha sabido crear una administración idónea, una hacienda próspera. Con estos medios y el gran elemento del patriotismo que alienta en todas las clases sociales, ha creado un ejército poderoso y una marina que puede compararse a las más formidables del mundo.

Los que hace veinte o más años visitaban la península sin otro móvil que admirar el arte que ilustra sus gloriosas ciudades y vuelven hoy anhelando renovar las dulces impresiones y refrescar el recuerdo poético de las edades pasadas, encuentran una transformación completa en el país que tales riquezas atesora. Como depositaria de tantos tesoros artísticos, Italia no ha perdido nada; al contrario, ha ganado mucho en el método de conservación de aquellas preciosidades y en las facilidades que ofrece para que el mundo las admire.

La red de ferrocarriles es hoy tan completa que puede visitarse cómodamente toda Italia en breve tiempo. Los billetes circulares abaratan el viaje hasta lo increíble. Sólo falta que el servicio se perfeccione hasta equipararlo al de Francia. Hoy las empresas hacen un servicio bastante bueno dentro de las condiciones premiosas de la vía única; pero la afluencia de viajeros en todas las estaciones del año exige mayor rapidez y comodidad, para lo cual urge el establecimiento de la doble vía, reclamada también por razones de un orden político y militar. Últimamente se ha demostrado que si Italia tuviera que movilizar un ejército en pocos días, no podría hacerlo por insuficiencia de sus medios ferroviarios. Le faltan vías dobles y carece de material suficiente. Pero aun sin contar con las exigencias de una guerra, el movimiento ordinario de viajeros reclama una completa reforma en los ferrocarriles italianos.

Los españoles nos encontramos en Italia como en nuestra propia casa. No sé qué hay allí de común. La raza sin duda, la lengua, las costumbres. La semejanza entre ambos idiomas es tal que más fácilmente se hace entender un español en Italia que en Portugal. Aprendemos el italiano sin gran esfuerzo y nos asimilamos las inflexiones y el acento de

8 *la formosissima donna*: 'Italia' según los vv 9-10 del *All'Italia* (1819) de Leopardi.*

la lengua del Dante casi sin darnos cuenta de ello. Al propio tiempo hallamos paridad tan grande entre las ciudades del mediodía de Italia y las nuestras, que a ratos la ilusión es completa. Las casas parecen las mismas, el campo y los árboles idénticos, la gente idéntica también en el vestir, y más aún en la viveza de la imaginación y en la rapidez un tanto alborotada del lenguaje.

Recorriendo las calles de Nápoles, hay momentos en que cree uno encontrarse en Cádiz, en Málaga o en Valencia. El bullicio de la calle de Toledo es tal, y anda por ella el pueblo tan regocijado y bullicioso, que se creería que al extremo de aquella larga vía hay una plaza de toros y que la corrida va a empezar.

Fuera de esto hay mil cosas que aumentan la semejanza. Si los italianos no tuvieran la gran idea de unidad que les vigoriza y les infunde un concepto elevado de la vida política, se parecerían extraordinariamente a los españoles en la inquietud devorante, así como nosotros si poseyéramos un sentimiento tan vivo como el de sostener la unidad recién conquistada y no exenta de peligros, seríamos quizá tan formales como ellos y tendríamos un patriotismo tan absorbente como el suyo.

La principal atracción de Italia consiste en las riquezas artísticas que guarda. Lo poco que de Grecia nos queda, allí está; la arquitectura civil de Roma tiene allí sus modelos más admirables, y por fin, las artes florentinas y venecianas de la Edad Media y del Renacimiento enriquecen aquel suelo privilegiado. Lo que más asombra en Italia es que el arte existe allí como en un terreno natural. Se le ve y se le respira por todas partes, desde Génova hasta Nápoles, y aunque no existieran en Florencia y Roma los maravillosos museos de *Gli Uffizi,* Pitti, el Capitolio y el Vaticano,[9] no sería menos interesante la visita a Italia. En todas partes hay museos; pero estos tienen siempre un carácter de coleccionismo que no satisface el alma del artista. Este goza más viendo en las calles de Florencia, en sus iglesias y palacios de qué manera tan viva sentían la belleza los antiguos habitantes de las floridas riberas del Arno. Roma no proporciona en grado tan alto las emociones de un medio artístico completo. Es ciudad donde lo grandioso abunda más que lo bello, y donde la esplendidez papal, con ofrecer tantas magnificencias, no llega a igualar la sencillez ingenua y la gracia modesta del arte florentino.

La ciudad de los Médicis,[10] sin tener la opulencia abrumadora de la capital del catolicismo, es el foco de toda la cultura artística y científica en el Renacimiento. Toda ella revela aún el hermoso papel que desempeñó en siglos pasados, y los nombres de Dante Alighieri, Donatello, Miguel Ángel, Galileo y Maquiavelo bastan a ilustrar su nombre. Es Florencia una ciudad que en su recinto modesto encierra memorias y nombres superiores a los de las más orgullosas capitales, y tiene un sello de señorío, un no sé qué de aristocrático que la distingue de todas las poblaciones del orbe y de sus hermanas de Italia.

No me propongo describir las ciudades de la península, pintadas de diverso modo por tantos viajeros. Italia es conocida aun por los que no la han visitado, y las representacio-

9 Los dos primeros están en Florencia, los dos últimos en Roma. Todos serán comentados por Galdós en Cartas posteriores.

10 'Florencia', gobernada por la familia Medici en su época de mayor esplendor.

nes gráficas y descriptivas de sus monumentos son, digámoslo así, del dominio público. ¿Quién no conoce las lagunas de Venecia, la logia de Florencia y la plaza de San Pedro? Se ha escrito tanto de Italia que es difícil y temerario añadir nuevas descripciones a las tan conocidas hechas por las plumas más hábiles de todos los países. Únicamente intentaré presentar algunos puntos de vista, resultado de la observación personal, y así estas cartas contendrán apreciaciones artísticas e históricas enlazadas con los nuevos aspectos que ofrece la moderna Italia transformada por la unidad.

***

No puede desconocerse que en Italia la vida política absorbe gran parte de las actividades. Como país nuevo necesita prestar gran atención a lo que constituye su fuerza. Las obligaciones de potencia de primer orden embargan, digámoslo así, el espíritu de la nación. Su política exterior es delicada y exige que se apliquen a ella extraordinarias facultades. En cambio, la política interior es fácil porque la situación del país en el concierto europeo, estimulando el orgullo nacional y manteniéndolo siempre vivo, suaviza las pasiones y pone freno saludable a la ambición personal. En cambio, creo que el brusco renacer de la política ha influido desfavorablemente en el arte. Italia desmembrada cultivaba las artes todas con más acierto que ahora; pero el germen y la nativa facultad existen siempre en aquel pueblo, y seguramente la actual aparente decadencia es precursora de un nuevo renacimiento. La música y la pintura no ofrecen hoy en aquel país muestras extraordinarias de poder creador. La escultura misma, que es en cierto modo el arte genuinamente italiano, no parece hallarse en un grado de brillante desarrollo a pesar de las excelentes obras que encierra, entre mucho mediano, el camposanto de Génova. La literatura dramática no sobresale tampoco, aunque este fenómeno no es propio de Italia, sino general y característico de toda Europa.

Los demás ramos del arte literario sí florecen allí; pero no sería aventurado afirmar que el considerable desarrollo del periodismo perjudica la producción literaria. La vida política es absorbente. La práctica de la libertad, después de largos períodos de oscuridad, quietismo y opresión, debilita, sin género de duda, las energías de la inspiración literaria, lo que prueba que la libertad constitucional no es el mejor de los mecenas. Pero el arte, en una forma u otra, siempre vive, aunque no se manifieste, y de pronto surgen inesperadas formas y aspectos del mismo.

Italia se encuentra en el terreno político en una situación excepcional y única, por sus relaciones con el papado. Este, vencido, reside en la misma capital, y aunque sus esperanzas de rehabilitación no deben de ser muy sólidas, sostiene lucha implacable con el poder que le ha destronado. De aquí que la política exterior de Italia se subordine siempre a la eterna y magna cuestión. La idea de reconciliar los dos poderes, por generosa que sea, no encuentra fácilmente prosélitos, y la división en *negros* y *blancos* es cada día más radical.[11]

11 *Negros y blancos*: 'partidarios del poder temporal del papa y partidarios del estado liberal'.

Pero hay que observar que los *negros* del orden civil disminuyen de día en día. Hasta las grandes familias históricas que se propusieron ser fieles al papa en la desgracia, van dejando de serlo, porque las nuevas generaciones se educan en ideas muy distintas de las de los antiguos Colonnas, Dorias y Borgheses.[12] Es que el estado italiano posee en las instituciones militares un gran medio de atracción.

La nobleza joven se inclina naturalmente a ceñir la espada y busca ingreso en el ejército y la marina. El papa, reducido al dominio puramente espiritual, tiene una gran desventaja ante su enemigo, y es que sólo puede ofrecer a la juventud noble o plebeya la carrera eclesiástica. Este hecho indudable es por sí un argumento de fuerza contra el poder temporal.

La lucha, pues, va siendo cada día más desigual. Italia gana terreno y el papa lo pierde. La juventud italiana no se presta a engrosar las filas poco brillantes por cierto de la Guardia Noble Pontificia. Para colmo de desgracia, el papa no puede tampoco atraer a la nobleza con el aliciente de la cámara diplomática, porque la representación del pontificado en las naciones católicas es eclesiástica.

En cuanto a la reconciliación, hay en Italia quien la desea sinceramente, y en elevadas regiones no escasea este sentimiento; pero tal como están hoy las cosas, es sumamente difícil, si no imposible. Junto al pontífice hay elementos que la rechazan con indómita energía, y si el mismo León XIII abrigara sentimientos conciliadores, perdería de fijo su autoridad. Al propio tiempo, la prensa radical italiana, extremando su ataque al Vaticano y abusando en cierto modo de las prerrogativas del vencedor, imposibilita la concordia.

El papa no pierde ocasión de formular sus agravios esperando apoyo de las naciones extranjeras, sean o no católicas. Quizás se resignaría a la renuncia formal de sus estados con tal que le dejaran a Roma; quizás, extremando las cosas, se contentaría con poseer el territorio del Borgo y Trastevere;[13] pero los italianos no ceden en esto, y para ellos toda Roma es capital de Italia. El papa se ha lamentado recientemente en un documento público de que Humberto I haya llamado al Quirinal *mi palacio,*[14] y califica de despojo la ocupación de los edificios de Roma. Sabido es que el gobierno italiano no ha dejado al papa, fuera del Vaticano, más que el de la Cancillería. Todos los demás están ocupados por oficinas. El Colegio Romano, guarida de los jesuitas, está ocupado por un instituto de enseñanza laica, y en el mismo Gesú, donde se conservan las Cámaras de San Ignacio, no hay ya ni rastros de su destino religioso.

Pero es difícil que el gobierno de Humberto I pueda ya volver atrás, desandando lo andado en el camino de la ocupación. No se ve, pues, salida al conflicto, y cada día que pasa van desapareciendo en Roma las huellas de la dominación papal. Los italianos, que blasonando de muy patriotas, respetan la personalidad venerable del papa, formulan un argumento que no tiene réplica: "Desde que el jefe de la Iglesia —dicen— ha perdido la soberanía temporal, su poder espiritual, lejos de disminuir ha aumentado considerablemente. En el gobierno de la Iglesia nada revela que el sumo pontífice esté privado de

12 Familias nobles, influyentes y poderosas en Roma entre la Edad Media y el siglo XVII.

13 Barrios de Roma.

14 Véase 48, n. 5.

libertad, y está plenamente demostrado en la práctica que para ejercer la soberanía sobre las conciencias de los católicos, no hacen falta a su santidad estados ni cosa que lo valga. Al contrario, la administración civil, el régimen político con las profanidades que trae consigo, son un estorbo para el poder moral ejercido por el sucesor de san Pedro. Por lo demás, nunca ha sido más venerada la persona del papa ni su autoridad espiritual más ampliamente reconocida y acatada."

Pero a estas razones contestan los partidarios del poder temporal con otras de carácter histórico y político que revelan la naturaleza puramente humana de esta contienda. Nadie que ha ejercido un poder cualquiera se resigna a perderlo, y no reconociendo la Iglesia el principio de la soberanía nacional, como lo reconoce y acata la escuela moderna, difícilmente habrá más solución que la que den el tiempo y la consumación de los hechos. El poder temporal del pontificado pertenece a la historia. Le llegó su fin como a otras instituciones, y no hay fuerza humana que lo resucite.

La reciente visita del emperador de Alemania al rey Humberto ha fijado la atención de Europa, porque se ha visto en ella una consagración solemne de la Triple Alianza. Pero el homenaje de cortesía tributado por Guillermo a su santidad no ha podido reverdecer las esperanzas de los partidarios del poder temporal.

El emperador luterano y el jefe de los católicos han cambiado las urbanidades propias de los soberanos, sin que de ellas pueda desprenderse nada que indique un cambio de la situación de las cosas. Y se comprende que así sea, pues no sería Italia aliada sincera de Alemania si ésta no prometiese guardar la preciada unidad. El Vatica- no, donde hay diplomáticos de mucha perspicacia, hubo de comprenderlo así, y para éstos, la visita de Guillermo a su santidad debió de ser una fórmula de etiqueta abso- lutamente estéril, y un acto de cortesía exigido por las circunstancias y quizá molesto para una y otra parte.

B. PÉREZ GALDÓS

110

LP, 8/12/1888

DE VUELTA DE ITALIA

SUMARIO: La frontera del Vaticano —Los soldados del papa —La Capilla Sixtina —El techo y el *Juicio final* —Miguel Ángel —Carácter peculiar de las obras de este maes-tro —El *David* y el *Moisés* —Rafael —*La Cámara de la* signatura —Bacio, Bandinelli y Bernini —Las antigüedades griegas y romanas del Vaticano —El Belvedere —La Biblio- teca —Las salas de los Borgias —Alejandro, Lucrecia y César Borgia —La Pinacotecadel Vaticano.

Santander, 4 de noviembre de 1888.

Señor Director:

La frontera entre los actuales dominios del papa y el reino de Italia está en el *portone di bronzo,* la entrada del Vaticano por la plaza de San Pedro. En la parte de fuera se ven los polizontes y carabineros del rey Humberto; en la parte interior los suizos del papa, vestidos con el pintoresco uniforme amarillo, negro y rojo dibujado por Rafael. A poco de traspasar la frontera, se encuentran los gendarmes del pontífice, cuyo traje de diario es por el estilo del de la gendarmería francesa, y el de gala muy parecido al de la guardia imperial de Napoleón, con la enorme gorra de piel que les da un aire muy vistoso y marcial. La guardia pontificia de infantería recuerda la infantería francesa y los guardias nobles de caballería son las tropas más desairadas que tiene el papa. Su aspecto es de ópera cómica. Esta guardia acompaña y custodia a su santidad, cuando pasea en coche por los jardines del Vaticano. Los más fervientes partidarios del poder temporal verían con gusto que esta guardia fuese suprimida. No sirve absolutamente para nada, y es una carga abrumadora del tesoro pontificio.

Subiendo la *scala pía* se llega al patio de San Dámaso, y de allí parte la escalera que conduce a las habitaciones privadas de su santidad. Antes de llegar a ella, hay que pasar por multitud de salas donde se ve que la corte del Vaticano continúa siendo una de las más fastuosas de Europa. Por todas partes se ven uniformes magníficos, libreas y sotanas elegantes. Pero las habitaciones de León XIII son modestas, y su ajuar no supera al de cualquier residencia de la clase media.

El Vaticano es una aglomeración de edificios de diferentes épocas, ocupando espacio igual al de una mediana ciudad. Se ven en algunos patios, trozos que pertenecen a la Edad Media; pero el Renacimiento y los dos siglos últimos, prevalecen en la mayor parte del inmenso edificio. Para verlo y conocerlo medianamente, se necesita mucho tiempo. Encierra las colecciones artísticas más hermosas del mundo, y las artes suntuarias tienen ahí los ejemplares más admirables que se conocen.

Si al entrar por el *portone di bronzo*, en vez de tomar hacia la derecha para subir por la *scala pía,* seguimos hacia la *scala regia*, llegaremos a la Capilla Sixtina y de aquí a las estancias Sala Ducal, Sala de Constantino y Capilla de Nicolás V. Las maravillas de arte que esta parte del Vaticano encierra, son de tan notoria celebridad que todo el mundo tiene de ellas noticia, aún sin haberlas visto; pero la impresión que su vista produce, no puede transmitirse, y aunque sean conocidas de toda persona ilustrada, las pintura de la Capilla Sixtina, por ejemplo, solo pueden apreciarlas bien los que han penetrado allí.

Generalmente se llega a Roma después de haber estado en Florencia y Venecia. El viajero lleva ya su espíritu saturado, digámoslo así, de emociones artísticas. A fuerza de ver perfecciones prodúcese en él una especie de empacho, y no es de extrañar que sean miradas con indiferencia algunas obras capitales. A pesar de esto, la contemplación de la Capilla Sixtina y singularmente de su incomparable techo confunde y anonada. Es una de las obras más asombrosas que ha producido el ingenio del hombre, una verdadera creación en el sentido más concreto de la palabra. En ninguna de las obras de Miguel Ángel se ve, como aquí, el poder de su ingenio robusto, en el cual parece que se aúnan milagrosamente el paganismo y la fe cristiana. Es la más hermosa página teológica que se ha compuesto en

honor del dogma, y todas las literaturas de los santos padres palidecen ante esta inspirada composición simbólica. Las tres artes en que Miguel Ángel fue maestro aparecen ahí en admirable armonía, de tal modo que parecen una sola. Arquitectura, escultura y pintura forman conjunto estético de tanta hermosura que la vista fascinada no puede apartarse de la composición.

Las sibilas y profetas, sirviendo como de marco a las representaciones del *Génesis* y destacándose por el vigor de los escorzos y su atlética musculatura, nos presentan los asuntos bíblicos con más energía que la *Biblia* misma. Es una ilustración que casi supera en majestad y grandeza al texto mismo.

El *Juicio Final* nos muestra una concepción extraña del terrible dogma. Allí Miguel Ángel se apartó brusca y gallardamente de la tradición y de cuanto habían hecho sus predecesores. ¡Qué diferencia entre esta pintura y las de igual asunto que decoran el camposanto de Pisa! En estas la misma ingenuidad les da un sentimiento dramático y humano que facilita su comprensión. En el *Juicio* de la Capilla Sixtina, la composición es más abstracta y la ciencia del diseño y escorzo está más en armonía con el concepto teológico del asunto que se representa. El desnudo prodigado por el artista con devoción pagana le da mayor grandeza. Pero con ser tan hermoso y valiente este fresco, no cautiva tanto como el techo con su elegantísima distribución arquitectónica y las actitudes admirables de las figuras que al mismo tiempo enlazan y dividen los compartimentos. Estos, al modo de cantos de un poema si separadamente se admiran, más admiración causan unidos. Después de contemplar esta obra maestra todas las demás pinturas que el Vaticano encierra, sin exceptuar las celebradas Estancias de Rafael, palidecen.

Los frescos de la Sala de la Signatura son los que mejor se defienden de la comparación. La *Escuela de Atenas*, *La disputa del Sacramento* y las graciosas figuras de *La Teología*, *La Poesía* y *La Jurisprudencia* nos ofrecen una interpretación más humana de las ideas. Lo que allí se representa parece que está más al alcance de nuestra inteligencia y las figuras tienen en cierto modo más parentesco con nosotros; pero la impresión es, quizás por esto, menos honda. Lo de Miguel Ángel es único. Sus ideas son grandes y sencillas como las de los profetas, y las representa por medio de tipos que parecen pertenecer a una raza humana superior a la nuestra. En suma, las Estancias de Rafael, con ser tan hermosas, gustarían más si no estuvieran tan cerca de la Capilla Sixtina. En ellas resolvió el gran artista los problemas más arduos de composición, según se la entendía en su tiempo. Su dibujo es acabado, más correcto que el de su rival; pero no tiene los gallardos atrevimientos de este. Miguel Ángel tenía el don singular de atreverse con la misma naturaleza y contrariar con osada arrogancia sus principios dentro de cierta medida, resultando las más de las veces que los modificaba a su antojo y realizaba el milagro de producirse la belleza detentando aquellos mismos principios.

Esto se ve más claramente en las esculturas de aquella mano magistral que se conservan en Roma y Florencia. El *David* está lleno de incorrecciones; pero tiene tanta vida que aquellas apenas se advierten, y el *Moisés,* verdaderamente monstruoso por sus desproporciones, y su anatomía, es de todas las estatuas del Renacimiento la que produce impresión más honda. Fue hecha para el sepulcro de Julio II en San Pedro Advíncula, una de las

iglesias más insignificantes de Roma. El sepulcro no se concluyó, y la estatua destinada a ocupar en aquel monumento un lugar secundario, está colocada en el centro de una decoración sobria, a poca altura del suelo.

No es preciso describirla. ¿Quién no conoce las reproducciones de esta figura imponente, con su barba inmensa, su actitud majestuosa y la expresión severa de su frente con cuernos? Es de las cosas que una vez vistas, no se pueden olvidar nunca. Entré en San Pedro Advíncula a la caída de la tarde. La iglesia estaba medio a oscuras, sin un alma. No se oía más ruido que el que hacía el sacristán con el manojo de llaves disponiéndose a cerrar la puerta. Acerqueme al brazo derecho del crucero, y al ver a Moisés, en la impresión que sentí se mezclaba al asombro, un terror inexplicable. Parecíame que la severidad expresada en aquel mármol con rasgos tan enérgicos pertenecía a la vida real y que de aquellos labios fríos iban a brotar palabras de ira. Jamás el arte ha simulado los caracteres del espíritu y la expresión de la vida con mayor intensidad. Aquel mármol vive, aquella cabeza piensa, aquellas manos se van a mover, y aquel corpachón desmedido se va a erguir en su asiento. Y cuando se levante, de fijo tocará con su cabeza el techo de la iglesia, porque es inmenso y la grandeza en él expresada, aumenta sus colosales dimensiones,

En la *Pietá,* que adorna una de las capillas de San Pedro, Miguel Ángel se muestra más humano, más comprensible. Llaman los italianos *Pietá,* al grupo de la Virgen María con Cristo muerto, que nosotros llamamos la Soledad o las Angustias. Miguel Ángel ha expresado el patético asunto de la manera más maravillosa, sin incurrir como otras veces, en exageraciones anatómicas. Aquel es un Cristo, y no un Hércules ni un gladiador vencido, y la Virgen, aunque demasiado joven, tiene la suave unción y el dolor resignado con que el cristianismo la representa,

Florencia posee de su escultor predilecto, además del *David*, los dos célebres sepulcros de los Medicis en la sacristía de San Lorenzo. Allí está el célebre *Paesceroso* y las dos estatuas yacentes *EL Día* y *La Noche.* Ignórase el pensamiento del artista en esta obra capital que tampoco está concluida. Los dos monumentos son iguales en su traza y han servido de modelo para todos los sepulcros de papas y reyes. Es que la herencia artística de Miguel Ángel es tal que los siglos que le siguieron han tenido poco que inventar. Le pasa lo que a Beethoven. Ambos dejaron caudal inmenso de ideas a las generaciones que les sucedieron.

Bacio Bandinelli es el primero de los sucesores del gran escultor, pintor y arquitecto florentino. Como Berruguete en España,[1] Bandinelli es en Italia el discípulo predilecto. Conserva la grandeza de la concepción, las formas atléticas y el profundo saber anatómico. Los que vienen después van sustituyendo la energía con el énfasis hueco y adoptando las formas ampulosas para falsificar la majestad. Carecen de la ideación elevada y en cambio marcan los defectos, aquellas imperfecciones que el maestro con su genio poderoso convertía milagrosamente en bellezas. Bernini fue quien más produjo en este género de escultura enfática, y Roma está materialmente plagada de figuras afectadísimas, en violentas posiciones, cubiertas de paños almidonados y huecos.

1 Berruguete estuvo en Florencia donde aprendió de Miguel Ángel, Leonardo y Bramante.

La primera impresión que el viajero recibe en Roma es la de verse como asediado por la turbamulta de figuras de mármol que en fachadas y fuentes, en el exterior y en el interior de las iglesias, ostentan su hiperbólica magnificencia en actitudes académicas. Los apóstoles, evangelistas y fundadores que decoran las soberbias basílicas de San Pedro y San Juan de Letrán parecen los mismos. Todos se parecen, y todos están recitando la misma oda con el propio acento encomiástico y frío. Pronto se familiariza el espectador con esta manifestación repetidísima del decadente genio de Bernini. Los sepulcros papales en San Pedro son casi todos del mismo estilo.

No puede negarse, sin embargo, que si examinadas aisladamente, estas obras cautivan poco el ánimo de quien las contempla, el conjunto que de su multiplicidad resulta, tiene algo de grandioso. Obra de lujo más que de belleza, la decoración de templos y plazas infunde ideas de poder y magnificencia. Por lo demás, no se puede desconocer el talento de Bernini, hombre de tan prodigiosa fecundidad que no se concibe produjera tanto sin colaboradores. Era también arquitecto, y si legó a la posteridad una escuela de mal gusto que después engendró los desvaríos de Borromini, no se puede desconocer que trazó algunas construcciones muy bellas, como la columnata de la plaza de San Pedro que lleva su nombre.

Aquí termino esta digresión sugerida por Miguel Ángel y vuelvo al Vaticano, tesoro de preciosidades antiguas así paganas como cristianas. Es realmente extraño que la conservación de las más bellas obras del gentilismo se deba a los papas, y que la residencia del jefe del catolicismo sea el depósito de las simbólicas imágenes con que los pueblos de Grecia y Roma rindieron culto a la naturaleza. La soberbia colección de esculturas formada por los papas y enriquecida por Clemente XIV y Pío VII, es la primera del mundo, y la más hermosa muestra de aquella civilización potente, vencida y aniquilada por el cristianismo en el terreno moral; pero victoriosa siempre y jamás olvidada en el del arte. Las obras maestras que atesoran las galerías del Belvedere son innumerables. Entre ellas están las célebres estatuas del *Apolo, Laocoonte,* el *Discóbolo, Antinoo,* la *Venus en el Baño*, originales de artistas griegos o copias excelentes de las mejores obras de Atenas y Rodas. La estatuaria puramente romana no es menos apreciable, pues si como expresión de la belleza carece de originalidad, tiene el interés de ofrecernos retratos perfectos de los principales personajes del tiempo de la república y del Imperio. La escultura era en Roma un arte popular, y el principal elemento decorativo de los edificios públicos y privados. Las estatuas y grupos que hoy nos admiran en el Museo Pio Clementino decoraban las salas de las termas, las naves de las basílicas, quizás el peristilo de cualquier casa patricia.

Se multiplicaban las copias de las estatuas célebres de Mirón, Polydectes y Lissipo,[2] y debieron existir en los últimos tiempos de Grecia y en los florecientes de Roma multitud de artistas que trabajaban estas copias con extraordinaria perfección. Andando los siglos, y cuando las catástrofes sucesivas del mundo romano ante la invasión material de los bárbaros y la invasión moral del cristianismo, sepultaron en el polvo y en el olvido monumentos y palacios, a la Iglesia, alojada en la ruina de aquel gran pueblo, correspondió el desenterrar las obras maestras del arte y conservarlas, como desenterró y conservó el tesoro de las letras clásicas.

2 Escultores de la Grecia clásica.

Todos los mármoles que el Vaticano encierra son hallazgos de la Iglesia al socavar las ruinas, sobre las cuales vivía. Y en la esfera del arte, el paganismo y el cristianismo aparecen tan unidos, que la transición entre una y otra idea se advierte con dificultad. En Roma, las representaciones simbólicas del cristianismo en los primeros siglos revelan claramente su parentesco con las formas paganas, hoy desenterradas, y que en la alborada del cristianismo estaban a la vista de todo el mundo en la ciudad de Augusto y de San Pedro, en la capital de las dos Romas, la cesárea y la papal.

La diferencia enorme que hoy observamos entre las formas que representan el naturalismo gentil y la que consagró después la iconografía cristiana, no debieron existir cuando se verificaba la más grande revolución moral que ha conocido el mundo.

Si de las galerías del Belvedere pasamos a la biblioteca, vemos la más rica colección de manuscritos que en Europa existe: códices escritos en lenguas que solo entienden media docena de sabios, rarezas bibliográficas de inestimable precio, y al lado de esto, antigüedades cristianas y joyas de incalculable esplendor. Allí se ve la inmensa riqueza de la corte papal. Sólo con los objetos religiosos regalados a los dos últimos pontífices Pío IX y León XIII se puede formar un museo colosal que contenga muestras hermosísimas de la industria suntuaria en todos los ramos. El gran salón llamado *Braccio Nuovo* contiene los más raros manuscritos y las más preciadas obras de arte. Las estancias, llamadas de los Borgias, porque en ellas habitaron los papas españoles Calixto III y Alejandro VI, son de las más bellas del Vaticano y sus frescos, obra de Perin del Vaga, admirables de composición y colorido. Sobre una puerta se ve cierta imagen de la Virgen, que la tradición señala como el retrato de Lucrecia Borgia, hija de Alejandro y esposa del duque de Ferrara. Era hermosa mujer realmente, digna de reputación más honorable de la que tiene, quizás injustamente.

Por fortuna para ella, como para su padre, el siglo presente ha emprendido una campaña de rehabilitación, que no sé si será exagerada en sus conclusiones. En Roma misma, he visto y tratado a una persona eruditísima, familiarizada con los archivos del Vaticano, la cual defienda a nuestro paisano Alejandro con tal entusiasmo que no solo le absuelve de la infinidad de crímenes que se le atribuyen, sino que le disputa y proclama como uno de los papas más excelsos y que con más brío y talento ha gobernado la Iglesia. En cuanto a Lucrecia, el citado apologista, apoyándose en documentos irrecusables, la presenta como mujer honesta, adornada de los más raros talentos, conocedora del latín y del griego. No rechazo ni apadrino estas afirmaciones, si bien me inclino a creer que no fue Lucrecia tan mala como nos la pintan en dramas y novelas, ni quizás tan buena y sabia como sus novísimos panegiristas la presentan. A su hermano César, también le han salido defensores. Pero está tan clara la historia en lo referente a este singular personaje, que no ha de variar notablemente su fama de crueldad, libertinaje y soberbia, unida a la de un valor temerario y otras cualidades brillantes.[3]

La Pinacoteca formada con excelentes cuadros, en su mayoría de escuelas italianas, contiene la célebre *Transfiguración* de Rafael, la *Comunión de San Jerónimo* del Dome-

3 *una persona eruditísima… crueldades brillantes*: es posible que se trate del abate romano al que Galdós alude en sus *Memorias*.*

nichino y diversas obras maestras de Mantegna, Bellini, fra Angelico, Perugino, etc. La sinceridad me obliga a decir que los lienzos de Mantegna y Bellini me parecen lo mejor de esta rica colección, y que los creo superiores a la tan ponderada *Transfiguración*. Esto será quizás una herejía artística; pero como lo pienso, lo digo. Para desenvolver esta idea, me sería preciso exponer algunas observaciones y juicios sobre la pintura italiana; pero me falta espacio para ello en esta carta, y se quedará para alguna de las sucesivas.

B. PÉREZ GALDÓS

III
LP, 15/12/1888

SUMARIO: La manifestación contra los conservadores —Alborotos de Zaragoza y Sevilla —Discurso del señor Cánovas en estas poblaciones y en el círculo conservador —Contramanifestación de los amigos del señor Cánovas en Sevilla —Palos y bofetadas —La silba en Madrid —Intervención de los estudiantes —Recuerdo de los sucesos universitarios del 84 —Injerencia de elementos díscolos en la manifestación —Presencia de ánimo del señor Cánovas del Castillo —Intemperancia de algunos de sus amigos —Demostraciones populares ante las redacciones de los periódicos —Voces subversivas —Carácter político de la manifestación —Conducta de las autoridades de Madrid —Temores de que el alboroto se reproduzca —Exageraciones de los conservadores —Merecimientos del señor Cánovas del Castillo —Los estudiantes se encuentran más tranquilos —Tentativas de coalición republicana —No se realiza.

Madrid, 17 de noviembre de 1888.

Señor Director:

Había empezado una carta continuando las observaciones e impresiones sobre Italia, cuando ocurren aquí acontecimientos que me obligan a suspender aquel trabajo para dar la preferencia a cosas menos *g*ratas, pero de más oportunidad. Aunque no me encontraba en Madrid el día de la manifestación contra los conservadores y singularmente contra el ilustre jefe de este partido, señor Cánovas del Castillo, puede referir con bastante exactitud lo ocurrido,[1] y lo que es más importante, apuntar las causas y el verdadero sentido de estos desagradables sucesos.

La manifestación del día 11 ha sido precedida de otras análogas en Zaragoza y en Sevilla,[2] y todas ellas han consistido en ruidosas serenatas de pitos, siendo pocas y de escasa importancia las agresiones materiales. El origen de esta agitación contra los conservadores

1 Varios diarios podrían ser fuente de don Benito ya que reproducen con detalle la manifestación del 11 de noviembre en Madrid. *El Imparcial* del día siguiente, por ejemplo, bajo el titular "Manifestación tumultuosa contra el Sr. Cánovas", le dedica toda la primera plana.

2 La manifestación de Zaragoza tuvo lugar el 19 de octubre; la de Sevilla el 7 de noviembre.

hay que buscarlo en el discurso político del señor Cánovas en Barcelona,[3] oración de tonos un tanto vivos; pero que, ni por el tono ni por las ideas, justificaba lo que ocurrió después. Probablemente no habrían pasado de aquí las cosas si el señor Cánovas, siguiendo el consejo de algunos amigos suyos, hubiera prescindido del viaje a Zaragoza, donde se mantienen vivos los apasionamientos que produjo la discusión del ferrocarril de Canfranc, al cual se opuso el jefe de los conservadores,[4] fundado en razones estratégicas. Lo cierto es que en Zaragoza fue recibido el señor Cánovas con silbidos y protestas a que no estaba acostumbrado, y que realmente desentonaban bastante en esta atmosfera de tolerancia en que vivimos. Por tratarse de un hombre eminente que ha ocupado los más altos cargos de la nación, como estadista y como orador, la manifestación de Zaragoza no agradó a nadie, con excepción de aquellos elementos a quienes complace toda turbulencia cualquiera que sea su sentido.

Al llegar a Madrid, el señor Cánovas expresó su disgusto en un discurso pronunciado en el Círculo Conservador, más violento y duro que el de Barcelona, con apreciaciones bastante acres acerca de la política liberal, y marcando cierta solidaridad entre las ideas conservado*ras* y la institución monárquica, para deducir que los agravios inferidos a las primeras recaían totalmente sobre la segunda. Poco después, emprendió el jefe de los conservadores un nuevo viaje, dirigiéndose a Andalucía con objeto de inaugurar el ferrocarril de Zafra a Huelva.[5]

Nada ocurrió en este acto que pudiere ser desagradable para los expedicionarios; pero al llegar a Sevilla, reprodújose la algarada de Zaragoza, tomando ya un carácter más grave. Es el caso que sabedores los conservadores sevillanos de que se preparaba la silba, organizaron una contramanifestación disponiéndose a rechazar el ultraje a bastonazos. Cuentan testigos presenciales que los silbantes de la estación de Sevilla en el momento de llegar el señor Cánovas eran pocos, chiquillos en su mayoría; pero que la turba engrosó considerablemente, cuando los amigos del jefe conservador empezaron a repartir palos. Hubo escenas lamentables frente al palacio en que residía el señor Cánovas, la autoridad intervino, según unos con eficacia, según otros con escasa fortuna.[6]

Al fin se pudo evitar que la colisión tuviera un carácter sangriento, lo que es bastante conseguir en estos casos, y que las pasiones se calmasen. Hubo algunas contusiones; pero nada más. La guardia civil se limitó a cortar el paso de los revoltosos sin acudir al argumento terrible de las armas, y por fin salieron de Sevilla el señor Cánovas y su séquito, sin que se planteara una grave cuestión de orden público.

Pero aún faltaba lo de Madrid, donde hay siempre quien tenga interés en dar proporciones a toda agitación, darle un carácter grave y explotarla con fines políticos. Ya en

3 El discurso, pronunciado en la Exposición de Barcelona, inició el giro hacia el proteccionismo del partido conservador.*

4 También esto pudo leerlo Galdós en los periódicos del 21 de octubre.*

5 Allí brindó "por la reina regente… yo, monárquico entre los monárquicos, jefe de un partido cuyo principio fundamental es la monarquía… ¡Mal hayan los que pretenden perturbar fiestas!"

6 Coincide Galdós, aunque con más aparente equidad, con *El imparcial*. *

Sevilla tomaron parte activa los estudiantes, recordando las turbulencias escolares del 84,[7] promovidas por el señor Pidal, y como entre la comitiva iba también el señor Villaverde, que tanta parte tuvo en aquellos sucesos, no fue difícil que la algarada hallara eco en las demás universidades y singularmente en la de Madrid. Hay motivos para creer que los estudiantes de esta capital no se lanzaron con absoluta espontaneidad a esta manifestación; ni podemos admitir que sea lógico y oportuno conmemorar de modo tan ruidoso sucesos ya olvidados. Lo que ocurrió en Madrid en noviembre de 1884 no debe contarse tampoco entre los sucesos que por su carácter sangriento o por otras causas debe vivir eternamente en la memoria de los pueblos. Por estas razones, la agitación de los estudiantes ha parecido a muchos harto ficticia. Lo que hay es que los discursos del señor Cánovas en Sevilla y Córdoba eran a propósito para dar ánimos a los manifestantes y aun para hacerlos simpáticos, siempre que no rebosaran la medida de una demostración inocente. Pero estas cosas van siempre más lejos de lo que sus mismos autores se proponen. No faltan nunca personas aviesas que se ingieren con maña entre las turbas estudiantiles y las llevan por caminos peligrosos. Hubo en la mañana del domingo silbidos, gritos para todos los gustos, y algunos actos reprobables de las autoridades.

El señor Cánovas paso entre la turba de silbantes demostrando gran presencia de ánimo, sin perder su serenidad ni un solo momento. De algunos de sus amigos se cuenta que se acaloraron más de lo que el caso requería. Los manifestantes repitieron sus demostraciones ante las oficinas de los periódicos más caracterizados del partido;[8] pero no pasaron a vías de hecho. En general, puede asegurarse que el lamentable alboroto del domingo más bien debe considerarse como broma pesada y de malísimo gusto que como algarada política. El aspecto de las muchedumbres que llenaban el paseo del Prado no era ciertamente el de las turbas airadas y fanáticas cuya presencia en las calles produce sobresalto y consternación en todas las clases. A poco de verificar la manifestación, Madrid presentaba su aspecto ordinario. No hubo el menor síntoma de alarma en este vecindario que es por tradición y por tristes experiencias bastante asustadizo. Respecto a las voces subversivas que en algunos sitios se pronunciaron, varían mucho los pareceres; pues los conservadores declaran haber oído horrores sin cuento, repetidas aclamaciones antimonárquicas. Los que asistieron con serenidad al acto, presenciándolo como meros curiosos, sostienen que las voces subversivas fueron pocas, aisladas y sin importancia, dominando exclusivamente el tumulto y las protestas contra los conservadores.

***

Pero ya se considere el hecho como simple alboroto, ya como verdadera asonada con tendencias revolucionarias, no puede negársele la significación política. Se la dan los conservadores al sostener que la institución monárquica ha sido agraviada en la persona res-

7 Véanse 27 y 28.

8 *La época*, *La Unión*, *El español*,...

petabilísima del prohombre de la Restauración; dánsela mayor aún los partidos avanzados[9] suponiendo que con estas cosas el partido que acaudilla el señor Cánovas ha pasado a la historia y no puede volver a dirigir los negocios públicos. Entre estas dos exageraciones, la realidad y el sentido común restablecen las cosas en el estado que tenían antes de los discursos arrogantes de Zaragoza y Sevilla, y resulta que ni la institución monárquica ha padecido nada, ni hay motivos para declarar la incapacidad política de los conservadores.

No se puede admitir que un partido que representa considerables intereses sociales quede anulado por un hecho de esta naturaleza. Si tal se admitiera, veríamos todos los días eliminaciones semejantes obtenidas con procedimientos parecidos, y concluiríamos con que la política no se haría en el parlamento ni por medio del lenguaje hablado y escrito, sino en las calles teniendo por lenguaje los silbidos.

Además, estas manifestaciones rara vez expresan la opinión. Ya sabemos cuan fácilmente se alborotan los estudiantes y que aparato tan encrespado y ruidoso toma cualquier demostración escolar. Ni puede tampoco la autoridad desplegar energía ante estos desahogos de la juventud inexperta. La severidad sería contraproducente. La represión por medio de las armas traería una catástrofe. Lo mejor que puede hacer la autoridad es dejar pasar la oleada infantil y obtener por la persuasión que no vuelva a hincharse.

Juzgando con frialdad estos sucesos, no puede desconocerse que las autoridades de Madrid han procedido cuerdamente. Eso de dar cargas de caballería y de disolver las manifestaciones a sablazos y a tiros, se dice muy pronto; pero en la práctica tal procedimiento ofrece dificultades enormes. Desde el momento en que se derrama sangre las pasiones se exacerban, los rencores estallan y los temperamentos más serenos se lanzan a la lucha. Solo en el caso de que las algaradas se repitieran tomando un carácter sistemático, debe la autoridad emplear la fuerza. Pero hasta ahora no hay síntomas de que se intente repetirlas, aunque muchos lo desean y hacen esfuerzos sobrehumanos por encender el ánimo de los silbantes.

Los republicanos no ocultan sus ganas de que haya más funciones como la del domingo y de que se ultraje cada día a un personaje importante. Creen ellos que por este camino puede llegarse al fin que desean, sin reparar en lo peligroso del procedimiento, más peligroso aún por sus condiciones de facilidad. Cállense para siempre los pitos, pues si no, quizás les toque oír esta discorde música a los mismos que la dirigen hoy. Deploran algunos en el fondo de su alma que en los sucesos de estos días no hubieran ocurrido desgracias irreparables, muertes, violencias y escándalos gordos. Por eso quieren que se repita la gresca, esperando que la imprudencia dé sus naturales frutos y que el alboroto se convierta en motín sangriento y este en deshecha revuelta.

Los partidos extremos son auxiliados en esta campaña por la prensa conservadora, que se produce en tonos violentísimos, queriendo hacer creer que se acerca el fin del mundo o poco menos. Como entre los conservadores no faltan tampoco cabezas exaltadas, algunos han hablado de *retraimiento*:[10] pero es de creer que se vayan serenando los ánimos y que

9 *los partidos avanzados*: 'los partidos situados a la izquierda del partido liberal'.

10 Medida política de partido consistente en no participar en instituciones ni elecciones como protesta.

la cuestión se trate en las Cortes con relativa frialdad. Las sesiones de la cuarta legislatura empiezan el 30,[11] y es de creer que tendremos discusión sobre la silba para todo el mes de diciembre y parte de enero.

Porque no hay idea de lo que se prolongan aquí estas retoricas políticas, sobre todo si se trata de algo que afecte al prestigio y representación de las personas. Las cuestiones de principios, cuando no afectan a cambios de ministerio o cuando no envuelven la terrorífica idea de crisis, pasan sin dificultad en discusión serena; pero como se interponga un caso de responsabilidad personal de algún ministro o de todo el gabinete, ya podemos echarnos a temblar, porque de seguro intervienen todos los oradores de talla, todos los que hablan medianamente, y algunos ¡ay! que lo hacen bastante mal.

Dejando aparte el carácter político más o menos artificial que ha querido darse al alboroto del domingo, es lamentable que tales demostraciones recaigan en persona tan eminente como el señor Cánovas del Castillo, el cual no es popular ni puede serl*o* por la índole propia de sus principios; pero que merece consideraciones de todo el mundo y las ha tenido siempre, y las tiene, y las tendrá, suceda lo que sucediera. Aunque entre el vulgo haya quien procure extender la idea de equiparar la personalidad política del señor Cánovas a la de un González Bravo, o un conde de San Luis,[12] este disparate no puede prevalecer. Además si como político tiene y puede tener el jefe de los conservadores, muchos enemigos, como orador parlamentario, despertará siempre entre unos y otros, la más grande admiración. Su conocimiento profundísimo de todas las cuestiones, su experiencia en las lides oratorias, su palabra enérgica, correcta, elegante y su argumentar claro y contundente, le dan dentro del Parlamento fuerza muy grande haciéndole poderoso como jefe de grupo y temible como adversario. Pero este hombre tan experto, dotado de las cualidades más extraordinarias como hombre de gobierno y director de un gran partido, no puede vencer en ciertos casos el ímpetu de su temperamento meridional y apasionado.

La frialdad necesaria a todo hombre político suele faltarle cuando más la ha menester y en los sucesos recientes no tuvo serenidad bastante para sobreponerse a la injurias de Zaragoza y Sevilla. Personas que le admiran y le quieren bien, censuran su excursión a Andalucía, indicando que estas viajatas de propaganda cuadran más a los partidos liberales que a los conservadores.

La acritud con que combatió el sufragio universal,[13] anunciando la venalidad de los ciudadanos que van a gozar de aquel derecho, ha parecido inspirada por la pasión. Estas apreciaciones no se armonizan con las que el mismo orador hiciera en las últimas Cortes sobre puntos delicadísimos,[14] como la cuestión de las reformas militar y otras. Aquellas produjeron general admiración; estas no parecen obra del mismo pensamiento.

11 *de la cuarta legislatura*: la cuarta desde que gobierna el partido liberal. Véase 95 n. 10.

12 Presidentes del Consejo de ministros del partido moderado durante el reinado de Isabel II, que se distinguieron por su ideología de extrema derecha.

13 Recuérdese que el *sufragio universal* era una de los proyectos esenciales del partido liberal.*

14 *últimas Cortes*: última legislatura antes de su clausura el 6 de noviembre de 1888.

Ni se comprende que un hombre de tantísima autoridad dentro de su partido, autoridad por cierto bien ganada y hábilmente sostenida, haya cedido a las impaciencias de la gente de tercera y cuarta fila, que a los tres años de alejamiento del poder se muestra inquieta y sediciosa, reclamando a todo trance el gobierno como se reclama un derecho, y amenazando con arrogancias irrespetuosas a chicos y grandes si no se les da en plazo breve. Todos los partidos tienen su vulgo, su masa oscura y levantisca que los compromete en el poder, y en la desgracia los precipita a grandes errores; pero en el conservador, más que en los otros, debiera ese vulgo estar sojuzgado, porque en ninguno es tan visible y omnipotente la autoridad del jefe.

Por fortuna los ánimos se van calmando, y ya es seguro que no se repetirá la función, como se creía, el próximo día 19, aniversario de los sucesos universitarios del 84. Los estudiantes están ahora haciende gala de sensatez, y discurriendo sabiamente, han acordado asistir a las aulas en dicho día, renunciando a toda demostración tumultuosa. Los periódicos conservadores continúan atacados de fiebre, sin tendencia de sedación; pero al fin se les bajará la temperatura. Entre tanto, el señor Cánovas, que tantos amigos y admiradores tiene en Madrid, sobre todo en las clases altas, así en la política como en la milicia, recibe muchas visitas y con ellas una especie de desagravio de la inculta manifestación del domingo.

***

Hablóse mucho a principios de este mes de la coalición de los republicanos federales con los zorrillistas, el jefe de los primeros, don Francisco Pi y Margall, fue a París a entenderse con Ruiz Zorrilla.[15] Dióse por hecha la concordia entre estas dos ramas del republicanismo, aunque los más sagaces, conocedores del carácter de ambos personajes, dudaban que llegaran a entenderse. Ya se sabe que Zorrilla es el revolucionario de acción, maestro consumado en conspiraciones, hombre de pocas ideas y de carácter decidido y tenaz, que aspira a destruir la institución monárquica para sustituirla con una dictadura, o en otros términos, quiere erigirse en soberano absoluto o en *protector* vitalicio de los españoles. Pi y Margall es hombre de estudio, expositor de teorías políticas más ingeniosas que prácticas, frío como el mármol, honrado a toda prueba. En el terreno de las conspiraciones, jamás hará nada. Los zorrillistas le miran con profundo desdén creyéndole incapaz de sobornar a un sargento. Cuantas tentativas se han hecho para que este radicalismo ideológico y el otro demagógico y cesarista se pongan de acuerdo, han sido inútiles.

Pi exige a Zorrilla un convenio escrito que este no admite, una junta mixta para dirigir los trabajos revolucionarios; pero el célebre agitador se subleva contra la idea de que el hilo de las conspiraciones esté en manos que no sean las suyas exclusivamente. Por fin, cuando los republicanos menudos de uno y otro bando anunciaban con vanagloria que sus respectivos jefes habían pactado la coalición, resulta que no hay nada de lo dicho. El señor Pi lo declara en una circular muy bien escrita dirigida a sus amigos. Los zorrillistas

15 Véase 90, n. 4.

vuelven a tratar al pontífice de los federales con marcado desdén, alardean de arrancarle sus adeptos dejándole solo con su teoría pactista.

Esta carta es un paréntesis en la serie de correspondencias sobre Italia que comencé en el pasado octubre. Lo cierro aquí, volviendo con mil amores a aquel agradable asunto. ¡Cuánto más hermoso hablar de arte, de historia y de las maravillas de la naturaleza y del humano ingenio que de estas pequeñeces de nuestra política, indignas quizás de ser conocidas al otro lado del Atlántico! Pero las necesidades de la información me obligan a tratarlas, para que consten al menos en el catálogo de los sucesos.

Había empezado una carta sobre Verona, y la interrumpí para escribir esta, prefiriendo un asunto de oportunidad, árido y frío, a aquel otro para mí risueño y simpático. Reanudo sin perder tiempo el trabajo interrumpido, y me vuelvo a Italia. Mi próxima carta, aunque fechada aquí, será más italiana que española.

B. PÉREZ GALDÓS

112
LP, 19/12/1888

DE VUELTA DE ITALIA

Verona —¿Por qué es tan interesante esta ciudad? —Romeo y Julieta —La arquitectura urbana en Verona —La casa de Capuletti —Las plazas *delle Erbe* y *della Signoria* —Los sepulcros de los Scaligeros —*Cangrande della Scala* —Santa Anastasia, el Duomo y San Zeno —Crecida del Adige —El sepulcro de Julieta —La huerta de los franciscanos —La guardesa —Homenaje universal —Fray Lorenzo —La arena —Arquitectos y pintores.

Madrid, 21 de noviembre de 1888.

Señor Director:

No me será fácil observar un orden metódico en esta reproducción de lo visto, observado y sentido en Italia. Solicitado por la caprichosa arbitrariedad de la memoria, que comúnmente es enemiga del método, me aparto ahora de las magnificencias del Vaticano y doy un salto de Roma a Verona. ¿Por qué a Verona y no a otra ciudad de la península? No lo sé: es que el recuerdo de la ciudad de Julieta prevalece en mi memoria quizás con más fijeza que el de otras, ilustradas con monumentos y obras artísticas de mayor mérito. Fuera de los sepulcros de los Scaligeros,[1] Verona no contiene cosas de gran interés. La ciudad es original, aunque no tanto como Venecia, artística, aunque bastante menos que Florencia. Posee antigüedades romanas, aunque no tan hermosas como las de Roma. Y sin embargo de no estar en primera línea en nada, Verona es una de las ciudades más interesantes de Italia y una de las más visitadas por viajeros de todos los países. ¿A qué se debe

1 La familia *Scaligero* ejerció la Señoría en Verona desde 1260 a 1387.

la atmósfera de poesía que envuelve la ciudad del Adige, y que atrae irresistiblemente al *turista*? La contestación es fácil. Debe sus encantos Verona a la imperecedera memoria de los amantes célebres Romeo y Julieta.

Algún escéptico dirá: Romeo y Julieta no existieron. Son creaciones de la fantasía de Shakespeare.[2] Pues aun así, están tan vivos estos seres en la mente de la humanidad como si realmente hubieran existido. Como que si no existieron personalmente, ha existido y existe siempre el tipo humano que representan. El poder de la idealización poética es tal, que sus creaciones tienen tanta fuerza como los seres efectivos, su memoria iguala sino supera a la de los individuos históricos de indudable existencia. Más conocidos son en el mundo Romeo y Julieta que César y Alejandro.[3] Todos los personajes eminentes que pro- dujo la poderosa república veneciana no son tan célebres como el imaginario Otelo.[4] Entrenosotros Don Quijote vive espiritualmente más que el Cid.

Desde que se entra en Verona, el drama de Shakespeare parece que vive a nuestros ojos. Aquellas calles solitarias formadas por casas antiguas de construcción monumental, presencian aún los encuentros de los dos bandos. El escenario es perfecto. Verona es la misma que el gran poeta inmortalizó, haciéndola teatro de aquella pasión tan humana- mente y con tanto vigor expresada. Y la arquitectura de la ciudad, conserva maravillosa- mente el encanto poético de aquellos amores como un vaso en cuyas paredes permanece por mucho tiempo el perfume de la sustancia aromática que contuvo. Quizás contribuya algo a este efecto nuestra imaginación; pero la imaginación no hace revivir enérgicamente al pasado cuando no encuentra un medio favorable a esta fácil operación.

Lo más característico de la arquitectura urbana de Verona es quizás la forma de los balcones, que son enormes, de extraordinario avance sobre la calle, sostenidos por elegantes ménsulas de piedra. Y como la principal escena del gran drama pasa en el balcón de la casa de Capuletti,[5] se nos figura que en las calladas y tibias noches de verano, la poética escena se reproduce en cualquier calle. Por cierto que la casa que se supone ser de la familia Capuletti desilusiona un poco al que visita la ciudad con el espíritu inundado de la devoción que inspiran los célebres e infelices amantes. El edificio es de los más antiguos de Verona y pertenece a la época del príncipe que Shakespeare llama Escalus y que es Bartomé Scaligero, que gobernó la ciudad hacia 1300; pero no tiene aspecto de magnificencia, como parece debía corresponder al jefe de una de las familias más poderosas de la república. Si fue aquella realmente la casa de Capuletti, este señor no debía de vivir con grandes comodidades.

La casa tiene muchos pisos, un patio no muy grande y multitud de habitaciones estrechas, lóbregas, a las cuales se sube por una empinadísima escalera; nada revela allí trazas de jardín. Hállase situada en el barrio más populoso de la ciudad, centro de la vida mercantil hoy, probablemente también en el siglo XIV.

2 *Romeo y Julieta* se escribió alrededor de 1595.

3 Se refiere a Julio César y a Alejandro Magno.

4 Shakespeare compuso *Otelo o el moro de Venecia* alrededor de 1603.

5 La familia de Julieta.

En el portal se han establecido vendedoras de frutas y en el patio se ven caballerías y carros. En fin, que la casa en que vivió Julia Capuletti es hoy un parador de los más innobles.[6] En los pisos altos, parece que hay posada de arrieros y trajinantes. Solo las piedras son allí venerables y los restos de noble arquitectura que embellecen el patio y la fachada; lo demás, todo es profanación y suciedad. La fantasía no puede, ni aun con grandes esfuerzos, restaurar la vetusta mansión, figurándose en ella la encantadora imagen de la enamorada esposa de Romeo. A pesar de la inscripción enfática que los veroneses han colocado en la puerta del edificio, es muy dudoso que allí vivieran los Capuletti. Sería quizás, casa de su propiedad como otras muchas de Verona, y vivirían en morada más suntuosa, lejos del bullicio mercantil de la ciudad.

En el centro de esta hállase la plaza *delle Erbe* o sea el foro de la república, y no lejos de allí, junto a la pequeña iglesia de *Santa María della Scala,* las célebres tumbas de los Scaligeros o Scalas, la familia que durante dos siglos o poco menos, dirigió los negocios públicos de Verona y su territorio, agrandando este considerablemente hasta que sucumbió al poder de Visconti, pasando después al dominio de Venecia.[7]

La plaza *della Signoria,* inmediata a la anterior, está formada por los edificios de Estado, el airoso campanile y la *Loggia* o palacio del *Consiglio.* Es esta una de las plazas más bellasde Italia por la originalidad de su arquitectura y el carácter antiguo que conservan los edi- ficios. No hay allí, por fortuna, esas restauraciones que todo lo profanan, ni el clasicismo glacial del siglo pasado ha puesto su mano en aquellos nobles muros. La época feliz del florecimiento de las artes italianas vive allí casi con vida tan entera como en Pompeya la estructura de las ciudades romanas.

Avanzando un poco más nos encontramos en el poético rincón donde se alzan las tumbas de los Scaligeros, únicas en el mundo por su emplazamiento al aire libre y por la gallardía de su afiligranada arquitectura. Son estos monumentos la más bella muestra quizás del arte ojival en Italia. El de Mastino II es el más hermoso y de más puro estilo;el de *Cansignorio della Scala* ofrece mayor complicación de líneas, superabundancia deadornos, y cierta semejanza con nuestro plateresco. Ambos constan de un baldaquinoo templete en cuyo interior está la urna sepulcral y, por remate, sobre el airoso copete calado, la estatua ecuestre del personaje armado de todas armas, con todas las trazasde caballero andante. Sobre la puerta de la pequeña iglesia de Santa María, en modesta urna, yace el fundador de esta poderosa dinastía de príncipes, *Cangrande della Scala* o *Can Francesco,* triunfador de los paduanos, amigo y protector de Dante y gran corifeo del partido gibelino.[8] A este personaje se refiere el poeta en aquellos versos del Canto Ide la *Divina comedia*:

6 *parador*: 'lugar donde descansaban los animales de transporte'.

7 En 1387 Gian Galeazzo Visconti, duque de Milán se apodera de Verona. Tras su muerte (1402) Verona pasa a formar parte de la república de Venecia.

8 Durante siglos, en toda Italia el partido *gibelino* buscaba el apoyo del Sacro Imperio Romano Germánico frente al partido *güelfo* que lo buscaba en el papado.

E più saranno ancora, infin che'l veltro
Verrà, che la farà morir de doglia.[9]

La suntuosa verja que rodea la plazoleta es un portento de la cerrajería antigua. Allí es completa la ilusión de hallarnos en pleno siglo XV, y la civilización moderna con su bullicio y el carácter burgués que imprime a todas las cosas, huye de nuestra mente ante aquella realidad de lo antiguo resucitado. Solo en Bruges[10] y en Toledo se experimentan impresiones tan hondas de las existencias que fueron. En las calles que de allí parten, los trajes modernos disuenan y hasta parece que estorban. La arquitectura en cambio se mantiene fiel y sin mácula. Los veroneses de hoy ocupan las mismas casas donde vivieron los contemporáneos de Julieta y de los Scalas.

Ni Santa Anastasia, ni la catedral son monumentos de primer orden; pero ambos contienen curiosidades sin cuento y joyas de la escultura y pintura. Mucho más hermoso es San Zeno, antigua basílica de tres naves, del siglo XII, bien restaurada, notable por su traza y por las obras de arte que contiene. El coro es de los más bellos que hay en Italia. En él se admira un Mantegna prodigioso y admirablemente conservado. La cripta contiene enterramientos notables.

Hallándome en Verona, se salió de madre el Adige, lo que allí debe ser frecuente, a juzgar por las precauciones que hay siempre en ciertos barrios contra la invasión de las aguas. Recuerdo que al volver de San Zeno, el paso era difícil y aún arriesgado por algunos sitios. En determinadas calles se habían tendido cuerdas de una casa a otra para facilitar la salida de los vecinos en caso de apuro, y junto al puente de Castillo Viejo, los ingenieros militares formaban apresuradamente una muralla de sacos de tierra para contener las aguas. Allá por la parte más antigua de la ciudad, el río llegaba hasta muy cerca de las tumbas de los Scaligeros, y algunas calles eran remedo exacto de las de Venecia. El Adige es impetuoso, revuelto, de corriente fugaz y bulliciosa, por la arrancada que trae de los grandes declives de la cordillera próxima. Baja del Tirol pasa por Verona ya con caudal nutrido, y describiendo una enorme ese, amenaza los muros y las calles de la ciudad como si quisiera llevárselos. Sus márgenes son agrestes, accidentadas, algo melancólicas; el paisaje oscuro y ceñido con muchos cipreses, algunos de gigantesca talla. La comarca de Verona es pintoresca y bien cultivada. A poco de extenderse por ella se ven las grandes planicies que mueren en el Adriático y que anuncian las playas aplaceradas de las lagunas.

***

Pero no nos alejemos aún de Verona, que nos falta lo más interesante que su recinto encierra, el sepulcro de Julieta. Que este sea auténtico o apócrifo poco nos importa. Yo

9 'y serán muchos más hasta que venga/el lebrel que la hará morir con duelo'. Versos 101 y 102 del Canto I del Infierno de la *Divina Comedia*, dónde Virgilio profetiza a Dante que un perro mataría a la fiera monstruosa que ahora le amenaza. Tal perro es, según Galdós, *Cangrande*.*

10 *Bruges*: nombre francés de la ciudad belga de Brujas.

creo que es apócrifo; pero como la existencia de Julieta, como creación literaria, es real, cuanto a ella se refiere tiene el interés de hechos ilustrados por la imaginación de un gran poeta. Lo que importa aquí no es la autenticidad del sepulcro, sino la realidad que la figura de Julieta tiene en el pensamiento universal. El visitar su tumba no significa que se crea en ella como un dato material de la vida; significa simplemente que se rinde homenaje a la hermosísima figura ideal creada por Shakespeare y al sentimiento humano que tal figura representa.

No hay que hacer muchas averiguaciones para encontrar el tal sepulcro. Aunque las guías no indicaran el camino, se le encontraría fácilmente por las indicaciones de todos los vecinos de la ciudad, de los chiquillos y mendigos, sabedores de que nadie sale de Verona sin haber visitado aquel santuario del amor juvenil. La peregrinación no puede compararse sino a los que acuden a ciertos lugares de devoción católica, habitados por imágenes milagrosas que conceden salud a los enfermos.

Hállase este monumento, más venerable por la intención de los que le visitan que por lo que en sí es, en la huerta de un antiguo convento de franciscanos. La huerta está bien cultivada y la rodea un emparrado muy bonito. En el patio que sirve de entrada hay una instalación de máquinas de agricultura, nuevas, como puestas a la venta. Las llaves de aquel desmantelado recinto las tiene una mujerona alta, descalza de pie y pierna, buen tipo de raza piamontesa, a quien a veces se ve lavando ropa en un estanquillo, a veces cogiendo legumbres. Es la esposa del guarda, y está tan bien enterada de todos los pormenores del drama de Shakespeare como el primero de los comentaristas.

La guardesa guía a los peregrinos a un rincón de la huerta entre la tapia y la iglesia del convento, y allí, bajo la carcomida tejavana está el famoso sepulcro. Sin duda los que creían encontrarse ante un mausoleo suntuoso como lo presentan las decoraciones de teatro o los cuadros y estampas de la inmortal tragedia, sufrirán grandísimo desencanto al verse frente a la pobre urna en que, según tradición, reposaron los restos de la apasionada doncella veronesa. Los restos ¿dónde están? Nada queda de ellos. ¿Pero acaso existió Julieta? ¿Acaso la vida real produjo algo semejante a lo que pintó aquel soñador inglés, rival de Dios en la inmortalidad de sus obras?

La urna es un sarcófago antiguo de mármol, esculpido con sencillez y bastante parecido a una moderna tina de baño. Dentro no hay nada, quiero decir, no hay restos humanos, ni huesos ni polvo: pero está lleno hasta los bordes. ¿De qué?, diréis. De tarjetas. Todos los viajeros que visitan aquel lugar de recogimiento y devoción para los enamorados, hacen constar la visita por medio de una tarjeta con el pico doblado. La peregrinación es tan nutrida, que no necesitan muchos años, según asegura la guardesa, para que la tumba se llene hasta los bordes. Es verdaderamente una tina dispuesta para darse un baño en cartulinas.

Cuando la tina rebosa, el guarda, que según aseveración de su mujer, es hombre cuidadoso y que sabe estar en todo, saca las tarjetas, escoge las que le parecen de personas conocidas en el mundo, las que ostentan títulos retumbantes o apellidos ilustres y las va clavando en la pared. Todo un testero y parte de otro están ya tapizados. Allí vi algunos nombres europeos bastante célebres, y también de americanos cuya fama llega hasta nosotros. El sarcófago lo vi lleno hasta los dos tercios de su cavidad. En el rato que allí estuve se aumentó

el caudal de tarjetas con la mía y la de mi compañero de viaje[11] y la de una caravana de inglesas que en pos de nosotros vinieron. Nadie iguala a las inglesas jóvenes y bonitas en esta devoción a Julieta. Entran allí con verdadero recogimiento, hasta parece que rezan entre dientes, y que elevan su pensamiento a la región ideal de aquel amor tan puro y acendrado.

A pesar de que el tal sepulcro tiene todas las trazas de ser enteramente extraño a la persona de la infortunada hija de Capuletti, nada contiene Verona tan interesante como aquel lugar, de suyo vulgarísimo, más trocado en lugar poético por el pensamiento y la intención de los que van a visitarlo. El encanto y la hermosura del sitio es obra de los peregrinos, más que del santuario. La humanidad entera desfila por allí, inscribiendo infinitos nombres que representan un sentimiento unánime de admiración y piedad. Justamente se venera a Julieta y al poeta que la creó, al amor con su fuerza avasalladora y al genio que lo supo expresar, haciéndose intérprete de la conciencia universal.

Junto al sepulcro hay un cuadro representando un fraile franciscano, pintura muy mala por cierto y corroída por la humedad. La guardesa asegura que aquel es el retrato de *fray Lorenzo*,[12] y aunque muchos se prestan a creerlo bajo la palabra de persona tan respetable, otros lo ponen en duda. Pase lo del sepulcro; pero lo del fraile ya toca en broma.

***

La *Arena* o anfiteatro romano de Verona es un hermoso monumento, admirable e imponente ruina que llama mucho la atención cuando no se ha visto el Coliseo de Roma. Este contenía ochenta y cinco mil espectadores y el de Verona no llegaba a la cuarta parte. Sin embargo es mayor que la mayor de nuestras plazas de toros, únicos edificios modernos con los cuales aquellos tienen semejanza. Fue construido en tiempo de Diocleciano, el año 290 d. J. C. y su maciza y robusta arquitectura aun desafía los siglos.

El museo instalado en el palacio Pompei, sería notable en cualquier parte; pero en Italia no puede ser clasificado sino en tercero o cuarto lugar. Verona descolló más en la arquitectura que en la pintura, y el ingeniero militar Miguel Sanmicheli ocupa en la historia del arte lugar más alto que los pintores Víctor Pisano, Liberale y Jerónimo del Libri. Sanmicheli fue el que introdujo en la arquitectura civil ese estilo de fortaleza que tanta majestad y robustez da a los palacios del siglo XV. Los pintores no formaron escuela como los de Parma, Siena y Venecia, y el célebre Pablo Cagliari, aunque nacido en Verona *y* conocido en el mundo artístico por *el Veronés,* pertenece por su genio y su estilo a la familia veneciana.

Arquitectura y cuadros, estatuas y monumentos, el anfiteatro y cuanto Verona encierra, ceden en interés al modesto y dudoso sepulcro de aquella enamorada joven que quizás no existió nunca, y si existió no tuvo la trágica muerte con que inmortalizó su nombre el gran poeta. La realidad se oscurece, y lo ideal y soñado vive eternamente en la memoria humana.

B. PÉREZ GALDÓS

11 Como en otros viajes, José Alcalá Galiano.

12 Personaje de *Romeo y Julieta*, consejero de los protagonistas.

113
LP, 10/1/1889

DE VUELTA DE ITALIA

La dominación española en Nápoles —Semejanzas —Filosofía napolitana —Paralelo: Italia e Inglaterra —Supersticiones —Incomparable situación de la ciudad —El golfo y las islas —Neptuno —Tipos napolitanos —Mudanza en las costumbres —La ribera de Santa Lucía —*Cicerones*, cocheros, caballos, carros, asnos —Algarabía de calles —El Vesubio —Sus víctimas —La ascensión al cráter —Los torrentes de lava —El ferrocarril funicular —El cráter viejo —El cráter vivo.

Madrid, 27 de noviembre de 1888.

Señor Director:

Nápoles ostenta en todos sus monumentos, en sus calles, plazas y fuentes los vestigios de la dominación española. Cuantos edificios notables hay en aquella grande y risueña ciudad, obra son de los virreyes. Los municipios contemporáneos, llevados de un amor propio inexplicable han intentado borrar las huellas de nuestra dominación, empleando el recurso pueril de variar los nombres de las calles y de cubrir las inscripciones de los monumentos. El pueblo sigue dando a la principal vía de la ciudad el nombre de calle de Toledo, aunque ya oficialmente se llama de Roma. Muchas inscripciones de edificios, que fueron borradas, han sido restauradas con buen acuerdo, y los ediles napolitanos comprenden ya que, no pudiéndose variar la historia, de nada vale ocultar sus páginas más elocuentes, que no son por cierto las páginas escritas.

Español es el magnífico pórtico o arco triunfal del castillo, tan semejante por su traza y ornato a diversos monumentos de esta península que el parentesco no puede negarse; español es también el Palacio Real, antes residencia de los virreyes; español es el museo construido por Osuna para fines muy distintos de los que hoy tiene;[1] españolas las fuentes públicas, las fortalezas de San Telmo y del Huevo, las iglesias en su gran mayoría, y por fin, la pintura que descuella en aquel país fecundo y le imprime carácter, es la de nuestro Ribera, conocido en Italia por el apodo de *El Españoleto*.

La ciudad misma, no sé si por efecto de la ocupación secular o por semejanzas de raza, suelo y condiciones físicas, se parece tanto a las de España, que si no existiera la lengua para diferenciarlas, aquella tierra y el mediodía de nuestra península parecerían un mismo país. Por la configuración de las casas y lo irregular de las construcciones, Nápoles se parece a Málaga y Sevilla, por la luz vivísima que lo inunda y el colorido del mar parécese a Cádiz, y por la alegría de sus habitantes, el bullicio de sus calles y el constante aspecto de fiesta que en ellas se advierte, tiene gran semejanza con Madrid.

Los napolitanos, como nuestros andaluces, son los grandes filósofos de la época presente; toman la vida con gran calma, viven sin grandes penas, pensando poco en el día de

1 Según escribe el propio Galdós en la Carta siguiente, Osuna lo construyó para cuartel de caballería.

mañana y practicando aquella sentencia del Evangelio, que dice: "No te preocupes del día de mañana, que a cada día le basta su propio afán".[2] Son alegres, afables, hospitalarios, comunicativos, habladores, y aparentan hallarse satisfechos de haber nacido en aquel sue- lo risueño, en el centro del más hermoso panorama que en el mundo existe. Allí, como en todo país donde la vida es fácil y barata, se trabaja poco.

La naturaleza es allí la gran colaboradora del hombre. Mentalmente comparo a Nápoles con Manchester, y, admirando mucho la industria de la ciudad británica compadezco a los que viven en ella. ¡Cuánto más feliz el napolitano pobre y descuidado, que el inglés reventando de rico, respirando humo y trabajando a la luz del gas en pleno día! No quiero apurar este paralelo, que se ha repetido tanto. Lo que hay que decir en definitiva es que, sí volviéramos a nacer y nos dieran a elegir sitio, loco estaría quien no prefiriese esta risueña parte del planeta, dónde se vive sin esfuerzo.

Los napolitanos difieren de los andaluces en lo supersticiosos. En esto no hay quien les gane. No tenemos aquí nada que pueda compararse a las infinitas consejas que perturban el espíritu de aquellos a quienes no vacilo en llamar, ya que no hermanos, primos o parientes muy próximos, No añadiré tampoco nada a lo mucho que sobre este particular se ha dicho y escrito,

La ciudad es inmensa, destartalada, rebelde a la urbanización correcta, por los defectos tradicionales de su traza y lo accidental del terreno. Extiéndese a orillas del admirable golfo, trepando el centro a las alturas de San Martino, arrimándose por el oeste a las colinas de Posilipo, y estirándose por el este en toda la falda del Vesubio. Una calle que no se acaba nunca enlaza todas las poblaciones construidas a la orilla del golfo hasta Castellamare.

Las casas más excéntricas de esta enorme aglomeración de edificios aparecen salteadas entre el verdor opulento de la incomparable campiña. Las faldas del Vesubio, los altos de Posilipo y de Capodimonte son de una feracidad magnífica. La parte central del caserío es apiñada, las vías estrechas, tortuosas y no muy limpias. Las vistas de la ciudad sobre el mar son tan hermosas que no caben en la descripción, como no caben en la pintura.

Los poetas han cantado este panorama con tal superabundancia de tonos, que no se puede decir nada sobre un tema tan apurado sin incurrir en amaneramiento. El azul del golfo supera en diafanidad y hermosura, preciso es decirlo, a los más chillones matices que admiramos en las bandejas.

Las islas que decoran este paisaje, Ischia y Procida a la derecha, Capri a la izquierda, se destacan sobre el azul de mar y cielo con perfiles tan elegantes que allí la naturaleza parece querer mostrarse y declararse artista. No hay en ninguna parte islas más bonitas, como no sean las Cíes a la entrada del puerto de Vigo. Pero las Cíes aunque preciosas por su contorno, son áridas y despobladas. No ofrecen, de cerca, a las miradas del viajero las bellezas de vegetación y de arqueología que dan tanto interés a Ischia y Capri.

Aquel mar es el mar mitológico, y en aquella masa cerúlea la personificación de Neptuno está, digámoslo así, dentro de su propia esfera. Las señoras aquellas que llamaban

2 Es paráfrasis del versículo de Mateo, 6, 25.

nereidas y que se pasaban la vida nadando,[3] los tritones y demás séquito del dios de los mares, así como las cercanas Scyla y Caribdis,[4] y las engañosas sirenas debieron andar por allí como Pedro por su casa, y es posible que aún quede en aquellos senos azules alguna familia descendente del buen Neptuno, algún individuo, degenerado en besugo o pescadilla, de estas ilustres razas acuáticas

***

Los infinitos escritores de todos los países que escribieron de Nápoles y de los napolitanos, han creado un tipo especial de la ciudad y de algunos de sus habitantes. En la realidad nótase ahora que hay mucho de falso en tales pinturas, ya porque en ellas había exageración, ya porque el tiempo ha variado un poco las costumbres. El tan decantado tipo del *lazzarone*[5] no existe ya, o al menos se ha corregido, pues si bien hay en Nápoles, como en toda ciudad de la Europa meridional, muchos holgazanes, estos no hacen alarde de su indolencia cínica, ni constituyen un tipo local que caracterice las masas populares.

Desde que se estableció la unidad italiana, se ha iniciado en Nápoles la regeneración de las costumbres. Se han creado muchas industrias, entre ellas la de construcciones navales que sustenta a gran número de trabajadores. El obrero napolitano es inteligente y activo. Aquellas turbas de gandules vigorosos que antes se veían (al menos así lo dicen viajeros dignos de crédito) tumbados en las aceras, ejerciendo la mendicidad o dispuestos al bandolerismo, según los casos, han desaparecido de las calles de la hermosa Parténope.[6] La célebre ribera de Santa Lucía, habitada por marineros y punto de reunión de mucha gente desvergonzada y maleante, ha perdido mucho de su carácter. Con las recientes mejoras de la ciudad, Santa Lucía sirve de paso entre la población antigua y el magnífico barrio de Chiaia. En parte del terreno ocupado antes por el caserío miserable que se apiña en el declive de Pizzofalcone, están hoy emplazados hoteles suntuosos. Aún subsisten grandes trozos del antiguo caserío, y la vertiente de Chiatamone contiene calles y viviendas malsanas cuyos habitantes se pasan la vida al aire libre en la ribera, vendiendo mariscos y conchas. Los boteros invaden la playa, ofreciendo sus embarcaciones con importunos clamores; pero ya no hay allí la confusión y gritería de otros tiempos, ni los chicos andan tan desnudos como antes, según se dice, andaban.

Este progreso no impide que Santa Lucía sea aún bastante pintoresca, que las familias, instaladas a todas las horas del día y parte de la noche, en la delantera de las casas, presenten grupos de grandísima originalidad y escenas en extremo picantes. Poco a poco, con los adelantos de la urbanización y la mejora del puerto, todo esto va desapareciendo, porque los boteros se fijarán en otra parte; los puestos de mariscos, tendrán un local más higiénico, y Nápoles ganará en aseo y cultura lo que pierda en carácter y colorido.

3 *nereidas*: 'ninfas del mar' en mitología griega.

4 Dos monstruos marinos de la mitología griega situados en orillas opuestas de un estrecho canal.

5 *lazzarone*: `pícaro´ en italiano.

6 'Nápoles' por haberse construido esta ciudad (etimológicamente *neapolis, 'ciudad nueva'*) sobre la antigua *Parténope* del s. VII a. C.

En lo que no hay variación ni progreso es en el número de personas que ofrecen sus servicios a cada instante y por todos los motivos. En ninguna parte se ve el viajero acosado como allí, de una tan fatigante nube de molestos moscones, ya vendiendo chucherías de coral, lava y *conquilla*,[7] ya ofreciendo sus conocimientos de cicerone, o bien brindándose a prestar mil servicios menudos. Algunos despliegan una elocuencia notable; otros se imponen con su persistencia artista, y todos hacen gala de cortesanía y humildad, no ofendiéndose de los sofiones con que algunos los rechazan. Los hay que espían admirablemente las ocasiones y vencen cuando menos se piensa; los hay que llegan hasta presentarse como seres totalmente desinteresados, cotizando a bajo precio o gratuitamente sus funciones de cicerones o corredores. Los cocheros son sin disputa los más locuaces del mundo, y acosan al pobre viajero con verdadera saña. Sus tarifas son baratas, y sus caballos veloces e incansables, enjaezados con arneses pintorescos. Las necesidades de la locomoción en ciudad tan extensa y de suelo tan accidentado hacen que sea considerable el número de vehículos. Los carros de arrastre también son pintorescos, decorados con chapas y claveterías de cobre. Las mulas van cargadas de campanillas, para aumentar el ruido de las calles, y en su atalaje suelen llevar banderolas o un molinillo de metal semejante a los de papel con que juegan los chicos.[8] Para que el bullicio y algarabía de la ciudad sean mayores, hay también multitud de burros de alquiler, cuyos amos vociferan como energúmenos, mientras ellos rebuznan. Estas pacíficas cabalgaduras son inapreciables para la visita a los Camáldulos, a Bahías o a San Telmo.

Es en suma, Nápoles el pueblo dónde se oyen más gritos callejeros, donde la vía pública está más obstruida por vendedores chillones, donde se ven más colorines y donde la clase media vive en contacto más inmediato con el pueblo. El pueblo es allí como el principal dueño de la ciudad, hecha a su imagen, y para su comodidad y recreo, pueblo que parece contento de su suerte, indiferente a la política, y poco cuidadoso de los problemas sociales que poco o nada le afectan. Las necesidades son escasas por la bondad del clima y feracidad del suelo y sus aspiraciones no pasan del pan de cada día que jamás les falta.

***

Con ser tan bellos los contornos de la capital de Calabria, no gozarían de tanta celebridad si no tuvieran el Vesubio, como coronamiento y remate de tan admirable paisaje. El Vesubio es el alma, digámoslo así, de aquella hermosa porción de tierra. La domina con su mole humeante. Parece un ser vivo, que vigila las feraces campiñas y el mar azul y la ciudad, perdonando a todos la vida. De noche, el resplandor de su cráter impone miedo a quien no tiene costumbre de verle; de día, la columna de gases que despide es el más bello penacho que pueda imaginarse. Los napolitanos le aman sin dejar de temerle, y están orgullosos de vivir bajo él, como vasallos al pie del trono de un déspota querido. El forastero le contempla extasiado y anhela subir a su ardiente cima. Esto lo puede hacer fácilmente y sin ningún riesgo, gracias a los medios de locomoción establecidos para explotar la as-

7 'concha'.

8 *atalaje*: 'guarnición'.

censión como una lucrativa industria. El Vesubio produce a Nápoles una buena renta. No hay en parte alguna mina más beneficiosa que este volcán, célebre por sus estragos.

Las faldas están llenas de cadáveres de las ciudades que ha destruido. Junto al mar, Herculano, más allá, Pompeya, la víctima más interesante de todas; no lejos de ella Sta- bias, después Portici, Torre del Greco, y al norte San Sebastiano y Massa di Somma. Las vertientes pobladas de viñas están surcadas por chorretazos de un negro azulado; son los petrificados ríos de lava de las erupciones más recientes. En todas partes vestigios del ho- rrible desbordamiento de materias inflamadas,

Toda la comarca tiene un carácter plutónico, con ráfagas de infierno, siendo de notar con cuanto vigor aparece y se desarrolla la vida entre tantas cenizas, y la vegetación es espléndida. Las viviendas se abren entre los escombros de las que antaño fueron destruidas, y parece que hay entablada una lucha entre la vida y la muerte, entre la humedad fecunda y el fuego destructor.

La ascensión es cómoda. Hasta mil ochocientos metros se sube en coche, por carretera bien trazada, que describe sus curvas entre viñedos y quintas. De trecho en trecho, los surcos de lava endurecida interrumpen el verdor lozano del paisaje. Parecen olas de un líquido negro y metálico que se ha petrificado en el momento de mayor agitación. Se ven las formas más extrañas, que parecen escorzos humanos, cabezas expresivas, miembros en tensión dolorosa, figuras semejantes a las que nos ofrecen las nubes. Los guías señalan las lavas de las diferentes erupciones de este siglo que han sido desoladoras.[9] El paisaje que desde la altura se descubre es inmenso, casi aterrador por su magnitud y la amplitud del horizonte. El golfo con su elegante curva, las islas lejanas, los cabos Miseno y de Campanella, y por la parte de tierra las lomas verdes que se pierden en dirección de Nota y Caserta, ofrecen un espectáculo indescriptible que suspende el ánimo y no deja lugar ni a expresar con la palabra la admiración.

Al término de la carretera nos encontramos en la estación del ferrocarril funicular. Aun nos faltan cuatrocientos metros; pero éstos se salvan en menos de un cuarto de hora dentro de un vagón que, arrastrado por grueso cable, asciende a lo largo de un plano de inclinación aterradora. Parece que se lo llevan a uno al cielo, colgado de un hilo, y que a cada vuelta de las ruedas, el planeta se va hundiendo más, dejándonos en mitad del espacio. Al llegar a la estación superior, aún faltan doscientos metros que hay que subir a pie por senderos bien trazados en la movediza arena gorda. En aquellas alturas desparece hasta el último vestigio de vida animal y vegetal.

El suelo es la escoria ya fría de las materias inflamadas que arrojara el volcán. Andamos por encima de sustancias que no hace mucho eran fuego, masas semilíquidas de una temperatura de mil grados. De repente nos hallamos en el cráter viejo, cavidad desigual con hoyos y protuberancias, por cuyas grietas salen bocanadas de vapor. El suelo es ardiente, surcado de extrañas vetas y manchas de azufre, del amarillo más puro y limpio que puede imaginarse. Aquí se detienen los que carecen de valor para aproximarse al cráter nuevo, que se ve como a cien pasos, arrojando con resoplido ardiente enormes masas de vapor.

9 *erupciones de este siglo*: en el XIX hubo ocho, la más importante en 1872.

El verlo de cerca, aproximándose a la cavidad del cráter y atravesándolo rápidamente por la cuerda del arco, es obra de un instante breve. El horroroso calor y el peligro del sitio exigen que el paso por el arco del cráter dure poco más del tiempo de un abrir y cerrar de ojos. Es una visión momentánea nada más, obra de segundos, pero las impresiones de este momento son tales, que por siempre quedan grabadas en la memoria. Los guías le llevan a uno como en volandas, hollando aquel suelo de guijarros negros y amarillos, que quema las suelas y quemaría los pies del que allí se detuviera.

El ruido seco de aquellas materias que aún no se han enfriado, deja en nuestros oídos un son inolvidable. A una distancia que no se puede apreciar bien porque el terror lo impide, se ve la horrible cavidad por donde sale el resuello abrasado del volcán con cadencia isócrona que se asemeja a la respiración de un gigante. Entre el vapor blanco y espeso salen, esputados con formidable fuerza, pedazos de lava ardiente, roja como el hierro en la fragua, los cuales caen no lejos de nosotros, quebrándose al caer. Todo el suelo se compone de aquel material que al enfriarse azulea con visos metálicos. Al mismo tiempo, el tufo sulfuroso es tal que nos abrasa impidiéndonos respirar. Por fin esta visión sublime y terrorífica se concluye, porque huimos de ella anhelando volver a la vida normal. Salimos a terreno seguro con la impresión de haber estado momentáneamente fuera del planeta o en el mismo infierno, despertando como de un sueño y sintiéndonos felices de hallarnos en nuestro mundo habitual.[10]

B. PÉREZ GALDÓS

114
LP, 5/1/1889

DE VUELTA DE ITALIA

Pompeya —Historia de esta célebre ruina —La catástrofe del año 79. Inhumación en el siglo pasado —Enseñanzas que produce la inhumación de Pompeya —Aspecto de las ruinas —Evocación de los habitantes —Las calles —Tipo de la vivienda romana —Materiales de construcción —Tesoros artísticos de Pompeya —La pintura antigua —Casas y edificios notables —La casa de Diomedes —Vaciados de cadáveres —El museo de Nápoles —El virrey duque de Osuna —Carácter de los frescos pompeyanos —Estatuas de mármol y bronce.

Madrid, 4 de diciembre de 1888.

Señor Director:

Pasa con Pompeya lo que con ciertos parajes de Venecia y Roma, y es que todo el mundo la ha visto antes de estar en ella. Cierto que el dibujo, la pintura y la fotografía no dan jamás la idea exacta y la impresión completa de los objetos que representan; pero aun así,

10 En sus *Memorias*, Galdós volverá a evocar de otro modo, la misma impresión.*

anticipan con bastante fidelidad la idea o impresión verdaderas. Por mi parte, puedo decir que cuando vi a Pompeya, parecíame que la veía por segunda vez, o que al menos no era cosa enteramente nueva para mí. Esto con respecto a la parte puramente arquitectónica de la ciudad desenterrada; pero en cuanto al espíritu que encierra, a las sombras que en ella moran, recuerdo o expresión misteriosa de una vida anterior, la visita a Pompeya fue para mí fuente de emociones enteramente desconocidas.

Breve y patética es la historia de esta célebre ruina. Pompeya era una ciudad romana de tercer o cuarto orden. El año 63 d. C. fue destruida por un terremoto que hizo grandes estragos en toda la comarca partenopea.[1] Los pompeyanos no se arredraron ante el desastre, y emprendieron la restauración de su bella ciudad, repararon los edificios estropeados, levantaron de nueva planta los totalmente destruidos, pintaron en el estilo entonces en boga los interiores, y aún no habían terminado sus trabajos cuando la erupción del 24 de agosto del año 79, lanzando sobre aquella parte gran cantidad de cenizas y lavas, sepultó enteramente la ciudad borrándola, digámoslo así, de la faz de la tierra.

Hubo primero una lluvia de escorias ardientes que se elevó a dos metros y medio sobre las calles; a esto siguió la lluvia de cenizas que aumentó dos metros más. La mayor parte de los habitantes pudieron escapar embarcándose en la cercana playa. Se calculó en dos mil el número de los que perecieron en la huida. En las últimas excavaciones se han encontrado ciento dieciséis cadáveres de personas y algunos de perros y caballos. El mismo día fueron arrasados Herculano y Stabias. Plinio el viejo, que desde Castellamare estudiaba la erupción, pereció víctima de la curiosidad científica. Plinio el joven, que se hallaba en el cabo Miseno, y que también corrió peligro, describe el horrendo fenómeno en carta elocuente dirigida a Tácito.[2] Dion Casio también lo describe,[3] y otros historiadores y escritores romanos se ocupan de aquel desastre que debió de impresionar vivamente a toda Italia y aun a todos los pueblos ribereños del Mediterráneo hacia el este, pues a Egipto y a Asia Menor llegaron ráfagas o chispazos de la erupción. Después, el emperador Tito intenta desenterrar a Pompeya;[4] pero este proyecto es abandonado por las dificultades que en la práctica ofrece.

Pasan los siglos, y Pompeya cae en profundísimo olvido. En la Edad Media desaparece su nombre de la geografía del planeta. Hasta una fecha relativamente próxima no vuelve a hablarse de la ciudad muerta, y a Carlos III, rey de Nápoles antes de serlo de España, corresponde la gloria, de inaugurar la inhumación de la víctima del Vesubio.

El tiempo había formado una capa de tierra vegetal sobre las cenizas que eran sudario de la infeliz ciudad. Los labradores al surcar el arado en aquella tierra sacaban a menudo

1 `napolitana'. Véase n. 6 de la Carta anterior

2 *Plinio el joven… Tácito*: estas cartas de Plinio al historiador Tácito se harían tan célebres que se llamó "pliniana" a ese tipo de erupción.

3 *Dion Casio*: en su *Historia romana*, que abarca cerca de mil años, desde la fundación de la ciudad en 753 a. C. hasta el año 229.

4 Según cuenta Dion Casio, la erupción del Vesubio se produce dos meses después de ser investido emperador *Tito*, quien visitaría dos veces Pompeya, y designaría a dos excónsules para dirigir la reconstrucción.

bronces magníficos, manos y cabezas de estatuas de mármol. Se emprendieron entonces trabajos metódicos de excavaciones, y la ciudad muerta fue apareciendo, calle por calle y casa tras casa hasta descubrirse casi toda, tal como en nuestros días se halla.

No hay otro ejemplo en el mundo de ciudad que pueda admirarse completa en su traza y configuración primitivas. La muerte y sepultura la preservaron de las modificaciones que el tiempo habría hecho en ella. Es una verdadera resurrección de lo pasado, guardado intacto por la madre tierra, sin que la mano humana lo haya podido desvirtuar. Es como un libro antiguo que viene a nuestras manos después de siglos de olvido, revelándonos el espíritu que lo inspiró y la mano que lo compuso. Pompeya nos ha mostrado todos los secretos de la vida romana con mayor exactitud que la literatura. Por ella sabemos mil particularidades de la industria y de las artes, de las cuales no hablan los libros sin duda por creerlas insignificantes. Ella nos muestra cómo vivían aquellos hombres que han sido nuestros maestros en el derecho, en las letras y en la arquitectura, y que en algunas cosas de la vida nos superaban más de lo que creemos.

Ni aun las personas de imaginación poco viva podrán sustraerse, al entrar en Pompeya, a la tendencia a evocar la vida que ya no existe, a poblar aquellos ruinas de la humanidad que en ella moró hace diez y siete siglos. Y a veces parece que nos hallamos solos por casualidad en aquellas calles y plazas, y que los habitantes se han ido de paseo y que regresarán antes de que nosotros demos la vuelta grande a la ciudad.

Esta aparece completa, en algunas partes nueva, pues la catástrofe ocurrió cuando aún no había concluido la restauración de los desperfectos causados por el terremoto del 63; algunas casas, quizás todas, ofrecen gran solidez en sus paredes. Los techos de todos los edificios han desaparecido casi totalmente. Es una ciudad por decirlo así, destapada. Parece que algún demonio le ha levantado de una vez y en un solo movimiento, todos los techos para que se vea bien lo que dentro hay.

La arquitectura de los principales edificios no es monumental ni puede compararse a la de los palacios, templos, termas y basílicas de Roma. Los materiales de construcción no son ricos. El mármol escasea. Las mismas columnas del foro son de ladrillo revestido de estuco que debió estar decorado al polícromo. Era, sin género de duda, una ciudad modesta, recomendable por su hermosa situación. Probablemente tenía bastante comercio, y donde hoy está la estación del ferrocarril se atracarían las naves. En sus alrededores tenía villas preciosas y la feraz campiña que hoy se conserva. Poseía además varios templos, entre ellos el de Isis, cuya traza permite estudiar las particularidades de aquel extraño rito, teatro y circo, termas, multitud de tiendas y comercios al pormenor y una muralla que la cerraba en su totalidad con dos mil seiscientos metros de circuito en el cual se abrían ocho puertas. La parte hoy descubierta es poco más que la tercera parte del recinto total.

Como antes he dicho, al recorrer el foro y las calles principales parece que vemos revivir ante nuestros ojos los habitantes de la ciudad muerta, que vamos a encontrarlos a la vuelta de cada esquina o verlos asomados a las puertas de sus casas. El alma de aquella ruina surge en la mente y en el corazón del viajero.

Pompeya, a pesar de ser un sepulcro desocupado, no es lúgubre. No sé si en todos los viajeros producirá la misma impresión; pero a mí me pareció una ciudad relativamente

alegre en medio del silencio misterioso que en ella reina. Hay trozos que no parecen ruinas; más bien semejan edificios en construcción, interrumpidos por haberse declarado en huelga los arquitectos, aparejadores y albañiles.

Una de las cosas que más contribuyen a la impresión de que la ciudad vive, es el perfecto estado de conservación de los pisos. Consiste esto que allí se ve marcado el paso de los habitantes, la huella de las ruedas de los carros, signos de vida que el tiempo no ha podido destruir. Así como tratándose de personas fallecidas, de cuantas prendas de vestir usaran en vida, los zapatos son las que conservan señales más acentuadas del uso personal, tratándose de una ciudad, el piso, el suelo es lo que más vivamente recuerda el vecindario que allí habitó. Recorriendo las calles de Pompeya la vista es atraída irresistiblemente por el aspecto de las aceras bastante más altas que las modernas, y de los pavimentos de losetones irregulares como los que aún se usan en algunas ciudades de Italia. En las encrucijadas hay pasos altos de una acera a otra, sistema que en ninguna ciudad de nuestros días se usa. Para no estorbar el tránsito de los carros, dichas pasarelas tienen una ranura para dar salida a las ruedas.

En todos los sitios de la ciudad hay puntos de vista de admirable belleza. Los trozos de arquitectura jónica, las columnas truncadas del foro, los templos sin techo, las hileras de casas forman decoraciones majestuosas en cuyo fondo se destaca orgulloso y siempre amenazante el Vesubio. El actual cono en ignición es relativamente moderno y empezó a formarse con la erupción del 79 de la Era Cristiana, siguiendo en aumento hasta nuestros días. Antiguamente la parte meridional era mucho más baja que la que hoy se llama monte Somma, antiquísimo cráter que debió estar en actividad en épocas remotísimas a que no alcanza la historia.

Las calles de la Abundancia y de la Fortuna, estaban formadas por tiendas de anchos portalones. En muchas de ellas subsisten los vasos que contenían los líquidos en venta. En las demás calles, las casas no tienen más hueco practicable que su puerta. Las ventanas y balcones son rarísimos en Pompeya. El sistema de distribución interior es igual en todas las casas, distinguiéndose los ricos de los pobres solo en la amplitud de las habitaciones y en el decorado. Los romanos disponían sabiamente sus viviendas, con arreglo al clima y a las costumbres, y por punto general superan en comodidad a las nuestras. Verdad que no tenían huecos a la calle; pero en cambio, los anchos peristilos interiores daban luz y aire suficiente a las estancias.[5] Pasada la puerta, en cuyo pavimento se ve trazada en mosaicola palabra *Ave*, se llegaba al *atrium* en cuyo fondo estaba el *tablinum*, pieza que corres-ponde a nuestros despachos. En ella recibía el dueño de la casa a los que iban a tratarcon él de negocios públicos o particulares. A los lados del *tablinum* hay dos pasadizos que conducen al peristilo, centro de la vida doméstica, y donde se reunía la familia y se recibían las visitas íntimas. En el fondo del *peristilum* está el *triclinium* o comedor, y a los lados los *cubicula* o alcobas. La cocina y demás dependencias están en un tercer patio llamado *pórticus* que en algunas casas ricas tiene salida a un jardín.[6] Los pisos son por lo

5 *peristilos:* patios rodeados de columnas.

6 *tercer patio llamado pórticus*: los dos patios anteriores eran el *atrium* y el *peristilum* propiamente dicho.

común de mosaicos admirablemente construidos, las paredes de ladrillo estucado o de tufo volcánico. La piedra escasea; de las maderas de los techos apenas quedan vestigios en algunas casas. Lo más notable de estos edificios y lo que constituye su importancia bajo el punto de vista artístico es el decorado. Por Pompeya conocemos la pintura antigua tan bien como conocemos la del Renacimiento. A la circunstancia, para el arte feliz, de haber estado la ciudad sepultada durante toda la Edad Media, debemos la conservación de los curiosísimos frescos decorativos que guarda hoy el museo de Nápoles. Estos tesoros se habrían seguramente perdido sin la erupción.

Lo que los hombres hubieran destruido, lo ha conservado un fenómeno físico que resulta providencial para la historia del arte. Gracias a esto, sabemos que los antiguos no descollaban solo en la escultura. Y cuenta que las obras pictóricas halladas en Pompeya son reflejo pálido de lo que debió existir en Grecia y aún en Roma. Al ser destruida la ciudad por el terremoto del 63, acudieron de la capital pintores y decoradores que trabajaban más bien cómo industriales que como artistas. Siendo Pompeya modesta población provinciana, aunque en ella moraban algunos personajes ricos, no es de creer que las pinturas de las casas, restauradas de prisa, fueran lo más selecto que entonces se conocía en el mundo; sin embargo, los frescos que hoy posee el museo de Nápoles ya los quisieranpara sus palacios los reyes, príncipes y magnates contemporáneos. Ignorase cuál es el procedimiento que tales artistas usaban: tiene aquella pintura el brillo y el jugo de la pintura al óleo; pero de las investigaciones resulta más bien que es temple, con una preparación o barniz de cera.

Todos los frescos de mérito han sido trasladados al museo de Nápoles, de modo que las paredes de Pompeya están en su mayoría descarnadas. Dentro de las casas el aspecto de ruina es más triste que en las calles; pero dentro y fuera todo está inundado de luz. Cómo repercuten los pasos del viajero en aquella soledad augusta, es cosa difícil de describir.

Entre los casas notables se visitan la del "Citavista", la del "Poeta Trágico", en la cual coloca Bulwer la morada de Glauco, en su célebre novela *El último día de Pompeya*;[7] la de "Pansa", la de "Salustio", la de "Diómedes", las termas, y otras que por ciertas particularidades que dan a conocer su destino, están cerradas para las señoras. La casa de Diómedes, situada fuera de las puertas de la ciudad en la "Vía de las Tumbas" es de las más célebres por las espantosas huellas de la catástrofe que en ella se encontraron. En un subterráneo de dicha casa aparecieron diez y ocho cadáveres de mujeres y niños que buscaron allí refugio contra la lluvia de cenizas, encerrando consigo abundantes provisiones de boca, y allí perecieron asfixiadas. Los cuerpos cuyas formas quedaron estampadas en la ceniza que los envolvió durante diez y siete siglos, aparecieron en postura de dolor y desesperación, la cabeza velada, los brazos en torsiones violentas. En la puerta del jardín se encontró el cadáver del que se cree dueño de la casa, la llave en la mano, y a su lado un esclavo que llevaba el dinero y los objetos de valor.

El pequeño museo que existe a la entrada de la ciudad por la parte marina, contiene vaciados en yeso de estos cadáveres, obtenidos por un procedimiento que consiste en uti-

7 *The last day in Pompeia* se publicó en 1834; Glauco es uno de sus protagonistas.*

lizar cuidadosamente los moldes de ceniza. Vense allí algunas de las mujeres de la casa de Diómedes, un soldado que parece haber estado de guardia en la puerta de Herculano, un perro, caballos y además, multitud de objetos. Todas las obras de arte han sido trasladadas al museo de Nápoles para su perfecta conservación.

***

El vasto edificio en que se guardan las colecciones admirables de pinturas y estatuas antiguas fue construido por el famoso virrey duque de Osuna, capitán insigne de mar y tierra, político de grandes iniciativas, contra quien se lanzó gravísima calumnia suponiéndole intentos de alzarse con el reino de Nápoles. Fue su secretario el insigne Quevedo, quien le defendió en el célebre soneto que empieza:

Faltar pudo su patria al grande Osuna…[8]

Los enemigos del virrey consiguieron su destitución. Se le formó causa y fue preso. Murió en Madrid, y el misterio de su desgracia y de los motivos de ella no ha podido aclararse nunca. Durante su virreinato, ilustrado por grandes empresas y victorias navales, se hizo amar de los napolitanos. Representante de un poder tiránico, tuvo la habilidad de revestir su autoridad de formas democráticas, favoreciendo al pueblo contra la nobleza y dictando medidas encaminadas al bien general.

El edificio que hoy es museo lo construyó para cuartel de caballería; pero no pudiéndose destinar a este objeto por dificultades en la conducción de aguas, el conde de Lemos (sucesor de Osuna y más célebre que por sus hazañas, por haber merecido la inmensa honra de que Cervantes le dedicara el *Quijote*)[9] estableció allí la universidad.

En 1790, Fernando I creó, en dicho local, el Museo Borbónico, reuniendo las distintas colecciones antiguas y modernas del reino de Nápoles, la colección Farnesio, casi toda compuesta de obras encontradas en Roma, y por fin las infinitas preciosidades descubiertas en Pompeya, Herculano y Stabia.

La especialidad de este gran museo es la pintura antigua, que lo hace único en el mundo. Gran parte del piso bajo está ocupado por los frescos de las ciudades inhumadas, en tan perfecto estado de conservación algunos que parecen de reciente hechura. Bien conocido es el sistema de decoración pompeyana para que yo necesite describirlo, amén de que es muy difícil. Las escenas mitológicas encerradas en paramentos arquitectónicos de un orden fantástico y aéreo, son de incomparable belleza; las figuras aisladas elegantí- simas. Poseían aquellos artistas, además del perfecto arte del diseño en que superan a los modernos, un sentimiento del color en los planos decorativos que es sin duda lo que más

8 Primer verso del soneto "Memoria inmortal de Don Pedro Girón", fechado entre 1640 y 1645.

9 La "Dedicatoria al Conde de Lemos", Pedro Fernández de Castro, figura al frente de la segunda parte del *Quijote* (1615).

les caracteriza. Y aun en el modelado de las figuras se advierten cualidades de colorista que establecen perfecta gradación entre la pintura antigua y la del Renacimiento.

La longitud de esta carta no me permite extenderme como quisiera en dar una idea de las interesantísimas obras que encierra el museo napolitano, uno de los más ricos del mundo. Como el viajero presuroso, con el tiempo tasado, que recorre ansiosamente las galerías de escultura y pintura, no pudiendo prestar a tantas maravillas más que una atención momentánea, así tengo que mencionar rápidamente el famoso grupo del *Toro Farnesio*, de la escuela de Rodas a que pertenece también el *Laoconte* del Vaticano, obra estupenda de la antigüedad; el *Hércules Farnesio*, atlético, musculoso, estatua de la cual se han hecho infinitas reproducciones; la *Venus* cuya actitud expresa muy bien la denominación de *Callipige* con que se la conoce en el mundo del arte; el grupo de *Harmodie y Aristogoton*; la *Venus de Cápua*; la *Agripina*; las estatuas ecuestres de los Balbus; la *Flora Farnesio*, encontrada en Roma en las termas de Caracalla; el *Antinoo*, favorito de Adriano; el busto de Homero; el incomparable mosaico de la batalla de Alejandro, ejemplar único en el mundo; los bustos de emperadores; y en las salas de los bronces, el encantador *Fauno* y el *Narciso*, que decoraban casas particulares de Pompeya. Sus colecciones de objetos suntuarios o comunes, joyas, utensilios de cocina, de pesca, de baño, encontrados en la ciudad desenterrada; los comestibles, vasos, telas y demás hallazgos que permiten restaurar la vida total de los pompeyanos, son tantos y ocupan tanto espacio, que para examinarlos detenidamente se necesita repetir durante muchos días la visita al museo.

B. PÉREZ GALDÓS

115
LP, 13/1/1889

La Exposición Universal de Barcelona —Su clausura —Éxito del certamen —Grandezas de la capital de Cataluña —Aspecto político de la Exposición —El regionalismo —Antagonismos suavizados —Aproximaciones felices —Los jefes de partido en Barcelona —Propagandas políticas —Los carlistas: cómo practican los derechos de manifestación y de expresión escrita —Otra vez el crimen de la calle de Fuencarral —Nueva declaración de Higinia Balaguer —Dúdase de su sinceridad —Espérase con impaciencia el juicio oral —El submarino *Peral* —Prorrógase la fecha de la prueba oficial —Dimensiones del buque. Precedencia del invento de Peral —Crisis política —Discusiones en la mayoría parlamentaria —Dificultades para la organización del nuevo ministerio —Los problemas pendientes.

Madrid, 12 de diciembre de 1888.

Señor Director:

La Exposición Universal de Barcelona se cierra en estos días, pues, aunque en vista del éxito alcanzado y del considerable número de personas que aún la visitan, algunos desea-

ban prorrogarla hasta fin de año, la clausura se impone por la necesidad que los expositores extranjeros tienen de trasladar sus instalaciones a la Exposición de París.[1]

El éxito de Barcelona ha sido inmenso, y de él, como en otra ocasión he dicho, estamos orgullosos todos los españoles. A los barceloneses y a su pasmosa energía corresponde toda la gloria en primer término, y después al concurso sincero que les ha prestado el gobierno y el país todo. Durante ocho meses la capital de Cataluña ha sido visitada por todas las ilustraciones del país. Desde que la reina regente visitó la Exposición en mayo de este año, recibiendo allí el estupendo y jamás visto homenaje de las escuadras extranjeras,[2] en Barcelona se han sucedido las fiestas sin interrupción. La hermosura y grandeza de esta ciudad, que es sin disputa una de las primeras de Europa y la más bella del Mediterráneo, ha sido admirada por numerosos extranjeros. En todas las solemnidades y festejos ha reinado la mayor concordia. Todo allí ha revestido singular carácter de grandeza y esplendidez. Barcelona era rica y ahora lo es mucho más, pues si en el negocio concreto de la Exposición resulta déficit, la población ha tenido considerables ganancias, el pequeño comercio puede contar esta temporada entre las más beneficiosas.

Las mejoras realizadas en la población con una rapidez y una energía de que no hay ejemplo, las ganancias son indudables, y aunque el Ayuntamiento se encuentra hoy en situación poco lisonjera, es de creer que en la riqueza del vecindario, encuentre pronto el remedio. La Exposición ha ofrecido interés grande, bajo el punto de vista industrial y artístico, ha dado a conocer al mundo los progresos de las manufacturas barcelonesas, y el evidente estado de cultura del país. Las instalaciones, así definitivas como provisionales, resisten muy bien la comparación con los edificios de este género, que en ocasiones análogas hemos admirado en París y Londres. Las construcciones permanentes, serán ornamento de la ciudad, aumentando los muchos y buenos edificios monumentales que ya posee.

Pero, si bajo estos aspectos materiales y utilitarios de la cuestión, es un gran éxito la Exposición de Barcelona, lo es mucho mayor bajo el aspecto político, pues, ha contribuido poderosamente a establecer corrientes de concordia y fraternidad, entre Cataluña que representa el regionalismo y Madrid, que representa la unidad de la nación. Prevenciones fomentadas por rencores políticos o por resentimientos de un orden económico, han quedado ahora reducidas a muy poca cosa y no tardarán en desaparecer completamente.

Tratándose y conociéndose de cerca, se han suavizado ciertas asperezas cuyo origen hay que buscar, más que en las diferencias de carácter y raza, en el desconocimiento mutuo y en algo como muralla de la China que nos separaba. Los catalanes han visto y comprobado que ningún resentimiento verdadero existe contra ellos en la capital de España. Los madrileños de todas las clases sociales han sido los primeros en acudir a la Exposición, en admirar calurosamente y sin envidia así el grandioso certamen como la ciudad y sus bien organizados servicios municipales, y al propio tiempo los barceloneses han desplegado ante los forasteros, así de Madrid como del resto de España, una cortesía y una hospitalidad gallarda, que les honra en extremo y a todos nos obliga. Hemos ganado,

1 Exposición que se inauguraría en mayo del 89 y de la que Galdós dará cuenta en 128 y ss.

2 Véase 103.

pues, en ocho meses, con la Exposición y con estas recíprocas pruebas de amistad, más que habríamos obtenido en ocho años de propaganda escrita. El regionalismo ha cedido insensiblemente gran parte de su terreno al gran principio de la unidad.

Durante esta temporada de alegres fiestas, por Barcelona han desfilado jefes de todos los partidos y los corifeos de todas las ideas, predicando cada cual su religión. Pi y Margall, primero; después Castelar, luego Cánovas, Nocedal y por fin Romero Robledo, han reunido allí a sus amigos para decirles de una manera solemne lo que piensan de los asuntos públicos. En todos estos actos de propaganda hubo la mayor tolerancia. Solo en uno tuvo que intervenir la policía. En la reunión de los carlistas estalló de modo tan formidable el cisma entre los llamados *íntegros* y los nocedalinos o heterodoxos, que después de mucho vociferar, concluyeron por tirarse los trastos a la cabeza.[3] Llevaron la voz cantante en el alboroto algunos clérigos, a quienes el obispo de la diócesis ha tenido que imponer seve- ro correctivo. Todo ello es de lo más cómico que imaginarse puede. La discordia entrelos que han destronado a don Carlos[4] y los que permanecen acatándole es tan viva en la prensa que no puede compararse sino a los desvaríos de lenguaje de aquellas épocas en que empezó a ensayarse la libertad de imprenta.[5] Los absolutistas usan del derecho de ma-nifestar sus pensamientos con una *abundatia cordis*[6] que les lleva a las mayores licencias.Las cosas que se dicen, los varapalos que se administran, hace tiempo que están proscritos de la prensa liberal por el buen gusto y la consideración recíproca. También el derechode manifestación lo usan sin los comedimientos necesarios, pareciéndose en esto a los anarquistas. La última reunión de Barcelona, terminada como el rosario de la aurora, ha puesto de manifiesto como entienden en la práctica los absolutistas las libertades de que tan enemigos son teóricamente.

***

Recordarán mis lectores el horroroso crimen de la calle de Fuencarral, al cual, por ser tema preferente de la opinión y de la prensa en julio último, consagré bastante espacio en estas cartas.[7] Recordarán que una parte de la opinión señalaba al hijo de la víctima, José Varela, como autor del crimen. Surgía luego la cuestión de si Varela había salido o no de la cárcel en los días que precedieron al crimen y en el día mismo en que fue consumado. Este asunto llegó a apasionar de tal modo a la gente, que no se habló de otra cosa en Madrid durante un largo mes, y habría sido preciso que el mundo se hundiera para que la opinión se apartara de aquel tema candente. Pasado el verano, y cuando ya se habían enfriado los

3 *los llamados íntegros y los nocedalinos o heterodoxos:* 'carlistas seguidores de don Carlos y carlistas seguidores de Ramón Nocedal'.*

4 *los que han destronado a don Carlos*: 'los escindidos que dejan de obedecer al pretendiente'. La expresión es irónica ya que don Carlos nunca tuvo trono.

5 En España, durante el Trienio Liberal de Fernando VII (1820-23).

6 `con tanta exuberancia´. Los términos forman parte de la expresión latina *ex abundantia cordis os loquitor*, literalmente, "de la abundancia del corazón habla la boca".

7 En 106, 107 y 108.

ánimos y esperábamos el completo esclarecimiento del enigma en el juicio oral, una nueva declaración de Higinia Balaguer, devuelve a este olvidado drama todo su interés.

La célebre criada de la infeliz doña Luciana Borcino, se ha declarado única autora del crimen, mostrándose arrepentida y exculpando sin género alguno de atenuación al hijo de la víctima y a los demás sobre quienes caían sospechas de complicidad. Ya antes de esta declaración, había ganado mucho terreno la idea de que Higinia era la única culpable. Son ya muy pocas las personas que insisten en acusar a Varela.

Después de la manifestación de la criada, casi no hay nadie que crea en el horrible parricidio. Esto no quiero decir que se dé completo crédito a lo dicho últimamente por aquella diabólica mujer, y cuesta en efecto trabajo creer que ella sola consumara tan atroz tragedia. Queda, pues, en opinión de muchos, parte del enigma por aclarar, y el velo que lo encubre no se ha descorrido por entero todavía. Lo que robustece esta sospecha es que Higinia declara haber procedido por arrebato y en defensa propia, en cuyo caso no hubo premeditación y, como en el sumario constan una porción de hechos que corroboran la premeditación, algunos suponen que la criminal ha dado esta nueva declaración para embrollar y despistar más a la justicia.

El abogado defensor de esa mujer presentó un escrito en la Sala haciendo constar las últimas manifestaciones de la procesada. Pero, al propio tiempo publicó un periódico el *interviú* celebrado por uno de sus redactores con Higinia, y del cual parece que esta no hizo tal declaración y que obedeció a sugestiones de un abogado para tener un buen terreno en que apoyar la defensa. A consecuencia de esta, el letrado, señor Galiana, ha demandado por injuria y calumnia al periódico, el cual dejando a salvo la consecuencia del defensor de Higinia, sostuvo en el juicio de conciliación sus afirmaciones.

Tal es el estado de la cuestión. Gana terreno la idea de la no complicidad de Varela; se cree que Higinia es autora del asesinato; pero son pocos los que entienden que pudo consumarlo sin ayuda de algún criminal de cuenta. El juicio oral, que según dicen se celebrará el mes próximo, lo aclarará todo seguramente.

***

No he hablado aún del submarino *Peral*, el atrevido invento que tanto interés despierta entre la gente científica y cuyas pruebas se esperan con tanta curiosidad dentro y fuera de España. Hoy me ocupo por primera vez de este asunto para decir que las pruebas, fijadas para este mes, no se verificarán hasta el próximo enero, no solo porque el inventor y constructor desea hacer particularmente varios ensayos importantísimos referentes a orientación, visualidad, radio efectivo de acción, y evoluciones de inmersión y ascenso, sino porque aún faltan ciertos trámites para que la prueba oficial pueda hacerse con arreglo a un plan científico, y en las mejores condiciones. Por estas razones la natural impacienciade los que esperan un éxito seguro para el señor Peral, y de los que aguardan la prueba para dar su opinión definitiva, ha de contenerse hasta principios del año próximo.

Los problemas de mecánica, física y química que este atrevido invento entraña son de mucha gravedad para que se arriesgue el éxito por precipitación. En estas pruebas, o en-

sayos preliminares, que ya se están ejecutando, acompañan al señor Peral distinguidísimos oficiales de la Armada, escogidos marineros y maquinistas. Las dimensiones del buque submarino son: eslora, veintiún metros; manga y puntal, dos con setenta y cuatro metros; desplazamiento a flote, setenta y nueve toneladas; ídem sumergido, ochenta y siete. El motor principal del buque es la electricidad, dispuesta por medio de aplicaciones enteramente nuevas. La marcha será de once millas a flote, y de diez sumergido.

Han creído algunos que las experiencias hechas recientemente en Tolón con un buque de esta especie llamado *Gimnote* quitaban la precedencia al invento de nuestro ilustrado compatriota; pero esto no es cierto. Cinco años hace que Peral propuso al ministerio de Marina la construcción de su aparato, exponiendo las teorías en que fundaba su invención. Además de esto las pruebas del *Gimnote* han dado muy mal resultado, mejor dicho, han sido un fracaso. La teoría de este buque no presenta ninguna novedad en el campo de la ciencia, mientras que el *Peral* hará, al decir de los que están en el secreto, una verdadera revolución en el arte de construcciones navales. Todos deseamos que la prueba oficial se verifique pronto, para alabar sin tasa la constancia del distinguidísimo oficial de marina, y asignarle los títulos de gloria que por dicha constancia y por su saber le pertenecen.

***

Estamos en crisis, quiero decir que el señor Sagasta, jefe del partido liberal, se prepara a variar su ministerio por cuarta vez en los tres años que lleva de mando con la Regencia. El motivo ha sido disentimientos en la mayoría de ambas Cámaras. Nos hallamos en la cuarta legislatura, y es cosa sabida que cuando se llega esta altura pasa con los diputados lo que con los pasajeros de un buque al fin de las largas travesías, y es que se producen disgustos y rozamientos entre personas por tanto tiempo reunidas, cansadas ya de verse todos los días y de vivir juntos a todas horas. Rarísima es entre nosotros la situación que llega sin desmoronarse a la cuarta legislatura; y a la quinta, que es el término legal de la vida de las cortes, no ha llegado ninguna todavía. En la actual mayoría del Congreso se vienen notando desde hace algún tiempo esos síntomas de discordia, ese recelo y desconfianza que son la desmoralización de los ejércitos y les acarrea al fin la derrota. Cierto que el presidente del Consejo tiene aún un núcleo de fuerzas incondicionalmente suyas y que no han de faltarle en ningún caso. Pero el partido liberal, tiene aquí una composición de las más heterogéneas. Debajo del jefe para todos respetable e indiscutible, hay dos o tres segundos jefes, que tienen cada cual su correspondiente mesnada,[8] y que coaligándose pueden sumar una fuerza respetable.

Esto fue lo que pasó hace días en la lucha de las secciones para nombrar comisiones de las más importantes. La candidatura oficial salió triunfante al fin; pero con exigua mayoría y con circunstancias y accidentes tales que acusan grandes perturbaciones en el seno de

8 *mesnada*: el término, que literalmente significó en la Edad Media 'compañía de gente armada al mando de un rey' lo aplicó irónicamente Castelar, en 1885, al primer gobierno del recién unido partido liberal al calificarlo de "coalición de mesnadas".*

la mayoría parlamentaria. Inmediatamente vinieron las susceptibilidades de los ministros y la resolución de marcharse a sus casas. El Presidente se ve en el caso de reorganizar el ministerio, procurando dar entrada en él a distintas familias que bajo su autoridad política militan; trabajo ímprobo, empresa que por sus dificultades tiene algo de milagrosa.

En vista de estas dificultades, algunos piden la disolución de las Cortes, encargándose el mismo Sagasta de hacer nuevas elecciones, pero este recurso extremo no se considera aún bastante justificado. La mayoría, aunque alborotada y un poco díscola, no ha dejado aun de apoyar al gobierno en las votaciones solemnes. Lo ocurrido en las sesiones no debe tomarse como señal definitiva de desmembración. Antes de consultar nuevamente al cuerpo electoral, deben agotarse todos los recursos para sacar las leyes del actual parlamento, sin apelar a la disolución mientras no se vea palmariamente su incapacidad legislativa.

El señor Sagasta, hombre de grandísima experiencia política, de mucha sagacidad y de un extraordinario tacto para resolver las cuestiones de personas, se ha visto ya muchas veces, durante su larga vida parlamentarla, en conflictos como el de hoy, y ha salido de ellos, calmando las inquietudes de sus amigos, reduciendo a los que parecen más alborotados, y templando las cuerdas de ese inmenso instrumento que se llama partido liberal, hasta ponerlas en el mayor grado de afinación posible. Es de creer que ahora consiga el mismo resultado. Sí no lo consiguiera, si solo pudiera aplazar el rompimiento, y este se verificara dentro de poco y después de una nueva tentativa de conciliación, más pierden los que están a sus órdenes que él mismo, porque el partido liberal desaparecería del poder. De lo que quedara, siempre sería el señor Sagasta cabeza y director y en la oposición, los mismos que hoy ponen obstáculos en su camino, irían a reconocerle nuevamente como el único caudillo bastante poderoso a devolverles, tras una larga campaña, la influencia que hoy tiran por la ventana.

Por fin el señor Sagasta ha conseguido formar un nuevo ministerio, representando en él las dos grandes agrupaciones que componen el partido, la constitucional y la democrática.[9] De esta manera se cree que sorteará las dificultades del momento; pero no es seguro que estas no reaparezcan más tarde, exigiendo una nueva renovación del gabinete.

Por de pronto, el que hoy jura tendrá que abordar resueltamente tres cuestiones de gran importancia: las reformas militares,[10] la cuestión económica y el sufragio universal. La primera, por el estado de excitación que se ha creado en torno de ellas, es una incógnita que el gobierno necesita despejar pronto, so pena de arrastrar una vida azarosa. Urge que aquella parte de los proyectos de Cassola estimada practicable, se traduzca pronto en leyes, para que desaparezcan las inquietudes en el ejército y las discordias entre ciertos elevados personajes de la milicia. La cuestión económica es menos grave, y si se acomete con energía la reducción en los gastos puede dársela por resuelta, pues los partidarios de la subida de los aranceles no han de extremar según creo, su campaña en

9 *la constitucional y la democrática*: 'la que acató la Constitución del 76 desde el primer momento, y la que, defendiendo al inicio de la Restauración la del 69, aprobada durante el sexenio democrático, fue admitiéndo la del 76 gradualmente, bajo el compromiso de intentar reformarla'.

10 Explicadas en la Carta 81.

este sentido, si el actual ministro se compromete a no reforzar los impuestos y disminuir los gastos.

El sufragio universal, el más preciado emblema del partido liberal en esta época, su más elocuente justificación ante los revolucionarios, y la mejor bandera para combatirlos y reducirlos a completa impotencia, ha sido presentado ya en las Cámaras en forma de proyecto de ley. Natural parecía que el partido liberal hiciera los mayores esfuerzos para convertir en ley lo que constituye una de las más fuertes razones de su sistema. Si las discusiones de la mayoría impiden que se discuta y apruebe, si la indisciplina incapacita a las actuales Cortes para realizar lo más importante del programa que se ha estado preconizando durante tres años, el descrédito del partido liberal será evidente, y no habrá en él un solo hombre con autoridad bastante para condenar la vuelta de los conservadores.

B. PÉREZ GALDÓS

116
LP, 18/1/1889

DE VUELTA DE ITALIA

Gratitud a Baedeker —¿Quién es Baedeker? —La empresa Cook y su plan de excursiones —Viajes en caravana —Venecia —Los recién casados —Las góndolas —Sosiego y poesía de la ciudad —Nido y refugio de los pintores —Elementos pintorescos de la ciudad —Mar-tín Rico —El Gran Canal y los canales pequeños o ríos —Paseos en góndola —La plazade San Marcos y la *Piazzetta* —San Marcos —El palacio ducal —La *Librería Vecchia* —El *campanile* —Las palomas de San Marcos.

Madrid, 20 de diciembre de 1888.

Señor Director:

Los que en la edad presente tenemos afición a los viajes, los que no dejamos pasar ningún año sin hacer una correría por esta vieja Europa tan interesante y tan bella, hemos contraído una amistad cariñosa, a la cual debemos consejos discretísimos y fiel y amena compañía. Me refiero a las guías de Baedeker, esos libros inapreciables que vemos en las manos de todo viajero, ya sea inglés o alemán, español o italiano, y que son modelo de imparcialidad, de método y de rectitud. Por estas cualidades y por el sentido eminentemente práctico que resplandece en sus informaciones, estas guías se han sobrepuesto a todas las demás que en diferentes lenguas están escritas y son de uso universal.

Baedeker tiene la inmensa ventaja de que sólo aspira a dirigir los pasos del viajero, limitándose a indicarle los lugares y obras de arte que merecen visita, sin anticiparse a la admiración con entusiasmos exagerados. Posee el arte exquisito de clasificar las cosas, distinguiendo admirablemente lo principal de lo secundario, para evitar que la atención del viajero se fatigue. Los que tienen costumbre de manejar el Baedeker, entienden fácilmente las categorías que sabe establecer, y acomodan su tarea al tiempo de que disponen.

El criterio artístico de estos libros es aceptable en general. Suele poner al frente de cada guía páginas de crítica de algún afamado escritor alemán, las cuales no siempre están en armonía con las ideas dominantes hoy en estas materias; pero en la parte descriptiva, Baedeker es muy sobrio en sus juicios, y no quita al viajero el placer de juzgar por sí mismo lo que ve. En lo que principalmente descuella, en lo que no tiene igual, es en todo lo concerniente a informaciones de carácter práctico. El viajero necesita vivir y vivir lo mejor posible con arreglo a sus recursos. Desea encontrar comodidades y no ser estafado. Baedeker previene todo lo que a esto se refiere, atendiendo con igual solicitud a los ricos que no escatiman gastos y a los modestos que disponen de recursos limitados; se ocupa con la preferencia conveniente de indicar los hoteles y *restaurants,* los medios de comunicación; regatea las propinas, que es uno de los renglones más dispendiosos y molestos; anticipa mil noticias útiles concernientes a los cambios de moneda, al clima, a las costumbres del país que se visita y a las exigencias de los *cicerones,* guías, cocheros y demás individuos con quien el viajero ha de estar en contacto.

Y estas guías han llegado a adquirir tal autoridad en semejantes materias a causa de la rectitud con que proceden, que sus informaciones se consideran infalibles. Cuéntase que los fondistas de diferentes ciudades han intentado ganar el favor de Baedeker para hacerse recomendar, pero todo ha sido inútil. La rectitud y la escrupulosidad más exquisitas resplandecen en esta parte utilitaria y práctica de las guías, que además son un modelo tipográfico por el arte con que en ellas se procura encerrar en breve espacio materias tan varias y extensas, y por el sistema de signos empleados para abreviar y facilitar la inteligencia del texto.

Baedeker no existe; mejor dicho, no es una persona, es una entidad. El librero de Leipzig que da nombre a estos volúmenes siempre en boga, Karl Baedeker, nació en Essen en 1801 y murió en Coblenza en 1859. Es probable que las primeras guías fuesen escritas por él. Indudablemente en el plan de estas obras se ve una mano única, inteligente. La colaboración ha venido después bajo una dirección habilísima. Las actuales guías se forman en la casa editorial de Leipzig con referencias de comisionados, las cuales son ordenadas sin duda por alguna persona muy perita en viajes y muy conocedora de la Europa monumental y artística. La dirección cuida especialmente de la verdad de los datos, de la imparcialidad estricta de las informaciones. Sólo así se consigue dominar al público y acreditar una publicación hasta hacerla insustituible. Por estas cualidades, por su esmero y honradez, las guías de Baedeker son el mejor compañero y el más leal amigo del viajero en las ciudades europeas.

También deben los viajeros gratitud al célebre Cook, empresario de excursiones establecido en Londres, con agencias y sucursales en toda Europa. Cook ha combinado este negocio con las empresas de ferrocarriles y realiza grandes ganancias proporcionando medios fáciles y económicos para visitar los más remotos países. Los billetes circulares son una gran conquista de estos tiempos, y con ellos se recorren distancias más o menos grandes con la mitad del costo ordinario. Cada día toma desarrollo mayor la empresa Cook, que ha organizado últimamente, a más de los infinitos viajes por los sitios más trillados de Europa, excursiones a Palestina, Egipto y todo el Oriente, y al norte de Euro-

pa hasta el extremo septentrional de Suecia, donde en ciertos días del año se ve el sol a media noche.

Los viajes en caravana, comprendidos todos los gastos en el precio del billete o cupón, a saber, fonda, guías y paseos en coche por las poblaciones, también son invento de Cook. Los ingleses usan mucho este sistema de viajar en cofradía o corporación, y ellos componen casi exclusivamente esas bandadas alegres y presurosas que se ven en París, en Suiza y en Italia, pastoreadas por un guía de la empresa.

Pero tales excursiones me parecen incómodas y no tienen más ventaja que su increíble baratura. Los expedicionarios que van en ellas se ven obligados a comer, a dormir, a divertirse y a admirarse con arreglo a un plan invariable, bajo las órdenes del *cicerone* mayor, siempre juntos, siempre llevados y traídos de prisa y corriendo, en la más cargante de las fraternidades.

***

Vámonos ahora de un saltito a la gran Venecia, la ciudad cuya poesía y belleza, a fuerza de generalizarse, han llegado casi al amaneramiento. Así como la mejor música llega a cansar cuando se apoderan de ella los organillos, y así como la gran pintura se desvirtúa cuando se multiplica en cromos y estampas, del mismo modo Venecia, antes de ser vista, se nos figura que ha de aparecer a nuestros ojos desmejorada por la vulgarización excesiva de sus encantos.

Y sin embargo no sucede así. Por muchas noticias que se tengan de una ciudad y por mucho que se la haya visto pintada ya en cuadros magníficos ya en las tapas de las cajas de guantes, siempre la contemplación real de la misma nos hace rectificar ideas e imágenes. El natural da siempre tonos e inflexiones que no pueden preverse.

Hay en el color efectivo de las cosas algo que causa sorpresa, algo que no es lo que se había imaginado, por bien imaginado que estuviera. De aquí que la curiosidad natural de nuestro ánimo y el ansia de nuestros ojos no se vean satisfechos nunca sino ante la realidad. Venecia es el sueño dorado de los amantes, de los novios, principalmente cuando dejan de serlo para convertirse en esposos. El sueño de oro de todos los recién casados es pasar la luna de miel en Venecia. Lo que principalmente les seduce es aquello de pasear en la blandura serena y silenciosa de la góndola por los canales y lagunas. Y si hay luna, mejor y más poético, deslizándose sobre las aguas a la sombra de los palacios, o contemplando los reflejos del astro en las temblorosas aguas del Gran Canal. La vida es en aquella ciudad como un paréntesis. Así como Venecia no se parece a nada, así los días que allí se pasan vienen a ser una interrupción de las condiciones normales en que vive toda la humanidad civilizada. Se comprende que el veneciano de raza, al salir de su ciudad natal y encontrarse en cualquiera otra, se sorprenda tanto como nos sorprendemos nosotros al vernos albergados en aquellas casas que parecen buques fondeados en medio de la mar. El sosiego de las habitaciones de Venecia, sobre todo en la parte menos próxima a la plaza de San Marcos, es cosa que no se puede tener idea sino apreciándolo allí mismo.

La ausencia absoluta de coches reduce los ruidos de la ciudad al de los roces humanos y al chasquido del remo de las góndolas en los canales. Ni es comparable al silencio del

campo que tiene su ritmo especial y dulcísimo. En Venecia no se conoce el canto del gallo. Hay poquísimos pájaros. En cambio, las palomas abundan extraordinariamente; pero el rumor de sus arrullos y revuelos no se advierte en ninguna parte fuera de las inmediaciones de la plaza. Otra particularidad de Venecia es que hay muy pocos perros. El caballo no se conoce allí. No hay más que uno y este es de bronce, el caballo de Colleoni, obra maestra de Andrea del Verocchio.[1]

Si es Venecia el nido de los amantes y recién casados y el verdadero reino de la luna de miel, es también una de las principales residencias de pintores que en el mundo existen. Toda la ciudad es un gran taller del arte de Apeles. Los artistas plantan su caballete en cualquier parte y trabajan al aire libre sin que nadie les estorbe ni moleste. Las condiciones físicas de la que comúnmente llamamos *reina del Adriático,* la hacen en extremo pintoresca.

En primer lugar, las enormes masas de agua que la rodean y atraviesan por todas partes, reflejando la arquitectura, producen un *partido* admirable para la pintura. Este *partido* se aumenta extraordinariamente con la pureza y diafanidad del aire, casi siempre sin nubes, con el azul intenso del cielo, con la bella arquitectura civil y religiosa medio gótica y medio oriental, con el color de los materiales de construcción, mármol blanco y ladrillo rojo, y por fin con esa pátina de tonos severos y simpáticos que el tiempo y la humedad han puesto allí sobre todas las superficies. Otra especialidad de Venecia es que allí no hay polvo. Los edificios, al envejecer, no toman el aspecto de ruina que en otras partes tienen. El mármol blanco se oscurece, pero conserva un brillo particular, cual si lo frotaran todos los días. La roña en algunos sitios resplandece al sol como si fuera el esmalte de una mayólica.[2] Todo allí es colorido, armonía de masas *y* líneas, y a los que no conocen las dificultades del arte, les parece que en Venecia los cuadros se pintan solos y que no hay que quebrarse la cabeza para encontrar la composición de un paisaje. Por desgracia, para los artistas débiles no es así, y en Venecia, como en cualquier parte, la bondad del modelo ayuda al artista; pero el artista es quien verdaderamente crea. Gran número de ellos viven en Venecia, que es mina inagotable de cuadros agradables, de fácil colocación en los mercados de obras de arte. El gran paisajista español Martín Rico tiene allí su residencia hace muchos años, y puede decirse de él que ha creado un nuevo género veneciano. Sus obras se distinguen por la gracia picante, por el acento de verdad, por un estilo encantador, personalísimo, que es la desesperación de sus imitadores.

Venecia no es *toda agua,* como vulgarmente se cree; también hay calles, estrechas, laberínticas. Se necesita un trozo bastante grande del hilo de Ariadna para andar por ellas sin perderse.[3] Estas vías o callejones abiertos entre las medianerías de las casas, están enlazadas por puentes. Dicen que se puede recorrer toda la ciudad sin embarcarse. Lo dudo. El Gran Canal es la sala más lucida de aquel museo de admirables cuadros que participan del

1 La estatua ecuestre de este capitán general de Venecia del siglo XV, fue ubicada en el campo de San Giovanni e Paolo en 1506.

2 Loza común con esmalte metálico.

3 *el hilo de Ariadna:* el hilo que, en mitología griega, Ariadna entrega a Teseo para que encuentre la salida del laberinto de Creta.

país y de la marina; pero los canales pequeños que surcan la ciudad en todas direcciones tienen un encanto pintoresco, un misterio y poesía que a nada es comparable. Parece que revive en ellos la historia de la república aristocrática y comerciante, su tenebroso gobierno y el vivir dramático de los venecianos de la Edad Media y del Renacimiento. Los edificios cuyos fundamentos baña el agua verdosa y estancada de estos canales, tienen una vejez venerable y nobilísima. No se ve por allí una casa de moderna construcción. Esto es tan raro en Venecia como un vehículo tirado por caballos. La ciudad es más grande de lo que su población exige, sobran casas, palacios, sobran residencias suntuosas y humildes. Hace mucho tiempo que no se edifica nada. Todo es viejo, pero ilustre, grande o impregnado de dignidad como la nobleza del prócer que ha venido a menos.

Cuando se recorren de noche los canales de travesía, que comunican el Gran Canal con las lagunas, el alma se siente sobrecogida y temerosa. Los gondoleros usan un lenguaje particular, un alarido lúgubre y cadencioso para avisarse al doblar las esquinas.

Silencio profundo reina por todas partes, sólo interrumpido por el chasquido del remo en el agua. La góndola, que todos comparan a un ataúd por su negro color y su forma prolongada, se desliza como un pez con ligereza suma por la superficie del agua. Si no hay luna, la vía está mal alumbrada por faroles situados a largas distancias. El misterio de la vida veneciana que convierte la historia de este país en puro drama y poesía, parece surgir del fondo de las aguas y habitar de nuevo los cerrados palacios. Se sienten los crímenes, las sorpresas y el acalorado interés romántico de aquella vida cual si a nuestro lado se renovara.

En la plaza de San Marcos se siente y se toca la vida del Estado en la famosa república; se ven y se palpan sus originales instituciones, su régimen aristocrático y comerciante, su lujo oriental, su riqueza y cultura. Esta plaza, junto con la próxima Piazzeta, forman la página de historia más clara y elocuente. No se necesita nada para comprenderla; con mirar basta.

Los edificios que allí hay son únicos en el mundo. No hay nada en ninguna parte, ni en Roma mismo, que pueda compararse a semejante colección de bellezas arquitectónicas. San Marcos, el palacio ducal, la *Libreria Vecchia*, las *Procuratie*, el c*ampanile* con su *loggetta,*[4] la torre del reloj y por fin los mástiles y las columnas de San Marcos y San Jorge ofrecen un conjunto que en los aficionados a la arquitectura produce verdadero efecto de embriaguez. San Marcos deslumbra por su traza oriental, por su decoración polícroma, sus cúpulas y el lujo bizantino de sus mosaicos sobre fondo de oro. El palacio ducal, adapta- ción maravillosa del arte gótico al genio veneciano, ostenta su doble arcada ojival en que el mármol, labrado como una joya, parece competir con el marfil. Enfrente, la *Libreria Vecchia*, creación inmortal de Sansovino, también de mármol, revela los esplendores del Renacimiento en su mayor pureza. Este edificio representa el punto culminante del desarrollo de la arquitectura en Italia antes de la aparición del barroquismo. Como estilo y como felicísima unión de la severidad de líneas con la gallardía del adorno, no hay dentro ni fuera de Venecia nada que se le compare. Las *Procurazzie Vecchie* pertenecen a época

4 *las Procuratie, el campanile con su loggetta*: 'las Procuradurías, el campanario exento con su pequeña logia'.

anterior y revelan mayor sobriedad, pero también fantasía menos rica. Felizmente, el arte moderno ha sabido respetar estas plazas incomparables, o más bien, los edificios que las forman, cuidando de no poner su atrevida mano en ellas. Son cosa sagrada e intangible.

El león de San Marcos, plantado gallardamente, con el rabo tieso y las alas extendidas sobre una de las columnas de pórfido próximas al muelle,[5] vigila y protege aquellas maravillas del arte, expresión del genio artístico y de la cultura de la república veneciana.

El *campanile,* aislado y altísimo, de originalísima traza, con el cuerpo árabe y la cabeza plateresca, es otro de los ornamentos de esta plaza sin igual, y su *loggetta* de mármoles de colores, página encantadora semejante a los fondos arquitectónicos de los cuadros del Veronés. Por fin, no es posible hablar del foro veneciano sin mentar a las célebres palomas, huéspedes de aquellas cresterías admirables, seres felices, tan queridos y mimados por los indígenas como por los forasteros. Las graciosas e inocentes aves, cuya raza existe y se reproduce en Venecia desde los tiempos del primer Dandolo, son el principal encanto y alegría de una ciudad arqueológica que sólo vive de lo pasado, y que si no conserva políticamente su forma y ser primitivo, subsiste con la vida inmortal del arte. Las confiadas avecillas vienen a comer, sin asustarse, a la mano de todo el que les ofrece un poco de grano, el cual para estos casos se vende en cucuruchos por los mendigos de la plaza. Sin saber por qué, vemos en ellas las mismas palomas que vivieron en los tiempos gloriosos y decadentes de la república y durante la dominación austriaca.

Las creemos perdurables como los monumentos y no susceptibles de reproducción; creemos ver en ellas las que fueron amigas de Dandolo y Foscari, de Contarini y Marino Faliero,[6] las mismas que comieron en la mano de Tiziano y Tiepolo, de Desdémona y Catalina Cornaro, de Goethe y Byron, de Manin y Silvio Pellico,[7] de todos los personajes célebres, así venecianos como extranjeros, que figuran en la rica historia de la sin par ciudad lacustre.

B. PÉREZ GALDÓS

117

LP, 3/2/1889

DE VUELTA DE ITALIA

San Marcos de Venecia —Decoración bizantina —Los caballos de Lissipo —El palacio ducal —Carácter histórico de la república Veneciana —Su preponderancia mercantil en la Edad Media —Magnificencia del palacio de los *Dux* —La pintura veneciana —Tiziano, Ve-

5 *pórfido:* roca compacta y dura con cristales de feldespato y cuarzo.

6 Todos ellos *dogos o dux* de Venecia: Francesco Foscari de 1423 a 1457. De la familia Contarini ocho ocuparon el puesto; Marino Faliero de 1354 a 1355.

7 Personajes históricos, excepto Desdémona, protagonista de *Otelo*, que vivieron en Venecia en distintas épocas.

ronés y Tintoretto —Los dos Bellini —Las prisiones —El calabozo de Marino Faliero —San Giovanni é Paolo y la iglesia dei Frari —El Colleoni —Mausoleos de los Dux —Sepulcros de Tiziano y Canova —*Otelo* y el *Mercader de Venecia.*

Madrid, 27 de diciembre de 1888.

Señor Director:

Aunque el interior de los palacios y de las iglesias de Venecia ofrece innumerables hermosuras a la admiración del viajero, más interés encuentro en recorrer la ciudad por canales y callejones (que en el dialecto italiano se llaman *calles,* como en nuestra lengua), en ver la espléndida decoración externa de sus monumentos, en examinar los tipos y fisonomías de la raza y en contemplar aquel mar que a ningún otro se parece por la placidez y brillo de sus aguas.

Encuentro que San Marcos es menos bello por dentro que por fuera. La riqueza de la decoración bizantina lo es todo en aquel templo, que parece una joya, obra de orfebrería más que de arquitectura. El oro y los mármoles resplandecen de un modo extraño en aquellas bóvedas, formando sombras y luces fantásticas. Ningún sentimiento místico, tal como en nosotros los españoles se produce, despiértase allí. Los mosaicos bizantinos, con su colorido brillante, con sus líneas duras, con la expresión ingenua y pueril de las imágenes o símbolos que representan, hablan poco al alma de los occidentales. Hasta el culto nos parece que ha de ser muy diferente del culto que aquí conocemos. Los santos bizantinos se nos figuran de una raza extraña.

San Marcos no se parece a nada de lo que en España llamamos bizantino o románico. La traza y concepción arquitectónica es semejante; pero la decoración difiere notablemente. No consiste en motivos escultóricos, sino en adaptaciones de placas de mosaico que hacen el efecto de pinturas. Este célebre templo es hijo de Santa Sofía de Constantinopla. Aunque de casta oriental, no tiene parentesco visible con nuestra catedral de Córdoba. Su belleza consiste más en lo rico de los materiales que en la disposición y ordenamiento arquitectónico. El exterior remeda bastante las iglesias rusas con sus cúpulas múltiples, guarnecidas de oro. Sobre la cornisa están los caballos de bronce de Lissipo obras admirables de la escultura helénica, ganadas por los venecianos en sus conquistas del mar de Grecia. Ninguna armonía existe entre estos célebres caballos y la abigarrada arquitectura de mil colores que les sustenta. Fueron colocadas en aquel sitio como trofeo de las armas victoriosas y han servido de modelo para todas las estatuas ecuestres que se esculpieron y fundieron en el Renacimiento.

El célebre caballo de Colleoni,[1] único animal de esta raza que los venecianos conocen, y que está sobre elegante pedestal en la plaza de San Giovanni é Paolo, el otro no menos arrogante del general Gattamelata en Padua,[2] hijos son de los corceles de Lissipo, verdaderos sementales de la escultura ecuestre en Italia y en toda Europa.

1 Véase 116, n. 1.

2 La estatua del condottiero Gattamelata es obra de Donatello.

El interior del palacio ducal hace revivir ante nuestros ojos el Estado veneciano, sus instituciones y severos métodos de gobierno. Toda la historia de la república está en aquellas salas, cuya magnificencia eclipsa la de los palacios de los reyes más poderosos: ni Saint James, ni Potsdam, ni Versalles, ni el Vaticano, ni ninguna residencia de reyes supera a las magnificencias de la casa de los *dux*, representantes electivos y vitalicios de una república de mercaderes aristocráticos. La originalidad política de Venecia en la historia está admirablemente expresada por el arte en aquel palacio esplendidísimo. Todo parece distinto de lo que en las monarquías se ve y, no obstante, nada hay allí que trascienda a democrático ni a burgués.

Venecia era una nación puramente mercantil, como Inglaterra en los tiempos modernos, y Cartago en los antiguos; estaba constituida en oligarquía de comerciantes, banqueros y armadores, que formaron una aristocracia guerrera y naval. Las conquistas les aseguraban grandes riquezas, y con éstas se desarrolló el lujo y el gusto artístico de un modo extraordinario. Dueños del mar Mediterráneo, mientras éste era el centro del comercio universal, Venecia fue el gran depósito del comercio de Oriente. El descubrimiento del paso del Cabo para las Indias por Vasco de Gama empezó a quitarle su preponderancia; y Colón le dio el golpe mortal descubriendo las Indias Occidentales. La república, cuya grandeza se fundaba en el comercio y en el poderío naval, entró desde principios del siglo XV en lastimosa decadencia. El esplendor que las artes habían adquirido en ella la sostuvieron aún algún tiempo con apariencias de vida; pero las artes se difundieron, el lujo, que tanto ayudó a su sostenimiento, se diluyó. Las instituciones venecianas vivieron en su parte puramente formularia hasta el siglo pasado. El Austria se apoderó de la nación caduca y políticamente muerta; Italia la ha recogido al fin, asociándola a su joven nacionalidad, y sumando sus glorias a las glorias de la patria italiana. De la antigua república nada subsiste en el orden político; pero Venecia es siempre la misma por sus singulares condiciones físicas y por las galas inmortales con que la ha vestido el arte.

El palacio ducal es el principal museo de Venecia, por reunir las dos excelencias: ar- tística e histórica. Las pinturas de la sala del Gran Consejo, del Consejo de los Diez, del Escrutinio, del Senado, etc., al par que nos muestran la historia detallada de todos los *dux* yde las victorias terrestres y navales de las armas venecianas, nos revelan en todo su esplen-dor el genio de Tiziano, *Veronés*, Tintoretto, y al lado de estos astros de primera magnituden la pléyade colorista, Bassano, Palma el Viejo, Marco Vecellio, Zuccaro y otros. El lujoy belleza de estas salas supera a cuanto puede imaginarse. Todas las artes contribuyen asu esplendor, y especialmente la pintura, esa escuela aislada, única, que forma un mundo aparte en el arte italiano, como lo forma Venecia en la geografía peninsular. En el palacio, que más bien debía llamarse "del Estado" que "de los *dux*", lo mismo que en la Academia,abundan las obras maestras de los pintores venecianos. Tiziano es el más grande de todos por el brillo del colorido en las carnes, por la elevación de las ideas y la sobria majestad con que las expresa. El *Veronés* es el más aristocrático. Todas sus figuras tienen un sello especial de raza superior; en los fondos desarrolla esas perspectivas arquitectónicas que recrean la vista, palacios que parecen encantados, terrazas y pórticos sin fin; en los paños hace gala de prodigar los más ricos elementos suntuarios. Tintoretto descuella por la fan-

tasía y el acento dramático de sus composiciones. En el colorido busca efectos extraños. Su pintura fue indudablemente revolucionaria en su tiempo, y aun hoy lo parece todavía.

Los maestros antiguos precursores de estos tres colosos, están mejor representados en la Academia que en el palacio ducal, sobre todo los dos Bellini, ambos encantadores por la sencillez y la gracia de sus figuras de vírgenes y santos. Giorgione apenas tiene representación en esta galería. Carpaccio, Palma el Viejo y Bonifazio añaden nuevo brillo a esta abundante colección, que sería completa si no faltaran en ella Giorgione, astro de los primeros tiempos de la escuela, y Tiepolo, de los últimos. *La Asunción* de Tiziano es indudablemente la obra capital del gran maestro, y una de las creaciones más admirables de la pintura. Su contemplación suspende el ánimo, y el fervor religioso que revela y del cual están raramente penetrados los personajes todos que figuran en la mística escena, corre parejas con la amplitud del estilo y la brillantez casi sobrenatural del colorido. Concluyo esta digresión para volverme al palacio ducal, pues no puedo dejar en el olvido su grandioso patio, su Escalera de los Gigantes, exornada con las estatuas de Marte y de Neptuno, obra de Sansovino, ni los lúgubres aposentos donde residía la institución policíaca e inquisitorial que arroja sobre la historia de Venecia sombras de duelo y muerte.

Cuando se pasa del esplendor de las salas de Estado a la estrechez tenebrosa de las prisiones, la mente no acierta a concebir que sean ciertas las ignominias que aquel rudo contraste revela. Nos inclinamos a creer que la historia ha mentido; protestamos de que en la humanidad quepan crueldades tan atroces, de que estas puedan ser compatibles con el florecimiento de una nación ilustrada por tantas glorias, y no podemos menos de execrar instituciones que tenían por instrumento la delación, el espionaje y cuyos métodos de represión eran el asesinato cohonestado por el secreto. La horrible prisión, mejor dicho, agujero inmundo sin aire y sin luz, en que fue encerrado el *dux* Marino Faliero por traidor a la república,[3] pone los pelos de punta: al entrar en ella, nos sentimos sobrecogidos de horror, y los esplendores del palacio que acabamos de ver, con sus dorados techos y sus riquezas sin fin, pesan sobre nuestra conciencia, cual si también nosotros, testigos tardíos del contraste odioso, fuéramos responsables de tan gran injuria a la idea cristiana y a la humanidad.

Las prisiones son grandes y con muchos escondrijos, pasadizos lúgubres, mazmorras y lugares horrendos destinados a sacrificar a los enemigos de la república. ¡Cuántas víctimas anónimas habrán sido inmoladas allí, en aquellas cavernas, imagen de la perversidad! ¡Cuántos infelices entraron para no salir jamás, siendo degollados o arrojados a la próxima laguna, sin que nadie en el mundo de los vivos volviese a tener de ellos noticia! Todas las tiranías son execrables, en todas partes hay vestigios sombríos del abuso del poder y de las maldades cometidas en nombre de una idea política o de un ideal religioso; pero no creo que haya cárceles más odiosas que las antiguas de Venecia, ni en dónde mayor opresión del ánimo se sienta. Salimos de ellas como quien vuelve a la vida o como el que despierta de horrorosa pesadilla. Salimos con cierta incredulidad en el alma, como dudando que sea

3 En 1354, apenas nombrado dux, Faliero apoyándose en la burguesia intentó concentrar en sí mismo todo el poder, derrocando a la oligarquía con quien lo compartía; fue descubierto y decapitado en abril de 1355.

verdad lo que hemos visto, y lanzamos de nuestro pecho angustiado un hondo suspiro, como el que debió lanzar Dante al salir del "Infierno":

e quindi uscimmo a riveder le stelle.[4]

***

Exceptuando los grandes monumentos de la plaza y la Academia, lo más notable de Venecia está en las dos iglesias de San Giovanni e Paolo y dei Frari, convento de dominicos el primero, de franciscanos el segundo. Antes de entrar en San Giovanni hay que admirar la estatua ecuestre del general veneciano Colleoni, obra de Andrea del Verrocchio. El caballo parece que anda. El jinete es arrogantísimo: el grupo resulta de lo más feliz que hay en este género de escultura.[5] ¡Lástima que los modernos no se inspiren en estos inmortales modelos para que no veamos las ciudades modernas invadidas por tanto armatoste de bronce, de afectados escorzos y movimientos enfáticos e imposibles!

El interior de la iglesia es grande y suntuoso, y su principal interés consiste, más que en la traza arquitectónica, en los sepulcros de los *dux*, espléndidas obras de arte que forman uno de los panteones más soberbios que en el mundo existen. El de Andrés Vendramin es quizás el más bello de estos monumentos, pertenecientes a distintas épocas, reflejando estilos y gustos diferentes. Pero el verdadero panteón veneciano está en el convento dei Frari, donde sí hay sepulcros de próceres más ilustres por su nombre que por sus hechos, reposan también las cenizas de artistas eminentes que dieron a la república gloria más duradera que sus campeones de mar y tierra. El mausoleo de Tiziano, grandioso y al mismo tiempo delicado, pertenece al más puro estilo del Renacimiento. El de Canova, obra un tanto teatral, sorprende por su concepción elegiaca, conforme al gusto de la época en que se hizo. Es un sepulcro que tiene argumento, verdadera acción dramática y un sentido simbólico al cual no se llega sin cierta erudición. Los discípulos del gran escultor interpretaron fielmente las ideas del maestro y se asimilaron su estilo. En la sacristía se admira una de las más nobles y graciosas vírgenes de Juan Bellini. Los monumentos sepulcrales, las esculturas en mármol y en madera, las mil preciosidades que esta iglesia atesora, juntamente con la bella disposición de su coro, hacen de ella una de las más pintorescas de Italia. Casi siempre se la ve convertida en taller artístico. Muchos pintores reproducen en el lienzo los admirables partidos de interior que ofrecen aquellas naves blancas cuyas ojivas están contenidas por barrotes de hierro, aquellas cavidades en cuyo fondo se ven ora crucifijos, ora estatuas ecuestres de conquistadores venecianos.

***

4 'y entonces salimos a volver a ver las estrellas', último verso de la primera parte de la *Divina comedia*.

5 Ya se comentó como único en Venecia en 116.

Pero lo repito, por mucho interés que ofrezcan los interiores, la calle, las lagunas, el Gran Canal y los *canalettos* encienden en mayor grado la emoción y la curiosidad del viajero. Como la ciudad no se ha renovado desde los tiempos antiguos, como toda ellaes vieja, historia pura, drama palpitante, no es preciso que la imaginación se esfuerce en resucitar lo pasado. Lo pasado, revestido de las formas más seductoras, sale a nuestro en- cuentro a cada instante. Lo real y lo ficticio, que en cierto modo es real también (y aquí reproduzco lo que dije respecto de Julieta)[6], toman cuerpo y vida a nuestros ojos. "¿Dóndeestaría la casa de Brabancio el padre de Desdémona? ¿Dónde viviría el taimado y cruel Shylock?" [7] A cada instante preguntamos a aquellas venerables piedras, a las mansas aguas, a las elegantes torres, por los seres cuyo nombre va unido al nombre de Venecia. "Estas palomas —decimos—, comieron en la mano negra de Otelo… Por estos canales paseóla góndola de la reina de Chipre, Catalina Cornaro… Estas callejuelas vieron a Foscari y Marino Faliero, y entre las dos columnas del muelle degli Schiavoni rodó la cabeza de éste,acusado de querer humillar a los nobles. En esta plaza trataban sus negocios mercantilesy de amores aquellos caballeros que pinta Shakespeare, Antonio y Bassano, comercian-tes y aristócratas. Y Poncia, la inteligente y discretísima doncella, que disfrazada de juez sentencia el temido pleito entre Shylock y Antonio,[8] anduvo también por estos barrios, arrastrando sus sedas esplendidas, seguida de pajes y con todo el tren riquísimo que ha reproducido el Veronés en sus nobles pinturas… Tiziano extrajo de este ambiente y dela superficie luminosa de estas lagunas, el brillante colorido de sus cuadros… Tiepolo se inspiró en estas muchedumbres… Aquí moraron el primer dux, Dandolo, y el último, Luis Manin… Este nombre evoca el del célebre patriota Daniel Manin, el enemigo del Austria, ycon él se enlaza el de aquel otro propagandista y mártir, Silvio Pellico. Aquí, en este que nose puede llamar suelo, en este pantano edificado, sintió Byron las más vivas inspiracionesde su "musa desesperada y melancólica".[9]

De todas estas memorias, evocadas en Venecia, la más viva es la de *Otelo*, creación de la fantasía que supera a las de la realidad, obra más duradera, según la expresión de un crítico, que las pirámides de Egipto. Sólo el primer acto de este drama único pasa en Venecia, los cuatro restantes pasan en Chipre; pero siendo esta isla entonces colonia de la república y siendo de venecianos de pura raza todos los personajes, Venecia es el escenario de aquella acción conmovedora y profundamente humana.

Shakespeare sacó su obra de una relación insignificante o colección de novelas, llamada la *Hecatommithi* de Geraldo Cinthio.[10] El germen del asunto debía existir en la realidad: algo debió ocurrir que fue escrito por un curioso, y de una sencilla referencia, que bien

6 Véase 112.

7 *Bramancio* y *Desdémona*: 'personajes de *Otelo*' *Shylock*: 'personaje de *El mercader de Venecia*', los dramas shakesperianos de hacia 1603 y 1600 respectivamente.

8 *Antonio*, *Bassano*, *Porcia*: personajes de *El mercader de Venecia*.

9 Lord Byron vivió en Venecia entre 1817 y 1820.

10 *Hecatommithi*: dentro de esta colección de cuentos, publicada en 1608 por *Cinthio* (Giovanni Battista Giraldi), el cuento "Desdémona y el moro" parece ser el origen de *Otelo*.

podríamos comparar a la gacetilla del moderno periódico, salió el drama más maravilloso que han compuesto los hombres. El poeta inglés no estuvo nunca en Venecia, ni sabía el italiano. Sin embargo, se asimila con su poderoso genio el carácter de aquella raza, y es perfecto veneciano en *Otelo* y en *El mercader*, como es en *Julio César* un romano perfecto.[11] En *El mercader* esta asimilación de los caracteres de la raza es igualmente prodigiosa.

El tipo del judío es, no obstante, universal; fanático, implacable con el acreedor, vengativo, odia a Antonio porque es cristiano y porque *presta sin interés.* Antonio es la generosidad, la nobleza y todo lo sacrifica a la amistad. Porcia es la mujer de superior instinto, que personifica la delicadeza y el claro entendimiento propios de su sexo.

Disfrazada de juez discurre soluciones que a ningún hombre se le ocurrían; Jesica, por el contrario, es toda pasión e impremeditación; Bassano el mancebo incauto que sacrifica al amigo, dejándose arrastrar irreflexivamente de su egoísta afición a las aventuras. *El Mercader* es más veneciano, quizás, que *Otelo*; tiene más sabor local; *Otelo* es más universal y más profundamente humano.

Esto pensábamos y esto discurríamos mi compañero de viaje[12] y yo paseando por los solitarios barrios que rodean el arsenal, donde quizás se paseaba también meditando sus execrables combinaciones aquel Yago inmortal, prodigio de talento y de perversidad.[13]

B.PÉREZ GALDÓS

11 *Julio César*: Shakespeare escribió esta tragedia hacia 1599.

12 Antonio Alcalá Galiano.

13 *Yago*: el personaje traidor de *Otelo.*

1889

118
LP, 10/2/1889

DE VUELTA DE ITALIA

Padua —La basílica de San Antonio —La universidad —Pintores paduanos —*El Santo* —Su popularidad en Italia y España —Tipo de san Antonio, según Murillo —Su desemejanza con el retrato auténtico —La capilla del santo —Los frescos de Mantegna y de Giotto —Bolonia —Fama de su universidad —Célebres profesoras —Calles y plazas de la ciudad pontificia —Una opinión de Moratín —Edificios notables —Las torres inclinadas —El Colegio de España —El cardenal don Gil Carrillo de Albornoz —Sus empresas políticas y militares en Italia —Las cuentas de Albornoz —Dos palabras sobre la escuela boloñesa.

Madrid, 3 de enero de 1889.

Señor Director:

Al salir de Venecia no es posible dejar de hacer un alto en Padua, ciudad célebre en las ciencias y en las artes, más célebre aun porque su nombre sirve como de apellido a san Antonio, el más popular de los santos del cielo, al menos en los pueblos latinos. Hállase situada muy cerca del Adriático, en terreno pantanoso surcado de canales, y fácilmente se comunica con el mar y con las lagunas venecianas. No encierra monumentos grandiosos como Venecia y Florencia, aunque sí antigüedades de precio. Su aspecto es el de una pacífica y laboriosa ciudad provinciana, más bien agrícola que industrial. La basílica de San Antonio, que allí por antonomasia llaman *el santo*, es el principal atractivo de la ciudad, que aún es lugar de peregrinación de los más frecuentados que hay en Italia. La historia política de Padua es corta. Fue en tiempo de los romanos la ciudad más floreciente del norte de Italia. Los bárbaros la destruyeron. En la Edad Media abrazó el partido güelfo,[1] y constituyó un estado independiente que hubo de durar poco tiempo, a causa de su desventajosa situación entre Verona, gobernada por los Scaligeros,[2] y Venecia. Sucumbió Padua a esta última en 1403, siguiendo hasta nuestros días la suerte de la ciudad de San Marcos.

Pero si políticamente es breve y no muy interesante la historia de Padua, en el terreno de las ciencias débele Italia un puesto preferente. Su universidad, fundada en el siglo XIII, es una de las más antiguas y más florecientes del mundo, distinguiéndose siempre, más que por los estudios teológicos y de humanidades, por el cultivo de las ciencias exactas. Al propio tiempo, las artes brillaron allí con gran esplendor, constituyendo uno de los centros de estudio más importantes de la península. Donatello, Giotto y fra Filipo Lippi trabajaron

1 Véase 112, n. 8.
2 Ver 112.

en Padua gran parte de su vida.[3] Allí se formó la célebre escuela de Squarcione, y a Padua pertenece también Mantegna, el gran maestro precursor de los venecianos, pintor de extraordinarias facultades, que a pesar de su estilo arcaico y duro, nos asombra hoy al par de los primeros maestros de Italia. La vida, la expresión, el acento patético, de los cuadros de Mantegna no han sido superados por ningún artista, y bajo estos conceptos será siempre el maestro de los maestros.

La gran atracción de Padua es como he dicho antes, la basílica del *santo*, edificio gótico toscano con vislumbres bizantinos, grande y opulento, como que en él se da culto a una de las entidades más milagreras del catolicismo, centro de romerías populosas, a donde sin cesar acude gente de toda Italia. La popularidad de san Antonio es un fenómeno extraño de la historia religiosa. Los milagros de este santo son, sin duda, estupendos, pero no más que los del fundador de la orden seráfica.[4] Cómo, en la tradición y en la rutina de las gentes, vino san Antonio a ser el patrono de las muchachas casaderas y el abogado de los novios y de las relaciones con buen fin, es cosa que sería muy interesante averiguar. Ello es que este bendito ha casado durante siglos a la mayor parte de las muchachas en las aldeas de Italia y España. A él se le debe sin género de duda el aumento de la población en las dos penínsulas.

En España es aún más popular que en ninguna parte, sobre todo en Andalucía. No hay casa pobre donde no esté su imagen, en tosco barro, tal como la iconografía cristiana le representa, llevando en brazos el niño Jesús. Murillo solo pintó más san Antonios que todos los demás pintores juntos, y era uno de sus temas favoritos y de más partido, como eran las *madonas* el tema de Rafael, y los *ecce homos* el de Morales. Y lo pintó siempre con un entusiasmo, con una pasión mística y un fervor, que necesariamente habían de producir la superioridad del estilo. El joven asceta es, bajo los pinceles de Murillo, un temperamento meridional, un alma apasionada y entusiasta, de la cual se desbordan el amor místico y la verbosidad. Esta fisonomía espiritual expresóla Murillo en la persona de un muchacho gallardo, morenito, de ojos negros y faz calenturienta. Entre nosotros ha quedado este tipo como retrato exacto de aquel varón santísimo y concuerda con el tipo de raza, porque san Antonio no era paduano sino portugués. Nació en Lisboa, allí oyó a san Francisco y le siguió a Italia, donde abrazó la orden y vivió predicando y haciendo muchos y muy sonados milagros.

Pero hay que reconocer que el tipo de san Antonio que nos ha trasmitido Murillo, y que en España no podría alterarse sin comprometer la popularidad del *santo*, no concuerda en modo alguno con el verdadero y auténtico retrato del mismo que se conserva en el coro de la basílica de Padua, y que observé detenidamente, notando su desemejanza con la figura tan conocida de nuestro pueblo y tan popular en él.

3 *Donatello, Giotto y fra Filipo Lippi… vida*: a pesar de ello no se conservan en Padua muchas muestras de estos artistas del Renacimiento.*

4 `la orden franciscana´, así llamada por la bondad y humildad, propia de un ángel serafín, de su fundador Francisco de Asís.

Según aquel retrato, que tiene todas las trazas de ser coetáneo del *santo*, éste era rubio, regordete, de ojos garzos, de cara graciosa y aniñada, de esas caras que en la edad madura y aun en la vejez conservan cierta expresión y candidez infantiles. No tiene aquel mirar de mística embriaguez, ni aquel arrobamiento soñador, no se ve en él al misionero incomparable, de palabra tan profundamente expresiva y convincente que se hacía escuchar de los peces y las aves. Pero sea lo que quiera, ello es que si el retrato de Padua tiene la autoridad de lo auténtico, los que debemos a Murillo tienen la de su superior belleza artística. Si san Antonio no era como le pintó el gran artista sevillano, debió ser así, y si ante los ojos de las mujeres andaluzas se pusieran las dos imágenes para decidirse por una sola, el sufragio universal femenino pondría la de Padua en los museos y la de Murillo en los altares.

La capilla del *santo* en la basílica es de una magnificencia asiática. No en vano se han acumulado allí los donativos piadosos de tantas generaciones. El sepulcro es objeto de la mayor veneración, y en derredor de aquellos jaspes riquísimos se ve a todas horas multitud de hombres y mujeres del pueblo, enfermos y lisiados que buscan la salud. Los paramentos de la capilla están decorados con bajos relieves de Campagna, Sansovino y otros célebres artistas. Representan los milagros del *santo,* estupendos todos y muy a propósito para herir la imaginación de las muchedumbres. El decorado del altar es de plata. Innumerables lámparas arden allí noche y día. Las ofrendas no cesan, y el culto del discípulo predilecto de san Francisco es uno de los más provechosos que existen en el mundo. Fuera de la iglesia, hombres y mujeres del pueblo se dedican al lucrativo comercio de medallas y rosarios del *santo,* los cuales basta que sean tocados al sepulcro para que resulten benditos. Este comercio, practicado a las puertas de la basílica por mercaderes codiciosos que acosan al forastero, no predispone ciertamente a la fe.

Lo mejor es no hacer caso de los traficantes en objetos piadosos y contemplar la estatua ecuestre de Gattamelata, una de las más bellas del mundo, y rival del Colleoni de Venecia, con cuyo caballo tiene éste mucha semejanza.[5] Después de admirar esta hermosa obra de Donatello, hay que hacer una visita al *Salone,* vastísima construcción de atrevida traza y elegancia, la iglesia de *Gli Erermitani*, donde se conservan los mejores frescos de Mantegna, y la *Madonna della Arena,* que guarda las célebres pinturas de Giotto, monumento inapreciable para la historia del arte. Para entender y admirar estas últimas obras, hay que considerar que pertenecen a la infancia del arte,[6] y que si los procedimientos artísticos adolecen de pobreza y sequedad, esto se compensa por el vigor de la concepción y por el profundo sentimiento religioso que el pintor supo trasmitir de su espíritu a su obra. Las imperfecciones del dibujo, la ingenuidad candorosa de la composición, no bastan a destruir el encanto de estos frescos, ni la impresión honda que en nuestro ánimo producen. Se siente ante aquellas pinturas una especie de estupor mágico como el que sentimos ante las evocaciones maravillosas del Dante en el *Purgatorio* y el *Paraíso.*[7] Es indudable que Giotto, disponiendo de escasos conocimientos académicos, sentía la grandeza bíblica y evangélica con más pureza que sus sucesores.

5 Para el *Gattamelata* véase 117, n. 2; para el *Colleoni*, de Verrocchio, 116, n. 1.

6 *la infancia del arte*: 'el primer Renacimiento'.

7 Es decir, las partes II y III de la *Divina comedia.*

En cuanto a Mantegna, revela una ciencia del diseño y una habilidad de composición que para Giotto eran desconocidas. La expresión personal en las figuras es más dramática que mística, y la influencia pagana aparece ya de una manera evidente. Esa sequedad de estilo no se diferencia mucho entre uno y otro maestro; pero en la gallardía de la composición, Mantegna lleva a su antecesor la inmensa ventaja que le daban el tiempo y el progreso de los estudios académicos.

***

Vámonos ahora a Bolonia, con permiso de mis lectores, a quienes tal vez será fastidiosa esta excursión precipitada y sin método. Procuraré abreviarla todo lo posible.

La capital de la Emilia es una de las ciudades más grandes, bellas y florecientes de Italia. Su historia es accidentada. Durante siglos ha pertenecido a los Estados del papa, circunstancia que no ha influido poco en su forma y en su manera de ser actual. Debe en primer término su fama a la renombrada universidad, lumbrera de la Edad Media. En ella se estudió antes que en ninguna parte el Derecho Romano. En el siglo XII asistían a sus aulas cinco mil estudiantes. La medicina y la filosofía fueron enseñadas allí, y allí también se iniciaron los estudios experimentales del cuerpo humano. La autoridad de esta grandiosa institución docente no decayó en el Renacimiento ni en los tiempos aproximados al nuestro. En 1789 hizo allí José Galvani las primeras experiencias de electricidad. El célebre poliglota Mezzofanti, que sabía y hablaba todas las lenguas vivas y muertas y todos los dialectos de Europa, fue profesor de esta Universidad en la primera mitad del presente siglo.

En todos tiempos ha sido tan grande la fama de la universidad boloñesa, que a ella concurrían estudiantes y maestros de todas partes del mundo, sin exceptuar algunos del género femenino. En el siglo XIV fue maestra en aquellas cátedras Novella d'Andrea, que explicaba sus lecciones oculta detrás de una cortina para que los alumnos no se distrajeran con la extremada belleza de la profesora. Otra que tal, llamada Laura Bassi, explicó matemáticas y física; Manzolina dio varios cursos de anatomía, y aun en nuestro siglo enseñó, nada menos que el griego, Clotilde Tambroni.

El aspecto y las costumbres levíticas de la ciudad papal no han desaparecido aún con la incorporación al reino de Italia. Las calles son tortuosas y formadas todas de soportales anchos que le dan especial carácter. Hay muchos palacios, innumerables conventos, y toda la ciudad es vetusta, sin dejar de ser magnifica y opulenta. Moratín, que pasó allí largas temporadas y que gustaba mucho de la vida tranquila y del saludable clima de aquel pueblo, dice en una de sus cartas: "Llegué a Bolonia, y pasé cuatro meses del verano en ver procesiones y oír letanías". La descripción que hace nuestro gran prosista de las interminables fiestas religiosas de aquella ciudad es graciosísima. No la copio por no hacer demasiado larga esta carta. No le va en zaga por el gracejo y la elegancia del decir, la que hace también de los *birriquines*, que así se llamaban en Bolonia los holgazanes o pícaros que infestaban la ciudad en otros tiempos. Esta clase desalmada y maleante, por el estilo de los *lazzaronis* de Nápoles,[8] ha desaparecido ya por completo.

8 Véase 113.

Bolonia, como toda ciudad italiana, está llena de edificios hermosos; pero ninguno es de primer orden. La iglesia de San Petronio, de proporciones colosales, sería la mayor de la península en el género gótico toscano si estuviera concluida. No existe más que la mitad, que se destaca informe y cortada sobre la masa del caserío de la población. Santo Domingo, donde existe el suntuoso sepulcro de nuestro compatriota el fundador de la orden de Predicadores, es grande y con tendencias al barroquismo; la catedral, más grande aún y completamente barroca. Pero, lo más característico y propiamente monumental de Bolonia, es la configuración arcaica de sus calles y del caserío burgués, la cual nos da la impresión perfecta de una ciudad de la edad pasada. Lo que lucirían las procesiones y cabalgatas en estas avenidas tortuosas formadas de altas paredes, de airosos y desiguales porches, es cosa que fácilmente se comprende. La vida moderna es allí una disonancia, y sin embargo, Bolonia no es una ciudad muerta ni mucho menos. Ha entrado con brío en la vida moderna, desarrollando su actividad en todas las esferas. Pero ha sabido conservar su tradicional estructura, como el prócer que sin renegar de las novedades que trae el progreso, respeta la casa de sus mayores, conservándola como un emblema de su alto abolengo.

El Palacio Municipal y el del *podestà* son bastante bellos,[9] pero incompletos, en parte restaurados, en parte sin concluir. La plaza en que están, frente a la hermosa y no concluida fachada de San Petronio, se halla decorada con una estatua moderna de Víctor Manuel, y con la antigua y soberbia fuente de Neptuno, obra de Juan de Bolonia. No lejos de esta plaza se hallan las torres inclinadas que respectivamente llevan por nombre Asinelli y Garisenda. Esta es del siglo XII, y se cree que fue construida exprofeso con la inclinación de más de tres metros que en ella se admira. Están muy cerca la una de la otra, y miradas desde un lejano punto de vista, parecen dos espadas inmensas que se van a cruzar.

***

Para los españoles, lo que más nos atrae y cautiva en la antigua ciudad universitaria, es el colegio de San Clemente, fundado en el siglo XIV por el célebre cardenal don Gil de Albornoz, uno de los españoles más eminentes que figuran en la historia de Italia. El *Collegio di Spagna* es un edificio que conserva el carácter de la época más quizás que ningún otro de Bolonia, y lo más digno de notar en esta afamada fundación, es que ha resistido a las mudanzas del tiempo y a los trastornos políticos, subsistiendo todavía con el mismo objetoa que lo destinó Albornoz. Su hermoso patio es una joya arquitectónica y ostenta algunos frescos de Aníbal Carracci. La iglesia ofrece poco interés.

El fundador del Colegio de San Clemente, don Gil Carrillo de Albornoz, es una de las más interesantes figuras de Italia en el turbulento siglo XIV. Nacido en España de una familia ilustre que se suponía emparentada con los reyes de León y Aragón, se dedicó a la iglesia, llegando en edad relativamente temprana a los más altos puestos palatinos y eclesiásticos. En el reinado de don Pedro el Cruel, se malquistó con el soberano por atreverse a reprender agriamente sus desafueros, y tuvo que huir de España, refugiándose en Avignón,

9 *podestà*: 'primer magistrado de la ciudad'.

donde a la sazón residía el papa. Allí se señaló su carácter osado y eminentemente activo, emprendiendo la restauración del poder pontificio en Italia, obra en la cual trabajó no solo como diplomático sino como guerrero, organizando un poderoso ejército que mandó por sí mismo y con el cual redujo a la obediencia a las provincias rebeldes. Siendo legado y general de Inocencio VI, gobernó con prudencia y energía los Estados del papa,[10] dio una constitución a Bolonia y al fin pudo anunciar a Urbano V que podía volver a Roma y reinar en ella pacíficamente.[11] Este hombre extraordinario estaba dotado de un gran talento y de un carácter de hierro. Más dignas de celebridad que las "cuentas del Gran Capitán"[12] son las "cuentas de Albornoz", pues a él se refiere la anécdota siguiente, que figura en la historia de aquel tiempo. Habiéndole pedido Urbano V cuenta de las sumas que había gastado en su empresa, Albornoz llevó a presencia del santo padre un carro cargado de llaves y cerrojos. "Las sumas de que me pedís cuentas —le dijo—, las empleé en haceros dueño de las ciudades y fortalezas cuyas llaves aquí veis". Murió Albornoz en Viterbo, y sus restos fueron trasladados a España. Su sepulcro es uno de los más hermosos monumentos que se admiran en la catedral de Toledo.

***

La escuela boloñesa en pintura es la última manifestación del arte italiano en la serie del tiempo. El museo de Bolonia permite apreciarla en todo su esplendor. Es una escuela amanerada, sin que por esto falte a los artistas que la forman cualidades brillantes. Lo primero que hay que achacar a esta familia artística, es su falta de inventiva, pues casi siempre trata los mismos asuntos que ilustraron y aun agotaron sus predecesores. Pero no puede negarse que amplió el campo de la composición y que mantuvo los buenos principios del diseño. El cuadro del Dominichino, que adorna las galerías del Vaticano, *La comunión de San Jerónimo*, resiste la comparación con las mejores obras de Rafael.

Guido Reni, el Dominichino, y los Carracci, sostuvieron un temperamento ecléctico entre las escuelas de Umbría y los pintores naturalistas de la escuela de Caravaggio. Como coloristas, quisieron huir igualmente de la sequedad de aquellos y de la brillantez de los venecianos. El elemento dramático, que introdujeron con cierta timidez, no fue parte a impedir que sus obras resulten frías y que en ellas la expresión tenga más de enfática que de entusiasta. Por querer reunir todas las cualidades, aquellos artistas no descollaron en ninguna. Esta escuela prevaleció en todo el siglo XVII, legando sus principios eclécticos a las Academias que en el XVIII patrocinaron la frialdad y la ñoñería. Poco estimada, al renacer la buena crítica en el presente siglo, ha vuelto a recobrar el puesto que le corresponde, pues no es justo menospreciar obras que si palidecen al lado de las creaciones de Rafael y Miguel Ángel o de Velázquez y Rembrandt, no por eso son indignas de nuestra admiración.

10 *Inocencio VI* fue papa entre 1352 y 1362, durante el llamado papado de Avignón. Ante la anarquía en que había caído Roma, el papa envió allí a Albornoz en 1353.*

11 *Urbano V*: sucesor de Inocencio VI, devolvió el papado a Roma en 1367.

12 Según la tradición, cuando Fernando el Católico pidió cuentas al Gran Capitán sobre la campaña de Nápoles en 1506, este le presentó gastos exorbitantes que aludían al heroísmo de sus soldados.

El *Cristo crucificado*, de Guido,[13] que ostenta como una de sus mejores galas la Academia de Bolonia, es un cuadro imponente, un tanto afectado y teatral, de expresión dramática y grandiosa. Lo mismo puede decirse del *Martirio de los inocentes*, del mismo autor, y del *Descendimiento*. Hay trozos en todos ellos primorosamente ejecutados. Guercino, los dos Carracci y el Domenichino tienen en esta galería algunos de sus mejores lienzos, distinguiéndose por la amplitud de la composición, lo bien tratados que están los paños, la excelente agrupación de las figuras y el sentimiento más bien teatral que místico que en ellos domina. En esta evolución de la pintura se ve muy claro que el dominio del procedi- miento mata la inspiración y perjudica al estudio sincero del natural, por cuyo motivo se le puede aplicar aquella opinión de un pintor y critico moderno, que dice: "Cuando notes que tu mano derecha ha adquirido demasiada habilidad, pinta con la izquierda".

B. PÉREZ GALDÓS

119
LP, 17/2/1889

DE VUELTA DE ITALIA

Florencia —Su preponderancia artística y social —Carácter singular de la civilización florentina —Filosofía del arte en Italia —Los ejércitos mercenarios y las guerras civiles —Diplomacia maquiavélica —Una opinión de Taine —El bravo y el artista —Vida azarosa y aventurera de los artistas —Las humanidades y el clasicismo —Fecundidad artística de Florencia —Arquitectos, escultores y pintores —Carácter de la pintura florentina —Popularidad del arte en Florencia —La *loggia dei Lanzi*[1] —*Or San Michele* —Paseo por la ciudad —Respeto al arte —Los museos de pintura —*Gli Ufizzi* y el palacio Pitti —La tribuna —El Museo Nacional —La Academia, San Marcos y San Lorenzo.

Madrid, 11 de enero de 1889.

Señor Director:

No sé si he dicho antes que Florencia es lo que es en la historia del arte, no por lo que contienen sus museos, tan buenos y ricos como los más ricos del mundo, sino por el ambiente artístico que en toda ella se respira. Y cuando digo arte entiéndase civilización, pues el desarrollo de las letras y de la pintura y escultura en aquel privilegiado suelo, representa un grado social extremadamente superior al de todos los países de Europa en los días gloriosos y trágicos de aquella república. Después de Atenas, ninguna ciudad del mundo ha sido como Florencia, bajo el protectorado de los Médicis, cátedra y cuna del saber humano. Y

13 Se refiere a Guido Reni.

1 *loggia dei Lanzi:* nombre dado a la loggia della Signoria porque allí acamparon los soldados mercenarios del emperador Carlos V en 1527, camino de Roma.

las huellas de esta hegemonía intelectual no han sido borradas por los siglos. Aún se perciben claramente en la moderna capital de Toscana, que fue el verdadero cerebro de Europa cuando los pueblos del norte vivían sumidos en la barbarie, y los de Italia se desgarraban en sangrientas rivalidades. Porque el desarrollo de sus artes plásticas no fue un mero accidente, sino que iba acompañado de la riqueza, amasada con las perfecciones de la agricultura y de la industria, del saber político, del refinamiento de las costumbres, si bien estas distaban mucho de ajustarse a los principios morales que los modernos reconocemos y acatamos.

El fenómeno histórico que hay que señalar principalmente en la civilización florentina es la disparidad entre el principio moral y los florecimientos de la cultura. Toda la época gloriosa para las letras y el arte comprendida entre Dante y Maquiavelo, entre Cimabue y Benvenutto Cellini[2] ofrece en la historia, salvo algún período relativamente corto, las más sangrientas y enconadas guerras civiles, discordias y crímenes horrorosos.

Algunos escritores, escudriñando con perspicaz filosofía estos fenómenos, han derivado estos dos efectos tan distintos de una sola causa, llegando a afirmar que el desarrollo artístico y la facultad eminente de sentir y expresar la belleza no podían producirse sino en épocas esencialmente trágicas y perturbadas, y que las discordias y las artes eran plantas igualmente viciosas y lozanas nacidas en aquel rico suelo, tomando su savia de las condiciones especiales de la raza etrusca.

Alguien ha sostenido que la perfección de la agricultura y la densidad de la población fueron la causa de que las florecientes repúblicas italianas establecieran los ejércitos mercenarios, causa de tantos disturbios y horrores. Los pueblos ricos que se acostumbran a las comodidades y a los refinamientos del lujo no hacen de la guerra un oficio nacional como los pueblos salvajes y atrasados. No siendo posible en la Edad Media la organización de ejércitos permanentes, como los modernos, las naciones que necesitaban soldados y que no sentían inclinación a la vida del guerrero alquilaban tropas.

Los ejércitos mercenarios fueron la mayor calamidad de Italia durante las guerras en- tre güelfos y gibelinos[3] y de unas repúblicas con otras. De la insuficiencia de los medios militares nació el sistema de intrigas, engaños y falsías con que los soberanos luchaban, yel uso constante de estos medios de combatir desarrolló esa diplomacia especial que ha conservado el nombre de *florentina,* y que Maquiavelo redujo a principios y reglas en su célebre tratado de *El Príncipe.*[4]

Las continuas luchas civiles entre las familias y ciudades preponderantes, y entre los italianos y los extranjeros, franceses, españoles o alemanes que asolaban el país, determinaron aquel estado social eminentemente dramático que fue tan propicio al desarrollo de las artes. Coincidió con esto el estudio de la antigüedad patrocinado por la Iglesia y la nobleza. Las huellas del paganismo, que en todo el suelo de Italia despertaron el amor a la belleza, completaron la obra.

2 *entre Dante… Cellini: `entre los siglos XIII y XVI'.*

3 Ver 112, n. 8

4 El tratado político, dedicado a Lorenzo de Medicis, y escrito en 1513 durante el destierro de Maquiavelo, acusado de conspirar; se publicaría postumamente en Roma en 1531.

"Un estado pintoresco del espíritu —escribe Taine—, es decir, empapado en las ideas y en las imágenes puras, caracteres enérgicos y costumbres violentas, propias a inspirar el conocimiento y el gusto de las bellas formas corpóreas, he aquí las circunstancias temporales, que unidas a la aptitud innata de la raza, han producido en Italia la grande y perfecta pintura del cuerpo humano".[5] El mismo autor, en el profundo análisis que hace de los gérmenes del arte en Italia, sostiene que un país donde el asesinato es cosa vulgar y corriente, donde cada ciudadano está siempre dispuesto a matar a sus enemigos y a defenderse de ellos, llega a adquirir la apreciación plástica del desnudo, a sentirlo profundamente y a dominar la anatomía pletórica mejor que la dominan en nuestras academias, copiando y recopiando, los alumnos de dibujo.

Merced al singularísimo estado social de Italia, el bravo y el artista eran una misma persona. Los artistas constituían pandillas o bandos que se disputaban la gloria con las armas en la mano. La vida de alguno de los más célebres cultivadores del arte era sumamente azarosa, como se revela en las *Memorias* de Benvenutto Cellini.[6] El que se sentía con inclinaciones a la pintura o escultura entraba en el taller de algún célebre maestro, y sin dejar de ocuparse en los menesteres auxiliares del arte que allí se profesaban, tenía que batirse en defensa de su maestro con los contrarios de éste. Los pinceles y el buril no eran menos necesarios que la espada. Las escenas trágicas, las sorpresas, el continuo temor y peligro de muerte, el amor y el odio eran parte a encender sentimientos muy vivos en el espíritu de aquellos hombres, que se veían movidos por las ideas elementales, y que a todas horas tenían su mente asaltada por imágenes grandiosas.

La falta absoluta de policía y de justicia avivaba estos sentimientos y estas imágenes en el espíritu, desarrollando la energía individual y el hábito de las pasiones trágicas. Las sociedades normalizadas, según se desprende del juicio de Taine, son menos propicias al arte, y en ellas sólo alcanza este una vida raquítica y artificial.

Hay que añadir a estas circunstancias, por lo que respecta a Florencia, las que resultaban del cultivo de las humanidades, que llegó a ser una verdadera manía. El pueblo florentino, en tiempo de los Médicis, tenía constantemente ante los ojos espectáculos magníficos que eran la expresión gráfica de todo lo que se sabía acerca de la antigüedad griega y latina. Si los césares de Roma divertían y adormecían a su pueblo con las sangrientas funciones del circo, los príncipes florentinos le entretenían y subyugaban con estupendas cabalgatas, representando al mundo pagano; y esto ocurría casi diariamente, y el pueblo iba adquiriendo ideas sobre las bellezas del naturalismo mitológico, que llegaron a constituir en él una verdadera educación. Por las calles de Florencia paseaban en vistosas cabalgatas, dispuestas con arte suntuoso, todas las creaciones del paganismo y sus formas peregrinas.

El pueblo aquél sabía más de lo concerniente al mundo pagano, que los sabios de otros países y otras edades. Añádase a esta familiaridad continua con el mundo clásico, la riqueza y la elegancia de los trajes, los esplendores de la arquitectura, y se comprenderá

5 Probablemente en *Voyage en Italie* (1866).

6 Las *Memorias* de Cellini se publicaron en 1728.

que en tal atmósfera y entre tal cúmulo de circunstancias favorables no podían menos de producirse espléndidamente todas las artes.

En tales condiciones, Florencia es el suelo fecundo en que nacen con vigor y lozanía las manifestaciones de la belleza, propagándose rápidamente en toda Italia. No son hijos de Florencia todos los artistas que representan este extraordinario florecimiento, pero los más de ellos han dejado su nombre unido al de la ciudad del Arno. La arquitectura produce a Arnolfo del Cambio, atrevido constructor de la catedral florentina; a Brunelleschi, Michelozzo, Benedetto de Majano. La escultura resplandece con Lucas della Robbia, Ghiberthi, Donatello, predecesores de Miguel Ángel y de Benvenutto. El ciclo de la pintura ábrese con Giotto y Cimabue, cuya escuela prevalece por espacio de un siglo, y después aparecen Masaccio, Filipo y Filipino Lippi, Boticelli, Ghirlandajo, Verrocchio, fra Angelico y por fin la trinidad semidivina de Leonardo, Miguel Ángel y Rafael que trabajan en Florencia casi al mismo tiempo, con Lorenzo di Credi, Andrés del Sarto y fra Bartolomeo. El carácter de la pintura florentina consiste principalmente en la glorificación de la belleza humana.

El sentimiento religioso está casi siempre subordinado al sentimiento de la forma, y la belleza ideal no puede ni sabe expresarse en ellos sino por las perfecciones del cuerpo humano, el vigor varonil, la gracia y seducciones femeniles. Lo que ha influido esta tendencia en el desarrollo del arte universal no hay para qué decirlo. Es la verdadera resurrección del paganismo patrocinada por la Iglesia, como patrocinó la resurrección de las letras clásicas, enalteciendo el estudio de las humanidades. El cristianismo se apropió, pues, del sentimiento pagano de la forma, reconciliándolo con el espiritualismo, y obteniendo con la fusión de ambos elementos una fuerza considerable. De aquí se derivan las magnificencias del culto católico, sus formas esplendidísimas que impresionan la imaginación del creyente y embelesan sus sentidos, contribuyendo a sostener y avivar la fe. El arte florentino, cristianizando las formas paganas, ha sido, pues, uno de los principales catequistas de la humanidad y un colaborador eficacísimo de la idea católica.

***

Esto se siente visitando aquella cuna de las artes, que aún hoy, en medio de la cultura europea, conserva no sé qué signos de nobleza y superioridad, como el soberano destronado que no pierde jamás los hábitos y maneras de rey.

Florencia tiene un sello aristocrático que en vano se busca en ciudades mucho más grandes y opulentas. Desde que se entra en ella adviértese que ha sido morada del pueblo más espiritual del mundo, y que en ella los actos de la forma han sido verdaderamente populares. Lo que en otras ciudades no se encuentra más que en los museos, encuéntrase allí en medio de las calles. Las estatuas que París y Londres guardan como joyas en doradas estancias, vense allí a la intemperie custodiadas por el pueblo. En ninguna parte hay nada semejante a la *loggia di Orcagna,*[7] que es un museo de selectas esculturas en mitad de

7 En español 'galería exterior' de Orcagna, por haberse atribuido erróneamente a Andrea Orcagna, es el

una plaza. Allí están desde hace tres siglos el *Perseo,* de Benvenutto; las *Fabrías* de Bacio Bandinelli,[8] y la *Judit,* de Donatello, sin que en el transcurso de los siglos hayan sufrido la más ligera injuria de la plebe que constantemente las rodea. La plebe está familiarizada desde tiempo inmemorial, con estas maravillas del arte. Junto a sus pedestales se sientan los vendedores de periódicos; allí enredan los chicos traviesos, los *fachinos* o mozos de cuerda se sientan en los escalones de la *loggia.* Verdaderamente, es un pueblo rey el que respeta y honra las obras del ingenio. Y cuando las respeta es que sabe apreciarlas, teniendo la conciencia de que tanta hermosura ha sido creada para todos los ciudadanos desde el más alto al más humilde.

No lejos de la plaza *della Signoria,* donde está la renombrada *loggia,* admiramos la iglesia de *Or San Michele,* con sus cuatro fachadas góticas y sus soberbias estatuas, hechas en concurso de maestros por Donatello, Ghiberti, Baccio de Montelupo y Nanni di Banco. Cada santo de los allí esculpidos pertenece a un gremio o corporación de la ciudad. Más allá de *Or San Michele*, siguiendo la bulliciosa calle de Calzaiuoli, encontramos la *loggiadel Bigallo,* delicadísima construcción gótica, y frente a esta la catedral, más hermosa exterior que interiormente; el esbelto campanile, el baptisterio y sus afamadas puertas de bronce. En el breve espacio que media entre las dos plazas, la del *Duomo* y la *della Signo- ria,* encuentra el forastero mucho qué ver y qué admirar. Si después se interna en las callesque rodean el *mercato nuovo,* si recorre la del Proconsolo se aproxima a Santa Croce, vuelve después hacia el puente *Vecchio* y echa un vistazo a las pintorescas orillas del Arno;si alarga sus pasos hasta la mole del palacio Pitti, y retrocediendo hasta el corazón de la ciudad contempla el palacio Strozzi, el Ricardi y los demás que a cada paso se encuentran, si se dirige a la característica plaza de Santa María Novella y al fin atraviesa de nuevo los barrios centrales por las vías de Tornabuoni y Porta Rosa hasta llegar al punto de partida, osea, la plaza della Signoria, y allí examina la fachada feudal del palacio Vecchio y su airosa torre, se habrá hecho cargo de Florencia y de la cantidad de bellezas artísticas que puedenadmirarse en ella desde la vía pública.

Esta conserva en las fachadas de los edificios, en los empedrados, en las muestras o enseñas de algunas tiendas, el carácter antiguo con tanta fidelidad que parece no han pasado los siglos por ellas. Toledo en España, Brujas en Flandes y Verona en Italia conservan el tipo de la ciudad antigua; pero en todas ellas hay algo de vetusto y polvoriento que indica el paso y el estrago de los siglos. Florencia no es así. Es antigua sin dejar de ser viva y alegre; no es ruina venerable, sino herencia trasmitida como por ensalmo al través de las edades. A este efecto contribuye la admirable conservación de estatuas, bajorrelieves, inscripciones y de todos los detalles arquitectónicos. El respeto al arte es allí una religión, quizá más arraigada en el espíritu de aquel pueblo que el sentimiento mismo religioso. Más se venera a las imágenes por bellas que por santas, y más por el recuerdo del artista que las hizo que por la conmemoración de la divinidad que representan.

nombre antiguo de la *Loggia della Signoria.*

8 No se ha encontrado el término *Fabrias*. De *Bandinelli*, está allí la escultura *Hércules y Caco.*

La descripción de esta sin igual ciudad es cosa difícil y que necesariamente ha de ocupar mucho espacio. No puedo ni debo hacerla. Sería de seguro insuficiente para los que no conocen a Florencia, y quizás inútil para los que la han visitado.

Me concretaré a señalar aquello que, por su importancia artística, se sobrepone en el espíritu del viajero a la multitud de emociones que a cada instante recibe en ciudad tan maravillosa. Los museos son admirables, más para verlos y examinarlos detenidamente, es preciso residir en Florencia largas temporadas. Daré una idea ligera de lo culminante que en cada uno de ellos existe. Sus iglesias no son tan numerosas ni tan ricas en obras de arte como las de Roma; pero San Lorenzo y Santa Croce contienen los sepulcros de las más altas personalidades que en Italia han existido, y bajo este concepto exigen detenida vista.

La galería *degli Ufizzi* y la del Pitti contienen las obras más afamadas de la pintura florentina. El primero de estos museos es más completo, como archivo, digámoslo así, que ilustra la historia del arte; el segundo es más general, quizás más selecto. Ambos dan a conocer el desarrollo de la pintura en Italia, y no arrojan mucha luz acerca de la de los demás países. Como colecciones puramente italianas son sin disputa los primeros del mundo. En *degli Ufizzi* hay también esculturas antiguas de primer orden, no inferiores a las del Vaticano, como la *Venus de Médicis,* el *Sátiro,* los *Luchadores* y el famosísimo grupo de la *Niobe y sus hijos.* La célebre sala llamada La Tribuna es un verdadero Olimpo, en que los dioses mayores del arte italiano aparecen en su divino certamen.

Rafael, Miguel Ángel, Andrés del Sarto, Mantegna, Tiziano, solicitan la admiración en grado igual, y el entusiasmo se ve constreñido por la perplejidad. Pero aun siendo esta sala tan selecta, no la cambio por la rotonda de nuestro museo de Madrid.[9] Unidas las dos, se obtendría quizás el *substratum* del arte pictórico en su desarrollo total desde Leonardo hasta Goya.[10]

El palacio del *podestà,* denominado de Bargello, edificio de la Edad Media, de líneas severas, y ornamentación rica, sobre todo en su magnífico patio, está destinado actualmente a Museo Nacional. En él no hay pintura, pero es riquísimo en esculturas y aún más en ejemplares magníficos de arte industrial. Allí se ve y se comprende mejor que en parte alguna el desarrollo inmenso de la cultura florentina y hasta qué grado increíble prosperaron en aquel pueblo las manufacturas suntuarias. No hay colección alguna que se igualea la del Barguello, pues si bien los museos de Kensington en Londres, de Cluny en París y el Industrial de Berlín encierran cantidades inmensas de objetos de esta naturaleza, gran parte de ellos son imitaciones y copias hábilmente hechas.

El Museo Nacional de Florencia, a más de las obras de escultura de Miguel Ángel, Benvenutto, Donatello, Juan de Bolonia, Pedro Tacca, que adornan sus salas, contiene incalculable cantidad de producciones de un orden inferior, pero muy apreciables, como las *terracottas* de Lucas della Robbia, bronces decorativos, joyas, marfiles, tapices, muebles, instrumentos músicos, objetos del culto católico, herrajes, armaduras, telas y cerámicas diversas. En la capilla consérvase el célebre fresco de Giotto con el retrato del Dante, que

9 La *rotonda* del museo del Prado.

10 Es decir, del siglo XV al XIX.

se considera auténtico y del cual proceden las infinitas reproducciones que nos han familiarizado con la espiritual fisonomía del gran poeta.[11]

La *Academia* es otro gran museo, casi exclusivamente consagrado a Miguel Ángel. Allí descuella el colosal *David*, que hasta hace poco estuvo en la plaza *della Signoria,* obra imponente y atrevida que expresa toda la grandeza de las concepciones de aquel maestro de los maestros. En la misma sala hállanse los bocetos de Buonarrotti y reproducciones de todas sus obras célebres. El resto del museo lo componen colecciones completísimas de pintores anteriores al Renacimiento y es un verdadero archivo histórico de los orígenes del gran arte florentino.

A más de esto, Florencia encierra maravillas que por sí solas bastarían a hacerla interesante. San Marcos guarda los frescos de fra Angelico, la celda en que habitó este excelso artista iluminado, y la de Savonarola.

San Lorenzo encierra los sepulcros de los Médicis, modestos los de Cosme y Lorenzo, lujosísimos los de otros individuos menos célebres de aquella ilustre familia. Los de Julio y Lorenzo, duque de Urbino, en la *Sagrestia nuova,* son gallarda creación de Miguel Ángel. De estas esculturas famosas hablé en una de mis primeras cartas.[12]

Por fin, *Santa María Novella* ostenta frescos interesantísimos, y en todas las iglesias y palacios de la incomparable ciudad se guardan mil primores cuya descripción no cabe en espacio breve, y que agotan la admiración misma del visitante.

B. PÉREZ GALDÓS

120
LP, 7/3/1889

DE VUELTA DE ITALIA

Florencia —El Dante —Inmortalidad de su fama —La casa de Alighieri —La iglesia de Santa Croce —Estatua, sepulcro y otros recuerdos del poeta —La *Divina comedia* —La lengua italiana —Vida de Dante —Sus ideas políticas —El imperio y la unidad —Maquia- velo —Anatema histórico contra sus ideas políticas —Su rehabilitación —El arte políticoy las realidades de la vida —Dudas acerca de la sinceridad del *Príncipe* —Vicisitudes dela vida de Maquiavelo —Los juicios de la crítica histórica —Galileo y sus descubrimientos —Los demás sepulcros de Santa Croce —La arquitectura gótica toscana —Cercanías de Florencia.

Madrid, de febrero de 1889.[1]

11 En el fresco del "Juicio Final" de Giotto y Bottega (1570), incluyeron a Dante Alighieri.*

12 En la 109, la primera de las cartas sobre el viaje por Italia.

1 En el periódico aparece un espacio blanco donde debiera figurar el día.

Señor Director:

El que vaya a Florencia sin conocer, aunque solo sea superficialmente, la obra capital de Dante Alighieri,[2] no gozará del principal encanto que aquella noble ciudad ofrece. Porque Florencia está llena de memorias del gran poeta. Parece que no ha dejado de habitarla el espíritu de éste: que la lengua por él creada y ennoblecida es la misma que se habla hoy allí, y que su recuerdo está vivo en la memoria de los florentinos, coetáneos nuestros, cual si no nos separara de la fecha de su muerte el enorme lapso de cinco siglos y medio. En efecto, pocos hombres han vivido y viven en el sentimiento de la humanidad como este extraordinario cantor del dolor y de las aspiraciones sublimes de nuestro espíritu; pocos han ganado como él esa consagración del tiempo, por la cual su poesía no puede envejecer ni sus versos marchitarse. Su retrato, pintado por Giotto, nos lo representa con una azucena en la mano. Esta flor viene a simbolizar la perdurable frescura de su ficción poética, profundamente humana y por tanto eterna.

La transición del siglo XI al XII, en cualquier otro país, habría pasado dejando tras de sí sombras históricas que no hubieran permitido conocer bien los hechos y las personas. Pero en aquel turbulento periodo, Italia poseía tantos elementos de cultura en relación con el resto de Europa, que la vida del Dante nos es conocida, hasta con prolijidad, como la vida y acciones de los personajes que vivieron en pleno siglo XV. Esta claridad parece que acorta la distancia en el tiempo, que la figura se nos acerca y podemos verla en todo su relieve.

Consérvase en Florencia y en una de sus calles más céntricas la casa en que el poeta nació. Dentro de ella se exhiben diferentes recuerdos, algunos de los cuales son de indudable autenticidad; otros revelan cierta propensión a explotar la memoria de Dante, como se explota la fe religiosa en ciertos lugares de peregrinación devota. Las cenizas del gran poeta no están en su patria, pues sabido es que murió en Ravenna y que allí está sepultado.[3] Pero la iglesia de Santa Croce ostenta en su soberbia galería de monumentos sepulcrales el del autor de la *Divina Comedia,* mausoleo imponente al que solo falta, para infundir veneración, el contener los huesos de la persona a quien está dedicado. Es una hermosa custodia sin hostia. En la plaza de la misma iglesia, se ha erigido la monumental estatua del grande hombre,[4] bellísima y por todo extremo interesante. Aquellas son las austeras facciones del poeta, a quien parece que hemos conocido, ¡tan divulgada está su fisonomía! Aquella es su actitud noble y recogida, con el airoso traje talar y la capucha florentina. A su lado tiene un águila, emblema del partido gibelino[5] y de la idea política que tantas inquietudes llevó a la vida del poeta, y en el pedestal, concisa y elocuente inscripción.

Otros recuerdos de Dante hay en distintos puntos de la ciudad, tales como la piedra llamada *sasso di Dante,* frente a la catedral, donde se sentaba de noche a tomar el fresco, según dice la tradición, en tertulia de amigos.

2 La *Divina comedia.*

3 *No están en su patria… Ravenna*: en el siglo XIII, mientras Ravenna pertenecía a los estados papales, Florencia, la patria natal de Dante, era señorío independiente.

4 Escultura de Enrico Pazzi de 1865.

5 Véase 112, n. 8.

Nadie que sea un poco versado en letras, dejará de conocer los tres cantos inmortales del poema en que el gran florentino condensó lo humano y lo divino y todo el saber de su época. El *Infierno* es por su carácter dramático y hasta cierto punto histórico, la más leída en nuestros días de las tres partes de esta obra maravillosa. Pero es en el *Purgatorio* donde resplandece con mayor esplendor la inspiración del poeta y donde se ve la más perfecta armonía entre su naturaleza moral e intelectual. Nada causa tanta maravilla en este poema como el sentimiento de la realidad que palpita en todos sus cantos. La broza retorica no existe en esta obra sin igual, y los artificios poéticos son tan raros que apenas se les nota. De cuanto existe en la naturaleza, Dante con admirable selección, solo pinta el hombre. El hombre es su tema único, así bajo el punto de vista de las pasiones como en el sentido ideológico. Los accidentes de la naturaliza que tanto juego dan a los poetas de todos los tiempos, apenas merecen una mirada fugaz de aquel ingenio superior que solo gusta de manifestarse en las grandes empresas. De aquí proviene la sobriedad de tan gran poema, el cual abraza todo el mundo moral en breve espacio.

En cuanto a la lengua admirable que es la mayor gloria de la península itálica, puede decirse que Dante la creó, en tiempos en que el latín era el idioma de la Iglesia y del Estado. Lo pasmoso es que en el siglo XIII tuviese un escritor la suficiente fuerza de estilo para ennoblecer una lengua sin antecedentes literarios de cuenta, y que solo se había manifestado en el balbucir de la poesía popular; y si comparamos el italiano de la *Divina Comedia* con las demás lenguas que en aquel tiempo hablaban los pueblos de latino origen, nos parecerá ver un refinado palaciego rodeado de hombres rústicos y medio salvajes. El español y el francés han tenido desde las ingenuas literaturas del siglo XII hasta los últimos siglos, todo el desarrollo educativo de que es susceptible una lengua, mientras que el italiano de Dante apenas se diferencia del de Leopardi,[6] porque Dante lo encontró cultivado y lo trabajó y perfeccionó él mismo adelantándose a su época.

Dante fue soldado; en su juventud amó a una tal Beatrice Portinari, a quien idealizó en sus versos, haciendo de ella una figura celestial digna de morar entre los santos. Este amor tan extraordinario y puro no impidió al poeta casarse con Gemina Donati, de quien tuvo siete hijos.

Los disturbios de su patria, y la enconada lucha entre el Imperio y la Iglesia,[7] arrastraron a Dante, quien padeció persecuciones, teniendo que abandonar su patria, buscando un asilo en Verona primero, junto a *Cangrande de la Scala*,[8] y después en Ravenna, donde murió a los cincuenta y seis años de edad. Fue ardiente gibelino, y sus ideas políticas se reflejan claramente en su obra capital, que bajo este punto de vista, ofrece gran interés a la crítica histórica. Aunque ardiente católico, y respetuoso con el pastor espiritual del rebaño de Cristo, Dante flageló los errores de la Sede Romana y los vicios de algunos eclesiásticos. Su ideal político era la creación de un gran imperio romano de derecho divino, que reunie-

6 *El italiano de Dante… del de Leopardi*: 'del de casi cuatro siglos más tarde'.

7 *la lucha entre el Imperio y la Iglesia:* 'la lucha entre el Sacro Imperio Romano Germánico y el papado por dominar Italia'.

8 Véase 120.

se en un cuerpo robusto los dispersos miembros de los pequeños Estados que en aquellos aciagos días se devoraban en sangrientas discordias. Esta idea de la unidad ha sido todos los tiempos el sueño de los cerebros más privilegiados de la península itálica. A los acentos quejumbrosos y sublimes de Dante en el siglo XII, responde Leopardi en el nuestro con ecos de amarga desesperación. Dante creyó que Arrigó de Luxemburgo encarnaría su idea capital, constituyendo el imperio de occidente; pero se equivocó. Las divisiones de Italia continuaron formando en la sucesión de los siglos la historia más interesante y dramática que conocemos, y poniendo a los italianos bajo el yugo de diversos príncipes o de los conquistadores extranjeros.

***

Esto me lleva como por la mano a hablar de otro florentino ilustre, Nicolás Maquiavelo, sepultado en Santa Croce. Su monumento es menos grandioso que el de Dante, y ostenta la concisa inscripción latina: *Tanto nomini nullum par elogium.*[9] En el de Dante se lee el célebre verso *Onorate l'altissimo poeta.*[10]

La casa de Maquiavelo subsiste en la vía Guicciardini, donde también se conserva la que habitó el célebre historiador, entre el puente Vecchio y el palacio Pitti.

Maquiavelo es sin disputa uno de los más altos ingenios que ha producido Italia. Durante mucho tiempo sus doctrinas políticas fueron execradas y anatematizadas como atentatorias a todo principio de moralidad; pero nuestro siglo ha rehabilitado la memoria del insigne secretario de estado, dando a su condenada obra del *Príncipe*[11] el valor histórico que debe tener como producto de circunstancias determinadas, y llamada a realizar sus fines en un medio social harto diferente del nuestro.[12] Maquiavelo dirigió los negocios públicos durante diez años, llevando con admirable habilidad las relaciones diplomáticas de la república; su experiencia de los negocios era extraordinaria, tan grande como su conocimiento del corazón humano y de los caracteres.

De aquí que sus escritos sean el producto más directo de la realidad que imaginarse puede. El arte político es en sus manos un instrumento suministrado por los hechos, y en el cual no hay ni puede haber resorte alguno teórico. Las máximas de la antigua filosofía son para él cosa enteramente inútil, que no resuelve los graves problemas del momento. Elestado social y moral de un país tiene que ser siempre la fuente de que deriven sus ideas ysus prácticas, el poder encargado de regirlo. La realidad se impone siempre a las fórmulas teóricas en el gobierno de los pueblos. Sería locura pensar que a un pueblo artista, devorado por las pasiones, el pandillaje y la anarquía, se le puede gobernar con las ideas austeras de los puritanos del norte. El gobierno de un pueblo es el pueblo mismo con sus vicios y virtudes, con su temperamento puesto en acción. Tales son las ideas en que apoyan su

9 "Ningún elogio es adecuado a tanta fama".

10 "Honrad al altísimo poeta". Palabras dedicadas a Virgilio en el canto IV del Infierno de la *Divina comedia.*

11 Véase 119, n. 4.

12 Aquí aplica Galdós un concepto de perspectiva histórica que no parecía tener en 115, al condenar sin paliativos las cárceles de Venecia.

defensa de Maquiavelo los apologistas de este insigne hombre, los cuales son ahora tantos y tan decididos como antes lo fueron sus detractores.

En un tiempo se ha sostenido que *El príncipe* es una obra irónica, escrita con el diabólico intento de aconsejar a los Medicis lo que habría de ocasionar su perdición si lo practicaban. De aquí viene la palabra *maquiavelismo* que se aplica a la astucia y habilidad hipócrita. Pero esta suposición tiene ya pocos partidarios. *El príncipe* es una obra profundamente sincera, que no podemos comprender con las ideas hoy dominantes, y que necesitamos poner en el medio intelectual y moral de la república florentina para penetrar su verdadero sentido.

Maquiavelo fue patriota ardiente. El amor de la patria palpita en todas sus obras. Desempeñó a maravilla el cargo de secretario de la cancillería de la república, y cuando cayó en desgracia y fue reducido a prisión, su estoica entereza denotó la grandeza de su alma. Al ser elevado a la Sede Pontificia con el nombre de León X el cardenal de Médicis, Maquiavelo recobró su libertad; pero aún tuvo que sufrir algunos años de destierro. De vuelta a la patria, escribió las obras que han inmortalizado su nombre, entre ellas los comentarios a Tito Livio.[13] Y al fin los Médicis, que con tanta saña le persiguieron, procuraron atraérsele y utilizar su consumada habilidad política y su experiencia de los negocios y de las flaquezas humanas. El segundo papa de la familia de Médicis, Clemente VII, le protegió de nuevo, encargándole de preparar la defensa de Toscana contra las armas de Carlos V, mandadas por el condestable de Borbón.[14]

Al volver a su patria después del *sacco de Roma,*[15] el pueblo florentino le mostró odio y mala voluntad, acusándole de que con su funesto tratado del *Príncipe* había enseñado a los Médicis el ejercicio fácil de la tiranía. Desde entonces hasta su muerte, que acaeció en 1527, Maquiavelo vivió en la mayor pobreza, atenido a la modestísima pensión, que por lo exigua parecía limosna, con que le socorrían los Médicis.

La fama de este grande hombre se ha conservado en la historia, pasando por las alternativas del descrédito y la estimación. Según las ideas políticas que han dominado en las distintas épocas, ha sido más o menos severa la opinión de los historiadores con el gran toscano, cuyo nombre ha servido para componer uno de los objetivos más usados por el amaneramiento vulgar. Pero nuestra época, con su perspicaz espíritu crítico, ha analizado la época, ha estudiado detenidamente los acontecimientos, ha analizado, digámoslo así, los componentes de la atmosfera política en que vivió el secretario de la cancillería florentina, y por fin le ha absuelto de muchas o de casi todas las culpas que se le imputaron. Maquiavelo vio a los hombres como realmente eran, no como deben ser; y fundó sus conclusiones atrevidas en el cimiento de la realidad.

Por fin, aunque la crítica histórica no admita por completo las reglas de arte político expuestas en *El príncipe,* siempre quedarán a favor de Maquiavelo su sagacidad admirable,

13 Publicados en 1531 con el título *Discursos sobre la Primera década de Tito Livio.*

14 El *condestable*, Carlos III de Borbón que servía a Francisco I de Francia, y que en 1523 cambió de bando.

15 El *sacco di Roma*: el 6 de mayo de 1527, las tropas alemanas y españolas de Carlos V saquearon Roma, defendida por la alianza del papado con Francia, Milán, Venecia, y Florencia.

su conocimiento profundo de los hombres, y sobre todo su estilo conciso y elegante que seduce y esclaviza al lector.

***

Recorriendo la hermosa nave de Santa Croce, encontráis también el sepulcro de Galileo. Dichosa tierra la que ha visto hombres tan extraordinarios en el arte, en la política, en la ciencia. ¡Miguel Ángel, Dante, Galileo, Maquiavelo! Bastan estos nombres para ilustrar la Europa entera, y Florencia tiene la gloria de llamarlos sus hijos.

Galileo, no obstante, no era florentino. Nació en Pisa, en cuya universidad hizo sus primeros estudios, y enseñó después física y matemáticas. La célebre torre inclinada le sirvió para sus experiencias de la caída de los cuerpos. Después ejerció el magisterio en Padua durante veinte años, y por fin fue a parar a Florencia donde vivió la mayor y mejor parte de su vida. Allí y en Roma sufrió las persecuciones que le han inmortalizado tanto como sus descubrimientos. Murió en un pueblecillo de las cercanías de Florencia, a edad muy avanzada, pobre, ciego, y no muy estimado de sus conciudadanos. ¡Caso extraño! El 9 de enero de 1642, día en que murió Galileo, nació Newton.[16]

Además de su valiente explanación de las teorías de Copérnico acerca del sistema planetario, la cual le valió ser tenido por demente y heresiarca y condenado a una abjuración vergonzosa, Galileo legó a la ciencia universal grandes conquistas, como el descubrimiento de las leyes del peso, del péndulo, la balanza hidrostática y el perfeccionamiento del telescopio.

El panteón florentino guarda también las cenizas del poeta Alfieri, lombardo de origen, y las de su amiga la condesa Albany,[17] las del poeta moderno Pio Fedi,[18] las del grabador Morghen, las del *Aretino,* encerradas en hermoso sepulcro del Renacimiento; las del físico Micheli, las del arquitecto Alberti, las del compositor Cherubini, y las de otros muchos de fama menos extendida. Fuera de esto, Santa Croce es un verdadero museo, que sería visitado y escudriñado con particular atención si estuviera en otra parte; pero Florencia es tan rica en maravillosas obras de arte, que los frescos, las estatuas y los gallardos altares y pulpitos, que adornan las iglesias, son mirados al fin por el viajero, si no con desdén, con fatiga de los ojos y del espíritu.

***

Las fachadas de Santa Croce y del Duomo muestran de qué modo tan singular adaptaron los toscanos la arquitectura original, desvirtuándola y acomodándola a su genio y tradición artística. Este arte híbrido que tiene por padre el espiritualismo y por madre la musa pagana es lo más característico de aquel país en construcciones religiosas, así como en las palatinas tiene la especialidad incontestable del estilo severo y rudo inspirado en

16 Las investigaciones sobre la caída de los cuerpos de Galileo, fueron básicas para la ley de la gravedad descubierta por el físico ingles Newton (1642-1727).

17 Desde 1777 hasta su muerte en 1803, Alfieri estuvo unido a Luisa de Stolberg-Gedern, condesa de Albany.

18 *Pío Fedi* (1815-1892) no fue poeta sino escultor.

la arquitectura militar. Sus iglesias ostentan en su exterior mármoles blancos y negros, combinados con delicadeza femenina, formando un gótico voluptuoso y decorativo, que no nos da la impresión de misterio y misticismo de las iglesias del norte. En cambio los palacios, construidos de piedra oscura, son macizos, de líneas muy sobrias, combinada la robustez con la elegancia.

No es posible abandonar a Florencia sin subir a San Miniato al Monte. El cementerio próximo a la iglesia es interesantísimo, y la iglesia que sirve de enterramiento a las familias aristocráticas de la ciudad, merece una visita. Su arquitectura restaurada con mucha inteligencia, ofrece más elementos quizás que los interiores del Duomo y Santa Croce para el estudio del estilo toscano de la Edad Media. Desde San Miniato, y en todo el largo y tortuoso paseo denominado *Viale dei Conti,* la vista abarca el panorama inmenso de los alrededores de la ciudad y de la ciudad misma, panorama que es sin género de duda uno de los más hermosos de Italia. La bien cultivada campiña extiéndese a orillas del Arno limitada por las colinas cubiertas del oscuro verdor de olivares y cipreses.

El paisaje es bello sobre toda ponderación; pero no es risueño. Hay en él una melancolía dulcísima que induce a la meditación, que despierta anhelos de soledad persistente. Es el paisaje triste y minucioso que sirve de fondo a los cuadros de todos los pintores florentinos del siglo XV.

Los grupos de altísimos y oscuros cipreses danle aspecto de inmenso jardín destinado a necrópolis, en el cual cada planta adorna una tumba. Es un paisaje del cual se puede decir que tiene algo de religioso y solemne, contribuyendo quizás a este efecto las memorias de cosas estupendas ocurridas en tan grande y magnífico escenario. A lo lejos se ve Fiésole, lugar escondido entre masas de espesa vegetación, antaño residencia del inspirado y soñador Fra Angélico, y hoy sede del *papa negro,* o sea el General de los jesuitas.

B. PÉREZ GALDÓS

121

LP, 10/3/1889

SUMARIO: El submarino *Peral* —Ensayos parciales —Pruebas de inmersión, impermeabilidad y horizontalidad —Homenajes al inventor —Conviene huir del aplauso prematuro como de la censura pesimista —Programa de las pruebas —La coronación de Zorrilla en la Alhambra de Granada —Gloriosa ancianidad del poeta y eterna juventud de su ingenio —Identificación de la poesía de Zorrilla con los sentimientos del pueblo español —Preparativos y programa de la coronación —La Alhambra —Trágico fin del príncipe Rodolfo de Austria —Estupor que causa la noticia —Versiones novelescas —Interpretación que parece verdadera —Igualdad de los tiempos y unidad de las pasiones humanas —Las elecciones académicas.

Madrid, 12 de febrero de 1889.

Sr. Director:

Más que de cosas y sucesos presentes hablaré en esta de los venideros, quizás algo de los pasados. En la actualidad poco encuentro digno de mención; esto por lo que a España se refiere, pues fuera de aquí no faltan asuntos de interés, algunos de interés verdadera- mente dramático, como la muerte del príncipe Rodolfo de Austria. Pero de esto se ocupa-ran otros corresponsales con datos más auténticos que los que aquí tenemos. Los sucesosfuturos de que me ocuparé son las pruebas del *Peral,*[1] tanto tiempo ha esperadas, y del proyecto de coronación de Zorrilla en la Alhambra de Granada.[2]

Respecto al submarino, diré que los ensayos parciales han comenzado, y que los distintos problemas estudiados profundamente por el inventor parecen en vías de solución satisfactoria. Los primeros ensayos fueron los de la impermeabilidad del casco, pues no siendo esta absoluta, el aparato no puede funcionar sin peligro. Por perfecto que sea el ajuste de planchas de palastro, y por habilidad que tengan los obreros remachadores, rara vez se impide la filtración de agua. Para obtener la mayor perfección posible en el *estanco*, se han hecho minuciosos trabajos en el casco del *Peral,* sumergiéndole repetidas veces, y calafateando[3] por los medios más eficaces las junturas de las planchas. Por fin, se ha comprobado la impermeabilidad de un modo que aleja todo peligro.

Luego se han hecho las pruebas de inmersión y horizontalidad, problema de ardua solución, y sin las cuales difícilmente podrán cumplirse los objetivos polémicos del aparato. Luego vendrá la cuestión de marcha. Díjose no ha mucho que los acumuladores no podrán contener fuerza eléctrica para dar impulso al buque durante mucho tiempo, y si el radio de acción se circunscribía a dos o tres horas, el éxito del invento sería muy dudoso; pero este temor se ha desvanecido con nuevos ensayos y aplicaciones de la fuerza motriz. Los ensayos parciales continúan, y en Cádiz reina verdadero entusiasmo por la obra del insigne marino. Sus compatriotas tienen fe ciega en el éxito. Todas las clases sociales lo miran como un timbre de honor de la noble ciudad marítima, y se apresuran a tributar a Peral homenajes de admiración. Es unánime la creencia de que esta aplicación nueva de la electricidad a la navegación submarina ha de resultar más práctica que cuantas se han hecho antes de ahora fuera de España. ¡Qué triunfo para Peral, y que gloria para todos nosotros, si los gaditanos se salen con la suya!

Si las pruebas parciales que se están verificando dan buen resultado, llegaremos a la prueba oficial sin duda alguna respecto al éxito. Las últimas noticias que puedo recoger acerca de tan interesante asunto son: que el día 15 saldrá el *Peral* del dique para hacer un ensayo de navegación, primero a flote y después sumergido, probándose su marcha y la facilidad para virar; que al día siguiente se ensayará el disparo de torpedos Whitworth poniendo de blanco una boya; [4] que el 17 se probará la marcha propiamente submarina,a diversas profundidades, disparando torpedos debajo del agua y subiendo después rá-

1 Pruebas anunciadas ya el 4 de diciembre del 88 en 114.

2 De la *coronación* se ocupará en 126.

3 *calafateando*: 'sellando'.

4 *torpedos Whitworth*: torpedos fabricados por la empresa americana *Armstrong Whitworth Company.*

pidamente a la superficie; al propio tiempo se probará la potencia luminosa del reflector eléctrico. Después saldrá del Caño de la Carraca, y navegando por la bahía, dará la vuelta a las fortificaciones de Cádiz, llegando hasta dar frente al castillo de Sancti Petri. Si todo este programa se realiza con éxito las pruebas oficiales se verificarán el 22, y entonces el *Peral* destruirá en alta mar un casco de buque, atacándole por la quilla, y navegará *submarinamente* desde Cádiz hasta Cartagena, con sus interrupciones y respiros que ha de exigir forzosamente este largo trayecto. Porque el problema más difícil de resolver, según personas entendidas, es el de la respiración de las tripulantes dentro de un recinto herméticamente cerrado durante muchas horas.

Soy de los que tienen esperanza en el éxito del invento de Peral; de los que lo desean ardientemente, de los que creen debe ser alentado el inventor y recibir toda clase de apoyos. El ilustre marino que ha consagrado lo mejor de su vida y toda su actividad a esta gran idea, merece que sus conciudadanos le ayuden por todos medios El patriotismo nos lo dicta así y nos impone este deber; necesita no solo del apoyo material sino del moral. Pero no debemos tampoco anticiparle el triunfo, dando por resueltos los problemas científicos que encierra su pensamiento, antes que las pruebas concienzudamente hechas lo acrediten. Peral es hombre serio, hombre de estudio, y ha contraído un gran compromiso con la patria y con la ciencia. ¡Qué honor tan insigne para nuestro país si aclaramos antes que ninguna otra nación el misterioso enigma de la navegación submarina! Aunque el problema no apareciese resuelto en toda su complejidad, ¡qué gloria tan grande si lográramos determinar en él un progreso evidente, ponerlo en vías de resolución, e iniciar la radical transformación de la marina militar!

Conviene, pues, esperar con calma las pruebas, poniéndonos tan lejos de las desconfianzas sistemáticas, como de los entusiasmos prematuros. Condenemos el escepticismo de los que dudan de la eficacia del invento solo porque es español, o por otras razones; pero no nos entreguemos tampoco a expansiones optimistas. Si Peral triunfa como parece probable, todos los aplausos no serán bastantes para premiar su mérito, todos los galardones serán pocos para coronarle. Afortunadamente no hemos de esperar mucho tiempo para saber a ciencia cierta a qué atenernos.

***

El proyecto de coronar a Zorrilla en Granada es un homenaje tributado al genio poético español más celebrado de este siglo, y al mismo tiempo una prueba de consideración a las letras y a cuantos las cultivan. Este acto solemne, que será el gran acontecimiento de la próxima primavera, no tiene entre nosotros más precedente que la coronación de Quintana, verificada en Madrid y en el palacio del Senado, allá por los años del 54 al 56.[5] Esta clase de solemnidades son como los centenarios de los grandes hombres y no deben prodigarse. Solo corresponden tales honores a los hombres que han llegado a ser verdaderas glorias de su raza, a los que han formado escuela e influido poderosamente en una o dos

5 El 23 de marzo de 1855 Isabel II coronó como poeta ilustre a Quintana, que también había sido su tutor.

generaciones, dejando tras sí huella indeleble. Lo que se hizo por Quintana hace más de treinta años, hoy debe hacerse por Zorrilla viejo y glorioso, poeta insigne que desde el 16[6] en que apareció viene siendo el intérprete más inspirado de los sentimientos tradicionales de la raza española.

Su edad pasa ya de los sesenta años; pero está su entendimiento tan fresco y vigoroso como cuando escribía esas obras inmortales, que viven y vivirán siempre donde quiera que se hable nuestra inmortal lengua. En la conversación privada, Zorrilla parece un muchacho; su grande ingenio se revela a cada instante. Todavía escribe versos y los lee de un modo inimitable. En ellos late la inspiración de los mejores días, y aquel espíritu legendario, trovadoresco y genuinamente castellano que les ha distinguido siempre. El cantor de *Granada,* el dramaturgo romántico que ha merecido del sufragio de la crítica docta a los aplausos de la popularidad que siente y no razona, el poeta que ha renovado en nuestro siglo la dicción augusta y armoniosa del Siglo de Oro, está completamente identificado con su país. Coronarle pública y solemnemente es un acto nacional, es la consagración de su fama y el consorcio feliz del pueblo con su poeta; significa también el enaltecimiento del valer literario y homenaje tributado a lo espiritual, cosa en verdad digna de la mayor alabanza en estos tiempos de positivismo.

La idea de la coronación nació en el Liceo Artístico y Literario de Granada, y al momento fue acogida con entusiasmo por la gente de letras. Se celebrará en la octava de Corpus. La junta central del Liceo encargada de preparar la solemnidad, no descansa, y aspira a darle un carácter grandioso, más bien nacional que granadino, y ha empezado por invitar a la reina regente, para que presida como jefe del Estado tan hermosa fiesta. Si la reina acepta como parece natural, no se necesita más para que la fiesta resulte espléndida, y para que concurran a darle brillo todas las clases de la sociedad. La augusta madre de don Alfonso XIII, tan estimada y respetada de todos los españoles, por su bondad, por su rectitud sin tacha y su discreción, colocará en las sienes del vate ilustre la corona inmarcesible que le ofrece Granada.

A más de la reina, los granadinos invitarán al gobierno y a la prensa de todos matices, al ayuntamiento de Valladolid, patria de Zorrilla, y a todos los literatos españoles de reconocida valía. Según mi humilde opinión, deben ser invitados también los escritores americanos, pues la comunidad de lengua hace de ellos y nosotros una sola familia.

La coronación se verificará en el alcázar de la Alhambra, que se dispondrá al efecto, decorándole en el estilo más apropiado a su maravillosa arquitectura. ¡Qué escenario para una fiesta de esta clase! No lo soñaría mejor la ardiente fantasía del poeta, ni el arte moderno, por mucho que discurriera y trabajara, podía encontrar nada que a la Alhambra se igualase para fondo de una fiesta española y literaria. Si los organizadores del cere- monial aprovechan bien los elementos que la ciudad morisca les ofrece, la fiesta dejará memoria.

6 Se trata de un error. Zorrilla nació en el año 17 y se dio a conocer como poeta en el entierro de Larra, en 1837.

No brilló más en el Capitolio de Roma la apoteosis de Petrarca,[7] que brillará en el palacio de los Alamares la de nuestro poeta caballeresco,[8] cuya musa, antes que bajo los pórticos corintios de clásicas líneas, gusta de habitar entre los alicatados de brillantes colores y en los patios de mármol a la sombra de los naranjos y palmeras, y en las misteriosas salas donde moran los dulces ensueños.

***

La trágica muerte del príncipe Rodolfo de Austria es el tema preferente de toda la prensa europea. Algo he de decir, aunque poco, porque otros corresponsales tratarán de esto con la debida extensión. Desde que se anunció la muerte del infeliz príncipe hasta hoy, las versiones acerca de esta desgracia y de sus causas han sido varias. El telégrafo nos ha dado todos los días una historia distinta. La fantasía popular ha hecho de la suyas con tan extraño acontecimiento. Hubo quien, al propalarse el hecho, vio en él un caso semejante al del príncipe don Carlos, hijo de Felipe II.[9] Después vino una historieta de amores, enlazada con un duelo a la americana; luego un accidente de caza. Por fin, la cosa ha quedado en drama de amor, el eterno drama de amor, que se repite sin cesar en todas las grandes poblaciones. En Madrid hemos tenido no ha mucho uno conforme al patrón corriente: dos amantes que, contrariados por sus respectivas familias, exaltados, delirantes, resuelven darse la muerte, y se la dan. Esto pasa con frecuencia en las sociedades modernas, lo extraordinario es que el caso se haya dado en personas de alta estirpe. La historia de algunos siglos acá no ofrece un drama de tal naturaleza en que sea protagonista el heredero de un poderoso imperio. No suelen producirse, pues, esas pasiones tan furibundas en las alturas de un trono, en el seno de una familia reinante. El lugar de la acción, la jerarquía de los héroes, la resonancia de sus nombres, constituyen la verdadera gravedad del drama, y también su poderosísimo interés, estoy por decir su *belleza*, la cual realmente pide un Schiller que la exprese en forma literaria.[10]

La versión admitida hoy y que parece verdadera es que el príncipe estaba enamorado de la baronesa Vetsera y tenía con ella relaciones ilícitas. La princesa Estefanía, esposa de Rodolfo, ofendida y celosa le amenazó con retirarse a vivir con sus padres los reyes de Bélgica. El emperador Francisco José, escribió a su hijo haciéndole ver de una manera amistosa lo escandaloso de su conducta. He aquí preparado ya el fatal desenlace; los amantes ven que sus lazos criminales no pueden continuar; no tienen valor para romperlos. El conflicto es insoluble dentro de los medios ordinarios de la vida; surge entonces la muerte como única solución. En la humanidad se repite con dolorosa frecuencia este argumento sencillo y poético, de pocos personajes, sobrio y terrible.

7 En 1341, a los 36 años, Francesco *Petrarca* fue coronado en el Capitolio de Roma con el laurel poético.*

8 *palacio de los Alamares*: `palacio de la Alhambra' ya que en el centro de su Salón de Embajadores se encuentra el escudo de los Alamares realizado en azulejo en el s. XVI.

9 Don Carlos, príncipe de Asturias, encarcelado por conspirar a favor de Flandes, murió en 1568 sin que se llegase a aclarar si se trataba de muerte natural o suicidio.

10 En 1787, el dramaturgo alemán Schiller estrenó la obra *Don Carlos infante de España* en la que el protagonista se suicidaba por causas amorosas.*

Claro está que en cuanto aparece un nuevo caso, se dice que los amantes que tal hicieron y a tan nefando extremo se precipitaron, estaban locos. No alcanzamos a comprender que estén en su sano juicio los que de tal manera resuelven un grave problema de la vida contra la vida misma, cortando el nudo en vez de desatarlo. Pero, aún no ha definido la ciencia con completa claridad el concepto de la locura; y no debemos vanagloriarnos mucho de la cordura con que condenamos y clasificamos estas resoluciones trágicas de los que se cansan de la lucha, y abandonan el campo.

La observación que a todos se nos ocurre al ver que personas de tal categoría se matan por amores, es la de que todos los tiempos son los mismos, que el romanticismo y la exaltación de los afectos no pasaron con la época en que los hombres llevaban gorguera y jubón, y las mujeres tontillo y guardainfante.[11] La humanidad, fuerza es confesarlo, es bastante monótona; ofrece poca variedad en sus desenvolvimientos, y cuando alabamos nuestra época creyendo que representa el triunfo de la razón, somos más vanidosos que justos. La cultura, difundiéndose prodigiosamente, varía la superficie, pero no el fondo de las sociedades. Los horrores y las tonterías de hoy parécense a los de hace siglos como dos gotas de agua. En cuanto a la tan cacareada experiencia, que tenemos por maestra infalible, bien puede asegurarse que de sus lecciones sacan poco provecho así el individuo como la especie. La experiencia es un consuelo artificial con el cual engañamos la triste uniformidad de los sucesos de nuestra vida. Pero dejemos estas filosofías fáciles, y volvamos a la tragedia austríaca. Alguien ha visto un sino sangriento en la ilustre dinastía de Habsburgo: y como una vena de demencia en la raza, vena quizás heredada de la infeliz doña Juana que dio el ser a Carlos V y Fernando I. El actual emperador ha visto en su familia, las tragedias espantosas, la de su hermano Maximiliano en Méjico[12] y la de su hijo en Mayerling.

Los casos de enajenación han sido raros en la familia, aunque no los de esas rarezas de carácter, que en cierto modo tienen parentesco patológico con la pérdida de la razón. Historiadores hay que no ven en Carlos V, al encerrarse en Yuste, un juicio cabal. Su nieto el príncipe pon Carlos era un epiléptico. Carlos II el Hechizado un histérico en grado casi próximo a la locura. La rama de Lorena, que hoy reina en Austria, ofrece bastantes ejemplos de príncipes cuyas facultades no han estado en perfecto equilibrio. Sea lo que quiera, este funesto drama es un golpe terrible para la familia reinante en el imperio austro-húngaro. Se ha hablado de abdicación del emperador; pero esto no se confirma. El sucesor inmediato a la corona es el archiduque Carlos Luis, hermano de Francisco José, y por renuncia del archiduque, pasan sus derechos a su hijo.[13]

***

11 Prendas de los siglos XVI y XVII.

12 *Maximiliano*, nombrado emperador de Brasil por resolución europea, fue fusilado en 1867 por el nacionalista y líder de la independencia mexicana Juárez.

13 Este *hijo*, Francisco Fernando, moriría en 1914 en el célebre atentado de Sarajevo con el que se inicia la Primera Guerra Mundial.

De las últimas elecciones académicas, que tanto han dado que hablar de un mes acá, no debo yo ocuparme, y mis lectores me perdonaran el silencio que guardo sobre punto tan delicado.[14] Lo único que diré es que la provisión de la vacante que acaba de produ- cirse en la Española por el fallecimiento del académico señor Arnao, no ocasionará las apasionadas disputas que tanto disgustaron y escandalizaron a los pacíficos huéspedes de aquella venerable casa de la calle de Valverde.[15] La intervención de la prensa periódica en la contienda suscitada para elegir el candidato que debía ocupar el sillón del señor duque de Villahermosa,[16] pudo ser impertinente y molesta para aquellos respetables se- ñores, acostumbrados a proveer las vacantes en el silencio y quietud de la familiaridad,no turbado por voces de fuera, ha producido un gran bien, restableciendo las buenas prácticas electorales, y poniendo término al procedimiento irregular con que venían de- signándose los sucesores de los académicos difuntos. En la sesión ultima, los inmortaleshan acordado *no comprometerse con nadie* y celebrar una reunión privada para ponerse de acuerdo respecto al candidato que se ha de escoger entre los dos o tres de que se ha hablado. No necesitaré decir, sin duda, que entre los propuestos para esta vacante, no figura ni puede figurar el que en la anterior tuvo de su parte una respetabilísima minoría académica,[17] minoría que por el número y lo esclarecido de los nombres representa, en opinión de muchos, un voto de calidad. El candidato derrotado entonces agradece la ge- nerosa actitud de los que no habiéndole podido votar entonces, quieren votarle ahora; pero declina el honor que se le ofrece. Así debe ser y así lo ordena, en provecho de todos,la moral literaria.

B. PÉREZ GALDÓS

122
LP, 27/3/1889

Suicidio de Pigott —Aparición en Madrid del inglés nombrado Ponsonby —¿Quién es Piggot? —La cuestión de Irlanda —Pleito famoso entre Parnell y el *Times* —Las cartas fal-sificadas —Descúbrese el fraude por la ortografía —Descrédito del *Times* —Desaparece Pigott de Londres —Va a París, viene a Madrid y muere —Identificación del cadáver —*Losamantes de Teruel*, ópera de Bretón —Lucha del compositor con los elementos acadé-micos — Estudios musicales de Bretón, y su inclinación a la escuela wagnerista —Quées lo que debe entenderse por ópera española —El libreto de *Los amantes* —La música

14 Es *punto tan delicado* para Galdós por ser uno de los posibles candidatos.

15 En 1793 Godoy cedió a la Academia el edificio del antiguo Estanco del Aguardiente, en la calle de Valverde. Allí estuvo su sede hasta trasladarse en 1894 a la calle Felipe IV, donde permanece.

16 Habla Galdós de la elección que cubriría para la vacante de Villahermosa, muerto en noviembre del 88.*

17 Minoría encabezada por Menéndez Pelayo, Juan Valera, y Núñez de Arce. En la siguiente ocasión, febrero por vacante de Arnao, don Benito no quiso le presentaran y, por fin, en abril, tras producirse la tercera vacante, León Galindo, aceptaría que lo propusieran.*

—Importancia de la instrumentación —Obsequio al maestro —Viaje de la reina Victoria a Biarritz —Es probable que la reina de España visite a la de Inglaterra —Repugnancia de la soberana inglesa a abandonar el incognito —Pruebas del *Peral* —Expectación.

Madrid, 6 de marzo de 1889.

Señor Director:

Contaré hoy un suceso acaecido aquí y que se relaciona con uno de los asuntos de política extranjera que más interesan hoy en Europa. Hace pocos días llegó a Madrid un inglés y se alojó en uno de los más céntricos hoteles de esta capital, en cuya lista de viajeros se suscribió con el nombre de Ponsonby. No traía más equipaje que una maleta de mano. Era alto, como de sesenta años, con barba blanca y larga, y usaba monóculo. Los dos primeros días se ocupó, en compañía de un intérprete, en visitar los museos y principales curiosidades de esta corte. Al tercer día, hallábase el tal en su cuarto, cuando le anunciaron que preguntaba por él un delegado de policía. Antes que este tuviera tiempo de presentarle la orden de prisión que llevaba, el llamado Ponsouby se metió en la boca el cañón de un revólver y se levantó la tapa de los sesos.

Esto ocurría en las primeras horas de la noche del 28 de febrero. Al día siguiente corría por Madrid la noticia de que el suicida del Hotel de Embajadores es Pigott. ¿Pero quién es Pigott? dirán mis lectores de Buenos Aires. Imposible que dejen de tener noticias de la gravísima cuestión surgida en Inglaterra entre el jefe del partido irlandés, Parnell, y el periódico el *Times.*[1]

El proceso que con motivo de esta cuestión se entabló no hace mucho, ha sido de los más ruidosos, y la acción de Parnell contra el *Times* se fundaba en la publicación por este periódico de varias cartas del primero en las cuales aparecía cómplice del crimen de Phoenix-Park, perpetrado hace años. Las tales cartas habían sido presentadas al célebre diario de la City por un tal Pigott. El defensor de Parnell, sir Charles Russell, en un interrogatorioque es una obra maestra de habilidad forense, hizo ver desde luego que el tal Pigott eraun aventurero, que de periodista feniano[2] que fue en 1857, se había hecho agente secreto del gobierno, y que mientras pedía dinero importunamente al ministro de Irlanda, trataba de explotar a la *Liga nacional.*[3]

Las faltas de ortografía de que estaban plagadas las cartas hacían creer que estas no eran auténticas. Parnell escribe muy correctamente. La falsedad apareció con toda evidencia cuando, en la primera declaración de Pigott, sir Charles Russell le hizo escribir al dictado algunas palabras en que el testigo hubo de cometer las mismas faltas que en las cartas publicadas por el *Times* se advertían. Probada al fin la falsedad, la condenación del falsificador era inevitable, y el periódico que dio acogida al fraude sufría grandísimo que-

1 Para el *Times,* véase 4, n. 10.

2 *feniano*: 'partidario de acabar con la dominación inglesa en Irlanda del Norte'.

3 *del gobierno,* entiéndase 'del gobierno inglés'; *ministro de Irlanda*, `ministro para Irlanda del Norte nombrado por el gobierno inglés; *Liga Nacional*: 'partido autonomista, conocido como *Home Ruler* o Liga nacional irlandesa por el autogobierno de Irlanda', fundado por Parnell en 1882, a partir de su popularidad como presidente de la Liga Agraria Irlandesa.

branto. El mismo *Times* lo declara con amargura en esta frase: "Si mister Parnell resultara inocente, y las cartas que le atribuimos y cuyo facsímil hemos publicado no fueran suyas, toda la responsabilidad caería sobre nosotros. Después de cien años de existencia honrosa, no nos quedará otro camino que desaparecer".

La respetabilidad tradicional del periódico londinense ha perdido mucho, y sus perjuicios pecuniarios son de gran consideración. Este año no ha podido distribuir dividendo entre sus accionistas. Los gastos del proceso ascienden a tres millones de pesetas, sin contar la indemnización que Parnell ha de reclamar ante los tribunales ordinarios.

Pero lo más extraño de todo es que antes de la terminación del proceso, desaparece Pigott de Londres. Su fuga viene a confirmar más y más su culpabilidad, no dejando duda alguna acerca de ella. Todas las pesquisas de la policía inglesa son inútiles para descubrir el paradero del impostor. Se habían tomado minuciosas precauciones para impedir la fuga: dos agentes de policía le vigilaban constantemente, y uno de ellos, disfrazado, vivía en su mismo hotel. Es realmente un misterio que desapareciera de Londres y de Inglaterra sin dejar rastro alguno de sí. Después se ha sabido que estuvo un día en París. Presentóse en el Hotel des Deux Mondes. Después de almorzar, salió de la fonda y no se le ha vuelto a ver allí. Esto ocurría el martes de la semana pasada. El jueves aparece Pigott en Madrid, va al Hotel de Embajadores, y lo demás ya lo he contado al principio de esta carta.

La identificación del cadáver no está hecha aún de una manera evidente. Pero hay indicios que hasta cierto punto suplen la evidencia. Sobre el cadáver del suicida, el juez encontró dos documentos que arrojan bastante luz. Uno de estos papeles es una caria dirigida al diputado radical inglés mister Labouchere, amigo íntimo de Parnell, y dice así: "El primer paquete de cartas que vendí al *Times* se componía todo de documentos auténticos. Pero en el segundo incluí algunas cartas falsas. Entre estas últimas había dos de mister Parnell, una de Davitt, otra de Kelly y otra de Patrick Egan.[4] Lamento de la manera más profunda el mal que he hecho; y con toda mi alma deseo repararlo. Para ello estoy dispuesto a emplear cuantos medios se hallen a mi alcance, y me someto a las instrucciones que usted me dé. La mayor parte de lo que he declarado ante el tribunal era falso. Pero lo que he afirmado bajo juramento y por escrito es cierto". Firma Richard Pigott.

El otro papel hallado sobre el muerto y que demuestra su personalidad, es una licencia para usar armas, expedida en Dublín. Parece que no hay duda acerca de la personalidad; más para reconocerla y probarla legalmente, aguárdase la llegada de un funcionario de la policía inglesa, y las fotografías del muerto que deben llegar hoy. Entretanto, no se le dará sepultura. Hállase en el depósito judicial de cadáveres, y ha ido mucha gente a ver las heladas facciones del desgraciado hombre, cuyas imposturas han conmovido profundamente, durante tanto tiempo, la opinión pública de Inglaterra y de toda Europa.[5]

***

4 *Davitt*, *Kelly* y *Egan* fueron politicos irlandeses autonomistas, seguidores de Parnell.

5 Para todo este apartado Galdós parece haber combinado y sintetizado las versiones de varios periódicos españoles de distintas fechas.*

La ópera de Bretón, *Los amantes de Teruel,* es el acontecimiento teatral de la quincena.[6] Su éxito ha sido grande, y apenas discutido, lo que no es poco en estos tiempos. Por encima de todas las exageraciones que amigos y adversarios han sacado a relucir estos días acerca de esta obra, sobresale la opinión incontrarrestable de que es lo mejor que hasta ahora se ha escrito por músicos españoles en el género lírico serio; que *Los amantes de Teruel* tiene trozos admirables, y que sino iguala a las obras maestras de la ópera, en cambio no es inferior, y quizá supera, a muchas partituras de éstos tiempos escritas por alemanes, franceses e italianos y que se cantan en todos los teatros de Europa. A más del mérito intrínseco del trabajo del señor Bretón, ha contribuido a este ruidoso triunfo la rudalucha que el compositor hubo de sostener, durante cuatro o cinco años para llevar a la es-cena del Teatro Real su ópera.[7] El informe de la Academia de San Fernando le fue desfavo-rable.[8] La rutina, como sucede siempre en todas las corporaciones históricas con tendenciaa ser conservadoras, ha querido condenar la innovación. Pero no se puede luchar con la corriente, ni contrarrestar sistemáticamente la ley del tiempo. El arte realiza, como todo lohumano, evoluciones que afectan a la forma dejando intacta su divina esencia.

Imposible de toda imposibilidad es evitar esas renovaciones de la forma, que aparecen y luchan y se imponen contra el exclusivismo de los que, habiendo triunfado en su tiempo con determinadas ideas, pretenden que el porvenir se les someta, y que la generación que les sucede acepte sus procedimientos con escrupulosa obediencia. Esto no puede ser, ni ha sido nunca. El fenómeno se repite un día y otro, y la rutina sale siempre vencida y maltrecha. Esto ha pasado en el curso de la ópera del maestro Bretón, que hubo de luchar titánicamente contra las prevenciones de la vieja escuela de música.

El joven compositor de quien se trata, ha seguido, desde los comienzos de su brillante carrera, las tendencias de la escuela wagnerista. Pensionado en Roma y Viena, llegó a dominar con su constante estudio la dificilísima técnica del arte. Al volver a España, se ha distinguido en la dirección de nuestra Sociedad de Conciertos,[9] no inferior a las mejores de Alemania. Al frente de esta reunión de eminentes profesores, Bretón ha demostrado inteligencia, erudición musical. Sus cualidades creadoras no nos eran conocidas hasta la representación de *Los amantes,* en italiano *Gli amanti di Teruel.* La ópera llamada española no ha brillado hasta ahora sino por tentativas, algunas muy felices. Y aquí debo de hacer una observación, y es que llamamos *ópera española* a la compuesta por un músico perteneciente a nuestra raza y nacionalidad,[10] no a la que ofrezca un modo de ser o estilo especial y castizo, pues ópera de tales condiciones no existe. La música genuinamente española es la popular, la que poseemos en esos admirables y sentidísimos cantos de diferentes regiones que son nuestro orgullo y que no tienen igual en ninguna parte. Y admitiendo esto, la consecuencia es que la única ópera española de verdad es

6 *Los amantes de Teruel*, basada en el drama de Hartzenbusch, se estrenó en Madrid el 12 de febrero de 1889.

7 Para el *Teatro Real* véase 22, n. 6.

8 *Academia de San Fernando*: 'Academia de Bellas Artes de San Fernando'.

9 Véase 33.

10 Para *ópera española,* véase 31.

la zarzuela, fundada en nuestra riquísima música popular. Habría de inspirarse en ella la ópera, y además descubrir un estilo y desarrollo peculiar para que mereciese el nombre de *española.*

Los amantes de Teruel es, pues, una buena ópera debida a la inspiración y al trabajo de un compositor de nacionalidad española, pero que, atendiendo solo al parentesco artístico, pertenece a la familia germánica. Lo mismo pasa en Francia, donde no hay más ópera genuinamente nacional que la cómica y el *vaudeville*, y sin embargo se producen allí obras serias a las cuales llaman francesas, y que lo son tanto como podrían serlo las inspiracio- nes de Meyerbeer y Wagner. Demos a los trabajos musicales que en España se produzcan el nombre que queramos; y celebremos lo bueno llámese como se llamare. La ópera de Bretón debe enorgullecernos como nos enorgullecería que saliese ahora un español escri- biendo versos alemanes tan bien como Heine o Schiller.

El título de la ópera indica que Bretón fue a buscar su libreto en uno de los dramas españoles más populares que produjo el Romanticismo. Él mismo arregló las escenas, disponiéndolas para los efectos musicales, y consagró a esta tarea ímproba bastante tiempo. El escenario es, pues, obra suya, y un libretista de oficio se encargó de la versificación, sujetándose a las indicaciones del compositor en lo referente al metro. El libro de *Los Amantes de Teruel* ha resultado muy musical, pero demasiado largo, pues en él se sigue, con ligeras modificaciones, el mismo desarrollo del drama de Hartzenbusch.[11] Al propio tiempo, las exigencias de la lírica han creado alguna escena que en la obra literaria no existe, y que resulta de admirable efecto. Si Bretón aligera un poco su ópera, abreviando algunos actos, asegurará sin duda los éxitos del porvenir.

La música, que es lo esencial en una ópera, revela inspiración, sentimiento en algunos trozos, grandeza dramática en otros, y en todos, dominio absoluto de la ciencia de la composición. Conforme a las tendencias del arte moderno, la instrumentación tiene un papel muy importante, según algunos críticos, demasiado importante, y casi absorbente. La orquesta viene a ser más expresiva, más elocuente que la misma voz humana. No entraré a discutir este asunto, que entraña el problema de la estética wagnerista en toda su importancia. Lo único que diré es que Bretón, sin dejar de tributar a las filigranas orquestales el homenaje que impone la moda, sabe cultivar la idea melódica, sin la cual, dígase lo que se quiera, no se producen emociones profundas en la dramática musical. En *Los amantes* hay melodía limpia y diáfana, de esa que interpreta la pasión y la transmite al cerebro y a los nervios del oyente. Descuellan en la partitura, por el encanto de la inspiración, el prelu-dio, el prólogo, el gran dúo entre Isabel y Marsilla, la escena del árbol tan conocida por el drama de Hartzenbusch que no necesito describirla,[12] y el final tan dramático en la música como en la obra literaria. Desde la primera noche, la creación de nuestro compatriota fue recibida con entusiasmo en aquella escena lírica que es sin disputa una de las primeras del mundo. La orquesta de nuestro Teatro Real podrá tener igual, pero no superior, y los corosson también de primera. Con estos elementos, el éxito no podía ser dudoso. Aun los más

11 Para el *drama de Hartzenbusch* véase 19.

12 La *escena* del acto III en que *Marsilla* está atado a un *árbol*.

escépticos, los que se resisten a aplaudir toda obra musical que no venga autorizada con el pabellón de alguna reputación europea, reconocían que *Los amantes de Teruel* tiene grandes bellezas, y que ya pasa de la categoría de ensayo de ópera española, que es lo mejor que hasta ahora han producido nuestros compatriotas, y que anuncia la realización de lo que se juzgaba imposible.

Como es natural, el maestro Bretón ha sitio muy festejado por su triunfo, y sus paisanos, los salmantinos, le han demostrado el orgullo que sienten de tenerlo por compatriota.

***

Otro acontecimiento del día es el viaje de la reina Victoria a Biarritz, a donde habrá llegado hoy.[13] Su Graciosa Majestad salió ayer de Portsmouth para Cherburgo. Desde el norte de Francia vendrá al mediodía en ferrocarril. Se alojará en la magnífica quinta del duque de La Rochefoucauld, dispuesta por sus opulentos dueños con todo el lujo y el *con-fort* que corresponde a huésped tan ilustre como la emperatriz de las Indias. Esta viaja de incógnito y no quiere ser recibida con aparatos, desea vivir modestamente y apartada de las enojosas fórmulas oficiales. Pero no puede impedir que Biarritz se anime extraordina- riamente con su presencia, que acuda mucha gente deseosa de verla, ni que el municipiode la localidad, que no pierde ripio para el negocio, disponga fiestas con objeto de atraer turistas y convertir el marzo en agosto. Nada de esto es extraordinario, y no merecería quele consagráramos mucha atención. Pero puede ocurrir que la reina de España, doña María Cristina, visite a la reina Victoria en Biarritz, que esta pague la visita en San Sebastián, y entonces sí que se despertaría un interés muy vivo en las dos poblaciones fronterizas. Aúnno se sabe si habrá *vistas de reinas*. Las costumbres retraídas de la soberana inglesa, y surepugnancia a los esplendores cortesanos, hacen creer que se guardará rigurosamente el incógnito, como se guardó en Italia, en las últimas visitas de su majestad británica, quienno salió del apartamiento y oscuridad en que vivía, ni aún para avistarse con la reina Margarita.[14] Esta vez, sin embargo, se cree que la emperatriz de las Indias será menos ex- tremada en su retraimiento, y que las dos reinas, la inglesa y la española se verán. Dícese que la nuestra hará el viaje de riguroso incógnito también, con el nombre de *condesa deGuipúzcoa.* Pero nada hay decidido todavía, ni nada puede saberse. La circunstancia de ser ambas viudas, las especialísimas de la reina Cristina, madre del rey más niño que ha existido jamás, y las vivísimas simpatías que ha sabido despertar en toda Europa, dan ve- rosimilitud a la especie de que habrá entrevista, la cual ha de ser doble, primero en San Sebastián, después en Biarritz.[15] Ya están en aquellas aguas las escuadras inglesa y espa- ñola, y también la francesa. Si hay visitas, lo más probable es que se hagan por mar.

13 La reina de Inglaterra llegó a Biarritz el 27 de marzo.

14 La esposa de Humberto I, reina consorte de Italia.

15 Unas líneas antes se ha escrito lo contrario: *que la reina de España… visite a la reina Victoria en Biarritz, que esta pague la visita en San Sebastián*, lo que indica la rapidez con que Galdós escribía muchos de estos artículos, sin revisarlos después.

Prometo no faltar, pues no es fácil que volvamos a ver, si es que la vemos, reunión tan simpática y brillante cómo será la de las dos cortes, rodeando a las dos egregias viudas. Desde luego, ofrezco a *La Prensa* una carta desde la frontera franco-española.

***

Las pruebas del submarino *Peral* empiezan mañana.[16] Hay grande expectación así en Cádiz como en toda España. Ayer quedó a flote el submarino. Lo primero que se hizo fue establecer conexiones entre las distintas baterías; después entró el agua en el dique, y el *Peral* flotó, cumpliéndose estrictamente los cálculos del inventor en lo referente a este problema. El agua llegó a un decímetro y medio de la línea de flotación calculada. Esta diferencia corresponde al peso de los ciento cincuenta acumuladores que aún no se han embarcado, y a los lingotes de plomo que todavía no están embarcados. Abiertas luego las puertas del dique, el *Peral* salió remolcado y fue amarrado en el canal, flotando en perfecta horizontalidad. Probáronse luego, con poca fuerza motriz, las hélices de propulsión. Dióse avante y atrás, y resultó que funcionaron de un modo perfecto. Hoy a las doce serán las pruebas de velocidad y evoluciones, saliendo el buque a poca velocidad por el Caño de la Carraca. Saliendo a la bahía, marchará hasta Rota y de allí regresará al arsenal. Numerosos buques mercantes han sido fletados por los curiosos para presenciar estas pruebas preliminares. Pronto hemos de saber si los afanes del inventor y su indudable capacidad tienen el premio que merecen.

B. PÉREZ GALDÓS

123

[Antonio Trueba. El crimen de la calle Fuencarral.
Entrevista de la reina Maria Cristina y la reina Victoria de Inglaterra].[1]

El mes que concluye hoy ha sido funesto para las letras, pues en él hemos perdido a uno de los escritores más populares de estos últimos tiempos, don Antonio de Trueba,[2] tan célebre y estimado en América como en España. Realmente, Trueba pertenecía a la generación anterior; su época propia es la que precedió a la revolución del 68. Cada ingenio tiene sus días de brillo, marcado fatalmente en la historia de las letras, y no se pueden traspasar estos límites relacionados con las variaciones del gusto y con las infalibles mudanzas de las ideas estéticas. No quiere esto decir que la literatura de Trueba y su personalidad

16 Parece que se habían retrasado con respecto a lo anunciado en la 115.

1 El texto sigue a la edición de Ghiraldo, ya que tampoco se ha encontrado este ejemplar de *La Prensa*, aunque, por la fecha de muerte de Trueba (10 de marzo del 89), de la entrevista de las reinas y del inicio del juicio oral (ambos sucesos el 26 de marzo del 89) y por las razones expuestas en 107, n. 1, debió publicarse allí.*

2 Murió el 10 de marzo.

marcadísima hayan caído en el olvido, no; lo que hay es que en los últimos veinte años, el arte literario ha tomado rumbos distintos a los del período en que brilló el original ingenio de aquel escritor tan amado del público. Cualesquiera que sean las evoluciones del gusto, lo que lleva en sí el sello del talento siempre vive, y las obras de Trueba se leen todavía y se aprecian por las cualidades esenciales que en ellas se revelan.

Trueba era hijo del pueblo, y su elevación y su fama se las debe a sí mismo. Desde niño mostró vocación ardiente, de esa que mueve las montañas y que vence todas las dificultades. El periodismo abrió al joven éuskaro las puertas de la carrera literaria. Grandes estrecheces pasó en sus primeros tiempos, y aún figuró en la "bohemia" que ilustraron otros ingenios que ya han desaparecido y algunos que viven todavía. Pero Trueba ha propendido siempre a la vida regular, y sus campañas "bohemias" no contienen la riqueza anecdótica de las campañas de otros.

En *La Correspondencia de España* hizo Trueba sus primeras armas,[3] redactando noticias, oficio que apenas tiene de literario el nombre, y al mismo tiempo daba a conocer su ingenio plácido y optimista en los diferentes libros en prosa y verso que formaron su reputación. Estos son: *El libro de los cantares*, los *Cuentos campesinos*, *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos de vivos y muertos*. Estas obras, así como *El gabán y la chaqueta*,[4] disfrutaron en su tiempo de grandísima popularidad, tuvieron número inmenso de lectores en España y en América, y dieron ganancia, a los editores y libreros. Trueba era incansable para el trabajo, y colaboraba en multitud de publicaciones.

Después del 68, el laborioso escritor se retiró a Bilbao, donde desempeñó la plaza de cronista del señorío de Vizcaya y director de su archivo. Era hombre de hábitos caseros, de modestia suma, amante hasta el delirio de su país y del terruño nativo.

La patria euskara fué siempre el primero y más ardiente de sus amores, y a esta pasión consagró hasta el fin de su vida la existencia. Las luchas políticas no le apasionaron nunca, y los estragos de la guerra civil en la tierra y la sociedad que tanto amaba, le produjeron grandes amarguras. Siempre fue pobre; pero su conformidad y su modestia le hacían rico. Ultimamente, los vascongados residentes en las repúblicas de Sudamérica, hicieron una suscripción para regalar al anciano escritor una casa donde acabara tranquila y cómodamente sus gloriosos días; la suscripción daba un resultado excelente; poco faltaba ya para que el gallardo obsequio se realizara; pero la muerte tomó la delantera, y el popular escritor, en cuyo sino debía de estar escrito que nunca tendría casa propia, ni aún regalada, bajó a la tumba antes de que los generosos conciudadanos hicieran efectivo su noble propósito. Padeció dolorosas enfermedades en sus últimos años; pero las soportaba con cristiana resignación, como había soportado su pobreza, trabajando con esfuerzo incesante. Es la ley eterna de la vida literaria, que, a pesar de los cambios verificados últimamente, se

3 *La Correspondencia de España* periódico fundado por Manuel de Santa Ana en 1859 que se publicó hasta 1925.

4 *El libro de los cantares*, colección de poemas breves, se publicó en 1851, *Cuentos campesinos* en 1860, *Cuentos de color de rosa* en 1854, *Cuentos de vivos y muertos* en 1879, y *El gabán y la chaqueta*, novela costumbrista, en 1872.

cumple y se cumplirá siempre en nuestro oficio y en nuestra raza. Fué un escritor verdaderamente popular, en el sentido de que sus obras, escritas con sencillez, gracia, decencia y alegría tienen el privilegio de interesar a los lectores doctos y a los que no lo son.

El amor al suelo natal palpita en sus cuentos, y es el sentimiento que los vivifica. La vida del campo, que describe siempre con colores risueños, la ingenuidad aldeana, las dulzuras del hogar y de las familias son sus asuntos favoritos. Jamás escribió cosa alguna que no fuese fácilmente comprensible, ni se aficionó a pintar la cruda verdad de la existencia. Cada cual elige, de los elementos sociales, lo que más le agrada, y Trueba escogía siempre la parte placentera y honrada de la vida y aquellos aspectos de la humanidad que mejor se acomodaban a su carácter ingenuo y a su temperamento soñador.

Era hombre extraordinariamente cuidadoso de la honra y de la dignidad. No se encuentra en su vida ninguna acción que no se ajuste a la más estricta honradez. Nunca pronunció palabra alguna depresiva para sus compañeros de letras. A todos, fueran o no amigos, los enalteció de palabra y por escrito. Tenía el aspecto de campesino mal vestido de señor. Su sencillez rayaba en descuido. Fumaba sin tasa y gustaba de la compañía de pocos y buenos amigos. La trinca de escritores a que perteneció, y en la cual tenía sus más caros afectos, era la de Castro y Serrano, Alarcón, Bustillo, Frontaura, Arnao, Hurtado y Eguilaz.

Hace algunos años que no se le veía en Madrid ni aun por cortas temporadas. Vivía en Bilbao, muy querido de sus conciudadanos, y allí acabó sus días el hombre que consagró su vida a las letras y que expresó con tanto calor las ideas y los sentimientos de su época artística. Estas ideas y sentimientos han sufrido profunda variación; pero aunque no puede negarse que la literatura de Trueba ha envejecido, siempre quedará su nombre y aquella parte de sus obras en que se refleja su bondadoso corazón.

***

Al hacer la promesa de describir la entrevista de la reina Victoria y de la reina Cristina en San Sebastián,[5] tenía el firme propósito de trasladarme a la ciudad fronteriza para presenciar la visita. Pero, con mucho sentimiento mío, tuve que preferir las sesiones del juicio oral, que empezaron el mismo dia de la salida de la corte. Por razones de estudio y de oficio no podía dejar de asistir al desarrollo testifical del famoso crimen de la calle de Fuencarral. Por la prensa y por la relación de algunos asistentes a la regia visita, sé lo que allí pasó, y algo podré decir.

Se evitó el desplegar aparato oficial, que, como es sabido, desagrada a la reina Victoria. La aglomeración de gente le enfada, y esquiva las ceremonias todo lo que puede. La corte de España había tomado toda clase de precauciones para evitar molestias a la soberana inglesa. El almuerzo solo fue para seis personas. No hubo recepción oficial. El ayuntamiento obsequió a las dos reinas con un *lunch*, del cual la emperatriz de las Indias no tomó sino una taza de te. La entrevista fué cariñosísima, y la reina Victoria demostró a la viuda de Alfonso XII el más vivo afecto y la consideración más sincera y cordial. La población

5 La *promesa* la hizo en 122, otro indicio de que se trata de una Carta a *La Prensa*.

tributó a ambas soberanas ovaciones entusiastas. En obsequio de la ilustre extranjera se celebró un *aurrescu* o baile popular vascongado, que agradó mucho. El palacio de Ayete, residencia de nuestra reina, y el ayuntamiento estaban materialmente inundados de flores primorosas. La soberana de Inglaterra se retiró a Biarritz complacidísima, muy reconocida a la bondad de la madre de Alfonso XIII y a la galantería de la ciudad euskara, que, como suele decirse, ha echado la casa por la ventana para agasajar dignamente a tan ilustres huéspedes.

Se ha dicho por la prensa española y extranjera que la entrevista tenía carácter político e internacional, y que las dos reinas trataron la cuestión de Marruecos y el arbitraje de España. Nada de esto es cierto. Si las reinas hablaron de política fué en términos vagos. Los ministros y altos funcionarios que las acompañaban tampoco se ocuparon de ningún asunto internacional. Lo que sí resulta de la entrevista es una completa cordialidad de relaciones entre Inglaterra y España.

La prensa inglesa se muestra muy satisfecha, y sostiene que las dos naciones debieran concluir el siglo como lo empezaron: con una alianza ofensiva y defensiva. Pero esto es pura fantasía. España no abandonará por ninguna razón su preciosa neutralidad; esto no quita que tengamos con la poderosa Inglaterra las mejores relaciones, pues si es conveniente mirar a aquella nación por amiga, nada es tan funesto como tenerla por enemiga.

***

El juicio oral del crimen tristemente célebre de la calle de Fuencarral, sigue despertando enorme interés. He asistido a las cuatro vistas celebradas y pienso asistir a las restantes. El espectáculo del tribunal, el desarrollo de la causa son por todo extremo interesantes. Las enseñanzas que de ella se desprenden, grandes y provechosas. La aparición lenta de la verdad, en medio de tantas declaraciones contradictorias, y tras los embustes manifestados por los criminales, produce en el espíritu del oyente un placer saludable que le desquita del sufrimiento causado por el desfile de tantos horrores. Creo que la luz completa se hará en este misterioso crimen, y que sabremos pronto toda la verdad. A medida que el juicio avanza, gana terreno la convicción moral de que el crimen no tiene las proporciones extraordinariamente dramáticas que le dio en aquellos días la exaltada imaginación popular. Destácase en primer término en este hecho sangriento la figura de Higinia Balaguer, autora material del asesinato, según confesión propia, y de esta figura principalísima quiero trazar un breve retrato.

Si moralmente es Higinia un tipo extraño y monstruoso, en lo físico no lo es menos. Creen los que no la han visto que es una mujer corpulenta y forzuda, de tipo ordinario y basto. No hay nada de esto: es de complexión delicada, estatura airosa, tez finísima, manos bonitas, pies pequeños, color blanco pálido, pelo negro. Su semblante es digno del mayor estudio. De frente recuerda la expresión fríamente estupefacta de las máscaras griegas que representan la tragedia. El perfil resulta siniestro, pues siendo los ojos hermosos, la nariz perfecta con el corte ideal de la estatuaria clásica, el desarrollo excesivo de la mandíbula inferior destruye el buen efecto de las demás facciones. La frente es pequeña y

abovedada, la cabeza de admirable configuración. Vista de perfil y aun de frente, resulta repulsiva. La boca pequeña y fruncida, que al cerrarse parece oprimida por la elevación de la quijada, no tiene ninguna de las gracias propias del bello sexo. Estas gracias hállanse en la cabeza de configuración perfecta, en las sienes y el entrecejo, en los parietales mal cubiertos por delicados rizos negros. El frontal corresponde por su desarrollo a la mandíbula inferior y los ojos hundidos, negros, vivísimos cuando observa atenta, dormilones cuando está distraída, tienen algo del mirar del ave de rapiña.

En los días de la vista, Higinia, a causa de una afección catarral, está completamente afónica, de modo que no podemos apreciar el timbre de su voz. Lo que sí hemos podido conocer, y ¿por qué no decirlo? admirar, es su serenidad ante el tribunal que ha de juzgarla. Esta mujer, de ánimo fuerte, que en el curso del sumario prestó tres o cuatro declaraciones distintas, ha hecho en el juicio oral una enteramente contraria a las demás, confesándose única autora del crimen, sin premeditación, ofuscada por los insultos que su ama le dirigía. No vacila un momento en lo que dice: lleva muy estudiado su papel, contesta con extraordinaria seguridad a las preguntas, cuya intención penetra al instante; no se turba jamás; todo lo prevé y a todos los argumentos tiene un argumento que oponer; sabe manifestar aflicción cuando la aflicción le conviene, y la frialdad cuando esta es útil a su defensa. Se expresa con exactitud de frase, impropia de su condición social, pues debe advertirse, para que se juzgue de su educación, que no sabe leer ni escribir.

Dolores Ávila, que, según todos los indicios resulta cómplice y encubridora del delito, aunque no tuvo en él intervención material, difiere mucho de la principal procesada. Su figura es de las más vulgares, y su condición moral y física la coloca en las capas más bajas y más degradadas de la sociedad.

Varela, hijo de la víctima, es un joven de rostro poco simpático, en el cual se destacan los labios enormes, indicando un desmedido desarrollo de los apetitos y ansiedades materiales. Se expresa en las declaraciones con bastante soltura, demostrando más inteligencia y mejor educación de la que se le ha atribuido antes de conocerle.

La cuestión batallona, la que da a este proceso inmenso interés, diferenciándolo de los crímenes más horribles, es ésta: "¿Tuvo alguna participación moral o material el hijo en el asesinato de la madre?" He asistido a cuatro sesiones del juicio oral, he oído las declaraciones de los procesados, los informes de los peritos, y las disposiciones de innumerables testigos, y de todo lo escuchado allí saco la impresión de que el hijo es inocente, pruébese o no se pruebe su salida de la cárcel, donde estaba preso. No afirmaré de una manera absoluta su inocencia, ni es posible afirmarla, mientras el juicio no concluya, y aún hay centenares de testigos que no han declarado: pero la misma impresión que he expuesto, la sienten cuantos asisten a la vista, con raras excepciones. Con los elementos que hasta ahora aparecen, con la luz que las declaraciones verdaderas o falsas arrojan sobre tanta oscuridad, reconstruimos la realidad del crimen, y este se nos aparece como uno de los más vulgares. La infeliz señora de Varela fue asesinada por su sirvienta. El móvil fue el robo. Higinia cometió el crimen sola, con la ayuda puramente moral de Dolores Ávila.

Las sospechas recaídas sobre el hijo se fundan en los malísimos antecedentes de éste, en ciertas irregularidades de la sumaria, en la excitación de la opinión pública y en una coin-

cidencia fatal de extrañas circunstancias. Pronto sabremos si se confirma o no se confirma la versión apuntada más arriba. Hasta ahora, por el curso de la prueba, no existe más que una convicción moral, sin bastante fundamento para formular sentencia. Quizás la muchedumbre de testigos, la extraordinaria amplitud que se ha dado al sumario introduciendo en él elementos de prueba, que más bien oscurecen que aclaran el asunto, son causa de que no pueda demostrarse la premeditación y el robo. Pero aún ha de durar el juicio lo menos quince días, y es fácil que aparezcan testimonios menos oscuros y contradictorios.

En tanto, es curiosísimo ver desfilar ante el tribunal testigos pertenecientes a las distintas clases sociales, señores decentes y presidiarios, mujeres de mala vida, vagos de profesión, mozos de café, empleados de ambas cárceles. El aspecto de la sala es imponente, y desde muy temprano se agolpa a las puertas del Palacio de Justicia un público ansioso de presenciar la vista. Pero aunque la sala es grande, son relativamente pocos los que logran penetrar en ella.

Damas elegantes ocupan las primeras filas, y no vacilan en soportar los estrujones y el calor por ver de cerca la cara de la tremenda Higinia, oír su voz empañada y admirar la soltura de su mímica, digna de una consumada actriz. Las emociones del juicio interesan a las damas tanto como una buena ópera bien cantada.

Hay otro público, el propiamente popular, que presta febril atención al juicio. Gentes hay que se estacionan desde las primeras horas de la mañana a la puerta de la sala, formando cola, para conseguir un puesto, y se lo ganan con la larga espera, y lo defienden luego como si de cosa mayor se tratase. Cuando, constituido el tribunal, sentados en sus respectivos sitios el fiscal, los defensores de cada uno de los procesados, los de la acción privada y de la acción popular, manda el presidente abrir la puerta del público, éste se precipita en la sala como una cascada, con ímpetu formidable, ansioso, brutal. Durante la vista expresa sus impresiones con tanta franqueza que el presidente se ve en el caso de llamarlo al orden, imponiéndole el silencio y la compostura que exige el lugar.

Toda la prensa asiste al acto, disponiendo de comodidades para hacer los extractos, que el público devora por la noche y a la mañana siguiente, pues el interés de este proceso no ha disminuido en los ocho meses transcurridos y se halla tan vivo como en los días que siguieron a la perpetración del crimen.

124
LP, 12/5/1889

Aunque ustedes no quieran, he de decir algo más del crimen famoso de la calle de Fuencarral —Nueva declaración de Higinia Balaguer —Careo entre las dos criminales —¿En dónde están los hombres? —Comprobación de los hechos manifestados por Higinia —Hombres a quienes las criminales propusieron el robo y asesinato —Lo que hicieron las criminales en la tarde del primero de julio —Oscuridad en ciertos hechos—Interés vivísimo del público —Bandos o partidos con el nombre de "sensatos" e "insensatos" —Los que culpan a Varela —La fascinación popular —Versiones novelescas —La manía de buscar a

los hombres —"¿Es usted el hombre que se busca?" —La fortuna de doña Luciana —Observaciones referentes a este punto —Fantasmagorías.

Madrid, 19 de abril de 1889.

Señor Director:

Me había propuesto no ocuparme más del famoso crimen;[1] pero es imposible. ¿Cómo he de callar yo, si aquí no se habla de otra cosa, y es el asunto que absorbe todos los asuntos, y manantial inagotable de todas las conversaciones? Porque no se presenta fácilmente en la historia criminal un caso tan complejo como este; quizás la oscuridad que reina en el proceso consiste en haberse dedicado tantas y tantas personas al descubrimiento de los criminales; quizás la multitud de pistas que se han seguido son causa de que no hayamos encontrado aún la verdad completa. Pero algunos creen que estamos ya en la verdadera pista, y que la verdad ha de lucir pronto. Contaré lo ocurrido para que mis lectores aprecien por sí mismos el estado de la cuestión.

En la sesión del juicio oral, del día 4, Higinia Balaguer hizo una nueva declaración que destruía todas las anteriores. El estupor que esto produjo en el tribunal y en el público fue extraordinario. La célebre criminal se expresó con perfecto aplomo y todas las apariencias de la sinceridad. ¿Quién mató a dona Luciana Borcino? Pues según la nueva manifestación de Higinia, esta y Dolores Ávila fueron únicas autoras del crimen, con el fin de robar a la desgraciada señora de Vázquez Varela. Entre las dos concertaron el hecho y lo consumaron sin auxilio de varón, con cautela y saña impropias del ánimo femenil, tomando, para la preparación así como para despistar a la justicia, precauciones que denotan la experiencia y el instinto de la criminalidad.

Primera consecuencia de la declaración de Higinia fue un careo entre ésta y Dolores, que resultó la escena más dramática que he presenciado en mi vida.[2] Las que pocos días antes aparecían juntas en el banco de los acusados, las que anteriormente se apoyaban y sostenían recíprocamente expresándose siempre de perfecto acuerdo, revelaron, puestas frente a frente, la inmensidad del odio que las separa. De seguro que si se les permite venir a las manos en aquel instante, no quedan ni los rabos, según la gráfica frase del cuento andaluz.[3] Higinia es nerviosa, delgada y de buena estatura; viva de genio, fácil de palabra; Dolores es biliosa, pequeña de cuerpo, grosera y desfachatada. Higinia confirmó su acusación con frase entera y enfática; Dolores negó todo resueltamente; ambas estuvieron firmes y arrogantes. En el público quedó la convicción de que Higinia había dicho la verdad; pero no toda la verdad. Porque el público no admite que un crimen tan atrevidamente perpetrado en pleno día y con circunstancias tan aterradoras, sea obra exclusivamente de manos femeninas. La idea de que *hay pantalones* se aferra a la mente del público, y no hay manera de desecharla lógicamente.

1 'el crimen de la calle Fuencarral'. Lo trató en 106, 107, 108, 115 y 123, lo trata en esta, y volverá sobre él en 126.

2 Galdós asistió a todo el juicio, según carta a su amigo santanderino Atilano Lamela.*

3 Véase 22, n. 17.

Salvo las personas que todavía sostienen la culpabilidad de Varela, el público da crédito a la declaración de Higinia, aunque con bastante desconfianza, por haber mentido ya seis o siete veces la procesada en el curso del sumario. Hay ahora, no obstante, una razón que garantiza hasta cierto punto la verdad de lo últimamente declarado, y es que Higinia, diciendo lo que ha dicho, e inculpándose como se ha inculpado, ha subido las gradas del cadalso. Pruébese o no se pruebe la culpabilidad de Dolores Ávila, Higinia no tiene ya salvación ante la ley. Se comprende que los criminales mientan para librarse del castigo; pero no es verosímil que mientan para echarse en brazos del verdugo.

Queda la gran duda. ¿Hubo hombres o no hubo hombres en el acto tremendo del primero de julio? La mayoría del público se inclina a creer que sí, y que Higinia no los quiere revelar. La mujer más criminal y empedernida es capaz de inmolarse sola antes que delatar al hombre que ama. La presencia de esos misteriosos hombres es corroborada por la declaración de una criada de la casa de enfrente, que, según dijo en el juicio, vio a Higinia hacer señas desde el balcón a *dos hombres.* Higinia lo niega. La seña fue hecha a Dolores Ávila que estaba en la calle y en la acera de enfrente. ¿No podía alucinarse la criada? Aquí de las conjeturas, de las discusiones y de los quebraderos de cabeza para averiguar si los hombres aquellos fueron alucinación de Gregoria Parejo, que así se llama la criada en cuestión, o si tienen existencia real y la procesada quiere, a todo trance, salvar de la última pena a tan respetables personas.

Apretada luego Higinia por su abogado y por el juez, amplió su declaración, señalando la intervención de criminales del sexo masculino. Pero estos no tomaron parte en el crimen. La Dolores les propuso el *negocio,* y no lo quisieron aceptar. Se suspende el juicio oral, y comienza la sumaria indagatoria para comprobar la declaración de la Balaguer. Al principio surgen dudas, y se entablan en la prensa vivísimas discusiones sobre si es verdadera o falsa la pista que ahora se trata de seguir.

La comprobación se funda en las propuestas que parece hizo Dolores a varios ladrones de profesión, y en la relación de Higinia respecto a lo que hicieron ambas criminales después de cometido el crimen en la tarde del primero de julio,

Según la declarante, fueron a cambiar un billete de mil pesetas (de los robados a doña Luciana) a una casa de cambio muy conocida; después comieron en un *restaurant* popular que se llama el Sótano H; luego, compraron bollos, y por fin tomaron un coche simón y se fueron a dar un paseíto por la Castellana y el Hipódromo.[4]

Antes, y esto es muy esencial, depositaron el dinero robado en una casa que alquilaron para el caso, y cuyas llaves les entregó el portero después de cobrar el importe de dos mensualidades.

Pues la comprobación abrazó, como he dicho, estos extremos. Gentío inmenso seguía a Higinia y al juzgado, cuando la llevaron a reconocer la casa de cambio, el Sótano H, y la bollería. Sin la custodia de la guardia civil, la famosa criminal habría recibido más de un arañazo de la irritada muchedumbre. Hay mucha gente que no ve en esta desdichada Higinia sino una gran embustera, una consumada histrionisa, que antes acusó a Varela

4 *coche simón*: 'carruaje de alquiler'.

y a Millán Astray y ahora los exculpa, para arrojar toda la infamia del crimen sobre Dolores Ávila. Hay quien cree a esta inocente, y por esto los trámites de la comprobación han sido seguidos con tan vivo interés por el público. No falta quien califique de farsa la declaración afirmativa de los porteros de la casa alquilada para ocultar el robo, y la de los ladrones que confirman la proposición hecha por Dolores, y aun la del cochero que condujo a las dos mujeres al Hipódromo. Pero al fin, en el ánimo de la mayoría del público ha ido ganando terreno la formalidad de la indagatoria, y la opinión hoy da por cierta la revelación de Higinia, si bien se inclina a creer que hay algo todavía que la astuta criminal se guarda para mejor ocasión.

A pesar de lo que se ha adelantado estos últimos días en la prueba, parte de la opinión continúa preguntando: "¿Pero esos hombres dónde están?". Higinia jura y perjura que *ellas dos solas* mataron a la señora. Resulta ella, de su propia declaración, menos culpable que la otra, pues cedió a sus amenazas, y no hizo más que sujetar a la víctima por el cuello mientras la otra le metía en su boca un pañuelo con nudos. Cuenta que Dolores la hirió con una navaja, rematándola brevemente. Cuenta, además, que sintiendo horror y repug- nancia ante tamaña atrocidad se retiró a la cocina, y que, al volver a la sala, vio a Dolores sentada con un gran bolso en la falda, del cual sacaba billetes y monedas de oro. Dice ignorar de dónde sacó Dolores el dinero; no sabe si la víctima lo llevaba en el seno. Unade las cosas que el público no comprende fácilmente es como Higinia, una vez en la calley después de dar el paseo en coche por el Hipódromo, tuvo alma y valor para volver a la casa del crimen, para soportar la vista del cadáver de su señora, para pegarle fuego, des- pués de haberlo rociado con petróleo, para echar el cerrojo y acostarse después.

Pero ella explica esta serie de actos por la sugestión de Dolores, quien durante el paseo en coche la convenció, no sin trabajo, de que la mejor manera de borrar las huellas del crimen, era incendiar el cadáver, y de que volviendo a la casa, y destruidas por el fuego las señales de las heridas en el cuerpo de doña Luciana, y acostándose luego, y haciendo el papel de que se quemaba la casa, no recaerían en ella sospechas. Verosímil es, sin duda, esta obcecación de los criminales, y la facilidad con que se forjan ilusiones respecto a los medios de engañar a la justicia; pero, aun así, no es extraño que subsistan dudas acerca de extremos tan importantes. ¿Pero hubo o no hubo hombres en la tragedia aquella? ¿Son capaces dos mujeres solas de consumar actos tan terribles, y el acto del incendio cabe en los medios de acción de una mujer sola? Este es el enigma que no se ha aclarado aún, y que esperamos ver aclarado cuando se reanude el juicio oral, el día 24 del presente mes.

***

Difícilmente podré dar idea del interés que en Madrid despierta este asunto, y del calor que han llegado a tomar las diferentes opiniones sobre el resultado probable del juicio. La prensa está dividida; parte de ella se adhiere a las diligencias practicadas por la justicia y reseña los trámites de la indagatoria sin comentarios; otra parte se revuelve airada contra la *justicia histórica,* censura todos sus actos, recusa todos los testimonios, y no admite más prueba que la que le conviene. De la discusión entre los órganos de estas dos tendencias,

han salido las denominaciones de *sensatos* e *insensatos,* con que los periódicos de uno y otro bando se designan.

El público está también dividido. Hay mucha gente que se encariñó con la idea de la culpabilidad de Varela, y no se da a partido. Para éstos, Varela salió de la cárcel, mató tranquilamente a su madre, ayudado por Higinia, y se volvió tan campante a su celda, protegido por Millán Astray. Los que tal sostienen, se fundan en los antecedentes deplorables del desdichado joven, en el testimonio de los que aseguran haberlo visto en las calles de Madrid por aquellos días, y sobre todo en esa inexplicable adivinación del sentimiento popular, que si algunas veces acierta, otras se equivoca. Entre los *varelistas* los hay tan fanáticos que no vacilan en invocar testimonios y aducir pruebas de aparente fuerza. Hay que convenir en que algunos obran de buena fe, y en que la fascinación popular, ese fenómeno histórico que tanta parte tiene en las creencias y en los movimientos de la plebe, se presenta aquí con los caracteres de siempre. Para éstos, Higinia miente al acusarse a sí propia con circunstancias agravantes, condenándose a muerte. Se les pregunta: "¿Qué interés puede tener esa mujer en asumir la responsabilidad del crimen, exculpando al delincuente, cuando le habría sido tan fácil aprovechar en beneficio suyo la hostilidad del público contra Varela, y seguir acusándole como le acusó en los primeros días?". A esto responden que Higinia obedece a una voluntad misteriosa que dirige todo este lío, a una entidad desconocida y poderosísima, que se propone salvar a Varela, y que salvará tam- bién a Higinia.

Puesta la cuestión en el terreno de lo novelesco y maravilloso, pierde, al menos para mí, todo su interés, pues no creo en tales paparruchas, ni nada contrario a la lógica y al sentido común, entra fácilmente en mí cabeza. Reconozco, y lo reconozco como un mal, que esas estupendas y maravillosas máquinas gozan, por su propia falta de lógica, de todo el favor de las imaginaciones de esta raza. Creo que es deber de todos corregir ese amor a lo inverosímil en vez de fomentarlo. Y las imperfecciones evidentes de nuestros tribunales, y nuestra defectuosísima manera de enjuiciar no se corregirá desprestigiando a los tribunales y enseñando al pueblo a ver siempre en ellos lo contrario de la verdad y la sinceridad.

Entre los llamados *sensatos,* también se advierten obsesiones que son el tema obligado de ardientes disputas. La idea de que necesariamente hubo *mano de hombre* en el crimen está tan arraigada, que no obtienen fácil crédito las pruebas en contrario. Se hacen mil y un cálculos de quién o quiénes serían los tales individuos del sexo fuerte, y como los hombres no parecen, por más que se les busca, es cosa ya de preguntar a todo el mundo. No es de extrañar pues, que yendo uno muy tranquilo por la calle, se tropiece con un amigo de estos que están trastornados con el crimen, y nos diga:

—¿Es usted por casualidad el hombre?

—¿Qué hombre?

—Hombre, bien me entiende usted; el hombre ese que necesariamente ayudó a la Dolores y a la Higinia. Porque, ¿en qué juicio cabe que dos mujeres solas, la una delgada y de poca fuerza, la otra de menguada estatura, pudieran?… Ha llegado el momento de la sinceridad, y de despejar la incógnita y de pronunciar la clave del enigma. Toda persona honrada que en conciencia crea ver el tal hombre que la justicia busca, debe declararlo.

Ayudar a los tribunales es deber de todo buen ciudadano. Y si por casualidad es usted el asesino, ¿por qué no decirlo y sacarnos de dudas?

—Le prometo a usted que si llego a descubrir que soy yo el infame cómplice de esas malvadas mujeres y tengo plena conciencia de que *mojé*,[5] he de tener también valor para delatarme a la justicia.

Hay, además, personas en quienes la fascinación obra prodigios. De tanto hablar del crimen, y de tanto leer declaraciones de testigos, llegan a creerse también testigos, sueñan que han visto algo y concluyen por creérselo. De aquí proceden esas afirmaciones vagas y nebulosas que corren de boca en boca por los cafés y por todos los lugares donde la única ocupación de las gentes es hablar y hablar mucho.

A lo mejor sale un individuo diciendo que en la tarde del primero de julio vio a un hombre en la calle de Fuencarral esquina a la del Divino Pastor, y que le pidió fuego para encender el cigarro y se lo dio. ¿Quién era aquel hombre?… A esta pregunta siguen los puntos suspensivos, que encienden la curiosidad y llevan la imaginación de los oyentes al campo inmenso de las más extrañas conjeturas.

Otros cuentan que vieron un grupo de hombres en cierto café, grupo sospechoso se entiende, con la particularidad de que las caras de aquellos hombres revelaban la más viva ansiedad. Al grupo se acerca una mujer que dice algo como: "Ya está hecho todo" y les entrega un bulto que debe de ser el dinero de doña Luciana.

Sobre esto de la fortuna de la infeliz víctima, la imaginación popular emula con la del fecundo creador de *Las mil y una noches*.[6] De la sumaria se desprende que la fortuna heredada por Vázquez Varela asciende a cincuenta mil duros próximamente, y que puede disfrutar de una renta de cuarenta y cinco a cincuenta mil reales. Pues hay quien asegura y ofrece probarlo, que doña Luciana tenía en su casa el día del crimen, setenta mil duros en metálico. Claro es que tal cosa no se prueba; pero la especie corre, y muchos la creen, porque estas hipérboles de dinerales escondidos en casa del avaro, tienen siempre gran aceptación.

¿Qué mucho que la novela de los setenta mil duros, guardados por doña Luciana en guantes viejos, haya servido de fundamento a su otra novela folletinesca de la mano misteriosa que dirige en el misterio toda esta máquina de la poderosa Influencia que hace declarar a Higinia hoy una cosa y mañana otra, con el fin de embrollar la causa y obtener al fin la mayor de las oscuridades?

Pero en medio de estas confusiones de la opinión hay un rastro, un orden de hechos probables, la declaración última de Higinia. Si se comprueba plenamente, todas las novelas se disiparán como el humo. En cuanto a Dolores Ávila, es mujer de carácter entero, muy práctica en el crimen, muy conocedora de las triquiñuelas del código penal y no confesará nunca su culpabilidad. Higinia, su cómplice y amiga, que la conoce bien, decía hace pocas tardes, en un coloquio que tuvo con varias personas: «Esa no dirá nunca la verdad; irá al palo diciendo que es inocente".[7]

5 "*mojar* en lenguaje de presidio, es herir con arma blanca" (*Nota del autor*).

6 Recopilación medieval de cuentos orientales narrados en forma de marco.

7 *irá al palo*: en germanía, 'irá al cadalso'.

Si no temiera aburrir a mis lectores, algo más les referiría, en otra carta, de las incidencias y complejidades de este célebre proceso.

B. PÉREZ GALDÓS

125
LP, 20/6/1889

No hablo de crimen. —El Congreso Católico. —Templanza de la demostración ultramontana. —La iglesia de San Jerónimo —El poder temporal del papa y la cuestión romana —Exaltación del sentimiento católico en España —Nuestras relaciones internacionales —Los católicos lo esperan todo de Alemania —Moderación de los católicos del partido conservador —Chauvinismo italiano —Trabajos del Congreso —El señor Menéndez Pelayo, el señor Pidal y otros oradores —La exposición de París —La torre Eiffel y los precios de este año —Un recuerdo de la Exposición Universal de 1867 —El segundo Imperio —La emperatriz Eugenia —La fiesta del 15 de agosto —Visitas de reyes y príncipes —El rey de Prusia —Carácter pintoresco de las exposiciones francesas.

Madrid, 14 de mayo de 1889.

Señor Director:

Tranquilícese usted, tranquilícense mis lectores, no voy a hablar de crimen. Sería imperdonable traer a cuento este asunto, que si aquí conserva su febril interés, ha de perderlo necesariamente al saltar de aquí al otro lado del mundo.

Hablaré hoy del Congreso Católico, que se ha celebrado en Madrid, con asistencia de una docena de prelados y de todos los individuos laicos de algún renombre en el partido tradicionalista y de algunos hombres eminentes del partido conservador. El objeto de esta brillante reunión de personas conocidas por su apego a ciertas ideas no ha sido otro que protestar contra lo que llaman usurpación de los Estados del papa y expresar el deseo de que este vuelva a ser rey de Roma.[1] Hay que convenir en que la demostración ha sido templada en la forma, lo que muchos no esperaban. Verdad que los manifestantes no han podido sustraerse a la influencia de los tiempos que corren, tiempos de cansancio, si se quiere, en los cuales el llamamiento a la lucha intransigente no suele hallar eco, y también es verdad que si los organizadores de esta demostración papista le hubieran dado un carácter de intolerancia, no habrían podido contar con el concurso de algunas personas eminentes del partido conservador, como los señores Pidal y Menéndez Pelayo.

El congreso se ha celebrado en la iglesia de San Jerónimo, que es una de las más bonitas de Madrid, de carácter ojival, estropeada por las restauraciones, iglesia limpia y simpática, ya que no bella. Es como esas mujeres *bien apañaditas,* que con su aseo y el esmero de su persona disimulan su falta de belleza y hasta consiguen a media luz, pasar por lindas. La

1 *usurpación… Roma*: la unificación supuso integrar en el reino de Italia los varios estados que, además del Vaticano con Roma incluida, dominaba el papa con el título de rey de Roma.

buena disposición del local, la presencia de los prelados con sus imponentes vestiduras, las ceremonias religiosas que preceden a las sesiones, daban a estas el carácter de concilio. Inmensa muchedumbre concurrió a San Jerónimo desde el primer día, parte llevada de su entusiasmo por la idea católica, parte movida de curiosidad y atraída por lo hermoso del espectáculo.

En cuanto a la idea del Congreso, poco hay que decir. Los católicos intransigentes de todos los países han abogado y abogan siempre porque se reintegre al papa en su soberanía temporal, y este solo deseo, expresado de una manera pública y ruidosa, constituye por sí un rozamiento con la nacionalidad italiana, reconocida por todas las potencias.

En España es más temible que en parte alguna ese rozamiento, por la vehemencia que suelen dar aquí a sus sentimientos los católicos de la política o sean los políticos del catolicismo, y siempre que en las Cámaras o en otra parte se trata la cuestión romana, surge alguna complicación que la diplomacia se encarga de remediar del mejor modo posible.[2] Somos además la única nación católica, donde la idea ultramontana, unida con el absolutismo, arma poderosos ejércitos, y provoca guerras civiles que suelen durar seis o siete años. Por todas estas razones, es tan temible aquí la exaltación del sentimiento católico. Las peregrinaciones españolas que han ido a Roma en diferentes épocas, han sido las que han puesto en más cuidado a la policía italiana, y las manifestaciones de nuestro episcopado las más ardientes y entusiastas en favor del pontífice destituido de su soberanía, y, según la versión vulgar, preso en las cámaras del Vaticano.

He aquí porqué el anuncio de este Congreso puso en cierta zozobra al gobierno, muy respetuoso con el papa, pero que por una ley política y diplomática ineludible se ve obligado a no interrumpir sus relaciones con el reino de Italia. La cuestión del poder temporal es muy compleja. Los católicos la ven a su manera; los italianos, fundados en el principio de la soberanía nacional, la han resuelto como han podido, y los gobiernos de las naciones católicas se ven en la necesidad de sostener un difícil equilibrio entre la opinión exaltada de los católicos y los deberes internacionales.

En cuanto a la intervención de las potencias católicas para resolver por las armas este conflicto, no es preciso decir que es el más absurdo de los delirios. Lo más particular es que los católicos fijan hoy sus miradas en Alemania, esperando de la nación luterana lo que en vano han pedido a las hijas predilectas del catolicismo: Austria, Francia y España. Sueñan con una conflagración de la cual salgan rectificaciones grandes del mapa de Europa, y compensaciones de territorios. Pero no advierten que Italia es hoy amiga sincera de Alemania, y que los italianos no aceptarían ningún cambalache de territorios que les privara de su capital. La cuestión ítalo-pontificia es hoy insoluble, tal como la entienden los católicos intransigentes, y los esfuerzos de estos se pierden en el vacío. Pueden producirse por tal causa algunos males sin obtener beneficio alguno para la causa que se quiere defender. Y la demostración verificada aquí no es un hecho aislado, pues ya hemos visto que se han reunido asambleas católicas con el propio fin en Austria, Bélgica y Portugal. La consigna es pues general, y se quiere producir agitación en toda Europa.

2 Recuérdese la *complicación* diplomática de 1884 relatada en 15 y 16.

Pero en honor de la verdad debe decirse que en el Congreso Católico de Madrid han resplandecido la moderación y la templanza; los discursos, salvo alguno que otro, no han tenido los tonos vivos que se temían. Los prelados mismos no han extremado la nota quejumbrosa, y los oradores del partido conservador supieron pasar, como sobre ascuas, por las escabrosidades del asunto, velando la intención de la asamblea y huyendo cuidadosamente de herir la susceptibilidad italiana

A pesar de esto, no se ha podido evitar que el *chauvinismo* italiano ponga el grito en el cielo, abominando de los ultramontanos españoles, e invitando a nuestro gobierno a que los reprima. Esto no tiene sentido común, pues existiendo aquí la libertad de asociacionesy de reuniones públicas, el gobierno no puede prohibir a los obispos lo que permite a cualquier puñado de ciudadanos. La demostración favorable al poder temporal está per- fectamente ajustada a la ley, y no puede ser reprimida sino faltando a ella.

Los órganos de Crispi no lo entienden así, y quizás por adular el patriotismo delirante de una parte del pueblo italiano han querido ver en este Congreso un motivo de frialdad de relaciones entre Italia y España. A pesar de esto, el Congreso ha concluido sin ningún tropiezo, y sin dejar tras de sí consecuencias graves; en Roma seguirán las cosas como están, y no se alterará la actual constitución de los estados europeos por estas efervescencias de la oratoria ultramontana.

Los trabajos del Congreso, fuera de su tendencia positiva, son de notar por su mérito literario. Se han leído allí discursos y disertaciones muy hermosas sobre puntos relacionados con el ideal católico, temas de liturgia, de historia, de iconografía, de pintura y de música. Algunos oradores no se han ocupado para nada del poder temporal, y estos quizás han sido los que han obtenido más éxito. Las notas intolerantes y exageradas han sido pocas. Por el contrario, se ha podido observar en el Congreso una corriente conciliadora, graciassin duda a la ausencia de los elementos carlistas más radicales y a la presencia de los ul- tramontanos conservadores,[3] raza digámoslo así, ya completamente humanizada.

Entre los oradores de este partido y de todo el Congreso, ha descollado el señor Menéndez Pelayo, cuyo talento prodigioso unido a su erudición, que por lo extensa parece sobrenatural, es conocido de todo el mundo para que sea necesario encomiarle. El señor Pidal también hizo un buen discurso, con la vehemencia y el calor de su oratoria tribunicia, siendo de notar con cuanta habilidad trató la cuestión delicadísima del poder temporal, huyendo, como hombre político que ha sido ministro y que puede volver a serlo, de herir la susceptibilidad de la nación italiana. El sabio catedrático de la Universidad Central, doctor Vicente Lafuente, el marqués de Vadillo, el compositor Barbieri, el pintor Madrazo, el señor Torres Aguilar, el aplaudido autor dramático Valentín Gómez y otras personas notables han contribuido a esta fiesta de los ingenios católicos, que si no influye ni influirá nada en el porvenir temporal del pontificado, ha servido para demostrar la importancia del sentimiento católico en España, como fuerza política.

***

3 La Unión Católica de Pidal Mon, integrada por Cánovas desde 1884 en el partido conservador.

La inauguración de la exposición de París, lleva ya mucha gente a la capital de Francia. El precio de los alojamientos se ha duplicado, y se asegura que en los meses de verano y otoño, subirán hasta una altura proporcionada a la de la torre Eiffel.[4] Este monumento, que es la *great attraction* de la actual fiesta francesa, tiene un carácter simbólico, y servirá para marcar los precios que va a tener allí la vida en estos meses, precios que serán colin- dantes con las nubes. Pero *no se pescan truchas a bragas enjutas*, y si los encantos de la exposición de París superara a los de todas las que allí se han celebrado, es justo y natural que tales goces se paguen y que los bolsillos de los concurrentes se vacíen a medida que se llenen los de les parisienses.

Fuerza es reconocer que estos tienen como nadie el don de celebrar exposiciones, reunir mucha y diversa gente, entretenerla, alegrarla, y explotarla con tantísima gracia, que los despojados salen de allí contentos, deseando que llegue otra ocasión de divertirse y enriquecer a los parisienses. Ninguna otra ciudad del mundo posee los atractivos, el *gancho,* digámoslo así, de la gran Lutecia, la graciosa y siempre joven cortesana, igualmente seductora con la república que con el Imperio.[5]

París es un pueblo cosmopolita y enteramente escéptico en política. La forma de gobierno que en él impera no altera su modo de ser ni varía sus condiciones excepcionales y únicas de pueblo hospitalario. Lo mismo agasaja a los reyes que a los tribunos, y cuando da estas solemnes recepciones en que invita a todos los pueblos, centuplica sus amabilidades, se hermosea, se excede a sí misma, y la sociedad, al despedirse, sale encantada, deseando ser invitada nuevamente.

No viene mal en esta ocasión un recuerdo de acontecimiento análogo a la actual solemnidad parisiense, la exposición de 1867; los veintidós años transcurridos desde tal fecha no han borrado de mi memoria los esplendores de aquellos días que eran los más brillantes del Segundo Imperio.[6] Este parecía, entonces, de una robustez a toda prueba, a pesar de que la malhadada expedición de Méjico, había empañado bastante las glorias de Malakoff y Solferino.[7] Francia tenía en Europa la influencia y el predominio que, trece años después, asumió Alemania. Napoleón III, combatido por una minoría exigua en las Cámaras, se apoyaba en la clase media y en el pueblo, asociando a su causa los grandes intereses industriales y mercantiles. Las colosales obras de urbanización acometidas en París, le atraían las simpatías de una parte considerable de las masas obreras. Manejando hábilmente el mecanismo plebiscitario, el imperio se revestía de las formas de la popularidad. Los tratados de comercio habían desarrollado considerablemente el tráfico de Francia, y su industria, particularmente en el ramo de novedades parisienses, alcanzaba

4 La *torre* se inauguró en mayo de 1889, con motivo de la Exposición.

5 *Lutecia*: 'París, en época de los romanos'.

6 el imperio de Napoleón III. Seguiría recordando ese viaje en 1916.*

7 *Este parecía… Solferino*: Durante el imperio de Napoleón III, Francia fue derrotada en 1866 por *Méjico*, cuando intentaba defender allí al emperador Maximiliano; en cambio, había salido vencedora en la batalla de *Malakoff* contra Rusia (7 de septiembre de 1855) durante la guerra de Crimea, y en la de *Solferino*, contra el ejército austríaco (24 de junio de 1859).

una boga inmensa. El imperio tomaba su fuerza de las glorias militares, que tan fácilmente alucinan al pueblo francés, y las robustecía con los intereses creados a la sombra del orden y de una administración activa. No se vislumbraba en aquel tiempo la caída del coloso, y más fácil era contemplar su cabeza de oro, que descubrir la fragilidad de sus pies de barro.

Contribuía no poco al esplendor de aquel reinado, la interesante personalidad de nuestra compatriota la emperatriz Eugenia, de asombrosa belleza, señora, además, de mucho entendimiento, y que empuñaba sin género de duda el cetro de la elegancia universal. Trece años después, la insigne española descendía del más grande apogeo a que puede elevarse mujer alguna, y probó las grandes amarguras de la vida, como soberana, como esposa y como madre.[8] Del Segundo Imperio, que parecía deslumbrar al mundo entero con los rayos de su gloria, no queda ya nada; solo queda una anciana de cabellos blancos, que vive en Inglaterra, dolorida y olvidada. Aún subsisten en ella los rasgos característicos de su delicada hermosura, y la distinción exquisita de su persona. Ha sobrevivido al Imperio y al partido imperialista que recibió el golpe de gracia en África, con la muerte del príncipe Napoleón Eugenio.

Pues en aquel tiempo, en el verano de 1867, París, Francia y la dinastía de Bonaparte se hallaban en perpetua fiesta, obsequiando a sus huéspedes que eran muchedumbre inmensa de todas las naciones, y además los soberanos y príncipes de toda Europa. Recuerdo perfectamente, como si la hubiera presenciado ayer, la fiesta del 15 de agosto,[9] que parecía una solemnidad asiática.[10] Las multitudes que la presenciaban recordaban las emigraciones de los pueblos.

Mezclarse con ella, era como ser arrastrado por un torbellino humano del cual no se podía salir. Recuerdo también la parada de cincuenta mil hombres, a que asistió con el emperador el sultán de Turquía, Abdul Aziz, y el desfile en Longchamp; en el tiempo que duró la Exposición, desde mayo a octubre, estuvieron en París, además del zar de Rusia Alejandro II, el entonces rey de Prusia, Guillermo IV, después emperador Guillermo I, el rey de Portugal, el de España, don Francisco de Asís, el príncipe de Gales y otras testas coronadas.[11] En cuanto al buen rey de Prusia, recuerdo perfectamente su fisionomía bondadosa y su corpulenta estatura. ¡Quién había de pensar que trece años más tarde aquel buen señor entraría en Francia como conquistador y se coronaría emperador de Alemania en la propia casa de Luis XIV, en Versalles![12]

La Exposición se celebraba en el mismo sitio de la actual, el *Campo de Marte,* que propiamente debemos llamar *Campo de marzo.*[13] Claro que en comparación de lo que se ha

8 En una década, tuvo que exiliarse, enviudar y sufrir la muerte de su único hijo.*

9 *fiesta del 15 de agosto*: fiesta nacional francesa durante el I y el II imperio.*

10 El año de la exposición se celebró en el Trocadero y fue excepcionalmente brillante.

11 *el rey de Portugal* era entonces Carlos I de Braganza; e*l de España*, Francisco de Asís, consorte de la reina Isabel II; *el príncipe de Gales*, Alberto Eduardo, futuro Eduardo VII de Inglaterra.

12 Debido a la ocupación alemana de París, tras la guerra franco-prusiana de 1871.

13 La traducción al francés de *Marte* y *marzo* es 'mars', derivado del latín 'mars-martis' como en español. El

hecho hoy, las obras de aquel tiempo aparecerían mezquinas: pero entonces eran el último esfuerzo de la arquitectura fabril. El edificio único, con su combinación acertadísima de galerías elípticas y radiadas era en verdad grandioso, y los anexos y pabellones sueltos el complemento de aquella imponente unidad.

Por primera vez se pensó entonces en quitar a las exposiciones aquel aspecto mazacote y uniforme que antes tenían, y se crearon las instalaciones sueltas de cada país con el sello característico de trajes y costumbres. La Exposición ofrecía variedad inmensa de atractivos, y respondía al doble objeto de estudiar, y divertirse que caracteriza a estos grandes certámenes. Fue aquella la primera gran exhibición celebrada por Francia, pues antes solo Inglaterra, inventora de estas enormes fiestas las había podido celebrar. Pero hay que convenir en que Francia se ha adiestrado tanto en el arte de organizarlas, que hoy no la supera en él ni su misma maestra, la constructora del palacio de cristal y de todas las maravillas de 1851.[14]

La exposición de 1879 superó en grandeza a la de 1867, por ley del progreso; pero no tuvo el esplendor aristocrático que dio a esta la corte napoleónica. La del presente año es mucho más grande que sus predecesoras y también más democrática, como que se conmemora en ella una fecha que no ha de ser simpática a los reyes y príncipes europeos;[15] pero París tiene gracia bastante y bastante cortesía para hacer olvidar a sus huéspedes, por regios que sean, la significación republicana de la fiesta de este año.

B. PÉREZ GALDÓS

126

LP, 30/6/1889

Un conflicto parlamentario —La proposición de los conservadores —La coalición y la conjura —Concentración de fuerzas descontentas —El presidente de las cortes don Cristino Martos —Su conducta pasada y presente —Su voto de abstención, y resistencia a dimitir —El tumulto del día 23 —El presidente, la mayoría y los conservadores —Escándalo mayúsculo —Dificultades para llegar a un arreglo —Lo que se propone y lo que se teme —El crimen de la calle de Fuencarral —Sentencia —Opiniones respecto a ella —¿Cantarán Higinia y Dolores?

Madrid, 30 de mayo de 1889.

Señor Director:

Del asunto del día, que es una grave complicación política y parlamentaria, he de hablar hoy. El asunto no es nuevo, pues no lo son los disentimientos entre la mayoría de una asamblea y el presidente que asume su representación política. Fenómenos de esta clase,

nombre del parque parisino, de 1790, procede del Campo di Marte romano.

14 Fecha de la primera Exposición Universal, celebrada en Londres.

15 La de la Revolución Francesa.

si no son de todos los días, se han visto alguna vez en la historia parlamentarla de España y de los demás países, pero nunca se ha presentado el conflicto con los caracteres extraños del presente, ni en circunstancias tan excepcionales.

Las violentas escenas que hemos presenciado en el Congreso en los días 22 y 23, nos recordaron los alborotos del Parlamento en todo el transcurso del año 73.[1] Tumultos tan graves como estos hemos visto; pero nunca motivados por una discrepancia entre el presidente y la mayoría, apoyada esta por el gobierno y aquel por las oposiciones. El caso es nuevo. No lo es que los presidentes disientan de la mayoría; pero cuando esto acontece, aquellos dejan el alto sillón, y el cargo de confianza que a la propia mayoría deben. Así ha pasado aquí algunas veces, no muchas, sin que se promovieran alborotos. El señor Martos ha creído oportuno proceder de otra manera que sus predecesores, los ilustres Ríos Rosas y Posada Herrera,[2] y después de abstenerse en una votación política de gran trascendencia, se obstina en seguir presidiendo.

He de indicar brevemente el origen inmediato de estas desagradables cuestiones. Discutíase una proposición de los conservadores favorable a la subida de los aranceles para los trigos y harinas. El carácter capcioso de esta proposición, no tardó en hacerse patente, pues sabiendo que algunos diputados de la mayoría, capitaneados por hombre tan ilustre como el señor Gamazo, sostienen dicha elevación del arancel, los conservadores querían sumar a sus votos los de veinticinco o treinta liberales gamacistas, descomponiendo así la mayoría y debilitando al gobierno.[3]

El señor Gamazo, a pesar de sus protestas de que al apoyar la proposición citada no se salía del terreno económico, ha contribuido a dar al acto político de nuestros enemigos un calor que sin su ayuda no habría podido tener. Cuando las cuestiones se convierten, por ley fatal de las cosas, de económicas en políticas, no hay manera de restablecer el sentido que primitivamente y con cierta habilidad se les quiso dar. A medida que la tormenta se iba armando y se condensaban los vapores en la atmósfera parlamentaria, todos los grupos descontentos se agregaban a los sostenedores de la proposición. Esto pasa siempre. Formóse una coalición que los maliciosos llamaban conjura, y cuyo objeto era echar por tierra al gobierno liberal.

Allí estaban, además de los gamacistas, el general Cassola, agraviado y nervioso desde que dejó de ser el portaestandarte de las reformas militares,[4] el general López Domínguez, cuyos esfuerzos para formar una situación no han tenido éxito, el señor Romero Robledo, que desde que se apartó de los conservadores, aprovecha todos los motivos de discordia para realzar su personalidad parlamentaria, y por fin el presidente de la Cámara. La participación de este en la conjura ha sido lo más grave de todo, porque la elevación de

1 *Los alborotos… el transcurso del 73*: es decir, las agitadas jornadas parlamentarias que se produjeron desde el final del reinado de Amadeo I, su renuncia y la proclamación de la I república el 11 de febrero 73, hasta el golpe de Pavía el 3 de enero del 74.*

2 Ambos presidentes del Congreso que dimitieron por desacuerdo con la mayoría.

3 En 101, se explicó el desacuerdo existente entre proteccionismo y librecambismo en el seno del partido liberal, y la toma de postura de Gamazo, entonces ministro de Ultramar, a favor del primero.

4 En abril del 88, Cassola había sido relevado como ministro de Guerra, al no conseguir llevar adelante las reformas militares que pretendía.*

aranceles, aparente bandera del motín, no figuró hasta ahora en las doctrinas democráticas que ha profesado toda su vida el señor Martos, y a las que debe, de cuatro años acá, su elevadísima posición política.[5] También es cosa inexplicable que las displicencias de nuestro presidente con la mayoría que le votó para aquel puesto, hayan sobrevenido precisamente en los momentos en que se ponía a discusión el sufragio universal, sueño dorado y esperanza de los demócratas, fórmula política por la cual suspiran siempre y a cuya implantación se han consagrado con fe y constancia.[6] Es muy raro que el más calificado individuo de la democracia, haya hecho causa común con los obstruccionistas del sufragio universal, imposibilitando la discusión de ley tan importante.[7]

Si por agravios con alguno de los ministros, (y en esta causa puramente personal debemos buscar el origen del conflicto) ha querido el señor Martos romper con el gobierno, debió escoger ocasión que le permitiera dar a su discrepancia una gallardía que ahora no tiene. La situación política y personal del presidente es poco airosa, y no debe satisfacer a los que de veras le estiman.

Don Cristino Martos es persona de grandísimo talento, orador incomparable, muy ameno en su trato, hábil y entendido en las funciones presidenciales, de buen consejo cuando no pierde la serenidad. Pera ha tenido la desgracia, en su ya larga carrera política, de destruir todas las situaciones a que ha prestado su apoyo. Será esto resultado de condiciones personales, o de una fatalidad superior a sus propósitos; pero es un hecho. Hay que reconocer que en los cuatro años que lleva coadyuvando al éxito de la política de la Regencia desde el sillón presidencial del Congreso, su proceder ha sido conciliador, y que aún se podía creer que aquella fatalidad de su vida o de su carácter se desmentiría resueltamente. Así lo creíamos, y contábamos con el auxilio de este hombre eminente, para llegar con vida y aun con robustez al término de la quinta legislatura. Pero no ha sido así. Próxima la terminación de la cuarta, la fatalidad del señor Martos ha hecho su aparición y las complicaciones que de esto se derivan tienen muy difícil arreglo. Grave es que una cuestión económica o de cualquier clase se convierta en política, pero cuando esta se convierte en cuestión de amor propio, o si se quiere, de dignidad, ya la cosa no tiene arreglo.

Si al votarse la proposición de los conservadores, defendiendo la elevación de los aranceles, el señor Martos se hubiera abstenido, abandonando el alto puesto que ocupa, para explicar desde los escaños su actitud, la agitación producida por este suceso habría sido momentánea. Pero el señor Martos, mal aconsejado o padeciendo lamentable obcecación, se abstuvo de una manera teatral, levantándose del sillón de la presidencia entre los aplausos de los conservadores y de los conjurados. De todo ello resultaba más que un desacuerdo con la mayoría, una especie de provocación a la misma. La mayoría rechazó

5 *las doctrinas democráticas*: las predicadas por el partido demócrata-radical, al que pertenecía Martos, integrado en el liberal desde 1885; *su elevadísima posición política*: desde el 10 de marzo de 1886, era presidente del Congreso de los diputados.

6 El proyecto de *sufragio universal* había sido en 1885 pilar básico para que el partido demócrata radical al que pertenecía Martos, presidente del Congreso, se integrase en el liberal.*

7 *los obstruccionistas del sufragio universal*: el partido conservador y todos los que estaban a su derecha.

la proposición con una fuerza numérica de doscientos veintisiete votos contra sesenta y cuatro que alcanzaron los conservadores.

Aun se habría podido esperar un arreglo después de esta discrepancia del presidente con la mayoría liberal, si aquel hubiera presentado su dimisión inmediatamente después de aparecer divorciado de los que le eligieron. Esto han hecho en otras ocasiones los presidentes que en una cuestión concreta se apartaban del criterio de sus compañeros de la Cámara. Pero el señor Martos no piensa sin duda que esto es lo usual y lo correcto, y desde el día siguiente al de la votación manifestó sus propósitos de seguir presidiendo, como si no hubiera pasado nada. Se comprenderá la irritación de la mayoría, al verse zaherida por las fracciones disidentes y por la minoría conservadora. Debe advertirse también, para hacer la historia completa de este proceso parlamentario, que en los días que precedieron a la votación, nuestro presidente solía molestar a algunos diputados ministeriales y aun a los ministros con reticencias maliciosas que no por estar envueltas en el aticismo que acostumbra usar,[8] dejaban de ser impropias de la seriedad parlamentaria y del respeto que todos deben tenerse en aquel sitio.

Llegó pues la sesión aciaga del jueves, y la tempestad, que veíamos armada estalló con formidable ímpetu. Muchos esperaban aun que el presidente no subiría a su sillón; otros anunciaban resueltamente que presidiría. Las dudas se disiparon cuando le vimos entrar y ocupar su sitio, pero en mal hora lo hizo, pues los diputados de la mayoría empezaron a abandonar sus asientos, y como ante esta manifestación tácita, se desataran en aplausos los conservadores, algunos ministeriales encendidos en ira demostraron al señor Martos su disgusto en forma bastante descompuesta. Oyéronse gritos, denuestos, hubo mientes como puños, y puños como mientes,[9] y aquello parecía una escena de la Convención o de la asamblea española de 1873.[10] Los conservadores echaban leña al fuego, aplaudiendo a rabiar, mientras algunos ministeriales increpaban duramente al señor Martos. Hay que añadir que gran parte de la mayoría permaneció serena, absteniéndose de toda demostración violenta: pero algunos diputados de temperamento exaltado no pudieron contenerse, y el escándalo llegó a tomar proporciones graves.

Hay quien dice que el señor Martos, antes quería provocar el escándalo que evitarlo, que los conservadores lo deseaban ardientemente, que se aguardó para promoverlo el instante en que se hallaba fuera de la Cámara (por haber ido a despedir a la reina, que partió aquella tarde para Aranjuez) el presidente del Consejo, señor Sagasta, suponiendo que este, con su gran autoridad ante la mayoría, lo habría evitado seguramente. Pero estasson conjeturas de intenciones, de las cuales, procediendo con imparcialidad no debemos hacernos eco. Cierto que la alegría de los conservadores durante el alboroto y después deél, les hace en cierto modo responsables de lo ocurrido; cierto que ninguna aplicación po-

8 *aticismo*: 'delicadeza'.

9 *hubo mientes… como mientes*: versión libre de los versos 17 y 18 de la *Jácara segunda* de Quevedo, *Desafío de dos jaques*: "hubo mientes como el puño/hubo puño como el mientes".

10 *la Convención*: la asamblea legislativa francesa de 1792 a 1795, durante la Revolución; *la asamblea española de 1873*: el Congreso comentado en n. 1.

dría hacerse del *cui prodest* más acertada.[11] Para ellos fue el provecho de tan desagradable jornada. Justo parece que en la cuenta de ellos se cargue la culpa.

La escena, en suma, fue lamentable, indigna del parlamento. La inexplicable conducta del señor Martos, sin precedente, no podía menos de producir un rompimiento; pero habría sido mejor que este se efectuara en otra forma. Pero lo que pasa siempre que se desatan las pasiones, y es que todo se sale de sus términos naturales y se crea una situación en que es muy difícil exigir responsabilidades concretas. Algunos ministeriales, a quienes el tumulto desagradó en extremo, decían: "Teníamos ayer toda la razón, y hoy la hemos perdido".

La situación creada al gobierno por este suceso es bastante penosa. Al día siguien- te se suspendieron por real decreto las sesiones de Cortes, a fin de que apaciguados los ánimos, se pudiera pensar en dar al conflicto la solución más conveniente. Han pasado algunos días, y aun no sabemos cuál será esta. Alguien propone que se dé por terminada la cuarta legislatura, abriendo la quinta, en cuyo caso se procederá a elegir nueva mesa. Esta solución no parece a todos conveniente, y se propone también que se dé un voto de censura al presidente, combatiendo la proposición de confianza que piensan presentar los conjurados y votando en contra de ella.

Pero se dice que el señor Martos se obstinará en no abandonar su alto sillón aun cuando le retire la mayoría la confianza. El caso será enteramente nuevo en la historia parlamentara. No parece probable que tal suceda; pero no será quizás imposible, pues no sabemos hasta dónde puede llegar en determinados casos la tenacidad humana. El reglamento no prevé este caso, y no hay manera legal de destituir a un presidente que se empeña en no dejar de serlo, y se aferra a su asiento contra la voluntad de la mayoría. No hay más recurso contra tal tenacidad que acordar el paso de una legislatura a otra y elegir nueva mesa. Pero a esto se arguye, que, anticipando el real decreto en que esto se disponga, viene a resultar la Corona destituyendo al presidente de la Cámara. Argumento es este un tanto artificioso, pues la Corona resuelve los conflictos de las Cámaras tal como se presentan, sin destituir a nadie, y el poder parlamentario reside en la mayoría y no en la persona del presidente.

En estos días no se habla de otra cosa en Madrid, y cada cual profetiza lo que más le agrada o lo que le conviene. Los conservadores, a raíz del acontecimiento, hacían cuentas galanas, y creían llegado el feliz instante de coger en sus manos las riendas del poder. Aquella misma noche tenían distribuidas las carteras y los altos cargos, solo faltaba que la reina los llamase. Pero no fue así, y sus esperanzas se trocaron en desilusión cuando vieron que el señor Sagasta leía el real decreto suspendiendo las sesiones. En el aplazamiento del conflicto vieron las probabilidades de que tuviera un arreglo satisfactorio, y cada día que pasa cuidan de exacerbar los ánimos, lisonjeando al señor Martos (de quien tantos horrores han dicho en época no lejana) y echándonos toda la culpa a los ministeriales que apoyamos resueltamente la política del presidente del Consejo.

Este confía, según se dice, en allanar todas las dificultades, para lo cual cuenta con la confianza de la Corona. Propondrá soluciones conciliadoras, afrontará la situación difícil que resulta de la obstinación del señor Martos; procurará obtener que salgan las leyes cuya

11 *cui prodest*: 'a quién beneficia', locución latina.+

votación es indispensable antes del nuevo ejercicio. Si los escándalos se repiten, si el obstruccionismo hace de las suyas, favorecido por el presidente, no habrá más remedio que abrir la quinta legislatura. Si con esto no se calmasen las pasiones, y la vida de las actuales cortes resultara imposible, no habría más remedio que plantear el problema de disolverlas y elegir otras.

Esto, ya es por si un grave problema político, del cual, no podemos decir hoy si está próximo o lejano. Los sucesos podrían precipitarlo o aplazarlo, y para cuando el caso de la disolución llegue, ¿qué criterio prevalecerá en la Corona? Sobre esto cuanto hoy se diga, es aventurado. ¿Continuarán los liberales? ¿Entrarán los conspiradores? Para responder a esto, sería preciso saber desde ahora, qué lugar ocuparán las piezas en el tablero, en el momento en que sea imprescindible la disolución y… ¡han de moverse tanto de aquí a allá!

***

Ya se ha dictado sentencia en el célebre crimen de la calle de Fuencarral.[12] Varela y Millán Astray, han sido absueltos libremente, por no resultar nada contra ellos, sin perjui- cio de abrirles nuevo proceso por quebrantamiento de condena. Higinia es condenada a muerte, por estar convicta y confesa del asesinato de doña Luciana, y Dolores, a dieciochoaños de reclusión, por cómplice y encubridora.

Sabido es que la versión de la culpabilidad de Varela ha sido popular, y aún lo es todavía, aunque no tanto como en los pasados meses. El juicio no ha hecho luz completa sobre todos los pormenores del crimen. Para algunas personas la oscuridad sigue siendo completa. A mi juicio, se sabe lo esencial, aunque ciertas particularidades no se vean claras. La famosa declaración de Higinia, culpándose a sí misma en unión de Dolores Ávila, me parece, si no verdadera en todas sus partes, de una gran verosimilitud. Dolores se ha encerrado en tenaz negativa, y como no se le ha podido probar la participación en el hecho material del asesinato, la sala ha creído que debía aminorar la pena pedida por el fiscal, que era la de muerte.

Pero la sentencia está fundada en la declaración de Higinia, la confesión de ésta resulta severamente castigada, y el silencio de Dolores premiado, porque gracias a él ha podido salvar la pelleja. He aquí un veredicto que no satisface a nadie, pues los que negaban veracidad al relato de Higinia, llevan a mal que esta sea condenada, y los que creían en él no hallan justo que la iniciadora del crimen quede sin castigo mientras lo tiene tan cruel la que fue a él sugestionada por su compañera. Veremos si el Supremo confirma la sentencia. Aún hay quien dice que este proceso dará mucho que hablar todavía; que ofrecerá nuevas peripecias; que ha de abrirse un nuevo periodo de prueba, que Higinia o Dolores o las dos juntas, han de hacer cuando menos se piense, nuevas e importantes revelaciones. Si es así, no faltará a mis lectores relación exacta de lo que ocurra.

B. PÉREZ GALDÓS

12 Se dictó el 29 de mayo de 1889.

127
LP, 26/7/1889

SUMARIO: El día de campo en Madrid —Cómo lo entiende el pueblo —Ventorrillos y merenderos —Los cazadores —Cotos en las cercanías de Madrid —Las pesquerías matritenses y sus peligros —Visita a Segovia —Importancia monumental de esta ciudad —El acueducto romano —Su belleza y solidez —Perfecta conservación de este monumento —Su utilidad —La catedral —Última expresión del arte ojival —Artes auxiliares —El Alcázar —Su pintoresca situación —Arquitectura caballeresca —Restauración de este monumento —La Academia de Artillería —Su importancia científica y militar —Las no- vatadas.

Madrid, 24 de junio de 1889.

Señor Director:

Nada es tan grato como romper la monótona regularidad de la vida, del trabajo y de las obligaciones; echar una canita al aire, como aquí solemos decir, y refrescar la vida con el esparcimiento de un día, que a veces basta a calmar la excitabilidad de una semana de rudas tareas cerebrales. Las excursiones del domingo son el único recurso higiénico de los que vivimos diariamente atados al potro del trabajo. Un día de campo nos permite reparar el gastado organismo y librarnos del suplicio de las ideas que nos acosan, borrándolas temporalmente de nuestro magín.

Pero aquí el día de campo no es, según el rigor de la palabra, un día consagrado a los placeres bucólicos. En las clases populares, el día de campo consiste en salir dos o tres familias congregadas y merendar en cualquiera de los pocos sitios amenos que rodean a Madrid, sobre el verde césped, siempre y cuando sea verde. Muchos entienden la expansión campestre de otro modo, a saber, yéndose de parranda a ciertos lugares que para este fin existen en los suburbios de la corte, tales como, Las Ventas del Espíritu Santo, el Puente de Vallecas, Tetuán, La Virgen del Puerto y La Fuente de la Teja. En estos arrabalesse han formado verdaderas poblaciones de ventorrillos, puestos de comida y bebida, divertimientos locales, salones de baile, y en algunos hay hasta plaza de toros.

Estos sitios se ven concurridísimos los días de fiesta por la tarde, y en ellos reina animación de feria. Por cierto que no siempre concluyen bien las alegrías de los concurrentes, porque como el gasto de vino es enorme, como el bailoteo y el canturreo excitan a la gente, suelen producirse camorras y disgustos del peor género. Ellos se divierten mucho; pero raro es el domingo que no vuelve alguno descalabrado. La policía no descansa allí, y las Casas de Socorro tienen mucho que hacer en las noches del domingo al lunes.

A este llaman *día de campo* con notoria impropiedad. Cierto que en algunos de aquellos lugares de recreo, como Las Ventas y la Fuente de la Teja, hay arboledas y cierta amenidad relativa; pero, por lo común, no se va a buscar allí la tranquilidad rústica de las églogas, sino la bulla, la excitabilidad malsana de los nervios, el hervor de la sangre y una expansión espiritual que algunas veces raya en lo delirante.

Mucho más higiénico y moral, ¿por qué no decirlo?, es el *día de campo* de las familias que se van a comer su tortilla de escabeche a Los Altos de San Bernardino, a La Pradera del Canal o a espaldas del Retiro. Aunque en estas meriendas suele abusarse del vino, comúnmente no sobrevienen escenas lamentables.

En la clase media se ha generalizado de algunos años a esta parte la afición a la caza, hasta el punto de que ya apenas hay en las cercanías de Madrid cotos que arrendar para este objeto. Rara es la persona medianamente acomodada que no salga los sábados por la tarde para volver los domingos por la noche, trayendo una sarta de conejos o de perdices. Las estribaciones de la sierra del Guadarrama están pobladas de monte bajo donde se cultiva, si así puede decirse, la caza menor. Esta clase de *sport* se ha hecho tan de moda, que casi ha venido a ser de mal gusto el no ponerse las polainas, el capote y el sombrero ancho y no echarse a la espalda la escopeta en cuanto el almanaque señala un día de fiesta. Cierto que en tiempo de veda, la afición cinegética se circunscribe a determinados cotos y a reducido número de personas. También merece citarse el *sport* de la pesca. Parecerá muy extraño que en Madrid haya pescadores. Pues sí los hay, y en gran número, y muy apegados a su afición, que requiere más paciencia que destreza. El que quiera verlos y apreciar su apasionado entusiasmo por este inocente ejercicio, que se vaya una tarde de paseo a San Fernando, en el tren corto de Guadalajara, y les encontrará en las orillas del Jarama, junto al puente del Vivero, caña al brazo, persiguiendo las afamadas truchas de aquel río y otros peces menos sabrosos.

Este *sport* suele tener sus inconvenientes y peligros graves, no porque de las ondas del famoso río pueda salir ningún monstruo que se trague a los pescadores, sino porque en aquellas riberas suelen pastar manadas de toros bravos, y a lo mejor, cuando más atento está el pescador a los movimientos del corcho y a los tirones del anzuelo, recibe la desagradable visita de alguno de aquellos brutos, cuya cornamenta pone miedo en el ánimo más esforzado.

***

Los que no tenemos afición a la caza ni a la pesca, ni al bailoteo de los ventorros, ni nos satisfacemos con la insípida merienda en medio de un árido llano, hacemos nuestro *día de campo,* visitando alguna ciudad próxima a Madrid, como Ávila, Toledo o Alcalá de Henares. Estas excursiones, a más de agradables e higiénicas, son instructivas, porque siempre hay mucho que admirar en aquellas poblaciones, y cada vez que se las visita se encuentra algo nuevo, entendiendo por nuevo lo que no se había visto antes. En cartas anteriores he dicho algo de esas excursiones, tan gratas para el artista y el literato, y si no recuerdo mal, he referido impresiones de Toledo y Alcalá de Henares.[1] Hoy lo haré de Segovia, ciudad interesantísima, que yo no había visitado hasta hace pocos días, porque aunque no la separa de Madrid una gran distancia, apenas hace un año que se inauguró el ferrocarril que directamente la une a la capital de España.

1 Véanse 10, 11 y 77.

Segovia, desde el punto de vista monumental y arqueológico, es casi tan importante como Toledo, pues si bien no posee la riqueza de arte mudéjar que ostenta la ciudad imperial, en cambio, del arte románico del XI y del XII se conservan multitud de joyas. En esta manifestación del arte arquitectónico, Segovia no desmerece de otras ciudades de la vieja Castilla, tales como Salamanca, Toro y Zamora, y aun las supera por el número, ya que no por la calidad de los monumentos.

Pero en lo que Segovia está a mayor altura es en lo referente a la época romana, pues posee el monumento más hermoso del mundo en su género, superior a lo que la misma Roma conserva, el acueducto, obra sorprendente, cuya contemplación cautiva y suspende el ánimo. Sólo la vista del Coliseo de Roma produce en el espíritu del viajero impresión tan honda como esta maravilla de la arquitectura civil. Pero el Coliseo es una ruina; han desaparecido más de la mitad de sus ingentes piedras; está roto, truncado y proclama el agravio del tiempo y la incuria de los hombres, mientras que el acueducto de Segovia, a los dieciocho siglos de construido, subsiste en pie, en perfecto estado de conservación, prestando el mismo servicio para que fue elevado, el cual consiste en conducir las aguas potables a la ciudad. Es un gigante que no ha desmayado un solo día en su secular tarea, y que, por las trazas, parece dispuesto a seguir desempeñándola todavía por no sabemos cuántos siglos más.

No hay en el mundo muchos ejemplos de longevidad como éste, ni monumento de tal magnitud que haya por tanto tiempo acreditado su utilidad. No necesito describir la maravillosa traza de esta obra de gigantes, en que se combinan de un modo perfecto la robustez y la elegancia. Conocidas son en todo el mundo, por las reproducciones del grabado y de la fotografía, las proporciones grandiosas de aquella doble arcada de piedra, tan sutil y al propio tiempo tan robusta. Pero no se puede formar idea de obra tan grande y bella sino viéndola. En los tiempos medios, la leyenda atribuía al diablo la construcción del acueducto, y en verdad que hoy mismo nos parece obra diabólica. Nuestra edad estudiosa, en la cual los recursos teóricos y los procedimientos materiales de elevación de pesos ha llegado a lo increíble, tiene que prosternarse con admiración,[2] ante la labor de aquellos hombres que ideaban estas enormidades con fórmulas empíricas y las ejecutaban luego con procedimientos que ahora nos parecen inocentes y primitivos. Lo más digno de notarse es que nuestra edad, con el sistema de precauciones administrativas que se toman para asegurar la buena fe de constructores y asentistas,[3] no es capaz de realizar una obra de tal magnitud ni menos de garantizarla por unos cuantos siglos. Dícese que la sillería del acueducto está sentada sin mortero ni argamasa, que las piedras están sueltas, adheridas unas a otras por su peso y en perfecto ajuste de sus caras interiores. El tiempo ha gastado las aristas de los sillares volviéndolos romos, y parece que se desajustan, que resbalan unos sobre otros y que se van a desplomar, no quedando piedra sobre piedra. Causa miedo el ponerse bajo la atrevida arcada y no se puede uno convencer de que aquellas piedras han resistido, sin moverse, al paso de las aguas por arriba, al de la historia por abajo, al del

2 *prosternarse*: 'inclinarse'.

3 *asentistas*: 'contratantes con el gobierno'.

tiempo por todos lados. Y esto durante siglos. Aquellas piedras han visto la dominación romana, la goda hasta Guadalete,[4] la arábiga, la Reconquista, el Renacimiento, los Reyes Católicos y los Austrias, toda esa época brillante que, comparada con la ancianidad del monumento nos parece joven. En presencia del acueducto, le parece a uno que Cervantes y Quevedo son de ayer; que Carlos V acaba de reinar o que el descubrimiento de América es cosa del mes pasado. ¿Qué valen estas lejanías de tiempo al lado de la edad de este veterano de la historia patria, que todavía vive, que todavía está fuerte y dispuesto a seguir viviendo? Y también nos echamos a considerar que en tiempo de Felipe II, el acueducto debía tener la misma apariencia de vetustez que ahora tiene, y los que entonces le vieron, debían de encontrarle tan viejo como le encontramos los que le vemos ahora, y pasmarse de su longevidad. Considerad también las evoluciones químicas y físicas del agua que ha pasado por su alto cauce desde que se construyó. Con esa corriente de agua, no interrumpida en tantos siglos se podría haber formado un mediano mar; ¡y ese mar se lo han bebido los segovianos! ¡Tragaderas se necesitan!…

***

Fuera del acueducto, que a nada se parece y que supera en magnificencia a lo mejor que conocemos de la antigüedad, posee Segovia monumentos muy apreciables, entre los cuales descuellan su catedral y el alcázar. Aquélla pertenece a la última época del arte ojival, en su postrera manifestación quizás en nuestro suelo, manifestación puramente erudita ya, pues los arquitectos que la empleaban hacíanlo influidos ya del Renacimiento y sin sentir la belleza del arte gótico. Era un fenómeno de atavismo, una rutina o amaneramiento artístico. Es singular que esta catedral no estuviera concluida cuando ya se había empezado El Escorial, que en nada se le parece, y que a tan distintas ideas y sistema artístico responde. La catedral de Segovia no pudo ser terminada dentro del orden de ideas de los que la trazaron, se echó encima el siglo XVI, y la obra hubo de rematarse con sus pesadas y fastidiosas cúpulas que afean a su coetánea la salmantina. El gótico no pudo alargar su vida todo el tiempo necesario para rematar la obra, y expiró al cerrar las bóvedas, dejando el cimborrio y la torre en manos ya educadas en los procedimientos que venían de Italia.[5] A pesar de esto, la caja de la iglesia es hermosísima, de elegantes proporciones, gallarda de estatura, de alegre recinto, rica en ornatos de piedra. ¡Lástima que no resplandezcan dentro de ellas esas artes auxiliares de la arquitectura que hacen del interior de la catedral de Toledo el más interesante de los museos! Fuera del retablo de Juan de Juni, la catedral de Segovia no nos ofrece esa multitud de maravillas que avaloran la toledana: las verjas, las esculturas en talla, los sepulcros y otras obras ornamentales. Algo hay en Segovia que merece mención; pero no iguala, ni con mucho, a las riquezas incomparables de la catedral primada. La pintura no nos ofrece obras de superior mérito ni en la Iglesia Mayor ni en

4 La dominación de los godos hasta la batalla de Guadalete (711) en que el rey godo, don Rodrigo, fue vencido por los árabes, quienes iniciaron así el sometimiento de casi toda Hispania.

5 `los procedimientos renacentistas´.

los demás templos segovianos. En platería y telas para el culto hay, como en toda España, bastante que admirar, sin que raye en lo extraordinario.

Nos resta echar un vistazo al alcázar, que se alza al extremo de la ciudad, sobre un tajo de enorme elevación sobre el nivel del Eresma, el cual allí se junta con el Clamores,[6] en la situación más pintoresca que es posible imaginarse. El paisaje que desde aquella eminencia abarca la vista, es de incomparable grandiosidad y hermosura. Se divisa una parte de la división de ambas Castillas, el delicioso valle del Eresma y varios pueblos y caseríos. El alcázar, visto desde abajo, parece la realización de un sueño romántico. Trae a la memoria las imágenes adquiridas en la lectura de Walter Scott, Dumas y nuestro Fernández y González.[7] Las edades caballerescas están expresadas en su esbelta y gallarda mole, con la ingente torre del homenaje, los torreones puntiagudos, las murallas almenadas. En la táctica antigua, cuando la guerra se hacía con flechas y a pedradas, aquella fortaleza real, erigida en peña inaccesible, sobre la confluencia de dos ríos, debía de ser inexpugnable. Ante los medios modernos de destrucción, esta mole pintoresca se desharía como un castillo de dulce, de los que se ponen en el centro de nuestras mesas en días de festín. Parece, en suma, el alcázar de Segovia, visto desde abajo, un inmenso juguete o *bibelot,* colocado sobre artificial roca, cubierta de musgo. Este hermoso monumento fue devorado por un incendio hace unos veinte años. En él estaba entonces la Academia de Artillería, que actualmente ocupa otro edificio en la misma ciudad. La restauración comenzó poco después del siniestro a expensas del Estado, y gracias a éste se ha salvado de la destrucción uno de los edificios militares y palatinos más bellos que poseemos. Hoy se encuentra completamente restaurada toda la parte exterior, renovados los techos, defendida la fábrica de las lluvias y nieves. Interiormente, la restauración está apenas comenzada. En algunas salas subsisten los admirables frisos mudéjares que los decoraban, y se intenta, por lo que existe, restablecer toda la ornamentación; pero es dudoso que se consiga. Ignórase aún qué destino se dará al alcázar, luego que la reparación interior termine. Se piensa en destinarle a archivo de Estado, en sustitución del de Simancas; también se piensa en instalar allí un museo provincial. A cualquier cosa se le destinará, menos a su antiguo objeto, la Academia de Artillería, pues está probado que el alojamiento de la juventud bulliciosa y traviesa es nocivo a la conservación de estos monumentos.

***

No es posible mentar a Segovia sin pensar en los artilleros. En esta ciudad se ha formado la brillantísima oficialidad de este arma, en la cual, para gloria de nuestro ejército, han descollado tantos hombres eminentes. Es tradicional el rigor con que se enseñan en la Academia segoviana las ciencias que constituyen el cuerpo militar de que es patrona Santa Bárbara, la santa de los truenos. En esta Academia fue maestro el célebre químico Proust, traído a España por Carlos III; y aquí realizó gran parte de los descubrimientos quehan inmortalizado su nombre. Proust formó escuela, dejando un plantel de estudiosos

6 El río *Eresma* es afluente del Duero, *el Clamores,* afluente del Eresma.

7 Se refiere a *Dumas* padre; para *Fernández y González* véase 97.

profesores, que, renovándose de generación en generación, subsisten en nuestros días. Esta escuela, la de Ingenieros en Guadajara, y la de Estado Mayor en Madrid, sostienen la reputación de nuestros cuerpos facultativos armados, nervio del ejército español, por su saber como por su disciplina. La Academia es, además, el sostén de Segovia, que en su actual decadencia industrial, casi exclusivamente vive de los cadetes. Estos son la granjería y la animación de la vetusta ciudad.[8]

Mis lectores habrán oído hablar quizás de las novatadas, esas travesuras con que los alumnos matan el fastidio de la vida escolar. Las novatadas de Segovia tienen fama porque suelen traspasar los límites de la broma inocente, y no pocas veces ha tenido que tomar serias medidas la autoridad académica para ponerles coto. No siempre consisten en chanzas pesadas, de que son víctimas los escolares que se ponen por primera vez el uniforme. A veces consisten en arriesgadas aventuras nocturnas. En cierta ocasión había en Segovia una verdadera plaga de rateros y tomadores.[9] Una noche, los alumnos, reunidos sigilosamente y con estudiada táctica, les dieron una batida, prendiéndoles a todos. A la mañana siguiente aparecieron los ladrones atados en las cruces de piedra que hay en un calvario próximo a la ciudad, de donde les recogió la policía para entregarlos a la guardia civil.

En el centro del acueducto y en su parte más alta hay un nicho con una religiosa imagen, que en la época romana debió de ser estatua de algún césar, de Hércules o de alguna otra divinidad gentílica. Una noche, dos o tres alumnos, descolgándose con cuerdas desde la parte alta del monumento, realizaron la más peligrosa aventura y la broma más diabólica que es posible inventar. Al día siguiente, todo Segovia pudo admirar la estatua vestida de soldado, con su pantalón rojo, su capote y su ros. Nadie comprendía por qué artes funambulescas habían llegado hasta allí los traviesos muchachos. El Ayuntamiento tuvo que gastar un dineral en armar andamios para poder desnudar la imagen, dejándola de paisano, como anteriormente estaba.

Algo más podría decir de Segovia; pero pongo punto aquí para no prolongar indebidamente esta carta.

B. PÉREZ GALDÓS

128
LP, 1/8/1889

SUMARIO: La coronación de Zorrilla —Índole de su genio poético —Breves indicaciones biográficas —Su infancia; su irresistible vocación —Aparece en Madrid, en el entierro de Larra —Leyendas y dramas —El pasado y el presente de los versos de Zorrilla —Fiestas en Granada —El homenaje —Desfile ante el poeta —Su coronación —Estrofas leídas por el poeta —El telégrafo hablando en verso.

Madrid, 29 de junio de 1889.

8 *granjería*: 'negocio'.

9 Véase 65, n. 1.

Señor Director:

No habiendo podido concurrir, como era mi deseo, a la coronación de Zorrilla en Granada,[1] tengo que ocuparme de este grande acontecimiento por referencias. Por fortuna, la prensa nos tiene al tanto de lo que en la ciudad del Genil ocurre, y todos los detalles de la interesante solemnidad nos son conocidos. La fiesta literaria y nacional, aunque contrariada en los primeros días por la lluvia, ha sido digna del gran poeta y del pueblo que, al tributarle tan alto homenaje, enaltece lo que hay de más noble en el genio nacional.

Zorrilla es la encarnación de la poesía española, en lo que tiene de castizo y tradicional; y su inspiración está empapada en las cualidades esenciales del carácter castellano, y sus versos han hecho revivir en nuestra edad de hierro las grandezas épicas de otros tiempos. Ningún otro ha tenido más entusiastas adeptos, ni secuaces más vehementes, ni tantos y tan fanáticos imitadores. Él solo constituye una época literaria, una escuela, respecto de la cual hay que hacer una observación crítica, a saber: que la escuela ha pasado y el maestro vive y vivirá siempre. Casi todos los contemporáneos de Zorrilla han desaparecido; de sus imitadores apenas quedan vagas memorias. Y él sobrevive, siempre joven, con la misma lozanía de imaginación que hace cuarenta años arrebataba a las muchedumbres.

Es maravillosa la longevidad de esta musa, en la cual ni el tiempo ni las mudanzas del gusto literario hacen estrago alguno. Consiste en que Zorrilla es una personalidad profundamente poética, y, como tal, tiene el privilegio de la eterna vida.

Físicamente, Zorrilla es un viejo admirablemente conservado, jovial, pequeño de cuerpo, de mirada viva. No ha renunciado por completo a la melena romántica, aunque la usa acortada por las exigencias de la moda. El bigote y perilla blanquean, su conversación es amenísima, chispeante. Todavía recita versos como nadie, y escribe con tan firme pulso como un consumado pendolista.[2] Fuera de las canas, ningún síntoma de ancianidad advertís en él, lo que hace creer que tendremos aún poeta para muchos años.

***

Nació don José Zorrilla en Valladolid el 21 de febrero de 1817. Su padre, magistrado muy íntegro, desempeñó su cargo en la chancillería de Valladolid y en las audiencias de Burgos y Sevilla. Era, según su propio hijo nos cuenta, bastante apegado a las ideas absolutistas. En Madrid fue alcalde de Casa y Corte, en tiempo de Calomarde. Por aquellos días, el joven que más tarde había de adquirir tanta celebridad, estudiaba en el Seminario de Nobles, instituto que veinte años antes había albergado en sus aulas a Víctor Hugo.[3]

Allí recibió Zorrilla la educación más esmerada que en aquellos tiempos se podía dar, y se iniciaron sus aficiones a los pasatiempos literarios, con preferencia a los estudios científi-

1 Celebrada en el 21 de junio de 1889.

2 'calígrafo'.

3 De 1811 a 1812, Hugo residió en Madrid, donde su padre era mariscal de José I Bonaparte, y asistió al antiguo colegio de San Antón, que los ocupantes franceses habían reconvertido en *Seminario de Nobles.*

ficos. En una de sus composiciones lo refiere: "Mas yo, dificultades infinitas en las ciencias hallando, echéme en brazos de las musas".[4]

Su predestinación era evidente. En vez de aprender filosofía, se deleitaba con Walter Scott, y Chateaubriand le agradaba más que las matemáticas. A los doce años, compuso sus primeros versos, siendo de notar que los jesuitas del Seminario los encontraron excelentes, y, con sus alabanzas, fijaron la irresistible vocación del poeta.

Los disturbios políticos, cuyo principio fue señalado por la muerte de Fernando VII, la espantosa guerra carlista, que duró desde el 33 hasta el 40, influyeron en la infancia de Zorrilla. Su padre, declarado cesante y perseguido por sus opiniones absolutistas, hubo de retirarse a Lerma. El joven poeta fue enviado a Toledo a continuar sus estudios; después, a Valladolid; pero su irresistible vocación se sobreponía a los deberes impuestos por la autoridad paterna. Rebelde al estudio, el joven Zorrilla se pasaba el tiempo contemplando los vestigios de lo pasado, que tan hermoso lenguaje hablaban a su mente soñadora. El padre, irritado, le amenaza con retirarle de las aulas y dedicarle a *cavar viñas*; no se arredra con esto el exaltado joven; su vocación se sobrepuso al respeto filial, y cuando le llevaban a Lerma, prisionero del mayoral de la diligencia, logra escaparse y se vuelve a Valladolid, y de allí a Madrid. Las peripecias de esta escapatoria y los lances que le ocurrieron en los primeros tiempos de su estancia en la corte, los narra el poeta en castiza y chispeante prosa,[5] que no desmerece de sus versos inmortales.

Sabido es que Zorrilla apareció en el mundo literario con ocasión del entierro de Larra. Allí fue por primera vez apreciado el grande ingenio del muchacho precoz, que entonces contaba veinte años. Aquel día, el 15 de febrero de 1837, es el primero de su fama.

Dedicado desde entonces, por entero, a las tareas literarias, Zorrilla pasó, como todos, por doloroso aprendizaje. La época, agitadísima y belicosa no era la más a propósito para que florecieran las musas. Tuvo por amigos Zorrilla, en aquellos días, a Madrazo (don Pedro), a Miguel de los Santos Álvarez, al marqués de Molins, a Pastor Díaz y Espronceda.[6] El mismo año 37, publicó su primer tomo de versos, en el cual hay composiciones tan notables como la titulada *Indecisión.* El año siguiente dio a la estampa otros tomos de poesías, en que aparecen: *El día sin sol*, *La virgen al pie de la Cruz*, *La oda a Roma*, *La soledad del campo*, *El crepúsculo de la tarde.*

Poco después empiezan los triunfos de Zorrilla como poeta dramático. No necesitohablar de sus célebres dramas románticos *El zapatero y el rey*, *Sancho García*, *Traidor inconfeso y mártir*, ni del entre todos famoso *Don Juan Tenorio*, cuya popularidad en España y en toda la América española es incontestable. En estas obras y en sus hermosísimasleyendas *Margarita la tornera, Para verdades el tiempo, El capitán Montoya*, *A buen juez mejor testigo,* se muestra Zorrilla en todo el esplendor de su genio poético, esencialmente

4 Versos del poema "A D. Wenceslao Ayguals de Izco. Epístola en verso prosaico", perteneciente al libro *Recuerdos y fantasías* (1844).

5 En *Recuerdos del tiempo viejo* (1880).

6 Todos los citados participaron activamente en la renovación artística y literaria que significó el Romanticismo.

castizo y creyente; en ellas se cimienta su universal renombre, avalorado luego con los *Cantos del trovador* y el poema *Granada.*

Zorrilla es el cantor de la fe, de las empresas temerarias, de las tradiciones gloriosas, y encarna todas las arrogancias del carácter español. Su poesía ha sido como un medio de conservación de las más hermosas energías de nuestra lengua. Nada hay más bello que el énfasis propiamente castellano de la dicción que emplea en los dramas y en las leyendas. El contraste entre el atavismo poético de Zorrilla y la índole revolucionaria del tiempo en que ha vivido, da mayores encantos a los frutos de su musa, que ensalza lo pasado sin menosprecio de lo presente.

Uno de los mayores hechizos de la poesía del cantor de Granada es que no se mete jamás en averiguaciones sobre «cuál tiempo fue mejor». Recoge del pasado lo que le parece bello, lo que impresiona su alma poética y su exquisita sensibilidad. No aspira a cambiar nuestro actual modo de vivir, tratando de sacar deducciones de la superioridad poética de otras edades con respecto a la nuestra. Si la fe se ha perdido en parte, bien conoce el poeta que todos los versos del mundo no han de hacerla revivir. Si en nuestra existencia moderna se han infiltrado elementos y procederes enteramente distintos de los que conocieron nuestros antecesores, el poeta no maldice el mundo en que vive, y aspira sólo a embellecerlo con lo que el pasado nos ofrece de interesante y glorioso. Ama el pasado sin renegar de los que a su lado vivimos. Esta situación de su espíritu nos la ha pintado recientemente el poeta en unos versos fáciles y sinceros, como todos los suyos. Copiaré algunas estrofas porque ellas son más expresivas que cuanto yo pudiera decir, y la mejor de las referencias biográficas:

Elegir para nacer
no es dado tiempo ni estancia;
me acogió casi en la infancia
la revolución de ayer.
Sin su libertad de imprenta
y sus nuevas osadías, ni a mí ni a mis poesías
nos tomara España en cuenta.
Broté de una sepultura
en mitad de un cementerio,
trayendo en mi alma un misterio
y en mi mente una locura.
La tradición de mi casa
era realista y levítica,
mi educación jesuítica;
pero mi audacia sin tasa.
Rompí, pues, todos los lazos
que me unían a los míos,
y con juveniles bríos
me arrojé del siglo en brazos.
Pero conservé mi fe;

jamás renegué de Dios
por irme del siglo en pos,
ni eché ante él atrás un pie.
……..
Cuando a tierra los cañones
echaban los monasterios
cantaba yo los misterios
de sus santas tradiciones.
Cuando todos se escondían
de la audaz persecución
de aquella revolución
surgí en pro de los que huían.
Y aquí y en toda región
decir sin jactancia puedo,
que canté con fe y sin miedo
mi *patria* y mi *religión.*
……..
Cuando en libertad completa
los fugitivos tornaron,
¿dónde su memoria hallaron?,
en los versos del poeta.
¿Por qué tal brío y tal fe
y tales versos olvida
la gente que iba en huida
cuando yo a la lid? No sé.
Tal vez porque no confundo
cosas que no son lo mismo:
la fe con el fanatismo,
ni éste con el otro mundo
Porque con juicio más sano
no quiero que el pueblo hispano,
dé su fe con vilipendio,
con el cañón y el incendio
se eche a probar que es cristiano.
Yo creo en la redención,
y en Cristo, y en la doctrina,
y jamás su fe divina
se apagó en mi corazón.
Así creí mi misión
cumplir, sin miedo villano,
como bardo castellano
cantando la patria mía,

con mi fe y mi poesía
de español y de cristiano.
Excusadme: ya está dicho,
jamás me llegó a ocurrir
que esto hubiera de decir
antes de estar ya en el nicho.
Mas eso fui y eso soy:
aborto de un cementerio
y del siglo en que aún estoy,
que tomo en bufo y en serio
lo de ayer y lo de hoy.
Yo soy un hombre de ayer
que voy de hoy con el progreso,
y que me afano por eso
lo pasado en remover,
lo roto en reconstruir,
lo caído en levantar,
lo enterrado en evocar,
y lo muerto en revivir.
No porque esquive al progreso
yo en el pasado me encierre,
sino porque no se entierre
lo que hundió su propio peso;
porque ¡pese al vulgo zafio!
la poesía divina,
pone, en fosa o cenotafio[7]
a lo que muere, epitafio,
y el *Inri* a lo que mal fina.
Y aquí surge una cuestión
para mí transcendental;
yo, poeta nacional de *lo que fue* mi nación,
¿resucito lo que fue
para que ya no sucumba,
o pongo sobre su tumba el epitafio y el pie?
Yo, que vi mi poca ciencia
y mi instinto vagabundo,
nada hacer quise en el mundo
sin aptitud ni conciencia…
……..

7 *cenotafio*: 'monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica'.

No pudiendo, pues, ser nada,
porque yo, para ser algo
más que poeta, no valgo,
me volví a la edad pasada.
¿Me debe algo el *hoy* a mí
por *mi ayer* y mi actitud?
¿Hay que echarme al ataúd
con todo lo que escribí?
Yo no lo sé, ni me importa,
ya es muy tarde para echar
por otro rumbo y cambiar
de vida, que es ya tan corta.
Por eso, nocturno endriago[8]
en el silencio nocturno
solo, errante y taciturno,
entre las tinieblas vago.
Y hay quien de una oscura ruina
ver por la noche pretende
que una sombra se desprende
y que a mi lado camina.
Y que aquella sombra extraña,
que no alza polvo ni ruido,
mientras yo vago perdido
por la ciudad, me acompaña.
Y damos vueltas sin fin
ella y yo por las esquinas
de las torres bizantinas
de la Antigua y San Martín.
Al través de sus ventanas
según el aire que corre,
se oyen doblar de la torre
en sordina las campanas.
Y es que sus lenguas de hierro,
que anunciaron mi bautismo,
tendrán que llamar lo mismo
un día u otro a mi entierro.
Y en mi doble funeral
se ensayan cuando yo paso,
y me avisan, por si acaso
lo olvidé, que soy mortal.

8 *endriago:* '*m*onstruo fabuloso, con facciones humanas y miembros de varias fieras'.

Porque esa que me acompaña
sombra impalpable, es mi esencia,
mi luz, mi fe, mi creencia,
el guía que nunca engaña:
esa sombra es *mi conciencia.*
Sombra que tras mí doquiera,
por lo bajo, abrumadora,
va diciéndome severa:
"A casa ya, que ya es hora;
ya estamos mal de ella fuera".
Y de mi conciencia en pos
en mi casa me he escondido
a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios.[9]

***

La fiesta de la coronación fue precedida del homenaje tributado al poeta por las distintas clases sociales y las corporaciones y gremios. Ambas solemnidades resultaron espléndidas, sobre toda ponderación. Verificóse el homenaje en el paseo del Salón, dispuesto al efecto con tribunas y adornado con profusión de ramos, guirnaldas y banderas. La tribuna presidencial, ocupada por Zorrilla, por las autoridades y por la distinguida persona que asiste a la coronación, representando a su majestad la reina regente, presentaba un golpe de vista magnífico. Por delante de ella desfilaron, entre los aplausos y vítores de la multi- tud entusiasta, la universidad de Granada, las comisiones del Ateneo, del Círculo Artístico y Literario, de la Sociedad de Escritores y Artistas, del Círculo de la Unión Mercantil, del Círculo Democrático-Monárquico y de multitud de corporaciones que no puedo enumerar porque llenaría con sus nombres toda esta carta.

Seguía a las sociedades literarias, la prensa española y extranjera, llevando un estandarte la representación de cada periódico. Detrás iban los niños de las escuelas públicas, llevando coronas de flores naturales, espectáculo tiernísimo y encantador. Desfiló en seguida la clase obrera e industrial, llevando cada gremio sus estandartes y emblemas alegóricos.

Los albañiles, los hojalateros, los silleros, los zapateros (éstos llevaban en la bandera un ingenioso lema alusivo al drama *El zapatero y el rey),* los carpinteros, marmolistas y picapedreros, pintores, etc. formaban una procesión interminable, semejante a las que suelen verse en algunos cuadros de la escuela flamenca. Imposible pintar el efecto mágico de estas multitudes tan imponentes como ordenadas, movidas por un solo sentimiento, el de enaltecer y vitorear al genio. Las banderas, las flores que el benigno clima de aquella comarca ha ofrecido con largueza para fiesta tan hermosa, los vítores, los aplausos, las

9 El poema se titula "Cuestión personal", publicado en *El Ateneo*, 5 de mayo de 1889.

músicas, la alegría general, formaban un conjunto admirable que no se puede describir.[10] Duró el desfile hasta muy avanzada la noche, y, al concluirse, la observación que en todos los labios se oía era esta: "¡Bien puede estar orgulloso Zorrilla! Nunca rey alguno obtuvo triunfo igual al suyo".

El poeta no podía ocultar su emoción, y lágrimas de gratitud humedecían sus ojos.

***

La coronación se verificó en el patio del palacio de Carlos V, muy apropiado al objeto, decorado con magníficos tapices y flores. La corona de oro del Darro, imitando hojas de laurel, fue entregada al poeta por el duque de Rivas, que representaba en aquel acto a la reina doña María Cristina. Los que presenciaron la ceremonia la señalan como una de las más patéticas y hermosas que pueden verse.

Zorrilla leyó enseguida algunas estrofas de un canto de su última obra *El libro de la coronación,* las cuales fueron transmitidas a Madrid por telégrafo. Creo que es la primera vez que el hilo telegráfico transmite despachos de esta clase, y la electricidad ha de sorprenderse mucho de verse convertida en vehículo de la forma poética.

Entre las bellas estrofas leídas por Zorrilla en aquel acto solemne, descuellan algunas que ha reproducido toda la prensa y que copiaré. Describiendo la voz del poeta, dice:

Murmullos de arroyo que va entre espadañas,
de ráfaga errante que zumba entre cañas,
de espuma flotante que hierve cual mar.
Sentido lamento de tórtola viuda.
Rumor soñoliento de lluvia menuda,
de seca hojarasca de viejo encinar,
de gota que en gruta filtrada gotea.
Esquila del alba de gárrula aldea,
de oculto rebaño que marcha en tropel,
de arrullo de amante perdida paloma,
de brisa sonante cargada de aroma,
de abeja brillante cargada de miel.

También fueron telegrafiados los versos siguientes:

Mi voz era entonces conjuro de encanto,
misterio imposible tal vez de sondar,
un canto en sus cuentos y un cuento en su canto
cantaba y contaba flexible a la par.
Dos corzos que siguen idéntica senda,

10 *Imposible pintar… no se puede describir*: tópicos literarios ya que Galdós lo está haciendo sin haberlo visto según confesó al inicio de esta carta.

dos garzas que llevan un viento al volar,
dos flores que aroman la misma vivienda,
dos barcas que llevan un rumbo en el mar.
Eso eran entonces el canto y el cuento,
que al par producía mi voz con su aliento.
Y siempre se oía su canto y su acento,
tenían a un tiempo leyenda y cantar;
y siempre de un cuento su canto era prenda,
y siempre su canto paraba en leyenda,
y siempre su cuento paraba en cantar.[11]

Después de la lectura de versos por el poeta laureado, siguieron varios discursos. El emperador del Brasil, gran admirador de Zorrilla, se había hecho representar por el señor Foronda, quien leyó una carta de aquel ilustrado soberano.[12] Terminó con grandes demostraciones de entusiasmo la apoteosis que dejará recuerdo indeleble en cuantos asistieron a ella, y que quedará en la historia como un título de honor de la época presente.

B. PÉREZ GALDÓS

129
LP, 29/8/1889

SUMARIO: Gracias a Dios que acabó el debate político —El vicio de la locuacidad en la raza ibérica —Objeto de la última campaña política —Errores de los conjurados —La conjura es fenómeno antiguo —Planes estratégicos de los disidentes —Elementos con que contaban —Lo que no tenían —La izquierda dinástica y su éxito —Los conjurados esgrimen diferentes armas, y con todas fracasan —Impasibilidad de la mayoría —Amenazas a la Corona —Conato de formar un ministerio intermedio —Descontento y fin de la conjura —La oratoria de Martos —Política de verano —Discursos de propaganda.

Madrid, 27 de julio de 1889.

Señor Director:

Si todo lo que pasa aquí pudiera despertar interés en el hemisferio austral diría que ya terminó el debate político. Solo por el hecho de haber durado un mes próximamente tiene importancia su terminación, no porque de él resulte nada práctico. Estamos de enhorabue-

11 El fragmento pertenece al largo poema, escrito y leído por Zorrilla para esta ocasión, titulado *Recuerdo de un tiempo viejo*. El verso 11, "y siempre se oía del canto su acento" figura en la versión impresa del poema como "y siempre del canto y el cuento algún tanto".

12 El *emperador del Brasil* era entonces Pedro II, derrocado pocos meses después por un golpe de estado republicano. Manuel de *Foronda* era su embajador en España.

na los que deseábamos oír la última palabra de este torneo retórico. ¡Cuánto discurso! Ya ni siquiera nos sentimos inclinados a admirarlos como obras de arte, pues hasta el arte se hace antipático cuando no se ven los resultados inmediatos de su aplicación a la vida de los pueblos. Valdría más, mucho más, que nuestros hombres de Estado hablaran peor, con tal que hablaran menos. Escribo esto para lectores de nuestra raza, en quienes he de ver siempre nuestras cualidades así como nuestros defectos, y tengo la seguridad de que han de comprenderme, porque, o mucho me engaño, o la sobriedad de palabra no es la primera de las virtudes entre los americanos de casta española. El arte político ha de tropezar en América, como en España, con el inconveniente de la verbosidad, que nace del fondo del carácter como planta viciosa y lozana en el seno de una tierra feraz. Hablamos más de lo conveniente, y por esto no hacemos todo lo que debiéramos.

Vuelvo al debate político. Creo haber dicho algo del suceso que lo motivó, el cual fue la ruidosa manifestación contra el señor Martos, presidente del Congreso, por un lamentable desacuerdo entre la mayoría y la persona encargada de dirigir los debates.[1] En cualquier otro país, la cuestión se habría dilucidado en un par de sesiones.

Aquí hemos empleado un mes, no en dilucidarla sino en ponerle comentarios, y hemos concluido, más por cansancio de los oradores que por agotamiento del asunto. En realidad, y poniendo las cosas en su lugar, más que del conflicto presidencial se ha tratado de derribar al gobierno que preside el señor Sagasta. A eso se iba, y no a poner en claro el error de los que ultrajaron al presidente. Si solo se hubiera querido establecer la verdadera jurisprudencia de las funciones presidenciales, pronto habría concluido la retórica fiesta; pero los dardos iban contra el corazón del gabinete; se quería inutilizar al actual gobierno y al jefe del partido, y la verdad es que el resultado no ha correspondido a los medios ni a las armas que esgrimieron los disidentes.

Dícese que *no hay peor cuña que la del mismo palo,* y en verdad que la situación liberal ha sido sañudamente tratada por los que hasta hace poco fueron sus amigos, por los que aún se dan este nombre. En los parlamentos, las discusiones más agrias, más espinosas, más mortíferas, son las que se traban entre oradores de una misma familia, cuando por cualquier motivo o pretexto vienen a caer en discrepancia; y es forzoso reconocer que los liberales se pintan solos para esta clase de guerrillas domésticas, siempre deplorables para ellos mismos, y para los principios que defienden.

Por esta vez, les salió mal la cuenta a los que la voz pública llamó *conjurados.* En nuestra vida política es fenómeno antiguo esto de las coaliciones parlamentarias para alcanzar el poder. La historia del sistema constitucional en España ofrece ejemplos deplorables de la facilidad con que se unen tres o cuatro caciques para derribar y suplantar al jefe. Es el fenómeno histórico del feudalismo repitiéndose en la única forma en que hoy puede repetirse. Dentro del partido conservador, organizado autocráticamente, por su índole especial, el fenómeno de rebeldía se produce raras veces y es fácilmente sofocado. Pero en el liberal, que tiene una composición federativa, se repite cada lunes y cada martes, y el jefe tiene que estar usando constantemente sus grandes dotes de flexibilidad conciliadora para hacer

1 Véase 126.

abortar las sublevaciones que en el seno de su heterogénea hueste surgen tan a menudo. Sagasta es un gran político con todas las marrullerías de un experto diplomático, y además con una dosis de paciencia que se deja muy atrás la de Job. Si no poseyese estas cualidades, y ese exquisito don de trato social y esa flexibilidad y mansedumbre combinada en algunos casos con la energía, ya se lo habrían tragado cien veces sus propios amigos.

Cuando la coalición empezó a maniobrar en las Cortes, contaban los corifeos de ella con el triunfo seguro e inmediato. Tenían a la cabeza de la nueva falange al que había sido pocos días antes presidente de las Cortes, y robustecían el envalentonado ejército hombres de tanta trastienda parlamentaria como el señor Romero Robledo, el general Cassola y el general López Domínguez. Gamazo les había dado una bandera hasta cierto punto simpática, la de las reformas económicas. Tenían, pues, un gran punto de apoyo, medios oratorios y parlamentarios de los más brillantes. Contaban además con el cansancio de la mayoría, propicia a la disgregación. Todo les favorecía dentro del parlamento pero no tenían fuera de él apoyo de ninguna clase, y a eso se debe su fracaso.

Verdad es que las coaliciones parlamentarias, animadas tan sólo de una vida artificial y sin atmósfera vital fuera del Congreso, han triunfado otras veces, y en los ejemplos histó- ricos fundaban los conjurados sus risueñas esperanzas. En 1884 nació en el Congreso una disidencia del partido liberal, que adquirió gran vuelo bajo la dirección del duque de la Torre y al amparo de los conservadores. La famosa *Izquierda dinástica,* que así se llamaba,obtuvo el poder; y satisfechas las ambiciones de los que querían suplantar al señor Sagas- ta, aunque fuese por poco tiempo, pronto se fueron a sus casas los disidentes, dejando el gobierno a los conservadores. Éstos habían favorecido a los *izquierdistas,* conociendo que durarían poco *y* que servirían de puente para una situación presidida por Cánovas. El rey don Alfonso dio el poder a la Izquierda,[2] y el partido liberal sufrió un quebranto de que hubo de reponerse lentamente en las fatigas y soledades de la oposición.[3]

Pues bien: lo que ocurría en 1884, quería repetirse hoy, y la verdad es que se prepararon las cosas para obtener un éxito inmediato. Tal era la confianza de los coaligantes que a principios de junio creyeron que no concluiría el mes sin ser ellos dueños del gobierno. La campaña parlamentaria empezó con gran brío. En el plan de todos los oradores entraba el exasperar a la mayoría para que se armase tumulto y no fuesen posibles los debates, viéndose la Corona obligada a disolver las Cortes. Pero la mayoría, dando un ejemplo de moderación y templanza, se mantuvo serena y digna, oyendo con impasible frialdad los graves cargos que se le dirigían. Con la décima parte de lo que en esta discusión se ha dicho, habría bastado en otras épocas para inflamar los ánimos y producir la explosión de cólera. Pero, como suele decirse, *cuando uno no quiere, dos no riñen.* Los oradores de la conjura arrojaban sobre la mayoría frases incendiarias; pero la mayoría se había propuesto ser incombustible y callada. Su glacial indiferencia exasperaba a los coaligados, haciéndoles extremar el ataque. Y mientras más lo extremaban, mayor era su ineficacia.

2 Alfonso XII *dio el poder a* Izquierda Dinástica.

3 Aquí sintetiza Galdós lo que detenidamente había relatado en 2 y 4.

A esta táctica unieron pronto otra los enemigos del partido liberal. Viendo que no lograban descomponer a la mayoría, desenterraron la vieja teoría, no del todo inadmisible en nuestro país, de que la Corona debe y puede, en ciertos casos, cambiar de gobierno antiparlamentariamente, es decir, sin tener para nada en cuenta que los gobiernos condenados a desaparecer tengan mayoría. Esto se funda en la deficiencia del cuerpo electoral, que no puede servir de norma de consulta para las mudanzas de política. Con este criterio, los conjurados, de acuerdo con los conservadores, pronunciaron sus discursos de dura oposición, rematándolos con veladas amenazas, dirigidas a Palacio. Todos los oradores anunciaban grandes peligros si no se cambiaba pronto de política, y ya sabemos lo que estos peligros significan.

Pero resultó que los siniestros augurios no producían ningún efecto fuera del Congreso. La opinión pública, serena y fría, asistía a la tormenta parlamentaria como si fuera una función de teatro. Nadie se conmovía con las amenazas de los oradores disidentes. El artificio retórico y político se veía muy claro para que se produjese la emoción que sus autores se proponían. Y es que cuando no existe atmósfera revolucionaria, las palabras ardientes cruzan el espacio como los cohetes y estallan, y aún divierten al público, sin consecuencias. Por otra parte, el efecto que querían producir en Palacio, resultó fallido. La ilustre persona que se halla al frente del Estado no se asusta de palabras huecas; no teme las revoluciones y pronunciamientos cuando no existe causa que pueda producirlos, y en último término, se halla dispuesta a cumplir con su deber, pase lo que pase. Con esta sabia y prudente norma de conducta, que revela tanto entendimiento como firmeza de carácter, las travesuras, por no darle otro nombre, de los partidos políticos, son imposibles, y ya se irán curando nuestros prohombres de los resabios del feudalismo, que tantos males y perturbaciones han causado en nuestra existencia constitucional.

Debieron los disidentes comprender que el sistema de amenazas a la Corona era impertinente, y uno a uno fueron rectificando las palabras terroríficas con que habían rematado sus fogosos discursos, o explicándolas de manera que solo quedaba en ellas su sentido puramente anodino. La conjura estaba ya muerta; sus jefes, desconcertados, ya no hablaban de obtener el poder en plazo breve, y se contentaban con ejercerlo dentro de una temporadita.

Pero como su deseo es acelerar la caída del señor Sagasta, llegaron, en su ceguera, a preferir, al mando de los liberales, la prematura vuelta de los conservadores. "Antes el turco que el papa".[4] Este pesimismo, hijo del despecho, es cosa corriente en el ardor de las luchas políticas.

A su vez, los conservadores, comprendiendo que hacer el juego de los conjurados les quitaba autoridad, se echaron un paso atrás, dejando en desairada soledad a sus aliados, y he aquí que éstos, sin aquel valioso apoyo, aparecen cada día más aturdidos y desalentados. Viendo que la entrada de los conservadores es prematura, y que Sagasta, en tales condiciones, caería con una fuerza inmensa, discurren dar calor a la idea de un ministerio intermedio, formado por elementos combinados de la mayoría y de la conjura, ministerio de transacción y de componenda, cuyo objeto principal habría de ser echar un remiendo al partido liberal.

4 *Antes el turco que el papa*: lema neerlandés durante la revuelta calvinista contra Felipe II a finales del siglo XVI.

Este remedio empírico es harto conocido en nuestra política. Se ha probado en todos los casos semejantes al presente, y siempre sus resultados han sido pésimos. Es mucho pedir a una mayoría que apoye a un gobierno, del cual han de formar parte individuos que la han injuriado en forma durísima pocos días antes. Sagasta negó hasta la posibilidad de dar su apoyo a semejante ministerio, y he aquí desflorada y marchita la última esperanza de la conjura; frustradas las amenazas a la Corona, fallida la idea del ministerio emoliente. Y con estos repetidos fracasos, se inició en los últimos días de discusión la retirada, que no por haberse verificado en buen orden dejó de ser retirada en toda regla. Tras ella vinieron la dispersión de las huestes disidentes, la clausura de las Cortes y las vacaciones veraniegas.

Con estas trapisondas, las Cortes se han cerrado sin haber discutido los presupuestos, ni haber aprobado algunas de las leyes más importantes. Culpa es de los iniciadores de debates personales e impertinentes, prolongados adrede para dificultar la vida del gobierno y hacerle morir por asfixia, ya que de otro modo no era posible arrancarle la vida. El último período parlamentario ha sido de una esterilidad absoluta.

***

La *great atrattion* de este ampuloso debate ha sido el discurso del señor Martos. El que fue nuestro presidente durante cuatro años, habiendo descendido del alto sillón de unamanera tan irregular y estrepitosa, figura en el número de los oradores eminentes. Hacía bastante tiempo que no se le había oído más que en las breves advertencias que dirigía desde la Mesa a los diputados, y la curiosidad era grande. Su discurso fue escuchado con vivísima atención. Es la palabra más limpia, más correcta que pueda existir. La sintaxis es tan prodigiosa, que parece que va leyendo lo que dice; con tal pureza y facilidad construye largas oraciones erizadas de incisos.

No ha decaído ciertamente su pasmoso poder retórico, en estos últimos años, y conserva el arte exquisito de dirigir contra el adversario dardos agudísimos, en los cuales la perfección de la frase le sirve para afilar más la punta acerada y para envenenarla. ¡Lástima de facultades! y ¡cuán triste vérselas emplear contra sus propios amigos, contra los que lo elevaron a la primera dignidad parlamentaria y en ella le sostuvieron durante cuatro legislaturas, colmado de honores, de respetos y consideraciones!

Pero el valor artístico del discurso del expresidente no da autoridad al fondo ni a las ideas del mismo. Le admiramos, pero no nos convence, porque nos dice ahora lo contrario de lo que hace algunos meses nos decía, porque le oímos enaltecer y cubrir de flores a Cánovas y sus amigos, de quienes decía atrocidades hace un año, porque ultraja a la mayoría, que antes encomiaba con su estilo hiperbólico, porque ataca dura e injustamente al jefe del partido liberal, ayer su amigo, hoy objeto de todas sus iras; porque muestra una ambición insana del poder, él, que apenas cuenta con media docena de amigos en el parlamento y con escasísima fuerza en la opinión. Es muy de deplorar la ofuscación que el ilustre demócrata ha padecido en estos últimos meses, ofuscación nacida del amor propio herido y de falta de carácter para dominar la situación equívoca en que él mismo se puso.

Es Martos un hombre eminente que está condenado, por flaquezas de su carácter, a no ser buen compañero en ninguna situación política y a no poder hacer nada por sí mismo. Se cree demasiado alto para someterse, y no encuentra quien se le someta. Se resiste a ir con los demás, y solo no acierta a ir a ninguna parte.

***

Ya estamos, al fin, en pleno verano político y época de descanso para el gobierno y las oposiciones, época de más ilusiones que realidades, y que no es buena para la prensa, porque faltan asuntos que tratar y hay que echar mano de lo primero que salte, aunque sea un crimen, irregularidad administrativa o pública calamidad.

El verano tiene un carácter muy marcado entre nosotros. Es la época más peligrosa para el orden público, porque en ella se fraguan las conspiraciones, y los ministros de la Gobernación y de la Guerra no se pueden descuidar un solo día, so pena de ser sorprendidos por alguna algarada. Los personajes o prohombres que se hallan al frente de los distintos grupos o fracciones parlamentarias suelen salir por ahí, hechos unos misioneros. Los más escogen para sus campañas de propaganda las provincias del norte, después de refrescar la sangre durante una temporadita en cualquier balneario, y aprovechando la coyuntura de un banquete o de una reunión política, echan su discurso, que suele ser de violentísima oposición. Los comensales y sectarios aplauden que se las pelan; el personaje es obsequiado con una serenata o una gira campestre, el telégrafo envía el discurso a Madrid para que los periódicos tengan en que entretenerse, y se acabó mi cuento.

El verano pasado fue uno de los que han dado mejor cosecha de discursos políticos. Los hubo de todos colores. El señor Martos pronunció uno en Vigo en el cual dijo todo lo contrario de lo que acababa de decirnos ahora en el Congreso, y el señor Cánovas pronunció en Barcelona y en Zaragoza las célebres peroratas que ocasionaron las manifestaciones de desagrado que han dado tanto que hablar.[5]

Este año habrá también muchos discursos estivales, y ya se anuncia uno de Martos en Bilbao. Las colonias políticas de verano son San Sebastián, Biarritz y Santander. La primera de estas poblaciones sirve de refugio a gran número de personajes que forman allí los mismos corrillos que en Madrid, con la misma chismografía y los propios augurios. De Biarritz han salido otros años determinaciones graves. Es sitio muy apropiado a la conspiración mansa. Santander sirve de residencia a muchos del elemento gamacista y al general Martínez Campos. El objeto de los caciques, al pronunciar sus discursos de verano, es mantener el fuego sagrado entre los secuaces y evitar la desanimación o la desbandada que serían consecuencia del largo período de vacaciones políticas. Con estas dedadas de miel,[6] que siempre se traducen en esperanzas para los amigos y algo de conminación para los adversarios, la gente se anima, el tiempo se abrevia, y los ánimos se preparan para las campañas del invierno, que suelen traer emociones, cambios de

5 Véase 111.

6 Coloquialmente, lo que se hace en beneficio de alguien para entretenerle en su esperanza o para consolarle

personal y algo más positivo que los discursos de banquete y las chismografías de los casinos de Biarritz y San Sebastián.

B. PÉREZ GALDÓS

130
LP, 18/10/1889

ESPAÑA EN FRANCIA

SUMARIO: De Inglaterra a Francia —Dover y Folkestone —Boulogne sur Mer —Prisión de Bonaparte —El establecimiento balneario —Crecy —Amiens y su catedral —El Hotel de Ville —Saint Denis —El drama de Millery.

París, 10 de septiembre de 1889.

EXPOSICION FRANCESA

Aun cuando mis itinerarios de viaje veraniego no suelen comprender a París, es éste un año tan excepcional, que los lectores de *La Prensa* no me perdonarían que omitiese la vueltecita por la capital de Francia, para decirles, con la viveza de expresión propia del testigo ocular, lo que me parece de la famosa torre, octava maravilla del mundo moder- no; de la galería de las máquinas, mayor prodigio aún, si bien se considera, que la torre;del bullicio y animación que la exposición entraña; de los tipos curiosos que desfilan, no sólo entre el Campo de Marte y la explanada de los Inválidos,[1] sino por los boulevares y espléndidas calles de la capital latina; de los productos de la industria universal y, más que de todo, del peso que este acontecimiento, conmemoración de otro que cambió la faz de la sociedad europea,[2] ha de tener forzosamente en la marcha de la política.

Quedamos en que hablaré de la exposición, y sobre todo y muy especialmente, de la instalación notabilísima (al decir de las guías y de la prensa) donde la república Argentina ha demostrado que entra con paso firme en los caminos del progreso. Mas para hablar de todo esto, que será sorprendente y que ya me punza la curiosidad, necesito verlo, y para verlo me hace falta (es una verdad de Perogrullo)[3] llegar a París. No estoy en él todavía, según demuestra la fecha de mi carta, no he pasado de Amiens, porque se me ha ocurrido realizar hasta Amiens el viaje por jornadas, conociendo una parte de Francia que no había visitado nunca.

Desde Londres a Dover el trayecto es corto y el canal de la Mancha se cruza en una hora o poco más, según el humor que gaste el brazo de mar aquél, y por lo regular es un

de lo que le es adverso.

1 *Campo de Marte*: véase 125, n. 13.

2 La Revolución Francesa.

3 *Perogrullo*: personaje paremiológico, de la literatura tradicional, caracterizado por decir tautologías.

humor malísimo —si se quiere desembarcar en Calais—. Yo preferí la travesía de Folkestone a Boulogne-sur-Mer, más larga, como que son veintisiete millas, que se recorren en dos horas y cuarto a dos horas y media. Pude haber bajado por el Támesis, y en este caso llegaría a Francia navegando siempre; mas la rapidez del viaje me hizo otorgar a Folkestone la preferencia.

Constantemente he creído que el afán de ir aprisa roba mucho encanto a ese placer de los placeres objetivos que se llama viajar. Los trenes directos a París, a Londres, a Berlín, no me los explico sino en el negociante que va a agenciar, en el enamorado a quien aguarda su novia, en el enfermo que vuela a consultarse y conocer el fallo de la ciencia, del cual pende su vida. En el artista, en el turista, en el veraneante por recreo no se cohonesta ese procedimiento de dirigirse recto a las grandes capitales, como una bala de fusil al blanco. Conocer las grandes capitales es la *cultura* de los viajes; la *erudición,* el fondo de riqueza de datos viatorios, sólo pertenece al que tiene valor para detenerse en una capital de provincia, en un pueblecillo de tercer orden y hasta en una aldea miserable, pero curiosa y típica, en la cual tal vez se descubre mejor la personalidad de un país que en los centros que la civilización nivela y uniforma.

Boulogne es una ciudad propiamente fronteriza (aun cuando esta frontera sea de las de mar en medio). En sus calles se oye hablar tanto inglés como francés, y en la ciudad alta, que se llama así por su escarpada elevación que rodean murallas de recinto fortificado, existe un barrio de marinos parecidísimo al que describe Dumas en su famosa y ya olvida- da novela *El conde de Montecristo*:[4] un barrio de casitas bajas, calles estrechas y tortuosas, con escaleras talladas en la roca viva; un barrio que el aire del mar orea y sanea, trayendo emanaciones de algas y partículas de yodo que el pulmón absorbe con íntimo placer.

Aparte de este aspecto pintoresco, que es inherente a las poblaciones marítimas, Boulogne encierra poca cosa que merezca especial mención. Tiene la iglesia de Nuestra Señora un altar mayor que es el orgullo de los boloñeses, evaluado en medio millón de francos, o sea dos millones de reales, donado por el príncipe Alejandro Torlonia y ejecutado con mármol, bronce y mosaico, obligados elementos de estos altares mayores admirables que en número de varias docenas andan por el mundo católico. Hay también su cripta del siglo XII, con unas pinturas murales tan borrosas y descascaradas, que sólo los sagaces ojos de un arqueólogo epigrafista las guiparán con auxilio de una poderosa lente.[5] Y no faltan en la cripta sus correspondientes antigüedades galo-romanas y bizantinas, larguiruchas, retuertas y enigmáticas, emblema cumplido de aquellos siglos que ya pasaron y que murieron en nuestro corazón, sobreviviendo en nuestra imaginación todavía. Muchas más iglesias existen en Boulogne, y cada una alega su mérito para llamar la atención del que pasa: esta su portada con toda la corte celestial de piedra, la otra sus vidrios de colorines, la de más allá su puntiaguda flecha o su ábside monumental, pero ¿quién tiene valor para meterse en descripciones religioso-arquitectónicas, viendo centellear allá a lo lejos el reflector de la torre Eiffel?

4 La célebre novela de aventuras con fondo histórico de Alexandre Dumas padre, escrita en 1844.

5 *guiparán*: 'las descubrirán' en germanía.

De actualidad, por analogía de recuerdo, es el castillo donde Luis Napoleón, futuro emperador, fue puesto en 1840 a buen recaudo, para apagarle los ardores de la ambición, que sacó de allí más encendidos.[6] Así harían hoy con Boulanger si pudiesen, y regularmente sería idéntico el resultado. Como recuerdo histórico, archipoético, de la propia Edad Media, está el solar del palacio donde "rodó la cuna" nada menos que del rey virgen y santo, el cruzado por excelencia, o sea Godofredo de Bouillon. Encima de este solar sagrado, que debiera sembrarse de rosas de Alejandría y azucenas, la prosa de nuestro siglo ha levantado el monumento más prosaico y ramplón, un *Hotel de Ville*, consistorio que diríamos en España.

Lo más grato de visitar en Boulogne, con el calorcito que se deja sentir y que parece haber arreciado al comenzar septiembre, es el establecimiento oficial balneario, espléndido edificio, donde se encuentra todo lo que puede apetecerse para regalo y comodidad y aun esparcimiento, pues tiene salón de baile. Recomiendo un chapuzón en la piscina del balneario de Boulogne, como la mejor manera de prepararse al trayecto que separa a esta ciudad de la de Amiens en que escribo.[7]

El viaje se hace en cosa de tres horas, y todavía un aficionado a prehistoria y a ciencias etnográficas encontraría pretexto para detenerse en Abbéville y registrar las colecciones del célebre sabio Boucher de Perthes, que posee en esta villita un hotel ricamente alhajado.[8] Al que se pare en Abbéville le aconsejo que no omita la excursión a Crecy-en-Ponthieu. Los franceses no miran con gran cariño el lugar de Crecy, testigo de la campal batalla que los ingleses les ganaron, capitaneados por el rey Eduardo III, que desde un molino de viento que se conserva todavía, presenció el feroz combate y la derrota de los enemigos de Inglaterra.[9]

Amiens es vasta y hermosa población, llana y con barrios nuevos y grandiosos, en compensación de las angostas y fétidas callejas del pueblo antiguo. En Amiens, a pesar de mi poca afición a describir minuciosamente catedrales, conventos y santuarios, no puedo dejarme en el tintero la basílica, que es una obra maestra del arte gótico, y la mayor de las catedrales francesas, como que cubre un área de más de ocho mil metros. Hay en este monumento un pórtico que la gente llama portada del "Dios bonito", a causa de un Cristo encantador que allí descuella. ¡Con cuánta devoción le rezarán las niñas de Amiens al "Dios bonito"! Porque es indudable que si las mujeres fuesen llamadas a dirimir la contienda teológica de la Edad Media acerca de la belleza o fealdad de Jesucristo, resueltamente se pronunciarían a favor de la solución estética ¿Cómo ha de ser feo Dios?

Nunca estas catedrales francesas ofrecen por dentro la prodigalidad de detalles y la complicación de ornato de las españolas. La de Amiens contiene una sillería de coro digna

6 Entre 1840 y 1846, el futuro Napoleón III estuvo encarcelado en la fortaleza de Ham, a consecuencia de su fallido golpe de estado contra la monarquía Orleans.*

7 La Carta debió escribirse en dos etapas, la primera en Amiens y la segunda en París, donde está fechada.

8 *hotel*: en la acepción de 'vivienda individual'.

9 La batalla de *Crezy* (1346) fue una de las más decisivas de la Guerra de los Cien Años. En ella se enfrentaron Eduardo III de Inglaterra y Felipe VI de Francia.

de competir con las mejores de Europa; pero la rejería, las pinturas y los retablos no están a la misma altura de valor artístico. En un rincón del ábside he visto una sepultura sencilla, la del poeta Gresset, casi desconocido fuera de Francia y autor de la donosa historia del lorito Vertvert,[10] una de las más entretenidas que se han escrito en el mundo.

En Amiens hay museo, claro está, y al parecer el viajero contrae cierta obligación de recorrer todos los museos que encuentre a su paso. Aunque para un habitante de Madrid, y hace pocos días morador de Londres, ofrece pocas seducciones el museo de Amiens, me dejo llevar a la sala del *Hotel de Ville*, donde me enseñan algunos tapices de los Gobelinos,[11] que me recuerdan la tradición desvergonzada relativa a la procedencia del matiz purpúreo que los hermanos Gobelinos daban a la lana empleada en su fábrica. Al decir de Rabelais (profesor en esta clase de investigaciones), fue el descomedimiento de una jauría de canes lo que formó un río o arroyo *et c'est cellui ruisseau auquel Gobelin teint l'écarlate*, añade, si no me equivoco, el boquifresco párroco de Meudon.[12]

Enseñáronme también en el *Hotel de Ville* varias pinturas de Boucher, Regnault, Vanlas y otros maestros de la escuela francesa, que hoy vuelven a estar muy en boga después de bastantes años de injusto olvido. En el museo propiamente dicho, lo más notable son las composiciones alegóricas de Puvis de Chavannes. Es éste un artista contemporáneo, que imita el estilo seco y anguloso de los prerrafaelistas, adquiriendo por tal medio lo que hoy se llama originalidad y distinción, y que acaso raya en extravagancia caprichosa.

Mañana saldré de Amiens sin detenerme en ningún punto del tránsito hasta llegar a París. Ya conozco bien lo más saliente de este viaje: Breteuil, con su púlpito donde predicó san Vicente de Paúl; Clermont y sus dos vías romanas; Chantilly, con sus profundos bosques donde resuena ahora, en otoño, la trompa de caza llamando al balido del ciervo y del gamo, y en cuya iglesia está el corazón heroico del Gran Condé, Saint Denis y las tumbas de los monarcas, profanadas por la Revolución.

Saint Denis es una excursión de siete kilómetros en camino de hierro, que no debe perdonar el que vaya a París por recreo puro. Allí viven aún las memorias de Sugero y Abelardo; allí pueden admirarse los soberbios mausoleos de Francisco I y su esposa, las realistas esculturas del monumento de Luis XII y Ana de Bretaña, el maravilloso enterramiento de Enrique II y Catalina de Médicis y la curiosa tumba del rey Dagoberto, aquel buen rey, del cual sus súbditos cantan tales picardías desde tiempo inmemorial:

Le bon roi Dagobert a mis sa culotte à l'envers.
Le gran Saint Éloi lui dit: Ô mon roi,
Votre Majesté est mal culottée...[13]

10 Publicado en 1734, su título completo es *Vertvert ou le perroquet de la Visitatión de Nevers.**

11 Célebre fábrica de tapices, "Manufacture Royale", de París.

12 La frase no literal, cuya traducción sería "y fue en este arroyo en el que Gobelin obtuvo el escarlata", pertenece *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais, que fue párroco de Meudon entre 1551 y 1552.*

13 La canción puede traducirse como "El buen rey Dagoberto se puso su braga al revés/ el gran san Eloy le dijo: oh mi rey, su majestad está mal bragado".*

Sin que pueda averiguarse, ¡oh azares de la historia!, por qué razón Dagoberto y san Eloy su ministro, abogado de los plateros por más señas, personajes respetables a todas luces, vienen siendo objeto de las cuchufletas y sátiras del pueblo que no prescinde de la famosa y bufonesca canción, de la cual acabo de citar una estrofa.

Aquí en Amiens se piensa, más que en la Exposición, en el lúgubre drama de Millery, tan comentado estos días por los periódicos.[14] ¡Cuánto poder ejerce el misterio sobre la humanidad! Que un hombre asesine a otro en mitad de la calle, con sol, de una cuchillada o de un tiro, apenas llama la atención ni provoca más movimiento de interés que el corrillo instantáneamente formado y al punto disuelto. Pero que aparezca en un lugar desierto un cadáver metido en un saco, un cadáver anónimo, imposible de identificar llevado por tres desconocidos, a las altas horas de la noche, en un carruaje con los faroles apagados por precaución…, y toda Francia y el mundo entero sentirán la fiebre de la ansiedad, pensando quién será el muerto y a qué móviles obedecería el crimen.

B. PÉREZ GALDÓS

131
LP, 1/11/1889

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

SUMARIO: En París, al fin —Dificultades de alojamiento —En busca de un techo —La célebre torre —La ascensión —El *Figaro* de la torre —Españoles y americanos en París —Los toros y el baile flamenco —Originalidad de esta exposición —Una frase de Zola.

París, 30 de septiembre de 1889.

Señor Director:

Ya estoy en París. ¡Cuántos miles y millones de viajeros habrán repetido esta frase sacramental, desde que la capital francesa es centro de atracción para Europa y llama al enfermo con las halagüeñas promesas de la salud, al sano con el señuelo del placer, a las mujeres con la trapería y los colgantes, a los industriales con el cebo de la novedad y a todo el mundo con la voz de lo que más puede engolosinarle, atraerle y seducirle!

Ya estoy en París, he dicho, y pudiera decir también que no ha dejado de costarme trabajo; por poco más tengo que irme a dormir a Saint Denis, en la amable compañía del rey Dagoberto.[1] El viajero que llega a París ahora, si no ha comprometido el cuarto con muchos días de anticipación, está fresco: trabajo le mando para acomodarse. Pasados los grandes calores, completa la exposición, la sazón agradable y el momento propicio, afluye a París la gente en tal cantidad, que la línea de vapores del Pacífico tiene comprometidas por tres meses las cámaras todas de sus gigantescos trasatlánticos, sólo para el regreso

14 *Millery*: localidad cercana a Lyon. El asunto tendría amplio eco en la prensa francesa durante casi un año.

1 Véase la carta anterior.

de los turistas americanos que actualmente se encuentran en París. Yo salté del tren sin acordarme para nada de que pudiese escasear el alojamiento; metíme en un coche de barandilla,[2] no sin haber acomodado mi maleta, y di al avinagrado cochero las señas de mi hotel de siempre. El hombre azotó los descarnados ijares de su aleluya[3] y al cabo de media hora se detuvo a la puerta del hotel. Por lo regular, la llegada de un viajero a estos establecimientos —máxime si es un antiguo parroquiano— determina manifestaciones obsequiosas por parte del conserje, de los mozos y luego del dueño. Así me había sucedido siempre. Pero de esta vez nadie me hizo caso; y sólo un mozo —a quien he dado algunas propinas y que me trataba con reverencia profunda— vino desde el fondo del patio, y sin mirarme ni soltar la escoba con que barría, exclamó desdeñosamente: "Complet".

Di las señas de otro hotel y se renovó la escena. A otro, y la misma función. Recorrimos grupos de estos establecimientos (pues hoy en París están por racimos, y hay calle que cuenta dieciséis o veinte, entre chicos y grandes), y en todos lados me vi en la ingrata situación de la Sagrada Familia, cuando tuvo que refugiarse en el portal de Belén. Como yo no podía acogerme a los arcos de la calle de Rivoli, ni meterme debajo del ojo de los puentes —recurso a que apelan muchos vagabundos estos días—, me di por contento al hallar al fin y al cabo, tras larga peregrinación que me costó tres horas de coche, un cuartuco en el quinto piso de un hotel de tercer orden.[4] Del precio no quiero hablar; es preferible que el piadoso lector se lo figure.

No sé si a este lector, a quien me complazco en suponer piadoso, le sucederá algo semejante a lo que me sucedió a mí cuando después del indispensable aliño me lancé a la calle, resuelto a ofrecer mis respetos a la torre Eiffel. Y es que la torre, a fuerza de haberla visto de todos modos y en todas partes, en grabados, fotografías, modelitos de latón y níquel, petacas, cintas, portamonedas, broches y hasta cacerolas para guisar, no me causó —al pronto— impresión extraordinaria: yo me la figuraba exactamente; yo sabía que era así y no podía ser de otra manera. Es más: creía haberla contemplado ya, no sé cuándo ni dónde, pero detenidamente y a todo mi sabor, alguna vez. También se me figuró (repito que en el primer momento) que el inmenso edificio de hierro, por su desmesurada altura y sus proporciones titánicas, se dejaba chiquitas y anuladas las demás construcciones que le rodean y las aplastaba hasta el punto de suprimirlas. Media hora lo más tardé en rectificar esta opinión errónea. La torre se encuentra tan bien colocada, es tal la gallardía de sus majestuosos arcos, tan hábil la traza de sus tres cuerpos, que sin dejar de ser un coloso, no aniquila a los pigmeos que se agrupan a sus pies: pabellones, palacios, fuentes monumentales y galerías magnas.

He dicho que los arcos son majestuosos, y lo son en efecto, produciendo en la retina del espectador esa sensación de armonía y gracia que causa toda línea curva desarrollada en vastas proporciones. De noche se destacan mejor aún los arcos, realzados por la línea de luz de los farolillos.

2 *coche de barandilla*: 'carruaje de alquiler con *barandilla* sobre el techo para sostener bultos o equipajes'.

3 *aleluya*: coloquialmente, `caballo de extremada flacura´.

4 *cuartuco:* `cuartucho´ terminación cántabra contagiada al Galdós "santanderino".

No consiente el espacio ni la índole de estas cartas que yo entre en detalles técnicos, explicando cómo se fundieron y ajustaron las piezas de hierro que con maravillosa exactitud de engranaje han venido a formar la máquina de la torre; ni que pondere la habilidad del que calculó antes, sin equivocarse en un milímetro, el engarce de cada uno de los férreos huesos del coloso; sólo he de decir que este edificio —más céle- bre ya en el mundo que las pirámides, los hipogeos o el coliseo romano, aun cuando ningún extraordinario acaecimiento histórico han contemplado los siglos desde su al- tura— reúne dos condiciones estéticas que difícilmente suelen juntarse: una fuerza y vigor admirables en la base, una ligereza aérea en la cima. El remate de la torre Eiffel,el *campanile* (como le llaman aquí, olvidando que no tiene campana, ni reloj, ni más ruido que el terrible mugir de sus ascensores) es una flecha finísima, de vaporosa esbeltez: parece la aguja gótica de una catedral, y la repisa del faro la corona con diadema imperial. De día, la torre es un poco árida de contornos y agria de color; además, le perjudica la espléndida coloración de la cúpula central de los dos palacios de Bellas Artes y Artes Liberales. Pero de noche, los otros edificios se pierden en las tinieblas y ella sola campea, airosa y refulgente, como una castellana de la Edad Media que llevase un brial todo recamado de pedrería[5] y en la frente un inmenso solitario los rayos del reflector eléctrico.

Los ascensores, como dejo dicho, producen un ruido que asusta. Es muy semejante al del mar cuando se mete de sopetón y furioso por alguna cueva practicada en los peñascos de la costa. Impone, hace erizar el cabello, y recuerdo aquel hermoso episodio de *Los reyes en el destierro,* de Alfonso Daudet, cuando el regio niño Zara, oyendo un rumor formidable, pregunta, asustado e inquieto, "si es el mar", y le responden: "Es París".[6] Sólo que este eco terrible de los ascensores, que oído desde abajo quita las ganas de intentar la ascensión, no se oye (curioso fenómeno) desde que está uno dentro del ascensor mismo. Se sube de una manera fantástica por lo insensible y suave; con una velocidad vertiginosa y sin que el menor chirrido ni el más pequeño crujido del artefacto revele que estamos contraviniendo a una de las leyes físicas más imperiosas: la de la gravedad.

Al través de las rojas barras de hierro que, como gigantesco costillaje, se entrecruzan para formar la armazón de la torre, yo veía descender el Campo de Marte, la explanada de los Inválidos, el monumental y asiático Trocadero, imaginándome que no era yo quien subía, sino la inmensa planicie la que bajaba, a manera de decoración de comedia de magia,[7] disminuyendo de tamaño hasta quedarse las personas no más altas que los enanos del circo. Desde la segunda plataforma, donde ha instalado el *Figaro* una imprenta para componer y tirar un periodiquito cuya redacción no cuesta nada (a los que lo venden, a los que lo compran sí),[8] la gente que anda por abajo se reduce al tamaño de hormigas gordas; y lo que es desde la tercera (donde corre un fresco que puede llamarse frío) desaparece la

5 *brial*: 'vestido femenino de tela rica'.

6 La novela de Daudet, *Les rois en exil*, se publicó en 1879.*

7 Subgénero teatral dieciochesco, basado en la brillantez escenográfica gracias al desarrollo de la tramoya.

8 Para el periódico *Le Figaro*, véase 42, n. 4.*

humanidad, cesa todo movimiento y se ve un París igual a Pompeya cuando la desenterraron de entre la lava: desierto, parado, difunto.

Puse mi firma en el *Figaro* aéreo (cuantos pasan por la segunda plataforma se dan este gusto, por lo cual afirmo que es el periódico que más barato se redacta en Europa, si descontamos al *Siglo Futuro* cuando viene atestado de adhesiones y protestas).[9] ¿Quién le quita al honrado indígena de la Beauce o de la Auvergne[10] el placer de leer su nombre en letras de molde y en un diario parisiense, que se llama *Fígaro* al fin y al cabo? Y como al fin y al cabo se permite estampar una frasecilla cualquiera, aquí tenemos al honrado indígena poniendo en prensa su ingenio para acariciar por espacio de diez segundos ese ensueño secreto del burgués: ser literato y periodista. Devanándose los sesos, consigue decir alguna profundísima verdad; por ejemplo, que la torre es muy grande, o que desde ella parece la humanidad muy chica, o que cuanto más se sube más cerca se está del cielo; y otras veces, prevalido del desierto de las muchedumbres, el indígena da rienda suelta a sus amorosas ansias, y escribe que cuánto se alegraría de tener allí a Fifina o a Liseta. Inocentes desahogos, que por su mismo candor tienen derecho a publicidad y a la sonrisa.[11]

No se oye en la torre más que castellano, verdad que otro tanto sucede en los boulevares, en los restaurantes, en las calles frecuentadas, en cafés y tiendas y en toda la Exposición. España y la América del Sur son, a no dudarlo, los países que más generosamente han satisfecho la contribución indirecta que Francia impone con esta exposición al mundo entero. Nadie gasta el dinero con tanto garbo e hidalguía como los españoles y los hispanoamericanos, nadie da mejores propinas; nadie apura con más golosina el licor espirituoso de las diversiones parisienses, ni se presenta mejor, ni se apropia más íntimamente lo formal y externo de esta civilización refinada según unos, y podrida según otros. A no ser por España y América, la exposición se quedaría reducida a unos cuantos ingleses y húngaros, y a su propia sustancia, o sea al elemento francés.

Juzgando por las lenguas que se oyen más a menudo entre la confusión babilónica de la torre, lo que abunda es, después del elemento español, el húngaro y el ruso. El inglés no falta; pero tampoco sobra. Desde hace años los ingleses están muy curados de "la nostalgia del bulevar"; para ellos, como para Hamlet, existe un imán de mayor atractivo; su Ofelia es la India,[12] y aflojar la mosca en París no está muy de moda en Londres. El italiano falta casi por completo. El alemán se disfraza; no ha renunciado a venir, pero siempre es austríaco, aunque sea más prusiano que el propio Bismarck. No me explico, dada la actual tolerancia entre naciones, este empeño en no reconocerse alemán; supongo que a ninguna contrariedad se expone el que se reconozca súbdito de Guillermo; con todo eso, procuran ocultarlo.[13] Portugueses he visto bastantes, y por cierto muy

9 Para el periódico *El siglo futuro,* véase 27, n. 5. Galdós no pierde ocasión de zaherir a carlismo e integrismo.

10 Regiones francesas.

11 Tal vez la caricatura de *Le Figaro à la Tour* sea inmerecida.*

12 *La India*, entonces colonia inglesa, era, para los británicos el paraíso, como para Hamlet su amada *Ofelia.*

13 Guillermo II, káiser desde el año anterior. Los alemanes todavía creen vigente, insinúa Galdós, la antipatía de los franceses hacia ellos, por la derrota sufrida en la guerra franco-prusiana y la posterior ocupación de París.

ilustrados y correctos; griegos, algunos; en cuanto a negritos y morazos, es género que se encuentra a porrillo.

No predomina España solamente por la cantidad y calidad de sus viajeros: también por el influjo y aceptación de sus diversiones y costumbres. El caprichoso parisiense se ha prendado de dos espectáculos eminentemente castizos: los toros y los bailes flamencos y gitanos. Pero ambas cosas piden que les consagre una crónica especial y lo haré; son asaz curiosas, sobre todo vistas al través de la imaginación de los franceses, para que yo las deje en blanco.

Hoy no puedo hablar sino de la impresión general que me causaron la célebre torre, la galería de las máquinas, los dos soberbios palacios y la innumerable serie de edificios que —miedo y tristeza infunde pensarlo— serán bien pronto demolidos, con mayor celeridad todavía de la que se empleó en erigirlos, y quedaran perpetuados solamente en la memoria, en la fotografía y en los periódicos ilustrados de este año 1889. La exposición merece su fama; y según la acertada definición de Zola, es sumamente divertida *(très amusante,* dice el insigne novelista). En efecto, hay aquí para todos los gustos, todas las aficiones, todas las manías, todas las extravagancias, todas las ideas y todas las aspiraciones, pasto, alimento y saciedad. El arte y la industria, el placer y el estudio severo, tienen cabida por igual en el inmenso certamen, después del cual, lo aseguro, va a ser bien difícil inventar cosa nueva en materia de exposiciones, porque donde esté la presente…, boca abajo todo el mundo.

B. PÉREZ GALDÓS

132
LP, 13/11/1889

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

SUMARIO: Espectáculos españoles en París —Toros y toreros —La ficción tauromáquica —El flamenquismo y las gitanas españolas —Espectáculos de Oriente —Los actores annamitas —Temible extravagancia de este arte —La aldea javanesa —Danza hierática —Los "ascias" salvajes —La bella Fatma —La danza del vientre — Buffalo Bill —Espectáculos de carácter histórico —Teatros —Sara Bernhardt —La "Mandronelle".

París, 15 de octubre de 1889.

Señor Director:

He dicho que los espectáculos españoles tienen invadido a París, y que los franceses se chupan los dedos de gusto tras nuestras corridas de toros, nuestros bailes gitanescos y nuestro *cante jondo* o lo que sea (porque a la verdad, considero de difícil clasificación el canturreo de las gitanas, tal como aquí se estila). Los toros, en especial, pueden darse por aclimatados en París. La sociedad protectora de los animales obtuvo, con su innegable influencia en elevadas regiones, que esté vedada la suerte de matar; y el público, sin atrever-

se a reclamar este supremo goce dramático de la función taurina, porque están de moda la humanidad y la clemencia, se da por contento con admirar la gallardía y riqueza de los recamados trajes de los diestros, el airoso manejo de la capa, la agilidad de los *caballeros en plaza,* la pujanza de los picadores, la ligereza de los chulos, la gracia y el donaire y la sal de María Santísima que en todas y en cada una de las peripecias tauromáquicas rebosa.

No es sólo en la plaza donde reciben continuas ovaciones nuestros artistas en cuernos. Cuando pasan por el boulevar, la gente se vuelve y óyese un rumor, ese rumor indescriptible, que no es hablado ni cantado, y que parece el roce de unas alas, algo eléctrico y misterioso como la emoción misma que lo produce. La curiosidad etnográfica y la pintoresca se despiertan juntamente al ver unos hombres de tan garboso andar, de tan varonil aspecto a pesar de la rasuración, morenos, atezados, desdeñosos y corteses a la vez, serios, impávidos y favorecidos sin duda alguna por el ceñido traje, la blanca pechera salpicada de diamantes gordos como bellotas, la chaquetilla que señala los omóplatos y la bota que exagera la elegancia del arqueado pie. Van ellos por las calles de París, diciendoa voces con su actitud a este pueblo amigo de espectáculos incruentos, que entre nosotroslos toros no son *de mentirijillas como las comedias* y que en España la sangre corre sin que nadie se horripile.

Así es que la novelería ingénita de París ha puesto a los toreros en candelero, haciendo de ellos los *liones o dandies* del momento presente.[1] Les traen y les llevan de función en función y de sarao en sarao; les han inducido a ponerse de frac, y con su frac y su coleta asistieron a varias reuniones y comidas; los periódicos publican artículos y más artículos acerca de la vida, hechos, amoríos, costumbres y rarezas de *Frascuelo*, *Lagartijo* y Mazzantini; [2] y *L'Écho de París*, diario que se ha calzado la mejor parte de la redacción de *Gil Blas,*[3] trae una historieta de Armando Silvestre (el colmo de la popularidad *non sancta)* cuyo héroe, de la historia digo, es torero y se llama… ¿Cómo pensarán mis lectores que se llama? Pues *Autodafé.*

Todas estas extravagancias y niñerías prueban que la fiesta nacional española se aclimata en la capital francesa. Algo del éxito que obtiene se deberá a lo especial del año en que se implanta; no siempre hay exposición, ni se reúne un auditorio tan numeroso y cosmopolita. No obstante, la prueba de que el público lo ha tomado con golosina, es que paga las localidades a un precio inverosímil, más caras que las butacas de la Grande Opera. Las barreras cuestan veinte francos, diez el más ínfimo tendido de sol (verdad que aquí el sol no pica). Los palcos salen por un ojo de la cara. Y todo para un simulacro, para una especie de ludibrio o juego en que la mano que señala la estocada se retira antes de que la punta del acero desflore las cerdas del testuz.

No por eso se salva el toro de la negra muerte. La ciencia que adquiere durante los lances de la corrida, ciencia que su instinto animal conserva más fielmente que nuestra

1 *liones o dandies*: `elegantes, figurines´ en fráncés e inglés.

2 Además del Diccionario de nombres, para *Frascuelo* y *Lagartijo* puede verse 40.

3 *L'Écho de Paris*: periódico conservador francés publicado entre 1884 y 1944; *Gil Blas:* revista satírica impresa en Madrid entre 1864 y 1872, con una breve reaparición en 1882.

memoria racional los datos y los hechos, le es funesta y mortífera (toro corrido no dejarlo vivo), es axiomática ya. Por otra parte, el encendimiento de su sangre le mataría, aunque le perdonase el cuchillo o la maza del sacrificador. Lo único que logran los de la Protectora es que se cumpla en el toro aquel precepto del gran poeta latino respecto a los hijos de Medea: que no sucumba *coram populo*.[4]

He visto a las gitanas que en la exposición amotinan al público con sus habilidades líricas y coreográficas, y me parecieron (vaya con paz de sus innumerables apasionados) lo peorcito de los cafés cantantes de Madrid y Sevilla.

En esto del flamenquismo, como en todo, hay género fino y género basto, y lo que se ha traído aquí es de tercera, inferior no diré a la célebre *troupe* de Silverio,[5] sino a lo que diariamente se exhibe en el café Imparcial y sus congéneres. Ello es que se las aplaude, y se las tiene por gitanas netas, castizas y verídicas, y se confunde el indecente contoneo de su torso con el saleroso quiebro de caderas que imprime carácter oriental al baile propiamente flamenco. Y puesto que los espectadores no se quejan, dejarles con la ilusión de que han gustado la quintaesencia de la sandunga española. Es de advertir que la parte masculina de la *troupe* es todavía peor, si cabe, que la femenina. Ni aquello es bailar, ni jalear, ni cantar, ni nada. Las coplas que *echan* de cuando en cuando son del repertorio zarzuelero ínfimo y anticuado; y sus movimientos y estilo de requebrar, pertenecen al género lupanario puro.

Más auténtico y aún más selecto me parece todo lo oriental (de la Indochina) que en la exposición puede verse. En los moros argelinos hay sin duda mucho recorte y mucho tipo europeo; no así en la compañía de actores annamitas[6] y en la de bailarinas javanesas. Los actores annamitas son tan legítimos que ya pasan de castaño oscuro. La representación de sus dramas es una pesadilla; un frenesí, un cuadro pintado por artista loco, un ensueño forjado en un cerebro que atacó el *delirium tremens*. Los trajes, de colorines extraordinarios y adornos increíbles; los rostros pintados con chafarrinones; los dientes ennegrecidos con laca; las voces guturales, nasales, discordantes, chillonas; el argumento del drama absurdo, en medio de cierta poesía o conato poético que no se le puede negar, la estética del espanto pueril, del miedo al coco en la niñez, esto es el teatro annamita, que prueba una vez más cuán diverso es el concepto de la belleza en los diversos países y en las distintas razas de nuestro globo. Este espantoso mamarracho que se adelanta vestido de verde, con la cara tiznada de color teja, alzando una pierna y dejándola levantada en el aire, mientras exhala discordantes maullidos de gato a quien pisan la cola, es acaso el Talma, el Máiquez, el Frederick Lemaître del reino de Annam. Tal vez su fea jeta colorada hace latir por allá los corazones, y sus berridos desafinados arrancan lágrimas y difunden por las venas el sublime estremecimiento del terror y la piedad. Las doncellas del Annam acaso ven en sueños al galancete encargado de representar el personaje simpático del drama *Ta hué* ("La Rosa")

---

4 *Medea* protagonista de la tragedia homónima de Eurípides, mató a sus hijos *coram populo*, es decir, 'a la vista de todos'. La frase latina procede de la versión poética de Horacio.

5 *Silverio* de Córdoba: célebre cantaor de serranas.

6 De la región de Annam, en Indochina, entonces colonia francesa.

y quizás aspiran a obtener una mirada suya cuando sale del escenario sudoroso y exhausto a fuerza de pegar chillidos.

¿Será verdad que todos los hombres proceden de una sola pareja? Estos mostrencos, en realidad, no se parecen a nosotros poco ni mucho. Son como una humanidad caricaturesca, en la cual hay algo de simiaco, mucho de infantil, y al par no sé qué nobleza reposada, qué elegancia rara de *bibelot* chinesco, que contrasta de un modo singularísimo con lo desapacible de sus gritos y lo estrambótico de sus gestos y actitudes.

Yo insisto en que lo que desearía saber es si en efecto los annamitas que representan aquí son buenos actores en su tierra. Los periódicos franceses han jurado y perjurado que sí; pero desde que he visto las gitanas desconfío de las aseveraciones de los periódicos franceses respecto al mérito de la gente que por aquí se deja caer. Lo que sí afirmo es que la pieza representada debe contener un tesoro de chistes para los annamitas, porque los cinco o seis (que serían empleados del teatro, maquinistas, etc.) que figuraban entre el público, no cesaron de reír a mandíbula batiente todo el tiempo que duró la función.

La aldeíta javanesa o *Kampoug* es, en mi concepto, uno de los rincones más lindos, auténticos y curiosos de la exposición colonial. Es el gobierno holandés quien ha patrocinado instalación tan graciosa, que consiste en una verdadera aldea rodeada de una muralla de paja, como de dos metros de altura, y muchas casitas donde se albergan y viven los habitantes de la minúscula colonia. Parece que estas casitas o cabañas las construyeron los javaneses con grandísima destreza, sirviéndose tanto de las manos como de los pies. Los moradores del caserío serán de cincuenta a sesenta, todos chiquitos y menudos como juguetes de estantería; esta raza es muy pequeña; presenta el carácter de infancia que tan acertadamente observó Pierre Loti en su novela japonesa *Madame Chrysanthème.*[7]

Allí, en la aldeíta, ellos se han arreglado su vida habitual: guisan, tejen sombreros, ejercen las industrias a que están acostumbrados, y todo el día se oye resonar el complicado y primitivo instrumento músico hecho con canutos de caña, en que ejecutan siempre igual música monótona, tres o cuatro notas tristes, que parecen el quejido del agua al deslizarse entre los cañaverales. Pero lo más atractivo es el espectáculo de las bailarinas de Java y Sumatra. Nada más menudo y gracioso que sus cuerpecitos atezados, que en las posturas hieráticas que adoptan se parecen a las figurillas pintadas sobre los muros de los hipogeos y monumentos sepulcrales del antiguo Egipto. Su danza es misteriosa, acompasada, grave, púdica, llena de decoro y de majestad. Ninguna idea libre o picaresca despierta su desnudez; sus formas delicadas y como modeladas en bronce, señaladas por el angosto paño (no puede llamarse falda) que las ciñe y dibuja con precisión. Al parecer, las tales javanecitas cuentan de trece a diecisiete años; ninguna llega a dieciocho, edad en queya se consideran viejas las hijas de aquel ardoroso y tempranero país, donde la mujer es núbil a los ocho años y madre a los nueve o diez. Estas bailarinas, sin embargo, pasan por extremadamente honestas y son como una especie de vírgenes sagradas, dedicadas a la divinidad y prestadas por un rajá celoso con el encargo expreso de que no prevariquen,

7 En su novela de 1887, Loti relata su propia experiencia como oficial francés que decide casarse con una ingenua japonesa. Probablemente en ella se inspiraría Puccini para *Madame Butterfly* (1904).

ni se permita acercarse a ellas a ningún osado galán europeo. Las chiquillas (pues no me acostumbro a llamarles mujeres) cumplen bien, según parece, las severas órdenes del tirano; pero mujeres, al fin (aunque en miniatura), no reciben con desagrado las miradas y las bromas que desde la primera fila de espectadores se le dirigen, y contestan con muecas, guiños, monerías de muñecas, la cosa más inocente y cómica del mundo.

Otro espectáculo en el cual podrá echarse de menos todo, excepto el *color local,* es el que ofrecen los ascias o salvajes africanos que, por fanatismo religioso, según ciertos corresponsales, y por ganar dinero, según otros, ejercitan todas las noches las habilidades más espantosas y repugnantes del mundo. Feos como demonios, magros, extenuados, llenos de cicatrices, estos bárbaros logran, sea por medio del hipnotismo, sea por el empleo de sustancias incombustibles, aplicarse a la lengua hierros candentes, tragar ascuas encendidas, comer lagartijas vivas, sapos enteros, espadas desnudas y piedras gordas como manzanas; sacarse los ojos de las cuencas y volver a incrustarlos, como quien incrusta una piedra preciosa y, en fin, realizar mil extravagancias y atrocidades que no tienen explicación posible dentro de las leyes comunes de la sensibilidad humana. Creen muy acreditada la especie de que son fanáticos o iluminados, en quienes las *gnosis* o arrebato de identificación mística, ha suprimido las facultades sensoriales, haciendo que no perciban el dolor ni noten cuando se achicharra su carne despidiendo olor nauseabundo. Yo no puedo resolver el problema. Digo, sí, que son una cosa muy rara, muy inaudita y muy asquerosa a veces, cuando les da por comer culebras.

El contraste mejor de tan fea diversión es irse a ver y admirar en el "Palacio de los niños", que mejor debiera llamarse por este concepto el paraíso de los hombres, el soberano rostro de la bella Fatma, primer premio del certamen de hermosura de Spa.[8] Dicen algunos (porque todo puede criticarse) que la bella Fatma es tonta, que es un hermoso animal y nada más, absolutamente. Entiendo que puede aplicársele la frase de Bécquer: "mientras calle y guarde el enigma, siempre valdrá más su silencio que la elocuencia y el despejode otras".[9] Fatma representa haber pasado de los veinte, se encuentra en la plenitud del desarrollo de la beldad femenina; realiza cumplidamente el tipo clásico de la odalisca, de formas opulentas, brazos redondos y esculturales, ojos ovalados, negrísimos, boca roja yde frescos labios, cabello abundante, facciones perfectas, trazadas a pincel más que mo- deladas por la naturaleza, tal es su corrección desesperante. Esta hembra de primer ordenbaila ante un público, asaz indiferente, la *danza del serrallo,* cuyas mudanzas lánguidas yprovocativas le permiten lucir todo el tesoro de sus gracias y toda la armonía de sus formasadmirables. Los espectadores, sin embargo, no parecen entusiasmarse lo que en cualquier café-concierto de mala muerte. Yo creo que el francés tiene incapacidad radical de sentir lapura belleza plástica, y que le atrae más la expresión, la picardihuela, el *chic,* la misma co- rrupción si se quiere. Aquí es un requiebro muy usual el decir de una actriz que *tiene vicio.*

8 No se ha encontrado el significado de este término. Tal vez sea errata de una abreviatura galdosiana.

9 El texto es paráfrasis de la última estrofa de la *Rima XXXIV* de Bécquer: "¿Que es estúpida?… ¡Bah!, mientras, callando/ guarde oscuro el enigma,/ siempre valdrá, a mi ver, lo que ella calla/ más que lo que cualquiera otra me diga".

Más partido que la exhibición de la bella Fatma tiene la bella *danza del vientre,* que ejecutan las *almeas o* bailarinas árabes. Estas danzan con la barriga, diferenciándose en eso de nuestras bailadoras flamencas, que sólo mueven la cadera si obedecen a las reglas clásicas de su baile. Visten un traje semi oriental, y parece que se les conoce que son mozas de vida alegre en un detalle curioso: en que usan medias, cosa que no consentiría ninguna mujer de bien de aquellos países. Con las dos manos juegan unas castañuelas o, más propiamente, unos crótalos de metal,[10] y los que jalean, que están sentados en cucli- llas alrededor del escenario, les cantan ciertas coplas tristísimas, en comparación de las cuales son puras bufonadas los jipíos de nuestros jaleadores.[11] Hay, sin embargo, induda- ble enlace entre esta danza del vientre y el baile flamenco español.

Sin moverse apenas del mismo sitio, conservando inmóviles las demás partes del cuerpo, las almeas zarandean, sacuden y hacen resaltar su magro abdomen (magro por fortuna), imprimiéndole ya un movimiento de rotación, ya un temblor epiléptico, ya un balanceo de columpio, ya una proyección desesperada. La cosa no tiene mucho de bonita, es fuerza confesarlo. Más me divirtió la parodia del baile, hecha en un circo por los payasos, que el baile en sí.

Un espectáculo exótico de los que más engolosinaron a París esta temporada, es el coronel Cody, conocido por Buffalo Bill. La moda le ha dado el *exequatur*[12] y ayer he visto en un escaparate el sombrero *Buffalo* imitado del romántico fieltro que gasta el héroe de las fronteras. Porque Buffalo, que para algunos escépticos es buenamente un dulcamara,[13] para los creyentes es un valentón legendario, un matador de pieles rojas, el mejor protagonista de una novela de Fenimore Cooper o el capitán Marryat. Se refieren de él proezas de marca mayor, entre otras el reto que para singular combate aceptó del jefe indio *Mano amarilla,* a quien mató y arrancó la cabellera con toda la destreza de un salvaje. Diligencias y correos protegidos, búfalos muertos, *mustangs* domados en un abrir y cerrar de ojos, [14] aciertos inverosímiles en la puntería, cantan las glorias del *coronel,* que parece lo es de verdad, en los ejércitos de la Unión. Es también, sin duda alguna, un bello tipo de hombre, vestido y peinado como lo exige la estética, con la melena larga, las botas altas, el coleto ajustado y el chambergo airoso. Parece un caballero del siglo XVI, que dispara con armas a la moderna por raro anacronismo. Los caballos, búfalos, indios y muchachos o *cowboys* que trae consigo, forman una compañía muy notable e hípica. Ningún extranjero de los innumerables que han caído en el remolino parisiense, desde mayo a octubre, perdona la visita a Buffalo Bill.

Menos frecuentadas son las reconstrucciones históricas: la nueva Bastilla, con un pe- dazo de la rue Saint Antoine;[15] la evasión de Latude, que se representa todos los días; las

10 *crótalos*: 'instrumentos musicales de percusión'.

11 *jipíos*: gritos, quejidos del cante flamenco.

12 Permiso de la autoridad.

13 La *dulcámara* es una bella planta trepadora. Quizás Galdós lo emplea en el sentido figurado de 'trepador, arribista'.

14 *mustangs*: `Caballos salvajes´.

15 La célebre fortaleza parisina, situada al lado de la Porte de *Saint Antoine*, con cuyo asalto se inició la Re-

tiendecillas de la época anterior a la Revolución y los calabozos, tal como se encontraban cuando el pueblo demolió la horrible fortaleza; la torre de Nesle, donde se ve bailar a Esmeralda, hacer muecas a Quasimodo, pasar coronada a Margarita de Borgoña, que lleva a su lado a Buridan;[16] la *Cité,* en tiempo de Enrique IV, o sea el Petit Châtelet, con su pavoroso desfile de prisioneros, jueces y verdugos, su cámara del tormento, y sus procesos de hechicería y magia;[17] la torre del Temple, con sus tristes celdas que presenciaron las amarguras de la familia real y la agonía del mártir Luis XVII[18] (a menos que sea verdad lo que ahora afirman algunos periódicos franceses, que el niño rey no murió en el Temple, sino que logró fugarse y vivió en Suiza oculto, bajo el nombre de Naundorff).[19]

Pocos espectáculos creo haber dejado en el tintero: los teatros, claro está, siguen funcionando como en otro año cualquiera, y si el calor les quitó público en los meses de julio y agosto, ahora los primeros fríos que aquí entran de mano armada, ya con atisbos de nieve, les devuelven todo su auge y brillantez. Siempre la estrella de primera magnitud en el arte dramático, es Sarah Bernhardt. No realiza, sin embargo, esta célebre actriz, el ideal de la artista, al modo que lo realizaron las Nogueles y Ristoris.[20] Hay situaciones y momentos en que descuellan, por ejemplo, las escenas amorosas. Nadie dice con más monería y ternura una frase de cariño; nadie sonríe mejor, nadie finge los celos y el despecho amoroso, con tal perfección y maestría; ninguna mujer requiebra mejor ni acentúa más mimosamente una entereza; en la parte trágica flaquea su talento. Raras veces conmueve; raras se la ve sentir y comunicar su sentimiento a los espectadores. Viste elegantísima, pero sin naturalidad; dice bien, pero sin energía ni eficacia; extrema los gritos, y no sabe sacarlos del corazón; adopta posturas que se prestan a que las reproduzca el pincel, pero no se aproxima nunca a la verdad dolorosa y terrible de la tragedia humana. Este efecto me produce a mí (acaso me equivoque); sin embargo, noto que el público, a la salida, habla más del corte de los trajes y color de las telas que usa Sarah, que del drama mismo; noto también que muy pocos espectadores vierten lágrimas; he advertido, en resumen, que Sarah divierte e inspira curiosidad, y no conmueve mucho.

Lo que no puede omitirse al hablar de espectáculos en Francia, es la *chanssonette.* Sobre la espuma del champagne salpicada de partículas de barro y de chispas de diamante, coronada de flores artificiales, señalando hacia el busto de Béranger, se alza la cancionci-

volución Francesa.

16 *Nesle*: torre parisina del S. XIII que se convirtió en legendario lugar de encuentros entre los reyes y sus amantes. La gitana *Esmeralda* y el jorobado *Quasimodo* son personajes de *Nuestra señora de París* (1831) deVictor Hugo. La reina *Margarita de Borgoña* y el teólogo Jean *Buridan* son personajes históricos.

17 Al inicio del reinado de Enrique IV se produjeron sangrientos conflictos religiosos.

18 Esta torre construida por los Templarios en el s. XII, fue prisión de la familia real francesa durante la Revolución y allí murió a los diez años Luis XVII. Con la enumeración de épocas diversas y personajes ficticios y reales se quiere dar idea del tipo de escenas históricas fugaces que se representaban en la Exposición.*

19 *Naundorff* fue siempre sospechoso de impostura, pero esta solo se confirmaría por pruebas de ADN en 1999.

20 No se ha encontrado *Nogueles.* Puede ser errata.

lla,[21] viva, picaresca, estólida, indecente, chabacana, patriótica, grotesca, siempre francesa legítima, siempre *gauloise* en su fondo, siempre inexportable. Paulus es el semidiós del género. Ya describa su corrida en pelo por las calles de París *derriere l'ómnibus,* ya cuente las malandanzas del *sapeur pompier*, ya refiera los últimos instantes de Gamahut el sentenciado a la guillotina, ya parodie las muecas de asombro del aldeano que llega al pie de la torre Eiffel,[22] Paulus consigue el mismo éxito de risas, bravos y *bis,* y entre tantísimo cantador como por aquí se ve, es el único que ha roto el anonimato, y sabido ganarse un nombre igual al de la simpar Teresa, la inspirada intérprete de la *Maseillaise des pauvres gens*[23] una mujer que habla más al corazón que Sarah con todos sus trapos y moños.

B. PÉREZ GALDÓS

133
LP, 30/11/1889

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

SUMARIO: Los pueblos jóvenes —Las naciones iberoamericanas en la exposición de París —El palacio del Brasil —Méjico y su pabellón portátil —La república del Ecuador —Bolivia y Nicaragua —Venezuela —San Salvador —El palacio chileno —La república Argentina, su palacio —Una frase de Carlos V —Riqueza y porvenir del suelo argentino —Las ciudades del porvenir —Importante papel de los países hispanoamericanos en la civilización universal.

París, 25 de octubre de 1889.

Señor Director:

De todas las naciones que concurrieron al Campo de Marte con los productos de su territorio y de su industria, unas han sostenido su honor a la altura acostumbrada, otras revelaron, si no atraso, estacionamiento, otras demostraron que les falta empuje para adelantar y que más bien propenden al retroceso; las únicas que aparecieron con más presente que pasado, con muchísimo más porvenir que presente, fueron las jóvenes repúblicas sudamericanas, y entre ellas, señaladamente, la república argentina.

Hay en nuestro espíritu un prurito, un impulso misterioso hacia lo nuevo, una especie de alegre entretenimiento al percibir el primer resplandor de los tiempos futuros. Lo nuevo es regocijo y esperanza; lo nuevo es promesa. Un pueblo que se despierta a la conciencia nacional y a la vida civilizada, que no hace sino empezar a grabar su nombre en el libro

21 *Sobre la espuma … la cancioncilla*: 'En el ambiente característico de los cafés-cantantes, señalando hacia su motivo más célebre, domina la *chanssonette*'. El *busto de Beranger* (1829) es obra de David d'Angers.

22 Mediante títulos y motivos de diferentes *chanssonetes* de Paulus, se quiere ejemplificar la enorme variedad temática de este tipo de canción. *Gamahut* fue un asesino famoso, ejecutado en 1885.

23 Es posible que se refiera al poema épico de Victor Hugo *Les pauvres gens*.

de la historia, nos sugiere ilimitados ensueños; vemos como en una nebulosa estelar sus venideros destinos, los grandes hombres que ha de producir, el caudal de ideas propias que ha de poner en circulación, el concepto peculiar de la vida que ha de debérsele y que acaso impondrá a otros pueblos ya decaídos, en fin, toda su misión, todo el ciclo que está llamado a recorrer. Porque no cabe duda: las naciones lo mismo que los individuos, empiezan por la niñez, alcanzan la edad adulta, cumplen un objeto, una ley que les dictó la Providencia, y después parece que esa Providencia misma les relega a segundo término como diciendo: "Ahora salen a escena otros actores, que representarán otros dramas. Mi repertorio y mi personal, son inagotables".

El papel brillante y heroico, la parte de galán, la recitó España allá en los siglos XVI y principio del XVII. Después hizo de barba:[1] fue la nación severa y entristecida, que a cada día que iba pasando perdía un trozo de sus posesiones o una flor de su corona. Hoy aletea trabajosamente: acaso la aguarda una regeneración cuyos primeros síntomas ya se advierten; pero aun suponiendo que mintiesen los buenos augurios y que España estuviese sentenciada a perpetuo descenso y total ruina, su gloria y su consuelo es renacer más allá de los mares, en el cuerpo lozano y hermoso de la América española.

Con satisfacción y orgullo he examinado en el precioso pabellón de la república Argentina en París, el cuadro estadístico de los ciudadanos del Plata. Allí se ve que la república Argentina está formada por elementos muy heterogéneos en cuanto a población; allí abundan los italianos, los alemanes, los franceses, hasta los rusos. Sin embargo (me lo ha confesado un ruso amigo mío),[2] todos estos componentes, una vez reunidos bajo la bandera del Plata, adquieren al punto carácter hispano. Los americanos que encuentro por aquí a cada momento me parecen —aunque prescindamos de la lengua, lazo ya de por sí tan fuerte e inquebrantable— españoles en la apostura, en el aire, en el espíritu mismo: más correctos que nosotros, con aire más cosmopolita y desembarazado; pero, españoles de raza, sin error posible.

Y en este renuevo o reencarnación de España en la tierra que descubrieron sus naos, ¡cuán sensible, rápido, y franco es el progreso, entre nosotros tan lento, tan perezoso, que camina tan a remolque, cual si tropezase a cada momento con proverbiales apatías y consuetudinarios obstáculos!

La prensa francesa lo ha reconocido, reiterada y explícitamente. Aunque por lo regular mal informados acerca de lo que ocurre en países extranjeros, y amigos de continuar la leyenda que se forma en momentos dados y en circunstancias especiales, de esta vez los periodistas parisienses hablaron con equidad *y* acierto, y fueron los primeros en señalar la enorme distancia recorrida por los argentinos en poco más de un cuarto de siglo, la transformación benéfica y admirable de sus costumbres políticas y sociales, de su industria, de su ciencia.

Antes de penetrar en el pabellón argentino será justo consagrar ligera ojeada a los de los otros países iberoamericanos, que bien lo merecen. Todos los Estados de la América

1 En el teatro clásico español, el actor que representaba el papel de persona respetable y de más edad.

2 Probablemente Isaac Yakovlevich Pavlovsky que estuvo en España como corresponsal en los años 84 y 85.*

latina manifestaron en la solemne ocasión presente, emulación saludable y fructífera. Sus palacios compiten en elegancia y riqueza.

Empecemos por el del Brasil. El arquitecto llamado a dirigir la construcción del edificio imperial recibió instrucciones sumamente curiosas por su vaguedad misma. Así como cierto monarca absoluto pedía al bailarín Vestris que expresase danzando la idea siguiente: "Tengo que ir a esperar a un primo mío que llega por la diligencia de Aravaca, y no puedo porque me duelen las muelas", al arquitecto del pabellón brasileño se le recomendó que diese a la construcción "el carácter arquitectónico que parezca más adecuado para exponer los productos de un imperio americano y latino cuya principal riqueza consiste en materias de origen vegetal y mineral".

Ideas no muy fáciles de expresar en una fachada como deben comprender los lectores. Dauvergne,[3] que fue el encargado de realizarlas, se limitó a idear un lindo palacete del orden compuesto, engalanado con una airosa y atrevida torre de cuarenta y cinco metros de altura. En él colocó un jardín de invierno que ha sido el encanto de las damas visitadoras de la Exposición; sostenida por chorros de agua caliente la tropical temperatura de trein- ta grados, florecen allí con el pleno vigor de su nativo clima las orquídeas más raras, los pandanus y helechos gigantescos de la época carbonífera, los nenúfares, las raras dioneas cazadoras, que se alimentan de carne lo mismo que un lobo, y por último la espléndida y fenomenal *victoria regia*,[4] cuyas hojas son a manera de inmensa bandeja de un metro cincuenta centímetros de diámetro, sobre las cuales pueda sentarse y sostenerse en equilibrio un niño de ocho o diez años. La primera vez que en otra Exposición, la de Londres, vegetó en Europa tan curiosa planta, el hijo de la reina Victoria, hoy príncipe de Gales, fue el primero a tomar asiento en ella.[5]

Dentro del pabellón del Brasil se ven muestras numerosas de la opulencia del territorio: enormes diamantes en bruto, gordísimas esmeraldas, topacios soberbios. No hablemos de lo que ostenta en productos tintóreos, maderas de construcción, cortezas y plantas medicinales, polvo de oro y palo de campeche.[6] Al lado de las primicias de tan óptima tierra, que parecen obsequios prodigados al hombre por una naturaleza complaciente y benigna, están las innumerables traiciones de la muy coquetona y falsa: los insectos dañinos y repugnantes, las serpientes rellenas de ponzoña, las pieles de sanguinarios chacales y tigres. Caros vende sus favores la naturaleza brasileña: da, pero ataca; abraza, pero muerde.

Méjico, al cual no se tiene aquí por uno de los países más adelantados de América, fue, sin embargo, de los que con mayor actividad y constancia procedieron a quedar lucidamente en el Campo de Marte. Su comité organizador no descansó un minuto. Antes de remitir a París los productos destinados a figurar en el pabellón, verificóse en Méjico un ensayo o exposición preparatoria; idea muy acertada y prudente.

3 Todos los pabellones de Iberoamérica, salvo el de México, fueron construidos por arquitectos franceses.

4 *Pandanus*: planta tropical del Pacífico; *dioneas cazadoras*: plantas carnívoras: *victoria regia*: tipo de nenúfar.

5 Debe referirse a la primera exposición universal, Londres 1851, durante la cual el futuro Eduardo VII tenía 10 años de edad.

6 Palo de tinte amarillo.

Nada se omitió a fin de que el pabellón correspondiese a las gloriosas tradiciones del imperio mejicano, y se decidió construirlo de tal suerte que se pudiese desarmar y trasladar a Méjico, terminado el certamen. Indudablemente la extraña forma del pabellón contribuye no poco a que se fije en él la atención de los curiosos: es un *teocali*[7] de aquellos en que los compañeros de Hernán Cortés, derrocando el sangriento altar del ídolo, colocaban una cruz y algunas flores, símbolo de nueva civilización más dulce y pura.

Tiene el pabellón forma piramidal, y sus fachadas miden setenta metros de longitud por quince de altura, sin más hueco que el pórtico de ingreso. Dibujos y relieves fielmente copiados de los antiguos monumentos aztecas, adornan el pórtico: y doce figurones de bulto, imponentes y majestuosos, se destacan sobre la fachada principal. Son los emperadores de Méjico y los dioses tutelares del imperio, entre ellos el horrendo Vizlipuzli,[8] aquel a quien fueron ofrecidos en holocausto centenares de palpitantes corazones españoles. Hoy el ídolo no patrocina cruentos sacrificios, sino la pacífica ostentación de los dones que la mano de la Providencia derramó sin tasa en el suelo mejicano. Vainillas, cacaos, cafés, azúcares, mezcales,[9] algodones, plantas y semillas alternan con pajaritos de brillante pluma, ricas y suaves pieles, muestras de lingote de plata y oro nativo. Al ver tantas preciosidades naturales se recuerda aquel elogio que hacía de su patria don Juan de Alarcón, en la comedia *El semejante a sí mismo*:

Méjico, la celebrada
cabeza del indio mundo,
que se nombra Nueva España,
tiene su asiento en un valle
toda de montes cercada,
que a tan insigne ciudad
sirven de altivas murallas.[10]

Abajo —porque el pabellón de Méjico consta de un piso principal y de una alta galería circular— vense maniquíes vestidos con los variados y pintorescos trajes de las provincias mejicanas; y no faltan tampoco los riquísimos jaeces de pespunteado y bordado cuero, incrustados de plata, que tan bien decoran la airosa estampa del corcel de las llanuras.

El pabellón de la república del Ecuador no es de arquitectura menos extraña que el de Méjico. Lo adornan pajarracos extravagantes y mascarillas curiosas, copiadas de monumentos primitivos existentes en el territorio quiteño. A la puerta, en vez de dioses y emperadores, hay cuatro enormes varas de curioso modelado y aspecto prehistórico, dando la guardia. En los productos del Ecuador predomina, como en los de todas las repúblicas americanas, el caudal agrícola y mineralógico, sin que dejen de interesar los fósiles, los

7 Templo de los antiguos nahuas de México.

8 Dios azteca de la guerra.*

9 *mezcales*: `tipos de bebida alcohólica tradicional mexicana, obtenida del tallo del maguey´.

10 Versos iniciales del personaje Juan en el acto I. La comedia se publicó en 1628 pero se cree que fue escrita mucho antes.

pájaros disecados, los reptiles, las telas bordadas, las armas salvajes. Análogas son las dos exposiciones de Bolivia y Nicaragua, potencias que han sabido mantener a envidiable altura su bandera en el Campo de Marte y entre los Estados afines.

El pabellón de Venezuela, del cual no se ha dicho tanto como de los del Brasil, Méjico y república Argentina, encuentro que merece detenida atención y elogios por el alto sentido histórico de su estilo. Es un monísimo edificio de carácter español jesuítico, parecido a los templos del Nuevo Mundo, como también a los santuarios de la península en que ya ejerció influencia el gusto barroco: verbigracia, el camarín de Nuestra Señora de la Guadalupe, en la provincia de Toledo. La portada del edificio (el cual tiene de área seiscientos metros en cuadro) recuerda el pórtico de la catedral de Caracas.

Es indudable que las jóvenes repúblicas americanas vienen al concurso con toda la ilusión y brío de la mocedad. No puede compararse el interés y celo que en sus expo- siciones se advierte, con la apatía y la, en ocasiones punible, negligencia de los estados machuchos.[11] Estos ya se duermen sobre los laureles amarillentos de cien victorias; aqué- llas cultivan amorosamente los brotes frescos con que un día tejerán corona inmarcesible. No hay sino ver como la republiquita de San Salvador, mucho antes de que el certamense abriese, envió al doctor Guzmán a recorrer el territorio, organizar comités y juntar ricasy variadas colecciones científicas e industriales; y con qué originalidad supo alzar un pa- bellón que sin perder el carácter neocontinental se diferencia de todos los restantes y dejainolvidable recuerdo. Es un palacito elegante y gentil, todo revestido por fuera de peregri- nos azulejos que tienen escrito en caracteres *náhuatl,* lengua sagrada de los aborígenes salvadoreños, una especie de calendario cronológico de los reyes indios, los nombresde las principales ciudades de la república, y la fecha de la Exposición Universal. ¡Cuán grande sería la sorpresa de aquellos olvidados monarcas, si desde el fondo de la olla de barro donde acaso yace su momia toda adornada de collares simbólicos, pudiesen leerel nombre a que respondieron en vida, escrito en el frontón de un palacio de París, en el Campo de Marte!

De hierro y capaz de desarmarse fácilmente es el pabellón chileno. Dicen que la colección mineralógica que encierra es la más completa, variada y rica que hasta el día se ha visto junta en el universo. No necesito añadir que yo no me encuentro en condiciones de comprobar la verdad de esta aseveración: el cronista que contempla estos tesoros a vista de pájaro, sin la calma indispensable para cotejar y juzgar, el que ni es ingeniero ni químico, ni geodesta, pecaría de irreflexivo si afirmase en estos casos cosa alguna. Pero sólo el hecho de que los entendidos lo aseguren, honra tanto a Chile, que bastaría para demostrar la injusticia de ciertas fantásticas pinturas que algunos caricaturistas y autores dramáticos de más chispa que reflexión han dado a luz sobre la cultura chilena. Por lo demás que es magnífica la colección, lo advertimos hasta los profanos.

Otra prueba del desarrollo e importancia del progreso chileno es el palacete o edificio Lota, que se alza al lado del pabellón principal. Esta exposición en miniatura es debida a la munificencia de un simple ciudadano de Chile, que para completar la obra del gobierno

11 Coloquialmente, `entrados en años´.

expone por su cuenta lo que pudiera echarse de menos en la otra, el pabellón oficial. De estos ciudadanos, que se den muchos por España.

Pero el verdadero, el magnífico monumento, el más espléndidamente iluminado por la noche, el más opulento y ostentoso de día, es el pabellón argentino. Nada se ha economizado para hacerlo digno de la gran nación que representa; ni la escultura, ni la pintura, ni los materiales preciosos, ni los esmaltes y lozas decorativas, ni el exquisito arte en el plano, ni el minucioso cuidado en el desempeño de los detalles más insignificantes, hasta tal punto que ocurre repetir la célebre frase de Carlos V a propósito de la catedral de Burgos: "Fábrica es ésta que no debiera hallarse expuesta a las inclemencias del cielo, sino resguardada y cubierta porque no sufra daño".

Si tan rico y lindo es el exterior, no es menos amplio y grandioso el interior, por el cual puede circular numeroso público sin estorbarse, y donde los objetos se hallan perfectamente colocados y clasificados con esmero. Consta de un gran salón bajo y de un segundo piso que corre alrededor del edificio como ancha galería.

La impresión que se experimenta al recorrer los escaparates y considerar los productos del feraz suelo argentino, es un bienestar y tranquilidad que llamaré "la esperanza colectiva". Así como al hablar de la esterilidad y agotamiento de la vieja Europa nos entra una angustia indefinible (cual si para nosotros ya no hubiese de volver a cocerse pan en el mundo) al mirar tanta magnífica muestra de cereales, los gruesos trigos, los relucientes maíces, en toda la escala de sus colores, desde el amarillo pálido hasta el granate oscuro, los ricos cafés retorcidos o entreabiertos como los labios de una mulata, los vinos de cepajoven cuya savia empieza ahora a destilarse, los blanquísimos algodones, amontonados como el copo de la nieve, el sano, amargo y aromático mate; en suma, todo el vigor de un continente nuevo y fresco que tiende a la humanidad sus senos henchidos de leche prime- riza, me parecía que podrá llegar hora en que el hambre cese de ser para la humanidad un problema; y en que la necesidad primaria de nuestro mísero organismo la puedan satisfa- cer sin temor y sin tasa cuantos seres bajen a este planeta. La fecundidad de las hermosas regiones americanas es una garantía para la progenie de Adán. Vanamente predicará Mal- thus su teoría de *abstención moral*,[12] porque el maná del cielo caerá para los desheredados en ese continente, *nuevo granero del mundo.*

Todos los periodistas que visitan el pabellón de la república Argentina convienen en que sus productos revelan una vitalidad, un depósito de fuerzas prodigioso. Cereales, ganado, pieles, materias textiles y colorantes, fauna, flora, minas… ¿qué más necesita un pueblo salido de raza tan noble y resuelta como la hispana, para llegar un día u otro a disputar a los Estados Unidos la hegemonía de las Américas?

Para esto sólo hace falta *tiempo:* los *mimbres* de sobra existen en el territorio argentino, en sus vastas praderías, en su apenas explorado Chaco, donde aún se alzan las tolderías de los indios y vuela la flecha buscando el corazón del hombre civilizado.[13] ¿Quién sabe si allí, dentro de algunos siglos, se elevarán ciudades como son hoy Londres, Nueva York y París?

12 La continencia sexual era para Malthus el único método anticonceptivo moral.

13 *tolderías:* 'campamentos'.

No es ajeno tampoco al adelanto industrial, el país que expone la curiosa cerradura y la máquina frigorífica para conservar la carne fresca por tiempo indefinido, invento admirable en la tierra del tasajo y la carne curada siempre menos provechosa para la salud. De esta máquina han dichos primores los diarios y los inteligentes: me figuro que no se quedaría sin recompensa en el *palmarés.* También se encarece el gran mapa de la república Argentina.

He repasado los libros destinados a las escuelas, que revelan el celo e interés con que en Buenos Aires se miran las cuestiones pedagógicas; y me he fijado en los restos de cerámica primitiva, anterior a la conquista, que indican, por el cuidado e inteligencia que presidió a su recolección, el deseo de formarse una vida tradicional, de estudiar y venerar el pasado, indispensable elemento para la grandeza de un pueblo.

En suma, la novedad más importante de esta Exposición, y lo reconocen cuantos la visitan con alguna seriedad, no como se visita la feria-bazar-teatro, es el advenimiento definitivo de las repúblicas latinoamericanas, entre las cuales descuella la del Plata, alpuesto eminente otorgado a las naciones que toman parte activa en el desarrollo de la civilización. No importa que todavía vivan influidas por otras naciones europeas: claroestá que no han terminado para esas repúblicas los años de aprendizaje; pero se ve que tienen energía suficiente, y que ya llegarán a trazarse su propio camino y a encontrar su originalidad. ¿Acaso los ítalo-etruscos no tardaron muchos cientos de años en sacudir la imposición griega? ¿La sacudieron jamás por completo? No, y sin embargo, lo *romano* es elemento aparte, bien definido en la historia.

Las vicisitudes, los disturbios, la época aventurera que también atravesó Roma en el período de su fundación, han cesado ya para las repúblicas americanas. La mejor señal de que entraron en el sosegado curso de una organización sabia y pacífica es el puesto que desempeñan en el certamen de 1889. Sólo algunas grandes potencias europeas se ostentaron con mayor brillo; pero téngase en cuenta lo que vale el pasado, el fondo de civilización añeja cual generoso vino del que pueden estos sacar y sacar, sin que se agote, en casos como el presente. *Haber sido* es ya la mitad de *ser*. No se desalienten por eso las regiones nuevas; los que estamos de la parte de acá, sin que nos ofusque ninguna prevención ni pueda extraviarnos la simpatía, vemos claramente que las parcas invisibles que hilan los destinos de los pueblos tienen cargado el huso con hilos de plata, seda y oro, para las naciones jóvenes de allende los mares.

B. PÉREZ GALDÓS

134
LP, 15/12/1889

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

Stratford-on-Avon (*the home of Shakespeare*) —Volvamos a Inglaterra —¿Por dónde se va a Stratford? —El *Bradshaw* y la confusión de las vías férreas —Cómo se viaja en Inglaterra

— Birmingham —Multiplicidad de productos industriales —La estación central. —Atravesando el *Warwick Shire* —Comarca sin industria —Apacibilidad del territorio —Stratford —Los hoteles y sus habitaciones con emblema dramático —Imaginería shakesperiana —En la puerta de la casa natal.

Madrid, 15 de noviembre de 1889.

Señor Director:

Después de consagrar algunas cartas a la Exposición de París, como era mi obligación, debiera yo dar por terminada mi excursión de verano, y reanudar mis cartas madrileñas. Pero no será así, porque aún me queda algo que decir referente a impresiones de viaje y entre ellas hay algo a mi juicio tan interesante que no quiero dejar de comunicarlas a mis lectores de Buenos Aires.

Para esto necesito dar otro salto y volverme a Inglaterra; me tomo tales libertades en mi tarea epistolar, fiado en la benevolencia de los que me leen. Hace días escribí desde París. Hoy escribo desde Madrid, tratando un asunto inglés. En ello gana el público, por- que nada ocurre por aquí digno de mención, y lo que de Inglaterra voy a decir, aunque de un orden descriptivo, paréceme en alto grado interesante. Si en mis referencias de viaje hubiera registrado escrupulosamente el orden cronológico, esta carta habría precedido a las de la Exposición de París; pero como el certamen universal de Francia era un asunto deactualidad, y el que hoy me ocupa no lo es, y lo mismo puede ser tratado en verano que en invierno, he alterado sin escrúpulo la serie poniendo al fin lo que debió ir al principio.[1] Y basta de preámbulo.

He visitado Inglaterra muchas veces, y siempre con deseos vivísimos de hacer una excursión a Stratford-on-Avon, patria de Shakespeare. Unas veces por falta de tiempo, otras por distintas causas, ello es que no pude realizar mi deseo hasta este año. Por fin,en septiembre último, pisé el suelo, que no vacilo en llamar sagrado, donde está la cuna y sepulcro del gran poeta. Desde luego afirmo que no hay en Europa sitio alguno de peregrinación que ofrezca mayor interés, ni que produzca emociones tan hondas, contribuyendo a ello no sólo la grandeza literaria del personaje a cuya memoria se rinde culto, sino también la belleza y poesía incomparables de la localidad.

Y si en Inglaterra, Stratford es un lugar de peregrinación muy visitado, pocos son los viajeros del continente que se corren hacia allí. En los voluminosos libros donde los visitantes firman, he visto que la mayor parte de los nombres son ingleses y norteamericanos. Contadísimos son los nombres de franceses e italianos, y españoles no vi ninguno. Creo que soy de los pocos, si no el único español, que ha visitado aquella Jerusalén literaria, y no ocultaré que me enorgullezco de haberla visitado, rindiendo este homenaje al gran dramaturgo cuyas creaciones pertenecen al mundo entero y al patrimonio artístico de la Humanidad.

Y no crean mis lectores que ir a Stratford es obra tan fácil, aun hallándose en cualquiera ciudad de Inglaterra. La superabundancia de comunicaciones, viene a producir el mismo

1 Galdós trata de justificar aquí la alteración del orden cronológico de su largo viaje por Europa entre septiembre y octubre de 1889, pero hubo más razones.*

efecto que la falta de ellas. No conozco confusión semejante a la que se apodera de un viajero instalado en cualquier ciudad inglesa cuando coge el *Bradshaw* o guía de ferrocarriles[2] y trata de investigar en sus laberínticas páginas el camino más corto y más breve para trasladarse de un confín a otro de Inglaterra. El *Libro de los Vedas*[3] es un modelo de claridad en comparación con el voluminoso *Bradshaw.* Si se trata de buscar dirección por cualquiera de las tres grandes líneas o redes que, partiendo de Londres, cruzan toda la isla, a saber, el North-Western, el Midland y el Great-Northen, la tarea no es en extremo difícil; pero si se trata de buscar direcciones transversales por los infinitos ramales que enlazan estas líneas unas con otras, y con las secundarias, vale más renunciar a indagar el camino y confiarse al acaso, entregándose a las peripecias de un viaje de aventuras, y a la buena fe de los empleados del ferrocarril. Quien no ha viajado por Inglaterra no puede tener idea de las complicaciones de la inmensa red de carriles, ni del colosal número de trenes que por ella circulan en todas direcciones. Nada hay en el continente que se parezca al movi- miento de los caminos de hierro ingleses, ni a la vida pletórica que por sus infinitas arteriascircula. Si grande es la velocidad que emplean los expresos, no es menor la precisión con que se hace el servicio.

Verdadera maravilla de la ciencia y de la industria son la muchedumbre de trenes que ponen en movimiento todos días de la semana, menos los domingos, las compañías antes citadas, y además las del Great-Western, Great-Northen y Great-Eastern, y la cantidad con que las estaciones de empalme dan paso a tan enorme material rodante, sin confusión ni retraso. La velocidad, acortando la distancia, desarrolla en aquel país hasta tal punto la afición a los viajes, que toda la población inglesa parece estar en constante inquietud. Se viaja por negocio, por hacer visitas, por hablar con un amigo, por ir de compras a una ciudad próxima, por pasear. En otros países se viaja por algún motivo, en Inglaterra basta un pretexto cualquiera para lanzarse a las vertiginosas correrías del moderno Pegaso.

Pero no olvidemos que vamos a Stratford, ¿y por dónde? *That is the question.*[4]

Hallábame yo en Newcastle, y nadie me daba razón de la vía más breve para visitar *the home of Shakespeare.* Una simple inspección de mapa simplificó la dificultad, pues viendo que Stratford está cerca de Birmingham, a esta ciudad había que ir por lo pronto. Después, Dios diría. Entre Newcastle y Birmingham, el viaje es entretenidísimo, pues se pueden contar las catedrales de Durham y York, y después se atraviesa una de las comarcas industriales más interesantes, la del Hallamshire, donde está Sheffield. Sin detenerme recorremos esta región, admirando la inmensa crestería de chimeneas humeantes que por todas partes se ve, y llegamos a Birmingham, ciudad populosa, una de las más grandes, ricas y trabajadoras de Inglaterra. Un poco más alegre que Manchester, se le parece en la animación febril de sus calles, en la negrura de sus magníficos edificios y en la muche-

2 Las guías *Bradshaw* forman una serie iniciada en 1839 por el editor George Bradshaw, que se continuó hasta 1961.

3 Los cuatro textos más antiguos de la literatura india, base de la desaparecida religión védica, escritos en gran parte en sanscrito.

4 Broma sobre el célebre texto de *Hamlet* "To be or not to be. That is the question".

dumbre y variedad de establecimientos industriales. En Birmingham se fabrica todo pero su especialidad consiste en la maquinaria, en los fusiles y cañones, en la fundición de cobre, en la cristalería y en las agujas.

¿En qué parte del mundo, por remota y escondida que sea, no se habrá visto la marca de esta ciudad aplicada a cualquier objeto de uso común y ordinario? La universalidad, la variedad y el cosmopolitismo de la industria de Birmingham se expresan muy bien en un elocuente párrafo de la obra de Burrit *Paseos por el país negro.*[5] Dice así: "El árabe come su alcuzcuz con una cuchara de Birmingham; el pachá egipcio ilumina su harén con candelabros de cristalería de Birmingham; el indio americano se bate con el rifle de Birmingham, y el opulento *rajah* del Indostán decora la mesa con los cobres de Birmingham; el audaz jinete que recorre las estepas de Sudamérica espolea su caballo con un acicate de Birmingham, y el negro antillano corta la caña de azúcar con su hacha de Birmingham…, etcétera". No copio más porque es el cuento de nunca acabar, semejante al de las cabras de Sancho.[6]

La estación de esta gran metrópoli industrial es de tal magnitud, y hay en ella un *tole tole* tan vertiginoso de trenes, y gentío tan colosal, que no extrañaría yo que perdiera el sentido quien se viera obligado a indagar en aquel laberinto una dirección cualquiera. Solo para salir de aquel *pandemónium* y dirigirse a la ciudad se necesita hacer un estudio topográfico por el laberinto de plataformas, puentes y subterráneos que hay que pasar. Miles de personas entran y salen, suben y bajan, formando un hervidero de todos los demonios. Los trenes penetran sin cesar bajo las cubiertas metálicas, y salen pitando con infernal algazara. Comprendo que se vuelva tarumba el que tenga por necesidad que permanecer mucho tiempo allí.

"¿En qué plataforma se toma billete para Stratford?". Esta es la pregunta que se ve obligado a hacer el peregrino shakespeariano en la vigente estación de Birmingham. No se crea que tal pregunta es contestada a las primeras de cambio. Muchos empleados no saben cuál es el camino de Stratford. Por fin alguien da informes que permiten orientarse: "Es de la otra parte". Y recorra usted otra vez los puentes que comunican las inmensas naves por encima de las vías. Después, pase usted por un túnel abierto debajo de otras, hasta llegar a las plataformas del costado sur, y allí échese a correr a lo largo del interminable andén. Por fin, hay quien dé informes exactos de la vía que se debe tomar, del sitio donde está el *booking-office* o despacho de billetes, y de la hora del tren. Gracias a Dios, ya tenemos en la mano el billete para Stratford; ya tomamos asiento en un coche: el tren marcha. Mil y mil veces gracias a Dios.

***

Henos por fin, en una comarca totalmente distinta de la Inglaterra de Birmingham, Manchester y Leeds. Ni esta parece Inglaterra. Han desaparecido las chimeneas, han

5 Se trata de la crónica viajera de Elihu Burrit, *Walks in the Black Country and its Green Border-land*, publicada en 1868.

6 Tal cuento se encuentra en el capítulo XX de la Primera parte del *Quijote.*

huido aquellos fantasmas escuetos que se envuelven en el humo que vomitan, y que agobian el espíritu del viajero con su negrura satánica. Penetramos en un país risueño, más agrícola que industrial, impregnado de amenidad campestre. No más fábricas, no más industria. La negra pesadilla se disipa, y el humo, que todo lo entristece, se va quedando atrás. Recorremos un ramal del Midland, que va a enlazar esta gran red con la no menos importante del Great-Western, y entramos en la provincia de Warwick o Warwickshire, una de las más pintorescas de Inglaterra, y además ilustrada con interesantísimos recuerdos históricos.

Pasamos junto al célebre castillo de Kenilworth, parte en ruinas, que da nombre a una de las más afamadas novelas de Walter Scott[7] Perteneció aquella magnífica residencia al conde de Leicester, favorito de la reina Isabel, en honor de la cual se celebraron ruidosas y espléndidas fiestas. Omito la descripción de esas hermosas ruinas, así como la del castillo de Warwick, que me apartaría de mí objeto, y sigo en busca de la casa del poeta. ¡Kenitworth, Leicester, Isabel! Todo esto ha pasado, mientras que Shakespeare vivirá eternamente, y su humilde morada despertará más curiosidad e interés que todos los palacios de príncipes y magnates.

La impresión de descanso y de paz que produce en el ánimo del viajero este ameno y poético rincón de Inglaterra, vale las penas y contrariedades del extraviado viaje. La campiña es deliciosa y revela las mayores perfecciones y progresos de la agricultura. Por fin, el ramal del Midland enlaza con un ferrocarril puramente local, tranquilo, y más parecido a los nuestros que a los ingleses, porque no hay en él ni el vértigo ni la velocidad de las redes centrales de la isla, ni en las estaciones aglomeración de pasajeros. Por fin, llegamos a la estación de Stratford, que es una villa de diez mil habitantes. En la estación, lo mismo que en nuestras ciudades provincianas, hay un ómnibus que recoge a los viajeros y los va dejando en las casas o en las fondas. Es de noche. Todo en este simpático pueblo respira tranquilidad, bienestar y costumbres puramente campestres. Al que sale de las populosas ciudades industriales para venir aquí, le parece que entra en la gloria. Los nervios descansan del infernal ruido y de las impresiones rápidas y múltiples de los grandes centros. La imaginación es la que no descansa, antes bien, se lanza a los espacios ideales, representándose el tiempo en que vivía la excelsa personalidad cuya sombra perseguimos en aquella apacible y poética localidad. No podemos separar al habitante de la morada y nos empeñamos en trasladar ésta a los tiempos de aquel, o en modernizar al poeta para hacerle discurrir con nosotros por las calles alumbradas con gas, de su querida villa.

Dos hoteles hay en la patria de Shakespeare que merecen especial mención. Uno es el llamado *Red Horse*, célebre porque en él escribió Washington Irving sus impresiones de Stratford;[8] el otro, llamado *Shakespeare's Hotel*, ofrece la particularidad de que los cuartos están designados con los títulos de los dramas y poesías del poeta. El que a mí me tocó se

7 Walter Scott publicó *Kenilworth* en 1821.*

8 Irving visitó Stratford en varias ocasiones mientras vivió en Inglaterra y su *Sketch-book*, (*Apuntes*) de 1821 con varias reediciones, se hizo enormemente popular.*

denominaba *Love's Labour's Lost*, y a la derecha mano vi *Hamlet*, y más allá, en el fondo de un corredor oscuro y siniestro, *Macbeth.*[9]

El hotel es del género patriarcal sin nada que lo asemeje a esas magníficas colmenas para viajeros que en Londres se llaman el *Metropolitan* y en París el *Grand Hotel*. Es más bien una de aquellas cómodas hosterías que describe Dickens en sus novelas, y de las cuales habla también Macaulay en su hermosa descripción de las transformaciones de la vida inglesa.[10] Todo allí es bienestar, confort, tranquilidad y aseo. El estrepitoso y chillón lujo de los hoteles a la moderna no existe allí. La escalera, de nogal antiguo, ennegrecido por el tiempo, los muebles todos relumbrantes de limpieza, revelan la domesticidad, la vida de familia. Huéspedes y patrones viven en apacible concordia. La mesa es abundante y poco variada: el *roastbeaf* excelente; el té, magnífico, y luego vengan tostadas, *bacon,* huevos escalfados, ensaladas, patatas cocidas, y todo lo demás que constituye la sobria culinaria británica. La cerveza y la mostaza completan el buen avío y contribuyen a la delicia de residir allí durante una temporada. Para mayor encanto, el interior de aquel hermoso cuar-to que lleva el título (estampado con claras letras en una tabla sobre la puerta) de *Love's Labours Lost,* ofrece comodidades que en vano buscaríamos en los más aparatosos hoteles del continente. Basta decir que las camas inglesas, grandes, mullidas, limpias como los chorros del oro, son las mejores del mundo; que el ajuar de tocador que las acompaña no tiene rival.

El dueño del hotel (y este revela en su interior una respetable antigüedad), queriendo, sin duda, que sus huéspedes se empapen bien en las ideas e imágenes shakespearianas, ha llenado el edificio, desde el portal hasta el último cuarto, de cuadros y estampas colocados en vistosos marcos, todos de asuntos de los famosos dramas del poeta. Cuanto ha producido el buril en el siglo pasado y en el presente, allí se encuentra. Hay grabados hermosos y otros deplorables. El viajero que pasa la noche en el hotel, se ve acosado por aquella turba de fantasmas. Se los encuentra en su alcoba, en el comedor y hasta en el cuarto de baño. Aquí, Lady Macbeth lavándose la mano, más allá, Catalina de Aragón reclamando sus derechos de reina y esposa, o el rey Lear, de luenga barba, echando maldiciones. Por otra parte, el fiero Glocester, de horrible catadura, el vividor Falstaff, panzudo y dicharachero; más lejos el judío Shylock ante el tribunal presidido por la simpática Porcia. No faltan Antonio discurriendo ante el cadáver de César, ni Kalibán y Ariel, seres imaginarios que parecen reales; Romeo ante el alquimista; Julieta con su nodriza; Ofelia tirándose al agua, en fin, todas las figuras que el arte creó,[11] y la humanidad entera ha hecho suyas reconociéndolas como de su propia sustancia.

En el comedor del hotel encuentro tipos de los que Dickens nos ha hecho familiares. La raza inglesa es poco sensible a las modificaciones externas impuestas por la civilización. En algunos he creído encontrar aquella casta de filántropos inmortalizada por el

9 *Love's Labour's Lost* (*Trabajos de amor perdidos*) es una de las obras tempranas de Shakespeare. *Hamlet* se estrenó en 1609. *Macbeth* en 1602.

10 Puede ser en su *Historia de la revolución inglesa* (1882-1884).*

11 Célebres personajes de distintas obras de Shakespeare con alusión a alguna de sus escenas.

gran novelista, y les he mirado las piernas, esperando ver en ellas las polainas de mister Pickwick.[12]

Después de una noche de descanso en la cómoda vivienda en compañía de las imágenes trágicas que decoran las paredes de la habitación, la claridad del día nos permite hacer un reconocimiento de la villa, la cual es pequeña, pues sólo tiene quince o veinte calles, y revela un perfecto orden municipal. Ya quisieran nuestras presumidas capitales del mediodía tener una administración local que se asemejase a la de aquella aldea situada en un rincón de Inglaterra. Los servicios municipales son allí cosa tan esmerada como en los mejores barrios de Londres. Basta dar un paseo por las calles de Stratford, paseo en el cual no se emplea más de media hora, para comprender que nos hallamos en un pueblo donde las leyes reciben el apoyo y la sanción augusta de las costumbres. La civilización tiende a la uniformidad, y bajo su poderoso influjo hasta las más remotas aldeas toman las apariencias de ciudades populosas. En Stratford se encuentran tiendas tan bellas como las de Londres, y el vecindario que discurre por las calles tiene el aspecto de la burguesía londinense. Por ninguna parte se ven los cuadros de miseria que suelen hallarse en las ciudades industriales, ni las turbas de chiquillos haraposos, tiznados y descalzos, que pululan en los *docks* de Liverpool o en el *quayside*[13] de Newcastle. El bienestar, la comodidad, la medianía placentera y sin pretensiones, se revelan en las calles de Stratford. Es algo como el olor de la ropa planchada, que brota de la patriarcal alacena en esas casas de familia, más bien de campo que de ciudad, casas provincianas y cómodas, donde reinan el orden tradicional y la economía que se resuelve en riqueza positiva.

En una de las principales y más espaciosas calles, contrastando con los edificios modernos, hay una casa de estructura normanda, con ensamblajes de madera ennegrecida por el tiempo. Parece una gran cabaña, de las que actualmente se construyen en los jardines con troncos sin descortezar. Es de dos pisos de poca elevación, y tiene un pequeño pórtico de madera sombreando la puerta, junto a la cual pende un llamador de alambre terminado en una argolla. El cartel allí fijado dice al visitante que llame si quiere entrar. Llamamos, y nos abre un señor muy atento, bien vestido, que parece guardián del edificio. Entramos con él en la casa natal del gran Shakespeare.

Continuaremos la visita en la próxima carta.

B. PÉREZ GALDÓS

12 Personaje de Dickens en *The Pickwick's Papers*, que Galdós tradujo al castellano con el título *Las aventuras de Pickwick* en *La Nación* del 9 de marzo de 1868.

13 *docks* y *quayside*: `muelles´.

1890

135
LP, 26/1/1890

La epidemia reinante —Causas que me mueven a interrumpir la descripción de Strat- ford-on-Avon —El *trancazo*, *dengue* o *grippe* —Sus causas atmosféricas —Explicación científica —Los microorganismos y sus evoluciones —Desanimación de Madrid —Aspecto lúgubre de la ciudad —Víctimas ilustres —Julián Gayarre —Su muerte —Breves noticias de su vida —Sentimiento que su pérdida ocasiona.

Madrid, 2 de enero de 1890.

Señor Director:

Otra vez tengo que pedir perdón por tardanzas en el envío de mis correspondencias. Pero ahora el motivo es de tal calidad que espero obtener indulgencia de mis buenos lectores. Estamos en plena epidemia, y el que esto escribe no ha tenido la suerte de librarse de ella. La calamidad que nos aflige, sin ser tan grave como el cólera o el *tifus icteroides*, reviste caracteres alarmantes. Toda Europa está invadida, y si al comienzo de la plaga se la miró con indiferencia, y muchos la tomaron como asunto de chacota, ya las burlas se van trocando en seriedad sombría. Si no hemos llegado a los días de pánico que registra la historia clínica de nuestro siglo, nos hallamos en días de preocupación e intranquilidad.

En mi última carta quedé, si no recuerdo mal, en el pórtico de la casa de Shakespeare, en Stratford-on Avon, y ya me disponía a penetrar en ella, continuando en otra carta la descripción de la vivienda y de la patria y sepultura del gran poeta, cuando me vi acometido del *trancazo* o *dengue*, que de estas dos maneras le nombramos. Ambas denominaciones humorísticas demuestran que no se daba importancia al mal en las primeras invasiones, y a fuerza de oír decir que nadie se moría del *dengue*, muchos vieron en él una influencia catarral ligera y hasta socorrida, que daba ocasión a infinitas bromas y agudezas.[1]

En los primeros días, fuerza es reconocer que el *dengue* servía de pretexto a unos para no ir a la oficina, a otros para no contestar la correspondencia, a los más para esquivar obligaciones fastidiosas, visitas importunas y compromisos cargantes. Pero los estragos del mal se generalizaron, y a la propagación acompañó pronto la intensidad, originando verdaderas enfermedades graves, y alteraciones de importancia en el aparato respiratorio; las bromas cesaron, y el *dengue* recibió su nombre técnico, *grippe*, y con el nombre técnico la seriedad y la importancia que de derecho le corresponde.

En vista de esto, he de hacer un paréntesis en la descripción de Stratford, consagrando a la *grippe* los primeros días hábiles de la convalecencia de ella. Y por cierto que no es cosa de broma la tal *grippe.* No la debemos desear ni a nuestros mayores enemigos, porque ha- brá dolencias más penosas y de mayor peligro; pero no las hay más fastidiosas y pesadas. Desgraciadamente, ha resultado inexacto que el *trancazo* no es mortal. Los organismos

1 La correspondencia privada de Galdós corrobora el poco valor que en principio se dio a la epidemia.*

débiles, los que se hallan predispuestos a las perturbaciones graves del aparato respiratorio, corren grandísimo peligro. De aquí el desarrollo extraordinario y alarmante de las congestiones bronquiales y pulmonares. La mortalidad ha crecido en Madrid de un modo alarmante, y lo mismo está pasando en toda Europa, así en las regiones húmedas como en las secas. El año 1889 se despide con bastante displicencia, y su sucesor entra ceñudo y amenazante. Quiera Dios que no nos traiga nuevas calamidades.

Desde que se inició la epidemia gripal en el norte de Europa, comenzaron a circular por la prensa científica y profana hipótesis mil sobre los orígenes del mal. Su creencia más generalizada era que provenía de la persistencia de los fríos secos. En España reina desde principios de noviembre extraordinaria sequedad. Los hechos han venido luego a demostrar que el frío seco y las heladas no han originado la epidemia, porque en algunas regiones de Europa ha nevado copiosamente, sin que la epidemia disminuyese. Más lógico parece atribuir el mal a la falta de fuerza en las corrientes atmosféricas. Noviembre y diciembre se han señalado por la escasa violencia de los vientos. No obstante, este solo hecho no explicará satisfactoriamente la presencia de la *grippe*, y su rápida propagación en toda Europa, sin excepción de país alguno. Por más que digan, los orígenes de estas alteraciones de la salud con carácter epidémico serán siempre un arcano para la ciencia, aunque las investigaciones de los médicos lleguen a determinar la forma y manera de producirse el mal en cada individuo. Que la propagación se verifica por la atmósfera, no hay para qué decirlo. Es una perogrullada, pues en la atmósfera están los principales elementos de nuestra vida.

No es tan claro si puede verificarse por contagio. Sobre esto hay las mismas dudas que sobre otras enfermedades más temibles. Pero no se observan en la *grippe* verdaderos focos de infección. Los ataques y las invasiones tienen su carácter esporádico, y por tanto así, caprichoso.

Un hecho digno de notarse, al menos en Madrid, es que las clases acomodadas han sido más rudamente atacadas que las pobres. Sin duda hállanse más propensos al enfriamiento los que se abrigan bien y viven en habitaciones templadas, que los que exponen diariamente sus carnes al frío, y están, por decirlo así, garantizados contra la baja temperatura.

Se ha observado que los mendigos, los chicos que a las horas más desapacibles de la mañana y de la noche andan por esas calles de Dios, pregonando periódicos y cerillas, se han librado de la epidemia. En cambio, son poquísimas las personas de la *clase de señoritos* que pueden cantar victoria en esta ocasión, y la generalización de la dolencia es causa de que hasta parezca de mal tono el verse libre de ella.

Ahora seamos un poco científicos, aunque nuestra ciencia resulte de tercera o cuarta mano. Pero es forzoso recoger las opiniones que, con más o menos validez, circulan por ahí; y darles publicidad con objeto de que se prevengan los que aún no han sido invadidos. No sé si la *grippe* de este año pasará al hemisferio austral; pero nada tendría de particular que pasase, y bueno es que se conozca al huésped antes de tenerlo en casa. Las señas de él no son muy claras, y cada esquela médica las da según el resultado de sus investigaciones clínicas. Pero valga lo que valiere, allá van noticias, que los hechos y la experiencia ulterior modificarán o confirmarán.

Pues el *trancazo*, *dengue* o *grippe* tiene por causa un organismo que se llama *micrococus grippe*. Lo generan las vicisitudes atmosféricas, comúnmente el frío seco, en virtud de un desdoblamiento de nuestros tejidos. Esto no es claro ni mucho menos, y el *micrococus* no parece dispuesto a dejar descubrir los misterios de su generación y desarrollo en el organismo humano. Lo que sí sabemos es que el tal microbio es mucho más benigno, mucho menos avieso, que sus colegas el *bacillus Koch*, que determina la tisis, el *vibrión séptico* de la difteria, el *esquizomiceto* del tifus exantemático, el *bacillus vírgula* del cólera.

Pero no hay que fiarse de la benignidad del *micrococus grippe*, porque hallándose sujeto, como todo organismo, a la ley de la evolución, puede muy bien ascender desde su modesta categoría a la del *estaphilococus pyogono*, que es el microbio de la pulmonía, y de aquí pasar al empleo inmediato, o sea a desempeñar las terribles funciones del *bacillus* de la tuberculosis descubierto por Koch.

Ya sabemos que frecuentemente se origina la tisis por el descuido en curar los catarros pertinaces. Todos los tísicos, antes de serlo, suelen padecer neumonías, y estas tienen por preámbulos resfriados continuos fuertes. La tisis es hereditaria; pero no en el sentido de que se transmita por herencia el *bacillus Koch*. Lo que se hereda es la debilidad constitutiva, la predisposición, o sea la impotencia para defenderse de los ataques del terrible microbio. Véase por donde el inofensivo *micrococus grippal*, que es un diablillo travieso y sin malicia, puede llegar a ser, transformándose, uno de los demonios más malos que afligen y destruyen nuestra flaca naturaleza. Lo que será siempre un misterio es qué condiciones atmosféricas dan vida al organismo que nos molesta primero y acaba, si lo dejamos, por aniquilarnos y dar cuenta de nosotros.

Las condiciones atmosféricas son iguales para todos, y sin embargo los efectos ¡cuán distintos son! De cualquier modo que sea, el peligro está en los enfriamientos bruscos, pasando de un recinto caldeado artificialmente a la intemperie fría, en la rapidez de los cambios de temperatura determinados por las variaciones del viento, en el exceso o en la falta de abrigo, que ambas cosas son malas, y en la predisposición cuyas causas son sumamente complejas y difíciles de apreciar.

***

Para Madrid ha sido una verdadera calamidad esta epidemia de la *grippe*. Ha coincidido su mayor fuerza con las fiestas de Navidad, y el comercio menudo, que en estos días de expansión y de gula hace comúnmente buen negocio, ha sufrido rudísimo golpe. La mitad de la población enferma, y la otra mitad cuidándola, tenía que venir el desastre económico para aquellas industrias y aquellos tráficos que viven de los excesos gastronómicos. Los nacidos no recuerdan una Navidad tan desanimada y triste. Nadie está de humor para bromas y jolgorios, y los estómagos enfermos o precavidos evitan los atracones, y todo lo que sea salir del plan ordinario.

La frugalidad ha producido inmensos males al comercio, y el duelo o las tristezas de la mayor parte de las familias han reducido este año a proporciones mínimas la fastuosa costumbre de los regalos. El número de tarjetas cambiadas por el correo en el último y primer día del año, demuestra elocuentemente que la población de Madrid se preocupa

de algo más serio que las felicitaciones. Ni en las invasiones de cólera se ha visto Madrid tan desanimado. La ciudad más alegre del mundo es hoy la más triste, y por sus calles no circula ni la mitad de gente que de ordinario las frecuenta. Si en los primeros días la enfermedad no causó verdadera inquietud, cuando se vio que la mortalidad aumentaba hasta llegar a cifras dobles y más del doble de lo común, empezó el miedo a perturbar los ánimos, y a exagerar el peligro, y se han producido las alarmas propias de todo periodo epidémico. Inmediatamente han venido las medidas profilácticas, la creación de hospitales provisionales, las suscripciones para alivio de los enfermos pobres, la organización de juntas de socorro, con todo lo demás que da fisonomía lúgubre a las ciudades infestadas. Por fortuna, esto no ofrece ni puede ofrecer caracteres aterradores. Los casos fulminantes no existen, como en el cólera y otras pestes, y el buen régimen y las precauciones discretas dan casi siempre seguros resultados.

El número de fallecidos ha llegado a doscientos por día, cifra que se puede considerar como triple de la ordinaria; pero hace dos días que tiende a descender. Casi toda la mortalidad es ocasionada por afecciones agudas del pulmón y los bronquios, y mientras la *grippe* se contiene en los límites de su constitución médica, no produce víctimas. Todos los inviernos secos y crudos, dan en Madrid un contingente bastante crecido a la estadística de muertes por inflamaciones del aparato respiratorio. Este año ha sido excepcional, y las personas de constitución débil, o de marcada predisposición neumoníaca, han sufrido los terribles efectos de la sequedad glacial. Para la agricultura no es menos nocivo el estado atmosférico que para la salud pública, y si este no cambia pronto, tendremos un año malísimo que aumentará las tristezas de lúgubre invierno de 1889-1890. El día último del año, creímos que se iniciaba un saludable cambio atmosférico porque nevó con abundancia,y por primera vez después de tanto tiempo, disfrutamos y saboreamos la humedad del ambiente; pero la nevada se contuvo; han vuelto a reinar los fríos secos, y estamos, poco más o menos, lo mismo que en los días de Navidad.

***

Entre las víctimas de estos días se cuentan algunas personas notables, como los catedráticos de la Universidad Sánchez de Castro y don Vicente Lafuente, y el general de la Armada señor Nava y Caveda, personas de indudable mérito. El primero era un joven estudioso y de excelentes prendas que ha desaparecido en lo mejor de la edad. El señor Lafuente, de edad avanzada, había sido maestro de dos generaciones en la Universidad Central, y se distinguía por su erudición pasmosa, y la amenidad de su ciencia. Nava y Caveda era competentísimo en construcciones navales militares y su muerte deja un vacío difícil de llenar en el Centro Técnico de la Armada.

Pero la víctima que ha dejado más emoción en Madrid, es Julián Gayarre, el célebre tenor, que ha fallecido hoy tras dolorosa lucha con la muerte. Cuando empecé a escribir esta carta, no pensé terminarla con la necrología del insigne cantante, pues creí que la ciencia triunfaría del mal. Desde ayer, corrieron por Madrid noticias pesimistas acerca de la enfermedad de Gayarre; se temió un desenlace funesto; pero muchos confiábamos en

la naturaleza aparentemente robusta del enfermo, y esperábamos verle salir victorioso de la tremenda crisis. Desgraciadamente, anoche se agravó en términos que quitaron toda esperanza a la familia y amigos. Aquella voz prodigiosa, que tan hondas y puras emociones producía interpretando la idea melódica de los grandes maestros, ha enmudecido para siempre, y de ella no quedará ni siquiera un eco, no quedará más que el recuerdo indeleble que de ella conservaremos los que la oímos y tantas veces nos hemos deleitado oyéndola. El astuto músico que interpreta las obras ajenas, como el actor, se lleva consigo todo su arte, no deja tras sí más que el recuerdo, una estela gloriosa que no tardará en extinguirse. Por esta causa, sin duda, y obedeciendo a una tácita justicia, se les tributan en vida honores más ruidosos y más positivos que a los artistas creadores.

Julián Gayarre era el más celebrado tenor que existía en el mundo. El incomparable timbre de su voz, la fuerza expresiva de aquel mismo timbre, su exquisito gusto, su perfecta escuela de canto, le hacían único y sin par en la reducida falange de artistas del *bel canto*. Todas las escenas líricas de Europa se lo han disputado en los últimos diez años. Londres, Nápoles, París Milán, Barcelona, Madrid, Roma y Viena le han aplaudido con frenético entusiasmo. Triunfaba en todas partes. Su repertorio abrazaba todos los géneros, desde las ternuras de Bellini y Donizetti, a las profundas melopeas de Wagner. Lo mismo descollaba en *La favorita* que en *Lohengrin*;[2] *La africana*, y todo el repertorio dramático de Meyerbeer le era tan familiar como el de Verdi. En Madrid llegaba a tal extremo el entusiasmo de sus numerosos admiradores, que las empresas de ópera no salían adelante si no contaban con él. Gozaba de verdadera popularidad artística, y su nombre solo llenaba los teatros.

La edad del insigne artista no rebasaba los cuarenta o cuarenta y dos años. Nació en El Roncal, valle de Navarra, de esa provincia fecunda en músicos eminentes, y sus primeros pasos en la carrera donde ha ganado tantos laureles y tanto dinero, fueron penosísimos. Estudió el canto en Madrid, trabajó de corista en compañías de zarzuela, pasó grandes penalidades en España y en Italia, siguiendo la suerte miserable de compañías de la legua, hasta que se dio a conocer en no sé qué ciudad de Italia cantando *I Lombardi*.[3] A partir de este primer éxito feliz, su reputación crecía rápidamente, y sus prodigiosas facultades nativas adquirieron pronto esa plenitud de hermosura en que tanto le hemos admirado.

Su muerte le ha sorprendido en toda la fuerza de sus facultades y en lo culminante de su gloriosa carrera. Su voz no había perdido aún el timbre juvenil y sonoro que la hacía inapreciable, y había ganado cierta gravedad dulce que la ennoblecía. Su estilo de canto llegaba a donde han llegado pocos. No cabe mayor gusto, ni expresión más tierna y patética, sin dejar de ser varonil.

El arte lírico ha perdido una de sus mayores glorias, y España una personalidad que le daba lustre y honor fuera de nuestro suelo. Los cantantes españoles, pocos en número en comparación de los italianos, han sabido ponerse en primera línea, y algunos no han

2 *La favorita* (1840) es una ópera de Donizetti; *Lohengrin* (1850) de Wagner.

3 En Milán, a donde marchó en 1869 con una beca, y dónde triunfó a los tres meses de llegar con el drama lírico operístico de Giuseppe Verdi *I Lombardi alla prima crociata* (1843).

tenido rival en sus respectivas épocas. La Malibrán, la Colbran, esposa de Rossini, Manuel García, Gayarre, dejan un nombre, por pocos igualado, superado por ninguno.

Descanse en paz el ilustre artista. Su muerte, acaecida en el vigor de la edad, cuando había dominado el arte y encadenado a sus pies la movible fortuna, ha producido general sentimiento en Madrid y en España entera, y será motivo de duelo en todas las capitales que admiraron y festejaron y aplaudieron al gran cantante español.

B. PÉREZ GALDÓS

136
LP, 14/2/1890

SUMARIO. Descenso de la epidemia —Madrid va recobrando su aspecto de animación —Las asociaciones caritativas —La crisis política —Antecedentes —Las disidencias y el antagonismo en el orden económico —Trabajos de Sagasta para llegar a la inteligencia con los discrepantes —Ineficacia de los esfuerzos del presidente —Su dimisión —Probabilidades de que continúe —Súbita alarma —La enfermedad del rey don Alfonso XIII —Temores de complicaciones políticas —Su majestad la reina doña María Cristina —Sus grandes prendas morales y amarguras de su vida —Incertidumbres —Algunos pormenores acerca del rey niño.

Madrid, 10 de enero de 1890.

Señor Director:

Madrid ha recobrado su animación, contribuyendo a ello la epidemia y la crisis; la primera tomando carácter de benignidad y convalecencia, la segunda dando vida bulliciosa a los llamados círculos políticos.

Procediendo con orden, diré a Vd. que la *influenza* ha entrado en su periodo de franco descenso. La mortalidad ha disminuido considerablemente. Ya no están los ánimos tan entristecidos. El madrileño ha vuelto a tener fe en la vida, y sale a disfrutar de la hermosura del cielo, de la tibieza del ambiente. Han vuelto a estar en boga las bromas sobre el *dengue*, y ha recobrado su autoridad aquella filosofía cómoda de "nadie se muere hasta que Dios quiere".

Al mismo tiempo que decrece el temor y se tranquilizan los espíritus toma incremento la unión caritativa del vecindario; se comprende que el mejor procedimiento profiláctico consiste en dar a los pobres alimentos y abrigo, porque la epidemia se ceba principalmente en los hambrientos y desnudos,[1] y las asociaciones de socorros hacen prodigios.

La rapidez y la eficacia con que la prensa liberal ha recaudado cuantiosas sumas y distribuídolas entre los necesitados, es un fenómeno maravilloso de estos tiempos, que marca el dominio de la prensa sobre la opinión. Esto quizás ha influido en que la población recobre la

1 En la Carta anterior se afirmaba lo contrario, lo que sugiere la desorientación general sobre la epidemia en sus inicios.

confianza y no se acobarde ante el peligro. Vamos bien en lo tocante a salud pública, y aunque la normalidad no se ha restablecido aún, estamos en camino de alcanzarla. Los madrileños hablan poco de muertos y enfermos, y para distraer los espíritus de todo tema lúgubre ha venido providencialmente el tema de la crisis, que es de los más sabrosos y entretenidos.

¡Crisis! Lo que está palabra excita y enardece los ánimos es difícil saberlo no viviendo entre nosotros y no teniendo un puestecillo, siquiera sea modesto y oscuro, dentro del mecanismo político de estos tiempos.[2] Llevamos ya seis días de crisis, que son días de esperanzas, de comentarios ardientes, de sobresaltos y alegrías vivísimas. Esto basta a fumigar moralmente una población epidemiada.

Para hacer comprender a mis lectores de Buenos Aires la importancia de esta lenta y trabajosa elaboración política, tendría que referirle mil antecedentes que quizás fatigarían su atención. Difícilmente serán entendidos a tan larga distancia los móviles que animan a los distintos grupos parlamentarios, los diversos caracteres que hoy se destacan en nuestra política, las ambiciones sin méritos, y aquellas otras en las cuales, por estar las facultades a la altura de las aspiraciones, pueden considerarse como legítimas. Para explicar todo esto sería preciso escribir largo y tendido. Y a la postre, ¿quién me responde de que una larga disertación sobre política menuda y personal interesaría a los lectores de América? ¿Qué interés puede tener allá la rivalidad entre los genérales Cassola y López Domínguez, o el antagonismo entre el primero y el general Martínez Campos? La inquietud de Romero Robledo y sus vertiginosas marchas de uno a otro partido, buscando asilo en todos sin encontrarlo jamás, no despierta emoción de ninguna clase fuera de esta reducida atmósfera. Omitiré todos estos pormenores de historia que no merece serlo, y contaré a grandes rasgos la penosa crisis porque está pasando el partido liberal.

En los últimos dos años (y lleva más de cuatro en el poder) se han verificado en dicho partido desprendimientos de importancia, o discrepancias, como ahora se dice, que apartaron del señor Sagasta a más de una personalidad eminente. Llegó el momento de intentar la reconciliación, según dicen algunos por indicaciones venidas de muy alto, según otros por propio impulso del presidente del Consejo, y esto es lo más verosímil. Había que destruir para esto diferencias surgidas en la manera de interpretar el programa económico del partido, y reconciliar la tendencia proteccionista del señor Gamazo con las tradiciones librecambistas de una parte importante de la mayoría parlamentaria.

Al propio tiempo había que contentar a los generales disgustados porque no se aceptaban sus planes de reforma total del ejército, y poner de acuerdo a los gamacistas (que desean, interpretando el clamor del país, disminuir las cifras del presupuesto) con los militares que se oponen a la reducción del contingente armado, Además se quería dar entrada en el partido liberal a Romero Robledo, que inquieto, errante y sin hogar político, perturba con su hábil facundia y los recursos inagotables de su agudísimo ingenio los debates parlamentarios. La labor que se impuso el presidente era en verdad inmensa, y de ella se podía decir: "El intentarlo solo es heroísmo".[3]

2 Véanse 41 y 69 en que se aborda el mismo tema.

3 Véanse 56, n. 10.

Las negociaciones para llegar a la concordia empezaron hace unos ocho días. Todo se volvía conferencias, recados, mensajes; los infelices *reporters* pasaban la pena negra tratando de indagar lo que ocurría, persiguiendo a este y el otro personaje para obtener noticias. Las tardes eran propicias a las esperanzas y las mañanas traían siempre una decepción. Nos acostábamos creyendo que la conciliación se verificaría, y al despertar del día siguiente, el periódico de la mañana nos informaba de que todos los trabajos eran infructuosos. Cada día quitaba una hoja a la flor de la conciliación. El señor Sagasta ofrecía carteras a los disidentes, y ninguno las quería, verificándose con extraño fenómeno que contradice las ideas corrientes sobre el deseo de todos los españoles de ocupar una poltrona ministerial.

Por fin hace dos días la última esperanza se desvaneció con la última conferencia. La conciliación no se hacía; nadie quería formar ministerio con el señor Sagasta. La explicación la ven muchos en el deseo de los disidentes de ver fracasar las gestiones del jefe del partido liberal para que pierda su autoridad, y con ella la jefatura. De algunos de los disidentes puede creerse que aspiran a sustituirle en aquel puesto; pero no se pierde una jefatura tan fácilmente, ni hay quien tenga medios para ofrecerse como sucesor.

La resistencia que el señor Sagasta ha encontrado en sus antiguos amigos no obedece más que a móviles personales, con excepción del señor Gamazo, que sosteniendo su programa económico de siempre, se ha prestado a transacciones honrosas, demostrando tanto talento como patriotismo. En la mayoría del partido se desea hace tiempo su reconciliación con los gamacistas, y el no haberla conseguido ya depende tal vez de haber dado demasiada amplitud a los proyectos de concordia, de haber querido traer al redil a muchos dispersos que ya no caben fácilmente en él.

Habiendo resultado infructuosos los trabajos del presidente para reconstituir el partido, surgió naturalmente su dimisión. El señor Sagasta resignó sus poderes ante la Reina hace dos días, y hoy el problema está reducido, en primer término, a si es oportuno llamar a los conservadores o deben continuar los liberales. La opinión anónima juzga prematura la vuelta de los conservadores. Deben seguir los liberales, y al proclamarlo así, surge un nuevo problema: ¿Debe intentarse la conciliación con un ministerio no presidido por el señor Sagasta, o no hay más remedio que encargar a este la formación de un ministerio que no sea de conciliación?

***

En tal estado las cosas, una grave nueva aparta en absoluto la atención de estos asuntos, y de la noche a la mañana nadie se ocupa en Madrid de la crisis política, ni de nada que a ella pueda referirse. Con la celeridad del rayo circula la noticia de que la vida del rey niño don Alfonso XIII se halla en peligro inminente. Días hace que la salud del tierno príncipe no es buena; pero hasta ahora los partes de los facultativos de la Real Casa no eran alarmantes, aunque dejaban entrever la posible gravedad del mal.

El rey fue acometido de un síncope hace cuatro días, y repuesto brevemente de él, ha seguido molestado por una fiebre insidiosa que lentamente ha ido extenuando su naturaleza. Se ha hablado de meningitis y de tuberculosis; pero no es cierto que se hayan presentado síntomas de inflamación meníngea. Sea lo que quiera, el estado del rey es grave de

ayer a hoy, y hay pocas esperanzas de salvarle la vida. Sobre las complicaciones políticas que este triste suceso pudiera traer, se han hecho anoche variadísimos comentarios. Por mi parte, creo que no habrá complicaciones de ninguna clase en el desgraciado caso de malograrse la vida del hijo de don Alfonso XII, y que la trasmisión de sus derechos a la infanta Mercedes, hoy princesa de Asturias, se haría sin ninguna dificultad.

Lo que hoy conmueve profundamente los ánimos es el espectáculo de esa reina incomparable, de esa mujer dotada por el cielo de tan altas prendas, y que en cambio de ellas parece sometida por el cielo mismo a las pruebas más acerbas. En el mismo momento en que ve espirar a su esposo el rey Alfonso a quien Idolatraba, las leyes y las exigencias de su posición la obligan a desempeñar funciones políticas de inmensa responsabilidad. Poco después el nacimiento del rey póstumo parecía favor especial de Dios otorgado a la reina y a la viuda para endulzar las amarguras de su vida, y hacerle más llevaderas las dificultades de su espinosa y delicada misión política. El rey niño era para ella un consuelo y una esperanza, y al mismo tiempo en la preciosa vida de este niño cifraba la ilustre dama su mayor gloria, porque criarle y educarle para la nación satisfacía sus anhelos de madre y de reina.

Pero este nuevo golpe, si desgraciadamente llegara a ser un hecho, viene a conturbar el ánimo de la infortunada reina, y a tronchar en flor una de sus más legítimas esperanzas. Sírvale de lenitivo la admiración, el cariño y las ardientes simpatías que universalmente inspira su conducta como reina y como madre.

Escribo bajo la impresión de las malas noticias que hoy circulan acerca del rey, y no sé lo que ocurrirá de aquí a la tarde. Quizás la ciencia triunfe de la enfermedad pero es dudoso que esto pueda ocurrir. No quiero aplazar esta carta, y en caso de que ocurriera de hoy a mañana lo que tememos, escribiré otra sin pérdida de tiempo. Entretanto que esta lucha entre la vida y la muerte se decide en una estancia del Palacio Real, daré algunos pormenores del tierno niño que lleva el título de rey desde el instante de su nacimiento, ejemplo casi único en la historia del mundo.

Hasta el presente, los temores de que don Alfonso XIII tuviera una naturaleza endeble y predispuesta a tuberculosis, no se habían confirmado. Aparte de las molestias propias de la niñez, el rey disfrutaba de buena salud, y aunque su constitución no parecía robusta, le veíamos crecer, desarrollarse, como si los cuidados exquisitos que le rodeaban suplie- ran en él la eficacia de una regular complexión orgánica. En su semblante, sin embargo, expresivo y espiritual, había siempre no sé qué sello de tristeza, y la inteligencia se desa- rrollaba en él con tan marcada precocidad que inspiraba temores a su madre y a toda la real familia.

La crianza y educación del rey y de las dos princesitas está bajo la directa inspección de la reina regente,[4] quien consagra toda la parte del día que le dejan libre los asuntos del Estado, a cumplir sus deberes de madre cariñosa y solícita. La reina pasa al lado de sus hijos gran parte del tiempo, dedicándoles los tesoros de su corazón y de su inteligencia; les ama con verdadera idolatría, y es amada tiernamente por ellos. Desde que se inició

4 *las dos princesitas*: las infantas Mercedes y María Teresa.

la enfermedad del rey, doña María Cristina no se ha separado de su lado ni un momento. Noche y día vela junto al enfermo, el cual no recibe los alimentos y las medicinas sino de la mano de su madre. El cansancio de la reina es tal, que también se teme por su salud.

Las habitaciones del rey niño están en un entresuelo de Palacio que se comunica con las estancias de la reina por una escalera de caracol. Además de la reina, cuidan al enfermo su ama, a quien tiene gran cariño, una niñera inglesa y el aya, señora de Tacón. Le asisten tres médicos, el doctor Reidel,[5] austríaco que vino a España con doña María Cristina, y los doctores españoles Candela y Ledesma.

Las princesitas tienen su cuarto en el principal de Palacio en el lado de la plaza de Oriente, con la servidumbre que les corresponde por su categoría.

Por último, la precoz inteligencia del tierno príncipe que hoy gime abrasado por la fiebre, y cuya preciosa vida está a punto de apagarse, se captaba las simpatías de cuantos se acercaban a él. Sus respuestas ingeniosas, sus observaciones pertinentes sobre cuanto veía, demuestran que el entendimiento se ha desarrollado en él a expensas del organismo, y pensando en esto viene a nuestra mente la trágica frase de Gloucester: "Estos niños precoces viven poco".[6]

Las noticias de esta tarde son más tranquilizadoras, sin que indiquen la desaparición del peligro ni mucho menos.

B. PÉREZ GALDÓS

137

LP, 21/2/1890

SUMARIO: La enfermedad del rey —Inesperada mejoría —Esperanza de salvación —El conflicto anglo-portugués —El tratado de Berlín y los apetitos coloniales de las grandes potencias —Negociaciones diplomáticas —El mayor Serpa Pinto en el Zambeze —Ultimátum de Inglaterra — Agitación en Portugal —Caída del ministerio liberal —Nuevo gobierno presidido por Serpa Pimentel —Manifestaciones populares —Tentativas revolucionarias —Platonismo de las demás naciones europeas en favor del despojado —Insensibilidad de las naciones ante las desgracias de Portugal —Alianza de Portugal con Inglaterra —El sueño de la unión ibérica.

Madrid, 16 de enero de 1890.

Señor Director:

Contra la creencia general, el rey ha mejorado. Hace cuatro días, los temores de un desenlace funesto eran unánimes. En Palacio y en todo Madrid se perdió la esperanza hasta el punto de que ya contábamos con ver, de la noche a la mañana, trasmitida la corona

5 El doctor Reidel había asistido a Mª Cristina en el parto de las infanta Mercedes y María Teresa.

6 *Gloucester*: Personaje del drama de Shakespeare *El rey Lear* (1605).

de Castilla a las sienes de la hoy princesa de Asturias.[1] Pero él domingo entró el enfermo en un periodo de relativo descanso, y en los días siguientes ha seguido marcándose con lentitud el alivio. Los médicos de la Real Cámara no declaran aún que haya cesado la gravedad, y aguardan a mejor prueba del tiempo y de la naturaleza. Hay quien dice que si el niño enfermo no fuera quien es, ya los facultativos le habrían dado de alta; pero que temen la grave responsabilidad de un retroceso después de declararle fuera de peligro. Por supuesto, si la mejoría continúa, será bien palpable que no ha existido la meningitis, y que la enfermedad del rey ha sido una tifoidea leve. Hay que esperar aún a que se marquen más los síntomas de reparación, porque en los desórdenes nerviosos de la infancia, son muy de temer las bruscas alternativas y las transiciones inesperadas de un estado aparentemente satisfactorio a una situación de peligro. Mientras no se vea claro en la salud del tierno niño, toda la vida política está en suspenso, aplazada la crisis, interrumpidas las sesiones de Cortes. Esperamos que esta interinidad ha de durar tan solo un par de días más, y sería muy inconveniente que se prolongase, porque hay graves asuntos pendientes, urge que tengamos un gobierno fuerte, definitivamente organizado, y continuar la obra legisla-tiva, presupuesto y sufragio universal, dos puntos esenciales para el desenvolvimiento dela política liberal.

***

El asunto del día es el gravísimo conflicto entre Portugal e Inglaterra. Solo con enunciarlo se comprenderá que se trata de colonias. El asunto es bastante parecido al de las Carolinas, que tan vivamente movió la opinión en España y en toda Europa hace seis años.[2] ¡Eterna contienda histórica, el débil despojado, el fuerte no harto jamás de apropiarse lo que no le pertenece! No le basta a la moderna Cartago, poseer un imperio colonial, que, por lo grande, parece no tener límites. Quiere más: quiere todo el planeta, sin duda, y esto, no sabemos si al fin cabrá dentro de lo posible.

De veinte años acá, el continente africano es objeto de la atención de las potencias colonizadoras. América ya no es un continente colonial. Necesitamos otra América, en que establecer semillero de las naciones del porvenir y para este semillero ofrece el África territorios inmensos. Inglaterra y Alemania necesitan a todo trance campo comercial para dar salida a los productos de su pletórica industria. Hay que abrir mercados, convertir las hordas desnudas y salvajes en tribus feudatarias que adopten lo más elemental de los usos europeos. Todo el sur del continente africano y la extensa zona central ofrecen campo vastísimo a la actividad europea. La dificultad está en los intrincados litigios que surgen a cada instante por la posesión de los territorios africanos.

Portugal, cuya iniciativa geográfica y exploradora no puede ponerse en duda por nadie que conozca la historia, tiene incontestables derechos a la región del Zambeze. Pero los ingleses, apoyados en el tratado de Berlín[3] alegan que la *influenza,* es decir el estableci-

1 La infanta Mercedes, hermana del rey.

2 Véanse 44, 45, 47 y 48.

3 Véanse 22, 24 y 25.

miento de factorías *y* de otros signos de tráfico, constituye un derecho superior al que tiene por origen el descubrimiento. Con esta teoría trataron los alemanes de arrancarnos las Carolinas y si no lo consiguieron, debióse a la exaltación del sentimiento nacional en España.

Pero en rigor, y aun aplicando en su sentido literal el amañado artículo del tratado de Berlín, no puede decirse que Portugal no tiene en el Zambeze signos de ocupación permanente, porque el mayor Serpa Pinto se dedicaba hace tiempo a organizar algunos distritos de aquella feraz región y últimamente se ocupaba en trazar un ferrocarril. Pero pasa en esto una cosa muy particular. Los ingleses se establecen donde les conviene, plantan su bandera, comercian con los indígenas, y cuando se presenta el verdadero poseedor, declaran que la *influenza comercial* les da mejor derecho que el que arranca del descubrimiento y la conquista; surge el pleito, y como no hay para sentenciarlo otro tribunal que el de la fuerza, ya se sabe quién ha de ganarlo. *La force prime le droit*.[4] Esta sentencia amarguísima de Bismarck está siendo, desde el tratado de Berlín, la norma de la política colonial. Las diferencias entre Portugal e Inglaterra se trataban diplomáticamente en diciembre último por las cancillerías de ambos países, cuando anunció el telégrafo que el mayor Serpa Pinto había penetrado a sangre y fuego en el país de los Makololos,[5] matando algunos centenares de indígenas, y apoderándose de dos banderas inglesas que había entregado a estos el cónsul de la Gran Bretaña. Sin aguardar confirmación del telegrama que contenía, como después se ha visto, grandes hipérboles, la prensa de Londres comenzó violentísima campaña contra Portugal, a la cual contestó con gran energía y dignidad la prensa lusitana. El gobierno inglés, sin dejarse contagiar del delirio de que estaban poseídos los periódicos, entabló una correspondencia diplomática con el gobierno de Lisboa, y el lenguaje de la prensa de ambos países suavizó ese tono displicente.

Últimamente, el marqués de Salisbury no quiso aceptar lo propuesto por el ministro de Estado portugués, que pedía el restablecimiento del *statu quo*, mientras por una y otra parte seguían las negociaciones. Antes de contestar a la nota portuguesa, ya los ingleses hablaban un lenguaje amenazador. Portugal no se amedrentó. La cancillería inglesa pidió que fuese desautorizado Serpa Pinto, y no reconocía a los portugueses ningún derecho fuera de los territorios de Telé y Zumbo, a orillas del Zambeze.

Puesto el gabinete de Portugal en el terrible dilema de aceptar esta admonición o de sufrir las consecuencias de un choque con nación tan poderosa, declaró que cedía a la imposición de la fuerza, reservándose el sostenimiento de sus derechos. Tal fue la chispa que dio fuego al combustible de ira hacinado por la opinión portuguesa. Estalló el movimiento de protesta tan violentamente, que dio al traste con el gobierno.

En toda Europa, como se comprende fácilmente, es unánime la simpatía hacia los portugueses en esta desigual contienda. Nadie puede ver sin indignación que una nación tan fuerte como Inglaterra abuse de su poder ante enemigo tan débil como Portugal. Es dudoso que los ingleses se atrevan a disparar un tiro sobre los muros de Lisboa, en esa histórica y ve-

4 Véase 46.2.

5 *Makololos* fue la designación dada durante las campañas de ocupación portuguesa a una numerosa tribu de la región de Alto Zambeze.

nerada boca del Tajo, de donde salieron las naves de Vasco de Gama y de Bartolomé Díaz; pero si lo hicieran su hazaña sería contada entre las menos brillantes que registra la historia.

Y no cabe duda que Inglaterra ha querido imponerse por el miedo, pues al enviar su *ultimátum* al ministro de Estado portugués, añadía que de no ser contestado satisfactoriamente en un plazo fijo, el personal de la legación inglesa sería recogido por un buque de la escuadra estacionada en Vigo.

La agitación en Portugal ha sido extraordinaria. Contra el ministro Barros Gomes, que contestó humillándose a la exigencia de los ingleses, se ha desatado la ira popular, descargando sobre él los más duros denuestos. El ministerio, insultado y escarnecido no solo en la prensa, sino por el órgano destemplado de las vociferaciones populares, presentó su dimisión, que fue admitida por el rey.[6]

Hay que advertir que el ministerio dimisionario, objeto estos días de la execración publica, era liberal, y conservador el que acaba de sucederle. El presidente de este, Serpa Pimentel, fue de los que en el Consejo de Estado votaron en contra cuando se sometió a la deliberación de aquel alto cuerpo la respuesta dada por Barros Gomes al marqués de Salisbury , respuesta que el pueblo portugués consideró humillante.

Ignórase aun lo que hará el nuevo ministerio. ¿Procederá en consonancia con el voto dado por Serpa Pimentel en el Consejo de Estado, o sostendrá la solución dada al asunto por sus predecesores? Al presentarse en el Senado Serpa Pimentel, y exponer su programa, ha dicho que sostendría los derechos de Portugal, expresión vaga, a la que no se sabe dar más alcance que el que tiene toda la fraseología política y parlamentaria. La agitación ha durado tres días en la nación vecina con el carácter propio del patriotismo exaltado y del amor propio nacional herido. Demostraciones de desagrado ante las casas de los cónsules ingleses, gritos, declamaciones patrióticas, proyectos de vindicación, vivas y mueras, discursos y protestas.

El pobre ministerio presidido por Luciano de Castro ha sido la víctima del furor popular; furor, dicho sea en honor de los portugueses, contenido dentro del límite de las palabras, pues no ha ocurrido ninguna violencia material, fuera de los vidrios rotos y del acto de arrancar el escudo inglés del consulado de Lisboa. Al principio se creyó que la explosión de patriotismo envolvía un movimiento revolucionario y antidinástico; pero el desarrollo de los hechos ha venido a demostrar que si los republicanos portugueses han querido alentar y extremar el movimiento, no han logrado su objeto.

Habría sido la mayor de las insensateces añadir la perturbación revolucionaria al conflicto internacional en momento de peligro para la integridad del territorio. Si los republicanos hubieran conseguido arrastrar la opinión, habrían hecho el caldo gordo a los ingleses, que no desean otra cosa, sino que los países codiciados se desorganicen para despojarlos más fácilmente. La anarquía en Portugal en los momentos presentes traería, sin género de duda, la pérdida de todas sus colonias. La astuta Inglaterra ha fomentado la perturbación en los países que ha querido expoliar y los revolucionarios y alborotadores fueron siempre, sin sospecharlo, sus más poderosos auxiliares.

6 En esa época, Carlos I de Portugal.

Los republicanos españoles intentan también explotar en provecho propio el exaltado patriotismo portugués, hasta ahora con escaso éxito, y proyectan manifestaciones que probablemente no se verificarán, porque de allá anuncia el telégrafo que el movimiento se enfría rápidamente, y porque allá, y aquí y en todas partes, se ha de comprender que todo lo que sea enconar los ánimos equivale a hacer política inglesa, y dar al enemigo pretexto para aumentar sus bárbaras depredaciones.

Como antes he dicho toda la prensa extranjera simpatiza en este caso con los portugueses, como simpatizó con nosotros cuando el caso de las Carolinas: pero entonces, como ahora, todo se reduce a demostraciones puramente platónicas. ¡Ilusos, inocentes y cándidos, los que en los primeros momentos de efervescencia, creen que las naciones se apiadarán del débil y correrán a su socorro! Hay un acuerdo tácito entre todos los fuertes para respetarse mutuamente sus atropellos. Y el débil gime, patalea y sucumbe, consolándose con su pasado glorioso: pero ¡sin que el pasado preste al presente más que nuevos temas de declamaciones ineficaces!

¡Candidez insigne la de los que creían que Alemania se iba a enternecer, con la injusticia de que Portugal es víctima y a venir en su socorro, como la de los que ya suponían a Francia, dispuesta a interponerse entre la poderosa Albión y su víctima! Lo que hará Alemania, mientras todo esto ocurre, y oyendo el clamor del glorioso pueblo despojado, es examinar atentamente el mapa de África o de la Polinesia, para buscar territorios, a los cuales poder aplicar la pérfida doctrina del tratado de Berlín. En cuanto a Francia, seguro es que no tiene otras miras que el desquite famoso,[7] y todo lo demás, le importa un bledo. Es triste, pero verdadero, que Portugal perderá parte de sus posesiones del Zambeze, y que no tendrá más consuelo que recordar las glorias de sus conquistadores y navegantes, y oír las frases amistosas que le dirigirán los filántropos de todos los países. La moral política internacional no existe; está por establecer y los ingleses que poseen el sentido político nacional en grado más alto que ningún otro país, carecen en absoluto de sentido político internacional, son los patrocinadores del derecho de la fuerza, y los maestros del despojo y la violencia. Desgraciadamente, para la humanidad, la historia nos ofrece una apoteosis no interrumpida del triunfo de la fuerza sobre la razón.

A Inglaterra se la compara con Cartago; pero se puede ampliar el símil asegurando que todas las razas que han predominado en el mundo han sido bastante cartaginesas. Lo que tienen que hacer las naciones débiles es dejarse de declaraciones y procurar por todos los medios hacerse fuertes. Verdad que esto es más fácil de decir que de hacer, y resulta una perogrullada de marca mayor. Inglaterra ha llegado a ser lo que es por la unidad y vigor del sentimiento nacional, por su amor al trabajo, porque no gasta su energía vital en estériles luchas intestinas. Si en otras cosas no debemos nunca imitarla, en esta sí.

En cuanto a Portugal, cuyas desgracias lamentamos los españoles como buenos vecinos, hay que reconocer que el desastre de hoy es la penitencia de su adhesión a Inglaterra en lo que va de siglo. La diplomacia británica viene ejerciendo en los asuntos exteriores y

7 De la derrota sufrida en la guerra franco-prusiana (1870-71).

aun interiores de Portugal un influjo humillante. Bien caro pagan ahora nuestros vecinos sus complacencias con la temida "reina de los mares", que en otro tiempo consideraron como su más leal aliada. La protección de Inglaterra se paga cara. No presta esa nación su capital de influencia y prestigio sin cobrar réditos enormes.

Y mientras Portugal se ha guarecido bajo el escudo británico, ha mostrado animadversión y despego hacia nosotros sus vecinos que no soñamos en atentar a su sagrada independencia. El portugués considera al español, sin ninguna justicia ni razón, como el más temible de sus enemigos, y de aquí las escasas relaciones comerciales entre los dos países peninsulares. Hasta hace poco vivíamos tan distantes como si nos separara un continente; de algún tiempo acá, con la construcción de varias líneas de ferrocarril, nos hemos aproximado un poco;[8] pero la fraternidad que debe existir entre unos y otros y que a todos nos sería tan precisa, es aún una risueña esperanza.

***

El sueño de la Unión Ibérica está, en los momentos actuales, tan lejos de realización como hace cincuenta años. Y lo llamo sueño, porque como tal, y de los más bellos, lo tenemos los españoles; mas para los portugueses es una verdadera pesadilla. Para adquirir en Portugal la más oprobiosa de las impopularidades, no hay sino declararse iberista platónico. La Unión Ibérica, tal como aquí la comprendemos no significa que ninguno de los dos países abdique su independencia; significa tan solo un medio de establecer su acción colectiva en asuntos comerciales y diplomáticos y en todo aquello que no atente a los derechos históricos de cada país. Si los portugueses llegaran a penetrarse de esto, podríamos oponer a las arrogancias de Inglaterra algo más que declamaciones estériles. Ambos, somos débiles. Unidos para defender juntos nuestro vasto imperio co- lonial, y para afrontar a los poderosos que inicuamente quieran despojarnos, tendríamos una fuerza, que podría llegar a ser considerable y a influir de un modo decisivo en los destinos del mundo.

B. PÉREZ GALDÓS

138
LP, 25/2/1890

Don Amadeo de Saboya, ex rey de España —Juicio de su conducta como soberano constitucional —La reina doña María Victoria —La crisis política y su solución —Nuevo fracaso de los planes de conciliación —El personalismo —Dificultades de la situación liberal —Los obstáculos tradicionales —La crisis como estudio de costumbres —El salón de conferencias del Congreso —Cuestiones, profecías y disputas —El periodismo noticiero —La infor-

8 Véase 37 y 60.

mación —Vivacidad y diligencia de los *reporters* —Cómo persiguen la noticia —Periódicos de más circulación publicados en Madrid —Carácter especial de la prensa española.

Madrid, 22 de enero de 1890.

Señor Director:

La noticia de la muerte de don Amadeo de Saboya, ocurrida en Turín en la tarde del 18, ha causado penosa impresión en Madrid. El que fue rey de España, durante dos años y algunos meses no dejó tras sí, al renunciar a la corona de un país cuya felicidad no había podido labrar, odios ni resentimientos. Desempeñó sus funciones de rey constitucional con exquisita lealtad y buena fe; tocáronle circunstancias difíciles, con dos partidos en armas, el carlista y el republicano, teniendo enfrente las clases altas del país y sin más apoyo que el de los partidos que le eligieron. A los inconvenientes propios de la monarquía electiva, uniéronse las perturbaciones de un período revolucionario, para hacer imposible aquel reinado y ofrecer mil dificultades al joven y animoso monarca. Hizo lo que pudo, procedió en todos sus actos con imparcialidad y deseo del bien. Si sus esfuerzos se esterilizaron, antes que a él debióse el encono de los partidos, y al escaso sentido práctico de nuestros hombres políticos.[1] Don Amadeo de Saboya era un modelo de caballeros, valiente, leal, sencillo en sus costumbres, más militar que político. Su esposa la reina doña María Victoria era dama de excelsas virtudes y de maravillosa inteligencia. Cuantas personas la trataron en Madrid se hacían lenguas de su bondad y de su discreción. Grandes amarguras pasó en España la ilustre señora, y su salida de Madrid fue un paso doloroso que no podía menos de afectar a toda alma honrada. La duquesa de Aosta murió, minada por cruel enfermedad, hace algunos años, y don Amadeo contrajo segundas nupcias en septiembre del 88 con su sobrina la princesa Leticia de Bonaparte.[2]

El ex rey de España ha muerto antes de cumplir los cuarenta y cinco años. Fue atacado de la *influenza,* que degeneró en pulmonía. En España, como he dicho, ha causado pena su muerte, pues todos recuerdan su buen deseo y su rectitud en la difícil misión que tuvo que desempeñar aquí. Fracasó por la gran turbación de aquellos tiempos, y por el vicio inherente a la monarquía electiva y a los soberanos trasplantados de un país a otro. Nada es tan verdadero como este axioma que he visto en cierto álbum con la firma de un político español del antiguo régimen, el señor Moyano: "Los reyes nacen o se hacen; pero no se les hace".

***

¿Ocuparéme ahora de la solución de la crisis política tras laboriosos y titánicos esfuerzos por conseguir la conciliación de los liberales? Algo he de decir, y si escribiera para españo-

1 Durante el breve reinado de Amadeo I, Galdós puso su pluma periodística a su servicio. Muchos años después de esta Carta, en el episodio *Amadeo I* (1910), siguió defendiéndolo. Es una de las figuras históricas sobre la que, a lo largo de su vida, la opinión de don Benito no se modificó.

2 El padre de la princesa era hermano de Napoleón III y su madre, Clotilde de Saboya, hermana de don Amadeo. Para casarse, en septiembre de 1888, necesitaron dispensa papal por consanguinidad.

les, lo haría con extensión, porque el caso es aquí muy interesante. Desde que se consideró fuera de peligro al rey, se reanudaron los trabajos. La reina prosiguió las consultas con los ex presidentes, y no habiendo podido ponerse de acuerdo con los discrepantes el jefe del partido, se encomendó esta misión al presidente del Congreso señor Alonso Martínez.

Dos días de conferencias, tratos y arreglos que tan pronto se hacían como se deshacían, han mantenido la ansiedad en los círculos políticos; cada hora circulaba una versión distinta. Nos acostábamos pensando que todo estaba arreglado; nos levantábamos con la seguridad de que todo se descomponía. Por fin, las negociaciones, emprendidas con tanta diligencia como buen deseo por el presidente de la Cámara han fracasado. Y la razón de esto es muy sencilla: se transige fácilmente en las ideas y aun con los principios; pero cuando las diferencias emanan de incompatibilidades y antipatías personales, el arreglo es difícil sino imposible. Hay que reconocerlo con pena.

El personalismo impera en la política española y es hoy la rémora que se opone a que el partido liberal aplique sus ideas y desarrolle completamente su programa. Cada personaje que se separa de la colectividad cree llevar tras si la opinión del país, o al menos lo dice, y aspira a la dirección suprema del partido. Ninguno se contenta con menos que con destituir al señor Sagasta que tiene a su favor la tradición, la actividad y un conocimiento profundísimo de la mecánica política y parlamentaria, y del vario personal que en ella actúa. En esta aspiración tropiezan con la dificultad enorme de la mayoría parlamentaria, adicta a su jefe y dispuesta a apoyarle a todo trance, y como la reina no ha de dar el decreto de disolución a los disidentes por grandes que sean su número y arrogancia, resulta que entorpecen la política liberal sin provecho ninguno para ellos. Verdad que la reina tampoco se muestra dispuesta a dar la disolución al señor Sagasta, aunque este la pretendiese, resultando de aquí que las Cortes han de continuar hasta la expiración del plazo legal. Los disidentes no logran su objeto; el señor Sagasta no tiene, aun contando con mayoría, el desahogo necesario para llevar adelante la obra legislativa y de esto provienen las dificultades de la situación. Fracasado el nuevo intento de conciliar a los liberales, el señor Sagasta se ha encargado nuevamente de formar ministerio. Lo formará hoy de seguro, y su campaña en las Cortes ha de ser de las más azarosas. Los disidentes, que llegaron a cobrar esperanzas de ser ministros, al verse defraudados, han de irritarse hasta el delirio, y han de recurrir al obstruccionismo y al escándalo. Nos aguarda una campaña de rumores y bullanga cual no se ha visto en mucho tiempo, y al fin la Corona veráse obligada a llamar a los conservadores prematuramente y fuera de sazón.

Creo que el dominio de los liberales, que habría podido ser muy largo, y dilatarse hasta comprender todo el periodo de la Regencia, no contará ya muchos meses de existencia. La opinión les es propicia; pero los antagonismos personales les devoran. En otro tiempo se quejaban de los *obstáculos tradicionales*;[3] hoy la Corona les es propicia, la opinión les da su apoyo, prestándoles atmosfera vital, cual nunca la tuvo partido alguno. Pues en estas condiciones favorables, se inutilizan con sus discordias, y fraguan en sus propios corazones la tempestad que ha de destruirles.

3 Véase 2, n. 9.

Se pierden bajo un cielo sereno y sin nubes, devorándose en mitad de su camino llano y sin obstáculos. Siempre ha pasado lo mismo. Es axiomático que si los conservadores caen siempre por abuso del poder, los liberales perecen por sus divisiones y discordias intestinas. Es un partido este que está casi siempre en guerra civil, y lo peor es que la experiencia no le aprovecha. La infancia es en él perpetua.

***

Por lo demás, y dejando a un lado estas fastidiosas consideraciones políticas, los días de crisis son interesantísimos y ofrecen ancho campo al humano estudio. Quien no haya pasado algunas horas de la tarde en el Salón de Conferencias de este Congreso, no conoce el teatro más animado y divertido que puede existir. En los días que con toda propiedad pueden llamarse *críticos,* cuando se pone en tela de juicio quién o quiénes han de gobernarnos, tienen mucho que ver y mucho más que oír los grupos que se forman en este recinto, al cual no me atrevo a dar el nombre de *augusto,* como era uso y costumbre en la literatura política ya pasada de moda. Generalmente, en días así, los hombres políticos de gran importancia real o atribuida, no vienen al Congreso.

Los de segunda, tercera y cuarta fila son los que dan vida y bullicio y tonos pintorescos a los grupos. En cada uno de estos suele haber uno o dos salvadores del país que peroran, los demás oyen y callan. Sus opiniones son tan varias y contradictorias que el que las oyera todas y tratara de armonizarlas, podría dar lecciones de claridad a los que construyeron o trataron de construir la torre de Babel. Aquí oímos que sin la entrada en el gobierno de determinada persona, está muy próximo el fin del mundo; allá nos cuentan lo contrario, y más lejos hay un grupo escéptico que no cree en nada, que todo lo ve negro, que anuncia catástrofe sin cuento, venga quien viniere, y mande quien mandare.

Resulta graciosa la formalidad con que algunos, dándoselas de bien informados, aseguran lo que ha de pasar indefectiblemente dentro de una hora. Los de inclinaciones conservadoras, que están esperando, como agua de mayo, la entrada de Cánovas, porque les hace falta para las premiosas materialidades de la vida, aseguran que *antes de dos horas*,su majestad encargará la formación de ministerio al respetable jefe de la minoría conservadora. Lo aseguran como si la reina acabase de consultarles y confiarles su pensamiento.

No falta quien tratando de las relaciones entre los hombres políticos, y queriendo penetrar el secreto de las conferencias estos días celebradas, hable de lo que trataron tales y cuales personas, como si hubiera estado oculto detrás de una cortina oyéndoles. En otros grupos la discusión se acalora, se encrespa, álzanse las manos a mayor altura que la cabeza, suben al más alto diapasón las voces; pero la raya imperceptible que separa la disputa de la riña no llega a salvarse, las roncas expresiones se convierten en risotadas, y todo queda reducido a bulla y unos cuántos chistes para concluir.

Hay que observar que en el terreno privado, reina una dichosa fraternidad entre todos los que se pasan la vida politiqueando. Y lo que no hace la fraternidad que a veces también falta, hácelo la buena educación. En otro tiempo los moderados y progresistas no se hablaban privadamente. En el Salón de Conferencias marcábase la división de campos lo

mismo que en los escaños rojos. Hoy no existe nada de eso. Los que en las columnas del *Diario de sesiones* aparecen como enemigos irreconciliables, en los pasillos y en la calle y en todas partes se expresan con la franqueza expansiva de los verdaderos amigos. Cierto que esto tiene sus excepciones; pero una riña desagradable y violenta rarísima vez se advierte en esta casa, donde tanto y con tanto calor se cuestiona y se charla.

También es digno de estudios en estos días de emociones políticas el esfuerzo supremo de los periodistas y de los *reporters* por averiguar los verdaderos giros y trámites de la crisis. Ya se sabe que en los tiempos presentes, es elemento principal de la prensa periódica de información. Antes los periódicos descollaban por la idea, hoy descuellan por la noticia, la noticia es el alma, el verbo. De informar bien y con prontitud depende el éxito de un periódico. Cada vez se hastía más el público de los artículos expositivos, de las lar- gas lucubraciones sobre temas políticos o administrativos. Parece que todo lo teórico estádicho ya y apurado, y que lo que hace falta es conocer los hechos, el suceso del día, la noticia. Cierto que el mejor periodista será siempre el que saque de los hechos ciertos la secuencia lógica más oportuna y conforme con la opinión; pero lo que da vida a la prensa es ese cuadro activo y entusiasta de muchachos que mañana y noche se desparraman por Madrid, en busca de la información que ha de constituir la savia del periódico.

Con esto, ha llegado a tal extremo el furor de competencia que los *reporters* no se detienen ante puerta alguna, y penetran en todo recinto donde hay algo que inquirir. Cada cual se desvive por adelantarse a sus compañeros, sin que esta emulación destruya la fraternidad que entre todos ellos existe. Si se trata de algún acto palatino, les veréis introducirse por las galerías y escaleras del Palacio llegando hasta donde lo permite la etiqueta, para ver quién entra y sale, y preguntar a todo el que quiere responder. Si no pueden averiguar nada importante, describen los uniformes de los personajes y dignata- rios de la corte, los trajes de las damas, y el brillo y gala de las multitudes palaciegas, que multitudes son también estas.

En las ceremonias religiosas, penetran hasta la sacristía, y en los casos interesantes de información judicial, acosan a los jueces y escribanos, interrogan a los testigos antes que lo haga el juez, celebran *interviews* con los criminales si pueden,[4] y si nada de esto se les permite, describen el aspecto del lugar en que ocurrió el crimen, o relatan largas conversaciones con personas que conocieron y trataron a la familia del interfecto o al interfecto mismo.

Pero cuando despliegan toda su actividad, toda su astucia y manejan con más perfección el gancho de la noticia, es cuando hay agitación política, y probabilidades de cambio en el alto personal político. Los *reporters* invaden la morada del presidente del Consejo, y acometen a este al entrar y al salir, si no pueden perseguirle hasta su propio despacho. Naturalmente, en esto como en todo hay privilegiados, periodistas de mucha experiencia y autoridad en el oficio, a los cuales se permite penetrar donde no penetran los aspirantes. Estos hacen su campaña principalmente en las casas de los personajes con quienes el presidente o los ministros celebran conferencias para tratar de componendas políticas. Los periodistas conocen

4 Esta actividad periodística la ejecuta el propio Galdós en 58, a propósito del asesinato del obispo, y en 122 a propósito del asesinato de Fuencarral.

al dedillo, por la estampa de los caballos y la fisonomía de los cocheros, los carruajes de los consejeros de la corona. Con tal conocimiento, fácil les es saber a dónde van. Interrogan a los porteros y criados, y algunos, que tienen amistad con este o el otro prohombre, oyen de sus propios labios lo que se cree digno de pasar a la prensa. Por lo general, el personal periodístico es inteligente, discreto y de una actividad a prueba de distancias.

***

Concluiré con una breve noticia acerca de la prensa española. Los periódicos de más circulación, entre los que se publican en Madrid, son *El imparcial*, *El Liberal* y *La Correspondencia.* A estos siguen *El Resumen*, *El Globo* y *El Correo*, todos de ideas avanzadas, a excepción de *La Correspondencia* que no tiene matiz político, y cultiva la noticia escueta.[5] *El Imparcial* y *El Liberal,* que son los diarios más leídos en España, tiran unos setenta mil números próximamente cada uno y entre ambos se sostiene una circulación bastante activa. Aunque este año han aumentado su tamaño, siguen vendiéndose al precio ínfimo de cinco céntimos de peseta. Aquí no han podido aclimatarse los periódicos de mucha lectura. Para agradar al público, es preciso que el periódico se componga de artículos cortos y escritos con amenidad, que lo serio se mezcle con lo humorístico, que la noticia ocupe espacio preferente, y que se trate con prolijidad de detalles y variedad de matices todo asunto que repentinamente ocupe la atención pública. Las disertaciones extensas, en estilo declamatorio y mazacote no tienen aceptación. El público ama la brevedad, la gracia, lo epigramático, y la apreciación real de las cosas, sin fantasmagorías. Nuestros periódicos llaman la atención fuera de España por su corto tamaño y por su baratura. A esto se debe la enorme difusión de la lectura de periódicos del 68 acá. No discutiré si es mejor o peor el periódico largo: tengo por indudable que no es posible aclimatarlo en España.

Los conservadores han descuidado en los últimos años su prensa, y hoy se encuentran sin elementos polémicos con que contrarrestar el empuje de los órganos liberales. Subsiste *La Época,*[6] periódico chapado a la antigua, bien escrito, nutrido de lectura, de precio relativamente alto. Pero a esto quizás debe su escasa circulación. No se vende por las calles, y aunque se sostiene holgadamente con su antigua y abundante suscripción, esto no basta hoy para influir de un modo decisivo en el sentimiento público. Los demás órganos conservadores no tienen la autoridad de *La Época* ni la circulación de la prensa liberal, de lo que resulta cierta desproporción de fuerzas para el partido que aspira a sustituir a los liberales.

En otra ocasión hablaré algo más de la prensa, sin omitir la de provincias, que cuenta con algunos órganos de indudable importancia.

B. PÉREZ GALDÓS

5 *El Imparcial:* véase 12; *El Liberal:* véase 30, n. 9; *La Correspondencia de España*: véase 123, n. 3; *El Resumen* aparece en 1885, auspiciado por Izquierda Dinástica; *El Correo*, subtitulado "Diario tradicionalista" nació en 1888.

6 Fundado por Coello y Quesada, se publicó entre 1849 y 1936.

139
LP, 26/2/1890

Siguen los muertos —Mariano Fernández, autor cómico del teatro español —Cincuenta y cinco años de trabajo escénico —Su familiaridad con el público —El papel de *gracioso* del teatro antiguo —Carácter del talento cómico de Mariano Fernández —El actor cómico en la vida privada —El conflicto anglo-lusitano —Ira de los portugueses —La guerra comercial —Opinión de Gladstone —Las compañías colonizadoras y la diplomacia —El sueño de la Unión ibérica —Ideas de alianza comercial —Muerte inesperada del conde de Toreno —General sentimiento producido por esta desgracia —Excelentes prendas del finado, y simpatías que gozaba —Luto aristocrático —Homenaje de las Cámaras.

Madrid, 2 de febrero de 1890.

Señor Director:

Está de Dios que todas mis cartas han de empezar hablando de muertos. En la pasada le tocó a un ilustre príncipe, que fue rey de España; en la presente trátase del más viejo y popular de nuestros actores cómicos, Mariano Fernández, que murió la semana pasada.[1] Desconocido será quizás el nombre de este artista en la América española, porque en su larga carrera jamás quiso *pasar el charco*, ni sintió el anhelo de buscar su gloria lejos de nosotros, como Rafael Calvo, Valero y María Tubau. Mariano Fernández era el más madrileño de los actores españoles, el más apegado al terruño, por decirlo así, y parecía que su persona no podía separarse de las ya carcomidas tablas del teatro Español, antes del Príncipe.[2]

Pero si en América apenas se le conoce de nombre, nadie que haya vivido en Madrid más o menos tiempo, en los últimos cincuenta y cinco años, dejará de conocerle y recordarle. ¡Cincuenta y cinco años de trabajo escénico! Esto no se comprende bien sino añadiendo que fue trabajo incesante y nunca interrumpido. Mariano Fernández trabajaba invierno y verano, y los domingos tarde y noche; lo más saliente de su carácter era su amor apasionado a la escena.

En él no era propiamente trabajo la representación; era un entretenimiento, una costumbre de esas que se sobreponen a la voluntad y de las cuales no se puede prescindir. Cuentan que sus únicas discordias con las empresas provenían de que estas le retiraran del cartel por unos días para obligarle a descansar. Odiaba el descanso, que para él era más bien suplicio. Tres días antes de morir representaba *La pata de cabra,*[3] sin que se le notara decadencia ni fatiga, ni menoscabo alguno en sus aptitudes para hacer reír al público.

De la popularidad adquirida en tantos años había nacido su familiaridad con el público. Era el único actor que se permitía hablar directamente con los espectadores, introducir

1 Murió el 23 de enero.

2 Véanse 54 y 94.

3 *Todo lo vence el amor, o la pata de cabra* (1836) es traducción del empresario teatral Juan de Grimaldi de la obra francesa de Martainville y Ribié.

en el diálogo chistes de su cosecha. Estaba en la escena como en su casa; los madrileños de raza se habían acostumbrado de tal modo a su manera de interpretar ciertas obras del repertorio cómico, que otros artistas de notorio mérito no hicieran fortuna en ellas. En las obras de magia, como *La pata de cabra,* farsa inocente que ha divertido a tres generaciones, improvisaba coplas y donaires que hacían las delicias de ese benévolo público de las tardes, dispuesto a reír sin necesidad de que se le excite a ello con estimulantes de cierta índole. La familiaridad entre el *ilustre senado* de las funciones vespertinas y el viejo actor, que hacía el papel de don Simplicio a los setenta y seis años, era tal que se le nombraba siempre sin el apellido. Nada era tan grato a los niños juiciosos como esta oferta: "Si te portas bien, irás el domingo a ver a Mariano en *La pata*".

Pero la especialidad artística de este hombre no eran las farsas estultas y deslavazadas. Descolló como ninguno en los papeles de gracioso en el teatro antiguo. Después de Guzmán, nadie los hizo como él, y bien puede decirse que así como con Calvo concluyó la estirpe de los galanes, con Mariano Fernández se han enterrado los graciosos. Aquel matiz de gracejo y decencia reunidos, aquel donaire tosco, sincero y puramente castellano, se han perdido ya en la generación nueva. Y hoy tenemos actores cómicos de indudable mérito; pero el *gracioso* de ropilla y ferreruelo ya no existe.[4]

Además de esto, su repertorio era enorme. Abrazaba todo cuanto en el género cómico se ha escrito en medio siglo, amén de ciertos tipos clásicos, como el don Hermógenes de Moratín[5] que hacía maravillosamente; y muchas de las creaciones de don Ramón de la Cruz. No era Mariano un actor de estos que en cada papel se transforman, perdiendo su propia figura para tomar la del personaje representado. No creaba caracteres; lo que hacía era adaptar el papel a su temperamento y complexión personal, siguiendo en esto el procedimiento de casi todos los actores de su generación. Quizás depende esta idiosincrasia de nuestros cómicos de la índole del teatro antiguo, en el cual los tipos permanentes dominan a los caracteres. El gracioso es siempre el mismo personaje, variando solo el nombre y los accidentes. En semejante escuela, los actores cómicos, y aún los dramáticos, habían de tender a la representación de tipos más que a la de caracteres, adoptando aquellos a su propia personalidad. He aquí porque el decano de nuestros graciosos divertía siempre al público, cualquiera que fuese el papel que representara, porque la gracia residía principalmente en la cara socarrona del actor, en su manera de decir, en sus modales y en su voz, y el público se reía solo con verle en escena. Sacaba inmenso partido de ciertos accidentes y tenía una variada colección de sombreros estrambóticos que era lo que había que ver.

Fuera del teatro, era Fernández hombre de trato agradabilísimo, festivo siempre, honrado a carta cabal, excelente para su familia y amigos. Grandes amarguras pasó en lo mejor de su vida, pues vio morir en poco tiempo a sus dos hijos, ya hombres, y no halló consuelo a esa pena sino en el teatro, que fue siempre su encanto y su alegría. Había reunido con su laboriosidad y su arreglo un pequeño capital que le hubiera permitido retirarse a descansar, pero ya he dicho que para él no había descanso, fuera de la escena, y la nostalgia le habría

4 *ropilla*: `chaleco corto´; *ferreruelo*: 'capa corta'.

5 Personaje de *La comedia nueva o el Café*. Véase 72.

consumido si se hubiera apartado de su ocupación favorita. Ha muerto a los setenta y cinco años; y tres días antes de espirar hacía las delicias del público infantil en una obra de magia. En sus últimos instantes hablaba de volver pronto a la escena, y hacía proyectos de excursión artística por provincias. Su muerte ha sido muy sentida en Madrid, y a su entierro acudió gran gentío. Descanse en paz el hombre que ha hecho reír a todos los madrileños de medio siglo acá. Seamos agradecidos con quien nos ha divertido y alegrado, ya que en la mayor parte de las ocasiones de nuestra vida, nos vemos frente a personas cuya única misión en el mundo parece ser la de hacer rabiar a sus semejantes.

***

Los asuntos de Portugal no han tenido el desarrollo que muchos creían. Las demostraciones populares no han rebasado cierto límite, y hasta ahora el odio a Inglaterra solo se ha traducido en gestos y aspiraciones de un orden pacífico, como el suprimir nombres y letreros ingleses, no permitir que trabaje en el circo ecuestre ningún súbdito de la reina Victoria, y declarar a la poderosa "señora de los mares" la guerra comercial. Los portugueses se proponen suprimir de la balanza de Inglaterra los cinco millones de libras que importa el tráfico con nuestros vecinos, y para llegar a este fin discurren procedimientos, que serán muy patrióticos, pero que no tienen ningún sentido práctico

Esto de la guerra comercial se dice muy pronto; pero la realidad destruye las ilusiones en menos tiempo del que se emplea en forjarlas. No consideran los portugueses que las represalias de Inglaterra pueden ser desastrosas, y que la represión del tráfico entre las dos naciones que hasta hace poco fueron fieles aliados, si puede ocasionar a Inglaterra un ligero quebranto, ocasionará también de fijo a Portugal el aniquilamiento súbito de su riqueza.

Las corrientes comerciales, creadas por los siglos y la costumbre, difícilmente pueden variarse. ¿En qué mercado colocará Portugal sus productos, y particularmente sus vinos exquisitos y sus ganados? Eso de enviar a los Estados Unidos lo que hace poco consumía Inglaterra es pura fantasía, pues no se cambia de mercados por una simple disposición gubernamental.

Fuera de esto, la opinión continúa apoyando en toda Europa las reclamaciones de Portugal, aunque de una manera platónica, y en la misma Inglaterra la voz autorizada y respetabilísima de Gladstone ha condenado con ciertas salvedades, la conducta harto impetuosa del marqués de Salisbury. No toda la prensa inglesa se muestra conforme con el proceder del gobierno de la reina, y si no el hecho, el procedimiento arbitrario, provocativo y brutal es severamente criticado. Inglaterra podría haber adquirido la región alta del Zambeze, o del Chiré, sin violar descaradamente el tratado da Berlín; y lo que ha ocurrido en este asunto es una complacencia deplorable con las grandes compañías colonizadoras. La titulada *South African Company* es de las más poderosas, y en ella está interesado *lord* Fife, que recientemente ha emparentado con la familia real.[6] Estas compañías ejercen en el gobierno inglés influencia y presión más grandes que entre nosotros las empresas de

6 Se casó con la princesa Luisa, hija mayor del príncipe de Gales, futuro Eduardo VII.

ferrocarriles, de cuyo poder tiránico y absorbente nos quejamos tanto. Nada se les niega; el gobierno las favorece largamente, y en provecho de ellas funciona la diplomacia, se mueven las escuadras, y hace gala de su inmenso poder la nación inglesa. No de otra manera habría llegado el comercio británico a hacerse dueño de medio mundo, o más bien de las tres cuartas partes de él.

La diplomacia de Londres ha sabido arreglar tan bien este asunto que ninguna de las naciones signatarias del tratado de Berlín ha dicho una palabra contra el despojo de Portugal. ¡Tristísimo espectáculo el de una nación gloriosa y débil clamando en vano desde un ángulo de Europa, sin que ninguno de los fuertes pronuncie en el litigio sino palabras de conmiseración y cortesía!

Con este motivo se ha hablado mucho aquí de *Unión ibérica* el sueño generoso de algunos españoles, y de pocos, muy pocos portugueses. Ni aun en sus mayores desastres admiten los lusitanos la idea de la atenuación de su nacionalidad. Su orgullo se revelaría contra una unión como la que existe entre Suecia y Noruega, y hacen gala de amar su autonomía y de conservarla en el fondo y en la forma, suceda lo que sucediera. Esto da honra, y es por si solo un signo de que la nacionalidad portuguesa no perecerá nunca.

Pero en los momentos actuales, viéndose abandonados de todo el mundo, ultrajados por su amiga de siempre, vuelven los ojos a nosotros, nos miran con simpatía y desean no la fusión de ambas nacionalidades, sino un concierto para obrar mancomunadamente en los asuntos que se refieren a su integridad colonial, y disposiciones que unifiquen nuestros intereses comerciales. No llegan a proponer el *Zollverein ibérico*,[7] pues esto, según creen, subordinaría en cierto modo su hacienda a la nuestra; pero pasarían por un tratado bastante expansivo que hiciera las fronteras menos sensibles de lo que hoy lo son. Siendo similares los productos de nuestros países, el cambio entre ellos no había de ser nunca muy considerable; pero un concierto aduanero que permitiera crear en los puertos de toda la península depósitos intermediarios para Europa y América, sería quizás la solución del porvenir y abriría a las colonias portuguesas y españolas un horizonte, que por desgracia no tienen ahora. La idea es arriesgada y de ejecución no fácil; pero conviene meditar en ella y buscarle los medios de aplicación.

***

Al llegar a esta parte de mi epístola, me veo obligado a cambiar súbitamente de asunto para hablar de otro muerto ilustre, el conde de Toreno, arrebatado a su familia, a sus amigos y a la patria por una cruel enfermedad hace dos días. Profunda emoción ha causado en Madrid el fallecimiento del esclarecido prócer, afiliado desde que empezó su vida pública, en el partido conservador, del cual era una de las personalidades más eminentes y respetables. Las diferencias políticas no amenguaban el aprecio que el conde de Toreno mereció de todos por sus raras prendas de carácter, por su caballerosidad y rectitud a toda prueba, por su discreción y claridad de su talento. Al saberse su inesperada muerte, acaecida antes de cumplir los cincuenta años, así el amigo como el adversario se han confundido en un

7 *Zollverein*: unión aduanera creada en torno a Prusia en 1834.

sentimiento. Pocas veces hemos visto en Madrid expresión de duelo tan viva y unánime, tratándose de un hombre político.

El conde de Toreno, cuyo entierro se verifica hoy, era hijo primogénito del célebre historiador de la *Guerra y revolución de España*,[8] escritor clásico, gran estadista y uno de los fundadores del sistema constitucional en España. Venía figurando en la política desde la Restauración, siempre al lado del señor Cánovas del Castillo, de quien era fiel amigo y aliado. Fue ministro en el primer gabinete de la Restauración, después alcalde de Madrid, y por último presidente del Congreso, habiendo mostrado en este cargo esclarecidas dotes, y haciéndose respetar de todos los partidos por su exquisito tacto, su conocimiento de las prácticas parlamentarias, y su imparcialidad.

Enfermo hace dos o tres semanas, nada hacía temer un desenlace funesto; pero se agravó repentinamente en los últimos días de enero y el 31 expiró, llorado por su familia y amigos. Emparentado con casi toda la nobleza española, su muerte lleva el luto a multitud de familias aristocráticas. En lo que queda de este triste invierno, la mayor parte de los grandes salones del Madrid elegante permanecerán cerrados, y las alegres fiestas de otros años no se repetirán en este.

Deja Toreno un gran vacío en el partido conservador, que no podrá sustituir fácilmente al hombre caballeroso y discreto que acaba de bajar al sepulcro. A sus cualidades de inteligencia unía la laboriosidad y el amor al estudio, la formalidad, tan raro en estos tiempos, y una educación exquisita. Ambas Cámaras, y especialmente el Congreso, al cual pertenecía desde hace más de veinte años, le hicieron en la sesión de ayer honores fúnebres tributando a su memoria grandes alabanzas por boca de hombres eminentes de todos los partidos. El país ha perdido a uno de sus nombres más útiles, y Asturias, patria del conde de Toreno, echará de menos por mucho tiempo a su dignísimo representante.

B. PÉREZ GALDÓS

140
LP, 8/3/1890

Muerte del duque de Montpensier —Bosquejo histórico. —Cualidades domésticas de los hijos de Luis Felipe de Orleans —Casamiento del duque con la infanta de España —Su residencia en España —La reina Amelia —Montpensier trata de influir en la política española —Su destierro —Revolución del 68 —Candidatos al trono de España —Impopularidad de la candidatura de Montpensier —Duelo con el infante don Enrique y muerte de este —Elección de don Amadeo de Saboya y muerte de Prim —Planes del de Orleans y su reconciliación con la familia destronada —La Restauración —Casamiento del rey Alfonso con Mercedes —Bondad de esta princesa —Su prematura muerte —Aciago destino de la

8 Su título completo es *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España* (1835). Galdós la conocía y la utilizó para la Primera serie de sus *Episodios nacionales*.

familia de Orleans —El conde de París y sus hijos —Colosales riquezas de Montpensier —El palacio de San Telmo —En Sanlúcar —En pro de la cultura patria.

Madrid. 10 de febrero de 1890.

Señor Director:

Lo siento mucho; pero no es culpa mía que se muera cada semana una persona nota- ble. El año va siendo terrible para los poderosos, para todos aquellos cuyos nombres están escritos en las alturas de la sociedad. Concluí mi última carta, firmemente persuadido de que en la próxima no hablaría de muertos. Y sin embargo, de otro difunto ilustre tengo que hablar en esta, el duque de Montpensier, que pasó a mejor vida, súbitamente y como herido del rayo, la semana pasada.

La personalidad de don Antonio de Orleans se halla tan ligada a los principales acontecimientos ocurridos en España en el tercer cuarto de este siglo, que su biografía resulta una interesantísima página de historia. Intentaré, no digo escribirla, sino bosquejarla.

Era Montpensier el más joven de los cinco hijos varones de Luis Felipe, rey de los franceses. Nació en 1824, en Neuilly. Su juventud, ni aun después de la elevación de su padre al trono, ofrece gran interés. Sirvió en el ejército, tomó parte con sus hermanos Joinvilie, Nemours y Aumale en la guerra de Argelia, y recibió la educación morigerada y burguesa que caracteriza a los príncipes de Orleans. En el rey Luis Felipe resplandecieron siempre las virtudes domésticas, el método y el ahorro, el amor a la familia y cierta sencillez de costumbres más propias de los ciudadanos que de los reyes.

Estas cualidades se han reproducido en todos los hijos, y aun en los nietos de Luis Felipe. El duque de Montpensier las poseía en alto grado, dando pruebas de ellas en todo el curso de su vida, y creando, por decirlo así, con ellas su propia historia, que nos ofrece grandes enseñanzas.

La primera página notable de la biografía de don Antonio de Orleans es su casamiento con la infanta Luisa Fernanda, hija de Fernando VII y hermana de Isabel II; y desde entonces Montpensier pasa de la historia de Francia a la de España, en la cual figura hasta época avanzada de su vida. Con la mano de la hermana de la Reina, recibió el Duque la cuantiosa dote de su esposa, que algunos hacen ascender a quince millones de duros, y el titulo de infante de España. Las bodas de las dos hermanas se celebraron en 1846, en un mismo día, y fueron tan aparatosas que quedó de ellas memoria por muchísimo tiempo.[1]

Hallándose en París Montpensier con su joven esposa, poco después de la boda, ocurrió el destronamiento de Luis Felipe y su emigración a Inglaterra. La república, y algunos años después, el segundo Imperio, quitaron a los Orleans toda influencia política en los asuntos de Francia. Montpensier volvió a España, fijando su residencia en Sevilla, donde vivía tranquilamente, sin intervenir en la política española, con vida de magnate y de propietario opulento, no tan querido como respetado.

1 Galdós las reflejaría diez años después en el episodio *Bodas reales* (1900).

Luis Felipe murió en Claremont (Inglaterra) en 1850. Conviene hacer mención de su esposa la reina Amelia, respetada por sus virtudes y su rara modestia, como una mujer sin igual. Cuentan que, en 1830, ciñó con repugnancia la corona; vivió siempre apartada de los negocios públicos y del bullicio y esplendor de la corte, ocupada solo en la crianza de sus hijos, practicando la caridad, y conservando en su regio domicilio la paz y la tranquilidad del hogar, tal como corresponde al común de los ciudadanos. Las virtudes domésticas de esta excelsa princesa se han reflejado en todos sus hijos, siendo uno de los rasgos más salientes de ellos.

Sigamos ahora con Montpensier, y el desenvolvimiento de su personal influencia en los asuntos de España. Hasta los años precursores de la Revolución del 68, no comienza a destacarse la figura del duque, el cual hacia 1860, aparece con inclinaciones manifiestas a la política de la Unión Liberal, representada por el general O'Donnell. Los gobiernos de resistencia que siguieron a la desastrosa jornada del 22 de julio de 1866,[2] empezaron a mirar con recelo al duque de Montpensier, quien, no contento con manifestarse inclinado a las soluciones liberales, se acercó a la reina Isabel para aconsejarle cambiara los rumbos peligrosos de su política. De estos consejos provino la desgracia del de Orleans, y la orden de su destierro, uno de los más absurdos dictámenes que pudieron imaginar los obcecados consejeros de doña Isabel.

Estos precipitaron, con sus errores y el delirio de su desatinada política, la confabulación de los progresistas y unionistas para derribar el Trono, y pronto se dijo que el duque de Montpensier favorecía la coalición revolucionaria, auxiliándola con su cuantiosa fortuna.

Estalló la revolución, hundióse el Trono, convocáronse Cortes Constituyentes, y estas proclamaron la monarquía. Desde que esta proclamación se hizo, Montpensier fue uno de los candidatos al trono, teniendo a su favor los elementos procedentes del partido de O`Donnell. Prim rechazó siempre la candidatura del duque. Olózaga se inclinaba a la de don Fernando de Coburgo, ex regente de Portugal, y Topete patrocinaba la de Montpensier. Empeñadas luchas hubo entonces en la prensa y en los círculos todos sobre este asunto, y hay que reconocer que la candidatura de don Antonio de Orleans no tuvo nunca calor en la opinión.

Volvió el duque a España en aquellos días, y los que entonces vivían en Madrid recuerdan perfectamente sus esfuerzos por adquirir popularidad, y la esterilidad manifiesta de aquellos mismos esfuerzos. Todo el mundo reconocía las virtudes domésticas del duque, sus aptitudes administrativas, y reconociendo esto, el sufragio de la opinión le era cada día menos favorable. ¿En qué consistía esto? Alguien señalaba el origen de la impopularidad del duque en el contrasentido moral resultante de querer ocupar el trono de la hermana política, después de haberla lanzado de él por medios poco lícitos. Otros lo explicaban con la poca habilidad del candidato para disimular su ambición, la cual no podía ser simpática al pueblo español. No parecía en verdad decoroso que la corona se pretendiese como se pretende un destino, pues siempre hemos visto, desde que hay historia en el mundo, que

2 Fecha de la sublevación del cuartel de San Gil, apoyado por progresistas y demócratas, contra Isabel II, y aplastada el gobierno de O'Donnell. Galdós la evocará en sus *Memorias,* en *Ángel Guerra* (1890-91) y en el episodio *La de los tristes destinos* (1907).

las coronas o se heredan, o se ganan en los campos de batalla, o se reciben sin solicitarlas, mediante una elección libérrima y no influida, ni intervenida por los candidatos.

En aquellos días de inquietud y sobresaltos continuos, ocurrió un hecho que vino a perjudicar más al duque y a contrariar sus aspiraciones. Habiendo sido injuriado en un periódico por su primo el infante don Enrique, Montpensier retó a este en duelo, y tuvo la desgracia de matarle al tercer disparo.[3] Gran escándalo produjo en Madrid este suceso, a consecuencia del cual el duque tuvo que pasar de nuevo la frontera, dejando la dirección de su causa encargada a la diligencia de sus amigos.

Las vacilaciones para elegir rey terminaron al fin, después de las negociaciones desgraciadas para traer al príncipe de Hohenzollern, las cuales, como todo el mundo sabe, precipitaron el choque entre Francia y Prusia en 1870,[4] y puestos de acuerdo los notables españoles, eligieron a don Amadeo de Saboya.[5] Algunos maliciosos relacionaron la trágica muerte de don Juan Prim con el despecho del candidato desairado; [6] pero nada hay que justifique semejante sospecha, y por tanto no admitimos pueda existir tal borrón en la personalidad del duque de Montpensier.

Resuelta la cuestión regia, el de Orleans, se reconcilió con su cuñada la reina Isabel, y andando el tiempo, apareció como uno de tantos partidarios de la Restauración de don Alfonso. Los amigos del duque, no hallan contradicción entre sus pretensiones a la corona, durante el periodo revolucionario y las paces que celebró después con la familia destronada; antes bien, señalan este doble juego, como un rasgo de sagacidad y de alta política. Aseguran que el pensamiento de Montpensier, era ocupar el trono, como rey de elección popular, realizando después, la fusión de la monarquía histórica, con la democrática, por medio del casamiento de su hija Mercedes, con el príncipe Alfonso, instituyéndoles a ambos, mancomunadamente como herederos, para que reinaran juntos y con iguales derechos, como reinaron en Inglaterra, Guillermo y María, después de la Revolución.[7] Podría ser éste el plan del duque; y, si lo era, a nadie se ocultan los inconvenientes que había de tener en la práctica.

Más aproximado a la verdad, será quizás el sostener que Montpensier no pudo eximirse del destino histórico de su raza, el cual se manifiesta en una desordenada ambición de desbancar a la primera rama borbónica, y ocupar su puesto, donde quiera que la ocasión se presente, en Francia como en España. Pero, semejante destino, se completa con la esterilidad de los esfuerzos para reinar, sin duda porque los Orleanes, dotados de excelentes cualidades para la vida privada, carecen de aquel prestigio, de aquellas prendas, de aquellos defectos quizás, que cautivan a las muchedumbres.

La Restauración, elevando al trono de España a don Alfonso XII, devolvió a Montpensier su puesto en la familia reinante, y al poco tiempo vio realizada el duque la aspiración

3 Se relata este suceso en el episodio *España trágica* (1909).

4 Francia se opuso, y con este pretexto comenzó Bismarck la guerra franco-prusiana.

5 Véase 138.

6 La sospecha de que Montpensier había financiado el asesinato de Prim nunca se resolvió.*

7 Se refiere a la revolución inglesa de 1688.

que parecía consolarle del fracaso de sus aspiraciones primeras. El casamiento de su hija Mercedes con el rey le aproximaba al trono que personalmente no había podido ocupar. Verificáronse las bodas con gran pompa y alegría; la joven reina era un ángel de bondad, dulzura y modestia, y antes de ceñirse la corona se había ganado los corazones de todos. La elección de don Alfonso pareció acertadísima, porque doña Mercedes, además de las virtudes propias de la familia de Orleans, tenía el don de hacerse simpática y aun popular. Pero el sino fatal que parece perseguir a los hijos de Luis Felipe no permitió que sobre la inocente cabeza de aquella reina se fundaran grandes esperanzas. No habían cumplido seis meses de su boda, cuando expiró doña Mercedes, víctima de una fiebre maligna, llorada de su familia y de la nación entera.[8]

Es que la Providencia dentro de la esfera doméstica, se ha mostrado durísima con don Antonio de Orleans, pues de sus nueve hijos ha visto morir a siete, casi todos en la flor de su edad. Poco después de Mercedes, murió Cristina, de más edad que aquella, y antes habían fallecido los infantes don Fernando y don Alfonso, en quienes sus padres fundaron grandes esperanzas Diríase que por resolución suprema, el duque vivía condenado a no poseer ni en sí mismo, ni en sus hijos la corona de su patria adoptiva. De sus nueve hijos, solo viven la infanta María Isabel, casada con el conde de París, y el infante don Antonio, que tiene por esposa a la infanta Eulalia, hermana de Alfonso XII. Hija de los condes de Paris es la princesa Amelia, hoy reina de Portugal, y el joven duque de Orleans, que en estos días está dando tanto que hablar en París con su inopinada presentación, reclamando como francés ser admitido en el servicio militar.

El conde de Paris ya sabemos que asume hoy los derechos a la corona de Francia, por ambas ramas, pues es el heredero político del conde de Chambord. La descendencia de Montpensier tiene, pues, un papel importante que desempeñar. Los príncipes de Orleans no abandonan lo que llaman sus derechos, y para conseguir sus fines aceptan todas las posiciones monárquicas que los casamientos o la elección les proporciona en Europa y América. Cierto que en el Brasil han perdido la partida, pues el conde de Eu, hijo de Joinville, no puede pensar ya en la herencia de lo que fue imperio de don Pedro II. Dos Orleanes ciñen hoy corona y son: la reina Amelia en Portugal[9] y el príncipe de Bulgaria, Fernando de Coburgo, hijo de la princesa Clementina, hermana de Montpensier. Muy poco es esto para las aspiraciones vehementes de la familia, que sueña con restablecer el trono de San Luis,[10] empresa que nos parece superior a las fuerzas humanas y que sería difícil, aun cuando los príncipes que tal ambicionan tuvieran prendas extraordinarias de sagacidad política y arrojo militar.

El duque de Montpensier poseía una fortuna tan grande, que era reputado como el príncipe más rico de Europa. A la cuantiosísima dote de su mujer, que no debía de ser inferior a quince millones de pesos, unió después su parte que le correspondió cuando Francia devolvió los considerables bienes de la familia de Orleans, y varias herencias como la del

8 Murió el 26 de julio de 1877. Suceso narrado en el episodio *Cánovas* (1912).

9 Véase 60.

10 Es decir, de Francia.

duque de Galliera. Además la infanta Luisa Fernanda ha recibido, sin más interrupción que la de la época revolucionaria, la renta que le asigna la Constitución como perteneciente a la familia real. Todo esto fomentado por los hábitos económicos y por la excelente administración de la casa ducal, ha sido parte a crear uno de los caudales más saneados que existen en el mundo.

Montpensier compró al Estado el palacio de San Telmo en Sevilla, y lo restauró y decoró con gran magnificencia, plantando los soberbios jardines de naranjos que se extienden a orillas del Guadalquivir, y son uno de los mayores encantos de aquella ciudad. En estos amenos jardines supo el duque realizar la perfecta unión de la utilidad con el recreo, pues la cosecha de naranja ha sido siempre un cuantioso renglón en los ingresos de la casa. La residencia de San Telmo, es digna de reyes y no habrá muchas en Europa que la igualen. Poseía además en Sanlúcar otro palacio, y cotos y bosques de grande hermosura, en los cuales solía pasar las temporadas de invierno. Allí le sorprendió la muerte hace unos ocho días. Hallábase paseando en coche con su ayudante por el coto denominado de la Breva, cuando divisó unas perdices, y le entraron ganas de matarlas. Bajó del coche, y apenas había andado algunos pasos, cuando se sintió acometido del mortal accidente, y cayendo rígido en brazos de su acompañante, pocos minutos después era cadáver. La infanta y sus nietos, los niños de doña Eulalia, que también salieron de paseo por el monte, se encontraron súbitamente con la irremediable catástrofe, y recogieron en medio del campo el cuerpo frío del hijo de Luis Felipe, rey de Francia. El cadáver del duque ha sido trasladado al panteón de Infantes del Escorial, donde yacen sus hijos difuntos.

No concluiré esta monografía, rápidamente bosquejada, sin indicar lo que debe Españaa la generosidad de Montpensier en la conservación de algunos monumentos relacionados con la historia patria. A él debemos la conservación de la casa de Castilleja de Guzmán,[11] donde murió Hernán Cortés, y la restauración del monasterio de La Rábida, dónde el célebre Marchena dio hospitalidad al descubridor del Nuevo Mundo.[12] Por tales pruebas de cultura y patriotismo, España debe gratitud a don Antonio de Orleans.

B. PÉREZ GALDÓS

141
LP, 28/3/1890

SUMARIO: Alemania y la cuestión socialista —Los rescriptos imperiales —Las elecciones y el triunfo de los socialistas —Disolución del *Kartell* —Grave situación de la política imperial —El congreso para mejorar la clase obrera —El Congreso de Washington y su ineficacia —La política norteamericana —Las dos razas del nuevo continente —Ojeada al porvenir —Relaciones de España con las repúblicas de origen ibérico —Las comunicacio-

11 La casa-palacio de *Castilleja de Guzmán* (Sevilla) que fue adquirida y restaurada por Montpensier en 1855.+

12 El *monasterio*, arruinado tras la desamortización, fue restaurado a iniciativa de Montpensier en 1855. El franciscano *Marchena* había acogido a Colón en tres ocasiones y le ayudó a iniciar su empresa.

nes marítimas —La propiedad literaria —Quejas de un español —Veredicto del jurado en un crimen por infidelidad matrimonial.

Madrid. 4 de marzo de 1890.

Señor Director:

Los asuntos de Alemania atraen hoy, con preferencia a los demás asuntos, la atención de Europa. Los rescriptos imperiales,[1] las elecciones del *Reichstag* son la materia del día. El poderoso imperio se ve amenazado de gravísima crisis, y aunque por el momento conju-re los peligros la consumada habilidad del *canciller de hierro*, el mal es hondo, y la políticaha de entrar pronto en aquel país por vías nuevas.

La propaganda socialista ha encontrado en Alemania desde 1848, terreno más propicio que en otro país alguno. La preponderancia militar, el servicio obligatorio, la inmensa cifra de los gastos de guerra en tiempo de paz o sea de la *paz armada*, el desarrollo de la industria, la falta de grandes colonias, todas estas causas reunidas han de dar prosperidad necesariamente a la idea socialista, que es allí la única forma de protesta contra el actual régimen El emperador Federico III vio el mal, y abrigaba generosos planes de reforma política, dando más latitud a las ideas liberales y al derecho parlamentario. Pero su dolorosa enfermedad y su prematura muerte no permitieron ni aun que estos planes llegaran a formularse.[2] El actual emperador, Guillermo II, joven, activo, deseoso de gloria, que en el terreno militar no ha podido alcanzar todavía, deseoso también de mostrar su iniciativa en los asuntos civiles, hace tiempo que fija su atención en los trabajos socialistas, minadores del omnímodo poder imperial. No queriendo que los sucesos le cojan desprevenido, discurre anticiparse a ellos, y en sus rescriptos del pasado febrero, anuncia su propósito de consagrar preferente atención al mejoramiento de la clase obrera y de convocar una conferencia europea con este objeto.

Publicado el documento imperial en vísperas de las elecciones, se creyó que influiría en el resultado de estas, quitando fuerzas al socialismo o reconciliándolo en parte con la política imperial. Pero los hechos han demostrado el optimismo de los que tal creyeron, pues los socialistas, después de los rescriptos, aparecen más compactos, crecen con pasmosa fecundidad, invaden las clases militares, se presentan en nutrida falange en los comicios, y alcanzan en el resultado total de las elecciones, una cifra formidable. En la anterior campaña electoral, los socialistas habían tenido siete millones de votantes; en la presente pasa esta cifra de trece millones.

El *Reichstag* resulta, pues, con una composición que imposibilita el gobierno en condiciones parlamentarias, pues las oposiciones reunidas forman mayoría, y el *Kartell,* o sea la coalición liberal-conservadora con que Bismarck ha venido gobernando hasta aquí, está en minoría.

Aun espera el gobierno imperial que las elecciones suplementarias, o sea las que se verifican en los comicios donde resultó empate, modifique algo la composición de la Cá-

1 Decisiones escritas del emperador para resolver una consulta o responder a una petición.

2 Sobre la muerte de Federico III, véase 102.

mara, pero esta modificación no alterará sensiblemente las cifras. Por lo que el telégrafo nos va diciendo de las elecciones parciales, se puede calcular que con el actual *Reichstag* no se puede gobernar.

El *Kartell*, la agrupación liberal-conservadora, que ha sido hasta aquí el antemural opuesto a la invasión socialista dentro del parlamento, se considera de hecho disuelto. Dícese que Bismarck procurará entenderse con la minoría del partido católico, para agregarla a las piedras que compusieron el antiguo *Kartell,* pero tampoco por ese lado parece que se presentan las cosas a gusto del canciller.

¿Qué hará este ahora? ¿Disolverá la Cámara apenas elegida, o procurará gobernar con ella, por medio de transacciones y componendas? Pronto lo hemos de saber. Entre tanto, háblase de la conferencia para mejoramiento de los obreros, la cual se reunirá en Berlín, presidida por el ministro de Industria y Comercio. Nueve naciones han sido invitadas a ella, y están excluidas Rusia, España y Portugal.

Es opinión corriente que la conferencia será tan sólo una luminosa información de economistas de los países congregados, y que no tendrá efectos de ninguna clase en la práctica. Se hablará mucho, cada cual expondrá sus ideas sobre el punto complejo que se va a tratar, y cuando los conferenciantes se retiren a sus respectivos países, después de haber expuesto doctrinas muy sabias y observaciones muy juiciosas, los obreros alemanes y no alemanes, seguirán lo mismo que están ahora, y los gravísimos problemas de la relación entre el capital y el trabajo continuarán insolubles, envueltos en el pavoroso misterio del porvenir.

***

La experiencia nos dice que todas estas conferencias y congresos son de una infecundidad lamentable. Dígalo, sino, el Congreso de Washington, cuyo objeto parece ser extender a ambas Américas la influencia de los yankees, y llegar a la hegemonía comercial de los Estados Unidos con exclusión de la industria europea. Los congregados a orillas del Potomac no han podido entenderse, y la poderosa república no verá en mucho tiempo realizados esos sueños de tutela panamericana que en su prosperidad presente la desvanecen.

Por lo demás, la idea de que América ha de bastarse a sí misma, es una idea absurda, como lo sería la de que Europa viviera exclusivamente de sus propios recursos, sin dar ni tomar nada a los demás continentes. Las leyes de la solidaridad humana no pueden ser alteradas a capricho, ni se concibe que puedan alzarse murallas de la China entre el Nuevo y el Antiguo Mundo, por medio de combinaciones aduaneras, sin que se originen grandes catástrofes.

Si necesario es a la madre Europa el concurso de los pueblos jóvenes para realizar todos los fines de la vida, los pueblos americanos no necesitan menos de las iniciativas europeas para su desarrollo progresivo. En tan perfecta armonía han de marchar el progreso y la tradición, que no hay vida posible sin ambos elementos, así en la esfera pública como en la privada: ni hay manera de quebrantar la gran ley por la cual la herencia de los siglos, o sea el caudal de ideas acumulado, es fundamento indispensable de toda conquista intelectual y moral.

La floreciente república norteamericana, con las riquezas naturales de su suelo, su adelantada industria, su hacienda pletórica, ha llegado a adquirir una idea hiperbólica de su propio poderío, y sueña con absorber moralmente (ya que materialmente no le es posible) la raza ibérica que puebla la América central y meridional, erigiéndose en tutora y en abastecedora de aquellos jóvenes Estados. La pujanza de las repúblicas ibéricas, las señales que en todas ellas se advierten, de poseer sangre vigorosa y una extraordinaria energía vital, son garantía de que serán siempre autónomas, no solo en el terreno político, sino en el económico. La raza ibérica, la más potente y extendida del mundo, después de la inglesa, será dueña de la mayor parte del continente descubierto por Colón, sin que nada ni nadie le pueda estorbar en el trascurso de los siglos, y la lengua de Castilla, imperará donde hoy impera, contra toda tentativa del orgullo *yankee*. Claro es, que estas dos razas madres y eminentemente civilizadas, han de manifestarse siempre, con sus caracteres esenciales, sin mezclarse ni confundirse; claro es, también, que entre ambas habrá siempre un antagonismo saludable, que a una y otra dará dignidad y vigor, y que ese antagonismo, será elemento principal de la historia futura. Los anglo-americanos tendrán siempre la laboriosidad y la paciencia, la facultad administrativa y el sentido legal; los latinos-americanos, la iniciativa intelectual, el sentimiento vivo de la patria y de la colectividad, el gusto de las artes y las letras, la independencia de su carácter.

El norte y el sur serán émulos, jamás amigos, y ambos conservarán siempre sus lazos familiares con Europa y con las dos razas de que provienen. Las mismas corrientes de emigración confirman esta separación entre la América sajona y la ibérica, pues ni los irlandeses van a Buenos Aires ni los vascos se dirigen a New York. Van los hijos a donde fueron los tíos y los padres; cada cual busca su familia, su abolengo y su idioma.

Ninguna duda nos cabe de que en lo porvenir las naciones americanas de estirpe española aumentarán su poderío, vivirán exclusivamente de sí mismas, sin que los Estados Unidos ejerzan sobre ellas otra influencia que la que se origina de igualdad de institucio- nes, del tráfico mercantil y de la vecindad. Lo de *América para los americanos* no ha de entenderse como si dijéramos *América para los yankees*.

Por nuestra parte, nos corresponde establecer con las naciones americanas a que estamos unidos por lazos de entrañable parentesco, todas las relaciones morales y comerciales que nos sean posibles. Su diplomacia, la emigración, e| tráfico, las relaciones literarias y académicas, todo debe concurrir al mismo fin. Por una ley de compensación histórica, sí la América española debe su origen a España, esta antigua monarquía, sometida a durísimas pruebas en el curso de la historia, hoy gastada y anémica, como madre consumida en la concepción y crianza de tantos hijos, necesita del concurso de los estados nuevos de América para vigorizar su organismo y restablecer su peculio. Todas las manifestaciones de la actividad desde la industria vinícola al comercio de librería, así las fabricaciones catalanas como las pesquerías gallegas, ven en el consumo de América los medios de existencia y la única garantía de prosperidad. España, de este modo, aspira a recibir de su progenie la sangre que a raudales sacó de sus venas para nutrirla.

Hoy por hoy, los progresos de nuestra industria, aunque grandes, no son tales que nos permitan afrontar la concurrencia de las industrias francesa, inglesa e italiana, ni nuestra

producción de sustancias alimenticias, en algunos artículos inmejorable, ha podido abrirse en América el camino que soñamos y deseamos; pero algo se ha hecho y se hará más todavía, si los gobiernos de aquí dan la preferencia a estos asuntos, y los de allá manifiestan siquiera el deseo de estrechar el parentesco. Un gran paso para llegar a estos fines hemos dado aquí estableciendo las comunicaciones mensuales regulares con la república Argentina por medio de los vapores de la *Compañía Trasatlántica,*[3] que nada tienen que envidiar a los de las compañías extranjeras, siendo esta una de las pocas, quizá la única industria en que estamos a la altura de los primeros.

Pasando bruscamente a otro asunto, sin abandonar la materia principal que estoy tratando, diré que sería muy conveniente para todos (y en esto puedo decir que respiro por la herida) que existiesen en América medios de hacer respetar la propiedad literaria española. Los que vivimos del arduo trabajo de las letras no podemos ver con agrado que lo que escribimos sea del dominio público en países donde impera nuestra lengua. Me dirán a esto que no hay tratados que garanticen aquella propiedad, y contesto que precisamente me quejo de que esos tratados no existan. Me objetarán que la culpa de esto cae por igual sobre América y sobre España, y reconociéndolo, sigo quejándome y poniendo el grito en el cielo y pidiendo a Dios que ilumine a los estadistas de ambos países a fin de que nos saquen de tan absurda situación.

Y si la ley no ampara a los autores, hay por lo menos principios de equidad que no deben ser violados innecesariamente. ¡Tremenda cosa es que toda propiedad se respete menos la literaria, considerada por algunos como bienes mostrencos o como terreno abandonado, donde puede establecerse el primero que lo pisa! Ignoro qué valor darán a mis quejas los que esto lean; no sé qué costumbres prevalecen en el país donde esto ha de publicarse. Quizás me juzguen impertinente como todo aquel que contraviene prácticas autorizadas por la tradición y la rutina. Pero yo sigo en mis trece, y no acabaré de persuadirme de que me hacen un favor los editores americanos que reimprimen mis obras y los directores de periódicos que las publican en sus folletines. Presumo que al fin ha de venir, ya sea por la ley, ya por la equidad, el correctivo de este despojo, y que un día el derecho de propiedad literaria ha de ser tan sagrado allá como lo es aquí. Pero me temo que el remedio venga para mí muy tardío, y que sean otros los que gocen de él, no los que pertenecemos a la generación presente.[4]

***

Concluyo esta con la breve historia de un crimen, en el cual se ha fijado la atención, más que por el crimen mismo, por el veredicto del jurado que entendió en el juicio oral y público. Hace algún tiempo, un marido, cuyo nombre no hace al caso, tuvo sospechas de la infidelidad de su mujer. En el matrimonio surgió la discordia; repitiéronse las escenas

3 Véanse 64, 79, 80 y 81.

4 *Los que pertenecemos a la generación presente*: incluye, por ejemplo, a su amigo Pereda que unos meses antes se quejaba en privado a Galdós del mismo asunto.*

desagradables. Vigiló el marido a la esposa, y sus sospechas se convirtieron en certidumbre. Todos los testimonios comprueban que la mujer era un poco levantada de cascos, y que su conducta fuera de casa no era de las más correctas. El galán, responsable de que la armonía conyugal se destruyera en aquella casa, era un estudiante de veterinaria, cuyas gracias personales interesaron profundamente a la criminal esposa.

Una tarde, la mujer estaba al balcón. Sorprendióla el marido haciendo señas al amante que se paseaba por la calle. Obstínase ella en salir: el marido se opone; ella le injuria, le escarnece, añadiendo a sus expresiones provocativas la amenaza de que el galán veterinario le cortaría la cabeza al irritado esposo. Este se ciega, embiste furiosamente a su costilla, la derriba en el suelo, coge lo primero que encuentra a mano, que fue una lima, y ebrio de coraje, le taladra el cráneo repetidas veces hasta dejarla muerta.

La justicia interviene; el esposo asesino no oculta su crimen. Ábrese sumario, y la causa después de los trámites de rubrica es llevada ante el jurado. El fiscal pide para el marido veinte años de presidio; el acusador privado, en representación de la familia de la interfecta, no se contenta con pena tan leve, y pide la de muerte. El jurado oye y falla… la absolución libre.

Este veredicto ha sido muy comentado. Algunos lo creen excesivamente benigno, otros lo defienden y aplauden con calor. En general, el veredicto absolutorio parece muy bien a los casados y a todos los Otelos de vecindad; pero las Desdémonas,[5] y aun las que sin serlo quieren parecerlo, encuentran deplorable la decisión del jurado, y con tal motivo intentan mover la opinión para que se establezca en determinarlos casos el *jurado feme-nino* o al menos jurado mixto de ambos sexos, única manera de resolver con justicia los complejos problemas de fidelidad conyugal.

B. PÉREZ GALDÓS

142

LP, 3/4/1890

ESPAÑA EN EL EXTRANJERO

Stratford-on-Avon (The home of Shakespeare)

La casa natal —El retrato que pasa por auténtico —El museo shakesperiano —*New Place* —La casa y el árbol derribados por un enemigo de las visitas —*Holly Trinity Church* —La tumba de Shakespeare —Una iglesia protestante que parece católica —El retablo de Shakespeare y su imagen —Inscripciones en latín y en inglés —Tumba de Ana Hatheway

5 Otelo y Desdémona se convirtieron, tras el drama de Shakespeare, en paradigmas de marido celoso y mujer inocente acusada de infiel.

—La *Grammar Schooll* —La torre del reloj y el *Shakespeare Memorial* —Teatro, museo, biblioteca y jardines —Conclusión de la visita —La vida de Shakespeare.[1]

Señor Director:

Continuaré la relación de mi visita a Stratford-on-Avon, ahora que los asuntos del día me dejan espacio y reposo para cosas más gratas, por lo mismo que no son del momento. Quedamos, si mal no recuerdo, en el pórtico de la casa natal de Shakespeare.[2] Es un edificio de madera, de ese estilo que aún se ve en calles enteras de Normandía y de los Países Bajos, mezquino, chato, tan pintoresco en su exterior como incómodo en su parte interna. Omitiré la historia jurídica de este que podremos llamar monumento, y las diferentes transmisiones que sufrió como inmueble desde 1574, en que la compró John Shakespeare por la suma de cuarenta libras, hasta 1847, en que fue adquirida por los Comités de Stratford y Londres, y declarada patrimonio nacional.

Consta de dos pisos, y las habitaciones de ambos han sido restauradas con la mayor inteligencia, procurándose que conserven el aspecto y carácter que debieron tener en tiempo del gran poeta. En el piso bajo está la cocina, con su inmensa chimenea de campana, en la cual subsisten los ganchos de que se colgaba la carne para ahumarla. A un lado y otro hay dos asientos, o poyos de mampostería. El conserje permite a los visitantes sentarse en ellos, y cuantos hemos tenido la dicha de penetrar en aquel lugar, que no vacilo en llamar augusto, nos hemos sentado un ratito en donde el gran poeta pasaba largas horas de las noches de invierno contemplando las llamas del hogar, que, sin duda, evocaban en su ardiente fantasía las imágenes que supo después reducir a forma poética con una maestría no igualada por ningún mortal.

Una destartalada escalera conduce al piso alto, donde está la habitación en que nació el gran Guillermo. En ella se ven varias sillas de la época, un pupitre y otros muebles. El testero de la calle es una gran ventana de vidrios verdosos, en los cuales no hay una pulgada de superficie que no esté rayada al diamante por las infinitas firmas de personas que han visitado su estancia. Destácanse en aquel laberinto de rayas los nombres de Walter Scott, Dickens, Byron y otras celebridades. Las paredes hállanse asimismo cubiertas de nombres.

En otra pieza que da al jardín se ve el célebre retrato, que pasa por auténtico, si bien su autenticidad, diga lo que quiera la inscripción que lo acompaña, no aparece completamente probada. Se parece sí, bastante, al del busto de Trinity Church, de que hablaré después; pero encuentro en el busto mayor y más fiel expresión de vida. Como pintura, el retrato es mediano.

Junto a la casa se ha construido un edificio con el mismo carácter de arquitectura, destinado a museo shakespeariano. Mil curiosidades, objetos diversos, documentos, cartas, grabados que se relacionan más o menos claramente con la vida del dramaturgo, se muestran allí perfectamente ordenados.

1 Esta Carta aparece en el periódico sin fecha de redacción.

2 En 134.

Lo que más fija la atención es la carpeta que se dice fue usada por Shakespeare cuando recibió la primera enseñanza en *Grammar Schooll*, las célebres cartas de Quiney,[3] los originales de los contratos que el poeta celebró con empresas teatrales, ejemplares de las primeras ediciones de sus dramas, un anillo marcado con las iniciales W. S., copas y otros utensilios domésticos, armas, libros y papeles varios. El museo es interesante, y revela un extraordinario grado de cultura; pero como impresión de la existencia del autor de *Hamlet* es mucho más honda la que se recibe sentándose en el poyo de la cocina, bajo la enorme campana de la chimenea. Ambos edificios, la casa natural y el anejo, son cuidados y conservados con diligente esmero. En ellos no se enciende fuego ni de noche ni de día, para evitar el peligro de un incendio en aquel viejo maderamen, ennegrecido y resecado por el tiempo. En un jardín contiguo se cultivan las flores y arbustos más comúnmente citados por el poeta en sus inmortales escenas y sonetos. La peregrinación a la casa natal aumenta cada año. El número de visitantes, según consta en los libros, ascendió el último año a diecisiete mil.

***

De Hensley Street pasamos a New Place, donde estuvo la casa donde murió el poeta, donde habitó los últimos diez y nueve años de su vida y escribió algunos de sus dramas, probablemente el *Julio Cesar*, *Antonio y Cleopatra, Macbeth*, y todos los del cuarto período. En el extenso jardín de la casa de New Place, plantó Guillermo un moral. Árbol y casa fueron destruidos bárbaramente a mediados del pasado siglo por el poseedor de la finca, *sir* J. Gastrell, cuyo nombre ha pasado a la posteridad por este acto de salvajismo. Para derribar el moral no tuvo más motivo que las continuas molestias que le daban los visitantes. La madera del moral fue conservada por algunos industriales, que se dieron a fabricar objetos y a expenderlos. Pero el número de baratijas del árbol shakespeariano llegó a ser tan considerable, que debemos suponer entraron en su confección, no un árbol, sino un bosque entero. La casa no tardó en ser derribada también, y de ella sólo quedan informes cimientos. La que en su lugar existe contiene otro museo, menos interesante que el de Hensley Street. El jardín, esmeradamente cuidado, es amenísimo, delicioso, lleno de la memoria, y de las huellas, y de la sombra de aquel a quien Ben Johnson llamó «alma del siglo, asombro de la escena».

***

Pero lo más interesante de Stratford es la iglesia, Holy Trinity Church, sepultura del poeta y de su mujer. Honor insigne para un país es saber donde reposan los restos de sus hombres eminentes. Nosotros no podemos vanagloriarnos de esto; y aunque sabemos que los huesos de Cervantes yacen en las Trinitarias, no podemos separarlos de los demás vestigios humanos que contiene la fosa común. Hay que tener en cuenta que Shakespeare disfrutó en vida de fama resplandeciente; que sus contemporáneos le tuvieron por un pro

3 Shakespeare apartó a este yerno de su testamento por sus irregularidades amorosas.

digio; que poseyó cuantiosos bienes de fortuna, y que su familia pudo y supo cuidar de la conservación de sus cenizas venerables.

La iglesia parroquial de Stratford es bellísima, gótica, del tipo normando en su mayor parte; pequeña si se la compara con las catedrales españolas y aun con las inglesas, grande en proporción de los templos parroquiales de todos los países. Antes del cisma[4] fue colegiata, con un coro de quince canónigos. Consta de una gran nave con crucero, y otras dos naves colaterales pequeñas, y sobre el crucero la torre del siglo XIV, construcción aérea y elegantísima. El interior no ofrece la desnudez árida de los templos protestantes. Parece una iglesia católica, sobre todo en el presbiterio, lo más hermoso de este hermoso monumento. Las rasgadas ventanas del estilo inglés perpendicular, los pintados vidrios que las decoran, el altar con gallardas esculturas, la sillería de tallado nogal, los pulpitos, los sepulcros, ofrecen un conjunto de extraordinaria belleza y poesía. Al penetrar en el santuario, todas las miradas buscan el monumento del gran poeta que está en la pared norte del presbiterio, en el lado del Evangelio. Es propiamente un retablo, y quien no supiera qué imagen es aquella, la tomaría por efigie de un santo puesto allí para que le adoraran los fieles.

Consta de un sencillo cuerpo arquitectónico del Renacimiento; dos columnas sosteniendo un cornisamento con guardapolvo,[5] que ostenta en el copete las armas del poeta; en el centro el busto, imagen de medio cuerpo y de tamaño natural. A primera vista se tomaría el monumento por una ventana, en la cual estuviera asomada la figura, viéndosela de la cintura arriba. Los brazos caen con naturalidad sobre un cojín. La mano derecha tiene una pluma, y la izquierda se apoya abierta sobre un papel. El color aplicado a la superficie tallada de la piedra da a la escultura una viva impresión del natural. La cara es grave, la mirada algo atónita, la expresión noble, la frente majestuosa, el traje sencillo y elegante, ropilla de paño negro y cuello grande sin rizos.[6]

Imposible apartar los ojos de aquella imagen, en que por un efecto de fascinación, propio del lugar, creemos ver al poeta insigne vivo, y con la palabra en los labios. En el plinto se lee la siguiente inscripción,[7] que por tratarse de quien se trata no resulta lo enfática que en otro lugar parecería:

Iudicio Pylium, genio Socratem, arte Maronem
Terra legit, populus maeret, Olympus habet.

Está bien claro el texto latino, y no necesita traducción. Sólo debe indicarse que *Pylium* quiere decir Numa Pompilio, y que la palabra *Socratem* se considera equivocación del grabador, y que en su lugar debe ponerse *Sophoclem*.[8]

Debajo de la inscripción latina, seis versos ingleses que, literalmente traducidos, dicen:

4 La separación de la iglesia anglicana de la católica en el siglo XVI.

5 Remate con voladizo,

6 *ropilla*: 'chaleco corto', *sin rizos* 'sin pliegues'

7 *plinto*: 'parte cuadrada de la base'.

8 `Por su juicio a Pilio [Numa Pompilio], por su genio a Sócrates [Sofocles], por su arte a Marón [Publio Virgilio

Detente, pasajero, ¿por qué vas tan aprisa?
lee, si puedes, quien es aquel, colocado por la envidiosa muerte
dentro de este monumento: Shakespeare, con quien
la vívida naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba
mucho más que el coste, pues cuanto él escribió
convierte el arte actual en mero paje, servidor de su ingenio.
Obiit anno 1616
Aetatis 53, die 23 ap.[9]

Al pie del monumento está la lápida que cubre los restos del gran dramático. La inscripción, compuesta por él mismo, según creencia tradicional, es de un vigor que claramente acusa la soberana mente del poeta. La traducción más aceptable que puede de ella hacerse, expresando el pensamiento de modo que la fidelidad perjudique lo menos posible a la energía, es ésta:

Buen amigo, por Jesús abstente
de remover el polvo aquí encerrado.
Bendito sea quien respete estas piedras,
y maldito quien toque mis huesos.

Cerca del sepulcro de Guillermo está el de su mujer, Ana Hatheway, que le sobrevivió siete años, a pesar de ser más vieja que él (diez y ocho años y medio tenía el poeta cuando se casó, y su mujer veinticinco). También está enterrada allí Susana, la hija mayor (además de Susana, nacieron de aquel matrimonio dos gemelos, llamados Hanonet y Judit).

El monumento que he descrito y la piedra sepulcral que cubre los huesos del autor de *Otelo* absorben por completo la atención en el presbiterio de Trinity Church. Las hermosas vidrieras, el altar y las graciosas líneas de aquella arquitectura, quedan ante el espíritu del visitante en lugar secundario. Luego se advierte que hay en todo perfectísima armonía; que aquel interior es digno de encerrar la memoria y los restos mortales del más gran dramático del mundo, que en aquel recinto parece que duerme su genio con un reposo que no es el de la muerte. Toda persona que sepa sentir ha de experimentar en semejante sitio, emociones profundísimas, imaginando que conoce a Shakespeare y se connaturaliza con él más estrechamente que leyendo sus obras.

Resulta una impresión mística, una comunicación espiritual como las que establece, en el orden religioso, la exaltación devota frente a los símbolos sagrados o las reliquias veneradas. El entusiasmo literario y la fanática admiración que las obras de un ingenio superior despiertan en nosotros llegan a tomar en tal sitio y ante aquella tumba el carácter de fervor religioso que aviva nuestra imaginación, sutiliza y trastorna nuestros sentidos, y nos lleva a compenetrarnos con el espíritu del ser allí representado, y a sentirle dentro de nosotros mismos, cual si lo absorbiéramos en virtud de una misteriosa comunión.

Marón]/ La Tierra lo lee, el pueblo lo llora, el Olimpo lo posee´.

9 `Murió el año 1616. A la edad de 53, el día 23 de abril´.*

Para recorrer todo lo antiguo que conserva las huellas del gran poeta, nos falta visitar la *Grammar Schooll*, donde recibió la primera enseñanza. El aula se conserva sin variación desde aquellos tiempos, y su arquitectura tiene el mismo carácter que la casa natal y otras que en la ciudad subsisten. Inmediata a la escuela, hállase la *Guildhall*,[10] donde, si no miente la tradición, daban sus funciones dramáticas los cómicos errantes que alguna vez visitaban a Stratford. Supónese que allí vio Guillermo las primeras representaciones escénicas que despertaron su genio creador, y allí aprendió los rudimentos del arte declamatorio, en el cual descolló también, aunque no tanto como en el de la creación poética.

***

Los monumentos modernos consagrados a la memoria de Shakespeare son dos: la *Clock Tower*, o torre del reloj, construcción de estilo gótico, más severa que elegante y de proporciones no muy grandiosas, y el *Shakespeare Memorial*, edificio complejo, situado a orillas del Avon, y en el cual se quiso hermanar lo útil a lo agradable. El primero de estos monumentos fue construido a expensas de un generoso americano, que quiso, como vulgarmente se dice, *matar dos pájaros de un tiro*, es decir, honrar el nombre de Shakespeare y perpetuar la memoria del jubileo de la reina Victoria. No se ve claramente la paridad entre ambas cosas; pero el patriotismo sajón es tan extensivo, que fácilmente abarca y compagina todos los sentimientos de que se enorgullece la raza. A mayor abundamiento, la *Clock Tower* representa también la fraternidad entre Norteamérica y la madre Albión,y para este sentimiento hay allí símbolos, grabados sobre la piedra, los cuales el artistaha sabido hermanar con la iconografía shakespeariana y con el busto de la emperatriz delas Indias. Lo que a mí me parece es que el monumento en cuestión, por querer expresar tantas cosas, no expresa ninguna.

El otro monumento, o sea el llamado *Shakespeare Memorial Building*, es un edificio complicado y grandioso, erigido por suscripción pública, y que contiene un teatro, museo y biblioteca. Exteriormente su aspecto de alhóndiga o depósito comercial no expresa el objeto a qué se destina. Hállase situado a orillas del Avon, no lejos de *Trinity Church*,y desde los jardines que le rodean se goza de la perspectiva hermosísima del río y sus risueñas márgenes. Lo más notable del edificio como arte constructivo es la escalera. La sala del teatro, donde con frecuencia se representan por los mejores actores ingleses los dramas del sublime hijo de Stratford, es grande y bella. Pero las colecciones de esculturay pintura que componen los muros anexos, apenas podrían calificarse de medianas. Con todo, la erección de este vasto edificio honra a los paisanos de Shakespeare y es una prue-ba de refinada cultura. En el jardín se admira una estatua de bronce del poeta (bastante mejor que la que hay en Londres, en Leicester Square), sobre gallardo pedestal, que deco- ran cuatro figuras representando a Lady Macbeth, Hamlet, Falstaff y el príncipe Hal, o sea los cuatro caracteres fundamentales de la creación shakespeariana: el trágico, el filosófico, el cómico y el histórico.[11]

10 Literalmente 'casa del gremio', porque lo construyó el gremio de la Santa Cruz.+

11 *el príncipe Hal*: príncipe heredero del drama histórico *Enrique IV* que después completaría la tetralogía de

Y ya no hay más que ver en Stratford.

La visita ha concluido, y sólo quedan espacio y margen para las reflexiones que sugiere la contemplación de los interesantes objetos relacionados con la vida mortal del poeta más grande que han producido los siglos. Pero estas reflexiones mejor las hará el lector que yo. No es ocasión para un estudio de las creaciones del trágico inglés, las cuales son patrimonio del género humano, y por esto quizás, y por su propia universalidad, parece como que están exentas de la crítica.

Pero si del teatro shakespeariano no es fácil escribir con novedad, acerca de la vida del poeta, que por tanto tiempo ha estado rodeada de oscuridades, sí hay algo nuevo que decir; la investigación de los comentaristas del hijo de Stratford no descansa, y cada día se aclara un punto dudoso de aquella existencia preciosa. Quizás, si tengo ánimos para ello y mis lectores paciencia, me aventuraré a completar esta descripción de Strafford-on Avon con algunas noticias y apreciaciones novísimas acerca de la historia personal del más grande hijo de Inglaterra.

B. PÉREZ GALDÓS

143

LP, 26/4/1890

ESTUDIO DE BISMARK

La dimisión de Bismarck —Impresión que la noticia produce en toda Europa —Motivos del desacuerdo —Inconvenientes del gobierno personal —Cualidades extraordinarias del Canciller —Sus eminentes servicios a la patria alemana —Su distinta situación en los tres reinados de Guillermo I, Federico III y Guillermo II —Motivos aparentes en que se funda la división —Resístese Bismarck a aceptar mercedes —Proyectos que se le atribuyen —Bismarck en la vida privada —Cómo ha dirigido la política internacional y cómo la interior.

Madrid, 26 de marzo de 1890.

Señor Director:

No se habla de otra cosa. En todos los círculos, desde el más alto al más humilde, este asunto capital ahoga todos los demás asuntos. No se oye más que esta frase: "Ha dimitido Bismarck.[1] ¿Qué pasará en Europa?". Todo el mundo creía, sin duda, que el *canciller de hierro* es más bien una institución que una persona, y que su posición política al frente del gobierno de Alemania, y dirigiendo el mecanismo diplomático de toda Europa, no había de concluir sino con su vida. Bismarck es viejo.[2] Desde el 62 gobierna a Prusia, y el imperio

Lancaster ya como Enrique V en el drama homonímo.

1 Lo hizo el 18 de marzo de 1890.

2 Tiene en 1890 setenta y cinco años.

ha estado en sus manos desde que existió.[3] Parecía natural que el favorito de Guillermo I acabara sus días en el palacio de Wilhelmstrasse, residencia oficial de la Cancillería. Cuando empezó a correr la noticia de que el emperador Guillermo II prescindía de los servicios de su primer ministro, nadie le daba crédito. Como otras veces el telégrafo nos ha traído la misma historia, se creía que ahora, como entonces, obedecía la noticia a maniobras bursátiles, o que era obra del pesimismo francés. Al verla plenamente confirmada, no quedó nadie que no expusiera su opinión sobre el caso. Alguien creía sentir en Europa impresión semejante a la que produciría la caída de un régimen o el acabamiento de una gloriosa dinastía.

¡Bismarck caído! ¡Bismarck fuera del gobierno! No puede negarse que la emoción ha sido grande, que los cambios de todos los países se han presentado en baja, que han renacido los temores de que se altere la paz, que se abren las puertas de lo desconocido, y que los espíritus más sagaces no saben profetizar lo que sucederá, ni qué rumbos son esos por los cuales quiere marchar el impetuoso Guillermo II.

Ya hablé, en mi anterior carta,[4] de los rescriptos imperiales proponiendo la conferencia para el mejoramiento de la clase obrera y de los trabajadores de las minas. Sabido es cómo respondieron los socialistas a los proyectos reformadores del emperador: acudiendo con formidable cohesión a la lucha electoral y aumentando considerablemente su fuerza dentro del Reichstag. La conferencia de economistas convocada por el emperador se ha reunido ya y de un día a otro comenzarán las sesiones. En medio de ella cae como una bomba la dimisión del canciller, que al dar paso tan grave en los días mismos de la inauguración de la conferencia, da a entender claramente que su desacuerdo con el emperador se funda en la distinta manera con que uno y otro aprecian la cuestión socialista.

En efecto, Bismarck ha dicho siempre que mientras más concesiones se hagan a los socialistas, peor. El emperador toma la iniciativa para las economías que el canciller estima peligrosas y contraproducentes, y la discordia estalla entre ambos. El ministro quiere dejar al soberano la responsabilidad de sus ideas contemporizadoras, y el joven soberano, lleno de bríos juveniles y de ilusiones de gloria, toma gustoso dicha responsabilidad. ¿Qué vendrá aquí? ¿Qué fracasos? Esta es la pregunta del día; a la cual se da comúnmente esta sabia y cautelosa respuesta: "Nadie lo sabe".

En efecto, nadie sabe nada, y es imprudente aventurar juicios sobre el camino que tomará Guillermo II, pues es muy probable que él mismo no lo sepa. La enseñanza que principalmente se desprende de la emoción producida por la retirada de Bismark, es que el gobierno personal, aun cuando sea ejercido por monarcas tan juiciosos como los Hohenzollern, y tenga por instrumento a hombres de la asombrosa inteligencia de Bismarck, no satisface plenamente las necesidades de los pueblos modernos, porque los hombres extraordinarios no nacen todos los días; y cuando un gobernante de esa talla cesa en sus funciones, bien por muerte, bien porque se concluye su privanza, parece que el país se queda huérfano y aturdido, sin saber por dónde andar.

3 Comenzó su existencia en 1871, tras la guerra franco-prusiana, orquestada y dirigida por Bismarck.

4 No en la inmediatamente anterior sino en 141.

En otros términos: el gobierno personal es una tutela, que en el caso presente resulta de las más inteligentes; pero tutela al fin. El país descansa en la pericia y vigilancia deltutor. Pero falta este de improviso, y todo es desconcierto, sobresalto y pavura. No pasarátal cosa en Inglaterra, país donde no gobiernan los hombres sino las instituciones, donde ningún personaje político, por grande y conspicuo que sea, es insustituible. La opinión es allí el agente primordial del gobierno: los ministros son agentes en segundo grado, sim-ples transmisores de la fuerza que arranca de los comicios. Si faltaran allí en un sólo día,los jefes de los dos grandes partidos, y los *leaders* de todos los grupos y las eminencias parlamentarias, inmediatamente serían sustituidos, sin que la mecánica política sufriese la menor alteración.

***

Ni los más encarnizados enemigos del príncipe de Bismarck[5] desconocen los inmensos servicios que ha prestado a la patria. Su entendimiento colosal, su agudeza, la energía de su voluntad, hacen de él la figura más culminante de Europa en la segunda mitad del siglo.

Dirigía la política alemana, y era la clave de toda la política europea, por el poder inmenso que bajo su experta mano adquirió el Imperio. Ministro de Prusia desde el 62, se señaló en sus primeros tiempos de mando por las luchas que hubo de sostener contra el parlamento, reforzando el poder real. Sostenido en el mando por el entonces rey Guillermo,[6] contra las acometidas furibundas de los liberales, preparó la campaña de 1867, en que dio al traste con la Confederación arrancando al Austria la hegemonía de los países germánicos.[7] La campaña de 1870,[8] la más decisiva que existe quizá en los anales históricos, pues pocas veces se ha triunfado de un poderoso enemigo en condiciones tan favorables para el vencedor y tan desastrosas para el vencido, permitió a Bismarck poner el remate a su grande obra, creando el Imperio, mejor dicho, restaurándolo en la persona del rey de Prusia. Los estados alemanes confederados bajo el cetro y la espada vencedora de Guillermo I, constituyeron la potencia más grande y poderosa de los tiempos modernos, árbitra de la paz o la guerra.

El canciller desplegó en la creación del imperio dotes de político asombroso, de diplomático habilísimo, y aun de militar. Guillermo I le consideraba como el cerebro del imperio. Bismarck completó su obra, fomentando la iniciativa colonial, dando elementos a la industria y el comercio para que se desarrollaran en las proporciones gigantescas en que actualmente se hallan, y por fin, para sostener la primacía de su país en Europa y asegurarse poderosos auxiliares; negoció y obtuvo la Triple Alianza,[9] con la cual Austria e Italia se hallan ligadas a la política y a los intereses germánicos.

5 Le fue concedido el título en 1871.

6 Guillermo I de Prusia.

7 Tras la victoria en la guerra austro-prusiana , en 1867 se disuelve la Confederación Germánica presidida por Austria desde 1815.

8 La guerra franco-prusiana.

9 Véase 1, n. 8.

En el gobierno interior, los procedimientos de Bismarck han sido siempre duros, autoritarios. Su carácter inflexible no sabe ceder, y está acostumbrado a que cedan los demás. A su lado no podían nacer ni desarrollarse caracteres enérgicos, porque su propia colosal energía trocaba en debilidades las energías ajenas.

Ministro de tres soberanos, su situación ante los tres no ha sido la misma. Guillermo I, que veía en Bismarck un hombre de dotes sobrenaturales, le daba carta blanca para todo. El emperador era el brazo, y el canciller era la inteligencia. Jamás hubo disentimiento entre los dos, porque el Consejo del ministros tenía completamente absorbida la voluntad del monarca.

El breve reinado de Federico III, de aquel inteligente y simpático emperador mártir,[10] no fue completamente favorable a la prepotencia de Bismarck. Aquel ilustre príncipe deseaba reformar la política prusiana en sentido favorable a las ideas liberales, dar más latitud al derecho parlamentario, y preparar al imperio para un régimen semejante al inglés. La dolorosa enfermedad de Federico, no permitió que se hiciera pública la radical desavenencia entre el soberano y su canciller; pero esta desavenencia existía. Cuéntase que la emperatriz Victoria fue siempre encarnizada enemiga de Bismarck, el cual abominaba de la influencia inglesa en los consejos del desgraciado emperador.[11] Mientras éste vivió, la opinión señalaba al entonces *kronprinz*, hoy emperador Guillermo II, como partidario ardiente del canciller, y tan enemigo como éste de la influencia inglesa. De tal modo se acentuó esta creencia, que han corrido por la prensa europea diferentes anécdotas en que se ponen de manifiesto profundas antipatías entre Guillermo y su cuñado el príncipe de Gales.[12]

A pesar de que a Guillermo se le conceptuaba tan afecto al canciller como su abuelo, Bismarck, hombre de gran penetración y muy ducho en el conocimiento de los caracteres humanos, no debía tenerlas todas consigo respecto a la constancia del que habría de ser su amo, y hablando de él y, de su impetuosa índole, dijo: "Este será su propio canciller". La profecía se ha cumplido en daño del mismo que la formuló, y he aquí a Guillermo disponiéndose a regir el imperio por su propia iniciativa.

La desavenencia entre el emperador y el príncipe de Bismarck debe ser honda y abraza diferentes puntos. Lo que parece haber sido causa inmediata de la ruptura es que el emperador tenía camarilla, a saber, consejeros no responsables, a cuyas sugestiones obedecía para dictar providencias, cuya responsabilidad no ha querido asumir el primer ministro. Entre estas iniciativas figuran los famosos rescriptos, que a Bismarck debieron de saberle muy mal. Los personajes de la corte más señalados, entre ese consejillo irresponsable y oficioso que parece influir sobre el ánimo de Guillermo, son el doctor Hinzpeter y el general Waldersee, personas ambas de notorio talento y agudeza. Las mujeres de ambos son celebradas por su belleza y por su influencia en la corte, aunque no hay motivo para sospechar que en la conducta del emperador hayan tenido parte alguna, como se ha dicho, los móviles galantes.

10 La visita de Federico III, aún príncipe heredero, a España en 1883 despertó las simpatías que Galdós muestra en 1; tenía ideas liberales que intentó plasmar en política interior, pero subió al trono ya muy enfermo, en marzo del 88 y murió en junio de ese mismo año. De ahí el apelativo de `mártir'.

11 La emperatriz era la hija mayor de Victoria de Inglaterra.

12 Jorge, príncipe heredero de Inglaterra, que reinaría como Eduardo VII de 1901 a 1910.

La persona que desde el principio se indicó para sustituir a Bismarck en el cargo de canciller del Imperio es el general von Caprivi, que ha sido ministro de Hacienda, hombre de talento organizador y de vastos conocimientos científicos, pero que no tendrá de seguro en el terreno político y diplomático iniciativas de ninguna clase. Será no más que un secretario de su Majestad Imperial y Real, el cual cumple la famosa profecía, erigiéndose en su propio canciller.[13]

El canciller cesante envió su dimisión en un largo escrito de veinte pliegos. La *Gaceta de Colonia*, órgano autorizado de Bismarck,[14] no deja duda acerca de los motivos en que este funda su dimisión. "No queremos incurrir en la hipocresía -dice-, de afirmar que el príncipe ha dimitido por razones de salud o por que se encontrara en frente de una mayoría hostil en el Reichstag. Este último hecho, aunque pesando algo en su ánimo, en modo alguno figura en primer término entre los motivos de su resolución, en los cuales, además, no hay nada personal, baladí o pequeño. *La verdad es que como jefe responsable de un gobierno, el canciller no podía tolerar la existencia de consejeros no oficiales al lado del emperador ni asumir la responsabilidad de actos que en realidad eran inspirados por tales consejeros*".

Los últimos despachos parecen acentuar el carácter grave de la ruptura, no obstante las naturales expresiones de conmiseración y afecto empleadas por el emperador al despedirse de su ministro. Que el estado de ánimo de Bismarck es de irritación, lo prueba el hecho de no querer aceptar el ducado de Lauenburgo con que el soberano se empeña en obsequiarle. Hay que considerar que este ducado no es vano título, sino que implica la soberanía efectiva de un territorio que el mismo canciller agregó al imperio no hace muchos años. Y el enfado del príncipe se revela también en que todos los individuos de su familia que desempeñaban cargos políticos o diplomáticos han dimitido. El conde Herbert de Bismark se niega a recibir de Guillermo II ninguna gracia, y su hermano político renuncia también a las mercedes imperiales. No queda, pues, duda de que el soberano y su ministro universal han reñido, quizás para siempre.

Dícese que Bismarck piensa apoyarse ahora en el partido católico para hacer vigorosa oposición al nuevo canciller, y si esto resultara cierto, las complicaciones no se harían esperar. Por de pronto, Italia teme que no sea Bismarck, sino el mismo emperador, quien procure la unión con el partido católico para poder gobernar, y en este caso reverdecerían las esperanzas de los partidarios del papa rey.[15] De aquí la situación crítica en que se encuentra Crispi, vivamente combatido en el parlamento italiano y amenazado de que su obra predilecta, que es la alianza con Alemania, se destruya de la noche a la mañana. De modo que aunque haya dicho Guillermo II que la política exterior no sufriría alteración alguna con el cambio de canciller, podría suceder que los hechos le desmintieran y que

13 Tal como predice Galdós, Caprivi sustituyó a Bismark como canciller del 90 al 94, sin autonomía alguna.*

14 Los periódicos españoles llamaban al *Kölnische Zeitung* "Gaceta de Colonia", quizás traduciendo del inglés. Fundado en 1802, fue uno de los periódicos más importantes de Alemania a finales del XIX; a raíz de la guerra franco-prusiana tomó un tono patriótico que encantó a Bismarck, al punto de que empezó a suministrar a sus corresponsales en Berlín informaciones gubernamentales internas, además de fondos estatales.

15 El último *papa rey* fue Pío IX. Galdós se refiere a los partidarios de que el papa (en esas fechas León XIII) vuelva a tener poder político.

las relaciones internacionales de Alemania se subordinaran a las exigencias de la política interior, lo que no ha sucedido hasta aquí.

***

Los que conocen algo las interioridades de Frederichsruh y de Varzin, donde Bismarck reside habitualmente, aseguran que la vida del grande hombre de Estado es extraordinariamente sencilla. Vive como el último de los burgueses, gustando la paz doméstica, rodeado de su familia, rara vez visitado de los amigos más íntimos. Su trato es afable: emplea gran parte del día en pasear por los extensos campos que rodean su vivienda, y dedica bastante tiempo a dirigir las operaciones agrícolas e industriales en el vasto patrimonio que le regaló su soberano y amigo el emperador Guillermo I.

Fuera de los ataques de reuma articular que padece, la salud del príncipe es buena. Su vigorosa naturaleza resiste al peso de los setenta y cinco años, edad que no parece muy avanzada en un país y en una raza donde son tan comunes los casos de longevidad. Con sus quince lustros, Bismarck es casi un pollo si se lo compara con Moltke, que ya cumplió los noventa años, y aun trabaja y tiene salud y vigor. El príncipe no hace más que una comida fuerte, comida de familia, nada sobria por cierto, reforzada con vinos exquisitos, y amenizada por el ingenio chispeante del que ha sido árbitro de los destinos de Europa. En la comida, como en todos los momentos de la vida familiar e íntima, Bismarck es agradable, dicharachero, y nada indica en él la férrea voluntad que esclavizó a los que sirven a sus órdenes. Pero en cuanto se pone a despachar los asuntos de Estado, recobra el canciller su dureza, trata a los ministros con altanería y hace sentir a cada instante el peso de su mano formidable. Su maravilloso talento se ha desplegado cual ninguno en las relaciones internacionales y en la alta política. En la política menuda de aplicación inmediata al régimen interior de los pueblos, se ha echado siempre de menos en Bismarck la tolerancia, la facultad de ajustarse a la realidad, y el transigir con ciertas exigencias razonables del espíritu público. En los tiempos que corren, *y* aun contando con la mansedumbre de un país tan respetuoso para la institución monárquica y tan amante de la dinastía, no se puede tirar mucho de la cuerda sin exponerse a que la cuerda se rompa. Esto le ha pasado al grande hombre de Alemania: que la cuerda se ha roto, quedándosele un cabo en la mano. Ha dirigido la política internacional con maestría incomparable; pero en la interior el éxito es muy dudoso, y aquel país, tan sumiso y tan bien organizado para los servicios de la autoridad, se ha cansado de ser rebaño y aspira sin duda a que lo gobiernen de otra manera.

Como el éxito es quien definitivamente glorifica o condena en achaques de gobierno, falta saber si el emperador saldrá adelante sin andadores o se quedará en el atolladero. Que quiere trabajar por su cuenta no tiene duda; que es hombre de iniciativa bien probado está. Ahora falta que los hechos justifiquen el acto gravísimo de haber prescindido de la tutela que el príncipe de Bismarck venía ejerciendo hace treinta años sobre los soberanos de Hohenzollern.

B. PÉREZ GALDÓS

144
LP, 11/5/1890

El militarismo y la disciplina militar — Influencia de los generales en la política — El concepto de la disciplina en España.

Madrid, 10 de abril de 1890.

Señor director de *La Prensa*:
Hace como dos semanas que aquí no se habla más que de militarismo y de disciplina militar. El tradicional antagonismo entre el elemento civil y el militar en la dirección de la política se ha reverdecido, como una de esas enfermedades crónicas que reaparecen cuando se creían curadas o por lo menos en estado de atenuación progresiva. Como desde la Restauración acá el elemento civil se manifestaba triunfante y los militares se concretaban al papel que corresponde en toda buena organización política, la resurrección de aquellos antiguos alientos ha producido pena y sorpresa.

La historia del caso es breve y sencilla: un teniente general, que es al propio tiempo senador del reino, escribió y dio a la prensa una carta consultando a sus compañeros de generalato acerca de ciertos puntos sometidos al examen de las Cortes.[1] En dicha carta se hacía un llamamiento al espíritu de clase, invocando los intereses del ejército y presentándolos frente a los intereses civiles y señalando entre unos y otros, cierta incompatibilidad. El gobierno creyó ver en el documento publicado por el general Dabán, una contravención manifiesta de las ordenanzas y acordó castigarla con el arresto del mencionado general, condenándolo a dos meses de castillo. Pero como el general Dabán es senador, y como tal no puede ser procesado ni detenido gubernativamente sin autorización de la Cámara a que pertenece, lo primero que el gobierno tuvo que hacer fue pedir al Senado el correspondiente permiso para poder dar cumplimiento a la disposición del ministro de la Guerra.[2]

La gran marejada no se hizo esperar, y muchos de los generales que tienen asiento en ambas Cámaras se han puesto al lado de los amparadores del autor de la malhadada carta. La lucha está empeñada, hace ya diez y ocho días, y aún no se ve el término de ella. Discursos y más discursos, protestas, amenazas de una y otra parte, repetición un día y otro de los mismos argumentos: he aquí lo que da de sí el debate del Senado sobre la autorización para imponer castigo al general Dabán. Cierto que al fin la autorización se dará, porque el gobierno tiene sobrada mayoría en la Cámara; pero entretanto (y esto es lo que se busca por algunos) se agita la opinión, se siembra la discordia entre militares y paisanos, se promueve la inquietud pública y las alarmas y temores. El militarismo es tan antiguo en nuestro país, y tiene en él tan hondas raíces, que es ilusión creer que se concluya a dos tirones.

1 *Ciertos puntos*: puntos del proyecto de reducir el número de Capitanías Generales y de oficiales.

2 En ese momento, José Bermúdez Guerra.

Cierto que de la Restauración acá, todos los gabinetes, excepto en cortas temporadas de transición,[3] han sido presididos por hombres civiles. Civiles son los jefes de los dos grandes partidos en que descansa todo el mecanismo político de estos tiempos. Pero no por esto debemos creer que el militarismo ha muerto en absoluto. Las más altas figuras de la milicia mantienen el espíritu de clase, vanagloriándose de proteger a los altos poderes de la nación, y de influir en los cambios de política. Los gobiernos cuidan, hasta donde es posible, de no malquistarse con estas eminencias militares, y conceden a los representantes de la fuerza armada toda clase de honores y preeminencias.

Lo que falta por averiguar es si esta influencia de los militares en la política es puramente platónica o podría expresarse con hechos ruidosos, semejantes a los de otras épocas. Creemos, y esta creencia es general, que ha pasado en absoluto la época de los pronunciamientos políticos; es decir, de las sediciones cuyo único objeto era obligar a la Corona a un cambio de gobierno. Las campañas sediciosas de Torrejón de Ardoz y de Vicálvaro pertenecen exclusivamente a la historia.[4] Lo que hoy queda a las eminencias militares es una mera representación de fuerza moral, la que seguramente perderá si no se amolda a los requerimientos de la opinión y a la índole de los tiempos actuales.

Mucho se ha hablado estos días de disciplina militar, y sobre esto se me ocurre decir algo. Pretender que en nuestro país y en nuestra ciudad exista un concepto de disciplina cerrado y riguroso como el concepto de la disciplina que tienen otros países, es pretender un imposible. Opónense a ello la historia patria y el carácter nacional, que propende a la independencia y a la rebeldía, más o menos. La disciplina, tal como en otras partes se entiende, es decir, sosteniendo y declarando que el superior tiene siempre razón, es aquí un sueño, un delirio. La raza y toda nuestra historia desmienten semejante idea. Si esa disciplina hubiera existido, no hubieran existido los guerrilleros, y sin los guerrilleros no hubiera sido un hecho la independencia nacional. Los ejércitos regulares no han tenido nunca, ni aún en las épocas del absolutismo, aquel soberano apoyo en el sentimiento popular que les da toda su fuerza en Alemania o Francia. Las tropas colectivas y volantes, en cambio, han sido siempre aquí lo más apropiado al sentimiento público y a la configuración geográfica del país. En ellas ha consistido su fuerza en determinadas ocasiones y en ellas también, preciso es reconocerlo, su desgracia.

Las guerrillas y los guerrilleros tienen, pues, la culpa de que la disciplina militar no haya sido todo lo completa y eficaz que debiéramos esperar en la organización de los ejércitos regulares. Desde los tiempos más remotos a que alcanza la historia, la raza pobladora de la península ibérica se ha venido educando en la falta de cohesión y en el individualismo militar. En ningún otro país nacieron y se desarrollaron con tanta facilidad los caudillos aguerridos, ni en parte alguna se improvisaron los ejércitos sueltos con tan pasmosa pron-

3 La de los militares Joaquín Jovellar en 1875 y Arsenio Martínez Campos en 1879.

4 En 1843, en Torrejón de Ardoz, se enfrentaron las tropas de los generales Espartero, progresista, y Narváez, conservador; tras la derrota de los primeros, se inició la Década Moderada del reinado de Isabel II, bajo gobierno del segundo. En 1854 en Vicálvaro, las tropas sublevadas del general O'Donnell vencen a las gubernamentales, en lo que se conoce como la Vicalvarada, comenzando el Bienio Progresista gobernado por O'Donnell.

titud. Bien mirada, la misma guerra de los sietes siglos contra los moros,[5] no fue más que una serie de campañas de guerrillas, cuya base táctica fue siempre la rapidez de los movimientos. Acosar al enemigo sin tregua ni descanso, molestarlo cuando no se le puede ofender gravemente, sorprenderle aprovechando la accidentada configuración del terreno, he aquí todo el arte militar de los ejércitos españoles, que en su propio suelo y obrando con libertad, fueron siempre invencibles.

Pero fijándonos en la época más próxima a la nuestra, y que por tanto parece ser la que ha engendrado los tiempos presentes, tenemos la guerra contra Napoleón I, de 1808 a 1813, guerra sangrienta y pertinaz cual ninguna, y en la cual las guerrillas llegaron a formar verdadera escuela militar, perfeccionándose el género hasta donde perfeccionarse podía.[6] En aquel período aparecieron caudillos que, sin instrucción de ninguna clase, y guiados sólo del instinto guerrero que late en el fondo de la raza, llegaron a mostrar cualidades estratégicas de primer orden, y a tener siempre en jaque a las tropas francesas, vencedoras en toda Europa. Sin las guerrillas la independencia nacional habría peligrado quizás. Con ellas, la ocupación francesa fue materialmente imposible. Pero las guerrillas, que salvaron al país de la deshonra de la ocupación, expulsando las águilas francesas, dejaron una escuela deplorable de iniciativa militar y de insubordinación que nos trajo más tarde la facilidad de la guerra civil[7] y el desprestigio de toda autoridad única y central. En ningún país ha sido más difícil la concentración del poder en una sola mano, porque el sentimiento y las rutinas de la raza tienden siempre a la disgregación, a obrar cada uno por su cuenta, y sobreponer siempre la acción individual a la colectiva.

Véase la comprobación de esto en nuestra historia contemporánea, tan llena de accidentes que el recordarla toda exige un esfuerzo de memoria considerable. Desde el advenimiento al trono de doña Isabel II hasta la revolución del 68, casi todos los cambios de política han recibido su impulso primero de movimientos militares. Espartero, Narváez, O'Donnell y, por último, Prim,[8] han sido los verdaderos representantes de la idea política en todo el reinado de Isabel II y en su desastroso fin. Los hombres civiles ocuparon siempre un puesto secundario. Y aquellos caudillos elevados a la dirección suprema de los negocios públicos, debían su prestigio al abolengo militar, a su intervención en las guerras civiles y a los triunfos alcanzados en ellas. Es decir, que si no hubiese existido en el país la simiente prolífica del guerrillero, no habría nacido la planta del faccioso, y si no hubiéramos tenido guerras civiles e insurrecciones, no habrían prosperado los jefes militares, imponiéndose después al país. El militarismo es, pues, herencia de las guerras civiles.

Al propio tiempo, resulta inocente exigir un concepto estrecho de la disciplina a la clase militar, cuando ha sido árbitra de la política durante un largo reinado. Convertidos los militares en poder regulador, mal podían guardar una disciplina escrupulosa.

5 Es decir, la Reconquista.

6 El papel de la guerrilla en la Guerra de la Independencia había sido reflejado por Galdós en el episodio *Juan Martín el Empecinado* (1873).

7 La guerra carlista.

8 Todos ellos conocidos como "espadones" por ese poder político durante el reinado de Isabel II.

Todos han tenido que violarla, atendiendo, según decían, a los intereses del país; y la generalidad del pecado promueve forzosamente una absolución también general. Esto se agrava al considerar que los dos hechos culminantes de la historia contemporánea: la Revolución de septiembre y la Restauración obra fueron también de la fuerza armada, aunque debe añadirse que ambos hechos estaban en la conciencia pública y que se habrían realizado forzosamente más tarde o más temprano, aun sin la intervención de los soldados.

De la Restauración acá se observa que el elemento militar pierde terreno, resultado que en primer lugar se debe a la sabia política del primer ministro de don Alfonso XII, el señor Cánovas del Castillo. Al jefe de los conservadores sucede el de los liberales, señor Sagasta, y en los largos períodos de mando de estos dos repúblicos, el militarismo desmaya, se oscurece, cediendo su papel al elemento civil.

Últimamente, desde que el general Cassola ocupó el ministerio de la Guerra, las pretensiones del militarismo han vuelto a reverdecerse, pero sólo con un carácter parlamentario, hallando poco eco fuera del recinto de las Cámaras. Bien puede asegurarse que en ningunas Cortes ha habido tantos militares representando al país, como diputados o senadores, ni nunca se han discutido tanto como en esta época, los asuntos de la milicia.

La diferencia entre el militarismo antiguo y el que hoy se quiere implantar, es que el antiguo influía en la política, en nombre de los principios liberales o conservadores, y el militarismo moderno habla siempre en nombre de los intereses y del bienestar moral y material del ejército mismo. Considéranse los militares, como clase aparte, como un estado dentro del Estado o frente a él, y en tal sentido, protestan de la supuesta invasión del elemento civil.

Ha coincidido semejante actitud con la de una considerable masa de opinión, que reclama a gritos la reducción en los gastos públicos, señalando a este fin, los presupuestos gravosísimos de Guerra y Marina. El país encuentra excesivas las cargas que se le imponen, y no ve mejor alivio que el de contener los enormes gastos de Guerra y Marina. "Estamos apartados —dice el país, con mucha razón—, de las complicaciones europeas. No somos gran potencia, ni entramos en ninguna alianza triple, ni cuádruple; no tememos invasiones extranjeras, y estamos garantizados de ellas por nuestra situación geográfica. ¿A qué tanto ejército? Nos basta con la fuerza precisa para conservar el orden público". A este clamor contestan los militares que su reducción del contingente es la mayor de las locuras, y que no se puede renunciar sin gran peligro, a la fortificación de la frontera y plazas fuertes, ni a dotar a nuestra armada de buques de primer orden.

Los partidarios de las economías, que cada día van siendo más, aspiran asimismo a que se cierren por algún tiempo las academias militares, única manera de llegar dentro de algún tiempo a la reducción de nuestra oficialidad, harto excesiva para el actual contingente. Pero los principales de la milicia no quieren tampoco que las academias se cierren, ni que se disminuya el material de guerra, sino que antes bien, se perfeccione y se amplíe. Su cuestión estará en pie por mucho tiempo; pero al fin las pretensiones del elemento militar tienen que ceder ante las necesidades del país y la situación del Tesoro.

Otro motivo de discordias es la fuerte oposición de los generales al proyecto de división o separación de mandos en Ultramar. Desde tiempos remotos viene el gobierno supremo de Cuba, Puerto Rico y Filipinas vinculado a los generales. Son los antiguos virreyes con

distinto nombre. Hace algún tiempo que la opinión reclama una reforma de esta costumbre, poniendo todo lo que pertenece a la administración en manos civiles y dejando a los militares solo lo conveniente a la fuerza pública. ¿Qué razón hay para que el gobierno de las provincias ultramarinas esté, en tiempo de paz, en manos de un teniente general? ¿Acaso un teniente general, por el hecho de serlo, posee la suma de conocimientos necesarios para dirigir la política y la administración, presidir a los actos de la justicia y desempeñar las más altas posiciones del Estado en aquellas lejanas provincias? ¿No es más lógico que el general mande la fuerza pública exclusivamente, y que todo el mecanismo político dependa de la autoridad de un hombre civil, adiestrado en estos asuntos por haber desempeñado en la metrópoli los cargos más altos?

Esto parece muy lógico y natural; pero los militares lo encuentran monstruoso. Hay que advertir que el proyecto de separación de mandos es tan solo una aspiración platónica, y que ni aun concretándolo a la pacífica isla de Puerto Rico, ha pensado el gobierno en llevarlo a la práctica. Ha bastado que se enuncie tan sólo en una proposición tomada en consideración por el Congreso, para que las altas jerarquías militares se alboroten.

Lo que hay verdaderamente en esto es que los generales, reconociendo que no pueden influir como antaño en la política directamente, poniendo sus espadas más o menos vencedoras en la balanza, tratan de influir ahora de un modo parabólico, llevando a la arena de las disputas parlamentarias cuestiones que exacerben los ánimos, que levanten ruido y polvareda, para determinar un cambio de gobierno, sin considerar que cualquier gobierno, que al actual sucediera, no se mostraría más benévolo para ciertas pretensiones, y que los problemas económicos, cada día más graves, han de pesar más que las ideas y proyectos de engrandecimiento militar. De una manera o de otra, manden los liberales o manden los conservadores, el militarismo va de capa caída, sus días están contados, y no ha de volver a ser lo que fue.

B. PÉREZ GALDÓS

145

LP, 24/5/1890

Alegrías de la primavera —La feria de San Isidro —Los toros en Madrid —Producción agrícola de España —Las naranjas y las frutas de invierno —El clavel y las lilas.

Madrid, 27 de abril de 1890.

Señor Director:

El buen tiempo devuelve a Madrid su alegría tras un invierno crudísimo, desdichado y mortífero. Aunque la palabra *buen tiempo* tiene en el caso presente su significativo convencional, llamemos así a la conclusión de los destemplados fríos de los meses anteriores. El tiempo no es bueno en realidad, de verdad, porque hace demasiado calor. Pero lo aceptamos como tal y *nos echamos a la calle* ávidos de respirar el aire libre, y de ejercitar nuestros músculos entumecidos por un largo y forzado reposo.

Mayo es, propiamente dicho, la *season* de Madrid, pues en dicho mes llega esta villa a su máximum de animación y bullicio. Tiene fama octubre de ser delicioso en esta romería; pero las ventajas de dicho mes, bajo el punto de vista atmosférico, no bastan a darle la primacía de la animación; oponénse a ello razones de un orden económico, y véase como la economía política o más bien personal, se enlaza con la meteorología. Me explicaré; octubre es la época del regreso de baños y excursiones al extranjero y litoral, la *rentrée*, como dicen en Francia. Siendo los viajes y las temporadas balnearias sumamente dispendiosos, las familias madrileñas regresan a sus hogares con poco dinero, y de aquí resulta que las fiestas y diversiones acusen las deficiencias de la hacienda particular.

Los dos meses que transcurren desde el 15 de abril al 15 de junio, se distinguen por un aumento considerable del gasto personal. No sé si hay más dinero en esos meses; pero es indudable que corre más. El comercio menudo ve aumentadas sus ventas, sin duda por la renovación de vestidos que exige el cambio de estación, y la excitación primaveral determina el mayor consumo en el orden alimenticio y de bebidas. Comienzan las ferias de los pueblos, y las ferias determinan los viajes. Las compañías de ferrocarriles empiezan en estos meses a resarcirse del marasmo de la temporada invernal. El mediodía es la gran atracción de abril. Sevilla convoca a media España con su feria de universal renombre. Luego siguen las de Córdoba y Utrera, el Corpus de Granada, hasta que llega el verano, y la emigración se dirige al norte.

La feria de San Isidro en Madrid es, sin género de duda, la base de la animación de la capital de España, en esta temporada. No hay en dicha feria transacciones de ganado; no se compran en ella más que botijos, rosquillas, y pitos del santo. Y sin embargo es una de las que atraen más gente de todos los confines de la península. El encanto de Madrid durante todo mayo, no consiste precisamente en los ventorrillos de la célebre pradera, consiste en que mayo ofrece a los forasteros innumerables diversiones y entretenimientos.[1] Y este año será excepcional porque tendremos Exposición de Bellas Artes, y festejos extraordinarios, dispuestos por el ayuntamiento a fin de resarcir al comercio y a la industria de la enorme paralización del invierno que acaba de transcurrir.

Hay que reconocer que lo que más apasiona a la multitud es la fiesta nacional, los toros, el terrible y dramático *sport*, contra el cual se ha declamado tanto, y que continúa resistiendo a todas las propagandas. Los toros ejercen y ejercerán durante mucho tiempo sobre la multitud fascinación poderosa. La temporada de Madrid, que principia el primer día de Pascua y no concluye hasta muy adelantado el verano, atrae a los aficionados de toda España, y es un elemento de animación del cual no se puede tener idea en los países que desconocen semejante espectáculo. Si la alegría es conveniente a los pueblos, si ese estado de excitación expansiva es útil a las colectividades, como lo es a los individuos, no deben ser combatidas las fiestas de toros, porque ellos son la alegría que estimula la circulación de la sangre y favorece la energía vital.

Un domingo de toros en Madrid, si el tiempo es bueno y luce con todo su esplendor el sol, en este cielo de incomparable pureza y diafanidad, es el día más bello que puede

1 Para la feria de San Isidro véase 82.

imaginarse para todo el que no esté atacado de melancolía crónica. No es preciso ir a la plaza para participar del general contento: basta recorrer la Puerta del Sol y la calle de Alcalá para encontrarse dentro de la poderosa corriente magnética. Dentro de la plaza, las emociones son ya delirantes, y por mi parte no encuentro gran placer en ellas.

***

Dejemos esto de los toros, y hablemos de una cosa en extremo apacible, don preciosísimo de la naturaleza; hablemos de la fruta. ¿A quién no le agrada la fruta? Los países que no la poseen la traen de remotos climas, pagándola a peso de oro, porque no hay manjar más grato al paladar, a la vista y al olfato, que este que nos ofrece el reino vegetal con espléndida abundancia. Los que poseemos frutas variadas en pasmosa abundancia no apreciamos este don del cielo en todo lo que vale. España posee en este ramo de la agricultura una riqueza enorme, y es quizás el país de Europa mejor dotado. Gran parte de nuestras cosechas de fruta, con especialidad la naranja y la uva, va a los mercados extranjeros; pero aún queda mucho aquí para recreo de golosos y de los que no lo son. La diversidad de climas dentro del accidentado suelo peninsular es causa de la variedad y abundancia de especies, y nuestra riqueza frutal abarca todo el reino de Pomona,[2] desde la castaña de la zona alpestre hasta el plátano de las llanuras tropicales, desde la manzana pirenaica hasta, el dátil de las costas africanas.

Los mercados de Madrid ofrecen en todas las épocas del año surtido inmenso de frutas,[3] y si no hay estación que no tenga su especialidad, también se ha encontrado el medio de prolongar la vida de algunas especies, conservándolas por más tiempo del que tienen asignado en la naturaleza. Ciertas clases de uvas se conservan tan bien en la meseta central de la península, que hoy en pleno abril, casi mayo, vemos en los mercados la uva de *cuelga*, cosechada en octubre del año anterior. Lo mismo pasa con ciertas clases de manzana y con los melones, que criados en el mes de octubre y noviembre, viven hasta abril y marzo, de modo que las cosechas otoñales empalman con las de primavera. En los días que corren se pueden servir en cualquier mesa de Madrid, uvas y fresas, melones y cerezas, amén de los plátanos de Canarias, que se producen todo el año.

Algunas frutas no son susceptibles de conservación, por ejemplo, la fresa, cuya temporada empieza a fines de marzo y concluye a principios de junio. La primera que aparece en los mercados, hacia el día de San José, procede de Murcia o Valencia, pues la de Aranjuez, renombrada por su finura y aroma, no madura hasta muy entrado abril. Las primicias de este riquísimo fruto se cotizan a elevados precios, que después van descendiendo hastaque en plena temporada tenemos la fresa *al alcance de todas las fortunas.* A fin de mayo la cosecha concluye bruscamente. No hay medio de conservar esta delicada fruta que sólo vive lo que las rosas. Su mérito está en razón inversa de la duración de su existencia.

2 Diosa romana de la fruta.

3 Aunque en 34 se trataban también *Los mercados de Madrid*, no se detallaban allí sus frutas.

Pero antes que expire la fresa, comienzan los albaricoques y las cerezas. Aquéllos llevan en el mercado la marca de Toledo, aunque vienen de diversas partes. Los que se crían en los cigarrales, en aquellas lomas pedregosas separadas de la imperial ciudad por el Tajo, son sin duda los mejores aunque no tan lucidos a la vista como los de las regiones de Levante.[4] La cereza, que es encanto de los ojos, por su color vivísimo de púrpura, aparece en las fruterías al propio tiempo que los albaricoques, Ambas frutas heredan de la fresa el dominio de las mesas. Su precio es módico y está en relación con la abundancia y con la facilidad de comunicaciones que permite concentrar en Madrid los productos de las huertas del Jalón, de la Vera de Plasencia, de Piedrahita, de Murcia, de Villaviciosa y de la ribera del Jarama.

Avanza el verano, y cuando aún no han concluido la cereza y el albaricoque, empiezan las celebradas frutas de Aragón, que vienen precedidas de los higos y brevas de Levante. Aragón es el primer punto productor de fruta, y sus peras y melocotones van a todos los mercados, desde Barcelona a Cádiz. Por septiembre la inundación llega a su grado máximum y los ferrocarriles transportan considerables remesas de ambas frutas en todas direcciones. En octubre los mercados son inundados por el melón, que se produce en todas partes y singularmente en Valencia y en Madrid (ribera del Tajuña). Es tal la abundancia de este fruto, que algunos años se cotiza a bajísimo precio, y es consumido por las clases más pobres, dando origen a trastornos gástricos, con carácter epidémico aunque sin gravedad. La uva de albillo, que es, sin género de duda, la fruta más delicada que se produce en la península y quizás en Europa, coincide con la temporada de los melones. Su vida es corta, pues apenas dura un mes. Este riquísimo fruto está circunscrito a dos regiones de la península: el término de la villa del Prado, en esta provincia, y el término de Toro, en la de Zamora, y su escasez, así como su extraordinaria finura y superior calidad, lo constituyen en producto especial, que se vende siempre a precios altos. Por su extremada delicadeza, el albillo no resiste la exportación. Se ha tratado de llevarlo a París y Londres, donde de seguro alcanzaría precios fabulosos, pero no resiste el sacudimiento del viaje, y casi siempre se pierde por el camino. Suele llegar hasta Biarritz, pero de allí no pasa. Casi todo el albillo de esta provincia, que es el más exquisito, se consume en Madrid. El de Toro tiene buena salida en las localidades del norte.

Las demás variedades de uva que nos trae el otoño son extraordinariamente abundantes; se difunden por todos los mercados, y algunas, como he dicho, duran hasta la primavera. Durante el invierno hállanse las fruterías tan bien provistas como en otoño, y por Navidad aparece la naranja, cuya hermosura es encanto de los ojos. Valencia, sucursal de las Hespérides, la produce en tal cantidad que después de surtir próvidamente a Londresy París, todavía queda fruta para venderla en Madrid a ínfimo precio. No quiero hablar de los tipos inferiores de frutería, como lo que vulgarmente se llama aquí *cascajo,* la fruta de corteza dura, avellanas, nueces, etc., son abundantes en todas las regiones de España y es el postre de las clases humildes y el regocijo de los chiquillos en días de asueto. La avellana es un riquísimo producto de exportación en algunas comarcas, como Asturias y Tarragona,

4 Quizás influya aquí la pasión de Galdós por Toledo, especial en este año 90.*

y la castaña, cuando se consigue hacerla llegar en buen estado a las Antillas, alcanza en el mercado de La Habana elevadísimos precios.

Gracias a la rapidez y facilidad de las comunicaciones, tenemos aquí las especies frutales de los climas tropicales. En los treinta grados de latitud, las Canarias producen todas las frutas de América, además de las de Europa. De aquel archipiélago vienen los plátanos en gran abundancia, y no resultan muy caros puestos en Madrid. La piña viene directamente de Cuba, fresca, aunque no siempre se logra traerla en perfecta conservación, y también se ven el aguacate, la chirimoya y el mango. Estos productos exóticos son exclusivamente para el consumo de los americanos, que, aun pagándolos muy caros, no dan por ellos lo que vale en Cuba un buen racimo de uvas o media docena de peras. Es más fácil por razón de clima traer acá lo de América (tratándose de fruta) que llevar allá lo de España.

***

Basta de frutería. Nos hallamos en plena primavera, y no estará de más indicar algo de un comercio muy propio de la estación, y no tan modesto como algunos pudieran creer. Me refiero al comercio de flores, para el cual es Madrid en la presente estación un mercado de gran importancia. El centro productor es Valencia, pues este clima de Madrid resulta muy poco adecuado a la producción floral. En cambio, Valencia da flores casi sin cultivo. Los renombrados claveles, de opulenta lozanía y brillantes colores, se crían en los bardales de las fincas.[5]

En Madrid hay consumo enorme de claveles durante la temporada de mayo y junio, y todos los días viene de Valencia un vagón del oloroso producto, en envases apropiados a la delicadeza de la materia transportada. Jacintos, narcisos, azucenas, rosas, llegan también en gran cantidad y se venden bien; pero el clavel alcanza precios más altos y siempre sostenidos. Igualmente vienen de Valencia ramilletes hechos de diferentes precios, y hay en Madrid tres o cuatro casas que sostienen este comercio en grande escala y reciben encargos para bodas, bautizos o grandes fiestas, comprometiéndose a transportar en un día dado enormes masas de flores. Producto especial de Madrid es la lila, que sólo dura unos cuantos días, y que se cría en todos los jardines y especialmente en el Retiro, donde una vigilancia exquisita no puede librarla de la rapacidad de los paseantes. De los pueblos inmediatos a la capital vienen cargas de esta olorosa y modesta flor, que se vende en todos los mercados, juntamente con las berzas y las patatas. Entrado mayo, ya no se ve un ejemplar. Entra súbitamente y con mucha fuerza el imperio *lilesco* y con la misma prontitud se va.

***

¡Frutas y flores! He aquí un tema, que algunos estimarán quizás poco interesante. Pero todo no ha de ser hablar de política, de la caída de Bismarck, de los progresos del socialismo y de las expediciones de Stanley. Yo creo que todo, en nuestra vida, es igualmente

5 *bardales*: 'parte superior de los setos o vallados'.

interesante, y que las necesidades del cuerpo y del espíritu corren parejas en importancia, y su satisfacción influye de un modo análogo en nuestro destino. Frecuentemente no nos ocupamos de ciertas cosas y afectamos despreciarlas, porque sabemos que no nos han de faltar; pero que desaparezca del globo terráqueo la fruta, y de fijo no podríamos vivir sin ella. Es un recreo del paladar, la golosina nativa, el manjar primitivo, y la humanidad no sabría vivir sin este artículo de la despensa prehistórica, anterior a la época de los cocineros y a la aplicación del fuego a nuestros alimentos, o sea la culinaria, arte del cual se deriva quizás la decadencia de la especie.

Concluyo indicando que la huelga universal, proyectada para el primero de mayo, es hoy la preocupación de todos los gobiernos europeos.

B. PÉREZ GALDÓS

146
LP, 15/6/1890

La cuestión social y las huelgas de mayo —Las huelgas en Alemania —Inglaterra, Austria, Italia y España —La política y los anarquistas —Los problemas del porvenir.

Madrid, 18 de mayo de 1890.

Señor Director:

La huelga universal de primero de mayo ha sido el acontecimiento de este mes, y será durante algún tiempo motivo preferente de las conversaciones, pues ni las huelgas han terminado aún, ni terminará en breve plazo la agitación que han producido los movimientos socialistas. No me apresuré a escribir las impresiones de la huelga porque el telégrafo, que rápidamente había de transmitirlas a todas partes, quitaba interés a las referencias epistolares. La información respecto de los hechos carecía, pues, de actualidad. Los comentarios y consideraciones acerca de la agitación de los obreros puede hacerse mejor dejando pasar algunos días, y a esto obedece mi poca prisa en redactar la presente carta.

A los quince días de verificada la manifestación universal puede hacerse notar el hecho de que aquella ha sido pacífica, salvo alguno que otro disturbio en determinadas localidades. Los obreros, como obedeciendo a una hábil consigna, han comprendido que la bullanga y las colisiones sangrientas perjudicarían su causa y retrasarían el logro de sus aspiraciones. De aquí que los desmanes contra personas y cosas, los ataques ala propiedad, hayan sido de escasa importancia en proporción de la magnitud de la huelga y de los elementos sociales que en ella desempeñaron el más importante papel. Las resistencias a la autoridad han sido (y esto también parece conforme a consigna) puramente pasivas. Sangrientos choques entre el pueblo y la fuerza armada no los hubo en parte alguna. Salvo en los departamentos del norte de Francia, y recientemente en Bilbao, los obreros no han intentado destruir los grandes establecimientos industriales a cuyo amparo viven.

Otro fenómeno digno de notarse es que en Alemania, de donde partió la iniciativa del movimiento, han tenido las huelgas menos importancia que en los demás países, lo que algunos atribuyen a que, habiendo ganado el socialismo en aquel imperio tanto terreno, y habiéndose convertido en poderoso factor político, no necesita recurrir a la propaganda de las huelgas. Sus caminos son otros, sus esperanzas muchas. La actitud del emperador[1] les da carácter de fuerzas beligerantes; poseen numerosos y bien acreditados órganos en la prensa; han conseguido llevar al Reichstag representantes inteligentísimos de la idea socialista, y con tales ventajas, la suspensión del trabajo, siquiera sea por pocos días, no les conviene en manera alguna. Al contrario, no les desagrada que en Francia se perturbe la producción industrial, ni que los trabajos de los talleres, en la temida rival, se interrumpan temporalmente.

La comunidad socialista y la tan decantada solidaridad de los intereses del proletariado, no atenúan la tradicional discordia entre las dos naciones más poderosas y más cultas del continente. Alemania y Francia se odian en todos los terrenos, y el socialismo germánico vería sin pena la ruina de la industria francesa. Y concretando la cuestión al punto de las ocho horas de trabajo diario pedidas por los manifestantes, los alemanes verían quizás con gusto que Francia admitiese la reducción de horas, reservándose ellos el derecho de trabajar diez si las necesidades de su producción así lo exigían.

En Inglaterra no ha habido huelgas. La manifestación del 4 de mayo no fue obstáculo para que los obreros, después de la propaganda legal del domingo, trabajasen el lunes como si nada hubiese ocurrido. En Hyde Park y sus inmediaciones reuniéronse el día 4 enormes masas de trabajadores, que algunos hacen subir a la cifra increíble de setecientos mil. Aunque no fueran tantos, aunque fueran menos, bien puede decirse que el *meeting* en Londres ha sido el más grandioso ejemplo del uso del derecho de petición que hasta ahora se ha visto en el mundo. Tan considerable multitud ejercitó su derecho con orden perfecto; pronunciáronse en distintos puntos del parque ardientes discursos; repitióse en todos los tonos lo de las ocho horas; salieron a relucir las eternas quejas del obrero contrael patrón. Pero aquí terminaron los desahogos socialistas, y al día siguiente se trabajaba en todos los talleres de la industriosa Inglaterra.

Su fama de hombres prácticos y previsores no la han desmentido en esta ocasión los hijos de la Gran Bretaña. No es preciso ser lince para hacerse cargo del razonamiento que debieron hacer los cerebros de los ingleses en los días de la huelga. "La suspensión del trabajo en Europa —pensarían—, siquiera sea por un día, ha de ocasionar deficiencias en la producción. Trabajemos nosotros mientras los alemanes y franceses se pasean, y llenando los claros que han de resultar en la industria del continente, ganaremos nosotros lo que ellos pierdan".

Si, como algunos creen, la idea de la huelga es obra de cierto maquiavelismo alemán para perturbar el trabajo francés y menoscabar la producción industrial de la república, hay que reconocer que el objeto está conseguido, pues en la comarca del norte de Francia ha estado suspendido el trabajo durante muchos días. En Roubaix, Armentiéres, Lille

1 Guillermo II.

y Tourcoing, la huelga tuvo carácter grave, y los fabricantes sufrieron perjuicios de consideración. Con muchas de estas, la industria de nuestros vecinos se verá imposibilitada de resistir la formidable competencia de sus vecinos de Alsacia-Lorena, de la Westfalia, Sajonia y Prusia.

En Austria no ha sido la manifestación tan pacífica como en Alemania, ni tan bullanguera como en Francia. En Italia, el malestar ocasionado por lo excesivo de los impuestos y las malas cosechas se mostró en las agitaciones del primero y 4 de mayo,[2] dando lugar a colisiones entre la tropa y el pueblo. Suiza y Bélgica han salido mejor libradas que sus vecinas, sobre todo la última, donde apenas se ha conocido el trabajo de los socialistas.

De España nos ocuparemos con alguna mayor extensión, pues conocemos mejor el asunto y los acontecimientos se han desarrollado ante nuestra vista. El socialismo, por mucho que vociferen sus adeptos, no tiene ni tendrá durante algún tiempo entre nosotros las raíces que en Francia y Alemania, y esto se debe, en primer término, al especial modo de ser de la sociedad española, a la compenetración democrática con que viven sus elementos constitutivos, a esa misma levadura democrática, que antes de existir en las leyes ha existido en las costumbres, a la sobriedad misma de la raza y a otra porción de causas menos visibles. Por esto, aquí, las luchas de clases no han de revestir nunca un carácter implacable y feroz. Además, no existen en España centros muy considerables de población obrera, como no sea en Cataluña, que rivaliza con Bélgica en lo nutrido del censo, así como en la muchedumbre y variedad de establecimientos fabriles. Así es que fuera de Barcelona, toda la agitación de estos días la han producido los operarios de esa multitud de pequeñas industrias, que viven del jugo de la población urbana, como los gremios de panaderos, carniceros, conductores de coches, etc., es decir, todos aquellos que se entienden directamente con el público.

Daré una idea de los principales centros industriales de España. No necesito hablar de Barcelona, emporio de riqueza y actividad, donde, de algunos años acá, se han desarrollado todas las industrias de un modo extraordinario. El ingenio, la aplicación y la constancia de los catalanes han establecido en aquella hermosa ciudad y sus arrabales casi todos los tipos de fabricación europea. Tejidos y maquinaria, industrias suntuarias, librería y cerámica, todo cabe y todo prospera en la esfera grandiosa del trabajo catalán. En Barcelona hay talleres tan vastos como los más vastos de Bélgica o Inglaterra. El número de obreros en Barcelona y su llano, y en los pueblos de la provincia, Sabadell, Manresa, Tarrasa, Igualada, etc., es considerable, y si allí prendiera la doctrina socialista, no habían de faltar elementos para el incendio. Por fortuna hasta hoy prevalecen las ideas juiciosas entre los obreros, y son muy pocos los que creen en la posibilidad de cambiar radicalmente la constitución social y de renovar las actuales leyes de relación entre el capital y el trabajo.

Valencia y Zaragoza también poseen bastante vida industrial, pero los grandes talleres escasean. Estos grandes centros de trabajo volvemos a encontrarlos en las ciudades que no son capitales de provincia: Alcoy, en la provincia de Alicante, y Béjar, en la de Salamanca. En una y otra, la población es casi totalmente obrera; los talleres son vastísimos; y el trabajo hállase concentrado en pocas manos, poseedoras de fuertes capitales, y, por tanto, los

2 El 4 de mayo fue domingo en 1890. De ahí que se hable de manifestaciones ese día.

conflictos entre los obreros y los patrones pueden ofrecer carácter grave en caso de desacuerdo. En las huelgas de mayo, Alcoy ha sido teatro de algunos sucesos desagradables sin llegar a lo sangriento; Béjar, en cambio, no se ha movido.

Otro gran centro fabril de reciente creación, y tan próspero que pocos habrá en Europa que le igualen, es Bilbao, donde las industrias metalúrgicas han adquirido inmenso desarrollo de algún tiempo acá. Las sociedades *Altos Hornos, Vizcaya* y *San Francisco* fabrican aceros en diferentes tipos y forma, y al amparo de estas potentes industrias se establecen y prosperan otras de menor importancia. Unida la población fabril a la población minera, resulta un contingente de obreros muy respetable.

En Bilbao se ha dado el caso extraño de que la primera semana de mayo pasó sin novedad, sin agitación de ninguna clase, funcionando regularmente las industrias fabril y minera, y de improviso, hace dos días, cuando en toda Europa parecía concluida la algarada socialista, esta se reproduce en las orillas del Nervión con caracteres de cierta gravedad. Es hasta ahora Bilbao el único punto de España donde la Guardia Civil ha tenido que hacer fuego sobre los obreros huelguistas que intentan apartar del trabajo a sus compañeros. Es también el único punto donde se han visto conatos de destrucción de las fábricas y reprensibles atentados contra las personas y las propiedades. La presencia de tropas en las riberas del Nervión ha desvanecido hasta cierto punto el peligro; pero las coacciones de los huelguistas y la resistencia tenaz de algunos elementos, hace creer que el conflicto no terminará como en Barcelona, por la sola virtud del tacto y paciencia de las autoridades.

Madrid ofrece también elementos importantes a la agitación socialista, pues aunque no existen aquí grandes talleres, el número de obreros dedicados a diferentes oficios es considerable. Dígase lo que se quiera, la vida del proletario madrileño no es angustiosa ni le mata el trabajo.

Los albañiles constituyen la clase más numerosa; de albañiles eran las comparsas más numerosas en las manifestaciones del primero y 4 de mayo. Pedían, con arreglo a la consigna universal, la reducción del trabajo a ocho horas;[3] pero no se advertía en ellos convicción muy profunda respecto a este punto.

Los trabajadores adscritos a la multitud de artes y oficios que existen en toda capital grande, representan en Madrid una clase muy nutrida; entre ellos los hay versados en la actual doctrina socialista, y no faltan en la cofradía oradores casi tan brillantes como los de las Cámaras. Pero hasta la hora presente, esta numerosa clase, a pesar de su afectada inquina contra los burgueses, no se presenta en actitud muy belicosa, sin duda porque la diversidad de oficios no les facilita la agrupación en grande escala hasta formar unidades formidables. Los albañiles, que constituyen la agrupación más numerosa, no deben de estar muy descontentos de la actual organización del trabajo, porque sus manifestaciones han sido tibias, y su cooperación al movimiento universal socialista más ha parecido obra de compromiso que de convencimiento.

Aunque se intente por algunos demostrar que la política no interviene para nada en estas tentativas de agitación socialista, ello es que en las manifestaciones de mayo se han

3 En España se lograría en 1919.

visto muchos políticos más o menos disfrazados, moviendo las teclas de todo aquel mecanismo. Pensar que en España puede haber agitación de cualquier clase, sin que al punto se apodere de ella el interés político, es pensar lo imposible. Los partidos extremos, abrumados por la desesperación, aprovechan toda coyuntura que se presente, para sembrar la desconfianza, difundir el miedo y precipitar al gobierno hacia la represión violenta. Por fortuna, la injerencia política en el movimiento del proletariado ha sido en esta ocasión muy poco hábil, y visto el juego desde los primeros instantes, nada más fácil que prevenir- se contra él. La minoría bullanguera, que titulándose *anarquista* ejerce coacción sobre los obreros, para impedirles trabajar, va cayendo por tandas en poder de la Guardia Civil, y la normalidad se restablece poco a poco, sin derramamiento de sangre.

Difícil será, hoy por hoy, determinar qué casta de pájaros es esa, que se decora con el terrorífico nombre de *anarquista.* Quizás en otras naciones de Europa, el partido anarquista tendrá su dogma y sus principios, aunque estos consistan en la ausencia de todo instrumento de gobierno. Pero en España, los que espantan a la gente con denominación tan espeluznante son sin duda individuos sin hábitos de trabajo, ávidos del desorden, como único terreno en que a ellos les es dado plantear el problema de la existencia. Si es verdadque los problemas políticos han terminado en las postrimerías del siglo, y sólo los econó- micos y sociales han de ocupar a la humanidad en el siglo que se aproxima, los que hoy se titulan "anarquistas" entre nosotros no deben ser considerados como precursores de ese gran movimiento. La idea que ha de transformar las sociedades en el siglo XX, hállase aún en estado muy embrionario para que pueda mover las voluntades de esos caballeros que patrocinan el escándalo y la holgazanería.

Resumiendo los acontecimientos, puede afirmarse que en España no hemos salido mal librados, pues los conflictos de Barcelona y Bilbao, principales focos industriales de la península, no han revestido caracteres de gravedad. Los fabricantes habrán sufrido quebrantos de alguna cuantía por la suspensión de los trabajos, pero el mayor perjuicio ha sido para los mismos obreros. Hemos tenido la suerte de que en distritos mineros de tanta importancia como Linares, Almadén y Riotinto los obreros no han coadyuvado al movimiento general. Pero no debemos confiar en que las pretensiones socialistas terminen aquí. Sólo hemos presenciado los preliminares de una lucha que ha de tener su desarrollo en los años sucesivos, y aunque no podemos apreciar hoy en qué términos se han de modificar las relaciones entre el capital y el trabajo, presagiamos que esa modificación ha de venir, como han venido, en el orden político, soluciones que a principios del siglo eran tenidas por absurdas. La doctrina pura individualista ha perdido bastante terreno, y ya se piden al Estado iniciativas que hace algún tiempo eran consideradas como heterodoxas.La misma política iniciada en Alemania por el emperador tendrá de fijo imitadores en los demás pueblos del continente, y las naciones industriales han de mirar mucho porque el equilibrio no se altere, apoyando las pretensiones razonables del proletariado en algunos casos, y defendiendo en otros el derecho de los patrones. Sólo por medio de transacciones se podría cortar la suspensión total del trabajo, que sería la ruina de la industria, y en plazobreve, el *finis Europa.*

B. PÉREZ GALDÓS

147
LP, 22/6/1890

Exposición de Bellas Artes —Primeras impresiones —Retraimiento de los artistas antes premiados —Nuevas hornadas de pintores cada año —La pintura histórica y su decadencia —La erudición y el sentimiento de la realidad —Los trajes y accesorios. —Lo que son y lo que eran antes los talleres de los pintores —El modelo vestido a la antigua —La fidelidad histórica y despreocupación de los antiguos en este punto del arte —El estudio del natural sobre todo —Descrédito de los asuntos históricos, y victoria lenta de la pintura de género. —La escultura en la actual exposición —Benlliure y Susillo —Tendencias realistas —Casto Plasencia —Su muerte y sus obras.

Madrid, 22 de mayo de 1890.

Señor Director:

Hablaremos hoy de pintura, asunto más grato para mí, y aún creo que para todos, que la cuestión social. La actual exposición de Bellas Artes (sabido es que estos certámenes se celebran aquí cada tres años) está dando margen a grandes controversias. Antes de abrirse al público los vastos salones del palacio de la Castellana,[1] se decía que la presente exposición era muy inferior a sus predecesoras. La misma impresión dominaba el día de la apertura. Después se determinó una reacción muy marcada: algunos vieron en los cuadros de este año mayores méritos de los que realmente existen en ellos. La opinión ha oscilado entre señalar la exposición como de las más flojas o considerarla como una evolución digna de estudio. De todo hay: es indudable que la pintura española atraviesa un período de crisis y que esta crisis merece detenido examen.

Ante todo debo hacer constar que las exposiciones de Bellas Artes que aquí se celebran no dan idea de la total producción artística española en el período a que corresponden. Rara vez los que un día fueron premiados concurren a los certámenes sucesivos. Los artistas españoles de nota exponen poco, y no recuerdo haber visto jamás en ninguna sala de certamen cuadros de Fortuny.

Otras celebridades, como Domingo, Raimundo Madrazo, Pradilla, Palmaroli, han dejado de figurar en los catálogos desde que obtuvieron los primeros premios. Comúnmente, las exposiciones sirven para dar a conocer los esfuerzos de los que aún no han llegado al punto culminante de la fama, y las tentativas de los jóvenes que empiezan. Cada tres años aparecen, pues, innumerables artistas llenos de bríos, y en este sentido, las exposiciones son de indudable utilidad. Sería difícil hacer una estadística completa de todos los artistas que en diversos géneros han hecho su aparición desde 1860, época en que estas solemnes fiestas empezaron a tomar importancia. El contingente de pintores, más aún que el de escultores, ha sido tan rico, y tal fecundidad ha demostrado la raza en producir artistas, que éstos no pueden vivir en nuestro reducido suelo, y se han difundido por toda Europa.

1 El palacio de Bellas Artes, situado en el paseo la Castellana, casi lindando con el entonces llamado Paseo del Hipódromo.

Son tantos, que necesitan mercado muy amplio para poder resolver el arduo problema de la existencia. Roma, París y Londres están llenos de pintores españoles. En Madrid viven algunos de los más granados; de algún tiempo acá se acentúa la tendencia a volver a la patria. De esto hablaré más adelante, y voy a mi asunto del momento, que es la actual exposición.

También a mí, a la primera visita, me produjo impresión no muy grata, pareciéndome el conjunto inferior a la celebrada tres años hace. Consiste quizás esto en que el jurado de admisión ha pecado de benévolo, admitiendo obras que no merecían los honores de ser presentadas al público. Hay muchos cuadros de grandes dimensiones, y precisamente en ellos está el pecado gordo de la exposición. La multitud de telas enormes y poco estimables impresiona desfavorablemente, al recorrer las primeras salas, y hay que internarse, huronear un poco, registrar bien las salas pequeñas, para encontrar obras dignas de admiración.

Lo que se desprende con toda claridad, una vez apreciado el conjunto de la exposición, es el desprestigio del llamado género histórico, que ha privado aquí y en toda Europa durante medio siglo. Creo haber indicado en mis cartas de no sé qué fecha, el poco entusiasmo que despertaba en mí la pintura histórica, tal como la venían entendiendo los críticos de hace veinte años.[2] En la exposición pasada, la decadencia de los cuadros históricos se apuntaba tímidamente; hoy es resuelta, clara, decidida y evidentemente el gusto moderno se va pronunciando contra ellos.

Recuerdo perfectamente que hace quince o veinte años, los críticos que se preciaban de dirigir el gusto del público, miraban con menosprecio toda pintura que no fuera de asunto histórico. Los cuadros de griegos y romanos tuvieron su época, después de la cual se hicieron atrozmente antipáticos, y después se puso en moda la Edad Media y más aún la del Renacimiento. Si se compara esta moda pictórica con su antecesora, la de los romanos y griegos de la escuela de David, no hay duda que el progreso fue grande. Todos los asuntos tratados aquí desde Gisbert y Casado, hasta Pradilla y Moreno Carbonero, ofrecían interés muy grande y emociones hondísimas. Como los pintores, para tratar bien este género, tenían que hacerse arqueólogos, sus obras resultan con cierto interés científico al lado del artístico.

Pero la época que aplaudió y gozó esta bella obra fue cayendo en la cuenta de que lo que la pintura ganaba en erudición, íbalo perdiendo en sentimiento de la realidad. Empezóa cundir la desconfianza, es decir, el recelo de que aquellos guerreros y monjes y obisposy príncipes, fueran reproducción más ingeniosa que verdadera de las figuras propiamente históricas; se acentuó el hastío de las armaduras y de los trapos muy bien pintados, den- tro de los cuales se veía siempre el modelo coetáneo nuestro, mal avenido con aquellas galas postizas respecto de las cuales se podía decir que *el difunto era mayor*; caímos en la cuenta de que todo ese matalotaje histórico era bastante convencional,[3] o más bien una ilusión mejor o peor sentida, como la ilusión escénica en la literatura dramática, y el géne-

2 Véanse 13 y 83.

3 *matalotaje*: coloquialmente, 'conjunto de muchas cosas desordenadas'.

ro empezó a desprestigiarse, a perder aquel brillo y aureola resplandeciente que atraían a la juventud. La realidad y su estudio sincero ganaban terreno cada día hasta conquistarlo casi enteramente. Para los cultivadores del género de historia, el trabajo pictórico ha sido siempre una labor benedictina.[4]

Los estudios se han convertido en almacenes de antigüedades, y en ellos admiramos riquísimas colecciones de trajes, armas, herrajes, muebles y mil cachivaches de dudosa aplicación a la pintura. Los trapos de vistosos matices son la manía predilecta de los artistas contemporáneos, mayormente si aquéllos tienen esa pátina, ese tornasol de la vejez ilustre, tan simpática a la vista.

Todo esto sirve para vestir los modelos y dar carácter de época a la escena. La crítica suele ser tan exigente, que el artista se vería en gran aprieto si se equivocara, por ejemplo, poniendo a una figura espuelas del siglo XVII, en vez de ponerlas del siglo XVI. Los vestidos son origen de mil fatigas y preocupaciones, pues rara vez se encuentran auténticos, y muchos de los que enriquecen los estudios son trajes de teatro fabricados por un *atrezzista*. Los pintores se ven obligados a confeccionar los trajes, con los trapos del color que más les conviene, y una vez terminada esta labor fatigosa y vestido el modelo, este resulta más bien disfrazado que vestido. La armadura no le cae, las mangas no pliegan como es debi- do, y la figura, más que persona viva, es un muñeco, semejante a los que prestan servicio en los escaparates de las tiendas de ropa.

¡De cuán distinta manera procedían Rembrandt, van Dyck y el gran Velázquez! Los talleres de estos insignes maestros no debían de ser museos de trapos y ferretería antigua. Pintaban siempre las figuras de su tiempo con el traje que usaban a todas horas. Cuando el gran Velázquez pintó *Las lanzas*,[5] no debió de parar esfuerzos por investigar la indumentaria, porque esta se la llevaba completa el modelo. Si necesitaba de un modelo soldado, lo mandaba subir de la guardia del Alcázar, y la figura salía perfecta, con su ademán y traje propios. Hay que comparar cómo *llevan la ropa* las figuras de estas maravillosas obras y cómo la llevan las de nuestro moderno género histórico. En éstas se ve que visten de prestado, que les embarazan las costuras, y que están deseando que el pintor acabe su tarea del día para soltar todo aquel bagaje molesto y enfadoso.

El mismo Velázquez, y más aún van Dyck y Rembrandt, cuando tenían que pintar un asunto bíblico, en el cual la interpretación del vestido era punto menos que imposible, pues apenas tenemos datos de cómo vestían los hebreos, hacían mangas y capirotes de la verdad histórica, y respetando en las figuras principales el ropaje litúrgico, a las damas le ponían el traje de la propia época en que el cuadro se pintaba.

El amor al natural era tan vivo en aquellos egregios artistas, que a él sacrificaban todo lo demás. En estos últimos años, en que ha prevalecido el criterio académico, ha sido muy de moda censurar la despreocupación de Rembrandt, que pintaba en el séquito de Cristo a los buenos burgueses de Ámsterdam. Pero últimamente se ha determinado una corriente de opinión en sentido contrario, y ahora no sólo disculpamos a Rembrandt y a

4 *labor benedictina*: 'labor de mucha paciencia', como la que se atribuye a la orden religiosa.

5 *La rendición de Breda o Las lanzas* se realizó entre 1634 y 1635.

otros eximios holandeses por su libertad en la interpretación de los accesorios, sino que le aplaudimos.

Buena es la fidelidad histórica, y si se pudiera alcanzar plenamente en la pintura, sería un elemento más que concurriría a la ilusión estética. Pero es casi imposible alcanzarla, a pesar de los poderosos medios auxiliares de que hoy dispone la pintura. En perseguir este ideal de la fidelidad histórica, pierden los artistas un tiempo precioso, y descuidan el estudio del natural franco. El modelo, cohibido dentro de un traje que no es el suyo, no se ofrece a la observación del artista con la sinceridad que da la figura coetánea representada como es habitualmente. Resulta, además, otro grave inconveniente, y es que el artista se encariña demasiado con los accesorios, y como estos le ofrecen el recurso de buscar y encontrar efectos fáciles, les da excesiva importancia en la composición a costa del interés del asunto que debe ser siempre principal y superior.

Por todas estas razones, la pintura histórica ha ido cayendo en descrédito, y en cambio ha crecido la llamada de género, que no hace mucho consideraban algunos rígidos censores académicos como secundaria. Esta manía de las clasificaciones ha perturbado el arte, obligando a muchos jóvenes de mérito a seguir caminos contrarios a sus inclinaciones.

El arte oficial, premiando con preferencia las grandes telas de asunto histórico, ha cohibido las facultades de ilustres artistas, apartándoles del estudio mismo del natural. Pero al fin la razón se ha hecho camino, el natural obtiene marcadas victorias y pronto se ha de ver que vence en toda la línea. La actual exposición nos ofrece un momento interesante de la lucha entre estas dos tendencias.

Lo primero que se observa es cierta confusión o inseguridad; después se echa de ver que los asuntos históricos son en general los más flojos; la atención del público se fija tan sólo en dos o tres cuadros de gran tamaño, interesándose poco en los demás, y en cam- bio, multitud de obras que años atrás habrían sido consideradas como de segundo o tercerorden, obtienen un éxito evidente.

***

También merece notarse, al visitar la exposición actual, que si en la pintura resulta cierta inferioridad respecto a los certámenes anteriores, la escultura nos ofrece un progreso indudable. Y también en esta rama ilustre del arte plástico vemos la decadencia de las personas académicas y el predominio del natural vivo y coetáneo. Benlliure y Susillo, ambos jóvenes de grandes alientos, se nos presentan rompiendo la tradición académica, y aun en sus trabajos de carácter monumental, como el *Don Diego López de Haro,* del primero, y *El beso de Judas,* del segundo, se advierte la tendencia realista muy marcada.[6] Uno y otro han presentado obras notabilísimas que demuestran la profunda transformación de la escultura en nuestros días. Se acabaron las representaciones mitológicas, en las cuales la antigüedad nos ha legado modelos imposibles de superar.

---

6 Ambas obras son destacadas por la crítica artística del momento como lo mejor de la exposición, a pesar de que el *Don Diego López de Haro*, no fue premiado y *El beso de Juda*s, recibió solo la segunda medalla.*

Pero el arte escultórico, sin abandonar totalmente el desnudo, sabe encontrar asuntos que interesen a la generación presente. Esta transformación hállase hoy en su período crítico, y no podemos apreciarla cumplidamente hasta que el tiempo no sancione ciertas novedades y no las autoricen hombres de verdadero genio. Benlliure y Susillo poseen grandes cualidades y han de formar escuela.

***

Interrumpo esta reseña de la exposición, para consagrar algunas líneas a un artista eminente, Casto Plasencia, que ha fallecido hace dos días, en la flor de la edad, en la madurez de su talento, cuando había logrado adquirir a fuerza de trabajo, guiado por el talento, honores, reputación y un bienestar que pocos alcanzan cultivando las artes.

Plasencia era reputado como uno de los pintores más ilustres en esta pléyade brillante de que ahora nos envanecemos. Se dio a conocer hace unos quince años con un gran lienzo histórico, *La fundación de Roma,* en el cual mostraba poderosas facultades. Después colaboró en las grandes obras de pintura decorativa de San Francisco el Grande, en unión de Ferrant y Domínguez. Las pinturas murales de aquel templo son quizás las obras en que más ha lucido su arte exquisito para la composición y sus cualidades de colorista.

Trabajaba mucho; aleccionaba a multitud de discípulos, y su estudio era el más hermoso de Madrid, un verdadero centro artístico donde congregaba a sus amigos en ciertos días, para pasar agradablemente las horas charlando de arte, contemplando cuadros y estampas y oyendo buena música. Plasencia era de los que se resistieron siempre a vivir en el extranjero, y por eso le debemos gratitud y merece de nosotros homenajes mayores.

Pasaba los veranos en un pintoresco rincón de Asturias, donde había fundado una especie de colonia artística. Allí le acompañaban quince o veinte amigos y discípulos, que pintaban paisajes marinos o figuras de género, y volvían a Madrid con un cargamento de estudios preciosísimos. La colonia de Pravia era un ejemplo admirable de compañerismo y entusiasmo artístico, que debiera tener imitadores. Plasencia ha muerto a los cuarenta y dos años. Su talento había llegado al mayor desarrollo.

Uno de sus últimos cuadros, *El Mentidero,* escena de costumbres asturianas, es una verdadera joya. Las obras de este artista eminente alcanzaban elevados precios, y lo que ha dejado en su estudio, trabajos incompletos o no concluidos, se lo arrebatarán sin duda los marchantes y los coleccionistas de gusto.

B. PÉREZ GALDÓS

148
LP, 18/10/1890

Vacaciones —Sucesos graves en España y América —Crisis política en España —Los conservadores sustituyen a los liberales —Impopularidad de los gobernantes —Obsequios a Sagasta —Bilbao y sus arsenales y talleres —La construcción de la nueva escuadra —Carestía de los arsenales del Estado —"Rivas Palmer" y la contrata de los tres cruceros *María*

Teresa, Oquendo y *Vizcaya.* Botadura del primero —Manifestaciones políticas —Temores infundados de los ministeriales —Cariñoso recibimiento de doña María Cristina —Mal tiempo —La avería del *Destructor* —Gloria a la industria nacional —El submarino *Peral* —Dictamen de la comisión técnica —El sentimiento público y los hombres de ciencia —Debe hacerse otro submarino.

Madrid, 8 de septiembre de 1890.

Señor Director:

Desde mi última hasta la presente ha transcurrido más tiempo del que yo quisiera, y en este tiempo han ocurrido en España y en esa parte de América sucesos graves, de esos que tienen en la historia lugar preferente. Más graves los sucesos de esa república[1] que los de aquí, no he de juzgarlos yo, ni aun de referencia. Declárome incompetente para ello por la delicadeza del asunto y porque, si es difícil entender serenamente de lo que vemos y palpamos en nuestra propia casa, mayor dificultad hay en sentenciar sobre lo que pasa en la ajena. Lo único que diré es que aquí hemos seguido los movimientos de la revolución argentina con igual interés que si hubieran tenido por teatro nuestro propio suelo. El telégrafo nos avisaba día por día los sucesos, y la prensa española llenaba sus columnas con informaciones detalladas de personas y cosas. En todo ello veíamos como una proyección de nuestra propia historia y retratos más o menos acentuados de nuestros hombres. En ciertos momentos todo nos parecía natural y conforme a inveterados hábitos y costumbres; nos reconocíamos en los graves disturbios de América… El restablecimiento de la normalidad nos alegró, porque la experiencia nos ha enseñado que el estado de revolución y los procedimientos de violencia, aun cuando sean necesarios, deben ser breves. Después han venido noticias que hacen temer un recrudecimiento de las pasiones. Nos agradaría que la paz no volviera a turbarse, los progresos de nuestra raza no consisten en la abolición de los procedimientos revolucionarios, porque esto es imposible; consisten en abreviarlos y reducirlos a los límites precisos de la necesidad. Y basta, que estoy tratando un tema para el cual soy incompetente.

***

Aquí hemos tenido también trastornos y mudanzas, aunque pacíficos. El gobierno conservador sustituyó al liberal de la noche a la mañana, sin que se vieran claros los motivos de la crisis.[2] El hecho carece de importancia fuera de España. Probablemente los que esto lean no se habrán enterado. Las discusiones menudas que aquí se tratan a cada instante sobre la última crisis política no habrán atravesado el Atlántico. Vienen a ser como chismesy dimes y diretes entre comadres, que no salen ni deben salir del portal o escalera en que se pronuncian.

1 Se refiere a la llamada "Revolución del Parque" del 26 al 29 de julio en Buenos Aires.*

2 La sustitución, producida en julio, puso fin al llamado "parlamento largo" (1885-1890) de mayoría liberal, en el que Galdós había sido diputado sagastino desde 1886.

La presencia inopinada de los conservadores en el poder fue para todo el mundo una gran sorpresa. Los liberales habían vivido cuatro años y medio entre disidencias y dificultades de un orden secundario; pero vivían, y no se había manifestado en la opinión la necesidad del cambio. Ninguna razón política reclamaba la crisis. Razones de un orden sociológico la demandaban quizás, y a ellas se debió sin duda que la crisis se verificara.

En nuestro país no es fácil que un partido resista cinco años de oposición sin descomponerse. ¿Pero es esto bastante motivo para establecer el turno? ¿Es acaso el país una mesa redonda en la cual se han de colocar los huéspedes por tandas, cuando el número de comensales es superior al de sitios? Este es el grave problema que hay que resolver. Mucho se ha escrito y hablado sobre la última crisis y yo no he de repetirlo porque el asunto ha venido a ser fiambre y ha de interesar poco a los que traen entre manos problemas muchomás graves.

Hoy por hoy, los conservadores gobiernan con bastante desaliento, a pesar de las arrogancias de sus periódicos, y los liberales comen el pan de la emigración con salsas muy sabrosas. El partido que acaba de caer siéntese hoy más fuerte que nunca, y sus hombres hablan el lenguaje de la esperanza. El jefe, don Práxedes Mateo Sagasta, recibe, donde quiera que se presente, entusiastas ovaciones, y en todas partes se le festeja y aclama, como si aún tuviera en su mano las riendas del gobierno.

Últimamente ha hecho Bilbao en honor de Sagasta inolvidables manifestaciones. El paso del jefe del partido liberal por la industriosa Vizcaya ha sido una serie de ruidosos triunfos, que han puesto a los conservadores en estado de displicencia crónica. Las relaciones entre ambos partidos se han agriado bastante y es de temer que las próximas elecciones nos lleven a un estado de verdadera guerra civil sin tiros, guerra en la que se desencadenarán las pasiones como en los tiempos de mayor agitación. Todas estas lindezas nos traerá la inexplicable crisis de julio, verificada con notoria inoportunidad y con procedimientos peligrosos, pues fue hecha como tramoya o mutación de teatro, a espaldas del parlamento. No obedeció a un cambio de ideas, sino a la necesidad de cambiar las personas, y lo primero que estas tuvieron que decir para justificar su increíble llamamiento, fue que continuarían la política del partido liberal.

De aquí proviene la perturbación que hoy se nota en la política, pues los conservadores han renunciado a las ideas tradicionales y a sus procedimientos de gobierno, asimilándose los de sus enemigos, y éstos, los liberales, viéndose suplantados por razones de puro interés personal, ponen el grito en el cielo y emplazan a los vencedores para las elecciones, que, como he dicho antes, serán quizás las más reñidas que en España se habrán visto.

***

El suceso culminante de la semana ha sido la botadura del crucero *Infanta María Teresa* en los improvisados astilleros de Bilbao. Tiempo hace que es preocupación constante de todos los gobiernos el fomento de la marina militar.

Los arsenales del Estado, por vicios y rutinas que no se desarraigan fácilmente, no responden a las necesidades modernas. Las dilaciones oficinescas entorpecen las construc-

ciones, y desde que se pone la quilla de un buque hasta que este se termina por completo, transcurre el tiempo suficiente para que se determinen profundas mudanzas en el arte naval. El Estado es, ha sido y será siempre mal constructor. Los trabajos de los arsenalesse verifican con esmero, pero resultan fabulosamente caros. Por esta causa, siempre que deseamos tener un buque bueno, moderno y barato lo encargamos a los talleres extranjeros. Así, *Forges et Chantiers* nos hizo la *Numancia* hace veinticinco años, Londres nos construyó la *Victoria,* y en los últimos tiempos hemos adquirido el *Reina Regente* en el *Clyde*, y el *Pelayo* en la Seyne. En los arsenales del Estado, que son tres, La Carraca, Ferrol y Cartagena, sólo se trabaja en construcciones de poca importancia y en reparaciones.[3]

Naturalmente, de la necesidad de confiar las grandes obras navales a la industria particular, surge la idea de crear esas industrias en nuestro propio suelo, aspiración grande, tarea difícil que al fin, tras rudos esfuerzos, se ha visto coronada por el éxito.

Ningún pueblo de España, ni aun Barcelona, podía disputar a Bilbao la preferencia y la gloria de este ensayo, por el desarrollo inmenso que en la capital vizcaína, han tenido de algún tiempo acá las industrias metalúrgicas. Los colosales talleres de Rivas Vizcaya, Altos Hornos, ofrecían medios sobrados para tan gallardas tentativas. Cuando el gobierno central pensó en encargar buques a la industria privada, constituyéronse varias sociedades con este objeto, siendo preferida la que, con la razón social "Rivas Palmer", se constituyó en Bilbao. Adjudicósele la construcción de tres cruceros de ocho mil toneladas, y en poco tiempo, la iniciativa de los concesionarios, auxiliada por cuantiosos capitales, improvisó el astillero, los talleres de construcción, forjas, fundición de cañones y cuantas industrias auxiliares son necesarias para empresa de tal magnitud. Pusiéronse el año anterior las tres quillas de los cruceros denominados *Infanta María Teresa, Oquendo* y *Vizcaya,* y a los trece meses es botado al agua el primero, hallándose los otros dos muy adelantados. En el improvisado arsenal trabajan tres mil operarios, de los cuales sólo doscientos cincuenta son extranjeros. Las tres naves saldrán de allí completamente listas de máquinas y artillería. ¡Admirable resultado y gloria inmensa del pueblo bilbaíno, que ha sabido explotar la riqueza de su privilegiado suelo, que a la inteligencia une la actividad británica y el instinto seguro de los negocios! Cuanto se diga de la prosperidad bilbaína resulta pálido al lado de la realidad. En veinte o treinta años la modesta capital de provincia se ha convertido en un Glasgow, y pronto será Bilbao uno de los más considerables centros industriales de Europa.

Respecto a las construcciones que se proyectan para restaurar nuestro antiguo poderío naval, baste decir que su importe total asciende, según la ley de 1886, a ciento ochenta y nueve millones de pesetas, repartidos en nueve presupuestos sucesivos, y que el número de buques ha de ser de doscientos ocho entre grandes y pequeños. Este vastísimo proyecto viene realizándose con no poco trabajo, y todos los gobiernos procuran alentarlo, pero es dudoso que en plazo relativamente tan corto llegue a ser un hecho. Se lucha con la gravosísima conservación de los arsenales, que consumen enormes sumas sin resultado visible, y con la diversidad de criterio que impera en el centro técnico de la Marina, merced a los repetidos cambios de ministro. La industria particular podría llevar a feliz término empresa

3 Sobre astilleros extranjeros y españoles con respecto a la armada nacional, puede verse 93.

tan grande, así en España como en el extranjero; más para esto sería preciso que el Estado renunciase a ser constructor, reservando sus arsenales para depósitos de pertrechos, artillado y las reparaciones indispensables en caso de guerra.

Los tres cruceros de primera clase que en Bilbao se construyen desplazan siete mil toneladas, y el costo de cada uno asciende a doce millones de pesetas. El casco es de acero, Siemens-Martini, con faja blindada de trescientos cinco milímetros de espesor, y cubierta protectriz de cincuenta milímetros. En la proa llevan torre blindada con plancha de acero de treinta centímetros, para dirigir desde ella todos los movimientos del buque. Su velocidad no podrá ser menor de dieciocho millas, y sus carboneras han de tener capacidad bastante para recorrer cuando menos diez mil millas, con una velocidad de doce por hora. Montarán veinte cañones y diez ametralladoras. Entre los primeros habrá dos de veinticuatro centímetros y largo de ocho mil ochocientos treinta y seis milímetros. Llevarán también ocho aparatos para lanzar torpedos. Si se realiza por completo el plan de nueva escuadra, tendremos siete cruceros de este tipo.

***

La botadura del *María Teresa* ha sido un acontecimiento de mucho brillo, y Bilbao ha celebrado con tal motivo ruidosas fiestas. Difícil era que la política no entrase en ello y la política entró, porque habiendo visitado el señor Sagasta días ha la industriosa ciudad y sus talleres y arsenales, se le hicieron calurosos obsequios y se le aclamó y festejó con tales extremos de adhesión y cariño, que los ministeriales empezaron a ver con malos ojos la efervescencia que ahí reinaba, y a mirar con malos ojos las anunciadas fiestas.

Temían que la Reina, al presidir el acto solemne de la botadura, fuese recibida con frialdad, y que el señor Cánovas, que forzosamente había de acompañar a la Reina, no tuviese acogida muy benévola. Tales temores, han tenido a los amigos del gobierno durante un par de semanas en ardorosa inquietud.

Bilbao es y ha sido siempre un pueblo liberal, y el señor Sagasta tiene allí muchos amigos y vivas simpatías. La última crisis y la caída de los liberales ha sido allí juzgada con poca benevolencia, y de aquí que se aprovechase la residencia en Bilbao del jefe de la situación caído, para demostrarle su afecto y la gratitud que merece por los cinco años de paz a cuya sombra se han desarrollado tan importantes intereses. Sagasta ha sido, pues, festejado y traído en palmitas, como suele decirse. Los conservadores han tenido el poco tacto de no disimular su mal humor ante aquellas demostraciones entusiastas del sentimiento público, y hasta se habló de suprimir el viaje de la corte a Bilbao por temor a demostraciones muy diferentes de los homenajes tributados al ex presidente del Consejo de ministros.

Por fortuna para todos, los recelos de los amigos del gobierno no se han confirmado. El acto de la botadura fue solemnísimo y nada ocurrió en él que no fuera agradable. El recibimiento hecho a la Reina correspondió a las simpatías de que goza en todo el país doña María Cristina, y el señor Cánovas no vio en todo el trayecto ningún semblante ceñudo, como se temía.

El tiempo no favoreció el acto, pues Eolo y Neptuno,[4] que debían parecer interesados en dar brillo a la fiesta, hicieron lo posible por deslucirla. Entre uno y otro impidieron el viaje de la corte por mar. La escuadra no pudo ni aproximarse a la barra, y uno de nues- tros mejores buques de guerra, el *Destructor,* tuvo averías en el timón y fue preciso darle remolque. En él iba el ministro de Marina,[5] que por tal motivo no pudo presenciar la botadura. Fuera de estos contratiempos, la solemnidad fue interesantísima. Cortó la Reina la delgada cinta que sujetaba el crucero, empleando para ello unas tijeras de oro valuadas en dos mil quinientos duros, y el monstruo se deslizó majestuoso por la grada hasta flotar en medio de la ría entre los estruendosos hurras de más de ochenta mil espectadores, los estallidos de millares de cohetes, y los pitazos y toques de sirena de los centenares de vapores anclados en las inmediaciones del astillero.

Dentro de un año se cree hará sus pruebas de navegación el *María Teresa,* y en igual fecha será botado al agua otro de los cruceros. Bilbao y la empresa Rivas-Palmer merecen grande honor. La industria española ha dado un paso de gigante, y el problema de las construcciones navales sin recurrir a manos y capitales extranjeros está resuelto.[6]

***

El submarino *Peral* continúa dando motivo a discusiones acaloradísimas. Después de los ardientes plácemes tributados al célebre inventor y de sus paseos triunfales por Madrid y otras capitales, ha venido el dictamen de la comisión técnica a enfriar el entusiasmo de los admiradores del descubrimiento. No falta quien haya tildado de envidiosos a los señores que componen dicha comisión, ni quien haya creído, por el contrario, que el dictamen debió ser más severo. Resulta, según los sabios llamados a sentenciar sobre el submarino, que este no es tal submarino, sino simplemente un torpedero sumergible; que en él quedan sin resolver dos problemas capitalísimos: el de la navegación bajo las aguas y el de la visualidad. Sobre este singularmente, el aparato de Peral no presenta adelanto alguno. Fuera de estas importantes deficiencias, el submarino representa, a juicio de la comisión, una tentativa felicísima en las aplicaciones de la electricidad, y su autor es sin disputa un hombre de grandísimo mérito. Los fervientes admiradores de este se rebelan contra el dictamen técnico y se obstinan en que el submarino es el invento más maravilloso de estos tiempos.

No conviene dejarse cegar por la pasión en asunto tan delicado. Es locura pensar que a la realidad del problema de la navegación submarina se puede ir de un salto. Por mucho esmero que se haya puesto en la construcción del submarino, es imposible que deje de tener innumerables defectos en sus complicados mecanismos. El público en general, que juzga estas cosas por sentimiento, atento sólo a las glorias de la marina y de la nación, no se hace cargo de las dificultades técnicas; a toda costa quiere que exista el *invisible*

4 En mitología latina, los dioses del viento y el mar.

5 José María Beranger.

6 Esta apreciación no es exacta.*

destructor de escuadras, el misterioso buque que ha de transformar la táctica naval, y no se aviene con las reflexiones que en contra del ensayo hacen los hombres de ciencia. Posible es que en estos influyan rutinas y prejuicios, de los que son obligada rémora de toda innovación, pero al fin la verdad ha de prevalecer. Parécenos que deben admitirse como buenas las desconfianzas de la comisión técnica, pero de ningún modo debe darse por insoluble el problema. El primer paso está dado, y porque este paso no haya sido decisivo, no debemos desanimarnos ni plantarnos a mitad del camino. La opinión pública, después de acalorarse extremadamente con el invento de Peral, se ha enfriado, quizás con exceso; pero en el sentimiento general del país no se puede dar por fracasada la tentativa. En muchos espíritus, la fe en Peral subsiste poderosa. Se quiere, y se quiere con ansia, que haya submarino a todo trance, y sería de mal efecto que el presente ensayo se perdiese para la ciencia. No hay, pues, más remedio que construir otro buque Peral, corrigiendo enél los defectos que la práctica ha revelado en el primero, y la comisión técnica, cediendoal sentimiento público, que en casos semejantes suele acertar ciegamente, propondrá que continúen los trabajos, y se intente resolver en un segundo ensayo los problemas que en el primero han dado un resultado nulo o incompleto.

B. PÉREZ GALDÓS

149

LP, 6/11/1890

Portugal e Inglaterra —Los cordones sanitarios —Distribución del continente africano —La parte del león.[1]

Señor Director:

En Portugal vuelve a sentirse agitación con motivo del tratado con Inglaterra[2] estipulando las condiciones en que ha de establecerse el dominio, por ambas naciones, de los territorios africanos. Creen nuestros buenos vecinos que el tratado es ignominioso para Portugal y que significa una abdicación completa de los derechos hereditarios adquiridos por esta nación sobre el continente en gran parte descubierto y conquistado por sus hijos. La prensa exaltada del vecino reino se ha desatado en injurias contra los ministros, contra el partido dominante; pero hay que reconocer que siendo la violencia de lenguaje cosa corriente en el periodismo lusitano, el efecto de tales declamaciones no corresponde al sentido literal de las palabras. La prensa disfruta en Portugal de una libertad omnímoda. Las recriminaciones airadas y descorteses se emplean allí con el mayor desenfado. El hábito de dar golpes tan duros y de recibirlos ha producido ciertas insensibilidades de epidermis que en otra parte no se comprenderían. La décima parte de lo que en Portugal se escribe contra las personas, ocasionaría entre nosotros tantos duelos como artículos y tantas

1 Esta carta figura en el original del periódico sin datar.

2 Véanse 135 y 137.

descalabraduras como palabras. El exceso en la acritud de lenguaje ha traído forzosamente la disminución de la susceptibilidad, lo cual no me atreveré a sostener que sea un bien.

De aquí resulta que los que leen la prensa portuguesa en estos días de agitación, por causa del pícaro tratado, creen que el vecino reino está ardiendo por los cuatro costados. Allí se habla de revoluciones y de cataclismos como del hecho más natural del mundo; se recomiendan las justicias populares como cosa de juego, y se aplica a los hombres públicos las denominaciones más insultantes. Los periódicos avanzados ponen los pelos de punta. Creeríase al leerlos que Portugal atraviesa por una época terrorista, y que la guillotina o la barra funcionan en las calles de Lisboa y Oporto.[3] Pero los conocedores del país, los que en temporadas más o menos largas se han paseado por las dos grandes poblaciones lusitanas, saben que entre la tempestad de artículos periodísticos, el país permanece como una balsa de aceite. Todo es jarabe de pico, como comúnmente se dice, y aunque no faltan motivos para que la opinión se acalore y se dispare, esta continúa en tesitura mucho más baja que la de la prensa. El interés político suele ser impulsor general de estas campañas. El interés nacional, si es reflexivo, ha de condenarla, porque si Portugal cayera en el error de querer remediar sus desdichas por medio de las revoluciones y del desorden interior, perdería en unos cuantos días los restos todos de su imperio colonial. Cuando no se tiene fuerza para oponerse a las demasías de un poderoso enemigo, como lo es Inglaterra, se buscan alianzas. Cuando no se quieren las alianzas, ni se tiene fuerza propia, no hay más remedio que sucumbir. De nada valen al débil las declamaciones en el momento de ser despojado.

Portugal ha rechazado siempre la única solución posible para los problemas que bien podrían llamarse de existencia, la alianza sincera con España. Su debilidad es mayor cada día, y sus quebrantos y pérdidas de territorio van en aumento. A pesar de esto, los portu- gueses no aprenden, y cuando se les habla de concertar con España su sistema de mutua defensa, ponen el grito en el cielo. Durante muchos años ha sido Inglaterra para la canci- llería portuguesa la *fiel aliada.* Viendo estamos los resultados de esta fidelidad que conclui- rá por dejar a la patria de Camoens en los *puros huesos.*

Estos días se habló de revoluciones y mudanzas en Portugal, y pronto resultó que no había nada. Háblase hoy de que las Azores se van a declarar independientes o a ponerse bajo el protectorado de los Estados Unidos. Ambas cosas nos parecen pura novela. Creo firmemente que en Portugal no habrá ningún cambio político por la cuestión de los tratados, y cuando más se reducirá sólo a una crisis ministerial de escasa trascendencia.

***

Nuestros vecinos son exageradísimos en todo lo que es externo; las cuestiones de forma les agitan extraordinariamente, y prueba de ello es lo que pasa ahora en la frontera con las precauciones sanitarias. Para preservarse del cólera, que invade algunas localidades del oriente de España, los portugueses han establecido cordones sanitarios, semejantes a

3 *barra*: `barra de hierro con cadenas y grilletes'.

los que se usaban en la Edad Media, sistema inhumano, contraproducente y brutal que da lugar a escenas de salvajismo, algunas de las cuales resultan bastante cómicas. La comunicación entre España y Portugal, así por mar como por tierra, hállase absolutamente interrumpida. Por su frontera no pasa ni una mosca, y los infelices viajeros que tienen la mala idea de querer visitar el reino vecino, son encerrados en inmundos lazaretos, donde se les trata como animales dañinos. Su correspondencia es sometida a procedimientos fumigatorios de lo más ridículo que puede imaginarse. No cabe sistema más contrario a la ciencia y a los últimos descubrimientos biológicos. Por fortuna, el cólera que ha invadido algunas regiones de España manifiesta tendencias a la localización. La prueba de esa poca fuerza difusiva está en que Madrid, donde diariamente entran tantos miles de personas de distintos puntos de la península, ha ofrecido poquísimos casos. Si así no fuera, y el terrible mal se hubiera extendido hacia el norte y occidente de España, nuestros buenos vecinos tendrían que lamentar sus grotescas precauciones, que sólo sirven, cuando el virus es de mala ley y querencioso, para propagarlo en condiciones verdaderamente aterradoras.

Y en tanto, la agitación continúa en Portugal. Ayer se han celebrado en Oporto y Lisboa ruidosos *meetings.* Pero el orden material no se ha turbado, ni creo yo se turbará, aunque la prensa radical continúa *comiéndose los niños crudos* un día y otro día. La mayoría del pueblo portugués ha de comprender con segura perspicacia que una revolución en Portugal equivaldría al triunfo absoluto de Inglaterra en la contienda, y entonces no habría tratado seguramente; pero la *fiel aliada* haría mangas y capirotes de las colonias portuguesas del África.

***

Es interesante, en estos últimos años del siglo, dirigir una ojeada a ese inmenso continente, que poco a poco va siendo invadido por la civilización, y será en el próximo siglo rival de América por la variedad y riqueza de sus productos. Lo inabordable de la costa africana, que parece defendida de la exploración náutica por la extensa faja de peligrosos arenales, es la causa de que ese continente no haya sido ocupado y explotado por las naciones europeas. Los inmensos territorios centrales, las cuencas de los grandes ríos Níger, Congo y Zambeze han permanecido hasta hace poco inexploradas y desconocidas.

El indigno comercio de esclavos ha sido hasta la mitad del presente siglo la principal explotación de aquel riquísimo país. Últimamente, Francia, Inglaterra y Alemania han fijado su atención en el África Central y en los deltas de los grandes ríos, apropiándose territorios inmensos y estableciendo factorías que un día serán ciudades populosas como las de Sídney y Melbourne, en Australia. El reparto de África se ha hecho, como es natural, perjudicando los intereses históricos de España y Portugal, injustamente de esta última nación, cuyos navegantes y conquistadores hicieron en aquel continente lo que los españoles en América. Pero la *force prime le droit,* como dice Bismarck, y el tratado de Berlín, que firmaron y autorizaron irreflexivamente las dos naciones peninsulares, ha venido a sancionar el reparto en beneficio de los poderosos.[4]

4 Del tratado de Berlín se ocupó Galdós extensamente en 22, 25, 27, 44, y 137.

Alemania, con llegar la última a la distribución, es dueña de tres porciones importantísimas del continente. La primera hállase frente a nuestra isla de Fernando Poo, tiene una costa de cuatrocientos kilómetros con facultades de extenderse hacia el interior *todo lo que convenga.* De este modo, toda la ribera conocida por Cameroon, que debiera ser nuestra y que nos convenía conservar por la proximidad de Fernando Poo ha pasado a manos más hábiles y fuertes que las nuestras. La segunda colonia del imperio extiéndese desde Angola hasta el río Orange, en la costa occidental, y aunque extensísima, sus territorios son de escaso valor agrícola y comercial. En cambio la tercera posesión alemana, situada en la costa de Zanzíbar, comprende desde el grado cuatro al once de latitud sur, y alcanza en el interior hasta la región de los lagos, formando una colonia mayor que Alemania, con terrenos feracísimos y de gran valor agrícola y mercantil.

Francia ha logrado que se le reconozca la posesión de una tercera parte próximamente del continente africano, si bien en esto va comprendido el gran sainete. Desde el cabo Bon hasta el golfo de Guinea, unos treinta y dos grados de latitud, medidos *a ojo de buen cubero,* pertenecen nominalmente a la república. También pertenece a Francia la extensa faja de costa comprendida entre Cameroon y el Congo, en la cual se comprende nuestra región del Muni, y la isla de Madagascar. No hablamos aquí de la Argelia, pues esta es colonia ya formada y organizada a la europea. Los territorios citados son propiamente proyectos de colonias, y la dominación efectiva no está establecida sino en determinados puntos con factorías y almacenes, si bien la región entera hállase intervenida por la nación que la llama suya, y ninguna bandera extraña puede traficar en ella.

Inglaterra, como siempre sucede, dado su gran poder diplomático y marítimo, se ha adjudicado la parte mejor. Ha extendido su colonia del Cabo hasta el Zambeze, cuyo delta domina, obligando a Portugal a cederle los territorios elevados del lago Nyansa, y arrogándose la libertad de navegación en el Chari y Zambeze; ha exigido además la libertad comercial en Mozambique, con lo cual esta colonia portuguesa queda a merced de la navegación británica. Fuera de esto, posee Albión en distintos puntos de África multitud de estaciones navales, sin contar la ocupación de Egipto que parece definitiva. Con tal sistema de ocupar islas y costas de importancia estratégica y comercial, domina Inglaterra la costa africana del Mediterráneo, el mar Rojo y golfo de Adén, el sultanato de Zanzíbary toda la región del Cabo. No quedan, pues, en África, más territorios independientes que los estados boers,[5] enclavados en las posesiones inglesas y sin salida a la costa, la Abisiniay Marruecos.

¡Marruecos! Esta porción importantísima del África septentrional, la más próxima a Europa, la que parece un desprendimiento de la costa andaluza, es objeto de todas las miradas y de las ansias todas de las naciones del viejo continente. Los españoles miramos a Marruecos como cosa propia, y si algún día viéramos el Magreb ocupado por otra nación nos parecería que nos habían quitado alguna provincia castellana. Inglaterra, Italia, Francia y aun Alemania nos disputan la influencia en el imperio marroquí y procuran introducir con su comercio elementos de futura dominación. Nosotros les llevamos la inmensa ven-

5 'colonias de granjeros de origen holandés que se establecieron en el sur de África a mediados del S. XVII'.

taja de poseer en la costa marroquí dos plazas tan importantes como Ceuta y Melilla, la primera de gran valor estratégico y que podría ser un segundo Gibraltar a poco que se mejoraran sus fortificaciones. Otra ventaja nuestra es la tradición de la conquista africana, y el sentimiento popular que con la mayor vehemencia marca siempre a nuestros gobiernos el camino de Marruecos. Toda empresa militar sobre aquel Imperio contaría siempre con el estímulo de una gran popularidad, y si todos los soldados del mundo son buenos cuando el honor los guía, los nuestros, por razones de clima, de raza, de temperamento y de tradición, son los únicos, podemos decirlo resueltamente, para una acción enérgica contra las *kabilas* africanas.[6]

Pero a estas ventajas indudables hay que oponer por desgracia la timidez de nuestra diplomacia, de la poca confianza en nuestros recursos militares y la exagerada idea de neutralidad y no intervención que domina en las altas esferas del Estado. Desde que ocurrieron los sucesos de Melilla,[7] viene entablada en la prensa una fuerte discusión sobre la política española en África. Por lo común, los órganos ministeriales, cualquiera que sea el partido dominante, hacen gala de una prudencia excesiva, mientras toda la prensa de oposición resplandece por sus disposiciones animosas y su odio *al infiel marroquí*, creyendo interpretar mejor de este modo el sentimiento público.

Y estas contiendas ocurren con bastante frecuencia porque son frecuentísimas las agresiones de los moros a nuestras plazas de la costa africana. Lo ocurrido últimamente en Melilla no es nuevo ni de excesiva gravedad; pero sirve para sostener el espíritu aventurero y soñador de un pueblo que ve, del lado allá del estrecho, campo hermosísimo para el engrandecimiento nacional. Sin incurrir en exageraciones optimistas, conviene reconocer que España debe prepararse para establecer por lo menos una influencia eficaz en el imperio marroquí, empezando por robustecer sus plazas de guerra, por aumentar y asegurar los territorios adyacentes, y por hacer comprender al *sharif* que no esperaremos a que él castigue los agravios a nuestra bandera. Una acción enérgica contra el Imperio, practicada con quijotismo y llevando por lema *la destrucción del Islam,* sería difícil, costosa y contraria a los principios modernos. Una acción moderada, combinando hábilmente las armas con la diplomacia, y la fuerza con la benignidad, es lo único posible hoy. De otro modo no llegarán los marroquíes a comprender las ventajas de la civilización, ni ver claramente la organización salvaje de su gobierno.

Tropezamos para esto con las pretensiones de otras nacionalidades europeas, que no satisfechas con su dominación en gran parte del mundo conocido, aspiran a poner su planta en aquella parte del norte de África, que forma, con Calpe, una de las puertas del Mediterráneo. Los ingleses, no contentos con poseer las llaves de la puerta de Suez, desean también las del estrecho de Gibraltar. Así *todo se queda en casa.* ¿Será la costa de Marruecos el teatro de las futuras guerras marítimas? Posible es que así suceda. La famosa *cuestión de oriente* cederá algún día su puesto a la *cuestión de occidente,* y para entonces se probarán los acorazados monstruosos, cuya eficacia no se ha demostrado aún, las mo-

6 Véase 32, n. 12.

7 Choques entre las tropas españolas estacionadas en Melilla y las tribus rifeñas limítrofes.

dernas máquinas de guerra marítima, y veremos si los submarinos, desempeñan el papel táctico con que sueñan sus atrevidos inventores.

***

En Portugal continúa la efervescencia, y he de rectificar lo que antes dije sobre probabilidades de que aquello se tranquilizase, pues ahora vienen de allá noticias más alarmantes. Empezada esta carta hace dos días tengo que terminarla, volviendo sobre el mismo asunto, porque nuestros vecinos están cada día más furiosos, y quizás tengamos que desmentir nuestra afirmación de que no ocurrirían allí hechos de fuerza. Ha caído el ministerio conservador, a quien el pueblo hacía responsable del tratado nefando con Inglaterra, y le sustituye un ministerio de transacción, bastante incoloro, compuesto de hombres poco significados en la política. Pero los radicales y republicanos de allá no se dan por satisfechos y piden que caiga todo, del rey inclusive para abajo.[8] En las calles de Lisboa ha corrido la sangre, aunque poca, y la policía hizo una víctima, con lo cual los ánimos se han exaltado, y las manifestaciones de la prensa llegan al delirio.

Los exaltados de Madrid han proyectado una gran manifestación de simpatía a Portu- gal; pero la autoridad no ha dado permiso para semejantes demostraciones por tratarse deun delicado pleito entre dos naciones con las cuales nos hallamos en buenas relaciones.De un momento a otro llegará a Madrid el periodista portugués Magalhaes Lima, y los republicanos de aquí se disponen a festejarle y aplaudirle, lo que nos parece muy justo. Pero hay que tener en cuenta, y parece que los propios manifestantes se han dado esta consigna, que no conviene hablar una palabra de Unión Ibérica, porque si tales palabras se pronunciasen, nuestros vecinos se enojarían de súbito contra nosotros, y nos arrojarían a la cara todas las lindezas que hoy dicen contra los ingleses. La manifestación ha de ser puramente platónica, ensalzando mucho las grandezas de Portugal, los bríos de su debilidad, midiéndose en desigual lucha con la fuerza; pero no se les debe ofrecer ninguna clase de ayuda por nuestra parte, porque en tal caso se acabarían pronto las amistades.

B. PÉREZ GALDÓS

150
LP, 23/11/1890

ESCENAS MARÍTIMAS

LA PARTIDA DE LOS EMIGRANTES

Madrid, 23 de octubre de 1890.

8 Carlos I, penúltimo rey de *Portugal*.

Señor Director:

Hoy no hablo de política interior, ni de política europea, ni del Bill McKinley,[1] asunto del cual no entiendo. Describiré una escena de la cual fui testigo en Santander la semana pasada, a bordo de un vapor trasatlántico, y que me impresionó profundamente: la partida de setecientos emigrantes para las Antillas. Estas escenas no tienen novedad alguna; repítense desde hace muchos años en los meses de otoño. Santander y Coruña son los puntos donde los embarques alcanzan cifras más altas. Del primer puerto, salen los emigrantes para las Antillas y Veracruz; del segundo, para los mismos puntos y además para el Plata. Vizcaya embarca gente para Chile y los puertos del Mediterráneo para todas partes, y singularmente para la Argelia.

Pero el grueso, digámoslo así, de la emigración antillana está en Santander, y los meses de octubre y noviembre son los de mayor contingente. Hace pocos días presencié la salida del *Reina María Cristina*, espléndido buque de la Compañía Trasatlántica, el cual no es desconocido en Buenos Aires, pues creo hizo un viaje, por lo menos, al Plata. Hermano gemelo del *Alfonso XIII*, forma con éste una soberbia pareja, que bien puede sostener parangón con los mejores buques de vapor que navegan entre Europa y América.

Llegó el *Cristina* de Liverpool y el Havre, para salir de Santander en la expedición postal antillana del 20 de octubre, y al amarrarse en la boya ya le esperaba un vapor costero de Gijón con trescientos emigrantes asturianos, que debían trasbordar inmediatamente. Echóse la noche encima; el tiempo era frío, lluvioso, con noroeste entablado, que es el viento más molesto en la costa cantábrica, aún dentro de bahías tan abrigadas como la de Santander. La lluvia fina y persistente azotaba el rostro de los que, movidos de la curio- sidad, nos paseábamos en la cubierta del vapor, esperando ver el trasbordo. El *Pilar*, con sus trescientos emigrantes sobre cubierta, se aproximaba al costado, con maniobras en las cuales no faltaban esos gritos airados y picantes que forman parte de nuestro vocabulario marítimo.

Antes de que el buque costero se arrimara completamente al trasatlántico, transcurrió tiempo bastante para dar un largo paseo por este, de popa a proa, por las pasarelas que comunican las distintas partes de la cubierta, y por los callejones que unen interiormente los compartimientos o arrabales (que más propio es llamarlos así) de aquella ciudad en miniatura.

Un vapor de esta magnitud ofrece en todas ocasiones cuadros de grandísimo interés; pero en los momentos que siguen a la llegada y en los que preceden a la partida, el interior del buque presenta el mayor grado de animación. Los pasajeros que se disponen a salir, la sanidad que entra, los oficiales que aún no han concluido de dar las órdenes para el amarre, y ya se ven agobiados por otras funciones y menesteres, la inspección de la empresa que desde el primer momento empieza a dar disposiciones para la carga y descarga, el suministro de víveres, el de carbón, los saludos, las bienvenidas, el encargo que se recibe, la recomendación que se da, el cartero que llega y reparte la correspondencia a los tripu-

1 Congresista norteamericano que en 1890 defendió la *McKinley Tariff*, consistente en un incremento de los aranceles a las importaciones. Sería presidente de EEUU de 1897 a 1901.

lantes que la esperan con avidez…, todo ello forma un conjunto de algazara y confusión imposible de describir.

Si nos aproximamos al gran salón, vemos el pasaje de primera disponiéndose a comer. Hay viajeros de Liverpool y del Havre, y las duras inflexiones del inglés hieren nuestros oídos mezcladas con el acento nasal de nuestros vecinos transpirenaicos. Si de aquí pasamos a popa, donde se hallan departamentos más modestos, las despensas, las residencias de la gente que podríamos llamar de escalera abajo, nos encontramos la misma animación, la misma vida, aunque expresada de muy distinta manera. A lo largo de los callejones de babor y estribor, cada puerta nos ofrece una escena distinta.

En una, departen amigablemente los del barco con sus parientes y amigos que les visitan; en otra, leen las cartas que acaban de llegar, más adelante los maquinistas se sientan a la mesa, los sobrecargos hacen cuentas y toman nota de los jornaleros que vienen a trabajar en la carga y descarga. No falta quien dispute, quien grite. Se ven pasar corriendo los camareros con platos o jarras de café; voces aquí y allí; todo el mundo de prisa y nadie en silencio.

Hacia el centro del buque nótase ese aliento profundo y cálido que despide la máquina aun cuando está parada, ese rumor áspero del vapor sobrante. Hasta cuando la máquina duerme se conoce la monstruosa regularidad de su movimiento. Sus resoplidos en el descanso son tan terribles como su estruendosa cadencia cuando está en marcha.

Si salimos a cubierta, nos hallamos con el tropel de trabajadores que vienen a meter carbón. La cubierta, a causa de la lluvia, está como si acabaran de baldearla. Corre el agua por todas partes, y hay que tener cuidado de los resbalones, que suelen ser costalazos terribles. Como el tiempo apremia y el vapor tiene que salir en día fijo, no hay más remedio que trabajar de noche en la faena de cargar.

Las máquinas hidráulicas empiezan a funcionar con aquel ruido suave,[2] indefinible, que únicamente puede compararse al crujir de la seda, y se ven subir de lo profundo, en la vaga penumbra de la noche, bultos enormes, arrancados de las pinazas[3] y que se precipitan por las escotillas dentro de las bodegas. El curioso que se pasea por allí debe andar con mucho cuidado cuando la masa de carga asciende y vira para caer después en lo profundo, porque es muy fácil que uno de aquellos mamotretos se le venga sobre las narices, y semejantes encuentros son poco agradables.

Al mismo tiempo, en los costados, la faena del carbón. En la oscuridad de la noche, apenas se distinguen los hombres pintados de negro que pululan sobre los gabarrones,[4] negros también; pero su presencia se determina por los gritos de arriba y abajo. Por los agujeros de su casco, el inmenso buque va absorbiendo aquella sustancia negra y crasa, y no lo deja hasta que está bien harto de ella, con nutrición bastante para vivir muchos días y alimentar con ella la formidable musculatura que le imprime el movimiento.

2 *máquinas hidráulicas*; `grúas hidraúlicas´.

3 `hojarasca de pinos y demás coníferas´.

4 Grandes gabarras, o barcos destinados a la carga y descarga en los puertos.

Como juntamente con el carbón se ha de hacer la faena de trasbordar a los emigrantes, el *Pilar* se atraca al fin, no sin trabajo. Entáblase entre los del vapor costero y los hombres de las gabarras una viva disputa. Del vapor gritan que se adelante la embarcación carbonera; de ésta replican que no les da la gana, y en tal contienda transcurre algún tiempo, hasta que alguien pone paz y el vapor puede ocupar el sitio apropiado para echar cómodamente sobre el trasatlántico su carga humana.

Cuando los dos buques se acoderan casco con casco, desde la cubierta del *Cristina* puede mirarse, a vista de pájaro, la multitud apiñada en la cubierta y en el puente del *Pilar*. La oscuridad no permite distinguir sino una masa movediza, rumorosa, las cabezas apiñadas e inquietas de los que aguardan el paso de un buque a otro. Pero el *Cristina* enciende de improviso un foco eléctrico, y una claridad esplendorosa, émula de la del día, ilumina la hirviente aglomeración de cabezas. Distínguense las trescientas fisonomías, asombradas de la repentina luz que las ilumina, de la magnitud del buque y sorprendidas de todo lo que ocurre. Son en su gran mayoría muchachos de doce a catorce años, que van a La Habana en persecución de la fortuna. Han salido dos días antes de su aldea, y es la primera vez que ven mundo, mundo, ¡ay!, bien distinto del que rodea el campanario de su rústico pueblo.

Con medio palmo de boca abierta, contemplan el espectáculo que se desarrolla ante sus ojos atónitos, y por efecto de la claridad intensa, más aún que por el poder de su propia imaginación excitada, ven todos los objetos mayores de lo que son, los costados altísimos, la chimenea como una gran torre negra que toca las nubes, los palos más estirados aún. Casi todos cubren su cabeza con boina parda o azul, y se abrigan el cuello con enorme y pesada bufanda, que más bien parece colcha.

Con todo el orden posible comienza el trasbordo. Se ordena que cada pasajero saque su billete y lo presente en el momento de entrar en el *Cristina*. El desfile es largo y pesado, por la aglomeración de gente en uno y otro barco. Al subir al trasatlántico los muchachos son guiados por marineros hacia el sitio que deben ocupar, pues de lo contrario se perderían en aquel laberinto de callejones y escalas, y la confusión sería espantosa. Por fin, la operación toca a su término, y el vapor se va tragando pieza por pieza, la inmensa ración de seres humanos, como antes se tragó la de carbón.

El trasbordo dura hasta hora muy avanzada de la noche, y el *Pilar*, después de dar al *Cristina* los pasajeros, le traspasa cantidad grande de cajas de conserva, y otros artículos de industria asturiana. Las hidráulicas no cesan, y los cargadores continúan su labor ruda, insensibles al cansancio y al mal tiempo, el cual no puede ser más impropio para manio- bras de esta clase. El viento continúa del noroeste, aunque con menos fuerza. La lluvia persiste, tan fina que hiere el rostro como si cayeran agujas. Hállase envuelta la bahía en densa calima, que con la claridad de la luna parece agrandar los objetos lejanos, difu- minándolos y apagando los contornos. Descúbrense en el fondo las luces del muelle de Santander, presididas por el farol rojo de la capitanía del puerto. Los buques fondeados frente a la ciudad apenas se distinguen. De pronto se ve avanzar, destacándose del fondo de la bahía una luz alta. Para todo el que haya visto y gozado alguna vez las noches de puerto de mar, no hay equivocación posible. Es un vapor que sale. Distínguense a poco

claramente las dos luces de situación, roja y verde, lo que indica que el vapor viene enfilando la proa hacia el *Cristina*. Témese por un momento que el buque no maniobre y embista al trasatlántico, por no poder o no querer verle en la penumbra blanquecina que inunda la atmósfera. Pero este temor se disipa pronto, porque a medida que avanza la luz del mastelero, desaparece la verde y la roja brilla más… El casco y los palos no se ven sino cuando el vapor pasa a pocas brazas del costado del *Cristina*.

—Es un inglés —dice alguien por allí, recordando de paso la repugnancia de los marinos británicos a maniobrar.

—No les importan los choques —dice otro—, y en los siniestros marítimos ven una manera indirecta de proteger la industria constructora de su país.

***

Al día siguiente vuelvo a visitar el *Cristina*, deseando ver a los muchachos emigrantes, y me los encuentro reforzados con el contingente de los de Santander, que se embarcan la víspera de la salida. Entre todos son seiscientos, se hallan distribuidos en las cubiertas bajas de popa y proa. Bajo al sollado, en el cual están colocadas las camas o coys, dispuestos en forma celular. La necesidad de aprovechar el espacio en el interior de la ciudad flotante, obliga a tasarles el suelo y el aire. En alta mar, con la arrancada del barco, no les falta ventilación, y los que no están mareados suben a cubierta y lo pasan muy divertido.

Los encuentro alegres, llenos de ilusiones, muy entretenidos contemplando el juego incesante de las hidráulicas y el trabajo de a bordo. Todos van decididos a hacerse poderosos y a volver cargados de dinero. Comúnmente van recomendados a parientes y amigos, y cada cual sabe de antemano el comercio a que ha de dedicarse, almacén de vinos, detalles de comestibles o de quincalla.

Todos los asturianos llevan en su baúl cantidad de manzanas y nueces para obsequiar con esta fruta eminentemente cantábrica a los patronos, en cuya casa van a trabajar. Otros llevan avellanas y castañas, y no faltan algunos que, por vía de distracción, se las van comiendo por el camino.

¡Pobres chicos! Son la flor de la raza, lo mejor, lo más robusto, lo más saneado, el brazo de la agricultura, el nervio del ejército. Al dejarles partir nos vamos quedando sin labranza y sin milicia, y solo nos consuela la idea de que con ellos inoculamos sangre nueva y vigorosa en pueblos que son como reproducción de nosotros mismos. Esta transfusión histórica de la savia nacional es fenómeno inevitable, contra el cual inútilmente tronará la sensiblería. Los pueblos viejos alimentan a los nuevos, como la madre a los hijos, con su propia sangre.

Durante el día, los emigrantes se pasan las horas sobre cubierta, formando grupos o trincas, de las cuales salen a veces amistades que duran toda la vida. Junto a ellos está el ganado vivo que lleva el barco amarrado a los flechastes,[5] y en la estrechez de la cubierta

5 Cuerdas horizontales que, ligadas a los obenques, sirven de escalones a la marinería para subir a los palos.

come, hocicando, la fresca hierba, lo mismo que en el establo. A ratos parece aquello un campo, según está el suelo de hierba, y el gruñir de cerdos y el cacarear de las gallinas completa esa ilusión.

Pregunto a los chicos si temen el mareo, y responden que no temen nada, ni siquiera la fiebre amarilla, que les está aguardando a la orilla del golfo mejicano para reducirlos a la mitad. A la hora de comer se dividen en grupos de ocho, y van recogiendo su ración de las enormes cacerolas cuyo contenido reparte un mayordomo. Comen alegremente, no sin que ocurran diferencias y disgustos por si *tú me quitaste mi cuchara,* o por aquello de *ese me tiene mi plato.* En cuanto anochece retíranse a sus camas colgantes y sobrepuestas, ordenadas en filas que se pierden en la oscuridad del sollado. Oyese allí el canto asturiano, terminado con ese grito o *alilí* singularísimo, cuyo son inunda el alma de plácida melancolía. El coro de despedida a la patria es acompañado por los chillidos del exótico acordeón, que también suena con tristeza en tal sitio y en ocasión tal.

***

Un día más. El vapor va a salir, y los cuatro topes están engalanados con vistosas banderas. El movimiento y la algazara son extraordinarios a bordo y en los costados, pues a cada instante llegan botes conduciendo a los pasajeros de primera, que suben por la escala real, defendida en su pasamanos por una faja de lona para que las señoras suban sin el temor de que se les vean las piernas. Por la escotilla de popa se embarcan los equipajes, y la potente hidráulica no cesa de agarrar en la lancha los enormes baúles, guindarlos[6] suavemente y meterlos luego por aquella especie de pozo que conduce a la bodega. Presencian atentos esta operación los pavos que, encerrados en inmensos jaulones, asoman sus pescuezos rojos por entre los hierros, graznando como si quisieran decir que no saben lo que es aquello, ni qué hacen ellos allí, ni a dónde los llevan. ¡Infelices, qué ajenos están a la desdichada suerte que les aguarda!

Los pasajeros de primera invaden las cámaras buscando cada cual su litera y acomodándose en ella. Los camareros y los mozos de tierra pasan sin cesar por callejones y escalas trasportando maletas de mano. En las dos extensas toldillas de babor y estribor, las señoras se van arrellenando en las butacas de rejilla que lleva consigo para el viaje toda persona regular.

La emoción de la despedida por una parte, y por otra el miedo al mareo, las pone pálidas y ojerosas. El vapor no se mueve; parece una roca enclavada en tierra, y no obstante, ellas creen que se balancea, que da cabezadas.

Los que van a despedir a los viajeros alientan a los más tímidos, asegurándoles que no se marearán, que el tiempo está magnífico y que el barco es de lo mejor en su clase. Lo segundo es verdad, pero lo primero lo desmienten con irrecusables signos el horizonte ofuscado y la mar que zumba a lo lejos, más allá de la barra. Se acerca la hora y empieza el besuqueo, las lágrimas y los apretones de manos.

6 `subirlos´.

En los últimos momentos, las familias se consuelan con que se les recomiende al capitán, el cual se ve y se desea para decir a todos una frase agradable, y atender a su obligación. Por fin el capitán sube al puente, el práctico también. El maquinista se les acerca y dice: *listos.* Se manda probar la máquina, suena el timbre del telégrafo, los que han ido a despedir viajeros bajan apresuradamente a los botes y a los vaporcitos, después de repartirlos últimos saludos en lo alto de la escala. Se sueltan las amarras, la hélice da unas cuantas paletadas atrás y adelante para que el barco se zafe de la boya. Se dispara el cañonazo de salida y el vapor da los primeros pasos con lentitud y precaución a lo largo del canal dela bahía.

Todos los pasajeros, asomados a la borda de babor, hacen inclinar ligeramente al buque de este costado. El peso de mil y pico de personas no es para menos. Al salir de Coruña al día siguiente, el *Cristina* llevará a su bordo mil setecientas vidas entre pasaje y tripulación.

Al pasar frente a la multitud que presencia la salida en embarcaciones menores, el *Cristina* saluda con tres toques de sirena que parecen el mugido de mil bueyes clamando al unísono. El gentío de a bordo agita pañuelos y se oye un clamor inmenso de adioses y palabras cariñosas. La majestad del buque, que avanza con incomparable gallardía por la superficie del agua, no disminuye, sino más bien aumenta la profunda tristeza del cuadro. Al pasar la barra, el vapor cabecea, y da fuertes bandazos, los que lo ven de lejos piensan en los pobrecitos pasajeros que se verán acometidos por las terribles angustias del mareo.

Poco después el *Cristina*, cabeceando como un corcel al trote, desaparece entre la bruma de Cabo Mayor y sigue invisible su rumbo, cargado de esperanzas, ilusiones y ensueños.

B. PÉREZ GALDÓS

151

LP, 14/12/1890

DE RE ARCHITECTONICA

Madrid, 30 de octubre de 1890.

Señor Director:

Sin ningún asunto de actualidad digno de ocupar una carta, echaremos hoy un vistazo a la arquitectura moderna, examinando ligeramente uno de los problemas capitales en el desarrollo del arte monumental.

En Madrid se están concluyendo dos grandes edificios de extraordinaria magnitud e importancia y que han costado muchos millones. El uno es el Banco de España: se empezó hace unos seis años y las obras no han tenido interrupción ni la tendrán hasta que las oficinas se instalen en él. El otro es la Biblioteca Nacional, obra vastísima cuya primera piedra puso doña Isabel II en 1865, si no estoy equivocado; el proyecto ha sufrido dife- rentes alternativas, y la obra interrupciones largas, habiéndose modificado los planos doso tres veces.

Como siempre sucede, ambos edificios son objeto de comentarios, y la crítica autorizada y profana se ceba en ellos, señalando sus defectos. Ambos tienen algo que censurar y bastante que alabar, dígase lo que se quiera. Sobre arquitectura, como sobre medicina, todo el mundo da fácilmente una opinión. Diríase que la arquitectura es un arte de sentido común, como la medicina es ciencia que en gran parte responde al común sentir, y nadie se cree incapacitado de dar veredictos más o menos terminantes sobre una obra constructiva, ni sobre una enfermedad. Los arquitectos y los médicos trinan contra esto; pero no lo pueden evitar.

Hállanse emplazados el Banco y la Biblioteca en los mejores sitios de Madrid, el primero en la calle de Alcalá, con vuelta al Prado, la segunda en Recoletos, completamente aislada, con cuatro fachadas de igual importancia. El Banco ofrece una masa imponente de granito y mármol gris, construcción sólida y maciza, en la cual no se ha economizado nada para expresar la opulencia del establecimiento de crédito que ha de albergar. Las fachadas del Prado y calle de Alcalá son grandiosas y elegantes; no así el chaflán que las une, armatoste de poca gracia y de complicaciones y adornos superabundantes.

La columna del piso principal, toda de mármol, y que se extiende por la fachada del Prado en longitud considerable, cortada a la mitad por un cuerpo saliente, es airosa y robusta. Los techos de pizarra con mansardas a estilo francés no resultan de buen efecto. Pero no puede negarse al conjunto cierta magnificencia, y que el edificio en sus líneas generales es bello y acusa perfectamente su destino. Pertenece a ese estilo híbrido y un tanto recargado que Francia ha puesto tan de moda, y que se han apropiado irreflexivamente los arquitectos de todos los países, estilo que ya va de capa caída, pues Alemania ha resucitado su arte del Renacimiento, Inglaterra ha restablecido en absoluto su característico gótico y nosotros, aunque despacito y a la zaga de los demás, vamos aprendiendo a nacionalizar nuestra arquitectura, buscando elementos en los inagotables veneros de las antiguas ciudades castellanas.[1]

El Banco de España es una mezcla de italiano y francés, y la *Libreria Vecchia* de Sansovino[2] adulterada por los arquitectos del Sena, y agobiada bajo las ingentes techumbres de pizarra decorada con cresterías de cinc. Los arquitectos,[3] pues son dos por lo menos, han tenido que subordinar su creación al gusto de los cresos para quienes han trabajado,[4] y estos cresos ya se sabe que se deslumbran fácilmente con los esplendores un tanto barrocos de la arquitectura francesa. No se ha escatimado gasto alguno para que el edificio sea lujoso por todo extremo. Los adornos esculturales se han empleado con profusión quizás excesiva en las fachadas. Cariátides medallones, catelas, bastos grupos, escusones,[5]

1 *veneros*: 'manantiales'.

2 Así se llama a la Biblioteca Marciana ubicada en la plaza de San Marcos de Venecia y diseñada por Jacopo d'Antonio Sansovin*o*. Andrea Palladio, opinaba que la Biblioteca Marciana era el mejor edificio erigido desde la Antigüedad.

3 Eduardo Adaro y Severiano Sainz de la Lastra.

4 *los cresos*: 'los muy ricos', como el legendario rey Creso de Lidia.

5 *catelas*: 'cadenillas de alhaja'; *escusones:* 'reversos de moneda que tienen representado un escudo'.

rodean el edificio de magnificencia. Con menos lujo de formas escultoriles y más pureza y sobriedad de líneas, habría quedado mejor. Interiormente, el Banco es de una solidez extraordinaria. La madera no se ha empleado en la construcción sino en lo absolutamente preciso. Toda la viguetería es de hierro, y los servicios interiores, como alumbrado y calefacción, de lo más perfecto que se conoce. Los sótanos, destinados a depósito de caudales, háyanse construidos a prueba de siniestros, escalas y acometimientos. Son una maravilla, según dicen, que yo no lo he visto.

La Biblioteca Nacional fue proyectada hace unos treinta años próximamente por el arquitecto señor Jareño, en un estilo que entonces estaba muy de moda, el estilo neohelénico que los arquitectos de Munich empleaban con éxito en el esplendoroso reinado del rey Luis I de Baviera; estilo, además, muy en boga en Berlín, en tiempo del famoso artista Rauch. El neohelenismo tuvo ardientes partidarios en toda Europa. Es la arquitec- tura griega adaptada a las necesidades contemporáneas, y transportada del claro cielo de Atenas a las brumas del norte. Berlín ofrece la mejor muestra de este arte traducido ensu Museo Viejo, del cual creo haber hablado en alguna de mis cartas de hace tres años.[6] Pero la mejor representación del mismo se admira en la corte de Baviera, en los Propileos,en la Gliptoteca, la Pinacoteca y en la Bavaria. De tal modo influyó esta resurrección del helenismo en todo el arte europeo, que los franceses mismos, tan difíciles de conquistaren estos terrenos, se vieron tocados de la monomanía helénica, y prueba de ello es la Bi- blioteca de Santa Genoveva, junto al Panteón. Nuestros arquitectos no fueron los últimos en contagiarse, y en Madrid tenemos multitud de casas particulares en que se observan ciertos vislumbres y dejos del estilo Munich. Al proyectarse la Biblioteca Nacional estaban muy frescos los éxitos de la Gliptoteca para que dejaran de tener aquí gallarda influencia,y el edificio fue, al menos sobre el papel, una hermosa muestra de la obsesión helénica de los arquitectos de don Luis de Baviera.

Diré, entre paréntesis, que Alemania se ha curado absolutamente de esta monomanía, y que el helenismo ha sido abandonado allí, dejando sitio a un arte fundado en elementos nacionales y más en armonía con el clima y con la tradición. En Berlín y en Munich mismo, todo se construye hoy en el hermoso gótico germánico, o en el Renacimiento, de que ofrecen ejemplares tan bellos Nuremberg, Colonia y Fráncfort. Recuerdo haber pasado en Munich un día lluvioso de octubre y no puedo dar idea de la tristeza que producían aquellos hermosos monumentos griegos bajo aquel cielo tenebroso y entre la humedad espesa que los cubría de mugre. Las severas líneas del arte jónico parecen clamar porque las quiten de allí y las vuelvan a su patria. El arte como la vegetación es muy difícil de trasplantar, y los monumentos de Munich están pidiendo una estufa que los salve del frío y la humedad.

Volviendo a España, diré que la Biblioteca proyectada por el señor Jareño era una hermosa obra: ¡Lástima que haya sufrido tantas alteraciones hasta llegar a lo que es hoy, transportada del plano a la realidad!

Los gobiernos de la Revolución estimaron el edificio demasiado costoso, y cuando apenas lo había sacado de cimientos ordenaron hacer nuevos planos, respetando las líneas

6 En 87.

generales del edificio, y buscando una gran economía en la construcción. Parada estuvo la obra como unos diez años, al cabo de los cuales otro ministro discurrió modificar el destino del edificio con objeto de instalar en él el ministerio de Fomento. Nuevos planos, nuevas dilaciones.

Pero ocurrió que al sucesor de aquel ministro no le pareció bien que se alterase la distribución y destino primitivos, y mandó que se adoptaran los planos del señor Jareño con aquellas modificaciones impuestas por la necesidad de economizar en la construcción. En aquel tiempo, deseando el gobierno impulsar las obras, hizo construir la verja, que es lujosísima y elegante. Por fin, después de muchas vacilaciones se emprendieron obras en el interior, hasta que al fin, deseando poner término a situación tan anómala, se adoptaron definitivamente los planos menos costosos, y se sacó a subasta la construcción total y definitiva. Gracias a esta acertada resolución ministerial, la Biblioteca ha recibido considerable impulso en los últimos tres años, y pronto hemos de verla terminada.[7]

Es un hermoso monumento que ocupa extensión bastante para emplazar un mediano arrabal. Los basamentos son de ladrillo fino, las jambas, cornisas y pilastras de piedra caliza blanca; el cuerpo central y los angulares de sillería decorada sobriamente. Aun no podemos ver el frontón o atrio, que está por concluir. En el interior no se ha empleado más que el hierro y el ladrillo para garantizarlo de los incendios. En el centro a donde convergen las grandes galerías se alzará una rotonda, que no será inferior a la del Museo Británico. Se instalarán aquí la Biblioteca Nacional y los Museos Arqueológico y de Pintura Moderna. Por grande que resulte el edificio habrá con qué llenar sus inmensas salas, y no sería extraño que a la postre nos encontráramos con que no hay hueco suficiente para las colecciones artísticas, arqueológicas y bibliográficas que poseemos.

***

Esto me lleva a la metamorfosis que se inicia en la arquitectura, obedeciendo a la imprescindible aplicación del hierro en las construcciones y a que no se siente hoy como antiguamente la necesidad de dar a los edificios condiciones de larga duración. Por el contrario, la idea de duración pierde terreno y lo gana la idea de la transportabilidad.

¿Quién nos asegura que los edificios que hoy levantamos no serán inútiles dentro de medio siglo? ¿Quién nos dice que no se impondrá la necesidad de desmontar un edificio y transportarlo de una parte a otra? ¿Ese mismo Banco que hoy hemos levantado, empleando en su construcción veinticinco millones de pesetas, servirá a fin del siglo próximo para el objeto a que hoy se le destina? ¿Tendrán nuestros bisnietos que destinarle a casa de vecindad, construyendo otro, con formas, capacidad y condiciones que hoy desconocemos?

Una de las cosas que más da que pensar es cómo será la arquitectura del siglo venidero. ¿Se conservarán las formas académicas consagradas por el tiempo? Yo creo que no. Indudablemente, el hierro ha de entrar por mucho en las construcciones, si no es que llega a ser el único material que sustituya a la piedra, al ladrillo y a la madera. Si con el tiempo

7 Se terminaría en 1892.

han de ser de hierro, no sólo los hospitales y cuarteles, sino también los teatros, los palacios y hasta las iglesias, ¿qué transformaciones sufrirá la línea hasta que aparezca el arte que ha de dar a esos monumentos la expresión adecuada a su significación y destino?

Hoy por hoy, la estética constructiva del hierro no es más que un embrión. Las naves de los mercados y de las estaciones de ferrocarril, únicos modelos que ahora tenemos, no verán todavía en sí el germen de un arte bello que responda a todas las manifestaciones de la inteligencia humana, en punto a monumentalidad. La torre Eiffel, que como cálculo de resistencia ha sido un gran progreso, como estética de arquitectura de palastro es uno de los ensayos más infelices. Cualquier puente metálico de ferrocarril tiene, a mi juicio, más belleza que la célebre torre parisiense.

El elemento estético ha de salir del elemento constructivo. La mecánica, las leyes de resistencia y de trabazón determinan las formas estéticas. De esto se deriva la incomparable e insostenible hermosura de la arquitectura griega. Todo lo que en ella admiramos, por su esbeltez y suprema elegancia, las líneas todas, la masa y la duración, todo, en una palabra, no es más que la manifestación formal de las leyes constructivas. La columna y sus proporciones, el arquitrabe, el friso, las metopas y triglifos, el atrio, todos los motivos arquitectónicos, en fin, son otros tantos problemas de mecánica, de resistencia, de trabazón, resueltos con la mayor sencillez posible. De aquí resulta que el arte griego es el más lógico que existe, y de esta lógica emana su encanto principal.

Pues bien, al aplicar el hierro a las construcciones, las piezas de un edificio han de ajustarse por procedimientos y reglas distintas de las de la piedra y la madera. La ligereza del material y su resistencia sin límites permiten tamaños desmesurados, combinaciones de planos más variados y un mayor movimiento en las formas todas. De aquí han de derivarse perfiles distintos, en los cuales va envuelto y como emanado el sentimiento estético. ¿Qué perfiles son éstos, o mejor dicho, cómo serán?

No es difícil imaginar un edificio de hierro destinado a objeto puramente administrativo o comercial; pero un templo de hierro, ¿cómo será? El palacio mismo del magnate opulento, el municipio que expresa en su mole gallarda las glorias de una ciudad, ¿qué lenguaje hablarán traducidos de la piedra al hierro? Porque no hay que pensar en someter el hierro a las formas actuales, ya sean derivadas del jónico, ya del ojival. Los ensayos de estos géneros en hierro son de lo más desdichado que puede imaginarse. En Filipinas han hecho una iglesia gótica toda de palastro, para prevenir los desastres de los terremotos, y resulta, a juzgar por los dibujos, un verdadero horror de impropiedad y extravagancia.

El hierro vendrá; pero vendrá con expresiones nuevas, que han de salir de su propia naturaleza, de las propiedades físicas de este admirable y socorrido metal, que se dispone a transformar el mundo, o por lo menos todo lo que en él es externo y visible. El hierro no se contentará con ser útil, y será también bello, y habrá en lo porvenir *Partenones* y *Alhambras* de piezas unidas con remaches, *Alhambras* y *Partenones* que no serán copias o traducciones de los edificios con tales nombres conocidos hoy, pues en este caso no serían unos edificios, sino otra cosa muy distinta, algo que no podemos prever, ni soñamos ni entendemos todavía.

***

Entretanto asistimos a una evolución arquitectónica que ha de dar variedad y atractivos nuevos a este arte exquisito. La arquitectura de patrón va desapareciendo, y aunque nos queda todavía el apego a las formas francesas, algo peores quizás que aquellos mamotretos greco-romanos de la pasada generación, cada día cunde más entre la juventud el afán de buscar en lo castizo el modelo o guion de lo moderno. Verdad que muchos jóvenes arquitectos se extravían, sobre todo si dan en buscar la originalidad, pues en ningún arte es tan difícil y peligrosa la originalidad como en éste. Los españoles tenemos, por dicha nuestra, tipos admirables de arquitectura fácilmente aplicable a todas las necesidades modernas. Da dolor ver que cuando se trata de construir un edificio religioso, acudan los maestros académicos al gótico francés del Sagrado Corazón, teniendo en nuestra propia patria la adopción germánico-isabelina tan bien representada en San Juan de los Reyes. El mudéjar puro con ladrillo y mampostería concertada es un estilo español neto, que felizmente se empieza a usar en muchas construcciones civiles, como hospitales, y cuarteles. Pero, en cambio, las clases opulentas que construyen palacios, no pueden librarse de la obsesión de los hoteles parisienses, olvidando los admirables tipos de arquitectura señorial que en España tenemos. A ninguno de nuestros próceres se le ocurre reproducir el palacio de Monterrey,[8] de Salamanca, que puede competir en belleza, elegancia y majestad con lo mejor de su género que existe en Florencia.

Pero a pesar de los desvíos, la buena idea cunde. En la nueva generación de arquitectos los hay decididos a romper con las rutinas chabacanas del galicanismo y a restaurar las formas castizas del arte español, que atesoran dentro de sus muros las ciudades monumentales, Toledo, Sevilla y Salamanca. A esto ayudan las campañas de restauración de monumentos emprendidas por todos los gobiernos de cuarenta años acá, restauraciones que son como escuelas o aprendizajes en que la generación nueva se ejercita en el manejo de las formas góticas y mudéjares adaptadas por los siglos pasados a nuestro temperamento. Las catedrales de León, Sevilla, San Juan de los Reyes, el Tránsito, y Puerta del Sol en Toledo, sirven al ser restablecidos a su primitivo esplendor, para marcar el buen camino, y crear al propio tiempo una excelente escuela de maestros y artífices subalternos.

En las Escuelas Artísticas construidas por Mélida,[9] junto a San Juan de los Reyes, ha presentado este ilustre artista una maestría excelente de adaptación del estilo mudéjar a las necesidades modernas, desplegando en la construcción una originalidad de buena ley que en nada desvirtúa los elementos propios de aquel arte. Si de estos ensayos no resultara más beneficio que el desarrollo de la industria cerámica, los daríamos por buenos.

Ya que tanto he hablado aquí de arquitectura, no quiero concluir sin asegurar que los desperfectos ocasionados en la Alhambra por el último incendio no son de considera- ción,[10] y que en breve quedarán reparados. El Patio de los Arrayanes, que fue la únicaparte del incomparable monumento estropeada por el fuego, recobrará su antigua forma,y lo que se debe procurar es que estos lamentables accidentes no se repitan.

B. PÉREZ GALDÓS

8 Modelo de estilo plateresco.

9 La Escuela de Artes y Oficios de Toledo se construyó en 1882.

10 *el último incendio* se produjo el 15 de septiembre de 1890.

152
LP, 11/1/1891

SUMARIO: Koch y sus descubrimientos para el remedio de la tuberculosis —La mortalidad antigua y la moderna —Progresos de la bacteriología —Ensayo de la linfa de Koch —Peregrinación a Berlín —Parnell y el partido irlandés —El amor y la cosa pública —Cómo se pierde la jefatura política por un desliz —La moral pública y la privada —La moral sajona y la latina —Elecciones de diputados en España —Derrota moral del gobierno —Problemas futuros —Desgracias y dificultades de los conservadores —Su vida azarosa —Horizontes sombríos —Otra vez el doctor Koch —La difteria y las ratas.

Madrid, 11 de diciembre de 1890.

Señor Director:

De diferentes cosas podría hablar en esta carta; pero el asunto que se impone es el del descubrimiento del doctor Koch para combatir la tuberculosis.[1] Si resulta eficaz, como parece, las ciencias médicas han dado un paso de gigante y asistimos a una revolución completa en el arte de curar. Hace ya más de un mes que se habla de este asunto, y la voz general es que los tísicos *están de enhorabuena.* Uno de los más terribles azotes de la humanidad va a desaparecer. ¿Será cierta tanta dicha? Las dudas asaltan a todo espíritu reflexivo, porque no concebimos que el caudal de males y amarguras que es patrimonio de la humanidad disminuya por un lado sin que aumente por otro. Los progresos de la medicina y de la higiene, ¿llegarán a reducir a proporciones insignificantes el mal físico? Difícilmente se admitirá esto, porque la humanidad lleva consigo el sufrimiento como la luz la sombra. No obstante, esperamos que cada día ha de tener el mal físico reducciones y atenuaciones que le harán más llevadero. ¿Quién duda que en los tiempos presentes la medicina disputa a la muerte mayor número de casos y los gana? Hoy nos parece que nos hallamos rodeados de peligros y que la muerte se ceba en nosotros con horrible saña; nos figuramos que el número de enfermedades aumenta, que nuestra naturaleza se ha debilitado y que las razas se desmedran. Pero esto consiste quizás en que hoy poseemos estadísticas perfectas de mortalidad y en que los medios de publicidad de nuestro tiempo nos permiten apreciar en todo su horror las bajas que diariamente ocurren en las filas.

Si tuviéramos una estadística igual de las edades pasadas; si los siglos que fueron nos hubieran dejado boletines demográficos en que apreciar el alta y baja de la población, llegaríamos a la certeza de que hoy *no nos morimos tanto* como antes.

Cierto que han aparecido enfermedades que antes no se conocían; pero en cambio otras que afligieron a la humanidad en la Edad Media y en los tiempos antiguos se han extinguido por completo. ¡Cuántas epidemias de menor cuantía, como el dengue o *in- fluenza,*[2] asolarían a los pueblos de antaño, sin que de ellos quedase memoria alguna! La

1 El 4 de agosto de 1890, Koch anunció en Berlín haber descubierto la tuberculina o "linfa de Koch" como agente específico para el tratamiento de la tuberculosis.*

2 Infección vírica transmitida por mosquitos. Véase 135.

historia nos habla sólo de aquellas pestes que barrían comarcas enteras; pero no nos dice nada de las dolencias comunes; los males de fijo castigarían más que ahora por existir medios menos seguros de combatirlos.

Volviendo al descubrimiento de Koch, fuerza es reconocer que el doctor alemán goza de un crédito tal en Europa que sus trabajos merecieron desde el primer momento la universal atención. Koch ha descubierto (él como nadie lo sabe) no una droga, no un alcaloide ni nada parecido, sino un virus que inoculado en el individuo produce un mal transitorio que destruye el mal permanente.

Estamos en presencia de una nueva conquista de la bacteriología, rama de la ciencia que parece llamada a absorber toda la ciencia médica.

Primer paso para llegar a este resultado fueron las investigaciones del mismo Koch sobre el micro-organismo del carbunclo y sobre el *bacillus* del cólera. La ciencia tiende, pues, a demostrar que nuestra sangre y nuestros tegumentos están invadidos por considerables poblaciones de pequeños seres, entre los cuales los hay perjudiciales e inofensivos.[3] Destrúyense unos a otros dentro de nuestro organismo, librando descomunales batallas y el toque de la terapéutica moderna está en dar armas a los buenos contra los malos, o en ingerirnos ejércitos de *bacillus* que devoran a los que nos causan daño. ¿Quién sabe si la virtud innegable de la quina, de la digital o del acónito en que el zumo de estas hierbas sirve de alimento a una raza de parásitos, que con él adquiere fuerzas para destruir a otra raza maligna que nos causa la fiebre, la inflamación o la congestión?

La linfa del doctor Koch es el remedio de la tuberculosis en sus manifestaciones más destructoras, como el lupus, la caries de los huesos, la tisis en su primero y segundo grado; pero la tisis en estado consuntivo parece que no cede fácilmente ante la inoculación de la linfa. En ciertas manifestaciones cancerosas, la inoculación ya que no cure, sirve para obtener un diagnóstico seguro de modo que si nada gana el enfermo gana mucho la ciencia y con la ciencia los enfermos del porvenir.

De todas partes del mundo han acudido a Berlín médicos eminentes en solicitud de que el doctor Koch les dé linfa para hacer ensayos de ella, y una peregrinación de tuberculosos se ha iniciado en dirección de la capital de Alemania, en la cual todos los hoteles están llenos de tísicos, ávidos de que se les aplique el prodigioso remedio, que más bien parece milagro.

Numerosos ensayos se han hecho ya; pero no es tiempo todavía para que batamos palmas, porque problemas de esta naturaleza requieren pruebas muy repetidas para darse por satisfactoriamente resueltos. En Madrid han empezado experimentos no hace muchos días. Aguardemos el resultado sin desconfianza; pero también sin prematuro entusiasmo. En tanto, imposible dejar de ver en Koch un hombre de prodigiosas facultades, de cons- tancia heroica y de respetabilidad suma. Su nombre es una garantía de que no se trata de un invento ilusorio y charlatánico, zarandeado por la prensa para improvisar reputaciones.

***

3 *tegumentos*: 'membranas que cubren el cuerpo o algún órgano'

El caso de Parnell[4] y la efervescencia de la opinión en Irlanda, por si el famoso *home ruler*[5] debe seguir o no al frente del partido irlandés, son casos muy peregrinos, sobre todo mirados desde aquí con los especiales anteojos de nuestra moral latina, harto más empeñada que la sajona.

Influencia de los amores en la política debiera titularse este asunto cuando llegue a ser tratado por la historia. En ninguna parte del mundo, ni en ninguna época de la historia, han tenido los amores influencia externa en las cosas políticas, influencia interna sí, pues desde la guerra de Troya, Cupido viene interviniendo de un modo ostensible en la vida política de los pueblos. Lo que no ha pasado nunca, o al menos ha pasado pocas veces y siempre del lado allá del canal de la Mancha, es que por ciertas irregularidades de la vida privada pierda un hombre su representación al frente de un partido. El ser bígamo o polígamo no ha sido nunca motivo para que los directores de la cosa pública pierdan su autoridad ante los que les siguen. Hombres eminentes han representado una idea política en esta y la otra época, o han gobernado grandes naciones, practicando en la esfera privada una moral bastante lata. Si se hubiera pedido cuenta de sus aventuras a un Richelieu, a un Mazarino,a un Buckingham, y a otros tales por sus deslices en el terreno amoroso, ¡qué mal parada habría quedado la moral!

Parnell es sentenciado en una causa de adulterio, y el desprestigio que esto arroja sobre su persona le quita autoridad para seguir acaudillando el partido irlandés, a pesar de que sus cualidades de jefe no han desmerecido con las distracciones amorosas. Gran carácter, impetuosa palabra, constancia y valor a toda prueba, nada le vale, y por un desliz se ve desposeído de la jefatura. Parte de sus amigos no quieren ser acaudillados por quien ha cometido escandalosas transgresiones de la ley moral, y obstínase él en no abandonar el puesto conquistado por una labor de tantos años y consagrado por la tradición; Gladstone, el *grand oldman,* el venerable jefe de los liberales ingleses también se pone de parte de la moral del matrimonio y en contra del impetuoso irlandés; divídense los pareceres; se enardecen las pasiones y al fin y al cabo, quede o no Parnell de jefe del partido, su autoridad está por los suelos.

A nosotros, los españoles, creo que también a los italianos y franceses, nos parece esto muy raro, pues no comprendemos que por aventurilla de más o de menos sea desposeído un hombre de un puesto político de importancia. Si aquí se dijera que por haber quemado incienso más o menos subrepticiamente en el altar de Citerea[6] le quitaban la jefatura de un partido o fracción a uno de nuestros prohombres importantes, nos echaríamos todos a reír, y tendríamos por loco al que tal sostuviese.

Es que nosotros, los del mediodía, hemos inventado la moral doble, distinguiendo artificiosamente la pública de la privada, para de este modo tener abierto el camino para pecar contra una y otra, y satisfacer en todos los órdenes nuestros deseos y apetitos.

4 En diciembre del 90 el partido nacionalista irlandés sufrió una grave crisis debida al divorcio de su líder Charles Parnell.

5 Véase 122, n. 3.

6 Isla griega identificada como lugar de libertinaje.

Los ingleses, por las trazas, parecen inclinados a que no haya más que una moral, cuyos cánones inflexibles deben aplicarse a todos los actos de la vida así públicos como privados. ¿Quién está en lo cierto, ellos o nosotros? Lo decidirá el tiempo. En el engrandecimiento o en la decadencia de las naciones, dígase lo que se quiera, hay que apartar los ojos de lo externo y buscar el principio que informe la realidad histórica. Este principio aparece siempre al liquidar los hechos y al buscar la síntesis de ellos. Mientras se pone en claro quién tiene razón, los pueblos del norte nos abruman con su grandeza, con su poder, a veces absorbente y avasallador, con su prosperidad en el orden material, y nos entretenemos en atribuir todo esto a causas secundarias, olvidando las primarias y esenciales.

Algunos ridiculizan el sistema inglés de la moral única, viendo en él no más que un formalismo para cubrir las apariencias, el culto de la exterioridad y de las conveniencias sociales. Pero a la vista salta que es mucho más hipócrita el sistema contrario, porque gracias a él toda transigencia resulta lícita, cuidando de hacer las distinciones convenientes, y resulta que no hay moral privada ni pública; esta principalmente hállase siempre por los suelos; todo es lícito; la conciencia padece elasticidades lamentables y hombres que poseían medianamente ciertos principios de honradez casera se creen por esto autorizados para echarse por los cerros de Úbeda en los actos de vida pública, absueltos, amnistiados previamente por la general indiferencia.

***

Las elecciones de diputados provinciales han dado aquí bastante animación a la política durante los últimos días. Su resultado ha sido desastroso para el gobierno, no porque las haya perdido numéricamente, pues esto no es posible dadas nuestras tradiciones electorales y el sistema de presión oficial que aquí se practica, sino porque las derrotas parciales sufridas en ciudades importantes demuestran cómo está la opinión y qué caminos de amargura se abrirán al gobierno, a más de los que tiene abiertos ya. En Madrid los liberales y los republicanos derrotaron a todos los candidatos ministeriales, de los cuales no quedó uno ni para muestra. Lo misma habría pasado en Barcelona y otras grandes capitales si los gobernadores no hubieran desplegado todos los recursos de la ilegalidad para falsear la emisión del voto, resucitando prácticas abusivas. En los distritos rurales la lucha ha sido también muy empeñada, llevando la mejor parte el gobierno, porque allí es más fácil mover las testas del caciquismo.

Todo hace creer que las elecciones de diputados a Cortes, que han de verificarse en febrero próximo, serán reñidísimas, y el gobierno conservador se verá comprometido en este tremendo dilema: si conserva una actitud imparcial y respeta las leyes, perderá las elecciones; si se decide a ganarlas a todo trance forzando la máquina, la legislatura será tumultuosa y el desbordamiento de las pasiones hará imposible la vida parlamentaria del gobierno presidido por el señor Cánovas.

De una manera o de otra, la situación ha de purgar su vicio original, pues faltas como las cometidas por los conservadores desde que empezaron a pretender el poder hasta que inopinadamente lo lograron se pagan con la vida azarosa e imposible. Los conservadores

tiraron en medio de la calle su bandera tradicional y hasta cierto punto gloriosa, sacrificaron su abolengo político a la conquista o asalto del poder, escamotearon a los liberales sus principios, sus procedimientos, y se humillaron al proclamar y enaltecer todo aquello que abominado habían no ha mucho tiempo. Ningún problema resolvió ni podía resolver la importuna y anticonstitucional entrada de los conservadores, porque en lo político declararon que continuarían la obra de los liberales, y sus decantadas promesas de mejorar la Administración han quedado reducidas a estas fórmulas vanas y huecas con las cuales no se puede engañar ya ni a los niños. Lejos de mejorar la Administración, la han empeorado y embarullado considerablemente, y por lo que toca a la Hacienda, ¿en dónde están las economías de que hicieron un ariete contra el gobierno liberal en las pasadas legislaturas? De las distintas autorizaciones consignadas en el presupuesto, no han utilizado más que las que sirven para contratar empréstitos.

Y aquella estrepitosa campaña contra la inmoralidad, ¿en qué ha venido a parar? En nada, a no ser que se tengan por moralizadores de los pueblos los delegados que se envían contra los ayuntamientos para satisfacer las pasiones y venganzas del caciquismo. Todas las rentas están en baja, y la de consumos ofrece descensos aterradores. El municipio de Madrid, contra el cual se lanzaron dardos aceradísimos en las últimas sesiones de cortes, recauda hoy mucho menos que en el período liberal, y los tres alcaldes conservadores que hemos tenido de julio acá no han podido contener la baja escandalosa de los arbitrios.[7]

Nada justifica, pues, la dominación conservadora, que en la política deja las cosas como estaban, y en lo administrativo y económico las ha empeorado, sin que por parte alguna se vean síntomas de remedio. Los republicanos, desorganizados en la época liberal, aparecen ya fuertes y amenazadores. Hasta los carlistas se remueven y bullen saliendo de la oscuridad y apartamiento en que vivían desde la última guerra.

Cuando se abran las Cortes hemos de asistir a grandes conmociones parlamentarias, pues la protección maquiavélica que han dado los conservadores a los disidentes del partido liberal y a los díscolos y trastornadores de oficio, ha exacerbado las pasiones y mueve a todos a grandes destemplanzas. Por cualquier lado que se mire el cambio de gobierno verificado en julio presenta un cariz poco tranquilizador, y los conservadores mismos, los de la antigua cepa, se manifiestan disgustados.

La situación nació con gérmenes de destrucción dentro de sí, por haber hecho causa común con los disidentes, y erigiose en protectora de toda discrepancia personal por haber alentado el movimiento antidisciplinario de los militares en el caso del general Daban,[8] por haber empleado armas parlamentarias de mal temple y no muy buena ley, las cuales como armas de dos filos hieren infaliblemente a los mismos que las esgrimen.

***

7 *arbitrios*: 'impuestos'.

8 Véase 144.

No concluiré sin volver a decir algo del doctor Koch y de sus asombrosos descubrimientos, porque cada día nos trae el telégrafo una novedad. La última es que el renombrado médico alemán, hoy el hombre más popular del mundo, ha regalado a la humanidad dos nuevos inventos no menos útiles que el de la curación de la tuberculosis: trátase del remedio infalible de la difteria y del tétano.

He aquí como se ha llegado a encontrar la solución de tan grave problema terapéutico. El doctor Koch y sus ayudantes, los reputados bacteriólogos Behring y Kitasato, investigaban hace tiempo la causa de la inmunidad de las ratas contra la difteria, y al fin descubrieron que dicha inmunidad era propiedad esencial de la sangre de aquellos roedores. De aquí nació la idea de fundar el remedio en esta peregrina virtud de la sangre ratonil.

El puerco-espín, uno de los animales más propensos a contraer la difteria, después de la inyección de cierta cantidad de suero sanguíneo de las ratas goza de inmunidad completa. Falta saber si en el hombre harán el mismo efecto que en los animales estas experiencias. A propósito de esto decía aquí un ingenioso periodista que si para salvarnos de la difteria nos inoculamos la sangre de los ratones, corremos el peligro de que nos coman los gatos.

En cuanto al remedio del tétano, parece que se funda en las experiencias hechas en conejos con el suero extravasado, y en la inmunidad ya comprobada de estos sabrosos animalitos.

Vivamos para ver estas maravillas si en efecto lo son.

B. PÉREZ GALDÓS

1891-1892

153
LP, 22/2/1891

Estreno del año —Inclemencias atmosféricas —Desastres y calamidades —Proyectos de emigración —Muertes de personas ilustres y de las que no lo son —Don Manuel Alonso Martínez, presidente de las ultimas Cortes —Don José Valero, decano de los actores españoles —Las elecciones —El caciquismo —Irritación de las pasiones —El cacique y medio de extirparlo. —Candidatos, resortes electorales.

Madrid, 25 de enero de 1891.

Señor Director:

Con verdadera saña ha entrado a regirnos en la esfera del tiempo este año de 1891, que a juzgar por su estreno promete ser año de calamidad, desdichas y males sin cuento. Inaugúrase con un descenso de la temperatura en toda Europa, tan considerable que los viejos aseguran no haber visto otro igual. Estas aseveraciones de los peritos en climatología suelen ser de dudosa exactitud, porque, si no recuerdo mal, otros años hemos oído las mismas, de lo que resultaría que el año en que se vive es siempre el peor, y que la experiencia solo nos sirve para hacer constar, con irrebatible pesimismo, que nos ha tocado nacer en el peor de los mundos posibles.

El descenso de temperatura ha sido horrible, y regiones nombradas y celebradas por la dulzura de su clima han visto su suelo cubierto de hielos y nieves persistentes. Reputaciones seculares caen en el mayor descrédito, como la de Valencia, la de Niza y de la propia Málaga. La invasión del frío es general, y las crudezas del polo se extienden cual horda de godos y alanos por los pueblos latinos. El norte glacial nos impone su ley y el bárbaro escandinavo acampa bajo las palmeras de Elche. Falta poco para que en los arrozales de Alicante y Valencia se pueda patinar, y para que se recorra en trineo el antes florido camino de Valencia a Gandía.

En Madrid, donde hemos visto el termómetro a nueve bajo cero, no es donde está peor, pues regiones hay como la de Teruel donde ha descendido a menos catorce. Da pena pensar en el frío que tendrían los célebres amantes si vivieran,[1] y en cómo podrían amarse y aun morirse de ardor amoroso con semejante temperatura. Todas las altas mesetas de España son en estos días trasunto y fiel de la Siberia: Soria, Burgos y Reinosa no tienen nada que envidiar a las estepas de la Rusia asiática. El Pisuerga, el Ebro, el Arlanzón, están hechos un puro cristal, por cuya dura superficie puede pasearse todo el que quiera. Valles y comarcas hay que están y seguirán por mucho tiempo incomunicados. Pero consolémonos con el refrán que dice "año de nieves, año de bienes", y esperemos que una buena cosecha nos indemnizará de tantos contratiempos y desastres. La incomunicación los ocasiona grandes, y hoy mismo los trenes del norte se hallan interrumpidos en varios

1 Los protagonistas de *Los amantes de Teruel* (1837) de Hartzenbusch.

puntos. Dos y tres metros de nieve cierran el paso a las locomotoras, y todos los esfuerzos de las compañías por abrir caminos se estrellan ante el rigor persistente del cielo, que se declara enemigo de los ferrocarriles y los ataca en los puntos débiles, allí donde la mano del hombre ha tenido que vencer más obstáculos de la naturaleza para tender los raíles.

Se consuela uno pensando en que las poblaciones del hemisferio sur disfrutan ahora de las delicias del verano. ¡Qué felices son! Nos parece mentira que por allá estén ahora en moda los sombrerillos de paja, que los hombres vistan el ligero dril y las señoras los alegres y frescos percales. Nosotros nos cubrimos con la lana más espesa, nos echamos encima pieles, y aun tiritamos. Lástima que la civilización no haya llegado al extremo delicioso de que sean posibles las emigraciones de toda una raza, como las de las aves y los peces. Si tal caso llegara (que no llegará) en estos meses frigidísimos, todos los españoles levantaríamos el vuelo trasladándonos a las márgenes del Plata, dejando a España vacía; y en cambio, al llegar julio y agosto toda la Argentina sería nuestra huésped.

He aquí un sistema que sería excelente para establecer relaciones de perpetua cordialidad entre España y América. Todos seríamos golondrinas y viviríamos deliciosamente, medio año aquí, medio año allá, con doble patria, doble familia, dobles amigos, y casa y ciudad dobles. Aunque el programa es de los más seductores, me temo mucho que no se realice nunca. Puede que andando el tiempo el programa sea un hecho para los ricos; pero los pobres seguiremos en peores condiciones que las avecillas libres y errantes, que fían su existencia a la misericordia de Dios.

Volviendo a la implacable fiereza de este año que hace veintitantos días que nos rige, digamos que, para colmo de males, ha empezado a segar vidas. Innumerables personas, las más heridas por males crónicos, las otras no, descienden a la tumba, sin que ahora nos sirva de consuelo el echar la culpa a epidemias o *influenzas*. Actualmente no hay más epidemias que las de todo el año y toda la vida, y como por desgracia la linfa de Koch no ha borrado aún la tuberculosis del lúgubre catálogo de las dolencias mortales, tememos que se muere la humanidad como antes se moría, y que la epidemia reinante desde el principio del mundo, es decir, la muerte, continúa haciendo los mismos estragos que se- ñala infaliblemente la historia de todos los países. Estos meses crudos de invierno son que ni de encargo para que la tal epidemia se cebe, sin distinción de clases, y lo mismo caeel rico que el pobre. En esto sí que no hay que discutir la igualdad. Los enfermos crónicos aguardan estos meses para poner fin a sus dolores y sufrimientos, y otros que parecían des-tinados a larga existencia sucumben como si fueran traicioneramente heridos a la vueltade un camino. No hay semana que no perdamos un amigo, o que no veamos desaparecer personas conocidas. Las que disfrutan de celebridad también caen, y aquí hemos tenido algunas defunciones de personas ilustres, siendo la más sonada y la más sentida la del in- signe presidente de las últimas Cortes, don Manuel Alonso Martínez, uno de los caracteresmás respetables de estos tiempos, gran figura como hombre político y como jurisconsulto, servidor eminente de la patria, dotado de eminentes cualidades morales e intelectuales, sujeto, en fin, cuya muerte deja un vacío difícil de llenar.

Nada hacía temer que la vida de este hombre eminente estuviese amenazada, pues aunque vencido del trabajo y con el decaimiento natural en quien ha gastado sus fuerzas

en las luchas diarias de la política y del foro, don Manuel Alonso Martínez parecía desti- nado a vivir aún muchos años. Le hemos visto presidiendo las sesiones del Congreso con constante asiduidad, y luego las de la Junta Central del Censo. Parecía hombre de fibra, y que las energías de su complexión física correspondían a las de su elevada inteligenciay voluntad fornida. Pero no ha sido así, y en pocas horas se vio derrumbarse y caer. Su muerte produjo dolorosa sorpresa en toda España. No ocurrió precedida de larga dolencia.Fue un golpe inesperado de esos en que el asombro apenas deja lugar al sentimiento.

Sesenta y un años contaba el ex presidente de las últimas Cortes. Había desempeñado los cargos más altos y más difíciles. Fue ministro innumerables veces, la primera cuando tenía veintisiete años. Ejerció la abogacía con extraordinario talento y grandes éxitos, influyó poderosamente en las reformas de nuestra legislación, y a su gestión se deben el nuevo Código Civil y multitud de leyes vigentes. Fue con Montero Ríos autor de la fórmula política en que funda su actual existencia el partido liberal, y auxilió lealmente al señor Sagasta en la realización de la política de los últimos cinco años. Monárquico nuevo, liberal consecuente y de convicciones, Alonso Martínez ha sido uno de los hombres más eminentes de este siglo, uno de los políticos más honrados, útiles y sinceros, y un gran carácter así en la vida pública como en la privada. Enalteció la primera con su talento y la segunda con sus virtudes.

B. PÉREZ GALDÓS

(Continuará).

154
LP, 25/2/1891

(Conclusión)[1]

Otra víctima del año incipiente ha sido el decano de nuestros actores, don José Vale- ro, que falleció en Barcelona hace algunos días. No sé qué edad tenía, pero debía de ser mucha.[2] Sobrevivió a todos sus contemporáneos Romea, Arjona y Mariano Fernández. Na-turaleza fortísima, era incansable para el trabajo. Recuerdo verle representar *Ricardo Dar-lington, Luis Onceno* y *La carcajada*[3] en tiempos no lejanos, cuando su edad no debía serinferior a los setenta años. Su escuela no era últimamente la más conforme con el gusto delpúblico; pero él la sostenía a fuerza de talento y de estudio. En España y América obtuvo grandes aplausos; su vida fue un trabajar continuo y una encarnizada lucha con la suerte.

***

1 Como en el caso de las Cartas 5-6, y 24-25, es muy posible que 153 y 154, esta última sin fecha, encabezamiento, ni sumario, sean una única crónica que el periódico publica en dos días por su excesiva extensión.

2 Murió el 12 de enero a los 83 años.

3 *Ricardo Darlington* (1854) drama de Alejandro Dumas. *Luis Onceno* (1879), tragedia de Delavigne. *La carcajada* drama traducido del francés por Isidoro Gil Baus en 1857.

Ya faltan sólo diez días para las elecciones generales, y bien puede decirse que nunca, desde que en España existe el gobierno constitucional, ha despertado tanto interés el acto de elegir los representantes en Cortes. Todos los partidos se aprestan a la lucha desplegando cuantos recursos sugieren la pasión y el instinto de defensa. Los ministeriales amenazados de una derrota se disponen a impedirla o atenuarla apretando los resortes de la influencia oficial, que son muchos siempre, a pesar de las cortapisas de la ley. Procesando ayuntamientos por cualquiera de las faltas cometidas en el ejercicio de la gobernación municipal, faltas que desgraciadamente son bien notorias, y no es preciso buscarlas con el candil o linterna de Diógenes,[4] procesando y sometiendo a la acción de los tribunales a los ayuntamientos incorrectos, el gobierno tiene medios sobrados para destruir las fuerzas de sus múltiples enemigos. Los liberales disponen de grandes elementos en todo el país, como partido que ha gobernado cinco años consecutivos y continúa la tradición del antiguo y numeroso partido progresista; los republicanos también tienen fuerza, más en las poblaciones que en los distritos rurales. Pero los conservadores, que apenas la tienen, vencerán, porque, desgraciadamente, el país no se ha convencido de que es dueño de sus destinos, no tiene la práctica necesaria para hacer sentir el peso de su voluntad, y por añeja rutina y debilidades inveteradas, cede a las imposiciones del poder central. La máquina administrativa está de antiguo montada para la centralización de la potencia electoral, y sus ramificaciones por medio del caciquismo, son otros tantos registros puestos al alcance de la mano del ministro de la Gobernación, que en caso de elecciones suele ser mano muy experta.

El caciquismo es la verdadera lepra del régimen constitucional, su descrédito y la causa de que una gran mayoría del país permanezca alejada de la política, dejando que crezcan y le arraiguen los tradicionales vicios de ésta; el caciquismo es la tiranía del bando imperante en las provincias, tiranía que se vale de los medios gubernativos, así como de los judiciales, para dominar en la localidad, reduciendo a servil obediencia a los del bando caído; es un recuerdo del poder feudal, un despotismo disfrazado y más irritante que el omnímodo poder de los señores de antaño, y que hace imposible la existencia en algunas localidades. Llamamos cacique a la persona que representa en el distrito al representante de este en Cortes. El diputado debe su elección al cacique y le paga esta deuda, sosteniendo a todo trance su influencia local, poniendo a su disposición los recursos administrativos y judiciales para tiranizar la comarca. Recíprocamente se ayudan y se amparan, viniendo a ser los dueños del país. Hay caciques templados, que ejercen su tiranía con benignidad, atemperándose a las circunstancias; y otros que no reconocen más ley que su capricho, y provincia, distrito o ciudad que tiene la desgracia de caer bajo la vara de uno de estos, ya puede encomendarse a Dios. Recientemente han ocurrido en alguna localidad agitaciones, muy parecidas a movimientos insurreccionales, y que obedecían al cansancio, al instinto de defensa contra yugos tan difíciles de soportar.

El cacique es la planta venenosa de nuestro organismo actual. Los gobiernos conservadores la han fomentado con descarada audacia, y los liberales no han podido o no han

4 Según la tradición, Diógenes caminaba por Atenas a la luz del día con una lámpara encendida buscando "un hombre honesto sobre la faz de la tierra".

querido extirparla. Mientras exista el caciquismo, el sistema, con todo su aparato de leyes muy bonitas, muy seductoras en el terreno científico, no es más que una dicción sostenida con arte por unos cuantos hombres inteligentes. ¿Y quién es el guapo que se atreve a poner mano en esta planta maldita y arrancarla de raíz? La abnegación que para esto se necesita, nadie la tiene. Para ello se necesitaría hacer unas elecciones verdad, sometiéndose a lo que saliera, y el amor propio de los gobiernos, cualesquiera que éstos sean, no permite concesión tan grande al sentido común y a la verdad de la ley. El gobierno que se decida a perder unas elecciones, iniciará esta capital reforma de nuestras costumbres. Pero tenemos resabios de la moral política más perversa, y los gobernantes que tal hicieran serían tachados de tontos por sus propios amigos.

Nadie se resigna a una silba general de la cofradía a que pertenece. Sus colectividades, cuando no son bastante fuertes para sostener la cohesión de sus miembros por la fuerza de los principios, necesitan acudir a otros aglutinantes para conservarse y defenderse, y estos aglutinantes, de un orden poco espiritual, se derretirían como la cera al fuego, desde el momento en que se subordinara el interés pasajero de las personas al permanente de las ideas.

Nos hallamos, pues, en el período culminante de la agitación electoral. Dentro de pocos días se sabrá quién triunfa y quién sale con las manos en la cabeza. Todos los candidatos hállanse a la sazón recorriendo el distrito con más o menos comodidad según los medios de locomoción propios de cada localidad. Los pueblos les reciben con agasajos, porque siempre resulta algún provecho de estas visitas. El candidato promete a los electores villas y castillos, y todas las pretensiones de los pueblos, por excesivas que sean, quedan satisfechas… en el terreno hipotético, se entiende. Si todas las obras públicas que se dan por hechas en estos días llegaran a realizarse, los presupuestos de un siglo no bastarían a su terminación.

Los ministeriales, a más de las promesas, llevan en su mano el poderoso instrumento persuasivo de las multas a los alcaldes, de los procesamientos en masa, de la intervención de la Guardia Civil por cualquier pretexto. Al fin, los candidatos más fieros se rinden ante esta manera brusca y pesada de argumentar, y los electores más entusiastas se aburren y se someten al tirano.

En las grandes poblaciones la lucha presenta caracteres muy distintos de los que toma en los distritos rurales. En Madrid, Barcelona, Sevilla, Málaga, etc., la influencia oficial no puede ser tan descaradamente despótica como en la mayor parte de las localidades de población diseminada. Ciertos recursos resultarían contraproducentes. En cambio, se em- plean otros que consisten en suscitar cualquier cuestión que despierte el sentimiento pú- blico en uno u otro sentido. Tales cuestiones suelen ser puramente artificiales y su interésse desvanece a poco de iniciadas. Pero producen su efecto momentáneo y basta.

En la concesión del Toisón de Oro al señor Sagasta han creído ver algunos un ardid electoral del gobierno canovista para quitar votos a los liberales.[5] Indiscreciones y espontaneidades inocentes de la prensa ministerial pudieron hacerlo creer así en los primeros

5 Para el *Toisón de Oro* véase 50, n. 22.

momentos y si no hubieran mediado las explicaciones convenientes haciendo constar que la iniciativa de aquella merced había partido de la reina como no podía menos de ser, fácilmente se hubieran enmendado las cosas, viéndose obligado el jefe de los liberales a renunciar al honor de figurar entre los caballeros de la insigne Orden. Pero al fin, si el caso ha sido malicioso y la ocasión escogida con cierta perfidia, como algunos persisten en creer, no ha dado juego, y por el célebre collar no perderá el señor Sagasta un solo voto de la opinión liberal y democrática.

B. PÉREZ GALDÓS

155
LP, 7/6/1891

El primero de mayo —La revolución política cincuenta años ha, y la revolución social de los tiempos presentes —Tiranía antigua y moderna —Preparativos —Huelga de diversos oficios —Aspecto cómico de la cuestión —*Meeting* de mujeres en Barcelona —Información en la prensa sobre la cuestión obrera —No hay solución —Muerte del *feld mariscal* conde de Moltke —Su historia; sus campañas —Su fisonomía —Homenaje en vida —Moltke y el emperador Guillermo —Una opinión célebre —Algo más sobre la cuestión obrera —No habrá manifestaciones al aire libre.

Madrid, 30 de abril de 1891.

Señor Director:

Estamos sobre un volcán, más claro, estamos sobre el primero de mayo, día tremendo, en el cual la huelga universal de obreros ha de plantear en el terreno práctico el problema más grave del siglo, la cuestión social, la lucha entre el capital y el trabajo. Meses hace que la gran algarada socialista se viene anunciando; las naciones todas se aprestan a la defensa. Precauciones más imponentes que las que cincuenta años ha tomaban los gobiernos absolutistas contra los revolucionarios, se toman hoy contra el colectivismo. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Entonces una logia masónica, un club de carbonarios o de comuneros,[1] dónde oscuramente se reunían se reunían cuatro exaltados para entretenerse con grotescas ceremonias, ponía en conmoción a los gobiernos y hacía danzar a la policía. Hoy todo eso ha pasado, ya no hay masones, ya no hay carbonarios más que en Rusia, con otro nombre y procedimientos más ejecutivos que los revolucionarios de occidente. El movimiento político ha hecho un alto que parece definitivo, la misma controversia entre la forma monárquica y la republicana tiene caracteres pacíficos, sin conspiración de logias,sin barricadas, sin aquellos héroes barbudos, ni aquellos *mártires de la libertad* que llena- ban el mundo con sus proezas.

1 *carbonarios*: 'pertenecientes al movimiento revolucionario nacido en Italia y que se extendió a todo el sur de Europa en la primera parte del s. XIX'.

Todo ha cambiado. La extinción de la raza de tiranos ha traído el acabamiento de la raza de libertadores. Hablo del tirano en el concepto antiguo, pues ahora resulta que la tiranía subsiste, solo que los tiranos somos ahora nosotros, los que antes éramos *víctimas y mártires*, la clase media, la burguesía, que antaño luchó con el clero y la aristocracia hasta destruir al uno y a la otra con la desamortización y la desvinculación.[2] ¡Evolución misteriosa de las cosas humanas! El pueblo se apodera de las riquezas acumuladas durante siglos por las clases privilegiadas. Con estas riquezas se crean los capitales burgueses, las industrias, las grandes empresas ferroviarias y de navegación. Y resulta que los desheredados de entonces se truecan en privilegiados. Renace la lucha, variando los nombres de los combatientes, pero subsistiendo en esencia la misma. ¿Qué quiere decir esto? Que los que no poseen, que son siempre los más, atacan a los que tienen, que son los menos, pero se hallan robustecidos por el amparo del Estado. El Estado defiende la propiedad adquirida por los medios legales, con absoluta preterición de la ley moral. El pueblo no se resigna. La Iglesia no se atreve a amparar a los desvalidos, temiendo salir perdiendo si estos alcanzan el triunfo. Pónese pues de parte de los poderes y de la propiedad constituidos. En el fondo hay, pues, gran semejanza con la situación de hace cincuenta años.

***

Concretándonos a lo del día, al temido alarde socialista del primero de mayo, hay que reconocer que el hecho es imponente. Lo del año pasado fue tan solo un ensayo, y este año veremos la función en toda regla. Los obreros han aprendido mucho, y conocen que las algaradas tumultuosas, sin plan ni concierto ni unidad de acción, más les perjudican que les favorecen; obrando con acción meditada y común, expresando sus deseos en fórmulas concretas y prácticas, pueden desplegar una fuerza formidable. Meses hace que la prensa de todos los países no se ocupa más que de la cuestión social. En todo abril los preparativos de la función anúncianse con el estruendo vocinglero de los *meetings* y reuniones. En España, Barcelona y Bilbao, como centro fabril la primera y región minera de gran importancia la segunda, atraen principalmente la atención del poder público y del país entero. Como ciertos ejemplos cunden con pasmosa facilidad, ya no hay pueblo, ya no hay región, donde no se preparen a la huelga todos los trabajadores de cualquier clase que sean. Oficios que parecen refractarios a estas manifestaciones ruidosas de la idea socialista, quieren también echar su cuarto a espadas, y ya se habla de la huelga de los enterradores y sepultureros, de las criadas de servir y hasta de las amas de cría.

Resulta bastante cómico este furor huelguista; pero hay que tomar precauciones contra la moda socialista, so pena de ver terriblemente perturbado el hogar doméstico. Si es verdad lo que se dice, y por algunos se teme, muchas señoras de las más encopetadas tendrán que ir a la compra el primero, el 2 y el 3 de mayo. Otras no tendrán más remedio que abandonar por unos días las ociosas galas que inventó la vanidad, ponerse el mandil, y meterse en la cocina, so pena de que el buen burgués se quede en ayunas los tres días

2 Véase 7, n. 1.

terribles. Y si se confirma la desbandada de las nodrizas, ya pueden muchas señoras y caballeros dedicarse al manejo del biberón para que los chiquilines, burgueses del porvenir, no sean víctimas, en tan temprana edad, de la tremenda lucha entre el capital y el trabajo.

Bromas aparte, no cabe duda de que durante unos días no tendremos pan, que tampoco tendremos carbón si no vamos a buscarlo nosotros mismos a la carbonería, o si no nos proveemos con anticipación de tan precioso combustible. Dicho se está que todos los oficios de taller, así grandes como pequeños, dejarán de funcionar, y es probable que los coches y tranvías dejen las calles y plazas en soledad tan austera como las de Jueves y Viernes Santo.

Entre las curiosidades de estos días, la más señalada es el *meeting* de mujeres celebrado hace dos días en Barcelona. ¡Las mujeres también en huelga! ¡Emancipación, igualdad de derechos con el hombre! La cosa se complica. En dicha reunión hubo de todo. Algunas oradoras, que por cierto manifestaron grandes disposiciones parlamentarias, picaron alto tratando al hombre como a fabricante, como a capitalista y burgués empedernido. Otras se concretaron a expresar sus pretensiones en calidad de obreras, pidiendo aumento de salario y disminución de horas de trabajo. Todas tuvieron alguna palabra dura para el hombre, que en los descansos se va al casino o a la taberna a derrochar el jornal, mientras ellas cuidan la casa, y propusieron asociarse para defender sus derechos, excluyendo totalmente a los hombres.

De todas maneras, hay que reconocer que no es muy brillante el porvenir de los dueños de fábricas. Malos tiempos corren para que nadie piense en fomentar industrias. Y aquí empieza el problema a tomar gravedad. Si los industriales cierran sus fábricas, miles de obreros de ambos sexos perecerán de hambre. Al propio tiempo los capitales se estancarán, no habrá productos, no habrá rentas, y las pérdidas serán generales, solo que la desventaja de los obreros es más inmediata, por tener escasos o nulos medios de resistencia. Tras de una perturbación más o menos grande, según las localidades, volverán las cosas al estado antiguo, y todo seguirá lo mismo, los capitalistas siempre explotando, los obreros trabajando siempre y viviendo al día. El estado metiéndose en funciones que no le corresponden, no puede ofrecer más que paliativos. El remedio de la desigualdad no vendrá nunca, porque la desigualdad es irremediable, eterna y constitutiva.

En estos días, algunos periódicos han abierto solemnes informaciones sobre la cuestión obrera, invitando a los hombres más eminentes de todas las escuelas políticas y filosóficas a expresar su pensamiento sobre el problema planteado hoy en toda Europa. Pues bien, leyendo atentamente los pareceres de estos hombres, admirando el ingenio del uno, el saber profundo del otro, la originalidad de este, la erudición de aquel, se saca en claro como síntesis de todas sus opiniones, que la cuestión social no es de fácil arreglo por los medios que conocemos, ni por los procedimientos políticos ni por los morales. El espiritualismo es el que más se acerca a una solución, proclamando el desprecio de las riquezas, la resignación cristiana y el consuelo de la desigualdad externa por la igualdad interna, o sea la nivelación augusta de los destinos humanos en el santuario de la conciencia.

Pero fuera de esto, los brillantes informes de los señores Moret, Castelar, Echegaray, Pedregal, Sagasta, Núñez de Arce y Figuerola, no salen del terreno indivudualista, que deja

poco más o menos las cosas como ahora están, y desvanecen los sueños de los ilusionados con la nivelación social.

***

Ha muerto Moltke, el veterano y el maestro del ejército alemán, la primera figura militar de los tiempos que corren. De los tres hombres eminentes que realizaron la hegemonía prusiana,[3] y constituyeron el imperio poderoso de Alemania, ya no queda más que Bismarck, el más joven de los tres, por cierto apartado de los negocios y sin mostrar en su desgracia una resignación y dignidad correspondiente a su colosal importancia histórica. Más cauto y más frío, Moltke comprendió que no debía sobrevivir a su época, y vivía retirado en sus posesiones, asistiendo muy pocas veces a la cámara de los señores, a la cual pertenecía desde 1872.

Tres grandes campañas ilustran la historia de este soldado sin par, estratégico de primer orden, y maestro insigne en todos los ramos de la ciencia militar, la campaña de Schleswig-Holstein, contra Dinamarca; la de Sadowa, contra Austria,[4] y la de 1870 y 1871, contra Francia, objeto de sus odios más vivos. Dinamarqués de origen, Moltke entró muy joven en el ejército prusiano. Su historia es tan conocida que es excusado repetirla. Igualmente conocida es su fisonomía, severa y triste, más bien de cura que de soldado, según el tipo tradicional que de los hijos de Marte nos hemos forjado. Cuando la guerra franco-prusiana hizo popular su nombre, y extendió por todo el mundo su retrato, causaba maravilla que el director de las legiones prusianas no estuviese adornado de los bigotazos de rúbrica. Aquel rostro, aunque afeitado, no se parece nada al de Napoleón I, enteramente romano y de grandiosa belleza. El Marte alemán era pequeño y mezquino de cuerpo, de rostro afilado, que habría sido insignificante si no lo iluminara una mirada reflexiva y extraordinariamente perspicaz. La espaciosa frente revelaba la profundidad de su genio. Era, como todos los grandes capitanes, escritor excelente, y poseía la preciosa facultad de expresar su pensamiento con concisa elegancia.

Recibió en vida los homenajes de sus conciudadanos que le miraban con amor y respeto. Toda Alemania está llena de estatuas de Moltke, como las hay de Bismarck y del emperador Guillermo. Este le profesaba inmenso cariño, y jamás discutía sus dictámenes, teniéndolos por la propia sabiduría. Esta concordancia entre la acción y el pensamiento es lo que produce las grandes victorias y el engrandecimiento de los Estados. Si Moltke no hubiera tenido un emperador Guillermo siempre dispuesto a ser puntual ejecutor de los planes del general, su fama no existiría quizás. Si Guillermo no hubiera tenido aquel *cerebro ajeno* que elaborara todas las disposiciones y planes de una gran campaña, de seguro no se habría ceñido la imperial corona. ¡División del trabajo, suprema ley de vida! Por no conocerla, las naciones latinas consumen sus fuerzas en la envidia y en la impotencia.

3 Moltke, Bismarck y el kayser Guillermo I.

4 Para Schleswig-Holstein, veáse 44, n. 5; para Sadowa, 87, n. 4

Moltke estudiaba tan prolijamente una campaña, el suelo enemigo, las condiciones de la lucha en cada localidad, que ningún detalle se le escapaba, y la previsión llegabaa lo inverosímil. Por eso se ha dicho que en la guerra franco-prusiana sobró previsión, pues los franceses se hallaban tan mal preparados y con tal descuido e ineptitud tomaron las armas, que aun cuando Moltke no hubiera estudiado tanto, el resultado habría sido el mismo.

Cuentan que asegurada la victoria, Guillermo se mostraba benigno con los vencidos, mientras que Moltke proponía siempre los procedimientos más duros. Por la voluntad del emperador, el sitio de París hubiérase circunscrito al simple bloqueo y a la privación de víveres, no empleando el bombardeo. Moltke combatió con energía estas blanduras, y apoyó sus opiniones con una frase que ha adquirido celebridad. "Si los tratamos con poca energía, si no dejamos huellas terribles y bien señaladas de nuestra victoria, dentro de diezaños, los historiadores franceses serían capaces de sostener que fuimos vencidos". Cono- cía bien el carácter francés. Aquel juicio demostraba una gran penetración. Ha muerto el conde de Moltke a los noventa y tres años. Pocos o ningún soldado de su talla han gozado de tan larga vida.

***

Repito, en el último párrafo de esta carta, lo que al principio dije, a saber, que ya no tenemos solo un pie sino los dos sobre el volcán del primero de mayo. Las noticias telegráficas que nos llegan de las ciudades dónde es grande el número de obreros, dan a entender que las manifestaciones serán imponentes.

El vecindario se precave contra la escasez probable de comestibles; las autoridades se disponen a la resistencia; no faltan notas cómicas en esta confusión de propósitos y deseos; pero la nota dominante es la del miedo. Debe notarse que no todo es armonía del lado de los manifestantes, porque anarquistas y socialistas no hallan modo de compaginar sus antitéticas doctrinas, aunque parezcan acordes en la pretensión común de la jornada de ocho horas.

Del extranjero, las noticias son más alarmantes que de nuestros centros fabriles. En Bélgica y en la Alemania del Rhin, en el norte de Francia y en algunas zonas de Inglaterra, la agitación es grande. ¿Resultará al fin que no sucede nada? Hay tanto combustible reunido que se pasaría de optimista quien esperara una solución feliz en los presentes conflictos. Lo que sí puede asegurarse es que, cuando el volcán se apague, después de bien desahogado de lava y humareda, volverán las cosas a la situación que siempre tuvieron, y los obreros seguirán siendo obreros, y los patrones, patrones, cobrando los primeros el jornal que las condiciones económicas de la industria determinen, y realizando los segundos aquellas ganancias que sean compatibles con las vicisitudes e irregularidades del trabajo de los últimos tiempos.

En España, hemos de contar con que la prohibición de manifestaciones al aire libre ha de irritar a los obreros. El año anterior, mandando los liberales, se permitieron las manifestaciones por las calles, y nada de extraordinario aconteció. Este año, mandando los conservadores, no irán las cosas tan pacíficas. Y en último caso, ¿a qué discurrir sobre lo

que ha de suceder, cuando tan cerca tenemos los sucesos, que solo el espacio de algunas horas nos separan de ellos? De aquí a mañana se ha de esclarecer lo que hoy está oscuro. "Amanecerá Dios y medraremos".

B. PÉREZ GALDÓS

156
LP, 31/8/1891

ALARCÓN

Madrid, 28 de julio de 1891.[1]

Señor Director:

Una de las más altas personalidades literarias de nuestro tiempo y del siglo que vivimos, Pedro Antonio de Alarcón, ha muerto hace pocos días.[2] Su vida, tronzada por la parálisis, apenas era vida en los últimos años. Para el trabajo activo de las letras había dejado de existir algún tiempo después de haber escrito *La pródiga.*[3] Existía con el nombre, con la fama, con ese vivir de la reputación gloriosa, que ha sido para él como una anticipaciónde la posteridad. Incapacitado para la labor literaria, hace más de tres años que no salía de su casa; sólo le veían sus amigos más íntimos. Su grande ingenio era ya como agotado manantial, o como árbol gigantesco que ya no da hojas ni menos frutos. Ruina lastimosa antes de ser cadáver, Alarcón se ha extinguido lentamente en la última de las tres generaciones que regocijó con su talento, y ha podido asistir a esas exequias sin ruido del sentimiento público, y verse llorado en vida. Cincuenta y ocho años vivió. Parece corta vida; pero cuán larga es examinada atentamente, y qué variadas etapas encierra, vida llena de accidentes, reflejo de las conmociones sociales y de las profundas mudanzas acaecidas en la segunda mitad del siglo, vida que es un trozo interesante de la historia patria, así en el aspecto político como en el literario. Alarcón nos muestra los rasgos de la vida llamada de *bohemia,* cuando tal vida existía, el furor de los bandos políticos, las azarosas aventuras de la prensa periódica en tiempos de lucha y pasiones desatadas; luego se nos muestra amansado por la edad y la experiencia, como las sociedades en quienes el exceso de inquietud despierta el sentido de la conservación y de la estabilidad. Le vemos trocar el libelo insano y el artículo de circunstancias por el libro pensado, la obra de arte, hermosa y duradera. El que fue luchador se convierte en artista; del *bohemio* sale el perfecto burgués e intachable jefe de familia. Para que nada falte a esta vida, también es soldado, y asiste como cronista a la memorable ocasión de África en 1859 y 60.[4]

1 En el original de *La Prensa* aparece la fecha al final, encima de la firma.

2 Falleció el 19 de julio de 1891.

3 Se publicó en 1882.

4 La llamada primera guerra de Marruecos.*

Su labor literaria es tan variada y rica en incidentes como su vida. Cultivó el periodismo con ingenio, siendo quizás quien primero vertió a raudales en las áridas columnas de la prensa la gracia chispeante y el humorismo ligero e intencionado. Andando los años fue novelista eminentísimo, descollando en su época sin temor de competencias; fue también poeta, narrador incomparable de viajes y hechos de guerra, pintor de costumbres, y en todo dejó el sello de su personalidad.

Descuellan en su obra las novelas, y singularmente *El sombrero de tres picos* y *El escándalo*,[5] de los cuales puede decirse que hicieron época.

Físicamente, era Alarcón un perfecto moro granadino, moro por el rostro y por el temperamento. Nació en 1833 en Guadix, pueblo de la provincia de Granada, de marcado carácter morisco y alpujarreño, al pie de Sierra Nevada, bajo el grandioso minarete de Mulhacén. Él mismo ha narrado con picante estilo las primeras impresiones de su vida en la histórica ciudad, que hoy mismo es casi tan árabe como La Meca; sus primeros estudios bajo la dirección de un franciscano exclaustrado, su paso por la Universidad de Granada, su vuelta a la ciudad natal, su entrada en el Seminario y su nada ferviente vocación de la carrera eclesiástica, a que sus padres le destinaban.

Sus primeras tentativas literarias se mostraron en *El Eco de Occidente*,[6] que se publicó en Cádiz y Granada, escrito en colaboración con Torcuato Tárrago. Este duró poco, y en 1853, contando Alarcón veinte años, llegó a Madrid, llena el alma de ilusiones, la voluntad dispuesta a vencer o morir en la lucha por la existencia y por la fama. Osado, impetuoso, dotado de grande ingenio con facultades y vena inagotable para la polémica, dióse a conocer bien pronto como escritor cáustico, y su entrada en la redacción de *El Látigo* le sacó de la oscuridad.[7]

Buscaba la resonancia, el escándalo, y encontró medios sobrados de adquirir celebridad y con ella vióse lanzado a fatigosas aventuras. Templóse su ánimo en estos choques. El hervor de la sangre, el afán de renombre, instintivo en quien siente y conoce sus propias facultades, le lanzó a los azares del periodismo de batalla. Pasó algunos años colaborando en distintos papeles, viviendo al día, pues el periodismo en aquellos días era un verdadero trabajo de galeras, sin más remuneración que las diarias batallas, y el vivir angustioso. Sólo la edad dorada, con su increíble resistencia de la desventura y su conformidad sublime con la escasez, puede soportar tal género de vida, y aun echarlo de menos en tiempos más tranquilos y monótonos. La bohemia apenas existe ya. Fue el suplicio, la escuela y quizá el encanto de una generación que pasó. Muchos y grandes ingenios se malograron en ella: otros tal vez supieron criarse en su doloroso seno, y aprender en él las artes misteriosas del vivir.

La guerra de África dio al escritor granadino inmensa popularidad. Su crónica de aquella epopeya le dio nombre y fue tenido por el escritor más ameno de su tiempo.[8] Su estilo

5 La primera publicada en 1874, la segunda al año siguiente.

6 Con el subtítulo "Semanario de Ciencias, literatura y Bellas artes", duró menos de un año.

7 *El Látigo*: periódico satírico madrileño, fundado y dirigido por Alarcón en 1854, de ideología antimonárquica, republicana y revolucionaria, heredero de su experiencia en *El Eco de Occidente*.

8 Se refiere a *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859). Galdós utilizará esta obra para el episodio *Aita*

se presenta gracioso y ligero, con toques felicísimos y variados matices, hermanando lo jocoso con lo serio en forma no usada generalmente entre nosotros por aquellos días. Alarcón leía mucho a Alfonso Karr, y se había penetrado del espíritu elegantemente picaresco de aquel gran narrador. Era un discípulo, no un imitador, discípulo no inferior al maestro,y que en algunos casos le superaba.

El libro de viajes *De Madrid a Nápoles* es, sin duda, de lo mejor que en su género tenemos.[9] ¡Qué dulce melancolía, qué intuición artística, qué variedad de matices y de impresiones, qué fácil y elegante manera de narrar y escribir! El sentimiento se desborda de la pluma en algunas páginas, en otras priva la observación exacta y la apreciación clara de las cosas. Pocos libros hay que se lean con tanto agrado.

La Alpujarra, también del orden descriptivo, ofrece un conjunto grandioso.[10] Es la monografía de uno de los lugares más abruptos que existen en Europa, región en que la naturaleza y la historia parecen disputarse cual da de sí más belleza y poesía. Vemos desarrollarse en las hermosas páginas de Alarcón los repliegues de aquellas serranías maravillosas, mostrándonos los pueblos y caseríos donde parece que habitan aún los compatriotas de Boabdil.[11] Al propio tiempo que describe el paisaje, nos pinta los episodios de aquel drama de la sublevación alpujarreña, en el cual, por efecto de la tolerancia moderna, no podemos menos de simpatizar un poco con los sediciosos.[12]

Otros libros o colecciones de viajes ha escrito Alarcón en distintas épocas de su vida. En todos ellos demuestra la capacidad de narrador, y pueden figurar al lado de las dos obras maestras que se llaman *De Madrid a Nápoles* y *La Alpujarra.*

Ahora considerémosle como novelista. *El sombrero de tres picos,* que apareció, si no recuerdo mal, hace unos quince o dieciséis años, tuvo uno de los éxitos más ruidosos que hemos visto en España. Fue aceptado sin ninguna restricción, con unanimidad de opiniones, como una obra festiva de las más sanas, y al mismo tiempo respirando españolismo por todas sus páginas. Es un cuento incomparable, de germen popular, amplificado con encantador ingenio y narrado con toda la gracia del mundo. Numerosas ediciones se han hecho de esta novelita que nunca envejece, que siempre cautiva por su frescura y lozanía.

Pero la obra más importante de Alarcón, la que irá siempre más estrechamente unida a su nombre, es *El escándalo,* por la gravedad del asunto y por las opiniones expresadas en ella, obra de conciencia y de evolución, si así puede decirse, en que el antes descreído y temerario escritor se nos aparece transformado: su ortodoxia es de las más estrechas, su moral enteramente católica con el matiz jesuítico, su estilo menos fluido, pero cincelado con exquisito esmero como joya de marfil. El arte de la narración se eleva en esta obra a las mayores alturas, y el interés de la fábula es intenso, febril, ese interés que llega a

Tettauen (1905), en el que introduce como personaje al propio Alarcón.

9 *De Madrid a Nápoles* se publicó en 1861.

10 *La Alpujarra; sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia* se publicó en 1873.

11 Último rey árabe de Granada, que se había sublevado contra su padre en 1492.

12 En *la sublevación alpujarreña* (1568-1571) durante el reinado de Felipe II, la población morisca de Granada se alzó contra la Pragmática Sanción de 1567, que limitaba sus libertades culturales y fue duramente sofocada.

producir la cabal compenetración entre el autor y los personajes. Si han de juzgarse los productos de la imaginación por la impresión primera que su lectura produce, bien puede decirse que *El escándalo* es una obra maestra. Juzgando por impresión propia, puedo asegurar que pocas veces he experimentado emoción más viva leyendo una novela; tal es el vigor de la narración y el arte con que se presentan los caracteres y las pasiones. De esto hace quince años, y en este tiempo el gusto del público ha sufrido mudanzas. No podemos eximirnos de la influencia de ideas y sistemas que vienen no sé de dónde. Quizás hoy, la lectura de *El escándalo* me conmovería menos. Pero hay allí dos o tres figuras trazadas con tan enérgico pincel, que siempre cautivarán a quien las contemple, cualesquiera sean las corrientes dominantes en el campo de las letras.

Hasta la rigurosa moral del asunto me ofrecía extrañas seducciones en aquellos días (de esto hará quince años), quizás por la vestidura poética con que el narrador supo engalanarla. A pesar de todo, con sus tendencias inadmisibles y su terrible moral, *El escándalo* es para mí la obra maestra de Alarcón, la que mejor resume las cualidades todas en la madurez de un grande ingenio, la que encierra más vida, más experiencia, más alma. Sus predecesoras *El sombrero* y *El final de Norma* no la igualan, y lo mismo puede decirse de sus hermanas menores, *El niño de la bola* y *La pródiga,*[13] novelas ambas pasionales, la primera muy dramática y de marcado tipo andaluz y granadino. El éxito de *El niño de la bola* fue grande y poco menos ruidoso que el de *El escándalo;* pero al dar a luz *La pródiga* hubo de notar el autor en el público cierta frialdad que abatió su ánimo y lastimó su amor propio.

En un prólogo que puso a la edición completa de sus obras escribió Alarcón la *Historia de mis libros*,[14] autobiografía sincera y no exenta de pasión, en la cual puede verse. juntamente con noticias curiosas, la susceptibilidad un tanto pueril del poeta, que incurre en el error de creer que todo arte concluye con la generación a que él pertenece.

Manifiesta demasiado apego a las ideas del medio ambiente en que ha vivido, y los horizontes del arte se cierran ante sus ojos. No cuenta con la renovación y evoluciones indispensables en toda vida, y olvida que la época en que ellos vivieron y prosperaron fue también revolucionaria, y que para elevar los altares en que ellos recibieron culto fue preciso derribar otros dioses.

En la *Historia de mis libros* aparece Alarcón intolerante, atrabiliario, no viendo nada más allá del conjunto sistemático en que él vivió, y abominando de las mudanzas más de forma que de fondo que trajeron los tiempos. Se propuso no volver a escribir, entregando el culto de las letras a la galantería y a la vulgaridad pedestre; dio por muerto lo ideal, y terminado el ciclo glorioso de las letras patrias. ¡Error grande y ceguera inexplicable en tan grande ingenio!

Al propio tiempo truena contra los críticos y compadece al público, como si su valer literario no estuviera reconocido y consagrado como de los más altos. Ningún crítico serio ha podido jamás desconocer el mérito inmenso del autor de *El escándalo* y del *Diario de un testigo,* del *Viaje a Italia*, y de *El sombrero de tres picos.*

13 *El final de Norma* es de 1855, *El niño de la bola* de 1880.

14 Publicada en 1884.+

En cuanto al público, baste decir que ningún autor ha tenido aquí más lectores que Alarcón, y que si hubiera seguido escribiendo, su *parroquia,* si así puede decirse, habría aumentado conforme a los progresos de la cultura. El mal humor del poeta y novelista en los últimos años no tiene justificación posible. Se quejaba de agravios imaginarios, de desvíos que no existían más que en su imaginación exaltada. Cierto que, por ley natural ineludible, habían ocurrido mudanzas en el gusto. Es un error abominar de las modas de literatura. Las modas (y uso este nombre porque no hay otro más expresivo) vienen sin que nadie pueda remediarlo; están surgiendo desde que hay arte en el mundo, y aunquelo esencial no varía nunca ni puede variar, ello es que nos encontramos, sin saber cómo, arrastrados por corrientes irresistibles. Si Alarcón hubiera tenido un poco de paciencia habría visto que aquella moda, que tan nervioso le ponía, pasaba rápidamente, y que pronto venía otra sucesiva conforme a sus gustos y aficiones. Habría reconocido que él mismo fue una corriente impetuosa que transformó los antiguos modos de escribir y de ver las cosas. Estas son siempre las mismas; lo que varía es el punto de vista desde el cual las contemplamos y el método de selección entre los infinitos perfiles que se ven.

Además de las novelas y de los viajes, deja multitud de composiciones breves, encantadoras, en que vertió todas las sales de su fino humorismo. Algunas de estas composiciones coleccionadas y corregidas cuidadosamente, forman el libro *Cosas que fueron,* para el que escribió un prólogo ingeniosísimo Ramón Correa.

Alarcón ocupaba una plaza en la Academia Española; pero hacía tres años que no iba a la calle de Valverde.[15] Su retraimiento del mundo era absoluto. Poseía en el vecino pueblo de Valdemoro una quinta que era su encanto. Amante de su familia hasta el fanatismo, era feliz en su hogar, y vigilaba con exquisito esmero la educación de sus hijos.

La muerte de este atleta ha sido un duelo público.

B. PÉREZ GALDÓS

157
LP, 18/10/1891

SUMARIO: Política internacional —La triple alianza y la alianza franco-rusa —La marina francesa en Cronstadt y en Portsmouth —¿Paz o guerra? —Dispendios de la marina militar —Papel de España ante la guerra probable —El *chauvinismo* en Francia —El almirante Gervais —Necesidad de un ídolo —¡Muera Wagner! —Portugal: Temores de nuevos trastornos —Las desgracias de Consuegra y Almería —Situación geográfica del país inundado —Enorme extensión de la catástrofe —Horribles pormenores —Socorros.

Madrid, 18 de septiembre de 1891.

15 Véase 121, n, 15.

Señor Director:

Imposible escribir de otra cosa que de política internacional, de la proximidad de la conflagración europea, de armamentos navales y terrestres. La Triple Alianza,[1] por un lado, la supuesta inteligencia franco-rusa, por otro, absorben la general atención y todos los asuntos se empequeñecen ante el magno y capital choque, que ya parece inevitable, entre las más formidables fuerzas que han visto los siglos. La propia magnitud, el propio poder de los combatientes detiene el estallido. Las consecuencias serían tan terribles, que nadie quiere cargar con la responsabilidad de declarar la guerra, y el miedo sostiene la paz mejor que la humanidad.

La visita de la escuadra francesa a Cronstadt,[2] los obsequios y agasajos con que tanto el pueblo como la corte rusa distinguieron a los franceses, vulgarizaron la idea que frente a la Triple Alianza se levantaba la temida alianza de los republicanos de occidente con el autócrata moscovita. Vino luego la visita de los buques franceses a Portsmouth,[3] y como allí se repitieran las demostraciones de simpatía, aunque con menos ruido que en Rusia, ya se generalizó la creencia de su triple concierto, que agigantaba de un modo terrible las proporciones de los dos combatientes. Espanta en verdad el considerarlo.

De una parte, Alemania, Austria e Italia; de otra, Francia, Rusia e Inglaterra. Terrible duelo, conflagración sin ejemplo en la historia. Europa quedaría hecha polvo entre las armas de los dos bandos, y es casi de todo punto imposible prever de quién sería la victoria. Lo más probable es que no habría victoria, sino ruinas, confusión y desastres sin fin, y el siglo concluiría con una especie de diluvio de fuego, después del cual sería preciso volver a empezar la repoblación del planeta. O quizás la vieja Europa quedaría reducida a un continente de escombros, y la civilización existiría exclusivamente en América.

Los americanos visitarían esta parte del mundo hoy como se visitan los lugares en que estuvieron Troya, Nínive y Babilonia… A menos que el ejemplo de Chile se repitiera y el Nuevo Mundo acabara por perder la cabeza,[4] como parece haberla perdido el Viejo con la manía de los armamentos y el delirio de la destrucción.

Pero no; la garantía de la paz está, como he dicho antes, en la propia magnitud colosal de los aprestos de guerra. Verán ustedes cómo no ocurre nada. Y al paso que vamos, las naciones de esta parte del mundo se arruinarán antes de disparar el primer tiro.

Las fuerzas navales, sobre todo, son de tal manera costosas, que, al paso que vamos, absorberán todo el presupuesto de las naciones. Un buen buque de combate, cuyos elementos ofensivos y defensivos no se han probado aún, cuesta en tiempo de paz más que costaba antes un ejército de mar y tierra. Las marinas militares, esos complicados armamentos de acero cuyo mecanismo se descompone al menor contratiempo, son los monstruos que chupan la sangre de la civilización europea, y acabarán por consumirla y dejarnos a todos en la miseria.

1 Véase 1, n. 8.

2 Base naval rusa en el Báltico.

3 Base naval inglesa, al sur del país.

4 Probablemente alude a la guerra del Pacífico (1879) entre Chile y la alianza Perú-Bolivia.

Mirando estas cosas con cierto pesimismo, convendría que la conflagración estallara, para que todos los acorazados del mundo se hiciesen astillas, para que se probase su inutilidad, para que la seguridad marítima y la defensa del comercio de cada país buscasen medios más prácticos y menos dispendiosos.

***

Claro está que, desde que se empezó a hablar de la guerra inminente, los españoles nos devanamos los sesos por averiguar qué papel nos corresponde en este duelo inmenso. ¿Debemos ayudar a los de la *Triple Alianza* o a los anglo-franceses? ¿Debemos arrimarnos a Inglaterra, señora de los mares, la que nos puede hacer más daño? Porque se cuenta con que Inglaterra no suelta prenda, y permanece a la expectativa para sacar partido de los errores de los demás.

¿Nuestra neutralidad debe ser absoluta, o debemos armarnos también para que los sucesos no nos cojan desprevenidos? Nuestras fuerzas son relativamente pequeñas, y nada o poco significarían frente a cualquiera de los terribles duelistas de oriente y occidente; pero como fuerzas auxiliares, no son de despreciar. Es casi seguro que la campaña marítima se ha de desarrollar en aguas próximas a las nuestras, quizás en nuestras mismas aguas.

Necesitamos, pues, estar prevenidos por si los vencedores o los vencidos caen en la tentación de quitarnos algo de lo que legítimamente poseemos. De modo que ni grandes ni chicos pueden librarse de esta fiebre de los preparativos bélicos. Y no basta ser pacífico, no basta el propósito de vivir en paz con todo el mundo, pues cuando en la vecindad de una casa hay inquilinos camorristas, hasta los más reposados, oscuros y timoratos se ven obligados a vigilar su puerta.

En tanto, en Francia ha reverdecido, con la visita a Cronstadt el *chauvinismo,* que es la parte flaca y el punto vulnerable y ridículo de nación tan inteligente y poderosa. Por el simple hecho de haber ido a Rusia al frente de la escuadra y de recibir allí los obsequios de los súbditos del zar,[5] ya quieren los franceses hacer su ídolo del almirante Gervais, cual si hubiera vuelto a Francia cargado de laureles. Ya tenemos en campaña a un nuevo Boulanger, montado, a falta de caballo negro,[6] en el acorazado *Magenta,* que no ha disparado un tiro más que para hacer los saludos de etiqueta. Pero los franceses necesitan un ídolo a todo trance y lo fabrican con lo primero que encuentran a mano. Tienen la monomanía de los césares, de los redentores del gobierno personal, y el espíritu sinceramente democrático no penetra en las entrañas de aquella raza.

Otro ejemplo de insustancial *chauvinismo*, es la ruidosa manifestación contra el *Lohengrin*, de Wagner[7] ¡Qué culpa tendrá el compositor alemán de que tras una ruda campaña perdiera Francia la Alsacia y la Lorena!, y aunque el autor de *Parsifal* manifestara en repe-

5 Entonces Alejandro III.

6 Véase 102, n. 7.

7 *Lohengrin*, estrenado en París en 1850, en 1890 provocó varios altercados.*

tidas ocasiones su antipatía a los franceses,[8] estos debieran tener suficiente grandeza de alma para no hacer objeto de sus iras la admirable música del grande innovador. Y despuésde silbar el *Lohengrin* se quedarán los patriotas tan satisfechos como si hubieran puesto una pica en Flandes. Mientras en Francia no extirpen la raza petulante de los Déroulède,no tendrán los vencidos de Sedán la simpatía a que sus desgracias de 1870 les hicieron acreedores.[9]

***

Lo de Portugal no va bien. La crisis económica ha quebrantado a aquel país más de lo que estaba, y su situación interior y exterior inspira serias inquietudes. Estos días han corrido por la prensa noticiotas estupendas respecto a nuestros vecinos.

Hase hablado de que Inglaterra preparaba un ejército de cincuenta mil hombres para hacer un desembarco en Portugal: hase dicho también que, en este caso, España intervendría defendiendo la independencia de la nación hermana y afianzando en ella la institución monárquica.

Todo ello es invención de los desocupados. Los ingleses no pondrán nunca su planta en el Portugal del continente, sino en las colonias, y para esto no necesitan ejércitos poderosos. La nación lusitana no puede defender sus derechos más que por la diplomacia, y esto entablando una alianza sincera con España. Todo lo demás es música, y habladurías de *reporters,* que no tienen otra cosa de qué tratar. Por lo demás, los trabajos revolucionarios en Portugal para variar las instituciones son tan infecundos que de ellos no hay que esperar ni el triste provecho que Inglaterra podría sacar de una conflagración interior. Los revolucionarios españoles le prestan una ayuda puramente platónica, y cuentan con éxitos que ya quisieran para ellos. Las últimas sediciones ocurridas en Oporto y otras ciudades portuguesas han sido fracasos lamentables para la idea revolucionaria; y es que las sociedades, después de haber conquistado los derechos políticos, no dan valor a su propaganda revolucionaria, que sólo significa un cambio de personas. Problemas sociales y económi- cos que afectan a la vida material acaloran a los pueblos, ya indiferentes a todo problema político, incluso el de las formas de gobierno.

***

De improviso, en un día aciago, un suceso terrible viene a quitar todo interés a la política. Ante las espantosas catástrofes producidas por las inundaciones en algunas regiones de España, ¿qué significan las discordias y celos entre esta y la otra potencia? Parecen enredos y chismorreos de vecinas en una inmensa casa de tócame Roque. Cuando las fuerzas de la naturaleza se desencadenan contra el hombre, ¿qué valor tienen las vanidades humanas, ni las vanidades de las naciones por grandes que sean?

---

8 *Parsifal* se estrenó en 1882.

9 *los vencidos de Sedán*: 'los franceses' en la batalla más importante de la guerra franco-prusiana, en septiembre de 1870. Para Déroulède, véase 70.

El 11 de septiembre se desencadenaron sobre las mesetas meridionales de esta península tan formidables tormentas, que los nacidos no recuerdan desgracias semejantes. La inundación de Murcia con todos sus horrores, que conmovieron al mundo entero, resulta mucho menos desastrosa que las catástrofes de Consuegra y Almería. El día 12, cuando el telégrafo empezó a dar a conocer la catástrofe, no dábamos crédito a las referencias que corrían de boca en boca. Mil víctimas parecía una exageración, un error de transmisión telegráfica; creíamos que sobraba un cero en la cifra, y que las víctimas eran *ciento,* y aun ciento nos parecían muchas. La interrupción de los ferrocarriles, cortados en diversos puntos por la fuerza de las aguas, retardó el verdadero conocimiento de la catástrofe.[10]

Asombro y consternación generales causó la noticia, comprobado que sólo en Consuegra habían perecido *mil quinientas* personas y *cuatro mil* caballerías. Para encontrar algo semejante a tan espantosa desgracia tenemos que remontarnos a la Edad Media, a la época oscura en que perecían pueblos enteros sin que de ello se tuviese noticia, y a las pestes asoladoras que en un día arrancaban la vida a millares de seres. Los adelantos de la civilización han disminuido las desgracias producidas por el crecimiento de las aguas en poblaciones construidas frente a ríos caudalosos. En nuestra edad no se tiene noticia de que las crecidas produzcan tal número de desgracias, a no ser en los deltas de los ríos asiáticos, el Ganges y el Indo.

Las inundaciones hacen víctimas en Europa; pero nunca tan considerable número, porque existen medios de salvamento. Desgraciadamente para nosotros, nos ha tocado ser una tristísima excepción, y el salvamento no ha sido posible por la violencia espantosa del temporal.

Consuegra no está situada frente a ningún río caudaloso. El Amarguillo, que en verano lleva poca agua, suele crecer en la época del deshielo y en los comienzos del otoño, aunque sus crecidas no han debido ser hasta ahora muy imponentes, porque la mayor parte de la villa estaba construida junto al río.

La Mancha, región que abraza parte de las provincias de Toledo y Ciudad Real y casi toda la de Albacete, es terreno llano, en algunas partes lagunoso. Casi todos los riachuelosy barranqueras que la cruzan vierten sus aguas, cuando las tienen, en el Guadiana, de tortuoso y desigual curso, de arenoso lecho, en el cual se filtra y desaparece, reapareciendo luego en el sitio denominado Ojos de Guadiana.

El Amarguillo recibe sus aguas de laderas que bajan de los montes de Toledo, Las Guadalerzas y el Puerto del Milagro. Hállase Consuegra situada al extremo norte de la planicie manchega, no lejos del Puerto Lápice, a bastante distancia del campo de Montiel y de la Argamasilla, verdadero corazón de aquel país, inmortalizado por la fábula del *Quijote.*

No es Consuegra, mejor dicho, no era de los pueblos más pobres de aquella región, pues su agricultura y ganados tenían importancia. Todo ha desaparecido. Cuatrocientas casas fueron arrasadas por las aguas, en términos que no quedan ni señales del sitio en que se alzaban. De los cuatro puentes sobre el río Amarguillo, sólo uno subsiste, y ése ame-

10 Quizás este retraso explica que dedique más de media Carta, iniciada el día 18, a cuestiones europeas antes de hablar de las inundaciones del 11.

naza desplomarse también. Parece que la naturaleza en su furor no quería que quedase memoria de la desgraciada villa, y una de las cosas devoradas por el agua fue el archivo parroquial. Recuerda esto las destrucciones de ciudades antiguas y el furor de Jehová contra infelices pueblos que habían desobedecido sus leyes. La inmensa catástrofe del diluvio se reproduce en nuestros días sin Noé, y sin arca.

Los supervivientes de Consuegra refieren que a las ocho de la mañana del 11 estalló una furiosa tempestad con rayos y truenos. La lluvia cayó con aterradora abundancia. Inundóse la parte más baja de la ciudad; pero por la tarde las aguas descendieron. Ahogáronse algunas cabezas de ganado; pero no hubo desgracias personales.

Acostáronse los vecinos en la creencia de que el peligro había pasado, aunque algunas personas prácticas anunciaban que el Amarguillo no tardaría en crecer con las barranqueras que descenderían de las montañas o cerros próximos. Así fue: de improviso el pueblo se vio envuelto por las aguas, y aunque se acudió al salvamento con denuedo y heroísmo, ya era tarde; los salvadores aumentaron el número de las víctimas. Desplomábanse las casas, se deshacían cual si fueran de papel, y entre los escombros desaparecían los infelices que no eran arrastrados por las aguas. ¿Quién podrá pintar las terribles escenas de aquella espantosa noche? Solo un Dante lo haría, sustituyendo en semejante infierno los suplicios del fuego por los del agua.

Detalles horribles hay en la relación de la catástrofe, noticias de un laconismo bíblico que ponen los pelos de punta. Por ejemplo: "En una casa de Consuegra había sesenta per- sonas festejando una boda. Todas perecieron".

Pocos fueron los que pudieron salvarse escalando los tejados. En las familias que lo intentaron, alguien se quedó en el camino, o la mujer, o los pequeñuelos. El que quería salvar a los suyos era el primero que se perdía y se ahogaba, y algunos, muy pocos, escaparon en circunstancias verdaderamente milagrosas.

Gran emoción ha producido en toda España esta inmensa catástrofe, y al punto se han organizado socorros en gran escala. De los pueblos circunvecinos, de Toledo y de Madrid acudió mucha gente en auxilio de la infeliz Consuegra.

Lo primero que hay que hacer allí es enterrar los cadáveres insepultos, remover los escombros para sacar los que entre ellos yacen, y repartir víveres y abrigo a las personas que lograron conservar la existencia. Las cosechas recién almacenadas han desaparecido, y los campos están arrasados. La miseria sería espantosa, si de toda España no acudiesen auxilios, como acuden en abundancia. Madrid sólo, dispone de elementos sobrados para atender a necesidades tan apremiantes, y la suscripción iniciada por la prensa asciende ya a considerables cantidades.

Los periódicos de gran circulación han cedido los productos íntegros de suscripción y venta durante cien días, y reunidos los redactores de todos ellos han hecho ayer y hoy una cuestación que dará grandes resultados.

Como en la inundación de Murcia, y en las desgracias acaecidas por los terremotos de Andalucía,[11] la caridad de los españoles hará prodigios. Eso consuela un poco en medio

11 Sobre *la inundación de Murcia* y *los terremotos de Andalucía* véase 30.

de tantas desgracias, y nos permite llevar con paciencia los desarreglos naturales que antiguamente se llamaban iras del cielo, y que hoy no podemos considerar como tales, pues si el cielo quisiera castigar los vicios y abominaciones de nuestra edad, no parece lógico que escogiera para ello a los inocentes habitantes de la oscura y apartada Consuegra.

B. PÉREZ GALDÓS

158
LP, 2/10/1892

Más sobre el centenario —El cólera —La ciudad de Hamburgo y sus condiciones higié- nicas —La erudición del centenario —Malandanzas políticas y económicas —Ideas que envejecen —Los conservadores y su mala fortuna —Demostraciones en pro de Sagasta —La insurrección marroquí —Madrid achicharrado —Honor al Lozoya.

Madrid, primero de septiembre de 1892.

Señor Director:

La fiesta universal del cuarto centenario del descubrimiento de América no ha empezado con tanta felicidad como la que, por especial favor de la Providencia, tuvo el famoso navegante en su primer viaje. El cólera, viajero terrible, que también sigue la derrota de oriente a occidente, ha querido sin duda hallarse presente en estas solemnidades, y corriéndose de la India al Afganistán, de aquí a Persia, para colarse después en Rusia, ha plantado sus tiendas en el norte de Europa. Su proximidad no causa ya el espanto que en otros tiempos causaba, sin duda porque nos hemos acostumbrado a ver muy de cerca, en repetidas ocasiones, su descarnada y amarilla faz. Pero aún lo miramos con bastante recelo, y todas las alegrías se turban en cuanto se nos anuncia. En vano hacemos de tripas corazón, negándole a veces la condición de asiático, calificándole con adjetivos atenuantes. Queremos disminuir el mal, aplicando su forma diminutiva a la palabra. Procuramos distraernos, nos envalentonamos con las precauciones de una cuidadosa profilaxis, y por fin, las estadísticas comparativas, probándonos con cierto artificio que ahora mueren menos coléricos que antes, nos sirven de consuelo.

Pero esto no quita que tengamos mucho miedo, y que nos apresuremos a recibir al viajero con todo el aparato de rigor sanitario que se merece. Hasta ahora, nótase que marcha en dirección del norte, lo que es un consuelo para los que vivimos en el mediodía. Pero, ¿si le da la gana de variar de parecer y, por tanto, de dirección? No hay que dar mucho crédito a estos rumbos de la epidemia, que la ciencia no conoce bien. En España, gracias a Dios, estamos libres hasta ahora; en Francia hay casos sueltos, un cólera que bien merece el nombre de benigno; en Rusia se propaga con aterradora prontitud, y en el norte de Alemania, especialmente en Hamburgo, hace grandes estragos.

Es Hamburgo una de las más hermosas ciudades de Europa y la mejor de Alemania, después de Berlín. Esta la supera por sus grandes monumentos; pero la famosa *ciudad*

libre[1] es más bella, más animada, más simpática, en una palabra. Su puerto es de una animación extraordinaria; su campiña, hermosísima; su policía, casi perfecta. Y no nos hablen de la higiene, como el mejor preservativo contra las epidemias, porque Hamburgo es un modelo de organización municipal. Sus jardines son encantadores; sus calles, muy limpias a pesar del inmenso tráfico comercial, y en cuanto a sus costumbres, hay que reconocer que son muy morigeradas, salvo en el barrio o población anexa de San Pauli, dedicado exclusivamente a las diversiones populares, al bullicio nocturno y a las expansiones de la gente joven y alegre. Hasta esto es un dato favorable a la higiene de la gran ciudad del Elba, porque fuera de San Pauli situado entre Hamburgo y Altona, ni la bullanga ni el vicio aparecen en parte alguna. De modo que no poniendo los pies en aquel arrabal *non santo*, el viajero y el indígena tienen la seguridad de no poder tropezar con ningún espectáculo poco edificante.

Hállase, pues, la vida viciosa completamente acordonada, formando barrio aparte, una especie de *ghetto,* con límites fijos. ¿Es esto un bien o un mal? Es realmente una organización acertada, pero es difícil que semejante separación de vida sea aceptada y puesta en práctica por las demás grandes ciudades de nuestro continente.

Pero si la separación entre la vida trabajadora y la vida alegre es una ventaja para Hamburgo bajo el punto de vista de la higiene, los resultados vienen a ser más morales que físicos. En cambio, el suelo de la ciudad debe ser propicio a la difusión de la epidemia colérica por la excesiva humedad. Construida en el delta del Elba, Hamburgo es una po- blación lacustre, y las masas de edificios hállanse separadas por brazos del gran río y desus afluentes, que en algunos sitios forman charcos enormes. La laguna llamada *Alster Ufer*es una preciosa decoración urbana. Pero si es cierto que las masas de agua favorecen el crecimiento y propagación del temido *bacillus,* Hamburgo está rodeado de criaderos del virus morboso.

Pues, como decía, la aparición del cólera en el norte de Europa ha venido a turbar las alegrías de las fiestas del centenario de Colón. Estas empezaron con la conmemoración del famosísimo 3 de agosto de 1492,[2] y ahora seguirán en Génova, para concluir luego en Granada, Barcelona y Madrid. Como *La Prensa* está servida por un corresponsal especial en las fiestas del centenario, testigo presencial así de lo de Huelva, como de lo que en otras localidades acontezca, no necesito extenderme en ésta, que habría de narrar de referencia.[3]

Lo que, con motivo del centenario del descubrimiento de América, se ha escrito en la prensa de todo el mundo y singularmente en la española en lo que va de año, bastaría para formar una biblioteca tan grande como la de El Escorial. En el asunto concreto de las naves que transportaron al héroe de aquella gran empresa, y para dilucidar si eran *naos* o *carabelas,* se han escrito páginas que llenarían una voluminosa enciclopedia. Y por fin ha

1 Ver 88.

2 Fecha en que parte el primer viaje de Colón del puerto de Palos (Huelva).

3 En el mes de octubre aparecen en *La prensa* artículos sobre el Centenario firmados por Lastra y Jado (véase Introducción), además de uno titulado "Crónica del Centenario", firmado por Emilio Castelar el día 17.

quedado establecido de un modo categórico que la *Santa María* no era *carabela,* como erradamente habíamos creído, sino *nao,* con lo cual nos hemos quedado tan tranquilos, libres al fin de una duda cruel.

Todas las figuras que aparecen alrededor de la de Colón, en el período histórico del descubrimiento y colonización de las Indias Occidentales, han sido discutidas y examinadas con prolijidad. Los Pinzones, el padre Marchena, Bobadilla, Juan de la Cosa, Deza, y después, Cortés y Pizarro, las Casas, etc., han pasado por el tamiz de una crítica escrupulosa. Diríase que no se había escrito aún la historia de aquellos hombres y sucesos y que todo estaba por decir. Para los eruditos es cosa socorridísima esto de los centenarios, porque se lucen fácilmente, y sus investigaciones, por lo común pesadas y fastidiosas, son más leídas que en otra ocasión cualquiera. En cuanto a Colón, es personaje más para sentido que para investigado, y cuando los eruditos le toman por su cuenta, paréceme a mí que pierde algo de la majestad que le rodea. No puede negarse que figura tan grande y bella se nos presenta con algunos de los atributos correspondientes a la divinidad y todo lo que sea manosearla y traerla de aquí para allí es deslustrarla con muy buena intención. Pasa con él lo que con las cosas divinas, y con el dogma, y es que cuanto menos se ande con ello, mejor.

***

Indudablemente, como antes digo, no se hallan los ánimos muy dispuestos para festejos. Además del cólera, que nos acecha del lado allá de los Pirineos, no faltan motivos de inquietud. Las cosas políticas no andan bien, y peor, mucho peor andan las económicas. En otros tiempos, un malestar menos grave y profundo que el presente habría ocasionado disturbios; pero ya no nos movemos por nada, y el cansancio de las revoluciones hace más prodigios que el amor a la paz. Síntoma característico de los tiempos es el escepticismo, la falta de fe en las ideas políticas cual si se hubieran probado todas, y después de la prueba, se hubiera visto que todas eran malas. Los hombres inspiran menos fe y convicción que las ideas. Y es que las ficciones doctrinarias en que se funda todo el organismo político y legal de las naciones están gastadas, como piezas de una máquina que ha servido mucho, y sufrido innumerables reparaciones y composturas. Al aproximarse el fin del siglo, lo que en los comienzos nos parecía admirable mecanismo, es ya despreciable quincalla. Se necesita, pues, hierro nuevo, forjado en nuevos talleres. Dónde están éstos, cuál es aquél, no lo sabemos; pero hay que empezar por la renovación de las ideas. Las que nos han servido desde la Revolución Francesa están ya viejas, huelen a podrido.

Pasando a un orden de consideraciones menos generales, debo decir que, según afirman los que ven de cerca la política, los conservadores gobiernan con poca fortuna. Todo les ha salido mal; en los tratados de comercio, en la ley del Banco,[4] en las economías y en cuanto tiene relación con el crédito, la administración conservadora ha sido una serie no interrumpida de desastres. Los mismos adeptos del ministerio y de su ilustre jefe no ocultan el desencanto de este período de mando, ni se atreven a negar que, después de

4 La ley de Reforma del Banco de España data del 17 de junio de 1891.

haber abjurado de sus ideas de toda la vida,[5] no han dado un paso que no haya sido un tropezón.

Dícese que no está lejana la vuelta de Sagasta, y algunos la tienen por segura antes que termine el año.[6] A muchos conservadores no les gusta este pronóstico, y sostienen que el poder se debe repartir en igualdades de tiempo entre los dos partidos llamados a turnar más o menos pacíficamente estableciendo una política de péndulo. Claro es que con este sistema sobran las ideas, y la opinión pública resulta una nueva ficción, que debe añadirse a las que ya tenemos.

Entre tanto, Sagasta es aclamado con verdadero entusiasmo, sin artificio ni preparación, en las provincias del norte que visita. Su persona despierta no sólo simpatía vivísima, sino adhesión ferviente. Es el único síntoma de fe que se nota entre tanto escepticismo. Todos confían en la buena estrella de don Práxedes; es hombre ante quien las dificultades se desvanecen por sí solas, el hombre posee misterioso talismán para ligar las voluntades y el que mejor entiende aquí *la aguja de marear,* como vulgarmente y de una manera gráfica solemos decir. Nadie conoce el país como él, y al decir país, quiero decir los caracteres, el especialísimo modo de ser de nuestra raza. En cuanto al personal político, lo tiene en la punta de los dedos, y de tanto manejarlo ha llegado a adquirir una *gramática parda,* que viene a ser un arte exquisito de trato social y político. No le pidáis conocimientos teóricos, ni sabidurías de ninguna clase. Cuanto encierran los libros es para él letra muerta. Y en rigor no le hace falta para nada. Su talento natural, y sobre todo su carácter, suple toda la ciencia investigada por otros y condensada en las letras de molde. Su indudable suprema- cía está más en el carácter que en la diligencia, y esta no saca su savia de los libros, sinode la historia política contemporánea y del conocimiento profundo de las pasiones que le rodean.

Tal es Sagasta, hombre de trato tan seductor y ameno, que quien le habla una vez queda prendado de su afabilidad. Es insustituible en la dirección del partido liberal y el más firme apoyo de la Regencia. Sus íntimos aseguran que no está tan próxima su vuelta al poder; que conviene dejar que los conservadores *se gasten* más aún. Lo que sí parece indudable es que si Sagasta extremase la oposición, apurando todos los medios para dificultar la triste existencia de los conservadores, estos durarían dos semanas. Si no lo hace, él se sabrá por qué.

***

Guerra civil en Marruecos. La *kabila*[7] de Anghera, sublevada contra el sultán. Quien quiera conocer las guerras de la Edad Media, con su inaudita ferocidad, que atraviese el estrecho y vaya a pasar unos días en el Magreb. Para que todo sea *medieval,* hay una espantosa vaguedad e incertidumbre en las noticias que de allí se reciben. El telégrafo,

5 El giro del librecambismo al proteccionismo.

6 Volvería el 11 de diciembre como consecuencia del enfrentamiento entre Cánovas y Silvela por la corrupción en el ayuntamiento de Madrid.

7 Véase 32, n. 12.

tan diligente y exacto en las impresiones que trasmite, nos tiene en constante duda sobre el resultado de esas horribles luchas entre los angherinos y las tropas del sultán. El fiero caudillo, a quien dan el impronunciable nombre de H`Man, parece algunos días vencedor prepotente, otras vencido y reducido a la nada. En cuanto a crueldad de aquellos ejércitos, hay que remontarse a los tiempos de Tarik[8] para encontrarla semejante. La pólvora para combatir y el telégrafo para comunicar los hechos de armas establecen diferencias de forma entre estas campañas sarracenas y las de tiempos muy lejanos. Últimamente se ha dicho que si los rebeldes angherinos son vencidos, se refugiarán en Ceuta, buscando amparo en nuestro pabellón; es decir, que se harán españoles. No nos hace en verdad maldita falta esta inmigración de guerrilleros salvajes, que difícilmente adquirirán nociones de disciplina. Lo más probable es que vayan a Gibraltar, poniéndose bajo la salvaguardia de la poderosa Inglaterra, que ya sabrá sacar partido de la protección que les dé.

***

Nos hallamos ahora en pleno verano, sufriendo los rigores de una temperatura altísi- ma. Madrid se desconoce: durante el día, en las calles iluminadas por un sol abrasador, apenas se ve gente. Por las noches, el vecindario sale a respirar un poco, y aunque los muros de las casas parecen despedir lumbre, y los paseos están llenos de polvo, no hay más remedio que salir a esperar el fresco, un fresco de engañifa que apunta a eso de las once de la noche y dura hasta rayar el día. Recoletos y el Prado rebosan de gente, pues aunque media población ha ido a baños, la que permanece aquí abulta mucho, porquenadie o casi nadie queda dentro de las casas. Los teatritos al aire libre, los circos ecuestresllénanse de bote en bote, y los puestos de agua, institución propiamente madrileña, se ven tan favorecidos como los mejores cafés durante el invierno. Y en ellos no se sirve más queagua; pero sin temor de incurrir en exageración patriótica, puede decirse que es la mejor agua del mundo. De los azucarillos, nada digo, por ser un artículo en el cual caben altera- ciones. Pero el agua no es susceptible de ninguna mistificación. Hay en Madrid aficionados que casi se emborrachan con ella, que la paladean, la catan y distinguen perfectamentelas dos o tres clases que tenemos: *Lozoya, Cibeles* y *Encarnación.* La marca *Lozoya,* diganlo que quieran algunos bebedores muy inteligentes, pero harto apegados a lo antiguo,es la mejor de Madrid y, por consiguiente, del mundo. Hay puestos en el Prado que han adquirido celebridad por la limpieza de los botijos en que el preciosísimo licor se vende, por la pureza de este y por la frescura incomparable. Sin el Lozoya, que penetra en Madridpor un grandioso canal en que se han gastado muchos millones, la vida de Madrid sería insoportable. No es raro encontrar en las tertulias amenas que se forman en los bancos delos puestos de agua, algún viejo de buena memoria que hace descripciones terroríficas de lo que era Madrid en verano, antes de *la redención del mundo,* es decir, antes de la traída de aguas, obra humanitaria que debemos a Bravo Murillo. En aquellos tiempos angustiosos

8 *Tarik*, líder de los bereberes Nafza, dirigió la conquista musulmana de la península ibérica, según crónicas árabes de los siglos X y XI.

en que el ayuntamiento subía agua del Manzanares en cubas, para echarla en las fuentes con objeto de producir un efecto puramente moral en el público; en aquellos tiempos en que una familia de modesta fortuna no podía proveerse de agua más que para beber, pues la necesaria para lavarse costaba un ojo de la cara, se mascaba el polvo en las calles que no conocían el riego. No había más paseos que el Retiro y el Prado, y el primero, perteneciente a la Casa Real, estaba en su mayor parte cerrado al público. En el Prado, que el ayuntamiento regaba, se congregaba toda la sociedad, pues entonces sólo las personas más ricas, inmensamente ricas, salían a veranear. En aquellos tiempos era frecuente ver a un vecino que entraba con su pucherito en la casa de al lado pidiendo por amor de Dios un poquito de agua para afeitarse. Había entonces un verdadero ejército de aguadores, en su mayor parte gallegos y asturianos, que surtían las casas a tanto la cuba. Todavía se encuentran por ahí algunos ejemplares sueltos de aquella honrada clase, con su calzado monumental y su mandil de cuero. El aguador era como una ampliación del inquilinato. Sin él no se podía vivir.

Del año 60 acá, o del 58, pues no estoy seguro de la fecha,[9] han cambiado radicalmente las cosas. Raudales de agua purísima y de superior calidad se distribuyen por todas las casas, suben a todos los pisos, refrescan la atmósfera, alimentan espléndida vegetación. Madrid se ha transformado; hay quien sostiene que el termómetro sube menos que antes, pero aunque esto puede ponerse en cuarentena, no cabe dudar que los veranos de hoy son más tolerables que los de antaño. Y no faltan gentes fanáticas de la Villa del Oso que sostienen que es muy incómodo viajar y salir a baños, que en ninguna parte se pasa la canícula como en Madrid.

B. PÉREZ GALDÓS

9 Véase 15, n. 3.

1893

159
LP, 18/6/1893

DIVAGANDO

Madrid, 10 de mayo de 1893.[1]

Señor Director de *La Prensa*:

Al reanudar mi interrumpida colaboración en *La Prensa* me asaltan dudas sobre la materia de estos trabajos. Quisiera darles la mayor variedad posible, apurando el ingenio y buscando en todos los órdenes de ideas algunas de que pudiera aprovecharme para tema de estas conversaciones con mis benévolos lectores de Buenos Aires. Pero temo que el ingenio me falte, y que no encuentre en él ni fuera de él la diversidad de frutos y flores que me hacen falta. Cuento siempre con los acontecimientos imprevistos de esos que apasionan, y dan cordelejo para disertaciones que pueden ser amenas si caen en manos que los sepan hilar. Cuento, además, con las flaquezas humanas que por todas partes nos cercan, ofreciéndonos materia de estudios, que pueden ser profundos, según quién los haga. Cuento también con las personalidades ilustres de la política, de las letras y de las artes, que ofrecen, ¿a qué dudarlo?, una galería de retratos en extremo curiosa. Y cuento, en fin, con los tipos o caracteres generales, sin personalidad concreta, pero palpitantes de vida, y muy del caso para entretenimiento y enseñanza siempre que haya habilidad para presentarlos.

Asuntos no han de faltar. El mundo antiguo, las generaciones pasadas, ofrecen tema sabroso cuando lo presente se nos ofrezca estéril, y, si me apuran, hasta las generaciones venideras podrían sacarme de un compromiso en caso de que nuestros coetáneos dieran poco de sí en un momento dado. Lugares variados no faltarán tampoco, porque si el suelo patrio no resulta fecundo, abiertos están todos los caminos para buscar comidilla fuera de España, ya en la nebulosa Inglaterra, que conozco bien, ya en Francia o Italia. El mundo es muy grande, los pequeños somos nosotros. Procuremos crecernos un poco, abandonando la rutina, ensanchando la esfera de nuestros conocimientos, visitando tierras y regiones que no conocemos, tratando hombres diversos, ya sean civilizados, ya salvajes, o del genero intermedio, que es lo que más abunda.

Y ahora me pregunto: ¿Y cómo empiezo? Los comienzos de toda obra de arte (y obra de arte es una serie de cartas, aunque de las más familiares) son siempre muy difíciles. Quien ha escrito cincuenta volúmenes puede dar fe de que cuanto más escribe, más trabajo le cuesta empezar una obra. El trabajo literario tiene su infancia, sus primeros pa- sos vacilantes, la inseguridad de una vida que empieza. En los comienzos de la obra dearte todo parece mal: las primeras palabras que se escriben infunden siempre escrúpulos. Quiere uno elegir lo mejor, y no ver con tanta claridad los defectos. La timidez solo se va venciendo con el trabajo, y con un robustecimiento pausado y metódico de la conciencia

1 En el original de *La prensa* la fecha aparece al final de la Carta, debajo de la firma.

literaria. El asunto se va presentando más dócil cuanto más se le trata y maneja, hasta que desaparecen los escrúpulos. Luego vienen otra clase de inquietudes; pero las vacilaciones y el malhumor de los primeros pasos ya no vuelven.

Bueno. Empiezo. ¿Y a qué daré la preferencia? ¿A la política, a las letras, al arte pictórico, a la arquitectura, a las costumbres, a las modas? ¿O me meteré resueltamente en el terreno de las personalidades? *L'embarrás du choix* me invade[2] y no hay martirio inferior a esta cruel duda sobre qué asunto será el primero que trate. No es tan fácil decidirlo, porque si en la segunda o la tercera carta podría pasar asunto de mediano interés, y si se quiere fastidioso, en la primera hay que buscar lo superior, que superior género existe siempre. El *quid* está en saberlo buscar.

Suponiendo que me da la ventolera de empezar por la política, ¿qué voy a decir que interese al otro lado de los mares? Nuestra política es hoy muy a la menuda, y no se destaca en ella ningún pensamiento alto, ni ninguna personalidad brillante y que merezca el nombre de *nueva.* Todas las *fichas*, empleando un término de juego lícito, son ya conocidas, y aún están algo averiadas de puro uso. Nos sabemos de memoria a todos nuestros hombres políticos, y cada partido es un museo empolvado y revuelto, en el cual no entran ya visitantes.

Podría, no obstante, dejando en la oscuridad que merecen los sucesos políticos, es- bozar alguna figura de las que, de treinta años acá, ocupan los primeros lugares. Perolos escrúpulos me asaltan de nuevo. Bien merece Sagasta los honores de un retrato; mas estando ahora en candelero, la ocasión no me parece oportuna. Lo mismo me pasa con Cánovas, pero la desgana de retratarle se funda en el motivo contrario. Más oportuno será cuando esté en el poder.

Empezare por la literatura. Pero aquí *l'embarras du choix* toma proporciones alarmantes. Hay tanto y tanto de qué hablar que no podría elegir asunto sin echar suertes por algún procedimiento de los que se usan para interrogar al destino. El teatro, la novela, la crítica, igualmente reclaman la preferencia, y el temor de hablar con precipitación de cualquiera de aquellos asuntos, me obliga a aplazarlos todos. Seguramente lo haré mejor después de haber empezado de alguna manera. ¡Empezar! ¡Maldita contrariedad! ¡Qué hermoso sería haber empezado ya, y que esta carta, en vez de ser la primera, fuera la segunda! Hablaría desahogadamente de cualquier cosa, pintura, escultura, artes decorativas, pues los asun- tos, una vez roto el enojoso silencio, salen enredándose uno en otros, como las cerezas al ser sacadas del cesto.

Positivamente no sé cómo empezar, y para aguzar el ingenio me doy mentalmente un paseo por Madrid. Encuentro compañías extranjeras en todos los teatros, pues esta es la época en que las compañías españolas andan por las provincias. Ópera italiana, ópera francesa, música, mucha música, de la fácilmente inteligible pues la Sociedad de Conciertos, con Wagner y su escuela, se ha ido a Barcelona.[3]

2 *L'embarrás du choix*: 'La dificultad de decidir'.

3 Para la *Sociedad de Conciertos* véase 33.

Los circos ecuestres, con sus ninfas aéreas, sus hermosuras de trapecio, y los mil casos de agilidad o de fuerza que produce la gimnasia inglesa o italiana, disputan el público a los espectáculos líricos, y casi casi les llevan ventaja. El calor sofocante arroja de sus casas por tarde y noche a las familias madrileñas. Madrid es el pueblo del mundo donde más se pasea y donde menos se va al campo. El paseo que podríamos llamar oficial, consistente en exhibir la personalidad en sitio de público recreo, en ninguna parte tiene más desarrollo que aquí. No hay en el mundo una calle de Alcalá que parezca domingo todos los días de la semana. Para esta ventajosa calle como para Recoletos, el Prado y Retiro no hay días laborables. Ninguna tarde del año se ven desanimadas. Da gusto recorrerla de un extremo a otro, y ver tanto semblante rebosando satisfacción. Las conversaciones suelen ser, en esta hora plácida del paseo de una insustancialidad deliciosa. Se habla de lo *niños vendidos* sin dar gran crédito a lo que dice la prensa. Se comenta el *crimen del día* acumulando todas las circunstancias atenuantes sobre la persona del criminal. Se habla más de las torpezas de los jueces para descubrir los delitos que de la perversidad de los reos para cometerlos. Se habla de política con un escepticismo que no deja lugar a duda sobre la inutilidad de todas las instituciones existentes.

Divagando por sitios menos céntricos, hallo a Madrid encantador, alegre como nunca. Todo luz, frescura, animación. Es la época de la fresa. Imposible dejar de clasificar las épocas del año por la fruta que en ellas abunda. Los días de la fresa son risueños, todo mayo, parte de junio, días de toros y forasteros, de trajes ligeritos y de mucho barullo por las calles. Bien distinta es la época de los melones, allá por octubre, cuando se abre la Universidad y empiezan a venir a Madrid los caciques que olfatean la apertura de las Cortes. Pasada la deliciosa etapa de la fresa, viene la de las cerezas y los albaricoques, también bonita en sus comienzos, porque después aprieta el calor y no hay quien pare en este pueblo, que es un freidero. El verano hace un paréntesis en la vida normal de todo madrileño que disfruta de un mediano bienestar. La emigración se impone, y ya no hay que volver a Madrid hasta la época de las uvas de albillo, la mejor uva del mundo, según he dicho en otra ocasión.

Dejando para otra coyuntura la descripción acabada de la capital de España según los tipos de fruta que se venden en los mercados, sigo el vistazo que doy a las animadas calles, costanillas y plazuelas de esta extraña villa tan imperfecta, con imperfección irremediable bajo algunos puntos de vista, tan alegre y hospitalaria siempre. El Madrid social lleva no poca ventaja al Madrid urbano, a pesar de los evidentes progresos que en este se advierten. Pero cuantas reformas pueden idear el arte y la ciencia no variarán el suelo en que el testarudo Felipe asentó su corte, suelo por demás ingrato, irregular, compuesto de lomas arenosas, sin vegetación, con escasos aunque muy buenos manantiales de agua potable.

Hoy por hoy, Madrid ha tomado un desarrollo grande; pero este, si continúa, no podrá pasar de ciertos límites, impuestos por la naturaleza. Aun suponiendo que la industria y el comercio, lo que no es probable, tomaran incremento, no se concibe cómo podrían vivir aquí un millón de madrileños. Dos millones sería ya cifra absolutamente imposible. Un incremento rápido de la población plantearía un arduo problema pues la eliminación de las aguas impuras no podría hacerse en el Manzanares (del cual se dice que en verano

hay que regarlo para que no levante polvo), y habría que canalizar en busca del Jarama o del Tajo. Madrid crece y crece. Los edificios públicos aumentan de día en día, y las casas nuevas de vecindad son tantas, que aterra ver cómo se improvisan barrios de colmena, en los cuales se apiñarán las generaciones futuras, empujadas por la presente. La población nueva resulta en su caserío tan densa como la antigua, y el hormiguero toma proporciones alarmantes. Luego vendrán los higienistas a medir a cada vecino los metros cúbicos de aire que le corresponden; pero entonces el mal no tendrá ya remedio, porque no se pueden derribar arrabales enteros todos los días. Entre los edificios públicos encuentro, además de la Biblioteca, en que se haya instalada la Exposición Histórica, la nueva estación de Atocha, que sirve los ferrocarriles del mediodía, Valencia y Barcelona, la nueva Bolsa, inaugurada estos días, el Hospital de San Juan de Dios, el Hospital Militar en término de Carabanchel, el cuartel de María Cristina, y otros de menor importancia.[4]

A propósito de la Exposición Histórica que tan poderosamente llama la atención del mundo entero, es muy general la opinión de que debe declararse permanente, es decir, que los riquísimos objetos allí presentados, procedentes los más del tesoro de las catedrales, no deben volver a su destino. Se teme, y con razón, que la pobreza de nuestro clero, tentada por la codiciosa opulencia de los anticuarios extranjeros, nos prive de aquellos tesoros inapreciables. Se quiere que el gobierno adopte medidas semejantes a las que rigen en Italia, donde el Estado tiene el derecho de tanteo sobre toda obra de arte que sale a la venta, ya sea propiedad del clero, de las corporaciones, y aun de particulares.

Realmente, es lastimoso que las preciosidades de extraordinario valor y de inaudita belleza que se exhiben en el palacio de la Biblioteca no continúen allí, para estudio de los artistas, para recreo de todo el mundo. La cuestión es difícil de resolver, porque los cabildos de las catedrales reclaman y redamarán siempre lo que solo a título de devolu- ción entregaron. La exposición tiene que deshacerse; pero al propio tiempo, está fuera de duda que los cabildos no pueden deshacerse de ningún objeto destinado al culto sin per- miso del Estado. Fácilmente podría este intervenir los actos del clero catedral; pero, ¿qué intervención eficaz cabe en el clero parroquial, mayormente en esa multitud de iglesias, capillas y santuarios que existen en todas las comarcas de esta religiosa nación? Infinitos objetos de orfebrería, pinturas, esculturas, cornucopias, arcones, telas admirables, que hoy enriquecen el Kensington Museum, y el Museo del Louvre, proceden de los empobrecidos templos españoles. Los infelices conventos de monjas, entre los cuales hay muchos que viven de milagro, se han despojado de sus tesoros artísticos para que las comunidades pudieran vivir. En nuestros tiempos, la liquidación religiosa, es un hecho incontrovertible y contra el cual nada pueden las declamaciones sentimentales de los creyentes más o menos sinceros. La vida claustral, sobre todo, se acaba sin remedio; los particulares, como antaño sucedía, no la sostienen con los donativos y mandas piadosas; es rarísima ya la persona de

4 La Biblioteca Nacional y la nueva estación de Atocha se inauguraron en 1892, esta última construida a partir del "embarcadero de Atocha" (1851); la nueva Bolsa, o palacio de la Bolsa, se acababa de inaugurar el 7 de mayo. El Hospital de San Juan de Dios, el Hospital Militar de Carabanchel, y el cuartel de María Cristina estaban aún en construcción.

alta posición, que hoy aporta a la comunidad una valiosa dote; y por fin, el Estado, con la balumba de atenciones que sobre él pesan, no pueden atender a las pobrecitas esposas del Señor, que perecen de hambre en los históricos monasterios, algunos de inapreciable valor artístico e histórico. Realmente, es un milagro cómo viven aquellas míseras damas, y cómo al par que sus existencias, van sosteniendo con más apuros y privaciones las casas en que viven, para que no caigan y se desmoronen ante la acción implacable del tiempo. En la última temporada que pasé en Toledo,[5] tuve empeño especial en conocer todos los conventos de monjas que, en aquella monumental ciudad, subsisten habitados. Si no recuerdo mal, son quince, y en la mayor parte de ellos no hay más que dos docenas de religiosas. Los vi todos; refiérome a las iglesias, que en el interior claustral no es posible penetrar. Pero aun ver las iglesias y examinarlas detenidamente es cosa muy difícil porque solo se abren a las cinco de la mañana en verano, y están abiertos el tiempo necesario para la misa rezada, único acto del culto que su pobreza permite a las actuales reclusas. Hay convento en que solo se celebra los domingos. Para visitar las iglesias a otra hora, es preciso buscar una recomendación para el capellán o entenderse con el sacristán, que para casos tales obtiene de la madre superiora permiso para abrir a horas extraordinarias. Por lo común, las buenas señoras no ponen obstáculos a los visitantes; al contrario, gustan de que gente forastera examine y admire las hermosuras que aquellas humildes iglesias atesoran, y no pierden ocasión de sacar partido de la visita, si por acaso va entre los expedicionarios alguna persona que puede favorecer sus menguados intereses.

Vagando como sombras por el coro bajo, envuelto en penumbra misteriosa, atisban al forastero, se enteran, no sé cómo ni por qué medios, de su calidad y nombres de las personas, y como entre estas haya alguna que desempeñe cargo oficial o parlamentario, no pierden ripio, y entablan conversación con él, y con frase melosa y suplicante le ruegan interponga sus buenos oficios con el ministro de Gracia y Justicia**,** para que conceda a la comunidad alguna mísera suma que necesitan para componer el tejado del convento.

Da dolor oír los relatos que hacen del deplorable estado del edificio. En este se han podrido las vigas del techo, y las infelices están amenazadas de morir aplastadas el mejor día; en aquel se desploma un muro, dejando al descubierto la mitad de la celda. Naturalmente, el ministro no puedo atender estas reclamaciones, porque la cantidad presupuesta para reparación de templos es muy reducida, y como todos los conventos de monjas se desmoronan a la vez, porque todos son viejos y están mal atendidos, resulta que las desgraciadas reclusas no pueden ver atendidas sus peticiones.

Honda tristeza deja en el ánimo el espectáculo de aquellas venerables casas… Es un mundo que se acaba, que desaparecerá totalmente bien pronto. Toda grandeza terminada infunde piedad y respeto. ¡Pobres monjas! Ayer opulencia, arte, culto espléndido, fe; hoy abandono, miseria, ruinas, polvo, escepticismo.

B. PÉREZ GALDÓS

5 Probablemente, esa *última temporada* fue en 1890, mientras preparaba *Ángel Guerra* de gran relación con la vida conventual.

160
LP, 23/6/1893

BOSQUEJOS PARLAMENTARIOS

El Congreso —Salón de Conferencias —Grupos permanentes y accidentales —Salón de Sesiones —Las tribunas.

16 de mayo de 1893.

Señor Director de *La prensa*:

La sesión de tres días y tres noches en la Cámara popular, el obstruccionismo que la ha motivado, y la plaga de discursos que es consiguiente, reverdecen la cuestión del parlamentarismo, y de si es o no conveniente la conservación de un sistema en que la acción gubernativa se ahoga en un diluvio de palabras. Personas hay de espíritu muy liberal y de rectas intenciones que no ven ya con simpatía el famoso sistema y desean su radical reforma. No se ha demostrado, ni mucho menos, que el parlamentarismo, tal como lo practicamos ahora, sea un manantial de felicidades para los pueblos, ni que el principio de la soberanía nacional haya encontrado su forma definitiva. En la conciencia de todo el mundo está que el actual reglamento de las Cámaras es un puro desatino; pero nadie se atreve a poner la mano en él. Es más: no se ha llegado a encontrar la fórmula de la reforma del tal reglamento. Que hay que poner diques a la palabra es indudable; que urge vigorizar la iniciativa de los gobiernos también parece demostrado; que la representación nacional debe manifestarse de un modo más práctico y eficaz no tiene duda; pero no hemos visto aparecer todavía el Colón que nos descubra ese hermoso mundo del nuevo organismo parlamentario. Sabemos que existe: nos lo demuestra el mismo malestar presente. Lo que desconocemos es el camino para ir a él.

No incurriré en la vulgaridad de comparar las instituciones, o más bien costumbres parlamentarias de Inglaterra con las de por acá. Todo el mundo sabe que allí las cosas son muy distintas, y que lo mismo que es aquí deplorable resulta allá útil y práctico. Hasta los niños de la escuela saben que en las Cámaras británicas, el aluvión de la palabra tiene su mejor dique en la prudencia de los oradores, que allí el *Speaker* es un cargo puramente reglamentario, no político; que los vicepresidentes no son candidatos indispensables a ministros; que los secretarios son pura y simplemente empleados de la casa; que las secciones no existen con el barullo de intrigas y combinaciones que por acá tenemos; en fin, que aún aquello en que la semejanza entre uno y otro país es completa, allí resulta bien, como aquí resulta mal. De donde se deduce que las personas, y no las leyes son las que en primer término deben reformarse. Pero dejemos esto. No quiero insistir en cosas sabidas de todo el mundo.

El interior de nuestra Cámara popular, los hábitos y rutinas de aquella casa, todo lo material fácilmente apreciable a la vista serán objeto de esta carta. La tarea no es difícil para quien ha concurrido asiduamente día por día, durante cinco años, a los pasillos, salones y rojos escaños del Congreso. No dudo que gran parte de lo que allí se ve no difiere de lo

que existe en las Cámaras de otros países; pero algo habrá también de peculiar y característico. Esto precisamente es lo que procuraré no se me escape en la descripción que sigue.

El edificio en que está instalado el Congreso es nuevo y malo. Apenas cuenta treinta años: fue construido expresamente para su actual destino, y ya andan locos todos los presidentes buscando medios hábiles de hacer otro nuevo. No tiene luces, ni ventilación, ni holgura; no tiene más que lujo, un lujo algo reñido con la comodidad y aun con la elegancia.

***

La dotación del Congreso no es un grano de anís. Las Cámaras poseen recursos para ostentar dignamente su representación. Esa parte importante de la soberanía, vive con decoro y no deja de lucir cierto aparato de majestad reinante cuando hay ocasión para ello. Gobierna la casa una comisión de diputados, con el presidente. Dicha comisión, no se limita a distribuir la dotación de la casa, ni a vigilar los gastos. Ejerce también las funciones de mecenas, protegiendo en cierta medida las artes y las letras. El Congreso y el Senado compran, pues, cuadros de los primeros artistas, y aún de les segundos y terceros, y las bibliotecas de una y otra Cámara destinan parte de sus fondos a adquirir obras de este y el otro autor que lo solicita, dándose el caso de que más de una, y más de cuatro veces se compran libros de muy dudoso mérito, y hasta ediciones enteras cuyo destino es pudrirse en los desvanes de la casa.

El presidente tiene tres habitaciones muy hermosas para su despacho, y otras tres los ministros: esta serie de estancias, decoradas con lujo y *confort,* son lo mejorcito de la casa. Lo demás lo ocupan la secretaría, la biblioteca y archivo, la redacción del diario, las secciones, y por fin el llamado Salón de Conferencias, y el de Sesiones, que es donde está el principal interés del edificio, y de… la institución.

El Salón de Conferencias equivale a cualquiera de las salas de conversación que hay en cualquier casino. Es una espaciosa cuadra con luz cenital. Su decorado no carece de pretensiones arquitectónicas, del estilo académico del reinado de Isabel II, con los retratos de los presidentes en el friso y anchas puertas laterales que comunican con los escritorios, cantina y pasillos. Allí, en días de sesión animada, no se puede dar un paso sin tropezar con diversos grupos, compuestos de diputados que son, diputados que fueron, periodistas, y multitud de personas, entre las cuales hay algunas que se pasan todo el santo día en aquellos divanes platicando dulcemente sobre todo lo que salta, sea política, sea cualquier comidilla social y anecdótica. Son ex gobernadores de provincia, candidatos derrotados en las últimas elecciones, pretendientes fosilizados por la ineficacia de sus gestiones, o personas de indefinida filiación política, que van allí por pura afición, por *diletanttismo*, sin meterse en honduras, cosa en verdad extraña y que prueba la enorme variedad de los gustos humanos.

En días de agitación parlamentaria, se condensa en el Salón de Conferencias todo el interés sicológico, digámoslo así, de la vida de las Cámaras. Es aquella la vida interna, y la sesión queda reducida a la expresión oficial e hipócrita de las ideas y de las pasiones. En tales días, si la cuestión que agita a toda aquella gente es una disidencia en la mayoría,

los grupos y la marejada que en torno a ellos se forma llegan a su mayor intensidad. Por lo común, la discusión de una ley, aunque entrañe la mayor gravedad, no levanta gran tumulto, si al propio tiempo no produce algún trastorno de carácter personal, y divisiones en la mayoría, piques entre los ministros, disgusto o mal humor del presidente de la Cámara. Cuando esto ocurre, los jefes de grupo, los guerrilleros parlamentarios que trabajan con los ejércitos si les conviene, o se bandean solos, molestando con emboscadas y asaltos imprevistos a las fuerzas regulares, son los que dan al Salón de Conferencias el carácter de plaza pública. Pero hay que hacer constar que aun siendo personales las cuestiones que tal agitación produce, rara vez se agria la palabra en los labios de aquellos señores. Es muy raro que se suscite en tales coloquios una de esas querellas que acaban a trastazos en una u otra forma.

Amistosa y casi familiarmente se elabora la intriga, ya sea de las que tienen amplio teatro en la sesión *coram populo*,[1] ya de las que se desarrollan en el tapadillo de las secciones. Pasaron aquellos tiempos en que progresistas y moderados, los dos bandos irreconciliables, tenían partido el campo en el salón, y los unos conferenciaban a la izquierda, los otros a la derecha, sin cambiar una palabra; ni siquiera el saludo. Hoy todos son amigos; a la antigua *división de plaza* ha sustituido una fraternidad y compañerismo que sancionan en cierto modo la intriga y le quita todo carácter tenebroso. Verdad que este progreso ha desvirtuado un poco los caracteres, relajando la moral política. Pero en cambio, hay la ventaja de que toda trama, por intrincada que sea, se deshace más fácilmente.

Los periodistas completan la misión de estos grupos, y son en rigor los que le dan toda su gracia. Ellos van en busca de información. De allí sale lo que por la noche o el día siguiente se escribe bajo el rótulo de *círculos políticos*, o cosa tal. Los *círculos políticos* son los grupos del Salón de Conferencias o del *restaurant,* amén de las reuniones que a última suelen tener los *chicos de la prensa* en algún café o chocolatería. Entre los periodistas, la fraternidad es mayor aún que entre los diputados. Desde los carlistas a los republicanos, todos son amigos y compinches. Hay entre ellos muchachos muy aventajados. El periodismo suele ser aquí, y creo que en todas partes, el noviciado de la política. Muchos redactores de los principales diarios salen a diputados y ocupan después puestos de importancia. Raro es el hombre político que no haya hecho sus primeras armas en la prensa. Muchos proceden del foro. También hay médicos, ingenieros, arquitectos.

Las informaciones que los periodistas obtienen con esfuerzos de lengua y pies y manos en el Salón de Conferencias, no siempre se ajustan a la verdad. Hay en esto, como en todo, conciencias escrupulosas y conciencias anchas. No puede negarse que la prensa madrileña resulta bien informada en todo lo que es de carácter personal. De fijo no se le escapa si un personaje político está más o menos acatarrado, si habló o no habló con el presidente, si está de mal talante porque no le han complacido en tal o cual cosa. Gracias a un periodismo diligente y a la febril actividad de los *reporters* sabemos todas las mañanas multitud de noticias referentes a menudencias de la vida política, que en rigor no interesan

1 Véase 132, n. 3.

a nadie. Pero ellos no tienen la culpa de que en el país no surjan cuestiones de verdadera gravedad: que no tengamos guerra con ninguna nación, ni siquiera con Marruecos; que no haya tampoco ninguna cuestión interior concreta de notoria importancia nacional. Por esto, la información periodística no es, en buena cuenta, más que chismografía, manjar propio de paladares estragados.

Los ministros rara vez son vistos en el Salón, como no sea de paso, y apenas se detienen, porque se formaría en torno de ellos un grupo tan apelmazado, que no podrían dar un paso. El presidente del Consejo (Sagasta) pasa por allí como un relámpago, saludandoa todos con su habitual *bonhommie*. Es hombre tan campechano, que se atreven a interrogarle con la mayor franqueza los periodistas más humildes. Y no es persona que rehúye la familiaridad, pero esta no quebranta en él la estricta discreción, virtud que posee en alto grado. Dice lo que le conviene, y se calla lo que debe callar. El otro presidente (Cánovas) no es tan accesible a la curiosidad de los periodistas. Son muy pocos los que se atreven a interrogarle, conociendo el mal genio que gasta, y la altanería que suele usar. Hay *reporters* tan audaces, que intentan asaltar la impenetrable fortaleza del carácter de don Antonio, mal acostumbrados por la llaneza progresista de don Práxedes.

***

El Salón de Sesiones es aburridísimo, cuando el de Conferencias rebosa de animación y bullanga. Ábrese la sesión a las dos, casi siempre sin número bastante de diputados, y si hay alguno que reclame la aplicación del reglamento, el presidente se ve obligado a aplazar la sesión. Pero esto solo pasa en días de marejada obstruccionista, y común- mente empieza el debate ante media docena de padres de la patria. La primera parte dela sesión se destina a preguntas, una de las más calamitosas corruptelas del reglamento, pues se reduce a que los diputados pidan desde su escaño tales o cuales documentos,que el ministro promete traer, y luego no los trae, y el otro los vuelve a pedir. Son las preguntas un medio de satisfacer vanidades de campanario, sin más objeto que hacer en el *Diario de sesiones* la preguntita o la reclamación para que la lean *los del pueblo*y vean qué interés tan grande inspiran al diputado los asuntos de su distrito. Menudea también a esta hora la presentación de exposiciones. Los ministros hacen un papel bas- tante desairado, contestando a tanta impertinencia y prometiendo lo que ya se sabe que no han de cumplir.

Siguen las interpelaciones, entre las cuales las hay de carácter puramente comunal. Las de carácter político ofrecen gran interés. Y por fin se entra en la orden del día: la discusión de un proyecto de ley de… Del grado de vehemencia y saña que tenga el debate depende el interés de la sesión. Si no se atraviesa ninguna cuestión personal o algo que ponga en peligro la vida del gabinete, la tarde resulta fastidiosa, los escaños están medio vacíos y en las tribunas hay poca gente.

Pero si se trata de algo que huela siquiera de lejos a crisis, aunque la cuestión sea en el fondo de las más baladís, ya tenemos los bancos *au grand complet,* hasta el punto de que hay diputados que no hallan donde sentarse, porque los senadores se apoderan de

los huecos sobrantes, y hasta se dificulta el paso para entrar y salir. Hasta los porteros demuestran por lo que se discute un interés que no se aviene bien con sus uniformes de servidumbre palatina, y los maceros mismos, rígidos dentro de sus dalmáticas,[2] parecen estatuas de la atención.

No quiero dejar de decir algo de las tribunas. La pública está casi siempre llena de pueblo. Por San Isidro es difícil penetrar en ella, porque los forasteros que vienen a la feria en los trenes baratos, y son designados con el nombre de *isidros,* ni a tiros se vuelven a sulugar sin ver las Cortes, y allí se están haciendo cola en la calle del Sordo hasta que les tocael turno y entran, y ocupan su sitio con gran compostura; y allá se están hasta el fin de la función, abriendo medio palmo de boca, oyendo con delectación lo que se dice, aunque no entiendan una palabra.

En la tribuna diplomática se ven algunos señores que van allí a pasar un ratito, si hablan buenos oradores, y son los únicos instalados con holgura. En las tribunas de orden, y en la de señoras no cabe la punta de un alfiler. Hay señoras de alta estirpe, a quienes bien podemos llamar abonadas, porque no faltan nunca a las sesiones de interés; otras van cuando habla el esposo, el hermano, el primo, el amigo. Van las mamás, cuando el niño recién salido a la vida política hace sus primeras armas con un discursito bien preparado. Van muchas otras sin más objeto que ver y admirar la sesión y el tumulto que se forma, y todas salen disgustadas cuando no se arma un grave alboroto. El calor sofocante que suele reinar allí en estos meses, perjudica bastante a la belleza de damas de la tribuna; pero, no amengua su loca afición a los discursos.

Impávidas están hasta el fin. Suelen recibir obsequios de caramelos y bombones, y así van pasando el mal rato y las apreturas. Lo terrible es cuando van con propósito *y* certidumbre de oír a un grande orador, y el demonio, que todo lo enreda, trastorna el plan parlamentario, y toma la palabra uno de esos abogados que hablan como por maquinilla, y al fin y a la postre no dicen nada. Las señoras y todo el público de las tribunas protesta bostezando; pero el orador no se da por entendido, y sigue, y sigue, Cuando concluye, la viciada atmósfera parece llenarse de una inmensa y brutal protesta contra el régimen parlamentario.

—¿Qué opina usted, marquesa, del debate de hoy?

—Nos han engañado, toda esa gente debiera ir a la cárcel, el orador, el presidente, los maceros y hasta los leones del pórtico.

Me falta espacio para describir la sesión y sus peripecias. Otro día será.

B. PÉREZ GALDÓS

2 Túnicas abiertas por ambos costados.

161
LP, 25/6/1893

BOSQUEJO PARLAMENTARIO
(Continuación)

Santander, 24 de mayo de 1893.

Señor Director de *La prensa*:

Continúo el bosquejo de las sesiones en nuestra Cámara popular.

Debo indicar, ante todo, que si no hay Cámara en el mundo donde el reglamento, tenga menos recursos para atajar los desbordamientos de la palabra, tampoco la hay donde la palabra sepa contenerse mejor dentro de los límites que impone la cortesía. Aquí no se recuerda ningún caso de cruzarse entre los diputados frases soeces y malsonantes. Bofetadas, tengo por cierto que jamás se han dado ni tampoco recibido en nuestro parlamento. Los altercados de carácter ultrajante que diariamente ocurren en las Cámaras francesas, aquí no son ni siquiera posibles. Suelen cruzarse, sí, frases agresivas, más duras por la intención que por la forma; pero el presidente les pone correctivo al instante. En general, la autoridad presidencial es unánimemente respetada, así por los ministeriales como por los de oposición. Los debates rarísima vez son destemplados e inconvenientes, y cuando lo son, fácilmente retiran los oradores toda palabra ofensiva.

En cambio de esto, tenemos la desgracia de que en ningún país del mundo se habla tanto. Los presidentes no aciertan a limitar el uso inmoderado de la palabra; no se atreven a ello, porque el divagar y el amplificar sin medida ha adquirido fuerza de costumbre, y contra las costumbres nada puede la razón Si, alguna vez, un presidente ha intentado cortar los vuelos a la oratoria de muchos que saben cuándo empiezan, pero no cuándo acaban, bien pronto se ha declarado vencido, viendo en el remedio mayores males que en la enfermedad. En fin, que en esto de los discursos largos no nos gana nadie, y si la felicidad de un pueblo se midiera por los kilómetros de texto impreso que publica el *Diario de sesiones,* no habría en el mundo país más venturoso que el nuestro. Justo es añadir, no obstante, que hay en nuestro Congreso brillantes oradores en todos los géneros de la retórica política: pero también es cierto que los tenemos insustanciales, hueros,[1] y por añadidura de una facilidad lastimosa para enjaretar cláusulas sin decir nada de provecho.

El llamado *banco azul,* que ocupan los ministros, y en el cual quisieran sentarse todos los españoles, está a la derecha de la Presidencia, en el hemiciclo. En el primer asiento veréis al presidente del Consejo. Cánovas no asiste sino a las sesiones de interés político. Sagasta es más asiduo, y presencia la discusión con flemática serenidad, risueño casi siempre, y sin asombrarse de nada, como hombre que ha visto tantas y tan extrañas cosas en su larga vida política. A cuantos pasan por allí, sean ministeriales o de oposición, les obsequia con caramelos, de los cuales tiene gran repuesto siempre. Acoge los saludos de todos con exquisita amabilidad, que es uno de sus principales resortes de gobierno. Cuando la sesión

1 `vacíos'.

es larga y fastidiosa, toma posturas de colegial desaplicado que se aburre en el salón de estudio. A veces, descansando la barba en las manos, parece un gato en acecho: pero su rostro no tiene expresión de ferocidad, antes bien, de sagaz y burlona malicia.

Detrás de los ministros se sienta la comisión que ha informado sobre el asunto que se debate, si es proposición de ley; y siguen, en los bancos escalonados, los diputados de la mayoría, lo que en el *argot* político se llama *el montón anónimo.* Los hombres más caracterizados, los que no pueden vivir sin capitanear un grupito más o menos grande y revoltoso, tienen asiento fijo; los demás se colocan desperdigados aquí y allí, en torno a los caciques, o sueltos. Los que no figuran en el *Diario de sesiones* más que con las lacónicas fórmulas de *sí* y *no*, como algunos que yo conozco, suelen sentarse en la primera fila del hemiciclo, frente a los ministros, para tener la salida franca cuando se aburran, cosa muy frecuente.

Ocupa la mayoría dos tercios próximamente de los escaños semicirculares, porque el sufragio de los ciudadanos parece que cuida escrupulosamente, por ley incomprensible, de repartir las fuerzas en la proporción indicada. En el centro del semicírculo, bajo el gran reloj que marca las horas de sesión, suele sentarse el grupo disidente, que nunca falta en nuestras Cortes, los diez, o quince, o veinte que amenazan desprenderse de la mayoría, y suelen suscitar dificultades, hasta que les dan una cartera, si se la dan, o hasta que se cansan, si a cansarse llegan. Sigue luego el montón de conservadores (cuando mandan los liberales) o de liberales (cuando gobierna Cánovas), montón nutrido, dispuesto siempre a la contienda, compuesta de lo más granadito del partido. Y a continuación, en la extrema izquierda se sientan los republicanos, frente por frente al banco ministerial. Ellos constituyen la oposición fundamental, como los conservadores son la oposición accidental o transitoria. De los asientos de los conservadores, a pesar del común interés monárquico, salen los grandes tumultos, las querellas apasionadas. De la extrema izquierda salen ataques que levantan quizás más polvareda pero que causan menos víctimas.

En tiempos liberales, Cánovas es el Júpiter de la oposición. Su elocuencia de primer orden, ceñida y revestida de formas sobrias y elegantes, conmueve siempre la Cámara, y atrae gran concurrencia al Salón. El fogoso Pidal, Romero Robledo, maestro en artes de guerrilla, Silvela, lidiador de cuidado, producen a veces grandes efectos; pero no llegan a determinar la emoción profunda, que depende, más que de las cualidades retóricas, de la autoridad del orador.

Los republicanos tienen oradores de gran empuje, descollando entre ellos Azcárate, dialéctico de primer orden, hombre de probada rectitud. En las actuales Cortes Salmerón con su grandilocuencia puritana, hace más efecto en las tribunas que en la Cámara. Pi y Margall es demasiado austero en sus principios y harto clásico en su oratoria para conmover hondamente. Castelar habla ya muy contadas veces; y después de haber licenciado a su grupo para que se una francamente con los liberales monárquicos, es casi seguro que su incomparable palabra se ha de oír muy poco.

***

Las interrupciones son la salsa picante de una sesión borrascosa. Hay quien tiene la especialidad de las interrupciones oportunas, así como de las réplicas atrevidas. Lo que el debate se anima cuando la controversia reglamentaria se convierte en diálogo vivo, no hay para qué decirlo. El presidente repica que es un gusto, y se han dado casos de romperse la campanilla sin resultado alguno. El público de las tribunas se entusiasma de tal modo con las interrupciones y réplicas, que si no las hubiera asistiría mucha menos gente que la que asiste.

En nuestra historia parlamentaria hay interrupciones que se han hecho célebres, quedando en la memoria de todos, como monumentos del arte oratorio. Tales son algunas de Ríos Rosas y González Bravo. Comúnmente esta parte picante y humana de la discusión, consta en el *Diario de sesiones;* pero algunas veces, cuando los dimes y diretes han sido impertinentes o de mal gusto, no van a la imprenta. Porque ha de saberse, que los diputados que tienen interés en ello, corrigen sus discursos en la redacción del *Diario*, en términos que a veces, de lo que se publica a lo que se habló, va tanta diferencia, como de lo vivo a lo pintado. Oradores incorrectísimos aparecen en el *Diario de sesiones* expresándose como Jovellanos o Martínez de la Rosa. Otros atenúan la crudeza de sus frases, y algunos modifican los pensamientos hasta el punto de decir en letras de molde lo contrario de lo que salió de sus labios.

En toda discusión de principios, así sean estos de los que entrañan los más sagrados derechos de los pueblos, el Salón de Sesiones suele estar medio vacío. Los grandes llenos son cuando salta una interpelación, que no es más que el pretexto para desunir a la mayoría, o para poner en aprieto grave al gobierno.

Si surge cualquiera cuestión de orden público; si un ministro, ya por verdadera divergencia de ideas, ya por mal humor o displicencia de carácter, no se lleva bien con sus compañeros, la sesión es un lleno completo, y las fuertes emociones son seguras.

Antiguamente, es decir, hace algunos años, cuando se discutía el presupuesto, era ya cosa sabida que no asistía ni un alma a la sesión. Las tribunas vacías, los escaños rojos poco menos. El orador dirigía sus peroratas, por lo común soberanamente fastidiosas, a los bancos, y a dos docenas de diputados, que iban allí a dormir la siesta. Hasta los maceros se aburrían, y el vicepresidente se habría dormido también si no le hicieran la tertulia los secretarios. En el banco azul no se veía más que al ministro de Hacienda, obligado a la asistencia por razones de su cargo. En la tribuna de la prensa, algún redactor de los que tienen a su cuidado las cuestiones financieras, y pare usted de contar.

Sobre esta soledad tristísima de la discusión de presupuestos, han hablado mucho los que practican la política sentimental. "¡Ah! Es una vergüenza que el parlamento esté vacío cuando se tratan en él cuestiones que tan de cerca afectan a los sagrados intereses, etc…" De esto procede en realidad el descrédito del sistema parlamentario. Pero hay que ser justos. Las cuestiones de Hacienda no interesaban… ¿Por qué no interesaban? Porque los encargados de presentarlas ante el país, no sabían revestirlas de amenidad. En aquellos tiempos, el periodista encargado de tratar los temas de Hacienda era en todos los diarios, el más tonto de la redacción, el que no servía para otra cosa; más claro, el que no servía para nada.

Pues en el parlamento, combatían o defendían los presupuestos diputados *especialistas,* bastante peritos en manejar los números; pero sin habilidad bastante para dar a las cifras un carácter comprensible. El atraso era grande, y el más atrasado era el público, el país, que no paraba mientes en tales cuestiones, que no les daba importancia, por creer tal vez que todo era una fórmula nueva, y que la Hacienda, con este y el otro gobierno, con estas y las otras ideas, siempre estaba lo mismo, es decir, mal.

Hoy ha cambiado todo. Desde los principios de la Regencia, las cuestiones financieras interesan, y casi casi apasionan. La discusión de presupuestos suela ser muy concurrida, y no faltan en ella incidentes y emociones. El fenómeno debe atribuirse a un progreso natural y lento, a que el país ha comenzado a fijarse en lo que antes le era indiferente, a que hombres de grandísima capacidad desentrañan hoy el problema financiero. La prensa viene dando la norma de esto, que bien podría llamarse evolución, tratando con inteligencia, y por consiguiente con amenidad, cuestiones que antes languidecían en manos de un redactor de indigesto estilo.

Para completar este bosquejo descriptivo de nuestro parlamento, conviene añadir, que en él hay, además de la pléyade de retóricos brillantes, oradores melodramáticos, oradores lúgubres y oradores graciosos. De estos, los más chistosos son aquellos que no sospechan su propia vis cómica, que creyendo hablar seriamente, hacen desternillar de risa a todo el mundo. Los más admirados son los oradores a quienes se tiene por hombres *de mala intención,* los que usan frase acerada y hoja sutil damasquina.[2] Pasaron los tiempos de estilo florido, que tanto entusiasmo causaba a la generación precedente.

Cuando algún trasnochado se sale con estas antiguallas, es casi seguro que oirá murmullos y siseos. Pero el tipo de orador que más abunda, es el que se puede considerar como fruto natural de nuestras corruptelas parlamentarias, el que habla de todo con cierta corrección y gran facilidad, hilvanando oraciones, hinchando la frase, todo acompañado de maneras y gestos que forman, digámoslo, su escuela, Estos, después de llenar cada día muchísimas páginas del *Diario de sesiones*, concluyen sin haber dicho nada de provecho. Rara vez encuentran público estos habladores. Y, por fin, hay otros que tienen la inapreciable elocuencia del silencio, representantes del país que nunca dicen esta boca es mía, como no sea para pronunciar los sacramentales *sí* y *no* de las votaciones. Conozco y he conocido muchos de estos, apreciables bajo todos los puntos de vista, muy queridos de los ministros, y de reconocida utilidad para el prestigio del sistema, porque con ellos las cuestiones se votarían sin discusión, que a la postre sería quizás lo mejor. Mas por una de esas aberraciones tan propias de nuestra edad retórica y discursista, el diputado mudo, sostén discreto de las situaciones, es al que menos atienden los ministros. ¡Ley tristísima de humanidad! Los dispensadores del favor ministerial desdeñan al que les sostiene sin molestarles, y atienden al que continuamente les tiene en jaque y no perdona ocasión de ofenderles con una oposición tenaz.

2 'de sutil arma blanca'.

El diputado discreto es, pues, una figura puramente decorativa en nuestro parlamento; hace política platónica; es la infantería disciplinada, el héroe oscuro de las batallas; pero suele concluir la legislatura quedando mal con sus electores. Triste signo de los tiempos.

Demás está añadir que por el íntimo enlace de la vida parlamentaria con la vida centralizada administrativa, el diputado viene a ser un agente político del distrito que le ha elegido; tiene que gestionar multitud de asuntos de interés local, dar colocación en algu- no que otro destinillo a los parientes del cacique, y para todas estas cosas no tiene más remedio que mendigar el favor y la benevolencia del consejero de la Corona; que éste no hace caso más que de los diputados habladores, de los que mantienen siempre vivo el sagrado fuego de la controversia parlamentaria, ya lo dije y no necesito repetirlo. Por esto, yo aconsejaría a cuantos quieran lanzarse a la vida política, que se guarden muy mucho de hacerlo, si antes no han aprendido el arte le hablar de todo con desparpajo, de interpelar a los ministros con arrogancia, de hilvanar frases y más frases, amplificando el estilo y diluyendo las ideas en un mar de vocablos comunes. Si hacen esto aunque sea sin pretensiones de adquirir el laurel oratorio, bien van por el camino del parlamento. No resultará desairado su papel de representante de la patria, ni los influyentes del distrito les tacharán de indolentes o para poco. Pero si no se hallaren con el gusto bastante estragado para abusar desahogadamente de la palabra humana, gastando prodigiosas cantidades de saliva, más vale que no se metan en estas danzas, y se queden en sus casas cuidando de la familia, si la tienen, u ocupados en cualquier arte u oficio.

De este bosquejo, que a falta de otros méritos tiene el de la sinceridad, sacarán quizás la consecuencia de que el parlamentarismo es un mal, y que debe ser arrancado de raíz. No; mil veces malo y todo, plagado de imperfecciones, debe subsistir. Los males de su supresión serían infinitamente mayores que los de su existencia. Espanta el considerarlo que resultaría sin la fiscalización constante, a veces abusiva, es cierto, que ejercen las Cortes sobre todos los actos del gobierno. Gracias a esta fiscalización, que por las intemperancias de palabra es a veces intolerable, todo se sabe; no hay, no puede haber misterios en el gobierno. No existe error por pequeño que sea que no salga a relucir. La publicidad extraordinaria que el parlamento da a la vida política, la luz que arroja sobre todo, le absuelve de sus grandísimos defectos y de las innumerables fallas de su complejo mecanismo. Por eso hay que decir de las Cortes, como de las gallinas: que *vivan, aunquevivan con su pepita.*

B. PÉREZ GALDÓS

162
LP, 3/7/1893

COLECCIONISMO

Santander, 30 de mayo de 1893.

Señor Director de *La Prensa*:

De todas las pasiones inofensivas de nuestra época, la mejor sin duda es el coleccionismo, que en ocasiones resulta de grande utilidad. No sé si en los siglos medios y en el Renacimiento existió la monomanía de las colecciones. Es creíble que sí. Por de pronto, las bibliotecas fruto son de aquella pasión, y fruto preciadísimo; pero no se sabe que existiese quién se pasara la vida juntando objetos de un orden caprichoso. La creación de los museos, enteramente moderna, ha traído sin duda el gusto por los museítos particulares, ya sean de sellos, ya de cajas de cerillas, ya de botones. Antaño los ricos llenaban sus casas de cuadros, acaso de armaduras. Hoy hasta los pobres se ven tocados de la ma- nía de reunir y clasificar cachivaches de cualquier orden. El entretenimiento que de elloresulta absorbe por completo el espíritu y aleja las malas ideas. Verdad que en algunos casos la monomanía acaba por ser perniciosa, porque todo el tiempo es poco para ella,y personas hay que marean a Cristo Padre con la investigación de las baratijas que sonobjeto de sus ansias.

Los coleccionadores de antigüedades concluyen a veces por perder uno o más tornillos de la cabeza, pues la arqueología es quizás la ciencia que más fácilmente perturba el cerebro. Se empieza por poco, por reunir algunos ejemplares de armas o de cacerolas, o de lámparas, y luego viene el estudio comparativo, el desentrañar las fuentes históricas para dar a cada época lo suyo, y no confundir a Roma con Cartago ni el siglo XIII con el XVII. El coleccionador que llega a tomar muy a pechos estas cuestiones, concluye por saber mucho; pero también por volverse loco y volver locos a cuantos le rodean. A medida que aumenta su ciencia, crecen sus dudas: sabe elegir, sabe clasificar; no confundirá una época con otra; verá una sartén y al momento conocerá si en ella frieron romanos o godos; pero no se verá nunca libre del ansia de poseer rarezas, ni del tormento que le produce el verlas en otras manos. Coleccionadores han existido, tan ciegamente dominados por la pasión, que de hombres pacíficos y bonachones se han convertido en criminales. Por un libro raro, ejemplar único, han perdido el sentido de la propiedad nombres virtuosísimos incapaces de sustraer el valor de un alfiler. No quiero hablar de los que han gastado toda su fortuna y algo más en almacenar objetos de antaño. Verdad que la ciencia y el arte van siempre ganando, y que al fin la colección va a parar a los museos nacionales, donde su utilidad es manifiesta.

Los bibliómanos, los coleccionistas de monedas han abundado siempre en España. Unos y otros se han pasado la vida reuniendo materiales para la historia. Los que allegan estampas, cuadros, miniaturas, armas, joyas, cacharros, también prestan un gran servicio a las artes decorativas y ayudan al conocimiento de las edades por los accesorios de la

vista. No resulta tan clara la utilidad de los que pasan la vida revolviendo los puestos del Rastro[1] para coleccionar tapas de libros, botones, herraduras, suelas de zapatos y otras chucherías. Para que esta manía sea fecunda, es preciso que la informe un criterio arqueológico. Hay en Segovia un sastre, llamado Duque, hombre sin antecedentes literarios pero de tal constancia y con tal instinto de la ciencia arqueológica, que ha sabido reunir la colección de clavos más notable que creo existe en el mundo. Duque ha recorrido todos los pueblos de la provincia, escudriñando sin desmayar, adquiriendo como ha podido sus riquezas, consistentes en esos hermosos clavos de forja que adornan y refuerzan los largueros de las puertas antiguas. La colección es tan numerosa y variada, y con tanta inteligencia está clasificada y exhibida, que vale hoy un dineral, y si no me engaño, su poseedor ha recibido proposiciones del Museo Británico para adquirirla.

Otros ejemplos hay aquí de esta paciencia coleccionista. Las estampas de Carderera, las armas del general Nogués[2] los herrajes de otro célebre anticuario cuyo nombre no recuerdo, son o serán gala de nuestros museos.

Pero ningún aspecto de la manía coleccionista es tan notable como el que sirvió de fundamento al museo Romero Ortiz,[3] de valor histórico extraordinario, por ser, no una exhibición de objetos pertenecientes a un mismo orden, sino de cosas diversas, de valor nulo en sí, pero que lo tienen grande por haber pertenecido a personajes misteriosos, o tener alguna conexión con acontecimientos de importancia. Véase la muestra: el tambor sobre el cual se firmó el convenio de Vergara;[4] el cuello ensangrentado que llevaba puesto don Enrique de Borbón cuando le mató en duelo, de un balazo, el duque de Montpensier;[5] la cuna de la reina Isabel; el puñal con que Merino hirió a esta señora en 1852;[6] la bandera negra que izaron los cantonales en Cartagena,[7] y qué sé yo, mil y mil objetos que no es fácil enumerar de memoria. Y que el señor Romero Ortiz, hombre tan probo como ilustrado, no se descuidaba de asegurarse de la autenticidad de las joyas, que joyas son, de su museo, y nadie que examine aquel histórico Rastro, podrá dudar que en él impera la verdad.

Los verdaderos dioses del coleccionismo son esos ricachos que consagran su fortuna a satisfacer la pasión que les domina: por ejemplo, el famoso inglés Salting, sujeto muy original y si se quiero extravagante, que posee uno de los más notables museos particulares del mundo. Es hombre de costumbres sencillísimas, que vive modestamente, y se pasa la vida viajando en busca de ventas y subastas pura adquirir objetos de valor. Porcelanas, bronces, tapices, cuadros, todo superior, componen esta colección, que mister Salting ha instalado en una sala alquilada para el caso al Museo de Kensington.[8] Otra extravagancia

1 Mercado madrileño de objetos de segunda mano ubicado en el barrio de La Latina.

2 Pardo Bazán se inspiraría en Nogués para su personaje coleccionista Solar de Fierro en *La quimera* (1905).*

3 El museo se inauguró en 1870, en la calle Serrano.

4 Véase 8, n. 7.

5 Véase 140.

6 Véase 57, n. 6.

7 La bandera cantonal que izaron los insurrectos de Cartagena el 12 de julio de 1873, era roja, no negra.

8 A su muerte, en 1909, donaría su colección a la National Gallery de Londres.

que no comprendemos acá: poseer tales maravillas y no tenerlas en su propia casa. Pero el inglés en cuestión vive con modestia suma, y no le caben en su vivienda las preciosi- dades que atesora.

Como he dicho, asiste a todas las subastas de importancia que en el mundo se verifican y como se lleva por delante grandes remesas de libras esterlinas, puja sin miedo y lo mejor es siempre suyo. Las naciones mismas le han cogido miedo, y cuando desean adquirir algo para los museos públicos, lo primero que tienen que hacer es entenderse con Salting para que no puje. Posee, según dicen, verdaderas maravillas. Hace pocos días compró un plato por valor de sesenta mil francos, ¡qué tal platito será! En una subasta que se verificó en París el 15 del corriente, hizo compras por valor de doscientos mil francos. Y el hombre que tal hace vive en el cuarto de un hotel y come en un *restaurant* barato, como cualquier empleado de corto sueldo.

Los grandes banqueros y agiotistas[9] suelen distraerse del tráfago de los negocios con el coleccionismo, que además satisface su orgullo y les da aires de mecenas. Salamanca tuvo una soberbia colección de cuadros, otra de cerámica pompeyana. Las mil preciosidades que ostentaba en sus salones el palacio de Vista Alegre, se han esparcido ya por todo el mundo.

El coleccionismo tiene siempre por término la subasta, pues rara vez pueden los herederos y partícipes de esas grandes fortunas conservar decorosamente riquezas que no producen rentas. La desamortización se impone: viene la subasta y los tesoros acumulados por el *amateur* se reparten entre otras galerías particulares, o pasan a enriquecer las públicas. El Estado lo absorbe todo al fin y al cabo, y los coleccionistas particulares son inconscientemente las hormigas de los museos oficiales.

Recientemente, se ha verificado en Paris la subasta de las antigüedades reunidas por el famoso Spittzer, y en diez y seis días se hicieron ventas por valor de más de cinco millones de francos. Por una botella árabe siglo XV ha habido hombre capaz de dar la friolera de doce mil francos. ¡Qué será esa botella, y qué extraordinarios méritos tendrá! Los que no somos arqueólogos nos asombramos de esto. Si una botella de vidrio vale doce mil francos ¿qué vale un cuadro de Velázquez o de Rafael? Digan lo que quieran, en esto de la arqueología hay mucho de demencia. Por una lámpara morisca ha dado el Louvre siete mil francos, y una copa de vidrio, que al coleccionista le había costado cincuenta y cinco francos, encontró comprador por cinco mil duros. ¡Y luego dicen que no hay dinero! De estas extravagancias lo que resulta es que el dinero está tirado sin que nadie lo quiera, o que los poseedores de él gustan más de verlo en ajenas manos que en las propias.

Todas estas compras y ventas son hoy muy peligrosas, porque se ha desarrollado de un modo alarmante el arte de las falsificaciones. En Nápoles hacen las estatuitas pompeyanas con tal perfección que parecen recién salidas de las excavaciones con los deterioros causados por la humedad y el tiempo. No hablo de la falsificación de códices, que este es arte magistralmente ejercido aquí y allí por hábiles rebuscadores de papeles viejos. Las ánforas

9 Véase 53, n. 4.

griegas, *del tiempo de la batalla de Salamina*,[10] se hacen en Atenas con tal maestría, que le dan el chasco al más pintado. No se diga de armaduras milanesas, ni de espadas toledanas, ni de mayólicas.[11]

Eso está ya al alcance de los industriales de menor cuantía. Como ejemplo del género, en el ramo de manuscritos, se citará eternamente el caso de Shapira, el judío de Jerusalén que falsificó un Pentateuco[12] en lengua siriaca, y pidió por él al Museo Británico la bicoca de un millón de francos. Lo peor fue que estuvo en un tris que se los dieran. Tan bien preparado estaba el negocio. No cuento detalladamente el caso, porque es muy sabido de todo el mundo: como que la prensa inglesa, durante un año, no hablaba de otra cosa.

***

El coleccionismo en pequeña escala nos ofrece ejemplos sin número de pasiones inocentes en el seno de las familias más modestas. Las colecciones de sellos son de ritual en las costumbres infantiles, y hay que convenir en que dan cierto barniz de ilustración a los pequeñuelos que de este modo se enteran de una de las partes más enfadosas de la ciencia geográfica. Signo es de nuestra edad crítica este afán de conocimiento que invade también a la infancia, apartándola de las travesuras que eran antaño la desesperación de los padres. Pero debemos reconocer que no por estos síntomas externos de formalidad son los chicos de hoy mejores que los de la generación pasada.

También las personas mayores suelen darse a esta pasión de los sellos, y hay colec- ciones hermosas, que aparte del valor material, pueden parangonarse con las de numis- mática. En el extranjero, la monomanía es más extensa e intensa que aquí, y los *álbums* de filatelia son verdaderos museos. La fiebre coleccionista tiene además ramificaciones extravagantes, como *verbi gratia*, el coleccionar papeletas de defunción, prospectos y loque en lenguaje *técnico* se llama *varios,* que es toda clase de impresos pequeños. En es-quelas de funerales y entierros, tengo entendido que hay en Madrid una colección que da quince y raya a todas las de su género; y si no estoy equivocado, el ingeniosísimo *doctor Thebussen*, maestro en el estilo familiar epistolar, insigne tratadista de arte culinario y defilatelia, posee la más rica y entretenida colección que en el mundo existe de… *menús*de comidas. Este graciosísimo y laborioso doctor, es un erudito de cosas que hasta ahora no habían sido objeto de la erudición. Asuntos de correos, de fórmulas de urbanidad, de apellidos, de comidas antiguas, modernas, dan a su pluma, como a su conversación, un donaire extraordinario y un interés inmenso. Y no es hombre que se hace de rogar para de-jar correr la inagotable vena de su gracejo y de su sabiduría, pues responde galantementea cuantas consultas se le hacen. Es rico; vive en Medina Sidonia (pueblo de la provincia de Cádiz), en casa solariega donde tiene gran biblioteca, taller de encuadernaciones y archivo

10 Es decir del 480 a. C., año en que una alianza de ciudades-estado griegas se enfrentó con la flota del imperio persa, en el combate naval de Salamina.

11 Véase 116, n. 3.

12 Conjunto de los cinco primeros libros de la Biblia.

riquísimo de curiosidades en los diversos ramos que cultiva. Don Mariano Pardo Figueroa, conocido en el mundo literario por el *doctor Thebussen*, es una personalidad sin segundo en nuestros tiempos.

***

Los coleccionistas de verdad han tenido no hace muchos días un plato de gusto con la venta de las últimas riquezas de la casa de Osuna. ¡La casa de Osuna y del Infantado! Su solo nombre despierta ideas de grandeza y de un pasado glorioso. Ninguna casa como esta nos da la impresión de lo transitorio y vano de las humanas grandezas. De aquella poderosa casa, cuyas rentas no eran inferiores a la lista civil de muchos soberanos ¿qué queda ya? Nada. Todo acabó; todo se deshizo, todo se desvaneció en unos cuantos años. Nunca se pudieron aplicar con más propiedad los versos

Las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.[13]

Porque los ducados reunidos de Osuna y el Infantado constituían una propiedad territorial inmensa. Y mucha gente de vivir modesto se pregunta: ¿Cómo es posible dilapidar fortuna tan colosal?

No se comprende que se pueda gastar tanto dinero sino arrojándolo a puñados a la calle. Y sin embargo, desde hace cincuenta años, los estados de Osuna venían gravándose con hipotecas y enredándose en empeños que al fin dieron al traste con tan valiosa propiedad. Sus administradores, que eran siempre los exministros de Hacienda más afamados, no pudieron evitar el hundimiento de la casa, y por fin la depreciación de las obligaciones de Osuna acaba de liquidar tanta riqueza.

El último duque de Osuna, don Mariano Téllez Girón, perfecto caballero, era de una esplendidez tal que a su lado resultaban modelo de economía los más fastuosos próceres ingleses y rusos. Se contaban de él mil historias de munificencia, algunas de las cuales son verdad, otras leyendas. La mente popular veía en el duque algo como un califa de Bagdad o soberano maravilloso de *Las mil y una noches*. Decían que en sus palacios de Madrid, Guadalajara, Osuna, Gandía, Alameda, Cogolludo, etc., había todos los días del año mesa puesta para veinte convidados Desempeñó durante muchos años la embajada de Rusia, sin cobrar sueldo, se entiende, y eclipsando con su fastuosidad a los de la aristocracia de San Petersburgo.

Era grande amigo del emperador Nicolás, a quien acompañaba en sus cacerías. Se contaban mil consejas extravagantes, por ejemplo, que en cierta ocasión por complacer al zar, había pagado un tren especial de Madrid a San Petersburgo con el exclusivo objeto de conducir uno o dos perros. En su castillo de Beauraing en Bélgica, que fue propiedad del conde Egmont, daba fiestas espléndidas, y en su palacio de Madrid, cuando acá venia, también. Casó, ya viejo, con una princesa de Salm-Salm, parienta suya; murió hace algunos años, cuando ya los estados de Osuna y el Infantado eran lastimosa ruina.

13 Versos de la *Canción a las ruinas de la Itálica* de Rodrigo Caro.

Toda la propiedad territorial que poseía en España y Bélgica ha pasado a manos de los acreedores, el palacio del Infantado ha sido adquirido por el Ayuntamiento, después de sacado el preciosísimo archivo, hoy perteneciente al gobierno. Los cuadros y tapices, las armaduras en museos extranjeros estarán; todo se ha ido liquidando, y últimamente salieron a pública subasta algunas vajillas con las armas de la casa, los coches, las casullas y cálices de la iglesia de Gandía, y hasta los trapos de cocina, que no debían de ser trapos de cocina como los de todo el mundo, porque alcanzaron precios relativamente altos. Entre las vajillas las había encerradas en magníficos estuches, y se usaban cuando el duque iba de viaje.

Todo acabó; todo disperso y llevado de mano en mano ¡hasta los trapos de la cocina! ¡Qué lección! Así ha concluido la casa que, en vida de don Pedro Téllez Girón, el penúltimo duque, representaba una riqueza saneada, cuyas rentas casi equivalían a las de la Corona. La riqueza subiste. ¿Dónde está? Con sus restos dispersos se formarán quizás nuevos estados burgueses, que el tiempo deshará otra vez. Y la oleada seguirá por los siglos de los siglos.

B. PÉREZ GALDÓS

163
LP, 17/7/1893

Lagartijo y su coleta —Economías —Huelgas.[1]

Madrid, 10 de junio de1893.

Sr. Director:

Quisiera hablar hoy de cosas alegres; pero no puedo contravenir la ley de la realidad, que me impone tristezas. Algunas de estas, no obstante, se revisten de no sé qué carácter cómico, y las prefiero incondicionalmente, abandonando las que, por cualquier lado que se les mire, ofrecen cara lúgubre

¿No ha llegado al otro hemisferio la noticia de la…, no sé cómo se dice, del corte o de la secesión de la coleta de *Lagartijo*? *Cortarse la coleta*, que viene a ser para los toreros el distintivo del oficio y de la clase, es dar por terminada la vida taurómaca, y renunciar absolutamente a los peligros y a los lauros del redondel. El acto es de importancia para los que padecen de la locura taurófila. Hace poco tiempo, cuando la tijera de una parca que no es la de la muerte, separó del cráneo de *Frascuelo* la coleta que lo adornaba, desapareció del cielo de aquel arte una estrella de primera magnitud. Ahora, la misma operación nos quita la otra estrella. Para los *dilettanti* del nacional *sport*, el cielo del toreo se ha quedado a oscuras. Y de aquí otra cosa grande que se acaba, otro aspecto importante de las sociedades de ayer, devorado por el tiempo.

1 Aunque *Lagartijo y su coleta* aparecen en el original como título general de la Carta, se trata de un error, ya que los otros dos apartados son independientes del primero.

Creo haber dicho algo del lastimoso acabamiento de la vida claustral, de la decadencia de las estirpes aristocráticas.[2] Aquí tenéis otra secular y gloriosa estirpe que se va: el toreo y los toros. Los matadores, al despedirse del público, echan la culpa de la decadencia a las ganaderías. Los toros de hoy son bueyes. Es posible que si los toros hablasen echaran la culpa a los toreros. "Nosotros —dirían con grave mugido— somos hoy lo que fuimos ayer, bravos y nobles, y nos dejamos matar estúpidamente con el engaño de un trapo rojo. Nosotros despanzurramos cuantos caballos se nos ponen delante, y en todos los lances de la fiesta ostentamos la misma gallardía, la misma inocencia del peligro. Nosotros no desmerecemos de nuestros antecesores nobilísimos en las célebres ganaderías que ilus- tran las razas hispanas, llámense Veraguas, Miuras o Saltillos.[3] Nos sentimos con fuerzasy destreza para remedar las glorias de los que, en edades no muy remotas, mataron a Pepe Hillo, a Pepete y a otros de menor cuantía. Vosotros, y nadie más que vosotros, sois responsables de la decadencia del noble arte, cuyas glorias compartimos; vosotros, que sois unos maulas, o *maletas,* como en el lenguaje del oficio se dice; vosotros, que habéis olvidado los preceptos de aquellos maestros de imperecedera memoria, Pedro Romero *el Grande,* Montes *el Magnífico* y otros. Reconocemos que no os falta valor, y que nos acometéis con bravura, que sabéis escurrir el bulto con agilidad, que nuestros cuernos rara vez enganchan carne de torero; pero no tenéis arte, no estudiáis las suertes; sois muy brutos, y creéis que os basta ser muy brutos para ser buenos toreros. No, señores, eso no puede ser. Para brutos, nosotros, que teniendo delante, al alcance de nuestra cornamenta, vuestros ágiles cuerpos, nos vamos ciegos hacia el trapeo; la barbarie nosotros la representamos, y la confianza ciega y esa refinada estupidez que llamáis nobleza. Vosotros, para vencernos noblemente, debéis dedicar al estudio todo el tiempo que perdéis tontamente en las tabernas y colmados, comiendo bocas de la Isla[4] y bebiendo cañas de manzanilla; vuestra obligación es ilustraros para haceros dignos de aquellos filósofos, que crearon la tauromaquia, dejando consignados sus principios en máximas inmortales. Estudiad, fundad escuela y ateneos cornúpetos; dad conferencias, abrid cátedras; educad las inteligencias jóvenes; formad, con ese plantel de dispuestos jóvenes que ejercitan su incipiente afición en las novilladas, una brillante pléyade de toreros del porvenir. Sois unos vagos, unos ignorantes; habláis, casi casi, como nosotros, con bramidos, y reveláis ganarnos muy poco en inteligencia. No nos culpéis de la decadencia del arte de *Cúchares*, ni culpéis tampoco a las ganaderías, esas que bien podríamos llamar nuestras nacionalidades, tan antiguas como la madre España, a la cual pertenecemos todos".

Esto dirían quizás las bravas reses a sus matadores; pero no podrían convencerlos, y las cosas seguirán como hasta aquí. Ello es que los críticos, otra peste que no existía en tiempos de Costillares y Pedro Romero, ponen el grito en el cielo, y sus lamentos doloridos parten el corazón. Ya se acabó la gala del país, lo que parecía complemento del cielo her-

2 Sobre la vida claustral véase 159; sobre las estirpes aristocráticas, 162.

3 Para *Veraguas* y *Miuras* véase 40, n. 4. *Saltillo* es la denominación de una ganadería y a la vez encaste de toros de lidia de características singulares, en Peñaflor (Sevilla) desde 1845 hasta la actualidad.

4 Pinzas de cangrejo de la Isla de San Fernando (Cádiz).

moso y de la viveza de la raza; se acabó el toreo, y España entra en un período de lúgubre monotonía y vulgaridad.

La retirada de *Lagartijo,* el mejor espada que teníamos, el maestro incomparable y único, según sus fervientes partidarios, ha sido un verdadero desastre, no sólo porque desaparece del redondel una figura de primera magnitud, sino porque ha venido a poner de manifiesto una nueva decadencia, la decadencia del público. Todavía no han vuelto de su asombro las cinco partes del mundo al saber que al despedirse *Lagartijo* del público de Madrid *hasta el valle de Josafat,*[5] fue agraciado con una silba monumental, la más estrepitosa y la más grosera que en los anales de la fiesta nacional se registra.

Me temo mucho que los historiadores, cuando quieran desentrañar el hecho rarísimo de la silba de *Lagartijo,* el día de su despedida, no puedan dar con el quid de semejante escándalo. Atribuirlo a la elevación de precios es miseria; atribuirlo a que el maestro estuvo deplorable en la brega, no satisface a la crítica concienzuda, porque ¿para cuándo es la indulgencia sino para un caso como aquél? Porque el torero, cuya coleta no existe ya, era el ídolo del pueblo de Madrid. Su nombre sonaba como el de los héroes más glorio- sos, y su prestigio rebasaba el que suelen gozar los cultivadores de un arte para acercarse al de los grandes bienhechores de la humanidad. Pero el ídolo fue silbado honrosamentey en ocasión en que se le veía en la plaza por última vez, y ante este hecho extraño, nohay más remedio que bajar la cabeza, reconociendo que ya no hay reputaciones, que yano hay glorias bastante firmes para resistir al capricho popular. El ídolo, el héroe tuvo que recatarse al salir de la plaza, y esconderse después, para escapar a las demostraciones tumultuarias de sus antes fanáticos admiradores.

Y ahora, privado de aquel mechón que representa treinta años de fatigas y aplausos, de peligros y triunfos, Rafael Molina descansa en su casa de Córdoba, disponiéndose para una vejez oscura y tranquila. Es hombre riquísimo, matando toros ha ganado una fortuna. Para concluir, es generoso benéfico y de trato muy afable, los pobres le quieren, y los ricos le solicitan; su casa de Córdoba es un palacio con más comodidad que lujo.

***

Para ocuparme de política tendría que hablar de las tan traídas y llevadas *economías,* de esas economías que ya huelen a puchero de enfermo, de esas economías que son el tema obligado de la prensa y de las Cortes sin que hasta ahora se conozca en parte alguna que la nación gasta menos que antes gastaba. ¡Economías!, el fantasma que se desvanece cuando queremos tocarlo. ¡Economías!, la ilusión característica de estos tiempos de ilusio-nes y de vanas utopías.

Parece que es tan fácil reducir los gastos de una nación, y sin embargo, debe ser tan difícil como encontrar la piedra filosofal. Y no hay nadie que no esté conforme en la necesidad de las tales economías. En cuanto se las nombra, ya están todas las bocas abiertas para expresar las formas de aquiescencia más elocuentes. Economías, sí, sí, vengan y ven-

5 Pasaje bíblico del *Libro de Joel.**

gan pronto. ¡Qué cosa tan buena, qué idea tan feliz! Economizando, es decir, recortando gastos, un poquito de aquí y otro poquito de allá, se nivelará el presupuesto y seremos felices. Parece tan llano y hacedero, que no hay patrona de casa de huéspedes que no se crea con aptitud para desempeñar el ministerio de Hacienda, siempre que en él no haya más programa que el de realizar las anheladas economías.

Pero luego viene la práctica, la maldita realidad, rectificadora implacable de las más bellas teorías, y lo que parecía tan fácil resulta no sólo difícil, sino imposible. En cafés y círculos, los que con tanta facilidad y desahogo de lenguaje arreglan las dificultades pen- dientes, exponen ideas seductoras, que son aceptadas sin reserva ninguna por cuantos los oyen. Es el sentido común el que habla. Es la conciencia pública la que responde. "¿Para qué necesitamos tanto ejército, si felizmente no estamos en guerra con nadie? Esto es más claro que el agua. Y sobre todo, ¿para qué necesitamos una plana mayor y una oficialidad tan numerosa como las de Alemania? ¿A qué ese lujo de capitanías generales y gobiernos militares, que no responden a la moderna organización de los ejércitos?" ¡Qué idea tan sencilla! No se necesita ser sabio para concebirla, ni orador para expresarla; el más bruto de los ciudadanos está en aptitud para asimilársela y darle circulación.

Pues esto que parece tan claro, se vuelve oscurísimo cuando hay un gobierno bastante cándido para querer dar realidad a tales ilusiones. Porque en cuanto se intenta reducir las capitanías generales, la capital de provincia que disfruta de aquella anticuada institución militar pone el grito en el cielo, el orden público se altera y hasta se oyen amenazas contra la integridad del territorio.

Nuestras ciudades son así: la vecindad de los militares es para ellas cuestión de vida, porque los militares son la animación de la plaza, el aumento de consumo, la alegría de los paseos y reuniones; los militares con la banda de música tocando periódicamente en la alameda, el abigarrado colorín de los uniformes, la importancia, en suma, de un pueblo en el cual el comercio y la industria no estén muy florecientes.

En tiempos de Carlos III, hombre muy práctico, y muy conocedor de los pueblos que gobernaba, cuando le venían a contar al rey que una ciudad o villa, abrumada por las contribuciones y las malas cosechas, estaba pasando una grave crisis, la solución era muy sencilla. El soberano no decía más que esto: "Que les manden allí un regimiento". Y la guarnición reanimaba el abatido mercado del pueblo en cuestión, y además se producía un gran efecto moral, no menos saludable que el aumento de consumo. Los oficiales y soldados difundían la alegría en todas las esferas; las muchachas tenían novio; se celebraban nupcias más o menos legítimas, y el *crecite et multiplicamini*[6] venía a colmar las dichas de la población.

Hoy por hoy, cuando una capital de provincia, que de antiguo viene disfrutando de una guarnición de tres o cuatro regimientos, es amenazada de perder aquel beneficio, ya se puede preparar el gobierno que tal dispone. La agitación es grande; acuden comisiones a Madrid, presididas comúnmente por el obispo, si lo hay, que siempre se pone de parte de la localidad; a la agitación y a las comisiones siguen los tumultos, y luego el motín, y a veces graves desórdenes.

6 "Creced y multiplicaos", frase bíblica del *Génesis*.

Por eso aquel antiguo dicho de *no toquéis a la Marina* puede hacerse extensivo al ejército. *No toquéis a los soldados,* debe ser el primer lema de todo gobierno que en algo estime su existencia. Hay que respetar lo existente, y mirar la fuerza pública desde el general al último ranchero como personas intangibles, y plazas permanentes. La economía, en el ramo de guerra, es la única que sería eficaz, en caso de realizarse; pero es la que no puede realizarse por una de esas fatalidades que están, digámoslo así, metidas en las entrañas de la raza.

Pues si volvemos los ojos a la Marina, también es muy común oír: "¿A que necesitamos tres arsenales? Con uno o con dos bastaba, mayormente si todos los barcos buenos de combate nos los han de traer de Inglaterra. ¿Y a qué esa oficialidad cuya brillantez, si es grande, no nos compensa de lo extremado de su coste? ¿A qué esos sueldos y sobresueldos, y gratificaciones de más cobrados por marinos que no navegan? Vivimos de ficciones. Pagamos escuadras o escuadrillas que dan la vuelta al mundo de una manera ideal; los buques de combate tienen una dotación costosísima desde que se pone la quilla en el astillero. Cuando la nave se concluye ya ha consumido una millonada en el concepto de personal. Y lo que dice el vulgo necio: ¿A qué esa Marina si nuestras colonias están indefensas, si cuando llega un caso como el de las Carolinas nos encontramos frente a Alemania, en los mares del remoto oriente, sin poder oponer a sus naves más que la fusilería de un cañonero que no sirve para nada?"[7]

Pues no hay que pensar en economías por ese lado, no hay ministro del ramo que acepte ante sus compañeros la responsabilidad de alterar las rutinas de una institución que tan caras hace pagar las glorias que ha dado a nuestra bandera. Se habla mucho de nuevas organizaciones; pero el reformador que sepa conciliar la eficacia de las fuerzas navales con la pobreza de la nación, ese Mesías no ha venido, ni vendrá, que es lo peor.

Y por fin, el ministro de Hacienda, que lo es hoy don Germán Gamazo, una de las primeras capacidades políticas y administrativas del país, no tendrá más remedio, si quiere obtener economías, que meter el cuchillo en las tristes clases burocráticas, o en el clero, o qué sé yo dónde.

Por cierto que esto de las economías, y la nivelación de los presupuestos (materia en que se ejercita continuamente el sentido común de los ciudadanos, pues no hay quien no hable de ello con esa discreción y esa oportunidad que están al alcance de toda inteligen- cia), nos van a traer un conflicto cada día. Ya no hay gremio ni clase que al verse estudiado por el fisco, no se declare en huelga. El procedimiento es cómodo y expeditivo, y los ejem-plos de su eficacia los vemos diariamente en las industrias más humildes y al propio tiem- po más necesarias. Un día, se levanta uno de la cama tan tranquilo y da gracias a Dios por el nuevo día que le concede, y apenas ha concluido de rezar el *Padrenuestro* le notificanla cosa más alarmante que puede acaecer. "Hoy no hay pan", o bien "hoy no hay carne". Los panaderos y carniceros usan con una frecuencia lamentable de ese procedimiento indirecto para sostener la tiranía de sus precios y la imposición de sus pesos caprichosos. Hemos visto también huelgas de cocheros, de peluqueros, de vendedores ambulantes. Lo

7 Para los sucesos de las *Carolinas* véanse 44, 45 y 48.

que nunca se ha visto es lo que verán en Madrid y en toda España los que lleguen con vida al primero de julio, y es una huelga general de boticarios.

¡La grave farmacia también se amotina! Y la huelga de médicos, ¿cuándo vendrá? En presencia del próximo cierre de las boticas, las personas tímidas y previsoras, que suelen hacer acopio de víveres al simple anuncio de escasez o elevación de precios, piensan ya en proveerse de todas las medicinas que creen necesitar, según las enfermedades que padecen o esperan padecer. Alguien, no obstante, cree que la huelga farmacéutica ha de ser beneficiosa para la humanidad, y que gracias a ella entraremos pronto en un período de franca salud… pública y privada.

Hay quien llama al médico, y le dice con acento de consternación, alargándole el pulso y mostrando la lengua: "Doctor, puesto que usted conoce mi naturaleza, bien puede anticipar el tratamiento probable que he de necesitar el mes de julio".

Hay quien ve en el ministro de Hacienda un ser providencial, que viene a enseñar a la humanidad el camino del verdadero régimen medicamentoso. Es fácil que el eminente estadista que tiene las llaves del arca sea un escéptico de marca mayor en cuestiones patológicas, y profese el aforismo novísimo que simplifica extraordinariamente la ciencia hipocrática: *Todo es mentira. Sólo es verdad la higiene.*

Y para que las huelgas nos persigan, a donde quiera que nos volvemos, oímos la terrorífica palabra. Ya se anuncia para la temporada próxima la comedia de Enrique Gaspar *Huelga de hijos*.[8]

B. PÉREZ GALDÓS

164
LP, 16/8/1893

Catástrofes un día sí y otro también —La melinita —Inquietudes del fin del siglo —Confusión en el orden moral, en el político, en el artístico —República y monarquía —Pesimismo —Moral y religión —El arte —Desarrollo del espíritu crítico —Elevación del nivel medio —El vulgo ilustrado —¿Paradoja o qué?

Madrid, 12 de julio de 1893.

Señor Director:

¿Es que se acaba el mundo? Vivimos en plena catástrofe, y el telégrafo no sirve más que para difundir noticias que causan espanto: hundimiento de puentes que arrastran multitud de viajeros al fondo de los abismos; choques de acorazados que sepultan en el seno de los mares centenares de hombres; pestes que devastan comarcas populares de oriente.

Los teatros, hechos para nuestra diversión y esparcimiento, dan en la flor de resquebrajarse y venirse al suelo cuando más llenos están de espectadores; las iglesias dejan caer sus bóvedas sobre sus fieles; barrios enteros de capitales animadísimas se desmoronan por

8 *La huelga de hijos* se estrenaría el 7 de noviembre en el Teatro de la Comedia.

faltarles el suelo; los duelos menudean; los suicidios se suceden con aterradora frecuen- cia; no falta más que la guerra, una de estas guerras entre potencias muy civilizadas, muy fuertes en toda clase de adelantos científicos. Porque las bromas, ya se sabe, o pesadas o no darlas; y todo el salero de la guerra consiste en la prontitud e intensidad de los medios de destrucción. El uso de la melinita, sustancia explosiva que es la última palabra de la ciencia, se impone a la humanidad,[1] y no puede negarse que este precioso fulminante ofrece grandes ventajas sobre todos los que se han venido usando hasta el día. Porquecon la melinita la guerra más compleja, la que se desarrolla en más extenso territorio entremillones de combatientes, no puede durar un par de días arriba.

La pólvora de nuestros abuelos era, en parangón de esta droga novísima, un puro alfeñique y divertimiento de niños inocentes. Con la melinita se destruyen en un par de segundos todos los hombres que ocupan un campo tan grande como la mitad de una de nuestras provincias. Se ignoran, y se ignoran hasta que la práctica las revele, las condiciones de la beligerancia con esos medios destructivos de tantísimo poder. La melinita alterará todas las leyes estratégicas que conocemos, y el genio de la guerra cambiará forzosamente sus papeles. Como quiera que sea, es un gusto el ver que hoy se declara la guerra, y mañana se acaba. Verdad es que también se acabará la humanidad, y nos mudaremos todos al valle de Josafat,[2] para proseguir allí los estudios de electricidad, y de química.

¿Qué inventaremos allá, después de haber destruido, como niño mal educado, el delicioso planeta que nos dieron para nuestro recreo? Inventaremos el alumbrado eléctrico del purgatorio, la extinción del fuego del infierno por medio del corrientes de agua fría; conseguiremos quizás la habitabilidad de ambos lugares y la domesticación de todas las castas de demonios que para nuestro tormento existen allí. La ciencia ambiciosa del hombre, no se dará por fenecida el día del acabamiento y destrucción de este planeta o casa, que ya parece amenazada de desahucio. ¡Y quién sabe si nos darán otra, si la explosión suprema que aventará nuestra ceniza el día en que la melinita haga su última gracia, llevará gérmenes humanos a otro mundo mejor, y en él criaremos nuevas razas y multitudes nuevas!…

Dejemos a un lado esta broma de la melinita, que bien podría no serlo, y vengamos a un orden de ideas más positivo. ¿No advertís en nuestra pobre humanidad un desasosiego alarmante? ¿Es resultado de la desilusión religiosa, seguida de la desilusión filosófica? ¿Es el desencanto político, seguido del desencanto social? Empezamos el siglo luchando por las libertades políticas. Conseguimos las libertades, y los pueblos no son felices, ni sus sociedades adquieren asiento y robustez. Los ideales religiosos se ajan como flores arrancadas del tallo. Pasa algún tiempo, y creemos que la filosofía dará a nuestro espíritu la tranquilidad perdida. Pero la filosofía, ¡ay! se marchita más pronto que la religión. Al menos esta tiene la ventaja de la inmutabilidad de sus dogmas, que dan descanso al pensamiento; pero la filosofía niega hoy lo que ayer afirmaba. Si un sistema nos ofrece la verdad, otro nos la niega. No hallamos dos filósofos que piensen de la misma manera.

1 *melinita*: sustancia explosiva cuyo componente principal es el ácido pícrico.*

2 Véase 163, n. 5.

Los sistemas más brillantes envejecen y al fin y a la postre llegamos al terrorífico *solo sé que no sé nada.*[3]

Volvemos los ojos a la religión, y en ella buscamos consuelo al ansia de verdad que nos devora; pero vemos perdida la fe, y nuestra razón harto cultivada no permite que la fe nazca en nuestro ser. Apenas brota, la razón la ahoga. Nos quedamos al fin sin religión y sin filosofía, abominando así de los que se dicen representantes de la divinidad, como de los maestros enfáticos que con la pura lógica pretenden desentrañar el problema inmenso de nuestro principio y de nuestro fin. Por este lado el barullo es horrible, y el siglo acaba en medio de una confusión semejante a la de la torre de Babel.

En el orden político, la confusión no es menor. Hemos luchado por las libertades conquistadas al fin con mil sacrificios. ¿Estamos contentos? No. Con tantas franquicias vivimos como antes, rodeados de injusticias, de desigualdades, de monstruosas aberraciones del sentido moral. Aún hay cándidos que todo lo esperan de la forma de gobierno. Fanáticos de la monarquía, creen que la república trae todos los males. Republicanos furibundos ven en la forma monárquica el origen de cuantas desdichas afligen a la humanidad. Unos y otros padecen lamentable ceguera, y no ven que la forma de gobierno no resuelve nada. A las puertas de casa tenemos el más claro de los ejemplos.

Inglaterra, con su reina y su aristocracia y sus prácticas añejas, es la mejor de las repúblicas. Francia es una monarquía enmascarada con formas burguesas y democráticas. Todo allí respira monarquía, gobierno de unos pocos; despotismo hipócrita, centralización como en tiempo de Luis Felipe, caciquismo como en tiempo del Imperio. En Inglaterra la ficción monárquica es de tal calidad, que la nación existe y se gobierna, y es dueña de todos sus actos. En Francia, la ficción republicana es tan burda, que no puede engañar más que a los que se pagan de palabras rimbombantes y de trapos tricolores y de farsas inventadas por el chauvinismo.

De modo que no sabemos a qué carta quedarnos. ¡Desdichada raza aquella en que si la monarquía es mala, la república es peor, que por perderlo todo ha perdido hasta la confianza en las revoluciones, pues la experiencia le dice que estas no son más que cambios de postura que solo dan pasajero consuelo al enfermo!

"Pesimista estas", me digo a mí mismo. Pero hay días en que no puede uno librarse de ver todas las cosas por el lado malo. El pesimismo suele ser resultado de la mayor lucidez de entendimiento. Cuando veis el aspecto oscuro de las cosas, es que vuestros ojos están llenos de claridad.

***

Si del orden político pasamos al moral, nos encontramos en un mar insondable de confusiones. El concepto del bien y el mal está sujeto a mil contingencias, y aún al caprichoso vaivén de las modas. La elasticidad de la ley moral ha llegado a ser tanta, que los juicios y opiniones sobre los actos humanos varían de un modo radical según los casos. Acciones hay que se tienen por vituperables en las clases bajas de la sociedad y son toleradas en

3 Célebre frase de Sócrates, según Platón.

las altas. Lo que nos escandaliza en los pueblos pequeños, nos parece natural y corriente en las grandes poblaciones. Virtudes que enaltecen a la mujer deprimen al hombre, pues las costumbres han creado una moral para cada sexo. La castidad, el valor, la prudencia son o dejan de ser atributos del ser privilegiado, según la ocasión, el lugar, y aún la clase social a que se pertenece. Hasta el traje que se viste influye poderosamente en la moral, y se relaciona con nuestros actos de un modo fatal. Constantemente, y sin daros cuenta de ello, consumáis actos que os indignarían si los observarais en el criado que os sirve.

De los diez preceptos consignados en las famosas tablas de Moisés, en aquel código que parece ser la base de la sociedad humana, algunos están en desuso, y solo se cumplen de una manera hipócrita; otros hállanse absolutamente derogados en la práctica. Solo los niños, al ser iniciados en aquellos principios sin comprenderlos en su totalidad, creen que los diez preceptos obligan por igual y se preparan a la obediencia con infantil candor. En cuanto la edad les enseña el gran principio moderno de la elasticidad moral, empiezan a cercenar artículos.

Los principios religiosos subsisten más en lo que atañe a exterioridades y signos categóricos, que en la conducta. Más escándalo causa entre la mayoría de las gentes una transgresión del formulismo religioso, que una violación de los verdaderos principios morales. Los representantes de la divinidad piden formalismo y casi se conforman con las apariencias de la devoción. Es más fácil hallar indulgencia para el pecado que para las faltas de etiqueta, entendiendo por esta la despreocupación o el desprecio de las conveniencias en materias de religión.

El convencionalismo reina en todo, y vivimos bajo el imperio de multitud de ficciones que hemos ido creando conforme a las necesidades, tratando de buscar una componenda entre nuestros gustos y caprichos y la letra de la ley. Los filósofos han llenado el mundo de reglas de conducta, pretendiendo que sustituyeran el canon religioso cada día más desprestigiado. Algunos de ellos, dándose aires de redentores, las han practicado con laudable constancia; pero no han conseguido más que discípulos teóricos. Todo el régimen de conducta predicado por los filósofos no sale de las aulas donde se le estudia y comenta. Los pocos que han intentado convertirlo en costumbres prácticas, se han puesto en ridículo. No hay en la vida prosélitos para las escuelas filosóficas que se suceden como las modas, y como las modas pasan. La moral está, pues, en el aire. Carcomida la base, no hemos podido crearle un nuevo cimiento. Casi puede decirse, aunque el decirlo duela, que cuando somos buenos, lo somos por rutina, a veces por conveniencia, pues la maldad suele desentonar, y nos perturba en nuestras relaciones con los seres más próximos.

La educación, la forma social, lo que llamamos decencia (concepto no bien definido aún) suple las más de las veces a la moral. El mundo se gobierna hoy casi exclusivamente por una ley misteriosa, amalgama del decoro, del bien parecer y del mutuo respeto.

***

En el arte nos encontramos con una perturbación tan grande, que no la ofrece igual ninguna época de la historia. Cada día formas nuevas, nuevos ensayos, tentativas que no

logran causar estado y se marchitan en poco tiempo. Es que en el arte, como en todo, el excesivo desarrollo del espíritu crítico mata la inspiración. El artista ha venido a ser su propio crítico, he aquí el mal. Se juzga la obra desde que está en gestación, se la ve juzgada y discutida antes que tome cuerpo y vida en el cerebro; y de este modo, el ingenio no puede dar sino frutos raquíticos. No hay que dudarlo, el excesivo desarrollo del espíritu crítico en este siglo, que pronto se acabará, es la causa del escaso vigor artístico, y, digámoslo de una vez, de la relajación moral y política. La crítica lo ha matado todo. Eso de que todo el mundo sepa o pretenda saber lo que es la vida, lo que es la religión, lo que es el arte, concluye por esterilizar el pensamiento humano. Llegamos, pues, a una conclusión tristísima, y es que la difusión de los conocimientos, la enseñanza difundida cada día más, las universidades, los ateneos, las bibliotecas, son causa de este quebranto visible de las energías humanas.

Ya veo qué esta conclusión será recibida con escándalo por algunos de los que se dignen leer estas líneas, pero no me vuelvo atrás de lo dicho. No he asegurado que el excesivo desarrollo del espíritu crítico, trayéndonos tantas ficciones y formalismos, sea en absoluto un mal. Es posible que la humanidad haya dado un gran paso perdiendo las energías que producían extraordinarios casos de virtud o de inspiración artística; es posible que la considerable elevación del nivel medio en lo moral, en lo político y en lo artístico, sea un gran bien.

El tiempo lo dirá, y los críticos y filósofos del porvenir ajustarán la cuenta a los del presente. La cuestión será esta: ¿qué vale más? ¿Un nivel bajo en el cual se destaquen aisladamente figuras esplendorosas, o un nivel medio bastante alto, y sin personalidades? Caminamos a pasos de gigante hacia el predominio del vulgo ilustrado. Todos sabemos algo y aún sabremos un poquitito más. La filosofía, la moral, el arte se hallarán al nivel de todas las inteligencias. La ciencia formará parte de los conocimientos generales. Todos sabremos pensar en buena dialéctica, todos sabremos escribir; todos seremos algo sabios, algo artistas también; cada cual se hará sus propias obras de arte. Llegará día en que las señoritas ilustradas esculpirán el busto de sus papás, y compondrán las polkas que han de bailar con sus novios. Llegará el día de la difusión completa del saber y la crítica reinará en absoluto; no habrá cerebro en que no hayan entrado los principios de toda ciencia y las reglas de todo arte. En aquel día feliz no habrá ignorantes: todos sabrán cómo se piensa, cómo se siente, cómo se escribe. Pero ¡ay! ese día grande, no habrá grandes hombres; el espíritu crítico los habrá hecho imposibles.

Concluyo pidiendo indulgencia a mis lectores por esta opinión individual qué corrobora la paradoja expuesta. No hay que burlarse de las paradojas, que suelen entrañar verdades. Esta opinión individual pide un puesto entre las infinitas opiniones que hoy salen a luz, sin que nadie las rechace ni las proscriba. Hoy, todos entendemos de todo. Ya no hay autoridades. Cada cual es su propia autoridad en moral y en arte. Crítica, mucha crítica.

B. PÉREZ GALDÓS

165
LP, 28/8/1893

Algo de teatro

Su decadencia —Los viejos y los nuevos moldes —El convencionalismo esencial y el accidental —Resultados de la habilidad escénica —La moral de teatro —Pobreza de caracteres y de asuntos —Hastío del público —El éxito —Condiciones excepcionales en que se produce —Los estrenos —Autores profesionales.

Madrid, 23 de julio de 1893.

Señor Director:

Hoy toca hablar de teatros, quiero decir del teatro, que siendo ahora moda el disertar sobre literatura dramática, no estará de más que eche yo mi cuarto a espadas, como vulgarmente se dice.

Que el teatro está en decadencia es cosa que ya huele a puchero de enfermo: tanto se ha hablado y escrito sobre esto.[1] El público se cansa de las viejas formas dramáticas, se las sabe de memoria, conoce los resortes tan bien como los autores más hábiles, y apenas halla atractivo en las obras que años atrás eran su encanto. Conformes todos en deplorar el mal causado por el amaneramiento, no lo están en su remedio, pues mientras unos siguen apegados a la rutina y no ven más arte dramático que el consagrado por la tradición, otros pretenden vaciar este arte en moldes enteramente nuevos, renovando en absoluto lo que podríamos llamar el organismo escénico. En uno y otro sistema hay evidente exageración.

Se habla mucho del convencionalismo de la forma teatral, confundiendo lo esencial con lo accidental. Hay que distinguir entre lo convencional que es inherente al arte dramático y por tanto inmutable, y lo convencional que es producto del amaneramiento, al modo de un follaje vicioso, que es conveniente podar si se quiere que el árbol viva. Lo que no puede hacerse es atacar el convencionalismo esencial, que sería lo mismo que herir el tronco y matar el árbol. Los críticos apegados a la víctima matan el árbol por sequía y consunción; los reformadores ciegos le cortan las raíces.

No hay arte en que la ficción de la naturaleza esté más cohibida que el teatro. Aún después de descartadas las famosas unidades, subsisten las mayores trabas que la expresión artística puede tener. La limitación prudencial de personajes, la tiranía del lugar de la escena, la corta duración de los actos, la falta del elemento descriptivo y episódico, la graduación forzosa del interés encierran la inspiración dramática en límites estrechos.

Y no se comprende que en esto pueda traernos grandes innovaciones la dramática del porvenir. Mientras el teatro consista en presentar una acción viva, en plazo de dos o tres horas, ante un público congregado en locales *ad hoc*, no es fácil que el convencionalismo escénico varie. Convenced al público para que soporte actos de más de cuarenta minutos; hacedle comprender que debe prestar atención a un diálogo de carácter analítico; que no

1 El propio Galdós, con más o menos insistencia lo aborda ya en 9, 31, 54, 56 y 94.*

hay razón ninguna estética para que los actos terminen con una emoción viva; quitadle de la cabeza la preocupación de los *caracteres simpáticos,* y el teatro ganará en verdad.

Pero aunque el público transigiera con las amplificaciones, y renunciara a dejarse conmover por efectos escénicos enteramente pueriles, siempre quedaría un gran elemento de convencionalismo escénico, la entrada y salida de personajes, la fijeza del lugar, la medida abreviada del tiempo, y otras ficciones esenciales.

Los patrocinadores intransigentes del teatro tal como hoy existe, no han caído en la cuenta de que defienden una forma novísima, de ayer como quien dice, el teatro de Scribe y su escuela,[2] sistema de artificios para producir efectos de la índole más grosera y vulgar. Antes de Scribe, que erigió la habilidad mecánica de la escena en arte supremo, el teatro vivía de formas más amplias. Los caracteres y la acción moral eran el todo. Scribe, despreciando los caracteres, cultivó la acción física, elevó a la mayor perfección posible el movimiento, encontró una receta eficacísima para las entradas y salidas, manejó, en fin, las fichas con superior destreza. El resultado fue lisonjero, y sedujo extraordinariamente a la generación que ha precedido a la nuestra. Pero lo que el teatro ganó en efectos, lo perdió en el vigor de los caracteres. La habilidad mecánica y el manejo de las figuras contentaban a un público poco exigente y de dudosa cultura literaria en general.

El público burgués y casero dominante en la generación última, no ha tenido poca parte en la decadencia del teatro. A él se debe el predominio de esa moral escénica que informa las obras contemporáneas, una moral exclusivamente destinada a aderezar la literatura dramática, moral, enteramente artificiosa y circunstancial, como de una sociedad que vive de ficciones y convencionalismos. La restricción que esta moral impone al desarrollo de la idea dramática, es causa de que los caracteres se hayan reducido a una tanda de tres o cuatro figuras que se repiten siempre. Su acción es también muy restringida, y analizando bien todo el teatro contemporáneo, se verá que en todo él no hay más que media docena de asuntos, repetidos hasta la saciedad y aderezados con distinta salsa. El lenguaje, por influencia de esa moral postiza, también se ha restringido, y el vocabulario de teatro es de los más pobres.

Los autores, aun aquellos de más talento y de más poder creador, han extraído la influencia de esa moral impuesta por la burguesía pedestre y meticulosa, que ha venido privando desde la desamortización, y viendo que se les cortaban los vuelos han cultivado la habilidad, el mecanismo y el mete y saca de las figuras.

Los asuntos se han ido reduciendo a tres o cuatro fábulas, la fábula del adulterio, la del desprecio de las riquezas, la de los novios que no pueden casarse porque los padres se odian, y nada más. Siempre ha de haber, para que la burguesía se entusiasme, un grave conflicto entre novio y novia, y el ignorar si al fin se casan o no, mantiene el interés y lo gradúa hasta que se pronuncia la palabra sacramental de matrimonio.

Los caracteres han quedado reducidos al marido engañado, que siempre es el mismo, y ha venido a ser un verdadero muñeco de cartón, a la esposa infiel, al padre intransigente, al joven calavera, al amigo oficioso y entremetido. Estas figuras obran y hablan con arreglo

2 Véase 31.

a una ley de humanidad puramente teatral. Las acciones responden a una moral que solo existe de telón adentro, hemos convenido en que todo lo que pasa en la escena constituye un mundo aparte, un mundo que no es como el mundo real, y sin embargo, nos conformamos con este artificio y lo damos por bueno, y proclamamos su permanencia.

Pero ha sucedido al fin lo que tenía que suceder, y es que el mismo público, que ha dado existencia a este arte ficticio impulsando a los autores por el camino de las mentiras, se ha cansado de su obra. Ya no se ilusiona con aquello que antes era su delicia. Se sabe de memoria los asuntos, y conoce a los personajes como a los dedos de sus propias manos. Ya le cargan los esposos más o menos adúlteros, la mujer pizpireta, el marido de cascos ligeros; le cargan los amigos componedores, le carga también el joven honrado y puro,que desprecia las riquezas y asegura en quintillas o cuartetas que quiere ser pobre y queno hay nada más hermoso que no tener una peseta.

Ese mismo público se hastía también del mecanismo, porque si este le encantaba cuando empezó a emplearlo con tanta habilidad el maestro Scribe, ya los resortes empleados para producir la ilusión teatral no convencen a nadie, por haberlos visto repetidos una y otra vez. El público, en fin, ve tan claro ya como los autores, y en cuanto se alza el telón, ya sabe, poco más o menos lo que va a pasar. Los hilos manejados por dentro con tanta destreza por los discípulos de Scribe, se ven desde las butacas, y la ilusión desaparece, y lo que antes fascinaba, ahora hastía.

Naturalmente, el público pide ahora caracteres, acción lógica y humana, pasiones y afectos como los afectos y pasiones que agitan a las sociedades, y al pedir esto, no pide que se haga un teatro nuevo sino que se restaure el viejo arte del teatro que el mecanismo vuelva a ser accidental y que los caracteres y la reproducción de la vida constituyan el fondo de la composición. No pide nuevos moldes, sino los moldes eternos, inmutables, autorizados y arrinconados hoy.

Pero el público no se da cuenta de lo mismo que desea. Se aburre de lo común y corriente, y al propio tiempo recibe con prevención todo lo que rompa la rutina de las combinaciones escénicas. Está enviciado con aquello mismo que declara ineficaz y reformable. Por eso veis que una situación, una frase, un chiste son aplaudidos, si la frase o el pasaje se han visto y oído muchas veces. Hay expresiones en el teatro que siempre producen efecto, y son precisamente las que más se prodigan. Un concepto enteramente nuevo, una situación de evidente originalidad dejan al público frío, como en expectativa de una sanción que han de dar el tiempo y la crítica. "Esto nos parece bien, dice cada cual para su sayo, pero no nos entusiasmemos todavía, ni lo aplaudamos hasta no ver los que piensan los demás".

La emoción fatal, la que ha de producirse en el nivel medio de inteligencia, no resulta las más de las veces sino con situaciones ya vistas y admiradas otra vez. Individualmente, se acepta lo nuevo, pero la masa, la colectividad, tarda bastante en aceptarlo. Es que la emoción colectiva es y será siempre un misterio. Las multitudes no vibran sino con ideas y sentimientos de fácil adquisición, con todo aquello que se saben de memoria, y se tiene ya por cosa juzgada y consagrada.

Por esto los que han llevado reformas al teatro, han visto que sus esfuerzos no tenían la recompensa debida. En el libro se habla al individuo, al lector aislado y solitario. Se le dice lo que se quiere, y el lector lo acepta o no. En el teatro se habla a la muchedumbre, cuyo nivel medio no es muy alto ni aún en las sociedades más ilustradas; y no hay manera de herir a la multitud, sino devolviéndole las ideas y sentimientos elementales y corrientes que caben en su nivel medio.

***

Disertando sobre el teatro, nos encontramos con una porción de fenómenos, desconocidos en las demás artes. Señalemos uno que influye poderosamente en la vida o muerte de las producciones dramáticas: el *éxito.* ¿Qué es el *éxito*? En todas las artes es la sanción del público, pero en la dramática es la sanción inmediata, instantánea, irreflexiva, dada o negada por impresión, y al propio tiempo irrevocable.

Las obras literarias que no son teatrales, así como las musicales o de pintura y escultura, son juzgadas según su valor en más o menos tiempo. Cierto que este juicio no es definitivo y se halla sujeto a rectificaciones, porque influyen en él las ideas dominantes, el gusto caprichoso, algo que podríamos llamar moda, pues la estética varia en lo accidental, conforme al estado del pensamiento en las distintas épocas históricas. Las obras gustan más o menos, y si son de autor de crédito, siempre hay una parte de éxito indiscutible. El público las acepta, las saborea, las discute, si hay motivo de discusión, y el trabajo del autor no resulta en ningún caso perdido.

En el teatro no sucede así; la obra se somete al juicio de un público especial congregado para el estreno. El estreno es una prueba de la cual la obra sale victoriosa o vencida. Pero no caben términos medios. El drama o comedia recibe la sanción de aquel público, y no hay apelación ni revisión posibles. Es una sentencia cerrada. Si el veredicto es favorable, la obra *al cielo,* como se dice en lenguaje de teatros, o *al foso* si no es del agrado de los *morenos.*

El éxito, en la mayoría de los casos, depende del mérito de la obra, de sus condiciones intrínsecas; pero hay casos en que mil accidentes externos influyen en él. Para que una obra *vaya al cielo,* es preciso que el autor acierte a herir los sentimientos del público, y aser un eco de las ideas dominantes en él, buscando siempre aquel nivel medio intelectual de que hemos hablado antes. Si las ideas del drama rebasan de dicho nivel, es muy fácilel fracaso.

El éxito depende también de la consumada habilidad en el manejo de las figuras escénicas, y no tiene poca parte en él la simpatía, una corriente misteriosa que entre autor y público se establece. Esta corriente varía en los estrenos de un mismo autor. ¿Por qué, cómo? No lo sabe nadie. Es el misterio eterno que envuelve los actos de las multitudes. Tan solo he podido observar, como fenómeno aislado, que cuando un autor ha tenido dos éxitos consecutivos, *a la tercera va la vencida.* Después de dos éxitos, el fracaso es seguro, o casi seguro, sobre todo si la obra flaquea por algún lado. Al contrario, cuando un autor de crédito ha sido desgraciado dos veces consecutivas, el estreno siguiente será feliz, siempre que la obra tenga algo en que pueda apoyarse la benevolencia del tirano.

He creído observar que el público no gusta de enaltecer demasiado a los autores, ni tampoco deprimirlos excesivamente. Como quiera que sea, los *estrenos,* tal como ahora se efectúan, son un grave inconveniente para el desarrollo del arte dramático. Acuden a ellos, en grupos o bandadas, multitud de gentes del oficio, o de la crítica profesional, las cuales, comúnmente, no juzgan con absoluta serenidad de juicio, pues van prevenidos en pro o en contra del autor. La sugestión de esta falange crítica sobre el público, siempre dócil y crédulo, es inevitable. Suele el público rehacerse de la impresión que a veces violentamente se le impone: pero rara vez deciden del éxito los espectadores que podríamos llamar libres, y los triunfos o fracasos dependen de una combinación de piedras, digámoslo así, de algo que brota de la multitud con el apoyo de las minorías amigas o adversas, o de una rápida sugestión de estas sobre aquella.

El éxito es la preocupación constante, ineludible de los autores.[3] El triunfo instantáneo, ganado como por sorpresa, es la obsesión que le persigue mientras elabora su drama o comedia. Escribe bajo la presión de esperanzas risueñas o de hondos temores. Tal escena, que en conciencia cree acertada, parécele expuesta a producir el fracaso. Teme emplear recursos de éxito seguro, y que le repugnan por su índole vulgar: pero como tales recursos pueden traer el éxito, se inclina a transigir con ellos. Ve en el triunfo o en la derrota fenómenos independientes del valor estético de la obra, y esto por fuerza ha de influir desdichadamente en su inspiración. De aquí que el arte dramático, más que labor del artista inspirado y libre, haya venido a tomar cierto carácter profesional o de oficio.

De aquí el predominio de la habilidad, que en la mayoría de los casos asegura el éxito, y el amaneramiento, consecuencia lógica de toda habilidad artística.

Los autores profesionales son los que más comúnmente logran los laureles del éxito: pero este no suele ser muy duradero, por las razones expuestas al principio de esta carta. El público ya les conoce el juego, les ve las cartas, ha descubierto los hilos con que mueven toda aquella tramoya, y no se convence, ni aun cuando aplaude; vemos un día y otro éxitos falsos, triunfos de una noche, que luego se resuelven en desdén y olvido. Obras que parece han enloquecido al público, caen como en un pozo. Al contrario es lo que no se ha visto nunca. Caer una obra la primera noche, y levantarse en las sucesivas. Esto no ha pasado ni creo que pasar pueda mientras los estrenos sean en la forma y manera que hoy conocemos. Cuando una obra cae, no hay medio de levantarla. El olvido pesa sobre ella como una losa y sus bellezas, si acaso las tiene, son flores perdidas y enterradas, muertas para siempre.

El arte dramático si ha de subsistir como espectáculo público (no para mejorar las costumbres, como creían inocentemente nuestros abuelos), no dará sino frutos pobres y desabridos, si no se procura dar a los estrenos un carácter distinto del que ahora tienen. Eso de que la obra de arte, producto del sentimiento y de la inspiración, sea vista y juzgada con breve sentencia, o puesta en los cuernos de la luna o arrojada al lodo por la impresión que causa a unas cuantas personas, en las cuales quiero suponer toda la inteligencia del mundo, no es ni puede ser provechoso. En el caso de éxito, como en el de fracaso, debe

3 Galdós está reflejando esa preocupación ya no en general sino en su propia experiencia de dramaturgo.*

convocarse *a más señores,* y renovando la *sala,* o sea el tribunal, llegará a saberse con toda exactitud si la obra debe vivir o morir.

En la próxima carta, apuntaré lo que sobre el teatro no he podido decir en esta, por no alargarla demasiado.

B. PÉREZ GALDÓS

166

[Teatro continuación: Actores. Vico][1]

Lo más excepcional, lo más anómalo del drama, lo que establece una diferencia pro- funda entre esta y las demás formas del arte es que no puede llegar hasta el público sin la mediación de otro arte, sin la interpretación. Ésta empequeñece las obras o las agranda,las perjudica o las favorece, según la habilidad de los actores. Una obra dramática es comoun cuerpo desnudo, que lucirá más o menos, según el corte o la elegancia del vestido con que se le presente. Determinados cómicos la vestirán bien; otros, mal. En un teatro la obraresultará aceptable, en otros, no; y lo que hoy es un éxito, mañana puede ser un fracaso. Verdad que la obra tiene un valor intrínseco, independiente de la vestidura que se le pon- ga; pero este valor intrínseco no siempre se manifiesta en la lectura tal como es, poco o mucho. Dicen que con buena interpretación no hay obra mala; pero, en absoluto, no po- demos aceptar este aforismo de bastidores… Lo que sí puede asegurarse es que los actoreseminentes tienen en su repertorio obras malísimas, con las cuales ganan aplausos, y esto descorazona. El paralelismo perfecto entre la belleza abstracta de un drama o comedia yla belleza concreta de su representación no existe, al menos, en el estado actual del arte escénico. Vendrá día quizás en que el actor de más genio no pueda hacerse aplaudir en un adefesio. Pero todos los síntomas son de que ese día está aún muy lejano.

Otro fenómeno digno de observarse es que el actor, sin darse cuenta de ello, colabora en la producción dramática, la rectifica a veces, le da una vuelta, trocándola de seria en cómica y viceversa. El caso de Federico Lemaître, en *Robert Macaire,* es muy conocido para que sea necesario repetirlo.[2] El actor, por grande que sea su talento, no es dueño de sí. Su voz, su edad, sus maneras, su figura le dominan antes de que él consiga dominarlas, y hay otra razón para que el histrión no pueda responder de interpretar fielmente la obra que se le confía. Como es natural, el intérprete busca el aplauso, aspira al éxito antes que a la fidelidad; su talento y su práctica de la escena le ofrecen ocasiones fáciles de alcanzarlo y ocasiones difíciles. Prefiere las primeras. De aquí el amaneramiento, del cual no hay que

1 El incompleto texto de esta Carta pertenece a la edición de Ghiraldo porque ha resultado imposible encontrar el ejemplar de *La Prensa.* Pero la casi obvia continuidad con la anterior, el anuncio final que en aquella hace el autor, el que esta no se publicase en ningún otro lugar, y algunos indicios temáticos lleva a la conclusión de que tuvo que serlo en *La Prensa* entre el 9 y el 28 de agosto de 1893.*

2 El célebre actor francés convirtió en 1832 el pomposo melodrama de Benjamín Antier *L'auberge des adrets*, en una comedia humorística de éxito, que a partir de 1835 pasó a titularse como su protagonist*a*, *Robert Macaire.*

hablar con desdén, porque el amaneramiento es condición de todo actor; sólo que los buenos son amanerados con arte y gracia, y los malos no. Precisamente los cómicos de más talla, los Romeas, Valeros y Arjonas, en España, los Garrick y Kean, en Inglaterra, han sido personalidades que han adaptado los caracteres a su temperamento, figura y modales. Entre el *Hamlet*, de Garrick, y el que hace hoy Irving,[3] hay grandes diferencias. El *RicardoIII* de Kean, es una creación propiamente suya, que nadie ha podido imitar. *El Mercader de Venecia* hace reír o causa terror, según el intérprete. Es común decir de un actor que *crea* tal o cual personaje. Pues si lo *crea* es que no existe o existía tan sólo como un bosquejo, cuyas líneas acentúa la encarnación escénica.

Aquí surge una cuestión algo intrincada. ¿Deben escribirse las obras sin pensar en determinados actores, esperando que la interpretación, acto inferior, se someta a la creación del dramaturgo, o deben escribirse las obras para tales o cuales cómicos, teniendo presentes, al desarrollar los caracteres, las personalidades vivas que han de expresarlos en el mundo de la realidad? Los críticos, que sólo ven estas cuestiones de una manera abstracta, recomiendan que se escriban las obras sin acordarse para nada de los actores. Esto es muy bonito para dicho, y aunque teóricamente no se puede contradecir, en la práctica resulta un disparate. Tengo para mí que las obras capitales del arte dramático han sido escritas para determinados histriones. Molière y Shakespeare sabían, desde que ideaban un drama o comedia, quién lo había de representar.[4] Hombres muy metidos en los rincones del teatro, imposible que trazaran sus obras en abstracto, como principiantes que sueñan que han de bajar los ángeles del cielo a dar vida a sus creaciones.

***

Creo firmemente que ambas artes, el dramático y el impropiamente llamado *declamación*, el histrionismo, para decirlo más claro, se auxilian, se apoyan el uno en el otro, y recíprocamente se comunican el soplo de la inspiración. Tal como hoy está el teatro, con la esclavitud que impone la necesidad del éxito, con la necesidad del aplauso para que las obras vivan, el autor no puede nada sin contar con la colaboración personal del actor, como este nada puede tampoco sin el concurso ideal del autor.

Las obras se escriben y se escribirán durante mucho tiempo para compañías determinadas, aunque así no lo admita la buena ley de crítica. Los críticos, por lo común, hablan de muchas cosas que no entienden, rinden tributo a generalidades vacías de sentido, y viven de retazos teóricos aprendidos aquí y allí y mal hilvanados. Puede que llegue un día enque, transformado el teatro por procedimientos que aún no comprendemos, sean los acto-res nuevos puntistas o reproductores fieles del pensamiento esculpido por el poeta.[5] Hoy son en cierto modo sus auxiliares. El público suele ser cómplice las más de las veces de

3 El éxito de Irving se basó en su propia presencia escénica en un determinado tipo de obras.*

4 Tanto Molière como Shakespeare, además de dramaturgos fueron actores y directores de compañías de teatro.

5 *actores nuevos puntistas*: no se ha encontrado el adjetivo; puede ser errata o un empleo figurado de Galdós.

esta colaboración, alentando con sus aplausos el juego escénico con que un actor rectifica muy a conciencia la creación del dramaturgo.

Los actores, si adquieren fama y boga ante un público cualquiera durante cierto tiempo, llegan a hacer parroquia, es decir, que el que más y el que menos tiene su pequeña corte de admiradores y devotos que le aplauden todo lo que hace. El actor, halagado de este modo, tiende siempre a lo fácil, y sin darse cuenta de ello repite el juego escénico quesin ningún esfuerzo se deriva de su temperamento, modales, voz, etc… Si de este modo obtiene el aplauso, que es lo que se busca siempre, entre aquellos trapos pintados, ¿cómo se le ha de exigir que se meta en dibujos, y haga un estudio profundo de los caracteres? Exponiéndose a no acertar y a no ser del gusto de sus parroquianos que le quieren siem- pre igual a sí mismo, venimos a parar en que el público es el árbitio eterno. Él nos indica cómo han de ser las obras y cómo las han de representar. Impone su gusto a autores y cómicos, y si alguna modificación beneficiosa soñáis para el porvenir, no lo intentéis sin procuraros un público nuevo, accesible a las novedades, cosa en verdad más difícil de lo que a primera vista parece.

***

¡El aplauso! Examinemos lo que es el aplauso, empezando por reconocer que sin esta expresión material del asenso del público la obra dramática no puede vivir. Una representación durante la cual no se produjera en la sala ese bullicio que resulta de chocar una con otra las palmas de las manos, sería, la cosa más indefinida del mundo. El aplauso es la salsa de la representación escénica. Lo más extraño es que esa manifestación es el resultado de la emoción estética, y al propio tiempo la produce. Obra del aplauso es esa corriente de simpatía o entusiasmo que entre el público y la obra se establece. Suprimid esa corriente y desmayarán la obra y el público; el drama perderá su interés, y los espectadores la disposición psicológica para saborearlo y entenderlo. Es muy raro todo esto. Que se prohíban los aplausos y no hay éxito posible. Las obras más estupendas resultarían pálida sombra, y las situaciones y caracteres un juego de chicos.

Lo más extraño de todo es que la concurrencia distinguida, la que da lustre y decoro a la sala, no aplaude nunca o aplaude muy poco. Solo en los estrenos se ve que la gente de butacas y palcos abandone su pasividad circunspecta. De modo que si no hubiera alguien encargado de producir esa atmósfera del éxito, la obra se asfixiaría. Es ley de fatalidad el aplaudir como por fórmula, y a dicha ley se debe la institución de la *claque,* de la cual muchos abominan sin comprender su importancia. Los que no conocen la realidad de las cosas, los críticos inocentes y candorosos, que es la raza de críticos que más abunda, ponen el grito en el cielo, y atribuyen a la *claque* toda clase de males. La institución será todo lo ridícula que se quiera; pero el estado actual del teatro, la hace indispensable.

Después de todo, el respetable cuerpo de *alabarderos*[6] no tiene más objeto que difundir en la sala ese calor, que predispone al público a su sensibilidad y aguza su entendimiento

En el sentido de 'actores que vayan punteando el texto', siguiéndolo como el guitarrista la partitura.

6 Véase 54, n. 8.

para poder comprender mejor lo que ve y oye. Dígase lo que se quiera, la *claque* no ha hecho jamás un éxito como no sea en los teatros de tercer orden. Desempeñando su misión con prudencia, sirve para animar y tener despierto el interés del público. Para que todo sea anómalo en este condenado arte dramático, no concebimos que el público entre en una obra sin aquella forma ruidosa y a veces cargante de la aquiescencia. No concebimos tampoco la representación sin que parte de los espectadores se hallen dispuestos a manifestar su entusiasmo en cuanto hay algún motivo, siquiera sea pequeño, para producirlo. ¿Llegará día en que no se aplauda, en que la corriente de concordia se establezca entre espectadores y espectáculo, sin necesidad de hacer tanto ruido? Puede que llegue ese día; pero me parece que aún está lejano. Sin embargo, antes se silbaba y ya no se silba. Un progreso puede ser precursor de otro.

Todas estas rarezas, que parecen faltas de lógica, tienen su razón de ser en la índole de la emoción teatral, que ha de ser instantánea y que de no producirse con la rapidez de la chispa eléctrica, no admite componenda ni retoque.

Se produce porque sí, a veces cuando menos se creía. Si falla, adiós situación. ¡Y qué fenómenos tan raros se observan en esto del efecto y de las ocasiones en que se produce! Los más prácticos en las artimañas del teatro tienen que confesar que no saben una palabra. En todo es posible la profecía, menos en estos arcanos del éxito, que son el eterno enigma del efecto.

***

Al imaginar y escribir un pasaje, se cuenta ciegamente con el tal efecto. Es más: se ensaya el tal pasaje o situación, y cuantos presencian la prueba, lo mismo autores expertos que aficionados y gente muy corrida en achaques de escena, convienen en que aquello ha de alborotar al público. Llega la noche del estreno, y el efecto, anunciado y visto por todos, no se produce, y lo más raro es que los mismos que se entusiasmaron en el ensayo, reconocen que no había para qué, y participan de la frialdad general. Puedo dar fe de este extraño fenómeno. Tal o cual escena que en los ensayos me produjo emoción vivísima, en el estreno, ante la escena iluminada, entre el público bullicioso, en aquella atmósfera de la representación *de pago*, no me ha producido ninguna emoción. Y llegamos a maravillarnos de nuestra anterior ceguera, y nos sentimos de tal modo incluidos en ese nivel medio de entender y sentir, alma y razón del público, que aquel criterio individual con que juzgamos en el ensayo nos parece un disparate, y no hay ni puede haber ya para nosotros más que el criterio colectivo.

También se produce muy a menudo el fenómeno contrario. Una frase, un incidente que en los ensayos nos parecieron sin importancia, provocan risa de buena ley, quizá la emoción. El efecto salta de donde menos se piensa, y ya lo serio se convierte en cómico, con ventaja para la obra, y regocijo de los espectadores, ya lo indeterminado toma carácter y acentuación patética. Hay casos, además, en que la frialdad proviene de causas puramente externas. La de la temperatura, cuando es extremada y ocasiona malestar entre los espectadores, destruye el encanto de las escenas más bellas. Una noticia de sensación, que circule por butacas y palcos al empezar el acto de compromiso, distrae al público, y no hay manera de hacerle entrar en la obra. Su atención se escapa como un gas que se quisiera

encerrar dentro de un cesto; los actores, al ver que no se les hace maldito caso, se enfrian, se distraen también ellos y aunque quieran se ven privados de hacer primores, y la obra, mal recitada y peor oída, cae en el vacío y en la indiferencia, como un globo a medio inflar.

Por todas estas razones y otras que aún no he dicho, el teatro es un calvario para cuantos en él viven o pretenden vivir.[7]

***

Antonio Vico, el genial actor, tan querido del público español, se decide por fin a la excursión de América,[8] que hace años proyectó, y sin decidirse a ella, por invencible apego a su familia y a los viejos bastidores de nuestros teatros, entre los cuales tanta gloria ha sabido alcanzar. También ha pasado entre ellos sus amarguras de empresario. Unas y otras, las alegrías y las penas, le amarran por igual, a las tablas de acá, y por esto le ha costado tanto trabajo arrancarse de ellas y emprender el viaje de América.

No quiero anticiparme al juicio que los argentinos han de formar de este actor eminentísimo, hoy en la plenitud de sus talentos. En todos los géneros sobresale: el arte no tiene secretos para quien vino al mundo dotado por la naturaleza de cuantas facultades son precisas para remedar sobre la escena las pasiones humanas, y reproducir artísticamente los varios aspectos de la vida. En Vico, su inspiración es todo. La práctica ha coronado en él la obra de la naturaleza. Fue actor desde que tuvo el uso de la palabra,[9] y con maravilloso instinto se asimila los caracteres.

Hombre de origen humilde, sin más trato que el de su familia y algunos amigos, sabe hacer el gran señor, el príncipe, el rey con sin igual propiedad y maestría. No hay en la escena figura más noble, modales más elegantes. ¿Dónde ha aprendido esto? En ninguna parte. Es un don del cielo, y él mismo no se da cuenta de la transformación de su persona al salir ante los esplendores de la batería,[10] y cuando le da en la cara el hálito ardiente del público.

Ha estrenado casi todos los dramas notables de veinte años acá; Echegaray le ha confiado la mayor parte de sus obras, y desde su *Esposa del vengador* hasta *Comedia sin desenlace*,[11] rara es la creación del gran dramaturgo que no ha tenido por intérprete a Antonio Vico. Lo mismo puede decirse de Cano y Sellés.

Es el único entre nosotros que conserva la tradición del teatro clásico. Ya no hay más *Alcalde de Zalamea* que él, ni otro *García del Castañar*, ni otro *Sancho Ortiz*, ni otro *Segismundo.* El teatro romántico del presente siglo sólo por él vive aún en las tablas, y *Los amantes de Teruel*, *Don Álvaro*, *La jura en Santa Gadea*, y todos los dramas de Zorrilla figuran en su repertorio.[12]

7 Esta parte de la Carta, y en toda la anterior, podría relacionarse con el *Palique* de Clarín "El teatro… de lejos. Las tentativas de Pérez Galdós".*

8 Vico emprendió esta gira el 4 de agosto de 1893.*

9 Hijo de actor, interpreta desde muy joven pequeños papeles como aficionado en la compañía de su padre.

10 'En un teatro, fila de lámparas situada en el borde del proscenio`.

11 Es decir, desde 1881 hasta 1892, fechas respectivas del estreno de ambas obras.

12 La obra de Calderón se calcula de hacia 1636; el título completo de Ruiz Zorrilla es *Del rey abajo, ninguno y*

Dotado de un poder físico inagotable, parece nacido para la lucha con las contrariedades. No conoce el cansancio, En la última temporada del Español le hemos visto trabajar, atleta formidable, representando los tipos y caracteres más opuestos, durante más de cien noches consecutivas, sin respiro, variando las obras cada tres o cuatro noches, siempre inspirado, poniendo toda su alma en la ficción escénica. Con igual propiedad viste la cota de malla y la levita, y lo mismo hace el drama antiguo que la comedia moderna.

Lleva en su compañía a Antonia Contreras, notabilísima actriz, todo sentimiento y delicadeza, y a Antonio Perrín,[13] joven actor de grandes esperanzas.

Los amigos que aquí deja Vico, lamentando su ausencia, le desean próspera vida y muchos éxitos en Buenos Aires.[14]

167
LP, 22/9/1893

Modas de hombre

Necesidad de la reforma del traje varonil —La levita, el pantalón, la corbata, el sombrero de copa —El color y la forma de nuestras ropas —Las camisas almidonadas —Los cuellos —La boina —Superioridad de los trajes orientales —Dificultades de la reforma —Desacuerdo en cuanto al nuevo traje —Variedad de opiniones —El traje romano —La trusa y el chambergo —El hábito en las órdenes monásticas. Perfección del vestir de los frailes —Adoptemos el hábito —Abajo las levitas y sombreros.

Madrid, 17 de agosto de 1893.

Señor Director:

Siempre que veo en algún periódico, al frente de un artículo de actualidad, la frase que sirve de epígrafe a esta carta, tiemblo de gozo. "¡Modas de hombre! Cuando la prensa se ocupa de esta interesantísima cuestión —me digo—, es que hay proyecto de reforma". Creo que de cuantos problemas agitan la conciencia humana ninguno es tan grave comoel de nuestro vestido, el más incómodo, el más antiestético y dispendioso que la humani- dad haya podido inventar; y siempre que corren vientos de reforma, una dulce esperanza alienta mi espíritu.

Causa verdadero asombro que un siglo tan práctico, que ha realizado los inauditos prodigios de la locomoción rápida, de la higiene, de las aplicaciones de fluido eléctrico, que tiende a suavizar las asperezas de la vida y a limpiar de abrojos todos los senderos de este

labrador más honrado García del Castañar (1646); *Sancho Órtiz de las Roelas* (1785) es refundición de Cándido Trigueros de *La estrella de Sevilla*, atribuida a Lope; para *Los amantes de Teruel* y *Don Álvaro* véase 19; *La jura de Santa Gadea* (1844) es obra de Hartzenbusch; *Segismundo* (1873) de Retes y Pérez Echevarría.

13 Perrín era sobrino de Vico.+

14 Este último apartado parece destinado a ayudar al actor a triunfar en Argentina.

valle de lágrimas, no haya puesto mano en la reforma de nuestro vestir, y que en vez de simplificarlo lo complique de día en día, de tal modo que no vemos ni siquiera un rayo de esperanza. Todo cae bajo la acción crítica de la innumerable falange de filósofos y sabios que tenemos para que nos ilustren sobre las diferentes cuestiones concernientes a nuestra vida física y espiritual. Sobre todo, hay disputas, sin término; la cuestión social, el matrimonio, la propiedad, las subsistencias, etc… De todo se habla menos del vestido, como si este fuera una obra perfecta en la que no se debe poner mano. La humanidad gime sufriendo suplicio con los diferentes instrumentos de tortura que se llaman levitas, corbatas, pantalones, sin que salga por ahí un redentor que predique una *cruzada de ropa*. Ni aún ese odioso aparato inquisitorial, a que damos el nombre de *sombrero de copa* tiene los detractores que merece. La humanidad civilizada lo soporta, reconociendo su inutilidad, sin que aparezca por parte alguna el Cristo de la redención indumentaria. ¡Cuántas revoluciones se han hecho con menos motivo! La de la ropa tendría la ventaja de no ser sangrienta, y en ella no se esgrimirían más armas que las tijeras, ni habría más clase perjudicada que la hasta cierto punto respetable de los sastres y modistas.

No puede uno menos de reír al considerar cuán grotescos y desgarbados hemos de ser a los ojos de las generaciones venideras, cuando estas se enteran por las estampas de nuestras honrosas fachas. Todos los trajes de la antigüedad nos parecen bonitos. El nuestro nos parecerá seguramente horrible visto a distancia de un par de siglos. Somos, por el traje, los mayores mamarrachos que han visto las edades desde la famosa hoja de higuera o de parra, rudimento de vestido, que aún es última moda en algunas regiones del planeta. No hay que hablar del color de nuestras ropas, porque en esto la tontería y la insulsez son el único criterio del hombre del siglo XIX. Hemos proscrito el color, adoptando el negro, o los antipáticos tonos de cenizas y los grises y asfaltos más feos que es posible imaginar. Gracias que las mujeres, más artistas que el hombre, han conservado el color; nosotros, preocupados tan solo de afectar una seriedad estúpida, nos forramos de trapos que imitan la tierra de los caminos, el polvo y las telarañas de un desván, o el siniestro pelaje del lobo y del gato montés. Hemos desterrado las tonalidades vivas, tan apropiadas a la juventud, las joyas, las plumas; nuestros mozalbetes se forran del mismo paño negro y fúnebre que reviste la personalidad del clérigo o del magistrado. Nos parece de mal tono la alegría, y vemos en lo pintoresco un crimen contra esa gravedad asnal que queremos imponer a nuestras personas. No nos fijamos para nada en la naturaleza, y despreciamos las lecciones de esta gran maestra, que nos enseña la luz, la vida, la animación; y nosotros, apegados siempre a las tinieblas, a la muerte o a la tristeza.

Dejando a un lado nuestros errores en lo que al color se refiere, examinemos solo la forma de nuestros trajes. ¿Pero qué examen ni qué niño muerto, si cuantos esto lean han de estar viendo en sí mismos el adefesio que habríamos de describir? No hacen falta descripciones, cada cual siente en su cuerpo el estado de la molestia de la ropa que nos vemos obligados a usar, y en cuanto a lo detestable de la forma, bien a la vista está. ¿Quién no ha renegado alguna vez del pantalón, esa .pierna sin gracia que imposibilita los movimientos de la rodilla, nos molesta para andar y para sentarnos, y carece de toda elegancia? Debe haber sido inventada esta horrible vestimenta por quien tenía interés en disimular

imperfecciones de la pierna. Los que deban a la naturaleza una pierna de airosas líneas, no pueden lucirla. De aquí proviene la decadencia de la escultura en el arte moderno, y el total abandono del desnudo. Ya no hay formas humanas, y si existen, las disimulamos con un poder verdaderamente sacrílego, encubriéndolas con desairados trapos. Ya no hay belleza corporal, y tendemos a una igualdad estúpida, sometiéndonos a las exigencias de los deformes o encanijados.

Otras partes de la humana vestimenta son aún más absurdas. Convengamos en que nada hay más extravagante que las camisas almidonadas. Sin duda, el que las inventó debe estar en los infiernos espiando con torturas semejantes a su diabólico invento el daño que ha causado a la humanidad, porque el almidón, atiesando la tela y convirtiéndola en caparazón, nos hace crustáceos y somete nuestra pobre carne a indecibles tormentos.

Caprichos hay de la moda que tienen alguna defensa, ya por su relativa comodidad, ya por razones estéticas. Lo que no puede defenderse es el cuello almidonado, con el aditamento de la inútil corbata, y la insufrible pejiguera de los botoncitos y gemelos. Las maldiciones que de bocas masculinas han salido, por causa de aquellas engorrosas prendas de vestir, bastarían a encanallar las clases distinguidas de la sociedad. Puede asegurarse que de muchas blasfemias que degradan la lengua, poniendo en peligro de condenación a más de un fiel cristiano, tienen la culpa los malditos cuellos, y los nunca bastante execrados botoncitos.

Llegamos por fin al coronamiento de esta obra absurda, al sombrero de copa, que no es más que un tubo de chimenea que encajamos en nuestro cráneo para aumentar la estatura. En general, cuantos mamotretos ha inventado el europeo para cubrir la cabeza son horribles. Si es ridículo el sombrero de copa, los de los generales no le van en zaga, y espantosos son los bonetes de los magistrados, y las mitras de los obispos.

El hongo, que no es más que una atenuación del sombrero alto o redondo, también debe ponerse en la categoría de los adefesios. Uno y otro ofenden con su dureza, no dan sombra a los ojos, caldean la cabeza con su negrura y son de una forma antipática. La invención del *gibas* o *claque*[1] no es más que una perfección de lo malo, pues armado es más feo aún que el cilindro de fieltro, y cerrado parece un plato tan molesto de llevar como la misma *canoa* o chistera.[2] Digámoslo de una vez: de cuantos adminículos usan los europeos para llevar en la cabeza, lo único razonable es la boina, ligera, flexible, elástica, airosa y fácil de llevar en la mano cuando no la llevamos en la cabeza. Pero ¡vaya usted a convencer a nuestros elegantes de que deben salir por ahí de boina, que verdaderamente no arma bien con las levitas ni armoniza con los gabanes!

Dirigiendo una rápida ojeada a todos los pueblos que no se envanecen de poseer la civilización en el mismo grado que los pueblos europeos, se ve que visten mucho mejor que nosotros. Los árabes, los indios, los chinos y japoneses visten cómodamente, y con más estética que nosotros. El europeo, hay que declararlo, es el primer mamarracho del si-

1 *claque*: `sombrero de copa plegable´, su sinónimo, *gibas*, proviene de su probale inventor, el francés Antoine Gibus.

2 Formas coloquiales de `sombrero de copa´.

glo, y su traje no cunde ni se propaga por los pueblos semi bárbaros de occidente, porque estos reconocen su superioridad en materia de vestir. El europeo, se asa en verano con sus chalecos inverosímiles y sus cuellos de cartón, y en invierno se muere de frio dentro de los gabanes más o menos rusos y bajo el ala dura del sombrerete que, batido del viento, es una causa continua de jaqueca. Los pueblos inferiores son en esta materia del vestir, de una superioridad incontestable, y además no tienen modas, visten siempre lo mismo; no conocen este vértigo insano del cambio de forma en cada estación, porque así cuadra a los intereses de unos cuantos mercaderes de trapos.

***

La gravedad del problema indumentario de nuestra época no se comprende en toda su grandeza sino cuando se trata de determinar la revolución que Europa entera reclama. Todos estamos plenamente convencidos de que nuestro vestido no puede ser peor ni más feo. Bien, hasta aquí muy bien: estamos en perfecto acuerdo cuantos sufrimos las increí- bles pecheras y los insoportables sombreros de copa.

Pero si el voto unánime condena el vestir actual, no hay ni asomos de acuerdo cuando se trata del nuevo traje. La dificultad del cambio es tal que a ella sola se debe el *statu quo* que prolonga indefinidamente nuestro martirio. ¡Cuántas veces hallándome en un círculo de artistas, les he planteado la temida cuestión! Todos convienen en que debemos vestir de otra manera. Pero ¿cómo?, ¿adoptaremos algunos de los trajes antiguos?, ¿inventaremos un traje nuevo?

Hay quien no acepta la reforma sino sustituyendo las actuales prendas de vestir con el traje romano. ¡Oh, aquello sí que era cómodo, y al propio tiempo elegante! ¡Quién nos vería embozados en las airosas togas, con media pierna al aire! Es cosa de morirse de risa solo de pensarlo… Otros preconizan la trusa y el chambergo como lo más bonito, y al propio tiempo fácilmente adaptable a la estructura de nuestro cuerpo. Los anchos greguescos hasta la rodilla, con las calzas y borceguíes, que serían botas en tiempo de lluvia, sustituirían con gran ventaja al moderno pantalón que solo sirve para recoger el fango de las calles en invierno y el polvo en verano. Las ropillas y ferreruelos sustituirían también con indudable ventaja, a los chalecos y levitas, y en cuanto al sombrero, no hay que decir que nos caería mejor, y nos ampararía del sol y de la lluvia con más eficacia que estos tubos o tapaderas de cartón que hoy usamos. Lo único que no podría admitirse sería la engomada golilla de cangilones, no menos dura y engorrosa que los cuellos modernos, y solo podría admitirse la valona de encaje caída y sin pliegues de fines del siglo XVII, como se ve en los cuadros holandeses y en los de la época de van Dyck.[3] Ciertamente que este traje pide el uso de las armas, y como el vivir moderno no consiente que los caballeros vayan por esas

3 Prendas de la indumentaria masculina de la segunda mitad del s. XVII, casi todas de origen militar. *La trusa y el chambergo*: 'el calzón y la casaca'; *greguescos*: véase 31, n. 7; *calzas*: 'especie de medias'; *borceguíes*: 'especie de botines blandos'; *ropilla*: véase 31, n. 7; *ferreruelo*: véase 139, n. 4; *golilla de cangilones*: 'cuello rígido y con pliegues'; *valona*: 'cuello levantado'.

calles arrastrando un metro de hierro, el vestido a la chamberga resultaría incompleto y por consiguiente desairado.[4]

Hay quien preconiza el traje árabe de los marroquíes y argelinos no civilizados, modificando las telas en armonía con la elasticidad del clima europeo. Hay quien adoptaría de buen grado la usanza india en el país de los rajahs, y por último, quien ve la solución del problema en el caftán y botas de los rusos.

En lo que todos están de acuerdo es en ver la perfección del traje en las órdenes religiosas. Los frailes nos dan una lección permanente de la perfección del vestir. Los hábitos reúnen a una comodidad probada ya por el uso de tantos siglos, la ventaja inmensa de la permanencia inalterable de la forma. En esto sí que no hay modas: un dominico de nuestros tiempos viste lo mismo que vestía el propio fundador santo Domingo de Guzmán, o en épocas más recientes san Pedro mártir o san Pedro Arbués.[5] ¡Y qué vestimenta más cómoda! Es cosa que da envidia la facilidad con que un se viste y se desnuda. Sus movimientos, al andar, no son entorpecidos por la ropa. Su cuello está libre; va bastante abrigado y bastante fresco solo con aumentar o disminuir el calibre de la ropa interior, y sobre todo, y aquí viene lo más envidiable, no tiene que preocuparse de si este año se llevarán los pantalones más o menos angostos, o de si las levitas llevan una o dos filas de botones. Bajo este especialísimo punto de vista, convengamos en que es un gusto ser fraile. ¡No pensar en lo que *se lleva* y en lo que *no so lleva*; no tener que afligirse porque su gabán sea un poquito atrasado de moda; no enterarse de cómo es el último figurín, y no lidiar con sastres…! ¡Y luego habrá quien dude de la profunda sabiduría con que están instituidas las órdenes monásticas! Se me figura que al fin hemos de venir a parar a esto, a adoptar unánimemente el traje frailesco, única manera de protestar contra este vértigo de la moda y de mandar a paseo los figurines y a los industriales que los inventan para explotar nuestra candidez.

He notado que siempre que se discute, en un círculo de personas más o menos ingeniosas, la inevitable revolución indumentaria se viene a parar en que para sacudir el ominoso yugo de los sastres inventores de modas, no habrá más remedio que juramentarnos para vestir de frailes, despreciando las bromitas que han de acompañar a la reforma. Dentro de la uniformidad podrán los elegantes encontrar forma y manera de lucir sus bellas formas, si las tienen, o de distinguirse por la perfección del corte y la finura de las telas.

Dejemos a la mujer el reino gracioso de la moda. Varíen ellas sus trajes en cada estación para añadir nuevas seducciones a su belleza; pero concretémonos nosotros, sexo fuerte y grave, a cubrir la mísera humanidad con todo el decoro y toda la comodidad compatibles con una estética severa. Vistámonos de frailes, adoptando cada cual el hábito que más se avenga con su figura, edad y humor. Seamos todos dominicos, franciscanos, capuchinos barbudos o carmelitas lampiños; variemos los colores de los hábitos, usándolos pintorescos y chillones en la edad florida, grises o de tonos suaves en la madurez de nuestra vida, y pardos o negros en la vejez. Establezcamos la inmutabilidad de la forma, para dar en los

4 *vestido a la chamberga*: traje con las prendas que se describen en n. 3; debe su nombre al mariscal francés Schömberg, que introdujo este uniforme durante la guerra de Cataluña hacia 1650.

5 San Pedro Arbués no fue dominico sino agustino.+

hocicos a la caterva de sastres codiciosos y de modistas especuladoras; y para conciliar la unidad con la variedad, busquemos ésta en el uso de diversas telas según las estaciones y en la facultad de adoptar el color más del agrado de cada una. Resumiendo: absoluta *unidad* en la forma, *libertad* en el color y en la calidad de las telas.

Las personas que viven para vestirse, que concentran toda su actividad y todo su pensamiento en el traje que han de ponerse por la mañana y en el de la tarde y noche, tienen en el hábito materia de lucimiento y de iniciativa, pues pueden usar, si quieren, un color para cada hora del día y de la noche. Abajo los cuellos almidonados, abajo las pecheras, abajo los botones, abajo, en fin, los sombreros de copa, que deben apilarse para pegarles fuego en señal de redención de la humanidad, y de total término de uno de los mayores suplicios que la han afligido en el curso de los siglos.

Y para concluir, proponemos que, adóptese o no el hábito como signo de la emancipación humana, el sombrero de copa debe prohibirse en absoluto, y su uso considerarse como una transgresión de los principios de decoro social, condenando a unos cuantos días de cárcel al que cayese en la tentación de poner sobre su cabeza aquel antipático y odioso aditamento. Solo se permitirá su uso en carnaval, por el regocijo que ha de causar ver las caricaturas humanas que con tan grotesca prenda salgan por esas calles. Entonces se podrá admirar la variedad de tapaderas que hemos usado, y lo ridículos que hemos sido pretendiendo representar con ellas la civilización europea.

No puedo menos de terminar esta carta con una nota de tristeza, y es que me entra el recelo de que no se adoptará el hábito de fraile como uniforme humano; que seguiremos, como hasta aquí, indignamente explotados por los industriales de la moda, y que el inicuo sombrero continuará insultando, con su dureza y negrura, al sentido común, a la estética más elemental… Me lo temo mucho, casi estoy por asegurar que no habrá revolución, ni siquiera una tímida reforma, y que las predicaciones de cuantos deseamos emancipar a la humanidad de una de las esclavitudes más odiosas, son y serán por mucho tiempo perfectamente inútiles.

B. PÉREZ GALDÓS

168

LP, 25/9/1893

Dispersión veraniega

Los establecimientos balnearios, y su vida falansteriana —La mesa redonda —Gruta en las cercanías —Excursiones —Formas diversas del hastío —Peligros del verano en las ciudades históricas —El arqueólogo mareante en las playas de baños —La pesca y los pescadores de afición —Playas del norte de España —Las Vascongadas —Santander, Asturias y Galicia —Aguas termales —La abundancia en España —Fe y escepticismo —La moda y la terapéutica —Panticosa.

Madrid, 20 de agosto de 1893.

Señor Director:

En este mes de los fuertes calores en que la vida física es imposible en la capital de España y en todas las de provincias del centro y mediodía, ocurre como una suspensión de la vida social. Las Cortes están cerradas y la política en vacaciones, circunscrita a las noticias telegrafiadas aquí y allá, por los periodistas. En San Sebastián, hay algo semejante a una corte, pues está allí la reina, aunque vive sin ostentación, tomando baños; allí residen muchos personajes políticos, entreteniendo sus ocios con la murmuración; allí familias sinnúmero, de la sociedad matritense, continuando la vida de Madrid; pero pasada por agua.

Durante esta época de viajes y excursiones prescritas por la medicina o por la moda, o por el cansancio de la vida sedentaria, ocurre que no sabemos el paradero de las personas con quienes nos une un lazo de amistad. "¿Dónde está fulano?, ¿adónde ha ido a parar zutano?" A tales preguntas no es fácil contestar a veces, porque la dispersión es grande y repentina. Los expresos salen todos los días llenos de gente. En tanto, la prensa, no teniendo materia de importancia con que llenar sus columnas, da minuciosas estadísticas de las personas que llegan a los balnearios y a las playas. Por este recuento prolijo sabemos en qué aguas se refrescan nuestros amigos. Tal que creíamos en Panticosa, se ha ido a Santa Águeda,[1] y el que suponíamos camino de Francia, se ha dirigido a las placenteras campiñas de Oporto. Tenemos en España tantos establecimientos de baños, que no hay público bastante para sostenerlos a todos, y así cuando está muy lleno Ontaneda, verbigracia, aflojan Paracuellos o Arechavaleta.[2] Hay que reconocer que, con raras excepciones, nuestros establecimientos balnearios no son modelo de confort, las aguas serán muy buenas, eso sí, y no habrá enfermedad que en ellas no se cure; pero las instalaciones cómodas, el vivir grato y sin molestias, es en casi todos ellos un problema que aún está por resolver. El sistema del edificio único para alojamiento de los bañistas e instalación de los aparatos hidroterápicos, puede ser considerado como un progreso si con las maneras y estilos antiguos de bañarse se le compara: pero no satisface las necesidades modernas. Los establecimientos son verdaderos falansterios,[3] donde los huéspedes se hallan sometidos a un régimen de colegio, y a distribuciones metódicas del tiempo, que excluyen toda libertad.

Horas fijas para bañarse, por turno obligado si hay mucha gente; hora fija para comer y cenar; hora de esparcimientos lícitos en el salón. Forman los bañistas como una familia, harto numerosa en muchos casos: la convivencia es continua, y si en determinados casos resulta grata, en otros no. El aislamiento, para ciertos caracteres indispensable, es allí imposible. No hay más remedio que identificarse con la vida colectiva, divertirse cuando los demás se divierten, recogerse a toque de campana, y soportar el ruido inherente a estas inmensas casas donde se alojan doscientas o trescientas personas, entre las cuales suele haber graciosos *profesionales,* que traen revuelta a toda aquella sociedad con sus humoradas, no siempre del mejor gusto.

1 El balneario de *Panticosa* está situado en Huesca, el de *Santa Águeda* en Guipúzcoa.

2 Balneario de *Ontaneda* (Santander), de *Paracuellos* (Zaragoza), de *Arechavaleta* (Guipúzcoa).

3 Comunidades de producción y consumo en el socialismo utópico de Fourier.

Luego, la mesa redonda, que en algunos balnearios es de primer orden, en otros, muy mediana, resulta hoy por hoy una de las instituciones más antipáticas de la culinaria moderna. No puedo menos de declarar que detesto la tal mesa redonda, con la interminable lentitud de su servicio, con la charla mareante de tantas y tantas bocas, no menos expeditas para comer que para hablar. En todo hotel de primer orden se ha suprimido ya esa comida *de pesebre*, puestos los comensales en dos filas que se contemplan una a otra, esperando el paso del mozo, *garçon* o *stewart* que nos sirve manjares, ya picoteados por el tenedor del que nos ha precedido. Cierto que hay momentos agradables, según las personas que nos toquen en suerte en aquel *vis a vis* de dos o tres horas: pero también hay momentos de un inmenso hastío y de una languidez insoportable.

La vida metódica es lo más cargante de nuestros establecimientos de baños. Por las noches no falta quien aporree el piano: se oyen las piezas más vulgares, cantos de señoritas entusiastas de la musiquilla de Tosti; hay baile, juegos de prendas, a veces un poco de prestidigitación y cháchara ruidosa hasta muy tarde. Igual monotonía y régimen disciplinario privan en las excursiones vespertinas. Raro es el sitio de baños que no tiene en sus cercanías una gruta, una cascada o alguna otra maravilla de la naturaleza, que es forzoso ver y admirar en caravana. Suele ser cicerone algún bañista viejo, abonado desde luengos años al país, admirador tan fervoroso de sus bellezas, que para ponderarlas y enaltecerlas es capaz de marear a Cristo Padre.

Si se trata de una gruta, no hay que decir que tiene estalactitas, y que en su cavidad misteriosa se conservan signos, que permiten suponer fue habitada por unos caballeros trogloditas, hace miles de años. De todo esto nos enteramos agregándonos a la reata de excursionistas. Tampoco falta un áspero monte que escalar, río en que la pesca de truchas constituye un aburrimiento con honores de insolación, o iglesia vieja en cuyos muros se ven inscripciones sepulcrales que descifra pedantescamente uno de los bañistas más te- diosos. Ello es que la temporadita concluye dejando en nuestro espíritu un dejo confusode impresiones desagradables: el bañero y la pila de baños, la mesa redonda, la gruta, las estalactitas y el barullo de tanta gente que no sabe vivir sino pensando al unísono y divirtiéndose a compás.

***

Los esparcimientos del verano llevan a muchos a las ciudades arqueológicas. Personas hay tan escépticas, que no creen en la hidroterapia mineral, y atribuyen la virtud salutífera del verano al cambio de clima, al reposo, al sosiego del ánimo.

Suelen estos dirigirse a alguna población de esas en que *hay algo que ver.* A esta clase de turistas me atrevo a recomendarles con toda eficacia que cuiden mucho de evitar el caer en manos de un descifrador de inscripciones, o de un anticuario de esos para quienes la arqueología no tiene secretos. Si al partir, les ofrecen una carta de recomendación para el sabio de la localidad, guárdense muy bien de admitirla, porque en esa carta llevan la clave del horroroso martirio a que ha de someterles quien se propone hacerles admirar a todo trance mil y mil cosas muy buenas, bellezas que se repiten hasta lo infinito y que son todas iguales. ¿Se contentaría el viajero con ver un bonito retablo? Pues el sabio de la

localidad le enseñará cuarenta o cincuenta, y se empeñará en que admire otras tantas piedras tumulares,[4] y la víctima acabará por maldecir las edades pasadas, en las cuales recae indudablemente la responsabilidad de toda la arqueología que ahora tenemos.

***

Para mí, creo que los veraneantes más felices son los que van a los puertos del Cantábrico, pues el Mediterráneo no es un mar, digan lo que quieran, bastante fresco en verano. Anda en muchos tratos con el sol y con los ardientes vientos de África para satisfacer nuestro anhelo de frialdad tonificante. En cambio, el Cantábrico parece algunos días acabadito de llegar del polo Norte.

Dejemos esto y sigamos la pista a los bañistas de agua salada. Diversos peligros amenazan a estos durante su residencia en las playas y villas costeras, y quiero precaverles contra ellos, como muy práctico en vida de bañista. Tropezarán indudablemente con per- sonas aficionadas a la pesca, y serán fascinados por las artificiosas pinturas que les harán de aquel *sport.* No se dejen engañar, ni hagan caso de las tentadoras proposiciones delos fanáticos de la pesca, la cual viene a ser en pequeña escala, uno de los ejercicios más aburridos que existen, ya se vaya a ella con caña, ya con aparejo. ¡Ir a pescar! Esto fascina de un modo extraordinario al bañista de tierra adentro, que nunca ha visto las sardinas y besugos, más que en el plato. Lo menos se figura él que las merluzas de a veinte libras y loscorpulentos atunes están en los mares esperando que vaya un madrileñito con sus manos lavadas a sacarles del elemento en que viven. Hombre hay que en cuanto le hablan de pes- ca, se entusiasma, y por la noche sueña que le muerde el anzuelo una ballena monstruosa, y que tirando, tirando de ella consigue cobrarla, y llevársela para su casa.

Los inocentes que caen en esta tentación piscatoria, pagan bien cara su flaqueza, porque empiezan por marearse, y después, arrojado el anzuelo con insistente codicia, o los peces no pican, o pican para arrancar del traidor aparato el cebo y comérselo impunemente. El pescador ocasional es casi siempre víctima de una ilusión engendrada en la prosaica vida de tierra adentro; convencido de que el mar hierve de peces grandes y chicos, tiene de la inteligencia de estos una idea completamente falsa. No cae en la cuenta, hasta que la práctica se lo enseña, de que entre mil peces hay uno solo que sea tonto y se deje coger; que, en algunas especies, bien puede asegurarse que apenas habrá un inocente por cada millón. La pesca de altura sí que despierta interés; pero ¿quién es el guapo que se lanza mares adentro, hasta veinte millas de distancia, en compañía de unos cuantos marineros, dentro de una embarcación que apesta, para estarse un día entero entre las inclemencias del cielo y la mar? Este es hermoso y rudo; pero no para estómagos delicados y temperamentos endebles.

La pesca de entretenimiento me ha parecido siempre una de las mayores tonterías imaginables, y no sé si el odio que sinceramente le profeso dependerá de que, en cuantas ocasiones arrojé un anzuelo al mar, no hubo un triste pececillo que me hiciera el favor de dejarse coger por mí. Confieso, además, la flaqueza de que cuando veo salir del agua al

4 `piedras de túmulos o sepulcros prehistóricos´.

pobre animalito, enganchado horriblemente por la boca con el corvo hierro, el cual a las veces le sale por un ojo, o por mitad del cráneo; cuando le veo colear ansioso y revolverse en los horrores de la asfixia, me pongo, sin poderlo remediar, de parte de la pobre víctima y en contra del cruel verdugo. De buena gana me constituiría en vengador de la inocencia, e impondría al pescador la pena de anzuelo, metiéndole un gancho por la boca y sacándoselo por mitad de la frente… ¡Qué horror!

No sigo, porque este sentimentalismo en favor de los peces podría parecer de mal gusto, y un alegato en contra de la valiosa industria pesquera, que debemos respetar por los intereses que representa, y por la manifiesta protección que le dispensa la iglesia católica. Si no hubiera pescado, no habría vigilia.

La residencia en las playas del norte es deliciosa durante los meses de julio y agosto. Desde el Bidasoa al Miño hay un número considerable de pueblecitos encantadores, siempre frescos y alegres, cómodos hasta cierto punto, y rodeados de atractivos marítimos y terrestres. La vegetación es espléndida, el cielo gris, el ambiente dulce, la gente sencilla y bondadosa.

Las Vascongadas tienen, sin contar a San Sebastián, diversos puntos en que el *baño de ola* constituye una industria lucrativa. Deva, Motrico, Zarauz, Saturrarán, Zumaya, Lequeitio, Plencia, Las Arenas, Algorta, Bermeo. Sigue Santander con Castro Urdiales, Laredo y Santoña, el Sardinero, Cobreces, Suances, Comillas y San Vicente de la Barquera. Asturias tiene a Ribadesella, Llanes, Gijón, Candas, Luanco, Salinas, Tapia, Pravia, Cudillero; y Galicia los encantadores pueblecitos de las Rías Bajas, en que la temperatura es un poco más alta, el mar menos proceloso y la vegetación casi meridional.

***

Pero en nada ha sido la naturaleza tan pródiga con nosotros como en el ramo de aguas minerales. Nos las ha dado de todas las clases imaginables, a gusto de la terapéutica que ve en ellas una fuerza medicatriz de mucha importancia. Verdaderamente, si las fuentes hidroterápicas tuvieran eficacia curativa, en España lo tendríamos todo menos enfermos, porque no hay provincia que no posea dos o tres manantiales salutíferos, y algunas cuentan más de veinte. De algunos años acá se ha generalizado tanto el uso de las aguas minerales, que no hay nadie que no las haya probado para esta o la otra dolencia. Han sido el recurso fácil de la medicina moderna, por lo grata que su aplicación resultaba para los enfermos.

Los médicos parece que alivian al enfermo solo con decirle que vaya a baños. Y hay que reconocer que las señoras anémicas y nerviosas se sienten mejor desde que sus maridos resuelven emprender el viajecito estival. El acto de hacer el equipaje determina ya por si solo una evidente mejoría. A pesar de todo se me figura que la fe en los baños minerales ha decaído un poco de algunos años a esta parte. Va cundiendo el escepticismo, reacción indispensable contra toda fe demasiado ferviente. Me acuerdo del entusiasmo que despertaban veinte años ha los baños de Alhama.[5] Ningún enfermo que se estimase

5 En la provincia de Zaragoza.

dejaba de pasarse allá una temporada y al volver era de buen tono suponer en aquellas aguas virtudes maravillosas.

Casi todos los reumáticos de España declaraban gozosos haberse dejado en Alhama la mitad por lo menos de sus dolores. La verdad era que la fonda, montada a la moderna, reunía bastantes comodidades. La gente se divertía: el viaje desde Madrid era corto, y de todo ello resultaba que las aguas atacaban el reuma y en los más de los casos lo destruían. Pasó el tiempo y la moda, que en todo se mete y todo lo dispone, llevó las multitudes a otros balnearios. Hoy nos encontramos con tanto reuma como antes, quizás por haber olvidado los reumáticos el camino del Alhama.

Antes hablé de la moda, y ahora repito que esta inconstante diosa representa un papel importantísimo en la terapéutica. Hace algunos años, la medicación sulfurosa estaba siempre a la orden del día. Todas las dolencias provenían del condenado herpetismo.[6] De aquí la boga de las aguas más o menos cargadas de azufre. Hoy prevalecen corrientes muy diversas. Ya no es el herpetismo nuestro principal enemigo: ahora el demonio que atormenta a la humanidad es el misterioso reuma, unas veces manifestándose con agudos dolores articulares, otras en formas de dispepsias, jaquecas, debilidad y hasta de erupciones cutáneas. De aquí la preferencia que hoy se da a las aguas alcalinas, para corregir las irregularidades de la digestión. La anemia por un lado, el reuma por otro, ambos males quizás enlazados en su misterioso origen, afligen a la humanidad de hoy según opinión de los doctores *modernitas*. No más aguas sulfurosas. Vengan las alcalinas combinadas con los salicilatos y los reconstituyentes. ¿Es esto moda o es en realidad, un paso dado por la ciencia? No puedo responder a mi propia pregunta, por carecer de autoridad para ello. No sé nada. Cuando uno goza de buena salud, a Dios gracias, puede permitirse el no tener opinión sobre estas graves materias.

Hay balnearios, a los cuales no llegan las caprichosas mudanzas de la moda. Panticosa, por ejemplo, mantiene su reputación antigua y su clientela numerosa, desafiando las alternativas y cambios de la opinión médica. Aquel rincón del Pirineo, verdadero nido de águilas, es todos los años lugar de peregrinación para los enfermos del pecho, los tísicos incipientes y los dañados por pulmones o pleuresías que dejan poco menos que inservible el aparato respiratorio. La fe en Panticosa subsiste al través de los años y prueba de ello es la constancia de los enfermos que acuden a aquellas aguas, desafiando las molestias del viaje por las soledades ardientes del alto Aragón. Panticosa no es un sitio agradable. Su altitud sobre el nivel del mar produce en los meses estivales bruscos cambios de temperatura. Al centro del día calienta horrorosamente el sol y después de las cuatro de la tarde desciende la temperatura, obligando al uso de capas y gabanes.

El país es desolado, pobre, poco abundante en víveres; desde la segunda quincena de septiembre, el frío expulsa a los enfermos y en octubre las nieves echan la llave al establecimiento, que queda envuelto en blanco sudario hasta junio del año próximo. Y en esta residencia montaraz, y en este rudo clima, que parece inhospitalario para las naturalezas poco robustas, se curan los atacados de enfisema pulmonar. Porque se curan, no cabe

6 `predisposición a las erupciones cutáneas´.

duda. Conozco a muchos a quienes la perseverancia en el viaje de Panticosa ha trocado de enclenques en vigorosos. Y sanos ya, siguen yendo por gratitud, no exenta de temor. Temen volver a las andadas, si abandonan el tratamiento anual de las maravillosas aguas. ¿La virtud de estas es efectiva? Parece que sí, pero tampoco lo aseguro. Dios me libre de tener que hacer la prueba por mí mismo.

B. PÉREZ GALDÓS

169
LP, 2/10/1893

Fisonomías políticas y sociales

El cesante —Altos y bajos —Rasgos comunes —Las "rachas" de antaño —Diversos tipos de cesantes —El salvador de la hacienda —El cesante en el periodismo de partido —El redactor de política extranjera —Redactor de hacienda —Cambiazo radical —Mudanza en cosas y personas —Un cesante diplomático.

Madrid, 29 de agosto de 1893.

Señor Director:

Bajo esta denominación tan lacónica como expresiva, "el cesante",[1] se comprende toda una clase social, clase que se extiende desde las más altas a las más humildes categorías, que en todas ellas tiene individuos con muy diferentes fisonomías, aunque algo hay siempre que los unifica, el rasgo común trazado por la desgracia, el sello de la inmensa familia.

La política ha engendrado este tipo, si bien en nuestro siglo, exclusivamente político, ha tomado su mayor desarrollo, también existió en pasadas épocas. Empleados hubo antaño cesantes, y por tanto pretendientes fueron nuestros antepasados; pero el mal (que por mal hay que tener la carencia de medios de vivir) era entonces de carácter esporádico, no presentándose con carácter epidémico y asolador hasta que empezaron con tanto estruendo y saña las luchas políticas del siglo en que nos ha tocado vivir.

Al pintar el cesante, tengo que recorrer toda la escala. Cesante es el exministro, personaje de pretensiones que ha ocupado por más o menos tiempo uno de los siete puestos supremos de la Administración.[2] Cesante es el vigilante de consumos, expulsado del cuerpo por capricho gubernativo. Entre aquel grande hombre caído y este infeliz, que pierde la pitanza, hay algo de común, el aire de familia, la desesperación y la inquietud. Se parecen en la febril ansiedad que les produce el recuerdo del bien perdido y en los esfuerzos por recobrarlo. Entre ambos términos de la escala, ¡qué variedad de tipos, dentro de los caracteres inalterables de la clase!

1 Véase 16, n. 3.

2 Los ministerios durante la Restauración fueron: Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina, Hacienda, Gobernación, Fomento y Ultramar.

La borrascosa vida política de este siglo, en que ha sido preciso destruir todo lo antiguo para edificar una sociedad nueva, es la verdadera generadora del cesante. En los tiempos en que la lucha era encarnizada, cada cambio político se traducía por un cataclismo social, con estruendo de gemidos, imprecaciones, ayes de dolor. Era algo como un desastre colosal, ocasionado por desórdenes graves en la naturaleza, un terremoto, inundaciones, pestes. Se cambiaba todo el personal de la Administración, desde el ministro al último escribiente. Llamaban a esto *racha*. No se libraba nadie. El clamoreo de las enormes masas de cesantes entristecía la vida social, sin que neutralizara este lúgubre efecto el júbilo de los triunfantes, que después de largo ayuno, se sentaban a la mesa del presupuesto.

Innumerables familias quedaban en la miseria, la cual, no por ser disimulada con oropeles y aparatos fingidos de bienestar, era menos triste. Empezaba entonces una temible lucha por la existencia, pues el cesante de la Administración no puede, ni sabe, ni quiere allegarse otras maneras de vivir. No ve la vida más que en la nómina, y cuando la nómina se acaba, todos los horizontes se cierran para él. El periodo de desgracias solía ser largo. Para abreviarlo, unos se dedicaban a conspirar, otros dotados de gran flexibilidad política, a pretender de nuevo.

Ya los tiempos, suavizando las costumbres políticas, han modificado este quita y pon del personal administrativo. Ya no hay *rachas*. Liberales y conservadores respetan a muchos empleados, y el cambio inevitable es para los de carácter político: gobernadores de provincia, directores generales, subsecretarios. Hoy, el número de cesantes ha disminuido notablemente; ya no se ven, como antes, aquellas partidas que ocupaban una fila de mesas en los cafés más céntricos; ya no se oye aquel clamor jeremíaco que ponía los pelos de punta. Pero entonces, como ahora, el cesante es un individuo que se cree desposeído de algo que le pertenecía por derecho de propiedad; un hombre que cuenta sus cuitas, creyendo interesar en su favor a la humanidad entera, y que no vacila en procurarse el apoyo de cuantos pudieran de cerca o de lejos favorecerle.

El cesante famélico, el que se presenta como ánima en pena, solicitando juntamente con la recomendación para el ministro, un socorro para atender a las necesidades de su familia, existe siempre. Pero hay que ponerse en guardia contra estos tipos, porque los hay falsificados, es decir, que más de un perdido toma el nombre de la Administración para salir de apuros. El cesante que os cuenta con enojosos detalles la ingratitud del ministro, y la epopeya de una larga carrera burocrática, recompensada infamemente con una expulsión vergonzosa, es también muy común, como lo es el cesante proyectista y salvador de la Hacienda, en la cual ha servido veinte o treinta años, y que se deja decir que el ministro no nivela el presupuesto porque no quiere. Bastaríale para conseguir el supremo fin llamarle a él, y oír de sus labios la revelación de un secreto administrativo con el cual se saca dinero de las piedras. No una, sino muchísimas veces he oído al cesante arbitrista vanagloriándose de poseer la clave de la Hacienda. Se precia de saber que hay infinidad de propietarios que no pagan contribución, y de poseer las pruebas de estas y otras ocultaciones. Guarda papeles importantes, por los cuales se descubre en un periquete un sinnúmero de millones de riqueza escondida. Y por añadidura, ha discurrido el hombre un plan completo de reforma de los impuestos, con el cual se llenan las arcas del Tesoro sin que se incomoden los

contribuyentes. ¡Lástima que el ministro ignore todo esto! ¡Lo que se pierde su excelencia por no tener a su lado a quien podría salvarle del descrédito y asegurarle en la poltrona por incalculable tiempo! Pero el ministro, aunque por diferentes conductos ha recibido noticias del inmenso favor que se le quiere prestar, continúa sordo y mudo, y el desgraciado cesante se pasea solitario y aburrido, contándole al cielo sus malandanzas, y consolándose de ellas con el recuerdo de Colón, con quien cree tener moral parentesco, porque si el uno adivinaba continentes, el otro adivina miles de millones, que andan perdidos por ahí en las nieblas del desarreglo administrativo.

La prensa era en otros tiempos un alivio para el pobre cesante, ligado a los destinos del partido, boyante cuando este mandaba, muerto de miseria en los días de desgracia. Verdad que en la mayoría de los casos, el periódico del partido, como cesante también fuera del poder, no podía matarle el hambre al desgraciado que en él buscaba un refugio. Pero si el cesante no cobraba, o cobraba muy poco, hallábase en contacto con personalidades importantes de su bando, y prestaba servicios, que el día del triunfo le serían remunerados con largueza. No hay que decir que el redactor cesante, siempre consecuente con su papel de víctima, como tal se portaba en el terreno literario, y como tal escribía. Su pluma echaba veneno contra el partido enemigo y dominante; todo lo zahería y su oposición implacable no perdonaba cosa alguna. De este modo hacía méritos, manteniendo en el periódico el sagrado fuego de la indignación contra las ideas y las personas que le había quitado el pan.

He conocido en la prensa algunos redactores cesantes, que eran los soldados más batalladores del periodismo de mis tiempos.[3] Pero los que no eran escritores de oficio, los que vivían acogidos a la redacción, como en un asilo de beneficencia y salían el día del triunfo para ocupar un puesto en la Administración, se ocupaban en escribir sobre materias a que en aquellos días se daba escasa importancia. Un cesante infeliz, padre de numerosa prole, conocí entonces, que era uno de los hombres de mejor pasta que han vivido en Madrid. Incapaz de ofender a nadie, repugnaba el escribir de política. Carecía en absoluto de malicia y de mala intención; no tenía espíritu más que para lamentar su suerte y la de sus tiernos hijos, y para suspirar por el día "en que subieran los nuestros", día que en su optimismo creía cercano, siempre que de ello se hablaba. Como no tenía hiel, le encargaban de la política extranjera, cosa en extremo fácil de tratar, pues le bastaba recorrer todos los días un periódico francés para enterarse de todo lo que ocurría en el mundo. No pudiendo indignarse con los de acá, por su excesiva mansedumbre, se indignaba con la Rusia, o con el Austria, a quienes trataba con toda la familiaridad del mundo, empleando siempre formas corteses con las eminencias europeas, verbigracia: "No queremos ofender a lord Palmerston; pero la rectitud nos obliga a amonestarle… etc…" Era de los que a Inglaterra la nombraban diciendo siempre "el gabinete de Saint James", y a Francia "el gabinete de las Tullerías". Turquía era "la Sublime Puerta", y a Rusia se permitía motejarla con aquella muletilla de "el oso del Norte". Otros amaneramientos no podían faltar en sus soporíferos escritos, como "el egoísmo británico, la nebulosa Albión, las exigencias del Papado" etc.

3 *mis tiempos*: de 1865 a 1870 en que Galdós se ganaba la vida exclusivamente como periodista.

Inútil es decir que estos artículos, como muchos otros, no los leía más que el corrector de pruebas.

A otro conocí, también hombre de gran mansedumbre, que en las épocas de cesantía iba al periódico a escribir los artículos de Hacienda, de los cuales no se enteraba nadie. Un día y otro revolvía a Roma con Santiago, y llenaba de guarismos dos columnas del periódico, para probar, como dos y tres son cinco, que el ministro del ramo no sabía por dónde andaba, y que íbamos a la bancarrota. Ello era cosa tan clara como el agua. Desmenuzaba con acerba critica todas las disposiciones de Hacienda que traía la *Gaceta,* y todo aquel fárrago pesimista de sus artículos se le creía bajo su palabra, porque nadie en la redacción entendía jota de tan graves materias.

Llegaba al fin el ansiado día del cambio político, y el atrabiliario hacendista y el diplomático quejumbroso pasaban a ser los hombres más felices de la creación. Se les daba su credencial, y va no volvían a escribir de la Sublime Puerta, ni del déficit, ni de nada. Del ramo de política extranjera se encargaba un meritorio, que hacía sus primeros ensayos periodísticos, y del ramo de Hacienda no se encargaba nadie, porque una vez en el poder, el periódico del partido no volvía a ocuparse de semejante cosa, como dando a entender que todo iba bien, que el *déficit* se había convertido en *superávit,* y que vivíamos, financieramente hablando, en el mejor de los mundos posibles. Excuso decir que esto se refiere a una época no muy lejana, pero en la cual las costumbres políticas eran harto distintas de las presentes. Hoy, la prensa vive con más independencia, y aunque hay dia- rios cuya suerte está totalmente ligada a la de los partidos, el personal de los periódicos degran circulación goza de buenos emolumentos, y apenas se encuentran en él ni empleados ni cesantes.

***

Un cambio político radical, ayer como hoy, si bien con las atenuaciones que trae el progreso, produce en todas las clases sociales movimiento y perturbación grandes. Para unos el cambio es la muerte, para otros la vida. Los que gozaban sueldos y distinciones pasan a una oscuridad que en muchos casos va acompañada de penuria.

Los que se comían los codos de hambre (pase lo vulgar de la frase), se encaraman a las alturas, rodeándose de prosperidades. Es como un cambio de caretas o caras. Las som- brías se vuelven radiantes, y las alegres y satisfechas se avinagran rápidamente. En el seno de las familias se determinan profundas catástrofes y mudanzas, verdaderas revoluciones en pequeño que acusan la inconsistencia de una sociedad. En el ramo importantísimo del vestir se ven fenómenos que causan maravilla. Caballeros a quienes veíamos estirandouna ropita muy atrasada de moda, se transforman en pocos días, presentándose a la ad- miración pública con toda la elegancia del último figurín. En las señoras es más visible la metamorfosis. Por esta razón los sastres y modistas, que hacen su agosto cuando sube al poder un partido en desgracia, desean que haya cambios radicales todos los meses, y esta parte de la opinión, ligada con el comercio menudo, no influye poco en la creación de esa atmósfera de muerte que se forma al derredor de todo gobierno que dura más tiempo delregular. Y lo regular hoy es un par de años, pues en el reinado anterior, quiero decir, en los

últimos tiempos de doña Isabel II, cuatro o cinco meses se consideraban un extraño caso de longevidad para cualquier gobierno.

Entre los diversos tipos de cesantes, no conozco ninguno tan digno de mención como el de un individuo perteneciente al cuerpo diplomático, que después de haber ocupado puestos de importancia en embajadas y plenipotencias allá por los años del 60 al 70, ha caído en profunda desgracia, sin que sus gestiones y las de sus amigos hayan logrado sacarle de su mísera situación para volverlo a aquella vida esplendorosa en cortes extranjeras. Sabe llevar con dignidad su desgracia, y en la precaria existencia que va llevando con mil apuros y escaseces, conserva el vestir elegante y las maneras correctísimas. Lo más particular es que si transige con la miseria, no transige con la ociosidad y su vida es una labor continua y fatigosa. Trabaja diez o doce horas cada día, y su despacho es un verdadero océano de papeles de Estado. ¿Qué hace?, ¿en qué se ocupa? Pues lleva asidua correspondencia con todos los ministros de Estado de todas las naciones europeas y americanas; ha tomado sobre sus hombros la gigantesca tarea de establecer el arbitraje universal, librando al mundo de esos espantosos duelos que llamamos guerras, y trayéndonos una era de paz y bienandanza que transformará el planeta en un mundo de perpetuas delicias. Hay quien dice que ha perdido el juicio a consecuencia del continuo pretender, sin ningún fruto. En nuestras oficinas de Estado no le hacen maldito caso, pero conserva en ellas amigos que le facilitan cuantos datos necesita para la inmensa campaña diplomática humanitaria.

El hombre no se para en barras. Escribe a Gladstone, al marqués de Salisbury, a Crispi, a Bismarck, y como lo hace en forma de exquisita urbanidad, tarde o temprano recibe una contestación, que será de fórmula si se quiere, pero que acaba de trastornarle si ya no lo está por entero. Pásase todo el día ordenando sus documentos, redactando notas que envía a sus colegas de otras naciones, pues en todas ellas hay una docena de maníacos, que han dado en esa tecla del arbitraje universal y del desarme europeo. Contesta puntualmente a cuantas cartas recibe: profundiza su asunto, echándose al cuerpo cuantos antecedentes atesora Simancas;[4] no perdona dato ni noticia que a sus planes puedan dar robustez, y en el orden de ideas a que se consagra posee erudición pasmosa y sabe cuánto hay que saber.

Además, como lee de cruz a fecha todos los libros rojos, verdes y amarillos que publican anualmente las cancillerías, el hombre está muy al tanto de todos los negocios diplomáticos del mundo entero, y su conversación es amenísima, siempre que se le corte a tiempo, pues como le dejen, tiene cuerda interminable, que provoca fuertes jaquecas a cuantos le escuchan sin precauciones, es decir, sin disponerse a cortar el hilo cuando les acomode.

Persona de costumbres sencillas, de honradez intachable, y de exquisita urbanidad, el cesante diplomático vive de un modesto sueldo de excedencia, solo, en casa humilde, rodeado de papeles ingleses y alemanes (pues posee diversas lenguas vivas) entre montañas de protocolos y rimeros de cartas blasonadas. Al anochecer, concluida la fatigosa labor del día, que por nadie ni por nada interrumpe, se viste, se acicala y se va a comer a uno de los más frecuentados *restaurants* de esta corte. Allí es donde le acaban de volver loco

4 El Archivo General de Simancas, fundado por Carlos I en 1540.

los amigos que le rodean, le acosan, le preguntan, le adulan, encomiando con mentido entusiasmo sus trabajos y llenándole la cabeza de viento. Habríais de ver entonces cómo se sueltan disparados todos los registros de su locura.

—Verán ustedes —dice—, lo que me escribe el conde Andrassy.

Y saca la carta, la lee, y la fingida admiración de los concurrentes le trastorna más.

—Para mí —añade—, no hay secreto en *Downing Street*. Yo tengo allí amigos venerados y fieles que me tienen al tanto de todo, y por más que quiera engañarme con palabras bonitas el marqués de Salisbury, no lo conseguirá. Es muy marrullero: pero yo lo soy más. Nos conocemos hace tiempo. Y que hay doble juego conmigo, bien se ve en esta carta del príncipe de Hohenlohe, embajador de Alemania en París… Pero no, no puedo leerla; es absolutamente reservado lo que me dice… Lo que sí puedo asegurarle, es que Crispi y yo hemos llegado a un perfecto acuerdo.

Todos se congratulan del acuerdo, y continúan mareándole mientras come. ¡Infeliz! Es una cabeza de primer orden, perturbada por la cesantía, por una excedencia de veinte años. En este periodo, ¡cuántos servicios podría haber prestado a su país! No pudiendo servir a la ingrata nación que le niega el pan, se dedica a servir a la humanidad… otra ingrata incorregible.

Me falta hablar del exministro, o sea del ministro cesante, calamidad grande de estos tiempos de política constitucional y parlamentaria, en que no se sabe ya quién reina y quién gobierna. Pero este asunto, así como el de los soberanos cesantes, lo dejo para otra ocasión.

B. PÉREZ GALDÓS

170

LP, 16/10/1893

Agitación donostiarra

Música popular —El *Guernicaco arbola* —El pueblo vascongado —Su lengua, su legislación, su poesía —El vate contemporáneo —José María Iparraguirre —Poetas retóricos —Poesía que queda —Noticias biográficas del trovador vasco —Veinte años en la escuela —Creación del *Guernicaco* —Expatriación —Vuelta a la patria y muerte. —Italianos y franceses —Jaqueca histórica —Lo que dijo Carlos V sobre Metz.

Madrid, 10 de septiembre de 1893.

Señor Director:

Los últimos sucesos de San Sebastián, (un motín promovido por la prohibición de cantar un himno popular) no han tenido las consecuencias que al principio se temieron.

Las reformas económicas de Gamazo, el inflexible ministro de Hacienda, resucitan la cuestión de los fueros.[1] Navarros y vascos sienten renovada la herida, y el sentimiento de

1 Véase 17, n. 13.

la patria euskara, se sobrepone en ellos a todo otro sentimiento. Como es natural, (siempre ha pasado lo mismo, desde que hubo nacionalidades en el mundo) lo primero que estalla es la música, el canto popular, aliento de las tradiciones seculares y del terruño venerando. Cuando los pueblos tienen algún duelo que expresar o algo importante que pretender, lo primero que hacen es llamar en su auxilio las guitarras y panderetas. La danza tradicional, a la sombra de los añosos nogales y castaños, continúa la obra política del canto. Los vascongados, al creer que lo poco que les resta de fueros peligraba con los planes financieros del señor Gamazo, sintieron invencible comezón de canto y danza. San Sebastián, aunque en verano viene a ser un pueblo neutral, por residir en él la Corte y casi todo el personal político, respira por la herida euskara cuando algún suceso se la encona, desarrollóse en el vecindario donostiarra un loco anhelo de cantar y bailar el *zortzico.* La autoridad, por razones más o menos fundadas, se creyó en el deber de prohibir que lo tocasen las bandas militares. Alborotóse el pueblo, la prohibición encendió los ánimos, exaltando a los díscolos y sacando de quicio a los timoratos. Gente levantisca no falta en ninguna parte. Ocurrióse a algunos que sería golpe de efecto apedrear el hotel donde vivía Sagasta, y pensarlo y hacerlo fue todo uno. Las asonadas populares principian por cualquier tontería y acaban Dios sabe cómo. La autoridad, naturalmente, no opinaba que el hotel del presidente debía ser apedreado, y dio a la Guardia Civil el encargo de manifestarlo así al pueblo. Sonó un tiro. En estos casos, siempre suena un tiro, que no se sabe por quién fue disparado, un tiro anónimo y comprometedor, al cual siguen otros que evidentemente provienen de la fuerza armada. La herida más o menos grave de un guardia civil, o de un paisano, enardece los ánimos. A los tiros siguen las carreras; el tumulto y la desbandada hacen más víctimas que los sablazos. Resultan cojeras, descalabraduras, chichones, luxaciones de brazos y piernas, cardenales… Total: un alboroto más que anotar en los fastos históricos.

Pasados algunos días, se cae en la cuenta de que no había motivo para tanto. Se dan explicaciones. Intervienen los notables del pueblo. Este se aterra al ver que huyen a la desbandada seis o siete mil bañistas que daban pingües ingresos al comercio menudo y a los patrones de hoteles y posadas. Entra en funciones la fría razón; se ve claro el disparate de apedrear hoteles y de poner en conmoción a un pueblo porque la banda toque o deje de tocar determinadas piezas, y al fin todo vuelve a su natural placidez y normalidad. Dirigen los donostiarras un mensaje a la reina diciéndole en buen castellano que no se asuste, que todo ha sido una broma. Las autoridades permiten que se cante el *zortzico* hasta que se queden roncos los cantores, y no ha pasado nada. San Sebastián recobra su fisonomía ordinaria, y todo sigue lo mismo salvo los bañistas, que se fueron despavoridos y ya no volverán hasta el año próximo. El cántico popular que ha servido de piedra de escándalo es el famoso *Guernicaco arbola,* del cual quiero decir algo en esta carta.

***

Por sabido se calla que el pueblo vascongado es viril cual ninguno, con fisonomía típica y propia, que determinan más su extraña lengua, no semejante a ninguna de las vivas, y su secular legislación foral, así en lo civil como en lo político. Nada diré de la lengua que

desconozco en absoluto. A los que sostienen que es hermosa y que con ella se expresa todo lo que se quiere, les creo bajo su palabra. En cuanto al régimen foral, hay en él mucho que debe conservarse, a despecho de la unidad. Argumento vivo en favor de la independencia administrativa de aquellas provincias son sus inmejorables servicios provinciales y municipales y la honradez inteligente de su administración.

Y si los vascos tienen su lengua y su legislación popular y castiza, tienen también su poesía, sin ningún lazo de unión con la castellana, poesía que expresa la dulce melancolía de los valles pirenaicos y la robusta virilidad de la raza, prodigiosamente fecunda, dotada de grandes condiciones para luchar con la naturaleza así en la mar como en la montaña, raza de marinos audaces, de soldados valientes, y también de artistas y poetas.

Los poetas vascos son eminentemente populares, verdaderos vates o bardos, salidos de las clases más humildes de la sociedad, hombres inspirados que han sabido traducir al lenguaje los ecos misteriosos de los valles, y el aliento vigoroso de la raza que los puebla. Jamás tuvieron nociones del saber retórico que se aprende en las aulas de nuestros institutos, y no tienen precedente más que los trovadores de la Edad Media; son improvisadores que en presencia del pueblo, congregado bajo los castaños, en candorosa huelga, siente la inspiración y acierta a expresar las ideas de todos en endechas,[2] que al punto pasan al dominio total de la raza, y se archivan en la memoria del pueblo: endechas no escritas, transmitidas fielmente de boca en boca. A esta clase de poetas perteneció José María Iparraguirre que un día, cuarenta años ha, improvisó el cántico *Guernicaco arbola*, consagra- do al árbol venerable bajo cuyas ramas se congregaron durante diez siglos los legisladores de su país.

Repetido después aquel cántico de generación en generación ha venido a ser el himno euskaro, que a la vez expresa alegría y tristeza, canto de fiesta y de luto, de amor y de guerra, en el cual parecen condensarse todos los sentimientos del alma vascongada. Y el hombre que, al son de una vieja guitarra, improvisó aquellas estrofas, componiendo al mismo tiempo la letra y la música, no conocía la técnica del arte de Mozart, ni tampocolas reglas de la metrificación y rima. El entusiasmo que el célebre *zortzico* despierta en la gente euskara es tal, que en algunos pueblos se arrodillan los sencillos aldeanos cuandolo oyen cantar. Si queréis que en un vascongado se despierte una especie de frenesí pa- triótico haced que oiga el famoso zortzico. En el País Vasco hasta las piedras se animan cuando suena el *Guernicaco arbola*, entonado por las potentes y bien acordadas voces de los mocetones de aquella tierra. ¿Qué poeta de los que ahora se estilan, más o menos aca-démico o inspirado, según el concepto retórico de la inspiración, puede vanagloriarse de producir un efecto semejante ante el público para quien escribe? Ninguno. Publica el poe- ta contemporáneo sus mejores versos: sale la crítica diciendo que son magníficos; los lee mucha gente; pero nadie los canta ni los repite, nadie se entusiasma con ellos, ni se forma ese inmenso coro, que es la asimilación por todo un pueblo de los sentimientos del poeta. Además, los poetas reconocidos por tales en las literaturas contemporáneas, nos hablan mucho de su lira, y siempre están a vueltas con el dichoso instrumento, que no existe más

2 Estrofas de cuatro versos de arte menor que riman en asonante.

que en su imaginación. No hay tal lira: los llamados poetas escriben fingiendo que cantan, sin lograr engañar a nadie. Su inspiración, si la tienen, es exclusivamente literaria y el estro una figura retórica como otra cualquiera.[3] Iparraguirre sí tenía lira, pues tal nombre hay que dar a la guitarra vieja que usaba. De las cuerdas de ella sacó acentos imperecederos: cantó, fue oído, y su canto persistirá en la memoria de los pueblos.

Y ocurre preguntar: ¿Qué quedará, de aquí a tres o cuatro siglos, de todas esas odas y silvas y sonetos y canciones que han dado celebridad a tantos y tan eximios poetas? No será aventurado asegurar que de toda esa cosecha de hermosas rimas no subsistirá nada, y que cuando se hayan podrido en las bibliotecas los libros que las contienen, todavía se cantará y se bailará la letra y música de Iparraguirre, compuestas sin pretensiones, sin que el poeta pensase en la inmortalidad, ni tuviese ninguna idea del tiempo que puede durar en la mente del vulgo una idea, un acento, una combinación de sílabas y notas.

Iparraguirre nació el año 20 en Villarreal de Urrechua, pueblo de Álava. Pobre y humilde era su familia, y humildísimo y pobre fue él toda su vida. Distinguióse por la independencia de su carácter, por el desprecio de los bienes materiales, por sus dotes de músico, por su afición loca a tocar la guitarra y a cantar en público, por sus costumbres desordenadas y un tanto bohemias, por su amor al terruño donde naciera, sentimiento primordial en todo habitante de país montañoso, y especialmente del vasco-navarro y cantábrico.

A los doce años le mandaron a Vitoria a estudiar latín. A los trece se escapó del hogar paterno, diciendo a su madre que iba a la escuela. Escuela fue, que estuvo veinte años sin volver a su casa. Durante este tiempo ingresó en las filas carlistas batiéndose en Castrejona, Arrigorriaga y Mendigorría e ingresando después en la escolta de don Carlos.[4] Emigrado a Francia, todo su afán era *ver mundo.* Errante anduvo por el Tirol, Suiza y Alemania, pasando además temporadas de mayor estabilidad en Alemania e Inglaterra. Volvió a Paris el 48, y en las jornadas de junio de aquel año,[5] la policía le persiguió *por lo bien que cantaba la Marsellesa.* Contratose luego en una compañía de ópera italiana, cantó en Londres, no sabemos si de corista o de qué, y al fin, después de rodar por el mundo, pasando miserias, volvió a España y a su pueblo. Habían pasado veinte años desde su fuga. Su bondadosa madre al verle entrar, le dijo: "¿Es hora ya de venir de la escuela?".

La escuela era ciertamente para él la vida, los viajes, el mundo, y el pasearse por distintas naciones, aprendiendo lenguas diferentes y exóticas costumbres. Su ansia de aventuras no le permitía el descanso, ni se avenía con la monótona placidez del hogar doméstico. Pasó a Madrid donde adquirió cierta celebridad cantando sus composiciones en cafés y casas particulares.

No se tomaba el trabajo de escribir ni la letra ni la música. En el café de San Luis, entre un reducido público de amigos y compatriotas, improvisó el *Guernicaco arbola,* que enloqueció a cuantos lo oyeron. Un compositor allí presente lo puso en notación musical,

3 *estro*: ìnspiración ardiente´.

4 *Castrejona, Arrigorriaga y Mendigorría*: batallas de la primera guerra carlista.

5 Proclamada la II República en febrero del 48, tras expulsar a Luis Felipe, ciertas medidas impopulares provocan rebelión y barricadas en las calles de París.

y repetido el cántico por los oyentes uno y otro día, se hizo popular en la colonia vasca y de allí prendió en el país euskaro, donde niños y viejos, hombres y mujeres lo saben como el padrenuestro.

Desde entonces la vida de Iparraguirre, fue vida de trovador a la usanza antigua, de verdadero bardo nacional, que interpreta el sentir y el pensar de un pueblo. Recorrió su país, cantando en las fiestas y romerías, y entusiasmando a la muchedumbre. Compuso multitud de canciones, tiernas las unas, belicosas otras, todas inspiradas, palpitando en ellas el alma vascongada. Perseguido como soliviantador de las muchedumbres, emigró a América, donde vivió veintitrés años, absolutamente ignorado, hasta tal punto, que en su patria lo tuvieron por muerto, pues no escribía a nadie, ni daba cuenta de su existencia. Después se supo que en aquel tiempo fue pastor en un pueblo de la república del Uruguay, que se había casado en Buenos Aires con una guipuzcoana de la cual tuvo dos hijos y seis hijas.

Un periódico vizcaíno le descubrió la pista; los amigos de acá comisionaron a dos o tres compatriotas residentes en la Argentina, los cuales, tras largas pesquisas le encontraron en estado semi salvaje, pero sin haber perdido su entusiasmo patrio ni su ardiente afición a la música popular.

Dirigió entonces a sus paisanos un cántico lleno de ardiente inspiración, en el cual hay estrofas tan sentidas como estas, que a la ligera traduzco: "¡Ay, no me deja en paz el amor a mi tierra! ¡Siempre están mirando hacia el mar, anchos, muy anchos, mis ojos!… Oh, Dios mío, cuán lejos están las montañas del pueblo éuskaro". Anheloso de volver a la tierra y dejar en ella, sus asendereados huesos, los vascongados residentes en la Argentina le pagaron el pasaje a Europa. Recibido fue en su país natal con honores triunfales. Ningún poeta contemporáneo ha visto, como Iparraguirre, un pueblo, una raza entera identificada con su inspiración. Esto es ser poeta, y llenar con su personalidad una época, en país pequeño, sí; pero que en cierto modo y dentro de la esfera poética constituye nacionalidad.

El trovador vasco murió en Sosabarro, pueblecillo alavés, el 6 de abril de 1881. Sus paisanos le erigieron una estatua de mármol en la plaza de Villarreal de Urrechua.

***

La discordia entre italianos y franceses ha tomado estos días caracteres de cierta gravedad con el viaje del príncipe de Nápoles a Metz,[6] para presenciar las maniobras, del ejército alemán. *El chauvinismo* de nuestros vecinos no se da a partido, y quiere hacer creer al mundo que por el hecho de ser hoy ciudad germánica una ciudad que fue francesa se va a venir el mundo abajo y a hundirse las esferas. El odio a Italia es ya viejo en Francia: pero nunca tan intransigente y desatado como ahora. Representan actualmente en París un drama histérico de emociones. No recuerdo el título; pero es cosa de Catalina de Médicis, Concini, la corte de Carlos IX… Hay un personaje que muere en la escena asesinado por órdenes reservadas de la reina. Preséntase esta cuando su víctima agoniza. El moribundo insulta a la odiada soberana, prodigándole los calificativos más duros. Agotado el reperto-

6 *el príncipe de Nápoles*: el futuro rey de Italia Victor Manuel III.

rio de vocablos mal sonantes, el hombre no sabe qué decir, y ya en las ansias de la muerte, exclama "¡Italiana!". El público prorrumpe en ruidosas demostraciones de entusiasmo al oír el apostrofe "¡Italiana!". Suena el vocablo como un grito de guerra, como una invocación de la patriotería militante, y la sala se agita en horrible convulsión, presa de atroz delirio.Es algo como el "¡A Berlín, a Berlín!",[7] de triste memoria.

La obra vive en los carteles por la escena indicada, y la escena es un inmenso éxito por una palabra. ¿No pinta esto el carácter del público francés, y casi casi de la nacionalidad en la época que atravesamos? La prensa de París, desde que se anunció el viaje del hijo del rey Humberto, imprime, un día y otro, cuchufletas mortificantes para los italianos. Quizás el viaje a Metz no sea un acto muy político que digamos, pero solo el *chauvinismo* francés puede ver en él una provocación. Que a Italia le va muy bien con la Triple Alianza cosa es de todos sabida.[8] Francia, en vez de procurar aflojar los lazos de concordia que unen a Italia, Alemania y Austria, parece que ansía estrecharlos más. Y ahora se preparan ruidosas fiestas en honor de la escuadra rusa que va a Tolón.

Es cosa muy particular la desproporción entre lo privado y lo público. Nos reímos de las fantochadas de los individuos y encontramos naturales y serias las de las naciones. Y en cuanto a las tan asendereadas Alsacia y Lorena es lástima que tan bella región sea el motivo de la jaqueca que están dando los franceses al mundo entero desde hace veinte años,[9] como si fuera ley del cosmos que el territorio gálico no pueda perder en ninguna ocasión, por los azares de la guerra, una o dos provincias. Los alumnos de la clase de Historia en los institutos, saben de memoria qua las más hermosas regiones de Italia han sido retenidas por Francia o por España durante años y aún siglos. ¿No fueron españolas las provincias que hoy componen Bélgica y Holanda? ¿No fue español el Franco Condado? Sin hablar del primer imperio napoleónico que fue un expoliador insolente de todas las naciones, Francia no ha contenido nunca su ambición en límites prudentes. El Segundo Imperio pretendía redondearse por el este, abarcando toda la orilla izquierda del Rhin. Pues si en la colosal guerra del 70, hubiera tenido Francia generales que le hubieran dado la victoria, hoy serían francesas Coblenza y Maguncia y la misma Colonia, alemana hasta la médula los huesos. Si el fatalismo de la guerra dispuso las cosas de otra manera, ¿qué remedio hay más que resignarse? Pero el orgullo francés, no abatido por los reveses, pretende que la constitución geográfica de aquel país tan favorecida por la naturaleza sea cosa tan estable como el sistema planetario, y esto sí que no puede ser. La historia nos ofrece elocuentes testimonios de la inseguridad de los organismos geográficos. No hay que fiarse mucho de esas líneas que se llaman fronteras. Hoy están aquí. Ignoramos dónde estarán mañana. Caprichosa es la guerra, y la victoria una… Aquí la frase de Carlos V, cuando ya viejo y cascado tuvo que abandonar a Metz… Solo que en la guerra franco-prusiana el célebre dicho de Carlos V tuvo una aplicación contraria, pues fue un viejo, el emperador Guillermo, quien la conquistó. Y no era ciertamente doncella la capital de Lorena, que ya había sido tomada

7 Referencia al entusiasmo despertado en Francia al principio de la guerra franco-prusiana.

8 *Triple Alianza*: véase 1, n. 8.

9 Tras la guerra franco-prusiana parte de Alsacia y Lorena, francesas, fueron anexionadas a Alemania.

y dejada por diferentes campeones un número de veces que no se compadece con ese carácter de ciudad sagrada, intangible, que quieren darle los que ayer la poseyeron.

B. PÉREZ GALDÓS

171
LP, 26/10/1893

Atentado en Barcelona contra el general Martínez Campos —Víctimas inocentes —El criminal —Demencias anarquistas —La encíclica de León XIII —El cielo y la tierra —Lo que dice el pobre —Premisa falsa —Todavía hay cielo —Antecedentes históricos —La máquina infernal —La bomba Orsini —Conspiración italiana —Félix Orsini —Atentado contra Napoleón III.

Madrid, 28 de septiembre de 1893.

Señor Director:

Hace unos días, hallándose el general Martínez Campos pasando revista a la guarnición de Barcelona, en la plaza de Cataluña de aquella ciudad, arrojaron una bomba de las llamadas de Orsini a los pies del caballo que montaba el general.[1] La explosión de los fulminantes que la bomba contenía produjo la muerte del caballo, hirió levemente al jinete, gravemente a dos guardias civiles, uno de los cuales murió poco después del suceso. Generales y oficiales que componían el séquito del jefe militar de Cataluña recibieron también heridas y contusiones más o menos graves.

El pánico que la explosión produjo en el inmenso público que presenciaba el desfile de las tropas, fue causa de innumerables desgracias, pues al ver caer a Martínez Campos huyeron o quisieron huir despavoridos los más próximos. Ya se sabe lo que es una multitud espantada; todos quieren huir, los más fuertes y los más arrojados pasan por encima de los más débiles. Una muchedumbre a la desbandada es más temible que un rebaño de toros salvajes a la carrera. Los grupos se estrujan unos contra otros; nadie repara en medios para abrirse camino. Con la velocidad del rayo cunde la alarma, pues no hay conductor del miedo como una masa arremolinada de seres humanos. Pagan el pato, como vulgarmente se dice, los que menos corren, las mujeres y los chiquillos. Hubo, pues, el domingo en Barcelona, a más de las víctimas de la explosión, las de las carreras, contusiones, casos de asfixia más o menos graves, roturas de huesos, y el horroroso susto que en muchas personas deja huella indeleble.

El salvaje atentado que en estos días ha producido y produce tan grande emoción en toda España, obra fue de los anarquistas, y es repetición de los crímenes que Europa viene presenciando con asombro y terror de algunos años acá. Afortunadamente, la policía y la justicia no tienen que devanarse los sesos para encontrar al autor de esta bárbara maldad,

1 El atentado se produjo el día 24 de septiembre de 1893.

pues el culpable fue cogido *in fraganti* con las manos en la masa, como suele decirse; le vieron arrojar la bomba. Inmediatamente fue detenido por las personas más próximas; no negó su delito, antes bien lo confirmó con brutal arrogancia. Resultó ser un fanático anar- quista de los que creen que van a arreglar el mundo y a corregir los desequilibrios socia- les disparando a quemarropa sobre seres indefensos. Lo tremendo de estos casos es que generalmente mueren los que no tienen arte ni parte en las desigualdades del bienestar humano. ¿Qué culpa tiene aquel pobre guardia civil de que los bienes de la tierra no estén repartidos conforme al deseo de los señores anarquistas? Y aun suponiendo que el general Martínez Campos hubiera sido herido gravemente o muerto, ¿qué bienes iban a resultar de la muerte de aquel caudillo? El anarquismo, si no fuera una bárbara y criminal secta, digna de los mayores castigos, merecería la represión por estúpida y necia.

Paulino Pallas Latorre, que así se llama el autor del atentado, es natural de Cambrils (Tarragona). Es joven. Hace años emigró a la república Argentina, estuvo después en el Brasil, de donde regresó a Barcelona, dedicándose al comercio de reventa. Es casado y tiene tres hijos. Sus declaraciones le presentan como un fanático sectario de las ideas anarquistas, y fue al crimen juramentado, por designación de la suerte, entre sus compañeros. Será juzgado por un Consejo de Guerra.

La policía busca ramificaciones al temible suceso del domingo, suponiéndolo enlazado con atentados semejantes que causaron alarma en Madrid. No es éste un hecho aislado ni puede serlo. Dícese que el mismo día preparaban los anarquistas en Valencia y Madrid barrabasadas semejantes a la de Barcelona. La política tal como la entendemos en la lucha constante de los partidos, sean o no partidos de gobierno, no tiene parte alguna de culpabilidad en estos crímenes. Mandando los conservadores, los anarquistas hicieron de las suyas; la diferencia, entre aquellas tentativas y ésta es simplemente una diferencia de intensidad en las sustancias químicas que han ocasionado el desastre, y en la ocasión y el lugar. Los anarquistas emprenden ciegamente su obra de barbarie, lo mismo contra las repúblicas que contra las monarquías. El programa es destruir, destruir siempre, con todo el ruido posible, y sin reparar si caen los culpables o los inocentes.

Difícil es, además, discernir a quién o a quiénes tienen ellos por culpable. Culpable es el orden social vigente, obra de los siglos, y que ellos quieren cambiar en un quítame allá esas pajas; culpable es el principio de gobierno, que en una u otra forma ha de ser siempre el mismo, un regulador imprescindible, un mecanismo que con todos sus defectos ha de funcionar mientras haya hombres en el mundo; culpable es el régimen moral y religioso, el derecho civil, cosas muy discutidas, pero no reformables a la ligera, por inquietudes de baja estofa, y apetitos desordenados.

Claro que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, y que nuestra existencia no es toda bienandanza y delicias. Pero la razón y la imaginación, investigando de consuno, no nos dan idea de que pueda existir la distribución equitativa de los escasos bienes de este mundo. Los anarquistas sueñan con la abolición del mal, que es lo mismo que querer suprimir la vida. El mal es inherente a nuestra infeliz naturaleza, toda miseria y dolor en diferentes formas. No queda duda que dando por terminada la vida se extingue el mal humano. Hasta aquí proceden con cierta lógica, pero lo que no sabemos es de dónde van a

traer esos bienes que ciegamente apetecen, quién va a ser el repartidor de ellos y qué parte nos ha de tocar a cada uno. Hay demencias colectivas; la pérdida de la razón no es sólo un fenómeno individual. Las sociedades son también atacadas. Veamos en el anarquismo una enfermedad del organismo social. Hay que curarlo. ¿Cómo?

En la última encíclica del papa León XIII hay un párrafo que indudablemente entraña profundísima sabiduría. "Tres males —dice— nos parecen funestísimos para el común bienestar, que son: *el disgusto de una vida modesta y activa, el horror al sufrimiento y elolvido de los bienes eternos que esperamos*".[2]

Esto es verdad: cada día observamos menos resignación para conllevar las penas de la pobreza en aquellos a quienes ha tocado la suerte de figurar en la última escala social. El mal humor y la displicencia de las clases humildes es cada día mayor. Falta el contrapeso de la idea religiosa de las compensaciones anunciadas para otra vida, en la cual han empezado a perder la fe algunos desheredados de la fortuna. Ya se ha expresado, no sé por quién en una frase gráfica, la idea impulsora de todo este movimiento anarquista. Los que nada tienen se vuelven hacia los filósofos y propagandistas liberales que en lo que va de siglo han destruido la fe religiosa y les dicen: "Nos habéis quitado el cielo; pues ahora queremos la tierra."

Indudablemente hay un fondo de lógica en esta manera de presentar la cuestión. "Nosotros creíamos —dice el pueblo—; nos consolábamos de nuestra miseria, pensando en otra vida mejor, que nos compensara de los dolores de ésta. Venís vosotros demostrándonos o queriendo demostrarnos que no hay tal vida de ultratumba, que lo que hoy no poseemos no nos lo han de dar después, que la eternidad es toda silencio, oscuridad, nada; venís con el cuento de que no debemos confiar en las promesas de un Dios de justicia y misericordia, que no hay más mundo que este tristísimo en que sufrimos. Pues en este caso, señores librepensadores, señores filósofos y políticos avanzados, no es justo que nosotros, tan hombres como vosotros, dejemos este planeta sin haber gustado alguno de los bienes que atesora. ¿Nos quitáis ese *más allá* que era nuestro consuelo? Pues ahora queremos la parte que nos corresponde en lo de acá. Queremos vuestras casas cómodas y alegres, queremos vuestros alimentos sanos y sabrosos, queremos vuestros entretenimientos, vuestro lujo. ¿Qué razón hay para que nosotros no paseemos en coche? ¿Por qué hemos de vivir en inmundas pocilgas? Ya que nuestra vida se halla limitada a la superficie de la esfera terrestre, seamos todos iguales y disfrutemos con equitativo reparto todo lo que haya por acá."

Esto dirán, y no es fácil rebatir lógicamente el argumento, una vez admitida la premisa de que las clases bajas han perdido la fe por las enseñanzas de las clases superiores. Pero la premisa es falsa, y en ello estriba nuestro único consuelo. Ni el pueblo ha perdido la fe ni el escaso escepticismo que en las gentes del proletariado se observa dimana de las propagandas filosóficas. Estas han tenido y tienen su rectificación en sí mismas. A la marea materialista sigue comúnmente una marea espiritualista, el mundo espiritual se desbarata y se reconstruye en periodos sucesivos de tiempo. A los períodos de decadencia religiosa sigue, por ley natural de equilibrio, los períodos de exaltación mística. Las escuelas filo-

2 Son palabras de la encíclica *Laetitiae sanctae,* publicada el 8 de septiembre de 1893.

sóficas no fundan nada estable, y todo sistema desacredita a sus predecesores y es desacreditado por los que le suceden. La fe existe siempre, y existirá mientras haya hombres en el mundo, porque es esencial en el alma humana. El escepticismo y el descreimiento la producen más viva, y la hacen retoñar con las talas que de tiempo en tiempo le dan. Hoy nos hallamos en un periodo de franca reacción contra la incredulidad. No sólo renace la fe, sino el misticismo, la exaltación del creer y del esperar, y, en suma, es un craso error eso de que a las clases desheredadas se les haya quitado el cielo.

El cielo no se quita, ni puede ser abolido, como un servicio administrativo cuya inutilidad demuestra la práctica… Pero ésta es cuestión ardua que prefiero dejar en suspenso para tratarla en mejor ocasión y más extensamente. Por de pronto volvamos a la anarquía y a los anarquistas.

***

El terrible suceso de Barcelona tiene precedente en la historia del siglo. Podría decirse que un mismo hecho se repite con ligerísimas variantes. Sus móviles son los mismos, sus agentes difieren poco, y sus conveniencias casi siempre son el inútil sacrificio de víctimas inocentes. Con excepción del caso funestísimo del emperador de Rusia, Alejandro II,[3] todas esas horrendas maquinas explosivas, estudiadas con diabólica ciencia para atentar a la vida de los poderosos de la tierra, no han servido para realizar el fin que sus autores se proponían. Dijérase que hay una Providencia especial, que vela por los reyes, emperadores y presidentes de república. En 1800, Napoleón I, es atacado con la llamada *máquina infernal,* saliendo ileso.[4] Pero hay un caso menos remoto, que aún estará en la memoria de algunos que no son muy viejos. En 1858 conmovió a toda Europa el atentado contra Napoleón III.[5] No sé cuántos años se estuvo hablando de Orsini y de la endiablada máquina que desde entonces lleva su nombre. Por cierto que este singular agitador es una de las figuras más extraordinarias que ha producido la política disolvente y el arte de las conspiraciones.

Casi hemos perdido ya la tradición de ese tipo del agitador sempiterno, del hombre que vive en constante rebeldía contra las leyes de su país. Hay que remontarse a los turbulentos días del primer tercio de siglo en Italia, llena de efervescencias revolucionarias, para encontrar el tipo del conspirador por oficio y hasta por naturaleza, pues aquellos hombres parecían hechos para la lucha tenebrosa, y poseían cualidades relevantes, que desarrollaban con el ejercicio continuo del conspirar, llegando a realizar verdaderas maravillas dentro del género. La vida de Félix Orsini es ejemplo de esto. Nació cuando Italia era un hervidero de pasiones mal contenidas por la represión de los poderes vacilantes, cuando el sentimiento de la patria italiana bullía de un cabo a otro de la península, ma-

3 Alejandro II murió en atentado con bomba en una calle de San Petersburgo el 13 de marzo de 1881. Sus reformas liberales se cortaron de raíz con su sucesor Alejandro III.

4 El 24 de diciembre de 1800, Napoleón sufrió un atentado con coche-bomba, un carrito tirado por un caballo, que estalló al pasar junto al coche del entonces Primer Cónsul.

5 El 14 de enero de 1858, Orsini arrojó tres bombas diseñadas por él mismo y probadas en Inglaterra al paso del carruaje imperial que transportaba al emperador, que resultó ileso.

nifestándose en repentinas erupciones que reventaban donde menos se pensaba, como si todo el subsuelo fuera un puro material incandescente que abría cráteres allí donde la costra terrestre era más delgada. Orsini debió conspirar desde niño; sus exaltaciones no son comparables a las de ningún otro conspirador. Discurría los ardides más ingeniosos para atacar a los poderes públicos. Se pasó la juventud urdiendo planes revolucionarios, primero contra el papa, luego contra el duque de Toscana, después contra los austríacos. Probó todas las prisiones de Estado habidas y por haber, en Roma, en Florencia, en el Tirol, y sus evasiones son interesantes novelas. Se escapa de las mazmorras reputadas como de absoluta seguridad, y vuelta a conspirar y a luchar con la policía, incorregible en sus artes diabólicas y en sus odios implacables. En 1858 creyó que la libertad de Italia dependía de Napoleón III, y que matando a éste, los habitantes de la península entrarían en una era de felicidad. ¡Tales cosas piensa el fanatismo, y a tales absurdos se deja conducir por la pasión política un ingenio extraviado!

Si lo que discurren estos hombres para producir el mal lo discurrieran para el bien, ¡qué maravillas veríamos! Orsini inventó el aparato destructor que lleva su nombre, una bomba cargada de fulminante, que estalla al ser arrojada al suelo, por la percusión de las espoletas… y que puede producir en menos que se dice un estrago de mil demonios.

Orsini y sus cómplices escogieron para lanzar la bomba el momento en que el carruaje del emperador entrase en el teatro de la Ópera, rue Le Peletier. Tres coches de palacio avanzaban hacia el peristilo. En el del centro iba Napoleón con su esposa la emperatriz Eugenia. La detonación fue espantosa: apagáronse los aparatos de gas, retembló el teatro, y en las casas próximas no quedó un cristal sano. Los caballos del coche imperial cayeron mortalmente heridos, cuantas personas había cerca de allí rodaron por el suelo. El emperador y su esposa quedaron ilesos; pero en la comitiva hubo más de una víctima. Prodújose el pánico consiguiente con las desgracias que el afán de huir ocasiona. La policía detuvo a un tal Pieri, que fue el que arrojó la bomba. Orsini, que estaba en un café próximo, esperando la prueba de su terrible invento, también fue preso. No tuvo que trabajar mucho la excelente policía parisiense para descubrir toda la trama y ponerla en claro.

El proceso fue la gran sensación de Europa en aquellos días. A Orsini le defendió Julio Favre en un discurso que ha quedado como monumento de oratoria forense. Pero al avieso agitador italiano no le valieron por aquella vez ni la habilidad de la defensa, ni sus colosales aptitudes para romper los hierros de la cárcel. Fue guillotinado.

Desde la prisión dirigió a Napoleón una carta que sería ridícula si no fuera la última palabra de un condenado a muerte. En ella le daba consejos sobre la política de Francia en Italia, y ponía en manos del emperador la suerte de este bello país. Murió con entereza, dando un viva a Italia y Francia. Pero el salvaje invento de Orsini no murió con él, y andando los años ha sido empleado por los agitadores de todos los países, siempre con el mismo resultado, salvo, como he dicho antes, en el caso del emperador de Rusia.

A los españoles, que ya conocíamos algo del género este de materias explosivas aplicadas a las revoluciones, nos ha tocado al fin un ensayo del aparato completo y en escala grande. El caso de Barcelona es el mismo de París en 1858, con idénticas causas y los propios efectos. El fanatismo no aprende nunca. ¿Pero cómo ha de aprender si es ciego?

Resignémonos, pues, los hombres pacíficos, los que no gobernamos ni gobernaremos nunca, los que somos irresponsables del mal social presente y del que ha de venir; resignémonos, digo, a ser víctimas del furor estúpido de los que hieren por herir, de los que pretenden salvar a la humanidad aumentando torpemente los males que la afligen.

B. PÉREZ GALDÓS

172
LP, 13/11/1893

Melilla: guerra, guerra al infiel marroquí

Excitación pública —En pleno romancero —Popularidad de la lucha con gente mora —La epopeya sin fin —Contrapesos de la opinión —Inutilidad de la reflexión en casos de guerra de razas —Noticias del ejército marroquí —Fuerzas organizadas —La infantería —La caballería —La fiesta de pólvora —Impaciencia de la opinión —Dificultades de la movilización —La prensa extranjera —Italianos, franceses e ingleses.

Madrid, 12 de octubre de 1893.

Señor Director:

Otra vez el problema histórico del África; otra vez la guerra del moro, la eterna guerra española; otra vez nuestros soldados en Marruecos.

El telégrafo habrá anunciado los sucesos de Melilla, y no será preciso que yo los refiera con extensos pormenores. Los moros atacaron un fuerte que nuestras tropas construían para mejorar la defensa de la plaza. Combate, desigual lucha, por ser muy deficiente en aquellos días la guarnición de Melilla, los rifeños se apoderan del fuerte. Repliéganse los españoles al interior de la plaza, con algunas bajas. El gobernador pide refuerzos. Esto es lo ocurrido. Lo que sucederá después, lo veremos, se abre una página histórica y militar que ignoramos como terminará.

La excitación producida en todo el país por la noticia de la pérdida del fuerte ha sido tal, que no recuerdo otra semejante desde los días memorables de las Carolinas y de la cuestión con Alemania.[1] Por lo de Melilla se ha olvidado todo, la nivelación de los presupuestos, los planes de Gamazo, las menudencias políticas y hasta la salud pública. Ya nadie habla del cólera en Bilbao,[2] ni nadie se fija en si los atacados son más o menos. En diciendo aquí *guerra con el moro*, estalla el sentimiento popular como un montón de pólvora al cual se aplicará la mecha encendida, y nos encontramos en pleno Romancero. Al Romancero pertenecen las noticias bélicas con que diariamente llena sus columnas la prensa; del Ro-

1 Véanse 44, 45 y 48.

2 Entre julio y septiembre de 1893 se desencadenó una epidemia muy focalizada. Murieron alrededor de doscientas personas.

mancero son las ofertas generosas, el ansia de combatir, el desprecio de la vida, la ilusión de gallardas aventuras; del Romancero, las bravatas y fanfarronada a la portuguesa.

El entusiasmo militar, con ser grande es eclipsado, si cabe, por el entusiasmo civil. Todos los regimientos quieren ir al África, la oficialidad se disputa los puestos en el ejército expedicionario; un espíritu de leal abnegación alienta en cuantos visten el honroso uniforme. Pero los paisanos no se quedan atrás. Los hay que se ofrecen a pasar el estrecho, ansiosos de vengar el ultraje inferido a la bandera patria; los hay dispuestos a facilitar al gobierno recursos y auxilios de todas clases, y no falta, quien pretenda organizar batallones de cuerpos francos que auxilien a las tropas.

La guerra con los moros ha sido, es y será siempre popular en España. La cosa no es de ayer que digamos; data de la famosa derrota del Guadalete y de la muerte de don Rodrigo,[3] suceso que no es de la semana pasada. Toda la historia de la península desde aquel aciago día está llena del ardiente encono entre el cristiano y el agareno. Cristo y Mahoma son los eternos combatientes. El odio entre las dos religiones es anterior al odio entre las razas. Pasaron siglos y la lucha se eternizó en tierra española. Reconquistado el suelo peninsular, la guerra se trasladó al otro continente, franqueando ese brazo de mar, agareno por un lado, español por otro.

No hay que hablar ahora de la Reconquista, que da carácter especial a la historia de España durante toda la Edad Media. La toma de Granada no es más que la terminación del primer acto de un drama. El segundo nos presenta a Cisneros en Orán, a Carlos V en Túnez, al desgraciado don Sebastián en Alcazarquivir.[4] Llamemos tercer acto al que principia con la expedición de O'Donnell en 1859, gloriosa sí; pero de resultados poco positivos para el predominio de España en África.[5] De entonces acá, tentativas, chispazos, el deseo siempre vivo aunque latente, las miradas puestas en el Atlas.[6] Ahora se abre nuevamente la escena, y el épico drama continúa. ¿En qué parará? La imaginación no alcanza a ver el desenlace, que se pierde en las brumas del porvenir; pero, quién sabe si de esto resultará algo que permita preverlo o prepararlo.

En tanto, el espíritu público se muestra unánime. Por esa herida respira siempre la raza, y mientras queden moros en el mundo, España no morirá de desilusión, ni de anemia. Son una bendición los tales mahometanos para nuestro pueblo, porque a ellos se debe que en un momento se acaben las divergencias ocasionadas por la política, las discordias insanas. A los sectarios de Mahoma debemos estas explosiones se sentimiento patrio, que nos dan unidad y cohesión.

Acábese la morería, y la disgregación atomística acabará con nosotros. Nos confundiremos en una Babel de disputas mujeriles y todas las cualidades de la raza se irán desgastando en el traqueteo de la vida interior, quisquillosa y deletérea.

3 Véase 127, n. 4.

4 Para *Orán*, véase 10 y su n. 10. En 1535, *Carlos V* efectuó una expedición para conquistar Túnez; para *Alcazarquivir*, véase 38, n. 7.

5 Véase 47, n. 2.

6 Cordillera que recorre el noroeste de África.

No faltan espíritus reflexivos y timoratos que tratan de poner un freno a la exaltación popular. No nos conviene, según ellos, meternos en aventuras, ni lanzar al país a una guerra dispendiosa, que no nos traería ningún beneficio. Recuerdan la paz de Wad-Ras,[7] la diplomacia impidiéndonos la posesión de Tánger y Tetuán. Temen que la envidia y la ambición de las grandes potencias, principalmente de Inglaterra, nos quiten a la postre toda la carne, dejándonos solo el hueso. Ponderan los peligros de la guerra con salvajes en un suelo ingrato, y exageran el poder de las *kabila*s,[8] auxiliadas en su barbarie por los oficiales ingleses, que les enseñan las artes de la guerra, y por el contrabando de armas que el comercio de Gibraltar les facilita. Pero con estos jarros de agua fría no consiguen los timoratos calmar la efervescencia del pueblo, que siente y no razona. Todo lo indicado antes es verdad, y fruto de la experiencia dolorosa; pero no convence a nadie, porque el odio al agareno lo tiene el español en los glóbulos de la sangre; y habría que cambiar su naturaleza para hacerle obrar con mesura y previsión en este asunto.

Lo extraordinario es que todos los pueblos, en las empresas que han dado más o menos lustre a sus banderas, jamás han procedido a impulsos de la reflexión; mejor dicho, la reflexión no impulsa, modera. Los pueblos se han lanzado a las magnas empresas por sentimiento o por un instinto ciego que les señalaba fines gloriosos. Existiendo, como existe, en nuestra raza, ese sentimiento de aversión a la raza agarena, es inútil querer ponerle freno. El impulso estalla cuando se presenta cualquier motivo favorable, y arrolla cuanto se le pone por delante. Los hombres más pacíficos se vuelven belicosos, cuando de guerrear con el árabe se trata, y los valientes se enardecen hasta el heroísmo. Hay sujetos que se disparan con manifestaciones en la prensa, que resultan un sí es no es cómicas en los tiempos que corren. Otros se comen los moros crudos, y no faltan propósitos y resoluciones que, de realizarse, dejarían tamañitas las atrocidades más maravillosas de los libros de caballería.

En vista de todo esto, habrá guerra: por lo menos hasta recuperar el fuerte, terminando aquí la página histórica si el sultán acepta las condiciones para una paz honrosa o prosiguiendo, en caso contrario, con incidentes y contingencias que no podemos prever.

Conviene examinar detenidamente las fuerzas del enemigo con quien vamos a combatir, y su organización militar, si tal nombre puede aplicarse a las *kabila*s africanas. Sumados los combatientes de estas *kabila*s, resulta una cantidad respetable; pero el número no es de primera importancia, atendiendo a que la disciplina es letra muerta entre ellos. Todo moro posee una espingarda,[9] que lo mismo lleva a cuestas en tiempo de guerra que en tiempo de paz. Pelea cuando hace falta, sin organización ni idea alguna de táctica militar, en masas desperdigadas o concentradas según los casos, con bravura en sí; pero sin cohesión alguna.

Lo que con dudosa propiedad se llama ejército marroquí difiere algo de las *kabilas,* aunque no mucho. Compónese de moros, bereberes, árabes, sudaneses y de algunos cris-

7 El tratado de *Wad-Ras*, firmado en el 26 de abrilde 1860, entre los reinos de España y Marruecos, puso fin a la Primera Guerra.

8 Véase 32 n. 12.

9 Escopeta de chispa y muy larga.

tianos que obtienen del sultán la merced de mandar tropas. Entre estos cristianos figura el *kaid* Maclean,[10] inglés, que forma en lo que podría llamarse Estado Mayor de su majestad *sharifiana*.[11] Un hermano del *kaid*, llamado *el Rubio,* es el organizador de la caballería. Manda las evoluciones en inglés.

Las fuerzas, con apariencias de organización, de aquel ejército están constituidas por los siguientes elementos, que llamaremos cuerpos: los *bukarís, o* guardia negra, que viene a ser la escolta del sultán. Compónese de individuos de raza negra, robustos, feroces, verdaderamente terribles en los combates. Dicha fuerza está reclutada en el Sudán. Los *mjazen* son el contingente de hombres útiles que dan todas las tribus del imperio. Verdadera contribución de sangre, equivale a los reclutamientos europeos, y forman en sus filas todos los hombres de dieciocho a cincuenta años. El *nischan* viene a ser una especie de reserva, la *landwar* de los alemanes, algo como un embrión de nuestras antiguas milicias provinciales. Su misión es defender las plazas y guarnecerlas. El *áscar,* por último, viene a ser producto de una leva total en caso de guerra. Hombres de todas estaturas, vestidos de harapos, tuertos, tullidos, mancos, componen esta fuerza que se agrega a los cuerpos de ejército medianamente organizado y ayuda lo que puede. La heterogeneidad de sus armas, la falta absoluta de disciplina, la desnudez, el hambre hace de esta fuerza una horda de mendigos, que si en momentos dados se arroja con fiero ímpetu sobre el enemigo, causando pavor y estrago, en la generalidad de los casos es verdadera carne de cañón, que más bien entorpece que auxilia la estrategia marroquí. Con todos estos elementos reunidos las fuerzas del sultán pueden llegar, en tiempo de guerra, a la cifra de ciento veinte mil hombres.

Fuerza imponente y sin duda respetable del ejército marroquí es la caballería, al propio tiempo lo más pintoresco que imaginarse puede. Posee un elemento de primer orden, superior sin duda en esto a los ejércitos europeos, el caballo, tipo admirable de agilidad y esbeltez, de fiereza y sobriedad. Divídese la caballería en regular e irregular. La primera cobra una pequeña soldada, cuando se la pagan, y viste con cierta uniformidad. La componen los *bokaris,* o guardia negra, de que hablé antes, y los *Jaise el Medosia.* La irregular son las *kabilas,* que viven del merodeo y maniobran con salvaje independencia. La escolta del sultán la forma un regimiento compuesto de ocho escuadrones o *miias* (que quiere decir ciento), denominados *mesegrín,* y procedentes de distintas tribus militares. Parte de esta caballería está armada con tercerolas Winchester.[12] Pero el arma más común es la espingarda, que manejan con singular destreza, y el *recquin* o sable corvo con empuñadura de asta.

Antes de recibir las lecciones del *kaid* inglés y de su hermano, la caballería *sharifiana* desconocía la táctica europea, y se batía con lo que bien puede llamarse táctica marroquí, cayendo sobre el enemigo con la rapidez del rayo, y retirándose veloz, valida de la agilidad sin ejemplo de sus fogosos corceles.

El juego que llaman de *pólvora,* una especie de *sport* vistosísimo y deslumbrador, es la especialidad de estas fuerzas tan aguerridas como pintorescas. Viene a ser el tal juego un

10 *kaid*: jefe o líder; Maclean era escocés.

11 Véase 88, n. 10.+

12 *tercerolas*: armas de fuego un tercio más cortas que la carabina.

trabajo de circo ecuestre, superior por su belleza a cuanto conocemos por acá. La caballería marroquí, con sus abigarrados trajes y los descompasados gritos con que se presenta en el teatro de la lucha, impresiona vivamente al soldado europeo, que necesita acostumbrarse al juego para reducirlo a su verdadera importancia.

El mando superior de toda la fuerza armada lo ejerce el emperador, que otorga los primeros puestos de la milicia a individuos de su familia, de la tribu de *kuraish,* a la cual perteneció, según dicen, Mahoma. La artillería no existe en Marruecos, al menos como la tenemos en Europa. Pero no hay que fiarse, porque es muy fácil, o más bien seguro, que los ingleses, a estas horas, les hayan suministrado cañones de batalla y oficiales que les enseñen a manejarlos.

***

Impulsado por la opinión, que ya quisiera ver reconquistado el fuerte de *Sidiguariach,* el gobierno español se apresta a llevar a Melilla tropas en número suficiente para sentar la mano a los rifeños y quitarle ganas de volver a meterse con la guarnición de aquella plaza. Pero es tal la impaciencia de una parte de la opinión, que son de temer precipitaciones y aturdimientos lamentables. El gobierno quiere prepararse, llevarles elementos de guerra en condiciones que aseguren la victoria. La opinión vehemente quisiera que en menos que se dice se embarcaran los regimientos, pusieran el pie en tierra de moros y arrancaran de manos de los sectarios de Mahoma el malhadado fuerte.

Muchos extrañan que la escuadra no haya salido ya con *viento fresco* en dirección de la costa marroquí para arrojar sobre Tánger una lluvia de bombas. Quéjanse todos de la lentitud en el transporte de soldados, de la pachorra que gasta el señor ministro para equipar y proveer todo lo necesario al ejército que ha de renovar los laureles del 59 y 60.[13] No consideran los que tal piensan y dicen que la movilización de tropas, en los tiempos que corremos, no es cosa de coser y cantar. La perfección de los armamentos exige hoy dispendios y cuidados que no había en tiempo del fusil de chispa.[14] Además, van las tropas a un país donde no hay que pensar en víveres que ellas mismas no lleven. Melilla se surte de los mercados moros, con los cuales estamos ahora en incomunicación absoluta. Todo hay que llevarlo de España: municiones de guerra y municiones de boca.

La plaza que ha de ser centro de operaciones apenas tiene albergues para dos mil hombres. Los demás se han de alojar en tiendas de campaña. No es, pues, tan fácil ni cosa de cuatro días prepararse para esta expedición. Aguardemos tranquilos y no comprometamos el éxito por impaciencia del *chauvinismo* español, del cual se puede temer mucho y nada bueno puede esperarse.

***

La prensa extranjera no desconoce la gravedad de los sucesos de Melilla. Ingleses, franceses e italianos ven próxima la guerra del español con el moro, y no todos la apre-

13 El ministro de Guerra era entonces José López Domínguez.

14 Arma pesada y muy imprecisa utilizada a principios del siglo XIX.

cian de la misma manera. Ya los franceses vienen arrimando el ascua a su sardina, como vulgarmente se dice; simpatizan con la indignación española, nos incitan a escarmentar con dureza a los rifeños; pero ven con recelo que junto a la Argelia pudiera, por engrandecimientos sucesivos de territorio, crearse una colonia hispano-africana. Únicamente perdonarían la creación de tal colonia si España se compromete a entrar en la alianza franco-rusa. Semejante delirio no puede ser tomado en serio. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esos señores rusos, ni qué beneficios vamos a sacar de comprometernos con ellos en una alianza ofensiva y defensiva?

Los italianos ven con buenos ojos la expedición española a Marruecos. Ellos no poseen territorio alguno en la costa del Imperio, pero han sabido crear y extender su influencia en Tánger. Están, pues, a ver venir, y sin peligro de perder podrían, a río revuelto, ganar alguna cosa.

Los ingleses son los menos expresivos. Aparentan mirar con buenos ojos el papel guerrero de España en África, confían en que la infantería española es quizás la única de Europa que sabe pelear en el abrasado suelo del Maghreb, y por de pronto no verían con inquietud el avance de nuestras tropas. Pero en tanto el comercio británico ve un buen negocio en el suministro de armas y municiones a los moros, y bajo este respecto la guerra les es simpática; mientras mayores fuerzas lleven los españoles, más probabilidad tienen de colocar de la otra parte del Estrecho artículos de difícil salida en Europa.

Lo grave de todo esto es que para afianzar su influencia en África y esbozar, digámoslo así, la civilización del Maghreb, España necesitaría poseer más territorio del que posee, y esto despertaría los celos de las dos potencias que se disputan la influencia en el Mediterráneo, Inglaterra y Francia. No es España bastante fuerte para sobreponerse a las ambiciones inglesa y francesa y obrar con entera libertad, dando a los codiciosos un hueso para que callen. En caso de una guerra feliz, y de una conquista fácil, el hueso sería para nosotros, y la carne para ellos, después de haber perdido nosotros allí hombres y dinero. Por esta razón conviene ir con pies de plomo, concretarse a castigar a los rifeños, a enseñarles el respeto de nuestra bandera, exigiéndoles por fin de fiesta una fuerte indemnización de guerra, que aunque pagada en ochavos morunos, valdría más que territorios difíciles de conservar, y cuya posesión nos traería un sinfín de disgustos con los que, dueños ya de medio mundo, no se resignan a que el otro medio es para los demás.

B. PÉREZ GALDÓS

173

LP, 9/12/1893

LA GUERRA DE ÁFRICA

Melilla *forever* —Furor noticiero —Indiscreciones de los *reporters* —Los estrategas de café —Ventajas e inconvenientes de la popularidad de toda guerra en África —Disparos del

crucero *Conde de Venadito* —Fuego graneado de telegramas —Naturalismo en la prensa —Imperio de los hechos —Los corresponsales de antaño —Los de hogaño —Graves noticias de Melilla —Muerte del gobernador general Margallo —Efervescencia en la opinión —Más tropas a África —Asperezas del suelo africano —Más refuerzos —La campaña promete ser ruda.

Madrid, 28 de octubre de 1893.

Señor Director:

Lo de Melilla sigue enardeciendo los ánimos hasta el punto de que los que en país extranjero lean nuestra prensa, creerán que sostenemos la más estupenda guerra que vieron los pasados siglos y esperan ver los venideros.[1] Telegramas interminables expedidos por los *reporters* que han ido a la costa africana, nos hablan de movimientos de tropa, de un ir y venir de apremiantes despachos, de considerables aprestos y del entusiasmo, a nada comparable, de las tropas que allí estaban, de las que van y de las que se quedan.

Alguien cree que esta exaltación periodística y este furor de la noticia son altamente nocivos para las operaciones militares. No hay reserva, no hay discreción posibles con tal sistema. En las guerras antiguas, en las modernas de veinte años ha, no hallamos ejemplos de un *noticierismo* furibundo como el que nos invade ahora. La prensa desarrollada al máximum de difusión, ávida de la noticia por insignificante que sea, sin bastante prudencia para discernir lo publicable de lo que no puede decirse, arrastra a la opinión por los despeñaderos de un delirio patriótico, cohíbe al gobierno, extravía la conciencia de los militares y, por último, favorece indirectamente al enemigo, que no es, no, lo bastante salvaje para dejar de entender y aprovechar lo que le tiene cuenta.

Los corresponsales, de cuya buena intención y patriotismo no puede dudarse, han hecho creer al país que la empresa de castigar a los moros es cosa de coser y cantar, que el gobierno no ha metido ya en un puño a las *kabilas* porque no ha querido, y que los moros más o menos bárbaros nos tienen preparada allá una cosecha incalculable de laureles, que nuestro ejército no se apresura a recoger.

Causa risa, en verdad, oír las tertulias de los cafés, donde sale cada estratega que se deja tamañito a Napoleón el Grande y a Federico de Prusia. El *llegué, vi, vencí,* de César,[2] es poca cosa en comparación de la increíble rapidez con que nuestros campeones de afición desembarcan en la costa marroquí, abren los caminos para internarse, se apoderan de las posiciones de los enemigos y concluyen por enseñorearse de toda la vertiente norte del Atlas, si en su ciega intrepidez no traspasan la cordillera para plantar la bandera de Covadonga en los áridos desiertos africanos.[3]

Para éstos, ir a Melilla y arrojar a los bereberes de las posiciones usurpadas, es tan fácil como resulta en esos combates de teatro con que embelesan a los chicos los autores de los

1 *Que vieron… venideros*: irónica aplicación de la frase Cervantes sobre Lepanto (véase 100, n. 3) a esta campaña de Melilla.

2 Frase atribuida a Julio César ante el Senado romano tras su victoria en El Ponto (año 47 a. C.).

3 *bandera de Covadonga*: véase 35, n. 3.

dramas patrióticos que en Madrid hemos visto representar estos días. No consideran que el ejército que ha de ir a Melilla, o que ya va en camino de aquella plaza, necesita llevar consigo hasta el agua, que allí no la hay. Las fuentes están en territorio ocupado por las *kabilas*, y no se manda un ejército a que se bata pereciendo de sed. Elogiemos sin salvedad alguna la prudente conducta del ministro de la Guerra, que sin dejarse aturdir por la patriotería, ha dispuesto la expedición con la calma que asunto tan grave requiere. *Qui va piano, va sano.*[4] Comprometer el éxito de una empresa, que no es ni puede ser fácil, por obedecer a las sugestiones de un pueblo impresionable, tocado de impaciencia, como pueblo privado durante bastante tiempo de las emociones de la guerra, sería gravísima responsabilidad.

Lo que pasa con la opinión y los periódicos se explica perfectamente por el carácter esencialmente popular de toda campaña en África. Viene de muy atrás este fenómeno, y todo español cree a pies juntillas que Marruecos nos pertenece por derecho histórico. Resulta de esto un bien y un mal; un bien, porque cuando llega el caso de emprender una guerra contra aquel Imperio, los gobiernos se sienten vigorosamente apoyados por la opinión; un mal, porque el entusiasmo irreflexivo engendra el delirio, y podría suceder que este ciego impulso de la opinión nos lanzara a peligrosas aventuras.

La fiebre noticiera y la temeraria actividad de algunos corresponsales no se han visto nunca tan palpables como en el caso reciente de los disparos que hizo el crucero *Conde de Venadito* contra los moros del campo de Melilla. Los *reporters* tomaron posiciones a bordo del mismo crucero, y desde allí empezaron a disparar telegramas, comunicando los más prolijos detalles y hasta la cara que ponían los artilleros en el momento de la detonación. Ni las acciones navales más grandes y arriesgadas han tenido quien así las comente y las anuncie. No se explica la presencia de los periodistas a bordo del crucero, sino por una condescendencia del comandante, que no ha de volver a repetirse en vista del mal efecto causado por este furor noticiero en toda la gente sensata por acá.

La vida moderna, imponiendo cada día nuevas formas y accidentes nuevos, nos ha traído esa importancia colosal de la noticia. Hoy es preciso que todo se sepa, que todo se comunique al público. Las *interviews* descubren el pensar individual y lo ofrecen desnudo a la curiosidad de la gente. Ya no hay secretos. Lo que piensa el hombre de Estado, lo que dice, lo que come, todo se ha de poner en letras de molde. El periódico no es como antes un comentador discreto de los sucesos y un divulgador de las ideas; es un instrumento de información, un vehículo de noticias. Ya no se dicen las cosas al oído; ya no hay secretos, ya no existe nada que pueda la prudencia ocultar o disimular la discreción.

El periódico es un Argos[5] que todo lo ve, aplica su oído a las paredes para escuchar lo que en la casa próxima se dice, y todo se lo cuenta a sus abonados, los cuales no están satisfechos si no se les informa diariamente de mil cosas que en otro tiempo no importaban a nadie. ¿Será este un nuevo efecto de la doctrina naturalista? ¿Será que el documento humano es la suprema ley, así en lo literario como en lo político? El hecho interesa más que la idea. Antiguamente (y llamo antigüedad a lo que ocurría veinte años ha) teníamos

4 La sentencia italiana finaliza *e va lontano*: `Quien va despacio, va sano y va lejos´.

5 En mitología griega, un gigante con cien ojos.

la prensa doctrinal y de partido, soporífera cuando no era procaz en su constante disputar. La prensa doctrinal no se metía en averiguar vidas ajenas, ni cultivaba la noticia más que en insulsas gacetillas de sucesos comunes, que eran el encanto candoroso de la burguesía, reunida de noche familiarmente al amor de la lumbre. La revolución de las ideas, menos visible pero más profunda que la de las formas políticas, destruyó en pocos años aquel estado inocente. Empezó el imperio de los hechos, y adquirían crédito rápidamente los periódicos que los relataban con veracidad sobria. Creóse el nuevo estilo de prensa; los artículos de doctrina, largos y enojosos, pasaron al panteón del olvido; las *consideraciones* resultaron soporíferas, y el periodista perdió la costumbre de divagar, adquiriendo la de referir con exacto laconismo los hechos. Esto es bueno, ¿a qué dudarlo? Es un progreso. Pero no hay sistema que no se desvirtúe entre nosotros, que propendemos por ley de razaa extremar todas las cosas. El imperio del hecho en la prensa ha traído el furor del *noticie-rismo* y como no todos los que ejercen este, que antaño se llamaba *sacerdocio* (no sé por qué) poseen las virtudes de templanza, discreción y veracidad, ni la instrucción que en cualquier oficio o profesión noble se requiere, resulta que la acumulación inconsiderada de hechos y el vértigo de noticias de dudosa autenticidad arrastran al público a los mayo- res desvaríos. Ejemplo de esto son las memorables campañas de crímenes a que la prensa hubo de dar más celebridad de la que en rigor debieron tener, la extraordinaria extensión dada a otros asuntos que antaño hubieran pasado con una simple gacetilla, y por fin el barullo espantoso de la expedición a Melilla, en el cual se puede comprometer gravementeal ejército y al país.

Surge ahora una cuestión: ¿deben ser admitidos los corresponsales de periódicos en el cuartel general de un ejército en operaciones? En la anterior guerra contra el moro (1859-60) estuvieron en el cuartel general Alarcón y Núñez de Arce. El primero escribió desde allí crónicas interesantísimas, que luego se coleccionaron, formando la popular obra *Diario de un testigo de la guerra de África.*[6] El segundo escribía cartas a *La Iberia*,[7] que no recuerdo fueran coleccionadas.[8] Nunca se dijo, ni se sospechó siquiera, que los escritos de aquellos ilustres periodistas perjudicaran a nuestro ejército, ni quebrantaran el éxito de las operaciones estratégicas. Verdad que entonces no existían los medios de defensa que hoy existen, ni el telégrafo acortaba las distancias como ahora las acorta. Pero hay además otras diferencias entre aquellos tiempos y los actuales. Ningún periodista se hubiera atre- vido entonces a meterse en la tienda del general O'Donnell para interrogar a este sobre sus planes. Hoy, el más tímido de los que ejercen el *sacerdocio* de informar al público, escapaz de acometer, no digo yo al general en jefe de un ejército, sino al Verbo Divino si puede recabar de éste una noticia.

El corresponsal se ve obligado a decir por telégrafo no sólo lo que hacen, sino lo que piensan hacer los directores de la campaña. Si no dice nada, el periódico muere de ane- mia. Forzadamente hay que comunicar algo, sea lo que fuere.

6 Véase 156.

7 Periódico liberal fundado por Pedro Calvo Asensio que se publicó entre 1854 y 1898.

8 Con ellas compuso *Recuerdos de la campaña de África* (1860).

Si no se pueden obtener, colándose por los resquicios de las puertas, noticias fide- dignas, hay que *construirlas,* aprovechando las voces que corren, algo que se ha oídoen tal parte, o bien elevando a la categoría de hecho consumado el deseo de algunos, o simplemente el propio deseo. Fácilmente se comprenderá que con esta publicidad no hay ejército posible, ni operaciones de guerra, ni campaña.

***

Al llegar aquí, las graves noticias llegadas de Melilla me obligan a suspender mi carta. Imposible conocer la verdad de lo ocurrido allí, pues entre los diferentes despachos publicados por la prensa de esta capital hay evidente contradicción. Reina en Madrid la efervescencia de los grandes acontecimientos. Se piden y buscan con avidez noticias oficiales, que no parecen por parte alguna. La agitación de los ánimos trae, como es consiguiente, los grupos en las calles y manifestaciones semejantes a las de las Carolinas.[9]

Toda la tarde transcurre sin que a ciencia cierta sepamos la verdad. Sábese tan sólo que las tropas hicieron una salida, atacando a los moros en sus trincheras; que éstos se defendieron bien, que el combate fue sangriento, muriendo en él el general Margallo, gobernador de la plaza. Se ha dicho también que el desdichado cuanto intrépido gobernador se quitó la vida, al ver que la operación no le resultó tan eficaz como pensaba.

Quién dice que nuestras bajas fueron insignificantes y enormes las de los rifeños, quién que hemos perdido bastante gente, y que algunos soldados españoles cayeron prisioneros en poder de los moros. Los partes oficiales, que al fin, ya entrada la noche, se han dado al público, nada dicen de prisioneros. Se confirma la muerte de Margallo en el campo de batalla. Su cadáver fue recogido por nuestras tropas.

La agitación en Madrid continúa, tomando proporciones alarmantes ya entrada la noche. No doy más detalles de lo ocurrido en Melilla, porque ignoro la verdad de los sucesos, y no quiero incurrir en la misma ligereza que he censurado en la primera parte de mi carta. La prensa refleja esta noche el estado delirante de la opinión; todo se vuelve conjeturas, referencias incompletas y una fiebre ardentísima de planes perentorios para acabar con las *kabilas* que hostilizan nuestra plaza africana.

El general que ha muerto bizarramente cumpliendo su deber en el campo de Melilla había sido ya relevado del mando. Nombrado para sustituirle el general Macías, muy co- nocedor del terreno, sale esta noche misma para su destino. Entre hoy y mañana embarca-rán en Málaga nuevos refuerzos de todas armas. El ministro de la Guerra, si son ciertas las noticias que recojo a última hora, va también a Melilla.

Desde hoy puede decirse que ni un momento cesará el fuego entre la plaza española de la costa africana y las hordas aguerridas que la cercan. Cada día nos traerá el telégrafo nuevas emociones, que ora serán tristes, ora gratas a nuestro patriotismo. Estamos, pues, en plena campaña guerrera, que se prolongará quizás más de lo que al principio creíamos. La lucha con Marruecos es cruel, trabajosa, costosísima cual nin-

9 Véanse 44, 45 y 48.

guna, porque no hay que contar con los productos de aquel suelo, de una esterilidad absoluta en las proximidades de la costa. Nuestro ejército tiene que llevar hasta el agua. No hay caminos en el país. Los ingenieros tienen que abrirlos para dar paso a la artillería y ambulancias. Toda la sobriedad y resistencia física de nuestros soldados es poca para luchar contra una raza intrépida y feroz, y contra las privaciones que imponeaquel suelo infecundo, donde no se puede dar un paso sin tener que vencer estorbos de la naturaleza. Los españoles, no obstante esta desventaja prefieren la guerra del Ma-ghreb a todas las guerras posibles, y aquel suelo inhospitalario comunica a su espíritu un ardimiento sin límites.

No les arredra el hambre y la sed, no les abate el colosal esfuerzo de un día y otro con tal de humillar a los salvajes que, según la tradicional creencia de nuestra raza, usurpan un territorio que no les pertenece. Cierto que es delirio el pretender desalojar a los moros de las faldas septentrionales del Atlas y plantar la bandera española y la cruz en todas las plazas costeras desde Mogador a Melilla, y en Tetuán y Fez por la parte interior. Pero este delirio alienta a nuestros soldados, que aquello y mucho más harían si la diplomacia no lo impidiera.

Termino esta carta declarando que no puedo responder de la exactitud de las noticias que en su última parte contiene. El barullo es tal y tan contradictorios los telegramas, que no podremos conocer la verdad hasta dentro de algunos días. Lo que sí puede asegurarse es que aquello se pone serio, que hay que enviar más y más tropas y refuerzos de todas clases, mucha artillería sobre todo, y que estamos en los comienzos de una campaña que ha de ser fecunda en lances extraordinarios y en encuentros empeñadísimos. Los morosno cejan hasta que se les vapulee bien. Su rudo fanatismo sustituye a la disciplina y les infunde un heroísmo brutal. Los españoles, mientras más obstáculos encuentran en ese camino, más tenaces han de ser y más duros en la acometida. De modo que hay campa-ña para un rato, y emociones y sorpresas, y *noticierismo* para todos los gustos. Tendré alcorriente a los lectores de *La Prensa* de esta militar empresa española, que, o mucho meengaño, o ha de ser simpática en todos los países con quienes tenemos parentesco más o menos próximo.

B. PÉREZ GALDÓS

174

LP, 18/12/1893

La catástrofe de Santander

Inconvenientes de ser testigo presencial en esta clase de sucesos —El *Cabo Machichaco* incendiado —Confianza de las autoridades —¿Hay dinamita a bordo? —Negativa obstinada del capitán —La carga del vapor —El capitán del *Alfonso XIII* —El ingeniero de las obras del puerto —La explosión —Horrible desastre, víctimas sin cuento —Después del

siniestro —El incendio —Terror de los habitantes —Niños perdidos —Confusión de las primeras noticias —El marqués de Casa Pombo —Socorros.

Madrid, 15 de noviembre de 1893.

Señor Director:

La relación de la catástrofe de Santander, que hoy envío a *La Prensa,* no es relación de *testigo presencial.* ¿Debo celebrarlo o debo sentirlo? Es muy halagüeño para el cronista haber visto lo que refiere. Pero, ¡ay!, en el caso presente no puedo menos de celebrar mi ausencia del lugar del siniestro, porque si el que esto escribe se hubiera encontrado en Santander el 3 de noviembre, de seguro no habría podido escribirlo, por la sencilla razón de que habría sido víctima al mismo tiempo que testigo.

Lo explicaré mejor. Salí de Santander para Madrid el primero de noviembre. En la segunda quincena de octubre, todas las tardes, de tres a cinco, salía de mi casa de la Magdalena, y recorriendo a pie los cuatro kilómetros que la separan de la capital montañesa, me trasladaba a ésta, con el exclusivo objeto de acompañar a mi cariñoso amigo don José María de Pereda, que afligido por cruel desgracia,[1] permanecía mañana y tarde en su domicilio del muelle. Charlando con el maestro, de cosas humanas y divinas, pasaba un buen rato de la tarde, hasta que apuntando la noche, me volvía a mi casa. Pereda vive en el muelle, que llamaré "viejo" para distinguirlo del nuevo, o sea Maliaño, donde ocurrió el siniestro… Desde el mirador de la casa del maestro se disfruta del soberbio panorama de la bahía.

¡Cuántas veces contemplábamos desde allí el puerto: las embarcaciones menores al pie de la casa, en la antigua dársena, que pronto ha de rellenarse para ser convertida en plaza; más allá, en el externo canal de aguas profundas, los vapores de todos tamaños, desde el trasatlántico recién venido de Cuba o de Tolón, hasta el *steamer* de cabotaje,[2] que hace la carrera de la costa, desde Pasajes a Coruña!

El muelle que he llamado *viejo* está formado por una línea de casas magníficas, lo mejor del pueblo, residencia del alto comercio y de los escritorios, agencias, corredurías y demás oficinas mercantiles y marítimas, pero allí la carga y descarga no se verifica sino en corta proporción. Más que muelle es aquello un *boulevard*, o más bien *quai,* sitio de paseo y de incomparables vistas sobre el mar. El verdadero muelle comercial es Maliaño, una línea de atracaderos que se extiende en más de un kilómetro al oeste del boulevard antes citado, formando con éste un ángulo obtuso. A lo largo de Maliaño hay una serie de *wharfs,*[3] o machinas salientes, formadas de pilotaje de madera, en los cuales se atracan los buques del norte. La carga y descarga se hace con mucha facilidad y aproximando al buque los vagones del ferrocarril. Todo Maliaño está cruzado de vías que enlazan, por medio de plataformas giratorias, el costado de la nave con los almacenes de la "Pequeña velocidad".

1 El suicidio de su hijo mayor el 3 de septiembre.

2 Buque de vapor que navega entre puertos de un mismo país.

3 `muelles´.

Ahora bien, desde el mirador de la casa de Pereda, el número cuatro del Muelle Viejo, se ve próximamente la mitad de los *wharfs* de Maliaño. Recuerdo perfectamente que el martes 31 de octubre, última visita que hice al autor de *Sotileza,* vimos un vapor de la Compañía Vasco-Andaluza que maniobraba para atracarse en la primera machina.[4] Era el *Cabo Creux.* Se tendrá idea de la distancia sabiendo que sin auxilio de anteojos leíamos el nombre del buque en el costado de proa.

Doy estos pormenores, que al parecer no tienen importancia, para que se comprenda, por ellos y por lo que ahora diré, cuán cerca anduve del peligro y lo muy agradecido que estoy a mi destino por haberme apartado de él. Salí —como he dicho— de Santander el primero de noviembre. Si hubiera retrasado mi viaje unos días más, como estuve a punto de hacerlo, es seguro que el día 3 por la tarde me habría encontrado, entre cuatro y cinco, en la casa de Pereda y habríamos salido los dos al balcón, y habríamos visto al *Cabo Machichaco* en la segunda machina de Maliaño. Un vapor ardiendo no es espectáculo que se ve todos los días. Tengo la seguridad de que no me habría contentado con verlo desde un balcón y habría ido a presenciarlo de cerca, como fue medio Santander, ignorante del peligro.

No me gusta que nadie me cuente lo que puedo ver con mis ojos y tocar con mis manos, tal seguridad tengo de que habría ido a contemplar el incendio de la nave, que me parece que lo estoy viendo, y se me representa el lugar de la catástrofe por donde he paseado millares de veces, cual si en él estuviera, y ante mis ojos se desarrollara el espectáculo anterior al siniestro. Este sí que no puedo representármelo en toda su aterradora magnitud, pues no hay mente que sin haberlo visto lo reproduzca.

Y no hubiera sospechado, al acercarme a la nave incendiada, que era un arma de fuego, un inmenso aparato de destrucción cargado y a punto de dispararse. Cuantos allí estaban, y yo también "en hipótesis", creíanse en completa seguridad, la cual les parecía garantizada por la presencia del gobernador civil y del comandante de Marina, del ingeniero de las Obras del Puerto, del capitán y oficiales del *Alfonso XIII,* de los prácticos del puerto y de otras personas, que, unos por razón de su cargo oficial, otros por mera curiosidad, estaban a bordo del buque incendiado, o en embarcaciones próximas, o en el muelle.

Estoy seguro, vuelvo a repetirlo, de que me habría acercado lo más posible, ávido de observar lo que allí ocurría… Y en lo mejor de mi contemplación, un horroroso, indescriptible estallido, sólo comparable a la erupción de un volcán, me habría lanzado no sé a qué distancia ni en qué dirección, en pedazos, la cabeza por un lado, medio cuerpo por otro, hacia la bahía, hacia la ciudad, quién lo sabe… Realmente vale más que no lo viera, aunque ahora tenga que contarlo por referencia, siguiendo el relato confuso de los que fueron víctimas a medias, de los que escaparon de milagro, por hallarse a cierta distancia del espantoso cráter, o porque una circunstancia feliz les permitió caer ilesos después de ser lanzados al aire, sin que puedan darse cuenta de cómo volaron, de cómo cayeron, de cómo conservan la vida.

***

4 Grúa de grandes dimensiones. En 150 le llamó *máquina.*

El vapor *Cabo Machichaco* empezó a arder a las dos de la tarde del 3. Sobre cubierta llevaba carga de petróleo, que fue lo que inició el incendio. En las bodegas de popa y proa cargaba *rails*[5] y material de hierro para construcción de puentes, barriles de clavos y tornillos. Debajo de esta carga, en lo profundo de la estiba…, ¡mil cuatrocientas cajas de dinamita, de a treinta y cinco kilos cada caja! ¡Qué proyectil, qué fulminante y qué metralla! Después de lo sucedido, parece un milagro que haya quedado en Santander una casa en pie y un solo habitante con vida.

Como ocurre siempre en estos casos, acudieron al lugar del siniestro las autoridades todas. El capitán del *Alfonso XIII,* don Francisco Jaureguizar, hombre de tanta inteligencia como corazón, familiarizado con los peligros de la mar y de tierra, no pudo ver en calma que un buque ardía en el puerto y, abandonando su barco fondeado como a una milla del lugar del siniestro, allá se fue con el primer oficial y treinta tripulantes. En el mismo remolcador que le conducía, iba el inspector de la Compañía Trasatlántica, don Francisco Cimiano, capitán veterano, bien curtido en lances de la navegación. También acudió, en su lancha de vapor, el ingeniero de las Obras del Puerto, don Ricardo Santa María, hombre eminente en su profesión y muy estimado en Santander por sus relevantes prendas personales. Tanto Jaureguizar, como Santa María y los demás que fueron en auxilio del buque incendiado, lo primero que preguntaron fue si había dinamita a bordo. El capitán del *Machichaco* negó que la hubiera y esta criminal obstinación fue causa de una de las más extensas y lastimosas catástrofes de que hay memoria.

¿Por qué lo negaba? ¿Es que había faltado a las prescripciones de policía marítima y prefería perecer a declarar su error? ¿Es que fiado en que la dinamita no arde por combustión, esperaba apagar el fuego y salvar el peligroso cargamento? Una y otra vez le interrogaron, y siempre negaba con terquedad vizcaína, que antes se rompe que se dobla. La muerte les envolvió a todos, arrojándoles a la eternidad insondable. Ni los responsables del siniestro, ni los que fueron en socorro del barco pueden aclarar el punto oscuro de la negativa del capitán. Todos perecieron, la justicia no encuentra datos para abrir un proceso: ni el culpable existe ni los acusadores existen, ni existen tampoco los testigos. Queda siempre indescifrable el tremendo enigma. La conciencia humana, no obstante, se resiste a ver en el capitán del *Machichaco* un criminal empedernido. Es un obcecado, a quien hay que encomendar a Dios, suponiendo que no vio, que no pudo ver ni aun sospechar, el desastre que causaba con su bárbara negativa.

A las cinco menos cuarto, el bravo Jaureguizar, a quien algún marinero había llevado el soplo de que existía dinamita a bordo, interrogó por última vez al capitán, invocando la amistad y el compañerismo. Igual obstinación; la respuesta de siempre. Que no, que no y que no. Un tripulante del remolcador de la "Trasatlántica", que había bajado a la bodega de proa, reveló a Jaureguizar la verdad, y ante tal testimonio, ya no cabía duda. Los que habían ido en auxilio del buque incendiado acordaron retirarse, y dieron orden de desatracar. Pasaron dos minutos… La fatalidad había demarcado el tiempo de modo que nadie pudiera salvarse: ni los que acudieron por un impulso generoso, ni los que con criminal

5 `railes'.

silencio dieron proporciones aterradoras a la catástrofe. Estalló la caldera del *Machichaco.* La conmoción hizo detonar toda la dinamita encerrada en la bodega de proa. Fue como erupción instantánea de un inmenso volcán. Trepidó horrorosamente el suelo de la ciu- dad. Los *rails* y vigas de hierro que formaban el cargamento se dispararon en pedazos mil difundiendo la muerte. A increíbles distancias fueron lanzados los cuerpos humanos, unos enteros, otros en trozos. La explosión llevo consigo una lluvia de fango. El material de hierro hizo víctimas cerca y lejos. Aquí cercenaba una cabeza, allá arrancaba un niño de los brazos de su nodriza. Lingotes de hierro desfigurados por la terrible fuerza expansiva del fulminante, horadaban los techos de casas próximas y lejanas; la bahía se llenó de cadáveres y el muelle también. Hubo quien corrió un gran trecho sin notar que le faltaba un pie. Hubo quien, lanzado a enorme altura, cayó sin más que contusiones leves. Murieron algunos de asfixia bajo los vagones del muelle o entre el hacinamiento monstruoso de restos de maderas y planchas de hierro. En el comedor del Hotel Continental, que es uno de los edificios más próximos al lugar del siniestro, vieron los huéspedes que entraba rompiendo los cristales, una masa informe, un proyectil espantoso. Era la mitad de un cuerpo humano. El fuego difundido por la explosión prendió al instante en cincuenta casas de las mejores y más nuevas de la ciudad; y con la trepidación, las paredes se hundían, los tabiques interiores se cascaban como si fueran de vidrio, los techos se hundían, los habitantes de las casas al huir despavoridos, se encontraban con que en la calle el espanto era mayor. Cadáveres por todas partes, de tal modo destrozados que no se les conocía, heridos graves exhalando lastimeros ayes; gritos de espanto clamores de desesperación, y sobre todo esto un cielo plomizo, un aire sofocante, el pavor de la noche ya próxima alumbraba por las siniestras claridades del incendio.

Diverse lingue orribili favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira.
Voci alte e fioche, e suon di man con elle.
Facevano un tumulto, il qual s'aggira
Sempre in quel'aura, sanza tempo tinta,
Come la rena quando turbo spira.[6]

***

Hay que remontarse a la destrucción de Pompeya, o al terremoto de Lisboa en 1755,[7] para encontrar algo a qué poder comparar esta horrible catástrofe del 3 de noviembre en la capital del país cántabro. Imposible representarse, no habiéndola visto, la espantosa confusión, la ansiedad y terror de los vivos ante aquel cúmulo de desgracias, cuya extensión era imposible conocer en los primeros momentos.

6 Versos del Canto III del Infierno de la *Divina comedia* de Dante. Traduce Bartolomé Mitre (1922): "Lenguas diversas, hórridas querellas/voces altas y bajas en son de ira,/con golpeos de manos a par de ellas,/como un tumulto en aire tinto gira/siempre, por tiempo eterno, cual la arena/ que en el turbión remolinear se mira".

7 Para la *destrucción de Pompeya* véase 114. Para el *terremoto de Lisboa*, 37, n. 2.+

El suelo sembrado de muertos y heridos, y otros tantos, si no más, sepultados en la bahía. El gobernador y comandante de Marina desaparecieron entre las aguas; sus cadáveres fueron hallados después a grandes distancias de los de la *Trasatlántica,* y del ingeniero de las Obras del Puerto, con el personal de la lancha de vapor, no se supo más ni se ha vuelto a saber. Sus cuerpos no han aparecido aún y se supone que yacen en el fondo del mar entre los restos de las embarcaciones sumergidas.

Imagínese la angustia de los que en aquellas horas de espanto inenarrable buscaban al padre, al hermano, al hijo, al amigo… En diversas casas faltaban niños, que al salir para la escuela se fueron a ver el fuego. ¡Infelices criaturas! Otros perecieron en brazos de sus nodrizas. El incendio remataba la obra destructora de la dinamita, y no siendo posible apagarlo por no haber ni aparatos, ni brazos, ni resolución para tantos desastres simultáneos, el pueblo se abandonaba al destino, cruzado de brazos, creyendo llegado el fin del mundo. ¡Noche espantosa la del 3 al 4! Se creyó que ardería toda la ciudad. El telégrafo se había inutilizado en una gran longitud, y las demandas de socorro llegaban tarde a su destino. Todas las autoridades habían desaparecido. Los subalternos supervivientes cumplieron con su deber. El vecindario, lleno de terror, acudía torpemente a recoger heridos y a apagar los incendios. Ni una ni otra cosa pudo hacerse con orden ni regularidad.

Las noticias que a Madrid llegaban indicaban como probable la cifra de mil muertos. Después resultó un número inferior; pero siempre considerable. La identificación de los cadáveres fue obra muy difícil al siguiente día, por hallarse casi todos horriblemente mutilados y desfigurados por la repugnante inmundicia negra que los cubría. El infortunado marqués de Casa-Pombo, una de las personas más principales de la ciudad, adorado de su familia, estimadísimo de sus conciudadanos, fue una de las víctimas más señaladas. Hallábase en el puente del vapor; la explosión le lanzó a cien metros de distancia sobre una estiba de maderas. Era una masa informe, sin cabeza, se le identificó por el reloj.

Imposible dar pormenores de esta horrible desdicha. Esta carta no acabaría nunca, si refiriese la tragedia del 3 con todo su horror de detalles que espeluznan. Santander hubiera perecido completamente sin el socorro que se le envió desde Valladolid primero, y desde Madrid, Segovia y Bilbao después; un batallón de ingenieros zapadores, bomberos, mate- rial sanitario, médicos. Gracias a esto se pudo cortar el mal. El incendio quedó vencido al segundo día.

Desde Barcelona acudió el marqués de Comillas en tren especial llevando consuelos y auxilios valiosos a la infortunada ciudad. De Madrid partieron el primer día el ministro de Hacienda, señor Gamazo, y los diputados y senadores montañeses. El efecto causado en toda España por las desgracias de Santander fue grande, de consideración hondísima, despertando la emulación para prevenir nuevos males y para remediar los ya inevitables.

El socorro que España entera, haciendo suya la desdicha de la capital montañesa, se dispone a ofrecer a esta será considerable, aunque no corresponda a la magnitud de los males causados por la ciega fatalidad.

En mi próxima carta completaré la descripción de la mayor catástrofe fortuita que ha visto la generación presente, desventura ocasionada por la fuerza expansiva de esa sustancia, que con sus horribles *equivocaciones* desvirtúa las ventajas que ofrece a la moderna

industria. Y es probable que pronto pueda describir *sobre el terreno* los efectos y consecuencias del desastre en la ciudad que lo ha sufrido.

B. PÉREZ GALDÓS

175
LP, 6/2/1894

MELILLA: Cómo decae el argumento de una guerra —El general Martínez Campos en África —El fuerte en litigio y la zona neutral —Probabilidades de paz.
LOS ANARQUISTAS DE BARCELONA: Luz en el proceso —Prisiones —Pánico en los teatros —El anarquismo y la literatura dramática —La oscuridad compromete el éxito de una obra —El anarquismo y la devoción —Perturbación del culto católico —Tristeza y nostalgia de las personas timoratas —El diablo anarquista.
OTRA VEZ MELILLA: Captura de Maimón Mohatar ¿Quién es Maimón? —Apresado alevosamente por los suyos, es conducido a Tánger en un buque de guerra —Compasión que inspira —Conjeturas sobre su suerte —Martínez Campos embajador extraordinario —La paz es un hecho —Estipulaciones probables.

Madrid, 29 de diciembre de 1893.

Señor Director:

Hablaremos otra vez de la guerra con Marruecos, que va resultando semejante a esas novelas que comienzan con dos o tres capítulos interesantísimos, y luego degeneran horriblemente en su forma y desarrollo perdiendo todo interés. No hay cristiano que soporte su lectura, y el más paciente hojea distraído sus páginas hasta llegar al final, que comúnmente es un desenlace previsto que no despierta la más ligera emoción.

Hay que cargar a la cuenta de los periódicos populares el injustificado interés que se le dio desde los primeros días a esta campaña, que nunca debió pasar de la categoría de acción aislada y en cierto modo episódica, sin más objeto que castigar a las hordas rifeñas que imposibilitaban la construcción del fuerte de Sidi-Guariach. No había motivos para la guerra nacional, ni el imperio marroquí tiene maldita gana de responder a las sugestiones de la prensa española.

El sultán contesta a los llamamientos patrióticos de aquí con flemáticas demostraciones de paz. Los mismos rifeños, una vez pasados los ardores de los primeros días, se muestran pacíficos, se dedican con absoluta tranquilidad a sus faenas habituales y pretenden que se les permita entrar en la plaza de Melilla a vender gallinas y huevos.

Hemos llevado al campo de Melilla veinte mil hombres, mandados por el general Martínez Campos, nuestra primera personalidad militar; hemos armado a nuestras tropas con el fusil Máuser, la última perfección en clase de armamentos de infantería. Nada nos falta, nada, como no sean enemigos, pues los moros no quieren la guerra, se han contaminado del espíritu comercial de los ingleses, y nos proponen una concordia a la cual no podremos menos de acceder, a menos que nos encastillemos en ese quijotismo impropio de los tiempos que corren.

El nombramiento de Martínez Campos para el mando del ejército de África fue el último chispazo del entusiasmo público, los que a todo trance querían la guerra por puro diletantismo antimusulmán, por la fuerza de la tradición de la rutina, creyeron, al ver partir al general con su Estado Mayor que nos hallábamos en los comienzos de una guerra como la de 1859.[1] Después, el argumento, si así puede decirse, empezó a decaer la frialdad fue ganando los ánimos de día en día, y hoy se habla tan poco de la guerra como si el Rif se hubiese alejado a millones de leguas de nuestro territorio.

Hay que reconocer en el gobierno que preside el señor Sagasta un gran acierto en la elección de general en jefe. Martínez Campos es no sólo un soldado animoso y un estratégico de primer orden, sino también un carácter sesudo y prudente. Sabe despreciar el peligro cuando es menester, sabe medir sus pasos, no comprometiendo a un ejército ni a su país en empresas de dudosa utilidad. España le agradecerá siempre tanto como agradeció su intrepidez en otras campañas, la parsimonia y diplomacia que ha mostrado en esta. Desde que se hizo cargo del mando, sus disposiciones merecen el aplauso de toda persona sensata.

La razón o pretexto de esta guerra fue la construcción del fuerte de Sidi-Guariach. Pues a construirlo. Teniendo como tiene fuerzas suficientes para proteger el trabajo de los ingenieros militares, y para reprimir todo desmán de los rifeños, no cree oportuno hostilizarlos sin motivo. De esta actitud, propia de quien tiene de su parte la razón y la fuerza, se deriva la actitud desmayada de los moros que no tienen ni fuerza ni razón, y acabarán por reconocer nuestro derecho.

La única cuestión que hoy queda en pie, y que ha de dilucidarse para poner definitivo término a la campaña, es la cuestión de la zona neutral. Los moros no han cumplido las estipulaciones del tratado Wad-Ras[2] y por tolerancia de nuestros gobiernos en dicha zona se han levantado construcciones diversas, entre ellas una mezquita. Para que estas construcciones desaparezcan, ¿será preciso apelar a la fuerza, o bastará la diplomacia? He aquí lo que hoy está por resolver, y lo que resolverá en una u otra forma el general Martínez Campos. Nosotros alegaremos el cumplimiento de un tratado solemne, los moros alegarán derechos de prescripción.

Pero el sultán quiere la paz a todo trance, y si la zona neutral es lo que debe ser y lo que su nombre indica, la guerra puede darse por terminada, y Martínez Campos volverá a España sin los laureles del guerrero (que en verdad no necesita porque ya sabemos que los gana cuando quiere), pero con el prestigio de quien ha servido lealmente a su país evitándole pérdidas enormes de sangre y dinero.

***

1 La Primera Guerra de Marruecos (véase 47.2).

2 Véase 171, n. 7.

La prisión de los anarquistas, contra quienes resultan graves cargos en el proceso instruido con motivo del atentado del Liceo de Barcelona,[3] va disipando la atmósfera pesimista que empezó a formarse cuando se instruyeron las primeras diligencias. "La policía no descubrirá nada —se dijo entonces—, y el bárbaro delito quedará impune". Por lo visto la policía barcelonesa ha trabajado con fe y ahínco, y ya están en la cárcel los presuntos delincuentes.

Numerosas prisiones se han hecho en Barcelona, Valladolid y Madrid, pero no por esto ha cesado la angustiosa alarma que el rumor de la repetición de aquellos increíbles crímenes produce. Hace un mes próximamente que disminuye de un modo notorio el público de los teatros de esta corte. En Barcelona, en los días que siguieron a las explosiones de las bombas en el Liceo, no se veía un alma en ningún espectáculo público, y muchos teatros tuvieron que cerrarse.

Las funciones muy atractivas y solemnes han sido aquí las más temidas, y familias de alta clase hay que se han privado de su placer favorito, y de él continuarán privadas mientras ese terrorífico fantasma del anarquismo no desaparezca. No obstante, tan arraigada está en nuestra sociedad la afición al teatro, que al mes del atentado de Barcelona, principiaba a disiparse el recelo, y en los teatros de Madrid se veía concurrencia casi tan grande como la de los tiempos normales. De tiempo en tiempo, por cualquier incidente, la alarma resurgía.

El mes pasado, estrenándose en el teatro de la Comedia la última obra de Echegaray, *A la orilla del mar,*[4] después de oír los tres actos en absoluta tranquilidad, saboreando las bellezas de la obra, el público se sintió sobrecogido. Minutos antes de empezar el epílogo se rebajó la luz de la sala, dejándola casi a oscuras. No era más que un recurso de *mise en scene*,[5] porque el epílogo exigía *noche de luna,* y para evitar el efecto de la claridad lunar en el escenario, se amenguó la luz de la sala.

Pues esto, que en circunstancias ordinarias no supone nada, aquella noche fue causa de que el público se pusiese de mal temple. Un rumor persistente de desconfianza salía de palcos y butacas; la representación se deslucía desde la primera escena; algunas personas se retiraron, y las que no lo hicieron querían echárselas de valientes, sin poder conseguirlo. La idea que flotaba en aquella penumbra arriba y abajo era: "¡Qué admirable ocasión para que esos pillos de anarquistas nos arrojen una bomba!". Cada uno de los asistentes al espectáculo pensaba esto; pero no se atrevía a decírselo a su vecino por no alarmar, y ahora murmullos, después silencio y una expectación llena de inquietudes, sustituyeron al calor y a la emoción artística que la obra habría producido en otras circunstancias. Todo el público deseaba que el espectáculo fuese corto: por desgracia para el ilustre autor de *A la orilla del mar,* era largo. Los esfuerzos de los actores no lograron desvanecer la penosísima impresión del público, distraído, receloso, impaciente, deseando que bajase el telón para

3 El 7 de noviembre de 1893 se lanzaron dos artefactos explosivos sobre el patio de butacas del Gran Teatro del Liceo. Murieron veinte personas.

4 Se estrenó el 12 de diciembre.

5 `puesta en escena´.

tomar la puerta. Moraleja: en estos tiempos en que el programa de renovación social tiene tan salvajes adeptos, no se deben introducir en los dramas escenas, y menos actos en que la acción requiera la oscuridad para desarrollarse. Hay que hacer frente al anarquismo, en la vida real como en la ficticia, a la clara luz del sol.

Y si al mundo pacífico del arte han llevado los brutales dinamiteros perturbación grande, esta es mayor en una esfera mucho más pacífica, la religiosa. ¡Quién lo creyera! Las personas piadosas, que viven encariñadas con los ejercicios espirituales y acuden a las iglesias en días solemnes, y aún en días sin solemnidad, se retraen de esta santa costumbre por miedo a que los malditos anarquistas arrojen sus diabólicas máquinas de muerte allí donde todo debe ser paz y reposo. Si fácilmente se resigna el aficionado al teatro a prescindir de su entretenimiento favorito, el aficionado a las pompas de la Iglesia no se resigna ni puede resignarse, y así vemos ahora a señoras respetabilísimas y a señoras de edad provecta, pasando la pena negra, y amenazadas de muerte por nostalgia. El placer del culto religioso por ningún otro placer puede ser sustituido, y más en las personas timoratas, que firmemente creen que les va en ello la salvación del alma.

La cavidad del templo, con su misterio dulce, con el arrobamiento que en el espíritu despierta, ejerce sobre las personas habituadas a pasarse en ella largas horas, una fascinación irresistible. No podían inventar los enemigos del orden social nada más diabólico y perturbador que cortar las relaciones espirituales del creyente con la divinidad. El infierno, con todo su poder, no había ideado hasta hoy plan tan horrible, ni de consecuencias tan desastrosas para estas pobres almas combatidas por tan diversos enemigos. Satán metido a político, no pudo imaginar campaña más destructora que la supresión del culto religioso por el terror.

Existen, no obstante, caracteres tan enérgicos y viriles que arrostran los peligros de la dinamita, desprecian la muerte, y no hacen caso de las amenazas de aquellos diablos del siglo XIX. Morir en la iglesia, frente a los símbolos de la fe, es muerte gloriosa; morir a manos de los más infames y descarados enemigos que ha tenido Dios, es verdadero martirio que asegura la inmortalidad. Por esta razón hay personas que insensibles al peligro y desafiando las amenazas de los anarquistas, asisten a todo funeral aparatoso, a toda función doble de primera, y a las atractivas novenas y triduos que diariamente se celebran, ahora con mucha menos concurrencia de feligreses que en tiempos bonancibles. La verdad es que hasta ahora los anarquistas no han hecho ninguna barrabasada gorda en *la casa del Señor;* han amenazado, produciendo en los fieles un pánico prematuro, y nada más.

Hace años estallaron petardos durante las funciones de Semana Santa en Madrid.[6] Un cirio de los que alumbraban el monumento llevaba en sus entrañas de cera la muerte. Prodújose en la iglesia un tumulto y azoramiento indescriptibles, y si no recuerdo mal, hubo alguna víctima, si no de la explosión, de los estrujones producidos al buscar salida la multitud por la única puerta del edificio. Pero aquellos desmanes no debieron ser obra del anarquismo organizado tal como hoy se encuentra. De entonces acá no ha ocurrido

6 Véase 58.

en los templos atentado alguno de esta índole salvaje; pero los párrocos reciben constantemente anónimos amenazadores, y la vida eclesiástica bien puede decirse que es vida de sobresalto y amarguras.

***

Volvamos a Melilla, a la guerra del Rif, que parece en vísperas de un desenlace pacífico. La captura del instigador de las *kabilas*,[7] Maimón Mohatar, y de su secretario y sobrino Hach-del-Jach, y la entrega de ambos al ministro del sultán, por conducto de nuestras autoridades, anuncia el final de este drama histórico, que si tiene un fin trágico será a expensas del audaz guerrillero de las soledades africanas. El bajá del campo de Melilla había solicitado una entrevista con Maimón, que receloso de sus propios hermanos, escondía el bulto, alejándose cautelosamente del teatro de la guerra.

Es hombre astuto, de finísimo olfato, intrigante a carta cabal, muy conocedor del país y de sus habitantes. El historiador puede ver en él un Guillermo de Orange en estado salvaje, pero con las cualidades del célebre agitador flamenco.

Maimón sublevó las *kabilas*, predicó la guerra contra el cristiano, enardeció los ánimos de sus compatriotas, y cuando vio que el resultado de la rebelión no correspondía a sus esperanzas y que el sultán no le amparaba, se alejó con prudencia de zorro, buscando un refugio en la *kabila* de Beni Sicar. Pero sin duda debió de temer que los moros de esta le vendiesen. La traición y la cobardía son la característica de aquellas hordas indisciplinadas y miserables, y antes que le entregaran infamemente sus cómplices quiso entregarse él mismo. Los medios de que se ha valido el bajá del campo para atraer a su presencia al agitador rifeño no son conocidos todavía.

Se presume que han sido ardides de cacería con reclamo. Ello es que Maimón visitó a Muley-Araaf, en el campamento de Tejana, y después de una conferencia cuyo sentido se ignora, fue entregado al coronel de Estado Mayor señor Navarro, el cual quedó encargado de expedirlo a Tánger en un buque de guerra español.

Es Maimón Mohatar hombre de unos sesenta años, de barba blanca y venerable aspecto. Viste con elegancia y monta a caballo con singular gallardía. Su sobrino representa treinta años, y su cara angulosa no inspira simpatías. Breves momentos estuvieron ambos en la tienda del general Martínez Campos, donde según se dice, hicieron protestas de inocencia. Estas no debieron ser muy convincentes, porque el general en jefe dispuso que Maimón y su secretario fueran embarcados en el *Isla de Luzón*. Sin hacer la menor resistencia, ambos se dejaron conducir a bordo, donde fueron atados. Esta humillación hizo temblar al anciano guerrero; pero no pronunció una palabra. Cuando le metieron en el sollado, su atezado rostro reflejó la turbación de su alma: la profunda ira, el rencor venenoso contra los suyos. "Yo estar inocente —decía— Yo amigo de España. Otros que ahora aparecen amigos, antes no lo estaban".

La sospecha de que Maimón ha sido apresado con malas artes por los suyos ha producido en España mala impresión. Habríamos preferido destruir por la guerra al caudillo

7 Véase 32, n. 12.

rifeño o aprisionarle con artes y procedimientos de guerra. Pero los sucesos son lo que son, y no podemos hacer la historia a nuestro gusto.

Al ver a Maimón preso, humillado y conducido ante la autoridad sultánica, que probablemente le entregará al verdugo, el odio que el temible agitador y habilísimo intrigante inspiraba se trueca en compasión. Maimón simboliza en su persona la ralea marroquí, toda astucia y hábitos de traición, valiente o rastrera según los casos; ávida de goces materiales, sin idea del honor, fanática contra el cristiano. ¿Cuál será la suerte de este desdichado? ¿Le sacrificará el *sharif* impíamente,[8] o se contentará con apariencias de justicia, conservando una vida en la cual ve la personificación de sus propias ideas, y de todos los vicios y cualidades de la raza que gobierna? Eso lo sabremos cuando Dios quiera, porque la serie de los hechos históricos se desarrolla en aquel país con inaudita lentitud. Es otro signo de la raza; el aplazamiento indefinido de todos los asuntos.

***

La última noticia en esta cuestión africana es el nombramiento del general Martínez Campos de embajador extraordinario cerca del sultán, para tratar con él de las condiciones de la paz. El general se dirigirá a Marrakech lo más pronto posible, llevando una escolta española que garantice su paso al través de un país en el cual no hay seguridades ni para el humilde traficante ni para el plenipotenciario de una nación europea. Y ante el sultán, asistido de su ministro de Estado Mohamed Torres, tratarán de las condiciones que ya ha formulado nuestro gobierno en cuatro puntos principales.

1° Castigo de los culpables, ordenando además el sultán a los cabos de las *kabilas* que realicen un acto de sumisión y desagravio delante de nuestras tropas.

2° Exacto cumplimiento del tratado de Wad-Ras.

3° Fijar de un modo definitivo la zona neutral, estableciendo los hitos que la señalen.

4° Indemnización de guerra, cuya cuantía se fijará cuando se haya hecho el cálculo exacto de lo que hemos gastado en la campaña.

Esta puede darse por concluida. Callaron las armas, hable ahora la diplomacia.

B. PÉREZ GALDÓS

8 *sharif:* véase 88, n. 10.

1894-1901-1902-1905

176
LP, 16/2/1894

Homenaje a Núñez de Arce

Conviene honrar a los vivos, honrando también a los muertos —Don Gaspar *forever* —Un poquito de historia —Desamparo de un novelista incipiente, allá por los años 70 y 71 —Don Gaspar crítico y amparador de escritores sin nombre —Núñez de Arce periodista. Cronista de la guerra de África —El dramaturgo —El poeta lírico —Universal fama y aplauso —La fiesta del 6 de enero —Echegaray, Zorrilla de San Martín —Coronación en proyecto.

Madrid, 15 de enero de 1894.

Señor Director:

No es frecuente aquí (y creo que en parte alguna) rendir homenajes a las glorias patrias cuando aún no han sido arrebatadas por la muerte. Después de muertos, eso sí, los grandes hombres son glorificados con extraordinario énfasis y pompa oficial. Al llegar este caso, se desbordan los ditirambos y se cantan las alabanzas del difunto en todos los tonos. Se recuerda su vida toda, desde que estaba en la lactancia, se puntualizan sus primeros trabajos, sus tentativas en el arte o ciencia que cultivó, se enumeran sus obras, sin que ninguna se olvide, y se lanzan a los cuatro vientos sus méritos y virtudes. En una palabra, se le talla la figura en mármol, y se resume por anticipado la sentencia que ha de dar la posteridad.

En cambio, mientras el grande hombre vive, la admiración enmudece, o por lo menos habla *sotto voce.* Sin duda nos mueve a obrar así el respeto a la majestad viva: creemos ofender la modestia del grande hombre, o es que nos gusta tenerle por igual, y pasar por encima de él y de todos, el nivel de la común modestia. Sea lo que quiera, es muy grato ver rota de tiempo en tiempo esta tradición de enaltecer a los vivos menos que a los muertos, o, en otros términos, de esperar a que las personalidades culminantes del arte o la ciencia se mueran para proclamar su gloria. Día feliz, digno de marcarse con piedra blanca, fue pues aquel en que glorificamos a nuestro gran poeta Núñez de Arce, y le ensalzamos y enaltecimos, teniéndole vivo entre nosotros; viendo en su rostro la emoción que nuestros extremos de cariño le causaban. ¡Hermoso espectáculo el de aquella noche en el espacioso restaurant del *Hotel Inglés*, y el del siguiente día en la casa del poeta, convertida en Olimpo! ¡Con qué sincera efusión le abrazamos todos, con qué entusiasmo nombrábamos sus obras incomparables y repetíamos sus versos, forjados en oro puro! ¿No es esto más bello, más humano, más consolador, realizado ante el hombre vivo que ante el muerto? ¿Por qué han de mezclarse a nuestro entusiasmo y a nuestra admiración las tristezas del elogio fúnebre? Asociemos a nuestras alabanzas la vida, y demos a los hombres que lo merecen la satisfacción inenarrable de asistir a su propia apoteosis y de escuchar el coro de aplausos de sus contemporáneos.

Porque a *don Gaspar* como familiarmente y con castellana confianza se le llama, no solo le admiramos sino que le queremos. Le quieren los de su propia hornada o promoción; le profesamos vivísimo cariño los que hemos venido al mundo de las letras un poco después que él; y la generación joven, la que ahora bulle y lucha, le quiere también, fundiendo en un solo sentimiento la admiración al maestro, y el afecto al amigo. Es Núñez de Arce hombre de trato afabilísimo, cariñoso con todo el mundo, especialmente con los inferiores, ni ensoberbecido con la legítima reputación literaria, ni endiosado con las altas posiciones que ha ocupado en política. Ha sido ministro; es senador vitalicio; es académico. Pero su nombre no ha traspasado las fronteras de la patria sino como un nombre glorioso de las letras. ¿Quién no conoce sus admirables versos? Ofendería a mis lectores si cayese en la vulgaridad de encomiarlos, como se encomian los ensayos felices de un genio ignorado, a quien se quiere sacar de la oscuridad. La inspiración de Núñez de Arce es tan conocida en América como en España. Es el poeta castellano, admirado y ensalzado allí donde se habla la lengua en que forja sus robustos pensamientos. El idioma común borra las nacionalidades, restableciendo entre España y América la unidad literaria, ese bien inmenso entre tantas desdichas. Hablando lo mismo, lo mismo se piensa, y ante la unidad del pensamiento, las diferencias territoriales y políticas no son más que artificios que, si tienen valor en la historia menuda, dejan de tenerlo en la que ampliamente traza la humanidad de siglo en siglo.

Núñez de Arce no es joven, ni tampoco viejo,[1] hállase en la edad culminante, en esa edad en que la reputación parece que no puede aumentarse, tan grande es, ni disminuirse, porque la sanción de la fama es ya un hecho indudable; en la edad en que los hombres son indiscutibles e indiscutidos, en que han producido obras reconocidamente admirables, sin que se hayan imposibilitado para producir otras tan hermosas como aquellas; en la edad vigorosa y fuerte, de completa madurez intelectual; la edad del apogeo, en fin, en la cual los hombres superiores se hallan en el máximum de su fuerza, sin que apunte todavía el periodo de declinación. Los que le seguimos inmediatamente, los que hemos asistido, de treinta años acá, al desarrollo de las portentosas facultades del poeta, los que hemos visto la brillante serie de sus producciones desde los *Gritos del combate* hasta *Luzbel,*[2] no concluido aún, nos enorgullecemos de haber sido testigos de esta gallarda florescencia de la musa española, y anotamos el caso entre las verdaderas alegrías de nuestra existencia

El que esto escribe, al asociarse a los homenajes tributados a Núñez de Arce, llevaba a la manifestación del 6 de enero algo más que la admiración al poeta, algo más que el cariño al amigo. Careciendo de fantasía para ofrecer galas poéticas ante los altares del ingenio, se contentaba con la flor modesta de la gratitud, y para ofrecer esta, bastábale una facultad harto común, la memoria.

Lo explicaré, relatando hechos pasados, que por lo insignificantes y lejanos, no constan en ningún archivo; pero yo los recuerdo bien y me complazco mucho en ser historiador de ellos. Hace más de veinte años, hallándome en los comienzos de la lucha literaria, y viendo cerrados ante mí todos los caminos, creí que podría meterme por el de la novela, que

1 Nacido en 1832, tenía entonces 62 años y fallecería casi diez años después de este homenaje.

2 El primero es de 1875, el segundo, inacabado, de 1882.

me pareció más expedito y menos trillado que otros. Lanzarse a tal empresa, sin nombre, sin apoyo alguno, era gran temeridad.

El novelista, aunque tenga la suerte de acertar, no se gana la reputación en una noche feliz, como el autor dramático que alcanza un éxito. El novelista necesita una dosis de paciencia que le convierte en el eterno Job de las letras, y como en la mayoría de los casos tiene que actuar de editor de sí mismo, necesita ser, además de Job pacientísimo, un héroe en toda regla. En aquel tiempo no había editores de novelas por tomo, y con los editores de novelas por entregas no quería yo, ni podía en modo alguno, entenderme. Apechugué, pues, con las dificultados de la magna empresa, y sin encomendarme a Dios ni al diablo, eché al mundo *La Fontana de Oro,* escrita y editada por mí.[3] Naturalmente, el tomo cayóen las librerías como en un pozo; nadie conocía al autor, que hasta entonces solo había *fatigado las piernas,* colaborando anónimamente en este o el otro periódico.

En aquellos días trabajaba en *El Debate*, fundado por Albareda para defender la monarquía de don Amadeo.[4] Aparecieron los primeros números, si no estoy equivocado en los últimos días de diciembre del 70, poco antes de la misteriosa muerte del general Prim. El trabajo era rudo, el periódico batallador, con todos los comedimientos de forma que sabía imponerle Albareda, hombre muy ducho en el periodismo, creador, además de *El Debate*, del *Contemporáneo* y de la *Revista de España*.[5] Daba realce al diario dinástico y ministerial de aquella época la brillante colaboración de escritores distinguidísimos del partido liberal monárquico. Uno de estos colaboradores era Núñez de Arce, con quien entablé entonces una amistad sincera, que no se ha enfriado nunca.

Como indique antes, lancé mi *Fontana de oro,* con más temeridad que fe. Y como nadie le decía *¡qué bonitos ojos tienes!* el libro estaba, *muerto de risa,* como solemos decir, en las librerías. Nunca pudo aplicarse más propiamente a una obra literaria aquello de

No ha decir que la vende sino que la tiene allí.[6]

No sé el tiempo que pasó en esta situación. Llegué a creer que no había escrito mi libro para el público, mejor dicho, que no había público ni cosa que tal valiera, y que las obras literarias se escribían para una docena de amigos, que por lo común las encontraban muy buenas. Pero una mañana, cuando ya consideraba yo a la tal *Fontana* como cosa perdida, y no sentía malditas ganas de repetir el ensayo, me vi sorprendido por un artículo inserto en la cuarta plana del mismo periódico en que hacía mis primeras armas. Era una carta dirigida al autor de la olvidada novela, y llevaba la firma de Núñez de Arce, el cual, aunque aún no había escrito los *Gritos del combate*, ni *El haz de leña*, ni *Un idilio,* gozaba de gran autoridad en la república de las letras.[7]

3 La edición la pagó su cuñada Magdalena Hurtado de Mendoza.

4 *El debate*: Galdós había sido director de este periódico, que se publicó entre 1871 y 72.*

5 *El Contemporáneo*, se publicó en Madrid entre 1860 y 1865; la *Revista de España,* editada de 1868 a 1894, destacó por su calidad intelectual, longevidad e independencia política.*

6 Son versos del poema jocoso "A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar" de José Gómez Hermosilla, en su obra póstuma *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era* (1840).

7 *El haz de leña* es obra teatral estrenada en 1872; *Un idilio*, poesía narrativa, se publicó en 1879.

Bien se comprenderá mi asombro, y la vivísima emoción que sentí al ver que una eminencia, pues ya lo era Núñez de Arce o estaba a punto de serlo, hablaba al público de la obra de un desconocido, y la encomiaba, y alentaba al autor a seguir trabajando. Pareció-me que se me abrían las puertas del cielo, y que la vida literaria érame camino festoneado de rosas, llano, fácil, sin ningún obstáculo. Lo que agradecí esto al buen amigo y maestro no hay para qué decirlo. Su generosa ayuda dio a *La Fontana* lo que no tenía, lectores, todo el público posible en aquellos tiempos, que eran mucho peores que los presentes, dígase lo que se quiera, en esto de la venta y lectura de libros de amena literatura.

Siento verdadero orgullo en decir, veintitantos años después de aquel suceso que a mí solo interesa, que *don Gaspar* fue quien me apadrinó al aparecer solito y sin amparo en la vida literaria, quien me *sacó de pila,* como si dijéramos. Él dijo por primera vez al público que yo era un alumno aplicado, que podía hacer algo cuando se aplicara más. Después de aquella paternal acogida, hube de agradecer también a don Eugenio de Ochoa, académico, escritor distinguidísimo, manifestaciones semejantes. Pero el que *me trajo las gallinas* fue Núñez de Arce, y por esto le pondría siempre sobre mi cabeza, aunque no fuera quien es, el admirable poeta y literato insigne. Muchos y ardientes admiradores tiene en España *don Gaspar*; muchos concurrieron con cariñosa, efusión a estrechar su mano en aquella noche memorable; pero ninguno fue más convencido ni más entusiasta, por llevar, además del homenaje de admiración, el de un sagrado deber tan fácilmente cumplido.

***

En aquellos lejanos días a que me he referido, Núñez de Arce no había dado aún al público las producciones que han universalizado su nombre. Empezó su carrera en el periodismo, escribiendo en *La Iberia* y en otros diarios progresistas.[8] En la guerra de 1859y 60 contra los marroquíes, estuvo en África, y fue uno de los más diligentes cronistas de aquella gloriosa campaña. Terminada la guerra, ingresó en el partido de la Unión Liberal, como otros muchos progresistas, y continuó trabajando en la prensa. Su primera obra dra-mática, *Deudas de la honra* se estrenó en el Español hacia el 63 o 64; no recuerdo bien la fecha. Continuó luego dando obras al teatro, en colaboración con Antonio Hurtado. *Heriren la sombra*,[9] drama histórico en que se presenta la simpática figura de Antonio Pérez, secretario de Felipe II, tuvo muy buen éxito. *El haz de leña,* que bien puede contarse entre las obras dramáticas culminantes de la época presente, composición de sabor schilleriano, rebosando interés y noble poesía, fue estrenada en época muy posterior, allá por el 73o 75, y aclamada ruidosamente, a pesar de lo imperfecto de la ejecución escénica. Otra obra suya, *Quien debe paga*,[10] obtuvo también mucha boga. Desde *El haz de leña,* no ha vuelto a escribir para el teatro. Tiene una comedia en prosa, sin concluir aún, que todos esperamos con ansia.

8 Para *La Iberia* véase 173, n. 7.

9 Estrenada en 1866.

10 Estrenada en 1867.

Si en el campo de Talía ha conquistado el poeta castellano tantos laureles, los que ha ganado en la lírica son mucho más hermosos y en número más grande. Tantos son que le ahogan. Bastaríale cualquiera de sus creaciones para darle un nombre imperecedero. Los *Gritos del combate,* la *Elegía a la muerte de Herculano*, *La visión de fray Martin, La última lamentación de lord Byron, La selva oscura, Un idilio, La pesca*, *El vértigo* son gala incomparable de la musa española, en que no se sabe qué admirar más, si la robustez del pensamiento, o la perfección de la forma. El castellano es en boca suya verdadera lengua de los dioses: no caben más sobriedad y galanura. Es la mayor nobleza posible en la palabra humana. Al leer los admirables poemas de Núñez de Arce, sobrecoge el ánimo la austeridad del principio moral que los informa. La ira grandiosa que en el alma del poeta despierta la malicia humana, tiene adecuada expresión en los acentos severos, de bíblica hermosura, que son el idioma natural de aquella inspiración potente.

No es mi objeto hacer crítica, que en el caso presente es innecesaria, porque el público americano está tan familiarizado con los poemas de Núñez de Arce como el español. Me concreto a dar cuenta del homenaje tributado a esta gloria de nuestra patria, y del ardiente entusiasmo con que los asistentes a la fiesta literaria aclamaron al poeta, al amigo y al maestro.

Entre los que más eficazmente contribuyeron a esta coronación figurada, debo citar en primer término a don José Echegaray, figura de primera magnitud en las letras españolas, hombre tan extraordinario por su valer literario y científico, como por la lealtad de su carácter y su acrisolado compañerismo. Echegaray es siempre el primero cuando se trata de enaltecer a los hombres de mérito. La felicitación más cariñosa y más entusiasta es siempre la suya. Lo ha hecho así con los que le son inferiores, ¡qué no haría con los que, como Núñez de Arce, son sus iguales! Daba gozo ver a un escritor de talla tan subida enaltecien-do con expresiones salidas del alma, a otro escritor de altísima significación. La fraternidad de los dioses no es la fraternidad que más abunda;[11] por eso nos causan emoción los rarísimos ejemplares de virtud tan preciosa.

Y con Echegaray cito también al ministro de la república del Uruguay, señor Zorrilla San Martin, que en aquella noche de alegrías literarias, habló en nombre de América y de las letras americanas. Amigo de España, ardiente admirador de nuestras glorias, que son, por la unidad de la lengua, comunes a todos los países que tienen por dioses mayores a Cervantes, Calderón, Quevedo, etc., expresó con elocuentísimo arranque esa otra fraternidad no menos bella que la expresada por Echegaray.

Declaro que en aquella noche feliz menudearon las gratas sorpresas. Yo no conocía más que de nombre al digno representante de la república Oriental. Había oído hablar de sus facultades oratorias, que me parecieron extraordinarias. La viveza de su imaginación corre parejas con su dominio del idioma. Posee, como pocos, el arte supremo de arrebatar al auditorio, y de comunicarle el fuego de su inspiración tempestuosa. Y cuando calla el orador y habla el caballero, ¡qué hombre tan ameno y simpático! En Madrid se le paga al señor Zorrilla San Martin con un afecto vivísimo el amor que tiene a España.

11 Menos de dos años después publicaría Galdós en la revista *Apuntes*, su irónico cuento "El pórtico de la gloria" donde, entre otros temas, ironiza como aquí sobre las relaciones entre los dioses del Olimpo.*

Muy grato sería que la fiesta en honor de Núñez de Arce se repitiera. Claro que no puede repetirse mucho, pues no abundan los hombres que merezcan tan ruidosos homenajes. Pero algunos hay, y no debe pasar mucho tiempo sin que el viejo Campoamor sea también alzado sobre el pavés[12] como uno de los combatientes más afortunados y más gloriosos del siglo en que vivimos. No quisiera que acabase el año empezado con tan buenos auspicios, sin que coronáramos la frente venerable del poeta de las *Doloras*.[13]

B. PÉREZ GALDÓS

177
LP, 23/4/1894

Balart y su libro *Dolores*

Perfil biográfico —Memorias de treinta años ha —Amistad antigua —La afición a Dickens —Balart empleado —Eclipse del crítico y literato —Cómo se escribió el libro *Dolores* —El dolor, primera musa —Resurrección de Balart para las letras —Breves noticias biográficas.

Madrid, 25 de marzo de 1894.

Señor Director:

Tras una interrupción impuesta por las circunstancias y para la cual reclamo indulgencia, reanudo mis cartas hablando de Balart, el escritor ilustre antes conocido como crítico y hoy celebrado como poeta. El tomo de poesías titulado *Dolores*[1] ha corrido en breve tiempo por esos mundos y a estas horas debe ser tan conocido en América como en España, por lo cual, antes he de ocuparme del poeta que de las poesías. Estas pueden ser apreciadas por la lectura. Aquel es personalmente desconocido en América, quiero decir, desconocido en el sentido biográfico, de ningún modo en el literario.

Por mi suerte, pocos podrán hablar de Balart con tanto conocimiento como el que escribe estas líneas, porque mi amistad con *don Federico* data de tiempos remotos. Si no han pasado treinta años desde que le vi y traté por vez primera, no faltará mucho para aquella cifra. Ello fue antes de la revolución del 68, época que nos sirve de punto de comparación para todas las fechas, por ser aquel suceso histórico el más culminante que hemos presenciado los que nacimos hacia la mitad del siglo que corre.

Un par de años, sino recuerdo mal, antes del 68, conocí a Balart, que ya tenía un nombre en la república de las letras y había luchado en el periodismo con un ardor de que hoy no tenemos idea.

En los días precursores de la revolución del 68, las luchas eran apasionadas y formidables; como que se tiraba a cambiar radicalmente todo el organismo político, en su base

12 Campoamor tenía entonces setenta y siete años; *alzado sobre el pavés*: `ensalzado´.

13 Este libro de poemas se había publicado en 1846.

1 Publicado en Madrid en este mismo año 94, al año siguiente aparecería una edición en Buenos Aires.*

fundamental, y en efecto se le cambió hiriendo por el pie la tradición y abriendo camino a las nuevas idea.

Balart había hecho sus primeras armas en la prensa, como crítico de bellas artes y de teatros, distinguiéndose por su claro juicio, por su estilo elegante y la incomparable gracia de su ingenio. Colaboraba además en un periódico satírico, de grata memoria, atildado en la forma, revolucionario en la intención;[2] y allí tuvieron fundamento su fama y su desgracia, porque de un escrito que alguien consideró ofensivo surgió uno de esos lances, que ordinariamente terminan sin consecuencias desagradables. En aquel caso no sucedió lo que casi siempre sucede, y el ingenioso periodista recibió una cruel herida en un pie, que comprometió su vida, teniéndole postrado durante muchos meses.[3] Hallábase ya en la convalecencia, cuando el médico que le asistía, paisano y amigo mío, me presentó al enfermo, y desde entonces no se ha aflojado la amistad que al punto nos unió con lazo estrecho. Yo era entonces un chiquillo con las pretensiones y las ambiciones propias de la edad, con ínfulas de escritor y de autor dramático.[4]

Los consejos sanos de aquel buen amigo, en quien vi desde el primer día un maestro incomparable, influyeron de tal modo en mí y tan seguro camino me trazaron, que si mil años viviera no se extinguiría en mí la gratitud que debo a Federico Balart.

Diariamente le visitaba entonces en su casa de la calle de Fomento, y platicábamos de literatura y política, de esto último con la preferencia impuesta por las circunstancias, pues en aquellos días todos sentíamos en nuestro seno la gestión del hecho revolucionario. Para mí, entonces como ahora, la opinión de Balart era dogmática: sus ideas sobre todo parecíanme incontrovertibles. En asuntos de arte y literatura, bien puedo decir que inculcó en mí ideas que han arraigado para siempre. Por entonces yo conocía a Balzac, pero no a Dickens, y Balart fue quien me lo hizo conocer. Era quizás una de las poquísimas personas que en Madrid apreciaban al maestro de la novela inglesa. Lo que me encantó el descubrimiento que debí a mi maestro, no hay para que decirlo. Para él Dickens era un superior ingenio, tan fuerte como Shakespeare en la pintura de caracteres, un narrador incomparable, y el escritor más gracioso del mundo después de Cervantes. Consecuencia de esta adoración por Dickens, que se me comunicó al instante, fue que pusiera mis manos en una traducción del *Pickwick* que logré llevar a feliz término en unos cuantos meses.[5]

Otra pasión artística de Balart era Toledo, pasión que me comunico también, y por aquellos días hice mi primera visita a la ciudad imperial, y pude apreciar la poesía y el arte supremo que encierra. Nuestras pláticas no acababan nunca, y el mundo antiguo y el moderno, las formas heredadas de los siglos pasados y las tentativas del nuestro para expresar las bellezas, nos entretenían largas horas, él enseñándome, aprendiendo yo lo que podía al calor de su grande ingenio, y con el ejemplo de su gusto exquisito. Pocas, muy pocas personas hay en España que entiendan de arte plástico lo que Balart. La pintura

2 El periódico era *Gil Blas* (véase 132 n. 2).

3 Balart se batió en duelo con el intendente de la Casa Real.*

4 Galdós tenía 25 años en 1868.

5 Véase 134, n. 12.

es su amor predilecto, y con tal conocimiento habla de ella, revelando al par del criterio sano, la habilidad técnica, que parece haberse pasado la vida con los pinceles en la mano. No sólo sabe cuál es la mejor pintura, sino cómo y de qué manera se debe pintar. Y sus ideas son tan firmes, y su criterio tan personal y tan independiente de las fluctuaciones de la moda, que hoy es un *rafaelista* impenitente, como lo era en aquellos lejanos días a que me he referido.

La revolución del 68 deshizo las dulces tertulias de maestro y discípulo, en casa del primero. Balart entró en el ministerio de Estado, donde prestó grandes servicios. Era hombre de aptitudes universales, y su talento superior se asimilaba los conocimientos más antitéticos. Entonces dejó de escribir para el público, o escribía muy poco, anunciando el período de oscuridad y alejamiento en que vivió posteriormente. Siguió siendo una autoridad en materias de arte y literatura, su fama de agudísimo crítico era la misma, porque ninguno apareció después que le eclipsara, pero como no escribía, su nombre quedó en nuestro recuerdo como el de un ilustre fenecido.

Lo más extraño es que sus artículos críticos continuaban desperdigados por este y el otro periódico, pues hasta los días que corren no se han coleccionado. El primer libro de Balart que ha visto la luz es el tomo de poesía *Dolores*. Y es más extraño todavía que durante un lapso de tiempo no inferior a quince años ha estado completamente eclipsada la firma de este escritor de primer orden, tan eclipsada la firma como la persona pues no sólo se había sumergido el escritor en voluntaria oscuridad, sino que el hombre vivía en un apartamiento y soledad melancólica que nos privaba de su gallardo estilo y hasta de su amenísimo trato.

La muerte de su esposa le sumió en tan profunda tristeza, que durante algunos años no vivía más que en la esfera puramente espiritual, embebecido en el místico recuerdo de la que amó.[6] Fue este un período en que creímos a Balart perdido absolutamente para el arte, porque repugnaba el ver su nombre en letras de molde, despreciaba la vida y la labor literarias, y abominaba de su propia fama, como de cosa terrenal, indigna de ocupar la mente y la voluntad de un hombre de su temple. Por entonces vivía de su modesto empleo en el Banco de España, que desempeñaba con suma laboriosidad y entendimiento superior, pues no hay hombre, como dije antes, de aptitudes más variadas ni que mejor sepa adaptarse a lo que exigen de él las realidades de la vida.

Infatigable en el cumplimiento de sus deberes burocráticos, sólo fue perezoso para las letras. En esto (no hay que disculparle), su pereza y abandono han sido siempre extremados. Fue preciso que perdiera su plaza en el banco, por uno de los arreglos de personal tan comunes en nuestra insegura Administración, para que Balart volviese a ser escritor, y su prosa admirable reapareciese en los periódicos; la gloria de éste que bien puedo llamar renacimiento pertenece a *El Imparcial*,[7] que persiguió tenazmente a don Federico, sacándole casi a viva fuerza de la oscuridad en que esconderse quería. De esto no hace más que cinco años próximamente.

6 Dolores Anza, su esposa, murió en 1879.

7 Véase 12.

Balart, como el Guadiana, salió a la superficie, después de un largo espacio de vida subterránea. Le creíamos perdido para siempre, pero ahí le tenemos vivo y caudaloso, en toda la plenitud de su talento crítico, y con algo que es enteramente nuevo en él y que no sospechábamos los que por maestro y mentor le tuvimos en los ya lejanos días del 66 y 67.

***

¿Cómo y cuándo escribió Balart los admirables versos de *Dolores?* No hace mucho que le oí contar la historia de este libro. Durante aquellos tristes años en que la muerte de su esposa le tuvo en profunda abstracción, apartado del trato de gentes y viviendo de su propia pena, escribía versos que eran el único desahogo de su alma atribulada. Los escribía sin mira alguna ni intención literaria, con instintivo impulso, o más bien, necesidad expansiva de su espíritu. O esta es la verdadera, la única inspiración posible, o no hay inspiración en el mundo. Balart escribía sus versos sin acordarse de que era literato, sin que influyeran en él los versos de igual índole que en su vasta erudición conocía, y sin pensar que existen prensas y editores, ni menos que con aquellas flores exquisitas y frescas de su numen se podía hacer una reputación literaria. El dolor fue su musa, y fuera de la ley gramatical, del metro y la rima, ninguna traba, ni prejuicio de escuela estorbaban la fluida vena del sentimiento poético. Escribía en el pedazo de papel que se le venía a las manos, en un despedazado sobre de carta, en la margen de un periódico, y conforme iba llenando de versos los fragmentos de papel, guardábalos en uno de los cajones de su mesa. Jamás revisaba lo escrito, como el ave que hoy no se acuerda de lo que cantó ayer, y si canta de nuevo es en la creencia de que lo hace por primera vez.

Pasado algún tiempo, el literato empezó a destacarse sobre el poeta, y como quien descubre un tesoro, hizo exploraciones en aquel depósito de versos arrancados del corazón, ayes de un alma lastimada y creyente, y tras el literato resurgió el crítico, que al punto reconoció en su propia obra cualidades de cosa literaria y publicable. Por aquel entonces le acosaban los periodistas en demanda de original. Pero Balart no quería darsus versos a la estampa, por nativa modestia, y más aún por ese pudor de una amargura hondísima, que cree profanarse descubriéndose ante un público que busca emociones en el dolor ajeno.

Por fin, la sugestión cariñosa de amigos y compañeros de letras le decidió a dar a la prensa alguna de las composiciones, creadas en el misterio, para consuelo del mismo poeta solitario que se entretenía en cincelar su pena y darle forma artística. El efecto causado en el público fue inmenso. Pero Balart continuaba defendiendo su tesoro de manos codiciosas, y lo recataba, creyendo que era una profanación someter las palpitaciones íntimas de su ser descolorido a esa viva luz que llamamos éxito. Era todo ello demasiado personal, demasiado sentido y verdadero para ser expuesto a los ojos del público como cualquiera artificio retórico de estos que alcanzan, por imposición de la moda estética, una boga más o menos durable.

El tiempo que es gran médico, fue curando a Balart de aquella pasión de ánimo, y aunque el desconsuelo de su viudez no se ha extinguido ni se extinguirá nunca, al fin vemos

resurgir el espíritu del literato, que si hubiera dañado al poeta en los días de la febril creación de *Dolores,* después ha venido a prestar un gran servicio a las letras patrias, sacando del oscuro cajón en que las escondió su modestia, las páginas hermosas, tanto más sentidas cuanto más inconscientes.

También me ha contado don Federico que, en una mudanza de casa, se traspapelaron algunas de las composiciones, y ya se estaba imprimiendo el libro cuando una feliz casualidad las hizo parecer. Pero aún no está seguro el poeta de que el tomo contenga todo lo que escribió en horas de melancolía y exaltación insana; y es muy posible que más de una joya ande revuelta y perdida entre la balumba de libros y papelotes, en la desordenada habitación de este hombre eminente, que sabiendo pensar y sentir como nadie, jamás se ha cuidado de la gloria, ni de la publicidad, ni del renombre literario.

El éxito del libro *Dolores* ha sido inmenso. Todo el mundo comprende la poesía encerrada en aquellas páginas: todo el mundo la aprecia, porque basta haber perdido un ser amado para hallarse en condiciones de apreciar la verdad poética que afluye de aquellos versos. O yo no entiendo de poesía lírica o he de sostener que sin la intensidad del subjetivismo, no hay lírica posible. Todo se finge, menos un dolor vivo, que arranca del alma y a ella vuelve, hiriéndola como un hijo desnaturalizado que martiriza a su propia madre.

Dolores vivirá siempre por lo que tiene de autobiográfico, porque el asunto se halla en perfecta armonía con la forma, porque el poeta y el sujeto de la poesía son una misma persona, porque no ha necesitado que nadie le informe de las desdichas humanas, porque estas son su inspiración, y ha narrado con sencillez y verdad su pena inmensa, encontrándoselo todo hecho, trabajando sin esfuerzo, sin preocupaciones de oficio, sin más preparación que el conocimiento técnico del metro y la rima, al alcance de toda persona medianamente docta; vivirá, porque el artificio es en ese libro nada más que lo indispensable para exteriorizar el pensamiento, la menor cantidad posible de cuerpo para contener una alma vigorosa.

***

Balart es murciano. Ya que estoy trazando su perfil biográfico, diré que nació en la villa de Pliego, no sé cuándo. El cura que le bautizó vive aún, y ha recordado una anécdota famosa del día en que cristianaron al que es hoy poeta insigne. Su edad debe de andar próxima a los setenta[8]. Es un hombre de mediana estatura, más bien gordo que flaco, barba y cabello enteramente blancos, con ojos de muchacho, tan relucientes y vivaces que da gozo verlos. Cojea un poco, achaque que proviene del percance de hace treinta años; viste desaliñadamente, come poco, digiere mal, no goza de buena salud y es de uno de los literatos más abandonados y perezosos, así como uno de los amigos más leales y el hombre de conversación más amena y de trato más encantador que Dios ha echado al mundo. De mí sé decir que cuando le visito no sé desprenderme de su lado, de tal modo me atrae y encadena con su gracia exquisita, con su erudición artística y literaria, la erudición más simpática que conozco. Como crítico de arte no tiene rival, y como maestro en cosas lite-

8 Balart nació el 22 de octubre de 1831; tiene por tanto en ese momento 62 años.

rarias, tampoco. Sin que me ciegue el cariño, bien puedo afirmar que no hay hombre en la actual generación cuyos juicios me impongan más respeto.

Y aquí pongo punto final, presintiendo que no ha de faltar ocasión para hablaros otra vez de Federico Balart.

B. PÉREZ GALDÓS

178

LP, 29/4/1894

El infierno ayer y hoy

La dinamita —Explosión del *Cabo Machichaco* —Trabajos de extracción posteriores a la catástrofe del 3 de noviembre —Reconócese la presencia de nitroglicerina —Desconcierto de opiniones —Nueva catástrofe en la noche del 21 —Terror y confusión en la ciudad —Alborotos —Desvaríos de la imaginación popular —¿Contrabando de guerra? —Versión melodramática —Estado febril del vecindario —Afecciones nerviosas que han quedado como consecuencias tristísimas de la catástrofe —El problema está por resolver —29 de marzo: Proyecto de voladura —Disposiciones preliminares —La ciudad desierta —Tristeza y aprensiones de los vecinos —30 de marzo: La voladura se verifica sin que ocurran desgracias personales —Resulta que no queda dinamita entre los restos del buque sumergido —Renace la tranquilidad —31 de marzo: Resultados satisfactorios —El vecindario vuelve a sus hogares.

Santander, 31 de marzo de 1894.

Señor Director:

La dinamita es la representación del infierno en el modernismo, o sea en la sociedad contemporánea, esencialmente científica. Antes, los temores producidos por las apariciones sobrenaturales, los fantasmas, la nigromancia y quiromancia, la influencia de los astros, el sino, los venenos; hoy, el fulminante y los explosivos, hijos declarados de la físicay la química. Bien puede asegurarse que hoy sufren los pueblos tantos desastres por causa de la dinamita como antes sufrieron con las bárbaras guerras, con las pestes asoladoras,con la piratería y el *brigandage*,[1] con el fanatismo en todas sus formas.

El caso del *Machichaco* en Santander es una novedad en la historia de la desdicha humana: es la mayor catástrofe producida hasta hoy por esa sustancia que no sabemos si compensará a la humanidad del perjuicio causado por sus estragos, con los beneficios que ha traído a la industria. A poco de ocurrir la explosión del *Machichaco,* escribí una carta, que mis lectores de Buenos Aires recordaran seguramente.[2] Fue a principios de noviembre del año último. Han pasado cinco meses, y el terrible siniestro continúa en plena actividad, como un volcán que parece apagarse y revienta después con más fuerza.

1 `bandidaje´.

2 Véase 174.

Escribo esta en Santander, y en ella expresaré los últimos incidentes del caso y la solución final si al cabo la tiene.

Pasados algunos días de la terrible explosión del 3 de noviembre, que produjo cuatrocientos muertos y más de mil heridos, dejando a este mísero pueblo sumido en la consternación, se procedió a evitar nuevas desgracias, extrayendo el resto de carga peligrosa que en el barco pudiera quedar, para poder luego sacar los restos de la nave, que son un estorbo en la parte principal del muelle de Maliaño. Procediendo con exquisita cautela, los buzos extrajeron cuatrocientas cajas de dinamita del sollado de proa no sin que el terror se apoderase de la ciudad, que se despobló en dos o tres días, ante el temor de que se repitiera la tremenda catástrofe que tan hondamente impresionó a este pacífico vecindario.

Al mes siguiente renació la calma; se creyó vencido el peligro; pero éste volvió a inquietar los ánimos cuando se trató de extraer los restos del casco, que aún tenía dentro, además de la máquina, grandes y revueltas masas de carga de diferente calidad. Para extraer este material era menester volarlo, y aquí surgía el riesgo de nuevas explosiones, si como se presumía, aún quedaban dentro sustancias explosivas.

En efecto, la junta técnica nombrada por el gobierno para estudiar el asunto, reconoció que por la exudación de la dinamita sometida por largo tiempo a la acción del agua del mar, se había separado la nitroglicerina de la sustancia inerte y depositádose en forma de cristales en las más hondas cavidades del casco. En tal estado de cristalización, la nitroglicerina se conceptuaba mucho más peligrosa, y un insignificante choque podía hacerla explotar. Dividiéronse los pareceres; la perplejidad y el azoramiento se apoderaron de todos los ánimos; pensose en voladuras parciales; en la voladura total, corriendo el riesgo de que sufrieran los edificios más importantes de la ciudad; opusiéronse los propietarios a la voladura total; la casa Ibarra, propietaria del barco sumergido, emprendió trabajos por su cuenta, con buzos de su dependencia, que alternaban con los del puerto. Surgió una gran discrepancia de pareceres y de acción entre la casa Ibarra y el pueblo de Santander; pero los trabajos continuaban, y todos los días se extraían carga y pedazos del casco. En tanto, los buzos declaraban la existencia de la nitroglicerina adherida a las planchas del casco; se hicieron experimentos, sometiendo algunos trozos de aquella sustancia a percusiones fuertísimas, y en vista de que la explosión no se producía, renació la confianza, y se creyó que las dificultades podrían vencerse y que la nitroglicerina depositada en la cala del buque había perdido su virtud detonante.

Pero de pronto todo cambió, y en la noche del 21 del corriente, una explosión formidable, aunque no tanto como la del 3 de noviembre, difundió por todo este vecindario la desconfianza y el terror. A las nueve y cuarto bajaron los buzos del puerto, que turnaban con los de Ibarra, y no habían puesto los pies sobre el casco, cuando la espantosa detonación destrozó en un instante las vidas de cuantos allí trabajaban. Los buzos parecieron a pedazos, y de algunos de ellos no ha podido identificarse más que un pie. Los demás operarios que fuera del agua estaban, fueron lanzados al mar o a tierra, pereciendo los más de ellos. Por causa de la hora, no había curiosos en el muelle, y el número de víctimas fue relativamente corto.

El terror de los habitantes de Santander fácilmente puede colegirse. Muchos no pensaron más que en huir con sus familias, temiendo nuevas conflagraciones de aquel cráter que apagado se creía; otros acudieron a prestar auxilio a los heridos y a extraer los cadáveres, y al propio tiempo se amotinaba la plebe, queriendo hacer responsable del nuevo desastre al gobernador, a la junta técnica y a los representantes de la casa Ibarra.

Tristísima y angustiosa fue la noche del 21, y el día siguiente, Jueves Santo, uno de los más luctuosos que cabe imaginar. Todo el pueblo acudió al entierro de los restos informes de los infelices buzos, que habían perecido, mártires del deber, y no se oían más que imprecaciones contra los que eran o podrían suponerse causantes de tanta desventura.

Imposible comprender fuera de aquí lo que la imaginación popular, siempre fecunda, discurre para señalar causas y efectos en casos tan extraños como éste, ante catástrofe de tal magnitud, revestida de no sé qué forma bíblica o poemática. La imaginación popular no admite el acaso como agente principal de estas desgracias; siempre va en busca de responsabilidades personales, y todo lo atribuye a malicias refinadas y a egoísmos, que resultarían inverosímiles si fuesen verdaderos; tanta y tanta perversidad encierran.

Por dar cuenta de todo lo que se habla, aun creyéndolo absurdo, diré aquí que la voz popular da a la catástrofe del 21 la más diabólica explicación que imaginarse puede. Según ella, la casa Ibarra, a quien se supone perpetradora de los crímenes más inhumanos, llevaba en el funesto buque, además de las mil y pico de cajas de dinamita, considerable carga de contrabando de guerra: fusiles "Remington" para los moros del Rif, pólvora, y de añadidura, bombas y granadas. Toda esta carga iba, según se murmura, en el sollado más profundo, sobre la quilla. Dícese que los buzos del puerto habían extraído cajas de pianos, que dentro de ellas había cajas de galletas, y que ellas iban llenas de pólvora.

De ser esto cierto, natural es que la casa Ibarra quisiera hacer desaparecer los testimonios del contrabando de guerra. ¿Cómo? Preparando, por medio de una voladura, la destrucción de los restos del buque, para que nada pudiera explorarse, para que el misterio envolviese el delito y las pruebas de él. La nitroglicerina, acumulada en la cala del buque, ofrecía buena coyuntura para *echar agua* al asunto (aquí no puede decirse *echar tierra*). ¿Qué hicieron los buzos de Ibarra? Preparar una especie de trampa para que cuando los del puerto bajasen se produjese instantáneamente la explosión, y todo quedase resuelto en los profundos abismos, personas y cosas, y nadie pudiese decir lo que había visto, ni nada quedase que ver.

Repito que doy cuenta de esto, porque me parece que el estado de la opinión es dato muy importante para juzgar de este asunto, en que todo tiene un carácter diabólico y melodramático. Yo creo que la versión popular es absurda. Para disculpar al pueblo de las exaltaciones de la ira, hay que considerar que desde el 3 de noviembre Santander se halla en continuo estado de fiebre. Hasta en las personas que siempre fueron de carácter festivo, se nota una taciturnidad sombría: se oyen los juicios más extraños; se advierte un azoramiento, un estado de expectación angustiosa que mueve a compasión.

Desde la horrorosa catástrofe del 3 de noviembre, menudean las afecciones cardíacas y cerebrales. He visto aquí a muchas señoras que se desmayan de oír el ruido de una silla al caer al suelo. Personas hay, afligidas por la pérdida de seres queridos en aquel día acia-

go, que experimentan profunda variación en su carácter. Muchos se han quedado como lelos; otros sufren por las noches crueles insomnios y delirios. Estos no pueden apartar de su oído el timbre horrísono de la explosión, y de aquel estruendo de que no pueden tener idea los que no lo oyeron; aquéllos viven atacados de la monomanía de narrar el espantoso caso y por último, estotros han perdido completamente la razón. No es, pues extraño, que en un pueblo de tal modo perturbado y herido, las opiniones tomen un carácter espeluznante y dramático. Aquí no hay ya lógica ni serenidad, y la idea de que se repitan las desgracias, la inseguridad en que se vive, acaba de trastornar a este infortunado pueblo.

Porque ahora resulta que el problema no está resuelto. ¿Qué nuevos males esconde el mar en medio de los despedazados despojos del *Cabo Machichaco*? ¿Existe allí todavía un gran depósito de nitroglicerina? Esta es la cuestión. Veamos ahora lo que se ha pensado para conjurar definitivamente el peligro y cortarle de raíz.

29 de marzo —La junta técnica, de acuerdo con el gobernador y el alcalde, ha señalado el día de mañana para la voladura definitiva de los restos del *Cabo Machichaco.* Un bando ha fijado ayer las reglas a que debe atenerse el vecindario ante la difícil operación que ha de realizarse con todo el aparato científico que la gravedad del caso requiere; se manda, en primer término, desalojar todas las casas radicantes en un radio de setecientos metros del lugar de la voladura. Se dictan disposiciones para la custodia de la ciudad, que ha de quedar desde esta tarde completamente abandonada, pues los que habitan fuera del radio de setecientos metros, no se creen tampoco seguros, y con prudencia recomendable se van también a las aldeas y caseríos inmediatos. La voladura se verificará a las diez de la mañana, y seis horas antes, como seis horas después, no se permitirá que nadie circule por la población. Todos los comercios se cierran; todos los servicios se interrumpen; no funcionará el telégrafo más que para el gobierno. Fuerzas de Infantería y de Guardia Civil vigilarán las calles para impedir robos.

A los petardos de dinamita, convenientemente colocados en distintos puntos del buque sumergido, se les dará fuego por medio de la electricidad. Los ingenieros militares, que han de dirigir la operación, han construido en el muelle un parapeto a prueba de bomba. En la bahía no queda más que el cañonero de guerra *Cóndor,* donde se han preparado los explosivos y toda la maniobra de mañana.

El aspecto de Santander es por demás lúgubre. Esta tarde apenas se veía alguno que otro transeúnte por las desiertas calles. Son los rezagados, los últimos que salen, llevando líos de ropa y cestos con víveres. Parece esto una ciudad amenazada de bombardeo, mo- mentos antes de que rompan el fuego contra ella las baterías enemigas. En todo el vecin- dario fugitivo se nota una expectación angustiosa, la incertidumbre y el terror. ¿Qué pasarámañana? Nadie lo sabe. Abundan extraordinariamente los pesimistas, los que no repuestosaún de los horrorosos sustos de 3 de noviembre y del 21 de marzo, suponen que en las profundidades del buque sumergido hay explosivos suficientes para convertir en ruinas toda la ciudad. Es la boca del infierno que se abre. Las mujeres principalmente centuplican el peligro, y en ninguna parte se creen seguras.

Hay, no obstante, quien cree que no ocurrirá nada de siniestro ni espeluznante, que la voladura no hará estragos fuera de un radio limitadísimo, de unos veinte o treinta metros

próximamente. Aun suponiendo que explote una cantidad de nitroglicerina como la que produjo la primera catástrofe, es casi seguro que no habrá víctimas, por las precauciones tomadas, y por el feliz acuerdo de despejar toda la población.

Esta, si las cosas van bien, no recobrará su habitual aspecto hasta el domingo, porque el sábado se han de repetir las voladuras parciales hasta llegar a la certidumbre de que no hay depósito grande ni chico de materia explosiva.

30 de marzo —Desde que Dios amaneció, las inmediaciones de Santander ofrecían un aspecto animadísimo. En ninguna romería se ve tanta gente. Las alturas que dominan la ciudad se ven coronadas de multitudes a quienes el temor aleja y la curiosidad atrae, por lo que, fluctuando entre dos atracciones igualmente poderosas, buscan el término medio en que se concilien la precaución y el ansia de ver. Por el centro de la ciudad no circula un alma, con excepción de las fuerzas encargadas de hacer respetar el bando. Los presos de la cárcel han sido trasladados a la plaza de toros, y los enfermos del hospital a lugar más lejano. Las autoridades presencian la voladura desde el muelle de pasajeros, situado como a ochocientos metros de Maliaño.

El primer disparo se da poco antes de las diez, y sus efectos desilusionan a los que esperaban grandes emociones. El segundo es más imponente, levanta una masa considerable de agua y produce trepidación en el suelo, aunque esta no es tanta que ponga en peligro ningún edificio, ni aun los más próximos. Los que siguen de media en media hora no resultan más estruendosos que los barrenos que ordinariamente se dan en las obras del puerto para volar rocas submarinas. La función, como espectáculo, no resulta interesante, y los espectadores que desde distancias de uno y dos kilómetros la contemplan, comienzan a aburrirse.

El día no ha sido de provecho más que para las gaviotas, pues habiendo muerto gran cantidad de peces en las inmediaciones del *Machichaco,* las aves marinas, en colosal bandada, revolotean trazando círculos majestuosos sobre el lugar de las explosiones y con sus graznidos dan un carácter siniestro y dramático a la función. Fuera de esto, ningún interés ofrece la voladura a las tres y media de la tarde, y sobre las cinco, las cornetas, tocando diana, anuncian que cesa el fuego, que los vecinos pueden regresar tranquilamente a sus hogares.

En resumen, las operaciones de hoy, demostrando que no existen ya depósitos de nitroglicerina, dan por resuelta la cuestión, y devolverán seguramente a Santander su vida normal. Al anochecer la confianza renace, y los más pesimistas reconocen que ha pasado el peligro.

31 de marzo —Hoy el vecindario no ha salido, con excepción de los habitantes de la llamada zona polémica, y los que se habían refugiado en los caseríos próximos se disponen a regresar a sus hogares. Continúan, con arreglo al programa, los disparos, sin más objeto ya que deshacer el casco y ponerlo en disposición de que los fragmentos de plancha y las piezas de la máquina puedan ser extraídos con facilidad.

Ninguna desgracia personal ha ocurrido hasta ahora, ni desperfectos de importancia en los edificios. A las cinco de la tarde se da por terminado el trabajo pirotécnico, y hecha la señal por cornetas y campanas, el vecindario penetra en tropel por todas partes. Adviértese en todas las caras regocijo y confianza.

Es de creer, en vista de esta prueba hecha con desusado lujo de precauciones y preparativos, que los santanderinos puedan vivir otra vez tranquilamente en sus honrados hogares, que el comercio recobre su vigor y que el próximo verano traiga a estas playas la animación, la alegría y la riqueza.

B. PÉREZ GALDÓS

179
LP, 17/11/1901

Un pueblo enfermo —Medicina y charlatanismo —Dogmatismo y criticismo —Debilidad orgánica —Odio a la política —Acusación injusta —La crítica y su esterilidad —Repetición y herencia de los errores —Ídolos que permanecen —Amo y criado —Lo que éste dirá —El caciquismo: sus profundas raíces, —Generalidad y extensión del mal —El feudalismo y la democracia —Don Joaquín Costa —Sus batallas contra el caciquismo —Caminos de salvación.

Madrid, 20 de octubre de 1901.[1]

Tanto han hablado extraños y propios de la dolencia del pueblo español, y tantos y tan peregrinos diagnósticos de ella se han hecho, que ya no podrán decir cosa nueva los doctores o curanderos que llegan con retraso a la consulta.[2] Y si en el diagnóstico y pronóstico casi parecen agotados los juicios, en el tratamiento será casi imposible añadir alguna discreta prescripción al cúmulo de planes reconstituyentes y de recetas para uso interno y externo, que de los cuatro puntos cardinales han llovido sobre el enfermo. No cabe dudar que este, con la continua y mareante visita de médicos que le han asistido, y con el rumor de sus disertaciones y disputas a la cabecera del lecho, empeoró visiblemente. Momentos hubo en que se creyó que expiraba, maldiciendo, más que de sus alifafes, de los emplastos que le aplicaban en todas las partes de su lacerado cuerpo. Pero no tardó en rehacerse, agarrándose a la vida, como tantos otros dotados de una complexión vigorosa; y fue primer síntoma de su mejora el desenfado con que empezó a despachar médicos, y a echarlos de su alcoba, conminándoles con tirarles algo a la cabeza si volvían; lo que fue para la familia grande satisfacción y consuelo. Confirmóse luego la reparación del organismo, viendo al enfermo con buenas disposiciones para echarse a la calle, y oyéndole pedir de comer a cada momento, y prodigar en cháchara continua las gracias de su ingenio festivo y maleante.

"Ya no se muere —decíamos todos—. A éste no lo parte un rayo. Como los gatos, tiene siete vidas que parecen setenta; y está decidido a seguir dando guerra en el nuevo siglo, ya que tanto dio a los extraños y a sí mismo en el XIX, que acaba de pasar."

1 Ya no volverá a aparecer el acostumbrado encabezamiento `Señor Director´.

2 Entre los años 1897 y 1902 proliferaron los escritos regeneracionistas con fórmulas médicas referidas a la enfermedad espiritual de España y las consiguientes propuestas de curación del "organismo" español.*

Salvada la crisis, permítase a quien no es médico, ni cosa que lo valga, sino un simple observador de la vida, opinar que el enfermo padecía una secular ingestión y asiento estomacal de dogmatismo político, más grave que el filosófico y literario, y de añadidura, una terrible intoxicación de criticismo, que vino a producir un derrame de materia biliosa o pesimista, la cual trajo el aplanamiento, el abandono de la voluntad, las ideas lúgubres y la monomanía, que casi era un deseo, de pasar pronto a mejor vida.

También se permite decir el opinante que ni sus tomas de dogmatismo, ni las borracheras de criticismo habrían sido de extrema gravedad recayendo en un sujeto fortificado por vigorosa educación; pero no hallaron un cerebro potente, sino antes bien debilitado por atávicas rutinas y supersticiones, y de aquí que el mal encontrase terreno apropiado y en él hundiera sus raíces y se hiciera dueño de todo el organismo.

Bien claro se ve que la dolencia existía con anterioridad a nuestros desastres, y que no contribuyó poco a producirlos. Los desastres no causaron la enfermedad; sólo la pusieron de manifiesto, confundiéndose la tristeza de aquel desventurado caso con los achaques que ya minaban al enfermo. Entre tantas desdichas, ¿habrá éste adquirido la convicción de que sus males provienen de una inversión sistemática en el conocimiento de las cosas? Si esta convicción existe, démosle por salvado, y ayudémosle a conocer de todo *al revés* de cómo ha procedido hasta aquí, empezando por los hechos y acabando por los principios.

En nada se manifiesta tan vivamente el estado neurasténico del pueblo español como en el odio que ha tomado a los hombres políticos que vienen gobernándole desde la Restauración. Salta a la vista la injusticia de esta malquerencia, pues los directores y ayudantes de la política no forman un cuerpo aparte desligado del cuerpo y alma de la nación. Si generales son las ideas, si no hay manera de desprender de la totalidad un determinado núcleo de voluntades y de pensamientos, ¿quién podría demostrar que sólo en un grupo social existen los defectos de la raza, y sus errores y vicios? La responsabilidad es, pues, colectiva, y nadie está libre de ella. Los políticos son los intérpretes del sentimiento general, los condensadores de la opinión, y los ejecutores de cuanto quiere y siente la raza. No es justo maldecir el brazo por actos que le ordenó la voluntad; no es justo condenar impulsos partidos del corazón y del cerebro. Vísceras y extremidades llevan en sí la culpa de cuanto malo hicieron, y la gloria de lo bueno que hacer podrían.

Esto de creer que los gobernantes de los últimos veinticinco años son autores exclusivos de nuestros infortunios, y que con destinarlos a jubilación forzosa y traer gente nueva, virgen y sana, se arregla todo y entramos en una era de venturas, no conduce a la deseada regeneración. Los nuevos y vírgenes no tardarían en caer en las mismas corruptelas de la pasada gente y fácilmente obedecerían a impulsos maléficos transmitidos desde las entrañas. Estas son las que deben regenerarse ante todo; que si en ellas no hay virtud, inútil es pedirla a las extremidades obedientes. Y lo que se dice de las entrañas, sería más propio aplicarlo al alma, que si ésta no piensa rectamente, todo lo del cuerpo andará siempre desquiciado y sin ningún concierto.

Si ha de haber regeneración, esperémosla de la gente vieja y de la gente nueva concertadas, de la experiencia y la iniciativa en perfecto consorcio; esperémosla sobre todo de una vigorosa reconstitución de la conciencia nacional. No dará el árbol frutos, ni siquiera

flores, sin el interno movimiento de la savia. Las ramas nuevas de las viejas han de salir, y unas y otras no vienen sin la vida del tronco y de las raíces. Cuidemos el árbol, cuidemos el aire que le envuelve; cuidemos el suelo donde estuvo, está y estará plantado.

***

Hay que repetirlo cien veces: el espíritu de crítica, llevado a las aplicaciones más prolijas, más minuciosas e impertinentes, nos ha causado inmenso daño. Un siglo de crítica, de análisis de *escalpelo*, descubriendo errores, señalando vicios, profundizando en busca del mal, es mucha crítica, es mucha destrucción. Destruir exigiendo abstracciones encima de las ruinas, es solitario vicio de generaciones fatigadas; es el lento suicidio, la decadencia, la caquexia.[3]

Los que criticando han afirmado algo, luego no han sabido o no han querido hacerlo. Esto lo hemos visto constantemente en arte y en política… Si en las artes no es justo exigir a los críticos que *hagan,* en política si debe exigirse, porque la política es el arte de todos, que tiene por musa la voluntad… Hemos visto terminar revolucionariamente un reinado, y los demoledores, ante los ojos de la misma generación en que combatieron, restauraron errores y vicios que tan acerbamente habían maldecido. Los avanzados han sido imitadores ciegos de los retrógrados, y los prudentes han repetido los actos de los delirantes. La desigualdad de los llamados dogmas y principios ha venido a resolverse en la igualdad, o por lo menos semejanza de conducta. Tras una prodigiosa variedad de ideas ha venido una triste monotonía de acciones.

Los problemas hondos de la sociedad española han permanecido siempre en pie, como ídolos de bronce cimentados en granito, contra los cuales nada pueden ni los esfuerzos de los hombres, ni los terremotos del suelo.

Erguidos permanecen esos ídolos, que a veces parecen caer, y lo que hacen es ocultarse entre la muchedumbre de brazos que abiertos se agitan contra ellos y por ellos. En el fragor y tumulto de estas batallas, lo que se quiere destruir no cae, y lo que se quiere modificar permanece inalterable. Varía el color de las cosas porque se lucha, y los mismos luchadores las pintan de blanco o de negro para regalarse con la ilusión de que las han modificado esencialmente. El español ha creído en algunas graves ocasiones históricas cambiar de carácter mudándose de vestido, y mejorar sus costumbres poniendo mayor corrección en sus maneras. Es gracioso verle u oírle renegando de su infelicidad, y echando la culpa al criado, que es su semejante, hecho a su imagen, y que en el lenguaje y en la conducta le imita maravillosamente. Y el criado, a fuerza de oír gritar a su amo, acaba por no hacerlo caso, sirviéndole con rutinarios modos, no exentos de burla o menosprecio.

El criado es la política, que si funciona torpemente es porque su amo no le ha enseñado mejores modos de servicio… Y ahora, el amo, indignado porque todo lo de la casa está mal dispuesto, y aun la propia casa sin barrer, quiere despedir la servidumbre y ser él su propio criado… No se reirá este poco si, en efecto, le despiden, viendo la turbación y des-

3 `extrema desnutrición producida por enfermedades consuntivas´.*

maña de su señor en las realidades del servicio. Por fin, vendrán a nuevo acomodamiento y avenencia, diciendo el servidor a su dueño: "Señor, enséñeme mi oficio con más tino, deme sus órdenes con claridad, castígueme las faltas, no ponga ante mis ojos los malos ejemplos de su holgazanería y liviandad; tráceme caminos claros, seguros, no varíe a cada instante el programa de sus trabajos; señáleme una ley moral fija, inalterable, que armonice con la suya, siendo ambas reflejo de la moral grande; no sea despilfarrador cuando me manda ser económico, ni holgazán cuando me manda ser activo, ni supersticioso cuando me manda ser intelectual; no me pida orden entregándose a todos los desarreglos; no me señale fórmulas teóricas, desvirtuándolas en la práctica y poniéndome en contradicción consigo; tenga fe en mí, y haga lo necesario para que yo la tenga en mi señor; sea mi amo, pero no mi crítico, ni sostenga que ando mal antes de verme dar el primer paso; no me acuse de fealdad teniéndose a sí propio por el prototipo de la hermosura; no se contente con darme sus defectos, quedándose con sus virtudes, que también las tiene y grandes; présteme toda su fuerza, y no se la guarde para reírse de mi debilidad; sea bueno, virtuoso, trabajador, ordenado, tolerante, respetuoso con los superiores, benigno con los de abajo, piadoso sin fanatismo, digno sin altanería; viva más atento a sus hechos que a las divagaciones especulativas; ponga por encima de todas las cosas la justicia y la verdad; oblígueme a que yo haga lo propio, y déjeme a mí en el trajín de este servicio gobernante, que yo saldré airoso, y en elogio de entrambos se dirá: tal amo, tal criado. Pero querer que yo sea un santo, mientras es mi amo un perdido; hablar de mis faltas callando las de quien me cría, me enseña y me hace tal como soy, eso es eternizarse en el engaño y escribir una falsa historia".

***

Concretando síntomas, hablaré del caciquismo, una de las más penosas dolencias que por acá padecemos.[4] Y no se diga que esa calamidad es privativa de nuestro suelo y de nuestra raza. Todos los pueblos latinos la padecen con más o menos intensidad.

En Francia la vemos manifestarse y crecer en plena república, renovando vicios y corruptelas del Segundo Imperio, que se creyó desaparecerían con él. Se ocultaron para renacer en el régimen que se tiene por más perfecto. En Italia también lo hay, y en los países americanos de origen ibérico no estarán libres de esta plaga. Ignoro el nombre que allá le dan; pero de que existe no tengo duda, por más que la atenúe el vigor que al cuerpo social dan las instituciones.

Aquí es enfermedad constitutiva, de esas que llegan a formar una normalidad que casi se confunde con la salud. Nos hemos habituado al veneno, y casi casi nos sabría mal que desapareciera súbitamente de nuestra sangre. El caciquismo es la voluntad de algunos que, al amparo de una viciosa organización política, aplican las leyes en provecho propio, y estorban la acción legal de los más, produciendo un régimen caprichoso, en el cual viven a sus anchas cuadrillas organizadas por regiones, provincias y lugares, mientras viven en

4 El caciquismo como *dolencia* es tema plenamente regeneracionista, pero a Galdós le preocupa desde muy pronto, como puede verse en 18, 55, 64, 75, 78, 90, y 129.

el desamparo de toda ley los ciudadanos que no han sabido o no han podido afiliarse a estas comunidades vividoras.

Estas tienen por cabeza un personaje de alta significación y poder en uno o en otro partido, y sobrenadan en todas las agitaciones, y continúan imperando a despecho de turnos gobernantes y de combinaciones. Si no fuera nuestro caciquismo un régimen civilizado y benigno, ajeno a toda intención melodramática y a todo trágico procedimiento, se le podría comparar a la *mafia*. Pero aunque remoto, innegable es el parentesco de la comedia urbana con el drama espeluznante, pues ambos son representaciones de los humanos apetitos, y en uno y otro espectáculo vemos el egoísmo y la maldad frente a la descuidada inocencia de los que componen la mayoría social.

El caciquismo es ejercido ordenadamente por hombres de mérito, de un mérito relativo, se entiende, que serían buenos hombres de Estado si no se encontraran, desde que nacen a la política, arrastrados por el movimiento de esa máquina que ya marcha sola, tales son su antigüedad y su admirable organización. Serían hombres de extraordinario catonismo si renunciaran a un dominio cómodo y fácil del país, implantando el penoso reinado de la ley igual para todos. Si se exceptúan algunos caracteres claramente aviesos, son los caciques excelentes personas, de trato fácil y ameno, y están dispuestos a prestar un servicio al amigo, favoreciéndole en cualquier caso con la ilegalidad más amable y bondadosa. Acontece que tronamos contra el caciquismo, y que necesitándolo para que nos sirva en cualquier entorpecimiento de la vida común, acudimos a él de la manera más candorosa, y al vernos prontamente atendidos, olvidamos la violación del derecho que hemos perpetrado, y no vemos la víctima lejana de aquel mismo poder que ha funcionado en nuestro provecho.

Ved aquí el grande inconveniente de esta oligarquía; ved su amabilidad, la eficacia con que sirve, y la mansa labor con que se arraiga… Resulta que todos llevamos la oligarquía en la médula de los huesos y en los glóbulos de la sangre, y que cuando hablamos de su destrucción olvidamos que sería menester arrojarnos colectivamente a un inmenso horno, en que nos fundiéramos para tomar forma en moldes nuevos. Ya se ve que no es fácil la reforma, al menos sin contar con la acción lenta de la evolución fisiológica.

¡Qué hermoso sería vivir un par de siglos para ver que los buenos caciques se habían convertido en figuras de leyenda! Los que conocieron las tropelías del feudalismo y vieron desmerecer el monstruo bajo la mano férrea de los Reyes Católicos, no sospechaban que corriendo los años habría de revivir en el seno de instituciones absolutamente contrarias a las que entonces regían Y cuando en los principios del siglo que ha pasado fue saludada la democracia como definitiva redención de los pueblos y triunfo indudable de la igualdad y el derecho, ¡quién había de decir que esta ideal matrona, gallarda y bella fecunda y al propio tiempo virgen, había de criar en su limpio cuerpo las alimañas que llenaban de picazones al viejo y descuidado cuerpo social!… Pero dígase lo que se quiera, es muy dudosa la virginidad de la señora Democracia en las turbulentas décadas que acabamos de pasar, pues la hemos visto en secretos tratos y contubernios con seres llenos de vicios, y de su limpieza, fuera del terreno teórico, bien podríamos dudar, viéndola revolver montones y hacinamientos de la edad pasada, donde todo es podredumbre.

Creo que la virtud más necesaria en los tiempos que corren es la paciencia, y el criterio más seguro para juzgar de la posible regeneración, fiarla a un lento mejorar de la raza por cruzamientos entre los mejores tipos que en sí misma posee, y por los efectos casi insensibles de una educación distinta de la que hoy recibe. Sólo con abrir un camino de salvación, poniendo y fijando los primeros hitos de él, sería la generación presente digna de eterna memoria. Y señales hay de que nos disponemos a la apertura de ese camino. Ya se verá qué manos robustas han cogido para este objeto el primer pico y el primer azadón.

***

Le ha salido al caciquismo, de algún tiempo acá, un censor implacable, un enemigo que no ya con ahínco, sino con verdadera saña le persigue, le acosa, denuncia todas sus demasías, no perdona dato ni argumento para sacar a luz sus vergüenzas y no dejarle ninguna espesura donde guarecerse, ni ninguna sofistería con que disculparse. Igualmente ataca con el arma bien templada de su crítica los hechos y las personas, sin mostrar cansancio, sin languidecer un instante en su labor guerrera.

Este batidor del caciquismo es Joaquín Costa, que a raíz del desastre[5] dio las primeras batallas en la *Unión Nacional*;[6] mas separado de este partido por desavenencias que han perdido ya su interés, se lanzó a luchar solo, con aliento y músculos de gigante. Gran jurisconsulto, muy fuerte en historia y en ciencia política, dotado de tanta inteligencia como voluntad, de palabra fácil y persuasiva, es también escritor, y de la mejor casta, y tal riqueza de cualidades se completa con la formidable tenacidad de su alma aragonesa.

Costa empezó a predicar la guerra santa contra el vicio nacional en su memoria *Oligarquía y caciquismo,* presentada en una de las secciones del Ateneo.[7] La discusión de ella y las informaciones que pidió y obtuvo de las inteligencias más señaladas forman un conjunto de doctrinas y pareceres de extraordinaria fuerza.

El proceso del caciquismo es de tal modo luminoso y rico en hechos inconcusos,[8] que su acusador no vacila en pedir para él la muerte violenta. El terrible fiscal, no proponeya medios de reforma, sino la destrucción de los caciques por las hoces de los segado-res populares. Las ideas de Costa, su perseverancia aragonesa, su iracundia honrada, sehan extendido al sentimiento general, y ya tiene millares de entendimientos asociadosa su campaña. Ya no está solo: un grande ejército le sigue. Desde los juegos florales de Salamanca, en los que ejerció de mantenedor, ha lanzado el ardoroso anticaciquista su última proclama,[9] de tonos vigorosos, furibundos; y el país entero ha respondido a ello conaclamaciones de franco asentimiento.

5 La derrota española en la guerra hispano-norteamericana por la independencia de Cuba en 1898.

6 En 1900, Costa formó la Unión Nacional como grupo de presión. En 1903 ingresará en Unión Republicana.

7 Allí está publicado como "Memoria de Sección sometida a debate del Ateneo de Madrid, en marzo de 1901", y lo editó el mismo año el Establecimiento Fortanet de Madrid.

8 `firmes, indiscutibles´.

9 Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1901 y reproducido en la prensa nacional más importante.

No parará en esto el incansable propagandista de los buenos principios, pues Costa es de los que van hasta el fin. Su labor ardua, generosa, absolutamente desinteresada, nos abre horizontes de esperanza en medio de esta cerrazón que envuelve los desmayados caracteres de nuestra época. Con muchos cómo Costa, fácil sería que nos viéramos si no regenerados en camino de serlo; pero hombres de este temple hay pocos en todas partes, y aquí es tan reducido su número que se les puede contar por los dedos de la mano, aun exponiéndonos a que sobre algún dedo en la cuenta.

B. PÉREZ GALDÓS

180

LP, 5/8/1902

SUMARIO: Jacinto Verdaguer: su muerte y su vida —Semejanza entre la obra artística y la existencia de los que la producen —*Mosén* Colell —*Mosén* Jacinto limosnero y capellán —Desgracia de Verdaguer y su persecución —Es acusado de locura —Visita al poeta perseguido —Narciso Oller —Entrada en la casa misteriosa —Voces de mujeres —Curiosidad y misterio —*Mosén Cinto* en nuestra presencia —No estaba loco —Miradas furtivas de mujer —Verdaguer en Madrid —Su rehabilitación regateada y tardía —Es nombrado coadjutor en Barcelona —Su muerte y exequias aparatosas —*La Atlántida*, su obra capital.

Madrid, junio de 1902.

Inmensa emoción han despertado la muerte y exequias de *mosén* Jacinto Verdaguer,[1] no solo por la pérdida de poeta tan grande, sino por el carácter dramático de los últimos años de su vida. Con la ostentación del entierro contrasta la pobreza en que vivió y murió el poeta, y con las muchedumbres que han acompañado el cadáver a la sepultura, la soledad de una existencia siempre humilde, en ocasiones dolorosa, como de quien supo apurar todas las hieles y soportar con ánimo sereno la injusticia y la persecución. El homenaje tributado a Verdaguer en su muerte tiene por lo solemne así como lo tardío, alguna semejanza con la canonización. Como en los expedientes de santidad, se ha expurgado ahora la vida del muerto; se han aquilatado los grandes méritos de abnegación, mansedumbre, trabajos; han salido nuevamente a luz las acusaciones que contra él se formularon, y no ha quedado repliegue de aquella vida de martirio, en que no haya penetrado la observación de sus contemporáneos.

Gran poeta y mártir dirá la posteridad al pronunciar el nombre de *mosén* Jacinto. Encuentran los críticos un admirable consorcio entre la inspiración esencialmente cristiana de Verdaguer y las tremendas amarguras de su existencia, hasta el punto que no concebimos la sublime espiritualidad de sus versos sin la extremada pobreza en que últimamente vivió, ni podemos separar la majestad de *La Atlántida* del carácter místico, soñador hasta en lo

1 Falleció el 10 de junio de 1902 y fue enterrado el 13, por tanto esta Carta, aunque sin datar tiene que ser posterior a esta última fecha.

físico, del buen Verdaguer. Así como en un orden muy distinto, la vida y las obras de Lope se resumen y sintetizan formando una entidad esencialmente dramática y un resumen de las humanas pasiones, en Verdaguer el lirismo cristiano se encarna en el hombre, la poesía y el vivir de la misma savia se nutren, y ambas se expresan con los mismos latidos.

No he de repetir las informaciones que acerca de la historia y fin del padre Verdaguer ha divulgado la prensa española. Acerca de sus persecuciones y martirio en aquellos días del 96 y 97, aciagos para el poeta, referiré algunas impresiones personales recibidas entonces y después, pues tuve la dicha de verle y tratarle cuando iba camino del Calvario con una paciencia y magnanimidad asombrosas. En la Exposición de Barcelona (1888) le vi por primera vez en compañía de *mosén* Colell, que en aquellos juegos florales ganó el disputado premio de poesía. De *mosén* Colell se ha dicho que figuró después entre los enemigos del que entonces era su amigo entrañable. No sé qué hay de verdad en esto.

Lo cierto es que si Verdaguer inspiraba viva simpatía por la dulzura inefable de su alma, que fácilmente al rostro y a la voz se traslucía, el otro cautivaba por su decir franco, por su carácter impetuoso y arrogante, más de caballero que de sacerdote, o en aquel punto social de los clérigos que llaman *de caballería*, con la añadidura de ser hombre ilustrado, atento y de agradable trato. Ganó su premio con una poesía catalana de marcado sentido regionalista, inspirada y briosa, y la leyó ante inmenso público con entonación viril. Junto a Colell parecía *mosén Cinto* un cuitado, y era preciso asociar a su persona la formidable estatura de *La Atlántida* para verle en toda su grandeza. Uno y otro hablaban en castellano correctamente; pero no lo escribían. Verdaguer desempeñaba el cargo de limosnero en la casa del marqués de Comillas, gerente de la antigua empresa naviera de López, ya trans- formada en *Compañía Transatlántica de Barcelona*.[2] De *mosén* Colell no sé más sino que ha encerrado sus alientos de poeta en la estrechez de un coro de catedral.

Verdaguer no ha podido ser canónigo, ni aún en los días de su rehabilitación, a pesar de interesarse en ello con platónico afán los ateneos de Madrid y Barcelona. Desde que perdió la plaza en casa de Comillas, su vivir ha sido pobre y errante, por caminos sembrados de abrojos y pedruscos. Por qué perdió aquella plaza y fue lanzado al descrédito y a la inopia, es cosa que a ciencia cierta no se sabe. Desde luego, no puede atribuirse, pienso yo, a crueldad del opulento señor a quien servía, y debemos ver el móvil de la fiera persecución a la labor oscura de algún poderoso elemento social. Era el limosnero muy estimado en la casa de López. El fundador del marquesado, viéndole por los años 73 y 74 desmedrado de fuerzas, y con todas las apariencias de un *poitrinaire* incurable,[3] le recetó los aires de mar; embarcó Verdaguer en los vapores de la Compañía con el cargo de capellán, y en repetidos viajes entre España y las Antillas (que entonces las expediciones de aquellos barcos no alcanzaban la extensión que hoy tienen) realizó dos grandes maravillas, la salud para sí, y para el arte y el mundo el poema *La Atlántida.*

***

2 Véase 64.

3 *poitrinaire*: 'tuberculoso'.

Publicada *La Atlántida* en 1881,[4] pronto se extendió la fama de Verdaguer por toda España, rebasando las fronteras, y se le tuvo por uno de los primeros poetas españoles del siglo, en lo épico seguramente el único. Catorce años transcurrieron desde la apa- rición de *La Atlántida* hasta los aciagos días en que, perdida la gracia del marqués de Comillas, comenzó la persecución contra el poeta capellán, la cual no puede explicarsepor la desgracia en la casa del prócer. Las razones de que perdiera la confianza de esteno afectan a la honra de aquel, y no debieron tener más consecuencia que su cesaciónen el cargo. Era Verdaguer demasiado pródigo, según decían, inocente en grado sumo, y con frecuencia le engañaban gentes astutas. Puede un hombre ser excelso poeta, puede atesorar las virtudes cristianas más elementales y no servir para la distribución equitativay racional de limosnas, oficio que exige conocimiento del mundo y de la malicia humana. Los errores de Verdaguer en aquel ministerio de caridad, organizado, por causa de su extensión, con un carácter administrativo y burocrático no podían ser motivo de que sele acusara de mal sacerdote, y de que se desatara contra él la furibunda inquina de una parte del clero barcelonés.

No tardó en correr la voz de que el buenazo de *mosén Cinto*, sugestionado por una familia que a su sombra quería vivir, se dejaba llevar con pueril candor a un estado harto sospechoso y a una situación moral poco recomendable. Vivía el pobre clérigo poeta en compañía de dos mujeres o señoras, hija y madre, y se obstinaba en no abandonar tal compañía, rechazando las amenazas y sin miedo alguno al escándalo que en torno suyo se hizo. Al fin vino lo que en casos tales es la vulgar razón de la sinrazón. Un hombre de tales antecedentes, tan virtuoso y cristiano, no podía, según el criterio vulgar, hacer tales desatinos en el pleno goce de sus facultades mentales; había de estar loco, y por loco se le tuvo, y a su lado anduvieron médicos que fácilmente informaron y aún certificaron el estado de vesania. La situación que con esto se creó a *mosén Cinto* fue de las más graves. El obispo Morgades, de ingrata recordación por aquel y otros casos, le retiró las licencias para celebrar la misa, y le puso en el trance de aceptar el manicomio en que se le quisiera encerrar o abandonarse a la miseria.

Tal era la situación del hombre que tanta gloria daba a su país, varón digno y puro, al cual concretamente solo podía acusarse de candoroso. ¿Y por candoroso se le deshonra- ba? ¿Y en la simplicidad y falta de mundo se fundaba la acusación de locura? Entablado un proceso, nada se puso en claro, y como en estos casos sucede, la superposición de capas de papel sellado solo sirvió para levantar un muro infranqueable entre la verdad de los hechos y la curiosidad del público.

Nada puedo afirmar respecto a las causas de la iracunda campaña con que afligieron al autor del *Canigó* algunos clérigos y seglares;[5] pero, en cuanto a la supuesta demencia, sí puedo decir algo, no porque nadie me lo haya contado, sino porque personalmente pude verlo y apreciarlo. En el verano del 96, hallándome en Barcelona, donde continuamente oía conversaciones y comentarios de la desdichada situación de Verdaguer, sentí vivos de-

4 Esta fecha es errónea; se publicó cinco años antes.

5 *Canigó* se publicó en 1886.

seos de verle. Mi querido amigo, el afamado escritor catalán Narciso Oller sentía la propia comezón que yo, movidos ambos del entrañable cariño al poeta, y del natural anhelo de satisfacer la curiosidad en un asunto que tan vivamente movía y apasionaba la opinión. Según Oller me dijo, vivía *mosén Cinto* en un apartado arrabal lejos de Barcelona, en aislamiento huraño de cenobita, poco visitado de amigos, como quien huye del mundo o avergonzado se retira de un mundo que no le quiere.

***

Allá fuimos Oller y yo una tarde calurosa del mes de julio. No recuerdo el nombre del lugar donde Verdaguer residía: recuerdo, sí, su aspecto como si lo estuviera viendo. Era en lo más alto de una población suburbana, no sé si San Gervasio o Sarriá. Recorrimos en ferrocarril una larga extensión urbanizada. En la parte más alta, donde las calles se confunden con los senderos, y las casas parece que se esparcen rebelándose contra los rigores de la alineación, debíamos encontrar lo que buscábamos. El terreno sube a cada paso, y no están lejos las alturas de Tibidabo y Vallvidrera. No encontrando fácilmente la casa, hubimos de interrogar a los transeúntes. Pasamos por un terreno desigual que quiere y no quiere urbanizarse: aquí desmontes, allá terraplenes. Bardales de huertas antiguas y empalizadas de construcciones nuevas se cruzan y se estorban, entorpeciendo el paso. Por fin, unos chicos nos encaminaron a una casona vieja y destartalada. No recuerdo quien nos abrió la puerta; recuerdo, sí, que entramos en un ancho zaguán y que fuimos introducidos en un cuartito a la izquierda. El zaguán daba paso a un patio.

Un buen rato aguardamos en la salita, después de dar nuestras tarjetas, que nos pidieron como requisito indispensable. La desconfianza y el temor eran mudos huéspedes de aquel edificio, y a todo el mundo daban el "¿quién vive?". Humildísimo era el mueblaje de la estancia y no faltaban estampas de santos y alguna efigie de Niño Jesús. Oíanse voces de mujeres en el próximo patio… Hay que reconocer que en todo asunto litigioso, por leyes o simplemente por la opinión, falta absolutamente el interés mientras no aparece el misterio, y el misterio no existe sino cuándo del fondo del proceso surge y adquiere realidad el *femenino eterno.* Tanto Oller como yo sentimos la impresión del misterio íntimo, oyendo las mujeriles voces, y no se apartaba de nuestra mente la idea maliciosa que se destacaba en el proceso de Verdaguer, esto es, que el clérigo poeta vivía en compañía de dos hembras, hija y madre, resistiéndose a separarse de ellas. ¡Mujeres! Esto era bastante motivo para que las gentes timoratas se apartasen horrorizadas del infeliz pecador, y persignándose se fueran hacia la parte o partido de los que le acusaban. ¡Mujeres! Razón bastante para que al santo hombre se le prohibiera celebras la misa y todas las demás funciones de su ministerio.

No se satisfacía nuestra curiosidad con oír las voces, y habríamos querido ver las ca- ras; pero esto no era posible toda vez que las tales no habrían de presentarse en la visita. Mediano rato tardó *mosén Cinto*, que sin duda descansaba o dormía la siesta cuando llegamos. Al fin le vimos en nuestra presencia, con balandrán,[6] y nos saludó cariñosa y ex-

6 `abrigo de los eclesiásticos´.

pansivamente, tan bueno el hombre, tan sencillo, todo modestia y dignidad, contentísimo de vernos y de platicar de cosas literarias. No se quejó de sus desdichas, ni maldijo a sus enemigos, ni pronunció contra persona alguna palabra iracunda o despectiva. Su alegría, viéndose junto a nosotros, se manifestaba en la viveza de su mirada y en la facilidad de su conversación, circunscrita a personas y temas de literatura, dándonos ocasión de admirar así su condición apacible como su juicio sereno.

¡Y se le tenía por loco! A nosotros nos pareció el cerebro mejor equilibrado que podía concebirse, y el alma más reposada que cabe imaginar. Era el Verdaguer del 88 y de toda la vida, el joven capellán y limosnero, el espíritu candoroso, el creyente sincero, el hombre recto y puro que habíamos conocido y admirado antes de su persecución, hombre de afectos acendrados y apacibles, no de pasiones exaltadas, el poeta cristiano, imitador de Jesús en el arte y en la conducta… Imposible que hubiera el menor artificio en la actitud y en la palabra del buen Verdaguer. Ni Oller ni el que esto escribe podíamos ser engañados en nuestra visita. Con viva efusión nos despedimos del querido amigo, y al salir, avanzando por la calle, nos dijimos una y otra vez: "No está loco. Ya quisieran los que de locura le acusan poseer un equilibrio tan perfecto de facultades".[7]

Alejándonos por un terreno quebrado en el contorno de la irregular vivienda de nuestro amigo, volvióse Oller y vio que por las bardas de un corral o huerto apareció una cabeza de mujer, que sin duda quería vernos en nuestra retirada. Volvíme también; pero la mujer desapareció y nada vi. Ella satisfizo su curiosidad; nosotros no… Oller solo había visto un rostro fugaz, que se ocultó apenas visto.

La presencia de las mujeres en la casa no fue parte a que modificáramos nuestra opi- nión sobre la conducta de Verdaguer, ni por ello le creímos indigno de nuestra estimación. En cuanto al estado mental del poeta, no podía caber en nosotros ninguna duda, y bien fuerte debía de ser su cerebro cuando la idea de tan temible acusación no lo perturbaba, como ha ocurrido en multitud de casos. Podrían citarse innumerables ejemplos de perso- nas de uno y otro sexo, cuya firme razón ha flaqueado al verse pérfidamente recluidas en un manicomio. Contaban entonces que el más grande terror de *mosén Cinto* era que suenemigo, el obispo Morgades, apoyado por las autoridades y por la policía, realizase su propósito de encerrarle en el asilo de Vich, tenebrosa residencia y presidio de curas locos, del cual no salía jamás el que una vez entraba. Si Morgades vaciló en su duro propósito, no fue por falta de ganas, sino porque le amedrentó la prensa. Gracias al clamor de la opinión, el poeta de *La Atlántida* no fue sepultado en vida.

***

Un año después de lo referido, vino Verdaguer a Madrid, y aquí se estableció, viviendo oscuramente, privado de licencias sacerdotales, gestionando por mediación de cariñosos amigos que se le levantara la injusta penitencia. Aquí le visité más de una vez y fui por él visitado, teniendo nuevas ocasiones de admirar la grandeza de su genio poético y la man-

7 De esta visita son transposición literaria los primeros capítulos de *Nazarín* (1895).*

sedumbre de su carácter. Al fin me anunció un día con gran júbilo que lo más duro de su desgracia, la privación de licencias, había terminado, y demostró viva gratitud a los padres agustinos, por cuya intercesión caritativa se veía libre de persecución. En el oratorio de la calle de Valverde, hoy regido por la orden agustiniana, dijo *mosén Cinto* la primera misa, después de restablecido en el uso de sus funciones eclesiásticas. Luego volvió a Barcelona. No le vi más.

Pronto se supo que el obispo de Barcelona, señor Catalá, nombró a Verdaguer coadjutor en una de las parroquias de aquella gran ciudad,[8] y que allí vivía pobremente el poeta. Su pobreza fue más lastimosa al sentirse nuevamente atacado de la dolencia que con insidiosa lentitud minaba su naturaleza, una afección del aparato respiratorio, agravada por los afanes, la penuria y las tribulaciones de los últimos años. En Madrid y en Barce-lona levantose un clamor compasivo; las sociedades literarias oyeron declamaciones de protesta contra la nueva desdicha del autor de *La Atlántida*, y menudeaban los proyectospara acudir prontamente al socorro del preclaro hijo de Cataluña. No fueron estos buenospropósitos tan eficaces como reclamaba la angustiosa situación de Verdaguer, y si algo de lo pensado no pasó nunca de un meritorio deseo, otros medios de alivio llegaron tarde,y al poeta enfermo no pudieron ofrecer sus amigos y admiradores más que una cómoda vivienda mortuoria. Quien habitó siempre en casa humilde, murió en un hotel espléndido situado en las grandiosas alturas de Vallvidrera. Es tristísimo que el más lúcido homenaje tributado a Verdaguer por su patria fuera un hermoso local para los *últimos instantes*, unentierro suntuoso de magnificencias oficiales y gran concurso popular; y por añadidura un soberbio mausoleo.

***

Grandes composiciones debe a Verdaguer la literatura catalana, así líricas como épicas. Gloria es de Cataluña y también de España, que en una sola corona juntamos catalanes y castellanos el homenaje a nuestros respectivos ingenios. *Flors de Calvari* y *Sant Francesch* son poemitas en que nuestro poeta compite en mística ternura con San Juan de la Cruz.[9] Pero las obras que aseguran su inmortalidad son *La Atlántida* y el *Canigó*, sobre todo la primera, el último de los grandes poemas épicos, cronológicamente hablando, concepción de extraordinaria grandeza y majestad, con su plan mítico y sus personificaciones de la naturaleza, su máquina admirable de lo maravilloso, su fundación de pueblos, su lenguaje de dioses más que de hombres, y toda la contextura y traza de los inmortales poemas clásicos y ossiánicos.[10]

Descuella entre los sublimes cuadros palingenésicos de *La Atlántida*, el incendio de los Pirineos desde Rosas al Canigó,[11] y la primera hazaña de Hércules, que saca a Pirine de

8 Frente al palacio del marqués de Comillas. "Tanto pelear para pasar de un lado a otro de la Rambla", ironizó Verdaguer.*

9 Ambos poemas son de 1895.

10 `románticos´.

11 *desde Rosas al Canigó*: `desde la costa a la montaña´.

las llamas y después de verle morir y de enterrarle, marcha hacia el sur, y descansando en las alturas de Montjuich, promete edificar a la falda de este monte una gran ciudad. Grandioso es asimismo el canto cuarto, en que Hércules abre a golpes de maza el estrecho de Gibraltar, y por el boquete se precipitan en inmensa catarata las aguas, dejando separados los dos continentes. Antes de esto, los Atlantes presienten el hundimiento del suelo que habitan. Sobreviene la catástrofe, y la Atlántida es arrastrada por las ondas, quedando solo algunos fragmentos que flotan sobre el océano. En tanto la reina de Hesperis, soberana del país de las manzanas de oro, huye por entre arrecifes y entre los despojos del hundido reino. Hércules la busca en las tinieblas, alumbrándose con un pino encendido por antorcha. Por fin la encuentra, se juntan, corren juntos, son perseguidos por los Atlantes y el héroe se refugia en Grecia.

En el canto octavo, de admirable belleza, reaparece Hércules en Gades. Lucha con Gerión, que le arrebata a Hesperis, y arroja sobre él el Peñón. Muerto y enterrado Gerión, el *draco canariensis*,[12] el árbol más viejo del mundo, llora sangre sobre la tumba. En España se renueva el suelo de las Hespérides por una rama que planta Hércules del árbol de las áureas manzanas.

El ángel de la Atlántida entrega al genio personificador de España la corona del imperio del mundo. Hesperis reina en el suelo de la península. Hércules, personificación de la fuerza y también de la idea, preside y encarna los nuevos destinos. Es el héroe del poema y el verdadero fundador de la nacionalidad que durante siglos poseyó la fuerza y lo que pudiéramos llamar el numen político.

Hasta por el desorden de su plan es bello este poema, que nos presenta las fuerzas de la naturaleza en actividad creadora. La guerra entre los Atlantes y el genio helénico tiene más semejanza con la lucha entre las celestiales falanges del *Paraíso perdido*[13] que con la expugnación de Troya por los griegos en la incomparable *Ilíada*, y a uno y otro poema se aproxima en intensidad poética. Obra de un pobrecito clérigo, de un mísero capellán, mezquino de cuerpo, robusto de espíritu, es este grandioso poema. Sin *La Atlántida*, la persona de Verdaguer habría sido de tal insignificancia que su paso por el mundo no hubiera sido conocido fuera de un círculo estrecho. Gracias a su genio poético conocemos otro poema, más bien drama, también bello y humano, que podría titularse *El martirio de mosén Cinto.*

Aún no se ha podido discernir qué obras nos interesan más, si las del arte o las de la vida. Queda la sospecha de que el mejor poema de un gran artista es su biografía, trasmitida a la posteridad con sincera exactitud.

BENITO PÉREZ GALDÓS

12 `drago de Canarias´.

13 Poema narrativo de John Milton publicado en 1667.

181
LP, 9/5/1905

DE PÉREZ GALDÓS

Una carta sobre *El Quijote*
(Especial para *La Prensa*)

Mi querido amigo Grandmontagne:[1]

Cervantes escribió el *Quijote* y nosotros los que acá y allá constituimos el ser hispánico, vivimos, hacemos ese mismo *Quijote*, y lo viviríamos y lo haríamos constantemente, aunque Cervantes no se hubiera anticipado con maravilloso numen de poeta y profeta a pintarnos en cuerpo y alma tal como fuimos y como seremos hasta el fin de los siglos. En nosotros alienta el caballero inmortal, de arrestos heroicos y pura conciencia, soñador de ideales generosos, a quien no corrigen todas las durezas de la realidad; en nosotros está el escudero interesado y socarrón, soñador a su vez de provechos inmediatos. ¿Quién de nosotros no ha visto en las ventas, castillos; en las mozas bajunas, limpias y elegantes princesas; en los rebaños de carneros, huestes de fantásticos paladines? ¿Quién de nosotros no ha gobernado ínsulas más o menos imaginarias, y no ha tenido que azotarse para desencantar Dulcineas, después de haberlas encantado con picardía y travesura? ¿Quién no ha montado en el Clavileño para volar hacia el lejano reino de Candaya, con escala en las Pléyades? ¿Quién no ha tenido la idea de vender como específico el milagroso bálsamo de Fierabrás, obteniendo de aquella droga un negocio pingüe, y mayor beneficio para la humanidad que para la caballería?…[2] Al pensar en esto llegamos a invertir la lógica elemen- tal, creyendo que no hemos engendrado un libro, sino que hemos salido de sus páginas.

Por su identificación intensísima con la vida nacional es *Don Quijote de la Mancha* el más clásico y el más contemporáneo de los libros. Su actualidad es eterna, y abraza desde la remota edad en que el libro fue impreso hasta los días en que hoy corre nuestra existencia. En la geografía intelectual continúa siendo el verdadero mundo nuestro donde nunca se pone el sol. Eterno día lo ilumina desde las planicies manchegas hasta las cimas de los Andes. El espiritual paladín del honor y la justicia con su fiel escudero, más atento a sus alforjas que a los altos principios, recorren medio mundo, campos y ciudades, con la realidad viviente que les da el idioma castellano. El idioma es el alma, la voz y el gesto de aquellos dos seres, y de él reciben toda su hermosura y majestad.

Los españoles (designando así, en la humana familia, a la rama de esta que habla con más o menos pureza el castellano), no son los más aventajados habitantes del planeta. Si algunos pueblos de nuestra raza, desembarazados del opresor atavismo, se aproximan a las cabeceras de la civilización, otros menos libres de ligaduras y de compromisos con

1 (Nota de *La Prensa*): El señor Galdós se dirige a nuestro colaborador permanente señor Francisco Grandmontagne, debido a que por su intermedio solicitamos la opinión del conocido literato.

2 Referencias a diferentes pasajes del *Quijote*.

el pasado, andan y se atropellan por ganar mejor puesto y fila más delantera en la marcha fatigosa… Toda la rama, que bien podríamos llamar *cervántica,* está bastante lejos de ostentar ante el mundo una influencia o preponderancia directora. Pero dispersa y fraccionada, posee un lazo federativo que a unos y otros nos liga y aprieta con nudo indisoluble; este lazo, al propio tiempo signo de concordia y marca de progenie, es el idioma condensado en el poema que ha tenido y tiene más lectores en el mundo, poe-ma sintético de la fantasía y la realidad, intensamente español y humano. Los españoles de una y otra banda del océano podemos afirmar nuestra fraternidad por un vínculo de orden espiritual y literario, y proclamar en él la ejecutoria más fehaciente de inmortal parentesco y de unidad sin fin.

Los siglos han pasado por la obra de Cervantes sin envejecerla ni ajarla. Siempre es lozana y joven: su hermosura, lejos de amenguar, es cada día más seductora.

Los dominios de esta creación artística se extienden desde La Mancha melancólica hasta regiones alegres y felices. Los reinos ilusorios de Candaya y del Catay,[3] conquistados por el brazo invencible del caballero, han venido a ser reales, lo mismo que los ducados y condados escuderiles y las ínsulas maravillosas. La vida española, con ejércitos espirituales y el empuje de su idioma vigoroso se ha engrandecido y afirmado en lejanos territorios, poseídos en otro tiempo con dominio menos efectivo. Cabe dudar si la posesión material fue más real o más soñada que la posesión presente.

Universal es el *Quijote*;[4] pero debemos distinguir siempre el nuestro del de todos. Dividamos la superficie intelectual del globo en dos partes: la del *Quijote* español y la del traducido. Reconozcamos la eficacia y poder del primero como fuerza plasmante, por la cual existimos, y proclamemos la necesidad de conservar este tesoro cerrado a las corrupciones sintácticas, y abierto al enriquecimiento del vocabulario así poético como familiar. Sagrada, intangible sea el arca de oro: pero dejémosla sin cerraduras, para que su rico caudal pueda crecer y multiplicarse con los elementos que nos trae la evolución vital del saber y del sentir panhispánico.

B. PÉREZ GALDÓS

3 Los reinos de *Candaya* y *Catay* aparecen varias veces en el Quijote.*+

4 En este mismo 1905 escribe don Benito en otro lugar: "Si lanzamos nuestro espíritu a los vagos espacios del tiempo venidero, veremos a los humanos (que españoles ya no habrá) celebrando el *Centésimo Centenario* de la publicación del *Quijote*".*

APARATO CRÍTICO

Los números iniciales de cada entrada corresponden, por este orden,
a la Carta, la página y la línea correspondientes.

A Texto impreso en *La Prensa*
G Texto editado por Ghiraldo
X Esta edición

1 1.1 en Alemania *A* de Alemania *X* [El heredero alemán está, en esta Carta, en Madrid.
1 7.9 Fastterath *A* Fastenrath *X*
1 8.3 humanado *A* humanizado *X*
1 8.11 Boun *A* Bonn *X*
1 8.12 Chum *A* Chlum *X* [Localidad checa.
2 9.31 Arábase al instante la paz *A* Acábase al instante la paz *X*
3 17.25 Casa de Villa *A* Casa de la Villa *X*
3 17.34 Daois y Velarde *A* Daoiz y Velarde *X* [Numerosas variantes de este tipo pueden obedecer al seseo canario del autor o al argentino del impresor. En adelante no se explicarán.
3 18.35 Cerricola *A* Ceriñola *X* [Localidad italiana.
3 19.21 acendereada *A* asendereada *X*
3 19.39 a sus promesas *A* a las promesas *X*
4 24.8 nómade *A* nómada *X*
5 25.36 Patarca […] Palaver *A* Parga […] Palarea *X* [Fundadores del Ateneo de Madrid.
5 29.12 la Constitución enterrada en 1829 *A* la Constitución enterrada en 1823 *X* [En 1823, la Constitución de 1812, vigente durante el Trienio Liberal, fue derogada.
5 29.26 Vásquez Queipo *A* Vázquez Queipo *X* [Economista y matemático.
5 30.2 El por que habia nacido *A* Porque había nacido *X*
5 31.9 insipiente democracia *A* incipiente democracia *X* [Probablemente sea error de Galdós, ya que lo encontramos también en *Trafalgar*.
6 33.42 imaginar emble y alma *A* imaginar en alma *X*
7 38.17 pequein Trianon *A* Petit Trianon *X*
7 40.4 Borece, pues de la imaginación *A* Bórrese pues de la imaginación *X*
8 44.14 répice *A* réspice *X*
10 55.4 la cosecha […] algo atrasado *A* la cosecha [… algo atrasada *X*
11 63.2 *flirtation*? Pero que […] miseria? *A* *flirtation*. Pero ¿qué […] su miseria? *X*
11 65.25 Massini *A* Masini *X* [Por la fecha, se trata del tenor Angelo Masini, ya que el también tenor Pietro Massini había muerto casi 50 años antes.
12 69.26 en lo vivo hieran *A* en lo vivo hieren *X*
13 75.13 Pasmasoli, Puebla *A* Palmaroli, Puebla *X* [Esta variante y las cuatro siguientes aluden a pintores españoles.

13 75.15 Domingo Morgués *A* Domingo Marqués *X*
13 75.15 Zizcano *A* Lizcano *X*
13 75.17 Giménez Aranda *A* Jiménez Aranda *X*
13 75.19 Yuste *A* Juste *X*
13 76.9 Desobry *A* Dezobry *X* [Historiador francés. También en **76.24.**
13 77.19 sucesiva de la nuestra *A* sucesiva a la nuestra *X*
13 79.19 están con modelos *A* estas son modelos *X*
13 80.11 Massis, Memmoling *A* Matsys, Memling *X* [Pintores flamencos.
14 81.17 pehuas *A* pelucas *X*
14 84.25 varios países *A* varios paisajes *X*
14 84.26 Vorolla *A* Sorolla *X*
16 98.4 morería *A* marinería *X* [Ni Elcano ni Churruca tuvieron relación con la morería.
17 102.18 Nubella e Ibarra *A* Mudela e Ibarra *X* [Altos hornos de Vizcaya.
18 108.16 vuestras cavilaciones *A* nuestras cavilaciones *X*
18 109.13 La trapizonda *A* La trapisonda *X*
18 109.18 vizconde del regicida *A* bisnieto del regicida *X*
19 117.33 Al día siguiente *A* Al año siguiente *X* [Así fue, y Galdós no podía ignorarlo.
20 124.21 quebraderos de cabezas *A* quebraderos de cabeza *X*
21 136.15 puramente durativo *A* puramente decorativo *X* [El azafrán.
22 139.16 azajarado *A* agazajado *X* [Canarismo que aparece en otras obras de Galdós.
22 140.30 Cañizares y Tanura *A* Cañizares y Zamora *X* [Dramaturgos del *X*VIII.
22 141.7 en el español *A* en el Español *X* [Teatro de Madrid.
22 141.9 la comedia *A* la Comedia *X* [Teatro de Madrid.
22 143.21 Prohls *A* Rohlfs *X* [Explorador alemán.
23 147.2 bazases *A* cortinajes *X* [Se corrige por la versión galdosiana de 1890.
23 150.19 satutatio *A* *saturatio X*
23 150.32 arcos *A* aros *X* [Se corrige por la versión galdosiana de 1890.
25 158.26 violas *A* vitolas *X*
25 160.27 esquilada *A* esquilmada *X*
26 162.26 altitud *A* latitud *X*
26 162.29 Notiero *A* Molière *X* [Inexistente *A* todo lo que de se dice coincide con el dramaturgo francés.
26 164.12 usages *A* usatges *X* [Probalemente error ortográfico del autor al escribir en catalán.
27 172.24 les mira, les mira *A* les mira *X*
28 178.30 en dosis muy homeopáticas al régimen *A* en dosis muy homeopáticas el régimen *X*
28 182.25 detensión *A* decepción *X*
29 189.11 sus acciones son insignificantes. *A* a sus acciones aún insignificantes. *X*
30 191.5 Tierra Nevada *A* Sierra Nevada *X* [También en **191.26** y **192.11**.
30 191.28 montañas que se han hendido *A* montañas que se han hundido *X*
30 193.12 de muchos de ellos [...] prestarle socorro *A* de muchos de ellos [...] prestarles socorro. *X*
30 195.18 poco gesuito *A* poco séquito *X*

31 197.32 Grajales *A* Grajal *X* [Compositor de ópera. También en **203.17**, y **203.34**.
31 197.35 saben ser los libretos *A* deben ser los libretos *X*
33 217.6 la ocupación de ocuparme *A* la obligación de ocuparme *X*
34 223.6 Fsigny *A* Isigny *X* [Localidad de Normandía.
35 226.22 el estío del artista *A* el estilo del artista *X*
36 238.28 Tagauroff *A* Taganrog *X* [Localidad rusa.
37 245.15 merecen la atención del artista *A* merecen la atención al artista *X*
38 247.3 Cintra *A* Sintra *X* [También en **247.17**, **247.18**, **247.24**, **247.29**, **249.18**, **249.20**, **250.6**.
38 252.1 Vilanova de Jaia *A* Vilanova de Gaia *X* [Localidad portuguesa.
40 264.16 Grisi *A* Grissi *X* [Soprano italiana.
40 265.26 tomando a los italianos la época *A* tomando a los italianos la ópera *X*
40 266.34 la idea que la declaración *A* la idea de que la declaración *X*
41 271.40 le saquen pocas contribuciones *A* le saquen unas pocas contribuciones *X*
41 274.21 Albarrani *A* Albarrán *X* [Microbiólogo español.
42 282.13 varones para continuar mandando. *A* razones para continuar mandando. *X*
43 288.13 Betchu *A* Betelu *X* [Balneario navarro.
44 290.21 simpatías de toda Europa *A* antipatías de toda Europa *X*
44 293.3 Slewig-Holstein *A* Schleswig-Holstein *X* [Nombre de dos ducados unidos.
44 296.9 nuestra soberanía con ellas *A* nuestra soberanía en ellas *X*
46 307.8 aislados todos *A* aislados de todos *X*
48 322.37 lujosos trenes *A* lujosos ternos *X*
50 331.21 Castel-serás *A* Castelserás *X* [Localidad de Teruel.
51 339.17 un plan vicioso *A* un plan ambicioso *X*
51 339.24 lámparas de bronce servían *A* lámparas de bronce sirven *X* [Concordancia con el resto de la descripción.
51 343.35 Cibtra *A* Sintra *X* [Ciudad portuguesa. También en **344.2**
53 353.25 unos cuatros infelices *A* unos cuantos infelices *X*
54 360.18 se gana la inmortal *A* se gana la inmortalidad *X*
54 362.18 ¡cuán superior es a inquietud *A* ¡cuán superior es a la inquietud *X*
54 364.12 Ohuet, Goudinet *A* Ohnet, Gondinet *X* [Dramaturgos franceses.
54 364.21 literaria e estótica *A* literaria y estética *X*
54 364.34 Aulon-Les *A* Hanlon-Lees *X* [Actores acróbatas. También en **365.24**, **365.29**
55 371.2 Schuomann *A* Schumann *X* [Empresario de Adelina Patti.
56 378.27 Leopoldo Mas *A* Leopoldo Alas *X*
56 374.25 de cada cien personas, las noventa *A* de cada cien personas, noventa *X*
58 379.36 Tránsito Durval *A* Tránsito Durdal *X* [Criada de Galeote.
58 387.8 como al travez *A* como a través *X*
58 391.29 y perpetrados *A* o perpetrados *X*
60 404.37 Tilenos *A* Silenos *X* [Seudónimo pastoril.
61 413.1 Jors y Laudecho *A* Fort y Landecho *X* [Arquitectos del Ateneo de Madrid.
62 414.37 no parece que hay *A* no parece que haya *X* [Concordancia de la oración.
62 419.21 mencionar la reina regente *A* mencionar a la reina regente *X*

63 422.14 desde 1877 *A* desde 1873 *X* [Pi y Margall solo estuvo al frente del Gobierno ese año.
65 434.20 Cesar Cantó *A* Cesar Cantù *X* [Historiador italiano.
67 442.10 no parece que ha pasado nada *A* no parece que haya pasado nada *X*
68 451.12 Ezqueid *A* Escuder *X* [Médico frenópata.
69 455.39 partida de tresillo o de vezigue *A* partida de tresillo o de *bridge X*
70 459.27 vinieron las maquillas *A* vinieron las máquinas *X*
71 468.31 Gerona y aquella *Pintorilla A* Geroma y aquella *Pintosilla X* [Personajes de Cruz.
72 471.2 supervinencia *A* supervivencia *X*
72 475.11 idilios que causan envidia *A* elogios que causan envidia *X*
72 473.13 en que pueda fundir *A* en que poder fundir *X*
72 473.38 el favor de todos *A* el favor de Godoy *X*
72 477.3 Marco Celenio *A* Inarco Celenio *X* [Seudónimo pastoril de Moratín.
73 481.29 Peñalva *A* Peñalba *X* [Político republicano.
74 486.25 Andrassi *A* Andrassy *X* [Nacionalista húngaro. También en **486.32**
75 493.38 tal cual picardía *A* tal o cual picardía *X*
75 495.10 herencia del 87 *A* herencia del 86 *X* [Escrito el 28 de diciembre de 1886.
75 495.36 renta de tabacos *A* venta de tabacos *X*
76 497.40 Trislandia *A* Finlandia *X*
77 507.11 pintó Pany *A* pintó Sans *X* [Pintor catalán.
78 512.5 revistiera un cuerpo *A* revistiera su cuerpo *X*
78 515.12 tanta fuerza y siempre que habla *A* de tanta fuerza que siempre que habla *X*
78 516.6 Suoci *A* Succi *X* [Apellido del cientifista.
79 521.5 entre Jáuger *A* entre Tánger *X*
80 524.33 cerebro espiral *A* cerebroespinal *X*
80 525.3 se sentirá siempre *A* lo sentirá siempre *X*
81 529.20 más nutrida como *A* tan nutrida como *X*
82 540.14 Weisseniller y Daües *A* Weissweiller y Baüer *X* [Socios de la C.A.T.
83 541.31 Veia *A* Vera *X* [Pintor guadalajareño.
83 541.32 Muñoz Degrau *A* Muñoz Degrain *X* [Pintor valenciano.
83 542.19 del autor de los discípulos de David *A* de los discípulos de David *X*
83 543.26 san Amaquio *A* san Almaquio *X*
83 544.22 son expresión más feliz *A* son expresión muy feliz *X*
83 544.30 las ha pintado de manera. *A* las ha pintado de memoria. *X*
85 555.29 medianitas aurea *A mediocritas aurea X*
85 558.7 acurrucarse al canal *A* asomarse al canal *X*
85 558.35 los almacenes del Y. *A* los almacenes del ij *X* [Abreviatura holandesa de *ijmer*.
86 559.28 van der Heltz *A* Hals *X* [Pintor de *El banquete de los arcabuceros*. También en **562.7**
86 560.19 aquellas cabezas igual, *A* aquellas cabezas iguales, *X*
86 560.24 Nicolás Tulfs *A* Nicolás Tulp, *X* [Según título completo del cuadro: *Lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp.*
86 561.31 Gererdo Don *A* Gerardo Dou *X* [Pintor neerlandés.

86 561.33 Adierrs *A* Aertsen *X* [Pintor neerlandés.
86 561.33 Meztu *A* Metsu *X* [Pintor flamenco.
86 561.35 Wonwermans *A* Wouwerman *X* [Pintor holandés.
86 562.7 arcabuceros de van der Helst *A* *arcabuceros* de Hals *X*
86 562.15 su "Ronda" de Rembrandt *A* la *Ronda* de Rembrandt *X*
86 562.24 Van der Velde […] Ross *A* van der Weyden […] Vos *X* [Pintores flamencos.
86 564.13 isla de Spree *A* isla del Spree *X* [traducción del alemán *Spreeinsel.*
86 566.26 Thier Garten *A* Tiergarten *X* [También en **567.15**
86 565.35 Narzin *A* Varzin *X* [Localidad de Pomerania.
87 567.8 Ranch *A* Rauch *X* [Escultor alemán.
87 567.17 No acierta *A* No se acierta *X* [Corregido por la versión de *El Día*.
87 568.6 secciones griegas y estrusca *A* secciones griega y etrusca *X*
87 568.7 Montañer *A* Montañés *X* [Escultor de la escuela de imaginería sevillana.
87 568.10 Huberto y Juan Van Ecch *A* Huberto y Juan van Eyck *X* [Pintores flamencos.
87 569.29 pertrechos siderios *A* pertrechos *X* [El término siderios no existe, y se eliminó en la versión publicada en *El D*ía.
87 570.15 se ilumina […] con profesión de gas *A* se ilumina […] con profusión de gas *X*
87 571.30 Sans Suoci *X* Sanssouci *A* [Palacio de Potsdam cuyo afrancesado nombre significa "sin preocupaciones". También en **571.33**, **571.437**, **572.6** y **572.12**.
88 574.12 ni creo que existe *A* ni creo que exista *X*
88 578.10 sheriffiana *A* sharifiana *X* [Derivado del árabe sharif 'jerifa'. [También en 172 1038.3 y 1038.35.
89 580.25 se comprende que este cielo y en este ambiente *A* se comprende que con este cielo y en este ambiente *X*
90 587.13 si esta gente procede así ante el enemigo *A* si esta gente procede así ante el amigo *X* [Acusaciones entre republicanos.
90 587.16 fracciones revolucionarias *A* facciones revolucionarias *X*
90 588.7 río Aruluya *A* río Muluya *X* [Río marroquí.
91 592.33 S. Buyo *A* señor Bayo *X* [Fundador de la Liga Agraria. También en **85 617.35**.
91 520.23 presiden a la aparición *A* preceden a la aparición *X*
92 598.8 Caffarell *A* Caffarel *X* [Apellido del general francés. También en **598.23** y **600.28**
93 606.7 septenado *A* septenato *X*
93 608.2 Tarija *A* Tarifa *X*
94 611.5 Ganaso *A* Ganassa *X* [Comediante italiano.
94 611.92 incendiado en 1806 *A* incendiado en 1802 *X* [El teatro Español.
94 613.13 Equilaz *A* Eguilaz *X* [Dramaturgo costumbrista.
94 613.26 Guerol *A* Querol *X* [Actor teatral español.
101 653.36 el Baccio *A* *Il bacio X* [Vals de Arditi.
102 655.7 en veinte y tants *A* en veintitantos *X*
103 663.4 que se debe *A* que se deba *X*
103 662.17 "Duilio" *A* Duillio *X* [Buque de guerra italiano. También en **662.32**.
103 664.1 "Pauther" *A* Panther *X* [Crucero austriaco.

105 674.16 Esparaguerra *A* Esparraguera *X* [Localidad de la provincia de Barcelona.
107 686.34 reconstitución *G* reconstrucción *X*
107 687.6 se condena el inocente *G* se condena al inocente *X*
107 687.18 Dícese ha reconstituido *G* Dícese que ha reconstruido *X*
107 688.21 y guardado despues *G* y que guardó secreto después *X*
108 691.7 Sevilla (pulchra leonina) *A* León (*pulchra leonina*) *X*
108 692.19 consoderan falso *A* consideran falso *X*
108 693.16 no resulta nada Madero *A* no resulta nada contra Medero *X*
110 706.26 el Dioscóbolo *A* el Discóbolo *X*
110 707.7 las dos Rumas *A* las dos Romas *X*
110 707.20 Persis del Vaga *A* Perin del Vaga *X* [Pintor de frescos del Vaticano.
112 714.18 plaza delle Erba *A* plaza delle Erbe *X*
112 716.15 Vizconti *A* Visconti *X* [Duque de Milán.
112 716.19 ni el clarisismo glacial *A* ni el clasicismo glacial *X*
112 716.26 Martino II *A* Mastino II *X* [Condottiero que gobernó Verona.
112 717.15 un Mantegna […] admirablemente comenzado *A* un Mantegna […] admirablemente conservado *X*
113 722.23 Chiaja *A* Chiaia *X* [Barrio de Nápoles.
113 724.5 Portiá *A* Portici *X* [Localidad italiana
114 731.12 los Dulbos *A* los Balbus *X* [Senador romano y su hijo.
117 744.32 Túccaro *A* Zuccaro *X* [Pintor italiano.
117 745.15 obra de Jansonino *A* obra de Sansovino *X* [Arquitecto italiano.
117 746.6 dei Frairi *A* dei Frari *X* [Iglesia veneciana.
118 751.15 Sauxovino y otros *A* Sansovino y otros *X*
118 751.25 Gattamelatta *A* Gattamelata *X* [Condottiero italiano.
118 752.18 Cherrofanti *A* Mezzofanti *X* [Políglota.
118 752.23 Novella d'Andreu *A* Novella d'Andrea *X* [Jurista italiana.
118 752.27 Clotilde Tromboni *A* Clotilde Tambroni *X* [Profesora en Bolonia.
118 753.20 Asinellis y Gavisenda *A* Asinelli y Garisenda *X* [Torres de Bolonia.
118 753.34 Carraci *A* Carracci *X* [Pintor de Bolonia.
118 755.5 Dominiquino *A* Domenichino *X* [Pintor de Bolonia.
119 760.10 personalidades que […] ha existido, *A* personalidades que […] han existido, *X*
121 768.31 llegaremos a prueba oficial *A* llegaremos a la prueba oficial *X*
121 768.35 torpedos withord *A* torpedos Whitworth *X* [Fábrica de armamento.
122 774.9 nombre de Pousoby *A* nombre de Ponsonby *X* [Traidor al nacionalismo irlandés.
123 781.17 Castao y Serrano *G* Castro y Serrano *X* [Médico y ateneísta.
123 784.23 popular y manda el presidente *G* popular, manda el presidente *X*
125 792.20 relacionados por el ideal católico *A* relacionados con el ideal católico *X*
125 793.2 El precio […] ha duplicado, *A* El precio […] se ha duplicado, *X*
125 793.4 *grant atraction A great attraction X*
125 794.25 Abdul Azis *A* Abdul Aziz *X* [Sultán otomano.
125 794.25 Longchamps *A* Longchamp *X* [Avenida de París.

125 794.26 Czar *A* zar *X* [Se unifica ortografía ya que, según Carta, figura en las dos formas.
126 799.1 cui prodet *A* *cui prodest X*
126 800.15 Virginia es condenada *A* Higinia es condenada *X* [Asesina de Fuencarral.
127 805.34 se enseña […] las ciencias *A* se enseñan […] las ciencias *X*
130 821.7 Dover y Jolkstone *A* Dover y Folkestone *X* [Localidades inglesas.
130 824.12 et c'est cestuy ruisseau auquel Gobelin teinet l'escarlate *A* *et c'est cellui ruisseau auquel Gobelin teint l'écarlate X* [Se corrige por el texto de Rabelais.
130 824.14 Reynault *A* Regnault *X* [Pintor francés.
132 829.27 La bella Jatma *A* La bella Fatma *X* [Odalisca.
132 830.10 despiertan […] de ver unos hombres *A* despiertan […] al ver unos hombres *X*
132 831.23 japonesas *A* javanesas *X* [Se deduce del posterior "las bailarinas de Java".
132 833.16 quosis *A* *gnosis X*
132 833.23 Tatma, primer premio *A* Fatma, primer premio *X*
132 834.30 igudios y muchachos o coro boys *A* indios y muchachos o *cowboys X*
132 834.34 Latute *A* Latude *X* [Escritor francés.
133 839.33 territorio quiterio *A* territorio quiteño *X* [Se habla de Ecuador.
134 842.42 Bradshaic *A* Bradshaw *X* [Guía de ferrocarriles inglesa. También en **844.5**
134 848.8 tan cosa esmerada *A* cosa tan esmerada *X*
135 851.7 esquisonicelo *A* esquizomiceto *X*
136 858.8 Candelas *A* Candela *X* [Médico de la regente.
137 861.7 Barros Gómez *A* Barros Gomes *X* [Ministro portugués. También en **861.15**.
138 864.7 al renunciar la corona *A* al renunciar a la corona *X*
140 878.24 calle de Castilleja de la Cuesta *A* casa de Castilleja de la Cuesta *X*
141 878.36 Castel *A* Kartell *X* [Coalición de partidos alemana. También en **879.36**, **880.4**.
142 885.2 Quincy *A* Quiney *X* [Yerno de Shakespeare.
142 886.7 la torre del siglo XVI *A* la torre del siglo XIV *X* [De la Iglesia de Stratford.
142 888.4 Guilshall *A* Guildhall *X* [Ayuntamiento de Stratford.
142 888.38 Julstaff *A* Falstaff *X* [Personaje de Shakespeare.
143 892.17 Kromprinz *A* kronprinz *X* [Príncipe heredero alemán.
143 893.19 Lauemburgo *A* Lauenburgo *X* [Ducado alemán.
146 906.1 Tonrcoing *A* Tourcoing *X* [Localidad francesa.
148 916.8 la Seine *A* la Seyne *X* [Los astilleros Forges et Chantiers de la Seyne.
148 916.15 talleres de Rivas Viscaya *A* talleres de Rivas Vizcaya *X*
149 922.25 el Chiré *A* el Chari *X* [Río africano.
149 923.25 Sheriff *A* sharif *X* [En árabe, `jerifa´.
151 931.27 Sandovino *X* Sansovino *A* [Arquitecto italiano.
151 932.9 Fareño *A* Jareño *X* [Arquitecto español. También en **932.36**, **933.6**.
152 941.7 Kilasabo *A* Kitasato *X* [Bacteriólogo japonés.
153 944.5 fornil *A* fornida *X*
155 950.14 Sleswig Holstein *A* Schleswig-Holstein *X*
156 955.21 Alarcón la *Historia de sus libros A* Alarcón la *Historia de mis libros X* [Esta variante y la siguiente son un título de Pedro Antonio de Alarcón.

156 955.30 En la *Historia de mis obras A* En la *Historia de mis libros X*
157 960.19 nunca tan considerable *A* nunca tan considerable número *X*
158 963.9 ni la bullanza *A* ni la bullanga *X*
158 963.22 afluyentes *A* afluentes *X*
158 966.6 establecen deficiencias *A* establecen diferencias *X*
158 966.22 de bote a bote *A* de bote en bote *X*
159 971.31 Kensigton Nuseum *A* Kensington Museum *X*
160 974.18 podrirse *A* pudrirse *X*
160 976.25 *Diario de las Sesiones A Diario de sesiones X*
162 984.12 Calderera *A* Carderera *X* [Coleccionista español.
162 984.28 Solting *A* Salting *X* [Coleccionista inglés.También en **984.32**.
163 988.38 dilettantis *A* dilettanti *X*
166 1004.2 Jarrick *G* Garrick *X* [Actor teatral inglés. También en **1004.4**.
166 1005.11 a parar a que *G* a parar en que *X*
166 1007.12 arrancarse a ellas *G* arrancarse de ellas *X*
166 1008.1 Antonio Perrón *G* Antonio Perrín *X* [Actor teatral español.
167 1012.12 San Pedro Martín *A* san Pedro mártir *X*
167 1012.27 revolución rudimentaria *A* revolución indumentaria *X*
167 1012.33 reducciones a su belleza *A* seducciones a su belleza *X*
168 1016.19 corpulentos atrives *A* corpulentos atunes *X*
171 1034.30 Fabre *A* Favre *X*
172 1039.6 tribu de Konaisch *A* tribu de *kuraish X* [Tribu del emperador de Marruecos.
173 1040.41 esratéjicos de café *A* estrategas de café *X*
173 1042.3 el agua […] Los puentes *A* el agua […] Las fuentes *X*
174 1046.34 wharts *A wharfs X* [También en 1047.2.
174 1049.27 Facevan un tumulto *A Facevano un tumulto X* [Verso de *La divina comedi*a.
174 1049.29 el terremoto de Lisboa en 1771 *A* el terremoto de Lisboa en 1755 *X*
176 1059.33 el Idilio *A Un idilio X* [Título de Núñez de Arce. También en 1062.5.
177 1065.9 sin mira alguna ni intención literarias *A* sin mira alguna ni intención literaria *X*
177 1066.29 Priego *A* Pliego *X* [Localidad de Murcia.
178 1069.20 del Riff *A* del Rif *X* [Región de África.
179 1073.27 condenadores de la opinión *A* condensadores de la opinión *X*
179 1075.37 aplican los Reyes *A* aplican las leyes *X*
180 1081.14 Valloldrera *A* Vallvidrera *X* [Barrio de Barcelona. También en 1083.20.
180 1084.14 draco canaviensis *A draco canariensis X*
181 1086.14 Catai *A* Catay *X* [Reino del Quijote.
181 1086.23 corrupciones sintáxicas *A* corrupciones sintácticas *X*

NOTAS COMPLEMENTARIAS

Los números iniciales de cada entrada indican, por este orden,
Carta y nota a pie correspondientes.

2.6 Según el título IV, art. 37, de la Constitución de 1876, "El Rey abre y cierra las Cortes en persona o por medio de los Ministros". Comenta Moreno Luzón [2013: 326]: "Entre los ceremoniales más significativos figuraban aquéllos que representaban el principio de cosoberanía –o soberanía compartida entre las Cortes y el rey— que consagraba la Constitución […] El primer ceremonial coincidía con la apertura del Parlamento […] Salía a la calle, de palacio al Congreso o al Senado, el impresionante tren de carrozas de la casa real, que los aficionados conocían a la perfección [...] Una vez en el salón de sesiones, el monarca leía el mensaje de la Corona, donde se desgranaba el programa del gobierno que acababa de vencer en los comicios".

3.6 Galdós dedicará algunas páginas al desarrollo de este barrio de Salamanca, con bastante menos entusiasmo por su promotor, en el episodio *España sin rey* (1908).

5.3 En su sección "Galería de Figuras de Cera" del 10 de mayo de 1868. Todas las referencias a *La Nación* provienen de Rovira [2017]. Según Rodríguez Serrano [2013: 279] Moreno Nieto "llegaba diariamente a su hora a la biblioteca […] el Ateneo era como su casa".

5.4 El *Senado* era la "estancia de los viejos graves en público y en privado socarrones, que pasan el invierno contando historia […] que se reserva […] para los tutores del establecimiento". La *Cacharrería* era "uno de los centros neurálgicos de aquel Ateneo batallador" y "de él provenían rumores desacordes, coro de voces roncas, alboroto y estruendo cacharreril". El *Wagón* era un gabinete vecino de la biblioteca" considerado como "el despacho y la habitación de los distraídos". Tomado de Olmos [2018: 232-233].

5.5 En *Prim*, escribe: "por su carácter de cantón neutral o de templo libre y tolerante, donde cabían todos los dogmas filosóficos, literarios y científicos, fue llamado el Ateneo la *Holanda española*" [Pérez Galdós, 2007: 1126]. Sobre Castelar y el Ateneo véase Olmos [2018: 215-127].

5.7 A Gonzalo Morón había dedicado Galdós un artículo en su sección "Galería de Figuras de Cera" de *La Nación* [6/4/1866].

5.12 Relata Olmos [2018: 69]: "El monarca estaba tan empecinado en que desaparecieran todos los vestigios de aquella sociedad patriótica (liberal) y literaria, que llegó a a ordenar que las actas, reglamentos y memorias del Ateneo Español se recogiesen y archivasen en los archivos de palacio. Pero uno de los socios del Ateneo, el coronel Pablo Cabrero, en espera de tiempos mejores, se preocupó de llevarse a su casa […] algunos enseres de la institución. Estos documentos y estos enseres son algunas de las pocas huellas que del Ateneo de 1820 se conservaron".

5.17 Puede verse Troncoso [1999: 31-39].

6.4 En su sección "Galería de Españoles Célebres", a Camús [8/2/1886] y a Bardón [26/1/1886]; en "Galería de Figuras de Cera" a Balart [3/3/1868]. Volverá sobre Balart en la Carta 177. Sobre estos y otros de sus profesores en Filosofía y Letras véase también Arencibia [2020: 59-60].

6.5 Relata Olmos [2018: 244] que "los pintores contactados" no quisieron ser retribuidos, por lo que se acordó considerarlos socios del Ateneo.

6.6 "Aquí concluye el narrador su tarea […] Los años que siguen al 34 están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes no se puede disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con escalpelo. Quédese, pues, aquí este largo trabajo" [Pérez Galdós, 2006: 1245-46].

9.2 Señala Rubio Jiménez [1982: 34] que "Galdós, con su habitual sensibilidad para los acontecimientos de resonancia, hace que uno de los personajes de su novela *Lo prohibido* [1884-85] asista al estreno y venga escandalizado de las *tías elegantes* que salen".

9.3 El público burgués, "no admitía el tema de la cortesana en el teatro [y demandaba] obras que no incidieran en la crítica de costumbres de la sociedad, si no era muy superficialmente" [Rubio Jiménez, 1988: 681].

12.7 A pesar de la insistencia de Gasset, Galdós solo colaboró en el suplemento "Los Lunes del *Imparcial*" con tres artículos en los años 74, 89 y 09. Este último era reproducción de la Carta 190. [Alonso, 2005: 78-80].

12.8 Escribe Mesonero [2008: 479-482]: "De todos los cafés existentes en Madrid por los años 1830 y 31, el más destartalado, sombrío y solitario era, sin duda alguna, el situado en la planta baja de la casita contigua al Teatro del Príncipe, se pavoneaba con el mismo título […] Pues bien […] este miserable tugurio […] obtuvo la preferencia de los jóvenes poetas, literatos, artistas y aficionados […] una numerosa falange […] tomó posesión de aquella tierra […] plantaron en ella el estandarte de las Musas, imponiéndola, en consecuencia el título de *El parnasillo* ".

12.13 Pérez Galdós, 2010: 172.

14.1 Así lo explica Lafuente Ferrari [1987: 120].

14.13 El grado de amistad y confianza que Galdós llegó a tener con los ilustradores de sus *Episodios* puede comprobarse en siguiente párrafo de una carta que le dirige Mestres en junio de 1883: "Estoy atando casi las últimas correas del *Equipaje… ¿*Y cómo andaba vestido Salvadorcillo? Que hasta la fecha va desnudo en mis viñetas que es una vergüenza".

18.17 En su sección "Galeria de figuras de cera" [5/4/1868].

19.3 En *La Nación*, dentro de sus respectivas secciónes "Galería de Españoles Célebres" (4 de febrero de 1866), y "Revista de la Semana" [19/1/1868].

19.12 Pérez Galdós [2007: 348] se referirá irónicamente a Cervino en el episodio *Los duendes de la camarilla* (1903): "Pero a todos supera el numen del insigne poeta don Joaquín José Cervino, que en su *Oda a las Bodas de Caná*, refiere el milagro con estos rotundos versos: Ya linfa en hidria pura contenida, / Mira en licor de Engadi convertida".

19.13 En *La Nación* Galdós había reseñado su libro *La Arcadia moderna* [9/1/1868] y le había dedicado un artículo de su "Galeria de Figuras de Cera" [2/2/168]. En la *Revista de España* [13/7/1870], al reseñar sus *Proverbios ejemplares y proverbios cómicos*, exponía don Benito por primera vez su concepto de poética narrativa [Todas las referencias a periódicos o revistas españoles, excepto *La Nación* y los periódicos gallegos, provienen de *hdBN*].

22.12 A mediados del siglo XIX proliferan en Madrid los teatro-cafés, establecimientos modestos en locales dotados de un pequeño escenario y un amplio salón. Las obras largas se dividían en cinco o seis actos y el público abonaba una consumición por acto. El nombre de este café proviene de la versión española de la opereta *La Diva*: "Y nos juramos amor fiel/ ante el tricornio de un civil/ la noche de San Daniel /en el café de la Infantil" [Jiménez: 2011]. "En donde está *Romea*, estuvo

La Infantil en cuyo escenario bailaron los piececillos tontos y alegres de aquellas mujeres" Gómez de la Serna [1960: 22]. La popularidad de *La Infantil* debía ser grande, según se anuncia en prensa la inauguración del Teatro Romea que ocupó el solar del teatro-café: "el Teatro de la Infantil ha cambiado de nombre" [6/6/ 1890]; y ello a pesar de que el Romea sería ya un teatro convencional de lujosa instalación.

22.17 El cuento está basado en Periquillo Malas (o Pedro de Urdemalas en la comedia homónima cervantina), personaje tipo al que la tradición oral asigna episodios yuxtapuestos; uno de los más utilizados en diversas versiones es precisamente el de los rabos de unos cerdos enterrados en barro [Pérez y Martínez, 2003: 69].

23.1 Ya con el nuevo título y bastante corregido, aparecería publicado en La Guirnalda (Ma- drid, 1890), junto a la novela *La sombra*, y los cuentos *Celín* y *Theros*. Esta segunda versión de *Tropiquillos* volvería a publicarse en *Los lunes del Imparcial* [18/12/1893] y de nuevo en *La Prensa* de Buenos Aires, aunque ya no como carta al director, sino como publicación suelta [18/1/1894. Puede verse al respecto E. Ramón Trives, 1985: 5-30].

23.9 De David Teniers, están en El Prado *Bebedores y fumadores*, *El rey bebe*, y *Fiesta aldeana*. De Rubens, *El gusto* que forma parte de un conjunto llamado *Los cinco sentidos*, pintado en colaboración con Brueghel el Viejo.

24.4 Para Varela Olea [2002: 207] "la impresión general" de los artículos de Galdós en *La Prensa* es que su autor "observa ciertos males, pero la crisis no le parece tan honda como lo fue en los años revolucionarios, ni como lo será después del 98"; y cita este párrafo como ejemplo de "destellos pesimistas que el tiempo vendrá a confirmar".

24.5 Desde muy joven, Galdós debió conocer los altibajos de los ingenios azucareros ya que además de existir también en Canarias, su hermano Domingo, se casó en Cuba con la nieta del propietario de uno de ellos, Magdalena Hurtado de Mendoza [Pattison, 1986: 15-32]. Ya viuda y en España, sería "uno de los elementos fundamentales en la vida adulta del gran escritor […] en el círculo más íntimo que le rodeaba y le protegía" [Ortiz-Armengol, 2000: 32-35]. "Obsérvese que es justamente al reflexionar sobre Cuba, cuando se resquebraja su conformidad con el estado de cosas y sus esperanzas en nuestra regeneración" advierte Varela Olea [2002: 207].

26.2 En muchas de sus obras, como *El doctor enamorado* (1665), *El médico a palos* (1666), *Monsieur de Pourceaugnac* (1669) o *El enfermo imaginario* (1673), la figura del médico será objeto de sátira del dramaturgo francés. En Molière, la sátira médica no es solo un recurso fácil de tradición secular sino, sobre todo, una reflexión moral sobre la impostura y el error, que forma parte de su reflexión antropológica sobre los delirios de la imaginación humana [Tomado de Dandrey, 1998: 66].

26.9 La Constitución de 1869 fue la primera no confesional, que declaraba la libertad de cultos, por lo que mientras se redactaba el primer Código Civil (1869) se publica una Ley Provisional del Matrimonio Civil (1870), según la cual el matrimonio civil sería el único válido. Esta disposición no fue aceptada por la sociedad al ir contra la tradición y las creencias católicas de la mayoría, y da lugar a numerosos problemas de matrimonios canónicos no reconocidos, y de hijos ilegítimos de estas uniones. En 1875, un decreto el gobierno de Cánovas atribuye plenos efectos retroactivos a los matrimonios canónicos anteriores a la Ley de 1870, y se restablece la forma canónica, conservando exclusivamente la civil, para aquellos que declarasen no profesar la religión católica [*Noticias Jurídicas*].

26.13 Carlos III "era consciente de que en su familia la neurastenia y la depresión habían hecho estragos" [Enciso, 2003: 23]. En el mismo sentido, para Zavala [2007: 87-88], la afición desmedida de Carlos III por la caza era el modo de evitar "la melancolía" genética en que caería si se permitía la inacción. En cuanto a Fernando VII, el marqués de las Amarillas, miembro del Consejo de Regencia nombrado por el rey, habla de que este, de 49 años, se deja "dominar por la melancolía […] no es su enfermedad aguda [...] sino lo que es peor, un decaimiento sensible y progresivo de su naturaleza" [citado por Zavala, 2007: 143].

27.11 Señala Varela Olea [2002: 210] que la agitación universitaria tratada en esta Carta como reflejo de una cuestión más profunda y no solventada, la relación iglesia-estado, volverá a aparecer en el artículo regeneracionista "La España de hoy" que Galdós publicó en *El Día* [9/4/1901].

29.1 Comenzó tras la muerte de Carlos II de Habsburgo sin descendencia. Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia y de su esposa María Teresa de Austria, fue nombrado rey pero la casa de Habsburgo no lo aceptó, nombrando como tal al archiduque Carlos, hijo del emperador Leopoldo de Austria. La guerra terminaría con el tratado de Utrecht, al retirar el archiduque sus pretensiones por haber heredado la corona austriaca. Felipe V representaba el modelo centralista francés, apoyado por el reino de Castilla, mientras Carlos de Habsburgo personificaba el modelo foralista, apoyado por el reino de Aragón, especialmente en Cataluña [Tomado de Albareda Salvadó: 2010].

29.9 Prim será personaje en numerosas obras de Galdós. Puede verse su compleja visión del general en Troncoso [2016: 37-52].

30.1 "Una de sus características era enviar corresponsales, sin reparar en gastos, a cualquier lugar del mundo, si la noticia era relevante" [García Pinacho, 2017: 14].

30.4 Véase [Garre, 2015].

30.8 Sagasta, "zurcidor de voluntades" como le llamó Cánovas, había fundado el partido constitucional en 1871, dándole tal nombre por su defensa de la constitución del 69; en 1880 pasaría a llamarse partido liberal-fusionista o simplemente fusionista, al unirse a él figuras de procedencia diversa como Martínez Campos, Jovellar o Posada Herrera, y a partir de 1885, tomaría el definitivo nombre de partido liberal [Villares, 2009: 56 y ss].

31.3 Galdós tenía en su biblioteca muchas obras del dramaturgo, "casi todas en ejemplares dedicados, la mayoría de ellos anotados por quien los recibía […] Echegaray […] le abrió las puertas cuando don Benito estrenó como autor teatral […] fue un admirador del Galdós de los *Episodios* […] apoyó su candidatura […] al Nobel, y también la suscripción nacional en beneficio del anciano escritor" [Ortiz-Armengol, 2000: 220].

35.6 Tras participar en la polémica sobre ciencia española a tres bandas (tradicionalista, racionalista y neotomista) de los años 1876-77, don Marcelino en la segunda edición de *Ciencia española* (1882) había vuelto sobre sus tesis. Galdós intenta mantener en esta Carta una casi imposible equidistancia entre las tres bandas [Mora, 2013: 608-622].

35.10 Tras la muerte en 1669 del heredero pactado por las facciones de la Corte, José Fernando de Baviera, Carlos II hizo testamento en favor del nieto de su hermana, la infanta María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV de Francia. Apoyaba esta candidatura el cardenal Portocarrero frente a la del archiduque Carlos de Austria, defendida por la reina Mariana de Neoburgo, segunda esposa del rey. Un mes después del citado testamento, Carlos II moría sin sucesión directa [Domínguez Ortiz, 1982: XXX].

35.14 En el tercer capítulo del *Buscón* aparece la "Premática [ordenanza legal] del desengaño contra los poetas güeros, chirles y hebenes". Como explica Fernando Cabo [2011: 68] "Las premáticas burlescas constituyen uno de los géneros paródicos de origen oral con más éxito desde mediados del XVI, y también de los que más popularidad dieron al autor del *Buscón*. En este caso concreto, se trata de la adaptación de un texto anterior del propio Quevedo".

36.7 En la pastoral, reproducida en el periódico carlista *El siglo futuro*, se advertía que el terremoto de Andalucía era un aviso de Dios a la sociedad, "inmunda Sodoma", y se censuraba a la reina regente por enviar ayuda. El Vaticano terminaría por apoyar al gobierno español, tras meses de crisis diplomática [Robles, 1988: 357-380].

36.10 Con Bakunin y Pisarev, según quienes solo la destrucción es creadora, por lo que desembocará en el anarquismo y más tarde será heredada por el movimiento bolchevique [Ferrater Mora, 1994]. Puede verse también [Nietzsche, 2019].

36.11 "La corona constituía para él una carga abrumadora" [Pares, 1914: 372].

36.13 La visión galdosiana sobre las causas de la crisis coincide con la de los actuales historiadores; puede verse Villares [2009: 137-138].

37.1 Con ellos había realizado ya Galdós una exitosa excursión por Cantabria en 1876 origen de su primer texto de viajes, *Cuarenta leguas por Cantabria* [Arencibia, 2020: 189-190]; de ahí su entusiasmo, en febrero del 85, ante este nueva ruta propuesta por Pereda: "Ya sabe usted que estoy siempre dispuesto a hacer un viaje con usted y Crespo a donde me quieran llevar". "Mañana sali- mos Pereda y yo para Portugal, luego iremos a Galicia" carta a *Clarín* del 24 de mayo, que Smith [2016: 122] data erróneamente el 24 de junio. Así lo certifica, además de la fecha de redacción de esta Carta, el artículo de González Herrán [1981: 499-511]. El viaje a Portugal será recordado en sus *Memorias* [1973: 1436].

38.11 En *El Eco de Galicia* del 20 del septiembre de 1885**,** con la siguiente entradilla: "De un interesante artículo así titulado [De Oporto a Vigo], del célebre novelista Sr. Pérez Galdós, tomamos lo siguiente, que agradará leer a nuestros cariñosos suscriptores".

38.12 Además de la visita a Santiago [Gónzález Herrán, 1981: 499-511], quizás continuó a Ferrol, según anuncia la *Gaceta de Galicia* [26/6/1885]: "Esta tarde, según vemos en los periódicos de La Coruña, deben llegar a Ferrol los insignes novelistas D. José María Pereda y D. Benito Pérez Galdós que solo se detendrán aquí un día" [Todas las referencias a periódicos gallegos proviene de *hG*].

48.15 En "Revista de la semana", [23 y 30/3, 6 y 23/4 y 9/7/ 1865].

49.1 Galdós, ya ciego, en una conferencia que leería en el Ateneo Serafín Álvarez Quintero, recordaba: "Asistía yo con intercadencia a las cátedras de Derecho, y con perseverancia a las de Filosofía y Letras, en las cuales brillaban por su gallarda elocuencia y profundo saber profesores como don Fernando de Castro, don Francisco de Paula Canalejas, el divino Castelar, el austero Bardón y el amenísimo y encantador Camus" [Ortiz-Armengol, 2000: 63].

53.11 En *El liberal* de Las Palmas [30/3/1886]. Con cierta frecuencia, cuando los periódicos le piden artículos, Galdós les envía alguno ya publicado sobre todo en Buenos Aires, ya que sabía no sería conocido a España.

54.1 Lo publicó en Francia por primera vez el jesuita Jean Croisset en 1778 y fue traducido al castellano por el padre Isla [*BDCYL*: 2008].

54.3 Así lo dice en sus *Memorias* [1973: 2438]: "Lo verdaderamente auténtico y real es la figura de Guillermina Pacheco. Tan solo me he tomado la licencia de variar el nombre. La santa dama fundadora se llamó en el siglo doña Ernestina".

54.9 Fue probablemente Middleton en 1967 quien descubrió la confusión de los cronistas decimonónicos según explica Castillejo [1984: 14-15]. Galdós pudo haberse basado en Mesonero [1967: 454].

55.1 Puede verse al respecto Ortiz-Armengol, [2000: 239-243].

56.7 El 30 de enero del 85, por ejemplo, le escribe don Benito: "hay cosas que no puedo dejar pasar […] que el castellano sea para V. como para mí el inglés. Su carta misma es un buen modelo de castellano epistolar […] V. no escribe en castellano porque no quiere" [Smith, 2016: 114].

56.8 Resulta una alabanza para Oller que Galdós recuerde este prólogo de Zola. En la Carta 81, llamará al escritor francés "célebre maestro", y en la 131 "insigne novelista". A Gullón [2020: 222] "la cercanía de la trayectoria intelectual y vital entre ambos" le "parece evidente". Arencibia [494 y 812 n. 2] cree que Galdós "sintonizaba literariamente" con Zola y relata como llegarían a conocerse personalmente en País en 1900.

58.5 Tales Cartas reflejan la fascinación de don Benito por acusados de delitos graves. Véase Reig [2002: XVII-XVIII y XXI-XXII], quien afirma que Galdós, en los crímenes de Galeote y Fuencarral, "es Dashiel Hammett en versión Chamberí". A propósito de "la base estética del periodismo", puede verse Gullón [2006: 241-246], y recuérdese lo apuntado en la Introducción sobre la lireraura de no ficción.

59.5 Por ello formaba parte de la comisión parlamentaria que asistió a la presentación del niño rey el 17 de mayo, de la que redactó su Carta como testigo directo el 23. Pero al periódico le parece que llega tarde: "El director de La Prensa, Dr. Dávila, me encarga le diga a Vd. que siempre que haya novedad de gran importancia le dirija una correspondencia inmediatamente, y no espere el día fijo de salida de un vapor […] Nos contentaríamos aunque fuese una carta de unas cuantas carillas […] siempre que las recibiésemos con oportunidad. Por ejemplo, con el nacimiento del nuevo Rey de España, tuvimos las noticias primero por telégrafo y más tarde con todo detalle, mientras que su correspondencia la hemos recibido a los 15 días de pasar" [Silva, 26/6/86]. Todavía en 1912, don Benito recordaría en carta a Teodora Gandarias: "Asistí a la ceremonia de presentación de este Rey. Y me parece que estoy viendo a don Práxedes [Sagasta] con la bandeja en la mano, presentando al recién nacido, como un conejo desollado" [Nuez, 1993: 281].

60.7 Escribe a *Clarín* en junio del 86: "Esta vida (no digo la política, pues yo no miro al Congreso más que como un Casino, y como el mejor de los casinos) me gusta. Me he convencido de que es imposible conocer a fondo la variedad española sin pasar por aquella casa" [Smith, 2016: 134]. Sobre su actividad como diputado a lo largo de los cinco años que lo fue, y sobre las molestias que le producirá tal condición, véase Arencibia [2020: 286-288].

60.14 Puede verse Pino Campos [2005: 2-16].

61.4 Según Fernández Almagro [1959: 25], el escrito de contestación al Mensaje fue redactado "por el novel diputado liberal Pérez Galdós" aunque Maura lo defendiese en el Parlamento.

63.3 "Pi y Margall obtuvo su acta por acumulación de votos emitidos a su favor en todo el país: en total, le fueron otorgados 21.244 votos, de los que 15.430 correspondían a 128 distritos donde no había habido lucha electoral". [Sánchez Ortiz, 2012: 454].

65.4 Galdós tenía un ejemplar de la traducción de 1852 en su biblioteca [Nuez, 1990: 261].

65.14 Afirma Moreno Seco, [2011: 418] que "desde el poder se construyó una imagen que intentaba reforzar valores como la entrega a la familia real […] a sus responsabilidades de gobierno […] una monarca parlamentaria que respetaba […] la alternancia entre los partidos dinásticos". De todas formas, Galdós en estas Cartas habla bien de la regente antes y después de ser diputado liberal.

66.8 "los partidos solo pueden apelar a la fuerza cuando se les niegan los medios para poner en práctica las aspiraciones del pueblo. En Inglaterra los republicanos no defienden procedimientos de fuerza porque allí el poder está en la opinión pública" [Citado por *Faro de Vigo,* 4/9/1886].

68.1 Evoca Galdós en *Memorias* [1973: 1431]: "Como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche, de dos en dos, por la calle de Alcalá arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros". Además, recreará este suceso en Ángel Guerra (1890-91) y en el episodio *La de los tristes destinos* (1907).

68.3 Véase Seco Serrano [2006: 219-220].

75.5 Puede verse Boo [1988: 123-124] quien compara las técnicas periodística y novelesca de Galdós al recrear la navidad en Madrid.

77.4 Alonso de Covarrubias y Luis de Vega fueron nombrados por Carlos I "Maestros Mayores de los Reales Alcázares de Madrid y Toledo" en 1537. Seis años después, se decidió que cada uno se dedicase a una única ciudad: Covarrubias a Toledo y Vega a Madrid. A Gregorio de Villalpando, se deben las arquerías de la escalera del alcázar, de 1550 [Marías, 1983: 52 y 61].

77.12 En *Toledo pintoresco* [Amador de los Ríos, 1845: 131] que Galdós tenía en su biblioteca. En esa misma página, su autor también recuerda el incendio de San Juan de los Reyes.

77.13 En 1887, "Todavía sin haber acabado la novela magna [*Fortunata y Jacinta*], ha estado unos días en Toledo, la ciudad de la que se ha prendado, y a la que ha ido haciendo escapatorias de unos pocos días desde que la conociera en el filo de los años 62-63 […] Salvo Madrid, ninguna otra ciudad conoció Galdós como esta de Toledo [de la que en] *Ángel Guerra* iba a absorber todo lo esencial" [Ortiz-Armengol, 2000: 255 y 288].

78.1 Véase Varela Olea [2002: 208].

78.3 Escribe a Alas el 30 de marzo: "el 2° tomo se está concluyendo de tirar. Y el tercero va enseguida. El último tardará algo más" [Smith, 2016: 137-138].

79.5 De este apartado sobre "los Pepes", Galdós había publicado una primera versión reducida en *La Nación* [22/3/1868]. Shoemaker [1970: 887-898], que estudia los profundos cambios existentes entre ambas, considerándolos importantes para el estudio de la evolución estilística galdosiana. Opina que el primer motivo de adaptación es el cambio de lectores: españoles en la primera versión, argentinos en la segunda.

80.4 Galdós fue secretario de la comisión parlamentaria, presidida por Gamazo, que se ocupó de la adjudicación de los servicios marítimos a la compañía Trasatlántica [Arencibia, 2020: 287]. Esto explica el conocimiento del tema que reflejan las Cartas 64, 79, 80 y 81. El debate en el Congreso se prolongó casi un año; de ahí el párrafo que le dirige doña Emilia en carta de abril de 1887: "Es preciso que, puesto que está V. resuelto, al acabar con la Trasatlantica, a consagrarme un día, lo dediquemos a alguna excursión" [Pardo Bazán, 20013: 66].

81.4 Asegura Ortiz-Armengol, [2000: 253] que "En este acontecimiento. Don Benito, cada vez más cerca de doña Emilia, su cofrade en letras y en naturalismo, figuró en primera fila. Literalmente, porque ocupó un asiento en la fila primera del salón de actos del Ateneo de Madrid" los días 13, 20 y 27 de abril. En junio, ella acaba de leer el tercer tomo de *Fortunata y Jacinta* y desde Galicia comenta a Galdós la cercanía, ahora intelectual, de ambos: "Veo con gusto que yo en forma crítica y V. en forma artística hemos expresado casi al tiempo la seducción que en nosotros ejerce la masa popular, la cantera, el bloque donde se reservan las energías nacionales. Cuando lea V. mis conferencias, lo verá" [Pardo Bazán, 2013: 68]. Galdós augura en esta misma Carta, que "serán los libros más amenos, intructivos e interesantes que imaginarse pueda".

82.3 Puede verse Boo [1988: 124-125] quien compara las técnicas periodística y novelesca de Galdós al recrear la madrileña fiesta de San Isidro.

82.8 La Compañía Arrendataria de Tabacos (CAT) se constituyó el 25 de junio; su mayor accionista era el Banco de España. Hay un par de detalles interesantes entre los firmantes citados por Galdós: Weissweiller y Bauer eran los representantes en Madrid de la casa Roschild; no firmaba Urquijo, sino que estaba representado por el administrador de la Sociedad Urquijo y Compañía. [Comín y Martín, 1999: 7].

84.1 Al final de ese cuarto y último tomo, escribe don Benito "Madrid. Junio de 1887". Aunque hoy sea considerada la summa galdosiana, el 28 de septiembre su autor parece desfondado, según confiesa a *Clarín*: "*Fortunata y Jacinta* es muy defectuosa […] Había ya perdido la memoria de haber escrito tal obra, resultado del silencio espantoso que reina aquí en derredor de toda producción del ingenio que no es [la zarzuela] *La Gran Vía* […] el estado de la opinión literaria y el marasmo que reina llegan a producir la ilusión de que uno es tonto" [Smith, 2016: 143].

85.1 Tomado del *DBE*.

85.4 La expresión proviene de Horacio en *Odas*, II, 10, vv. 5-6, y tuvo larga vida posterior.

85.5 Para este viaje a Europa en 1887 puede verse Arencibia [2020: 291-294] y Ortiz-Armengol [2000: 255-258] quien considera que para Galdós fue "el viaje de su vida". Don Benito solía partir a sus viajes estivales desde Santander, por lo que utilizaba el vapor hacia Inglaterra para comen- zarlos.

87.12 Con el título "Apuntes de Viaje. En Berlín", I y II aparecen en Madrid, en *El día* [15 y 16/12/1887], y en *Nada* [18 y 24/12/ 1887], y en Las Palmas, en *El liberal* [17 y 20/1/1888].

88.1 "Otro de los amigos míos más entrañables fue y es Pepe Alcalá Galiano, nieto del famoso don Antonio y pariente de todo los Galianos que en el mundo han sido […] empezó su carrera consular en Jerusalén; luego sirvió en diferentes consulados, y, por último, pasó a Newcastle […] Yo iba todos los veranos […] y de allí partíamos Pepe Galiano y yo para nuestros viajes estivales, que algunos fueron tan extensos como si diéramos la vuelta al mundo" [*Memorias*, 1973: 1439-1440].

90.4 Aunque la Asamblea Federal (3 al 14 de octubre) terminó con discurso de Pi y Margall animando a aunar esfuerzos de coalición "con las demás agrupaciones republicanas", sus conclusiones rechazaban la fuerza para traer la república y exigían la presencia en Madrid de Ruiz Zorrilla. Entre el 17 y el 31 del mismo mes, Pi estuvo en París con el jefe progresista pero encontró "grandes dificultades para entenderse". Los rumores de rompimiento se confirmaron en noviembre [Recogido de *El Imparcia*l, entre octubre y noviembre de 1887].

91.1 Santiago Alba [1916: 16] comenta irónicamente a propósito de esta *Información*: "lo primero que hace un gobierno español ante un problema que conviene entregar a la ayuda providencial del tiempo es abrir una Información".

92.2 El 19 de octubre, la "Asociación de Agricultores de España", se reúne en la Universidad Central de Madrid y, entre otros discursos, el del banquero y agricultor acaudalado, Adolfo Bayo se imprime y tiene un amplio eco, sobre todo en Cataluña. Se reúne entonces una asamblea agrícola; llegan a Madrid numerosos campesinos de toda España que plantean sus problemas a los terratenientes y nace la Liga Agraria [tomado de Alba, 1916].

91.4 Para una síntesis de los problemas agrarios y el debate proteccionismo/librecambismo puede verse Villares [2009: 136-144].

92.9 La Real Orden de Carlos III fue establecida por este rey en 1771 con la finalidad de condecorar a aquellas personas que se hubiesen destacado especialmente en beneficio de España y la Corona; desde su creación, es la más distinguida condecoración civil española. La Real Orden de Isabel la Católica, fue creada por Fernando VII en 1815, con el fin de premiar la lealtad y los méritos contraídos en favor de la prosperidad del país [*PARES*].

93.2 Charles de Freycinet de 79 al 80, Jules Ferry del 80 al 81 y del 83 al 85, Henry Brisson del 85 al 86. Los cambios de gabinete, debidos al poder de una Cámara multipartidista, exasperan a la opinión pública y alimentan el antiparlamentarismo propicio a Boulanger. Pero esa inestabilidad gubernamental no había afectado hasta este escándalo a la Presidencia de la República. Pueden verse Mayeur [1973: 150-172] y Lefebre Filleau [2005: 80-102].

93.6 Puede verse Miquel [1976: 434-437].

94.5 Véase Mckendrick [2005: 52]. Sito Alba [1983: 400-401] destaca el peso "para nuestro teatro, y nuestras letras en general" de la estancia de Alberto Nazeri de Ganassa en España. "Influye en el modo español de representar, debido a su inmenso prestigio, en las estructuras del lugar teatral, e incluso en el calendario dedicado al espectáculo". Según Rubio Cremades [1989: 267] Galdós transcribe erróneamente el patronímico del italiano por tomarlo de *El antiguo Madrid* de Mesonero Romanos.

94.10 "lo que no se ha explicado nadie hasta ahora, es la enemiga profunda que manifestó siempre Rita Luna al grande actor" escribe Sepúlveda [1888: 187].

94.11 **"**El teatro parecía más bien desahogo de gente holgazana que recreo de lo más escogido de la sociedad" escribe Galdós en *Don Ramón de la Cru*z [1973: 1236-1237].

94.22 Puede verse Alzaga Ruiz [2014: 121-125 y 134-136].

94.7 Don Benito debió dedicar mucho tiempo como secretario a la comisión parlamentaria de la Trasatlántica los largos meses que duró el debate, ya que Pardo Bazán [2013: 66] en abril del 87 le escribe: "puesto que esta V. resuelto, al acabar con la Trasatlántica, a consagrarme un día...".

95.10 Tras el retorno de los conservadores en 1884, "la obsesión de Sagasta consistió en hacer patente que la recuperación del poder solo podría tener lugar bajo su liderazgo y con un partido liberal unido. Esto es lo que se consuma durante el año 1885, con el acuerdo entre las distintas fracciones del liberalismo, conocido como la "ley de garantías" pactada por Alonso Martínez y Montero Ríos. El acuerdo fijaba con precisión los grandes principios programáticos del liberalismo liberal-democrático (sufragio universal, jurado, previsión de la reforma de la Constitución) y reco-

nocía expresamente en su primer artículo que "Las Cortes con el rey" son "la representación de la soberanía nacional" [Villares, 2009: 73-74].

96.2 Los seis artículos se publicaron entre el 19 de diciembre del 88 y el 9 de enero del 89, con los siguientes subtítulos: "A Roma" y "Camino de la estación" escritos, en Madrid, "Una Salve" en Toulouse, "Viaje de recreo espiritual" en Ventimiglia, "La Iglesia madre" y "El fantasma blanco" en Roma. Esta vez Galdós nos ofrece abiertamente su fuente.

96.5 Pío IX, muy abierto al principio de su papado, como refleja Galdós en el episodio *Las tormentas del 48* (1902), a partir de 1870 evolucionó hacia el integrismo: se declaró prisionero en el Vaticano, y en 1872 se opuso a que los católicos italianos participasen en la vida política del nuevo reino de Italia.

96.6 Uno de los puntos de *Syllabus* publicado por Pío IX en 1862, condenaba la separación iglesia-estado, lo que en la práctica supuso un apoyo para el carlismo español [Montero García, 2014: 133].

98.5 *Don Quijote*, II, 3: "–Así es –replicó Sansón–, pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna". Anota Rico [Cervantes, 2004: 569] "La distinción entre poesía e historia procede de la *Poética* de Aristóteles y tuvo un importante papel en la teoría literaria del Renacimiento. La idealización propia del poeta tenía que abarcar todos los aspectos de la ficción; lengua e ideas, categorías morales y religiosas, jerarquías sociales, etc., habían de presentarse *como debían ser*".

98.6 Smith [2016: 147].

98.7 "Del 72, el primer años que yo visité la capital cantábrica, data mi entrañable amistad con el insigne escritor montañés; amistad que permaneció inalterable, fraternal, hasta que acabaron los días del glorioso autor de *Sotileza y Peñas arriba*. Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosoas disputas, sin llegar al altercado displicente. En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros. En mi copioso archivo epistolar conservo como un rico tesoro multitud de cartas de Pereda" [*Memorias*, 1973: 1436-37].

99.3 Comenta Villares [2009: 80] "Los propios líderes políticos tenían sus dudas sobre este asunto [como prueba] en febrero de 1888 el debate del mensaje de la corona. Si para Castelar el sistema estaba caminando hacia una monarquía democrática, para Cánovas era una contradicción, pues `la constitución de 1876 no es democrática', al marcar claramente la supremacía de la corona sobre el parlamento […] Controversia que quiso zanjar Sagasta […] `La constitución actual […] es española… ni democrática, ni liberal, ni conservadora: es simplemente española'".

99.5 Véase Boo [1988: 125-126] quien contrasta las respectivas técnicas periodística y novelística de Galdós sobre el tema.

100.4 La sinécdoque obedece a que se llamó *Terceira* a la tercera isla del archipiélago en ser descubierta [Freitas, 2008: 9].

100.7 La *Revista* se publicó el 9 de febrero de 1888, es decir, en las mismas fechas en que don Benito data la redacción de su Carta, pero el escritor debió tener acceso a sus textos con anterioridad, probablemente a través de Pelayo Alcalá Galiano, firmante de uno de los artículos y primo de

José, íntimo de don Benito. La fuente principal es el artículo de Fernández Navarrete, [1888: 22-63]; las coincidencias entre ambos textos no dejan lugar a dudas: figuran allí la referencia al homenaje a Marcenado, las palabras del cautivo cervantino; la comparación entre aquella nobleza y *la de nuestros días*; el combate de Muros; la persecución de los piratas y campañas de Gomera, Ceuta y Malta; la concesión del título de marqués; el apresamiento del nieto de Barbarroja; la colaboración con Alba en la campaña de Portugal y la acción en Setúbal; el socorro a otras naves durante el combate; el combate de islas Terceras acompañado de Oquendo y Villaviciosa; la muerte de Strozzi que "expiró al ser presentado al marqués"; el texto completo de la carta de Bazán a Felipe II, de la que Galdós ofrece un fragmento; "Las musas castellanas" que inspiraron a numerosos poetas para ensalzar al marino, aunque Galdós suprime a los menos conocidos y añade a Vicente Espinel. Con respecto a este último punto, según Camacho Guizado, [1969: 129] "Don Álvaro de Bazán, el héroe, es para el silo imperial […] en lo que a poesía erudita se refiere, la encarnación del valor, el heroísmo, la hazaña […] A su muerte se escribieron innumerables poemas".

100.8 En la colaboración de Pelayo Alcalá Galiano a la *Revista* citada, una descripción comentada del palacio, se leen casi las mismas palabras de Galdós en esta Carta: "la afición que el marqués había manifestado a las Bellas Artes, lo acreditó en su palacio […] con magnificencia y buen gusto" [Alcalá Galiano, 1888: 106].

100.10 Ya Lafuente [1888: 1890] la cita con el preventivo "Cuéntase que dijo".

100.11 El gobierno, a propuesta de Cassola, se negó a tributar honores de capitán general a los restos de Álvaro de Bazán, por lo que su descendiente, el marqués de Santa Cruz, renunció a trasladar a Madrid dichos restos. Pueden verse *La Época* o *El Liberal* [6/2/1888].

103.1 [Smith y Rubio Jiménez, 2005-2006: 158].

103.2 [Ortiz- Armengol, 2000: 260-263 y Arencibia, 2020: 302-304]. Galdós, en sus *Memorias* [1973: 1439], recuerda: "En la primavera del 88 Ferreras y nuestro amigo el marqués de Castresana me catequizaron para ir con ellos a la Exposición de Barcelona […] a nuestro jefe Sagasta le veíamos diariamente" [Véase Sotelo, 2005: 25-32].

103.8 En septiembre de 1868: "Al llegar a Barcelona me encontré [...] con la revolución de España [...] Mi familia se asustó del barullo revolucionario, y como estaba en el puerto el vapor América [...] nos fuimos a bordo para partir hacia las Afortunadas al día siguiente. Por la noche, desde el vapor, presenciamos las demasías de la plebe barcelonesa, que se limitaron a quemar las casetas de consumos [...] Toda España estaba ya en ascuas. Barcelona, que siempre figuró en la vanguardia del liberalismo y de las ideas progresivas, simpatizaba con fervorosa efusión en el movimiento" [*Memorias*, 1430-32]. Galdós abandonará el barco en Alicante y tomará un tren a Madrid.

104.9 El brazo militar de Cataluña, fundado en 1602 por Onofre d`Alentorn, congregaba a la nobleza catalana y desde 1697 arrastró a las otras dos instituciones a posiciones muy beligerantes en defensa de los fueros catalanes a través de la Conferencia de las tres Comunas. Tras la guerrade Sucesión, cuando archiduque de Austria renunció a la corona española, los catalanes siguieron luchando contra el rey Borbón que en 1714 abolió el Brazo militar. Sería restaurado con carácter simbólico en 1880 como Cuerpo de la Nobleza de Cataluña [tomado de Martí Fraga, 2008].

104.11 Puede verse Vázquez y Sánchez, 2002.

105.1 "Solo cuando a la presión catalana se unieron los intereses de los agricultores […] organizados en la Liga Agraria, y las demandas de los siderúrgicos bilbaínos […] se produjo la con-

vergencia de la política arancelaria hacia el proteccionismo [...] En un discurso pronunciado en la Exposición de Barcelona, ya sostenía Cánovas (entonces en la oposición) la necesidad de aunar la protección de agricultura e industria" [Villares, 2009: 144], pero el viraje de política económica no llegaría hasta 1890 con gobierno conservador.

105.2 *La Época* del 7 de junio recoge entre los "festejos dispuestos: […] a las cuatro y media la fiesta militar del Carroussel en la Plaza de Toros" y *La Iberia* del 8 relata cómo "continuó brillantemente la fiesta militar. Las evoluciones de la artillería, la esgrima de bayoneta, los caballos montados […] por oficiales de caballería, las torres catalanas ejecutadas por cien soldados […] y el Carrousel todo ejecutado admirablemente".

106.3 Lida [1972 y 1973], Andreu [1996-97] y Ayala [2016].

107.1 [Ghiraldo, 1924: 101-112]. Además de sumario, encabezamiento y firma, probablemente falten fragmentos relacionados con el lugar original de publicación que el editor eliminaba sistemáticamente, y tal vez algún otro.

108.1 Puede verse Ordieres Díez [1995: 191-192].

108.7 Así terminaba la segunda intervención de Titiro en su diálogo con Melibeo: *Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes/quantum lenta solent inter uiburna cupress*i. Lo que, según la versión de Eugenio de Ochoa [1869], quiere decir: "pero Roma descuella tanto sobre las demás ciudades como los altos cipreses entre las flexibles mimbreras". Según DRAE *viburno*s son 'arbustos de la familia de las capriofoliáceas', pero las muy numerosas versiones de esta Égloga al castellano han elegido términos más comprensibles y expresivos. Galdós tenía en su biblioteca una versión francesa, *Oeuvres de Virgile*, datada en París 1863 [Nuez, 1990: 228].

109.8 *Che lividor, che sangue! oh qual ti veggio,/formosissima donna!*, es decir,/cuánta lividez, cuánta sangre! ¡Oh, cómo te veo,/ hermosísima mujer!'. Además de tres ediciones de la *Divina Comedia* (1860, 1880 y 1886), Galdós tenía en su biblioteca *La poesía de Leopardi* (1886) y el librode Carmen de Burgos, *Giacomo Leopardi (su vida y sus obras)* s.a. [Nuez 1990: 155, 156 y 254].

110.3 Según *Memorias* [1973: 1445-1448], invitado por el embajador de España, comió un día "con un abate romano" que le contó numerosas anécdotas del Papado ("Lo que me contó un abate", se titula el capítulo). Allí se defiende que al papa Alejandro VI "se debieron transcendentales acuerdos pontificios", que Lucrecia Borgia "no fue tan mala como han dicho los poetas y dramaturgos" y que César Borgia "fue en realidad un hombre perverso".

111.3 Allí defendía Cánovas la necesidad de aunar la protección de agricultura e industria porque no se puede "separar la causa de la protección para lo uno y para lo otro, ni en Cataluña ni en la generalidad del país" [Villares, 2009: 144].

111.4 "Se atribuye la actitud hostil de los zaragozanos a las declaraciones hechas por el sr. Cánovas en Lérida sobre el ferrocarril de Noguera-Pallaresa, contrario al de Canfranc" [*El Imparcial*, 21/10/88].

111.6 Comentaba este periódico [8/11/1888]: "aquí la prensa conservadora […] ha emprendido una senda más perturbadora y peligrosa que los mismos alborotadores de la silba sevillana. Han sacado la teoría de ser sus hombres consustanciales con el trono, hasta hacernos temer que cuando uno de sus jefes se constipe va a ser preciso que la dinastía sude la camiseta".

111.13 Según la reseña de *El Imparcial* sobre el discurso de Sevilla, Cánovas "juzga incompatible [el sufragio universal] a la larga con la monarquía y lo es también en su concepto de la libertad individual".

112.9 Las tres ediciones de de la *Divina comedia* que Galdós poseía eran respectivamente de 1860, 1880 y 1886. [Nuez 1990: 155-156].

113.10 "¡Horrible espectáculo! De la honda cavidad brotaba con resoplido intermitente un chorro de fuego entre cuyas llamaradas veíamos pedazos de materias incandescentes que caían ante nuestros ojos con estrépito […] en cuestión de cráteres en actividad me he quedado satisfechos con uno, y gracias" [*Memorias*, 1973: 1450]. Ortiz-Armengol [2000: 264-264], quizás con ironía dado el no demasiado canarismo que ejerció don Benito, comenta: "No se le presentó jamás la ocasión, ni tampoco la idea, de conquistar el Teide de Tenerife".

114.7 Galdós poseía un ejemplar en francés de 1872 en su biblioteca [Nuez, 1990: 128].

115.3 "En 1888 se consuma una segunda escisión del carlismo [la primera, aludida por Galdós en las Cartas 8 y 95, se produjo en 1884 entre `puros' de don Carlos y Cándido Nocedal y `mestizos' de Alejandro Pidal Mon]. Toman la dirección del partido los leales a don Carlos, representados por el marqués de Cerralbo y […] Vázquez de Mella. El movimiento queda dividido entre carlistas e integristas. Estos últimos agrupados por Nocedal y el grupo de veinticuatro periódicos coordinados por *El siglo Futuro* […], cuentan con cierto respaldo social entre el clero vasco-navarro [A la muerte de Cándido Nocedal en 1885, su hijo Ramón continúa la coordinación del integrismo]. A pesar de las escisiones y luchas internas, la influencia del carlismo en la sociedad española de la Restauración no puede medirse con el rasero de su [poco] éxito electoral, pues su presencia en los medios literarios y académicos era más que notable" [Villares, 2009: 60].

115.8 Véase Villares [2009: 78].

118.3 De Donatello se conserva la estatua ecuestre de Gatamelatta; de Giotto di Bondone, el interior de la capilla Scrovegni o las pinturas del santuario de Santa Madonna della Arena. (1035); de fra Filipo Lippi, ha desaparecido todo.

118.10 Albornoz consiguió sofocar las revueltas con dos expediciones militares en 1353-1357 y en 1358-1359, restableciendo el poder y la primacía papal en la ciudad. Una vez reinstaurado el orden, Inocencio VI le confió el gobierno de los Estados Pontificios; las leyes promulgadas por Albornoz permanecieron en vigor hasta 1816.

119.11 En el siglo XIX, por un pasaje de *Le vite*, "Onde, ancor oggi dí, si vede ritratto, nella cappella del Palagio del Podestà di Fiorenza, l'effigie di Dante Alighieri, coetaneo et amico di Giotto" [Vasari: 1550], se descubrió que dentro de lo que hoy es el Bargello, Giotto había retratado a Dante, reconocible en las filas de los bienaventurados gracias al sombrero, a la bata roja y a que es el único con un libro, la *Divina comedia*, en la mano.

121.7 "Este evento que ha sido considerado por muchos como símbolo del inicio del Humanismo, es sin duda uno de los sucesos más espectaculares y fastuosos en que se haya visto involucrado literato alguno […] Los detalles en torno a la coronación y a los hechos que la antecedieron nos son ofrecidos por Petrarca mismo en muy diversos lugares de su obra" [Quezada Alameda: 2013].

La versión que de esta coronación del poeta italiano nos da Francisco Rico [2011] es bien distinta a la que de Zorrilla nos ofrece Galdós: "Con muy escasa obra […] textos inspirados en el más estricto clasicismo […] Petrarca consigue en 1341 […] por sus influencias en la curia papal, con los Colonna y por intereses políticos […] que Roberto de Anjou […] señor de Roma […] le confiera el laurel de poeta, una distinción a la que en vano había aspirado Dante […] Coronado […] en el Capitolio de Roma como poeta laureado […] es a partir de esa coronación […] cuando Petrarca

[…] se da cuenta cuán artificial […] es la actividad a la que está dedicado […] Esa imitación […] *pedisequa* […] no le da ocasión de expresarse […] como el individuo continuamente atento a sí mismo y a la imagen que de él tendrán los demás […] Esa es la clave […] del papel de Petrarca en la historia de la cultura moderna".

121.10 En la versión de Schiller, encuadrada en el movimiento *Sturm und drang* que inicia el Romanticismo alemán, la causa del suicidio era el amor frustrado del príncipe por Isabel de Valois, tercera esposa de su padre, sobre el fondo histórico de la lucha de Flandes por independizarse de España. La ópera de Verdi *Don Carlos* (1867), basada en el drama de Schiller, dio aún mayor popularidad a la desgraciada historia del hijo de Felipe II [*EB*: 2007]. Galdós sugiere el paralelismo entre las muertes trágicas de dos herederos malavenidos con sus respectivos y poderosos padres, Felipe II y Francisco José de Austria.

121.16 Al quedar vacante la plaza de Villahermosa, Menéndez Pelayo, pretende cubrirla presentando a Galdós; un grupo de académicos movidos por Cánovas proponen a Francisco Commerelán, por ser Galdós "autor de novelas que habían ofendido gravemente al catolicismo más tradicional" [Ortiz-Armengol, 2000: 266] y diputado del partido liberal. El 17 de enero del 89, resulta elegido Comerelán con protestas y burlas de varios sectores, incluida la prensa, por la distancia entre el prestigio internacional de Galdós y el inexistente del latinista. Frente a la reserva irónica de don Benito en *La Prensa*, su correspondencia privada con Pereda y Clarín [Smith, 2016: 162-170] revela detalles de lo ocurrido antes y después de esta elección, y muestra su indignación; selecciono algunas frases significativas: "Marcelino se empeña en presentarme a la Academia […] buena está aquella gente para admitirme a mí" "¡Ay mi señor don José, en la que nos hemos metido! […] D. Antonio […] cada vez parece más resuelto adalid del commeleranismo […] ¡Vaya un tumor que me ha caído con esto de ser del gobierno interior!" (A Pereda). "La gresca que se ha armado con motivo de mi presentación […] es tan compleja que necesito ponerle a V. en antecedentes […] otros presentan a ese Commerelán (cuyo nombre oí entonces por primera vez […] [El] jueves 22, venció en toda la línea, gracias al empuje de Cánovas que hizo de esto cuestión política […] En aquella sesión […] hubo sapos y culebras […] D. Antonio […] fuera de quicio […] y siendo yo diputado liberal […] ha querido hacer ver que no se mueve una hoja en el árbol sin su consentimiento[…] esto es de interés colectivo […] conviene que todos los del gremio nos unamos" (*A Clarín*).

121.17 La decisión de no presentarse a la vacante dejada por Francisco Arnao en febrero del 89 parece consensuada por Galdós con los académicos Menéndez Pelayo y Núñez de Arce, ya que en ese mes, escribe a Pereda: "Ahora, la vacante de Arnao, me ha de dar más disgustos que la otra […] ¿Qué he de decir de esa estupidez académica? […] Ya me están dando la jaqueca otra vez […] ha de saber que renuncio a presentarme […] que no quiero nada con esa gente, y que si algo me hace vacilar es la consideración a los amigos que la otra vez me presentaron […] Esta noche nos reuniremos Marcelino, D. Gaspar yo para acordar nuestra actitud" [Smith, 2016: 172]. Ante la tercera vacante consecutiva, la de León Galindo, Galdós comenta a Pereda: "Tercera oportunidad […] Siguen ellos empeñados en humillarme, llevándome allí [a la Academia], y yo no me dejo humillar […] Están sin saber qué hacer, según me dijo Marcelino anoche" [Smith, 2016: 174]. Por fin, le convencen, y escribe a *Clarín*: "¿Sabe que se empeñan ahora en hacerme académico? Mis resistencias han sido inútiles […] ¡Quién me lo había de decir!" [Smith, 2015: 176]. En *La Prensa* Galdós no hará ni siquiera alusión a su triunfo en esta tercera elección.

122.5 Así, antes de la desaparición de Pigott de Inglaterra, *El Imparcial* del 5 de febrero, bajo el titular "Las célebres cartas fenianas" informa escuetamente sobre el proceso londinense: "El director del *Times* declara que los originales de las cartas cuyo *fac-simile* publicó y que había dirigido Parnella los fenianos y conspiradores de Irlanda y América, le fueron facilitadas por Richard Pigott, antiguo y prominente feniano […] que se peleó hace tiempo con los parnellistas". *La justicia. Diario republicano* el 26 de febrero ofrece más aspectos políticos de los protagonistas del proceso londinense, el acusado Parnell y el testigo Pigott, así como datos del proceso mismo; en su "Carta de Inglaterra" firmada por Frank Emorrot este periódico explica: "Mr. Parnell ha enseñado al pueblo irlandés que existe una senda *intermedia* entre la separación y la sumisión. Mr. Pigott era enemigo extremo de la 'odiosa Liga Agraria' como él la llama […] De otro lado, indudablemente estaba en relaciones amistosas con los miembros de las sociedades secretas y partidarios de la fuerza [...] Sir Charles Russell, el abogado de los parnellistas […] va [descubriendo] la horrible conspiración contra Parnell [como] una carta escrita por Pigott a Mr. Foster (secretario de Irlanda durante el ministerio Gladstone) ofreciendo […] información contra sus compatriotas por *L* 1.500". A diferencia de Galdós, *La Justicia* ataca duramente al *Times* que "publicó las cartas antes de someterlas a un perito calígrafo" y "sobre esta base tan miserable ha osado […] denunciar a mister Parnell como asesino". Para el suceso de Madrid, don Benito pudo combinar la estructura narrativa de *La Época* del 2 de marzo con algunos detalles de *La monarquía* del 3. El primero, bajo titular "El suicidio de Piggot" divide el relato en tres apartados: "Llegada a Madrid", "La catástrofe", y "¿Quién es el suicida?" sin aludir a su trasfondo político anglo-irlandés ni al *Times. La monarquía*, en cambio, comienza "el huésped que se suicidó en el hotel Embajadores era Pigott, el falsificador de las cartas publicadas en *The Times* como originales del diputado jefe del partido irlandés, Mr. Parnell". Coincidiendo paradójicamente con *La justicia*, opina: "Pigott era un sujeto de los peores antecedentes. Fue periodista en Irlanda y vendió su periódico a la Liga irlandesa, haciéndose agente secreto del Gobierno, y cobrando fondos de este y de la misma Liga". A continuación ofrece dos aspectos anecdóticos que solo este periódico y Galdós recogen con mínima variación: "con este [el intérprete] se dedicó el desconocido viajero a recorrer […] el Palacio Real, la iglesia de San Francisco el Grande, el museo arqueológico, el de pinturas" y "Varias personas estuvieron anoche en el hotel con objeto de ver el cadáver […] la inhumación no se hará hasta que lleguen de Londres las fotografías que se aguardan" [*hdBN*].

123.1 El origen respectivo de los tres apartados es el siguiente: para "Antonio Trueba" [Ghiraldo, 1923: 151-153]; para" El crimen de la calle Fuencarral" [Ghiraldo, 1924: 111-130]; para "Entrevista de la reina María Cristina y la reina Victoria de Inglaterra" [Ghiraldo, 1923a: 149-151]. Estos títulos son míos y solo pretenden orientar al lector sobre qué va a encontrar en esta carta. En Ghiraldo, como en la Carta 107, además de sumario, encabezamiento y firma, probablemente falten fragmentos relacionados con el lugar original de publicación que el editor eliminaba sistemáticamente y quizás algun otro.

124.2 Escribe el 20 de mayo: "Durante todo el juicio oral he tenido ocupadas las tardes, pues no he faltado a una sola sesión. He dejado de asistir cuando han empezado a hablar los letrados porque eso ya no tiene ningún interés. A Higinia la he visto también en la prisión, varias veces, y es una mujer notable. ¡Lástima que no haya tenido esa mujer un buen defensor, que si lo tuviera, volvería loco a todo el tribunal! Ahora no falta más sino que cante Dolores, que es una gran bribona, peor que la otra. Ya le contaré cosas sobre esto" [Smith, 2016:183].

125.6 Fue su primera visita a París invitado por su cuñado, Hurtado de Mendoza; acompañaba a ambos, José Mª, su sobrino de once años: "al aproximarse el verano del 67 llegó a Madrid una persona de mi familia […] y me dieron la grata noticia de que me llevarían a París a ver la Exposición Universal […] Parecíame un sueño, un cuento de hadas" [*Memorias*: 1430-31]. Véanse Arencibia [2020: 98-99] y Gullón [2020: 87-94] que simultanea en sus comentarios las dos estancias de 1867 y 1868 de don Benito a París. De esta visita a la Exposición parisina del 67 se servirá Galdós en el episodio *La de los tristes destinos* (1907).

125.8 Tras la derrota de Francia en Sedán (4 de septiembre de 1870), la emperatriz que actuaba como regente mientras Napoleón III presidía la batalla, tiene que exiliarse en Chilselhurst, (Inglaterra). Su esposo, prisionero de los alemanes, no llega allí hasta el 20 de marzo del 1871 y muere el 9 de enero del año siguiente. Su hijo, el príncipe Napoleón Eugenio, muere en Sudáfrica el 1 de junio de 1879, a los veintitrés años, en la expedición británica contra los zulúes [*DBE*].

125.9 Frente a las sucesivas repúblicas de Francia, que siempre celebraron su fiesta nacional el 14 de julio para conmemorar la toma de la Bastilla, Napleón I instauró la llamada "Saint-Napoleon", en la fecha de su propio de su nacimiento, y Napoleón III la restauró durante el II Imperio [Girard, 1986: 164-165].

126.1 Puede verse [López González, 1992: 303-330].

126.4 Desde su llegada al ministerio, en marzo de 1887, Cassola trató de implantar una serie de reformas que profesionalizaran el ejército (Carta 81). Se opusieron a ellas parte de la milicia, parte del partido liberal y el partido conservador en pleno, por lo que el general dimitió; en 1893 volvería a intentarlo el general López Domínguez que también fracasaría [Villares, 2009: 93-96].

126.6 El sufragio universal sería "la obra más brillante de los gobiernos sagastinos, por lo que a ampliación de derechos políticos se refiere […] en palabras del defensor del proyecto se trataba de 'cerrar el ciclo revolucionario de este país'. Sin embargo" de las dos posibilidades de implantarlo, su "consideración como derecho individual […] o como función propiamente electoral" se impuso la segunda, "lo que suponía aceptar una ley de tendencia democratizadora e inclusiva dentro de un sistema político que no lo era" [Villares, 2009: 81-82].

130.6 Exiliado en Gran Bretaña, en agosto de 1840 Luis Napoleón desembarcó en Boulogne-sur-Mer con un grupo de soldados intentando por segunda vez derrocar a Luis Felipe I de Orleans (la primera había sido en 1836 desde Estrasburgo). Apresado, y encarcelado en Ham, escribió algunos ensayos que denotan su ideología romántica. Consiguió, evadirse en mayo de 1846, y regresó a Inglaterra hasta la revolución de 1848 [Girard, 1986: 79].

130.10 Se trata de un cuento libertino escrito en versos decasílabos que tuvo repercusiones artísticas posteriores como el cuadro de Millet *Vert-vert, el loro de las monjas* (1839), la ópera cómica homónima de Offenbach (1869) o el loro de la protagonista del cuento de Flaubert *Un corazón simple* (1877) [*BUL*].

130.12 En el texto del Libro II, según la edición de Lyon de 1542 se leía "Et c'est cellui ruisseau qui, de présent, passe á Saint-Victor, auquel Gobelin teint l'écarlate". Gracias a su protector, el cardenal Jean du Bellay, consejero real de Enrique II, Rabelais fue nombrado párroco de Meudon y de Christophe du Jambet en 1551, curatos que se le retiraron dos años después como consecuencia de la publicación del Libro IV de *Gargantúa y Pantagruel*, condenado por el parlamento. Sin embargo, todavía en 1726, en su *Lettre sur Pope*, Voltaire le seguirá llamando "Notre curé de Meudon" [Clouzot, 1913: 187, 32 y 33].

130.13 Estos versos pertenecen a la primera estrofa de una canción popular de la época de la Revolución. Probablemente inspirada en otra muy anterior, *La fanfare du cerf*, no pretende transcribir una verdad histórica sino burlarse de Luis XVI a través del antiguo rey Dagoberto, con legendaria fama de distraído. [David y Delrieu, 1988: 70-73].

131.6 De ella poseía Galdós un ejemplar francés en su biblioteca [Nuez, 1990: 145].

131.8 No es exactamente como lo cuenta Galdós. El "periodiquito" *Le Figaro à la Tour*, salió diariamente del 15 de mayo al 1 de octubre de 1889; tenía un director y veinticuatro colaboradores, y relataba lo más destacado del día en la Exposición, especialmente lo relativo a la Torre. Sacaba en determinadas fechas números especiales como cuando el Sha visitó la Torre, redactado mitad en persa, mitad en francés, o el que reprodujo los anuncios del tren a Deauville casino muy visitado por los extranjeros) en veinticuatro lenguas [Eiffel, 1900: 321].

131.11 El propio Gustave Eiffel [1900: 321], en su riguroso informe sobre la torre, parece considerar digno de interés *Le Figaro à laTour*: "le *Figaro* avait établi […] un pavillon destiné à la publication d'une edition speciale […] Ce pavillon recevait chaque jour de mombreux visitants à la disposition desquels était mis un registre pour y inscrire leurs noms et leurs impresisons qui étaient journellement reproduits dans chacun des numéros" [Eiffel, 1900: 321].

138.18 Pardo Bazán [1889: 101] comenta que estos "teatrillos […] señalan una metamorfosis en la estética teatral; teatros sin drama ni comedia, en que el *argumento*, el viejo y clásico *argumento*, lo suministra la imaginación y la memoria del espectador, el concepto que tiene formado del hecho histórico que evocan estas decoraciones y estos comparsas […] El espectáculo vence al drama, a la pieza literaria, cada vez más relegada a la lectura de gabinete".

132.2 Pavlovsky, instalado en París, era corresponsal para varios periódicos rusos. "En Madrid trató con cierta frecuencia a Galdós y, avalado por la recomendación del novelista canario, se puso en contacto en Barcelona con Narcís Oller y su círculo: Josep Yxart, Joan Sarda, etc, […] Pavlovs- ky había traducido al ruso *El amigo Manso*, en tres entregas que aparecieron en la revista *Vestnik Evropy".* Algo después envió a Galdós a primera traducción francesa de *Guerra y paz* de Tolstoi "y conociendo la fervorosa admiración que don Benito sentía por Turguenev, le envió también, con expresiva dedicatoria autógrafa, sus S*ouvenirs sur Tonrguéneff*, que había publicado en París en 1887 "[...] En 1889 con el título de *Ocherki sovremennoi lspanii, 1884-1885* publica un libro sobre sus viajes a España donde dedica un capítulo a sus escritores, destacando a Galdós. Todavia su amistad con Galdós revive en 1906 con motivo de la publicación del episodio *Prim* […] al que dedica un artículo en la revista *Novoié Vrémia* y escribe a Galdós para felicitarlo [González Herrán, 1988: 84 y 105].

133.8 *Vizlipuzli* es degeneración europea del nombre del dios *Huitzlopochtli* (*huizlin* 'colibrí' y *opochtli* 'pie izquierdo') al que los aztecas dibujaban con plumas de colibrí bajo el pie izquierdo [Humboldt, 1836: 315].

134.1 El auténtico recorrido fue España-Inglaterra-Francia-Alemania-Inglaterra- España. El 3 de septiembre del 89 escribe desde Santander a Tolosa Latour: "me avisan que el vapor que ha de conducirme a la nebulosa Albión, se dispone a partir" [Smith, 2015; 185]. El primer recorrido fue Santander-New Castle-Melrose (casa y tumba de Walter Scott)-New Castle acompañado de Alcalá Galiano. Desde allí pensaban visitar Stratford y despues irse juntos a la exposición de París, pero su amigo no puede acompañarle y Galdós marcha solo, quedando en reencontrarse en París

con Alcalá y su mujer. En Stratford pasa los días 12 y 13 de septiembre [viaje y visita en Smith, 2016: 177 y 185 y Ortiz-Armengol, 2000: 280-281]. Luego se dirige a París a visitar la Exposición Universal [viaje y visita en Smith, 2016: 176-178], y a encontrarse con Pardo Bazán, con la que seguidamente realiza un corto recorrido por varias ciudades del Rhin; "no me dices a qué punto de ultra-Rin te fuiste" le escribe Alcalá Galiano el 18 de octubre [Ortiz- Armengol, 2000: 280-82]. Después Galdós regresa solo a España vía Reino Unido. Podemos calcular su llegada a Santander a mediados de octubre ya que desde la ciudad cántabra escribe a *Clarín* el 22: "hace días que he venio de Inglaterra" [Smith, 2016: 185]. Puesto que el viaje con doña Emilia era secreto, el autor tiene especial cuidado en no proporcionar datos exactos; además de no mentar su paso por Alemania, fecha en París el 25 de octubre la Carta 133: pudo escribirla en esa fecha pero no desde la capital francesa puesto que, por la carta ya citada a *Clarín*, sabemos que desde antes del 22 estaba en Santander.

134.7 Galdós poseía una edición de 1877 [Nuez, 1990: 121].

134.8 Galdós tenía un ejemplar de 1843 en su biblioteca [Nuez, 1990: 129].

134.10 Galdós tenía los cuatro volúmenes de esta obra en su biblioteca [Nuez, 1990: 65].

135.1 El 22 de diciembre escribe el autor a su amigo y médico Tolosa Latour: "Hoy Domingo, en el 4° día del trancazo. Querido Doctorcillo: en el lecho del dolor, ya convaleciente, pero aun no libre de este infernal trancazo, te escribo […] Dispensa […] lo incoherente de esta epístola dengosa" [Smith, 2015: 187]. El 30 de diciembre, desde Oviedo, Alas dice a Galdós: "Cuídese, que ese Madrid, está hecho un matadero", y todavía el 8 de enero, desde Santander, Pereda le asegura: "De V. y los contados amigos que en esa corte viven, me acuerdo continuamente con motivo del temporal de pestes que están corriendo" [Ortega, 1964: 256].

140.6 Pueden verse al respecto Anguera [2014: 605-30] y Troncoso [2016: 48-51].

141.4 El 8 de enero del 90, Pereda escribía a Galdós: "Me han reimpreso allí [en Buenos Aires] *La Puchera*, y con este motivo está el pobre hombre [su editor español] apajuelado. Su corresponsal de allá le proponía no sé qué estratagema para defenderse de la rapacidad de aquellos caballeros […] ¿Por qué no campanean un poco esos periódicos esa importante cuestión? Ya que no consigamos el tratado que falta, que nos quede el consuelo de llamar ladrones a esos editores de allá; porque no todo lo que es legal es justo; y reimprimir libros de esa manera, es un robo como el de la camisa o el reloj" [Ortega, 1964: 149]. Más de diez años después este tema del tratado hispano-argentino sobre derechos de autor seguía sin resolverse; desde Buenos Aires Grandmontagne escribe en 1901 a Galdós: "De su *Electra* se han hecho aquí algunas ediciones que a Vd. no le habrán producido nada [...] Cuando escriba Vd. alguna obra […] que se preste a un negocio de librería, debe Vd. antes de editarla en España, venderla a un editor de Buenos As., con contrato legalizado, localizando así la propiedad […] Es la manera de burlar la falta de tratado literario" [Nuez y Schraibman, 1967: 270].

142.9 No solo en esta interpretación del pedestal sino, como comenta Ayala [2012: 181-193], en la crónica que comienza en la Carta 132 y concluye en esta, y en varias Cartas más, puede comprobarse el profundo conocimiento del teatro de Shakespeare que tiene Galdós, y la fascinación que ejerce sobre él el escritor inglés, particularmente al describir su monumento en la Trinity Church, que Ayala considera clímax de la crónica.

Casi recién llegado a España de este viaje Galdós, en carta a *Clarín* ya citada, se muestra orgulloso de su visita a Stratford y proyecta su crónica: "Creo que soy uno de los pocos, o quizás

el único español que ha penetrado en aquel rincón de Inglaterra […] me he prometido escribir un largo artículo sobre lo que fue cuna y sepulcro del gran poeta" [Smith: 2015, 186]. Cumplirá su propósito en estas dos Cartas a *La Prensa*, que volverá a publicar en *El imparcial* entre mayo y junio de 1894, año en que también aparece como volumen titulado *La casa de Shakespeare*, y en *Memoranda* (1906).

143.13 Según Oncken [1914: 222] Caprivi seguía las indicaciones de Guillermo II con "la obediencia de un general prusiano a su monarca".

145.4 Tras terminar la primera parte de Ángel Guerra en abril de 1890, Galdós pasa días en Toledo donde se desarrollará la segunda, acompañado de su sobrino, el agrónomo José Hurtado de Mendoza [Ortiz-Armengol: 2000, 291]. Probablemente, alguna información de esta Carta es fruto de los comentarios de este último y de la observación del propio escritor, información que pasará también a la segunda parte de la novela.

147.6 Así, Jacinto Octavio Picón [*El imparcial*, 25/5/90] afirma con respecto al *Don Diego López de Haro* que "la figura está arrogantemente colocada, en postura que denota extrema dignidad y alteza; […] en monumentos destinados a la plaza pública todo debe supeditarse […] a la grandeza que va unida al recuerdo de los héroes. Así lo ha comprendido el Sr. Benlliure, atribuyendo postura, actitud, gesto y rostro verdaderamente mayestáticos al que supo mandar a pueblos y luchar contra reyes". En cuanto a *El beso de Judas* lo considera "un grupo escultórico pensado con verdadero talento artístico […] El Sr. Susillo ha sabido fingir gloriosa la persona del Cristo y dejar humana la de Judas […] es decir la escena está fingida al par verosímil y poéticamente […] ambas figuras están trazadas de suerte que el dibujo y el modelado […] contribuyen al mismo fin presentando juntas e íntimamente ligadas las individualidades del mal apóstol y el Divino Maestro".

148.1 La rebelión contra el gobierno de Juárez, sucesor y seguidor del presidente Roca, no triunfó aunque logró la renuncia de Juárez. Entre sus líderes figuraba el ex presidente Mitre, el futuro presidente Yrigoyen y el fundador de la Unión Cívico Radical, Alem [*La Prensa*, 27/7/2020].

148.6 La empresa Rivas-Palmer estaba formada por dos socios: el español José Martínez de las Rivas y el inglés sir Charles M. Palmer [Macías, 2006: 489].

150.1 Puede verse Gutiérrez García [2005: 279].

156.4 Entre el 22 de octubre de 1859 y el 26 de abril de 1860 se desarrolló la primera guerra con Marruecos por el ataque rifeño a Melilla, que terminó con el tratado de Wad-Ras [*PARES*].

157.7 Reflejados en la prensa española: El día del estreno "unánime ovación; ni una sola pro- testa dentro de la sala del teatro. Exteriormente, cerca de la calle 4 de Septiembre, hubo carrerasy gritos de ¡abajo Wagner!, habiendo practicado la policía diversas prisiones" [*La Época,* 17/9/91: 3]. "Un cochero que cruzaba la calle de Gluch ha gritado: '¡Viva Alsacia-Lorena!', grito que ha sido secundado por el público. A las 10 y media la multitud aparece sobreexcitada y consigue varias veces invadir la plaza de la Ópera" [*El País*, 17/9/91]. En la segunda representación, "Cuando iba a comenzar el segundo acto de la ópera, tres espectadores […] pidieron que la orquesta tocase *La Marsellesa*, y dieron vivas a Francia y Rusia" [*La Época*, 19/9/91].

162.2 Puede verse [Latorre, 1989: 239-246].

163.5 A Galdós parece gustarle esta expresión que en el episodio *La corte de Carlos IV* (1873), relata como la utiliza el infante Antonio Pascual en su carta de despedida a la Junta Central, en 1808. Probablemente el autor la conociese a través de dos de sus fuentes para aquel episodio, Vayo

[1842: 156] y Mesonero [2008: 70], quien la tildaba de "donosa carta denunciable ante el tribunal del sentido común".

164.1 Aunque este ácido se había descubierto más de un siglo antes, solo en 1887 el ejército francés adoptó una mezcla de ácido pícrico y el algodón pólvora bajo el nombre de *melinita* y a partir de ahí comenzaría su uso bélico en los demás países [*RCH*].

165.1 Ante tal decadencia Galdós se involucra a fondo en la reforma teatral finisecular, como puede verse en diversos estudios. Algunos ejemplos: Pérez de Ayala [2003: 37] lo compara con Cervantes en cuanto a su lucha por "imponer una nueva dramaturgia llana, simple y realista"; Max Aub [1967: 112] opina que, "El vuelco [del teatro español] lo va a dar el escritor más importante de este tiempo, Benito Pérez Galdós"; para Finkenthal [1980: 41], Galdós "trajo el drama moderno a la escena española e hizo posible que los futuros dramaturgos disfrutaran de la oportunidad de seguir experimentando en la teoría y en la práctica teatral".

En la correspondencia privada de don Benito el teatro es tema recurrente: ya en 1885 mostraba al dramaturgo Ruiz Contreras su desesperación por el estado del espectáculo teatral al desear "un teatro libre, sin trabas, sin cómicos, sin estrenos y sin abonados, pensado y escrito con amplitud, dando a los caracteres su desarrollo lógico y presentando los hechos con la extensión y fases que tienen en la vida. Ese creo yo que es el verdadero teatro […] Conviene hacer teatro libre, es decir, teatro leído. No hay otro recurso" [Mainer, 2004: XXXV]; a partir de la década de los 90, cuando Galdós comience su actividad como dramaturgo, además de comentarla con *Clarín*, se carteará con el crítico Navarro Ledesma, y los actores Emilio Mario, Antonio Vico, María Guerrero etc., para tratar asuntos teatrales [véanse Ortega, 1964, y Smith, 2016].

165.3 Don Benito había estrenado *Realidad* el 15 de marzo de 1892, *La loca de la casa*, el 1 de enero y *Gerona*, el 3 de febrero del 93. En sus *Memorias* [1973: 1458] cuenta que fue Emilio Mario quien le incitó en 1891 a adaptar *Realidad* al teatro. Según Roberto Sánchez [1984: 270] "Galdós vacilaba. Por una parte necesitaba el dinero que el éxito en las tablas le podía proporcionar y soñaba con el aplauso del público. Por otra […] temía el fracaso; se sentía inseguro en un campo que le era desconocido". *Realidad* y *La loca de la casa* tuvieron una acogida discreta, *Gerona*fracasó [Berenguer, 1988]. En marzo escribe a *Clarín*: "No tiene V. idea de lo que es el teatro, ni con qué ímpetu y fragor de pelea se desatan en él las pasiones [...] En fin, *Gerona* me lo echaron abajo; *La loca,* no pudieron a pesar de los medios empleados para conseguirlo […] y el año que viene si estreno algo […] han de ponerme cartuchos de dinamita" [Smith 2016: 295]; en julio, al crítico Federico Yxart "Pídale a Dios que no me revienten la obra [*La de San Quintín*] que daré enla Comedia el año próximo" [Smith, 2016: 321]; y en junio y octubre al diplomático José de Cubas: "Hay que preparase porque cuando se estrene [*La de San Quintín*], presumo que han de hacerme una guerra espantosa, desencadenándose contra mí los críticos y tratando de apabullarme"; "Temo mucho que *La de San Quintín* sea un fracaso […] Me conformaré con que la oigan sin protesta" [Smith, 2016: 313 y 325].

Y, como antes en novela, Alas parece ser guía teórico de Galdós dramaturgo; ya en abril de 1884 había iniciado "su personal cruzada animando a Galdós a escribir para el teatro" [Rubio Jiménez, 1998: 23]: "yo sé, y lo saben muchos, que Galdós vería con gran placer sus creaciones dramáticas y cómicas expresadas en forma representable" [Alas, 2003: 1294]; y ahora, en julio del 93, Alas distingue entre "*publico grande*, la masa" para quien "los *moldes rotos*, serán […] quebraderos

de cabeza" y "los reformistas" [2003: 1767-1772] es decir, como deduce Rubio Jiménez [1998: 26] "entre el teatro mayoritario y el teatro de ensayo". Nótese el uso del término *moldes* solo veintiún días antes de que Galdós lo emplee al redactar su artículo para *La Prensa.*

166.1 Existe un resguardo de correos sellado el 9 de agosto de 1893, según el cual Galdós envió algo a *La Prensa*, y don Benito escribió en una esquina "Teatro continuación" Como en el caso de 107 y 123, faltan en Ghiraldo sumario, encabezamiento, firma, fragmentos relacionados con el lugar original de publicación y quizás algún otro. En la presente edición se elimina el título que Ghiraldo [1923 c: 215-221] dio a lo que aquí figura como último apartado de la Carta, "El actor viajero", ya que, además de que don Benito no titulaba los apartados, parece inadecuado para Vico, reacio hasta los cincuenta y un años en que lo hace por necesidad, a viajar de gira fuera de España.

166.3. Por esa razón, cuando en 1895 Bernard Shaw intentó que representara *John Gabriel Borkman* de Ibsen y en 1897, *The Man of Destiny*, suya, Irving se negó. Su concepción del teatro era la de un "teatro de actores", en el que el dramaturgo era el servidor del intérprete, mientras Shaw e Ibsen marcaron el nacimiento del "teatro de autor", en el cual el actor debía ser fiel a la idea del texto dramático [Hidalgo, 1988]. Por tanto Galdós, al plantear la controversia actor/autor en 1893, mostraba estar muy al día de la evolución del teatro europeo.

166.7 El 8 de marzo del 93 escribía Alas [2003: 1802-1803]: "La reforma del teatro es como la *cuestión social*, que no deja de existir porque no se haya encontrado todavía solución para ella […] Sí, todo cambia en la vida espiritual, todo cambia en la aspiración artística, y en el teatro, una de las formas artísticas más gráficas, no hay razón para que no suceda lo mismo[...] Lo que hay es que en muchas partes, en Francia y ahora en España, los que intentan los cambios teatrales suelen ser escritores de otros géneros […] Que el teatro pide hoy variación, reforma en el sentido de ser más amplio, menos convencional, y de no reducir la poesía dramática a las contingencias de acciones apasionadas y conflictos de caracteres es indudable".

166.8 Menéndez Onrubia [1985: 238-241] reproduce la carta que el actor escribió el 4 de agosto desde Barcelona a Ortega Munilla, Urrecha y Laserna: "dentro de unas horas me embarco en el vapor *Sud America*, rumbo a Buenos Aires", dónde explicaba la "tristísima causa" de su gira, su falta de éxito en Madrid. *El Imparcial* publicaría esta carta cuatro días después.

176.4 Relata Gabirondo [1920: 85]: "—No se me olvidará —solía decir Galdós— la fundación de aquel periódico del general Prim; fue cosa de sueño. Albareda le habló al General. El General escuchó. Volvió a hablar Albareda... De pronto, Prim, con aquellos movimientos rápidos que tenía, abrió un cajón de la mesa, sacó un fajo de billetes, y entregándoselos a Albareda, de dijo: —Vamos a ver ese periódico—. Y lo vimos —decía don Benito—, y triunfamos con él. Eramos redactores —añadía el maestro— Núñez de Arce, López Guijarro, Ramón Conesa, Ferreras y yo". Cree Ortiz-Armengol [2000: 131] que dirigir este periódico era "un manjar envenenado" dada la fuerte oposición a don Amadeo por la izquierda y por la derecha. Galdós lo evocará en el episodio *Amadeo I* (1910).

176.5 Galdós llegó a dirigirla eventualmente. En ella defendió relevantes opiniones políticas, y publicó artículos de gran interés cultural y literario como "Don Ramón de la Cruz y su época", "Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo" y "Observaciones sobre la novela española de España", o creaciones propias como *La sombra* y *El audaz.* [Dendle, 1970].

176.11 Puede verse Troncoso [1997, 650-657].

177.1 Galdós tenía un ejemplar en su biblioteca [Nuez, 1990: 162].

177.3 El 4 de marzo de 1865, pocos días después de que Castelar publicara su célebre artículo "El rasgo" contra el esquilmo del Patrimonio Nacional por parte de Isabel II, Balart publica otro, "Ejercicios de rasgueo", donde ataca el mismo tema, satirizando al intendente de la Casa Real. Este retó a duelo al periodista que recibió una grave herida a consecuencia de la cual cojeó toda su vida. Véase Barceló Jiménez [1979: 11-15].

179.2 Isabel Román [1997: 100-102], defiende que Galdós utilizó ese modo de expresión médico-organicista desde mucho antes, y recuérdese, por ejemplo, la Carta 1 de 1883: "Lo peor es que este gran enfermo [Francia] padece, además, una locuacidad calamitosa y una insolencia incurable".

179.3 Galdós volverá a utilizar este término médico al final de episodio *Cánovas* (1912) al advertir a Tito de "la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu nación". Puede verse al respecto [Cardona: 2004].

180.7 Sobre la relación entre la historia de Verdaguer y *Nazarín* pueden verse Pattison [1970-71) Boo [1978] y Troncoso [2011].

180.8 Citado por Arencibia [2020: 447].

181.3 Anota Rico [Cervantes, 2004: 834] que *Candaya* es "país imaginario que Cervantes situa cerca de Ceilán, al sur de la India" de donde procede la condesa Trifaldi (II, 36); reparacerá el nombre en II, 38, 39 y 40. Don Quijote se propone dirigirse hacia este reino para favorecer a la dama en apuros.

Catay, al norte de China [Cervantes, 2004: 530], de donde era princesa Angélica, la dama de Orlando mencionada en el "Soneto de Orlando furioso a don Quijote" (Preliminares a *Quijote* I); aparece en el epitafio del Monicongo al final de I, y en dos versos procedentes del *Orlando* que se traducen en II, 1. En sentido estricto, don Quijote no conquista el Catay, aunque podría entenderse metafóricamente si se tiene en cuenta que en la "Dedicatoria al conde de Lemos" (*Quijote* II) se dice que el *Quijote* llegó hasta la China, y que su emperador quiso fundar un colegio en él que se enseñara el castellano leyendo la novela de Cervantes.

181.4 Prológo a Eduardo Sojo, *Miguel de Cervantes Saavedra. Álbum* [Shoemaker, 1962: 74].

DICCIONARIO DE NOMBRES PROPIOS

El número indicado tras cada entrada indica la Carta o Cartas en que figura.

Abdul Aziz I (1830-1876), sultán del imperio otomano entre 1861 y 1876. Ante la crisis financiera que afecta las aspiraciones nacionalistas del imperio, es derrocado y se suicida. 125

Abelardo (1079-1142), filósofo, teólogo, poeta y monje francés, recordado por su relación amorosa con Eloísa. 130

Aertsen, Pieter (1508-1575), pintor neerlandés especializado en naturalezas muertas. 86

Aguilera: Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881), prolífico escritor y periodista romántico, autor de *La Arcadia moderna* o *Proverbios ejemplares y proverbios cómicos* prologado por Galdós. 19

Alarcón, Pedro Antonio (1833-91), semblanza en 156, 173

Alas, Leopoldo, Clarín (1852-1901), catedrático, novelista y crítico literario, autor de *La Regenta*. 56

Alba, *duque de*: Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), noble, militar y diplomático, desempeñó altos cargos con Carlos I y Felipe II. 100

Albareda, José Luis (1828-1897), político y periodista; fundador de varias publicaciones entre ellas *Revista de España*. 176

Albarrán, Joaquín (1860-1912), microbiólogo y urólogo, primer profesor español de Cirugía y profesor titular de la cátedra de enfermedades de las vías urinarias de la Universidad de París. 41

Albéniz, Isaac (1860-1909), compositor y pianista español, autor de la suite *Iberia*. 56

Alberti, León Battista (1404-1472), arquitecto práctico y teórico del Renacimiento italiano, autor por de *De re aedificatoria* (1452). 120

Albornoz: Gil Álvarez de Albornoz (1579-1649), cardenal, arzobispo de Toledo y embajador del papa en Avignon. 8, 19.

Alcalá Galiano, Antonio (1789-1865), diputado entre 1922-23 y escritor español. Fue ministro de Marina y de Fomento. 5

Alcalá Galiano, José (1843-1919), conde de Torrijos, cónsul de España en Inglaterra y traductor. 88, 89

Alejandro de Battemberg (1857-1893), rey de Bulgaria entre 1879 y 1886. 102

Alejandro II (1818-1881), zar de Rusia de 1855 a1881, llevó a cabo una serie de reformas liberales. Murió en atentado. 125, 171

Alejandro III (1845-1894), zar de Rusia, de 1881 a 1894. Distanciándose de la política liberal de su padre, restauró los principios de ortodoxia, autocracia y nacionalismo de su abuelo Nicolás I. Su hijo Nicolás II sería el último zar. 36, 75

Alejandro VI: Rodrigo Borgia o Borja (1431-1503), papa entre 1492 y 1503. 14, 110

Alfieri, Vittorio (1749-1803), dramaturgo y poeta italiano, precursor del Romanticismo. 120 Alfonso VI (1643-1683), rey de Portugal de la Casa de Braganza, apodado "El Victorioso" por sus victorias en la Guerra de Restauración Portuguesa contra España, fue obligadopor su esposa a abdicar y pasó los ultimos nueve años de su vida encerrado en el castillo de Sintra. 38

Alfonso XII (1857-1885), rey de España entre 1874 y 1885; con él se inició la restauración borbónica. 1, 26, 40, 41, 42, 47, 49, 50, 51, 52, 55, 57, 59, 62, 63, 65, 69,73, 87, 90, 96, 101, 104, 123, 136, 140, 144

Alfonso XIII (1886-1941) rey de España entre 1886 y 1931. 59, 60, 82, 121, 123, 136, 150

Alfonso, Luis (1845-1892) novelista, crítico literario en *Revista de España*, editor los periódicos conservadores *La Política*, *La Época* y *La Dinastía*. 56

Almaquio (s. IV), santo y mártir, intentó poner fin a las luchas de gladiadores del anfiteatro Flavio. 83

Alonso Martínez, Manuel (1827- 1891). 50, 138, semblanza en 153

Álvarez, Miguel de los Santos (1818-1892), poeta romántico, amigo de Espronceda y, como él, seguidor de Byron. 128

Alvargonzález, Claudio (1816-1896), marino que participó en la Guerra del Pacífico a las órdenes de Méndez Núñez. 47

Amadeo I de Saboya, (1845-1890), 47, 50, 59, 60, 63, 74, semblanza en 138, 140, 179

Amérigo, Francisco Javier (1842-1912), pintor de tendencia histórica, y religiosa, decoró el techo de la sacristía de la basílica de San Francisco el Grande de Madrid. 83

Ana Bolena (1501-1536), reina consorte de Inglaterra como segunda esposa de Enrique VIII, murió decapitada. 7

Andrassy, Gyula (1823-1890), noble húngaro republicano; defendió la independencia húngara del imperio austriaco. 74, 169

Andrea, Novella de (1312-1333), jurista italiana, hija de Giovanni de Andréa, profesor de Derecho canónigo en la Universidad de Bolonia, sustituyéndole con lecturas jurídicas notables. 118

Apeles (352 a. C-308 a. C), pintor de Alejandro Magno, su obra solo se conoce por las descripciones que han dejado Ovidio y Plinio el Viejo. 7, 82, 116

Arbués, Pedro (1441-1485), santo agustino inquisidor del reino de Aragón, asesinado por judeoconversos en la Seo de Zaragoza. 35, 166

Aretino, Pietro (1492-1556) poeta y dramaturgo italiano, autor de *Sonetti lussuriosi* (1526). 120

Arguelles, Agustín de (1776-1844), apodado «el Divino» por su oratoria en las Cortes de Cádiz; abogado, político y diplomático, presidente de las Cortes en 1841 y tutor de la reina Isabel II. 5

Arjona, Joaquín (1817-1875) actor teatral de obras clásicas, y teatro de Moratín y Tamayo. 44, 154, 167

Arnao, Antonio (1828-1889), prolífico poeta romántico y miembro de la RAE. 121

Arrieta, Emilio (1821-1894), compositor de zarzuelas como *Marina* (1855) que convertiría en ópera en 1871. 31, 49

Arrigó VII de Luxemburgo (1276-1310), como Enrique VII del imperio germánico intenta restablecer la paz en Italia sin lograrlo. 120

Arthur, Chester A. (1829-1886), presidente republicano de los Estados Unidos de 1881 a 1885. 28

Ary Scheffer (1795-1858), pintor, grabador y escultor clasicista francés de origen neerlandés. 83

Aumale, duque de: Enrique de Orleans (1822-1897), quinto hijo de Luis Felipe I de Orleans, rey de Francia. 60, 140

Austria, archiduque de: Carlos de Habsburgo (1685-1740), hijo del emperador Leopoldo I, lucha por el trono español en la guerra de Sucesión hasta 1711, en que se convierte en emperador de Austria. 77

Ayala: Adelardo López de Ayala (1828-1879), dramaturgo realista, de la llamada "alta comedia", académico y político. Varias veces ministro de Ultramar, durante el Sexenio Democrático y la Restauración. 12, 22, 29, 50, 54, 94

Azcárate, Gumersindo (1840-1917), político republicano, krausista, jurista, historiador, y catedrático. 6, 49, 61, 73, 74, 94, 161

Balart, Federico (1831-1905). Semblanza en 176

Balzac, Honoré de (1799 1850), escritor francés, iniciador del Realismo, autor de *La comedia humana*. 176

Banco, Nanni di (1390-1421), escultor italiano del Duomo de Florencia. 119

Bandinelli (1493-1560), escultor florentino autor de *Hércules y Caco* de la Piazza della Signoria. 110, 119

Barbarroja (1475-1546), corsario turco bajo las órdenes del sultán otomano Suleimán I. 100

Barbieri, Francisco (1823-1894), musicólogo y compositor, principalmente de zarzuelas. 31, 33, 51, 125

Barcáiztegui, Victoriano Sánchez (1826- 1875), marino que participó en la Guerra del Pacífico a las órdenes de Méndez Núñez. 47

Barros Gomes, Henrique de (1843-1898), político progresista portugués, ministro de Hacienda, Asuntos Extranjeros y Marina y Ultramar. 137

Baselga y Chaves, Eduardo (1838-1906), diputado republicano en todas las legislaturas de la Restauración. 73

Bassano, Jacopo (1510-1592), pintor manierista discípulo de Tiziano, autor de *La adoración de los Reyes*. 117

Bassi, Laura (1711-1778), filósofa y física, profesora de filosofía en la Universidad de Bolonia desde 1732 hasta su muerte. 118

Bayo, Adolfo (1831-1907), banquero, terrateniente, político y escritor, fundador de la Liga Agraria. 91, 95

Bazán, Álvaro de (1526-1588), 29, semblanza en 100

Beethoven, Luidwig van (1770-1827), compositor y pianista alemán. 23, 33, 49, 56, 91, 110

Bellini, Giovanni (1433-1516), pintor del Cuatrocento italiano. 110, 117

Bellini, Jacopo (1396-1470) pintor colorista veneciano, padre del anterior. 117

Bellini, Vincenzo (1801-1835), compositor de ópera italiano, autor de *Norma* (1831). 135

Benlliure Mariano (1862-1947), escultor en cuya extensa obra destacan el Mausoleo de Gayarre en Navarra o el Busto de Goya. Medalla de Oro de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1915. 14, 147

Benlliure, José (1855-1937), pintor de género y de retratos, director de la Academia Española en Roma de 1903 a 1913. 83

Benlliure, Juan Antonio (1860-1930), pintor retratista, en 1887 conseguiría la segunda medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes, con *Muerte de don Alfonso*. 14

Béranger, Jean Paul (1780-1857), poeta y autor de chanssonettes de contenido político, muy popular entre 1810 y 1830. 132

Berlioz, Hector (1803-1869), músico romántico francés. Destaca su *Gran tratado sobre instrumentación* (1844), que permite dirigir conciertos con más de mil músicos. 33

Bernhardt, Sara (1844-1923), célebre actriz del teatro francés. 132

Bernini, Gian Lorenzo (1598-1680), escultor y arquitecto, autor del proyecto de la plaza de San Pedro en Roma. 110

Berruguete, Alonso González (1490-1561), escultor castellano, referente fundamental de la imaginería española del Renacimiento autor de la sillería del coro de la catedral de Toledo. 51, 110

Bismarck, Herbert von (1849-1904), hijo del canciller, y ministro de Asuntos Exteriores alemán en los años 1886-1890. 143

Bismarck, Otto von (1815-1898), 1, 30, 44, 46, 48, 81, 86, 87, 88, 102, 131, 137, 141, semblanza en 143 144, 149, 155, 169

Blücher, Gebhard Leberecht von (1742-1819), militar prusiano cuya intervención en la batalla de Waterloo (1815) fue decisiva para vencer a Napoleón I. 87

Boabdil (1459 -1533), último rey árabe de Granada, 156

Bobadilla, Francisco Fernández de (1448-1502), oficial de la Casa Real de los Reyes Católicos, arrestó a Colón en La Española por supuestas irregularidades. Ejerció el cargo de gobernador general de las Indias de 1500 a 1502. 158

Boileau, Nicolás (1636-1711), poeta y crítico francés, autor de la más importante *Poética neoclásica*. 72

Bolonia, Juan de (1529-1608), escultor francés que trabajó en la Italia de finales del Renacimiento. 118

Bonaparte, Jerónimo y Victor, príncipes descendientes del hermano menor de Napoleón, Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia de 1803 a 1807. 60

Bonaparte, José (1768-1844), hermano de Napoleón I, rey de España entre 1808 y 1813. 72

Bonifazio: Bonifazio Veronese (1487-1553), pintor renacentista italiano autor de escenas religiosas con naturaleza como *La adoración de los pastores*. 117

Borbón, Luis de (1877-1823), cardenal, sobrino de Carlos III, y regente de España durante la guerra de la independencia. 19

Borgia, César (1475-1507), hijo del papa Alejandro Vi y capitán general del Vaticano. 14, 110

Borgia, Lucrecia (1480-1519), hermana del anterior, peón de intrigas vaticanas y acusada de atrocidades durante siglos. 14, 110

Borja, Francisco (1510-1572,) virrey de Cataluña con Carlos V, después general de los jesuitas y santo. 14

Borromini, Francesco (1599-1667), arquitecto barroco, autor del oratorio de San Felipe Neri. 110

Borso di Carminati., Cayetano (1797-1841), militar sublevado contra el regente Espartero y fusilado. 50

Botticelli, Sandro (1445-1510), exponente máximo de la pintura del primer Renacimiento, autor de *El nacimiento de Venus*. 119

Boucher de Perthes, Jacques (1788-1868), uno de los primeros arqueólogos en el sentido moderno. 130

Boucher, Francois (1703-1770), pintor rococó francés de escenas galantes. 130

Bouillon, Godofredo de (1060-1100), gobernador de Jerusalén tras la primera cruzada, bajo el título de "Defensor del Santo Sepulcro". 130

Boulanger, Georges, (1837-1891), general francés, populista y chovinista, apodado "General Revanche". 70, 92, 93, 102, 130, 157

Bravo Murillo, Juan (1803-1873), jurista y político moderado, ministro de Hacienda y después presidente del Consejo en el reinado de Isabel II. 64, 158

Bretón de los Herreros, Manuel (1796-1873), poeta, periodista y autor de comedia de costumbres de corte clásico como *El pelo de la dehesa*. 5, 22, 54, 94

Bretón, Tomás (1850-1923), 33, 91, semblanza en 123

Bright, John (1811-1889), político inglés, liberal radical, miembro de la Cámara de los Comunes de 1848 a su muerte. 74

Briones, Joaquina (1780-1864), actriz y soprano, esposa de Manuel García y madre de la Malibrán. 94

Brouardel, Paul (1837-1906), decano de la Facultad de Medicina de París desde 1879, presidente da Comisión Consultiva de Higiene (1884-1904), y desde 1899, presidente de la Asociación Francesa para el Avance de las Ciencias. 41, 42

Brueghel, Pieter (1526-1569), pintor flamenco del siglo XVI, autor de *La torre de Babel*. 87

Brunelleschi, Filippo (1377-1446), arquitecto renacentista, autor de la cúpula de la catedral de Florencia. 119

Buckingham: George Villiers (1592-1628), duque y favorito de los reyes Jacobo I y Carlos I de Inglaterra. 152

Buffalo Bill: William Cody (1846-1917), explorador y cazador de bisontes estadounidense, que en 1883 montó el espectáculo "Buffalo Bill's Wild West" que presentó en Londres durante el jubileo de la reina Victoria y con él recorrió Europa hasta 1889. 132

Bulwer-Lytton, Eduard (1803-1873), poeta, novelista, dramaturgo, político y periodista británico. 114

Buridan, Jean (1300-1358), teólogo escolástico defensor del libre albedrío. 132

Byron, George (1788-1824) poeta romántico inglés. En su drama *Manfred* parece que se basó Rivas para escribir *Don Álvaro*. 116, 117, 142,175

Bustillo, Eduardo (1836-1908), escritor, periodista y crítico teatral. Fue secretario de María Victoria de Saboya, reina consorte de España, durante el breve reinado de Amadeo I. Colaboró en *Los españoles de ogaño* (1872) con el artículo "El cómico de aficción". 123

Caballero, José de la Luz (1800-1862), escritor y pedagogo cubano. 5

Cadalso, José (1741-1782), escritor ilustrado, autor de las *Cartas marruecas*. 22

Caffarel, Louis Charles, general del Estado Mayor francés en 1887. 92

Cairoli, Benedetto (1825-1889), garibaldino italiano que lucho por la unidad nacional y llegó a presidir el Consejo de ministros. 74

Calderón de la Barca, Pedro (1600-1681) dramaturgo del Siglo de Oro, autor de *El alcalde de Zalamea* o *La vida es sueño*. 9, 22, 29, 31, 75, 94, 175

Calderón, María (1611-1646), La Calderona, actriz de teatro, especializada en autos sacramentales. 94

Calino de Éfeso (s. VII a. C.) poeta griego clásico. 16

Calixto III: Alfonso de Borja o Borgia (1378-1458), papa entre 1455 y 1458. 110

Calomarde, Francisco Tadeo (1773-1842), ministro de Gracia y Justicia con Carlos III y Fernando VII. 65, 128

Calvo y Revilla, Rafael (1842-1888), primer actor durante años de la Compañía del Teatro Español. Interpretó a los clásicos, teatro romántico y obras de Echegaray. 70, 139

Camacho, Juan Francisco (1813-1896), político liberal, varias veces ministro de Hacienda (con Amadeo I, la I República, Alfonso XII y la Regencia). Creó el Cuerpo de Abogados del Estado,

reorganizó la Inspección de Hacienda y logró una ventajosa conversión de la Deuda Pública. 50, 64, 101

Cambio, Arnolfo di (1240-1310), arquitecto y escultor florentino, autor de la basílica de Santa Cruz, en Florencia. 119

Camoens, Luis de (1524-1580), poeta portugués, autor del poema épico luso por excelencia *Os Lusíadas*. 37, 38, 149

Campagna, Girolamo (1549-1623), escultor italiano discípulo de Cattaneo y Sansovino, autor del altar mayor del Sacramento en Pádua y de múltiples estatuas de Venecia. 118

Campo, marqués de: José Campo Pérez (1814-1889), editor y naviero valenciano fundador de la Compañía Correo del Seno de Méjico que navegaba por el Caribe. 64

Campoamor, Ramón (1817-1901), poeta realista, autor de *Doloras*, *Humoradas* o *Pequeños poemas*. 12, 176

Camús, Alfredo (1797-1889), catedrático de literatura griega y latina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. 6, 49

Canalejas, José (1854-1912), político liberal, presidente del Consejo varias veces. 6, 49

Cano Masas, Rafael (1844-1934), dramaturgo seguidor de Echegaray, autor de *La opinión pública* 1880. 166

Canova, Antonio (1757-1822), principal figura de la escultura neoclásica junto a Thorwaldsen, autor de *Psyque* (1793). 117

Cánovas, Antonio (1828-1897), historiador y político, fundador del partido conservador, siete veces presidente del Consejo. Murió en atentado anarquista. 4, 12, 14, 15, 16, 27, 28, 30, 41, 42, 46, 50, 51, 61, 62, 74, 78, 79, 91, 99, 108, 111, 115, 129, 138, 139, 144, 148, 152, 159, 161

Cantù, Cesare (1804- 1895), historiador y escritor italiano, conservador y amigo de Manzoni, autor de la voluminosa *Historia de cien años*. 65

Cañizares, José de (1676-1750), prolífico y popular dramaturgo posbarroco, autor de comedias de santos, heroicas, de figurón… 22

Capdepón, Mariano (1838-1908), novelista, poeta y libretista de óperas españolas. 31

Capelo, Hermenegildo (1841-1917), oficial de la marina portuguesa que, junto a Ivens, exploró los territorios comprendidos entre Angola y Mozambique. 46

Capriles, Enrique (1851?-1935), teniente de navío del buque San Quintín y gobernador de las Islas Carolinas. 45, 46

Caprivi, León von (1831-1899), general y canciller de Alemania, sucesor de Bismarck, de 1890 a 1894. 143

Caravaggio, Michelangelo (1571-1610) pintor barroco italiano, caracterizado por la técnica del claro-oscuro; autor de *Los discípulos de Emaús* (1601). 118

Carderera, Valentín (1796-1880), coleccionista de antigüedades, en especial grabados, estampas y pinturas. 162

Carlos V (1500-1558) emperador del Sacro Imperio Romano Germánico de 1550 a 1558 y rey de España de 1516 a 1556. 1, 7, 10, 14, 18, 22, 32, 77, 94, 100, 104, 109, 120, 121, 127, 128, 133, 170, 172

Carlos II (1661- 1700), "El Hechizado", último rey de la casa de Austria en España entre 1665 y 1700. Murió sin descendencia dando lugar a la Guerra de Sucesión. 35, 94, 121

Carlos III de Borbón (1716-1788), tercer hijo de Felipe V y primero con Isabel de Farnesio, rey ilustrado de Nápoles y Sicilia entre 1731 y 1759, reina en España de 1759 hasta su muerte. 3, 7, 26, 49, 59, 65, 77, 92, 114, 127, 163

Carlos IV de Borbón (1748-1819), rey de España entre 1788 y 1808 en que abdica en su hijo Fernando VII, forzado por el motín de Aranjuez; muere exiliado en Nápoles. 18, 40, 42, 72

Carlos IX de Valois (1550-1574), rey de Francia de 1560 a 1574. 170

Carlos VII título dado por los carlistas a Carlos María de Borbón y Austria-Este (1848-1909), pretendiente carlista al trono de España entre 1868 y 1909. 17, 18

Carlota Corday (1768-1793), célebre girondina que asesinó al dirigente jacobino Jean Marat. 7

Carpaccio, Vittore (1465-1520) pintor cuatrocentista italiano, que desarrolló una técnica poco acorde con las corrientes de su época. 117

Carracci, los: Agostino, y Annibale (1557-1602 y 1560-1609), pintores manieristas que fundaron en Bolonia la "Accademia degli Incamminati" (1582) y pintaron algunas obras de forma colectiva. 118

Casado del Alisal, José (1832-1886), pintor y director de la Academia de España en Roma, su obra *El juramento de las Cortes de Cádiz* está actualmente en el Congreso. 13, 69

Casas, Bartolomé de las (1484-1566), encomendero español y luego fraile dominico, cronista, filósofo, teólogo, jurista, obispo de Chiapas, escritor y defensor de los indígenas. 158

Cassola, Manuel (1837-1890), general y ministro de Guerra liberal en 1887-88 que introdujo importantes reformas en el ejército. 81, 82, 93, 100, 115, 126, 129, 136, 144

Castaños, Francisco (1758-1852), general vencedor de la batalla de Bailén en la Guerra de la Independencia. 69

Castelar, Emilio (1832-1899), cuarto presidente en la I República, durante la Restauración fue diputado del republicanismo posibilista. 4, 5, 6, 49, 52, 57, 61, 62, 63, 70, 73, 74, 90, 91, 99, 100, 115, 155, 161

Castillo, Ignacio María (1817-1893), militar cristino, rechazó la oferta de Martínez Campos para comandar el pronunciamiento de Sagunto (1874), gobernador de Cuba (1883-84), y ministro de Guerra (1886-87). La regente le concedió el título de conde de Bilbao. 71

Castro y Serrano José (1829 -1896), médico, gastrónomo y, periodista. Miembro de la Real Academia Española desde 1889 y del Consejo de ministros en varias ocasiones. 5, 79, 123

Castro, Inés de (1325-1355), dama de la infanta Constanza de Castilla, casada secretamente en con el heredero de Portugal, asesinada por el rey, cuando el infante sucedió a su padre ordenó exhumarla y obligó a los nobles a besar su mano. 38

Castro, Luciano de (1834-1914), periodista y político progresista portugués tres veces primer ministro. 137

Catalina de Medici (1519-1589), hija de Lorenzo de Medici y esposa de Enrique II fue reina consorte de Francia de 1547 a 1559. 130, 160, 169

Cavour, conde de: Camilo Benso (1810-1861), político y estadista de la Italia anterior a la unificación. 109

Cellini, Benvenutto (1500-1571), escultor, orfebre y escritor italiano. Autor de *el Salero* como orfebre y del *Pérseo* o del *Cristo* del Escorial. 119

Cerdá i Sunyer, Idefons (1815-1876), ingeniero autor de la reforma urbanística de la Barcelona con la que creó el actual barrio del Ensanche. 103

Cervantes, Miguel (1547-1616), poeta, dramaturgo y novelista autor del *Quijote*. 3, 10, 23, 31, 35, 74, 94, 97, 100, 114, 127, 142, 175, 176, 180

Chambord, duque de: Enrique de Artois (1820-1883), príncipe real francés, nieto de Carlos X de Francia. 18, 140

Chapí, Ruperto (1851-1909) célebre compositor de zarzuelas como *La revoltosa* (1897) y óperas como *Roger de Flor* (1878). 31, 33

Chartres, duque de: Roberto de Orleans (1840-1910), nieto del rey Luis Felipe I y pretendiente al trono francés. 60

Chateaubriand, Frangois René (1768-1848) escritor, político y diplomático francés, uno de los fundadores del Romanticismo, autor de *El genio del cristianismo*. 128

Checa, Ulpiano (1860-1916), pintor que compagina la temática romana, de género y orientalista. A principios del XX alternará paisajes y costumbres rurales, con pintura simbolista. 83

Cherubini, Luigi (1760-1842), compositor italiano, autor de óperas como *Medea* o *Las dos jornadas*. 33, 120

Christian IX (1818- 1906), rey de Dinamarca desde 1863 hasta su muerte. 88

Churriguera, José de (1665-1725), arquitecto y retablista barroco creador del estilo churrigueresco, caracterizado por la abundancia y protagonismo de la decoración. 37

Churruca, Cosme Damián (1761- 1805), científico y marino, nombrado almirante tras su muerte en la batalla de Trafalgar. 16

Cimabue: Cenni di Pepo (1240- 1302), pintor y creador de mosaicos florentinos. 119

Cisneros, Francisco Jiménez de (1436-1517) cardenal, arzobispo de Toledo, gobernó la corona de Castilla en dos ocasiones. 3, 8, 10, 19, 70, 172

Abate Cladera, Cristóbal Cladera (1760-1816), prolífico poeta y crítico. 72, 94

Clemenceau, Georges (1841-1929), médico, periodista y político republicano francés, del partido radical, anticolonialista, se haría célebre como defensor de caso Dreyfus (1898) y primer ministro en 1906 y 1920. 93

Clemente VII: Giulio de Medici (1748-1534), papa de 1523 a 1534. 120

Clemente XIV: Giovanni Ganganelli (1705-1774), papa entre 1769 y 1774, expulsó de Europa a la orden de los jesuitas. 110

Clementina de Orleans (1817-1907), hija del rey Luis Felipe I de Francia. 60, 140

Coello, Francisco (1822-1898), colaboró con Pascual Madoz en el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España* (1846-1850), presidió Sociedad Geográfica de Madrid y creó junto a Joaquín Costa la "Sociedad Española de Africanistas y colonialistas" que presidió hasta su muerte. 24

Colbran, Isabella (1784-1845), la mejor mezzosoprano y soprano de su tiempo, casada con Rossini. 135

Colell, mosen: Jaume Colell (1846-1932), escritor y poeta catalanista. 180

Colón, Cristóbal (1451-1506), descubridor de América. 3, 89, 94, 100, 104, 117, 141, 158, 160, 170

Comella, Luciano (1751-1812), dramaturgo prolífico y popular, cultivó todos los géneros de la época de forma efectista y melodramática. 94

Comillas, marqués de: Antonio López y López (1817-1883), empresario y banquero cántabro, fundador de la Compañía Trasatlántica. 20, 64, 82, 96, 173, 179

Compte, Auguste (1798 - 1857), pensador francés, fundador del positivismo y de la sociología. 35

Concha, Manuel Gutiérrez de la (1808- 1874), general y político español de tendencia liberal, destacado en las dos guerras carlistas. 17, 50

Concini, Concino (1575-1617), favorito de María de Medici, esposa de Enrique IV de Francia. 170

Conde, José Antonio (1766-1820), arabista, helenista e historiador. 72

conde de Tejada: Manuel Aguirre de Tejada (1827-1911), político conservador, ministro de Ultramar con Alfonso XII, y ministro de Gracia y Justicia durante la Regencia. 8

condesa de Albany: Luisa Stolberg-Geder (1752-1824), casada con el pretendiente al trono inglés Carlos III, al que abandonó por el poeta italiano Alfieri. 120

condesa de París: María Isabel de Orleans (1848-1919), hija de los duques de Montpensier y casada con su primo Luis Felipe de Orleans, conde París. 47, 55

Contarini, poderosa familia veneciana en la que hubo ocho dux. 116

Cook, James (1728-1779), marino y cartógrafo inglés, describió con precisión costas e islas del Pacífico. 44

Copérnico, Nicolás (1473-1543), astrónomo italiano que formuló la teoría heliocéntrica del sistema solar. 35, 120

Coquelin, Ernest y Constant (1848-1909 y 1841-1909), hermanos franceses actores de gran éxito. 54

Cornaro, Catalina (1454-1510), noble veneciana, reina de Chipre, de Jerusalén y de Armenia. En ella se inspira la ópera homónima de Donizzetti (1844). 116, 117

Cornelius, Peter von (1783-1867), pintor del grupo de los nazarenos. Empezó trabajando en Múnich y acabó en Berlín. Autor de parte de los frescos que decoran el Alter Museum. 86, 87

Correa: Ramón Rodríguez Correa (1835- 1894), escritor, periodista colaborador en diversos periódicos y resvistas, director de *Las Noticias* y varias veces diputado. 156

Corrientes, Diego (1757-1781), bandolero modelo de bandido generoso. 77

Cortés, Hernán (1485-1547), conquistador de México y explorador de la Baja California. 100, 133, 140, 158

Cosa, Juan de la (¿1460?-1509), navegante y cartógrafo que participó en siete de los primeros viajes a América; dibujó el mapa más antiguo del continente americano. 158

Cos-Gayón, Fernando (1825-1898), periodista y político conservador, ministro de Hacienda con Alfonso XII, y de Gracia y Justicia y de Gobernación, la regente María Cristina. 43

Costa, Joaquín (1846-1911) jurista y político, representante del Regeneracionismo. 178

Costillares: Joaquín Rodríguez (1743-1800), torero innovador y organizador de la lidia moderna. 163

Covarrubias, Alonso de (1488-1570), arquitecto y escultor del Renacimiento, maestro de obras de la catedral de Toledo y arquitecto de los alcázares de Madrid y Toledo. 77

Covarrubias, Sebastián de (1539-1613), lexicógrafo autor del *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611). 10

Credi, Lorenzo di (1459-1537), pintor y escultor italiano que influyó notablemente en Leonardo. 120

Creus, Juan (1828-1897), médico y cirujano, catedrático de Patología Quirúrgica en la Universidad de Madrid, de la que fue también rector en 1884. 27, 57

Crispi, Francesco (1819-1901), primer ministroitaliano entre 1887 y 1891 y entre en 1893 y 1896. 125, 143, 169

Cruz, Ramón de la (1731-1794), popular sainetista, Galdós le dedicó un estudio en 1870. 18, 71, 139
Cúchares: Francisco Arjona (1818-1868), torero célebre por sus faenas de muleta. 163
Dabán, Luis (1841-1892), militar, participó en el pronunciamiento de Sagunto contra la I República; gobernador de Puerto Rico, en 1890 Cánovas lo nombró director general de la Guardia Civil. 146
Dagoberto I (600-639), rey de los francos entre 629 y 639. 130, 131
Dandolo, Enrico (1107-1205), primer dux de Venecia entre 1192 y 1205. 116, 117
Dante Alighieri (1265-1321). 109, 112, 117, 118, 119, semblanza en 120, 157
Daoiz, Luis (1767-1808) al mando del cuartel de Monteleón luchó y murió contra de las tropas francesas, el 2 de mayo de 1808. 3, 47
Darwin, Charles (1809- 1882), naturalista inglés, autor de *El origen de las especies* en defensa del evolucionismo. 35
Daudet, Alphonse (1840-1897), novelista francés autor de *Tartarín de Tarascón*. 81, 131
Daulia, obispo de: José María Benito Serra (1810-1886), benedictino misionero en Australia, obispo desde 1859. Colaborador de *El Siglo Futuro*. 43
David, Felicien (1810-1876) compositor romántico francés. 33
David, Jacques-Louis (1748-1825), máximo representante de la pintura neoclásica francesa. 14, 83, 147
Delavigne, Casimir (1793-1843) poeta y dramaturgo romántico francés. 19
Delio: fray Diego Tadeo González (1733-1794), poeta español de la escuela pastoril salmantina. 60
Déroulede, Paul (1846-1914) nacionalista francés, miembro fundador de la Liga de Patriotas, defensor de la Unión Latina y aliado de Boulanger. 70, 157
Deza, Diego de (1443-1523), dominico español, arzobispo, Inquisidor General Castellano, preceptor del príncipe Juan y protector de Colón en la Corte. 158
Dezobry, Louis Charles (1798-1871), historiador, lexicógrafo y editor francés. 13
Díaz, Bartolomé (1450-1500), navegante y explorador portugués que junto a Vasco de Gama, en 1498 descubre la ruta marítima a la India por el cabo de Buena Esperanza. 37, 44, 137
Dickens, Charles (1812-1870), novelista inglés, el más importante de la era victoriana, de notable influencia en la novela europea posterior. 134, 142, 177
Díez, Matilde (1818-1883), célebre actriz de teatro postromántico, casada con Julián Romea. 19, 94
Dilke, Charles, Sir (1843-1911), político británico, miembro del partido radical, secretario general del Foreign Office. Republicano, opositor de la Reina Victoria. 74
Diocleciano (244-311) emperador romano que llevó a cabo la última persecución de cristianos. 112
Diógenes (412 a. C.-323 a. C.), filósofo griego perteneciente a la escuela cínica. 154
Domenech i Montaner, Lluis (1850-1923), arquitecto modernista catalán, autor de la Casa Lleó o el Hospital de Santa Cruz y San Pablo de Barcelona. 104
Domenichino: Domenico Zampieri (1581-1641), pintor de la escuela boloñesa, autor de *La Dama y el unicornio*. 110, 118
Domingo Marqués, Francisco (1842-1920), pintor valenciano que decoró el palacio de Fernán Núñez. 13, 83
Domínguez, Manuel (1840-1906), pintor academicista e ilustrador, profesor de la Academia de Bellas Artes de Roma. 13, 83, 147

Donatello (1386-1466), pintor y escultor renacentista italiano, autor del *David* de bronce. 109, 118, 119

Donizetti, Gaetano (1797-1848) compositor de ópera italiano, autor de *L'elisir d'amore* o *Lucia de Lammermoor*. 135

Donoso Cortés, Juan (1809-1853), político y parlamentario moderado, uno de los refundadores del Ateneo en 1835, que evolucionó hacia el neocatolicismo. 5

Doré, Gustave (1832-1883), ilustrador francés de importantes obras literarias, entre ellas el *Quijote*. 11

Dostoievski, Fiodor (1821-1881), novelista ruso, autor de obras como *Crimen y castigo* (1866), *El idiota* (1868) o *Los hermanos Karamazov* (1879-80). 75, 81

Dou, Gerrit (1613-1675), pintor y grabador barroco holandés, autor de *Anciana leyendo*. 86

Drake, Francis (1540-1596), corsario inglés, explorador, comerciante de esclavos, político y vicealmirante de la Marina Real inglesa. 44

Duarte de Portugal (1391-1438), segundo rey de Portugal de la dinastía Avís. 38

Duclaux, Émile (1840-1904), micólogo, biólogo y químico francés, trabajó junto a Louis Pasteur. 39

Dumas, Alexandre, hijo (1824-1895), novelista y dramaturgo francés, autor de *La dama de las camelias*. 8, 11, 22, 54

Dumas, Alexandre, padre (1802-1870), novelista francés romántico autor de *Los tres mosqueteros*. 19, 97, 127, 130

Dupont, Pierre Antoine (1765-1840), general de Napoleón, autor de *Làrt de la guerre*, vencido en Bailén por Castaños al inicio de la Guerra de la Independencia. 69

duque de Montemar: José Carrillo de Albornoz (1671- 1747), militar español que tomo parte en importantes acciones en tiempo de Felipe V. 29

duque de Rivas: Ángel de Saavedra (1791-1865), político, dramaturgo y poeta autor del *Don Alvaro*. 5

duquesa de Medina de las Torres: María Eulalia Osorio (1834-1892), dama de la reina regente María Cristina. 59

duquesa de Montpensier: Luisa Fernanda de Borbón (1832-1897), infanta de España, segunda hija de Fernando VII y duquesa de Montpensier por matrimonio. 47, 140

Durero, Alberto (1471-1528), pintor y grabador alemán, el mayor artista europeo de su tiempo fuera de Italia, comparable por sus preocupaciones y actividades con Leonardo da Vinci, es célebre su *Autorretrato* (1500). 87

Dyck, Anton van (1599-1641), pintor flamenco, retratista de prestigio en toda Europa, como el cuadro del rey inglés *Carlos I a caballo* y autor de pintura religiosa como *La coronación deespinas*. 13, 83, 87, 147, 166

Echegaray, José (1832-1916), ingeniero, matemático, político y dramaturgo, Premio Nobel de Literatura en 1904, ministro de Hacienda en varias ocasiones. 6, 22, 31, 54, 79, 94, 155, 174, 175

Edimburgo, duque de: Alfredo de Sajonia-Coburgo (1844-1900), segundo hijo de la reina Victoria de Inglaterra. 103

Eguilaz, Luis (1830-1874), autor de dramas de costumbres moralizadores e históricos. 94, 123 Elcano, Juan Sebastián (1476-1526), marino que completó la primera vuelta a la Tierra en 1422. 35, 44, 100

Elduayen, José (1823-1898), ingeniero y político conservador, ministro de Hacienda con Amadeo I, ministro de Ultramar y de Estado con Alfonso XII y nuevamente ministro de Estado y de Gobernación durante la regencia de María Cristina. 29, 46, 59

El Tostado: Alonso Fernández de Madrigal (1410-1455), obispo de Ávila, autor de quince tomos publicados entre 1507 y 1530 con extensos comentarios en latín sobre la *Biblia*. 10, 15

Enrique de Borbón (1823-1870), infante de España hermano de Francisco de Asís, rey consorte de Isabel II. 162

Enrique II de Valois y su esposa Catalina de Medici (1519-1559 y 1519-1589), hija de Lorenzo, reinaron en Francia de 1547 a 1559. 130

Enrique IV (1553-1610), primer Borbón rey de Francia entre 1589 y 1610. 134

Ensenada, marqués de la: Zenón de Somodevila (1702- 1781), político ilustrado, fue Consejero de Estado con los reyes Felipe V, Fernando VI y Carlos III. 65

Ercilla, Alonso de (1533-1594), soldado y poeta, autor de *La Araucana*. 100

Eschewege, Ludwig von (1777- 1855), arquitecto alemán instalado en Portugal. 38

Escuder, José María (1842-1912) médico frenópata, especializado en medicina forense. Autor de diversos trabajos como *Locos y anómalos* (1895). 68

Eslava, Miguel Hilarión (1807-1878) compositor y musicólogo, gran defensor de la ópera española. 11, 31, 49, 56

Espartero, Baldomero (1793-1879), general cristino en la primera guerra carlista, y regente de 1840 a 1843. 50, 144

Espinel, Vicente (1550-1624), poeta y novelista del Siglo de Oro que transformó la estructura de la décima o "espinela". 100

Espoz y Mina, Francisco (1781-1836), guerrillero en la Guerra de la Independencia, y general cristino al mando del ejército durante la primera guerra carlista. 50

Espronceda, José de (1808-1842), poeta romántico español, autor de *El estudiante de Salamanca* o *El diablo mundo*. 5, 71, 128

Estuardo, María (1542-1587) reina de Escocia, enemiga de Isabel I de Inglaterra. 7

Eu, conde de: Gaston de Orleans (1842-1922), sobrino de Antonio de Orleans, y príncipe imperial de Brasil por su matrimonio con Isabel de Braganza. 140

Eugenia de Montijo (1826-1920), emperatriz consorte de Napoleón III de Francia. 127, 172

Eyck, Huberto (1370-1426) y Juan van (1390-1441), pintores flamencos del primer Renacimiento. El primero es autor de *Adoración del cordero místico*, El segundo, de la *Virgen del canciller Rolin*. 87

Faliero, Marino (1285- 1355), dux de Venecia desde 1354 hasta su muerte. 116, 117

Fastenrath, Johannes (1839-1908), escritor e hispanista alemán. 1

Favre, Jules (1809-1880), abogado y diputado republicano francés, activista contra Napoleón III. 171

Federico II de Prusia (1712-1786), monarca ilustrado, tercer rey de Prusia de 1740 a 1786. 87

Federico III Hohenzollern (1831-1888), hijo del primer káiser de Alemania, Guillermo I, y padre del último, Guillermo II. Coronado en marzo de 1888, muere en junio de ese mismo año. 1, 102, 141, 143

Fedi, Pío (1815-1892), escultor italiano autor del *monumento a Nicollini* o *de Pirro y Polixeno en la loggia dei Lanzi*. 120

Felipe II (1527-1598), rey de España desde 1556 hasta su muerte, de Nápoles y Sicilia desde 1554 y de Portugal y los Algarves como Felipe I desde 1580, y de Inglaterra e Irlanda *iure uxoris*, entre 1554 y 1558. 8, 10, 51, 76, 80, 87.100, 105, 121, 127

Felipe Igualdad: Luis Felipe de Orleans (1747-1793), tío de Luis XVI de Francia. Partidario de la Revolución, adoptó ese sobrenombre y firmó la condena a muerte del rey. Murió guillotinado. 18, 140

Felipe IV Austria (1605-1665), rey de España desde el 31 de marzo de 1621 hasta su muerte, y de Portugal desde la misma fecha hasta diciembre de 1640. 32, 94

Felipe V (1683- 1746), o Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y su mujer María Teresa de Austria, rey de España desde 1700, inició aquí la dinastía Borbón. Entre es año y 1711, defendió su derecho al trono en la guerra se Sucesión contra el archiduque Carlos de Austria. 18, 26, 29, 65, 77, 104

Fenimore Cooper, James (1789-1851), escritor estadounidense de novelas de aventuras, como *El último mohicano*, sobre la vida de los colonos pioneros y sus enfrentamientos con los indios. 132

Fernández Pacheco, Joaquín (1808-1865), político moderado, catedrático de Derecho Político Constitucional, presidente del Consejo durante cinco meses con Isabel II. 5

Fernández y González, Manuel (1821-1888). Semblanza en 97, 127

Fernández, Mariano (1814-1890). 54, 94, semblanza en 139, 154

Fernández, Rosario (1755-1803), "La Tirana", célebre actriz teatral retratada por Goya. 94 Fernando Camino: Fernando Pérez del Camino (1859-1901), médico y pintor santanderino especializado en paisajes. 98

Fernando el Católico, (1452-1526), rey de Aragón, por su matrimonio con Isabel de Castilla se unieron ambos reinos. 121

Fernando I de Borbón (1751-1825), hijo del rey Carlos VII de Nápoles-Dos Sicilias, a quien sucedió en 1759 cuando este asumió el trono de España como Carlos III. 114, 121

Fernando II de Sajonia Coburgo (1816-1885). 38, semblanza en 51, 140

Fernando VI (1713- 1759), tercer hijo del Felipe V y Mª Luisa de Saboya, rey de España de 1746 a 1759. 26

Fernando VII de Borbón (1784-1833), hijo de Carlos IV y Mª Luisa de Parma, rey de España entre marzo y mayo de 1808 y desde 1813 hasta su muerte. 26, 40, 42, 53, 65, 94, 128, 140

Ferrán y Clúa, Jaime (1851-1929). 38, semblanza en 39, 41, 42, 43

Ferrant, Alejandro (1843-1917), pintor y decorador de San Francisco el Grande. 13, 83, 147

Ferraz, José (1796-1854), militar liberal, deja el ejército en 1823. Diputado en la regencia de Cristina de Borbón y senador vitalicio con Isabel II. 5

Ferrer, Vicente (1350-1419), santo dominico predicador. 35

Ferry, Jules (1832-1893), político republicano francés, presidio el Consejo entre 1883 y 85. Promotor de la enseñanza pública, laica y gratuita. 42, 93

Feuillet, Octave (1821 - 1890), novelista y dramaturgo francés favorito del II Imperio; autor de *Sybille*. 56

Fichte, Johann Gottlieb (1762-1814), filósofo continuador de Kant y precursor del idealismo. 35

Fife, lord: Alexander Duffy (1849-1912), casado en 1889 con la princesa Louise, hija mayor del príncipe de Gales y futuro Eduardo VII. 139

Figuerola, Laureano (1816-1904), abogado, economista y político republicano; ministro de Hacienda al inicio del Sexenio Democrático. 6, 50, 61, 90, 155

Flores Calderón, Manuel (1775-1831), catedrático de Filosofía y Economía Política, preside de las Cortes durante el Trienio Liberal. Exiliado en Londres vuelve en 1830 y es fusilado. 5

Floridablanca, conde de: José Moñino (1728-1808), político, Secretario de Estado entre 1777 y 1792 con Carlos III y y Carlos IV, preside la Junta Suprema Central creada en 1808. 72

Fonseca, Alfonso de (1475-1534), cardenal, arzobispo de Santiago de Compostela y después, de Toledo. Fundó el Colegio Fonseca que daría origen a la universidad de Santiago. 19

Fort y Guyenet, Enrique (1853-1908), arquitecto seguidor de corrientes eclécticas, exploró diversos estilos historicistas, entre ellos el neomudéjar, catedrático de Tecnología y Arquitectura legal desde 1885 en la Escuela de Arquitectura de Madrid. 61

Fortuny, Mariano (1838-1874), uno de los grandes maestros de la pintura española XIX, de éxito internacional, de plástica realista basada en el estudio de la luz, autor de La vicaría. 3, 13, 14, 147.

Foscari, Francesco (1373-1457), dux de Venecia de 1423 a 1457. 116, 117

fra Angélico: Juan de Fiésole (1395-1455), pintor del Cuatrocento italiano de temática religiosa. 87, 110, 119, 120

fra Bartolomeo: Savignano di Prato (1472- 1517), pintor renacentista italiano de temática religiosa. 119

Francisco I (1494-1547), rey de Francia entre 1515 y 1547, rival del emperador Carlos V. 109, 130

Francisco de Asís Borbón (1822-1902), esposo de Isabel II y rey consorte de 1846 a 1868. 55, 101, 125

Francisco José I (1830-1916), emperador de Austria, rey de Hungría y rey de Bohemia, desde 1848 hasta su muerte. 74, 121

Frascuelo: Salvador Sánchez Povedano (1842-1898), torero granadino, gran estoqueador, y rival de Lagartijo del 69 al 89 en que se retiró. 40, 132, 163

Freycinet, Charles de (1828-1923), político francés, desempeñó varios ministerios y fue jefe de gobierno durante la III República Francesa. 93

Frías, duque de: Bernardino Fernández de Velasco (1783-1851), militar y político constitucionalista, embajador en Londres durante el Trienio Liberal. Exiliado durante la Onminosa Década de Fernando VII, llegaría a presidente del Consejo en 1738. 5

Frontaura, Carlos (1834-1910), periodista, escritor y libretista de zarzuelas como Doña Mariquita. 123

Galdo, Manuel María(1825-1895), catedrático de Historia Natural, autor de el primer Manual de Historia Natural (1852), defensor de la instrucción pública, la libertad de cátedra, y la creación de bibliotecas públicas. Durante el Sexenio Democrático fue alcalde de Madrid. 70

Gales, príncipe de: futuro Eduardo VII de Sajonia-Coburgo, (1841-1910), hijo y heredero de Victoria I de Inglaterra. 125, 133, 143

Galileo Galilei (1564-1642), 35, semblanza en 109, 120

Galliera, ducado: título napoleónico dado en 1812 a su nieta Josefina. El último descendiente lo cedió e en 1877 con todos sus bienes a Antonio de Orleans, duque de Montpensier. 140

Galvani, Luigi (1737-1798), médico y físico italiano, que descifró la naturaleza eléctrica del impulso nervioso. 118

Gálvez, Antoñete (1819-1898), federalista español, con importante participación en el Cantón de Cartagena. 53

Gamazo, Germán (1840-1901), abogado, economista y político liberal, ministro de Fomento con Alfonso XII, y de Ultramar durante la regencia de María Cristina. 50, 61, 76, 81, 99, 101, 126, 129, 163, 170, 172, 174

Ganassa: Alberto Naseri (1540-1584), actor y empresario teatral italiano de la commedia del'arte, de larga estancia en España. 94

Garavaglia, ayudante de campo del rey Humberto I de Italia. 51

García Gutiérrez, Antonio (1813-1884). 18, semblanza en 19, 54, 72, 94

García, Manuel (1775-1832), cantante de ópera, compositor y productor teatral. 94, 135

Madame Viardot: Paulina García (1821-1910), cantante de ópera y compositora, hija del tenor Manuel García y casada con el director de teatro Louis Viardot. 94

Garibaldi, Giussepe (1807-1882), militar y uno de los principales artífices de la unificación de Italia. 74

Garrick, David (1717-1799), dramaturgo y actor inglés, especializado en personajes de Shakespeare, dirigió el teatro de Drury Lane de 1747 hasta su muerte. 54, 167

Gaspar, Enrique (1842-1902), dramaturgo encuadrado en la alta comedia, con espíritu moralizador. 163

Gayarre, Julián (1844-1890). 11, 48, 49, 51, 55, 56, 73, semblanza en 135

Gaztambide, Joaquín (1822-1870), compositor de más de cincuenta zarzuelas, director y presidente de la Sociedad de Conciertos de Madrid. 49

Gervais, Alfred (1837-1921), marino francés, promotor de la alianza franco-rusa, jefe del Estado Mayor de Marina en 1892. 157

Ghiberti, Lorenzo (1378-1455), escultor renacentista italiano, autor de las *Puertas del Paraíso* del baptisterio de Florencia. 119

Ghirlandajo, Doménico (1448-1494), pintor renacentista italiano, maestro de Miguel Ángel, autor de los frescos de la capilla Tornabuoni en Florencia. 119

Gil y Zárate, Antonio (1793-1861), dramaturgo que alternó obras neoclásicas como *Blanca de Borbón* y románticas como *Carlos II*. Autor también de *Manual de literatura*. 5

Giorgione: Giorgio Barbarelli da Castelfranco (1478-1510), pintor renacentista, maestro de Miguel Ángel, autor de *La tempestad* (1508). 117

Giotto di Bondone (1267-1337) uno de los iniciadores de la pintura renacentista en Italia, autor de los frescos de la capilla de los Scrovegni, en Padua. 118, 119, 120

Girgenti, conde de: Cayetano de Borbón Dos Sicilias (1846-1871), esposo de la infanta Isabel y por tanto cuñado de Alfonso XII. 47

Gisbert, Antonio (1834-1901), pintor de transición entre el Romanticismo y el Realismo, fue director del Prado de 1868 a 1873. Autor de *Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga*. 4, 13, 69, 147

Gladstone, William (1809-1898), político británico, líder del partido liberal y primer ministro del Reino Unido en cuatro ocasiones. 139, 153, 170

Gluck, Christoph (1714-1787), compositor alemán autor de obras como *Infigenia en Taúride* u *Orfeo y Euridice*. 29, 33

Godoy, Manuel (1767-1851), duque de Alcudia y Príncipe de la Paz, primer ministro de Carlos IV entre 1792 y 1797 y favorito hasta 1808. Muere en el exilio. 42, 72

Goethe, Joham G. (1749-1832), escritor romántico alemán, con obras como *Fausto*. 87, 116 Gómez Sigura, Eduardo (1846-1900), diputado primero republicano y después conservador, periodista y novelista. 56

Goudinet, Edmond (1828-1888), dramaturgo autor de comedias y libretista de ópera francés. 54

Gonzaga, Luis (1568-1591), noble italiano jesuita desde los quince años. Durante la peste de Roma, atendió a los incurables hasta su propia muerte en 1591. Santificado y patrón de la juventud en 1726. 8

González Bravo, Luis (1811-1871), político y periodista moderado, ministro de Gobernación y de Gracia y Justicia durante la minoría de Isabel II, y presidente del Consejo en la última etapa de esta. 50, 111, 161

González Encinas, Santiago (1836-1887), médico cirujano, catedrático de Patología Quirúrgica y Clínica en la Universidad Central de Madrid. Diputado durante el Sexenio Democrático y senador en la Restauración. 76

González Serrano, Urbano (1848-1904), filósofo krausista, discípulo de Salmerón, lo sustituyó temporalmente en la cátedra de Metafísica y colaboró con Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza. 6

González, Venancio (1831-1897), ministro de Gobernación con Sagasta en el reinado de Alfonso XII y en la Regencia. 50

Gonzalo Morón, Fermín (1816-1871) abogado, historiador y crítico literario. 5, 6

Gor, duque de: Mariano Álvarez de las Asturias Bohorques (1864-1930), ateneista, primer español en participar en unos juegos olímpicos (París, 1900) en la modalidad de esgrima. 5

Gordon, Charles George (1833-1885), general y gobernador de Sudán, muy popular en Inglaterra, cuyas opiniones, contrarias al gobierno inglés, publicaba Times. Creía necesario combatir la aspiración musulmana de domina el mundo islámico e instigó una política agresiva contra ellos. 32

Got, Edmond (1822-1901), célebre actor de la Comédie Française. 54

Gounod, Charles (1818-1893), compositor francés, considerado autor de la opera *Fausto* y de la célebre *Ave María*. 33

Grajal, maestro: Tomás Fernández Grajal (1839-1914), compositor de ópera española. El poco éxito de *El príncipe de Viana* le llevo a retirarse de la composición y dedicarse a la docencia. Maestro de Chapí y Bretón. 31

Gran Capitán: Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), noble y militar, de grandes éxitos en las campañas de los Reyes Católicos en Italia. 3, 7, 118

Grand Condé: Luis de Borbón (1621-1686), príncipe y militar francés, venció a los españoles en la batalla de Rocroi, líder de La Fronde y general durante la Guerra de los Treinta Años. 130

Grawitz, Paul Albert (1850-1932), patólogo alemán, descubridor del carcinoma de las células epiteliales que lleva su nombre. 39

Gresset, Jean-Baptiste-Louis (1709-1777), poeta y dramaturgo neoclásico francés. 130

Grévy, Jules (1807-1891), republicano radical, tercer presidente de la III República Francesa de 1879 a 1887. Anti revanchista frente a Boulanger y Gambetta, y anticolonialista frente a Ferry. 92, 93, 102

Grimaldi, Juan (1796-1872), empresario teatral y director escénico francés, afincado en España entre 1823 y 1836. 19

Grissi, María (1873-1930), soprano italiana, gran intérprete de Wagner. 40

Guelbenzu, Juan María (1819-1886), pianista y compositor. Introduce en España la "romanza sin palabras". 31, 49, 56

Guercino: Giovanni Barbieri (1591-1666), pintor boloñés barroco, autor de *Susana y los viejos*. 118

Guervós, José María (1870-1944), pianista y compositor, autor del poema sinfónico *Trafalgar* en 1899. 56

Guillermo de Orange (1533-1584), principal caudillo de la rebelión contra la Corona Española en la Guerra de los Ochenta Años, que culminó con el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas (Países Bajos) en 1648. 174

Guillermo de Orange (1650-1702), reinó en Inglaterra, Escocia e Irlanda de 1709 a 1702, como Guillermo III, por su matrimonio y tratado con su prima María II. 140

Guillermo I (1797-1888), rey de Prusia como Guillermo IV desde 1861, y primer kayser alemán de 1871 a 1888. 7, 143

Guillermo II (1859-1941), ultimo kaiser de Alemania entre 1888 y 1918, hijo de Federico III y la princesa Victoria de Inglaterra. 109, 141

Guzmán Blanco, Antonio (1829-1899), militar, político y diplomático; presidente de Venezuela en tres ocasiones. 51

Guzmán, Antonio (1786-1857), actor de teatro especializado en papeles cómicos, que había rescatado la forma de actuar del gracioso del XVII. Formó parte de la compañía de Isidoro Máiquez. 19, 94, 139

Guzmán, David J. (1843-1927), político, médico y escritor salvadoreño aficionado al estudio de la botánica, la zoología y la arqueología. Fundó el Museo Nacional. 133

Guzmán, Domingo de (1170-1221), santo fraile español fundador de la Orden de los Predicadores, conocidos como dominicos. 35, 166

Haendel, Georg Friedrich (1685-1759), compositor barroco alemán. 29, 33

Hals, Frans (1582-1666), pintor de la escuela barroca holandesa; célebre es su *Autorretrato*. 86

Hanlon-Lees, familia de acróbatas ingleses que crearon un grupo pre-vodevil en 1840. 54

Hartmann, Edward von (1842-1906), filósofo alemán, cuyo análisis del evolucionismo se publicó en español en 1879 con el título *La verdad y el error en el darwinismo*. 35

Hartzenbusch, Juan Eugenio (1806-1880), dramaturgo romántico español, autor de *Los amantes de Teruel*. 6, 19, 54, 72, 94, 122

Haydn, Joseph (1732-1809), compositor clasicista austríaco, considerado el padre de las sinfonías. 33

Hegel, Georg (1770-1831), filósofo idealista alemán de enorme influencia posterior. 35, 87

Heine, Heinrich (1797-1856), poeta del Romanticismo tardío alemán autor de lieders que influirían en Bécquer. 11, 122

Herculano, Alexandre (1810-1877), historiador y escritor romántico portugués de novela histórica. 97

Hermosilla: José Gómez Hermosilla (1771-1837), gramático y crítico literario, publicó en *El Censor* varios estudios según los cánones del neoclasicismo francés. 72

Hernández Amores, Germán (1823-1894), pintor de temas literarios y escenas de antigüedad clásica cargadas de erudición, que formaron un género específico del siglo XIX. 7

Herrera, Juan de (1530-1597), creador del estilo herreriano, arquitecto de El Escorial y el alcázar de Toledo. 77

Hinzpeter, Georg Ernst (1827-1907), consejero privado del kayser Guillermo II tras haber sido su tutor desde los 7 años. 143

Hobbema, Meindert (1638-1709), pintor paisajista del barroco holandés, discípulo de Ruisdael. 86

Hohenzollern, Leopoldo de (1835-1905), sobrino del Kaiser, tras la revolución del 68 se le ofreció el trono de España al que renunció. 51, 140

Holbein, Hans (1497?-1543), pintor e impresor del Renacimiento nórdico, especialista en retratos como el de Enrique VIII de Inglaterra. 86

Huerta: García de la Huerta, Vicente Antonio (1734-1787), dramaturgo neoclásico, autor de tragedias como *La Raquel*. 22

Hugo, Victor (1802-1885), dramaturgo romántico francés, autor de *Hernani* (1830), intelectual y político. 19, 128

Humberto I de Saboya (1844-1900), segundo rey de la Italia unificada entre 1878 y 1900 en que muere asesinado. 40, 74, 96, 109, 110

Humboldt, Alexander (1769-1859), geógrafo, astrónomo, humanista, naturalista y explorador. 87

Humboldt, Guillermo (1767-1835), lingüista y estadista alemán, uno de los fundadores de la Universidad de Berlín. 87

Hurtado, Antonio (1825-1875), escritor autor de *Madrid dramático* (1870) conjunto de leyendas, de poemas románticos y de obras teatrales como *El vals de Venzano* (1872). Núñez de Arce le dedicó su poema "La duda". 123, 176

Ibáñez, Carlos (1825-1891), militar geógrafo, y presidente de la Asociación Internacional de Geodesia, de la que fue promotor en España. 49

Iglesias, Pablo (1850-1925), en 1870 inicia su carrera política como representante de los tipógrafos en la Asociación Internacional del Trabajo, en 1886 funda el periódico *El Socialista*, en 1888 crea el sindicato Unión General de Trabajadores y al año siguiente funda el PSOE. 73

Inarco Celenio: seudónimo pastoril de Leandro Fernández Moratín. 72

Inguanzo, Pedro (1715-1872), cardenal, obispo de Zamora y arzobispo de Toledo. 19

Inocencio VI: Étienne Aubert (1282-1362), papa sucesor de Clemente VI en Avignon desde 1352 hasta su muerte. 118

Iparraguirre, José María (1820-1881), semblanza en 170

Irving, Henry: John Henry Brodribb (1838-1905), célebre actor y empresario teatral inglés, intérprete del repertorio de Shakespeare. En 1895 recibió de la reina Victoria el título de sir por su carácter de institución nacional. 167

Irving, Washington (1783-1859), escritor romántico estadounidense, cronista de viajes, muy conocido en España por *Cuentos de la Alhambra* (1832). 134

Isabel de Borbón (1851-1931), primera hija de Isabel II, princesa de Asturias hasta el nacimiento de su hermano Alfonso en 1857. 47, 59

Isabel de Portugal (1503-1539), esposa de Carlos V, reina de España de 1526 hasta su muerte. 14

Isabel I Tudor (1533-1603), reina de Inglaterra de 1558 hasta su muerte. 7

Isabel II (1830-1904), hija de Fernando VII y reina de España de 1833 a 1868 en que se exilia en París. 8, 42, 47, 49, 50, 57, 61, 65, 74, 97, 101, 140, 144, 151, 160

Ivens, Roberto (1850-1898), oficial de la marina portuguesa que, junto a Capelo, exploró los territorios comprendidos entre Angola y Mozambique. 46

Jacobini, Angelo (1825-1886), cardenal italiano, miembro de la comisión preparatoria del *Syllabus* de Pio IX, fue nombrado cardenal por León XIII. 43

Jareño, Francisco (1818-1892), arquitecto, autor de la Biblioteca Nacional, y de el Teatro Nuevo de Las Palmas que en 1902 pasaría a llamarse Teatro Pérez Galdós. 151

Jeuner, Edward 1749-1823), científico inglés, descubridor de la vacuna contra la viruela en 1789. 39

Johnson, Ben (1572-1637), dramaturgo, poeta y actor inglés del Renacimiento, autor de *Volpone* (1610). 142

Joinville, príncipe de: Francisco de Orleans (1818-1900), tercer hijo del rey Luis Felipe I de Francia. 60, 140

Jorge Pitillas: José Gerardo Hervás (¿?-1742), clérigo, poeta, crítico literario y periodista, autor de la *Sátira contra los malos escritores de este siglo*, basada en la poética de Boileau. 72

José I (1714-1777), rey de Portugal de la dinastía Braganza de 1750 hasta su muerte. Conocido como el Reformador, durante su reinado se realizó la reorganización económica, social y administrativa de su primer ministro el marqués de Pombal. 37

José María El tempranillo: José Pelayo Hinojosa (1805-1833), bandolero andaluz. 77

Jovellanos, Gaspar Melchor (1744-1811), el mejor representante de la Ilustración española, poeta, dramaturgo y ensayista con obras como el *Informe sobre la ley agraria* o *Memorias del castillo de Bellver*. 10, 60, 72, 90, 161

Jovellar, Joaquín (1819-1892), militar conservador. Fue capitán general de Cuba y presidente del Consejo en 1875, durante las Cortes Constituyentes de la Restauración. 50

Juan II (1405-1454), hijo de Enrique *El doliente*, rey de Castilla de 1419 a su muerte. 97

Juan de Austria (1547-1578), hijo de Carlos V y Bárbara Bloomberg, militar y diplomático con Felipe II. 10, 18, 94, 100

Juan de la Cruz (1542-1591), santo reformador de la orden del Carmelo, y poeta cumbre de la mística española, con obras como *Noche oscura del alma* o *Cántico espiritual*. 35, 179

Juan José de Austria (1629-1679), hijo ilegítimo de Felipe IV y la actriz María Calderón, político y militar. 94

Julio II: Giuliano della Rovere (1443-1513), papa de 1503 a 1513, mecenas de Rafael y Miguel Ángel. 110

Juni, Juan de (1506-1577), escultor, creó la escuela castellana de imaginería religiosa junto a Gregorio Fernández. 15, 127

Karr, Jean Baptiste Alphonse, (1808-1890), crítico, periodista y novelista francés, autor de *Voyage autour de mon jardin* (1845). 156

Kaulbach, Wihlelm von (1805-1874), pintor alemán, creador de varios murales de Munich encargados por Luis de Baviera. 87

Kean, Edmund (1787-1833) actor inglés especializado en personajes de Shakespeare. 54, 167

Kepler, Johanes (1571-1630), astrónomo y matemático alemán; describió las leyes del movimiento de los planetas alrededor del sol. 35

Koch, Robert (1843-1910) médico y bacteriólogo alemán, descubridor del bacilo de la tuberculosis en 1882. 15, 21, 39, 43, 135, 152, 153

Kossuth, Lajos (1802-1894), noble, político y nacionalista húngaro. 74
Krause, Karl (1781-1832), filósofo alemán, creador del krausismo de gran influencia en la España del XIX. 35, 62
Kubly Arteaga, Enrique (1855-1904), diplomático y escritor uruguayo. 41
Labra Cadrana, Rafael (1841-1918) diputado por Puerto Rico y Cuba, miembro del Ateneo de Madrid, y uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza. 6, 61
Lagartijo: Rafael Molina Sánchez (1841-1900), torero cordobés apodado también "Gran Califa" por su arte como matador, rival de Frascuelo. 40, 132, 163
Lagasca, Mariano (1776-1839), médico y botánico, vicepresidente del Ateneo y director del Jardín Botánico de 1820 a 1823 y de 1834 hasta su muerte. 5
Lamadrid, Teodora (1820-1896), actriz de teatro de amplio registro: romántico, clásico, en prosa y verso. 94
Landecho, Luis de (1852-1941), arquitecto del racionalismo neogótico, utiliza la estética del ladrillo visto combinado con la piedra y el metal. 61
Larra, Mariano José de (1809-1837), escritor y periodista, uno de los grandes exponentes del Romanticismo español. 19, 71, 128
Latorre, Carlos (1799-1851), actor especializado en el teatro romántico, favorito de Zorrilla. 19, 94
Latude, Jean-Henri (1725-1805), escritor francés famoso por su largo cautiverio en prisiones del estado, entre ellas La Bastilla, de las que se fugó repetidas veces. 132
Laurens, Jean-Paul (1838-1921), pintor academicista histórico francés. 14
Lavenant, María (1743-1767), célebre actriz de teatro del XVIII. 94
Le Notre, André (1613-1700), diseñador de los jardines de palacio de Versalles, de Vaux-le-Vicomte y de Chantilly entre otros, puso de moda en Europa el estilo de jardines a la francesa. 65
Le Verrier, Urbain (1811-1877), matemático francés e especializado en mecánica celeste. En 1846 colaboró en el descubrimiento de Neptuno usando solo matemáticas y datos de las observaciones astronómicas previas. 71, 107
Ledesma, Nicolás (1791-1883), violinista, compositor, maestro de capilla y organista de música sacra. 49
Legazpi: Miguel López de Legazpi (1502-1552), almirante español fundador de Manila. 44 Leibnitz, Wilhem (1646-1716), filósofo racionalista y matemático alemán considerado padre del cálculo matemático. 35
Lemaitre, Frederick (1800-1876), célebre actor teatral francés cuyo mayor éxito fue *Ruy Blas* de Victor Hugo. 132, 167
Lemos, conde de: Pedro Fernández de Castro y Andrade (1576-1622), presidente del Consejo de Indias, Virrey de Nápoles y presidente del Consejo Supremo de Italia. 114
León XIII: Gioacchino Pecci (1810-1903), papa de 1878 a su muerte. Mediador en diversos conflicos europeos, su encíclica *Inmortale Dei* (1885), analizó las relaciones Iglesia-Estado, y su encíclica *De Rerum Novarum* (1891) adaptó la doctrina de la Iglesia a la sociedad de la Revolución Industrial. 46, 48, 51, 59, 95, 109, 110, 170
León y Castillo, Fernando (1842-1918), político y diplomático canario, amigo de Galdós. Ministro de Ultramar durante el reinado de Alfonso XII y de Gobernación durante la regencia de María Cristina. 63, 80

León, Diego de (1807-1841), militar partidario de Cristina de Borbón en la regencia de Espartero; intentó asaltar el Palacio Real y fue fusilado. 50

Leonardo da Vinci (1452-1519), pintor, escultor, inventor del Renacimiento italiano, autor de *La Gioconda* 87, 119

Leoni, Pompeyo (1533-1608), escultor italiano, en 1556 colabora en encargos como los *Orantes* Carlos I y su familia del monasterio de El Escorial. 77

Leopardi, Giacomo (1798-1837), escritor del romanticismo italiano, nacionalista, autor de Canzoni, Versi, Canti... 109, 120

Lessing, Gotthold (1729-1781) importante escritor de la Ilustración alemana, autor de *Emilia Galottu* (1772) o *Natham el sabio* (1779). 19

Letamendi, José de (1828-1897), catedrático de Anatomía de la Universidad de Barcelona y de Patología General en la de Madrid y miembro de la Real Academia de Medicina desde 1888. 20, 21, 39

Licurgo (800-730 a. C.), rey y legislador de Esparta. 14

Lippi, Filipino (1457-1504), pintor de Cuatrocento italiano de temática religiosa como *La adoración de los Magos*. 119

Lippi, Filipo (1291-1356), uno de los iniciadores de la pintura renacentista italiana, discípulo de Masaccio. 118, 119

Lissipo (390-318 a, c,) escultor griego, autor del *Apoxiomeno*. 110, 117

Liszt, Franz (1811-1886), compositor austro-húngaro romántico e impresionista, pianista, profesor de música, y director de orquesta, inventó el llamado "poema sinfónico". 33

Livingstone, David (1813-1873), médico, explorador y misionero británico, recorrió el río Zambeze, descubrió las cataratas Victoria, e intentó encontrar el nacimiento del Nilo. 46

Lombay, marqués de: ver Francisco de Borja.

Lombia, Juan (1806-1851), autor, actor destacado como gracioso, y empresario teatral. 94

Lope: Lope de Vega Carpio (1562-1635), dramaturgo del Siglo de Oro, autor de *Fuenteovejuna*, *Peribánez* y *El caballero de Olmedo*. 22, 35, 54, 94, 100, 179

López Domínguez, José (1829-1911), militar y político liberal, en 1881 se unió a la fracción segregada Izquierda Dinástica. Fue ministro de la Guerra en 1883 y presidente del Gobierno en 1906. 126, 129, 136

Lorenzana, Francisco de (1722-1804), cardenal, humanista e historiador, arzobispo Toledo de 1772 a 1800. 8, 11, 19, 50, 77

Loti, Pierre (1850-1923), novelista impresionista francés autor de *Madame Chrysantheme* (1887). 132

Loyola, Ignacio de (1491-1556), militar, luego religioso fundador de la Compañía de Jesús y santo. 16, 35

Luciano de Castro, José (1834-1914), abogado, periodista y político portugués, uno de los fundadores del partido progresista, presidente del Consejo en diversas ocasiones. 137

Luis Felipe de Orleans (1773-1850), último rey de Francia entre 1830 y 1848. 138, 140, 162

Luis I de Braganza (1838-1889), rey de Portugal entre 1861 y 1889. 47, 51

Luis I de Witteisbach (1786-1868), rey de Baviera de 1825 a 1848. 151

Luis II Witteisbach (1845-1886), rey de Baviera entre 1864 y 1886; personaje excéntrico, promotor de la arquitectura y entusiasta de Wagner. 47

Luis XI Capeto (1423-1483), rey de Francia de 1461 a 1483. Se enfrentó a toda la nobleza del país. 75

Luis XII de Orleans (1642-1515), rey de Francia de 1498 a 1515; por su matrimonio con Ana de Bretaña, la corona francesa se anexionó la Bretaña. 130

Luis XIV de Borbón (1638-1715), rey de Francia de 1643 hasta su muerte, culminó la hegemonía de Francia en Europa. 1, 7, 65, 125

Luis XV de Borbón (1710-1774), rey de Francia de 1715 a 1774. 7, 65, 87

Luna, Álvaro de (1390-1453), condestable de Castilla, maestre de la Orden de Santiago y valido del rey Juan II, hasta que cayó en desgracia y fue decapitado. 15, 97

Luna, Rita (1770-1832), actriz de teatro rival de la Tirana, Moratín la ensalza por su representación de *El sí de las niñas*. 94

Luzán, Ignacio de (1702-1754), escritor y crítico español, principal teorizador de las ideas del Neoclasicismo en su Poética (1737). 35

Luzuriaga: Claudio Antón Luzuriaga (1792-1874), magistrado y ministro durante el Trienio Liberal. Miembro de la Real Academia de Jurisprudencia. 5

Macaulay, Thomas (1800-1859), escritor y político inglés, autor de *History of England from the acession of James II* (1849-1861). 134

Mackar, Hans (1840-1884), pintor austriaco llamado "el mago de los colores", autor de *Los cinco sentidos*, influyó en Gustav Klimt. 14

Maclean, Harry (1848-1920), militar escocés que se convirtió en oficial instructor del ejército marroquí. 172

Madrazo, Federico (1815-1894), pintor retratista romántico, director del Prado y de la Academia de Bellas Artes, autor *Isabel II*. 13, 125

Madrazo, Pedro (1816-98), historiador y crítico de arte, hermano del anterior. 128

Madrazo, Raimundo (1841-1920), nieto de Federico Madrazo, pintor realista al estilo Fortuny, y retratista de éxito. Autor de *Jardín de la casa de Fortuny* o *María Cristina de Habsburgo-Lo- rena*. 13, 49, 94, 147

Maestre, Aureliano (1828-1890), catedrático de Histología de la Universidad Central de Madrid. 41

Magalhaes Lima, Sebastiao (1850-1928), escritor y periodista portugués, republicano, fundador del periódico *O Seculo*. 149

Maestre de Avís: Juan I (1357-1433), rey de Portugal, fundador de la dinastía Avís. 38

Magallanes, Fernando de (1480-1521), militar, marino y navegante portugués, nombrado por la Monarquía hispánica Adelantado, capitán general de la Armada y caballero y comendador de la Orden de Santiago. 25, 44, 84, 100

Máiquez, Isidoro (1768-1820), primer actor del Teatro del Príncipe y el más célebre de principios del XIX, se formó como actor en París con Talma. 94, 132.

Majano, Benedetto da (1442-1497), arquitecto y escultor de la escuela florentina, autor del púlpito de la Santa Croce. 119

Malibrán, María (1808-1836), cantante de ópera que, tras triunfar en París, se convirtió en símbolo de artista romántica. 94, 135

Malthus, Thomas (1766-1834), erudito británico, uno de los primeros demógrafos. En su *Ensayo sobre el principio de la población* (1798) observaba que el aumento geométrico de la población frente al aumento aritmético de los alimentos ponía en peligro a la humanidad. 133

Manin, Daniele (1804-1857), líder del Risorgimento en Venecia, y uno de los héroes de la unificación italiana. 117

Manin, Ludovico (1725-1802), último dux de Venecia, depuesto por las tropas francesas en 1797. 116, 117

Mantegna, Andrea (1431-1506), pintor cuatrocentista italiano, autor de la serie *Los triunfos del César*. 87, 110, 112, 118, 119

Manuel I Avís (1469-1521), rey de Portugal de 1491 a su muerte, llamado el Afortunado, por los grandes descubrimientos de su reinado, que convirtieron a Portugal en uno de los grandes imperios de la época. Dedicó parte de la fortuna del país a la construcción de iglesias y monasterios. 37

Manzano, Víctor (1831-1865), pintor de transición entre Romanticismo y realismo. 13, 69 Manzolina:

Anna Morandi (1714-1774), profesora de Anatomía en la Universidad de Bolonia y anatomista de prestigio internacional. El apellido españolizado que le da Galdós, era el de su marido y colega Giovanni Manzolini. 118

Maquiavelo, Nicolaso (1469-1527). 109, 119, semblanza en 120

Marcenado, marqués de: Álvaro de Nava Osorio (1704-1732), semblanza en 29, 100

Marchena, Antonio (s. XV-s. XVI), fraile franciscano que introdujo a Colón en la corte de Castilla. 140, 158

Margallo: Juan García y Margallo (1839-1893), general nombrado gobernador de Melilla en 1891. 172

Margarita de Borgoña (1290-1315), reina de Francia y de Navarra. 132

María Cristina de Borbón (1806-1878), segunda mujer de Fernando VII, madre de Isabel II y regente de España de 1833 a 1840. 65

María Cristina de Habsburgo-Lorena (1858-1929), segunda esposa de Alfonso XII, y regente de España de 1885 a 1902. 47, 52, 59, 65, 68, 69, 84, 101, 104, 105, 127, 128, 136, 148

María II Estuardo (1662-1704), reina de Inglaterra, Escocia e Irlanda, que cedió parte de sus derechos a su esposo para reinar conjuntamente. 140

Mariana, Juan (1536-1624), teólogo e historiador, autor de *Historiae de rebus Hispaniae* (1592) vertida por el mismo al castellano como *Historia General de España* (1602). 14, 18

Mario, Emilio (1838-1899), actor, director y empresario teatral. 72

Marqués, Pedro Miguel (1843-1918) compositor e iniciador en España del sinfonismo, autor de *La selva negra* (1873) o *La gran marcha nupcial* (1878) para la primera boda de Alfonso XII. 31, 33

Marryat, Frederick (1792-1848), novelista inglés capitán de marina, autor de obras sobre la vida en el mar. 132.

Martínez Barrionuevo, Manuel (1857-1917), autor de numerosas novelas, trabajó como periodistael *El Progreso* y el *Diario Mercantil*. 51

Martínez Campos, Arsenio (1831-1900), autor del pronunciamiento militar de Sagunto (1874) que propició la Restauración borbónica. Político conservador hasta el 79 y liberal después, fue presidente del Consejo en 1879 y ministro de Guerra del 81 al 83. 12, 74, 76, 129, 136, 170, 174

Martínez de la Rosa, Francisco (1787-1862), jefe de gobierno durante la Regencia de Mª Cristina de Borbón, promulgó el Estatuto Real (1834). Como dramaturgo romántico su obra más célebre es *La conjuración de Venecia*. 5, 61, 65, 161

Martos, Cristino (1830-1893), político progresista de larga y sinuosa trayectoria, desde el reinado de Isabel II hasta 1889 en que se retiró de la política. 4, 78, 99, 126, 129

Masaccio: Tommaso di ser Giovanni (1401-1428), pintor del Cuatrocento italiano. El primero en aplicar a la pintura las leyes de la perspectiva científica, desarrolladas por Brunelleschi. 120

Masini, Angelo (1844-1926), tenor italiano denominado "il tenore angélico". 11

Masip, Juan (1510-1579), conocido como Juan de Juanes, pintor valenciano del Renacimiento, creador de sus propios modelos iconográficos como los "salvadores" o las "dolorosas. 35

Mastino II della Scala (1308-1351), miembro de la familia Scaligero, junto con su hermano, sucedió en el gobierno de Verona a Cangrande I della Scala. 112

Mata y Fontanet, Pedro (1811-1877) catedrático de Medicina, impartió cursos en el Ateneo sobre medicina legal en 1847 y frenología en 1855. 5

Matsys, Quentyn (1466-1530), pintor que sintetizó la tradición flamenca y el Renacimiento italiano en la Escuela de Amberes. 13, 83, 87

Maura, Antonio (1853-1925), político liberal hasta 1902, después conservador. Ministro de Ul- tramar con Sagasta y de Gracia y Justicia con Cánovas, llegó a presidir el Consejo varias veces. Sería abogado de Galdós contra Cámara en los años 1896-99. 61, 99

Mazarino, Giulio (1602-1661), cardenal, jefe de gobierno de Luis XIII de Francia como sucesor de Richelieu y, tras la muerte del rey, de la regente Ana de Austria. 152

Mazo, Juan Bautista del (1611-1667), pintor retratista de cámara, discípulo y yerno de Velázquez. 87.

Mazzantini, Luis (1856-1926), célebre matador de toros, se le recuerda especialmente por su arte con el estoque. 132

McKinley, William (1843-1901), político republicano norteamericano, presidente de 1896 a 1901 en que murió asesinado. 150

Medicis, María de (1575-1642), hija de Francisco de Medicis, reina de Francia como segunda esposa de Enrique IV. 7

Mélida, Arturo (1849-1902), arquitecto, pintor e ilustrador, de concepción integradora de las artes, cercana al espíritu del movimiento Arts & Crafts británico. Amigo personal de Galdós.13, 14, 61, 151

Melón, Juan Antonio (1758-1843), clérigo erudito, escritor ilustrado partidario de la reforma teatral, amigo y biógrafo de Moratín. 72

Memling, Hans (1440-1494) pintor flamenco del s. XV, autor de escenas religiosas como *La anunciación de la Virgen*. 13

Mendelssohn, Felix (1809-1847), célebre compositor, director de orquesta y pianista alemán. 33, 56, 87

Méndez Núñez, Casto (1824-1869), marino, contraalmirante de la Armada, héroe de la guerra del Pacífico, distinguiéndose en el combate del Callao (1866). 6, 47, 103

Mendizábal, Juan Álvarez (1790-1853), político progresista, durante la Regencia de Mª Cristina de Borbón fue ministro de Hacienda y presidente del Consejo. Galdós le evoca en el episodio *Mendizábal* (1898). 3, 19, 64

Mendoza, Pedro González de (1428-1495), el "Gran Cardenal", de enorme influencia política en los Reyes Católicos, se decía de él que "era el tercer rey de España". 3, 8, 19

Menéndez Pelayo, Marcelino (1856-1912), escritor, filólogo y crítico, autor de obras como *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82) o *Historia de las ideas estéticas en España* (1883- 89). 35, 49, 125

Mercedes de Orleans (1860-1878), reina consorte de España entre enero y julio del 78 por su matrimonio con Alfonso XII. 140

Mesonero Romanos (1803-1882) escritor costumbrista, frecuente fuente galdosiana en costumbrismo y en historia del teatro. 5, 72

Mestres, Apeles (1854-1936) pintor, ilustrador y escritor catalán, precursor del comic, entre las muy numerosas obras que ilustró se cuentan *Rinconete y Cortadillo* o *El lazarillo*. 14

Metsu, Gabriel (1629-1667), pintor flamenco especializado en escenas de interiores. En el Prado hay una obra suya, *El gallo muerto*. 86

Meyerbeer Giacomo (1791-1864), compositor alemán, creador del estilo 'gran ópera' adaptado a la avanzada tecnología del teatro de la Ópera de París. 33, 34, 87, 122, 135

Mezzofanti, Giuseppe (1774-1849), cardenal y lingüista italiano, políglota de quien Byron decía que debía haber vivido en los tiempos de la torre de Babel para ser allí intérprete universal. 118

Michelozzo di Bartolomeo (1396-1472), arquitecto de la Villa Medicis. 119

Miguel Ángel: Miguel Ángel Buonarrotti (1475-1564), arquitecto, escultor y pintor del Renacimiento italiano, autor de los frescos de la Capilla Sixtina, el *David* o el *Moisés*. 15, 110, 118, 119, 120

Mina, general: Francisco Espoz y Mina (1781-1836), militar que combatió en la Guerra de la Independencia, contra Fernando VII, y en la primera guerra carlista. 50

Mirón (s. V a C.), escultor griego, autor del *Discóbolo*. 110

Moliere: Jean Baptiste Pocquelin (1622-1703), poeta dramaturgo y actor, considerado el creador de la *Comedie Française*. 26

Molins, marqués de: Mariano de Roca Togores (1812-1889), poeta y dramaturgo romántico, uno de los refundadores del Ateneo de Madrid (1835), y muy implicado en la abdicación de Isabel II en 1870. 5, 128

Moltke, Helmut (1800-1891). 87, 143, semblanza en 155

Monasterio, Jesús de (1836-1903), violinista y compositor. 31, 33, 49

Monescillo, Antolín (1811-1897), cardenal y arzobispo de Valencia desde 1877 a 1892. Durante la epidemia del cólera, empeñó sus bienes para atender al socorro de las víctimas. 41

Montañés, Juan Martínez (1568-1649), máximo exponente de la escuela sevillana de imaginería. 87

Montelupo, Baccio de (1469-1523), escultor italiano autor del *San Juan Evangelista* colocado en el exterior de Or San Michel. 119

Montepin, Xavier de (1832-1902), prolífico escritor popular francés de novelas y folletines. 107

Montero Ríos, Eugenio (1832-1914) político liberal, jurista, ministro de Gracia y Justicia con Amadeo I, y de Fomento, presidente del Tribunal Supremo y del Consejo con María Cristina. 49, 50, 153

Montes de Oca, Manuel (1804-1841), militar se levantó contra la regencia de Espartero y fue fusilado. 50

Montes el Magnífico: Antonio Montes (1876-1907), torero español precursor del tipo de toreo de Juan Belmonte. 163

Montiano, Agustín de (1697-1764), historiador, crítico y dramaturgo perteneciente al Neoclasicismo, primer director de la Real Academia de la Historia. 35

Montoro, Rafael (1852-1933), diputado por Puerto Príncipe (Cuba) en cinco legislaturas de 1886 a 1890. Fundador del partido Liberal Autonomista de Cuba, en 1897 Alfonso XIII le concedió el título de marqués de Montoro. Tras la independencia, ocupó diversos cargos en el gobierno de la Isla. 61, 72

Montpensier, duque de: Antonio de Orleans (1824-1890). 47, 55, 60, 61, 72, 101, semblanza en 140, 162

Morales, Luis de (1510-1586), apodado El Divino, pintor con predilección de temas religiosos, autor de *La virgen de la leche* (1565). 35, 118

Moratín: Leandro Fernández de Moratín (1760-1828). 19, 22, 35, 54, 57, semblanza en 72, 78, 94, 118, 139

Morayta, Miguel (1834-1917), catedrático de Historia de España y Universal en la Universidad Central, colaboró en numerosos periódicos como *El Eco Universitario*, *La República Ibérica* y dirigió La Reforma) y *La Revista Ibérica*. Durante el Sexenio democrático fue diputado (1871-73), y volvería a serlo con la Restauración en 1899 y 1903. 27

Moreno Carbonero, José (1860-1942), pintor de la escuela malagueña, especializado en retratos y temas históricos. 13, 14, 83, 147

Moreno Nieto, José (1825 -1882), político conservador, jurisconsulto, y arabista. 5, 6, 49, 61

Moreno, Juan Ignacio (1817-1884), cardenal. 7, semblanza en 8

Moret, Segismundo (1833-1913), político progresista, ministro de Ultramar con Prim, de Hacienda en el reinado de Amadeo I, de Gobernación con Posada Herrera y de Estado con Sagasta. 4, 6, 49, 59, 63, 74, 155

Morgades y Gil, José (1826-1901), obispo de Vich y de Barcelona, desplegó gran actividad diocesana y se opuso al catalanismo. 180

Morghen, Rafael Sanzio (1758-1833) grabador italiano de origen alemán. 120

Moro, Antonio (1519?-1576), pintor de la escuela flamenca. Tras los retratos del duque de Alba, el cardenal Granvela, Felipe II, Maximiliano de Austria... su fama de retratista en el norte de Europa fue enorme. 86

Morphy, Guillermo, (1836-1899), crítico, musicólogo, historiador, pedagogo, compositor y político español. Por su servicio a la Corona como secretario de la regente, se le otorgó el título de conde. 69

Moyano, Claudio (1809-1890), impulsor de la Ley de Instrucción Pública, aprobada en 1857 y conocida como "ley Moyano" (1857) fue en el 84 senador electo y desde el 85 vitalicio. 28, 138

Mozart, Wolfgan Amadeus (1756-1791). 11, 31, 33, semblanza en 91, 170

Murillo, Bartolomé Esteban (1617-1672), pintor barroco, intérprete de los ideales religiosos y sociales de su época. 3, 7, 13, 35, 79, 87, 108, 118

Muro, José Tomás (1842-1907), ministro de Estado en la I República. Ya en la Restauración, sucedió a Salmerón en la jefatura del partido republicano en el Congreso. 73, 91

Nachtigall, Gustav (1834-1885), explorador y médico militar alemán. 22

Napoleón Bonaparte (1769-1821), primer cónsul hasta 1799 y luego emperador de Francia como Napoleón I, dominó Europa hasta ser vencido en Waterlooo (1815). 77, 110, 144, 155, 170, 172

Napoleón III: Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873) único presidente de la II República Francesa (1848-52) y, emperador entre 1845 y 1870. 87, 125, 130, 170

Nápoles, príncipe de: futuro Víctor Manuel III de Saboya (1869-1947), hijo y heredero del rey Humberto II de Italia. 170

Narváez, Ramón María (1799-1868,) militar y político moderado, siete veces presidente del Consejo entre 1844 y 1868. Conocido como el Espadón de Loja. 74, 144

Naundorff, Karl Whillem (1785?-1845) relojero prusiano, el más famoso de los impostores que pretendieron asumir la identidad de Luis XVII de Francia. 132.

Nebrija, Antonio de (1441-1522), humanista y autor de la primera Gramática castellana (1492). 10

Nemours, duque de: Luis Felipe de Orleans (1814-1896), segundo hijo de Luis Felipe I, rey de Francia. 18

Newton, Isaac (1642-1727), físico, matemático e inventor inglés. Describió la ley de la gravitación universal y estableció las bases de la mecánica clásica. 35, 120

Nicolás I (1796-1855), zar de Rusia de 1826 hasta su muerte. 162

Nicolini, Ernesto (1834-1898), tenor francés especializado en ópera italiana y francesa, casado, y después separado de Adelina Patti. 48, 55, 101.

Nifo: Francisco Mariano (1719-1803), fundador diversas publicaciones como el *Diario noticioso* o *El correo de Madrid*, introdujo en España el periódico diario y el político. 72

Nocedal, Cándido (1821-1885). 8, 27, semblanza en 43, 115

Nocedal, Ramón (1842-1907), hijo del anterior, creó en 1888 el Partido Católico Nacional, conocido como partido integrista. Participó en los periódicos *La Constancia* y *El Siglo Futuro*, del cual fue director. 27, 43, 57

Nogués, Romualdo (1824-1899), general, coleccionista y autor de cuentos costumbristas. 162

Novaliches, marqués de: Manuel Pavía y Lacy (1814-1896), general fiel a Isabel II que perdió la definitiva batalla de Alcolea frente a los rebeldes en la Revolución del 68. 50

Novella d'Andrea (1312-1333) jurista italiana, sustituyó en la cátedra a su padre enfermo con notables lecciones de derecho canónico. 118

Núñez de Arce, Gaspar (1834-1903). 61, 68, 155, 172, 173, semblanza en 177.

Núñez de Balboa, Vasco (1475-1519), conquistador español, descubridor del océano Pacífico. 44

O'Brien, William (1852-1928), diputado nacionalista del partido irlandés, se distinguió por sus luchas en la crisis agraria. 92

O'Donnell, Leopoldo (1809-1867), militar y político, fundador del Partido la Unión Liberal, presidente del Consejo en varias ocasiones durante el reinado de Isabel II. 68, 74, 140, 144, 171, 172

Ochoa, Eugenio de (1815-1872), escritor costumbrista, crítico, bibliógrafo, editor y traductor. 175

Ohnet, Georges (1848-1918), prolífico dramaturgo y novelista francés. 54

Olavide, José Eugenio de (1836-1901), fundador e inspirador de la Dermatología en España, miembro de la Academia de Medicina desde 1871. 20, 21

Oller, Narcis (1846-1930), escritor catalán, cultivó el realismo y el naturalismo para luego adaptarse al modernismo. 56, 179

Olózaga, Salustiano (1805-1873) escritor y político liberal, preceptor de Isabel II y, bajo su reinado, presidente del Consejo en 1843. Participó activamente en la Revolución del 68. 5, 50, 51, 61, 140

Oquendo, Antonio de (1577-1640), almirante general de la Armada de los Océanos. 100

Orígenes (185-254), padre de la Iglesia oriental, destacado por su erudición y, junto con San Agustín y Santo Tomás, uno de los tres pilares de la teología cristiana. 75

Orsini, Felice (1819-1858), semblanza en 171

Osuna e Infantado, duque de: Mariano Téllez Girón (1814-1882), embajador en Londres y París. 162

Osuna, duque de: Pedro Téllez Girón (1574-1624), sirvió a Felipe III como virrey y capitán general de Sicilia y de Nápoles reorganizando su marina y combatiendo con éxito a turcos y venecianos. 113, 114

Pacheco, Joaquín (1808-1865), jurisconsulto y político, presidió el Ateneo entre 1842 y 1844. 5

Paillerón, Edouard (1834-1899), dramaturgo, poeta y periodista francés. 54

Palacio Valdés, Armando (1853-1938), escritor realista y crítico literario, autor de *La hermana San Sulpicio*. 56, 86

Palafox y Melci, José (1776-1847) militar de tendencia liberal, destacó en la Guerra de la Independencia. 5

Palarea, Juan (1780-1842), fundador del Ateneo en 1820, había sido guerrillero de la Guerra de la Independencia conocido como El médico. 5

Palma el Viejo: Jacopo Negretti (1480-1528), pintor manierista veneciano, autor de *La bella del cuadro*. 117

Palmaroli, Vicente (1834-1896), pintor realista y director del Prado, autor de *La confesión*. 6, 7, 13, 49, 147

Palmerston, lord: Henry John Temple (1784-1865), político liberal inglés, primer ministro del Reino Unido entre 1855 y 1858, y entre 1859 y 1865. 170

Pantoja de la Cruz, Juan (1553-1608), pintor especializado en retrato cortesano. 7

Papisa Juana: figura legendaria que ocuparía el papado ocultando su sexo entre 856 y 857. 7

Paquiro: José Joaquín Montes Reina (1805-1851), discípulo de Pedro Romero innovador de la lidia en la suerte de capote. 163

Pardo Bazán, Emilia (1851-1921), semblanza en 81, 96

Pardo Figueroa, Mariano (1828-1918), escritor, cervantista y gastrónomo español. Conocido por sus incursiones en los tratados culinarios como Doctor Thebussen. 162

Parga, Manuel de, secretario del recién fundado Ateneo en 1821, era teniente del regimiento de infantería Fernando VII. 5

Parnell, Charles Stewart (1846-1891), líder nacionalista irlandés parlamentario del Reino Unido y fundador y miembro del partido parlamentario irlandés. 122, 152

Pasteur, Louis (1822-1895), químico y biólogo francés fundador de la microbiología, creador del proceso de pasteurización y de vacunas contra varias enfermedades. 15, 39, 43

Pastor Díaz, Nicomedes (1811-1863), poeta romántico, ministro de Estado con O'Donnell, en 1848 impartió en el Ateneo el curso "Los problemas del socialismo" al que asistió un Cánovas del Castillo de 20 años. 5, 128.

Patti, Adelina (1843-1919). 48, 49, semblanza en 55, 101.

Paulus: Jean-Paulin Habans (1845-1908), cantautor francés, figura señera de la chansonnette en la segunda mitad del XIX. Según la revista *La chanson de Paris* (1903) en treinta años de éxito compuso dos mil quinientas canciones. 102, 132

Pavía, general, ver Novaliches 76

Paz, José C. (1842-1912), véase Introducción. 79

Pedregal, Manuel (1831-1896), jurista y político republicano, ministro de Hacienda durante la I República. 73, 155

Pedro I el Cruel (1334-1369), rey de Castilla de 1350 hasta su muerte. 75, 97, 118

Pedro I el Grande (1672-1725), zar de Rusia de 1702 a su muerte, llevó a cabo un importante proceso de occidentalización y expansión del país. 1

Pedro mártir: Pedro de Verona (1205-1252), santo dominico italiano miembro del Santo Oficio. 164

Pedro Romero (1754-1839) torero retratado por Goya que, junto a su rival Pepe Hillo, fijó las reglas y el estilo de las corridas. 163

Pedro V de Braganzal (1837-1861), rey de Portugal de 1855 a 1861. Murió de cólera a los veinticuatro años; le sucedió su hermano como Luis I. 51

Pellicer, José Luis (1842-1901), dibujante e ilustrador, trabajó como corresponsal gráfico para *La Ilustración Española* y *Americana*, *L'Illustration*, *The Graphic* y *Le Monde Illustré*. Presidió el Instituto Catalán de las Artes del Libro y fue director artístico de la editorial Muntaner y Simón. 13, 14

Pellico, Silvio (1789-1854), escritor y poeta patriótico italiano. 116, 117

Peñalba Gutiérrez, Eladio (1848-1901) jurista y político republicano. Diputado del 84 al 88 apoyado por demócratas y liberales. 73

Pepe Hillo: José Delgado Guerra (1754-1801), torero de la segunda mitad del XVIII, discípulo de Costillares Goya lo inmortalizó en su colección de grabados *La tauromaquia*. 40, 80, 163

Pepete: José Dámaso Rodríguez (1824-1862), torero que apasionaba al público por su arrojo, murió en el ruedo. 163

Peral, Isaac (1851-1895), científico y marino español inventor del submarino torpedero. 115, 121, 148

Pereda, José María (1833-1906), semblanza en 97, 173

Pérez de Nieva, Alfonso (1859-1931), periodista colaborador en periódicos y revistas de prestigo como El *Liberal*, *El Imparcial*, o *Blanco y Negro*, y novelista naturalista. 56

Perin del Vaga: Pietro Bonaccorsi (1501-1547), pintor italiano de temática religiosa e histórica. 110

Perugino: Pietro Vanuci (1448-1523), pintor cuatrocentista italiano, uno de los iniciadores de la escuela de Umbría. 110

Pezuela, Joaquín de la (1761-1830), marino que participó en la guerra del Pacífico a las órdenes de Méndez Núñez. 47

Pi y Margall, Francisco (1824-1901), político republicano federal. Ministro de Gobernación en la I República con Estanislao Figueras y presidente de la misma entre el 11 de junio y el 18 de julio de 1873. Ya en la Restauración fue diputado desde 1881 hasta su muerte. 52, 53, 62, 63, 90, 99, 115, 161

Pidal Mon, Alejandro (1846-1913), político conservador, ministro de Fomento con Cánovas en 1884. Director de la Real Academia. 8, 9, 12, 15, 30, 36, 43, 111, 125, 161

Pinzones: hermanos Pinzón, Martín Alonso (1440-1493), Francisco Martín (1450-1502), y Vicente Yáñez (1462-1514), acompañaron a Colón en su primer viaje a América. El mayor fue el arrendatario de la carabela *La Niña*, capitaneada por el segundo, y de la que era contramaestre el pequeño. 158

Pío IX: Giovanni Mastai (1792-1878), papa entre 1846 y su muerte. En su Pontificado terminó el poder temporal del Vaticano. 96, 110

Pío VII: Barnaba Chiaramonti (1742-1823), papa de 1800 a su muerte, firmó el Concordato de 1801 con Napoleón que daba ciertas garantías a la Iglesia católica en Francia. 110

Pisa Pajares, Francisco (1823-1899), catedrático de Derecho Romano, elegido cuatro veces rector de la Universidad Central entre 1875 y 1895, presentó su dimisión otras tantas ante la política universitaria de la Restauración. 27, 28, 49

Pisano, Victor (1394-1455), pintor italiano de la escuela de Verona. 112

Pittié, Francois (1829-1886), general francés, jefe del Departamento militar del Eliseo. 51

Pizarro, Francisco (1478-1541), noble y explorador castellano, conquistador del Perú, y gobernador de Nueva Castilla. 22, 158

Plasencia, Casto (1846-1890) destacó en pintura religiosa y en obra decorativa, como la de la cúpula de la basílica de San Francisco el Grande. 13, 83, 147

Plinio el Joven, Caio (61-112) abogado, y escritor romano, autor de las célebres *Cartas*. 114

Plinio el Viejo, Gayo, (23-79), tío del anterior, escritor y naturalista romano, autor de una extensa Historia Natural. Falleció en la erupción del Vesubio. 114

Polydectes, escultor griego del siglo IV a de C. 110

Pombal, marqués de: Sebastiao de Melo (1699-1782), estadista portugués. Primer ministro del rey José I, y representante del Despotismo Ilustrado en Portugal. 37, 38

Ponson du Terrail, Pierre (1829-1871), prolífico novelista popular francés autor del ciclo de Rocambole (1856-1870). 107

Portocarrero, Luis Fernández de (1635-1709), cardenal, virrey de Sicilia en 1677, arzobispo de Toledo y consejero de Estado durante el reinado de Carlos II. 19

Posada Herrera, José (1814-1885), jurista iniciador del Derecho Administrativo en España. Político de Izquierda dinástica, con Alfonso XII, fue presidente del Congreso y más tarde del Consejo de ministros de. 5, 50, 61, 126

Potter, Paulus (1625-1654), pintor barroco neerlandés especializado en animales y paisajes. 86

Pradilla, Francisco (1848-1921), pintor historicista y director de la real Academia de España en Roma y del Prado entre 1896 y 1898. 13, 49, 60, 83, 94, 147

Prescott, William (1796-1859), historiador e hispanista norteamericano. 14

Prim, Juan (1814-1870), general, cabeza de la revolución del 68, presidente del Consejo desde 1869 hasta su muerte en atentado. 29, 47, 50, 51, 52, 53, 63, 140, 144, 175

prior de Crato: Antonio de Portugal (1531-1595), hijo natural del infante Luis y nieto de Manuel I, se coronó rey de Portugal aunque pronto lo destronaría Felipe II. 100

Proust Louis (1754-1826), químico francés que desarrolló parte de su carrera en España. 127

Puigcerver, Joaquín López (1841-1906), ministro de Hacienda, de Fomento, de Gracia y Justicia y de Gobernación durante la Regencia y nuevamente ministro de Gracia y Justicia con Alfonso XIII. 64, 75, 101

Puñonrostro, conde de: Francisco Javier Arias Dávila (1812-1890), presidente del Senado en 1885, había sido durante el reinado de Isabel II, alcalde de Madrid y jefe superior de Palacio. 28

Puvis de Chavannes, Pierre (1824-1898) pintor simbolista francés, autor de *El pobre pescador* (1881). 130

Querol, Mariano (¿-1823) actor teatral, destacó en los papeles de gracioso en la primera mitad del XIX. 94

Quiney, Thomas (1589-1662), tratante de vinos, casado con Judith Shakespeare en 1616. 142

Quintana, Manuel José (1772-1857), poeta neoclásico e ilustrado español, padre del liberalismo. 71, 121

Rabelais, François (1494-1553), escritor renacentista francés, célebre por sus libros sobre los gigantes Gargantua y Pantagruel (1532-1552). 26, 130

Rada, Rodrigo Jiménez de (1170-1227), cardenal, arzobispo de Toledo y diplomático del rey de Navarra Sancho VII y de los castellanos Alfonso VIII y Fernando III. 19

Rafael de Urbino, o Rafael Sanzio (1483-1520), pintor renacentista italiano, con obras como *La Fonarina*. 13, 87, 110, 118, 119

Ramos Calderón, Antonio (1835-1904), político progresista, formó parte de la Junta Revolucionaria Central en 1868. Mas tarde sería diputado por Sevilla. 6

Ramiro II de Aragón (1086-1157), después de violento enfrentamiento con los nobles (episodio de la campana de Huesca), prometió a su hija de un año con el conde de Barcelona que rei- naría como Berenguer IV y se retiró a un monasterio. 69, 97

Rauch, Christian (1777-1857), escultor neoclásico alemán, influido por Thorwaldsen y autor de los monumentos destacados en Berlín. 86, 87, 151

Regnault, Jean Baptiste (1754-1829) pintor francés neoclásico, de temática histórica y mitológica. 130

Rembrandt (1606-1669), máximo exponente de la pintura del barroco neerlandés. 13, 14, 85, 86, 118, 147

Reni, Guido (1575-1642), pintor manierista de la escuela boloñesa. 118

Revilla, Manuel de la (1846-1881), pensador y crítico literario, muy vinculado al krausismo. Catedrático de la Universidad Central, presidió de la sección Literatura y Bellas Artes del Ateneo en 1879; sostuvo polémicas intelectuales con Menéndez Pelayo, Clarín y Pardo Bazán. 6

Ribera, José, El Españoleto (1591-1652) pintor barroco español que desarrollo su carrera en Italia. 4, 13, 113

Ribot, Alexander (1842-1923), político republicano francés moderado, primer ministro varias veces entre 1892 y 1917. Opuesto al revanchismo de Boulanger y Gambetta, y al colonialismo de Ferry. 93

Ricardo III Plantagenet (1452-1485), rey de Inglaterra desde 1483 a 1485. Con él termina su dinastía. 75

Richelieu, Armand du Plessis (1585-1642), cardenal, noble y estadista, fue primer ministro de Luis XIII de Francia de 1624 hasta su muerte. 152

Rico, Martín (1833-1908), pintor iniciador del paisajismo moderno, influenciado por la escuela de Barbizon. 13, 116

Riego, Rafael (1784-1823), general al mando de tropas destinadas a América, se sublevó y procla- mó la constitución del 12 en 1820, convirtiéndose en símbolo del liberalismo. Tres años después, sería fusilado. 65, 66

Ríos Rosas, Antonio de los (1812-1873), jurista y político, del partido moderado, después en la Unión Liberal y por último en el partido constitucional. Fue presidente del Congreso de los Diputados durante dos legislaturas en el reinado de Isabel II, y una en el de Amadeo I. 5, 126, 161

Riscal, marqués de: Camilo Hurtado de Amézaga (1827-1888), fundador de las bodegas de Marqués de Riscal, modernizó la producción de vino, aprovechando sus conocimientos enológicos y sus contactos con la viticultura de Burdeos. 95

Ristori, Adelaide (1822-1906), reconocida actriz dramática italiana. 78, 132

Riva Palacio, Vicente (1832-1896) político, escritor y diplomático mejicano. Tras formar parte del gobierno de Porfirio Díaz, es encarcelado en el 83 y en el 85 alejado a Madrid como embajador de España y Portugal. Fue miembro de la Real Academia Española. 74

Rivero, Nicolás (1814-1878), político republicano del Partido Democrático, perteneció al grupo de los «cimbrios». Entre 168 y 170 fue alcalde de Madrid, presidente del Congreso de los Diputados y ministro de la Gobernación. Amigo de Galdós. 5, 6, 50, 92

Robbía, Luca della (1400-1482), escultor y ceramisto, autor de la cantoría de la catedral de Florencia, 119

Rodolfo de Austria (1858-1889), archiduque, hijo y único heredero del emperador Francisco José de Austria, se suicidó en Mayerling. 121

Rodríguez Benedicto, Gabriel (1829-1901), ingeniero, abogado, catedrático de economía, introductor de la economía política y activo defensor del liberalismo. 6

Rodríguez, Concepción (1802-1857), actriz de teatro, casada con el empresario teatral Grimaldi. 19

Rodríguez, Ventura (1717-1785), arquitecto discípulo de Juvara, autor del palacio de Liria y restaurador del alcázar de Toledo. 49, 77

Rohlfs, Friedrich Gerhard (1831-1896), explorador, geógrafo y aventurero alemán. 22

Rojas Zorrilla, Francisco (1607-1648) dramaturgo de la escuela de Calderón, autor de *Del rey abajo, ninguno*. 54, 97

Romea, Julián (1813-1868), célebre actor teatral, intérprete sobre todo de obras románticas, rival de Valero y pareja artística de Matilde Díez. 72, 94, 154, 167

Romero Ortiz, Antonio (1822-1884), ministro de Gracia y Justicia con Prim, de Ultramar en la I República, gobernador del Banco de España y miembro de la Real Academia en la Restauración 50, 162

Romero Robledo, Francisco (1838-1906) participó en la revolución del 68, ministro de Fomento con Amadeo I, con la I República apoyó la Restauración borbónica y entró en el partido conservador, con el que fue ministro de Gobernación en cuatro ocasiones. En el 86 creó el partido reformista. 36, 40, 41,42, 51, 62, 74, 78, 84, 101, 115, 126, 129, 136, 161

Romero, Pedro (1754-1839), torero adelantado a su época que recomendaba la inmovilidad de las piernas. 40, 163

Rosales, Eduardo (1836-1873), pintor de numerosos retratos y acuarelista. 5, 6, 13, 49

Rossi, Ernesto (1827-1896) actor italiano célebre en toda Europa. 12

Rossini, Gioachino (1792-1868), compositor de ópera autor de *El barbero de Sevilla*. 11, 31, 49, 94, 135

Rouvier, Maurice (1842-1911), periodista, banquero y político francés del partido unión republicana, primer ministro entre mayo y diciembre de 1887. 93

Rubinstein, Anton (1829-1894) célebre pianista, rival de Franz Liszt, director de orquesta y prolífico compositor ruso. 56

Ruiz de Alarcón, Juan (1581-1639), dramaturgo del Siglo de Oro de origen mexicano, autor de *La verdad sospechosa*. 54, 133

Ruiz Gómez, Servando (1821-1888), político, senador, ministro de Hacienda y ministro de Estado con Posada Herrera de octubre de 1883 a enero de 1884. 28

Ruiz Zorrilla, Manuel (1833-1895), ministro durante el gobierno provisional y presidente con Amadeo I. Tras la Restauración se exilia, y se convierte en líder del republicanismo partidario de su imposición por la fuerza. 50, 52, 53, 59, 63, 66, 67, 68, 73, 74, 81, 90, 91, 99, 111

Ruysdael, Salomón van (1600-1670) pintor barroco holandés de paisajes como *Un río de pescadores*. 86

Sagasta, Práxedes Mateo (1825-1903), político fundador del partido liberal y varias veces presidente del Gobierno. 2, 3, 4, 30, 50, 55, 67, 68, 69, 78, 79, 82, 95, 101, 115, 126, 129, 136, 138, 144, 148, 153, 154, 155, 158, 159, 160, 161, 170, 174

Sagra: Ramón de la Sagra (1798-1871), botánico español, promotor de la Cátedra de Historia Natural en La Habana (1822) y director de su Jardín Botánico. 5

Sala, Emilio (1850-1910), pintor de renombre e ilustrador, su obra *La gramática del color* (1906) fue libro de texto en las Escuelas de Bellas Artes de Madrid y Barcelona. 13, 14

Salamanca marqués de: José de Salamanca y Mayol (1811-1883), destacada figura social, e importante hombre de negocios durante el reinado de Isabel II. 3, 42, 162

Salamanca, Manuel de (1831-1890) militar y político español, hijo del conde de Campo Alange, y capitán general de Cuba en los años 89-90. 44, 85

Salisbury, lord: Robert Gascoyne-Cecil (1830-1903) político conservador británico, primer ministro en tres ocasiones, sumando un total de trece años. 137, 139, 170

Salmerón, Nicolás (1838-1908) filósofo, pedagogo político y catedrático de Historia y Metafísica, y fundador del partido republicano progresista. Fue tercer presidente de la I República de julio a septiembre de 1873. 49, 52, 61, 62, 66, 73, 74, 90, 161

Salting, George (1835-1909), heredero de una considerable fortuna, coleccionó pinturas, porcela- nas chinas, muebles y muchas otras categorías de arte y artículos decorativos. 162

Sánchez Barbudo, Salvador (1857-1917), pintor que desarrolló gran parte de su carrera en Roma. Cultivó la pintura de casacones, las escenas de alta sociedad y el paisaje, pero destacó por sus retratos. 14

Sanmicheli, Miguel (1484-1559), arquitecto militar que fortificó Venecia y Verona; inventó los bastiones angulados. 112

Sanromá y Creus, Gabriel (1828-1895), diputado liberal durante el sexenio democrático, catedrático y director de la Escuela de Comercio de Madrid. 6

Sans y Cabot, Francisco (1828-1881) pintor y museógrafo, director del Prado entre 1873 y 188. 77

Sansovino, Jacopo (1486-1570), arquitecto y escultor renacentista, conocido sobre todo por sus obras alrededor de la Plaza de San Marcos. 116, 117, 118, 151

Sanz del Río, Julián (1814-1869), filósofo, jurista y pedagogo español Introductor del krausismo en España, maestro de Francisco Giner de los Ríos. Su labor pedagógica fue decisiva en la evolución del pensamiento español y en la superación del sistema de enseñanza seglar. 35, 62

Sarasate, Pablo (1844-1908), violista y compositor, cuyos recitales por todo el mundo tuvieron enorme éxito. 31, 49, 56

Sardou, Victorien (1831-1908) dramaturgo francés muy traducido y representado en España. 22, 54

Sarto, Andrea del (1486-1531), pintor manierista italiano, maestro de Vasari y autor de Madonne delle arpie. 119

Savonarola, Girolamo (1452-1498), religioso dominico confesor de Lorenzo de Medici, predicó contra el lujo, la depravación de los poderosos y la corrupción de la Iglesia. 119

Schiller, Johan Friedrich von (1759-1805), poeta y dramaturgo del primer romanticismo alemán, autor de la Oda a la alegría. 19, 33, 54, 87, 120, 121, 122

Schinkel, Karl (1781-1841), arquitecto neoclásico alemán, autor del Alter Museum. 86

Schliemann, Heinrich (1822-1890), arqueólogo prusiano que demostró que la Ilíada describía realmente escenarios históricos. 87

Schubert, Franz (1797-1828) compositor romántico austríaco, autor de *Sinfonías* y el *Cuarteto de cuerda*. 33

Schumann, Robert (1810-1856) compositor romántico alemán, autor de Sinfonías. 33, 55

Scott, Walter (1771-1832), escritor escocés del romanticismo creador del género novela histórica como *Ivanhoe*. 97, 127, 128, 134, 142

Scribe, Eugene (1791-1861), dramaturgo y libretista de ópera muy popular en su tiempo. 19, 31, 165

Sellés, Eugenio (1842-1926), dramaturgo naturalista. 9, 31

Serpa Pimentel, António de (1825-1900) político portugués, líder del partido regenerador, y Primer ministro en 1890. 137

Serpa Pinto, Alexandre (1846-1900) militar, político, administrador colonial portugués, célebre por sus expediciones al África meridional. 137

Serrano, Francisco (1810-1885). 47, semblanza en 50, 74

Shakespeare, William (1564-1616) el dramaturgo más importante en lengua inglesa. 12, 23, 54, 88, 112, 117, 134, 135, 142, 176

Shapira, Moses Wilhelm (1830-1884), comerciante de antigüedades de Jerusalén, que en 1883 quiso vender en Londres varios falsos pergaminos bíblicos. 162

Silíceo, cardenal: Juan Martínez Silíceo (1477-1557) matemático y lógico español, arzobispo de Toledo. 8, 19

Siloé, Diego de (1495-1563), arquitecto y escultor renacentista, autor de la catedral de Granada. 29

Silvela, Francisco (1845-1905), político conservador, ministro con Alfonso XII, y presidente del Consejo durante la regencia y el reinado de Alfonso XIII. 30, 49, 78, 99, 108, 161

Simon, Jules (1814-1896), intelectual y político francés. Primer ministro entre el 76 y el 77. 89

Sixto V: Felici di Montalto (1521-1590), papa desde 1570 a su muerte. De origen campesino, estudió en las universidades de Ferrara y Bolonia, por donde fue doctor en Teología en 1548. 57

Solís y Ribadeneyra, Antonio de (1610-1706), cronista de Indias, autor de *Historia de la conquista de México* (1704). 10

Sorolla, Joaquín (1863-1923), prolífico autor pintor impresionista y postimpresionista. 14, 83 Spencer, Herbert (1820-1903), fue quizás el intelectual europeo más famoso en las últimas décadas del siglo XIX. Aplicó la teoría de la evolución a la sociología y la ética. 35

Spittzer Frederick (1815-1890) coleccionista de arte y comerciante de curiosidades en París, especializado en arte medieval y renacentista. 162

Squarcione, Francesco (1395-1468), anticuario que formó una importante escuela de pintores. Su principal alumno fue Mantegna. 118

Stagno, Roberto (1840-1897), tenor italiano cuya fama se inició en Madrid al sustituir al célebre Tamberlick en 1865. 11, 48, 101.

Stanley, Henry (1841-1904) periodista de origen inglés al que el New York Herald envió a África en 1869 para buscar a al explorador y misionero Livingnstone, perdido desde 1866. Continuó durante años sus exploraciones que recogería en 1890 en En el África más tenebrosa. 46, 145

Steen, Jan Havicksz (1626 - 1709), pintor barroco neerlandés de escenas familiares. 86

Stephenson, Georges (1781-1848), ingeniero británico creador del ferrocarril. 89

Stephenson, Robert (1803-1859) hijo del anterior. Ingeniero británico fundador de la primera compañía de locomotoras del mundo. 89

Strozzi, Felipe (1541-1582), mercenario al mando de la Armada francesa en el combate de la Isla Tercera (Azores) 100.

Suárez Llanos, Ignacio (1830-1881) pintor de transición entre el Romanticismo y el Realismo. 6, 13, 69

Suppé, Franz von (1819-1895), compositor austriaco, director del Teatro Joseph Strauss de Viena, modificador de la opereta francesa dándole carácter sentimental. 33

Susillo, Antonio (1855-1895) escultor con numerosos premios nacionales e internacionales. 146

Tácito, Cornelio (55-120) historiador y político romano, autor de *Hisroriae* y *Anales*. 114

Tacón, Francisca (1811-1891), aya de los hijos de Isabel II y después de los de Alfonso XII. 136

Taine, Hippolyte Adolphe (1828-1893), filósofo, crítico e historiador francés, autor de *Historie de l'Art*. 119

Talma, Francois (1763-1826), célebre actor de la *Comedie Française*. Desarrolló el realismo y la naturalidad frente a la actuación declamatoria. 132.

Tamayo y Baus, Manuel (1829-1898), dramaturgo de varios registros: tragedia, alta comedia, comedia histórica, autor de *Un drama nuevo*, donde maneja la técnica del teatro dentro del teatro que después utilizarían los vanguardistas. 22

Tambroni, Clotilde (1758-1817), alumna de Emmanuel Aponte en la Universidad de Bolonia, fue después profesora allí y también poetisa conocida como "Safo rediviva". 118

Tárrago y Mateos, Torcuato (1822-1889), periodista de *El Independiente*, *La Verdad* y *El Popular*, autor de novelas históricas y folletines. 156

Tavera, Juan Pardo de (1472-1545), cardenal, arzobispo de Toledo e Inquisidor General. 8, 19

Teniers, David (1582-1649), pintor barroco flamenco, cabeza de una extensa familia de pintores, autor de *Obras de misericordia*, o *Fiesta campesina*. 23, 87

Theresa: Emma Valladon (1786-1843), considerada como una de las primeras vedettes de cafés cantantes y cabarets, modélica por su talento para la chanssonette francesa. 134

Thorwaldsen, Bertel (1770-1844), escultor danés neoclásico, autor de *Jasón con el vellocino de oro*. 88

Tiepolo, Giambattista (1696-1770), último gran pintor del barroco italiano, autor de grandes frescos como los del Palacio Real de Madrid. 116, 117

Tintoretto, Jacopo Robusti, (1518-1594), pintor manierista de la escuela veneciana, de temática religiosa, autor de obras como *La crucifixión*. 117

Tiziano Vecelio (1477-1576), pintor renacentista italiano, gran exponente de la escuela veneciana. Autor de escenas religiosas y mitológicas además de gran retratista. 83

Tolstoi, León (1828-1910), novelista ruso, autor de *Guerra y paz* o *Ana Karenina* (1875). 75, 81

Topete, Juan Bautista (1821-1885), semblanza en 47, 50, 74, 140

Toreno, conde de: Francisco Queipo de Llano (1840-1890). 30, semblanza en 139

Toreno, conde de: José María Queipo de Llano (1746-1843), historiador, cuñado del general Riego y presidente de las Cortes durante el trienio Liberal. 5

Torlonia, Alessandro (1800-1886), banquero italiano, mecenas de numerosas obras de arte, casi todas reunidas en Villa Torlonia (Roma). 96, 130

Torre, duque de la: véase Serrano.

Tosti, Francesco (1846-1916), compositor italiano de moda en la época por sus canciones como *For ever and ever*. 168, 170

Tragó y Arana, Joseph (1857-1834), pianista y compositor, catedrático del Conservatorio de Madrid. 56

Trueba, Antonio de (1819-1889), semblanza en 123

Tubau, María (1854-1914), actriz acreditada en el teatro realista, destacó en interpretación de alta comedia. 139

Turgueniev, Iván (1818-1883), novelista y dramaturgo ruso autor de *Padres e hijos*. 75

Uetam: Francisco Mateu (1847-1913), considerado el mejor bajo de ópera de la segunda mitad del XIX. 73

Urbano V: Guillaume de Grimoard (1310-1370), papa de 1362 a 1370, devolvió el Pontificado de Avignón a Roma en 1367. 118

Urrecha, Federico (1855-1930), escritor, autor de novelas y cuentos, y periodista redactor del *Imparcial* o *El Heraldo de Madrid*. 56

Valera, Juan (1824-1905), diplomático, escritor, y crítico literario, autor de *Pepita Jiménez*. 81

Valero, José (1808-1891), actor destacado en dramas románticos y cómicos. 94, 139, 153, 154, 167

Valle, Bernarino (1849-1928), compositor y violinista, autor de *Serenata española*. 33

Vallejo, José Mariano (1779-1846), matemático, ingeniero y pedagogo, fue uno de los fundadores del Ateneo en 1820 que lo refundaron en el 35. 5

Vancouver, Georges (1757-1798), oficial de la Royal Navy y explorador británico, viajó alrededor del mundo, y reconoció en detalle la costa noroeste de América del Norte y la costa suroeste de Australia. 44

Vasco de Gama, (1469-1524), navegante y explorador portugués que descubre la ruta atlántica hacia la India. 37, 38, 103, 117, 135

Vasco Fernandes (1475-1542), pintor principal del XVI portugués, conocido como Grao Vasco. 37

Vázquez Gómez, Mariano (1831-1894), compositor y pianista, director musical del Teatro Real y Maestro de la Capilla Real nombrado por la regente por su labor como difusor de la música clásica alemana en España. 33

Vázquez Queipo, Vicente (1804- 1893), economista, matemático y político, que contribuyó a la adopción del sistema métrico decimal en España. 5

Vecellio, Marco (1545-1614), pintor manierista sobrino de Tiziano y autor de *La Anunciación de San Jorge de Rialto*. 117

Vega Armijo, marqués de: Antonio Aguilar Ochoa y Correa (1824-1907), político liberal, fue ministro de Estado en 1881-83, en 1888-90, y 1892 con Sagasta y sería presidente del Consejo en 1906-07. 3

Vega, Luis de (¿-1562), arquitecto de Carlos I, que trabajó en los alcázares de Madrid y Toledo. 77

Vega, Ventura de la (1807-1865), poeta y dramaturgo de origen argentino que cultivó un tipo de comedia en la estela de Moratín y Bretón. 5, 19, 94

Velarde, Clemente (1827-1886), brigadier muerto en el levantamiento de Villacampa. 66, 67, 68

Velarde, Pedro (1779-1802), oficial de artillería que entró en el cuartel de Monteleón para ayudar a su defensa frente a los franceses durante el levantamiento del 2 de mayo de 1808, y allí murió. 3, 47

Velázquez, Diego (1599-1660), pintor barroco autor de *Las meninas*. 3, 7, 13, 14, 31, 35, 69, 83, 86, 87, 118, 147, 162

Vendramin, Andrea (1393-1478), dux de Venecia de 1476 a su muerte. 117

Vera, Alejo (1834-1923), pintor de tendencia historicista, director de la Academia de España en Roma. 83

Vera, Jaime (1859-1918), uno de los fundadores de la siquiatría moderna, fundador del gabinete electro terapéutico del Hospital General de Madrid. Secretario de la Comisión de Ciencias del Ateneo madrileño y cofundador del Partido Socialista. 68

Verdaguer, Jacinto (1845-1902), semblanza en 180

Verdi, Giuseppe (1813-1901), compositor italiano de ópera romántica autor de *Nabucco* o *La Traviata*. 135

Veronés: Pablo Cagliari o Caliari (1528-1558), uno de los creadores del manierismo veneciano, suntuoso y colorista. 112, 116, 117

Verrocchio, Andrea del (1435-1488), pintor escultor y orfebre, trabajó en la corte de Lorenzo de Medici, autor del *Bautismo de Cristo*. 116, 117

Vestris, Gaetano (1729-1808), maestro de baile de Luis XVI. 133

Vico, Antonio (1840-1902). 70, semblanza en 166.

Víctor Manuel II de Saboya (1820-1878), primer rey de la Italia unificada de 1861 a 1878. 118

Victoria I de Hannover (1819-1901), reina de Inglaterra de 1837 a 1901 y emperatriz de la India desde 1877. Su largo reinado se conoce como "época victoriana", que marcó la cúspide de la revolución Industrial y del Imperio británico. 7, 74, 89, 102, 103, 122, 123, 133, 139, 142.

Victoria de Sajonia-Coburgo (1840-1901), hija de la reina Victoria, emperatriz de Alemania por matrimonio con Federico III, y madre del último kayser de Alemania. 143

Victoria de Saboya (1847-1876), reina consorte de España con Amadeo I de 1871 a 1873. 138

Vierge: Daniel Urrabieta Vierge (1851-1904), pintor e ilustrador español afincado en París. Ilustró obras de Victor Hugo, además de *Don Quijote* y el *Buscón*. 14

Villacampa, Manuel (1827-1889), participó en la revolución del 68 y en la segunda y tercera guerras carlistas; en la I República ascendió a general, pero en 1877 se le destituyó y y encarceló.

Ya liberado, participó en la sublevación del 19 de septiembre del 86 por lo que fue condenado. 66. 68, 69, 73, 78

Villahermosa, duque de: Aragón y Azlor, Marcelino (1815-1888), diputado y senador conservador, traductor de las *Églogas* de Virgilio y miembro de la RAE desde 1884. 122

Villalpando, Francisco de (1510-1561), arquitecto, orfebre y escultor toledano. 77

Villanueva, Juan (1739-1811), arquitecto neoclásico autor del Museo del Prado. 49, 96

Villanueva, Tomás de (1486-1555), fraile agustino y santo. 35

Villanueva: Emilio Pérez Villanueva, diputado en cuatro legislaturas de 1886 a 1890. 61

Villaverde: Raimundo Fernández Villaverde (1848-1905), político conservador, diputado de 1872 a 1874. En las Cortes de la Restauración mantendría el escaño (1876-1903). Del 84 al 85 gobernador civil de Madrid y a continuación, hasta noviembre ministro de Gobernación. De 1903 a 1905, presidente del Consejo. 27, 41, 42, 111

Villegas, José (1844-1921), pintor realista decorativista influido por Fortuny. Director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma (1898-1901) y del Museo del Prado (1901-1918), fue también retratista de éxito. 13, 94

Villena, Ernestina Manuel de (1830-1889), semblanza en 54.

Villodas, Ricardo (1846-1904), pintor discípulo de Federico Madrazo. 13, 83

Villoslada, Francisco (1818-1895), autor de novelas históricas de ideología tradicionalista. 97

Vimioso, conde de: Francisco de Portugal (1550-1582), partidario y consejero del prior de Crato en sus tratos con Francia e Inglaterra frente a Felipe II. Muere en la batalla de la Isla Terceira (1582). 100

Viniegra, Salvador (1862-1915), pintor historicista. 83

Virgilio (70-19 a. C.), poeta latino autor de la *Eneida*. 23, 35

Visconti, Gian Galeazzo (1351-1402), primer duque de Milán que llevó a esta ciudad al apogeo de su poder en Italia entre 1387 y 1402. 112

Voltaire (1694-1778), escritor, historiador, y filósofo francés, uno de los principales representantes de la Ilustración. 2, 29, 87

Vos, Paul de (1595-1678), pintor flamenco especializado en pintura de animales. 86

Wagner, Richard (1813-1883), compositor, director de orquesta, poeta, ensayista, dramaturgo y teórico musical prusiano del Romanticismo. Destacan principalmente sus óperas en las que asumió también el libreto y la escenografía. 22, 33, 91, 122, 135, 156, 157, 159

Waldersee (1832-1904), mariscal de campo alemán, jefe del Estado Mayor General de 1888 a 1891 y consejero privado del kayser Guillermo II. 145

Watteau, Antoine (1704-1721), pintor francés del primer rococó, autor de *Canción de amor*. 7 Weber, Karl von (1786-1826), compositor y director de orquesta romántico alemán, cuyas óperas más célebres combinan elementos legendarios y fantásticos. 33

Wellington, lord: Arthur Wellesley (1769-1852), militar, político y estadista británico. Destacó como general en las guerras napoleónicas, particularmente en Portugal y España. Fue dos veces primer ministro del Reino Unido. 38, 51, 60

Weyden, Rogier van der (1400-1464), pintor renacentista flamenco, autor de *Virgen con Niño*. 86

Wilson, Daniel (1840-1919), diputado del partido radical y yerno del presidente Jules Grévy. 92, 93, 104

Wolseley, Garnet (1833-1913), general británico, sirvió en diversas colonias y en 1885, como jefe del ejército en británico en Egipto, dirigió la expedición de socorro de Jartum. 32

Worth, Charles Frederick (1825- 1895), diseñador inglés considerado padre de la alta costura. 7

Wouwerman, Philips (1619-1668), pintor y dibujante holandés especializado en temática bélica y ecuestre, sintetizó la pintura paisajística y la de género. 86

Xiquena, conde de: José Álvarez de Toledo (1838-1898), diplomático y político liberal. Gobernador de Madrid, y más tarde ministro de Fomento. 60

Zabalza, Dámaso (1835-1894), compositor y pianista vasco, autor de la zarzuela *El caserío* y de obras para piano, como *El canto de las montañas* o *Las campanas del Roncal*. 49, 56

Zamora, Antonio de (1660-1728), prolífico dramaturgo posbarroco, autor de comedias de santos, heroicas, y de figurón. 22

Zapata, Marcos (1842-1913), autor teatral, poeta y libretista de zarzuelas. Destaca su drama *La capilla de Lanuza* (1871). 78

Zola, Emile (1840-1902), intelectual, periodista político y novelista francés creador del Naturalismo, autor de obras como *Germinal*. 56, 81, 131

Zorrilla, José (1817-1893). 19, 51, 54, 71, 79, 94, 121, semblanza en 128

Zubiaurre, Valentín (1837-1914), compositor de ópera y música religiosa. 49

Zuccaro, Taddeo (1529-1666), pintor, discípulo de Rafael en Roma, autor de *La crucifixión*. 117

BIBLIOGRAFÍA

Alas, Leopoldo (2003), *Crítica teatral*, *Obras Completas,* t. IV, Bonet ed., Oviedo, Nobel.

Alba, Santiago (1916), *Problemas de España*, *BDCYL*.

Albareda Salvadó, Joaquim (2010), *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona, Crítica.

Alfonso, Luis (1889), "Los teatros de Madrid", *Los lunes del Imparcial*, 9 de diciembre de 1889, 4.

Alonso, Cecilio (2005), "Imágenes de Galdós en la prensa entre dos siglos", *VIII Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 66-116.

Alcalá Galiano, Pelayo (1888), "Palacio del Viso y explicación de los grabados", *Revista General de Marina*, 9, 95-137.

Alzaga Ruiz, Amaya (2014), "El cuadro del *Recibimiento de Colón por los Reyes Católicos* de Madrazo: del Senado español a Nueva York", *Archivo Español de Arte*, 346, 119-137.

Amador de los Ríos, José (1845), *Toledo pintoresco o Descripción de sus más célebres monumentos*, Madrid, Imprenta Boix.

Andreu, Alicia (1996-97), "Benito Pérez Galdós, Higinia Balaguer y el crimen de la calle Fuencarral", *Anales Galdosianos*, 31-32, 65-74.

Anguera, Pere (2014), *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa.

Anónimo (1929), *La Prensa. Journal de Buenos Aires*, folleto de *La Prensa*.

Archivo de la Casa-Museo Pérez Galdós.

Archivo del Museo Canario.

Arencibia, Yolanda (2020), *Galdós. Una biografía*, Barcelona Tusquets.

Aub, Max (1967), *Pruebas*, Madrid, Ciencia Nueva.

Ayala Aracil, M. Ángeles (2012), "Galdós *flaneur* y peregrino por Inglaterra: *La casa de Shakespeare*", *Anales de Literatura Española*, 24, 181-193.

_____ (2016), " 'El crimen de la calle Fuencarral', de Benito Pérez Galdós", *L'oeuvre littéraire au miroir de la vérité*, D. Thion coord., Paris, L`Hartmattan, 143-155.

Barceló Jiménez, Juan (1979), "Historia de dos duelos famosos: Romea-Escobar y Balart-Goicoerrotea", *Monteagudo*, 64, 5-16.

BDCYL: *Biblioteca Digital de Castilla y León.*

Behiels, Lieve (2010), «Los artículos de crítica artística de Galdós en La Prensa», en *Nuevos caminos del hispanismo: actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanista*s, P. Civil y F. Crémoux eds., Université Paris-Sorbonne, Paris, 290-295.

Berenguer, Ángel (1988), *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo,* Madrid, Patrimonio Cultural.

Blanco Aguinaga, Carlos (2007), *De restauración en restauración*, Madrid, Renacimiento.

Boo, Matilde (1978), "Una nota acerca de Verdaguer y *Nazarín*", *Anales Galdosianos*, 13, 99-10.

_____ (1982), "Suplemento de Las cartas desconocidas de Galdós en *La Prensa* de Buenos Aires", *Anales Galdosianos*, 17, 117-127,

_____ (1988), "Galdós: Periodismo y novela (*La desheredada*, *La incógnita* y tres artículos de *La Prensa* de Buenos Aires", *Anales Galdosianos*, 23, 123-131.

BUL: *Fondos antiguos de la Biblioteca Universitaria de Lyon on line*, 2012-

Burke, Peter (2016), *El Renacimiento italiano: cultura y sociedad en Italia*, Madrid, Alianza.

Cabo, Fernando ed. (2011), Quevedo, *La vida del Buscón*, Madrid, RAE.

Camacho Guizado, Eduardo (1969), *La elegía funeral en la poesía española*, Madrid, Gredos.

Campo, Agustín del (1957), "Problemas de la 'Canción a Itálica' ", *Revista de Filología Española*, 41, 47-139.

Cardona, Rodolfo (2004), *Los Episodios nacionales. Del heroísmo a la caquexia*, Madrid, Ediciones del Orto.

Caso Montero, Ángeles, coord. (2012), *Españoles en el diario La prensa. Pérez de Ayala, Jiménez de Asúa, Azorín y Maeztu*, Buenos Aires, Bergerac Ediciones y Fundación Ortega y Gasset.

Castillejo, David (1984), *El corral de comedias*, Teatro Español/Ayuntamiento de Madrid.

Cervantes, Miguel de (2004), F. Rico ed., *Don Quijote de la Mancha*, IV Centenario, Madrid, Real Academia Española.

Chirbes, Rafael (2018), "Prólogo a *Episodios nacionales*, 4ª serie (I)", *Pérez Galdós en el vértice*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 421-444.

Clemente, Josep Carles (1982), *Las guerras carlistas*, Barcelona, Península.

Clouzot, Henry ed. (1913), Rabelais, *Gargantúa y Pantagruel,* Paris, Bibliothèque Larousse.

Comín Comín, Francisco y Martín Aceña, Pablo (1999), *La compañía arrendataria de tabacos*, Madrid, Universidad de Alcalá y Fundación Empresa Pública.

Cuenca Toribio, José Manuel (1995), "Galdós, cronista parlamentario", *Cuadernos Hispanoamericanos,* 521, 41-46.

David, M. y A. M. Delrieu (1988), *Refrains d'enfance: Histoire de 60 chansons populaires,* Paris, Éditions Herscher.

Dandrey, Pactrick (1988), *La Médecine et la maladie dans le théâtre de Molière*, II, Paris, Klincksieck.

Dendle, Bryan J. (1970), "Albareda, Galdós and the Revista de España", Lida y Zavala eds., *La revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, New York, Las Américas Publishing Company, 362-377.

_____ (1990) *Galdós y "La Esfera"*, Universidad de Murcia.

DBE: *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2018-

Domínguez Ortiz, Antonio (1982), Introducción a *El Testamento de Carlos II*, Madrid, Editora Nacional.

EB: *Enciclopedia Británica on line,* 2017-.

Eiffel, Gustave (1900), *La Tour de Trois Cents Mètres*, Paris, Lemercier.

Enciso, Luis Miguel (2003), prólogo a *Carlos III y su época: la monarquía ilustrada*, Barcelona, Carroggio.

Fernández, Juan R. (1919), *Civilización argentina. La obra de "La Prensa" en 50 año*s, L. J. Rosso y Cía, Buenos Aires.

Fernández Almagro, Melchor (1959), *Historia política de la España contemporánea,* II, Madrid, Pegaso.

Fernández Navarrete, Martín (1988), "Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz", *Revista General de Marina*, 9, 22-63.

Ferrater Mora (1994), José, *Diccionario de Filosofía*, II, Barcelona, Ariel.

Finkhental, Stanley (1980), *El teatro de Galdós,* Madrid, Fundamentos.

Freitas de Menezes, Avelino y José Reis (2008), *História dos Açores. Do Descobrimento até o Século XX*, Angra, Instituto Açoriano de Cultura.

Gabirondo, Víctor (1920), "Galdós periodista", *La Libertad*, 5 de enero.

García Pinacho, Pilar (1995), "El periodismo como tema en los artículos de *La Nación*", *V Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 35-40.

_____ (1998), *La prensa como fuente y subtema de los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós*, Fundación Universitaria Española.

_____ (2000), "Galdós y la Generación del 98: dos modos de entender la prensa", *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Florencio Sevilla Arroyo, Carlos Alvar Ezquerra, coords., IV, Madrid, Castalia, 4, 344-352.

_____ (2018), "Benito Pérez Galdós en Park Row, de '*topic*' a '*trending topic*' en la prensa neoyorquina (1883-1920)", *XI Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 409-432.

Garre, Juan Antonio (2015), "París-Murcie, un periódico para la Historia", *Región de Murcia Digital*.

Ghiraldo, Alberto ed. (1923), *Benito Pérez Galdós, Obras Inéditas II. Arte y crítica*, Madrid, Renacimiento, 1923.

_____ (1923a), *Benito Pérez Galdós, Obras Inéditas IV. Política española II*, Madrid, Renacimiento.

_____ (1923b), *Benito Pérez Galdós, Obras inéditas V. Nuestro teatro*, Madrid, Renacimiento.

_____ (1924), *Benito Pérez Galdós, Obras inéditas VII. Cronicón (1886-1890)*, Madrid, Renacimiento.

Girard, Louis (1986), *Napoléon III*, Paris, Fayard.

Gómez de la Serna (1960), Ramón, *Pombo: biografía del célebre café y de otros cafés famosos*, Barcelona, Juventud, (1ª 1954).

González Herrán, José Manuel (1981), "Pereda y Galdós en Santiago de Compostela en mayo de 1885", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 96-97, 499-511.

_____ (1988), "Un nihilista ruso en la España de la Restauración: Isaac Pavlovsky y sus relaciones con Galdós, Pardo Bazán, Oller y Pereda", *Anales Galdosianos*, XXIII, 83-105.

Gullón, Germán, "La representación de espacio público en Galdós: *Fortunata y Jacinta*", Arencibia y Bahamonde eds., *Galdós en su tiempo*, Santa Cruz de Tenerife, Parlamento de Canarias, 2006, 233-258.

_____ (2020), *Galdós maestro de las letras modernas. Biografía*, Cantabria, Valnera.

Gullón, Ricardo (1970), *Técnicas de Galdós*, Madrid, Taurus, 1970.

_____ dir. (1993), *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid, Alianza Diccionarios.

Gutiérrez García, José Manuel, "La tuberculina, su descubrimiento y recepción en España", *Actas del Congreso de Historia de la Veterinaria*, Murcia, 2005, 279-282.

hdBN: *hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional.*

hG: *hemeroteca de Galiciana. Biblioteca Dixital de Galicia.*

Hidalgo, Pilar et al. (1988), *Historia crítica del teatro inglés*, Alcoy, Marfil.

Humboldt, Alexander Von (1836), *Ensayo político sobre Nueva España*, I, trad. de V. González Arnau, Perpignan, Librería de Laserre.

Jiménez, Rosario (2011), "El café de La Infantil y el Teatro Romea", *Antiguos cafés de Madrid y otras cosas*.

Lafuente, Modesto (1888), *Historia general de España*, X, Barcelona, Montaner y Simón.

Lafuente Ferrari, Manuel (1987), *Breve historia de la pintura española*, Madrid, Akal.

Latorre, Yolanda (1989), "El coleccionismo como fenómeno finisecular. Romualdo Nogués y Emilia Pardo Bazán", *Cuadernos de Estudios Borjanos*, 21-22, 239-246.

Lefebvre-Filleau, Jean-Paul (2005), *Les scandales de la IIIe République*, Paris, Safed Editions.

Lida, Denah (1972), "El crimen de la calle Fuencarral", *Homenaje a Casalduero*, Madrid, Gredos, 275-283.

_____ (1973), "Galdós entre crónica y novela", *Anales Galdosianos*, 8, 63-77.

Logeion, Recursos en red para Filología Clásica, The Chicago University-Universidad de Salamanca. 2011.

López González, José Luis (1992), "La primera república española: desunión e inestabilidad políticas en el debate parlamentario", *Revista de Estudios Políticos*, 78, 303-330.

Macías, Olga (2006), "Los astilleros del Nervión: regeneración y continuidad de la industria naval vizcaína", *Itsas. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5, 487-502.

Madariaga, Benito (1979), *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Institución Cultural de Cantabria.

Mainer, José Carlos (2004), *Benito Pérez Galdós. Prosa crítica*, Madrid, Espasa.

Marías, Fernando (1983), *La arquitectura del Renacimiento en Toledo*, Madrid, CSIC.

Marino Mancini, Elisa (2015), *Diálogos irreales*: *perfiles de mujeres*, Madrid, Visión Libros.

Martí Fraga, Eduard (2008), *La conferencia de los Tres Comunes (1697-1714). Una institución decisiva en la política catalana,* Barcelona, Milenio, 2008

Mayeur, Jean Marie (1973), *Les débuts de la Troisième République 1871-1898*, Paris, Seuil, 1973.

Mckendrick, Melveena (2005), *El teatro en España (1490-1700)*, Palma de Mallorca, José Olañeta Editor.

Memorias: Véase Pérez Galdós.

Menéndez Onrubia, Carmen (1985), "Las `despedidas´ de Antonio Vico y la crisis teatral de 1888-1893", *Segismundo*, 41-42, 217-241.

_____ (1989), "Galdós y el teatro de la Restauración", *Galdós. Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987)*, Madrid, Universidad Complutense, 197-203.

_____ (1993), "El olvidado teatro de Benito Pérez Galdós", *Ínsula*, 561, 23-25.

Mesonero Romanos, Ramón de (1967), *Manual de Madrid*, B. A. E, 451-455 (1ª ed. 1831).

_____ (2008), *Memorias de un setentón*, Barcelona, Crítica (1ª 1831).

Miquel, Pierre (1976), *Histoire de France*, Paris, Fayard.

Montero García, Feliciano (2014), "El peso del integrismo en la Iglesia y el catolicismo español del siglo XX", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 44-1, 131-156.

Mora, José Luis (2013), "Benito Pérez Galdós y la polémica sobre ciencia española", *VIII Congreso internacional Galdosiano*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 608-622.

Moreno Luzón, Javier (2013), "Alfonso *el regenerador*. Monarquía escénica e imaginario nacionalista. Perspectiva comparada (1902-1913)", *Hispania*, 244, 319-348.

Moreno Seco, Mónica (2011), "María Cristina de Habsburgo, la in(discreta) regente" en La Parra López, coord., *La imagen del poder: reyes y regentes en la España del siglo XIX*, Síntesis, 416-430.

Mourelle de Lema, Manuel (1989), "Una faceta de la obra de B. Pérez Galdós: el lenguaje de sus crónicas de sucesos", *Galdós. Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987)*, Madrid, Universidad Complutense, 71-79.

Nietzsche, Friedrich (2019), *El nihilismo europeo*, Palma de Mallorca, Olañeta Editor, 2019.

Noticias Jurídicas digital. Legislación.

Nuez, Sebastián de la (1884), "Correspondencia epistolar entre Galdós y diez amigos canarios", *Anuario de Estudios Atlánticos*, 30, 639-79.

_____ (1990), *Biblioteca y archivo de la Casa Museo Pérez Galdós,* Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas.

_____ (1993), *El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodora Gandarias desde Santander (1907-1915)*, Ayuntamiento de Santander, 1993.

_____ y Joseph Schraibman (1967), *Cartas del archivo de Galdós*, Madrid, Taurus, 1967.

Ochoa, Eugenio, ed. (1869), *Obras completas de P. Virgilio Marón*, traducidas al castellano por Eugenio de Ochoa, Madrid, Ribadeneyra.

Oncken, Herman (1914), "El imperio alemán", *Historia del mundo en la edad moderna*, XXI, Barcelona, Sopena, 175-223.

Olmet, Luis Antón del y Arturo García Carrafa (1912), *Los grandes españoles. Galdós*, Madrid, Imprenta Alrededor del Mundo.

Olmos, Víctor (2018), *Ágora de libertad. Historia del Ateneo de Madrid, I, (1820-1923),* Madrid, Ulises.

Ordieres Díez, Isabel (1995), *Historia de la restauración monumental en España (1835-1936)*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid.

Ortega, Soledad (1964), *Cartas a Galdós,* Madrid, Revista de Occidente, 1964.

Ortiz-Armengol, Pedro (2000), *Vida de Galdós*, Barcelona, Crítica. Ediciones de Bolsillo.

Página Web del Museo del Prado.

Palomo, Pilar (1988), "El periodismo en Galdós", *Galdós en Madrid, Madrid en Galdós,* Comunidad de Madrid, 224-230.

Pardo Bazán, Emilia (1889), "Cartas sobre la Exposición. IV", *La España Moderna,* 85-105.

_____ (2013), *"Miquiño mío". Cartas a Galdós,* I. Parreño y J. M. Hernández eds., Madrid, Turner.

PARES: Portal de Archivos Españoles.

Pares, Bernardo (1914), "La reacción y la revolución en Rusia", *Historia del mundo en la Edad Moderna,* XXI, Barcelona, Sopena, 345-422.

Pattison, Walter (1970-71), "Verdaguer y *Nazarín*", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252, 537-545.

_____ (1986), "Los Galdós en Cuba: la primera generación", *Anales Galdosianos*, 21, 15-32.

Pérez, Juan Ignacio, y Ana María Martínez (2003), *Cien cuentos populares andaluces recogidos en el Campo de Gibraltar*, Algeciras, Asociación Literatura Oral.

Pérez de Ayala, Ramón 2003), *Las Máscaras. Obras Completas*, 3, J. Serrano Alonso ed., Madrid, Biblioteca Castro (1ª 1917).

Pérez Galdós, Benito (1973), *Memorias de un desmemoriado*, en *Obras Completas*, III, Madrid, Aguilar, 1430-1472 (1ª ed., 1916).

_____ (1973b), *Don Ramón de la Cruz y su época*, en *Obras Completas*, III, Madrid, Aguilar, 1973, 1228-1254 (1ª 1870-1871).

_____ (1976), "Cuarenta leguas por Cantabria", *Revista de España*, 210 y 212 (1876), 198-211 y 495-108.

_____ (2005), *Episodios nacionales, Primera serie. La guerra de la Independencia* D. Troncoso ed., Barcelona, Destino (1ª 1873-1875].

_____ (2006), *Episodios nacionales. Segunda serie. La España de Fernando VII*, D. Troncoso ed., Barcelona, Destino (1ª 1875-76).

_____ (2007), *Episodios nacionales. Tercera serie. Cristinos y Carlistas*, D. Troncoso ed., Barcelona, Destino (1ª 1898-1900).

_____ (2008), *Episodios nacionales. Cuarta serie. La era isabelina*, D. Troncoso ed., Barcelona, Destino (1ª 1902-07).

_____ *Episodios nacionales. Quinta serie. Revolución y Restauración*, D. Troncoso ed., Barcelona, Destino, 2010 (1ª 1908-12).

Pino Campos, Luis (2005), "Tradición clásica en el Parnaso salmantino del siglo XVIII", Madrid, Instituto de Estudios Clásicos Lucio Anneo Séneca, 2-16.

Plinio el Joven (2005), *Cartas*, VI, 16 y 20, J. González Fernández ed. y trad, Madrid, Gredos.

Quezada Alameda, José Luis (2013), "Acerca de la *Collatio laureationis* de Francisco Petrarca", *Seminario interdisciplinario de estudios medievales*, UNAM, México.

Ramón Trives, Estanislao (1895), "Similitud y diferencia en la construcción textual", *Anales de Filología Hispánica*, 1, 5-30.

Reig, Rafael (2002), "¿Por qué nos interesan tanto los asesinos?", Prólogo a Benito Pérez Galdós, *El crimen de la calle Fuencarral. El crimen del cura Galeote*, Toledo, eds. Lengua de Trapo, IX-XXV.

RCH: *Römpp Chemie Lexikon on line*, 2002-

Rico, Francisco (2011), *Petrarca: su vida, su obra, su tiempo (I),* Ciclo de Conferencias de la Fundación Juan March, 11 de enero de 2011.

Roberts, A. (1995), *The Cambridge Dictionary of Philosophy*, Cambidge, University Press.

Robles, Cristobal (1988), *Insurrección e ilegalidad: los católicos y la Restauración,* Madrid, CSIC, 1988.

Rodríguez Serrano, Casildo (2013), "Biografía de José Moreno Nieto", *Revista de Estudios Extremeños*, LXIX-1, 267-284.

Román Román, Isabel (1997), "Galdós y el regeneracionismo", *IV Congreso Internacional Galdosiano*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 100-114.

Rovira, Isabel (2017), *Los aprendizajes de Benito Pérez Galdós: del periodista político al novelista en ciernes*, II, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

Rubio Cremades, Enrique (2005), "Cartas inéditas, copias y manuscritos autógrafos galdosianos custodiados en el archivo de A. Ghiraldo en la Biblioteca Nacional de Chile", *VIII Congreso Internacional Galdosiano*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 553-564.

_____ (1989), "Galdós, crítico teatral", *Galdós. Centenario de Fortunata y Jacinta (1887-1987)*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, 266-272.

Rubio Jiménez, Jesús (1982), *Ideología y teatro en España 1890-1900*, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza.

_____ (1988), "El teatro en el siglo XIX (II)" en Díez Borque, dir., *Historia del teatro en España*, II, Madrid, Taurus, 1988, 625-750.

_____ (1998), *La renovación teatral española en 1900: manifiestos y otros ensayos*, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 1998.

Ruiz de Luque, Francisco Javier (1942), *Un argentino ilustre Jose C. Paz*, Buenos Aires, Aguamarina.

Sánchez, Roberto G. (1984), "Emilio Mario, Galdós y la reforma escénica del XIX", *Hispanic Review*, 52, 263-279.

Sánchez Ortiz, Modesto y Fermín Berasategui (2012), *Las primeras Cámaras de la Regencia. Datos electorales, estadísticos y biográficos,* Madrid, Nabu Press.

Seco Serrano, Carlos (2006), "De la democracia innovadora de 1869 a la síntesis integradora de 1876", en *Veinticinco años de Constitución española*, Madrid, RAH, 205-220.

Sepúlveda, Ricardo (1888), *El corral de la Pacheca. Madrid y su teatro,* Madrid, Fernando Fe.

Shoemaker, William. H. (1962), *Los prólogos de Galdós*, México, Ediciones de Andrea/The University of Illinois Press, 1962.

_____ (1970) "Los Pepes de Galdós in 1868 and 1887. Two stages of his style", *Hispania*, 53, 887-898.

_____ (1973), *Cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.

Sito Alba, Manuel (1983), "El teatro en el siglo XVI", en Díez Borque, dir., *Historia del Teatro en España,* I, Madrid, Taurus, 1983, 155-472.

Smith Alan y Enrique Rubio Jiménez (2005-2006), eds., "Sesenta y seis cartas de Galdós a Clarín", *Anales Galdosianos*, 50-51, 87-197.

Smith, Alan, M. A. Rodríguez Sánchez y L. Lomask, eds. (2016), B. Pérez Galdós, *Correspondencia*, Madrid, Cátedra.

Sotelo, Adolfo (2005), *Viajeros en Barcelona*, Planeta, 2005.

Troncoso, Dolores (1999), "Antonio Alcalá Galiano, *Trafalgar* y la técnica del pachtwork", *Anales Galdosianos*, 34, pp. 31-39.

_____ (1997), "*El pórtico de la gloria,* un cuento *fin de siglo*", *VI Congreso Internacional Galdosiano Galdós y el 98,* Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 650-657.

_____ (2011), Introducción a Pérez Galdós, *Novelas X: Tristana. Nazarín. Halma. Misericordia*, Madrid, Biblioteca Castro (XXI-XXVIII).

_____ (2016), "Visión galdosiana del general Prim", *Studi Ispanici,* XLI (2016), 37-52.

_____ (2019), "Galdós, Portugal e *La Prensa* de Buenos Aires", *Non haberá illa, pro hai o nome. Homenaxe a Antón Palacio*, ed. de Fernández Salgado y Alonso Núñez, Universidade de Vigo, 2019, 303-313.

_____ (2020), "Opiniones artísticas de Galdós", *Archiletras Científica. Galdós, genio innovador,* III, 223-23*2.*

Varela Olea, Ángeles (2002), *El regeneracionismo de Galdós en la prensa*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria.

Vayo, Estanislao de Koska (1842), *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, Madrid, Imprenta Repullés, 1842.

Vázquez, Julia y Carlos Sánchez (2002), "El Parque de la Ciudadela de Barcelona", *Trabajos de campo e itinerarios urbanos*, Universidad de Barcelona.

Villares, Ramón y Javier Moreno Luzón (2009), *Restauración y dictadura*, en Fontana y Villares dirs., *Historia de España* 7, Madrid, Crítica/Marcial Pon.

Vasari, Giorgio (1550), *Le vite dei più eccellenti pittori, scultori e architetti, da Cimabue insino a` tempi nostri*, La Biblioteca di Babele. Clasici delle Letteratura italiana.

Zavala, José Mª (2007), *La maldición de los Borbones: de la locura de Felipe V a la encrucijada de Felipe VI*, Barcelona, Penguin Random House.

ÍNDICE DE NOTAS

El número final de cada entrada se corresponde a Carta y nota en que figura.

1492 158.2
15 de agosto 125.9
a polvo, a nada 10.7
a prorrata 33.bismar9
abacá 84.6
abates 32.3
abatir los Pirineos 1.10
abolengo, casas de 48.12
absolutismo, vuelta del 65.8
Abtao 47.4
abundantia cordis, 115.6
achicoria 53.11
ácido bórico 21.8
ácido fénico 21.4
ácido pícrico 21.8
ácido pirogálico 21.6
ácido salicílico 21.5
acontecimientos decisivos 1.11
actores muertos 94.17
adarmes 17.4
Administración, escritores en la 19.12
África, plazas 88.11
agazajado 22.5
agios 53.7
agiotista 53.5
Agripa, panteón de 51.3
Agrónomos, escuela de 90.10
agua regia 21.11
ainda máis 37.9
al adeudo 92.3
alabarderos 54.8
Alamares, palacio 121.8
Alarcón, muerte 156.2
Alarcón, obras 156.3, 156.5, 156.8, 156.9, 156.10, 156.13, 156.14, 173.8
Alas, obras 56.11, 56.12, 56.13, 56.14
Albany 120.16
albéitar 48.9
alborotos de 1873 126.1
Alcalá de Henares 10.2, 10.12
Alcalá Galiano José, 88.1
Alcalá Galiano, Antonio 5.17
Alcalá, estudiantes 10.15
alcalde de monterilla 43.1
alcázar, restauración 72.14, 77.12,
Alcobaça 38.1
alcohol alcanforado 21.5
alcohol amílico 84.7
Alcolea 50.13
Aleas 40.4
alegato realista 13.5
Alejandría, bombardeo 103.7
Alejandría, cónsul en 71.2
Alejandro III 36.11, 171.3
aleluya 131.3
Alemania, emperatriz de 143.8
Alfonso XII 1.5, 7.2, 26.14, 51.1, 51.2, 69.5, 73.5, 78.9
Alfonso XIII, 59.2, 59.4
Alfonsos, los 77.2
Alhambra 77.9
Alhambra, incendio 151.10
alianza española 70.7
alienistas 68.8
almagre 32.1
almazarrón 34.7
alojero *94*.6
Alsacia y Lorena 170.9
alta de pechos… 23.5
Amadeo I 138.1
Amarilis y Antandra 94.9
América y Oceanía, provincias de 81.1
Anacreonte 23.8
anagnórisis 54.13

anfiteatro 27.10
anilina 34.6
anima vili 21.16
annamitas 132.6
antes el turco… 129.3
Antonio Moro 86.1
Año Cristiano, el 54.1
Apeles 7.6, 82.5
aposento*s* 94.6
Aranjuez, motín 42.1
Aranjuez, palacio 47.12
Arapiles 60.15
arbitrios 152.7
Arbués 167.4
Archivo Histórico Nacional 10.9
Arcos de la Cantera, Villar de Cañas 50.7
Argelia 88.12
Argos 173.6
Ariadna, hilo de 116.4
arquitectos del Banco de España 151.3
ariana*s* 23.2
aristocracia alfonsina y legitimista 8.4
Armada, cargos de la 100.5
armamentos en corso 45.3
arrieros, mayorales, ordinarios y trajineros 70.3
Arthur 28.7
asamblea republicana 59.7
asentista*s* 127.3
Asturias, princesa 137.1
atalaje 113.8
Ateneo 5.1, 5.12, 6.5, 6.7, 6.8
atentado del Liceo, 175.3
aticismo 126.8
ático 54.10
Atlas 172.6
avisos 103.5
¡Ay infeliz… 25.6
azoada 33.6
bacharat 85.10
bacterias 21.3
Badajoz y La Seo, sucesos de 26.15, 52.9, 53.3, 66.1
bajistas 53.6
balandranes 51.6,
Balart 6.4, 177.1, 177.3, 177.5, 177.7
balnearios 168.1, 168.2, 168.5
bandera absolutista francesa 18.7
bandera de Portugal 38.10
bandera de don Pelayo 35.3
bandera tricolor 53.2
bandoleros 77.15, 77.17
barba 133.1
Barcelona 103.8
bardales 145.5
Bardón 6.4
Barge, general 103.3
Bastilla 132.15
batahola 75.2
Batalha 38.1
batería 166.9
Beauce o la Auvergne 131.9
belleza y piedad 11.7
Bernardo, espada 21.9
Berruguete 110.1
berruguetesca 10.14
beso de Judas, El 147.6
Betelu 16.12, 43.11
Biblioteca Nacional 151.7
Bilbao, cerco 17.11, 50.14
Bilbao, cólera 172.2
Binnenhof 85.9
Birkenhead 90.1
Bismarck 1.9, 143.1, 143.2
Blaine 25.4
Boabdil 156.11
boardillón 3.3
bocas de la Isla 33.4
bodas reales 140.1
boers 149.3
Bonaparte, Leticia de 138.2
Borbón, condestable de 120.13
Borbones, neurosis de los 26.13
borceguíes 167.2

bordón 95.7
Borgheses 109.12
Borgo y Trastevere 109.13
Borussia 87.3
botareles 104.8
Boulanger 102.7
bozales 23.2
Bradshaw, guías 134.2
Bramancio 117.8
Brasil, emperador 128.12
brial 131.4
bric-á-brac 83.4
brigandage 178.1
Bruges 112.10
bula 33.7
Buridan 132.15
burrintros 38.5
Byron 117.9
Cacharrería del Ateneo 5.3
cachuchos 37.7
caciquismo 179.2
cacoquimios 15.2
Cádiz, Cortes de 35.14
Caffarel, escándalo 92.1, 92.5, 93.1, 102.6
calabacita 95.7
calafateando 121.3
calendas griegas 28.2
Calomarde 65.6, 72.12
Calpe 102.1
calzas 167.2
Camarones, río 22.14
campeche 133.6
Campo de Marte 125.14
Campoamor 176.12, 176.13
Camús 6.4
canaleja 68.5
canard de esos que arden… 75.6
Candaya y Catai 181.3.
Cánovas 2.7, 4.10, 9.1, 111.1, 111.2, 111.3, 111.4, 111.5, 111.6
cantar palinodia 45.6
cantonales 40.10, 53.4
capisayo 23.3
capisayos de percalina 32.2
capitación 101.2
Caprivi 143.10
Capuletti 112.5
Caput castellae 15.8
carácter filoxérico 40.1
carbonarios 155.1
carbunclo 39.3
cardenales españoles 19.16
cardenillo 85.12
careneros 42.2
carlista, pretendiente 43.6
Carlos de Austria 121.9
Carlos de Gante 18.13
Carlos II, testamento de 35.9
Carlos III en Nápoles 65.5
Carlos V 1.4, 172.4
carnaval 7.10
Carraca, La 38.13
carrusel 105.2
Cartagena, cantón de 53.9, 62.5, 162.7
Cartagena, motín de 53.1, 66.1
Casa de Abajo 47.12
Caserras 50.11
Cassola 126.3
Castelar 4.9, 52.3, 57.3, 100.12
Castellana, palacio 147.1
Castelserás 50.7
Castilleja de Guzmán 140.11
Castrejona, Arrigorriaga, Mendigorría 170.4
Castro y Serrano 5.15
Cataluña, brazos de 104.9
catástrofes de 1823, del 53, del 56, del 72 2.2
catelas 151.5
catilinaria 62.6
catre de tijera 97.5
Caux, marqués de 55.12
Cavour 109.5
cazuela 94.6
cédula 106.4
Cellini 119.6

cenotafio 128.7
centenario de Bazán, 100.11
centenario del Descubrimiento 158.3
centenario del *Quijote*, 181.4
centenes 11.3
Ceriñola 3.10, 77.10
Cervantes, escultura 3.8
Cervantes, textos, 4.12, 10.5, 100.2, 100.3, 134.6, 173.1, 180.2, 181.3
cesantes 16.3
César Cantú 65.4
César y Alejandro 112.3
Cette 95.5
chambergo 167.2
Chambord, conde de 18.1
chanssonette 132.21, 132.22
chelín 59.13, 89.7
Chiloé 47.4
chirles 35.13
chisperos 32.3,
Chlum 1.20
chocha 48.13
Christianborg 88.5
churriguerismo literario 72.3
cianuro potásico 21.8
ciclo carlovingio 59.1
científicos europeos 35.6
cimborrio 127.5
Cinis, pulvis, nihil 19.17
circo de Rivas 56.3
cisma de los conservadores 51.8
cisterna 60.7
Citerea 152.6
ciudad de los Médicis 109.10
ciudad libre 158.1
ciudad morisca 77.13
ciudad visigoda 77.1
claque 9.1
Cleveland 25.4
clubs 5.6
Clyde 93.8
coche de barandilla 131.2
coche simón 124.4
Código Civil 26.7
Coello 24.1
colecturía 64.4
colhidrato de morfina 21.15
Colleoni, estatua 116.1
Colón, 15.6, 158.2
Colonnas 109.12
combatir a Prim y a Ruiz Zorrilla 63.2
comedia de magia 131.6
comercio mundial 36.13
Comillas 20.1
Comillas, marqués de 20.2, 20.3,
Commune, la 32.4
Comunidad de Naciones 74.3
Congreso de Diputados 4.2, 4.3, 40.3, 60.2
Congreso Literario 97.6
conquilla 113.7
Consejo y Cámara de Castilla 59.16
Consejo, presidente del 8.7
conservadores al gobierno 148.3
constitucional y democrática 115.9
constitucionales 30.8
constituciones 2.3
Consuegra 157.9
contrae 107.2
Convención, la 126.10
coram populo 132.4
cornisamento con guardapolvo 142.4
Corso, Concha, Borso, Montes de Oca 50.15
Cortes de 1871 57.2
Costa, discurso 179.7
crecite et multiplicamini 163.6
Crecy 130.9
creosotado 104.2
cresos 151.4
crisis resuelta 4.13
crisófilos 69.2
Cristianía 88.2
Cristo de la Salud 57.11, 58.2
Cronstadt 157.2
crótalos 132.10

Crucifixión de Rembrandt 13.8
crujía 3.2,77.4
cruz alzada 57.7
Cruz de Mayo 36.3
cuadrumanos 58.3
Cuba 12.12
cuestión búlgara 69.8, 102.5
cui prodest 126.11
cultos, libertad de 35.17
curiales 106.2
dalmáticas 160.2
damas a la Regencia 32.3
damasquina 161.1
Dante 109.7, 119.2, 119.11, 120.3
Daoiz y Velarde escultura de 3.8
Darro y Genil 80.1
Daudet 131.5
Dauvergne 133.3
David 83.2
Davy, Kelly y Egan 122.4
de Leonardo a Goya 119.10
de Lope… a Ayala 54.5
de primissimo cartello 34.4
decadencia teatral 94.11, 165.1, 165.2
dehesas boyales 64.1
del 68 a la Restauración 47.5
Demi monde 8.1
democracia y trono 99.2
desastre del 98 179.3
descuideras 65.1
desestanco 75.9
Desierto 16.11
desigualdad social a 92.10
desvinculación 7.1
Deus in nobis 21.2
Dezobry 13.4
diatesis 40.2
dies irae 16.2
dio en la flo*r* 27.7
Diógenes 154.4
Dion Casio 114.3
dionea*s* 133.4
disfraces históricos 7.7, 7.8 y 7.9
Distinción historiador-artista 98.5
Divina comedia 112.9, 117.5, 118.7, 120.2, 174.5
docks 89.6
Doctor Sangredo 91.5
don Carlos, baluarte 104.12
don Carlos, pretendiente 52.4
Don Diego López de Haro, 147.6
don Eleuterio 72.10, 72.14
don Sebastián 38.7
Donatello 118.3
doña Blanca 18.5
doña Ernestina 54.3
Dorias 109.12
dramaturgos de éxito 22.8
ducados 94.7
duela 23.7
dulcámara 132.13
Dumas y Sardou, obras 54.12
Dumbarton y Denny 96.10
Echegaray 31.3
Echegaray, dramas de 31.4, 175.4
ecónomo 58.4
Edimburgo, duque de 103.3
efectos estancados 55.2
El barbero de Sevilla 94.13
El conde de Montecristo 130.4
el intentarlo solo… 56.10, 94.22
el italiano 120.5
El lazarillo 60.11
El paraíso perdido 180. 10
El pino y la palmera 11.11
El prendimiento de Van Dick 13.9
El príncipe 119.4
El príncipe de Viana 31.11
El último día de Pompeia 114.7
El Viso 100.8
elección académica 121.12, 121.15, 121.16
elecciones generales 55.1
electores alemanes 86.6
Elena Sanz 26.12

Elzaburu y Meseta 50.5
emigración 92.12
Emilia Galotti 19.9
emperatriz rusa 75.3
Ems 86.4
enchiquerado 43.5
en medio del cuadro 69.7
en nuestro engaño… 75.7
encíclica *Inmortale Dei* 48.1
encíclica *Laetitiae sanctae*, 171.2
endechas 170.2
endriago 128.8
Enrique Capriles 45.2
Enrique IV 132.17
entarugado 104.1
enteritis 43. 10
Entrada de Carlos V en Amberes 14.10
Eolo y Neptuno 148.5
época gloriosa florentina 119.2
Eresma y Clamores 127.6
erudito escritor 77.11
erudito romano 110.3
escritores románticos 5.14
escuela sevillana 11.9
escusones 151.5
Esmeralda 132.15
Esopo y Menipo 83.7
espadistas 65.1
espadones 144.8
espetados 22.11
espingarda 172.9
espoliques 4.1
Estatuto Real 65.7
estereotomía 108.3
esteva 16.8
estro 170.3
estufa 7.5
Eugenia, emperatriz 125.9
Eulalia de Borbón 8.3, 47.8, 55.4
Euterpe 19.4
ex maquina 52.8
*exequato*r 132.12
éxito o fracaso teatral 165.4
Exposición de Bellas Artes, pintores 13.3
Exposición Universal de Barcelona, 115.1
Exposición de Universal de Londres, 133.5
Exposición Universal de París 125.15
facción, jefe de la 16.1
falansterio 16.9, 168.3
Faliero, traición de 117.4
Faltar pudo a su patria… 114.8
familia imperial alemana 45.5
fanega 7.16
Fantasía de otoño 23.1
faralaes 55.6
Fastenrath 1.18
faubourg Saint Germain 48.8
federales pactistas 59.11, 62.4
Federico el Grande, estatua 86.3
Federico Guillermo de Hohenzollern 1.3
Federico III 143.7
Fedi 120.17
feldmariscal 51.5
Felipe Igualdad 18.3
Felipe IV, estatua 3.7
fenia*no* 32.11, 122.2
Fernández y González 97.7
ferreruelo 139.4
Figuerola 6.2
Filosofía y letras, profesores 49.1
Finis Galliae 1.13
flechastes 150.3
Flesinga 18.10
florines 85.13
Forcadell, Rufo y Vizcarro 50.9
Foronda 128.13
foyer 9.5
frailes, matanza 43.4
Francia 1871 60.9
Francia, luchas internas 92.6
Francia, presidentes 93.2, 93.6
Francisco Fernando de Austria, 121.12
frase célebre 100.10
Fredericia 88.3

frenopática 68.7
fucsina 34.6
Fuencarral, crimen de 106.3, 126.12
fuente galdosiana 100.7
fueros 17.12
funciones por actos 54.7
fusil de chispa 172.14
fusionistas 30.8
gabarrones 150.2
gabelas 32.5
gabin*ete* 69.1
Gaceta de Madrid 15.10
Galdós ateneista 5.16
Galdós diputado 60.6, 61.3, 62.1, 103.2
Galdós en Toledo 77.12, 159.4
Galdós escritor 13.1, 36.1, 78.3, 84.1, 103.1, 141.4, 176.3, 176.11, 177.4
Galdós periodista 169.3, 176.4
galeote 57.8
Gales, príncipe de 125.12, 143.9
Galileo y Newton 120.15
galón 59.12
galvánica 19.11
Gamazo 101.4, 126.2
Ganassa 94.5
García Gutiérrez, traductor 19.8
Garellano 3.10
gárrulo 27.4
gas suponítrico 21.13
Gascuña 17.5
Gattamelata, estatua 117.3
Gayarre 135.3
Génova, duque 103.3
gerifalt*e* 76.1
Geroma y *Pintosilla* 71.5
gibas 167.1
gibelino 112.8
Gimnasio 54.13
Giotto 118.3
giro conservador 158.5
Gloucester 136.6
Gobelinos 130.11
golilla de cangilone*s* 167.2
gomosos 11.5
González Bravo 111.12
gorigori 87.8
gótico manuelino 37.5
gradas 94.6
grados Sykes 28.5
Gran Capitán, cuentas 118.12
Gran Elector 87.7
granjería 127.8
greguescos 31.7
Grevy 93.3
gripe, epidemia de 135.1
grosberry 89.4
gruesas 79.4
Guadalete, batalla de 127.4
güelfo 112.8
guerra de los Siete Años 50.4
guerra anglo-rusa 36.8, 36.14
guerra de África 47.2
guerra de Crimea 36.12
guerra de los Diez Años, 62.5
guerra de Sucesión 29.1, 77.8
guerra del Pacífico 157.4
guerra franco-prusiana 87.2, 170.7
guerras carlistas 16.7, 48.10, 50.4, 60.8, 62.5, 65.14, 66.3, 144.7
guerrllas 144.6
Guido Reni 118.13
Guildhall 142.9
Guillermo I 92.4, 102.4
Guillermo II 109.2, 146.1
Guillermo España 45.2
guindarlos 150.4
guiparán 130.5
Hecatommithi 117.10
herpetismo 75.8
Hespérides, jardín 46.5
Higinio García 65.11
higuí 78.4
histólogos 21.14
Historia de la civilización en España 6.3

historicismo 13.7
Hohenzollern, familia 45.5
Holanda española 5.5
hoja sutil damasqueña 161.2
Homero 10.8
Horacio 23.8
hotel 130.8
hueros 161.1
Humberto I 40.11
Ibarra 17.3, 18.14
imperio alemán 143.3
Inarco Celenio 72.11
inconcusas 71.1
incroyables 7.11
Indias, emperatriz 32.10
índigo 25.3
Indostán 22.16
infancia del arte 118.6
inficionados 27.5
influenza 152.2
Información parlamentaria 91.1
Informe sobre la ley agraria 90.9
ingenios 24.*5*
Inglaterra, cisma 142.3
Inglaterra, viaje 85.5
Inocencio VI 118.10
instruir sumaria 45.8
integrista 95.8
íntegros 115.3
inter viburna… 108.7
Internacional, la 55.9
interviews 138.4
Inundación de Murcia 14.5
irá al palo 124.7
Irlanda 36.9
Irlanda, ministro de 122.3
Irving 134.8
Irving, actor 166.3
Isabel II 2.8, 57.1, 97.4
Isabel la Católica 1.19, 3.9, 15.4
Isabel y Marsilla 122.12
Isaías 109.7
isla de León 50.3
islas Carolinas 44.1, 48.6, 96.7
islas Palaos 48.7
islas Terceras 100.4
Italia, viaje a 109.1
Iudicio Pylium… 142.7
Izquierda dinástica 2.5, 4.13, 28.3
izquierdista y romerista 60.5
Jácara segunda 126.9
jacobinismo 60.10
Jena 87.5
jesuitas, expulsión 12.16
jipíos 132.11
Joló 44.4
joloanas 84.2
jornada de trabajo 146.3
José I, estatua de 37.4
Juan Antonio Benlliure 14.11
Juan José de Austria 94.8
Juan Lorenzo 19.10
Julio César 173.2
Julio Simón 89.1
kabilas 32.12
kaid 172.10
Kenilworth 134.7
Khartum 32.8
Koch 15.1, 152.1
krausismo 35.19, 62.2
kronprinz 86.5
La africana 31.12, 135.2
La campana de Huesca 69.3
La carcajada 154.3
La casa para el César… 54.6
la Ciudadela 104.11
La conversión del duque de Gandía 14.3
La favorita 55.8, 135.2
La Fontana de oro, obra 176.3
La Fontana de Oro, café 5.18
la force prime… 46.2
La fragua de Vulcano 13.10
La huelga de hijos 163.8
La pata de cabra 139.3

La Prensa 1.1, 1.2
La Rambla 82.1
La rendición de Granada 60.4
La Seyne 93.7
la vencedora de Francia 1.7
labor benecditina 147.4
Lanzi, loggia dei 119.1
Larra 19.6
las dos princesitas 136.4
Las lanzas, 147.5
Las mil y una noches 124.6
lasquenet 7.14
lazzarone 113.5
Le bon roi… 130.13
Lemaître 166.2
lenguaje médico figurado 24.4, 179.1
León XIII 43.8, 45.7
León XIII y de Francisco José I, deseos de 59.3
Leopardi 109.7, 109.8
Leopoldo de Hohenzollern 140.4
levantaos galgos 18.11
Leviatan 70.4
levitas 83.5
ley bancaria 158.4
ley sálica 66.4
liberal conservador 12.4
liberales en el poder 2.1
libertad de imprenta 115.5
libertad de prensa 59.7
librecambismo 91.4, 126.2
Librería *Vecchia* 151.2
Libro de los Vedas 134.3
Liébana 22.1
lienzo del mediodía 77.7
Liga Agraria 91.2, 91.3
Liga Nacional irlandesa 122.3
Limouzin y Ratazzi 92.7
liones o *dandies* 132.1
Lippi 118.3
liras 96.7
Lissipo 110.2
llaveros 76.6
lo que entra por la boca… 33.1
loggetta 116.5
logogrifo 52.6
Lohengrin 135.2, 157.7
Lombay 14.6
López de Ayala 12.8
Los amantes de Teruel, ópera 122.6
Los amantes de Teruel, pintura 14.2, 14.4
Los amantes de Teruel, teatro 19.3, 153.1
Los borrachos 83.7
Los comuneros 4.6
Los Hugonotes 31.12
Lozoya 15.3
Luis de Vega 73.3
Luis Napoleón 94.19, 130.6
Luis Onceno 154.3
Luis Silvela 30.6
Luis XIV 7.3
Luna 94.10
Lutecia 125.6
luz cenital 60.1
Luzanes 35.11
macadam 104.2
Macaulay 134.10
machina 174.3
machuchos 133.11
Madame Chrysantème 132.7
madhi 32.9
Madrazo y Villegas 94.22
Madrid, alcalde de 76.4
Madrid, catedral de 11.1
Madrid, cementerio municipal 17.8
Madrid, conferencia de 88.13
Madrid, gobernador de 41.1
madrigales 11.4
maestranzas 75.1
Magallanes en Filipinas 84.4
maganos 33.3
Máiquez 94.10
Makololos 137.5
Malakoff 125.8
Malinas, Valenciennes, Alencon 55.7

Malthus 133.12
man of war 103.4
mandingas 21.12
manga-cruz 19.15
Mano Negra 27.11
manos muertas 65.13
manteo 68.5
Maquiavelo y Tito Livio 120.12
maragatos 34.1
Marchena 140.12
mares nunca antes navegados 35.8
Margarita 7.12
Margarita de Borgoña 132.15
María Estuardo 7.15
María Santísima, tierra de 36.2
Mariana Pineda 53.8
Mariano Fernández 139.1
marmitones 10.13
Martínez Campos, 12.3, 171.1
Martínez de la Rosa 1.14
Martos 99.1, 124.5
Mas del Rey 50.10
máscaras frías 78.5
Masteleros y vergas 22.2
matalotaje 147.3
matrimonio civil 26.9
Maximiliano, emperador de Brasil 121.11
mayólica 116.3
mayoría de votos 99.3
McKinley 150.1
Medea 132.3
Medina Sidonia, duque 100.9
mediocritas aurea 85.4
Méjico, la celebrada… 133.10
Melilla, sucesos 149.5
melinita 164.1
melocotones toledanos 145.4
Mendizábal 3.8, 19.5
Menéndez Pelayo 35.5
mensaje 2.6
mesnada 115.8
Mestres 14.14
mezcales 133.9
Micomicón 100.6
militares en el gobierno 144.3
Millery 130.14
ministeriales, 169.2
ministerio 69.1
ministerio López 50.16
ministros de Estad*o* 3.11, 17.6, 59.14
ministros de Fomento, 12.3, 108.2
ministros de Gobernación, 17.7, 20.3, 39.4
ministros de Guerra, 76.7, 142.2, 144.2, 172,15
Minorias 89.5
Mirón 110.2
Miura 40.4
modus vivendi 17.9, 46.3, 59.11, 63.6, 64.3
mogote 16.5
mojiganga 11.2
Molière 166.4
Molière 26.2
Molina de Aragón 50.6
mongoles en Filipinas 84.3
monosabios 40.8
monroista*s* 25.5
Monterrey, palacio 151.8
Montianos 35.11
Montoro 72.6
Montpensier 101.5, 140.3
Montpensier, duquesa 47.10
Moratín, obras 72.2, 72.4, 72.5, 72.13, 72.13, 72,16, 78.13, 94.14, 94.15, 139.5
Morella 50.8
Moreno Nieto 5.3
movimientos militares 65.10
Mozart, muerte 91.9
Mozart, obras 91.7, 91 8, 91.9, 91.10
Mudela 17.3
Murcia, inundaciones 30.2
murguistas, figles 78.2
Murillo, escultura de 3.8
museo Capitolio 109.9
museo de Nápoles 113.1
museo Pitti 109.9

museo Romero Ortiz 162.3
museo Uffizi 109.9
museo Vaticano 109.9
mustangs 132.114
Nachtigal, 22.15
Nadie pase sin… 26.3
Napoleón I 171.4
Napoleón III 87.10, 130.6, 171.5
Nápoles, cólera en 26.1
Nápoles, príncipe 170.6
Naumaquia 83.1
Naundorff 132.19
navidad 75.5
negros y *blancos* 109.11
Nemours, duque 18.8
Nemrod 78.12
nereidas 113.3
Niccolini 55.13
nihilismo 36.10
No he de decir que la vende… 176.6
no quedan más que los rabos 22.17
no saben lo que se hacen 11.6
no te preocupes… 113.2
nocedalinos o heterodoxos 115.3, 115.4
Noé 23.8
Nogués 162.2
Nota de *La Prensa* 181.1
numeración legislaturas 95.9, 111.11
Núñez de Arce 61.5, 175.2, 175.7, 175.9, 175.10, 176.1
Obiit anno… 142.8
obispos de levita 48.3
obstáculos tradicionales 2.9
ocupación alemana de París 125.13
Oligarquía y caciquismo 179.5
Oller 56.7, 56.8
Olózaga 5.13
ominosa década 5.11
Omnis saturatio… 23.6
Onorate l'altissimo… 120.9
onza 21.17
Orán, expedición 10.10
Orcagna, loggia di 119.7
orconera 17.1
Orden de Carlos III, de Isabel la Católica, 92.8
orden seráfica 118.4
órdenes humanitarias, fundadores 54.2
Orleans, príncipes 59.8
orozuz 71.3
Ortegal, cabo 22.3
ostracismo 52.7
Pablo Iglesias 73.6
Pacheca, corral 22.7, 54.9, 94.3
Pacífico, campaña del 47.3
Palacio Valdés, obras 56.9
palastro 38.9
Paleólogo, Miguel 19.7
Panamá, canal de 46.4
pandanus 133.4
Panopticon 85.11
panorama 87.9
Panurgo 64.2
paños 83.5
papa rey 143.12
papallonas 85.6
parador 112.6
Pardo Bazán 81.3, 81.4, 81.5, 81.6, 81.7
parecer 13.6
París 1848 170.5
París, alemanes en 131.12
París, ingleses en 131.11
Parnasillo 12.7
Parnell, 122.5 152.4
parnellistas 63.7
Parsifal 157.8
Parténope 113.6, 114.1
partida doble 12.9
partido conservador1 12.1
partido progresista 70.6, 84.11, 99.4
partido tradicionalista 125.1
partidos avanzados 111.9
partidos coaligados 36.4
partidos progresista, democrático y carlista 73.8

partiquinos 40.6
pasada por ojo 76.2
Paseos por el país negro 134.5
patriotismo de campanario 16.10
Patti 48.15, 55.10, 101.7, 101.8, 101.9
Paulus 102.7
Pavía, batalla 77.10
Pavía, golpe 50.20, 66.5
Pavlovsky 133.2
Pedro el Grande 1.12
Pedro IV, estatua de 38.8
Pellicer 14.13
pelucas y casacones 14.1
Pena, castillo da 38.2
pendolista 128.2
pensiles 38.3
Pentateuco 162.12
Pereda, 98.1, 98.2, 98.3, 98.4, 98.6, 98.7
Pérgamo 87.6
periódico *El Contemporáneo* 176.5
periódico *El Correo* 138.5
periódico *El debate* 176.4
periódico *El Eco de Occidente* 156.6
periódico *El eco del país* 12.10
periódico *El globo*, 68.2, 137.5
periódico *El Imparcial* 12.6
periódico *El Látigo* 156.7
periódico *El Liberal* 30.3, 45.10
periódico *El Progreso* 57.5, 73.7
periódico *El resumen* 138.5
periódico *El Siglo Futuro* 27.7
periódico *Gaceta de Colonia* 143.11
periódico *Herald* 30.1
periódico *Journal de Bruxelles* 48.2
periodico *Journal des Débats* 89.2
periódico *L'Écho de Paris* 132.3
periódico *La Correspondencia de España* 123.3
periódico *La Época* 138.6
periódico *La Iberia* 173.7
periódico *Las Dominicales del libre…* 27.8
periódico *Le Figaro*, 42.4
periódico *Le Figaro à la tour* 131.10
periódico *Madrid Cómico* 56.13
periódico *New York Time* 29.8
periódico *París-Murcia* 30.4
periódico *Standard*, 29.7
periódico *The Times* 4.11, 89.9
periódicos conservadores 111.8
periodo reaccionario 61.4
peristilos 114.5,
permanganato de potasa 21.10
Perogrullo 130.3
Perrín 166.12
perspectiva histórica 6.6, 120.11
Petrarca 121.7
Pi y Margall 52.5, 63.4
Pickwick 134.12
picrato de amoniaco puro 21.10
picro-cianuro potásico 21.10
Pidal-Mancini 16.13
Plasencia, obispo de 36.7
plateresco 37.6
plaza de toros 40.7
Plinio 114.2
plinto 142.6
Poblet 77.9
podestà 118.9
poesía pastoril 60.12
poesías y dramita 56.6
poitrinaire 180.4
policía 1.15
política cubana 12.11
Polvoranca o Daganzo de Arriba 84.12
Polvos de la madre Celestina 54.11
Polydectes 110.2
Pombal 37.2
Pomona 145.2
Ponson du Terrail 107.3
por acumulación 63.3
por descabello 61.1
pórfido 116.6
porticus 114.6
Portsmouth 157.3

Portugal, viaje 37.1
positivismo 35.20
pósitos 10.11
potpurrís 87.11
práctico 90.2
Prado, la rotonda del 119.9
pragmáticas 59.16
preconizado 57.4
Prim 29.9, 140.6
primeurs 34.3
primus circundedisti me 35.7
Príncipe de los Ingenios Españoles 10.1
príncipe, minoría del 26.11
Procuratie 116.5
prodómicos 43.3
pródromos 24.3
propileos 86.7
prosternarse 127.2
proteccionismo 105.1
protomedicato 82.7
proudhonianas 63.1
provincial 97.2
provincias eclesiásticas 57.9
Prusia, casa de 45.5
publicación posterior 87.12
pulchra leonina 108.4
puntistas 166.5
Quasimodo 132.15
Quayside 134.13
Quejada 10.4
Quesada y Salamanca 44.6
qui va piano… 173.5
quid pro quo 54.14
quincuagésima 33.2
Quintana 121.5
Quirinal 48.5
Rabelais 26.6, 130.12
rabeles 29.6
rails 174.4
Ramada 38.4
Ramón de la Cruz 18.2, 71.4
rapé 96.3
Rastro 162.1
razones históricas 88.11
reacción del 14 72.9
Reconquista 144.5
redoma 63.5
Reflexiones militares 29.3
reforma luterana 79.2
reformas militares 81.8, 144.1
reformistas 90.3, 101.6
regente, jura de la 52.1
regente, virtudes de la 65.15, 73.4, 96.6
Reglamento de Teatros 78.7
Reidel 136.5
reina Margarita 122.13
reina Mercedes 47.11
reina Victoria 7.18, 89.9, 103.7
rejillas 94.6
republicanos, integración 68.3
requisición 81.10
rescriptos imperiales 141.1
réspice 8.2
retraimiento 111.10
retreta 104.3
revanchismo 70.8, 137.7
Revista de España 176.5
revista *Gil Blas* 132.2
revolución del 54 50.17
revolución del 68 5.19, 50.19
revolución del Parque 148.1
revolución francesa 125.16
revolución inglesa 140.7
rey Christian 88.4
rey de Nápoles 47.9
rey de Portugal 51.7, 125.12, 137.6, 149.6
rey de Roma 125.2
Reyes Católicos, 4.5
Ricardo Darlington 154.3
Riego 65.9
rima becqueriana 132.9
Rinconete 10.3
Rivas, duque de 5.8, 19.2
Rocroi 35.10

Rohlfs. 22.15
Roma, tropas francesas 109.6
románticos 128.7
Romero Robledo 36.5
rompimiento Salmerón-Zorrilla 90.4
ropillas 31.7, 142.5
Rotterdam, Liden y Haarlem 85.3
Rubens 23.9
Ruinas de la Itálica 5.2, 162.13
Ruiz de Aguilera 19.13
Ruiz Zorrilla 90.6
Rusia, zar 157.5
rusticación 40.9
sacco di Roma, suceso 120.14
Saco de Roma. pintura 83.6
Sacra familia 79.3
Sadowa 87.4
Sagasta 50.23, 55.1, 158.6
Sagunto, pronunciamiento 50.21, 66.5
Saladero, arquitecto del 3.1
Salamanca, barrio de 3.6
Salamanca, general 85.1
Salamina, batalla 162.10
Salesas 3.5
Salmerón 52.10, 66.8
Salón de Conferencias 106.1
Salón del Ciento 104.4
Salón del Retiro 14.7
Salón Romero 56.1
Saltillo, ganadería 163.3
Salting 162.8
San Antonio 108.6
San Carlos 21.1
san Fernando 108.5
San Fernando, Academia 122.8
San Fernando, meridiano 44.2
san Francisco, cordonazo de 22.4
San Gil, cuartel de 50.12, 68.1, 140.2
san Ildefonso y san Eugenio 8.5
San Isidoro, iglesia 57.6
San Isidro, feria 82.3
San José de Calasanz 4.12
san José, devoción 79.1
San Juan de los Reyes 77.9
San Luis, conde 111.12
San Luis, trono 140.10
San Marcos 77.9
San Pedro Abanto 47.7
san Pedro Nolasco, orden 10.6
San Sebastián 16.4, 16.6
san Silvestre 28.8
Santa Gadea 15.7
Santo Domingo, anexión de 50.18
santo patriarca 102.2
santos españoles 35.4
Saxe-Coburgo, Fernando de 51.9
sayone*s* 11.10
Scaligero 112.1
Schiller 121.10
schilling 91.6
Schleswig-Holstein 44.5, 88.6
Scribe 31.10
Scyla y Caribdis 113.4
Sedán 157.9
segunda encarnación de los conservadores 12.2
Segundo Imperio 18.9
seise 94,12
Selika 7.9
Sellés, obras 9.2, 9.3, 9.4, 31.6
Semiramis 7.13
Senado 60.3
Senado del Ateneo 5.3
septenat*o* 93.5
Serrano 47.6, 50.2
seudónimos pastoriles 60.14
Sevilla, catedral 108.1, 108.4, 108.8
Sevilla, personajes en 11.8
Sexenio Democrático 35.18
Shakespeare 23.8. 166.4
Shakespeare, obras 11.4, 14.8, 14.9, 88.7, 88.8, 112.2, 112.4, 112.5, 116.8, 117.7, 117.8, 117.11, 117.13, 134.4, 134.9, 134.11, 136.6, 141.5, 142.10

sharifiana 88.10
Si tan largo me lo fías… 80.2
sienoso 85.7
Silverio 132.5
silvicultura 90.11
Simancas, Archivo General 169.4
Sintra, palacio real 38.6, 51.10
sistema austro-húngaro 34.5
situación 3.12
Sociedad Bíblica 35.22
sociedades secretas 2.4
sofisterías 48.4
Soissons 29.2
soldados extranjeros 5.10
Solferino 125.8
solo sé que no se nada 164.3
sopa boba 53.10
sopranos y tenores 40.5
Spa 132.7
spencerianas 62.3
steamer 174.2
Stephenson 89.8
sublevación alpujarreña 156.12
sublimado corrosivo 21.7
submarino Peral 121.1,
Succi y Merlatti 78.11
sufragio universal 111.13, 126.6, 126.7
sulfato ferroso 21.6
sulfhidrato amónico puro 21.6
superfetaciones 104.5
suprema ratio 32.6
tabacos, 82.9
táctica, tratado de 29.4
Taine 119.5
Talía 94.2
Tamerlán 1.16
tamerlánic*o* 75.4
Tanto nomini… 120.8
Tarik 158.8
tasajo 33.5
Teatro de la Comedia 22.9
Teatro de la Infantil 22.12
Teatro de la Princesa 72.1
Teatro de la Zarzuela 54.15
Teatro de Price 60.17
Teatro del Circo 55.11
Teatro Español 22.9, 94.1, 94.21
Teatro Lara 22.12
Teatro Real 22.6, 48.14
teatro/novela 9.6
tegumentos 152.3
Tembleque, Calatayud y Cintruénigo 82.2
tenientes 58.4
Teniers 23.9
teocali 133.7
tercerolas 172.12
tertulias 94.6
Thorwaldsen 87.1
tifus petequial 39.3
timol 21.5
tipos sainetescos 71.6
Tito, emperador 114.4
Tívoli 72.8
Toisón de Oro 50.22
tolderías 133.13
tomadores 65.1
Topete, Juan Bautista 47.1
Topete, Ramón 45.9
tópico 128.11
Toreno 139.7
torre de Neslé 132.16
torre del Temple 132.18
torre Eiffel 125.5
Torrejón y Vicálvaro 144.4
traje a la chamberg*a* 167.3
transacción liberal 95.10
transepto 104.7
trasladar la capital 7.4, 80.5
Triano 17.1
Trianon 65.3
tribuna de señoras 99.5
Trienio Liberal 5.6, 97.1
Triple Alianza 1.8
trojes 4.2

tronco y lanza 76.3
Trueba 123.2, 123.4
trusa 167.2
Túbal 18.12
tumulares 168.4
ubi sunt 35.2
ultramontanos 125.4
unidad italiana 15.9, 109.4
Unión Liberal 61.4
Unión Nacional 179.4
unionistas católicos 12.5
Urbano V 118.11
usatges 26.8
utilizarse de un trabajo 42.5
Valenciennes 55.6
Valero 154.2
Valladolid 15.5
valle de Josafat 163.5
valle del Roncal 50.6
valona 167.2
Valverde, calle de 121.14
vanilla 21.6
Varietés 54.13
variolización 39.2
Vázquez Gómez 33.10
Velarde y Mirasol 66.2
Venancio González 55.1
Venecia, dogos 116.7
veneros 151.1
venta de campanas 65.12
Veragua 40.4
Verdaguer 180.1, 180.2, 180.5, 180.6, 180.7, 180.8
verde veronés 85.8
Vergara, convenio 8.6
Vesubio 113.9
Vetvert 130.10
viajero del Ganges 26.5
viajes a Holanda, 13.11
Vico 166.7, 166.8, 166.10, 166.11
Víctor Hugo 128.3, 132.15
victoria regia 133.4
Vida del campo 60.13
Vierge 14.12
Villa del Oso 37.3
duque de Villahermosa 121.15
Villalpando 77.3
Villaviciosa y Almansa 65.2
villeggiatura 18.15
vindicta pública 3.4
vinos de pasto 95.1
Violeta 7.17
virga férrea 57.10
Visconti 112.7
vitola*s* 25.2
Vitoria 60.15, 72.7
Vizlipuzli 133.8
Wad-Ras 172.7
Wagón del Ateneo 5.3
Walhalia 1.17
Westfalia, paz 35.1
Whitworth, torpedos 121.4
Wiesbaden 1.6
Wissemburgo 1.20
Woerth 1.20
Xiquena 60.16
ya no hay Pirineos 18.6
zahurdas 43.12
Zanjón, paz de 6.2
Zaragoza, sitios de 43.2
Zarapicos, batalla de 23.4
Zollverein 139.6
Zorrilla 121.2, 121.6, 128.1, 128.4, 128.5, 128.9, 128.11
Zuavo pontificio 18.4
Zuiderzee 85.2
zurriagazos 78.10

ÍNDICE TEMÁTICO

ALIMENTACIÓN

Castañas 71.468

Caza 78.516

Fruta 145.901

Importación de pescado 33.212

Los mercados 34.218

ARTE: PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA

Arquitectura moderna 151.930

Arte eterno 70.459

Exposición de Bellas Artes 13.73, 14.80, 82.537, 83.540, 147.909,

La batalla de Lepanto de Juan Luna 94.614

Necrológicas de Casado de Alisal 69.453; Casto Plasencia 147.913

BORBONES

Alfonso XII: enfermedad 26.165, 47.214, 49.329; en Murcia 40.266, 41.272; en Aranjuez 42.281; funerales 51.338; paz 51.337; aniversario 73.479

Alfonso XIII: nacimiento 59.393; bautizo 59.400, cumpleaños 82.538; enfermedad 136.856; 137.858

María Cristina: reina consorte 47.315; jura como regente 52.346; discurso en las Cortes 59.398; vacaciones 65.437; constitucionalismo y prestigio 69.454; indulto 69.455; primer año de regencia, 73.480; en la exposición filipina 84.548; en Vascongadas 87.566; madrina de Cánovas 91.597; en Barcelona 104.673; en Valencia 105.678; en Granada 121; visita de Victoria de Inglaterra 123.781; educación de sus hijos 136.857; en Bilbao 148.917

Real Familia 47.314, 55.369, 101.651

Sitios Reales: El Escorial 10.55; Aranjuez 42.277; La Granja 65.433

CASAS REALES EUROPEAS

Austria: príncipe Rodolfo de 121.771

Battemberg: Victoria de 122.778, 123.781

Braganza: jefe de la casa de 60.403

Hohenzollern: Federico Guillermo en Madrid 1.2; conflicto Islas Carolinas 45.299; enfermedad 92.600, 102.657; Guillermo II, 109.696, 141.879, 146.905

Saboya: Humberto I 40.268, Amadeo I de España 138.863

CLIMATOLOGÍA

Estaciones: otoño 22.138; invierno 36.232; 48.320, 99.642, 101.653; primavera 10.54, 36.233, 80.523, 145.899; verano 63.424

Frío polar 102.654, 153.942

Nieve 36.233, 46.308, 76.497, 102.654

EDUCACIÓN

Alcalá de Henares y su universidad 10.55

Enseñanza agrícola 90.590

Instituciones educativas 49.323

Instrucción popular 70.461

Manifestaciones universitarias 27.168, 28.177, 111.710

Universidad de Bolonia 118.752

ECONOMÍA

Comercio con América: La Compañía Trasatlántica 64.430, 79.520, 80.527, 81.529, 96acue.627

Comercio de flores 145.903

Cooperativismo 53.356

Crisis agrícola 90.589, 91.591, 95.617

Crisis económica 32.206, 92.603

Crisis ganadera 95.618

Crisis general 102.655

Descontento comercial 41.269

Economía/política 59.397, 84.551, 101.649, 155.947, 161.980

Emigración 20.124, 92.603, 150.924
Industria de Cataluña 105.674
Librecambismo/proteccionismo 91.592, 101.650, 126.796, 136.855
Moral y negocios 80.527
Paralización del comercio y la industria 43.286
Tabaco 24.157, 75.495, 82.540
Tratado comercial Estados Unidos 24.157, 25.159, 26.160, 26.168, 28.179, 28.181, 29.189, 32.207, 41.275
Tratado comercial con Inglaterra (*modus vivendi)* 28.179, 32.207, 33.211, 33.217, 46.307, 59.398, 63.424, 95.617

EXPOSICIONES
Barcelona 70.460, 102.656, 103.661, 104.667, 104.670, 115.731
Filipinas 70.460, 82.536, 84.547
París 125.793, 131.825, 132.829, 133.836

FENÓMENOS NATURALES
Eclipse de luna 99.643
Inundaciones 157.959
Terremoto en Andalucía 29.187, 30.191

LITERATURA: POESÍA
Autores: Gaspar Núñez de Arce, 61.412, 176.1057; Dante Alighieri 120.762; Federico Balart 177.1062; Jacinto Verdaguer 180.1078
Escuela poética de Salamanca 60.404
Homenaje a Zorrilla 121.769, 128.806

LITERATURA: PROSA
Autores: Leopoldo Alas 56.378; Narcís Oller 56.376; Armando Palacio Valdés 56.378; Emilia Pardo Bazán 81.531; Manuel Fernández y González 97.628; José María de Pereda 98.633; Nicolás Maquiavelo 120.764; Pedro Antonio de Alarcón 156.952
Congreso Literario 89.579
Derechos de autor 141.882
El Quijote 181.1085
Galdós: "Hermoso cuadro literario" 23.145; elecciones RAE 121.773; *La Fontana de Oro* 176.1058; Teatro y novela 56.375

LITERATURA: TEATRO
Actores 94.613, 166.1003; Mariano Fernández 139.869; José Valero 154.944; Antonio Vico 166.1007
Autores: José de Echegaray 6.32, 31.198; Eugenio Sellés 9.5031.201; Antonio García Gutiérrez 19.116, 118.115; Adelardo López de Ayala 29.1904; Alejandro Dumas y Victorien Sardou 54.364; Ramón de la Cruz 71.468; Leandro Fernández Moratín 72.470, 94.613; William Shakespeare 112.715, 117.747, 134.846, 142.883; Antonio Trueba 123.779
Don Juan Tenorio 71.469
Éxito 165.1001, 166.1005
La piedad de una reina (prohibición) 78.513
Los teatros en otoño 70.458
Romanticismo 72.476
Teatro contemporáneo: evolución 31.198; decadencia 54.362, 94.613, 165.998; traducciones 54.364; historia 54.363; evolución del público 54.363, 70.458; divertimentos 54.365; funciones "por horas" 70.459
Teatros de la Cruz y del Príncipe 94.610
Teatro Español 94.609

LO MILITAR
Alcázar de Segovia 127.804
Alcázar de Toledo 77.503
Construcción naval: astilleros 93.607; 148.915; tipos de buques 103.665
Fortificaciones costeras 93.607
Fuerzas navales internacionales 103.661
Militarismo 144.895
Pronunciamientos militares: Cartagena 53.352; Villacampa 66.439, 67.422, 68.445, 69.455, 76.502
Reformas militares 69.453, 71.470, 81.533, 82.538, 93.607
Submarino Peral 115.734, 121.767, 122.779, 148.918

MADRID
Ateneo 5.27 y 6.31, elecciones 61.411
Atracciones de julio 60.406
Calor y agua 158.966
Castañeras 71.468
Día campestre 127.801
El mes de marzo 33.211
El Saladero y la cárcel modelo 3.14, 69.456
Feria de San Antón 4.24
Feria de San Isidro 59.399, 82.535, 145.900
Inmigración por cólera 43.288
La momia egipcia 71.466
Lujo 48.322
Monumentos 3.16
Salones y teatros 22.140, 48.322
Visita de Capello e Ivens 46.307

MEDICINA
Cólera 14.87, 15.87, 20.128, 26.162, 39.254, 40.261, 43.284, 46.309, 158.962
Difteria 74.487
Grippe o *influenza* 135.849, 136.854
Higiene y rogativas, 43.289
Médicos: Robert Koch 15.88, 152.936, 152.941; Louis Pasteur 15.88; José de Letamendi 21.130; Jaime Ferrán y Clúa 38.253, 39.254, 41.274, 42.279; Aureliano Maestre 41.274, Paul Brouardel 42.279; Santiago González Encinas 76.501
Política sanitaria 40.261, 43.283, 149.920
Supersticiones 39.259, 43.285

MÚSICA
Cantantes: Adelina Patti 48.322, 55.371, 101.653; Manuel García 94.612; Julián Gayarre 135.852
Concierto de Pablo Sarasate 56.373
Don Juan de Mozart 91.594
La Sociedad de Conciertos 33.214
Ópera española 31.202, 122.776

NOBLEZA
Fernán Núñez, duques de 7.35
Marcenado, marqués de 29.184
Montpensier, duque de 55.369, 140.874
Toreno, conde de 139.872
Torrecilla, marqués de 48.321
Xiquena, conde de 60.405

PERSONAJES HISTÓRICOS
Álvaro de Bazán 100.643
Carlos V 18.113
Colón y el IV Centenario del Descubrimiento 158.962
Fernando de Portugal 51.343
Gil de Albornoz 118.753
Prim 29.190
Serrano 49.330, 50.330
Topete 47.310

PARLAMENTO
Congreso/Senado 60.400
Congreso: Salón de Conferencias 138.866; edificio 4.21, 160.973; dotación 160.974 Salón de Sesiones 160.976, 161.978; 160.974; tribunas 99.640, 160.977
Debate autonomía Cuba 61.409
Federalismo de Pí y Margall 63.420
Furor parlamentario 29.189
Grandes oradores: Salmerón 62.414; Castelar 62.416; 74.485, Cánovas 62.418
Grave conflicto (presidente Martos/mayoría) 126.795
Ley del jurado 82.540
Monarquía democrática 74.845, 99.638, 100.648
Obstruccionismo parlamentario 63.425, 95.621, 160.973
Oratoria 61.408, 161.981; excesos 4.20, 14.86, 61.408, 63.425, 74.478, 79.522, 95.625, 129.816, 160.973, 161.978
Presidente del Congreso: Martos 99.638; Alonso Martínez 153.943
Reapertura de las Cortes 73.477
Reglamento 95.621
República/monarquía 63.423, 74.485, 164.995
Sufragio universal 126.797, 137.859

Senadores 63.425
Votación del *Modus vivendi* 63.425

POLICÍACO Y JUDICIAL

Crimen de la calle Fuencarral 106.680, 107.685, 108.692, 115.733, 123.782, 124.785,126.800
Crimen de Galeote 57.380, 58.386, 68.449, 69.456
Crimen pasional 141.882
Suicidio de Pigott 122.774

POLÍTICA NACIONAL

Atentados anarquistas: contra Martínez Campos 171.1030, contra Liceo Barcelona 175.1053
Caciquismo 12.67, 36.236, 55.366, 154.945, 179.1075; Joaquín Costa 179.1077
Conflicto con Italia 15.92, 16.100
Corrupción 92.598
Cuba 14.86, 24.156, 25.159, 61.409, 84.552, 92.599
Elecciones: generales 12.67, 55.366; municipales 36.235; provinciales 152.939
Embajadores europeos 99.642
Filipinas 25.161, 78.510, 79.520
Germanófilos y galófilos 1.3
Guerra de África 172.1035, 173.1040, 175.1051, 175.1055
Islas Carolinas 44.289, 45.296, 46.303, 48.319
Marruecos 88.578, 90.588, 93.607, 149.922, 158.965
Mensaje de la Corona 4.20, 14.86, 59.398, 61.409, 99.638
Partido conservador: crisis 30.196, 51.341, 158.964; crisis ministerial 42.282; en el Gobierno 102.659, 148.914; gobierno 102.659, 148.914; manifestaciones en contra, 111.708
Partido carlista 8.46, 27.171, 43.286, 59.394, 65.435, 115.733
Partido liberal: crisis 2.11, 4.20, 38.253, 79.521, 138.864; crisis ministerial 67.448, 69.451, 115.735; en el Gobierno 102.659, 148.914; dimisión de Sagasta 136.856
Partido reformista 78.515, 84.550
Partido republicano 52.348, 63.420, 73.480, 90.586, 91.596, 99.641, 111.713, 137.862
Policía 53.354, 80.526
Política de verano 84.550, 129.820
Revolución del 68 50.333
Socialistas 73.482
Unión ibérica y Paniberismo 24.155, 70.463, 74.488, 88.578, 137.863, 139.872,149.942, 181.1086
Vacaciones políticas 65.432, 84.550

POLÍTICA EXTRANJERA

Alemania y Francia 102.657
Anarquismo: 164.994, 171.1034
Argentina. Revolución del Parque 148.914
Chauvinismo francés 157.958, 170.1028
Colonialismo 25.161, 32.208, 32.209, 137.862, 149.921
Conferencia de Berlín y Tratado de Berlín, 22.143, 24.155, 25.158, 44.291
Conflicto anglo-portugués 137.859, 139.871, 149.919, 149.924, 157.959
Conflicto anglo-ruso 36.237
Conflicto irlandés 32.209, 92.602, 122.774, 152.938
Congreso de Washington 141.880
Conspiración de Viena 69.457
Corrupción en Francia 92.598, 92.600, 93.604, 102.659
Cuestión búlgara 69.457
Dimisión de Bismarck 143.889
Expulsión francesa de Casas Reales 60.402
Legitimismo francés 18.108
Muerte de Moltke 155.950
Puerto Rico 92.600
Republicanos extranjeros 74.486
Rumores de guerra 75.490, 81.534, 96.626
Rusia 75.491, 81.532
Socialismo en Alemania 141.879
Socialismo en Londres 92.602
Triple Alianza/alianza franco-rusa 109.696, 109.702, 157.957
Unión latina 70.462

PRENSA
Artículo al estilo de Larra 159.968
El Imparcial 12.70
Libertad de prensa 59.396
Prensa americana 1.1
Principales periódicos 138.868
Tipos de periodismo: justiciero 106.679, 108.694; bélico 173.1042; noticiero 108.695, 138.867; parlamentario 160.975

PROVINCIAS
Barcelona 103.666, 104.669
Bilbao 16.99, 17.101
Costa cantábrica 20.124
Playas del norte, 168.1016
San Sebastián 16.94
Santander 18.112, 18.114, 98.635; Incendio 174.1046, 178.1067
Segovia 65.437, 127.803
Vigo 38.247

REGIONALISMO
Agitación vasca 170.1024
Castilla 101.650
Cataluña: aranceles 64.427; frente a Castilla 105.675
Descentralización administrativa 64.429
Valencianos, catalanes y castellanos 64.426,

RELIGIÓN
Abstinencia 78.516
Catedral de Sevilla 108.690
Ciencia y religión 35.225
Clero español: padre Mon 8.42, 9.48; cardenal Moreno 19.123; obispo Martínez Izquierdo 57.380, 57.383
Clero madrileño: 57.381
Congreso Católico 125.790
Escuelas filosóficas 35.228
Iglesia-Estado 32.211, 35.230
León XIII: mediación en Carolinas, 45.303, 48.319; *Inmortale dei* 48.317; jubileo 96.623, conflicto con Italia 109.701, 110.703; *Laetitia Sanctae* 171.1032
Moral y religión 164.995
Peregrinación a Roma 95.618, 96.622
Protestantismo en España 35.232
Religiosidad en España 35.225
Sacramentales 17.105
San Antonio 118.750
Santidad contemporánea 54.359
Universidad católica 12.73

RESUMEN AÑOS
Fin de año 1884 29.190
Fin del año 1885 52.345
Fin del año 1886 75.494
Fin del año 1887 96.626

SOCIEDAD
Baile de Fernán Núñez 7.35
Balnearios 168.1014
Bandolerismo 77.508
Carnaval 7.38, 7.42, 32.204, 78.511
Caza y pesca 78.516, 127.802, 168.1016
Cesantes 169.1019
Coleccionismo 162.983
Condecoraciones 92.601, 154.946
Cuaresma y abstinencia 33.211
Día de difuntos 71.464, 71.467
Epifanía 76.500
Fin de siglo: 164.993, 179.1072
Inocentadas 75.493
Lotería 28.182, 75.494, 95.616
Moda masculina 167.1008
Navidad 75.492
San José 79.517
Semana Santa 11.60
Toreo 12.72, 16.97, 17.101, 40.263, 46.309, 60.407, 80.523, 132.229, 145.899, 163.989

VIAJES
Alemania 66.438, 86.562, 87.566, 88.577
Agencia de viajes Cook 116.738
Compañero de viaje 88.573
Dinamarca 88.573

Francia 125.794, 130.821, 131.825
Guías Baedeker 116.737
Holanda 85.553, 86.560
Inglaterra 89.579, 90.585, 134.843, 142.884
Italia 109.697, 110.703, 112.714, 113.720, 114.725, 116.739, 117.743, 118.749, 119.755, 120.762
Portugal 37.240, 38.247

GALDÓS CORRESPONSAL DE *LA PRENSA* DE BUENOS AIRES

"No debo ocultar que me acobarda la idea de escribir para la prensa americana, a quien ilustran diversas plumas nacionales y extranjeras".

Quien esto escribe el 4 de diciembre de 1883, Benito Pérez Galdós, no es un periodista novato ni un novelista poco conocido. Ha publicado ya alrededor de quinientos artículos, veinte *Episodios nacionales* y ocho novelas; entre ellas, *Doña Perfecta*, *Marianela*, *La desheredada*... Pero ahora se inicia en algo distinto: ser corresponsal extranjero del periódico de habla hispana más importante de la época. Y esa colaboración duraría hasta 1902. Son cerca de doscientas "Cartas" las que cada vez con mayor maestría Galdós envía a *La Prensa* de Buenos Aires, comentando aspectos de la España y la Europa de entonces, con la variedad temática, la amenidad y la familiaridad que caracterizan al género epistolar, escritas por el intelectual español más universal de la época contemporánea.

Esta es la única edición de los textos íntegros de todas las cartas encontradas y fielmente transcritas del periódico porteño, corregidos sus múltiples errores que el aparato crítico muestra, con anotación imprescindible cuando un texto trata la actualidad del XIX en el XXI, y con diccionario de nombres propios de la política, el arte, la cultura y la sociedad occidental desde el XIX hasta la Grecia clásica, traídos a sus páginas por quien era un convencido de que el pasado ayuda a comprender el presente.

Dolores Troncoso, con amplia experiencia en la edición de textos galdosianos, es catedrática jubilada de Literatura Española en la Universidad de Vigo.

Cabildo de Gran Canaria

CASA MUSEO PÉREZ GALDÓS